

ROBERT FISK

# LA GRAN GUERRA

POR LA CIVILIZACIÓN

LA CONQUISTA DE ORIENTE PRÓXIMO



Lectulandia

El padre de Robert Fisk combatió en la Primera Guerra Mundial y fue condecorado con una medalla en la que se leía «La gran guerra por la civilización». Fisk creció escuchando las historias de su padre sobre esa guerra y ya de adulto se convirtió en testigo privilegiado de otra guerra, de tintes menos heroicos y con límites menos definidos, en la que también se lucha y se mata en nombre de la civilización.

Este libro colosal y sobrecogedor relata los sangrientos avatares de una zona en permanente conflicto durante décadas, es una crónica que recorre Iraq, Afganistán, Argelia, Irán, Israel, Palestina, los atentados del 11 de septiembre de 2001 y otros campos de batalla, y que tiene entre otros protagonistas a algunos de los hombres más poderosos y peligrosos de la región: el ayatolá Jomeini, Ariel Sharon, Sadam Husein u Osama bin Laden, al que Fisk ha entrevistado en tres ocasiones.

*La gran guerra por la civilización* es a la vez una narración periodística de primera mano, un relato histórico meticulosamente documentado, una emocionante memoria personal sobre los corresponsales de guerra que se enfrentan diariamente al horror y la muerte, y una certera reflexión que nos aporta las claves imprescindibles para entender un conflicto que ha marcado el siglo xx y todo apunta a que va a marcar el siglo xxi. Sin duda, el libro definitivo sobre Oriente Próximo.

**Lectulandia**

Robert Fisk

# **La gran guerra por la civilización**

**La conquista de Oriente Próximo**

ePub r1.0

JeSsE 31.03.15

Título original: *The Great War for Civilization. The Conquest of the Middle East*  
Robert Fisk, 2005  
Traducción: Juan Gabriel López Guix, Roberto Falcó, Verónica Canales, Laura Mañero  
Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



Bin Laden en Afganistán, 1996. (Fotografía de Robert Fisk).

*Para Bill y Peggy,  
que me enseñaron a amar los libros y la historia*



La policía arresta a dos jóvenes cerca de la ciudad de Blida en la época de la guerra sucia argelina. (Fotografía de Robert Fisk).

## AGRADECIMIENTOS

En un libro de este tamaño —que abarca tantos años de periodismo— es casi imposible tomar una decisión acerca de a quién dar las gracias. Sin embargo, he decidido darlas a quienes me han ayudado a lo largo de los últimos quince años a sabiendas de que estaba escribiéndolo —se trata de la gran mayoría de nombres mencionados a continuación; entre ellos, por ejemplo, Yasir Arafat, el dirigente de Hezbolá Hasan Nasralá y Mijaíl Kaláshnikov, el inventor del fusil automático más popular del mundo— y también a una minoría cuya ayuda en mis indagaciones moldeó la forma de este libro antes de tomar la decisión final de escribirlo.

Me he enfrentado también al hecho de que entre quienes me han ayudado directamente en *La gran guerra por la civilización* se encuentran el Bueno, el Feo y el Malo. ¿Puedo colocar al padre de un atacante suicida junto a un trabajador humanitario occidental, a un heroico iraquí que fue torturado tras resistir las ambiciones nucleares de Sadam Husein junto a un hombre que entregó a su novia embarazada una bomba para que, sin sospecharlo, la subiera a un avión? ¿Debe estar Margaret Hassan, asesinada de forma tan cruel en Iraq, en la misma página que el «exterminador» ministro de Interior de Argelia?

El ejemplo más extremo de este problema es Osama bin Laden. En mis últimas dos conversaciones con él, sabía que estaba escribiendo este libro y es evidente que habló con ese conocimiento. ¿Debe ser honrado con una mención un hombre responsable del mayor crimen contra la humanidad en el mundo occidental? Dado que sus comentarios y pensamientos han sido cruciales para algunas partes del texto, lo hago constar. Pero no aparece más abajo. Otros sí.

De modo que, en orden alfabético, a continuación se enumeran aquellos a quienes deseo dar las gracias por su ayuda, su entusiasmo y sus revelaciones a lo largo de los últimos quince años y antes. Como guía para el lector, algunos se mencionan con sus títulos o la naturaleza específica de su ayuda. Otros se darán cuenta de que éste es mi modo específico de darles las gracias personalmente.

Joan Ablett de la Asamblea Armenia de los Estados Unidos; Reem Abdul Abbas; Astrid Aghagianian, superviviente del genocidio armenio de 1915; Shojae Ahmmadavnde, soldado iraní en 1984; Robert A. Algarotti, director de comunicaciones de Boeing Autonetics and Missile Systems División; el doctor Jawad al Alí, pediatra de Basora; Dorothy Anderson, por señalar las observaciones de lord Roberts sobre Afganistán en 1905; el difunto Yasir Arafat, presidente de la Autoridad Palestina; Hanan Ashrawi de la Autoridad Palestina; Nimr Aun, superviviente herido de la desposesión palestina de 1948; Tim Austin, antiguo subredactor jefe de Internacional de *The Times*; el difunto Shapur Bajtiar, último primer ministro del sha de Irán; Peter Balakian de la Universidad Colgate; Siddiq Barmak, cineasta afgano; el

doctor Antony Barter, por las cartas de su padre sobre Iraq y los armenios en la guerra de 1914-1918; Zuau Benamadi de *Algérie Actualité*, Zaka Berberia, superviviente del Holocausto armenio; Shamim Bhatia; Lajdar'Brahimi; Ross Campbell, por las transcripciones de las noticias de *The Scotsman* sobre el final del mandato británico en Palestina; Mohamed Buyali, hermano del dirigente de la guerrilla Mustafá Buyali; Pierre Caquet; el teniente «Sandy» Cavenagh, 3.º Batallón, Regimiento de Paracaidistas en 1956; Mustafá Ceriç, imam de Bosnia; Ellen Sarkisian Chesnut, por los recuerdos de su padre armenio; Conor O'Clery de *The Irish Times*; Tony Clifton de *Newsweek*; Patrick Cockburn de *The Independent*, el suboficial Tim Corwin, piloto de Chinook en Kurdistán en 1991; el difunto Fred Cuny, funcionario de un organismo de ayuda estadounidense; Jeannik Dami del CICR en Kuwait en 1991; Norman Davis, por su análisis de las referencias de Hitler al Holocausto armenio; el doctor John de Courcy Ireland, por su recuerdo de los huérfanos armenios; el doctor Nadim Dimeshkieh, antiguo diplomático libanés; Leonard Doyle, redactor jefe de Internacional de *The Independent*, Eamon Dunphy de la radio irlandesa; Iain R. Edgar de la Universidad de Durham; el juez David A. O. Edward, por su ejemplar de la conferencia James Bryce de 1922 sobre la Gran Guerra y Armenia; Isabel Ellsen; Saeb Erekat de la Autoridad Palestina; Joanne Farchaj; Bill y Peggy Fisk, mis difuntos padres; el comandante general Jay Garner, jefe de las fuerzas estadounidenses en el Kurdistán en 1991; Samir Ghattas, actual jefe de la oficina de Associated Press en Beirut; Bassam y Saniya Ghossain, cuya hija murió en el bombardeo estadounidense de Iraq en 1986; el doctor Stephen Goldby, por la correspondencia del Foreign Office sobre las sanciones de las Naciones Unidas; Terry Gordy de Boeing Defense and Space Group (Autonetics and Missile Systems División); Ben Greenberger, colono judío en Cisjordania; la doctora Selma Haddad, pediatra en Bagdad; Dennis Halliday, jefe del programa Petróleo por Alimentos de las Naciones Unidas; el mulana Sami ul Haq de la madrasa Al Haq en Pakistán; Amira Hass de *Ha'aretz*; la difunta Margaret Hassan de CARE en Iraq; la doctora Mercy Heatle; Philippe Heffinck de UNICEF, Bagdad, en 1997; Mohamed Heikal, periodista y escritor egipcio; Gavin Hewitt de la BBC; Sue Hickey, antigua empleada en la Canadian Broadcasting Corporation (CBC), Londres; Nezar Hindawi, por su poco convincente intento de explicarme por qué le dio a su novia embarazada una bomba para que la llevara consigo en un vuelo de El Al; Marjorie Housepian; Chafiq al Hout y su esposa Bayan; Justin Huggler de *The Independent*, John Hurst, vicepresidente de Lockheed Martin; el difunto rey Husein de Jordania; Alia al Huseini, nieta del hach Amin al Huseini, antiguo gran muftí de Jerusalén; Nadin El Issa por su ejemplar del informe Paice y Martin de la policía palestina (gracias también a Peter Metcalfe); el jeque Juwad Mehdi al Jalasi por su ayuda histórica en relación con el dominio británico en Iraq; Abbas Jiha, que perdió a muchos miembros de su familia en un ataque con helicópteros en el Líbano en 1996; Mijaíl Kaláshnikov, inventor del fusil soviético AK-47; Mayreni Kalustian, superviviente de

las matanzas armenias de 1915; el fallecido Wasef Kamal, antiguo ayudante del hach Amin en la Alemania nazi; Al Kamhi, director de comunicaciones de Lockheed en 1997; Marwan Kanafani de la Autoridad Palestina; Kervork Karaboyadjian, director de Hogar Armenio de Ancianos de Beirut; Viktoria Karakashian, superviviente del éxodo armenio desde Alejandreta; Jamal Kashoggi, ayudante del embajador saudí en Londres; Zanaib Kazim por su carta sobre chiismo; Harutian Kebedjian, superviviente del genocidio armenio; Andrew Kevorkian por su pródiga ayuda en localizar información sobre el genocidio armenio y a su difunto hermano Aram por los recuerdos de la visita a su hogar ancestral en Turquía; Zeina Khoury de Associated Press; Helen Kinsella, antigua directora de Internacional de *The Independent*, por su infatigable investigación; Josef Kleinman, superviviente de Auschwitz; Gerry Labelle de Associated Press; el difunto profesor Yeshayahu Leibowitz; George Lewinski, antiguo empleado de CBC, Londres, Mikael Lindval, antiguo funcionario de UNIFIL en el sur del Líbano; el doctor David Loewenstein de la Universidad de Wisconsin-Madison; Hilda Maddock, por los detalles de su padre, el soldado Charles Dickens en 1917; Grace Magnier del Departamento de Estadios Hispánicos, Trinity College, Dublín, por su obra sobre Andalucía; el difunto Alí Mahmud, jefe de la oficina de Bahrein de Associated Press; el general Mansur, jefe de la inteligencia militar siria en Kimishli; Lara Marlowe de *The Irish Times*; Nabila Megalli, antigua empleada de Associated Press en Bahrein; Alf Mendes; Gerhard Mertins, comerciantes de armas alemán; Peter Metcalfe; Abderramán Meziane-Cherif, antiguo ministro del Interior argelino; Tewfiq y Philippa Mishlawi de *The Middle East Reporter* en Beirut; el difunto general (retirado) Mohamed Abdul Moneim de *Al Ahram*; Judy Morgan de CARE en Iraq; Harvey Morris de Reuters, *The Independent* y ahora *The Financial Times*; Fathi Daud Muffak, cámara militar iraquí en la guerra entre Irán e Iraq; Anis Naccache, por sus recuerdos de la revolución iraní y su esposa Battul por sus traducciones de la poesía de guerra iraní; el hach Mohamed Nasr, padre de un atacante suicida palestino de Yenín; Sayed Hasan Nasralá, presidente del Hezbolá libanés; Suheil Natur del Frente Democrático para la Liberación de Palestina; Guillaume Nichols, por hacer que me fijara en el discurso de Lloyd George de 1936 sobre Palestina; Nawaf Obaid, cuya tesis presentada en Harvard sobre los objetivos de los wahabíes saudíes me ha sido muy valiosa; Mohamed Mahran Otman, guerrillero egipcio en 1956, invidente; la difunta Srpuhi Papazian, superviviente del genocidio armenio; la cineasta Nelofer Pazira; el difunto doctor Abdul Aziz Rantisi de Hamás; mi colega Phil Reeves de *The Independent* y ahora de *National Public Radio*; el rabí Walter Rothschild, por su enciclopédico conocimiento sobre los ferrocarriles libaneses; Martin Rubenstein, que llamó mi atención sobre una referencia al genocidio armenio en *The Road to En-Dor*, Mujtaba Safavi, antiguo prisionero de guerra iraní; Haidar al Safi en Bagdad; el difunto y brillante académico palestino Ewdard Said y su hermana escritora Jean Makdissi, por su ayuda y sus sugerencias a lo largo de muchos años; Mohamed Salam, antiguo jefe

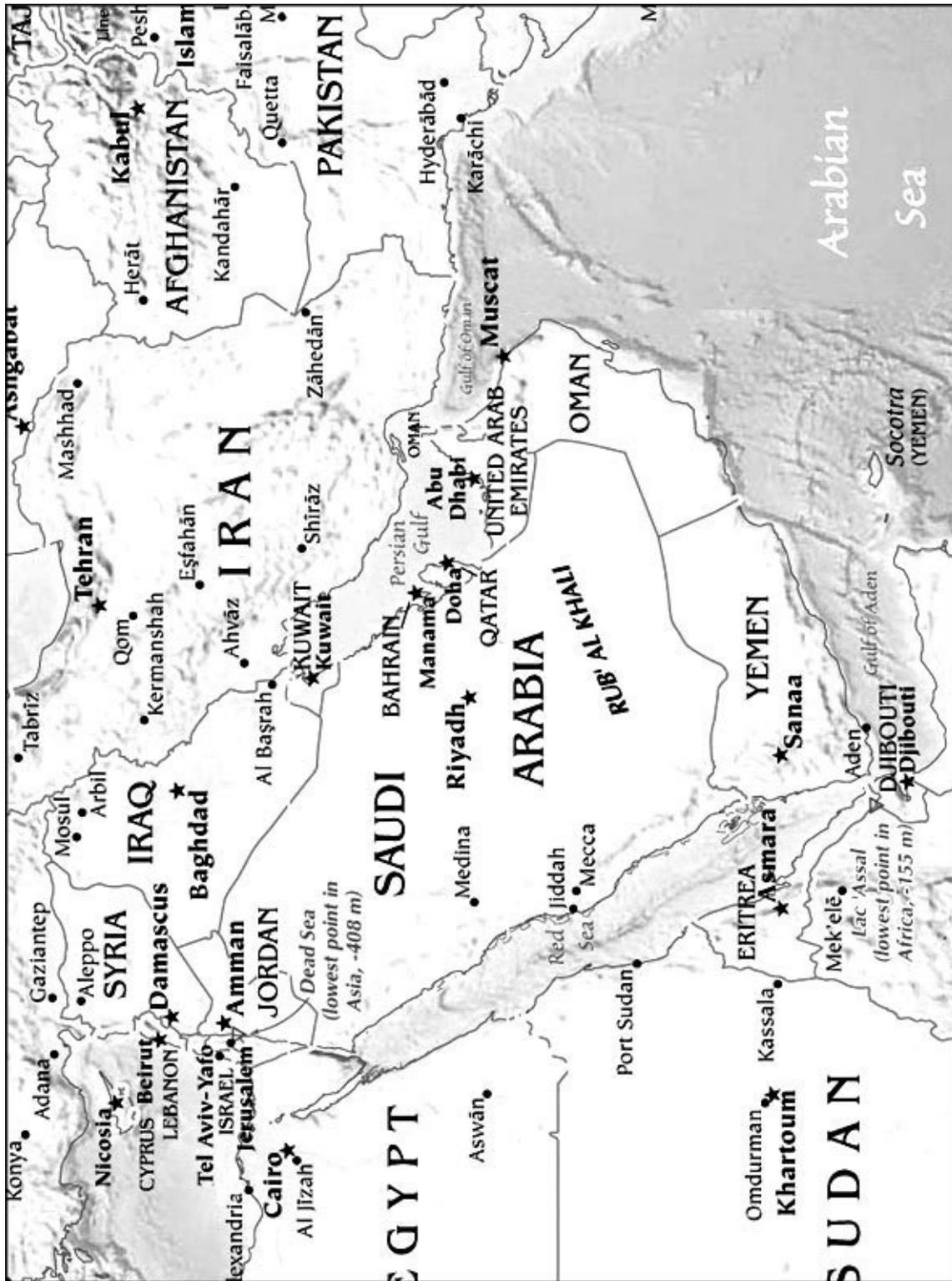
de la oficina de Associated Press, Bagdad; el doctor Kamal Salibi, antiguo director del Instituto de Estudios Interconfesionales de Ammán; Mohamed Salman, antiguo primer ministro de Información sirio; Faruk al Sharaa, ministro de Asuntos Exteriores sirio; Abdul Hadi Sayah, amigo de Mustafá Buyali; Martin Scannall, por el permiso para citar *Iraq the Irremediable* de Kenneth Whitehead; Clive Semple; el doctor Husain Sharistani, principal asesor nuclear de Sadam Husein; Don Sheridan; el soldado Andrew Shewmaker de la 24.<sup>a</sup> División de Infantería Mecanizada estadounidense en la guerra del Golfo de 1991; el historiador israelí Avi Shlaim; Amira el Solh; Hans von Sponeck, sucesor de Halliday en la oficina humanitaria de las Naciones Unidas en Bagdad, 1999; Eva Stern de Nueva York, por su incansable búsqueda de la verdad en las matanzas de Sabra y Chatila; Verjine Svazlian, por su ejemplar de las canciones de los supervivientes del Holocausto armenio; Mohamed Tahri, abogado argelino especializado en derechos humanos; monseñor Henri Teissier, arzobispo de Argel; Alex Thompson de ITV; doctor Turabi en Jartum; Derek Turnbull de Vickers; Karsten Tveit de la radio noruega; Christopher J. Walker por sus conocimientos sobre todo lo armenio; Yihad al Wazzir; Garry Williamson de Boeing Defense and Space Group; el difunto Christopher «Monty» Woodhouse, antiguo agente del Ejecutivo de Operaciones Especiales (SOE) en Grecia y agente británico en Irán; y Dedi Zucker, parlamentario de la Kneset israelí.

También estoy en deuda con Simón Kelner, director de *The Independent*, quien me animó a escribir este libro entre las misiones en Iraq y el Líbano, por hacer la vista gorda ante mis prolongadas ausencias del periódico y por permitirme citar mis artículos al periódico a lo largo de dieciséis años; a *The Times* de Londres, para el que trabajé como corresponsal extranjero en Oriente Próximo de 1976 a 1988; a *The Irish Times*, la *London Review of Books* y *The Nation* de Nueva York, por permitirme citar artículos míos aparecidos en sus páginas; a la Canadian Broadcasting Corporation en Toronto por mis grabaciones de la ocupación soviética de Afganistán en 1980 y de la guerra entre Irán e Iraq; al director de la Imprenta Nacional de Su Majestad por los documentos del gobierno británico en los Archivos Nacionales (Kew).

En especial, debo dar las gracias a Louise Haines, mi editora en Fourth Estate, por su paciencia sobrehumana alimentando este libro durante unos asombrosos dieciséis años, y a Steve Cox, el corrector más infatigable del mundo. Por último, quiero manifestar mi agradecimiento a la doctora Victoria Fontan, que redactó la cronología, formateó la bibliografía y, con paciencia sobrehumana, archivó 328 000 documentos notas y artículos.

Inevitablemente, hay muchas personas con las que estoy en deuda pero que no pueden ser nombradas por su propia seguridad, sujeta a una amenaza potencial por parte de sus enemigos y de sus propios gobiernos. Entre ellas hay miembros —en servicio y retirados— de las fuerzas armadas de Egipto, Francia, Irán, Iraq (incluidos el antiguo número dos de la fuerza aérea y dos de sus pilotos), Israel, Jordania, el Líbano, «Palestina», Siria, Turquía, el Reino Unido y los Estados Unidos.

Y, por supuesto, añado la habitual advertencia del autor: ninguna persona de las mencionadas es responsable de los errores o las opiniones expresadas en *La gran guerra por la civilización*.



Oriente Próximo.

## PRÓLOGO

Cuando era pequeño, mi padre me llevaba todos los años a visitar los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, el conflicto que H. G. Wells llamó «la guerra para acabar con todas las guerras». Partíamos todos los veranos con nuestro Austin inglés y avanzábamos entre sacudidas por las carreteras llenas de baches del Somme, Ypres y Verdún. A los catorce años era capaz de recitar los nombres de todas las ofensivas: Bapaume, Hill 60, High Wood, Passchendaele... Había visto todos los cementerios, paseado por todas las trincheras abandonadas y tocado en deteriorados museos los oxidados cascos de los soldados británicos y los corroídos morteros alemanes. Mi padre fue un soldado de la Gran Guerra y luchó en las trincheras de Francia por culpa de un disparo realizado en una ciudad llamada Sarajevo, de la que nunca había oído hablar. Y cuando murió hace trece años, a la edad de noventa y tres años, heredé sus medallas de campaña. Una de ellas representa a una victoria aliada y en el reverso tiene grabadas las palabras: «La Gran Guerra por la Civilización».

Con gran inquietud por parte de mi padre y estoica aceptación por parte de mi madre, he pasado en guerras gran parte de mi vida. También ésas se libraron «por la civilización». En Afganistán, vi a los soviéticos luchar por su «deber internacionalista»; sus oponentes afganos luchaban, claro está, contra el «terror internacional» y por Alá. Informé desde el frente en el que los iraníes libraban lo que llamaron la Guerra Impuesta contra Sadam Husein, que denominó a la invasión de Irán de 1980 la Guerra Torbellino. He visto a los israelíes invadir dos veces el Líbano y luego invadir de nuevo la Cisjordania palestina con el fin, según afirmaron, de «purgar la tierra de terrorismo». Estaba presente cuando los militares argelinos declararon la guerra a los islamistas por la misma razón aparente, torturando y ejecutando prisioneros con igual desenfreno que sus enemigos. Luego en 1990 Sadam invadió Kuwait, y los estadounidenses enviaron a sus ejércitos al Golfo para liberar el emirato e imponer un «nuevo orden mundial». Desde que acabó la guerra de 1991, siempre escribí en mi cuaderno las palabras «nuevo orden mundial» seguidas de un signo de interrogación. En Bosnia, encontré a serbios que luchaban por lo que llamaban la «civilización serbia», mientras que sus enemigos musulmanes luchaban y morían por un sueño multicultural que se desvanecía y por salvar la vida.

En lo alto de una montaña en Afganistán, estuve sentado frente a Osama bin Laden en su tienda cuando pronunció la primera amenaza directa contra los Estados Unidos y hacía una pausa mientras yo garabateaba sus palabras en mi cuaderno a la luz de una lámpara de queroseno. Me habló entonces de «Dios» y el «mal». Me encontré volando sobre el Atlántico el 11 de septiembre del 2001 —mi avión volvió a Irlanda tras los atentados en los Estados Unidos— y menos de tres meses después estaba en Afganistán, huyendo con los talibanes por una carretera al oeste de

Kandahar mientras los Estados Unidos bombardeaban las ruinas de un país ya destruido por la guerra. Estuve en la Asamblea General de las Naciones Unidas exactamente un año después de los ataques contra los Estados Unidos, cuando George Bush habló de las inexistentes armas de destrucción masiva de Sadam, y dijo que se preparaba para invadir Iraq. Los primeros misiles de esa invasión pasaron por encima de mi cabeza en Bagdad.

Los resultados físicos directos de todos esos conflictos permanecerán —y deberían permanecer— en mi recuerdo hasta el día de mi muerte. No necesito releer mi montaña de cuadernos de notas para recordar a los soldados iraníes de un tren militar al norte de Teherán, con toallas, tosiendo y echando el gas de Sadam en coágulos de sangre y mucosidad mientras leían el Corán. No necesito ninguno de mis recortes de prensa para recordar al padre que —tras un ataque con bombas de racimo en Iraq en el 2003— extendió hacia mí lo que parecía ser media hogaza de pan aplastada y resultó ser medio bebé aplastado. O la tumba colectiva en las afueras de Nasiriya en la que di con los restos de una pierna con un tubo de metal en su interior y una pulsera de identificación rodeando aún un tocón de hueso; los asesinos de Sadam se lo habían llevado directamente del hospital en donde le habían colocado una prótesis de cadera hasta el lugar de ejecución en el desierto.

Todo esto no me provoca pesadillas. Pero lo recuerdo. La cabeza cercenada de un refugiado albanés de Kosovo en una incursión aérea estadounidense cuatro años antes, barbada y vertical en medio de un campo muy verde, como si acabara de cortarla un verdugo medieval. El cadáver de un campesino kosovar asesinado por los serbios, cuya tumba abrió las Naciones Unidas para que resurgiera de la oscuridad, abotargado ante nosotros, con el cinturón fuertemente apretado y ciñendo un estómago que tenía dos veces el tamaño normal. El soldado iraquí en Fao durante la guerra Irán-Iraq que yacía hecho un ovillo como un niño en el pozo de cañón junto a mí y a quien la muerte había vuelto negro, mientras una solitaria alianza de oro brillaba en el anular de su mano izquierda, reluciente a causa del sol y el amor por una mujer que no sabía que era viuda. Soldados y civiles murieron por decenas de miles porque así se había dispuesto para ellos, con la ética atada como un roncal al caballo de guerra de tal modo que nosotros pudiéramos hablar de «entornos ricos en objetivos» y «daño colateral» —el más infantil de los intentos de sacudirse de encima el delito de asesinar— e informar sobre desfiles de la victoria, el derribo de estatuas y la importancia de la paz.

Así les gusta a los gobiernos. Quieren que sus ciudadanos vean la guerra como un drama de opuestos, bien y mal, «nosotros» y «ellos», victoria o derrota. Sin embargo, la guerra no es algo que trate ante todo de la victoria o la derrota, sino de la muerte y el hecho de infligir la muerte. Representa el fracaso absoluto del espíritu humano. Conozco a un director de periódico que se hartó de oírmelo decir, pero ¿cuántos directores de periódicos tienen una experiencia directa de la guerra?

Paradójicamente, fue una película lo que me lanzó al periodismo. Tenía doce años

cuando vi *Enviado especial* de Alfred Hitchcock, una película en blanco y negro de 1940, chirriante de patriotismo y humor igualmente negro, en la que Joel McCrea interpretaba a un periodista estadounidense llamado John Jones —rebautizado Huntley Haverstock por su director en Nueva York— que es enviado en 1939 a Europa para cubrir la inminente guerra. Es testigo de un asesinato, persigue a los espías nazis en Holanda, descubre al principal espía alemán en Londres, es derribado viajando en avión por un pequeño acorazado alemán, sobrevive y da la primicia al mundo. También conquista a la mujer más guapa de toda la película, un claro aliciente adicional para una profesión tan emocionante. La cinta finaliza bajo el *blitz* de Londres con un locutor radiofónico que presenta a Haverstock en directo. «Esta noche tenemos como invitado a un soldado de la prensa —grita en medio del ulular de las sirenas antiaéreas—, un soldado del pequeño ejército de historiadores que escriben la historia al pie del cañón».

Nunca lo dudé. Leía el conservador *The Daily Telegraph* de mi padre, de cabo a rabo, siempre las noticias internacionales, echado en el suelo junto a la chimenea mientras mi madre me suplicaba que me bebiera la leche con cacao y me fuera a la cama. En la escuela, estudiaba *The Times* todas las tardes. Logré leerme entero el discurso de Jruschov denunciando el reinado de terror de Stalin. Gané en la escuela el premio Asuntos Actuales y nunca —ni una sola vez— pudo disuadirme nadie de mi decisión de ser corresponsal extranjero. Cuando mi padre me propuso que estudiara Medicina o Derecho, yo salí de la habitación. Buscó consejo en un amigo de la familia, quien me pidió que imaginara que estaba en la sala de un tribunal. ¿Quería ser el abogado o el periodista que estaba en el banco de la prensa?, me preguntó. Contesté que el periodista, y él le dijo a mi padre: «Robert va a ser periodista». Yo quería ser uno de los «soldados de la prensa».

Entré en el *Newcastle Evening Chronicle*, luego tuve una columna diaria en el *Sunday Express*, donde perseguía a párrocos que se escapaban con actrices. Al cabo de tres años, supliqué a *The Times* que me contratara, y me enviaron a Irlanda del Norte para cubrir el pequeño y sanguinario conflicto que había estallado en ese legado del dominio colonial británico. Cinco años más tarde, me convertí en uno de esos «soldados» del periodismo, en corresponsal extranjero. Me encontraba en una playa de Porto Covo, en Portugal, en abril de 1976 —de vacaciones del trabajo en Lisboa, donde cubría las secuelas de la revolución portuguesa—, cuando la cartera local me gritó desde lo alto de un acantilado que tenía una carta para mí. Era de Louis Heren, el jefe de Internacional del periódico. «Tengo buenas noticias para ti —escribía—. Paul Martin ha solicitado el traslado de Oriente Próximo. Su esposa no aguanta más, y no la culpo. Le ofrezco a él el puesto de número dos en París, a Richard Wigg Lisboa... y ti te ofrezco Oriente Próximo... Dime si te interesa... Sería una oportunidad espléndida para ti, con buenas historias, muchos viajes y mucho sol». En el *thriller* de Hitchcock, el director de Haverstock lo llama a su despacho antes de enviarlo a la guerra europea y le pregunta: «¿Qué le parecería encargarse del

reportaje más sensacional de la actualidad?». La carta de Heren fue menos espectacular, pero significaba lo mismo.

Tenía veintinueve años y me ofrecían Oriente Próximo... Me pregunté cómo debió de sentirse el rey Faisal cuando se le «ofreció» Iraq o cómo reaccionó su hermano Abdulá al «ofrecimiento» de Transjordania por parte de Winston Churchill. Louis Heren pertenecía al tipo churchilliano, testarudo, elocuente y amante de los buenos vinos; era también un antiguo corresponsal en Oriente Próximo. Las historias eran «buenas» en términos periodísticos, pero también resultaron ser horrorosas, los viajes vertiginosos, el «sol» tan cruel como una espada. Y nosotros los periodistas no teníamos la protección —ni los derechos a la perfección— de los reyes. Sin embargo, lo importante era que ya podía formar parte del «pequeño ejército de historiadores que escriben la historia al pie del cañón». Qué inocente, qué ingenuo era. Sin embargo, la inocencia, si podemos mantenerla, protege la integridad del periodista. Hay que luchar para creer en ella.

A diferencia de mi padre, fui a la guerra como testigo y no como combatiente, un espectador cada vez más furioso a decir verdad, pero al menos no era uno de esos hombres apasionados, enojados y a veces dementes que hacían la guerra. Adoraba a los periodistas veteranos que habían cubierto la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas: Howard K. Smith, que había huido de la Alemania nazi en el último tren que salió de Berlín antes de que Hitler declarara la guerra a los Estados Unidos en 1941; James Cameron, cuyo emblemático informe de 1946 sobre las pruebas atómicas del atolón Bikini ha sido quizás el artículo más literario y filosófico jamás publicado en un periódico.

El oficio de corresponsal en Oriente Próximo constituye una profesión ligeramente obscena en tales circunstancias. Si los soldados que tenía delante decidían abandonar el campo de batalla, serían —muchos de ellos— fusilados por desertores, al menos sometidos a un consejo de guerra. Los civiles entre los cuales vivía y trabajaba estaban obligados a padecer los bombardeos, a ver diezmadas sus familias por el fuego de artillería y las incursiones aéreas. En tanto que ciudadanos de países parias, no había visados para ellos. Sin embargo, si yo quería irme, si me cansaba de los horrores que veía, podía hacer la maleta y volver a casa en clase *business*, con una copa de champaña en la mano, siempre suponiendo que —como a demasiados colegas— no me hubieran matado. Por eso siento vergüenza ajena cuando alguien suelta un rollo psicológico acerca del «trauma» que supone cubrir guerras, de la necesidad de conseguir «apoyo» de modo que nosotros, bien pagados escribas, seamos capaces de «integrar» lo que hemos visto. No hay apoyo que valga para las ingentes masas de pobres que quedan a la merced del gas de Iraq, los cohetes de Irán, la crueldad de las milicias de Serbia, la brutal invasión israelí del Líbano en 1982, la muerte digitalizada padecida por los iraquíes durante la invasión estadounidense de su país en el 2003.

No me gusta la definición «corresponsal de guerra». Es la historia, no el

periodismo, lo que ha condenado Oriente Próximo a la guerra. Me parece que «corresponsal de guerra» huele un poco a falso romanticismo; tiene demasiado tufillo a aquellos reporteros Victorianos que presenciaban las batallas desde alguna colina en compañía de damas, inmunes al sufrimiento, mirando sólo de vez en cuando hacia el lejano retumbar de los cañones. Sin embargo, la guerra es, paradójicamente, una experiencia singular y muy intensa para un periodista, la oportunidad de vivir la única emoción vicaria que aún es gratis. Si se ha visto en las películas, ¿por qué no vivir la experiencia de verdad? Me temo que algunos de mis colegas han muerto de este modo, yendo a la guerra creyendo que seguía siendo Hollywood, que los protagonistas no mueren, que uno no morirá como los otros, que todos serán Huntley Haverstock con una exclusiva y la mejor chica. El caso es que sí te pueden matar. En sólo un año en Bosnia, murieron treinta colegas míos. Hay un pequeño Somme al acecho de todos los periodistas inocentes.

Cuando empecé a escribir este libro, pretendía que fuera una crónica periodística de las últimas tres décadas de Oriente Próximo. Así escribí mi libro anterior, *Pity the Nation*, un relato en primera persona de la guerra civil del Líbano y las dos invasiones israelíes<sup>[1]</sup>. Sin embargo, a medida que repasaba las estanterías de papeles de mi biblioteca, más de 350 000 documentos, cuadernos de notas y archivos, algunos escritos con mi propia mano bajo las balas, otros estampados en papel telegráfico por agotados operadores árabes, muchos tecleados en las tableteantes máquinas de télex que utilizábamos antes de que se inventara Internet, me di cuenta de que el resultado iba a superar la mera cronología de los reportajes de un testigo presencial.

Mi padre, el viejo soldado de 1918, leyó mi relato de la guerra del Líbano, pero no viviría para ver este libro. No obstante, siempre miraba al pasado para comprender el presente. Ojalá el mundo no hubiera entrado en guerra en 1914; ojalá no hubiéramos sido tan egoístas al concluir la paz. Nosotros los vencedores prometimos independencia a los árabes y apoyo a una patria judía en Palestina. Se supone que las promesas hay que cumplirlas. Y esas promesas —los judíos pensaron naturalmente que su patria sería toda Palestina— se incumplieron, y los millones de árabes y judíos de Oriente Próximo están condenados hoy a vivir con los resultados.

En Oriente Próximo, parece a veces como si los acontecimientos históricos no tuvieran un límite final, una encrucijada, un momento en el que poder decir: «Se acabó. Basta. A partir de aquí nos liberaremos». Me parece que entiendo esta deformación en el tiempo. Mi padre nació en el siglo antepasado. Yo nací en la primera mitad del siglo pasado. Aquí estoy, me digo en 1980, viendo al ejército soviético invadir Afganistán, en 1982 agazapándome en el frente iraní frente a las legiones de Sadam, en el 2003 observando a los primeros soldados estadounidenses de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería cruzar el gran puente sobre el Tigris. Y, sin embargo, la batalla del Somme se inició exactamente treinta años antes de que yo naciera. Bill Fisk estaba en las trincheras de Francia tres años después del genocidio armenio, pero

sólo veintiocho años antes de mi nacimiento. Yo nacería menos de seis años después de la batalla de Inglaterra, justo al año del suicidio de Hitler. Vi los aviones regresar a Gran Bretaña desde Corea y recuerdo a mi madre decirme en 1956 que tenía suerte, que de ser mayor habría sido un recluta británico invadiendo Suez.

Si personalmente siento esto es porque he presenciado acontecimientos que, con los años, sólo pueden definirse como la arrogancia del poder. Los iraníes solían llamar a los Estados Unidos el «centro de la arrogancia mundial», y yo me reía de esa expresión, pero ahora he empezado a comprender su significado. Tras la victoria aliada de 1918, al final de la guerra de mi padre, los vencedores dividieron las tierras de sus antiguos enemigos. En el espacio de sólo diecisiete meses, crearon las fronteras de Irlanda del Norte, Yugoslavia y la mayor parte de Oriente Próximo. Y he pasado toda mi carrera profesional —en Belfast y Sarajevo, en Beirut y Bagdad— viendo arder los pueblos en el interior de esas fronteras. Los Estados Unidos invadieron Iraq no por las míticas armas de destrucción masiva de Sadam Husein —destruidas desde hacía tiempo—, sino para modificar el mapa de Oriente Próximo, en gran medida como había hecho la generación de mi padre más de ochenta años antes. Al mismo tiempo, la guerra de Bill Fisk contribuyó a producir el primer genocidio del siglo —el de un millón y medio de armenios— y estableció las bases para el segundo, el de los judíos de Europa.

Este libro trata también de torturas y ejecuciones. Quizá nuestro trabajo como periodistas abra ocasionalmente la puerta de una celda. Quizá salvemos a veces un alma ante la nariz del verdugo. Sin embargo, a lo largo de los años se ha producido una creciente avalancha de cartas —dirigidas tanto a mí como al director de *The Independent*— en las que los lectores, más reflexivos y desesperanzados que nunca, preguntaban cómo podían lograr que se oyera su voz cuando los gobiernos democráticos ya no parecían inclinados a representar a quienes los elegían. ¿Cómo podían impedir, preguntaban esos lectores, que un mundo cruel envenenara la vida de sus hijos? «¿Cómo puedo ayudarlos?», preguntaba una británica que vivía en Alemania después de que *The Independent* publicara un largo artículo mío sobre las musulmanas violadas de Gacko en Bosnia, unas mujeres que no habían recibido ninguna ayuda médica internacional, ninguna ayuda psicológica, ningún gesto compasivo dos años después de su violación.

Supongo que, en última instancia, los periodistas intentamos —o deberíamos intentar— ser los primeros testigos imparciales de la historia. Si hay alguna razón de nuestra existencia, como mínimo debería ser nuestra capacidad para informar sobre la historia a medida que va ocurriendo de manera que nadie pueda decir: «No lo sabíamos, nadie nos dijo nada». Debatí esta cuestión hace más de dos años con Amira Hass, la brillante periodista israelí del periódico *Ha'aretz*, cuyos artículos sobre los territorios palestinos ocupados han eclipsado todo lo escrito por reporteros no israelíes. Yo insistía en que nuestra vocación era escribir las primeras páginas de la historia, pero ella me interrumpió: «No, Robert, te equivocas. Nuestro trabajo es

controlar los centros de poder». Y creo que, en realidad, ésa es la mejor definición que he oído del periodismo; desafiar la autoridad —toda autoridad—, sobre todo cuando los gobiernos y los políticos nos llevan a la guerra, cuando han decidido que ellos matarán y otros morirán.

Ahora bien, ¿cómo realizar esa tarea? Este libro no proporcionará una respuesta. Mi vida como periodista ha sido una gran aventura. Lo sigue siendo. No obstante, al repasar estas páginas tras meses de escritura, encuentro que están llenas de relatos de dolor, injusticia y horror, de pecados de los padres. También tratan del genocidio. Yo solía sostener, en vano seguramente, que todo reportero debe llevar un libro de historia en un bolsillo. En 1992, estuve en Sarajevo y me encontré, mientras los obuses serbios silbaban sobre mi cabeza, sobre la misma losa del suelo desde la que Gavrilo Princip realizó el disparo fatal que envió a mi padre a las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Y, por supuesto, seguían sonando disparos en Sarajevo en 1992. Parecía como si la historia fuera una gigantesca cámara de eco. Ése fue el año en que murió mi padre. Ésta es, por lo tanto, la historia de su generación. Y de la mía.

Beirut, junio del 2005

## CAPÍTULO 1

### «UNO DE NUESTROS HERMANOS HA TENIDO UN SUEÑO...»

Mezclan el amor por la patria con frialdad e indiferencia por la vida, la suya o la de los demás. Son astutos, sin escrúpulos y poderosos.

Stephen Fisher en *Enviado especial*  
de ALFRED HITCHCOCK (1940)

Sabía que sería de ese modo. El 19 de marzo de 1997, frente al hotel Spinghar de Jalalabad con sus cuidados céspedes y sus rosales rosados, un afgano que sostenía un fusil Kaláshnikov me invitó a subir a un coche para salir de la ciudad. La carretera de Kabul esa tarde ya no era una carretera sino un cúmulo de rocas y barrancos sobre las rugientes aguas de un gran río. Una enorme cadena montañosa se alzaba ante nosotros. El afgano me sonreía de vez en cuando, pero no hablaba. Sabía lo que se suponía que significaba esa sonrisa. Fíate de mí. Pero yo no me fiaba. Le devolvía un rictus de falsa amistad. A menos que viera a un hombre que yo conocía —un árabe y no un afgano—, estaría atento a la carretera buscando trampas, puestos de control, hombres armados sin ningún motivo aparente para estar ahí. Incluso dentro del coche oía el río bramando por las cañadas, por encima de unas piedras grises, saltando precipicios. Fíate de Mí manejaba el coche con cuidado entre las peñas, y yo admiré el modo en que su descalzo pie izquierdo presionaba y soltaba el embrague del vehículo como habría espoleado un jinete con suavidad a su caballo para que trepara un risco.

Un benévolo polvo blanco cubría el parabrisas; cuando los limpiaparabrisas lo limpiaron, la desolación adoptó una uniformidad parda dura e implacable. Un aspecto así debió de tener la pista, pensé, cuando el general de división William Elphinstone condujo a su ejército británico al desastre casi ciento cincuenta años atrás. Los afganos habían aniquilado a uno de los mayores ejércitos del imperio británico en ese mismo tramo de carretera, y por encima de mí había poblados donde los ancianos aún recordaban las historias de bisabuelos que habían visto morir ingleses a miles. Las piedras de Gandamak, afirman, se volvieron negras por la sangre de los muertos ingleses. El año 1842 marcó una de las mayores derrotas de las fuerzas armadas británicas. No es de extrañar que prefiriéramos olvidar la primera guerra afgana. Pero los afganos no olvidan. «*Farangiano*», gritó el conductor y me señaló el fondo del desfiladero al tiempo que me sonreía. «Extranjeros». «*Angrezi*». «Ingleses». «*Jang*». «Guerra». Sí, lo entendí. «*Irlanda* —contesté en árabe—. *Ana min Irlanda*». Soy de Irlanda. No sé si me entendió, pero era mentira. En efecto, me había educado en

Irlanda, pero en el bolsillo llevaba un pequeño pasaporte británico en el que el secretario de Estado de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth del Reino Unido requería, en nombre de Su Majestad la Reina, que se me permitiera «circular libremente sin impedimento ni obstáculo» en ese peligroso viaje. Un talibán adolescente había estudiado mi pasaporte en el aeropuerto de Jalalabad dos días antes, un niño soldado de unos catorce años que sostuvo el pasaporte al revés, lo examinó, chascó la lengua y sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

Había oscurecido y nosotros seguíamos subiendo, adelantando camiones y filas de camellos, unos animales que volvían la cabeza hacia nuestras luces en la penumbra. Pasábamos a su lado a toda velocidad, y yo veía la condensación de su aliento flotando sobre la carretera. Sus grandes patas elegían con sumo cuidado las piedras que pisaban, y sus ojos, iluminados por los faros, parecían ojos de muñecas. Unas dos horas más tarde, nos detuvimos en una ladera pedregosa y, al cabo de unos minutos, una ranchera bajó dando tumbos por las agrestes pizarras de la ladera.

Un árabe con ropas afganas se acercó al coche. Lo reconocí enseguida de nuestro último encuentro en un poblado en ruinas. «Lo siento, señor Robert, pero tengo que hacerle el primer registro», dijo, inspeccionando el estuche de la cámara y los periódicos. Y así nos pusimos en marcha por la pista que Osama bin Laden había construido durante su *yihad* contra el ejército soviético a principios de la década de 1980, una resbaladiza y espeluznante odisea de dos horas por espantosas quebradas bajo la lluvia y la aguanieve, con el parabrisas que no dejaba de empañarse mientras ascendíamos por la fría montaña. «Es fácil, cuando crees en la *yihad*», dijo luchando con el volante mientras las ruedas despedían piedras que rodaban por el precipicio en dirección a las nubes situadas más abajo. De vez en cuando, unas luces nos parpadeaban desde lejos en la oscuridad. «Nuestros hermanos nos indican que nos ven», dijo.

Al cabo de una hora, dos árabes armados —uno, con la cara cubierta con una *kufia*, mirándonos detenidamente a través de unas gafas y sosteniendo un lanzacohetes antitanque sobre el hombro derecho— aparecieron gritando de detrás de dos rocas. «¡Alto! ¡Alto!» El frenazo casi me estampó contra el parabrisas. «Lo siento, lo siento», dijo el hombre de gafas, dejando el lanzacohetes. Sacó del bolsillo de su chaqueta militar de camuflaje un detector de metales, cuya luz roja parpadeó sobre mi cuerpo mientras me sometía a una nueva inspección. El camino empeoró cuando continuamos, el jeep derrapaba atraído por los despeñaderos, y los faros jugaban en las laderas del otro lado. «El Toyota es bueno para la *yihad*», dijo mi conductor. No podía estar más de acuerdo, aunque pensé que seguramente la compañía renunciaría a ese lema publicitario.

Había salido ya la luna, y veía nubes debajo de nosotros en las quebradas y también por encima, enroscadas en torno a las cumbres, mientras nuestros faros relucían en cascadas congeladas y charcos cubiertos de hielo. Osama bin Laden sabía cómo construir sus carreteras para tiempos de guerra; muchos camiones de

municiones y tanques habían subido hasta aquí arriba durante la titánica lucha contra el ejército soviético. En ese momento, el hombre que dirigió a esos guerrilleros —el primer combatiente árabe en la batalla contra Moscú— había vuelto a las montañas que conocía. Me encontré con más controles árabes, más voces perentorias de alto. Un hombre muy alto vestido con uniforme de combate y con gafas de sol me cacheó meticulosamente hombros, cuerpo y piernas, y me miró a la cara. «*Salaam aleikum*», le dije. La paz sea contigo. Todos los árabes que había conocido siempre me habían contestado *Aleikum salaam* a ese saludo. Ese no lo hizo. Había algo frío en él. Osama bin Laden me había invitado a reunirme con él en Afganistán, pero ése era un guerrero sin la mínima cortesía. Era una máquina, verificando otra máquina.

No siempre había sido así. En realidad, la primera vez que vi a Osama bin Laden, no pudo ser todo más fácil. Allá por diciembre de 1993, me encontraba cubriendo una cumbre islámica en Jartum, la capital de Sudán, cuando un periodista amigo mío, Jamal Kashoggi, se me acercó en el vestíbulo del hotel. Kashoggi, un hombre alto y algo corpulento con una larga túnica *dishdash* blanca, me llevó por el hombro hasta el exterior del hotel. «Hay alguien que me parece que deberías conocer», dijo. Kashoggi es un creyente sincero —pobre de quien considere sus gafas redondas y su pícaro sentido del humor como señal de relajamiento espiritual— y enseguida adiviné a quién se refería. Kashoggi había visitado a Bin Laden en Afganistán durante su guerra contra el ejército soviético. «Nunca se ha reunido antes con un periodista occidental —anunció—. Será interesante». Kashoggi se permitía un poco de psicología aplicada. Quería saber cómo respondería Bin Laden ante un infiel. Y yo también.

La historia de Bin Laden era tan instructiva como excepcional. Cuando el ejército soviético invadió Afganistán en 1979, la familia real saudí —alentada por la CIA— quiso proporcionar a los afganos una legión árabe, acaudillada preferentemente por un príncipe saudí, que dirigiría una fuerza guerrillera contra los rusos. No sólo desmentiría la extendida y muy acertada creencia de que los gobernantes saudíes eran decadentes y corruptos, sino que restablecería la honorable tradición del guerrero árabe del Golfo, que arriesgaba la propia vida en defensa de la *umma*, la comunidad del islam. Como era de esperar, los príncipes saudíes declinaron tan noble misión. Bin Laden, furioso ante su cobardía y ante la humillación de los musulmanes afganos a manos de los soviéticos, ocupó su lugar y, con dinero y maquinaria de su compañía constructora, inició su *yihad* personal.

Empresario multimillonario y saudí, aunque de origen yemení y más humilde, en los años siguientes sería idolatrado por saudíes y millones de árabes de otros países, objeto de leyenda entre la juventud árabe desde el Golfo hasta el Mediterráneo. Desde el idolatrado Lawrence de Arabia, ningún aventurero había sido representado en un papel tan heroico e influyente. Egipcios, saudíes, yemeníes, kuwaitíes,

argelinos, sirios y palestinos acudieron a la ciudad fronteriza paquistaní de Peshawar para luchar junto a Bin Laden. Sin embargo, cuando los guerrilleros muyahidines afganos y la legión árabe de Bin Laden expulsaron a los soviéticos de Afganistán, los afganos se enzarzaron como lobos entre ellos con encono tribal. Asqueado ante semejante perversión del islam —la disensión en el seno de la *umma* condujo a la división entre musulmanes suníes y chiíes— Bin Laden regresó a Arabia Saudí.

Ahora bien, su viaje por la amargura espiritual no había concluido. Cuando Sadam Husein invadió Kuwait en 1990, volvió a ofrecer sus servicios a la familia real saudí. No necesitaban recurrir a los Estados Unidos para proteger los dos lugares más sagrados del islam, sostuvo. Sólo los musulmanes debían defender La Meca y Medina, las ciudades en las que el profeta Mahoma había recibido y recitado el mensaje de Dios. Bin Laden dirigiría a sus «afganos», sus muyahidines árabes, contra el ejército iraquí invasor de Kuwait y los expulsaría del emirato. El rey Fahd de Arabia Saudí prefirió depositar su confianza en los estadounidenses. De modo que, cuando la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada de los Estados Unidos llegó a la ciudad nororiental saudí de Dhahran y se desplegó en el desierto a 600 kilómetros de la ciudad de Medina —localidad donde se refugió el Profeta y de la primera sociedad islámica—, Bin Laden abandonó la corrupción de la Casa de Saud para ofrecer su generosidad a otra «república islámica», Sudán.

Nuestro viaje al norte de Jartum recorrió un paisaje de desierto blanco y antiguas pirámides inexploradas, oscuras y achaparradas tumbas faraónicas más pequeñas que la de Keops, Kefrén y Micerino en Giza. Aunque estábamos en diciembre, una brisa fuerte y tórrida cruzaba el desierto, y cuando, Kashoggi, cansado del aire acondicionado, abrió su ventana, una ráfaga le deshizo su tocado árabe. «A la gente de aquí les gusta Bin Laden —dijo, igual que se hace un comentario aprobador de un invitado a cenar—. Ha traído su negocio y su compañía constructora y al gobierno le gusta. Ayuda a los pobres». Todo eso lo entendía. El profeta Mahoma, huérfano a una edad temprana, había estado obsesionado con los pobres en la Arabia del siglo VI, y la generosidad con quienes vivían en la pobreza era una de las características más atractivas del islam. La evolución de Bin Laden desde guerrero «santo» hasta benefactor público le permitiría caminar en la senda del Profeta. Acababa de completar la construcción de una nueva carretera desde la autopista Jartum-Port Sudán hasta el minúsculo pueblo del desierto de Almatig en el norte de Sudán, utilizando las mismas excavadoras que había empleado para construir las pistas de la guerrilla en Afganistán; muchos de sus obreros eran los mismos luchadores que habían sido sus camaradas en la batalla contra la Unión Soviética. El Departamento de Estado estadounidense adoptó, como era de prever, un punto de vista menos caritativo acerca de la beneficencia de Bin Laden. Acusó a Sudán de «patrocinar el terrorismo internacional» y al propio Bin Laden de gestionar «campos de entrenamiento de terroristas» en el desierto sudanés.

Sin embargo, cuando Kashoggi y yo llegamos a Almatig, encontramos a Osama

bin Laden con una túnica de orla dorada, sentado bajo la marquesina de una tienda ante una multitud de aldeanos admirativos y custodiado por los leales muyahidines árabes que habían luchado con él en Afganistán. Esas figuras barbadas y silenciosas —desarmadas, pero nunca a más de unos pocos metros del hombre que los había reclutado y luego enviado a destruir el ejército soviético— contemplaban sin sonreír mientras los aldeanos hacían cola para mostrar su agradecimiento al empresario saudí que estaba a punto de completar la carretera que los uniría con Jartum por primera vez en la historia.

Mi primera impresión fue que se trataba de un hombre tímido. Con sus pómulos subidos, ojos finos y la larga túnica marrón, apartaba la mirada cuando los jefes del poblado se dirigían a él. Parecía incómodo ante las muestras de gratitud, incapaz de responder con una sonrisa plena cuando unas niñas ataviadas con pequeños chadores bailaron ante él y los predicadores admiraron su sabiduría. «Hemos esperado esta carretera en todas las revoluciones de Sudán —anunció un jeque con barba—. Esperamos hasta que perdimos la esperanza en todos... y entonces llegó Osama bin Laden». Observé que Bin Laden, con la cabeza inclinada, escudriñaba al anciano, reconociendo su edad, pero a disgusto por estar cómodamente sentado ante él, comportándose como un joven distendido ante sus mayores. Se sintió menos a gusto aún al ver a unos pocos pasos a un occidental y, de vez en cuando, volvía la cabeza hacia mí, no con malevolencia pero sí con desconfiada seriedad.

Kashoggi lo abrazó. Bin Laden lo besó en ambas mejillas, el saludo de un musulmán a otro, ambos reconociendo el peligro común que habían experimentado juntos en Afganistán. Jamal Kashoggi debía de haber venido con un extranjero por alguna razón. Eso era lo que estaba pensando Bin Laden. Porque mientras Kashoggi hablaba, Bin Laden me miraba por encima de su hombro, asintiendo de vez en cuando. «Robert, quiero presentarte al jeque Osama», casi gritó Kashoggi a través de las canciones infantiles. Bin Laden era un hombre alto y se dio cuenta de que eso era una ventaja al estrechar la mano de un periodista inglés. *Salaam aleikum*. Sus manos eran firmes, no fuertes, pero, sí, parecía un hombre de las montañas. Los ojos te buscaban la cara. Era delgado, tenía dedos largos y una sonrisa que —aunque nunca podría describirse como amable— no sugería vileza. Dijo que podíamos hablar en la parte de atrás de la tienda, para evitar el griterío de los niños.

Mirando hacia atrás ahora, sabiendo lo que sabemos, comprendiendo la monstruosa figura bestial en que se convertiría en la imaginación colectiva del mundo, busco alguna clave, la menor prueba, de que ese hombre iba a inspirar una acción que cambiaría el mundo para siempre; o, más exactamente, permitir a un presidente estadounidense convencer a su pueblo de que el mundo había cambiado para siempre. Por supuesto, su rechazo formal del «terrorismo» no proporcionaba pista alguna. La prensa egipcia afirmaba que Bin Laden se había llevado consigo a Sudán a centenares de luchadores árabes, mientras que el ambiente de las embajadas occidentales de Jartum sugería que algunos «afganos» árabes llevados hasta Sudán

por ese empresario saudí se dedicaban a entrenarse de cara a nuevas *yihads* en Argelia, Túnez y Egipto. Bin Laden estaba al corriente de eso. «Basura de los medios de comunicación y las embajadas —dijo al respecto—. Soy ingeniero de la construcción y también ingeniero agrónomo. Si tuviera campos de entrenamiento aquí en Sudán, seguramente no podría hacer este trabajo».

El «trabajo» era, sin duda alguna, ambicioso: no sólo la conexión con Almatig, sino una autopista completamente nueva que iba desde Jartum hasta Port Sudán, una distancia de 1200 kilómetros de la vieja carretera reducida a 800 kilómetros gracias a la nueva ruta de Bin Laden, que convertía ese trayecto en una simple jornada de viaje. En un país despreciado por Arabia Saudí debido a su apoyo a Sadam Husein tras la invasión de Kuwait en 1990 casi tanto como por los Estados Unidos, Bin Laden había dirigido los pertrechos de la guerra hacia la construcción de un Estado paria. Pregunté por qué no había hecho lo mismo en el desolado paisaje de Afganistán, pero se negó al principio a hablar de esa guerra, sentado en la parte de atrás de la tienda y limpiándose los dientes con un palillo de *miswak*. Sin embargo, sí que acabó hablando de una guerra que ayudó a ganar para los afganos, a quienes los estadounidenses, los saudíes —y los paquistaníes— apoyaron en contra de los soviéticos. Tenía ganas de hablar. Creyó que lo iba a interrogar sobre «terrorismo» y se dio cuenta de que las preguntas eran sobre Afganistán y de que —a pesar de toda la reserva y el recelo que sentía hacia un extranjero— deseaba explicar cómo la experiencia en ese país había forjado su vida.

«Lo que viví en dos años allí —dijo— no habría podido vivirlo en cien años en otra parte. Cuando empezó la invasión de Afganistán, me dio rabia y acudí enseguida; llegué a los pocos días, antes de finales de 1979 y no dejé de volver en los siguientes nueve años. Estaba indignado por una injusticia cometida contra el pueblo de Afganistán. Eso hizo que me diera cuenta de que quienes se hacen con el poder en el mundo lo utilizan bajo diferentes nombres para subvertir a otros e imponerles sus opiniones. Sí, luché ahí, pero mis correligionarios musulmanes hicieron mucho más que yo. Muchos de ellos murieron, y yo aún estoy vivo». La invasión soviética suele fecharse en enero de 1980, pero las primeras fuerzas especiales entraron en Kabul antes de la Navidad de 1979, cuando mataron —ellos o sus satélites afganos— al presidente comunista Hafizulá Amin y colocaron a Babrak Karmal como hombre títere en Kabul. Osama bin Laden se había movido deprisa.

Con su ingeniero iraquí Mohamed Saad, que en ese momento construía la autopista a Port Sudán, Bin Laden excavó en los montes Zazai de la provincia de Paktia grandes túneles para ser utilizados como hospitales de la guerrilla y depósitos de armas, luego trazó una pista para los muyahidines a lo largo de Afganistán que llegaba a 25 kilómetros de Kabul, una notable hazaña de ingeniería que los soviéticos nunca pudieron destruir. ¿Y qué lecciones había extraído Bin Laden de la guerra contra los rusos? Había sido herido cinco veces y 500 de sus luchadores árabes murieron en combate contra los soviéticos —sus tumbas se encuentran en el lado

afgano de la frontera, en Torjam—; y ni siquiera Bin Laden era inmortal, ¿no?

«Nunca tuve miedo de la muerte —contestó—. Como musulmanes creemos que cuando muramos iremos al cielo». Había dejado de irritarse los dientes con el palito de *miswak* y hablaba pausada y fluidamente, inclinado hacia delante, con los codos sobre las rodillas. «Antes de una batalla, Dios nos envía *seqina*, serenidad. Una vez estuve sólo a treinta metros de los rusos, que intentaban capturarme. A mi lado caían las bombas, pero sentí tanta paz en mi corazón que me dormí. La experiencia de la *seqina* está descrita en nuestros libros más antiguos. Vi caer delante de mí una granada de mortero de 120 mm, pero no explotó. Un avión ruso lanzó otras cuatro bombas sobre nuestro cuartel general pero no explotaron. Derrotamos a la Unión Soviética. Los rusos huyeron... Mi temporada en Afganistán es la experiencia más importante de mi vida».

¿Y los muyahidines árabes que había llevado a Afganistán, los miembros de un ejército de guerrilleros que también fueron alentados y armados por los Estados Unidos para luchar contra los soviéticos y olvidados luego por sus mentores cuando finalizó la guerra? Bin Laden pareció preparado para la pregunta. «Personalmente ni yo ni ninguno de mis hermanos vio pruebas de una ayuda estadounidense —dijo—. Cuando mis muyahidines resultaron victoriosos y los rusos tuvieron que irse, empezaron las diferencias, de modo que volví a la construcción de carreteras en Taif y Abha. Me llevé el equipo que había utilizado para construir túneles y carreteras para los muyahidines en Afganistán. Sí, he ayudado a algunos camaradas para que vinieran aquí después de la guerra». ¿A cuántos? Osama bin Laden sacudió la cabeza. «No quiero decirlo, pero están aquí conmigo ahora, trabajan aquí, construyendo esta carretera hasta Port Sudán».

Un mes antes, había estado informando sobre la guerra de Bosnia y le dije a Bin Laden que los luchadores musulmanes bosnios de la ciudad de Travnik me habían mencionado su nombre. Eso despertó su interés. Todas las veces que vi a Bin Laden, le fascinó oír lo que decían de él no sus enemigos, sino los ulemas y los militantes musulmanes. «Siento lo mismo respecto a Bosnia —dijo—, pero la situación allí no ofrece las mismas oportunidades que Afganistán. Un pequeño número de muyahidines han ido a luchar a Bosnia-Herzegovina pero los croatas no permiten que pasen los muyahidines a través de Croacia como hicieron los paquistaníes con Afganistán». ¿Y no era un poco decepcionante estar luchando por el islam y Dios en Afganistán y acabar construyendo carreteras en Sudán? Bin Laden se mostró más cuidadoso en el uso de sus palabras. «A ellos les gusta este trabajo y a mí también. Estamos acabando un gran proyecto para estas personas; ayuda a los musulmanes y mejora su vida».

En ese momento me di cuenta de que otros hombres, sudaneses que a todas luces no pertenecían al grupo de antiguos camaradas de Bin Laden, se habían congregado para escuchar nuestra conversación. Bin Laden, claro está, había sido consciente de su presencia mucho antes que yo. ¿Qué pensaba de la guerra en Argelia?, pregunté.

Sin embargo, un hombre con un traje verde que se hacía llamar Mohamed Musa —dijo ser nigeriano, aunque era un agente de seguridad del gobierno sudanés— me tocó el brazo. «Ya ha hecho suficientes preguntas», anunció. Bueno, ¿y una foto? Bin Laden dudó —algo raro en él— y noté que la prudencia luchaba con la vanidad. Al final, se colocó ante la nueva carretera con su túnica de orla dorada y sonrió con languidez a la cámara mientras tomaba dos fotografías, luego levantó la mano izquierda como un presidente diciendo a la prensa que se ha acabado el tiempo. Y a continuación partió a inspeccionar su nueva carretera.

Ahora bien, ¿cuál era la naturaleza de la última «república islámica» que lo había cautivado? Bin Laden mantenía una casa en Jartum —había tenido un pequeño apartamento en la ciudad saudí de Yedda hasta que los saudíes lo habían privado de su nacionalidad— y vivía en Sudán con sus cuatro esposas, una de las cuales era una simple adolescente. Su compañía Bin Laden —que no había que confundir con la más importante empresa constructora dirigida por sus primos— era pagada en divisas sudanesas, utilizadas luego para comprar sésamo, trigo y semillas de girasol para la exportación. Los beneficios no parecían ser la prioridad de Bin Laden. ¿Lo era Sudán?

Sin duda alardeaba de otro potencial «monstruo» islámico a ojos de Occidente. Hassan Abdulá Turabi, el enemigo de la «tiranía» occidental, un «demonio» según los periódicos egipcios, era supuestamente el ayatolá de Jartum, el intelectual que dirigía el Frente Nacional Islámico que proporcionaba el sistema nervioso para el gobierno militar del general Omar Bashir. En realidad, en el palacio de Bashir estaba la escalinata en la que el general Charles Gordon había sido asesinado en 1885 por los seguidores de Mohamed Ahmed ibn Abdulá, el Mahdi, quien como Bin Laden exigía un retorno a la «pureza» islámica. Sin embargo, cuando fui a hablar con Turabi en su viejo despacho inglés, lo encontré sentado como un pájaro sobre una silla, encaramado en parte sobre su pierna izquierda, que tenía doblada bajo el cuerpo, la túnica blanca adornada con un pequeño pañuelo estampado, las manos agitándose ante una barba negra salpicada ya de canas. Era el organizador de la Conferencia Popular Árabe e Islámica sobre la que yo acudía a informar, y en el gran centro de congresos de Jartum encontré reunidas todas las posibilidades mutuamente hostiles de islamistas, cristianos, nacionalistas e integristas, ligados por la llamada a la moderación de Turabi. Chiíes, suníes, árabes, no árabes, el movimiento Al Fatah de Yasir Arafat y todos sus enemigos árabes —Hamás, Hezbolá, el Frente Democrático para la Liberación de Palestina, el Frente Islámico de Salvación argelino, el FIS, como se denominan con sus siglas francesas—, no faltaba nadie, y también estaban los representantes del Partido Popular de Pakistán, el partido Nahda de Túnez, afganos de todas las tendencias y un enviado de Mohamed Aidid de Somalia, «demasiado ocupado para venir» —como dijo discretamente un organizador de la conferencia— porque estaba perseguido por los militares estadounidenses en Mogadiscio.

Representaban todas las contradicciones del mundo árabe en una ciudad cuya arquitectura colonial británica —de villas con arcos y tejados bajos entre buganvillas, de gastadas y calurosas oficinas gubernamentales y desastradas comisarías— coexistía con consignas revolucionarias igualmente anticuadas. Las aguas de los Nilos Azul y Blanco se juntaban en ese lugar, parada permanente entre el mundo árabe y el África tropical; y el paso de Sudán por trece años de gobierno nacionalista —el mahdismo—, sesenta años de gobierno dominado por los británicos desde El Cairo y casi cuarenta años de díscola independencia han dado al país una identidad debilitada, agotada y no resuelta. ¿Era un país islámico —tras la independencia, el partido de la *umma* estuvo encabezado por el hijo y los nietos del Mahdi— o quisieron los regímenes militares que tomaron el poder tras 1969 que Sudán fuera socialista para siempre?

Turabi intentaba actuar como intermediario de Arafat, que acababa de firmar el acuerdo de Oslo con Israel, y sus oponentes del mundo árabe —categoría que incluía a casi todo el mundo— y quizá hacía un intento poco sutil de sacar a Sudán de la lista de «terrorismo de Estado» de Washington convenciendo a Hamás y la Yihad Islámica de que apoyaran a Arafat. «Conozco personalmente muy bien a Arafat —insistió Turabi—. Es un gran amigo mío. Al principio fue islamista, ¿sabe?, pero luego se deslizó poco a poco hacia el “club” árabe... Habló conmigo antes de firmar [el acuerdo con Israel]. Vino a Sudán. Y ahora yo explico su caso a los demás, no como algo que está bien, sino como una necesidad. ¿Qué podía hacer Arafat? Se ha quedado sin dinero. El ejército no avanza. Están los refugiados, los 10 000 presos en las cárceles israelíes. Incluso un municipio es mejor que nada».

Sin embargo, si «Palestina» iba a ser un municipio, ¿cómo quedaban entonces los árabes? Necesitados, sin duda, de un dirigente que no hablara ese lenguaje de rendición; necesitados de un dirigente guerrero, alguien que hubiera demostrado ser capaz de derrotar a una superpotencia. ¿No era eso lo que el Mahdi había creído ser? ¿No preguntó el Mahdi a sus luchadores la víspera del ataque sobre Jartum si querían avanzar contra el general Gordon aun cuando dos tercios de ellos perecieran? Ahora bien, como casi todos los demás Estados árabes, Sudán se recreó a sí mismo en un espejo en provecho de sus propios dirigentes. Jartum era la «capital de las virtudes», o eso afirmaban grandes carteles por las calles en ese mes de diciembre. A veces la palabra *virtudes* era sustituida por la palabra *valores*, que no era del todo lo mismo.

Claro que, en Sudán, nada era lo que parecía. La estación central, ardiendo bajo el sol del mediodía, no sugería una naciente república islámica. Ni los pelotones de soldados vestidos de verde selva que dormitaban a la sombra de un destartado edificio ferroviario mientras en un andén de carga dos grandes piezas de artillería esperaban ser cargadas en un tren casi destrozado rumbo a la guerra civil del sur. Gran Bretaña favoreció durante mucho tiempo el desarrollo separado del sur cristiano, del que fueron excluidas en gran medida la lengua árabe y la religión musulmana; fue así hasta la independencia, cuando Londres decidió de pronto que la

integridad territorial de Sudán era más importante que ese desarrollo separado durante tanto tiempo alentado. La minoría del sur se rebeló, y su insurrección era en ese momento el rasgo definitorio y central de la vida sudanesa.

Las autoridades de Jartum tendrán que explicar un día la detallada lista de atrocidades de la guerra civil entregada a las Naciones Unidas en 1993 y que serían objeto de un informe de la organización al año siguiente. Los testigos presenciales hablan de violaciones, saqueos y asesinatos en la provincia meridional de Bahr el Gazal, así como del secuestro continuado de miles de niños del sur en las calles de la capital. Según los documentos, las atrocidades más recientes habían ocurrido el julio anterior, cuando el ejército sudanés envió un tren lleno de milicianos locales al territorio controlado por el Ejército Popular para la Liberación de Sudán. Bajo las órdenes de un oficial mencionado en los informes como capitán Ginat —comandante del campamento de la Fuerza de Defensa Popular de la ciudad de Muglad en el sur de Kordofán y miembro del consejo de gobierno sudanés de la ciudad meridional de Wo—, se envió a los milicianos para que destruyeran todos los poblados dinkas situados a quince kilómetros a ambos lados de la vía férrea, matando a los hombres, violando a las mujeres y robando miles de cabezas de ganado. Las pruebas recogidas de testigos que huyeron de los poblados sin sus familias incluían detalles de la matanza de los 300 asistentes a una fiesta de boda cristiana cerca del río Lol. Los documentos obtenidos por las Naciones Unidas también sostenían que soldados gubernamentales, junto con milicianos tribales leales, habían asesinado el mes de febrero anterior a gran cantidad de dinkas del sur en un campamento para desplazados en Meiran.

No se trataba, por lo tanto, de un país conocido por su justicia, sus derechos civiles o su libertad. Es cierto que se alentó a los delegados a la cumbre islámica para que hablaran con franqueza. Mustafá Ceric, el imán de Bosnia cuyo pueblo padecía un genocidio a manos de los vecinos serbios, fue elocuente en la condena de la intervención pacificadora de las Naciones Unidas en su país. Había hablado con él un año antes en Sarajevo y acusó entonces a Occidente de imponer un embargo de armas a las fuerzas bosnias «sólo porque son musulmanes» y su cinismo conservaba toda su integridad en Jartum. «Han enviado ustedes sus soldados ingleses, y se lo agradecemos —me dijo—. Pero ahora no querrán darnos armas para defendernos de los *chetniks* porque dirán que eso extendería la guerra y pondría en peligro a los soldados que han enviado para ayudarnos». Ceric era un hombre capaz de hacer sentir a otros la necesidad de humildad.

Así, incluso la cumbre de Sudán se había convertido en símbolo de la humillación de los musulmanes, los árabes y todos los islamistas revolucionarios, los nacionalistas y los generales que dominaban el Oriente Próximo «moderno». Los delegados de Hezbolá del Líbano me llevaron con ellos una noche para hablarme de la fragilidad del régimen. «Nos invitaron a cenar en un barco por el Nilo con Turabi —me contó uno de ellos—. Navegamos arriba y abajo por el río y vimos guardias del gobierno vigilándonos desde ambas orillas. De pronto sonaron disparos procedentes de una

boda. Oíamos la música de la fiesta. Pero Turabi se asustó tanto que se lanzó al suelo y estuvo varios minutos sin levantarse. Éste no es un lugar estable». Tampoco la fachada de libertad de expresión iba a alzar el manto de aislamiento arrojado por las Naciones Unidas y sus aliados sobre Sudán, ni a proteger a sus más destacados invitados.

Dos meses antes de mi entrevista con Bin Laden, unos pistoleros habían irrumpido en su casa de Jartum con el objetivo de matarlo. El gobierno sudanés sospechaba que los potenciales asesinos estaban pagados por la CIA. Resultaba evidente que ése no era un lugar para un Mahdi contemporáneo. Arabia Saudí lo despojó de su ciudadanía poco después ese mismo año. Los saudíes y luego los estadounidenses exigieron la extradición de Bin Laden. Sudán entregó mansamente a su otro conocido fugitivo, Ilich Ramírez Sánchez —Carlos el Chacal, quien había secuestrado a once ministros del Petróleo en una conferencia de la OPEP en Viena en 1975 y organizado un asalto a la embajada francesa de La Haya—, a los franceses. Sin embargo, Carlos era un revolucionario echado a perder, un alcohólico gordo lo bastante podrido para ser traicionado. Bin Laden pertenecía a otra categoría. Sus seguidores eran considerados responsables de los atentados de Riad en noviembre de 1995 y luego contra una base estadounidense en Al Jobar al año siguiente que en total mataron a veinticuatro estadounidenses y dos indios. A principios de 1996, se le permitió partir a un país de su elección, un país que se convertiría en el refugio donde tantas cosas había descubierto acerca de su fe.

Y fue así como en una calurosa tarde de finales de junio de 1996, sonó el teléfono de mi despacho en Beirut y recibí uno de los mensajes más extraordinarios de mi carrera como corresponsal extranjero. «Señor Robert, un amigo al que conocí en Sudán quiere verlo», dijo en inglés una voz con fuerte acento árabe. Primero pensé que se refería a Kashoggi, aunque había conocido a Jamal en 1990, mucho antes de ir a Jartum. «No, no, señor Robert. Hablo del hombre a quien entrevistó. ¿Me entiende?» Sí, entendía. ¿Y dónde podía reunirme con ese hombre? «En donde está ahora», fue la respuesta. Sabía que se rumoreaba que Bin Laden había regresado a Afganistán, pero no había ninguna confirmación de ello. ¿Y cómo llego hasta él?, pregunté. «Vaya a Jalalabad; ya se pondrán en contacto con usted». Apunté el número de teléfono de mi interlocutor. Estaba en Londres.

También allí estaba la única embajada afgana que podía proporcionarme un visado. No tenía prisa. Me parecía que *The Independent* no debía permitir que se dedicaran a convocarlo los Bin Laden de este mundo que deseaban ser entrevistados. Era un riesgo periodístico. Había miles de reporteros que deseaban entrevistar a Osama bin Laden. Sin embargo, pensé que tendría más respeto por un periodista que no acudiera servilmente a verlo nada más recibir la petición. Y tenía otra preocupación más apremiante. Aunque los servicios secretos de Oriente Próximo y

Pakistán habían actuado para la CIA ayudando a los muyahidines afganos contra los soviéticos, muchos de ellos estaban ya en guerra contra la organización de Bin Laden, a quien culpaban de las insurgencias islamistas de sus propios países. Egipto, Argelia, Túnez y Arabia Saudí sospechaban ya que la mano de Bin Laden se encontraba tras sus respectivas insurrecciones. ¿Y si la invitación era una trampa, un montaje, para que condujera sin querer a la policía egipcia —o a la infinitamente más corrupta ISI paquistaní, llamada en todas partes organización de Inteligencia de Interservicios— hasta Bin Laden? Peor aún desde mi punto de vista, ¿y si era un intento de engañar a un reportero que conocía a Bin Laden para matarlo y luego responsabilizar de su muerte a los islamistas? ¿Cuántos reporteros estarían dispuestos a entrevistar a Bin Laden entonces? De modo que llamé a mi contacto en Londres. ¿Se reuniría conmigo en mi hotel?

El recepcionista del Sheraton Belgravia me llamó a la habitación a media tarde. «Un caballero lo espera en el vestíbulo», dijo. El Belgravia es el Sheraton más pequeño del mundo, y, si bien los precios no se corresponden con esa pequeñez, su vestíbulo con paneles de madera y suelo de mármol era como siempre esa tarde terreno exclusivo de señoras mayores tomando el té, ejecutivos enchalecados con un pelo ligeramente plateado sobre el cuello de la camisa y elegantes mujeres jóvenes con medias negras. Sin embargo, cuando llegué al vestíbulo, vi a un hombre junto a la puerta. Intentaba pasar desapercibido, pero lucía una gran barba, una larga túnica árabe y sandalias de plástico en sus pies desnudos. ¿No sería ése el hombre de Bin Laden?

Lo era. Dirigía la sede londinense del Comité de Consejo y Reforma, un grupo de oposición saudí inspirado por Bin Laden que publicaba regularmente largos y aburridos panfletos contra la corrupción de la familia real saudí, y se sentó en el vestíbulo del Belgravia —ante el asombro de las señoras mayores— para explicar el inicuo comportamiento de la Casa de Saud y la honorable naturaleza de Osama bin Laden. No consideré que ese hombre fuera una personalidad violenta. En realidad, menos de dos años después me expresaría su disgusto —y su ruptura— con Bin Laden cuando este último declaró la guerra a «estadounidenses, cruzados y judíos». Sin embargo, en 1996, el héroe saudí de la guerra afgana no podía actuar mal. «Es un hombre sincero, señor Robert. Quiere hablar con usted. No hay nada que temer». Esa era la frase que quería oír; que la creyera era otro asunto. Le dije al hombre que me alojaría en el hotel Spinghar de Jalalabad.

El trayecto más práctico hasta Afganistán oriental era desde la India, pero el vuelo FG315 de Nueva Delhi a Jalalabad de Ariana, las líneas aéreas afganas, no era de los que llevan tienda a bordo. Las pasajeras iban envueltas en *burqas*, los miembros de la tripulación llevaban casi todos barba y el pequeño tetrabrik de jugo de lichí estaba manchado de barro. El jefe de los auxiliares de vuelo se acercó a mi asiento, se agachó en el pasillo a mi lado y —como si revelara un preciado secreto militar— me susurró al oído: «Volaremos a 31 000 pies». Ojalá hubiera sido así. Al

acercarnos a la vieja pista de aterrizaje militar soviética de Jalalabad, el piloto dio una vuelta de casi 180 grados que nos envió la sangre a los pies; tocó suelo en el primer centímetro de la estrecha pista, lo cual le permitió detener el reactor a medio metro del final del asfalto. Dados los oxidados radares soviéticos y el Antonov volcado junto a la pista de acercamiento, entendí que la terminal de llegada de Jalalabad careciera de los servicios de Heathrow o del JFK.

Al avanzar a través del calor con mis bolsas, descubrí que el acribillado edificio de la terminal estaba vacío. Ningún control de inmigración. Nada de aduanas. Ni un solo funcionario con sello de goma. Sólo seis jóvenes afganos con barba, cuatro de ellos con fusiles, que me miraron con una mezcla de cansancio y recelo. Ni todos los risueños *Salaam aleikums* del mundo habrían sido capaces de extraerles algo más que un farfulleo en pastún. Al fin y al cabo, ¿qué hacía esa criatura extraña y sin sombrero en Afganistán llevando un reluciente estuche de cámara fotográfica y un petate de lona, lleno de camisas y recortes de prensa? «¿Taxi?», les pregunté. Y apartaron los ojos de mí, hacia el gran avión azul y blanco que tan peligrosamente se había abalanzado sobre la ciudad, como si albergara el secreto de mi presencia.

Compartí el trayecto con un cooperante francés. Parecían estar en todas partes. Jalalabad era una polvorienta ciudad marrón de casas de adobe y madera, calles de tierra sin pavimentar y muros ocre con olor a carbón y estiércol de caballo. Había burros, caballos, *rickshaws* de estilo indio, bicicletas victorianas y de vez en cuando una tienda con listones de madera, Dodge City trasplantado al subcontinente indostánico. Jartum no tenía nada de eso. Un mes antes, dos jefes guerrilleros locales del ingeniero Gulbuddin Hekmatyar habían acudido a la barbería al mismo tiempo y habían matado al barbero y a un par de hombres más antes de ponerse de acuerdo sobre quién era el primero en hacerse el corte de pelo. Un tercio de todos los niños ingresados en los hospitales de Jalalabad sufrían heridas producidas en bodas por disparos festivos. La ciudad estaba a punto para la disciplina islámica.

Sin embargo, eso no arredraba a las agencias internacionales. Ahí estaban SAVE y el Programa Alimentario Mundial, el PNUD, Médicos sin Fronteras, MADERA, el Comité Internacional de la Cruz Roja, la Unidad de Campo de Emergencia, la clínica Sandy Gall para huérfanos, el Comité Sueco para Afganistán, el ACNUR y una organización agrónoma alemana; y éstas eran las primeras oficinas anunciadas en la carretera a Kabul. Siete años después de la salida de los últimos soldados soviéticos, cuatro años después del derrocamiento del gobierno comunista del presidente Mohamed Najibulá, los muyahidines afganos vencedores de la guerra se mataban entre sí en Kabul. ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Estaban ahí esas organizaciones para paliar nuestra culpa por haber abandonado al pueblo afgano una vez cumplió su objetivo de expulsar a los soviéticos de su tierra? Las Naciones Unidas poseían una fuerza de sólo dos soldados observando el caos de Afganistán, un sueco y un irlandés, ambos alojados en el viejo hotel Spinghar.

El Spinghar es una reliquia de la ruta hippy de Afganistán, un hotel de techos

altos de la década de 1950 con muchos rosales y altas palmeras que, incluso en invierno, se mecen en la calidez de los vientos que suben por el valle del Indo. Sin embargo, en el suplicio del calor veraniego de 1996 —estamos a mediados de julio—, un rugiente aire acondicionado me somete a un dilema insoluble: lo pongo en marcha para refrescar mi habitación doble, pero el motor parece un tigre y vibra tan fuerte que es imposible dormir. Así que lo desconecto. Cuando me pongo a leer el único libro que tengo junto a la cama —*Plain Tales from the Raj*—, el sudor se desliza por mis brazos y me pega los dedos a las páginas.

Luego un crujido, un tenue sonido áspero, resuena en el silencioso aire acondicionado. Me incorporo y, a metro y medio de mi cara, veo la cabeza de dragón de un enorme lagarto que me mira a través de las frescas rejillas del aparato. Levanto una mano y la cabeza desaparece por un momento. A continuación reaparece, una cara de brontosaurio en miniatura seguida ya por un largo y gomoso cuerpo gris verdoso bajo la pálida luz del atardecer y unas grandes patas adherentes que se aferran a las rejillas de plástico del aire acondicionado. Como en una vieja película muda, se mueve a sacudidas. De pronto veo la cabeza. Luego tras un cierre del obturador, medio cuerpo de esa gomosidad de respiración pesada está fuera del aparato. Un instante después, toda la criatura de palmo y medio cuelga de la cortina sobre la cama, balanceándose en la tela, ajena e imperturbable, mirándome por encima de su lomo fortificado. ¿Qué hace aquí?, me pregunto. A continuación se escabulle entre las colgaduras.

Y, por supuesto, pongo en marcha el aire acondicionado e inundo la habitación con una ráfaga de un aire frío que congela las orejas. Y me hago un ovillo en la cama y vigilo los movimientos en la parte de arriba de la cortina. Ese animal me da miedo, y yo le doy miedo a él. Sólo al cabo de media hora me doy cuenta de que los relucientes tornillos de la vara de la cortina son sus brillantes ojos. Con embelesada atención, nos contemplamos mutuamente. ¿Hay otros mirándome? Me despierto al día siguiente, agotado, bañado en sudor. El muchacho de la recepción, vestido con camisa larga y la tradicional gorra *pakul* me dice que nadie ha preguntado por mí. Bin Laden tiene amigos en Jalalabad, los caudillos tribales lo conocen, lo protegen e incluso el hombre que conocí en Londres dijo que debía hacer saber al «ingeniero Mahmud» que había llegado a Afganistán para ver al «jeque Osama».

El ingeniero Mahmud resulta que trabaja para la Unidad de Desarrollo y Control Antidrogas en una calleja de Jalalabad. Tenía que haber supuesto que el purista Bin Laden estaría involucrado en la erradicación de las drogas. En 1996, Afganistán era el principal proveedor mundial de opio ilegal, con una producción de al menos 2200 toneladas métricas de opio (en torno al 80 por ciento de la heroína de Europa occidental). Los afganos no son inmunes. En el bazar de Jalalabad se ven jóvenes con débiles brazos negros y ojos hundidos, adictos de vuelta de los campos de refugiados de Pakistán, testimonios casi inanimados de la corrupción de la heroína. «Es bueno para los afganos verlos —dice con frialdad un funcionario de la ayuda occidental—.

Así pueden ver el efecto de todos esos campos de adormideras que cultivan; y si son islámicos como afirman ser, a lo mejor dejan de producir opio». Sonríe de forma forzada. «O a lo mejor no».

Probablemente, no. La provincia oriental de Nangarhar es en ese momento responsable del 80 por ciento del cultivo de adormidera del país —del 64 por ciento de la heroína de Europa occidental—, y los laboratorios se han transferido ya desde Pakistán hasta una franja fronteriza en el interior de Afganistán; unos laboratorios que producen cientos de kilos de heroína al día, protegidos con cañones antiaéreos y vehículos blindados para resistir una ofensiva militar. Los funcionarios locales de Jalalabad afirman haber erradicado 30 000 hectáreas de campos de opio y hachís a lo largo de los últimos dos años, pero sus esfuerzos —muy valientes dada la potencia de fuego de los productores de droga— parecen tan inútiles como los intentos del mundo por encontrar una solución al consumo de drogas.

En la oficina del ingeniero Mahmud, el problema es muy sencillo. Un mapa en la pared presenta Nangarhar con un sarpullido de granos rojos a lo largo de su límite oriental, una viruela de campos de opio y laboratorios que son los objetivos de los comandos armados de Mahmud. «Hemos erradicado campos de hachís utilizando nuestras armas para obligar a los agricultores a cultivar la tierra —proclama—. Llevamos nuestras excavadoras para arar algunos campos de adormideras. Vamos con fusiles y cohetes, y los agricultores no pueden hacer nada para impedir nuestro trabajo. Ahora nuestro *shura* [consejo] ha pedido al ulema que aleccione al pueblo sobre los males de la producción de drogas citando el Corán en apoyo de sus palabras. Y, por primera vez, hemos podido destruir campos de hachís sin utilizar la fuerza». Mahmud y los diez miembros de su personal se han visto alentados por el apoyo de las Naciones Unidas a su proyecto. En el mercado de Jalalabad los agricultores recibían 140 dólares por siete kilos de hachís y poco más de 250 dólares por siete kilos de opio, más o menos el mismo precio que habrían recibido en el caso de cereales. De modo que las Naciones Unidas han proporcionado semillas de trigo a los agricultores dispuestos a abandonar la producción de droga, sobre la base de que obtendrían los mismos beneficios en los mercados de Jalalabad.

Sólo unos pocos meses antes —y aquí se ve la extraña geografía que afectaba a los contactos de Bin Laden—, el ingeniero Mahmud había visitado Washington. «Las autoridades norteamericanas encargadas de luchar contra la droga me llevaron a su nueva sede; no creería lo grande que es —explicó—. Es la mitad de grande que toda la ciudad de Jalalabad. Y cuando entré, todo era muy lujoso y con muchísimos ordenadores. Allí tienen mucho dinero, pero no nos llega a nosotros, que intentamos detener la producción de droga». El personal superior de la oficina del ingeniero Mahmud apenas ganaba 50 dólares al mes, y su principal ayudante, Shamsul Hag, afirmó que la unidad antidrogas había tenido que comprar el mes anterior 4000 kilos de semillas de maíz para distribuir las a los agricultores. Sin embargo, las ONG occidentales de Jalalabad tenían poco tiempo para todo eso. «Hach Qadir, el

gobernador de Jalalabad, acudió a los funcionarios antidrogas de las Naciones Unidas de Islamabad —me dijo una de ellas— y les dijo: “Miren, he destruido 20 000 hectáreas de campos de opio; ahora me tienen que ayudar porque mi gente está esperando su ayuda”. Pero las cosas eran más complicadas. Algunos agricultores que nunca habían cultivado adormideras empezaron a plantarlas para poder obtener gratis las semillas de maíz a cambio de destruir los campos recién plantados». Otros cooperantes sospechaban que los agricultores rotaban los cultivos alternando cada temporada trigo y drogas, que vendían el opio a cambio de mayores ingresos y de armas que se transportaban últimamente en cajas por la estación de ferrocarril paquistaní de Landi Kotal con el tren de vapor de Peshawar hasta la frontera afgana.

El cultivo de adormidera se ha convertido en un agronegocio, y los traficantes de los barones de la droga afganos tenían ya asesores técnicos que visitaban Nangarhar para aconsejar sobre la cosecha y el producto, pagando por adelantado y mostrándose tan preocupados por la salud de sus trabajadores que les habían proporcionado mascarillas para que las llevaran puestas en las refinerías de opio. Me dijeron que incluso ofrecían seguros de vida. Aquello era capitalismo a una escala despiadadamente ilegal. Y, cuando le pregunté a un funcionario europeo de las Naciones Unidas cómo podía competir el mundo con eso, inspiró con fuerza. «¡Legalizando las drogas! —exclamó—. Legalizándolo todo. Sería el final de los barones de la droga. Se arruinarían y se matarían unos a otros. Claro que el mundo nunca aceptaría algo así. Y por eso seguimos luchando en una guerra perdida».

El ingeniero Mahmud se limitaría a encogerse de hombros cuando le repetí esas palabras. ¿Qué podía hacer? Saqué el tema del «jeque Osama» por tercera vez. El jeque quería verme, repetí. No iba buscándolo. Estaba en Jalalabad a petición del jeque. El me buscaba. «Entonces, ¿por qué me pide que lo busque?», preguntó el ingeniero Mahmud con lógica aplastante. No se trataba de un problema de idioma, porque Mahmud hablaba un inglés excelente. Era un cóctel de comprensión mezclado con varias botellas de sospecha. Alguien —no quería mencionar al hombre de Londres— me había dicho que contactara con Mahmud, le dije. ¿Quizá podía él decirle al jeque que yo estaba en el hotel Spinghar? Mahmud me miró con lástima. «¿Qué puedo hacer?», preguntó.

Envié un mensaje a través del soldado sueco de las Naciones Unidas —era el único radiooperador de la ONU y uno de sus dos soldados en Afganistán— y me conectó con la única persona en el mundo en quien de verdad confiaba. No ha habido contacto, dije. Por favor, llama al hombre de Bin Laden en Londres. Al día siguiente llegó un mensaje radiotransmitido, con el consejo del contacto londinense. «Diga a Robert que deje claro que no está ahí por deseo propio. Que sólo responde al deseo de nuestro amigo. Debe dejar claro al ingeniero que no hace más que aceptar una invitación. El ingeniero puede comprobarlo con nuestro amigo... Que quede claro que responde a una invitación y no ha acudido por su cuenta. Eso es lo más rápido. Aparte de eso, tiene que esperar». Volví al ingeniero Mahmud. Estaba en buena

forma. En realidad, consideraba muy gracioso, de lo más chistoso, que yo estuviera esperando al jeque. Era algo fantástico, hilarante, estrafalario. Se sirvieron muchos vasos de té. Y cada vez que llegaba un visitante —un empleado de la unidad antidroga, un funcionario del gobernador, un peticionario con un hijo en la cárcel por un delito relacionado con las drogas—, era obsequiado con la historia de ese inglés sin sombrero que creía haber sido invitado a Jalalabad y que ahora esperaba y esperaba en el hotel Spinghar.

Volví al Spinghar bajo el sol del mediodía y me senté en el jardín en la parte de delante del edificio. Me había ocultado en ese mismo hotel dieciséis años atrás; después de que Leonid Brézhnev hubiera enviado el ejército soviético a Afganistán, logré llegar hasta Jalalabad y vi las columnas blindadas soviéticas pasar ante las puertas. Sobre el edificio habían atronado los helicópteros, cargados de cohetes, y las ventanas vibraban cuando disparaban los misiles hacia las montañas de Tora Bora, al norte. Ahora las mariposas jugaban alrededor de los rosales, y los jardineros dejaban por un momento rastrillos y mangueras y extendían sobre el césped sus esteras para rezar. Casi parecía un paraíso. Tomé té en el jardín y contemplé el sol moverse —con rapidez, un movimiento perceptible a simple vista— por encima de las hojas de las palmeras sobre mi cabeza. Era el 5 de julio, uno de los días más calurosos del año. Subí a mi habitación y me dormí.

Clac-clac-clac. Era como si alguien me golpeará la cabeza con un piolet. Clac-clac-clac-clac-clac. Desde pequeño, esos momentos siempre me habían parecido insoportables; el violento tirón de las sábanas, los insistentes golpes en la puerta del dormitorio, la chillona voz del monitor diciéndome que me despertara. Pero ése era diferente. CLAC-CLAC-CLAC-CLAC-CLAC-CLAC-CLAC. Me incorporé. Alguien golpeaba la ventana de la habitación con unas llaves de coche. «Sssseñor Robert —susurraba una voz de modo apremiante—. Sssseñor Robert». Siseaba en la palabra *señor*. Sí, sí, aquí estoy. «Por favor, baje, hay alguien que quiere verlo». Sólo poco a poco me di cuenta de que el hombre tenía que haber escalado por la antigua escalera de incendios para llegar hasta mi habitación. Me vestí, agarré un abrigo —tenía el presentimiento de que quizá viajáramos de noche— y casi olvido mi vieja Nikon. Pasé con tanta calma como pude por delante del mostrador de la recepción y salí al calor de primera hora de la tarde.

El hombre llevaba una mugrienta túnica afgana de color gris y una pequeña gorra redonda de algodón, pero era árabe y me saludó con formalidad, agarrándome la mano derecha entre las dos suyas. Sonrió. Dijo llamarse Mohamed, era mi guía. «¿Para ver al jeque?», pregunté. Sonrió, pero no dijo nada. Seguía preocupado por la posibilidad de una trampa. El guía se llamaría Mohamed, ¿no? Propondría un paseo vespertino. Imaginaba a los últimos testigos presenciales. Sí, señor, vimos al periodista. Lo vimos reunirse con alguien fuera del hotel. No hubo lucha. Se fue libremente, por su propia voluntad. Salió por la puerta del hotel.

Eso hice, y seguí a Mohamed por el polvo de la calle mayor hasta que llegamos

junto a un grupo de hombres armados en una ranchera aparcada entre las ruinas de una antigua base militar soviética, un lugar lleno de vehículos blindados destartados con una oxidada estrella roja sobre la desvencijada verja de entrada. En la parte de atrás de la ranchera había tres hombres con gorras afganas. Uno llevaba un fusil Kaláshnikov, otro sostenía un lanzagranadas junto con seis cohetes atados con cinta adhesiva. El tercero tenía sobre sus rodillas una ametralladora, con trípode y cinta alimentadora incluidos. «Señor Robert, éstos son nuestros guardas», dijo el conductor con toda tranquilidad, como si fuera la cosa más normal del mundo adentrarse en los confines perdidos de la provincia afgana de Nangarhar bajo el implacable sol de la tarde con tres guerrilleros barbudos. Un *walkie-talkie* siseó y crujió sobre el hombro del compañero del conductor mientras otro vehículo lleno de afganos armados se colocó detrás de nosotros.

Estábamos a punto de ponernos en marcha cuando Mohamed descendió de la ranchera junto con el conductor, ambos se dirigieron hasta la zona con hierba a la sombra y empezaron a rezar. Durante cinco minutos, los dos hombres yacieron semiprostrados, en dirección al lejano desfiladero de Kabul y, tras él, a la mucho más lejana La Meca. Nos alejamos por una carretera en pésimas condiciones y luego tomamos una pista de tierra que reseguía un canal de irrigación, con los fusiles traqueteando en el suelo de la parte trasera del vehículo y los ojos de los guardas observando desde detrás de sus pañuelos ajedrezados. Viajamos así durante horas, pasamos por poblados semiderruidos de adobe, valles e imponentes peñas negras, un viaje por la superficie de la luna.

De ese calor gris surgían los fantasmas de una guerra terrible, de la última boqueada imperial del comunismo; los abandonados muros de contención de las bases de fuego del ejército soviético, las posiciones de artillería, los volcados y polvorientos cañones y la carcasa de un tanque quemado en el que nadie pudo haber sobrevivido. En medio del horno del final de la tarde, apareció una ciudad de antiguos alcázares de adobe con los muros acribillados por las ametralladoras y los morteros. Entre las ruinas jugaban niños desnudos. Nada más pasar la ciudad fantasma, el conductor abandonó la pista y empezó a conducir sobre pizarras y peñas, con las ruedas despidiendo piedras mientras bordeábamos kilómetros de campos cubiertos de polvo amarillo. «Esto es un regalo de los rusos —dijo Mohamed—. ¿Sabe por qué no hay nadie trabajando en este terreno? Porque los rusos lo sembraron con miles de minas». Y así dejamos atrás la tierra muerta.

Nos detuvimos una vez, mientras el sol blanco se deslizaba entre las montañas, para que los hombres de atrás fueran a buscar sandías en un campo. Volvieron corriendo hasta los vehículos y las abrieron; el jugo les chorreó entre los dedos. Al crepúsculo llegamos a una serie de aldeas de adobe, con ancianos que encendían fuegos con carbón junto al camino y sombras de mujeres envueltas en la *burqa* afgana en los callejones. Aparecieron más guerrilleros, todos con barba, sonriendo a Mohamed y al conductor. Había anochecido ya cuando nos detuvimos en un huerto

con sofás de madera cubiertos con mantas del ejército y muchos cinturones y cinchas, y donde de la oscuridad aparecieron unos hombres armados con ropas afganas y gorras planas de lana, algunos blandiendo fusiles y otros ametralladoras. Eran los muyahidines árabes, los «afganos» árabes denunciados por los presidentes y reyes de medio mundo árabe y por los Estados Unidos de América. Pronto el mundo los conocería con el nombre de Al Qaeda.

Procedían de Egipto, Argelia, Arabia Saudí, Jordania, Siria, Kuwait. Dos de ellos llevaban gafas, uno dijo ser médico. Unos cuantos se dieron la mano de forma bastante solemne y me saludaron en árabe. Sabía que esos hombres estaban dispuestos a dar la vida por Bin Laden, que se consideraban espiritualmente puros en un mundo corrupto, que estaban inspirados e influidos por unos sueños que, según se habían convencido a sí mismos, procedían del cielo. Mohamed me hizo una seña para que lo siguiera; bordeamos un riachuelo, saltamos una pequeña corriente y luego, en la oscuridad repleta de insectos que teníamos delante, vimos una parpadeante lámpara de queroseno. Junto a ella se hallaba sentado un hombre alto, con barba y ataviado con vestiduras saudíes. Osama bin Laden se levantó, con sus dos hijos adolescentes, Omar y Saad, junto a él. «Bienvenido a Afganistán», dijo.

Tenía ya cuarenta años, pero parecía mucho más viejo que en nuestro último encuentro en el desierto sudanés a finales de 1993. Avanzó hacia mí; sobrepasaba a sus acompañantes, alto, delgado, con nuevas arrugas alrededor de esos ojos finos. Más flaco, con la barba más larga pero ligeramente encanecida, llevaba un chaleco negro sobre la túnica blanca y una *kufia* de cuadros rojos sobre la cabeza, y parecía cansado. Cuando me preguntó por mi salud, le dije que había hecho un largo camino para llegar a esa reunión. «Yo también», murmuró. Había también en él cierto aislamiento, una distancia que no había percibido antes, como si hubiera estado revisando su rabia, examinando la naturaleza de su resentimiento; cuando sonreía, su mirada se dirigía a su hijo de dieciséis años Omar —ojos redondos con cejas oscuras y *kefia*— y luego a la calurosa oscuridad en la que sus hombres armados patrullaban por los campos. Otros se congregaron para escuchar nuestra conversación. Nos sentamos sobre una estera de paja, y junto a mí colocaron un vaso de té.

Justo diez días antes, un camión bomba había destrozado parte de un complejo residencial de la fuerza aérea estadounidense en Al Jobar, en Dhahran, y estábamos hablando a la sombra de la muerte de diecinueve soldados estadounidenses. El secretario de Estado estadounidense Warren Christopher había visitado el lugar y había prometido, como era de prever, que Estados Unidos no «se dejaría influir por la violencia», que los autores serían perseguidos. El rey Fahd de Arabia Saudí, que en ese momento había caído ya en un estado de demencia, previo la posibilidad de violencia tras la llegada de las fuerzas militares estadounidenses para «defender» su reino en 1990. Por esa razón había arrancado, el 6 de agosto de ese año, al entonces presidente George Bush la promesa de que todos sus soldados abandonarían el país en cuanto desapareciera la amenaza iraquí. Sin embargo, los estadounidenses se

habían quedado, afirmando que la continuada existencia del régimen de Sadam —que Bush había optado por no destruir— seguía constituyendo un peligro para el Golfo.

Osama bin Laden sabía lo que quería decir. «No hace mucho aconsejé a los norteamericanos que sacaran sus soldados de Arabia Saudí. Ahora aconsejamos a los gobiernos de Gran Bretaña y Francia que retiren sus tropas, porque lo sucedido en Riad y Al Jobar mostró que quienes lo hicieron tenían un profundo conocimiento a la hora de elegir sus objetivos. Golpearon al principal enemigo, que son los norteamericanos. No mataron a enemigos secundarios, ni a hermanos del ejército ni de la policía de Arabia Saudí... Doy este consejo al gobierno de Gran Bretaña. Los estadounidenses deben abandonar Arabia Saudí, abandonar el Golfo. Los “males” de Oriente Próximo provienen del intento de los Estados Unidos de dominar la región y de su apoyo a Israel. Arabia Saudí se ha convertido en “una colonia norteamericana”».

Bin Laden hablaba despacio y con precisión, un egipcio tomaba notas en un gran cuaderno a la luz de la lámpara como un escriba medieval. «Esto no significa declarar la guerra a Occidente y los occidentales, sino al régimen estadounidense, que está en contra de todos los estadounidenses». Lo interrumpí. A diferencia de los regímenes árabes, dije, los habitantes de los Estados Unidos elegían a su gobierno. Según ellos, su gobierno los representaba. Bin Laden no hizo caso de mi comentario. Espero que no lo hiciera. Porque en los años que vendrían, su guerra se cobraría la vida de miles de civiles estadounidenses. «La explosión de Al Jobar no se ha producido como reacción directa de la ocupación estadounidense —dijo—, sino como resultado del comportamiento estadounidense contra los musulmanes, su apoyo a los judíos en Palestina y las matanzas de musulmanes en Palestina, el Líbano, de Sabra, Chatila y Qana, y de la conferencia de Sharm el Sheij».

Bin Laden lo había meditado bien. La matanza de hasta 1700 refugiados palestinos por parte de los aliados de las milicias falangistas libanesas proisraelíes en 1982 y el asesinato por la artillería israelí de 106 civiles libaneses en un campo de las Naciones Unidas en Qana, menos de tres meses antes de nuestro encuentro, eran la prueba para los millones de occidentales, por no hablar de los árabes, de la brutalidad israelí. La conferencia sobre «antiterrorismo» del presidente Clinton en la ciudad costera egipcia de Sharm el Sheij fue percibida por los árabes como una humillación. Clinton había condenado el «terrorismo» de Hamás y del Hezbolá libanés, pero no la violencia de Israel. De modo que los suicidas habían atacado en Al Jobar por los palestinos de Sabra y Chatila, por Qana, por la hipocresía de Clinton; ése era el mensaje de Bin Laden. No sólo tenían que ser expulsados del Golfo los estadounidenses, había que vengar injusticias históricas. Su «consejo» a los estadounidenses era una horrible amenaza que se cumpliría años más tarde.

Sin embargo, Bin Laden quería hablar en realidad de Arabia Saudí. Desde nuestro último encuentro en Sudán, dijo, la situación en el reino había empeorado. Los ulemas habían declarado en las mezquitas que la presencia de tropas estadounidenses

no era aceptable y el gobierno había actuado contra ellos «por consejo de los estadounidenses». Para Bin Laden, la traición al pueblo saudí empezó veinticuatro años antes de su nacimiento, cuando Abdul Aziz bin Saud proclamó su reino en 1932. «El régimen empezó bajo la bandera de la aplicación de la ley islámica y bajo esa bandera todos los habitantes de Arabia Saudí ayudaron a la familia saudí a tomar el poder. Pero Abdul Aziz no aplicó la ley islámica; el país fue puesto al servicio de su familia. Luego, tras el descubrimiento del petróleo, el régimen saudí encontró otro apoyo, el dinero para enriquecer a la gente y proporcionarles servicios, la vida que querían y tenerlos satisfechos».

Bin Laden se limpiaba los dientes con su habitual palito de madera *miswak*; la historia —o su versión de ella— constituía la base de casi todas sus observaciones. La familia real saudí había prometido la *sharia* pero permitió al mismo tiempo «occidentalizar Arabia Saudí y agotar la economía». Culpó al régimen saudí de gastar 25 000 millones de dólares en apoyo a Sadam Husein en la guerra Irán-Iraq y otros 60 000 millones más en apoyo a los ejércitos occidentales en la guerra de 1991 contra Iraq, «comprando equipo militar que no era necesario o útil para el país, comprando aviones a crédito», mientras el resultado era desempleo, impuestos elevados y una economía en quiebra. Sin embargo, para Bin Laden, la fecha clave era 1990, el año en que Sadam Husein invadió Kuwait. «Cuando las tropas norteamericanas entraron en Arabia Saudí, la tierra de los dos Santos Lugares, hubo por todo el país una fuerte protesta de los ulemas y los estudiantes de la *sharia* en contra de la interferencia de las tropas estadounidenses. Ese gran error del régimen saudí invitando a los soldados norteamericanos puso de manifiesto su engaño. Brindaban su apoyo a países que luchaban contra musulmanes. Ayudaban a los yemeníes comunistas en contra de los yemeníes musulmanes del sur y ayudaban al régimen de Arafat a luchar contra Hamás. Tras insultar y encarcelar a los ulemas hace dieciocho meses, el régimen saudí ha perdido su legitimidad».

El viento nocturno se movía entre los oscuros árboles y agitaba las túnicas de los luchadores árabes que estaban a nuestro alrededor. Bin Laden extendió la mano derecha y utilizó los dedos para hacer la lista de los «errores» de la monarquía saudí. «Al mismo tiempo, la crisis financiera estalló en el reino y ahora todo el mundo padece sus consecuencias. Los comerciantes saudíes han visto que los contratos se incumplían. El gobierno les debe 340 000 millones de riales saudíes, lo que es una cantidad fabulosa; representa el 30 por ciento de la renta nacional en el interior del reino. Los precios suben y la gente tiene que pagar más por la electricidad, el agua y el combustible. Los agricultores saudíes no han recibido dinero desde 1992, y quienes consiguen subvenciones las reciben ahora como créditos estatales de los bancos. La enseñanza se está deteriorando, y la gente tiene que sacar a los niños de las escuelas públicas y llevarlos a colegios privados, lo cual es muy caro».

Bin Laden hizo una pausa para ver si había atendido a su clase de historia terroríficamente exclusiva. «Los saudíes han recordado ahora lo que les dijeron los

ulemas y se dan cuenta de que Estados Unidos es la principal razón de sus problemas... el hombre de la calle sabe que su país es el mayor productor de petróleo del mundo y al mismo tiempo carga con impuestos y malos servicios. Ahora la gente comprende los sermones de los ulemas en las mezquitas, que nuestro país se ha convertido en una colonia estadounidense. Actúan con decisión en cada acto para expulsar a los estadounidenses de Arabia Saudí. Lo sucedido en Riad y Al Jobar es una prueba clara de la gran rabia del pueblo saudí contra los Estados Unidos. Los saudíes saben ahora que su verdadero enemigo es Estados Unidos». No cabía duda del razonamiento de Bin Laden. El derrocamiento del régimen saudí y la salida de las fuerzas estadounidenses del reino eran para él lo mismo. Afirmaba que la dirección religiosa de Arabia Saudí —en la cual claramente se incluía— era una fuente de inspiración para los saudíes, que los propios saudíes expulsarían a los estadounidenses, que los saudíes —hasta entonces considerados un pueblo rico y satisfecho de sí mismo— podrían golpear a los Estados Unidos. ¿Sería eso verdad?

El aire rebosaba de insectos. Escribía en el cuaderno con la mano derecha y con la izquierda me los espantaba de la cara y la ropa; eran insectos grandes de alas anchas y criaturas parecidas a chinches que se me posaban en la camisa y las páginas de la libreta. Observé que chocaban contra la túnica blanca de Bin Laden, incluso contra su cara, como alertados por la furia que emanaba de ese hombre. A veces dejaba de hablar durante sesenta segundos —era el primer personaje árabe que notaba que lo hacía—, para reflexionar sobre lo que decía. La mayoría de árabes, enfrentados a la pregunta de un periodista, decían lo primero que se les pasaba por la cabeza por miedo a parecer ignorantes si no respondían en el acto. Bin Laden era diferente. Era alarmante porque estaba poseído por esa cualidad que lleva a los hombres a la guerra: una autoconvicción absoluta. En los años siguientes, vería a otros manifestar esa peligrosa característica —pienso en George W. Bush y Tony Blair—, pero nunca con la funesta determinación de Osama bin Laden.

Había un tinte siniestro en sus cálculos. «Imagine que un kilo de TNT explota en un país en el que nadie ha oído una explosión en cien años —dijo—; sin duda, la explosión de 2500 kilos de TNT en Al Jobar es una clara prueba de la magnitud de la furia de la gente contra los estadounidenses y de su capacidad para continuar la resistencia contra la ocupación norteamericana». De haber tenido dotes proféticas, ¿habría sido capaz de reflexionar más profundamente sobre esa terrible metáfora que Bin Laden acababa de utilizar? ¿No había ahí un país —un país que no conocía la guerra dentro de sus fronteras desde hacía mucho más de cien años— al que se podía conmocionar con la «prueba» de la furia de un pueblo, 2500 veces más grande que cualquier cosa imaginable? Pero yo estaba calculando unas ecuaciones más prosaicas.

Bin Laden me había preguntado —algo rutinario en cualquier palestino bajo la ocupación— si los europeos no resistieron a la ocupación durante la Segunda Guerra Mundial. Le respondí que ningún europeo aceptaría ese razonamiento aplicado a Arabia Saudí, porque los nazis mataron a millones de europeos y los estadounidenses

no habían asesinado a ni un solo saudí. Semejante paralelismo era incorrecto histórica y moralmente. Bin Laden no estuvo de acuerdo. «Los musulmanes tenemos un fuerte sentimiento de unidad... Sufrimos por nuestros hermanos de Palestina y el Líbano... Si mueren sesenta judíos en Palestina —se refería a los atentados suicidas palestinos ocurridos en Israel—, todo el mundo se congrega en el plazo de una semana para criticar esa acción, mientras que la muerte de 600 000 niños iraquíes no merece la misma reacción». Era la primera referencia de Bin Laden a Iraq y a las sanciones de las Naciones Unidas que provocarían la muerte, según los funcionarios de las propias Naciones Unidas, a más de medio millón de niños. «La matanza de esos niños iraquíes es una cruzada contra el islam —dijo Bin Laden—. A los musulmanes no nos gusta el régimen iraquí, pero creemos que el pueblo iraquí y sus niños son nuestros hermanos y nos preocupamos por su futuro». Era la primera vez que lo oía utilizar la palabra *cruzada*.

Sin embargo, no sería la primera vez —ni la última— que Bin Laden se distanciaba de la dictadura de Sadam Husein. De poco le serviría. Cinco años más tarde, los Estados Unidos iniciarían una invasión de Iraq justificada en parte por el «apoyo» de un hombre al régimen que tanto detestaba. Sin embargo, no eran ésas las únicas palabras pronunciadas por Bin Laden esa noche a las que debí de haber prestado más atención. Porque en un momento se puso la mano derecha en el pecho. «Creo que tarde o temprano los estadounidenses abandonarán Arabia Saudí y que la guerra declarada por Estados Unidos contra el pueblo saudí es una guerra contra los musulmanes de todas partes —dijo—. La resistencia contra los Estados Unidos se extenderá a muchísimos lugares de los países musulmanes. Nuestros leales dirigentes, los ulemas, nos han dictado una fetua de acuerdo con la cual debemos expulsar a los estadounidenses».

Hacía ya un rato que crecía una tormenta eléctrica al este del campamento de Bin Laden, y veíamos los brillantes destellos anaranjados de los relámpagos sobre las montañas de la frontera paquistaní. Sin embargo, Bin Laden pensó que aquello podía ser fuego de artillería, la continuación de las batallas entre muyahidines que habían hecho mella en su espíritu tras la guerra antisoviética. Se sentía cada vez más incómodo. Interrumpió la conversación para rezar. Luego, sobre la estera de paja, varios hombres jóvenes y armados sirvieron la cena: platos de yogur y queso, pan *nan* afgano y más té. Bin Laden permaneció sentado entre sus hijos, en silencio, con los ojos en la comida. De vez en cuando me hacía preguntas. ¿Cuál sería la reacción del Partido Laborista británico a la exigencia de que las tropas británicas abandonaran Arabia Saudí? ¿Era importante el líder de la oposición laborista, Tony Blair? No recuerdo, por desgracia, mi respuesta. Bin Laden dijo que tres de sus esposas pronto llegarían a Afganistán. Podía ver las tiendas donde se alojarían si lo deseaba, justo en las afueras de Jalalabad, «tiendas humildes» para su familia. Le indicó a un egipcio que sostenía un fusil que me llevara al campamento al día siguiente.

A continuación, me señaló. «Estoy sorprendido por el gobierno británico —dijo

de pronto—. Me envió una carta a través de la embajada en Jartum antes de salir de Sudán diciéndome que no sería bienvenido en el Reino Unido. Pero yo no había pedido ir a la Gran Bretaña. ¿Por qué me mandaron la carta? La carta decía: “Si viene a Gran Bretaña no será admitido”. La carta dio a la prensa saudí la oportunidad de afirmar que había pedido asilo político en Gran Bretaña, cosa que no es cierta». Creí sus palabras. Afganistán era el único país que le quedaba tras su exilio de cinco años y medio en Sudán. Estaba de acuerdo. «Para mí el lugar más seguro del mundo es Afganistán». Es el único lugar, repetí, en el que podía hacer campaña contra el gobierno saudí. Bin Laden y varios de sus luchadores árabes estallaron en carcajadas. «Hay otros lugares», contestó. ¿Se refería a Tayikistán?, pregunté. ¿O a Uzbekistán? ¿O Kazajstán? «Hay varios sitios donde tenemos amigos y buenos hermanos; entre ellos podemos encontrar refugio y seguridad».

Le dije a Bin Laden que ya era un hombre perseguido. «El peligro es parte de nuestra vida —replicó—. ¿Se da cuenta de que hemos pasado diez años luchando contra los soviéticos y el KGB?... Cuando luchábamos contra los rusos aquí, vinieron a Afganistán 10 000 saudíes a lo largo de un período de diez años. Había tres vuelos semanales de Yedda a Islamabad, y cada vuelo estaba lleno de saudíes que venían a luchar...» Pero, sugerí de modo poco caritativo, ¿no apoyaban los estadounidenses a los muyahidines? Bin Laden me respondió con rapidez. «En ningún momento fuimos nunca amigos de los estadounidenses. Sabíamos que apoyan a los judíos en Palestina y que son nuestros enemigos. La mayoría de armas que llegaron a Afganistán fueron pagadas por los saudíes a las órdenes de los estadounidenses porque Turki al Faisal [el jefe del servicio exterior de inteligencia] y la CIA trabajaban juntos».

Bin Laden se mostraba en ese momento alerta, casi agitado. Había algo que necesitaba decir. «Le contaré una cosa. La semana pasada recibí a un enviado de la embajada saudí en Islamabad. Sí, vino hasta Afganistán para verme. El gobierno saudí, claro está, quiere dar a la gente de aquí un mensaje diferente, que deberían entregarme. Pero, en realidad, querían hablar directamente conmigo. Querían pedirme que volviera a Arabia Saudí. Les contesté que hablaría con ellos sólo con una condición, que esté presente el jeque Suleiman al Awda, el ulema. Han encarcelado al jeque Suleiman por hablar en contra del régimen corrupto. Sin su libertad, no es posible la negociación. No he tenido respuesta desde entonces».

¿Era esta revelación lo que ponía nervioso a Bin Laden? Se puso a hablar con sus hombres de *amniya*, seguridad, y miró repetidas veces los destellos del cielo. Intenté hacer otra pregunta más. ¿Qué clase de Estado islámico deseaba ver Bin Laden? ¿Se cortarían en él la mano y la cabeza a los ladrones y los asesinos, como hacían en Arabia Saudí? La respuesta fue muy poco satisfactoria. «El islam es una religión completa que abarca todos los detalles de la vida. Si un hombre es musulmán de verdad y comete un delito, se sentirá contento si es castigado con justicia. Eso no es crueldad. El origen de esos castigos viene de Dios por medio del profeta Mahoma, que la paz esté con él».

Osama bin Laden quizá sea disidente, pero moderado nunca. Le pedí permiso para hacer una foto, y mientras lo comentaba con sus acompañantes, garabateé en mi cuaderno las palabras que utilizaría en el último párrafo de mi artículo sobre el encuentro: «Osama bin Laden cree que en estos momentos representa el enemigo más formidable del régimen saudí y de la presencia estadounidense en el Golfo. Seguramente ambos hacen bien en considerarlo como tal». Estaba subestimando a ese hombre.

Sí, respondió, podía retratarlo. Abrí mi cámara y dejé que sus guardas me miraran mientras colocaba el carrete en su interior. Les dije que no quería utilizar flash porque aplanaba la imagen de una cara humana y les pedí que le acercaran la lámpara de queroseno. El escriba egipcio la sostuvo a un palmo de la cara de Bin Laden. Le pedí que la acercara más, hasta diez centímetros, y tuve que guiarle físicamente el brazo hasta que las luces y las sombras acentuaron los rasgos de Bin Laden. Entonces sin avisar, Bin Laden inclinó la cabeza hacia atrás y en su rostro apareció una tenue sonrisa, junto con esa autoconvicción y ese amago de vanidad que había encontrado tan inquietantes. Llamó a sus hijos Omar y Saad, y se sentaron junto a él mientras yo tomaba más fotografías y Bin Laden se convertía en padre orgulloso, en hombre de familia, un árabe en su casa.

Entonces, volvió su preocupación. Los truenos eran ya continuos y estaban mezclados con el traqueteo de fusilería. Debía irme, me apremió, y me di cuenta de que quería decir que él tenía que irse, de que ya era hora de volver a la fortaleza afgana. Nos estrechamos las manos, pero él ya buscaba a los guardas que se lo llevarían. Mohamed, mi conductor y sólo dos de los hombres armados que me habían llevado hasta esos campos húmedos y hambrientos de insectos aparecieron para devolverme al hotel Spinghar, un trayecto que resultó estar lleno de peligro. Al pasar por puentes y cruces del camino, fuimos detenidos repetidas veces por hombres armados de las facciones armadas que luchaban por el control de Kabul. Uno de ellos se agachó en la carretera frente a nuestro vehículo, gritándonos, apuntando con el fusil, mientras su compañero surgía de la oscuridad para comprobar la identidad del conductor y dejarnos pasar. «Afganistán lugar muy difícil», observó Mohamed.

Sería difícil también para la familia de Bin Laden. A la mañana siguiente, el egipcio apareció en el hotel Spinghar para llevarme hasta el campamento en el que vivirían las familias de los «afganos» árabes que volvieran. Era bastante vulnerable. Sólo algunos alambres de púas lo separaban del campo abierto, y las tres tiendas destinadas a las esposas de Bin Laden, apretadas una contra la otra, eran insoportablemente calurosas. En la parte de atrás se habían cavado tres letrinas, y en una flotaba una rana muerta. «Vivirán aquí entre otros —dijo el egipcio—. Son señoras acostumbradas a vivir cómodamente». Sin embargo, sus temores se centraban en la aparente presencia de tres agentes de seguridad egipcios que se habían acercado al campamento en una ranchera verde. «Sabemos quiénes son y tenemos la matrícula de su coche. Hace unos días, se acercaron a mi hijo y le dijeron: “Sabemos que te

llamas Adbulá y sabemos quién es tu padre. ¿Dónde está Bin Laden?”. Luego le preguntaron por qué estaba yo en Afganistán».

Otro de los árabes del campamento rebatió la afirmación de que ése era uno de los diversos países musulmanes en los que podía refugiarse. «Al señor Bin Laden no le queda otro país —dijo educadamente—. Cuando estuvo en Sudán, los saudíes quisieron capturarlo con ayuda de los yemeníes. Sabemos que el gobierno francés intentó convencer al sudanés para que se lo entregara porque los sudaneses les habían dado al sudamericano. [Es decir, Carlos, el Chacal.] Los norteamericanos presionaban a los franceses para que atraparan a Bin Laden en Sudán. Un grupo árabe recibió dinero de los saudíes para matarlo y le dispararon, pero los guardaespaldas de Bin Laden respondieron e hirieron a dos de ellos. Los mismos hombres intentaron matar a Turabi». El egipcio escuchó en silencio. «Sí, el país es muy peligroso —dijo—. Los norteamericanos intentan bloquear la ruta a Afganistán para los árabes. Prefiero las montañas. Me siento más seguro. Este lugar es semi-Beirut».

No durante mucho tiempo. Antes de que transcurrieran nueve meses estaría de vuelta a un Afganistán transformado y aún más siniestro, donde el pueblo estaría gobernado con una devoción dura e ignorante que ni siquiera Bin Laden habría imaginado. De nuevo recibiría una llamada de teléfono en Beirut, la invitación para ver a «nuestro amigo», el retraso —muy intencionado por mi parte— antes de partir de nuevo hacia Jalalabad. Esa vez, el viaje fue una combinación de farsa e incredulidad. No había ya vuelos desde Nueva Delhi, de modo que primero volé al emirato de Dubai. «¿Un vuelo a Jalalabad? —me preguntó mi agente de viajes indio—. Tiene que contactar con Magic Carpet». Tenía razón. La compañía Magic Carpet Travel, Viajes Alfombra Mágica —en cualquier película ese nombre jamás habría obtenido la aprobación de los guionistas<sup>[1]</sup>—, estaba dirigida por un libanés que me dijo que acudiera al día siguiente a las 8.30 de la mañana al viejo y agostado aeropuerto del vecino y mucho más pobre emirato de Sharya, al que habían sido enviadas castigadas las líneas aéreas afganas Ariana. Sharya albergaba a una multitud de aerolíneas parias que volaban desde el Golfo a Kazajstán, Ucrania, Tayikistán y diversas oscuras ciudades iraníes. Mi avión a Jalalabad era el mismo viejo Boeing 727, pero ahora en unas condiciones mucho más reducidas, cruelmente convertido en un avión de carga.

Los miembros de la tripulación eran todos afganos —hombres de barba hirsuta, puesto que los talibanes acababan de tomar el poder en Afganistán y habían ordenado a los hombres que dejaran de afeitarse— y se esforzaron porque estuviera cómodo en el solitario y mugriento asiento de pasajero situado en la parte de delante. CHALECO SALVAVIDAS SITUADO DEBAJO DEL ASIEN TO, rezaba un cartel en la puerta del lavabo. No había chaleco. El váter estaba lleno de heces, y un espantoso hedor se extendía por toda la carga de rodamientos y textiles de la parte de atrás. Al despegar, un charco de líquido nauseabundo salió del lavabo y se deslizó por el centro de la nave. «No se preocupe, está en manos seguras», insistió un miembro de la tripulación mientras

atravesábamos una turbulencia y me presentaba a un gigante con barba cana que no dejaba de rechinar los dientes y frotarse las manos en un trapo húmedo. «Es nuestro mecánico jefe de vuelo», dijo. Sobre los montes Spinghar, el mecánico olió por fin el tufillo del aseo, entró en el diminuto cubículo con una llave y se enfrentó a la cañería. Cuando aterrizamos en la vieja pista de Jalalabad, estaba dispuesto a considerar un viaje de vuelta por vía terrestre.

El agente de inmigración, un adolescente con un Kaláshnikov, era tan analfabeto que dibujó un cuadrado y un círculo en mi pasaporte al revés porque no sabía escribir su nombre. La tripulación del avión me llevó en su minibús hasta Jalalabad, la misma polvorienta ciudad fronteriza que recordaba del mes de julio anterior, pero esa vez sin la mitad de la población. No había mujeres. Sólo de vez en cuando, vislumbraba alguna, amortajada en su *burqa*, llevando a veces de la mano a niños diminutos. Las puertas del recinto de la Universidad de Nangarhar estaban cerradas con cadenas, los caminos cubiertos de hierba y las residencias de los estudiantes con goteras. «Los talibanes dicen que volverá a abrir la universidad esta semana —me informó el funcionario de correos—. Pero ¿qué sentido tiene? Todos los profesores se han ido. Las mujeres ya no pueden educarse. Volvemos al año cero».

No del todo, claro está. Por primera vez en años, no había tiroteos en Jalalabad. Los talibanes se habían apoderado de todas las armas —y las volarían por los aires unos días más tarde en una explosión que casi me mata—, pero una especie de ley se había impuesto en esa furiosa sociedad tribal. Los cooperantes humanitarios podían moverse por la ciudad de noche; y quizá por eso algunos decían que era posible «hacer tratos» con los talibanes y no teníamos derecho a interferir en la «cultura tradicional». Los robos eran casi desconocidos. Los precios subían, pero al menos ahora había verdura y carne en el mercado.

Los talibanes habían conseguido derrotar en todo el país salvo en la remota zona nororiental a doce de las quince milicias de corruptos muyahidines afganos y habían impuesto a los habitantes su descarnada legitimidad. Se trataba de un credo suní wahabí purista cuya interpretación de la *sharia* recordaba a los prelados protocristianos más severos. Las cabezas y las manos cortadas, así como una perspectiva del todo misógina, se vinculaban fácilmente a la hostilidad de los talibanes ante cualquier forma de diversión. El hotel Spinghar solía presumir de un viejo televisor estadounidense que en ese momento estaba oculto en un cobertizo del jardín por temor a la destrucción. Los televisores, como las cintas de vídeo y los ladrones solían acabar colgando de los árboles. «¿Qué espera? —me preguntó el jardinero cerca de las ruinas del viejo palacio de invierno de Jalalabad—. Los talibanes vienen de los campos de refugiados. Nos dan lo que tenían». Y entonces caí en la cuenta de que las nuevas leyes de Afganistán —tan anacrónicas y brutales para nosotros y para los afganos cultos— no eran tanto un intento de renacimiento religioso como una continuación de la vida en los inmensos y sucios campamentos donde se habían congregado tantos millones de afganos en las fronteras de su país

tras la invasión soviética dieciséis años atrás.

Los pistoleros talibanes habían crecido como refugiados en esos insalubres campamentos de Pakistán. Habían pasado los dieciséis primeros años de vida en la más absoluta miseria, privados de cualquier educación y entretenimiento, imponiéndose sus mortíferos castigos, manteniendo ciegamente sometidas a madres y hermanas mientras los hombres decidían sobre cómo luchar contra los opresores extranjeros al otro lado de la frontera, teniendo como única diversión una lectura detallada y obsesiva del Corán, la única senda verdadera en un mundo en el que no cabía contemplar ninguna otra. Los talibanes no habían llegado para reconstruir un país que no recordaban, sino para reconstruir sus campos de refugiados a una escala mayor. Por eso no tenía que haber educación. Ni televisión. Las mujeres tenían que quedarse en casa, como se habían quedado en las tiendas en Peshawar. Así sería en el aeropuerto cuando me marchara; otro agente de inmigración, ése quizá de sólo quince años, iba maquillado y, como muchos argelinos que luchaban en Afganistán, estaba convencido de que el Profeta llevaba *jol* en los ojos, en la Arabia de los siglos VI y VII de la era cristiana. Se negaría a sellarme el pasaporte porque no tenía visado de salida, por más que no existieran visados de salida en Jalalabad. Sin embargo, yo había roto una regla capital. No llevaba barba. El muchacho me señalaría la barbilla, sacudiría la cabeza en señal de amonestación, como un niño-maestro que descubría la maldad nada más verla, y me dirigiría con desprecio hacia el viejo avión aparcado en la pista.

En el jardín del hotel Spinghar, se me acercaron dos niños, uno de catorce años, con una pila de cuadernos. En uno de ellos había escrito a mano en inglés macarrónico una prueba de gramática. «Insertar la voz corecta [sic]», pedía: «“Él... yendo a casa”. Insertar: “había / estaba / habrá”». Amablemente inserté «estaba» y corregí «corecta». ¿Era ésa la nueva educación de los pobres afganos? De todos modos a esos niños se les enseñaba un idioma extranjero en su lamentable escuela. El niño más pequeño tenía incluso una gramática persa que contaba —invariablemente— la vida del profeta Mahoma. Ahora bien, las alumnas no existían. Una tarde, durante los mismos monótonos días de espera, mientras estaba sentado en el porche tomando té, una mujer envuelta en una pálida *burqa* azul avanzó lentamente por el camino de entrada murmurando para sí. Dobló a la izquierda hacia los jardines, pero se desvió hacia mí. Gemía, con una voz que subía y bajaba como una gaviota, llorando y sollozando. Era evidente que deseaba que el extranjero oyera esa lúgubre protesta. A continuación, se perdió entre los rosales.

¿Acaso nos importaba? En ese mismo momento, los representantes del Proyecto de Oleoducto de Asia Central de Union Oil Company of California (UNOCAL) negociaban con los talibanes para asegurarse los derechos de un gasoducto que llevaría gas desde Turkmenistán hasta Pakistán a través de Afganistán; en septiembre de 1996, el Departamento de Estado estadounidense anunció que iniciaría relaciones diplomáticas con los talibanes, aunque se desdiría más tarde. Entre los empleados de

UNOCAL estaban Zalmay Jalilzad —cinco años más tarde, sería nombrado enviado especial del presidente George W. Bush al Afganistán «liberado»— y un dirigente pastún llamado Hamid Karzai. No es de extrañar que los afganos adoptaran una actitud de recelo ante los Estados Unidos. Los aliados de los Estados Unidos apoyaron originalmente a Bin Laden contra los soviéticos. Luego los Estados Unidos convirtieron a Bin Laden en su enemigo público número uno, un puesto ciertamente difícil de conservar en la rueda de la fortuna del Pentágono, ya que Washington no dejaba de descubrir nuevos monstruos, a menudo en proporción inversa a su capacidad para capturar a los viejos. En ese momento se cortejaba a los talibanes. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Podía Bin Laden, un hombre cuyos objetivos políticos eran infinitamente más ambiciosos que los de los talibanes, mantener la integridad de su exilio junto a hombres que sólo deseaban reprimir a su pueblo? ¿Protegerían los talibanes a Bin Laden con más valor que la fracasada República Islámica de Sudán?

En la ladera, la máquina continuó su inspección de la máquina. Brillaba una fría luna y, cuando la niebla no ocultaba su luz, veía los apretados labios del hombre alto y los hundidos huecos de las mejillas tras las gafas de sol. En la helada ladera, abrió la cartera escolar que siempre llevo en países agrestes y revolvió en su interior el pasaporte, las acreditaciones de prensa, los cuadernos, el grupo de viejos periódicos libaneses y del Golfo. Sacó la cámara Nikon de su estuche. Abrió la parte de atrás, comprobó el disparo automático y luego se arrodilló en las piedras junto al estuche de la cámara y abrió todos los envases de plástico de los carretes. A continuación lo devolvió todo con pulcritud al estuche, cerró la cámara, quitó el automático y me lo tendió todo. *Shukran*, dije. De nuevo, no hubo respuesta. Se volvió hacia el conductor, asintió con la cabeza y continuamos nuestro ascenso por la pista helada. Estábamos a 1700 metros. Destellaron más luces hasta que torcimos a un lado al pasar junto a una gran peña y ante nosotros apareció un pequeño valle iluminado por el claro de luna. Había hierba, árboles, un riachuelo de aguas heladas que serpenteaba por él y un grupo de tiendas al pie de un acantilado. Dos hombres se acercaron. Hubo más saludos formales árabes, con mi mano derecha agarrada por las dos de quien me saludaba. Confía en nosotros. Ésa era siempre la intención de esos saludos. Un argelino que hablaba con fluidez en francés y un egipcio me invitaron a dar una vuelta por el pequeño valle.

Nos lavamos las manos en el riachuelo y caminamos por la espesa hierba hasta una oscura hendidura en la pared del acantilado que teníamos delante. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, distinguí un enorme rectángulo en el flanco de la montaña, un refugio antiaéreo de seis metros de altura excavado en la roca por los hombres de Bin Laden durante la guerra soviética. «Era para un hospital —dijo el egipcio—. Aquí traíamos a nuestros muyahidines heridos y estaban a salvo de cualquier avión soviético. Nadie podía bombardearnos. Estábamos a salvo». Entré en

esa cueva artificial, con el argelino sosteniendo una linterna, hasta oír el crujido de mis pisadas resonando débilmente en las profundidades del túnel. Cuando salimos, la luna casi me deslumbró, el valle estaba bañado por su blanca luz, otro pequeño paraíso de árboles, agua y picos de montaña.

La tienda a la que me llevaron era militar, una lona impermeabilizada de color caqui atada a clavos de hierro, una puerta de tela, un grupo de colchones manchados en el suelo. Había té en una gran tetera de acero y me senté con el egipcio, el argelino y con tres hombres que entraron con Kaláshnikovs. Esperamos quizá media hora, durante la cual el argelino reconoció poco a poco que era miembro de la «resistencia islámica» al régimen militar argelino. Hablé de mis visitas a Argelia, de la habilidad de los islamistas para luchar en las montañas y en el *bled* —los llanos del interior— contra las tropas gubernamentales, como había hecho el FLN argelino contra el ejército francés en la guerra de independencia de 1954-1962. Al argelino le gustó la comparación —ésa había sido mi intención y no mencioné mi sospecha de que pertenecía al Grupo Islámico Armado (GIA), al que el gobierno responsabilizaba de los degollamientos y descuartizamientos que habían mancillado los últimos cuatro años de la historia de Argelia.

Hubo un súbito chirrido de voces en el exterior, fino y apremiante, como la banda sonora de una película antigua. A continuación, la puerta de la tienda se alzó y entró Bin Laden, ataviado con un turbante y una túnica verde. Me levanté, medio inclinado bajo la lona, y nos estrechamos la mano, obligados ambos por la tela que nos tocaba la cabeza a saludarnos como pachas otomanos, nos inclinamos y nos miramos a la cara. De nuevo, parecía cansado, y me di cuenta de que exhibía una ligera cojera al entrar en la tienda. Tenía la barba más canosa y la cara más delgada de lo que recordaba. Sin embargo, estaba muy sonriente, casi jovial; colocó el fusil que llevaba en el colchón a su izquierda e insistió en que su invitado tomara más té. Durante varios segundos miró el suelo. Luego me miró con una sonrisa aún más grande, caritativa y, pensé de pronto, muy inquietante.

«Señor Robert —empezó, y miró a los otros hombres con guerreras de campaña y blandas gorras marrones que se apiñaban en la tienda—. Señor Robert, uno de nuestros hermanos ha tenido un sueño. Ha soñado que venía un día hasta nosotros montado en un caballo, que llevaba barba y era una persona espiritual. Llevaba una túnica como nosotros. Eso significa que es un verdadero musulmán».

Aquello fue aterrador. Fue uno de los momentos más espantosos de mi vida. Comprendí una décima de segundo antes de cada palabra lo que quería decir Bin Laden. Sueño. Caballo. Barba. Túnica. Musulmán. Los demás hombres asentían con la cabeza y me miraban, algunos sonriendo, otros contemplando en silencio al inglés que había aparecido en el sueño del «hermano». Estaba horrorizado. Era al mismo tiempo una trampa y una invitación, y el momento más peligroso para estar entre los hombres más peligrosos del mundo. No podía rechazar el «sueño», no sin insinuar que Bin Laden mentía. Sin embargo, tampoco podía aceptar su significado sin mentir

yo mismo, sin insinuar que lo que claramente se refería a mí —que debía aceptar ese «sueño» como profecía y como orden divina— podía llegar a cumplirse. Que ese hombre —esos hombres— confiaran en mí, un extranjero, que pensarán que me acercaba a ellos sin prejuicios —de modo que me consideraran honesto— era una cosa. Ahora bien, imaginar que me uniría a ellos en su lucha, que me convertiría en uno de ellos, era algo del todo imposible. El aquelarre esperaba una respuesta.

¿No estaría imaginando todo eso? ¿No podía ser sólo una forma elaborada y retórica de expresar respeto tradicional hacia un visitante? ¿No era sólo un intento por parte de un musulmán —muchos occidentales en Oriente Próximo han tenido una experiencia similar— de ganar un adepto a la fe? ¿Intentaba Bin Laden —seamos sinceros— reclutarme? Me temía que sí. Y enseguida comprendí lo que eso podía significar. Un occidental, un hombre blanco de Inglaterra, periodista en un diario respetable —no un británico de origen árabe o asiático convertido al islam— sería toda una adquisición. Podría moverse sin levantar sospechas, podría convertirse en funcionario público, alistarse al ejército, incluso —como consideraría sólo cuatro años más tarde— aprender a pilotar un avión. Tenía que salir de ahí, a toda prisa, e intenté encontrar una vía de escape intelectual, intentando excavarla con tanto ahínco que me ardía el cerebro.

«Jequé Osama —empecé a decir, antes incluso de haber decidido mis siguientes palabras— Jeque Osama, yo no soy musulmán». Hubo un silencio en la tienda. «Soy periodista». Eso no lo podía rebatir nadie. «Y el trabajo del periodista es contar la verdad». Eso nadie querría discutirlo. «Y ése es mi propósito en la vida, contar la verdad». Bin Laden me miraba como un halcón. Y comprendió. Declinaba la oferta. Ante sus hombres, le tocaba a él retirarse, envolver su retirada con elegancia. «Si cuenta la verdad, eso significa que es un buen musulmán», dijo. Los hombres vestidos con guerreras de campaña asintieron todos ante esa muestra de sagacidad. Estaba salvado. Como dice el tópico, «volví a respirar». No había trato.

Quizá fue por la necesidad de abreviar el episodio, de ocultar su incomodidad ante ese pequeño fracaso que Bin Laden se fijó súbita y melodramáticamente en la cartera escolar que estaba junto a mi cámara y los periódicos libaneses visibles en parte en su interior. Los tomó. Tenía que leerlos. Y, frente a todos nosotros, se arrastró con los periódicos en la mano hasta el rincón en que silbaba la lámpara de queroseno. Y, ahí, durante media hora, haciendo caso omiso de todos nosotros, repasó la prensa árabe, a veces pidiendo al egipcio que leyera un artículo, otras mostrando un diario a uno de los hombres armados. ¿Me encontraba, empecé a preguntarme, en el centro del «terror mundial»? Escuchando al portavoz del Departamento de Estado estadounidense, leyendo los editoriales del *New York Times* o el *Washington Post*, se me podría perdonar creer que Bin Laden dirigía su «red del terror» desde un bunker de ultimísima tecnología con ordenadores y planos de batalla digitalizados desde donde accionaba un interruptor para ordenar a sus seguidores que atacaran el siguiente objetivo occidental. Sin embargo, ese hombre parecía divorciado del mundo

exterior. ¿No tenía una radio? ¿Una televisión? Es que ni siquiera sabía —me lo dijo él mismo tras leer los periódicos— que el ministro de Asuntos Exteriores de Irán, Alí Akbar Velayati, había visitado Arabia Saudí, su país, por primera vez en más de tres años.

Cuando volvió a su lugar en el rincón de la tienda, Bin Laden mostró su lado formal y serio. Previno a los estadounidenses de una nueva matanza contra sus fuerzas en Arabia Saudí. «Seguimos estando al principio de la acción militar contra ellos —dijo—. Pero hemos eliminado el obstáculo psicológico que suponía luchar contra los estadounidenses... Es la primera vez en catorce siglos que los dos santos lugares están ocupados por fuerzas no islámicas...» Insistió en que los estadounidenses se encontraban en el Golfo por el petróleo y se lanzó a una historia moderna de la región para demostrarlo.

«Por esa razón quería llegar Bréznnev al estrecho de Ormuz a través de Afganistán, pero gracias a Alá y a la *yihad* no sólo fue derrotado en Afganistán, sino que tuvo aquí su final. Cargamos con armas al hombro durante diez años, y nosotros y los hijos del mundo islámico estamos dispuestos a cargar con armas durante el resto de nuestra vida. Pero a pesar de eso, el petróleo no es la causa directa de que los estadounidenses ocupen la región; ya lo obtenían a precios atractivos antes de la invasión. Hay otras razones, sobre todo la alianza sionista-estadounidense, temerosa ante la fuerza del islam y de la tierra de La Meca y Medina. Teme que un renacer islámico aplaste a Israel. Estamos convencidos de que mataremos a los judíos de Palestina. Estamos convencidos de que con la ayuda de Alá triunfaremos sobre las fuerzas estadounidenses. Es sólo una cuestión de cifras y tiempo. Que digan que están protegiendo Arabia de Iraq es mentira, todo el asunto de Sadam es una trampa».

Ahí aparecía algo nuevo. Condenar a Israel era lo habitual en cualquier nacionalista árabe, y tanto más en un hombre que creía participar en una *yihad* islámica. Sin embargo, Bin Laden unía en ese momento a los Estados Unidos e Israel en un solo país —«Para nosotros no hay diferencia entre los gobiernos estadounidenses e israelíes ni entre los soldados estadounidenses e israelíes», diría más tarde—, y refiriéndose a sus objetivos hablaba de judíos, en lugar de soldados israelíes. ¿Cuánto pasaría antes de que a la lista se añadieran todos los occidentales, todos los habitantes de los «países de los cruzados»? No se atribuyó los atentados de Riad y Al Jobar, pero alabó a los cuatro hombres acusados de haber causado las explosiones, a dos de los cuales admitió haber conocido. «Siento un gran respeto por quienes realizaron esos ataques —dijo—. Los considero un gran acto y un grandísimo honor en el que perdí la oportunidad de participar». Aunque Bin Laden también estaba deseoso de mostrar el apoyo a su causa, que según afirmaba crecía en Pakistán. Sacó unos recortes de prensa de los sermones de clérigos paquistaníes, que habían condenado la presencia estadounidense en Arabia Saudí, y luego me puso en las manos dos grandes fotografías en color de pintadas realizadas en paredes de Karachi.

En rojo, una decía: «Fuerzas de Estados Unidos, fuera del Golfo — Ulemas Militantes Unidos». Otra, en marrón, anunciaba que «Estados Unidos es el mayor enemigo del mundo musulmán». Un gran cartel que Bin Laden me pasó parecía estar escrito con la misma letra y expresaba un sentimiento antiestadounidense similar expresado de los *mawlawi* (expertos religiosos) de la ciudad paquistaní de Lahore. En cuanto a los talibanes y su nuevo y opresivo régimen, Bin Laden apenas tenía más opción que ser pragmático. «Todos los países islámicos son mi país —dijo—. Creo que los talibanes son sinceros en sus intentos de aplicar la *sharia*. Hemos visto la situación antes y después de que llegaran y hemos notado una gran diferencia y una evidente mejora».

Cuando volvió a su lucha más importante —contra los Estados Unidos—, Bin Laden pareció poseído. Al hablar de ella, sus seguidores en la tienda atendían a cada palabra suya como si fuera un mesías. Había enviado, dijo, faxes al rey Fahd y a los principales departamentos del gobierno saudí informándoles de su determinación de continuar con una lucha santa contra los Estados Unidos. Afirmó incluso que algunos miembros de la familia real saudí lo apoyaban, como también algunos funcionarios de los servicios de seguridad, una afirmación que según descubrí más tarde era cierta. Sin embargo, declarar la guerra por fax era una innovación y había una excentricidad en la perspectiva que tenía Bin Laden de la política estadounidense. En un momento, afirmó con toda seriedad que una subida de impuestos en los Estados Unidos empujaría muchos Estados a separarse de la Unión, una idea que quizá podía atraer a algunos gobernadores estatales, aunque no pertenecía al mundo de la realidad.

Sin embargo, eso fue una simple distracción de una amenaza mucho más seria. «Creemos que nuestra lucha contra los Estados Unidos será mucho más sencilla que la librada contra la Unión Soviética —dijo Bin Laden—. Le diré por primera vez una cosa. Algunos de nuestros muyahidines que combatieron en Afganistán participaron en operaciones contra los estadounidenses en Somalia y quedaron sorprendidos por el derrumbe de la moral militar estadounidense. Vemos a los Estados Unidos como un tigre de papel». Eso era un error estratégico de cierta entidad. La retirada estadounidense de la misión de construcción estatal bajo el presidente Clinton no se repetiría en caso de que hubiera un presidente republicano, sobre todo si los Estados Unidos eran atacados. Es cierto que, con los años, la misma falta de voluntad se infiltraría en la política militar estadounidense —Iraq se ocuparía de eso—, pero Washington, pensara lo que pensara Bin Laden, iba a ser un adversario mucho más serio que Moscú. Sin embargo, persistió. Y nunca olvidaré las últimas palabras que me dirigió Bin Laden esa noche en la montaña pelada: «Señor Robert —dijo—, desde esta montaña en la que está usted sentado, destrozamos el ejército soviético y acabamos con la Unión Soviética. Y le ruego a Dios que nos permita convertir a los Estados Unidos en una sombra de sí mismos».

Permanecí sentado en silencio, pensando en esas palabras mientras Bin Laden debatía mi viaje de vuelta a Jalalabad con sus guardas. Le preocupaba que los

talibanes —a pesar de su «sinceridad»— pusieran objeciones a que él enviara un extranjero a cruzar sus controles después del anochecer, de modo que fui invitado a pasar la noche en el campamento de montaña de Bin Laden. Se me permitió tomarle sólo tres fotografías, esa vez a la luz del Toyota, que fue acercado hasta la tienda y dirigió sus faros a la lona para iluminar la cara de Bin Laden. Se sentó frente a mí, inexpresivo, una figura de piedra, y en las fotografías que revelé tres días más tarde en Beirut apareció como un fantasma púrpura y amarillo. Se despidió de mí sin mucha ceremonia, con un breve estrechón de mano y un gesto de la cabeza, y salió de la tienda, y yo me eché en un colchón con el abrigo encima para protegerme del frío. Los hombres armados sentados a mi alrededor también durmieron ahí, mientras otros armados con fusiles y lanzacohetes patrullaban las bajas crestas que rodeaban el campamento.

En los años siguientes me preguntarían quiénes eran. ¿Estuvo el egipcio Mohamed Atta entre los jóvenes de la tienda? ¿O Abdul Aziz Aloman? ¿O cualquiera de los diecinueve hombres que todos llegaríamos a conocer cuatro años más tarde? Me resulta imposible recordar ahora sus caras, cubiertos como estaban muchos de ellos con pañuelos.

El agotamiento y el frío me mantuvieron despierto. «Una sombra de sí mismos» era la expresión que no dejaba de resonar dentro de mí. ¿Qué nos deparaban Bin Laden y esos hombres entregados e implacables? Recuerdo las siguientes horas como una película de imágenes congeladas; despertándome con tanto frío que tenía hielo en el pelo, patinando por la pista de montaña en el Toyota mientras uno de los hombres armados de la parte de atrás me decía que si estuviera en Argelia me degollaría, pero que había recibido órdenes de Bin Laden para protegerme de modo que daría su vida por mí. Los tres hombres de la parte de atrás y mi conductor detuvieron el jeep en la destartada carretera Kabul Jalalabad para rezar la oración del *fajr* (amanecer). Junto al amplio estuario del río Kabul, extendieron sus esteras y se arrodillaron mientras el sol salía sobre las montañas. A lo lejos hacia el noreste, veía las alturas del Hindú Kush luciendo de forma tenue con un blanco pálido bajo un cielo azul igualmente pálido, tocando la frontera de China que se metía en las ruinas de una tierra que aún habría de soportar más sufrimiento en los siguientes años. Colinas, rocas, agua, árboles antiguos y vetustas montañas, así era el mundo antes de la aparición del hombre.

Y recuerdo que al volver con los hombres de Bin Laden a Jalalabad pasamos por los cuarteles donde los talibanes almacenaban las armas requisadas y que, sólo unos pocos minutos más tarde, oímos la explosión de todo el arsenal —de granadas, cohetes antitanques, misiles Stinger, explosivos y minas— en un terremoto que sacudió los árboles de la calle del hotel Spinghar y nos salpicó de minúsculos fragmentos de metal y páginas arrancadas de manuales estadounidenses que instruían a los «usuarios» sobre el modo de dirigir los misiles contra el avión. Más de noventa civiles fueron hechos trizas por esa explosión accidental —¿arrojaría un talibán una

colilla, un único y solitario objeto de diversión, entre las municiones?— y luego el argelino se me acercó bañado en lágrimas y me contó que su mejor amigo acababa de perecer en la explosión. Los hombres de Bin Laden, observé, también saben llorar.

Ahora bien, recuerdo sobre todo los primeros minutos tras nuestra partida del campamento de Bin Laden. Aún era de noche cuando vi una gran luz en las montañas en dirección hacia el norte. Al principio pensé que eran los focos de otro vehículo, otra señal de seguridad de los guardas del campamento a nuestro Toyota que partía. Sin embargo, se mantenía ahí durante demasiados minutos y tenía un rastro ligeramente incandescente. Los hombres del vehículo también la contemplaban. «Es el cometa Halley», dijo uno de ellos. Se equivocaba. Es un cometa recién descubierto, observado por primera vez sólo dos años antes por los estadounidenses Alan Hale y Tom Bopp, pero vi que el Hale-Bopp se convertía en Halley para esos árabes de las montañas de Afganistán. Pasaba a toda velocidad sobre nosotros, dejando el rastro de una cola dorada, una fuerza sublime que se movía a 70 000 kilómetros por hora a través de los cielos.

De modo que detuvimos el Toyota y salimos para contemplar la bola de fuego que brillaba en la oscuridad que nos envolvía, unos hombres de Al Qaeda y un inglés, sobrecogidos todos por esa manifestación espectacular y maravillosa de energía cósmica que no se había visto en más de 4000 años. «Señor Robert, ¿sabe lo que dicen cuando se ve un cometa como éste?» Era el argelino, que estaba en ese momento junto a mí, mientras los dos torcíamos el cuello para mirar el cielo. «Significa que va a haber una gran guerra». Y nos quedamos ahí contemplando el fuego que resplandecía entre el espectáculo de estrellas y que iluminaba el firmamento.

## CAPÍTULO 2

### «MATAN A LOS RUSOS»

Si estás herido y solo en los llanos afganos,  
y aparecen mujeres a acabar lo que queda,  
hasta tu fusil rueda, vuélate la sesera  
y corre hacia tu Dios como hace un soldado.

RUDYARD KIPLING,  
*El joven soldado británico*

Menos de seis meses antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, mi abuela, Margaret Fisk, le regaló a mi padre William un libro de 360 páginas de aventuras imperiales *Tom Graham, V. C. A Tale of the Afghan War*<sup>[\*]</sup>. «Regalo a Willie de su madre», se lee en gruesos trazos de lápiz en la portada interior. «Fecha sábado 24 de enero de 1914, por otro». «Willie» tenía en ese momento casi quince años. Sólo tras la muerte de mi padre en 1992 heredé ese libro, con su hermosa tapa dura gofrada con un relieve de la Cruz de Victoria —«Al valor», reza la medalla— y, en el lomo, un soldado con casaca roja y puntiagudo gorro tropical con un fusil en las manos. Nunca descubrí el significado de la críptica referencia «por otro». Sin embargo, años más tarde, leí el libro. Se trata de una historia de aventuras escrita por William Johnston y publicada en 1900 por Thomas Nelson and Sons; cuenta la historia del hijo del dueño de una mina que se cría en la ciudad portuaria inglesa de Seaton y, obligado a dejar la escuela para trabajar de aprendiz de oficinista tras el súbito empobrecimiento de su padre, acaba alistándose en el ejército británico antes de cumplir la edad reglamentaria. Tom Graham es destinado a una unidad británica en Buttevant en el condado de Cork, en el sudoeste de Irlanda —besa incluso la piedra de Blarney, que le confiere los supuestos poderes de elocuencia persuasiva contenidos en esa piedra— y luego viaja a la India y a la segunda guerra afgana, donde es ascendido a alférez de un regimiento de las Highlands. De pie frente a la tumba de su padre en el cementerio de la iglesia local antes partir para el ejército, Tom promete llevar una «vida pura, limpia y recta».

La historia es típica de la generación de mi padre, una historia bulliciosa y racista de heroísmo británico y salvajismo musulmán. Ahora bien, al leerla, quedé sorprendido por algunos paralelismos. Mi padre, Bill Fisk —el Willie de la dedicatoria de casi un siglo antes—, también fue sacado de la escuela de una ciudad portuaria inglesa porque su padre, Edward, ya no podía seguir sosteniéndolo. También él se convirtió en aprendiz de oficinista, en Birkenhead. En las pocas notas que escribió antes de su muerte, Bill recordó que había intentado alistarse en el

ejército antes de la edad reglamentaria; viajó hasta Fulwood Barracks en Preston para unirse a la Real Artillería de Campo el 15 de agosto de 1914, once días después del inicio de la Primera Guerra Mundial y casi exactamente seis meses después de que su madre Margaret le regalara *Tom Graham*. Tras lograr alistarse dos años más tarde, también Bill Fisk fue enviado a un batallón del Regimiento de Cheshire en Cork, en Irlanda, poco después del alzamiento de Pascua de 1916. Tengo incluso una pálida fotografía de mi padre en mis archivos, besando la piedra de Blarney. Dos años más tarde, en Francia, mi padre fue ascendido a alférez en el Regimiento de Liverpool del Rey. ¿Acaso siguió deliberadamente la vida del ficticio Tom Graham?

El resto de la novela es un inquietante cuento de racismo, xenofobia y abierto odio antimusulmán durante la segunda guerra afgana. En la segunda mitad del siglo XIX, la rivalidad y el recelo anglo-rusos se concentraron en Afganistán, cuyas fronteras no marcadas se convirtieron en imprecisas líneas de frente entre la Rusia imperial y el Raj británico en la India. Las principales víctimas del Gran Juego, como se refirieron de forma poco juiciosa los diplomáticos británicos a los sucesivos conflictos en Afganistán —en realidad, había algo típicamente infantil en los celos entre Rusia y Gran Bretaña— fueron, por supuesto, los afganos. Esa tierra continental de desiertos, elevadas montañas y valles verde oscuro había sido durante siglos punto de encuentro cultural —entre Oriente Próximo, Asia central y el Lejano Oriente— y al mismo tiempo campo de batalla<sup>[1]</sup>. La decisión del rey afgano Shir Alí Jan, tercer hijo del primer rey de Afganistán, Dost Mohamed, de recibir una misión rusa en Kabul tras su reascenso al trono en 1868 conduciría directamente a lo que los británicos llamarían la segunda guerra afgana. La primera guerra afgana había llevado en 1842 a la aniquilación del ejército británico en el desfiladero de Kabul, en la misma oscura garganta que yo había cruzado por la noche en mi visita a Bin Laden en 1997. Por el tratado de Gandamak en 1879, Yaqub Jan, hijo de Shir Alí, aceptó permitir el establecimiento de una embajada británica permanente en Kabul, pero antes de que transcurrieran cuatro meses el enviado británico y sus colaboradores serían asesinados en el recinto diplomático. El ejército británico fue enviado de nuevo a Afganistán.



Afganistán.

En la novela de Bill Fisk, Tom Graham va con ellos. En el bazar de Peshawar — ahora en Pakistán, entonces en la India—, Graham encuentra a miembros de la etnia patán, «unos seres infames... la mayoría de esos fanáticos llevaba esos casquetes ceñidos que dan a su portador un aspecto de lo más diabólico». A los pocos días, Graham se encuentra luchando contra esos mismos hombres en Peiwar Kotal, hincando la bayoneta «hasta la boca del cañón» en el pecho de un afgano, «un

gigante moreno, con los ojos centelleantes de odio». En el valle de Kurrum, Graham y sus «compinches» —una palabra con que mi padre se refería a sus compañeros en la Primera Guerra Mundial— combaten contra unos «indígenas enfurecidos, borrachos de ansia de pillaje». Cuando el general sir Frederick Roberts —más tarde, lord Roberts de Kandahar— acepta reunirse con un caudillo tribal, el hombre llega con «una banda de granujas tan salvajes como sea posible imaginar». El autor menciona que siempre que los soldados británicos caían en manos afganas, «sus cuerpos eran atrocemente mutilados y deshonrados por esos demonios con apariencia humana». Cuando el cabecilla de los afganos considerados responsables del asesinato del enviado británico afgano es llevado a ejecutar, «una oleada de satisfacción» recorre las filas de los compañeros de Graham mientras el condenado se ve frente a la horca.

De modo que los afganos son «seres infames», «fanáticos», «granujas», «demonios con apariencia humana», carne para las bayonetas británicas, o para los «tenedores de tostar» como las llama alegremente la narración. Y las cosas empeoran. Un oficial británico de artillería insta a sus hombres a disparar contra un compacto grupo de afganos diciendo que «eso dispersará las moscas». El texto se vuelve no sólo racista, sino también antiislámico. «Los lectores jóvenes —pontifica el autor— quizá no sepan que el único propósito de cualquier afgano en la guerra de 1878-1880 era cortar en pedazos a todo infiel que encontrara. En cuantos más pedazos cortara al desventurado británico mayor era el súmmum de su dicha en el Paraíso». Después de ser herido Tom Graham en Kabul, los afganos —en palabras del médico militar de origen irlandés— se convierten en «maleantes asesinos, negros malditos».

Cuando los británicos son derrotados en la batalla de Maiwand, en un desierto gris al oeste de Kandahar, un oficial ordena a sus hombres «tener preparadas las bayonetas y esperar a los negros». No hay referencia en el libro a Malalei, la joven afgana que —al ver que los afganos se retiran un momento— se quitó el velo de la cabeza y encabezó una carga contra sus enemigos durante la cual murió bajo las balas británicas. Eso, claro está, forma parte de la historia afgana, no de la británica. Cuando los británicos proclaman por fin la victoria en Kandahar, Tom Graham obtiene su Cruz de Victoria.

De «maleantes» a «moscas» y «negros malditos» en un centenar de páginas, no resulta difícil ver con qué facilidad el mundo de británicos «puros, limpios y rectos» de mi padre degradaba a sus enemigos. Aunque hay pocas referencias a la «audacia» de los afganos —y sólo una a su «valor»—, no se hace ningún intento de explicar sus actos. Son malvados, rezuman odio, ansían demostrar su fe musulmana «cortando en pedazos al desventurado británico». La idea de que los afganos no quieren a extranjeros que invadan y ocupen su tierra no existe en absoluto en la historia.

Aunque los relatos oficiales británicos sobre Afganistán no contenían tantos prejuicios, sí que mantenían el punto de vista simplista y supremacista que Johnston utilizó con tanto vigor en su novela. El relato de la vida en Kabul entre 1836 y 1838

del teniente coronel sir Alexander Burnes de la East India Company —publicado un año antes de la matanza del ejército británico en 1842— proporciona un sensible retrato de la generosidad de los caudillos tribales y muestra un interés auténtico por las costumbres y la vida social afganas<sup>[\*]</sup>. Sin embargo, a finales de siglo, la oficial *Imperial Gazetteer of India*<sup>[\*]</sup> prefiere describir los animales de Afganistán antes que informar sobre sus habitantes, que son «apuestos y atléticos... están habituados a derramar sangre desde la infancia... se muestran traicioneros y apasionados en la venganza... ignorantes de todo lo relacionado con su religión más allá de sus doctrinas más elementales».

Entre los jóvenes británicos que acompañaron el ejército a Kabul en 1879 —un británico de carne y hueso, esa vez—, se encontraba Henry Mortimer Durand, un funcionario de veintinueve años que había sido nombrado secretario político del general Roberts. Leyó horrorizado la proclama del general al pueblo de Kabul declarando que el asesinato de los diplomáticos británicos era «un crimen traicionero y cobarde que ha hecho caer un oprobio indeleble sobre el pueblo afgano». Los seguidores de Yaqub Jan, declaró el general Roberts, no escaparían y su «castigo será de los que se sienten y recuerdan... todas las personas culpables de tomar parte en [los asesinatos] serán tratadas como se merecen». Era una vieja versión victoriana de la advertencia que un presidente estadounidense haría a los afganos ciento veintidós años más tarde.

Durand, un hombre inteligente y humanitario, se enfrentó a Roberts a causa de su proclama. «Me pareció tan absolutamente equivocada en tono y sustancia que hice cuanto pude por eliminarla... el lenguaje rebuscado y la absurda afectación de predicar moralidad histórica a los afganos, con quienes todos los problemas empezaron por nuestra abominable injusticia, convertían a mi parecer el documento en muy peligroso para la reputación del general<sup>[\*]</sup>». Roberts mejoró el texto, no enteramente a satisfacción de Durand, que lo consideró sólo «un poco menos inaceptable».

Sin embargo, Durand envió una carta a la hermana de su biógrafo, Ella Sykes, donde proporcionó horripilantes pruebas de que *Tom Graham* contenía descripciones más que reales de la crueldad afgana<sup>[\*]</sup>. «Durante la acción en el valle de Chardeh el 12 de diciembre de 1879 —escribió casi dieciséis años después del acontecimiento—, se ordenó a dos escuadrones del 9º de Lanceros que cargaran contra una gran fuerza de afganos con la esperanza de salvar nuestros cañones. La carga fracasó y encontramos más tarde a algunos de nuestros muertos horriblemente mutilados por los cuchillos afganos... Lo vi todo». Ahora bien, Durand era muy consciente de que los afganos no eran los «demonios con apariencia humana» de la ficción popular. En 1893, describe al jefe militar afgano Gulam Hyder como un hombre curioso y generoso<sup>[\*]</sup>.

Hoy hemos hablado del tamaño de Londres y de cómo se abastecía de alimentos... sobre los prejuicios

religiosos, el odio de suníes y chiíes, la reforma y la Inquisición, de las historias musulmana [sic] y cristiana de la vida y muerte de Cristo, la Armada Invencible, Napoleón y sus guerras, acerca de lo cual Gulam Hyder sabía muchas cosas, las costumbres de los somalíes, la caza del tigre...

Durand había sido enviado a negociar con el rey afgano Abdur Rahman —primo de Shir Alí— a propósito de la frontera meridional de su país, con el objetivo de lograr una frontera acordada entre la India británica y Afganistán. El hermano de Durand, Edward, ya había ayudado a definir la frontera septentrional con Rusia —episodio durante el cual los rusos habían enviado una fuerza de cosacos contra los soldados afganos en el río Kushk— y Mortimer Durand encontró que el rey era muy desfavorable a su vecino del norte. Según las notas de Durand, Abdur Rahman anunció que

a menos que me llevéis a la enemistad, soy vuestro amigo de por vida. ¿Y por qué? Los rusos quieren atacar la India. Vosotros no queréis atacar el Turkmenistán ruso. Por lo tanto, los rusos quieren pasar por mi país y vosotros no. La gente dice que me uniría a ellos para atacaros a vosotros. Si lo hiciera y ellos ganaran, ¿abandonarían mi país? Nunca. Sería su esclavo y los detesto<sup>[\*]</sup>.

Ochenta y seis años más tarde, los soviéticos descubrirían lo que eso significaba.

Los vi por primera vez, a esos rusos, de pie al lado de sus tanques T-72 junto a las pistas del aeropuerto de Kabul, con chaquetas forradas de lana bajo sus sonrosadas caras coronadas por gruesas gorras grises de piel con la estrella roja y la hoz y el martillo de la Unión Soviética. Tanto persistía en el aire ante sus bocas el vaho del aliento que busqué palabras en lo que parecían bocadillos de cómic. En los camiones aparcados junto a la carretera que llevaba a la ciudad, lucían los familiares cascos de metal que aparecían en todos los documentales de la Segunda Guerra Mundial, cascos verdes con una ondulación a la altura de las orejas, blandían fusiles en las manos enguantadas y escrutaban estoicamente a los afganos con los ojos entrecerrados. Fumaban mucho y rápidamente, una pequeña nube gris se elevaba por encima de cada puesto de control. De modo que éstos eran los descendientes de los hombres de Stalingrado y Kursk, los héroes de Rostov, Leningrado y Berlín. Sobre la pista del aeropuerto, había al menos setenta viejos T-62. La nieve caía pesadamente sobre los tanques, bañando de azúcar unos pasteles de hierro capaces de partir los dientes de cualquier «terrorista» afgano.

Los soviéticos habían invadido Afganistán la Nochebuena de 1979, pero cuando yo llegué dos semanas más tarde sus unidades blindadas seguían cruzando la nieve fangosa del río Amu Daria, el Oxo de la Antigüedad, que Edward, el hermano de Durand, había acordado con los rusos que sería la frontera septentrional de esa tierra cubierta por las heladas. Salvo unas pocas ciudades aisladas, el ejército soviético parecía haber aplastado toda resistencia. A lo largo de las carreteras al sur y al este de Kabul, los campamentos militares soviéticos protegidos por decenas de tanques y

artillería pesada controlaban las arterías entre las provincias rebeldes del Afganistán sudoriental. Una «intervención», había denominado Leonid Bréznnev a esa invasión, una asistencia en favor de la paz al gobierno socialista popular del recién instalado presidente afgano Babrak Karmal.

«No he visto tantos tanques en toda mi vida», me dijo Hans-Gunnar Erlandsen, un viejo colega de la radio sueca de El Cairo, cuando nos vimos. Hans-Gunnar era un auténtico sueco, con una mata de pelo rubio sobre unos penetrantes ojos azules y grandes gafas. «Y en toda mi vida quiero volver a ver tantos tanques otra vez —dijo—. Esto supera la imaginación». Había en ese momento cinco divisiones soviéticas completas en Afganistán; la 105.<sup>a</sup> División Aerotransportada con base en Kabul, la 66.<sup>a</sup> Brigada de Fusileros Motorizados en Herat, la 357.<sup>a</sup> de Fusileros Motorizados en Kandahar, la 16.<sup>a</sup> de Fusileros Motorizados en las tres provincias septentrionales de Badajshan, Tajar y Samangan y la 306.<sup>a</sup> División Motorizada en Kabul con los paracaidistas. Había ya 60 000 soldados soviéticos en el país, grandes cantidades de ellos dedicados a cavar trincheras junto a las carreteras principales. Se trataba de una invasión a escala masiva, la demostración de voluntad militar de una superpotencia, el esclerótico Bréznnev —comisario político del Ejército Rojo en el frente ucraniano en 1943, moriría antes de que transcurrieran tres años— que se dedicaba a flexionar su viejo cuerpo impotente por última vez.

Con todo, la aventura imperial final de la Unión Soviética tenía toda la formidable furia de las guerras afganas británicas. Sólo durante la semana anterior, las aeronaves de transporte Antonov-22 habían hecho 4000 vuelos hasta la capital. Cada tres minutos, los escuadrones de Mig-25 se elevaban de las heladas pistas del aeropuerto de Kabul y se dirigían bajo la blanca luz del sol hacia las montañas del este y ahí se producirían, como puertas de calabozos cerrándose de golpe bajo nuestros pies, series de grandes explosiones en el remoto paisaje. Los soldados soviéticos se hallaban en las imponentes alturas del desfiladero de Kabul. Yo era el corresponsal para Oriente Próximo del londinense *The Times*, cuyo corresponsal de guerra en el siglo XIX William Howard Russell —estudiante del Trinity College, en Dublín, como lo sería yo— demostró su valía en la guerra anglo-rusa de 1854-1855 en Crimea. Todos éramos Tom Grahams ya.

Creo que así nos sentimos muchos ese brillante y helado invierno. Yo me encontraba ya agotado. Vivía en Beirut, donde la guerra civil libanesa había succionado un ejército israelí y pronto consumiría otro. Tres semanas antes había abandonado el Irán posrevolucionario, donde los Estados Unidos acababan de perder a su «gendarme del Golfo», el sha Mohamed Pahlavi, en beneficio del más tiránico de los dirigentes islámicos, el ayatolá Ruholá Jomeini. Nueve meses más tarde, me encontraría con el ejército iraquí de Sadam Husein que invadía la República Islámica, corriendo para salvar la vida bajo el fuego artillero. Los Estados Unidos ya habían «perdido» Irán. En ese momento estaban «perdiendo» Afganistán; o al menos contemplando la última y penosa afirmación de independencia nacional de ese país

que se fundía en el abrazo del Kremlin. O eso nos pareció en ese momento. Los rusos querían un puerto de aguas cálidas, como había temido el general Roberts en 1878. Si lograban alcanzar la costa del Golfo —Kandahar está a 650 kilómetros del golfo de Omán—, tras una rápida incursión por el Baluchistán iraní o paquistaní, las fuerzas soviéticas estarían sólo a 300 kilómetros de la península Arábiga. Ésa era al menos la creencia popular, fuente de millares de editoriales. Llegaban los rusos. Que la Unión Soviética se moría, que el gobierno soviético emprendía esa extraordinaria expedición en medio del pánico —en medio del pánico de que la caída de un aliado comunista en Afganistán desencadenara una reacción en cadena entre las repúblicas soviéticas musulmanas— no era evidente todavía, aunque unos pocos días más tarde tendría ante mí las pruebas de que el Kremlin podía estar en lo cierto.

En realidad, muchos de los soldados soviéticos que llegaban a Afganistán procedían de esas mismas repúblicas musulmanas del Asia central soviética cuya lealtad tanto preocupaba a Brézhnev. En Kabul, los soldados soviéticos de la región turcomana conversaban fácilmente con los jefes afganos locales. Los rasgos asiáticos de algunos soldados de pómulos salientes indicaban a veces que sus unidades militares habían sido reclutadas en la región de Mongolia. En Kabul y los pueblos más cercanos de la capital, no se producía ninguna señal de abierta hostilidad contra los invasores soviéticos durante el día; se habían desplazado tantas unidades rusas hasta las nevadas montañas que los soldados afganos habían sido retirados para proteger la ciudad. Sin embargo, por la noche los soviéticos eran repelidos hacia Kabul, e informaciones sin confirmar hablaban de diez rusos muertos en dos semanas, dos de ellos apaleados. En Jalalabad, a 65 kilómetros por carretera de la frontera paquistaní, unas estruendosas explosiones nocturnas daban fe de la continuada lucha entre afganos y tropas soviéticas.

Durante los dos meses siguientes, los pocos periodistas que conseguimos entrar en Afganistán fuimos testigos del inicio de una espantosa tragedia, una tragedia que duraría más de un cuarto de siglo y que costaría al menos un millón y medio de vidas inocentes, una guerra que acabaría de golpear el corazón, no de Rusia, sino de los Estados Unidos. ¿Cómo íbamos a saberlo? ¿Cómo íbamos a suponer que mientras en Irán nacía una revolución islámica, una fuerza espiritual mucho más poderosa nacía y se amamantaba ahí, en medio de las nieves de principios de enero de 1980? De nuevo, las pruebas estaban ahí, para quienes decidían desentrañarlas, quienes se daban cuenta de que la versión de la historia presentada por nuestros amos —ya procedieran de Moscú o de Washington— era esencialmente a corto plazo, falsa y en última instancia contraproducente. Quizás éramos muy ingenuos, estábamos muy mal preparados para acontecimientos de semejante escala. ¿Quién iba a captar en tan poco tiempo las implicaciones de esta historia imperial, esta última aventura del Gran Juego? Éramos jóvenes, la mayoría de quienes conseguimos introducirnos en Afganistán ese enero. Yo tenía treinta y cinco años, la mayoría de mis colegas era más joven, y el periodismo no sólo es una ciencia imprecisa sino también una ciencia

fatigosa cuya práctica requiere casi tanta burocracia como recopilación de hechos. Había pasado la Navidad en Irlanda y volví al Beirut desgarrado por la guerra el 3 de enero, con el objeto de prepararme para la misión de cubrir la continuación de la revolución en Irán. Sin embargo, ningún acontecimiento podía compararse con la invasión soviética de Afganistán.

Para un periodista, no hay nada como ese momento en que un gran artículo empieza a hacerte señas, en que se está haciendo de verdad la historia, y un director de Internacional te pide que vayas a por ella. Recuerdo un caluroso día de verano en Beirut en que unos secuestradores habían desviado hasta Dubai un avión de Lufthansa. Podía estar ahí en cuatro horas, dije a Londres. «Ve. Ve. Ve», respondieron. Sin embargo, eso era un drama a una escala mucho mayor, una epopeya si podíamos estar ahí para informar de ella. El ejército soviético irrumpía en Afganistán; y, desde sus casas y oficinas en Londres, Nueva York, Nueva Delhi, Moscú, todos mis colegas intentaban encontrar un modo de entrar en el país. Beirut estaba relativamente cerca, pero se hallaba de todos modos a 3000 kilómetros al oeste de Kabul. Y fue una experiencia surrealista conducir entre los disparos de un Beirut oeste en plena guerra civil hasta la oficina de las Middle East Airlines en busca de la ayuda de una aerolínea libanesa que en ese momento sólo tenía doce viejos Boeing-707 y tres jumbos a su nombre. De acuerdo con las antiguas normas de viaje, Afganistán expedía visados a todos los ciudadanos británicos en el momento de la llegada. Sin embargo, había que partir de la base de que, si el país era ya un satélite de la Unión Soviética, esas reglas —vestigio de los días en que Kabul estaba felizmente situado en la ruta turística del hachís que acababa en la India— se habrían abandonado.

Richard Wigg, nuestro corresponsal en la India, estaba en la ciudad paquistaní de Islamabad, Michael Binyon estaba en Moscú. La compañía libanesa concibió un plan para hacerme llegar a Afganistán, un ingenioso ardid que comuniqué a Londres con los vetustos télex del despacho de Associated Press en Beirut, que sistemáticamente introducía erratas en lo transmitido: «Amigos de la venta de pasajes de MiddleEast [sic] Airlines... proponen que intentemos lo siguiente: compro un billete de ida a Kabul y viajo en el vuelo de Ariana [las aerolíneas afganas] que finaliza en Kabul —escribí—. Eso significa que aunque me echen es probable que consiga estar unas doce horas en la ciudad... porque mi vuelo habrá llegado a su destino en Afganistán y no se me podrá edevolver [sic] en él... En el peor de los casos, me echarían y podría comprar un billete a Pakistán y dirigirme a Peshawar... Agradecería respuesta lo antes posible para que los amigos de MEA se pongan a ello mañana (vie) por la mañana». Londres respondió en menos de una hora. «Sí, adelante con el plan del billete de ida a Kabul», escribió la sección de Internacional. Ya estaba de nuevo en la oficina de MEA cuando *The Times* envió otra nota. «Binyon informa de que las embajadas afganas de todo el mundo [sic] han recibido órdenes de emitir visados [sic] lo que podría facilitar las cosas».

Era asombroso. Los soviéticos querían que estuviéramos ahí. Su «fraternal apoyo» al nuevo gobierno de Karmal —y la supuesta naturaleza horrible del régimen de su predecesor— debían recibir publicidad. Los soviéticos acudían para liberar Afganistán. Ésa era a todas luces la historia que tramaba el Kremlin. Durante varios años, había sido —además de mi empleo en *The Times*— reportero de la Canadian Broadcasting Corporation (CBC). Me gustaba la radio. Me gustaba el valor de la CBC a la hora de permitir que sus reporteros expresaran sus opiniones, de dejarme ir a la batalla con una grabadora para «contar las cosas como eran», de informar sobre la sangre y la fetidez de las guerras y mi asco ante el conflicto humano. Sue Hickey envió un télex desde la oficina de la CBC en Londres. «Buena suerte, mantn ojos abiertos a t espalda», escribió. Le prometí un pañuelo de seda afgano: el soborno no conoce límites en el periodismo radiofónico. «¿Cómo se dice en ruso Ayuda me rindo dónde está la embajada británica?», pregunté. «En ruso ayuda se dice “pomog” —me respondió Sue en su taquigrafía de télex—. Así q no dbs tnr problmas chao».

Ariana operaba un vuelo de Frankfurt a Kabul el domingo por la mañana. Se canceló. Volvieron a programarlo y a cancelarlo otra vez. Saldría de Roma. Saldría de Ginebra. No, saldría de Estambul. Cuando llegué a Turquía con MEA, la nieve se amontonaba en torno a la terminal de Estambul y el panel que indicaba los vuelos tenía un «Retrasado» junto al vuelo de Kabul. No había combustible para la calefacción en Estambul, de modo que me acurruqué con mi abrigo en una silla de plástico con todos los libros y los recortes que había sacado de mis archivos en Beirut. Me castañeteaban los dientes y pasaba las páginas sin sacarme los guantes. Eso lo hacemos en exceso los periodistas, ponernos a estudiar historia mientras esperamos la salida del avión, llenándonos la cabeza con fechas y presidentes, un ojo puesto en la tercera guerra afgana y el otro en el mostrador de facturación. Saqué mi mapa de Afganistán, verde y amarillo al oeste, donde los desiertos encierran Kandahar; marrón en el centro, a medida que las montañas se abren paso hacia Kabul; un moretón púrpura y blanco al noreste donde el Hindú Kush separa Pakistán, la India, China y la Unión Soviética.

La frontera entre la India británica y Afganistán se trazó finalmente a lo largo de tierras tribales en 1893, desde el paso de Jyber, al sudoeste hasta la ciudad de Chaman (hoy en Pakistán), un puesto fronterizo semidesértico en las lindes de un gran desierto de arena y montañas grises a un centenar de kilómetros de Kandahar. Estos «trazos en la arena» fueron establecidos, claro está, por sir Mortimer Durand y reconocidos por las grandes potencias. Para las personas que vivían a ambos lados de esas líneas, que obviamente no tuvieron voz ni voto en el asunto, las fronteras carecían de sentido. Los patanes del sudoeste de Afganistán descubrieron que la frontera dividía sus tierras tribales y étnicas. No podía ser de otro modo; el objetivo de las fronteras era proteger a Gran Bretaña y Rusia una de otra, no hacer más fácil la vida o la identidad de los miembros de las tribus afganas que no se consideraban afganos ni indios —ni tampoco, más tarde, paquistaníes—, sino patanes de lengua

pastún que creían vivir en un lugar llamado Pastunistán, que se encontraba a ambos lados de lo que se denominaría la «línea Durand».

El final de la Primera Guerra Mundial, durante la cual Afganistán permaneció neutral, dejó un Raj británico en declive al sur y un país comunista soviético nuevo y ambicioso al norte. El rey King Amanulá inició una insurrección a pequeña escala contra los británicos en 1919 —que luego recibiría el nombre de tercera guerra afgana— que los británicos ganaron en el plano militar pero que los afganos ganaron en el plano político. A partir de entonces controlarían sus asuntos exteriores y tendrían una verdadera independencia de Gran Bretaña. Aunque eso no sería una garantía de estabilidad<sup>[2]</sup>.

La reforma y la regresión marcaron la posterior historia de Afganistán. Mi colección de recortes de periódico incluía un artículo de 1978 del *The Guardian*, que recordaba cómo los soviéticos habían gastado el equivalente a 350 millones de libras esterlinas para construir el túnel de Salang a través de las montañas situadas al norte de Kabul; se tardó diez años y costó 140 millones de libras el kilómetro<sup>[\*]</sup>. «¿Por qué se gastarán 350 millones de libras en una carretera poco transitada que cruza el Hindú Kush? —preguntaba el articulista—. Desde luego, no sólo por los camiones cargados de pasas que suben el paso todos los días. La respuesta es no. El túnel de Salang se ha construido para que los convoyes soviéticos... puedan ir desde las ciudades y las bases militares de Uzbekistán hasta el Jyber y Pakistán»

El país de campesinos se basaba en la tradición tribal y religiosa, mientras que sólo los marxistas podían proporcionar iniciativa política. El derrocamiento violento de Daud en 1978 condujo a una serie de regímenes marxistas cada vez más duros encabezados por Nur Mohamed Taraki y Hafizulá Amin, cuyos partidos rivales Parcham (Estandarte) y Jalq (Pueblo) se dedicaban a ejecutar cruelmente a los opositores. La rebelión estalló en las zonas rurales de Afganistán y el ejército, cada vez más amotinado a pesar de los asesores soviéticos, empezó a desintegrarse. Taraki murió de una «enfermedad no revelada» —casi con toda seguridad asesinado por los esbirros de Amin— y luego, en diciembre de 1979, Amin fue a su vez fusilado. Toda una unidad del ejército afgano ya había entregado sus armas a los rebeldes en Wardak y hay pruebas que indican que fue el propio Amin quien pidió la intervención militar soviética para salvar su gobierno<sup>[\*]</sup>. Las fuerzas especiales soviéticas llegaron a las bases aéreas afganas el 17 de diciembre, cinco días después de que Bréznev tomara la decisión de invadir, y es posible que Amin fuera asesinado por error cuando sus guardaespaldas vieron las primeras tropas soviéticas alrededor de su palacio.

Un cuarto de siglo más tarde, en Moscú, conocería a un antiguo oficial de la inteligencia militar soviética que llegó a Kabul con fuerzas rusas antes de la invasión oficial. «Amin fue fusilado y nosotros intentamos salvarlo —me dijo—. Nuestros oficiales médicos intentaron salvarlo. No le diré más». Sin duda es cierto que el oficial soviético a cargo del golpe, el general Víktor Paputin, se suicidó poco después. Sin embargo, el 27 de diciembre se anunció que el cada vez más represor

Amin había sido «ejecutado». Los soviéticos instalaron entonces en Kabul a Babrak Karmal, abogado socialista y miembro del partido Parcham que con anterioridad se había refugiado en Moscú. Había sido primer ministro adjunto —junto con Amin— bajo Taraki; en ese momento fue el caballo de Troya por medio del cual los soviéticos podían declarar que Afganistán había sido «liberado» de la tiranía de Amin.

Estábamos a bajo cero en el aeropuerto Ataturk de Estambul. Había escarcha en el interior de las ventanas. Me dirigí hacia el mostrador de facturación vacío. Había un folleto de la Organización de Turismo Afgana. «Diga “Afganistán” y pensará en el país más agradable —decía en el reverso—. Diga “Ariana” y habrá pensado en la forma más agradable de llegar a él». Sin embargo, la Organización de Turismo Afgana no había sobrevivido a las purgas. La primera página tenía un grueso trazo de lápiz negro que intentaba en vano borrar el nombre del «jefe de Estado de la República de Afganistán Mohamed Daud». La palabra *Democrática* —un adjetivo esencial en cualquier régimen no democrático— se había añadido sobre el nombre del país y se habían tapado todas las referencias a la antigua familia real. Los funcionarios de turismo que habían servido a Daud y luego desaparecieron padecieron la misma suerte que el folleto.

El DC-10 nuevo de Ariana llegó a Estambul antes del amanecer, con la tripulación afgana que aún volaba con los técnicos de la compañía estadounidense McDonnell Douglas que les habían enseñado a pilotar la nave. Fue un vuelo movido y frío hasta Teherán, la última escala antes de Kabul. La tripulación afgana desayunó en primera clase antes de servir a los pasajeros; el «modo más agradable» de llegar a Afganistán. En el aeropuerto Mehrabad de Teherán, tres guardias revolucionarios iraníes subieron a bordo y ordenaron bajar a dos hombres de mediana edad. Salieron, con la cabeza gacha, asustados. La tripulación afgana no reveló quiénes eran. Al amanecer salimos para Kabul.

Afganistán estaba cubierto de nieve, con sus barrancos montañosos blancos y negros por las rocas. Desde los 10 000 pies, vi los minúsculos helicópteros soviéticos metiéndose por los grandes desfiladeros al sur de Kabul, como luciérnagas que dejan un rastro marrón a su paso. El aeropuerto era ya una base militar; las calles de la capital, un aparcamiento para los blindados soviéticos; y los soldados no eran simples reclutas soviéticos. Los nuevos vehículos tácticos de infantería ASU-85 sólo pertenecían a las mejores divisiones de la Unión Soviética. Muchos soldados llevaban la versión más moderna del fusil Kaláshnikov, el AKS-74. Al norte de la capital, la 105.ª División Aerotransportada había cavado un verdadero laberinto de trincheras —kilómetros de longitud— en la meseta situada entre las montañas. Desde lejos, parecían soldados a lo largo de las líneas del frente occidental, como en las fotografías sepia que mi padre había tomado sesenta y dos años antes. Seguramente sus jefes deseaban que ése fuera el único paralelismo obvio entre las dos campañas militares.

Cuando detuvieron mi taxi, los soviéticos contemplaron mi pasaporte arrugando

la frente. ¿Qué hacía un inglés en Kabul? En el hotel Intercontinental, en una pequeña colina sobre la ciudad, no hubo un desconcierto semejante. El personal de la recepción fue todo sonrisas, dirigiendo con discreción los ojos hacia los policías de paisano sentados en los sofás del vestíbulo para que los clientes supieran cuándo tenían que bajar la voz. Por fortuna, la intensidad con que los hombres del Jad —el Jedamat-e Etelaat-e Dawlati o Servicios de Información del Estado— nos contemplaban sólo podía compararse con su incapacidad para hablar algo de inglés. Había un cómodo bar lleno de botellas de vodka polaco y cerveza checa, así como una gran ventana sobre la que se apoyaba una espesa capa de nieve. Los dormitorios eran cálidos, y los balcones, la delicia de cualquier espía; desde el mío, la habitación 127, podía ver todo Kabul, el antiguo fuerte de Bala Hissar —ahí se luchó una de las ficticias últimas batallas de Tom Graham— y el aeropuerto. Podía contar los reactores soviéticos despegando bajo el sol de la tarde, las explosiones resonando en el Hindú Kush y luego los aviones deslizándose de nuevo sobre las pistas.

En las guerras, sólo viajo con quienes confío. Los reporteros que se dejan llevar por el pánico no tienen una segunda oportunidad. Conor O'Clery del *Irish Times* había logrado llegar desde el paso de Jyber por Jalalabad. Ya estaba en la vieja oficina de telecomunicaciones del centro de la ciudad, contemplando con un destello malvado en la mirada cómo un operador volvía a soldar la letra w en su vástago de hierro en el interior de la máquina de télex. Gavin Hewitt, un reportero de televisión de la BBC de veintinueve años, llegó con Steve Morris y Mike Viney, el equipo más listo con el que he trabajado nunca, con una cámara abollada —eran los tiempos de las películas de verdad con su maravillosa definición de color, hoy perdida con la tecnología del vídeo— y Geoff Hale. Eran también los tiempos de los equipos de verdad, cuando un técnico de sonido —en ese caso Morris— y un técnico de imagen, Hale, acompañaban al reportero sobre el terreno. Hewitt ya se las había apañado para encontrar un taxi, un destartado Peugeot amarillo con las ventanas de delante y atrás cubiertas de flores de plástico y demás follaje artificial tras el que pensábamos que podíamos escondernos al pasar por controles militares soviéticos o afganos. Por 100 dólares al día, su conductor, un tal señor Samadali, estaba dispuesto a romper todas las reglas y sacarnos de Kabul.

De modo que en la blanca mañana del 9 de enero de 1980 partimos en nuestro desvencijado Peugeot a ver la invasión de Afganistán. Nos dirigimos al este hacia el desfiladero de Kabul, metiéndonos en la grieta que se abre al pie de los montes Spingar. El ejército soviético bajaba a Jalalabad, y nosotros nos abrimos paso entre sus grandes T-72 y sus vehículos blindados, máquinas cuyo tubo de escape despedía un caliente humo negro contra la nieve. Y, junto a la carretera, los afganos miraban, con caras herméticas y ojos que se fijaban en los detalles de todos los vehículos. Miraban sin emoción mientras el viento revolvía sus pañuelos y túnicas anaranjadas y verdes. La nieve se extendía por la carretera y se amontonaba a sus pies. La temperatura era de dos grados bajo cero, pero habían acudido a ver pasar el convoy

soviético por la gran carretera del este hacia el paso de Jyber.

Los soldados rusos, con los gorros de piel bien calados, miraban a los afganos y sonreían de vez en cuando mientras sus vehículos avanzaban por la nieve y el hielo de la enlodada carretera. Un kilómetro más adelante, la policía militar soviética en jeeps con techo de lona les indicaron que se unieran hasta otro convoy más grande en el que más tanques y vehículos oruga blindados sobre camiones corrían por la carretera de Jalalabad. Tenían prisa. Los generales de Kabul querían que esos hombres estuvieran en la frontera con Pakistán —a lo largo de la línea Durand— tan deprisa como fuera posible. Asegurar el país. Decir a Moscú que el ejército soviético lo controlaba todo. Condujimos junto a ellos durante 16 kilómetros, con nuestro coche entre tanques, transportadores y jeeps, observados por los jóvenes soldados soviéticos con pieles y cascos de metal mientras la nieve soplaba entre nosotros. A cada kilómetro, había soldados afganos de guardia junto a la calzada de dos carriles y a ocho kilómetros de Kabul pasamos por un puesto de control soviético, con dos soldados a cada lado de la carretera abrigados con largos abrigos abiertos de color verde oscuro.

Cuanto más avanzábamos, más seguros nos sentíamos. Sabíamos que nos dirigíamos hacia el peligro; sabíamos que los soviéticos ya habían sido atacados cerca de Jalalabad. Sin embargo, tras traspasar el primer desconfiado control de policía en las afueras de Kabul —sólo queríamos, afirmó Hewitt falsamente con inocencia de colegial, visitar la ciudad—, en el siguiente puesto militar nos saludaron indolentemente entre los convoyes. Si se nos había permitido salir de Kabul, era que teníamos permiso para estar en esa carretera. Eso al menos era lo que evidentemente pensaban los soldados soviéticos y afganos apostados junto al camino. ¿Y quién estaba capacitado para anular ese permiso? Dimos gracias al cielo por las policías estatales. Nuestra mayor preocupación era la velocidad a la que estábamos obligados a viajar. Los soviéticos se movían deprisa, incluso sus transportadores de tanques se adelantaban entre sí a 80 kilómetros por hora en medio de la semiventisca, obligando a veces al tráfico civil a ocupar la calzada contraria, y en un punto nuestro pequeño taxi casi quedó aplastado entre un camión y un tanque.

Toda la mañana había habido rumores de una nueva batalla en Jalalabad entre soviéticos y miembros de tribus afganas. Rechazaban a los blindados hacia la ciudad de Herat, cerca de la frontera iraní, y hacia arriba en dirección a Salang, donde un convoy acababa de ser atacado. A todas luces, se estaban tardando más de lo esperado en completar eso que los soviéticos presentaban como una medida contra los «elementos contrarrevolucionarios» de Afganistán. Tomaba visos de verosimilitud la afirmación estadounidense de que en el país habían entrado 85 000 soldados procedentes de Tashkent y Moscú. Podían ser cien mil.

Metidos en el hacinado Peugeot del señor Samadali, estábamos registrando la historia. Steve y Geoff iban sentados detrás con Mike embutido entre ellos, apretando la cámara entre las rodillas mientras Gavin y yo mirábamos a los soldados soviéticos

de los camiones. En cuanto veíamos que nadie miraba, yo gritaba «¡Ahora!» y Gavin —era, al fin y al cabo, el jefe de nuestra pequeña operación— gritaba «¡Filma!». Entonces él y yo estirábamos el brazo y apartábamos la cortina de flores de plástico y verdor, Mike sacaba la cámara —el objetivo nos magullaba la nuca a los que íbamos delante— y empezaba a filmar a través del parabrisas. Cada fotograma era importante. Se trataba de la mayor operación militar soviética desde la Segunda Guerra Mundial y la película de Mike no sólo se mostraría por todo el mundo sino que se almacenaría en los archivos para siempre. La nieve gris, el verde de los blindados soviéticos, las oscuras siluetas de los afganos bordeando la carretera, ésos eran los colores y las imágenes que retratarían el inicio de esa invasión. Una mirada fugaz de un soldado soviético, una mirada demasiado larga de un policía militar, y Gavin y yo gritábamos «¡Abajo!», Mike escondía la cámara entre las piernas y nosotros dejábamos caer el follaje artificial ante el parabrisas. «No seamos codiciosos», decía Gavin a su equipo. Todos le dábamos la razón. Si manteníamos la calma, si no nos confiábamos demasiado —si estábamos dispuestos a perder una buena toma para poder filmar de nuevo otro día—, la historia sería nuestra.

Detuvimos el coche más arriba de Sarobi. El paisaje de Afganistán quita el aliento en el sentido más literal de la expresión. A esa altura, el sol había hecho desaparecer la nieve de la hierba de las montañas, que tenía un color verde claro sorprendente, y era posible ver hasta 50 kilómetros al este en dirección al paso de Jyber, hasta las afueras de Jalalabad, envuelto en neblinas. La bajada al valle del Indo fue como pasar de una ventisca a una sauna. Sacando la mano por la ventanilla se sentía cómo el aire se hacía cada vez más caliente. Gavin saltaba sobre la punta de los pies junto a la carretera, mirando el panorama de crestas y cadenas montañosas. A lo lejos, en dirección norte, distinguíamos incluso las nieves blancas y púrpura de las cumbres de la cordillera del Pamir. Estábamos cerca de China. Y nos sentíamos, jóvenes como éramos, en el techo del mundo.

La tragedia de esa epopeya aún no nos había atenzado. ¿Cómo iba a saber que diecisiete años más tarde estaría ahí, en ese mismo tramo de carretera, mientras los hombres de Bin Laden rezaban bajo aquel exaltado cometa? ¿Cómo iba a saber que, mientras yo estaba con Gavin en aquella ladera, el propio Bin Laden, con sólo veintidós años, se encontraba a unos pocos kilómetros de nosotros, en esa misma cadena montañosa, instando a sus jóvenes luchadores árabes a unirse a sus hermanos musulmanes en la guerra contra los soviéticos?

Habíamos recorrido la mitad de la estrecha y escarpada carretera del desfiladero de Kabul cuando se nos acercó un coche, que nos hizo señas con las luces y frenó dando un patinazo. El conductor, sin afeitado y con turbante, sólo sabía que había «problemas» más abajo. Levantó las manos en un gesto de ignorancia y miedo y luego, tras haber ofrecido esa vaga información, se alejó deprisa por el camino que nosotros acabábamos de recorrer. En las montañas de Afganistán, esas advertencias no se hacen a la ligera. Todos sabíamos lo que le había ocurrido al ejército británico

del general Elphinstone en ese mismo desfiladero en 1842. De modo que mientras seguíamos bajando con cautela, mirábamos las rocas que se cernían sobre nosotros, donde la nieve acababa y los riscos ofrecían protección para una emboscada. Continuamos así durante 15 kilómetros sin encontrar otro coche hasta que llegamos al pequeño pueblo de Sarobi, donde un grupo de decrepitos autobuses y un taxi se encontraban aparcados junto a una barbería. Había un policía en medio del camino que se refirió en términos igualmente vagos a una «emboscada» más adelante. La carretera estaba bloqueada, dijo. De modo que junto al camino, con las montañas elevándose sobre nosotros y el río Kabul llevándose en un tumultuoso torrente las nieves fundidas barranco abajo, estuvimos tomando un té dulce y muy caliente hasta que de pronto aparecieron dos tanques seguidos de dos camiones con soldados afganos.

Los tanques pasaron en dirección sur, hundiendo las orugas en el asfalto, con los radioperadores mirando fijamente al frente. Los soldados, cada uno con su fusil Kaláshnikov, lanzaron dos vítores cuando cruzaron Sarobi, pero no recibieron respuesta. Seguimos bajando el desfiladero tras ellos, dejando atrás el límite de las nieves perpetuas y entrando en las calurosas llanuras donde las temperaturas bajo cero y el hielo de las montañas se vieron sustituidos por polvo y naranjales junto a la carretera. Un camión de soldados se apartó de la carretera y oímos disparos en los precipicios. Vimos cómo los soldados trepaban por las rocas hasta que los perdimos de vista entre las peñas, cual figuras de un antiguo dibujo de las hostilidades imperiales en el Jyber. Seguimos a los tanques soviéticos hasta la llanura y al pasar una curva llegamos a un puesto de control y al lugar de la emboscada.

A lo largo de 400 metros, los árboles que bordeaban la carretera estaban abatidos. Había soldados; dos vehículos blindados rusos habían llegado ya desde Jalalabad y despejado casi del todo el camino. Los tiradores habían disparado desde los árboles cuando los primeros coches civiles se habían detenido en el control de carretera antes del amanecer. Mataron a dos personas e hirieron a otras nueve, a una en la espalda y el pecho. Había aún un rastro de vidrios en la carretera, pero nadie sabía si los atacantes eran bandidos o si habían confundido los coches con vehículos militares soviéticos en la oscuridad. Junto al camino había un anciano que pensaba saber la respuesta. Los hombres que habían llevado a cabo la emboscada, nos dijo, eran «muyahidines», «guerreros santos». Gavin me miró. Era la primera vez que oíamos esa palabra en Afganistán.

Constituyó un recordatorio de que las autoridades afganas apoyadas por los soviéticos ni siquiera eran capaces de proteger la principal carretera a Pakistán, aunque veíamos que al ejército afgano aún se le permitía desempeñar un importante papel en las operaciones. Los soldados que comprobaron nuestros papeles y ocupaban los pequeños fuertes de cemento situados junto al desfiladero eran todos afganos. Algunos de los tanques apostados en las montañas de los alrededores de Jalalabad también lo eran, y sólo el ejército afgano patrullaba la ciudad durante el día.

No se veía ni un soviético por las arboladas y sombreadas calles de esa hermosa ciudad donde los carros tirados por caballos traqueteaban con elegancia colonial por los caminos de tierra, donde niños campesinos conducían a golpes de vara burros cargados de grano hasta el pequeño mercado. Sin embargo, la escena era engañosa, y Jalalabad resultó ser un importante indicador de lo que sucedía en otras ciudades más remotas de Afganistán.

Porque, a pesar de la deliciosa serenidad del lugar, los miembros de la tribu patán atacaban por millares durante la noche a los soldados afganos en los campos circundantes. En los últimos seis días, las explosiones habían retumbado por toda la ciudad durante la noche y dos grandes bombas habían destruido en dos ocasiones el tendido y los transformadores eléctricos que suministraban energía eléctrica a Jalalabad, cuya población llevaba cinco días sin electricidad. El toque de queda se había extendido de las ocho de la tarde a las cuatro de la madrugada. Y durante esas horas nocturnas, el ejército soviético desplazaba por la ciudad vehículos blindados pesados. En ese momento había 1400 soldados soviéticos con tanques T-54 y vehículos oruga acuartelados en los viejos cuarteles del ejército afgano en la carretera de Pakistán, a cinco kilómetros al este de Jalalabad. Daba la impresión de que los soviéticos se preparaban para actuar y pacificar la zona, si el ejército afgano no lograba mantener la paz.

Volvimos a Kabul antes del anochecer e intentamos visitar el hospital militar construido por los soviéticos. A través de las verjas de hierro, vimos soldados con los brazos en cabestrillo, caminando con ayuda de bastones o muletas. De modo más inquietante, un avión turbopropulsor de Aeroflot estaba estacionado en un rincón apartado del aeropuerto de Kabul y, cuando nos acercamos con el coche, pudimos distinguir una ambulancia militar soviética junto a la escalerilla de embarque en la parte delantera del fuselaje. En años futuros, los rusos darían un apodo al avión que devolvía los muertos de Afganistán, el Tulipán Negro. A lo largo de ocho años, los soviéticos perderían 14 263 combatientes, muertos o desaparecidos, y devolverían a casa a 49 985 heridos.

En años posteriores, Gavin y yo recordaríamos como una gran aventura nuestras salidas de Kabul en 1980. Eramos una partida de caza, dispuestos a pasar un estimulante día en busca de imágenes. Adoptamos el vetusto silo construido por los rusos como símbolo de los dones de la Unión Soviética al mundo; representaba, pensábamos, una millonésima parte de los «dones» soviéticos. «Había cierta inocencia en nuestro mundo —recordaría Gavin más de veinte años después—. El silo era en cierto modo típico. Cuanto más destartalada era su presencia, más fieles a su forma artística resultaban nuestras imágenes». Viajando con su equipo me volví casi posesivo en relación con sus filmaciones, tan deseoso de verlos conseguir una exclusiva para la BBC como el propio Gavin. Por su parte, Gavin quería asegurarse de que yo enviaba sin problemas mis artículos a *The Times* desde Kabul todos los días. Nuestro entusiasmo por ayudarnos mutuamente no era sólo camaradería

periodística. Gavin era uno de los pocos reporteros televisivos en Afganistán y sus espectaculares envíos de películas estaban dando forma a la percepción del mundo de la invasión soviética. William Rees-Mogg, el director de *The Times*, mi jefe de Internacional, Ivan Barnes, veían todas las crónicas de Gavin, aunque a menudo tardaban cuarenta y ocho horas en llegar a la pantalla. No había «alimentadores» de satélites en Kabul y teníamos prohibido introducir antenas parabólicas en el país. De modo que Geoff Hale llevaba personalmente las cajas de películas hasta Londres y hacía el trayecto desde Kabul cada dos días, un viaje de 13 500 kilómetros realizado al menos tres veces a la semana. Gavin descubrió que sus propios jefes leían mis reportajes todos los días en *The Times* y esperaban con impaciencia las imágenes que sabían que él había obtenido, puesto que les había dicho que viajábamos juntos. Y sus crónicas filmadas alimentaban la sed de noticias afganas de mi redactor jefe. Eramos dos parásitos, solíamos decir, viviendo del trabajo del otro.

Mi propio material llegaba a *The Times* de un modo menos caro pero igualmente agotador. El personal del Intercontinental tenía instrucciones de los agentes de la seguridad estatal para que no dejaran a los periodistas enviar sus artículos desde el télex del hotel. Me vi obligado así a enviar mensajes a Ivan Barnes y a mi responsable de Internacional, Louis Heren, indicándoles cómo planeaba mandar mis artículos a Londres. Nuestras oficinas de Nueva York y Washington intentaban llamarme por teléfono, al igual que Binyon en Moscú. Sin embargo, en todas las semanas que estuve en Kabul, nunca recibí ni una llamada telefónica de nadie. Lo que hacía era levantarme a las cuatro todas las mañanas y mecanografiaba original y cuatro copias de mi artículo para *The Times*. De las cinco versiones, le daba una a la agencia de noticias Reuters, que enviaba a un empleado indio casi todos los días a Delhi. Otra se la entregaba al empleado paquistaní de Reuters que volaba de modo regular a Peshawar e Islamabad. Desde allí tenían que picar el texto y —dado que el periódico estaba suscrito a la agencia de noticias— enviarlo a Londres. Otra copia iba con quienquiera que viajara a la Unión Soviética con la esperanza de que pudiera contactar con Binyon en Moscú. La cuarta versión era para Geoff y sus vuelos regulares para Gran Bretaña.

La quinta era para una operación mucha más tortuosa, una operación —y aún hoy me maravillo que funcionara— en la que participaba el cobrador paquistaní del viejo autobús de madera que bajaba traqueteando desde Kabul a Jalalabad y de allí a Peshawar en Pakistán, donde el personal de un hotel local esperaba mis páginas para enviarlas por télex a Londres. Ideé el plan en mi tercera mañana en Kabul. Había visto el autobús de Peshawar en la carretera al sur de la capital y averigüé que dejaba Kabul todas las mañanas a las seis y media. Me caía bien Alí, el cobrador, un patán muy jovial con un pañuelo verde, una gorra redonda afgana y una sonrisa de grandes y puros dientes blancos que hablaba el suficiente inglés para entender mi humor y mi cinismo. «Señor Robert, si eso perjudica a los rusos, llevaré su artículo hasta la misma puerta del hotel Intercontinental en Peshawar. Déme dinero para pagar a los

operadores y cuando deje Afganistán, véngase a Peshawar conmigo para pagar las facturas del télex. Confíe en mí».

Toda mi vida en Oriente Medio, me he encontrado personas que me ordenaban que confiara en ellas. Y casi siempre lo he hecho, y ellas han sido merecedoras de esa confianza. Alí recibía 50 dólares diarios, todos los días, para que llevara mi despacho mecanografiado a Peshawar. Los operadores recibían 40 dólares al día por enviarlo por télex a Londres. Aunque las peores ventiscas azotaran el desfiladero de Kabul, el vetusto autobús de Alí conseguía abrirse paso entre tormentas y controles soviéticos. En ocasiones viajé con él hasta Jalalabad. El ejército afgano tenía órdenes de no dejar que los periodistas circularan en coche por el país, pero nunca pensaron en revisar el autobús. De modo que me sentaba en los escalones junto a Alí mientras hacíamos la accidentada ruta del desfiladero de Kabul, sintiendo la calidez del paisaje al bajar hasta el valle del Indo. Me hospedaba en el hotel Spinghar en Jalalabad, pasaba la mañana recorriendo los pueblos rurales con un *rickshaw* motorizado —una cabina cubierta de tela montada en la parte de atrás de una motocicleta— para investigar los resultados de los combates de la noche anterior entre soviéticos y muyahidines; luego volvía a subirme por la tarde al autobús de Alí que volvía de Kabul. Alí nunca perdió un solo artículo. Sólo tras recibir un telegrama de *The Times* fui del todo consciente de lo bien que hacía su trabajo, «MUCHAS GRACIAS... ARTÍCULOS STOP ARTÍCULO PRINCIPAL MARTES-MIÉRCOLES CONVOY PORTADA STOP». Cuando los periodistas tienen que sacar a escondidas las crónicas de un país, el mensajero suele recibir el nombre de «paloma». Alí fue la mejor paloma que tuvo nunca *The Times*; su viejo autobús, el mejor transporte. Y cuando una noche, en el bar del Intercontinental de Kabul, un periodista del *Daily Mail* admitió que había recibido un telegrama de sus jefes con la furiosa pregunta «¿Tiene Fisk un bozal?», añadí 100 dólares al siguiente pago de Alí.

Poco a poco, Gavin y yo ampliamos nuestra zona de operaciones. A 200 kilómetros al oeste de Kabul estaba la milenaria ciudad de Gazni, apiñada en torno a las gigantescas almenas de un fuerte turco destruido por los británicos durante la primera guerra afgana, una localidad en la ruta de Kandahar assolada sucesivamente por los invasores árabes en 869 y por Gengis Jan en 1221. El ejército soviético, se nos dijo, todavía no había llegado a Gazni, de modo que tomamos la carretera del sur dejando atrás los grandes cañones soviéticos que rodeaban Kabul, y una cara europea bajo un gorro de estilo cosaco nos hizo señas de que pasáramos, sin sonreír, en el último puesto de control soviético. Gavin y yo seguimos con nuestra rutina vegetal plástica, apartando las espantosas flores artificiales de color púrpura y azul siempre que un tanque soviético se cruzaba amablemente en nuestro camino de modo que Mike pudiera rodar unos pocos segundos más de película. En el minúsculo y ventoso poblado de Saydabad, una vez recorridos 70 kilómetros, había más tanques soviéticos atrincherados junto a la carretera, con los cañones apuntando hacia el oeste, empequeñeciendo las pobres chozas de barro y cañas en las que vivían los lugareños. Había un puente custodiado por cuatro soldados con las bayonetas caladas y luego

una carretera solitaria y desprotegida de hielo y nieve amontonada que bajaba hasta las provincias de Paktia y Gazni.

El antiguo poblado, cuando llegamos Gavin, su equipo y yo en el Peugeot del señor Samadali, parecía una escena de una pintura medieval, con las murallas destacándose contra los picos suavizados por la nieve de la cadena montañosa del Safid Kuh y los cielos azul pálido que distorsionaban cualquier perspectiva. En realidad, no había rusos, sólo una serie de camiones del ejército afgano que aparecían cada media hora o así procedentes del norte en dirección a los cuarteles de Gazni, con su insignia afgana roja como dudosa protección contra el ataque de los rebeldes y sus desaliñados conductores mirando nerviosamente desde lo alto de la cabina. El ejército afgano, leal sobre el papel al nuevo presidente y sus aliados soviéticos, controlaba teóricamente las zonas rurales, pero nada más entrar en Gazni resultó evidente que existía algún tipo de alto el fuego oficioso entre los soldados locales y las tribus patanes. Los soldados afganos vestidos con capas y chalecos de piel de cordero —Gazni es famoso por la fabricación de pellizas (*pustin*) bordadas— deambulaban en busca de provisiones por las estrechas calles de barro situadas por debajo de los desvencijados cuarteles con torretas.

Casi mil años antes, Mahmud de Gazni se impuso sobre la mayor parte de Afganistán, devastó el noroeste de la India y estableció un imperio islámico que consolidó el poder musulmán suní en una superficie de miles de kilómetros cuadrados. Gazni se convirtió en una de las grandes ciudades del mundo persa entre cuyos 400 poetas residentes se encontró el gran Firdusi. Sin embargo, el lugar era en aquel momento una parodia de su glorioso pasado. Algunas murallas se habían derrumbado desde hacía tiempo y el hielo había resquebrajado los antiguos muros en las temperaturas bajo cero. Aislados del mundo exterior, sus habitantes recelaban de los extraños, una peligrosa y comprensible obsesión que alcanzaba una nueva intensidad en ese momento en que llegaban a la ciudad las noticias de una invasión soviética.

Apenas habíamos aparcado nuestro coche cuando se nos acercó un hombre alto con un largo bigote gris. «¿Sois rusos?», preguntó; y alrededor del coche empezó a congregarse un grupo de patanes con tocados azules y blancos. Les dijimos que éramos ingleses y durante un minuto o así hubo unas cuantas sonrisas amistosas. Gavin y yo acabaríamos desarrollando nuestra propia sonrisa especial para esas gentes, una gran sonrisa cordial de alegría que ocultara nuestra sombría inquietud. Qué alegría de verlos. Qué país tan maravilloso. Dios, cómo detestarán a los rusos. Todos sabíamos con qué facilidad las cosas podían estropearse. Apenas unos meses atrás, un grupo de trabajadores civiles soviéticos de la construcción y sus mujeres había decidido visitar en Herat la mezquita de azulejos azules de Masjid Jami —un lugar de culto desde la época de Zoroastro— cuando fue acorralado por la multitud, que los apuñaló hasta la muerte. Varios de los rusos fueron despellejados vivos. Precisamente el día anterior, aunque yo no lo sabía en ese momento, *The Times* había

publicado una foto de dos hombres con los ojos vendados en manos de los rebeldes afganos. Eran profesores de instituto retenidos en la ciudad de Fará, a 300 kilómetros al oeste de Kandahar, y el hombre de la derecha de la fotografía ya había sido ejecutado por comunista.

El señor Samadali necesitaba aceite para su Peugeot, y de una atestada y sucia tienda con suelo de cemento un anciano sacó una lata de aceite de motor. Los caballos, las carretas y los burros avanzaban tambaleantes bajo los sacos de grano entre la nieve fundida y el barro; y entonces alguien murmuró «*Jar*» y todas las sonrisas desaparecieron. *Jar* significa «burro» y, aunque parece gracioso al principio, es una palabra que expresa indignación y odio cuando se aplica a extranjeros. «Les están llamando *jar* —dijo con desesperación el señor Samadali—. No saben distinguir la diferencia entre ingleses y rusos. No quieren extraños aquí. Tienen que irse». Un grupo más numeroso de patanes acababa de llegar y estaban en fila en una acera elevada de madera junto a la calle. No llevaban armas en las manos, pero dos de ellos iban con grandes cuchillos al cinto. Un hombre de mediana edad se nos acercó. «Váyanse enseguida —nos apremió—. No se detengan por nadie. Si quieren detenerlos en la carretera, sigan adelante. Son extranjeros y creerán que son rusos y los matarán. Descubrirán quiénes son luego». Abandonamos Gazni a toda velocidad. ¿Estábamos de verdad en peligro? Más de veintiún años después, me vería enfrentado a un grupo casi idéntico de afganos furiosos y, casi al precio de mi vida, descubriría lo que significaba incurrir en su furia.

Asustar a extranjeros era una cosa. Combatir contra un ejército moderno y bien equipado era otra muy diferente. De vuelta a la carretera hacia al norte, vimos en lo alto de las laderas y hundidas en la nieve una serie de torretas metálicas con cañones que sobresalían de ellas. Los soviéticos ya se habían hecho con el control físico de la carretera aunque no se los viera en ella. En las montañas al norte de Kabul se habían lanzado tanques con paracaídas y en Gazni también se había arrojado artillería desde el aire. Apartamos nuestra vegetación de plástico para que Mike tuviera el parabrisas despejado. Nos estábamos volviendo expertos. En realidad, en opinión de Gavin los soviéticos acabarían por enterarse de nuestro *atrezzo* selvático y supondrían que todas las películas modernas se realizaban de ese modo... y una nueva generación de cineastas soviéticos insistiría en rodar todos sus futuros trabajos a través de ventanillas de coche llenas de flores artificiales de color púrpura.

Y había muchísimas cosas que filmar en Afganistán. Ya antes de que llegáramos, el gobierno de Karmal había intentado obtener apoyo popular liberando presos políticos de Amin. Sin embargo, cuando la cárcel de la ciudad de Kabul se abrió, miles de hombres y mujeres acudieron a recibir a sus familiares y empezaron a arrojar piedras a los jóvenes soldados soviéticos de las murallas. Nadie dudaba de que el régimen anterior era detestado por la población; los recién instalados funcionarios de Karmal no perdieron tiempo en hacernos saber su odio. Ésa era, en el fondo, la razón por la que nos habían concedido visados para estar en Afganistán. En

Peshawar, los grupos rebeldes habían afirmado que el ejército afgano combatiría a los invasores rusos, pero las 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> Divisiones afganas en Kabul, equipadas ambas con tanques soviéticos, nunca dispararon un tiro contra los blindados rusos. Los asesores soviéticos se habían ocupado de eso.

Sin embargo, cuatro días más tarde, la propaganda del gobierno falló estrepitosamente. Miles de afganos —familiares de los presos, muchos de ellos con largos mantos y turbantes— se congregaron en esa ocasión frente a la cárcel de Pul-e-Charji, una lúgubre fortaleza de altos muros de piedra, alambradas, pabellones penitenciarios y celdas de tortura, para presenciar la liberación oficial de 118 prisioneros políticos. Enfurecida por el escaso número de liberados, la multitud rompió el cordón del ejército afgano y logró traspasar las puertas de hierro. Irrumpimos en la cárcel arrastrados por la muchedumbre, con un soldado ruso a mi lado que casi era llevado en volandas. Observó el espectáculo, paralizado por la imagen de hombres y mujeres —estas últimas completamente envueltas en *burgas*— que empezaban a gritar «*Alahu akbar*», «Dios es grande<sup>[3]</sup>», en el recinto exterior y a escalar las verjas de metal de los principales pabellones penitenciarios. Gavin y yo nos miramos llenos de asombro. Esa protesta era tanto religiosa como política. En el tejado de un barracón un joven oficial soviético, con el fusil apuntando a la multitud, empezó a gritar en ruso que sólo quedaban ocho personas en la cárcel. Conor O’Clery del *The Irish Times* estaba en el patio con su gran sobretodo ruso. Estaba destinado en Moscú y hablaba bien el ruso; se volvió hacia mí con su habitual sonrisa incorregible. «Ese tipo dice que sólo hay ocho hombres dentro —dijo—. Sospecho que vamos a descubrir que miente».

Por un instante la multitud se detuvo mientras el oficial movía el cañón del fusil en dirección a ella, luego dejó de prestarle atención y se abalanzó sobre la segunda puerta que acaban de romper. Totalmente superado en número, el soldado bajó su arma. Centenares de familiares de presos empezaron a romper las ventanas de los pabellones con piedras y utilizaron tuberías de acero para romper las puertas del primer edificio. Tres prisioneros fueron sacados de repente a la invernal luz del día por sus liberadores, tres hombres de mediana edad, delgados, frágiles, aturcidos y parpadeantes ante la nieve y los muros cubiertos de hielo. Se me acercó un joven mientras las multitudes empezaban a irrumpir en el tejado de un segundo pabellón de cemento. «Queremos que los rusos se vayan —dijo en inglés—. Queremos Afganistán independiente. Queremos nuestras familias liberadas. Mi hermano y mi padre está aquí en algún sitio».

Me introduje en el pabellón junto con la turba y desde luego los presos superaban con creces los ocho a los que se había referido el oficial soviético. Los reclusos habían colocado mantas en el suelo como única protección contra el frío extremo. En las minúsculas celdas sin aire flotaba un olor mohoso y viciado. Por el recinto otros presos hacían señales por los barrotes de las ventanas, gritando a la multitud para que los liberara. Un hombre con unos anchos pantalones de campesino logró abrir de un

golpe una trampilla en el techo de metal de una celda y se deslizó en el interior, gritando a sus amigos que lo siguieran. Trepé por una ventana al final de ese mismo pabellón y me vi frente a veinte hombres al menos, sentados en el suelo entre cadenas y paja, con los ojos como platos de terror y alivio. Uno de ellos tendió hacia mí su mano. Estaba tan delgada que sólo noté los huesos. Tenía las mejillas hundidas y azules, le faltaban los dientes, el pecho desnudo estaba cubierto de cicatrices. Y todo ello mientras los soldados soviéticos y los guardas afganos permanecían mirando, incapaces de controlar a esos miles de hombres y mujeres, conscientes de que cualquier derramamiento público de sangre causaría un daño irreparable al régimen de Karmal. Algunas personas de la multitud maltrataron a los soviéticos, y un joven que dijo ser de la provincia de Paktia me gritó que «los rusos están bombardeando y matando en el sur de Afganistán».

Sin embargo el fenómeno más notable en ese sorprendente asalto a la cárcel eran los cánticos islámicos de la muchedumbre. Diversos hombres lanzaron gritos en favor de una revolución islámica, algo que los soviéticos temían desde hacía tiempo en Afganistán y sus propias repúblicas islámicas. Muchos de los jóvenes que buscaban a sus familiares procedían de las zonas rurales del sur de Kabul, donde la revuelta tribal llevaba afianzándose al menos catorce meses. En total, el gobierno había liberado a más de 2000 presos políticos en las últimas tres semanas —fue el primer acto de Babrak Karmal como presidente—, pero la decisión había tenido el efecto no deseado de recordar a las masas cuántos miles de presos políticos no iban a ser liberados, los reclusos ejecutados hacía mucho tiempo bajo Amin.

Entonces, a primera hora de la tarde, los soldados soviéticos formaron una fila en el interior de la puerta principal de Pul-i-Charji con los fusiles apuntando al suelo, al parecer para impedir que la multitud saliera. Conor se arregló bien el sobretodo, se metió las manos en los bolsillos, la imagen misma de un general moderno del KGB y se dirigió directamente hacia el oficial más cercano de la fila de soldados. «*Do svidania*», dijo en ruso. El oficial y otro soldado se cuadraron inmediatamente y nosotros salimos de la cárcel<sup>[4]</sup>.

Ese mismo día, Babrak Karmal celebró su primera conferencia de prensa, un acto desastroso en el que el nuevo presidente instalado por los soviéticos —hijo de un oficial pastún de alto rango, un hombre de constitución pesada, nariz grande, pómulos sobresalientes y pelo canoso con los modales de un gorila de club nocturno— denunció a su antecesor socialista por ser un criminal e insistió en que su país no era un reino clientelar de la Unión Soviética. Se trataba de algo un poco difícil de creer cuando la entrada principal del palacio Chelstoon —en el que tenía lugar aquella penosa actuación— estaba vigilada por soldados soviéticos con la estrella roja en la gorra, cuando un vehículo oruga acorazado soviético se hallaba estacionado en los jardines y cuando una escuadra de ametralladoras antiaéreas esperaba en la nieve junto a su armamento a un centenar de metros del edificio. De modo que cuando Babrak Karmal nos dijo que «lo único más brillante que el sol es la sincera amistad

de la Unión Soviética», sólo cabía considerarlo como una visión excepcionalmente optimista, cuando no olímpica, de un mundo que el doctor Fausto habría reconocido.

Incluso los funcionarios afganos apiñados junto a Karmal debieron de desear la presencia de algún sutil Mefistófeles que atenuara la retórica a medida que la conferencia de prensa del presidente se fue convirtiendo en una airada y a veces insultante discusión a gritos. Las preguntas que los periodistas occidentales hicieron a Karmal fueron a menudo más interesantes que sus respuestas, los resúmenes del asunto tenían que incluir las siguientes afirmaciones del nuevo hombre de Moscú: que no había ni un solo soldado soviético muerto o herido desde el principio de la «intervención» militar rusa; que el tamaño del «muy limitado contingente soviético» enviado a Afganistán había sido burdamente exagerado por la «prensa imperialista occidental»; que la Unión Soviética había apoyado el «brutal régimen» del desaparecido Hafizulá Amin porque «la Unión Soviética nunca interferiría en los asuntos internos de ningún país»; y, por último, que los soldados soviéticos abandonarían Afganistán «en el preciso instante en que la agresiva política de los Estados Unidos —en conformidad con la dirección política de Pekín y la provocación de los círculos reaccionarios de Pakistán, Egipto y Arabia Saudí— se abandonara».

De todos modos, el auténtico tono de la conferencia de prensa sólo puede captarse citando algunos fragmentos. Martyn Lewis de ITN, por ejemplo, quiso saber detalles de la elección de Karmal como presidente tras el golpe de Estado que había derrocado a su predecesor.

LEWIS: ¿Podría decirnos cuándo y bajo qué circunstancias fue elegido y, si ha sido una elección verdaderamente democrática, por qué han acudido las tropas soviéticas a ayudarlo a mantenerse en el poder?

KARMAL: Señor representante del imperialismo británico, el imperialismo que invadió descaradamente tres veces Afganistán ya recibió una justa y merecida respuesta del pueblo de Afganistán.

Esta réplica fue seguida de una salva de aplausos de los funcionarios afganos y los corresponsales soviéticos. Sólo tras esa excursión a las tres guerras afganas del siglo XIX y principios del siglo XX se dignó Karmal a contestar a Lewis, diciéndole que durante el régimen de Amin «una abrumadora mayoría de los principales miembros del Partido Democrático Popular de Afganistán» lo había elegido presidente<sup>[5]</sup>. Por supuesto, no habíamos esperado menos de Karmal, y su valiente —algunos dirían imprudente— afirmación de que «es posible obtener para Afganistán un verdadero no alineamiento con la ayuda material y moral de la Unión Soviética» reflejaba de modo preciso el punto de vista de Moscú.

El nuevo hombre había sido con anterioridad un duro adversario dentro del PDP de Nur Mohamed Taraki, el asesinado presidente cuyo «martirio» Karmal atribuía en ese momento a la CIA, y Gavin Hewitt experimentó de primera mano lo que significaba ser objeto de la furia del nuevo dictador. Y es que cuando Gavin comentó suavemente que «no parece que usted o los soviéticos gocen de mucho apoyo en

Afganistán», Karmal tomó aliento y soltó la primera respuesta que le vino a la cabeza. «¡Señor corresponsal de la BBC, el propagandista mentiroso más famoso del mundo!», rugió. Eso fue todo. La sala estalló en aplausos de los sátrapas que rodeaban a Karmal y en carcajadas incontrolables por parte de los periodistas. «Bueno —le dije a Gavin—, el viejo Babrak no puede ser tan mal tipo, al menos te ha dejado sin habla. Gavin me lanzó una sonrisa malévol. “Espera y verás, Fiskers”», murmuró. Y estaba en lo cierto. En el plazo de una hora, la absurda respuesta de Karmal había dado la vuelta al mundo, poniendo de manifiesto que el nuevo hombre de Moscú en Kabul era otro títere más con un mensaje único.

Sin embargo, era una clara señal de que nuestra presencia en Afganistán no se toleraría de modo indefinido. Aquello se me hizo evidente unos días más tarde cuando tres agentes de la policía secreta aparecieron en la recepción del Intercontinental para verme. Todos llevaban chaquetas de cuero —de rigor para los policías de paisano en los países satélites soviéticos— y no sonreían. Uno de ellos, un hombre pequeño, con un bigote fino y una voz quejumbrosa, sostenía un papel en las manos. «Hemos venido a verlo a propósito de esto», dijo con brusquedad. Me entregó el papel, un telegrama que llevaba el sello de los correos y telégrafos afganos. Y, mientras leía su contenido, tragué saliva varias veces, la clase de gesto culpable que realizan los delincuentes en las películas cuando se ven enfrentados a las pruebas de algún espantoso delito. «URGENTE. BOB FISK ALOJADO HOTEL INTERCONTINENTAL —decía—. ¿ALGUNA POSIBILIDAD ÚLTIMA HORA DE DOS MINUTOS ASUNTO CONCENTRACIÓN MILITAR SOVIÉTICA EN AFGANISTÁN PARA DOMINGO MAÑANA SEMANA PRÓXIMA? SALUDOS SUE HICKEY». Tomé aliento. «¡Dios mío!», grité. ¿Cómo podía haberme mandado Sue de la oficina londinense de la CBC semejante telegrama? Llevaba días enviando a la CBC grabaciones describiendo la atmósfera de miedo y peligro reinante en Afganistán, y ahí estaba Sue enviándome un telegrama transparente pidiendo detalles del despliegue militar soviético en un Estado gobernado por los comunistas partidarios de Moscú. Aquello era, a mi entender, parte de un problema muy antiguo. En algún lugar entre los reporteros y sus despachos en los remotos Londres o Nueva York existe un muro de discreta incredulidad, una absoluta fascinación ante el despacho del reportero desde la zona de guerra, pero una convicción inconsciente de que todo forma parte de alguna inmensa producción de Hollywood, de que la grabación o la película —aunque obviamente no es fraudulenta— es en realidad una gran producción teatral, de que el ejército ruso actuaba para nosotros, la prensa mundial, de que el Jad —mencionado siempre en las crónicas como la «terrible» policía secreta— no era en el fondo tan terrible, que en realidad estaba presente en Afganistán sólo para proporcionar un poco más de emoción a nuestros artículos.

Miré al hombrecito del Jad. Él me miraba con una especie de entusiasmo reflejado en el rostro. Era de los pocos que sabían hablar un inglés pasable. Y había atrapado a su hombre. El espía occidental había sido descubierto con la prueba irrefutable de sus actividades de espía, una petición de información militar acerca del

ejército soviético. «¿Qué significa esto?», preguntó con amabilidad el hombre. Ah, sí, por supuesto. ¿Qué significaba eso? Necesitaba tiempo para pensar. De modo que estallé en una carcajada. Eché la cabeza para atrás y solté una carcajada que resonó por todo el vestíbulo del hotel hasta que incluso los recepcionistas se volvieron para ver la causa del chiste. Y noté que uno de los policías sonreía. Él también quería saber el chiste. Dejé de reír poco a poco y sacudí la cabeza cansinamente. «Miren, esta mujer quiere que informe para un programa de radio llamado *Domingo por la mañana*, en Canadá —dije—. Ni hay ninguna “concentración militar soviética”, eso lo sabemos todos porque el presidente Karmal nos ha dicho que a Afganistán sólo ha venido un “contingente soviético muy limitado”. Es evidente que esa mujer no lo sabe. Tengo que aclarar esta ridícula situación e informar de la verdad. Lamento que se hayan preocupado por este mensaje idiota; y, desde luego, comprendo el motivo de su preocupación». Y reí de nuevo. Incluso el pequeño policía sonrió mansamente. Le devolví el telegrama acusador. «No, quédeselo», replicó. Y movió el índice delante de mi cara. «Nosotros sabemos, usted sabe», dijo. Perdone, pregunté, ¿qué es lo que él sabía? Pero los muchachos del Jad ya se habían dado la vuelta y se alejaban. Gracias, Sue. Semanas más tarde, la historia nos dio de qué hablar durante toda una cena... y pagó ella.

Sin embargo, era demasiado fácil convertir la ocupación soviética en un drama unidimensional, de brutales invasores soviéticos y valerosos guerrilleros afganos, algo así como la otra cara de la segunda guerra afgana del ficticio Tom Graham. Una sucesión de dictadores prosoviéticos había gobernado Afganistán con crueldad, con hipocresía socialista y piadosos planes económicos, pero también por medio de alianzas tribales. Los patanes y los hazaras —que eran musulmanes chiíes— y los tayikos, los guilzais, los durranis y los uzbekos pudieron ser manipulados por el gobierno de Kabul. El gobierno confería poder a un caudillo dispuesto a controlar su ciudad en nombre de las autoridades comunistas y negaba fondos y apoyo a quien no lo hiciera. La cárcel, la tortura y la ejecución no fueron las únicas formas de ganarse la docilidad política. Sin embargo, entre las tribus, en lo profundo de los desiertos y valles de Afganistán, esos mismos gobiernos comunistas habían intentado convencer a esas sociedades rurales para que adoptaran y luego les impusieron un sistema educativo moderno en que tanto las niñas como los niños iban a la escuela, en que las jóvenes no tenían que llevar velo y en que la ciencia y la literatura se enseñaba junto con el islam. Veintiún años más tarde, un presidente estadounidense proclamaría con ostentación que éstos eran algunos de sus objetivos en Afganistán.

Y recuerdo una excursión a Jalalabad en esos primeros días de la invasión soviética. Oí que habían quemado una escuela en un pueblo a 25 kilómetros de la ciudad y partí en un taxi de fabricación rusa que soltaba muchísimo humo por el tubo de escape para averiguar si era cierto. Lo era, pero había algo mucho peor. Junto a la destrozada escuela colgaba de un árbol un pedazo de carne ennegrecida, balanceándose suavemente en la brisa. Al tiempo que instaba a mi taxista a que me

sacara del pueblo, uno de los lugareños nos contó que era cuanto quedaba del director del colegio. También habían ahorcado y quemado a su mujer maestra. El pecado de la pareja: obedecer las leyes del gobierno que obligaban a enseñar a niños y niñas en la misma aula. ¿Y esos paquistaníes, egipcios y saudíes que, según Karmal, apoyaban a los «terroristas»? Incluso en Jalalabad oí que se habían visto árabes en los campos que rodeaban la ciudad, aunque —con nuestra típica inocencia de la época— consideraba esas historias falsas. ¿Cómo podían llegar hasta ahí egipcios y saudíes? ¿Y por qué egipcios? Sin embargo, cuando oí que mis colegas —sobre todo, los periodistas estadounidenses— se referían a la resistencia como «luchadores de la libertad», me sentí algo perdido. Guerrilleros, tal vez. Incluso luchadores. Pero ¿luchadores «de la libertad»? ¿Qué clase de «libertad» planeaban ofrecer a Afganistán?

De su valor no cabía duda alguna. Y a las tres semanas de la invasión soviética aparecieron las primeras señales de una oposición política musulmana unificada al gobierno de Karmal y sus partidarios soviéticos. Los pocos diplomáticos que quedaban en Kabul las llamaron «cartas nocturnas». Esos manifiestos y declaraciones, burdamente impresos en papel barato, eran arrojados a los recintos de las embajadas e introducidos entre las rejas de los consulados durante las horas del toque de queda, y su mensaje solía ir encabezado por un dibujo del Corán. La «carta» más reciente —y ya estábamos a mediados de enero de 1980— decía proceder de los Guerreros Musulmanes Unidos de Afganistán y llevaba la insignia del Frente Afgano Islámico, uno de los cuatro grupos que habían empezado a luchar en el sur del país.

De las páginas abiertas del Corán surgían tres fusiles. La carta denunciaba al régimen por sus «crímenes inhumanos» y condenaba la presencia en el país de soldados soviéticos por «tratar a los afganos como esclavos». Los musulmanes, decía, «no dejaremos el combate ni los ataques guerrilleros hasta nuestro último aliento... los orgullosos y agresivos soldados del poder soviético no tienen idea alguna de los derechos y la dignidad humana del pueblo de Afganistán». La carta predecía la muerte de Karmal y de tres de sus ministros, y se refería al presidente como «Jargal», un juego de palabras que significa en persa «ladrón de trabajo». El primer condenado era Asadulá Sawari, miembro del Presídium afgano y jefe de la policía secreta de Taraki, a quien se consideraba responsable de haber ordenado la tortura de miles de oponentes de Taraki. En la lista negra también se incluía a Sha Jan Mozduryar, un antiguo ministro del Interior que era en ese momento ministro de Transportes de Karmal.

La «carta nocturna» incluía también acusaciones concretas de que el ejército soviético estaba «cometiendo actos que son intolerables para nuestro pueblo» y añadía que los soldados rusos habían secuestrado a las trabajadoras de una panadería del barrio kabulí de Darlaman y las había soltado por la mañana tras retenerlas toda la noche. Un incidente similar, afirmaba la carta, se había producido en el barrio de Jaire Jana, «un acto de agresión contra la dignidad de las familias musulmanas».

Cuando investigué tales afirmaciones, los trabajadores de las panaderías de Darlaman me dijeron que las mujeres que solían hacer el pan a los soldados afganos se habían negado a trabajar para las tropas soviéticas y que entonces los rusos se las habían llevado y las habían obligado a hacer el pan en otra parte. Sin embargo, no fueron claros respecto al trato recibido por las mujeres y estaban demasiado asustados para decir nada más. Los autores de la carta decían que los musulmanes acabarían derrocando a Karmal y añadían diplomáticamente que entonces se negarían a cumplir los contratos extranjeros firmados por su gobierno<sup>[6]</sup>. A continuación añadían sin esperanzas y quizás un poco conmovedoramente que sus declaraciones tenían que emitirse por la BBC a las 8.45 de la tarde «sin censura».

Gavin y yo seguíamos aventurándonos casi todos los días con Steve, Geoff, Mike y el fiel señor Samadali. Estábamos el 12 de enero en mitad de la subida del paso de Salang, a 130 kilómetros al norte de Kabul, cuando nuestro coche patinó en la nieve y un joven paracaidista ruso de la 105.ª División de Paracaidistas se nos acercó bajando por la carretera y gritando en ruso. Había sido herido en la mano derecha y la sangre le teñía el vendaje improvisado y le manchaba la manga del traje de campaña. Era un adolescente, de pelo rubio, ojos azules y una cara que traslucía miedo. Era evidente que nunca antes había estado en la línea de fuego. Junto a nosotros un camión de transporte militar soviético, con la sección posterior destrozada por una mina, yacía volcado en una zanja. Había dos transportes oruga acorazados un poco más arriba y un capitán de los paracaidistas corrió hacia nosotros para unirse a su soldado.

«¿Quiénes son ustedes?», preguntó en inglés. Era moreno y estaba cansado, vestía una arrugada guerrera y lucía una hoz y un martillo en el cinturón. Le dijimos que éramos corresponsales, pero el joven soldado estaba concentrado en el dolor de su herida. Volvió a colocar el seguro de su fusil y levantó la mano para que se la viéramos. La levantó con dificultad y señaló la montaña cubierta de nieve que se alzaba sobre nosotros, donde un helicóptero militar soviético volaba lentamente en círculos sobre la cumbre. «Matan a los rusos», dijo. Se mostraba incrédulo. Nadie sabía a cuántos rusos habían matado los guerrilleros, aunque un aldeano, un kilómetro más al sur, insistió con manifiesto entusiasmo que sus compatriotas habían matado a centenares.

La emboscada había sido planeada con todo cuidado. La mina explotó al mismo tiempo que estallaba una carga bajo un puente de la carretera principal. De modo que durante casi veinticuatro horas, medio convoy ruso que se dirigía a Kabul procedente de la frontera soviética quedó aislado en la nieve a una altitud de más de dos mil metros. Los ingenieros rusos habían realizado una reparación provisional; y contemplamos cómo los camiones soviéticos bajaban de las montañas, resbalando en la nieve fangosa y el hielo: 156 vehículos oruga acorazados, transportes de personal de ocho ruedas y 300 camiones de gasolina, municiones, alimentos y tiendas. Los conductores parecían agotados. La paradoja, por supuesto, era que los soviéticos habían construido esa carretera pavimentada a través del puerto de 4000 metros como

símbolo de la cooperación mutua entre la Unión Soviética y Afganistán... y para los convoyes militares soviéticos que en esos momentos se dirigían hacia el sur bajo ataques diarios. Esa noche, según afirmó el Departamento de Estado estadounidense, habían muerto 1200 soldados rusos. Parecía una exageración, pero el terco aldeano tal vez no se equivocaba al hablar de los centenares de muertos. Un «contingente muy limitado», no cabía duda.

El gobierno de Karmal declaró un «día de luto» por los asesinados por el «carnicero Amin». La embajada británica incluso arrió la bandera, a media asta. Sin embargo, sólo unos pocos cientos de personas se congregaron en la mezquita pintada de amarillo junto al puente Pul-i-Jishti para rezar por sus almas, y eran en su mayoría bien vestidos funcionarios del PDP. A cuatro jóvenes que llegaron a la mezquita situada en la parte norte de Kabul y que intentaron evitar la ceremonia de firma, un soldado con la bayoneta calada en el fusil les recordó sus deberes con el partido. Firmaron en el libro. El resto de Kabul mantuvo el inquieto desarrollo de su nueva vida. Los bazares permanecieron abiertos como de costumbre y los vendedores callejeros con sus dulces y aceites continuaron con su comercio junto al río Kabul cubierto de hielo. En la ciudad vieja, un equipo de televisión occidental fue apedreado por una multitud que los confundió con rusos.

Kabul casi presentaba un aire de aburrida normalidad ese invierno mientras descansaba en su helada cuenca entre montañas y el humo de leña se elevaba hasta el cielo azul claro. Lo primero en lo que todos nos fijamos en el cielo fue en el ejército de cometas, grandes cometas de caja, cometas triangulares y rectangulares y pequeños artefactos de papel, pintados de tonos azules y rojos y a menudo ilustrados con un ojo humano grande y afable. Nadie parecía saber por qué los afganos estaban tan obsesionados con las cometas, aunque había algo poético en el modo en que los niños —seres que parecían muñecos con almendrados rasgos chinos, envueltos en abrigos y capas bordadas— contemplaban sus cometas suspendidas en el aire helado, esos grandes ojos de papel con largas pestañas flotando en dirección a las montañas.

Gavin y yo le pedimos en una ocasión al señor Samadali que nos llevara al zoológico. Tras entrar, un oxidado cartel que rezaba BUITRES conducía hacia unas de las aves más feas de la tierra, esqueléticas más que escuálidas. Pasado el foso de los cerdos, un camino a través de la nieve nos condujo a las jaulas de los osos polares. Sin embargo, las jaulas estaban abiertas y no había osos. Más inquietante aún fue el silencioso grupo de hombres con turbante que nos siguió en torno al recinto de las cebras, creyendo al parecer que éramos rusos. Es posible que se tratara del único zoo del mundo en el que los visitantes eran potencialmente más peligrosos que los animales. Conseguimos incluso dar con la única locomotora del país, una gran locomotora de vapor de principios del siglo xx que compró el rey afgano Amanulá a un fabricante alemán. Se oxidaba abandonada junto a un palacio en ruinas, con los pistones congelados y vigilados por policías que nos agarraron las cámaras cuando intentamos hacer una fotografía de esa antigua locomotora, un doble absurdo puesto

que no hay ni una sola línea férrea en todo Afganistán.

Tal vez como compensación, los camioneros de Afganistán han convertido sus camiones en obras maestras del arte pop afgano, cubriendo cada centímetro cuadrado de la carrocería con dibujos y diseños multicolores. El arte de los camiones afganos tenía toda una historia que se remontaba a 1945, cuando se añadieron planchas metálicas a la madera de los camiones que hacían largos recorridos; los artistas de Kabul y, más tarde, Kandahar convirtieron los paneles en lienzos. Los propietarios de camiones pagaban grandes sumas a esos pintores —cuanto más compleja fuera la decoración, mayor era el honor para el propietario—, y los motivos se copiaban de postales navideñas, calendarios, cómics y mezquitas. Tarzán y el caballo del imam Alí podían verse al lado de loros, montañas, helicópteros y flores. Los laterales con tres paneles de los camiones Bedford ofrecían trípticos perfectos. Un escritor francés le preguntó en cierta ocasión al propietario de un camión por qué había pintado su carrocería y la respuesta fue que «es un jardín, porque la carretera es larga<sup>[\*]</sup>».

Inevitablemente, Karmal intentó apaciguar a los muyahidines, buscando un alto el fuego en las zonas rurales por medio de una serie de encuentros secretos entre mediadores gubernamentales y dirigentes tribales en la ciudad fronteriza paquistaní de Peshawar. Una declaración del PDP anunció que iniciarían «negociaciones amistosas con... progresistas demócratas nacionales y los círculos [sic] y organizaciones islámicos». Este nuevo enfoque, interesante pero condenado al fracaso, se vio acompañado de un desesperado esfuerzo por parte del gobierno por convencerse de que estaba logrando legitimidad internacional. Los periódicos de Kabul contenían las poco sorprendentes noticias de unas reacciones favorables al régimen procedentes de Siria, Camboya y la India, así como de la Unión Soviética y sus satélites de Europa oriental. En una larga carta al ayatolá Jomeini, cuya revolución islámica del año anterior en Irán tanto había asustado a los soviéticos, Karmal criticó la adversa respuesta iraní a su golpe de Estado —que fue condenado por los dirigentes religiosos de ese país— e intentó garantizar al ayatolá que el asesinato de musulmanes en Afganistán había acabado con el derrocamiento de Amin. «Mi gobierno no permitirá nunca que nadie utilice nuestro suelo como base contra la revolución islámica de Irán y contra el interés del fraternal pueblo iraní —escribió—. Esperamos que nuestros hermanos iraníes adopten una postura idéntica».

Ni que decir tiene que Irán no estaba en disposición de acceder a ese deseo. A los pocos días de la invasión soviética, el ministro de Asuntos Exteriores de Teherán había declarado que: «Afganistán es un país musulmán y... la intervención militar del gobierno de la Unión Soviética en el país vecino de nuestros correligionarios se considera una medida hostil... contra los musulmanes del mundo<sup>[\*]</sup>». En cuestión de meses —y consciente de que los Estados Unidos enviaban ayuda a la guerrilla—, Irán planificaría su propio programa de ayuda militar a los insurgentes. En julio, Sadeq Qotbzadé, el ministro de Asuntos Exteriores iraní, me contaría que esperaba que su país proporcionara armas a los rebeldes si la Unión Soviética no retiraba su

ejército<sup>[\*]</sup>. «Alguna propuesta [en este sentido] se ha presentado en el Consejo Revolucionario —me dijo en Teherán—... Del mismo modo que estuvimos en contra de la intervención estadounidense en Vietnam, pensamos exactamente lo mismo acerca de la intervención soviética en Afganistán... La Unión Soviética afirma haber acudido a Afganistán a petición del gobierno afgano. Los estadounidenses fueron a Vietnam a petición del gobierno vietnamita». De todos modos, en ese momento, Karmal tenía problemas más acuciantes que Irán.

Desesperado por mantener la lealtad del ejército afgano —oíamos informaciones según las cuales sólo el 60 por ciento de las fuerzas armadas obedecía ya sus órdenes—, Karmal apeló incluso a su patriotismo, prometiendo una mayor atención a sus «necesidades materiales». Esos «heroicos oficiales, patrióticos cadetes y valientes soldados» eran instados a «defender la libertad, el honor y la seguridad de vuestro pueblo... con grandes esperanzas puestas en un futuro brillante». «Necesidades materiales» significaba claramente pagas atrasadas. El hecho de que esa apelación tuviera que hacerse decía mucho acerca de la baja moral del ejército afgano. Después de intentar aplacar a sus soldados, Karmal se volvió a los islamistas que llevaban oponiéndose durante mucho tiempo a los regímenes comunistas de Kabul. Anunció que cambiaría la bandera afgana y reintroduciría el verde, el color del islam, tan precipitadamente eliminado de la bandera nacional por Taraki para ira del clero. Al mismo tiempo —y Karmal poseía una habilidad casi única de destruir cualquier nueva iniciativa política con una contramedida impopular—, advirtió que su gobierno trataría a «terroristas, gánsteres, asesinos y bandoleros» con «contundencia revolucionaria».

Por «terroristas» léase «guerrilleros» o —como los llamaría el presidente Ronald Reagan en años posteriores— «luchadores de la libertad». Terroristas, terroristas, terroristas. En Oriente Próximo, en todo el mundo musulmán, esa palabra se convertiría en una plaga, un signo de puntuación carente de sentido en nuestra vida, un punto erigido para acabar con toda discusión sobre la injusticia, alzado como un muro por soviéticos, estadounidenses, israelíes, británicos, paquistaníes, saudíes, turcos, para callarnos la boca. ¿Quién se atrevería a decir una palabra en favor de los terroristas? ¿Qué causa podía justificar el terror? Por lo tanto, nuestros enemigos son siempre «terroristas». En el siglo XVII, los gobiernos utilizaban «hereje» en buena parte del mismo modo para acabar con todo diálogo, para imponer la obediencia. La política de Karmal era sencilla: o se está con nosotros o contra nosotros. Durante décadas he oído esa peligrosa ecuación, enunciada por primeros ministros, generales, oficiales de los servicios secretos y, por supuesto, directores de periódicos.

En Afganistán no había tales refugios formulaicos. En mi cómoda habitación del Intercontinental, desplegaba todas las noches un mapa. ¿Qué otro viaje se podría hacer por esa helada meseta antes de que los soviéticos nos expulsaran? Con ello en mente, pensé que sería posible calibrar la magnitud de la invasión desde la frontera soviética. Si podía llegar a Mazar-e-Sharif, en el remoto norte junto al río Amu Daria,

estaría cerca de la frontera con la Unión Soviética y vería la entrada en el país de los grandes convoyes. Empaqueté una suave gorra afgana, una capa orlada de verde que había comprado en el bazar, los dólares suficientes para pagar varias noches en un hotel de Mazar y me acerqué antes del amanecer hasta la fría pero ya atestada estación de autobuses en el centro de Kabul.

Los afganos que esperaban el autobús para Mazar se mostraron bastante cordiales. Cuando dije que era inglés, hubo sonrisas y varios jóvenes me estrecharon la mano. Otros me miraron con el mismo recelo que los tres hombres del Jad en el vestíbulo del Intercontinental. Había mujeres envueltas en *burqas* sentadas en silencio en la parte de atrás del vehículo de madera. Me calé la gorra afgana y me eché la capa mantón por encima de los hombros. Envuelto en el humo de los cigarrillos de los pasajeros, me senté en el lado derecho del autobús porque los soldados de los controles siempre se acercaban por la izquierda. Funcionó. El autobús avanzaba gruñendo por la carretera en dirección a Salang cuando los primeros rayos de sol brillaron crudamente sobre las llanuras nevadas. Gavin y yo habíamos hecho ya ese camino tantas veces que, a pesar de sus peligros, la carretera me pareció familiar, casi cordial. A la derecha estaba la gran base soviética al norte del aeropuerto de Kabul. Ahí estaba el puesto de control afgano en las afueras de Charikar. Ahí fue donde el joven soldado soviético nos había enseñado la herida de su mano. Los soldados de los controles afganos tenían demasiado frío para subir a bordo y mirar a los pasajeros. Cuando los soldados soviéticos realizaron una somera inspección, me arrellané en el asiento con la cara embozada en la capa. Tres horas más tarde, el autobús se detuvo en el borde de la carretera justo antes del túnel de Salang. Había vehículos acorazados soviéticos aparcados unos pocos metros más adelante y un grupo de soldados de ojos azules y pelo castaño que sobresalía de los gorros de piel. Ahí fue donde se torcieron las cosas.

Un funcionario soviético se acercó al autobús por el lado derecho y me miró. Entonces un hombre en el interior del autobús —un afgano con otro bigote fino— me señaló. Avanzó por el pasillo, se detuvo junto a mi asiento y levantó un dedo, señalándome directamente a la cara. Traicionado. Esa fue la palabra que me vino a la mente. Había visto esa escena en decenas de películas. Y, sin duda, también el informante. Seguramente trabajaba para la policía secreta afgana, me había visto embarcar en Kabul y había esperado hasta llegar a ese puesto de control fuertemente vigilado para delatarme. Otro joven afgano saltó del autobús, avanzó por la parte derecha del vehículo y también me señaló a través de la ventana. Traicionado por partida doble. Estábamos a 150 kilómetros de Kabul. De haber logrado pasar ese último importante control, me habría metido en el túnel y llegado a Mazar.

El oficial soviético me hizo señas para que descendiera del autobús. Vi que llevaba una insignia de Lenin en la solapa. Lenin parecía lanzar una mirada fulminante, con los ojos fijos en algún remoto sueño bolchevique al que se me prohibiría entrar. «Pasaporte», dijo con indiferencia el soldado. Era como el

espantoso telegrama que me había enviado Sue Hickey, una prueba adicional de mi ruín papel en Afganistán. En la década de 1980, las cubiertas de los pasaportes británicos eran negras, y el dorado escudo de armas relució con intensidad en honor al ruso. Lo estudió con atención. Casi temí que me preguntara por el significado de «*Dieu et mon droit*» o, peor aún, «*Honi soit qui mal y pense*». Pasó rápidamente alguna páginas, miró la cara del inglés con gafas y pelo alborotado de la tercera página y luego la palabra *profesión*. La palabra *periodista* no permite obtener muchos visados en Oriente Próximo de modo que la Oficina de Pasaporte británica había tenido la gentileza de escribir «representante» en el espacio pertinente. El ruso, que sabía leer el alfabeto latino como yo el cirílico, indicó con el dedo la palabra y preguntó en un muy buen inglés: «¿A qué “representa”?». «A un periódico», admití. «Ah, correspondal». Y me dirigió una gran sonrisa de complicidad. Fui conducido hasta una pequeña cabaña de comunicaciones en medio de la nieve de la que salió un capitán de paracaidistas medio desnudo y con gafas de sol. El capitán Viktor de Tashkient no mostró señales de animosidad cuando le dijeron que era periodista, y sus hombres se congregaron a mi alrededor, deseosos de hablar en un titubeante pero en modo alguno defectuoso inglés. El motor del autobús gruñó y lo vi alejarse para meterse en el túnel sin mí, con mi delator mirándome con odio desde la ventana trasera.

El soldado Tebin de la ciudad estonia de Tallin —si sobrevivió a Afganistán, supongo que es ahora un orgulloso ciudadano de la Unión Europea y blande con satisfacción su nuevo pasaporte en los controles de inmigración británicos—, me describió reiteradamente lo peligrosas que eran ya esas montañas, puesto que los rebeldes atacaban todos los días a los soldados soviéticos. El capitán Viktor quiso saber por qué había decidido ser periodista. Sin embargo, lo que apareció con más intensidad fue que todos esos soldados estaban fascinados por la música pop. El teniente Nikolái de Tashkient me interrumpió en un momento para preguntar: «¿Es verdad que han detenido a Paul McCartney en Tokio?». Y extendió los brazos juntos como si estuviera esposado. ¿Por qué lo habían detenido?, quiso saber. Le pregunté dónde había escuchado la música de los Beatles, y otros dos hombres exclamaron a coro: «En la Voz de América».

Sonreí. No porque los soviéticos se mostraran cordiales —todos habían examinado mi pasaporte y me llamaban ya Robert, como si fuera un camarada de armas y no un ciudadano de una potencia enemiga—, sino porque esos soldados soviéticos con su manifiesto interés por la música occidental no representaban a los guerreros de hierro de Stalingrado. Eran como los soldados occidentales: ingenuos, joviales ante los extraños, fiándose de mí porque era —y ahí, en las nieves afganas, el hecho se acentuaba— europeo como ellos. Parecían sentir de verdad no poder permitirme continuar mi viaje; detuvieron un autobús que se dirigía en dirección contraria. «A Kabul», anunció el capitán Víktor. Me negué a subir. Los viajeros del autobús me habían visto hablar con rusos. Imaginarían que era ruso. Y en modo

alguno podría convencerlos de que era británico. Dudaba de poder llegar a Kabul, al menos vivo.

De modo que el teniente Nikolái detuvo un camión militar soviético que pasaba al final de un convoy y me hizo subir a bordo. «*Do svidania* —dijo—. Adiós, y dele recuerdos de mi parte a Linda McCartney». Y así me encontré bajando por el Hindú Kush en el convoy militar soviético número 58 que iba de Tashkient a Kabul. Era increíble. Ningún periodista occidental había podido hablar con los soldados soviéticos que invadían Afganistán, y menos aún viajar en sus convoyes; y ahí me encontraba, sentado junto a un soldado soviético armado que conducía hasta Kabul un camión cargado de alimentos y municiones, con plena libertad para contemplar ese inmenso despliegue militar desde un vehículo del ejército soviético. Aquello era mejor que Mazar.

Cuando iniciamos el descenso del desfiladero, el conductor sacó un petate de debajo del asiento, desabrochó las correas y me ofreció una naranja. «Por favor, vigile —dijo—. Vigile las colinas». Casi con incredulidad, me di cuenta de lo que sucedía. Mientras luchaba con el volante de su camión sobre el hielo, me pedía que estuviera atento a la presencia de tiradores en las montañas. La naranja era la paga por la ayuda. Poco a poco, empezamos a rezagarnos. El soldado sacó entonces el fusil de la parte de atrás de la cabina y lo colocó entre nosotros en el asiento. «Ahora mire delante de la carretera —dijo—. Avise si ve a alguien». Hice lo que me pedía, tanto por mi seguridad como por la suya. Nuestro camión tenía el interior pintado de azul con la palabra *Kama* grabada en el salpicadero. Era uno de los camiones fabricados con ayuda estadounidense en la fábrica del río Kama en la Unión Soviética, y me pregunté qué habría pensado el presidente Carter de saber los usos que se le estaba dando en ese momento a la tecnología de su país. El conductor había llenado la cabina de postales navideñas.

En el fondo del paso encontramos su convoy, y un oficial —alto, con unos inteligentes ojos de un verde claro poco natural, pantalones caqui metidos en grandes botas militares— se acercó a mi puerta del camión. «Es usted inglés —dijo con una sonrisa—. Soy el comandante Yuri. Venga a la parte de delante conmigo». Y avanzamos por la honda nieve medio derretida hasta la cabeza de la columna, donde un tanque soviético intentaba subir el paso en dirección opuesta. «Es un T-62», dijo, señalando el collar en mitad del tubo del cañón. Juzgué prudente no decirle que ya había reconocido la clasificación.

Y tenía que admitir que el comandante Yuri parecía un soldado profesional, claramente admirado por sus hombres —a todos se les dijo que me estrecharan la mano— y, en la crisis en la que no tardaríamos en vernos envueltos, se comportó con calma y eficacia. Con los díscolos soldados afganos, de quienes en el fondo parecía desconfiar, se mostraba indefectiblemente cortés. Cuando junto al convoy aparecieron cinco soldados afganos para quejarse de que los soldados soviéticos habían agitado los rifles en dirección a ellos, el comandante Yuri les habló como un

igual, quitándose los guantes y estrechándoles la mano hasta que sonrieron encantados. Sin embargo, también era un hombre del partido.

¿Qué pensaba, me preguntó, de la señora Thatcher? Le expliqué que en Gran Bretaña se tenían opiniones diferentes acerca de nuestra primera ministra —prudentemente me abstuve de dar la mía—, pero que se permitía sostenerlas con entera libertad. Dije que el presidente Carter no era el hombre malvado que se describía en la prensa de Moscú. El comandante Yuri me escuchó en silencio. ¿Y qué opinaba él del presidente Bréznnev? Sonreí de oreja a oreja. Yo sabía lo que él tenía que decir. Y también él. Sacudió la cabeza con una sonrisa. «Creo —dijo lentamente— que el camarada Bréznnev es un muy buen hombre». El comandante Yuri era un hombre instruido. Conocía a Tolstoi y admiraba la música de Shostakóvich, sobre todo la sinfonía *Leningrado*, pero cuando le pregunté si había leído a Aleksander Solzhenitsin, sacudió la cabeza y golpeó la funda de su pistola. «Esto —dijo— es para Solzhenitsin».

Me apreté en el camión del comandante Yuri, su conductor y yo en los asientos exteriores, Yuri en el centro; y así emprendimos el camino hacia Kabul. «¿Gran Bretaña es un buen país? —preguntó—. ¿Mejor que Afganistán?» No, el comandante no deseaba estar en Afganistán, admitió. Deseaba estar en Kazajstán, en casa junto a su esposa y su hija de nueve años, y proyectaba tomar un convoy de vuelta al cabo de tres días. Había pasado trece años de los treinta que tenía en el ejército, no tenía suficiente dinero para comprarse un coche y no podía viajar nunca al extranjero porque era oficial. Era su forma de decirme que la vida en la Unión Soviética era dura, que su vida no era fácil, que quizás el camarada Bréznnev no era ese hombre tan bueno. ¿No era en realidad Bréznnev quien lo había enviado ahí? Cuando le hice preguntas que no podía responder, sonrió reconociendo tácitamente que le habría gustado poder hacerlo.

En medio de un gran ejército siempre hay una falsa sensación de comodidad. Incluso el comandante Yuri, con sus pálidos ojos que no dejaban de escrutar los campos nevados a cada lado de la carretera, parecía en posesión de una peligrosa confianza en sí mismo. Cierto, los afganos atacaban a los soviéticos. Sin embargo, ¿quién iba a detener a ese leviatán, a esos ciempiés blindados que avanzaban por las nieves y las montañas de Afganistán? Cuando nos detuvimos en un puesto de control afgano y resultó que los soldados apostados no sabían hablar ruso, el comandante Yuri llamó a uno de sus oficiales tayikos soviéticos para que tradujera. Mientras lo hacía, el comandante señaló al tayiko y dijo: «Musulmán». Sí, captaba. Había musulmanes en el ejército soviético. En realidad, había bastantes musulmanes en la Unión Soviética. Y sin duda, en parte con eso tenía que ver toda la invasión.

La nieve tapaba el parabrisas de nuestro camión, casi con más rapidez de lo que eran capaces de quitarla los limpiaparabrisas, pero por las ventanas laterales veíamos extenderse los campos nevados a lo largo de kilómetros. Era media tarde ya y avanzábamos a no más de 40 kilómetros por hora, manteniendo la velocidad del

camión más lento, una larga y vulnerable serpiente de alimentos, mantas, munición pesada, combinada con tanques y vehículos de transporte, 147 camiones en total, atrapados en la carretera principal, una estrecha vena de asfalto cubierto de hielo que erigía a cada soldado soviético en blanco de los «terroristas» de Afganistán. O eso les parecía a los hombres del convoy 58. Y a mí.

A pesar de todo, nos sorprendimos cuando los primeros disparos resonaron a nuestro alrededor. Estábamos justo al norte de Charikar. Y las balas pasaron entre nuestro camión y el de delante, llenando con pequeñas explosiones las bolsas de aire que dejaban atrás, zumbando entre los huertos helados de nuestra izquierda. «¡Fuera!», gritó el comandante Yuri. Quería que sus hombres se defendieran en la nieve, no atrapados en las cabinas. Caí al barro y la nieve medio derretida de la cuneta. Los soviéticos se arrojaban de los camiones. Sonaron más disparos y, a lo lejos delante de nosotros, en una niebla de nieve y aguanieve, se oyeron gritos. Una voluta de humo azul se alzó en el aire a nuestra derecha. Las balas seguían pasando sobre nosotros y una resonó en el casco de un conductor. A mi alrededor los soldados soviéticos estaban entre los montones de nieve. El comandante Yuri gritó algo a los hombres que tenía más cerca y hubo una serie de secas detonaciones cuando los Kaláshnikov se colocaron al hombro. ¿Veían a qué estaban disparando?

Un silencio cayó sobre el paisaje. Se movieron algunas figuras, a lo lejos a la izquierda, cerca de un árbol muerto. Yuri contemplaba el huerto. «Están disparando desde ahí», dijo en inglés. Me dirigió una mirada penetrante. Aquello ya no iba a seguir siendo una cháchara de soldados. Oí el crepitar de las radios, los gritos de los oficiales interrumpiéndose entre sí, los soldados en la nieve mirándose por encima del hombro. El comandante Yuri se había quitado la gorra de piel; tenía grandes entradas en el pelo castaño y parecía mayor de treinta años. «Mire esto, Robert», dijo sacando de su traje de campaña un largo tubo que contenía una bengala. Nos pusimos de pie, con la nieve medio derretida hasta las rodillas, mientras tiraba de una cuerda que sobresalía por debajo del tubo. Hubo una pequeña explosión, un intenso olor a cordita y un reguero de humo que se elevó muy arriba en el cielo. El rastro fue contemplado por la docena de soldados que estaban a nuestro lado, conscientes cada uno de ellos de que nuestras vidas podían depender de ese cohete.

El rastro de humo había ascendido más de trescientos metros cuando estalló en una lluvia de estrellas, y en menos de cincuenta segundos un reactor Mig de la fuerza aérea soviética pasó sobre nosotros a poca altura, bamboleando las alas. Un minuto más tarde, un transporte oruga de personal que llevaba el número 368 se acercó por la nieve con dos soldados asomados por las escotillas y se detuvo junto al camión del comandante Yuri. La radio crepitó y él escuchó en silencio durante unos instantes; a continuación, levantó cuatro dedos en dirección hacia mí. «Han matado a cuatro soviéticos en el convoy de delante».

Permanecimos en la carretera, resguardados detrás del primer convoy. Se ordenó a una fila de soldados que avanzara unos doscientos metros por los campos. El

comandante Yuri dijo a sus hombres que podían abrir sus raciones de comida. El soldado tayiko que había hecho de traductor para el comandante me ofreció comida y lo seguí a su camión. Estaba decorado con dibujos islámicos, citas del Corán, curiosamente intercaladas con fotografías de bailarines del ballet Bolshói. Me senté junto al camión con dos soldados a mi lado. El rancho consistía en galletas secas y grandes pedazos de cerdo en salazón; la única forma de comerlo era sujetarlo por el pellejo y desgarrar la grasa salada con los dientes. Todos los soldados recibieron tres naranjas, y sardinas en una lata que contenía algo así como un 10 por ciento de sardinas y un 90 por ciento de aceite. Cada pocos minutos, el comandante Yuri se ponía a andar por el camino y hablaba por el radioteléfono; cuando al final nos movimos con los blindados que nos escoltaban esparcidos por la columna, pareció mostrarse inseguro acerca de nuestra localización exacta en la carretera. ¿Le podía prestar mi mapa?, me preguntó. Y me resultó evidente de pronto que ese gran convoy no llevaba ni un simple mapa de Afganistán.

Había poco indicios de la emboscada sufrida por el convoy más adelante, salvo por los pies de un soldado muerto metido a toda prisa en una camioneta militar cerca de Charikar y una gran franja de nieve carmesí y rosada, que se extendía a lo largo de varios metros a un lado de la carretera. La carretera se volvió más helada al anochecer, pero condujimos más deprisa. Mientras viajábamos en la noche, con los faros de nuestros 147 camiones deslizándose como diamantes por la nieve a nuestro alrededor; se me entregó amablemente un fusil Kaláshnikov con un cargador lleno de munición. Un soldado le quitó el seguro y me dijo que mirara por la ventana. No tenía deseo alguno de sujetar esa arma, y menos aún de disparar contra los guerrilleros afganos; pero, si éramos atacados de nuevo —si los afganos salían al encuentro del camión como habían hecho muchas veces con esos convoyes—, supondrían que era ruso. No pedirían que todos los miembros de la Unión Nacional de Periodistas se hicieran a un lado mientras abatían a los soldados.

Desde entonces no he vuelto a empuñar un arma en tiempos de guerra y espero no tener que hacerlo nunca más. Siempre he denigrado a los periodistas que llevan ropa militar, se ponen cascos y juegan a los soldados con un arma en la cintura, difuminando la línea entre el reportero y el combatiente, hacen más peligrosa nuestra vida dado que ejércitos y milicias acaban por vernos como una extensión de sus enemigos, un combatiente en potencia, un blanco militar. Sin embargo, yo no viajaba voluntariamente con el ejército soviético. No estaba —como se diría con una repulsiva palabra años más tarde— «empotrado». Era tanto su prisionero como su invitado. Con el paso de las semanas, los afganos aprendieron a subir a bordo de los camiones de los convoyes soviéticos tras la caída de la noche y apuñalar a sus ocupantes. Sabía que empuñar un fusil —aun cuando nunca lo utilizara— provocaría una reacción de las vacas sagradas del periodismo, pero parecía mejor admitir la realidad que suprimirla del relato<sup>[7]</sup>. Si viajé como guardia armado del ejército soviético, así sucedieron de verdad las cosas.

Tres veces cruzamos pueblos donde los lugareños y campesinos se alinearon a lo largo de la carretera para vernos pasar. Y, por supuesto, fue una experiencia extrañísima y sin precedentes viajar con un fusil en mi regazo en una columna militar junto a soldados soviéticos armados y uniformados y ver a esos afganos —la mayoría con turbante, largas capas y zapatos de goma— que nos contemplaban con desprecio y repugnancia. Un hombre con un abrigo azul estaba de pie en la parte de atrás de un camión afgano y me miró con ojos entrecerrados. Fue lo más parecido que había visto a una mirada de odio. Gritó algo que se perdió en el rugido de nuestro convoy.

El comandante Yuri parecía impertérrito. Mientras cruzábamos Qarabag, le dije que no creía que los afganos quisieran a los soviéticos. Empezaba a nevar con fuerza de nuevo. El comandante no apartaba los ojos del camino. «Los afganos son astutos», dijo sin evidente mala intención, y luego se quedó callado. Seguíamos en la carretera en dirección a Kabul cuando me volví otra vez hacia el comandante Yuri. ¿Y por qué estaba el ejército soviético en Afganistán?, le pregunté. El comandante lo pensó un instante y me sonrió. «Si lee el *Pravda* —dijo—, verá que el camarada Leonid Bréznnev ha contestado a esa pregunta». El comandante Yuri era un hombre del partido hasta el final<sup>[8]</sup>.

En Kabul, las puertas se estaban cerrando. Todos los periodistas estadounidenses fueron expulsados del país. Una declaración del politburó afgano tachó de «vilipendiadores» a los reporteros británicos y de otros países europeos. La policía secreta hizo una visita al señor Samadali. Gavin me esperaba, con expresión lúgubre, en el vestíbulo. «Le han dicho que le quitarían a sus hijos si nos sacaba otra vez de Kabul», dijo. Encontramos al señor Samadali en la hilera de taxis del hotel al día siguiente, con una sonrisa de disculpa y al borde de las lágrimas. Mi visado estaba a punto de expirar, pero tenía un plan. Si viajaba en el autobús de Alí hasta Peshawar en Pakistán, quizá podría volver y cruzar la frontera afgana del paso de Jyber antes de que el gobierno de Kabul dejara de emitir visados a los periodistas británicos. Había más posibilidades de que me dejaran entrar de nuevo en Afganistán con los agentes de un puesto fronterizo terrestre que con los policías del aeropuerto de Kabul.

De modo que volví a cruzar en autobús el desfiladero de Kabul, pero esa vez sin descender al pasar por Jalalabad. Fue una sensación rara cruzar la línea Durand y encontrarme en Pakistán, que parecía libre, casi democrático, tras las tensiones y los peligros de Afganistán. Admiré los grandes penachos de los tocados de los soldados de los Fusileros del Jyber en el lado paquistaní de la frontera, el primer símbolo del viejo Raj británico, un regimiento formado ciento un años antes, que aún seguía instalado en Fort Shagai con viejos objetos de plata ingleses y un libro de visitas que se remontaba a la época de los virreyes.

Por supuesto, se trataba de una ilusión. El presidente del país, el general Mohamed Zia-ul Haq, gobernaba lo que era cada vez más una dictadura islámica donde las mutilaciones y flagelaciones se habían convertido en castigos oficiales. Gobernaba según la ley marcial y había ahorcado a su único rival, el anterior

presidente Zulfikar Alí Bhutto, hacía menos de un año, en abril de 1979. Y evidentemente respondió a la invasión soviética de Afganistán expresando sus temores de que el ejército ruso planeara entrar en Pakistán. Los Estados Unidos enseguida enviaron millones de dólares en armas al dictador paquistaní, que de pronto se convirtió en un «activo» estadounidense vital en la guerra contra el comunismo.

Sin embargo, en el autobús de madera de Alí, parecía la libertad. Y mientras descendíamos por el esplendor del paso de Jyber, aparecieron a mi alrededor las reliquias de los viejos regimientos británicos que habían combatido en ese terreno durante más de un siglo y medio, a menudo contra los luchadores *ghazi* patanes con sus primitivos rifles *jezail*. «Un lugar extraño, siniestro... un valle letal», había dicho de él en 1897 un escritor británico<sup>[\*]</sup>, y ahí en las grandes rocas que pasaban junto al autobús de Alí estaban las divisas del 40.º Regimiento de Infantería, el Regimiento de Leicestershire, el Regimiento de Dorsetshire, el Regimiento de Cheshire —el de Bill Fisk antes de ser enviado a Francia en 1918— y la 54.ª Fuerza Fronteriza Sij, cada una de ellas con su lema y sus fechas de servicio. La pintura se pelaba en la divisa ornamental del 2.º Batallón, el Regimiento Baluch, y el Regimiento de Lancashire Sur y los Voluntarios del Príncipe de Gales habían perdido hacía tiempo sus colores. Los miembros de las tribus patanes, todos ellos musulmanes hasta el último hombre, por supuesto, habían destrozado parte de la insignia de un regimiento indio, cuyo emblema incluía un orgulloso pavo real. Las pintadas cubrían la placa del 17.º Regimiento de Leicestershire (1878-1879). El único monumento restaurado pertenecía al Cuerpo de Guías de la Reina Victoria, una unidad básicamente patán cuyo excéntrico jefe insistió en que vistieran de caqui en lugar de escarlata y uno de cuyos miembros indios probablemente inspiró el «Guga Din» de Rudyard Kipling. Las letras habían sido pintadas recientemente, la piedra estaba limpia de grafitis.

Peshawar era una ciudad grande y palpitante, llena de smog, humo de los tubos de escape, exuberantes jacarandás, extensos céspedes y cuarteles. En el sucio Intercontinental de la ciudad, encontré a un puñado de operadores de télex, todos ellos enriquecidos por *The Times* y a los que volví a recompensar por su lealtad en el envío de mis crónicas a Londres. No era sólo generosidad por mi parte; si podía volver a entrar en Afganistán, serían mi futura vía de contacto con el periódico. Y también Alí. Nos sentamos en el jardín del hotel, bebiendo té al estilo del Raj con una gran tetera de porcelana, un plato de bollos y una bandada de grandes pájaros que bajaban de los árboles para hacerse con nuestros pasteles. «Los rusos no se van a marchar, señor Robert —me aseguró Alí—. Me temo que esta guerra durará mucho tiempo. Por eso han venido los árabes». ¿Árabes? De nuevo volvía a oír hablar de los árabes. No, Alí no sabía dónde estaban en Peshawar, pero habían abierto una oficina en la ciudad. El general Zia había ordenado a las embajadas de Pakistán en todo el mundo musulmán que expidieran visados para todo el que quisiera luchar contra el ejército soviético en Afganistán.

Un puñado de télex me esperaba en la recepción. *The Times* había recibido sin problemas todos y cada uno de los párrafos que yo había escrito<sup>[9]</sup>. Compré los periódicos londinenses y los bebí con tanta glotonería como si fueran un gin tonic. El portero lucía una gran faja escarlata imperial y en una pared junto a la habitación del télex encontré el lamento escolar de Kipling por sus compatriotas muertos —extraído de «Aritmética en la frontera»— enmarcado por el director del hotel paquistaní:

Una refriega en la frontera,  
un trote en la cañada oscura  
y dos mil libras en escuela  
caen ante un *jezail* de diez rupias.

## CAPÍTULO 3

### LOS COROS DE KANDAHAR

Nadie hablaba de odio a los rusos, dado que el sentimiento experimentado... desde el más joven al más anciano, era más intenso que el odio. No era odio, porque no consideraban a los perros como seres humanos, sino que era repulsión, desprecio y perplejidad ante la crueldad sin sentido de esas criaturas...

LEV TOLSTÓI, *Hadjí Murat*

Los fantasmas del dominio británico parecían habitar en Peshawar. En las librerías, encontré un centenar de reimpressiones de publicaciones geográficas y libros de memorias ingleses. El *Eighteen Years in the Khyber* de sir Robert Warburton estaba junto a las historias de Woosnam Mills: «Noble conduct of our sepoy», «Immolation of 21 Sikhs» «How British officers die». Otros volúmenes recordaban las hazañas de sir Bindon Blood, uno de cuyos jóvenes subalternos, Winston Churchill, había sido objeto de una emboscada de los patanes en los montes Malakand al norte de Peshawar<sup>[1]</sup>. No sólo los fantasmas frecuentaban Peshawar. A diferencia de los ocupantes soviéticos de Afganistán, los británicos no podían llevarse a sus muertos a casa; y, en un extremo de Peshawar, aún estaba un viejo cementerio británico cuyas complejas lápidas de prosa florida y confiada contaban la historia del imperio.

Por ejemplo, el comandante Robert Roy Adams del Cuerpo de Personal Indio de Su Majestad, antiguo inspector adjunto del Punjab. Yacía ahí junto a la carretera de Jyber, un cañón lleno de tráfico y burros protestones cuyo estruendo vibraba contra el muro del cementerio. Según la inscripción de su tumba, el comandante Adams fue llamado a Peshawar «en tanto que oficial de excepcionales capacidades para una frontera. Prudente, justo y valiente, fiel en todo, acudió a su puesto para morir en él, abatido por la mano de un asesino». Murió el 22 de enero de 1865, pero no hay pistas acerca de por qué lo mataron. Tampoco hay explicaciones en las otras lápidas. En 1897, por ejemplo, John Sperrin Ross sufrió un destino similar, «asesinado por un fanático en la ciudad de Peshawar el día del Jubileo». A pocos pasos de la tumba de Ross yacía el músico Charles Leighton del Primer Batallón, el Regimiento de Hampshire, «asesinado en este puesto por un *ghazi* el Viernes Santo». Quizá la política quedara atrás con la muerte, pero resultaba imposible evitar la semejanza entre esas indignadas lápidas y el lenguaje del gobierno soviético. Los bisnietos de los aldeanos afganos que habían matado a los británicos eran en ese momento condenados por el Kremlin por «fanáticos» —o terroristas— a través de Radio

Moscú. Los imperios, daba la impresión, hablaban muy parecido.

Para ser justos, los británicos situaban a sus muertos en algún contexto histórico. Bajo un pelotón de rosales con su bazar de pájaros tropicales yacían los soldados Hayes, Macleod, Savage y Dawes, que «murieron en Peshawar durante los disturbios fronterizos de 1897-1898». No muy lejos, el teniente Bishop, «muerto en acción en Shubkudder en un enfrentamiento con tribus de las colinas, 1863». Tenía veintidós años. El teniente John Lindley Godley de la 24.<sup>a</sup> Brigada de Fusileros, adscrito temporalmente a la 266.<sup>a</sup> Compañía de Ametralladoras, había tenido el mismo final en Kacha Gari en 1919.

Había otras tumbas, por supuesto, montículos inocentes con pequeñas lápidas que contenían las inevitables víctimas de la domesticidad de cualquier imperio. «Beatrice Ann, un año y once meses, hija única del director de la banda de música A. Pilkington y señora» yacía en el cementerio infantil junto con «Barbara, dos años, hija del sargento de segunda clase P. Walker y señora». Murió tres días antes de la Navidad en 1928. Algunos niños murieron demasiado pequeños para tener nombres. Había también hombres jóvenes que habían sucumbido al calor y la enfermedad. El soldado Tidey del 1.<sup>o</sup> Regimiento de Sussex murió de una «insolación» y el soldado Williams de «fiebre entérica». E. A. Samuels de la Administración Pública Bengali había sucumbido de una «fiebre contraída en Afganistán». La enfermera jefa Mary Hall del Servicio de Enfermería Militar de la Reina Alejandra —cuyos servicios en Salónica y Mesopotamia seguramente incluyeron la campaña de Gallípoli en Turquía, así como la invasión británica de Iraq en 1917— murió «en servicio activo».

Había unas cuantas tumbas inesperadas. Ahí estaba el reverendísimo Courtney Peverley, administrador apostólico de Cachemira y Kafiristán, quien a todas luces trabajó mucho porque más allá de las lápidas británicas había sepulturas de la aún existente comunidad cristiana de Peshawar, cruces de papel y banderas rosadas dispuestas al modo tribal junto a tumbas recientes. Muchas sepulturas imperiales exhiben una fe que sería comprendida por cualquier musulmán, el fragmento preferido del Apocalipsis: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor». Y había una cruz celta sobre los restos del teniente Walter Irvine de la Policía de la Frontera Noroccidental «quien perdió la vida en el río Nagoman cuando dirigía la Partida de Caza del Valle de Peshawar, de la que era montero mayor». Ningún soldado soviético se ganaría un monumento tan romántico. En las tumbas de los soldados rusos que en esos momentos morían al norte de ese cementerio, sólo se registraría fríamente que habían muerto cumpliendo su «deber internacionalista».

El agente local de la CIA ya tenía una idea bastante aproximada de lo que eso significaba. Era un hombre delgado y locuaz con un cargo nominal en el consulado estadounidense situado calle abajo del Intercontinental de Peshawar y que ofrecía en su villa unas fiestas tediosísimas. Tenía por costumbre mostrar una y otra vez una comedia sobre la guerra de Vietnam. Eran los tiempos en que aún hablaba con espías; y, cuando me presenté una tarde recibía a un grupo de una docena de periodistas y

mostraba a cada uno una tarjeta de identidad soviética. «Un joven atractivo», dijo de la cara fruncida del hombre de la fotografía. «Un piloto, derribado, los muyahidines encontraron sus papeles. Vaya forma de acabar, es una gran tragedia que un joven muera así». No me tomaba muy en serio las lágrimas de cocodrilo del hombre de la CIA, pero me impresionó la palabra *derribado*. ¿Con qué? ¿Tenía la guerrilla misiles tierra-aire? De ser así, ¿quién se los suministraba: los estadounidenses, los saudíes, los paquistaníes o esos misteriosos árabes? Había visto miles de soviéticos, pero todavía no había visto de cerca un guerrillero armado en Afganistán. No tendría que esperar mucho.

El autobús de Alí regresó a la frontera en una cálida tarde; volví a cruzar la línea Durand y me acerqué a una mugrienta caseta en el lado afgano de la frontera. El guardia de frontera miró mi pasaporte y lo hojeó. Entonces se detuvo y examinó una de las páginas usadas del documento. Como de costumbre, había escrito «representante» en la tarjeta de inmigración. Sin embargo, el hombre delgado chasqueó la lengua. «Periodista —dijo—. Vuelva a Pakistán». ¿Cómo lo sabía? Había visados para países árabes que me identificaban como periodista, pero el funcionario afgano no debía de saber árabe, no tendría ni idea de que *sahafa* significaba «periodista». Un grupo de hombres pasó junto a mí y me empujó; volví junto a Alí. ¿Cómo lo habían sabido? Alí inspeccionó mi pasaporte y encontró la página que me había delatado. Un visado del Irán posrevolucionario estaba marcado con la palabra *jabanagor* («periodista», en persa) y el persa o dari era una de las lenguas de Afganistán. Maldita sea.

Regresé en taxi hasta Peshawar y envié un mensaje a *The Times*: «Se acabó». Sin embargo, al día siguiente Alí estaba de vuelta en el hotel. «Señor Robert, lo intentamos otra vez». ¿Qué sentido tenía?, le pregunté. «Lo intentamos —insistió—. Confíe en mí». No lo entendía, pero volví a empaquetar mis cosas, me subí a su agradable autobús de madera y partimos de nuevo hacia la frontera. Eso empezaba a parecer una versión real de la película *Carry On up the Khyber*, pero Alí confiaba extrañamente en que lograría pasar. Me senté en la parte de atrás, mientras el autobús realizaba su quejumbroso ascenso por curvas muy cerradas bajo el sol de la tarde. Intentar cruzar una frontera sin el consentimiento de las autoridades produce una sensación extraña y nerviosa. Gavin y yo la habíamos experimentado en casi todos los controles por los que habíamos pasado en Afganistán. ¿Nos dejarían pasar o nos detendrían? Supongo que todo era consecuencia de todas esas películas de guerra ambientadas en la Europa ocupada por los alemanes en las que los héroes y heroínas de la resistencia tenían que lograr pasar ante guardias nazis. No se podía decir que la policía de fronteras afgana cumpliera los requisitos de la *Wehrmacht* —y nosotros no éramos héroes—, pero no fue difícil sentir una mezcla de excitación y miedo cuando llegamos una vez más a la caseta de mala muerte que se alzaba en el lado afgano de la frontera.

Antes de que tuviera oportunidad de levantarme, Alí se presentó a mi lado.

«Déme su pasaporte —dijo—. Y déme 50 dólares». Desapareció con el dinero. Y diez minutos más tarde, volvió con una gran sonrisa. «Lo llevaré a Jalalabad —dijo, entregándome mi pasaporte recién estampado—. Y déme otros 50 dólares porque he tenido que dar su dinero a un pobre». Los soviéticos habían invadido el país, pero no podían derrotar a la más eficaz, la más corrupta de todas las instituciones desde el Mediterráneo hasta la bahía de Bengala: el Soborno. Me sentí feliz, reía. Canturreé todo el camino hasta Jalalabad. Dispuse incluso con Alí que se detuviera todas las mañanas en el hotel Spinghar para llevar mis artículos a Peshawar y que volviera por la tarde con los mensajes que *The Times* pudiera haberme enviado vía Pakistán. Mientras, me instalaría en el Spinghar y me mantendría fuera de la vista de las autoridades.

No tenía que haberme preocupado. Cada noche los rebeldes se acercaban más a Jalalabad. Cuatro días antes habían volado un puente en las afueras de la ciudad y esa misma noche, abrieron fuego en la oscuridad contra una patrulla afgana desde un campo cultivado situado detrás del hotel. Hora tras hora, tumbado en la cama, oía las ametralladoras tableteando en los naranjales, ahuyentando por el cielo nocturno a los pájaros tropicales. Todo aquello parecía algo ficticio, porque, justo después de la llamada de las oraciones matutinas, Jalalabad se despertaba como si los combates se hubieran librado en un sueño y volvía a asumir su papel de polvorienta ciudad fronteriza, con su bazar que ofrecía tejidos paquistaníes de mala calidad y verduras locales, mientras los soldados afganos que aparentemente vigilaban el mercado cabeceaban de cansancio apoyados en sus antiguos —y británicos— fusiles Lee Enfield. Yo salía de la ciudad en un *rickshaw* y miraba un tanque atacado o una oficina estatal incendiada, mecanografiaba mi crónica del combate para el periódico y a media mañana llegaba Alí con el autobús de «bajada» —Peshawar está unos 1432 metros más bajo que Kabul— para llevarse mi artículo.

Las casas de té, las *chaihanas* de la calle mayor, estaban llenas de camioneros, muchos de ellos de Kandahar, y todos hablaban de una resistencia creciente en todo el país. Al sur de Kandahar, me contó un hombre, los aldeanos habían detenido a unos ingenieros de la construcción soviéticos y los habían apuñalado a todos. Me lo creía. Por valientes que fueran los muyahidines —y de su valor no había duda—, su salvajismo era un hecho. No necesitaba al ficticio Tom Graham o el relato de Durand sobre la suerte del 7.º Regimiento de Lanceros para darme cuenta de eso. «Capturaremos Jalalabad —me dijo un joven tomando el té una mañana—. Los rusos aquí están acabados». Un estudiante adolescente, que sostenía en el puño el halcón de caza de su padre —a los directores de periódico les encantan estos detalles, pero ahí estaba, un pájaro de presa de verdad encadenado al brazo del muchacho— declaró con atrevimiento que «los muyahidines tomarán Jalalabad esta noche o mañana». Admiré su optimismo, pero no su análisis militar.

De todos modos, sus opiniones también eran compartidas dentro del ejército afgano. Mientras almorzaba en un sucio restaurante cerca de la oficina de correos, me

encontré en la mesa de al lado con un soldado fuera de servicio, comiendo un pollo mal cocinado utilizando con poca destreza un cuchillo y un tenedor. «No queremos luchar contra los muyahidines, ¿por qué tenemos que hacerlo? —preguntó—. El ejército tenía antes aquí soldados locales, pero se han pasado a los muyahidines y por eso nos han reclutado en Herat y otros lugares del norte de Afganistán. Pero no queremos luchar contra esta gente. Los muyahidines son musulmanes y no les disparamos. Si atacan algún edificio, disparamos al aire». El joven se quejaba amargamente de que su oficial no le daba permiso para ir a ver a su familia en Herat, a 750 kilómetros, cerca de la frontera iraní, y en su furia lanzó el tenedor y el cuchillo sobre la mesa y desgarró salvajemente el pollo sujetándolo con los dedos. «Jalalabad está acabado», dijo.

De nuevo, falso. Esa misma mañana, la fuerza aérea afgana hizo un intento muy ruidoso de intimidar a la población haciendo que cuatro de los anticuados Mig-17 de la base aérea local sobrevolaran la ciudad a baja altura. Atronaron justo encima del paseo principal, haciendo vibrar las palmeras a causa del ruido de los reactores, y dejaron a su paso un silencio roto únicamente por los improperios de los hombres que intentaban controlar unos caballos desbocados y aterrorizados. Los grandes helicópteros Mi-25 soviéticos despegaban ya todas las mañanas del minúsculo aeropuerto de Jalalabad, pasaban veloces sobre la ciudad y se dirigían a ametrallar poblados en las montañas de Tora Bora. Mientras compraba en el mercado volaban a unos pocos metros por encima de los tejados y, si miraba hacia arriba, veía al piloto y al artillero y los cohetes colocados en las estructuras de transporte bajo la máquina, que lucía en el casco una estrella roja grande y brillante con un borde dorado. Sin duda, esas demostraciones crudas de poder resultaban contraproducentes. Aunque pensé que esa táctica debía de tener el objetivo de privar a los guerrilleros del tiempo suficiente para utilizar sus misiles tierra-aire. Los pilotos de los helicópteros estadounidenses adoptarían esa misma táctica para evitar los misiles en Iraq veintitrés años más tarde.

Y, aunque hubiera un acuerdo militar entre el ejército afgano y los muyahidines, los insurgentes sabían cómo hacer daño al gobierno. Habían incendiado ya casi todas las escuelas de los pueblos vecinos aduciendo que eran centros de ateísmo y comunismo. Habían asesinado a los maestros, y varios aldeanos de los alrededores me dijeron que las balas que habían acabado con la vida de los maestros también habían matado accidentalmente a algunos niños. De modo que los muyahidines no eran amados de modo universal y su costumbre de realizar emboscadas contra el tráfico civil en la carretera hacia el oeste —dos semanas antes habían asesinado a un conductor germano occidental— no contribuía demasiado a la gloria de su nombre. Y los muyahidines vivían en los poblados, que era donde los atacaban los soviéticos. El 2 de febrero vi cómo cuatro helicópteros de combate se lanzaban a través de la penumbra para atacar el poblado de Kama y, segundos más tarde, una serie de burbujas de fuego brillando en la oscuridad.

Todas las mañanas a las ocho, los propietarios de las casas de té contaban al extraño inglés lo destruido en los combates nocturnos y yo partí en mi *rickschaw* hacia esos lugares. Una mañana temprano llegué a un puente minado durante la noche. Se encontraba en la carretera de Kabul y el cráter de la carretera había detenido todos los movimientos de tropas soviéticas entre Jalalabad y la capital, para gran agitación de la multitud que se había congregado para inspeccionar el daño.

Entonces un hombre se me acercó. «¿*Shuravi*?», preguntó. Quedé horrorizado. *Shuravi* significaba «ruso». Si me creía ruso, era hombre muerto. «*Inglistan, Inglistan*», le grité con una gran sonrisa. El hombre asintió y volvió a la multitud con esa noticia. Sin embargo, al minuto otro hombre se me acercó, hablando un poco de inglés. «¿De dónde es, de Londres?», preguntó. Dije que sí, pues dudaba que los habitantes de Nangarhar estuvieran muy familiarizados con East Farleigh a orillas del río Medway, en Kent. Volvió a la multitud con esa noticia. Unos segundos más tarde, volvió de nuevo. «Dicen —me dijo— que Londres está ocupado por los *shuravi*». Aquello no me gustaba en absoluto. Si Londres estaba ocupado por el ejército soviético, sólo podía estar ahí con permiso de los rusos, de modo que era un colaborador. «No, no —grité con rotundidad—. *Inglistan* es libre, libre, libre. Lucharíamos contra los rusos si vinieran». Esperaba que la traducción que ese hombre hiciera al pastún de esas palabras fuera más precisa que el conocimiento de geografía política de la multitud. Sin embargo, al oír esa nueva información, todo fueron sonrisas y aplaudieron el supuesto heroísmo de Gran Bretaña. «Le dan las gracias porque su país lucha contra los rusos», dijo el hombre.

Mientras el *rickschaw* me devolvía a Jalalabad comprendí lo que había sucedido. Para aquellos campesinos afganos, Kabul —que sólo estaba a un centenar de kilómetros por la carretera— era una ciudad remota que la mayoría nunca había visitado. Londres era otra ciudad remota y, por lo tanto, resultaba lógico que supusieran que los *shuravi* patrullaban también por la plaza Trafalgar. Regresé a Jalalabad agotado y me senté en un sofá lleno de bultos en una *chaihana* cerca del hotel Spinghar. Los cojines estaban amontonados de cualquier modo bajo una capa marrón claro y estaba a punto de reordenarlos cuando el propietario de la tetería se me acercó con la cabeza ladeada y las manos entrelazadas. «¡Señor, por favor!» Miró al sofá y luego a mí. «Una familia ha traído a un anciano a la ciudad para enterrarlo, pero el carro se les ha roto y han ido a repararlo y luego volverán a por el muerto». Me levanté lleno de remordimiento. Me tomó el brazo con la mano, como si hubiera sido él quien se había sentado sobre el muerto. «Lo siento mucho», dijo. El pesar era mío, insistí. Y ésa fue la razón, supongo, de que colocara una silla junto al cadáver cubierto y me sirviera mi taza de té matutina.

Por la noche, los policías y los dirigentes del partido locales aparecían ya por el Spinghar para dormir; eran unos hombres de aspecto preocupado con desteñidas prendas marrones y gafas oscuras que llegaban antes del toque de queda de las ocho de la tarde y subían al salón del primer piso para tomar un té antes de acostarse. Iban

seguidos de hombres más jóvenes con fusiles automáticos que entrechocaban de un modo inquietante contra los pasamanos. Los miembros del partido me invitaban en ocasiones a que los acompañara en sus comidas y, con buen inglés, me preguntaban si pensaba que el ejército soviético obedecería el plazo dado por el presidente Carter para una retirada militar. Estaban comprensiblemente obsesionados con las aburridísimas nimiedades de la rivalidad entre los partidos en Kabul y con la confesión de cierto teniente Mohamed Iqbal, que admitió haber participado en el asesinato del presidente «mártir» Nur Mohamed Taraki. Iqbal afirmó que el «carnicero» Amin les había ordenado a él y otros dos miembros de la guardia afgana de palacio que atraparan al desdichado, lo ataran, lo echaran en una cama y lo asfixiaran con una almohada. A continuación los tres habían cavado una tumba para el presidente y la habían cubierto con planchas de metal de la tienda de un rotulista.

Los miembros del partido se mostraron tan cordiales que me invitaron a conocer al gobernador de Jalalabad, un hombre de mediana edad con la cara redonda, pelo cano muy corto y unas anticuadas gafas de voluminosa montura. Mohamed Ziarad, antiguo director de exportación de la compañía nacional de lana de Afganistán, a duras penas podía atender todas las visitas que acudían a su oficina. El jefe de policía estaba ahí con un relato de los daños causados por los combates de la noche; el jefe local del ejército afgano, tras cuadrarse con una túnica dos tallas demasiado pequeña para él, presentó un informe de incidentes de una longitud intimidante. Una ruidosa multitud de campesinos irrumpió en la habitación pidiendo compensaciones. A cada momento sonaba el teléfono con nuevos informes de sabotajes en los pueblos, aunque a veces al señor Ziarad le resultaba difícil oír a sus interlocutores por el estruendo que causaban los helicópteros de combate que sobrevolaban los árboles al otro lado de la ventana en salediza. Había sido una mala noche.

El caso era que el gobernador de Jalalabad no dejaba que esas cosas lo abrumaran. «No hay razón para dramatizar demasiado estos acontecimientos», dijo, como si los combates nocturnos formaran parte de la vida cotidiana desde hacía años. Bebía té mientras firmaba los informes, bromeando con un teniente del ejército y ordenando que sacaran a un viejo mendigo que había conseguido entrar en la habitación para pedir a gritos dinero. «Todas las revoluciones son iguales —dijo—. Defendemos la revolución, hablamos, luchamos, hablamos en contra de nuestros enemigos y nuestros enemigos intentan iniciar una contrarrevolución y entonces nos defendemos de ellos. Pero venceremos».

Si bien el señor Ziarad parecía un tanto filosófico —casi fantasioso, pensé— en su actitud ante la revolución socialista en Afganistán, también merecía la pena recordar que no era un hombre del partido. De algún modo, había evitado afiliarse tanto al Parcham como al Jalq; su única concesión a la revolución era una imponente aunque ligeramente torcida maqueta plateada de un caza Mig colocada precariamente en un extremo de su mesa. Admitió que los insurgentes estaban causando problemas. «No podemos impedir que disparen en el campo. No podemos impedirles que

destruyan tendidos eléctricos, conducciones de gas, ni que coloquen bombas por la noche. Es cierto que intentan capturar Jalalabad y que se están acercando a la ciudad. Pero no pueden triunfar».

En ese momento el señor Ziarad dibujó un diagrama en una hoja de papel sobre la mesa. Hizo un círculo pequeño, que representaba Jalalabad, y una serie de flechas dirigidas hacia el círculo, en representación de los ataques rebeldes. Luego trazó una serie de flechas que salían de Jalalabad. «Éstos son —dijo con orgullo— los contraataques que vamos a hacer. Hemos atravesado por situaciones así antes y siempre conseguimos el mismo resultado. Cuando el enemigo se acerca al centro de Jalalabad, están más agrupados y nuestras fuerzas pueden dispararles con mayor efectividad y entonces podemos hacer contraataques y expulsarlos». Qué extraño fenómeno es la droga de la esperanza. Iba a escuchar esa explicación de un sinnúmero de gobernadores y soldados en Oriente Próximo a lo largo del siguiente cuarto de siglo —tanto occidentales como musulmanes—, y todos insistirían en que las cosas empeoraban porque estaban mejorando, que cuanto peor se pusieran las cosas, mejor acabarían.

El señor Ziarad afirmó que sólo tres afganos habían muerto en los combates de la última semana en torno a Jalalabad —dada la tregua tácita entre el ejército y los muyahidines—, la cifra del gobernador era probablemente correcta. Sin embargo, negó que hubiera soldados soviéticos en la ciudad —sólo había, aseguró, un puñado de asesores agrícolas y maestros—, lo cual no tenía en cuenta el millar de soldados soviéticos del cuartel situado al este de la ciudad. No estaba preocupado por la presencia soviética en su país. «El problema son los grupos de bandidos y los terratenientes desposeídos de su tierra por nuestro Decreto Número Seis, que están ayudados por estudiantes de imperialismo. Son individuos entrenados en los campamentos de Pakistán. Los imperialistas les han enseñado a disparar, arrojar granadas y colocar minas».

El gobernador seguía visitando los poblados más cercanos durante el día, en compañía de tres soldados, para inspeccionar el progreso de la reforma agraria y del recién creado plan de irrigación de Jalalabad. De todos modos, comprendía por qué las reformas habían provocado animosidad. «Hemos intentado garantizar que todos los hombres y mujeres tengan los mismos derechos y la misma educación —dijo—. Pero en nuestro país tenemos dos sociedades, una en las ciudades y otra en los pueblos. Los habitantes de las ciudades aceptan la igualdad de derechos, pero los pueblos son más tradicionales. A veces hemos actuado demasiado deprisa. Hace falta tiempo para alcanzar los objetivos de nuestra revolución».

Las últimas palabras del señor Ziarad, mientras salíamos de su oficina, quedaron ahogadas por el rugido de otros cuatro helicópteros de combate soviéticos que pasaron a toda velocidad por encima del bazar, elevando torbellinos de polvo junto a las casas de un solo piso y paredes de adobe. Me preguntó si quería utilizar su coche para regresar a mi hotel. Vistas las caras de rabia de los afganos que miraban los

helicópteros, decidí que era más seguro rechazar el amable ofrecimiento del gobernador. Sin embargo, los policías se volvían cada vez más entrometidos en el Spinghar, querían saber cuánto tiempo iba a quedarme en Jalalabad y por qué no iba a Kabul. Era hora de dejar «enfriar» Jalalabad. Como decía siempre Gavin, no hay que ser demasiado codicioso<sup>[2]</sup>.

Eran los soviéticos quienes se mostraban codiciosos. Centenares de soldados adicionales eran ya enviados a Kabul en una flota de aviones de transporte Antonov junto con nuevos vehículos blindados anfibios BMB. En algunos cuarteles, se habían creado nuevas unidades de infantería con soldados soviéticos y afganos, presumiblemente para elevar la moral del ejército afgano. Los nuevos camiones del ejército afgano llevaban soldados afganos pero conductores soviéticos. Hubo más discursos de Karmal; en el último atacó a quienes tildó de «asesinos, terroristas, bandidos, elementos subversivos, ladrones, traidores y mercenarios». Que hiciera un llamamiento, más de un mes después de la invasión soviética, para que los «grupos de resistencia voluntarios» vigilaran carreteras, puentes y convoyes —contra la más poderosa y verdadera «resistencia», claro está— ponía de manifiesto lo serio que se había vuelto el problema de los insurgentes y lo extenso de las zonas de Afganistán que ya controlaban efectivamente.

Los soviéticos no eran capaces de aniquilar a los guerrilleros ni de ofrecer esperanza a los habitantes de los pueblos afganos de que su presencia contribuiría a mejorarles la vida. Grandes zonas de Afganistán estaban aisladas de las ayudas alimentarias estatales, y los soviéticos enviaban a Kabul aviones cargados de grano —e incluso tractores—; uno de sus generales apareció en la base aérea de Bagram para afirmar que sólo quedaban «vestigios terroristas» en las montañas. «Vestigios» —*bakoyaye*, en dari— se convirtió en la palabra de moda para referirse a los insurgentes en la radio afgana. «Reformar» Afganistán en esas circunstancias resultaba imposible. El gobierno perdía. Era sólo una cuestión de tiempo. Y cuanto más decía el gobierno que ganaba, menos personas lo creían. En el vestíbulo del Intercontinental, un diplomático polaco me contó que creía que los rusos necesitaban al menos 200 000 soldados para ganar la guerra<sup>[3]</sup>.

Los hombres de Karmal habían clausurado las mezquitas de la capital por ser un centro de resistencia. Cuando encontré al portavoz de la mezquita Pul-e-Jeshti del centro de Kabul, un hombre pequeño con una delgada cara cetrina cuyos rasgos traslucían ansiedad y que no quiso decirme cómo se llamaba, rechazó responder incluso a las preguntas más inofensivas acerca del bienestar de su pueblo. Llegó un minuto antes de las oraciones de la mañana, cruzando a paso rápido el patio delantero con su ceñido turbante de seda y su gorro dorado, y se alejó nada más terminar los rezos. Cuando me acerqué a él, inmediatamente miró por encima de su hombro derecho. Y cuando le presenté una lista de preguntas en pastún —¿cuál es el papel del islam en Afganistán desde diciembre?, le pregunté—, agitó el papel en el aire helado en un gesto de desesperanza.

«Todas sus preguntas son políticas —me gritó—. Una de las preguntas quiere saber si la gente es feliz bajo el nuevo régimen de Babrak Karmal. No responderé a preguntas acerca de él». Era previsible. En tanto que *jatib* de Pul-e-Jeshti tenía que limitarse a interpretar el Corán, no a soltar sermones sobre la moralidad de su gobierno. Dado que los *jatibs* habían sido todos nombrados por el gobierno revolucionario en los últimos dos años, no existían muchas posibilidades de que desvelara ningún sentimiento acerca de la invasión de la Unión Soviética. Unos días antes del golpe de Estado de Taraki en 1978, en las mezquitas de Kabul se leyeron llamamientos en favor de la *yihad*. La policía asaltó todas las instituciones religiosas de la ciudad a los pocos días; eliminó cualquier rastro de independencia política y envió a los ulemas disidentes a la cárcel de Pul-e-Charji, de donde nunca salieron. Sin embargo, la brutal represión no era el único motivo de una ausencia de liderazgo político serio en el seno del clero.

Una Iglesia decapitada no está en condiciones de proporcionar una guía política a su rebaño, pero la historia del islam en Afganistán indicaba que no habría una autoridad religiosa mesiánica que guiara al pueblo a la guerra contra sus enemigos. Los musulmanes chiíes, cuya tradición de autosacrificio y énfasis en el martirio tanto había contribuido a la destrucción del régimen del sha, constituían una minoría en Afganistán. En la ciudad occidental de Herat, a 100 kilómetros de la frontera iraní, se veían en los muros carteles de Jomeini y del ayatolá Shariatadari, pero los suníes eran la comunidad mayoritaria y en Afganistán existía un recelo básico al tipo de poder ejercido por los principales clérigos de Irán. Los afganos no mostrarían sumisión nacional a los clérigos. El islam es una religión formalista; y, entre los suníes, quienes dirigían las plegarias en las mezquitas tenían una función burocrática, no una vocación política. El poder de la ortodoxia religiosa en Afganistán era fuerte, pero no extremo, y la falta de una jerarquía entre los suníes impedía que los ulemas utilizaran su posición para crear una unidad política en el país. Además, el islam era también una religión clasista en Kabul. La mezquita Pul-e-Jeshti atendía mayoritariamente a los pobres, mientras que los militares favorecían la mezquita Azul, y los vestigios de la élite de clase media del país asistía a los funerales en la mezquita Do Sham Shira, que tenía dos pisos.

La monarquía, mientras existió, proporcionó un mosaico de unidad que mantuvo al país más o menos cohesionado. Y, aunque en la *chaihana* se brindara ostentosamente por el último rey tras la aparición de unos potentados más siniestros, los despilfarradores monarcas afganos nunca habían gozado de gran popularidad. Cuando desapareció la monarquía, el único denominador común fue la religión; se identificaba con el nacionalismo —en tanto que opuesto al comunismo—, razón por la cual Karmal había reintroducido el verde en los colores de la bandera nacional. Todos los discursos ministeriales, incluso en el caso de ministros conocidos como marxistas de toda la vida, empezaban ya con obsequiosas referencias al Corán. El primer ministro adjunto acababa de visitar Mazar para rezar en el santuario de Hazrat

Alí, primo y yerno del profeta Mahoma. Sin embargo, en Afganistán —como en la mayor parte de países rurales—, la religión era vista con mayor respeto en los pueblos que en las ciudades, y era de los pueblos de donde procedían los muyahidines. Si bien se trataba de una fuerza reaccionaria —se oponían a la emancipación y la igualdad de las mujeres y a la educación laica—, centraba la atención de los pobres en las realidades de la política de una forma inédita hasta ese momento. No era ninguna casualidad que entre los afganos de Kabul circulara un chiste según el cual, además de las cinco obligaciones tradicionales del islam, había que obedecer una sexta: todo verdadero musulmán tenía que escuchar la BBC. Eso ya no sería un chiste, claro, en caso de que apareciera una nueva fuerza islámica en el seno de la resistencia en lugar del clero.

Quedaban tan pocos periodistas en Afganistán que nadie hacía demasiado caso al enviado de *The Times*, que no llevaba cámara, pero seguía en posesión de un visado válido. En Kabul, compré alfombras en el bazar entre soldados fuera de servicio que aún se sentían seguros caminando por la calle de los Pollos. Los soviéticos compraban recuerdos, abalorios y collares para esposas y novias, pero los soldados soviéticos tayikos iban a las librerías y compraban ejemplares del Corán. Acabé comprando una alfombra de dos por tres metros de tonos carmesí y oro que estaba tirada en la húmeda acera. El señor Samadali, que seguía teniendo libertad para llevarnos por el interior de la ciudad, anunció que había pagado demasiado por ella —la función de todos los taxistas de Asia sudoccidental es deprimir a sus clientes occidentales asegurándoles que los han timado— y la ató en el techo del coche.

Desde Kabul, volví a tomar el autobús de Alí hasta Jalalabad, con la intención de pasar una noche en el hotel Spinghar antes de volver a la capital. En el bazar de Jalalabad, busqué una bolsa de raso en la que sacar de Afganistán mi pesada alfombra. Tras asegurarme de que sabía decir bolsa de raso en pastún —*atlasi kahzora*—, compré un gran saco de arpillera, junto con una serie de postales de Jalalabad en tiempos de la monarquía, una suave y soporífera ciudad de una brillantez en tecnicolor que se había perdido ya para siempre. Visité el consulado paquistaní de la ciudad, cuyo personal —al menos una parte— ya debía de estar coordinándose con los guerrilleros. Hablaron de los miedos soviéticos a que Jalalabad cayera en manos rebeldes, de que la carretera con Kabul quedara cortada de forma permanente. Los diplomáticos paquistaníes no parecían demasiado infelices con esa perspectiva.

En cuanto regresé al Spinghar el recepcionista, en un considerable estado de agitación, me dijo que los soviéticos estaban atacando con helicópteros el pueblo de Sorj Rud, a 20 kilómetros en dirección oeste. Alquilé un *rickshaw* y en media hora me encontré en un pueblo de calles de tierra y paredes de adobe. Le dije al conductor que esperara en la calle mayor y anduve por el pueblo. No había ni un ser humano a la vista, sólo el retumbar distante de los helicópteros Mi-25 soviéticos que sólo vi ocasionalmente pasando de modo fugaz al final de las calles. Unos pocos perros ladraban en un albañal. El sol estaba en lo alto y un manto de calor se movía en la

brisa por las calles. ¿Dónde estaba el ataque que tanto había inquietado al recepcionista del hotel? Sólo vi la forma de insecto de la máquina muy baja en el blanco cielo unos segundos antes de que abriera fuego. Se oyó un sonido como de un centenar de pelotas de golf golpeadas al mismo tiempo por un palo y las balas empezaron a rasgar las paredes de las casas, las nubecillas de barro marrón se elevaban en el aire cuando los disparos daban en los edificios. Una ráfaga de disparos recorrió la calle en mi dirección, y presa del pánico me metí por una puerta abierta, crucé un patio de tierra y entré en la primera casa que vi.

Me lancé literalmente al interior y caí de costado sobre una vieja alfombra. Frente a mí, junto a la oscurecida pared estaba sentado un afgano de barba cana y un puñado de niños con la boca abierta de miedo y, tras ellos, sosteniendo una sábana negra sobre la cabeza, una mujer. Los miré e intenté sonreír. Estaban sentados en silencio. Me di cuenta de que tenía que asegurarles que no era ruso, que procedía de la Inglaterra de la señora Thatcher, que era periodista. Pero ¿cómo iba a entender esa familia qué era Inglaterra? ¿O qué cosa era un periodista? Estaba sin aliento, asustado, preguntándome cómo había llegado a un lugar tan peligroso tan rápida, tan irreflexivamente, en tan poco tiempo tras abandonar la seguridad del hotel Spinghar.

Me recuperé lo suficiente para recordar cómo se decía periodista en pastún e intentar contar a esa pobre gente quién era. «*Za di inglisi atlasi kahzora yem!*», anuncié de modo triunfante. Sin embargo, la familia me miró con inquietud aún mayor. El hombre apretó contra sí a los hijos y la mujer soltó un sonido quejumbroso. Sonreí. Ellos no. El miedo recorría a la familia. Poco a poco me di cuenta de que no les había dicho que era periodista. Quizás era la alfombra sobre la que había aterrizado en su casa. Ciertamente debió de ser mi visita al bazar unas horas antes. Sin embargo, con creciente horror, me di cuenta de que el despeinado corresponsal que había irrumpido en su sacrosanto hogar se había presentado en pastún no como reportero sino con la imperecedera declaración: «Soy una bolsa de raso inglesa».

«Corresponsal, periodista», repetí entonces en inglés y pastún; pero el daño ya estaba hecho. No sólo era ese inglés peligroso y extraño, un intruso infiel en el santuario de un hogar afgano; sino que también estaba loco. De eso yo mismo no albergaba duda alguna. Cuando los periodistas nos encontramos en grave peligro, siempre hay una voz que pregunta: «¿Por qué?». ¿Cómo demonios hemos acabado arriesgando así nuestra vida? ¿Por el director? ¿Por la aventura? O sencillamente porque no pensamos, no calculamos los riesgos, no nos preocupamos de reflexionar que toda nuestra vida, nuestra educación, nuestra familia, nuestros amores y nuestra felicidad, estaban a la merced del azar y unos pocos párrafos. Sorj Rud era «la refriega en la frontera» en la que trotaba el soldado británico de Kipling, la calle a la que daba esa casa era su «cañada oscura», el helicóptero el *jezail* de su enemigo. El tópico nos dice que la vida no cuesta nada. No es verdad. La muerte no cuesta nada. Es fácil, terrible y completamente injusta.

Permanecí sentado en la alfombra durante quizá diez minutos, sonriendo de modo

idiota a la familia de mirada glacial que estaba frente a mí hasta que una niña con un vestido rosado se me acercó vacilantemente y me sonrió. Le devolví la sonrisa. Me señalé a mí mismo y dije: «Robert». Ella repitió mi nombre. La señalé a ella. ¿Cómo se llamaba? No contestó. Fuera oí el paso de un burro por la verja y a un hombre gritando. El sonido de los helicópteros había desaparecido. Se oyó a lo lejos un lamento, el sonido de una mujer transida de dolor. Me levanté y miré por la puerta. Otras personas caminaban por la calle. Era como Jalalabad todos los días al alba, cuando la noche de muerte se convertía mágicamente en un día de trabajo, polvo y exuberantes jacarandás. La guerra había bañado Sorj Rud y en ese momento se había desplazado a otro lugar. Me volví hacia la familia y les agradecí su protección no ofrecida. «*Shukria*», dije. Gracias. Y muy lentamente el hombre de barba inclinó la cabeza y levantó la mano en señal de despedida.

El conductor del *rickshaw* me esperaba en la carretera principal, temeroso de que pudiera haber muerto, más temeroso aún, pensé, de que no hubiera sobrevivido para pagarle. Regresamos sin prisas a Jalalabad. Esa noche los dirigentes del partido llegaron al hotel con una noticia que a todas luces los intranquilizaba. Los muyahidines habían asaltado una residencia de estudiantes de la Universidad de Jalalabad, se habían llevado a veinte muchachas del edificio hasta Tora Bora, donde les habían dado dinero —mil afganis, unos 22 dólares estadounidenses— y un velo negro y les habían dicho que pusieran fin a sus estudios. Ese mismo día, un técnico había sido enviado a las afueras de Jalalabad a arreglar un cable eléctrico sabotado repetidas veces. Cuando estaba en lo alto de la torre de alta tensión, le habían disparado y había estado colgado muerto de los cables a 10 metros del suelo durante varias horas mientras abajo se congregaban hombres y mujeres a contemplar el cuerpo.

Decidí dejar la ciudad al día siguiente en el primer autobús de vuelta a Kabul, un autobús de lujo que salía al alba, mucho antes de que el viejo vehículo de Alí entrara en la ciudad. A mi visado le faltaban tres días más para que expirara. El autobús a Jalalabad estaba hacinado, no de los aldeanos y hombres de negocios paquistaníes que viajaban en el autobús de Alí, sino de estudiantes becados, *apparátchiki* del partido Parcham, que volvían a la Universidad de Kabul, tras unas vacaciones. Ya antes de abandonar las afueras de la ciudad, ordenaron a los pasajeros que corrieran las cortinas de manera que nadie pudiera ser visto y estiraban el cuello en cada curva de la carretera para ver entre las rendijas si más adelante había una emboscada. No acabé de entender en qué ayudaban las cortinas. Un autobús misterioso llamaría mucho más la atención de los muyahidines que un vehículo con las ventanas abiertas y los pasajeros durmiendo en su interior.

Nos detuvimos 25 kilómetros al norte al encontrar que cargaban en un camión un cadáver envuelto en una manta; los estudiantes comunistas miraron en silencio y horrorizados. Se trataba, según un afgano de mediana edad que iba en otro autobús, del cadáver de un camionero que no había obedecido la orden de detenerse de los

muyahidines. Había cinco autobuses juntos, todos ellos se dirigían a Kabul, y todos se detuvieron en ese momento en una *chaihana* mientras los conductores discutían si intentaban convencer a los muyahidines del control situado un poco más adelante o volvían a Jalalabad. Pasaron dos horas; los conductores incapaces de decidirse, los jóvenes afganos cada vez más nerviosos. Y con razón. Los muyahidines daban a sus prisioneros dos opciones: unirse a la resistencia o ser ejecutados. Algunos jóvenes ya se estaban quitando las insignias del partido. Sólo podía sentir pena por ellos. Quizá se habían unido al Parcham para conseguir una promoción en los estudios o porque sus padres trabajaban para el gobierno. Y, a pesar de toda la brutalidad del gobierno y su dependencia de los invasores extranjeros, sus funcionarios habían intentado crear una sociedad laica e igualitaria en los poblados alrededor de Jalalabad. No era el gobierno el que quemaba escuelas y mataba a los maestros.

Transcurrió otra hora, el calor ascendía, los estudiantes estaban cada vez más abatidos y los conductores disfrutaban del sol. En tiempo de guerra, en cualquier peligro grave, la indecisión es narcótica. Entonces, esforzadamente por la carretera apareció el autobús de Alí, luciendo con orgullo en los laterales el escudo de la provincia de la Frontera Noroccidental. «¿Por qué me ha abandonado?», quiso saber Alí. Señaló su autobús. «Señor Robert, venga con nosotros». De modo que ocupé mi asiento habitual en el lado derecho de su vehículo y los demás autobuses se metieron en la carretera como ovejas detrás de nosotros. «Está mejor con nosotros, señor Robert —dijo Alí—. No tenía que estar con ellos». No tardé en averiguar la razón.

Al pasar una curva a unos cinco kilómetros carretera arriba, en un angosto valle de rocas y pinos pequeños, seis muyahidines altos y tostados por el sol estaban de pie en medio del camino. Un séptimo se encontraba encaramado en una roca, moviendo perezosamente el brazo arriba y abajo para que nos detuviéramos. Nos habían dicho que no tenían armas, que sólo se atrevían a aparecer al anochecer, que temían las represalias del gobierno. Sin embargo, ahí estaban los muyahidines bajo el caluroso sol del mediodía con sus turbantes y capas afganas, sosteniendo cada uno de ellos un Kaláshnikov nuevo, controlando el tráfico en una de las carreteras más importantes de Afganistán. Se trataba de una audaz muestra de confianza en sus propias fuerzas, y aterradora para los estudiantes del autobús de detrás. No hubo nerviosismo en el autobús de Alí, y un pasajero paquistaní —un comerciante de ropa de Peshawar— estaba tan aburrido que inició una larga y tediosa discusión sobre la política interior de Pakistán.

Sin embargo, por la ventana posterior vi a los estudiantes bajar del autobús. Permanecieron ahí, con la cabeza gacha como si fueran criminales, algunos intentando esconderse detrás de otros. Alí conversaba y bromeaba con uno de los guerrilleros. Los otros conductores aguardaban con rostro inexpresivo junto a sus vehículos. Los hombres armados pasaron por la fila de jóvenes afganos. A algunos se les ordenó que subieran al autobús. A otros, pálidos de miedo, se les dijo que se pusieran en fila junto a la carretera. A tres de ellos les ataron las manos, les vendaron

los ojos y se los llevaron, tropezando y cayendo, entre los pinos en dirección a un río que corría a nuestra derecha. Los contemplamos hasta que, junto con sus captores, desaparecieron de la vista. El comerciante de ropa paquistaní chasqueó la lengua y sacudió la cabeza. «Pobres tipos», dijo.

Alí subió a bordo y anunció que, como era un autobús paquistaní, los muyahidines no deseaban molestarnos. Y, mientras nos alejábamos, un joven guerrillero con una rosa atada en el fusil nos saludó enérgicamente por la ventana. Por fin los había visto. Ahí estaban, los «guerreros santos» a quienes la CIA estaba adoptando, los «terroristas», «bandidos» y «elementos subversivos contrarrevolucionarios» como los llamaba Karmal, los «vestigios» como los tildaba de modo insulso el general soviético, los «estudiantes de imperialismo» del señor Ziarad. En todo caso, a mí no me habían parecido «vestigios». Los Kaláshnikovs eran los nuevos AKS-74 que los soviéticos acababan de introducir en Afganistán, y llevaban cananas nuevas.

En el Intercontinental de Kabul no había nadie. Casi todos los periodistas occidentales habían partido o habían sido expulsados. Gavin y su equipo se habían ido. Mi visado estaba a punto de expirar y no había posibilidad de conseguir otro. En la oficina del hotel, una de las secretarias, Gina Nushin, me rogó que le sacara la correspondencia privada del país. Nueve meses más tarde, en Irlanda, recibiría una crítica nota suya, agradeciéndome haber enviado sus cartas; el sello del sobre mostraba a un sonriente y bonachón presidente Taraki repasando sus papeles matutinos. Sin embargo, un carta mucho más importante acababa de llegar a Kabul, enviada subrepticamente desde la Unión Soviética por un clérigo chií que había sido detenido tras la revolución de Taraki en 1978 y al que se consideraba asesinado a manos de la policía secreta afgana. El ulema, que se llamaba Waez y había logrado la ayuda de un trabajador soviético simpatizante y de un estudiante afgano de la Universidad de Moscú que llevó personalmente la carta hasta Kabul, decía a su familia que él y cientos de afganos estaban encarcelados en la ciudad de Tula, a 200 kilómetros al sur de Moscú. Waez era honrado entre los suníes y los chiíes por su oposición al dominio comunista.

Los rumores de que miles de afganos eran llevados en secreto a la Unión Soviética —contraviniendo la legislación internacional— llevaban circulando desde hacía más de un año. Muchas de las familias que vi irrumpir con tanta violencia en la cárcel de Pul-e-Charji en las afueras de Kabul en enero buscaban parientes que, por lo que parecían, llevaban todo el tiempo en Rusia. Según la carta de Waez, él y otros afganos encarcelados en Tula eran considerados «presos estatales», aunque habían sido detenidos en Afganistán. En 1979, el embajador estadounidense en Kabul, Adolph Dubbs, había sido asesinado por un grupo que en un principio había exigido la liberación de Waez a cambio de la vida del diplomático. ¿Se habían mostrado reacios los soviéticos a liberar a Waez porque eso habría revelado cuántos afganos estaban cautivos en Tula?

Sabía que el gobierno de Afganistán estaba obligando a los últimos que quedábamos a abandonar el país, pero la puerta seguía entreabierta y me pareció que había una rendija por la que podía colarme<sup>[4]</sup>. Compré un último trayecto a Jalalabad con Alí, donde descubrí que mi hotel era el escenario de una reunión clandestina entre seis altos oficiales soviéticos y el ministro del Interior afgano, Sayed Mohamed Gulabzoi, y sus representantes locales, todos ellos deseosos de impedir un asedio a gran escala de Jalalabad por parte de los rebeldes. La carretera era tan peligrosa que los soviéticos habían tenido que viajar desde Kabul en helicóptero. Los vi llegar al Spinghar, protegidos por policías con cascos antidisturbios que colocaron ametralladoras con trípodes sobre las mesas del bar entre los rosales del jardín del hotel. Había en ese momento 3000 soldados soviéticos fuera de la ciudad.

Y la destrucción de los pueblos que rodeaban Jalalabad seguía su curso. Alising y Alingar en las afueras de Metarlam habían sido bombardeados por los rusos, pero un viaje de 40 kilómetros en territorio controlado por los muyahidines en la provincia de Laghman mostró que en los pueblos los rebeldes habían quemado todas las escuelas y oficinas estatales. Varios aldeanos afirmaron que hasta cincuenta mujeres y niños habían muerto como consecuencia de las incursiones aéreas soviéticas de los últimos tres días. Un anciano sin afeitar no dejaba de repetir la palabra *napalm*, haciendo con las manos un gesto descendente y de sofocación. En una aldea en las afueras de Metarlam, más de 200 hombres rodearon el taxi al creer que éramos soviéticos.

Los muyahidines no carecían de humor. Dos noches antes, un camionero afgano encontró un cartel en la principal carretera en dirección oeste. EN NOMBRE DE DIOS — rezaba—, ESTO ES PARA LOS TANQUES. El camionero siguió su camino y enseguida hizo explotar una mina terrestre. Entonces apareció un insurgente armado exigiéndole que pagara 350 dólares por los explosivos que acababa de malgastar. Mucho menos divertida era una información obtenida de tres fuentes independientes en Jalalabad de que un museo de Hadda, que tenía una estatua de Buda —datada al menos del siglo II a. C.—, había sido destruido, y con él otras antigüedades de incalculable valor. ¿Qué significaba eso? Y, si las informaciones eran ciertas, ¿qué seguridad podía tener el mundo de que los budas gigantes de Bamiyán de 1500 años de antigüedad no serían también un día destruidos? Volviendo a Kabul, los guerrilleros aparecieron de nuevo en el camino, una veintena esa vez, y ya no portaban rosas en los fusiles.

Regresaría brevemente a Afganistán en el verano de 1980; llegaría al aeropuerto de Kabul con una raqueta de tenis y la increíble pretensión de ser un turista. El Jad me asignó un policía esa vez y me llevaría escoltado hasta el Intercontinental, donde le unté la mano a cambio de una vuelta en taxi por la ciudad. El polvo colgaba en capas de calor sobre Kabul, y los soldados soviéticos se encontraban metidos de lleno en el laberinto de la ocupación, escoltando coches civiles en largos convoyes blindados por las carreteras de Afganistán, mientras de su base aérea de Bagram

hacían salidas cada tres minutos para bombardear a los muyahidines. Los soviéticos ocupaban ya importantes cargos «asesores» en todos los ministerios de Kabul; sus grandes limusinas negras se deslizaban a mediodía por las bochornosas calles de la ciudad con las cortinas echadas en las ventanas de atrás y agentes de paisano sentados en el asiento delantero. Los ocupantes no eran los grandes y corpulentos comisarios de la mitología popular, sino en su mayor parte hombres pequeños y respetables con trajes de oficina gris brillante, corbatas estrechas y ligeramente pasadas de moda y el pelo con abundante brillantina, padres de familia de una república autónoma con planes quinquenales que cumplir.

En el sofocante verano, los soldados rusos llevaban sombreros flexibles de ala ancha y sus camiones atascaban las calles de Kabul. Su «intervención limitada» se había transformado en una ofensiva de primavera que era ya una campaña militar en toda regla. Los helicópteros artillados estaban aparcados en filas de a cinco en el aeropuerto de Kabul. Los aviones de cara Ilyushin de cuatro motores rumbo a Tashkient pasaban todo el día sobre la ciudad, dejando un rastro de gases de la combustión mientras se ladeaban abruptamente sobre el aeropuerto internacional para evitar los misiles tierra-aire.

En el aeropuerto podían verse las dos caras de la revolución de Afganistán a 800 metros una de otra. Sobre el edificio de la terminal principal, se observaban los desvaídos contornos del triunfal saludo de enero a las tropas soviéticas —«Bienvenida la nueva revolución modelo»—; hacía tiempo que habían quitado las letras de metro y medio de alto y el sol había convertido el rojo en un rosa apagado. Justo al otro lado del aeródromo, en el extremo oriental de la pista principal, se encontraba el otro símbolo del conflicto revolucionario de Afganistán: un misil soviético SA-2 con una cabeza de 130 kilos, un alcance de 50 kilómetros y una altitud máxima de 50 000 pies; era la misma arma utilizada con efecto devastador contra los bombarderos estadounidenses B-52 sobre Hanoi en la guerra de Vietnam. Y *Vietnam* era la palabra que utilizaban cada vez más afganos para describir su propio conflicto. El presidente Carter y la señora Thatcher instaban al mundo a que se boicotearan los Juegos Olímpicos de Moscú.

Los escolares de Kabul se negaban a asistir a la escuela, puesto que centenares de ellos habían enfermado; los rebeldes, según el gobierno, habían vertido azufre en el suministro de agua de las escuelas. Mil niños habían tenido que ser llevados al hospital de Aliabad sólo en una semana. Por la noche, las armas de guerra resonaban por toda la ciudad, puesto que los insurgentes atacaban a las patrullas soviéticas y los militantes rivales del Parcham y el Jalq se atacaban entre sí. Un médico que pertenecía al partido Parcham del presidente Karmal fue asesinado de un tiro mientras visitaba a un paciente en Bandegazi —dentro de los límites de la ciudad—, pero la policía no pudo averiguar si lo habían matado los muyahidines o los agentes del Jalq. Uno de los policías que me asignaron era un hombre del Jalq quien, en la intimidad del ascensor del hotel, de pronto estalló en un ataque de rabia: «Esto va

mal y estoy harto. Queremos la ayuda soviética, la necesitamos. Pero si alguien se queda más tiempo del que queremos, cualquiera, también incluyo a los soviéticos, los atacaremos».

El 14 de junio, Karmal ordenó la ejecución de trece antiguos funcionarios del Jalq por «tramar conspiraciones contra el Estado». La mayoría eran funcionarios menores —Sidaq Alamyar, el exministro de Planificación, por ejemplo, y Saeb Jan Sehrai, encargado de los «asuntos fronterizos»—; en cambio, el primer ministro adjunto Asadulá Sawari, que había sido jefe del servicio secreto de Taraki, logró salir indemne. Su nombre estaba en la lista negra de la «carta nocturna» dejada en los recintos diplomáticos cuatro meses antes. Tuve suerte pudiendo arañar cuarenta y ocho horas en Kabul, aunque fuera bajo vigilancia de la policía secreta. Cuando me llevaron de vuelta al aeropuerto para tomar el avión que iba a sacarme del país, un reactor de Aeroflot se encontraba en la pista de estacionamiento, con las pruebas en su fuselaje en favor del profundo cinismo de la señora Thatcher hacia los soviets.

El avión llevaba en inglés el orgulloso lema de Aeroflot «Transporte oficial olímpico» a ambos lados del fuselaje, pero vertía por sus puertas tropas de combate soviéticas, jóvenes —algunos rubios— bajando con fusiles las escalerillas hasta la pista de asfalto bajo el intenso sol. Parecían bastante contentos —uno levantó los brazos hacia el sol y dijo algo que hizo reír a sus camaradas—, aunque las posibilidades de que volvieran a casa de similar humor habían disminuido en las últimas semanas. Más de 600 soviéticos habían sido ingresados con heridas graves en el hospital militar de Kabul, otros 400 en la clínica soviética cercana a la estación de autobús de Jai Jana; de ese millar, doscientos habían muerto, y esa cifra sólo incluía a los que habían muerto como consecuencia de las heridas, no los caídos en combate. Los muertos eran cargados en ataúdes de madera a bordo de aviones Antonov-12 y nadie había sabido lo que contenían hasta que un joven soldado fue visto saludando una de las cajas. Incluso los policías secretos del Jad que me seguían diligentemente reconocían que el ejército soviético tenía «un problema muy grande».

Sin embargo, volviendo al frío febrero de 1980, aún tenía dos días de preciosa y solitaria libertad antes de que mi visado expirara y me viera obligado a abandonar Afganistán. Decidí ser codicioso, intentar de nuevo un trayecto largo en autobús, esa vez a una ciudad cuyos habitantes, era lo que se decía en Kabul, habían redescubierto una fe colectiva enfrentándose a los invasores de su país: Kandahar.

Tomé el autobús antes del amanecer, desde la misma estación en que había iniciado mi inútil viaje a Mazar, llevando el mismo gorro afgano y envuelto en la misma capa marrón. Hombres y mujeres iban sentados juntos —todos parecían ser familiares— y, en cuanto anuncié mi nacionalidad, llovieron sobre mí manzanas, queso, naranjas y un gran *nan* plano y flácido, el pan que utilizan los afganos como envoltorio de los alimentos. Cuando expresé delicadamente mi temor de que hubiera

alguna persona «mala» en el autobús —la misma palabra *Jad* tenía como efecto silenciar cualquier conversación durante una hora—, se me aseguró que no había ninguna. Y de ese modo los pasajeros, sin apenas nada de inglés, me ofrecieron protección silenciosa durante el viaje de catorce horas por un paisaje helado y lunar hasta que llegamos a Kandahar.

Fue la epopeya de un país en guerra. Nuestro autobús pasó junto a los restos de innumerables coches abandonados junto a la carretera. A 75 kilómetros al oeste de Gazni, la ciudad de la que Gavin, su equipo y yo habíamos huido el mes anterior —parecía ya que hubiera ocurrido en otra vida—, un convoy de camiones y autobuses civiles acababa de sufrir una emboscada. Todos los vehículos estaban envueltos en grandes llamas y producían columnas de humo negro que se elevaban sobre la llanura nevada. Unos pequeños despojos ennegrecidos eran cuanto quedaba de algunos de los pasajeros. Los convoyes soviéticos pasaban junto a nosotros en dirección contraria, cada vehículo con su soldado soviético de pie en la parte de atrás, con una pistola en la mano. Los soviéticos estaban ya demasiado ocupados con su propia seguridad para preocuparse de los civiles a los que supuestamente acudían a rescatar de los «bandidos».

En un pueblo, tres soldados afganos, entre ellos un oficial, subieron al autobús e intentaron detener a un cartero que había desertado del ejército. Se produjo una brutal pelea a puñetazos entre los soldados y los pasajeros hasta que dos reclutas uniformados que estaban fumando hachís en los asientos de atrás se acercaron por el pasillo y sacaron literalmente a patadas al oficial del vehículo. Y luego decían que el ejército afgano de Karmal tenía la moral baja. En otro pueblo, los pasajeros silbaron a los soldados tayikos que estaban junto a la alambrada de un almacén militar. Sin embargo, el pasajero que tenía detrás me tocó apremiantemente el hombro. «¡Mire!», dijo con voz entrecortada, y se señaló la frente. Le miré la cara, pero no entendí. «¡Mire!», dijo con más apremio y se colocó la mano derecha plana sobre la cabeza, como si fuera un sombrero. Sombrero. Sí, faltaba algo en los sombreros de piel gris de los soldados tayikos soviéticos. Estaban de pie, mirándonos, con la piel más oscura que sus camaradas rusos, huérfanos de la hermandad comunista en la que habían crecido.

Tenía que haberlo comprendido de entrada. Si los soldados soviéticos en Afganistán —soldados musulmanes y soviéticos— se quitaban el símbolo mismo de su país, la insignia que sus padres habían lucido con tanto orgullo en la Gran Guerra Patriótica entre 1941 y 1945, eso quería decir que el cáncer de Afganistán había penetrado en lo profundo de sus almas. Habían sido enviados a la guerra contra sus correligionarios musulmanes y habían decidido que no lucharían contra ellos. No podía haber tenido ante mí en Afganistán un presagio más revelador del inminente derrumbe del imperio. Sin embargo, mi viaje por las extensiones nevadas fue tan largo, los peligros tan grandes, mi cansancio tan agotador que me limité a garabatear en mi cuaderno la observación de que los soldados se habían quitado «por alguna

razón» las insignias de las gorras<sup>[\*]</sup>.

Unos pocos kilómetros más adelante, vimos un soldado afgano de pie en el desierto, disparando con una subametralladora contra un enemigo al que seguramente no había visto. Cuando nuestro autobús se detuvo en una *chaihana* en la helada semipenumbra, un anciano del convoy incendiado que habíamos pasado nos dijo que, de los trescientos pasajeros sacados de los autobuses, cincuenta fueron detenidos por más de un centenar de rebeldes y a todos se les dijo —sin demasiados ambages— que «probablemente» serían ejecutados por ser del partido. Cada escena hablaba por sí misma, una fugaz muestra de violencia e impotencia por parte del gobierno que nuestros asustados pasajeros entendían a la perfección.

Era de noche cuando entramos en Kandahar, la antigua capital de Afganistán; nuestro autobús pasó junto al santuario que contenía el manto del profeta Mahoma, rodeó un conjunto de cañones decimonónicos que habían pertenecido al ejército del general Roberts en la segunda guerra afgana. Estaba sucio y cansado, y me registré en un sórdido hotel de la ciudad vieja, un lugar lleno de humo de cigarrillo, sudor y comida recalentada. La habitación era pequeña, las sábanas estaban llenas de manchas, la raída alfombra picada de quemaduras de cigarrillo. De todos modos, dos grandes puertas cubiertas de herrumbre daban a un minúsculo balcón desde donde veía la luna y las estrellas que refulgían en el cielo invernal.

Estaba tumbado en la cama cuando oí por primera vez el sonido. *Alahu akbar*. Dios es grande. Era un lamento fino y agudo. *Alahu akbar*. Dios es grande. Miré el reloj. No era una hora de oraciones. Eran las nueve. El toque de queda acababa de empezar. *Alahu akbar*. El cántico provenía ya del tejado vecino, a apenas 20 metros de mi habitación, más un canto tirolés que un llamamiento al Todopoderoso. Abrí la puerta del balcón. El grito era transportado por el aire. Una decena, un centenar de *Alahu akbars*, no coordinados, se superponían, se elevaban sobre un zócalo de palabras idénticas, agudas y de tenor, de soprano e infantiles, un ejército de voces gritaban desde los tejados de Kandahar. Aumentaron de volumen, un millar ya, diez mil, un coro que llenaba los cielos, que flotaba bajo la blanca luna y las estrellas, la música de las esferas.

Vi una familia, un marido y su esposa con un puñado de niños, todos ellos cantando, pero sus voces se perdían en la cadencia sonora que ya cubría la ciudad. Ese extraordinario fenómeno no era una simple protesta, un lamento por la pérdida de libertad. Cuando el Profeta entró en La Meca en el año 630 de la era cristiana, se acercó a la gran piedra negra, la Kaaba, la tocó con su bastón y gritó con fuerza la suprema invocación del islam. *Alahu akbar*. Sus diez mil seguidores corearon esas mismas palabras y fueron retomadas por los miembros de la tribu quraysí congregados en los balcones y tejados de La Meca. En ese momento aquellas mismas palabras sagradas eran entonadas por otras diez mil voces, esa vez desde los tejados y balcones de Kandahar. Un occidental —o un ruso— lo interpretaría como una manifestación semipolítica, un acontecimiento simbólico, pero en realidad, los coros

de Kandahar eran una irresistible reafirmación de fe religiosa, la repetición directa y deliberada de uno de los momentos más santos del islam. En el último año de su vida, el Profeta entró en el recién purificado santuario de La Meca y siete veces más cantó *Alahu akbar*. En Kandahar, las voces eran desesperadas pero todopoderosas, hipnotizantes, interminables, ensordecedoras, un pueblo de otro modo silencioso que reconocía su unidad en Dios. Se trataba de una fuerza incontenible, una reafirmación de fe religiosa que en última instancia no podría reprimir ningún sátrapa afgano ni ningún ejército del Kremlin.

Las terrenales protestas políticas de Kandahar tuvieron poco efecto. Los comerciantes habían cerrado el bazar durante más de dos semanas, pero una brigada de soldados afganos les había obligado a reabrirlos amenazándolos con destrozar los establecimientos de quienes no obedecieran sus órdenes. Era posible encontrar los soldados afganos fumando sin parar en sus camiones junto al santuario de Jerqa Sherif. Sin embargo, los cinco grupos rebeldes que operaban al sur de Kandahar se habían unido y los en otro tiempo obedientes ulemas habían dicho a la población musulmana de la ciudad que tenía que ser «consciente de los acontecimientos», una referencia discretísima pero de todos modos inédita a la invasión soviética.

Y en días anteriores una serie de carteles mal impresos habían hecho su aparición en las paredes del reabierto bazar. ESTÁIS DORMIDOS —reprendía uno de ellos—. ¿POR QUÉ NO DESPERTÁIS? Otro, dirigido a los soldados soviéticos, se limitaba a preguntar: HIJOS DE LENIN, ¿QUÉ HACÉIS AQUÍ? De todos modos, el cartel dirigido a los rusos estaba escrito en pastún —un idioma con el que no estarían familiarizados las tropas soviéticas— y cinco días antes los habitantes de Kandahar habían contemplado desde esos mismos balcones y tejados cómo atravesaba su ciudad una columna de tanques, vehículos oruga acorazados y camiones. El primer tanque había sido visto a las nueve de la noche y la cola del convoy salió de Kandahar a las cuatro de la madrugada. La mayor parte del convoy soviético hizo todo el camino hasta Spinboldak en la frontera paquistaní.

En Kandahar, los precios de los alimentos se había duplicado, la inflación había reducido los salarios. Los precios de la carne y el arroz se habían incrementado en un 80 por ciento en la ciudad, y los huevos en un 100 por ciento. Un tendero, una persona educada de unos cincuenta y tantos años que combinaba un jersey y una chaqueta europeas con los tradicionales zaragüelles y el turbante afganos, afirmó que el gobierno de Karmal no sobreviviría si era incapaz de controlar el precio de los alimentos. «Todos los días el gobierno dice que va a bajar el precio de la comida —dijo—. Todos los días se nos dice que las cosas están mejorando gracias a la cooperación de la Unión Soviética. Pero no es verdad». El hombre empezó a decir palabrotas. «¿Se da cuenta de que el gobierno ni siquiera puede controlar las carreteras? Que se jodan. Sólo tienen las ciudades».

Eso ya lo sabía. Y el viaje de vuelta a Kabul, 450 kilómetros por lagunas de nieve y desiertos infestados de peligrosos rebeldes, fue una prueba del terrible futuro que

Afganistán se vería forzado a padecer. Desde las ventanas de mi autobús vi, a ocho kilómetros de la carretera, todo un pueblo ardiendo, con llamas doradas que resaltaban contra las nieves de las montañas; mientras en la carretera había a veces insurgentes —algunos, me fijé, con *kufias* árabes— y otras camiones llenos de encogidos soldados afganos. Las tropas soviéticas subían ya por las carreteras secundarias, desplegaban su ejército por las llanuras, entraban imperiosamente en los pueblos más pequeños.

En un cruce, encontramos aparcada una patrulla soviética; desde sus vehículos blindados BMB, los soldados nos contemplaron con desinterés rutinario, considerando ya su misión como algo normal. Aquélla era ya su tierra, su herencia, peligrosa, cierto, pero parte de su vida, un deber que había que cumplir. Sin embargo, su misión era tan imposible como ilusoria. «Aunque nos maten a un millón —me diría después un bazarí afgano—, habrá otro millón dispuesto a morir. Nunca permitiremos a nadie que permanezca en nuestro país». Ambas afirmaciones fueron ciertas.

Apenas unos días después de salir de Kabul, los soldados y los agentes de los servicios de seguridad afganos reprimieron con brutalidad una manifestación multitudinaria en contra de la invasión soviética y abatieron a doscientos manifestantes, entre ellos a mujeres estudiantes, en las calles de la capital. Mucho más de un millón de afganos morirían en la guerra contra los soviéticos a lo largo de los siguientes nueve años, al menos cuatro millones serían heridos y seis millones saldrían del país convertidos en refugiados, incluso antes de que la guerra afgana entrara en la nueva tragedia del conflicto civil entre muyahidines, el dominio talibán y el posterior bombardeo estadounidense. Lo que significaba ese sufrimiento sólo lo descubriríamos más tarde. Los asesinos más eficaces eran los ejércitos de minas terrestres sembrados por los soviéticos en las montañas y los campos de Afganistán. La guerra les costaría, según se ha estimado, unos 35 000 millones de dólares —sólo en un año se perderían aviones por valor de 2500 millones de dólares—, y los estadounidenses afirmaron haber gastado 10 000 millones de dólares en el conflicto<sup>[\*]</sup>. Arabia Saudí, de acuerdo con su propia confesión en 1986, gastó 525 millones de dólares en los partidos de la oposición afgana y sus partidarios árabes sólo en dos años<sup>[\*]</sup>. Fuentes paquistaníes dirían más tarde que entre tres y cuatro mil árabes se encontraban en acción en Afganistán en cualquier momento durante la guerra y que hasta 25 000 árabes participaron en los combates<sup>[\*]</sup>. Sin embargo, al final, después de que el oso ruso se quemara las garras y la Unión Soviética se encaminara hacia su perdición, los estadounidenses y sus proveedores árabes y paquistaníes abandonaron el país a su suerte y no se preocuparon de los miles de árabes que habían combatido en él. Ningún príncipe saudí arriesgó la vida por los afganos, ni ningún dirigente árabe se atrevió a ir a la guerra por sus correligionarios de ese país, ni Yasir Arafat, que conocía el significado del desposeimiento, criticó nunca al ejército de ocupación que iba a asolar las tierras musulmanas comprendidas

entre el Amu Daría y la línea Durand. Sólo Bin Laden y sus hombres representaron a los árabes.

Salí de Kabul en un pequeño avión de hélice paquistaní que no dejó de sacudirse en las turbulencias del Hindú Kush y me dejó en el horno del aeropuerto de Peshawar, de donde había despegado veinte años atrás Francis Gary Powers en su fatídico avión U-2 para espiar a la Unión Soviética. Me encontraba exaltado, abrumado por haber contemplado la historia y sobrevivido, presa de una inmadurez de colegial. El *Enviado especial* de Hitchcock no tenía nada de eso<sup>[5]</sup>. En el hotel, un mensaje de Ivan Barnes, mi redactor jefe de Internacional, me informó que había ganado un premio por mis artículos sobre la revolución iraní. «Riégalo a lo grande esta noche a mi cuenta», me decía en el télex. El director anunció una bonificación de 1000 dólares. Me llegaría también una carta del viejo soldado que era mi padre: «Buen trabajo, *felah*». No pude dormir.

A la mañana siguiente, cedí a mi inocencia tomando el viejo tren de vapor británico que subía al paso de Jyber, para contemplar por última vez Afganistán antes de volver a Beirut. El maquinista Mohamed Selim Jan, un patán enérgico y bigotudo con un *topi* en la cabeza y dieciocho años de experiencia en los ferrocarriles estatales paquistaníes, pasó su trapo manchado de aceite por la caldera de su máquina de vapor sexagenaria, toqueteó de modo experto el lubricador —una potente Wakefield realizada en Londres EC4— y sacó la locomotora número 2511 de la calurosa y humeante estación de Peshawar. A cualquier colegial le habría gustado la locomotora de vapor número 2511 de la clase SGS. Tenía seis ruedas motrices, una chimenea con una tapa como una tetera, una herrumbrosa caldera en constante reparación, un escuadrón de juntas que perdían vapor y una plataforma de maquinista que olía a aceite, humo y té recién hecho. Hacía un ruido atronador y me aferré como un niño a los accesorios de la plataforma del señor Jan.

El Ministerio de Defensa de Islamabad pagaba el mantenimiento de los 60 kilómetros de vía férrea —podrían necesitarla un día, para llevar su ejército hasta Landi Kotal si los convoyes soviéticos traspasaban la frontera—; esa subvención nos permitió ascender por el gradiente de 1 en 3, el más pronunciado del mundo, con el humo negro que nos encajonaba en los más de treinta túneles que jalonan el camino y el fino y agudo silbido que expulsaba de la vía a búfalos, cabras, ovejas, niños y ancianos. A mil metros, la número 2511 tomó con tanta brusquedad una curva en una cresta muy escarpada sobre un serpenteante río, que el señor Jan y yo nos agarramos a las puertas de hierro de la cabina para no caernos. Y así llegamos a Landi Kotal desde Jamrud Fort, con nuestra locomotora despidiendo vapor en la cortante brisa de las alturas.

Cuando bajé de un salto de la plataforma del maquinista y avancé por la crujiente gravilla del suelo, vi las pálidas montañas azules de Afganistán reluciendo al norte y al oeste, bañadas por el sol, frías, furiosas, familiares y peligrosas. Las contemplé con apego, como ocurre siempre con la oscura tierra de la que sale uno con vida. Ahí

arriba, con Gavin y su equipo, había llegado al techo del mundo. Nunca habría imaginado lo que habíamos engendrado en Afganistán, ni lo que aguardaba a ese mismo mundo al cabo de veinte años. Ni el dolor que habría de depararme.

## CAPÍTULO 4

### LOS TEJEDORES DE ALFOMBRAS

... los que por propósitos desesperados  
Habían extirpado la piedad de cuajo, se alegraron  
De este nuevo adversario. Los tiranos, fuertes antes  
En pérfidas proclamas, eran fuertes cual diablos ahora;  
Y así, con enemigos acosándolo por todos lados,  
El país enloqueció; los crímenes de unos pocos  
Se volvieron el delirio de millares; torbellinos del infierno  
Llegaban santificados como aire de los Cielos.

WILLIAM WORDSWORTH,  
*El Preludio*, 1805, Libro décimo

Christopher Montague Woodhouse se preguntaba si habría ayudado a crear la revolución islámica de Irán. Ya era mayor pero todavía podía percibir la energía que desprendía, un hombre de setenta y nueve años, alto, circunspecto, valiente e implacable. Esa mañana de 1997 nevaba en Oxford, pero había salido hasta la puerta de su residencia para recibirme; su apretón de manos, un torno. Se sentó derecho como un palo en su biblioteca, en posesión de una mente joven, y respondió a mis preguntas con la precisión de un helenista, construyendo cada frase con meticulosidad. Había sido el agente secreto británico de mayor rango de la Operación Bota, el derrocamiento en 1953 del único primer ministro democrático de Irán, Mohamed Mossadeg. Fue Monty Woodhouse, junto con sus colegas de la CIA, quien ayudó a regresar al sha de Irán de su exilio, lo que desencadenó un cuarto de siglo en el que el sha de shas, la Luz de los Arios, gobernaría Irán de un modo obediente —y represivo, despiadado, corrupto, con imperioso aislamiento— en nuestro nombre. Woodhouse servía para recordar que el Complot —la conspiración internacional, *moamara* en árabe— no era siempre producto de la imaginación de Oriente Próximo. Woodhouse se encontraba en los últimos años de su vida; en ella había sido guerrillero en Grecia y diputado *tory*, así como un lingüista y helenista muy respetado. Casi todos los que habían contribuido a destruir la democracia iraní estaban ya muertos: Kermit Roosevelt, el veterano hombre de la CIA en Teherán, su jefe Allen Dulles, Robin Zaehner del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, los dos misteriosos hermanos Rashidian que organizaron el golpe, el propio Mossadeg y el último sha de Irán. Monty era el único superviviente.



Irán.

Nos habíamos conocido nueve años atrás, cuando *The Times* me envió a investigar la historia secreta en tiempos de guerra del antiguo secretario general de la ONU y exteniente de la *Wehrmacht* Kurt Waldheim en Bosnia<sup>[1]</sup>. Woodhouse, junto con el genial erudito británico Gerald Fleming, había perseguido sin tregua al antiguo oficial de inteligencia austríaco del ejército alemán por motivos personales así como morales; la inicial de Waldheim «W» aparecía bajo el resumen del interrogatorio de

uno de los oficiales ejecutivos de operaciones especiales de Woodhouse, que fue capturado en Yugoslavia y ejecutado posteriormente por la Gestapo. Woodhouse era un hombre que primero vivió entre las sombras —en los Balcanes del período de guerra y en Teherán— y luego como diputado, y yo quería saber, antes de que se muriera, por qué Gran Bretaña y los Estados Unidos, «Occidente» —por qué nosotros—, habían decidido destruir la única democracia secular de Irán.

Woodhouse me lanzó una de sus miradas penetrantes e inquebrantables. «En ocasiones me han dicho que fui el responsable de abrirle las puertas al ayatolá, a Jomeini y a los demás —dijo—. Pero resulta bastante sorprendente que pasara un cuarto de siglo entre la Operación Bota y la caída del sha. Al final fue Jomeini quien salió ganando, pero no hasta años más tarde. Supongo que ese intervalo de tiempo podría haberse aprovechado mejor». Me quedé estupefacto. El golpe contra Mossadeg, el regreso del sha, fue, para Woodhouse, una operación dilatoria, un aplazamiento de la historia. También había el pequeño asunto de la AIOC, la Anglo-Iranian Oil Company —más tarde British Petroleum—, que Mossadeg acababa de nacionalizar. Por el modo en que hablaba y la forma inquieta en que movía las manos, saltaba a la vista que había sido uno de los momentos más emocionantes de la vida de Woodhouse. El regreso del joven Mohamed Reza sha Pahlavi era el objetivo final. Costó unos cuantos millones de libras, un avión cargado de armas y tal vez cinco mil vidas. Y veinticinco años más tarde, todo se convirtió en polvo.

Los estadounidenses llamaron a su conspiración Operación Áyax, que como mínimo debió de resultar atractiva para el erudito que había en Woodhouse, a pesar de que sus orígenes clásicos no presagiaban ningún éxito; Áyax sólo era superado en valentía por Aquiles, pero se suicidó en un ataque de locura, un destino que a los estadounidenses les hubiera gustado que corriera Mossadeg. En cualquier caso, fue muy distinta de las campañas posteriores y más ambiciosas de «cambio de régimen» en Oriente Próximo, y unos cuantos neoconservadores del Pentágono del 2003 podrían haber desempolvado los archivos de principios de los cincuenta para ver cómo se derroca a un gobernante de Oriente Próximo antes de embarcarse en la Operación Libertad Iraquí. Sin embargo, la Operación Bota/Áyax —a pesar de que, sin lugar a dudas, el móvil era el petróleo— nunca tuvo la intención de cambiar el mapa de Oriente Próximo, y mucho menos de traer la «democracia» a Irán. La «democracia», bajo el mandato del popular y algo amanerado Mossadeg, era lo que Washington y Londres no tenían interés en promover. Tenía que ser un cambio de régimen que saliera barato.

El proyecto no suscitó el interés del presidente Truman, pero cuando Eisenhower llegó a la Casa Blanca en 1953, los Estados Unidos ya temían que Mossadeg entregara el país a los soviéticos. Por parte de la CIA, la operación fue dirigida por un hombre de nombre magnífico, Kermit Roosevelt —nieto del expresidente pirata Theodore— y su víctima fue justo la antítesis de Sadam Husein. «Ninguna nación va a ninguna parte bajo la sombra de la dictadura», dijo una vez Mossadeg, unas

palabras que podrían haber salido de los que se encargan de escribirle los discursos a George W. Bush medio siglo más tarde. Pero había una cosa que Mossadeg sí tenía en común con el antiguo dictador de Iraq: era la víctima de una larga campaña de insultos personales lanzados por sus opositores internacionales. Se habló de su cara «amarilla», de cómo le goteaba siempre la nariz; el escritor francés Gérard de Villiers describió a Mossadeg como «un alborotador diminuto» con la «agilidad de una cabra». Tras su muerte, *The New York Times* publicó que «celebraba consejos de ministros mientras estaba recostado en la cama con tres cojines y se alimentaba gracias a las transfusiones de plasma sanguíneo estadounidense». Es cierto, Mossadeg, un aristócrata de educación europea, tenía la costumbre de vestirse con un pijama rosa y de romper a llorar en el Parlamento. Sin embargo, parece que fue un demócrata de verdad —había sido un diplomático y un parlamentario de renombre— cuya condena de la tiranía del sha y su negativa a permitir un aumento de las concesiones petrolíferas le dieron a su coalición del Frente Nacional un inmenso apoyo popular. Cuando Woodhouse llegó a Teherán —oficialmente era el «agregado de información» de la embajada británica—, Irán ya estaba al borde de la catástrofe. Habían fracasado las negociaciones con la AIOC, cuyos dirigentes, según admitió Woodhouse, eran «aburridos, tercos y unos pesados». Asimismo, también según Woodhouse, el embajador británico era «un soltero abatido, dominado por su hermana viuda» y su homólogo, un magnate de los negocios estadounidense al que habían recompensado por sus donativos al partido demócrata<sup>[2]</sup>.

«Una de las primeras cosas que tuve que hacer fue enviar un cargamento de armas por avión a Irán», dijo Woodhouse. Tomó un avión en la base aérea iraquí de Habbaniya —décadas más tarde se convertiría en una de las bases de cazabombarderos de Sadam Husein, y aún más tarde en el cuartel del ejército de ocupación estadounidense—, luego compró varios millones de riales iraníes y se los entregó en un lugar secreto a los hermanos Rashidian, que debían ser los organizadores de la muchedumbre que llevaría a cabo el golpe de Estado. Las armas también serían suyas, a menos que la Unión Soviética invadiera Irán, en cuyo caso debían usarlas para combatir contra los soviéticos.

«Aterrizamos en Teherán después de perdernos en los montes Zagros. La mayoría de armas eran fusiles y metralletas Sten. Nos dirigimos hacia el norte en camión y evitamos los controles ya que tomamos carreteras secundarias. El hecho de que nos pararan era una de esas cosas en las que uno no piensa nunca. Enterramos las armas; creo que mis subordinados cavaron los agujeros. Y por lo que sé esas armas siguen escondidas en algún lugar del norte de Irán. Todo nuestro plan se basaba en la asunción de que iba a estallar la guerra con la Unión Soviética. Pero permítame que me explique. Cuando me enviaron a Teherán, no fue con la intención de crear interferencias políticas. De hecho, el encargado de las interferencias políticas de la embajada británica de Teherán era un personaje muy distinto, Robin Zaehner. Era una compañía muy buena, un hombre muy inteligente pero muy raro. Su misión era

librarse de Mossadeg. No pasó a ser la mía hasta que Zaehner perdió las esperanzas y abandonó Teherán».

De hecho, Zaehner, que más tarde pasó a ser profesor de Religiones Orientales en Oxford, había estado involucrado en el desastroso intento británico de organizar una revolución en la Albania comunista desde su base en Malta, posteriormente fue acusado por agentes estadounidenses de boicotear la operación —Woodhouse nunca se creyó esto— y ahora era el principal enlace con el sha. Fue Zaehner quien cultivó la amistad de los hermanos Rashidian, que habían trabajado contra la influencia alemana en Irán durante la Segunda Guerra Mundial. Irán estaba a punto de expulsar al personal de la embajada británica de Teherán, por lo que Woodhouse estableció contacto con el jefe de la delegación de la CIA de la ciudad, Roger Goiran, «un colega del todo admirable... venía de una familia francesa, era bilingüe, muy inteligente y simpático y tenía una mujer encantadora... un aliado inestimable para mí cuando Mossadeg quiso expulsarnos». De vuelta en Londres Woodhouse le transmitió sus planes a Washington: los Rashidian, junto con una organización de oficiales de policía y del ejército desencantados, diputados parlamentarios, mulás, editores y las turbas del bazar, todos financiados con el dinero de Woodhouse, se harían con el control de Teherán mientras los jefes tribales tomarían las grandes ciudades, con las armas que Woodhouse había enterrado.

Mossadeg rechazó las últimas propuestas para alcanzar un acuerdo con la AIOC, amenazó al sha, que ya había abandonado Irán, y, a partir de ese momento, su destino quedó escrito. Roosevelt viajó en secreto a Teherán, mientras Woodhouse se reunía con la hermana del sha, Ashraf, en Suiza, en un intento de convencer a su hermano de que se mantuviera en el trono. El propio sha recibió a un emisario secreto que tenía las mismas intenciones, un tal general H. Norman Schwarzkopf, padre de Norman Schwarzkopf, que dirigió las fuerzas estadounidenses en la guerra del Golfo de 1991 contra Iraq. El sha estaba de acuerdo con los deseos de las superpotencias aliadas. Promulgó un firmán en el que destituía a Mossadeg de su cargo de primer ministro, y cuando éste se negó a obedecer y detuvo al coronel Nematolah Nassiri —que había llevado la orden del sha— las turbas compradas por Roosevelt y Woodhouse salieron, como era de esperar, a las calles de Teherán.

Woodhouse no mostró nunca arrepentimiento. «Todo fue culpa de Mossadeg. El firmán del sha lo obligaba a irse. Sin embargo, llamó a sus matones y provocó aquel baño de sangre. No lo hicieron los nuestros, que se comportaron según lo acordado. ¿Y qué si no hicimos nada? ¿Cuáles habrían sido las relaciones entre Mossadeg y los mulás? La situación no habría hecho más que empeorar. No se habría podido restablecer la AIOC. Y el sha habría sido derrocado de inmediato, en lugar de veinticinco años más tarde<sup>[3]</sup>».

Woodhouse, que ya se había jubilado y aún lloraba a su mujer Davina que había muerto dos años antes, mantenía la mente despierta traduciendo al inglés un libro de historia de la Grecia moderna escrito por su viejo amigo y erudito Panayotis

Kanellopoulos<sup>[4]</sup>. Era fácil verlo, un anciano dulce que acababa de convertirse en el quinto barón Terrington, como una figura romántica de la historia. Al fin y al cabo se trataba de un hombre que conoció a Churchill, a Anthony Eden y a los jefes de la CIA de Washington. Sin embargo, los agentes británicos que fraguan golpes de Estado pueden ser personas tenaces e implacables. En un momento de la conversación Woodhouse habló sobre sus sentimientos. «No quiero ser jactancioso —dijo—, pero nunca tuve miedo, ni en Atenas durante la ocupación alemana, ni en Teherán durante esta operación. Nunca tuve miedo de lanzarme en paracaídas, aunque fuera en el lugar erróneo. Me doy cuenta de que debería haberlo tenido. Y cuando echo la vista atrás, me estremezco. Siempre me fascinó el peligro y los descubrimientos que se logran en las situaciones de peligro».

Tuve la sensación de que esta afirmación escondía un lado oscuro. En su autobiografía, Woodhouse describió cómo durante la Segunda Guerra Mundial, en su época de servicio en Grecia, capturaron a un gitano que llevaba un pase italiano y que trabajaba para las potencias del Eje. Woodhouse formó un consejo de guerra junto con dos jefes de las guerrillas griegas, Napoleon Zervas y Aris Veloukhiotis. «El resultado fue inevitable —escribió—. No podíamos permitirnos que los soldados tuvieran que vigilar a un acusado; no podíamos arriesgarnos a que se escapara. Fue colgado en la plaza del pueblo<sup>[\*]</sup>».

¿Acaso Woodhouse pensaba aún en su juventud? Al final de nuestra conversación, le formulé esta pregunta con tacto mientras el vendaval que soplaba fuera hacía que la nieve batiera contra las ventanas de su biblioteca. Hubo un largo silencio y Woodhouse negó con la cabeza lentamente. «Fue horrible... Me sentí muy mal. Todavía recuerdo la escena de vez en cuando. Era un joven desgraciado. No dijo nada de lo alterado que estaba. Parecía medio tonto. Estuve presente en el ahorcamiento. Lo colgaron de un árbol. Se limitaron a quitarle una silla debajo de los pies. No creo que tardara demasiado en morir, pero no sé exactamente cuánto. Tan sólo éramos unos cien hombres, más o menos; fue durante los primeros días de la ocupación. Si lo hubiéramos dejado marchar, se lo habría dicho a los italianos... Nos había seguido de pueblo en pueblo. Después de eso, le dije a Zervas que no hiciera prisioneros».

Sospecho que Woodhouse presenció el golpe de Estado iraní con la misma frialdad de corazón. Tenía tan poco tiempo para el ayatolá Abul Qasim Kashani como para Mossadeg. Kashani fue el precursor de Jomeini, un teólogo —aunque algo más moderado de lo habitual— cuya oposición a los británicos le granjeó las credenciales de nacionalista sin convertirlo en un aliado automático de Mossadeg. Woodhouse no se quedó impresionado. Kashani, dijo, era «un hombre al que nadie se tomó en serio de verdad, pasó a ser miembro del Majlis [parlamento], lo cual era algo raro tratándose de un ayatolá. No tenía ninguna base de poder... A Kashani le gustaba ir por libre. Nadie lo concebía como jefe de ningún movimiento de masas. Era un incordio, un alborotador». Otros pensaban de modo distinto. Se ha dicho que Kashani

defendía la «democracia del islam»; era un hombre «que no le tenía miedo a nada, sin escrúpulos, sin ningún interés personal... Combina estas cualidades con la humildad, la accesibilidad, la amabilidad y el humor, unos profundos conocimientos y una elocuencia popular<sup>[\*][5]</sup>». En noviembre de 1951 Kashani afirmó que «no queremos que ningún gobierno exterior interfiera en nuestros asuntos internos... los Estados Unidos deberían dejar de imitar la política británica ya que de lo contrario sólo obtendrán odio y la pérdida de prestigio en el mundo en general y en Irán en particular». Una advertencia parecida recibió Gran Bretaña cincuenta y dos años más tarde en Oriente Próximo, cuando el gobierno de Tony Blair imitó la política estadounidense con respecto a Iraq.

Woodhouse tenía razón en un sentido: después del derrocamiento de Mossadeg y del posterior juicio —fue condenado a tres años de cárcel y murió cuando cumplía arresto domiciliario diez años más tarde— Kashani cayó en el olvido. Más tarde Woodhouse contó que el ayatolá le envió un telegrama de felicitación al sha tras su regreso a Irán, pero el gobierno de Mossadeg y el golpe de Estado que puso fin a la independencia del país en 1953 supondrían una lección amarga para los revolucionarios de 1979. En caso de que el sha fuera destronado no podía haber ningún coqueteo con los derechos constitucionales, nada de medias tintas, no podía quedar ningún contrarrevolucionario que restaurara el poder occidental en Irán. Una futura revolución conllevaría más de cinco mil muertos; debía ser final, absoluta e implacable. Los espías y el antiguo régimen debían ser liquidados de golpe.

También había lecciones para los estadounidenses, los británicos y el sha, en caso de que hubieran decidido prestar atención. A partir de entonces el sha siempre sería visto como un instrumento de los Estados Unidos y Gran Bretaña. La caída de Mossadeg, tal y como ha escrito James A. Bill, «supuso el inicio de una nueva era de intervencionismo y hostilidad creciente hacia los Estados Unidos entre las fuerzas del nacionalismo iraní que acababan de despertar<sup>[\*]</sup>». Woodhouse quedó muy abatido por la posterior revolución de Jomeini. «Tuve la sensación de que el trabajo que habíamos hecho se iba al garete, que se había instaurado una especie de autocomplacencia tras el restablecimiento del sha —dijo—. Se dieron por sentadas demasiadas cosas». Después de que le dieran la patada a Mossadeg, Allen Dulles alabó a Woodhouse por su visita a Washington y por lograr convencer a la Administración Eisenhower de que apoyara el golpe: «¡La última vez que estuviste aquí armaste una buena!»<sup>[\*]</sup>. le dijo al hombre del MI6.

Sin embargo, hoy en día los gobiernos ya no se andan con chiquitas. Ahora en los «cambios de régimen» hay involucrados proyectos más ambiciosos, ejércitos inmensos y egos más gran-des. Tal vez por eso pueden fracasar de un modo tan rápido y sangriento. El golpe contra Mossadeg fue la primera operación de este tipo llevada a cabo por los estadounidenses en la Guerra Fría, y la última de los británicos. Como mínimo nunca afirmamos que Mossadeg tenía armas de destrucción masiva. Pero las últimas palabras deben ser las del hombre de la CIA, Kermit Roosevelt. «Si

alguna vez volvemos a intentar algo así —escribió con gran presciencia—, tenemos que estar seguros del todo de que la gente y el ejército quieren lo que queremos nosotros».

Esta «especie de complacencia» que definió Woodhouse afectaba a los servicios de seguridad que creó el sha tras su regreso. La Savak —Sazemane Attalat Va Amniyate Keshvar, la Organización Nacional de Información y Seguridad— se convirtió en la institución más famosa y sanguinaria de Oriente Próximo y sus salas de tortura se encontraban entre las más horribles. En el cuartel general de la Savak había una misión estadounidense permanente y secreta. Los métodos de interrogatorio incluían —además de los habituales cables eléctricos aplicados en los genitales, los golpes en las plantas de los pies y extirpación de uñas— la violación y el asado, una forma de sufrimiento que se explica por sí sola y en que la víctima era atada a una cama de cables, que luego se electrificaban para convertirse en una tostadora al rojo vivo<sup>[6]</sup>. Mohamed Heikal, el mejor de los periodistas egipcios, otrora director de *Al Ahram* y antiguo confidente de Nasser, ha descrito cómo la Savak filmó la tortura de una joven mujer iraní, cómo la ataron desnuda y cómo le quemaron los pezones con cigarrillos. Según Heikal, la película fue distribuida posteriormente por la CIA a otras agencias de inteligencia que trabajaban para regímenes apoyados por los estadounidenses de todo el mundo, incluidos los de Taiwán, Indonesia y las Filipinas. El coronel Nematollah Nassiri, el hombre que había entregado a Mossadeg la orden de expulsión del sha, controló la Savak durante casi los últimos quince años del reinado del monarca y contrató a casi 60 000 agentes. Se cree que en cierto momento un tercio de la población masculina de Irán estaba relacionada de un modo u otro con la Savak, ya fuera directamente, contratada de modo ocasional o bien como informadores chantajeados. Entre los colaboradores había diplomáticos, funcionarios, mulás, actores, escritores, ejecutivos petrolíferos, trabajadores, campesinos, pobres y parados, una sociedad entera corrompida por el poder y el miedo.

Para Occidente el sha se convirtió en nuestro gendarme, el «autócrata» sabio —nunca, por supuesto, un dictador— que crea un bastión contra el expansionismo soviético en el sudoeste asiático, el guardián de nuestros suministros de petróleo, un aspirante a demócrata —más aspirante que demócrata— y un reformador entregado a conducir a su pueblo a un futuro económico brillante. Durante el siguiente cuarto de siglo, la industria petrolífera internacional exportó veinticuatro mil millones de barriles de petróleo de Irán; y el «gendarme del Golfo» se convirtió en un personaje más importante que nunca ahora que los británicos se retiraban del «este de Suez». Pero el gobierno del sha nunca fue tan estable como sus partidarios hicieron creer al mundo. Hubo muchos disturbios contra el régimen a lo largo de la década de 1960 y cuatrocientos atentados con bomba entre 1971 y 1975. A principios de 1963, el ayatolá Jomeini condenó en repetidas ocasiones el gobierno del sha. El 3 de junio, el día que marca el martirio en Kerbala del imam Husein, el nieto del Profeta denunció

en público la corrupción del sha, por lo que fue rápidamente detenido y llevado a Teherán. Un estallido de furia popular confirmó a Jomeini como jefe de la oposición nacional. Dieciséis meses más tarde, el 4 de noviembre de 1964, pronunció un discurso en el que condenó una nueva ley que daba inmunidad a las fuerzas estadounidenses frente a cualquier acción judicial emprendida por crímenes cometidos dentro de Irán. A partir de ese momento, un estadounidense que matara a un iraní podía salir del país; un iraní que matara a un iraní podía ser ahorcado<sup>[7]</sup>. Al día siguiente, Jomeini fue desterrado a Turquía.

La Revolución Blanca del sha perdió el apoyo de la clase media ya que llevó a cabo una reforma agraria y también el del clero al incrementar la naturaleza laica del régimen, en especial al dar poder electoral a las mujeres. En 1977, menos de dos años antes de la revolución islámica, el sha predecía que al cabo de diez años Irán estaría tan desarrollado como Europa occidental y que poco después sería uno de los cinco países más poderosos del mundo. El gobierno del presidente Jimmy Carter, que cargaba con el deseo liberal de extender los derechos humanos por todo el mundo pero que aún se mostraba deseoso de mantener el poder del sha, siguió con la política estadounidense de apoyar las reformas que estaban causando tanto malestar entre los iraníes. Los gobernantes israelíes realizaban visitas frecuentes a Irán: David Ben Gurion, Moshe Dayan, Golda Meir, Abba Eban, Isaac Rabin y Yigal Allon visitaron Teherán, a menudo en secreto. Los oficiales militares iraníes viajaron a Tel Aviv para mantener conversaciones con otros oficiales de alta graduación del ejército israelí. Había vuelos regulares de la compañía aérea israelí El Al entre Tel Aviv y Teherán.

Como todos los monarcas absolutos, el sha se reinventó a sí mismo de forma constante. En 1971, invitó a los gobernantes más importantes de todo el mundo a celebrar el trigésimo aniversario de su gobierno y celebró una fiestaza de cumpleaños por todo lo alto en la antigua ciudad de Persépolis, la capital del imperio persa bajo Darío I. La ciudad iba a convertirse en «el centro de gravedad del planeta» y todo el mundo y casi todas las cosas —desde Imelda Marcos hasta el vicepresidente estadounidense Spiro Agnew, desde el rey Husein de Jordania hasta los espléndidos vinos y muebles de la inmensa carpa que había junto a las ruinas— fueron importadas del extranjero. El sha debía ser adorado como heredero espiritual del imperio de Ciro II el Grande, cuyo reinado abarcó una masa de tierra que se extendió hasta el Mediterráneo, que luego alcanzó hasta Egipto y por el este hasta el río Indo. Alejandro Magno había conquistado Persépolis el 330 a. C. y, según cuenta la leyenda, ordenó su destrucción a petición de una cortesana. Para el «cumpleaños» del sha, las tropas iraníes se vistieron como medos y persas, safawíes y qajares y partos. Lo único que faltaba era una referencia al profeta Mahoma y a las invasiones musulmanas que llevaron el islam a Persia. Pero ése era el quid de la cuestión. El sha no se presentaba como un musulmán, sino como el heredero regio de la Persia preislámica. Como era de esperar, Jomeini condenó los festejos por considerarlos obscenos.

Este acto de autopropaganda no sirvió de nada cuando llegó el final. De hecho, al ayatolá no le costó mucho convertir los desechos del banquete en un símbolo de vacuidad. Cuando el sha, exiliado desde ya hacía mucho tiempo, se operó en Nueva York, viajé desde Teherán hasta Persépolis y encontré su gran carpa, que aún se hallaba junto a las ruinas de la ciudad. Incluso me agaché junto a su bañera de oro macizo y abrí los grifos también de oro macizo. No salió agua.

El sha tampoco tenía la sangre de Ciro en sus venas. No tenía un linaje tan ilustre —la dinastía Pahlavi fue fundada en 1925— aunque había un vínculo de sangre muy firme que unía a los varios sha de la historia iraní. El escritor polaco Ryszard Kapuscinski ha sido quien ha transmitido con mayor elocuencia los horrores del monarca del siglo XVIII Aga Mohamed Jan, que ordenó que la población de la ciudad de Kerman<sup>[\*]</sup> fuera asesinada o cegada porque habían acogido al anterior sha. De modo que la guardia pretoriana del rey «puso en fila a los habitantes, decapitó a los adultos, les arrancó los ojos a los niños... Más tarde, procesiones de niños ciegos abandonaron la ciudad...».

Al final los estadounidenses convencieron al sha de que permitiera la entrada de la Cruz Roja Internacional en las prisiones de Irán en 1977; les permitieron ver a más de tres mil «detenidos de seguridad» —prisioneros políticos— en dieciocho cárceles distintas. Los funcionarios de la Cruz Roja hicieron constar que a los internos les habían dado palizas, los habían quemado con cigarrillos y productos químicos, los habían torturado con electrodos, los habían violado, sodomizado con botellas y huevos duros. Los interrogadores les introdujeron cables eléctricos en el útero a las prisioneras. El informe de la Cruz Roja<sup>[\*]</sup> daba el nombre de 124 prisioneros que habían muerto torturados. Un año más tarde, el sha declaró a *The Sunday Times* que, con respecto a los derechos humanos, «no tenían que aprender ninguna lección de nadie<sup>[\*]</sup>».

Cuando la revolución islámica acabó inundando Irán, a menudo nos preguntamos acerca de la capacidad iraní para la crueldad y la sensibilidad, para estallar en repentinos ataques de furia y para realizar unos inmensos esfuerzos intelectuales, largos y agotadores. En un país de violenta historia, sus plazas públicas estaban llenas de estatuas de poetas —Firdusi, Hafiz, Saadi— en lugar de conquistadores, aunque, como cabía esperar, el sha y su padre ocupaban algunos pedestales importantes. Hubo un político árabe que una vez comparó la tenacidad iraní ante la adversidad con la gran habilidad de sus tejedores de alfombras. «Piense que para tejer una alfombra, en la que trabaja muchísima gente, se puede tardar unos diez años. Un pueblo que invierte tantos años para hacer una sola alfombra esperará muchos años más para lograr una victoria en la guerra. No se puede tomar a la ligera la paciencia y la perseverancia de los iraníes...»

Y así fue. Jomeini se trasladó de Turquía a la ciudad santa chií de Nayaf, en el Iraq de Sadam Husein, donde fue muy franco en su apoyo a los palestinos. Sus sermones circulaban por Irán en cintas clandestinas. Sadam Husein había logrado un

acuerdo con el sha que establecía los límites de su frontera a lo largo del centro del río Shatt al Arab y que también sofocaba la insurrección kurda en el norte de Iraq, una traición de la que fueron cómplices tanto el secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger como el sha. Cuando el sha fue incapaz de contener la circulación de los casetes de los sermones, Sadam fue obligado a deportar a Jomeini. Esa vez se estableció en Neauphle-le-Château, en las afueras de París, donde tuvo asegurada la admiración constante y casi servil de la prensa internacional, una institución por la que posteriormente mostró su desdén.

Cuando el terremoto político acabó sacudiendo a Irán, *The Times* se enfrentaba a un largo cierre industrial. El destino de los periodistas es estar en el lugar adecuado en el momento adecuado y, más a menudo, en el lugar equivocado en el momento equivocado. Pero estar en el lugar adecuado sin un periódico para el que escribir fue todo un infierno periodístico. Cuando debería haber estado informado del martirio de decenas de miles de iraníes a manos de los guardias inmortales (*javidan*) del sha, yo estaba presentando mi dimisión de la Unión Nacional de Periodistas que, debido a todo tipo de respetables motivos socialistas, estaba enfrentado al propietario filantrópico del periódico lord Thomson en su conflicto con sus impresores sobre la nueva tecnología; al final el sindicato forzó la venta de *The Times* a Rupert Murdoch. Pero la Canadian Broadcasting Corporation acudió en mi rescate y me pidió que cubriera la revolución iraní para un documental de media hora para la radio. Metí la gran grabadora que la CBC daba a sus periodistas en aquellos días —era mucho antes de la digitalización—, una bolsa de casetes y una libreta en caso de que pudiera encontrar un periódico para mis crónicas.

La caída del sha fue épica. Tuvo algo de obra moralista medieval, incluso de tragedia griega. Podría haberse considerado como griega si el sha hubiera sido un gran hombre de verdad, que cayó en desgracia debido a un solo error. Pero no fue un gran hombre y cometió varios pecados. El orgullo desmedido fue tal vez su mayor crimen, aunque los iraníes veían las cosas de un modo algo distinto. Sin embargo, intuyeron este elemento mítico de su revolución incluso antes de que el rey de reyes pilotara su Boeing privado para despegar del aeropuerto de Mehrabad por última vez, el 16 de enero de 1979.

Uno de los carteles revolucionarios más impresionantes representaba al sha vestido con todos sus ropajes de ceremonia, con la corona sobre la calva, dirigiéndose hacia la hoguera eterna mientras el ayatolá vengador volaba sobre él con alas de oro. Si alguna vez hubo un potentado de Oriente Próximo que fuera retratado tantas veces como el Diablo, seguro que en el arte islámico jamás hubo un ser humano vivo, Jomeini, que se asemejara tanto a Dios. Mientras recorría pesadamente las calles cubiertas de nieve de Teherán, me paró un escolar frente a las puertas de la Universidad de Teherán que quería, por unos cuantos riales, venderme una muestra extraordinaria de arte gráfico posrevolucionario. Era una máscara de cartón del sha, con las mejillas caídas y aspecto enfermizo, y con la corona que se mantenía en su

sitio gracias a dos enormes cuernos negros. Si alguien le quitaba los ojos de cartón y se la ponía en la cara, podía ver a través de la misma imagen del Diablo los chadores negros y las caras serias de los jóvenes del centro de Teherán. El efecto era extraño; siempre que alguien compraba una máscara —cuando yo me la ponía en la calle— los jóvenes gritaban «*Marg ba sha*», muerte al sha, con especial intensidad. Era como si el cartón asumiera la sustancia del hombre; el Diablo se hacía carne.

Jomeini ya había regresado de París, y al principio su revolución islámica sedujo al sector más liberal de nuestros hermanos periodistas. Edward Mortimer, un periodista del *Times* que también estaba sin trabajo —editorialista del periódico y compañero en *All Souls*, también fue un amigo íntimo— reflejó este falso romanticismo en su forma más vergonzosa en un artículo publicado en *The Spectator*, en el que comparaba favorablemente la revolución con la caída de la Bastilla de 1789 y el derrocamiento del zar de 1917. Para Mortimer, la bienvenida de Charles Fox a la Revolución Francesa: —«¡Es con mucho el mayor acontecimiento que ha ocurrido jamás en el mundo! ¡Y es con mucho el mejor!»— parecía «de lo más apropiada» en aquella casa de Teherán donde, acompañado por sus ocupantes, estaba escuchando las canciones revolucionarias emitidas desde la sede recién capturada de la radio nacional iraní. Los acontecimientos de Irán, escribió Mortimer, «son una genuina revolución popular en el sentido más amplio de la palabra: la más genuina, a buen seguro, de todo el mundo desde 1917, tal vez más genuinamente popular que la revolución bolchevique, y probablemente... no menos trascendental en sus implicaciones para el resto del mundo... El propio Jomeini ha desafiado al conservadurismo religioso, y por lo tanto es muy poco probable que quiera imponérselo al resto de la sociedad<sup>[\*]</sup>».

Eso era periodismo de una valentía impresionante, se podría decir que incluso suicida. Aunque no podía discrepar de las observaciones de Edward sobre las implicaciones trascendentales de la revolución iraní, su confianza en las intenciones liberales de Jomeini se debía más a la fe que a la experiencia. El derrocamiento de Mossadeg había demostrado que sólo una revolución que se basara en la sangre de sus enemigos —así como en la sangre de sus propios mártires— sobreviviría en Irán. A la Savak la habían culpado del incendio en un cine de Abadán en agosto de 1978, en el que 419 iraníes fueron quemados vivos; el sha, afirmaron sus enemigos, quería que los revolucionarios musulmanes fueran acusados de la matanza. A cada período de duelo le siguieron unas manifestaciones de protesta más grandes y una carnicería mayor. En las marchas callejeras de Teherán participaron más de un millón de personas. La literatura revolucionaria aún afirma que el ejército del sha mató a 4000 manifestantes en la plaza Jaleh de Teherán el 8 de septiembre. Cuando el ayatolá Jomeini regresó a Irán de París —los franceses, que habían abastecido de vino al sha en Persépolis, le proporcionaron a Jomeini el avión para que volviera a casa— lo llevaron de inmediato en helicóptero al cementerio de Behesht-e Zahra. Cuatro días más tarde, el 5 de febrero de 1979, anunció el nombramiento de un gobierno

provisional encabezado por Mehdi Bazargan. Irán aún podía convertirse en una democracia, pero también sería una necrocracia: gobierno de, por y para los muertos.

Una vez que se hubo honrado a los mártires de la revolución, llegó el momento de que los hombres del sha pagaran el precio. Cada mañana, cuando me despertaba en Teherán, leía en la primera plana del periódico una noticia sobre hombres condenados, sobre interrogadores de la Savak que se desplomaban ante pelotones de fusilamiento o que se retorcían en la horca. El 9 de mayo los tribunales revolucionarios ya habían dictado cuarenta sentencias de muerte. Ninguno de sus 60 000 agentes pudo salvar a Nematolah Nassiri, el director de la Savak; canoso, desnudo y diminuto, estaba tumbado en una camilla mortuoria, con un agujero en el lado derecho del pecho. Era el mismo Nassiri que le había llevado el firman del sha a Mossadeg en 1953 para que dimitiera, el mismo Nassiri que había organizado las visitas de Ben Gurion, Dayan y Rabin a Teherán. El general Jafar Qoli Sadri, el jefe de policía de Teherán —en el pasado también director de la famosa cárcel Komiteh— fue ejecutado, junto con el coronel Nasser Gavami, el jefe de la comisaría de policía del bazar de Teherán, y un hombre acusado de ser uno de los torturadores más salvajes de la Savak en la cárcel de Qasr, el capitán Qassem Yahanpanar. Los tres habían sido sentenciados a muerte al anochecer y fueron ejecutados en menos de doce horas.

Muchos de los que se situaron ante el pelotón de fusilamiento durante ese mes de marzo fueron hallados culpables de disparar a manifestantes durante las grandes marchas en contra del sha. El 11 de marzo, el teniente Ahmed Bahadori fue fusilado por matar a manifestantes en Hamadán. En Abadán, cuatro expolicías más fueron ejecutados por matar a un joven de diecinueve años durante las manifestaciones. El 13 de marzo, los tribunales revolucionarios enviaron al pelotón de fusilamiento a otros trece hombres acusados de ser censores y agentes de la policía secreta. Entre ellos se encontraba Mahmud Yaafarian, el jefe de la Agencia Nacional de Noticias Iraní educado en la Sorbona, y el antiguo director de televisión Paviz Nikah. Antes de su muerte, Yaafarian, de cincuenta y seis años, sólo dijo: «Espero que cuando muera mi familia y mis compatriotas vivan en libertad». Se cree que Nikah era el periodista que escribió el incendiario artículo contra Jomeini, que provocó los primeros disturbios religiosos sangrientos en la ciudad santa de Qom en 1978. Un periódico publicó fotografías de los once con sus nombres escritos en un trozo de cartón, colgado del cuello. Yaafarian mira con desesperación a la cámara. Nikah mira hacia la derecha, enfadado. Un expolicía secreto tiene los ojos clavados en el suelo. A buen seguro, todos deben de sentirse ya muertos. *Kayhan* publicó dos fotografías del antiguo oficial de policía de Qom Aga Hoseini. En una, aparece atado a una escalera, con los ojos tapados con un trozo de tela blanca, la boca abierta y los dientes apretados mientras se prepara para recibir las primeras balas<sup>[\*]</sup>. En la otra, se le han doblado las rodillas y está encorvado sobre la escalera.

Mehdi Bazargan apareció en televisión, condenando esos juicios irregulares y

arbitrarios por considerarlos una vergüenza para «una maravillosa revolución de valores humanos y religiosos». En abril Bazargan se enfureció cuando se enteró de que al antiguo primer ministro del sha Amir Abbas Hoveyda lo habían sacado de la cárcel —en la que el sha lo había encerrado en un último intento para tratar de congraciarse con la revolución antes de huir del país— y lo habían acusado de «corrupción en la tierra» y de «lucha contra Dios». Sólo unas horas antes de que Hoveyda apareciera ante el pelotón de fusilamiento, Bazargan se desplazó hasta Qom a toda velocidad para hablar con Jomeini, que dictó de inmediato nuevas reglas para los tribunales revolucionarios. Pero fue en vano.

Hoveyda, un hombre urbano e intelectual cuyos intereses incluían a Bach, Oscar Wilde y James Bond, y cuyo desdén por la corrupción que rodeaba al sha le había granjeado la confianza de estadistas y diplomáticos —pero no de los iraníes de a pie— fue llevado ante el tribunal revolucionario desde su cama de la cárcel de Qasr poco antes de medianoche, con cara de sueño y aduciendo que «mi médico me ha dado un sedante, apenas puedo hablar y mucho menos defenderme como es debido<sup>[\*]</sup>». Pero sabía lo que iba a suceder. «Si han recibido órdenes de condenarme, entonces no tengo nada más que decir. La vida de un individuo no vale demasiado en comparación con la vida de toda una nación». ¿Qué significa «lucha contra Dios»? preguntó Hoveyda al tribunal. Si significaba que era un miembro del «sistema», entonces había 700 000 personas que habían trabajado en la Administración pública del sha. «Yo participé en este sistema, llámenlo el régimen de una lucha contra Dios si así lo desean, y también ustedes y todos los demás —le dijo al tribunal. Quería ganar tiempo para reunir pruebas en su defensa—. No tengo las manos manchadas de sangre ni de dinero —adujo—. Me han traído aquí como primer ministro mientras hay otros cinco primeros ministros que han abandonado el país. ¿No podría estar yo también caminando por los Campos Elíseos o por las calles de Nueva York? —Dijo que no tenía ningún control sobre la Savak—. De entre todos los papeles de la Savak, si encuentran un solo documento que demuestre que el primer ministro desempeñó algún papel en la organización, entonces no diré nada más en mi defensa. —Hoveyda se volvió hacia los periodistas que había entre el público—. ¿Qué dicen las noticias? —les preguntó—. Hace bastante tiempo que no leo los periódicos ni escucho la radio».

Al final Hoveyda fue condenado a muerte por «hacedor de daños en la Tierra». Inmediatamente después de la condena, el ayatolá Sadeg Jaljali, el «juez de la horca» de la revolución, desconectó los teléfonos de la cárcel, cerró las puertas con llave, ordenó que arrastraran a Hoveyda hasta el patio de la prisión, que lo ataran a una estaca y lo fusilaran. «Las primeras balas le dieron en el cuello pero no lo mataron —escribió William Shawcross en su apasionante relato de los últimos días del sha—. Su verdugo, un mulá, le ordenó que mantuviera la cabeza alta. La siguiente bala le dio en la cabeza y murió». *París Match* publicó una fotografía de su cadáver junto a un hombre armado y sonriente que lo miraba. Al lado, la revista publicó una fotografía

de la familia real exiliada, nadando en Isla Paraíso, en las Bahamas. Nunca deposite su confianza en los sha.

En aquellos primeros días de la revolución, Irán se hallaba sumido en una anarquía demasiado grande para que las autoridades pudieran controlar a los periodistas. Los guardias revolucionarios que había en las carreteras enviaban a todos los periodistas extranjeros de vuelta a Teherán, pero nunca se les ocurría buscarnos en los trenes. Así que con un carnet de estudiante —utilicé el tiempo libre que me dejó la huelga de *The Times* para cursar un doctorado en política en el Trinity College, en Dublín— me compré un pase ferroviario que me permitió viajar por todo Irán en tren. Eran trenes revolucionarios y largos, tenían las ventanas rotas, retratos de Jomeini, los vagones estaban empapelados con carteles de tulipanes —símbolos del martirio— y el vagón restaurante servía pollo, arroz y té para desayunar, comer y cenar. Al no poder escribir para mi propio periódico, le envié una larga carta a Ivan Barnes, el director de la sección de Internacional, para describir la revolución inacabada de Irán. En el pasado, le dije, los acólitos del sha habían sido insoportablemente arrogantes.

Descubrí que esta arrogancia había desaparecido con la revolución. Me trataron con cortesía y amabilidad en casi todos los sitios a los que fui y me di cuenta de que los iraníes eran mucho más conscientes de las consecuencias de lo que ocurría en el mundo que... los habitantes de los países árabes. Los iraníes, tanto del campo como de la ciudad, poseían una sencillez que no podía dejar de admirar. Estaban sedientos de hablar sobre cualquier tema. El único problema que tuve en el tren a Qum [*sic*] fue cuando un grupo de guardias islámicos (brazaletes verdes y fusiles M-16) abrieron la puerta del compartimiento y me vieron grabando una cinta con sonidos del tren. Me acusaron de inmediato de ser un espía de la CIA (¿qué otra cosa podía ser?), pero les expliqué que era un periodista que trabajaba para la radio canadiense. El intérprete, un estudiante de izquierdas que viajaba conmigo a todas partes... les repitió lo mismo y se calmaron un poco. En Teherán me habían recomendado que siempre dijera ¡*Derut do Jomeini, marg ba sha!*, cuando las cosas se pusieran feas (¡Larga vida a Jomeini, muerte al sha!). Así que dije mi parte y los guardias de Jomeini alzaron el puño derecho en el aire y soltaron un grito de aprobación. Luego todos me dieron la mano con una sonrisa de oreja a oreja y siguieron su ronda por el tren para atormentar a alguien en otro compartimento<sup>[\*]</sup>.

Mirando hacia el norte desde el desierto, Qom parece una lejana isla de oro, las cúpulas de sus mezquitas y sus espléndidos minaretes, un oasis de belleza al amanecer. Como los chapiteles de una universidad medieval inglesa, su centro antiguo parece alzarse hasta el cielo. Pero mi tren llegó a su destino cuando ya había oscurecido, la periferia quedaba oculta tras una capa de gases y una inmensa muchedumbre de hombres barbudos, vestidos con chaquetas oscuras, y mujeres cubiertas por velos negros se movían como una marea hacia un edificio lúgubre de ladrillos rojos, rodeado por unos hombres musculosos y grandes, armados con fusiles automáticos. Mi amigo estudiante de izquierdas se volvió hacia mí. «Hay un juicio —gritó—. Están juzgando a uno de los hombres del sha». Dejé mi bolsa en un hotel encajonado entre dos tiendas frente a la Mezquita del Viernes, cogí la vieja grabadora, todo un trasto, y me fui corriendo a lo que ya se había dado en llamar como el «tribunal».

El suboficial Rustomi del Ejército Imperial del sha estaba sentado en una silla con el armazón de metal, en el estrado del tribunal revolucionario, con las manos juntas

delante de él y la mirada fija en el suelo de madera del teatro reconvertido, donde ahora lo estaban juzgando. Era un hombre de mediana edad y llevaba una barba gris y descuidada. Hacía mucho que lo habían despojado de su uniforme del regimiento de artillería, y apareció en el tribunal vestido con un anorak verde arrugado y un par de vaqueros sucios; tenía un aspecto deplorable que sólo se veía aliviado por un par de elegantes zapatos con alzas franceses. Parecía un acusado aburrido, que esperaba su juicio por una infracción menor de tráfico, en lugar de un hombre que sólo aguardaba los pormenores legales —si «legales» es la palabra adecuada— de una condena a muerte. Estaba acusado de matar a manifestantes contrarios al sha.

El tribunal islámico de Qom había enviado a su quinta víctima al pelotón de fusilamiento hacía menos de seis horas. Era un policía local acusado de matar a manifestantes durante la revolución, el hombre que había aparecido en la primera plana de los periódicos, atado a una escalera, apretando los dientes ante el pelotón de fusilamiento. Con gran crueldad, alguien le había mostrado el periódico a Rustomi; tal vez era lo inevitable de la condena lo que le confería aquella calma, sentado ahí en el estrado por encima de todos nosotros. Cada pocos minutos sacaba un paquete de cigarrillos estadounidenses del bolsillo y un hombre armado con un fusil —sí, un fusil estadounidense— colgado del hombro se le acercaba atentamente con una cerilla. Rustomi le daba unas largas caladas a los cigarrillos y nos lanzaba una mirada de vez en cuando, una mirada sin vida.

Había más de seiscientos hombres —ninguna mujer— entre el público y la mayoría de ellos hablaban de la ejecución de aquella mañana, aunque resultaba difícil comprender por qué había causado tanto alboroto aquel hecho. Los tribunales revolucionarios no habían dictado ninguna absolucón y todas las condenas habían sido a muerte. El público había venido a ver al acusado, a ver si lloraba o suplicaba misericordia o si se dirigía con paso desafiante hacia el pelotón de fusilamiento, a ver cómo caían los poderosos. George Bernard Shaw dijo una vez que si en el Royal Albert Hall de Londres lanzaran a los cristianos a los leones, tendrían un lleno absoluto cada noche. Estos hombres emocionados que había entre el público debían de poner la misma cara que la muchedumbre que se reunía ante la guillotina durante la Revolución francesa.

Quedó muy claro por qué la condena a muerte era la única sentencia posible en cuanto empezó el juicio de Rustomi. Un sacerdote islámico ataviado con unas vestiduras largas y marrones, y un abogado civil designado por la mezquita subieron al estrado del teatro reconvertido y anunciaron que iban a actuar como fiscal y jueces. Rustomi ni tan siquiera los miró. Se sentaron a dos escritorios de hierro y tras ellos, colgado sobre una hilera de luces en forma de estrella, había un crudo retrato al óleo del ayatolá Jomeini. No cabía duda bajo qué autoridad se hallaba aquel tribunal.

El mulá dirigió un breve discurso al público asistente, en el que dijo que el juicio se celebraría de acuerdo con las reglas del Corán, y que al acusado se le permitiría contestar a las acusaciones que se habían presentado contra él. El mulá era un hombre

alto y distinguido que lucía una barba larga y blanca y tenía una cara amable y honesta. El abogado civil parecía furioso y vengativo, y le dijo algo ofensivo a Rustomi antes de sentarse. El mulá agitó un manojo de papeles con la mano; una serie de declaraciones escritas hechas por testigos de manifestaciones contra el sha, y en cada una se afirmaba que Rustomi había ordenado a su compañía de soldados que disparara contra los civiles.

Uno por uno, fueron llamando a los testimonios, que se encontraban entre el público, para que prestaran declaración, un proceso que se interrumpía de vez en cuando debido a los gritos que se oían al fondo del teatro, por donde intentaban entrar más hombres y se peleaban por encontrar un sitio en el tribunal. Rustomi acercó su silla hasta el escritorio del mulá y escuchó. El primer testigo era un hombre joven con el hombro escayolado y el segundo se acercó cojeando al estrado. Declararon que habían visto a Rustomi ordenar a sus hombres que dispararan contra los manifestantes, y un tercer hombre se aproximó corriendo al estrado y le dijo a gritos al acusado que había entrado en una mezquita y había matado a un niño que se escondía en el lugar sagrado. Se discutió ampliamente sobre las fechas, los nombres de las calles —hubo, de hecho, un intento verdadero aunque caótico de definir los hechos que rodearon el tiroteo— antes de que Rustomi se levantara.

El público le gritó y durante varios segundos el mulá no hizo nada. Rustomi nos miró con expresión atónita. Quería hablar. Sí, dijo, había ordenado a sus hombres que dispersaran a los manifestantes, pero les había dicho que dispararan al aire. Si había habido algún herido tenía que ser de rebote. Hubo un silencio momentáneo en el tribunal antes de que otro hombre, de apenas veinte años, se subiera al estrado y señalara a Rustomi. «Mientes, cabrón», le gritó antes de que el juez le ordenara bajar.

Rustomi intentó presentar batalla a pesar de que era imposible que venciera. No tenía abogado defensor. Admitió que en otra fecha, había disparado su fusil contra un grupo de gente que exigía el derrocamiento del sha. Había cuestionado las órdenes de abrir fuego, dijo, a través de la radio, pero su comandante lo amenazó con llevarlo ante un tribunal militar si no obedecía. En ese momento, un anciano que había en el teatro se levantó de un salto. «El sa-grado Corán no permite que ningún hombre adopte esa actitud —gritó—. Si un musulmán mata a otro musulmán en esas circunstancias, no le está siendo fiel a su religión». El anciano siguió y siguió insultando a Rustomi, y el mulá de la cara amable y sabia asintió con benevolencia y permitió que continuaran los insultos. Rustomi parecía a punto de romper a llorar.

Luego el abogado civil se volvió y le gritó «¡Mentiroso!» al acusado al oído. Durante un horrible instante, la situación me recordó a aquellas películas de archivo rayadas del tribunal popular nazi que juzgó a los conspiradores contra Hitler en 1944, cuando el juez Roland Freisler insultó a los acusados. Al final del primer día en Qom, el abogado civil se me acercó sonriendo. «Le estamos dando un juicio justo —dijo—. Como puede ver, permitimos que Rustomi responda a las acusaciones». El tribunal reemprendió la vista a la mañana siguiente, y Rustomi vio con tristeza cómo lo

condenaban por el asesinato de dos miembros de su propio grupo de antidisturbios. Hubo un soldado que tuvo la valentía de dar un paso adelante para defender a Rustomi, pero le ordenaron que se callara después de ser acusado de provocar altercados en la fecha del incidente.

Cuando el mulá decretó un receso para comer, un hombre de unos treinta años se me acercó fuera del teatro. Era observado de modo sospechoso por un grupo de guardias islámicos, hombres armados que llevaban el brazalete verde distintivo que mostraba que eran nombrados por la mezquita. Resultó ser el hermano de Rustomi, y era un hombre asustado. No había forma de que pudiéramos hablar en la acera, así que echamos a caminar juntos calle abajo, seguidos por los guardias del tribunal. «¿Cree que se está celebrando un juicio justo? —me preguntó—. Mi hermano no tiene abogado defensor. Le dijeron que se buscara uno si quería. He ido al colegio de abogados de Teherán y he hablado con más de veinte, pero ninguno ha querido aceptar el caso. Este tribunal ha matado a todos los acusados a los que ha juzgado. —Hizo una pausa triste mientras intentaba reprimir las lágrimas—. Mi hermano tiene un hijo pequeño. Le ha contado a los otros niños de la escuela que se suicidará si el tribunal mata a su padre». Luego nos despedimos y el hermano de Rustomi se fue, seguido a una distancia prudencial por los guardias. Esa misma tarde le pregunté al ayatolá Kazem Shariatmadari, uno de los consejeros más próximos de Jomeini, por qué no le permitían tener abogado defensor a Rustomi. El ayatolá de la barba blanca estaba sentado con las piernas cruzadas sobre unas suntuosas alfombras. «El acusado de un tribunal islámico debería tener un abogado que lo defendiera —dijo—. Desconozco lo que está ocurriendo en este juicio de Qom, desconozco las circunstancias de este juicio. Desconozco la respuesta a su pregunta».

Era un anciano afable y un moderado entre los teólogos de la ciudad de Qom. Pero ¿qué significaba «moderado»? Sencillamente Shariatmadari no tenía ni idea de lo que ocurría en los tribunales, y estoy seguro de que prefería no averiguarlo. Aún conservo las cintas de las excusas del anciano y —mucho más difíciles aún de escuchar— las grabaciones del «juicio», del abogado que le gritó «¡Mentiroso!» a Rustomi al oído, del hombre condenado que trataba de explicar sus reglas militares, de las lágrimas de su hermano fuera del «tribunal».

En esta revolución no habría contragolpes, ninguna Operación Áyax, no habría hombres de la CIA trabajando desde dentro de la embajada estadounidense para comprar a los bazaríes. De hecho, dentro de poco no habría embajada estadounidense. Las exigencias para el regreso del sha no se hacían para su restauración, sino para llevarlo a juicio. Hasta que no le cortaran la cabeza a la serpiente, la revolución no se sentiría a salvo. Del mismo modo que veinticuatro años más tarde los estadounidenses creían que sólo la captura de Sadam Husein traería la tranquilidad a Iraq, Jomeini y su séquito estaban convencidos de que sólo la muerte del sha —a ser posible ahorcado como un criminal en Irán por «crímenes contra Dios»— liberaría a Irán de su corrupto pasado<sup>[8]</sup>. En realidad, el sha ya se estaba muriendo de cáncer.

Muchos iraníes vieron en su penoso exilio la verdadera justicia de Dios, su cáncer era la venganza divina final contra alguien que había «pecado en la tierra». La espantosa odisea del sha por los hospitales de América Central, Nueva York y, al final, de El Cairo les proporcionó a los mulás una macabra satisfacción puesto que ya habían ordenado su asesinato.

Poco después de su marcha, yo me había sentado a los pies del hoyatoleslam Jaljali, el «juez de la horca», mientras hacía una lista de los miembros de la familia del sha que habían sido condenados a muerte *in absentia*. Alrededor de él se sentaba una veintena de guardias revolucionarios que habían quedado lisiados en la guerra revolucionaria contra los kurdos del noroeste de Irán; cada uno de ellos hacía repicar sus nuevos dedos, manos y pies de metal recién injertados, mientras el prelado explicaba el destino que, sin duda alguna, les aguardaba a sus enemigos aristocráticos. Jaljali era quien había condenado a muerte a un niño de catorce años, quien había aprobado la lapidación de mujeres en Kermansha, quien anteriormente, en un psiquiátrico, se había dedicado a estrangular gatos en su celda. Gorbeh, el Gato, así lo llamaban. «El sha será ahorcado, cortaremos la soga y lo descuartizaremos — me dijo el Gato—. Es un instrumento de Satanás».

De hecho, el sha era un mal sustituto del demonio, apenas llegaba a la altura de Fausto, ya que se vendió a sí mismo por la promesa de poder militar mundano y un apoyo estadounidense en apariencia eterno. El coro de arpías que siguieron al sha por medio mundo fueron los cirujanos, médicos y enfermeras codiciosos y problemáticos que atiborraron al moribundo de pastillas, plaquetas y falsas esperanzas, agentes de la oscuridad que representaban a la perfección la tecnología del mundo al que el sha había vendido su alma hacía mucho tiempo. Sus antiguos amigos de ese mundo —el rey Husein de Jordania, el rey Jaled de Arabia Saudí, el rey Hassan de Marruecos, los suizos, los austríacos, el presidente Carter y Margaret Thatcher— o bien no le renovaron el permiso de residencia, o no lo dejaron entrar en su país o rompieron su promesa cuando se percataron del coste político que ello supondría. Fue una experiencia aleccionadora darse cuenta de que su único amigo de verdad —el único potentado que cumplió con la palabra que le había dado a Carter cuando los estadounidenses querían que el anciano se fuera de Nueva York— fue el presidente Sadat de Egipto. El presidente Torrijos de Panamá —que dio refugio temporal al sha y que intentó seducir a la reina Fará, aunque Shahbanu se encargó rápidamente de mandarlo a paseo— creó la necrológica más sucinta de la «Luz de los arios». «Esto es lo que le ocurre a un hombre exprimido por las grandes naciones —dijo—. Cuando le han sacado todo el jugo, lo tiran<sup>[\*]</sup>».

Al final el sha murió en El Cairo el 27 de julio de 1980 y fue enterrado en una sencilla tumba de la mezquita de Al Rifai. Seis años más tarde, en plena canícula estival, fui con un amigo iraní a ver su tumba. Era mediodía y sólo había un guardián en la mezquita, un hombre viejo y canoso que, por una miseria, nos prometió llevarnos a la última morada del hombre que se creía el descendiente espiritual de

Ciro el Grande. Había una única losa de mármol y, sobre ella, un poema escrito a mano por un miembro de los guardias *javidan* que declaraba fe eterna en el sha. Sobre la tumba había un ramillete de rosas marchitas. El viejo guardián se acercó hasta nosotros y murmuró «*bakshish*». Se conformó con cincuenta piastras. Al final, sentarnos a los pies del rey de reyes nos costó el equivalente a cuarenta céntimos.

Los revolucionarios islámicos que emergían ahora tras el ayatolá Jomeini pertenecían, curiosamente, a la clase media. Hombres como Sadeq Qotbzadé, el director de la televisión, más tarde ministro de Asuntos Exteriores —y más tarde aún, ejecutado por conspirar supuestamente contra el ayatolá— eran licenciados de universidades estadounidenses. Hablaban inglés con acento estadounidense, lo que significaba que podían aparecer con una tranquilidad sorprendente en las televisiones del país. Muchos, como el viceprimer ministro Amir Abbas Entezam, alardeaban de sus orígenes proletarios. «Estoy orgulloso de que haya sido una revolución de la clase media», me dijo Entezam un día. Se inclinó hacia delante en la silla y se dio unos golpes en el pecho. «Estoy orgulloso de eso», repitió. En comparación con los estándares ministeriales, el suyo era un despacho modesto ya que sólo tenía dos escritorios, un sofá, un montón de sillas y un teléfono que no paraba de zumbir en una esquina sin que nadie descolgara. Habría resultado difícil encontrar a alguien más de la clase media de Entezam, que había tenido una educación estadounidense y que gracias a su profesión de ingeniero había viajado mucho. Sin embargo, a su modo, decía la verdad. A pesar de que el poder físico que había tras la revolución residía en aquellas colosales manifestaciones callejeras organizadas por las clases urbanas pobres y los revitalizadores del islam, fue la clase media del bazar, las decenas de miles de comerciantes del mayor zoco de Oriente Próximo a quien el sha intentó dominar con un sistema de gremios, la que proporcionó el apoyo económico para el regreso de Jomeini. Esta clase comerciante y su alianza con los mulás fue la combinación decisiva de oposición religiosa y secular.

Por este motivo la revolución de Irán había evitado, por lo general, el rumbo habitual que tomaban tales acontecimientos: el saqueo de casas y propiedades de los ricos. Por este motivo aún se podía coger un taxi, cruzar Teherán y adentrarse en los barrios del norte bajo las montañas, para descubrir que los apartamentos de lujo y las opulentas casas unifamiliares con sus terrazas a la sombra de los árboles y sus estanques de peces de colores estaban intactos. El Estado no se había apropiado de la riqueza acumulada. Sin embargo, a finales de marzo de 1979 esto empezó a cambiar. En el norte de Irán, alrededor del Caspio, los trabajadores empezaron a hacerse con el control de las fábricas —los izquierdistas habían encabezado la revolución al este del Kurdistán y las mezquitas nunca habían podido ejercer un gran dominio en la zona— y se empezaron a confiscar propiedades. El gobierno interino nombrado por Jomeini recibía informes de más confiscaciones cerca de Mashad y este comportamiento empezaba a extenderse por Teherán.

Sólo una semana antes, a Fariburz Atapur, uno de los periodistas de la ciudad más

prolíficos y sin pelos en la lengua, le dijeron que habían detenido a su padre. Resultó que Atapur padre, que tenía una pequeña finca en la costa caspia, entró en su banco de Teherán para cobrar un cheque y fue detenido por el cajero, que pensó que si su cliente tenía pinta de rico, entonces debía de ser un hombre acaudalado, y si era un hombre acaudalado, entonces también debía de ser un corrupto. El anciano, que había sido soldado del Ejército Imperial pero que había abandonado las fuerzas armadas veintisiete años atrás, tenía setenta años y estaba muy endeudado. No obstante, fue a buscarlo al banco un *komiteh* revolucionario armado hasta los dientes y se lo llevó a la cárcel de Qasr. Al menos, ahí es donde cree Fariburz Atapur que encerraron a su padre.

El *komiteh* no realizó ningún comunicado oficial y ni tan siquiera el gobierno pudo entrar en la cárcel. Se calcula que albergaba a unos ocho mil presos —en la época del sha habían sido unos dos mil— y la Cruz Roja tardó varias semanas en poder entrar. Así pues, no sorprende que Atapur estuviera enfadado. «Esta revolución ha degenerado hasta convertirse en una venganza mezquina y en una tiranía —dijo—. Sólo puede compararse con el terror jacobino de la Revolución francesa. Los comerciantes del bazar tienen más dinero que mi padre, pero a ellos les da igual su destino. Y tampoco a los supuestos jefes religiosos. Hablé por teléfono con el ayatolá de nuestra zona del Caspio y me dijo que mi padre tenía que ser un corrupto porque era rico. Ni tan siquiera me dejó responder a su acusación por teléfono. Me colgó, sin más».

A cada día que pasaba Atapur esperaba que vinieran a arrestarlo a él mismo, pero tres días después de que habláramos, silenciaron su voz periodística cuando los dos periódicos en inglés de Teherán anunciaron que iban a dejar de publicar. El *Tehran Journal*, para el que escribía Atapur, esgrimió motivos económicos para su cierre, pero durante semanas, los *komitehs* revolucionarios habían denunciado al periódico por «antiislámico». La mayoría de los empleados habían recibido llamadas telefónicas anónimas, en las que los amenazaban de muerte. El paralelismo de Atapur con la Revolución francesa —muy discrepante con el entusiasmo de Edward Mortimer— no pasó desapercibido para el sector más dogmático del nuevo régimen de Irán. El doctor Salamatian, un asesor político del ministro de Asuntos Exteriores, halló una comparación más aceptable. En Irán había menos ejecuciones que en la Revolución francesa o rusa, dijo. Cuando le señalé que en la Revolución portuguesa de 1974 no hubo ningún pelotón de fusilamiento me espetó: «Pero en Portugal sólo se habían librado de Caetano; nosotros hemos derrocado más de dos mil años de monarquía». Fue una respuesta curiosa ya que la idea de que Persia había vivido bajo una monarquía continua durante dos mil trescientos años era producto de la imaginación del sha, un mito difundido para justificar su gobierno autoritario.

El hecho de que su gobierno fuera autoritario era uno de los pocos denominadores comunes que compartían aquellos que apoyaban la revolución, ya que la izquierda iraní se dio cuenta de que los clérigos se estaban instalando en el poder. «¿Por qué

nos condenáis por dar caza a los asesinos del sha? —preguntó Salamatian—. En Occidente encarcelasteis al nazi Rudolf Hess. Nosotros consideramos a los agentes de la Savak como criminales nazis. Vosotros, en Occidente, llevasteis a los nazis ajuicio. ¿Por qué no deberíamos someter ajuicio a nuestros nazis?».

¿Y cómo rebatir este argumento cuando periodistas como Derek Ive de Associated Press habían conseguido echar un fugaz vistazo al interior del edificio de la Savak antes de que triunfara la revolución? Entró en el edificio cuando una multitud irrumpía por la puerta principal. «Había un estanque de peces fuera —me dijo— y jarrones con flores en el recibidor. Pero abajo estaban las celdas. En cada una había una cama de acero con correas y, debajo, dos cocinas domésticas. En la estructura de la cama había unos dispositivos para poder acercar a las personas que estaban atadas a las llamas. En otra celda, encontré una máquina con un aparato que sostenía un brazo humano bajo un cuchillo y, al lado, había una funda de metal en la que cabía una mano humana. En uno de los extremos había una máquina de cortar fiambre. Se habían dedicado a cortar manos a la gente». Ive encontró un montón de brazos humanos en una esquina y en otra descubrió trozos de un cadáver flotando en lo que parecía ser ácido. Justo antes de que los soldados del sha irrumpieran por la parte trasera del edificio, consiguió hacer unas cuantas fotografías rápidas del aparato de tortura.

Después de la revolución, pudimos conocer a algunos de los agentes más importantes de la Savak del sha. Sentados en la cárcel, con sus camisas de cuello abierto, chaquetas de punto y pantalones de pana, fumando cigarrillos estadounidenses, hechos un manojo de nervios, los dieciocho no se parecían en nada a la imagen popular de los policías secretos. Desde el momento en que entraron en la sala —un despacho rectangular y lúgubre, que se usaba a veces como tribunal revolucionario—, estos hombres, de mediana edad y exageradamente simpáticos, o bien sonreían o se nos quedaban mirando fijamente mientras los funcionarios del gobierno los describían como criminales.

Estos exagentes de la Savak contaban unas historias inquietantes y a veces aterradoras. Hassan Sana, el consejero económico y de seguridad del subdirector de la Savak, habló de la cooperación de los servicios de inteligencia británicos con el sha, una relación amigable que, según afirmó, dio lugar a que los agentes británicos pasaran información a sus homólogos iraníes sobre ciudadanos iraníes que estudiaban en Gran Bretaña. Sana, un fumador compulsivo que llevaba gafas de sol y parecía sentir una gran pasión por las camisas de colores llamativos, dijo que la ayuda británica permitió que la Savak vigilara o detuviera a algunos estudiantes cuando regresaban a Teherán desde Londres.

Nos comentó también que los agentes de la Savak viajaron a Nueva York, donde unos agentes de la CIA los trasladaron a una base secreta militar estadounidense para instruirlos en técnicas de interrogación, un misterioso viaje realizado en un avión con las ventanas oscurecidas que duró cuatro horas. Antes habíamos hecho un recorrido

por el centro de interrogatorios que la Savak tenía en Teherán, donde los antiguos presos nos describieron cómo los habían torturado. Una habitación con el suelo de cemento y azulejos negros era todo lo que quedaba de la sala —casi idéntica a la que había descubierto Ive— donde asaban a los prisioneros atados a una cama, situada sobre unos quemadores de gas. En Evin, durante un horrible instante, Mohamed Sadafi —un agente de la Savak que había sido levantador de pesas— se vio enfrentado a un hombre cuya hija murió cuando se encontraba bajo la custodia personal de Sadafi.

«Mataste a mi hija —le gritó el hombre—. La quemaste hasta dejarla paralizada. La quemaste viva». Sadafi lanzó una mirada fugaz al hombre. «Su hija se ahorcó después de llevar siete meses detenida», le respondió con frialdad. El padre le dijo que en la cárcel no había ni una sábana con la que los presos pudieran colgarse. Sí que había, le replicó Sadafi. Él mismo había visto las facturas de la lavandería en Evin.

El régimen del sha se mantuvo gracias a estas prácticas de terror, y fueron estas escenas espantosas las que avivaron la revolución. Si había un motivo para la sorpresa en Irán, en esta etapa temprana del nuevo régimen, no fue que la revolución se cobrara tantas víctimas entre el séquito del sha, sino que se cobrara tan pocas. Pero la revolución no había acabado. No iba a finalizar en esa etapa tan agradable y burguesa en la que los portugueses se cansaron, y tampoco existían puntos en común entre la nueva república islámica y la democracia popular que los grupos de izquierda iraníes habían propagado. La izquierda era más activa ahora —había tiroteos en las calles todas las noches— y la situación no hizo más que agravarse debido al empeoramiento constante de las condiciones sociales de Irán. Incluso Jomeini describió el país como una pocilga<sup>[9]</sup>.

A pesar de todo, las autoridades de seguridad del nuevo Estado islámico seguían estando convencidas de que algunos miembros del nuevo gobierno consideraban a los Estados Unidos como un socio potencial más que como el «Gran Satán» de las manifestaciones callejeras.

Y tenían razón. Después de que los «Estudiantes musulmanes partidarios de la política del imam» tomaran la embajada estadounidense en noviembre de 1979, los guardias de seguridad iraníes encontraron toneladas de correspondencia diplomática estadounidense hecha trizas<sup>[\*]</sup>. Les llevó meses reconstruirlos ya que tuvieron que volver a pegar los documentos. Los papeles incluían una cantidad vergonzosa de material sobre Abbas Amir Entezam, el viceprimer ministro, y sus contactos con el gobierno estadounidense. Al principio fueron formales, la embajada estadounidense permaneció abierta tras la revolución y los funcionarios estadounidenses se reunieron de modo rutinario con el personal del Ministerio de Asuntos Exteriores iraní para organizar la repatriación del personal militar y civil estadounidense. La embajada le dijo a Entezam en marzo de 1979 que «los Estados Unidos deseaban normalizar sus relaciones con Irán a un ritmo constante». Entezam contestó, según los documentos,

que «su gobierno también quería mantener una buena relación con los Estados Unidos... el primer ministro, Bazargan... había expresado este sentimiento en público hacía poco».

Sin embargo, al cabo de pocos días Entezam expresó el deseo de su gobierno de «compartir información de inteligencia con el USG [gobierno de los Estados Unidos]». Por increíble que parezca, los estadounidenses ya le habían entregado a Entezam un «documento sobre Afganistán» —los iraníes tenían cada vez más miedo de que la Unión Soviética pudiera invadir a su vecino del este— pero ahora Entezam explicaba que su gobierno estaba más preocupado por «amenazas a la seguridad interna». Según un informe de la embajada estadounidense sobre una reunión que se celebró en mayo, Entezam dijo que «al PGOI [gobierno provisional de Irán] le preocupaba una posible intromisión de los iraquíes en la provincia de Juzestán así como las actividades de la OLP y los libios». Entezam dijo que «el PGOI poseía cierta información según la cual George Habash [el jefe del Frente Popular para la Liberación de Palestina, que gozaba del apoyo sirio] había visitado hacía poco varios países del Golfo... Es de suponer que con la idea de causarle problemas a Irán». La oficina de la OLP de la ciudad de Ahvaz, situada en el sur de Irán, también era motivo de preocupación pero «negó con la cabeza y [Entezam] dijo que su gobierno no podía hacer nada al respecto... porque fue deseo de Jomeini que se abriera».

Esto era material incendiario. Ahí estaba Entezam —que sólo unas cuantas semanas antes se había jactado ante mí de la naturaleza de «clase media» de la revolución— tratando los temores de seguridad con la CIA; no sólo su propia información de inteligencia sino que expresaba su exasperación con la figura islámica más venerada del país por poner en peligro esa seguridad. En junio, Entezam le pidió información a los Estados Unidos sobre «las intenciones iraquíes con respecto a Irán». Por aquel entonces había habido intercambios de artillería frecuentes en la frontera de Irán e Iraq, y el agregado de negocios de la embajada estadounidense «después de comentar que no estaba seguro de quién había tirado la primera piedra... especuló con la posibilidad de que los iraquíes intentaran crear un “seto de espinas” a lo largo de la frontera de Iraq con Irán, al estilo de la antigua política británica en la línea de Durand».

Bruce Laingen, el agregado de negocios estadounidense, mantuvo más reuniones con Entezam y, al cabo de unas semanas, éste —conocido en los cables estadounidenses por un nombre clave tan poco romántico como «SD/PLOD/1»— recibía visitas directas de oficiales de alto rango de la CIA. Cuando fue nombrado embajador iraní en Suecia, Entezam recibía informes de inteligencia del agente de la CIA George Cave, que posteriormente fue una de las figuras destacadas en el escándalo de la Contra de 1985-1986. En Teherán se celebraron más reuniones entre la CIA y Bazargan, Entezam e Ibrahim Yazdi, el ministro de Asuntos Exteriores iraní. Más adelante el propio Cave visitó Teherán y acordó con Entezam que habría reuniones informativas —de nuevo, cito de los documentos reconstruidos— «entre

cada tres y seis meses, en las que se distribuiría información muy precisa en caso de que fuera especialmente importante». Entezam preguntó si podía haber un contacto en Teherán para intercambiar información de forma regular. (Nota: Cave fue presentado como oficial de información de los servicios de inteligencia. Nunca se usó el término CIA.)

Cuando invadieron la embajada estadounidense de Teherán después de que el sha fuera admitido en los Estados Unidos, la naturaleza explosiva de los contactos de Entezam con la CIA quedó al descubierto en los papeles hechos trizas que los jóvenes iraníes estaban recomponiendo concienzudamente. Bazargan y Yazdi quedaron desacreditados y Entezam fue detenido y juzgado por traición, y escapó por los pelos de la ejecución ya que lo condenaron a cadena perpetua en 1981. Entezam siempre mantuvo que era un revolucionario de verdad que tan sólo quería mantener relaciones con los estadounidenses por el bien de Irán.

Massumeh Ebtekar, una de las principales «invasoras» de la embajada, tenía una opinión bastante distinta. «Al parecer la CIA creía que podía manipular cualquier revolución o clase política si lograba infiltrarse entre los altos rangos con suficiente antelación —escribió—. En Irán, la agencia parecía muy decidida a hacer eso. Al fin y al cabo, poseía una gran experiencia del pasado<sup>[\*]</sup>». Según Ebtekar, los «estudiantes del imam» también encontraron carnés de identidad y pasaportes falsos para los agentes de la CIA de la embajada, incluidos varios sellos para visados de aeropuerto de entrada y salida de Europa y Asia, así como 1000 pasaportes ghaneses falsos. Había otros documentos sobre promonarquistas «que estaban involucrados en atentados terroristas». Si en Washington se les volvió a pasar por la cabeza la idea de organizar otra «Operación Ajax», seguro que la desecharon en noviembre de 1979.

Durante aquellas primeras semanas de la República Islámica, el humor no desapareció de nuestras vidas. Mientras Irán mantuvo el sistema de visados libres del sha, podíamos entrar y salir tantas veces del país como quisiéramos —una vez incluso me fui a Dublín a pasar el fin de semana, salí de Teherán el viernes por la mañana y regresé el lunes por la noche—, ya que las nuevas leyes del régimen nos afectaron gradualmente. Durante meses, en el hotel Intercontinental de Teherán — más tarde rebautizado Laleh, «Rosa», el símbolo de la revolución— aún pudimos tomar vodka con *blinis*, pero rápidamente impusieron la prohibición del alcohol. Aún conservo una nota memorable de la dirección del hotel de Teherán que me pasaron por debajo de la puerta, el 21 de marzo de 1979. «Debido a la escasez de bebidas alcohólicas en el país y al inesperado [*sic*] aumento de precios de estos productos [*sic*], la dirección no tiene otra alternativa más que hacer efectivo un incremento del 20 por ciento. Gracias». Poco después, un *komiteh* revolucionario invitó a los periodistas a observar la destrucción de las existencias de alcohol satánico que quedaban en las bodegas del hotel. Mientras las cámaras lo grababan, varios hombres armados lanzaban botellas de champán Pol Roger al fondo de la piscina vacía, junto con los mejores vinos franceses y cajas de ginebra Gordon's. Debido al montón de

crisales de más de medio metro de alto que había en la piscina, el hotel quedó impregnado del hedor a alcohol durante varios días. Había un restaurante surcoreano que siguió eludiendo a las autoridades ya que su personal enterró las cajas de cerveza alemana en el jardín. Los clientes tenían que esperar diez minutos a que les llegara la lata de cerveza cubierta de tierra.

Las clases medias a las que tanto aprecio tenía Entezam seguían organizando fiestas. Una noche me invitaron a cenar en un chalet situado al norte de Teherán que tenía los suelos de mármol y unas pinturas pseudobarrocas de lo más ordinarias. La joven pareja anfitriona había invitado a varios escritores iraníes y a mí, nos ofreció un recital de poesía y una cena de abundancia prerrevolucionaria junto con los obligatorios vasos de vodka casero. A mí me intrigaba la atractiva anfitriona porque se rumoreaba que había sido una de las últimas amantes del sha. Siempre que el soberano deseaba hacer el amor con una mujer, se dice, la elegida rehuía una invitación para entrar por una puerta lateral del palacio, pasaba dos horas con él en un discreto salón y, antes de irse, recibía un cachorro de labrador como muestra del afecto del rey de reyes. Dada la grotesca reputación del hombre, a menudo me preguntaba por qué Teherán no estaba lleno de cientos de labradores perdidos. Cuando la cena acabó ya había desechado todas aquellas ideas y me estaba despidiendo de los anfitriones. Pero en ese mismo instante la puerta de la cocina se abrió de golpe y me saltó encima algo grande y peludo, para consternación de la pareja. Alcé la vista y vi la simpática cara de un labrador dorado, que me miraba como si se hubiera pasado toda la noche esperando a conocerme.

El tipo de vida que le gustaba al sha salió a la luz pública cuando el nuevo ministerio de información, que ostentaba el nombre de «Ministerio de Orientación Islámica», nos pidió que echáramos un vistazo al palacio Niavaran que había al norte de Teherán. Si Ricardo III ofreció de verdad su reino por un caballo, el sha de Irán pagó por su libertad con un puñado de palacios, un montón de alfombras persas de valor inestimable, un boceto de Marc Chagall, una reproducción en oro de veintidós quilates de un barco chino de esclavos del siglo XVII, una biblioteca de dos pisos, un juego de pianos que haría alcanzar el éxtasis al director de un conservatorio y dos teléfonos de oro macizo.

Bajo los abedules plateados del jardín azotado por el viento del palacio Niavaran, un funcionario del gobierno iraní logró que una de las subastas más históricas del siglo no pareciera más que un ataque de hipo momentáneo en el avance de la revolución, que es lo que resultó ser. «Pondremos los contenidos a subasta —anunció—. Luego convertiremos los palacios en museos». De modo que vimos cómo un mulá con turbante y dos hombres armados con fusiles G-3 automáticos tiraban y arrastraban por el suelo de madera taraceado del salón del sha una alfombra de Isfahán, tejida a mano, de color carmesí y oro de unos tres metros cuadrados. Princesas orientales, aves con penachos de plumas y exóticos animales de presa se entrelazaban en los bordados arabescos y cada alfombra llevaba cuidadosamente

pegado un número de inventario: una prueba de que a pesar de los altibajos que pudiera tener la revolución, los nuevos gobernantes de Irán eran de lo más eficientes. Al parecer, en las semanas anteriores las alfombras del sha se habían vendido por 15 millones de dólares.

Había que admitir que el sha tenía un gusto espantoso para los muebles. Unas sillas barrocas francesas dispuestas alrededor de mesas de acero y cristal compartían sala con unas urnas del todo grotescas —transformadas en unas feas pavas reales gracias a la magia negra de algún orfebre—, que descansaban sobre unos escritorios de madera tallada de un modo exquisito y con incrustaciones de mosaico. Las paredes de cristal tallado cubiertas con una fina capa de polvo recordaban un cine británico de la década de los treinta. Así es como el sha y su mujer dejaron su palacio en enero de 1979 cuando partieron de «vacaciones» hacia un exilio eterno.

El destino no acostumbra a conceder a la gente corriente el derecho a vagar por el palacio dorado del sha, y ocurren cosas extrañas cuando se suelta al común de los mortales entre tanta opulencia. Cuando la prensa internacional fue invitada a lo que Abolhassan Sadeq del Ministerio de Orientación llamó sarcásticamente «el tugurio del sha», hubo escenas dignas del ataque de los ostrogodos a Roma. Tropezamos con montones de alfombras y entramos en tropel en la gran biblioteca para descubrir lo que el sha leía en su tiempo libre. Había volúmenes encuadernados en cuero de Voltaire, Verlaine, Flaubert, Plutarco, Shakespeare y Charles de Gaulle. Las obras completas de Winston Churchill reposaban junto a *La balada del viejo marinero* de Coleridge —una lectura que el sha podría haber encontrado apropiada durante su largo viaje de exilio— y biografías de Mahatma Gandhi. *My People* (Mi pueblo) de Abba Eban, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores israelí —de hecho, su libro fue escrito en parte por un editor de la revista *Commentary*— se encontraba en un humilde estante con la dedicatoria manuscrita a «Su Majestad Imperial, el sha de los shas». En otro estante había los diarios de Goebbels.

Los guardias de la oficina personal del sha a duras penas pudieron impedirnos que marcáramos un número en los teléfonos de oro. En un balcón que había sobre la sala de estar, un joven con un fusil sobre el hombro nos observaba con una expresión de clara preocupación mientras yo tocaba una execrable versión a dos dedos de *Aire en la cuerda sol* de Bach, en un clavicémbalo que el rey Balduino y la reina Fabiola de Bélgica le habían regalado al sha. Los cazadores de recuerdos podrían pujar por los juguetes que habían pertenecido a la princesa Leila, la hija de ocho años del sha. Cerca de un armario, no muy lejos de la cama de cuatro postes, había unos aviones en miniatura y unos osos de peluche. En un aparador se encontraba la fotografía de la familia del presidente estadounidense con un saludo escrito a mano: «Con los mejores deseos, Rosalynn y Amy Carter». En una pizarra se podían ver los primeros intentos de Leila para escribir con tiza la versión europea de los números arábigos. En el estudio del sha, el calendario del escritorio aún mostraba el 16 de enero, el día en el que el monarca abandonó su reino. En el cenicero dorado encontré cinco colillas de

cigarrillo llenas de polvo, testimonio de las últimas horas de crisis del gobierno imperial.

Antes de visitar el palacio nos habían llevado a los suburbios del sur, en un esfuerzo algo torpe aunque bastante efectivo del Ministerio de Orientación para subrayar los estilos de vida distintos del sha y su pueblo. Los niños jugaban en el suelo de tierra que había ante el número 94 de Gord Nahjin y las mujeres pasaban con la colada por encima de unas alcantarillas descubiertas. En los suburbios de Teherán había menos pobreza que en los de El Cairo, y el palacio del sha era modesto en comparación con los saudíes. Aun así entendimos el mensaje, a pesar de que la peste a aguas residuales creaba una mezcla extraña con los perfumes de las chicas del ministerio.

Había muchas cosas en Teherán que resultaban raras. La absoluta normalidad de la ciudad sucia, grande y colapsada por el tráfico resultaba más asombrosa que la crisis de las relaciones entre Irán y los Estados Unidos. A pesar de todo lo que se decía sobre turbas de fanáticos y caos económico, aún pude coger el autobús número 20 —un Leyland de dos pisos pintado de verde— para llegar al centro de la ciudad, ir a comprar ropa francesa a tiendas caras o comer algo en Kentucky Fried Chicken. Los iraníes que se habían criado con el estilo de vida estadounidense ya no podían comprar mantequilla de cacahuete Skippy o queso para untar Kraft en los grandes almacenes Forshagh Bozorg y, al tener que respetar las opiniones de Jomeini sobre el aspecto general de las mujeres, se habían prohibido los cosméticos estadounidenses y franceses. Teherán no era una ciudad atractiva ni en comparación con los estándares occidentales. Sus bloques de edificios cuadrados y la pobreza arquitectónica de las fachadas de las tiendas construidas en la década de 1960 conferían al lugar un extraño aire estéril y de la Europa del Este. Los teheraníes, sin embargo, aún tenían problemas con la geografía política de su ciudad, ya que casi todas las calles principales de la capital habían sufrido un cambio de identidad, de acuerdo con las instrucciones revolucionarias. Así pues, la calle Pahlavi había desaparecido para convertirse en la calle Dr. Hossein Fatimi, llamada así en honor del ministro de Asuntos Exteriores de Mossadeg, que fue ejecutado dos meses después de la «Operación Ajax<sup>[10]</sup>».

La oficina de la agencia de noticias Reuters de Teherán se convirtió en un lugar de reparo espiritual. La primera vez que abrí la puerta, encontré al jefe de la oficina, Harvey Morris, rodeado por nubes de denso humo de cigarrillo, con una botella abierta de whisky escocés en el escritorio y una mirada de afligida sorpresa en la cara. Con su bigote de Mark Twain y el pelo alborotado, Harvey creía que la revolución era tan vergonzosa como valiente, tan absurda como cruel. Tenía que proteger a su personal de los *komitehs*, vigilar que no metieran a sus periodistas iraníes *freelance* en la cárcel y dar jabón al Ministerio de Orientación Islámico. Y era el ministerio la causa de su última crisis. «Me han dicho que quieren saber la historia de la agencia de noticias Reuters —afirmó con el ceño fruncido—. De modo que las

vacas sagradas de la oficina de Londres acaban de enviarme un mamotreto sobre nuestro queridísimo fundador, Paul Julius, barón de Reuter, para que se lo dé a los del ministerio. Pero resulta que el bueno del barón construyó la mitad de los malditos ferrocarriles del país y la concesión a Reuter de 1872 otorgó a los súbditos británicos el monopolio sobre todos los recursos económicos y financieros de Irán. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo voy a decirles a los capullos del ministerio que el fundador de nuestra agencia de noticias fue peor que el puto sha?»

Entendía lo que me decía, pero Harvey era un tipo listo. Su aspecto tranquilo, relajado y cansado no era más que un disfraz tras el que se escondía una mente muy capaz, divertida y, a veces, malvada. Yo iba por su oficina cada día a última hora de la tarde para enviar mi teletipo y le contaba de lo que me había enterado después de pasarme todo el día investigando en la calle o después de mis viajes fuera de Teherán. Él me avisaba de las ruedas de prensa o me daba el soplo sobre algún escándalo, como aquel en que el director de la televisión Qotbzadeh le ordenó a su secretaria que fotocopiara un montón de papeles oficiales entre los que ella había encontrado una carta de la amante francesa de su jefe. Se hicieron unas mil fotocopias de la carta. A veces Harvey me llamaba al hotel por la mañana. «Fisky, quizá te gustará saber que los chicos de Jaljali han ahorcado a otro grupo de personas por ser “corruptos en la tierra”». O, más a menudo, me anunciaba que había «una manifestación frente a la embajada estadounidense: ¡lo siento por ti!».

Es extraño que la toma de la embajada estadounidense y sus repercusiones se convirtieran en una tarea tan tediosa para los periodistas. Al fin y al cabo, desembocó en una misión de rescate estadounidense frustrada y acabó dando al traste con la presidencia de Carter. Creó una ardiente sensación de humillación que afectó a los posteriores gobiernos estadounidenses, lo que condujo a los Estados Unidos a una serie de desastres políticos y militares en Oriente Próximo. La mayoría de los diplomáticos estadounidenses y otros rehenes norteamericanos permanecieron cautivos durante cuatrocientos cuarenta y cuatro días; no fueron liberados hasta que los gobiernos de ambos países alcanzaron una serie de complejos acuerdos económicos y bancarios, momento en el que los cautivos fueron trasladados al aeropuerto de Mehrabad y escoltados fuera de Irán por comandos argelinos.

Tal vez la ocupación de la embajada representaba la ecuación imposible. Del mismo modo que Washington no pensaba entregar al sha a la «justicia» iraní, los iraníes no iban a liberar a los cautivos hasta haberle dado una lección de humildad a la Casa Blanca. El hecho de arrancar al sha de su cama del hospital de Nueva York y de dejarlo tirado en Panamá no iba a satisfacer a los revolucionarios de Teherán. De modo que cada día veíamos a las decenas de miles de manifestantes, estudiantes, guardias armados y miembros de organizaciones que pasaban ante la embajada — lugar al que se referían oficialmente como el «nido estadounidense de espías»—, lanzaban al cielo su reivindicación para el regreso inmediato del sha y condenaban al presidente Jimmy Carter por «belicista». Llegaron a acostumbrarse de tal modo a la

situación que alcanzaron la monotonía. Repetían su grito de «Abajo con Carter, abajo con el sha» durante seis o siete minutos e intercalaban «Yanquis, iros de aquí». Los puestos de hamburguesas, de zumo de remolacha y de postales abarrotaban los márgenes de la carretera.

Las multitudes estaban dispuestas estratégicamente para aparecer en las cámaras de televisión, y a los periodistas les permitían —de hecho, hasta los animaban— que se acercaran a la embajada y miraran a través de las verjas de hierro forjado. No se podía ver a los rehenes que estaban encerrados en los principales edificios de la embajada —los hombres con las manos atadas—, aunque los estudiantes habían pintado consignas con *spray* en el tejado del edificio de recepción. Justo dentro del patio delantero, habían puesto un cuadro de cinco metros de alto, una obra simbólica inspirada en la fotografía de Joe Rosenthal de los marines estadounidenses levantando la barras y estrellas en Iwo Jima en 1945; en este caso, sin embargo, los revolucionarios musulmanes habían sustituido a los marines y se esforzaban para levantar una bandera islámica verde, uno de cuyos extremos se había convertido milagrosamente en una mano que estrangulaba la barras y estrellas. De este modo, la ocupación se había convertido en un teatro, incluido su decorado pintado. Era algo más que esto. Era un carnaval.

También fue un error creer que esto representaba una falsedad. Los iraníes expresaban su desprecio por el sha de un modo demasiado elocuente y, demasiado a menudo, con acentos estadounidenses. «¿Quiere saber por qué queremos al maldito sha? —me preguntó un estudiante de la Universidad Politécnica de Teherán—. Bueno, pues yo se lo voy a decir: porque ese hombre le ha robado 50 000 millones de dólares a Irán. —Se nos acercó un soldado de las Fuerzas Aéreas iraníes para unirse a la conversación—. Ese cabrón ha dado el golpe más grande de la historia», dijo. El acento del soldado parecía del East Side de Nueva York, y decía más de la relación de Irán con los Estados Unidos que toda la retórica política. Daba la sensación de que nunca antes tantos revolucionarios habían vivido, trabajado o se habían educado en el país al que ahora consideraban responsable de una parte tan grande de su sufrimiento pasado<sup>[11]</sup>.

Durante el gobierno del sha, en ocasiones llegó a haber medio millón de iraníes en los Estados Unidos. Muchos estudiaban en universidades o escuelas estadounidenses; algunos escapaban del régimen del sha. Varios miles de ellos recibían instrucción militar; uno de los beneficios de los que podían gozar los oficiales del ejército iraní era un viaje gratuito a Nueva York en un reactor de las Fuerzas Aéreas iraníes. El doctor Ibrahim Yazdi, que acababa de dimitir como ministro de Asuntos Exteriores, trabajó durante diecisiete años como médico en los Estados Unidos, y se relacionó con estudiantes que se oponían al sha. El doctor Mustafá Chamran, que había sido nombrado viceprimer ministro en julio de 1979 y murió como «mártir» en la guerra Irán-Iraq, ayudó a fundar la Asociación de Estudiantes Islámicos de los Estados Unidos en 1962, junto con Yazdi y Sadeq

Qotbzadeh, por entonces el ministro interino de «Orientación Nacional».

Una chica iraní que había estudiado Periodismo en Nueva York —que había disfrutado de, tal y como dijo ella, los frutos de la democracia estadounidense— quería saber por qué los estadounidenses apoyaban el régimen del sha cuando éste se había opuesto a la libertad individual y había disidido. «En los Estados Unidos, lo aprendimos todo sobre la libertad y el derecho a decir lo que queríamos decir. Sin embargo, los Estados Unidos siguieron respaldando al sha y obligándolo a derrochar la riqueza de Irán en armas. ¿Por qué hicieron eso? ¿Por qué los Estados Unidos fueron una democracia en casa y un dictador fuera?» Aquí había, por supuesto, una contradicción. El hecho de que el presidente Carter, cuya campaña por los derechos humanos era bien conocida en Irán, continuara cumpliendo con el compromiso político de los Estados Unidos con el sha antes de la revolución —por muy vacilante que éste fuera— se consideró un acto de hipocresía. Aun así la Administración Carter se opuso a la naturaleza antidemocrática del régimen del sha y, dentro de los límites de la diplomacia, Carter instó a la monarquía iraní a que liberalizara el país.

Los iraníes sostenían que era una posición demasiado ambigua para respetarla, y que resultaba difícil leer algunas de las declaraciones de Carter durante los últimos meses del gobierno del sha sin percibir cierta inocencia por parte del presidente estadounidense. En noviembre de 1978, por ejemplo, Carter describía al sha como «un amigo, un aliado leal»; sólo decía que las críticas hacia la política de estado del sha estaban «quizá a veces justificadas», y añadía que no conocía todos los «detalles» de las críticas. Sin embargo, a menudo el blanco de las condenas iraníes parecían las acciones de las administraciones estadounidenses previas: los gobiernos de Eisenhower, Kennedy o Nixon. Los estudiantes, cuando insultaban a Carter, parecían expresar sentimientos que sintieron en el pasado respecto a las políticas de Henry Kissinger, que tuvo un papel muy destacado (como secretario de Estado estadounidense) cuando ellos mismos trabajaban y vivían en los Estados Unidos. En comparación, muy pocos sabían algo acerca de la Administración Carter, salvo que el presidente se había negado a deportar al sha a Irán. Pocos de los estudiantes que había frente a la embajada pensaron en las consecuencias a largo plazo de la ocupación, en la posibilidad de que podría provocar la elección de Ronald Reagan, que adoptaría una posición mucho menos tolerante en los asuntos internacionales y un entusiasmo mucho mayor por los enemigos externos de Irán.

La reacción iraní a las potencias «satánicas» más pequeñas fue casi quijotesca. En la embajada británica, todavía manchada de pintura de antiguas manifestaciones, se reunió una multitud para expresar su satisfacción con el hecho de que Shapur Bajtiar, el último primer ministro del sha, no hubiera recibido asilo en el Reino Unido. Cuando los mismos manifestantes llegaron a la embajada francesa —el país que le había dado asilo temporal a Bajtiar— expresaron su agradecimiento por el hecho de que Francia hubiera dado refugio al ayatolá Jomeini antes de la revolución.

Sin embargo, ninguna gestión política pudo poner fin al cerco de la embajada

estadounidense. Los europeos, el nuncio papal, Sean McBride —el fundador de Amnistía Internacional—, los setenta y cinco embajadores que representaban a todo el cuerpo diplomático de Teherán: todos se encontraron con que sus súplicas fueron desoídas. Los embajadores ni tan siquiera pudieron ver a Bruce Laingen, que estaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores cuando la embajada fue tomada y permaneció allí hasta su liberación en 1981. El ayatolá Jomeini le dijo con gran dureza al Papa que «Jesucristo habría castigado al sha». La televisión iraní interrumpió la emisión de *El tercer hombre* para anunciar que Irán iba a dejar de suministrar los 600 000 barriles diarios a los Estados Unidos, lo cual fue una reacción algo precipitada a la decisión que ya había tomado el gobierno de Carter de suspender las importaciones de petróleo de Irán. El 14 de noviembre, Irán anunció la retirada de 12 000 millones de dólares de las reservas del gobierno de los bancos estadounidenses y Carter se apresuró a congelar los fondos que Irán tenía en los Estados Unidos. Cada nuevo paso reforzaba el poder de la teocracia que gobernaba Irán y reducía la influencia de la izquierda.

Medio millón de estudiantes se reunieron cerca de la Universidad de Teherán el 15 de noviembre, como muestra de apoyo a los fedayines, el movimiento de guerrilla de izquierdas que por entonces era ilegal en Irán y que no había apoyado el asalto a la embajada. Pero dentro del campus de la Universidad de Teherán encontré a Mehdi Bazargan en las plegarias del viernes, vestido con un jersey gris, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y escuchando al ayatolá Husein Alí Montazeri, el jefe del comité de expertos que había redactado hacía poco la nueva constitución islámica de Irán. Le estaba diciendo a su público que «la voluntad del pueblo iraní respaldaba la ocupación» de la embajada. Yazdi estaba sentado al lado de Bazargan, que acababa de dimitir porque el sitio a la embajada había minado a su gobierno. El Artículo 5 de la nueva constitución de Montazeri afirmaba que un jefe religioso con el apoyo de la mayoría —«una persona justa, pía, instruida, valiente y sagaz»— se convertiría en el guardián de la nación. Ni que decir tiene que esta tarea ardua, por no decir espiritualmente agotadora, sólo se le podía encomendar al ayatolá Jomeini.

En esta nueva teocracia, no iba a haber lugar para el partido comunista Tudé. Tras el derrocamiento de Mossadeg en 1953, el sha ejecutó a algunos de sus máximos dirigentes; otros huyeron del país. Al cabo de poco el partido volvió a correr la misma suerte ya que fue aplastado de nuevo, esta vez por Jomeini. Pero en el invierno de 1979, oficialmente aún apoyaba al ayatolá, a pesar de que las paredes del despacho de Nuredin Kianuri eran las únicas de Teherán en las que no había una fotografía del imam. Había un retrato de Lenin grabado en una plancha de cobre sobre las escaleras y el secretario general del Tudé frunció el ceño cuando le pregunté por qué el ayatolá no miraba fríamente a su escritorio.

«Aquí en Irán no existe el culto a la personalidad —me dijo—. No somos como los ingleses, que tienen una fotografía de la reina colgada en todas las habitaciones». Kianuri se rió demasiado de su gracia, consciente de que el paralelismo no era del

todo cierto. Era un hombre preciso y con un leve sentido del humor cuya calva, ojos grandes y mostacho gris le daban un aire a personaje de una gran novela francesa, pero el lenguaje político de este antiguo profesor —de la Universidad de Teherán y de la Academia de Arquitectura de Berlín Oriental— tenía más en común con *Pravda* que con Zola. El Tudé estaba implicado en «la lucha radical contra el imperialismo» y «la lucha para la reorganización de la vida social, sobre todo para los estratos oprimidos de la sociedad». El partido quería una «democracia popular», no la variedad burguesa tan habitual en Occidente. Y en la medida en que fuera posible, el Tudé, el partido político más antiguo de Irán, quería lo mismo que el ayatolá Jomeini. Esta era la teoría y Kianuri se atuvo a ella con valentía. La verdad era que las opiniones del Tudé sobre el nuevo Irán eran casi exactamente las mismas que las de la Unión Soviética que, de momento, estaba a favor del ayatolá.

«Hemos criticado a la clase dirigente —dijo Kianuri—. Hemos criticado la situación de las libertades en el Estado y de los derechos de las mujeres. Hemos criticado el fanatismo islámico; estamos en contra de las ideas no progresistas de esos elementos conservadores. Pero para nosotros, el lado positivo del ayatolá Jomeini es tan importante que el llamado lado negativo no significa nada. Creemos que él es un obstáculo para el fanatismo: es más progresista que otros elementos». Interrumpí a Kianuri. Tres meses atrás, le dije, Jomeini había condenado el gobierno apoyado por los soviéticos de Hafizulá Amin en Afganistán por luchar contra los rebeldes musulmanes. ¿Acaso eso no representaba una divergencia de opinión? «Eso fue hace tres meses —respondió Kianuri—. Pero ahora el punto de vista del ayatolá es distinto. Tiene nueva información sobre la situación de Afganistán».

¿Por lo tanto se había equivocado el ayatolá? «Yo no he usado la palabra *equivocado* —me corrigió Kianuri—. Sólo he dicho que el punto de vista del ayatolá ha cambiado y que ahora sabe que el movimiento contrarrevolucionario musulmán es una herramienta de los agentes de la CIA». ¿No me estaba hablando una voz soviética? ¿No era el Tudé, como sus críticos habían afirmado, más que un portavoz de la Unión Soviética? «Eso no es cierto. Los críticos rastrosos acusaron una vez a Victor Hugo de ser un espía inglés, y ha habido grandes figuras a las que han llamado agentes extranjeros porque ésta es la forma de insulto que se usa contra las fuerzas que combaten el imperialismo. El Tudé no es la voz oficial de la Unión Soviética».

En mi crónica de la entrevista para el *Times*, dejé entrever que dentro de poco el ayatolá podría aceptar con menos benevolencia las críticas del Tudé. Sólo me equivoqué en el cálculo del tiempo. Fue en 1983, en la cúspide de la guerra Irán-Iraq, cuando Jomeini empezó a dedicarle una atención «cada vez mayor» al partido que quería la «democracia popular». Cuando Vladimir Kuzichkin, un comandante del KGB soviético destinado en Teherán, desertó para irse a Gran Bretaña en 1982, entregó una lista de los agentes soviéticos que operaban en Irán, que luego fue compartida con las autoridades iraníes. Arrestaron a más de mil miembros del Tudé, incluido Kianuri, a quien convencieron rápidamente de que admitiera que el partido

era «culpable de traición y espionaje para la Unión Soviética». Kianuri apareció en la televisión iraní para declarar que había mantenido contacto con agentes soviéticos desde 1945 y que algunos miembros de su partido habían entregado documentos políticos y militares confidenciales a la embajada soviética de Teherán. Dieciocho diplomáticos soviéticos fueron expulsados. Kianuri y su mujer Mariam Firuz permanecieron encarcelados en la prisión de Evin durante diez años; él murió poco después de su puesta en libertad, lo que supuso el final para la izquierda de Irán.

No fue hasta noviembre de 1979 cuando, por fin, pude sentarme ante Jomeini. Mucho tiempo atrás, cuando Gran Bretaña tenía un imperio, el corresponsal del *Times* gozaba de la confianza de los estadistas y caudillos. Los shas y los príncipes pedían que los entrevistara. Pero por entonces había un nuevo imperio que se aseguraba de que fueran los presentadores de la televisión estadounidense, los chicos del *New York Times* y los periodistas que hacían el papel de portavoces del Departamento de Estado los que conseguían las entrevistas. Lo único que podía hacer era intentar «acoplarme», juntarme con los hombres de la nueva *pax americana* con quien los ayatolás —que olían el poder con la misma agudeza que todos los políticos— querían hablar. Así que me fui a Qom con dos cadenas de televisión estadounidenses a cuyos periodistas —en contraposición a sus jefes— admiraba mucho, John Hart y Peter Jennings. Hacía falta valor para que un estadounidense informara sobre la revolución Iraní con compasión e imparcialidad, y yo había recorrido Teherán en varias ocasiones con Hart. «Creo que podemos dejar que el joven Bob venga con nosotros, ¿no crees, Peter? —le preguntó Hart a voz en grito a Jennings mientras yo estaba a su lado—. No creo que se vaya a entrometer en nuestras cosas y echar una manita a los pobres británicos siempre hace que uno se sienta bien. ¡Además, estoy seguro de que el joven Bob se mostrará agradecido con los Estados Unidos!» El sarcasmo fue forzado, pero él era consciente de sobra de mi baja categoría en el rango de los escribientes.

Era una radiante mañana invernal de domingo y nos acercábamos a Qom, donde sus cúpulas de mosaico azul y sus minaretes dorados brillaban bajo el sol. A menudo pensaba que ése era el aspecto que debieron de tener nuestras ciudades europeas en la Edad Media, un brote repentino de chapiteles y torres por encima de una colina o a lo largo de un valle. Antes de llegar a los talleres de reparación de coches, a los garajes y los suburbios, Qom se apareció místicamente en medio del desierto. No hacía falta que la llamáramos ciudad «santa» en nuestras crónicas; después de kilómetros y kilómetros de dunas de arena gris, era un milagro de luz y poder. Así, comprendí que los peregrinos, después de pasar varios días sometidos al rigor de la roca, la grava y la arena polvorienta, contemplaran las cúpulas y los destellos dorados en el horizonte y renovaran su fe. *Alahu akbar*. En todos los altavoces de la ciudad, resonando en todos los patios, se oía la misma exhortación. Una vez, un mediodía abrasador de verano, acababa de llegar a Qom para entrevistar a unos de sus clérigos, y un estudiante musulmán —se trataba, por casualidad, de un británico que se había

convertido al islam— me ofreció agua helada en un cuenco de bronce reluciente. Fuera, mientras mis labios se posaban en el cuenco, vi un Jacaranda rosa que se mecía con la brisa. Fue como si me infundieran vida nueva. No me extraña que Jomeini hubiera decidido regresar a Qom. Era la ciudad desde la que había atacado por primera vez al sha. Aquí nacieron y aquí murieron los primeros mártires de la revolución. Decían que llevaba una vida humilde y tenían razón. Me enseñaron la habitación de Jomeini, en la que había una alfombra basta en el suelo, un colchón, una almohada y un vaso para el yogur del desayuno.

Era un fenómeno interesante, ese deseo oriental de mostrar la pobreza de sus líderes. En El Cairo, los miembros de la organización clandestina Yemaa Islamiya se deleitaban mostrándome los tugurios en los que vivían. Bin Laden había ordenado a sus hombres que me mostraran las tiendas en las que vivirían sus mujeres. Ahora los guardias de Jomeini estaban abriendo la puerta de la habitación del anciano. Nada de palacios para el imam porque, tal y como comprendí rápidamente, construía sus palacios con gente. Sus fieles, la adoración que mostraban en la cara las docenas de hombres que, apretujados, se abrían camino a empujones y patadas para llegar a la pequeña sala de audiencias con sus paredes blancas desnudas, éstos eran los cimientos y las paredes de su mansión espiritual. Eran sus sirvientes y sus guerreros leales, sus protectores y su guardia pretoriana. Dios tiene que proteger a nuestro imam. Y su devoción aumentaba cuando Jomeini proclamaba que no, que él era su sirviente y, lo que es más, era el sirviente de Dios.

No lo vi entrar en la sala a pesar de que la multitud prorrumpió en un grito casi histérico cuando apareció. Alcancé a verlo un instante, avanzando a la velocidad de un gato, un pequeño remolino de ropas negras, su turbante negro *sayed* se movía entre las cabezas, y al cabo de un instante estaba sentado ante mí, con las piernas cruzadas sobre una colorida alfombra, adusto, serio, con el ceño casi fruncido y la mirada fija en el suelo. Siempre he reaccionado mal en estas situaciones. La primera vez que vi a Yasir Arafat —hay que admitir que no era como Jomeini— quedé fascinado por su mirada. Qué ojos tan grandes tiene, tuve ganas de decirle. Cuando conocí a Hafez el Assad de Siria, quedé cautivado por su nuca lisa, tan recta que podría haberle puesto una regla encima sin que se viera ni una rendija. Cené una vez con el rey Husein y me quedé toda la noche estupefacto por lo pequeño que era, e irritado por no lograr que parara de jugar con el paquete de cigarrillos que había en la mesa entre nosotros. Y ahora aquí tenía a uno de los titanes del siglo xx, cuyo nombre aparecerá en todos los libros de historia durante mil años, el azote de los Estados Unidos, el Savonarola de Teherán, el «duodécimo» imam, un apóstol del islam. Y lo miré fijamente a la cara y vi dos lunares pequeños en la mejilla y sus cejas grandes y pobladas, las bolsas que tenía bajo los ojos, su cuidada barba blanca, con la mano derecha apoyada en la rodilla y el brazo izquierdo escondido entre las vestiduras.

Sus ojos no. No podía verle los ojos. Tenía la cabeza inclinada, como si no nos

viera, como si no se hubiera percatado de la presencia de los occidentales que había ante él, a pesar de que éramos el símbolo —para los hombres que no paraban de empujarse, sudorosos y pobres que había en la sala— de su poder y fama internacional. Eramos los cónsules extranjeros que llegaban al tribunal oriental, que esperaban oír la palabra del oráculo. Qotbzadeh estaba sentado a la derecha de Jomeini, mirando servilmente al hombre que más adelante lo condenaría a muerte, con la cabeza inclinada hacia el ayatolá, con el afán de no perderse ni una palabra. Al fin y al cabo, él iba a ser el intérprete. ¿Qué pasaba con los rehenes de la embajada?, queríamos saber nosotros. Jomeini sabía que le preguntaríamos eso. Entendía las redes. Sus últimos y cínicos comentarios sobre los periódicos en los últimos días de su vida demostraban que también nos entendía a nosotros.

«Serán juzgados —dijo—. Serán juzgados y aquellos que sean hallados culpables de espionaje se someterán al veredicto del tribunal». Jomeini sabía —y, más exactamente, nosotros sabíamos— que desde la revolución, a todo aquel que se hallaba culpable de espionaje se le había condenado a muerte. Luego llegó lo que yo siempre he llamado la técnica del «suelo resbaladizo», el desmentido de lo que, de otro modo, podría considerarse un asunto zanjado. «Sería apropiado decir —prosiguió el ayatolá— que mientras se queden aquí, están bajo el estandarte del islam y no sufrirán ningún daño... pero obviamente, mientras continúe este asunto, permanecerán aquí; y hasta que el sha regrese a nuestro país pueden ser juzgados». La extradición del sha a Irán, había decidido Jomeini, debía dominar todos los aspectos de la política exterior del país. Hart y Jennings, por supuesto, hablaban sobre legislación internacional, sobre el respeto que había que tener con todas las embajadas. Qotbzadeh tradujo la pregunta *sotto voce*. Jomeini respondió calmado, pero con voz áspera, como el sonido de la grava contra el mármol. Era el presidente Carter quien había infringido la legislación internacional al tener «espías» en Teherán. La inmunidad diplomática no incluía a los espías.

Meditaba las respuestas un largo rato antes de hablar —en esto tenía algo en común con Bin Laden, aunque los dos hombres tendrían pocos motivos para compartir algo más que su herencia islámica dividida— y sólo cuando usó la palabra *espionaje* perdió su voz la monotonía y dejó entrever su indignación. «Se supone que los diplomáticos que residen en cualquier país tienen que hacer trabajo diplomático. No se supone que deben cometer crímenes y practicar el espionaje... Si practican el espionaje dejan de ser diplomáticos. Nuestra gente ha detenido a cierto número de espías y según nuestras leyes deberían ser juzgados y castigados... Aunque el sha regresara, la liberación de los rehenes sería un gesto amable por nuestra parte».

Yo seguía intentando verle los ojos. Y en ese momento, me di cuenta de que Jomeini miraba hacia un lugar concreto del suelo, a un único punto resplandeciente, un rayo de luz que entraba por las ventanas altas y sucias y que formaba un círculo de luz sobre la alfombra. Tenía la cabeza inclinada hacia ese punto como si la luz en sí contuviera algún tipo de inspiración. El brazo izquierdo permanecía escondido bajo la

túnica. ¿Estaba mirando este punto de luz por algún motivo teológico? ¿Le permitía aclarar la mente? ¿O estaba aburrido, cansado de nuestras preguntas occidentales, con peticiones egoístas de información sobre unas cuantas docenas de estadounidenses cuando miles de vidas iraníes habían sido segadas durante la revolución?

Sin embargo, estaba claro que había decidido mucho antes de la entrevista lo que iba a decirnos. Seguro que ya sabía que tres de los estadounidenses serían liberados cinco horas más tarde, dos miembros negros de la guardia de marines de la embajada y una mujer, Kathy Gross. Aun así, Jomeini no hizo más que repetir una y otra vez el mismo argumento. Al igual que las televisiones estadounidenses, parecía estar obsesionado por un único tema: el castigo. No iba a sermonearnos, a hablarnos de Dios, de historia o, incluso, de su lugar en ella, «Carter ha hecho algo contra la legislación internacional, hay alguien que ha cometido un crimen y ese criminal debería ser devuelto a su país para que lo juzgáramos. —Su voz siguió purgándonos—. Mientras Carter no respete las leyes internacionales, estos espías no regresarán». Entonces se puso en pie, como alguien que hubiera perdido todo el interés por nosotros, y los hombres que había en las primeras filas, presas de la emoción por su marcha, quedaron al borde del colapso. Uno de nuestros chóferes dio un paso adelante —nuestro propio traductor se inclinó hacia Jomeini y le susurró que para el chófer sería el momento más grande de su existencia si pudiera estrecharle la mano al ayatolá— y nuestro conductor le cogió la mano derecha y la besó y cuando levantó la cabeza, vi cómo le corrían las lágrimas por las mejillas. Y Jomeini se fue<sup>[12]</sup>.

Esto no fue sólo un anticlímax. Fue un paso de lo sublime a lo trivial. Cuando uno de los marines estadounidenses liberados, el sargento Dell Maple, declaró esa noche que la revolución iraní había sido una «buena cosa», experimenté algo casi igual de interesante. Y a partir de ese momento, decidí leer a Jomeini, leer todos los discursos que pronunciara —¡cielos!, el Ministerio de Orientación Islámica nos inundaba con sus discursos— para ver qué había capturado los corazones de tantos millones de iraníes. Y lentamente lo entendí. Hablaba en el lenguaje de la gente normal, sin complejidad, no en el lenguaje de la exégesis religiosa, sino como si le estuviera hablando a un hombre sentado a su lado. No, a pesar de que en 1979 no sabía quién era Osama bin Laden —el saudí no partiría hacia Afganistán hasta al cabo de un mes—, Jomeini sabía de sobra los peligros que la fe suní wahabí saudí, así como el mundo occidental, suponía para los chiíes. En su famoso «último mensaje», poco antes de su muerte, cuando ya debía de haber oído el nombre de Bin Laden, Jomeini arremetió contra «las ideas anticoránicas que propagaba el culto supersticioso e infundado del wahabismo<sup>[\*]</sup>».

Jomeini sabía cómo rebatir a aquellos conservadores estadounidenses que afirmaban —y aún afirman— que el islam es una religión atrasada y aislada. «A veces se afirma con argumentos burdos que las leyes de hace 1400 años no pueden administrar de forma eficiente el mundo moderno», escribió.

En otras ocasiones sostienen que el islam es una religión reaccionaria que se opone a todas las ideas y manifestaciones de civilización nuevas y que, en la actualidad, nadie puede mantenerse al margen de la civilización mundial... Con una jerga propagandística endemoniada y, a la vez, insensata, reivindicando la santidad del islam y mantienen que las religiones divinas tienen la tarea más noble de purgar egos, de invitar a la gente al ascetismo, a la vida monástica... Esto no es más que una acusación estúpida... El Corán resalta con gran énfasis la ciencia y la industria... Estos individuos ignorantes deben percatarse de que el sagrado Corán y las tradiciones del Profeta del islam contienen más lecciones, decretos y órdenes sobre el gobierno y la política que sobre cualquier otro asunto...

Harvey Morris admiraba profundamente a Jomeini cuando llegué a su oficina para enviar mi crónica esa noche de noviembre de 1979. «Hay que reconocérselo al viejo —dijo mientras le daba una calada a otro cigarrillo—. Ha sabido cómo manejarlos a todos. Sí, nuestro AJ sabe cómo manejar a la perfección a esos gilipollas que enviamos para que lo entrevisten. No malgasta el tiempo en cuestiones teológicas serias que no entenderíamos; va directo al grano y nos da los puñeteros titulares». A su manera, no sin cierto cinismo, Harvey respetaba a Jomeini. El ayatolá sabía cómo hablarnos y sabía cómo hablarles a los iraníes. Y cuando éstos leyeron su «último mensaje» tras su muerte en 1989, las palabras de Jomeini fueron la humildad personificada. «Necesito vuestras plegarias y le suplico perdón y compasión a Dios Todopoderoso por mi ineptitud y mis errores —escribió—. También espero que la nación perdone mis defectos y fracasos... Que sepa que la marcha de un siervo no dejará ni un rasguño en el escudo de acero que es esta nación».

Así, era comprensible que los seguidores de Jomeini quedaran convencidos por su santidad hasta adoptar una reverencia casi descarnada. Recuerdo la forma en que Qotbzadeh me hablaba sobre él, cómo bajaba la voz hasta convertirla casi en un susurro femenino, mientras intentaba convencerme de que el enfado del ayatolá por el lento ritmo de la revolución no implicaba ningún cambio de carácter. «Es un hombre tan santo como antes, más honesto que nunca, tan resuelto como siempre ha sido y más puro que nunca». Este era el hombre cuya ejecución aprobó Jomeini. Nunca sabremos lo que pensó Qotbzadeh cuando se encontró ante el pelotón de fusilamiento.

«De vuelta en el “antro de perdición”, ¿eh, Bob?», me preguntó Harvey cuando entré jadeando en la oficina de Reuters para enviar mi crónica. La nube de humo de cigarrillo era más densa de lo habitual. Había otra botella de whisky en el escritorio. «¿Qué se siente al regresar al “centro de vicio y saturnales”?» Harvey tenía razón, por supuesto. «Saturnales» era una de las expresiones favoritas de Jomeini. Y era fácil burlarse de la revolución iraní, de su eterno sermoneo, de la integridad infinita e inalterable de sus discusiones, su confianza infantil en sí misma. Sin embargo, esta revolución poseía una perseverancia, una diligencia que podía lograr unos efectos extraordinarios en cuanto había identificado claramente un objetivo. Nada podría haber simbolizado más esta dedicación que la reconstrucción de los miles de documentos diplomáticos estadounidenses hechos trizas que encontraron los iraníes cuando saquearon la embajada de los Estados Unidos.

Una mujer «seguidora del imam» describió posteriormente cómo un estudiante de ingeniería llamado Javad llegó a la conclusión de que las tiras de cada documento debían de haber caído unas cerca de las otras, lo que permitió la reconstrucción de éstos:

Era el paradigma de la concentración: barbudo, delgado, nervioso e intenso. Estas cualidades, unidas a su gran dominio del inglés, sus dotes matemáticas y su entusiasmo, lo convertían en la persona ideal para el trabajo... Una tarde cogió un puñado de tiras del barril, las puso sobre una hoja de papel blanco y empezó a separarlas de acuerdo con sus cualidades... Después de cinco horas sólo habíamos podido reconstruir un veinte o treinta por ciento de los dos documentos. Al día siguiente visité el centro de documentación con un grupo de hermanas. «Venid a ver. Con la ayuda de Dios, con fe y algo de esfuerzo podemos lograr lo imposible» dijo él con una sonrisa<sup>[\*]</sup>.

Se reunió a un equipo de veinte estudiantes para reconstruir los documentos. Cogieron una tabla lisa y le pusieron cintas elásticas para sujetar las tiras. Podían reconstruir entre cinco y diez documentos a la semana. Eran los tejedores de alfombras que, con gran cuidado, casi con cariño, volvían a tejer su tapiz. Las alfombras iraníes están llenas de flores y pájaros, la recreación de un jardín en el desierto; están pensadas para dar vida entre la arena y el calor, para recrear los prados eternos en medio de un páramo. Los iraníes que trabajaron durante meses para reconstruir esos papeles estaban creando su única y propia alfombra, que revelaba el pasado y se transformaba en un libro de historia viva en medio de la árida propaganda de la revolución. Los estudiantes de secundaria y los veteranos de guerra discapacitados fueron reclutados para tejer esta alfombra de papeles. Tardaron seis años en acabarla, tres mil páginas que contenían 2300 documentos, que acabaron reunidos en 85 volúmenes<sup>[13]</sup>.

Noche tras noche, a medida que se publicaba cada edición, yo estudiaba estos excepcionales documentos, un archivo vivo de historia contemporánea secreta que abarcaba desde 1972 hasta el caos del Irán posrevolucionario, creado todo por la nación que ahora amenazaba con emprender acciones militares contra Irán. Ahí estaba el embajador William Sullivan en septiembre de 1978, refiriéndose con desdén a la «coalición extremista de musulmanes fanáticos encabezada por el ayatolá Jomeini en Iraq (en la que, según se dice, se han infiltrado y reciben la ayuda de varios elementos terroristas, criptocomunistas y otros radicales de extrema izquierda) ...» o escuchando al sha mientras éste «insiste en decir que ve la mano soviética en todas las manifestaciones y disturbios que han tenido lugar». Algunos de los análisis diplomáticos eran totalmente erróneos. «Figuras como los ayatolás Jomeini y Shariatmadari... tienen pocas posibilidades de sacar provecho de su gran número de seguidores para hacerse con el control del gobierno por sí mismos», según se afirmaba en un cable secreto.

Otros documentos eran sumamente incriminatorios. Robert R. Bowie, subdirector de asesoramiento internacional de la CIA, le agradece a Sullivan el 14 de diciembre de 1978 que hubiera organizado un cóctel que le permitió conocer al sha y «mantener

conversaciones informales con varios militares iraníes y gente de la Savak». Un memorando del consulado estadounidense en Isfahán con la misma fecha deja constancia de una conversación con Ibrahim Peshavar, el director de la televisión iraní, en la que le preguntan a Peshavar «si era cierto que sus equipos habían cubierto la manifestación [sic] en la que se habían derribado estatuas del sha, y si les habían proporcionado las cintas a las fuerzas de seguridad para que llevaran a cabo una investigación. Él respondió que la habían cubierto, que la NIRT [Radio y Televisión Nacional Iraní] había decidido no emitirla por televisión, y que esas cintas se compartían habitualmente con “otras agencias gubernamentales”. Él... me pidió que no lo fuera contando por ahí».

Entre los archivos reconstruidos había un folleto de 47 páginas de la CIA, clasificado como «secreto» y con fecha de marzo de 1979 —escrito después de la revolución pero que, por increíble que parezca, se mantuvo en los archivos de la embajada—, que trataba sobre la estructura interna de los «Servicios de Seguridad y de Inteligencia en el Extranjero» de Israel. En él se decía que los esfuerzos israelíes para romper el «círculo» árabe habían conducido a:

una relación formal trilateral llamada organización Tridente... formada por el Mossad, el Servicio de Seguridad Nacional de Turquía (SSNT) y la Organización Nacional de Información y Seguridad de Irán (SAVAK)... La organización Tridente implica un intercambio continuo de información de inteligencia además de unas reuniones semimanuales [sic] de jefes del estado mayor... El objetivo principal de la relación de Israel con Irán era el desarrollo de una política proisraelí y antiárabe por parte de los oficiales israelíes. A lo largo de varios años, desde finales de la década de 1950, el Mossad ha participado en varias operaciones conjuntas con la Savak. El Mossad prestó ayuda a la Savak en varias actividades y apoyó a los kurdos en Iraq. Los israelíes también transmitían de forma regular informes de inteligencia a los iraníes sobre las actividades de Egipto en los países árabes, las tendencias y avances en Iraq y las actividades comunistas que afectaban a Irán.

Algunos de los memorandos internos estadounidenses mostraban una conciencia bastante importante de los acontecimientos políticos y una comprensión de la cultura de Irán, a pesar de que toda esta sabiduría no era aceptable en Washington. George Lambrakis envió un memorando al Departamento de Estado el 2 de febrero de 1979 en el que señalaba que:

Durante mucho tiempo los portavoces del gobierno iraní han difundido la acusación de que la mayoría de los seguidores de Jomeini son criptocomunistas o izquierdistas de tendencias marxistas... en gran parte estas afirmaciones se basan en una fábula según la cual los comunistas se han infiltrado desde jóvenes en las escuelas religiosas y ahora se han convertido en los mulás y otros organizadores del movimiento religioso...

La occidentalización en Irán alcanzó una categoría y una legitimación durante el mandato de los dos monarcas Pahlavi que casi ha borrado los recuerdos del pasado islámico para un gran número de personas que fueron a escuelas del sistema educativo iraní occidentalizado y que realizaron gran parte de sus estudios superiores en el extranjero... Los shas Pahlavi han intentado tildar a la clase dirigente islámica de vestigios reaccionarios del pasado que se están quedando obsoletos rápidamente. Se tomaron varias medidas para que esta profecía se cumpliera por sí sola. El gobierno realizó una serie de esfuerzos para impedir que los mulás recibieran apoyo económico directo de la gente... Aun así es obvio que el islam está hondamente arraigado en las vidas de la amplia mayoría del pueblo iraní. En su variante chií, a lo largo de los años se ha ido identificando cada vez más con el nacionalismo iraní... Los Pahlavis intentaron sustituir este antiguo nacionalismo con una versión moderna basada en un regreso a las tradiciones, las leyendas y glorias de pasado preislámico...

Otro documento de valoración sobre la sociedad iraní de 1978 parece una descripción de la sociedad iraquí antes de la caída de Sadam en el 2003 —ojalá los estadounidenses lo hubieran leído antes de su invasión de Iraq— y finaliza con unas conclusiones con las que Jomeini habría estado de acuerdo:

Hay varios ejemplos en la historia iraní que predisponen tanto al gobernante como a los gobernados a ejercer y esperar un comportamiento autoritario. No existe tradición del traspaso de autoridad ordenado, no ha habido ninguna experiencia real con las formas democráticas... Existe en Irán... una tradición establecida de un gobernante fuerte al frente de un gobierno autoritario, y de una obediencia general a toda autoridad que manifieste su voluntad con la fuerza. La experiencia del actual sha, por ejemplo, sugiere a grandes rasgos que la mejor forma de asegurar la estabilidad política en Irán es mediante un gobierno autoritario, y que los períodos de mayor malestar político surgen cuando el gobernante... comparte su autoridad, tal y como ocurrió durante la crisis de Mossadeq de 1951-1953, o en los intentos de introducir libertades, como con el programa de liberalización de mediados de la década de 1970... La incapacidad de la sociedad iraní para adaptarse satisfactoriamente a estos cambios sociales proviene en gran parte de la influencia dominante y antigua de la religión y los jefes religiosos... El islam chií no es una mera religión, sino que es un sistema que abarca los aspectos religiosos, económicos, legales, sociales e intelectuales y que controla todas las vertientes de la vida, y se cree que los jefes de la secta, a diferencia de sus homólogos del islam suní, completan las revelaciones de Dios en la Tierra.

Aunque este ensayo alcanzaba unas conclusiones totalmente erróneas —«no prevemos ninguna circunstancia probable en que un gobierno controlado por jefes religiosos pudiera alcanzar el poder», escribieron sus autores— otros documentos contemporáneos demostraban una gran sagacidad. John Washburn escribió el 18 de septiembre de 1978 que «la represión religiosa llevada a cabo por el sha en Irán ha provocado que los grupos chiíes predominantes den un giro hacia el dogmatismo y el conservadurismo con el fin de defenderse a sí mismos, igual que ha hecho el catolicismo romano en los países comunistas». Ya en 1972, el entonces embajador, Richard Helms, antiguo jefe de la CIA, recibió un largo memorando «secreto» sobre el «carácter» iraní, que sugería que las repetidas humillaciones nacionales habían «infundido a la personalidad iraní una serie de características muy negativas» pero «bajo ocupación (árabes, mongoles, turcos) o manipulación extranjera (británicos, rusos), los iraníes conservaban su sentido de nación mediante su cultura... y su amor propio en unas vidas privadas ocultas y enclaustradas... El mundo exterior era visto, y con razón, como algo hostil».

Sin embargo, fueron los esfuerzos más prosaicos de los diplomáticos estadounidenses los que a buen seguro se acercaban más a la verdad. Una nota de los consulados estadounidenses de Irán del 21 de noviembre de 1978 informaba sobre la opinión pública fuera de Teherán. «¿Por qué, se pregunta la gente, necesita Irán F-14 cuando los aldeanos que viven a menos de cinco kilómetros de la base de las Fuerzas Aéreas de Tadayon de Shiraz... aún viven sin agua corriente ni electricidad?»<sup>[14]</sup>.

Lo que ninguno de los informes de la embajada estadounidense predijo fue la brutalidad de la revolución iraní, la increíble crueldad que se manifestó entre los llamados jueces y juristas que estaban dispuestos a torturar y a matar por antojo en lugar de reflexionar. Al final de los ocho años de la guerra Irán-Iraq, esta tendencia

alcanzó su apogeo en los ahorcamientos en masa de miles de prisioneros de la oposición. Sin embargo, sus características ya quedaron de manifiesto al cabo de pocos días tras el derrocamiento del sha; y nadie las recalcó de modo más escalofriante que el presidente del Tribunal Islámico, el hoyatoleslam Sadeq Jaljali, el «Gato», que en diciembre de 1979 me había dicho que tenía la intención de «colgar» al sha. Al principio, cuando me lo dijo, y a pesar de su despiadada reputación, pensé que se trataba de una forma de hablar, de un comentario gratuito. Por supuesto, no se trataba de eso de ninguna de las maneras.

Los Guardias Revolucionarios que estaban sentados alrededor de Jaljali la primera vez que visité al hoyatoleslam habían resultado heridos mientras luchaban contra rebeldes kurdos en el noroeste de Irán. Hacía calor en aquella pequeña habitación de Qom, y el teólogo de gafas sólo llevaba puesto un pijama y un mandil blanco. «¿Es usted del *The Times* de Londres?», me preguntó mientras miraba en mi dirección. «Bueno, pues mire a estos hombres. —Hizo una pausa y luego soltó una risita aguda—. Esto lo hicieron los rebeldes. Los arrancaré de raíz, los mataré a todos». A decir verdad, el aspecto de Jaljali no se correspondía con su personalidad. Era un hombre pequeño con una sonrisa amable —los jueces islámicos de esa época parecían sonreír mucho— que lo traicionaba cuando hacía chistes inoportunos. Dos semanas atrás, cuando un reportero le preguntó cómo se sentía ante el descenso del número de ejecuciones en Irán, respondió con una risa entre dientes: «Me siento hambriento». Sin embargo, habría sido un grave error pensar que el juez más temido de Irán —la «cólera de Dios» para sus admiradores— no se tomaba su vocación en serio. «Si un juez islámico se percata de que alguien es culpable de corrupción en la Tierra o de hacer la guerra contra Dios —dijo—, el juez condenará al acusado, aunque éste afirme ser inocente. Lo más importante de la justicia islámica es la sabiduría del juez... Aunque un hombre niegue las acusaciones que se le imputan, eso no significa nada si el juez decide lo contrario». Obviamente, el hoyatoleslam Jaljali no tenía tiempo para los reporteros que preguntaban por qué se había ejecutado a tantos iraníes tras la revolución. «Los ejecutados eran los principales criados del antiguo régimen odiado. Habían explotado a esta nación. Habían sido responsables de matanzas, torturas y encarcelamientos ilegales. Me sorprende que me haga semejantes preguntas». Jaljali mostraba la misma impaciencia cuando le preguntaban si su intención anunciada a los cuatro vientos de tramar el asesinato del exsha estaba en consonancia con los principios de la justicia islámica. «Sabemos que los Estados Unidos no nos entregarán al sha —dijo con, todo hay que admitirlo, una notable dosis de realismo—, de modo que tenemos que matarlo, no nos queda otra opción. Si fuera posible traerlo aquí y juzgarlo, lo mataríamos después. Pero como no podemos juzgarlo, y puesto que estamos seguros de que debería ser ejecutado, lo mataremos de todos modos. Nadie juzgó a Mussolini. ¿Y quién juzgó a los franceses que fueron ejecutados por colaborar con los soldados de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial?»

Mientras hablaba, los Guardias Revolucionarios se masajearon sus miembros heridos —o lo que quedaba de ellos— y ejercitaban sus manos artificiales. El crujido y el chirrido de los dedos de acero salpicaban la conversación mientras Jaljali caminaba por la habitación, descalzo y sin calcetines, o se masajeara los pies con las manos. Me pregunté cómo se sentía cuando sentenciaba a un hombre a muerte. «Siento que estoy cumpliendo con mi deber y que hago lo que el pueblo iraní quiere que haga. Por eso mi gente nunca me ha criticado por estas acusaciones». Pero ¿no se había negado a concederle a Hoveyda o a Nassiri, el exjefe de la Savak, todo derecho a recurrir contra su sentencia de muerte?

«Sí que recurrieron —replicó—. Y le pidieron al imam y al tribunal que los perdonaran. Mucha gente vino a verme y me pidió que perdonara a estas personas. Pero yo era responsable ante la nación iraní y ante Dios. No podía perdonar a Hoveyda y a Nassiri. Destruyeron las vidas de 60 000 personas». Jaljali afirmó que había ordenado que un comando se desplazara a Panamá, donde se encontraba por entonces el sha con su familia, para matarlos a todos. «No sé si ya han salido de Irán —dijo y luego soltó una de sus típicas risitas mientras se lanzaba a hablar en castellano—. Todos tienen *pistolas*». Desde el asesinato del sobrino del sha en París dos semanas antes, la Interpol, y las víctimas elegidas por Jaljali, prestaban ahora una gran atención a las amenazas del juez. Y Jaljali tuvo la amabilidad de enumerar los objetivos de sus escuadrones de la muerte. «Estamos buscando a Sharif Emami [antiguo primer ministro], al general Palizban, a Hushang Ansari [antiguo ministro de Economía], a Ardeshir Zahedi [antiguo embajador en Washington], a Golamali Oveisi [antiguo administrador de la ley marcial], a Garabagi [antiguo jefe del estado mayor del ejército del sha], a Fará [la exemperatriz], a Hoyab Yazdani [un antiguo banquero], a Valian [antiguo ministro de Agricultura], a Yamshid Amuzegar [antiguo primer ministro] y a Shapur Bajtjar [el último primer ministro del sha, y que ahora vivía en París]. También queremos al sha y a su hermano y a Ashraf [la hermana gemela del sha]. Allí donde encontremos a estas personas, las mataremos».

Jaljali no tenía ningún reparo en hacer pública su «lista negra», y lo decía con toda seriedad; más de una década después, conocí al jefe del pelotón iraní que habían enviado a París a asesinar a Bajtjar. ¿Era Jaljali de verdad la «cólera de Dios»? le pregunté. «Yo crecí en la pobreza y, por lo tanto, puedo entender a la gente pobre. Lo sé todo sobre el régimen anterior. He leído libros de política. El imam me ordenó que fuera el juez islámico y he llevado a cabo mi trabajo a la perfección. Por eso ninguno de los agentes del sha en Irán ha escapado a mis manos<sup>[15]</sup>».

Pasarían siete meses antes de que volviera a ver a Jaljali. Su monstruosa reputación no había quedado mancillada por un descenso temporal del número de ejecuciones. En julio de 1980, su cólera cayó sobre prados nuevos y más fértiles. Esta extraordinaria lumbrera judicial se encontraba ahora en el patio soleado de la cárcel de Qasr, blandiendo una cuchara diminuta de plástico rosa, relamiéndose los labios ruidosamente y devorando una gran tarrina de cartón de helado de vainilla. Para

tratarse de un hombre que acababa de ordenar la primera ejecución pública de Teherán desde hacía quince años, se hallaba en un excelente estado de ánimo.

Cinco días antes, se había establecido un nuevo precedente espantoso cuando cuatro personas —dos de ellas mujeres de edad media casadas— fueron lapidadas hasta la muerte en la ciudad de Kermán, al sur de Irán. Todas habían sido condenadas por delitos sexuales por uno de los tribunales revolucionarios de Jaljali. Pocas horas después de que fuera emitida la sentencia, vistieron a las condenadas de blanco, las enterraron hasta el pecho en el suelo y las apedrearon con rocas del tamaño de un puño. Posteriormente, en uno de sus típicos e innecesarios comentarios, el tribunal declaró que las cuatro habían muerto de «lesiones cerebrales». Las mujeres fueron condenadas por estar «implicadas en la prostitución» y por «engañar a chicas jóvenes». Uno de los hombres fue condenado por homosexualidad y adulterio, y el otro por haber violado supuestamente a una niña de diez años. Antes de la ejecución, bañaron y vistieron a los cuatro condenados según el ritual, y les cubrieron la cabeza con una capucha blanca ceremonial. Los clérigos de la ciudad habían visitado a los condenados y habían elegido las piedras de la ejecución, que variaban entre los dos y los quince centímetros de diámetro. Las dos mujeres y los dos hombres tardaron quince minutos en morir<sup>[16]</sup>.

«No sé si apruebo la lapidación —dijo Sadeq Jaljali mientras nos lanzaba una sonrisa burlona a los periodistas y a un grupo de diplomáticos asustados a los que también había invitado a acudir a la cárcel de Qasr—. Pero en el Corán se menciona que aquellos que cometen adulterio deben morir lapidados. —El hoyatoleslam hundió la cucharilla en el helado, que se derretía, sin hacer caso a los prisioneros que pasaban a trancas y barrancas detrás de él, llevando barriles llenos de calderos de sopa de verduras—. Nosotros aprobamos todo aquello que diga el Corán. ¿Cuál es la diferencia entre matar a personas con piedras y matarlas con balas? Sin embargo, lanzar piedras sirve de lección a la gente». Jaljali renegaba modestamente de toda responsabilidad por las lapidaciones de Kermán —su barbudo relaciones públicas nos informó de que un hombre llamado Fahin Kermani había tomado esta importante decisión—, pero admitió que esa misma mañana había ordenado nuevas ejecuciones. En uno de los extremos de la calle Jamshid habían puesto en fila a siete hombres a las cinco de la mañana y un pelotón de fusilamiento los había ejecutado mientras una multitud lo observaba todo boquiabierto. Muchos de los que murieron habían sido condenados por delitos de drogas, y en su papel como jefe de la brigada antinarcóticos iraní, el hoyatoleslam nos había invitado a la cárcel de Qasr para ver el último alijo del que se habían incautado.

Sólo cabía maravillarse. Jaljali lo había amontonado en la mezquita de la prisión, un espléndido edificio con frescos y una cúpula de azulejos azules y rojos, que ahora estaba lleno de toneladas de opio, de sacos de un kilo de heroína, de unos bloques grandes y pegajosos de hachís, de neveras robadas, de tableros de backgammon tallados de manera elaborada, de un muro de dos metros y medio de cigarrillos —en

ese momento pensé por un instante en Harvey Morris y sus «saturnales» de Reuters —, de miles de narguiles, de alfombras, cuchillos, fusiles automáticos e hileras de botellas de champán (Krug 1972). La preciosa mezquita apestaba, literalmente, a hachís mientras Jaljali hacía una visita triunfal a su botín, abriéndose paso entre veinte toneladas de opio y como mínimo cien kilos de heroína, cada uno empaquetado cuidadosamente en un saco blanco y limpio. Fue inevitable que le preguntaran si los tribunales revolucionarios se enfrentaban con suficiente ahínco a los traficantes de droga, y también fue inevitable que el hoyatoleslam esbozara una gran sonrisa —dirigida a los diplomáticos— antes de contestar. «Si hiciéramos lo que otros quieren que hagamos, tendríamos que matar a mucha gente, lo que, en mi opinión, es sencillamente imposible —dijo—. Todo podría desembocar en una crisis. Si tuviéramos que matar a todo aquel que poseyera cinco gramos de heroína, deberíamos matar a cinco mil personas, lo cual sería muy difícil». A decir verdad, habría que añadir que el ayatolá había empezado a buen ritmo. En las últimas siete semanas, sus tribunales habían enviado sumariamente a 176 hombres y mujeres a los pelotones de fusilamiento por delitos de narcóticos, muchos de ellos sentenciados por el propio Jaljali en el inocuo edificio de hormigón, cubierto por las sombras de los árboles, y situado a 300 metros de la pequeña mezquita.

Jaljali se esforzaba por no parecer un ogro y negó en repetidas ocasiones ser semejante cosa. Su cuerpo pequeño y relleno, su barba gris y ojos brillantes le confieren una apariencia paternal, el tipo de hombre que podría haber estado más en casa, sentado junto a la chimenea y con pantuflas, mientras el gato de la familia ronronea junto a él; siempre que el gato de la familia sobreviviera. Bromeó con nosotros en varias ocasiones mientras hacía la ronda de la mezquita y metía el dedo afablemente en los sacos de opio que había bajo la cúpula principal. A cada minuto, más o menos, un hombre joven vestido con una camisa verde pálido y con una pistola sujeta en los pantalones se encaramaba a un montón de bolsas de heroína y gritaba «Dios es grande» a voz en cuello, un estribillo que resonaba por toda la mezquita.

«Si me miras, no ves un esfuerzo interior escrito en mi cara —observó Jaljali mientras salía al sol—. Pero soy un revolucionario. Persigo a agentes por todas partes, en Francia, Inglaterra y América. Eso es un hecho. Los persigo por todas partes». Afirmaba haber obtenido un «éxito del 200 por ciento» en la erradicación del tráfico de drogas en Irán y una victoria del 80 por ciento en la prevención del tráfico de drogas internacional, motivo por el que había invitado a los diplomáticos a la prisión de Qasr, para que escucharan al juez. Afirmaba que una mafia intercontinental dirigía una red de narcotráfico desde Pakistán, Birmania y Tailandia, y describió cómo un miembro de la familia del antiguo sha se suponía que había usado un avión privado para transportar drogas de Afganistán hasta un pequeño aeródromo que había a las afueras de Teherán. El opio confiscado, dijo, podía ser usado con fines médicos por el gobierno. Sin embargo, iban a quemar el hachís y la heroína.

El hoyatoleslam se dirigió a grandes zancadas desde el patio hasta una alambrada,

pero en ese instante ocurrió algo muy extraño. Docenas de mujeres envueltas en velos negros, las mujeres y hermanas de los hombres a los que el ayatolá estaba a punto de sentenciar, cruzaron el césped corriendo en dirección a él, con bebés en brazos y gritando «Salve, Jaljali». El hoyatoleslam fingió no darse cuenta de su presencia mientras los soldados las mantenían a raya y él cruzaba una puerta de la alambrada. Durante unos instantes, habló sobre la posibilidad de organizar una rueda de prensa formal antes de entrar en su diminuto juzgado, pero entonces se nos acercó un policía y nos dijo que el juez se había «enfadado». Al darnos cuenta de que la furia de un hoyatoleslam podía alcanzar a un periodista o dos, pusimos un fin precipitado a este acto público. Huimos<sup>[17]</sup>.

Para los occidentales, Jaljali representaba un peligro especial. Si los rehenes estadounidenses de la embajada tenían que ser juzgados por un tribunal islámico, ¿qué ocurriría si dejaban que Jaljali se ocupara de ellos? Todas las promesas de protección de Jomeini podrían reinterpretarse ahora que los documentos de la embajada, que poco a poco se iban reconstruyendo, demostraban que las afirmaciones de la existencia de un «nido de espías» en Teherán no carecían de fundamento. Así, cuando el sha se trasladó de los Estados Unidos a Panamá, un viaje del que los iraníes fueron avisados con antelación por tres diplomáticos occidentales que actuaron a petición de Washington, los «estudiantes del imam» realizaron una declaración en la que repetían la promesa de «juzgar» a los estadounidenses<sup>[18]</sup>. Al final, por supuesto, no hubo ningún juicio.

Como era inevitable, los iraníes acabaron perdiendo la paciencia con los periodistas extranjeros de Teherán. El día después de la declaración sobre el «juicio», Abolhassan Sadeq entró en el ministerio iraní de Orientación Islámica con el semblante preocupado de un director de colegio al que han obligado a ocuparse de una clase siempre revoltosa. Harvey Morris, envuelto en su habitual nube de humo —por suerte para él, pasó como mínimo una década antes de que Irán prohibiera fumar en edificios del gobierno—, sabía lo que se avecinaba. «Bueno, Fisky, a ver a quién le dan la patada hoy», murmuró. En el edificio del ministerio había un auditorio subterráneo que guardaba un inquietante parecido con la sala de actos de una escuela, lugar donde aguardábamos para oír lo peor. Sadeq, el director de la escuela, tomó asiento ante un escritorio situado sobre un estrado, y nos miró con severidad. Sabíamos que iban a caer una o dos expulsiones.

«Caballeros —empezó diciendo; a Harvey siempre le gustaba esa parte—, quiero compartir con ustedes el martirio que estamos sufriendo con respecto a los medios de comunicación extranjeros. Con gran disgusto, vamos a expulsar de Irán a todo el equipo de la revista *Time*». Poco importaba que «todo» el equipo de *Time* en el país ascendiera a dos personas. No era así como Sadeq veía las cosas. Había más de trescientos periodistas extranjeros en Irán procedentes de más de treinta países, dijo, pero *Time* había ido demasiado lejos. Blandió un puñado de portadas del medio culpable, en una de las cuales aparecía un retrato poco favorecedor de Jomeini.

«Desde que surgió el problema de los rehenes —dijo Sadeq, agitando el último número de *Time*— esto no ha hecho más que suscitar el odio del pueblo estadounidense. Las portadas han sido como un martillazo en el cerebro. La revista ha provocado una reacción muy irracional en nombre del pueblo estadounidense». *Time* no fue la única organización de noticias que sintió la cólera iraní. Ocho días antes, habían expulsado a Alex Eftyvoulos, un corresponsal de Associated Press —un chipriota medio ruso y barbudo que se parecía a Rasputín— por haber tergiversado supuestamente noticias de disturbios en Tabriz, la capital provincial de Azerbaiyán. Incluso los británicos habían tenido que hacer frente a la furia iraní. A principios de diciembre, Enayat Etehad, de la televisión iraní, había visto las noticias de la BBC desde un hotel de Londres y se enfureció tras ver un reportaje sobre los rehenes, en el que Keith Graves describía con detalles muy desagradables cómo tenían atadas las manos con cuerdas y cómo les habían prohibido hablar unos con otros o recibir noticias del mundo exterior. No me sorprendió. Durante las dos décadas y media siguientes, Graves hizo enfurecer a los talibanes, al ejército israelí, al gobierno estadounidense, al IRA, al ejército británico, a la OTAN, a los egipcios, a la OLP, a Hezbolá, a los sirios, a los turcos e incluso a los chipriotas —esto último fue un gran logro incluso para un hombre de la brusquedad de Graves— y consiguió sobrevivir a todo ello. Pero a la BBC le hicieron pagar por esto. Etehad ordenó a la televisión iraní que impidiera que ningún periodista de la BBC utilizara los equipos vía satélite. La BBC se vio obligada a enviar por avión todas sus películas sin revelar a Londres, donde acostumbraban a llegar un día tarde. Estaba claro, sin embargo, que Etehad estaba mucho más disgustado con el servicio de radio en persa de la BBC, y Sadeq blandió un fajo de papeles por encima de la cabeza; dijo que eran quejas «de todo Irán» por el servicio persa.

Sadeq confiaba mucho en sus andanadas. Hizo referencia en voz alta al hecho de que uno de los dos corresponsales de *Time* había trabajado para la CIA en el pasado. «Y aun así le dejé entrar en Irán». Se refería a Bruce van Voorst, que trabajó como agente de investigación de la CIA a finales de la década de 1950, pero que afirmaba que había cortado todos los vínculos con la agencia, cuyas actividades en el país eran ahora, gracias a los documentos de la embajada, una obsesión nacional. La cadena estadounidense CBS se había metido en problemas por comparar a los estudiantes de la embajada con el grupo alemán Baader-Meinhof, y la cadena ABC por un análisis del Departamento de Estado «que dejaría como un idiota a cualquier iraní». Sin embargo, la reacción del gobierno a la cobertura extranjera fue algo estrecha de miras, fue una reacción visceral provocada por la ira patriótica más que por la reflexión. Sadeq, que cuando se metía en discusiones era muy dado a realizar comparaciones poco afortunadas con acontecimientos de la historia estadounidense, puso de manifiesto este hecho de forma inconsciente cuando nos recordó que «en 1834, el coronel Travis defendió el Álamo contra el ejército mexicano y cuando le dijeron que se rindiera respondió con disparos. Defendió sus principios. Y eso es lo

que Irán está haciendo hoy». Oí suspirar a Harvey Morris. «¡Cielo Santo! —exclamó—, creía que Travis había perdido la batalla del puñetero Álamo».

La revolución fue una tempestad y todos estábamos atrapados en el vórtice. Entrevistamos a Jomeini, vimos las épicas manifestaciones, vimos cómo Estados Unidos se retorció de impotencia. Los buques de guerra estadounidenses entraron en el Golfo. Jomeini reunió un ejército de decenas de miles de escolares voluntarios para que defendieran Irán. Regresé del Kurdistán iraní en un autobús cuyos pasajeros se pasaron una hora viendo un programa educativo sobre armas en la televisión que se había instalado a tal efecto en el autobús: cómo desmontar y volver a montar un fusil automático, cómo quitarle la anilla a una granada, cómo dominar el mecanismo de una ametralladora pesada. Yo me balanceaba en la última fila de aquel autobús que circulaba a toda prisa, mientras el resto de personas miraban el vídeo en silencio. «Y hoy —pensé—, nos toca enumerar las partes».

Sin embargo, yo estaba buscando otra forma de informar sobre Irán, lejos de los acontecimientos que organizaban con tanta obstinación por nuestro propio bien, en especial del de los reporteros de televisión estadounidenses. Me encontraba en el despacho de Harvey, mirando el mapa manchado de Irán que tenía en la pared, cuando se me ocurrió una idea. ¿Y si cerraba los ojos y clavaba un alfiler en el mapa y luego me iba al lugar que había marcado y le preguntaba a la gente sobre la revolución? «Cierra los ojos y yo te doy el alfiler —me dijo Harvey—. Y estoy seguro de que lo clavarás en el puñetero Afganistán». Me dio el alfiler, cerré los ojos, lo clavé en el mapa y abrí de nuevo los ojos. El pequeño alfiler de plata había caído en la «h» de un pueblo llamado Kahak, al suroeste de la ciudad de Qazvin. Partí al amanecer del día siguiente.

Kahak era el tipo de lugar que nadie visita nunca. El pueblo, un rectángulo de casas de una planta de barro y arcilla, se encontraba al final de un camino de tierra; un grupo de niños y un montón de estiércol en el que picoteaban unos pollos gordos daban la bienvenida a los desconocidos. Hacia el norte, a través de la neblina de polvo y calor, los montes Alborz recorrían el horizonte y formaban el labio inferior de la cuenca del mar Caspio. Los extranjeros nunca veían Kahak, salvo quizá los pasajeros del tren nocturno que se dirigía a la frontera soviética mientras rodeaba los huertos del pueblo. Incluso entonces, era dudoso que lo vieran. Kahak era tan pequeño que sus 950 habitantes ni tan siquiera podían permitirse construir una mezquita.

Un hombre de sesenta y cuatro años que había envejecido prematuramente, con un reguero de sudor que salía de debajo del turbante y le corría por toda la cara y la parte delantera de la camisa sucia, tuvo que viajar desde Qom para atender a los fieles. Sin embargo, era un hombre capaz de hacer acopio de una energía extraordinaria mientras caminaba ágilmente entre los montones de estiércol y los charcos de agua fétida y dorada, hablando sobre el pueblo de un modo posesivo, un poco retórico y casi sermoneante; su tono de voz subía y bajaba siguiendo la cadencia

de un discurso formal en lugar del de una conversación. Le pregunté qué había hecho la revolución por esas personas, y el jeque Ibrahim Zaude señaló la tierra dura y seca que se extendía más allá de las cabañas de barro, un desierto de tierra gris e implacable.

«Los habitantes del pueblo son los propietarios de todo lo que hay a ambos lados de la carretera —dijo—. Pero no saben cuánta tierra poseen». El calor reverberaba y se estremecía en las acequias secas: no había escrituras de propiedad, ni papeles, ni pactos legales en Kahak ahora que los propietarios se habían ido. Hubo algo que fastidió al jeque Zaude del momento en que se marcharon los propietarios. «En el antiguo régimen —me explicó— había dos grandes terratenientes: Habib Sardai e Ibrahim Solehi. Los aldeanos vivían en muy malas condiciones. Algunos de ellos eran tan pobres que tenían muchas deudas pero Sardai y Solehi vinieron aquí y se llevaron su grano como pago. Recuerdo ver a estos aldeanos yendo a otros pueblos a recomprar sus propios cereales a precios altos. De modo que la gente tuvo que pedir dinero para esto y para pagar intereses por los préstamos». Más de una docena de aldeanos se reunieron a nuestro alrededor mientras el jeque Zaude seguía hablando. Eran gente pobre, la mayoría de origen turco con unos pómulos altos y lustrosos. Sus chaquetas grises estaban rasgadas y sus pantalones se deshilachaban por donde los escombros y las espigas de los campos los habían arañado. Llevaban unas sandalias de plástico baratas. Sólo había una mujer, una chica de trece años con el pelo oscuro que se había envuelto con un chador rosa y gris, como si de una mortaja se tratara.

«Luego las cosas mejoraron para nosotros —dijo el jeque Zaude—. Sardai y Solehi se fueron cuando llegaron las reformas agrarias». No hubo ningún cambio perceptible en la voz del mulá. Le había preguntado sobre la revolución islámica de aquel año, pero él hablaba sobre la «Revolución Blanca» del sha, ocurrida diecisiete años antes cuando las reformas legislativas del monarca redujeron, en apariencia, el poder de los grandes terratenientes. Las pequeñas propiedades se redistribuyeron y los terratenientes sólo pudieron quedarse con un pueblo. Por lo tanto, los granjeros pobres entraron en la economía, aunque a la mayoría de jornaleros y trabajadores de las granjas no les ocurrió nada. Estaba claro que Kahak no había acabado de beneficiarse de la «revolución» del sha. «Las reformas tenían aspectos positivos para nosotros —dijo el jeque Zaude—. El número de ovejas que poseía la gente del pueblo subió de dos mil a tres mil. Pero el pueblo en sí, en lugar de ser propiedad de dos hombres, estaba dirigido ahora por un agente del gobierno, un hombre llamado Darude Gilani, un capitalista de Qazvin. Era un hombre malo y exigía un alquiler equivalente a la mitad de las cosechas de los habitantes del pueblo».

Había un hombre viejo con la barbilla sin afeitar y una catarata en el ojo izquierdo que se puso al frente del grupo de aldeanos. A juzgar por su camisa amarilla y mugrienta y sus zapatos rotos, nunca me habría imaginado que Aziz Mahmudi fuera el jefe del pueblo y el mayor granjero. Miró un segundo al mulá y dijo muy lentamente: «Ahora Darude Gilani se encuentra en la cárcel de Qazvin». Mahmudi

cruzó la plaza del pueblo, seguido por un pequeño grupo de escolares. Señaló un casa de barro fortificada que se desmoronaba, un símbolo de opulencia entre tanta miseria. «Ahí es donde vivía Solehi —dijo, señalando las ventanas rotas—. Ahora Gilani también se ha ido. No regresará». No había ningún motivo por el que Gilani fuera a regresar aunque lo pusieran en libertad, ya que el primer día de la revolución del mes de febrero anterior, cuando la gente del pueblo vio en un pequeño televisor en blanco y negro que el ejército imperial se rendía en Teherán, se fue hasta los campos que Gilani aún poseía a ambos lados de la línea de ferrocarril. Entonces plantaron su propia cebada, como símbolo de que la revolución había llegado a Kahak.

Sobre la pizarra de la diminuta escuela del pueblo, que tenía las paredes de arcilla, había un póster del ayatolá Jomeini. En él aparecía el imam tras los barrotes de una cárcel, mientras que detrás, miles de prisioneros iraníes esperaban su libertad con paciencia. Uno tras otro, los chicos de séptimo se pusieron en pie y dieron muestras de su admiración por Jomeini. Yalol Mahmudi tenía doce años pero habló sobre la corrupción del régimen del sha; Alí Mahmudi, que a los catorce años era el representante de la clase, pronunció un largo discurso sobre la amabilidad del imam con los niños. «Estoy muy contento con el ayatolá porque en el régimen anterior no recibí una buena enseñanza; ahora tenemos tres clases más y podemos quedarnos más tiempo en la escuela». Cabía la posibilidad de que Alí recibiera una colleja de sus colegas debido a su entusiasmo, pero los demás niños permanecieron en silencio hasta que les pidieron que hablaran. Y yo sabía que si hubiera visitado este mismo pueblo tras el golpe de 1953 contra Mossadeq en el que «Monty» Woodhouse había desempeñado un papel tan importante, habría oído hablar a los padres de estos mismos niños de la corrupción de Mossadeq y de la amabilidad del sha con los niños.

Karim Jalay era un maestro de casi cincuenta años y apenas hablo cuando nos sentamos en la sala de profesores. Se servía tazas de té de una gran tetera de plata y lo endulzaba bebiéndoselo sorbo a sorbo y mordisqueando terrones de azúcar a la vez. De nuevo fuera, cruzamos los campos polvorientos hacia la línea de ferrocarril. Karim estuvo encarcelado durante un breve período de tiempo en la época del sha. Fue despedido por quejarse del soborno de un profesor del gobierno.

El viento soplaba con más fuerza y mecía los árboles del huerto. Una distante capa de niebla cruzaba el horizonte. En algún lugar cerca de Kahak, hace más de veinticinco años, «Monty» Woodhouse debió de enterrar sus armas. ¿Había alguien del pueblo que apoyara al sha?, le pregunté a Karim. «Nadie —respondió tajantemente—. Como mínimo yo nunca he conocido a nadie que lo hiciera». La Savak nunca llegó a este pueblo. Era demasiado pequeño para llamar la atención de nadie. Entonces ¿qué fotografía colgaba sobre la pizarra de la clase de séptimo antes de que el ayatolá regresara a Irán? El señor Jalay se encogió de hombros. «Tenían que poner una fotografía y, por supuesto, era la del sha».

## CAPÍTULO 5

### EL SENDERO HACIA LA GUERRA

Buscó la perfección en cierto modo,  
e inventó una poesía muy fácil de entender;  
conoció con detalle la insensatez humana,  
y mucho se interesó por ejércitos y flotas;  
si reía, reían los dignos senadores,  
si lloraba, morían los niños en las calles.

W. H. AUDEN,  
*Epitafio a un tirano*

En marzo de 1917, el soldado raso 11 072 de veintidós años Charles Dickens del Regimiento de Cheshire, desprendió con sumo cuidado un cartel pegado en una pared de la recién tomada ciudad de Bagdad. Fue un momento decisivo en su vida. Había sobrevivido a la desesperada campaña de Gallípoli, en la que se atacó al Imperio otomano a escasos 250 kilómetros de su capital, Constantinopla. Luego recorrió toda la extensión de Mesopotamia, enfrentándose a los turcos una vez más por la posesión del antiguo califato y resistiendo la «sombria batalla» por Bagdad<sup>[\*]</sup>. El ejército invasor británico, de 600 000 soldados, estaba encabezado por el teniente general sir Stanley Maude y la hoja de papel que llamó la atención del soldado Dickens fue la «Proclama» oficial de Maude al pueblo de Bagdad, impresa tanto en inglés como en árabe.



Iraq.

Ese mismo cartel de 28 por 45 centímetros —enmarcado ahora en negro y oro— está colgado en la pared, a escasos metros de mi escritorio, mientras escribo este capítulo. Hace tiempo que está plagado de manchas de humedad —«manchado», como dicen los libreros— que pueden haber sido resultado de la transpiración de Dickens en el largo y caluroso verano iraquí de 1917. Lo han doblado muchas veces, lo que prueba, como su hija Hilda recordaría ochenta y seis años después, «que había

viajado en su mochila durante largo tiempo». Ella lo llamaba «el valioso documento de mi padre», y entiendo por qué. Está lleno de nobles aspiraciones y presentimientos de tragedia futura, de las falsas promesas del mayor imperio del mundo, compromisos y buenas intenciones, así como palabras de honor que serían repetidas en la misma ciudad de Bagdad por el siguiente gran imperio más de dos décadas después de la muerte de Dickens. Ahora parecen una oración fúnebre:

#### PROCLAMA

Nuestras operaciones han tenido como objetivo la derrota del enemigo y su expulsión de estos territorios. Con el objeto de completar esta tarea se me ha adjudicado el poder absoluto y supremo de todas las regiones en las que operan los soldados británicos; pero nuestros ejércitos no llegan a vuestras ciudades y tierras como conquistadores y enemigos, sino como libertadores. Desde la época de Hulagu<sup>[1]</sup>, vuestros ciudadanos han estado sometidos a la tiranía de extranjeros... Y vuestros padres y vosotros mismos habéis sollozado bajo la esclavitud. Han llevado a vuestros hijos a guerras que no deseabais, vuestra fortuna os ha sido arrebatada por hombres injustos y dilapidada en distintos lugares. Es el deseo no sólo de mi rey y de sus súbditos, sino también de las grandes naciones con las que está aliado que vosotros podáis prosperar como en el pasado cuando vuestras tierras eran fértiles... No obstante, vosotros, pueblo de Bagdad, no debéis entender que sea deseo del gobierno británico el imponeros unas instituciones extrañas. El gobierno británico espera que las aspiraciones de vuestros filósofos y escritores se hagan realidad una vez más, que el pueblo de Bagdad florezca, y que goce de su bienestar y su fortuna con instituciones que estén en consonancia con vuestras leyes sagradas y con vuestros ideales raciales... El pueblo británico desea y espera que la raza árabe pueda elevarse una vez más hasta la grandeza y el renombre entre los pueblos de la tierra... Por tanto, tengo la misión de invitaros, a través de vuestros nobles, ancianos y representantes a participar en la gestión de vuestros asuntos civiles en colaboración con el representante político de Gran Bretaña... Para que os podáis unir con vuestros parientes del norte, el este, el sur y el oeste en la realización de las aspiraciones de vuestra raza.

Firmado: F. S. Maude, teniente general,  
jefe de las fuerzas británicas en Iraq.

El soldado Dickens pasó la Primera Guerra Mundial combatiendo contra los musulmanes, primero los turcos en la bahía Suvla en Gallípoli y luego el ejército turco —que incluía soldados árabes— en Mesopotamia. Mi padre, Bill, estuvo en el Regimiento de Cheshire, pero sirvió en Irlanda el año en que Charles Dickens entró en Bagdad, y lo enviaron al frente occidental en 1918. Dickens tuvo una guerra más larga. «Hablaba, con frecuencia y admiración —recordaba su hija Hilda—, de uno de sus superiores, el general sir Charles Munro, que a los cincuenta y cinco años había luchado durante los últimos meses en la campaña de Gallípoli y luego había desembarcado en Basora, en el sur de Iraq, al principio de la invasión británica». Sin embargo, la dirección de Munro no salvó al sobrino de la hermana casada de Dickens, Samuel Martin, quien murió a manos de los turcos en Basora. Hilda recuerda: «Mi padre contaba que al matar a un turco pensó que lo hacía en venganza por la muerte de su “sobrino”. No sé si estaban en el mismo batallón, pero, sí, tenían más o menos la misma edad, veintidós años<sup>[2]</sup>».



Acuerdo Sykes-Picot.

Los británicos se habían enorgullecido de su ocupación inicial de Basora. Más de ochenta años después, un musulmán británico, cuya familia procedía de Pakistán, me envió una divertida carta junto con una serie de doce postales antiquísimas impresas por *The Times of India* en Bombay en nombre de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA) india en una de ellas se veía la artillería británica entre las palmeras datileras de Basora; en otra, un soldado con salacot, que se vuelve hacia la cámara mientras sus colegas amarran a los caballos tras él; en otras, la tripulación de una cañonera británica en el río Shatt al Arab y en la ciudad de Kurna, tomada por los turcos, un edificio destrozado por el fuego de los proyectiles británicos, poco antes de su rendición. Ya en 1914, los «notables locales [árabes]» aseguraron a un oficial de

grado superior británico que «deberían recibirnos en Bagdad con la misma cordialidad [que en el sur de Iraq] y que el ejército turco opondría poca, o ninguna, resistencia<sup>[\*]</sup>». No obstante, la invasión británica de Iraq había fracasado en un principio. Cuando el general de división Charles Townshend subió por el Tigris con 13 000 hombres hacia Bagdad, se encontró rodeado y vencido por los soldados turcos en Kut al Amara. Su rendición fue el más absoluto de los desastres militares y terminó con una marcha mortal hacia Turquía para los soldados británicos que no habían fallecido en la batalla. Las tumbas de 500 de ellos en el cementerio de guerra de Kut quedaron anegadas bajo aguas residuales durante el período de las sanciones de la Naciones Unidas posterior a la invasión iraquí de Kuwait en 1990, cuando Iraq no pudo conseguir las piezas necesarias para las bombas que impedían la subida de las aguas residuales. Al visitar el cementerio en 1998, mi colega de *The Independent* Patrick Cockburn encontró «lápidas apenas visibles en la superficie de la viscosa agua verdosa. Un crucifijo de cemento roto asoma por un lecho de juncos, es un cenagal donde miles de pequeñas ranas verdes se apiñan como cucarachas que se alimentan de los desperdicios». Gran Bretaña perdió 40 000 hombres en total durante la campaña mesopotámica.

Bagdad tenía un aspecto bastante similar cuando llegó el soldado Dickens. Menos de dos años antes, un visitante había descrito una ciudad cuyas calles

estaban desiertas, las tiendas se encontraban en su mayoría cerradas. En el cementerio cristiano, al este de la carretera que lleva a Persia, flotaban los ataúdes y cadáveres semidescompuestos. Debido al cólera que devastaba la ciudad (fallecían trescientas personas al día) los muertos cristianos se enterraban en el nuevo terraplén de la carretera, así que quienes circulaban por ella a pie o en un vehículo no sólo tenían que pasar junto a las tumbas, sino pasar sobre ellas y abrirse paso entre ellas... Ya no quedaba vida en la ciudad<sup>[\*]</sup>.

Los británicos mantenían una esperanza en extremo optimista de un «nuevo» Iraq, que se regeneraría gracias a la empresa occidental, algo similar a las quimeras que albergaban los Estados Unidos en 2003. «No cabe duda —decía *The Sphere* a sus lectores en 1915— de que con la ayuda de la ciencia y la energía europeas puede volver a convertirse en el vergel de Asia... Y bajo el dominio británico cualquier cosa es posible<sup>[\*]</sup>».

La ocupación británica estuvo marcada por oscuros precedentes históricos. Los soldados iraquíes que habían servido en el ejército turco, pero que «siempre habían tenido pensamientos amistosos para con los británicos», descubrieron que en la cárcel, en India, los «insultaban y vejaban de todas las formas<sup>[\*]</sup>». Esos mismos prisioneros querían saber si los británicos entregarían Iraq al jerife Husein de Heyaz —a quien los británicos habían hecho exageradas y falaces promesas de «independencia» para el mundo árabe si luchaba en el bando aliado contra los turcos — teniendo en cuenta que «algunos de los lugares sagrados musulmanes se encuentran en Mesopotamia<sup>[\*]</sup>».

Los funcionarios británicos creían que el control de Mesopotamia protegería los

intereses petroleros británicos en Persia —la ocupación de Basora se ideó en apariencia con esa finalidad— y que «sin duda alguna, es nuestro derecho y deber, si sacrificamos tanto por la paz mundial, que debemos aspirar a una compensación o podríamos ver frustrado nuestro objetivo<sup>[\*]</sup>», que no era la forma en que el general Maude expresó las ambiciones británicas en su famosa proclama de 1917. El conde de Asquith escribió en sus memorias que sir Edward Grey, el secretario de Exteriores británico, y él coincidieron en 1915 en que «tomar Mesopotamia... Supone un gasto millonario en irrigación y desarrollo<sup>[\*]</sup>». En cuanto estuvieron instalados en Bagdad, los británicos decidieron que el gobierno y la reconstrucción de Iraq serían responsabilidad de un «Consejo», formado en parte por asesores británicos «y en parte por miembros no oficiales representantes de la población<sup>[\*]</sup>». Más adelante, pensaron que les gustaría tener «un gabinete con la mitad de nativos y la mitad de funcionarios británicos, tras el cual podría haber un consejo administrativo, o algún órgano consultivo formado en su totalidad por nativos notables<sup>[\*]</sup>».

La viajera y estudiosa Gertrude Bell, quien se convirtió en «secretaria oriental» para la autoridad británica de la ocupación, no tenía ninguna duda sobre la opinión pública iraquí. «Cuanto más fuerte sea el dominio que podamos mantener aquí, más complacidos estarán los habitantes... No pueden concebir un gobierno árabe independiente<sup>[\*]</sup>. Confieso que yo tampoco puedo. Aquí no hay nadie capaz de dirigirlo». De nuevo, nos encontramos lejos de las nobles aspiraciones de la proclama de Maude emitida once meses antes. Y tampoco se hubieran sorprendido los iraquíes si les hubieran dicho —cosa que, por supuesto, no ocurrió— que el propio Maude se opuso con fuerza a la proclama que apareció firmada con su nombre y que, en realidad, debía su autoría a sir Mark Sykes, el mismo Sykes que concluyó el acuerdo secreto en 1916 con François Georges Picot para el control de posguerra de franceses y británicos de gran parte de Oriente Próximo.

En septiembre de 1919, incluso los periodistas empezaban a darse cuenta de que los planes británicos para Iraq estaban basados en ilusiones. «Imagino —escribió el corresponsal de *The Times* el 23 de septiembre— que la visión que tienen muchos ingleses sobre Mesopotamia es que sus habitantes nos darán la bienvenida porque los hemos salvado de los turcos, y que lo único que necesita el país es desarrollarse para compensar el gran derroche de vidas y dinero ingleses. Ninguna de estas ideas es fruto de una reflexión... Desde el punto de vista político estamos pidiendo a los árabes que cambien su orgullo y su independencia por un poco de civilización occidental, cuyos beneficios irán a parar en gran parte a los gastos de administración».

Menos de seis meses después, Gran Bretaña combatía una rebelión militar en Iraq y David Lloyd George, el primer ministro, se enfrentaba a llamamientos a favor de una retirada militar. «¿No beneficiaría al pueblo de ese país una forma de gobierno que permitiera el desarrollo de su tierra, que ha sido consumida y explotada por la opresión<sup>[\*]</sup>? ¿Qué ocurriría si nos retiramos?» Lloyd George no abandonaría Iraq para

dejarla en manos de la «anarquía y la confusión». Para entonces, los funcionarios británicos de Bagdad culpaban de la violencia a la «agitación política local, provocada fuera de Iraq», y sugerían que Siria podía estar implicada<sup>[\*]</sup>. En lugar de Siria 1920, léase proclamación de Estados Unidos de que Siria apoyaba la insurrección en 2004. Arnold Wilson, el principal funcionario británico en Iraq, adoptó una línea predecible. «No podemos mantener nuestra postura... Con una política de conciliación con los extremistas», escribió<sup>[\*]</sup>. «Tras haber iniciado la tarea de reconstruir Mesopotamia, debemos estar preparados para proporcionar hombres y dinero... Debemos estar preparados... Para avanzar lentamente con las instituciones constitucionales y democráticas».

Se produjeron enfrentamientos en la ciudad chií de Kufa y un asedio británico de Nayaf tras el asesinato de un funcionario británico. Las autoridades exigieron «la entrega incondicional de los asesinos y otras personas implicadas en la trama» y el principal teólogo chií, Sayed Jadum Yazdi, se abstuvo de apoyar la rebelión y se encerró en su casa<sup>[\*]</sup>. Once de los insurrectos murieron ejecutados. Un jeque local, Badr al Rumaydh, se convirtió en blanco de los británicos. «Hay que matar o capturar a Badr, y debería realizarse una búsqueda incesante de este hombre hasta que se cumpla dicho objetivo», escribió un funcionario político<sup>[\*]</sup>. En ese momento, los británicos se dieron cuenta de que habían cometido un grave error político. Habían alienado a un importante grupo político en Iraq: los funcionarios y oficiales iraquíes que habían estado al servicio de los turcos. Las filas de personas descontentas crecían en número. Wilson lo achacó todo no al nacionalismo, sino a una suma de «anarquía y fanatismo<sup>[\*]</sup>». Todos los precedentes estaban ahí. En lugar de Kufa 1920, léase Kufa 2004. En lugar de Nayaf 1920, léase Nayaf 2004. En lugar de Yazdi en 1920, léase gran ayatolá Alí al Sistani en 2004. En lugar de Badr en 1920, léase Múqtada al Sáder en 2004. En lugar de «anarquía y fanatismo» en 1920, léase «quienes todavía son partidarios de Sadam» y Al Qaeda en 2004.

Estalló otra insurrección en la zona de Faluya, donde el jeque Dhari mató a un oficial, el coronel Gerald Leachman, y cortó el tráfico ferroviario entre Faluya y Bagdad. Los británicos avanzaron hacia Faluya e impusieron un «duro castigo» a la tribu<sup>[\*]</sup>. En la actualidad se conoce el sitio donde tuvo lugar este enfrentamiento como Jan Dhari; en 2003 sería el escenario de la primera baja del ejército de ocupación estadounidense a causa de una bomba en la carretera. A la desesperada, los británicos debían «completar la apariencia del gobierno árabe<sup>[\*]</sup>». De modo que, con el apoyo entusiasta de Churchill, los británicos iban a entregar el trono de Iraq al hachemí rey Faisal, hijo del jerife Husein; un premio de consolación para el hombre a quien los franceses acababan de expulsar de Damasco. París no tenía reyes en el territorio de su propio mandato en Siria. «¿Cuánto tiempo más —se preguntaba *The Times* el 7 de agosto de 1920— se van a sacrificar valiosas vidas por el vano intento de imponer a la población árabe una administración intrincada y cara, que ellos jamás

han pedido y que no desean?»<sup>[\*]</sup>.

Los británicos contabilizaron 450 bajas en la insurrección iraquí y más de 1500 heridos. En ese mismo verano de 1920, T. E. Lawrence —Lawrence de Arabia— calculó que los británicos habían matado «unos diez mil árabes en ese levantamiento. No podemos albergar la esperanza de mantener esa media<sup>[3][\*][\*]</sup>». En lo sucesivo, el gobierno británico —privado de fondos para la reconstrucción por una recesión nacional y enfrentado a una soldadesca cada vez menos dispuesta, que había luchado en la guerra de 1914-1918 y esperaba la desmovilización— confiaría en la Fuerza Aérea para imponer su voluntad.

La RAF, de nuevo con el apoyo de Churchill, bombardeó las poblaciones rebeldes y a los miembros de las tribus disidentes. Tan apremiante era la necesidad que tenía el gobierno de bombarderos modernos en Oriente Próximo que, en lugar de enviar aviones por mar a esa región, inició un sistema de circulación destartalado y altamente peligroso por el que las tripulaciones de la RAF pilotaban sus propios bombarderos, a menudo no aptos para el vuelo, desde Europa; al menos ocho pilotos perdieron la vida en accidentes y el 30 por ciento de los bombarderos se perdieron en ruta<sup>[\*]</sup>. En Iraq, Churchill recomendó el uso del gas mostaza, que ya se había empleado en contra de los rebeldes chiíes en 1920. Escribió al comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, sir Hugh Trenchard: «Sin duda debería llevar a cabo la tarea de experimentar con bombas de gas, sobre todo de gas mostaza, que infligiría un castigo a los nativos recalcitrantes sin provocarles heridas de gravedad<sup>[\*]</sup>».

Al comandante Arthur Harris, más tarde mariscal de la RAF y el hombre que perfeccionó la devastadora destrucción de Hamburgo, Dresde y otras importantes ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, se le encomendó la misión de refinar el bombardeo de los insurgentes iraquíes. Mucho más adelante escribió que la RAF descubrió «que quemando sus poblados hechos con chozas de juncos, después de haberles advertido que salieran, les provocábamos un máximo de inconvenientes, sin daño físico, y no tardaban en abandonar las incursiones y los botines<sup>[\*]</sup>». Es lo que, con su forma de estropear la lengua, el Pentágono llama en la actualidad «guerra light». Sin embargo, el bombardeo no fue tan quirúrgico como sugeriría el biógrafo oficial de Harris. En 1924, había admitido que «ellos [los árabes y los kurdos] ahora saben lo que significa un bombardeo de verdad, en cuanto a bajas y daños; saben que, en cuarenta y cinco minutos, una aldea completa puede quedar prácticamente barrida del mapa y un tercio de sus habitantes mueren o sufren heridas».

Lawrence subrayó en una carta de 1920 escrita a *The Observer* que «estos levantamientos se producen de forma regular<sup>[\*]</sup>. Primero está el éxito árabe y a continuación llegan los refuerzos británicos como fuerza punitiva. Se abren paso a fuerza de combatir (nuestras bajas son pocas, las de los árabes significativas) hasta su objetivo, al que, mientras tanto, se bombardea con artillería, aviones, o cañoneros». Esta descripción encaja a la perfección con las operaciones militares estadounidenses en Iraq en 2004, una vez que las fuerzas de ocupación y su gobierno títere perdieron

el control de gran parte de Iraq. Sin embargo, Lawrence tenía, como lo describió un destacado miembro de la T. E. Lawrence Society, la exasperante costumbre de ser sarcástico o incluso burlón con asuntos serios, que era una de sus características menos agradables<sup>[\*]</sup>. «Resulta extraño que no utilicemos gas venenoso en tales ocasiones —escribió en la misma carta—. Bombardear las casas es un método incompleto que afecta a mujeres y a niños, y nuestra infantería siempre sufre bajas al matar a tiros a los hombres árabes. Con ataques de gas, la totalidad de la población de los distritos que atentan contra nosotros quedaría borrada del mapa».

Sin embargo, en un tono menos desagradable, Lawrence habló con un notable sentido común sobre la ocupación iraquí. «Los árabes se rebelaron contra los turcos durante la guerra no porque el gobierno turco fuera extremadamente malo —escribió en una carta a *The Times* ese mismo año—, sino porque querían la independencia<sup>[\*]</sup>. No arriesgaron sus vidas en la batalla para cambiar de amo, para convertirse en súbditos británicos, sino para asumir el protagonismo. Sigue sin probarse si están preparados o no para la independencia. Sólo con merecerlo no se gana uno la libertad».

Mucho más clarividente fue un artículo que Lawrence publicó en *The Sunday Times* en agosto de 1920, cuyas líneas podrían haber estado dirigidas al primer ministro Tony Blair ochenta y cuatro años más tarde:

Se ha conducido al pueblo de Inglaterra a una trampa en Mesopotamia de la cual será difícil escapar con dignidad y honor. Se le ha engañado para caer en ella con una ocultación constante de información. Los comunicados que llegan de Bagdad son tardíos, poco sinceros e incompletos. Las cosas han ido mucho peor de lo que nos han contado, y nuestro gobierno es más sanguinario e ineficaz de lo que el público sabe... En la actualidad, estamos próximos al desastre<sup>[\*]</sup>.

El brigadier Lionel Charlton quedó tan horrorizado por las bajas infligidas a aldeanos iraquíes inocentes, que dimitió de su cargo como jefe de la Fuerza Aérea del estado mayor en Iraq porque no podía seguir «manteniendo la política de intimidación con bombas<sup>[\*]</sup>». Había visitado un hospital iraquí y lo había encontrado lleno de heridos de las tribus. Después de que la RAF hubiera bombardeado la ciudad kurda rebelde de Suleimaniya, Charlton «conocía la alta densidad de población en esos asentamientos y se imaginó, horrorizado, la llegada de la bomba, sin previo aviso, en pleno tumulto de un mercado o en el barrio del bazar. Hombres, mujeres y niños sufrirían por igual». Varias generaciones más tarde, ésta sería una política que los Estados Unidos seguirían con entusiasmo.

Las mismas falsas promesas a británicos y estadounidenses sobre una población que los recibiría con los brazos abiertos, la misma retórica grandilocuente sobre un nuevo y democrático Iraq, la misma rebelión explosiva entre los iraquíes —en los mismos pueblos y ciudades—, un idéntico «Consejo de Ministros» y el fracaso equivalente de la fuerza de ocupación, todos estos factores tenían precedentes históricos. Incapaces de aplastar a la insurgencia, los estadounidenses recurrieron al

uso de diversas armas de asalto aéreo, al igual que hicieron los británicos antes que ellos: la destrucción de hogares en poblados «disidentes», el bombardeo de mezquitas donde supuestamente se ocultaban armas, o la matanza mediante ataques aéreos, cerca de la frontera siria, de «terroristas» que resultaron ser los invitados a un banquete de bodas. En la ya abandonada democracia de Afganistán posterior a 2001 se adoptó una política bastante parecida de bombardeos aéreos.

Por lo que respecta a los soldados británicos de la década de 1920, hace ochenta años resultaba imposible enviar por barco a nuestros cadáveres de vuelta a casa en el fragor de Oriente Próximo. Así que los enterramos en el cementerio de la muralla norte de Bagdad donde yacen el día de hoy, la mayoría de ellos adolescentes o veinteañeros, frente a la embajada turca, bombardeada por un terrorista suicida. Entre estas tumbas está el mausoleo del general Maude, quien murió en Bagdad ocho meses después de su victoria porque decidió beber leche sin hervir: hay un sarcófago de piedra con la única palabra MAUDE grabada en la tapa. Cuando visité el cementerio con el fin de inspeccionarlo en el verano de 2004, los iraquíes que vigilaban las tumbas me advirtieron que no pasara más de cinco minutos junto a esa sepultura para que no me secuestraran.

Faisal, tercer hijo del jerife Husein de la Meca, fue proclamado monarca constitucional por un «Consejo de Ministros» en Bagdad el 11 de julio de 1922, y en un referéndum obtuvo un hilarante e imposible 96 por ciento de los votos, porcentaje que, en los siguientes ochenta años, adquiriría una elevada y espeluznante frecuencia en el mundo árabe. Como musulmán suní y monarca de una tribu del Golfo, Faisal no era ni iraquí ni miembro de la mayoría chií de Iraq. Fue la primera vez que traicionamos a los chiíes de Iraq. En el siguiente siglo volveríamos a hacerlo en dos ocasiones. En lo sucesivo, Mesopotamia sería conocida como Iraq, pero su creación no proporcionó ni paz ni felicidad a su pueblo. Se firmó, frente a la oposición nacionalista, un tratado angloiraquí que aseguraba los intereses especiales de Gran Bretaña; en 1930, un segundo acuerdo proporcionó una alianza angloiraquí con bases de la RAF en Shuaiba y Habbaniya. La ira nacionalista iraquí se encendió, sobre todo, por el continuo apoyo de Gran Bretaña para la creación de un Estado judío en otro de sus mandatos, Palestina. Las revueltas tribales y un golpe de Estado en 1936 generaron mayor inestabilidad y —después de que un nuevo golpe en 1941 hiciera ascender al poder al partidario del gobierno alemán Rachid Alí al Gailani— Gran Bretaña volvió a invadir Iraq, tuvo que enfrentarse a los ataques de la Luftwaffe lanzados desde Siria y Líbano, controladas por el gobierno de Vichy, y ocupó Basora y Bagdad<sup>[4]</sup>. Las tropas británicas se detuvieron en las afueras de la capital para permitir que el regente, el emir Abdulá, fuera el primero en entrar en Bagdad. Esta espera permitió a los partidarios de Rachid Alí asesinar al menos a 150 personas de la importante comunidad judía de la ciudad, además de quemar y saquear miles de propiedades<sup>[\*]</sup>. Se ahorcó a cinco de los cabecillas del golpe de Estado y se encarceló a muchos otros; uno de estos últimos era Jairala Tulfa, cuyo sobrino de cuatro años,

Sadam Husein, siempre recordaría el nacionalismo antibritánico de su tío. El plan alemán para una segunda revuelta árabe, esta vez a favor del Eje y con el respaldo del gran muftí de Jerusalén, hach Amin al Huseini —de cuyo viaje a Berlín hablaremos más adelante en esta historia—, acabó en nada.

Sin embargo, Iraq seguía siendo un Estado débil por naturaleza: el joven rey Faisal II no tenía credenciales nacionalistas —pues, al fin y al cabo, no era iraquí— y el gobierno todavía estaba dirigido por un grupo de antiguos funcionarios otomanos árabes como Nuri as Said, quien se las ingenió para ser primer ministro catorce veces antes de su sangriento fallecimiento. El 14 de julio de 1958, los soldados iraquíes bajo el mando del general de brigada Abd al Karim Qasim tomaron por asalto el palacio real. As Said fue abatido de un tiro tras intentar escapar de Bagdad disfrazado de mujer. El regente Faisal y los demás miembros de la familia real fueron rodeados por los soldados y murieron acribillados con ametralladoras tras intentar huir del palacio en llamas. El nuevo régimen militar de Qasim enfureció a los Estados Unidos. Qasim no sólo retiró a Iraq del pacto antisoviético de Bagdad, sino que amenazó con invadir Kuwait. Además, fracasó en su intento de aplastar una multitudinaria rebelión kurda en el norte de Iraq. Al final, en febrero de 1963, lo derrocaron en un nuevo golpe de Estado, cuya organización fue en gran parte obra del partido Baaz, aunque con la colaboración activa de la CIA. Llevaron a Qasim a la emisora de radio de Bagdad y lo asesinaron. Su cuerpo acribillado por las balas se exhibió en televisión, colocado sobre una silla mientras un soldado le daba patadas en las piernas y se carcajeaba.

El Baaz se había fundado en Siria en 1941 —inspirado, irónicamente, por la reinvasión británica de Iraq— como movimiento secular, panárabe que tenía la intención de eliminar la carga de culpabilidad y humillación que se había extendido por todo el mundo árabe durante tantas generaciones. A lo largo de los siglos de mandato otomano, los árabes habían sufrido hambrunas y una pérdida constante de poder intelectual. La cultura se había debilitado de forma permanente con los años y varios millones de árabes jamás aprendieron ni a leer ni a escribir. *Baaz* significa «renacer» y, aunque su fundador cristiano sirio, Michel Aflaq, era licenciado por la Sorbona —y llevaba un fez de talla muy grande—, tenía sus bases naturales entre los pobres, los poblados y tribus y, por supuesto, en el ejército. Sadam Husein fue uno de los primeros afiliados, y se encontraba entre los primeros baazistas que intentaron asesinar a Qasim; su subsiguiente huida por Iraq, la forma en que se extrajo una bala de la pierna con una cuchilla de afeitar, y cómo cruzó a nado el río Tigris para alcanzar la libertad —casi en el mismo lugar en que las fuerzas Especiales estadounidenses lo encontrarían en 2003—, se convertiría en una leyenda oficial sobre Sadam.

Pese a las divisiones en el seno del Baaz, Sadam Husein se erigió vicepresidente del Consejo del Mando Regional del partido después de un nuevo golpe de Estado en 1968. Nominalmente sería el segundo hombre más poderoso de Iraq hasta el 16 de

julio de 1979, cuando el presidente Ahmed Hasan al Bakr, primo de Sadam, se jubiló. A continuación se celebró la infame cena en el palacio presidencial a la que Sadam invitó a sus propios delegados políticos para denunciarlos. La ejecución de sus colegas baazistas empezó en cuestión de días.

A medida que Sadam iba haciéndose, poco a poco, con el control de Iraq, la insurrección kurda había vuelto a empezar en el norte y el Presidente Sadat de Egipto, con su viaje a Jerusalén en noviembre de 1977, sacó al país árabe más poblado del conflicto árabe-israelí. El acuerdo de Camp David lo hizo definitivo. Por eso fue Sadam quien presidió lo que los iraquíes llamaron de inmediato la «Cumbre del Frente de Confrontación» en Bagdad. Esto supuso convertir la capital iraquí —aunque fuera por poco tiempo— en el centro del mundo árabe, lo que daba publicidad a Sadam en la víspera de su toma de posesión tras la presidencia de Al Bakr. Se levantó una tienda gigantesca detrás del palacio de congresos, quinientos periodistas llegaron a Iraq en avión de todas partes del mundo —todas las llamadas telefónicas que realizaran serían gratuitas e intervenidas— y los alojaron en hoteles a varios kilómetros de distancia de Bagdad. Los llevaban en camión a un «centro de prensa», donde se les prohibía cualquier contacto con los delegados y los vigilaban pelotones de jóvenes con calcetines blancos. Sabíamos que eran policías porque todos llevaban una chapa en la solapa que decía: «Turismo».

Se suponía que esto último debía ocupar gran parte de nuestro tiempo, y guardo el recuerdo imborrable de un largo viaje en autobús hasta Al Kurna, justo al norte de Basora, para ver el Jardín del Edén. Al final, nuestro autobús llegó a las cercanías de un puente tendido sobre un río de fétidas aguas, que corrían con parsimonia entre riberas sin árboles de arena gris y bajo un cielo parduzco. Uno de los policías me puso la mano izquierda sobre el brazo y señaló con la otra mano ese patético panorama, al tiempo que expresaba, lleno de orgullo, su único comentario turístico del día: «Y éste, señor Robert, es el Jardín del Edén».

Antes de la cumbre, se obligó a numerosos dirigentes árabes a fingir que eran amigos delante del «traidor Sadat». Convencieron al presidente Asad de que olvidara el cisma brutal entre el partido Baaz de su país y el de Al Bakr y Sadam. Los sirios anunciaron que Asad y Al Bakr conversarían sobre «un frente común contra el descabellado ataque sionista a nuestra región y contra la reconciliación pactista y unilateral del régimen egipcio con Israel». Una vez en Bagdad, Asad, que había mantenido toda una división del ejército en su frontera oriental por si Iraq llevaba a cabo una invasión —Asad ya tenía 33 000 soldados sirios desplegados en Líbano—, y Al Bakr dialogaron en «una atmósfera de profundo entendimiento», según el periódico del gobierno sirio *Tishrin*. Unidad en la diversidad. El rey Hussein de Jordania tendría que viajar a la ciudad en la que habían exterminado a la monarquía hachemí hacía sólo veinte años. Los funcionarios del partido Baaz fueron enviados al cementerio real de Bagdad, invadido por la maleza, para segar la hierba alta que rodeaba las tumbas de los hachemíes por si el rey quería visitarlas. Incluso Abu

Nidal, cabecilla de los más crueles grupos terroristas palestinos, fue enviado a Tikrit por si su presencia en Bagdad ofendía al presidente de la OLP, Yasir Arafat.

Así que se reunieron todos, el viejo Al Bakr y el joven Sadam, Arafat y Hussein, y el príncipe heredero Fahd de Arabia Saudí. Se prohibió la entrada de los periodistas a la sala de la reunión, pero se permitió a los fotógrafos contemplar a estos hombres de forma parecida a como se autoriza la contemplación del cuerpo embalsamado de Lenin. Haciéndonos pasar por parte del equipo de televisión de Michael Colé de la BBC, entramos en la sala y avanzamos como pudimos entre las hileras de príncipes y presidentes sentados con actitud de figuras de cera, por la preocupación y la aprensión. Pasamos por delante de Arafat, quien, de forma reiterada y embarazosa, levantaba el dedo pulgar con gesto triunfal hacia las cámaras, pasamos por delante de un ceñudo rey Husein y un exultante Sadam. Miré con detenimiento al futuro líder iraquí y, cuando su mirada se cruzó por un breve instante con la mía, percibí una suerte de desprecio en ella, cierta altanería. Pensé que no era un hombre con mucha fe en las reuniones.

Sadam estaba en lo cierto. Los saudíes se aseguraron de no enfurecer a los Estados Unidos y, después de tres días de deliberación, la proverbial montaña árabe dio a luz un ratón. Se haría un boicot económico a Egipto —como a Israel— y se enviaría un comité a El Cairo para intentar convencer a Sadat de que renunciara a Camp David. Para hacer el acuerdo más apetecible, iban a ofrecerle 7000 millones de dólares anuales durante una década para respaldar la economía en bancarrota de Egipto. El poco envidiable cometido de dirigir esta triste delegación hasta El Cairo recayó, tristemente, en Salim Hoss, primer ministro del Líbano, cuyo país devastado por la guerra estaba dividido de forma más marcada que el mismísimo mundo árabe. Sadat les hizo un desaire a todos al negarse a celebrar una reunión con los ministros. Con exactitud anunció que el dinero era un soborno y que «ni todos los millones del mundo podrían comprar la voluntad de Egipto».

La verdadera naturaleza del régimen iraquí no era ningún secreto, ni tampoco su crueldad. Los británicos ya se habían involucrado en una disputa comercial con el gobierno en 1978 después de que unos agentes iraquíes asesinaran en Londres a Abdul Razzak al Nayef, un exprimer ministro iraquí a quien las autoridades bagdadíes habían condenado a muerte. Un empresario británico, representante de Wimpey's, había estado consumiéndose durante un mes en la prisión central de Bagdad sin que se le hubiera imputado ningún cargo, y a un diplomático británico, Richard Drew, lo sacaron por la fuerza de su coche y le dieron una paliza; al parecer fueron policías vestidos de paisano.

Sin embargo, la búsqueda de «espías» en el cuerpo político de Iraq se había iniciado once años antes, y para entender el odio que esto generó en el mismo seno del régimen —y el papel de Sadam en las purgas— es esencial retroceder a esa primera época. Después de ver a Sadam por primera vez en Bagdad, empecé a crear un historial sobre él en casa, en Beirut. Volví a consultar los archivos de los

periódicos libaneses; Beirut sufría bombardeos todas las noches por la guerra civil, pero sus periodistas seguían manteniendo sus archivos. En ellos, como ocurría tan a menudo en las mugrientas hemerotecas del Líbano, empezó a emerger un patrón escalofriante. En su congreso, celebrado en noviembre de 1968, el partido Baaz, según afirmaba el periódico bagdadí *Al Yumhuriya*, había convertido «la eliminación de las redes de espionaje» en una aspiración nacional; y el mes siguiente, el recién instaurado partido Baaz descubrió una «conspiración» para derrocar a su gobierno. El partido acusó a ochenta y cuatro personas de estar involucradas, incluido el exprimer ministro, el doctor Abdul Rahman Bazzaz, y su exministro de Defensa, el general de división Abdul Aziz Uquili. Las acusaciones de espionaje, según informó un periódico libanés de la época, «surgieron en el transcurso de las declaraciones realizadas en un programa especial de radio y televisión de Bagdad por dos de los acusados, un antiguo soldado de la ciudad portuaria de Basora, al sur de Iraq, y un abogado de Bagdad». Según los medios de prensa de Beirut la entrevista fue dirigida en persona «por Sadam Tikriti, Secretario General de la dirección iraquí del partido Baaz gobernante». Según el mismo periódico: «La entrevista se inició con una grabación de la parte del discurso pronunciado por el presidente Al Bakr en Bagdad el 5 de diciembre [de 1968] en el que declaró: “No seguirá habiendo lugar en el suelo iraquí para los espías”».

Seis semanas después empezó la matanza. En el amanecer del 27 de enero de 1969, catorce iraquíes, nueve de ellos judíos, fueron ahorcados en público después de que un tribunal de tres hombres los acusara de trabajar como espías para Israel. Afirmaron que Izra Naji Zilja, un comerciante judío de Basora de cincuenta y un años, era el cabecilla de la «red de espionaje». Incluso mientras los hombres estaban colgando en la plaza de la Liberación de Bagdad y en Basora, empezó un nuevo juicio en Bagdad en el que estaban involucrados treinta y cinco iraquíes más, trece de ellos judíos. Sólo unas horas antes de los ahorcamientos de enero, el Baaz —del que «Sadam Tikriti», a la sazón de cuarenta años, era, justo en ese momento, según la prensa libanesa, «la verdadera autoridad»— organizó una manifestación en la que miles de iraquíes fueron conducidos a la plaza para contemplar las ejecuciones públicas y escuchar un comunicado oficial del Estado, en el que se anunciaba que el partido estaba «decidido a cumplir su promesa con el pueblo de eliminar a los espías». Más adelante *The Bagdad Observer* hizo una entrevista al revolucionario presidente de tribunal, el coronel Alí Hadi Witwet, quien afirmó que el tribunal emitía los veredictos sin tener en cuenta la religión de los acusados, y añadió que se había absuelto a siete judíos. Cuando se pronunció el fallo sobre la siguiente partida de «espías», condenados a morir en la horca el 20 de febrero, los ocho hombres condenados eran musulmanes. Como siempre, se les había condenado en secreto, aunque la noche de la víspera de la ejecución, la radio de Bagdad retransmitió lo que se suponía que era una grabación de la vista. Los hombres condenados habían sido acusados de recopilar información sobre el despliegue de las tropas iraquíes. Su

cabecilla, el oficial técnico Nayat Kazem Jurshid, era uno de los ocho, aunque su «vista» no se retransmitió. Más tarde, la radio de Bagdad comunicó a sus oyentes que «el pueblo iraquí expresó su condena de los espías».

En mayo de 1969, la incapacidad del partido baazista para aplastar la rebelión kurda había provocado la detención de cien iraquíes más, entre ellos, veinticuatro que habían estado al servicio del régimen anterior. Uno de los condenados era el alcalde de Bagdad, Midhat al Haj Sirri, a quien acusaron de dirigir una red de espionaje de la CIA. Entre los exministros detenidos se incluían Ismail Jairala, Fuad Rikabi, Rachid Musle, Sidik Shansal y Shukri Sale Zaki. Los dirigentes del Baaz solicitaban la opinión del «pueblo». Los delegados que acudieron a una asamblea de sindicatos agrarios manifestaron su respaldo a voz en cuello cuando el presidente Al Bakr declaró que estaba decidido a «cortar las cabezas a los traidores». Como era de esperar, se llevó al alcalde a los estudios de televisión de Bagdad para «confesar» su misión como agente de la CIA mientras otro acusado, el doctor Yusef al Mimar — antiguo presidente de la dirección general del Ministerio de Reforma Agraria— se derrumbó e involucró a antiguos ministros en la deserción de Munir Rufa, piloto de la Fuerza Aérea iraquí que había llevado su caza Mig-21 hasta Israel tres años antes.

Al Mimar también declaró que la CIA lo había reclutado a través de un empresario iraquí en Beirut en 1964. Además dijo que una empresa que servía de tapadera a la CIA, que supuestamente era una correduría de bolsa, lo obligó a abrir una compañía de inversiones en Libia y a conseguir una invitación a Bagdad para el secretario del Tesoro del presidente Eisenhower, Robert Anderson. Es imposible saber qué parte de esta «confesión» tiene alguna relación con la realidad. Cuatro civiles iraquíes —Taleb Abdulá al Sale, Alí Abdulá al Sale, Abdul Jalil Mahawi y Abdul Razzak Dahab— habían muerto en la horca el mes anterior por espiar para la CIA. El 15 de mayo de 1969, el régimen baazista ahorcó a otros diez hombres después de que uno de ellos, Abdul Hadi Bachari, hubiera aparecido en una «confesión» televisiva. Se les acusaba de estar al servicio tanto de Israel como de los Estados Unidos y, entre ellos, había un sargento del ejército y un teniente de las Fuerzas Aéreas.

En junio, por primera vez, un «espía» condenado dijo a la televisión iraquí que había trabajado para los servicios de inteligencia británicos. Se llamaba Zaki Abdul Wahab, era el asesor legal de un empresario iraquí en Beirut. La prensa bagdadí le acusó de ser «agente angloestadounidense». En julio, otros ochenta iraquíes destacados fueron a juicio por espionaje. Apenas eran un prelude de los miles de ahorcamientos, casi todos por «subversión» y «espionaje». Once años más tarde, cuando se confirmó el poder de Sadam Husein, los verdugos iraquíes enviaban víctimas a la horca con una media de un centenar cada seis semanas. En 1980, Amnistía Internacional informó de las ejecuciones de 257 personas.

En 1979 se produjeron las detenciones realizadas por el propio Sadam de cinco de los veintiún miembros de su Consejo del Mando Revolucionario. Todos fueron

acusados de espionaje para Siria, cuyo presidente había visitado Bagdad sólo dos años antes para esas conversaciones de «profundo entendimiento» con Al Bakr. El tribunal revolucionario condenó a muerte a los cinco hombres sin apelación posible y, a la mañana siguiente, Sadam Husein y varios asesores prominentes fueron a la prisión central y los ejecutaron personalmente. Sadam utilizó su pistola de trabajo para volarle la tapa de los sesos a una de las víctimas.

En esos primeros días del régimen, la televisión estatal daba, todas las tardes, los nombres de nuevos ejecutados iraquíes. Una vieja amiga iraquí me contó en 2003 que sus familiares fueron encarcelados y que, todas las tardes, ella se inyectaba una dosis de morfina antes de sentarse frente a la pantalla del televisor. «No sé cómo sobreviví a esas retransmisiones —dijo—. El locutor que leía los nombres tenía la cara chupada y los ojos almendrados, y los leía de una forma muy brusca. Se llamaba Mohamed al Sahhaf». El mismo Mohamed Al Sahhaf que, ya canoso y divertido, fue ministro de Información durante la invasión estadounidense de Iraq en 2003, ese Alí el Cómico que provocó la risa al presidente George W. Bush al afirmar que los soldados estadounidenses no habían llegado a Bagdad cuando sus tanques estaban cruzando el río Tigris. De burócrata sanguinario a amigable gracioso en sólo treinta años. Más tarde grabaría sus memorias para la televisión por satélite Al Arabia, sin recordar sus días como portavoz de los verdugos de Bagdad.

Así pues, ¿qué hay detrás de esta pasión feroz por las ejecuciones que manifestaba Sadam, esa crueldad dirigida que se convirtió en parte de la existencia del régimen<sup>[5]</sup>? En una ocasión se lo pregunté a Mohamed Heikal, mientras estábamos sentados en el patio de su casa campestre en el delta del Nilo, las aves de intensos colores graznaban en las palmeras y un criado iba sacando cerveza helada en delicadas jarras de cristal azul.

«Te contaré una historia, Robert», empezó diciendo. Las historias de Heikal eran siempre brillantes. Con Heikal había que permanecer callado durante el relato. Sus recuerdos eran una actuación teatral y una proeza de la memoria, se llevaba las manos a la cara cuando quería expresar una fuerte impresión, enarcaba las cejas hacia el cielo, me apuntaba con su habano si creía que no estaba prestando la atención suficiente. Solían ser historias con un desenlace inesperado<sup>[6]</sup>. Heikal conocía a Sadam Husein —de hecho, conocía a casi todos los gobernantes árabes y seguramente lo trataban con más deferencia que a la mayoría de ellos—, aunque no se hacía ilusiones con el Partido Baaz.

«Durante mi primera visita a Bagdad después de la toma de poder, me reuní con el ministro de Urbanismo. Era un hombre muy agradable, fino, cortés y culto a quien gusté de inmediato. Cuando regresé a Iraq un tiempo después, solicité verlo de nuevo. Sin embargo, cada vez que le preguntaba a un ministro dónde se encontraba, me respondían con evasivas. “Esa pregunta debe hacérsela al presidente cuando se reúna con él”, decían. Cada vez que solicitaba ver al ministro de Urbanismo, obtenía la misma respuesta. Así que cuando llegué a reunirme con Sadam, le pregunté si podía

volver a encontrarme con el ministro en cuestión. Sadam se quedó mirándome. ¿Para qué quería verlo?, me preguntó. Dije que me parecía un hombre muy inteligente y honrado. Sadam me miró muy serio y me dijo: “¡Le hemos dado un tizeretazo en el pescuezo!”. Me quedé petrificado. ¿Por qué?, pregunté. ¿Qué delito había cometido? ¿Tenía Sadam alguna prueba de que había cometido alguna fechoría? “No necesitamos pruebas —respondió Sadam—. La revolución de Iraq no es una revolución blanca. Es una revolución roja. Con la sospecha basta.” Me quedé sin habla. ¡Oh, sí!, y, Robert, esa jarra azul de la que estás bebiendo fue un regalo personal de Sadam Husein. Es cristal iraquí», dejé la cerveza.

Ahora, en 1997, estoy en Teherán, en un hotel barato del centro de la ciudad y, más adelante, en un acogedor restaurante donde sirven jarras de yogur líquido helado, sentado frente a mí está Hussain Shahrستاني, doctor en química nuclear por la Universidad de Toronto, antiguo asesor científico jefe del Organismo de Energía Atómica de Sadam, y musulmán chií casado con una canadiense y padre de tres hijos. Su historia es tan aterradora, tan elocuente, tan conmovedora y tan terrible que merece ser contada de principio a fin, con sus propias palabras, sin las interrupciones de un periodista. Por tanto, las páginas siguientes son obra del doctor Shahrستاني:

En 1979, el régimen de Iraq tuvo una reacción violenta en contra de los activistas de la comunidad chií. En verano, el gobierno había iniciado ejecuciones a gran escala y detenciones masivas. Expresé mi preocupación por la violación de los derechos humanos y por los encuentros sobre energía atómica. Sabía que mi papel era bastante crucial para su programa de energía atómica; creí que no me detendrían por expresar en público mi preocupación. Quería que Sadam conociera mi opinión. Me equivoqué. Un poco antes, el régimen había detenido y ejecutado a uno de mis primos, Alá Shahrستاني. Estaba en su luna de miel y sólo había estado casado catorce días. No tenía relación con ningún partido. Lo detuvieron en la calle y se lo llevaron, y condujeron a su mujer y a su hermana a la cámara de tortura para que presenciaran su martirio. Lo habían sometido a una tortura espantosa. Le habían llenado el cuerpo de gas por el recto y le habían dado una paliza. Amenazaron a su mujer delante de él y luego le golpearon la cabeza contra la pared, con tanta fuerza que la pared tembló. Luego lo mataron.

En esa época, Sadam era presidente, vino a vernos y nos dijo que iba a redirigirnos al Organismo de Energía Atómica, que íbamos a trabajar en lo que él llamaba «proyectos estratégicos». Hasta el mes de julio de 1979, habíamos participado en aplicaciones puramente pacíficas de la energía atómica. Mi colega, el doctor Ziad Yaafar, y yo éramos los asesores de Sadam; éramos científicos reputados, de formación internacional. También éramos amigos íntimos. Lo discutí con él, le dije: «Si Sadam quiere aplicaciones militares, no pienso continuar en este organismo».

En ese momento, no nos lo tomamos en serio porque sabíamos que Iraq tenía sus limitaciones. Supuse que simplemente me echarían del organismo. Acudieron al Organismo de Energía Atómica cuando estaba hablando a la junta de directores el 4 de diciembre de 1979. Dijeron: «¿Podríamos hablar un momento con usted, doctor Hussain?». Salí, me pusieron unas esposas, me metieron a empujones en un coche y me llevaron al cuartel general de seguridad de Bagdad. Allí me condujeron ante el director de seguridad, el doctor Fadel Baraq, a quien más tarde ejecutaría Sadam. Me dijo que algunas personas detenidas y llevadas al cuartel general habían dado mi nombre. Negué cualquier relación con partidos políticos, dije que era musulmán practicante, pero que jamás había participado en actividades subversivas.

Entonces me trajeron a un hombre que yo conocía, Jawad Zubeidi, un contratista. Lo habían torturado de tal forma que me costó reconocerlo. Jawad dijo: «Conozco al doctor Hussain. Acude a la mezquita y participa en las actividades religiosas». Para ellos, «actividades religiosas» significaba actividades en contra del gobierno. Me dijeron: «Será mejor que nos lo cuentes todo o te arrepentirás». Luego me llevaron a la cámara de tortura del sótano. Me vendaron los ojos y me empujaron por la escalera que descendía hasta la cámara. Era una habitación grande. Me ataron las manos a la espalda y me colgaron por ellas. Pasados cinco minutos, el dolor en los hombros era tan intenso que resultaba insoportable. Luego me dieron descargas en las partes

sensibles del cuerpo. Al final de la paliza estás desnudo. Me dieron descargas en los genitales y en otras partes de la anatomía.

Pasado un cuarto de hora se acercaron a mí y me dijeron: «Firma». Estaba bañado en un sudor muy frío. Saben que te vas a desmayar. Me descolgaron y me dieron un breve descanso. Me quedé dormido en unos minutos. Pero aquello siguió durante días, de día y de noche. Duró veintidós días con sus noches. Se encargaban cuatro, por turnos. Baraq, que tenía un doctorado en psicología militar por la Universidad de Moscú, estaba presente. En un momento determinado, dijo: «Mire, doctor Hussain, le diré cuál es su problema: cree que es lo bastante listo y que nosotros somos idiotas. Puede que sea listo en lo suyo, pero nosotros sabemos lo que nos hacemos. Díganos lo que sabe y acabemos con esto».

Conocía a Sadam. Él me conocía a mí. Sin embargo, me estaba ocurriendo aquello. Recuerdo que, en una ocasión, Sadam me dijo: «Tú eres científico. Yo soy político. Te contaré de qué trata la política. Tomo una decisión. Le digo a otra persona lo contrario. Luego hago algo que me sorprende incluso a mí mismo».

Las técnicas de tortura en Bagdad eran habituales y con diversos grados de severidad. Te podían dar descargas eléctricas en cualquier parte. Aunque, algunas veces, quemaban a las personas en los genitales y seguían haciéndolo hasta que quedaban chamuscados por completo. Hacían lo mismo con los dedos de los pies. A veces golpeaban a las víctimas con barras de acero en el estómago o en el pecho. Sin embargo, en mi caso, tuvieron mucho cuidado de no dejar marcas. Vi a un hombre al que habían golpeado en el estómago con una barra de hierro. Utilizaban berbiqués y agujereaban huesos, brazos y piernas. Vi a un funcionario, Naqib Hamid, al que disolvieron los pies en ácido. Había otra tortura para la que ponían ácido sulfúrico en una bañera. Se llevaban a un hombre y empezaban por disolverle las manos. En una ocasión, el fundador del partido Al Dawa, Abdul Saheb Jail, fue disuelto de cuerpo entero. Baraq me dijo: «¿Ha oído hablar de Jail, ahí es donde lo disolvimos».

Para las fases finales de la tortura tenían una mesa con una sierra eléctrica. Podían serrarte una mano o un pie. La mayoría hablaba. Las personas que se han negado a hablar son la excepción. Adnan Salman, uno de los dirigentes del partido Al Dawa, se negó a hablar. Lo hicieron entrar en la sala —yo lo vi— y en ese momento ya tenían muchísimas confesiones de otros hombres a los que habían torturado. Adnan Salman era profesor. Él sabía lo que iba a ocurrir, estaba preparado. Les dijo: «Me llamo Adnan Salman. Soy responsable del partido Al Dawa y ninguna de estas personas es culpable de nuestras actividades. Estas serán las últimas palabras que voy a dirigirles. No me sacarán ni una sola más». Trajeron a tres médicos y les advirtieron que si Adnan moría durante la tortura ellos serían ejecutados. Adnan no pronunció ni una sola palabra. Algunas veces se escuchaba murmurar a los médicos, estaban muertos de miedo porque no lograban despertarlo de su inconsciencia. Yo estaba en otra sala de torturas y lo escuchaba todo. Me encontraba en la cárcel de Abu Ghraib cuando me enteré de que habían ejecutado a Adnan. No había muerto durante la tortura.

Un prisionero me contó que tenía diecisiete años y que era el preso más joven y que por eso lo hacían barrer los pasillos del cuartel general de seguridad interna todas las mañanas a las siete. Me dijo que vio a una campesina tatuada del sur, era una mujer de la región de las marismas, con una niña de diez años y un niño de unos seis. Llevaba un bebé en brazos. El preso me contó que mientras estaba barriendo, llegó un funcionario y le dijo a la mujer: «Dime dónde está tu marido o pueden ocurrir cosas muy malas». Ella respondió: «Mire, mi marido se enorgullece mucho de la honra de su mujer. Si supiera que estoy aquí, se habría presentado». El funcionario se sacó la pistola, levantó a la niña por las coletas y le disparó en la cabeza. La mujer no sabía qué estaba ocurriendo. Luego disparó en la cabeza al niño. La mujer se estaba volviendo loca. El funcionario cogió al niño más pequeño por las piernas y reventó la cabeza del bebé contra la pared, hizo que le saltaran los sesos. Puede imaginarse cómo estaba la mujer. El funcionario ordenó al joven preso que trajera el carrito de la basura y que metiera a los tres niños dentro, encima de los desperdicios, y ordenó a la mujer que se sentara sobre los cuerpos. El muchacho sacó el carro fuera y lo dejó allí. El funcionario había adoptado la costumbre de deshacerse de las personas que no le servían para nada.

Me llevaron ante el tribunal revolucionario. El musulmán Al Yaburi era el juez y tenía un general a cada lado. Me preguntaron cómo me llamaba y si tenía algo que decir. Los cargos que se me imputaban eran «títere sionista», «espía israelí», «agente de los estadounidenses» y «colaborador de los iraníes». Se dieron cuenta de que no era miembro del partido Al Dawa. El tribunal emitió un veredicto que ya habían decidido antes de llevarme allí: cadena perpetua. Mi propio abogado solicitó mi ejecución. No tenía más que una declaración escrita: «Esta persona le ha cerrado las puertas a la piedad; impónganle la pena más dura». Yo dije al tribunal: «Este Estado iraquí que ustedes gobiernan se fundó con nuestra sangre. Los británicos condenaron a mi padre, y en cuanto a mí, soy presidente de la Asociación Palestina de Toronto. Una persona con este currículum no puede ser un agente israelí». El abogado replicó: «Entonces es espía ruso». Yo respondí: «Mi árbol genealógico se remonta hasta la época del profeta Mahoma, la paz sea con él».

Me llevaron a la cárcel de Abu Ghraib y me metieron en una celda pequeña con cuarenta personas más.

Cuando salí, en mayo de 1980, éramos sesenta personas en una celda. Calculé que allí, por cada sentencia de cárcel había tres sentencias de muerte. Así que, cuando mil personas llegaban a Abu Ghraib, significaba que habría tres mil ejecuciones. Ese mes de mayo me llevaron al cuartel general del servicio de inteligencia Mujabarat y entonces la tortura fue mucho peor. En el anterior centro de tortura, les permitían tener una tasa del 10 por ciento de muertes. En ese otro lugar podían tener un cien por cien. El director era Barzan al Tikriti, jefe de la delegación para los derechos humanos de Sadam en Ginebra. Trajeron a la prisión al doctor Ziad Yaafar porque le dijo a Sadam que el programa nuclear no podía continuar sin mí, sin el doctor Shahrstani. Declaró que Iraq necesitaba a Shahrstani el químico. Sadam se lo tomó como una amenaza. No me dejaron ver a Yaafar. Torturaron a diez personas hasta la muerte delante de él. Así que accedí a volver al trabajo.

Un día vinieron a buscarme, me afeitaron y me ducharon, me trajeron un pijama nuevo, me vendaron los ojos, me pusieron colonia, me metieron en un coche y me llevaron a una sala de lo que parecía ser un palacio. Había un dormitorio, una sala de estar, vídeos, una televisión... Un día, Barzan al Tikriti llegó con Abdul Razak al Hashimi, quien se convertiría en embajador iraquí de Francia durante la ocupación kuwaití de 1990. Era baazista, era un idiota con un doctorado en Geología de los Estados Unidos. Era vicepresidente del Organismo de Energía Atómica y se quedó en el umbral de la puerta, como un guardia. Yo estaba allí, tumbado, con las manos totalmente paralizadas. Llegó un hombre y dijo: «Usted no me conoce, pero nosotros lo conocemos muy bien. Sadam se sintió muy dolido cuando supo que lo habían detenido; se enfadó muchísimo con el personal de los servicios secretos. Conoce sus logros científicos. Le gustaría que volviese a su cargo en el Organismo de Energía Atómica». Yo respondí: «Me siento demasiado débil después de todo lo que he pasado». Él dijo: «Necesitamos una bomba atómica». Entonces, Barzan al Tikriti añadió: «Necesitamos una bomba atómica porque será el largo brazo con el que recompondremos el mapa de Oriente Próximo. Sabemos que usted es el hombre que nos puede ayudar con esto». Le informé de que todas mis investigaciones estaban publicadas en artículos, que no había llevado a cabo ningún estudio sobre armas nucleares. «No soy la persona adecuada para su objetivo», dije. Él respondió: «Sé lo que usted puede hacer, y cualquier persona que no quiera servir a su país no merece estar viva».

Estaba seguro de que iban a ejecutarme. Dije: «Estoy de acuerdo con usted en que el deber de un hombre es servir a su país, pero lo que usted me pide que haga no es un servicio a mi país». Él replicó: «Doctor Hussain, si estamos de acuerdo en que un hombre debe servir a su país, lo demás son detalles sin importancia. Ahora debería descansar, porque está agotado». Después de eso, me tuvieron en diversos palacios durante unos meses. Trajeron a mi mujer de visita cuando estaba en un palacio que había sido el hogar de Adnan Hamdan, miembro del Consejo del Mando Revolucionario a quien Sadam había ejecutado. Sin embargo, se dieron cuenta de que no iba a trabajar para ellos y me devolvieron a Abu Ghraib. Estuve allí ocho años. No me permitían tener libros, ni periódicos, ni radio ni contacto alguno con ningún ser humano.

Sabía que estaba haciendo lo correcto. Jamás me arrepentí de la postura que había adoptado. Dormía en el suelo de cemento de mi celda con una manta del ejército que estaba llena de pulgas. Había un grifo y un cubo como retrete. Me daban un plato de comida al día, solía ser estofado sin carne. Tenía terribles dolores de espalda por dormir sobre el cemento. Inventaba problemas matemáticos y los resolvía. Pensaba en las personas que habían aceptado el régimen, que podrían haberlo combatido cuando era débil, pero que no lo hicieron. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que había hecho lo correcto. Sabía que mi familia entendería los motivos que tenía para ello. Deseaba que Bernice se llevase a los niños y salieran del país. Eso me habría facilitado mucho las cosas. Ella dijo que mientras yo siguiera vivo, jamás se iría de Iraq.

Al final, Hussain Shahrstani escapó de Abu Ghraib durante un ataque aéreo estadounidense en febrero de 1990, después de que unos amigos lo ayudaran a disfrazarse de funcionario del servicio secreto iraquí, y llegó a Irán por Suleimaniya. Bernice recordaba una visita a su marido en la cárcel en la que no pudo reconocer su rostro. «Sólo pude reconocer la ropa que llevaba —afirmó—. Pero supe que era él porque vi que le corría una lágrima por la mejilla».

Justo dos meses después del aturdidor traslado del doctor Shahrstani desde la cárcel de Abu Ghraib al palacio, en 1980, Sadam decidió negar lo que había admitido ante Shahrstani el año anterior: su plan para poseer armas nucleares. Presencí esa típica actuación de Sadam, representada el 21 de julio de 1980, ante cientos de periodistas —yo entre ellos— en el vestíbulo de la altamente antidemocrática

asamblea de Iraq. Puede que la sala fuera demasiado grande, porque cuando entramos, la primera impresión que tuve de Sadam fue la de un hombre diminuto con una chaqueta cruzada que le iba demasiado grande, un tipo bastante simplón con una corbata chillona y una americana brillante. No empezó con el alegre saludo con la mano que habían adoptado tantos dirigentes árabes, sino con un largo saludo militar, con una ligera inclinación, como si fuera un soldado raso terriblemente incómodo entre generales. Sin embargo, cuando Sadam habló, el micrófono —sin duda, estaba preparado— elevó su voz hasta el volumen del Gran Hermano e hizo que nos retumbara en los oídos; su sarcasmo y su ira llegaban como veneno y no como apasionamiento. Uno podía imaginarse qué se sentía al ser denunciado ante el Consejo del Mando Revolucionario.

Con la indignación de un autócrata porque alguien pudiera creer que Iraq quisiese fabricar una bomba atómica —aunque con la insinuación de que los árabes eran muy capaces de hacerlo si querían—, negó que su país planeara la fabricación de armamento nuclear. También condenó la invasión soviética de Afganistán y la implicación militar de los Estados Unidos en el Golfo, se burló de la dirección siria del partido baazista, acusó a los empresarios británicos de cohecho y menospreció informes detallados sobre el malestar de los kurdos en Iraq. «No tenemos ningún programa relacionado con la fabricación de la bomba atómica —afirmó—. No tenemos ningún programa que puedan frustrar los israelíes... Queremos utilizar la energía atómica con fines pacíficos».

Su argumento era ingenioso. «Hace unos años, los sionistas de Europa propagaron el rumor de que los árabes eran un pueblo atrasado, que no entendían la tecnología y que necesitaban un protector. Según los sionistas, los árabes sólo sabían montar a camello, llorar sobre las ruinas de sus casas y dormir en tiendas. Hace dos años, los sionistas y sus partidarios afirmaron que Iraq estaba a punto de fabricar la bomba atómica. Pero; cómo podría un pueblo que sólo sabe montar a camello fabricar una bomba atómica?» Iraq había firmado el Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares, pero nadie preguntó si los israelíes estaban fabricando bombas atómicas en su central nuclear de Dimona, en el desierto del Néguev. «Las naciones árabes se encuentran en el umbral de una nueva era y saldrán airoas en el uso de la energía atómica. Millones de árabes podrán utilizar esta avanzada tecnología». Sadam utilizaba la palabra «binario» una y otra vez, como si Iraq acabara de dividir el átomo.

Sus declaraciones contenían una buena dosis de referencias a la «nación árabe», y el fantasma de Gamal Abdul Naser —cuyo nombre evocó en al menos tres ocasiones— apareció con la clara intención de revisar los procedimientos. Al considerar su propio régimen como un ejemplo de la más pura filosofía panárabe, sin duda se veía como el líder que podía aspirar a ser el dirigente del mundo árabe. Sin embargo, no pudo resistirse, por un instante, a dejar entrever la verdad. «Quienquiera que desee ser nuestro enemigo —gritó en un momento determinado— puede esperar que en un

futuro muy cercano seamos un enemigo muy distinto». Lo había dejado claro: si los árabes podían utilizar tecnología nuclear moderna en el futuro cercano y si el enemigo de Israel iba a ser «muy distinto», eso sólo podía significar que planeaba poseer armas nucleares. No era ningún secreto que se esperaba que el reactor iraquí Osirak se pusiera en funcionamiento en cuestión de cinco meses.

Luego llegó Irán. Sadam creía, dijo, en el derecho del pueblo iraní a la autodeterminación, pero «Jomeini se ha convertido en un asesino en su propio país». Empezó a hablar de los 35 000 chiíes iraquíes de origen iraní a quienes él acaba de expulsar de Iraq —no mencionó ni la cifra de expulsados, ni el hecho de que muchos de ellos tenían pasaporte iraquí— y de pronto se calló a mitad de frase. «Hemos expulsado a un par de personas de origen iraquí o a personas que no pertenecían a Iraq —empezó a decir—. Pero ahora, si quieren volver...» Y en ese momento interrumpió de forma repentina la declaración<sup>[\*]</sup>. Era una advertencia indirecta y que no auguraba nada bueno sobre el castigo que Sadam pretendía infligir a la Revolución Islámica de Irán.

Su conferencia de prensa continuó hasta la noche y duró hasta primera hora de la mañana siguiente. Hablaba sin notas y, aunque no consideraba la comparación como un halago, a menudo improvisaba el discurso sobre la marcha de forma muy parecida al presidente Sadat de Egipto. Yo comenté en mi crónica para *The Times* del día siguiente que «cuando el presidente sonreía —lo que hizo en contadas ocasiones— recibía una estruendosa ovación de sus ministros y funcionarios del partido Baaz». Cuando varios de nosotros nos encontrábamos cerca de Sadam tras su discurso, él nos tendió la mano. En mis notas apunté que su apretón fue «flojo y sudado».

Dos años más tarde, Richard Pim, que había sido director de la Sala de Mapas en Downing Street para Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial, utilizó exactamente las mismas palabras —«flojo y sudado»— al describirme su experiencia de estrecharle la mano en Moscú a Iósif Stalin, a imagen de quien Sadam se creó a sí mismo de forma deliberada. Fue uno de los biógrafos de Stalin quien comentó en 2004 que, en la década de 1970, Sadam había visitado diligentemente las quince pintorescas villas de Stalin en la costa del mar Negro, en Abjazia, y algunas de ellas eran palacios zaristas<sup>[\*]</sup>. Se supone que estas viviendas sirvieron de inspiración para los vastos palacios imperiales —y, en gran medida, inútiles— que Sadam se construyó por todo Iraq<sup>[7]</sup>.

Sin embargo, para Occidente, Sadam era el nuevo sha en preparación. Yo supuse que su conferencia de prensa trataba de eso. Sería un sha para nosotros y un Naser para los árabes. Estaba engendrando el culto a su personalidad. Era una nueva versión del califa Harún al Rachid, según se decía en Bagdad —pronto se convertiría en una versión mucho más perturbadora de un antiguo guerrero árabe— y, en ese momento, su imagen ya estaba por todo el país: con túnica kurda, con *kefia* árabe, con traje, cavando trincheras con el uniforme de la guerrilla, con la pistola colocada al modo de Arafat, remetida en el cinturón del pantalón, y en los billetes de dinar. Era, en las

aduladoras palabras de un poeta local: «El perfume de Iraq, sus dátiles, su estuario de los dos ríos, su costa y sus aguas, su espada, su escudo, el águila cuyo esplendor deslumbra a los cielos. Desde que ha existido un Iraq, tú has sido su esperado y prometido<sup>[\*]</sup>».

Sadam ya había tomado la costumbre de llamar por teléfono en tono amistoso a las casas de los iraquíes para preguntar si eran felices —siempre respondían que sí, claro—, y mi colega Tony Clifton de *Newsweek* fue testigo de una de estas aberraciones sadamitas. Durante una entrevista con el presidente, Clifton preguntó, en un arrebató, si Sadam nunca tenía miedo de que lo asesinasen. «El intérprete se quedó blanco de miedo y se hizo un largo silencio —recordaba Clifton—. Creo que Sadam sabe algo de inglés y que entendió la pregunta. A continuación, el intérprete le dijo algo a Sadam, él estalló de risa y me dio una palmadita en el hombro. No dejó de reír, sino que me dijo: “¡Salga ahora mismo de esta habitación! ¡Salga a la calle! Vaya y pregunte a cualquiera en Iraq: ¿quieres a Sadam?”, y siguió riendo. Todas las personas de la habitación reían a carcajadas. Eso era imposible, ¿verdad? Uno no se podía acercar a los iraquíes y preguntarles eso. Te dirían que lo querían<sup>[8]</sup>».

Sadam había heredado la misma matriz tribal y religiosa que los británicos cuando ocuparon Iraq en 1917. La comunidad más numerosa, la chií, fue excluida del poder en gran medida, pero se convirtió en una amenaza permanente para el partido Baaz, dominado por los suníes. Sus magníficos lugares sagrados en Nayaf y Kerbala no sólo eran potentes símbolos de una gran división en la sociedad islámica, sino que representaban una mayoría mucho más cuantiosa en Irán. Mientras el sha gobernara el país vecino al este de Iraq, podría controlarse su poder religioso. Sin embargo, si el sha era derrocado, los baazistas podrían ser los primeros en entender la amenaza que representaban los chiíes de ambos países.

Los chiíes se han disputado el mandato del islam desde el asesinato en Nayaf en el siglo VIII de Alí, yerno del profeta Mahoma, y creen que los descendientes de Alí, los imames, son los sucesores legítimos de Mahoma. Su fascinación por el martirio y la muerte, si se aplicaba en la guerra moderna, supondría una amenaza para cualquier enemigo. Los suníes, adeptos de la *sunna* (práctica) de Mahoma, adquirieron poder comercial por su estrecha asociación con los mamelucos y los turcos otomanos. En muchos sentidos, el poder suní llegó a fundamentarse en la pobreza chií; en Iraq, Sadam iba a asegurarse de que esto siguiera siendo así. Sin embargo, esta disparidad siempre sería extrema —como lo era en el reino de Arabia Saudí, en gran medida suní— gracias a una extraordinaria coincidencia geográfica: casi todo el petróleo de Oriente Próximo está bajo las tierras que habitan los musulmanes chiíes. En el sur de Iraq, en el noreste de Arabia Saudí y, por supuesto, en Irán, la población predominante es la chií.

Sadam aceptó al sha en cuanto éste retiró su apoyo a la insurrección kurda del norte —los kurdos, como los chiíes, eran víctimas frecuentes de la traición por parte tanto de Occidente como de los países vecinos de Iraq— y accedió a que la frontera

iraquí-iraní llegara hasta el centro del río Shatt al Arab. Se había preparado para admitir que el ayatolá Jomeini conservara su residencia en Nayaf, lugar al que se había trasladado, tras ser expulsado de Irán. Se prohibió al clérigo realizar cualquier actividad política, prohibición que Jomeini, como era de esperar, ignoró. Entregó a sus seguidores casetes en los que hablaba de su repulsión hacia el sha, su determinación de dirigir una revolución islámica y su apoyo a la causa palestina. Uno de sus más fieles seguidores en Nayaf era el hoyatoleslam Alí Akbar Mohtashemi — quien se convertiría en el embajador de Irán en Siria que enviaría a los Guardias Revolucionarios iraníes al Líbano en 1982—, a quien las autoridades iraquíes encarcelaron en tres ocasiones<sup>[9]</sup>. El embajador teológico de Jomeini era el ayatolá Sayed Mohamed Bakr Sadr, uno de los personajes más influyentes e intelectuales del clero chií en Nayaf, autor de numerosas y muy reputadas obras sobre la economía y la educación islámicas.

No obstante, también abogaba por una revolución islámica en Iraq y confiaba — al igual que Hussain Shahrastani— en su propia importancia política para que no acabasen con él. En cuanto Sadam expulsó a Jomeini —a Turquía y al final a París—, Bakr Sadr corría peligro de muerte. Con una revolución islámica en marcha en Irán, Sadam no tendría ningún reparo en silenciar al hombre que era el brazo derecho de Jomeini en Nayaf, ni qué decir tiene a sus seguidores. Ellos serían las primeras víctimas. Bakr Sadr, enfermo en su casa, fue detenido y encarcelado en Bagdad, y lo liberaron después de que se produjeran manifestaciones en diversos lugares contra el régimen de Nayaf. Entonces, el Baaz anunció la existencia del partido Al Dawa de la oposición armada y se abalanzó sobre los seguidores de Bakr Sadr. Más adelante, los iraníes iban a ser los primeros de la lista de mártires de «la Revolución Islámica de Iraq», como el hoyatoleslam jeque Aref Basari, el hoyatoleslam Sayed Azizzeddin Ghapanchi, el hoyatoleslam Sayed Emaddedin Tabatabai Tabrizi, el profesor Hussain Yalujan y el profesor Nuri Towmeh. El Baaz decidió acabar con la influencia chií de las escuelas teológicas chiíes en Nayaf aprobando nuevas leyes que obligaran a todos los profesores a afiliarse al partido. Bakr Sadr anunció que el mero hecho de afiliarse al Baaz estaba «prohibido por las leyes islámicas». Esto determinó su destino; aunque fue un destino que, al principio, Sadam se negó a desvelar.

Durante meses circularon los informes sobre la ejecución de Bakr Sadr en el extranjero —Amnistía Internacional los registró—, pero no había confirmación por parte del régimen. Sólo cuando solicité visitar Nayaf en 1980, un funcionario del partido Baaz me contó la verdad, si bien es cierto que lo hizo con las acostumbradas maneras implacables del partido. Era un día de un calor abrasador —23 de julio— cuando llegué al despacho del corpulento gobernador baazista de Nayaf, Misban Jadi, miembro destacado del partido y confidente personal de Sadam. Justo antes de la hora del almuerzo, en ese día en que no se comía por el Ramadán y el termómetro alcanzaba los 54°C, llegó la autorización. Pregunté si habían ejecutado al ayatolá Bakr.

«No conozco a ningún ayatolá Bakr Sadr —dijo Jadi—. Pero sí conozco a un tal Mohamed Bakr Sadr. Lo han ejecutado porque era un traidor y estaba urdiendo un complot contra Iraq, además tenía relaciones con Jomeini. Era miembro del partido Al Dawa. Era un delincuente y un espía, y no sólo tenía relaciones con Jomeini, sino también con la CIA. Las autoridades devolvieron el cuerpo a sus familiares para el entierro en el cementerio de Wadi al Salam. La familia no ha sufrido ningún daño. Todavía están en Nayaf».

Recuerdo que, mientras Jadi hablaba, el aire acondicionado runruneaba en la habitación de al lado. Él hablaba en un tono muy bajo y yo tenía que acercarme a él para poder escuchar lo que decía. Eso era suficiente para que cualquier oyente sintiera un hormigueo por todo el cuerpo. La falta de respeto de Jomeini por sus anteriores protectores reconcomía al régimen baazista que en otro tiempo había hecho tanto por ayudarlo. «Jomeini habla de una multitud de personas que acude en tropel a ver a Bakr Sadr en su ausencia —dijo Jadi con suavidad—. Pero en el juicio, ese hombre admitió que era un espía. Lo ahorcaron hace cinco meses. Pero eso no son más que preguntas nimias. Ejecutamos a cualquiera que sea traidor en Iraq. ¿Por qué los periodistas hacen preguntas sin importancia como ésta? ¿Por qué no me pregunta sobre los proyectos de desarrollo en Nayaf?»

Este fue el epitafio funesto y desdeñoso para el hombre que acompañó a Jomeini durante sus catorce años de exilio. Wadi al Salam —el Valle de la Paz— es el cementerio donde tantos miles de chiíes desean ser enterrados, a unos pocos cientos de metros del mausoleo del imam Alí. Se autorizó a su familia a celebrar un funeral musulmán tradicional y ahora descansa en una estrecha tumba entre cientos de miles de lápidas amontonadas, con forma de joroba, cuyos ocupantes amortajados creen que su proximidad a la última morada de Alí les garantizará la intercesión personal del santo guerrero, muerto hace tanto tiempo en el día de la resurrección. Sin embargo, había otra tumba junto a la de Bakr Sadr, y era de un funcionario de menor antigüedad del partido Baaz que disfrutaba de propagar la brutal historia del gobernador.

«También colgamos a su hermana —contaba—. Los dos llevaban sudarios blancos para el ahorcamiento. Bint Huda fue ahorcado en la misma época. Yo no estuve en ese ahorcamiento, pero, más tarde, sí vi el de Bakr Sadr a la entrada de la cárcel de Abu Ghraib. Lo ahorcaron en público. Llevaba atuendo religioso, pero con una tela blanca encima y no llevaba su turbante. Después lo bajaron, lo metieron en una caja de madera y lo ataron a la baca de un coche. Luego lo llevaron de vuelta a Nayaf. ¿Por qué pregunta por él? Era un hombre malo».

La historia del partido Baaz en Iraq podría estar escrita con la sangre de los ulemas y sus familias. Además, el desprecio de los clérigos chiíes se convertiría en una cuestión temible durante los años siguientes. El imam Musa Sadr, líder de la comunidad chií en el Líbano y familiar de Bakr Sadr, había desaparecido durante una visita a Libia en agosto de 1978. Musa Sadr, que era un hombre alto y con barba,

nacido en Qom y que no aparentaba sus cincuenta años, ya había recibido una invitación para acudir a Libia y celebrar los festejos por el noveno aniversario de la revolución del coronel Gaddafi. De lo único que habló en la capital libia de Trípoli, según informó un periódico libanés, fue de la situación en Irán. ¿La policía secreta del sha, el Savak, había atrapado a Musa Sadr? ¿Gaddafi lo había hecho «desaparecer» para Sadam? Se suponía que tendría que haber embarcado en el vuelo de Alitalia 881 con destino a Roma el 31 de agosto, para regresar a Beirut. Su equipaje apareció en la cinta del aeropuerto de Fiumicino, pero ni Musa Sadr ni el periodista libanés que viajaba con él estaban en el avión. Muchos chiíes del Líbano todavía creen que su imam regresará. En la actualidad, hay otros que intentan imputar cargos criminales a Gaddafi. Musa Sadr, quien fundó el movimiento Amal —Esperanza— en el Líbano, no volvió a ser visto.

En Nayaf se intimidaba a los chiíes. Nadie mencionaba abiertamente el nombre de Bakr Sadr en la antigua y polvorienta ciudad con su glosa mezquita, erigida en torno a la urna de plata del yerno del Profeta, que además era su primo. Un tendero se encogió de hombros con exagerada ignorancia cuando le mencioné a Bakr Sadr. Las pancartas de las calles de Nayaf en ese julio abrasador cantaban las alabanzas a la generosidad de Sadam —todas las consignas eran idea de los tenderos locales, información en la que insistió el funcionario ministerial— y en una calle habían colgado un banderín rojo con las palabras: «Que el régimen de Jomeini, el mentiroso y traidor, se caiga a pedazos».

El anciano gran ayatolá Abulqasem al Joi, heredero por derecho del gobierno de los chiíes en Nayaf, pero que creía que el pueblo debía rendir cuentas a Dios por las cosas relacionadas con Dios y a Sadam por los asuntos claramente baazistas, no había tenido el peso necesario para sofocar el malestar. Tampoco fue capaz de controlar a la muchedumbre durante la sublevación iraquí del sur en 1991. No iban a producirse entrevistas con el anciano. Sin embargo, el gobernador se mostró dispuesto a llevarme a la casa donde había vivido Jomeini. Era una casa adosada de una sola planta con las paredes azules descascarilladas, estaba en un pasaje con el apropiado nombre de Sharia al Rasul —la calle del Profeta—, en el barrio residencial del sur de Nayaf.

Cuentan que la casa tiene una puerta principal de madera barnizada y esto es cierto; pero el calor del mediodía era tan intenso que dejaba el paisaje descolorido. El calor nos asfixiaba en la sombra y nos acorralaba con sus abrasadoras corrientes desde callejones inesperados hasta que lo único que se veía era una monocromía de calles y casas con los postigos cerrados; era la frágil negativa de una ciudad entregada a las identidades vinculadas de la adoración y la muerte. Al ayatolá Jomeini tiene que haberle encantado este lugar.

Sin embargo, la ciudad estaba cambiando. Habían vuelto a pavimentar las calles, un proyecto de construcción había borrado del mapa una de las casas «seguras» de Jomeini, y el gobierno de Iraq hacía todo lo posible por asegurarse de que a los chiíes

no les faltase de nada en la más santa de las ciudades; estaban construyéndose nuevas fábricas en el norte, más de un centenar de nuevos colegios —complementados con profesores del partido Baaz— ya se habían finalizado, junto con una red de centros sanitarios, hoteles y bloques de apartamentos. El sonriente gobernador de la ciudad me acompañó por las calles agotadas y sofocadas por el calor con su Mercedes blanco, y señaló el bazar con su dedo rechoncho.

«Aquí conozco a todo el mundo —dijo Misban Jadi—. Me gustan estas personas y ellas siempre me dicen lo que de verdad sienten por mí». Detrás de nosotros, los motores de una retahíla de coches de escolta policial susurraban en la calurosa atmósfera. Jadi, pese a ser chií, no era de Nayaf, sino de una provincia vecina, Diyala. Según afirmó acudía a la mezquita del imam Alí a diario, e hizo un gesto hacia una pancarta que se erigía sobre los mosaicos del templo. Era de un discurso reciente de Sadam. «Somos doblemente felices en presencia de nuestro gran padre Alí —rezaba—. Porque es uno de los jefes musulmanes, porque es yerno del Profeta y porque es árabe».

Los funcionarios baazistas esgrimían este argumento con frecuencia. Ya se había expulsado de Nayaf a la totalidad de iraquíes de origen iraní («si me hubiera llamado por teléfono ayer —dijo Jadi de un modo irritante—, podría haberle dado las cifras»), y el mensaje de que el islam chií es fruto del mundo árabe y no del mundo persa se reiteraba de forma constante. ¿Acaso Sadam no había hecho una donación a título personal de un par de portones con incrustaciones de oro para el templo de Nayaf, cada uno de los cuales costaba nada menos que 100 000 dólares? El gobernador entró dando grandes zancadas en el bazar de la acera de enfrente. Como era el mes del Ramadán, las cortinas estaban bajadas y tan calientes que si las rozabas te quemaban la piel. Sin embargo, había un tenderete de perfumes que todavía estaba abierto y Jadi aposentó su poderoso cuerpo en un banco vulnerable mientras el parlanchín vendedor vertía los aceites de fortísimos aromas en ampollas de cristal.

«Pregúntele si le gusta vivir en Nayaf —me soltó de sopetón el gobernador, pero cuando le pregunté al vendedor si recordaba a Jomeini, en lugar de la pregunta sugerida, él miró parpadeando a los rostros de los funcionarios que estaban más cerca—. Todos recordamos a Jomeini —respondió con cautela—. Estuvo aquí durante catorce años. Todos los días iba a rezar a la mezquita y el pueblo de Nayaf al completo se congregaba a su alrededor, eran miles, para protegerlo. Creíamos que el sha iba a enviar a su policía, el Savak, para asesinarlo, por eso permanecíamos alrededor de él en el templo». Se produjo un momento de silencio, mientras el reducido público del vendedor de perfumes analizaba su habilidad, o su falta de ella, para la crítica.

«Pero aquí hay un niño al que le gustaría hablarle de su visión de Jomeini», dijo el gobernador, y un golfillo con una chilaba mugrienta, de color amarillo gritó: «¡Jomeini es un traidor!», con una sonrisa ausente. Todos los funcionarios aclamaron esta afirmación como el verdadero sentimiento del pueblo de Nayaf. Jadi no había

conocido a Jomeini, pero afirmaba con rotundidad que el imam había sido agente de la CIA. Añadió que incluso el gran ayatolá Abulqasem al Joi de Nayaf había enviado un telegrama a Qom en el que culpaba a Jomeini de matar a kurdos musulmanes en el norte de Irán. Al Joi pudo haberlo hecho —su compañero en la enseñanza, el ayatolá Sahib al Hakim, había sido ejecutado por el régimen—, aunque esto no salvó a su familia. En 1994, sólo dos años después de la muerte de Al Joi, su valeroso hijo de treinta y seis años, Taghi, murió asesinado cuando su coche chocó de forma inexplicable contra un camión articulado con el tráiler levantado en la carretera de las afueras de Kerbala. Había sido un crítico constante de la persecución que Sadam llevaba a cabo contra los chiíes, y el año anterior al accidente había dicho a sus amigos de Londres que era probable que muriese a manos de Sadam. Por exigencia de las autoridades, su enterramiento —y el de su sobrino de seis años que murió con él— se celebró sin las exequias de costumbre.

Pasados cuatro años, el ayatolá jeque Murtada al Burujirdi, uno de los estudiosos y juristas más destacados de Nayaf, discípulo del anciano Al Joi y clérigo también de origen iraní, murió asesinado cuando volvía caminando a casa después de sus oraciones vespertinas en el templo de Alí. El año anterior le habían propinado una paliza y se había librado de un intento previo de asesinato cuando le lanzaron una granada de mano. Al Burujirdi se había negado a obedecer las exigencias del gobierno de que dejase de dirigir las oraciones en el templo. El ayatolá Alí Sistani, el principal *marya al taqlid* —literalmente: «modelo que imitar»—, todavía cumplía arresto domiciliario y los baazistas promovían al más maleable Sayed Mohamed Sadiq al Sadr, primo del ejecutado Sadiq. Sin embargo, Sadiq Al Sadr murió asesinado por unos francotiradores en Nayaf nueve meses después de que hubiera proclamado una fetua en la que llamaba a los chiíes a cumplir con sus oraciones de los viernes pese a la objeción que ponía el gobierno a las grandes multitudes. Yusef —hermano de Taghi—, hijo de Al Joi, culpó a los baazistas, y estallaron las revueltas en las barriadas chiíes de Sadam City, en Bagdad. No obstante, la historia de la resistencia chií no acabó con la caída de Sadam. Fue el hijo de Sadiq al Sader, Múqtada, quien lideraría una insurrección en contra de la ocupación estadounidense de Iraq cinco años más tarde, en 2004. Esta sublevación condujo a los tanques de los Estados Unidos hasta las mismas calles de Nayaf por las que, en una ocasión, los soldados de Sadam habían avanzado y habían provocado tiroteos en Sadr City, la antigua Sadam City, cuyos habitantes habían renombrado en honor al ejecutado Bakr Sadr.

Estos eran sólo los más destacados iraquíes de las decenas de miles que murieron asesinados durante el mandato de veinticuatro años de Sadam. Kurdos y comunistas, y musulmanes chiíes serían víctimas de los más férreos castigos del régimen. Mis archivos iraquíes de finales de la década de 1970 y principios de la de 1980 están llenos de circulares mal impresas de la Unión Patriótica del Kurdistan (UPK), de sindicatos y de pequeños grupos de oposición iraquíes, donde se daba un listado de

miles de hombres y mujeres ejecutados. Cuando ahora los repaso, me encuentro con la revista de la Unión Patriótica del Kurdistan, *The Spark*, y en un número con fecha de octubre de 1977 se quejan de que los miembros de su partido se han visto rodeados al mismo tiempo por fuerzas de los baazistas de Iraq y el Irán del sha en Halabya, población del norte de Iraq, y detallan el elevado número de poblaciones de las que habían sido deportados los habitantes kurdos, así como la ejecución, asesinato o tortura hasta la muerte de 400 miembros de la UPK. Otro panfleto de la UPK, fechado el 10 de diciembre de 1977, informa de la deportación de 300 000 kurdos al sur de Iraq. Otra espantosa lista más, de un grupo comunista, incluye los nombres de 37 trabajadores iraquíes ejecutados o «desaparecidos» en 1982 y 1983. Omer Kadir, trabajador de la fábrica de tabaco en Suleimaniya: «torturado hasta la muerte»; Alí Husein, trabajador del petróleo de Kirkuk: «ejecutado»; Mayid Sherhan, campesino de Hilla: «ejecutado»; Sadam Muher, funcionario de Basora: «ejecutado»... Entre los muertos hay herreros, constructores, impresores, trabajadores de Correos, electricistas y obreros de las fábricas. Nadie estaba a salvo.

Esta situación permanente de asesinatos en masa en todo Iraq no era ningún secreto en las décadas de 1970 y 1980. Aun así, Occidente o bien permanecía en silencio o bien condenaba los hechos con desgana. La visita de Sadam a Francia en 1975 y la bienvenida en público que le dio el alcalde de París, Jacques Chirac, quien expresó hacia el líder iraquí «mi aprecio, mi consideración y mi afecto», fue simplemente el más flagrante ejemplo de nuestra vergonzosa relación con el régimen iraquí. Tres años después, agentes de la embajada de Iraq en París librarían un tiroteo con la policía francesa después de que sus diplomáticos hubieran sido rehenes de dos hombres árabes armados. Un inspector de policía francés murió asesinado y otro agente resultó herido; los tres asaltantes iraquíes se acogieron a la inmunidad diplomática y les dieron autorización para volar a Bagdad el 2 de agosto de 1978, sólo dos días después del asesinato. Créditos para la exportación, productos químicos y helicópteros de los Estados Unidos, aviones de Francia, gas de Alemania y maquinaria militar de Gran Bretaña llegaron a Iraq durante quince años. Iraq ya estaba utilizando gas para matar a miles de soldados iraníes cuando Donald Rumsfeld realizó su destacada visita a Bagdad en 1983 con objeto de estrechar la mano de Sadam y pedirle permiso para reabrir la embajada estadounidense. La primera —y última— vez que llamé al consulado de los Estados Unidos en Bagdad, no mucho tiempo después de la visita de Rumsfeld, uno de sus jóvenes agentes de la CIA me aseguró alegremente que no le preocupaban los coches bomba porque «tenemos plena confianza en la seguridad iraquí».

Los importantes proyectos para Iraq de alfabetización, sanidad pública, urbanismo y comunicaciones se presentaban como prueba de que el gobierno baazista era, en esencia, beneficioso, o al menos merecedor de cierto respeto. Una vez más, mis archivos contenían numerosos artículos de la prensa occidental que se centraban de forma casi exclusiva en los proyectos sociales de Iraq. En 1980, por ejemplo, un

largo artículo en la revista de economía de Oriente Próximo *8 Days*, escrito, sin duda, con una ironía inconsciente, empieza diciendo: «Los iraquíes que no acudan a las clases de lectura pueden ser multados o ser enviados a la cárcel donde las clases de alfabetización también son obligatorias<sup>[\*]</sup>. Tales medidas pueden parecer estrictas, pero cuando Iraq entra en el segundo año de mandato de un gobierno decidido a eliminar el analfabetismo, sus resultados han merecido la aclamación de las Naciones Unidas».

En 1977, el ahora desaparecido periódico de Dublín *The Sunday Press* publicó una entrevista con el exministro de economía irlandés Charles Haughey, en la que la violación de los derechos humanos en Iraq simplemente no salió a colación. No era difícil entender por qué. «En Iraq estaba abierto un enorme mercado en potencia para la producción irlandesa —empezaba diciendo—, entre lo que se incluye el cordero, la ternera, los productos frescos y los requisitos para la industria de la construcción... Me lo contó Charles Haughey al regresar de su visita de una semana a esa nación<sup>[\*]</sup>». Resulta que Haughey y su esposa Maureen habían sido «los invitados del gobierno iraquí socialista que lleva nueve años en el poder», así que el ministro se pudo informar «de la situación política y económica del país y ayudar a establecer un contacto más completo y mejores relaciones entre Irlanda e Iraq en el contexto político». Haughey, quien se había reunido con «el director general del Ministerio de Urbanismo, Sadam Husein», añadió que: «El principal aspecto político del Iraq moderno es la determinación total de sus gobernantes para utilizar la riqueza derivada de sus fuentes petrolíferas para beneficio de su pueblo». El Partido Baaz, informaba el artículo amablemente a sus lectores, «llegó al poder en julio de 1968 sin derramar ni una gota de sangre».

Los británicos entendían de sobras el régimen iraquí. En 1980, francotiradores de la «Organización Política del Pueblo Árabe de Arabistán» —la pequeña provincia del sudoeste de Irán con una población en su mayoría árabe, llamada Juzistán— habían tomado la embajada iraní de Londres; el asalto finalizó con la entrada de los hombres del SAS (Servicio Aéreo Especial británico) en el edificio. Capturaron a uno de los asaltantes, pero mataron a otros cuatro y ejecutaron a un quinto a sangre fría antes de que el edificio quedara consumido por las llamas<sup>[10]</sup>. Sin embargo, menos de tres meses después, el 19 de julio de 1980, me quedé estupefacto al recibir una llamada telefónica de las autoridades iraquíes en mi hotel de Bagdad. Me invitaban a acudir a una conferencia de prensa que concedía ese mismo grupo árabe que había invadido la embajada. Naser Ahmed Naser, un hombre de treinta y un años licenciado en económicas por la Universidad de Teherán, acusaba a los británicos de «conspirar» con Irán contra los árabes del país y exigía el traslado de vuelta a Iraq de los cadáveres de los cinco francotiradores.

Naser, un hombre con bigote y gafas oscuras, camisa negra y unos pantalones de vestir con la raya muy bien planchada, habló con parsimonia y evidente reflexión previa cuando subrayó la reacción de su grupo ante los asesinatos. «Nos vengaremos

—afirmó—, porque ahora, nuestro segundo enemigo es Inglaterra». Declaró que lo habían condenado a muerte *in absentia* en Irán. Sin embargo, su llegada a la conferencia que se celebraba en el interior, de recargada tapicería, del Ministerio de Información iraquí dejaba claro que el gobierno de Bagdad apoyaba por completo su causa y que debió de estar tras el asedio a la embajada de Londres. Un destacado funcionario se encargó de la interpretación de la resentida perorata de Naser contra Gran Bretaña e Irán.

Los árabes de Juzistán habían aspirado a la autonomía desde el régimen de Jomeini, y muchos insurgentes árabes de esa provincia habían muerto ejecutados o estaban encarcelados, según afirmó Naser. Los hombres armados habían atacado la embajada de Londres para exigir la liberación de los prisioneros. Naser admitió que había un «vínculo» entre los insurgentes y el Partido Baaz iraquí y deberíamos haberle preguntado acerca de ello. «El lema del Partido Socialista Árabe Baaz de Iraq —una nación árabe unificada— es un lema glorioso y nosotros somos árabes — declaró—. Somos fieles a ese lema». ¿Qué significaba eso? Tras reflexionarlo, deberíamos haber entendido sus implicaciones: Sadam estaba preparando una versión reducida de los Sudetes, otro Danzig, una zona de Irán que podría sentir el deseo de liberar de forma justificada en un futuro próximo.

Sin embargo, preguntamos por el asalto en Londres y no por las consecuencias para los rebeldes del apoyo de Iraq. «Cuando fuimos a la embajada de Londres, nuestro objetivo no era matar a nadie —dijo Naser—. No éramos terroristas. Escogimos al gobierno británico como negociador porque el suyo es un país democrático y queríamos sacar provecho de esa democracia. Los británicos sabían — lo sabía todo el mundo— que no teníamos intención de matar a nadie... Pero durante seis días, ni respondieron a nuestras peticiones ni hicieron públicas nuestras exigencias. Nos cortaron el télex y el teléfono... No tenían que matar a nuestros jóvenes, los podrían haber llevado detenidos y llevarlos ajuicio». Naser culpaba a Sadeg Jaljali, el juez iraní, de la tortura de árabes en Juzistán —«aplica torturas en las que rompen piernas y disparan a los brazos de los prisioneros antes de acuchillarlos»— y afirmaba que los árabes de la provincia habían aceptado la revolución iraní en primer lugar porque «llegó en el nombre del islam», pero ahora querían la autonomía «al igual que los kurdos, los baluchíes y los turcos». Cuando le preguntamos cómo habían entrado los asaltantes de la embajada iraní con las armas en Gran Bretaña, Naser respondió: «¿Cómo entraron los palestinos con armas a Munich? ¿Cómo entran los revolucionarios con armas a Gran Bretaña? Somos capaces de hacer lo mismo». Una vez más, nadie pensó en preguntar si las armas habían entrado en Gran Bretaña en la valija diplomática iraquí. El mismo Naser llegó del puerto iraní de Jorramshar, para lo que utilizó el nombre árabe «Al Mohammara». Así pues ¿iba a convertirse Al Mohammara en Danzig?

Sin embargo, Gran Bretaña no protestó contra Iraq por el asalto, ni por la conferencia de prensa extraordinaria preparada de forma tan evidente por el gobierno

iraquí en Bagdad. Fue un silencio elocuente. Por supuesto, hubo personas que cuestionaron la cómoda relación de Gran Bretaña con Iraq. Hubo un interesante intercambio en la Cámara de los Lores en 1989, un año después de la guerra Irán-Iraq y muy poco tiempo después de la detención en Bagdad del periodista de *The Observer* Farzad Bazoft y de su amiga, la enfermera británica Daphne Parish. Cuando lord Hylton preguntó cómo el gobierno británico «justifica su actuación a la hora de garantizar nuevos créditos a Iraq de hasta 250 millones de libras esterlinas, teniendo en cuenta que ese país ha detenido a súbditos británicos sin haberse celebrado un juicio y se ha negado a liberar a los presos de guerra tras el alto el fuego de Irán, además de su historial de violación de los derechos humanos<sup>[\*]</sup>». En nombre del gobierno, lord Trefgarne respondió que «nos preocupa la actuación del gobierno iraquí por la detenida británica, la señora Parish, y por el historial de Iraq en materia de derechos humanos... Somos una nación con un importante volumen de comercio. Me temo que debemos hacer negocios con numerosos países con cuyas políticas podemos estar a menudo en desacuerdo... No vendemos armas a Iraq». La respuesta de Hylton —que «aunque entiendo que ésta es una nación comerciante, ¿no estamos pagando un precio demasiado elevado?»— no dio pie a más comentarios.

Bazoft, que era de origen iraní y tenía los documentos de identidad británicos pero no la nacionalidad, había visitado la ciudad iraquí de Hilla en el coche de Parish mientras buscaba pruebas de que Iraq estaba fabricando bombas químicas. Lo detuvieron cuando intentaba irse del aeropuerto de Bagdad, acusado de espionaje, y fue a juicio jugándose la vida junto con Parish. Pasado un mes, el ministro del Foreign Office William Waldegrave comentaba en privado de Iraq que «dudo que exista un futuro mercado de esas dimensiones en ningún otro lugar del mundo en el que Gran Bretaña tenga la posibilidad de estar tan bien situada si movemos los cables diplomáticos adecuados, ni tampoco se me ocurre ningún mercado importante en que la relevancia de la diplomacia sea tan grande en relación con nuestra postura comercial<sup>[\*]</sup>. No podemos permitir que se lo queden los franceses, los alemanes, los japoneses, los coreanos, etc».. Añadió que «un par de casos más como el de Bazoft u otro ataque de represión interna lo harían más difícil». Waldegrave escribió estas palabras sólo unos meses después del gaseo de los kurdos de Halabya dirigido por Sadam. Geoffrey Howe, viceprimer ministro, decidió relajar los controles en la venta de armas a Iraq, pero lo mantuvo en secreto porque «parecería de un cinismo tremendo que, pasado tan poco tiempo después de expresar nuestro rechazo por el trato que se ha dado a los kurdos, adoptemos un enfoque más flexible sobre la venta de armas<sup>[\*]</sup>».

Bazoft fue condenado a muerte el 10 de marzo de 1990. *The Observer* atacó a Sadam por la condena —lo que, quizá, dadas las circunstancias, no fue una decisión inteligente—, y el ministro de Asuntos Exteriores Douglas Huid se ofreció a viajar a Bagdad para reunirse con el presidente iraquí. Sadam, según el ministro de Asuntos Exteriores iraquí, «no podía intervenir mientras estuviera bajo presión política». Sin

embargo, Por aquel entonces se había empezado a practicar una siniestra costumbre, de la que tristemente me había enterado gracias a mis investigaciones en Beirut. Ya en 1968, «espías» condenados iraquíes confesaban su culpa en televisión. Después los ejecutaban. En 1969, el alcalde de Bagdad había confesado —por televisión— ser culpable de «espionaje» y había sido ejecutado. Bazoft había salido en antena y había confesado ser espía; sus amigos no descubrieron hasta más tarde que lo habían sometido a torturas de descargas eléctricas durante el interrogatorio. En febrero de 1969, antes de la ejecución de siete «espías», la radio de Bagdad había anunciado que el pueblo iraquí «expresaba su repulsa a los espías»; los ahorcaron. En mayo de 1969, los representantes del sindicato de agricultores había aplaudido la decisión del presidente Al Bakr de «cortar» las cabezas de una «red de espionaje» de la CIA. Todos murieron de forma puntual en la horca. Ahora bien, en una de sus interminables visitas a los grupos de minorías iraquíes, Sadam preguntó a un nutrido grupo de kurdos si creían que el «espía británico» debía morir en la horca. Por supuesto, respondieron a coro que sí. Era la misma y vieja táctica baazista: conseguir que el pueblo tome la decisión —en cuanto sepa cuál debe ser— y, a continuación, cumplir su voluntad.

En la mañana del 16 de marzo de 1990, Robin Kealy, un diplomático británico en Bagdad, se enteró de que iban a ejecutar a Bazoft ese mismo día. Llegó a la prisión de Abu Ghraib y supo que el joven todavía no conocía su destino, y aún pensaba en pedir clemencia a Sadam en persona. Kealy tuvo la desagradable obligación de contar a Bazoft la verdad. El diplomático rechazó la invitación a estar presente en el ahorcamiento. Ocho días después, cuatro maleteros de Heathrow bajaban el ataúd de un vuelo regular de las Líneas Aéreas iraquíes con destino a Londres. Ningún representante del Foreign Office, ni parientes ni amigos acudieron al aeropuerto. Llevaron el ataúd a una nave de almacenamiento en espera del entierro. A su amiga Daphne Parish, «Dee», la condenaron a quince años de cárcel. Las últimas palabras de Bazoft a Kealy fueron: «Dígale a Dee que lo siento<sup>[\*]</sup>».

Durante los primeros años de mandato de Sadam, hubo periodistas que contaron la verdad sobre su régimen mientras los gobiernos —por razones económicas y comerciales— prefirieron guardar silencio en general. Con todo, los que nos opusimos a la invasión angloestadounidense de Iraq en 2003 no tardamos en ser acusados de «portavoces» de Sadam o, en mi caso, de «apoyar la perpetuidad del régimen baazista»; esta acusación provenía, precisamente, de Richard Perle, uno de los principales instigadores de la desastrosa guerra, cuyo amigo Donald Rumsfeld tenía amistad con Sadam en 1983. Dos años después del acercamiento inicial de Rumsfeld al líder iraquí —seguido, en cuestión de meses, por una reunión con Tariq Aziz—, yo estaba informando sobre las violaciones múltiples y las torturas perpetradas por los hombres de Sadam en las cárceles iraquíes. El 31 de julio de 1985, Wahbi Al Qaraghuli, el embajador iraquí de Londres, se quejaba a William Rees-Mogg, director de *The Times*, de que:

El artículo extremadamente parcial de Robert Fisk pasa por alto el importante progreso de Iraq en materia de bienestar social, educación, desarrollo agrícola, mejoras urbanísticas y el derecho a voto para las mujeres; y afirma, sin presentar ninguna prueba que respalde tal acusación, que «Sadam en persona impone un verdadero régimen terrorista a su pueblo». La afirmación más injuriosa es que «Hay personas que han sido encarceladas por ser sospechosas de criticar al régimen en la prisión de Abu Ghoraib [sic], a las que han obligado a estar presentes durante la violación múltiple de sus esposas perpetrada por los hombres del servicio de seguridad de Sadam. Algunos prisioneros han tenido que ser testigos de la tortura de sus propios hijos». Debe condenarse con firmeza que algunos periodistas estén tan dispuestos, sin argumento que los respalde, a reiterar acusaciones extravagantes e infundadas sobre países como Iraq.

«Extremadamente parcial», «sin presentar ninguna prueba», «injurioso», «debe condenarse con firmeza», «acusaciones extravagantes e infundadas»: fueron las mismas expresiones y calificativos que, casi veinte años más tarde, utilizarían estadounidenses y británicos para referirse a los artículos escritos por mis colegas y por mí en los que describíamos la invasión ilegal de Iraq y sus desastrosas consecuencias. En febrero de 1986, me negaron un visado para viajar a Bagdad alegando que «otra visita del señor Fisk a Iraq daría una indebida credibilidad a sus crónicas<sup>[\*]</sup>». De hecho, así fue<sup>[11]</sup>.

Así que, durante todos esos años —hasta que invadió Kuwait en 1990—, en Occidente toleramos la crueldad de Sadam, su opresión y sus torturas, sus crímenes de guerra y sus matanzas. Al fin y al cabo, contribuimos a la creación del personaje en cuestión. La CIA facilitó la ubicación de cuadros comunistas al primer gobierno baazista, información que se utilizó para detener, torturar y ejecutar a cientos de iraquíes. Cuanto más se aproximaba Sadam a una guerra contra Irán, mayor era el miedo que le tenía su propia población chií, y más lo ayudábamos nosotros. En el desfile de personajes odiados que han recibido la ayuda de gobiernos y periodistas occidentales para entrar en la escena de Oriente Próximo —entre ellos, Naser, Gaddafi, Abu Nidal y, en un momento determinado, Yasir Arafat—, el ayatolá Jomeini era nuestro «hombre del saco» de principios de la década de 1980, el problemático clérigo que quería islamizar el mundo, cuya intención declarada era propagar su revolución. Sadam, lejos de ser un dictador, se convirtió entonces —en los teletipos de la Associated Press, por ejemplo— en un «hombre fuerte». Era nuestro bastión —y el bastión del mundo árabe— contra el «extremismo» islámico. Incluso después de que los israelíes bombardearan el reactor nuclear iraquí Osirak en 1981, nuestro apoyo a Sadam no titubeó. Ni tampoco respondimos a la clara intención de Sadam de llevar a su país a la guerra contra Irán. Las señales de un conflicto inminente estaban por todas partes. Incluso Shapur Bajtiar, el último primer ministro del régimen del sha, contribuyó a acrecentar la oposición a Jomeini desde Iraq, tal como averigüé en una visita que le hice durante su lujoso —aunque peligroso— exilio en París, en agosto de 1980.

Charles Douglas-Home, redactor jefe de la sección de internacional de *The Times*, había tenido la brillante idea de ir a la caza de los restos del antiguo régimen del sha. «Estoy seguro de que Bajtiar prepara algo —dijo Charlie por teléfono—. Además, sabe muchas cosas... ¡y su hija es increíblemente guapa!». Tenía razón en las dos

cosas, aunque Bajtjar —tan francófilo que se había alistado en el ejército francés durante la Segunda Guerra Mundial— parecía más impactante en las fotos que en persona. En las fotos de los periódicos salía retratado como un hombre robusto con rasgos marcados y expresivos, tenía cierto brillo en la mirada por el regreso de la democracia iraní. En realidad era un hombre bajo, delgado, con las mejillas chupadas, y llevaba una ropa que le iba algo grande; era un personaje diminuto sentado en un enorme sofá con siete gendarmes armados hasta los dientes, apostados en el exterior para protegerlo.

Incluso en su piso de París, con el ruido del tráfico de la ciudad runroneando en las calles y la visión, desde la ventana de la sala de estar, de los álamos que bailaban con la brisa, se sentía la presencia de las bandas de asesinos a las que Teherán había encomendado matar a Bajtjar. Cuando lo visitó, menos de dos semanas antes, un grupo al mando de un islamista libanés de veintinueve años llamado Anis Naccache, dejó a su paso una mujer del vecindario muerta, un policía francés asesinado y el pomo de una puerta aplastado por una bala; un escalofriante recuerdo de acero pulido con forma irregular que se encontraba junto a la mesita situada a los pies de Bajtjar.

Esto no había servido para disminuir el odio que Bajtjar había expresado en público hacia Jomeini y hacia su régimen teocrático. Me confesó, incómodo y no hasta después de una hora, que había visitado en dos ocasiones Iraq para hablar con funcionarios del partido Baaz —una institución de la que difícilmente se podía decir que practicara la clase de democracia liberal por la que abogaba Bajtjar— y había hecho unas declaraciones en la emisora clandestina que los iraquíes tenían en su frontera con Irán, desde la que emitían propaganda en contra del régimen. «¿Por qué no iba a ir a Iraq? —preguntó—. He estado en Gran Bretaña en dos ocasiones, he estado en Suiza y en Bélgica. Así que puedo ir a Iraq. Allí me puse en contacto con una serie de personas. Me invitaron a tratar con las autoridades. Tengo un punto en común con el gobierno iraquí. Ellos, como otros países musulmanes, están en contra de Jomeini en su gran mayoría. Existe la posibilidad de trabajar en conjunto. Esa radio que está en la frontera con Irán retransmite lo que al pueblo iraní le gusta escuchar. Ha emitido mis declaraciones grabadas en casete. Es el único medio posible en cualquier país en dictadura».

Bajtjar, al igual que muchos hombres de Estado occidentales, sufría el complejo de Churchill, un deseo de disfrazar sus actos a la sombra de la historia. «Cuando Jomeini llegó a Irán, dije que habíamos escapado de una dictadura [la del sha], pero que habíamos caído en una incluso más horrible. Nadie me creyó. Ahora tienen mucho de lo que quejarse, pero no tienen el valor de decirlo. Así que ¿por qué se habla de golpe de Estado? Sé que tengo a personas que me apoyan en el ejército... Recuerdo que en mi época de estudiante en París, había un dirigente inglés llamado Winston Churchill que vio los peligros de una dictadura. Otras personas estaban muy tranquilas con todo lo que ocurría y querían hacer tratos con Hitler. Sin embargo, Churchill les dijo que el exterminio estaba a punto de empezar. De igual forma, yo

supe que el señor Jomeini no podía hacer nada por Irán: es un hombre que no entiende de geografía, ni de historia, ni de economía. No puede ser el gobernante de todas esas personas en el siglo xx, porque no sabe nada del mundo».

El sha había muerto en un hospital de El Cairo seis días antes de mi entrevista con Bajtiar, aunque no parecía en absoluto conmovido por el fallecimiento de su antiguo rey. «La muerte de una persona no me provoca alegría. No soy el tipo de hombre que sale a bailar a las calles porque alguien esté muerto y yo siga vivo, ni siquiera lo hice cuando murió Hitler. Y Dios sabe que soy antifascista, como usted mismo debe de saber. El rey era un hombre enfermo, un hombre muy enfermo, y creo que incluso para él, la muerte fue una liberación, desde el punto de vista moral y físico». Lo que Bajtiar quería era un gobierno provisional «que acudiría a Irán y que, según la constitución de 1906, convocaría una asamblea constituyente, con tranquilidad y sin emotividades, y estudiaría las diferentes constituciones para Irán».

Bajtiar ya estaba sufriendo por no tener contacto con Irán, sin ser consciente de que la revolución de Jomeini era irreversible, en parte por la forma tan impía de tratar con sus enemigos, entre los que se encontraba el mismo Bajtiar. Naccache y su grupo de asalto iraní habían fracasado en su primer intento de asesinarlo<sup>[12]</sup>. Sólo once años más tarde, el 9 de agosto de 1991, llegaron más asesinos a su hogar. En esa ocasión lo eliminaron. Lo acusaron de colaborar con los asesinos, un empresario iraní declaró ante el Tribunal de Primera Instancia de lo Penal de París que Bajtiar «mató a 5000 personas durante sus treinta y tres días en el poder. En segundo lugar, estaba planeando un golpe de Estado en Irán... En tercer lugar, colaboró con Sadam Husein durante la guerra de Irán-Iraq<sup>[13]</sup>».

Al igual que Sadam estaba planeando la revolución iraní, Jomeini estaba haciendo una llamada para el derrocamiento de Sadam y el partido Baaz, o los «Aflaqis», que era la pintoresca forma en que los llamaba por el nombre del fundador sirio del partido. Tras conocer la noticia de la ejecución de Bakr Sadr y de su hermana, Jomeini hizo un llamamiento abierto para derrocar a Sadam. «Resultaría extraño», escribió el 2 de abril de 1980,

que las naciones islámicas, sobre todo la noble nación de Iraq, las tribus del Tigris y el Éufrates, los valerosos estudiantes de las universidades y otros jóvenes hicieran la vista gorda ante esta gran calamidad infligida al islam y a las familias del Mensajero de Dios, que la paz sea con él, y que permitieran que el maldito partido Baaz sacrificara a sus personajes ilustres uno tras otro<sup>[\*]</sup>. Resultaría incluso más raro que el ejército iraquí y otras fuerzas fueran herramientas en manos de estos criminales, para ayudarlos a erradicar el islam. No tengo confianza en los oficiales de alto rango de las fuerzas armadas iraquíes, pero no me siento decepcionado con los demás oficiales, los suboficiales ni con sus soldados. Espero o bien que se subleven con valentía y que acaben con esta opresión, como ocurrió en Irán, o que huyan de las guarniciones y los barracones... Espero que Dios Todopoderoso destruya el sistema de opresión de esos delincuentes.

A principios de la década de 1980, la opresión cubría como un manto Oriente Próximo, en Iraq, Irán y Afganistán. Y si Occidente era indiferente al sufrimiento de millones de musulmanes, lo mismo hacían, de manera vergonzosa, la mayoría de los

gobernantes árabes. Arafat jamás se atrevió a condenar a la Unión Soviética después de su invasión a Afganistán —Moscú seguía siendo el aliado más importante de la OLP— y los reyes, príncipes y presidentes del mundo árabe, que tenían mayor conocimiento de lo que estaba ocurriendo en Iraq que sus homólogos occidentales, no se pronunciaron sobre las deportaciones, torturas, ejecuciones y matanzas genocidas perpetradas por Sadam. La mayoría de ellos castigaban con variantes de las mismas técnicas a sus propias poblaciones. En Siria, donde la tortura de la «silla alemana» se utilizaba para partir la columna a los militantes de la oposición, el baño de sangre durante la sublevación de Hama se había producido sólo dos años antes.

En Irán, las autoridades se volvieron con brutalidad en contra de los miembros de la fe bahaí, cuyos dos millones de seguidores consideran a Moisés, Buda, Jesucristo y Mahoma como «educadores divinos» y cuyo centro de culto —la tumba de un persa noble del siglo XIX— se encuentra en las afueras de Acre, en el actual Israel. En 1983, Amnistía Internacional calculó que un mínimo de 170 bahaíes habían muerto ejecutados por herejía de entre los 5000 iraníes condenados a muerte desde la revolución. Entre ellos había diez mujeres jóvenes, dos de ellas adolescentes, que murieron ahorcadas en Shiraz el mes de junio de 1983<sup>[\*]</sup>. Al menos a dos de ellas, Zarrin Muqimi y Shirin Dalvand, ambas de veinte años, se les permitió rezar en dirección a Acre antes de que los verdugos les ataran las manos y las condujeran al patíbulo. A todas las acusaron de ser «agentes sionistas». La cárcel de Evin empezó a llenarse de mujeres, algunas eran miembros del Muyahidín Jalq —combatientes del pueblo—, respaldado por Iraq, a otras las habían detenido, simplemente, mientras presenciaban protestas políticas. Las golpearon con brutalidad en los pies para obligarlas a confesar su condición de contrarrevolucionarias. Una noche fusilaron a 150 mujeres<sup>[\*]</sup>. El pelotón de fusilamiento ordenó al menos a cuarenta de ellas que se prepararan para la ejecución escribiéndose su nombre con un rotulador en la mano derecha y la pierna izquierda; los guardias querían identificarlas tras la ejecución y solía resultar difícil, ya que el «tiro de gracia» en la cabeza dejaba sus rostros irreconocibles. Sin embargo, los bahaíes no fueron las únicas víctimas.

Se realizaron ejecuciones en las principales ciudades de Irán. En julio de 1980, por ejemplo, la radio estatal iraní informó de catorce ejecuciones en Shiraz, todas llevadas a cabo a las once de la noche, incluida la de un general de división jubilado —por «realizar ataques contra los musulmanes»—, un antiguo agente de policía, un mayor del ejército acusado de golpear a los prisioneros, un judío iraní sentenciado por dirigir un «centro de fornicación», y otros siete acusados por supuestos delitos de narcóticos<sup>[\*]</sup>. Un hombre, Habib Faili, fue ejecutado por mantener «relaciones homosexuales». Dos días antes, Mehdi Qaheri y Haider Alí Qayur murieron delante de un pelotón de fusilamiento por «delitos homosexuales» en Nayafabad. Naturalmente, Sadeg Jaljali presidió la mayoría de estos «juicios».

Amnistía Internacional registró el caso de una estudiante encarcelada en Evin entre septiembre de 1981 y marzo de 1982 a la que tuvieron confinada en una celda

con otras 120 mujeres, desde colegialas hasta mujeres muy ancianas<sup>[\*]</sup>. La joven contó cómo:

Una noche trajeron a nuestra celda a una chica que se llamaba Tahereh directamente de la sala del juicio. Acababan de condenarla a muerte, y estaba confundida y agitada. Al parecer no sabía por qué estaba allí. Se acomodó para dormir a mi lado, pero se iba despertando sobresaltada, aterrorizada. Me agarró y me preguntó si era verdad que la iban a ejecutar. La abracé e intenté consolarla, y asegurarle que eso no ocurriría, pero a las cuatro de la madrugada vinieron a por ella y se la llevaron para ejecutarla. Tenía dieciséis años.

En un terrorífico panfleto de nueve páginas publicado por el Ministerio Iraní de Orientación Islámica —pero que no llevaba ni el nombre del ministerio ni el de su autor— se admitía que «algunos creen que sólo los asesinos se merecen la pena capital, pero no los que son culpables de cientos de crímenes diferentes... ¿Acaso los malos actos de los que recibieron [la] pena de muerte no equivalían a la propagación de la corrupción<sup>[\*]</sup>?... De forma indirecta, el pueblo ha secundado la actuación de los tribunales revolucionarios, porque se da cuenta de que los tribunales han actuado de acuerdo a sus deseos». El mismo folleto proclamaba que los juicios de funcionarios de alto rango del gobierno del sha debían realizarse con rapidez para evitar que los elementos «contrarrevolucionarios» intentasen rescatarlos de prisión.

Jomeini montó en cólera contra los izquierdistas y los comunistas que osaban oponerse a su teocracia, y contra el Gran Satán Estados Unidos y su aliado iraquí<sup>[\*]</sup>. Preguntaba por qué había personas que se oponían a la pena de muerte. «El juicio de varios hombres y la ejecución de quienes se habían rebelado contra el islam y la República Islámica, y fueron condenados a muerte, ¡provoca el llanto por su humanidad!» Las «potencias coloniales» habían asustado a los musulmanes con su «poder y desarrollo satánicos» —que era la clarividente expresión de Jomeini para la táctica de «conmoción y terror» que el secretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld invocaría en Iraq casi veinte años más adelante—, y, en ese momento, los comunistas estaban «listos para sacrificar [sus] vidas por amor al partido», mientras el pueblo de Afganistán «perecía por la crueldad del régimen soviético».

En ese aspecto, Jomeini hablaba con conocimiento de causa. De los grupos en el exilio y las organizaciones humanitarias afganas llegaba una avalancha de pruebas de que los soldados soviéticos estaban realizando verdaderas atrocidades en Afganistán. Human Rights Watch informó en 1984 que estaba claro «que el personal soviético ha asumido un papel cada vez más activo en la opresión de los ciudadanos por parte del gobierno afgano<sup>[\*]</sup>. Los oficiales soviéticos no sólo actúan como “asesores” de los agentes del Jad afgano que realizan las torturas —lo hacen de forma habitual y salvaje en los centros de detención y prisiones—, según los informes que hemos recibido hay soviéticos que participan de modo directo en los interrogatorios y las torturas». El mismo documento proporcionaba pruebas atroces sobre la tortura. Un joven de veintiún años acusado de distribuir las amenazadoras «cartas nocturnas» contra el gobierno fue colgado con un cinturón hasta prácticamente morir

estrangulado, lo golpearon hasta que tuvo la cara casi el doble de grande de lo normal y le aplastaron las manos con una silla. «Se obligaba a las madres a presenciar cómo suministraban descargas eléctricas a sus bebés... Se retenía a los hombres afganos en cámaras de tortura en las que se sometía a acoso sexual a las mujeres. Una joven a la que habían torturado en la cárcel contó que la habían obligado, junto con otras personas, a permanecer de pie en un agua que había sido tratada con productos químicos corrosivos que les despellejó los pies». Después de que los afganos capturaran a un capitán del ejército soviético y a tres soldados en la población de Tashqurghan en abril de 1982, los mataran, trocearan sus cuerpos y los lanzaran al río, el hermano del capitán muerto llevó a su unidad —de la 122.<sup>a</sup> Brigada soviética— a ese pueblo y exterminó a sus 2000 habitantes.

Una publicación en el exilio pakistaní del Hezb-i-Islami presentaba una lista del asesinato en Afganistán de veintiséis jeques religiosos, maulauíes y otros líderes, en muchos casos, junto a toda su familia, de Kabul, Kandahar, Herat, Konar y Gazni. Los soviéticos siempre dijeron que las redadas que realizaban en los poblados tenían como objetivo capturar a los insurgentes, «terroristas» o a los «todavía partidarios» de los *dushman* —resulta irónico que utilizaran el vocablo persa afgano que quiere decir «enemigo»—, pero, de forma inevitable, la mayoría de las víctimas eran civiles. Era un patrón de conducta que emularían los soldados estadounidenses en Iraq casi un cuarto de siglo más tarde. Las fotografías en las revistas publicadas en el exilio mostraban a las víctimas de los ataques con napalm de los soviéticos, con el rostro desfigurado por los productos químicos. Un oficial soviético que emprendió su carrera durante el apogeo de las atrocidades en Afganistán fue el general Pavel Grachev, que se convertiría más adelante en ministro de Defensa ruso. Fue el mismo que se ganó el sobrenombre de «el carnicero de Grozni», después de olvidar las lecciones que supusieron la pérdida de la guerra afgana, la derrota de los soviéticos ante el muyahidín y los guerreros árabes de Osama bin Laden, al pavonearse de que podría librarse de los chechenos en cuestión de horas al iniciar la guerra de Chechenia en nombre de Boris Yeltsin. Asesores más inteligentes habían advertido que podría iniciar una «guerra santa».

En ese momento, en gran parte del panorama del horror en el Sudeste Asiático musulmán, estaba a punto de iniciarse un baño de sangre épico cuando un régimen obsesivo, xenófobo, nacionalista, dictatorial y árabe secular se preparaba para destruir a las fuerzas revolucionarias musulmanas que se habían empeñado en su destrucción. Ya en octubre de 1979, tal como demostraron los documentos hallados en la embajada estadounidense de Teherán, el gobierno iraní temía que los iraquíes fueran alentados a fomentar más sublevaciones entre los kurdos iraníes<sup>[\*]</sup>. Ibrahim Yazdi, el ministro de Asuntos Exteriores iraní, contó a los diplomáticos estadounidenses que «se habían dado las garantías apropiadas a Sadam Husayn [sic] en relación con la mayoría chií en Iraq» para calmar sus temores por el nacionalismo de ese grupo étnico; pero «si proseguía la intromisión iraquí, Irán tendría que plantearse el hacer

campaña entre la comunidad chií de Iraq». En noviembre, los estadounidenses informaron de que el régimen iraquí estaba convencido de que Irán deseaba reivindicar el territorio de la isla árabe, aunque en gran parte chií, de Bahrein, sobre la que Sadam Husein había pensado negociar con Teherán después de un encuentro con Yazdi en una cumbre de la Habana. Sin embargo, los iraquíes creían en ese momento que el verdadero poder se encontraba «en la clase religiosa dirigente de Irán, que es hostil a Iraq».

Cuál era la verdadera envergadura del poder militar de ambos regímenes en 1980 era una idea que obsesionaría a ambos bandos en su enfrentamiento inminente. Ya en 1978, el sha, que presumía de sus «excelentes relaciones» con el Iraq de Sadam, proclamó que Iraq tenía «más aviones y tanques que Irán», aunque Irán había adquirido 80 F-14 Tomcat de los Estados Unidos —para contrarrestar cualquier ataque de la Unión Soviética—, con los que podían combatir a los reconocidísimos Mig<sup>[\*]</sup>. Todos los pilotos iraníes de los F-14 se habían formado en los Estados Unidos. Antes de la caída del sha, según uno de los documentos descubiertos en la embajada estadounidense de Teherán, los Estados Unidos creían que:

La superioridad militar de Irán sobre Iraq se debe, sobre todo, al poderío de su Fuerza Aérea, que tiene mejores aviones, pilotos mejor preparados... Y artillería, como bombas guiadas por láser y misiles guiados por vía satélite, que no están a disposición de Iraq. La Armada iraní también es muy superior a la iraquí; podría bloquear con facilidad el Golfo para impedir el paso de los cargueros iraquíes... Sin embargo, los Ejércitos de Tierra de ambos Estados están más igualados, pues cada bando posee distintas ventajas en términos de equipamiento y capacidad de incursión en el territorio enemigo. La disposición de los Ejércitos de Tierra y la mayor movilidad de las tropas iraquíes podría, de hecho, otorgar una importante ventaja numérica a Bagdad en la frontera durante las primeras etapas de un ataque.

Se trataba de una predicción en extremo precisa de lo que iba a ocurrir en septiembre de 1980; y, supuestamente, era algo que Sadam Husein y sus generales en Iraq también sabían. Además, los había tranquilizado saber que, según el mismo informe, la confianza iraní en el equipamiento estadounidense suponía que «las fuerzas armadas iraníes no mantendrían las hostilidades de gran envergadura durante más de dos semanas si los Estados Unidos retiraban su apoyo». Sin embargo, se trataba de una previsión tristemente imprecisa, que pudo haber provocado que Sadam hiciera la apuesta más sangrienta de su trayectoria.

Sin duda alguna, la revolución había acabado con parte del ejército iraní. Habían jubilado a todos los generales —más de 300 oficiales de grado superior del sha partieron en tres semanas— y el servicio militar obligatorio había reducido su duración de dos años a uno solo. Mientras los iraníes se preparaban para una posible invasión estadounidense durante la crisis de los rehenes, intentaron reconstruir con desesperación su ejército hasta recuperar la dotación de la época previa a la revolución de 280 000 hombres. No obstante, las batallas campales en el Kurdistán supusieron que todas las unidades del ejército iraní habían entrado en combate en otoño de 1980. Los Guardias Revolucionarios, que proporcionaban el poder efectivo

militar teológico en cualquier defensa de Irán, eran —o eso escribí en una crónica enviada a *The Times* desde Teherán el 26 de noviembre de 1979— «entusiastas en demasía e inexpertos», aunque el arsenal del ejército podría haber mermado de forma considerable. Sus 1600 tanques, incluidos 800 Chieftain de fabricación británica y 600 M-60 estadounidenses —todos comprados por el sha— resultaban muy impresionantes, pero los Chieftain, con su sofisticado mecanismo de disparo, contaban sólo con la mitad de su potencial por falta de mantenimiento. Los M-60 eran más fáciles de mantener. El nuevo ejército estaba dirigido por el general de división Hussain Shaker, que se había formado en los Estados Unidos, en Fort Leavenworth.

El gobierno islámico de Teherán depositó más fe en su Fuerza Aérea, sobre todo, porque los cadetes de este cuerpo habían desempeñado un papel fundamental en la lucha contra el ejército imperialista durante la revolución. En la época posterior a la caída del sha, la Fuerza Aérea era la única a cuyos componentes se les permitía salir uniformados fuera de sus bases. Sin embargo, los F-14 necesitaban mantenimiento estadounidense y, aunque los pilotos podían seguir volando con los antiguos cazabombarderos F-4 Phantom, gran parte de los sistemas de radares estadounidenses y británicos estaban estropeados. Además, los técnicos estadounidenses que se encargaban de ellos habían dejado Irán hacía tiempo<sup>[13]</sup>.

Durante algunos meses, a principios de 1980, se habían producido violentos incidentes en la frontera de Irán-Iraq. En ese momento, Tony Alloway, nuestro corresponsal en Teherán —que se encontraba cada vez más aislado, pero que seguía informándonos de forma obstinada—, informaba casi a diario de enfrentamientos armados entre iraquíes e iraníes. En *The Times* del 10 de abril habló sobre fuego de tanques y de artillería al otro lado de la frontera, cerca de Qasr-e-Shirin. Tony Alloway citaba las palabras de Sadeg Qotbzadeh, ministro de asuntos exteriores iraní de la época, quien dijo que su gobierno estaba «decidido a derrocar al gobierno baazista iraquí dirigido por ese agente de los Estados Unidos, Sadam Husein». Sólo el 9 de abril, 9700 iraquíes de origen iraní fueron obligados a cruzar la frontera con Irán junto con otras 16 000 personas que no tardarían en ser deportadas. Cuatrocientos de los recién llegados eran empresarios que se quejaban de haber recibido la falsa invitación para acudir a Bagdad del Ministerio de Comercio. Allí los habían despojado de sus posesiones, los habían montado en camiones y los habían enviado a la frontera.

En abril, empecé a hacerme una idea de lo que iba a ocurrir cuando los milicianos proiraníes se enfrentaban en tiroteos callejeros a los proiraquíes armados en Beirut. En el hospital de la Universidad Estadounidense, conté cincuenta y cinco muertos, algunos de ellos civiles, mientras hombres armados, con vendas manchadas de sangre envolviéndoles rostro y brazos, llegaban al hospital en camiones en los que se habían montado cañones antiaéreos. Columnas de humo ascendían del campo de refugiados palestino de Burj al Barajne, donde se encontraron seis cuerpos calcinados en el

interior de las oficinas del partido Baaz iraquí.

Los iraníes se quejaban a menudo de que la Fuerza Aérea iraquí había penetrado en el espacio aéreo iraní; a principios de julio de 1980, los reactores iraquíes sobrevolaron la provincia de Kermansha en dos días distintos, y fueron derribados por el impacto de los cañones antiaéreos iraníes. Se suponía que los pilotos estaban intentando localizar las posiciones de la defensa tierra-aire de Irán. El 3 de julio el periódico *Kayhan* de Teherán informaba de que el régimen iraquí había preparado un «ejército mercenario», dirigido por un oficial iraquí, cerca de Qasr-e-Shirin. En agosto, el fuego de artillería cruzaba de forma regular la frontera en ambas direcciones. La queja iraní de que sus poblaciones recibían ataques constantes fue rechazada por Iraq como «falsedad». Sin embargo, el Ministerio de Asuntos Exteriores iraquí contabilizó veinte incidentes con tiroteos —contra poblaciones y barcos iraquíes en el Shatt al Arab en los alrededores de Basora— entre el 18 y el 22 de septiembre<sup>[\*]</sup>. Incluso en el período posterior al conflicto, Sadam Husein declararía que la guerra de Irán-Iraq empezó el 4 de septiembre, época en la que Iraq había denunciado fuego de artillería en sus puestos fronterizos y refinerías de petróleo en noventa y ocho ocasiones. Iraq denunció a Irán por violar el acuerdo de Bagdad de 1975 con el sha, que establecía la frontera común de ambos países en el Shatt al Arab, y declaró que el tratado era «nulo e inválido<sup>[\*]</sup>».

Aunque un conflicto a gran escala parecía inevitable, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no se reunió para hablar sobre las hostilidades hasta después de la invasión iraquí del territorio iraní; Iraq había realizado denodados esfuerzos para evitar que siete miembros no alineados del Consejo acudieran a la cámara de las Naciones Unidas. Si Irán no hubiera sido un Estado paria después del asedio a la embajada estadounidense, podría haber obtenido una moción y un voto favorables. No obstante, al final, la Resolución 479 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ni siquiera exigió la retirada de los soldados iraquíes del territorio iraní, sino un mero alto el fuego que no satisfizo a ninguno de los dos bandos. Irán estaba convencido de que el mundo entero le había dado la espalda a su revolución y que estaba apoyando el acto de agresión de Sadam.

Fati Daud Muffak, un cámara del telediario de veintiocho años, recordaría esos días durante el resto de su vida. Casi un cuarto de siglo después, me contó que, estando en Bagdad, salió una mañana de septiembre de 1980 del Ministerio de Defensa iraquí hacia una localización próxima a Qasr-e-Shirin. «Al llegar vimos que habían atacado y destruido nuestros puestos de control fronterizos, y los soldados iraquíes que teníamos allí eran poco más que una brigada —declaró<sup>[\*]</sup>—. Fuimos a Qasr-e-Shirin y a Serbil Sahab. Todos nuestros puestos fronterizos allí habían quedado destruidos por la artillería de los iraníes. Lo grabamos y descubrimos muchos cadáveres, nuestros mártires, la mayoría de ellos policías fronterizos. Jamás había visto tantos muertos. Luego llevamos las filmaciones a Bagdad». En Iraq, el vídeo de Muffak se proyectó en la televisión nacional iraquí con el título «Imágenes

de la batalla». Fue una especie de preparación psicológica para el pueblo iraquí, quizá para el mismo Sadam. Porque el 22 de septiembre, el primer día de lo que los iraníes llamarían la «guerra impuesta», las legiones de Sadam con sus millares de tanques, unidades blindadas y artillería arrasaron la frontera y penetraron en Irán por un frente de 650 kilómetros.

## CAPÍTULO 6

### «LA GUERRA TORBELLINO»

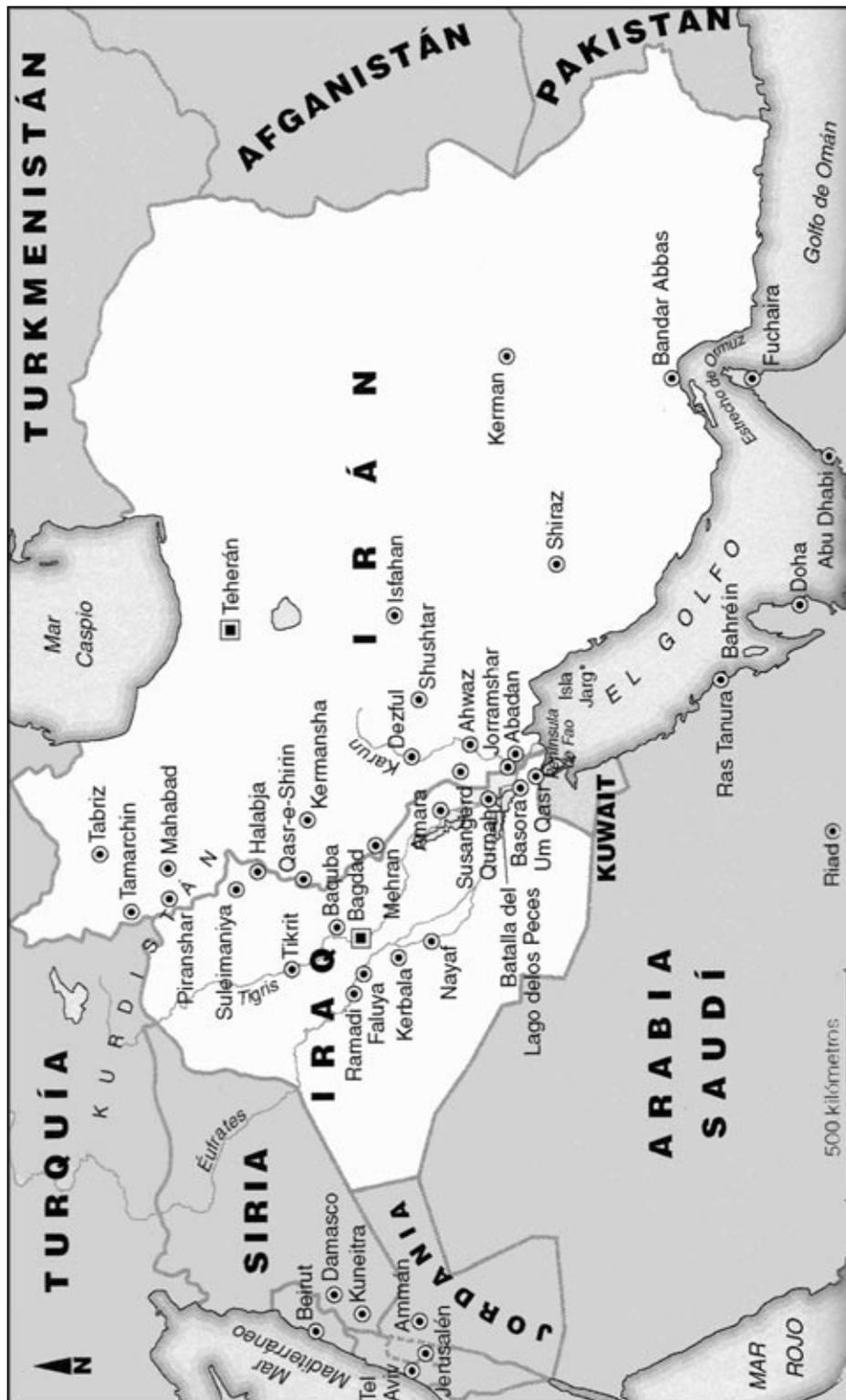
¡Gas! ¡Gas! ¡Rápido, muchachos!, como en éxtasis, a tientas,  
nos calamamos los toscos cascos justo a tiempo;  
pero alguno seguía pidiendo ayuda a gritos, con tropiezos,  
forcejeando como un hombre ardiendo en llamas o en cal viva.

...

Si pudieras oír, en cada sacudida, la sangre  
que sale a borbotones de los pulmones llenos de espumarajos,  
obscenos como el cáncer, amargos como pus  
de las viles e incurables llagas en las lenguas inocentes...

WILFRED OWEN,  
«Dulce et decorum est»

Sadam Husein la llamó la Guerra Torbellino. Por ello, los iraquíes nos querían allí. Se sentían victoriosos antes de haber ganado, lo estaban celebrando antes de haber logrado el éxito. En la embajada iraquí de Londres, Saad Bazzaz estaba impaciente por emitir mi visado. Después de volar de Beirut a Londres —la práctica del periodismo en Oriente Próximo suele exigir una serie de viajes de ida y vuelta de miles de kilómetros para facilitar un viaje de sólo unos pocos centenares de kilómetros desde el punto de partida—, me metieron en la oficina que expedía los visados con Gavin Hewitt de la BBC, su equipo y más periodistas de rotativos y emisoras de radio de los que he visto nunca concentrados en una habitación llena de humo. Íbamos a viajar a Kuwait. Nos llevarían desde allí al otro lado de la frontera iraquí, al frente de guerra de Basora. Y allí estábamos. En septiembre de 1980 llegamos a Basora de noche en una flota de coches de la embajada iraquí desde Kuwait City, mientras el cielo estaba iluminado por miles de proyectiles trazadores. Los reactores rugían sobre nuestras cabezas y las luces estaban apagadas en toda la ciudad, era un apagón para protegernos de los bombardeos aéreos.



Guerra entre Irán y Iraq.

«Bajen de los coches», gritaron los iraquíes, y salimos de sus limusinas, nos acuclillamos en los arcones, sosteniendo los micrófonos en dirección a la ardiente oscuridad, mientras las frágiles casas de Basora, iluminadas por la tenue luz de luna que nos rodeaba, vibraban por el ruido de la artillería antiaérea. Los trazadores ascendían como rayos formando cortinas, líneas doradas que desaparecían entre el humo que se acumulaba sobre Basora. Las sirenas se desgañitaban como ancianos

enloquecidos y, pese al barullo, se oía el rumor de los reactores iraníes. Un enorme incendio ardía descontrolado a lo lejos, en el este, más allá del invisible río de Shatt al Arab. Gavin, con quien había compartido gran parte de mis aventuras en Afganistán ese mismo año, estaba de pie con las manos en las caderas, en la carretera. «¡Por Dios bendito!», repetía sin cesar. «¡Menuda historia!» Y así era. Un ejército árabe jamás volvería a dar con tantas ganas la bienvenida a los periodistas al frente de batalla, les daría tanta libertad, o los animaría a correr, ponerse a cubierto y avanzar con sus soldados. En el caluroso vestíbulo del hotel Hamdan —las autoridades habían cortado el suministro eléctrico en Basora y los aparatos de aire acondicionado ya no funcionaban—, el personal había encendido sus radios a pilas. Se escuchaba de forma constante una tosca canción, eran todo trompetas, percusiones y chillonas voces masculinas. *Al harb al jatifa, nachnu nurbah al harb al jatifa*. «La Guerra Torbellino, la Guerra Torbellino, ganaremos la Guerra Torbellino», cantaban sin cesar.

Nos quedamos en los escalones de la entrada contemplando la lluvia rosa y dorada de proyectiles que ascendían hacia las nubes negras que cruzaban raudas el firmamento de Basora. En algún lugar al este de la ciudad, a través de los palmerales de las riberas orientales del Shatt al Arab y llegando hasta el norte, el ejército de Sadam avanzaba hacia el este en la noche, en dirección a Irán, en dirección hacia los vastos desiertos de Ahvaz, hacia las montañas kurdas en dirección a Mahabad. Los periodistas árabes que nos habían acompañado hasta Basora estaban en éxtasis. Los iraquíes ganarían, los iraquíes protegerían al mundo árabe de la amenaza de la revolución de Irán. Sadam era un hombre fuerte, un gran hombre, un hombre bueno. Confiaban en su victoria, tenían incluso más confianza que el mismísimo Sadam.

Con todo, las órdenes de darnos a los periodistas libertad en el campo de batalla deben de haber provenido de Sadam. Podíamos coger los taxis sin los «gorilas» de turno hasta el mismísimo frente si queríamos. El Ministerio de Información nos proporcionaba escolta oficial para pasar por los controles de carretera si lo deseábamos. ¿La península de Fao, esa vulnerable lengua de tierra al sur de Basora desde la que se puede contemplar, mirando hacia el este, la otra orilla «del Shatt», bordeada de palmeras, en Irán? Ningún problema. Sin embargo, cuando llegábamos a Fao, sufría los constantes bombardeos de misiles iraníes, y las dos terminales petrolíferas a 30 kilómetros de la costa, Jor al Amaya y Al Bakr —esta última, una de las más modernas del mundo; se había inaugurado hacía sólo cuatro años— ya habían sufrido graves daños a causa de los misiles tierra-tierra iraníes. Los iraquíes no habían sido capaces de silenciar las armas de Irán.

El 29 de septiembre de 1980, justo una semana después de la invasión iraquí, los obuses iraníes aterrizaban alrededor de la península de Fao con una media de uno cada veinticinco segundos y resultaba peligroso incluso conducir por el malecón. Las puertas y ventanas de las casas de la ciudad temblaban con cada explosión, los proyectiles pasaban silbando sobre el mercado e impactaban al otro lado de los depósitos de almacenamiento de petróleo. Como venganza, los iraquíes habían

atacado la vasta terminal petrolífera de Abadán, y durante más de una hora me quedé sentado en las cercanías del río, contemplando unas llamaradas de 200 metros que se alzaban en el aire sobre Abadán. Se trataba de una onda de fuego que avanzaba a una velocidad espeluznante por la ribera del río, bajo un dosel de humo negro. Un oficial iraquí se acuclilló junto a mí y me señaló las posiciones iraníes en la otra orilla. ¡Y en la radio iraquí decían que su ejército había «rodeado» Abadán! En Basora, dos Phantom iraníes bombardearon un barco amarrado en el río, éste empezó a arder y los proyectiles llovían sobre el malecón. Era la prueba de que la Fuerza Aérea iraní todavía podía realizar bombardeos diurnos.

Los iraquíes afirmaron haber derribado cuatro Phantom en cinco días, y el tanque de combustible intacto de uno de los cazas —con las instrucciones en inglés para rellenar el tanque todavía claramente legibles en una lata que se encuentra en un cuartel general del partido baazista de una localidad— era la prueba de que esta afirmación era cierta, al menos en parte. Los iraníes habían destruido casas y escuelas en la península de Fao; aunque difícilmente se podía esperar que sus pilotos distinguieran entre objetivos «militares» y «civiles» durante sus ataques a alta velocidad y baja altura.

La península de Fao quedó casi desierta. Vi a muchos de sus habitantes —parte del constante flujo de millones de refugiados que pertenecen a la historia de Oriente Próximo— dirigiéndose en sus vehículos hacia el noroeste, en dirección a Basora, en un convoy de antiguos taxis Chevrolet de madera, durmiendo apilados en los techos; madres y esposas cubiertas con chador en las partes traseras de los vehículos, que apenas se molestaban en mirar a las refinerías en llamas de Abadán. Eran musulmanes chiíes iraquíes y ahora se encontraban bajo el fuego de sus compañeros chiíes en Irán. Se trataba de otro regalo de Sadam.

Empezaba a darme cuenta de que esta guerra podría no ser tan fácil de ganar como nos habían hecho creer las autoridades iraquíes. En Washington y Londres, los «expertos» militares de turno y los fosilizados generales jubilados pontificaban sobre la alta calidad del ejército iraquí, el caos del Irán posrevolucionario, el extraordinario arsenal del ejército iraquí, armado en gran medida por los soviéticos. Sin embargo, el 30 de septiembre, ocho días después de su invasión, los iraquíes sólo podían afirmar que estaban a 15 kilómetros de Jorramshar; antiguo puerto de Abbasid, que era el más importante de Irán, y estaba más cerca que el «rodeado» Abadán.

Crucé el río desde Basora, viajando detrás de convoyes de camiones militares que transportaban material para la construcción de un puente —los iraquíes todavía tenían que cruzar el río iraní Karun al norte de Jorramshar— y se dirigían hacia el abrasador y blanco desierto, hasta el puesto fronterizo iraní de Shalamche. Adelanté a docenas de tanques T-62, vehículos blindados de fabricación rusa y camiones llenos de soldados, y todos nos hicieron, como era costumbre, la «V» de victoria con los dedos. La atmósfera retumbaba con el eco de la artillería pesada, y sobre una pequeña colina del desierto me encontré con la maltrecha oficina fronteriza iraní, detuve el coche y

entré alegremente. Estaba en Irán, en el Irán ocupado. Así que pensé que no tendría problemas con el visado. Siempre provoca una sombría inquietud entrar en un país con un ejército invasor, sabiendo lo enfadados que estarían todos esos piadosos funcionarillos de los visados —los que me tenían esperando durante horas en diminutas habitaciones abrasadoras, mientras el sudor me corría por el pelo— si me vieran cruzar la frontera sin sus malditos e indescifrables sellos en el pasaporte. Las fotos del ayatolá Jomeini que estaban en las paredes del puesto fronterizo de Shalamche habían sido pintarrajeadas, como era costumbre, y había una enorme pila de libros de contabilidad manuscritos desparramados por el suelo.

Siento fascinación por los documentos que revolotean entre las ruinas de la guerra, las hojas de cartas al hogar, la burocracia de los ejércitos y las instrucciones ya inútiles sobre cómo disparar los misiles tierra-aire, que revolotean en el vacío y cubren los suelos de las fábricas sin techo. Esos libros estaban escritos en persa y en ellos estaban registrados las matrículas de los coches y los nombres de iraquíes e iraníes que cruzaban la frontera por Shalamche. La última entrada databa del 21 de septiembre de 1980, justo un día antes de la invasión iraquí. Así que aunque los iraquíes afirmaban que la guerra empezó el 4 de septiembre, habían permitido a los viajeros —entre los que se incluían sus propios compatriotas— cruzar la frontera con bastante frecuencia hasta la mismísima víspera de su invasión.

Un equipo de cámaras estadounidense se había situado en el exterior del edificio y estaba filmando las fotos profanadas de Jomeini. Su presentador ya estaba ensayando la pose de «corresponsal». «Hace más de una semana el ejército de Iraq se abrió paso, arrasándolo todo, por la frontera iraní y ahora está apostado a la salida de las ciudades estratégicas de Jorramshar y Abadán». Sí, las ciudades eran siempre «estratégicas» —al menos, siempre salían por televisión— y los ejércitos siempre debían «avanzar arrasándolo todo» por las fronteras y mantenerse «apostados» a la salida de las ciudades. Era como si hubiera un único guión para todos los acontecimientos. Sin duda, los iraquíes no tardarían en «abrirse paso arrasándolo todo» en dirección a Jorramshar, en estar «apostados» para entrar en Jorramshar, y en «proclamar su victoria» sobre los defensores iraníes.

Sin embargo, ¿quién era yo para hablar? Llevaba la grabadora de la CBC colgada del hombro y detrás del puesto fronterizo había una batería de ametralladoras rusas de 155 mm, gigantescas bestias cuyos cañones apuntaban hacia Jorramshar. El capitán de artillería se acercó hacia nosotros sonriendo y nos preguntó con educación si queríamos que abrieran fuego con las ametralladoras. Durante un milisegundo, durante esa mínima fracción de tentación, quise acceder, decir que sí, quería que dispararan, en cuanto hubiera terminado de preparar mi micrófono; y el capitán ya se estaba volviendo para dar la orden de abrir fuego cuando la voz de la conciencia me gritó —acababa de imaginar el desmembramiento de un cuerpo anónimo— y corrí tras él y le dije que no, que no, que no debía disparar, no por mí, ni en ninguna circunstancia.

Luego, por supuesto, encontré una pequeña hondonada en la arena, me senté con el micrófono apoyado en el borde y esperé. Una ventisca del desierto me golpeó y se me metió arena en el pelo, la nariz y las orejas, y entonces, cuando, pasado un buen rato, la primera carga de artillería lanzó un proyectil en dirección a las líneas iraníes, encendí la grabadora. Todavía conservo la cinta. Los cañones se veían negros sobre el fondo del cielo mientras bramaban, y yo no podía dejar de pensar en la descripción de Wilfred Owen de «el negro y largo brazo a punto de maldecir». Y había veinte o treinta negros y largos brazos delante de mí, más aún tras las cortinas de arena. Allí grabé, sin ser consciente, mi futura pérdida de audición, el 25 por ciento de la audición del oído izquierdo que jamás recuperaría. Ese mismísimo instante está grabado en el casete:

Vemos al oficial de tiro justo delante de nosotros a través de la tormenta de arena de este desierto, metiendo proyectiles en las recámaras de esas enormes ametralladoras de 155 mm de fabricación rusa y preparándose para taparse los oídos. Los disparos son tan estruendosos, que después de la explosión —¡Pam! — oigo pitidos. Acaba de salir otra, una enorme lengua de fuego de unos seis metros —¡Pam!— delante de ella —¡Pam!—. En este momento salen disparados por todas partes a mi alrededor, es un panorama increíble, esta artillería pesada disparada justo en medio de —¡Pam!—, allá va otro, justo en pleno desierto polvoriento y barrido por el viento.

Todavía puedo escuchar el eco distante de esa ametralladora en los oídos mientras escribo estas palabras, es un tinnitus perforador que puede volverme loco de noche o cuando estoy cansado o irritable o intentando escuchar música o no escucho a alguien que me habla durante una comida.

Puse la radio iraquí. Estaba a punto de «caer» más territorio iraní y los generales iraquíes anunciaban una «última carga» contra Jorramshar. Cinco días antes, los habitantes de Basora se sentían satisfechos con escuchar las noticias sobre el avance iraquí en la televisión. Sin embargo, en ese momento, los comerciantes y tenderos de la ciudad decidieron complementar su información preguntando a los periodistas extranjeros sobre la guerra. Nadie creía que los proyectiles iraníes siguieran cayendo sobre suelo iraquí tanto tiempo después de la invasión.

Esa noche, nos habían invitado a realizar una visita al hospital local de Basora, un inhóspito edificio embaldosado y pintado de azul celeste, un edificio con aspecto de barracón cuya uniformidad sólo quedaba interrumpida por los arreglados arriates de flores del exterior, los enérgicos médicos y, más recientemente, la omnipresente figura del doctor Saadun Jalifa al Tikriti, el viceministro de Sanidad de Iraq. Lo saludaban y le daban palmaditas en la espalda allá a donde iba, era un tipo bajo y amigable con una sonrisa maliciosa y un enorme mostacho. Todo el mundo saludaba al doctor Al Tikriti con exagerada calidez, y cuando el ministro hacía una broma, un estallido de risas recorría los pasillos de mármol. El hospital de Basora había acogido a la práctica totalidad de los quinientos heridos de la ciudad en esa pasada semana, pero Al Tikriti pensaba en algo más que en sus pacientes mientras nos guiaba en el recorrido por las salas. Los corresponsales extranjeros fueron recibidos con un breve

y perspicaz discurso sobre los males del bombardeo a objetivos civiles. Entonces, el doctor dejó de sonreír y dio un golpe en la mesa con el puño cuando afirmó que la Fuerza Aérea iraní había matado de forma intencionada a niños iraquíes.

Entró en una sala de pediatría, una habitación alargada y con cortinas, donde unas caritas paralizadas por el miedo contemplaban lo que ocurría bajo las bandas de vendajes mientras sus silenciosas madres miraban con intensidad de campesinas a los médicos de bata blanca. «Por ejemplo, miren a esta pequeña —dijo el buen médico, deteniéndose durante un instante junto a una niña con hermosos ojazos marrones y pelo negro y rizado—. Tiene sólo tres años y ha perdido una pierna». Tras decir esto, Al Tikriti agarró las sábanas, las retiró y reveló que, en realidad, la pierna izquierda de la pequeña no era más que un muñón vendado. La niña frunció el ceño, avergonzada por su repentina desnudez, pero Al Tikriti ya había seguido adelante, precedido por un miliciano uniformado. En la vida civil, el miliciano era ayudante del médico, aunque su chaqueta de camuflaje y la cartuchera con la pistola contrastaban de forma extraña con el hospital mientras caminaba con paso firme entre las camas, sobre todo, cuando llegamos al final de la segunda sala de pediatría.

Porque allí, en un rincón oscurecido, yacía un niño de cinco años, cubierto de vendajes, con unas terribles quemaduras provocadas por una bomba incendiaria iraní, y que sin duda estaba agonizando. Tenía cánulas de plástico metidas en las fosas nasales y gasas en el pecho y los muslos, tenía los ojos anegados de dolor y lágrimas: eran las puertas a un mundo privado de tormento que no deseábamos imaginar. El niño había vuelto la cabeza hacia la almohada, y respiraba con dificultad. El miliciano siguió adelante con su labor, agarró la cabecita vendada y la puso hacia arriba para la inspección de la prensa. El pequeño gimió de dolor, un periodista protestó por esa clase de trato, y le respondieron que el miliciano tenía formación médica.

El doctor Al Tikriti nos condujo con brío a la siguiente cama. Allí habían dejado sufriendo a un niño pues así podían probar la injusticia iraní que el pequeño jamás comprendería. Bramó una sirena de bombardeo y se oyó, a lo lejos, una breve ráfaga de fuego antiaéreo. Visitamos otras salas, allí había marineros de Bangladesh que se habían visto atrapados por bombardeos de reactores iraníes: hombres delgados que se retorcían avergonzados para recuperar las sábanas cuando el doctor Al Tikriti retiraba la ropa de cama de sus cuerpos desnudos. Eran una nueva generación de mendigos amputados, sin piernas, para las calles de Dacca. Había trabajadores del petróleo que se habían visto atrapados en el caldero de las explosiones de los depósitos petrolíferos. Miraban al techo con sus caras abrasadas y, durante un terrible instante, los médicos empezaron a retirar los vendajes del rostro de un hombre. Al Tikriti sonrió encantado. «Algunas de estas personas hablan inglés —anunció, gesticulando hacia los corrillos de las camas—. ¿Por qué no les preguntan qué ocurrió?»

Nadie aprovechó la oferta, pero el viceministro de Sanidad de Iraq condujo a sus invitados al hospital-escuela junto al Shatt al Arab, un edificio de seis plantas que

parecía más un ministerio del gobierno que un centro médico. El fuego de los cañones iraníes había perforado el suelo del cuarto piso, había herido a cuatro pacientes, y el médico afirmó que ése, también, fue un ataque intencionado, puesto que el hospital había puesto banderas blancas con la media luna roja. Sin embargo, las banderas sólo tenían medio metro cuadrado y la media luna que los médicos habían pintado en el ático del edificio se confundía con el color del pavimento. Al Tikriti señaló las salpicaduras de sangre en el techo. «Los árabes jamás habrían hecho eso —dijo—. Jamás habrían atacado a los civiles». Sin embargo, mientras abandonaba el edificio, llegó un desvencijado camión descubierto. Había dos cadáveres en la parte trasera, medio tapados con una manta sucia, cuatro pies descalzos y marrones asomaban por debajo. El conductor preguntó qué tenía que hacer con los cuerpos, pero el doctor Al Tikriti no vio a ningún periodista por allí. «Llévalos a la parte de atrás», le dijo al conductor.

Los primeros comandos del ejército iraquí se dispersaron por la franja occidental del río Karun en el Shatt al Arab a las 12.23 horas de Iraq en la tarde del 2 de octubre. Cuatro pequeñas siluetas corrían por el muelle de Jorramshar, más allá de las líneas de camiones calcinados y salidos de la carretera, tiraban granadas de mano hacia el muelle. Yo pude contemplarlas por los prismáticos del ejército iraquí a sólo 400 metros de distancia. Lo observaba por encima de los sacos de arena, dentro de una choza de fango desmigajado, mientras un francotirador iraquí que estaba junto a mí disparaba contra las líneas iraníes en la otra orilla del río Karun.

Pierre Bayle de la agencia France-Presse estaba a mi lado; era un hombre duro y pragmático con un rechazo del pánico que debía venirle de sus días en la legión extranjera francesa. «No está mal, no está mal», me decía entre murmullos cada vez que un iraquí avanzaba por el muelle. «Estos chicos no lo hacen nada mal». Era una visión extraordinaria, un ataque de infantería que podía ser uno de esos románticos óleos sobre la guerra de Crimea: un soldado corriendo tras otro por los muelles, se tiraban tras los sacos cuando los misiles explotaban a su alrededor y luego lanzaban granadas a la última posición iraní en la orilla del río. Los iraníes respondían con fuego de ametralladoras y obuses. Durante más de una hora, sus balas pasaron zumbando y silbando sobre la pequeña plantación de la isla donde nos habíamos refugiado, azotaban las palmeras que estaban sobre nuestras cabezas y producían sonidos metálicos al dar contra el pontón que unía la isla con el Iraq continental. Sólo unas horas después, los iraquíes habían conseguido cruzar los cuatro kilómetros corriente arriba del Karun desde el Shatt al Arab. Habían enviado un tanque a la otra orilla del río para empezar —por fin— a rodear a los iraníes en Abadán. La radio de Irán admitió que «las tropas enemigas» se habían «infiltrado» por el norte de la ciudad.

El río Karun desemboca en el Shatt al Arab en ángulos rectos, y fue casi en el lado contrario de esta confluencia —desde la llana isla de cultivos de Um al Rassas en pleno centro del Shatt— donde al final divisamos a los iraquíes tomando el frente

del río. Detrás de ellos, los proyectiles iraquíes impactaron contra un grupo de tanques Chieftain abandonados. Su tripulación iraní había huido cuando su retirada quedó interrumpida por el Karun. Durante toda la mañana y la tarde, los iraquíes dispararon proyectiles a Abadán; era un ruido espeluznante, como de reactor que aullaba justo encima de nuestras cabezas en la pequeña isla.

Los obuses viajan demasiado deprisa para el ojo humano, pero después de algún tiempo me di cuenta de que veía sus sombras moverse sobre el río, de aquí para allá sobre el agua y los pequeños arrozales, luego caían en dirección a Abadán, donde tremendas explosiones marcaban su punto de impacto. No podía dejar de contemplar ese extraño fenómeno. Cuando los proyectiles llegaban a su máxima altitud antes de volver a caer a tierra, las pequeñas sombras —pequeños puntos de oscuridad que no auguraban nada bueno y que permanecían sobre el río— se mantenían inmóviles en el aire cerca de nosotros, como si una nube en miniatura se hubiera posado sobre el agua. A continuación, la sombra se volvía más pequeña y empezaba a moverse a una velocidad terrorífica hacia la lejana orilla, y se perdía en la luz del sol.

En la otra ribera del río, uno de estos proyectiles hizo saltar por los aires un barco; un manto de fuego de más de 100 metros de altura recorrió su cubierta de proa a popa. Su núcleo era un círculo de blanca intensidad, tan brillante que sentía la cara ardiendo y los ojos doloridos al mirarlo. Algunas veces, el barullo de la artillería iraquí y la explosión de los obuses iraníes alrededor de nuestra pequeña choza de fango era tan intenso que los soldados iraquíes, acucillados tras las ventanas y callejones del poblado abandonado de la isla, no podían hacerse oír. Un capitán del ejército —la pequeña insignia de oro de su traje de batalla era prueba de que pertenecía al partido Baaz— tenía miedo de que sus tiradores disparasen a sus propios soldados en la parte más alejada del río y daba la orden, una y otra vez, de que debían apuntar río abajo. Un francotirador iraquí, un hombre alto de espaldas anchas, brazos grandes y carnosos, y una cicatriz en la mejilla izquierda, entró en la destartada choza de fango sosteniendo un alargado rifle soviético Dragunov con mira telescópica. Nos sonrió como un colegial, se rascó la cara, colocó el arma en la ventana rota y disparó dos ráfagas a los iraníes. Siempre que un proyectil aterrizaba cerca de nosotros, las palmeras del exterior temblaban y caían pedazos de fango del techo.

Al final, por lo visto, los iraquíes iban a lograr que la realidad se correspondiera a su propaganda. Si lograban tomar Jorramshar y Abadán, y así controlar ambas orillas del Shatt al Arab, tendrían el control físico en toda la vía fluvial; que era una de las aparentes razones para la guerra. Se informó de que los iraquíes estaban avanzando en ese momento hacia Dezful, a 80 kilómetros hacia el interior de Irán, y hacia Ahvaz, aunque las afirmaciones de que ya habían capturado la emisora de radio de esta última población resultaban difíciles de creer. En realidad la habían capturado doce días antes, pero los periodistas verían más tarde cómo saltaba por los aires por los proyectiles iraníes. Y nadie negó la ferocidad de los iraníes en la defensa de

Abadán. Incluso seguían luchando en Jorramshar, sus francotiradores disparaban desde lo alto de las grúas del muelle.

Los soldados iraquíes de nuestra choza nos advirtieron de la presencia de esos iraníes antes de que saliéramos de Um al Rassas. Aunque no podían vernos cerca de la choza, los iraníes tenían una visión clara desde la parte superior de la plantación de palmeras, nos verían en cuanto llegáramos al solitario puente de hierro que unía la isla con la orilla occidental del Shatt al Arab. Pierre Bayle y yo caminamos a toda prisa entre los árboles, escuchando la ocasional detonación de las balas, pero sin sentirnos preocupados hasta que llegamos al borde del río. Allí pude ver de nuevo la sombra de los proyectiles moviéndose de forma misteriosa sobre el agua. «Robert, vamos a tener que correr» —dijo Bayle, pero yo no estuve de acuerdo—. Tal vez fuera la radiante luz del sol, o el verde paradisíaco de las palmeras, lo que me hizo creer —o desear creer— que nadie impediría nuestra retirada por el puente.

Me equivocaba, por supuesto. En cuanto empezamos a cruzar el estrecho puente metálico, las balas empezaron a traquetear a nuestro alrededor, muchas de ellas tan cerca de nosotros que sentía el movimiento del aire en su trayectoria. Vi una salpicadura en línea recta que se dirigía hacia nosotros por el río; empecé a correr, pero todavía tenía esa peligrosa e infantil capacidad de pensar que eso no era más que la forma en que se veía en las películas de Hollywood, las pequeñas salpicaduras que se abrían paso a toda velocidad agujereando el agua hacia el puente. Luego impactaron contra el puente, nos rodearon con su lluvia, eran balas que salían rebotadas y otras daban en el blanco. En realidad vi un recuadro de metal aplanado por una ráfaga a unos centímetros de mi cara. Corrí más deprisa, pero me sentía sujeto por una especie de éxtasis, una sensación —la más peligrosa de todas— de que eso no puede estar ocurriendo y que, si es así, uno debe aceptar cualquier daño que le inflijan. En cuestión de segundos, Bayle, que se encontraba junto a mí, y me estaba quitando la grabadora, me gritó: «¡corre, corre!», en la oreja izquierda, y me iba empujando por detrás. Entonces, cuando ya estábamos a punto de salir del puente, me cogió por el brazo y saltamos juntos a las aguas del Shatt al Arab, las balas seguían cayendo como torbellinos sobre nosotros. Nadamos los últimos metros hasta la orilla, subimos arrastrándonos por la ribera y nos metimos en el palmeral mientras un racimo de obuses de mortero explotaba alrededor del río. La metralla resonaba contra el hierro.

Entre los árboles, una sección iraquí estaba disparando morteros hacia Jorramshar. El sargento nos hizo señas a Pierre y a mí, y allí, entre sus soldados, nos tendimos, agotados, en la tierra. Uno de sus hombres nos trajo té y yo miré a Bayle, y él no me hizo más que un gesto de asentimiento. Al principio pensé que me estaba diciendo lo mal que habían ido las cosas, que habíamos salvado la vida por muy poco. Luego me di cuenta de que estaba pensando lo mismo que yo: que Sadam había ambicionado demasiado, que quizás ésa no fuera una guerra torbellino, sino una larga y extenuante guerra de agresión. Cuando regresamos al hotel Hamdan esa tarde,

escribí mi crónica en la vieja máquina de télex, y envié la cinta con gran esfuerzo a Londres; me fui a mi habitación y dormí durante quince horas seguidas. El olor a aventura estaba empezando a desvanecerse.

Así que ¿por qué volvimos a por más? ¿Por qué le dije al redactor de internacional de *The Times* que, aunque me faltaba dinero, me quedaría en Basora? Para asegurarme, porque quería contemplar un poco más de esa historia de la que estaba siendo testigo con tanto peligro. Si era cierto que Sadam había infravalorado de forma grotesca las consecuencias de su agresión —y los iraníes estaba contraatacando con tanto valor— al final, el ejército iraquí podía responder al llamamiento de Jomeini y sublevarse. Esto podía suponer el fin del régimen de Sadam o —la pesadilla estadounidense y árabe— una ocupación iraní de Iraq y otra República Islámica Chií.

Sin embargo, la guerra también es una experiencia indirecta, dolorosa, atractiva y única para un periodista. En cierta forma, hay que agotar ese narcótico. De lo contrario, el periodista podría morir. Eramos jóvenes. Yo estaba fresco después de la invasión soviética de Afganistán; ya estaba inmerso en la tarea de cubrir la guerra civil libanesa y los efectos de la primera invasión de Israel en 1978. Me había encargado de cubrir la invasión iraní, el mismísimo crisol de ese conflicto de Iraq-Irán. Esta era mi guerra. O eso creía cuando partíamos todas las mañanas hacia las líneas del frente iraquí. Y así era una abrasadora mañana en el Shatt al Arab, esta vez con Gavin y su equipo, cuando volví a estar a punto de morir. Una vez más, llevaba el equipo de grabación de la CBC y por eso —antes de escribir estos párrafos— he vuelto a escuchar la grabación de ese día; y me escucho a mí mismo, con el corazón en un puño, cuando empecé a entender lo aterradora que es la guerra.

La mayoría de los barcos estaban en llamas al fondo del río, era un espectáculo de destrucción que se prestaba a todas las cámaras. Sin embargo, una vez más, teníamos que acercarnos al río a través de las líneas iraquíes y los iraníes tenían a hombres atados en las grúas a lo largo de la orilla contraria del río, que iban armados con lanzagranadas y rifles. He aquí la transcripción de la grabación que estaba improvisando para la CBC:

FISK: Estamos caminando por este poblado abandonado, de verdad parece que no haya nadie, sólo un par de soldados iraquíes en los tejados y no podemos verlos. Pero se oyen muchos disparos de armas de pequeño calibre muy cerca de aquí. *Ruido de pistolas, cuya intensidad crece.* Sí, el coche está ahí mismo, Gavin.

HEWITT: Por aquí.

FISK: Sí, ahí están. *Ruido de disparos, ahora mucho más cerca.* Empiezo a preguntarme por qué me hice periodista. *Mis latidos interrumpen mis comentarios.* Voy por el patio de lo que evidentemente era un colegio, hay pupitres de aula tirados por aquí.

*El ruido de una granada que se acerca, seguido por una estruendosa explosión, ensordece el comentario y rompe el control de audio de la grabadora.*

FISK: Por aquí detrás, creo, por aquí, a la vuelta. *Docenas de disparos y se oye a Gavin, al equipo de la BBC y a Fisk corriendo para salvar la vida, resollando.* Intentamos volver al coche para ponernos a cubierto. ¡Ay!,

eso ha caído demasiado cerca. Creo que nos están viendo caminar por aquí. ¡Vamos! ¡Vamos! Hay...

HEWITT (*al equipo*): Sí, venga, venga, nos largamos de aquí. ¿Podemos irnos? ¡Joder!

Luego, mientras escucho esta cinta, nos oigo apremiar a nuestro conductor iraquí para que nos marchemos, gritándole para partir. «¡Vamos, venga ya!», le grita uno de nosotros enfurecido y, en cuanto nos alejamos, yo hablo al micrófono, para grabar un mensaje dirigido a George Lewinski y Sue Hickey de la sede de la CBC en Londres:

George y Sue, espero que estéis escuchando todo esto. Por favor, por favor, utilizad cuanto podáis porque entenderéis lo peligroso que ha sido. Y, por favor guardad esta cinta pase lo que pase; es un recuerdo que quiero tener para el resto de mi vida. Lo escucharé sentado en mi casita de la campiña irlandesa. Hagáis lo que hagáis, ¡no la tiréis!

La cinta nunca llegó a su destino. Se la di a nuestro conductor del taxi iraquí en Basora para que cruzase la frontera y la enviase desde el aeropuerto de Kuwait, pero le hicieron dar la vuelta en la misma frontera y regresó cuatro horas después a la entrada de nuestro hotel. Sonrió de forma obsequiosa y me entregó la cinta por la ventanilla del conductor cogiéndola como si fuera un pescado muerto. Más adelante la transmití por una línea telefónica llena de interferencias. Dios sabe qué podrían aprovechar de ella los canadienses; aunque más tarde me contaron que un camionero de White Horse, Yukon, se paró en una cabina telefónica, llamó a la CBC de Toronto y preguntó: «¿Eso iba en serio?».

En cierto sentido, sí que iba en serio. La grabación era el sonido real de cuatro hombres relativamente jóvenes arriesgando la vida por... ¿Nada? No estoy seguro de que eso fuera cierto. Al poner nuestras vidas en peligro, le dimos, creo, autenticidad a nuestro trabajo, que también nos daba credibilidad cuando queríamos poner en duda lo que los gobiernos —u otros periodistas— afirmaban que era cierto. Esta experiencia me había demostrado, sin lugar a dudas, que Iraq no iba a «ganar» esa gran guerra. Se mantenía un contraataque de artillería iraní y, tal como escribí ese mes de octubre —con precisión, pero con seis años de antelación—: «Si esto llega a su conclusión lógica, no será Joramshar la que quede bajo el fuego de los proyectiles iraquíes, sino que será Basora la ciudad atacada por los proyectiles iraníes».

Por el puente Bailey de Basora —que había tendido el ejército—, pasaba un flujo constante de ambulancias militares. Volví a aventurarme hacia el puesto fronterizo de Shalamche y allí yacían los iraquíes heridos, tirados en la arena, mientras una batería de artillería junto a ellos lanzaba proyectiles de 155 mm desde el otro lado de la frontera. Llegó una ambulancia dando tumbos por el desierto y frenó en seco, en una depresión de la arena parcialmente rodeada de palmeras. Sacaron de allí a un soldado en una camilla, le quitaron los vendajes empapados de sangre del hombro y lo tumbaron sobre una cama de fabricación casera a la sombra de la antigua comisaría. El hombre, al que había disparado un francotirador iraní, todavía estaba dolorido, pero no hizo ningún ruido mientras tres ordenanzas médicos iban de aquí para allá

con bolsas de suero. Los cañones lanzaban ráfagas minuto a minuto, eran explosiones que golpeaban y hacían temblar las paredes del edificio, y provocaban que los médicos se estremeciesen.

Sacaron de la arena a un segundo herido iraquí, un soldado de un equipo de tanques que había salido volando por los aires de su vehículo, un soldado gravemente herido por un proyectil, al que la cabeza le iba de un lado para el otro y las rodillas se le doblaban cuando sus compañeros lo llevaron hasta el patio de la comisaría. El soldado con la herida en el hombro gemía un poco, y cada vez que las armas pesadas disparaban y los proyectiles salían volando hacia Jorramshar, la víctima del obús entornaba los ojos y movía los brazos de lado a lado como un muñeco al que le hubieran sacado el relleno.

El hospital de campaña del frente iraquí del sur era un lugar pequeño y lúgubre, y las amplias manchas de sangre reseca en el suelo eran la prueba del sacrificio que el ejército iraquí estaba teniendo que hacer por «la Guerra Torbellino». El ordenanza médico de mayor rango se mostraba muy realista a este respecto. «Este es un edificio antiguo y los iraníes deben de tenerlo en todos sus mapas —dijo—. Lo bombardearán y habrá más bajas». Me dedicó una sonrisa amarga. Pasados tres minutos, empezaron a llegar los proyectiles iraníes, y los francotiradores iraquíes saltaron a sus trincheras.

El conductor del jeep murió calcinado cuando los proyectiles iraníes llovieron sobre su convoy en la carretera de Jorramshar-Shalamche —supuestamente segura y hacía tiempo en manos de los iraquíes—. Ninguna ciudad iraní importante había caído bajo el dominio de Bagdad y, con la excepción de Qasr-e-Shirin, al norte, todo lo que habían conquistado los iraquíes eran 3000 kilómetros cuadrados de desierto marrón y sin agua, un terreno yermo de piedra y arena del que se habían retirado los iraníes con sensatez para luchar desde las colinas.

Cuando Gavin Hewitt y yo pedimos permiso para visitar el hospital militar de Basora, se nos concedió en dos minutos y nadie intentó evitar que habláramos con los soldados heridos que estaban allí. Todos los caídos contaban las mismas historias sobre ataques sorpresa de los helicópteros armados iraníes —los Cobra que los Estados Unidos vendieron al sha— y reactores Phantom que aparecían de pronto por el oeste. El soldado de un tanque con graves quemaduras describió que había escuchado el sonido de los motores de un reactor sólo un segundo antes de que el obús impactase contra su tanque, lo que le había cubierto una cuarta parte del cuerpo de combustible en llamas. Un soldado de la unidad de transporte del ejército iraquí salió volando de su jeep al sur de Ahvaz por un proyectil disparado desde un helicóptero iraní; mientras yacía en la carretera, apareció un Phantom por delante del sol y bombardeó a sus compañeros que miraban desde el maltrecho vehículo.

El 5 de octubre, los iraquíes por fin entraron en Jorramshar, y nosotros íbamos con ellos. Encontramos una ciudad en llamas y derruida, y sólo un anciano iraní árabe —único representante de los millones de árabes de «Arabistán» que Sadam aspiraba a «salvar»— acuclillado en el suelo de piedra de su casa de fango, un hombre con

marcadas líneas de expresión y barba blanca, preparando té para un soldado iraquí y que hacía caso omiso a las preguntas de los extranjeros. Lo habían «liberado». Esa, al fin y al cabo, era la ciudad originaria del representante de los asaltantes que tomaron la embajada iraní en Londres, la ciudad que él llamó Al Mohammara. Ese sería el Danzig de Sadam, el desierto de más allá sería su versión de los Sudetes. Los iraquíes iban a rescatar a los árabes de Irán, pero nosotros sólo podíamos caminar por la calle principal de la ciudad, un maltrecho paseo de postes telegráficos rotos y ennegrecidos, tiendas de planta baja donde cansados soldados iraquíes, con la cara manchada de barro, estaban sentados en los escalones de entrada y hablaban protegidos por las cortinas de chapa de zinc.

El general Adnan Jairala, ministro de Defensa iraquí y primo carnal de Sadam, había ofrecido un alto el fuego a los iraníes —para demostrar las «intenciones pacíficas» de Iraq delante del mundo más que por un deseo iraquí de retirarse del territorio iraní—, pero seis horas y media después de que la tregua unilateral se hiciera efectiva, los iraníes abrieron fuego en la ocupada Jorramshar. Habíamos estado sentados en el patio de una villa derruida cerca del río Karun, escuchando a un tal coronel Ramse del ejército iraquí —con los ojos inyectados en sangre y cabizbajo por el agotamiento—, que nos contó que sus soldados se habían hecho con el control de la ciudad y de su puerto, cuando cayó una lluvia de proyectiles sobre las casas y huertos de nuestro alrededor.

«Por favor, ahora váyanse porque esto ya no es seguro», nos rogó un brigadier mientras las explosiones empezaron a impactar alrededor del puente que estaba al fondo de la calle. Entraron a un comando iraquí al patio, le caía sangre de la mejilla derecha por una herida de metralla. Los soldados de las Fuerzas Especiales iraquíes —que ya no se reían ni hacían su típico gesto de victoria a los periodistas— estaban sentados en el borde de un estanque de peces vacío y nos miraban con tristeza. Los Guardias Revolucionarios iraníes todavía aguantaban en los maltrechos edificios del lado occidental del Karun y pasaron con seis tanques Chieftain por la oficina central de correos, lanzando proyectiles al puesto de mando iraquí más cercano hasta que uno de ellos recibió el impacto de un obús. Salí corriendo de la villa, y sólo tuve tiempo para ver un tanque iraquí con el cañón zigzagueando como un loco y las orugas aplastando los escombros de la calle mientras avanzaba hacia el centro de la ciudad.

Los iraquíes tenían en ese momento tanques situados a lo largo del muelle de Jorramshar. Deben de haber entrado al puerto de forma muy repentina, porque los muelles seguían llenos de vagones de mercancías vacíos, cajones de embalaje medio llenos y contenedores en llamas colgados de grúas paradas. Los soldados iraquíes robaban el contenido de algunos de esos contenedores y se hacían con un extravagante botín, combinación de motos Suzuki, pelotas de fútbol, pienso holandés para el ganado y raquetas de ping-pong chinas.

Hacía días que los barcos del muelle eran objeto de bombardeos. El oficial de

primera del carguero yugoslavo *Krasica* se asomó por la cubierta de popa de su barco acribillado por las balas y me dedicó una amplia sonrisa. «Nos han disparado ambos bandos sin parar durante quince días —gritó—. Nos hemos sentado en la parte más baja, hemos jugado a las cartas y hemos bebido cerveza, ¿qué otra cosa podíamos hacer?» La situación debía de ser grave, porque el hombre ni siquiera miró hacia el este, en la orilla, donde salía humo de un barco en llamas. El carguero italiano *Capriella* tenía el puente, la chimenea y la superestructura destruidos por el fuego. Los tripulantes de otra nave italiana habían sofocado las llamas provocadas por un primer bombardeo, pero luego habían huido a un carguero coreano donde no los habían aceptado a bordo; al final les dieron cobijo en un barco griego. El barco chino *Yung Chun* tenía agujeros de bala y obús en el casco. Más hacia el este había naves de mayor calado, todas ardiendo con ferocidad.

Ninguno de estos barcos volvería a navegar. Permanecerían, como restos calcinados de un naufragio, en el muelle, durante ocho años más. Sin embargo, en Basora, los nueve grandes cargueros amarrados en el muelle, con la tripulación todavía a bordo y con los motores listos para una rápida huida si se producía un verdadero alto el fuego, seguirían pudriéndose en el puerto casi un cuarto de siglo más tarde. Fue una triste evolución para una ciudad portuaria que fue fundada por el califa Omar ibn al Jatab en 638 y un puerto ocupado por los británicos en 1914, 1941 y 2003. Los británicos han tenido intereses mercantiles en ese lugar desde 1643, y detrás de los seis apestosos canales de la ciudad todavía era posible encontrar las casas con fachada de madera labrada y las elaboradas persianas de las casas otomanas. El califa Omar había decretado que nadie tenía permiso para cortar las palmeras de la ciudad, aunque, en la actualidad, miles de ellas están decapitadas o ennegrecidas por el fuego. Quedaron así por la quema de plantaciones flanqueadas por corrientes en las que hacía tiempo se habían ocultado los barcos de vapor decimonónicos; museos en putrefacción de la tecnología industrial que, sin duda, habían iniciado su trayectoria con apropiado triunfalismo cuando los botaron en los astilleros de Birkenhead y Belfast hacía dos generaciones. En lo que la oficina de turismo de Basora, en un momento de desafortunado entusiasmo, llamó «la Venecia de Oriente», todavía era posible encontrarse con reliquias del imperio. El hotel Shatt al Arab había sido la escala de los hidroaviones de la British Imperial Airways que amarizaban en el Shatt y dejaban a sus pasajeros en un vestíbulo decorado todavía con maquetas a escala de barcos de construcción británica.

Los iraquíes iban entendiendo día a día que no se harían con la victoria; al menos no durante semanas, puede que meses, incluso años. El ejército iraquí que estaba en torno a Jorramshar sólo avanzó ocho kilómetros en diez días. En la ciudad, un coronel del ejército iraquí, con boina roja de los paracaidistas y bastón, estuvo de acuerdo con nosotros en que los iraníes seguían combatiendo con fuerza. Incluso mientras hablaba, los soldados pasaron delante de nosotros llevando a un joven cubierto de sangre; el herido gritaba que estaba muriéndose. «Creíamos que los

iraníes no combatirían —me dijo ese día un oficial iraquí—. Pero ahora creo que seguirán luchando, pase lo que pase».

Oficialmente, nadie sugería nada. «¡Tienen que venir!, ¡tienen que venir! —nos gritó un gorila del Ministerio de Información en el vestíbulo del hotel Hamdan—. Tienen que venir a ver a los prisioneros iraníes». Iba a ser la primera exhibición de prisioneros que uno de los bandos realizaba, una representación teatral que al final incluiría miles de soldados capturados; una «oportunidad» para la prensa que abría una gran brecha en la Convención de Ginebra. Sin embargo, en esa luminosa mañana de octubre fuimos a ver qué aspecto tenían los iraníes. «Son como animales enjaulados» fue el apropiado comentario de Gavin<sup>[1]</sup>.

Estaban sentados en el rincón del fondo de un barracón con paredes de cemento, era un grupo de jóvenes de pelo negro despeinado, algunos con vendas y todos ellos con el apagado e inarrugable uniforme caqui del ejército iraní. Con los rostros sin afeitar, los diecisiete hombres miraban boquiabiertos las cámaras de televisión mientras permanecían sentados en los colchones sin sábanas que habían sido sus camas durante los pasados tres días. «No tienen permiso para hablar con ellos», anunció un comandante del ejército iraquí, y los iraníes volvieron a mirar a las lentes y micrófonos que apuntaban con expectación hacia ellos. Cuando un periodista preguntó si alguno de los prisioneros hablaba inglés, un joven con barba que se encontraba bajo la ventana de la celosía respondió que él sabía alemán, pero el comandante lo mandó callar. «Fueron hechos prisioneros en Ahvaz y Mohammara —dijo el militar—. ¿Qué más quiere saber?»

Sin embargo, los prisioneros hablaban con sus manos y sus rostros. La mitad de ellos estaban heridos, tenían la cabeza y los brazos vendados. Un joven delgado que estaba pegado a la pared hizo, con timidez, el signo de la victoria con los dedos. A cinco prisioneros les habían ordenado sostener ejemplares de un periódico de Bagdad donde salía Sadam Husein en primera plana, pero habían doblado el rotativo de tal forma que el retrato ya no era visible. El soldado iraní que hablaba alemán nos sonrió y nos hizo un gesto de asentimiento mientras nos sacaban del barracón. A continuación, el mayor iraquí anunció que dos prisioneros hablarían con nosotros si prometíamos no sacarles fotos. Al final llevaron a dos jóvenes tristes y demacrados, uno con el pecho escayolado, a un comedor de oficiales donde un retrato de Sadam, una reproducción de un cuadro de Gainsborough y un ramo de flores rosas de plástico competían por el espacio en la pared.

Los dos soldados estaban sentados en sillas metálicas, en el centro de la habitación, mientras los funcionarios del gobierno y el comandante estaban entorno a ellos con la finalidad de «traducir». El prisionero herido entrelazó las manos con nerviosismo y empezó a temblar. El comandante meneó un dedo delante del primer soldado. «Están preguntando por vuestras bajas», dijo. El hombre se encogió de hombros y manifestó su ignorancia. «Soy un soldado iraní», dijo en voz baja. Los periodistas preguntaron si los mulás iraníes estaban al mando del ejército iraní, y el

comandante tradujo esta pregunta como: «¿Los religiosos influyen en vuestros oficiales?». Era cierto, respondió el prisionero con resentimiento. «El espíritu de nuestros soldados ya no es lo que era».

La prensa internacional quería saber qué opinaban los prisioneros del ayatolá Jomeini. El comandante tradujo la pregunta como: «Ahora que las cosas os han ido tan mal, ¿qué opináis de Jomeini?». El primer prisionero respondió que la «opinión» sobre el ayatolá no sería la misma después de la guerra. Sin embargo, el hombre herido nos miró rápidamente y dijo que «si el ayatolá Jomeini había provocado la guerra entre dos países musulmanes, eso era malo». La frase condicional de esta respuesta no llegó a oídos del comandante que ordenó, muy animado, que se llevaran a los prisioneros.

Por lo visto, el ejército iraquí llegaría hasta donde hiciera falta para alardear de las pruebas de su victoria, y se pasaron más de una hora presumiendo del armamento iraní con el que se habían hecho en Jorramshar. Había una lanzadera antitanque fabricada en los Estados Unidos —fabricada por la empresa aeronáutica Hughes y con el código DAA-HOI-70-C-0525—, un gran número de vehículos blindados de fabricación soviética y un vehículo para el transporte de tropas de fabricación estadounidense en el que los iraquíes habían pintado con aerosol su eslogan definitivo y el más revelador del día. «Confiscado —decía— a los racistas asiáticos persas». El arsenal confiscado iba a convertirse en un pesado aspecto de la cobertura de la guerra controlada de forma creciente por el gobierno.

Nos condujeron en autobús hasta Al Amara, a 160 kilómetros al norte de Basora y a sólo 50 kilómetros de la frontera iraní, para enseñarnos veinte tanques Chieftain requisados en el frente central en los alrededores de Ahvaz, eran una parte de los 800 Chieftain que Gran Bretaña había vendido al sha. Algunos habían recibido el impacto de proyectiles, otros de granadas, pero nos encaramamos a ellos. Una de las moles parcialmente dañadas estaba en un campo con la escotilla abierta, y entré para sentarme en el asiento del conductor. Había una bolsa en la pared que me quedaba a la izquierda que todavía contenía el manual para el tanque del Ministerio de Defensa británico —con un sello de RESTRINGIDO y el código WO 14 557-1—, aunque era un misterio cómo se suponía que las tropas iraníes traducirían el inglés. Llevaba un minuto allí sentado cuando se me ocurrió que esa tripulación seguramente no había sobrevivido a su encuentro con los iraquíes, y volví la cabeza poco a poco hacia el puesto del artillero que tenía a mi derecha. Allí, claro está, se encontraban los espeluznantes restos del pobre joven iraní que había entrado en batalla hacía unos días, un esqueleto carbonizado con el uniforme hecho jirones, colgando sobre sus huesos como festones negros, el cráneo todavía conservaba unos raídos restos de carne.

Con todo, los iraquíes no podían ocultar sus propias bajas. Al norte de Basora me encontré con un taxi blanco y naranja parado en una gasolinera, el conductor estaba hablando con el tipo de la estación de servicio, que ni siquiera se molestaba en mirar

el alargado ataúd de madera que su cliente llevaba en la baca del coche. En Iraq, los ataúdes suelen llevarse en la baca de los coches, y la única diferencia en este caso era que el ataúd estaba envuelto en una bandera iraquí. Un soldado regresaba a casa para el funeral.

Según el periódico baazista *Al Thawra*, sólo se habían producido dos muertes de soldados iraquíes en las pasadas veinticuatro horas, lo que suponía que yo —de forma bastante fortuita— me había topado con el 50 por ciento de las bajas del día anterior. Sin embargo, había otros cuatro taxis en la misma carretera, todos dirigiéndose hacia el norte con su lúgubre carga, el estandarte rojo, blanco y negro con sus tres estrellas golpeando sobre los ataúdes de las bacas. No solíamos ver estos coches en los primeros días de la guerra, ni los montones de ambulancias militares que congestionaban las carreteras. Sólo en un día de la primera semana de octubre, el ejército llevó 480 cuerpos al tanatorio del hospital militar de Bagdad. Si estos cadáveres procedían únicamente del sector central del frente de guerra, el número de muertos diarios se elevaba a, nada más y nada menos, que seiscientos o setecientos. Incluso la prensa iraquí ensalzaba los gloriosos logros de los soldados cuando se «sacrificaban» en la batalla, y Sadam Husein, en su visita a los civiles heridos en Kirkuk el 12 de octubre, describió sus heridas como «medallas de honor».

La generosa cobertura de la televisión iraquí del conflicto —el tema musical de «la Guerra Torbellino» ya no se oía— estaba llena de tanques, cañones y aviones iraníes hechos trizas, pero no había imágenes de los muertos de ninguno de los dos bandos. Cuando la cadena entretenía a sus televidentes con la película de Gary Cooper basada en la obra de Hemingway *Por quién doblan las campanas*, las autoridades suprimieron estúpidamente una secuencia en la que se veía los cuerpos de soldados republicanos españoles tirados en un camino. Más adelante, los iraquíes enseñarían los cadáveres iraníes con gran y brutal detalle.

Entre los demás periodistas británicos de Basora estaba Jon Snow de la ITN, cuyo valor y sentido del humor lo convertían en un colega maravilloso en tiempos de gran peligro, pero que jamás habría imaginado la tragedia en la que se vería metido a mediados de octubre de 1980. «Snowy», cuyas imitaciones del príncipe Carlos le deberían haber valido un puesto en el vodevil<sup>[2]</sup>, informaba con regularidad delante de las cámaras desde la orilla del Shatt al Arab, al sur de Basora. En Londres, el dueño de la Silverline Shipping Company veía sus partes por televisión, era un empresario que llevaba seis semanas buscando de forma desesperada su carguero *Al Tanin*, capitaneado por un británico y cargado con 22 000 toneladas de aceite de soja.

De pronto, en la pantalla, detrás de Snow, vio su nave desaparecida, todavía a flote, aunque, sin duda, en medio de una batalla. El Foreign Office no podía hacer nada para ayudar, así que el propietario de inmediato le pidió a Snow que fuera su agente oficial de transportes en Basora y le comunicó por teletexto su nueva misión en beneficio de las autoridades iraquíes. Había cincuenta y seis almas a bordo, nueve de ellas británicas, y sólo tenían una forma de contactar con el mundo exterior. Entre

las docenas de barcos amarrados en el puerto de la ciudad había una nave capitaneada por un noruego que estaba a diario en contacto con el *Al Tanin* y que le confirmó a Snow que el capitán atrapado y su tripulación estaban impacientes por ser rescatados.

Snow decidió conseguir la ayuda del ejército iraquí y nadar hasta el barco de noche para preparar el rescate de la tripulación. Sin embargo, ni la armada ni las autoridades iraquíes de Basora pudieron proporcionarles más que un mapa para turistas de la importantísima vía fluvial por la que Sadam había entrado en guerra, al menos en parte. Esta, por supuesto, sería la exclusiva de Snow: una historia «espectacular» si lo conseguía, una tragedia humana y política para Snow, la ITN y la tripulación si terminaba en desastre. Sin embargo, en privado me confesó los problemas que estaba teniendo para conseguir un mapa del río. «Ahora escucha, viejo Fisky, si puedes encontrar un mapa que esté bien, dejaré que me acompañes», me dijo. De inmediato me acordé de mi abuelo Edward, primer oficial del *Cutty Sark*, y de todo lo que había leído sobre la marina mercante. Yo sabía que todos los capitanes de barco debían llevar mapas detallados de los puentes y vías fluviales por los que pasaban. Así que perseguí al capitán báltico de barba poblada cuyo carguero estaba en los muelles de Basora, y accedió a prestarme su antigua medición del Shatt al Arab realizada por el Almirantazgo británico. Este magnífico documento —una obra de arte oceanográfica así como de competencia técnica— fue debidamente fotocopiado y presentado a los buzos de la armada iraquí.

Todos los elementos de una aventura de primera estaban presentes: el capitán del *Al Tanin*, con el espléndido nombre náutico de Dyke, que ideó la misión de rescate desde el principio; Jack Simmons, el funcionario del consulado británico con cara redonda y pequeñas gafas sin montura que llegó sin avisar a Basora, pero que no obtuvo ayuda de los iraquíes. Incluso había un apuesto comandante de la armada iraquí, un hombre canoso, y silencioso que arriesgó su vida por la tripulación del barco británico como un caballero. Jamás nos dijo cómo se llamaba, así que Snow siempre se refería a él con el amable nombre de «nuestro comandante». Allí estaban Snow, de treinta y dos años, su equipo —el cámara Chris Squires y el técnico de sonido Nigel Thompson— y Fisk, que llegaría a considerar aquello como la última historia periodística de su vida, al estilo de las aventuras juveniles de *Boy's Own Paper*. El resto de mi historia versaría sobre una tragedia.

El *Al Tanin* había amarrado en el Shatt cinco semanas antes para descargar el aceite con una barcaza. Sin embargo, cuando empezó la guerra, se encontró —como el resto de barcos de gran calado del río— atrapado entre dos ejércitos; fuego de ametralladoras y rifles recorrían el muelle y, durante varios días, la tripulación contempló los misiles que volaban bajo y rozaban la superficie del río alrededor del casco del *Al Tanin*. El capitán Dyke habló con Snow por la radio del capitán noruego y le sugirió que debía intentar el rescate el 15 de octubre. Sería la «Operación Pera»; si fracasaba o se retrasaba, Snow podría volver a intentarlo el 16 de octubre cuando el rescate se convertiría en «Operación Manzana». Sin embargo, «Nuestro

Comandante» quería visitar a Dyke a bordo del *Al Tanin* para hablar sobre la huida. Dyke accedió a lo que llamó «ascenso por la fibra» —suponiendo que ningún oyente iraní de esa conversación sabría que se refería a una cuerda— si llegaban nadando a su barco.

A las nueve de la noche del 15 de octubre, por tanto, un extraño equipo se abrió paso por la húmeda y anegada plantación de una isla del Shatt al Arab, cerca de Um al Rassas, desde donde Pierre Bayle y yo mismo habíamos realizado nuestra huida hacía sólo un par de días. El grupo lo formábamos el comandante y dos de sus buzos, Snow —con traje de neopreno negro y aletas en la mano—, Squires, Thompson y yo. Debíamos de constituir un espectáculo curioso, renqueando en la oscuridad de la isla tropical hasta la parte del río donde sabíamos que estaba anclado el *Al Tanin*, arrastrando con nosotros un bote neumático para el intento de rescate de Snow. En la oscuridad nos escabullíamos por caminos de fango para penetrar en hediondas lagunas, nos deslizábamos en diques hacía tiempo abandonados y avanzábamos con pesadez sobre puentes podridos y chirriantes. En una ocasión, cuando hicimos que los perros del pueblo abandonado empezasen a ladrar, los francotiradores iraníes abrieron fuego sobre la plantación y, durante un minuto o más, escuchamos las balas silbando a nuestro alrededor, a la altura de las caderas, mientras los iraníes intentaban averiguar dónde estaban los intrusos.

Incluso antes de que llegáramos a la orilla del río, podíamos ver el *Al Tanin*; su superestructura estaba totalmente iluminada, tenía los focos de cubierta encendidos, tal como había prometido que estarían el capitán Dyke. Los generadores del barco hacían eco en el caluroso bosque de palmeras y su chimenea de color naranja chillón asomaba de forma surrealista entre las sombras de los troncos. Snow y el mayor fueron los primeros en darse cuenta de que algo marchaba mal. Dyke les había dicho que abordasen el barco a las 21.30 de la noche por estribor, cuando la dirección de la marea hubiese cambiado al oeste, por la orilla iraquí del río. Había iluminado el casco de estribor por esa razón. Sin embargo, la parte oscura de babor del *Al Tanin* era la que quedaba frente a nosotros. Todos los iraníes veían la parte de estribor bien iluminada justo delante de sus líneas. Snow se sentó en la orilla, apretó sus aletas y miró al barco. «¡Mierda!», dijo. Todos miramos a Snow, él miró al comandante, también lo miraban los buzos. Snow llegaría a considerar el episodio, más adelante, como «una actuación de demencia sin parangón». Squires, Thompson y yo nos sentíamos profundamente agradecidos de no formar parte de todo ese tinglado.

Entonces Snow se deslizó al interior de las aguas pantanosas, el comandante y los otros dos buzos de la armada con él. Se encaramaron al bote neumático, lo empujaron y remararon por el río. La corriente era tan fuerte —la marea había llegado a su altura máxima— que tardaron veinte minutos en recorrer 200 metros hasta el barco y, en cierto momento, pues los contemplaba a través de los prismáticos, me di cuenta de que estaban en peligro de ser capturados justo al pasar por el barco y en mitad del río. Sin embargo, consiguieron llegar a una escalerilla por el lado oscuro de babor y

treparon a bordo.

Snow se encontró, en primer lugar, con los miembros filipinos de la tripulación, que parecían «aterrorizados con la aparición» del periodista televisivo con su traje de neopreno negro y las aletas. Sin embargo, sólo cuando se encontró a un sorprendido aunque exuberante capitán Dyke, Snow descubrió que no esperaban su llegada hasta tres horas más tarde. En los puertos donde hacían escala, los barcos funcionaban con el Horario Medio de Greenwich, no con el horario local, y el horario iraquí iba tres horas adelantado con respecto al Horario Medio de Greenwich. Si Snow y su comandante iraquí se hubieran presentado a las doce y media de la noche según los relojes iraquíes —21.30 del horario de Greenwich—, el lado iluminado de estribor habría estado mirando hacia Iraq.

Snow, el comandante y Dyke accedieron a que veintitrés miembros de la tripulación del barco se dirigieran hacia la orilla en un bote salvavidas a las 3.30 de la madrugada. Vimos que el bote neumático de Snow volvía en silencio por el río hacia nosotros. Así que permanecimos sentados durante las largas horas de la noche, mirando los focos del *Al Tanin* reflejados en la rápida corriente del agua, mientras el barco al final se dio la vuelta en la marea. A la vez observábamos, detrás de la nave, el fuego de Abadán. Los cañones lejanos resonaban en la noche como mosquitos apiñados a nuestro alrededor cual rapaz compañía. En un momento determinado, Snow me miró. «A uno le invade una tremenda sensación de responsabilidad», dijo. Yo me preguntaba cómo pronunciaría eso el príncipe Carlos —la expresión era típica del monarca— cuando dos fogonazos de linternas rojas destellaron desde la cubierta del barco. La Operación Pera había empezado. Snow envió dos destellos de linterna como respuesta. Un cabrestante hidráulico —que hacía un ruido doloroso en contraste con el silencio del río— zumbó, seguido por un violento golpe metálico. La compuerta que llevaba al bote salvavidas se había atascado. Podíamos ver a la tripulación esperando en cubierta para desembarcar y compartíamos sus sentimientos mientras los reveladores martillazos retumbaban en el río en dirección a los iraníes.

Entonces bajaron el bote salvavidas, con las bordas hundidas dirigiéndose hacia nosotros, produciendo en el agua ondas que los iraníes tendrían que haber visto. Sin embargo, al golpear la embarcación el barro de nuestra orilla a las 4 de la madrugada, incluso los buzos iraquíes perdieron la sensación de aterrorizada expectativa cuando una joven inglesa apareció en la resbaladiza cubierta y preguntó: «¿Alguien me ayuda a llegar a la orilla?». Fue uno de los momentos quintaesenciales que tanto gustan a los anglosajones. Los británicos volvían a burlar el peligro, llegando a una costa tropical bajo la luz de la media luna con la posibilidad de que un proyectil los hiciera volar por los aires y con tres jóvenes mujeres a las que proteger. Nos sentimos tan contentos de ver el pequeño bote salvavidas que empujamos a su tripulación hasta la orilla del río haciendo ruido suficiente para despertar a todos los iraníes que estuviesen durmiendo en la otra orilla. Los miembros de la armada iraquí sonreían de felicidad.

Trece miembros de la tripulación se habían quedado atrás para vigilar su barco y, fieles a las tradiciones de lo que pensábamos por aquel entonces que era un mundo poscolonial, sólo siete miembros de los veintitrés de la tripulación que fueron rescatados eran británicos de nacimiento. Los demás eran un rudo aunque alegre grupo de filipinos, hombres pequeños de mirada risueña que gritaron de alegría cuando, con los británicos, tiramos de ellos hasta la orilla y los empujamos, sin ninguna delicadeza, a una trinchera del ejército iraquí que teníamos detrás. Muchos de los filipinos me pasaron sus tesoros libres de impuestos: aparatos de radio y televisión y —en un caso— una lavadora que tiré en el fango. Los soldados iraquíes los tiraron con desprecio al bosque.

El primer oficial expresó su preocupación por los miembros de la tripulación que habían quedado a bordo, el ingeniero anunció que se iba a tomar unas largas vacaciones. Teresa Hancock, la novia de Stoke-on-Trent de un miembro de la tripulación, estaba disfrutando de su luna de miel a bordo. Además había celebrado su vigésimo primer cumpleaños en el Shatt al Arab tres días antes con una pequeña fiesta. Con todo, si hubo una historia con final feliz, fue ésta. La armada iraquí había tenido una actuación gloriosa —al realizar un acto de verdadera humanidad con valor y profesionalidad—, y «Snowy» consiguió su exclusiva. De hecho, Snow anunció que desde ese momento sería conocido como *Al Thalaj*, que en árabe significa «nieve» y es la traducción de su apellido. En cuanto a «nuestro comandante», fuimos a darle las gracias más adelante y lo encontramos en su despacho con aire acondicionado, bebiendo yogur y con una sonrisa de oreja a oreja, con la verdadera convicción —en la tradición de sir Francis Drake— de que había chamuscado las barbas al ayatolá.

Snow empaquetó su película y me la entregó para que la llevara a Kuwait, donde la NBC estadounidense había fletado un avión privado para llevar tanto sus vídeos de noticias como los de la ITN hasta Ammán y retransmitirlos vía satélite a Nueva York y Londres. Mientras el Learjet ascendía hacia el cielo, el sobrecargo me ofreció unos bocaditos de salmón ahumado y una copa de champán. Desde Ammán envié la historia del *Al Tanin* a *The Times*. Luego me sumergí en la cama más mullida del hotel Intercontinental y, al despertar, encontré un télex con una incómoda pregunta de la redacción de internacional de Londres: «¿Por qué no nadas en el río infestado de tiburones del Shatt al Arab?».

Sin embargo, aquí acaban las historias agradables. A finales de octubre, los iraquíes —al darse cuenta de que los habían dejado bloqueados en los desiertos de Irán sin más opción que una victoria rápida— estaban lanzando misiles tierra-tierra en las ciudades iraníes. A principios de mes, murieron 180 civiles en Dezful cuando los iraquíes lanzaron un misil en el mercado. El 26 de octubre, al menos otros cien civiles murieron cuando los iraquíes lanzaron siete misiles rusos Frog-7 en Dezful. La Guerra de las Ciudades había empezado: un intento calculado de vaciar los pueblos y ciudades más importantes de Irán mediante el terror.

Algunos de los regímenes teocráticos de la oposición habían recibido con alegría el inicio de la guerra en Irán con gestos extravagantes y patrióticos. Miles de mujeres de la clase media donaron millones de dólares en joyas para la «causa de la guerra» de Irán. Encerrado en el Ministerio de Asuntos Exteriores iraní, el encargado de negocios estadounidense Bruce Laingen «sabía que estaba ocurriendo algo cuando escuché un altavoz en el exterior del Ministerio de Asuntos Exteriores tocar marchas militares estadounidenses; que los iraníes utilizaban en ocasiones militares<sup>[\*]</sup>. Escuché, más tarde, que los iraquíes también las utilizaban. Esa noche, también dispararon cañones antiaéreos y el cielo se llenó de proyectiles trazadores. Parecía que no le daban a nada. De hecho, cuando escuchábamos las sirenas de bombardeo aéreo, nos tranquilizábamos porque sabíamos que los aviones iraquíes ya habían sido bombardeados y se habían marchado».

Los iraníes, al igual que Sadam, tuvieron que luchar contra enemigos internos y externos durante la guerra, con la certeza de que grupos como el Muyahidín Jalq contaban con el respaldo activo del régimen iraquí. La extraña muerte del ministro de Defensa iraní Mustafá Chamran en el frente de batalla jamás se ha esclarecido del todo. Sin embargo, no podía haber duda de lo que ocurrió cuando, justo antes de las nueve de la noche del 28 de junio de 1981, una bomba de 27 kilos explotó en una reunión del Partido Republicano Islámico gobernante en Teherán, y segó las vidas de setenta y un dirigentes del partido mientras escuchaban un discurso del ayatolá Mohamed Beheshti, presidente del Tribunal Supremo, secretario del Consejo Revolucionario, presidente del Partido Republicano Islámico y posible sucesor de Jomeini. Cuando la bomba destruyó las vigas metálicas del edificio las columnas de 40 centímetros de grosor quedaron pulverizadas por la explosión, y el techo se desplomó con estruendo sobre las víctimas. Entre ellos había cuatro ministros del gabinete, seis viceministros y veintisiete miembros del parlamento iraní, el Majlis.

Beheshti, quien murió con ellos, era un personaje interesante; su delgado rostro, su perilla canosa y su fuerte acento alemán —resultado de sus días como sacerdote chií en Alemania— le daban aspecto de inteligente conspirador dieciochesco. Cuando me reuní con él en 1980, noté que utilizaba «una mezcla única de autoridad intelectual y amable tristeza que lo hace sonar —y parecer— como una combinación de Cardenal Richelieu y sir Alec Guinness». Había estado intrigando durante meses contra el presidente Bani Sadr, aunque la fecha del derrocamiento de este último dejó poco tiempo para la satisfacción a Beheshti: lo asesinaron una semana después.

Era un hombre con enemigos que no se dejaba conmover por la creciente plaga de ejecuciones en Irán. «¿Es que no se da cuenta —me explicaba con cierta irritación— que han sentenciado a muy poca gente a pena de muerte por sus errores en los ministerios [del sha]? Las personas que han sido condenadas a muerte son de una categoría distinta; son traficantes de opio o de heroína». Esto era una burda mentira. La mayoría de las ejecuciones se produjeron por razones políticas. «Cuando se estudia la historia de las revoluciones —dijo Beheshti—, uno ve que siempre hay

problemas. Esto es normal. Cuando la gente de aquí dice que es infeliz, es porque nunca han vivido una revolución. Hay problemas, pero serán resueltos». La pérdida de Beheshti fue la más grave sufrida para la revolución —hasta la muerte de Jomeini en 1989—, porque había fundado el Partido Revolucionario Islámico siguiendo la línea del Partido Comunista Soviético, capaz de unir diversos movimientos revolucionarios con un solo dirigente.

Por coincidencia, el baño de sangre del 28 de junio se cobró el mismo número de vidas —setenta y dos— que se perdieron en la batalla de Kerbala en el 680, liderada por el imam Husein, su familia y sus seguidores, hecho que Jomeini no tardó en señalar. Sadam y los Estados Unidos, concluyó, habían vuelto a atacar a través del Muyahidín Jalq. «Suponga que fuera un enemigo empedernido de los mártires Beheshti —preguntó Jomeini con sarcasmo—, ¿qué enemistad tendría contra más de setenta personas inocentes, muchas de las cuales eran los mejores funcionarios de la sociedad y los enemigos más inflexibles de los enemigos de la nación?»<sup>[\*]</sup>. Sin embargo, el 5 de agosto, Hassan Ayat, otro influyente diputado del Majlis, murió asesinado. El 30 de agosto, una segunda bomba acabó con la vida del presidente Mohamed Rayai, que acababa de reemplazar a Bani Sadr, y el nuevo primer ministro iraní, Mohamed Yavad Bahonar. El fiscal general, el ayatolá Alí Quddusi, murió asesinado el 5 de septiembre, y el representante personal de Jomeini en Tabriz, el ayatolá Asadolla Madani, fue asesinado seis días después.

El régimen contraatacó con una represión feroz. Los nombres de escolares y jóvenes estudiantes destacaban entre las sesenta ejecuciones diarias. Un cálculo aproximado —que se ahorcó o fusiló a 10 000 sospechosos— correspondería al número de iraníes que murieron durante los primeros seis meses de la guerra contra Iraq<sup>[\*]</sup>. Al igual que Sadam intentaba destruir el partido Al Dawa por ser la prolongación militar del islam chií, Jomeini intentaba eliminar el Muyahidín Jalq como rama del Baaz iraquí. Esta dualidad de enemigos obligaría a ambos bandos en guerra a dar pasos incluso más despiadados para aniquilar a sus antagonistas en el campo de batalla, así como en sus cárceles y cámaras de tortura.

Cuando visité Teherán en la primavera de 1982 para llevar a cabo mis investigaciones sobre esas ejecuciones en masa, los supervivientes de la prisión de Evin me hablaron de los 8000 ahorcamientos y fusilamientos, de guardias revolucionarios de catorce años brutalizados por su participación en las matanzas. Entre los 15 000 prisioneros que fueron perdonados y que eran liberados en ese momento —en parte, al parecer, por la reiterada condena de Amnistía Internacional de la «justicia» islámica en Irán— muchos se dignaron a contar sus relatos de violencia espeluznante. En cierto momento, después de los asesinatos de Beheshti, Rajai y Bahonar, se dijo a los internos que expresasen su arrepentimiento ahorcando a sus amigos. Esta purga tenía tres fases: podían estrangular a sus compañeros de celda, cortar la soga de los ahorcados, o simplemente meter los cadáveres en sus ataúdes. De esta forma, los prisioneros salían de Evin con el alma purificada, pero con las

manos manchadas de sangre. El socialismo islámico estaba casi eliminado; sólo un par de izquierdistas habían escapado de la muerte, y fueron capaces de matar al viceministro de Asuntos Exteriores de Irán en abril de 1982. Sin embargo, el Muyahidín Jalq estaba acabado.

Al final, Sadam proclamó la victoria sobre Jorramshar y los iraníes admitieron que habían «perdido el contacto» con las tropas que todavía estaban en la ciudad. Desde ese momento, los iraníes la llamarían *Junishar* la «Ciudad de Sangre». Los iraquíes jamás tomaron Abadán, pero Sadam envió decenas de miles de soldados a Junishar, e Iraq anunció que se convertiría en «otro Stalingrado». Esta fue una versión temprana de la «madre de todas las batallas» con la que Sadam siempre amenazaba, pero que nunca llevó a cabo. Quince meses después del inicio de la guerra, el ejército iraquí se dio cuenta de que sus líneas de abastecimiento se extendían hasta demasiado lejos y tomaron la decisión estratégica de batirse en retirada, formando una gigantesca línea defensiva a lo largo de su frontera con Irán y dejando a su paso una estela de destrucción. Al Huweiza, con una población de habla árabe de 35 000 personas, había sido capturada por los iraquíes el 28 de septiembre de 1980, pero cuando las fuerzas iraníes volvieron a penetrar en el pueblo vacío el mes de mayo de 1982 descubrieron que había sido arrasado. Sólo quedaban en pie dos de sus 1900 edificios: una mezquita semiderruida, que se utilizaba como puesto de observación, y una casa que había sido un puesto de mando. Incluso los árboles habían sido desarraigados. Esto es lo que habían hecho los israelíes a la ciudad siria de Quneitra tras la guerra de Oriente Próximo de 1967. Todo el «Arabistán» — Juzistán—, cuya liberación había sido otro de los objetivos de guerra de Sadam, fue simplemente abandonado. Los iraníes estaban ganando. Además, ahora, los periodistas occidentales eran bienvenidos en Irán con la misma calidez con que los recibieron otrora en Iraq durante su ficticia «Guerra Torbellino».

Dezful fue la primera gran derrota iraquí. En una cegadora tormenta de arena, 120 000 soldados iraníes, guardias revolucionarios y *basiyíes* (movilizados) voluntarios atravesaron el desierto en dirección a las líneas iraquíes a finales de marzo de 1981. Hicieron prisioneros a 15 000 soldados iraquíes, capturaron 300 tanques y vehículos blindados, y recuperaron 4000 kilómetros cuadrados de territorio iraní. Cuando llegué al escenario de la victoria iraní, un silencio casi total envolvía el campo de batalla. Había rosas silvestres a la vera de la carretera al sur de Dezful y hormigas gigantes que se escabullían por el suelo del desierto. Los artilleros iraníes estaban sentados junto a la cubierta exterior de la cabina de sus cañones antiaéreos y miraban de vez en cuando hacia el cielo vacío. Los maltrechos tanques de la 3.<sup>a</sup> División Acorazada del ejército iraquí, destripados por el fuego de los misiles y con el blindaje retirado como con un abrelatas, yacían bajo el calor de media tarde. Eran recuerdos de lo que los iraníes ya se empeñaban en llamar «operación victoria evidente».

El silencio del desierto era un indicativo tanto del alcance del éxito iraní como del

extraordinario hecho de que, con apenas fuego de contraataque, el ejército iraní había detenido su avance a lo largo de una línea geométrica de unos sesenta y cinco kilómetros de largo. Se extendía desde una cadena montañosa del noroeste de Dezful hasta los pantanos de Sendel, donde se encontraban los tanques iraquíes y transportes blindados enterrados en el fango, que habían llegado hasta allí conducidos con frustración y miedo por las tropas en retirada de Sadam. Los iraníes —que en un momento determinado se encontraban apenas a cinco kilómetros de la frontera iraquí— habían declarado de manera eficaz un alto en la acción de ataque en el sector de Dezful. Por orden de Jomeini, tenían prohibido avanzar más allá de la frontera internacional.

El coronel Beyruz Suliemanyar de la 21.<sup>a</sup> División de Infantería fue bastante específico al hablar con nosotros, bastón en mano, en su oscuro puesto de mando subterráneo debajo de una cadena de colinas bajas. «Según consejo del imam —afirmó con seguridad militar—, tenemos prohibido cruzar la frontera. —Le dio un golpe a un río de color azul en su mapa de polietileno—. Nuestras tropas podrían cruzar este último río, pero nuestro imam no se lo permitiría. Nuestro objetivo estratégico es presionar a las tropas enemigas para que regresen a su territorio. Pero no cruzaremos la frontera». Siempre que el coronel hablaba —con modestia aparente— sobre el ataque por sorpresa del 22 de marzo, sus oficiales subalternos junto con un mulá, que estaban detrás del refugio subterráneo, cantaban a coro «Dios es grande, abajo con los Estados Unidos, abajo con la Unión Soviética». Ningún informe militar era comparable a aquello.

Jomeini ya había prometido que sus ejércitos no invadirían los países vecinos. El hoyatolislam Alí Akbar Rafsanyani, el portavoz del Majlis, había dado su palabra de que Irán «no alberga ninguna ambición territorial en Iraq». Lo único que quería Irán, según Rafsanyani, era satisfacer cuatro exigencias: la expulsión de las tropas iraquíes de todo el territorio iraní; el «castigo del agresor»; compensación por los perjuicios de la guerra; y el retorno de los refugiados de guerra a sus hogares. El «castigo del agresor», según aclararon los iraníes, suponía el derrocamiento de Sadam Husein; algo que ni los árabes ni los estadounidenses permitirían. El hecho de que los iraníes aspirasen a conseguir un final para Sadam tan sangriento como el que sufrieron los 4000 iraquíes que se calculó que murieron en la batalla de Dezful hacía más improbable esta posibilidad.

Los iraníes nos metieron a John Kifner, de *The New York Times*, y a mí en un helicóptero armado Bell Augusta junto con un grupo de mulás —los pilotos se habían formado en los Estados Unidos, por supuesto— y nos llevaron sobrevolando kilómetros y kilómetros de ruinas y cadáveres. La visión ciclópea de la carnicería, el ruido de las aspas del helicóptero, la repentina barrida entre las colinas y uadis... depositamos una fe sobrehumana en el piloto y nos sentíamos tan confiados que casi disfrutamos de ese vuelo de locura. Las excavadoras habían arrastrado una pila de cadáveres de soldados iraquíes hasta una enorme fosa común —CEMENTERIOS DE

AGRESORES, rezaban los carteles sobre esas enfangadas sepulturas—, pero otros todavía yacían al sol por centenares. Muchos estaban donde habían caído, en lechos secos de ríos, en un estado de descomposición claramente visible desde nuestro helicóptero. En varias ocasiones, el piloto sobrevoló una pila de cadáveres y, entonces, el olor a putrefacción invadía la cabina, penetrante y vomitivo. Los mulás chillaban «Dios es grande» mientras Kifner y yo aguantábamos la respiración. Los muertos se habían hinchado por el calor, los cuerpos estaban abotargados en sus uniformes hechos jirones. Veíamos a los guardias revolucionarios que estaban junto a ellos, cavando más fosas comunes para los soldados de Sadam.

Cuando aterrizamos detrás de lo que había sido la línea del frente iraquí —eran como hormigueros, llenos en su interior de refugios subterráneos y cajas de munición — no había casi rastro de entrada de fuego de proyectiles, ni rastro del tradicional «debilitamiento» de la artillería pesada que emplean los ejércitos tradicionales. Las posiciones iraquíes estaban intactas, como si sus ocupantes hubieran estado durmiendo en sus colchones por la noche, y hubieran dejado sus trincheras y revestimientos en exposición para los visitantes morbosos —nosotros— que van a todas las guerras. Los iraníes nos invitaron incluso a entrar en los refugios subterráneos de sus enemigos. Era fácil entender por qué. Estaban equipados con aire acondicionado, monitores de televisión, vídeos, cintas de casete y fotos de revistas de jovencitas. Un oficial tenía una nevera con cervezas y otro había extendido una alfombra persa en el suelo de cemento. Eran las «saturnales» de Jomeini en forma exagerada. Sadam no quería que sus soldados se rebelaran —tal como les había apremiado Jomeini en varias ocasiones—, así que les concedía todos los caprichos. Sin embargo, ¿cómo podía luchar un ejército así de consentido cuando los iraníes se abalanzaron sobre ellos por decenas de miles?

Los iraníes habían aprendido que enfrentarse al masivo arsenal iraquí con tanques Chieftain de mantenimiento mediocre era un suicidio; los restos de docenas de Chieftain, destruidos en los enfrentamientos iniciales a las afueras de Dezful más de un año atrás, todavía plagan el desierto. En Ein Joosh paseé, durante más de una hora, en torno a tanques iraquíes destrozados. Me fijé en uno cuya torreta había quedado gravemente dañada tras haber saltado por los aires desde la base, y había aterrizado con el cañón intacto junto a un pequeño campo. Alrededor de la torreta y del tanque decapitado había un puñado de soldados y campesinos iraníes, todos tapándose la boca y la nariz con pañuelos.

Los tripulantes muertos resultaban irreconocibles, eran criaturas de papel quemado procedentes de otro planeta que seguían en sus puestos, el cuerpo del artillero estaba aplastado bajo la torreta. Había una nube de moscas sobre el acorazado destripado. Un soldado iraní miró hacia el cielo y se llevó una mano durante un breve instante a la perilla: gesto de respeto hacia Dios por la sangrienta victoria que Él había garantizado a Irán sobre sus enemigos. Sin embargo, el tanque no había quedado destruido por el fuego de un proyectil; no había ningún orificio de

obús en la zona, sólo un agujero superficial en el blindaje cerca de las matrículas de la torreta. Había quedado destruido por un misil antitanque de un lanzamisiles de mano. En el desierto, otros tanques iraquíes habían sufrido un destino casi idéntico; habían quedado «achicharrados» en el campo de batalla después de un asalto a quemarropa.

Estaba claro que los iraníes apenas habían utilizado artillería pesada ni tanques en su batalla de seis días. Se limitaron a desembarcar hombres en las líneas iraquíes y a pillar al enemigo con la guardia baja. Los iraquíes habían experimentado ataques de oleadas humanas. La primera línea del frente iraquí había recibido el ataque de miles de jóvenes armados con lanzagranadas y rifles. «Occidente libró dos guerras mundiales y nos dio sus manuales militares —me comentó con suficiencia un oficial iraní—. Ahora nosotros vamos a escribir manuales tácticos para que se los lea Occidente». Nos fijamos en la ausencia de cadáveres iraníes en el desierto, aunque no pudimos evitar divisar desde nuestro helicóptero pequeñas huellas de ruedas sobre la arena. ¿Podían ser de las motos de los niños soldados de los que habíamos oído hablar, los de catorce años y sus hermanos, que se atrevían a soportar la espada del martirio sobre sus cuellos conduciendo a través de los campos de minas iraquíes con el objetivo de limpiarlos para la infantería, vestidos con gruesos abrigos de invierno de modo que sus cuerpos descuartizados quedaran unidos y los enterraran en sus pueblos de origen? Kifner y yo pedimos ver a los jóvenes supervivientes de la batalla, y los iraníes entendieron de inmediato lo que queríamos.

Bajo el fuego de los proyectiles, nos llevaron a otra línea del frente iraní de revestimientos de tierra en los Altos de Dusallok y recorrimos esas trincheras como los soldados de la guerra de 1914-1918. El conflicto de Irán-Iraq se parecía cada vez más al gran fango de muertos que sepultó a tantos cientos de miles de personas en el Somme y en Verdún. Los refugios subterráneos en los que buscamos refugio eran pequeños y con una gruesa nube de polvo en el aire. Había armas en el fango y paredes enmarcadas de madera —una ametralladora iraquí capturada y un rifle automático— y un par de cascos de acero apilados en un rincón. La luz procedente de la puerta cubierta de sacos de arena se abría paso hasta el pequeño bunker, y definía el perfil de los chicos que estaban en el interior, en una perspectiva de dos dimensiones, era un dibujo de Orpen de muerte inminente en el frente. No estaba la ira monstruosa de las armas, sólo una sorda y ocasional vibración que indicaba que los iraquíes no habían abandonado toda su artillería al retirarse de Dezful.

Sin embargo, allí terminaban los paralelismos. Porque el soldado más joven — que nos dio la bienvenida como un colegial emocionado en la entrada— tenía sólo catorce años, hacía gallos con la voz, o bien por el miedo o bien por su hombría. El mayor tenía veintiún años, era un voluntario islámico de «la Cruzada para la Reconstrucción» de Irán, que nos expuso los principios del martirio mientras los cañones disparaban a lo lejos. El martirio, me dieron a entender, era un tema muy discutido en este refugio subterráneo porque se presenciaba en muchas ocasiones.

Sí, afirmó el niño de catorce años, dos de sus amigos de Kerman habían muerto en la batalla por Dezful; uno de su edad y otro sólo un año mayor. Dijo que había llorado cuando las autoridades retrasaron su viaje al frente de guerra. Le pregunté si de verdad había llorado. ¿Un niño llora porque todavía no puede morir? ¿Es que ahora íbamos a tener guerras de bebés, no guerras que matan a bebés —en las que nos habíamos especializado durante el siglo xx—, sino guerras en las que bebés, niños de voces cambiantes, salían a matar? Los comentarios del niño de catorce años resultaban increíbles, genuinos y terroríficos al mismo tiempo. Además, era un discurso carente de toda teatralidad, puesto que habíamos escogido por casualidad su refugio subterráneo cuando nos protegimos del fuego de proyectiles del exterior.

No cabía duda de que esos niños soldados entendían con toda claridad la ideología del martirio dentro de su claustrofóbico bunker de arena y tierra. Cuando pregunté por la aparente disposición de los iraníes a morir en la batalla, los soldados señalaron con la cabeza hacia un soldado muy joven, con barba y mirada intensa, con un rifle en la mano, sentado con las piernas cruzadas sobre una sucia alfombra de la entrada. «En Occidente —dijo— sería difícil, tal vez imposible, entender la aparente obsesión de Irán con el martirio». Por tanto, ¿quería él morir en esta guerra?

El joven habló en voz alta, con una pasión casi monótona, rezando más que respondiendo a nuestra pregunta. Hassan Qasqari, soldado de la voluntaria Cruzada para la Reconstrucción, era un hombre cuya fe iba más allá de cualquier pregunta. «Es imposible que en Occidente lo entiendan —dijo—. El martirio nos acerca más a Dios. No buscamos la muerte, pero sí aspiramos a la muerte como el paso de una forma de vida a otra, y morir mártires mientras atacamos a los enemigos de Dios nos acerca más a Él. El martirio tiene dos etapas: nos acercamos a Dios y también retiramos los obstáculos que existen entre Dios y el pueblo. Los que ponen los obstáculos a Dios en este mundo son los enemigos de Dios».

No cabía duda de que identificaba a los iraquíes con esas fuerzas hostiles desde el punto de vista teológico. De hecho, justo en ese momento, como si llegara de Dios más que del ejército de Sadam Husein, se escuchó un ruido atronador de artillería y Qasqari levantó el dedo índice hacia el cielo. Esperamos a escuchar dónde caería el proyectil, temiendo ese impacto directo en que ningún soldado prefiriera pensar. Se oyó una tremenda explosión más allá de la trinchera, justo detrás del bunker, la vibración hizo temblar el refugio. A continuación se hizo el silencio. No podía imaginar este discurso en un refugio subterráneo iraquí. De hecho, no podría haberlo escuchado en ningún otro ejército. Tal vez algún capellán militar británico o estadounidense podría haber hablado de la religión con ese grado de imaginación. Y a continuación me di cuenta de que esos niños soldados iraníes eran todos «capellanes»; eran todos sacerdotes, todos predicadores, todos creyentes, todos —en ese momento entendí la expresión— «seguidores del imam». Se escuchó una nueva pulsación de ruido en el exterior de la trinchera.

Qasqari parecía complacido con la explosión del proyectil. «Nuestro deber

primordial —dijo Qasqari— es destruir a las fuerzas enemigas para que el orden de Dios prevalezca en todas partes. Convertirse en mártir no es algo pasivo. Husein, el tercer imam, acabó con tantos enemigos como le fue posible antes de convertirse en mártir, de modo que debemos tratar de conservar la vida». Me dijo que, si yo no entendía eso, era porque el Renacimiento europeo había acabado con la religión y ya no se atendía a la moral ni a la ética, sólo se prestaba atención al materialismo. En vano intenté restañar su monólogo e inyectar a sus rígidas creencias argumentos sobre la humanidad y el amor. «Europa y Occidente han confinado estas cuestiones a las iglesias —comentó—. Los occidentales son como peces en el agua: sólo pueden comprender su entorno inmediato. No les importa la espiritualidad».

Nos despidió sin rencor tras ofrecernos a Kifner y a mí unas naranjas al salir del refugio subterráneo y antes de enfrentarnos a la peligrosa y deslumbrante arena del exterior. ¿De qué modo debíamos despedirnos nosotros? Los miramos a los ojos, eran los ojos de unos niños que, en cierta forma, ya estaban muertos. Habían iniciado su viaje. El siguiente proyectil estalló a unos cien metros detrás de nosotros cuando corríamos por la trinchera. Fue una explosión ensordecedora de humo negro y gris, que hizo saltar por los aires parte de la carretera y nos puso los pelos de punta, no tanto por el peligro que entrañaba como por la claridad y crudeza con que nos presentaba lo que significaba convertirse en mártir.

Regresamos a la animada ciudad de Dezful justo una hora antes de que la venganza de Sadam recayera sobre la población inesperadamente en forma de dos explosiones devastadoras, seguidas de una impresionante humareda negra que se alzó hacia el cielo en una de las zonas residenciales más pobres de la ciudad. Se trataba del décimo ataque con misiles tierra-tierra sobre Dezful desde el comienzo de la guerra. Cuando llegué a la zona del impacto, la escena era tan sobrecogedora como conocida. Un bebé despedazado, la cabeza de una mujer entre los escombros de su hogar, brazos y piernas colocados junto a una serie de torsos con la esperanza de que alguien pudiera emparejarlos. Cientos de hombres escarbaban con las manos entre los ladrillos hechos añicos. La mayoría de las casas iraníes de Dezful estaban construidas con este tipo de ladrillo tan barato y fino, sin cemento ni estructuras de soporte. Estaban hechas para la destrucción.

A principios de 1982, los iraníes amenazaban con cruzar la frontera. Las promesas de no agresión de Jomeini —de que Irán no violaría el territorio nacional iraquí— habían cedido el paso a un nuevo pragmatismo. Si invadir Iraq conllevaba el fin de la guerra, las tropas iraníes harían lo que Iraq había hecho en septiembre de 1980 y cruzarían la frontera internacional. Jomeini hizo hincapié en el sufrimiento de los chiíes iraquíes, lo que dio rienda suelta a sus frustraciones políticas centenarias. ¿Se habría contentado con la cabeza de Sadam? Seguramente deseaba un régimen iraquí que le fuera leal, un Estado vasallo a Irán, o al menos eso fue lo que los árabes comenzaron a temer.

No era difícil imaginar qué sucedería si así fuera. La comunidad más numerosa

del Líbano —aunque sin llegar a ser una mayoría— era chií, y eran los alauíes, secta chií en todo menos en el nombre, quienes de hecho gobernaban Siria. Si Iraq cayera en manos de su mayoría de chiíes, podría hablarse de un Estado chií que se extendería desde el Mediterráneo hasta la frontera con Afganistán y que contaría tanto con petróleo como con el agua de los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates. Con el petróleo iraní y el iraquí, Jomeini podría vender más barato que la OPEP y controlar los precios mundiales, por no hablar ya del dominio de las aguas del Golfo y la península arábiga. Al menos, ésa era la pesadilla de los árabes y los estadounidenses, una desazón que Sadam se encargaba de azucarar pues en esos momentos se presentaba como el defensor de las tierras árabes, y la guerra contra Irán, como la nueva Qadisiya, la batalla librada en el año 636 d. C. en la cual el cabecilla árabe Saad bin Alí Waqqas derrotó al mucho más numeroso ejército persa de Rustan. Según el discurso oficial de Bagdad, los iraníes pasaban a ser los «zoroastros paganos».

Los iraquíes nos habían mostrado a sus diecisiete prisioneros de guerra iraníes en Basora y ahora les tocaba a los iraníes llevarnos a conocer a los suyos, a los 15.000. Estaban sentados en una plaza de armas azotada por el viento, con las piernas cruzadas, formando filas que casi alcanzaban los dos kilómetros, en el campo de prisioneros de Parandak, al norte de Irán. Muchos de ellos llevaban barbas bien cuidadas y todos un retrato en color del ayatolá Jomeini colgado del cuello. Movían los ojos de un modo que sólo la cautividad podía dominar, se estudiaban unos a otros con nerviosismo y luego observaban a sus guardianes, cohibidos por la enormidad de su acción al rendirse. Cuando el jefe del estado mayor del ejército iraní, de pelo cano y con gafas, les habló sobre las injusticias cometidas por Iraq, los iraquíes respondieron con un bramido: «Abajo Sadam Husein».

No se trataba de un lavado de cerebro en el sentido estricto de la palabra, ni siquiera de un adoctrinamiento, pero no había duda de qué estaban tratando de hacer los iraníes en Parandak: convertir a los propios soldados de Sadam en un arma mucho más peligrosa para su régimen baazista que el ejército iraní, que estaba abriéndose camino hacia la frontera iraquí. El nombre de Jomeini resonó por la totalidad de la extensa plaza de armas ante su sola mención, repetido por los miles de soldados iraquíes, que a continuación se arrodillaron para rezar y rendir homenaje a la fe islámica que había derrocado al sha.

Cierto, había varios disidentes entre las tropas iraquíes, hombres que aún conservaban su identidad tanto islámica como política. Al final de una de las filas de los prisioneros de mayor edad —cautivos desde hacía más de un año— un soldado iraquí gritó: «Sadam es un buen hombre» y algunos de sus compañeros asintieron. «Ese hombre no dijo “Sadam”, les estaba dando la bienvenida con la palabra “salam”», explicó un oficial iraní con la entereza de quien cuenta una mentira descarada. Cientos de prisioneros se negaron a rezar. «Seguramente no se habrían lavado antes de las oraciones —comentó el mismo oficial—. No se habrán

purificado».

Desde su residencia al norte de Teherán, Jomeini había dado instrucciones precisas para que se dispensara un buen trato a los cautivos, así como para que se les garantizaran los derechos que tienen todos los prisioneros de guerra. Recibían visitas de la Cruz Roja Internacional, pero también sermones diarios en árabe, pronunciados por oficiales iraníes que les explicaban que los Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y otras naciones occidentales habían apoyado el ataque que Sadam Husein había lanzado contra Irán en 1980. Como era de esperar, entre aquella vasta audiencia no se alzaba ninguna voz en contra. Cuando los prisioneros iraquíes se arrodillaban para rezar, se quitaban el retrato de Jomeini que llevaban colgado del cuello, lo dejaban en el suelo, delante de ellos, y descansaban la cabeza encima de él. Se suponía que estos hombres —entre los que había paracaidistas con sus boinas azules que llegaron del frente el mismo día de nuestra visita— recibían lecciones semanales en los barracones acerca del significado del islam, impartidas por los ulemas y el diario de Teherán, *Kayhan*, impreso en árabe especialmente para ellos.

Cuando estos prisioneros por fin regresaron a Iraq, algunos de ellos, tal vez una buena parte, se llevaron consigo esas lecciones, la incubación de la caída de Sadam Husein... o la fuente de inspiración para oponerse a cualquier ejército que se atreviera a tomar el control de su país en los años venideros. No se nos dijo cuántos de estos jóvenes soldados iraquíes eran chiíes y qué porcentaje era suní.

Los iraníes no nos permitieron hablar con los prisioneros, aunque nos presentaron a más de un centenar de cautivos —o «invitados», como melifluamente los llamaban— de Jordania, el Líbano, Túnez, Nigeria y Somalia que habían sido capturados entre los prisioneros iraquíes. Un bibliotecario libanés barbudo, de Zahle —una ciudad cristiana—, afirmaba que lo habían obligado a alistarse cuando trabajaba en Bagdad. Un somalí, Fawzi Hiyazi, asustado, pero sonriente, me rogó que informara a la embajada de su país de su presencia en aquel lugar. Dijo que estudiaba con una beca en la Universidad de Bagdad cuando fue obligado a entrar en el ejército iraquí. La Cruz Roja no lo había visitado, pero ya no dijo más porque, en ese momento, un guardián iraní le ordenó que callara.

En nuestras visitas de acompañante al frente iraní, comenzamos a comprobar que la autoconfianza recién consolidada del país se ponía de manifiesto. Los Guardianes de la Revolución se habían convertido en la columna vertebral del poder militar de Irán, sirviéndose de una masa ingente de voluntarios procedentes del campo, de los basiyíes, de los niños en edad escolar y de los mayores, de los desempleados, incluso de los enfermos. Durante la guerra, en Teherán se publicó una historia oficial en forma de folleto sobre los Guardianes de la Revolución en el que se aseguraba que «en muchos aspectos similares a los combatientes de los primeros tiempos del islam, en los días del santo Profeta... Entre los puntos en común más importantes y prevaletes se encuentran una vida conforme a la hermandad islámica; la historia de los viajeros y los discípulos. Los viajeros partían al frente y los discípulos

permanecían en las ciudades cuidando de sus familias durante la guerra<sup>[\*]</sup>». El folleto decía que una «actividad importante y popular» de los Guardianes era «el entrenamiento militar, político e ideológico de los Baseej [sic], en el que se organiza el océano infinito de nuestro pueblo<sup>[3]</sup>».

Tanto los «Guardianes» como los «viajeros» marchaban en convoy hacia la frontera de Iraq, cantando y coreando su deseo de «liberar» las ciudades chiíes santas de Iraq. Cerca de la ciudad iraní de Susangerd, adelanté a una procesión de camiones, jeeps y tanques, de cinco kilómetros de largo, que iba cargada con miles de basiyíes y casi todos ellos iban agitando pancartas verdes y negras en las que se leían las palabras NAYAF y KUFA. «*Jang ba pirouzi*», me gritaron cuando les saqué fotos. «Guerra hasta la victoria». Un tanque con una pancarta atada a la boca del cañón, en la que se anunciaba que era la CARAVANA DE KERBALA, encabezaba otro convoy. Esos hombres se encaminaban, en su mayoría, hacia la muerte en Iraq, pero lo hacían con una despreocupación y una alegría —una especie de obstinación desbocada— que partía el corazón.

Supongo que los soldados de la guerra de 1914 participaron en parte de esta euforia, los británicos que creían que la guerra habría acabado por Navidad, los franceses que pintaron «Berlín» en el costado de sus trenes militares, los alemanes que pintaron «París» en los suyos... En la novela semiautobiográfica de Frederic Manning *Her Privates We*, una unidad de soldados británicos que atraviesa una población francesa en medio de la noche durante la Primera Guerra Mundial despierta a los lugareños:

Las puertas se abrieron de repente, la luz se coló a través de la entrada y unas voces les preguntaron adonde iban.

—¡Al Somme! ¡Al Somme! —les respondieron a gritos, como si se tratara de un reto.

—*Ah, no bon!* —respondieron las voces, amables, cargadas de compasión... Y eso era un enemigo para ellos, ese pequeño toque de consideración y afabilidad que los abofeteaba con mayor dureza que la propia muerte, por lo que entonaron más alto y se concentraron únicamente en el camino blanco que se abría delante de ellos<sup>[\*]</sup>.

No me extraña que aquel niño soldado me soltara un sermón en los altos de Dusallok sobre la espiritualidad y el materialismo. Sospecho que llega un punto en la vida de un soldado en que lo inevitable de la muerte cobra mayor realismo que la posibilidad de seguir vivo.

Los dirigentes árabes que habían expresado su confianza en Sadam temían que éste perdiera la guerra que habían apoyado tan alegremente. El rey Hussein de Jordania no tardó en visitar Bagdad para mantener conversaciones con Sadam en las que le expuso sin tapujos su voluntad de luchar «hombro con hombro» con los iraquíes. No obstante, en privado le confesó sus miedos de que el ejército iraquí se replegara aún más, permitiendo así la entrada de los iraníes en Iraq. Los kuwaitíes y los saudíes financiaron el nuevo arsenal de Sadam. La artillería pesada fabricada en Egipto llegó a Iraq desde El Cairo por aire, sobrevolando el espacio aéreo saudí<sup>[4]</sup>.

Sin embargo, los árabes no eran los únicos que temían el fracaso de Iraq. Los Estados Unidos habían proporcionado a Iraq imágenes de satélite del frente iraní desde los primeros días de la guerra, y un flujo constante de «asesores» extraoficiales estadounidenses había visitado Bagdad desde entonces. Cuando Mohamed Salam, corresponsal libanés de la agencia de noticias Associated Press en Beirut, fue destinado a Iraq en 1983 «Donald Rumsfeld estaba en Bagdad para entrevistarse con Sadam y a mí me trataron como a un rey, como a todo aquel que tuviera algo que ver con los estadounidenses. No se podría pedir más cooperación por parte de los iraquíes». Los iraquíes celebraron una feria de armas en la vieja base aérea militar de Al Muthana, en el centro de Bagdad, y «todo el mundo estaba allí, desde los británicos hasta los surcoreanos», recordaba<sup>[\*]</sup>. Según Salam, en mayo de 1985, una delegación militar estadounidense viajó a Bagdad con doce oficiales de alto rango<sup>[\*]</sup>. «La embajada no se pronunció al respecto. Estuvieron tres días y llegaron en un avión especial de la Pan Am».

En aquellos días, Salam —juntos habíamos cubierto la guerra civil libanesa— no podía viajar sin compañía por Iraq, pero me comentó, en Bagdad, que los estadounidenses estaban muy interesados en Iraq. «Los Estados Unidos comienzan a considerar Iraq como su mejor baza en la zona... Hasta ahora, Sadam ha dejado a los comunistas, a los chiíes y a toda la oposición fuera de combate, y eso conviene a los estadounidenses. El rey Hussein les es útil porque promociona Iraq en Occidente, pero los Estados Unidos no quieren que Iraq se convierta en una potencia en la zona tras la guerra. En la embajada no tienen las cosas muy claras. Tienen a un tipo del USIS (Servicio de Información de los Estados Unidos) llamado Jim Bulloch, el subdirector de operaciones es Ted Katouf y Dean Strong es su hombre para asuntos militares, pero nadie sabe qué está haciendo el Pentágono». Salam recuerda que vio «fotos de satélite del ejército iraní... Vi esas fotos en la sección de intereses de los Estados Unidos en Bagdad, en 1984».

Los 15 millones de habitantes de Iraq se enfrentaban a los 35 de Irán, quienes los superaban en número en el campo de batalla en un porcentaje de casi cinco a uno. El ejército de Sadam no podía luchar contra estas disparidades en un enfrentamiento a campo abierto —tal como demostró lo ocurrido en Dezful—, de modo que Bagdad aplicó una nueva y despiadada lógica: las tropas iraquíes se atrincherarían en primera línea, enterrarían los miles de tanques y los utilizarían para barrer las cargas humanas concentrando el fuego en éstas. En 1984, los Guardianes de la Revolución lanzaron un ataque dirigido al corazón de Iraq a través de los pantanos de Al Huweiza —por los canales, en motoras— y los ríos que recorren la tierra de los árabes de las marismas. En cierto momento —los iraquíes sólo lo admitieron ocho meses después, pero Salam lo vio con sus propios ojos—, los iraníes avanzaban con sus divisiones acorazadas por la carretera principal oriental de Bagdad-Basora, en Al Qurna. Habían cruzado el Tigris y habían comenzado a destruir los tanques iraquíes disparándoles desde los puentes de la carretera.

La respuesta de Bagdad obtuvo un resultado tan favorable como terriblemente cruel. Debido a que fue uno de los pocos periodistas que presencié el resultado, el relato de lo que sucedió a continuación pertenece a Mohamed Salam:

Se ha librado un combate de extraordinaria importancia en Azair, Sada y Baida, en los pantanos de Al Huweiza, al sur de Al Amara. El comandante iraquí, el general de división Hisham Saba al Fajri, acorraló a los iraníes en los pantanos y, a continuación, los iraquíes construyeron un enorme dique al este de ellos<sup>[\*]</sup>. Todavía nos encontrábamos a principios de 1984. Al Fajri derribó unos gigantescos camiones cisterna, vertió la gasolina en las marismas y después disparó varios proyectiles incendiarios al agua, esto provocó el mayor incendio que he visto en la vida. Lo quemó y lo arrasó todo, todo el entorno.

Cuando el fuego se extinguió, hizo traer generadores eléctricos, hundió los cables en las aguas de las marismas y las electrificó, de modo que no quedara ninguna fuente de vida en los alrededores. Estando allí me entraron ganas de ir a echar una meada y me dirigí al dique. Uno de los soldados me dijo: «No mees en el agua», y me señaló los cables. Me preguntó: «¿Quieres ser un mártir del pis?».

Entre los cadáveres destripados que flotaban por todas partes había mujeres y niños, gente de las marismas, gente que sabía distinguir un sapo de una rana, gente que había vivido entre los patos y los búfalos y que pescaba con lanzas, una civilización entera barrida del mapa. Vi cerca de treinta mujeres y niños, destripados como si fueran peces, y muchos, muchísimos iraníes. Los inocentes tuvieron que morir junto con todos los demás seres vivos.

Sin embargo, la gasolina y la electricidad no fueron suficientes para aniquilar a los invasores. En la batalla de Qadisiya, el cabecilla y sus compañeros árabes se quedaron perplejos ante la visión del ejército de Rustan avanzando hacia ellos sobre animales gigantescos que no habían visto nunca antes, bestias seis veces más grandes que un caballo, con unos huesos enormes que sobresalían a cada lado de sus trompas y unos pies tan imponentes que se hundían en la arena. El cabecilla árabe dijo a sus arqueros que dispararan los arcos —y a sus soldados que arrojaran las lanzas— a los ojos de los elefantes. Hasta el día de hoy, los iraquíes siguen creyendo que ésa fue la clave de la victoria. ¿Cuál iba a ser el arma de Sadam contra las aterradoras hordas que invadían Iraq? ¿Qué lanza contenía suficiente veneno para los «racistas de los persas»?

Voy en un tren hospital militar iraní que atraviesa de noche el desierto al norte de Ahvaz. Regreso de otro viaje al frente, como pollo con arroz y bebo una Coca-Cola caliente en el vagón restaurante. Es 1983, Rumsfeld le estrecha la mano a Sadam y le pide la reapertura de la embajada de los Estados Unidos. El tren es lento, traquetea por las vías ya irreparables y descuidadas, y los vagones faltos de engrase chirrían en las curvas, lo que complica todavía más las cuestas. De vez en cuando, una luz pasa lentamente junto a mi ventana; es un pueblo lejano, sin duda, con su cantera de mártires. El hombre del Ministerio de Orientación Islámica está dormido, sabe que no puedo extraviarme en un tren en marcha.

Sin embargo, no puedo conciliar el sueño, así que me doy una vuelta por los vagones. Hace frío y las ventanillas están cerradas para que no entre la brisa nocturna del desierto, pero se percibe un olorcillo extraño. Al principio creo que huele a ambientador para aliviar el pestazo de los lavabos atascados al final de los vagones. Abro la puerta que conecta con el siguiente vagón atestado de docenas de jóvenes

soldados y Guardianes de la Revolución de la República Islámica que tosen débilmente en pañuelos y gasas. Algunos van en vagones descubiertos, otros se apiñan en los compartimentos, pero todos sueltan sangre y mocos por la boca y la nariz. Un joven —no le eché más de dieciocho años— apretaba una gasa contra la cara. Estaba salpicada de gotitas rosas y amarillas, pero en la mano izquierda llevaba un Corán con tapa de un color azul vivo. De vez en cuando dejaba la gasa en la rodilla, tosía, un nuevo reguero rojo le caía por la nariz, volvía la página del Corán con la mano derecha, se llevaba la gasa a la cara para empapar la sangre y volvía a coger el Corán para leerlo.

Vagón tras vagón, permanecían sentados sin hablar, resignados, aceptando —o eso parecía— lo que les había ocurrido. Sólo al cabo de diez o quince minutos caigo en la cuenta de que el olor que me molesta no es a ambientador, sino una especie de hedor repulsivo que aquellos hombres expulsan de sus pulmones al toser. Me acerco a las ventanillas de los vagones y empiezo a empujarlas hacia abajo para que el cortante aire invada los pasillos. No quiero que llegue hasta mis pulmones lo que sale de los suyos. No quiero que me gaseen como a ellos. Sigo abriendo ventanillas, pero los soldados ni siquiera me miran. Están sufriendo un infierno personal al que, gracias a Dios, tengo la entrada vedada.

La historia oficial de Irán sobre la guerra dice que fue Iraq el primero en utilizar armas químicas contra los soldados el 13 de enero de 1981, con las que mataron a siete iraníes<sup>[\*]</sup>. En 1982, los iraníes registraron once ataques químicos realizados por el ejército de Sadam, en 1983, treinta y uno. El doctor Naser Yalali, dermatólogo y jefe de Dermatología del hospital Loqman al Dole de Teherán, reconoció a varios soldados que habían llegado a la capital iraní tras un ataque con armas químicas contra Piranshahr y Tamarchin el 9 de agosto de 1983. «Las heridas de las víctimas habían sido causadas por una exposición a agentes tóxicos liberados en la atmósfera en forma de gas, líquido o polvo —dijo—... Las armas que se habían empleado habían liberado una sustancia química llamada “iperita nitrogenada” o “gas mostaza”». Hacia las 9:30 de la noche del 22 de octubre de 1983, entre Marivan y Sultán, una granada iraquí estalló en las líneas iraníes y despidió cierto olor a queroseno. A la mañana siguiente, once iraníes —soldados, Guardianes de la Revolución y *basiyíes*— sufrían náuseas, vómitos, picor en los ojos, visión borrosa, escozor, asfixia y tos. En el centro médico al que fueron llevados les encontraron ampollas por toda la piel. Entre el 21 y el 28 de octubre, tres poblaciones kurdas que simpatizaban con los iraníes sufrieron un ataque químico. Un informe médico iraní afirma que «muchos habitantes de esta región kurda, incluidos mujeres y niños, sufrieron heridas de gran consideración». Entre el 28 de diciembre de 1980 y el 20 de marzo de 1984, la historia oficial iraní sobre la guerra constata sesenta y tres ataques con gas llevados a cabo por los iraquíes.

Aun así, el mundo no reaccionó. Las armas químicas no se habían utilizado a esa escala desde los ataques con gas de la guerra de 1914. No obstante, tan grande era el miedo y el odio a Irán, tan completa la lealtad de los árabes a Sadam Husein, tan absoluto el apoyo que le brindaban para que evitara la difusión de la revolución de Jomeini que permanecieron mudos. La prensa árabe jamás publicó los primeros informes acerca del uso del gas por parte de Sadam. En Europa y los Estados Unidos se consideraron poco más que propaganda iraní y la respuesta de los Estados Unidos fue anecdótica. Washington no condenaría a Iraq por utilizar gas venenoso hasta marzo de 1984, pero incluso esa crítica fue suave. *The New York Times* no publicó hasta que «los analistas del servicio de información han concluido que Iraq utilizó armas químicas para rechazar la última ofensiva de Irán en la guerra del Golfo<sup>[\*]</sup>». Fiel al estilo amilanado de este diario, incluso este artículo tuvo que atribuirse a las fuentes preferidas por todos los periodistas estadounidenses: las «fuentes oficiales».

Las pruebas preliminares sugerían que los iraquíes habían estado utilizando sulfuro de dicloroetilo, un agente abrasador que daña el tejido humano. El artículo de *The New York Times* continuaba en el mismo tono apocado: «Irán envió supuestas víctimas [sic] del ataque a Austria y Alemania Occidental, donde se atribuye a varios médicos haber dicho [sic] que los heridos mostraban señales de haber sufrido un ataque con gas mostaza...». Cuatro días antes, el secretario de Estado estadounidense, George Schultz, se había reunido con su homólogo iraquí, Tarek Aziz, en Washington, pero en ningún momento manifestó condena alguna contra el ataque con armas químicas. A pesar de la cantidad de pruebas con las que se contaba en esos momentos, mi propio periódico, *The Times* de Londres, fue capaz de publicar en marzo de 1985 una fotografía de un soldado iraní en un hospital londinense con la piel cubierta de espantosas ampollas, y un pie de foto en que sólo se decía que sufría «quemaduras causadas, según Irán [sic], por armas químicas».

Mohamed Salam fue de nuevo uno de los pocos corresponsales que obtuvo pruebas de primera mano, que estuvieron a punto de costarle la vida, de este último ataque con gas venenoso. De nuevo debe ser él quien cuente su propia y sobrecogedora historia:

Zoran Gramaciev, de la agencia de noticias yugoslava Tanjug, y yo fuimos invitados a Basora sobre la que los iraníes habían lanzado una ofensiva de graves consecuencias<sup>[\*]</sup>. Maher Abdul Rachid, general de división al mando del tercer cuerpo del ejército, tuvo que hacer frente a este ataque demoledor y no encontró otro medio de solucionarlo que con una matanza. Rachid había aplastado la ofensiva iraní. No había empleado ni las inundaciones, ni el fuego, ni la electricidad. Zoran y yo deambulamos por el desierto en el que se había desarrollado la batalla y nos topamos con cientos y cientos de cadáveres iraníes, miles de ellos, muertos. Todavía sujetaban los rifles... ¡Imagínate!, miles de muertos sin salir de las trincheras y con el Kaláshnikov en la mano. Todavía llevaban las pequeñas mochilas de provisiones a la espalda, todos los iraníes llevaban esas pequeñas mochilas de provisiones. No había agujeros de bala, ni heridas... tan sólo estaban muertos.

Comenzamos a contarlos. Caminamos kilómetros y más kilómetros por el puto desierto sin parar de contar. Cuando llegamos a 700 nos descontamos y tuvimos que volver a empezar. Todos tenían la boca y la barba manchada de sangre y tenían los pantalones mojados por debajo de la cintura. Todos se habían orinado encima. Por primera vez, los iraquíes habían usado una combinación de gas nervioso y gas mostaza. El gas nervioso debió de paralizarles el cuerpo, por lo que se mearon encima, y el gas mostaza los debió de asfixiar. Por eso

escupieron sangre.

Lo describimos todo en nuestros artículos, pero entonces no sabíamos de qué se trataba. Les preguntamos a los soldados iraquíes. Habían estado comiendo —tomates y pepinos—, pero cuando no comían llevaban puestas máscaras antigás. De esa visita, contraí una sinusitis y fui a visitar a un amigo médico que tengo en Bagdad quien me dijo: «Es lo que llamamos “infección de la primera línea”, te recomiendo que dejes Iraq de inmediato». Fui a ver a Eileen y a Gerry [Eileen Powell y Gerry Labelle, un matrimonio de la Associated Press de Nicosia] y me ingresaron en la clínica Cyprus donde me inyectaron antibióticos.

Lo que había visto era una máquina de matar. Al final, Zoran y yo llegamos a la conclusión de que habíamos visto 4700 cadáveres iraníes. ¿Sabes?, se necesitarían siglos para escribir todo lo que sucedió en esa guerra.

Los iraquíes emitían el comunicado de guerra oficial del día a diario a las seis de la tarde. Recuerdo palabra por palabra lo que decía a principios de 1985: «Oleadas de insectos están atacando las puertas orientales de la Nación árabe, pero contamos con los pesticidas para exterminarlos».

¿Y de dónde procedían los «pesticidas»? Una parte de ellos de Alemania (por supuesto), pero el 25 de mayo de 1994 el Comité Bancario del Senado de los Estados Unidos publicó un informe titulado *Exportaciones de doble uso de los Estados Unidos a Iraq relacionadas con la guerra química y bacteriológica de la guerra del Golfo Pérsico y sus posibles repercusiones para la salud*. La «guerra del Golfo Pérsico» hacía referencia a la guerra de 1991 y la liberación de Kuwait, pero las investigaciones se remontaban hasta la guerra Irán-Iraq, que al principio Occidente llamó «Guerra del Golfo» hasta que participamos en nuestra propia guerra del Golfo y robamos el nombre. El informe del comité informaba al Congreso de los Estados Unidos sobre los envíos de agentes biológicos que compañías estadounidenses hacían a Iraq desde 1985 o antes, aprobados por el gobierno. Estos envíos incluían *bacillus anthracis* —bacteria causante del ántrax—, *clostridium botulinum*, *histoplasma capsulatum*, *brucella melitensis*, *clostridium perfringens* y *escherichia coli* (*E. coli*). El mismo informe afirmaba que «los Estados Unidos proveyeron al gobierno de Iraq con material de “doble uso” con sus licencias correspondientes, que ayudó al desarrollo de los programas químicos, biológicos y de sistema de misiles, incluidas plantas de producción de agentes químicos para la guerra bacteriológica y dibujos técnicos (suministrados bajo la etiqueta de proyecto para la instalación de una planta de producción de pesticidas), equipo de llenado para la guerra bacteriológica».

En el verano de 1985, el ministro de Información iraquí llevó a Salam cerca de la frontera con Siria, a una planta de extracción llamada Al Qaim Akashat. Los «escortas» del gobierno le dijeron a Salam que producía fertilizantes. «Tenían un ingeniero estadounidense, de Texas», recordaba.

Lo entrevisté y me dijo que estaban haciendo fertilizantes. En realidad, lo que allí estaban fabricando era el gas mostaza y el gas nervioso. En Iraq, lo sabía mucha gente. Al lado había una especie de pueblo artificial, con un restaurante y chalets. Los estadounidenses habían bombardeado aquel lugar en la guerra de 1991. La gente del régimen se instaló allí un tiempo, justo después de la invasión estadounidense en 2003; sin embargo, por aquel entonces, querían que escribiéramos sobre aquella maravillosa planta de fertilizantes. Dispusieron un banquete pantagruélico con mucho vino y whisky.

Hamid Kurdi Alipur yace en su cama de hospital, medio sumido en un estado de estupor. Al respirar, el aire sale en un silbido a través de sus labios cortados, y unas

grietas artificiales le cruzan la frente abrasada cuando el dolor le hace fruncir el ceño. La enfermera que tiene al lado —una chica con gafas de montura negra y un chador del mismo color— le vierte con delicadeza un poco de agua en la boca con un vaso de plástico. La chica sonríe al joven como si no reparara en la piel oscura que le cuelga de la cara o en las quemaduras rosadas tirando a amaratas alrededor del cuello. Le ha ocurrido algo espantoso, pero los médicos iraníes insisten en que le pida que me cuente su historia.

Se trata de la misma historia de los otros 199 soldados y Guardianes de la Revolución iraníes que sufren en sus lechos en la clínica oftalmológica Labbafinejad de Teherán. Nos remontamos a febrero de 1986. «Yo estaba en un refugio en la orilla iraní del río Arvand [Shatt al Arab] —dice Alipur— cuando cayó el proyectil. No sabía que los iraquíes estaban lanzando gas. No vi la sustancia química, así que no me puse la máscara antigás. Después ya fue demasiado tarde». Se relaja unos segundos, respira con dificultad, resuella, la enfermera le vuelve a tender el vaso.  Qu  edad puede tener? Se lo pregunto.  l mira a la chica y contesta: «Diecinueve».

Varios pacientes lo observan desde sus camas, otros est n tumbados con los ojos cerrados y un cuenco de algodones húmedos y rosados junto a la almohada. No hablan, sólo se oyen respiraciones dificultosas y jadeantes. «El verdadero problema son los pulmones. Cuando mejoran, los enviamos a casa y las infecciones sanguíneas pueden tratarse. —El doctor Faizulla Yazdani, un hombre bajo de cejas pobladas, que irradia alegría en medio de tanto dolor, es uno de los médicos con mayor experiencia del hospital—. Sin embargo, nos vuelven con problemas de pulmón. Tosen mucho y algunos han sufrido ataques con gas nervioso además del gas mostaza».

Los iraníes han enviado algunas de sus víctimas de la guerra química a Londres, Estocolmo y Viena, dándole mucha publicidad a este hecho, para que los traten all , pero las salas del hospital del doctor Yazdani est n abarrotadas de pacientes. Hasta ahora, sólo han muerto siete pacientes de los 400 que ha recibido. Aún cuenta con poder enviar a casa a unos 200, aunque muchos no se recuperarán nunca. Según los médicos, los iraquíes utilizan el gas mostaza, el gas tab n y el gas nervioso contra los iraníes. Los ataques bacteriológicos se reanudaron a gran escala el 13 de febrero. Cuando estos gases afectan a las víctimas de gravedad, éstas se ahogan con su propia saliva. Los que sobreviven son llevados medio asfixiados a los largos trenes hospital, sucesores del tren lleno de víctimas de ataques con gas en el que había viajado tres años atrás. Los trenes salen de Ahvaz cada veinticuatro horas. «El gas no se ve, por lo que a menudo resulta una espantosa sorpresa —asegura el doctor Yazdani—. El soldado percibe un olor a verduras podridas y a continuación le empiezan a arder los ojos, comienza a tener dolor de cabeza, ve borroso, llora, tose con profusión y se asfixia».

El dolor puede palpase en la sala cuando el médico me acompaña a hacer una ronda. Hay camas y camas de jóvenes con ampollas y el cuerpo retorcido de forma extraña, envuelto en vendas amarillentas. A veces, las ampollas les cubren todo el

cuerpo. Son amarillas y rosadas, espantosamente blandas, a veces tan grandes como pelotas de baloncesto, sobre las que a menudo se reproducen otras ampollitas frágiles de piel tambaleante. En la cama dieciséis me topo con un médico que también es paciente, un dermatólogo de Tabriz de treinta y cuatro años llamado Hasan Sinafa, que trabajaba en un hospital militar cerca de Shatt al Arab el 13 de enero cuando un proyectil de gas estalló a veinte metros de donde se encontraba. Sé que llevaba la máscara antigás en aquel momento porque el tejido alrededor de los ojos y la boca está intacto y una cínica línea negra se dibuja alrededor de la frente y las mejillas. «No pude hacer nada —dice lentamente, medicado con morfina—. Llevaba puesto el equipo antigás, pero el proyectil cayó demasiado cerca para que sirviera de algo. Sentí la quemazón y supe qué estaba ocurriendo».

Esboza una sonrisa. Fue trasladado sin ningún percance hasta Teherán, pero transcurrieron dos días antes de que los médicos le dieran permiso para telefonar a su mujer, que estaba en Tabriz con su hija de veinte meses. Le pregunto qué le dijo ella cuando llegó junto a la cama del hospital y lo vio. «No ha venido —responde—. No quiero que ni ella ni nuestra hija me vean así».

Durante todos esos años, los estadounidenses continuaron suministrando a los iraquíes información sobre el campo de acción con la finalidad de que pudieran prepararse para los ataques masivos iraníes y pudieran defenderse —como sabía el gobierno de los Estados Unidos— con gas venenoso. Más de sesenta oficiales del Organismo de Inteligencia de la Defensa estadounidense proporcionaban en secreto información detallada sobre los despliegues, la planificación táctica y la evaluación de daños ocasionados por los bombardeos iraníes a los miembros del estado mayor iraquí<sup>[\*]</sup>. Después de que los iraquíes recuperaran la península de Fao de manos de los iraníes a principios de 1988, el teniente coronel Rick Francona, oficial de Inteligencia de la Defensa Estadounidense, visitó el campo de batalla acompañado de oficiales iraquíes e informó a Washington de que éstos habían utilizado armas químicas para asegurarse la victoria. El oficial de Inteligencia de la Defensa Superior en esos momentos, el coronel Walter Lang, dijo más adelante a *The New York Times* que «el uso de gas en el campo de batalla por parte de los iraquíes no suponía una preocupación en términos estratégicos».

Los iraquíes habían utilizado el gas para recuperar la península de Fao el 19 de abril de 1988, ante la indiferencia total del mundo. Justo un mes antes, el 17 y el 18 de marzo, durante la operación *Anfal* —*anfal* significa «botín»—, los iraquíes habían llevado a cabo una sobrecogedora venganza contra el pueblo kurdo de Halabya por haber colaborado supuestamente con los iraníes durante la breve ofensiva *Val Fayr 10* de Irán en la zona. Durante dos días, los reactores iraquíes habían lanzado gas, obtenido de un compuesto de ácido cianhídrico desarrollado con la ayuda de una compañía alemana, sobre Halabya, con el resultado de la muerte de más de 5000

civiles. En Washington, la CIA —que todavía apoyaba a Sadam— envió un informe engañoso a las embajadas estadounidenses en Oriente Próximo en el que se afirmaba que el gas podría haber sido arrojado por los iraníes.

Mucho más tarde, las organizaciones humanitarias extrajeron sus propias y aterradoras conclusiones sobre aquella mentira. «Se mire como se mire, el informe estadounidense sobre Halabya es vergonzoso», dijo Joost Hilterman de Human Rights Watch quince años después<sup>[\*]</sup>. El Departamento de Estado estadounidense «incluso dio instrucciones a sus diplomáticos para que dijeran que Irán tenía parte de culpa. El resultado de este increíble acto de sofistería fue que la comunidad internacional perdió la oportunidad de armarse de coraje para condenar a Iraq firmemente por una acción tan atroz como el atentado terrorista contra el World Trade Center». En los Estados Unidos, Halabya apareció mencionada en 188 noticias en 1988, pero sólo en veinte en 1989<sup>[\*]</sup>. En el año 2000, Halabya se mencionó sólo en diez noticias en los medios de comunicación estadounidenses hasta que el gobierno de George W. Bush volvió a avivarlo como parte de la justificación de la que acabaría siendo la invasión de Iraq. Sólo en febrero de 2003, los periodistas recordarían Halabya en 145 ocasiones. Al igual que Tony Blair y muchos otros dirigentes occidentales, Bush hizo hincapié, en repetidas ocasiones, en que Sadam «es una persona que ha gaseado a su propio pueblo<sup>[\*]</sup>».

El posesivo «su propio» era importante ya que ponía de relieve la naturaleza mezquina del crimen: las víctimas no sólo eran sus enemigos, sino sus compatriotas iraquíes, aunque podría ser que los kurdos tuvieran un punto de vista diferente al respecto. Sin embargo, también sirvió para apartar y mitigar los anteriores crímenes de guerra, idénticos aunque numéricamente mucho mayores, cometidos por Sadam contra los iraníes, que perdieron a muchos más compatriotas a causa de los mismos gases utilizados en Halabya. Además, puesto que nosotros, Occidente, estábamos al servicio de Sadam cuando se cometieron estos crímenes de guerra —y lo seguíamos estando cuando se cometió el de Halabya— el gaseado de los kurdos tenía que ser aislado como un ejemplo único de su bestialidad.

Más de una década después de lo ocurrido en Halabya, los Estados Unidos acusaron a Irán de tratar de hacerse con armas químicas, y fue Alí Akbar Hachemí Rafsanyani, al mando del ejército iraní durante gran parte de la guerra Irán-Iraq, quien —como presidente saliente de Irán— negó, de forma oficial, la afirmación estadounidense. «Hemos vivido una experiencia tan espantosa por culpa de las armas químicas que usaron los iraquíes en la Guerra Impuesta que jamás desearíamos utilizarlas ni poseerlas —dijo con una emoción inusual en 1997—. En aquel entonces yo era el comandante del ejército iraní<sup>[\*]</sup>. Cuando tomamos la zona de Al Huweiza, fui testigo de escenas tan escalofriantes que jamás las olvidaré. El pueblo de Halabya cooperó con nosotros después de la Victoria... Sadam las había conseguido utilizar contra nuestro pueblo sin represalias, así que recurrió a armas químicas avanzadas, que entonces recibía de Alemania, y las usó contra el pueblo [kurdo]. Las utilizaron y

segaron la vida de muchas personas. Cuando se huele esa sustancia, ya no hay salvación. Vi escenas terribles [en Halabya] y espero que jamás se repitan en ningún país».

Es 28 de mayo de 1991 y estoy sentado en el suelo de una tienda, al norte de Iraq. Halabya fue gaseada hace tres años. A nuestro alrededor, miles de refugiados kurdos, víctimas de las últimas limpiezas étnicas de Sadam —la represión que siguió a nuestra instigación al alzamiento iraquí post-Kuwait y nuestra posterior traición— están consumiéndose entre la miseria y las enfermedades, bajo la protección militar de los Estados Unidos. Hace frío en la ladera de la colina y algunos restos de nieve todavía asoman en los hoyos que rodean las tiendas. El aire es gélido, pero el ruido sordo de los helicópteros estadounidenses Chinook, que transportan comida y mantas al campo de refugiados, lo vuelve denso.

Zulaika Mustafá Ahmed tiene veintidós años y lleva un vestido blanco con bordados, una falda larga y un pañuelo sobre el pelo negro. Su familia es víctima de la operación *Anfal* durante la que asesinaron a alrededor de 10 000 kurdos. Zulaika, casada a los catorce años, estaba con sus seis hijos y su marido Musa Isa Hayi cuando la operación *Anfal* comenzó y, como miles de kurdos, obedecían las órdenes del gobierno y estaban de camino a la población más cercana en la que tenían que personarse. «Nos estábamos acercando a Dohuk en nuestra furgoneta cuando nos pararon unos soldados iraquíes —dice—. Nos condujeron con cientos de kurdos a la fortaleza de Dohuk. Nos llevaron al segundo piso, donde vi cómo golpeaban a Musa con ladrillos de cemento. Vi morir a diez hombres con mis propios ojos después de que los golpearan con esos ladrillos... sólo estaba a seis metros de ellos. Luego se los llevaron a todos. Conseguí hablar con Musa. Le dije: “No tengas miedo, eres un hombre”. Él me contestó: “Por favor, tienes que cuidar de los niños. No importa si me matan”. ¿Qué iba a decir yo? Se lo llevaron y ya no lo he vuelto a ver. A veces pienso que nunca más volveré a ver a mi marido... Sí, a veces lo pienso».

Zulaika regresó a su pueblo, a Baharka. «Ocurrió días después. Estábamos acostumbrados a los aviones. Yo había salido del pueblo temprano para ir a los campos con tres de mis hijos, los otros tres se quedaron con su abuelo, pero vi que dos aviones descendían sobre Baharka y lanzaban bombas. Hubo mucho humo y el viento lo empujaba hacia nosotros. Cubría toda la tierra. Nos escondimos detrás de una pequeña colina, pero lo vimos venir hacia nosotros. El humo olía bien, como a medicina. Entonces mis hijos pequeños, Sarbas y Salah, comenzaron a llorar. Les comenzó una diarrea que no se cortaba. No pude hacer nada por ellos, así que me los llevé al hospital de Erbil. Los médicos parecían preocupados. Les pusieron inyecciones y les dieron medicinas, pero no sirvió de nada. Ambos comenzaron a ponerse negros, negros como el asfalto, y los dos murieron nueve o diez días después. Cuando murió el mayor, estaba vomitando los pulmones. Los enterré en el cementerio del pueblo. Murieron muchos niños. Si ahora volviera atrás, no sabría encontrarlos».

Zulaika dice que no volverá a casarse jamás. Le preguntamos cómo se enfrenta a la vida. «Lo único que me hace seguir viviendo es que tengo que criar a mis hijos, nada más. En mis sueños, veo a los que perdí. En un sueño, mi marido me dice: “No te has ocupado de los niños, como prometiste. Por eso murieron”».

Algunos de los soldados del ejército iraquí —los responsables, no las víctimas— también conservarán para siempre el recuerdo de esos ataques químicos. Es julio de 2004, casi un cuarto de siglo después del comienzo de la guerra Irán-Iraq y dieciséis años después de la operación *Anfal* contra los kurdos. Bajo la ocupación de los estadounidenses y su gobierno títere, Bagdad se ha convertido en la ciudad más peligrosa de la tierra. Los atentados suicidas, las ejecuciones y los secuestros son el pan de cada día en esta ciudad. Aun así me acerco al pequeño mercado que hay detrás de la calle Palestina para comprarme un abeto para el balcón de la habitación del hotel, algo que me mantenga cuerdo en medio del calor achicharrante del verano iraquí. El vivero está lleno de flores, matorrales y tiestos y lo lleva Yawad, un hombre de cuarenta y cuatro años con una profunda cicatriz en la frente, pero que sabe que vive en el *jelah*. *Jelah* significa «cielo».

No obstante, no tardo en descubrir que Yawad también ha vivido en el infierno. Cuando le pregunto acerca de la cicatriz, me cuenta que un trozo de proyectil iraní se le incrustó en la cabeza durante un bombardeo en el monte Penjwin, en la guerra Irán-Iraq. Era radiotelegrafista y se pasó trece años en el ejército iraquí. «Perdí a casi todos mis amigos —dice, frotándose las manos como si quisiera apartarlo de su mente con aquel falso forzado—. Lo que nos ocurrió fue espantoso. Lo que me ocurrió a mí en particular. No puedo recordar ni uno de los nombres de mis amigos muertos... porque el fragmento del proyectil me borró la memoria».

Aunque no del todo. Yawad avanza en silencio entre los árboles, lo único que perturba su paseo es el arrullo del agua de una fuente y el ruido de fondo del tráfico de Bagdad. ¿Qué tal un ficus blanco? Aguantan muy bien el calor. ¿Y un ficus verde? Los únicos abetos que hay a la venta han echado tantas raíces que se tardaría una hora en desarraigarlos. Yawad ha trabajado toda la vida en el vivero, con su padre. El calor acentúa los olores y hasta la más diminuta de las rosas está perfumada mientras se abren las flores blancas.

Sí, Yawad sobrevivió a la guerra de Irán-Iraq. Dice que detestaba a Sadam, pero, aun así, luchó por él durante ocho terribles años. «Estuve en Ahvaz, en el río Karun, en las montañas Shamiran, en la operación *Anfal*, en Penjwin. Primero fui recluta y luego pasé a ser reservista, pero me negué a convertirme en oficial por temor a que me hicieran quedar más tiempo en el ejército». Trazo una raya en la libreta junto a la palabra *Anfal*. Yawad había cruzado la frontera iraní en 1980. Había entrado en Junishar y luego, cuando la rodearon, había escapado de la ciudad de noche.

«Noté por primera vez que estaban utilizando gas al este de Al Amara. Nuestra

artillería disparaba proyectiles de gas a los iraníes. No olí el gas, pero empapé mi pañuelo en agua y me lo llevé a la nariz. Dado que era radiotelegrafista, tenía un montón de equipo a mi alrededor que me protegía del gas. Fueron días aciagos y todos sufrimos mucho. Después de que me hirieran, insistieron en enviarme de vuelta al frente. Tenía un 35 por ciento de discapacidad y aun así me devolvieron al frente».

Yawad tira de un tiesto verde oscuro hasta el camino, agita las manos para espantar los pájaros que salen dando saltitos de entre los matorrales. Si el cielo es un jardín cálido y acogedor, entonces Yawad vive en él. ¿Y la operación *Anfal*?, le pregunto. ¿Vio los efectos con sus propios ojos? Yawad levanta las manos en un gesto de impotencia, de súplica.

«Lo vimos todo. ¿Se lo puede creer? En cuanto comenzaron a usar el gas empezaron a pasar cosas extrañas. Vi que los pájaros caían del cielo. Vi cómo los granos de los árboles se volvían negros de repente. Las hojas se marchitaban delante de nuestros ojos. Seguí con la toalla atada a la cara, igual que cerca de Al Amara». ¿Y cuerpos?

«Sí, muchos. Todos civiles. Estaban tirados cerca de los pueblos y las laderas, apelotonados, como si todos se hubieran reunido en un mismo sitio para morir. Algunos estaban desperdigados, pero había muchas mujeres con niños en brazos y todos estaban allí tirados en el suelo, muertos. ¿Qué podía hacer yo? No podía decir nada. Los soldados estábamos tan asustados que ni nos atrevíamos a replicar. Vimos muchos muertos. Y seguimos callados».

### LA «GUERRA CONTRA LA GUERRA» Y EL EXPRESO AL PARAÍSO

¿Qué velas alzar para despedirlos?  
No en sus manos jóvenes, sino que en sus ojos,  
brillará el sacro fulgor del adiós.

WILFRED OWEN,  
«Himno a la juventud condenada»

En el silencio de aquel salón con cortinas, los dos antiguos pilotos iraquíes y el que había sido número dos de la fuerza aérea de Sadam Husein estaban sentados frente a mí sin decir nada. Los pilotos hablaban un francés con fuerte acento extranjero que habían aprendido durante su instrucción con cazabombarderos Mirage en Cherburgo. Les había preguntado por la fragata estadounidense *Stark*, pero ellos querían saber a qué respondía mi interés en ese momento. ¿Por qué, dieciséis años después de que un Mirage iraquí disparara dos misiles contra aquella fragata lanzamisiles estadounidense en el Golfo —e incinerara a 37 miembros de la tripulación—, quería yo conocer el motivo por el que casi habían hundido el barco? ¿Por qué no hablar de la anarquía que se estaba apoderando de Bagdad bajo la ocupación estadounidense? Esa misma mañana del 2003, un coche bomba había estallado frente a las puertas del cuartel general estadounidense, en el antiguo Palacio de la República de Sadam.

Los tres temían que fuera un espía, que estuviera intentando localizar al piloto que había acabado con la vida de aquellos jóvenes marinos estadounidenses más de una década y media atrás. ¿Por qué, si no, iba a preguntarles si aún seguía vivo? Les aseguré que jamás traicionaría a ningún ser humano, que era periodista y no agente de los servicios secretos, y que no los entregaría a los estadounidenses, como tampoco les entregaría ningún estadounidense a ellos. Sabía que los oficiales de alto rango de la fuerza aérea iraquí habían permanecido en contacto después de la invasión angloestadounidense del 2003, y que en ese momento constituían una fuerza aérea sin aviones. Sin embargo, también sospechaba, y con acierto, que muchos de esos hombres estaban implicados en la rebelión contra la ocupación. Intenté explicarles que aquélla había sido la única misión de la fuerza aérea iraquí que había transformado Oriente Próximo. Las acciones de sus compañeros el 17 de mayo de 1987 —a causa de uno de esos efectos de doble dirección que sólo Washington parecía capaz de producir— habían logrado que Irán se arrodillara.

El exgeneral me miró durante casi un minuto sin decir nada. Después me ofreció algo parecido a un prosaico informe de operaciones. «Lo vi despegar en Shaiba —

dijo—. Era un vuelo rutinario sobre el Golfo para detectar embarcaciones iraníes. Había una “zona prohibida” de la que habíamos hecho salir a todos los barcos, y el *Stark* estaba en ella. El piloto no sabía que eran estadounidenses. Sólo sabía que debía destruir cualquier barco que estuviera en la zona, nada más. Vio una gran embarcación en la pantalla del radar y disparó los dos misiles. Dio por sentado que era iraní. No llegó a ver el objetivo. Nunca se establece contacto visual, el sistema no funciona así. Después dio media vuelta y regresó a la base».

A setenta kilómetros al noreste de Qatar, el radar de la fragata estadounidense de la clase Perry había detectado el Mirage F-1 iraquí, que volaba bajo y no muy deprisa a lo largo de la costa de Arabia Saudí en dirección a Bahrein. Sin embargo, el capitán Glenn Brindel y su tripulación estaban acostumbrados a que los sobrevolaran aviones a reacción iraquíes. Como declararían más tarde ante la prensa, los aviones iraquíes eran considerados «amistosos». El punto verde del radar no representaba una amenaza. Puesto que el *Stark* llevaba rumbo casi directo hacia el Mirage iraquí, la superestructura de la fragata bloqueaba los sensores antimisiles y la batería antimisiles Phalanx, capaz de detectar la llegada de un misil y disparar automáticamente. De cualquier forma, no obstante, el sistema estaba dispuesto en modo manual para no derribar por error algún avión en el concurrido Golfo. El capitán declararían más adelante que los localizadores de blancos también fallaron. A las 10:09 de la noche, Brindel ordenó enviar un mensaje al piloto por radio: «Aeronave desconocida, aquí la fragata de la marina estadounidense a 078 grados y a doce millas. Solicitamos identificación». No hubo respuesta. Un minuto después, el avión ladeó hacia el norte y ascendió a 5000 pies. El equipo del «centro de información de combate» del *Stark* no logró identificar los dos misiles Exocet con ojivas de 160 kilos que se habían desprendido del Mirage y se dirigían hacia ellos a gran velocidad.

El primero en ver el cohete que se acercaba al barco sin rozar apenas la superficie del agua fue un vigía, que llamó a Brindel por teléfono. Dos segundos después, el primer Exocet alcanzó al *Stark* a unos mil kilómetros por hora, explotó en las dependencias de proa de la tripulación e incineró a muchos de los marineros estadounidenses que estaban descansando en sus literas. El segundo misil hizo explosión treinta segundos después. Más de una sexta parte de la tripulación de la fragata moriría en un intervalo de menos de un minuto después de que el primer Exocet vomitara 50 kilos de ardiente combustible sólido del misil en medio de los dormitorios de la tripulación<sup>[\*]</sup>. La ojiva no estalló, sino que atravesó siete mamparos antes de quedar frenada contra el casco de estribor. El segundo misil creó una bola de fuego que recorrió las dependencias de la tripulación. Su combustible, que ardía a 1900 grados, mató a la mayoría de las 37 víctimas totales y convirtió en cenizas a muchas de ellas. El *Stark* se llenó de un humo denso y tóxico, la temperatura subió hasta 800 grados incluso en los compartimentos adyacentes. Literas, ordenadores y mamparos se fundieron en ese calor abrasador. Un suboficial pasó trece horas en una

oscura santabárbara esparciendo agua sobre 36 misiles mientras al otro lado del mamparo arreciaba un incendio a mil grados. El buque ardió durante dos días. Los fuegos siguieron reavivándose incluso mientras lo remolcaban.

Escorado y con la bandera estadounidense a media asta, el *Stark* fue atado hacia Bahrein. El secretario de Estado, Caspar Weinberger, calificó el ataque de «indiscriminado». El piloto iraquí, según dijo, «por lo visto no se preocupó de comprobar a qué barco le estaba disparando». No obstante, ésa fue toda la crítica de los Estados Unidos a Iraq. Incluso antes de que Sadam Husein realizara su declaración de arrepentimiento, contrita y sin precedentes —y mucho antes de que la marina estadounidense comenzase sus tres investigaciones del ataque—, el presidente Ronald Reagan decidió culpar a Irán. «Nunca los hemos considerado hostiles —dijo de los iraquíes—. Nunca han mostrado ninguna clase de hostilidad». El Golfo era una vía marítima internacional. «Ningún país tiene derecho a intentar cerrarlo y quedárselo para sí. El malo de esta historia es Irán. Por eso están encantados con lo sucedido<sup>[1]</sup>».

Al oír las palabras de Reagan, podría haberse pensado que Irán había iniciado la guerra invadiendo Iraq en 1980, que Irán había utilizado armas químicas contra Iraq y que Irán había impuesto en 1984 la zona de exclusión marítima que desencadenaría la guerra de los petroleros en el Golfo, de la cual el *Stark* fue una víctima indirecta. El responsable de cada uno de esos actos había sido Iraq, pero Iraq estaba considerado un país «amistoso». Sólo unas semanas antes de que el *Stark* casi fuera hundido, el propio subsecretario estadounidense, Richard Murphy, había visitado Bagdad y había elogiado la «valentía» iraquí al oponer resistencia a Irán; así que, según el señor Murphy, gasear al enemigo era una definición del valor de Iraq. Reagan había recompensado al agresor aceptando sus excusas y hablaba del país que no mataba a sus compatriotas como del «malo de la historia». Fue un precedente interesante. Iraq casi había hundido una fragata estadounidense, pero la culpa era de Irán. Catorce años después, cuando Al Qaeda atacó los Estados Unidos, el culpable fue Iraq.

Lo único que faltaba era que el propio Sadam les diera el pésame a las familias de los estadounidenses fallecidos. No tardó mucho en suceder. «Tengan la seguridad de que el dolor que sienten como consecuencia de la pérdida de sus hijos es también nuestro dolor<sup>[\*]</sup>», escribió el dirigente iraquí en una carta a las familias de las víctimas, fechada el 22 de mayo e impresa en papel de cartas de la embajada de Iraq en Washington:

Con ocasión de la ceremonia del funeral de las víctimas caídas en el doloroso y no intencionado incidente que sobrevino a la fragata estadounidense Stark, quisiera expresarles... mi pésame y mis sentimientos de condolencia. Todos los iraquíes y yo mismo sentimos profundamente el dolor de momentos como éste, puesto que también nosotros hemos perdido a muchos de nuestros seres queridos en una guerra que dura ya desde hace siete años, mientras el gobierno iraní sigue insistiendo... en rechazar nuestras súplicas y las de la comunidad internacional para lograr una paz justa y perdurable.

Ni siquiera en esa ocasión pudo evitar Sadam añadir una línea propagandística,

aunque encajaba a la perfección con la visión distorsionada que el propio Reagan tenía del conflicto. El «rechazo» de Irán ante las súplicas de la «comunidad internacional» se refería a la negación iraní a aceptar las resoluciones de alto el fuego del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que no pedían ningún castigo para el país «agresor». El portavoz de la Casa Blanca, Dan Howard, dijo también que el vilipendio que hacía Reagan de Irán se debía a que el país se negaba a «sentarse a la mesa de negociaciones<sup>[2]</sup>». Los oficiales de los buques del Golfo siempre sospecharon que los iraquíes habían lanzado el ataque nocturno contra el *Stark* con la esperanza de que los Estados Unidos creyeran que un avión iraní había intentado destruir la fragata y que, por tanto, tomaran represalias contra Irán. En realidad, no necesitaban perder el tiempo con teorías conspiratorias: los Estados Unidos, de todas formas, culpaban a Teherán. Unos días después, Reagan denominó a Irán «ese país bárbaro<sup>[\*]</sup>».

Sadam comparó a las familias estadounidenses del *Stark* con las familias iraquíes muertas en su agresión a Irán, y así convirtió al personal de la marina estadounidense en víctimas secundarias de su propia guerra atroz. El quejumbroso llamamiento de Sadam a «una paz justa y perdurable» era, por su banalidad, casi del estilo de los de Arafat. La humillación definitiva de los estadounidenses llegó cuando Washington envió a Bagdad un exhaustivo equipo de investigadores de la marina, al mando del contraalmirante David Rodgers, y una vez allí les dijeron que no les permitirían interrogar al piloto iraquí que había disparado los dos misiles Exocet. Los iraquíes tampoco coincidían con los Estados Unidos en que el *Stark*, ese día, se encontraba fuera de la «zona de exclusión» impuesta por Iraq cuando fue atacado. Los estadounidenses afirmaban que la embarcación estaba al menos a diez millas náuticas de la zona, Iraq sostenía que se había adentrado al menos 20 millas. Nadie hizo caso de la petición de Weinberger de que le entregaran al piloto iraquí. El capitán del *Stark*, Brindel, fue relevado del cargo, su oficial de armamento fue represaliado y dejó la marina, y su comandante segundo fue sancionado por «negligencia».

Los estadounidenses siempre supusieron que el piloto iraquí acabó ejecutado —de ahí la negativa de Iraq a entregárselo—, pero el exnúmero dos de la fuerza aérea iraquí me aseguró en Bagdad que eso no era cierto. «Lo vi hace unos meses —me dijo—. Igual que yo, se había quedado sin trabajo. Pero cumplió con todas nuestras reglas. Luchábamos contra un enemigo cruel. Fue un error. No íbamos a quedarnos sin uno de nuestros pilotos experimentados por culpa de los estadounidenses. Los estadounidenses estaban dentro de la “zona prohibida”. Les dijimos que no volvieran a entrar... y obedecieron».

A un grupo de senadores estadounidenses les bastó una visita a las fundidas dependencias de la tripulación del *Stark* para estallar en un arrebatado de cólera contra el país que nada había tenido que ver con las muertes estadounidenses. El senador republicano John Warner, antiguo secretario de la marina estadounidense, habló de Irán como de «una parte beligerante que no conoce reglas ni moral». El senador John

Glenn acabó por injuriar a Irán diciendo que era «el promotor del terrorismo y de los secuestros de aviones». Así pues, el ataque al *Stark* le estaba reportando a Sadam unos beneficios indecibles. Los estadounidenses hablaban como si ellos mismos pensaran emprender acciones militares contra Irán.

Reagan quería dar la impresión de que los Estados Unidos estaban en el Golfo como pacificadores. «Si algún poder hostil llegara a dominar esa región estratégica y sus recursos —explicó—, ésta se convertiría en un cuello de botella para la libertad, la de nuestros aliados y la nuestra... Por eso mantenemos allí una presencia naval. Nuestro objetivo es el de prevenir, y no provocar, un conflicto más amplio, salvar las muchas vidas que nos costaría un conflicto mayor». La mayoría de estadounidenses sabía, como había dicho Reagan, que «retroceder o retirarse sólo sería reproducir los errores de previsión del pasado y entregar una victoria definitiva a quienes pretenden la guerra, a quienes hacen la guerra». Huelga decir que «quienes pretenden la guerra, quienes hacen la guerra» eran los iraníes —las víctimas de la agresión iraquí—, y no el «amistoso» Iraq, que de todos modos ya había sido borrado de la lista de «países del terrorismo internacional» confeccionada por el Departamento de Estado en 1982, dos años después de su invasión de Irán y el mismo año en que Teherán informara de once ataques iraquíes con gas venenoso contra sus tropas. Lo cierto era que el *Stark*, uno de los siete buques de guerra estadounidenses del Golfo, navegaba de manera fraudulenta.

Iraq había establecido su «zona de exclusión» alrededor de la isla de Jarg en enero de 1984 porque estaba perdiendo la guerra territorial que había iniciado dos años atrás; atacando a los petroleros que sacaban el crudo de la terminal iraní de la isla de Jarg, Sadam esperaba asfixiar económicamente a su enemigo. A partir de ese momento, sus aviones dispararon a barcos de cualquier nacionalidad que entraran en los puertos iraníes o salieran de ellos. Irán respondió considerando como objetivos a las embarcaciones que comerciaban con Iraq a través de los Estados árabes del Golfo. Las importaciones masivas de armas que realizaba Iraq para la guerra pasaban por Arabia Saudí y Kuwait, cuya contribución económica al esfuerzo bélico iraquí se acercaba a los 404 000 millones de dólares; cualquier barco que tuviera tratos con alguno de esos dos países veía de inmediato cernirse sobre sí la amenaza de un ataque aéreo de Irán. Entre el 18 de abril de 1984 y el 18 de mayo de 1987 —al día siguiente del ataque del *Stark*—, en el Golfo fueron atacados 227 barcos, 137 de ellos por parte de Iraq y 90 por parte de Irán. Muchos habían sido alcanzados por misiles y habían sido reparados ya varias veces, y del total de 227, 153 eran petroleros<sup>[\*]</sup>. Entre mayo de 1981 y el 18 de mayo de 1987, 211 marinos mercantes, la mayoría de ellos extranjeros, murieron en esos barcos, de los cuales 98 eran petroleros<sup>[\*]</sup>; una cifra nimia en comparación con los cientos de miles de combatientes de la guerra terrestre, pero que logró internacionalizar el conflicto, tal como Iraq, y seguramente también Irán, había esperado que sucediera.

En apariencia, los buques de guerra estadounidenses se dedicaban en ese

momento a mantener las rutas marítimas abiertas para la flota internacional con el fin de impedir que el Golfo se convirtiera, según la extraña descripción de Reagan, en un «cuello de botella». Sin embargo, los barcos de los Estados Unidos no protegían a los petroleros iraníes de los ataques de Iraq. Tampoco intentaban proteger a petroleros extranjeros que sacaban crudo iraní de Jarg para la exportación. La misión de los Estados Unidos en el Golfo era la de proteger los barcos de un solo bando, Iraq, en las rutas marítimas. Los estadounidenses se ofrecían ya a escoltar en el Golfo a los petroleros de bandera kuwaití, que no llevaban carga iraní. Llevaban crudo iraquí para la exportación. Puede que Iraq no obtuviera victorias en la guerra terrestre contra Irán, pero, con la ayuda de los Estados Unidos, los iraníes vieron de pronto que Iraq sí podía ganarles la batalla en la guerra marítima. Reagan afirmaba que los Estados Unidos libraban una «guerra contra la guerra» en el Golfo. En realidad, Washington estaba librando una guerra contra Irán.

Once días después de que el *Stark* recibiera el impacto de los misiles, los iraníes protestaron porque un buque de guerra estadounidense del Golfo había «amenazado» a un avión de pasajeros de Irán Air que volaba de Shiraz a Doha, en Qatar, y había ordenado al piloto que cambiara el rumbo. Mis propias investigaciones entre los controladores del tráfico aéreo de Dubai determinaron que la advertencia estadounidense procedía de uno de los cuatro barcos que iban escoltando a una embarcación kuwaití con un cargamento de armas que se dirigía a Bahrein. «El incidente proporciona el escenario perfecto para... una tragedia en el Golfo —escribí en mi artículo para *The Times* esa misma noche—. Irán Air tiene vuelos regulares tanto a Doha, la capital de Qatar, como al emirato de Dubai, en el Golfo, más al este. Por lo tanto, sobrevuela con frecuencia las aguas en las que... patrullan las fragatas estadounidenses. A pesar de que los iraníes no lo han dicho, el piloto seguramente ha sobrevolado sin darse cuenta una unidad naval estadounidense que ha identificado el avión como iraní y le ha ordenado cambiar el rumbo<sup>[\*]</sup>». La «tragedia» llegaría exactamente catorce meses después.

Hubo numerosos presagios. No mucho después del ataque del *Stark*, pasé un día y una noche patrullando el Golfo con el buque de guerra británico *Broadsword*. Acompañar a las embarcaciones británicas —los británicos jamás utilizaron la palabra «escoltar»— que atravesaban el estrecho de Ormuz, el ya famoso cuello de botella de Reagan, y evitar llamar la atención de los iraníes podían parecer tareas sencillas en las escuetas notas internas que sus navales señorías se enviaban en el Ministerio de Defensa de Londres. Sin embargo, en el interior lleno de lucecitas de la fragata tipo 22, los encargados del radar buscaban con una intensidad febril los números del transpondedor del avión civil que sobrevolaba el *Broadsword*. «Tienes que ir con muchísimo cuidado si no quieres achicharrar a seis jeques en su jet privado», dijo uno de ellos.

Al menos en su cubil tenían aire acondicionado —por los ordenadores, claro está, no por ellos—; lo que más afligía a los marinos del Golfo era el calor. Un calor que

hacía arder todas las cubiertas y, literalmente, impedía caminar por ellas. Los marineros británicos se mantenían sobre la punta de los zapatos a causa de la temperatura abrasadora que emanaba del acero. Las envolturas de las cargas de profundidad y el dispositivo de puntería de los cañones Bofors estaban tan calientes que no se podían tocar. En la cubierta de helicópteros, la temperatura ascendía a 57 grados, y sólo una mano irreflexiva habría tocado una llave inglesa sin ponerse guantes. Aquello provocaba pesadez mental, un hastío atroz y una terrible irritación con los congéneres humanos en la cubierta de Proa.

Dentro del barco —sus señorías habrían reparado con agrado en la limpieza de las cocinas, la cantina y los camarotes del *Broadsword*, así como en los breves y terribles anuncios que advertían de los peligros del sida en el puerto de Mombasa—, el calor se movía por todas las dependencias más deprisa que los marineros. En la cantina de oficiales se estaba a tan sólo 26 grados. Un vaso de agua y me puse a sudar. Al abrir la primera puerta estanca, el calor me tendió una emboscada, igual que me había sucedido hacía siete años en las calles de Nayaf. Tras la segunda puerta, salí a un horno tropical: el conocido mar de color gris monocromo chapoteaba por debajo de la cubierta. ¿Cómo pueden los hombres trabajar así y no perder el juicio? O, mejor dicho, ¿cómo podían iraquíes e iraníes luchar en ese aire sofocante y seguir cuerdos?

«Ahí está el aeropuerto de Sharya —dijo el oficial, y fijó el haz del radar—. Ahora mismo oigo a un avión que está aterrizando... un vuelo comercial... pero, si quiero saber algo sobre un avión en concreto, pido una IFF [“identificación, ¿amigo o enemigo?”] y hablo con la torre de control de Sharya». Había tableros y gráficos con marcas de colores en las zonas de guerra. El buque estadounidense *Reid* —parte de la flotilla de Reagan en el Golfo— acababa de atajar por la «zona de exclusión» iraquí. Al traste con la insistencia del *Stark* en que había permanecido siempre fuera de ella. Al otro lado del estrecho de Ormuz había listados dos dragaminas soviéticos clase Natya y un buque abastecedor de submarinos. Dos barcos británicos con bandera de Hong Kong nos esperaban para emprender la travesía de vuelta.

Las noches no traían consigo ningún alivio. A las 4:15 de la madrugada el *Broadsword* estaba en el golfo de Omán, sus ingenieros tiraban de un calabrote desde el barco abastecedor *Orangeleaf*, que avanzaba a su lado para repostar en medio del calor. La humedad nos envolvía a todos. La cubierta estaba inundada por la condensación; los rostros de los marineros, cuajados de transpiración. El sudor se me deslizaba por la cabeza y me goteaba espalda abajo. Las camisas se nos habían oscurecido a causa de la humedad. Lo mismo les sucedía a todos, incluso a los rusos. Un buque nodriza y dos dragaminas, la contribución moscovita a la libre navegación en el Golfo, aguardaban arrimados entre sí en la cálida marea frente a Fuchaira, y los marineros soviéticos, relucientes y semidesnudos en cubierta, esperaban la llegada del siguiente petrolero kuwaití. Allí estaba la principal razón por la que Reagan quería patrullar las rutas marítimas, allí estaba el verdadero «poder hostil» que temía que «dominase» el Golfo. Los dos buques de carga británicos se acercaron para ser

«acompañados» por el *Broadsword*.

En el puente se oía a un radiotelegrafista indio suplicar por VHF a una patrullera iraní: «Sólo llevamos dátiles —decía—. Sólo dátiles». El barco iraní estaba a 30 kilómetros. El que respondió fue un avión de reconocimiento P-3 iraní. «Se informa —atronó en todo el *Broadsword* por megafonía— que ayer los iraquíes atacaron con Exocet a un petrolero maltés que llevaba crudo procedente de Irán. Por tanto, podemos esperar represalias por parte de los iraníes». Una bruma canicular rodeaba el barco y dejaba manchones de sal esparcidos por toda la cubierta de despegue y aterrizaje. Los dos cargueros emanaban vapor junto a nosotros: una versión sobrecalentada de cualquier convoy atlántico de la Segunda Guerra Mundial, puesto que el *Broadsword*, pese a perder heroicidad con tanta humedad, era —igual que los barcos estadounidenses— una escolta naval.

Allá por 1984, cuando Iraq inició el conflicto marítimo, el Golfo tenía un aspecto mucho más sencillo. Los árabes, que protestaban con vehemencia ante cada ataque de Irán y guardaban silencio cuando los iraquíes atacaban una embarcación iraní, casi tenían tanto miedo de la implicación de los Estados Unidos como de los iraníes. Arabia Saudí mantenía una relación tranquila con Irán —sólo por si Iraq se venía abajo—, mientras que al mismo tiempo suscribía la guerra de Sadam. Los árabes aparentaban ser neutrales —«en guerra pero camuflados», como comentó Churchill injustamente sobre los irlandeses en la Segunda Guerra Mundial— y ofrecían refugio a cualquier capitán que se encontrara bajo fuego. Bahrein y Dubai acogían los cascos inutilizados por ataques de ambas partes, y sus astilleros se beneficiaban de los millones de dólares que ganaban con las reparaciones y las reconstrucciones de los barcos. En 1987, dieciocho barcos habían sido alcanzados dos veces, seis lo habían sido tres veces y dos —el *Superior* y el *Dena*— contaban con la distinción de haber sido atacados con misiles y reparados cuatro veces en cuatro años. Frente a las costas de Bahrein, ya en mayo de 1984, había una chatarrería flotante de embarcaciones heridas de muerte.

Lo llamaban «el cementerio de barcos», un término cruelmente adecuado. Los grandes petroleros que Irán e Iraq habían destruido eran remolcados hasta allí cuando su estado era terminal, y allí se desangraban; el combustible manaba entre las cálidas olas de un marrón lodoso en el centro mismo del Golfo, y la serie de agujeros dentados de la recalentada superestructura mostraba cómo habían encontrado su final. El gobierno de Bahrein envió incluso una patrullera hasta ese cementerio marítimo para que los periodistas comprendiéramos lo que estaba representando esa guerra. El 24 de mayo, un Phantom iraní había alcanzado con tanta precisión al *Chemical Venture*, de 29 000 toneladas, que su misil cayó en el mismísimo centro del puente: en mitad de la superestructura había una señal de 12 metros que decía «No Smoking», y el cohete se había llevado por delante la «S» y la «M». Las tripulaciones

de los petroleros estaban empezando a intranquilizarse a causa de estos peligros; a finales de mayo, sólo frente a los Emiratos había anclados hasta veinticinco barcos a la espera de instrucciones de sus propietarios, y no había más que echarle un vistazo al desastre del *Al Hoot* para comprender la razón. El superpetrolero de 117 000 toneladas estaba escorando y tenía un boquete del tamaño de un autobús londinense a lo largo de la línea de flotación, donde tres semanas antes había explotado un misil iraquí. La superestructura había quedado retorcida hacia atrás y hacia fuera por la popa, las dependencias de la tripulación se habían fundido como si hubiesen estado hechas de plástico en lugar de hierro. El tajo de estribor era tan profundo que pude ver la luz del día a través de él.

Justo al norte se encontraba el *Safina al Arab*, de 178 000 toneladas, que se balanceaba sin sosiego en el oleaje, mientras un petrolero con bandera sueca intentaba extraer el crudo que quedaba en su interior. La sustancia estaba por todas partes, en los costados del barco, por el agua, volviendo negra la espuma de las olas. Se olía a más de un kilómetro de distancia. Las tripulaciones de salvamento — neerlandesas, en su mayoría— conocían los riesgos, pero se paseaban por las cubiertas como si estuvieran en puerto y no sobre bombas flotantes a 115 kilómetros de las costas del Golfo.

Era un lugar aislado<sup>[3]</sup>. En el mapa de Oriente Próximo, el Golfo no parecía más que una grieta en la masa continental que separaba los desiertos de Arabia y del sur de Irán, pero los mares podían ser tempestuosos y el horizonte monótono, salvo por los solitarios y vulnerables petroleros que avanzaban contra los sirocos hasta Ras Tanura y Kuwait. En aquel entonces no tenían convoyes de escolta con los que navegar, ni protección aérea, y se deslizaban todo lo cerca que podían de la costa meridional. Pasaban por delante de nosotros mientras fotografiábamos el cementerio de sus congéneres más infortunados, la mayoría mal pintados, internándose en la bruma del calor, oportunidades de blanco para ambos bandos en los confines superiores del Golfo, dependiendo de sus capitanes y sus puertos de escala.

El mar debería haber estado contaminado, pero estaba lleno de vida: peces voladores que aterrizaban sobre la cola, largas serpientes marinas de color amarillo que salían a mirarnos desde las verdes profundidades, marsopas e incluso tortugas. Cormoranes negros de grandes picos adelantaban sin esfuerzo en su vuelo a nuestra rápida lancha patrullera de Bahrein. La marea negra se extendía en manchas espesas y viscosas, y también en vetas largas y estrechas que ascendían como cintas por las aguas azul celeste hacia los restos del naufragio. Aquellos días, el único indicio de preocupación del presidente Reagan era la discreta majestuosidad gris del *Luce*, un crucero lanzamisiles de la 17.ª Flota que se pasó todo un día frente al canal de Mina Salman, ante el puerto de Bahrein, con una patrullera llena de marinos armados que no dejaba de dar vueltas a su alrededor para protegerlo de atacantes no convencionales, una idea avanzada a su tiempo, ya que el *Cole* no sería víctima de atentados suicidas en Adén hasta una década después. Además, las transmisiones de

radio del *Luce*, que se oían con claridad desde nuestra propia radio de barco a costa, parecían estar estrechamente ligadas a las complejidades de conseguir nuevas películas de vídeo para la tripulación de a bordo. Unas horas después, una patrullera estadounidense más pequeña entró en el puerto y el *Luce* se alejó poco a poco hacia el sofocante crepúsculo con sus provisiones de entretenimiento supuestamente actualizadas.

Sin embargo, también otros buques de los Estados Unidos —incluso entonces— desempeñaban el papel de escolta. Esa protección oficiosa y no reconocida no recibía ningún tipo de publicidad en Washington, como tampoco entre los Estados árabes, lo cual coincidía con su deseo de ver perderse en el horizonte a la marina estadounidense. A veces, la escolta la proporcionaba el *John Rodgers*, un elegante crucero lanzamisiles de dos chimeneas cuya última defensa de los intereses estadounidenses había consistido en bombardear las montañas del Chuf, en el centro del Líbano, un año antes. En otras ocasiones, el *Boone*, un achaparrado portaaviones con lanzamisiles, de superficie plana y más bien torpe, llegaba por la noche procedente de los Emiratos y descansaba frente a Bahrein. Todo el que se acercara de día a los buques de guerra —cosa que hacíamos, desde luego— era recibido por un marinero estadounidense con casco de acero que empuñaba una ametralladora fija de gran calibre.

Los aviones de carga de la fuerza aérea estadounidense volaban ya con regularidad hacia los aeropuertos de los Estados del golfo para transportar un equipo tan voluminoso que era necesario desplegar las gigantescas aeronaves de transporte C-48. Esos vuelos tenían como destino los países que Reagan siempre denominaba «nuestros amigos árabes», una definición que ya no incluía al Líbano —desde donde las fuerzas estadounidenses, tres meses antes, habían sido «reubicadas en alta mar», según la expresión que se hizo célebre, tras el atentado suicida contra un cuartel de los Estados Unidos en Beirut y la muerte de 241 marines—, pero que sin duda abarcaba a los conservadores Estados petroleros de la península del Golfo. Si los estadounidenses se implicaban estratégicamente —tal como hicieron tres años después—, los Estados árabes tendrían que ser descritos, como escribí en *The Times* en mayo de 1984, «como la parte inocente de la disputa; los iraníes, de forma inevitable, serán el enemigo». Y así sucedió. ¿Acaso no eran los aviones iraníes, el régimen iraní y, en última instancia, la ideología iraní los que amenazan la seguridad de la zona? Una vez más, se esperaba que olvidáramos que la guerra la había empezado Iraq, y que Iraq había sido el primero en ordenar a su fuerza aérea que atacara a los petroleros del Golfo.

En el otoño de 1980, cuando parecía indudable que el régimen de Jomeini se vendría abajo y acabaría en anarquía tras la embestida del ejército iraquí en Abadán, los Estados árabes —los mismos Estados que en 1984 pretendieron que la ONU censurase a Irán por sus ataques aéreos en las rutas marítimas— aportaron miles de millones a los fondos de Iraq para la guerra. Sin embargo, en ese momento en que la

revolución islámica de Irán había demostrado ser más tenaz de lo previsto, los árabes depositaban sus últimas esperanzas en una misión de paz sin ningún valor que Siria enviaba a Teherán y Riad; Siria, el único país árabe que al principio de la guerra decidió, con gran sagacidad, que sus enemigos baazistas de Bagdad —y no los mulás de Jomeini— podían acabar siendo los perdedores. El hecho de que los Estados árabes del Golfo no hubiesen llegado a esa misma conclusión había desembocado en una política deshilvanada que era tan imposible de seguir como de justificar históricamente.

El jeque Jalifa Bin Salman al Jalifa, primer ministro de Bahrein y hermano del emir, me aseguró en junio de 1984 que Iraq no había empezado la guerra. «Creo que... a Iraq le gusta protegerse como a cualquier otro país —dijo—... Por supuesto, una guerra empieza con algo. Nunca se sabe hasta dónde llegará cada bando. Primero se produce un fuego, y el fuego depende de la dirección en que sopla el viento. A veces la gente se deja llevar... creen que son fuertes». Eso fue lo más que se acercó a criticar a Sadam. En aquel momento, Bahrein —igual que el resto del Consejo de Cooperación del Golfo— pedía una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que condenase sólo a Irán por sus ataques aéreos en el golfo Pérsico. No estaba a favor de una intervención de los Estados Unidos. «Hay formas de ayudarnos, y una de ellas es detener el suministro de armas a las partes contendientes desde Europa y los países del Lejano Oriente». Esto, no debe olvidarse, salía de los labios del primer ministro de un país que estaba financiando con entusiasmo la agresión de Sadam.

Los kuwaitíes, que en otro tiempo denunciaron cualquier intervención extranjera en territorio del Golfo, habían llegado a la conclusión, en noviembre de 1983, de que la defensa del estrecho de Ormuz era responsabilidad de los países que se beneficiaban de él. Dicho de otro modo: Occidente. En el periódico *An Nahar*, de Beirut, se citaron las palabras del jeque Ahmed al Sabá, ministro de Asuntos Exteriores, diciendo que el Golfo era una región «internacional» en la que no podía objetar que se produjera una intervención extranjera. Más adelante, el 27 de mayo de 1984, el embajador de Kuwait en Washington advertía en contra de la implicación de los Estados Unidos porque podría «dar lugar a que la Unión Soviética entrara en la zona». Se trataba de una observación extraña, viniendo del único Estado rico del Golfo que había accedido a tener una embajada soviética en su capital y el único país que había esperado que la buena voluntad soviética pudiera utilizarse en beneficio de los Estados del Golfo en el Consejo de Seguridad de la ONU.

Los saudíes, por otro lado, seguían temiendo cualquier presencia estadounidense en el Golfo. Aceptar bases estadounidenses en su territorio sería contrario a la cruzada antiisraelí que habían emprendido los jeques, mientras que una prolongada presencia estadounidense podría encender con rapidez esa clase de fuegos que había provocado la ruina de los Estados Unidos y su gobierno clientelar en el Líbano. En el Golfo nadie había olvidado el acuerdo de cooperación estratégica de Reagan con Israel —e Israel había añadido leña a la guerra del Golfo suministrando armas al

enemigo iraní de Sadam Husein—. Todo esto sucedió mucho antes del Irán-Contra, cuando los estadounidenses utilizaron a Israel para canalizar armas hacia Teherán.

Los soviéticos, tras haber contemplado la destrucción del partido comunista iraní Tudé, se dedicaban a enviar grandes cantidades de tanques nuevos a Iraq. Los israelíes suministraban enormes cantidades de armas ligeras y munición a los iraníes. Igual que los sirios. Los franceses seguían proveyendo a los iraquíes con misiles Exocet, mientras que los norcoreanos vendían fusiles soviéticos a Irán. Los estadounidenses habían restablecido poco a poco sus relaciones con Bagdad —en ese momento, seguían ampliando su «sección de intereses» en la embajada belga de Bagdad— en el preciso instante en que Sadam más necesitaba el apoyo, tanto moral como militar, de una potencia occidental. Mientras George Bush denunciaba el «régimen opresivo» de Irán en Pakistán, se supo que Sadam ahorcaba a desertores en las cunetas en las afueras de Bagdad.

El primer cargamento de 400 misiles antiaéreos Stinger y lanzadores de misiles llegó por aire a Arabia Saudí desde los Estados Unidos el 29 de mayo de 1984. El presidente de Irán, Jamenei, advirtió a Washington con sarcasmo que su país «resistiría y lucharía» contra cualquier fuerza estadounidense que enviaran a la zona de batalla. «Si los estadounidenses están preparados para hundirse en las profundidades de las aguas del golfo Pérsico por nada, que vengan con su fe, su motivación y su poder divino», dijo. En cuanto a los árabes del Golfo, advirtió: «Sólo serán neutrales en la guerra si no le prestan ningún tipo de ayuda a Sadam. Pero un vecino que quiere asestarnos un golpe nos resulta más peligroso que un extraño, y debemos enfrentarnos a ese peligro». Muy conscientes de que los árabes seguían proporcionándole un enorme apoyo económico a Iraq, las tripulaciones de los petroleros sí se tomaron en serio las amenazas de Jamenei. Muchas embarcaciones con destino a Kuwait por las rutas marítimas del noroeste de Bahrein navegaban ya de noche por miedo a un ataque aéreo iraní.

Cubrir para un periódico esa prolongada guerra fue una labor agotadora, y a menudo poco gratificante. La repetición de acontecimientos, los ataques iraquíes en la isla de Jarg, la concentración de cientos de miles de soldados iraníes en las afueras de Basora, los constantes llamamientos procedentes de ambas partes al Consejo de Seguridad de la ONU, el hundimiento de más petroleros, todo ello resultaba algo adormecedor. A veces esa titánica matanza recibía el nombre de «guerra olvidada»; aunque en ocasiones su carnicería se asemejaba a la del desastre de 1914-1918. No me gusta establecer paralelismos con los dos mayores conflictos del siglo xx. ¿De verdad podemos decir, por ejemplo, que la decisión de Sadam de invadir Irán en 1980 fue un error craso, comparable a la operación Barbarroja de Hitler, la invasión nazi de la Unión Soviética en junio de 1941, que condujo a la muerte de 20 millones de rusos, cuando tal vez sólo habían muerto un millón de iraníes como resultado de la agresión de Sadam? Ciertamente, cuando por fin concluyó, el derramamiento de sangre de la guerra Irán-Iraq había durado tanto como la guerra de Vietnam. La

guerra de Sadam, además, fue el conflicto convencional más largo del último siglo, una lucha tan cruda que los cañones de las armas del ejército iraní tuvieron que cambiarse doce veces antes de su conclusión, en 1988.

Mis visitas a los frentes de batalla, así como a Teherán y Bagdad, parecían tener un aire apocalíptico. Las estadísticas perdían todo su poder de impacto. Sólo en 1985, el coronel Heikki Holma, del equipo de inspectores de la ONU en Irán, estimó que 4500 iraníes habían perdido la vida o habían resultado heridos por armas químicas. En el transcurso de dos años, Iraq había realizado al menos sesenta ataques químicos a gran escala. Las cifras de heridos y víctimas mortales, desde luego, estaban a la altura de la batalla del Somme —de nuevo, me descubrí utilizando involuntariamente paralelismos con la guerra de mi padre—, pero ninguna de las dos partes admitía la cantidad de pérdidas que había sufrido. Sólo en 1986, habían fallecido en la guerra un millón de personas, según decían los diplomáticos occidentales que rara vez visitaban el frente, si es que lo habían hecho alguna vez, y 700 000 habían sido iraníes<sup>[\*]</sup>. Los iraníes decían que habían muerto 500 000 iraquíes. Había 100 000 prisioneros de guerra iraquíes en Irán y alrededor de 50 000 prisioneros de guerra iraníes en Iraq, y en este caso las cifras podían confirmarse en parte mediante la Cruz Roja Internacional. Ambos bandos estaban igualados en el gasto de unos 1500 millones de dólares al mes en la guerra.

En Irán, el conflicto había transformado los ánimos de los teólogos que intentaban dirigir la batalla contra Iraq. Sólo un año antes, se informaba a diario de torturas y violaciones masivas procedentes de los confines de muros grises de la cárcel de Evin. No obstante, en abril de 1985, el hoyatolislam Alí Layevardi, fiscal de Teherán, fue relevado del cargo junto con muchos de sus secuaces asesinos; a partir de entonces, sólo se llevaron a cabo ejecuciones con criminales comunes, y no con enemigos del Estado. «Las ejecuciones se han moderado —dijo con cierto sarcasmo un hombre de negocios iraní—. Ahora sólo matan a asesinos y traficantes de drogas. Lo peor que le hacen a una niña que no respeta las leyes del islam es cortarle el pelo». Se produjo una creciente aquiescencia —más que aceptación— del régimen de Jomeini, lo cual provocó una irascible libertad de expresión: los tenderos, los hombres de negocios, los periodistas iraníes, incluso las familias religiosas y conservadoras podían quejarse del gobierno sin miedo a ser delatados a los Guardianes de la Revolución.

Formaba parte de una ilusión. La República Islámica no se había vuelto democrática de repente; había atajado tanto a sus enemigos políticos que ya no quedaba ningún núcleo de oposición. Se creía que en Teherán, en 1984, se habían llevado a cabo al menos 661 ejecuciones, y otras 237 hasta la destitución de Layevardi. Las cifras procedían de Amnistía Internacional, pero los iraníes sólo admitieron 197 muertes judiciales entre marzo de 1984 y abril de 1985, y sostenían que todas ellas se habían producido por delitos relacionados con las drogas. En los periódicos de Teherán se anunció con orgullo la introducción de una máquina especialmente diseñada por ingenieros iraníes para amputar dedos, lo cual

demostraba que la revolución seguía tan ansiosa como siempre por castigar a todo el que contravenía sus leyes.

La libertad pública de expresión que seguía existiendo podía encontrarse incluso en el Majlis, una institución de la que muchos críticos habían predicho una vez que sólo ejercería como parlamento para estampar el sello de visto bueno a los decretos de Jomeini. En el parlamento se produjo un enfrentamiento a causa de una serie de leyes sobre la reforma de las tierras, el comercio y los presupuestos. Los miembros conservadores, encabezados por Rafsanyani, el portavoz, querían preservar el poder del clero; los bazaríes, por el contrario, defendían una economía liberal y no deseaban cambios en la propiedad de la tierra. Miembros más radicales, que afirmaban seguir la «línea del Imam», exigían un total control gubernamental del comercio, la distribución de la tierra y una serie de reformas sociales que recordaban al socialismo. El resultado fue la parálisis del gobierno. Los terratenientes se negaban a cultivar sus campos para que su propiedad no fuera rentable y el Estado se apropiara de ella.

Jomeini tenía veto definitivo sobre todas las leyes, pero su función principal en esos momentos era la de ejercer como presencia: él era el patriarca, el que proporcionaba a los familiares de los mártires o, las menos de las veces, a los diplomáticos europeos, una figura de solidez pero de inmovilismo, más imagen que contenido, un reflejo de la victoria pasada y de lo que había quedado atrás más que del futuro. Su última reunión con diplomáticos fue muy típica. Más de sesenta embajadores, encargados de negocios y primeros secretarios fueron embutidos en una minúscula sala de la residencia del ayatolá, donde los obligaron a sentarse con las piernas cruzadas sobre una alfombra ligeramente mugrienta. Un agregado de la embajada francesa sufrió un grave calambre al sentarse encima de un encargado escandinavo. A su debido tiempo, Jomeini entró en la sala y pronunció un discurso de quince minutos en persa, sin traducción. «No importaba lo que dijera —comentó con mordacidad uno de los embajadores—. El viejo se sentó allí, sobre una sábana, en una tarima elevada, y sólo había una cosa que quisiera transmitir: que el sha había recibido a sus invitados con magnificencia regia en su palacio, pero que él, Jomeini, nos recibiría en circunstancias humildes».

Sin embargo, a partir de entonces, Jomeini era trasladado cada noche a los búnkers que se abrían bajo el antiguo palacio de Niavaran del sha, el único refugio antiaéreo de todo Teherán, para protegerlo de aquella guerra que era ya su legado imperecedero. Mientras los cazabombarderos iraquíes sobrevolaban la capital con toda tranquilidad, decenas de miles de sus habitantes huían hacia las montañas por carretera. Mientras Jomeini seguía pidiendo el derrocamiento de Sadam, sus mulás aparecían en la televisión nacional y rogaban a la gente de Isfahán, Shiraz, Ahvaz, Dezful y del mismo Teherán que contribuyeran con alimentos y ropa para sus soldados del frente. Se pidió que cada ciudad reabasteciera a las unidades de la línea del frente que procedían de su zona. En los pantanos del sur de Iraq, los basiyíes

iraníes seguían resistiendo entre el caluroso barro y los contraataques iraquíes.

Los iraníes estaban enviando sus misiles tierra-tierra de 600 kilos a una nueva base en Sarbullzaharb, en el Kurdistán, donde ingenieros norcoreanos los calibraban para preparar su vuelo hasta Bagdad. Unos quince minutos después de lanzar el misil, cuando sabían que se acercaba a su objetivo, los iraníes anunciaban el ataque inminente por la radio nacional. Para los reporteros, eso originaba un extraño efecto periodístico. «Yo solía estar sentado en el despacho de Bagdad cuando en el teletipo aparecía Nabila Megalli, desde Bahrein, que había estado escuchando la radio —rememoraba Samir Ghattas, sucesor de Mohamed Salam para Associated Press en Iraq—. Me decía que los iraníes acababan de anunciar que habían lanzado un misil hacia Bagdad. Yo me quedaba pegado al teletipo (por entonces no teníamos fax) y, en cuanto oía la explosión en Bagdad, le contestaba: “Sí”. Los iraquíes cortaban la electricidad cinco minutos después. El cohete tardaba veinte minutos en llegar a Bagdad desde la frontera».

Los bombardeos iraquíes solían provocar poco más que un despliegue imaginario de fuego antiaéreo de las armas apostadas en los alrededores de Teherán. Los pilotos no podían identificar ningún objetivo, puesto que los iraníes habían adquirido nuevos radares aéreos SEL alemanes y cortaban la electricidad. No obstante, el 2 de junio de 1985, dos bombas lanzadas a gran altura desde un Ilyushin 28 iraquí explotaron en un complejo de viviendas civiles en Gishe, un barrio de las afueras de la ciudad, y derrumbaron cinco bloques enteros de apartamentos. Desde la ventana de mi hotel, desde donde había estado contemplando las luces del lejano bombardero, vi dos enormes explosiones de luz carmesí y oí un estruendo espantoso, la detonación de las dos bombas junto con el sonido de los edificios que se venían abajo. Hasta entonces, los iraquíes sólo habían atacado Teherán con misiles, de modo que se trataba de un nuevo precedente en la guerra de las ciudades. Al menos 50 civiles perdieron la vida y 150 resultaron heridos en el bombardeo. Cuando llegué allí, me encontré con la historia habitual: los ladrillos baratos de las paredes habían quedado reducidos a polvo, y una de las bombas había derrumbado por entero un edificio de cuatro pisos, los hogares de dieciséis familias. Una niña del edificio había celebrado su cumpleaños esa tarde, y muchos amigos suyos se habían quedado a dormir en su casa cuando las bombas la destruyeron. Los iraníes, furiosos, acudieron en masa a la mañana siguiente, y los pasdaranes, los Guardianes de la Revolución, se vieron obligados a disparar al aire para dispersar a la turba de la calle.

Durante los meses de marzo y abril de 1985, se habían producido trece ataques aéreos en Teherán. En esos momentos se vivían trece a la semana, a veces tres en una misma noche. Sólo se había abatido un jet iraquí —en marzo, durante un bombardeo a plena luz del día—, después de que un F-14 iraní lo interceptara sobre la capital. El avión iraquí se estrelló en las montañas, sobre Teherán, con el piloto aún a bordo. Sin embargo, se podía perdonar a los iraníes por creer que el mundo estaba en su contra. En julio, Iraq empezó a recibir un total de 45 helicópteros Bell de veinte plazas de los

Estados Unidos, todos ellos capaces de transportar tropas a lo largo y ancho del frente<sup>[\*]</sup>. El gobierno de Reagan afirmó, con total seriedad, que la venta de los supertransportes no violaba el embargo estadounidense de armas sobre los beligerantes porque «los helicópteros son civiles» y porque el gobierno de los Estados Unidos «supervisaría» su uso. La venta había sido negociada a lo largo de dos años durante los cuales los Estados Unidos habían sido totalmente conscientes de la utilización de gas por parte de Iraq y de su «limpieza» de kurdos. Más adelante, yo mismo vería ocho de esos helicópteros Bell cerca de Al Amara: todos con pintura de camuflaje y esperando sobre el asfalto de una base aérea militar.

Sin embargo, el martirologio de la guerra aún podía utilizarse para enviar sangre fresca al frente; los niños soldados de Irán, por lo visto, seguirían siendo por siempre enviados a las trincheras de Kerman, Ahvaz y Jorramshar, y cada nueva operación sería bautizada *Val Fayr* —«Amanecer»—, con un nombre que para un musulmán designa también la oración del alba. Tuvimos *Val Fayr 1*, y todas las siguientes hasta *Val Fayr 8*. Yo solía acudir paseando a las oraciones de los viernes de la Universidad de Teherán durante la guerra, y a menudo veía a esos soldados en miniatura: igual de jóvenes y despreocupados en cuanto a la vida y la muerte como los que había conocido en las fronteras de los alrededores de Dezful. La inscripción de las bandas rojas que los muchachos llevaban en la cabeza era bastante implacable. «Sí, Jomeini, estamos dispuestos», decía. Los aspirantes a mártir, vestidos con idénticos uniformes amarillos, se golpeaban el pecho con sus pequeños puños apretados junto a los demás fieles, al ritmo de los cánticos. Esos tambores cerebrales —al menos diez mil manos azotando cuerpos cada cuatro segundos— palpitaban por todo el país, igual que hacían cada viernes por las ondas de la radio y la televisión iraníes. La concurrencia resultaba familiar, aunque los rostros cambiaban de semana en semana: mulás, veteranos de guerra en silla de ruedas, los pobres del Teherán meridional, los niños voluntarios y los prisioneros de guerra iraquíes, de uniforme verde y conducidos a la oración en camiones para maldecir a su propio presidente.

Las oraciones de los viernes en Teherán eran una mezcla bastante peculiar de sentimiento religioso y declaración de política del Ministerio de Asuntos Exteriores, una especie de cruzada a lo Billy Graham y un discurso semanal sobre el Estado de la Nación, todo en uno. Un extranjero —sobre todo un occidental— podía quedar perplejo ante lo que veía, e incluso muy afectado. En todo caso, no era posible que el espectáculo no lo impresionara. No era el imam quien ocupaba el lugar central de esa gran representación. A menudo se trataba de Rafsanyani, que era capaz de ofrecer a sus diez mil oyentes un discurso sobre los orígenes de la revolución, la derrota de superpotencias en el Líbano y demás éxitos militares de Irán en Basora. Sin embargo, aquello era casi accesorio. Con su pelo rizándose bajo su turbante *amami* y la mano descansando sobre su fusil automático, Rafsanyani no era capaz de llevar a su público a las cimas de la pasión.

Ese junio, la congregación misma proporcionaba su propio sentimiento de unión,

las voces se elevaban y caían cadenciosamente en un largo cántico persa que intentaba integrar la historia islámica en la lucha contra Iraq, mientras los niños — algunos de sólo diez años— seguían golpeándose la cabeza con los puños. Casi toda la poesía persa rima y —rimando también su traducción— esos llamamientos a la guerra transmitían su mensaje con una ingenuidad arcaica, casi victoriana:

Listos para morir, para partir estamos listos,  
y, como en Kerbala, batir al enemigo.  
Dijo el imam Husein: «La mejor es mi grey»;  
con Jomeini ahora veis que de ello damos fe  
pues con nosotros están el imam y su grey.  
En nuestra senda está el honor del Islam  
siguiendo la palabra de nuestro imán.

Algunos, los basiyíes más jóvenes, ya habían sido elegidos para el martirio, niños de trece y catorce años equipados con pequeños y relucientes uniformes de camuflaje. Aguardaban a ambos lados del estrado de Rafsanyani, sosteniendo bandejas de caramelos envueltos en celofán carmesí. A una señal, avanzaron entre las filas de mulás y heridos de guerra, Guardianes de la Revolución vestidos con guerreras y ancianos sin afeitar y vestidos de oscuro procedentes del sur de Teherán y les ofrecieron los caramelos de las bandejas. Cada hombre cogió un caramelo con cuidado, sin mirar al niño que tenía delante, consciente de lo que significaba; no se trataba de un descanso entre oraciones. Era una comunión con la juventud condenada.

Después los niños volvieron enternecedoramente a su sitio, a uno u otro lado del estrado, con el pelo muy corto y unos enormes ojos oscuros que de vez en cuando volvían hacia la multitud con timidez. A los fieles les dijeron que los chicos sabían cuál era su misión. Y allí estaban ellos, de pie, a veces quietos, a veces moviéndose con nerviosismo, con las bandas de la cabeza algo torcidas pero los pies unidos en posición de firmes, como el niño que juega en su casa a ser soldado. Rafsanyani no los mencionó en ningún momento. Su mensaje era más temporal y aquella fórmula era antigua, demasiado familiar para añadirle palabras. Iraq estaba perdiendo muchos hombres en el frente. También estaba perdiendo mucho territorio. Para salvar el terreno, tenía que perder más hombres. Para salvar a los hombres, tenía que perder más terreno. Así que Iraq estaba perdiendo la guerra. Rafsanyani dijo que Iraq, en una sola semana, había perdido otras seis brigadas. Los fieles entonaron unos agradecimientos dirigidos al ejército del frente.

Las oraciones de los viernes eran retransmitidas por altavoces a lo largo de las trincheras que había frente a Basora, retransmitidas por altavoces para que los soldados iraníes pudieran oír esas diez mil voces acallando el fuego de artillería. Voces que clamaban venganza contra Iraq por sus bombardeos de ciudades iraníes. Rafsanyani añadió un apunte pragmático. «Si queréis ser útiles —dijo a su público de todo el país— podéis cavar refugios antiaéreos en vuestras casas». Los niños seguían con apatía a ambos lados del hombre, tal vez conscientes de que sus casas ya no eran

su preocupación más apremiante.

Sin embargo, Iraq seguía acumulando prisioneros iraníes —ya a miles, igual que había hecho antes Irán— y los presentaba con ostentación ante la prensa mundial. Iraq había abierto un gran complejo carcelario para sus nuevos prisioneros de guerra en el desierto del oeste de Bagdad, en los alrededores de las abrasadoras ciudades mayoritariamente suníes de Faluya y Ramadi, donde no habría comunidad chií que pudiera ofrecerles consuelo y ayuda en caso de que alguno lograra escapar. Aquello era un Stalag con todas las de la ley, con jovial comandante incluido, el comandante Alí, que quiso presentarnos a sus prisioneros modelo. Los presos iraníes se agolparon a nuestro alrededor cuando llegamos, muchachos de dieciséis y diecisiete años, aún con sus monótonos uniformes amarillo desierto. Prisioneros felices, según el oficial iraní de mayor rango de Ramadi, Anish Tusi. ¿Cómo podían no ser felices?, preguntaba el médico del campo. Sólo había que echar un vistazo. Tenían escuelas, una biblioteca, una tienda de golosinas, ping-pong, baloncesto.

Un retrato de Sadam Husein les sonreía con benevolencia desde las alturas. OBEDECER LAS REGLAS DEL CAMPO SERÁ LO MEJOR PARA VOSOTROS Y PARA LOS DEMÁS, advertía a los prisioneros un cartel en persa. OBEDECED LAS REGLAS Y AL COMANDANTE DEL CAMPO, Y SERÉIS TRATADOS COMO AMIGOS. El comandante Alí, sonriendo al sol del mediodía, hizo unos gestos magnánimos en dirección al comedor. «Vean lo bien que comen nuestros prisioneros», dijo. Nos apretamos en el interior de una pequeña cabaña donde cuatro basiyíes iraníes —hechos prisioneros en los pantanos de Al Huweiza hacía un año— removían con cuidado el contenido de dos calderos de pescado y pollo asado. «Este campo es Ramadi Dos —dijo el alegre comandante—, y todos nuestros campos de Ramadi son iguales. Aquí los prisioneros viven en tan buenas condiciones que no sienten la necesidad de escapar».

Sin embargo, con una mirada perspicaz se detectaba cierto elemento de hipérbole. Ramadi Uno, por ejemplo, estaba rodeado de tanto alambre de espino reluciente —nueve metros de ancho y cinco de alto— que apenas quedaba sitio para que los prisioneros se asomaran a las ventanas de sus cabañas, por no hablar del espacio para jugar a baloncesto. Ramadi Tres no parecía tener ninguna de esas amables tiendas de golosinas y bibliotecas carcelarias. A lo mejor los presos de otros campos tampoco hablaban en un tono tan mordaz sobre el ayatolá Jomeini. Porque los niños soldados del Ramadi Dos del mayor Alí condenaban el régimen de Jomeini con tanto entusiasmo que los funcionarios del partido Baaz asentían sabiamente y los policías militares sonreían con satisfacción.

Mohamed Ismaili, por ejemplo, un muchacho de Kerman, de veinte años de edad, admitió haber hablado por la radio persa iraquí para informar en antena a sus padres de que «esta guerra no es una guerra santa». Ahmed Taki, que sólo tenía diecisiete, fue aún más explícito. Un joven delgado y tímido, con la cabeza totalmente rasurada, que había sido voluntario basiyí y al que habían enviado al frente hacía un año. «Estaba en el colegio cuando un mulá vino a la clase y nos dijo que teníamos que

luchar en la batalla contra Iraq —explicó—. Oí decir a Jomeini que todos los jóvenes debíamos ir al frente, pero ahora sé que esta guerra no es santa». Todas las historias eran parecidas, colegiales a los que les habían dicho que Dios los recompensaría si morían en batalla, una inspiración espiritual que había sufrido una rauda transformación en cuanto habían ingresado en Ramadi Dos.

Después de realizar semejantes declaraciones, pocos de esos prisioneros iraníes podrían regresar a su hogar bajo el régimen de Jomeini, aunque la guerra terminara de pronto. Algunos lo reconocían. Los iraníes, desde luego, también habían convencido a cientos de prisioneros de guerra iraquíes para que hablaran de Sadam con lengua igualmente herética. Tal vez eso era lo que querían ambas partes: prisioneros que no pudieran regresar a casa.

El comandante Alí no se inmutó. «Tenemos entre sesenta y setenta prisioneros que aún apoyan a Jomeini —dijo—. No son muchos, es un porcentaje muy pequeño. A veces lo mencionan en sus oraciones. Nunca interferimos en su religión». Sin embargo, el comandante sí interfería en la recepción de noticias. Los prisioneros de guerra sólo podían oír el servicio persa de la radio y la televisión iraquíes —una fuente de información no demasiado imparcial sobre la guerra—, y la única información exterior que se les permitía recibir eran las cartas que les enviaban sus familias a través de la Cruz Roja Internacional. «Vengan a ver los barracones», insistió el comandante. Entramos en una choza en la que había un centenar de adolescentes, todos con el mismo uniforme pálido, de un amarillo grisáceo. Estaban de pie y descalzos sobre las mantas del ejército que, dobladas, hacían las veces de camas y, en cuanto un fotógrafo del ejército iraquí alzó la cámara, la mitad de ellos agachó la cabeza. Ocultando su identidad, tal vez algún día podrían regresar a casa.

Cada contratiempo militar le proporcionaba a Iraq una excusa para romper una vez más las reglas de la guerra. Frente a los ataques masivos, recurrió al gas. Frente a nuevas pérdidas, se lanzó a una guerra marítima contra barcos mercantes desarmados. A principios de 1986 —justo después de la conquista iraní de la península de Fao—, se sentó un nuevo precedente amoral cuando Iraq abatió un Fokker Friendship iraní que llevaba a 46 civiles, entre ellos muchos miembros del Majlis y el director del periódico iraní *Kayhan*, Sayad Hassan Sha Chergui.

Los iraníes querían llevar a los periodistas a Fao, pero yo, por una vez, me negué a subir al habitual avión iraní de transporte militar C-130 que volaba de noche hacia el frente. Si los iraquíes estaban dispuestos a atacar un avión civil, estaba claro que no derramarían lágrimas al abatir a la prensa internacional que se dirigía a atestiguar la última humillación de su país. Así pues, tomamos el tren para llegar a Ahvaz y a la guerra que yo llevaba cubriendo ya cinco años y medio.

Para mí Fao tenía un significado especial. Fue en Fao donde por primera vez vi la guerra Irán-Iraq con mis propios ojos. Fue en una punta de tierra de la desembocadura del estuario de Shatt al Arab desde donde el ejército iraquí había bombardeado Abadán. En aquellos días, los iraquíes tenían la intención de hacerse

con la orilla oriental del río y asegurarla de una vez por todas para Iraq. Sin embargo, no sólo no habían logrado conquistar la orilla oriental, sino que habían perdido también la occidental: habían perdido el puerto mismo de Fao a manos de los iraníes. El siguiente objetivo de Irán iba a ser el gran puerto de Basora, con su población musulmana chií y sus carreteras directas hacia el noroeste y las ciudades sagradas chiíes de Kerbala y Nayaf. Enviaría mis crónicas, si no desde la propia Basora, al menos sí desde la ciudad en la que había empezado mi andanza en esa guerra.

Sin embargo, no estaba contento. En Teherán se hacían frecuentes alusiones a los «contratiempos» de la batalla de Fao. Rafsanyani había pronunciado un preocupante comentario sobre la necesidad de que Irán conservara Fao al mismo tiempo que anunciaba que no tenían planes de avanzar sobre Basora, lo cual era extraño, porque, de ser cierto, ¿por qué molestarse en ocupar Fao, para empezar? Los periódicos de Teherán describían cómo las fuerzas iraníes estaban «consolidando» posiciones en Fao, lo cual es siempre señal de que un ejército tiene problemas. Cuando llegamos a Ahvaz y nos condujeron a la base aérea más cercana para transportarnos en helicóptero hasta el frente, los dos pilotos de formación estadounidense hicieron subir a periodistas y mulás al aparato... y luego cancelaron el vuelo. Según afirmó uno de ellos, sobre el río el viento era demasiado fuerte. El pronóstico del tiempo no era bueno para la tarde. Entonces llegó un clérigo y les ordenó a los hombres que despegaran. Gerry Labelle, alias G. G., de Associated Press, con quien había pasado años en Beirut durante la guerra, iba sentado junto a mí en el suelo del helicóptero. Ambos nos miramos con creciente preocupación mientras el aparato se elevaba sobre la pista, se detuvo a dos metros del suelo, giró para encararse al oeste... y luego se posó de nuevo en el asfalto. Igual que tantos otros periodistas en tiempos de guerra, los dos ansiábamos llegar al frente, pero aún ansiábamos más encontrar una razón para evitar ir<sup>[4][\*]</sup>.

Parte de mí —y parte de Gerry— abogaba por el «vamos a acabar ya con esto». ¿Acaso no había recorrido yo el frente de Dezful a toda velocidad en un helicóptero Bell idéntico a ése apenas un año antes? ¿No habíamos admitido John Kifner y yo que habíamos disfrutado de esas incursiones en las que se te paraba el corazón y se te desgarraba la camisa sobrevolando a toda velocidad los uadis y esos cientos de tanques abrasados? ¿No era eso lo que hacía un corresponsal extranjero en una guerra, ir a la batalla, conseguir una historia y luego volver a casa sano y salvo, sabiendo que no tendría que ir allí otra vez al día siguiente? Bajamos del helicóptero y vi el alivio en los rostros de los pilotos. Si no querían ir, debía de ser que algo andaba muy mal en el trayecto a Fao.

Esa noche no conseguí dormir nada en el hotel de mala muerte de Ahvaz. Los mosquitos me silbaban por la cara, se me había acabado el agua embotellada y el pollo de la cena me había sentado mal. «Hasta mañana, Fisky», había dicho Labelle con una oscura sonrisa. Labelle era un neoyorquino criado en Arizona, un hombre de agencia, rápido y curtido, con un vocabulario lleno de impropiedades para los necios de

las redacciones; en especial, si lo incordiaban por teletipo con preguntas infantiles sobre sus crónicas. «¿Cómo coño voy a saber si el cabrón del hijo de Sadam está luchando en esta guerra de mierda si estoy en el frente iraní mientras me bombardean los iraquíes, joder? —me diría un día—. A veces me pregunto por qué cojones trabajo para esta agencia de mierda». Sin embargo, Labelle adoraba Associated Press y sus fechas tope de entrega, como también la forma en que sonaba el teletipo, tac-tac-tac-tac, con un «boletín» informativo. «Imagino que sabrás, Fisky, que el viejo AJ ha estirado por fin la pata —me dijo por teléfono en 1989, cuando murió el ayatolá Jomeini—. Supongo que eso quiere decir que se acabó la guerra».

No obstante, esa calurosa y maldita mañana en Ahvaz, después de los mosquitos y de la noche en vela, el humor abrumador de Labelle seguramente era lo que necesitaba. Cuando nuestros escoltas del clero nos vinieron a buscar para regresar a la base aérea, me dedicó una de sus amargas sonrisas a lo Steve McQueen. «Bueno, Fisky, por lo que me han dicho, se trata de una reunión informativa en el bunker de siempre, luego un paseíto por el Shatt y una visita turística a Fao. Mucho tiro y mucho cadáver: un trabajo hecho a tu medida». Unos días antes, un corresponsal alemán había padecido un ataque cardíaco y había muerto durante un bombardeo iraquí en Fao. Sus compañeros y él habían corrido a protegerse cuando llegaron los aviones, pero al volver a subir al camión en el que viajaban, el alemán se había quedado allí, en el suelo. Los iraníes lo considerarían después «mártir» de la «guerra impuesta».

Labelle tenía razón en lo del bunker. En la base aérea, dos helicópteros Bell con insignias iraníes en el fuselaje daban saltos sobre la pista, sus rotores tajaban el aire caliente. En uno de ellos nos apretamos Labelle y yo, y quizás otros cuatro periodistas, además del habitual grupito de clérigos. Con la cabeza gacha, inclinados contra el viento, sobrevolamos a gran velocidad un palmeral a escasos metros de las copas de los árboles y nos dirigimos hacia ese frente que todos —excepto nuestros compañeros clericales de viaje, por supuesto— habíamos imaginado ya como un tríptico del infierno. Fue igual que un viaje en montaña rusa, cómo esquivamos graneros y alzamos el vuelo por encima de torres de alta tensión, cómo entramos en ráfagas de viento, arena y polvo, cómo giramos igual que un águila por encima de los largos convoyes militares que avanzaban a lo largo del río. Labelle y yo mirábamos maravillados hacia abajo. Volar en esas circunstancias demenciales transmitía una sensación de tanto poder que estábamos empezando a experimentar el mismo síndrome que yo había vivido ya en Dezful: qué narices importa el peligro... tú contempla la guerra.

Vi las aguas del Shatt a nuestra derecha, su palidez en la luz del alba era sobrecogedora, y entonces, debajo de nosotros, acercándose tan deprisa como si estuviéramos en un bombardero en picado, apareció un inmenso campamento iraní lleno de armas y morteros, terraplenes y cañoneras, tanques y vehículos acorazados en medio del desierto empapado, todo ello arrasado por la arena y el humo. El

copiloto, ataviado con esos cascos negros de coleóptero que los estadounidenses suministraban con los helicópteros Bell, garabateó algo en un trozo de papel mientras realizábamos la aproximación definitiva y el aparato giraba para tomar tierra junto a un bunker de hormigón. El tripulante se apoyaba en el aparato con la mano derecha mientras escribía con la izquierda; y pensé que debía de estar anotando un mensaje urgente para el piloto, hasta que se volvió hacia nosotros y sostuvo el papel en alto con una sonrisa burlona. «Mataremos a Sadam», decía, en inglés. Labelle y yo nos miramos, y mi compañero se me inclinó junto a la oreja. «Joder, al menos éste sabe lo que quiere», bramó.

En el aire caliente y estruendoso, a través de la niebla y la lluvia del desierto, vi que todos los refugios subterráneos estaban decorados con un estandarte verde en el que había una exhortación islámica. Un soldado de mediana edad y con un ligero sobrepeso se me acercó corriendo con una sonrisa. «Muerte a Inglaterra —gritó, y me cogió de la mano—. ¿Cómo está usted? ¿Quiere un té?» Junto a la puerta del bunker de Alí Mazinan había unas instrucciones que prohibían el uso de zapatos en el interior. Caminé en calcetines por el suelo cubierto de alfombras de lana mientras un cañón de 122 mm lanzaba un obús con indiferencia hacia Basora. La voz de un muecín llamaba a la oración. Era como una de mis crónicas grabadas para la CBC. «*Alá-BANG-ak-BANG-bar*», entonaba la voz intercalándose entre los disparos rivales. Mi mapa decía que me encontraba en lo que una vez había sido un pueblo llamado Nahr e Had.

Alí Mazinan aferraba una regla de madera con la mano derecha y con ella señalaba perezosamente la esquina inferior izquierda de un gran mapa pegado a la pared de su refugio con diminutos trocitos de cielo sobre una lámina de contrachapado. Mazinan llevaba unas gafas gruesas con un pesado marco negro —en aquella época eran de rigor para todo mulá que se preciara, para todo dirigente de Hezbolá, oficial de los Guardianes de la Revolución o funcionario ministerial— y era comandante de los guardianes, uno de los conquistadores de Fao. «Ganamos porque seguimos las órdenes de Dios», dijo. Volvería a ver a Mazinan; para mí iba a convertirse en símbolo de las misiones periodísticas imprudentes y peligrosas.

Le preguntamos cuánto terreno habían ocupado. Mazinan dio un paso hacia el mapa, alzó la regla de nuevo con la mano derecha y extendió de un golpe la palma de la mano izquierda generosamente por toda la península de Fao. No llegó a tocar Kuwait, pero su dedo índice apuntó hacia Basora mientras el corazón y el anular atravesaban la vía de agua, dos pontones carnosos que se tendían sobre el Shatt por encima de Abadán y les proporcionaban a los iraníes dos nuevas cabezas de puente bastante míticas hacia el territorio iraquí. Nadie habló de los contraataques de Iraq. En lugar de eso, la regla de Mazinan salió disparada hacia el mapa y siguió las pistas verde pálido que bajaban a lo largo de ambas orillas del río. Explicó que ambos bandos producían dátiles, y se puso a ofrecer un análisis estadístico de su producción agrícola. Mientras hablaba, los clérigos empezaron a repartir unas bolsitas de plástico

sucias que contenían dos tubos de líquido y una jeringuilla de aspecto funesto. «Para el gas nervioso —me murmuró al oído uno de ellos, dando golpecitos con un dedo al frasquito del líquido verde—. Para el gas mostaza —dijo, señalando el frasquito del líquido marrón». Así pues, allí estábamos, equipados con jeringuillas médicas para el gas venenoso de Sadam antes de aterrizar en Fao, escuchando al comandante militar local que nos daba un discurso sobre la producción de dátiles para la exportación de Iraq en 1979.

Casi resulta un alivio que nos digan que ya nos llevan a Fao. «Tú piensa, Fisky —dice Labelle con picardía—, que dentro de un rato ya tendrás tu data: “Robert Fisk, Fao bajo ocupación iraní”». Fuera, el sol resplandeciente está alto y los remolinos de arena nos azotan el rostro, nos inundan la ropa y se abren camino por el cuello. Se oye un estruendo y el estallido de otro obús que sale disparado y sisea hacia Basora. Me subo al helicóptero como si estuviera en un sueño. La carga máxima de seguridad es de ocho personas, pero somos diecinueve a bordo, la mayoría mulás vociferantes. He descubierto que, cuando tengo que hacer algo absolutamente insensato, una parte no identificable de mi cerebro se hace con el control. No hay decisiones que tomar, no hay elecciones posibles. Mi cerebro opera ahora con independencia de mí. Me ordena que me siente en el helicóptero de combate junto a la puerta abierta de estribor, y veo que Labelle se acuclilla junto a mí, cuaderno en mano. ¿Un cuaderno?, me pregunto en mi sueño. ¿Va a tomar notas durante esta misión suicida?

El ritmo creciente de las palas del rotor tiene un efecto reconfortante, el estruendo que va en aumento amortigua poco a poco el sonido de la guerra. El estrépito de la artillería se convierte en golpes sordos, el viento se aparta de las palas, el primer impulso en el aire y el repentino ascenso por encima de la arena son lo más natural del mundo. Somos inmortales. Nuestro helicóptero gira en redondo, se encara hacia el este, luego al oeste, al este de nuevo, y luego gira 180 grados hacia el suelo, se nivela y acelera entre la artillería. Cuando atravesamos la línea de fuego —nuestra puerta sigue completamente abierta a causa del calor—, se oye un crac-crac-crac, y largos tulipanes de fuego rosado salen de las bocas de los cañones, una descarga tan bella como aterradora. Una de esas grandes flores pasa inexorablemente por el costado de estribor de nuestro helicóptero y, por un momento, creo sentir su calor. Esa floración magnífica se queda colgando un instante en el aire, hasta que la adelantamos y una línea de palmeras se riza por debajo de nosotros, y luego veo el Shatt al Arab, tan cercano que los patines del helicóptero están a menos de medio metro del agua.

Me enderezo en mi asiento y miro por la ventana del piloto. Veo un borrón en el horizonte, una escarcha negra que cubre la palidez del río y una serie de agujas rotas que sobresalen en la lejana orilla. El agua pasa por debajo de nosotros a más de 150 kilómetros por hora. Somos los esquiadores acuáticos más rápidos del mundo, los rotores muerden el calor y avanzan por esa gran extensión de río; estamos a salvo en nuestra burbuja, ángeles que no podemos caer del cielo, que sólo podemos maravillarnos e intentar recordar que somos humanos. Volamos a través del humo de

dos tanques de petróleo que están ardiendo, y entonces Labelle me da un puñetazo en los pies y me señala una montaña de barro e inmundicia que el helicóptero está circunvalando y en la que se posa con delicadeza, casi con despreocupación. «¡Vamos, vamos!», grita el piloto, y saltamos a la gran masa húmeda de barro líquido y abrasado por los proyectiles, que nos arranca los zapatos cuando intentamos movernos y que nos succiona los pies e incluso nos impide alejarnos de las palas cuando el helicóptero alza el vuelo de nuevo y nos deja inmersos en una especie de silencio atronador, Labelle y yo intentando sostenernos los pantalones a la cintura, los hábitos de los mulás cubiertos de barro. Después, cuando el aparato gira en el aire como si fuera una mosca, sentimos que la tierra se estremece.

Vibra con tanta claridad como si se tratase de un pequeño terremoto, un movimiento continuo del suelo bajo nuestros pies. El humo pasea sin rumbo por encima del barro, por entre las grúas partidas por los obuses del puerto de Fao —las «agujas» que había visto en el horizonte— y la chatarra de las unidades blindadas iraquíes. Labelle y yo avanzamos a duras penas por el lodo con los mulás y un joven asceta que, por supuesto, resulta ser del Ministerio de Orientación Islámica. Ya oímos llegar los obuses, un rugido constante en el que una explosión no se distingue de la siguiente, como si de pronto hubiéramos aparecido junto a una pista de *skaters* en la que unos niños salvajes hacen retumbar incesantemente los tablones de madera con sus patines. Cuando llegamos al muelle, lleno de restos de cuerpos en putrefacción, pedazos de grúas y proyectiles sin explotar, Labelle se me acerca tambaleándose, tiene los pies rebozados de ese barro pegajoso. Ambos estamos exhaustos, nos cuesta respirar. «Bueno, Fisky —resuella con gran esfuerzo—. ¡Ya tienes tu puta data!» Y me dirige su sonrisa de Steve McQueen.

Caminamos kilómetro y medio por los muelles. Hay tanques de almacenaje de petróleo quemados y piezas de artillería apresadas al enemigo; la tierra y el hormigón están pulverizados, los cadáveres iraquíes yacen en la inmundicia. Un soldado ha perdido la cabeza; otro, los brazos. Ambos alcanzados por granadas. Labelle y yo encontramos una depresión de arena y cemento junto a una de las grúas y le gritamos al eclesiástico, pero, mientras caminamos para ir a sentarnos en la tierra, veo otro cuerpo en un foso de cañón, un joven en posición fetal, acurrucado como un niño, negreando ya de muerte pero con una alianza en el dedo. Me fascina esa alianza. En esa mañana abrasadora y dorada, reluce y destella con frescor y vida. El joven tiene unos veinticinco años, su pelo es negro. ¿O debería decir «tenía», «era»? ¿Detenemos el reloj cuando la muerte nos sorprende? ¿Decimos, como escribió Binyon, que «no envejecerán, como nosotros, los que quedamos, envejecemos»? La edad no los hastiará ni los condenarán los años, pero la rauda putrefacción y el viejo y querido sol arrebatan prontamente la humanidad a sus restos. Vuelvo a mirar la alianza. ¿Un matrimonio concertado o un enlace por amor? ¿De dónde era ese cadáver de soldado? ¿Suní, chií, cristiano o kurdo? Y su mujer. No podía llevar muerto más de tres días. En algún lugar, al norte, su esposa despierta a los niños, hace el desayuno, contempla

la fotografía de su marido en la pared sin saber que ya es viuda y que la alianza de su marido, tan reluciente de amor por ella en esa esplendorosa mañana, decora un dedo muerto.

El hombre del ministerio está imbuido de falsa seguridad. No hay que preocuparse por los bombardeos: la fuerza aérea iraní cubre con cazas la zona de Fao para proteger a los corresponsales extranjeros. Labelle y yo nos miramos. Eso es una soberana mentira. Ningún piloto iraní va a perder el tiempo protegiendo a los *jabanagoran* —los «periodistas»— cuando su ejército es blanco de tanto fuego iraquí en el norte. Un avión nos sobrevuela a gran altura y el hombre del ministerio señala a los cielos abrasadores. «Allí, ¿ven? Lo que les decía». Labelle y yo reconocemos un Mig cuando lo vemos. Es iraquí.

Mientras tosíamos y tropezábamos en la inmundicia, llegó un camión apresado al ejército iraquí y nos subimos a él. El segundo helicóptero había traído desde Nahr e Had a otro grupo de reporteros que llegaban peleándose con el barro. Era el momento de hacer turismo. Apenas lograba reconocer el Fao que había recorrido en coche — casi con igual miedo— hacía cinco años y medio. Sólo logré recordar los barracones del ejército iraquí, que esta vez tenían sobre la entrada una pancarta en la que decía: ISLAM ES VICTORIA. La ciudad estaba ocupada por miles de Guardianes de la Revolución. Nos saludaban con la mano, levantaban Coranes en alto, sonreían y nos ofrecían té entre los escombros. El nombre mismo de Fao había adquirido una especie de significado religioso. «Verán que aquí ya no quedan iraquíes», nos dijo un joven oficial pasdarán cuya palabra merecía total confianza. El barro —«barro como el del Somme», escribiría esa noche en mi melodramática crónica— había consumido Fao, las carreteras, los fosos de los cañones, la base de los tanques de petróleo en llamas, los uniformes de un gris apagado y un marrón pálido de los guerreros iraníes, y también absorbía poco a poco los cuerpos iraquíes que yacían por toda la localidad con los brazos y las piernas extendidos. Un proyectil había cercenado limpiamente por la mitad a un soldado iraquí, las dos mitades de su cuerpo estaban bien colocadas una sobre otra junto a un tanque. También éste llevaba alianza. Las defensas iraquíes —estructuras de sacos de arena de tres metros de alto— se extendían a lo largo de la parte norte de Fao, sus ametralladoras seguían fijas e intactas en las troneras. ¿Había sido la indolencia iraquí lo que había permitido a los iraníes arrasar la ciudad con tan poca resistencia y hacerse incluso con toda una batería de misiles en la costa? Algunas de las casas de adobe aún seguían en pie, pero gran parte de la ciudad había quedado destruida. Los iraníes nos mostraron varias armas de 155 mm iraquíes, que ellos ahora utilizaban para atacar la carretera de Basora.

Un anciano de barba canosa salió de una casa en ruinas en el momento oportuno. «*Yang ba piruzi*», gritó. Guerra hasta la victoria, el mismo estribillo de siempre. La lluvia caía a raudales de las nubes bajas que cubrían Fao y acariciaba el rostro del anciano, que llevaba un harapo rojo alrededor de la frente y agitaba un bastón por encima de la cabeza. Los miembros del «Departamento de Propaganda Bélica» de

Irán habían salido de pronto de las entrañas de una fábrica y se volvían encantados hacia los visitantes extranjeros. «Miren, ése es uno de nuestros voluntarios. Quiere morir por el islam luchando contra Sadam Husein». Junto al hombre se detuvo un viejo jeep con un altavoz oxidado. «*Yang ba piruzi*», la máquina rugía y el anciano saltaba arriba y abajo en el lodo. Por detrás de él, las llamas rojas recorrían toda la base de un tanque de petróleo que ardía allá donde los iraquíes bombardeaban las líneas iraníes.

Al final de la carretera se veía una cortina de fuego y un muro de humo negro. Desde allí llegaban el sonido de tambores y el temblor sísmico que habíamos sentido al aterrizar. Los iraníes parecían indiferentes ante su victoria, o casi infantilmente traviosos. En la parte de atrás de nuestro viejo camión iraquí —todos nos fijamos en el agujero de bala que atravesaba la cabina del conductor a la altura de la cabeza—, un oficial iraní, de pie y con un megáfono, nos señaló el tempestuoso estrecho de Jor Abdalá, en dirección a la isla kuwaití de Bubiyan. «Kuwait queda a su izquierda», gritó. Ésa era una de las razones por las que nos habían llevado a Fao. Allí estábamos, dentro de Iraq y con los iraníes, mirando hacia un país árabe que era uno de los dos principales proveedores de armas de Iraq.

Bubiyan son 130 kilómetros cuadrados de pantanos y lodazales, pero había una pequeña fuerza kuwaití estacionada allí a modo de guardia, y el simbolismo era evidente. «Esperamos que Kuwait siga con una actitud responsable durante este conflicto», volvió a gritar el oficial. Muchos de los fosos de cañón recién cavados por los iraníes a lo largo de la carretera de Um Qasr —un puerto aún en manos iraquíes— estaban equipados con piezas de artillería que apuntaban directamente al otro lado del estrecho, hacia Kuwait. En la ciudad fantasma de Fao, alguien tendría que enterrar pronto los cadáveres, si es que el viento y la arena no los alcanzaban primero. En un solar vacío se veían los restos de un Mig iraquí siniestrado y medio enterrado en la arena líquida, la cabeza de su piloto asomaba por la cabina aplastada. Junto al avión había sentado un soldado muerto, como si se preparase para nuestra llegada.

Pasamos tres horas esperando al helicóptero para regresar a la orilla oriental del Shatt. Labelle y yo nos sentamos de nuevo en nuestra depresión de arena, a pocos metros del soldado muerto y su alianza. Mientras Labelle caminaba entre trozos de acero y pedazos de cadáveres, dando caladas a sus decenas de cigarrillos —parte de su encanto residía en que era un fumador asmático—, descubrimos que había una gran bomba sin explotar en el barro, muy cerca de nosotros. «Ha sido desactivada», mintió el hombre del ministerio. Labelle la miró con desdén y encendió otro cigarrillo. «No va a explotar, Fisky», masculló, y se echó a reír. A por nosotros regresó sólo un helicóptero. Los reporteros y los mulás protagonizamos una vergonzosa carrera por el fango para conseguir plaza a bordo y, mientras Labelle tiraba de mí para hacerme subir por los patines, detrás del copiloto, vi que la bota de algún alma desesperada pisaba el hombro de un mulá y empujaba al torpe clérigo hasta que éste cayó de espaldas en el fango. Entonces despegamos, regresamos

cruzando las ondulantes aguas del Shatt, sobrevolando la base militar de Nahr e Had, hacia Ahvaz y el hotel de mala muerte, hacia la oficina de correos de Ahvaz, donde no había línea telefónica que conectara con Londres. Así pues, llamé a Tony Alloway a Teherán y le dicté mi crónica. Me dijo que la sección internacional de *The Times* me había dejado un mensaje: la edición ya estaba cerrada esa noche, ¿aguantaría mi artículo hasta el día siguiente?

Los iraníes habían ocupado unos 300 kilómetros cuadrados de territorio iraquí al sur de Basora —los 800 kilómetros cuadrados de los que hablaba el comunicado oficial incluían las aguas territoriales— y conservarían ese territorio durante casi dos años más, hasta que el general de división Maher Abdul Rashed, cuyo Tercer Cuerpo del Ejército había gaseado a millares de iraníes en las afueras de Basora a principios de 1985, se abrió camino a golpes hasta la ciudad en abril de 1988. Sin embargo, ¿cómo habían logrado los iraníes entrar en Fao en primer lugar? Dijeron que había sido un misterio que sólo Dios conocía, pero años después de la guerra me encontré con el joven héroe de guerra iraní —piloto de helicóptero— que había cruzado el Shatt al Arab a nado de noche para reconocer el terreno de la ciudad cuando aún estaba en manos iraquíes. El joven había tramado un plan extraordinario: colocar gigantescos oleoductos en el cauce del río hasta que formasen un «puente» subacuático sobre el que camiones, soldados y artillería iraníes pudieran cruzar mojándose sólo los pies y las ruedas de los vehículos. Los defensores iraquíes, por tanto, habían visto a un ejército fantasma iraní avanzar en la oscuridad sobre la superficie misma del agua, a pie y con vehículos, exclamando «Dios es grande» al llegar en tropel a la orilla. ¿Cómo reconquistó Fao el general de división Rashed? «Los iraquíes se muestran extrañamente reacios a explicar cómo llevaron a cabo el ataque del domingo pasado», escribía el corresponsal de *The Observer* el 24 de abril de 1988. Iraq utilizó sus habituales medios prosaicos: inundó Fao de gas venenoso... como apuntaría con indiferencia el teniente estadounidense Rick Francona mientras, más adelante, visitaba el campo de batalla con los iraquíes. El autor de la crónica de *The Observer*, al que los iraquíes habían invitado a entrar en el Fao «liberado», era Farzad Bazoft. Sólo disfrutaría de dos años más de vida. Después, Sadam lo ahorcó.

Nuestro tren de vuelta a Teherán estaba formado por los habituales vagones llenos de sufrimiento, medio tren de tropas, medio tren hospital, aunque por fortuna sin víctimas del gas venenoso. Todos los soldados eran jóvenes —muchos tenían sólo quince o dieciséis años— y viajaban en los compartimentos de segunda, con el pelo rasurado, comiendo cuadrados doblados de pan *nan* o durmiendo sobre el hombro de un compañero, todavía con los uniformes amarillo desvaído que vestían los soldados campesinos de Irán. Los heridos recorrían con muletas los pasillos balanceantes, de un vagón a otro, como si el ejercicio fuera a aliviarles el dolor.

Un niño con el pelo muy corto y el rostro agonizante gemía cada vez que dejaba caer su peso sobre las muletas y dirigía miradas acusatorias al interior de los compartimentos, como si sus camaradas hubiesen provocado adrede su terrible

desgracia. Un joven con pantalones militares, y con un brazo y una mano vendados, estaba sentado desconsoladamente sobre una caja junto a la puerta del vagón, con la espalda vuelta hacia la ventana abierta, lanzando tapones de botellas por encima del hombro al desierto del norte de Ahvaz y riendo tontamente para sí de forma inquietante e intermitente.

Era un tren lento, que traqueteaba durante diecisiete horas subiendo desde el frente de batalla del Shatt al Arab y atravesaba las grandes montañas hasta las llanuras de Qom, un tren cansado que llevaba de vuelta a casa a unos hombres cansados de una guerra cansina. Cuando oscureció, algunos de ellos salieron de los atestados compartimentos y se echaron a dormir en los mugrientos pasillos, de modo que tuve que trepar por encima de mantas, botas, mochilas y cintos para llegar al desvencijado vagón restaurante con sus alitas de pollo, su té y sus fotografías en tonos azules del hombre con barba por quien habían sufrido aquellos soldados. Eran hombres afables y tristes que murmuraban un saludo desde sus mesas de formica desconchada, esperando un gesto antes de sonreír, «¿*Yang* bien?», me preguntó uno en el pasillo con voz lastimera. ¿Ha estado «bien» la guerra? «Sadam acabado — añadió otra voz oscura—. Bienvenido a Irán».

Nos detuvimos en Shushtar, cien kilómetros al norte de Ahvaz. En un andén en el que hacía mucho viento, Labelle y yo entablamos conversación con un ingeniero civil que intentaba expresar con palabras el abismo que lo separaba de sus compatriotas. «No entiendo a esa gente que dice que quiere morir. Nunca había conocido a nadie así. Esta gente dice que, si Jomeini quiere que mueran, están dispuestos a morir. ¿Qué puede decirse a alguien así?».

El tren partió tarde de Shushtar. El motor diésel no dejaba de rugir y, entonces, más bien de repente, nuestro ferrocarril empezó a subir por un valle estrecho. Por la ventana abierta se veían montañas de paredes verticales con picos blancos y hielo refulgente en las caras de roca, ríos congelados y estrellas. Sólo brevemente, mientras pasábamos junto a un pueblo remoto, vi a un hombre y a una mujer de pie en el tejado de su casa, contemplándonos. Él tenía el brazo echado sobre los hombros de ella; ella no llevaba velo, y la melena le caía suelta. Una cumbre siniestra —Zard Jo, dijo un soldado que se llamaba, «montaña amarilla»— se alzaba sobre nuestro tren, que avanzaba arrastrándose por túneles y a lo largo de curvas tan cerradas que podía verse el faro de la locomotora a la derecha, a lo lejos, iluminando las grandes rocas y los oscuros torrentes de abajo. Esos jóvenes podían estar dispuestos a morir por una tierra como aquella, pero ¿por el hombre de la fotografía desvaída del vagón restaurante? Sin embargo, los soldados rara vez miraban por la ventana. Unos cuantos hojeaban revistas, otros fumaban con los ojos cerrados, uno leía un pequeño Corán y recitaba sus palabras en silencio.

En el tren viajaba un hombre de Ahvaz, un comerciante que subía a Teherán a pasar el día, una figura de rostro redondo y regordete que se lamentaba de sus perspectivas económicas pero que afirmó que sí, que le iba mejor desde la revolución

porque su familia se había vuelto más religiosa. ¿Qué pensaba de la guerra? El hombre lo reflexionó un momento mientras contemplaba las cascadas iluminadas por la luz de la luna del Bala Rud, un riachuelo inocente que —igual que la mayoría de los soldados del tren— recorrería su camino hasta llegar al lodo del Shatt al Arab. «Creo que los estadounidenses están detrás de todo —dijo el hombre en la penumbra del pasillo—. Las grandes potencias quieren que seamos débiles, pero ganaremos la guerra». ¿A qué precio?, le pregunté. El tren pasó con pesadez por una estación en la que una placa blanca anunciaba un pueblo llamado Tchamsangar. El hombre señaló con el pulgar por encima del hombro hacia los compartimentos de los jóvenes durmientes. «Ellos pagarán ese precio —dijo. Entonces miró hacia las estrellas, las montañas y el hielo, y añadió—: Todos pagaremos el precio. Podemos permitirnoslo».

¿Quién habría creído que los Estados Unidos enviarían a Irán misiles antiaéreos y antitanque? Yo sí debería haberlo creído. De vuelta en el Líbano y con la ayuda de un intermediario iraní, había intentado conseguir la liberación de mi compañero Terry Anderson, el cual llevaba retenido como rehén desde hacía más de un año por un grupo satélite del movimiento musulmán chií Hezbolá. Anderson era el jefe del despacho de Associated Press en Beirut, además de mi mejor amigo en la ciudad. Su apartamento estaba en el mismo edificio que el mío y juntos habíamos emprendido muchas misiones espeluznantes<sup>[5]</sup>. Los iraníes habían empezado por exigirme que descubriera el paradero de tres conciudadanos suyos apresados como rehenes en el Líbano en 1982. Sin embargo, cuando me reuní con el intermediario iraní en un restaurante de Beirut a finales de mayo de 1986, me dijo sin rodeos que «su gente [la de Anderson] está en Teherán». No me lo tomé en serio. Ningún funcionario estadounidense querría viajar a Irán a tan sólo cinco años de la toma de rehenes de la embajada de los Estados Unidos en Teherán.

Me equivoqué; por partida doble. Tuve la gran casualidad de tropezarme con la primera prueba del escándalo del intercambio de armas por rehenes de Irán-Contra en septiembre de 1985, cuando —al hacer escala en Chipre en un vuelo de El Cairo a Beirut— un viejo amigo que trabajaba en el control de tráfico aéreo del aeropuerto de Larnaca me sopló que un misterioso avión que había despegado de Tabriz, en el norte de Irán, había sido dado por desaparecido después de sobrevolar Turquía y virar de pronto al sur. Mi contacto me dijo que los funcionarios de Tel Aviv habían telefoneado personalmente a los controladores aéreos de Chipre para confirmar que el avión de carga DC-8 había aterrizado sin problemas en el aeropuerto Ben Gurion tras haber sufrido «fallos eléctricos».

Oficialmente, no obstante, los israelíes negaron saber nada del avión —una clara señal de que el aparato estaba en misión secreta— y, cuando los supuestos propietarios estadounidenses del aparato afirmaron en Miami que lo habían vendido un mes antes a una empresa nigeriana, mi interés no hizo más que crecer. El DC-8, con el número de matrícula estadounidense N421AJ, se había identificado a los

controladores aéreos diciendo que pertenecía a «International Airlines». El avión había enviado originariamente un plan de vuelo con destino Málaga, España, donde un amable funcionario del aeropuerto me informó de que, aunque allí no habían visto ningún DC-8, un Boeing 707 —que también afirmaba ser de «International Airlines»— había tomado tierra el 15 de septiembre procedente de Tabriz y luego había despegado con destino a otra ciudad iraní que decía llamarse «Zal»... aunque nadie fue capaz de encontrar su ubicación.

Al tener noticia de esos vuelos tan poco ortodoxos ya debería haberme mostrado más suspicaz. Si Israel enviaba o recibía aviones de carga con procedencia o destino Irán, seguro que no estaba exportando naranjas ni importando caviar. Tratándose del mayor aliado de Israel en Oriente Próximo, Washington tenía que estar involucrado. De haber relacionado esto con la inesperada confesión por parte de mi contacto iraní de que la «gente» de Anderson estaba en Teherán, a lo mejor habría podido «destapar» el asunto Irán-Contra. Sin embargo, la que lo hizo fue una revista de baja circulación de Beirut, *Al Shiraa*, y lo demás —por utilizar el veterano cliché— es historia. Un ingenuo grupo de funcionarios de la Casa Blanca, inspirados por un crédulo pero atractivo marine, el teniente coronel Oliver North —incitado por intermediarios israelíes—, convencieron al presidente Reagan de que los rehenes estadounidenses de Beirut podían ser liberados por los aliados que los iraníes tenían dentro de Hezbolá a cambio de un gran suministro de misiles Hawk antiaéreos y armas TOW antitanque a Irán. Parte del pago de ese armamento —que violaba el embargo de armas que Washington había impuesto sobre Irán— financiaría a los guerrilleros derechistas de la Contra nicaragüense a quienes tanto admiraban Reagan y North.

Yo había oído por primera vez el nombre de North tres meses antes, cuando, en un vuelo de Middle East Airlines que salía de Beirut hacia Suiza, me encontré sentado junto a Ahmed Chalabi, principal consejero financiero de Nabih Berri, jefe de la guerrilla musulmana chií Amal en Beirut<sup>[6]</sup>. Berri acababa de obrar la liberación de los pasajeros y la tripulación del avión de TWA que había sido secuestrado y conducido al Líbano, y Chalabi me repitió varias veces que merecía la pena apoyar a Berri porque «la alternativa es Hezbolá y eso es demasiado horrible para pensarlo siquiera». Sólo llevábamos unos veinte minutos en el aire cuando me dijo: «Robert, hay alguien a quien me gustaría presentarte en Washington. Se llama Oliver North». Un sexto sentido, suscitado en parte por mi desconfianza ante Chalabi, me llevó a rechazar su invitación. No obstante, Chalabi debió de hablarle de mí a North, quien —debajo de la anotación que había hecho en su agenda de una reunión con Chuck Lewis, un trabajador de AP de Washington, para mediados de 1986—, con su habitual olfato para la imprecisión, había escrito «Robert Fiske». Unos días después, Lewis me llamó a Beirut y me preguntó si querría aceptar una llamada del coronel. La rehusé.

El viaje secreto de North a Teherán con el exconsejero de Seguridad Nacional

estadounidense, Robert McFarlane, del 25 al 28 de mayo de 1986 —un pastiche ridículo pero desternillante en el que los estadounidenses no llegaron a darse cuenta de que estaban en un bazar de rehenes— causó un gran daño a la presidencia de Reagan y a las relaciones de los Estados Unidos con el mundo árabe. Para disfrutar de un relato completo de esta locura, los lectores pueden consultar el informe de la comisión Tower sobre el escándalo, aunque durante años siguieron saliendo a la luz detalles sobre esos negocios clandestinos con armas y sobre los aviones israelíes «esterilizados» —sin marcar— que llevaban misiles a los aeropuertos de Tabriz y Bandar Abbas. Entre los más reveladores —porque demuestran la desesperación de Irán en aquel momento, cuando acababa de ocupar Fao— se encuentran fragmentos de conversaciones telefónicas entre Oliver North, en Frankfurt, y un consejero anónimo del gobierno iraní a finales de febrero de 1986. Las cintas de esas conversaciones fueron entregadas a la cadena de televisión estadounidense ABC en octubre de 1991, y parece que fueron grabadas en Israel.

En un momento dado, North solicita la liberación de un rehén estadounidense en Beirut antes de realizar más entregas de armas. Mediante un intérprete, el iraní contesta: «Tenemos que conseguir los misiles Hawk. Tenemos que conseguir informes de los servicios secretos sobre las fuerzas iraquíes. Irán está siendo destruido. Necesitamos esos misiles». En otro momento, North, intentando echar tierra sobre la realidad del acuerdo de armas a cambio de rehenes, les dice a los funcionarios iraníes que «si su gobierno puede lograr la liberación humanitaria de los estadounidenses retenidos en Beirut... diez horas, sólo diez horas después de que queden en libertad, llegará el avión con las partes que aún faltan de los misiles Hawk».

Los estadounidenses obtuvieron un rehén. Los iraníes obtuvieron misiles por un valor de millones de dólares y, tal como desveló con suficiencia y deleite Alí Akbar Rafsanyani en Teherán, un pastel con una llave de mazapán —horneado en Tel Aviv, aunque los iraníes no lo supieron—, un par de revólveres Colt y una Biblia firmada por Reagan. Yo estuve en Teherán durante esa última carnalada. Rafsanyani nos había invitado a una rueda de prensa el 28 de enero de 1987, donde lo encontramos mirando una pila de fotocopias. En todas las hojas se veía una pequeña fotografía tamaño pasaporte de Robert McFarlane. Rafsanyani parecía desoír a las decenas de periodistas que aguardaban de pie a su alrededor. Le hizo señas a un ayudante que hablaba inglés y le ordenó que se dirigiera a un reportero estadounidense. El hombre lo hizo y, unos momentos después, el corresponsal le preguntó a Rafsanyani qué pruebas tenía de que McFarlane había entrado en Irán con pasaporte irlandés.

Rafsanyani cogió de inmediato las fotocopias, las blandió por encima de su cabeza y las repartió como si fuera un mercader de alfombras ofreciendo muestras gratuitas. En la hoja, a mano derecha, se veía la foto de McFarlane y la segunda página de lo que a todas luces era un pasaporte irlandés. «Está falsificado», masculló el secretario de Rafsanyani mientras su señor se reclinaba en un sillón y reía entre

dientes; el mechón castaño y rizado que sobresalía de su turbante de mulá le confería un aspecto ladino, travieso. Sin embargo, con sólo echarle un vistazo a la fotocopia me convencí de que no se trataba de una burda falsificación. Dudé mucho de que la CIA fuese capaz de deletrear correctamente el tono de los ojos color avellana de McFarlane en gaélico, *cnodhonna*, o de escribir correctamente el nombre celta de Dublín, *Baile Átha Cliath*, aunque la invención del ficticio nombre irlandés de McFarlane, «Sean Devlin», sí carecía de imaginación. Al menos lo habían inscrito como católico. Nada más salir de la rueda de prensa de Rafsanyani, me subí a un taxi y me apresuré hacia la embajada irlandesa, donde el encargado, Noel Purcell-O'Byrne, lo envió de inmediato al Departamento de Asuntos Exteriores de Dublín. Lejos de ser una falsificación, el pasaporte de McFarlane era uno de los muchos que habían sido robados recientemente de la embajada de Irlanda en Atenas.

En cuanto a la Biblia, Rafsanyani la sostuvo en alto frente a la multitud de periodistas con una gran sonrisa en el rostro. La caligrafía se esparcía en desorden por la página, las «g» comenzaban con una floritura, pero las letras «o» y «p» eran curiosamente planas, obra de un anciano que hubiera copiado con esmero parte de la epístola de san Pablo a los gálatas. «Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles —se leía—, dio de antemano la buena nueva a Abraham diciendo: “En ti serán benditas todas las naciones”». Sin embargo, no había duda posible en cuanto a la firma: «Ronald Reagan, 3 de octubre de 1986». El mes era muy significativo, puesto que Reagan había prometido que había puesto fin a todo contacto con los iraníes antes de esa fecha.

Rafsanyani afirmaba que no era así. La Biblia había sido enviada mucho después de la misión de McFarlane. Anunció que, hacía tan sólo un mes —hablaba de diciembre de 1986—, un funcionario del Departamento de Estado estadounidense llamado Charles Dunbar se había reunido en Francfort con traficantes de armas iraníes en un intento por entablar nuevas conversaciones con los dirigentes de Teherán. Eso era cierto, por increíble que pareciera, aunque Dunbar, que hablaba persa, insistiría más adelante en que le había dicho a un funcionario iraní en Francfort que las armas ya no podían formar parte de las relaciones entre sus países.

De la Biblia, Rafsanyani dijo que el volumen estaba siendo «estudiado por los servicios secretos», pero que «no albergaremos resentimiento si nos han enviado esta Biblia porque [Reagan] es cristiano y cree en su religión, y porque nosotros, como musulmanes, creemos en Jesús y en la Biblia. Para él se trata de un punto en común entre nosotros. Creemos que esta cita de la Biblia invita a la unión de los pueblos de todas las religiones». Los iraníes se habían negado a aceptar el obsequio de los revólveres, según Rafsanyani. En cuanto al pastel, se lo habían comido los guardias del aeropuerto.

No obstante, si McFarlane era un tal Sean Devlin, parecía que también había habido varios Oliver North. Estaba Oliver North el patriota, a quien McFarlane solía describir como «un joven funcionario imaginativo, agresivo y entregado», un «héroe»

acreditado por el propio Reagan. Estaba Oliver North el religioso, cristiano renacido de la carismática Iglesia de los Apóstoles, que creía que el Señor le había sanado las heridas en Vietnam y que —en palabras de un antiguo compañero del Consejo de Seguridad Nacional— «creía que en el CSN hacía la obra de Dios». Estaba Oliver North el hombre de acción, capaz de trabajar veinticinco horas de cada veinticuatro, apodado *Martillo de Acero* por Robert Owen —el estimado asesor del senador Dan Quayle—, que disparaba memorandos desde su flamante centro de crisis de la Casa Blanca.

Por último, también estaba Oliver North *el matón*, que esbozaba directivas para autorizar a los agentes de la CIA a «“neutralizar” terroristas», defendía «ataques preventivos» contra Estados o dirigentes árabes a quienes los Estados Unidos creían responsables de ese terrorismo, y apoyaba a un grupo terrorista —los Luchadores de la Libertad de la Contra nicaragüense— con lo recaudado gracias a unos negocios que favorecerían a otro grupo terrorista que retenía a rehenes estadounidenses en Beirut. El Oliver North que llegó a Oriente Próximo fue el matón<sup>[7]</sup>.

Rafsanyani sólo había informado a Jomeini de la visita de McFarlane y North una vez ya estaban en Teherán. Al sucesor de Jomeini, el ayatolá Husein Alí Montazeri, lo mantuvieron en la más completa ignorancia, lo cual pareció dolerle más que los envíos de armas en sí. Cuando se debatió el escándalo en el Majlis, Jomeini protestó porque la voz del parlamento sonaba «más dura que la de Israel». No quería ningún Irangate en Teherán.

Durante la cobertura de los últimos años de la guerra Irán-Iraq, hubo momentos en que los acontecimientos se sucedían tan deprisa que no éramos capaces de asimilar su significado. Si lo lográbamos, los creíamos tal como nos eran presentados. Por muy cruel que fuera Sadam con los iraquíes, siempre era posible —a causa de la guerra— encontrar motivos de seguridad nacional en su crueldad. Sabíamos, por ejemplo, que había construido una gran red de carreteras en unos 3000 kilómetros cuadrados de los pantanos de Al Huweiza y que estaba acabando con todos los juncales de la región; no obstante, suponíamos que se trataba de una medida de seguridad ideada para proteger a Iraq de futuros ataques iraníes, y no un acto genocida contra los árabes de los pantanos. Samir Ghattas logró enviar una crónica para Associated Press desde Bagdad —y no había capital más represiva que ésa para un periodista— en la que consiguió insinuarle al mundo la nueva campaña genocida contra los kurdos. Su artículo del 5 de octubre de 1987 estaba formulado con cautela, y el autor se lo atribuía en parte a diplomáticos occidentales —esos espectros anónimos que utilizan a los periodistas tan a menudo como los periodistas los utilizan a ellos—, pero cualquiera que lo leyera veía que debían de estarse produciendo verdaderas atrocidades. «Fuerzas iraquíes han destruido cientos de pueblos kurdos en el norte de Iraq y han reasentado [*sic*] a miles de kurdos en una campaña contra las guerrillas respaldadas por Irán», informaba.

Una vez más, era la guerra de Sadam contra Irán —las guerrillas, por supuesto,

eran kurdas— lo que se utilizaba para explicar este crimen de guerra. Ghattas logró señalar como responsable al primo de Sadam, Alí Hassan al Majid —«Alí el Químico», como se lo conocería más adelante—, y citaba a un embajador anónimo diciendo que podían haberse arrasado hasta 3000 pueblos. Escribió acerca de cómo se dinamitaban y se demolían localidades, se hizo eco de las voces kurdas que afirmaban que los iraquíes utilizaban gas, y añadió también que la propia televisión de Iraq había retransmitido unas imágenes posteriores a un bombardeo con «cadáveres de civiles esparcidos por las calles en ruinas». Ghattas también apuntó que «la mayoría de diplomáticos dudan de que se estén produciendo asesinatos masivos»; un grave ejemplo de información falseada por parte de la comunidad diplomática de Bagdad.

En el Golfo, Sadam intentaba poner fin a la infraestructura iraní para la exportación de petróleo. En agosto de 1986, la fuerza aérea de Iraq devastó la terminal de carga de crudo de la isla de Sirri, destruyó dos superpetroleros, mató a más de veinte marineros y obligó a Irán a trasladar sus instalaciones petroleras a la isla de Larak, en las agitadas aguas de las cercanías del estrecho de Ormuz. Casi al mismo tiempo, las exportaciones de crudo iraní cayeron de 1,6 a 1,2 millones de barriles al día. Los ataques iraquíes en la isla de Jarg, a menos de 160 kilómetros del frente de Basora, causaron tantos estragos que once de los catorce muelles de carga tuvieron que ser abandonados. En noviembre, los iraquíes utilizaban ya sus aviones Mirage para bombardear Larak, repostando secretamente en Arabia Saudí por el camino, en los trayectos de ida y de vuelta. Una serie de nuevos bombardeos de Iraq en ciudades iraníes les costó la vida a 112 personas, según Irán, que respondió atacando Bagdad con un misil Scud que mató a 48 civiles, 17 mujeres y 13 niños entre ellos. Iraq acusó a Irán de haber secuestrado un avión de Iraqi Airways que volaba de Bagdad a Ammán el 25 de diciembre, secuestro que terminó cuando el avión se estrelló en el desierto de Arabia Saudí después de que unas granadas hicieran explosión en la cabina de pasajeros. De la tripulación y los 106 pasajeros, sólo sobrevivieron 44 personas. Ese mismo día, los iraníes protagonizaron un desembarco en Um al Rasas, la isla del Shatt al Arab de la que Pierre Bayle y yo habíamos escapado por poco hacía más de seis años.

Una serie de ataques de Irán a embarcaciones con bandera kuwaití provocó un ofrecimiento de protección por parte de la Unión Soviética, lo cual suscitó de inmediato una propuesta prácticamente idéntica del presidente Reagan. Kuwait sentía cada vez más cerca el aliento de la guerra. Los misiles Silkworm iraníes, lanzados desde Fao, no tardarían en caer en territorio kuwaití. Una noche, tumbado en mi cama del hotel Meridien de Kuwait, no lograba comprender por qué las ventanas y las puertas no dejaban de golpetear, hasta que me di cuenta de que eran las detonaciones de las armas iraníes de los alrededores de Basora, que recorrían las aguas del Golfo y reverberaban por toda la ciudad de Kuwait. Los kuwaitíes encontraban casi a diario cadáveres de iraníes que llegaban con la marea desde Fao, al otro lado de las aguas.

Cuando los estadounidenses presionaron a las Naciones Unidas para decretar un embargo mundial sobre Irán, los funcionarios del gobierno iraní autorizaron un nuevo programa masivo de adquisición de armas. Los cientos de páginas de documentación de la Organización de Industria de Defensa Nacional Iraní que me enseñaron diversos traficantes de armas en Alemania y Austria incluían pedidos urgentes de miles de misiles TOW antitanque y misiles aire-aire para los F-14 iraníes. Irán ofrecía 20 millones de dólares por un pedido de cañones de 155 mm, y encargaba más de 200 000 proyectiles a 350 dólares el proyectil.

El rey Hussein de Jordania, por miedo a que lo que él denominaba «mi pesadilla» —la caída de Iraq y una victoria iraní— pudiera estar cerca, organizó una reunión secreta entre Sadam Husein y el presidente de Siria, Hafez el Asad, en una base aérea jordana conocida sólo como «H4», con la esperanza de convencer a El Asad para que pusiera fin a su alianza con Irán. Tras nueve horas de conversaciones entre los dictadores iraquí y sirio, cuyo odio mutuo resultó evidente para el rey Hussein, lo único que se logró fue acordar una reunión posterior entre los ministros de Asuntos Exteriores. No obstante, la talla política del rey era tal que sus fracasos siempre le repercutían para bien. La valía de sus empeños siempre parecía más importante que sus resultados. ¿Acaso no estaba intentado, a fin de cuentas, ponerle final a la guerra del Golfo con un llamamiento a la unión de los dirigentes árabes?

Kuwait aceptó entonces una oferta de Reagan para cambiar la bandera de sus barcos por la de barras y estrellas. Washington decidió hacer desfilar por todo el Golfo su nueva política provocadora escoltando hasta Kuwait al superpetrolero *Bridgeton*, de 401 382 toneladas. Era una historia sensacional que cubrir, y equipos de televisión de todo el mundo alquilaban ya helicópteros en los Emiratos Árabes Unidos para seguir al megapetrolero hasta su destino. El 23 de julio de 1987 cogí un vuelo de Middle East Airlines de Beirut a Dubai, y —como era de esperar— la tripulación de la cabina de mando me invitó a que me sentara con ellos. Desde allí, a 10 000 pies por encima del Golfo, vi el *Bridgeton*, que añadía medio nudo más a su última velocidad máxima reconocida, 16,5 nudos, mientras tres diminutos buques de guerra estadounidenses describían círculos de tres kilómetros alrededor de su casco. «Mamá gallina rodeada por sus pollitos», escribí con desdén en mi cuaderno. Los estadounidenses se cerraron en formación de batalla al pasar por la zona de alcance de los misiles Silkworm iraníes y la isla de Abu Musa, donde los Guardianes de la Revolución tenían una base.

No sirvió de nada. Al sudeste de Kuwait y todavía a 200 kilómetros de su destino, el costado de babor del *Bridgeton* se topó con una mina, y los escoltas navales estadounidenses, inquietos por evitar un destino similar al que había tenido el *Stark* dos meses antes, de inmediato se escabulleron en fila tras la popa del *Bridgeton* para protegerse. A bordo del destructor lanzamisiles estadounidense *Kidd* de la escolta, el capitán ordenó a los marineros armados que se dirigieran a la proa de la embarcación y destruyeran con los fusiles cualquier objeto sospechoso que vieran en el agua.

Antes de que el *Bridgeton* fuera alcanzado, en la zona se habían visto barcas de pescadores iraníes, pero no había forma de identificar la mina. Esto permitió al primer ministro iraní, Mir Husein Musavi, elogiar las «manos invisibles» que habían probado la vulnerabilidad de la «expedición militar» de los Estados Unidos. Con la velocidad reducida a un cuarto y el compartimento número uno de babor inundándose aún de agua, el *Bridgeton* continuó lo que ya era más una travesía política que comercial hacia Kuwait.

Resultó que los estadounidenses no tenían dragaminas en la zona, y ni siquiera se habían molestado en buscar minas en el canal de 30 kilómetros de ancho en el que fue alcanzado el petrolero, por lo que temían que sus propios buques de guerra fueran más vulnerables a las minas que las embarcaciones a las que se suponía que debían proteger. Los funcionarios kuwaitíes y estadounidenses se propusieron entonces cargar el *Bridgeton* con crudo, una acción abiertamente política, puesto que, tal como preguntó con desdén un consignatario, «¿quién, en su sano juicio, cargaría su mercancía en un barco siniestrado?». La lamentable historia de falta de preparación militar no hizo más que empeorar cuando el capitán Yonkers, el oficial de la marina estadounidense al mando de los tres buques de guerra —el destructor *Kidd* y dos fragatas—, admitió de manera insulsa que no deseaba regresar por la misma ruta marítima porque «entre otras cosas, no tengo forma de defender a mi barco de las minas». Esta declaración fue agravada por el contraalmirante Harold J. Bernsen, que les dijo a los periodistas que iban en el convoy que podía «resultar incongruente, pero lo cierto es [que] un gran barco, un buque que no es militar, como el *Bridgeton*, es mucho menos vulnerable a una mina que un buque de guerra... Si se tiene cerca un gran petrolero, en el cual es muy difícil causar desperfectos con una sola mina, se protege uno tras él. Es la mejor defensa y es exactamente lo que hicimos». Estas declaraciones suscitaron una pregunta evidente: si la marina estadounidense no podía protegerse a menos que se escondiera tras una embarcación civil, ¿cómo podía afirmar que salvaguardaba la libre navegación en el Golfo?

Para los reporteros de periódicos, la historia resultó bastante frustrante, una vez más. Desde la costa era imposible ver las flotas de petroleros y sus escoltas. Sólo por aire podíamos hacernos una idea de la inmensidad del conflicto. La guerra Irán-Iraq se extendía ya desde las montañas del Kurdistán, en la frontera turca, hasta las costas de Arabia, la tierra que una vez había pertenecido al mismo jerife Husein de La Meca al que Lawrence había convencido para que se uniera a la causa de los Aliados en la Primera Guerra Mundial. La pregunta era ineludible: ¿cómo íbamos a escribir sobre esas escenas de fuego y destrucción si no podíamos ver nada? Las cadenas de televisión, con sus presupuestos de millones de dólares, se movían en aviones privados. Necesitaban imágenes. Nosotros no. Sin embargo, durante la guerra civil del Líbano, que estaba ya en su décimo tercer año, yo había trabado amistad con muchos productores y miembros del equipo de diferentes cadenas estadounidenses, y a menudo les llevaba filmaciones a Damasco o a Chipre para desde allí enviarlas vía

satélite a los Estados Unidos. Así pues, la cadena estadounidense NBC se alegró de dejarme subir a su helicóptero en Dubai... siempre que ejerciera de «vigía» adicional de barcos en las brumosas rutas marítimas.

Al menos cuarenta buques de guerra de los Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética y Gran Bretaña avanzaban para ocupar posiciones en el golfo Pérsico y las aguas del golfo de Omán, frente a Ormuz; la mayor flota era la de los Estados Unidos: 24 embarcaciones con un total de 15 000 hombres a bordo, incluido el buque de guerra *Missouri*. Todo era superlativo: se trataba de una de las mayores armadas navales desplegadas desde la guerra de Corea y, sin lugar a dudas, la mayor flota estadounidense que se desplegaba desde Vietnam. Todos salvaguardarían la «libertad» de las aguas del Golfo para «nuestros amigos árabes» —y, por extensión, Iraq—, pero no harían nada para proteger a las embarcaciones iraníes. Casi nadie se sorprendió de que los iraníes anunciaran que llevarían a cabo maniobras navales frente a sus costas, la «Operación Martirio», con la advertencia de que «la República Islámica no se hará responsable de los posibles incidentes que tengan lugar contra aviones y buques de guerra extranjeros que pasen por la región».

Desde mi asiento del helicóptero de la NBC disfruté de una plataforma aérea ideal para observar la escala épica del conflicto. Sobrevolamos las costas de Dubai casi a la altura de los mástiles de un centenar de petroleros y transportes de gas amarrados a lo largo de kilómetros de mar, grandes bestias, de color crema algunas de ellas, junto a insulsos cargueros y carcamanes cubiertos de óxido y repletos de grúas y equipo de transporte. Ciertamente es que tenían órdenes de esperar un aumento de los precios de entrega inmediata del crudo y que no retrasaban sus travesías a causa de las amenazas navales de Irán. No obstante, tal era el calor abrasador que inundaba el Golfo que a menudo nos topábamos con buques de guerra en la bruma sin haberlos visto antes. «Aquí buque de guerra estadounidense. Solicitamos que se mantengan a dos millas náuticas de las embarcaciones estadounidenses. Cambio». La voz de la radio tenía un acento sincopado y natural de la Costa Este de los Estados Unidos, pero conservó innecesariamente el anonimato. «Comprendido, buque estadounidense. Corto».

Cuando los vimos avanzar repartidos en seis kilómetros de suave oleaje —tres petroleros en formación de «V», y cuatro buques de guerra a su alrededor, en puntos equidistantes—, parecían más preparados para una regata naval que para una peligrosa travesía Golfo arriba. Los petroleros extranjeros que ocupaban el océano a su alrededor, algunos a toda máquina y otros esperando en la marea las órdenes de sus dueños, resultaban ecos débiles y familiares de aquellos grandes convoyes que partieran para los *Western Approaches* cuarenta y seis años antes. Había tres barcos que habían recibido hacía poco la matrícula estadounidense —*Gas King*, *Sea Isle City* y *Ocean City*— y que resultaban símbolos poco interesantes de la resolución política de Washington en el Golfo: mal pintados, con un toque de óxido en el casco y todavía sin la bandera estadounidense en la popa. Los buques de guerra *Kidd*, *Fox* y *Valley Forge* avanzaban en formación por detrás de ellos, mientras otra embarcación

estadounidense montaba guardia por delante. Todo aquello desprendía cierto aire teatral, esa pulcra configuración de petroleros vacíos y esplendorosos con sus escoltas grises en el cálido mar, actores a la espera de que subiera el telón de su farsa o su tragedia.

De súbito se vio una luz dorada, pequeña pero muy brillante, en la cubierta del *Valley Forge*, y una bengala se elevó con gracilidad sobre el mar y se precipitó después hacia las olas sin ningún cuidado. «Aquí buque de guerra estadounidense —volvimos a oír la misma voz por los auriculares, a mayor volumen y más sincopada—. Han entrado en las dos millas náuticas. Solicitamos que salgan. Cambio». Desde el *Valley Forge* se nos acercó un gran helicóptero antisubmarino, un SH 603 cuyo impresionante ascenso fue obrado por dos motores descomunales. Se acercó por un lado, sus tripulantes nos miraban desde detrás de las viseras, y vimos una sola mano en el interior tenebroso que nos hacía lentos gestos indicándonos que nos alejáramos de las embarcaciones. Cerca de las nueve de la mañana, un buque de guerra de líneas más elegantes, con una chimenea alargada y chata y lanzamisiles para Exocet en las cubiertas, cruzó navegando lentamente por detrás del convoy estadounidense. Era una fragata británica de la patrulla Armilla, el *Active*, y se mantuvo a una distancia discreta de la última jugada política de los Estados Unidos, una distancia con la que habría estado conforme la primera ministra Margaret Thatcher, al menos a una milla náutica del barco estadounidense más cercano.

La cólera de Irán iba en aumento<sup>[8]</sup>. Sus Guardianes de la Revolución empezaron a asaltar navíos mercantes sin escolta con granadas de propulsión, se acercaban a ellos en lanchas motoras desde pequeñas islas iraníes del Golfo y disparaban después a poca distancia. Todo ese tiempo, los márgenes de error iban en aumento. A mediados de agosto, un caza estadounidense que sobrevolaba el Golfo disparó dos cohetes a un «avión» iraní que resultó no ser nada más amenazador que una «franja» de calor en la atmósfera. Dos semanas después, los kuwaitíes dispararon un misil tierra-aire a una nube baja porque la humedad había transformado el vapor en la imagen de un avión a reacción que se acercaba en las pantallas del radar.

Una muchedumbre saqueó la embajada saudí de Teherán, pero la manifestación «espontánea» en protesta por las muertes de La Meca contó también con algunos cerrajeros muy profesionales que robaron 40 000 dólares en efectivo de la caja acorazada de la embajada. En un intento por perjudicar la economía de Irán, los saudíes habían amenazado con recortar los precios del crudo, aunque se trataba de un arma contraproducente. Iraq, igual que Irán, dependía de la exportación de petróleo para financiar la guerra. Sin apenas reservas monetarias extranjeras, la deuda externa de Bagdad ascendía ya a 60 000 millones de dólares. Kuwait, uno de los principales respaldos financieros de Iraq, vería desaparecer de la noche al día los 17 millones de dólares de beneficio que había obtenido gracias a las exportaciones adicionales de crudo desde que había cambiado la bandera de sus petroleros por la estadounidense. Los árabes, por lo tanto, seguían siendo tan vulnerables económicamente como a

menudo creían ser militarmente.

Entonces se descubrieron más minas en el Golfo. Una hizo explosión contra el superpetrolero *Texaco Caribbean*, frente a las costas de Fuchaira, en el golfo de Omán, bastante lejos del golfo Árabe. La explosión le abrió un boquete lo bastante grande para entrar por él con un coche familiar en el depósito número tres. De nuevo se condenó a Irán, pero apenas se hizo mención de que el barco no iba cargado de exportaciones kuwaitíes, sino de crudo iraní procedente de la terminal frente a la costa de Larak. Igual que en el ataque iraquí con misiles al *Stark* —el asalto que había desatado aquel frenesí de cólera de Washington contra Irán—, ahora los iraníes atacaban supuestamente con minas sus propios superpetroleros, mostrando de nuevo ese frío desdén por la paz mundial del que siempre habían sido acusados. Claro está, dos días después, el ministro de Exteriores británico hablaba ya del «régimen altamente irracional» de Teherán.

Fue precisamente el equipo de la NBC el que encontró otras dos minas. Steve O'Neil iba mirando por su visor durante un vuelo bajo sobre el mar en nuestro habitual helicóptero, cuando divisó una gran forma negra y esférica que desaparecía más allá del patín izquierdo del aparato. Sólo estaba a unos metros del agua y volaba a más de 150 kilómetros por hora, pero el objeto le pareció demasiado siniestro —demasiadas veces lo había visto en decenas de películas de guerra— para no ser una mina. Unas horas después y en circunstancias prácticamente idénticas, un equipo de la CBS encontró otra mina, pintada de negro igual que la primera, pero lastrada por una cadena. Los técnicos militares chinos que colaboraban con los iraníes informaron de que Irán había construido una fábrica cerca del puerto de Bandar Abbas para poner al día las viejas minas que compraban, minas que en su origen se habían fabricado —hagamos una pequeña pausa para la reflexión imperial— en la Rusia zarista.

En abril, el buque de guerra estadounidense *Samuel Bo Roberts* casi se hundió al topar con una mina mientras patrullaba en el Golfo. El 21 de septiembre, el contraalmirante Bernsen, el mismo oficial que había admitido con docilidad que sus buques hacían bien en utilizar superpetroleros para protegerse, decidió que los helicópteros Seabat equipados con sonar que iban a bordo de la fragata *Jarrett* —hermana del *Stark*, casualidades históricas— debían atacar la embarcación de la marina iraní *Irán Ajr* después de haber sido observada durante treinta minutos colocando minas en el Golfo, a 80 kilómetros al nordeste de Bahrein. Los reporteros que más tarde fueron conducidos a bordo de la embarcación iraní de 55 metros —una lancha japonesa de desembarco con nueve años de antigüedad y nada romántica— vieron cerca de la popa del barco diez grandes minas pintadas de negro con el número de serie «M08» y una rampa especial añadida a la cubierta para que la tripulación pudiera lanzarlas al mar. La cubierta estaba acribillada a balazos, igual que las cabinas y la estructura del puente, y había restos de sangre a lo largo de las pasarelas. Tres de los treinta hombres que formaban la tripulación iraní perdieron la vida en el ataque, dos más desaparecieron y fueron dados por muertos, y otros cuatro resultaron

heridos, dos de gravedad. Rafsanyani dijo que la imputación estadounidense de que estaban colocando minas era «una mentira», pero está claro que no lo era, y los iraníes finalmente se desdijeron en cuanto a que el *Irán Ajr* era una inocente embarcación de carga. Sadam Husein tenía ya la satisfacción de saber que los Estados Unidos se habían alineado con Iraq como parte beligerante contra Irán.

Los Estados Unidos reforzaron su éxito del minador iraní tan sólo algo más de tres semanas después con un ataque naval contra dos plataformas petrolíferas iraníes a 130 kilómetros al este de Qatar. Cuatro destructores estadounidenses con lanzamisiles demolieron las plataformas de Rustum y Rajsh disparando armas de 127 mm. El secretario de Defensa, Caspar Weinberger, lo denominó «reacción moderada» tras el ataque iraní con misiles contra un petrolero de bandera estadounidense que había tenido lugar la semana anterior. Lo único que se oyó por parte de los iraníes fue una voz lejana y crepitante que suplicaba por radio un alto el fuego naval para que los heridos pudieran ser evacuados de una de las plataformas en llamas. Según los estadounidenses, los Guardianes de la Revolución habían utilizado esas dos plataformas como bases militares. Teherán advirtió, sin demasiada credibilidad, de que los Estados Unidos recibirían una respuesta apabullante por parte de Irán.

Puesto que estas acciones militares involucraban a las potencias occidentales, se prestó muy poca atención a las víctimas mucho más graves que se producían en la guerra terrestre, a pesar de que estaba claro que eran civiles. El 12 de octubre, por ejemplo, un misil tierra-tierra iraní supuestamente dirigido al Ministerio de Defensa iraquí, en Bagdad, alcanzó la Escuela Primaria de los Mártires, a 20 kilómetros del edificio del ministerio, mientras los alumnos se reunían para la clase de la mañana. La explosión mató a 29 niños e hirió a otros 228 civiles, un centenar de ellos de mucha gravedad. Iraq acababa de retomar el uso de armas químicas contra las fuerzas iraníes en los alrededores de Basora, pero eso no impidió a los iraquíes sacar partido de lo que inmediatamente condenaron como un ejemplo de la «brutalidad» iraní.

Basora había acabado por definir esa fase última y despiadada de la guerra. Para los iraníes seguía constituyendo la entrada hacia el sur de Iraq, hacia las carreteras que llevaban a los santuarios de Kerbala, Nayaf y Kufa, que llamaban a los soldados iraníes y a los pasdaranes que seguían atrapados en las ruinas de Fao. Iraq aún era capaz de mantener un ejército de 650 000 hombres repartidos en siete brigadas desde Suleimaniya hasta el frente de Fao. La guardia presidencial y las fuerzas especiales constituían 30 000 hombres de todas esas tropas, y el «ejército popular» de reclutas y «voluntarios» al menos 400.000. El resto de la fuerza iraquí estaba formada por un «ejército árabe» de 200 000 hombres, muchos de ellos egipcios. Sin embargo, a principios de 1987 los iraníes habían concentrado una fuerza de 600 000 soldados frente a Basora. Parecía inevitable que el mariscal de campo Sadam Husein, presidente de Iraq, primer ministro, secretario general del mando regional del Partido

Socialista Árabe Baaz, presidente del Consejo de Mando Revolucionario y amigo de los Estados Unidos, se viera obligado a ordenar otra de sus famosas retiradas.

Así pues, cuando los iraníes lograron abrirse paso en enero de 1987 y avanzaron raudos hacia Basora, querían que lo atestiguáramos. Por la noche nos llevaron tras las líneas iraníes. Nuestro autobús iba rechinando por los uadis mientras el horizonte se iluminaba a causa del fuego de artillería. Avanzamos una hora tras otra por la oscuridad, entre miles de soldados que se dirigían a la línea de batalla, y cada vez sentíamos más cerca el viejo miedo a la muerte, a la muerte y a las heridas que pudiéramos sufrir. Unos meses antes, un escolta religioso había llevado a un fotógrafo de Reuters a un campo de minas. Ambos habían saltado por los aires. Los iraníes proclamaron «mártir» al hombre de Reuters y a punto estuvieron de enviarle a su viuda un libro de papel satinado con fotografías a todo color de otros mártires en varios estados de descuartizamiento y putrefacción.

Pasé la noche en el suelo de arena de un bunker subterráneo, profundo y con paredes blanqueadas. Nos dieron zumo, *dooq* —un yogur frío para beber—, pan *nan* con queso y té. Me quedé tumbado bajo mi manta, como de costumbre, sin poder dormir. Antes de las seis de la mañana siguiente llegaron unos Guardianes de la Revolución para llevarnos de visita al «frente», y subí con cansancio los escalones que conducían al sol, al calor, al rugido de los disparos y al pesado sonido de las explosiones de los obuses. Dezful se veía en cinemascopio. Fao tenía un aspecto terrorífica. Sin embargo, se trataba de una epopeya con un reparto de miles de personas. Tanques, camiones y cañones pesados avanzaban hacia el oeste con cientos de soldados iraníes en vehículos acorazados, en camiones o marchando junto a ellos. Para horror mío, me di cuenta de que nuestro escolta no sería otro que Alí Mazinan, el mismo oficial delirante y con gafas de los Guardianes de la Revolución obsesionado con la exportación de dátiles de Iraq que me había enviado a Fao en aquel descabellado helicóptero. Entonces se acercó con la más cálida de las sonrisas, me dio un abrazo de oso y me besó ambas mejillas. La «suspensión voluntaria de la incredulidad» de Coleridge nunca había sido más necesaria para un corresponsal. La fe poética casi era lo mejor a lo que podríamos aferrarnos durante las próximas horas.

El lago Fish se encontraba en una extensión de desierto al norte del río Karun y al oeste de Shalamcheh —el puesto fronterizo donde me había quedado parcialmente sordo a causa de las baterías de cañones que bombardeaban Jorramshar hacía más de seis años—, pero Shalamcheh volvía a estar en manos de los iraníes y su enorme ejército avanzaba hacia el río Shatt al Arab y la ciudad de Basora. Una vez más, me encontraba en el «Iraq bajo ocupación iraní», pero en un desierto que los iraquíes habían inundado a medida que se retiraban. Los iraníes avanzaban ya sobre una serie de diques por encima del desierto anegado, bajo el intenso y constante fuego de la artillería iraquí, cuyos tiradores calculaban rápidamente las trayectorias para alcanzar los diques.

Los iraníes trajeron un camión del ejército para la prensa, un camión japonés con

el techo abierto en el que había una pila de cascos de acero que podríamos ponernos al llegar al campo de batalla. Avanzamos entre zanjas, refugios y líneas de trincheras. La soldadesca de la República Islámica marchaba a nuestro lado, sonriendo, haciendo la señal de la victoria y alzando los fusiles como héroes conquistadores. Supongo que eso eran: las víctimas que triunfaban al fin sobre sus agresores, los vencedores —o eso creían ellos— después de tantísimos años de dolor y derrotas. A mi izquierda, mientras subíamos a una meseta de roca y arena, vi de repente las brillantes cabezas blancas y los fuselajes de una batería de misiles Hawk, regalo de Oliver North, junto con las piezas de recambio que los habían convertido en una defensa antiaérea nueva y formidable para el victorioso ejército iraní.

Avanzamos entonces por el paso elevado, un terraplén de arena largo y estrecho que se desmoronaba a trozos, rodeado de lagunas de agua llenas de tanques iraquíes que aún ardían, lanzamisiles volcados, transportes de personal iraquíes medio sumergidos y decenas de cadáveres, algunos sólo con los pies saliendo del lodo. No obstante, mucho más terribles eran los gemidos y los estallidos de los obuses que nos disparaban los iraquíes, que dirigían su artillería hacia los diques. Me sujeté bien sobre la cabeza el viejo casco ruso que me habían dado los iraníes. Delante de nosotros, un camión empezó a arder con un fuego rosado mientras sus ocupantes se lanzaban al agua, algunos con llamas enroscadas al cuerpo. El convoy retrocedió y nuestro camión se detuvo. Oímos el chapuzón en el agua que quedaba a nuestro lado cuando el siguiente obús cayó en la laguna y lanzó hacia el cielo una columna de agua que nos echó encima una cascada de barro y arena húmeda.

Ian Black, de *The Guardian*, uno de los reporteros más cuerdos con los que uno puede ir a la guerra, estaba sentado frente a mí en el camión y me miraba con insistencia a través de sus grandes gafas. «Esto —dijo— es peligroso de cojones». Estuve de acuerdo. A nuestro alrededor, sobre los pequeños montículos que había entre los grandes lagos de agua azul verdosa, los tiradores iraníes lanzaban proyectiles de 155 mm hacia Basora expresando su entusiasmo a gritos y abrazándose unos a otros. Los jóvenes iraníes ni siquiera se molestaban en seguir con el casco puesto en medio del fuego de artillería. Se paseaban por los terraplenes del frente iraquí ocupado, fumando cigarrillos, colgando la colada, saludándonos de muy buen humor mientras los disparos de la artillería siseaban por encima de sus cabezas. Las explosiones incluso les hacían reír. ¿Era desprecio por la muerte o tan sólo su reacción ante nuestro miedo?

Otro gran chapuzón, Black y yo encorvamos los hombros. Se produjo una erupción de agua y tierra detrás de mí, claro está, y nos cayó encima un aguacero de lodo y líquido salobre. Los proyectiles llegaban de cinco en cinco, silbando a toda velocidad por encima de los diques. En un recorrido similar unas horas antes, el corresponsal británico de *US News and World Report* había resumido los sentimientos que había experimentado bajo el fuego con un elocuente eufemismo. «No creo —dijo— que pudiera soportar más de un día como éste». La superficie de

la carretera sólo quedaba a unos metros por encima del agua, pero el paso elevado parecía extenderse hasta la grieta del destino, una veta de arena cada vez más delgada que llegaba hasta un horizonte de fuego y humo. La correa de mi casco se partió de repente, se me resbaló de la cabeza y cayó al suelo del camión. Lo recogí, me lo volví a poner y lo sostuve con la mano izquierda. Aunque, ¿para qué? Si me alcanzaban en la cabeza, perdería los dedos. Black estaba ceñudo. Todos estábamos concentrados. La idea de una muerte instantánea era, ciertamente, una experiencia que lo hacía a uno concentrarse mucho. Y durante todo ese tiempo, el ejército de niños y ancianos voluntarios, así como los comandantes de los Guardianes de la Revolución, nos adelantaban en su marcha, bajo el sol, mientras avanzábamos lentamente hacia el frente de batalla.

«Guerra hasta la victoria», no dejaban de repetirnos desde el lodo. ¿Es que nunca dejaría de oír esa frase? Y, cuando llevábamos unos tres kilómetros recorridos por esos terraplenes y acabábamos de pasar Shalamcheh, el funesto Mazinan apareció de pronto junto a nuestro camión, señalando como un demente hacia el noroeste. «Basora —no dejaba de gritar—. ¡BASORA! ¡Basora! ¡Basora!» Black y yo aguzamos la vista por entre el humo, las llamas y las trombas de agua que se elevaban de manera inquietante a nuestro alrededor, erupciones volcánicas que arrastraban consigo el lodo marrón hacia el aire, donde se cernía durante un segundo antes de caer sobre nosotros. Black me miraba otra vez. «Es casi como en la novela *Mar cruel*», dije, tontamente. «Mucho peor», me contestó.

Mazinan estaba obsesionado. «Vengan, vengan», no dejaba de ordenarnos, y nos arrastramos hasta un terraplén de barro que se sacudía físicamente cuando los iraníes disparaban sus proyectiles de 155 mm desde los fosos inundados que quedaban detrás de mí. Espié por encima del borde y, al otro lado de una extensión de aguas relucientes, vi las torres y las fábricas del complejo industrial de las afueras de Basora, grises en el horizonte, con su silueta recortada por el sol de la mañana para los tiradores. Una muchedumbre de niños reía a nuestro alrededor. «¿Por qué hay que tener miedo? —preguntó uno—. Miren, estamos protegidos. Sadam morirá».

Unas horas antes, Sadam Husein había declarado que aquella carretera elevada se convertiría en un «horno» —Black y yo sospechábamos con suspicacia qué había querido decir con eso— en el que los iraníes perecerían. Sin embargo, toda la protección que llevaba aquel niño consistía en un pañuelo rojo atado con fuerza alrededor de la cabeza, un pañuelo que llevaba estampada en amarillo la supuesta invocación de Dios para destruir el régimen iraquí. «“Dios santo”, dijo Dios —recuerdo que decía el Dios del poema de John Squire—, “me han quitado el trabajo”». Tampoco la Primera Guerra Mundial era un cliché esta vez. Con al menos un millón de muertos, la batalla del lago Fish fue la del Somme y la de Passchendaele juntas, pero con el sacrificio convertido en un alborozo demencial por Mazinan y sus camaradas. Un niño de unos trece o catorce años —que estaba de pie junto a un refugio— me miró, se quitó lentamente el casco, se llevó un Corán al corazón y me

sonrió. Era la ofensiva Kerbala 5, y ese niño, estoy seguro, creía que pronto estaría orando en el santuario del imam Husein. A su manera, era una visión tan profundamente impresionante como inmensamente triste. Aquellos jóvenes creían que eran inmortales a ojos de Dios. Eran más inconscientes que intrépidos: eso era lo que los hacía únicos y, no obstante, vulnerables. Habían encontrado la clave, habían descubierto el mecanismo de la inmortalidad. Nosotros no. Así que él era valiente y reía, mientras que yo sentía miedo. Yo no quería morir.

Los lodazales que había a nuestro alrededor estaban sembrados de bombas sin explotar, grandes bestias de aletas grises como tiburones que habían quedado medio enterradas en la masa húmeda cuando la fuerza aérea iraquí había intentado en vano detener Kerbala 5. ESTAMOS GANANDO, proclamaba una pancarta blanca por encima de un refugio destrozado, cuyos muros estaban hechos de cajas vacías de munición y vainas de proyectiles. ¿Quién podía dudarlo? Los iraquíes tenían cinco líneas defensivas frente a Basora y los iraníes ya habían rebasado las tres primeras. Los T-72 de Iraq que habían sido capturados por los iraníes volvían a colocarse en sus revestimientos, pero con los cañones dados vuelta para disparar hacia Basora.

Mazinan afirmaba —con total sinceridad— que la batalla la habían ganado los Guardianes de la Revolución, que el ejército regular iraní sólo había proporcionado logística y fuego de apoyo, que Iraq había sufrido 15 000 bajas y 35 000 heridos, que se habían destruido 550 tanques y más de un millar de vehículos acorazados. Sin embargo, protesté con imprudencia diciendo que los iraníes estaban aún a mucha distancia del centro de Basora. Los ojos de Mazinan se abrieron muchísimo tras sus grandes gafas. «Venga», me dijo, y me vi propulsado por ese gigante necio —que en realidad era casi demasiado racional cuando hablaba de una guerra religiosa— hacia otro gran terraplén de fango. Lo ascendimos con dificultad y bajamos por el otro lado. Era la tercera línea iraquí, y ya estábamos por delante de ella. Las balas silbaban a nuestro alrededor. Recuerdo que pensé en lo mucho que se parecía ese ruido al zumbido de las avispas, avispas de alta velocidad, y las oía «repiquetear» hacia el barro que quedaba a mi espalda. Mazinan me agarró del brazo derecho y señaló hacia unos pilares de humo negro que colgaban como telones de funeral ante nosotros. «¿Ve ese edificio?», preguntó. Por entre la oscuridad apenas lograba distinguir el contorno de un bloque bajo y rectangular. «¡Eso —exclamó Mazinan— es el hotel Sheraton de Basora!»

La cadencia de tiro de la artillería iraní era tres veces superior a la de los iraquíes, los fogonazos se extendían sobre el agua. Los niños y los ancianos de barba seguían repartidos a lo largo de la carretera elevada. Algunos ponían cintas de música religiosa por altavoces. De vuelta en el camión, Black y yo nos miramos. A Brent Sadler y a un equipo de ITN se los habían llevado a contemplar una montaña de cadáveres iraquíes en un pantano revuelto por los proyectiles. «Es muy peligroso, pero no tengo otra opción —me dijo Sadler con un tinte de muerte en la mirada—. Así es la televisión... Ya sabes, tenemos que conseguir imágenes». Sadler

sobreviviría, siempre sobrevivía. Sin embargo, Black no estaba tan seguro. Tampoco yo. «Nos gustaría marcharnos ya», le grité a Mazinan. Él enarcó las cejas. «Marcharnos —exclamó Black—. Queremos marcharnos, marcharnos, marcharnos». Mazinan nos miró a ambos con algo peor que el desdén. «¿Por qué?», rugió. Porque somos unos cobardes. Venga, Fisk, dilo. Porque estoy temblando de miedo y quiero sobrevivir, vivir y escribir mi artículo, y coger un vuelo para volver a Teherán y regresar a Beirut e invitar a una joven a una copa de buen tinto en mi balcón.

Mazinan le hizo un gesto al conductor con la cabeza. Después alzó la mano derecha a la altura del rostro y cerró y abrió los dedos, la clase de saludo que ofrece uno cuando es un niño pequeño. Adiós, adiós, nos decía suavemente. Imitaba a la madre que se despide de sus pequeños. Así pues, nuestro camión torció a la izquierda, dejó atrás el dique y traqueteó por un largo paso elevado hacia las ruinas de Jorramshar.

En el almacén de una fábrica hicieron desfilar ante nosotros a un millar de prisioneros iraquíes, entre ellos el general de brigada Jamal al Bayudi, del 506.º Cuerpo del ejército iraquí, que nos relató cómo los pasdaranes y los basiyíes se habían abierto camino a arañazos por franjas de alambre de espino de 60 metros de ancho para llegar a la tercera línea de defensa<sup>[9]</sup>. Los iraquíes entonaron maldiciones poco entusiastas contra el mismo dirigente iraquí por el que habían luchado hacía apenas unos días. Muchos nos sonreían cuando los guardias no miraban. Uno me susurró su nombre. «Por favor, dígame a mi familia que estoy bien —dijo en voz baja—. Por favor, dígales que no morí en la batalla». Una semana después, di su nombre en la Cruz Roja Internacional, donde prometieron transmitirles el mensaje a sus padres<sup>[10]</sup>.

Regresé de la batalla del lago Fish con un sentimiento de desesperación. El niño que había sostenido el Corán contra su pecho creía: creía de una forma en que muy pocos occidentales, y me incluyo, podían comprender ya. Ese niño sabía, con tanta certeza como que estaba vivo, que el cielo lo esperaba. Iría directo allí —en tren expreso, sin paradas, sin limbo, sin retrasos— si tenía la gran suerte de que lo mataran los iraquíes. Empecé a pensar que la vida no era lo único que podía morir en Irán. Se estaba produciendo, de una forma indefinible, un proceso de muerte dentro del Estado mismo. Era como si, en una nación que miraba al pasado más que al futuro, en la que las mujeres tenían que vestir de luto perpetuo, en la que la muerte era todo un logro, en la que los niños sólo podían alcanzar su hazaña más heroica sacrificando la vida, el país se estuviera castrando, como si avanzase hacia una experiencia negra que tenía un paralelismo espiritual con la matanza de Camboya más que con el ancestral campo de batalla de Kerbala.

Yo pasaría días, tal vez semanas de mi vida, visitando los cementerios de los iraníes muertos en la guerra. Menos de un año después de la ocupación de Fao —la ofensiva que se supone que hizo entrar a Irán en Basora y luego en Kerbala y Nayaf—, me encontraba en el pequeño cementerio del imam Zadá Alí Akbar, en las frías

laderas de las montañas de Elburz, en Chasar, donde se habían estado preparando para la siguiente ofensiva iraní. Las excavadoras habían devorado el gélido cementerio y habían dejado nuevos terrenos —de dos campos de fútbol de largo— preparados para la siguiente cosecha de mártires.

El guarda del cementerio, delgado y de semblante oscuro, fue muy franco al respecto. «Cada vez que hay una nueva ofensiva Kerbala, los mártires llegan al cabo de unos días —comentó—. Ya tenemos trescientos allí, y doce más la semana pasada. Las tumbas de la gente corriente las destruimos al cabo de treinta años, no queda nada de ellos, pero nuestros mártires son diferentes. Yacerán aquí durante un millar de años y más». Su estadística relataba una historia mucho más apocalíptica de lo que pueda parecer; y es que en Chasar —que sólo se caracteriza por un antiquísimo santuario medio en ruinas— apenas estaban enterrados los muertos en la guerra de un pequeño barrio de las afueras del norte de Teherán. Repartidos por todo el país, esos 312 cadáveres se convierten en medio millón, tal vez tres cuartos de millón, tal vez mucho más. En el cementerio de Behesht Zahra, fuera de la ciudad, yacen por decenas de miles.

Casi todos son jóvenes y son venerados, al menos en público, con esa mezcla de dolor y satisfacción espiritual tan peculiar del islam chií. Tomemos como ejemplo a Alí Nasser Riarat. Tan sólo tenía veintiún años cuando murió en la batalla de los pantanos de Majnun, al oeste de Al Huweiza, en 1986; en su fotografía, colocada sobre sus restos mortales dentro de la caja de acero con puertecilla de cristal, aparece como un joven guapo y esbelto, con un bigote estilo cepillo. Su lápida contiene un mensaje para su padre, Yusef, y para su madre:

No llores, madre, porque soy feliz. No he muerto. Recuerdo todo lo que hiciste por mí. Me diste leche y quisiste que me sacrificara por mi religión. Padre querido, no llores y no te golpees porque estarás orgulloso al darte cuenta de que soy un mártir.

Muchas otras inscripciones expresan sentimientos similares. Incluso las flores dispuestas sobre la tumba de un joven soldado llamado Zaman, cerca de la barraca del guarda del cementerio, llevan una dedicatoria. «Te felicitamos por tu martirio», dice, y va firmada por «estudiantes y personal de la Universidad de Ciencias de Teherán». ¿Podía haber de veras tanta dicha entre las tumbas de Chasar? Esos crueles cajones de acero de encima de los cadáveres contienen flores naturales, palomas de plástico y balas auténticas con punta de acero, pero en las fotografías se ven a los jóvenes que mueren en todas las guerras, riendo en jardines, de pie junto a sus padres a la entrada de casa, subidos a la cima de una colina, sosteniendo prismáticos de campo. Lutyens habría comprendido lo mucho que se perdió con el sargento Akbazadeh, de veinticinco años, que murió en Jorramshar, en 1982; con Mehdi Baluoch —una granada de mano tallada en su lápida—, que tenía veintitrés años cuando murió en Zakdan; con Mehdrodi Nassiri, de veinticinco años de edad, que murió de un balazo en Mehran, en julio de 1986. Un muchacho de veinticuatro años

que había muerto en las afueras de Basora unos días antes —tal vez en la misma batalla del lago Fish que yo había atestado— aparecía en una fotografía con sus dos hijitas, una con el pelo recogido en un moño y acurrucada en brazos de su padre antes de que se marchara al frente.

¿No había sentimiento de pérdida? Un hombre de unos cuarenta y tantos, con barba, sacudía la cabeza sin sonreír. ¿Cómo era lo que preguntaba Owen sobre la juventud condenada? ¿Qué toques de difuntos hay para los que mueren como ganado? «Sólo he conocido a un hombre que hablara así —dijo el iraní—. Era un anciano que estaba en el hospital. Había perdido las piernas y un brazo a causa de una bomba, cerca de Ahvaz. Se había quedado con un solo ojo. La bomba había matado a su esposa y a sus hijos, a sus hermanas y a sus hermanos. Me dijo que creía que tanto Sadam como Jomeini estaban interesados en lo que pudieran sacar y que no se preocupaban por sus pueblos. Sin embargo, él fue el único al que he oído decir esas cosas».

Fuera de aquel cementerio fresco e íntimo había una tienda en la que vendían libros sobre el martirio. Dentro había un joven guardián de la revolución que había regresado ese día del frente del sur. Se llamaba Alí Jani. ¿Qué sentían sus padres cuando se marchaba? «Además de mí, tienen otros tres hijos que también están en el frente —respondió—. Mi madre y mi padre saben que si muero como mártir seguiré con vida». Pero ¿no le deseaban suerte sus padres?, ¿no le decían: «Cuídate», cuando se marchaba a la guerra? «No —explicó, esbozando una ligera sonrisa ante ese sentimiento tan occidental—. Creen que, si muero, ése es el deseo de Dios». Pero ¿no llorarían sus padres si moría? Alí Jani lo pensó largo rato. «Sí, llorarían —repuso al fin—. Como también lo hizo el profeta Mahoma, que en gloria esté, cuando murió su pequeño Ibrahim. Sin embargo, eso no es signo de debilidad ni de falta de fe. Es humano».

## CAPÍTULO 8

### BEBER DEL CÁLIZ ENVENENADO

... el sol brillaba  
sobre unas piernas blancas que se hundían  
en agua verde, y desde el costoso barco delicado veían  
lo prodigioso: un chico del cielo defenestrado;  
pero el barco seguía su rumbo y con calma navegaba.

W. H. AUDEN,  
«Musée des Beaux-Arts»

Una gran distancia separa Washington de la Cámara Frigorífica de Alimentación y Frutas Mossan de Bandar Abbas. Los fríos detalles del Pentágono sobre el último vuelo IR655 de Iran Air el 3 de julio de 1988 no pueden dar una idea de la atroz dimensión humana del osario en el que me encuentro, donde Leila Beban, una niña de tres años, yace en su féretro de aglomerado barato. Era muy pequeña y aún lleva puesto el vestido verde y el pichi blanco con los que murió hace tres días, cuando el misil de la marina estadounidense alcanzó al Airbus iraní que volaba sobre el Golfo y mató a Leila y a los 289 pasajeros restantes. La sacaron del agua sólo unos minutos después de la explosión y parece que esté dormida. En la muñeca derecha lleva dos pulseras de oro brillante, y sus pies aún conservan los calcetines blancos y los zapatitos negros. Su nombre está garabateado con lápiz sobre la tapa del féretro, apoyada a su lado. Su hermano, igual de pequeño que Leila, un niño moreno y guapo, con el pelo negro y muy corto, yace a unos centímetros de ella, acurrucado en otro féretro de madera contrachapada.

Sólo el hielo que les salpica el pelo revela que están esperando su entierro. El espacio central de la cámara frigorífica del almacén de frutas está repleto de féretros de madera clara como los suyos. «Yugoslavo», dice en uno. «Desconocido», en otro. En un rincón, un hombre de mediana edad echa un vistazo a algunos cadáveres. Reconoce a tres miembros de su familia —hay dos a los que no logra encontrar—, y entonces entra un iraní con vaqueros empujando un carro en el que se apilan precariamente otros tres ataúdes. Hay cincuenta y ocho cadáveres intactos, rodeados por una fila de restos humanos tan terroríficos que sólo podrían describirse con precisión en un informe clínico o una revista médica. Extremidades, torsos y cabezas —con los ojos abiertos— yacen medio envueltos en mantas y plásticos. Los pasdaranes iraníes, que suelen ser los revolucionarios más locuaces, se han quedado mudos. «Venga conmigo, usted es mujer —le dice uno a una periodista—. Venga a ver a una mujer muerta». Forcejea con la tapa de un féretro, y entre plásticos aparece

un rostro de mujer, pálido y con el pelo mojado.

Aunque esto pueda parecer un gesto de mal gusto, una intrusión en el dolor a ojos occidentales, no puede evitarse sacar ciertas conclusiones: que muchos de los muertos —sesenta y seis— son niños, que algunos de los féretros son diminutos, que una chica de veintiún años yace en el mismo ataúd que su hija de doce meses. Fátima Faidazaida fue encontrada en el mar tres horas después de que los estadounidenses abatieran el avión, estrechando aún a la niña contra su pecho; por eso la pequeña, Zoleila Ashan, está ahora junto a ella. «Por eso las hemos puesto juntas —explica con calma un oficial iraní—. Las encontramos juntas y así deben yacer».

Me encuentro con otro hombre de mediana edad que se sostiene un pañuelo ante la cara y camina con paso vacilante por la cámara frigorífica en busca de sus familiares. Rechaza muchos cadáveres; aunque han quedado horriblemente desfigurados por la explosión de los dos misiles de la marina estadounidense que destruyeron el avión, no hay duda de que esos cuerpos le son desconocidos. Entonces descubre a su hermana y a su cuñado bajo unos plásticos y se arrodilla para acariciarles la cara sin dejar de llorar. Hace tan sólo unas horas, el presidente Reagan ha declarado públicamente que se disculpa por las muertes de todos esos inocentes. Con su condolencia, según le dice al mundo, es «suficiente».

Resulta extraordinario lo vacíos y oportunistas que suenan el pésame oficial, la condolencia y la autoabsolución de Washington aquí, en el abrasador puerto de Bandar Abbas, en el sur de Irán. Lo que en Washington llaman «tragedia» —como si a los pasajeros fallecidos que hay a mi alrededor les hubiera sobrevenido un desastre natural— en Bandar Abbas parece una atrocidad. En los Estados Unidos, los redactores de los periódicos quizá podrían insinuar que el Airbus volaba en misión suicida, que el piloto pretendía estrellar el avión lleno de pasajeros contra la fragata estadounidense que lo abatió. Incluso mi periódico, *The Times*, afirma vergonzosamente eso mismo. Sin embargo, en Bandar Abbas, donde los amigos y compañeros del piloto me hablan con total franqueza y sin ninguna presión oficial, esas insinuaciones son ofensivas y obscenas. Toda una familia iraní de dieciséis miembros viajaba en el Airbus para asistir a una boda en Dubai, los niños vestían ya sus trajes de gala. Aún lucen esos mismos colores vivos y alegres en los féretros de la gélida cámara frigorífica, mientras Reagan envía una carta al Congreso para anunciar que considera «zanjado» el asunto del derribo del avión.

Caminamos en silencio reverencial por entre los pasillos de muertos, occidentales sin excusas, cámaras que filman a los cadáveres a cierta distancia para un público que no será capaz de aceptar —de «asimilar»— la realidad de lo que acaba de hacer la marina de los Estados Unidos. Sólo los pasajeros que habían sido tan amables de morir sin heridas ostensibles, o que habían tenido la suerte de morir sin que la explosión de los dos misiles Standard que el *Vincennes* había disparado contra su avión les desfigurara el rostro, tendrían el honor de aparecer en las fotografías de los periódicos de Occidente. Nuestra respuesta era predecible: no había sido nuestra

intención, la destrucción del Airbus había sido un error. Pero la culpa la tenía Irán.

Recuerdo muy bien la llamada telefónica que recibí de *The Times*. Estoy pasando ese cálido y resplandeciente domingo de verano en Irlanda, y he pasado la mañana en Dublín, conversando con John Grigg, el historiador que escribirá el volumen VI de la historia de *The Times*, de 1966 a 1981, período en que Rupert Murdoch se hizo cargo de la publicación. Mientras tomamos café, rememoro para Grigg mis cuatro años como corresponsal en Irlanda del Norte y, aunque no entra en su volumen, le relato la infame historia de los «diarios de Hitler». Habían logrado enredar a Murdoch para que publicara por entregas esos documentos ficticios que, supuestamente, eran los desvaríos del *Führer* nazi sobre Chamberlain, su amante Eva Braun, *et al*<sup>[1]</sup>.

«Seguro que ya sabes lo que ha sucedido —me dice el redactor de Londres—. El redactor jefe quiere saber cuándo puedes estar en el Golfo». Todos los reporteros detestan ese momento. ¿Qué había «sucedido»? Esa mañana no había escuchado las noticias. A veces puede uno salvar la situación, responder con vaguedad y correr a sintonizar la radio para escuchar las noticias y descubrir lo que se supone que ya debe uno saber. Ésa no fue una de esas ocasiones. «Los estadounidenses han abatido un avión de pasajeros iraní en el Golfo —dijo la voz del teléfono—. Ha sido un buque estadounidense, el *Vincennes*, que ha disparado dos misiles con dispositivo infrarrojo al avión... Dicen que ha sido un error». Bueno, ¿qué otra cosa iban a decir? Vamos, que los estadounidenses no podían alegar que el Airbus iba lleno de «terroristas». ¿O sí podían? Seguro que el Pentágono ya insinuaba que el piloto había intentado estrellar el avión contra el buque de guerra. El capitán de la embarcación estadounidense viajaría a Bahrein para explicar por qué había disparado contra un avión civil.

Se trataba de la clase de «tragedia» que yo había predicho en mi crónica para *The Times* desde el Golfo en mayo de 1987: el pánico cundía en un buque estadounidense y creía que un avión civil era un caza que lo atacaba. ¿Qué me había dicho el capitán de corbeta del *Broadsword* aquella noche de calor sofocante en el Golfo, cuando los operarios británicos del radar comprobaban los números del transpondedor? «Tienes que ir con muchísimo cuidado si no quieres achicharrar a seis jeques en su jet privado». Sin embargo, esta vez no había sido un jet privado, lo que habían derribado del cielo había sido un avión repleto de pasajeros. Volé a París con Lara Marlowe, quien escribiría un artículo espléndido y mordaz sobre la matanza para *International Herald Tribune*. Harvey Morris, que por entonces trabajaba para *The Independent*, estaba en el aeropuerto Roissy Charles de Gaulle fumando sus cigarrillos de siempre. «Esta vez sí que la han armado buena», dijo, sin explicitar quiénes. ¿Los iraníes o los estadounidenses? Pronto lo sabríamos. Cogimos un vuelo a Dubai, la ciudad no iraní más cercana al escenario de la matanza aérea.

Fue un vuelo de ocho horas, con mucho calor, un aire viciado y lleno hasta los topes. Delante de mí iba sentado un periodista de una cadena de radio londinense que no dejaba de escribir febrilmente en su cuaderno de notas. Dijo que estaba esbozando

ya su primera crónica para poder retransmitir en cuanto el avión aterrizara a la mañana siguiente. No pude evitar preguntarle —puesto que aún no había llegado a Dubai y no podía haber descubierto nada— cuál sería la idea central de su retransmisión. «El peligro de que los iraníes utilicen lanchas suicidas para vengarse de los Estados Unidos», contestó. No le importó admitir que estaba inventándose la noticia en el avión y dijo que además pensaba redactar una crónica dando a entender que los iraníes intentarían asesinar al capitán del *Vincennes*. Cuando le pregunté si no debía cuestionar también la competencia naval estadounidense, me respondió que «esa información sería puesta en tela de juicio». La maquinaria ya se había puesto en movimiento. Los estadounidenses que habían destruido el avión de pasajeros eran las víctimas potenciales; las víctimas reales —todas ellas muertas— eran los agresores.

El vuelo regular IR655 de Iran Air con destino Dubai, pilotado por el capitán Mohsén Rezaian, había despegado de Bandar Abbas con 290 pasajeros. Los estadounidenses, como siempre, fueron los primeros en ofrecer su versión, aunque ésta cambiaría varias veces a lo largo de los siguientes días. Primero nos dijeron que el Airbus iraní no había seguido la ruta normal de vuelo, luego que el piloto no había respondido a las advertencias del crucero clase Aegis *Vincennes*, después que el avión bajaba en picado hacia el buque estadounidense y que no le funcionaba la identificación del transpondedor. El capitán del *Vincennes*, Will Rogers III, había creído —según el Pentágono— que lo atacaba un caza F-14 Tomcat iraní. Sin embargo, la versión estadounidense empezó a desmoronarse cuando la marina italiana y otro buque estadounidense, la fragata *Sides*, confirmaron que el avión estaba ascendiendo, y no descendiendo en pleno ataque, cuando lo alcanzaron los misiles.

Así que la versión tuvo que cambiar de nuevo. El Pentágono dijo entonces que el transpondedor del avión quizá no había transmitido las señales correctas. Más adelante esa versión se transformó sutilmente; el transpondedor identificaba al Airbus A300B2 como avión militar porque los iraníes habían cambiado el código con anterioridad al utilizar ese mismo avión para trasladar tropas al frente... y luego habían olvidado restituir el código civil. El Pentágono no llegó a explicar por qué habían utilizado los iraníes un Airbus para ocultarle a Iraq sus movimientos de tropas pero después se habían delatado ellos mismos asignándole amablemente al avión una identificación militar que revelaba su verdadero cometido. Lo más importante era justificar el horror de lo sucedido, hablar de la «tragedia» de la destrucción del avión de pasajeros. Las tragedias siempre se pueden perdonar. Los estadounidenses contaban con la ventaja de que la versión iraní de lo sucedido nunca sería explicada del todo... puesto que todos los que lo habían vivido estaban muertos.

Al llegar a Dubai me dirigí directamente a los controladores aéreos británicos que tanto me habían ayudado durante la «guerra de los petroleros». La mañana de aquel aciago domingo habían escuchado las retransmisiones de radio del Golfo, y lo que me contaron fue espantoso. Me dijeron que llevaban ya semanas horrorizados por la

aparente falta de instrucción y eficiencia del personal de la marina estadounidense al enfrentarse a aviones civiles. Los pilotos de aviones en vuelo regular que bajaban por el Golfo desde Kuwait se veían importunados repetida y agresivamente por las tripulaciones de buques estadounidenses que parecían no saber que navegaban por debajo de rutas aéreas establecidas.

En uno de esos incidentes —del que todos los controladores estaban muy al tanto, aunque se había mantenido en secreto para la prensa—, una fragata estadounidense se había apostado frente a las costas de los Emiratos y había interpelado por radio a todos los vuelos civiles que se acercaban al aeropuerto internacional de Dubai. Desesperado, el controlador británico que estaba de guardia había llamado a la embajada estadounidense de Abu Dabi y les había pedido a los diplomáticos que le dijeran al barco que se moviera de allí porque era «un peligro para la aviación civil». Los pilotos de helicópteros civiles que volaban frente a las costas se habían quejado a menudo de que los buques estadounidenses se dirigían a ellos por una frecuencia de radio incorrecta. Los controladores de Dubai oían a veces parte de las comunicaciones de la marina estadounidense. «Robert, los estadounidenses supieron al instante que habían alcanzado a un avión de pasajeros —me dijo uno de ellos con serenidad—. Había otro buque estadounidense cerca, tenemos su código, FFG-14. Sus tripulantes informaron de que habían visto a personas caer del cielo a gran velocidad».

Me senté tras la torre de control de Dubai a pensar sobre ello. Sí, desde unos 10 000 pies de altura, los pasajeros caerían así del cielo en una zona extensa, juntos, en grupos, a trozos. Imaginé el impacto contra el mar, el agua que saldría disparada, y a algunos de los pasajeros que, sin duda, habrían permanecido conscientes durante toda la caída. Tres días después, en la morgue de emergencia de Bandar Abbas, miraría a Fátima Faidazaida y me daría cuenta, horrorizado, de que debió de haber estado viva al caer de los cielos, aferrando a su pequeña mientras se precipitaba dando vueltas por el aire bajo el reluciente sol estival y los demás pasajeros caían en cascada a su alrededor, junto con pedazos del avión y combustible ardiendo. Y ella seguía abrazada a su pequeña, consciente —¿pudo saberlo?— de que iba a morir.

Ese domingo por la noche, desde Dubai, envié tres crónicas a *The Times*. La más larga de ellas era un informe detallado sobre los antecedentes de la marina estadounidense en cuanto a errores constantes de identificación de aviones civiles sobre el Golfo y el estado de pánico en que vivían los buques de los Estados Unidos, todo lo que los controladores aéreos habían escuchado por radio. El *Vincennes* había alegado que los Guardianes de la Revolución iraníes lo estaban atacando con lanchas motoras cuando destruyó el avión. Yo sabía que los buques de guerra estadounidenses tenían los horarios de los aviones civiles en sus «centros de información de combate» (CIC). ¿No habían tenido tiempo el capitán Rogers y su tripulación de mirar los horarios? El vuelo IR655 de Irán Air despegaba de Bandar Abbas con destino Dubai todos los días. ¿Por qué se convirtió en un blanco el 3 de julio?

El propio capitán Rogers dijo que tendría que seguir viviendo con el peso de lo que había hecho en su conciencia. Cuatro años después publicaría su propia versión de la destrucción del Airbus<sup>[2]</sup>. El libro incluiría una descripción muy gráfica del ataque que había sufrido el *Vincennes* por parte de lanchas motoras iraníes, la primera alerta de que un avión despegaba de Bandar Abbas —aeropuerto militar además de civil— y la información de que el avión emitía dos códigos de transpondedor: uno utilizado por un avión de pasajeros; el otro, un código militar «que había sido utilizado por cazas F-14 iraníes». El avión también era observado por la fragata *Sides*, código naval FFG-14, la embarcación cuya tripulación había visto caer cuerpos del cielo, según los controladores aéreos de Dubai.

Antes de que el Airbus se encontrara a 40 kilómetros de su barco, Rogers le había enviado una advertencia rutinaria, pero dirigida a un caza: «Avión iraní... caza con rumbo dos-uno-uno, velocidad 360 nudos, altitud 9000 pies, aquí USNWS [buque de guerra de la marina estadounidense] a dos-cero-dos, solicitamos un cambio de rumbo inmediato a dos-siete-cero, si mantienen el rumbo actual corren el peligro de enfrentarse a las medidas defensivas de la marina estadounidense». Rogers dice que volvió a pedir al avión que se identificara cuando estaba a 25 kilómetros de su embarcación. A las 9:54 horas y 22 segundos de la mañana, disparó sus dos misiles. Veintiún segundos después, hicieron explosión contra el avión de pasajeros pilotado por Rezaian, que desapareció de la pantalla del radar del *Vincennes*. «El puente informó haber visto la explosión de la detonación de los misiles a través de la niebla —escribió Rogers—. Se produjo una aclamación espontánea, el alivio de la tensión de los hombres». Sin embargo, momentos después los tripulantes de otro buque de guerra estadounidense verían una enorme ala de avión comercial que caía al mar con un motor aún adherido a ella.

Las investigaciones posteriores revelarían que el personal del CIC del *Sides* había identificado correctamente el código del transpondedor del Airbus comercial casi en el mismo instante en que Rogers disparaba. Para el capitán David Carlson, a cargo del *Sides*, la destrucción del avión «marcó el horrible climax de la agresividad del capitán Rogers, a quien había conocido sólo cuatro semanas antes<sup>[\*]</sup>». El 2 de junio, dos compañeros de Rogers se habían preocupado por la forma en que éste había acercado el *Vincennes* a una fragata iraní que llevaba a cabo una búsqueda legítima aunque insólita de un barco granelero que transportaba material bélico a Iraq. El mismo día que el *Vincennes* derribó el Airbus, Rogers había hecho despegar un helicóptero que se había acercado a entre dos y tres millas de una pequeña embarcación iraní —las reglas establecían que un helicóptero no podía acercarse a menos de cuatro millas—, la cual, según informaron, le había disparado. Rogers empezó a disparar contra pequeñas embarcaciones militares iraníes, hecho que inquietó al capitán David Carlson, del *Sides*. «¿Para qué va a ir por ahí un crucero Aegis disparando contra lanchas? —preguntó más adelante, en una entrevista con un antiguo oficial naval—. No era muy sensato hacer algo así. Ese hombre arremetía sin

ningún plan<sup>[\*]</sup>». Después, Rogers abrió fuego contra barcos iraníes que estaban en sus aguas territoriales. La tripulación del *Sides* ya apodaba «Robocrucero» al *Vincennes*.

Cuando Carlson se enteró de que Rogers anunciaba al cuartel general su intención de derribar el avión que se acercaba a su crucero, dice que se quedó estupefacto. «Les dije a los chicos que estaban conmigo: “Pero ¿qué narices hace?”. Volví a comprobarlo. Un F-14. Tomando altura. Esa maldita cosa debe de estar ya a unos 7000 pies...» Pero Carlson creyó que a lo mejor en el *Vincennes* tenían más información, y no sabía que a Rogers le habían informado, equivocadamente, de que el avión descendía. Carlson lamentó no haber impedido la acción de Rogers. Cuando sus hombres se dieron cuenta de que el Airbus era comercial, «quedaron horrorizados». El informe de la investigación oficial estadounidense afirmarí más tarde que los datos informáticos y otras «fuentes de confianza» coincidían en que el avión del capitán Rezaian «tenía un perfil de vuelo normal para un avión comercial... con un ascenso continuado desde su despegue en Bandar Abbas<sup>[\*]</sup>». La revista *Newsweek* llevaría a cabo su propia investigación y tacharía el informe oficial de «un pastiche de omisiones, medias verdades y completos embustes». La publicación ofreció el retrato dramático de «un capitán excesivamente entusiasta, una tripulación presa del pánico y una maniobra de encubrimiento<sup>[\*]</sup>». Según el informe de *Newsweek*, los libros de las estanterías del centro de información del *Vincennes* empezaron a caer mientras el barco maniobraba antes de lanzar los misiles; así pues, no hubo muchas posibilidades de que pudieran comprobar los horarios aéreos.

Sin embargo, durante el período subsiguiente a la matanza, los estadounidenses insistieron en la versión de su total inocencia. El vicepresidente Bush realizó una comparecencia ante el Consejo de Seguridad de la ONU para decir que el *Vincennes* había corrido en ayuda de un barco mercante que estaba siendo atacado por los iraníes; lo cual era completamente falso. La primera ministra británica, Margaret Thatcher, describió el derribo del Airbus iraní como «comprensible». El cónsul iraní de Dubai tuvo su parte de razón al preguntarme más adelante si la señora Thatcher habría considerado «comprensible» que un buque de guerra iraní hubiese abatido un avión de British Airways sobre el Golfo y hubiese afirmado que había sido un accidente porque su capitán creía que lo atacaba un caza de los Estados Unidos. Uno de los puntos clave del desastre era que los estadounidenses afirmaban haber enviado advertencias al capitán Rezaian por frecuencia militar y civil. ¿Es que no las había oído? En tal caso, ¿por qué no?

Las pruebas del derribo del avión fueron expuestas ante la prensa en una plaza de armas del cuartel general naval iraní de Bandar Abbas. Piezas de la cubierta de los motores, alas y alerones habían quedado marcados y quemados por fragmentos de metal. Un pedazo irregular de alerón tenía un agujero de 12 centímetros en el centro. Una sección de tres metros cuadrados de la pared de la cabina de pasajeros había sido perforada por fragmentos metálicos. Muchos de los cadáveres que vi tenían quemaduras escarlata y rojizas en el cuerpo; esos pasajeros debían de haber ido

sentados en el centro del avión, cerca de los dos motores a donde se habrían dirigido los misiles con dispositivo infrarrojo del *Vincennes*. Junto a esos restos estaban también la cabeza del Airbus, algunos paracaídas, circuitos eléctricos y sistemas de oxígeno. Las explosiones habían sido catastróficas.

Tres días después de que el Airbus fuera destruido, volé de Bandar Abbas a Dubai a bordo del primer avión de Iran Air que reanudó esa ruta. Por supuesto, era el vuelo IR655. Me senté en la cabina del Boeing 707, junto al antiguo copiloto del capitán Rezaian. El capitán Nasser, que había volado con Rezaian hasta hacía seis semanas, cuando lo habían transferido a Boeings —hecho que probablemente le había salvado la vida—, había marcado en sus mapas el punto donde había muerto Rezaian y me aseguró que su amigo, en otros vuelos sobre el Golfo que había hecho con él, siempre había contestado al oír un mensaje de la marina estadounidense. «Era un hombre sensato y muy profesional —dijo—. Jamás cometería un error ni jugaría con los estadounidenses. Lo que han hecho es una atrocidad... Debían de estar muy asustados». Nasser añadió que las insinuaciones de que Rezaian volaba en misión suicida eran «repugnantes». Rezaian había realizado la ruta de Dubai al menos las últimas veinticinco veces y llevaba casi dos años y medio pilotando Airbus. Así pues, ¿qué había sucedido aquel domingo por la mañana?

No fue difícil encontrar la respuesta. En nuestro Boeing, el capitán Asadapur, el piloto, tenía que comunicarse constantemente con tres centros de control aéreo — Teherán, Bandar Abbas y Dubai—, lo cual hacía en un buen inglés. Mientras hablaba con ellos, no podía enviar ni tampoco recibir comunicaciones por la frecuencia civil 1215 en la que estaba sintonizado el Boeing: la misma frecuencia por la que el *Vincennes* dijo haber intentado advertir al capitán Rezaian. Ascendiendo de 12 000 a 14. 000 pies —no descendiendo en «modo de ataque», como afirmaron en un principio los estadounidenses— y a 50 kilómetros del aeropuerto, Rezaian habría estado en comunicación con Bandar Abbas cuando el primer misil estadounidense hizo estallar el ala de babor de su Airbus. La torre de control de Bandar Abbas me dijo que el último mensaje de Rezaian había sido que estaba «subiendo a uno-cuatrocero» (14 000 pies). Si Rezaian no pudo oír a los estadounidenses por la frecuencia civil, sin duda tampoco oiría por la red militar un mensaje que iba dirigido a un F-14 inexistente que se suponía que se acercaba al crucero de los Estados Unidos.

También estaba el misterio del transpondedor. Durante nuestro vuelo iraní, junto a la rodilla izquierda del copiloto brillaba una luz verde que constataba que estaba enviando nuestra identificación a través de la noche oscura que ocultaba el Golfo. Allí abajo, en el mar iluminado por la luz de la luna, cualquier buque de guerra sabría quiénes éramos. Asadapur le repitió varias veces al control de Dubai —y a todo el que estuviera escuchando— que éramos el vuelo IR655 y que llevábamos «cuarenta y cuatro pasajeros a bordo». Si el transpondedor no funcionara, la luz se habría apagado. Asadapur dijo que jamás despegaba sin comprobarlo. Hosein Piruzi, el controlador aéreo que estaba al mando del aeropuerto el 3 de julio, me dijo que

«suponía» que el transpondedor de Rezaian funcionaba. Rezaian no habría despegado sin asegurarse de que esa reconfortante lucecita verde estaba encendida. Piruzi, un hombre de mediana edad con un elegante bigote castaño, el pelo ondulado y una amplia formación en control del tráfico aéreo recibida en el aeropuerto londinense de Heathrow, dijo que no sabía que se estuviese produciendo un enfrentamiento naval en el momento en que Rezaian despegó. Sin embargo, tal como descubriríamos más adelante, no estaba teniendo lugar ninguna batalla propiamente dicha. «Los estadounidenses envían advertencias cada vez que ven una lancha y se ponen en “alerta roja” en cuanto ven un avión —explicó Piruzi—. No tienen ningún derecho a estar en el Golfo poniendo en duda nuestro derecho legítimo a volar por nuestras rutas aéreas. ¿Por qué habríamos de contestarles?»

Su comentario fue demoledor. Si la política de control del tráfico aéreo de Piruzi se basaba en esa suposición a la que tan alegremente había llegado de que los estadounidenses jamás dispararían contra un avión civil, resultaba muy sencillo comprender por qué las tripulaciones navales de los Estados Unidos, igualmente predispuestas contra el país al que su presidente responsabilizaba de la guerra del Golfo, podrían haber sido presas del pánico y haber disparado al primer avión que se les acercara después de haber visto una patrullera iraní.

¿Había sido el pánico, como sugeriría *Newsweek* cuatro años después, lo que había provocado que los oficiales del *Vincennes* malinterpretaran la información de las pantallas del radar y vieran descender un avión que claramente ascendía, el pánico y el calor sofocante que pesa sobre los cuerpos y las energías de todas las tripulaciones navales del Golfo? Además, ¿no era Irán el enemigo? ¿No era Irán un «Estado terrorista»? ¿No era, en palabras de Reagan, «un país bárbaro»? Ajenos a todo, al sobrevolar el Golfo, el capitán Rezaian y sus pasajeros estaban cruzando un abismo cultural y emocional que separaba a los Estados Unidos de Irán, un barranco tan profundo y tan peligroso que su corriente ascendente había hecho caer del cielo a un avión iraní.

Nada podría haber ejemplificado esto de una forma más clara que la reacción estadounidense ante la muerte de 290 civiles inocentes de la que fue responsable el *Vincennes*. Los ciudadanos de Vincennes, Indiana, estaban recaudando fondos para un monumento... dedicado no a las víctimas iraníes, sino al buque que había acabado con sus vidas<sup>[3]</sup>. Cuando el barco regresó a su base de San Diego, lo recibieron con una bienvenida digna de héroes. Todos los hombres del *Vincennes* fueron condecorados con galones por acción en combate. El coordinador de guerra aérea, el comandante Scott Lustig, obtuvo la Medalla de Distinción de la Marina por su «logro heroico» y por «su capacidad para mantener el aplomo y la seguridad bajo fuego», lo cual le permitió «llevar a cabo rápida y concisamente el procedimiento de tiro». Incluso el *Newsweek* se vio obligado a describir esto como «surrealista». Rogers se retiró honorablemente en 1991. Menos de un año después de la destrucción del Airbus, Sharon, la esposa del capitán, fue víctima de una bomba casera que explotó

bajo su camioneta Toyota en San Diego. Salió ilesa. Rogers llegaría a escribir que el «eje principal» de su libro estaba conformado por «los acontecimientos del 3 de julio de 1988 y del 10 de marzo de 1989», como si la matanza de los cielos del Golfo y el fallido atentado contra la vida de su mujer fueran comparables, una insinuación que aparecía en la contracubierta del libro, donde se sugería que su contenido era «un relato personal de la tragedia y el terrorismo».

En justicia, no obstante, Rogers también incluiría en su libro la totalidad de una larga y amarga carta manuscrita que recibió de Hosein, el hermano de Rezaian. «Quedó convertido en polvo en mitad del aire por los misiles de su ataque y falleció junto con muchas otras personas inocentes de a bordo, sin haber cometido el menor pecado ni tener la menor culpa», había escrito Hosein Rezaian<sup>[\*]</sup>.

El día después de la matanza me dirigí a la zona y, por desgracia, vi el resultado de su crimen bárbaro y su magnitud. Yo mismo era antes comandante naval, y estudié en un instituto de los Estados Unidos, igual que mi difunto hermano, pero desde ese derribo increíble me avergüenzo. Odio su marina y la nuestra. Tanto que incluso he dejado el trabajo y he acabado con mi carrera... Mi familia y yo podríamos sobrellevar el dolor de la tragedia si [Mohsén] hubiese muerto en un accidente, pero este acto premeditado no se puede perdonar ni olvidar... El gobierno de los Estados Unidos, como culpable de este horrible incidente, no ha mostrado remordimiento ni compasión por la pérdida de vidas inocentes... ¿De veras no merecíamos un pequeño gesto de condolencia? ¿Tenían que decir una sarta de mentiras y hacer declaraciones contradictorias sobre el incidente, en un intento por justificarse?... O fue resultado del pánico y la inexperiencia. Le agradezco con antelación su pronta respuesta.

Dijo mucho en favor de Rogers que le diera tanta prominencia a esta carta en su libro. «Pese a la invectiva —escribió—, el dolor y la pena que rezuma esta carta me causaron una honda conmoción. Todo el padecimiento y el pesar que me acechaban desde julio regresaron a mí con fuerza». Rogers dijo que había tenido intención de contestar, pero que un relaciones públicas de la Marina le había advertido que su respuesta podría «ser utilizada por el gobierno iraní para ejercer presión política». De nuevo, los iraníes eran los malos. La carta de Hosein Rezaian fue entregada al Servicio de Inteligencia Naval de los Estados Unidos. Quién sabe, a lo mejor la leyeron.

De la lectura de mi primer reportaje sobre la matanza, sin duda, no se sacaba mucho en claro. Cuando un periódico había sido tan fiel a un reportero como *The Times* lo había sido conmigo durante los últimos dieciocho años —durante los cuales se había enfrentado al ejército británico en Irlanda del Norte, a israelíes y palestinos, a las autoridades estadounidenses y a los iraníes y los iraquíes cada vez que se habían quejado de mis crónicas—, uno sentía la inclinación natural a tener una gran confianza en sus redactores. Si me recortaban los artículos, era por motivos de espacio —normalmente me daban la oportunidad de acortar yo mismo mis escritos— o porque una historia de primera plana en algún otro lugar del mundo obligaba a los redactores de la noche a modificar páginas después de la primera edición. Sin embargo, nunca recortaban por motivos políticos.

Murdoch ya había comprado *The Times* cuando los israelíes invadieron el Líbano

en 1982, pero yo informé sin censura sobre la matanza perpetrada por Israel de 17 000 libaneses y palestinos —la mayoría civiles— y la posterior carnicería de cientos de refugiados palestinos protagonizada por los aliados cristianos de Israel. La embajada israelí había condenado mis crónicas, igual que hacían con los artículos de cualquier periodista que osara insinuar que el indisciplinado ejército de Israel mataba a civiles además de a soldados. Sin embargo, bajo la dirección de Charles Douglas-Home, a ningún corresponsal en el extranjero le modificaban su trabajo por miedo, parcialidad o prejuicios. Su subdirector, Charles Wilson, era un tipo duro que había pertenecido a la Marina Real y que podía ser un bravucón, pero que no medía sus palabras sobre Israel ni sobre ningún país que tratara de impugnar la integridad de los periodistas del diario. «Son un hatajo de fascistas», rugió cuando le demostré que un comunicado israelí condenando mi trabajo estaba plagado de errores de hecho.

Los israelíes no son fascistas, pero estaba bien contar con un subdirector que no les tuviera miedo a los antagonistas de los reporteros. Después de que Douglas-Home muriera de cáncer, Wilson pasó a ser el director. Continuaba siendo un bravucón, pero también podía ser inmensamente afable. Para los miembros del equipo que padecieron enfermedades graves, fue una roca de fuerza y compasión. Quería caer bien. Fue más que generoso conmigo cuando, por razones personales, quise trabajar en París durante un año. Sin embargo, una tarde envié desde Beirut un reportaje de investigación, largo y detallado, sobre las torturas de la cárcel israelí de Jiam, en el sur del Líbano. Más o menos una hora después de haber enviado el artículo, un empleado de la sección de internacional me escribió por télex para preguntarme si no podía añadir un párrafo diciendo que las imputaciones de torturas como las que yo describía —palizas y aplicación de corrientes eléctricas en los genitales— eran típicas de la propaganda de los enemigos de Israel. Protesté. Tenías pruebas de las Naciones Unidas que apoyaban mi investigación, la totalidad de la cual acabó siendo corroborada por un informe rotundo de Amnistía Internacional. Al final, añadí un párrafo que no hacía más que reforzar mi crónica: mientras que ese tipo de imputaciones solían utilizarse en contra de Israel, en esa ocasión no había duda de que eran ciertas.

Había ganado ese asalto y no volví a pensar en ello. Después apareció un artículo en las páginas centrales de *The Times*, que solían reservarse para opinión o análisis en profundidad, en el que pretendía explicarse lo difícil que era informar sobre Oriente Próximo —un destacado argumento era la intimidación a la que se veían sometidos los periodistas por parte de los «terroristas»—, pero que terminaba apuntando que cualquiera que informase desde Beirut era «una sanguijuela». Yo informaba desde Beirut. Tenía base en Beirut como corresponsal en Oriente Próximo... para *The Times*, por el amor de Dios. ¿Qué era aquello? En la sección de internacional se lo tomaron a risa. Yo no. ¿Intentaba Wilson «contrarrestar» mis artículos permitiendo que los enemigos de la información veraz me insultaran en el periódico? Parecía imposible. No creo en conspiraciones. Además, sabía que Wilson muchas veces ni

siquiera leía las páginas centrales.

Sin embargo, las cosas se agravaron aún más el 4 de julio de 1988, cuando descubrí que un reportaje que *The Times* me había pedido que escribiera para la primera plana no iba a salir en el periódico del día siguiente. Todo el trabajo de investigación sobre el pánico y la incompetencia de las tripulaciones estadounidenses del Golfo, todas las pruebas de que el personal de los Estados Unidos llevaba semanas poniendo en peligro aviones civiles —las extensas y detalladas conversaciones con aquellos controladores aéreos de Dubai que habían escuchado por la radio a los oficiales estadounidenses mientras el *Vincennes* disparaba contra el Airbus—, todo en balde. Si tenían alguna duda sobre mi artículo, tendrían que habérmelo consultado la noche lo que entregué. Pero nadie había dicho nada. Se publicaron otros dos artículos rutinarios —sobre la reacción de la opinión pública iraní ante la destrucción del avión y las posibles represalias—, pero en el interior del periódico.

A la mañana siguiente hablé con Piers Ackerman, de internacional. Me dijo que mi artículo no había entrado en la primera edición por problemas de espacio, pero que la posterior versión recortada contenía «los puntos principales». Cuando le pregunté si el recorte había sido por razones políticas, respondió: «Dios mío, si creyera que las cosas han llegado a ese punto, dimitiría». Le dije que, si llegaba a saberse que el recorte había sido político, el que dimitiría sería yo. *The Times* tardaba días en llegar al Golfo y yo estaría en Irán, así que no tendría ocasión de leerlo hasta varias jornadas después. Cuando por fin vi las ediciones posteriores, constaté que todos los elementos de mi artículo que retrataban a los estadounidenses de manera negativa habían sido eliminados.

Los periodistas no deben ser *prima donnas*. Tenemos que luchar por demostrar la valía de nuestro trabajo. Ni los redactores ni los lectores están ahí por el bien superior de los periodistas. Sin embargo, allí había ocurrido algo muy poco ético: mi artículo sobre el derribo del Airbus iraní había sido forzado, en todos los sentidos de la palabra, modificado y censurado. Su significado había quedado alterado por omisión. En mi artículo truncado, los estadounidenses habían quedado exonerados, igual que habían sido justificados por la señora Thatcher. Estaba convencido de que aquello era resultado de que Murdoch fuera el dueño de *The Times*. No creía que ese hombre se hubiese ocupado personalmente de un artículo del periódico —aunque llegaría a suceder—, sino más bien que su presencia había extendido en el diario una cultura de obediencia y conformidad, la sensación de que todos «sabían» cuáles eran las opiniones de Murdoch, lo que Murdoch quería.

Me había quedado muy afectado por el hecho de que el periodista de Internacional que tanto había insistido en añadir el párrafo de la «propaganda» a mi artículo sobre las torturas de Jiam, fuera un antiguo miembro muy izquierdista del Sindicato Nacional de Periodistas; el mismo sindicato que tanto había hecho por debilitar la fe en *The Times* de su propietario, lord Thomson, y por maniatar el

periódico para que Murdoch lo comprara. Un león socialista se había convertido en un ratón de News Corp. Yo no soy un león ni un ratón, pero sí puedo ser un perro fiero, y cuando tengo una cuerda entre las fauces no la suelto hasta sacudirla y tirar de ella si está podrida para ver qué hay al otro extremo. A fin de cuentas, eso es lo que se supone que hacemos los periodistas. Mis intentos de averiguar algo en la sección de internacional del periódico acabaron en fracaso. El sumiso redactor jefe de internacional de Wilson, George Brock, nunca estaba disponible en esos momentos para recibir mis llamadas. Ya habían pasado días desde que entregara mi artículo original, y los subredactores de aquella noche no estaban nunca de turno cuando llamaba. Wilson se había ido de vacaciones. Sin embargo, mi inquietud no desapareció. Una cosa es que te recorten un artículo por cuestiones de espacio —que te lo «poden» o te lo «rasuren», como suelen expresarlo con poco gusto en internacional—, pero otra muy diferente es arriesgar la vida por un periódico y descubrir después que el valor necesario para informar desde una guerra no se ve por ninguna parte entre aquellos cuya labor es la de imprimir esas crónicas. Y así, aquel caluroso verano en el Golfo perdí la fe en *The Times*.

Decidí que intentaría entrar en un periódico nuevo, impetuoso, inteligente, valiente, con una financiación peligrosamente escasa pero independiente que se llamaba —bueno, claro está— *The Independent*. Pasarían meses antes de que convenciera a Andreas Whittam Smith, director y copropietario, para que me aceptase a bordo, o que «me dejase sacar tajada», como lo expresaría él, pero al cabo de un año ya estaba informando desde Oriente Próximo para un nuevo redactor jefe, un nuevo periódico y nuevos compañeros... aunque muchos de ellos resultaron ser también refugiados de *The Times*.

Sin embargo, no supe que había cambiado mi afiliación por los motivos correctos hasta después de escribir a Wilson para decirle que dimitía de *The Times*. No fue hasta después del día de Año Nuevo de 1988, cuando recibí una llamada de uno de los principales redactores del turno de noche del periódico. Quería hablar conmigo sobre el artículo del *Vincennes*:

En la reunión de las cinco de la tarde del domingo, le sugerí al director que tu artículo sería un buen «*hamper*» [una caja grande, de ocho columnas de ancho, en lo alto de la primera plana]. Wilson dijo que quería ver el artículo. Hablaba de la incompetencia de la tripulación del *Vincennes*. Lo leí y me dije: éste es el artículo más claro que me he encontrado sobre lo que sucedió en realidad. Más tarde vi que el director estaba en contra. Wilson me dijo: «¿Este es el artículo del que me hablabas?». Contesté que sí. Me dijo: «No tiene nada. No hay un solo hecho concreto. Yo ni siquiera sacaría esta sarta de sandeces». Wilson dijo que eran gilipolleces, que no era más que «paja». Recuerdo que le dije a Charlie: «¿Estás seguro? Es un artículo genial». Me quedé de piedra. He mirado la entrada de mi diario del 3 de julio, y dice: «Confusión y caos por un artículo del Golfo. Brock reescribe a Fisk».

No salió en la primera edición, pero en la segunda el artículo apareció con todas las referencias a la incompetencia estadounidense recortadas. Lo leí en pantalla. George [Brock] había editado el artículo. Había escrito una nota arriba del todo que decía que «los recortes hechos en este artículo no volverán a incluirse en ningún caso». Quise dimitir. Pensé dimitir por ello. No lo hice, aunque tal vez debí hacerlo. Se lo expliqué a Denis [Taylor] en el despacho. Se indignó. Toda la sección de internacional lo sabía, pero nadie hizo nada al respecto. Tenían miedo. Nadie te lo dijo. Pensé: «Bueno, a lo mejor sea mejor para el periódico que Bob no lo sepa». Pensé que, si te enterabas, dimitirías.

El día que entregué el primer artículo sobre el *Vincennes* había hablado con Piers Ackerman y le había pedido que transmitiera a los articulistas principales mi sugerencia de que —al margen de cuál fuera la reacción editorial ante el desastre— no debíamos proseguir por la línea de que Mohsén Rezaian había sido un piloto suicida, porque eso sería un disparate. Ackerman me dijo que había transmitido mi mensaje. Sin embargo, en nuestro editorial se leyó que el avión podía haber estado conducido por un piloto «suicida». Era completamente falso. Igual que la idea clave de mi artículo tal como había sido publicado en su forma expurgada esa misma mañana. Los lectores de *The Times* habían sido solemnemente obsequiados con una versión fraudulenta de la verdad.

Rara vez se le da un premio de consolación a un articulista cuando un periódico no publica una crónica fidedigna, pero Vincent Browne, el terco redactor jefe del *Sunday Tribune* de Dublín, un viejo amigo y compañero de Irlanda del Norte, carecía de los miedos de Wilson en cuanto a los acontecimientos del Golfo y me invitó a que redactara el fruto de mis investigaciones para su periódico. La mitad de la primera plana del siguiente número del *Tribune* llevaba una fotografía de un crucero clase Aegis estadounidense disparando un misil al cielo; superpuesto a la fotografía, se leía el siguiente titular: «Qué sucedió en realidad», y dentro aparecía mi artículo a toda plana<sup>[\*]</sup>. Fue así como la gente de County Mayo pudo enterarse de lo que los suscriptores de *The Times* de Londres no pudieron leer.

Es muy fácil que un periodista se sienta prepotente con respecto a su trabajo, que afirme que sólo él es el poseedor de la verdad y que los redactores jefe tienen que hacerse a un lado para que la brillante luz del genio del reportero ilumine a los lectores del diario. También es tentador dejar que los argumentos periodísticos de uno se antepongan a las tragedias funestas de las que se supone que informa. Debemos conservar un sentido de la proporción y ver nuestro trabajo con perspectiva. ¿Qué estoy haciendo? «¿Qué está haciendo Fisk —puedo oír ya a algún crítico hostil de este libro— escribiendo sobre la violenta muerte de 290 seres humanos inocentes y luego alargándose cinco páginas en explicar sus riñas con *The Times*?». La respuesta es muy simple. Cuando los periodistas no logramos transmitir a los lectores la realidad de los hechos, no sólo hemos fracasado en nuestro trabajo, sino que también tomamos partido en los sangrientos acontecimientos de los que se supone que informamos. Si no podemos contar la verdad sobre cómo fue abatido un avión civil —porque eso perjudicará a «nuestro» bando en una guerra, o porque retratará a uno de los países que «odiamos» en el papel de víctima, o porque podría molestar al dueño del periódico—, estamos contribuyendo a esos mismos prejuicios que provocan guerras en primera instancia. Si no podemos denunciar a un buque de la marina que acribilla a civiles en el cielo, estamos convirtiendo futuros crímenes de la misma clase en algo tan «comprensible» como la señora Thatcher creyó que éste lo era. Si se borra el pánico y la incompetencia de los estadounidenses —cosas que quedaron desveladas durante los meses siguientes— y se insinúa que un piloto

inocente es un fanático suicida, ya sólo es cuestión de tiempo que se derriben más aviones de pasajeros. El periodismo puede ser letal.

Con todo, también me pregunto si en ese osario de Bandar Abbas no vi el génesis de otra matanza, acontecida cinco meses después, esta vez sobre la ciudad escocesa de Lockerbie. Unas horas después de la destrucción del Airbus, aquel 3 de julio de 1988, el presidente de Irán, Jamenei, declaró que Reagan y su gobierno eran «criminales y asesinos». La radio de Teherán anunció: «No dejaremos sin castigo los crímenes de los Estados Unidos. —Y prosiguió—: Resistiremos a las conjuras del Gran Satán y vengaremos la sangre de nuestros mártires, derramada por criminales mercenarios». No tuve muchas dudas respecto de lo que significaba eso. De vuelta en Beirut, no encontré a nadie que creyera que el *Vincennes* había disparado por error contra el avión iraní. Empecé a oír comentarios inconexos e inquietantes. En una cena, alguien —un doctor apasionado de la no violencia— especuló con que un avión podía explotar si se hacía estallar una bomba en el compartimento del equipaje facturado. Pasaron unos días antes de que cayera en la cuenta de que, si la gente hablaba de algo así, era porque alguien estaba intentando descubrir si era posible.

Los iraníes, después de todo, tenían un motivo. La destrucción del avión de pasajeros, fuera cual fuese la excusa de Washington, había sido un hecho espantoso. Pero ¿sería alguien capaz de tramar una venganza tan horrible? Me encontraba en París cuando la BBC anunció que un avión de Pan Am se había estrellado al sobrevolar Lockerbie. Esta vez hubo 270 muertos, entre ellos once que estaban en tierra. No tuve que imaginar los cadáveres —los había visto en julio— y no dudé ni un segundo en cuál había sido la razón. Se oyeron las habituales teorías conspiratorias: que era un plan encubierto de la CIA contra el narcotráfico que había salido mal, y que los agentes estadounidenses habían estado manipulando las pruebas después del accidente; o que era la venganza iraní por la masacre del Airbus.

En los Estados Unidos, esta última teoría era la predilecta. Los informativos no dejaban de emitir la grabación —realizada por un equipo de la marina estadounidense— del *Vincennes* disparando sus misiles el 3 de julio. El capitán Rogers volvió a ver las imágenes y escribió después que sentía «un nudo en el estómago y me pregunté si alguna vez se acabaría<sup>[\*]</sup>». El paralelismo era relevante, pero carecía de equivalencia moral. La aniquilación de un Airbus había sido una matanza vergonzosa, pero lo de Lockerbie era asesinato. En Beirut, un viejo conocido con aterradores contactos en el mundo de los rehenes me dijo con toda tranquilidad: «Han sido [Ahmed] Jibril y los iraníes». Jibril era el cabecilla del «Frente Popular de la Liberación de Palestina, Mando General» con base en Damasco. Los corresponsales diplomáticos de Washington y Londres —«globos sonda» para las acusaciones gubernamentales— empezaron a señalar a los iraníes, al FPLP-MG y a los sirios. En Teherán, la gente me miraba con cierta intensidad cuando mencionaba Lockerbie. Nunca lo reivindicaron. Aun así, tampoco expresaron su horror. Aunque, claro, después de los asesinatos del Airbus, habría sido pedir demasiado.

En Beirut, el FPLP-MG fue conocido durante una temporada como «los chicos de Lockerbie». Yo no le daba mucho crédito. No obstante, más de dos años después, sucedió algo extraño. Jibril convocó una rueda de prensa en un campo de refugiados palestinos de Beirut, en principio para hablar de la liberación por parte de Libia de rehenes franceses y belgas capturados en un barco en el Mediterráneo. Sin embargo, no era eso lo que tenía en mente. «No soy responsable del atentado de Lockerbie — espetó de pronto—. Un tribunal desautorizado intenta acusarme». No había ningún tribunal. Nadie había acusado oficialmente a Jibril de lo de Lockerbie, pero apenas nueve meses después Sadam Husein invadió Kuwait y los corresponsales diplomáticos dejaron de creer en la conexión Siria-FPLP-MG-Irán. De pronto era Libia la que estaba detrás del atentado de Lockerbie. Irán era el enemigo del cruel Sadam, y Siria enviaba tanques para servir junto a los ejércitos occidentales en el Golfo. Los hombres de Jibril desaparecieron de escena. Y también el único país con un posible motivo: Irán.

Después del derribo del Airbus, el ayatolá Husein Alí Montazeri, que pretendía ser el sucesor de Jomeini, dijo que estaba «seguro de que, si el imam lo ordena, todas las fuerzas revolucionarias y las células de resistencia, tanto dentro como fuera del país, darán rienda suelta a su odio contra los intereses financieros, políticos, económicos y militares de los Estados Unidos». Sin embargo, el ataque del *Vincennes* convenció por fin a la mayoría de dirigentes iraníes que los Estados Unidos había tomado partido por Iraq en la guerra. Los estadounidenses habían destruido plataformas petrolíferas iraníes, habían eliminado a la marina iraní y, por lo visto, estaban decididos a utilizar incluso misiles contra aviones de pasajeros iraníes; objetivos, todos ellos, que antes habían sido de Sadam Husein. La economía de Irán se estaba viniendo abajo y, tal como Rafsanyani advirtió a Jomeini, ni siquiera era posible reabastecer a los ingentes ejércitos de Irán. Mohsén Rezar, comandante de los Guardianes de la Revolución del país, le dijo a Jomeini que no podrían realizarse más ofensivas contra Iraq hasta 1993. Así pues, para proteger la revolución islámica — para garantizar su supervivencia—, Jomeini aceptó la resolución 598 del Consejo de Seguridad de la ONU y un alto el fuego que entraría en vigor el 22 de julio de 1988, «por el bien de la seguridad y sobre la base de la justicia». Para el anciano, se trataba de una catástrofe personal además de militar. «Pobre de mí que sigo con vida — concluyó en tono sombrío— y he bebido del cáliz envenenado de la resolución».

Con todo, aún estaba por venir lo peor. El 18 de julio, siete días después de la aceptación por parte de Jomeini de la resolución de la ONU, el «ejército de liberación nacional» de los Muyahidín Jalq irrumpieron por la frontera iraní con tanques y armamento proporcionado por Iraq para derrocar al régimen de Jomeini. Fue la traición definitiva, y los iraníes lucharon contra sus invasores —que, por supuesto, también eran iraníes— con ferocidad; por todo el país, la policía secreta del gobierno dio comienzo a la eliminación total de los partidarios de los muyahidines. Los Guardianes de la Revolución y los basiyíes, muchos de los cuales se sentían

traicionados por el fin de la guerra, se volvieron contra los muyahidines y ahorcaron sumariamente a los milicianos capturados en Bajtaran, Kangavar e Islamabad. Miles de militantes muyahidines y partidarios suyos en las cárceles de todo Irán —muchos de ellos juzgados hacía tiempo y sentenciados a años de encarcelamiento— volverían a ser juzgados y ahorcados.

«Pedimos a nuestro dirigente que se ocupe con dureza de los asesinos y que libere al pueblo de su presencia cuanto antes», rogaba el periódico *Resalat*. El ayatolá Musavi Ardebili, jefe del tribunal supremo, dio un discurso estilo Freisler en la oración de los viernes en Teherán. Dijo que los *monafeqin* —los «hipócritas»— «no saben que el pueblo los ve como menos que animales. El pueblo está furioso con ellos; el poder judicial se encuentra bajo mucha presión por parte de la opinión pública... la gente dice que tendrían que ser ejecutados... Los juzgaremos de diez en diez, de veinte en veinte, que entre una fila, que salga la fila entera: lamento que digan que se ha acabado con una quinta parte de ellos; ojalá se hubiera acabado con todos». *Hipócritas* era una palabra que abarcaba la idea de herejía o apostasía más que una simple doble moral. Ser uno de los *monafeqin* era un crimen capital.

Incluso antes de que acabara la guerra, la población de las cárceles iraníes fue interrogada de nuevo y dividida entre los que aún reconocían su resistencia a la República Islámica y los arrepentidos —los *tavvab*—, y entre los que rezaban y los que se negaban a rezar. En algún momento, Jomeini ordenó que los prisioneros políticos fueran ejecutados en masa. Pese a que esa orden se mantuvo en secreto, sabemos que el ayatolá Montazeri, escogido sucesor por Jomeini, protestó con vehemencia contra las matanzas, un acto que le valió el rechazo como futuro imam. «En cuanto a sus órdenes de ejecutar a los hipócritas encarcelados —escribió Montazeri en una carta privada a Jomeini—, el país está preparado para aceptar la ejecución si los arrestados [están] relacionados con acontecimientos recientes [p. e., la invasión de los muyahidines respaldada por Iraq]... Pero la ejecución de los que ya estaban encarcelados antes... se interpretaría como afán de venganza<sup>[\*]</sup>».

En algunas cárceles se hacía formar en fila a los internos a ambos lados de un pasillo, los de una fila regresaban a sus celdas después de «arrepentirse», los de la otra acababan saliendo a un ahorcamiento en masa. El 30 de julio, los Guardianes de la Revolución de Evin empezaron a ejecutar a mujeres muyahidín prisioneras. Los ahorcamientos duraron varios días. Los presos comunistas fueron colgados en la mezquita de Evin. «Cuando [los] llevan a la mezquita de Hoseinieh para ahorcarlos —testificó un antiguo preso—, algunos [están] llorando, algunos blasfemando, y todos temblando y ocultando que tiemblan. Algunos ríen sin esperanza... algunos guardianes se pelean por realizar el ahorcamiento para conseguir más piedad. A algunos les disgusta ver tantos cadáveres. Algunos presos ofrecen resistencia y les dan una paliza salvaje. La ejecución es rápida<sup>[\*]</sup>». Los cuerpos de los ahorcados fueron exhibidos ante las prisioneras para quebrantar su espíritu. Sólo en Teherán, un grupo defensor de los derechos humanos con base en Irán publicó los nombres de

1345 víctimas del «desastre nacional».

Publicaciones de exiliados contrarios al régimen, años después, sacarían a la luz aterradoras declaraciones de testigos presenciales de los ahorcamientos de las cárceles. Hasta 8000 internos pudieron perder la vida el verano de 1988, tal vez 10.000. Después de las ejecuciones secretas se realizaban enterramientos secretos. Una antigua presa recordaba lo siguiente<sup>[\*]</sup>:

A una *tavvab* [arrepentida] del piso de abajo se la llevaron a presenciar la ejecución de su marido. Había visto la cuerda alrededor del cuello de su marido y a otra mujer que llevaba el chador atado al cuello. A ella también la iban a ejecutar, pero escapó a su destino convirtiéndose en *tavvab* y rindiéndose... Después se volvió desequilibrada mental.

Otra antigua prisionera escribió acerca de una presa militante de izquierdas llamada Fariba a la que llevaron a un calabozo del sótano de la cárcel de Dastgerd a ver a su marido. Ésta fue la descripción de Fariba<sup>[\*]</sup>:

Lo que vi me aterrorizó... Allí delante estaba Masud, mi marido, encorvado y pálido, con unos ojos que parpadeaban desde unas criptas negras y profundas. Grité: «Masud, cariño», y corrí hacia él. Me detuvieron... Un pasdarán me advirtió: «¡Silencio! Sólo puedes mirar. Sólo puedes ser testigo de cómo se ajustan las cuentas, o tu lugar estará junto a él»... Masud, con las manos atadas a la espalda y una soga al cuello, de pie en un taburete, me miraba con todo su ser. Una mirada cansada pero llena de amor, llena de conciencia, intentando sonreír. Con una voz débil y exhausta, dijo: «¡Cómo me alegro de verte, Fariba!»... La voz del interrogador se alzó detrás de mí... y dijo: «Si estás dispuesta a quitar el taburete y colgar a este apóstata, te dejaré libre ahora mismo. ¡Te doy mi palabra de honor!»... Miré al interrogador a los ojos y grité: «¿Acaso tienes honor? ¡Fascista! ¡Verdugo!»... Los pasdaranes me agarraron. El interrogador sacó la Colt y disparó a Masud. Otro pasdarán le dio una patada al taburete que tenía debajo. Entre mi angustia y mi mirada de incredulidad, habían ahorcado a Masud.

Se tienen pruebas abrumadoras de antiguas presas que sostienen que internas que eran vírgenes fueron violadas por sus interrogadores antes de la ejecución. De 1533 presas iraníes que fueron asesinadas en la horca o de un disparo en las dos décadas que siguieron a la revolución de 1979 y cuyos nombres han sido catalogados por un grupo de mujeres alemán —sólo una parte de todas las mujeres que llegaron a ser ejecutadas—, 163 tenían veintiún años o menos, 35 estaban embarazadas. La más joven fue Nafiseh Ashraf Jahani, de tan sólo diez años<sup>[\*]</sup>. Afsaneh Farabi tenía doce, otras tres niñas tenían trece años. Akram Islami tenía diecisiete. Una mujer, Aresteh Golivand, tenía cincuenta y seis cuando fue ahorcada y dejó solos a seis niños.

¿Qué se les puede decir a las familias de esos miles de personas? Los periodistas tenemos que tomarnos en serio a este régimen. Entrevistamos a los ayatolás, a los hoyatoleslams y a los mulás más humildes y les preguntamos sobre los derechos humanos, y ellos nos ofrecen discursos sobre las injusticias del sha y nuestra responsabilidad —la de Occidente— por su mandato «satánico». Casi todos los directores de las cárceles de Jomeini habían sido encarcelados por el sha. Aunque, para el caso, también lo habían sido muchos de los prisioneros muyahidines que fueron ejecutados en 1988 y los años anteriores. Estoy en una casa del norte de

Teherán, donde una viuda pasa lentamente las páginas de un álbum de fotografías de la familia. Señala una foto de un joven apuesto vestido con camisa marrón. «Estaba en la oposición cuando lo arrestaron. Lo mataron», se limita a decir. El joven de la imagen parece cobrar vida mientras la mujer habla, parece inclinarse hacia la cámara, con un brazo echado sobre el hombro de su hermana y el otro estrechando a su madre con cariño. «Su madre no lo ha superado», dice la mujer. Su hija pequeña nos mira en silencio. Debe de tener cinco años, es una niña alegre y coqueta, de pelo castaño y con una sonrisa de duende. «Lleva chador para ir al colegio —dice su madre—. Fereshteh, enséñanos qué te pones para ir a clase». Fereshteh corre a su habitación y sale con una vestimenta como de luto de la cabeza a los pies, su pelo queda del todo oculto bajo la tela. Entonces se pone seria y vuelve caminando despacio a su habitación, donde se convierte de nuevo en una niña.

Sin embargo, la guerra no había camuflado una máquina de matar intranacional sólo en Irán. Amnistía logró emitir una lista con los 116 nombres de las personas ejecutadas por el régimen de Sadam entre el 11 de noviembre y el 31 de diciembre de 1997, el más joven de ellos con catorce años de edad<sup>[\*]</sup>. En total, durante diciembre de 1997 y enero de 1998 fueron ejecutados al menos 700 en la cárcel de Abu Ghraib, al oeste de Bagdad, muchos de ellos con señales de tortura<sup>[\*]</sup>. Las víctimas eran de Bagdad, Suleimaniya y Baquba; la mayoría no llegaba a los dieciocho años.

Sin embargo, para los millones de personas que participaron en el conflicto Irán-Iraq —como para cualquier soldado— la guerra nunca terminó. Después del alto el fuego del 18 de julio de 1988, Irán e Iraq intercambiarían 90 000 prisioneros de guerra, pero muchos otros miles seguirían presos durante casi una década más. Irán aún seguía liberando prisioneros de guerra en 1997. Al menos 500 hombres, algunos internados en campos de encarcelamiento durante diecisiete años, fueron liberados por Irán con vistas a la cumbre islámica de diciembre de 1997 en Teherán. Aun así, Bagdad seguía sosteniendo en 1999 que Irán retenía a 20 000 de sus soldados, de los cuales decía que 8700 estaban registrados por la Cruz Roja Internacional. Irán afirmaba que al menos 5000 de sus hombres seguían siendo prisioneros de guerra en Iraq.

Cuando Jadum Fadel regresó a Bagdad después de dieciséis años de encarcelamiento, sólo recordaba el dolor, el hambre y el reumatismo en un campo iraní rodeado de alambre de espino y minas, donde a menudo lo tenían encadenado<sup>[\*]</sup>. Muchos miles de prisioneros iraquíes regresaban a su hogar tras diez años de hambruna en los campos de prisioneros iraníes, y entonces descubrían que las sanciones apoyadas por los Estados Unidos después de la guerra de 1991, en la que ellos no habían participado, hacían que sus familias murieran de hambre. Todo un furioso ejército de antiguos prisioneros llenos de odio hacia Irán, Sadam y los Estados Unidos vivía en la miseria y la pobreza de Iraq. Entre el barro y la arena, ellos y los millones de iraquíes que evitaban tanto la cárcel como la muerte habían aprendido a vivir y a morir. Habían aprendido a luchar. Bajo la letal imaginación de

su dictador, seguían resistiendo contra Irán. Utilizaban los tanques como plataformas estáticas de tiro enterradas en el desierto y quemaban a sus enemigos con gas, los inundaban con crecidas o los electrocutaban en los pantanos. Toda una generación de tenientes iraquíes llegó a considerar la guerra —en lugar de la paz— como un elemento natural de la vida. Si alguna vez llegaba el día en que Sadam no estuviera, ¿qué harían esos tenientes, esos capitanes y sus camaradas de las trincheras al enfrentarse a otro gran ejército? ¿Qué serían capaces de lograr si podían utilizar su propia iniciativa, su imaginación, su valentía... si el patriotismo, el nacionalismo y el islam, en lugar de la mano de hierro del Baaz, fuesen su inspiración?

Por supuesto, también estaban los muertos. Más de tres años antes de que terminara la guerra, Sadam empezó a construir un monumento galáctico a su mayor error. Desde el aire parecía una plataforma de cohetes. Desde el suelo recordaba a una concha de mar gigante: casi una hectárea de hormigón ondulante, recubierto de mármol y coronado por un gran paraguas de cemento. Los visitantes de Bagdad —varias decenas de miles de iraquíes acudían allí a intentar llorar por sus familiares perdidos— subían al borde inferior de la estructura y luego descendían hacia una nevera de aire acondicionado, una bóveda que había bajo el dosel. Una inscripción decía en letras árabes que allí yacía el soldado iraquí desconocido, el héroe de la nación árabe, el mártir de la segunda Qadisiya. Incluso cinco años después de la guerra Irán-Iraq, el monumento conmemorativo seguía sin estar terminado.

En 1993 volví a visitar el monumento y allí descubrí a todo un ejército de albañiles iraquíes tallando losas de mármol: cada plancha —y había miles— contenía los nombres de dieciséis iraquíes que jamás regresaron de aquella guerra titánica. El nombre del soldado Ahmed Katem estaba perfectamente tallado en una losa, y junto a él los de Mohamed Jadi, Abdulá Ahmed y el «combatiente» Salah Yunis. Los mártires de Sadam, por lo visto, eran merecedores de los honores más elevados; en Bagdad estaban construyendo el «muro de Vietnam» de Sadam Husein. Ciertamente, el mármol era de un tono ocre en lugar de negro. Ciertamente, lo estaban construyendo alrededor de una bóveda circular en lugar de bajo una elipse cerca de un palacio presidencial. Ciertamente, decían que el «muro» iraquí era parto del ingenio de Sadam. Sin embargo, una vez más, los muertos de los Estados Unidos en Vietnam ascendían a tan sólo 56 555; los de Sadam, entre 1980 y 1988, podían haber llegado a medio millón, calculando con prudencia.

En aquel momento, el «muro de los mártires» de Sadam seguía siendo un secreto oficial en Iraq. Nadie había sido informado de su construcción, y el muro no sería desvelado hasta estar terminado, en 1995, cuando las familias podrían lamentarse ante los nombres de sus seres queridos. «Está prohibido hacer fotografías —anunció con intransigencia una resuelta joven de la ejecutiva del monumento cuando pedí permiso para sacar una instantánea de la inconclusa empalizada de nombres—. No podemos darles información. No podemos hablarles de esto. No tenemos detalles, ni cifras. No debe decirse nada hasta que esté terminado. Las instrucciones vienen de la

más alta autoridad». No había duda de a quién se estaba refiriendo. Pero ¿es que no podíamos saber siquiera cuántos nombres aparecerían en el muro? La joven se mantuvo firme. «Es imposible proporcionar ninguna cifra cuando seguimos teniendo a tantos soldados prisioneros en Irán, incluso cinco años después del fin de la guerra».

Cierto. Tampoco era probable que los muertos de la segunda guerra del Golfo — la batalla de 1991 entre Iraq y los ejércitos encabezados por los Estados Unidos— fuesen conmemorados allí. En Bagdad no se los recordaba oficialmente por ninguna parte, puesto que la que había sido consagrada como la batalla más importante, más estratégica, más histórica, más gloriosa —y, en resumidas cuentas, más necesaria— de la historia baazista era la guerra de ocho años entre Iraq e Irán. Cuanto más cuestionaban los iraquíes la segunda guerra del Golfo, más inaccesible era la primera guerra del Golfo a cualquier crítica. Incluso el borrador de constitución iraquí de 1990 pedía que cualquier futuro presidente tuviera que aceptar que la guerra Iraq-Irán había sido «la única forma de garantizar la integridad de Iraq y la seguridad de sus lugares sagrados».

Así, la historia quedaría bien guardada bajo llave. Había familias enteras, hermanos, padres e hijos, que aparecían juntos en las listas de las losas de mármol del muro de los mártires de Sadam. La monstruosa retahíla de víctimas se interrumpía a veces por citas del Corán labradas en la piedra que, a su vez, garantizaban —como ninguna constitución puede garantizar— el paraíso eterno para los que habían caído a causa de proyectiles y balas, o que se habían ahogado en el lodo de Al Huweiza y el lago Fish, Ahvaz, Jorramshar, Qasr Shirin y Fao. En marzo de 1993, un oficial iraquí me anunció que en la defensa de Fao Iraq había perdido a 58 000 hombres.

Sólo un cuerpo de ese medio millón había sido conservado —con productos químicos que supuestamente impedirían que se descompusiera durante un siglo— en un féretro suspendido sobre el Museo del Soldado Desconocido, a cinco kilómetros de allí, envuelto en una bandera iraquí y entre los jirones que habían quedado de los trajes de campaña de sus compañeros muertos. Uniformes manchados y desgarrados por cirujanos en un intento inútil por salvar vidas iraquíes aguardaban en urnas de cristal junto con los vendajes de los difuntos, ensangrentados y secos hacía ya tiempo. «Sobre nosotros hay diecisiete espadas, ¿las ven? —preguntó la joven conservadora mientras señalaba unas espadas árabes colgadas contra piedras negras por encima de los uniformes—. Representan la revolución del 17 de julio, y las piedras representan los corazones negros de nuestros enemigos». Por toda la sala había placas conmemorativas donadas por los agregados militares de la Rumania socialista, la Alemania del Este, la Unión Soviética, Somalia, países que desde entonces habían muerto tan miserablemente como cualquier soldado conmemorado allí.

Era todo muy sencillo, igual que la exposición que había frente al muro de los mártires. En ella quedaba representada en fotografías la vida —como asesino frustrado, guerrillero y dirigente— de un tal Sadam Husein, desde su nacimiento

hasta el trono baazista. Había una fotografía de la cabaña de barro del pueblo de Uya, en Tikrit, donde había nacido en 1937. También se veía al niño de ocho años, medio ceñudo, que un día sería el dirigente del Partido Socialista Árabe Baaz. Una fotografía granulosa mostraba los rasgos jóvenes pero de una familiaridad escalofriante de un colegial llamado Sadam, sentado en el peldaño de un vagón de tren. Había imágenes de la limusina de Abdul Karim Qasim, acribillada a balazos después de que Sadam Husein intentara asesinar al dictador en la calle Rashid. En otras instantáneas se veía a Sadam con compañeras de estudios durante su exilio en Egipto, de pie, a lo lejos, frente a las pirámides. Su mujer, Sayida, sonríe desde una fotografía de boda. Sadam mira resplandeciente a la cámara mientras, allí detrás, los martillos y los cinceles graban miles de nombres. Rara vez se ha asociado tanto a un presidente con aquellos a quienes ha enviado a morir. Son los «mártires de la Qadisiya de Sadam». Que no falte el posesivo: su propiedad personal. Sin embargo, la pequeña exposición fue perdiendo intensidad de forma más bien inesperada. Había fotografías de funcionarios del Baaz y de las casas de Sadam, no del interior, sino sacadas desde fuera de los muros: fotos de verjas de acero reforzado con garitas de guardias y vallas rodeando el recinto. Si el poder no corrompía, estaba claro que al menos le encantaban los muros altos. Fuera de la gran bóveda, la luz del sol era cegadora. No me percaté hasta unos segundos después de que a la derecha había un enorme patio lleno de miles de losas más, todas a la espera del sangriento testimonio de los albañiles.

A lo largo de toda la guerra, no obstante, un monumento más serio aunque menos ostentoso estuvo en pie al oeste de Bagdad, en la polvorienta ciudad militar de Faluya. Allí, en una serie de naves refrigeradas, el ejército iraquí tenía uno de los mayores depósitos de cadáveres del mundo, en el que había cabida simultánea para dos mil cuerpos. Era a ese pequeño barrio caluroso y deprimente de las afueras adonde las familias de los muertos de guerra iraquíes iban a identificar a sus hijos, maridos y padres. Sin embargo, a veces las autoridades ni siquiera allí daban abasto con la sangría. Tras la matanza de los pantanos de Al Huweiza, en la primavera de 1985, hubo tantos cadáveres que transportar a Faluya que el gobierno confiscó las licencias de todos los taxistas de Bagdad y les ordenó que condujeran hacia Basora, al sur, para recoger el cadáver de un soldado. Al taxista no le devolvían la licencia hasta que se presentaba con su cadáver en las naves refrigeradas. Aun así, miles de muertos seguían yaciendo en el lodo, donde habían caído; los familiares se trasladaban al frente para identificar a sus seres queridos en el campo de batalla. Algunos decían que en los pantanos habían muerto 8000 iraquíes, otros que 14.000. Había quien decía que 47 000.

Siempre vuelvo a las antiguas guerras y hablo con los antiguos soldados. Vuelvo a Irlanda del Norte, a Bosnia, a Serbia, a Argelia y al sur del Líbano, a Kuwait y al

Bagdad de después de la invasión. Supongo que intento desentrañar el sentido de lo que he atestado, colocarlo en un contexto con el que no contaba mientras intentaba conservar la vida y hablar con los hombres con quienes —si bien brevemente— compartía esas pesadillas. Creo que estoy esperando que el calidoscopio deje de girar para ver los pedacitos de recuerdos sueltos reflejados en una imagen definitiva e irremediable. ¡Conque de eso se trataba! A veces, al escribir este libro, oigo moverse las piezas de cristal del calidoscopio, como el sonido del disco duro de mi portátil, que abre aplicaciones y programas mientras tecleo en busca de una conclusión, una pantalla clara con un recuerdo indiscutible.

Puedo sentarme en mi balcón de Beirut con vistas al mar y recordar con total claridad cómo los iraníes —cuando no decidíamos ir en tren— nos llevaban a su guerra en un Hércules C-130, volando a toda velocidad por la oscuridad hacia Ahvaz o Dezful, periodistas atrapados en nuestros asientos envolventes, sudando y con cuadernos y cámaras en el regazo, rezando por que la fuerza aérea iraquí no olfateara los gases que desprendía el motor en la noche húmeda y oscura. Volábamos hacia una base aérea del desierto, veíamos arder el petróleo —como un paisaje de El Bosco en el alba purpúrea, espeso y con sabor a chocolate negro, incomedible y canceroso— y oíamos el pesado rugido de esas armas, armas como las del Somme. También sentíamos temor ante las siguientes 36 horas: una noche en un bunker subterráneo con polvo ascendiendo del suelo y todo un día en un vehículo por las líneas de batalla con proyectiles estallando sobre nuestras cabezas, entre cadáveres apestosos al borde de los caminos, entre jóvenes sin casco y con Coranes en las manos.

Siete años después del fin de la guerra era más fácil volver a los campos de batalla. Una mañana de verano de 1995 me presenté en el aeropuerto de Mehrabad para coger el vuelo IR417 de Iran Air hacia Ahvaz, me comí unos bollos con mermelada en el Airbus —sí, otro A300— mientras mi guía del Ministerio de Orientación Islámica roncaba junto a mí y, una hora después, estaba sobrevolando en círculos las llamas de gas butano de las refinerías antes de coger el taxi de Golamreza, un Peugeot, hacia esos desiertos donde todos habíamos perdido años de nuestra vida. En cuanto pasamos los primeros parapetos de arena, con el sol de las siete de la mañana convertido en una burbuja blanca, Golamreza señala a la inmensidad de polvo gris y dice: «¡Bang, bang! *Yang*».

*Yang*, por supuesto, significaba «guerra», y «bang», con su cualidad de cliché simplista, es una representación bastante precisa del sonido del cañón de campaña iraquí que acabó con gran parte de mi audición al otro lado del desierto, hacia el oeste, quince años antes. Mientras Golamreza acelera el Peugeot al alba, mi tinnitus resuena con alegría lejos de aquel lejano bombardeo, como si aquellos cañones siguieran disparando en estos marchitos campos de muerte. A izquierda y derecha, mientras el desierto pasa del gris a un color pardo a causa del sol que asciende, las trincheras y los asentamientos para tanques se extienden durante decenas de kilómetros, algunos han sido convertidos por los campesinos en abrigaderos para el

grano, otros no han sido tocados ni por la brisa en quince años, las roderas de los tanques iraquíes e iraníes destruidos ya hace tiempo aún surcan la arena. Ya estamos a 37 grados a la sombra; el sudor me resbala por la cara. En la parte de atrás del coche, el hombre del Ministerio de Orientación Islámica se ha quedado dormido.

Puede que un millón de hombres murieran aquí y en el frente que culebreaba a lo largo de 900 kilómetros hacia el norte, hacia las nieves de la frontera turca, casi el doble de la extensión del frente occidental de 1914 a 1918, y en una guerra que duró casi el doble. Toda una generación de iraníes e iraquíes avanzaron por el frente hacia la muerte en pueblos que a los supervivientes y a las familias de los muertos les suenan tan sombríos como Ypres, Verdún y Hill 60, la cresta de Vimy y Beaumont Hamel. Los nombres de sus calvarios ya me son casi igual de familiares: Kerman y Shalamcheh, Penjwin y Jorramshar, Abadán, Fateh y Ahvaz, Fao y la batalla del lago Fish. Los iraníes fueron los que más sufrieron. En mis artículos solía preguntarme, atónito ante el aguante de los defensores iraníes, si tendrían también a sus Owen y sus Sassoon para escribir sobre la guerra y el dolor de la guerra.

Sin embargo, tal vez porque los iraníes eran tan xenófobos, tan ajenos en su credo, tan hostiles hacia Occidente, incluso hacia los reporteros que arriesgábamos la vida para visitar sus trincheras, nunca intentamos comprender verdaderamente su motivación, ni el efecto que ese derramamiento de sangre había tenido en su mentalidad. Aún hoy lo olvidamos. Los iraníes no. ¿Regresaron ellos a casa, como muchos otros soldados de la Primera Guerra Mundial, quebrantados en cuerpo y espíritu, habiendo perdido la fe en el desierto inundado de sangre? Le hice esa pregunta a un antiguo oficial de los Guardianes de la Revolución. Mientras cenábamos en Teherán, le pregunté cuál había sido el peor momento de la guerra. «El 18 de julio de 1988 —me respondió enseguida—. Fue el día que aceptamos la resolución de la ONU para terminar la guerra, cuando nuestro imam dijo que tenía que beber veneno y aceptar el alto el fuego. Yo estaba conduciendo un camión de dos toneladas y media en dirección al frente de Shalamcheh y no podía creer lo que oía al escuchar la noticia por la radio. Salí de la carretera, detuve el camión en el desierto y me tumbé en la arena, boca arriba, con el sol por encima de mí. Le pregunté a Dios por qué estaba aquí en la Tierra. Ése fue el peor día de mi vida».

El coche de Golamreza avanzaba a toda velocidad hacia el sur, la temperatura subía, pasamos un enorme recinto de acorazados y camiones iraquíes para el desguace, kilómetros y kilómetros de lo mismo que llegaban hasta el horizonte y más allá. Un centinela iraní montaba guardia en ese enorme parque de la guerra, un museo de tanques y vehículos iraquíes aplastados que eclipsaban todo lo que hubiéramos visto después de la enclenque ofensiva de Norman Schwarzkopf contra ese mismo ejército en 1991. A la derecha había un gran tren de vagones abrasados y retorcidos volcado junto a la línea férrea de Ahvaz-Jorramshar. Los iraquíes habían cruzado varias veces ese pedazo de Irán; las trincheras y los pozos de cañón se alejaban de la carretera, miles de ellos, cada año de guerra en el desierto añadido al siguiente. Ese

terreno entretejido podría verse desde la luna con un telescopio. Cruzamos las aguas pardas del río Karun; la última vez que había estado allí, flotaban cadáveres en sus cálidas corrientes. Ya estábamos a 43 grados; los soldados luchaban con ese calor, morían en esos vientos abrasadores, quedaban putrefactos en menos de tres horas. No era de extrañar que enterrasen a los iraquíes en fosas comunes y enviaran a casa a los cadáveres iraníes en menos de un día.

La poesía que escribían —puesto que sí escribían poemas, a millares, los campesinos voluntarios basiyíes y los pasdaranes, y los artistas llamados a filas— no era como la de Owen o la de Sassoon. En los volúmenes de versos bélicos de las librerías de Teherán, viejos soldados dan «gracias a Dios que les ha dado fuerzas para sobrevivir a estos tiempos». Revolviendo por las tiendas cercanas a la Universidad de Teherán, encontré a los fantasmas de Brooke y W. N. Hodgson en esos voluminosos tomos. Éste, por ejemplo, es el poeta iraní Mohamed Reza Abdul Malikian, que escribe su «Carta a casa» desde el frente de Ahvaz-Jorramshar, donde niños de doce años realizaban ataques suicidas contra las alambradas iraquíes:

Aquí en el frente  
repartimos el obsequio de nuestro sacrificio,  
mayor es su poder que el de las olas del Karun.  
Desde aquí se ven niños y ancianos  
ansiando recorrer los campos de minas.  
Todos lo ven.

Esos versos desprendían algo aterrador: no sólo la imagen terrorífica del martirio de los niños, sino lo que parecía —para mi mentalidad occidental— una especie de estasis de madurez y desarrollo. Ciertamente, Hodgson escribía esto en 1914:

Hijos míos, oigo cómo os exaltáis  
ante la trompeta de la guerra  
... Dispuestos a sufrir sin queja  
pérdida y fracaso, dolor y muerte.

Sin embargo, en 1916, nuestros poetas bélicos habían comprendido ya la obscenidad de la guerra. Abdul Malikian había escrito sus versos tras muchos años más de conflicto. Y no había perdido la fe. ¿Era porque luchaba para defender su propio país o porque el islam no tolera la duda en un fiel? ¿O acaso porque en Irán un poema debe ser algo sagrado, palabras que están pensadas para ser espirituales, y no provocadoras? En Occidente esperamos que un poema nos conmueva: el simple patriotismo y la fe no eran suficientes para Sassoon o para Robert Graves. ¿No habrían dicho ellos algo más que Abdul Malikian? A fin de cuentas, en los ocho años que siguieron a la invasión de Sadam del 22 de septiembre de 1980, la guerra había contado con gas venenoso y ataques con misiles: el horror más atroz de la Primera Guerra Mundial y una de las armas potenciales más aterradoras de la segunda.

La primera vez que escribí en *The Independent* sobre la «estasis de madurez» del

poema de Abdul Malikian y la obscenidad de la guerra que predominaba en la obra de los últimos poetas bélicos británicos, recibí una carta larga y desafiante de un británico musulmán. Si yo quería comprender la motivación y el aguante iraníes, según me escribía Zainab Kazim, debía entender antes el significado de la batalla de Kerbala del siglo XVII<sup>[\*]</sup>:

No estoy seguro de si soy poco preciso al afirmar que los iraníes, en general, eran muy conscientes de los horrores de la guerra y los tenían presentes antes aún de verse envueltos en el derramamiento de sangre Irán-Iraq. Creo que los chiíes, en conjunto, saben mucho más sobre la realidad del martirio que el común de los no chiíes. Recuerdo haber intentado explicarles la tragedia de Kerbala a mis amigos británicos en el colegio y haberme quedado atónito ante su reacción. Al fin y al cabo, yo ya había visualizado las imágenes del pequeño Alí Asgar con una flecha en el cuello, Abbas con los brazos sesgados, Akbar con una lanza atravesándole el pecho y Husein recogiendo los cadáveres, llorando sobre ellos y llevándolos de vuelta a las tiendas... Ya había imaginado a las mujeres de la familia del imam Husein siendo conducidas por los bazares después del dolor de su pérdida y hablando en contra de sus gobernantes. He crecido con esa historia, era y sigue siendo parte de mí. La mayoría de los chiíes son muy conscientes del precio que podrían tener que pagar por ser fieles a sus principios.

El coche de Golamreza avanzaba siseando sobre el asfalto medio derretido de la carretera del desierto cuando el hombre de Orientación Islámica me dio unos golpecitos en el hombro. «Mire a su derecha», exclamó. Golamreza redujo la velocidad, un calor de soplete entró a mares por las ventanillas. Junto a la carretera había unas vías de ferrocarril, pero más allá se veían los detritos de un ejército derrotado: tanques iraquíes y transportes de tropas acorazados abrasados, cañones partidos, armas oxidadas en las torretas de los tanques, los monstruos de Sadam descomponiéndose aún en el desierto. Cruzamos las vías a pie, pasamos por unas arenas movedizas —el hombre de Orientación Islámica cayó dentro y se hundió hasta las rodillas— y llegamos a los restos de la gran batalla. Muchos de esos vehículos habían sido conducidos sobre la arena por soldados aterrorizados, sus orugas de acero habían aplastado rocas y superficies de hormigón, sus interiores se habían convertido en calderas a causa de las granadas propulsadas por cohetes.

Me encaramé a un tanque T-62, abrí la torreta y me deslicé en el interior. La recámara del cañón había explotado, el asiento del conductor estaba fundido. Un millón de pequeñas moscas revoloteaban por el compartimento carbonizado y claustrofóbico del tirador. Me puse a hacer fotografías subido a lo alto del tanque, pero me di cuenta de que no encontraba color en la lente de la cámara. Dejé la cámara y seguí sin ver color alguno. El sol y el blancor puro del desierto le habían arrebatado a mi visión todos los colores y convertían así las fuerzas blindadas de Sadam en una apagada imagen monocroma. El hombre de Orientación Islámica hablaba más para sí que para mí, aunque en inglés, para que pudiera entenderlo. «Pensar que Sadam vino aquí, a nuestra tierra, pensar en su arrogancia, pensar en que iba a salirse con la suya... ¿Cómo no íbamos a luchar contra él?»

Al otro lado de la carretera principal distinguí los contornos enjutos de un camión ruso y crucé hacia él. Sólo le quedaba intacta la parte de delante de la cabina del

conductor, de un gris oxidado y agujereada por miles de impactos de metralla. Detrás, en la superficie del desierto se había abierto un cráter que estaba lleno de desechos, latas de munición que habían quedado destrozadas por una lejana explosión, medio enterradas en la arena, miles de balas de ametralladora coaguladas y retorcidas en formas grotescas: un impacto directo contra un camión de municiones. En el borde del cráter había un poco de polvo blanco, tal vez hueso humano. El hombre de Orientación Islámica estaba sentado por allí cerca en la arena, agotado.

Nos alejamos por el desierto. Encontramos un casco iraní atravesado por un agujero de bala, docenas de botas militares, una de ellas desgarrada por el talón y con algo oscuro dentro. Había hoyos provocados por obuses, llenos de inmundicia y alambre de espino, y una hilera de refugios subterráneos tras una trinchera, suelos con los cubiertos de tapas de madera de las cajas de municiones; los sacos de arena, reventados. En algún lugar no muy lejos de allí, el poeta iraní Alí Babchohi había escrito un poema extrañamente conmovedor sobre un sueño en el que un anciano de Nachlestan —una región datilera del sur de Irán— se le aparecía en el desierto:

¡Eh, mira allí!  
Lo veo con mis ojos ciegos.  
¿Acaso no lo ves?  
Es el viejo Shir Mohamed de la costa en Nachlestan  
y el sol reluce sobre su mosquete.  
... Lo vi con mis ojos ciegos.  
Y el viejo Shir Mohamed me dijo:  
«He venido a plantar mi fusil  
en lugar de trigo y cebada  
en mis tierras de dátiles».

Unos días antes, en Teherán, había estado hablando sobre la guerra con estudiantes universitarios. Estaban en un seminario de filosofía, eran catorce jóvenes y tres mujeres. La mitad de los hombres habían luchado durante la guerra de los ocho años, una de las mujeres había sido enfermera militar. Antiguos voluntarios basiyíes, soldados y Guardianes de la Revolución, todos habían intentado analizar un ensayo impenetrable de un sociólogo estadounidense. Después habían intentado explicar qué había significado la guerra para ellos y por qué yo no lo comprendía.

Shoyae Ahmmadvande llevaba barba y tenía unos treinta y tantos, aunque podía ser más joven; tan sólo tenía dieciocho cuando lo enviaron al frente de Mehran, en la frontera iraquí a 170 kilómetros al este de Bagdad, en 1984. Hablaba despacio y midiendo las palabras con infinito cuidado. «Mi participación en la guerra fue un reflejo de la naturaleza de nuestra revolución islámica. Estuvo basada en una nueva interpretación de la religión: ir a la guerra era un deber sagrado. Nos gobernaba un estadista profético, de modo que así es como percibíamos la guerra. Ése fue el motivo de nuestro imperioso compromiso. No podíamos dissociar la guerra de la religión. Vi muchos incidentes que no puedo describir, y me pregunto: “¿Qué es real y qué no?”. Hubo escenas extraordinarias que me conmovieron».

Entonces bajó la mirada y siguió hablándole al suelo en lugar de a mí:

Hubo un día en especial, al principio de la operación *Val Fayr 5*, en 1984. Estábamos en la zona de Mehran y yo estaba sentado con muchos otros soldados sobre un pequeño cerro. Había un hombre con nosotros, de unos treinta o treinta y cinco años. Y de pronto todos notamos que se inclinaba hacia delante, sólo un poco. No sabíamos qué había sucedido. Entonces vimos que le caía sangre del brazo, y luego de la cabeza. Le había alcanzado una bala en la cabeza. En ese momento se volvió ligeramente, consciente de que le habían disparado, se llevó la mano al bolsillo, sacó un Corán y se puso a mirarlo, y la sangre no dejaba de chorrearle por el brazo. Tres de nosotros nos pusimos de pie, atónitos, no podíamos hacer nada, aquel hombre estaba a pocos segundos de su muerte y había sacado su Corán para mirarlo. Esa visión de la fuerza de su compromiso es una escena que no olvidaré mientras viva.

Se produjo un largo silencio, y entonces una de las mujeres, al fondo de la sala y vestida con un chador negro, tomó la palabra. «En general estábamos muy orgullosos de lo que hicimos en la guerra. Nuestra nación de Irán demostró su soberanía. Todos sabemos cómo ha regresado la gente a casa tras otras grandes guerras. Lo he leído en Hemingway. Pero eso no sucedió en Irán durante la guerra. Hay que entender la importancia de la mortalidad en nuestra guerra: la mortalidad era mejor que los alimentos. Ustedes creen que el número de muertes y heridos es importante, trabajan con esas estadísticas en sus ordenadores, pero yo tengo la impresión de que aquí la gente murió sin pensar en la valía material de sus vidas. Lo que importaba era su fe islámica».

Puede que nunca se sepa exactamente cuántos hombres murieron en la guerra — los iraquíes no han dado cifras concretas—, pero el hombre que estaba al mando de los Guardianes de la Revolución durante el conflicto de 1980 a 1988 me insistió en que los iraníes habían perdido mucho menos de 500 000 hombres. Mohsén Rafiqdust, que en 1995 dirigía una fundación multimillonaria para los heridos de la guerra y las familias de los soldados fallecidos, me aseguró que habían muerto 220 000 iraníes y que 400 000 habían resultado heridos. «Creemos que los iraquíes sufrieron 500 000 bajas. No sabemos cuántos de sus hombres fueron heridos. Además de los muertos en la guerra, también perdimos a 70 000 iraníes en la revolución islámica el año anterior al conflicto».

Aún hoy, esas cifras han de revisarse de continuo al alza. Tras el fin de la guerra, en 1988, se encontraron los cadáveres de al menos 27 000 soldados iraníes en las fronteras de Iraq. En julio de 1997 —nueve años después del alto el fuego— Irán celebraba funerales en masa para otros 2000 soldados cuyos restos mortales acaban de encontrar cerca de la frontera. De ellos, 400 recibieron un funeral con honores de Estado en Teherán, celebrado por el presidente Mohamed Jatami, mientras que los cuerpos de otros 1600 fueron enterrados tras ceremonias oficiadas en veintidós ciudades de todo el país. Muchos de los difuntos habían fallecido durante los primeros meses de la guerra, cuando el ejército iraquí había entrado en Jorramshar y había atacado Abadán.

Entre los soldados que intentaban rechazar a los invasores iraquíes estaba Muytaba Safavi. Me explicó su historia mientras iba sentado en el asiento trasero de

un taxi de Teherán, en un atasco de una de las concurridas calles de la capital, llenas de los gases del tubo de escape.

Me capturaron a unos treinta kilómetros de Abadán. Por la noche ya estábamos rodeados. No teníamos ninguna oportunidad. Nos llevaron a una gran cárcel de Iraq, en Tikrit, la ciudad natal de Sadam Husein. Nuestros primeros años allí fueron muy duros. Mataron a algunos, torturaron a otros. Pasó un año antes de que la Cruz Roja viniera a visitarnos, anotara nuestros nombres y nos trajera libros. Los más jóvenes eran más fuertes que los mayores. Creo que era porque los jóvenes sentían que aún tenían toda la vida por delante. Sin embargo, dos de los nuestros se suicidaron en la cárcel; no pudieron soportarlo más. Verá, cuando se está preso, hay que ser muy, muy fuerte. Aprendí mucho sobre mí mismo en la cárcel, sobre lo fuerte que podía llegar a ser. Cuando la Cruz Roja me traía cartas de casa, ya hacía un año que las habían escrito. Yo les enviaba cartas contestando, y mi madre aún las guarda, pero ya no quiero leerlas. Me recuerdan aquellos días terribles.

Cuando le pregunté a Muytaba por la fecha de su puesta en libertad, me dijo que había sido después del fin de la guerra, en 1989. Había pasado diez años en campamentos de prisioneros; más que cualquier prisionero de guerra británico de la Segunda Guerra Mundial. Cuando nos conocimos, en 1995, Irán aún sostenía que 15 000 soldados suyos estaban retenidos en Iraq, algunos quince años después de su captura.

Cuando Golamreza llegó a Jorramshar, sacudió la cabeza al ver que la ciudad aún estaba en ruinas. En ese emplazamiento en el que se había luchado durante más de dos años y que había sido bombardeado por los iraquíes durante seis años más había apartamentos y fábricas de ladrillo que habían sido reducidas a polvo por repetidas contraofensivas iraquíes. Era el Stalingrado de Irán, no de Iraq. En el centro de la ciudad, junto a un río lleno de restos de barcos de cargamento volcados y calcinados, cerca de una mezquita cuyos azulejos azules aún se estaban arreglando, había un pequeño museo con fotografías que conmemoraba el décimo tercer aniversario de la liberación de la ciudad, «El fotógrafo que sacó estas fotografías murió mártir en la guerra», dijo el guía. Su mano derecha señalaba hacia un cadáver que había en el suelo.

El cuerpo del soldado estaba recreado en cera de una forma tan gráfica, la sangre oscura que manchaba su espalda, el rostro hundido en la arena, el casco que le cubría casi todo el pelo... que por un momento creí que los iraníes habían conservado los restos mortales auténticos. Junto al hoyo de arena con su «mártir» había un gran retrato del ayatolá Jomeini bajo el cual se leía: «El martirio es el punto culminante de la vida humana». Las fotografías mostraban árboles talados y cocheras, mezquitas en ruinas y hogares destrozados en pequeñas callejuelas.

Otro poeta que luchó en la guerra capturó el sentimiento de furia al escribir sobre Jorramshar bajo ocupación iraquí. Parvis Habib Abadi utilizó tradicionales símbolos iraníes del amor —la mariposa que sobrevuela una vela— y la ira de Abu Zaher, leal amigo del profeta Mahoma, para ilustrar su cólera:

Amigo, qué solos estamos,  
lejos de esa ciudad que era nuestra,  
la vela se extinguió, el fuego consumió la mariposa.

Por doquier, en las calles, veo ceniza, escombros, sangre,  
una cabeza aquí, allí una larga melena ensangrentada,  
sin manos ya que puedan peinarla.  
Hasta que vuelvan a colocar esa cabeza sobre su cuerpo,  
llevaré mi ropa como mortaja, y gritaré como Abu Zaher  
para aterrorizar a todos mis enemigos.

Sin embargo, uno de los hombres que había liberado Jorramshar no había querido morir. Estaba sentado conmigo en un restaurante de Abadán, masticando su pescado con patatas con la boca abierta y haciendo mucho ruido. «Yo estaba en el ejército al servicio de la marina y acudimos a la liberación. No vi muchos cadáveres. Verá, la mayoría de iraquíes se rindió, 20 000, ¿se imagina? Todos con los brazos en alto, así. —Y allí, en el restaurante, para sorpresa de los demás comensales, se llevó las manos a la cabeza con las palmas hacia abajo—. Pero tendríamos que haber puesto fin a la guerra entonces, en 1982. Sadam había ofrecido un alto el fuego, los saudíes ofrecían a Irán setenta millones de dólares para la reconstrucción. Si hubiésemos parado entonces, Sadam habría sido derrocado por su propio pueblo. Pero otro grupo de gente acaparaba la atención del imam y Jomeini decidió continuar la guerra hasta destruir a Sadam, luchar por Nayaf y Kerbala y conquistar Basora. Fue un gran error. Decidí entonces apartarme de la guerra y busqué trabajo en Teherán. Aún duró seis años más, y ni siquiera ganamos. Sólo conseguimos recuperar todo el territorio perdido cuando Sadam se enfrentó a ustedes tras su invasión de Kuwait».

Era una insólita voz de discordancia. Recuerdo que, durante la guerra, los muertos les hablaban a los vivos; una reprimenda constante para aquellos que quisieran encontrarle faltas a la conducta militar del conflicto. Los Guardianes de la Revolución tenían una revista, *El guardián del islam*, que publicaba homenajes a la memoria de los camaradas recién fallecidos con un texto intachable: «No contemos como muertos a los que han sido asesinados por la causa de Dios, sino como vivos y en compañía de su Señor». Poco antes de caer al Shatt al Arab, Hosein Chair Zarrin escribiría en un persa lleno de faltas: «Me envían por primera vez al frente, había oído hablar del ataque, así que quería participar en él». Sin embargo, como si ya estuviera en el más allá, le escribió a su madre: «Madre querida, tu hijo se ha liberado de las cadenas del cautiverio [terrenal], de la esclavitud y la traición a uno mismo... Sí, madre querida, tu pequeño ha caído preso del islam y ha llegado a la obediencia, la devoción y la sinceridad, claro está, si Dios lo acepta».

Acabaría acostumbrándome a leer esos testamentos, con sus convicciones y —a falta de una expresión mejor— su superioridad moral. Abulhasán As Haq se mostraba casi alegre en el suyo. «El martirio no es un rango que merezca cualquiera —escribió antes de morir—. Escribo este testamento aunque creo que mi posibilidad de morir como mártir es remota. De todas formas, un joven no tiene de qué avergonzarse por tener esa ambición. No me asusta el día de la resurrección... Cuando la primera gota de sangre del mártir sea derramada, quedará limpio de todo pecado... Sí, mis seres queridos, la muerte acabará llevándonos a todos, nadie vive en este mundo para

siempre, así que ¿por qué desaprovechar esta oportunidad de oro?»

Joramshar estaba siendo reconstruido. Había colegios nuevos, dos nuevos hospitales, nuevas fábricas y edificios de apartamentos en construcción. Sin embargo, el puerto seguía en ruinas y sus barcos bloqueaban el río. Me encontraba junto al puerto, sacando fotografías al lado de un casco —el *Race Fisher*, matriculado en Barrow-in-Furness—, hasta que llegaron dos policías vestidos de negro. El hombre de Orientación Islámica salió corriendo del taxi de Golamreza para rescatarme. «Sospechan de todos los extranjeros con cámara —dijo con docilidad—. En esta ciudad la gente sufrió mucho».

Visité uno de los nuevos hospitales, donde un médico me dijo que la guerra había sido un acontecimiento «necesario» en su vida, igual que en las vidas de todo el que había luchado. «Entonces tenía veintiún años, y un amigo de Tabriz. Era azerí, un buen amigo, muy leal. Un día, durante un avance, algo le golpeó la cabeza y su cerebro me salpicó encima. Yo iba a su lado. No quería creerlo. No hubo unas últimas palabras, nada. Después a mí me alcanzó en el hombro una granada de mortero de 80 mm. Quedé medio inconsciente y al principio no sentí nada, el dolor vino después». Se subió la camisa y me enseñó la herida. Por todo Irán, los hombres me enseñaban sus heridas, en los brazos, en el cuello, en las piernas. Un hombre me hablaba con una mandíbula ortopédica —la suya se la había arrebatado un disparo— mientras que otro tosía a cada palabra. Lo habían gaseado. Sin embargo, cuando le pregunté al médico si había merecido la pena —todo ese dolor, el sufrimiento, el sacrificio—, se le iluminó el rostro. «Desde luego. Estábamos defendiendo nuestra tierra y el patrimonio islámico. Y sentíamos ira, ira hacia nuestro enemigo».

Eso mismo fue lo que sintió Gaysar Amin Pur, poeta de Dezfúl, cuando su ciudad natal fue bombardeada de noche. Tal vez a causa de esa ira, su poema nos resulta más cercano que otros, teñido de rencor, incluso de cinismo:

Quería escribir un poema de guerra  
pero sabía que no era posible.  
Tenía que dejar mi fría pluma  
y usar un arma más punzante.  
Hay que escribir con cañones los poemas de guerra,  
las palabras hechas balas...  
Aquí estamos siempre en alerta roja,  
la sirena nunca cesa su lamento  
sobre cuerpos que no han despertado su sueño,  
donde aviones cual murciélagos que odian la luz  
bombardean por las rendijas de las cortinas echadas...  
Ni de las estrellas nos fiamos, por si espían,  
no sería sorpresa que la luna estallara...

A veces, este sentimiento de indignación se vuelve político. Esto, por ejemplo, es lo que dijo Yahya Fuzi —que ahora tiene treinta y un años, veinticuatro cuando luchó en la guerra— en aquel mismo seminario de filosofía de la Universidad de Teherán:

La guerra nos enseñó por qué la gente de Occidente que dice que cree en la libertad y los derechos humanos estuvo dispuesta a relegar sus ideas a un segundo plano durante nuestra guerra. Para nosotros fue una lección importante. Cuando Sadam nos invadió, guardaron silencio, no gritaron como lo hicieron cuando Sadam invadió Kuwait diez años después. Pero cuando se metió en Kuwait no dejaban de hablar de los derechos humanos. Los crímenes de Sadam recibieron entonces mucha más publicidad.

### Otro estudiante, de gafas, lo interrumpió:

En nuestra revolución de 1979, nuestros gritos contra el sha eran eslóganes antidictatoriales. La guerra contra Iraq completó el proceso de construcción de la nación. En la cima de un cerro, bajo los obuses, había hombres de Baluchistán y del Kurdistán y otras provincias. Todos teníamos que defender el mismo cerro. Entre nosotros había muchos inmigrantes a causa de la guerra, gente de Juzestán a quienes los iraquíes habían echado de sus casas, que llegaban en avión a Teherán y a Tabriz. Había interacción con el resto de la población, una inyección étnica. En esa guerra estábamos aislados, abandonados por todos, así que llegamos a la conclusión de que era bueno estar solos... y aprendimos sobre nuestros conciudadanos, nos sentimos unidos por primera vez.

La idea de que la guerra Irán-Iraq, en cierto modo, había constituido la finalización de la revolución islámica de Irán —o, al menos, parte esencial de ella— estaba en el sentir general. Las clases medias, que habían intentado por todos los medios no participar en la guerra, habían quedado excluidas de la historia. Los hijos de los ricos, con sus visados para Canadá, los Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia, no veían razón para participar en lo que consideraban una guerra de locura. «Pasé la guerra en Canadá, la veía por la televisión y me alegraba de no estar aquí», me dijo un joven de veintinueve en una fiesta en Teherán. No podía rebatirle su lógica, pero me pregunté si no se habrían quedado los ricos, la vieja guardia iraní que lamentaba la revolución, sin su derecho sobre Irán. También ellos habían quedado aislados por la guerra, porque se habían negado a defender su país.

No obstante, más que los supervivientes, quienes hablan con mayor elocuencia son los muertos. Al sur de Teherán, en un lugar llamado Behesht-e Zahra, cerca de la tumba del anciano que los enviara a morir, yacen decenas de miles de iraníes que regresaron de la guerra en bolsas. Aún hoy siguen llegando bolsas de plástico, un cráneo o dos con una etiqueta, recuperados de los campos de batalla mientras los iraníes no dejan de cavar en busca de almas perdidas en el frente occidental. Aún se cavan nuevas tumbas para los cadáveres que están por encontrar.

Las tumbas no tienen nombre, como las de los caídos en nuestra guerra mundial, son sólo lápidas simples e idénticas, pero con losas de mármol con inscripciones, grabados, fotografías, banderas, a veces incluso instantáneas sacadas por camaradas asustados en los minutos siguientes a la muerte, con los obuses cayendo aún a su alrededor, imágenes de cuerpos cubiertos de sangre. Yo ya había visto algo así en Chasar, en las montañas de Teherán. Sin embargo, este cementerio está hecho a escala galáctica, es el *Lo que el viento se llevó* de los camposantos, la ciudad de los muertos de Irán. Incluso hay una fuente de la que un agua roja como la sangre mana en chorritos hacia el cielo, el polo opuesto a la concha marina de Sadam y el monumento de hormigón de Bagdad, aunque ambos, a su manera, poseen esa misma

santidad gris y aterradora.

Ahí yace Namatallah Hassani. «Nacido el 1 de agosto de 1960, muerto mártir el 30 de octubre de 1983 en Penjwin, estudiante de la Facultad de Oficiales», dice en su tumba. «Hay que sacrificarse ante el amor; es decir, hay que seguir al imam Husein». Un rostro estampado en un lienzo retrata a Hassani, joven y con perilla. Y ahí yace Mohamed Nowruzbei, «Muerto mártir en 1986. Lugar de martirio, Shalamcheh», y Bassim Kerimi Kogani, «Nacido en 1961, muerto mártir el 22 de abril de 1986. Lugar de martirio, Fakeh».

Muchos de estos jóvenes escribieron unas últimas palabras para sus familias antes de morir, extensos discursos retóricos que empiezan con floreadas alabanzas dedicadas a Jomeini y que luego se desintegran en humanidad cuando terminan con los deseos personales para su familia. «Espero haber cumplido mi deber sacrificando mi sangre en nombre del islam», escribió Mohamed Saryjoni, nacido en 1963, muerto en combate el 17 de marzo de 1984 en Piranshahr, en el Kurdistán iraní. Sin embargo, luego sigue:

Transmítele mis mejores deseos a mi padre y a mi madre, a mis hermanas, mis hermanos, mis amigos. Espero que estén satisfechos conmigo. Le pido a Dios que os proteja, os perdone y os bendiga. A mi esposa, le digo: es verdad que he tenido una vida muy corta y que no he podido hacer todo lo que quería darte, pero espero que este poco tiempo que hemos pasado juntos sea un recuerdo maravilloso para ti. Cuida de mi hijo porque él es mi recuerdo... para ti y también para mi familia.

Las voces de esos hombres vienen de entre los muertos. Hassan Jahan Parto, que tenía veintiún años cuando murió en Maimak en 1983, le escribe a sus padres: «Les pido a mi generoso padre y a mi familia que no lloren si muero mártir; no estéis tristes, porque vuestra tristeza importunaría a mi alma». Pero sí que lloran, las familias rezan en las tumbas cada viernes por la tarde, y comen junto a sus hijos, sus maridos y sus hermanos muertos.

Mustafá Azadi, un voluntario basiyí, luchaba en el abrasador desierto de Shalamcheh cuando le dieron la noticia de que su sobrino hach Alí Jasmani había muerto. Me ofrece dátiles junto a la tumba. «Fue uno de los primeros en alistarse a los Guardianes de la Revolución, y luchó hasta su martirio. Fue alcanzado por un obús. Yo estaba en el frente cuando me dieron la noticia. No estábamos muy lejos, pero me fue imposible ir a ver su cadáver. ¿Qué creo ahora? Que todos los mártires han puesto sobre nuestros hombros la responsabilidad de defender nuestra fe».

A los occidentales nos suena demasiado anacrónico, nos recuerda demasiado a *In Flanders Fields* («En los campos de Flandes») de John McCrae, cuyos mártires advierten a los vivos que «si quebrantáis la fe en los que hemos muerto / no dormiremos, aunque crezcan amapolas / en los campos de Flandes». Hoy ya sabemos en qué consiste esa *martirocracia*: la dictadura —y no el gobierno— de los muertos. Ahora pensamos en pérdida más que en responsabilidad. Robert Parry, soldado británico de la Segunda Guerra Mundial que participó en el «cambio de régimen» de Iraq y Persia —como parte de las fuerzas de la ocupación de Bagdad y Basora tras el

derrocamiento de Rashid Alí en 1941— me enviaría en el 2004 una carta con sus propias opiniones sobre la «mentira» de que los soldados muertos «dieron la vida por su país»:

Algunos hombres espléndidos sí lo hicieron, y se presentaron voluntarios para misiones suicidas. Otros dieron la vida por salvar a compañeros. Sin embargo, la esperanza que hacía seguir adelante a la gran mayoría era regresar con vida. La muerte se los llevó sin preguntarles si querían ofrecerse o no. Yo perdí un primo en la guerra de 1914 a 1918. Era poco más que un niño, con la instrucción a medio terminar, y marchó hacia el frente. Una vez allí, y por curiosidad, se asomó a mirar sobre el parapeto. Un francotirador alemán lo vio. No tuvo tiempo, como Hamlet, para escoger.

Ofrecerse o no ofrecerse. Esa es la cuestión<sup>[\*]</sup>.

Me había llevado a Muytaba Safavi, el antiguo prisionero de guerra, a Behesht-e Zahra, y él me tradujo las historias de todos los plañideros, despacio, a veces muy conmovido. Bahrom Madani describió a su primo muerto, Askar Tolertaleri, fallecido en Maut, como «fascinado por Dios». Mohamed Junissian vio a su hijo Said sólo diez días antes de que muriera. «Estábamos hablando en casa y su madre le preguntó: “¿Por qué vuelves otra vez al frente?”. Mi hijo dijo que tenía que defender a su país. Su madre le dijo: “Pero puedes sernos más útil aquí”. Él dijo que le gustaba estar de vuelta en casa, pero que el enemigo estaba en nuestra tierra y había que expulsarlo. Yo estaba de acuerdo con él». Un anciano de barba gris explicó que había perdido a su hijo de diecinueve años, Hormuz Alidadi, en un campo de minas de Dashdaboz, hacía doce años. «Es la voluntad de Dios —dijo—. Le damos las gracias a Dios porque luchara por el islam y por su país».

Mohamed Taliblu no consiguió los restos mortales de su hijo Mayid hasta 1994, «unos cuantos huesos» enterrados en el barro de Penjwin. «No tengo sentimientos. Se fue a defender el islam y su país. Fue en 1985, sólo me enteré de que lo habían herido. Uno de sus amigos, que estaba con él en el frente, vino a verme y me dijo: “Vi caer a Majid, pero no vi si murió o no”. Fue durante un contraataque de los iraquíes. Lo mató una sola bala».

Mohamed Reza Abdul Malikian escribió sobre las últimas despedidas en un poema titulado «Respuesta»:

«¿Por qué luchas?», me pregunta mi hijo.  
Y yo, con el fusil al hombro y la mochila a la espalda,  
mientras me ato los cordones de las botas.  
Y mi madre, con agua y espejo y Corán en mano,  
vierte calidez en mi alma.  
Y mi chico pregunta de nuevo: «¿Por qué luchas?».  
Y yo, de todo corazón, digo:  
«Para que el enemigo nunca se lleve tu luz».

La guerra había acabado hacía ya siete años. Los diplomáticos iraníes visitaban Bagdad. Los hijos de la revolución —los que regresaban de la guerra— no se encontraron con un país digno de héroes; eran ellos los que denunciaban ahora con furia la corrupción del nuevo Irán de «sociedad civil» del presidente Jatami. Sin

embargo, por lo que parecía, regresaban habiendo encontrado fe en lugar de haberla perdido, después de un éxtasis de martirio que a nosotros —horrorizados por la matanza de dos guerras mundiales, temerosos incluso ante las pocas víctimas que sufrimos cuando al fin intervinimos en Bosnia, obsesionados con nuestras propias pérdidas en Iraq— debe dejarnos pasmados, conmocionados y repugnados. Lamentamos la juventud perdida, el sacrificio, la destrucción de vidas jóvenes. Los iraníes de la guerra de ocho años en el Golfo afirmaban que les había encantado, no sólo como prueba de fe, sino también como finalización de una revolución.

Para los soldados iraquíes, la guerra seguía siendo una maldición. Husein Faruk, policía militar iraquí, recuerda el alto el fuego como el momento en que un oficial les dijo a sus hombres que, si querían vengar la muerte de sus seres queridos, aquélla era la hora. «Uno de nuestros soldados fue a un campo de prisioneros iraníes. Tenía un hermano al que habían matado. Se limitó a escoger a un iraní. Le pegó un tiro. Fue el único que lo hizo<sup>[\*]</sup>». Faruk recordaba el día en que él mismo tuvo que vigilar a un grupo de prisioneros iraníes. «Estaban todos juntos, de pie, y uno me pidió agua. Yo se la di, por supuesto. Pero luego cogió un poco de tierra del suelo, la mezcló con el agua y se la tragó. Lo miré perplejo. Al cabo de un rato, el iraní se alejó pasando por delante de los guardas. Corrí tras él y le pregunté qué creía que estaba haciendo. El iraní me miró con asombro. “¿Qué? —preguntó—. ¿Todavía puedes verme?”».

Fathi Daud Muffak, el cámara iraquí que había filmado las primeras bajas de la frontera en 1980, descubrió que sus experiencias se hacían más abrumadoras a medida que la guerra proseguía. «Íbamos al cuartel general del frente central y allí nos decían: “Batalla en Fakr”, nos explicaban cómo ir y nosotros marchábamos hacia el frente para encontrar un agujero entre los sacos de arena por donde enfocar con la lente. Vi a muchos mártires de ambos bandos. Para mí, tanto los iraquíes como los iraníes eran mártires<sup>[\*]</sup>». Muffak filmó a los prisioneros de Iraq —«Algunos eran muy jóvenes, de catorce o quince años, habían recorrido los campos de minas en moto y habían sido capturados».— y vio un acto de heroísmo que le levantó el ánimo brevemente: un soldado iraquí que corría al campo de batalla bajo fuego para rescatar a un iraní herido, se cargaba al enemigo al hombro y se lo llevaba a las líneas iraquíes, donde estaría seguro. Sin embargo, también vería otras cosas más terribles.

A las afueras de Basora, un oficial de la inteligencia militar iraquí le gritaba a un prisionero iraní exigiéndole que le dijera dónde iba a dar comienzo el próximo ataque. «El iraní no hablaba, así que nuestro oficial dijo que le cortarían la oreja si no le daba la información que necesitaba. Los periodistas intentamos detenerlo, pero nos dijeron que no era asunto nuestro. El iraní seguía callado, así que el oficial iraquí le cortó una oreja. Entonces los demás prisioneros iraníes empezaron a hablar».

Nos pagaban tres dinares al día por estar en el frente —eso eran unos nueve dólares— y nosotros nos pagábamos la comida en un hotel que había tras las líneas. Regresábamos cansados y nos poníamos a beber gin-tonic y whisky. Llevábamos a otro cámara con nosotros, una amigo mío, Talal Fana. Él estaba tan inquieto que nunca desayunaba nada. Sólo bebía *arak* iraquí; quería fuerzas para morir. Se emborrachaba por completo,

y así era como marchaba al frente, porque estaba seguro de que iba a morir. Pero sobrevivió. Muchos soldados bebían. En Al Mohammorah [Jorramshar], uno de nuestros cámaras de televisión, Abdul Zahera, resultó herido en una mano y perdió un dedo. Abbas, otro miembro del equipo, fue alcanzado en el pecho. En 1987, Abdul Zahera murió mientras filmaba en el frente de Qaladis, sobre una colina llamada Yebel Bulga. Abbas murió en Fao en 1988, en la última batalla de allí.

En la batalla de Shalamchah, Muffak se quedó atrapado entre las líneas de los frentes iraquí e iraní junto con soldados iraquíes que tendrían que rendirse, escondiéndose en los cráteres de los obuses y protegiendo a su borracho amigo Talal. Le habían ordenado que se subiera a un helicóptero —por deseo personal de Sadam— para filmar batallas de combates a corta distancia entre tropas iraquíes e iraníes en las afueras de Basora, «tan cerca que se estaban atravesando con bayonetas y no podíamos ver quién era un mártir iraquí y quién un mártir iraní. Sadam me había ordenado que filmara dos rollos de [película] Arriflex, yo usé dos rollos enteros y Sadam me recompensó después con 3000 dólares y un reloj». Acompañando al 603.º Batallón del ejército de Iraq, en 1987, Muffak se encontró escalando una montaña del Kurdistán para filmar una escena de una victoria iraquí. Sin embargo, perdido en la montaña y en la oscuridad, acabó metido en un campo de matanza. «Había tantos cuerpos que no lograba ver si eran iraquíes o iraníes».

En 1985, Muffak perdería a su propio hermano.

Ahmed tenía veintinueve años y uno de sus compañeros tenía una mujer que estaba esperando un niño, así que Ahmed se presentó voluntario para sustituirlo mientras su amigo iba a Bagdad a ver a su hijo recién nacido. Fue el 5 de mayo de 1985. Mi hermano acompañó a un convoy de municiones al frente y les tendieron una emboscada. Nunca supimos más. Yo fui a aquel frente para hablar con el oficial al mando, el teniente coronel Riad, que me dijo que no sabía qué había sucedido. «No sé qué ha sido de él», me contestó. A lo mejor fue una explosión. No obtuvimos nada. Ni papeles, ni confirmación, nada. Yo estaba en Bagdad cuando terminó la guerra en 1988. Oí disparos al aire. La gente decía que la guerra había terminado. Fui a tomar algo: whisky y cerveza. Pensé que la gente estaría feliz y que sobreviviríamos. Pensé en mi hermano, aún teníamos la esperanza de que regresara si había sido hecho prisionero. Esperamos durante años, pero no llegó nadie. Lo habíamos perdido. No recibimos ni una carta, nada. Estaba casado y tenía dos hijas y un chico, y su familia aún espera su regreso. Aún esperan noticias. Puesto que no hay cadáver ni se tiene ningún detalle de su muerte, su nombre ni siquiera fue incluido en el monumento a la guerra.

Muffak sobreviviría para filmar la invasión iraquí de Kuwait y, después, con las sanciones y sin poder comprar ya su querida película Kodak —aún cree que esa película ofrece una resolución que el vídeo no conseguirá nunca—, se vio degradado a rodar un documental sobre la reconstrucción. Bueno, hasta que fue reincorporado como cámara de informativos para filmar la invasión angloestadounidense de su país en el 2003. Sin embargo, aún hoy sigue obsesionado por la brutalidad de la que fue testigo, sobre todo por dos experiencias profundamente dolorosas que vivió durante la guerra contra Irán. En Suleimaniya, en el norte de Iraq, el ejército de Sadam sufrió una grave derrota en la montaña de Maut, en 1987.

Había policía militar en las carreteras del pie de la montaña con órdenes expresas de Sadam: que cualquiera que fuera sorprendido en retirada fuera ejecutado. Por desgracia, descubrieron a tres soldados y tuvieron que disparar. Yo no tenía por qué mirar, pero fui testigo. No pude filmarlo. Tenían entre veinte y

veintiséis años. Los tres dijeron lo mismo: «Nuestras brigadas se han venido abajo, retrocedíamos con los comandantes». Todos lloraban. Querían vivir. No podían creer que fueran a ejecutarlos. El pelotón de fusilamiento era de seis o siete hombres. Cada uno de ellos llevaba las manos atadas a la espalda. No hacían más que llorar, gemir y sollozar. Les dispararon mientras lloraban. Después el comandante del pelotón de fusilamiento se adelantó y les pegó un tiro a cada uno en la frente. A eso lo llamamos «bala piadosa». Vomité.

Sí, la «bala piadosa», el tiro de gracia. Con qué facilidad aprendían de nosotros los iraquíes. En las afueras de Basora, otro joven soldado fue acusado de deserción y, de nuevo, Muffak fue testigo de ello:

Era un chico muy joven, y el reportero del periódico *Al Yumhuriya* intentó salvarlo. Le dijo al comandante: «Es un ciudadano iraquí. No debería morir». Pero el comandante repuso: «No es asunto suyo, no se meta». Así que el destino del joven fue morir en un pelotón de fusilamiento. No, no lloró. Le vendaron los ojos. Pero antes de que lo ejecutaran dijo que tenía cuatro hijos. Suplicó que le dejaran vivir. «¿Quién cuidará de mi mujer y de mis hijos? —preguntó—. Soy musulmán. Por favor, piensen en Alá... Por Sadam, por Dios, ayúdenme, por favor. Tengo hijos. No soy un recluta, soy reservista. No he huido de la batalla, mi batallón ha sido destruido». Pero el comandante en persona lo mató. Le pegó un tiro en la cabeza y luego en el pecho. Después encendió un cigarrillo, y los demás soldados del Ejército Popular se reunieron a su alrededor aplaudiendo y gritando: «Larga vida a Sadam».

## CAPÍTULO 9

### «SENTENCIADO A SUFRIR PENA DE MUERTE»

Y luego mi recuerdo morirá como muere  
un obús fulgurante sobre el frente de guerra,  
un bello obús igual que una mimosa en flor

GUILLAUME APOLLINAIRE,  
«Si muriera allí»,  
escrito el 30 de enero de 1915, Nimes

De niño, mi padre me sentaba en sus rodillas y colocaba uno de mis dedos en una marca muy pequeña que tenía en la frente. La recorría una fina y antigua cicatriz. «Aquí me dio el chino con el cuchillo», decía. Y a continuación seguía una extraña historia sobre cómo había tenido Bill Fisk que resolver un problema con un chino durante la Primera Guerra Mundial y cómo, tras ser atacado, mató a su asaltante con un revólver. «Mi padre mató a un chino», solía contar a mis amigos en el colegio. El porqué nunca podía explicarlo.

Mi padre tenía una extraña relación con la guerra de 1914-1918. Rara vez mostraba deseos de hablar de su breve participación en el conflicto, pero toda su vida leyó cualquier libro sobre el tema. Leyó los poemas de Wilfred Owen —quien, como mi padre, vivió en Birkenhead— y estudió todas las historias oficiales del frente occidental. Todavía recuerdo sus exclamaciones de horror al leer la primera biografía crítica del conde Haig y darse cuenta de que el hombre que antaño había considerado con veneración era un redomado mentiroso. En una clínica en la que se recuperaba de un cáncer a mediados de los ochenta, le pedí que recordara sus experiencias en las trincheras. «No fue más que un enorme y terrible despilfarro, *felah*».

Mi padre me llamó *felah* desde el primer día en que me vio en la cuna. Había estado leyendo *Beau Geste*, la historia de P. C. Wren sobre la legión extranjera francesa. Cuando uno de los protagonistas soporta valientemente una herida en silencio, sus camaradas dicen de él que es «un buen tipo», *a stout felah*. Sin darse cuenta nunca de que *felah* era una palabra árabe que significa «campesino», Bill siempre se dirigió a mí llamándome *felah* o el *felah*; lo cual no dejaba de ser paradójico, puesto que pasaría la mitad de mi vida en el mundo árabe. De hecho, me encontraba en Beirut cuando Bill Fisk murió en 1992 a la edad de noventa y tres años, sin temerle a la muerte pero cada vez más irritado y amargado. Le había sido fiel a mi madre Peggy —su segunda mujer— y nunca mintió ni engañó a nadie. Pagó sus facturas a tiempo. Durante unos treinta años fue tesorero municipal de Maidstone en Kent. Todos los domingos por la mañana, esperaba a que mi madre lo acompañara

a la iglesia de Todos los Santos, recorriendo arriba y abajo el pasillo de casa cantando el salmo 23. «Aunque pase por valle tenebroso, nada temeré». Era un patriota. En 1940, aceptó sin dudarle una petición del MI6 para formar una célula de la resistencia en Kent cuando parecía probable que las tropas alemanas invadirían el sudeste de Inglaterra. En la escuela, acostumbraba a enseñar sus planes —para envidia de todos los niños de mi clase— para volar el puente ferroviario de Maidstone Este mientras pasara por él un tren con soldados alemanes. Por supuesto, de haber llegado los nazis, Bill Fisk habría sido fusilado por «terrorista». Durante años, la fotografía realizada por el gran fotógrafo Yusuf Karsh, Karsh de Ottawa, de Churchill hablando en la BBC desde la calle Downing durante la guerra dominó nuestro salón en Maidstone; hasta que, tras la muerte de mi padre, Peggy la sustituyó por una delicada acuarela del río Medway.

Por desgracia, Bill Fisk tenía dos facetas. Si bien fue fiel con mi madre, también fue autoritario. Le controlaba los gastos domésticos de la semana, mientras ella esperaba temerosa a su lado que le soltara algún reproche. Si yo lo interrumpía, me daba un buen golpe en el cabeza. Y su patriotismo enseguida podía convertirse en racismo. En los últimos años, ante mi enfado cada vez mayor, llamaba a los negros con un término que para nosotros ya es despectivo, *niggers*, y si se lo discutía se enfadaba conmigo. «¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo que decir? —gritaba mientras Peggy se retorció las manos junto a la puerta—. *Nigger* quiere decir negro, ¿no? Sí, soy racista, y me enorgullezco de serlo. Me enorgullezco de ser inglés».

Mi madre intentaba suavizar su lenguaje y a veces acababa llorando. A los nueve años, fui enviado a un internado. Me pareció odioso —tanto por su violencia como por sus distinciones de clase— y le pedí a mi padre durante semanas, meses y años que me sacara de ahí. Mi madre también se lo pidió. Fue inútil. El internado me enseñaría a valerme por mí mismo, me decía. Tenía que ser un tipo fuerte. Su orgullo cuando pasé los exámenes quedó anulado por su furia de verse enfrentado a un hijo que no estaba dispuesto a obedecerle. Años más tarde, cuando le dije que estaba harto de sus comentarios racistas —le había dado por meterse con los irlandeses—, me tiró un cuchillo de mesa. Mi madre me dijo una vez que Bill le había dado un puñetazo a un funcionario del ayuntamiento del que pensó que le había hecho a ella una insinuación. Tras la muerte de Peggy, mi tía me contó que la persona a quien mi padre había derribado era el alcalde.

Fui un niño de natural obediente. Mi padre era para mí —como son los padres para todos los niños— un protector y, al mismo tiempo, un tirano potencial. Me gustaba cuando era modesto. Intenté suavizar su carácter llamándolo Rey Billy, lo que en cierto modo satirizaba su personalidad dominante. Y cuando él se llamaba a sí mismo Rey Billy —reconociendo sus defectos de modo desaprobador—, se convertía en un ser humano normal. Me enseñó a amar los libros y la historia, y de muy pequeño aprendí cosas de Drake y Nelson, de Haroldo de Inglaterra y el Motín Indio. Su abanico de lecturas iba desde la historia de Inglaterra para niños de Collins al

espantoso G. A. Henty. Cuando fui enviado al internado, ya sabía del asesinato de un archiduque en Sarajevo que había iniciado la Primera Guerra Mundial y sabía que el tratado de Versalles de 1919 había puesto fin a la Primera Guerra Mundial pero no había impedido una segunda. Y fue a los diez años cuando el *felah* fue llevado a sus primeras vacaciones al extranjero, a Francia y a esos campos de batalla que seguían obsesionando a mi padre.

Cuando mi madre murió en 1998, descubrí el pequeño álbum que había confeccionado de esas vacaciones de 1956, un álbum barato con tapas verde de imitación de piel en el que había pegado una serie de fotografías en blanco y negro: Bill y Robert de pie junto a nuestro coche —un Austin de Inglaterra, como se llamaba; e imagino por qué lo eligió mi padre— frente a la Estación Marina de Dover, esperando el viejo barco de los ferrocarriles británicos, el *Shepperton Ferry*, que nos llevaría a Boulogne; Robert con su jersey de la escuela junto a Bill, con el maletero del coche abierto y un hornillo de queroseno que silbaba a nuestro lado; Robert viendo pasar los trenes de vapor franceses; y Bill y Peggy juntos al lado del coche, un poco desenfocados, una foto que debí de hacer yo.

Sin embargo, no había duda de dónde tenía mi padre la cabeza. «Por Montreuil, Hesdin, Saint-Pol, Arras —escribió Peggy en el álbum indicando nuestro trayecto— hasta Louvencourt». Y junto a la palabra *Louvencourt* había una fotografía de una carretera jalonada de árboles elevados y que tenía en el extremo más alejado un granero con un techo desvencijado. Sabía lo que era. Mi padre me hablaría después muchas veces de él; había encontrado la casa del Somme en la que durmió el 11 de noviembre de 1918, el último día de la Primera Guerra Mundial. En nuestras vacaciones de 1956, mi padre se mostró demasiado tímido y no se atrevió a llamar a la puerta. Otra instantánea lo muestra delante de un monumento de 1914-1918 a los muertos franceses de Louvencourt. Lleva la corbata que siempre llevó, en el trabajo y de vacaciones, durante setenta y dos años: la corbata azul marino y granate de Regimiento de Liverpool del Rey.

Llevaba esa corbata una noche en nuestro hotel de Beauvais, mientras esperaba que mi madre se reuniera con él en el bar. Me sentó mal algo que había comido y Peggy se quedó a mi lado hasta que mi padre abrió de pronto la puerta de mi dormitorio y le dijo: «Quiero hablar contigo ahora mismo». Escuché a través del delgado tabique que dividía nuestras habitaciones. «¿Cómo te atreves a hacerme esperar así? ¿Cómo te atreves?», le preguntó una y otra vez. Y luego oí a Peggy llorar. Y mi padre dijo: «Está bien, no hablaremos más del tema». Utilizó la misma frase conmigo muchas veces en años posteriores. Y luego se negaba a hablar conmigo durante semanas como castigo por alguna ofensa real o imaginaria. No habló con Peggy durante varios días después de que ella lo hiciera esperar en el bar del hotel. En el álbum de las vacaciones, siempre estamos sonriendo. Hubo otras vacaciones y otras fotografías después, siempre por los campos de batalla de lo que Bill Fisk llamaba la Gran Guerra. Fuimos a Ypres muchas veces. Y a Verdún. Por entonces, mi

madre ya filmaba las primeras películas caseras en color. Y también, en todas esas imágenes, siempre estamos sonriendo.

Aunque Bill era reacio a hablar de su guerra, lo atosiqué en diversas ocasiones para que me contara algunas historias. Resultó que lo había mordido una rata en una trinchera en 1918. Durante unas cuantas noche permaneció en un puesto de primeros auxilios establecido en el interior de la catedral de Amiens, cuyo techo había sido destrozado por las bombas alemanas; recordaba que había contemplado las estrellas del cielo mientras, desde arriba, las gárgolas medievales lo miraban a él. Me mostró una vez una fotografía que había tomado del frente occidental, una foto minúscula de un par de centímetros que mostraba una escena llena de barro y árboles caídos. Mi padre —contra todas las reglas militares— se llevó una cámara a la guerra en 1918. No era muy propio del Bill que yo conocía, por lo general tan obediente con la autoridad como celoso de su poder en su casa. No me contó muchas cosas de la guerra de las trincheras —se incorporó a ella en agosto de 1918—, pero cuando en 1976 yo partía a cubrir la guerra civil libanesa para *The Times*, Bill se volvió hacia mí y me dijo: «No lo olvides, *felah*, no son las bombas lo que debe preocuparte, lo que tienes que vigilar son los francotiradores». Un consejo de las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Y tenía razón.

Poco antes de morir, me habló de su primer matrimonio; había sido un secreto para mí hasta que un día, por casualidad, descubrí en el cementerio de Maidstone la tumba de su primera mujer. Había sido un amor de la infancia, pero, cuando se casó con ella, ella no había correspondido a su amor, ni siquiera en la noche de bodas. Matilda Fisk murió en 1944, durante la Segunda Guerra Mundial, y así llegó Bill a casarse con Peggy en 1946. Ella tenía veinticinco años, y él cuarenta y seis.

Sin embargo, también me contó otra historia, una historia asombrosa, nada propia de él. Justo al final de la guerra, se le ordenó que dirigiera un pelotón de fusilamiento para ejecutar a un soldado. Se negó. Luego, al acabar la guerra, el ejército lo castigó obligándolo a colaborar en el transporte de cadáveres desde las líneas del frente hasta los grandes cementerios británicos. Todo el tiempo que lo conocí, Bill detestó las cosas que se pudrían. Un pájaro o un perro muerto en un camino hacían que se diera la vuelta. Esa insubordinación de mi padre fue algo raro en él. Pero lo admiré muchísimo por eso. En realidad, con el paso de los años, llegué a la conclusión de que la negativa de mi padre a matar a otro hombre fue lo único que hizo en su vida que yo también habría hecho.

Por mi vigésimo octavo cumpleaños, me compró *The Thin Yellow Line* de William Moore, una de las primeras historias de la pena capital en el frente occidental. Mi madre me dijo que Bill había leído el libro de principio a fin en completo silencio. Quiso que yo conociera el destino de los 314 hombres ejecutados por los británicos en la Gran Guerra. Parecía que el tema le preocupaba. Poco antes de morir, le pregunté si conocía la identidad del soldado condenado al que no había querido fusilar. Era un australiano, contestó mi padre, que se había emborrachado y

matado a un gendarme francés. Otra persona había dirigido el pelotón de fusilamiento.

Eso era todo. Una vez le pedí a Peggy que le hablara a mi padre de la guerra, que lo entrevistara como si fuera una periodista para averiguar cosas sobre esa parte desconocida de su vida. Prometió hacerlo. Sin embargo, a la muerte de mi padre, en 1992, cuanto encontré fueron nueve breves páginas manuscritas —en lápiz— sobre la historia de su familia. «Nacido en 1899 en Stone House, Leasowe, Wirral, Cheshire —escribió—. Padre, capitán de marina mercante, nacido 1868. Madre, hija de hortelano, nacida 1869. Dato más antiguo [de los Fisk] profesor danés, llegado a Inglaterra 1737. [Asistí a la] escuela municipal. Gané una beca para el instituto. Mi padre no pudo sostenerme, no quedó más remedio que dejar el colegio y competir por una plaza en el Departamento del Tesorero Municipal. Examen (25 candidatos) por seis chelines semanales fue bien y empecé a trabajar dos semanas antes de cumplir catorce años en 1913». No constituía, pues, ninguna sorpresa que mi escolarización fuera tan importante para Bill. Las notas no mencionaban que su padre Edward había sido una vez primer oficial del *Cutty Sark*, el gran clíper de la ruta del té que se encuentra hoy varado permanentemente en un dique de Greenwich. Había otra breve entrada, mencionando que tras la conclusión de la Primera Guerra Mundial Bill descubrió que su propio abuelo —el padre de Edward— también había servido en el mismo conflicto, como reservista naval en Zeebrugge en 1918, cuando los británicos bloquearon ese puerto belga para impedir su utilización por parte de los submarinos y destructores alemanes.

Pasarían seis años más antes de saber más cosas. Porque, cuando mi madre murió en el otoño de 1998, encontré en el desván de su casa una caja de hojalata del tipo que las familias enviaban a los soldados en la Gran Guerra con jabón y brochas de afeitar. La tapa llevaba troquelada las palabras «Parfumery Chiyotsbaki» sobre el dibujo de una joven sonriente con rosas en el cabello. La caja estaba llena de fotografías de la guerra de 1914-1918. Algunas eran fotos del tamaño de una postal de amigos de Bill, muertos hacía tiempo, con el uniforme del Regimiento de Liverpool del Rey y todos ellos con la cara solemne de la juventud condenada. «Amigos de Preston», rezaba la parte de atrás de una gran postal. Otras habían sido tomadas por Bill con su cámara ilegal. Una la había visto antes, la imagen del paisaje desolado del frente occidental. «Norte de Arras, 1918», había escrito Bill en la parte de atrás. Otra mostraba un joven oficial a caballo con las palabras: «Self montando a Whitesocks cerca de Hazebruck», en el dorso. Había un cupón por valor de algunos francos y una fotografía de cincuenta jóvenes soldados con mi padre, sin gorra, echado en el suelo delante ellos, con las botas con tachuelas dirigidas hacia la cámara. Una espectacular fotografía mostraba el 4.º Batallón del Regimiento de Liverpool del Rey desfilando bajo una fuerte nevada en Douai en el norte de Francia, con las bayonetas caladas en medio de la ventisca; otra —muy desvaída y es probable que mal revelada— mostraba la escuela de artillería de Douai, un inmenso edificio

napoleónico con una plaza de armas llena de soldados británicos acompañados de caballos y cañones. «El general de división Capper inspecciona la Compañía B», había escrito en el dorso.

Y había una gran fotografía de Bill Fisk, apoyado en el alféizar de una casa en Arras, fechada en agosto de 1918. Era un hombre alto y apuesto, con una mata de pelo oscuro, ojos hundidos, una nariz prominente, una ligera sonrisa en los labios, la mano derecha metida con afectación en el bolsillo del pantalón y la insignia del regimiento con su caballo rampante en la solapa. Parecía Burt Lancaster de joven. Dejando de lado su buen parecido, debo reconocer que se parecía un poco a mí.

Otra foto lo muestra en un coche descubierto con un hombre y una mujer. Y en otra está en la campiña francesa vestido de civil, pero con las polainas de la Gran Guerra, las tiras de tela con que los soldados británicos se envolvían las piernas para impedir que el agua de las trincheras se les metiera en las botas. Tras él, colgando de una rama, aparece un sombrero de mujer. ¿Tuvo un romance durante la guerra? Nunca lo mencionó y mi madre nunca dijo nada al respecto. Cuando Bill estuvo en Francia, ella ni siquiera había nacido. Sin embargo, cuando él murió, encontré dos entradas para las carreras de Longchamps en 1919. «¡Tíralas!», me ordenó mi madre. No le gustó la idea de que Bill las hubiera conservado todos esos años.

La cajita con las fotografías había permanecido en una caja de zapatos en el desván, pero abajo, en el escritorio de mi madre, encontré algunas páginas con notas manuscritas por ella. Era la entrevista que había prometido hacerle a mi padre al menos una década antes. Bill le había hablado a ella con mayor libertad. Describe su entusiasmo al ser destinado a Francia —una reacción sorprendente por parte de un hombre cuyos amigos de Liverpool ya habían muerto en Ypres— y la emoción de llevar su uniforme de alférez. Recibió una ayuda de cincuenta libras y «gorreó» un revólver Smith & Wesson. «Creía que era un mariscal de campo», le dijo a mi madre. Fue enviado a Francia en agosto de 1918. «Al llegar a Francia vi que había miles de chinos —dijo—. Los habían llevado para que repararan los agujeros provocados por las bombas en las carreteras; habían robado un tren de provisiones francés, y éramos el batallón más cercano... Yo era un oficial novato en esa época». Cuando Bill llegó al campamento chino cerca de Arras encontró un grupo de barracas rodeadas de alambre de púas.

Cuando llegué, no nos dejaron entrar... pero me permitieron pasar a mí [solo]. Le dije al chino que sabía hablar inglés: «Me han enviado para que investigue lo ocurrido con un tren de provisiones francés [con] mi sección de 30 hombres». [Respondió:] «Puede pasar, pero los hombres no»; y no lo pensé demasiado. No me gustaba nada lo de «los hombres no», pero entré y me senté a una mesa, rodeado de chinos por todas partes; y entonces ese individuo dirigió un cuchillo a mi frente, entre los ojos. Intentaba leer algo, inclinado hacia delante, cuando noté que el individuo se movía frente a mí... me habría pillado por la nuca si no llego a moverme. Bueno, lo maté de un tiro y me dirigí a la puerta, a todo correr; los chinos salieron detrás de mí, y el sargento que estaba a cargo de los 30 hombres mandó disparar; no sé a cuántos chinos mataron. Hicieron un buen trabajo.

Muchos de los episodios que Bill contó a Peggy están relatados de modo brusco.

La rata, una de las miles que pululaban por las líneas del frente, le había mordido en el pecho en las afueras de Arras. «La mordedura debía de ser venenosa, porque comían heridos y muertos [que]... habían estado una semana o más al sol... El hospital en Amiens estaba atendido por prisioneros alemanes y fue ahí donde un prisionero alemán que me cuidaba... me dio una vaina de proyectil en la que había grabado un dibujo del caballo del regimiento, [mi] nombre y graduación, y me la llevé a casa». Y luego añadió refiriéndose a mí que «seguro que al chico le habría gustado». La vaina estuvo durante años en la repisa de la chimenea de su madre en Birkenhead, pero desapareció mucho antes de que yo naciera.

El armisticio de noviembre de 1918 sólo fue un alto el fuego, y decenas de miles de soldados británicos permanecieron en la mugre de las líneas del frente por si se reanudaban las hostilidades con los alemanes. En Dover y Folkestone, miles de soldados británicos se negaron a embarcar para Francia en 1919, pero mi padre se ofreció voluntario para servir un año más en el ejército. Le habló a mi madre de las largas salidas a caballo con su coronel por las arrasadas ciudades del norte de Francia mientras las potencias victoriosas desmembraban los viejos imperios de Europa y Oriente Próximo en Versalles. Uno de sus caballos era ciego de un ojo y caminaba en círculo; lo derribó en una cochera de trenes. Fue enviado a Colonia, como miembro del ejército de ocupación, así como a Le Havre para supervisar la salida de Francia de las últimas tropas de combate británicas.

Sin embargo, había muy poco sobre la guerra en sí, la tortura de las trincheras en las que sabía que había pasado semanas. Y nada sobre el pelotón de fusilamiento que se había negado a dirigir. La última página de las notas de mi madre concluía en mitad de una frase. ¿Había destruido Bill el resto? Mi familia había muerto ya, y yo había heredado pocos recuerdos de mi padre, salvo esas evocaciones recopiladas por mi madre y el alijo de fotos. Sin embargo, había otra forma de averiguar cosas sobre los meses perdidos de la vida de mi padre. En enero de 1999, acudí a la Oficina Británica de Registros Públicos del barrio londinense de Kew y pedí el informe de servicios de guerra de Bill, junto con los diarios de guerra de sus dos batallones, los batallones 12 y 14 del Regimiento del Liverpool del Rey<sup>[\*]</sup>.

Debo admitir que sentí un ligero cosquilleo en el dorso de las manos cuando el ordenador de la mesa de la sala de consulta emitió un diminuto pitido y me dirigí al mostrador donde una bibliotecaria de mediana edad me entregó el expediente número W0374/24476. La cubierta decía «Alférez Wm. Fisk». Pero, casi de inmediato, mis esperanzas se vieron defraudadas. Impresas en la misma cubierta estaban las palabras «casado en 1936» y «casado en 1955». De un expediente que podía haber contenido cincuenta o sesenta páginas quedaban apenas unas veinte. El nombramiento como oficial de Bill estaba intacto; su profesión civil señalaba «ayudante de tenedor de libros». El cuestionario del Ministerio de Guerra había preguntado incluso si Bill era «de ascendencia europea pura». «Sí», había contestado Bill. Creo que con ésa no tuvo muchos problemas. Bajo «capacidad de mando», un oficial había escrito: «M. buena.

Sólo le falta experiencia». Ahí estaban las fechas de destino en Francia, el traslado de batallón en la posguerra y el viaje final en barco de vapor desde Boulogne, de vuelta a Liverpool, justo antes de la Navidad de 1919. Pero nada más. ¿Qué se había sacado del expediente? ¿Quizá la referencia a la negativa a dirigir una ejecución? ¿Una pequeña matanza de obreros chinos?

Un expediente separado de la Oficina de Registros Públicos sobre esos chinos indicaba que había 187 000 en Francia en 1918, pagados por el Departamento de Guerra, muchos de ellos atraídos desde sus tierras con promesas de que no estarían en la línea de fuego, una promesa que resultó ser falsa. Los documentos de los expedientes se refieren a ellos como «culis» e indican que deben ser mantenidos separados de los europeos. Al menos diez fueron ejecutados por asesinato, muchos de ellos sin recibir siquiera la dignidad de un nombre —sólo un número— cuando fueron fusilados al amanecer por soldados británicos. El diario de guerra de un regimiento británico hacía una enigmática referencia a la participación china en el saqueo de «trenes de provisiones franceses».

El ordenador de la mesa emitió otro pitido. Los diarios de guerra del Regimiento de Liverpool del Rey acababan de llegar del archivo. En los últimos meses de la Gran Guerra, una gran ofensiva alemana que casi llegó a París fue rechazada por soldados británicos, canadienses, franceses y recién llegados estadounidenses. De modo que las últimas batallas de Bill formaron parte de un gran contraataque aliado que seguía en curso cuando concluyó el conflicto. Escritos a mano en un papel delgado que se deshacía por los bordes, los diarios de guerra del batallón llegaron en grandes cajas de cartón. Sin embargo, las páginas de la historia del 12.º Batallón a partir de agosto de 1918 parecían inquietantemente familiares. Tardaría muchas horas antes de darme cuenta de la razón.

Había en los diarios de guerra partes breves y apresurados sobre «bombardeo hostil» y «proyectiles de gas enemigos que han causado cuatro bajas entre la tropa». El 22 de agosto, hubo un asalto a las trincheras alemanas que acabó con la captura de dos prisioneros alemanes. «La mayoría de los emplazamientos de cemento del enemigo fueron destruidos por nuestro fuego de artillería». El 1 de noviembre el batallón estuvo alojado en la calle Saint-Druon de Cambrai. Sabía que mi padre había estado en Cambrai —me había contado que la ciudad ardía cuando entró en ella con una unidad canadiense—, pero lo que me llamó la atención fue la letra. Era idéntica a la letra del dorso de las fotografías que había encontrado en el desván de casa de mi madre. Incluso estaban ahí las pequeñas florituras que Bill solía poner bajo la «D» mayúscula. Las encontré bajo la «D» de Douai.

Bill Fisk debió de ser el alférez encargado de escribir todas las noches el diario de guerra del batallón; claro, había sido «ayudante de tenedor de libros». A veces sus entradas tenían sólo unas pocas palabras, una observación sobre el «tiempo inclemente» —para mi regocijo, mi padre llamó toda la vida «inclementes» a los días de lluvia—, pero había otros informes más largos, con el seco lenguaje militar que

Bill aprendió a utilizar. «Intensos combates salidas de patrullas día y noche —informaba Bill a principios de octubre—... Patrullas activas y contacto constante mantenido con el enemigo. Durante la mañana del 5 las patrullas de contacto se movieron al N. y S. de posiciones recién ganadas... Oposición hostil exclusivamente bajo la forma de fuego de a. [ametralladoras]; las ametralladoras parecían ser muy numerosas». En los diarios oficiales, Bill siempre se refería a los alemanes como «el enemigo». Toda su vida, lo llamó «los boches».

Se había alojado en Douai. Sí, eso lo sabía. Porque junto con la cajita de fotografías —que incluía una fotografía desde lejos de unos prisioneros alemanes que los camaradas de Bill del Regimiento de Liverpool del Rey llevaban por una carretera bordeada de árboles— había centenares de postales en blanco y negro. En todos los lugares en que se estacionaba, compraba esas postales baratas de las ciudades y pueblos del norte de Francia. Algunas mostraban la devastación causada por la artillería alemana. La mayoría habían sido impresas antes de la guerra —de pueblos medievales con iglesias de elevadas agujas, calles adoquinadas y casas con fachadas flamencas, de frágiles tranvías traqueteando ante edificios con galerías de madera—, y que eran incluso entonces, cuando Bill las coleccionó, recuerdos de una Francia que ya no existía.

En su colección de Douai, había veinticuatro postales, algunas de las cuales enviadas por Bill a Edward y Margaret Fisk, en Birkenhead, porque tenían escritas detrás una o dos líneas. En el reverso de una fotografía anterior a la guerra que mostraba un tranvía pasando por la calle Bellain —devastada tras los combates—, había escrito con ironía: «Todavía no he visto ningún tranvía». Una foto de la plaza de armas —la torre del reloj del ayuntamiento a lo lejos, un grupo de elegantes casas decimonónicas a la derecha, llevaba el comentario de Bill: «Los edificios situados a la derecha de la torre están en ruinas. Nuestra cantina está a 100 metros de la torre (hôtel de ville)». Había una foto de la medieval Porte d'Arras: «Mi alojamiento está a 50 metros de aquí. Will», escribió, y luego añadió un beso para su madre Margaret. Había incluido una estampa de una pareja enorme con vestidos de la Edad Media que captaba la larga y violenta historia de Douai<sup>[1]</sup>. Mucho más fácil de comprender para Bill era una espectacular fotografía —publicada evidentemente tras la liberación de la ciudad por los británicos— que mostraba los soldados de ocupación alemanes con cascos de punta desfilando al paso de la oca delante de sus oficiales en la plaza Barlet. La envió a casa, tras escribir con furia detrás: «La forma bosche [sic] de entrar en una ciudad».

Sin embargo, mucho más precisa era una fotografía hermosamente enmarcada, tomada a través de un arco, de un grupo de edificios de ladrillo con torrecillas junto al ayuntamiento. En la acera, a la derecha de la postal, Bill había marcado una cruz. «He puesto una cruz bajo nuestra cantina —escribió en el dorso—. 1606, Passage de l'Hôtel de Ville». La calle había sobrevivido a la Primera Guerra Mundial. Me pregunté si habría sobrevivido a la segunda. En una de nuestras interminables

peregrinaciones por los campos de batalla, Bill nos había llevado a mi madre y a mí a Douai —debió de haber sido a finales de la década de 1950—, pero no recuerdo haber visitado esas casas. Cuanto recuerdo es que un gendarme había hecho detener a golpe de silbato a Bill por conducir su amado Austin de Inglaterra en dirección contraria. Bill compró una pequeña figurita de madera de un orondo gendarme para festejar la ocasión en que un pomposo policía francés se atrevió a criticar la forma de conducir de uno de los liberadores británicos de Douai. La figura estuvo durante años en el alféizar del salón en nuestra casa de Maidstone.

Ochenta y seis años después de que Bill enviara esas postales a su casa desde Douai, las metí con cuidado en un sobre —«Alférez William Fisk», escribí en la parte de delante— y emprendí el camino hacia la ciudad francesa a la que Bill había entrado bajo el fuego de la artillería alemana en 1918. No estoy seguro de qué esperaba encontrar en Douai. Él había entrado en una ciudad fantasma, con unos pocos edificios que aún se mantenían en pie, quizás una vieja acera sobre la que había caminado un soldado una generación antes que yo, los adoquines que marcó con una cruz veintiocho años antes de que yo naciera. El TGV que salió de la Gare du Nord cruzó a toda velocidad el paisaje barrido por la lluvia y el viento del norte de Francia, con las ventanas azotadas por las gotas, y entró en Douai en poco más de una hora. Albergaba la vaga idea de que podía ser posible utilizar las imágenes de Bill para descubrir la ciudad, de injertar su imagen de Douai —a pesar de los graves destrozos de la época en que envió las postales— en el presente, de caminar en las huellas de Bill. Una de sus postales mostraba la estación de tren de la ciudad, una espléndida construcción decimonónica de estilo holandés, tres plantas y ventanas adornadas con piedra labrada, con caballos y carruajes y uno de los primeros automóviles en primer plano. Sin embargo, la estación en la que entró mi tren era una caja, un edificio barato de cemento de finales de la década de 1940 cuyo techo se desconchaba. En la parte de atrás de la foto de la estación en 1918, Bill había escrito algo ilegible: «Esto está un poco...». La palabra que falta parecía «jorobado». Quizá quiso decir «bombardeado» o «dañado».

Pronto descubrí por qué. «Los británicos y los estadounidenses bombardearon completamente el lugar en la Segunda Guerra Mundial —me dijo un hombre mayor en el bar de la estación—. Los alemanes habían destruido Douai en 1914 y luego en 1918 y luego volvieron a destruirla en 1940 y luego lo hicieron los británicos y los estadounidenses en 1944. Querían impedir que los alemanes enviaran refuerzos a Normandía tras los desembarcos». Me detuve en una librería. El sexagésimo aniversario del Día D —*el Jour J.* en francés— había provocado un ejército de nuevos libros sobre la ocupación alemana, y no dejaba de resultar extraño que no hubiera ni un solo volumen sobre la ciudad en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, un folleto sobre la historia militar de Douai indicaba que los soldados alemanes habían ocupado la ciudad el 31 de agosto de 1914 —a los veintisiete días del estallido de la guerra, sólo cuatro meses después del decimoquinto aniversario de

Bill—, que habían sido expulsados y que regresaron el 2 de octubre. En tanto que cabeza de línea e importante centro de la industria minera francesa, Douai se convirtió en un objetivo militar estratégico. Se ordenó la partida de todos los hombres entre los diecisiete y los cincuenta años; y luego, cuando empezó la resistencia a la ocupación, los alemanes tomaron rehenes. Veinte rehenes, incluidas siete mujeres, fueron enviados a Alemania el 1 de noviembre de 1916; otros treinta y tres —doce de ellos mujeres— a Alemania y Lituania a finales de diciembre de 1917. En total, murieron a manos de los alemanes 193 civiles durante la Gran Guerra.

Había dejado de llover y saqué del sobre las postales de Bill. La librería estaba en la calle Saint-Jacques, y una de las imágenes de Bill mostraba esa misma calle antes de la Gran Guerra. Había unas vías de tranvía, una carreta y más de una treintena de personas —muchas de ellas, mujeres con grandes delantales blancos— en la acera y en la calzada. En la postal, la calle doblaba hacia la izquierda, tal como hacía delante de mí. A la izquierda de la calle, un edificio de tres pisos tenía un extraordinario balcón de madera, con un gran enrejado tallado que colgaba sobre las vías del tranvía. Y ahí seguía todavía. El edificio se había deteriorado, las ventanas estaban sucias, pero el balcón seguía ahí. Cabía la posibilidad de que aquél siguiera siendo el Douai de Bill. Anduve junto al canal. De nuevo, la postal de Bill de ese mismo canal mostraba varios edificios de estilo flamenco idénticos a los del *quai* a lo largo del cual yo caminaba. Doblé a la izquierda y entré en una calle adoquinada, con casitas bajas que a todas luces seguían intactas desde hacía más de un siglo. ¿Habían desfilado Bill y sus camaradas por esta calle en octubre de 1918?

Se puso a llover de nuevo, y los adoquines se volvieron brillantes. Introduje de nuevo las postales en su sobre. Hay ocasiones en que los periodistas queremos ser directores de cine, para recrear la historia partir de los archivos y de la experiencia. Podía ver al Regimiento de Liverpool del Rey recorriendo esa calle bajo la lluvia, con los cascos relucientes, el humo de los edificios bombardeados alzándose tras las casas, los pocos civiles a los que los alemanes permitían permanecer en la ciudad saludando a los soldados británicos que los liberaban. ¿Habría devuelto el saludo Bill, el joven e inocente Bill de diecinueve años? Por supuesto. Era un liberador, un héroe. Debió de sentir eso. Debió de resultar estupendo ser un soldado británico en Douai en 1918.

¿Conocería su historia? ¿Supo Bill que ochocientos años antes de que él llegara a esa ciudad, sus señores feudales habían partido a las cruzadas de Oriente Próximo, a liberar Jerusalén? Seguramente no supo nunca que una familia de cruzados de esa ciudad había acabado estableciéndose al norte de Jerusalén, en un país que ahora llamamos el Líbano, que se casarían con cristianos autóctonos hasta formar la familia libanesa llamada «familia Douaihy». Hace poco más de un cuarto de siglo, intenté preguntar al cabecilla de otra familia libanesa de cruzados, al anciano Suleiman Frangié —«*franj*» viene de «francés», y es en árabe «extranjero» e incluso «occidental»— acerca de su participación en el ametrallamiento de varios miembros

de la familia Douaihy en la ciudad libanesa de Zgorta en 1957. Fueron ametrallados en una iglesia libanesa, pero el anciano Suleiman se negó a hablar de eso conmigo. Sus milicianos apretaron los Kaláshnikov cuando insistí en el tema, de modo que nunca descubrí qué había detrás de su fría ferocidad de cruzado francés. En el Líbano, incluso cuando han tenido enfrente un aplastante poder musulmán, los cristianos siempre han combatido entre sí.

Y los dedos de la historia nunca sueltan su presa, nunca dejan de molestarnos, son capaces de tocarnos incluso cuando uno nunca imaginaría su presencia. Europa y Oriente Próximo, «Occidente» y el mundo árabe, están tan inextricablemente unidos que incluso en el actual Douai puedo encontrarme frente a frente con mi propio trabajo periodístico. Porque en un callejón frente al canal, detengo a un joven y le pregunto el camino para llegar al archivo municipal. Promete ayudarme, me dice que irá a su universidad a buscar la dirección, se disculpa por su falta de conocimiento local porque —en ese momento reconocí de pronto su acento hablando francés— es libanés. Raymond Haddad era un cristiano libanés del barrio beirutí de Ashrafie; su padre, un oficial de policía que pasaba semanas intentando concertar un alto el fuego en la guerra civil entre las milicias falangistas cristianas y el general Michel Aun, el mesiánico jefe militar cristiano maronita que afirmó ser en 1988 el primer ministro libanes. Yo había dedicado más de dos años a informar sobre ese absurdo y gratuito conflicto intercristiano<sup>[\*]</sup> y ahí estaba, a más de tres mil kilómetros de distancia, pidiendo ayuda a un cristiano libanés mientras intentaba seguir las huellas de mi padre por una guerra mucho más terrible y espantosa. Raymond Haddad escuchó la historia de Bill —quienes han padecido la guerra se muestran comprensivos ante esas investigaciones históricas, cuando no siempre mucha empatía— y al final me llevó al Hotel de Ville, cuyo gran reloj dominaba muchas de las postales de Bill.

Una mujer del ayuntamiento enseguida identificó la calle con la cruz en la acera que marcaba la cantina de Bill en 1918. El arco de la fotografía había sido destruido por los bombardeos aliados de 1944, pero era fácil reconocer los edificios de la derecha de la imagen. Eran idénticos; los balcones, las agujas de falso *château* en lo alto, la curva de la acera, los complejos marcos de piedra de las ventanas. Las autoridades habían revocado mucho tiempo atrás las melladuras de la mampostería de los muros —las marcas de la metralla de los bombardeos de 1944 que habían destruido el arco—, pero por lo demás la calle estaba intacta. Llamé al timbre del número 1606 del pasaje. Bill había cruzado ese umbral, me dije. No el Bill de mediana edad que yo recordaba de pequeño, no el viejo malhumorado que intimidaba a mi madre, sino un Bill joven que creía en la vida, la felicidad, el patriotismo y, quizás, en el amor.

No sé lo que esperaba encontrar. ¿Acaso pensaba que el alférez Fisk me iba a abrir la puerta, que un hijo de cincuenta y siete años se encontraría con un padre de diecinueve, luciendo aún el uniforme caqui con el que había sido fotografiado en Arras en agosto de 1918? La puerta se abrió —la misma puerta que había llevado a la

cantina de Bill— y un francés pequeño y amable me saludó con aburguesada urbanidad, un abogado, supuse —no me equivoqué—, y expresó un interés adecuado, aunque no excesivamente entusiasta, por mi historia. Sí, era claramente la misma casa en la que había estado situada la cantina de Bill. Monsieur Michel Leroy era abogado y se expresaba con precisión. El balcón de hierro forjado y barandilla baja que sobresalía sobre la estrecha calle era el mismo que el de la foto de Bill. Sin embargo, en el interior, todo había cambiado. Monsieur Leroy había reformado las habitaciones —que ya habían sido reconstruidas internamente mucho después de la Primera Guerra Mundial— al comprar la casa ocho años atrás. Sus padres vivían en ese momento en la habitación larga y baja en la que Bill y sus jóvenes compañeros oficiales habían bebido sus pintas y fumado sus pipas. Monsieur Leroy miró a mi barbado amigo libanés —que había sobrevivido a su propia guerra— y luego me miró a mí —que había sobrevivido a la guerra de Raymond y a varias otras— y me agradeció con formalidad el interés por su hogar.

¿Por qué debía un ciudadano de Douai haberse mostrado más empático conmigo? En la Segunda Guerra Mundial, los ataques aéreos británicos y estadounidenses mataron sólo en una noche a 342 civiles, el 11 de agosto de 1942, y dejaron muchos edificios antiguos —incluida la escuela de artillería que Bill había fotografiado un cuarto de siglo antes— en ruinas. Algunos de los muertos debieron de ser liberados por Bill y sus camaradas en 1918 para que al final los mataran sus compatriotas veintiséis años más tarde. Bill debió de liberar a algunos de los trece judíos franceses de Douai que fueron deportados por los nazis en 1942. Algunos de los habitantes de Douai murieron como consecuencia de las torturas de la Gestapo; la resistencia local había contado con un fuerte apoyo de los mineros de la zona, muchos de los cuales eran comunistas.

¿De qué sirvió entonces la guerra de Bill?, me pregunté mientras el TGV corría de vuelta a París por la empapada campiña del Somme. Mi tren cruzó la línea del viejo frente occidental, desde la Francia ocupada por los alemanes a la Francia controlada por los británicos. Durante cuatro años, decenas de miles de hombres murieron en esas trincheras —que ya sólo eran hoy tenues surcos en los campos— y mi vagón los cruzó en menos de diez segundos, una hecatombe dejada atrás en la sexta parte de un minuto. Y mientras sorbía un café en primera clase, un diminuto cementerio militar británico pasó tan deprisa que no pude leer «Sus nombres perdurarán para siempre» bajo la sencilla cruz de cemento que se elevaba entre las tumbas.

Mi padre siempre me había dicho que cuando muriera, heredaría su biblioteca, las dos paredes de libros de su casa de Maidstone a los cuales se referiría constantemente a medida que los años lo iban imposibilitando. «Siempre tengo mis libros», decía. Poseía toda la obra publicada de Churchill, incluida la biografía en dos volúmenes de Marlborough que Churchill —por mediación de un amigo del National Savings Movement— le había firmado a Bill. Todavía saco de vez en cuando ese libro de su

estantería. «Winston S. Churchill» estampó su nombre con una pluma estilográfica que se había deslizado por la página con la misma confianza en sí mismo que el autor había desplegado al escribir sus crónicas sobre la frontera afgana, al rubricar la decisión de desembarcar en Gallípoli en 1915, al escribir el elogio de los jóvenes pilotos de la batalla de Inglaterra en 1940. Cuando murió mi padre, mi propia biblioteca era mucho más grande que la suya —eso nunca se lo dije, claro—, pero su multitud de obras sobre la guerra de 1914-1918 y sus consecuencias era irremplazable. Algunas de ellas se han utilizado como obras de referencia en la redacción de este libro. Las memorias de Haig, Lloyd George y Allenby —que entró en Jerusalén en 1917 ocho meses después de que Maude lo hiciera en Bagdad— se alineaban junto a semanarios ilustrados de la Gran Guerra y los análisis del nuevo trazado de las fronteras del mundo de la posguerra.

En total, a la generación de mi padre le llevaría sólo veintitrés meses crear esas fronteras artificiales y los países igualmente artificiales contenidos dentro de ellas. El nuevo Estado del Gran Líbano fue desgajado del cuerpo de Siria e inaugurado por el general Henri Gouraud el 30 de agosto de 1920. La constitución de Yugoslavia, el llamado Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, se promulgó el 28 de junio de 1921. Y el tratado angloirlandés que llevaba a cabo la partición de Irlanda se firmó menos de seis meses más tarde, el 6 de diciembre. La Sociedad de Naciones aprobó el mandato británico sobre Palestina —incorporando los términos del acuerdo de Balfour— el 22 de julio de 1922, once meses después de que el rey Faisal, el hijo del jefe Husein, fuera aupado al trono de Iraq por los británicos. Y, como he reflexionado a menudo, es una penosa realidad de mi vida que mi propia carrera como periodista haya consistido —primero en Irlanda, luego en Oriente Próximo y los Balcanes— en informar sobre la desintegración de esas fronteras, el derrumbe de los pequeños Estados que la guerra de mi padre nos permitió crear y el asesinato de sus habitantes. No deja de ser una curiosa reflexión sobre el espíritu de esa época que la mayor parte de la remodelación de los mapas y la creación de países se hiciera supuestamente en nombre de minorías, minorías que en casi todos los casos salvo en dos —el de los judíos del mandato sobre Palestina y los protestantes del norte de Irlanda— no deseaban en absoluto la remodelación de sus mapas.

Los croatas y los serbios se pelearon enseguida. En Irlanda estallaron unos enconados conflictos confesionales, mientras los nacionalistas irlandeses se embarcaban entre ellos en una brutal guerra civil. Los franceses destruyeron el ejército árabe de Siria, ejecutaron a su ministro de Defensa y sofocaron cruelmente las revueltas de Siria y el Líbano. Gran Bretaña tuvo que hacer frente a una insurrección nacionalista en Iraq. Y, al llegar a la década de 1930, los británicos de Palestina se encontraron combatiendo la revuelta de unos árabes indignados ante la división de su tierra y su cesión como patria a los judíos. Las promesas de independencia que T. E. Lawrence había hecho a los árabes no tuvieron ningún valor. La declaración de lord Balfour sobre Palestina de 1917 declaró de modo específico

que «el gobierno de Su Majestad contempla favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío» y añadía como de pasada «no se debe hacer nada que perjudique los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina». En realidad, Balfour no tenía ningún interés en consultar a los árabes de Palestina acerca de su futuro. De hecho, ese mismo lord Balfour adoptó una actitud casi igual de complaciente —aunque algo más abierta— en relación con Irlanda del Norte. Otorgó un apoyo ministerial vital a la propuesta del primer ministro James Craig de acuerdo con la cual, dado el número de católicos que podrían servir en la nueva Policía Real del Ulster (RUC), había que formar una fuerza paramilitar protestante a partir del sectario Cuerpo de Voluntarios del Ulster (UVF). Una Palestina sectaria y una Irlanda del Norte sectaria, un Líbano sectario —fundado sobre el poder de una exigua minoría de cristianos maronitas— y una Siria y un Iraq igualmente divididos en sectas y tribus, así como una Yugoslavia basada sobre el recelo étnico: éstos fueron algunos de los dones con que la guerra de mi padre obsequió al mundo.

Mientras el conflicto seguía sepultando a sus generaciones, los imperios —vencedores y futuros perdedores— utilizaban a sus súbditos coloniales como carne de cañón. Junto con mi padre en el Somme lucharon los indios. Junto con los franceses en Verdún lucharon los argelinos y los marroquíes. En los ejércitos otomanos lucharon los sirios, los palestinos y los que pronto serían libaneses. Mi chófer libanes, Abed Mograbi, recordaba a menudo cómo su padre fue separado de su esposa pocas horas después de la noche de bodas para combatir con uniforme turco contra Allenby en Palestina. El Somme, donde mi padre pasó los últimos meses de la guerra, ya estaba empapado de la sangre de decenas de miles de irlandeses católicos que habían luchado y muerto vistiendo uniformes británicos mientras sus hermanos morían bajo los disparos británicos —o ante un pelotón de fusilamiento británico— en Dublín<sup>[2]</sup>. Padraig Pearse, James Connolly y John McBride —y, sí, también Eamon de Valera— contribuyeron indirectamente a salvar la vida de Bill Fisk. Tras el levantamiento de Pascua de 1916 mi padre fue enviado a Irlanda y no a Francia, donde muy bien podría haber muerto en los primeros días del Somme. Acudió a combatir el Sinn Fein —los *shinners*— y no a los «bosches». Al menos por el momento.

Hace un cuarto de siglo, viajé con una joven irlandesa a la ciudad belga de Ypres, donde están escritas en la piedra de la puerta de Menin los nombres de los 54 896 hombres que combatieron con el mismo uniforme del ejército británico que mi padre, pero cuyos cuerpos nunca se encontraron. Luchaban, según creían, por la pequeña Bélgica —la pequeña y católica Bélgica—, que había sido invadida por los ejércitos alemanes en 1914. Al leer los nombres de la puerta, la joven se emocionó al ver que muchos de ellos eran irlandeses. «¿Cómo es posible —preguntó— que un muchacho de Station House, Tralee, muriera aquí en el barro de Flandes?»

Al cabo de unos minutos se nos acercó un hombre mayor con un libro de firmas. Le preguntó si quería firmar. Eso ocurrió mucho antes de que una República de

Irlanda segura en sí misma y económicamente poderosa reconociera el sacrificio que sus soldados hicieron antes de la independencia con uniforme británico. De modo que mi amiga miró con considerable desagrado la insignia del ejército británico que lucía el libro. La Corona brillaba en la luz del atardecer. Los bomberos belgas se disponían a interpretar —como todas las tardes— el toque de silencio en el adusto interior de la puerta de Menin. No había mucho tiempo para decidir. Sin embargo, mi amiga no podía olvidar al joven de Tralee. Se enfrentaba a la historia, lo cual no era tan fácil, cómodo y comprensible para ella como puede ser para aquellos de nosotros que siempre nos consideramos los vencedores de las guerras. Al final, escribió en el libro, en irlandés, *do thiortha beaga*, «por los pequeños países». Con cuánto cuidado acomodó el deseo del soldado irlandés muerto de ayudar a la Pequeña Bélgica —una de las razones de mi padre para ir a la guerra— en el recuerdo de una tragedia de otro pequeño país, cómo fue capaz de fundir Irlanda y Flandes sin perder la integridad de sus propios sentimientos.

La admiré por ello. Resulta fácil apuntarse a la guerra, apoyar a «los muchachos», escribir editoriales sobre la necesidad de hacer frente a la agresión, la invasión, el «terrorismo», el «mal» —y la Primera Guerra Mundial estuvo llena de definiciones de «mal»—, pero otra cosa muy diferente es desapuntarse de la guerra, soltarse de las garras de la historia, de la mano de los muertos que nos aprieta el brazo y nos recuerda que todavía hay trabajo por hacer, ira que consumir, ferocidad que aplacar, ambiciones que satisfacer, fronteras que remodelar, Estados que crear, pueblos que gobernar... o destruir. Así, la Primera Guerra Mundial y los desembarcos de Gallípoli, que contribuyeron a provocar el genocidio sin precedentes de Turquía contra el pueblo armenio —el primer holocausto del siglo xx—, dejaron a ese mismo pueblo armenio abandonado cuando la paz se acordó en Versalles. Lo mismo hizo con el pueblo del Kurdistán. En la Gran Guerra de Bill, los europeos utilizamos por primera vez armas, otro avance que legaríamos a Oriente Próximo. Y con qué facilidad olvidamos que la primera derrota de Occidente por las armas islámicas en la época moderna no llegó de manos árabes sino de los turcos, en Gallípoli y en Kut al Amara en Iraq.

Las potencias europeas fueron ciegas a muchas de las realidades que ellas mismas creaban. Recuerda uno la descripción que hizo Lloyd George de lord Kitchener. «Es como esos faros giratorios —escribió—, que emiten fugaces rayos de reveladora luz en las tinieblas circundantes y luego vuelven a caer de pronto en la completa oscuridad<sup>[\*]</sup>». Para muchos británicos, la Gran Guerra es una adicción, un momento para reflexionar sobre el paso de las generaciones, de sacrificio inútil, el derrumbe de un imperio, la guerra en la que nuestros padres —o nuestros abuelos— combatieron. En mi caso, fue la guerra de mi padre y de mi abuelo. Sin embargo, fueron los resultados de la guerra de Bill Fisk los que me enviaron a Irlanda, Yugoslavia y Oriente Próximo. Los victoriosos cartógrafos no se mostraron todos del mismo parecer. La frontera de Irlanda del Norte era un indicio de declive imperial; las

fronteras de Oriente Próximo, un último intento de Gran Bretaña y Francia de conservar un dominio imperial. No, no se podía responsabilizar a Bill de las mentiras, las promesas rotas y la venalidad de los hombres de Versalles. Ahora bien, su mundo moldeó el mío, los imperios de su época crearon nuestra catástrofe en Oriente Próximo. Las postales no fueron la única herencia que me legó mi padre.

¿Y cuánto más podía avanzar en mi búsqueda de la vida de Bill entre esos ataques de gas, bombardeos y asaltos mencionados en los diarios de guerra, por esa tierra de nadie tan intensamente retratada en las pequeñas imágenes que había recibido de mi padre?

En los diarios de guerra de su batallón, bajo la fecha 10-11 de noviembre de 1918, mi padre había escrito lo siguiente: «A las 07.30 del 11 recibido mensaje instantáneo del Cuerpo XVII vía Bra. [Brigada] que las Hostilidades cesarán a las 11:00 hoy; las líneas alcanzadas a esa hora por las tropas avanzadas permanecerán estacionarias». Y más tarde: «Alojamientos en Louvencourt alcanzados a las 18:00 horas». Mi padre había llegado a la cabaña que habría de ser su hogar hasta finales del siguiente enero. Volví de nuevo a las notas que había conseguido tomar mi madre antes de que él muriera. «Había un *château* [en Louvencourt] —había dicho—. Y la mayoría de oficiales fueron alojados en el *château* porque los ocupantes se habían ido, y a los oficiales de menor rango nos pusieron en unas granjas destartaladas. Me encontré en una casa en ruinas y para entrar en mi habitación tenía que pasar por un dormitorio donde había una viejecita que estaba metida siempre en la cama. Todas las mañanas tenía que pasar por su habitación... siempre estaba sentada en la cama fumando una pipa».

Descubrí que la memoria de Bill podía fallar. En los anales del 4.º Batallón hay lo siguiente: «DUISONS 11 de junio de 1919. 2 compañías sofocan disturbios en el Recinto Chino, Arras... 1 oficial y una sección permanecen de guardia». Sospecho que ésa es la versión oficial y censurada del tiroteo del recinto chino, que el «oficial» es mi padre. Sólo que la fecha es 1919, no 1918. Bill se había equivocado de año.

Sin embargo, había recordado Louvencourt con gran intensidad. Y en un helado día de invierno, con el paisaje grabado por montículos de nieve y campos de cementerios militares blancos, viajé por la pequeña carretera que había recorrido con mis padres más de cuarenta años antes, de vuelta a Louvencourt en el Somme. Llevaba conmigo la instantánea tomada por mi madre de la casa en la que Bill se había alojado. Tampoco aquí estaba seguro de lo que iba a encontrar. ¿A alguien que lo recordara? Improbable. Había dejado Louvencourt sesenta años antes. ¿Algunas pistas sobre cómo el joven brioso de la fotografía de 1918 se había convertido en el hombre que yo recordaba en la vejez, que amenazaba con pegarle a Peggy cuando ella empezó a padecer los primeros síntomas de la enfermedad de Parkinson, que la hizo sufrir tanto que ella lo había visto partir con alivio a una residencia de ancianos, donde nunca lo había visitado, y que se negó a asistir a su funeral?

Encontré la casa de Louvencourt, el techo seguía inclinado, pero la fachada estaba

embellecida con nuevas ventanas y postigos. A diferencia de Bill en 1956, llamé a la puerta. Me abrió una señora francesa mayor. Había nacido en 1920 —el mismo año que Peggy— y no podía haber conocido a Bill. Sin embargo, se acordaba de su abuela muy mayor —la «viejecita» de mi padre— que había vivido en la casa. La sala tenía un suelo de viejas baldosas con motivos que llevaban ahí al menos cien años. Bill Fisk habría caminado por él con sus botas de tachuelas y polainas. Al final de la fría calle, pasada la iglesia, encontré el *château*, medio en ruinas tras un muro de ladrillos rojo y amarillo, y encontré al hombre más anciano del pueblo —le quedaban tres dientes de delante— que recordaba a los soldados británicos. Sí, los oficiales habían vivido en el *château*<sup>[3]</sup>. Su casa había sido la enfermería del batallón. Tenía seis años en aquella época. Los soldados británicos solían darle chocolatinas. A lo mejor por eso, pensé, había perdido los dientes.

Volví calle arriba. Frente a la casa en la que mi padre había pasado aquellas frías noches, encontré otro diminuto cementerio de guerra inglés. Y dos de las tumbas eran de hombres que habían sido fusilados al amanecer. El soldado Harry MacDonald del 12.º Regimiento de Yorkshire Occidental, padre de tres hijos había sido ejecutado ahí por deserción el 4 de noviembre de 1916. El fusilero F. M. Barratt del 7.º Cuerpo de Reales Fusileros del Rey había sido fusilado por deserción el 10 de julio de 1917. Sus tumbas estaban a apenas 20 metros de la ventana en la que había vivido el alférez Bill Fisk. ¿Supo quiénes eran? ¿Acaso esas tumbas, tan cercanas a él, se habían dirigido a su conciencia cuando se le pidió que dirigiera un pelotón de fusilamiento y matara a un soldado australiano?

Desde París, llamé al archivero australiano encargado de los archivos de guerra en Canberra. Ningún soldado perteneciente a regimientos australianos había sido ejecutado durante la Primera Guerra Mundial, me dijo. Los australianos, al parecer, no querían que los hombres de Haig ejecutaran a sus muchachos al amanecer. Sin embargo, al acabar la guerra, dos australianos fueron condenados a la pena de muerte, uno por matar supuestamente a un civil francés. El archivero dudaba que fuera el hombre mencionado por Bill, pero no podía estar seguro. Y —a mi padre le habría gustado, pensé— el condenado había sido perdonado. Por desgracia, la realidad era mucho más cruel.

Otro lector de *The Independent* me escribió contándome el caso de un soldado australiano, un artillero que servía en el ejército británico, que había sido sentenciado a muerte por asesinato, por matar a un policía militar británico, no a un gendarme francés. Se llamaba Frank Wills y su expediente era ya accesible en los Archivos Nacionales de Londres. Volví a lo que antes se llamaba la Oficina de Registros Públicos, donde el piloto electrónico había sido sustituido por una pantalla; cuando leí que me esperaba el expediente número W071/682, supe que esos papeles contenían una parte de la vida de Bill. Si no los leyó, seguro que estuvo familiarizado con su contenido. Tuvo que conocer la historia del artillero Wills.

La historia era muy sencilla, y el juicio del artillero N.º 253 617 Frank Wills del

Batallón X de Morteros de Trinchera de la 50.<sup>a</sup> División de la Real Artillería de Campo estaba resumida en dos hojas mecanografiadas. Había desertado del ejército británico el 28 de noviembre de 1918 —más de dos semanas después del armisticio— y fue capturado en París el 12 de marzo de 1919. Él y un compañero fueron detenidos en la calle Faubourg du Temple en el 11.<sup>o</sup> *arrondissement* por dos policías militares británicos, los soldados de primera Webster y Coxon. La vieja historia de todo desertor. Papeles, por favor. Wills le dijo a los policías militares que tenía los papeles en el hotel del 66 de la calle Malte. Los cuatro fueron al Hotel de la Poste para que Wills recuperara sus documentos.

De acuerdo con la acusación:

el acusado, el soldado de primera Webster, subió las escaleras. Poco después sonaron dos disparos en el piso de arriba... el acusado bajó y salió corriendo con un revólver en la mano, fue seguido por el soldado de primera Coxon y a quien disparó tres veces. Uno de los disparos le hirió levemente en el brazo. El acusado se escapó... pero fue perseguido por gendarmes y civiles y detenido. Se le arrebató el revólver y se comprobó que contenía cinco casquetes vacíos. El soldado de primera Webster fue encontrado al final de las escaleras, herido en el pecho, el abdomen y un dedo, fue trasladado al hospital y murió tres días más tarde...

El soldado australiano, el policía muerto, la implicación de los gendarmes franceses, París. Aquél tenía que haber sido el mismo hombre al que se le ordenó a Bill que ejecutara. El artillero Wills se había alistado en el ejército australiano en 1915 a la edad de dieciséis años —tenía la edad de Bill— y fue enviado a Egipto, al desierto del Sinaí y a los Dardanelos. Como el soldado Dickens, el artillero Wills tomó parte en la fracasada expedición de Churchill a Gallípoli. También él luchó contra los turcos otomanos. Sin embargo, en 1916 fue enviado al hospital víctima de la «fiebre egipcia», que lo dejó con problemas mentales y lapsos de memoria. La acusación de la corte marcial no lo discutía. Frank fue dado de baja del ejército australiano en 1917, a continuación viajó a Inglaterra y —un lúgubre reflejo, este hecho, de la desesperación del ejército británico en ese momento de la guerra— se le permitió alistarse en la Real Artillería en abril de 1918. Llegó a Francia antes que Bill Fisk. Sin embargo, a diferencia de Bill, a los diecinueve años ya era un veterano.

Wills, según su defensa, había estado bebiendo. «Acudió a París en busca de juerga... No había desayunado el 12 de marzo de 1919... No estaba borracho, pero iba camino de estarlo. No recuerda si disparó o no al soldado de primera Coxon. Sabía que estaba cargado, y había estado cargado desde noviembre de 1918». Un triste testimonio de ocho páginas manuscritas firmado por un «F. Wills» casi decorativo explicaba cómo los dos policías militares británicos le habían preguntado si tenía un pase para estar en París y cómo, cuando llegó con ellos al hotel,

subí aprisa las escaleras hasta mi habitación. Encontré la puerta de la habitación cerrada. Pocos segundos después oí a alguien que subía. Tenía mi gran abrigo sobre el brazo en ese momento. En el bolsillo del abrigo tenía un revólver con seis balas. El revólver que me habían dado en mi unidad... Saqué el revólver del bolsillo para esconderlo debajo de la alfombra del rellano. No quería que me detuvieran con un revólver en mi poder porque tenía una gran suma de dinero ya que había estado jugando a los dados. Pensé que por eso se podía presentar contra mí una acusación más grave. Apenas había sacado el revólver del bolsillo cuando alguien

apareció por las escaleras... Esa persona se abalanzó sobre mí y entonces vi que era el soldado de primera Webster. No hubo intercambio de palabras. El soldado de primera Webster me agarró el puño. Estaba asustado y excitado y al doblarme la muñeca el revólver se disparó dos veces. Entonces el soldado Webster me soltó la muñeca y me dio un golpe en la cabeza... encontré el revólver en las escaleras delante de mí. Lo recogí. Tuve la impresión de que me seguía escaleras abajo. Estaba desconcertado y muy excitado. Cuando llegué a la calle, oí sonar un disparo al llegar a la acera. No recuerdo lo que pasó después hasta que fui detenido.

El testimonio de Wills era el de un hombre muy joven e inmaduro. «Cuando dejé mi unidad —escribió—, no tenía intención de no volver. Me encontré con unos amigos que me convencieron de que no volviera y me fuera de juerga. Acabé en París. Mi intención era volver a mi unidad después de ver París: había muy poco trabajo y las cosas iban muy despacio. Me junté con malas compañías y me dediqué al juego y a beber mucho...» Wills repetiría su admisión de problemas alcohólicos en su último testimonio. Afirmó que seguía padeciendo lapsos de memoria. No tenía pase para estar en París y regresó a la habitación de su hotel en busca de sus pertenencias. Los dos disparos se habían producido porque el soldado Webster le había «doblado» la muñeca. Tras su detención, escribió, la policía francesa se lo había llevado en un taxi y sólo le había vuelto la memoria después de que uno de los policías le golpeará con una bayoneta. «No estaba borracho, pero iba camino de estarlo. Los fallos de memoria son causados por la bebida...» No era difícil imaginar al joven, borracho, desesperado, dándose cuenta de pronto del terrible destino que podía aguardarlo. Y, de nuevo, deseé ver el lugar, si todavía existía, el hotel, las escaleras, el segundo piso donde Wills había herido mortalmente al policía militar británico, la calle en la que había sido detenido por el gendarme.

Tomo de nuevo un avión rumbo a Francia. La calle Malte todavía existe, una calle estrecha y de una sola dirección cortada en dos por un bulevar que sigue albergando un puñado de pequeños hoteles baratos. Y, de modo increíble, el número 66 sigue siendo un hotel, no ya un Hôtel de la Poste, sino ahora el Hôtel Hibiscus. ¿Qué puedo encontrar ahí? El recepcionista es argelino y pido una habitación del segundo piso, junto a la escalera, la habitación en la que estuvo Wills. El hotel había sido modernizado muchas veces, las paredes empapeladas; en el vestíbulo hay un televisor que transmite un partido de fútbol con comentarios en árabe. Sin embargo, la escalera es original, con elaborados pasamanos y grandes nudillos de hierro, como las instaladas en tantas casas francesas a finales del siglo XIX.

Le cuento al argelino la razón de mi visita y de pronto me bombardea con preguntas. ¿Por qué fue Wills a París? ¿Por qué disparó al policía militar? Se llama Safian y me cuenta que para su trabajo de fin de carrera en Argel estudió el efecto sobre los niños de una matanza ocurrida en un pueblo llamado Bentalha. Bentalha. Conozco ese nombre. He estado ahí. He visto la sangre de un niño pequeño sobre un balcón en Bentalha, un bebé degollado por jóvenes que mataron a cientos de civiles en ese pueblo en 1997. El gobierno argelino culpó a los islamistas de la carnicería. Sin embargo, yo siempre había sospechado que el ejército argelino estaba involucrado. Así se lo repito a Safian. «Lo he oído —contesta—. Hay mucho que

aclarar sobre esa matanza. Tenía un amigo que me dijo que los militares estaban ahí, que llegaron pero se detuvieron justo antes del lugar en que se estaba produciendo la matanza. No hicieron nada. ¿Por qué? No puedo decir gran cosa. Recuerde, soy argelino». Recuerdo. Recuerdo a los habitantes que sobrevivieron. Me dijeron lo mismo, que el ejército argelino se había negado a acudir en su rescate.

Como con el repentino encuentro del joven libanés en Douai, Oriente Próximo me alcanza de nuevo. El miedo de un argelino —de su país, de su gobierno— está presente en el vestíbulo de ese hotel barato de París. El asesinato, más de ochenta años atrás, de un soldado en ese lugar es un asunto seguro. Le traduzco a Safian el testimonio de Wills. No puede entender que Wills disparara contra el soldado de primera Webster cuando podía haber recibido una pena menor por desertión. Subo las escaleras dos veces. Sólo se tarda quince segundos en llegar al segundo piso. Cuando subo corriendo, tardo cinco segundos, lo que tardaría el soldado de primera Webster. Wills no habría tenido tiempo de esconder su arma, si es que tenía intención de hacerlo. El rellano del segundo piso sólo tiene cinco metros cuadrados. Ahí Frank Wills luchó con Webster y lo dejó envuelto en sangre en el suelo. Entro en la habitación 22, junto a la escalera, la habitación de Wills, el último lugar en que durmió en libertad antes de su muerte. Ahí guardó su gran abrigo y su revólver militar. Bebió en la mañana del 12 de marzo de 1919, probablemente en esa habitación. Ponche, coñac y «grog norteamericano», dijo ante el tribunal. En el hotel se hospedaba un soldado estadounidense que huyó tras los disparos. Nadie averiguó su identidad. ¿Había ahí una mafia militar? ¿Quién dirigía los garitos de juego y suministraba las bebidas? ¿Quién le dio a Wills el dinero que le descubrieron encima, 6400 francos en billetes y diez luises de oro?

Me siento en la cama de la habitación de Wills y vuelvo a leer su declaración, de ese joven que mi padre recibió la orden de matar, sus últimas palabras escritas para salvar la vida.

Tengo veinte años. Me alisté en el ejército australiano en 1915 cuando tenía dieciséis años. Fui a Egipto y los Dardanelos. He estado en un número considerable de combates ahí, y en Francia. Me alisté en el ejército británico en abril de 1918 y llegué a Francia en junio de 1918. Me dieron de baja en el ejército australiano por una fiebre contraída en Egipto que me afectó la cabeza. Mis amigos me convencieron para que dejara mi unidad y me junté con malas compañías... Empecé a beber y a jugar mucho. No tenía ninguna intención de cometer los delitos por los que estoy ahora ante el Tribunal... Pido al tribunal que tenga en consideración mi juventud y me dé una oportunidad de llevar una vida recta y honrada en el futuro.

Imaginaba que eso habría afectado a Bill Fisk. Wills no sólo tenía su misma edad, había sido enviado a Francia sólo dos meses antes de que Bill llegara al Somme. Wills no había desertado en tiempo de guerra. Pero había asesinado a un policía militar británico. Recuerdo cuánto creía Bill en la ley, la justicia, los tribunales, los magistrados, los policías.

Salgo del hotel parisino a la cálida noche de verano. A la izquierda está la calle en la que los dos policías militares le pidieron a Wills y su compañero los papeles. Un

poco más adelante está la calle llamada «Rue Albert» en los documentos británicos —es la calle Albert Thomas— en la que Wills fue atrapado por el gendarme francés, metido en un taxi y —según Wills— golpeado con una bayoneta. Por entonces ya había perdido la vida.

El resumen de la corte marcial declara que Wills fue «sentenciado a sufrir pena de muerte»; el 24 de mayo fue llevado a la base británica de Le Havre, en la costa francesa. Bill fue enviado a esa base en mayo de 1919 —tomó dos fotografías del campamento, una de ellas con un campanario de fondo— y ya estaba ahí cuando Wills llegó. En los archivos británicos, llegué al informe final de su ejecución con algo cercano al miedo. Bill había hablado de su negativa a dirigir el pelotón de fusilamiento. Y en su momento yo lo creí. Sin embargo el periodista que había en mí, el oscuro archivero que habita en el alma de todo periodista de investigación, necesitaba comprobarlo. Creo que el hijo de Bill necesitaba saber que su padre no había matado a Frank Wills, estar seguro, completamente seguro de que ese gran acto era real.

Y ahí estaba el pedazo de papel que registraba la muerte de Wills. Ejecutado por un pelotón de fusilamiento. «Sentencia llevada a cabo 0414 horas 27 mayo», decía. La firma del oficial al mando no estaba hecha con la letra de mi padre. Las iniciales eran «CRW». Una nota añadía que «la ejecución se llevó a cabo de un modo humano y adecuado. La muerte fue instantánea». ¿Seguro? ¿Es de verdad instantánea la muerte? ¿Y qué fue de Wills en esos últimos minutos, en los segundos que transcurrieron entre las cuatro y las cuatro y catorce de la madrugada, cómo se sintió un hombre de sólo veinte años en esos últimos momentos, en la oscuridad del norte de Francia, mientras quizá soplaba la brisa del mar? ¿Oyó Bill los disparos que lo mataron? Al menos su conciencia estaba tranquila.

Bill Fisk nació hace 106 años, pero sigue siendo un enigma para mí. ¿Era la francesa con la que salió de picnic una mujer que podría haber hecho su vida feliz, que podía haber impedido que volviera en el barco de Boulogne a Liverpool ochenta y seis años atrás, a su vida de tedio en la Oficina del Tesorero y su primer matrimonio sin amor? ¿Fue ella quizá la verdadera razón por la que se ofreció voluntario para permanecer en Francia después de la guerra?

La Gran Guerra destruyó la vida de los supervivientes y no sólo la de los muertos. Por casualidad, en el mismo cementerio de Louvencourt cerca del antiguo alojamiento de Bill está la tumba de Roland Leighton, el joven soldado cuya desconsolada prometida, Vera Brittain, escribiría *Testament of Youth*, ese monumento literario a la pérdida humana. Quizá la guerra le dio a mi padre la oportunidad de ejercitar su libertad de un modo que nunca volvería a experimentar, una independencia que la sociedad cruelmente traicionó. Sus medallas, cuando las heredé, incluían una medalla de Defensa por 1940, una medalla de Miembro del Imperio Británico y otra de Oficial del Imperio Británico por su labor en la caja de ahorros estatal durante la posguerra, así como dos medallas de la Gran Guerra. En una de

ellas están las fechas 1914-1919, señalando no el armisticio de noviembre de 1918, sino el tratado de Versalles de 1919 que finalizó formalmente el conflicto y luego propagó su sanguinaria secuela por Oriente Próximo. Ésa es la medalla que lleva la leyenda «La Gran Guerra por la Civilización».

En las últimas horas de Peggy en 1998, una de las enfermeras me dijo que las ardillas habían entrado en el desván de su casa y destruido algunas fotografías de la familia. Subí al desván y descubrí que, aunque faltaban algunas fotografías antiguas, la caja de lata que contenía las imágenes de la Gran Guerra de mi padre estaba a salvo. Al volverme para bajar, me di un tremendo golpe en la cabeza con una viga. La sangre me chorreaba por toda la cara y recuerdo haber pensado que era por culpa de Bill. Recuerdo que maldije su nombre. Apenas me había limpiado la herida cuando, dos horas después, mi madre murió. Y en las semanas que siguieron, sucedió algo extraño; en la frente se me formó una cicatriz y una pequeña marca, idéntica a la cicatriz que le había dejado en la frente el cuchillo del chino.

Desde la otra vida, intentó un gesto de desagravio. Entre la frialdad que sigo sintiendo por él, no puedo olvidar la carta que me dejó para que la leyera tras su muerte.

    Mi querido *Felah*, sólo quiero decirte dos cosas, muchacho. Primero, gracias por darnos tanto amor, alegría y orgullo a tu madre y a mí. La verdad es que somos unos padres muy afortunados. Segundo, sé que tratarás con las mayores atenciones posibles a tu madre, que es la mujer más cariñosa y buena del mundo, como sabes, y que me ha dado la etapa más feliz de mi vida con su amor constante y que nunca flaqueó. Con el afecto de un padre, el Rey Billy.

## CAPÍTULO 10

### EL PRIMER HOLOCAUSTO

Apila bien los cuerpos en Austerlitz y Waterloo,  
pónmelos debajo y déjame trabajar;  
soy la hierba; todo lo cubro.

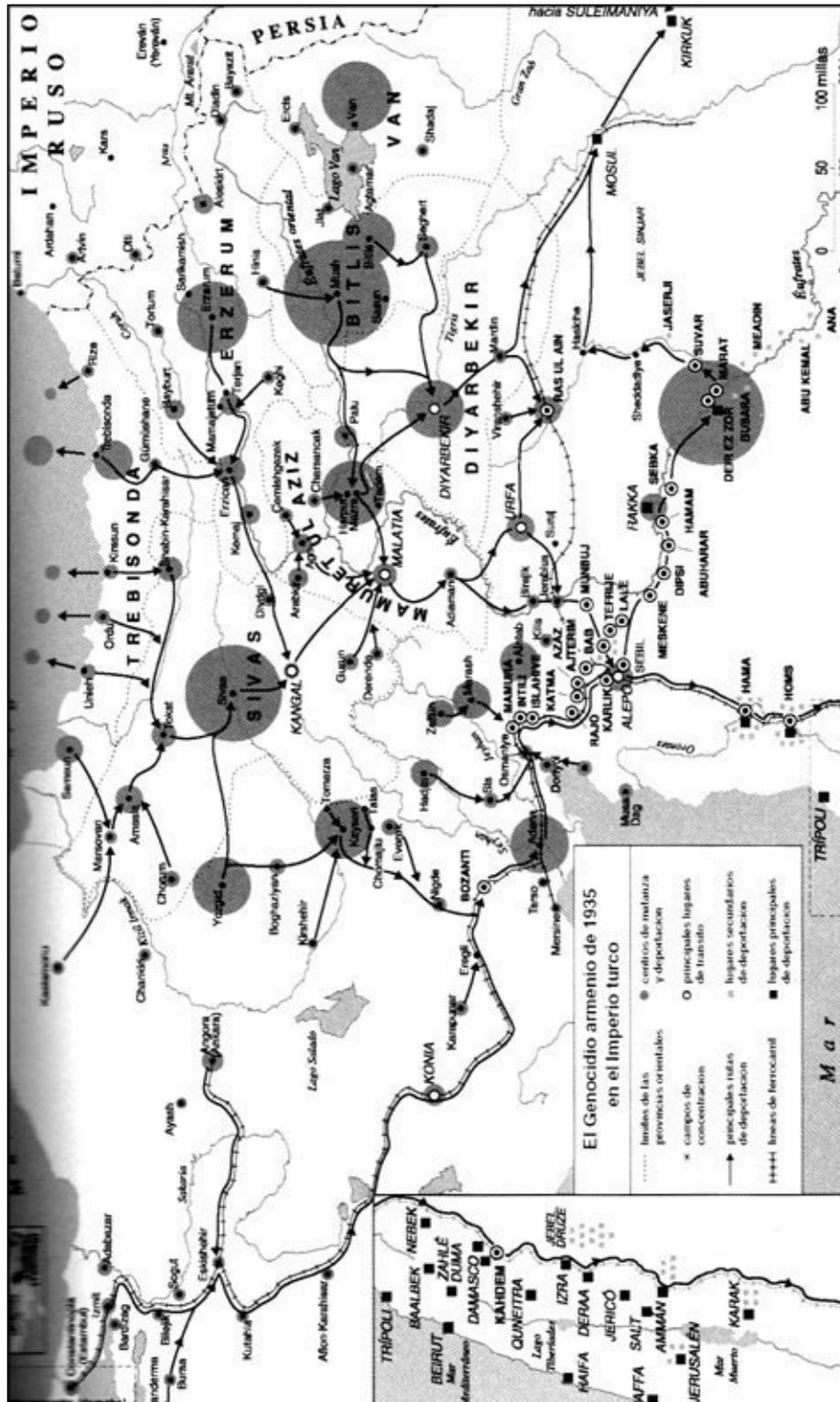
Bien apilados en Gettysburg,  
y bien apilados en Ypres y Verdún.  
pónmelos debajo y déjame trabajar.

Dos, diez años, y los viajeros preguntarán:  
¿cómo se llama este sitio?,  
¿dónde estamos ahora?

Soy la hierba,  
déjame trabajar.

CARL SANDBURG,  
«Hierba»

La colina de Margada es abrupta y está llena de piedras volcánicas, es un lugar de intensa luz penetrante y sombras bien arriba en el desierto oriental de Siria. Hace frío en la cima y las lluvias del invierno han abierto fisuras en el barro entre las rocas, cañones marrones de tierra que descienden hasta la base de la colina. Mucho más abajo, las aguas se deslizan entre márgenes grises y sin árboles, serpenteando entre oscuras dunas de arena, un río de negros secretos. No hace falta saber qué ocurrió en Margada para descubrir algo maligno en ese lugar. Como los bosques de Polonia oriental, la colina de Margada es un lugar de memoria erradicada, aunque el agente de la policía local siria, un hombre de brillantes mejillas y generoso bigote, había oído que algo terrible sucedió ahí mucho antes de que él naciera.



Genocidio armenio.

Fue la fotógrafa de *The Independent* Isabel Ellsen quien encontró las espantosas pruebas. Bajando por la grieta cortada en la colina por la lluvia, deshizo con la mano un poco de tierra marrón y se encontró mirando a una calavera, con el cráneo marrón oscuro y los dientes aún relucientes. A su izquierda, una columna vertebral sobresalía del barro. Cuando escarbé la tierra al otro lado de la grieta, apareció todo un esqueleto y luego otro, y un tercero, tan apretados entre sí que los huesos se habían

entremezclado. A cada pocos centímetros el barro mostraba un fémur, una calavera, un grupo de dientes, peroné y cuencas de ojo, muy juntos, tan apiñados como lo estuvieron el día de 1915 en que sus propietarios murieron aterrorizados, atados unos a otros para ser ahogados por millares.

Expuestos al aire, los huesos se volvían blandos, arcillosos y se deshacían entre nuestras manos, los últimos restos mortales de todo un pueblo que desaparecía con tanta rapidez como sus opresores turcos querían que nosotros los olvidáramos. Al menos 50 000 armenios fueron asesinados en ese pequeño campo de la muerte, y tardamos uno o dos minutos antes de que Ellsen y yo cayéramos de verdad en la cuenta de que nos encontrábamos sobre una tumba masiva. Y es que Margada y el desierto sirio que rodea el lugar —como miles de pueblos en lo que era la Armenia turca— constituyen el Auschwitz del pueblo armenio, el escenario del olvidado primer Holocausto.

El paralelismo con Auschwitz no es frívolo. El reinado del terror de Turquía contra el pueblo armenio fue un intento de destruir la raza armenia.

Los muertos ascendieron a casi un millón y medio. Mientras los turcos hablaban públicamente de «reasentar» a su población armenia —como dirían más tarde los alemanes de los judíos de Europa—, las verdaderas intenciones del gobierno turco eran muy concretas. El 15 de septiembre de 1915, por ejemplo —y existe una copia de ese documento—, el ministro del Interior turco Talaat Pacha telegrafió una orden a su prefecto de Alepo. «Ya ha sido informado de que el gobierno... ha decidido destruir por completo a todas las personas indicadas que viven en Turquía... Debe ponerse fin a su existencia, por trágicas que puedan ser las medidas y sin consideración alguna a la edad ni el sexo, ni a cualquier escrúpulo de conciencia».

¿No es exactamente eso lo que Himmler dijo a los asesinos de las SS en 1941? Ahí en la colina de Margada, nos encontrábamos en ese momento en lo que quedaba de las «personas indicadas». Y Boghos Dakessian, que junto con su sobrino de cinco años nos había llevado en coche hasta el Habur desde la ciudad siria de Deir ez Zor, sabía todo lo relacionado con esas «trágicas medidas». «Los turcos trajeron hasta aquí a familias enteras para matarlas. Lo hicieron durante días y días. Los ataban en filas, hombres, niños, mujeres, la mayoría famélicos y enfermos, muchos desnudos. Luego los empujaban por la ladera hasta el río y mataban a uno de un disparo. Entonces el muerto se hundía, arrastraba a los demás y los ahogaba. Era más barato de ese modo. Sólo costaba una bala».

Dakessian se arrodilló junto a una pequeña quebrada y, con una llave de coche, quitó con cuidado la tierra de otra calavera. Si parece morboso, o incluso obsceno, debe recordarse que el pueblo armenio ha vivido con esto durante nueve décadas, y que las pruebas del mal superan la sensibilidad. Cuando hubo escarbado la tierra de las cuencas de los ojos y los dientes, Dakessian tomó la calavera y se la dio al pequeño Hagop, que estaba en la zanja, sonriente, ajeno al significado de la muerte.

«Le he contado lo que sucedió aquí —dice Dakessian—. Debe aprender para

comprender». Hagop se llama así por su bisabuelo —el abuelo de Boghos Dakessian —, que fue una víctima del primer Holocausto del siglo xx, decapitado por un gendarme turco en la ciudad de Marash en 1915.

En Beirut años atrás, en 1992, en una residencia armenia para ciegos, donde los últimos supervivientes habían vivido con sus recuerdos la tortura de los dieciséis años de guerra civil libanesa, descubriría a Zakar Berberian, en una habitación sin luz natural, con un radiador que luchaba en vano con el helado interior. El anciano se encogía dentro de un viejo abrigo, miraba atentamente a los visitantes con sus ojos sin vida. Al cabo de diez años, Zakar Berberian —como casi todos los que me transmitieron su testimonio del genocidio— habría muerto. Pero aquí está su historia, tal como me la contó:

Tenía doce años en 1925 y vivía en Balajik, en el Éufrates. Tenía cuatro hermanos. Mi padre era barbero. Nunca olvidaré lo que vi el día en que los gendarmes turcos llegaron a nuestro pueblo. Todavía no había perdido la vista. Había un mercado en Balajik que había sido quemado y el suelo estaba lleno de piedras y ladrillos. Vi con mis propios ojos lo que sucedió. Ordenaron a los hombres que abandonaran el pueblo; se los llevaron y nunca se los volvió a ver. A las mujeres y niños se les dijo que fueran al viejo mercado. Llegaron los soldados y, delante de las madres, fueron agarrando a cada niño, un niño de seis, siete, ocho años, y lo lanzaban al aire y lo dejaban caer contra las piedras, Si sobrevivían los soldados turcos lo agarraban otra vez por los pies y le aplastaban la cabeza contra las piedras. Eso fue lo que hicieron, ¿se da cuenta? Delante de las madres. Nunca he oído unos gritos así... Desde nuestra barbería, vi todas esas escenas. Los soldados turcos iban uniformados y con ellos estaba la gendarmería del gobierno. Por supuesto, las madres no pudieron hacer nada cuando mataron a sus hijos de ese modo. Sólo chillar y llorar. Uno de los niños iba a nuestra escuela. Le encontraron en el bolsillo la cartilla escolar que indicaba que tenía las mejores notas de la clase. Lo golpearon hasta destrozarle la cabeza. Los turcos ataron a un amigo mío por los pies a un caballo y lo arrastraron fuera del pueblo hasta que murió.

A nuestra tienda solía venir un oficial turco. Protegió a mi hermano que había desertado del ejército, pero nos dijo que teníamos que irnos todos, de modo que dejamos Balajik y fuimos a Asma. Entonces pudimos sobrevivir porque mi padre se cambió de religión. Aceptó convertirse en musulmán. Pero tanto mi padre como mi madre enfermaron. Creo que era cólera. Murieron y yo estuve enfermo y casi muero. Las deportaciones continuaron, y yo habría muerto, pero un turco me alimentó y sobreviví.

Al final, Berberian fue llevado a un orfanato.

Me bañaron, pero el agua estaba sucia. En el mismo baño se habían bañado niños que tenían glaucoma. Y yo me bañé en esa agua y me quedé ciego. No he visto nada desde entonces. Desde entonces he esperado recuperar la vista. Pero ahora sé por qué me volví ciego. Fue porque mi padre se cambió de religión. Dios se vengó de mí porque lo abandonamos.

Quizá fuera debido a su edad que la voz de Berberian no dejaba traslucir emoción alguna. Nunca volvería a ver. Sus ojos carecían de vida, una pálida capa verdosa cubría lo que habían sido las pupilas.

Tan terrible fue el año 1915 en las tierras armenias de Turquía y en los desiertos del norte de Siria y tan crueles fueron las autoridades turcas de la época que se hace necesario recordar que los musulmanes arriesgaron a veces la vida para ayudar a los cristianos armenios condenados.

En casi todas las entrevistas que realicé a armenios ancianos y ciegos que sobrevivieron al genocidio de su pueblo había historias de turcos que, movidos por su

religión o por la común humanidad, desobedecieron las leyes casi fascistas de los gobernantes Jóvenes Turcos de Constantinopla y acogieron a armenios en sus casas y trataron a los huérfanos armenios cristianos como miembros de sus propias familias musulmanas. El gobernador turco de Deir ez Zor, Alí Suad Bey, se mostró tan benigno con los refugiados armenios —creó un orfanato para los niños— que fue llamado a Constantinopla y sustituido por Zeki Bey, que convirtió la ciudad en un campo de concentración.

La historia del genocidio armenio es una historia de horror casi absoluto a manos de los soldados y policías turcos que se lanzaron con entusiasmo a cumplir las órdenes gubernamentales de exterminar a un pueblo cristiano en Oriente Próximo. En 1915, la Turquía otomana se encontraba en guerra con los aliados y afirmaba que la población armenia —sometida a persecución durante las matanzas de 1894-1896— apoyaba a los enemigos cristianos del país. De hecho, al menos 200 000 armenios de la Armenia rusa luchaban en el ejército zarista. En Beirut, Levon Isahakian —ciego pero lúcido a la increíble edad de ciento cinco años— todavía llevaba en la cabeza la cicatriz de un sablazo que le asestó un jinete de la caballería alemana siendo un soldado de la infantería zarista en Polonia en 1915.

En el caos de la revolución bolchevique dos años más tarde, regresó a su casa; recorrió Rusia a pie hasta Nagorno-Karabaj, se refugió en Irán, fue encarcelado por los británicos en Bagdad y por último alcanzó a pie Alepo, donde encontró a los famélicos supervivientes de su pueblo armenio. Se había salvado. Sin embargo, miles de armenios también habían servido en las fuerzas otomanas; no tendrían tanta suerte. Los turcos alegaron que los armenios habían suministrado ayuda a las flotas aliadas en el Mediterráneo, aunque nunca se presentó prueba alguna de ello.

La realidad era que un movimiento Joven Turco —oficialmente, el Comité de Unión y Progreso— había arrebatado el control efectivo del; corrupto imperio otomano al sultán Abdul Hamid. Dicho movimiento, en su origen un partido liberal al que dieron apoyo muchos armenios, adoptó un credo nacionalista, racista y panturco que abogaba por una nación musulmana turco-hablante que se extendiera desde Ankara hasta Bakú, un sueño brevemente alcanzado en 1918, pero hoy físicamente impedido por la existencia de la república postsoviética armenia. Los armenios cristianos de Asia Menor, una mezcla de sangre persa, romana y bizantina, enseguida se vieron desilusionados por los nuevos gobernantes del imperio turco<sup>[1]</sup>.

Alentados por su victoria sobre los aliados en los Dardanelos, los turcos se lanzaron sobre los armenios con la misma furia que los nazis volcarían sobre los judíos de Europa dos décadas más tarde. Consciente de su desastroso papel en la campaña aliada contra Turquía, Winston Churchill escribiría en *La crisis mundial* —un libro casi tan olvidado hoy como los propios armenios— que «bien pudiera ser que el ataque británico en la península de Gallípoli estimulara la implacable furia del gobierno turco<sup>[\*]</sup>». Sin duda, la victoria en los Dardanelos sobre los ejércitos británico y australiano —allí estuvieron el soldado Charles Dickens, quien despegó la

proclama de Maude de una pared de Bagdad, y también Frank Wills, el hombre a quien mi padre se negó a ejecutar en 1919— proporcionó al régimen turco una renovada y decidida confianza. El gobierno eligió el 24 de abril de 1915 —fecha en que a partir de entonces se conmemora el genocidio armenio— para detener y asesinar a los principales intelectuales armenios de Constantinopla. Y continuaron el pogromo con la destrucción general y sistemática de la raza armenia en Turquía.

Los soldados armenios ya habían sido licenciados y convertidos en batallones de trabajo en la primavera de 1915. En la residencia armenia para ciegos en Beirut, Nevart Srurian, de noventa y un años, me mostró la fotografía de su padre, un hombre magnífico y apuesto vestido con uniforme turco. Nevart estaba casi sorda cuando la conocí en 1992. «Mi padre era un hombre maravilloso, muy inteligente —me gritó con voz aguda—. Cuando los turcos vinieron a por nuestra familia en 1915, se puso de nuevo su viejo uniforme y mi madre le cosió unas insignias para fingir que tenía una graduación mayor. Se puso las cuatro medallas que había ganado como soldado. Vestido de ese modo, nos llevó a la estación de tren de Konya y nos metió en un tren y nos salvamos. Pero él se quedó. Los turcos descubrieron lo que había hecho. Lo ejecutaron».

En cada ciudad o pueblo, la policía se llevó a los armenios varones, los fusiló y arrojó los cuerpos a tumbas masivas o ríos. Mayreni Kalustian tenía 88 años cuando la conocí, una frágil criatura con la cabeza envuelta en un trozo de tela, que se sacudía físicamente mientras me contaba su historia en la residencia beirutí, un relato tan cargado de emoción que una de las jóvenes enfermeras del centro rompió a llorar escuchándolo.

Soy de Mush. Cuando la nieve se fundía, plantábamos todos los años cebada. Mi padre, Manuk Taruian, y mi hermano trabajaban en el campo. Entonces aparecieron los turcos. Fue en 1915. Encerraron a todos los hombres del pueblo, unos mil, en un establo y al día siguiente se los llevaron de Mush, se llevaron a todos mis parientes varones, a mis primos y mis hermanos. Mi padre fue con ellos. Los turcos dijeron: «El gobierno los necesita». Se los llevaron como ganado. No sabíamos adonde los llevaban. Los vimos partir. Todo el mundo estaba conmocionado. Mi madre, Jatun, descubrió lo que ocurrió. Había un lugar cerca de Mush donde tres ríos se juntaban y pasaban bajo un puente. Es un lugar con mucha agua y arena. Mi madre fue hasta allí por la mañana y vio a cientos de nuestros hombres formados en el puente, frente a frente. Entonces, los soldados dispararon desde ambos lados. Contó que los armenios «caían unos encima de otros como briznas de paja». Los turcos despojaron los cuerpos de ropas y objetos de valor y luego, agarrando los cuerpos por las manos y los pies, los lanzaron al agua. Durante todo el día hicieron formar de ese modo a los hombres de Mush y siguieron hasta el anochecer. Cuando mi madre volvió, nos dijo: «Tenemos que volver al río y tiramos al agua».

Lo que Mayreni describió no fue un crimen de guerra aislado. Era una rutina. En el desfiladero de Kemaj, los kurdos y los soldados turcos de la 86.<sup>a</sup> Brigada de Caballería asesinaron a más de 20 000 mujeres y niños. En Bitlis, los turcos ahogaron a más de 900 mujeres en el Tigris. Fue tan grande la matanza cerca de la ciudad de Erzincan que los miles de cadáveres lanzados al Éufrates formaron un dique que modificó un centenar de metros el curso del río.

El embajador estadounidense en Constantinopla, Henry Morgenthau, que era

judío, describió lo que sucedía en un telegrama al Departamento de Estado de su país:

Informes procedentes de zonas muy dispersas indican un intento sistemático de desarraigar a las poblaciones armenias pacíficas y, mediante detenciones arbitrarias, terribles torturas, expulsiones generalizadas y deportaciones de un extremo a otro del imperio, acompañadas por frecuentes casos de violaciones, saqueos y asesinatos, que se convierten en matanzas, hacer caer sobre ellos la destrucción y la miseria. Estas medidas no se producen en respuesta a una exigencia popular o fanática sino que son puramente arbitrarias y ordenadas desde Constantinopla en nombre de la necesidad militar, a menudo en zonas donde no es probable que se produzcan operaciones militares<sup>[\*]</sup>.

Mayreni Kalustian, junto con su madre Jatun, sus hermanas Megad, Dilabar, Heriko y Arzun y sus dos hermanos más pequeños Drjivan y Feryad, iniciaron la marcha de la muerte desde Mush al día siguiente de que los hombres fueran asesinados en el río.

Primero viajamos en carros tirados por toros. Luego tuvimos que caminar durante muchas semanas. Eramos miles de personas. Mendigábamos el agua y la comida. Hacía calor. Caminamos desde la primavera y no nos detuvimos hasta el día de Santiago, en julio. Sólo tenía doce años y un día perdí a mi madre. Nunca volví a verla. Fuimos a Servas. Luego aparecieron los rusos, el ejército del zar; llegaron a Mush y volaron el puente en el que mataron a mi padre. Intentamos volver a Mush, pero los rusos fueron derrotados. Entonces mis hermanos y yo enfermamos de cólera. Todos murieron salvo Arzun y yo. También a ella la perdí. Me llevaron a un orfanato. No se puede imaginar lo que era nuestra vida. Los turcos dejaban a los bandidos hacer lo que querían. A los kurdos les permitían secuestrar a las muchachas guapas. Recuerdo que se las echaban sobre la montura y se las llevaban a caballo. Se llevaban a niñas. Los turcos nos hacían pagar para darnos agua.

Hoy es un hecho en gran medida olvidado que los turcos alentaron a uno de sus grupos étnicos musulmanes a que se unieran a ellos en la matanza. De modo que decenas de miles de armenios fueron asesinados —entre escenas de violaciones y saqueos en masa— por los kurdos, el mismo pueblo cuyo genocidio intentaría Sadam Husein apenas sesenta años después.

En las orillas del Habur no lejos de Margada, las mujeres armenias fueron vendidas a kurdos y árabes musulmanes. Los supervivientes relataron que los hombres pagaban 20 piastras por las vírgenes y sólo 5 piastras por niñas o mujeres ya violadas. Las mujeres de más edad, con niños muchas de ellas, eran ahogadas en el río.

En 1992, a 160 kilómetros al sur de Margada, en una aldea con chozas de adobe a 30 kilómetros de la frontera iraquí —tan cerca que, en 1991, los aldeanos sirios veían por encima de sus casas los rastros de fuego de los misiles Scud a medida que Sadam los lanzaba a los cielos nocturnos—, descubrí a Serpuhi Papazian, superviviente del genocidio armenio, viuda de un musulmán árabe que la había rescatado en Deir ez Zor. Era una mujer delgada como un palo, de enorme energía, con ojos brillantes y sin dientes; pensaba que tenía unos cien años —en realidad, tenía noventa y dos—, pero no cabía dudar acerca de su historia.

Soy de Takirda, a doce horas a caballo desde Estambul. Tenía quince años en aquella época. Los turcos nos sacaron de nuestras casas, y mi familia fue metida en una embarcación roñosa que nos llevó de Konya a la costa y luego fuimos a Alepo; íbamos mi madre Renuhi y mi padre Tatios, mi tía Azzaz y mis hermanas Hartui

y Yeva. Nos pegaron y nos hicieron pasar hambre. En Alepo, mi madre y mi tía Azzaz murieron de enfermedad. Nos hicieron caminar todo el trayecto hasta Deir ez Zor bajo el calor del verano. Allí los turcos nos metieron en un campamento. Todos los días, los turcos llegaban y se llevaban hacia el norte a miles de armenios. Mi padre oyó historias terribles de familias enteras asesinadas juntas, de modo que nos tatuó en la muñeca nuestras iniciales en alfabeto armenio para que nos pudiéramos encontrar después.

Identidades tatuadas. Los crudos paralelismos con otro genocidio no se le habían ocurrido a la anciana Serpuhi Papazian. Fue rescatada por un muchacho árabe y, como muchas de las armenias que buscaron refugio junto a musulmanes no turcos, se convirtió al islam. Sólo más tarde supo lo que le sucedió al resto de su familia.

Los turcos los llevaron a todos al desierto, al norte. Los ataron junto con muchas otras personas. Ataron juntos a mi padre y a mis hermanas Yeva y Hartui por las muñecas. Luego los llevaron a una colina hasta un lugar llamado Margada donde había muchos cuerpos. Los arrojaron al barro del río y dispararon contra uno de ellos, no sé contra quién, y así se ahogaron todos juntos.

Diez años después del holocausto armenio, Serpuhi volvió a la colina de Margada para intentar encontrar los restos de su padre y sus hermanas. «Todo lo que encontré en 1925 fueron montones de huesos y calaveras —dijo—. Los habían comido los perros y los animales salvajes. Ni sé por qué se ha molestado en venir hasta aquí con un cuaderno y apuntar lo que digo». Y Boghos Dakessian, en un lúgubre momento entre las calaveras de la colina de Margada, me dijo aproximadamente lo mismo. Una de las calaveras que sostenía se le deshizo en barro entre las manos, «no hay que decir: “Pobres de ellos” —nos dijo—. Para ellos todo ha terminado. Se acabó». Serpuhi recordaba que el río corría junto a la colina, pero Isabel Ellsen y yo al principio no descubrimos rastro alguno de huesos en las orillas del Harbur. Sólo tras escalar la colina que se alzaba junto a la carretera principal a Deir ez Zor —a casi dos kilómetros del agua—, con la intención de tener una vista general del paisaje, descubrimos tenuemente bajo nosotros las orillas secas del antiguo curso. El Harbur había cambiado su recorrido a lo largo de los últimos setenta y cinco años y se había desplazado más de un kilómetro hacia el este. Y fue entonces cuando Isabel descubrió las calaveras. Nos encontrábamos en la colina en que Yeva y Hartui fueron asesinadas junto con su padre. Y pensé que, del mismo modo que el Éufrates había cambiado de curso después de que sus aguas se embalsaran a causa de los cadáveres, también ahí las aguas del Harbur quedaron quizá detenidas por los despojos humanos y se desplazaron hacia el este. En algún lugar en la blanda arcilla de Margada yacen hasta el día de hoy los cuerpos de Yeva y Hartui.

Sin embargo, los campos de la muerte armenios están muy extendidos por el desierto sirio. A ochenta kilómetros al norte, al este del poblado de Shedadi, se encuentra otro pequeño Auschwitz, una cueva a la que los soldados turcos llevaron a miles de hombres armenios durante las deportaciones. Boghos Dakessian y yo la encontramos con bastante facilidad en medio de lo que es hoy un campo petrolífero sirio. Parte de la cueva se ha derrumbado con el tiempo, pero todavía pudimos reptar por la boca de la roca y arrastrarnos con ayuda de un mechero hasta el siniestro

interior. Se extendía a lo largo de un kilómetro bajo tierra. «Aquí mataron a unos cinco mil de los nuestros —dijo Dakessian con cierto disgusto de estadístico ante la imprecisión—. Los metieron en la cueva y luego encendieron una hoguera aquí, en la entrada, y llenaron la cueva de humo. Se asfixiaron. Tosieron y tosieron hasta morir».

Hicieron falta varios segundos para que el significado histórico de todo eso se hiciera evidente. Ahí, en el frío y árido desierto, los turcos habían convertido esa hendidura en la corteza terrestre en la primera cámara de gas del siglo xx. Los principios básicos del genocidio tecnológico empezaron ahí en el desierto sirio, en la minúscula boca de esa cueva inocente, una cámara natural excavada en la roca.

Hay otros paralelismos. Enver Pachá, el ministro de la Guerra turco<sup>[2]</sup>, le dijo a Morgenthau que los armenios se enviaban a «viviendas nuevas», como más tarde afirmaron los nazis que llevaban a los judíos de Europa hacia el este para un «reasantamiento». Las iglesias armenias se incendiaron como las sinagogas de la Europa nazi. Los armenios murieron en lo que los turcos llamaron «caravanas» o «convoyes», igual que los judíos, enviados en «transportes» a los campos de la muerte. En el sur de Turquía, utilizaron a veces vagones de ferrocarril del ganado para conducir a los armenios hasta las tumbas masivas. Los kurdos desempeñaron el mismo papel que desempeñarían lituanos, ucranianos y croatas con los nazis. Los turcos formaron incluso una Organización Especial —Teshkilat-i Majsusiye— para llevar a cabo los exterminios, un precedente otomano de los Einsatzgruppen de Hitler, los Grupos de Acción Especial alemanes.

Los estudiosos armenios han compilado un mapa de la persecución de su pueblo igual de detallado que los mapas de Europa que muestran las rutas ferroviarias hacia Auschwitz-Birkenau, Treblinka, Dachau y otros campos nazis<sup>[\*]</sup>. Los armenios de Sivas fueron conducidos a Malatya, de Malatya a Alepo; o de Mush a Diyarbekir o Ras ul Ain o —vía Mardin— a Mosul y Kirkuk. En un diagrama del sufrimiento, algunos de los «convoyes» de humillación y dolor bajaron 150 kilómetros hacia el sur de Marash a Alepo, luego otros 300 kilómetros hacia el este hasta Deir ez Zor y luego hacia el norte, de nuevo en dirección a Turquía otros 150 kilómetros remontando el Habur más allá de la colina de Margada. Los armenios fueron deportados desde el mar Negro y la Turquía europea hasta el desierto sirio, algunos de ellos desplazados hacia el sur hasta Palestina.

Lo que resultó enseguida evidente de esta atrocidad étnica no fue su escala —quizás unos doscientos mil armenios habían sido asesinados dos décadas antes—, sino la naturaleza sistemática del Holocausto. Una política de asesinato racial en tiempos de guerra fue ideada por los principales hombres de Estado que controlaban lo que un historiador denominó «la maquinaria de la violencia, tanto formal como informal<sup>[\*]</sup>». Como los judíos de Europa, muchos armenios eran muy cultos; eran abogados, funcionarios, empresarios, periodistas. Ahora bien, a diferencia del Holocausto judío, el mundo conoció el genocidio turco casi nada más empezar. Al vizconde James Bryce y al joven Arnold Toynbee se les encargó que prepararan un

informe para el gobierno británico en 1915, y su obra, *The Treatment of Armenians in the Ottoman Empire 1915-1916* —700 páginas de relatos de primera mano de las matanzas— se convertiría no sólo en una influyente historia del exterminio sino en el primer intento serio de enfrentarse a los crímenes contra la humanidad<sup>[\*]</sup>. Gran parte de los testimonios procedieron de los misioneros estadounidenses en Turquía —las organizaciones no gubernamentales de la época— y de diplomáticos y archivos italianos, daneses, suecos, griegos, estadounidenses y alemanes<sup>[3]</sup>.

Los diplomáticos estadounidenses fueron de los primeros en registrar el Holocausto armenio —y de los más valientes testigos presenciales— y sus informes depositados en los archivos del Departamento de Estado siguen siendo algunos de los testimonios más irrefutables del destino armenio. Leslie Davis, un antiguo abogado de treinta y ocho años que fue el cónsul estadounidense en Harput, nos ha dejado un terrible relato de sus viajes a caballo por las tierras muertas de Armenia<sup>[\*]</sup>. Alrededor del lago Goeljuk y en el espacio de sólo veinticuatro horas, vio «los restos de no menos de diez mil armenios». Encontró cadáveres apilados sobre las rocas al pie de los acantilados, cadáveres en el agua y en la arena, cadáveres que llenaban enormes quebradas; «casi todas las mujeres yacían decúbito supino y mostraban señales de una bárbara mutilación realizada con las bayonetas de los gendarmes». En una de sus excursiones, Davis encontró a una armenia moribunda. Cuando se le ofreció pan, ella «gritó que quería morir». Un profesor armenio llamado Donabed Lulejian que fue rescatado por Davis encontró un pueblo sembrado de cuerpos de hombres, mujeres y niños, y escribió un artículo de dolor y dignidad, una «bendición», en palabras del historiador armenio Peter Balakian:

¡Al menos un puñado de tierra para esos cuerpos asesinados, para esos huesos blanqueados! Un puñado de tierra, al menos, para esos muertos sin reclamar...

Nos disgusta imaginar los cuerpos de nuestros seres queridos llenos de gusanos; con los ojos, aquellos hermosos ojos, llenos de gusanos; las mejillas, aquellas mejillas merecedoras de besos, llenas de moho; sus labios como granadas, pasto de los reptiles.

Sin embargo, ahí están, en las montañas, sin enterrar y abandonados, atacados por gusanos y escorpiones, ojos sin cubrir, caras horribles entre el espantoso hedor, como el olor de un matadero...

Hay mujeres con los pechos descubiertos y las extremidades sin cubrir. ¡Un puñado de tierra para proteger su honor!... Danos, Dios, el puñado de tierra que te pedimos.

También los alemanes dieron fe de las matanzas porque los oficiales del ejército del Káiser habían sido trasladados a Turquía para ayudar a reorganizar al ejército otomano. Armin Wegner, un enfermero alemán y alférez en el séquito del mariscal de campo Von der Goltz, desobedeció las órdenes y tomó centenares de fotografías de las víctimas armenias en los campos de Ras al Ain, Rakka, Alepo y Deir ez Zor. Hoy esas desgarradoras fotografías de muertos y moribundos constituyen el núcleo de los testimonios fotográficos. Los alemanes habían participado también en la construcción del sistema ferroviario turco y vieron con sus propios ojos el primer uso de los vagones de ganado para la deportación de seres humanos, noventa hombres hacinados en un vagón —la misma media alcanzada por los alemanes en sus

transportes a los campos de la muerte nazis— en las líneas férreas de Anatolia y Bagdad<sup>[\*]</sup>. Franz Gunther, representante del Deutsche Bank en Constantinopla —el banco financiaba los proyectos ferroviarios turcos— envió una fotografía de un tren de deportados a uno de sus directores como ejemplo de la «crueldad bestial» del gobierno otomano.

En todo el mundo —y, sobre todo, en los Estados Unidos— los periódicos otorgaron una gran importancia al genocidio. Desde el principio, *The New York Times* se destacó con una cobertura casi diaria de la matanza, la violación, el desposeimiento y el exterminio de armenios<sup>[\*]</sup>. Los primeros artículos aparecieron en el periódico en noviembre de 1914. «Fanáticos matan cristianos en Erzerum», informó un titular el 29 de noviembre. Las protestas del embajador Morgenthau ante el gobierno turco se publicaron el 28 de abril de 1915 bajo las palabras: «Llamamiento a Turquía para detener matanzas». El 4 octubre *The New York Times* titulaba «Horrores cometidos en Turquía» sobre una extensa comunicación que contenía detalles de atrocidades, torturas, deportaciones y asesinatos de niños. El 7 de octubre el titular del periódico fue «800 000 armenios aniquilados... 10 000 ahogados a la vez». Los memorandos de Morgenthau y los discursos de Bryce ante la Cámara de los Lores recibieron amplia cobertura. *The Nation* publicó una serie de impactantes editoriales pidiendo a Berlín —los Estados Unidos todavía permanecían neutrales en la guerra— que detuviera los asesinatos de su aliado turco. Los relatos de los asesinatos masivos seguían publicándose en *The New York Times* en junio de 1919, casi ocho meses después del final de la guerra; «Jóvenes armenias denuncian matanzas», rezaba un titular del periódico el 1 de junio. Incluso en la ciudad canadiense de Halifax, el periódico local publicó casi semanalmente informaciones sobre el genocidio<sup>[\*]</sup>. El volumen con los artículos aparecidos en *The Halifax Herald* sobre la aniquilación de los armenios tiene 352 páginas.

Rara vez la limpieza étnica y los asesinatos genocidas han recibido una publicidad a semejante escala. Los diplomáticos británicos de todo Oriente Próximo recibían relatos de primera mano de las matanzas. En la antigua ciudad otomana de Basora, Gertrude Bell, que más tarde sería la «Secretaria Oriental» de Gran Bretaña en Bagdad, presentó un informe secreto sobre las atrocidades recibido de un soldado turco capturado.

El batallón dejó Alepo el 3 de febrero y llegó a Ras al Ain en doce horas... unos 12 000 armenios fueron concentrados bajo la vigilancia de unos centenares de kurdos... Esos kurdos se llaman gendarmes, pero en realidad son simples carniceros; se ordenó públicamente a bandas de ellos que llevaran a grupos de armenios, de ambos sexos, a diversos destinos, pero tenían instrucciones secretas de matar a los varones, los niños y las mujeres mayores... Uno de esos gendarmes confesó haber matado a 100 armenios... Las cuevas y las cisternas vacías del desierto también se llenaron de cadáveres... Los oficiales turcos del batallón quedaron horrorizados por el espectáculo que vieron, y el capellán del regimiento (un clérigo musulmán) al descubrir un grupo de cuerpos rezó para que el castigo divino por esos crímenes no cayera sobre los musulmanes y, a modo de expiación, ayudó a cavar tres tumbas... Ningún hombre podrá pensar en un cuerpo de mujer salvo como objeto de horror, no de atracción, después de Ras al Ain<sup>[\*]</sup>.

Incluso después de que Estados Unidos entrara en la guerra, sus diplomáticos siguieron recopilando informes sobre las atrocidades. J. B. Jackson, antiguo cónsul estadounidense en Alepo, escribió en julio de 1915 acerca de un grupo de más de 1000 mujeres y niños de Harput que fueron entregados a los kurdos,

quienes las inspeccionaron a caballo, seleccionando a las mujeres, muchachas y niñas más hermosas... Antes de llevarse a las finalmente seleccionadas y subyugadas, despojaron de sus ropas a la mayoría de las demás mujeres y las obligaron a continuar el resto del viaje en estado de desnudez. Según me dijo un testigo presencial de esa atrocidad, más de 300 mujeres llegaron a Ras al Ain... completamente desnudas, con el pelo al aire como animales salvajes y tras viajar seis días a pie bajo un sol abrasador... algunas de ellas vinieron en persona al consulado [en Alepo] y me mostraron sus cuerpos, quemados hasta adquirir el tono de una oliva verde, con la piel despellejándose en grandes zonas y muchas de ellas con cortes en la cabeza y heridas en el cuerpo<sup>[\*]</sup>...

El Holocausto armenio fue recogido asimismo en numerosos diarios y cartas privados —algunos de ellos aún inéditos— escritos por europeos que se encontraban en el sur de Turquía y la Siria septentrional otomana. Éste, por ejemplo, es un fragmento de un extenso relato escrito por Cyril Barter, un empresario británico que fue expulsado de Iraq a Alepo bajo custodia turca en 1915:

Debo decir que dos días al sur de Deir [ez Zor] encontramos el primer grupo de refugiados armenios y durante los tres siguientes meses los vi continuamente. Intentar describir su suerte sería imposible. En pocas palabras, no había hombres entre dieciséis y sesenta años, todos ellos habían sido asesinados al dejar sus hogares, y el resto, ancianos, mujeres y niños, morían como moscas de hambre y enfermedad, tras haber estado caminando desde sus pueblos por ese desierto pelado, sin medios de subsistencia, entre tres y seis meses... Aquello fue una pesadilla para mí durante mucho tiempo después<sup>[\*]</sup>.

Barter presentaría más tarde un informe a la Comisión Bryce —que en un principio la imprimió de modo anónimo— en el que mencionaba cómo los carros pasaban por Alepo para recoger a los armenios recién asesinados, unos carros a los que los cuerpos eran «arrojados como se arroja un saco de carbón». Barter también sería testigo de las deportaciones ferroviarias y describiría cómo los turcos conducían a los armenios desde sus lugares de refugio y los «empujaban hasta la estación de ferrocarril, los metían en vagones como ganado y los enviaban a Damasco y diferentes ciudades del Hiyaz».

Un prisionero de guerra británico en Turquía, el teniente E. H. Jones, recordaría el destino de los armenios de Yozgat, donde él se encontraba en un campo de prisioneros de guerra. «La carnicería había tenido lugar en un valle situado a unos veinte kilómetros de la ciudad —escribió—. Entre nuestros centinelas había hombres que habían matado a hombres, mujeres y niños hasta que se les cansaron los brazos de tanto disparar. Presumían de eso entre ellos. Y sin embargo, en muchos aspectos, eran tipos bastante agradables<sup>[\*]</sup>». En fecha tan tardía como 1923, un colegial irlandés, John de Courcy Ireland, el futuro historiador y escritor náutico, visitaría Castel Gandolfo en las afueras de Roma, donde vería a niños armenios refugiados, «oscuros, fascinantes de contemplar, pero muy silenciosos a pesar del desorden en el

que se aglomeraban».

Dado que los supervivientes del Holocausto armenio han muerto, los hijos han retomado su historia. Cierta número de armenios no sólo tuvieron que escapar a la muerte en las deportaciones de 1915, sino que se enfrentaron en 1922 a una segunda matanza en la ciudad turca de Esmirna en poder de los griegos. «Mi padre, Sarkis, no sólo sobrevivió al desierto sirio, sino que logró salir a duras penas con vida de Esmirna», me escribió su hija Ellen Sarkisian Chesnut.

Él y dos amigos llegaron a Esmirna justo cuando acababan de tomarla Attaturk [sic] y sus hombres. Detenido y llevado a una estación de ferrocarril abandonada junto con varios cientos de griegos y armenios, donde les dispararon ráfagas y ráfagas de fuego de ametralladora. Sobrevivió a la matanza porque se desmayó. Más tarde no tuvo tanta suerte cuando los soldados turcos con las bayonetas caladas apuñalaron repetidas veces a los muertos y moribundos. A pesar de estar malherido en la frente y la pierna, pudo levantarse y dirigirse al muelle.

Frente a él vio a dos muchachas temblando de miedo y aturcidas por lo que habían visto. No podía dejarlas ahí. Las agarró de la mano, y los tres corrieron para salvar la vida. Mi padre nunca olvidaría lo que vio en el muelle. Decenas de miles de personas apiñadas y presas del terror, mientras las llamas de la ciudad moribunda se acercaban cada vez más. Y... no acudió ninguna ayuda de los barcos de guerra británicos, franceses y estadounidenses. Sin embargo a lo lejos, mi padre vio otro barco que subía personas a bordo. Los tres tenían que saltar al agua y nadar hacia él. Lo hicieron y fueron rescatados por marineros italianos<sup>[\*]</sup>.

El primer autor que llamó holocausto al genocidio armenio fue Winston Churchill, quien lo incluyó en una lista de atrocidades cometidas por los turcos durante la guerra la «matanza [de] incontables millares de armenios indefensos, hombres, mujeres y niños, regiones enteras aniquiladas en un holocausto administrativo... más allá de la reparación humana». Para Churchill:

la erradicación de la raza de Asia Menor fue tan completa como puede serlo semejante acción... No cabe duda razonable de que ese crimen fue planeado y ejecutado por razones políticas. Se presentó la oportunidad de borrar del suelo turco a una raza cristiana opuesta a todas las ambiciones turcas, que albergaba ambiciones que sólo podían ser satisfechas a expensas de Turquía, y emplazada geográficamente entre los musulmanes turcos y caucásicos<sup>[\*]</sup>.

Reconociendo que el interés británico y estadounidense en la «infame» matanza de armenios «estaba iluminado por las lámparas de la religión, la filantropía y la política», Churchill dijo que las atrocidades «despertaron la ira de las mujeres y los hombres sencillos y caballerosos tan extendidos por el mundo anglohablante<sup>[\*]</sup>».

Sin embargo, había otros hombres menos caballerosos cuyo interés por el Holocausto armenio —observado de primera mano— resultaría una experiencia útil en una nueva y brutal Europa. Franz von Papen, por ejemplo, era el jefe del estado mayor del VI Ejército turco durante la guerra de 1914-1918 y sirvió como canciller de Hitler en 1933<sup>[\*]</sup>. Durante la Segunda Guerra Mundial, fue embajador del Tercer Reich en Turquía. Otro alemán que conocía los detalles profundos del genocidio armenio fue el teniente general Hans von Seeckt, que era jefe del estado mayor otomano en 1917. Estableció las bases para la Wehrmacht en la década de 1920 y fue honrado por Hitler con un funeral de Estado a su muerte en 1936. Mucho más

siniestra fue la identidad de un joven alemán llamado Rudolf Hoess, que se alistó en las fuerzas alemanas de Turquía siendo adolescente. En 1940 fue nombrado comandante de Auschwitz, y se convirtió en subinspector de todos los campos de concentración nazis en el cuartel general de las SS en 1944.

En una obra de considerable erudición, el historiador armenio Vahakn Dadrian identificó a Max Erwin von Scheubner-Richter como uno de los mentores nazis más eficaces. Scheubner-Richter era vicecónsul en Erzerum y presencié las matanzas turcas de armenios en la provincia de Bitlis; escribió un extenso informe sobre los asesinatos para el canciller alemán. En total, presentó a Berlín quince informes sobre las deportaciones y los asesinatos en masa y en su último mensaje afirmó que, con la excepción de unos pocos cientos de miles de supervivientes, los armenios de Turquía habían sido exterminados (*ausgerottet*). Describió los métodos mediante los cuales los turcos ocultaron sus planes para el genocidio, las técnicas utilizadas para engañar a los armenios, el uso de bandas de delincuentes e incluso hizo una referencia a los armenios llamándolos «esos “judíos de Oriente” que son astutos comerciantes». Scheubner-Richter conocería a Hitler sólo cinco años más tarde y se convertiría en uno de sus consejeros más cercanos; publicaría una serie de editoriales racistas en un periódico de Munich abogando por una campaña «implacable e incesante» contra los judíos de modo que Alemania quedara «limpia». Cuando Hitler organizó su intento de golpe de Estado contra el gobierno bávaro, Scheubner-Richter enlazó su brazo con el de Hitler mientras caminaban por las calles; recibió un disparo de la policía en el corazón y murió en el acto.

No sabemos cuánto aprendió Hitler acerca del Holocausto armenio de su amigo, pero sin duda estaba al corriente de sus detalles y se refirió al genocidio por primera vez en 1924 cuando dijo que los armenios eran víctimas de la cobardía. Luego, en agosto de 1939, hizo a sus generales —en relación con los polacos— su infame pregunta retórica: «¿Quién sigue acordándose hoy de los crímenes cometidos contra los armenios?». Ha habido repetidos intentos —sobre todo por parte de Turquía— de pretender que Hitler nunca hizo semejante observación, pero Dadrian ha encontrado cinco versiones diferentes de la pregunta, cuatro de ellas idénticas; dos en los archivos del alto mando alemán. Además, los historiadores alemanes han descubierto que Hitler hizo en 1931 un comentario casi idéntico en una entrevista con un director de periódico alemán y dijo que «en todas partes la gente espera un nuevo orden mundial. Pretendemos introducir una gran política de reasentamiento... recuerde el exterminio de los armenios». Y luego hubo otra aciaga referencia al primer genocidio del siglo cuando Hitler pidió que se deportaran a los judíos de Hungría; finalizó una diatriba dirigida al almirante Horthy, el regente húngaro, en 1943 con una observación sobre «la caída de un pueblo en otro tiempo tan orgulloso, los persas, que hoy llevan una penosa existencia como armenios<sup>[\*]</sup>».

Todavía continúa la investigación histórica sobre la identidad de los alemanes que presenciaron la matanza de los armenios y su posterior papel en la guerra de Hitler.

Algunos trabajadores esclavos armenios —hombres y mujeres— pasaron sus últimos meses trabajando para completar una sección del ferrocarril de Bagdad dirigido por los alemanes y fueron brevemente protegidos por sus supervisores<sup>[\*]</sup>. Sin embargo, otros alemanes contemplaron morir a los armenios y no hicieron nada<sup>[4][\*]</sup>. Sin embargo, lo espeluznante de la pregunta de Hitler a sus generales no era sólo la comparación —todo el mundo conocía los detalles del exterminio turco de la población armenia—, sino el conocimiento igualmente importante de que los autores de esos crímenes de guerra eran recompensados con la impunidad.

Justo después de la Primera Guerra Mundial, se celebraron consejos de guerra para castigar a los responsables y los parlamentarios turcos confesaron haber cometido crímenes contra la humanidad. Un tribunal militar turco, sin precedentes en la historia otomana, presentó informes gubernamentales que se utilizaron como pruebas en el juicio<sup>[\*]</sup>. El siguiente diálogo telegráfico tiene resonancias nazis. Un funcionario dice de los armenios: «Fueron despachados a su destino final». Una segunda voz pregunta: «¿Y qué significa eso?». Y la respuesta: «Significa matados. Asesinados». Fueron ahorcados tres funcionarios menores. El triunvirato —Jelal, Enver y Talaat— fue sentenciado a muerte *in absentia*.

Sin embargo, los tribunales turcos carecían de voluntad política para avanzar más allá, y los aliados occidentales, que habían prometido con audacia el juicio de los principales criminales de guerra turcos —los asesinatos en masa armenios fueron descritos como «crímenes contra la humanidad» en una advertencia aliada al gobierno otomano en mayo de 1915—, carecían del interés para obligarlos a hacerlo. En realidad, lo que sucedería —el intento sistemático, que continúa hasta el día de hoy, de negar que los asesinatos en masa llegaron a cometerse— es casi tan espeluznante como la impotencia de los aliados que deberían haber perseguido a los autores intelectuales del genocidio armenio. Talaat Pachá, antiguo ministro del Interior, fue asesinado en Berlín por un armenio cuya familia había perecido en el genocidio. El juicio de Soghomon Tehlirian y su posterior absolución en 1921 supuso que los detalles del Holocausto armenio fueran ampliamente conocidos por la opinión pública alemana. El novelista praguense judío Franz Werfel escribió una profética advertencia del siguiente Holocausto en su relato de la resistencia armenia a los asesinos turcos, *Los cuarenta días de Musa Dag*. Werfel dio conferencias por Alemania en 1933, lo que le valió ser denunciado por el periódico nazi *Das Schwarze Korps* como propagandista de los «supuestos horrores turcos cometidos contra los armenios<sup>[\*]</sup>». Ese mismo periódico —y ahí se produjo otro inquietante vínculo entre el Holocausto armenio y el Holocausto judío aún por venir— condenó a los «judíos armenios de los Estados Unidos por promover en los EE. UU. la venta del libro de Werfel».

Ya estaban haciendo «desaparecer» el primer genocidio del siglo. Winston Churchill continuó subrayando su realidad. En 1933, el mismo año en que Werfel hizo su gira por Alemania, Churchill escribió que:

el pueblo armenio surgió de la Gran Guerra desperdigado, extirpado de muchas regiones y diezmado por las matanzas, las pérdidas de la guerra y las deportaciones forzosas adoptadas como sistema fácil de asesinato... los armenios y sus tribulaciones fueron bien conocidos por Gran Bretaña y los Estados Unidos... Sus perseguidores y tiranos han sido derribados por la guerra o la revolución. Las mayores naciones en la hora de su victoria fueron sus amigos, y los verían reparados<sup>[\*]</sup>.

Sin embargo, los armenios serían traicionados. Los archivos cuentan una historia amarga de debilidad, impotencia y falsas promesas. Éste es, por ejemplo, el artículo 88 del tratado de Sévres entre los gobiernos aliados y otomano del 10 de agosto de 1920:

Turquía, de acuerdo con la acción emprendida por las potencias aliadas, reconoce a partir de ahora a Armenia como Estado libre e independiente.

Y el artículo 89:

Turquía y Armenia... aceptan someter al arbitrio del presidente de los Estados Unidos de América la cuestión de la frontera que debe fijarse entre Turquía y Armenia...

Y el artículo 64 de ese mismo tratado:

Si en el plazo de un año... los pueblos kurdos... se dirigen al Consejo de la Sociedad de Naciones de tal modo que se demuestre que la mayoría de la población de esas zonas desea la independencia de Turquía, y si el Consejo... recomienda que ésta debe concedérseles, Turquía aceptará cumplir semejante recomendación y renunciará a todos los derechos y títulos sobre dichas zonas.

Los catorce puntos de Wilson fueron el primer intento de los Estados Unidos de alcanzar un «nuevo orden mundial» e incluían peticiones honorables. El punto quinto insistía en:

un ajuste libre, receptivo y absolutamente imparcial de todas las reclamaciones coloniales... los intereses de las poblaciones implicadas deben tener el mismo peso que las reivindicaciones equitativas de los gobiernos cuyo derecho debe determinarse.

Y el punto duodécimo claramente se refería a los armenios y los kurdos:

Debe garantizarse una soberanía segura a las porciones turcas del presente imperio otomano, pero debe garantizarse a las otras nacionalidades que se encuentran hoy bajo dominio turco una indudable seguridad de vida y una oportunidad exenta por completo de injerencias en un desarrollo autónomo...

Wilson concedió a continuación a la república armenia grandes zonas de la Turquía moderna —incluidas las provincias de Erzerum y Van—, pero los turcos y los bolcheviques juntos destruyeron esas esperanzas antes de finales de diciembre de 1920. Sin embargo, a diferencia de un presidente posterior, Wilson no estaba en posición de enviar una «tormenta del desierto» y expulsar a esos ejércitos e impedir otra nueva matanza de armenios. Los kurdos, que se habían contado entre los autores más crueles del genocidio armenio, también estaban condenados. El entusiasmo por

un Estado kurdo protegido por los británicos que actuara como tapón entre Turquía, Irán e Iraq se extinguió cuando Gran Bretaña decidió ganarse la opinión pública árabe en Iraq incluyendo zonas kurdas en el Estado y cuando se hizo evidente que la naciente Unión Soviética podría beneficiarse de la creación de un Estado kurdo títere.

El aislacionismo estadounidense significó que los armenios serían abandonados. Los kurdos atacaron un ejército francés en Cilicia, los expulsaron de Marash y asesinaron a otros cincuenta mil armenios que creían vivir bajo protección francesa. Una nueva matanza tuvo lugar en Ereván. Del tratado de Lausana, que registró la paz final entre Turquía y las grandes potencias, Churchill escribiría: «la historia buscará en vano la palabra *Armenia*<sup>[\*]</sup>».

Sin embargo, resulta importante recordar que el único país que —nada más acabar la guerra de mi padre— optó por una alternativa verdaderamente democrática en Oriente Próximo fue los Estados Unidos de América. No me refiero sólo a los Cuatro Principios, en sí mismos un poderoso argumento en favor del desarrollo democrático. En un discurso ante el Congreso, Wilson afirmó que «los pueblos no deben ser intercambiados de una soberanía a otra como si fueran bienes muebles o peones de un juego». Los diplomáticos y misioneros estadounidenses desplegados por el viejo imperio otomano defendieron con elocuencia que los árabes del imperio se establecerían —sin Turquía— como una «nación árabe moderna», según dijeron, que se desarrollara y progresara en el mundo. Otro poderoso argumento emanó de la comisión King-Crane, creada bajo Wilson, que zarpó hacia Oriente Próximo para preguntar a los pueblos de la región qué deseaban en realidad.

No fue culpa de Wilson que la enfermedad y una opinión pública cada vez más aislacionista provocaran una retirada de los Estados Unidos de los asuntos del mundo. Ahora bien, visto de modo retrospectivo, esa retirada —en una época en que los Estados Unidos no habían tomado un partido en Oriente Próximo— fue una de las grandes tragedias de nuestro tiempo. Los europeos nos apoderamos de la zona. Y fracasamos. Cuando los Estados Unidos volvieron a entrar en la región un cuarto de siglo más tarde, lo hicieron por el petróleo y, poco después, como partidarios casi incondicionales y financiadores de Israel.

Lord Bryce, cuyo informe sobre el genocidio armenio tanto había contribuido a ilustrar a la opinión pública, lamentó en una gira de conferencias por los Estados Unidos en 1922 que el fracaso aliado a la hora de hacer cumplir el desarme del ejército turco hubiera conducido a los turcos a recuperar «su antigua arrogancia<sup>[\*]</sup>». Y en una frase muy enigmática, insinuó que había algo más que cansancio de la guerra tras la negativa aliada a suministrar una restitución a los armenios. «¿Por qué el gobierno turco, que en 1915 exterminó a un millón de sus súbditos cristianos... por qué tras esos crímenes dicho gobierno debía ser tratado por los aliados con una indulgencia tan extraordinaria? Son misterios cuya explicación es probablemente conocida por algunos de ustedes como lo es por mí —afirmó—. Sin embargo, se trata de un secreto, como dice Heródoto de algunas historias que escuchó de los sacerdotes

egipcios, demasiado sagrado para que yo lo mencione». Los armenios, dijo Bryce, habían sufrido más que ningún otro pueblo en la guerra de 1914-1918 y habían sido «muy cruelmente abandonados».

¿Cuál era ese secreto cuyo conocimiento privilegiado afirmaba poseer Bryce? ¿Se trataba de un mero floreo retórico para explicar la irresolución posbélica de los aliados? ¿O pensaba que Gran Bretaña y Francia deseaban tener a Turquía como aliado frente al recién creado Estado bolchevique que pronto podría amenazar los campos petrolíferos de Oriente Próximo? En Transcaucasia, los soldados británicos se opusieron en un principio a los bolcheviques —«que olían el petróleo de Bakú», como dijo uno observador de la época— y durante un breve período preservaron la independencia de Georgia, Azerbaiyán y un truncado Estado armenio. Sin embargo, cuando los británicos retiraron sus soldados en 1920, los tres países cayeron bajo la férula de la Unión Soviética. En el Turkestán, donde nos interesaba impedir que Alemania obtuviera acceso a los suministros de algodón, las fuerzas británicas combatieron en realidad a los rusos con la ayuda de los partidarios turcos de Enver Pachá en un extraño intercambio de alianzas, puesto que la Rusia zarista había sido una aliada de Gran Bretaña hasta la revolución de 1917.

En un único rincón de su antigua patria turca, siguió habiendo armenios; en la provincia de Alejandreta y la hoy destruida fortaleza de Musa Dag, a 20 kilómetros al oeste de Antioquía, donde los habitantes resistieron al asedio sobre el que Werfel escribió su novela. Alejandreta cayó bajo el dominio colonial francés en el remoto norte de Siria y, así muchos miles de armenios regresaron a sus destrozados hogares. Sin embargo, para comprender esta traición en gran medida olvidada, el lector debe viajar a Aanjar, una pequeña ciudad de dolor que cultiva rosas en torno a sus hogares. Desde la carretera, cubriendo las puertas, a lo largo de todo el camino hasta el jardín del padre Ashod Karakashian, hay una corriente de rosa y carmesí que se burla del sufrimiento de los armenios que construyeron esa ciudad sobre las marismas palúdicas del Líbano oriental en 1939. Son personas orgullosas, poseedoras hoy de pasaportes libaneses, pero poseedoras también de uno de los secretos más oscuros del pasado armenio: porque fueron «limpiados» de su patria dos veces en un siglo, primero en 1915 y luego en 1939. Si bien culpan a los turcos de ambas expulsiones, también culpan a los franceses. Y a Hitler. Sobre todo culpan a los franceses.

Viktoria, la hermana del padre Karakashian, tenía sólo diez años en 1939, pero recuerda el segundo desastre de su familia, un genocidio en miniatura en comparación con el de 1915, pero a pesar de ello terrible. «El ejército francés nos escoltó todo el camino —dijo—, pero nosotros nos moríamos. Mi hermano Varujan tenía sólo uno o dos años, pero lo vi morir en brazos de mi madre en el vagón. Como muchos de nosotros, tenía la malaria. Los franceses no parecían saber qué hacer con nosotros. Primero nos llevaron a lo largo de cuarenta días a Abasid en Siria. Luego nos pusieron en barcos durante siete días. Desembarcamos en Trípoli [en el norte del Líbano], y los franceses nos metieron en un tren para ganado hasta Rayak. De Rayak

nos trajeron a Aanjar y aquí nos quedamos».

Como la mayoría de armenios de Aanjar, el padre Karakashian y su hermana nacieron en Musa Dag, la fortaleza que hoy se encuentra en el sudeste de Turquía y que resistió increíblemente cuarenta días durante el genocidio. Rescatados por barcos de guerra franceses y británicos, los armenios de Musa Dag fueron atendidos en Egipto, luego enviados de vuelta a su ciudad natal con el ejército francés tras la guerra de 1914-1918. Y allí vivieron, en la parte del mandato francés sobre Siria, hasta 1939, cuando el gobierno francés —en un intento desesperado por convencer a los aliados contra Hitler— «devolvió» Musa Dag y la gran ciudad de Alejandreta a los turcos.

Los niños Karakashian nacieron después del Holocausto de 1915, pero muchos de sus vecinos no tienen padres ni abuelos. Incluso después de llegar a Aanjar —que estaba entonces en el mandato francés del Gran Líbano— continuaron sufriendo. «Había plagas de mosquitos y este lugar era desértico —dice el padre Karakashian—. Los franceses dieron a cada hombre 25 libras libanesas para romper las rocas y construirse casas. Pero muchos contrajeron la malaria y murieron». En los primeros dos años de su ordalía —en 1940, cuando la mayor parte de Europa estaba en guerra —, los armenios de Aanjar perdieron a un millar de hombres y mujeres debido a la malaria. Sus tumbas en ruinas aún están al norte de la ciudad.

Los muros de la iglesia de San Pablo de Aanjar están cubiertos de fotografías de la tragedia armenia. Una —tomada en 1915— muestra a los supervivientes del sitio de Musa Dag subiendo desesperadamente hasta la cubierta de un barco de guerra aliado. Otra muestra a oficiales franceses saludando a dignatarios armenios de vuelta a Alejandreta, junto con varios hombres de la Brigada Armenia del ejército francés. En la década de 1930, construyeron un monumento para conmemorar el sitio —que fue después destruido por los turcos— y cuando se vieron obligados a partir otra vez antes de la Segunda Guerra Mundial, los armenios se llevaron con ellos, al estilo serbio, a sus muertos. Los restos de dieciocho «mártires» —que los turcos no mancillaron antes del regreso de los armenios en 1918 con los franceses— fueron cargados en los vagones de 1939 junto con los refugiados y llevados a Aanjar con los vivos. Descansan ahora en un sarcófago de mármol junto a la iglesia de San Pablo. «En eterno recuerdo», dice en armenio el mármol.

Sin embargo, el recuerdo se había suavizado para los habitantes de Aanjar. «En los primeros diez años después de la partida de Alejandreta, la gente (aquí llegaron seis mil deportados) quería volver —dijo el padre Karakashian—. Luego, tras la Segunda Guerra Mundial, muchos emigraron a Sudamérica. Ahora no queremos volver. Aunque yo volví el año pasado de vacaciones. Sí, queda una diminuta comunidad armenia en nuestro antiguo trozo de Turquía alrededor de Musa Dag, unas treinta familias, y acaban de restaurar la iglesia armenia. Los turcos de allí son amables con nosotros. Pienso que saben lo que sucedió y que nos respetan porque saben que están en nuestra tierra».

La vergüenza de la rendición francesa del sanjacato (distrito provincial) de Alejandreta —incluido Musa Dag— es una de las historias en buena parte no desveladas de la Segunda Guerra Mundial. El temor a que Turquía se uniera al Eje alemán como había hecho en la guerra de 1914-1918 llevó a Francia a aceptar un referéndum en Alejandreta de modo que los habitantes armenios y turcos pudieran elegir su nacionalidad. Los turcos llevaron en tren a decenas de miles de personas hasta el sanjacato y naturalmente el «pueblo» votó ser parte de Turquía. «El gobierno francés decidió ceder el lugar a Turquía y, por supuesto, los armenios se dieron cuenta de que ya no podían seguir viviendo ahí y pidieron al gobierno francés que se los llevara y concediera un nuevo hogar —dice el sacerdote—. No querían tener encima a los turcos. Y se fueron. Los franceses llegaron a un acuerdo en función de sus intereses. La culpa es de los franceses». Y así el sanjacato de Alejandreta se convirtió en la provincia turca de Hatay, y la ciudad de Alejandreta se convirtió en Iskenderun. Y la paradoja final fue que Turquía se unió a los aliados contra Hitler, pero lo hizo en los últimos días del conflicto europeo, cuando Hitler estaba a punto de suicidarse en su bunker de Berlín y el Reich estaba en cenizas. El sacrificio de Alejandreta fue a cambio de nada.

Tampoco sus fantasmas han abandonado el lugar. En 1998, el primer ministro turco Mesut Yilmaz lanzó una advertencia contra los sirios que ayudaban a la guerrilla del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) que actuaba a través de la frontera. Eligió una ceremonia que conmemoraba la entrega francesa de Alejandreta para anunciar que «quienes tienen los ojos fijos en el territorio turco padecen de ceguera, ni un centímetro cuadrado de este país le será arrebatado». Sin embargo, Alejandreta había sido armenia. Y luego hablan del tratado de Sèvres.

El mundo está lleno de genocidios más grandes y más chicos, algunos los conocemos por testimonios masivos y a otros nos hemos vuelto ciegos de modo tan absoluto como los niños armenios que perdieron la vista en los infectos baños de los hogares de refugiados a los que fueron llevados en 1916. Mark Levene ha escrito exhaustivamente sobre uno de los genocidios menos conocidos —que levanten la mano los lectores de este libro que ya lo conocen—, cuando en 1933 el ejército del naciente Estado iraquí lanzó un ataque de exterminación contra los miembros de la comunidad asiría<sup>[\*]</sup>. Cerca de la ciudad de Dahuk, los soldados asesinaron a toda la población de un pueblo llamado Summayl. Las pocas mujeres supervivientes fueron más tarde repetidamente violadas, y los kurdos, que constituían el grupo étnico predominante en la región, se unieron a los asesinatos en masa; en algunos casos, sin duda alguna, los mismos kurdos que habían saqueado y asesinado a los armenios justo al otro lado de la frontera turca dieciocho años atrás. Eso sucedió en el Iraq gobernado por los británicos, y el inspector administrativo local, un tal coronel R. S. Stafford, informó a Londres que los oficiales iraquíes habían decidido los asesinatos con el objetivo de que los asirios fueran «en la medida de lo posible... exterminados». Dichos asirios habían sido expulsados de Turquía tras algunos

ataques genocidas contra sus pueblos, buscaron refugio en Persia y allí los británicos los llevaron a vivir cerca de Mosul en lo que sería un nuevo Estado iraquí.

Levene ha rastreado esa pauta de enfrentamiento con el Estado iraquí desde 1933 hasta los asesinatos asirios en la campaña Anfal de Sadam Husein en 1988. Incluso tras las matanzas iniciales, los británicos impidieron una investigación en la Sociedad de Naciones indicando que podría conducir a la caída del régimen del rey Faisal; y ofrecieron con prontitud sus bombas a la nueva fuerza aérea iraquí para su campaña antiasiria, a pesar de que ya habían empezado las matanzas. Los británicos también advirtieron que una investigación pública podría incitar «un estallido de xenofobia dirigido contra los extranjeros», algo que por fin consiguieron hacer setenta años más tarde.

Todos los debates sobre genocidios en *The Independent* muestran en qué medida el tema es dominante en la opinión pública. Tras escribir sobre el Holocausto armenio, el presidente del Consejo Nacional Lituano en Gran Bretaña me escribió para recordarme que hasta 11 millones de personas murieron en la «hambruna de terror» en Ucrania entre 1930 y 1933. «No habrá Día del Holocausto para ellos», dijo<sup>[\*]</sup>. ¿Y qué pasaba con la muerte de millones de musulmanes expulsados de los Balcanes y Rusia en el siglo XIX, «parte del propio pasado olvidado de Europa», como ha escrito un historiador<sup>[\*]</sup>? Los lectores me instan a que analice el Holocausto en el Congo del rey Leopoldo II, en el que murieron millones de personas —a golpes o de agotamiento físico, hambre o enfermedad— en lo que fueron en realidad campos de trabajo para esclavos durante el siglo XIX. ¿Y qué hacemos con esos españoles que afirman, con buenos motivos, que el exterminio por parte de Franco de 30 000 opositores políticos y militares —que siguen enterrados en unas fosas comunes por toda España— fue una forma de genocidio?

El historiador Norman Davis me escribió en 1998 para recordarme que la pregunta de Hitler acerca de los armenios —«¿Quién sigue acordándose hoy de los crímenes cometidos contra los armenios?»— fue hecha en relación con los polacos y que el primero que la menciona es el jefe de la oficina de Berlín de Associated Press, Louis Lochner, en agosto de 1939; y Davis concluía que «tiene uno la tentación de añadir: ¿quién sigue hablando hoy del exterminio de los polacos?»<sup>[\*]</sup>. Hay un libro escrito anónimamente justo después de la Segunda Guerra Mundial con un prólogo de T. S. Eliot, nada más y nada menos, que registra los sufrimientos de los millones de polacos deportados a la muerte y la hambruna por el ejército soviético que había entrado en Polonia poco después de la invasión alemana de 1939<sup>[\*]</sup>. Y en ese libro hay un pasaje que siempre me emociona en el que una madre polaca desea que el tren que la va a deportar salga por la noche:

porque la vía bordeaba una pequeña colina junto a la granja, y ella deseaba que los niños no la vieran y sintieran brotar otra vez toda su pena renovada. Por desgracia, el tren salió de día. Cuando apareció la granja, vieron vecinos y otros miembros de la familia de pie en la colina y el cura de la parroquia con un crucifijo en la mano... Cuando las chimeneas, el huerto y los árboles aparecieron con claridad, Tomus gritó con una voz

terrible: «¡Mamá, mamá, nuestro huerto, nuestro estanque, nuestra... vaca comiendo! Mamá, ¿por qué nos tenemos que ir?».

Esa partida, la inocencia de Tomus, su afecto por la vaca de la familia, la conciencia cada vez mayor de la madre de que el tren de la deportación pasará por su casa y la pregunta de ese niño constituyen ecos de esos millones de voces que se oirían en las mismas vías de tren a medida que adquiriera intensidad en los meses y años siguientes el Holocausto hitleriano de los judíos, del mismo modo que recordaban el Holocausto armenio veinticuatro años antes. Fue un judío de origen polaco, Raphael Lemkin, quien en 1944 se inventó la palabra *genocidio* para los armenios, un acto que contribuyó a crear la base legal y moral a una cultura de los derechos humanos.

De modo que, con todas las pruebas, los relatos de testigos presenciales, los informes diplomáticos, los telegramas, los huesos y las calaveras de un millón y medio de personas, ¿era posible negar semejante genocidio? ¿Era posible ocultar un acto de maldad tan masiva como el genocidio armenio? ¿O era posible, como señaló Hitler, olvidarlo? ¿Era posible que el primer Holocausto del mundo —una dolorosa ironía esta— fuera medio reconocido pero se viera degradado en la lista de la bestialidad humana a medida que el espantoso siglo xx producía nuevos actos masivos de barbarie y presagiaba la ferocidad del siglo xxi?

Por desgracia, todo esto ha ocurrido. Cuando escribí por primera vez acerca de las matanzas armenias en 1993, los turcos denunciaron mi artículo —como han hecho con innumerables libros e investigaciones anteriores y posteriores— y lo tacharon de mentira. Mi director recibió cartas de lectores turcos pidiendo mi despido de *The Independent*. Si fueron asesinados ciudadanos armenios, escribieron —y me fijé en ese condicional—, ello fue consecuencia de la anarquía existente en el imperio otomano durante la Primera Guerra Mundial, un caos civil en el que murieron innumerables turcos y en el que los paramilitares armenios habían tomado deliberadamente partido por la Rusia zarista. Las pruebas de las comisiones europeas sobre las matanzas, los relatos de primera mano de periodistas occidentales de la carnicería de armenios en Esmirna —el actual centro turístico de Izmir, donde innumerables británicos toman hoy baños de sol sin tener idea alguna del baño de sangre que tuvo lugar en esas playas y en torno a ellas—, las denuncias de Morgenthau y Churchill, todo ello se desestimaba como mera propaganda.

Güler Köknar, jefe de la Asamblea de Asociaciones Turcas Estadounidenses, escribió a Simón Kelner, mi director, para afirmar que los armenios «habían desertado en masa para luchar en favor del enemigo, hicieron de quintacolumnistas e iniciaron una guerra civil contra los musulmanes otomanos<sup>[\*]</sup>». La señora Suna Çakir me escribió para decirme que las pretensiones de un genocidio armenio eran «un invento... un mero producto de la imaginación<sup>[\*]</sup>». Aygen Tat de Washington D. C. mandó un correo electrónico a mi periódico para decir que el genocidio armenio era

«un engaño». La cita de Hitler era «inventada» y «nunca hubo Holocausto ni Genocidio armenio, sino que hubo una matanza turca llevada a cabo por los armenios y sus señores zaristas rusos<sup>[\*]</sup>». La última frase de Tat era para preguntar: «¿Por qué culpar a Turquía y los turcos de acontecimientos ocurridos en 1915?». Ibrahim Tansel dijo curiosamente que el «llamado genocidio armenio era parcialmente respuesta [sic] de los aldeanos. En realidad, para evitar más derramamientos de sangre se trasladaron al Líbano los armenios de Anatolia». Esta avalancha de correos electrónicos llevaba a cabo algo muy inquietante: convertía a los autores del genocidio armenio en las víctimas, y a las víctimas en asesinos y mentirosos.

Cada nueva carta —y algunas estaban claramente organizadas en forma de cadena— ampliaba la negación. S. Zorba de Rochester, Nueva York, se refería a las «desdichadas víctimas centenarias del desdichado acontecimiento», que más adelante identificaba como «el supuesto genocidio<sup>[\*]</sup>». Otros correos me denunciaban como «malvado», y uno, tras condenar mi «ignorancia» y «arrogancia», terminaba con una frase reveladora. «Puede que hubiera un genocidio, pero su deber no es juzgar. Corresponde a los historiadores descubrir la realidad». Eso se iba a convertir en un tedioso estribillo, repetido —increíblemente— incluso por algunos políticos israelíes, de quienes se hablará más adelante.

Sin embargo, tales comentarios no deben ser vistos de modo aislado. Estaban apoyados por diplomáticos turcos. Korkmaz Haktanir, embajador turco en Londres, se quejó en una carta a *The Independent* de que «muchos miembros de mi familia y su comunidad sufrieron y murieron a manos de terroristas armenios<sup>[\*]</sup>». Adjuntó dos fotografías de los cuerpos de mujeres horriblemente mutilados, asesinadas por armenios, según rezaban las leyendas, en los pueblos de Subatan y Merseni Dere en 1915. Fisk ha puesto de manifiesto, afirmaba, «un claro deseo de reabrir, viejas heridas», lo cual suponía al menos la admisión de que había heridas infligidas.

El homólogo de Haktanir en Israel, Barlas Özener, realizó una gestión aún más extraordinaria —teniendo en cuenta el país en el que estaba destinado— en una carta al *Jerusalem Post Magazine* donde acusaba a la autora de un artículo sobre el «genocidio negado» de Armenia de intentar reescribir la historia. «El mito de un “Holocausto armenio” se creó justo después de la Primera Guerra Mundial con la esperanza de que los armenios fueran recompensados por sus “sufrimientos” con una porción del Estado otomano que se desintegraba», escribió<sup>[\*]</sup>. El uso que podían hacer los supervivientes del Holocausto judío de esa muestra de «negacionismo» superaba toda comprensión. La periodista, Marilyn Henry, había, según Özener, «utilizado su pluma» para atacar «la nueva Knesset, el nuevo gobierno israelí y las relaciones turco-israelíes».

Sin embargo, los diplomáticos turcos no deben tener miedo del oprobio de Israel. Cuando en 1982 se proyectó un congreso sobre el Holocausto en Tel Aviv, el gobierno turco objetó la inclusión de material sobre la matanza armenia. De nuevo increíblemente el superviviente de Auschwitz Elie Wiesel se retiró del congreso

después de que el ministro de Asuntos Exteriores israelí afirmara que podía perjudicar las relaciones turco-israelíes. El congreso siguió adelante —con conferencias sobre el genocidio armenio— después de que Simón Peres pidiera en vano a Israel Charney, el más destacado experto en genocidio de Israel, que no incluyera las matanzas armenias.

Peres fue mucho más lejos —y mucho más hondo en la ciénaga moral de la negación del Holocausto— en una declaración que hizo antes de una visita oficial a Ankara como ministro de Asuntos Exteriores israelí en abril del 2001. En una entrevista a la agencia Anatolia News, Peres dijo que «rechazamos los intentos de crear una semejanza entre el Holocausto y las acusaciones armenias. No ha ocurrido nada similar al Holocausto. Lo que padecieron los armenios es una tragedia, pero no un genocidio». De tener que tomar una posición acerca de esas «acusaciones —dijo Peres—, debía hacerse con gran cuidado para no distorsionar las realidades históricas<sup>[\*]</sup>». Esos asombrosos comentarios por parte de Peres —que hizo caso omiso de todos los hechos de los que tenía que haber sido consciente, todos los testimonios directos, todos los vínculos directos entre el genocidio de 1915 y el exterminio judío— recibieron una poderosa respuesta de Charney, un profesor universitario israelí de irreprochable integridad.

«Me parece... —escribió Charney en una carta personal a Peres— que ha cruzado usted un límite moral que ningún judío debería permitirse traspasar... puede ser que en su amplia perspectiva de las necesidades del Estado de Israel esté en la obligación de eludir y abstenerse de mencionar el tema con Turquía, pero como judío y como israelí me siento avergonzado del grado en que se ha adentrado en el terreno de la verdadera negación del genocidio armenio, comparable a las negaciones del Holocausto<sup>[\*]</sup>». Charney recordó a Peres que en un congreso sobre el Holocausto judío celebrado en Filadelfia en el 2000, un gran número de investigadores, entre ellos diversos historiadores israelíes, firmaron una declaración pública según la cual el genocidio armenio fue una realidad y que, en 1997, una reunión de la Asociación de Estudiosos del Genocidio votó una resolución según la cual los armenios padecieron un «genocidio a gran escala». Tampoco se amilanó Charney en su espléndida obra en dos volúmenes *Encyclopedia of Genocide*, que incluye 45 páginas de testimonios objetivos y relatos diplomáticos y periodísticos contemporáneos de la matanza armenia, publicados sobre todo por el *The New York Times*, así como —de modo poco usual— extensas citas de fuentes turcas originales<sup>[\*]</sup>. Una de ellas, del distinguido historiador turco Ahmed Refik, que sirvió en el servicio de inteligencia del estado mayor otomano, afirmaba categóricamente que «el objetivo de Ittihad [la dirección turca del Comité de Unión y Progreso] era destruir a los armenios<sup>[\*]</sup>».

Charney señaló de modo acertado que la negación de Peres se basaba en su deseo de promover las relaciones turco-israelíes, unas relaciones que la propia Turquía había puesto en peligro cuando interfirió en 1982 con el congreso sobre genocidio de Charney en Tel Aviv. Según Elie Wiesel, se le dijo «por boca de un funcionario

israelí... que los turcos habían hecho saber que surgirían graves dificultades si los armenios tomaban parte en el congreso».

¿No debe haber, pues, justicia para los armenios, ni reconocimiento del terrible crimen cometido contra ellos, ni restitución, ni devolución de propiedades, ni disculpa? ¿Sólo un millón y medio de esqueletos cuya existencia los turcos aún intentan negar? ¿Tanto miedo tiene Turquía, tanto la asusta su propio pasado que no puede hacer lo que ha hecho Alemania por los judíos, una expiación mediante el remordimiento, la admisión, el reconocimiento, las reparaciones, la buena voluntad? Como ha preguntado Jonathan Eric Lewis del Instituto Remarque de la Universidad de Nueva York, «¿cómo es posible que la destrucción de una gran proporción de la clase comerciante del imperio otomano pueda no ser una cuestión central de la historia moderna de Turquía? Las tierras, los hogares y la propiedad de los armenios están hoy en manos de quienes se han beneficiado de crímenes pasados. El miedo de tener que pagar reparaciones sólo es una de las muchas razones por las que el gobierno turco se niega a reconocer el genocidio<sup>[\*]</sup>».

Sin embargo, la negaciones continúan. Cuando el papa Juan Pablo II osó referirse al «genocidio armenio, que fue el prelude de horrores futuros», el periódico turco *Milliyet* lo calumnió en primera página con el titular: «el papa aquejado de demencia senil<sup>[\*]</sup>». Salhi Sonyel, afirmando —falsamente— que la pregunta de Hitler sobre los armenios es una falsificación, intentó desvincularla del genocidio nazi señalando correctamente que el Führer hablaba de los polacos y no de los judíos<sup>[\*]</sup>. Parece una línea de argumentación sólida hasta que uno recuerda que un tercio de todos los polacos en 1939 era judíos, el mismo segmento de población que Hitler se proponía exterminar. Se trata del mismo Sonyel que tituló uno de sus ensayos: «Cómo la propaganda armenia contra el califato otomano convenció al crédulo mundo cristiano». La auténtica diferencia entre el Holocausto armenio y el Holocausto judío es, claro está, que Alemania ha admitido su responsabilidad, mientras que los sucesivos gobiernos turcos han optado por negar el genocidio armenio.

En los Estados Unidos, los poderosos grupos de presión de Turquía atacan a cualquier periodista o profesor universitario que afirme que el genocidio turco fue una realidad. Porque Turquía —que ya no es el «enfermo» de Europa— es cortejada por las mismas potencias occidentales que tan airadamente condenaron su crueldad en el siglo pasado. Es un apreciado miembro de la OTAN —nuestro aliado en el bombardeo de Serbia en 1999—, el más estrecho aliado regional de Israel y un importante comprador de armas estadounidenses y francesas. Del mismo modo que permanecemos callados cuando empezó la persecución de los kurdos, preferimos ahora pasar por alto el primer Holocausto del siglo xx.

Esta escandalosa negación infecta incluso a los periodistas. Cuando el papa visitó Armenia en septiembre del 2001, la agencia Associated Press se sintió obligada a decir a sus suscriptores que «Turquía niega firmemente los cargos de que los ejércitos turcos se vieran involucrados en un genocidio, una palabra que sólo se generalizó

después de la Segunda Guerra Mundial<sup>[\*]</sup>». Dejando de lado la maravillosa palabra *firmemente* —¡si los turcos se muestran «firmes», vaya uno a saber, a lo mejor tienen razón!—, la palabra *cargos* es un vergonzoso ejemplo de periodismo y la referencia a la definición de Lemkin (hecha durante y no después de la Segunda Guerra Mundial) omite que éste se refería a los armenios. La BBC, en su cobertura de la misma visita papal, también mostró unos niveles deleznable cuando dijo a sus oyentes que «más de un millón de armenios resultaron muertos durante el desmembramiento del imperio otomano<sup>[\*]</sup>». Obsérvese que los armenios resultaron muertos en lugar de exterminados y que eso tuvo lugar misteriosamente durante el desmembramiento del imperio otomano, lo cual en cualquier caso es empíricamente incorrecto puesto que el imperio continuó existiendo cierto tiempo tras la Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, lo más vergonzoso de todo ha sido el comportamiento de *The New York Times*, que con tanta valentía registró la verdad y dio la primicia al mundo con su cobertura del genocidio armenio en 1915. Su valentía se ha convertido hoy en cobardía. A continuación se cita el párrafo clave de un artículo de *The New York Times* del 26 de marzo de 1998 escrito por Stephen Kinzer sobre los 70 000 armenios que sobreviven en la actual Turquía:

Las relaciones entre turcos y armenios fueron buenas durante gran parte del período otomano, pero quedaron muy marcadas por las matanzas de armenios realizadas por fuerzas prootomanas en la Anatolia oriental durante la primavera de 1915. Los detalles de lo sucedido son todavía objeto de un acalorado debate, pero está claro que grandes cantidades de armenios fueron asesinados o dejados morir en marchas forzadas en un estallido de lo que hoy se llama «limpieza étnica».

Tenemos un serio problema con este párrafo. En primer lugar, la cifra del millón y medio de armenios —o incluso de un millón de armenios—, el número fundamental que coloca a los armenios en la categoría del genocidio, que en realidad los señala como las víctimas del primer holocausto del siglo pasado, ha desaparecido por completo. Nos quedamos con lo que Kinzer llama «grandes cantidades» de asesinados que, supongo, mantiene a *The New York Times* fuera de los ataques turcos. A continuación el genocidio se ve reducido a una «limpieza étnica», un término familiar procedente de las guerras serbias contra los musulmanes de Bosnia y los albaneses de Kosovo, pero relacionado con una escala infinitamente menos terrible que las matanzas de 1915. Y obsérvese que se trató de un «estallido» de «limpieza étnica»; un acto repentino y espontáneo más que unos asesinatos en masa premeditados. Nótese también la referencia a las «fuerzas turcas prootomanas» en lugar de las peligrosas pero reales «fuerzas turcas» o incluso las «fuerzas otomanas turcas», que habría tenido que mencionar. Luego se nos dice que la cuestión es «objeto de un acalorado debate». Qué «imparcialidad» por parte de *The New York Times* recordarnos que existe una campaña para negar la verdad de ese genocidio sin llegar a decirlo de hecho, una mentira tan repugnante como la perversa afirmación de que el Holocausto judío no existió nunca. Otro de los artículos de Kinzer se tituló:

«Armenia no perdona; quizá debería hacerlo».

Tengo mis sospechas respecto a todo esto. Creo que el reportero del *The New York Times* redactó ese absurdo para evitar ofender al actual gobierno turco. No quería que su artículo fuera considerado «polémico». No quería remover las cosas. De modo que suavizó la verdad, y los turcos habrán estado encantados. Ahora hagamos una sencilla prueba. Volvamos a ese Holocausto posterior y numéricamente más terrible de los judíos de Europa. ¿Habría escrito Kinzer del mismo modo acerca de esas carnicerías en masa? ¿Nos habría dicho que las relaciones germano-judías estaban sólo «muy marcadas» por la matanza nazi? ¿Habría insinuado, siquiera por un momento, que los detalles son «objeto de un acalorado debate»? ¿Habría comparado la matanza de los judíos con la guerra de Bosnia? No, no se habría atrevido a hacerlo. No podía atreverse a hacerlo. Entonces, ¿por qué estaba dispuesto a arrojar la duda sobre el genocidio armenio?

Kinzer volvió a sus viejos trucos negacionistas en un artículo de *The New York Times* del 27 de abril del 2002 acerca del proyecto de Museo del Genocidio Armenio en Washington:

Washington ya cuenta con una importante institución, el Museo del Holocausto de los Estados Unidos, que documenta un esfuerzo por destruir a todo un pueblo. La historia que presenta es indiscutible. Sin embargo, los acontecimientos de 1915 son todavía objeto de un intenso debate.

Ya estamos otra vez. El Holocausto judío es «innegable», lo cual es cierto. Pero su innegabilidad es utilizada aquí para denigrar la verdad del Holocausto armenio que, por inferencia, no es «indiscutible» y está sujeto a «intenso debate». El «acaloramiento» del debate y su «intensidad» hacen que cobre fuerza en los dos artículos de Kinzer la idea de que la negación turca quizá sea acertada. El mismo deslizamiento reapareció en *The New York Times* del 8 de junio del 2003, cuando una famosa fotografía de hombres armenios llevados por gendarmes turcos en una ciudad anónima en 1915 llevaba la leyenda: «Armenios conducidos a la cárcel por soldados turcos en 1915». Apenas hubo armenios que fueran conducidos a la cárcel. Fueron conducidos —antes de la deportación, la violación y el exterminio de sus mujeres y niños— al matadero. La ciudad de la foto es Harput —la fotografía fue tomada por un comerciante alemán— y los hombres de Harput, algunos de los cuales aparecen en esa notable fotografía, fueron aniquilados casi totalmente. Sin embargo, el *The New York Times* envía pacíficamente a la «cárcel» a esos hombres condenados.

Y *The New York Times* no se encuentra solo en su cobardía. El 20 de noviembre del 2000, *The Wall Street Journal Europe*, quizás el mayor amigo de Israel en la prensa estadounidense —aunque hay muchos otros aspirantes serios— participó también él en un pequeño ejercicio de negación del Holocausto. Aun reconociendo el «hecho histórico de que durante la Primera Guerra Mundial unos 600 000 armenios, según se estima, y posiblemente más, perdieron la vida, muchos de ellos en deportaciones forzadas a Siria y Palestina orquestadas por los ejércitos otomanos», a

continuación decía —y los lectores no deberían sonreír ante ese lenguaje desdichado — que «es asunto de polémico debate académico si la mayoría de esas muertes fueron resultado de una política deliberada de exterminio o de otros factores». Encontramos aquí el mismo debilitamiento malicioso de la verdad. Los armenios «perdieron la vida» —como ocurre con los soldados, aunque rara vez los periodistas se han referido a las víctimas de las matanzas con una expresión tan anodina— en deportaciones «orquestadas» por «ejércitos otomanos». Una vez más, la palabra *turcos* ha sido omitida. *Orquestadas* es un palabra comodín para evitar *perpetradas*, lo que significaría, claro está, que estamos hablando de genocidio. Y luego, al final, tenemos nuestro viejo amigo el «debate». Y ahora ese debate es «polémico» y «académico».

Creo saber la identidad del «académico» en quien pensaba el *Journal*: Heath Lowry, titular de la cátedra Atatürk de Estudios Turcos Otomanos y Modernos de la Universidad Princeton, autor de diversos panfletos —publicados en Turquía— que intentan desacreditar el genocidio armenio. Peter Balakian y el historiador Robert Jay Lifton han realizado un estupendo trabajo sobre la obra de Lowry<sup>[\*]</sup>. Lowry viajó a Turquía con un doctorado en Estudios Otomanos, trabajó en un instituto de investigación en Estambul y dio clases en la Universidad del Bósforo, tras lo cual regresó a los Estados Unidos en 1986 y fue nombrado director del Instituto de Estudios Turcos en Washington D. C. El instituto estadounidense fue creado por el gobierno turco; desde ahí, Lowry escribió artículos de opinión y ensayos negando el genocidio de 1915 y también presionó en el Congreso para derrotar resoluciones conmemorativas del genocidio armenio.

Sin embargo, lo sorprendente fue que cuando Nuhzet Kamdemir, embajador turco en Washington, escribió a Robert Jay Lifton para quejarse de las referencias al genocidio armenio contenidas en su nuevo libro *The Nazi Doctors*, el diplomático incluyó accidentalmente una carta de Lowry a la embajada que era un borrador original de la carta del embajador al propio Lifton; es decir que Lowry le dijo al embajador cómo oponerse a las referencias al genocidio del libro de Lifton y añadía de propina que había «subrayado repetidas veces por escrito y verbalmente a Ankara» su preocupación por los historiadores cuyas investigaciones habían sido utilizadas por Lifton; entre ellos se incluía el infatigable Vahakn Dadrian. ¿Qué hacía Lowry, aconsejando al gobierno turco sobre la forma de negar el Holocausto?

Hay otras cátedras de estudios turcos en las universidades de Harvard, Georgetown, Indiana, la Estatal de Portland y Chicago. Para acceder a ellas, hay que haber realizado trabajo de investigación en archivos de Turquía (a menudo cerrados a historiadores críticos con ese país) y tener «relaciones amistosas con la comunidad académica turca», algo que no ocurrirá si se enfrentan a la esencia del genocidio armenio. La Universidad de California en Los Angeles tuvo el coraje de no aceptar una cátedra. Todos los titulares, claro está, creen que los «historiadores» deben ante todo determinar la verdad, una expresión que descarta las pruebas de los cada vez

más reducidos supervivientes de las matanzas. Todo ello llevó a 150 estudiosos e historiadores del Holocausto a hacer un llamamiento a Turquía para que finalizara su campaña negacionista; entre ellos se encontraban Lifton, Israel Charney, Yehuda Bauer, Howard Zinn y Deborah Lipstadt<sup>[\*]</sup>. No lo lograron. Fue Elie Wiesel el primero que dijo que la negación del genocidio representa un «doble asesinato». Primero las víctimas son exterminadas; y luego sus muertes se convierten en un no acontecimiento, una «mentira». Los muertos mueren dos veces. Los supervivientes sufren y se les dice que no sufrieron, que están mintiendo.

Y entran en acción las grandes armas —casi literalmente— para garantizar que las cosas no cambien. Cuando el Congreso estadounidense propuso en el 2000 una resolución sobre el genocidio armenio pidiendo al presidente Clinton que en su discurso anual de conmemoración armenia se refiriera a los asesinatos como genocidio, Turquía advirtió a Washington de que cerraría sus bases aéreas a los aviones estadounidenses que volaban sobre las zonas de exclusión aérea iraquíes. Sabahattin Çakmakoglu, ministro turco de Defensa, dijo que Turquía estaba dispuesta a cancelar los contratos de armas con los Estados Unidos. El ministro de Asuntos Exteriores israelí tomó partido por Turquía, y el presidente Bill Clinton cedió vergonzosamente y pidió que se abandonara la propuesta. Así fue.

Esta misma presión se produce por todos los Estados Unidos. En 1997, por ejemplo, el Museo de la Isla de Ellis retiró de una exposición de fotografías y textos de testigos presenciales del genocidio armenio<sup>[\*]</sup>. Ya había hecho lo mismo en 1991. En el 2001, el cónsul general turco de San Francisco protestó ante el uso de una antigua cruz conmemorativa de la Primera Guerra Mundial como monumento armenio al genocidio. Cuando investigué esa queja en San Francisco, resultó que un denominado «Centro para Investigadores de la Precisión Histórica, Capítulo de Stanford» —que resultó no tener relación alguna con la Universidad de Stanford— había afirmado en un anuncio en el *San Francisco Chronicle* que semejante monumento conmemorativo se convertiría en un «reclamo político para predicar su versión [armenia] de la historia que es rotundamente discutida entre los estudiosos e historiadores objetivos». Los turcos hicieron circular incluso folletos en el Club Demócrata Chino-Estadounidense —en chino— advirtiendo de que el monumento conduciría a «una disputa histórica que se dio en el pasado». De modo que ahora el «debate» se ha convertido en «disputa», pero imaginaba quiénes eran esos «estudiosos objetivos».

En los Estados Unidos, la negación del Holocausto goza de buena salud, la negación del Holocausto armenio, se entiende<sup>[\*]</sup>. El historiador Bernard Lewis, un decidido partidario de Israel y uno de los historiadores preferidos del presidente George W. Bush, ya no acepta que se perpetrara un genocidio contra los armenios y sus opiniones en los Estados Unidos apenas son contestadas. Sin embargo, en Francia, donde la negación del genocidio es un delito, hubo una enérgica protesta de los armenios; Lewis fue condenado por el Tribunal Supremo en París por haber

cometido «una falta» (*une faute*) por haber dicho que la palabra *genocidio* era «sólo la versión armenia de esa historia<sup>[\*]</sup>». Sin embargo, cuando en el 2000 el Senado francés propuso reconocer el genocidio armenio de 1915, el secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores respondió con una declaración que podría haber sido emitida por la embajada turca. Loïc Hennekinne dijo que ésa no era tarea del parlamento y que la historia «debía ser interpretada por los historiadores<sup>[\*]</sup>». Todo sonaba de lo más familiar, pero el Senado celebró la votación y la Asamblea Nacional francesa reconoció formalmente el genocidio armenio dos meses más tarde.

Y entonces el cielo se vino abajo. En venganza, el gobierno turco canceló un acuerdo de compra de un satélite espía de 200 millones de dólares con la compañía francesa Alcatel y descartó a la compañía de armas Giat en un contrato de compra de tanques de 7000 millones de dólares. El periódico *Türkiye* apoyó la propuesta de cuarenta y dos diputados islamistas del parlamento turco para reconocer el «genocidio de argelinos por parte de los franceses» —un verdadero *touché*, para un país que se ha mostrado casi tan reacio acerca de su crueldad en la guerra argelina de 1954-1962 como acerca de su pasado de Vichy en la Segunda Guerra Mundial— y recordó a los lectores las primeras matanzas sistemáticas de argelinos musulmanes alrededor de Kerrata en 1945.

El presidente Jacques Chirac siempre tuvo miedo de los asesinatos en masa de armenios. En una conferencia de prensa en 1999 en Beirut —donde viven decenas de miles de descendientes armenios del primer Holocausto— se negó a comentar la propuesta de resolución sobre el genocidio de la asamblea. «No hago comentarios sobre temas de política interior cuando estoy en el extranjero», dijo. ¿Habría sido ésa, me pregunté al oír esa deshonrosa respuesta, la respuesta de Chirac a una condena del Holocausto judío? En el 2000, lo mejor que podía hacer Chirac era declarar que comprendía las «preocupaciones» de los armenios<sup>[5]</sup>. La solicitud de Turquía al ingreso en la Unión Europea abrió de nuevo la cuestión. En la sesión del 14 de octubre del 2004, François Bayrou preguntó por qué la Comisión Europea se fijaba tanto en la criminalización del adulterio del nuevo código penal turco —posteriormente se retiraría—, pero pasaba por alto el artículo 305, aprobado por el parlamento turco, que estipula que la interposición de acciones judiciales por «tramas antinacionales» incluía, según la comisión de justicia turca, «la petición de reconocimiento del genocidio armenio».

Ahora bien, en lo referente a cobardía política absoluta, será difícil vencer la actuación del primer ministro británico Tony Blair —el mismo que se mostró tan dispuesto a ir a la guerra con Serbia e Iraq para acabar con el abuso de los derechos humanos— cuando proclamó en el 2000 que en Gran Bretaña se celebraría un día anual de conmemoración del Holocausto. Sería, añadió, un día para recordar el genocidio nazi contra los judíos. No hizo ni una sola referencia —ni una sola penosa observación— acerca de la aniquilación de un millón y medio de armenios en 1915. ¿No fue un gobierno británico el que publicó el informe Bryce? Los dirigentes

armenios enseguida protestaron contra esa grotesca omisión y pidieron la inclusión de su Holocausto. La respuesta del gobierno británico fue tan equívoca como bochornosa.

Neil Frater de la Unidad de Igualdad Racial del Ministerio del Interior —sólo el nombre ya equivale a varios volúmenes enteros sobre la orientación políticamente correcta del gobierno de Blair—, dijo que las atrocidades eran «una tragedia espantosa» y que el gobierno extendía sus «simpatías» a los descendientes de las víctimas. Su «unidad» había pedido al grupo director del Día de Conmemoración del Holocausto que considerara el asunto, pero tras una «seria y atenta consideración» habían decidido no cambiar los planes para el Día<sup>[\*]</sup>. El grupo director, dijo Frater, deseaba «evitar el riesgo de que el mensaje se diluyera demasiado si intentaban incluir mucha historia». El propósito del Día del Holocausto, peroró, era «garantizar una mejor comprensión de las cuestiones [del genocidio] y fomentar una sociedad democrática y tolerante que respete y celebre la diversidad y que esté libre de la influencia del prejuicio y el racismo».

¡De modo que, según parecía, la simple mención del genocidio armenio podía «diluir» el «mensaje» del Día del Holocausto! Todo esto había surgido debido a un «ejercicio de consulta» en Whitehall. Qué típico del gobierno de Blair celebrar un «ejercicio de consulta» para decidir qué grupo étnico tendría el privilegio de que su sufrimiento se conmemorara y cuál sería extirpado sin piedad de los libros de historia. En ningún momento, por supuesto, aparece la palabra mortal «Turquía» en la correspondencia de Frater. Sin embargo, Frater escribió otra carta de llena pasmosa insensibilidad a Armen Lucas, un destacado empresario armenio francés, en la que repetía el mismo mantra de simpatía por los armenios pero añadiendo que el gobierno británico había considerado las peticiones de considerar otras atrocidades, entre otras, «las cruzadas, la esclavitud, el colonialismo, las víctimas de Stalin y la guerra de los bóers<sup>[\*]</sup>». El genocidio armenio se encontró de pronto colocado por el gobierno junto a la guerra emprendida por el papa Urbano II en el siglo XI contra los musulmanes de Oriente Próximo. El principal del Colegio Evangélico Armenio de Beirut, deplorando la decisión del comité de Frater, sostuvo de modo convincente que «cualquier conmemoración sería debe incluir la etiología del genocidio, en particular los del siglo XX, sobre todo si el olvido de uno alentó el siguiente<sup>[\*]</sup>».

A la BBC se le pidió que produjera la conmemoración oficial del Día del Holocausto, pero cuando Lucas planteó la omisión de los armenios a Daniel Brittain-Catlin, el responsable de producción de la BBC, Brittain-Catlin admitió que el Ministerio del Interior había «conservado el control editorial global». A continuación seguía un impresionante ejemplo de arrogancia política. «Nuestro marco histórico de referencia —anunció Brittain-Catlin— no incluye el período 1915-1920; y, en lo referente al acontecimiento, nunca entró en nuestras instrucciones pasar revista a las atrocidades del siglo XX». Sin embargo, añadió, una retransmisión desde exteriores en BBC2 es «probable que incluya una referencia, por más que breve, al genocidio

armenio<sup>[\*]</sup>». Obsérvese cómo la carta evita el verdadero problema. Lucas no preguntaba si el «marco histórico de referencia» de la BBC —fuera cual fuera— incluía el genocidio armenio, sino por qué no lo hacía. Si no entró nunca en las «instrucciones» de la BBC pasar revista a todas las atrocidades del siglo xx, la pregunta es ¿por qué no?, y ¿por qué no los armenios? Al final, serían consignados — todos esos centenares de miles de hombres matados, mujeres violadas y niños asesinados— a una referencia, «por más que breve». Al menos Brittain-Catlin denominó «genocidio» a la matanza de armenios, aunque sospecho que se trató de un desliz burocrático. Con todo, sería difícil idear una carta más condescendiente dirigida a un hombre cuyo pueblo fue tan cruelmente perseguido.

Toda esta confusión estaba basada en un premisa cínica por parte del gobierno de Blair, a saber, que podía permitirse negar el genocidio para mantener las buenas relaciones con Turquía. El mensaje fue muy claro en 1999 cuando el gobierno británico declaró, en una respuesta en la Cámara de los Lores, que «en ausencia de pruebas inequívocas que demuestren que la administración otomana adoptó la decisión específica de eliminar a los armenios situados en ese momento bajo su control, los gobiernos británicos no han reconocido los acontecimientos de 1915 y 1916 como “genocidio<sup>[\*]</sup>”». Ahora bien, si esta declaración es cierta —si no hay «pruebas inequívocas» de genocidio en 1915—, entonces el gobierno debe de creer que el informe Bryce, Churchill, Lloyd George, los diplomáticos estadounidenses destinados por todo el imperio otomano en la época de las matanzas, Armin Wegner, el fotógrafo del Holocausto armenio, y el investigador Israel Charney —por no hablar de los supervivientes y los 150 profesores universitarios que firmaron una declaración de que el exterminio de 1915 fue un genocidio— son o han sido todos unos farsantes. Es evidente que no es así. La baronesa Ramsay de Cartvale, quien pronunció esa especiosa declaración en nombre del gobierno británico, afirmó que pocos gobiernos «atribuían el nombre de “genocidio” a esos trágicos acontecimientos. En nuestra opinión es justamente así porque no creemos que sea asunto de los gobiernos hoy revisar acontecimientos de hace más de 80 años con vistas a pronunciarse sobre ellos... ¿Y quién se beneficiaría con la adopción de semejante posición?»

Ciertamente no Tony Blair. Sin embargo, la otra parte de la declaración es aún más inquietante —e indicativa de la inmoral actitud del gobierno de Blair hacia la historia— cuando afirma que Armenia y Turquía debería «resolver entre sí las cuestiones que los dividen... no podríamos desempeñar el papel de amigo que apoya a ambos países si adoptáramos una posición esencialmente política sobre una cuestión sensible para ambos». De modo que reconocer o negar el genocidio es una cuestión «política». Los asesinatos en masa son ahora «los acontecimientos». Y el gobierno no puede revisar acontecimientos de «hace más de 80 años» y adoptar una posición sobre ellos. Lo que significa que si en el año 2025 una nueva Alemania derechista —de la que Dios nos ampare— quisiera negar el Holocausto judío, el gobierno británico podría distanciarse y decir que no le es posible adoptar una

posición sobre «acontecimientos» ocurridos ochenta años atrás, que la comunidad judía tendría que «resolver» ese asunto con los alemanes. Esa es la lógica de afirmar que el poderoso sucesor turco de los genocidas otomanos deben resolver ese asunto «sensible» con los descendientes de las víctimas armenias.

Los británicos siguen también ahora la práctica de Israel de disociar el Holocausto armenio del Holocausto judío, creando una unicidad en relación con la experiencia judía de persecución que no se permite compartir con ningún otro grupo étnico. La embajadora de Israel ante el Estado armenio dijo burdamente lo mismo en el 2002<sup>[6]</sup>. Y lo mismo hizo, dos años más tarde, el embajador británico en Armenia.

Es fácil mostrar superioridad moral. Cuando Blair se negó a reconocer el genocidio armenio, escribí una serie de airados artículos en el *The Independent*, diciendo que el Día del Holocausto tenía que ser sólo un asunto exclusivamente judío y limpio de armenios. Sí, la palabra adquiriría una «H» mayúscula aplicada a los judíos. Siempre he estado de acuerdo con eso. La matanza étnica en masa a tal escala —el asesinato por parte de Hitler de seis millones de judíos— merece una «H» mayúscula. Sin embargo, también creo que el genocidio de otras razas —de cualquier raza— merece una «H» mayúscula. Y así lo escribí en un extenso artículo central de mi periódico. Conversando con un amigo armenio, le mencioné lo que había hecho. En mi artículo pondría «Holocausto armenio». Poco imaginaba con qué rapidez iban a salir los muertos de sus tumbas para ser contados. Porque, cuando apareció mi artículo en *The Independent* —un diario que nunca ha dejado de indagar en la maldad humana infligida a cualquier raza o credo—, mis referencias al Holocausto judío conservaron la «H» mayúscula, pero el Holocausto armenio se vio degradado a una «h» minúscula. «Dime, Robert —me dijo mi amigo con rabia contenida—, ¿qué debemos hacer los armenios para tener derecho a la mayúscula? ¿No nos mataron los turcos en número suficiente? ¿O es porque no somos judíos?»<sup>[7]</sup>.

*The Independent* es el periódico británico más directo en su petición de que Turquía admita la verdad acerca de las matanzas de armenios. Cuando la embajada turca se quejó oficialmente en agosto del 2000 por una exposición del Museo Imperial de la Guerra de Londres y reclamó unos cambios textuales en las referencias a las matanzas de armenios —«un asunto complicado y doloroso» fue lo máximo que acertó a decir el diplomático turco Mehmet Atak del genocidio<sup>[\*]</sup>—, un editorial del *The Independent* dijo del caso que «casi es difícil de creer». Imaginemos, afirmó el periódico, «al gobierno alemán declarando que, si bien murieron algunos judíos en la Segunda Guerra Mundial, fue debido a la falta de salud y como consecuencia de los combates<sup>[\*]</sup>».

Al final, incluso el Museo Imperial de la Guerra se doblegaría ante Turquía. Cuando montó otra exposición, *Crímenes contra la humanidad*, poco más de un año después —con la misma expresión utilizada por primera vez en 1915 a propósito de los armenios—, incluyó en la sección armenia todo un panel con la negación de Turquía de que las matanzas masivas hubieran tenido lugar. «Lo espeluznante —

comentó uno de nuestros lectores tras visitar un museo dedicado a los musulmanes matados por los armenios en la ciudad turca de Yeflil Yayla— es que el mismo lenguaje de cómo respondemos al Holocausto judío ha sido apropiado y aplicado no a los armenios asesinados, sino a los propios turcos<sup>[\*]</sup>». Turquía ya ha intentado poner en duda la autenticidad de las pruebas fotográficas del genocidio, exigiendo a la biblioteca fotográfica Hulton Getty que retirara tres famosas fotografías de muertos armenios —incluido el icónico retrato realizado por el valiente alemán Armin Wegner de una niña armenia y dos niños más pequeños muertos entre la basura en 1915— alegando que no hubo genocidio. Hulton retiró las imágenes durante tres días, pero Mathew Butson, director general de la agencia, acabó desestimando las objeciones turcas. «Creo que debido a su solicitud de ingreso en la Unión Europea, los turcos desean “limpiar” su historia —dijo—. ¡Pero no es la forma de hacerlo!».

En los Estados Unidos, los armenios pidieron compensación a las compañías en las que las familias —asesinadas en 1915— habían contratado seguros de vida. Si a los supervivientes del Holocausto judío les costó cuarenta años obtener recompensa de esas compañías, a los supervivientes del Holocausto armenio y descendientes les costó ochenta y cinco años. New York Life Insurance aceptó satisfacer una demanda colectiva por 20 millones de dólares, pero incluso entonces su presidente Sy Sternberg —que afirmó que un tercio de las reclamaciones se pagaron después de los asesinatos— utilizó el lenguaje neutral apreciado por Turquía<sup>[\*]</sup>. «Las indemnizaciones se pagaron puntualmente, afirmó, cuando resultó evidente que muchos de nuestros asegurados armenios habían perecido en los trágicos acontecimientos de 1915». ¿Perecido? ¿Trágicos acontecimientos? Varias compañías de los Estados Unidos declinaron en un principio realizar pagos porque «no apareció nadie» que reclamara. Andrew Kevorkian, uno de los armenios británicos más combativos en relación con 1915, preguntó: «¿Qué esperaban? ¿Que los turcos escribieran una pequeña nota, “A quien pueda interesar...”, certificando la fecha del crimen cada vez que mataban a esos hombres y mujeres?».

Cuando la comunidad armenia en los Estados Unidos preguntó a George W. Bush por su política sobre el genocidio en caso de resultar elegido, declaró el 19 de febrero del 2000 que «los armenios fueron objeto de una campaña genocida... un espantoso crimen en un siglo de sangrientos crímenes contra la humanidad. Si soy elegido presidente, me aseguraré de que nuestro país reconozca de modo adecuado el trágico sufrimiento del pueblo armenio». Sin embargo, una vez presidente, Bush perdió su valor, faltó a la palabra dada a la comunidad armenia y recurrió al habitual lenguaje equívoco. Dirigiéndose a los armenios el 24 de abril del 2001, en el octogésimo primer aniversario del inicio de la carnicería, Bush ya no utilizó la palabra *genocidio*. En vez de eso, habló de «una de las mayores tragedias de la historia», a la que se refirió como unos «infames asesinatos» y una «tragedia que ha marcado la historia del pueblo armenio» y su «amargo destino» al «final del imperio otomano».

Ese mismo día, un año más tarde, Bush dijo que el genocidio era una «espantosa

tragedia», habló de «horrorosos asesinatos», pero se refirió sólo a «esa horrible pérdida de vidas». De nuevo, desaparecía el «genocidio» y había incluso una desconcertante observación acerca de «las heridas que son todavía dolorosas para las personas en Armenia, Turquía y otras partes del mundo». En abril del 2003, hubo una «terrible tragedia» y «una gran calamidad», pero una calamidad que —por motivos que Bush conocería— reflejaba «un profundo pesar que sigue obsesionándolos a ellos y a sus vecinos, el pueblo turco». Esto era ridículo. El gobierno turco niega el genocidio, no lo lamenta. En palabras del Comité Nacional Armenio de los Estados Unidos, Bush, a pesar de sus llamamientos a una «claridad moral» en los asuntos internacionales, «había permitido que la presión de un gobierno extranjero obligara al presidente de los Estados Unidos a utilizar una terminología evasiva y eufemística para evitar identificar de modo adecuado el genocidio armenio<sup>[\*]</sup>».

Se trataba, no lo olvidemos, del mismo presidente que pensaba que libraba una «guerra contra el terror», que afirmaba estar combatiendo el «mal», pero que, enfrentado a pruebas ineludibles de terror y mal en una escala que superaba todo lo perpetrado contra los estadounidenses, tuvo miedo y salió huyendo de la verdad. En realidad, hay veces en que la existencia misma del genocidio armenio —para muchos países del planeta— parece ser mucho más peligrosa que las armas de destrucción masiva iraquíes acerca de las cuales mintieron Bush y Blair. En ese universo paralelo pero más realista, son los turcos quienes dicen a Bush y Blair: estáis con nosotros o contra nosotros. Y ambos se han alineado con los turcos para negar la historia.

Permítaseme ahora iluminar con alguna triste luz invernal la miserable, cobarde y peligrosa respuesta de Occidente al primer Holocausto del siglo xx. El genocidio de 1915 fue «recordado con energía» en la abadía de Westminster en 1996 cuando sir Michael Mayne, el deán emérito de Westminster, encargó a un artista irlandés que tallara una piedra para colocarla junto a las puertas de poniente<sup>[\*]</sup>. RECORDAD — rezaba la inscripción— A TODAS LAS VÍCTIMAS INOCENTES DE LA OPRESIÓN, LA VIOLENCIA Y LA GUERRA. Alrededor del borde estaba escrito: ¿ACASO NO OS IMPORTA NADA, VOSOTROS QUE PASÁIS? La reina Isabel descubrió la piedra en presencia de hombres y mujeres que habían sufrido en Auschwitz, Ruanda, Bosnia, Siberia, Soweto y Armenia. Entre ellos estaba Yervant Shekerdeman, de ochenta y nueve años, que de niño padeció las matanzas armenias y perdió a la mayor parte de su familia en el genocidio.

Y tras meses de mezquina negativa a reconocer la verdad de la historia, una manifestación pública de indignación acabó por obligar al gobierno de Blair, en el último momento, a dar marcha atrás y permitir que más de veinte armenios asistieran al primer día de Conmemoración del Holocausto en el 2001. Shekerdeman y otro superviviente del genocidio, Anig Bodossian, fueron invitados tardíamente. Al obispo armenio de Gran Bretaña se le concedió un lugar de honor junto a otros altos cargos del clero, como el rabino principal, y fue uno de los que encendieron una vela ante

Blair y otros políticos.

Poco después, en la televisión turca, ocurrió algo extraordinario. Un escritor e historiador turco, Taner Akçam, habló a sus conciudadanos sobre los hechos —la realidad— del genocidio armenio de 1915. Delante de un público nacional, aconsejó la penitencia. «Si os resulta muy difícil describirlo como genocidio, llamadlo una matanza, si queréis —dijo—. Pero es un crimen contra la humanidad... Pedid perdón al pueblo armenio y... comprometeos a que en Turquía la disensión y el desacuerdo políticos dejen de ser tratados como delito».

Fueron cosas difíciles y peligrosas de oír para un público turco. Por ello Akçam fue interrumpido durante el enconado debate televisivo de seis horas celebrado el 3 de febrero del 2001. «¿Cómo dejan que ese hombre hable así? ¡Haced que se calle!», exclamó una voz imperiosa durante una conexión telefónica. Era Semra Özal, la viuda del expresidente turco Turgut Özal. Sin embargo, Akçam no se amilanó. «A menos que nos distanciamos de los autores de ese crimen, que fue un genocidio, nunca conseguiremos zafarnos de esa terrible carga», afirmó. Utilizó la palabra turca para decir «genocidio» —*soykirim*— a lo largo de todo el programa. «La constante cantinela de “No somos culpables” y la culpabilización paralela de los armenios, las víctimas, perjudica muchísimo la causa de Turquía», dijo. Akçam citó incluso a Mustafá Kemal Atatürk, el fundador del Estado turco, quien el 23 de abril de 1920 denunció las «matanzas armenias» en tanto que «acto vergonzoso».

Hikmet Çiçek, director de *Aydinlik*, denunció inmediatamente a Akçam como «traidor», pero otros periodistas fueron más valientes. El columnista Ertugrul Özkök de *Milliyet* había escrito ese mismo día que los autores del genocidio armenio eran «nuestros Pol Pots, Berias y Stalins y cuanto antes les pidiéramos cuentas por sus crímenes... mayores serían nuestras posibilidades de redimirnos del azote de ser acusados de genocidio».

Casi exactamente tres años después del «debate» televisivo de Akçam, más de 500 intelectuales turcos —profesores universitarios, autores, escritores y funcionarios del ámbito de los derechos humanos— protestaron contra un nuevo programa de historia que ordenaba a los maestros denunciar ante sus alumnos «las infundadas acusaciones» de los armenios. No fue ésa la primera vez que los intelectuales turcos se habían enfrentado a su gobierno. Tres turcos fueron juzgados en Estambul en marzo de 1994 por traducir al turco y publicar 15 000 ejemplares de un libro francés sobre el genocidio armenio<sup>[\*]</sup>. El libro había sido prohibido en enero de ese mismo año por el Tribunal de la Seguridad del Estado número 3 de Estambul, y las acusaciones fueron de incitación a «la beligerancia, la segregación racial y territorial, así como debilitar la integridad territorial de Turquía». Un grupo en favor de los derechos armenios hizo campaña en favor de los tres turcos.

Durante el Holocausto judío, los judíos de Europa encontraron «gentiles rectos», hombres y mujeres no judíos que, viviendo bajo la ocupación nazi, arriesgaron la vida para salvar las de los judíos. Y los fantasmas de otro grupo de salvadores recorren las

páginas del voluminoso informe Bryce sobre el Holocausto armenio. Dos testigos estadounidenses relatan que a Tahsin Bey, gobernador de Erzurum, le llegaron órdenes en 1915 con instrucciones «de matar a todos los armenios. Tahsin se negó a cumplirlas y, en realidad, durante todo el tiempo se mostró reacio a maltratar a los armenios, pero fue desautorizado por fuerza mayor<sup>[8]</sup>».

A los propios armenios se les habla en la escuela del valiente gobernador de Alepo, Jelal Pachá, quien dijo que era un gobernador y no un verdugo, quien dijo que «el derecho natural de un ser humano es vivir». Salvó miles de vidas. Sin embargo, es el hombre insignificante —el buen turco— el que de vez en cuando brilla en el informe Bryce. En la deportación a Ras al Ein, Maritza Keyeyian fue testigo de la violación de jóvenes por parte de kurdos. «Cuando se iban a llevar a otra muchacha —escribió más tarde—, pedí a Euomer Çavufi, un hombre de Mardin, que nos ayudara». Çavufi significa que era sargento del ejército turco. Maritza prosigue:

Los detuvo en el acto y no dejó que se la llevaran... Los kurdos de los poblados vecinos nos atacaron esa noche. Euomer, que estaba encargado de nosotras, subió enseguida a los cerros y los arengó en kurdo, diciéndonos que no nos atacaran. Estábamos con hambre y sed, y no teníamos agua que beber. Euomer se llevó algunos de nuestros recipientes y nos trajo agua desde muy lejos... La mujer de mi cuñado... dio a luz esa noche. A la mañana siguiente nos pusimos en marcha de nuevo. El sargento Euomer dejó a algunas mujeres con ella y la vigiló desde lejos. Luego colocó a la madre y al recién nacido sobre un animal y los trajo hasta nosotros de modo seguro.

¿Podría haber otra historia más conmovedora en los ensangrentados campos del Holocausto armenio? Y con ello vuelvo a mi pregunta original. ¿No deberían conmemorar los armenios a todos esos valientes turcos que actuaron por compasión y se negaron a obedecer órdenes? Aunque esos turcos sean una cantidad dolorosamente pequeña, los armenios reconocerían así su humanidad. ¿Y cómo reaccionarían los turcos? ¿Rechazando honrar a esos valientes compatriotas? ¿O recordando su valor y con ello —de la misma manera— aceptando la realidad del genocidio armenio? Taner Akçam merece semejante gesto. Y también el sargento Euomer.

Y eso es lo que hacen los armenios. En el 2002, Aram Kevorkian me envió un relato de su visita a Chunkush, la ciudad armenia en Turquía donde nació su padre Karnig. Encontró los escombros de las casas de noventa años atrás, y las ruinas que aún seguían en pie de dos iglesias. Y fue al barranco donde se cometieron asesinatos en abril de 1915. «Ahí obligaron a los armenios a desnudarse, les ataron las manos y los degollaron o les cortaron la cabeza a hachazos, y arrojaron los cuerpos a la quebrada<sup>[\*]</sup>». Kevorkian leyó ahí el poema de esperanza de Yeats, «Lapislázuli»:

A camello, caballo, mula o asno vinieron,  
también por barco o por su propio pie:  
antiguas civilizaciones fueron  
pasadas a cuchillo con todo su saber.  
No queda obra maestra de Calímaco,  
que el mármol trabajaba como el bronce,  
y alzarse parecían sus paños esculpidos

cuando el aire marino soplaba en los rincones;  
su largo tubo de quinqué, esbelto  
cual tronco de palmera, ni un día duró;  
todo cae y es construido de nuevo...

Estamos en 1992, y me encuentro en Margara en la frontera de Turquía y Armenia —el verdadero Estado armenio, libre por fin de su oscuro manto soviético— y contemplo la cumbre nevada del monte Ararat al otro lado de la frontera turca; porque Ararat, el símbolo nacional de Armenia está en el interior de Turquía, un lugar que contemplar y ante el cual maravillarse desde la distancia. Estoy en el huerto de Levon Karapegian, y por encima de sus matas de tomate y lechos de patatas, sus pepinos y sus cerezos de aspecto escuálido, veo una bandera turca ondeando al calor del mediodía en lo alto de un puesto fronterizo de madera, «A veces veo a los soldados turcos junto al pequeño árbol al otro lado de la valla», dice Karapegian. ¿Qué armenio, me pregunto, quiere vivir a seis metros del país cuyos gobernantes otomanos aniquilaron a su pueblo?

No quedan muchos lugareños; hoy los superan las cigüeñas que anidan en la grúa de la fábrica abandonada, los postes telegráficos, el techo de la biblioteca pública que se viene abajo, en lo alto del podio de mármol que conmemora a los armenios caídos en la «Gran Guerra Patriótica» de 1941-1945 contra Hitler. Karapegian es maestro de historia armenia en el instituto local y enseña a los bisnietos de quienes sobrevivieron al genocidio y huyeron —en muchos casos de pueblos situados a apenas 25 kilómetros al otro lado de la frontera— entre 1915 y 1918.

Mientras estoy sentado a la mesa en el jardín de Levon Karapegian y su familia, comiendo cerezas, canta un cuco desde el otro lado de los árboles, desde Turquía, desde lo que la familia llama Armenia occidental. Y su esposa señala una hilera de álamos situada tras el puesto fronterizo turco. «Esa era la casa de nuestra familia —dice—. Recuerdo a mi padre subiéndome a sus hombros y diciéndome que mi abuelo había plantado todos esos árboles».

Cinco años más tarde y a 35 000 kilómetros de distancia, mientras la bruma envuelve las dunas de Sussex en una húmeda tarde inglesa, Astrid Aghajanian me sirve té de una tetera grande y pesada. Es uno de los últimos supervivientes. Ochenta y dos años atrás, los turcos fusilaron a su abuelo, su abuela y su tío.

Los que quedamos de nuestra familia caminamos y caminamos. En un poblado una noche, mi padre que era deportado con nosotros vino a vernos. Le dijo a mi madre que le parecía que le permitían despedirse, que sería fusilado junto con otros hombres. Recuerdo que mi madre me dijo que las íntimas palabras de mi padre fueron: «La única forma de recordarme es cuidar de Astrid». Nunca volvimos a verlo. Fue una larga marcha y los turcos y los kurdos venían a llevarse a las muchachas para violarlas. Mi madre corría de un extremo a otro de la columna cada vez que veía que nos atacaban. Mi otra abuela murió en la marcha. Y también mi hermano recién nacido, Vartkes. Tuvimos que dejarlo al borde del camino. Un día los turcos nos dijeron que querían reunir a todos los niños pequeños para cuidarlos. Algunas mujeres, que no podían alimentar a sus hijos, los dejaron partir. Luego mi madre vio cómo amontonaban a los niños y les prendían fuego. Mi madre me escondió debajo de otra pila de cadáveres. Se enterró conmigo bajo esos cuerpos. Ni siquiera hoy soporto estar a oscuras o estar sola. Mi madre me salvó del fuego. Solía contarme después que, cuando oyó los gritos de los niños y vio las llamas, fue como si sus almas subieran al cielo.

La madre de Astrid Aghajanian acabó llevándola hasta un campamento de beduinos y, tras llegar a Alepo —con la ayuda de un oficial turco—, volvió a casarse y se trasladó al territorio de Palestina sobre el que se acababa de crear un mandato. En Jerusalén conoció la joven Astrid a quien sería su futuro esposo, Gaspar, cuya familia llevaba generaciones viviendo en Palestina. Sin embargo, su tortura armenia no había concluido. Se vieron obligados a huir de la guerra árabe-israelí de 1948 y refugiarse en Jordania —donde Gaspar Aghajanian consiguió la ciudadanía británica— y luego se trasladaron a Chipre. Sin embargo, cuando los turcos invadieron la isla en 1974, tras el golpe de Estado griego, la pareja perdió de nuevo todas sus posesiones. Astrid se vio convertida en refugiada de los turcos dos veces en el mismo siglo. El ejército turco ocupó lo que había sido la casa de su familia. ¿Podía la historia torturar más a alguien?

Sí. Los Aghajanian recibieron dinero por su hogar perdido, pero cuando Gaspar pidió compensación por las posesiones de la pareja —alfombras persas, muebles, una colección de monedas antiguas, fotografías de los familiares exterminados en 1915, un piano y una gran biblioteca de valiosos libros, todo ello robado por los turcos— recibió una carta del Ministerio de Asuntos Exteriores británico diciendo que «las autoridades turcochipriotas... han promulgado “leyes” para desestimar reclamaciones realizadas por personas consideradas con vinculaciones griegas o grecochipriotas. Ahora han extendido esa exclusión para abarcar las reclamaciones de personas consideradas de ascendencia armenia».

La pareja nunca fue grecochipriota y nunca pidió pasaportes grecochipriotas. «Eramos ciudadanos británicos de pleno derecho —dice Gaspar Aghajanian—. Pero se nos negó la compensación sobre la base de nuestros antecedentes étnicos». Cuando se enteró de que Margaret Thatcher, la primera ministra británica, iba a visitar Turquía en 1990 para las ceremonias conmemorativas de la batalla de Gallípoli de 1915 —otra vuelta completa de la catástrofe—, el marido de Astrid escribió a su parlamentario para quejarse y añadió que su esposa era una superviviente del genocidio armenio. La respuesta que recibieron del ministro de Asuntos Exteriores Francis Maude decía —y aquí al lector de este libro se le permite soltar un grito— que, si bien el gobierno «considera como una tragedia la pérdida de tantas vidas humanas... hemos considerado desde hace tiempo que no sería justo plantear o atribuir al actual gobierno turco actos que tuvieron lugar hace setenta y cinco años durante la época del imperio otomano»

La «trampa 22» del escritor Joseph Heller es un tópico en comparación con esto. Con el fin de mantener las relaciones con Turquía, el gobierno británico ya no reconoce que el genocidio armenio sucedió. Pero tampoco puede obtener compensación para los Aghajanian porque los turcos se niegan a compensar a ciudadanos británicos de ascendencia armenia... a causa del genocidio armenio de 1915. Hasta el día de hoy la pareja no ha recibido nada por sus posesiones.

Sin embargo, si alguna amabilidad internacional debía concederse a los

Aghajanian, ésta se produjo cuando una joven turca, una estudiante de Chicago, solicitó verlos. La muchacha, cuya identidad sigue siendo mejor proteger, había viajado de Turquía a Estados Unidos, se encontró viviendo entre armenios e insistió en conocer la historia del genocidio. Empezó un trabajo universitario para descubrir lo sucedido en 1915. Una tarde apareció en la pequeña casa de Shoreham en el sur de Inglaterra y expresó su pesar a Astrid, así como su remordimiento por lo que había hecho su pueblo turco. Sacó con delicadeza una grabadora. Y ahora los recuerdos de Astrid —la despedida de su padre, la muerte de su hermanito recién nacido y la quema de los niños cuyas almas subieron al cielo— están protegidos por una muchacha turca<sup>[9]</sup>.

En Beirut, la residencia armenia para ciegos —ahora para todos los ancianos armenios— es más cálida hoy que en los últimos días de la guerra civil. Hay puertas nuevas y calefacción central, aunque todos los supervivientes del Holocausto que conocí en 1994 están muertos. Hay sólo dos nuevos residentes que son supervivientes. No habrá más. Uno es una anciana que sólo recuerda las canciones que su madre le enseñó de los horrores de la marcha y la deportación. Las canta en turco porque nunca aprendió armenio, de modo que el personal tiene que encontrar una enfermera que hable turco para que traduzca. Conozco esas canciones. Han sido meticulosamente recopiladas por un académico armenio:

Llegan ramos y ramos de rosas,  
no me es fácil soportar la muerte,  
¡despierta sultán, sultán tirano!  
¡El mundo entero llora sangre<sup>[\*]</sup>!

Al fondo del pasillo un hombre muy anciano yace en una cama. Se llama Harutiun Kebeyian. Sostiene en la mano izquierda una Biblia en braille y con la mano derecha lee el relieve de las letras en el papel. Me saluda con una sonrisa, sin verme. Estamos en el año 2000, y él tiene noventa y tres años, de modo que tenía ocho cuando sobrevivió al Holocausto armenio. Su recuerdo es tan claro como sus emociones:

Vivíamos en Dortyol. Mi padre se llamaba Sarkis y mi madre Mariam. Eramos diez hijos entre mis hermanos y yo. Los turcos reunieron a todas las personas con sus burros y caballos. Íbamos a ir a Alepo y Ras el Ain. Pero empezaron a matarnos por el camino. Los turcos nos obligaron a ir al río Jabur y cuando llegamos ahí, sólo quedábamos mi madre, mi hermana y yo. Dijeron a los hombres y mujeres que se desnudaran. Mi hermana tenía dieciocho años y un hombre a caballo llegó, la agarró y la puso en el caballo. Lo hizo delante de nosotros. Ocurrió delante de mis ojos. No estaba ciego entonces. Y luego empezaron a pegar a mi madre. Mientras ella les suplicaba que no se llevaran a mi hermana, los turcos le pegaron hasta matarla. Siempre he recordado que cuando se moría gritó mi nombre: «¡Harutiun! ¡Harutiun!». Más tarde, un árabe beduino me llevó a su casa y estuve allí tres años. La guerra se acabó y llegaron unas personas diciendo que buscaban armenios huérfanos. Dije que era armenio y me llevaron a Alepo. Ahí atrapé un virus que me afectó a la vista. De pronto me quedé ciego, y sólo tenía once años. Hasta los veintitrés estuve lleno de rabia porque los turcos se llevaron a mi hermana y pegaron a mi madre delante de mis ojos hasta matarla. Pero cuando tuve veintitrés años, sentí que ésa no era la forma adecuada de ser un hombre, de modo que empecé a rezar a Dios para que me viera. Empecé a estar en paz conmigo mismo. Ahora estoy listo para reunirme con Dios. Estoy en paz. El

año pasado hubo un gran terremoto en Turquía, mató a muchísimos turcos. Y yo recé a Dios por esos turcos, recé por esos pobres turcos.

## CAPÍTULO 11

### A OCHENTA MIL KILÓMETROS DE PALESTINA

No creamos ya más en demonios que embaucan  
y nos confunden con esos equívocos,  
que nos guardan la promesa en la palabra  
y nos roban la esperanza.

SHAKESPEARE,  
*Macbeth*, V, viii, 19-22

En una esquina del «cementerio de los mártires» palestinos de Beirut oeste, rodeada por las tumbas de guerrilleros palestinos y soldados sirios que cayeron víctimas de la invasión del Líbano de 1982 llevada a cabo por Israel, se alza una bomba, cercada por un muro de hormigón barato. Hay un ramo de flores marchitas sobre la losa de mármol, descascarillada por culpa de la metralla y un poco dañada en la base, como si alguien hubiera intentado entrar en la cripta. Pero aún se puede leer la inscripción árabe de la losa:

La tumba de... el gran muftí Al Hach Mohamed Amin al Huseini, jefe del Alto Comité Árabe Palestino, presidente del Consejo Musulmán Supremo. Nacido en Jerusalén en 1897. Fallecido en Beirut el 4 de julio de 1974.

Las fotografías que se publicaron ese verano en el número conmemorativo de *Palestine*, la revista trimestral que hach Amin fundó más de una década antes, mostraban a los dolientes junto a las tumbas, menos de un año antes del inicio de la guerra civil libanesa. Chafiq al Hut, el embajador en Beirut de la Organización por la Liberación de Palestina, y un puñado de antiguos primeros ministros libaneses se pueden ver junto a Hassan Jaled, el gran muftí libanés; y a su izquierda, la figura de Yasir Arafat, con los ojos ocultos tras las gafas de sol, la habitual kefia sobre su cara joven pero aun así inconfundible, y un pañuelo sobre la boca.



Israel/Palestina.

Las fotografías de archivo del mismo número muestran al gran muftí —el jefe religioso supremo y el dirigente musulmán elegido más importante de Palestina— sentado con orgullo entre los guerrilleros palestinos durante la revuelta árabe de 1936 contra el dominio británico en Palestina y, ataviado con unas vestiduras con flecos dorados, junto al delegado palestino de la Liga de las Naciones de Ginebra. Es un hombre alto con unos ojos anchos y serios y una barba recortada con sumo cuidado,

que desprende, incluso en las fotografías antiguas, parte del carisma del que aún hablan sus partidarios. Aquellos que lo conocieron resaltan sus ojos de un azul intenso fuera de lo común<sup>[\*]</sup>.

Sin embargo, existen otras fotografías de archivo que *Palestine* decidió no publicar, unas imágenes mucho más perturbadoras que las de la última despedida de un hombre que fue descrito en su funeral como «jeque de los rebeldes, imam de los palestinos». Estas instantáneas muestran a hach Amin sentado en un sillón con el respaldo alto, ataviado con un turbante y vestiduras negras, escuchando atentamente a un hombre con el pelo corto y un bigote de cepillo que lleva una guerrera, un hombre que gesticula con la mano izquierda. En la manga izquierda de Adolf Hitler hay un águila alemana que sujeta una esvástica. El lugar es Berlín, la fecha, el 28 de noviembre de 1941. Hay otras fotografías de la época: de hach Amin en los mítines nazis de Berlín, de hach Amin saludado por Heinrich Himmler, de hach Amin con la mano derecha alzada en saludo nazi, pasando revista a los musulmanes bosnios recién reclutados que acababan de unirse a la *Wehrmacht*.

Tal vez no sorprenda que más de treinta años después de su muerte, el simple nombre de hach Amin al Huseini, gran muftí de Jerusalén, todavía despierte grandes pasiones y odios entre palestinos e israelíes. Basta con recordar la dedicación con la que reivindicó la causa de la Palestina árabe, su negativa a comprometerse cuando el gobierno del protectorado británico exigió la partición de su patria, y los israelíes le echarán a uno en cara por qué no condena a hach Amin por criminal de guerra nazi, que es como aún lo ven hoy en día en el monumento del Holocausto en Yad Vashem, al oeste de Jerusalén. Si uno examina los motivos de su flirteo con Hitler y cuestiona aquello a lo que los palestinos se refieren a veces con cierta incomodidad como el «período alemán» de hach Amin, los palestinos preguntarán por qué apoya uno la campaña de calumnias «sionistas» contra la memoria de aquel anciano. El mero hecho de hablar sobre su vida supone quedar atrapado en una guerra de propaganda árabe-israelí. Realizar un juicio imparcial de la carrera de ese hombre —u obtener una opinión objetiva de la historia del conflicto árabe-israelí— es como intentar montar en dos bicicletas a la vez. «Mi consejo es que escribas sobre hach Amin cuando te jubiles —me advirtió uno de sus antiguos compañeros cuando le pregunté por sus recuerdos del gran muftí—. Podría ser peligroso para ti que escribieras una biografía sobre él».

Sin lugar a dudas, el nombre de hach Amin apenas apareció en los discursos de Yasir Arafat durante el último cuarto del siglo xx, y no sólo debido a su cooperación con los nazis. Mientras se relajaba en un jardín de Beirut en julio de 1994, el erudito palestino Edward Said me sugirió otro motivo de esta reticencia. «Yo estaba sentado con Arafat en 1985, cuando me puso la mano en la rodilla y me la apretó con fuerza. Me dijo: “Edward, si tengo clara una cosa, es que no quiero ser como hach Amin. Él siempre tuvo razón, y al final se quedó sin nada y murió en el exilio”». Pero en 1990, Arafat siguió un destino parecido. Del mismo modo que hach Amin viajó a Bagdad y

luego a Berlín —creyendo que Hitler podría garantizar la independencia de Palestina del gobierno británico y de la inmigración judía—, el jefe de la OLP también viajó a Bagdad para abrazar a Sadam Husein después de la invasión de Kuwait, convencido por la promesa de Husein de «liberar» la tierra que él llamaba Palestina. No es de extrañar, tal vez, que el fantasma de hach Amin les provocara un escalofrío a los viejos miembros de la OLP. En 1948, el gran muftí de Jerusalén incluso creó un efímero gobierno palestino en lo que quedaba de su país que, al igual que el exiguo gobierno de Arafat, se reunía en un sórdido hotel de Gaza.

Los hechos de la vida de hach Amin están bien documentados. Nacido en Jerusalén en los últimos años del imperio otomano en una familia cuyo árbol genealógico llegaba hasta el Profeta, fue educado en escuelas islámicas y en la Universidad Al Azhar de El Cairo antes de servir, durante un breve período de tiempo, como oficial del ejército turco durante la Primera Guerra Mundial, la guerra en que los británicos hicieron sus dos promesas contrapuestas. A los árabes les prometieron independencia a cambio de una alianza árabe contra los turcos. A los judíos, lord Balfour les prometió el apoyo británico a una nación judía en la Palestina de mayoría árabe. Debido a estas traiciones hach Amin se convirtió en un nacionalista árabe y en un opositor inflexible a la inmigración judía hacia Palestina.

Culpado por incitar a la violencia contra los judíos y los británicos en 1920, hach Amin huyó a Transjordania y luego a Damasco, donde lo ensalzaron como héroe nacional. Por irónico que parezca, fueron los británicos, impresionados por la posición de su familia y su reputación nacionalista entre los palestinos árabes, quienes maquinaron su elección para el cargo de gran muftí. Hach Amin se encargó de internacionalizar rápidamente la cuestión palestina entre las naciones musulmanas y se aseguró la elección para el Consejo Musulmán Supremo de reciente creación, que controlaba las donaciones, los tribunales y las instituciones religiosas musulmanas. Huelga decir que sólo fue uno de los muchos árabes que recibió los favores de las potencias occidentales, y que luego fue demonizado cuando ya dejó de seguir sus políticas.

Al igual que el rey Husein de Jordania en 1992, hach Amin se embarcó en un proyecto para restaurar las mezquitas de la Cúpula de la Roca y de Al Aqsa de Jerusalén, una empresa que le granjeó una inmensa popularidad en las grandes zonas rurales de Palestina. «Sus principales fuentes de poder eran los imames, las mezquitas y los aldeanos —recordó Chafiq al Hut—. Los árabes de las ciudades estaban a favor de los ingleses. Para nosotros los legos, los alcaldes de las ciudades eran unos traidores porque estaban en contra de hach Amin». En agosto de 1928, los discursos pronunciados por hach Amin y otros jefes musulmanes ante los ciudadanos árabes provocaron unos disturbios en los que sesenta judíos fueron asesinados en Hebrón.

Entre los oponentes de hach Amin estaba Raguib al Nashashibi, el alcalde de Jerusalén, uno de los muchos palestinos que fue incapaz de aceptar a un hombre que nunca, jamás, transigía. En 1930, los británicos parecían preparados para restringir la

inmigración judía y la compra de tierras en Palestina. Pero cuando hach Amin insistió también en la creación de un «gobierno nacional» árabe, los británicos perdieron interés. Cuando los británicos detuvieron a los principales nacionalistas palestinos durante la revuelta árabe de 1936-1939, hach Amin huyó en secreto al Líbano. Poco antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, los británicos, que volvían a mostrarse bien dispuestos en relación a la causa árabe, convocaron una mesa redonda árabe para tratar el tema de Palestina. Hach Amin —a quien los británicos le impidieron asistir a las conversaciones— insistió en que Gran Bretaña «dejara de intentar construir una patria para los judíos y que le diera la independencia a Palestina». La conferencia fue un fracaso. Un posterior libro blanco británico acordó dejar a un lado la promesa de Balfour a los judíos y les ofrecía un Estado de mayoría árabe en el plazo de diez años. Hach Amin volvió a rechazar lo que Malcolm MacDonald, el secretario colonial británico, llamó una «oportunidad de oro<sup>[\*]</sup>». Posteriormente, Arafat sería acusado de una intransigencia casi idéntica cuando no acató los deseos israelíes ni estadounidenses.

Hach Amin, que temía que lo arrestaran en el Líbano del protectorado francés, volvió a huir, esta vez a Iraq, donde fue recibido como un héroe palestino y rompió rápidamente su promesa al primer ministro Nuri es Said de no entrometerse en la política nacional. Amin creía que una victoria británica condenaría a Palestina, por lo que apoyó a Rashid al Gaylani, pro Eje, como sucesor de Said y le escribió una carta larga y furiosa a Hitler, en la que resumía la grave situación de los palestinos árabes frente a lo que él llamaba «la judería mundial, este peligroso enemigo cuyas armas secretas —las finanzas, la corrupción y la intriga— están alineadas con las dagas británicas<sup>[\*]</sup>» y acababa deseándole a Hitler una «victoria magnífica y prosperidad para el gran pueblo alemán...».

Nadim Dimeshkieh, más tarde embajador del Líbano en las Naciones Unidas, era profesor en Bagdad en la época y visitaba con frecuencia a hach Amin. «Supongo que fue un gran error que se involucrara en la política iraquí —recordó Dimeshkieh más de medio siglo más tarde—. La gente con la que se relacionaba era insensata e irresponsable. Pero ¿a quién iba a acudir? ¿A los Estados Unidos? ¿A Gran Bretaña? Esperaba que Iraq apoyara a Alemania y que esto pusiera a los árabes en una mejor posición de negociación con respecto a Palestina cuando la guerra acabara con la victoria de Hitler. Hach Amin no hacía más que decirnos: “Bueno, esperemos que Alemania no pierda la guerra<sup>[\*]</sup>”».

Cuando Gran Bretaña invadió Iraq en 1941<sup>[1]</sup>, hach Amin intentó organizar una brigada de palestinos que vivían en Iraq para que lucharan junto con los iraquíes; hubo algunos elementos de esta organización que fueron a Abu Ghraib a enfrentarse a las fuerzas invasoras, pero entonces descubrieron que los iraquíes ya se habían venido abajo. De forma que hach Amin huyó de nuevo, esta vez a Irán, donde solicitó asilo político en Afganistán. Pero rechazó el permiso de Kabul para cruzar la frontera y dio el fatal y definitivo paso político de escapar por Turquía hacia la Europa del Eje. Fue

entonces cuando hach Amin se convirtió, a ojos de los palestinos, en un rehén de la historia, en un hombre obligado por el patriotismo a acudir al único aliado que tenía a su disposición. Para los supervivientes del Holocausto judío, y para los judíos de todo el mundo, su acto fue imperdonable.

A mediados de la década de 1990, el único superviviente de aquel mundo invernadero que era la sociedad árabe que vivía en Berlín durante la guerra era Wasef Kamal, de ochenta y siete años, que había sido partidario de hach Amin en Bagdad y había llegado por su cuenta hasta la Alemania nazi a través de la Siria de Vichy, Turquía y Bulgaria en 1941. «La mayoría de los palestinos y árabes de Alemania se reunieron en torno a hach Amin y Rashid al Gaylani, que también había llegado a Berlín<sup>[\*]</sup>», recordó ante mí en 1994:

La mayoría de ellos preferían al gran muftí. Yo me convertí en uno de sus principales ayudantes en Berlín y decidimos crear una organización, la «Sociedad de Estudiantes Árabes de Alemania». Hach Amin estaba considerado casi un jefe de Estado por los gobiernos alemán e italiano. Existía un acuerdo según el cual los gobiernos del Eje les concederían unos préstamos temporales a hach Amin y a Rashid [al Gaylani], que deberían devolver los Estados árabes recién formados tras una victoria del Eje. Los dos hombres recibían un sueldo. A mí me trataban como a un refugiado, pero recibíamos unas raciones que eran cuatro veces más grandes que las de los ciudadanos alemanes y nos trataban muy bien. Pero todos los esfuerzos de hach Amin y Rashid para convencer a Hitler y Mussolini de alcanzar un acuerdo con los jefes árabes que garantizara un futuro Estado árabe independiente y la destrucción de la «patria» sionista fracasaron. Lo único que decían en la radio alemana era: «Estamos con el pueblo árabe y a favor de su independencia». Pero nunca aceptaron firmar un tratado formal.

Cuando hach Amin se reunió por fin con Hitler en noviembre de 1941, el gran muftí logró un acuerdo verbal del Führer según el cual «cuando nosotros [Alemania] lleguemos al sur del Cáucaso, entonces habrá llegado el momento de la liberación de los árabes; y puedes confiar en mi palabra». Dejando a un lado el hecho de que la «palabra» de Hitler a menudo no era más que una mentira, hach Amin dejó constancia de que Hitler insistió en que el «problema» judío se resolvería «paso a paso» y que él, hach Amin, sería el «jefe de los árabes». Pero Hitler se negó públicamente a reconocer la reivindicación de independencia de los Estados árabes, en parte porque Mussolini no pensaba perder su colonia de Libia.

Wassef Kamal recordó:

No alcanzamos ningún acuerdo, así que llegamos a la conclusión de que estábamos más o menos obligados a trabajar para el Eje. Cuando Rommel empezó a ganar batallas en Libia y estaba a punto de entrar en Egipto, los alemanes vinieron a vernos y creían que el Eje vencería en Oriente Próximo. Hitler y Mussolini se acercaron a hach Amin y a Rashid y les dijeron: «Nuestros ejércitos están a punto de entrar en Egipto y también en Iraq por el Cáucaso. Rashid, tú entrarás con nuestros ejércitos por Rusia, hach Amin, tú irás con el ejército italiano por Egipto hacia Palestina». Hach Amin nos reunió y nos dijo: «Preparaos, coged los uniformes militares y estad listos para entrar en Egipto conmigo». Pero yo le respondí: «Su Eminencia, en el pasado el jerife Husein [cabecilla de la revuelta árabe de 1916 contra los turcos] tenía un tratado con los británicos y, a pesar de este tratado, los británicos nos traicionaron con el acuerdo secreto [Sykes-Picot] con Francia. Y ahora —le dije—, ni tan siquiera tenemos un tratado con esta gente. ¿Cómo podemos unirnos a ellos cuando no tenemos nada en las manos? Yo no pienso hacerlo. No quiero ser parte de esto». Tres o cuatro hombres más se mostraron de acuerdo conmigo, pero hach Amin empezó a prepararse para entrar en Egipto por Libia. Sin embargo, el Eje empezó a perder muy lentamente.

Por aquel entonces hach Amin empezó a trabajar con entusiasmo para la maquinaria de propaganda nazi<sup>[\*]</sup>. Más tarde, los árabes tendrían grandes dificultades y sufrirían el bochorno de explicar estas acciones. En su biografía de hach Amin, Taysir Jbara sólo dedica cuatro páginas a su colaboración con los nazis, bajo el anémico título de «El muftí en Europa», argumentando que hach Amin tenía tanto derecho a colaborar para salvar su patria palestina de los británicos y los inmigrantes judíos, como los sionistas de colaborar con Alemania para salvar vidas judías. Los israelíes exageraron a veces esta colaboración para retratarlo como un criminal de guerra. Y se puede alegar que un hombre puede pactar con el diablo. Dos de los antiguos camaradas de hach Amin me repitieron ese cansino, e irritante, proverbio árabe que dice «El enemigo de mi enemigo es mi amigo». Churchill se alió de buena gana con uno de los dictadores más sanguinarios del siglo xx, Iósif Stalin, y transformó al monstruo en el «tío Joe» hasta la derrota de Alemania. La milicia falangista libanesa, fundada en 1936 después de que su jefe se inspirara en la «disciplina» de la Alemania nazi, actuó como aliada de la milicia de Israel en 1982. Anuar el Sadat trabajó como espía para Rommel, aunque en los últimos años se convirtió en el niño mimado de Occidente, pero no de Egipto, por alcanzar la paz con Israel. Y es cierto que el principal objetivo de hach Amin era obtener la independencia de Palestina tras una victoria alemana y, mientras tanto, impedir que los judíos se trasladaran a Palestina.

Entre la maldad del Holocausto, la posición moral de hach Amin parece insostenible. En los archivos del Servicio de Escucha de la BBC del período de guerra, existen una serie de transcripciones de las emisoras de radio nazis que lanzan una oscura sombra sobre todos los preceptos morales que hach Amin pudiera haber afirmado tener. Aparece, por ejemplo, pronunciando un discurso en el salón de actos de la *Luftwaffe* en Berlín, el 2 de noviembre de 1943: «Los alemanes saben cómo librarse de los judíos... Sin duda, han resultado el problema de los judíos». Y en Radio Berlín, el 1 de marzo de 1944: «Los árabes se alzan como un hombre y luchan por vuestros derechos sagrados. Matad a los judíos allí donde los encontréis. Esto satisfará a Dios, a la historia y a la religión». El 21 de enero de ese año, hach Amin había visitado el estado fascista de Croacia de Ante Pavelic, que incluía la Bosnia de hoy en día, donde se dirigió a los reclutas musulmanes de las SS con estas palabras, que tanto contrastaban con los sentimientos expresados en sus memorias de posguerra: «También existen considerables similitudes entre los principios islámicos y el nacionalsocialismo, concretamente en la afirmación de lucha y hermandad... en la idea de orden».

Incluso desempeñó un papel importante en el fomento del odio entre los musulmanes bosnios y la fuerza partisana, en gran parte formada por serbios, que luchaba contra los alemanes en Yugoslavia, una ira que volvió a estallar en las atrocidades de 1992. El 26 de mayo de 1944, el Servicio de Escucha de la BBC grabó a hach Amin describiendo a Tito como «un amigo de los judíos y un enemigo del

Profeta». En 1943 recibió de Heinrich Himmler, el arquitecto del Holocausto, un telegrama en el que le recordaba que «el Partido Nacional-socialista había inscrito en su bandera “la exterminación del mundo judío”. Nuestro partido simpatiza con la lucha de los árabes, sobre todo con los árabes de Palestina, contra los judíos extranjeros». Más tarde Radio Berlín informó que hach Amin había «llegado a Francfort con la intención de visitar el Instituto de Investigación sobre el problema judío».

¿Conocía hach Amin la existencia del Holocausto judío? Según su biógrafo más meticuloso, Zvi Elpeleg —un antiguo gobernador militar israelí de Gaza que es respetado como historiador incluso por los familiares aún vivos de hach Amin— «sus contactos próximos y frecuentes con los jefes del régimen nazi no pudieron dejar a hach Amin con ninguna duda respecto al destino que aguardaba a los judíos, cuya emigración se impidió gracias a sus esfuerzos<sup>[\*]</sup>». En julio de 1943, cuando los campos de exterminio ya funcionaban en Polonia, hach Amin se quejó a Joachim Von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, de la emigración judía de Europa a Palestina con las siguientes palabras: «Si existen motivos que exijan su traslado, sería esencial e infinitamente preferible enviarlos a otros países donde se encontrarían bajo control activo como, por ejemplo, Polonia...»<sup>[\*]</sup>. Antes de su muerte, hach Amin escribió que «los alemanes ajustaron sus cuentas con los judíos mucho antes de mi llegada a Alemania», una afirmación que es, desde un punto de vista objetivo e histórico, falsa.

Wassef Kamal insistió en que hach Amin no alentó la aniquilación de los judíos. «Por supuesto, estuvo implicado en el proceso para poner fin a la emigración de judíos a Palestina, pero no tuvo nada que ver con la política de exterminación. Cuando estaba en Berlín con él, vi a muchos judíos. El único símbolo de extranjeros era un brazalete con la inscripción “Ost” que llevaban los rusos en la ropa y la estrella de David que llevaban los judíos. Se podían mover con libertad. Por lo tanto, creo que lo que estaba ocurriendo era un secreto...»<sup>[\*]</sup>. Tres meses antes de morir, hach Amin se reunió con Abu Iyad, uno de los tenientes de Arafat en Beirut. Sobre su conversación, Abu Iyad escribió:

Hach Amin creía que las potencias del Eje ganarían la guerra y que entonces le concederían la independencia a Palestina<sup>[\*]</sup>... Yo le comenté que tales ilusiones se basaban en un cálculo bastante ingenuo ya que Hitler había clasificado a los árabes en la posición 14, después de los judíos, en su jerarquía de razas. Si Alemania hubiera ganado, el régimen que les hubieran impuesto a los árabes palestinos habría sido mucho más cruel que el que han tenido que padecer durante el dominio británico.

Alia al Huseini, la nieta de hach Amin, recordó para mí cómo su abuelo, durante sus últimos años de vida, hablaba de los verdaderos objetivos de Hitler. «Decía que después de los judíos, los alemanes destruirían a los árabes, lo sabía. Pero ¿qué podía hacer? Tiene que entender que hach Amin vivió en una época en la que todo el mundo estaba contra él<sup>[\*]</sup>». Rifaat el Nimr, uno de los fundadores de la OLP y más

tarde un prominente banquero de Beirut, intentó en vano que hach Amin apoyara a la joven OLP, después de la guerra árabe-israelí de 1967. «No creo que fuera un error que tuviera relaciones con Herr Hitler —dijo él—. En 1916 los británicos mintieron a los árabes sobre su independencia. En 1917, hubo la declaración Balfour. ¿Le habrían dado algo los británicos o los estadounidenses a hach Amin si no hubiera tenido tratos con Herr Hitler?» Pero El Nimr admitió que hach Amin «odiaba a los judíos» porque «le robaron su patria».

A medida que los aliados se iban aproximando a Alemania, Wassef Kamal y hach Amin se encontraron con que debían viajar casi a diario de Berlín, cada día más peligroso, a las ciudades del norte de Italia que permanecían bajo el control del Eje. Kamal recordó que una tarde, en la que se encontraba en el jardín del hotel con hach Amin, miró al cielo, a lo lejos, y vio «miles y miles» de bombarderos británicos y estadounidenses que se dirigían a Alemania. Hach Amin regresó a Berlín, viajó hasta Obersalzberg y luego decidió pedir asilo en la neutral Suiza. Sin embargo, la Confederación Helvética se lo denegó, por lo que el gran muftí de Jerusalén se entregó a los franceses. Pasó una breve temporada encarcelado en París antes de llegar clandestinamente a El Cairo en un avión estadounidense y con nombre falso, gracias a la complicidad francesa y a la ignorancia de Washington.

Durante ocho dramáticos días de 1948, hach Amin ayudó a crear un gobierno palestino en Gaza, antes del derrumbe final de los ejércitos árabes y de la anexión de Cisjordania por parte de Jordania. Ésta fue la «Guerra de Independencia» de Israel y la *Nakba* de Palestina: la «catástrofe» en la que alrededor de 750 000 palestinos árabes fueron expulsados de sus hogares o huyeron a un exilio de refugiados del que no regresarían jamás. «Hach Amin debería haber aceptado el plan de división de la ONU —dijo su antiguo admirador Habib abu Fadel—. Hubo muchos países que estuvieron de acuerdo con ello y los rusos fueron de los primeros. No pensó en el futuro<sup>[\*]</sup>». La vida política de hach Amin había sido en vano. Primero intentó ganarse al coronel Nasser y luego mostró una gran antipatía por él —cuyas tropas ocupaban entonces Gaza— y más tarde odió y luego intentó ganarse al rey Husein de Jordania, cuyo ejército ocupó Cisjordania. Cuando regresó en 1959 al Líbano de su exilio final, hach Amin se trasladó a una casa de las montañas, y se dedicó a ofrecer sabiduría y recuerdos a los palestinos que iban a verlo. También se negó a unirse a cualquier movimiento político por miedo a quedar eclipsado por ellos.

Chafiq al Hut, que quería aumentar el poder del gran muftí entre los refugiados palestinos del Líbano, preguntó si podía aconsejar al anciano, pero le hicieron el desaire de no recibirlo cuando fue a visitar la casa de Mansurieh a principios de la década de 1950 y más tarde unos matones de hach Amin le dieron una paliza en Beirut<sup>[\*]</sup>. «Era como todos aquellos súbditos otomanos dóciles —recuerda—. Hablaba lentamente, con susurros, escuchando, consciente de sí mismo las veinticuatro horas al día. Era como un hombre subido a un escenario. No se le podía interrumpir. Nadie contaba chistes...» Su nieta Alia lo recuerda como un hombre

familiar, que reprendía a sus padres cuando intentaban que ella dejara de reír con sus amigos mientras el gran muftí hacía la siesta. «Decía que nuestra risa era música».

Hach Amin se pasó sus últimos años escuchando la música del cantante egipcio Um al Jaltum y el servicio árabe de la BBC. Al Hut decidió olvidar el pasado y lo invitó como invitado de honor a su boda con una mujer joven, Bayan, cuyo padre fue uno de los primeros camaradas de hach Amin y que escribió su tesis de doctorado sobre el gran muftí. Dice Bayan al Hut que el viaje de hach Amin a la Alemania nazi fue «un acto muy estúpido, podría haber encontrado a otra persona que se ocupara de las negociaciones con Hitler. Él se consideraba responsable de todos los musulmanes del mundo; sentía una responsabilidad islámica. En Bosnia, lo consideraban un gran jefe...»<sup>[\*]</sup>.

Al cabo de dos años de su muerte en 1974, la milicia falangista cristiana asaltó su casa vacía, le robó los archivos y los diarios —corre el rumor por Beirut de que ahora están en posesión de los israelíes— mientras que quince familias de refugiados cristianos se trasladaron a la casa medio derruida. Todavía se encontraban allí cuando fui a ver la casa veinte años más tarde y arreglaban coches en un garaje subterráneo que había bajo el estudio de hach Amin. El gran muftí recibió un trato más benévolo por parte de su último biógrafo, Elpeleg, que no escribió sólo sobre sus «inmensos fracasos» sino también sobre sus «impresionantes logros para el movimiento nacional palestino».

Cuando murió de un ataque al corazón, los israelíes le denegaron su voluntad de ser enterrado en Jerusalén, y fue Al Hut quien tuvo que organizar su funeral en Beirut. «Para mi sorpresa, descubrí que la nueva dirección de la OLP no consideró su muerte como un gran acontecimiento. Yo creía que tenía que haber más continuidad en nuestra historia, que debíamos “cerrar un capítulo”, por así decirlo. Le dije a Arafat que debía asistir a la ceremonia<sup>[\*]</sup>». En el funeral, Al Hut elogió a hach Amin por considerarlo un «guerrero religioso». Al Hut recuerda el discurso. «Mirábamos su tumba como si fuera la de un mártir, pero entonces llegó la guerra libanesa y empezamos a tener tantos y tantos centenares de tumbas de mártires, que nos olvidamos de la suya».

Sin embargo, no todo el mundo se olvidó de ella. A pesar de que la familia Al Huseini intentó conservar la tumba, la milicia Amal chií libanesa —que en 1985 estaba en guerra con sus enemigos de la OLP de los campamentos de Beirut— creía que las armas palestinas estaban enterradas en la tumba de hach Amin. Por lo que abrieron la losa de mármol para ver lo que había dentro. Y no encontraron armas, sólo al gran muftí de Jerusalén en estado de descomposición, envuelto en una mortaja blanca.

La lucha entre árabes y judíos, desde las promesas británicas contrapuestas de la guerra de Balfour 1914-1918 —de independencia para los Estados árabes, y de apoyo para la creación de una nación judía en Palestina— hasta la fundación del Estado de Israel en tierras palestinas tras el Holocausto judío y la Segunda Guerra Mundial, es

una tragedia épica cuyos efectos se han extendido por todo el mundo y continúan envenenando las vidas no sólo de los que participan en ella, sino de la política occidental y militar con respecto a Oriente Próximo y los países musulmanes. La narración de los hechos —a través de ojos árabes así como israelíes y a través de la cobertura y los comentarios de los periodistas y los historiadores, a menudo parciales, desde 1948— forma ahora bibliotecas de información y desinformación a través del cual el lector puede vagar con incredulidad y agotamiento. Ya en 1938, cuando los británicos aún gobernaban Palestina bajo un protectorado de la Liga de Naciones, el eminente historiador George Antonius advertía de los peligros de un exceso de confianza en el inmenso corpus literario que existían entonces, y sus palabras no han perdido relevancia en la actualidad:

... debe usarse con cuidado, en parte debido al alto porcentaje de propaganda velada o abierta, y en parte porque la lejanía de las fuentes árabes indispensables ha ido en detrimento de la verdadera imparcialidad, incluso en las obras de historiadores neutrales y justos. La propaganda sionista es activa, está muy bien organizada y extendida; la prensa mundial, como mínimo en las democracias occidentales, es muy proclive a ella; está al mando de muchos de los canales que hay disponibles para la difusión de noticias y, más en concreto, de aquellos que pertenecen al mundo angloparlante. En comparación, la propaganda árabe es primitiva y ha obtenido un éxito mucho menor: los árabes no poseen la habilidad, la ubicuidad políglota ni los recursos económicos que hacen que la propaganda judía resulte tan efectiva. El resultado es que, durante una veintena de años más o menos, el mundo ha mirado a Palestina con ojos sionistas e, inconscientemente, ha adquirido el hábito de razonar con premisas sionistas<sup>[\*]</sup>.

He pasado gran parte de los últimos treinta años de mi vida catalogando los hechos que se relacionan de un modo directo o indirecto con la lucha por Palestina, con las injusticias que han afectado tanto a árabes como a judíos desde la década de 1920 y antes. El apoyo británico a una nación árabe independiente se expresó cuando Gran Bretaña necesitó a las fuerzas árabes para que lucharan contra los turcos. La declaración Balfour que dio apoyo a la creación de un hogar nacional judío se hizo cuando los británicos requirieron el apoyo judío, tanto político como científico, durante la Primera Guerra Mundial. Lloyd George, que era el primer ministro en 1917, fantaseaba a menudo con el drama bíblico que tenía lugar en Palestina, y dijo que quería Jerusalén para la Navidad de 1917 —lo tuvo, cortesía del general Allenby— y se refirió en sus memorias a «la captura por parte de tropas británicas de la ciudad más famosa del mundo que, durante siglos, había frustrado los esfuerzos de la cristiandad por recuperar la posesión de sus lugares sagrados<sup>[\*]</sup>». El hecho de que Lloyd George considerara la campaña de Allenby como una sucesora de las Cruzadas —«recuperar la posesión» de Jerusalén de los musulmanes— fue una idea que se repetiría a lo largo de todo el siglo xx en las relaciones de Occidente con Oriente Próximo; y encontró su eco natural en George W. Bush, cuando éste habló de una «cruzada» en el momento inmediatamente posterior a los crímenes internacionales contra la humanidad del 11 de septiembre del 2001.

En esas memorias, Lloyd George apenas hace referencia a la Declaración Balfour<sup>[\*]</sup>, y sólo sugiere que fue un gesto realizado para recompensar al destacado

sionista Chaim Weizmann por su obra científica sobre la acetona, un elemento esencial para la preparación de la cordita, y por lo tanto para los esfuerzos bélicos británicos. El nombre de Weizmann, exclamó con entusiasmo Lloyd George, «estará a la misma altura que el de Nehemías en la fascinante e inspiradora historia de los niños de Israel». Nehemías fue el responsable, en el siglo v a. C. de la reconstrucción y restauración de Jerusalén, una tarea que llevó a cabo después de ser liberado de su cautiverio por el rey persa Artajerjes. Pero casi al mismo tiempo en que Lloyd George escribía este panegírico, en 1936, habló de un modo mucho más sincero sobre la Declaración Balfour en la Cámara de los Comunes durante un debate sobre la revuelta árabe:

Fue en uno de los períodos más oscuros de la guerra en el que el señor Balfour preparó su declaración. En ese momento el ejército francés se había amotinado; el ejército italiano estaba a punto de venirse a bajo; los Estados Unidos no habían empezado a prepararse en serio. Sólo quedaba Gran Bretaña para enfrentarse a la combinación militar más poderosa que había visto jamás el mundo. Para nosotros era importante buscar toda la ayuda legítima que pudiéramos obtener. El gobierno llegó a la conclusión, gracias a la información recibida de todo el mundo, de que era fundamental que contáramos con las simpatías de la comunidad judía... Sin lugar a dudas, no teníamos prejuicios contra los árabes porque en ese momento teníamos cientos de miles de tropas luchando por la emancipación árabe de los turcos. Bajo estas condiciones y con la información que recibió, el gobierno decidió que era preferible que nos aseguráramos la simpatía y la cooperación de esa comunidad tan extraordinaria, los judíos, en todo el mundo. Nos prestaron una ayuda importante en los Estados Unidos; y nos prestaron una ayuda importante en Rusia en ese momento, porque Moscú estaba a punto de retirarse y dejarnos solos. En esas circunstancias le hicimos la propuesta a nuestros Aliados. Francia, Italia y los Estados Unidos aceptaron... Los judíos, con toda la influencia que poseían, reaccionaron con nobleza al llamamiento que hicimos<sup>[\*]</sup>.

Parece que el amotinamiento del ejército francés y el derrumbamiento potencial del frente italiano tuvieron más que ver con las promesas de creación de un «Estado judío» que con Nehemías. Lloyd George expresó sus quejas en la Cámara de los Comunes de que ahora los árabes «casi exigían que cesara la inmigración judía. No podíamos aceptar eso sin faltar a nuestras obligaciones. No era como si los árabes estuvieran en posición de decir que la inmigración judía los estaba expulsando a ellos, los antiguos habitantes...». Pero Lloyd George entendió, aunque con muy poca seriedad, dónde residía el problema:

Las obligaciones del protectorado eran concretas y definidas. Consistían en que nosotros debíamos fomentar la creación de un Estado judío en Palestina sin que ello menoscabara los derechos de la población árabe. Se trataba de una doble tarea y nosotros teníamos que asegurarnos de que se respetaran ambas partes del protectorado.

Pero no se pudieron respetar las dos partes del protectorado palestino británico, y la persecución que llevó a cabo la Alemania nazi de los judíos en 1936, que Lloyd George mencionaba explícitamente, se convirtió en el Holocausto que aseguraría la existencia de un Estado israelí en Palestina; sin tener en cuenta «los derechos de la población árabe». En 1938 George Antonius dijo claramente que «la creación de un Estado judío en Palestina, o de un hogar nacional basado en la soberanía territorial,

no se puede lograr sin desplazar a los árabes...»<sup>[\*]</sup>. Antonius quería Un Estado árabe independiente «en el que pudieran vivir en paz, seguridad y dignidad, y disfrutar de todos los derechos de ciudadanía, tantos judíos como el país pudiera acoger sin perjuicio de su libertad política y económica». Y puesto que temía «un holocausto impredecible de vidas británicas, judías y árabes» dijo que había que buscar ayuda para los judíos de Europa en otra parte que no fuera Palestina:

El tratamiento otorgado a los judíos de Alemania y otros países europeos es una vergüenza para sus autores y para la civilización moderna; pero la posteridad no exonerará a ningún país que no logre hacer frente a su parte de los sacrificios necesarios para aliviar el sufrimiento y la angustia judíos. Imponer la mayor parte de la carga a la Palestina árabe es una miserable forma de eludir unas responsabilidades que deberían recaer en todo el mundo civilizado. También es moralmente vergonzoso. Ningún código moral puede justificar la persecución de un pueblo en un intento de poner fin a la persecución de otro. El remedio para la expulsión de los judíos de Alemania no se debe buscar en la expulsión de los árabes de su patria; y tampoco se logrará el alivio de la angustia de los judíos a costa de provocar angustia a un pueblo inocente y pacífico.

Es asombroso que tales observaciones, tan proféticas tras el desastre palestino que tuvo lugar una década más tarde, se escribieran en 1938. Sin embargo había otros que preveían un futuro desastre en términos igualmente sombríos. Tan sólo un año antes, en una reflexión sobre el futuro, Winston Churchill había escrito sobre la imposibilidad de una Palestina dividida y, muy proféticamente, sobre cómo

el Estado judío, rico, poblado y progresista se encuentra en las llanuras y en las costas [de Palestina]. A su alrededor, en las colinas y tierras altas, se extienden hacia los desiertos ilimitados los belicosos árabes de Siria, de Transjordania, de Arabia, apoyados por las fuerzas armadas de Iraq, que plantean la amenaza incesante de la guerra... Para mantenerse, el Estado judío debe estar armado hasta los dientes y debe atraer a todo hombre sano para reforzar su ejército. Pero ¿hasta cuándo permitirán que continúe este proceso las grandes poblaciones árabes de Iraq y Palestina? ¿Se puede esperar que los árabes se mantengan al margen de forma impasible mientras observan la construcción de un ejército judío equipado con las armas bélicas más mortíferas gracias al capital y a los recursos mundiales judíos, hasta que sea lo bastante fuerte como para no tener miedo de ellos? Y si el ejército judío alcanzara jamás esa envergadura, ¿quién puede estar seguro de que, encajado en sus estrechos límites, no intentaría expandirse hacia las tierras sin explotar que tiene a su alrededor<sup>[\*]</sup>?

En caso de que Palestina fuera dividida, afirmaba Churchill, «me resulta difícil... no alcanzar la conclusión de que... el plan [de partición] conduciría inevitablemente a la evacuación completa de Palestina por parte de Gran Bretaña». Y así sucedió.

John Bagot Glubb, que comandó la legión árabe de 1939, comentó con gran emotividad que «la tragedia judía tenía su origen en las naciones cristianas de Europa y América. Como mínimo, la conciencia de la cristiandad se había despertado. Había que poner fin a la secular tragedia judía. Pero cuando llegó el momento del pago de compensación en expiación de los defectos del pasado, las naciones cristianas de Europa y América decidieron que la factura tenía que pagarla una nación musulmana de Asia<sup>[\*]</sup>».

Antonius habría preferido que el mundo asentara a los refugiados en otros países que no fueran Palestina —sabemos que los británicos consideraron la posibilidad de

Uganda— mientras que también sabemos que los comités sionistas de preguerra contemplaban el «traslado<sup>[\*]</sup>» —limpieza étnica— de los árabes palestinos a, entre otros emplazamientos, la zona de Yazira de Siria, los mismos desiertos de Deir ez Zor y Alepo en los que los deportados armenios «habían hallado fin a sus miserables existencias» veinte años antes. Fue en esta atmósfera de sospechas, paranoia e inmenso sufrimiento en la que árabes y judíos presenciaron cómo la Segunda Guerra Mundial aplastaba a Europa, los primeros con miedo de que Gran Bretaña acabara autorizando la fundación del Estado israelí en sus tierras, y los segundos observando la aniquilación de su raza en Europa mientras los británicos intentaban bloquear incluso aquellos barcos de refugiados judíos que intentaban llegar a la Tierra Prometida. Éste era el mundo en el que hach Amin, el gran muftí, partió hacia Alemania e instó a Hitler a que pusiera fin a la emigración judía a Palestina. Pero ¿a qué coste?

Aquí la brújula de la moral empieza a girar a una velocidad cada vez mayor. ¿Por qué los palestinos tuvieron que hacer frente al destino de la promesa británica tras la Primera Guerra Mundial a un pueblo cuyos antepasados vivieron en su tierra dos mil años antes? ¿Por qué esta nueva avalancha de refugiados musulmanes tiene que pagar este precio para que luego —al igual que a los armenios— les digan que fueron los agresores y aquellos que los desposeyeron, las víctimas? Ya que a lo largo de las siguientes décadas, los palestinos serían los «terroristas» y aquellos que les robaron las tierras serían los inocentes, los representantes de una nación Ave Fénix que resurgió de las cenizas de Auschwitz. A los ojos del mundo —sobre todo en 1948, en un mundo que se había cansado de la guerra y que estaba acostumbrado a los millones de refugiados que habían cruzado Europa—, ¿qué era la suerte de 750 000 refugiados palestinos en comparación con el asesinato de seis millones de judíos?

Es abril de 2002, hace una mañana de primavera radiante en Jerusalén oeste, y me encuentro en el apartamento pequeño y bien arreglado donde Josef Kleinman y su mujer Haya viven en lo que podría parecer —si no conociéramos su importancia histórica— tan sólo un barrio residencial más lleno de árboles. Kleinman está emocionado, es un hombre generoso que, cuando le piden que hable de los días más negros de su vida, se levanta de la silla da un salto como un tigre. «Le voy a enseñar mi museo<sup>[\*]</sup>», dice mientras se escabulle a una habitación trasera.

Regresa con una mochila vieja de color caqui desgastado. «Esta es la camisa que me dieron los estadounidenses cuando me liberaron de Landsberg el 27 de abril de 1945». Es una camisa arrugada, barata y de cuadros cuya etiqueta es ilegible. Luego saca una bata a rayas blancas y azules y un gorro con las mismas rayas que van de la parte delantera a la trasera. «Éste es mi uniforme como prisionero de Dachau», dice. Conocido gracias a todos los noticiarios a partir de 1945, a *La lista de Schindler* y a cientos de otras películas sobre el Holocausto, da una gran impresión tocar, sostener entre las manos, este símbolo de la destrucción de un pueblo. Joseph Kleinman me observa mientras sostengo la bata. Entiende mi sensación. Yo pienso: «Esto estuvo en

Dachau. Esto fue fabricado por los nazis. Esto es parte de la historia real, empapada en disentería, gaseada con el cianuro de la exterminación, cada centímetro de tela es tan testigo de la inhumanidad como esos huesos armenios que Isabel Ellsen y yo desenterramos en el barro sirio diez años atrás. En los noticiarios, las batas de los campos de concentración son en blanco y negro, pero el verdadero asesinato en masa de los judíos de Europa se llevó a cabo en color. Azul y blanco. Los mismos colores que la bandera israelí. En la parte delantera de la bata hay el número 114 986».

En la entrada del edificio de Kleinman hay folletos que recuerdan a los inquilinos la aproximación del día del Holocausto. Givat Shaul es un barrio agradable y alegre de parejas jubiladas, pequeñas tiendas, pisos, árboles y algunas casas elegantes de piedra amarilla. Algunas de éstas se encuentran en un estado ruinoso, unas cuantas podrían considerarse casas. Pero hay una o dos que aún tienen las cicatrices de las balas que se dispararon mucho tiempo atrás, el 9 de abril de 1948, cuando otro pueblo tuvo que hacer frente a su propia catástrofe ya que Givat Shaul era su Deir Yassin. Y fue aquí, cincuenta y cuatro años atrás, donde 130 palestinos fueron asesinados por dos milicias judías, la Irgun Zvai Leumi y la Stern, mientras los judíos de Palestina luchaban por la independencia de un Estado llamado Israel. La matanza aterró de tal manera a decenas de miles de árabes palestinos, que huyeron de sus casas en masa — sólo una parte de los 750 000— para crear el pueblo de refugiados cuyo valle del dolor se encuentra en el corazón de la guerra entre palestinos e israelíes.

En 1948, alrededor de las viejas casas que aún existen cerca del hogar de los Kleinman, las mujeres palestinas estallaban en pedazos debido a las granadas que lanzaban los guerrilleros judíos. Dos camiones lleno de prisioneros árabes detenidos en el pueblo desfilaron por las calles de Jerusalén. Más tarde, muchos de ellos fueron devueltos a Deir Yassin y ejecutados. Se cree que la fosa común se halla bajo un depósito de combustible que ahora se encuentra en uno de los extremos del barrio residencial de Jerusalén. De modo que una visita al piso de los Kleinman plantea una pregunta moral fuera de lo corriente. ¿Puede uno escuchar su testimonio personal sobre el mayor crimen de la historia moderna y luego preguntarle sobre la matanza que acabó con los palestinos en este mismo lugar, cuando la expulsión de los árabes de Palestina, por muy horrible que fuera, no se aproxima, ni estadística ni moralmente, al asesinato de seis millones de judíos? ¿Sabe Josef Kleinman que este año, debido a otra de esas horribles ironías de la historia, el día del Holocausto y el de Deir Yassin caen en la misma fecha?

Josef Kleinman no es un superviviente cualquiera del Holocausto judío. Fue el superviviente más joven de Auschwitz y testificó en el juicio de Adolf Eichmann jefe de la «Sección Judía» especial de las SS, que dirigió el programa nazi para asesinar a los judíos de Europa. Josef Kleinman incluso vio al doctor Josef Mengele, el Ángel de la Muerte, que eligió a niños, mujeres, ancianos y enfermos para enviarlos a las cámaras de gas. A la edad de sólo catorce años, vio que Mengele llegó un día en bicicleta y le ordenó a un niño que clavara una tabla de madera a un poste. Aquí está

## parte del testimonio de Kleinman en el juicio de Eichmann:

No nos dijeron lo que iba a ocurrir. Lo sabíamos. Los chicos que no pasaran por debajo de la tabla se salvarían. Aquellos chicos que no llegaran a la tabla de madera serían enviados a las cámaras de gas. Todos intentamos estirarnos para ser más altos. Pero yo me rendí. Vi que los chicos que eran más altos que yo no lograban tocar la tabla con la cabeza. Mi hermano me preguntó: «¿Quieres vivir? ¿Sí? Pues entonces haz algo». Empecé a darle vueltas a la cabeza. Vi unas piedras, me las puse en los zapatos y conseguí ser más alto. Pero no pude mantenerme firme por culpa de las piedras. Me estaban matando.

El hermano de Josef Kleinman, Shlomo, rompió su sombrero en dos y Josef se metió una parte en los zapatos. Aún era demasiado bajo, pero logró colarse en el grupo que había pasado la prueba. El resto de los chicos, unos mil en total, murieron gaseados. Mengele, recuerda Josef Kleinman, eligió un día festivo judío para matar a todos aquellos niños. A los padres de Kleinman, Meir y Rachel, y a su hermana los habían enviado directamente a las cámaras de gas cuando llegaron a Auschwitz procedentes de los Cárpatos, en lo que en la actualidad es Ucrania. Josef sobrevivió, junto con su hermano, que hoy en día es carpintero como él y vive a unos cientos de metros, en el mismo barrio de Givat Shaul/Deir Yassin. Josef Kleinman también sobrevivió a Dachau y a la extenuante tarea de construir un bunker inmenso para la fábrica secreta de Hitler, construida para la producción del nuevo avión Messerschmitt Me 262 de Alemania.

Tras su liberación por parte de los estadounidenses, Kleinman se fue a Italia y luego se subió a un barco con rumbo a Palestina, que llevaba a inmigrantes judíos ilegales que querían intentar entrar en el territorio del protectorado británico agonizante. Tan sólo podía llevar unas pocas posesiones. Decidió poner su uniforme de Dachau en la bolsa, ya que no iba a olvidar lo que le había ocurrido. Tras ser rechazado por los británicos, pasó seis meses en el campamento de Famagusta de Chipre, para acabar en el campamento para inmigrantes de Atlit, en Palestina. Llegó a Jerusalén el 15 de marzo de 1947 y estaba allí cuando estalló la guerra de la independencia de Israel. Luchó en esa guerra, pero no en Deir Yassin. Le menciono el nombre, casi de pasada, pero tanto Josef Kleinman como Haya asienten a la vez.

«Se han escrito cosas sobre Deir Yassin que son erróneas —me dice—. Yo estaba en Jerusalén y vi los dos camiones de prisioneros que vinieron de aquí. Algunas crónicas dijeron que murieron unos árabes, otras que no. No se mató a todo el mundo. Hay mucha propaganda. No lo sé. Los árabes mataron a sus prisioneros judíos. No tenía que haber muchos enfrentamientos para que se fueran los árabes».

Sin embargo, cuando vio marcharse a todos esos árabes, ¿no supuso aquello ningún paralelismo para Josef Kleinman con respecto a su propia vida, por muy pequeño que fuera dado que el desastre que asoló a los judíos fue muchísimo mayor en número y más sangriento? Pensó en ello durante un rato. Dijo que no vio a muchos refugiados árabes. Fue su mujer Haya quien respondió. «Creo que después de lo que le ocurrió, que fue espantoso, todo lo demás parece menos importante. Tiene que entender que Josef vive en esa época, en la época de la *Shoah*. De los 29 000 judíos

que llegaron a Dachau procedentes de otros campos de concentración, la mayoría de Auschwitz, 15 000 murieron».

¿Acaso de lo único de lo que se trataba era de la inmensidad de un crimen y de su comparación estadística con el éxodo de los palestinos en 1948? Un grupo de judíos, musulmanes y cristianos llevaba tiempo luchando para que se recordara Deir Yassin, incluso entonces, en la cúspide de la última guerra palestina. Tal y como dijo uno de los organizadores: «Muchos judíos no querrán recordar esto, por temor a que la magnitud de su tragedia se vea menguada. Los palestinos siempre tienen miedo de que, como ocurrió a menudo en el pasado, se utilice el Holocausto para justificar su propio sufrimiento». Los Kleinman no saben nada acerca de esta conmemoración, ni de los planes de la organización para erigir un monumento a los palestinos muertos no muy lejos de su piso en el barrio de Givat Shaul. Josef Kleinman no quiso hablar sobre el baño de sangre en Israel y Palestina que tenía lugar mientras hablábamos. Pero admitió que en política «está a la derecha» y que votó a Ariel Sharon en las últimas elecciones israelíes. «¿Hay alguien mejor?», me preguntó.

El recuerdo de Josef Kleinman sobre Deir Yassin no era del todo perfecto. Los documentos de la Cruz Roja y los despachos de los corresponsales extranjeros de la época dejan bastante claro que asesinaron a los habitantes de Deir Yassin y que destriparon a algunas de las mujeres. En toda aquella parte del protectorado de Palestina que más tarde se convirtió en Israel, hubo pequeñas matanzas —a veces iniciadas por los árabes, aunque más a menudo por los guerreros judíos que se transformaron en el ejército israelí a medida que fue avanzando la guerra— y una única, pequeña y trágica historia da una idea de lo que ocurrió durante el desposeimiento de los palestinos.

Corre el año 2000 y estoy en un pueblo inundado por la lluvia al sur del Líbano, un lugar pobre y de carreteras accidentadas llamado Shabriqa. Nimr Aoun, de ochenta y cinco años, se sube la pernera del pantalón para enseñarme el ligamento y el músculo retorcidos donde le hirió una bala israelí hace cincuenta y dos años. La historia de Aoun es un relato de dos traiciones porque fue víctima no sólo de los israelíes sino de las dos potencias del protectorado, Francia y Gran Bretaña, que, tras la Primera Guerra Mundial, se suponía que debían protegerlo. Es de un pueblo llamado Salha —ahora se encuentra situado a dos kilómetros en el interior de Israel, al otro lado de la frontera libanesa— y fue el único superviviente de la matanza de hombres que cometieron los israelíes.

La historia de Salha y otros seis pueblos —En Naame, Ez Zuk, Tarchiha, El Jalsa, El Kitiyeh y Lajas— data de 1923, cuando los británicos mandaban en Palestina y los franceses en el Estado de reciente fundación del Líbano. Las dos potencias imperiales hicieron unos pequeños cambios de fronteras para sus propios fines, de modo que París le cedió a Londres unos cuantos kilómetros cuadrados del Líbano, y el protectorado británico de Palestina se movió un poco al norte para abarcar los siete pueblos. Tras esta operación se escondía un trato repugnante. Según demuestran unos

viejos documentos de Beirut, esas tierras se entregaron a cambio de un contrato concedido a una empresa francesa para drenar unos pantanos de la región para uso comercial. En la época, a este acuerdo se le llamó —preferí no decirle nada de esto al viejo Nimr Aoun— «el Buen Vecindario». Y condenó a todos los habitantes de los pueblos.

Nimr Aoun ya no era un libanés bajo protectorado francés. Ahora era un palestino bajo protectorado británico, a pesar de que no consultaron al respecto a nadie de la familia Aoun ni a ninguno de los demás habitantes. Aun así, Aoun recuerda a los británicos con cariño. Él fue un granjero que se casó con una chica de trece años, tuvo nueve hijos y vivieron entre los campos de trigo de Salha. Pero su voz sube de tono cuando llega a 1948, la marcha de los británicos y la llegada del ejército judío a las afueras del pueblo. «Nos inundaron con folletos que decían que si nos rendíamos, no nos harían nada. Las mujeres y los niños ya habían huido. De modo que creímos lo que decían los folletos y nos rendimos. Pero los israelíes nos mintieron. Nos maldijeron y nos obligaron a que setenta de nosotros nos mantuviéramos juntos».

Lo que ocurrió después queda confirmado por los archivos israelíes. El historiador Benny Morris escribió que en un ataque israelí llamado Operación Hiram, después de una «leve resistencia» de los árabes cerca de Salha, noventa y cuatro aldeanos estallaron con una casa el 30 de octubre de 1948<sup>[\*]</sup>. Nimr Aoun tiene una versión diferente de lo ocurrido, pero sus cicatrices dan veracidad a los hechos:

Cuando estábamos todos juntos, abrieron fuego contra nosotros. Había trece tanques alrededor. No tuvimos la más mínima posibilidad. Lo que me ayudó fue que después de que me dispararan en la pierna, caí bajo un montón de cuerpos. Sangraba tanto que no sentí nada. Al llegar la noche, salí a rastras, pasé junto a uno de los tanques, luego avancé por entre la hierba, hasta que encontré un burro.

Nimr Aoun logró subir con grandes esfuerzos a lomos del animal y, a pesar del dolor, se dirigió hacia norte, al pueblo libanés de Marun, donde le dieron tratamiento médico. Un funcionario del gobierno les impidió a los médicos que le amputaran la pierna, motivo por el cual Nimr Aoun todavía puede moverse cojeando por su casa de Shabriqa, a 40 kilómetros del pueblo de Salha, que en el pasado fue libanes, y en el que sólo queda un edificio bajo. La mayoría de esa tierra ahora está cubierta por huertos de manzanos israelíes.

Hasta 1998, Nimr Aoun y los otros pocos supervivientes de los «siete pueblos» de 1948 fueron tratados como palestinos con documentos palestinos. Luego, el gobierno libanés —que no fue inmune a las ventajas de tal acto— les concedió a todos la ciudadanía libanesa. Aoun me mostró su nuevo carnet de identidad libanes, en el que aparecía una imagen de un cedro cerca de la fotografía. Nació como ciudadano del imperio otomano, pasó a ser libanés bajo los franceses, se convirtió en palestino con los británicos, luego fue refugiado palestino de Israel y, al final de su vida, volvía a ser libanes.

Mis archivos sobre los últimos años del protectorado británico están llenos de

cartas de los veteranos de guerra británicos, de entrevistas con antiguos guerreros judíos y árabes, junto con cientos de recortes contemporáneos de periódicos. Es una historia de anarquía y dolor y —para emplear el uso actual que hace Israel de la palabra— ataques «terroristas» y atentados con bomba, la mayoría de ellos perpetrados por los grupos judíos Haganah, Irgun y Stern. Un panfleto de la Oficina Colonial Británica de 1946 parece una descripción del alzamiento iraquí del primer año contra la ocupación estadounidense del 2003<sup>[\*]</sup>: ataques en carreteras y puentes ferroviarios, secuestro de oficiales británicos y creación de emisoras de radio clandestinas que emiten propaganda para los insurgentes. «La acción de hacer volar por los aires los puentes expresaba la alta moral y el valor de los guerreros judíos que llevaron a cabo el ataque», en el documento se afirma que la emisora *Kol Israel* ya emitía el 18 de junio de 1946.

Las incursiones indisciplinadas del ejército británico —contra los árabes así como también los judíos— provocaron unas operaciones de venganza despiadadas. El bombardeo del cuartel general británico, situado en el hotel King David de Jerusalén, perpetrado por el Irgun el 22 de julio de 1946, y en el que murieron noventa y un funcionarios británicos, judíos y árabes, fue el ataque de más triste fama cometido contra la potencia ocupante. Los soldados británicos abrieron fuego contra civiles en las calles de Tel Aviv y cuando, después de que los británicos ahorcaran a tres guerrilleros judíos del Irgun, este grupo colgó a dos rehenes que pertenecían al ejército británico, se desataron ataques antisemitas por toda Gran Bretaña. Los sargentos del Cuerpo de Espionaje Mervyn Paice y Clifford Martin pasaron varios días escondidos bajo tierra por sus captores en la ciudad de Netanya mientras el Irgun amenazaba constantemente con su ejecución. El padre de Paice escribió una carta de súplica al jefe del Irgun, Menachem Begin —más tarde, se convirtió en primer ministro de Israel y ordenó la brutal invasión israelí del Líbano en 1982— del mismo modo que los familiares de los rehenes occidentales apelarían a los secuestradores iraquíes en el 2003 y el 2004. Poseo una fotocopia de una declaración del «Tribunal del Irgun Zvai Leumi en Palestina», que se encontró clavada en el pecho de los dos hombres después de que hubieran sido asesinados. En ella se dice que el «tribunal» halló a Paice y Martin culpables de «(a) Entrar ilegalmente en nuestra patria, (b) De pertenecer a una Organización Criminal Terrorista Británica conocida como las Fuerzas de Ocupación Militares Británicas... el juicio se llevó a cabo el 30 de julio de 1947. El ahorcamiento de los dos espías... es una acción legal ordinaria de un tribunal clandestino que ha sentenciado y sentenciará a los criminales que pertenecen al Ejército de Ocupación Nazi-Británico y criminal».

Adjunto a este documento hay un informe de la policía británico-palestina sobre el hallazgo de los cuerpos de dos sargentos en un bosquecillo de eucaliptos:

Estaban colgados de dos eucaliptos separados por unos cinco metros. Tenían la cara casi cubierta de vendas, por lo que resultaba imposible distinguir sus rasgos... Su cuerpo era de un negro apagado y un reguero de sangre les corría por el pecho, de lo que cabía deducir que antes de colgarlos les habían pegado un tiro...

dieron permiso a la prensa para que tomara fotos del espectáculo. Cuando acabaron, decidieron descolgar los cuerpos. El capitán de los RE [Ingenieros Reales] y el CSM [sargento mayor] cortaron las ramas del árbol en el que estaba colgado el cuerpo de la derecha, y empezaron a cortar la cuerda con una sierra... Cuando el cuerpo cayó al suelo, hubo una gran explosión... Los dos árboles habían volado por los aires y había [sic] unos cráteres enormes en el lugar de las raíces. Se encontró uno de los cuerpos absolutamente destrozado a unos veinte metros... El otro se había desintegrado y se llegaron a recoger pequeños trozos a doscientos metros<sup>[\*]</sup>.

El Irgun publicó folletos en un inglés bastante malo, en los que instaba a los soldados ingleses a que si deseaban permanecer en Palestina, la mejor forma de conseguirlo era «arriesgar vuestra vida cada día para que el gobierno [británico] tenga diez años más para decidir marcharse [sic] de Palestina». Los británicos rompieron muchas de las reglas de la guerra. Un miembro británico de la policía palestina describió cómo, cuando los soldados británicos viajaban en la línea ferroviaria de Lydda, «normalmente llevábamos una vagoneta delante con varios prisioneros a bordo, para que disfrutaran de la explosión de las minas dispuestas a lo largo de la línea<sup>[\*]</sup>».

Todo esto esconde una feroz ironía. Israel nació después de una clásica guerra de guerrillas anticolonial contra un ejército de ocupación; sin embargo, al cabo de cincuenta años, el propio ejército de Israel —convertido ahora en fuerza de ocupación— se hallaba luchando en una clásica guerra de guerrillas anticolonial en Cisjordania y Gaza. Aun así, parece que el gobierno israelí no se percata de la relación. El 6 de noviembre de 1944, unos pistoleros judíos asesinaron a lord Moyne, el ministro residente británico en El Cairo, un antiguo secretario colonial y amigo próximo de Churchill. Moyne, que se había mostrado partidario de una división de Palestina, había disgustado a los judíos palestinos porque había instado a los turcos a que hicieran regresar al *Struma*, un barco que transportaba refugiados judíos del Holocausto<sup>[2]</sup>; también había realizado una serie de comentarios racistas sobre los judíos, aunque pocos pudieron rebatirle su comentario: «Los árabes, que han vivido y enterrado a sus muertos durante cincuenta generaciones en Palestina, no entregarán su tierra y su autogobierno de buena gana a los judíos<sup>[\*]</sup>».

El asesinato de Moyne dio lugar a que Churchill pensara que «si nuestros sueños sionistas van a disolverse en el humo de los revólveres de asesinos y si nuestros esfuerzos para su futuro van a desatar una oleada de bandolerismo digna de los alemanes nazis, muchas personas como yo tendremos que reconsiderar la posición que hemos mantenido con tanta firmeza durante tanto tiempo<sup>[\*]</sup>». Sin embargo, en 1975 los dos asesinos, Eliyahu Hakim y Eliyahu Bet Zuri recibieron un funeral de Estado en Israel con una capilla ardiente a la que asistió el primer ministro y un funeral militar al que fue el viceprimer ministro y dos rabinos jefe. El hijo de Moyne le preguntó al antiguo oficial de la Haganah David Hacoheh: «¿Por qué asesinó vuestra gente a mi padre? Al final Palestina fue dividida y vosotros estáis consolidando vuestro Estado gracias a esta partición y, sin embargo, no os han asesinado a ninguno de vosotros por aceptar esta solución<sup>[\*]</sup>».

Esta cuestión, la de honrar a los asesinos propios mientras se condena a los del otro bando por «terroristas», se halla en el corazón de muchos conflictos modernos, pero aun así, ni israelíes ni palestinos han sido capaces de entenderlo. Del mismo modo, la guerra de 1948 dio pie a una serie de extraordinarios augurios sobre otras guerras posteriores de Oriente Próximo, sobre unos hechos que consideramos como causas de un peligro presente pero que está claro que han sido una característica del conflicto de la región durante más tiempo del que queremos imaginar.

En 1997, un grupo humanitario palestino de Escocia decidió conmemorar el quincuagésimo aniversario de la resolución de partición de la ONU, el final del protectorado británico, la guerra de independencia israelí y la Al Nakba palestina mediante la publicación de un relato diario de los hechos que ocurrieron en Palestina en 1948, tomados en gran parte de las páginas de *The Scotsman*, un proyecto que en ocasiones ofreció unos resultados devastadores<sup>[\*]</sup>. Aquí, por ejemplo, hay un despacho «de un enviado especial que acaba de regresar de Oriente Próximo», que se publicó en el periódico el 13 de septiembre de 1948:

En Oriente Próximo está emergiendo un nuevo peligro para la ley y el orden. Proviene de una asociación formada, en general, por grupos terroristas árabes de jóvenes xenófobos exaltados que han jurado librar a sus países de todos los occidentales y, en especial, de los británicos y los estadounidenses. Ya se han realizado amenazas manifiestas a los europeos que viven en Damasco, en Bagdad y en El Cairo —empleados de compañías petroleras, principalmente— según las cuales si continúan con sus relaciones comerciales con los judíos serán asesinados... La columna vertebral de esta nueva organización terrorista está formada por jóvenes árabes palestinos. Han visto cómo invadían su país... y han perdido todo lo que poseían: casas, propiedades, dinero, trabajo; ya no les queda nada más que perder. Tienen la sensación de que los británicos, los estadounidenses, la ONU y también, hasta cierto punto, los demás países árabes los han abandonado. Ahora se dan cuenta de que existe el grave peligro de que la situación actual de Palestina, con los judíos en posesión de gran parte del país, se reconozca y legalice...

Otro artículo que arrojó una luz inquietante al futuro fue escrito por Patrick O'Donovan y *The Scotsman* lo publicó el 14 de julio de 1948:

La guerra [de independencia] empezó como una simple guerra de supervivencia, o eso les pareció a los judíos. Había una serie de cifras que todo niño sabía de memoria: «700 000 judíos contra 30 millones de árabes más el apoyo de Gran Bretaña». Parecía una victoria cada vez que un asentamiento judío sobrevivía a un ataque... pero los árabes demostraron ser menos efectivos. Y el consentimiento judío para que continuara la tregua fue desobedecido. (No importa que el consentimiento se diera a sabiendas de que los árabes lo rechazarían.) Los judíos han quedado exentos de toda obligación para ir cogidos de la mano. Si los esfuerzos del conde Bernadotte<sup>[3]</sup> fracasan, entonces los judíos iniciarán una guerra que, sinceramente, tendrá como objetivo conquistar el máximo de territorio árabe, con el que conseguirán quedarse en gran parte ya que no habrá árabes y será ocupado por judíos... En Haifa... han abierto un gueto para los árabes. Cuatro de las calles más pobres están rodeadas con alambradas y, como los judíos de la Cracovia medieval, los árabes musulmanes y cristianos deben dormir y vivir bajo vigilancia. Los hombres de negocios pueden solicitar unos pases si desean salir durante el día... Resulta difícil imaginarse a una población más asustada y sometida que los árabes que quedan en Israel...

Aunque el alcance de la expulsión de los palestinos a menudo parece un hecho recién descubierto de la historia de Oriente Próximo —como mínimo hasta que los «nuevos historiadores» como Benny Morris investigaron los archivos del gobierno

israelí de la época—, la prensa británica informó de la Al Nakba con todo lujo de detalles. El 25 de octubre, por ejemplo, *The Times* informaba desde Beersheva:

Los pueblos árabes están desiertos, sus miserables casas han sido saqueadas y muchas han ardiendo. Los habitantes, se calcula que unos veinte mil —una cifra que se ha incrementado bastante debido a la llegada de los refugiados del norte—, han huido y nadie sabe o, al parecer, a nadie le importa, adonde han ido. Resulta obvio que la mayoría han huido aterrorizados, dejando atrás sus capas, pieles de cordero y mantas, tan necesarias si deben sobrevivir en las frías noches de las colinas de Hebrón... en Beersheva, que en el pasado fue un centro próspero del comercio de camellos, permanecen unos cuantos habitantes, y en la actualidad, miembros del ejército israelí se dedican a saquear sistemáticamente aquellas casas que han sobrevivido al bombardeo. Tal vez el hecho de que las tropas vencedoras puedan campar por sus respetos a costa de los vencidos sea una antigua regla bélica aceptada tácitamente, pero resulta difícil de disculpar el comportamiento de algunos, que se burlan de las oraciones islámicas en una mezquita profanada... que han roto y tirado por el suelo libros sagrados... Tales escenas son decepcionantes para aquellos que han observado con gratitud el cuidado que mostró el ejército israelí para garantizar la santidad de los lugares sagrados cristianos en otras partes, y el que han tenido aquellos corresponsales que hoy han visitado el cementerio de la guerra imperial, a las afueras de la ciudad. A pesar de las dificultades con las que han trabajado, hasta el último de los vigilantes árabes se ocupó de las tumbas de los soldados británicos y australianos que murieron aquí en 1917, y todavía florecen flores inglesas en las arenas del desierto.

La profanación y el asesinato no fue una herramienta usada por un único bando en esta guerra. Cuando los israelíes capturaron Jerusalén este en 1967, descubrieron que las tropas jordanas habían usado lápidas judías como suelos de baño. Las emboscadas y las matanzas acabaron con muchos civiles judíos, a pesar de que el avance de Israel hasta los poblados árabes de Galilea vino acompañado, tal y como han demostrado las investigaciones modernas llevadas a cabo en Israel, de carnicerías y, a veces, de la violación de mujeres árabes jóvenes. Pero si los historiadores israelíes han demostrado la verdad de esto, los historiadores árabes han callado con respecto a las iniquidades de su bando en ésta y otras guerras.

En mi libro sobre la guerra del Líbano, escribí abundantemente sobre el desposeimiento de los palestinos de 1948, la posterior historia de aquellos hogares que dejaron vacíos sus aterrorizados habitantes y el destino de los 750 000 palestinos y sus millones de descendientes de la actualidad, muchos de los cuales se pudren en la miseria de los campamentos del Líbano, Siria, Jordania y en la ocupada Cisjordania y Siria<sup>[4]</sup>. Tras sus esfuerzos, la tarea de informar sobre su desesperada dirección política, su persecución —cuya prueba más cruel es cuando fueron convertidos en agresores por un Israel todopoderoso y, más tarde, por unos Estados Unidos todavía más hegemónicos— y sus penosos, valientes y a menudo insensibles intentos de buscar la compasión del mundo han supuesto una de las experiencias más deprimentes del periodismo. Cuanto más escribíamos sobre el desposeimiento palestino, menos efecto parecía tener y más nos maltrataban como periodistas.

La guerra de Suez de 1956, la Guerra de los Seis Días de 1967 —y la locura ciega de Nasser a la hora de asumir el poder del ejército israelí—, el conflicto de Oriente Próximo de 1973 y la invasión de 1982 del Líbano, todo esto aplastó a los palestinos, de forma indirecta y, a menudo, directa. En 1967, Cisjordania y Gaza cayeron bajo ocupación israelí, de modo que Israel pasó a tener el control de todo el antiguo

protectorado británico, la «Palestina» en la que Balfour había prometido apoyo para un «hogar nacional» para los judíos, y Balfour, recordémoslo, no mencionó de qué porcentaje de Palestina podía apropiarse un Estado israelí. Los «amigos» árabes de Palestina resultaron ser tan lamentables en sus ambiciones militares, como en las políticas. Al luchar contra un enemigo muy superior en número, los ejércitos árabes fueron arrollados en repetidas ocasiones por la potencia de fuego mayor, por las tácticas y la moral despiadada de los israelíes, una ventaja que se vio reforzada por el hecho de que Israel sabía que no podía permitirse perder ni una sola guerra. El éxito inicial del ejército egipcio en 1973 —al principio los árabes no podían creerse la película del noticiario de soldados israelíes capturados en la línea Bar Lev— se invirtió debido a la indecisión militar egipcia. Sólo la Hezbolá libanesa, con el apoyo iraní y sirio, demostró que se podía vencer a Israel. La retirada militar israelí de su zona de ocupación del Líbano en el 2000 y el desmantelamiento de su cárcel de tortura de Khiam aún es uno de los acontecimientos militares más importantes de la guerra árabe-israelí, aunque los israelíes, al ser los perdedores, nunca la han considerado como tal y los estadounidenses, como amigos suyos, se niegan a aprender esa lección.

A lo largo de estos muchos años, se ha dado un fenómeno destacado y casi inalterable que ha asegurado que el equilibrio de poder de Oriente Próximo no cambiaba: el apoyo estadounidense inquebrantable, muy poco crítico y a menudo involuntario a Israel. La seguridad de Israel —o la supuesta falta de ella— se convirtió en el centro de gravedad de todas las negociaciones, todas las amenazas militares y todas las guerras. La injusticia que se había hecho a los palestinos, el desposeimiento, las matanzas, no sólo la pérdida de esa parte de Palestina que se convirtió en Israel —y es reconocida internacionalmente como tal— sino también la ocupación del resto del territorio del protectorado y la supresión sangrienta de toda manifestación de resistencia palestina: todo esto quedaba en segundo lugar tras la seguridad de Israel y los valores civilizados y la democracia, gracias a lo cual los israelíes recibían tanto apoyo. Su ejército, que a menudo se comportaba con crueldad e indisciplina, fue considerado como una «pureza de armas» ejemplar y a aquellos de nosotros que fuimos testigos de las matanzas de civiles llevadas a cabo por israelíes nos insultaron por ser mentirosos, antisemitas o amigos del «terrorismo».

El hecho de informar sobre el empleo gratuito de violencia por parte de los palestinos —secuestro de aviones, ataques contra asentamientos judíos ilegales y luego, indefectiblemente, ataques suicidas contra inocentes, el o la verdugo con los explosivos atados a su cuerpo— se consideraba simple y llanamente «terrorismo», algo peligrosamente presente pero cómodamente alejado de la razón, las causas o la historia. Mientras los acusaran de crímenes que habían cometido porque odiaban a Israel u odiaban a los judíos o los habían educado en el antisemitismo (a pesar de que ellos mismos eran semitas), o les habían pagado para llevar a cabo «actos terroristas», o porque odiaban la «democracia» o representaban el «mal» —la mayoría de estas

explicaciones las adoptaron luego los estadounidenses para referirse a sus enemigos árabes—, entonces los árabes se encontraban fuera de los límites de la razón. No se podía hablar ni negociar con ellos. Uno no puede «negociar con terroristas».

*Terrorismo* es una palabra que se ha convertido en una plaga de nuestro vocabulario, la excusa y la razón y el permiso moral para la violencia de Estado — nuestra violencia—, que ahora se usa en el inocente Oriente Próximo de un modo mucho más vergonzoso y promiscuo. Terrorismo, terrorismo, terrorismo. Se ha convertido en un punto, en un signo de puntuación, en una locución, en un discurso, en un sermón, la esencia de todo lo que debemos odiar para pasar por alto la injusticia y la ocupación y el asesinato a gran escala. Terror, terror, terror, terror. Es una sonata, una sinfonía, una orquesta que aparece en todas las televisiones y radios y comunicados de agencia de noticias, el culebrón del Diablo, servido en hora de máxima audiencia o destilado de forma tediosa y mendaz por los «comentaristas» de derechas de la Costa Este estadounidense o por *The Jerusalem Post* o por los intelectuales europeos. Golpe al terror. Victoria sobre el terror. Guerra contra el terror. Guerra eterna contra el terror. A lo largo de la historia, los soldados, los periodistas, los presidentes y los reyes pocas veces se han unido de un modo tan irreflexivo e incondicional. En agosto de 1914, los soldados creían que estarían de vuelta en casa por Navidad. Hoy estamos luchando para siempre. La guerra es eterna. El enemigo es eterno, su cara cambia en nuestras pantallas. Primero vivió en El Cairo y lucía un mostacho y nacionalizó el canal de Suez. Luego vivió en Trípoli y vestía un uniforme militar ridículo y ayudó al IRA y atentó contra bases estadounidenses de Berlín. Luego resultó que llevaba una túnica de imam musulmán y que comía yogur en Teherán y planeaba la revolución islámica. Luego vestía una túnica blanca y vivía en una cueva de Afganistán y luego lucía otro ridículo bigote y residía en una serie de palacios de Bagdad. Terror, terror, terror. Al final, llevaba un turbante kefia y un uniforme militar anticuado de estilo soviético, se llamaba Yasir Arafat y era el señor del terror mundial, luego pasó a ser un superestadista y luego, de nuevo, un señor del terror, vinculado por sus enemigos israelíes al *Meister* del terror de todos, aquel que vivía en una cueva de Afganistán.

Aquí tenía la personificación de todo lo leal y lo miserable del sueño palestino. Tengo una cinta grabada de Arafat, sentado conmigo en la ladera oscura y fría de una montaña, al norte del puerto libanés de Trípoli en 1983, donde el viejo hombre — siempre le llamaban viejo hombre, mucho antes de ser anciano— se encontraba sitiado por el ejército sirio, otro de los «hermanos» árabes que querían encabezar la causa palestina y que acabaron luchando contra los palestinos, en lugar de contra los israelíes. Y lo que es aún peor, los sirios habían sobornado a algunos de «sus» palestinos para que se unieran a ellos en el sitio. Un año antes, Arafat y su OLP habían resistido un asedio de ochenta y ocho días en la capital libanesa de Beirut, llevado a cabo por el ejército israelí y dirigido por el ministro de Defensa Ariel Sharon. Por entonces, su fortuna se tambaleaba de nuevo. La calidad de sonido no es

muy buena y, de vez en cuando, a lo lejos, los proyectiles estallan en una ladera. La pongo de nuevo y oigo el susurro del viento en el micrófono:

ARAFAT: No me separaré de mis guerreros de la libertad mientras se enfrenten a la muerte y a los peligros de la muerte... Mi deber es estar junto a mis guerreros de la libertad, mis oficiales y mis soldados.

FISK: Hace un año, usted y yo hablamos en Beirut oeste. Aquí estamos, en la cima de una colina azotada por el viento, a las afueras de Trípoli, a ochenta kilómetros de la frontera de Israel, o la frontera de Palestina y la gente de Al Fatah se está rebelando.

ARAFAT: Mire, le voy a dar otra prueba de que somos un enemigo duro de pelar. Espero que aún recuerde lo que mencionó Sharon al inicio de su invasión. Soñaba con que en tres o cinco días liquidaría o aplastaría a la OLP, a nuestro pueblo, a nuestros guerreros de la libertad... y aquí estamos. El sitio de Beirut, las batallas del sur del Líbano, este milagro, ochenta y ocho días, la guerra árabe-israelí más larga... Y después de todo eso tenemos esta guerra de desgaste contra el ejército israelí, no sólo los palestinos, sin duda, nosotros y nuestros aliados, los libaneses, estamos participando en esta guerra de desgaste y estamos orgullosos, yo estoy orgulloso, de tener esta valiente alianza.

FISK: ¡A ochenta kilómetros de Palestina!

ARAFAT: ¿Qué diferencia hay entre estar a ochenta kilómetros o a ochenta mil? Un metro fuera de la frontera de Palestina, y para mí ya estoy lejos.

FISK: Creo que fue el señor Sartawi<sup>[5]</sup> quien dijo una vez que si seguía logrando victorias como la del año pasado en Beirut, usted mantendría la reunión del año que viene del Consejo Nacional Palestino en Fiyi...

ARAFAT: ¡Por favor! ¡Por favor! ¡No me venga con ese ejemplo! Es uno de nuestros valerosos mártires, es un mártir valeroso. Pero era un hombre nervioso [sic], no usó la expresión exacta<sup>[\*]</sup>...

Arafat era un soñador, lo que era una característica muy popular para los palestinos, cuya única fuente de esperanzas eran los sueños. Si se requería un compromiso por su parte, podía hablar con los israelíes, e incluso insinuó que aceptaría una partición de Palestina: «Aceptaré incluso un centímetro cuadrado de mi tierra», dijo; la proporción geográfica no era su punto fuerte. Pero si uno de los satélites de la OLP más extravagantes avergonzaba a los palestinos —y al mundo— asesinando a un inocente, Arafat intervino para impedir otra tragedia, lo que le permitió adquirir prestigio gracias a los crímenes de su organización. En ninguna parte se ilustró mejor esto que en el viaje de 1985 del *Achille Lauro*, el transatlántico italiano en el que cuatro miembros adolescentes del Frente de Liberación de Palestina, un grupo escindido de la OLP dirigido por Mohamed Zeidan (Abul Abbas), tenían la intención de desembarcar en Haifa cuando el barco atracara en el puerto israelí, hacer rehenes israelíes y exigir la liberación de prisioneros palestinos de las cárceles de Israel.

Descubiertos por miembros de la tripulación antes de llegar a Israel, los secuestradores se hicieron con el barco, tuvieron a los 476 pasajeros y 80 miembros de la tripulación a su merced y luego asesinaron fríamente a un pensionista inválido judío de sesenta y nueve años, León Klinghoffer, cuyo cuerpo en silla de ruedas fue lanzado por la borda sin ningún miramiento a la costa siria. Arafat, que no tenía noticia del asesinato, voló a El Cairo para adoptar su pose habitual de líder humanitario. Ordenó a los secuestradores que llevaran el *Achille Lauro* hasta Egipto y las primeras informaciones de los periódicos provenientes de Port Said —incluida mi crónica para *The Times* de Londres— relataban cómo Arafat había desempeñado «un

papel importante para lograr el desenlace pacífico de una crisis que había involucrado a los Estados Unidos, a Siria y a Egipto». Para cuando el barco, iluminado como un árbol de Navidad bajo la media luna, empezó a adentrarse pomposamente en el canal de Suez antes del amanecer, todos sabíamos lo que había ocurrido.

Nicholas Veliotis, el embajador estadounidense de El Cairo, les estaba hablando con gran emotividad a sus diplomáticos sobre esos «hijos de puta» que habían asesinado a Klinghoffer, mientras el amanecer mostraba al gran transatlántico siguiendo un pequeño práctico para atracar frente a las oficinas coloniales de estuco de la Autoridad del Canal de Suez. Cuando otros embajadores extranjeros bajaron del buque tras visitar a sus ciudadanos, salió a la luz toda la historia. «Había un hombre estadounidense en cubierta —nos dijo el embajador austriaco Franz Bogan—. No sé qué hacía allí. Iba en silla de ruedas. Era de noche. El capitán me dijo que cuando oyó los tiros, se asomó por el puente y vio a uno de los terroristas con la ropa manchada de sangre».

El sol salió por el otro lado del canal y reveló una mancha oscura de lo que parecía ser pintura en uno de los costados de la superestructura, por debajo de la cubierta A: era la sangre de León Klinghoffer, que había manchado el lado del barco mientras el cadáver del anciano era arrojado por la borda. Egipto metió a los secuestradores, junto con Abul Abbas, a bordo de un Boeing de Egyptair que despegó de una base militar cercana a El Cairo con destino a Túnez, donde la OLP tenía su cuartel general. Pero los estadounidenses secuestraron el avión —el presidente egipcio Mubarak, hecho una furia, calificó de «piratería aérea» lo que resultó ser otra de las aventuras condenadas al fracaso del coronel Oliver North— y lo obligaron a aterrizar en una base aérea de la OTAN de Italia, donde los soldados italianos impidieron a punta de pistola que las fuerzas estadounidenses detuvieran a los palestinos; Abul Abbas fue enviado a Yugoslavia. Lo que le ocurrió posteriormente fue tan intrigante como mortal. Perdonado ritualmente por los israelíes, le permitieron entrar en Gaza como un estadista menor tras el acuerdo de Oslo de 1983 para que votara en las elecciones palestinas pero, diez años más tarde, vivía en Bagdad, donde fue detenido por las tropas estadounidenses que afirmaron, como era de esperar, que habían detenido a «un importante jefe terrorista». Meses más tarde, los estadounidenses admitieron, sin ofrecer disculpas de ningún tipo, que había muerto «por causas naturales» mientras se encontraba bajo su custodia en Iraq.

Menos de tres años después del fiasco del *Achille Lauro*, Yasir Arafat acudió a Estrasburgo para dirigirse a los miembros socialistas del parlamento europeo. El periódico de la ciudad se preguntaba —como los manifestantes proisraelíes que había en el exterior— cuándo pensaba Arafat «dejar el terrorismo», como si el «terrorismo» fuera un problema de salud, como el alcoholismo. Sin embargo, lo importante del asunto fue que veinticuatro horas más tarde el mismo periódico hablaba del «triumfo» de Arafat. En lugar de ridiculizarlo en su primera visita a Estrasburgo, el jefe la OLP fue tratado como una personalidad. Había pedido la paz con Israel. Había transmitido

sus saludos a los judíos de Israel con motivo del Año Nuevo judío, y lo había hecho en hebreo, no en árabe. Quería un Estado en Cisjordania y Gaza; hay que recordar que eso ocurría en septiembre de 1988 y que Arafat creía que ser un «exterrorista» simpático ayudaría a su causa.

Más tarde abordé a Arafat —siempre me seguía con la mirada como un lobo cuando yo merodeaba para hacerle alguna pregunta— y cuando le inquirí si permitiría que algún refugiado palestino regresara a vivir a Cisjordania, cualquiera de los cinco millones de palestinos cuyas familias provenían originalmente de aquella parte de Palestina que ahora es Israel, no puso cara de contento. Todo palestino podría tener un pasaporte, me dijo sin demasiada convicción. Sí, pero ¿podrían vivir en un nuevo Estado palestino? «Como mínimo pueden ser enterrados ahí», respondió Arafat. Fue una respuesta desafortunada, tal y como comprendieron sus asesores al instante. Sentados a su izquierda, interrumpieron de inmediato al jefe de la OLP, pero Arafat repitió su respuesta anterior e imprudente: «Como mínimo los palestinos pueden ser enterrados en Palestina».

Pero ¿podría cualquier palestino ir y vivir en Palestina? Insistí. Seguro que los palestinos estaban interesados en vivir en Palestina, no en morir allí. ¿De qué les servía la tierra si sólo podían tocarla cuando se convertía en su tumba? Lo intenté una cuarta vez. ¿Podría la diáspora palestina ir a vivir al Estado de Cisjordania de Arafat? Mantuvo una breve conversación en voz baja con sus asesores. «Sin duda — respondió con voz atronadora—. Están en el suyo [sic] derecho». Lo cual fue la respuesta correcta e incorrecta a la vez. Correcta porque todo palestino debería tener el derecho a vivir en su país. Incorrecta porque Arafat jamás permitiría que los millones de palestinos de la diáspora entraran en Cisjordania ya que, entonces, la población de «Palestina» superaría a la de Israel, algo que los israelíes no permitirían jamás. Ni tampoco podría permitirlo Arafat. En diciembre de 1988, aceptó la partición de Palestina. No es así como presentó su caso ante la sesión especial de la ONU en Ginebra. Ante este augusto organismo —y, sobre todo, ante los Estados Unidos— aceptó la existencia del Estado de Israel. Pero en su discurso de la ONU y en su posterior rueda de prensa, renunció, de hecho, a toda idea de regresar a las fronteras de la Palestina del protectorado. La tierra que ahora pertenecía a Israel seguiría siendo suya, a pesar de los 750 000 palestinos que habían huido de sus casas.

Luego llegó el error clásico y característico de Arafat: su apoyo a Sadam Husein tras la invasión iraquí de Kuwait de 1990. Fue una decisión tomada con el corazón más que con la cabeza. Sadam, el héroe de la guerra Irán-Iraq, el que se había mantenido firme frente a las hordas persas, el que no tenía miedo de lanzar misiles contra Israel: ¿acaso no era un digno socio en la causa del Estado palestino? Tal vez un día los historiadores árabes se preguntarán si sus gobernantes deberían atender menos a los sentimientos y más a la razón cuando tienen que decidir el destino de su gente. Los políticos occidentales han sabido manejarse con toda soltura entre los dos extremos, promovieron fríamente sus designios imperiales con respecto al

derrumbamiento del imperio otomano, calcularon con toda crueldad el mejor momento para invadir Suez, fueron pragmáticos cuando decidieron liberar Kuwait, quedaron atrapados por la política y el sentimiento de culpa en su apoyo a Israel, actuaron alocadamente cuando invadieron Iraq. Arafat era un hombre de sentimiento. Representaba a un pueblo al que habían desposeído y ocupado durante más de cuatro décadas y al que, sin embargo, aún retrataban en los Estados Unidos —y en los medios de comunicación en general— como unos «terroristas» peligrosos y salvajes, como una «amenaza» para la nación que les había robado sus hogares y propiedades y, desde 1967, había ocupado todos los metros cuadrados de su territorio.

Aun así, el mayor error de Arafat, su apoyo a Sadam, le proporcionó su victoria más grande y huera. Aislado económicamente por los Estados árabes más ricos del Golfo, en especial el propio Kuwait, y ridiculizado por el mundo, Arafat compartió el destino del rey Husein de Jordania: ahora era lo bastante débil para ser aceptado como «socio de paz» por Israel. Al principio a los palestinos no se les permitió que se representaran a sí mismos. El «plan de paz» para Oriente Próximo de George Bush padre debía permitir que los palestinos asistieran a la conferencia de Madrid sobre Oriente Próximo sólo como parte de la delegación jordana, una delegación en la que, sin lugar a dudas, no invitaron a participar a Arafat. Pero en octubre de 1991, los árabes y los israelíes —éstos, bajo el mandato del primer ministro Isaac Shamir y con grandes reticencias— se reunieron en la capital española bajo los auspicios del «nuevo orden mundial» de Bush. Aunque parecía que nadie quería agarrar el toro por los cuernos.

Fue la mano derecha de George Bush padre, descendiendo en aquel gesto tan familiar y, en teoría, decisivo, lo que definió un momento crítico de la narración de la «paz» de Oriente Próximo. «Que lo solucionen ellos —adujo—... no estamos aquí para imponer un acuerdo». Menos de veinticuatro horas antes había entrado en el disparate dieciochesco del Palacio Real para la inauguración de la conferencia, ahí estaba el presidente estadounidense traspasando alegremente la responsabilidad del futuro de los pueblos que habitan lo que en el lenguaje Bush se había llamado en reiteradas ocasiones «esa esquina conflictiva del mundo».

Aquellos que deseaban repasar la historia, por supuesto, recordaban otro palacio y otra conferencia de paz en la que los vencedores se habían repartido el botín de los vencidos. El Palacio Real de Madrid no era Versalles, pero existían algunos paralelismos claros. Mijaíl Gorbachov, el «perdedor» de la Guerra Fría, era una figura sonriente y sumisa que se mostraba de acuerdo de forma recatada con todas las afirmaciones del presidente estadounidense. Era el futuro de los antiguos aliados árabes de Gorbachov lo que se iba a discutir en esa mansión de los Borbones.

Nadie podía discutir la diferencia de escala. A la conferencia de paz que se celebró en París en 1919 asistieron más de 10 000 delegados. Armenia, la más sangrienta de las víctimas, envió más de cuarenta delegaciones independientes. El rey Faisal incluso apoyó la causa sionista, y los sionistas querían una nación que se

adentrara hasta lo que ahora es el sur del Líbano. En Madrid, más de setenta años más tarde, había menos delegados y más público. Seis mil periodistas, entre prensa y televisión, llegaron a Madrid, la mayoría de los cuales no llegaría a ver en persona a los señores Bush, Gorbachov y a las lumbreras de Oriente Próximo. En su lugar, se sentaron en un auditorio que parecía un gallinero y vieron a los pacificadores por unas pantallas gigantes de televisión, el lúgubre equivalente del retrato final que William Orpen hizo de Lloyd George y Clemenceau en el salón de los espejos de Versalles.

Como mínimo, las naciones de Oriente Próximo estuvieron representadas en Madrid. Desde París, habían llevado a Faisal a visitar los campos de batalla de la guerra de 1914-1918 y luego fue traicionado bruscamente por los británicos y los franceses. Los sionistas tuvieron que esperar veintinueve años a que se cumpliera con la declaración Balfour. Pero cuando Woodrow Wilson estuvo en París se aferró a sus Catorce Puntos. Los diplomáticos estadounidenses que había en Madrid, sin embargo, señalaron la negativa de George Bush a comentar las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU, que pedían la retirada israelí de los territorios árabes ocupados y que, para los árabes, eran la piedra de tope de cualquier tratado de paz. No quiso hablar de «tierra por paz», ni tampoco el obediente Mijaíl Gorbachov. La persona que en 1990-1991 envió a medio millón de hombres para que se respetara una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU —que exigía que otro ejército de Oriente Próximo, el de Iraq, se retirara de otro territorio árabe ocupado, el de Kuwait— se sentía capaz de desechar la oscuridad de la historia. «No tengo la intención de regresar a años de diferencias», es lo que dijo Bush<sup>[6]</sup>. Para los estadounidenses, el presente era el futuro; para los árabes y los israelíes, el presente también era el pasado. Fueron ellos más que los estadounidenses los que recordaron que judíos y musulmanes habían vivido en el pasado juntos y en paz en España. El Palacio Real se erigió en el antiguo emplazamiento de un castillo que los árabes construyeron para proteger Toledo.

Como mínimo las delegaciones de Madrid estaban todas de acuerdo con respecto a Dios. El presidente Bush había buscado públicamente su ayuda al inicio de la conferencia. El primer ministro Shamir de Israel atribuyó al judaísmo la creencia en un solo dios. El ministro de Asuntos Exteriores de Jordania Abu Jaber recordó a los asistentes que Dios había «creado a la humanidad como tribus para que se conocieran unas a otras». Haidar Abdul Shafi de Palestina invocó a Dios el más misericordioso, el más compasivo. «Que Dios guíe nuestros pasos y nos inspire», rogó el ministro de Asuntos Exteriores Farez Buiez del Líbano. Dios fue casi la única personalidad que recibió el visto bueno al inicio de la conferencia de paz de Madrid.

El idioma inglés, en el que eligieron hablar la mayoría de los delegados, no mostró un gran estado de salud. Si los clichés pudieran conseguir la paz, en Oriente Próximo ya no habría disparos. La búsqueda de la paz fue «incesante» (Shamir), los «grilletes del odio» tenían que desaparecer (Abu Jaber), había «luz al final del túnel»

(Abdul Shafi), un «nuevo amanecer» (ministro de Asuntos Exteriores sirio Faruk al Sharaa) que surgiría de «una larga noche de oscuridad» (Abu Jaber de nuevo). Las citas casi fueron un alivio: el Corán y Albert Einstein, el profeta Isaías y Yasir Arafat, Mark Twain, el filósofo judío Yehuda Halevy y el poeta palestino Mahmud Darwish, todos fueron recitados con aprobación por los delegados apropiados. El creador de Huckleberry Finn fue reclutado por Shamir para demostrar que Palestina era un páramo antes de la existencia de Israel, la poesía de Darwish se empleó para explicar por qué una patria palestina ya no se podía representar con la maleta de un refugiado. Los ideales nobles se blandieron como cuchillos: «derechos humanos», «libertad», «justicia», «paz», «reconciliación», «la integridad de las naciones», «legitimidad internacional».

En ocasiones, parecía como si la paz la fueran a conseguir los diversos grados de sufrimiento en lugar de la legitimidad. Shamir recordó la expulsión de los judíos (pero no de los musulmanes) de España y el Holocausto judío. Los árabes reconocieron los pecados de la Alemania nazi pero preguntaron por qué tenían que pagar ellos por todo aquello. El éxodo palestino de 1948 y 1967 y el dolor de la ocupación obsesionó a Abdul Shafi. Buiez se encargó de recordar los dieciséis años de guerra civil del Líbano y las dos invasiones israelíes. También hubo una especie de equilibrio por omisión. Shamir quería saber por qué los árabes no habían hecho caso de la resolución 181 de la ONU que preveía la creación de un Estado llamado Israel<sup>[7]</sup>. Abu Jaber exigió la observancia de Israel de la resolución 242. Pero bajo el sustrato de retórica, apareció otro desequilibrio. Los árabes querían recuperar su tierra y luego querían la paz con Israel. Los israelíes querían la paz pero querían mantener parte de las tierras árabes. El hablar de territorio sería «la forma más rápida de alcanzar un punto muerto», dijo Shamir. Pero cuando Abdul Shafi hizo referencia al «sueño de expansión» de Israel, los dedos de la mano izquierda de Shamir empezaron a tamborilear en la mesa.

El 1 de noviembre de 1991 se convirtió en el día de furia de Madrid. A los mulás de Teherán, que esa misma semana habían organizado su propio «día de furia» en contra de las conversaciones de Oriente Próximo de Madrid, debió de encantarles. Sadam Husein debió de estar tentado de descorchar una Magnum ya que dentro de la sala de banquetes del Palacio Real, el último día de la primera sesión de la conferencia de paz fue poco más que una vergüenza. De no haber estado allí, nunca habría entendido la naturaleza de la ponzoña que mostraron árabes e israelíes, unos contra otros. No fueron tanto las acusaciones mutuas de «terrorismo» lo que creó un espectáculo tan vergonzoso. No fue la increíble decisión del primer ministro israelí de marcharse pisando fuerte tras hacer el primer discurso porque, según declaró, quería estar de vuelta en Israel para el Sabbath. Ni tan siquiera fue la decisión del ministro de Asuntos Exteriores sirio de blandir un viejo cartel del protectorado británico en el que aparecía un joven «terrorista» judío llamado Isaac Shamir. Fue porque los árabes y los israelíes usaron la conferencia de paz para hablar sobre guerra.

Shamir acusó a los sirios de secuestrar un avión, de asesinar a civiles y de someter a su comunidad judía a una vida de «terror perpetuo». Los palestinos, dijo, tenían un jefe «que colaboró con los nazis para lograr la exterminación de los judíos durante el Holocausto» —incluso parecía que hach Amin al Huseini tenía un lugar en la mesa de la conferencia de Madrid— mientras que Faruk al Sharaa, el ministro de Asuntos Exteriores sirio, acusó a Shamir de mentir y a Israel de secuestrar y derribar aviones civiles. Luego apareció el viejo póster del «terrorista» Shamir. «Tiene treinta y dos años —dijo Al Sharaa, citando del cartel británico de SE BUSCA—. Mide 1,65 metros...» Árabes e israelíes permanecieron sentados paralizados, mientras el sudor se condensaba en sus rostros bajo los focos de la televisión. Esa fijación con la historia asesina de Oriente Próximo tenía algo cautivador. «1,65 metros», seguía pensando uno. De forma que Shamir medía más de cinco pies cuando tenía treinta y dos años. No 1,64 metros, no. Al Sharaa quería ser preciso.

El secretario de Estado estadounidense James Baker sugirió que tan sólo estaban actuando para las cámaras. Pero no era así. Al mirar las caras que había en la mesa en forma de «T» —hurañas, atentas, desconfiadas, con imágenes ocasionales de ira reprimida— quedaba claro que se odiaban de verdad unos a otros. Si los delegados hubieran tenido armas automáticas a mano, habría habido muchas carreras para llegar a la puerta. Alrededor de las paredes de la sala de banquetes, unos bustos arrogantes de los grandes cesares observaban con inexorabilidad marmórea este lamentable fracaso de espíritu. Shamir ya se había ido, por supuesto. A un judío se le permite no respetar el Sabbath si hay vidas humanas en juego, pero él eligió marcharse de la conferencia —las negociaciones que podían salvar infinidad de vidas— sin escuchar a los demás delegados. Por muy sinceros que fueran sus motivos, fue como si Shamir se hubiera disculpado por tener hora en el dentista. «El viernes es un día sagrado para nosotros —le recordó con dignidad Abdul Shafi a los israelíes—. Pero nosotros hemos decidido quedarnos en esta conferencia en lugar de asistir a nuestros ritos religiosos».

Las críticas de Siria a Israel, había dicho Shamir antes, «han extendido la incredulidad hasta unos límites infinitos». ¿Cómo se atrevía Al Shaara a condenar el historial de derechos humanos de Israel, cuando Siria era «uno de los regímenes más opresivos del mundo»? «Mentiras», respondió Al Shaara. Las acusaciones de Israel eran «absolutamente falsas». Los israelíes habían asesinado al primer negociador de la ONU que llegó a la región, dijo. Tal vez, en el futuro, empecé a preguntarme, todos los periodistas tendríamos que acudir a las conferencias de paz con un «dossier informativo». Sí, nos informará de que no todos los judíos de Siria pudieron abandonar el país —y que los regímenes anteriores los maltrataron— pero que hoy en día sí pueden practicar su religión. Sí, los israelíes derribaron un avión civil después de que entrara en el espacio aéreo israelí. Sí, los israelíes obligaron a un avión civil que transportaba funcionarios del gobierno sirio a que aterrizara en Tel Aviv. Sí, Siria tiene un historial atroz de derechos humanos. Sí, Shamir y sus amigos de los grupos

Stern e Irgun asesinaron a civiles. Sí, un escuadrón de la muerte judío asesinó al conde Folke Bernadotte en 1948. Sí, hach Amin al Huseini instó a Hitler y Himmler a que impidieran la emigración judía a Palestina con lo que, a buen seguro, condenó a miles de judíos europeos.

Se suponía que debía ser una conferencia de paz, un lugar de acuerdo, no un juicio por asesinato. Abdul Shafi salió algo airoso ya que defendió el fin de los asentamientos judíos, aceptó las necesidades de seguridad de Israel, insistió en que «es la solución lo que trae la paz, no al revés». El ministro de Asuntos Exteriores egipcio Amr Mussa suplicó a los delegados que evitaran «los discursos vehementes» y condenó los «sueños enfervorizados de expansión» de Shamir. Aun así fue un asunto muy lamentable, y la respuesta a él fue de lo más inadecuada.

Oficialmente, la conferencia de paz de Madrid era una reunión bajo los auspicios de los Estados Unidos, la Unión Soviética —de ahí la presencia de Gorbachov— y las Naciones Unidas. Pero en el auditorio que había junto al palacio, no había ninguna duda sobre quién dirigía aquel espectáculo. Los estadounidenses tenían una serie de despachos en los que trabajaban cientos de funcionarios del Departamento de Estado. Las Naciones Unidas tenían dos despachos, un puñado de burócratas y un fax. Los soviéticos tenían un despacho, tres funcionarios y ningún fax. Más tarde Shamir admitió que su única intención en Madrid fue causar más embrollos. El trabajo de verdad —las verdaderas propuestas de paz—, las hicieron los árabes en los hoteles de lujo en los que los habían alojado por todo Madrid.

Siria, por ejemplo, había elaborado un plan de once puntos para Oriente Próximo que exigía una retirada israelí total y completa de todos los territorios árabes ocupados, pero que también aceptaba una zona desmilitarizada a ambos lados de la frontera entre Siria e Israel y la existencia continuada de un número no especificado de colonos judíos bajo soberanía árabe en una Cisjordania palestina «liberada<sup>[\*]</sup>». En otras palabras, Siria, que perdió los Altos del Golán en 1967 y siempre era retratado como el más intransigente de los Estados árabes «en confrontación», estaba dispuesto, incluso en esta etapa tan temprana, a contemplar la existencia de algunos asentamientos judíos en territorio árabe. El plan, que representaba las máximas exigencias de Siria, seguía una carta confidencial del secretario de Estado Baker al presidente Hafez Assad en la que le aseguraba, según los sirios, que los Estados Unidos se negaban a aceptar la anexión israelí del Golán, la de Jerusalén este ni la legalidad de los asentamientos israelíes de Cisjordania.

Las propuestas sirias, que no toleraban el más mínimo incumplimiento de las resoluciones 242, 338 y 425 <sup>[8]</sup> del Consejo de Seguridad de la ONU, se redactaron después de que Baker visitara Damasco para hablar con Assad. El presidente sirio le dijo a Baker que las resoluciones de la ONU no eran «un tema a discutir», que se tenían que poner en práctica con todo el rigor, y añadió que «si hubiera permitido que Iraq discutiera la puesta en práctica de las resoluciones de la ONU, el ejército iraquí aún estaría ocupando Kuwait». El enfoque radical de Assad sobre el repliegue israelí

también estaba influido por la «carta de reafirmación» que los Estados Unidos le enviaron al gobierno libanés en la que, de nuevo, según los sirios, podría permitir que Israel llevara a cabo su retirada del Líbano, que afirmara que había dado «tierra por paz», y luego negarse a devolver el Golán, Cisjordania y Gaza. Si se rechazaba alguna de las resoluciones de la ONU, le dijo Assad a su delegación, consideraría la conferencia de Madrid como «nula».

A pesar de que no sugería que todos los asentamientos judíos podrían permanecer en Cisjordania, Siria estaba dispuesta a considerar la posibilidad de tener en su territorio residentes judíos que podrían tener libertad de paso a y desde Israel, pero a quien no se les permitiría hacer ondear la bandera israelí en sus asentamientos y que tendrían que aceptar la soberanía árabe. «Si los israelíes se niegan a aceptar esto — me dijo Al Sharaa en privado—, entonces podríamos exigir banderas árabes y la soberanía de los pueblos árabe-israelíes situados en Israel». Pero los sirios también podían ser intransigentes. No pensaban aceptar lo que los estadounidenses calificaban de «medidas para fomentar la confianza» —la presencia de observadores militares, el fin de las campañas de propaganda— antes del inicio del repliegue israelí del territorio árabe ocupado. Tampoco pensaban poner fin al boicot árabe a Israel, ni alcanzar ningún acuerdo respecto al agua hasta que los israelíes hubieran «llevado a cabo una retirada completa de los territorios ocupados».

En sus discusiones privadas con los estadounidenses, los sirios también habían insistido en que negociarían la cuestión palestina así como la del Golán para impedir que los israelíes explotaran lo que Damasco temía que era el equipo árabe más débil de la conferencia, la delegación conjunta de Jordania y Palestina. El derecho palestino a la «autodeterminación» —aquella expresión de suma importancia que implicaba la futura categoría de Estado— debía estar «en asociación» con Jordania, más que «dentro de Jordania». Los sirios dijeron que Baker, en una carta privada a Assad, también se negaba a reconocer la expansión israelí del área administrativa de Jerusalén. Todos los asentamientos judíos construidos alrededor de Jerusalén este desde 1967, que los israelíes afirmaban entonces que formaban parte de la ciudad (y, por lo tanto, parte de Israel), serían considerados como parte de Cisjordania, donde los Estados Unidos consideraban los asentamientos como ilegales. Jerusalén este en sí debía regresar a la soberanía árabe, pero los sirios se mostrarían dispuestos a estudiar «procedimientos administrativos» que permitirían que todas las religiones — incluidos, por supuesto, los judíos israelíes— tuvieran acceso a la Ciudad Santa. Siria creía que el sesenta por ciento de los recursos hídricos de Israel provenían de Cisjordania, el Golán y el sur del Líbano, motivo por el que Assad quería que los israelíes negociaran con los árabes de igual a igual sólo después de un acuerdo militar, cuando Israel ya no sería capaz de formular exigencias inaceptables.

Tras los palestinos de la delegación conjunta con los jordanos, no resultaba muy difícil, por supuesto, ver la autoridad de Yasir Arafat. A pesar de que lo habían vetado en Madrid —de hecho, los israelíes no hacían más que buscar cualquier prueba de

que los terroristas de la OLP estaban influyendo a Abdul Shafi o al más urbano de los académicos, Hanan Ashrawi—, Arafat se había reunido con Assad antes de las conversaciones y le había dicho que había que cumplir a raja tabla con las resoluciones de la ONU, algo que él mismo no respetó al cabo de dos años. Un funcionario palestino afirmó que Assad le había dicho a Arafat que «nos atrincheraremos tras la legitimidad internacional porque nuestras exigencias son consecuentes con la legitimidad internacional».

La derrota electoral del presidente Bush en 1992 hizo que las conversaciones de Oriente Próximo perdieran impulso. A pesar de que eran uno de los pocos éxitos en política exterior del gobierno Bush, los comentados iniciales del presidente Clinton no llamaban al optimismo. La única promesa que hizo en su primera conferencia de prensa fue un comentario casi de improviso según el cual «mantendría el proceso de paz de Oriente Próximo encarrilado» y haría «lo que pueda para asegurar que haya una continuidad». La expresión «proceso de paz» ya era un cliché, y en los años posteriores, tuvieron que «encarrilar» la paz, como un vagón de tren chirriante que no hacía más que descarrilar. Esto supuso unos beneficios exiguos para los israelíes, los palestinos, los jordanos, los sirios y los libaneses, que ahora malgastaban el tiempo en sus suites de los hoteles de Washington. La segunda semana de noviembre de 1992, sus reuniones en el Departamento de Estado habían estado dominadas por un episodio absurdo de las conversaciones multilaterales de Ottawa, en el momento en que los israelíes acordaron reemprender las negociaciones sólo cuando les dijeron que uno de los delegados palestinos —a cuya presencia se oponían ya que había sido miembro de la OLP— cumplía con los requisitos para participar porque su pertenencia al Consejo Nacional Palestino había «caducado».

En Washington me encontré al delegado jefe sirio, Muaffaq Alaf, abatido porque Clinton no parecía comprender los asuntos que se trataban en las conversaciones, a pesar de que el nuevo presidente no iba a cumplir con su promesa electoral de trasladar la embajada estadounidense de Tel Aviv a Jerusalén. «Como mínimo el gobierno Bush estuvo involucrado en esto durante cuatro años y el proceso de paz estaba vinculado a los esfuerzos personales del señor Bush y el señor Baker —se quejó Alaf—. Pero cualquier presidente, aunque venga con ideas preconcebidas que no estén basadas en una información imparcial y justa, tardará muy poco en saber más sobre los hechos de la situación, en vista de los intereses estadounidenses».

Más que nunca, los delegados árabes ahora tenían miedo de que la gran cantidad de tiempo que les estaba costando alcanzar un acuerdo les perjudicara en casa. En privado, los palestinos admitían que la oposición a su participación en las conversaciones era cada día más violenta en Cisjordania y Gaza. A los sirios les preocupaba mucho el efecto que pudiera tener cualquier fracaso aparente de las conversaciones en el sentimiento fundamentalista musulmán sirio. El nivel de detalle con el negociaban era ahora insoportable. El delegado palestino Saeb Erekat, por ejemplo, tardó meses en convencer a la delegación israelí de que dejara de referirse a

la Cisjordania ocupada con el nombre bíblico de «Judea y Samaria» —unos nombres que eliminaban la palabra «Palestina» del discurso israelí— y lo consiguió cuando Danny Rothschild, un delegado israelí, se inclinó hacia Erekat sobre la mesa del Departamento de Estado y le dijo que los llamaría «territorios» si los palestinos dejaban de calificarlos como «ocupados». Se alcanzó otro acuerdo: los palestinos sólo se referirían a los «territorios palestinos ocupados» con su acrónimo «TPO».

El hecho de que se tardara todo un año de negociaciones para alcanzar tan sólo este nivel de toma y daca verbal era un comentario poco halagüeño sobre las conversaciones. Los palestinos querían hablar sobre tierra; los israelíes querían hablar sobre «transferencia de funciones». Los palestinos querían hablar sobre «autonomía de transición»; los israelíes querían hablar sobre «autonomía provisional». Los palestinos querían hablar sobre un país llamado Palestina; los israelíes no querían ni oír hablar de ello. Jerusalén fue un tema innombrable durante estas «conversaciones provisionales», y sólo quedó abierto al debate durante las etapas finales de las conversaciones.

El problema de los palestinos fue que los israelíes querían hablar sobre «doble territorialidad» y jurisdicciones superpuestas. Los israelíes no querían permitir que los colonos judíos estuvieran gobernados por los árabes en una «Palestina» autónoma. Tampoco tenían intención de aceptar la separación de Jerusalén este de Israel. A pesar de que en 1992 los taxistas israelíes ya no cruzaban la ciudad de noche, Jerusalén tenía que seguir siendo la «capital permanente y unificada de Israel». Los israelíes se habían presentado con «zonas árabes», «zonas de seguridad», «zonas de colonos» y un área donde se suponía que tanto palestinos como israelíes debían «cooperar». Un portavoz israelí de Washington dijo que su gobierno se daba cuenta de que existían tierras de propiedad árabe en esas áreas y que estaba dispuesto a reconocer su propiedad, en el caso de que quedara probado por escrituras de propiedad y terreno. Sin embargo dijo que gran parte de la tierra estaba «en disputa». «¿Qué ley se supone que debe prevalecer? ¿La ley israelí? ¿La ley jordana anterior a la guerra de 1967? ¿La ley del protectorado británico? ¿La ley otomana?»

Los palestinos no querían aceptar aquello. Un Erekat enfurecido, que aún esperaba que se reiniciaran las conversaciones en Washington, a duras penas pudo controlar su ira cuando lo llamé. «Estamos dispuestos a dar garantías de seguridad. Pero han sido los israelíes los que han creado este problema. Han sido los israelíes quienes han construido los asentamientos. Han sido ellos los que han creado lo que llaman “zonas de seguridad” en nuestra tierra. Desde 1967, sólo los israelíes tienen acceso a las escrituras y las leyes en territorio cisjordano. ¿Por qué deberíamos aceptar toda esta superposición de funciones? Deberían darnos más poder, y no menos. Así tendríamos la autoridad para gobernar a nuestro pueblo y dar las garantías de seguridad que los israelíes dicen que necesitan».

Como era de esperar, los delegados palestinos de Washington desempeñaban el papel del pueblo conquistado incapaz de realizar concesiones sustanciales, ya que su

territorio estaba ocupado, a pesar de que les exigían que igualaran las concesiones de sus invasores mediante la reducción de sus exigencias de autonomía. «Cuando entro en esa sala del Departamento de Estado y veo a Rothschild, el hombre al que llaman “coordinador de territorios” —dijo uno de los funcionarios palestinos—, me siento como si estuviera sentado frente a mi propio carcelero». ¿Y la respuesta israelí? «Estas conversaciones no son un juicio —me espetó uno de los delegados, hecho una furia—. Esto no es un juicio en el que estemos discutiendo quién le hizo qué a quién. La historia ha creado este problema».

Los árabes, escribí en una crónica desde Washington en noviembre de 1992, tenían miedo de que Israel lograra minar su fuerza mediante la firma de acuerdos individuales con distintos estados árabes, tal y como hizo con Egipto en 1979. «Por lo tanto Siria tiene miedo de que Jordania llegue a un acuerdo por separado con Israel y Arafat ha dicho que teme que Siria pueda hacer lo mismo... Jordania ya ha redactado el borrador de un calendario para la negociaciones finales de paz con Israel, y ambos países ya han alcanzado acuerdos sobre seguridad... y sobre la resolución del conflicto de dos porciones de territorio jordano...»<sup>[\*]</sup>.

Al cabo de pocos meses, se desveló que «firmar un acuerdo» es justamente lo que estaba haciendo Israel, pero con los palestinos en lugar de los sirios y los jordanos. Los delegados palestinos de las conversaciones de Washington se quedaron sorprendidos cuando descubrieron que Arafat había abierto sus propios canales secretos con los israelíes a sus espaldas, y que incluso estaba negociando un plan de paz por separado pero fatalmente similar. Todo lo que los árabes habían conseguido —o aquello en lo que habían trabajado para conseguir en Washington— se esfumó de la noche a la mañana. Pero los problemas que los habían enfrentado, los detalles a los que habían tenido que hacer frente durante todos esos largos meses desde la funesta conferencia de Madrid, aparecían ahora en el acuerdo de Oslo de 1993, plagado de errores y condenado de antemano. Arafat y sus funcionarios sin apenas preparación —entre los que no había ni un abogado— intentaban desmontar los argumentos que esgrimían los negociadores israelíes, mucho mejor educados y más hábiles, atraídos por la quimera de un Estado palestino y una capital en Jerusalén que jamás de los jamases les concederían.

No resultaba muy difícil de entender por qué tanto los israelíes como Arafat vieron una causa común en ese acuerdo secreto. La ocupación de Israel era cada vez más brutal y la fuerza creciente de las milicias religiosas palestinas, sobre todo de Hamás, asustaba a los israelíes y a la autoridad palestina. Durante años, los israelíes habían alentado a Hamás en la construcción de mezquitas y servicios sociales para hacer frente a su rival de la OLP «terrorista» y al liderazgo del «superterrorista» exiliado Arafat. Del mismo modo que los Estados Unidos ayudaron a crear a Osama bin Laden y a Sadam Husein, Israel alimentó a Hamás y a su clase dirigente formada por imames y guerreros farisaicos que ahora exigían Palestina —toda Palestina— para los palestinos. Al final, lo que salvó a Arafat de la oscuridad fue el poder que

estos rivales islámicos ostentaban entre los palestinos, y la sangría que estaban llevando a cabo con Israel en los territorios ocupados. Sin la oposición de Hamás y la Yihad Islámica, los israelíes no habrían tenido ningún deseo de retirarse. Sin su existencia —sin aquellas exigencias panislámicas intransigentes que sobrepasaron con mucho las de Arafat—, los israelíes habrían tenido poco interés en reconocer a la OLP o en devolver una pizca de Palestina a Arafat.

Gaza. 20 de abril de 1993. Los israelíes no quieren dejar pasar las ambulancias. Se ha impedido el paso a la ONU. Mientras las columnas de humo se alzan en la zona de Tofah, en la ciudad de Gaza, los israelíes incluso les han dicho a los bomberos que se vayan. Podíamos oír las explosiones todo el día, salpicadas por fuego de fusiles y el martilleo de un helicóptero que daba vueltas a los suburbios. Los israelíes están ocupados perdiendo su guerra en Gaza. Los palestinos, por supuesto, no tenían esa sensación. Para Abdul Rahman al Shebaki, que gime frente al aparato de rayos X del hospital Al Ahli con un fragmento de una bala de alta velocidad israelí alojada a siete centímetros del corazón, los israelíes estaban haciendo lo que les daba la gana en Tofah. «Salí a la calle durante el toque de queda, estaba muy cerca de los soldados, y creía que me dejarían volver a casa», me dijo Al Shebaki, mientras el doctor Salah Saf le aplicaba un vendaje en la zona bajo el corazón.

Las enfermeras le hicieron una serie de radiografías que mostraban una mancha blanca que no presagiaba nada bueno y que perforaba el diafragma de Al Shebaki, una imagen sostenida frente a la luz ante su familia y amigos, furiosos y que no paraban de murmurar. Este palestino de 21 años había visto al soldado que le pegó un tiro que le atravesó el pecho. Incluso antes de que sacaran a Al Shebaki de Tofah, la ira de los palestinos ya era palpable. «¿Qué hace usted aquí?», me preguntó un palestino barbudo mientras me encogía en una farmacia, intentando huir de un comandante israelí que quería detenerme y que ya había blandido un documento de prohibición de «zona militar cerrada» en mi cara y me había ordenado que saliera de la calle Salahedin. «Necesitamos ayuda —gritó el palestino—. Usted sólo ha venido aquí para vernos dar saltos». Ya habíamos visto cómo sacaban a los primeros prisioneros de Tofah, con la cabeza inclinada en la parte trasera de un todoterreno israelí. Los israelíes no decían por qué asaltaban Tofah, pero no había nadie en la ciudad de Gaza que dudara de que estaban buscando a los asesinos palestinos que habían matado a cuchillazos y hachazos a Ilan Feinberg dos días antes, mientras se encontraba en las oficinas de la Agencia Europea para la Cooperación y Desarrollo. Las así llamadas «Águilas Rojas» —¿cuántas veces tenemos que usar la expresión «así llamadas» en las guerras autogeneradas de Oriente Próximo?— del «Frente Popular por el Frente de Liberación» habían reivindicado la autoría del asesinato del abogado israelí, a buen seguro con la intención de provocar a los israelíes con el fin de que llevaran a cabo el tipo de operación militar que aumentaría aún más el

resentimiento de miles de palestinos. Si ésa era su intención, lo consiguieron.

¿Qué se obtenía con todo eso? Esta misma pregunta se la formulé al comandante israelí mientras nos encontrábamos en la calle Salahedin, y unos chicos palestinos se preparaban para prender fuego a los primeros neumáticos del día a apenas cien metros. ¿No era Gaza un caso perdido, le pregunté, una guerra que Israel ya había perdido? «¿Qué sugiere que hagamos? —me preguntó el oficial desanimado—. ¿Qué podemos hacer?» Bueno, ¿y si se van de Gaza? «Es una cuestión política». Tenía razón. Daba igual cuántos suburbios arrasaran en venganza por el asesinato de Feinberg, daba igual a cuántos palestinos detuvieran, daba igual a cuántas ambulancias hicieran esperar fuera de las «zonas militares» en toque de queda, los israelíes habían perdido la guerra de Gaza. Las paredes estaban cubiertas de pintadas de odio, de exigencias de ejecuciones de «colaboradores», de amenazas de fuego y sangre de las guerrillas de Al Fatah de la OLP y Hamás. En cuanto los israelíes se iban de una calle, ésta volvía a quedar bajo control palestino.

Al día siguiente, averiguamos lo que había ocurrido de verdad en la calle Salahedin, lo que aquel comandante quiso ocultarnos. Los israelíes habían encontrado a un miembro armado de Hamás en Tofah, un hombre llamado Zakaria Sharbayi, que pertenecía a la «Brigada Qassem» de Hamás, y lo habían matado con un arma ligera antiblindaje. Los palestinos huyeron rápidamente con la cabeza y los israelíes se quedaron con el cuerpo que, por supuesto, le creó problemas a la viuda de Sharbayi y a sus familiares del campamento de refugiados de Jabaliya. En la barraca de cemento medio derruida donde lo habían matado todavía quedaban rastros de sangre, junto con unas páginas del Corán que, increíblemente, no habían resultado dañadas y que sus simpatizantes afirmaban de manera poco convincente que le habían caído del bolsillo en el momento de la muerte. «Recogieron los huesos de la cabeza y trozos de cerebro y se los llevaron —observó un visitante de aquel sepulcro recién creado—. Pero los israelíes ya se habían llevado el cuerpo».

Nadie negaba que el «mártir» de treinta años, su hijo tenía sólo seis meses, era miembro de Hamás. Durante tres meses, eso dijeron en Tofah, se había dedicado a huir de los israelíes, escondido en Jabaliya y luego en Tofah. Por ese motivo, y debido a su tendencia a aplicar una pequeña muestra de justicia colectiva, los israelíes arrasaron las calles colindantes e hicieron estallar un mínimo de diecisiete casas palestinas, que albergaban tal vez a doscientas personas, en el espacio de sólo doce horas. Aquéllas eran las explosiones que yo había oído desde la calle Salahedin. Los escombros del último escondite de Sharbayi fueron el escenario de gritos y muestras de furia de casi mil palestinos que se reunieron para ver las paredes y los techos derruidos, los muebles arrasados por el fuego, los colchones y la ropa hecha trizas, las neveras, las lavadoras y los televisores destrozados que los israelíes dejaron tras de sí. ¿Dónde, se preguntaba uno, acababa el castigo y empezaba el vandalismo?

No era una cuestión que los padres de Sharbayi fueran probablemente a debatir. A pesar de que no habían podido recuperar ninguna parte del cuerpo de su hijo, optaron

por llorar su muerte en la casa del campamento de Jabaliya, una decisión ante la que los israelíes reaccionaron a su propio modo. Jabaliya quedó bajo toque de queda. Jabaliya iba a convertirse —y hacía tiempo que la expresión formaba parte del léxico de Gaza— en un «área militar cerrada».

Esta expresión debería ser estudiada con gran cuidado ya que en Gaza existía un «toque de queda» —o se instauraba— cuando un oficial israelí sacaba un trozo de papel y garabateaba un nombre, una fecha y una hora en él. Me ocurrió mientras intentaba ir a ver a los padres de Sharbayi. Una patrulla de la policía de frontera israelí paró mi coche con aquella orden imperecedera: «Nada de fotografías». ¿Dónde, le pregunté, estaba esa ley que nos impedía sacar fotografías en Gaza? Rápido como un flash, sacó una hoja impresa del bolsillo del uniforme verde de policía, un árabe israelí con gafas de sol que escribió las palabras «Jabaliya», «21 de abril» y «0600 horas» bajo el título de «área militar cerrada». ¿Nos gustaría sacarle una foto mientras firmaba el papel? Por supuesto. Kafka jamás había escrito algo así.

Toda esta payasada tuvo poco efecto en las calles de la ciudad de Gaza. En cuanto lanzaron las primeras piedras a los israelíes desde detrás de las columnas de humo que producían los neumáticos ardiendo, llegaron los primeros heridos, gritando de dolor, al hospital Al Ahli. Llegó un hombre con una bala recubierta de plástico en el muslo y otro con una herida de bala en el tobillo, que le sangraba. Los médicos administraron anestésicos locales, sondaron las heridas de las víctimas y sacaron las balas una a una, que tintinearón al caer en la bandeja metálica del quirófano.

Antes de que oscureciera esa noche, unos hombres uniformados y encapuchados —dos de ellos con hachas— aparecieron en el funeral sin cadáver de Zakaria Sharbayi, que se celebraba en un erial de arena en el mismo centro de la ciudad de Gaza. Me llevaron a una calle miserable donde había un bloque de cemento sobre un cuadrado de arena recién allanada de unos diez centímetros por diez centímetros, junto al muro de una casa. «Aquí hemos enterrado el cerebro de nuestro mártir —me confesó con solemnidad un miembro de Hamás barbudo y luego señaló a un árbol—. Ahí hemos enterrado parte de su mandíbula. —Hizo una pausa—. ¿Quiere que los desenterremos para enseñárselos?»

Los tiroteos continuaron durante tres días en la ciudad de Gaza, las víctimas palestinas —hombres armados, gente que lanzaba piedras, niños, transeúntes— fueron abatidas a tiros como si los tiroteos fueran tormentas, algo de lo que uno podría protegerse en el interior de un edificio si quería, algo que ya no era espantoso, irreal ni tan siquiera anormal. En el caos y la histeria del hospital Shifa, era imposible preguntarle a los médicos, con sus batas manchadas de sangre y abrumados por el alboroto de gritos y chillidos, sobre la identidad de cada víctima. Aquel 24 de abril de toque de queda habían llegado 27 palestinos con heridas de arma de fuego al hospital, otros 13 al hospital de Rafah y otros 25 a la clínica Al Ahli, un total de 65 heridos por los israelíes en apenas tres horas. Había rastros de sangre en la entrada del hospital Shifa. La mayoría de los heridos se habían estado manifestando contra la destrucción

de casas en el barrio de Tofah.

Cuando llegué al hospital poco después de las seis de la tarde, los familiares consternados ya estaban gritando y llorando en la entrada. En las camas había hombres jóvenes y niños, con las piernas y el pecho cubiertos de sangre, mientras otro hombre, con la ropa desgarrada y el pecho teñido de sangre, jadeaba sobre una mesa. Tenía la marca de un agujero de bala en la mandíbula. En un monitor que había sobre su cama, una línea verde marcaba el índice de una sesión de bolsa alocada. Arriba, abajo, funciones vitales afectadas. «La bala le ha entrado en el cerebro, está muy grave», gritó una enfermera mientras los médicos le metían un tubo por la garganta y le clavaban una aguja en el brazo. Le metieron los dedos en la boca para intentar evitar que se tragara su propia lengua. Pero murió ante nosotros, con los ojos cerrados con fuerza, la cabeza ladeada a la derecha, los médicos atónitos por su fracaso para mantenerlo con vida. En la pantalla su latido era ahora una línea verde fina. Al cabo de menos de un minuto, los familiares masculinos —todos con barba y gritando cantos religiosos— metieron su cuerpo envuelto en sábanas en la parte trasera de un viejo Peugeot. La multitud que había frente al hospital vio marchar el coche y gritó a coro: «Matad a los judíos». Esta era la Palestina que se suponía que Arafat iba a heredar.

El acuerdo de Oslo, tramado en secreto, que estaba lleno de sueños sin garantías, que contenía falsas promesas sobre la categoría de Estado de Palestina, sobre Jerusalén y sobre el fin de la ocupación israelí y la construcción de asentamientos judíos, fue recibido por los estadistas de todo el mundo —y por la mayoría de periodistas— como algo parecido al segundo advenimiento. El «apretón de manos en los jardines de la Casa Blanca» que se dieron Isaac Rabin y Yasir Arafat el 13 de septiembre de 1993 se convirtió en una especie de ideología. No había lugar para las críticas. Ya bastaba de sangre y lágrimas. El lobo morará con el cordero —sólo que no nos dijeron quién era el lobo y quién el cordero— y convertirán sus espadas en arados. Nadie se percató de que de los tres hombres del jardín de la Casa Blanca, fue el presidente Clinton quien citó el Corán. Nadie, en realidad, preguntó cómo era posible que un puñado de políticos noruegos —algunos de los cuales tenían poca experiencia práctica sobre Oriente Próximo— podían haber ayudado a llevar a cabo este supuesto milagro. La «paz», en resumen, podía vender tantos periódicos como la guerra. Y cualquiera de nosotros que se atreviera a sugerir que Oslo era una tragedia para los palestinos —y, a fin de cuentas, para los israelíes— era acusado de ser antipaz o «proterrorista».

Bajo un acuerdo de «estatuto provisional», Arafat y sus compinches de la OLP podrían crear una «Autoridad Palestina» en Gaza y Jericó y más adelante, sujetos a una agenda muy larga e intrincada de retirada del ejército israelí, en las otras ciudades más importantes de Cisjordania. Pero sólo un acuerdo de «estatuto permanente»

cinco años más tarde resolvería el futuro de Jerusalén, de los asentamientos judíos y el «derecho de regreso» de como mínimo tres millones, tal vez cinco, de refugiados palestinos. En otras palabras, no quedaba más remedio que fiarse de Arafat y de sus aspiraciones a conseguir la categoría de Estado para Palestina, algo en lo que llegó a creer todo el mundo. Los israelíes y los palestinos tenían que casarse antes de demostrar su fidelidad y tenían que aceptar la palabra de un suegro —Bill Clinton, que, de modo inevitable, como presidente estadounidense sería considerado el protector de los intereses de Israel— de que el matrimonio iba a funcionar.

Antes del apretón de manos, Arafat había ido a visitar al presidente Mubarak de Egipto y yo fui a Alejandría para ver al viejo hombre de la montaña, el presidente de la OLP que en una ocasión había hablado de estar a ochenta mil kilómetros de Palestina, pero que ahora creía que «volvía a casa». De pie junto a Mubarak en Alejandría, daba de verdad mucha pena. Su torso, en otros tiempos ancho y abultado, se había encogido hasta alcanzar las proporciones de alguien que parecía sufrir inanición, mientras que ese ceño fruncido por el orgullo y la ira con el que acostumbraba a dirigirse al público se había transformado en una sonrisa constante, casi atontada. «Los dedos de Egipto están en muchas páginas de este plan», dijo de la propuesta que le daría a él y a su desacreditada OLP dos pequeñas Palestinas en mitad de la ocupación israelí. La palabra «dedos» hacía que el plan sonara como un crimen —algo que muchos palestinos sospechaban que era, aunque sus voces pocas veces se oían en los Estados Unidos o Europa— pero Arafat no hacía caso de esto. Intentaba ser amable con Mubarak. De hecho, intentaba ser amable con todo el mundo. Ahora debía aceptar, formalmente y en papel, la partición de Palestina que él siempre había rechazado y estrecharle la mano, tal y como señaló el periodista de Oriente Próximo David Hirst de forma acertada, «con el primer ministro del Estado judío cuya eliminación de la faz de la tierra él mismo había convertido en su misión sagrada, en el pasado<sup>[\*]</sup>».

Una década antes, en el Líbano, Arafat y yo habíamos hablado sobre una Palestina partida. «Nos mantendremos unidos y tendremos nuestro Estado», dijo, aunque entonces no admitió que renunciaría al 78 por ciento de la Palestina del protectorado en favor de los israelíes. Le recordé que Michael Collins, que luchó de forma muy sangrienta por la independencia irlandesa de Gran Bretaña, se vio obligado a aceptar sólo veintiséis de los treinta y dos condados de Irlanda y a someterse a su antiguo señor colonial mediante un juramento de lealtad. ¿Sabía, le pregunté, que los irlandeses que lucharon por la independencia se dividieron debido a ese acuerdo? «Yo me estableceré en cualquier esquina de mi tierra», repitió Arafat, pero luego preguntó qué le ocurrió a Collins. Le dije que fue asesinado por los mismos irlandeses con los que había luchado contra los británicos. Collins fue un hombre muchísimo más honesto que Arafat, pero el jefe palestino escuchó en silencio. Y se le heló el semblante cuando le dije que el ejército británico, cuando ya se preparaba para abandonar Dublín, les proporcionó los cañones de campaña a los

hombres de Collins para que acabaran con sus antiguos camaradas. ¿Qué ocurriría, le pregunté a Arafat, si al final resultaba que los estadounidenses o los israelíes tenían que suministrarle los cañones para acabar con aquellos de sus colegas que rechazaran un asentamiento? «¡Jamás! —gritó Arafat—. ¡Jamás!»

La situación de aprieto en la que se encontraba parecía interminable, aunque era como si el propio Arafat no se diera cuenta de ello. Tal vez fue su vanidad lo que lo condujo a esta trampa. O su edad avanzada. Con sesenta y cuatro años, Arafat y los hombres de mediana edad que lo rodeaban —unos compinches con problemas de sobrepeso y canosos que habían engordado en Beirut— estaban alcanzando un punto en el que tal vez no llegarían a ver nunca Palestina, y menos aún a gobernarla, en el que la mitología que habían injertado en sus vidas quizá no llegaría a ser nunca real, en el que la historia de su lucha por la supervivencia y el reconocimiento no llegaría a su fin. Después de pasar toda la vida en el exilio, habían esperado el fin triunfal de su historia épica, la entrada en el Jerusalén «liberado», el sueño final en Cinemascope hecho realidad.

¿O podía estar yo equivocado? Con unas pocas excepciones —y Edward Said fue el más valiente— los «expertos» y los analistas sobre Oriente Próximo y los viejos reporteros que se habían pasado décadas cubriendo estas miserables guerras árabe-israelíes estaban convencidos de que la geopolítica de Oriente Próximo había cambiado para siempre. Charles Richards, el redactor de *The Independent* para Oriente Próximo, se puso hecho una furia cuando cuestioné su fe ciega e incondicional en el acuerdo de Oslo. «Las cosas han cambiado, Robert», me dijo malhumorado por teléfono cuando yo estaba a punto de marchar de Egipto hacia la Cisjordania ocupada por Israel, en septiembre de 1993, para averiguar si era verdad. Aterricé en el aeropuerto Ben Gurion, fui en coche hasta Jerusalén y a la mañana siguiente partí por la larga carretera de Jericó y atravesé Hebrón hasta la frontera sudeste de Israel, lo más cerca que podía llegar un palestino a la Franja de Gaza.

Al llegar vi que ya estaban construyendo el sendero de Arafat. El trabajador de la construcción palestino que se encontraba en la ladera sofocante, bajo la población de Ubeidiya, fue menos benévolo. Estaba sentado a la sombra de su camión, en la pista llena de polvo. «Esta carretera es el cementerio del pueblo palestino —dijo Imad Eid—. Fíjese en la carretera, mire dónde está y entenderá por qué digo esto». Una tetera negra corroída silbaba con malevolencia sobre un fogón de gas junto a él.

«Dejarán que Arafat viaje por esta carretera de Jericó a Gaza y así no podrá pasar por Jerusalén —dijo Eid, señalando el accidentado sendero de polvo que corría entre las rocas del barranco que había más abajo—. Esto es lo que quieren los israelíes». Los cinco hombres que estaban sentados junto a él asintieron. Todos eran palestinos, y estaban ayudando a construir la carretera que los excluiría a ellos y a Arafat de la ciudad que él aún creía que sería su capital un día.

La carretera es tan fea como su aparente objetivo. Atraviesa en zigzag las rocas que hay a las afueras de Abu Dis, se sumerge en el valle calcinado por el sol y cruza

una alcantarilla malsana por un puente de cemento. Eid y sus compañeros están ensanchando el sendero, preparando una nueva carretera de grava después de que dos décadas de heladas hayan estropeado la superficie. Los israelíes les habían dicho que tenían que arreglarla antes de las lluvias de invierno para que los palestinos de Ramala, Nablus o Yenín, al norte de Cisjordania, pudieran viajar hasta Hebrón, en la mitad sur de los territorios ocupados israelíes, sin pasar por Jerusalén, con lo que convertirían su exclusión temporal de la ciudad santa —iniciada tras la primera intifada palestina— en un exilio permanente.

Lo que se podía presentar como un gesto humanitario —qué cruel sería impedirles a los palestinos del norte que visitaran a los palestinos del sur sólo porque Jerusalén estaba cerrada temporalmente a ellos por los israelíes— era también un acto político devastador. En cuanto Imad Eid y sus trabajadores hubieran acabado de asfaltar la pista, la gente de Cisjordania no podría exigir derechos de paso por Jerusalén; tendría a su disposición una carretera alternativa perfectamente válida.

Con qué facilidad se ponían las trampas. Las tres horas que se tardaba en ir de Jericó a Hebrón (separadas por menos de 50 kilómetros) por esta carretera demostraban lo traicionero que le podría resultar a Arafat su «pasillo» político. Los primeros diez kilómetros de mi viaje fueron a través de una «Palestina» judía, un barranco que empezaba en el campamento de refugiados Aqabat Jaber de Jericó, pasaba sobre emplazamientos militares israelíes subterráneos y junto a la desolada cisterna bizantina de Manzil Jibr y acababa en el asentamiento judío de Wadi Qilt. Cuando llegué estaban ampliando el asentamiento, estaban allanando los jardines de la «población turística» israelí de Wadi Qilt, en la que el director de la obra, un militar veterano de la guerra del Líbano que había intentado acabar con Arafat en Beirut once años antes, sólo era capaz de predecir una guerra civil entre árabes y palestinos.

La autopista de Wadi Qilt a Jerusalén era un cañón de asentamientos judíos, hilera tras hilera de casas de estilo europeo —parte del gran «anillo» de cemento construido alrededor de Jerusalén este— que han cambiado los contornos de la tierra árabe que Arafat aún afirmaba recordar. Pero no iba a llegar a Jerusalén. En lugar de eso había aquella pequeña, serpenteante y calurosa carretera a Ubeidiya y a los pueblos que quedaban más al sur donde una voz palestina diferente estaba representada en las paredes. «No a la conspiración para vender Palestina» aparecía en el lado de una tienda de comestibles. «Aquel que entregue Jerusalén no representará a nuestro pueblo», y —un anuncio más siniestro junto a un cementerio—: «A aquellos que les entreguen nuestros derechos a los judíos no se les perdonará la vida». Pero en las alturas, antes de llegar a la antigua casa de otro jefe local que temía la traición —el palacio del rey Herodes no es más que un montón de piedras— el líder palestino sólo tendría una vista muy lejana de Jerusalén, a ocho kilómetros de distancia, la Cúpula de Roca de los muros otomanos sólo visibles a través de una rendija de las colinas, lo bastante cerca para provocarlo con su presencia, lo bastante lejanas para garantizar la

desesperación. «No hay solución sin Jerusalén», observó el viejo Aida Jadur casi con desdén mientras permanecía sentado en la plaza del pueblo de Siir, fuera del alcance de la vista de la tercera ciudad más sagrada del islam. «Si Arafat viene por aquí... no le daremos una bienvenida. No podemos aceptar que nuestros hijos murieran en la intifada sólo por Jericó y Gaza».

Nadie de los que estaban en la carretera sur hablaron a favor de la aceptación de Arafat de una solución «provisional». En el asentamiento judío de Harsina, a las afueras de Hebrón —adonde habían llegado nuevas autocaravanas dos meses antes, mientras convencían a Arafat de que firmara el acuerdo con Israel—, un convoy militar israelí se dirigía hacia la ciudad, los faros resplandeciendo en el sol, los soldados sentados en los camiones con los fusiles apuntando a las tiendas árabes. En el arcén, junto a un grupo de guardias de frontera israelíes —con las boinas verdes ladeadas, gritándole a todo aquel que intentara romper otro toque de queda— había seis palestinos sentados, todos delatores según el joven entendido que me dirigí hacia ellos, todos con los ojos amarillos y con la mirada fija, uno de ellos babeaba.

«Cocaína», dijo uno entre risas. Seguramente lo era; corría el rumor de que los delatores estaban «enganchados» a las drogas por culpa de sus superiores del servicio de espionaje israelí, aunque éstos lo negaban de forma rutinaria. Sin embargo, estas tristes criaturas condenaron a Arafat de plano: «traición», murmuró uno de ellos. Se había pasado catorce años en prisiones israelíes antes de empezar a trabajar a su pesar para el Shin Beth. A pesar de lo difícil que pueda resultar, no podía evitar sentir pena por Arafat aquella calurosa tarde en Cisjordania. El comentario más optimista del día lo hizo un palestino que sólo se identificó como Bassam. «Si eres un pequeño colaborador, los israelíes te ayudarán un poco —dijo—. Pero si eres un gran colaborador como Arafat, tal vez te dejarán visitar Jerusalén».

Al final resultó ser mucho, mucho peor que esto —y a Arafat nunca le permitieron visitar Jerusalén— pero la euforia del mundo no conocía límites. Escribí un artículo basado en mi viaje de Jericó a Hebrón que fue publicado por *The Independent* con el titular: «La carretera de Arafat hasta Gaza es un “cementerio de los palestinos”». Sin embargo, al día siguiente, en mi habitación del hotel King David de Jerusalén, recibí una llamada de Harvey Morris, el mismo Harvey Morris tan hablador que había sido el jefe de la delegación de Reuters de Teherán catorce años antes y que ahora era mi redactor jefe de Internacional. «Fisky, has soltado la zorra en el gallinero —me dijo—. Las vacas sagradas de aquí se están preguntando si tienes razón». Me imaginaba las tonterías que Charles Richards había dicho sobre la inevitabilidad de la paz. «No es él, sino yo, viejo amigo —contestó Harvey—. Creo que es nuestro querido director quien se está preguntando si estás al corriente de lo que ocurre». Le respondí a Harvey que si Andreas Whittam Smith —que siempre publicaba mis crónicas fielmente a pesar de los misiles verbales que le lanzaba— creía eso, que me llamara él mismo. Y lo hizo al cabo de unos minutos. «No dudo de que estés informando con precisión sobre el pesimismo imperante —me dijo—. Pero

¿cuál es el panorama general? Mis amigos judíos dicen que las noticias son fantásticas y que habrá paz con los palestinos». Me abstuve de preguntarle a Whittam Smith qué le decían sus amigos musulmanes.

Sin embargo, dentro de Beit Agron —el Templo de la Verdad para la prensa acreditada de Jerusalén— los israelíes guardaban sus archivos sobre Yasir Arafat. Recopilados de forma diligente de la prensa árabe en los días en que se suponía que era la personificación de la maldad árabe —los días en que Menachem Begin lo consideraba como «Hitler en su guarida»—, había páginas y páginas de la retórica de Arafat, promesas y exigencias y amenazas. Aquí estaban todas aquellas proclamaciones cansinas y desesperadas que escuchamos a lo largo de los años mientras el presidente de la OLP, sudando y gritando y a veces llorando de emoción, le dirigió a sus guerrillas de Al Fatah y a los desposeídos de los campamentos palestinos. «La tierra de Palestina es la patria de los palestinos, y la patria de la nación árabe desde el océano hasta el golfo —había declarado en 1989—... La OLP no ofrece la paz de los débiles, sino la paz de Saladino». Ya no. «El alzamiento palestino no acabará hasta que se haya conseguido el reconocimiento de los derechos legítimos del pueblo palestino, incluido el derecho de regreso». Ya no. «La única forma de conseguir la paz es mediante... el derecho de regreso, la autodeterminación y la instauración de un Estado palestino con capital en Jerusalén». Ya no.

A Arafat le gustaba usar a los niños para sus fines. Una calurosa y sofocante noche en el Líbano, en un olivar situado sobre uno de sus campos de batalla, se reunió con un grupo de periodistas para hablar sobre el futuro de la OLP. ¿Qué deparaba el futuro?, le preguntamos educadamente. Arafat cogió a un niño de doce años vestido con un pequeño uniforme de la guerrilla, pegó los labios a la mejilla del chico durante varios segundos y dijo: «Éste es nuestro futuro». Hasta sus compañeros se avergonzaron. El gesto de Arafat no tenía nada de incorrecto. Fue su vacuidad, la falta de inteligencia, lo inapropiado de la respuesta lo que les preocupó. Si era así como Yasir Arafat quería hablar sobre el futuro de su nación, debieron de preguntarse a sí mismos cómo reaccionaría su máximo dirigente cuando tuviera que negociar de verdad la instauración del Estado palestino.

Ahora lo sabemos. Al igual que su «matrimonio célibe con la revolución» —que en 1991 se convirtió en un matrimonio desdichado con una palestina cristiana de veintiocho años, menos de la mitad que él— las promesas de Arafat eran ensueños, declaraciones con buena intención por el bien de su pueblo, la más reciente de las cuales se había hecho añicos en los salones noruegos para darle Jericó y los suburbios de Gaza. ¿Cómo era capaz de seguir soñando ahora? En el punto máximo del asedio israelí a Beirut de 1982, un bochornoso momento de crisis en la existencia de la OLP cuando los israelíes atacaban la ciudad rodeada con una brutalidad semejante a la de Sarajevo, un visitante le regaló a Arafat un rompecabezas de color de Jerusalén para que pasara las horas en su bunker. El presidente de la OLP vio las cámaras de televisión y levantó la tapa del rompecabezas ante él. «Ah, sí, por supuesto —

exclamó—. Es mi ciudad. Es mi hogar. Aquí es donde nació».

Más sueños. Arafat no nació en Jerusalén, ni tan siquiera, como afirman algunos de sus camaradas, en el campamento de refugiados de Jan Yunis de Gaza, sino en El Cairo en 1929, el quinto de siete hijos de un mercader palestino llamado Abdul Rauf al Qudwa al Huseini, que murió veinte años más tarde, luchando contra los israelíes. Antes de la muerte de su padre, dicen sus viejos amigos, Arafat se pasaba varias horas al día estudiando el Corán. Durante un breve período de tiempo, mientras estudiaba ingeniería en la Universidad de El Cairo, Arafat recibió influencias de la Hermandad Musulmana egipcia; pero combinó nacionalismo con religión cuando decidió —con una vanidad que se convirtió en una característica habitual— cambiarse el nombre. Renunció a su nombre de pila original, Rahman, y eligió «Yasir» en memoria de un árabe que fue asesinado por las tropas británicas del protectorado en Palestina. «Arafat» es el nombre de la montaña sagrada que hay a las afueras de la ciudad más santa del islam, La Meca.

Así, reinventó su nombre del mismo modo que reinventó Palestina para los millones de refugiados que esperaban que él pudiera darles nuevas esperanzas. Al final, Arafat se dio cuenta de que algo era mejor que nada. A principios de 1993, recibió una llamada de Alija Izetbegovic, el presidente bosnio musulmán, que le pedía consejo sobre el plan de paz Vance-Owen. «¿Te ofrecen algún territorio?», le preguntó Arafat. Cuando Izetbegovic le dijo que sí, pero que era demasiado poco, Arafat le contestó: «¡Acéptalo! ¡Acéptalo! ¡Acéptalo!». Izetbegovic no lo hizo. Arafat vio los terribles resultados.

Ataviado con su kefia<sup>[9]</sup>, arreglada de un modo muy teatral, con su uniforme caqui y su ridícula pistola, Arafat parecía ahora un personaje anticuado, un revolucionario del pasado que dentro de poco tendría que dejar a un lado las cosas infantiles. Incluso la palabra «revolucionario» sonaba extraña. La revolución de Arafat ya se había acabado. Para el medio millón de refugiados palestinos del Líbano que ya no podrían regresar jamás a sus casas de 1948, en lo que ahora es Israel —ya que el acuerdo final de Oslo a duras penas iba a permitirles que «regresaran» a Haifa, Netanya y Galilea—, era una traición. «Yo podría aceptarlo —me dijo un soldado israelí mientras ayudaba a imponer otro toque de queda en Hebrón, a principios de septiembre de 1993—. Comparado con los otros, no fue un terrorista tan malo». Menudo obituario de la vida revolucionaria de Yasir Arafat.

Se supone que los revolucionarios deben ser intelectuales. Robespierre, Lenin, Marx, Trotsky, Atatürk, Nasser, Castro, Guevara: todos escribieron libros o hablaron de elevados temas filosóficos durante su lucha. Arafat no. Casi nunca lo veían leyendo un libro, y menos aún escribiendo uno. Lo que tenía, sin embargo, era una gran determinación. Se dedicaba exclusivamente a la causa, no sin cierta arrogancia, pero era su gran punto fuerte. Desde principio a fin, era Palestina, Palestina, Palestina. Para los palestinos pobres, su uniforme y su kefia —un disfraz para los occidentales y los israelíes— eran necesarios, servía de vínculo de espíritus en el

exilio. Pero esos espíritus se abandonaron.

Yo estaba en Egipto cuando se filtraron las primeras noticias sobre el acuerdo de Oslo y llamé a Mohamed Heikal. Arafat, le sugerí, era como un hombre con una hipoteca que intentaba venderle de nuevo la casa al banco. «Te equivocas —me reprendió Heikal—. Arafat ya ha vendido la casa, ¡dos veces!» Y desde el principio —desde aquellos discursos pronunciados en los jardines de la Casa Blanca el 13 de septiembre— se pudo ver cómo se iba a desarrollar la conferencia de Oslo. El primer ministro israelí habló conmovedoramente de sus nuevos «socios de paz». «Dejadme que os diga a vosotros, los palestinos, que estamos destinados a vivir juntos en el mismo suelo de la misma tierra», dijo. El discurso de Arafat fue más concreto, como si supiera que «esta histórica esperanza» iba a conducir a la catástrofe. «Hacer respetar este acuerdo y avanzar hacia el acuerdo final, tras dos años, para poner en práctica todos los aspectos de las resoluciones 242 y 338 en todos sus aspectos, y resolver todos los temas sobre Jerusalén, los asentamientos, los refugiados y las fronteras será una responsabilidad palestina y judía», dijo.

¿«Todos los aspectos»? Y luego, una repetición, ¿«en todos sus aspectos»? ¿Jerusalén? ¿Asentamientos? ¿Refugiados? A los israelíes les estaba pidiendo regalos, pero sólo les ofrecía a cambio «paz». Lo llamó «la paz de los valientes» —Arafat tomó esta expresión de Clinton— y seguramente al principio no se dio cuenta de que era un eco de la «paz de los valientes» del general Charles de Gaulle, el acuerdo final que concedió la independencia a Argelia. La comparación era más dolorosa de lo que Arafat, o los israelíes, comprendían.

En Beirut, Chafiq al Hut, el embajador de la OLP en el Líbano que organizó el funeral de hach Amin al Huseini en 1974, recibió una llamada de teléfono de Arafat. «Ha cambiado los estatutos de la OLP, ha renunciado al derecho de retorno de unos tres millones de refugiados palestinos y lo ha hecho todo en secreto —me dijo desesperado—. La OLP de ahora no es la mía. Arafat me ha telefoneado y me ha llamado “hermano”, pero yo no puedo continuar. Le he dicho que no se ha celebrado ninguna reunión del Consejo Nacional Palestino para discutir el tema. Le he dicho que no conocíamos los detalles del acuerdo. La resolución 194 de 1948 de la asamblea general de la ONU decía que los palestinos podrían regresar a sus hogares en lo que ahora es Israel. Arafat ha renunciado a todo. He dimitido. Ya no soy el embajador<sup>[\*]</sup>».

Cuando Shakr Yasin deja la llave de la puerta principal en la mesa de su casucha libanesa de refugiado, desprende un destello dorado apagado, el picaporte está desgastado y liso, el paletón resplandece bajo la luz, tal y como debía de hacer cuando él y su familia abandonaron su casa de Palestina en 1948. De un tubo negro de latón, Yasin, que sólo tenía cinco años cuando lo convirtieron en refugiado, saca un fajo grueso y arrugado de escrituras del protectorado británico, con el escudo de

armas británico en la parte superior, de las propiedades de la familia Yasin: una casa en el pueblo de Ezzib, a diez kilómetros de Acre, y un puñado de limoneros. «Las guardé porque creía que un día regresaría a casa —me dice—. Pero ahora sé la verdad. Arafat no ha incluido a los refugiados de 1948 en el plan de paz con Israel».

Mil novecientos cuarenta y ocho. La fecha salpica todas las conversaciones del enorme campamento furioso y lleno de gente de Ein el Helweh de Sidón, todas las quejas y todos los discursos formales. Casi todos los palestinos del Líbano son refugiados —o hijos o nietos de refugiados— del éxodo árabe que siguió a la partición original de Palestina. Algunos de los 65 000 viven en la miseria de Ein el Helweh. «La televisión y los periódicos hablan de un acuerdo de paz fenomenal, pero nunca nos mencionan a nosotros —murmura Mohamed Jodr mientras avanza cojeando por los callejones que hacen las veces de carretera en Ein el Helweh—. Nuestros dirigentes son unos mentirosos. Nos dijeron que volveríamos a casa, pero el acuerdo de paz sólo incluirá a algunos de los palestinos que se convirtieron en refugiados en la guerra de 1967. ¿Qué vamos a hacer nosotros?» Jodr tenía ocho años cuando abandonó Palestina y se fue al Líbano en el mismo camión desvencijado que la familia Yasin, sólo cuatro días antes de la declaración de Estado de Israel.

Un millón y medio más de los refugiados de 1948 estaban esparcidos por campamentos de Jordania y Siria, un millón más en Gaza y Cisjordania, algunos de los cuales se encontrarán en los pequeños Estados de Arafat. Pero no regresarán a «casa». Se calcula que unos tres millones de palestinos —aproximadamente la mitad de toda la población palestina— no gozará del «derecho de retorno» porque sus hogares estaban en lo que ahora es Israel. En Ein el Helweh, sin embargo, los pueblos y las ciudades de las que huyeron los refugiados permanecen congeladas en el tiempo, ya que cada zona del campamento lleva el nombre de las ciudades perdidas. Los refugiados de Acre viven en un grupo de calles llamadas «Acre», los de Haifa en «Haifa», los de Hittin en «Hittin». Yasin vive en «Acre» porque era la ciudad más cercana a Ezzib. Durante veintisiete años fue un guerrillero en el ejército Al Fatah de Arafat, cruzó la frontera israelí de noche en 1969, sobrevivió las invasiones israelíes de 1978 y 1982, incluso a las guerras de campamentos de 1985 y 1986, convencido como estaba de la promesa de Arafat de que un día regresarían a «Palestina».

«No perdimos jamás las esperanzas —me dice—. Uno de mis hermanos murió en 1981, en Sidón, por culpa de un obús disparado por las milicias aliadas de Israel. Sufrimos tanto que no podíamos permitirnos perder la esperanza. Mi padre creía en Dios y en su país. Jamás se habría permitido creer que no iba a regresar a casa. Sí, estamos a favor de la paz. Queremos la paz. Pero tiene que ser una paz decente y no este acuerdo que es injusto para nosotros. Yo vine de Ezzib, mi padre era de allí, mi abuelo y mi bisabuelo están enterrados ahí. Todos tenemos que volver a nuestros pueblos».

Es inútil, por supuesto. Es inútil explicar que Israel jamás permitiría que tres millones de palestinos cruzaran sus fronteras, es inútil recordar a los palestinos de

1948 que 400 de sus pueblos fueron destruidos por los israelíes durante los dos años posteriores a su éxodo, que en la mayoría de casos sus «hogares» ya no existen. Yasin sabe que esto es un hecho, pero no lo comprende. Su madre, Mariam, recuerda el día en que ella, Tewfiq y sus quince hijos huyeron, y la ropa y las lentejas y el aceite que dejó en casa, porque creía que podría regresar al cabo de una semana, de un mes como máximo.

«Era una casa de campo, encalada y con una gran puerta principal marrón y escaleras de madera —recuerda la mujer—. Era muy bonita y estaba rodeada de limoneros. Hace unos años, un amigo nuestro consiguió volver durante un breve período de tiempo y descubrió que habían derruido todas las casas, hasta la nuestra. El único edificio que habían dejado era una vieja casa de piedra que se encontraba en un extremo del pueblo. Los israelíes la habían convertido en un hotel».

Yasin coge la llave y le da vueltas con la mano, agarra el paletón con los dedos, como si estuviera abriendo una puerta. «Desde hace veinte días, cuando nos enteramos de todo esto, estamos de los nervios todos los palestinos de aquí —dice—. Aún no sé cuál será mi destino. Espero que en el acuerdo, en alguna parte, Abu Ammar [Arafat] diga que va a haber algo para los de 1948, que podemos regresar a nuestra patria». Yasin sopesa la llave familiar con la mano, la llave de una casa que ya no existe— como si fuera a darle alguna respuesta. «He sido el encargado de guardar esta llave, este tesoro, durante más de cuarenta y cinco años. He mantenido a salvo este cilindro de metal que contiene todos estos papeles y escrituras para que un día pudiéramos encontrar una solución a nuestro problema... No habría guardado estas cosas durante tanto tiempo, no las habría protegido cuando nos lanzaban obuses, si no hubiera tenido esperanzas...»

## CAPÍTULO 12

### LA ÚLTIMA GUERRA COLONIAL

Y habló Yavé a Moisés en los campos de Moab junto al Jordán frente a Jericó, diciendo:

Habla a los hijos de Israel, y diles: Cuando hayáis pasado el Jordán entrando en la tierra de Canaán, echaréis de delante de vosotros a todos los moradores del país, y destruiréis todos sus ídolos de piedra, y todas sus imágenes de fundición, y destruiréis todos sus lugares altos; y echaréis a los moradores de la tierra, y habitaréis en ella; porque yo os la he dado para que sea vuestra propiedad. Y heredaréis la tierra por sorteo por vuestras familias; a los muchos daréis mucho por herencia, y a los pocos daréis menos por herencia; donde le cayere la suerte, allí la tendrá cada uno; por las tribus de vuestros padres heredaréis. Y si no echareis a los moradores del país de delante de vosotros, sucederá que los que dejareis de ellos serán por agujones en vuestros ojos y por espinas en vuestros costados, y os afligirán sobre la tierra en que vosotros habitaréis.

La Biblia, Números, 33, 50-55

Ben Greenberger no confía en los árabes. No confía en los estadounidenses. Tampoco confía en muchos políticos israelíes. Sólo Dios une al pueblo judío con su tierra. Debo decir que Dios ocupa mucho espacio en mis cuadernos sobre Oriente Próximo. Es la primavera de 1992. Solo quedan dieciocho meses para que se firme el acuerdo de Oslo. Judea y Samaria están a salvo... por el momento.

En el caso de Greenberger, el territorio es árabe —se extiende dentro de la Cisjordania ocupada—, pero el teniente de alcalde del asentamiento judío de Maale Adumim, el mayor de Cisjordania, rechaza esta idea por completo. No muestra ni un atisbo de duda en cuanto al derecho a construir nuevas viviendas judías en las colinas de roca y amapolas que llegan hasta el monte de los Olivos. Su actitud revela algo más que convicción. Los árabes lo llamarían fanatismo, aunque no estarían en lo cierto. La palabra que viene a la mente es «rectitud».

«Por supuesto que este territorio es nuestro», dice con acento de Nueva Jersey, mirándome con sus claros ojos azules. ¿Cómo me atrevo a poner en duda semejante evidencia? «Si Tel Aviv es judío, más judío es Hebrón. Es lamentable que allí viva otro pueblo. Pero todos tendremos que aprender a aceptarlo». Los árabes son quienes se niegan a comprometerse, sus dirigentes son quienes exigen que se restituya el territorio árabe —«territorio judío», insiste Greenberger— como primera fase de la disolución de Israel. «Yo no me fío de ellos. Me parece bien que concedan a los árabes palestinos “autonomía”, que les permitan gobernar sus propias vidas, pero esto no implica que se les esté cediendo un estado. Todo esto debería ser israelí. Deberíamos haber anexionado este lugar en 1967. De haberlo hecho entonces, ahora no tendríamos estos problemas con los árabes».

Escuchando a Greenberger, un profesor de derecho de cuarenta y dos años en la

Universidad Hebrea, uno no deja de preguntarse si está seguro y si realmente cree que está en lo cierto. Y claro, está absolutamente, irrevocablemente, moralmente seguro de cuanto afirma: «Cualquier niño judío que haya estudiado la historia de su pueblo y la Biblia reconoce este lugar como el único que el pueblo judío puede reivindicar como su tierra. Si en la actualidad Israel estuviera constituido por las fronteras de 1967 y si Israel mirara a Hebrón con intenciones, reconozco que no habría excusa para iniciar una guerra por el territorio. Pero en 1967 nos vimos obligados a entrar en guerra. Vencimos, y ahora vivo en un territorio que considero mío. Por lo tanto, ¿por qué tendría que marcharme?»

Esta perspectiva no tiene nada de extraña. Si Maale Adumim sigue expandiéndose —una población asentada de 16 000 personas crecerá en un 25 por ciento en el próximo año con casas de dos habitaciones con valor de 90 000 dólares cada una— el asentamiento de Efrat, situado en la carretera de Hebrón y compuesto por 3500 habitantes, está destinado a expandirse casi el doble de rápido en una zona donde se producen enfrentamientos entre árabes y judíos casi a diario. Así, Bob Lang, oriundo de Manuet (Nueva York), licenciado por la Universidad de Wisconsin y residente en Efrat, hace que Greenberger parezca moderado.

«Si existe el pueblo judío, Judea y Samaria es su tierra —dice—. Decirle a un judío que no puede vivir en Hebrón es como negar la existencia y la historia del pueblo judío. El noventa por ciento de los lugares que se mencionan en la Biblia están en Judea y Samaria. Así que, lo que debería conformar el estado de Israel es Judea y Samaria, y no la franja costera, de donde procedían los filisteos, y de donde viene la palabra *Palestina*». Lang habla con la furibunda vivacidad de un auténtico creyente y emplea un lenguaje apasionado y bíblico. «El territorio me pertenece. Estoy plenamente convencido. Es mío. Mi abuelo tenía Alemania por su país. Luchó por Alemania durante la Primera Guerra Mundial, y luego tuvo que huir después de la *Kristallnacht* de Hitler, en que mandaron quemar las sinagogas. Pero esta tierra es nuestra, vivamos o no en ella. Es territorio judío; aquí se palpa nuestra historia. En esta tierra me basta la Biblia como guía. Cuando las excavadoras se ponen a trabajar para hacer casas nuevas, siempre se topan con antiguos yacimientos, y siempre son judíos».

Es evidente que hay un problema. Más de 1,7 millones de árabes viven también en Cisjordania y en la franja de Gaza, regiones que nunca han formado parte del territorio actual de Israel, y la primera intifada se debió a la presencia de 115 000 colonos judíos en el lugar, y no tanto a otros fenómenos. Ningún país reconoce el derecho a Israel a seguir ocupando territorios un cuarto de siglo después de haberlos tomado; y si bien Israel no se los ha anexionado, la situación ha permitido que Greenberger y otros colonos de Maale Adumim compraran el usufructo de casas por cuarenta y nueve años. ¿Es acaso de extrañar que el presidente George Bush —y me refiero a Bush padre, claro— haya condicionado los préstamos garantizados que los Estados Unidos han concedido a Israel a la congelación de los asentamientos?

Greenberger y Lang quieren que se ponga fin a tantos titubeos, que se renuncie a la ayuda estadounidense, que para conseguir la paz se pasen por alto la reivindicación de territorio, tanto de árabes como de israelíes. Lo mejor es que Israel imponga sin ambages su soberanía sobre el territorio, es decir, que se lo anexe. «No me extraña que tengamos problemas», dice Lang. «El estado actual de la situación no es bueno. Mientras los árabes que viven aquí sigan creyendo que un día obtendrán un Estado Palestino, no tienen motivos para llegar a un acuerdo con nosotros. Así que Israel debería detener la ocupación militar, anexionarse directamente el territorio y decirle a los árabes: “Ya no tenéis derechos nacionalistas a este lado del río Jordán”. Los árabes lo aceptarían al ver que vamos en serio. Tras la guerra de 1948, los árabes de Galilea vivieron bajo control policial hasta 1956, cuando llegaron a la conclusión de que Israel se había instaurado como Estado permanente. Decidieron que la única salida que tenían era hacerse ciudadanos de Israel, y así lo hicieron en 1957».

Para entrever algo de generosidad en lo más profundo de esta atroz solución, basta con escuchar la versión de Greenberger sobre el panorama para entender su verdadero significado. «La concesión de la ciudadanía a los árabes que vivían en Israel después de 1948 —dice— fue un procedimiento evolutivo. Con mano firme, ese procedimiento puede repetirse en Judea y Samaria. Si perseveramos, una vez todos comprendan que no hay vuelta atrás, habremos acabado con el problema». Ahora bien, ¿y si los árabes no lo comprenden? ¿Ya qué se refiere Greenberger con «mano firme»? «Todo país tiene una fuerza policial» es su inquietante respuesta. «Si surgieran problemas, los resolveríamos».

En cierto modo es un alivio dar con israelíes lo bastante elocuentes y valientes para que pongan en tela de juicio esta mentalidad colonialista, aunque Dedi Zucker, un miembro liberal del Knesset y dirigente del Movimiento defensor de los Derechos Civiles es más bien una minoría. Es un hombre de mentalidad abierta, con gafas y de aspecto académico; la clase de hombre a quien los visitantes buscan para oír lo que quieren oír. Éste es nuestro Israel, nos decimos al conocer a gente como Zucker. Ésta es la democracia de Oriente Próximo en la que queremos creer, la democracia que representa los valores occidentales, la democracia cuyo ejército respeta de verdad la doctrina de la «pureza de armas», que no apoya este abominable proyecto colonial de construir casas para judíos en territorio palestino y musulmán. Pero Zucker alberga pocas ilusiones en cuanto a que el gobierno israelí pueda seguir estableciendo colonias en territorios ocupados, y aún menos en cuanto a lo que los colonos representan.

«Son un nuevo tipo de israelíes —dice—. Manejan un elemento victimista, se consideran víctimas pese a ser “víctimas” con posibilidad de desarrollar armas nucleares. También poseen un elemento de virilidad israelí. Y otro fundamento consiste en resucitar al antiguo arquetipo de colonizador israelí que se aventura por nuevos territorios y trata de conquistarlos con sangre, educación y descendencia. Esto coincide con el espíritu estadounidense de conquistar un Oeste infestado de enemigos

salvajes... Con estrechez de miras se puede pensar en la idea del colono que vive —y cuyos hijos viven— en peligro permanente. Pero esta limitada perspectiva no reconoce el hecho de que el estado inyectó a los colonos en aquel territorio como piezas de ocupación. El cuarto elemento es el fundamentalismo religioso. Me refiero a un “clan” que basa su orientación en los libros sagrados y están aislados de la modernidad y se oponen con arrogancia a las filosofías y logros occidentales». Para Zucker no hay más alternativa que una redistribución del territorio, según el cual ambos países obtengan una parte de sus ambiciones nacionalistas. «Los colonos — dice con dureza— tendrán que decidir entre el Sionismo —la aspiración a vivir en un estado judío— y su deseo de vivir en un lugar importante desde el punto de vista religioso. La mayoría preferirían vivir entre israelíes».

En realidad raros son los israelíes que ven a los colonos como una amenaza a la existencia de Israel, si bien desde la victoria de Israel en 1967, Yeshayahu Leibowitz ha advertido que la ocupación permanente de Cisjordania contaminaría a su país. El que fuera editor de la *Encyclopaedia Hebraica*, un anciano de noventa años, jefe del departamento de Química Biológica y profesor de neurofisiología en la Universidad Hebrea, es ahora profesor invitado en el Departamento de Filosofía, función que desempeña con una lógica que argumenta desde la pequeña librería del este de Jerusalén.

«Debemos partir de hechos fundamentales que están por encima de la teoría, de la ideología, y hasta de la fe —dice—. En lo que respecta a este país al que nosotros llamamos *Eretz Israel* y al que ellos llaman “Palestina”, existen dos pueblos, cada uno de los cuales tiene la profunda conciencia y la profunda convicción de que este país es su país. Y la historia no puede enmendarse ni corregirse. Partiendo de esta terrible situación, sólo hay dos posibilidades, y no hay una tercera». El profesor Leibowitz, encorvado en la butaca, con la *kippa* a punto de caérsele de la cabeza, hace un largo silencio para reflexionar sobre lo dicho. Carece de influencia política, pero es fácil advertir la autoridad moral que tan influyente le ha hecho entre los jóvenes israelíes de izquierdas.

«Uno de estos dos pueblos conquista y ocupa al otro país y priva al otro pueblo del derecho a la independencia nacional. Los árabes intentaron hacerlo en 1948 y perdieron. Pero nosotros lo hemos estado haciendo desde 1967, y esta situación ha ocasionado los horrores de la actualidad. La dominación del Estado de Israel sobre otro pueblo sólo puede mantenerse mediante la violencia. La única alternativa es una redistribución del territorio. Ambas partes tendrán que renunciar a la exigencia de un país entero. La división es muy difícil desde el punto de vista técnico, porque ambos pueblos tienen la profunda convicción de que el territorio les pertenece. Pero la necesidad de hacerlo es absoluta si se quiere evitar una catástrofe».

Leibowitz no considera que la división deba realizarse a partir de las fronteras originales que trazara la ONU para Israel. Tampoco olvida que Jordania se anexionó Cisjordania después de la guerra de 1948, ni que los árabes no permitieron que

«Palestina» existiera como país concebido originalmente por la ONU.

«No obstante, afirmo sin vacilar que somos responsables de la terrible situación que vivimos hoy en día, del mismo modo que los árabes son responsables de la guerra de 1948, cuando el mundo entero apoyaba a Israel. Y si no se hace una distribución del territorio, si —*si*— la situación actual se prolonga, puede haber dos consecuencias inevitables. Internamente, el Estado de Israel se convertirá en un estado fascista en toda regla con campos de concentración, no sólo para árabes, sino incluso para judíos como yo. Y externamente, estaremos en guerra hasta el final contra los árabes, con el respaldo del mundo a los árabes. Esta catástrofe sólo puede evitarse con una redistribución. Desde el punto de vista psicológico será muy difícil renunciar al derecho a que Jerusalén sea la capital soberana de Israel. Y es que, si se opta por una redistribución del territorio, también habrá que dividir Jerusalén».

No es difícil de entender por qué los colonos judíos —y quizás incluso la mayoría de israelíes— rechazan la opinión del anciano profesor, que huyó de Alemania hacia el protectorado británico de Palestina durante los primeros años del Tercer Reich, antes de que empeorara la persecución nazi a los judíos. Greenberger considera a Leibowitz un «fenómeno mediático». Leibowitz considera a Greenberger y sus congéneres colonos como un gran peligro para el Estado. Ambos ofrecen versiones opuestas de la realidad, de una realidad que uno intenta crear y que el otro se desespera por evitar. Y mientras uno tiene a Dios y la lógica por su parte, el otro tiene a Dios y un bulldozer.

Osama Hamid estaba preparado para saltar en pedazos después de orar en la mezquita de Bilial. A todos sus amigos les pareció increíble que fuera capaz de poner bombas en coches, pero Hamdi Hamid no se sorprendió al enterarse de la muerte de su hijo. «Hablaba mucho del martirio, de morir luchando contra los israelíes», dijo, sentado junto al muro de la mezquita, donde vio por última vez a su hijo. «Él me decía que si se convertía en mártir por esta causa, obtendría un lugar más elevado en el paraíso». Hamid se había preparado para morir tres meses después del apretón de manos de Arafat en el jardín de la Casa Blanca.

Cada pocos segundos, algún dolorido pariente o amigo interrumpía los comentarios de Hamdi Hamid para abrazar al que era padre del segundo «mártir» palestino en cuarenta y ocho horas. Sólo un día antes, Anwar Aziz había estrellado un coche bomba contra un todoterreno cargado de soldados israelíes en la franja de Gaza, tres de los cuales fueron heridos; durante seis horas después de la explosión, su cuerpo ennegrecido y ajado permaneció junto a la carretera, mientras sus amigos recordaban cómo se había preparado para morir —con oraciones y una limpieza ritual en la mezquita del lugar— y pregonaban con orgullo su muerte.

Para los israelíes fue una semana aterradora: el terrorista suicida —un instrumento de destrucción masiva temible e imparable, que una década antes había

contribuido a que el ejército de ocupación de Israel retrocediera al sur del Líbano— había llegado a la mayoría de edad en Gaza. Aquella semana se detuvo a otros dos terroristas con intención de perpetrar ataques suicidas y se desactivaron los explosivos. El primer ministro israelí Isaac Rabin comprendió qué significaba aquello. «Desde que Hamás se ha fortalecido hace un año o más, hemos presenciado por primera vez ataques suicidas», contó en una reunión del Knesset en Jerusalén el 12 de diciembre de 1993. «Hasta la llegada de Hamás, los palestinos, no lo hacían, como tampoco lo hacían los libaneses antes de Hezbolá».

Claro que tampoco recordó al público presente que Israel fue quien indujo inicialmente a la creación de Hamás como oponente de la OLP. Como tampoco podía saber que escasas horas después de su clarividente advertencia, Osama Hamid, un farmacéutico de veinticinco años de la Universidad Islámica de Gaza, le había dado un apretón de manos a su padre, que nada sospechaba, en la mezquita de Bilial, para emprender la segunda misión suicida de la semana con una bomba en el maletero del coche y un fusil Kaláshnikov en el asiento de al lado.

Los hermanos y primos que luego darían el pésame a su padre —un grupo de muchachos duros, vestidos con chaquetas negras de piel— hablaban del creciente interés que tenían en la religión. Walid Hamid trató de describir a su fallecido primo con los escuetos y esquemáticos comentarios que se hacen después de un atentado suicida: «Siempre estaba leyendo el Corán y en la mezquita daba charlas sobre la necesidad de morir en la guerra contra Israel. Nunca sonreía. De vez en cuando jugaba a ping-pong, pero nada más. Los israelíes lo detenían constantemente. Pasó cuatro años en la cárcel por ser miembro de Hamás y siempre le pegaban». En los muros de la mezquita de Bilial, la familia había pegado una serie de fotografías en color de Osama Hamid. Estas mostraban a un hombre joven con gafas y barba posando en una actitud melodramática, con una rodilla en el suelo, un Kaláshnikov en la mano y una inscripción del Corán tras la cabeza. Pero los pósters de Hamás que anunciaban la muerte de su último «mártir» —el séptimo terrorista suicida palestino en atacar a los israelíes— no revelaban el fracaso de su misión.

Y es que además de no lograr matar, ni mucho menos, a los enemigos, Osama Hamid se encaminó por una carretera en la zona de Sejaya de Gaza con la intención de estrellar el coche contra un camión del ejército, pero acabó siendo perseguido por una patrulla de fronteras al advertir que aquél conducía un coche robado. En lugar de detenerse, Hamid trató de huir disparando, pero fue abatido al instante por balas israelíes.

«Osama estaba en contra de la paz de Arafat», comentaba su padre mientras los muezzines cantaban las oraciones por las calles infestadas de moscas, en torno a la tienda donde se celebraba el funeral. «Dijo que nunca lo pondría en práctica, pero había hablado de morir por la liberación de Palestina semanas antes de lo ocurrido. La última vez que lo vi, me preguntó si yo o su madre queríamos algo. No pasó la noche en casa. Y al día siguiente me contaron lo que había hecho». El hombre quedó

en silencio un momento, pues era consciente de que su hijo era, a los ojos de los israelíes, un «terrorista». «Estoy orgulloso de él», dijo Hamid Hamdi.

Sin embargo, ¿cómo es posible que hombres tan jóvenes se entreguen con tal facilidad a una muerte segura? El día del funeral de Osama Hamid, hallé a cinco palestinos en el hospital de Shifa cubiertos de sangre por las heridas que habían sufrido en el estómago y las piernas. Los israelíes les habían disparado sin dar ninguna explicación. Media hora después, conduciendo por la carretera de las afueras de Gaza, unos soldados que buscaban a un grupo de jóvenes me hicieron parar. Detrás de los soldados yacía el cuerpo de un palestino. «Los israelíes intentaron detenerle —me dijo uno de los soldados—. El palestino sacó un hacha y arremetió contra ellos. Los israelíes dispararon a muerte». Posteriormente, el ejército israelí confirmó que habían matado a Ashraf Jalil, de dieciocho años, cuando intentó atacar con una hachuela a un soldado.

Ahora lo llamaban la «paz de Arafat»; Osama Hamid creía que el acuerdo de Oslo nunca se pondría en práctica, y tenía razón. Los primeros signos de ello se revelaron en El Cairo el 12 de diciembre de 1993, cuando Arafat acordó sostener una conferencia de prensa conjunta con Rabin, en la cual se anunciarían las primeras retiradas israelíes, o eso se creía. Pero en cuanto vi a Arafat, supuse qué había sucedido. Había perdido todo el ardor de antaño. A Arafat solía encantarle la parafernalia televisiva —al fin y al cabo, ahora era el «Presidente de Palestina»—, pero se limitó a mirar fijamente, sin pestañear, casi asustado, al despliegue de cámaras. Por primera vez no tenía nada que contarnos, ni un solo comentario alentador que animara la víspera de lo que iba a ser un «día sagrado», como él había dicho en diversas ocasiones. No fue capaz de anunciar una retirada israelí de los territorios ocupados, ni acuerdo alguno sobre la liberación de prisioneros palestinos ni sobre las carreteras de paso para colonos judíos en Gaza y Cisjordania ni en la parte de la «zona autónoma» palestina de Jericó. No pronunció la palabra «Jerusalén». Cuando se le preguntó si habría repercusiones negativas en los territorios ocupados al no haber conseguido marcar una fecha para la retirada de las tropas entre la OLP y los israelíes, Arafat respondió con pesadumbre: «Espero que no».

Sabíamos que algo había ido mal en la charla que habían mantenido Arafat y Rabin, en cuanto el primer ministro israelí entró en la sala con el mismo gesto grave, rodeado de negociadores serios. Rabin pronunció su discurso con su familiar y habitual forma de arrastrar las palabras, pero sin el vigor que había mostrado hacía apenas tres meses en la Casa Blanca. Habló sobre las «dificultades» de la seguridad, de las carreteras de paso para los colonos, de las «fronteras» que tendrían que establecerse entre las «zonas autónomas» palestinas y las zonas de ocupación israelí.

Claro está, nos dijo que las cosas no cambiarían. Un retraso de diez días en las charlas ayudaría a aclarar los temas que se estaban tratando. «Si en un plazo de diez días llegamos a un acuerdo, no veo por qué tiene que haber dificultad alguna para

conseguir, según el calendario de las negociaciones, la aplicación de Gaza-Jericó primero». Dicho de otro modo, en abril de 1994, la retirada de las tropas israelíes todavía podía realizarse. Arafat simplemente habló de «algunos aspectos de la diversidad» y «algunas diferencias». Visto el fracaso de exigir garantías internacionales para el acuerdo de Oslo, rogó a los noruegos que ejercieran presión sobre los israelíes a fin de que iniciaran la retirada el 12 de diciembre. Había suplicado al secretario de Estado de Clinton, Warren Christopher, que instara a Israel a hacer al menos una retirada simbólica el «día sagrado». La preocupación de la OLP se acrecentó al saber que los diplomáticos estadounidenses en Oriente Próximo — siempre un indicativo fiable cuando los planes se tuercen— empezaban, incluso en ese momento, a distanciarse de un acuerdo que el mundo debía aplaudir como el posible final de un conflicto secular. Los diplomáticos daban a entender que había «lagunas» en los artículos del acuerdo firmado el 13 de septiembre de 1993. Las embajadas norteamericanas comunicaban a los corresponsales de su país que el acuerdo debía entenderse como un «paso» adelante hacia la paz, y no como un final en sí mismo.

Con todo, nada evitó que «nuestros» expertos — todos cuantos creían que Israel y los Estados Unidos mantendrían la paz— sostuvieran el imperfecto análisis de que los israelíes mantendrían la paz. El director de *The Independent* de Oriente Próximo, Charles Richards, se las compuso para contar a los lectores el 14 de diciembre que «el adelanto histórico es irreversible... El señor Rabin ha tomado una decisión. Lleva consigo al país. Y, como siempre, Israel es quien tiene la última palabra, y no los palestinos». No obstante, el retraso israelí se convertiría en un rasgo distintivo en los años venideros y contribuiría considerablemente en el fracaso definitivo del acuerdo de Oslo. De hecho, veinticuatro horas después de aquella triste conferencia de prensa, Rabin diría que «sería un error creer que en los próximos diez días se firmaría un acuerdo».

Al regresar a Hebrón, hallé a hombres de Hamás que hablaban de reanudar la intifada, de su «triumfo» al entender los motivos de la «rendición» de Arafat. Un *graffiti* recién pintado en la Universidad de Hebrón amenazaba al colono que hubiera matado a un civil palestino en noviembre. «El movimiento islámico de Hamás matará al hombre que mató a Talal Bakri», advertía la consigna con pintura negra. «Nuestras armas hablan, y abatiremos al vendedor de nuestro país». El «vendedor», por supuesto, era Arafat. Ibrahim, mientras recoge una bolsa de plástico con barras de pan planas en la panadería de la calle principal de Hebrón — la mayoría de palestinos preferían no dar a conocer sus apellidos— se declaraba partidario de Hamás. «Agradecemos a Rabin que se haya negado a ayudar a Arafat —dijo—. Y ahora resulta que el ejército israelí quiere hablar, no con la OLP, sino con nosotros».

Sorprendentemente, Ibrahim estaba en lo cierto. Y es que el propio ejército israelí reconoció — una vez más, en perjuicio de Arafat— que había abierto un «diálogo» con Hamás, por el cual dirigentes de Hamás se habían reunido con el general de

brigada Doron Almog, el comandante israelí de la franja de Gaza. El general Almog dijo que Hamás prefería «que se prolongara la ocupación israelí al control de Arafat sobre la autonomía». Aun así, incluso a Hamás desconcertaba el hecho que los israelíes se empeñaran tanto en desautorizar al dirigente de la OLP. Por supuesto, la verdad es que dentro del ejército israelí había quien se dedicaba a arruinar el acuerdo de Oslo, de la misma manera que había israelíes lo bastante sanguinarios para matar a su propio primer ministro en 1995 con el fin de eliminar cualquier esperanza de acuerdo con los palestinos.

Entretanto, Arafat tuvo que explicar a sus compatriotas árabes sus escapadas secretas. Volví a viajar a El Cairo para presenciar un espectáculo bochornoso en el que Arafat era el único intérprete durante la sesión número cien de una Liga Árabe. «Grotresco» fue la palabra que empleó un delegado del Mediterráneo Oriental —el lector puede imaginar a qué país pertenecía— y lo cierto es que Arafat apareció ante sus coterráneos árabes como un colegial que tenía que dar muchas explicaciones. Querían saber por qué había negociado a sus espaldas, asegurando que todos los árabes deberían unirse para negociar con Israel. ¿Qué había sido de la paz «integradora» que habían exigido todos los dirigentes árabes, entre ellos Arafat?

Se puso con cuidado unas gafas y leyó un guión, preparado con el mismo cuidado. Los árabes, dijo, deben «hacer frente» a un «Nuevo Orden Mundial» si no quieren ser excluidos. Dijo que Palestina siempre seguiría siendo parte del país árabe. «A pesar de que soportamos el dolor y las palabras de nuestro país y sus aspiraciones hacia el futuro, nos hallamos en el umbral de una nueva etapa en nuestra historia», arengó Arafat. Sí, habría un Estado palestino independiente con Jerusalén como capital. Habría debates en el Consejo Nacional Palestino. Con todo, ya hacía tiempo que la OLP había decidido «establecer un Estado en cualquier parte del territorio palestino liberado».

Y entonces vino el golpe. «Después de veintidós meses, no se había conseguido nada con los diálogos entre palestinos e israelíes [en Washington], mientras la opresión israelí sobre los habitantes de la Palestina ocupada era cada vez mayor». Arafat había mantenido negociaciones secretas «para romper el impasse de la situación, para salvar el punto muerto» de las negociaciones de paz en Washington. De modo que de esto se trataba. Los árabes debían mostrarse agradecidos a Arafat por haber salvado el «proceso de paz» al iniciar sus propias negociaciones secretas con Israel. En el otro extremo de la sala, Faruk al Shara, el ministro de Asuntos Exteriores sirio —al fondo, los policías del presidente Asad, vestidos de uniforme gris—, estaba sentado fumando cigarrillos de la marca británica Silk Cut, mientras sus asesores tomaban notas. Estarían elaborando un boletín de notas de lectura interesante, un informe que, al regresar a Damasco, el director consideraría sumamente insatisfactorio. Sin embargo, las declaraciones de Arafat eran interminables.

«A fin de poder afrontar la intransigencia israelí», nos explicó a todos,

«deberíamos alejarnos de los términos de referencia del proceso negociador». Los palestinos estaban «a las puertas de una nueva era». Una lección de historia de Arafat nos evocó el primer Congreso Sionista, celebrado en Suiza en 1897, pero al fin el mundo reconocía que el pueblo palestino «ha vivido en esta tierra desde el principio de los tiempos». No, todavía no era el momento de dar una solución a todo el problema. «Mediante un proceso gradual se está recuperando una valiosa parte de nuestra Palestina en Jericó y Gaza, y la instauración de un autogobierno palestino... Lo más importante no es el texto, ni que Israel inicie una retirada, sino que la autoridad ejecutiva palestina abarcará todos los territorios ocupados». Solamente con esta solución —una propuesta de Arafat— podría alcanzarse una paz «integradora». Arafat no mencionó siquiera a los detractores palestinos ni la oposición islámica. En cuanto a esos millones de palestinos que se dejaron al margen de este acuerdo con Israel, Arafat dijo: «Más adelante les diré qué será de los refugiados de 1948». Nunca llegó a hacerlo.

Cuando acudió a Damasco para presentar sus disculpas a Asad, el dirigente sirio ocupó su lugar a la derecha de Arafat y permaneció sentado en silencio, mientras el presidente de la OLP explicaba su acuerdo secreto con Israel. A continuación Asad dijo a Arafat con una voz pausada, grave y severa: «Está usted sentado en la silla que ocupaba Sadat cuando vino a verme antes de firmar el tratado de paz con Israel, y mire qué le sucedió». El asesinato de Sadat en 1979 a manos de uno de sus propios soldados se había cernido sobre todos los dirigentes árabes desde entonces. En 1982 el presidente elegido Bashir Gemayel expresó su deseo de llegar a un acuerdo de paz con Israel, y en cuestión de semanas moría en una explosión de bomba durante una reunión del partido Falangista en Beirut. Posteriormente el vicepresidente sirio Abdul Jalim Jaddam describiría en privado el acuerdo de Oslo como el «peor documento que hayan firmado jamás los árabes desde la división de Palestina en 1948».

Ya desde el principio no se tuvo en cuenta la acérrima oposición a Oslo, tanto de la derecha israelí, como de los islamistas palestinos, a los que quizá también podríamos considerar la derecha palestina. En cierto modo, la magnitud de la traición de Arafat veló la importancia de la traición de Rabin a los ojos de los colonos israelíes en Gaza y Cisjordania. Así, cuando Baruch Goldstein, un oficial de la reserva del ejército israelí vestido de uniforme, decidió masacrar a un grupo de fieles palestinos en la mezquita situada en la tumba de Abraham en Hebrón el 25 de febrero de 1994, nosotros —periodistas, estadounidenses, europeos, israelíes— no supimos cómo reaccionar. Se suponía que los «terroristas» eran los árabes. Pero Goldstein era un hombre culto, un médico nacido en los Estados Unidos —¡por Dios!—, que debiera haber sabido que se había embarcado en una misión suicida. Los supervivientes de la matanza lo lincharon, lo estrangularon y lo destrozaron literalmente hasta matarlo.

Las primeras crónicas hablaban de más de cincuenta palestinos muertos en Hebrón, y la cifra era exacta. Después de que Goldstein matara a más de una veintena

de palestinos e hiriera a otros 170 en la mezquita ensangrentada, las tropas israelíes abrieron fuego a ultranza y mataron a al menos veinticinco palestinos más, que les estaban lanzando piedras desde fuera, rabiosos de ira, e intentaban romper el cordón militar que en principio se había colocado para proteger aquella zona sagrada, y que, sin embargo, no había servido para proteger a los fieles<sup>[\*]</sup>. En cuestión de treinta y seis horas, la agencia de prensa estadounidense Associated Press cambió las cifras. Goldstein sólo había matado a 29 palestinos, cifra que quedó como «el total» de víctimas de aquella sanguinaria matanza. Los otros 25 muertos pasaron a ser una «cifra aparte», otra historia, no tanto una parte del número de víctimas mortales, como una repercusión de los asesinatos.

La identidad del suicida israelí sufrió una transformación más insospechada todavía. «Imagínese qué habría pasado si un palestino hubiera perpetrado esta matanza en una sinagoga», me dijo Chafiq al Hut, el embajador de Arafat en Beirut, que acababa de dimitir del cargo. «Imagine lo siguiente: casi cincuenta israelíes masacrados por un solo palestino armado. ¿Cómo habría reaccionado el mundo esta mañana al saberlo? ¡Respóndame! ¿Cómo habría reaccionado el mundo?» Era una pregunta difícil. Para empezar, el mundo se habría referido al tirador como «terrorista». Cualquier grupo con el que hubiera estado asociado habría sido tachado de «grupo terrorista». Cualquier país que albergara a semejante «grupo terrorista» habría sido amenazado con sanciones inmediatas. Y el presidente estadounidense habría condenado la acción, y con razón, por tratarse de un «crimen perverso».

Ahora bien, éste no era el caso, claro. Goldstein era israelí. Era un soldado de la reserva israelí. Y sólo dos crónicas occidentales lo llamó «terrorista». Goldstein estaba asociado con el movimiento derechista judío Kach. Pero el Kach era legal en Israel. Tenía oficinas en Nueva York. Y el presidente Bill Clinton —siguiendo la misma política que habían aplicado anteriores administraciones norteamericanas cuando un israelí, y no un palestino, era acusado de una matanza— describió la carnicería en la Tumba del Patriarca como un «atroz delito de sangre», y eso había sido, además de una «terrible tragedia». Era la misma vieja frase para salir del paso. Las víctimas no eran víctimas del terrorismo, sino de una tragedia, de un desastre natural, como un maremoto o quizá un seísmo.

Al final de la calle de Beirut donde vive Al Hout, en los aledaños del campo de refugiados palestinos de Mar Elias, ondeaban las banderas negras colocadas en farolas, cables telefónicos y paredes. «Vuestro maldito pueblo ayudó a los sionistas —me gritó una mujer—. No os importamos nada. Para vosotros somos animales». En las abarrotadas oficinas del Frente Democrático para la Liberación de Palestina, la voz de Suheil Natur se alzaba con furia: «Me pregunto por qué Occidente estaba preparado para actuar y proteger a los bosnios cuando sesenta y dos de ellos fueron asesinados en el mercado de Sarajevo —dijo—. Y luego me preguntó por qué, cuando casi el mismo número de palestinos son asesinados dentro y fuera de una mezquita, no hacéis nada para protegernos. Los palestinos somos tan débiles, que los

israelíes repiten sus crímenes contra nosotros».

Debe mencionarse que los estados árabes, que tanto alzaron la voz para condenar la matanza de Hebrón, tenían poca autoridad moral para señalar a los culpables. Egipto podía denunciar los asesinatos, pero su policía estaba torturando sistemáticamente a cientos de prisioneros musulmanes en El Cairo y Assiut. Jordania podía condenar el derramamiento de sangre, sin tener en cuenta la matanza que el ejército jordano perpetró de un número mayor e indefinido de palestinos en 1970. Siria podía denunciar a Israel si pasaba por alto las miles de personas exterminadas por las fuerzas especiales sirias en Hama en 1982. Los israelíes también contaban con una lista de atrocidades que imputar a los palestinos: una bomba que mató a 12 israelíes en un mercado de Jerusalén en 1968; un tiroteo de inspiración palestina en el aeropuerto de Tel Aviv que se cobró 25 vidas, entre las que había varios soldados israelíes en 1972; la muerte de 11 miembros del equipo olímpico israelí en Munich ese mismo año; el asesinato de 16 civiles en Kiryat Shmona en 1974; el asesinato de 21 niños en Maalot en 1974. El hecho de que esas figuras parezcan moderadas en comparación con lo que estaba por llegar es un signo de la facilidad con que se vendría abajo todo el absurdo del «proceso de paz».

Sin embargo, en 1994 los árabes —los árabes de a pie, y no los dirigentes elegidos— dirigirían una furia exacerbada a la doble moral de Occidente. ¿Por qué nos sorprendían tanto los asesinatos de Hebrón? Se me preguntaba una y otra vez. ¿Acaso habíamos olvidado la matanza de 1982 en Sabra y Chatila, donde los aliados falangistas de Israel mataron a 1700 palestinos? ¿Acaso olvidábamos que, cada vez que un palestino mataba a un israelí, era un «terrorista», pero cada vez que un israelí mataba a un palestino era un «colono judío desquiciado», un «inmigrante estadounidense», o un miembro de un grupo «clandestino de combatientes judíos», pero nunca, salvo dos excepciones, un «terrorista»?

Así pues, la búsqueda entre mis archivos después de ocurrir la matanza de Hebrón fue una experiencia de lo más inquietante. El 9 de abril de 1948, el grupo armado Irgun —«terroristas» a todos los efectos—, que cometió la matanza de Deir Yassin, fue descrito por la Associated Press como un grupo «radical y clandestino de combatientes judíos». En octubre de 1956, soldados israelíes masacraron a 43 civiles palestinos en la ciudad israelí de Kafr Kashem por romper el toque de queda sin saberlo. Luego vino el derramamiento de sangre de Sabra y Chatila. Curiosamente, éste no aparece en la lista de la Associated Press de los mayores «ataques entre israelíes y palestinos» desde 1948. Aun así, la propia comisión de investigación israelí Kahan, que acusaba a Sharon de «responsable directo» de los asesinatos, señaló que a lo largo de unas treinta y seis horas, los soldados israelíes que había alrededor de los campamentos fueron testigos de algunos de esos asesinatos cometidos por falangistas libaneses, sin hacer nada por impedirlo. El 20 de mayo de 1990, un soldado israelí puso en fila a un grupo de obreros palestinos en Rishon Lezion y mató a siete de ellos con una metralleta. Por supuesto, la prensa

internacional cubrió esta matanza, aunque sin emplear la palabra «terrorista». Se explicó que el soldado estaba «desquiciado». Cinco meses después, la policía israelí hizo fuego contra unos palestinos en Jerusalén y mató a 19 hombres. Como secretario de Estado de los Estados Unidos, correspondía a James Baker comentar la matanza. Pero no la llamó «matanza». Se refirió a lo ocurrido como «una tragedia», la misma palabra que empleara Clinton para referirse a la atrocidad de Hebrón.

Esta lista de horrores es incompleta, pero revela una misma pauta de actuación. Cuando los palestinos masacran a israelíes, los vemos como hombres perversos. Cuando los israelíes matan a palestinos, los Estados Unidos y otros países occidentales consideran pertinente considerar esos crímenes como tragedias, malentendidos, o como obra de sujetos perturbados. A los palestinos —en el sentido general e integral del término— se les piden cuentas por esos terribles actos. A los israelíes, no. De este modo, con los años, se ha forjado una extraña confusión en lo que respecta a la reacción occidental a los delitos de los israelíes, reacción que en última instancia es tan perjudicial para Israel como para Occidente. Cuando soldados o colonos israelíes matan a palestinos, se les aleja sistemáticamente de su país.

Baruch Goldstein tenía el rango de comandante en la reserva del ejército israelí. Pero en las noticias de la época, su identidad sufrió una transformación, algo que en la actualidad ya es algo habitual. Nadie se refería a él como soldado israelí, pese a que en el momento de cometer la matanza llevara el uniforme del ejército y el rifle que le había dado el ejército; ahora se aludía a él como «un inmigrante judío americano». En sólo doce horas, la culpa de aquel hombre había alcanzado en parte a los Estados Unidos y, por el mismo procedimiento, su identidad israelí había empezado a desvanecerse. Asimismo, cuando Israel estaba claramente implicada en la muerte de árabes inocentes —como en los asoladores bombardeos de Beirut en 1982, por ejemplo, en que las fuerzas aéreas israelíes mataban, a principios de junio, a más de doscientas personas al día—, también se evitaba la culpa moral. No eran acciones «terroristas»; eran operaciones militares contra «objetivos terroristas».

Estos mismos matices semánticos sesgados se aplicaron al bombardeo israelí de Líbano en julio de 1993. Como venganza por el asesinato de nueve soldados israelíes dentro de la zona de ocupación de Líbano, Israel atacó a los pueblos al sur de Líbano y mató a más de cien hombres, mujeres y niños —casi el doble de inocentes que matara Goldstein— y envió a más de trescientos mil refugiados a Beirut. Como uno de los pocos reporteros que había entonces en Beirut, fui testigo de los chillidos de dolor que soltaban niños y mujeres en las salas del hospital, a causa de las quemaduras de los proyectiles de fósforo que habían lanzado los israelíes. Esta «operación» costó, según el ministro de Economía de Israel, 33 millones de dólares, gasto que Washington ayudó a financiar. ¿Y cuál fue la reacción del presidente Clinton? Culpó a Hezbolá de todas las muertes —aunque solamente había matado a nueve soldados israelíes— y, a continuación, hizo un llamamiento para que «ambas partes» adoptaran una actitud «moderada».

En medio de esta confusión, en Oriente Próximo se aplicó una nueva lógica, la misma que —a escala tanto geopolítica como geográfica— se ha seguido aplicando hasta hoy. Se trata de la siguiente: los Estados Unidos están dirigiendo un «proceso de paz». Todo aquel que lo apoye es un amigo. Esta incluía a Israel y, por el momento, también incluía a Arafat, a menos que volviera a convertirse en un «superterrorista». También incluía a Egipto, Jordania y Arabia Saudí. Pero cualquier árabe que creyera que el acuerdo entre Arafat y Rabin era deficiente, o alguien que en la actualidad crea que los planes descomunales, ambiciosos y desesperados de Washington para Iraq y todo Oriente Próximo se fundamentan en engaños y mentiras, cualquiera que se opusiera a esta política o estuviera en desacuerdo con ella o discrepara de ella —aun cuando no fuera de forma violenta— o dijera cualquier cosa que pudiera perjudicarla, era tratado como un enemigo. O más concretamente, con palabras de la prensa estadounidense, sería considerado un «enemigo de la paz».

Así, por extensión, cualquiera que se oponga a la política que aplican los Estados Unidos en la región —lo cual significa cualquiera que se oponga a Israel— es un enemigo de la paz. Esta frase, que tanto puede abarcar, da lugar a una grotesca tergiversación. Cuando aquellos manifestantes palestinos protestaban contra los ataques con dinamita y misiles de 17 casas del distrito de Tofah en Gaza en 1993, el canal de noticias CNN mostró una cinta con imágenes de unos jóvenes lanzando piedras a las tropas israelíes. No obstante, el comentario de la CNN decía que aquellos jóvenes «protestaban por el proceso de paz». Si estaban luchando contra los israelíes, debían de ser «enemigos de la paz». Aun cuando ésta hubiera sido la causa de la protesta, ésta era claramente considerada como algo ilegítimo<sup>[1]</sup>. Pese a ello, fue el acuerdo de Oslo entre la OLP e Israel lo que, a ojos de muchos palestinos, permitió a Israel mantener tanto tropas como asentamientos en Cisjordania y la franja de Gaza. Para decenas de miles de detractores, fue Arafat quien «legitimó» los asentamientos judíos, de donde venía el asesino que masacró a los palestinos de Hebrón. Dado que la prensa y las cadenas de televisión estadounidenses tampoco querían ser tildadas de «enemigos de la paz», en Occidente muchas todavía no estaban al corriente de la desastrosa desintegración que estaba sufriendo el acuerdo de «paz» de Arafat con Israel, ni sabían por qué los palestinos culpaban a Israel de la matanza de Hebrón. El gobierno israelí negó cualquier posible implicación en la matanza. Pero esto no significaba que Israel no había sido responsable de la matanza. Y es que fue la política de colonización de Israel, el suministro de armas a los colonos y la consiguiente resistencia palestina a la ocupación, lo que llevó directamente a la matanza de Hebrón. Y si el acto del asesino fue un acto «individual», también fue inevitable. En un contexto donde los oponentes a Israel son deshumanizados bajo la acusación de «terroristas», donde a los criminales israelíes se da un trato moral distinto del que se da a los criminales palestinos, se cometerán esta clase de crímenes. Goldstein veía a los árabes como «terroristas» —la misma palabra corrosiva que hizo emprender a los israelíes la aventura en el Líbano en 1982 y que convenció a los

estadounidenses de que embarcaran en la locura de Iraq veintiún años después— y entró en la mezquita de Hebrón para exorcizar los demonios que todos le habíamos ayudado a crear.

Arafat también tenía sus demonios. Y cuando el viejo mago apareció en Gaza — tarde, como de costumbre—, tenía en la manga otra ilusión que endosarnos. Tenía el mismo gesto de doce años atrás en Beirut, cuando proclamó victoria sobre los triunfantes israelíes y pasaba revista a sus tropas en el muelle antes de huir de Líbano. Parecía mayor; tenía los pómulos más pronunciados, pero la misma mirada al abrirse paso entre una multitud exaltada, a medio camino entre el éxtasis y el miedo. Apenas unos minutos antes, un joven armado había voceado por un sistema de megafonía de la policía que Arafat les guiaría hasta Jerusalén, y al parecer muchos palestinos lo creyeron.

Se iban alimentando ilusiones. Según nos dijo dos horas después en aquella plaza atestada y asfixiante de Gaza, Arafat había venido «para construir una patria, una nación de libertad, igualdad y democracia». ¿Quién iba a negar a los palestinos sus sueños, después de terribles años de ocupación? Sin embargo, ¿quién podía negar unas escenas tan acostumbradas como las vividas en el punto de control de la frontera egipcia de Rafah: los hombres armados gritando, los jóvenes armados que disparaban de júbilo desde las ventanas de los coches, el caballo que se desbocaba presa del pánico fuera de Jan Yunis, al tiempo que el carro del que tiraba chocaba contra un olivo junto a la carretera? Líbano acudía a la mente.

Aun cuando Yasir Arafat orquestó el regreso a su país antes las cámaras de televisión del mundo entero, en las carreteras había apostados hombres de seguridad palestina *mukhabarat*, con pistolas en los cinturones, gordos y sospechosos, los mismos *apparatchiks* —como me recordaron con satisfacción en un punto de control— que antaño controlaran las calles de Beirut. Esto podía suponer ciertas ventajas. Se exhortó a los periodistas a presenciar cada instante de la llegada triunfal de Arafat en «Palestina»; pero, en una fiel emulación a sus opresores, los oficiales palestinos sólo permitirían a los periodistas con credenciales israelíes —o con documentos expedidos por la «Autoridad Palestina» en Gaza— llegar hasta la frontera de Rafah. Mi pase de periodista en Beirut —expedido por el gobierno libanes— no servía de nada. La brillante corresponsal joven de *The Independent* en Jerusalén, Sarah Helm, tenía todos los documentos en regla. «No te preocupes, Robert —nos dijo a mí y a un compañero mientras nos quedábamos allí plantados en el fango, al borde de la carretera, sin que se nos permitiera cruzar la frontera egipcia—. Cuando llegue a Rafah, me podré en contacto con un oficial y volveré a rescataros». Pero no volvió<sup>[2]</sup>. En cambio, vino a rescatarnos un palestino alto con un fusil Kaláshnikov. «¿Señor Robert? ¿Es el señor Robert de Beirut? —me preguntó—. ¿No se acuerda de mí? Usted me ofreció té frente a su casa durante el sitio de Beirut». Y yo tenía el vaguísimo recuerdo de un joven armado, exhausto y asustado, con el brazo vendado, metiéndose en el portal de mi casa en 1982, rogando que le diera agua. «Por

supuesto, vendrá a Rafah con nosotros», dijo. El joven armado y sus compañeros de Beirut eran ahora soldados; otro truco de magia, como el desfile en Rafah de hombres de la marina palestina vestidos con elegancia —con fusil immaculado y atuendo impecable— que, por no tener, no tenía ni un barco pesquero. Fuera como fuere, habíamos llegado a tiempo para presenciar aquel pedacito de historia.

Y allí estaba Arafat, un Hitler para los colonos israelíes, al final de la calle en Gush Qatif, un hombre cuya transformación de «terrorista» a «estadista» tanto había costado reconocer. Quizás habría cruzado la frontera con su habitual uniforme de faena y la kefia, pero Arafat enseguida se dio cuenta de que la recepción que le esperaba —de estimados y ancianos dignatarios del pueblo, sentados al calor del día— no era digna de su tiempo. Pasó delante de ellos sin detenerse, rodeado de una multitud de guardas de seguridad, y se limitó a saludar a la viuda de su viejo compañero, Abu Jihad, asesinado por el mismo país cuyas tropas le vigilaban en ese momento desde el borde de la carretera.

«Jamás —me dijo uno de aquellos soldados israelíes, un veterano de la guerra del Líbano, que llevaba la boina morada de la brigada Givati— habría imaginado en toda mi vida que tendría que ayudar a proteger a Yasir Arafat». Al otro lado de la misma carretera hallé al capitán, un veterano palestino de la guerra de Líbano, con la boina negra del Ejército de Liberación de Palestina en la cabeza, que insistió en que, en Beirut, nunca tuvo ninguna duda de que «iba a regresar a Palestina». El viejo mago había desconcertado a los israelíes, pero no a los palestinos.

Le había costado diez meses darse el primer apretón de manos con Rabin para negociar su entrada a «Palestina». Pero era fácil cometer una grosería aquella calurosa mañana del 2 de julio de 1994. De pie, con la cabeza asomada por el techo corredizo de su coche, camino a Gaza sin perder tiempo, pasando entre mujeres y niños palestinos que le saludaban desde los palmerales, Yasir Arafat lloraría de manera incontrolable bajo la mirada de su escolta. Con el eco de su voz contra las calientes fachadas de cemento, le oímos dirigirse a sus enemigos, tanto israelíes como el movimiento palestino Hamás. Para los israelíes, anunció la engañosa «paz de los valientes». Para Hamás, elogió la valentía de su dirigente encarcelado, el jeque Ahmed Yasín. Aplaudió la «perseverancia» de los palestinos en los campos de concentración de Líbano, Siria y Jordania, sin mencionar que el acuerdo de paz que él mismo había firmado los había condenado a hundirse para siempre en la miseria. Luego dijo a la muchedumbre que todos «rezarían juntos en Jerusalén».

¿Acaso Arafat no había visto a los soldados de camino a la ciudad de Gaza tras los muros de contención, con guerreras, ametralladoras con cargador apuntando a la carretera? ¿Acaso no había advertido el despliegue de banderas israelíes —antes de ver alguna bandera palestina— al entrar en su país? ¿Acaso no había visto el cartel anunciando que la entrada a la zona «autónoma» de Palestina estaba «coordinada» con la Fuerza de Defensa israelí?

Su gobierno se fue extendiendo gradualmente en la ciudad de Gaza. Primero fue

la propaganda panegirista, el empalagoso encomio al nuevo presidente palestino en anuncios impresos en las primeras y últimas planas de los diarios matinales, las alabanzas de alcaldes, propietarios de restaurantes y empresarios inmobiliarios que, sin duda, esperaban obtener unos cuantos contratos de la «autoridad» palestina. «La enhorabuena a nuestro hermano y dirigente Yasir Arafat y a todos sus hermanos por su regreso a nuestra preciosa Palestina —anunció la empresa Raghav Mutaja, exportadora de cítricos y motores—. Te damos las gracias por empezar a levantar un Estado palestino con su capital en Jerusalén».

En el Hotel Palestine, Arafat estaba rodeado de sus acólitos, los dirigentes de Al Fatah que sostuvieron la batalla de resistencia contra la ocupación israelí, y de cuya lealtad más absoluta gozaría en los próximos años. Se reunió con los cónsules de Gran Bretaña, Francia y Alemania en Jerusalén, ya que necesitaba la ayuda financiera de sus países casi tanto como el apoyo de sus tiradores. Escoltado por docenas de hombres armados, entró en coche en el campo de refugiados de Jabaliya —donde se forjó la primera intifada contra el gobierno israelí—, y se dirigió a miles de refugiados en una escuela deteriorada. «Con nuestra alma, con nuestra sangre, nos sacrificamos por ti», tal fue la cansina respuesta. No, les gritó Arafat, en el futuro tendrían que clamar que se sacrificaban «por Palestina». Cuando al fin se daba cuenta del profundo y generalizado descontento que había por los acuerdos de paz de Oslo, habló con más pesadumbre al respecto. «El acuerdo que firmamos no es de nuestro gusto —dijo mientras un helicóptero israelí sobrevolaba la escuela—. Pero es lo mejor que se consiguió en un momento en que las dificultades de los árabes no podían ser peores». A lo largo de todo el encuentro, los hombres de Arafat estuvieron apuntando a la multitud con sus Kaláshnikovs.

La expresión «los hombres de Arafat» no tardó en ser de uso común en Gaza. Algunos eran de Gaza, pero muchos eran palestinos que no desempeñaban ninguna función en la resistencia, que se morían de asco en Bagdad o El Cairo, o que envejecían luchando en las guerras intestinas de Líbano. Ahora estaban en Gaza para gobernar, la franja de la misma manera que sus países del exilio. Los soldados y policías palestinos procedentes de Egipto adoptaron esa característica mezcla de burocracia otomana y arrogancia colonial británica que se había contagiado a los egipcios cien años atrás. Los palestinos que pasaban demasiado tiempo en Bagdad gritaban y daban órdenes. «Quieren usar el palo», decía un habitante de Gaza. Los que vivían en Líbano eran más transigentes, ya que estaban dispuestos a hacer la vista gorda a las transgresiones y hasta a aceptar algún que otro soborno.

En la calle Omar Mukhtar, estaban sentados frente a la comisaría con unas antiguas máquinas de escribir, tratando de organizar un nuevo sistema de matriculación de vehículos. Los palestinos estaban entregando documentación militar israelí a cambio de un documento con el membrete «Autoridad Palestina». Pero los símbolos de categoría de Estado no convierten un país en una realidad. Cualquiera que se paseara por las calles de los campos de Shati o Jabaliya en Gaza se daba

cuenta enseguida de que buena parte de los nuevos asuntos sobre Gaza que Arafat estaba tratando —quizá un 90 por ciento de ellos— no procedían de Gaza en absoluto.

Eran refugiados —o hijos de refugiados— de esa parte del sur de Palestina que en la actualidad es el sur de Israel, y habían vivido casi medio siglo entre los vertederos y la miseria de Gaza, a la espera de que Arafat cumpliera su promesa de enviarles a su hogar, Ashkelon o Beersheva. Del mismo modo que se había empujado a los palestinos de Galilea a los campos de Líbano, Siria y Jordania, los palestinos del sur habían acabado en la tierra baldía de Gaza, donde —a diferencia de otros emplazamientos del norte—, ahora Arafat tendría que gobernar. Pero ahora también tendrían que enfrentarse a la realidad de que no podrían regresar a «casa», de que en realidad tendrían que vivir por fuerza en Gaza, con las dos terceras partes de la fuerza de ocupación israelí que todavía custodiaba los asentamientos judíos que aún había allí y controlaba las fronteras del país que tanto loaban los anuncios de aquellos periódicos.

En el campo de Shati, el día después de la llegada de Arafat a Gaza, encontré a Ibrahim, un taxista de la ciudad de Ramleh que hoy está dentro de Israel, de pie frente a la chabola donde vivía, a la espera de ver a Arafat. «Hace diez años, llevé en coche a mi madre a Ramleh y ella encontró su casa y llamó a la puerta —me dijo—. Dentro había una familia judía. El hombre israelí nos pidió que pasáramos a su casa y dijo: “Bienvenidos a mi hogar”. Y mi madre (y era su casa, recuerda, de la que la sacaron) se echó a llorar. Los israelíes fueron amables con nosotros y entendían que la casa había sido propiedad de mi familia. Mi madre murió un año después. No, ya sé que nunca recuperaré nuestra casa. De todas maneras, ahora la han destruido para crear un nuevo estado. A lo mejor me indemnizarán. Y a lo mejor los israelíes también nos darán una declaración de que en 1948 se llevaron nuestras casas».

En otras partes de Shati, hombres de Beersheva, Jaffa y Lod decían que así era, que creían de verdad que algún día regresarían a estas ciudades —que ahora están en Israel— «con la ayuda de Dios». Claro que esto no es lo que tenían en mente los israelíes para con ellos. Los israelíes querían ver una «zona autónoma» pacífica y bien vigilada cerca de su casa, y habían elegido a Yasir Arafat para tal labor. Unas horas después me adentraba entre dunas de arena, de regreso al hotel decadente en el que me alojaba, cuando dos hombres vestidos de paisano en un coche verde me detuvieron en Shati. Los hombres del servicio de seguridad de la OLP se mostraron recelosos y bruscos. «¿Qué haces aquí? ¿De dónde vienes? ¡La documentación!», me exigieron. Puede que, al fin y al cabo, la «Palestina» de Arafat acabe siendo otro típico Estado árabe, reflexioné.

Arafat había prometido a sus asesores financieros que tendrían sellos de correos palestinos en tres semanas, y pasaportes en tres meses. «Los israelíes no pondrán ninguna pega —me comentó con pesadumbre uno de aquellos asesores al cruzar a zancadas el césped cubierto de arena del hotel—. Ahora los manifestantes no

importan. Porque ahora los israelíes son lo que llamamos “enemigos amigos”». El suyo era un punto de vista exclusivo. Ahora, en Gaza la OLP hablaba de los «judíos buenos» con quienes podían negociar, los israelíes honestos en los que podían confiar. Pero en cuanto salí de Gaza, de camino a través de Israel y Cisjordania, hacia el otro municipio de Arafat, Jericó, volvió a confirmarse aquella doble moral. En el paso fronterizo de Erez entre Gaza e Israel, dos mujeres palestinas eran obligadas a esperar sentadas bajo el sol en el arcén, mientras consultaban su documentación, alzando las manos e implorando a un oficial israelí que les permitiera pasar. Un policía de fronteras obligó a un palestino con documentación caducada a esperar de pie junto a su coche mientras aquél le gritaba improperios.

*The Jerusalem Post* de aquella mañana seguía reflejando la misma doble moral. La primera página publicaba que un judío israelí había sido herido por unos «terroristas» árabes, mientras que en la última página había un artículo menor que informaba de que unos «extremistas judíos» tal vez fueran los responsables de la muerte de un árabe palestino. El taxista árabe israelí que me llevaba miró con temor a una cuadrilla de israelíes con *yarmulkas*, que estaban erigiendo una enorme pancarta a lo ancho de un cruce en la carretera de Ashkelon a Tel Aviv, en la que se pedía el asesinato de Arafat. No obstante, cuatro días después de su aparición en Gaza, Arafat volvía a recurrir al mismo truco que había empleado, pero en esta ocasión en Jericó.

Era como estar viendo un sueño: Yasir Arafat llegando por aire a Cisjordania escoltado por un helicóptero armado israelí; Yasir Arafat, con un micrófono en la mano derecha como un cantante, rogando que se le escuchara, mientras sus seguidores tomaban el estrado a gritos de «liberad Jericó»; Yasir Arafat prometiendo una «revolución industrial» en la ciudad más antigua del mundo; Yasir Arafat prestando solemne juramento a un «gobierno» cuyo «ministro de Asuntos Judíos» — él mismo un judío— era el único miembro del gabinete ministerial que no reconocía el Estado de Israel. ¿Quedaba algo con qué sorprendernos, ahora que aquel hombre viejo había llegado a su maltrecha capital? Sus rasgos eran ya tan familiares, que sólo ahora, el último día de su primer regreso a «Palestina» advertíamos que su barba canosa iba a juego con la kefia blanca y negra de la cabeza. Su costumbre de alzar las cejas para compensar unos ojos pequeños le concedía el aspecto de una morsa sorprendida, característica que unos aficionados a la pintura mural de Jericó retrataron con una asombrosa y cruel exactitud.

Su voz bronca, que se volvió cada vez más disonante al gritar para calmar a la muchedumbre, hasta perderla del todo, y el aspecto algo desgredado le hacían parecer apasionado, a la vez que escandaloso. «¡Escuchadme! ¡Escuchadme! —gritaba—. He vuelto a Palestina... No toquéis a esas personas —decía dirigiéndose a la policía palestina, que estaba maltratando a la gente—. Serenaos... prestadme atención, escuchadme como os dijo el doctor Saeb... escuchadme... en 1948 los israelíes dijeron que habían encontrado una tierra sin pueblo... y ellos eran un pueblo sin tierra... Yo quiero decir que estamos consagrados a tener una paz justa, que

estamos comprometidos a conseguirla... Quiero saber quién está impidiendo que hoy acuda hasta aquí la gente de Jericó... unidad, unidad, unidad... rezaremos en Jerusalén, hasta que recemos en Jerusalén, hasta que recemos en Jerusalén».

Era difícil transcribir su discurso —y oír aquella voz que desfallecía, que hacía que las palabras y las frases se solaparan—, mientras una mujer solitaria se abría paso entre los hombres de seguridad armados, gritando que quería abrazar al «presidente de Palestina». Arafat se quedó quieto, desconcertado, pero de pronto cedió, y la señora se acercó a la tarima. Se abalanzó sobre Arafat, que se hizo atrás, horrorizado, para luego abrazarla con una sonrisa forzada en los labios.

Había dado con el verdadero problema al exigir que quería saber quién había «impedido» el paso a los palestinos procedentes de Jericó. Y es que después de que el gentío hubiera atravesado las vallas de seguridad y hubiera arrollado a periodistas y fotógrafos, era evidente —y para Arafat debió de haberlo sido más todavía, pues se hallaba en una posición más elevada que nosotros— que el campo de atrás estaba vacío. Ni la mitad, o quizá ni una cuarta parte de los habitantes de Jericó se habían molestado en acudir a verle. Corría el rumor de que el ejército israelí había hecho retroceder a autobuses llenos de cisjordanos; un soldado israelí reconoció en el puesto fronterizo más próximo que los había hecho parar, pero luego dijo lo contrario; y no cabía duda de que los colonos apedreaban a los coches de la carretera de Jerusalén a Jericó. Pero en Cisjordania vivían un millón de palestinos. No había toques de queda que les obligaran a no salir de casa. Los que estaban allí reunidos para recibir a Arafat eran menos de los libaneses que se habían reunido para despedirse de él en Beirut tras el asedio de 1982.

La mayoría de palestinos ya entendía el propósito que tenía Arafat al regresar. A la matanza de Hebrón siguió una explosión con bomba de un autobús en la ciudad israelí de Añila —un ataque «terrorista», no tardó en informarnos la CNN—, y sin ambages se exigió al dirigente palestino que pusiera fin al «terror». Con el paso de los meses, con el paso de los años, esto se convirtió en un asunto a la orden del día para israelíes y estadounidenses —y para los periodistas dúctiles de siempre— y la pregunta en sí misma se convirtió en un tópico: ¿Puede Arafat controlar a su propio pueblo? Lo que nunca decían los periodistas o los políticos occidentales era que Arafat debía *representar* a su pueblo, y no controlarlo. Como tampoco nadie preguntaba si Sharon podía «controlar» a su ejército, cada vez más desquiciado al acribillar a balazos cada vez con más frecuencia a niños palestinos que lanzaban piedras.

En algunas ocasiones, la «Autoridad Palestina» estaba dispuesta a hacer lo mismo. Hacia noviembre de 1994, Arafat era partícipe de un escenario paralelo. Mientras su propia policía disparaba contra unas manifestaciones violentas de Hamás y la Yihad islámica en Gaza, los israelíes estaban abatiendo a tiros a palestinos, tanto en Gaza como en Cisjordania. A los pocos días, Arafat se limitó a pronunciar la afirmación que suelen hacer todos los déspotas de Oriente Próximo cuando son

atacados por su propio pueblo: sus oponentes, dijo, estaban implicados en una «conspiración extranjera». Era una parte esencial de la historia de Arafat: hacer lo que fuera para eludir la realidad, que aquellos palestinos que odiaban el gobierno de Arafat eran de su mismo país y se oponían, no tanto a la idea de paz, sino a lo que entendían como la injusticia grotesca de la «Declaración de Principios» que tanto le había urgido firmar a Arafat un año atrás. «Los extranjeros» siempre son un recurso para quienes no osan enfrentarse a la identidad de sus oponentes; los estadounidenses echarían mano de esta mísera excusa al afrontar la descontrolada insurgencia iraquí en el 2003, el 2004 y el 2005. Para entonces, las consecuencias de la trampa en que había caído Arafat con tal confianza mesiánica ya debían de ser evidentes para él. Si se negaba a enfrentarse a los movimientos islámicos contrarios a Oslo, demostraría que no se le podría confiar más territorio, como le correspondía por el acuerdo de Oslo. Por otra parte, si se enfrentaba a los islamistas en una guerra civil, el consiguiente caos sería una muestra de que Arafat gobernaba una anarquía, otra buena razón para no concederle más territorio. Y cuanto más esperanza depositaban los palestinos en la retirada israelí, más se debilitaba Arafat.

En los años siguientes —a medida que el conflicto entre israelíes y palestinos degeneraba en ataques suicidas palestinos, bombardeos israelíes, ejecuciones extrajudiciales, destrucciones de casas y crecientes expropiaciones de tierra por parte de los israelíes— tanto Israel como los Estados Unidos acusarían a los palestinos de ser incapaces de «controlar» la violencia y de ser incapaces de aceptar un acuerdo que habría concedido un triste 64 por ciento del 22 por ciento de protectorado palestino pendiente de negociación. De manera que, antes de embarcarnos en esta vergonzosa historia de pérdidas y tragedias, es imprescindible dejar claro que Israel incumplió todos los acuerdos y pactos importantes que se firmaron en los años siguientes.

Según el acuerdo de Oslo, la zona ocupada de Cisjordania se dividiría en tres zonas. La Zona A quedaría bajo el control exclusivo de Palestina, la Zona B bajo ocupación militar israelí conjuntamente con la Autoridad Palestina, y la Zona C bajo el control absoluto de Israel. En Cisjordania, la Zona A solamente abarcaba un 1,1 por ciento del territorio, mientras que en Gaza —superpoblada, rebelde e insurrecta— casi todo el territorio quedaría bajo el control de Arafat. Al fin y al cabo, él estaba destinado a ser el policía de Gaza. La Zona C de Cisjordania comprendía el 60 por ciento del territorio, lo cual permitiría a Israel proseguir con la rápida expansión de asentamientos judíos, y sólo judíos, en territorio árabe. Como señaló Edward Said<sup>[\*]</sup> antes que nadie, Arafat ya había concedido Jerusalén; ya había acordado que el asunto solamente se discutiría durante las negociaciones del «estatuto final». Así fue como la ciudad quedó excluida del sistema de «zonas» y quedó en su conjunto en manos israelíes.

La verdad es que Oslo —donde no se propuso, ni mucho menos, la posibilidad de conceder un Estado a los palestinos— permitió a Israel renegociar la Resolución 242 de la ONU. Pese a que la resolución exigía la retirada de las fuerzas israelíes del territorio invadido durante la guerra de 1967, Oslo permitió que los israelíes decidieran de qué partes del 22 por ciento restante de «Palestina» se retirarían. El sistema de «zonas» representaba esta nueva realidad israelí. Los israelíes tenían los mapas —por increíble que parezca, el acuerdo de Oslo se negoció sin que la parte palestina tuviera mapas apropiados— y los israelíes decidieron qué zonas se «darían» a los palestinos de entrada y cuáles se regatearían más adelante.

Lo cierto es que una investigación detallada de las retiradas israelíes en el 2000<sup>[\*]</sup> bajo los Artículos de Acuerdo revelaría que los israelíes no habían respetado ninguno de estos acuerdos desde la conferencia de 1991 en Madrid<sup>[3]</sup>. Entretanto, el número de colonos instalados de forma ilegal en territorio palestino había aumentado; durante los siete años transcurridos desde el acuerdo de Oslo, habían pasado de 80 000 a 150 000, aun cuando, bajo los términos del acuerdo, se había prohibido tanto a israelíes como a palestinos tomar «iniciativas unilaterales». A los ojos de los palestinos esto fue un gesto de mala fe, y con razón. No es de extrañar que en 1999 Edward Said, que había mostrado compasión, así como comprensión por el valeroso papel de Arafat como único representante de un pueblo olvidado y desposeído, tuviera el valor de describir al dirigente palestino como «una figura trágica», y como «el Pétain de los palestinos<sup>[\*]</sup>».

Cada pocos meses, yo viajaría desde Beirut, a través de Chipre o Jordania, hasta los pequeños feudos de Arafat a través de Israel —dado que mantenía un estado de guerra formal, y a veces incluso real, con Israel, no había vuelos directos desde Líbano— y cada viaje revelaría dos versiones paralelas, a la par que totalmente contradictorias de la situación: la asombrosamente optimista de los corresponsales de los Estados Unidos y de otros países de Occidente de que la paz palestino-israelí era un hecho seguro (aunque el «proceso de paz» siempre se estaba poniendo al día), frente al creciente deterioro de la esperanza entre los palestinos de que algún día obtendrían la categoría de Estado, y no digamos una capital en la parte este de Jerusalén. Un viaje a Gaza el 8 de agosto de 1995 fue como una escenificación de *Alicia a través del espejo*.

«Por la muerte de nuestros mártires, apartad los coches del circuito —gritaba un hombre con camisa blanca—. Quitad los coches de ahí o los quemaremos. Abu Amar viene hacia acá». Antaño se pedía a los palestinos que realizaran actos conmovedores por la muerte de sus mártires. Pero la muerte de la revolución palestina nunca se había invocado hasta el momento para solucionar un problema de aparcamiento. Arafat cumplía sesenta y seis años, y le habían organizado una fiesta en el circuito costero, rematado con una manada de corceles árabes montados por miembros de la Sociedad de Equitación Palestina, de la cual el presidente Arafat de Palestina era además secretario honorario. Y cuando llegó, precedido de coches de policía de color

azul y jeeps repletos de hombres armados, soldados y miembros del sistema de seguridad, hubo que reconocer que el presidente aparentaba su edad. Estaba cansado, muy cansado, con los ojos hinchados por falta de sueño —ahora las turbulentas reuniones de la Autoridad Palestina se prolongaban hasta el amanecer—, y sus viejos generales y coroneles, vestidos con uniformes desvaídos y con las águilas y espadas de las charreteras igual de desgastadas, parecían hombres del pasado, que fumaban demasiado y se atusaban los bigotes constantemente. De aquel grupo, los únicos seres de aspecto saludable eran los caballos, que hacían cabriolas al pasar delante del dirigente palestino, sentado bajo un toldo en un sillón azul y rosa, de cara al Mediterráneo. Eso sí, trató de parecer contento.

Abrazaba a los niños; a una niña, llegó a darle cuatro besos en la mejilla; a un niño pequeño vestido de uniforme militar, cinco en la mejilla y uno en la mano. Para entonces ya había abierto el nuevo parque infantil que llevaba el nombre de su hija de once días, Zahwa —«El Parque de Atracciones de la Palestina de Zahwa» era la forma empalagosa en que se le llamaba— y un zoo infantil con un león sarnoso, para solaz de la juventud palestina. Y cuando el grupo de niños exploradores palestinos marchó ante él, Arafat se puso en pie para saludarles. También saludó a las exploradoras, a la asociación palestina de kung fu, cuyos miembros iban todos vestidos con túnicas negras y cintas blancas en el pelo, y a un niño acróbata. Y cuando un jinete persuadió a su montura de que se arrodillara ante el presidente de Palestina, Arafat se puso en pie de un salto y saludó al caballo.

Se mostró risueño de principio a fin durante la interpretación musical de unos bailarines y actores *dabkeh*, que discutían de manera retórica las dificultades del «proceso de paz». «Tenemos Gaza y Jericó gracias a vuestra presencia —salmodiaron con convencimiento—. Jerusalén volverá a nosotros con los esfuerzos de Abu Amar», añadieron, algo menos convencidos. «¿Queremos vender esta tierra?», preguntaba un actor. Y su compañero respondía: «Yo nunca olvidaré Jerusalén, ni Haifa ni Bisan». Y la multitud rugía, porque la mitad de Jerusalén y todo Haifa y Bisan están hoy en día en Israel, no en Gaza ni en Cisjordania. Y al final, antes de que empezaran las carreras, los actores se abrazaron como dos amigos con diferencias sobre la paz, pero que nunca volverían a enfrentarse. Arafat aplaudía y sonreía. Ay, sí, si fuera así de fácil, si no hicieran falta los tribunales de seguridad palestinos de medianoche, ni las sentencias de veinticinco años de cárcel, ni las detenciones nocturnas de quienes disientían de Arafat, ahora algo habitual en Gaza. Entonces el presidente de Palestina inauguró las carreras, mientras sus hombres repartían cestas de barquillos dulces entre los cientos de jeques y padres de familia sentados justo debajo del toldo. La gente comía, y los caballos corrían. Sí, el viejo ofrecía pan y circo al pueblo para celebrar su cumpleaños.

Y es que Arafat estaba a cargo de una dictadura a pequeña escala con la aprobación de Israel y los Estados Unidos. Bajo el pretexto de erradicar el «terrorismo» de Israel, tenía a más de diez competentes servicios de inteligencia bajo

su mando, que en conjunto sólo superaban en número los dirigentes árabes de Bagdad y Damasco. Las nuevas leyes de prensa amordazaban a los periodistas palestinos, muchos de los cuales eran «invitados» a los cuarteles generales de la ciudad de Gaza para asistir a reuniones nocturnas junto a agentes de los servicios secretos vestidos de paisano, que ahora hacían de contacto con los servicios de seguridad israelíes.

Claramente dirigida contra Hamás y la Yihad Islámica, pues ambas organizaciones habían atacado con bombas suicidas objetivos israelíes, la coraza de las nuevas medidas de «seguridad» que estaba afectando a todos los aspectos de la vida cotidiana en Gaza significaba que Arafat se había convertido en otro déspota árabe. Los tribunales nocturnos de medianoche estaban condenando a supuestos miembros de Hamás hasta a veinticinco años de prisión, al tiempo que al menos tres palestinos morían bajo detención. En abril de 1995 un prisionero recién puesto en libertad, fue acribillado a tiros por la policía de Arafat en una ejecución que muchos palestinos consideraban extrajudicial; se dijo que en su cuerpo llegaron a contar setenta balas.

En torno a Arafat ahora se habían fundado unidades de «Seguridad Militar», de «Seguridad Política», de «Seguridad Nacional» y «Seguridad Preventiva», además de un servicio de inteligencia palestino y una guardia pretoriana compuesta por otras tres organizaciones paramilitares: *Amn al Riyassi* (seguridad presidencial), *Harass al Riyassi* (guardia presidencial) y la Fuerza 17, la unidad especial de seguridad, encargada de la protección personal de Arafat. Según la tradicional manera de hacer de Arafat, se animaba a los jefes de cada uno de estos equipos a sospechar unos de otros y a odiarse entre ellos. El coronel Mohamed el Musri, un antiguo oficial del Frente Popular de Liberación de Palestina, por ejemplo, sólo colaboraría con su jefe nominal, el general Yusef Nasser, el jefe de la policía palestina. De la «Seguridad Preventiva» estaba a cargo el coronel Mohamed Dahlan, un oficial que había desarrollado estrechas relaciones con los servicios de inteligencia israelíes, pese a que buena parte de sus hombres eran «halcones de Al Fatah» —grupo que había desempeñado un papel destacado en la primera rebelión armada contra la ocupación israelí— y habían sido prisioneros de los israelíes con largas condenas. Todos los jefes de seguridad eran llamados cada noche a escuchar el discurso de Arafat sobre sus deberes y sobre los peligros de sus pequeños estados, reunión que ahora llamaban «El Sermón»

Lejos de condenar los signos de despotismo crecientes al otro lado de la frontera, los israelíes se limitaban a prodigar elogios a las nuevas medidas de seguridad de Arafat. Los portavoces del Departamento de Estado de los Estados Unidos, en la elaboración de informes de referencia sobre su «preocupación» por los derechos humanos, acogieron y felicitaron a Arafat por la vitalidad de sus tribunales secretos de medianoche, algo condenado rotundamente por Amnistía Internacional. Asimismo, la administración de los Estados Unidos hizo caso omiso de las reuniones secretas del gabinete interior de Arafat, que derivaron en la detención de numerosos

opponentes políticos.

No obstante, no se supo que el gabinete secreto de Arafat se reunía en secreto hasta que el dirigente palestino firmó una serie de nuevas medidas severas contra la prensa el 25 de junio de 1995. De los cincuenta artículos, el trigésimo séptimo constataba que estaba «estrictamente prohibido» a los periodistas publicar «las actas de las sesiones secretas del Consejo Nacional Palestino y el Consejo de Ministros de la Autoridad Nacional Palestina». Para comprender esas nuevas leyes de prensa, hizo falta visitar a Marwan Kanafani, asesor especial del presidente —del presidente de Palestina, claro está—, que resultó ser hermano del poeta militante (y asesinado) Ghassan Kanafani.

«Hemos cerrado *Al Watan* por el reportaje sobre el presidente —me comunicó—. El redactor fue detenido por otra cosa... sí, está detenido. Lo están interrogando. También hemos cerrado *Al Istiqlal*. Han estado implicados en un delito de desinformación». Y Kanafani miró la pantalla de su ordenador, como si ésta contuviera la misma ley por la que Imad al Falouji, el director del periódico de Hamás, había sido sacado de su casa la mañana del sábado anterior por miembros del servicio de seguridad de la OLP vestidos de paisano. El pecado de Al Falouji, al parecer, era haber publicado en la última página de su periódico un breve artículo en el que citaba un reportaje de *The Independent* según el cual Yasir Arafat había vendido a una empresa francesa el derecho a utilizar el nombre de su hija recién nacida, Zahwa, en sus productos. De hecho, mi periódico no había publicado tal reportaje, pero la procedencia de éste no interesaba a la OLP.

«Hamás sólo editó este artículo para perjudicar la credibilidad del presidente Arafat —dijo Kanafani con desdén—. Nadie lo cree. El presidente Arafat es un hombre muy generoso... Jamás haría semejante estupidez. Sólo lo han hecho para desacreditar al presidente. Sí, yo he hablado con el presidente de esto. Reaccionó con más pesadumbre que enfado. Espero que la suspensión sea temporal. Espero que los que escriben en ese periódico entiendan que esta clase de “noticias” nada tienen que ver con lo que llaman “el derecho del pueblo a saber”. Conozco tres agencias periodísticas que se negaron a publicar la historia». Quienes escribían en periódicos como éste estaban menoscabando la base para el desarrollo y la libertad de prensa.

«Nosotros no tenemos tabúes de ningún tipo —dijo—. Sí, estos tribunales de Seguridad Estatal, ¿sabe a quién más avergüenzan, sabe quién se queja más que nadie? Los palestinos. Y yo. No me gustan nada. Ciertamente, han pronunciado muchas sentencias, y algunas muy severas. Ciertamente, hay sesiones a las que el público no puede asistir. Pero es que forman parte de la reglamentación de estos tribunales. Y aquí, bajo ciertas condiciones, podemos tener regulaciones que no sean democráticas. Pero ¿acaso Gran Bretaña no tenía tribunales especiales cuando estaba en guerra? Nosotros casi estamos en estado de guerra contra quienes no quieren que implementemos la paz aquí. Es una situación muy crítica. Cuando se castiga a 1,2 millones de palestinos por lo que han hecho uno o dos [militantes], nos encontramos

en un estado que requiere tomar medidas extraordinarias. Estamos intentando castigar justamente a quienes están poniendo en peligro la seguridad, el territorio, las vidas y los derechos humanos del pueblo palestino».

Aquello fue todo un sermón. Y yo no dejaba de pensar en que aquel era el asesor especial de Arafat. No obstante, quedaban cosas por decir:

La Declaración de Principios firmada en Washington se fundamentaba en cuatro palabras: territorio para la paz. Haremos todo lo humanamente posible para satisfacer las necesidades de seguridad de Israel. Pero ellos tienen que hacer todo lo humanamente posible para satisfacer nuestra necesidad de territorio. Cuando el presidente Arafat firmó este acuerdo, sabía que tenía muchas lagunas. Y los israelíes fueron elogiados por conseguir la paz. Rabin compartió el premio Nobel con el presidente Arafat. Pero ahora, cuando se trata de hablar de lo fundamental, los israelíes quieren tanto la paz como el territorio. Y si quieren mantener a sus soldados en Cisjordania para proteger los asentamientos y quedarse con la mayor parte de nuestra tierra bajo distintos pretextos, entonces no tendremos paz. Yasir Arafat corrió muchos riesgos por esto. Él mismo tomó las decisiones necesarias, sí, incluyendo detenciones y decisiones de poca aceptación popular, así como dio esperanzas a nuestro pueblo... Lo hizo porque él cree en la paz. Los jefes de Estado no corren esta clase de riesgos, pero los líderes, sí... y él es un líder. Él quiere que esto funcione, pero está agotado. Está preocupado. No le satisface que el proceso de paz esté avanzando.

Y es evidente que esto mismo pensaba Al Falouji. Así que hice una visita al general Yusef Nasser, comandante de la policía palestina, héroe de Golán, luchador de la OLP en Líbano, refugiado de la Palestina de 1948. Y cuando paso por la puerta del general Nasser —el cierre de seguridad se abre de golpe al contacto con una tarjeta— encuentro a un hombre con grandes gafas, todo sonrisas, con sobrepeso, pero vestido con un elegante uniforme, y una enorme mano pegajosa tendida en muestra de bienvenida. Es un hombre optimista. «¿Cómo cree que nos van las cosas en la Autoridad Palestina?», pregunta. Así que yo menciono los interminables aplazamientos en la implementación de los acuerdos palestinos con Israel, la presencia constante de las tropas israelíes en Gaza, las bombas suicidas, las muertes de detenidos, Amnistía Internacional...

«Todos los tratados de paz se imponen por una influencia de poder, como sucede con éste —responde el general—. Pero mire, después de 1917, el “orden mundial” de la época concedió a los judíos una patria y nos dividió. En 1948, otro “orden mundial” creó el Estado de Israel y eliminó a los palestinos tanto del mapa geográfico como del mapa demográfico. Pero ahora hemos conseguido reubicarnos en el mapa internacional y restablecer nuestra identidad como palestinos... La entidad palestina es ahora internacional, fue creada bajo las mismas resoluciones que crearon Israel».

Sin embargo, esto no es cierto, le digo al general. Israel fue reconocida internacionalmente por la ONU; ninguna resolución de la ONU protege el acuerdo de la OLP con Israel. «De acuerdo», responde el general Nasser. «De acuerdo, pero nadie puede cargar con la responsabilidad de destruir el proceso de paz. Los colonos judíos tienen dos opciones: evacuar [el territorio palestino] o hacerse ciudadanos palestinos. Israel no puede quedarse con el territorio y querer además la paz... Las cosas no son fáciles, es cierto. Pero hay una realidad innegable, un hecho: hay tres millones de palestinos en la región de Gaza y Cisjordania. Israel tiene dos opciones:

independencia para los palestinos o una unión absoluta a los palestinos. Lo que no pueden hacer es seguir con su política imperialista...»

Aquello era una ilusión vana y obstinada, característica por lo general propia de los israelíes. Israel recibía el apoyo de la única superpotencia mundial que sobrevivía. Ningún colono israelí optaría jamás por ser palestino, y muy pocos colonos se marcharían de Cisjordania. La responsabilidad de «destruir el proceso de paz» sería fácil de trasladar a los antagonistas de Israel, los palestinos —como de hecho sucedería en los próximos años— en cuanto Israel decidiera que el siguiente ataque suicida sería la gota que colma el vaso.

«Arafat está empezando a descubrir qué se siente al ser el hombre de Israel —me dijo uno de sus detractores al fresco de una noche de agosto en Gaza aquel verano de 1995—. Los israelíes saben que es un dictador y que, cuanto más poder interno tenga, más hará lo que le piden. Por eso aprueban todo esto. No quieren una democracia real, porque Arafat perdería las elecciones, y puede que un nuevo líder no les obedeciera. Ahora incluso quieren poner a Arafat en contra de Asad de Siria, tratando de convencer a la OLP de que reivindique parte de los Altos del Golán como territorio palestino... Y entretanto siguen creciendo los asentamientos judíos».

He investigado en vano para descubrir el origen del uso periodístico que hemos dado a la palabra *asentamientos*. En sí, el término resulta casi reconfortante. Entraña un sentido de permanencia, un concepto de legalidad. Todo ser humano quiere «asentarse», tener un hogar. El término más perturbador —y mucho más acertado— para la usurpación de territorio de Israel en Cisjordania y Gaza desde 1967 es «colonizar». Aquellos que se asientan en un territorio son colonos, colonizadores. Casi todos los israelíes de Cisjordania viven en territorio ajeno. Pueden decir que Dios les concedió esa tierra, pero a los palestinos que la poseían por ley —que tenían escrituras de propiedad que así lo demostraban desde la época del protectorado británico, desde la época del imperio otomano— no se les permite apelar a Dios. Sucesivos gobiernos israelíes han apoyado este robo de propiedades, y en el 2003, cuatrocientos mil judíos israelíes vivían en territorio ocupado, bajo incumplimiento explícito del Artículo 49 de la Convención de Ginebra, según el cual «la Fuerza de Ocupación no deportará ni trasladará partes de su población civil al territorio que ocupe».

Al final, tras infructíferas negociaciones con los palestinos, los israelíes siempre sostendrían que la devolución de cualquier parte de territorio se basaría en «dar» tierra a cambio de paz, como si los territorios ocupados fueran legalmente propiedad israelí de la que pudieran disponer con generosidad. De manera que es importante recordar que la política de establecer colonos judíos en territorio árabe ocupado desde 1967 ha sido apoyada de manera sistemática y entusiasta por los sucesivos gobiernos israelíes.

Ya en 1978, la administración estadounidense del presidente Carter condenó el aumento de asentamientos judíos en Gaza y Cisjordania, y preguntaba por qué 9000

israelíes vivían ahora en trece colonias «no oficiales<sup>[\*]</sup>» dentro de territorios ocupados, cuando el primer ministro israelí Menachem Begin supuestamente pretendía llegar a un acuerdo de paz con el presidente Sadat de Egipto. Desde la guerra de 1967 ya se habían creado treinta y nueve asentamientos. En noviembre de 1978, la Agencia Judía elaboró un plan —y para este caso me remitiré a un informe sesgado que publicó *The Guardian* en la época— para «alojar a 16 000 familias israelíes en 84 nuevos *pueblos* en la orilla oeste del río Jordán, y a otras 11 000 familias en *puestos de avanzada* ya existentes<sup>[\*]</sup>» [las cursivas son mías]. El proyecto costaría 1500 millones de dólares y se concluiría en cinco años, el plazo determinado para lo que se pretendía que fuera un «período de transición» del autogobierno palestino. Los lectores deben comprender que el lenguaje utilizado y las esperanzas de «paz» en Oriente Próximo son moneda devaluada. Este «período de transición» no tenía nada que ver con el posterior acuerdo de Oslo, pero se aplicó a la cumbre Begin-Sadat de Camp David en 1977, que al final no proporcionó «autonomía propia» a los palestinos.

En mayo de 1979, el presidente Carter solicitaba a Israel que «moderara» la expansión de asentamientos, porque «contradecían las leyes internacionales y eran un obstáculo para la paz». Sin embargo, dijo —y sucesivas administraciones estadounidenses emplearían este estribillo cada vez que las sucesivas autoridades israelíes hicieran oídos sordos— «existen limitaciones en cuanto a lo que podemos hacer para imponer nuestra voluntad a una nación soberana». En diciembre del mismo año, hubo una débil protesta de palestinos contra la decisión del gobierno israelí de trasladar un asentamiento a una región árabe próxima a Nablus. Durante la cobertura de la manifestación —los árabes tendieron alfombras de rezo sobre una calle próxima, porque el gobernador militar israelí de la localidad les prohibió manifestarse en la mezquita—, el corresponsal londinense de *The Times* en Tel Aviv sólo se refirió a Cisjordania por el nombre judío de «Samaria».

De hecho, la cobertura de estas usurpaciones de tierra por parte de Israel tenía una extraña atenuación. El 14 de marzo de 1980, por ejemplo, Christopher Walker de *The Times* escribía que «las desavenencias entre Israel y Egipto sobre los asentamientos judíos en los territorios ocupados se han acentuado a raíz de la decisión israelí de tomar 400 hectáreas de tierra al este de Jerusalén para construir un nuevo barrio en las afueras. Dos tercios de la tierra es propiedad de ciudadanos árabes». Apenas se transmitió que aquello no fue tanto una simple causa de «desavenencia» sobre un «barrio en las afueras», como un escándalo. Cuando aquel mismo año Israel aprobó una «Ley Fundamental» que declaraba Jerusalén como capital del Estado, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la Resolución 476, que establecía que las acciones emprendidas por Israel para cambiar el estatuto de Jerusalén, «constituyen una violación flagrante de la Convención de Ginebra». No surtió ningún efecto. En marzo de ese mismo año, la última familia árabe<sup>[\*]</sup> que vivía en el antiguo barrio judío de Jerusalén —la casa de Ayub Hamis Toutungi tenía vistas al Muro de las

Lamentaciones, así como a la mezquita de Al Aqsa— fue obligada a recibir una indemnización por su propiedad y a abandonarla. «Yo soy judía», protestó Toutingi en hebreo. «Quiero quedarme aquí. Cuando un judío ama Jerusalén, se le da valor espiritual. Un árabe que ama Jerusalén es sospechoso de apoyar a la OLP». El escritor israelí Amos Elon protestó contra esa «violencia». Pero no sirvió de nada.

Ante la indiferencia del mundo por la «Ley Fundamental» que confirmaba la declaración de Jerusalén como la capital de Israel, las autoridades israelíes procedieron a apropiarse de territorio<sup>[\*]</sup> —cuatrocientas hectáreas para un asentamiento (que no «barrio en las afueras» como volvía a llamarlo *The Times*) de 600 000 dólares— en marzo de 1989. Para entonces, 60 000 judíos vivían en la parte «árabe» del este de Jerusalén, más del 50 por ciento de la población de 100 000 árabes de la zona. El año siguiente, el primer ministro israelí Isaac Rabin dijo que guardaría el territorio ocupado árabe para la nueva oleada de inmigrantes judíos soviéticos que iba a llegar a Israel, explicando que «antiguos dirigentes de nuestro movimiento nos dejaron el claro mensaje que guardáramos el territorio de Israel desde el mar [Mediterráneo] hasta el río Jordán para las generaciones venideras...»<sup>[\*]</sup>.

En el momento en que se dio a conocer el acuerdo de Oslo, el partido Likud israelí previó el fin de las colonias judías en territorio palestino. Benjamín Netanyahu declaró que «esas islas israelíes, aisladas en un mar de la OLP, no durarían mucho<sup>[\*]</sup>». No hacía falta preocuparse por ello. El 27 de septiembre de 1994 —cuando ya existían 140 colonias judías en Cisjordania y sólo hacía un año del acuerdo de Oslo— el primer ministro israelí Rabin aprobó la construcción de 1000 apartamentos más en el asentamiento de Alfei Menache, próximo a Jerusalén. Hacia 1996, habían arrebatado el 86,5 por ciento del control y uso de Jerusalén este a los residentes palestinos<sup>[\*]</sup>; habían expropiado el 34 por ciento de suelo del este de Jerusalén para construir edificios. El municipio de Jerusalén anunció el proyecto de construir 70 000 viviendas más en los próximos diez años<sup>[\*]</sup>. Luego se inició la abertura del «túnel arqueológico» del Muro de las Lamentaciones —a cargo de Irving Moskowitz, un multimillonario de Florida que posee hospitales y un bingo en California—, que pasaba por debajo de la parte este musulmana de Jerusalén; hubo violentas protestas contra la construcción del túnel, financiado por el Ministerio de Asuntos Religiosos israelí, que acabaron con cuarenta y tres palestinos y once soldados israelíes muertos.

En febrero de 1997, Israel aprobó la construcción de una inmensa colonia en Jebel Abu Ghoneim, de 3546 casas<sup>[\*]</sup> y una población de 25 000 israelíes sólo en la primera fase del proyecto. La colina sobre la que se construyó el asentamiento posteriormente está en las afueras de la parte este de Jerusalén, parte que los palestinos esperaban que algún día fuera a ser su capital. Se desoyeron las protestas palestinas, y los Estados Unidos vetaron una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, que pedía a Israel que interrumpiera la edificación. Durante el mismo mes, el Ministerio de Vivienda de Israel anunció la venta de suelo para 5000 nuevos

hogares<sup>[\*]</sup> dentro de las colonias existentes de la franja de Gaza y Cisjordania. La afirmación de Benjamín Netanyahu en cuanto a que la colonia de Jebel Abu Ghoneim —que recibía el distinto nombre de Har Homa en hebreo— se compensaría con la construcción de 3015 casas para palestinos fue denunciada como «desinformación<sup>[\*]</sup>» por grupos a favor de los derechos humanos. Éstos señalaron que en 1980 se habían prometido 18 000 permisos para construir casas palestinas, y no se había concedido ni uno solo en diecisiete años.

A esta inmensa expansión colonial ilegal —que no se interrumpió en ningún momento durante el «proceso de paz» de Oslo— no le faltó un apoyo activo dentro de los Estados Unidos. El 18 de abril de 1997, *The New York Times* publicó un anuncio de una página entera firmado por diez «líderes espirituales» cristianos, —entre ellos, Pat Robertson y Jerry Falwell— según el cual todos ellos apoyaban «la soberanía permanente del Estado de Israel en la ciudad de Jerusalén... creemos que Jerusalén, o cualquier parte de ella, no debería ser un elemento de negociación durante el proceso de paz». Este mensaje «espiritual» afirmaba que Israel había «demostrado sensatez en cuanto a las inquietudes y necesidades de todos los habitantes de Jerusalén, inclusive a los palestinos», y que el derecho que Israel tenía sobre Jerusalén como capital soberana procedía de un «mandato divino<sup>[4]</sup>».

Con Netanyahu, las autoridades israelíes casi mostraban afán por enfurecer a sus adversarios palestinos por socavar más todavía a Arafat. Cuando en 1997 la ONU propuso una nueva resolución que exhortaba a los estados miembros a «disuadir activamente» la construcción de asentamientos en territorio árabe, el portavoz de Netanyahu, el pianista David Bar Han, tildó la propuesta de «vergonzosa» y de «moralmente insolvente», porque obviaba los peligros internacionales, mientras que condenaba lo que llamó con malicia «la construcción de apartamentos para parejas jóvenes». La secretaria de Estado de los Estados Unidos Madeleine Albright se mostró verdaderamente timorata cuando en septiembre de 1997 instó a Israel a «abstenerse de tomar acciones unilaterales, incluso las que los palestinos perciben como la provocación de expandir asentamientos». Tales palabras se comprendieron con absoluta claridad. Si la permanente construcción de colonias judías en suelo robado a los árabes durante el «proceso de paz» no era más que «lo que los palestinos perciben como una provocación», ¿cómo lo percibían los Estados Unidos?

Cuando los israelíes no construían casas en suelo palestino, se dedicaban a demoler casas palestinas. Entre la firma del acuerdo de Oslo en 1993 y marzo de 1998, los bulldozers israelíes echaron abajo 629 casas palestinas, 535 en Cisjordania y 94 en Jerusalén, más de una tercera parte bajo un gobierno laborista israelí, y el resto bajo el mandato de Likud<sup>[\*]</sup>. Por si fuera poco, había 1800 derribos más pendientes. La indignación palestina ante este intento sistemático de expulsarles de Jerusalén —en muchos casos porque Israel no expedía permisos de edificación a los árabes que ya vivían allí— sencillamente se agravó con la decisión, en abril de 1999, del comité ministerial israelí de recomendar la construcción de 116 000 viviendas

más para colonos en los próximos veinte años<sup>[\*]</sup>.

El gobierno laborista de Ehud Barak —anunciado como la administración más liberal y propalestina desde Rabin— colonizó Cisjordania a un ritmo diez veces superior al del gobierno Likud de Netanyahu<sup>[\*]</sup>. Sólo un día después de que se iniciaran las negociaciones para el «estatuto final» entre israelíes y palestinos en septiembre de 1999, Barak —que estaba de visita en la extensísima colonia de Ma'ale Adumim— anunció que «no retirarían un asentamiento de 25 000 personas y al que... todos los gobiernos israelíes habían ayudado a construir... Cada edificio aquí, cada árbol, forma parte de Israel para siempre, es indiscutible<sup>[\*]</sup>». En noviembre del 2000, el grupo de presión israelí Peace Now descubrió que la administración de Barak planeaba invertir 210 millones de dólares en colonias el año siguiente.

Las críticas estadísticas finales eran inevitables<sup>[\*]</sup>. Entre 1967 y 1982, sólo 21 000 colonos se habían establecido en Gaza y Cisjordania. En 1990, había un total de 76.000. En el 2000, siete años después del acuerdo de Oslo, se contabilizaban hasta 383 000, entre los que se contaba a los colonos asentados en la parte anexionada del este de Jerusalén<sup>[5][\*]</sup>. El 17 de mayo de 2001, Rene Kosimik, el jefe de la delegación de la Cruz Roja Internacional en los territorios de Israel y Palestina, consideró que había que recordar al mundo que, ateniéndonos a la Convención de Ginebra, «el asentamiento de la población del poder ocupante en los territorios ocupados está considerado una acción ilegal y está calificado de “violación grave”... La política de asentamiento, según la ley humanitaria, es un crimen de guerra». Con todo, incluso en el 2004, cuando Arafat agonizaba y cuando el muro de «seguridad» de Israel iba usurpando más suelo árabe, se siguió con la ocupación y el expolio a los palestinos.

Esta enorme expansión colonial demostró a los palestinos más que ningún otro hecho que Oslo era una farsa, un engaño, un ardid, para enredar a Arafat y la OLP con el fin de que abandonaran todo aquello que tanto habían buscado y por lo que tanto habían luchado a lo largo de un cuarto de siglo; que era un método para crear falsas esperanzas y poder mutilar la aspiración a lograr la categoría de Estado. Por supuesto, para los colonos, Oslo era una amenaza para ese mismo proyecto colonial apoyado por el gobierno del cual formaban parte. Cuando el primer ministro israelí Isaac Rabin hizo presión sobre el «proceso de paz» tras sucesivos ataques suicida con bomba de los palestinos, pasó a ser para los colonos parte del mismo «terror» que representaban Arafat y la OLP. Por ejemplo, el 24 de julio de 1995 un suicida mató con una bomba a varios israelíes en un autobús de Tel Aviv; el 22 de agosto, una mujer suicida se inmoló en la parte trasera de un autobús, estallando en pedazos y haciendo estallar en pedazos a cuatro pasajeros más. El día después del segundo baño de sangre, Rabin dijo que aquello no le disuadiría de «luchar contra el terrorismo islámico ni interrumpiría las negociaciones<sup>[\*]</sup>» con los palestinos. Apenas dos meses después, Rabin fue denunciado por traidor en un mitin celebrado en Jerusalén, en el cual Benjamín Netanyahu era el orador principal. Unos panfletos que se repartieron en el mitin mostraban a Rabin vestido como un oficial nazi. Una cinta de vídeo sobre

el encuentro mostraba a una mujer clavando un cuchillo en la fotografía de Rabin.

Todavía no se ha escrito una biografía definitiva de Rabin. El historiador Avi Shlaim ha tenido la sagacidad de comentar que aquél «infligió más castigos y sufrimiento a los palestinos que ningún otro dirigente israelí<sup>[\*]</sup>». Como jefe del estado mayor en 1967, tomó Cisjordania. Durante los veinticinco años siguientes, trató de conservar los territorios ocupados por la fuerza, lo cual «le valió en Israel la reputación de político responsable y de confianza». Durante su mandato como primer ministro, los soldados israelíes tenían permiso para romper los huesos de manifestantes palestinos, práctica que se perpetuó hasta que un cámara israelí tuvo la desconsideración de filmar a unos soldados israelíes apaleando las piernas de un prisionero israelí. El que Rabin siguiera colonizando después del acuerdo de Oslo hace pensar que quería conceder a Arafat el honor de gobernar aquellas zonas de Cisjordania y Gaza que los israelíes no necesitaban para su seguridad ni para establecer futuros asentamientos, una interpretación completamente distinta de la de Arafat. Pero el 4 de noviembre de 1995, después de decir en un mitin de Tel Aviv que «el camino de la paz es preferible al camino de la guerra», Rabin fue asesinado por un estudiante religioso israelí de veinticinco años llamado Yigal Amir que admiraba a Baruch Goldstein, el asesino de la mezquita de Hebrón. En el juicio, Amir dijo que tenía conciencia de que, cuando algo representaba un mandamiento religioso «desaparecía cualquier problema moral. Si ahora tuviera que conquistar territorios, tendría que matar niños y niños de pecho, como está escrito en el Libro de Josué<sup>[\*]</sup>». Si cambiamos la religión, podría haber sido la voz de un suicida palestino.

Los paralelismos eran simplistas, por supuesto. Mientras pagaba la factura del hotel King David en Jerusalén a primera hora de la mañana, el cajero encargado, un judío ortodoxo con una impresionante barba larga que siempre me decía que tuviera cuidado a mi regreso a Beirut —la capital libanesa era para él un «centro de terror»— me preguntó si le recordaba a alguien que conociera. «¿No me parezco un poco a algunos miembros de Hezbolá?», me preguntó con una amplia sonrisa. Y tuve que reconocer que sí, que se parecía un poco a algunos militantes musulmanes chiíes del Líbano. Las barbas tienen que ver con la ortodoxia, con el fundamentalismo, en el sentido más literal de la palabra, del mismo modo que el hecho de «cubrir» a las mujeres —a las judías ortodoxas, a las musulmanas, a las monjas cristianas— parecía ser una característica compartida por las tres religiones de Oriente Próximo. ¿A qué se debe, solía preguntarme yo, esa obsesión por el pelo, por dejar crecer el pelo, por ocultar el pelo, por considerar el pelo en los hombres un símbolo de virilidad, y en el caso de las mujeres una trampa diabólica para los hombres; esa obsesión por el largo o la forma de las barbas? ¿Por qué se representa a Jesucristo con barba en todas las escenas bíblicas? ¿Por qué todos los imanes chiíes de Irán llevaban pelo alrededor de la barbilla, pero blanco y esponjoso o un mentón sin afeitar o una barba desenredada, una sotabarba tan compleja como la exégesis o el tratado moral de jurisprudencia islámica que le había concedido un lugar en la jerarquía clerical? ¿Qué simbolizaba la

barba, sabiduría, compromiso, hombría, o acaso se dejaba crecer para ganarse el respeto de los demás?

Cuando Isaac Rabin deportó ilegalmente al Líbano a casi 400 palestinos partidarios de Hamás y la Yihad islámica en 1992, creó una universidad islámica en las laderas del monte Hermón. Dado que el gobierno libanés se negó a concederles permiso para viajar al norte hacia el resto del país, los palestinos —muchos de ellos profesores de universidad, ingenieros y clérigos— fueron abandonados al calor del verano y a las nieves del invierno en un páramo montañoso llamado Marj al Zahur, el «Campo de Flores», donde discutían del islam contemporáneo y de filosofía, y se aprendían el Corán de memoria, y practicaban el ayuno del Ramadán junto a un sendero angosto en mal estado, por el que, casi novecientos años atrás, se decía que Saladino había pasado a caballo de camino a Jerusalén. Abdelaziz Rantisi de Hamás recibiría aquí a sus seguidores, así como el jeque Bassam Jarrar y algunos de los futuros dirigentes de Hamás y la Yihad Islámica. Jarrar me preguntó en una ocasión qué bien podía hacer un tratado de «paz» secreto que deshonraba a quienes habían muerto en la primera lucha de la intifada palestina de 1987-1993. Los deportados pedían periódicos, pero a medida que pasaban los años, Hezbolá y otros grupos musulmanes libaneses simpatizantes les suministraban generadores, televisores y libros. Incluso había una tienda universitaria que hacía las veces de biblioteca, así como una tienda que les servía de mezquita, y otra de enfermería. Toda una sociedad islámica masculina creció junto a las enormes rocas en abanico del cuerno de la abundancia de Marj al Zahur.

«Echaré de menos esta hermosura», me dijo uno de ellos antes de que se le permitiera regresar a «Palestina» —y a una prisión israelí— en 1994. «En el futuro, las rocas de este lugar ocuparán un lugar especial en nuestro pensamiento». Me dieron los números de teléfono de familiares en Ramala, Hebrón y Yenín y me pidieron que los llamara la próxima vez que visitara «Palestina». Entre ellos, tantos habían negociado con oficiales israelíes, que uno incluso me dio el teléfono de casa de Simón Peres.

Así, un frío día de diciembre de 1995 me encaminé por el sendero de acceso a la Universidad de Hebrón a encontrarme con el jeque Jarrar, uno de los «licenciados» en el «Campo de Flores». Estaba más delgado y ya no vestía la túnica *abaya* que le protegía de las nevadas que azotan el Líbano, sino que llevaba una nueva chaqueta de piel y la barba bien arreglada y estaba sentado en la oficina de la asociación de estudiantes. Con él había otros partidarios de Hamás procedentes de Marj al Zahur, más canosos de como los recordaba, pero seguían escuchando a su profesor con la misma atención que solían dedicarle en las clases de historia que daba en la gran tienda de la helada Universidad de Marj al Zahur. «Lo cambió todo —me dijo—. Marj al Zahur nos causó un efecto a todos. Me transmitió tranquilidad, ya que reparé en que el mundo se había dado cuenta de nuestro ruego y me hizo ver que todavía quedan valores».

Hizo muchas pausas durante nuestro encuentro en la abarrotada oficina de estudiantes, pues era consciente de que todos aquellos rostros barbudos podrían estar tan pendientes de cogerle en renuncio, como de prestar atención a las sabias palabras de su profesor de historia. Al fin y al cabo, yo era un occidental que había conocido al jeque Bassam Jarrar en el exilio, un periodista de una cultura decididamente distinta, que podía saber cosas que ellos no sabían sobre cómo habían actuado aquellos 400 palestinos dos años atrás durante el exilio. «Dado que el mundo demostró ser menos salvaje de lo que creíamos, muchos tenemos dudas a la hora de evaluar nuestra experiencia en el sur del Líbano», prosiguió Jarrar. «Modificamos nuestro discurso político. En Marj al Zahur tenía que dirigirme a personas de distintas culturas. Tuvimos que buscar un lenguaje que fuera convincente para otros, no sólo para nosotros. Por eso desarrollamos un lenguaje determinado».

¿Y el acuerdo entre la OLP y los israelíes que habían rechazado con tanto desdén los exiliados desde las nieves del campamento de montaña? «Toda solución está relacionada con el concepto de justicia —respondió Jarrar—. Si el plan presenta errores, durará poco. Cabe la posibilidad de que vaya a haber paz, pero también habrá mucha violencia. Todo el mundo cree que esto es la solución de una superpotencia que no se basa en la justicia... Israel no quiere hacer un trato justo con nosotros». Todos los jóvenes de la sala asintieron con las cabezas con obediencia cuando Jarrar volvió a un tema familiar: el inmenso poder tentacular de Washington. Cuya intervención en asuntos internacionales solamente respondía a los intereses de los Estados Unidos, tanto en Bosnia como en Oriente Próximo. «Bosnia está en el centro de Europa, es un caso especial. La solución a la que han llegado es mantener bajo vigilancia a los musulmanes y evitar que terceros partidos, como los islamistas, lleguen al poder. Pero Palestina está en el centro del mundo islámico, y aquí los estadounidenses buscan sus intereses en Oriente Próximo: el petróleo e Israel».

Insté al jeque Jarrar a volver al tema de Jerusalén, del cual tantas veces había hablado en Marj al Zahur. «Quizás Arafat sea capaz de controlar algunas zonas anexionadas a Jerusalén. Los israelíes dividirán Cisjordania en cantones; ya han construido esas carreteras de circunvalación para los colonos, que dividen nuestro territorio. Algunos colonos se marcharán, pero otros se quedarán, sobre todo los asentamientos del valle del Jordán, al noroeste, y en todas esas regiones donde los asentamientos ya casi son ciudades». En parte tenía razón. Israel ofrecería a Arafat unos barrios precarios de las afueras de Jerusalén. Ningún colono se marcharía de allí —de hecho, aumentarían en número—, pero las carreteras de los colonos dividirían el territorio palestino y de este modo se asegurarían de que allí no pudiera crearse ningún Estado palestino.

En el pasillo, cientos de estudiantes se agolpaban alrededor de tablones de anuncios de grupos militantes palestinos. En el tablón de los islamistas había colgadas docenas de fotografías de «mártires» de Hamás y de la Yihad islámica, con pistolas, rifles automáticos y pesadas ametralladoras. «Éste es Bassam Imasalni —

dijo otro veterano de Marj al Zahur, señalando el retrato de un hombre barbilampiño de ojos oscuros y serios—. Lo atraparon en su casa los israelíes, pero salió a enfrentarse a ellos con el rifle; si murió, fue porque eran muchos».

¿Era engañarse a uno mismo o una falsa ilusión lo que hacía que creyéramos que todavía era posible conseguir una «paz» justa? Consulté en retrospectiva mis propios reportajes sobre Oriente Próximo en la década de 1990 con una mezcla de hastío y horror. «Se ha roto la unión<sup>[\*]</sup>», escribí en 1996. «Hacía tiempo que el espectáculo se estaba acabando. La ruptura definitiva se produjo en cuanto Bibi Netanyahu fue nombrado primer ministro. Los acuerdos solemnes y oficiales que firmaron la OLP e Israel no resultaron ser de ningún interés para el nuevo gobierno israelí: no se han retirado las tropas israelíes de Hebrón, según se había acordado. Supuestamente las negociaciones sobre el estatuto final iban a decidir el futuro de Jerusalén y de los asentamientos judíos que siguen expandiéndose por la parte palestina ocupada de Cisjordania han pasado a ser *peccata minuta*».

Luego, en diciembre de 1996, leo que escribí que «iba a producirse una explosión en Oriente Próximo, una detonación que bien podría cambiar la región para siempre. Buena parte de Occidente siempre ha decidido pasar por alto los signos de una calamidad inminente y ha preferido hacer ver que el “proceso de paz”, muerto desde hace mucho tiempo y profundamente viciado, todavía sigue en vida en un cuerpo que se descompone... pero el mundo árabe se está preparando para la conmoción de terribles acontecimientos». Hoy me pregunto en qué explosión estaría yo pensando. Supongo que imaginé que esa «explosión» se produciría en Oriente Próximo, dentro de Israel o Palestina. Pero en la cinta de una entrevista a un presentador de la cadena de noticias CBC en Toronto en noviembre de 1998, vuelvo a hablar de «la explosión que se producirá».

Torturas y muertes de detenidos, detenciones y arrestos arbitrarios sin juicio, ejecuciones y juicios injustos, tanto por parte de israelíes como por parte de palestinos: cinco años después del acuerdo de Oslo, ¿podía haber una crítica más espantosa de la «paz» que el informe publicado por Amnistía Internacional<sup>[\*]</sup>? Tal era el ritmo al que se sacrificaban los derechos humanos en una desesperada búsqueda por la «seguridad» entre Israel y la OLP, que en el informe de noviembre de 1998 ya no recogía las últimas atrocidades: dos palestinos tiroteados por un pelotón de fusilamiento por asesinato y, al parecer, el linchamiento de Husein Ghali por parte de secuaces de Yasir Arafat por haber llamado a una comisaría para quejarse. Las palabras de Amnistía eran mucho más elocuentes que las de cualquier reportero:

los asesinatos de palestinos por parte de los servicios de seguridad o colonos israelíes han derivado en ataques suicidas con bomba y en la muerte de civiles israelíes. En consecuencia, ha habido oleadas de arrestos arbitrarios, detenciones tras las cuales los presos quedan incomunicados, torturas y juicios injustos. La población palestina ha sido la víctima principal de tales violaciones... los Territorios Ocupados se han convertido en una región de barreras, erigidas en gran parte por los servicios de seguridad israelíes, entre pueblos y ciudades.

Entre los métodos de tortura empleados por los israelíes se cuentan *Shabeh* (privar de sueño con ataduras, en posiciones dolorosas y con la cabeza cubierta), *Gambaz* (obligar a estar en cuclillas durante más de dos horas), *Tiltul* (sacudir con violencia al detenido, práctica que ya había causado la muerte a un prisionero palestino<sup>[6]</sup>) y *Khazana* (encierro en un armario). Otros métodos incluían palizas, presión en los genitales y exposición al frío y al calor. «Hay una aceptación general entre la comunidad internacional —decía Amnistía—, de que Israel ha legalizado el uso de la tortura». La tortura por parte de la autoridad de Yasir Arafat comprendía palizas, suspensión de las muñecas, quemaduras con electricidad o cigarrillos, además de torturas aprendidas de los israelíes, sobre todo *Shabeh*. Veinte palestinos murieron bajo detención de la Autoridad Palestina desde el acuerdo de Oslo, muchos de los cuales durante o después de las torturas. Entre los torturados habitualmente había «detenidos de seguridad», colaboradores sospechosos y palestinos que habían vendido tierras a judíos.

Amnistía estaba especialmente preocupada por los asesinatos extrajudiciales. Incluían el asesinato de Hani Abed, un miembro de Hamás sospechoso de matar a dos soldados israelíes, al que mataron con un coche bomba en Gaza; Fatih Shikaki, el líder de la Yihad islámica, al que acribillaron a tiros en Malta; y Yahya Ayash, un fabricante de bombas de Hamás, que murió por una bomba trampa en un teléfono móvil. Su muerte, que se produjo durante un alto el fuego ordenado por la propia Hamás, provocó otra serie de ataques suicidas con bomba. Entre los muchos inocentes que mataron los israelíes estaba Alí Jawarish, de ocho años. La organización citó a Joel Greenberg de *The New York Times*, que posteriormente comunicaría al grupo de derechos humanos israelí *B'Tselem* que había visto a soldados israelíes disparar al niño durante una manifestación.

Vi a un soldado arrodillarse y apuntar a los niños... En mi opinión era una bala [recubierta] de goma... pero no estoy seguro... Cuando los soldados se retiraron, me fijé en un niño de unos nueve o diez años tendido inerte en el suelo... vi... una herida en la parte derecha de la frente, de la que salía mucha sangre... Luego, los médicos del hospital Muqassed de Beit Jala me dijeron que el cerebro se le había salido.

Era como si se produjera una extraña simbiosis en el conflicto. Cuanto mayor fuera la violencia en Israel y Palestina, más sombrío sería el futuro político y más optimista se mostraría Occidente sobre el «proceso de paz» que, por supuesto, habría de «reiniciarse» una vez más. Imagino que esto sería un ensayo inconsciente para la invasión angloamericana de Iraq en el 2003. A medida que las consecuencias de aquella operación ilegal resultaron ser más desastrosas sucesivamente, más insistirían estadounidenses y británicos con absoluta confianza que la invasión merecía la pena, las repercusiones previsibles y el resultado final una mezcla de «libertad» y «democracia». Del mismo modo que «Palestina» e Israel en 1998.

En mayo de aquel año, viajé a Londres para observar la permanente mitificación de la paz de Oriente Próximo que se estaba desarrollando en la calle Downing. Un

helicóptero de la policía sobrevolaba por encima de nosotros con un leve runrún cuando Benjamín Netanyahu salía del número 10 para decirnos lo agradecido que estaba a Tony Blair. El helicóptero alzó el vuelo al cielo primaveral inglés cuando Yasir Arafat salió de la calle Downing para agradecer a Blair su compromiso con el «proceso de paz». Cómo adoraban a Tony. Y cómo se odiaban entre ellos. Y durante todo ese tiempo, detrás de nosotros, se alzaba el fatídico edificio en el cual lord Balfour había elaborado en 1917 la declaración que apoyaba un hogar nacional para los judíos en Palestina.

Bibi, immaculado como nunca con un traje negro y con un cabello blanco y grueso, nos dijo que podría haber cierto progreso si ambas partes mostraban «flexibilidad». Afirmó que Israel «ya había dado un paso más allá». Los palestinos entendieron que el paso que Netanyahu había dado más allá era la distancia que la última colonia judía de Israel había recorrido para ocupar territorio árabe. Arafat — lívido, con el labio inferior trémulo y la kefia mal puesta por primera vez— solamente advirtió que «Netanyahu debía asumir la responsabilidad del... caos que podía desatarse en la región si el resultado de las negociaciones no era favorable».

A menos de dos kilómetros de allí, al otro lado de un Londres vacío por el puente del fin semana, el primer ministro israelí hablaba con la secretaria de Estado Madeleine Albright en las suntuosas suites del Grosvenor Park. El vestíbulo, decorado con una falsa chimenea de troncos y cuadros de patinadores sobre hielo, tenía un inquietante parecido al salón de fumadores del *Titanic*, a los pocos minutos el portavoz de Israel, David Bar Han, con su gélido acento inglés de escuela privada, aparecería tranquilamente en el vestíbulo para decir a los periodistas —en respuesta a la aseveración de Arafat— que «si la fórmula es “territorio para terroristas” podemos proseguir con esto». Era el lenguaje infantil que ambas partes empleaban, un lenguaje de amenaza y falso compromiso. Cuánto querían la paz Netanyahu y Arafat, cuánto se esforzaban por conseguirla. Pero ni siquiera eran capaces de hablar entre ellos. La posición de Arafat era tan débil, que sólo tenía el patético recurso de aceptar la exigencia de Washington de que las tropas israelíes se retiraran un 13,1 por ciento más de territorio, una grotesca reducción de lo establecido en los acuerdos de Oslo. En Grosvenor House, Madeleine Albright —que supuestamente era la secretaria de Estado que usaba la furia de una abeja para convencer a los israelíes de dejar de construir asentamientos en territorio árabe y de ceñirse a la agenda de Oslo— intentó convencer a Netanyahu de ceder más del nueve por ciento de territorio palestino a Arafat en la próxima concesión de territorio. Pero fue en vano.

¡Y después hablan de un Estado Palestino! Pero frente al número 10, las cadenas de televisión decían a sus telespectadores —según palabras del periodista de la BBC— que Netanyahu tenía «poca capacidad de compromiso» debido a las escisiones de su gabinete. En su retransmisión, no aludió siquiera a que Israel no se acataba a las condiciones del acuerdo de Oslo. Bar Ilan explicó la situación demasiado bien. Israel pedía mayor seguridad a Arafat y exigía que éste redujera el número de policías

palestinos. Mayor seguridad, menos policías. ¿A quién se le ocurrían estas fórmulas descabelladas?

Hubo un momento que captó la desesperación del «proceso de paz» de Oriente Próximo. El segundo día de las negociaciones, al salir de la cafetería del hotel Churchill de Londres vi una figura familiar hundida en un sofá. No vi ningún tipo de seguridad, no había policías, sólo el portavoz del Departamento de Estado, alto y de cabellos oscuros, y la mujer, pálida de agotamiento, sentada en un extremo del sofá. Madeleine Albright parecía estar al borde del desvanecimiento. Apenas unas horas antes, había llamado por teléfono a Arafat para presentarle sus excusas. No podría visitarle, como habían acordado, le dijo Albright. Sencillamente estaba demasiado cansada para ir en coche hasta Claridge, donde habían concertado el encuentro. Arafat se echó a reír al colgar. Qué más daba si su propio estado de salud — impresionaba ver cómo se cogía la temblorosa mano izquierda con la derecha, y cómo, sin poderlo evitar, le temblaba el labio inferior cuando no hablaba— era mucho peor que el de Albright. En cambio, cuando le tocó entrevistarse con Netanyahu unas pocas horas después, Albright se dirigió en su limusina al hotel donde se alojaba el primer ministro israelí.

Lo que resultó ser más impresionante —más, incluso, que el estado de salud de Arafat— fue el miedo que Albright mostró de Netanyahu, quizás en realidad de Israel. Arafat y la OLP ya habían aceptado las condiciones de los Estados Unidos de reunirse el 11 de mayo de 1998 en Washington con el presidente Clinton. Netanyahu aún no había dado una respuesta. Volaba de regreso a Israel para «consultar» a su gabinete. Pero cuando Albright habló con nosotros más tarde —con frases vacilantes y a veces confusas, u olvidando las preguntas que le hacíamos— se deshizo en elogios por el dirigente israelí, que seguía adelante con la construcción de asentamientos judíos en un territorio que Arafat quería como parte de su Estado palestino. Netanyahu se había mostrado «alentador», había propuesto «nuevas ideas». Se había mostrado entusiasta. Se había mostrado con ánimo de «colaborar». Estaba muy agradecida a Netanyahu. «Es evidente que Israel es quien debe decidir cuáles son sus exigencias de seguridad», por tanto adiós muy buenas a los policías palestinos. Pero cuando preguntamos a Albright en qué consistían aquellas «nuevas ideas», se nos informó de que «Un mayor número de detalles no iban a ayudarnos a seguir avanzando».

Aquello no tenía sentido. Sin embargo, ella hablaba de «progreso» (llegué a contar la palabra dieciocho veces en unos minutos). Y lo mismo dijo Tony Blair en su correspondiente aparición ante la prensa. En su caso se trataba de un signo de puntuación verbal, cuya frecuencia iba en aumento, lo cual hacía recelar más todavía de su empleo. Arafat dijo que había «oído» de Albright que se había «progresado». Cuando le pregunté si no se arrepentía ahora de haber firmado los acuerdos de Oslo, los ojos de aquel hombre viejo se abrieron mucho y su voz recuperó su antigua fuerza. «El acuerdo de paz que firmé era el acuerdo de los valientes», respondió.

«Firmé con mi compañero Isaac Rabin, que pago con su vida esta paz. Nuestro deber es seguir adelante con el justo intento que acordamos con el señor Rabin Peres». No mencionó a Netanyahu. Y ni Albright ni Netanyahu mencionaron la «paz de los valientes»; con una ligereza fuera de lugar, Albright señaló que los esfuerzos de los Estados Unidos por imponer la paz «dependían de que cada parte decidiera si se estaban sirviendo correctamente o no las verduras». Quizás esto podría haberse grabado en la lápida de Oslo.

En otoño de 1998, durante una cena privada en la Casa Blanca con los miembros más jóvenes de la familia real jordana, el presidente Clinton se desahogó confesando algunas cosas que pensaba de Netanyahu. Había menos de una docena de invitados, y todos eran hombres y mujeres que simpatizarían con sus comentarios. «Yo soy el presidente más proisraelí que ha habido desde Truman», anunció a sus invitados. «El problema de Bibi es que no es capaz de reconocer la humanidad de los palestinos». Sin su falsa humildad —Clinton era sin duda *más* proisraelí que Truman— Clinton había metido el dedo en el defecto más perjudicial de Netanyahu: su incapacidad para ver a los palestinos como seres humanos iguales, su convencimiento de que no eran más que un pueblo sometido. Esta característica aparece con la misma claridad en su libro *A Place Among the Nations* (Un lugar entre naciones), que bien podría haberlo escrito un gobernador colonial. Clinton sabía lo que se decía. Entendía el defecto psicológico que residía en el centro, y no de las políticas de Netanyahu, sino de todo el gobierno de Netanyahu.

No obstante, a los pocos días volvía a presidir otro acuerdo de «paz» —en Wye— que colocó eficazmente a los palestinos en el papel de suplicantes. La parte principal del acuerdo de Wye, no trataba de retiradas, sino de «seguridad», lo cual se vinculaba a diestro y siniestro con referencias a «terroristas», «células terroristas» y «organizaciones terroristas», que sólo apuntaban, por supuesto, a la violencia palestina. No había ni una sola referencia a asesinos procedentes de la comunidad de colonos judíos.

La tortura a Arafat era exquisita. En cada nuevo acuerdo con Israel volvían a redactarse sutilmente acuerdos anteriores. En Madrid —con todas las garantías para los palestinos— se volvió a Oslo: ninguna garantía en absoluto, y un sistema tan elaborado de retirada israelí, que los plazos ya no se cumplirían. Esto se remitió al acuerdo de Hebrón de 1997, que permitía a los colonos judíos permanecer en la ciudad y hacía que la retirada israelí dependiera de un final de la violencia contra Israel. En 1998 el acuerdo de Wye hasta dejó caer el lema «territorio para la paz». Se le llamó el acuerdo de un «Territorio para la Seguridad», ya que la «paz» era imposible de obtener por el momento. Paz implica respeto, confianza mutua, cooperación. Seguridad implica ausencia de violencia, pero también implica prisión, odio y, como ya sabíamos, tortura. A cambio, los palestinos podían obtener un 40 por ciento de su territorio bajo su control (y no el 90 por ciento que esperaban según lo pactado en Oslo). Y la CIA, la institución más digna de confianza y moral, se

instalaría en Cisjordania para asegurarse de que Arafat detenía a los sospechosos habituales.

La Autoridad Palestina no había impedido que Hamás atacara a los israelíes — como Israel tampoco los había podido impedir antes de firmarse el acuerdo de Oslo —, pero ahora, milagrosamente, lo conseguirían gracias a la ayuda de la CIA. Desarmarían a aquellos palestinos que tuvieran en su posesión armas ilegales. Los miles de colonos judíos instalados en territorio palestino que tenían armas —y que condenaban incluso la versión atenuada de Wye llamándola «traición»— no serían desarmados. Los israelíes tendrían que ser capaces de vivir sin miedo. Del mismo modo que los palestinos. Pero la seguridad se deriva de la paz, y no al revés. Y un tres por ciento del territorio palestino del cual Israel se disponía a retirarse ahora pasaría a ser —acaso, de todas las manifestaciones de Oslo, ésta era la más absurda— una «reserva natural» donde los palestinos no podrían construir casas. ¿Qué clase de animales salvajes merodearían en esta zona protegida? ¿Y qué clase de animales salvajes merodearían al otro lado de los muros?

Así pues, en Wye no se dijo nada sobre las «organizaciones terroristas» judías, ni se acarició esperanza alguna de controlar a los grupos de colonos que atacarían a Palestina en el futuro. En julio del 2001, por ejemplo, uno de estos grupos —un grupo de «terror», según la propia definición de Israel, aunque la prensa internacional los denominaba «guerrillas» o «vigilantes»— disparó con docenas de balas contra un coche que transportaba a un grupo de palestinos procedentes de una celebración previa a una boda en la pequeña población de Idna, en Cisjordania<sup>[\*]</sup>. Mohamed Salameh Tmaizeh y su pariente Mohamed Hilmi Tmaizeh murieron en el acto. Otros cinco fueron heridos. La tercera víctima fue Diya Tmaizeh, un niño de sólo tres meses de edad. Esto no justifica la violencia ni el «terror» palestinos —un francotirador palestino también mató a un niño de pecho judío en un asentamiento en Hebrón—, pero había una diferencia fundamental. Los palestinos serían desarmados. Lo judíos colonos, no.

¿Cómo habían permitido los Estados Unidos que esto sucediera? Ignorancia, debilidad frente a los poderosos grupos de presión estadounidenses de Israel, desidia intelectual al hacer frente a asuntos de enorme complejidad: todo esto puede proporcionar una idea. Pero era la irresponsabilidad general que impregnaba la política de los Estados Unidos. Clinton quería ser el autor de una «paz» que se negaba a garantizar empecinadamente. Oímos pronunciar a Clinton el viejo estribillo, que mientras Washington pudiera «unir a ambas partes», correspondía a «las propias partes» tomar las «decisiones difíciles». De esta manera, Israel, la más poderosa de las dos partes —al fin y al cabo, los tanques palestinos no ocupaban Tel Aviv— podría actuar a voluntad dentro o fuera del marco de los acuerdos de Oslo. Extraoficialmente, oiríamos hablar —como los invitados jordanos de la cena en la Casa Blanca— de lo exasperado que estaba Clinton con Netanyahu<sup>[7]</sup>. Públicamente guardaría silencio. Pero cuando los israelíes sufrieron la violencia palestina, Clinton

se mostró como un león, llamando a los asesinos «hombres del pasado» en Ammán, y sermoneando al mundo entero en Wye sobre el «odio» que indudablemente acogería el último logro por obtener la «paz».

Otro de los aspectos más peligrosos de los sucesivos acuerdos de «paz» estadounidenses era el uso de un lenguaje sensiblero. Clinton era bueno con los tópicos y la retórica, pero —irónicamente, visto el despliegue de pedantería al dar cuenta al gran jurado de su relación con Monica Lewinsky— era lento cuando se trataba de dar detalles. Pese a todos los apretones de manos y perogrulladas de Wye, por ejemplo, tanto palestinos como israelíes regresaron a sus casas con ideas diametralmente opuestas sobre lo que se había conseguido. Netanyahu podía asegurar a los colonos judíos que no habría Estado palestino, mientras que los hombres de Arafat convencerían a sus pocos seguidores de que una siguiente retirada israelí sería un paso adelante hacia la categoría de Estado. En cuanto Netanyahu regresó a Israel, el ministro de Asuntos Exteriores Ariel Sharon instó a los colonos a «tomar todas las colinas que pudieran» en Cisjordania.

En un enfrentamiento real de ingenios entre adversarios iguales, Arafat podría haber impuesto condiciones como las de Netanyahu: que no seguiría adelante con el «proceso de paz» a menos que Israel renunciara en exclusiva a su reivindicación de Jerusalén como capital de Israel (lo cual descartaba las negociaciones de un «estatuto final»); que no habría más asentamientos judíos en territorio árabe ocupado; o que se negaría a negociar hasta que Netanyahu pusiera fin a los ataques de colonos judíos contra palestinos. Pero Arafat no podía hacer esto, y Washington no le dirigiría la palabra si lo hacía. De modo que las negociaciones de Wye seguramente disiparon toda esperanza palestina de llegar a una paz justa. Se permitiría que Israel siguiera construyendo asentamientos judíos en territorio ocupado, que confiscara documentos de identidad palestinos y que destruyeran casas palestinas. Y Arafat —quizá por el 14 por ciento del 22 por ciento de «protectorado palestino» que quedaba— había prometido proteger a los israelíes que estaban construyendo asentamientos, confiscando documentos de identidad y destruyendo casas ajenas.

Entretanto, los «enviados de paz» de los Estados Unidos siguieron haciendo visitas a Netanyahu y a Arafat como parte de la gestión «imparcial» estadounidense de la «paz» en Oriente Próximo. Todos los palestinos sabían que los cuatro miembros principales de ese equipo eran judíos. En la prensa occidental no se desató ningún debate público sobre la configuración étnica del equipo estadounidense. Como tampoco, en principio, tendría que haberlo habido, pues los oficiales, o los hombres designados para el cargo en el servicio de asuntos exteriores estadounidenses —al igual que cualquier otro ciudadano de una democracia— tendrían que desempeñar sus funciones independientemente de sus orígenes raciales. Sin embargo, Denis Ross, el negociador jefe, era el antiguo jefe del mayor grupo de presión estadounidense, el American-Israeli Public Affairs Committee (AIPAC), o comité para las relaciones públicas americano-israelíes. Este detalle apenas se mencionó en la presa

norteamericana, aunque era sin duda una cuestión de importancia fundamental. Si el negociador jefe hubiera sido el antiguo jefe de un grupo de presión árabe, Israel enseguida habría puesto el grito en el cielo. Y si los cuatro negociadores hubieran sido musulmanes, podemos estar seguros de que habría sido un tema legítimo de debate en la prensa mundial. Sin embargo, en la prensa israelí, los miembros del equipo estadounidense sí que merecieron un comentario. Cuando la delegación Ross llegó a Jerusalén<sup>[\*]</sup>, el periódico israelí *Maariv* la denominó «la misión de los cuatro judíos», y habló de las relaciones que éstos tenían con Israel. Los periodistas israelíes señalaron que el hijo de uno de ellos estaba cursando instrucción militar en Israel. Fue el escritor y activista Meron Benvenisti quien destacó este dato en *Ha'aretz*. Escribió que el origen étnico de los diplomáticos estadounidenses que habían sido enviados a Oriente Próximo para promover la paz

quizá no tenía la menor importancia, pero no era fácil pasar por alto el hecho de que los Estados Unidos habían confiado a judíos estadounidenses la manipulación del proceso de paz, y que al menos un miembro del equipo del Departamento de Estado había sido seleccionado para la misión porque representaba el punto de vista de la clase dirigente judeo-americana. La tremenda influencia de la clase dirigente judía en la administración Clinton se manifestó claramente como nunca a la hora de «redefinir» los «territorios en litigio». Es comprensible que los palestinos estén furiosos. Pero a fin de que no se les acuse de antisemitismo, no pueden, Dios nos libre hablar de la «conexión judía» de Clinton...

Tampoco nosotros, como periodistas, osábamos mencionar el tema, ya que inevitablemente se nos habría acusado de antisemitas y racistas tendenciosos. En cambio, en el caso de Israel era más que aceptable hablar de origen familiar o nacional si otros criticaban las acciones. Por ejemplo, cuando el secretario general de la ONU Boutros Boutros-Ghali dio instrucciones a su asesor militar, el comandante general holandés Franklin van Kappen, de iniciar una investigación sobre la matanza israelí de 106 refugiados libaneses en la base de las Naciones Unidas de Qana, al sur de Líbano en 1996, un periódico proisraelí condenó la decisión basándose en que Van Kappen procedía de un país que había entregado a sus judíos a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. En cambio, cuando se designó al antiguo jefe del AIPAC el puesto de negociador jefe para la paz, nadie hizo preguntas. Gracias a Dios, señalo a veces, que existe el periodismo israelí.

En Oriente Próximo, cada pocos meses suena la campana del chambelán. «La paz en nuestros tiempos», tañe. Y, preocupados por que no se les acuse del fracaso, árabes e israelíes se apresuran a expresar su apoyo. El momento en que Ehud Barak fue elegido primer ministro laborista de Israel en 1999, los chicos y chicas de la televisión por satélite —junto con el eternamente abúlico servicio internacional de la BBC— «ponían en marcha» una vez más el «proceso de paz», aun cuando Barak había dejado claro que Jerusalén debía seguir siendo la capital unida de Israel, que los principales asentamientos judíos se mantendrían y que los refugiados palestinos de 1948 no podrían regresar a los pueblos árabes de los que procedían.

Barak quería negociar con los sirios, y la misma rutina de negociación de siempre

se restableció enseguida. Los sirios todavía querían que se les devolviera todo Golán. Pero ¿por qué los sirios no querían aceptar sólo una parte de Golán? ¿O Golán con asentamientos? ¿O una parte de Golán, más un número indeterminado de tropas israelíes que mantuvieran puestos de alerta avanzada? Se recordó al mundo que Siria había «amenazado» a Israel desde Golán antes de la guerra de 1967<sup>[8]</sup>. Pero Asad dijo que Barak era un hombre honesto y «fuerte», porque tampoco quería que se le culpara de ningún nuevo fracaso. Cuando Clinton viajó a Israel para entrevistarse con Asad durante la ocasión anterior en que el partido laborista había llegado al poder, se había retratado a Siria como un país que rechazaba la paz, como el país «que todo lo fastidiaba», según palabras de un reportero de la CNN. En realidad, nada había cambiado. Israel quería entablar relaciones diplomáticas y económicas con Damasco antes de iniciar cualquier debate sobre cuánto territorio de Golán podía devolverse a Siria. Tras haber visto a Arafat retorcerse ante este planteamiento —para descubrir que, tras haber reconocido a Israel y haberse comprometido a concederle la mismísima categoría de Estado, Israel decidiría el futuro de Palestina— a Asad no le entusiasmó la idea de que aquello fuera a ser, según palabras de Clinton, una «oportunidad de oro» para establecer la paz. Era un escenario familiar. Si se aceptaba el concepto de paz que proponía Israel, Siria se vería abrumada por condiciones que no podría cumplir. Si se rechazaba, Siria sería acusada de oponerse a la paz, pasaría a convertirse en un enemigo de la paz y, por consiguiente, en enemigo de los Estados Unidos.

La calabaza del acuerdo de paz de Oslo jamás se convertiría en esa anunciada carroza de oro, pero para demostrarlo fue necesario que fracasaran las negociaciones entre Arafat y Barak de Camp David en el 2000. Incluso entonces, Clinton se limitó a afirmar que las negociaciones de Oslo estaban «basadas» en las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU —aunque no era lo que decía el acuerdo Oslo, ni mucho menos— y hasta Arafat debió de darse cuenta de que había llegado el fin cuando Madeleine Albright hizo la absurda oferta de dar un «sentido de soberanía» a los yacimientos religiosos musulmanes de Jerusalén. Según los estadounidenses, sólo esas ridículas ciudades que Arafat podría controlar fuera de la futura capital tendrían «casi plena soberanía». Tras esto surgirían las filtraciones intencionadamente engañosas de que Arafat había rechazado el 95 por ciento de «Palestina» (cuando en realidad quedaba un 64 por ciento del 22 por ciento de «Palestina»). Barak no renunciaría a Jerusalén ni abandonaría los asentamientos. Arafat no haría la «concesión» de ceder al control israelí sobre toda Jerusalén. De manera que los hijos de Abraham se apercibieron de lo que tantos israelíes y tantos palestinos ya sabían: que el acuerdo de Oslo no había funcionado. Como cabía esperar, Clinton consideró correcto elogiar a la parte más fuerte; habló del «valor» y la «visión» de Barak, pero apenas hizo alusión al compromiso de Arafat. Y después hablaban del papel que desempeñaban los Estados Unidos como «honesto agente» de la paz en Oriente Próximo. Ante el ofrecimiento de una soberanía aparente para

garantizar una paz aparente, la autoridad palestina —corrupta, decadente y no democrática— prefería el fracaso a la humillación.

Por lo tanto, Arafat regresó a Gaza, donde fue recibido como un héroe. Por una vez, aquel viejo dirigente no había ofrecido otra capitulación. Les había plantado cara a los Estados Unidos. Y a Israel. Era un «Saladino». Nada menos que el «Saladino del siglo». Aquella situación era lamentable. Este Saladino no entraría galopando en Jerusalén, sino que más bien la ciudad sería el escenario de constantes carnicerías de judíos y árabes musulmanes que se atacarían unos a otros durante los próximos meses. En septiembre del 2000, Ariel Sharon invadió los lugares musulmanes sagrados —situados sobre el emplazamiento del monte del Templo Judío— acompañado de unos mil policías israelíes. A las veinticuatro horas, francotiradores judíos abrieron fuego contra manifestantes palestinos que se enfrentaban a la policía en el suelo de la mezquita Cúpula de la Roca del siglo VII. Al menos cuatro hombres murieron, y el jefe de la policía israelí, Yehuda Wilk, confirmó luego que los tiradores habían hecho fuego contra la multitud cuando «les pareció que los palestinos estaban poniendo en peligro la vida de los oficiales». Sesenta y seis palestinos fueron heridos, la mayoría por balas de acero recubiertas de goma. Los asesinatos se cometieron justo diez años después de que la policía armada israelí matara a 19 manifestantes palestinos e hiriera a otros 140 en un incidente sucedido exactamente en el mismo lugar, una matanza que casi les valió a los Estados Unidos la pérdida del respaldo árabe en el prelude de la Guerra del Golfo en 1991.

Sharon no mostró remordimiento alguno. «El estado de Israel —dijo a la CNN— no está dispuesto a que un ciudadano israelí no pueda visitar una parte de su país, y mucho menos una parte que es la más sagrada para todos los judíos del mundo». Con todo, no explicó por qué había escogido aquel momento —justo después del fracaso del «proceso de paz»— para emprender un acto tan provocador como aquél. La práctica de lanzar piedras y disparar se extendió por la región de Cisjordania. Cerca de Qalqiliya, un policía palestino mató de un disparo a un soldado israelí e hirió a otro; al parecer eran parte de una patulla palestino-israelí conjunta establecida inicialmente sobre el acuerdo de Oslo. «Todo estaba calculado<sup>[\*]</sup>», declararía Sharon cinco semanas más tarde. «Aprovecharon mi visita al monte del Templo, No era la primera vez que iba allí...»

A las afueras de Jerusalén, un colono de Efrat gritaba improperios a un grupo de soldados israelíes. Unos niños palestinos le habían apedreado el coche en una colina cercana. Exigía intervención militar inmediata.

«¿Eres uno de esos periodistas que miente como la CNN?», me preguntó. «Tendríais que escribir que una piedra es semejante a un arma mortífera. Es lo mismo que una bala. Una persona que arroja una roca a un autobús está intentando matar a cincuenta personas». Fue un arrebató instructivo, pues convertía a unos niños de la

colina detrás de Beit Jala en asesinatos en masa, en tiradores sin armas, merecedores de la furia bíblica, expresada con tanta hermosura en la frase «semejante a un arma mortífera». Obviamente, no sólo los palestinos creían en los «días de furia». La rabia era igual de palpable entre los israelíes en aquel mes de octubre del 2000, incluso cuando el sentido de la proporción —o la falta de éste— era profundamente inquietante. Una y otra vez, la animalización —y miedo— de los palestinos traicionaba una absoluta incapacidad para percibir la realidad: podía dar la impresión de que Israel vivía bajo la ocupación palestina, que los israelíes estaban siendo abatidos a tiros a docenas por las «fuerzas de seguridad» palestinas, que los tanques y helicópteros palestinos disparaban contra ciudades israelíes, que Ararat había ganado tiempo con la diplomacia, algo que Barak había reconocido públicamente que haría.

Lo que ahora sucedía en los territorios ocupados era una forma de guerra de baja intensidad que, semana a semana, iba convirtiéndose en un conflicto entre dos pueblos. Ahora los palestinos creían que no tenían nada que perder en su lucha contra los israelíes. Atrapados en sus propios pueblos autónomos, una sociedad al completo bajo arresto local ya no tenía nada que ganar con su silencio o su aquiescencia. Una joven palestina que trabajaba para uno de los equipos de seguridad de Arafat lo explicaba con una franqueza escalofriante. «Arafat ha de seguir luchando, ahora no puede ceder. La intifada obligará a los israelíes a comprender que Oslo es agua pasada y que sólo con una retirada completa de Gaza y Cisjordania y del este de Jerusalén se conseguirá la paz». Cuando señalé que no era Arafat el que estaba «luchando» —que la causa de las muertes de sus compatriotas eran los palestinos y las diversas organizaciones satélite que se oponían a Oslo— cambió su argumento. «Tendremos que cerciorarnos de que el pueblo y la autoridad palestina están juntos y unidos —dijo—, cuando empiece la verdadera lucha».

¿La «verdadera» lucha? ¿A qué se refería? Diez años antes, Ariel Sharon —que entonces era el exministro de Defensa marginado por Sabra y Chatila— dijo que quizás algún día los tanques israelíes tendrían que bombardear Nablus o Ramala. Con qué cinismo nos reímos entonces. En cambio ahora, una década después, con Sharon a punto de regresar al gabinete israelí, efectivamente, esos tanques estaban bombardeando ciudades palestinas. Los tanques disparaban contra Ramala. Los helicópteros armados lanzaban misiles contra ciudades palestinas con tal frecuencia, que esos ataques habían dejado de ser noticia en la prensa. Y en esas ciudades, y en las fétidas calles de Gaza, no encontré una sola alma que quisiera el fin de la nueva intifada. Como tampoco encontré a ninguna familia palestina que no mirara la cadena de televisión Manar, de la Hezbolá libanesa, que, en las retransmisiones vía satélite desde Beirut, lanzaba un mensaje constante a los territorios ocupados: en Líbano se consiguió expulsar a Israel del territorio ocupado, porque el pueblo luchó por la liberación; porque creían en Dios; porque no tenían miedo a morir. Y ahora Líbano es un país libre. ¿Por qué no lo son también Gaza y Cisjordania?

El mensaje que se transmitía a los palestinos era tan poderoso como peligroso.

Porque Gaza no es el sur del Líbano, y Ramala y Beit no son Tiro y Sidón. Jerusalén no es Beirut. Pero los palestinos consideraban Oslo tal traición, tal había sido el abuso de confianza por parte de Israel con sus permanentes edificaciones y confiscaciones de territorio, y con su negativa a permitir que los palestinos establecieran su capital en parte de Jerusalén, que la política había dejado de ser un instrumento viable para el progreso. Fieles a su fallida y desacreditada política de vencer a los árabes a fuerza de sumisión —la misma política que acabó con Israel en Líbano— los israelíes respondían a las piedras con balas y a las balas con misiles. Pero en sus chozas, los palestinos de Gaza podían asimilar este castigo. Sabían que si los israelíes querían invadir el territorio palestino, todo el territorio —idea que sólo flotaba en el aire entre los colonos judíos menos moderados, pero que luego sería adoptada por el propio Sharon— entonces entrarían en una guerra perpetua.

Tampoco se dudaba que las terribles amenazas de la Yihad islámica de reanudar los ataques suicidas con bomba eran una amenaza real. Puede que Nabil Arair no lograra matar a ningún israelí con una bomba bicicleta en Gaza, pero muchos otros estaban dispuestos a ponerse en su lugar. Tres cuartas partes de los autobuses de Jerusalén iban vacíos. Los suicidas habían atacado, e incluso antes de poner las bombas. Ahora Hamás controlaba Gaza. Y ni que decir tiene que las relaciones próximas con Hamás que Israel tenía antaño ya no se mencionaban en las noticias de Jerusalén.

Entonces —y emplearé las palabras israelíes que tanto se habían repetido y con tanta fe en la CNN y la BBC—, ¿«controlaba Arafat a su propio pueblo»? Era una pregunta sin sentido, ya que ahora eran los palestinos quienes controlaban a Arafat. Su desesperación reflejaba su propia convicción de que Oslo era agua pasada; su furia contra tantas matanzas de palestinos en manos de israelíes era comparable a la de Arafat contra estadounidenses e israelíes. La rotura política se había producido —era un hecho— y Arafat sólo podía reconocerlo repitiendo las bases de aquellas negociaciones, que tan lejos quedaba, de Madrid: que la única paz justa se fundamenta en una puesta en práctica total y directa de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU. Todo esto dijo a finales de octubre del 2000. En respuesta al llamamiento de Barak a una «separación política» entre palestinos e israelíes, Arafat dijo que él apoyaba una «separación política basada en las fronteras y resoluciones internacionales de 1967... y que dirigiría la creación de un Estado palestino».

¿Y cómo reaccionaron los israelíes un mes después de iniciada la nueva intifada palestina? «Los palestinos son racistas», decía la carta de un lector publicada en *The Jerusalem Post*, un periódico que había publicado un reportaje sobre víctimas infantiles con un titular memorable: «El sacrificio infantil es paganismo palestino<sup>[\*]</sup>». Sí, los palestinos son paganos, racistas, asesinos de niños, «terroristas», animales, «serpientes», como dijo Barak en septiembre del 2000. Pero —y es una tragedia tanto para palestinos como para israelíes— estaban dispuestos a seguir luchando, aun

cuando sus antagonistas fueran armados por los estadounidenses.

Con este hecho, los palestinos no mejoraban su puntuación política. Justo después de anochecer, el 27 de octubre del 2000, al menos dos misiles destruyeron la casa de la familia Ksiyeh en Beit Jala. El primero provocó una cavidad en la pared, el segundo atravesó el agujero, y sobrevoló el suelo del pasillo antes de estallar en la cocina de una casa vecina. Un helicóptero armado israelí había lanzado aquellos dos misiles, y todo el mundo podía ver la prueba de ello. Uno de los misiles era un Hellfire, fabricado por Lockheed Martin. El segundo era un proyectil más moderno, que llevaba el número de denominación estadounidense 93 835C4286, fabricado en junio de 1988. Viendo las cintas metálicas de programación con las reveladoras marcas de fabricación, era fácil entender por qué los habitantes de Beit Jala no habían llorado a los diecisiete marinos estadounidenses del barco norteamericano *Cole*, que Al Qaeda había atacado con suicidas con bombas en Adén sólo dos semanas atrás.

Sin embargo, los habitantes de este pueblo —el 60 por ciento de los cuales eran cristianos— no eran gente vengativa; y los tiradores palestinos que atacaban el asentamiento judío de Gilo, al otro lado del valle, no eran de Beit Jala. La aldea palestina con magníficas iglesias ortodoxas revestidas de piedra, frescos de san Jorge y el dragón y enormes gatos callejeros de espeso pelaje, no era exactamente un campo de batalla, pero ahora estaba situada en una zona de primera línea en Cisjordania, e Israel la castigaría con regularidad por las balas que entraban por las ventanas de las casas de colonos judíos al otro lado del uadi. Una semana después, unos tiradores —seguramente una unidad de la milicia Tanzim— fueron los primeros en abrir fuego contra los israelíes. Como contraataque, un tanque Merkava —yo mismo lo vi parado en el lado opuesto de la colina— lanzó tres proyectiles contra una de las estrechas calles de Beit Jala. Uno estalló contra el garaje de Margot Zidan y destruyó el VW Golf que se acababa de comprar y derrumbó el antiguo portalón de piedra de encima. La guerra y la mano de Dios quedan excluidos del seguro. Otro proyectil excavó un agujero en la segunda planta de la casa de Jamil Misset, al final de la calle.

La Conjura —componente esencial de cualquier locura de Oriente Próximo— envolvió de lleno a esta aldea pintoresca. La versión palestina local fue la siguiente: cierto, unos hombres de Tanzim dispararon con rifles entre algunas casas, pero Israel también envió colaboradores palestinos con armas al pueblo para disparar al asentamiento y proporcionar de este modo una excusa para desplegar cuatro tanques Merkava en la otra colina. La versión israelí de la trama era más ingeniosa incluso: la Autoridad Palestina provocó deliberadamente que los israelíes dispararan contra hogares cristianos con la esperanza de que el Vaticano se pusiera del lado palestino en la nueva intifada.

La realidad parecía algo más prosaica. El asentamiento de Gilo, situado en las cumbres que se alzan sobre Beit Jala —*Gilo* es el nombre hebreo para *Jalla*—, se ve desde Jerusalén; y atacando sus casas, los palestinos enviaban un mensaje al gobierno

israelí: los asentamientos forman parte de la nueva guerra, incluso las colonias que forman parte de la Jerusalén «judía». No obstante, tanto los habitantes cristianos como los musulmanes del pueblo, afirmaban que el ataque más reciente —la acometida doble con misiles a la casa de la familia Ksiyeh— no fue provocado, que no se había disparado desde el pueblo antes de la agresión. Precisamente porque nadie querría correr riesgos. Tres obreros estaban construyendo un parapeto con bloques de cemento alrededor de una operadora telefónica en un extremo de Beit Jala. Junto a éste había un poste de teléfono donde había pegada la foto de un colegial de trece años llamado Mrayad Jawaresh, que había muerto hacía una semana mientras se dirigía a su casa al salir de la escuela, situada en un campo de refugiados de las proximidades. En la foto llevaba la corbata del colegio y sonreía: era otro niño «mártir», muerto por disparos de procedencia desconocida, para apoyar la causa palestina.

Ghadir, la hija de Margot Zidan, chasqueó la lengua al mirar el retrato. «Vosotros protegéis a los israelíes y nos culpáis a nosotros por esto —dijo—. Decís que somos responsables de la muerte de nuestros propios hijos, pero no es verdad. Nosotros somos un pueblo unido. No hay diferencias entre cristianos y musulmanes». Y esto seguramente era verdad. Pasando por cada casa de Beit Jala, las familias cristianas me llevaban a hogares musulmanes, niños musulmanes me llevaban a las casas de sus amigos cristianos, y sin previo aviso ni presentación. Pero ¿apoyaban los aldeanos a los palestinos que disparaban contra Gilo? Se encogían de hombros cuando les hacía esta pregunta. «Estos hombres tienen pistolas ridículas, y disparan entre nuestras casas —dijo uno—. ¿Que podemos hacer? ¿Y cómo vamos a detener a los israelíes? Ellos saben que nosotros no somos quienes les disparan».

Rutina. En eso consiste la insurrección. En una rutina de violencia, que se prolonga hasta que estalla de forma repentina e irreversible en una rutina más sangrienta todavía. Ramala era el escenario de aquello a lo que los periodistas les gustaba denominar «enfrentamientos». Un «enfrentamiento» es un acto en el cual un palestino puede morir sin que se responsabilice a nadie, como sería en el caso de un titular así: «Tres palestinos murieron ayer en un enfrentamiento». Quizá murieron a manos de su propia gente, o fallecieron de agotamiento durante una manifestación. Cuando morían israelíes, los culpables eran identificados normalmente como palestinos. En cambio, no era así cuando las víctimas eran palestinas. Así que me dirigí en coche a Ramala para presenciar un día de «enfrentamientos».

Enfrentamiento. Qué amorfa, qué anodina, qué indiferente, qué neutra y correcta suena la palabra. Pero israelíes y palestinos la utilizan cuando hablan en inglés. Y el «punto de enfrentamiento» era una franja de carretera igual de neutral, que se extendía bajo el hotel City Inn, cuyas habitaciones estaban ocupadas ahora por soldados israelíes con rifles. Hacia el norte, al otro lado de la enlodada área de edificación, hay un bloque inacabado de apartamentos, donde los palestinos también ocupan habitaciones, con sus rifles. Y al final de la carretera, hacia el sol del

atardecer, se encuentra el «enfrentamiento» del día.

Es el cruce de Ayosha y además es el lugar —si eres musulmán y religioso y si crees en el «martirio»— donde una munición activa puede enviar tu alma al paraíso. Y es que los soldados israelíes disparan tantas balas de acero recubiertas de goma — así como munición activa—, que tienen tantas posibilidades como en una atracción de feria de darle a alguien que tenga una piedra en la mano. En cuanto a las balas que disparan los tiradores palestinos, no parecen causar mucho efecto. Por lo general, las víctimas están entre quienes tiran piedras.

Esto tiene su propia coreografía. Unos cuantos neumáticos en llamas para enfurecer a los soldados israelíes en sus jeeps destartalados. Luego, dos o tres o cuatro entierros por los lanzadores de piedra de los días anteriores —la pena de muerte por arrojar piedras a los israelíes es ahora un castigo rutinario que ya no se cuestiona— y luego otro «enfrentamiento» en la intersección de Ayosha. Los neumáticos seguían ardiendo cuando mandaron a Hossam Salem al cementerio cerca de su casa, seguido por un cortejo fúnebre de mujeres vestidas de negro, hombres serios con gafas, y coches, tras el que se había formado una caravana de camiones. Había, como siempre, el ataúd de madera y el grupo de hombres que gritaba *Allahu akbar*, y detrás, un camión de color naranja intenso en el que había escrito «Bambini Fruit Juice», y luego un grupo de mujeres con banderas verdes que anunciaban que no había otro Dios más que Dios, y Mahoma era su Profeta. Y, por supuesto, todos recordaban al soltero de veinticuatro años que trabajaba en la tienda de comestibles de su padre y a quien dieciocho horas antes —en la intersección de Ayosha, claro está — le había alcanzado una bala en toda la cara.

«Era religioso, llevaba una larga barba al morir y era partidario de Hamás —me contó un amigo de la familia—. Había apoyado a Hamás durante mucho tiempo y desde hacía tres meses era más “activo”. Toda su familia está con Hamás. Cuando la intifada de Jerusalén empezó hace tres semanas, todos sus hermanos dijeron que sería un mártir. Él también dijo que sería un mártir. Ayer, le dijo adiós a su madre y fue a Ayosha, donde había un enfrentamiento». ¿Activo? ¿Llevaba Hossam Salem un arma? Nadie lo sabía. Pero sí que lanzaba piedras, y el truculento retrato póstumo que le hicieron en la morgue —una enorme fotografía en color— mostraba que el rostro de Hossam Salem, cubierto en buena parte por una esponjosa barba, estaba destrozado por debajo de la nariz. ¿Había ido al paraíso?, pregunté a un hombre de edad mediana con un bigote gris y gafas de montura fina. «Si eres un verdadero creyente, vas al paraíso. Yo creo que ha ido, *inshallah*».

Los dolientes fueron alejándose de la pequeña mezquita donde un conjunto de edificios del siglo XIX de piedra gris pálida evocaban la tranquila Ramala otomana de otros tiempos. Al cabo de una hora llegaron nuevos candidatos a ocupar el puesto de Hossam Salem en el «punto de enfrentamiento». Había al menos cuatrocientos

jóvenes lanzando piedras al final de la calle —olvídese de la idea que tenga de «lanzar piedras», éstas eran piedras de tamaño jardín, de unos doce centímetros de ancho—. Mientras tanto los soldados israelíes, ocultos tras sus jeeps blindados, disparaban gas lacrimógeno a los palestinos con lentitud, casi con pereza.

Uno de los israelíes estaba sentado en el asiento de atrás de su jeep, a tres metros de mí, bebiéndose una lata de Pepsi-Cola fría. Luego salió del vehículo, armó su rifle con una granada y la disparó al aire por encima del coche. La granada surcó el aire como una estrella fugaz, cayó en picado desde una altura de 400 metros dejando un rastro de humo blanco, y estalló entre la multitud. Luego, con la misma tranquilidad, su compañero se sirvió de la puerta de su jeep para apuntar con el rifle y disparó una bala de acero recubierta de goma, que rebotó varias veces en la carretera. Los israelíes estaban en el límite de la Zona A de Oslo (de total ocupación israelí) y los palestinos estaban en la Zona C de Cisjordania (controlada por los palestinos) y este teatro absolutamente ridículo que se estaba representando mostraba hasta qué punto había sido insensato el acuerdo de Oslo. Si los israelíes se fueran, los palestinos dejarían de lanzar piedras. Si los palestinos se fueran, desaparecerían los coches israelíes. Pero ambas partes estaban allí porque la otra estaba allí, y porque la Zona A y la Zona C debían defenderse.

Cada pocos segundos, la funda del cartucho de una bala recubierta de goma caía a mis pies. Luego un cóctel Molotov se incendiaba inofensivamente contra un poste de telégrafos oxidado, y sobre la carretera caía una lluvia de piedras. A media tarde, una ambulancia llegó a toda prisa y se colocó en centro de la carretera para llevarse a un lanzador de piedras que había recibido un impacto de bala. Y así era cada día: más «enfrentamientos» por los que Clinton podría lamentarse profundamente en los micrófonos de Washington. Y escuchando sus palabras por la radio en Ramala, me pasmó la absoluta vacuidad —la total e increíble irrelevancia— de lo que Clinton estaba diciendo. Quería que los jóvenes de una parte reestablecieran el contacto con los jóvenes de la otra, como si estos «enfrentamientos» tuvieran lugar aislados del mundo, muy a pesar de los deseos de miles de jóvenes palestinos e israelíes. El problema era que el soldado que bebía Pepsi-Cola y el soldado que disparaba gas lacrimógeno y el joven del cóctel Molotov y Hossam Salem eran estos jóvenes. Salem no quería formar parte de esa alegre reunión de jóvenes que proponía Clinton. Quería ir al paraíso. Y los israelíes estaban más que dispuestos a enviarlo allí. Por lo tanto, escribí, sigamos llamándolo «enfrentamientos», juegos de niños, sólo un poco de violencia rutinaria, que puede evitarse para montarnos de nuevo en el tren de Oslo en cuanto vuelva a montarse sobre los raíles de juguete. O que puede llevarte antes —si así lo crees— directo al cielo.

En cada pueblo, una tragedia. Conduzco hasta Yabad, en Cisjordania. ¿Alguien ha oído hablar de Yabad? Yo ni siquiera soy capaz de encontrarlo en el mapa; es una aldea olvidada al sureste de Yenín. Pero es fácil escribir la historia. Crecieron juntos, fueron juntos a la misma escuela, durmieron juntos en la misma habitación, se

asociaron juntos para montar un restaurante en el pueblo. Y el 29 de octubre del 2000, los israelíes los mataron juntos y, al día siguiente, en el pequeño cementerio de la colina azotada por el viento que hay sobre Yabad, enterraron juntos a Bilal y a Hilal Salah.

Según su familia, a los hermanos les dispararon balas de calibre 50 mientras insultaban a una unidad del ejército que estaba en la carretera que hay al pie de su pueblo. «El cerebro de Bilal salió de su cabeza y se desparramó por el suelo, justo aquí —dijo su hermano mayor, Zuheir, desde el terraplén de tierra cubierto de basura bajo el que pasaba una carretera de colonos judíos—. Llevamos a Bilal al hospital y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que Hilal no estaba. Cuando volvimos, vimos que yacía a sólo diez metros de distancia. También le habían dado en la cabeza. Habían muerto juntos». Zuheir insistió en que los hermanos —Bilal tenía veintiuno, Hilal era dos años más joven— no habían hecho más que gritarles a los soldados israelíes que estaban en la carretera de abajo, aunque alguien del pueblo dijo que algunos de los jóvenes de diecisiete años que estaban en el terraplén habían lanzado piedras a los israelíes. Lanzar piedras, como sabe todo palestino, es un delito sancionado con la pena de muerte. Alguien había colocado trozos de cemento en torno al suelo ensangrentado donde habían muerto los hermanos.

La intifada contenida en un microcosmos, una mezcla desquiciada de miedo israelí exacerbado y tristeza desesperada. En la carretera que pasaba por abajo, los soldados israelíes —acaso los asesinos de Bilal y Hilal Salah— me habían aconsejado que no visitara el pueblo. «Yo no iría allí», me había dicho su oficial de forma sombría. «Están celebrando un entierro». Pero hacía rato que el entierro había terminado, y solamente hallé un coro de hombres de mediana edad sollozando en una habitación llena de Coranes enmarcados y flores rojas de plástico, y a Sada, la madre de los hermanos, sentada en el suelo, llorando bajo una manta rosa barata. Aquellos dos jóvenes fueron los primeros «mártires» de Yabad. «Los soldados vigilan cinco asentamientos judíos próximos a este lugar y estamos expuestos a los disparos todos los días, y las balas de calibre 50 no son munición normal», decía Zuheir Salah. «Esas balas atraviesan bloques de hormigón ligero. Hemos tenido que cerrar la escuela por si entraban las balas». La historia de la familia era algo tan trágico como, al fin y al cabo, rutinario. Bilal y Hilal Salah tenían cuatro hermanos y cinco hermanas; Zuheir era peón, como su difunto padre. Sólo dos días antes de morir, habían colocado el cartel de su cafetería, el RESTAURANTE DEL CÍRCULO DE TRÁFICO FLOREADO. La familia ya había impreso una serie de postales con los retratos de los hermanos muertos, donde aparecen con las cabezas rodeadas con inscripciones del Corán escritas a mano, al lado de la insignia de la Autoridad Palestina de Arafat.

En esta aciaga carretera, la gente del pueblo prendió neumáticos en protesta por las muertes, pero hacia media tarde el humo negro se había desvanecido sobre los campos pedregosos, y sobre el asfalto quemado sólo quedaban rollos de alambre oxidado. Por todo Yabad encontramos los mismos tristes signos de oposición a la

constante ocupación de Israel. Sobre las colinas alrededor del pueblo, los tejados rojos de los asentamientos judíos brillaban con el sol de la tarde, y los convoyes, escoltados por el ejército, pasaban vibrando por las carreteras de los colonos. ¿Sabían sus habitantes que, justo frente a ellos, estaban metiendo a Bilal y Hilal Salah en dos tumbas?

Los israelíes son más reflexivos sobre su historia que los palestinos; les resulta más fácil ser autocríticos, aunque, claro está, esto es uno de los privilegios de ser el ganador, el ocupador, el amo. A medio camino de Jerusalén, mientras nuestro minibús iniciaba el ascenso a la colina desde las llanuras del este de Tel Aviv, Simón empezó a hablarme de su servicio en la guerra israelí. A los setenta y tres años, su vida militar había acabado, pero había luchado en 1967 y en 1973 y había terminado en Beirut en 1982, en las playas del norte de Sidón. Afortunadamente, no hablaron de «terroristas», sólo de paz, y cuando su mujer preguntó por qué los palestinos no podían tener el este árabe de Jerusalén como capital de su nuevo estado —y esto, recordemos, era sólo cuatro semanas después del fin del tratado de Oslo— me pregunté si no habría una Israel por descubrir.

El autobús maniobraba por las curvas cerradas de los alrededores de Harel, desde donde vimos, junto a la carretera, los restos del convoy judío de 1948, que se habían dejado como monumento conmemorativo a la lucha de los judíos por mantener abierta la carretera de Jerusalén hace más de medio siglo. Fue entonces cuando la mujer de Simón anunció que todo se estropeó en 1967. «En ese momento nos acostumbramos a la tierra que habíamos ocupado, a estar en posición de ocupación. El hecho de ser un ocupante facilitó la invasión de Líbano. No deberíamos haber ocupado territorio ajeno». Entonces, de repente, me preguntó por Mohamed Al Dura, el chico de doce años que los soldados israelíes acibillaron a balazos el 30 de septiembre en Gaza mientras su padre lo cubría con los brazos. «¿Qué estaba haciendo aquel niño en aquel momento? —preguntó con dureza—. ¿Por qué estaba en la calle?» La realidad era que había acompañado a su padre a comprar un coche — porque el padre tenía que ir andando hasta la frontera de Gaza a las dos de la madrugada todos los días para conseguir un permiso para trabajar en Israel— y se dirigían de vuelta a casa, cuando se encontraron en medio de un tiroteo<sup>[9]</sup>. Pero entendí a la primera lo que implicaban aquellas preguntas. Si Mohamed al Dura no tenía un buen motivo para estar en las calles de Gaza en aquel momento —si había estado participando en una manifestación— entonces, quizás el niño hubiera recibido lo que se merecía, otro sacrificio infantil, fruto del «paganismo palestino».

Esta desconexión de la realidad se manifiesta de muchas maneras. A finales de octubre del 2000, tras aterrizar en el aeropuerto de Ben Gurion, la joven oficial de inmigración israelí me pidió jovialmente que recordara que Israel era «un pequeño país amenazado por gente de fuera que quería tomarlo». Sugerí que los palestinos habían vivido en «Palestina» —o la actual Israel— durante generaciones, que no eran «de fuera» (salvo aquellos a los que Israel había expulsado de sus tierras) y que la

Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU podía, finalmente, conseguir una paz verdadera. «¿Qué es la 242?», quiso saber la oficial de inmigración.

Qué extraño resulta que 242 —estas tres cifras son por sí mismas la forma corta con la que cualquier palestino se referiría a la resolución de la ONU que solicita una retirada de Israel de las tierras ocupadas— no signifique nada para una joven israelí con estudios, que trabaja de oficial de inmigración. En cambio, Oslo sí que significaba algo para ella; precisamente era la palabra que los palestinos de los territorios ocupados utilizaban con tanto desprecio. Deir Yassin no le decía nada. Esta misma desconexión se infiltra en la prensa israelí y occidental.

Los israelíes son invariablemente «asesinados» o «linchados» por los palestinos —lo que a menudo es una descripción perfectamente precisa, sobre todo en el caso de los dos miembros de la reserva militar israelí a los que mataron como animales en una comisaría de Ramala y que luego arrojaron desde una ventana— pero sin duda mataban a palestinos en esos «enfrentamientos» que me eran tan familiares. La agencia Reuters cumplía obedientemente con este discurso tendencioso. El 30 de octubre del 2000, su informe sobre las muertes a manos de las tropas israelíes en los territorios ocupados menciona a los palestinos heridos en «enfrentamientos donde se lanzaron piedras» y a «muertos en enfrentamientos anteriores», añadiendo que los «enfrentamientos» empezaron el 28 de septiembre, que «los enfrentamientos han paralizado las conversaciones de paz» y que los árabes e israelíes se han quejado de «las matanzas de sus correligionarios en enfrentamientos». Pero cuando el mismo día un guardia de seguridad israelí murió a causa de un disparo, su asesino fue descrito con precisión por Reuters como un «presunto tirador palestino». Ese mismo día la *Associated Press* informó de «ataques armados palestinos contra asentamientos judíos» y también habló de un palestino al que, por supuesto, sólo le habían disparado en los «enfrentamientos».

Esta doble moral que encontramos en la información israelí y extranjera llega hasta los lugares más insospechados. Mientras me alojaba en el hotel King David de la parte oeste judía de Jerusalén, vi un vídeo de la historia del hotel en el televisor de mi habitación. ¿Y qué decía el vídeo de la destrucción de los cuarteles generales militares británicos, que precisamente albergaba precisamente en este hotel, a causa de la bomba que ordenó poner Menachem Begin, una acción que —de haber sido cometida por palestinos— los israelíes la habrían tachado de atroz acto terrorista? Pues el vídeo hacía alarde del hecho que el King David era el «único hotel del mundo donde había estallado una bomba de un futuro primer ministro» y se refería a los perpetradores —entre cuyas víctimas se contaban al menos 41 árabes, 28 ingleses y 17 judíos— como «activistas» dedicados a una causa.

En la prensa israelí se acusa a Ariel Sharon de «halcón», de «derechista», de ser un hombre que ha sacrificado deliberadamente las vidas de soldados israelíes en la guerra, pero los periódicos israelíes no le acusan de ser el principal responsable de las matanzas de Sabra y Chatila. Esta inversión del horror moral me recordó a los serbios

que despreciaban a Slobodan Milosevic por el derrumbamiento económico de Serbia y la pérdida de Kosovo, pero no por la limpieza étnica que perpetró sobre medio millón de albanokosovares. O como es el caso de la limpieza étnica de tres cuartos de millón de palestinos que se llevó a cabo en Israel en 1948, la mayoría de los cuales terminaron malviviendo en la región de Gaza.

Ahora, nosotros, los periodistas acudíamos a diario a presenciar esas feroces batallas entre los lanzadores de piedras y los soldados israelíes, esos «enfrentamientos», cómo no. Un día en que las granadas israelíes de gas lacrimógeno caían como fuegos artificiales chinos, cerca del cruce de Karni, me empezó a sonar el teléfono móvil. Había estallado una bomba en Jerusalén. Uno de los policías palestinos que observaba a los lanzadores de piedras escuchó mi llamada. «¿Cuántos muertos?», preguntó. «Dos», contesté. Pareció decepcionado. «¿Sólo?», me preguntó. En Gaza no había compasión por aquel enemigo que solía ser el «compañero de la paz» de Yasir Arafat.

Gaza es físicamente tan pequeña que es un inevitable lugar de contrastes. Al mediodía estoy sentado entre hierba alta, higueras y limoneros, arbustos de granadas y gardenias, escuchando a uno de los tenientes en los que más confía Arafat mientras me habla sobre las amenazas de George Tenet. De hecho, el jefe de la CIA —que tan frecuentemente visitaba Gaza— parecía estar extrañamente presente, pues mi anfitrión conoce bien a los chicos de la CIA. Luego, un par de horas más tarde, estoy de vuelta en Karni y observo a un soldado israelí que corre desde la valla de la frontera y se pone en cuclillas en las dunas embarradas para apuntar a un chico que tiene un tirachinas en las manos. Se oye un chasquido agudo, el fuerte impacto de una bala impactando contra algo y el joven se desploma, dos hombres corren hacia él con una camilla. El rifle vuelve a chasquear y, sólo una vez, oigo cómo la bala pasa zumbando por el aire a mi derecha. Sí, como me había dicho el hombre de Arafat en su huerto, la CIA sabía que los israelíes intentaban matar intencionadamente a lanzadores de piedras. «Les hemos mostrado las estadísticas y los hemos llevado a ver estas desiguales batallas —dijo—. Coinciden con nosotros en que los israelíes disparan a la parte superior del cuerpo. Pero la CIA obedece a sus jefes políticos estadounidenses».

Del huerto, entre moscas de la fruta y gorriones, al barro de Karni habría unos 1500 metros. Y era interesante el hecho de que las amenazas y la ira de Camp David encajaran con tanta naturalidad con la sangre y los chirridos de los neumáticos de la ambulancia al alejarse por la carretera. El oficial de Arafat no se mordía la lengua. La historia le había llegado del propio Arafat, justo al final de las conversaciones de Camp David, que en cuestión de semanas nos habían llevado a todos a la catástrofe que ahora abrazaba «Palestina». Y algunos dirían, y también Israel:

Tenet dio a Arafat una advertencia: «Podemos crear nuevas fronteras, podemos crear pueblos, podemos crear nuevos regímenes». Esto le dijo Tenet a Arafat en Camp David. Y cuando Arafat no capituló, como Clinton y Barak querían, Tenet amenazó a Arafat. Le dijo: «Pues volverás a Oriente Próximo solo». Con esto

quería decir que Arafat no iba a tener el apoyo de la CIA. Y Arafat le contestó: «Si es así, estás más que invitado a mi funeral, pero no pienso aceptar vuestras ofertas».

A nuestro alrededor, las moscas y los pájaros se movían por entre los cálidos árboles. El canoso factótum de Arafat se estaba comiendo una mandarina con el jugo chorreándole por la barbilla; de vez en cuando contestaba al móvil mientras, detrás de nosotros, sus dos hijos cogían aceitunas de un olivo. «Tienes que entender... que lo peor aún no ha llegado —me dijo—. Puede que durante unos días haya menos problemas, pero eso es todo. Sabemos cómo empezar las cosas, pero no sabemos dónde acabarán. Sin embargo, creemos que cuanto más dure, mejores serán los resultados. Nadie sabe cómo puede evolucionar el mecanismo de una guerra». Prefería hablar del derecho «sagrado» de regreso de los refugiados —tal vez un número simbólico de 100 000 en diez años, sugirió— y de la influencia de su jefe. «Al principio, informamos a los israelíes que no tenían otro compañero de paz más que Arafat. Sí es Arafat quien controla Palestina. Pero si Barak controla al ejército israelí, ¿por qué no controla a los colonos judíos que andan sueltos con armas?» Le mencioné Oslo. «Oslo murió con Rabin», respondió.

En Karni, el oficial de Arafat había ordenado comedimiento. Un grupo de policías agitaba los brazos frente a una multitud de jóvenes que había en medio de la carretera. «Volved atrás», les gritaban. Hubo un momento de agitación entre la multitud; luego hicieron caso omiso de los policías. En aquella estrecha carretera había unos cuatrocientos jóvenes, que avanzaban juntos como una masa, hombro con hombro, casi cayéndose por el borde del camino, ofreciendo a los israelíes un blanco que no podían fallar, buscando precisamente ese «martirio» que ni los israelíes, ni la mayoría de nosotros, podemos comprender. Era una escena extraordinaria. Un grupo se había unificado sin necesidad de orden alguna para alcanzar un objetivo que todos entendían. Querían estar en el punto de mira. Los israelíes hicieron lo que se esperaba de ellos. Una serie de botes de gas lacrimógeno no consiguió dispersar a la multitud; lo que sí funcionó fue la ráfaga de munición activa que dispararon contra ellos. Se oyeron gritos. Una camilla entró en el grupo de jóvenes que chillaban, y una ambulancia se alejó entre el polvo de la carretera, hacia el hospital de Shifa.

Pese a todo, detrás de nosotros, al final de la carretera, había un vendedor de helados de naranja y pan relleno de tomillo para los cansados lanzadores de piedras y para los policías uniformados de negro. Los equipos de televisión estaban allí vestidos con cascos y chaquetas antibalas de color azul que les hacían parecer astronautas, junto con personal de ambulancias, camioneros y familias de las casuchas de cemento del otro lado de la carretera. Quien quiera puede venir a Gaza a presenciar la tragedia y la farsa. Es como una novela de Shakespeare y de Scott Fitzgerald, una pantomima que aún a venganza y vodevil. No es de extrañar, pienso mientras regreso en el coche a Jerusalén, que la poesía palestina sea tan amarga. «Cuanto poseo en presencia de la muerte / Es furia y orgullo<sup>[\*]</sup>», escribió Mahmud Darwish.

Nadie entiende esto mejor que Hanan Ashrawi. Irrumpe en su casa de Ramala con una energía surgida del agotamiento absoluto, con desfase horario y enfadada; desprecia a los periodistas israelíes y occidentales en la misma medida, se queja de dolor de muelas, engulle pollo, patatas y pimientos picantes, mientras su gato blanco, *Labneh*, la mira de forma distante desde la alfombra. El futuro será difícil. «No sólo es “la noche oscura del alma” cuando han resurgido las hostilidades y se ha perdido la fe en el “proceso de paz<sup>[\*]</sup>»», dice. Oslo está muerto. Eso es lo que quiere decir. Sólo quedan las resoluciones de la ONU.

La mujer más famosa de Palestina —el ciudadano más famoso de Palestina, con la excepción de Yasir Arafat— acaba de volver de una gira de conferencias por universidades estadounidenses sobre la catástrofe que ahora acecha a su pueblo, con las que ha tratado de convencer a los equipos de política exterior de Gore y de Bush en este mes de elecciones estadounidenses para que comprendan la realidad de Oriente Próximo, y ha condenado a la poderosa prensa estadounidense por la información sesgada que da sobre el nuevo conflicto árabe-israelí. Miembro del equipo original palestino de Madrid de 1991, el trabajo de Ashrawi como catedrática de literatura inglesa le permite hablar con una elocuencia y un desdén incomparables. Fuera, un vendaval golpea su chalet, el viento mueve los árboles de su pequeño jardín trasero.

Cuando le pregunto si Oslo es realmente agua pasada, ella asiente. Cuando le pregunto si la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU es ahora la única paz posible, vuelve a asentir dos veces, mientras come tabulé y arroz. Cuando le pregunto si esto significa la clausura de todos los asentamientos judíos en territorio árabe ocupado y la devolución del este de Jerusalén, su voz se vuelve grave. «Todos los asentamientos tienen que retirarse, ya que en cuanto se acepta otra solución, se legitima la adquisición de territorio por la fuerza. La base de Oslo era la 242... pero Oslo violó ese principio. Reinterpretó la 242. Los israelíes no han respetado ninguno de los plazos de retirada de Oslo. Lo que ahora está sucediendo es una consecuencia de Oslo. Hemos estado diciendo que esto iba a suceder, hemos estado advirtiendo que esto iba a suceder, que habría una implosión o una explosión. Y ahora se ha demostrado que teníamos razón, es demasiado tarde y se ha producido una trágica pérdida de vidas».

Escuchar ahora a Hanan Ashrawi —una voz moderada y humana— es experimentar la conmoción histórica de lo que ha sucedido en Oriente Próximo estas últimas seis semanas. «Los palestinos se sienten víctimas de este “proceso de paz” — dice enfadada—. El “proceso” se reinventa continuamente, según los intereses de Israel. Y los Estados Unidos no dejan de pensar que mientras haya un “proceso”, todo irá bien. Ahora los estadounidenses juegan a gestionar la crisis y los legados individuales; la gente de Washington que está involucrada debería dimitir de su cargo<sup>[10]</sup>».

Asimismo, es evidente que a Ashrawi le gustaría que algunos periodistas

renunciaran a sus puestos de trabajo. «Cuando visité la redacción de *The Washington Post*, les pregunté qué había ocurrido con el concepto de integridad periodística. Ahora existe una disyunción absoluta entre las fotografías de lo que está sucediendo —las muertes palestinas— y el lenguaje utilizado; es el resultado del lenguaje estadounidense procesado y la centrifugadora israelí». Exhausta, Ashrawi se reclina en el sofá. «Ahora nos atiborran con frases trilladas: “proceso de paz”, “volver a poner en marcha”, “alto el fuego”, “tiempo muerto”, “acabar con la violencia”, “que Arafat controle a su pueblo”, “¿tenemos un compañero de paz adecuado?”. Es una forma racista de mirar a los palestinos que vela la evidencia de que, durante todo este tiempo, hemos sufrido la ocupación israelí. Cuando los periódicos preguntan si los palestinos sacrifican a sus hijos deliberadamente, es algo increíblemente racista. Están deshumanizando a los palestinos. La prensa y los israelíes nos han despojado de los sentimientos humanos más elementales con un discurso muy cínico y racista que culpa a las víctimas de lo que está pasando. Cómo no vamos a querer a nuestros hijos. Hasta los animales quieren a sus hijos».

Suena el teléfono —la casa de Ashrawi en Ramala es como el carillón de un reloj, el sonsonete del móvil, la repetida, latosa explicación de por qué Oslo no funciona— y sólo tras un minuto de silencio puede proseguir. «Siempre he dicho que Oslo nos llevaría al desastre o al Estado. Recuerda que no es un acuerdo. Dice específicamente que es una “declaración de principios”. El peligro siempre ha sido que la “paz de los valientes” podía convertirse en la “paz de los dolientes”». La nueva intifada continuará «con un aspecto distinto, una forma distinta», dice Ashrawi. «No nos gusta la idea del suicidio masivo, pero queremos tener el derecho a resistirnos a la ocupación y la injusticia. En cuanto decimos “resistir”, los israelíes sacan la palabra “terrorista”, de manera que convierten a un niño con una piedra en un objetivo “legítimo” del fuego de francotiradores israelíes y de un proyectil de alta velocidad».

*Labneh* ronronea, echado en el suelo. La comida ha desaparecido. Ashrawi casi se ha dormido. Las noticias de la televisión anuncian que dos palestinos más han muerto por disparos israelíes. En el primer mes de la nueva intifada, los soldados israelíes y la policía de la frontera han matado a cien palestinos, entre ellos veintisiete niños<sup>[\*]</sup>. Pero la estadística más alarmante es el contraste entre las bajas de ambos lados. En el año 2002, 1450 palestinos habrán muerto en la intifada de Al Aqsa. Israel habrá perdido 525 vidas, poco más de un tercio de las víctimas mortales palestinas. Y los palestinos son los agresores.

## CAPÍTULO 13

### LA CHICA, EL BEBÉ Y EL AMOR

... la sangre y la destrucción serán tan ejercitadas, y las cosas terribles tan acostumbradas, que las madres no harán sino sonreír cuando vean a sus hijitos descuartizados por las manos de la guerra: toda compasión será ahogada por la costumbre de acciones atroces.

SHAKESPEARE,  
*Julio César*, III, i, 265-272

Siempre que Amira Hass intenta explicar su vocación de periodista israelí —de periodista, al margen de la nacionalidad—, rememora un momento trascendental en la vida de su madre. Un día, en el verano de 1944, Hannah Hass se encaminaba, forzada, hacia el campo de concentración de Bergen-Belsen procedente de un tren de transporte de ganado. «Ella y las demás mujeres habían pasado diez días en el tren, al que habían subido en Yugoslavia. Estaban enfermas y algunas morían en los márgenes de la carretera. Entonces mi madre vio a aquella alemana que miraba a los prisioneros, sólo los miraba. Esa imagen fue decisiva en mi educación, ese vil “mirar desde un lado”. Es como si yo misma hubiera estado allí y lo hubiera visto<sup>[\*]</sup>». Amira me escruta a través de sus gafas con montura de alambre mientras habla, para ver si comprendo el impacto del Holocausto judío en su vida.

En su evocador libro *Drinking the Sea at Gaza*, Hass explica con suma elocuencia por qué ella, una periodista israelí, se fue a vivir a los territorios cubiertos de basura de Yasir Arafat. Al final, escribió:

Mis deseos de vivir en Gaza no nacían de un ansia de aventura ni de la locura, sino del pavor a convertirme en una mera observadora, a la necesidad de comprender hasta el último detalle un mundo que es, a mi entender y por mis conocimientos políticos e históricos, una creación profundamente israelí. Para mí, Gaza encarna toda la historia del conflicto palestino-israelí; representa la contradicción básica del Estado de Israel: democracia para unos, desposeimiento para otros. Es nuestro punto flaco.

Corre el verano del 2001. Amira Hass está sentada en el alféizar de la ventana, en la casa que mi colega Phil Reeves tiene en Jerusalén, y tras ella la bruñida cúpula de la mezquita de Al Aqsa brilla a la luz del sol. Sin embargo, Hass no vive en Jerusalén sino en Ramala, con los palestinos a quienes gran parte de su pueblo considera «terroristas», oyendo sus interminables maldiciones contra «los judíos» por las confiscaciones, los desposeimientos, las brigadas asesinas y los asentamientos..., lo cual hace de ella una de las reporteras más valientes. Su columna diaria en *Ha'aretz* rezuma indignación por el maltrato que su propio país, Israel, inflige a Palestina y por

el asesinato de su pueblo. Sin embargo, sólo después de conocerla capté la intensidad, la pasión de su trabajo. «Existe la creencia errónea de que los periodistas podemos ser objetivos —me explica, con esa mirada inquisitiva para asegurarse de que la entiendo—. Los palestinos me dicen que soy objetiva. Me parece algo importante, porque soy israelí. Pero ser justo y ser objetivo no es lo mismo. En lo que realmente consiste el periodismo es en seguir de cerca al poder y a los centros de poder».

No dejaba de pensar que, si al menos los periodistas estadounidenses que trabajan de una forma tan cobarde desde Oriente Próximo —tan temerosos de la crítica israelí que transforman sus asesinatos en «asesinatos selectivos» y los asentamientos ilegales en «barriadas judías»— pudieran oír a Amira Hass... Ella escribe a diario un ensayo sobre la desesperación, una narración cronológica que no abandona cuando habla de su propia vida. Comienza por el principio: su madre, una judía de Sarajevo, se sumó a los partisanos de Tito y se vio obligada a rendirse a los nazis cuando éstos amenazaron con matar a todas las mujeres de la ciudad montenegrina de Cetinje; su padre, Avraham, pasó cuatro años en el gueto de Transnistria, en Ucrania y huyó de una epidemia de tifus que aniquiló al 50 por ciento de los judíos, para acabar perdiendo los dedos de los pies a consecuencia de la hipotermia.

«Cuando, después de la guerra, vino a Israel como activista comunista, participó en infinidad de huelgas y manifestaciones. A principios de la década de 1950, la policía israelí lo arrestó y lo llevó ante un juez que exigió saber por qué se había negado a dar las huellas dactilares. Mi padre posó sus pies mutilados sobre el escritorio de Su Señoría: “Ya he dado las huellas dactilares”». Amira afirma que Avraham combinaba una fuerte identidad judía y otra secular; fue socialista, pero jamás sionista.

La historia de Hannah y Avraham resulta fundamental para comprender a Amira. Ambos lucharon por su derecho a la igualdad en la diáspora judía y desearon haberse quedado en aquel suelo europeo que se había convertido en una tumba gigantesca. «Muchas de aquellas personas regresaron a sus países de origen tras la guerra, y los lugareños aceptaron con excesiva facilidad la terrible penitencia que habían sufrido los judíos. Mi madre regresó a Belgrado como componente del grupo [comunista] de [Milovan] Djilas. En Yugoslavia gobernaba un nuevo régimen. Sin embargo, cuando fue a registrarse como ciudadana de Belgrado, la funcionaria que la atendió le dijo: “Pero usted emigró”. Ya ve, los alemanes la habían deportado, y siempre registraban a sus deportados como “emigrantes”. La funcionaria se tomó al pie de la letra el registro de los alemanes». Era una experiencia habitual. En medio de la destrucción total —en la que familias al completo habían desaparecido a manos de los nazis—, el vacío generado por el Holocausto judío era demasiado que soportar.

«Mis padres llegaron a Israel con una actitud ingenua. Les ofrecieron una casa en Jerusalén, pero la rechazaron. Dijeron: “No podemos quedarnos con la casa de otros refugiados”. Se referían a los palestinos. Así que, como ve, no es nada del otro mundo que yo viva entre palestinos». Hass se hizo periodista por eliminación. Había

sobrevivido en empleos impensables —entre otros, mujer de la limpieza— y había estado en Holanda. «Allí percibí la ausencia de la existencia judía, y eso me dijo muchas cosas, sobre todo acerca de mi postura frente a Israel, acerca de cómo no ser sionista. Éste es mi lugar, Israel, el idioma, la gente, la cultura, los colores...»

Hass dejó la Universidad Hebrea cuando investigaba la historia del nazismo y la actitud de la izquierda europea para con el Holocausto judío. «Estaba bloqueada. La primera intifada estalló y no quise quedarme de brazos cruzados en el mundo académico mientras ocurría todo aquello. Recurrí al *wasta*... ¿Conoce esa palabra árabe? Conseguí un empleo como correctora en la redacción de *Ha'aretz* en 1989». *Wasta* significa «influencia» o «enchufe». *Ha'aretz* es un periódico liberal, de mentalidad abierta, lo más próximo a *The Independent* que tiene Israel. Cuando estalló la revolución en Rumania, Hass suplicó que la enviaran a cubrir los hechos; conservaba los numerosos contactos que había hecho en un viaje a Bucarest en 1977 y, para su sorpresa, *Ha'aretz* accedió aunque sólo llevaba tres meses trabajando para ellos.

«En mis anteriores visitas a Rumania, había tenido la sensación de encarnar, digamos, la responsabilidad filosófica de degustar la vida bajo aquel régimen socialista. Era mil veces peor de lo que había imaginado. Existía una presión tremenda; la vida bajo la ocupación israelí no es tan horrible como la Rumania de Ceausescu. La asfixia era increíble. De modo que cubrí la revolución durante dos semanas y regresé al periódico. En *Ha'aretz* no estaban seguros de si podría escribir. Yo sí. Pero también sabía que jamás debía buscar lo que buscan los demás periodistas».

En 1990, con el apoyo de sus padres, se unió a un grupo llamado Worker's Hotline, encargado de ayudar a palestinos víctimas de abusos o estafas por parte de los empresarios para quienes trabajaban. «En plena guerra del Golfo, llegué a Gaza durante un toque de queda; iba para dar a trabajadores palestinos los cheques que les debían sus jefes israelíes. Ése fue el inicio de mi idilio con Gaza. Ningún periodista israelí conocía o cubría Gaza. Mi redactor fue muy comprensivo. Cuando, en 1993, se rompió el “proceso de paz”... —Hass pide que se entrecorren estas palabras—, *Ha'aretz* propuso que yo cubriera la zona. Uno de los redactores dijo: “No queremos que vivas en Gaza”. Y yo supe de inmediato que quería vivir allí».

Recuerda Hass que, desde el principio, percibió «algo muy cálido en la actitud palestina, había mucho humor y una gran capacidad para reírse de uno mismo en aquellas durísimas condiciones». Cuando sugiero que eso podría ser una actitud que ella había reconocido de los judíos, Hass conviene de inmediato. «Por supuesto. Soy una judía de la Europa Oriental, y la vida del *shtetl* es inherente a mí. Supongo que en Gaza encontré un *shtetl*. Recuerdo que un día me encontré con varios refugiados del campo de Jabaliya sentados en un banco, contemplando las olas. Les pregunté qué hacían, y uno de ellos contestó que estaba “esperando a cumplir los cuarenta” para, así, tener la edad exigida para conseguir el permiso de trabajo en Israel. Era un chiste

muy judío».

Sin embargo, Hass no percibió el menor rastro de humor en la política israelí de «cierre», de asediar ciudades palestinas y estrangular su economía y su pueblo. «Ya en 1991 vi que la política de “cierre” era una medida muy astuta por parte del sistema de ocupación israelí, una especie de agresión preventiva. El modo en que debilita toda clase de acción y reacción palestinas es asombroso. El “cierre” era también un objetivo: una separación demográfica que implica que los judíos tienen derecho a moverse con libertad por el espacio del protectorado de Palestina. La política de “cierre” llevó esto a la perfección».

Hass quedó fascinada por la diferencia que existía entre la imagen y la realidad palestinas. «La prensa israelí describía sus ciudades como “avisperos”. Pero yo estaba decidida a degustar lo que era vivir bajo la ocupación, lo que es vivir en un estado de excepción, lo que es vivir con temor a los soldados. Quería saber lo que era ser israelí bajo la ocupación israelí». Ha vuelto a emplear esa palabra, *degustar*, tal como había hecho al hablar de la Rumania sometida a una dictadura. Dice que siempre pensaba en el viaje de su madre a Belsen. «Primaba la idea de no intervenir, de no cambiar nada. Y, por suerte, en mí eso se mezcló con el periodismo». Hass tiene la certeza absoluta de que el cambio sólo puede producirse por mediación de movimientos sociales y de su interacción con la prensa, un concepto extraño que parece algo ilógico.

Con todo, su vocación no tiene nada de impreciso. «Es evidente que Israel es el centro de poder que rige la vida palestina. Siendo israelí, mi trabajo como periodista consiste en centrarme en el poder. Me denominan “corresponsal de asuntos palestinos”, pero sería más acertado decir que soy experta en la ocupación israelí». La reacción israelí hacia ella, según sostiene, es muy violenta. «Recibo mensajes en los que me dicen que debí de ser una *kapo* [supervisora de los campos de exterminación nazis] en mi vida anterior. Después me llega un mensaje de correo electrónico parecido a: “Bravo, has escrito un gran artículo. *Heil Hitler!*”. Alguien me deseó que sufriera un cáncer de mama. “Hasta que expulsemos a todos los palestinos no habrá paz”, afirman otros. No puedo contestarles. Recibo miles de mensajes como éstos».

Sin embargo, muchos israelíes conminan a Amira Hass a seguir escribiendo. «La gente se equivocó creyendo que Oslo era un proceso de paz, y se enfurecieron con los palestinos. Parte de su rabia la dirigen hacia mí. Los israelíes no van a los territorios ocupados. No los ven. No ven a un pueblo palestino con un colono en su tierra, a una población que carece de agua y que necesita permiso del gobierno incluso para plantar un árbol, por no hablar de construir una nueva escuela. La gente no entiende en qué medida la proliferación de los asentamientos judíos impone un control israelí sobre el territorio palestino».

Con su madre a punto de morir, en la primavera del 2001, Amira Hass temía quedar atrapada en el asedio israelí de Ramala —donde aún reside— y tardaba horas en recorrer los pocos kilómetros que la separaban de Jerusalén para estar con ella a

diario. Ahora está sola. La mujer que le enseñó a despreciar a los que «miran desde un lado» murió apenas dos meses antes de que Amira y yo nos conociéramos. No obstante, para los periodistas que intentan narrar la verdad acerca de la última guerra colonial del mundo, Hass sigue siendo una fuente de inspiración. Pronuncia conferencias en Estados Unidos, participa en infinidad de tertulias y entrevistas radiofónicas, además de ofrecer su inagotable cobertura informativa, más sagaz y apasionada que nunca. Cuán típico resulta que tenga que ser una mujer judía quien escriba sobre los palestinos con mayor elocuencia que otros periodistas. Cuán admirable resulta que tuviera que ser una mujer judía, una judía neoyorquina, mayor pero igualmente comprometida, quien luchara por la justicia de los civiles libaneses cuyas vidas quedaron destruidas en el bombardeo israelí del sur del Líbano en 1996, operación conocida como Las Uvas de la Ira, y cuya investigación sobre la matanza de Qana fuera muy superior a nada de lo escrito por cualquier autor árabe.

Cuando el abuelo de Eva Stern, Aaron Hersh, se apeó en el campo de exterminio nazi de Auschwitz, en 1944, junto con su madre Hannah y dos de sus tías, todos pertenecientes a una familia judía ultraortodoxa, todavía sostenía en las manos el manto de oración. «Un prisionero polaco le advirtió que moriría si no lo entregaba, pero él se negó a hacerlo —explica Eva Stern—. Un oficial alemán ordenó a mi abuelo que le diera el manto mientras esperaba en fila la selección para la cámara de gas. Él volvió a negarse, de modo que el oficial le disparó un tiro en la cabeza. Así fue como murió<sup>[\*]</sup>».

En la calidez del vestíbulo de un hotel de Manhattan, Stern habla deprisa, con una voz casi atenuada, recordando la terrible historia que le había explicado su madre del viaje de la familia entre Checoslovaquia y Auschwitz. «Ella sólo tenía diecisiete años e intentó salvar a uno de los hijos de su hermana abrazándolo con fuerza. Pero otro prisionero se lo arrebató y se lo devolvió a su madre, porque morirían todos si Mengele veía a las dos mujeres, cada una con un niño. Así, su hermana y sus sobrinos fueron seleccionados para morir. Y mi madre vivió. Al menos setenta miembros de su familia fueron asesinados. A ella la llevaron al campo de concentración de Ravensbruck y al final la liberó el ejército Rojo. El incidente del niño le causó una gran conmoción. Puedo afirmar con sinceridad que mi madre no ha dormido en cincuenta años». Sin embargo, es la muerte de su abuelo, Aaron Hersh, un erudito del Talmud ya a los veinte años de edad a quien dispararon por negarse a ceder su *tallit*, lo que ha marcado la vida de Eva Stern.

Con una rabia dolorosamente contenida, abre una gruesa carpeta que descansa en el asiento contiguo. Titulada *Operación israelí Uvas de la Ira y matanza de Qana*, es obra suya, una compilación de artículos periodísticos y fotografías del bombardeo israelí de 1996 en el que murieron más de 170 civiles, 107 de ellos en Qana y de los cuales 55 eran niños. Stern golpetea furiosa con un dedo sobre una de las fotografías: en ella se ve a soldados israelíes de pie frente a sus tanques en la frontera libanesa. El pie reza así: «Soldados israelíes detienen unos instantes el bombardeo para

conmemorar el Día del Holocausto». Y Stern me dirige una mirada que me permite captar la magnitud de su rabia.

«¿Qué opinaría mi abuelo de esto? —pregunta—. ¿Qué pensaban esos israelíes mientras se ponían sus mantos de oración? ¿Estarían rezando y suplicando: “Padre, tú que estás en los cielos, ayúdame a matar al mayor número posible de *arabushim*”? ¿Tienen derecho ahora a matar sin la menor culpa?» *Arabushim*, término hebreo con connotaciones racistas para los árabes, se empleó más tarde en una entrevista publicada en un periódico israelí a uno de los artilleros que disparó contra la base de las Naciones Unidas de Qana. Stern ha incluido la traducción al inglés de la entrevista publicada en *Kol Ha'ir* en su carpeta, un conjunto de documentos que ha enviado a la ONU y también a los periodistas estadounidenses más destacados de Nueva York. Confiaba en convencer a estos últimos para que el primer aniversario de la matanza de Qana fuese recordado. Su sentido de la indignación está tan cargado de valor como de soledad; aunque a muchos judíos estadounidenses les inquieta el gobierno de derechas de Israel y las sangrientas aventuras en las que ha participado en el Líbano y en «Palestina», la mayoría no acogen con agrado el interés de Stern por que se diga la verdad. Pese a todo, ella se muestra infatigable:

Estos sentimientos surgieron muy lentamente. Toda la vida había tenido problemas con la obediencia ciega a la autoridad, por eso siempre andaba metida en líos en el colegio. Cuando pensaba en las atrocidades que cometían los israelíes, me invadía la certeza de que, como contribuyente y judía estadounidense, tenía la obligación de hacer oír mi voz. Si puede considerarse a los alemanes de a pie, que vivían bajo una opresión total, responsables de los crímenes cometidos por los nazis —porque no dijeron nada—, ¿qué grado de responsabilidad ostentamos nosotros, que vivimos en un país donde gozamos de libertad de expresión? Si los alemanes de a pie fueron culpables por no alzar la voz, sin duda nosotros también lo somos por guardar silencio con respecto a Qana. Porque no vivimos con miedo a los escuadrones de la muerte. Lo que hago no es valiente: es lo decente. Si una cantidad suficiente de alemanes decentes hubiese hablado en aquel momento, tal vez el Holocausto no habría tenido lugar. No digo que la magnitud de las atrocidades que han cometido los israelíes sea equiparable o, en algún sentido, comparable a las de los nazis. Por supuesto que no. Pero sé que, como contribuyente, he pagado las bombas que cayeron sobre Qana. Y, por tanto, si guardo silencio, no seré mejor que esos alemanes. Israel proclama ser representante del pueblo judío. Es importante que la gente sepa que de ninguna manera hablan en nombre de todo el mundo judío. Es evidente que no hablan en mi nombre. Por consiguiente, tengo el deber de hablar.

Secretaria en un gabinete de abogados de Manhattan —y educada en una escuela femenina ultraortodoxa de Brooklyn—, Eva Stern contó en su campaña con el aliento de Noam Chomsky, el más irascible y brillante de los filósofos y lingüistas estadounidenses, y con el trabajo de Israel Shahak, superviviente del gueto de Varsovia, cuya historia sobre Israel cita Stern de memoria: «Escribió que “cualquier defensa de los derechos humanos en general por parte de un judío que no incluya la defensa de los derechos humanos de no judíos cuyos derechos estén siendo violados por el ‘Estado judío’, resulta tan engañosa como la defensa de los derechos humanos por parte de un estalinista”. Esto me influyó mucho».

El padre de Stern, Chaim, era un judío húngaro que también sobrevivió a un campo de concentración. «Mi madre era su prima y se casaron en 1949. Yo nací siete

años después. Mis padres siguen vivos y conocen mis sentimientos hacia las atrocidades israelíes. Los suyos al respecto son encontrados. Opinan que hago bien en condenarlas, pero, debido a lo que tuvieron que soportar, creen que todo el mundo es antisemita. De modo que cuando se produce un atentado terrorista contra los israelíes, son incapaces de contemplarlo en el contexto del conflicto árabe-israelí. Yo condeno sin excepción todo ataque terrorista, pero mis padres lo conciben en términos de “los árabes son antisemitas y por eso ha habido un atentado terrorista”. Me niego a condenar a mis padres por su manera de sentir. Todavía ven a todos los alemanes, por ejemplo, como nazis, porque en su experiencia sólo conocieron nazis. Lo mismo sucede con la mayoría de los palestinos, los únicos judíos que conocen son los opresores. Los palestinos de los campos de refugiados... probablemente nunca hayan conocido a un judío decente, con ética».

Sin embargo, la tentativa de Eva Stern de convencer a los periodistas estadounidenses para llamar la atención sobre el aniversario de la matanza de Qana se topó con poco menos que indiferencia. Ni un sólo periódico destacado estadounidense publicó un párrafo —ni tan siquiera un breve— sobre la ceremonia celebrada en el Líbano, y en la que participó la ONU, para conmemorar el primer aniversario de la matanza. A diferencia de Eva Stern, los periodistas estadounidenses guardaron silencio. Otro tanto hicieron sus superiores. La revista interna del gabinete legal de Manhattan en el que trabaja anima a los empleados a escribir sobre sus intereses y sus aficiones extralaborales. Stern redactó un apasionado relato a partir de sus investigaciones sobre Qana, y también sobre la matanza de palestinos de Sabra y Chatila en 1982. Un responsable del gabinete se negó a publicar el artículo arguyendo que era un tema «delicado» y que «podría malinterpretarse».

Poco después de conocer a Eva Stern, a mi correo postal de Beirut llegó una carta de Nezar Hindawi. ¿Resulta familiar el nombre? Hindawi era el palestino que el 17 de abril de 1986 entregó una bomba a su novia irlandesa, Ann Marie Murphy, desconocedora de la situación y embarazada, para que la subiera a bordo de un avión de El Al en el aeropuerto londinense de Heathrow. El kilo y medio de Semtex habría destruido el avión y matado a todo el pasaje, incluida la joven camarera que creía ingenuamente que Hindawi llegaría a Israel días después para casarse con ella. Después de buscar la protección del servicio de seguridad sirio en Londres, Hindawi decidió entregarse. Seis meses después, en Old Bailey, fue condenado a cuarenta y cinco años de prisión, la sentencia más larga de la historia criminal británica.

Por ese motivo, la dirección que figuraba en el remite de la carta que me enviaba era la de «Prisión de Su Majestad en Whitemoor, Cambridgeshire». Era una carta correcta, pero transmitía un insistente mensaje: si los asesinos del IRA encarcelados por cometer crímenes «políticos» podían ser puestos en libertad, él —Nezar Hindawi— también debía ser liberado. En su precario inglés, escribió: «Mi caso, como bien sabe, es político; nadie haría estallar un avión por un asunto personal. Creo que si no hubiera sido un avión israelí y no hubiera estado en el Reino Unido, no habría

recibido esta sentencia, que es la más larga de la historia reciente del Reino Unido». Para mí, el primer problema de la carta de Hindaui no era político. A muchos hombres del IRA —así como a asesinos paramilitares protestantes— de Irlanda del Norte les sorprendió, después de pasar años en la cárcel, descubrir en su interior una honda sensación de desasosiego y arrepentimiento por los terribles actos que habían cometido. Incluso el viejo Gusty Spence, el primero de los siniestros asesinos del «unionismo», salió de Long Kesh como cristiano converso. Sin embargo, en la carta de Hindaui no encontré el menor rastro de remordimiento ni el menor indicio de que se arrepintiera de lo que había intentado hacer. La frase «nadie haría estallar un avión por un asunto personal» era escalofriante, tal y como escribí en *The Independent*, y su «clasificación del mal», bastante evidente. Para él sería imperdonable hacer estallar un avión por motivos «personales» —por ejemplo, supongo, odiar a los pasajeros—, pero por lo visto no lo era hacerlo por motivos políticos, incluso en el supuesto de que los pasajeros, incluida su novia embarazada, Ann Marie Murphy, le fueran indiferentes.

Refiriéndose a su propio caso como «historia», Hindaui proseguía:

La OLP e Israel firmaron un tratado de paz con Jordania. Incluso la relación entre Siria y el Reino Unido es mejor en todos los aspectos... Mire lo que ocurrió después del tratado de paz en Irlanda del Norte: el gobierno británico trasladó allí a todos los prisioneros del IRA y puso en libertad a muchos de ellos... Escribí al primer ministro, Tony Blair, a Jack Straw, a Robben [sic] Cook, a los parlamentarios Ken Livingstone, Tony Benn, D. Skinner y a otros pidiéndoles que me concedieran la libertad... Todavía no he recibido respuesta.

Lo cual no me sorprendió. Para conseguir una paz irlandesa que gozara del apoyo de la mayoría de británicos e irlandeses, se abandonó la vieja política thatcheriana de criminalizar a todos los delincuentes. Infanticidas, uxoricidas, asesinos de la mafia y sicarios —que debían permanecer en prisión—, así como asesinos «políticos», criminales «políticos» y sicarios «políticos» volvían a casa. Nos guste o no, así es como concluyen la mayor parte de las guerras. Se produce una especie de borrado de pecados. Hombres a los que hemos catalogado como «terroristas» —Jomo Kenyatta, Menachem Begin, el arzobispo Makarios, Gerry Adams y, sí, Yasir Arafat— tienen la extraña costumbre de presentarse en conversaciones en Downing Street, ir a tomar el té con la reina Isabel o participar en charlas en la Casa Blanca.

No obstante, ¿dónde sitúa eso a los prisioneros de otras guerras? Teóricamente, la paz palestino-israelí podría haber tenido algún efecto sobre Hindaui. Sin embargo, la paz había muerto ya y Hindaui escribía —si bien de forma sesgada— que creía que estaba trabajando para los sirios<sup>[1]</sup>. No le respondí directamente, pero sí escribí un artículo sobre su carta en el que dije que me gustaría «saber un poco más acerca del auténtico Nezar Hindaui» y de cómo un hombre —al margen de para quién creyera que trabajaba— podía entregar una bomba a la joven que lo amaba, la mujer que gestaba a su hijo, a sabiendas de que aquello sería el final de ambos y de todo el que viajara con ellos<sup>[\*]</sup>. Envié una copia del artículo a Hindaui. Más de tres meses

después, recibí otra carta suya. Era tan iracunda como alterada, estaba escrita desde lo más hondo de la indignación. Si bien limitado por su inglés, Hindauí hacía una tentativa metafórica de reconstruir las traiciones sufridas por Oriente Próximo en la que se flagelaba a sí mismo como instrumento del «terrorismo» e invitaba a Gran Bretaña y Francia a recuperar sus protectorados y crear un Estado de Israel:

Creía que le vendría bien saber «un poco más acerca del auténtico Nezar Hindauí»... Me parece que no ha descubierto aún ese «poco más»... Soy el Nezar Hindauí que invitó a los EMPERADORES de Inglaterra y Francia a Arabia —a Oriente Próximo— para que se repartieran el PASTEL y enseñaran al pueblo árabe a jugar al críquet. Pero el motivo más importante de la invitación era fundar o llenar «una Tierra sin pueblo para un pueblo sin Tierra». Así, el emperador de Inglaterra trajo de Europa «un pueblo sin Tierra para una Tierra sin pueblo», tal y como solicité. A ese «pueblo» le entregué esa porción del pastel y ellos lo llamaron «Israel». Gratis. Pero la partida de críquet continúa. Es muy larga. Necesita tiempo para concluir. El árbitro se marchó y no volverá. ¿Cree que va a venir a detener la partida? De ese juego soy el fundador. Soy Nezar Hindauí, fundador y cabecilla de HAGANAH, IRGUN, LA BANDA STERN, las organizaciones terroristas, y por orden mía directa desataron una campaña de terror y violencia dirigida exclusiva y deliberadamente a civiles... Ordené la explosión en el hotel Rey David de Jerusalén en la que murieron 90 británicos... Ordené la invasión del Líbano y el oeste de Beirut, y cometí las matanzas de los campos de Sabra y Chatila... Más información para usted, apreciado señor Robert Fisk, acerca de Nezar Hindauí y sus malvadas obras: yo soy Nezar Hindauí, responsable del asesinato, la tortura y la desaparición de más de 4000 personas en Chile; yo, y no el general Augusto Pinochet. Soy el responsable de mantener las sanciones a Iraq... Ahora tal vez comprenda a Nezar Hindauí y sus malvadas obras<sup>[\*]</sup>.

Mi uso de la palabra *malvado* —antes de que su significado quedara contaminado por George W. Bush— había irritado a Hindauí. Sin embargo, no cabía la menor duda del significado de su carta. Criminales menores como Hindauí permanecían encarcelados cuarenta y cinco años. Los grandes criminales —Menachem Begin, Pinochet, Gran Bretaña y Francia en su larga historia colonial— quedaban impunes. Había un apartado de su carta manuscrita en el que ensalzaba la «Gran Siria», la provincia otomana que englobaba a Jordania, Palestina y la actual Siria —*Asham, Biladu Asham*—, que existió en «tiempos previos a mi invitación a los emperadores de Inglaterra y Francia».

Escribió que se sentía orgulloso de su «amor» por Siria.

Nací en una parte de Siria [que] se llamaba Jordania. Pero ¿conforma Jordania un Estado? ¿Realmente es un Estado? Es parte de Siria y alguna vez deberá regresar a su Madre, a su corazón, a Siria, eso es [un] echo [sic] y usted podrá verlo en su tiempo... Tengo una gran historia, y resplandeciente, y estoy muy orgulloso de ella. No quiero escribir sobre cosas personales, eso sólo me pertenece a mí; también es eso por lo que no quiero responder a lo que escribió sobre la chica, el bebé y el amor... Considero esas cosas algo personal; con el tiempo podré hablar de esas cosas [sic], puede estar seguro de que usted será uno a los que hablaré.

Hindauí acababa expresando su «amor» por el presidente de Siria, Hafez el Asad.

Es mucho más lo que quisiera saber de este caso, como por ejemplo por qué el defensor de Hindauí, el abogado de Su Majestad Gilbert Gray, arguyó en el juicio de 1986 que «otro país podría tomar represalias» si se encarrelaba a Hindauí, un comentario que, según palabras del propio sir William Mars-Jones, quien sentenció al acusado a cuarenta y cinco años de prisión, «no debería haberse pronunciado<sup>[\*]</sup>». ¿Tal

vez era Siria ese «país»? Un psicólogo tendría también mucho que decir al respecto de la negación de Hindaui a hablar de «la chica, el bebé y el amor», porque, sin duda, ése es el eje alrededor del cual gira todo este drama. Hindaui está dispuesto a abordar la tragedia política de Oriente Próximo —y la hipocresía de un mundo que sentencia a asesinos menores frustrados a cuarenta y cinco años, pero que permite que los responsables de matanzas sigan en libertad—, pero no la cuestión inmediata y trascendental de su propia conciencia. Sí, espero que Hindaui me hable algún día de «la chica, el bebé y el amor». Y también lo espera Ann Marie Murphy, quien, dieciocho años después de que Hindaui intentara que subiera, ella y el bebé que llevaba en su vientre, con una bomba en el vuelo de El Al que salía de Heathrow, concedió la primera entrevista a un periódico para protestar porque a Hindaui se le hubiese proporcionado ayuda legal para solicitar la revisión de su sentencia y la libertad condicional:

Ese hombre es la maldad en estado puro. Estamos hablando de alguien que jamás ha mostrado un ápice de arrepentimiento y no ha pronunciado una sola vez la palabra *perdón*... ¿Qué hay de los derechos humanos de todos los que íbamos a subir a ese avión y a quienes él trataba de asesinar? Me abrazó me besó en las dos mejillas. Dijo que, la siguiente vez que nos viéramos, nos casaríamos. Y, dicho eso, allí se quedó, despidiéndose con la mano... Cargó con esa bolsa hasta el aeropuerto y entonces me la da [sic] cuando estaba a punto de embarcar. Me dejó en la Terminal Uno porque dijo que su vuelo salía de la Terminal Tres. Recuerdo haber pasado junto a los perros de rastreo y haber cruzado dos controles de seguridad antes de que un agente me pidiera que me hiciera a un lado y esperara un momento. Cuando abrieron a bolsa y miraron dentro, el mundo se vino abajo<sup>[\*]</sup>.

Si me introdujera en la mente de Hindaui —no estoy seguro de querer hacerlo y espero más cartas desde la prisión de Whitemoor al respecto—, ¿no encontraría la misma lógica que empleó Yigal Amir, el asesino de Rabin, capaz de citar el Libro de Josué para justificar que «si quería conquistar la tierra, tendría que matar a bebés y a niños»? ¿Acaso no es ése el mismo razonamiento —o la ausencia de él— que permite a un terrorista suicida palestino ver a sus víctimas antes de activar el detonador de los explosivos? El terrorista suicida aniquila su propia vida, pero tiene el terrible privilegio de contemplar a los futuros muertos, a los soldados o —seamos francos— a los niños israelíes que disfrutaban en una pizzería, las chicas que viajan en el autobús y que están a punto de ser eliminados de la faz de la Tierra. Los israelíes y la Casa Blanca intentaron mermar el elemento autodestructivo de los terroristas suicidas denominándolos, neciamente, «terroristas homicidas», lo cual resulta ridículo; todos los terroristas, suicidas o no, son homicidas. La diferencia es que el terrorista suicida no sólo se quita la vida —y con ello se convierte en «mártir» para los grupos palestinos—, sino que además es un verdugo. Ve a los que están a punto de morir. Tiene en sus manos, aunque sea por breves instantes, la vida y la muerte de personas inocentes. Pulsar o no pulsar el botón es elección suya. Hindaui, obviamente, no planeaba pulsar ningún botón. El botón iba a ser Ann Marie Murphy; y el detonador —si tenemos que creer las cartas que me escribió— era la historia.

Estoy de pie entre el polvo y los escombros del campo de refugiados palestino de Jan Yunis a comienzos del año 2001. En mi cuaderno consta la fecha, 15 de abril, junto con las palabras: «En cualquier otro lugar sería un escándalo, una atrocidad». Si los palestinos hubiesen destruido deliberadamente el hogar de 200 israelíes, como escribí en el reportaje para *The Independent* aquella noche, se habría hablado de barbarie, de «terrorismo», se habrían oído graves advertencias dirigidas a Arafat por parte del nuevo presidente de Estados Unidos, George W. Bush, para «frenar la violencia». Sin embargo, fueron los israelíes quienes destruyeron los hogares de al menos 200 palestinos en Gaza la mañana del Domingo de Pascua del 2001, quienes destrozaron sus muebles, su ropa, sus cocinas, sus alfombras y sus colchones, y redujeron sus casuchas a cemento pulverizado, hasta el punto de dejar Jan Yunis con el aspecto de haber sufrido un terremoto; así que, por supuesto, no se trataba de «terrorismo» sino de «seguridad».

Los ancianos están sentados como estatuas en medio del vertedero en que los israelíes han convertido sus casas. Muchos de ellos, como Ahmed Hassan Abu Radwan, de setenta y cinco años de edad, habían sido expulsados de sus hogares de Palestina —en su caso, de Beersheva— en 1948; ahora, las mismas personas los desposeen de sus bienes por segunda vez en cincuenta y tres años, en esta ocasión por cortesía de Ariel Sharon. Tal vez sea imposible deshonar la historia. Lo que ocurrió en Jan Yunis —por mucho que los israelíes disfracen su vandalismo con palabrería sobre la «seguridad»— fue una vergüenza. Fue una destrucción de casas —no, llamémoslo «destrucción de hogares»— a una escala sin precedentes hasta el momento, pues enviaron toda una batería de excavadoras para pulverizar aquella parte elevada de Jan Yunis desde la que se veía el mar, desde donde —según el ejército israelí— habían disparado contra sus fuerzas de ocupación. A medida que las máquinas ascendían desde la costa por la carretera, justo después de la medianoche, miles de palestinos empezaron a salir corriendo y gritando de sus casuchas y refugios de cemento.

Muchos de ellos huyeron a la mezquita más cercana, donde se apoderaron de los altavoces y conminaron a sus vecinos a «tomar las armas y resistir». Aparentemente para sorpresa del ejército israelí, eso es justo lo que hicieron los vecinos. Mientras los fusiles palestinos empezaban a apuntar a las excavadoras, al menos dos tanques israelíes se adelantaron a toda velocidad por la carretera y dispararon proyectiles contra los bloques de pisos más próximos. Un helicóptero de combate Apache apareció de la nada en la oscuridad y lanzó misiles contra esos mismos edificios. Según recuerdan con total claridad el viejo Ahmed Hassan Abu Radwan y su familia, de repente salió una grúa de la penumbra; en la pala llevaba a una sección de soldados israelíes que —cuando la pala que colgaba de la cadena de la grúa se hubo elevado al máximo— abrieron fuego.

La batalla se prolongó horas y dejó a dos palestinos muertos y treinta heridos,

doce en estado crítico, uno de ellos un cámara de Reuters que filmaba la contienda cuando un obús estalló contra la pared tras la que se protegía. Ariel Sharon, la excavadora más destructora de todas, les había dado otra lección a los palestinos. Al caminar entre la mugre y el polvo de esas 35 casas, no era difícil captar que la lección que habían extraído ellos no era exactamente la que Israel pretendía. Mariam Abu Radwan, prima del viejo Ahmed, lo expresó con gran elocuencia: «Ya no tenemos vida. Esto es la destrucción de nuestra vida. Dejad que nos disparen, por favor, dejad que nos disparen y que podamos morir aquí. Y dejad que los israelíes también mueran. A nadie importamos: ni a los países árabes ni a los demás».

Uno de los muertos fue Riad Elias, un oficial de las fuerzas de seguridad palestinas —que supuestamente luchaba contra los israelíes en el momento de su muerte—, pero el segundo, Hani Rizk, fue identificado como empleado del servicio de limpieza del hospital Naser, el mismo al que llevaron su cuerpo antes de que se celebrara su funeral, aquel domingo por la tarde. Ibrahim Amer, un agricultor que afirma haber recibido en un costado el impacto de balas de ametralladora procedentes de un helicóptero mientras huía —ahora yace en una de las camas del hospital, medio desangrado y con fuertes dolores—, vio a Rizk corriendo por la calle «cuando una ráfaga de proyectiles del helicóptero rebotó en la pared y lo alcanzó; tenía al menos doce balas en el cuerpo». ¿Habían disparado los palestinos a los israelíes desde aquellas casas? Al preguntar a cualquiera en medio de los escombros, todos respondían sin excepción que «no vieron a nadie», lo cual no es exactamente lo mismo que afirmar que nadie disparó desde allí. Sin embargo, aquello era más que desproporcionado; la operación israelí fue un ataque deliberado contra civiles.

Ahmed Hassan Abu Radwan, al igual que muchos de sus primos, era un granjero beduino cuando los israelíes avanzaron en 1948 sobre su hogar de Beersheva, donde residía con su padre, Hassan, su madre, Shema, y sus cuatro hermanos. Desde entonces había vivido en la pobreza de Jan Yunis. Dormía en un complejo de casuchas de siete habitaciones con su esposa, Fatma, y sus veintitrés hijos y nietos cuando oyó llegar a las excavadoras israelíes. «Lo que me ha pasado ahora es lo que mismo que me pasó hace cincuenta años —dijo—. Siento una especie de locura. ¿Paz, ahora? No lo creo. Los judíos nos han dado muchas veces su palabra, pero nunca la mantienen».

Como es costumbre, esa tarde de domingo se dispararon tiros al aire en los dos funerales. Sólo tres horas antes había sido enterrado Wail Hawatir, un médico militar palestino, víctima del ataque con helicóptero de la noche anterior en lo que los israelíes llamaron una «base naval palestina» —los palestinos, por supuesto, no tienen marina ni barcos—, así que el día empezó y terminó en Gaza de la forma habitual: con funerales. Huelga decir que el señor Bush guardó silencio.

Tanto él como Clinton permanecieron callados mientras Israel perfeccionaba su sistema de ejecuciones de palestinos a los que consideraba merecedores de la muerte por su colaboración con Hamás, la Yihad Islámica o cualquier otra organización que

se opusiera a la ocupación de Gaza y Cisjordania. No había nada nuevo en esa campaña de ejecuciones extrajudiciales. En 1988, cuando los israelíes fueron a por el lugarteniente de Arafat, Abu Yihad —Jaled al Wazzir—, en Túnez, desplegaron hasta 4000 hombres para asesinarlo. Un avión AWACS sobrevolaba la ciudad, dos buques de guerra aguardaban en el Mediterráneo, también había un avión de reabastecimiento Boeing 707, cuarenta hombres que desembarcarían y rodearían la vivienda del lugarteniente de Arafat en la OLP, y cuatro soldados y un oficial para asesinar a la víctima.

En una conversación que mantuvo conmigo mientras vivía la segunda intifada en Gaza, el hijo de Abu Yihad, Yihad al Wazzir, recordó con detalle cómo ejecutaron a su padre. «Primero mataron al guardaespaldas, que estaba dormido en el coche de fuera, después mataron al jardinero y al segundo guardaespaldas. Mi padre estaba redactando unos documentos en su despacho y salió al vestíbulo con una pistola. Disparó un tiro antes de ser alcanzado. Mi madre recuerda que cada uno de los cuatro hombres avanzó y vació un cargador entero de balas de un arma automática sobre él... como si fuera una especie de ritual. Un oficial vestido de negro dio entonces un paso adelante y le disparó en la cabeza, para asegurarse<sup>[\*]</sup>».

En la actualidad, las brigadas asesinas de Israel son más baratas: un chip informático que activa una bomba en un teléfono móvil, un colaborador de la familia o una mancha infrarroja en el techo de un coche para indicar a un piloto de Apache israelí que dispare un misil Hellfire contra el vehículo del palestino. Asesinato de larga distancia. Ésta es una guerra internacionalmente ilegal de la que los palestinos también fueron culpables en el pasado. En la década de 1970, agentes israelíes y de la OLP se asesinaban unos a otros en Europa siguiendo una política de represalias y contrarrepresalias que enfureció a las fuerzas de seguridad europeas. En Beirut, dos de los israelíes que se dedicaban a asesinar a dirigentes palestinos se llamaban Ehud Barak y Amnon Shahak. Más adelante, en 1982, Shahak se convertiría en el comandante militar israelí del Líbano. Y fue Barak quien, como primer ministro, relanzó las brigadas asesinas de Israel.

Hamás y la Yihad Islámica tienen sus propios asesinos: sus terroristas suicidas matan tanto a civiles como a soldados, víctimas anónimas, hasta la fecha, en lugar de funcionarios conocidos de los servicios secretos israelíes. Sin embargo, los asesinatos de Israel también acaban con vidas inocentes. Un ataque con helicóptero dirigido a un militante palestino en el 2001 partió en pedazos a dos palestinos de mediana edad; los israelíes no se disculparon. El sobrino de un hombre asesinado por los israelíes en Nablus admitió más tarde ante la Autoridad Palestina que les había delatado a los israelíes el paradero de su tío. «Dijeron que sólo iban a arrestarlo —les dijo a sus interrogadores—. Y luego lo mataron». Cuando Ariel Sharon ordenó la muerte de un miembro de Hamás en Gaza, un avión a reacción israelí arrasó todo un bloque de viviendas y mató a diecisiete civiles, de los cuales nueve eran niños. Sharon consideró el ataque como una victoria contra el «terror».

Al Wazzir, que ahora es analista financiero en Gaza, creía que personas que no se consideraban un objetivo se encontraban de pronto siendo atacadas. «Existe una red de espionaje del ejército y la fuerza aérea israelíes, el Mosad y el Shin Bet que colabora y se pasa información. Pueden cruzar las líneas entre el Área C y el Área B de los territorios ocupados. Normalmente llevan a cabo operaciones cuando la moral de las Fuerzas de Defensa de Israel está baja. Cuando mataron a mi padre, las Fuerzas de Defensa estaban bastante desanimadas a causa de la primera intifada. Así que fueron por algo “espectacular” para demostrar lo grandes “guerreros” que son. Ahora la moral de las Fuerzas de Defensa de Israel vuelve a estar baja a causa de la segunda intifada...»

Los funcionarios de seguridad palestinos de Gaza estaban intrigados por la lógica que seguían los asesinatos de Israel. «Los nuestros se encuentran con los suyos, conocemos a sus oficiales y a sus agentes —me explica uno de los funcionarios palestinos—. Se lo digo con toda sinceridad: son tan corruptos e indisciplinados como nosotros. También igual de despiadados. Después de que atacaran el convoy de Mohamed Dahlan cuando regresaba de unas conversaciones sobre seguridad, Dahlan habló con Peres, el ministro de Asuntos Exteriores. “Mire lo que nos ha hecho su gente”, le dijo Dahlan a Peres. “¿No se da cuenta de que fui yo quien llevó al hijo de Sharon a conocer a Arafat?”» Al Wazzir comprende parte de la lógica que siguen las brigadas asesinas. «Surte efecto porque la nuestra es una sociedad paternalista. Creemos en la idea de una figura paternal. Sin embargo, cuando asesinaron a mi padre, la intifada no terminó. Se vio afectada, pero no lograron ninguno de sus objetivos políticos. En lugar de desmoralizar a los palestinos, la intifada se avivó. Dicen que ahora hay cien palestinos en la lista de asesinatos. No, no creo que los palestinos adopten la misma clase de ejecuciones contra funcionarios de los servicios secretos de Israel. Un ejército es una institución, un sistema; con asesinar a un oficial sólo se consigue que lo sustituyan por otro». El asesinato de rivales políticos o militares fue una práctica que los israelíes pusieron a punto en el Líbano, donde los cabecillas de la guerrilla libanesa morían regularmente a causa de bombas escondidas o de disparos por la espalda realizados por las brigadas de ejecución del Shin Bet, a menudo —como en el caso de un dirigente de Amal en el pueblo de Bidias— después de interrogarlos. Todo ello en nombre de la «seguridad<sup>[2]</sup>».

Regreso al cruce de Ayosha y a los «enfrentamientos». Las piedras se estrellan contra los techos de los jeeps israelíes, patinan por la carretera, tintinean al rebotar contra los postes metálicos de vallas publicitarias que hace tiempo que cayeron. Veo a un joven soldado que abre la puerta del jeep a intervalos de un minuto, más o menos, apunta su fusil con calma, dispara y vuelve a entrar en el vehículo. Hace eso mismo durante una media hora, después se vuelve y me mira. «¿De dónde es usted?», pregunta. Como si estuviéramos en un bar, o en la playa, o hubiéramos coincidido en el despacho de alguien. «De Inglaterra». El muchacho, de veintiún años, sonrío. «Yo soy de Queens, Nueva York, y ahora estoy en el cruce de Ayosha, en Ramala,

¡menudo viaje! Esto es más divertido que Queens». ¿Divertido? ¿Lo he oído bien? ¿Divertido? «Bueno, al menos aquí no te disparan mientras esperas la luz verde del semáforo. —Sonríe—. Me llamo Ilan».

Las piedras siguen repiqueteando en los techos metálicos de los jeeps. Las granadas de gas se elevan por el caluroso cielo hacia los jóvenes que se esconden tras el esqueleto de un autobús —los veo claramente a través del humo— con las hondas con que imprimen velocidad a sus piedras. Los disparos israelíes —balas con revestimiento de caucho en su mayoría— hacen cantar a mis oídos: el tinnitus provocado por los cañones iraquíes mezclado con el fuego de los fusiles de Israel, un sonido más fuerte que cualquier tiroteo de esas películas de Hollywood de las que Ilan parece haber sacado el guión. Me ha desconcertado con la frase del semáforo. Seguro que hay más probabilidades de que te asesinen en un semáforo de Cisjordania que en uno de Nueva York.

«Israel es un sitio genial», dice Ilan. Sin embargo, esto no es Israel. Además, al ver a estos jóvenes con sus trajes de faena verde oliva se me ocurre que llevan a cabo un ritual. Dos soldados cargan sendas granadas de gas en los fusiles de sus compañeros. Un soldado le señala un chico que corre a un compañero que dispara en esa dirección. Una ambulancia se acerca al muchacho, que yace en la carretera. Uno de los soldados avisa a otro con unos golpecitos en la espalda. El comandante Shai llega en otro jeep para presenciar el lamentable espectáculo; es un contable de treinta y cuatro años de Tel Aviv, y su conductor, que luce unas Ray-Ban, es agente de seguros cuando no presencia a los lanzadores de piedras de Ramala. En la parte de atrás del jeep, acunando el fusil en las rodillas, va sentado un estudiante de empresariales de veintiún años y de origen marroquí que discute alegremente de política con Shai. El joven está más interesado en casarse con su novia dentro de seis meses que en el resultado de la función del día en Ayosha. Los argumentos que utilizan resultan familiares. Shai mueve la cabeza de lado a lado —él llega a afirmar que el enfrentamiento es «un ritual»—, pero cree que el ejército israelí «no puede retirarse». ¿Retirarse? Pero si esto no es Israel. Aventuro un pensamiento herético, que dentro de diez años Israel volverá a estar tras sus fronteras de 1967 —aunque ahora mismo no puedo creerlo— y, sorprendentemente, Shai está de acuerdo conmigo. El estudiante del jeep no. «Si nos retiramos de aquí, demostramos debilidad. Entonces los árabes querrán todo Israel e intentarán quedarse con Haifa y Tel Aviv».

Es el mismo argumento gastado que solía oírles a los soldados israelíes del Líbano. Si nos quedamos, somos fuertes. Si nos vamos, somos débiles. Los árabes sólo comprenden la fuerza. En un momento dado, Shai hace un gesto hacia los chicos que lanzan piedras y dice: «Son animales». Le pregunto por qué. «Ya vio lo que hicieron con nuestros dos soldados en la comisaría de Ramala». Sí, todos los israelíes tienen esa imagen grabada en el recuerdo; no a los niños muertos, no a Mohamed el Dura cayendo muerto bajo una lluvia de balas israelíes, sino el salvaje asesinato de

los dos reservistas de Israel. Las fotografías de sus rostros grotescamente mutilados están por todas partes en Internet. Muchos soldados las han visto. «Los medios de comunicación sois en gran parte responsables de la imagen que tenemos —dice Shai—. Hacéis que este sitio parezca una zona de guerra sólo por las piedras y por unos cuantos disparos». Sin embargo, le digo que quien hizo eso fue Sharon. Fue Sharon el que no dejaba de decirle al mundo que Israel estaba «en estado de sitio», que Israel estaba siendo asaltado por el «terrorismo internacional».

Shai recibe una llamada de su familia al móvil. «Están en la playa —dice—. Allí es donde deberíamos estar todos». Y se me ocurre que en la vida de esos soldados hay alternativa. Shai podría estar en la playa. El soldado del asiento trasero podría estar con su novia. Sin embargo, los palestinos del otro lado del tiroteo no podían ir a ninguna parte. Estaban encerrados, atrapados, en auténtico estado de sitio. La degradación de la vida ha sido un proceso gradual, igual que la guerra ha pasado gradualmente del dolor a la masacre.

¿Acaso no fue eso mismo lo que sucedió en la guerra de Argelia de 1954 a 1962? Comenzó como algo molesto: árboles talados para cortar carreteras, vías férreas saboteadas, multitudes de argelinos que lanzaban piedras contra las tropas francesas... y terminó en una debacle de bombas y matanzas en los pueblos. También se produjeron muchas torturas, perpetradas personalmente por oficiales franceses de alto rango. Hubo ejecuciones sumarias de argelinos a manos de argelinos. De ese mismo modo, la intifada palestina va cayendo en la anarquía. De arrojar piedras a cometer atentados suicidas, de francotiradores a pilotos de bombardero. Los oficiales israelíes torturan a palestinos a diario en el complejo ruso de Jerusalén. Los palestinos son asesinados regular y públicamente por colaboracionismo.

A finales de julio del 2000, los israelíes disparan un misil contra el despacho de un dirigente de Hamás en Nablus. El cohete, de factura estadounidense, por supuesto, mató a dos niños palestinos. Cien mil dolientes exigen represalias. Un conductor de autobús israelí en ruta de Jerusalén a Kiryat Shmona, Menashe Nuriel, se detiene para recoger a un palestino de diecisiete años. Cree que resulta sospechoso, se da cuenta de que le salen unos cables de la bolsa que lleva en la mano y lo hace bajar del autobús a empujones mientras 46 pasajeros lo miran desconcertados. La bolsa contiene tres obuses de 81 mm y explosivos que habrían matado a todos los pasajeros del vehículo. «Si no sucede hoy, sucederá mañana», me dice un policía israelí a la entrada de Damasco. Sin embargo, si tanta seguridad se tiene de que los palestinos tomarán represalias, ¿por qué asesinar al dirigente de Hamás en Nablus? El policía se encoge de hombros. «Esto es una guerra, y ya sabemos cómo son las guerras. No tiene de qué preocuparse. Esto es más seguro que Londres». Pero no lo es.

Jerusalén es una ciudad de ilusiones. Aquí, Ariel Sharon promete a su pueblo «seguridad» y les trae la guerra. En la carretera principal de Maale Adumim, dentro de las «circunscripciones municipales» ilegales de Israel, los israelíes conducen a más de 150 kilómetros por hora. En la ciudad vieja, las tropas israelíes y los civiles

palestinos se insultan unos a otros ante los escasos turistas cristianos. Amar a Jesús no ayuda a comprender el conflicto árabe-israelí. Gideon Samet lo expresó muy bien en *Ha'aretz*. «Jerusalén parece una Bosnia a punto de nacer. Las principales vías públicas dentro de la Línea Verde... se han vuelto mortalmente peligrosas... Las afueras de la capital están tan desprotegidas como lo estuvo Ramat Rachel durante la guerra de independencia<sup>[\*]</sup>». Samet exagera un poco. La vida es más peligrosa para los palestinos que para los israelíes. Terrorismo, terrorismo, terrorismo. «Propongo que nos repitamos cada día, durante toda la jornada —nos dice Sharon—, que no habrá negociaciones con los palestinos hasta que se produzca un cese total del terrorismo, la violencia y la incitación».

Sin embargo, esto no significa, claro está, que las brigadas de la muerte de Israel hayan dejado de asesinar con su habitual impunidad, ni que los colonos israelíes tengan que dejar de disparar contra los civiles palestinos. Sólo que los terroristas suicidas palestinos tienen que dejar de matar a israelíes inocentes. Un abogado palestino enarbola un ejemplar de *The Wall Street Journal* ante mis ojos. «Sus periódicos sientan las bases de nuestro sufrimiento», me grita. Mi intención es la de negar cualquier tipo de conexión con la publicación de la ultraderecha de Manhattan, pero su editorial me deja consternado. Elogia la «sutileza» de Sharon porque «de pronto, los enemigos terroristas» están «siendo reducidos de camino a sus fechorías... es la guerra en la penumbra... sutil, pero no menos mortal<sup>[\*]</sup>». ¿Enemigos? ¿Reducidos? En *The Wall Street Journal* no se menciona a los dos niños «reducidos» en el ataque al despacho de Hamás.

Primero llega el cambio de la presión atmosférica, después el redoble del fuego de los tanques. Miro por la ventana, más allá del valle de Kidron, hacia la Cúpula de la Roca, que, iluminada por focos, lanza destellos sobre toda la ciudad vieja. Ya hace rato que ha oscurecido, pero en Jerusalén la guerra palestino-israelí se ha convertido en un sonido familiar y los tanques disparan en Beit Jala. Apenas unas horas antes, los israelíes han intentado asesinar en Ramala a Marwan Dirya, miembro de Fuerza 17. Han disparado dos misiles tierra-tierra contra su coche en una calle decorada por buganvillas, han fallado el primer tiro —de manera que Dirya ha tenido el tiempo justo para salir precipitadamente del vehículo— y han alcanzado el coche con el segundo. Los israelíes de inmediato califican a Dirya de «cabecilla terrorista». ¿Había provocado el intento de asesinato de Dirya la reanudación de los ataques palestinos en Beit Jala? De ser así, ¿qué se suponía que era el ataque de un helicóptero israelí contra la comisaría de la ciudad de Rafah, en Gaza?

Acababa de llegar para contemplar las cenizas del coche de Dirya en Ramala — los israelíes habían podido apuntar muy bien desde un gran campamento militar y un asentamiento ilegal que había sobre una colina aleadaña— cuando un palestino contraatacó. ¿Miembro de Hamás? ¿De la Yihad Islámica? Un joven al volante de un coche negro pasa a toda velocidad por delante de una de las principales bases militares de Tel Aviv y acribilla a balazos a un grupo de soldados que salían a comer.

Igual que los israelíes, intenta matar a sus enemigos. Deja heridos a diez hombres antes de que un francotirador israelí le dispare un tiro en la cabeza, luego se estrella contra una farola. El primer intento de asesinato a balazos por parte de un palestino dentro de Israel en doce meses es un nuevo y fulgurante dato estadístico que añadir a la guerra.

Un día después, me dirijo al norte a toda velocidad por la autopista de Tel Aviv, la forma más rápida de llegar a Tulkarem si no quiero quedarme atascado en los controles de las afueras de Ramala. «Si tuerce a la derecha, camina trescientos metros, y luego tuerce a la izquierda —me dice el soldado israelí de la frontera de Cisjordania—, encontrará al hijo de perra en el control de carretera». Pero el hijo de perra no está allí. El policía palestino del cruce de Tulkarem no quería morir en otra de las emboscadas israelíes «por error», y la carretera no es más que un despliegue de neumáticos, piedras, cartuchos israelíes vacíos y sacos de arena a medio pudrirse bajo el mediodía sofocante. Una bandera palestina hecha jirones cuelga sobre la caseta vacía del control. Sin embargo, no muy lejos de allí, la ira arde tanto como el sol. Es el 6 de agosto del 2001. Se está preparando el entierro de Amr Hassan Judeiri y se busca al hombre que lo traicionó.

Amr Judeiri era el joven «activista» —con lo que leemos «guerrillero», «terrorista», «extremista», «militante» o algo por el estilo— de Hamás que murió quemado vivo cuando un piloto israelí, en un Apache de procedencia estadounidense, disparó tres misiles estadounidenses contra su coche siguiendo la política israelí de asesinatos de Estado. No había duda alguna respecto del fabricante de los misiles. Sin embargo, ¿era ése el coche de Judeiri? El agente de seguridad de Al Fatah que aguarda de pie ante la hilera de tiendas de estilo otomano está más interesado en el coche que en los misiles.

«No quedó nada de él, quedó pulverizado, abrasado —dice—. No era más que cenizas. Pero nos ha llegado la información de que en el techo del coche había una pintura extraña». Lo dice con las cejas enarcadas, como si fuera una pregunta más que una información breve pero esencial. Le pregunto por los misiles. El hombre de Al Fatah abre la puerta de su coche, saca algo del asiento trasero y me tiende un trozo de hierro de unos quince centímetros con dos tubos de metal adheridos y un código: 18 876-13 411 923-14064. Yo ya había visto esa parte del motor de un misil con su configuración numérica en el Líbano. Siempre son misiles Lockheed disparados desde Apaches. Así que Lockheed ha participado en la muerte de Judeiri, a pesar de que eso no interesa al hombre de Al Fatah.

«Judeiri no conducía su coche —comenta—. Conducía uno prestado. Y el propietario llevó el coche a Israel la semana pasada. Ahora está desaparecido. Intentamos dar con él<sup>[3]</sup>. El helicóptero llegó por encima del puente de la ciudad y disparó los tres misiles. Creemos que lo del techo era algún tipo de pintura infrarroja». El mensaje está claro: Al Fatah cree que Judeiri fue traicionado por un colaborador, probablemente el dueño del coche, que permitió a los israelíes aplicar

pintura infrarroja en el techo del vehículo para guiar a los misiles. «O a lo mejor llevaba algún tipo de “busca”, un código informático».

Esa misma tarde, la policía israelí anuncia que ha arrestado a un palestino que preparaba un atentado suicida en Tel Aviv. Lo único que necesitaba eran los explosivos que se suponía que le había llevado Amr Hassan Judeiri. O eso dicen. La información procedente de la «seguridad» israelí no suele ser muy pródiga con la verdad. En Tulkarem, no obstante, hay unas cuantas verdades a la vista de todos. La primera es que había más de un cuerpo. El cadáver que veo sacar de la pequeña mezquita, envuelto en una bandera palestina y con un paño alrededor de la cabeza que sólo deja ver una boca y un bigote, resulta no ser Judeiri, sino Mohamed Meziad, un hombre de Al Fatah de veinte años, asesinado por los israelíes —aunque no se haya informado de ello— apenas veinticuatro horas antes. Veo la boca y el bigote balanceándose entre la muchedumbre hacia la segunda mezquita, donde los restos de Judeiri, algo más humildes, esperan también para ser enterrados. Cuatro miembros de Hamás —ataviados de la cabeza a los pies con unas túnicas verdes con ranuras para los ojos y espadas «de martirio» atadas a la espalda— salen de la mezquita acarreado unas angarillas de madera sobre las que descansa un sudario verde que parece cubrir muy poca sustancia.

Un hombre de mediana edad está sentado en la acera. Tiembla y suda. «Vio lo que le sucedió ayer a su amigo, lo vio arder hasta convertirse en cenizas», me explica su primo. Es un funeral típico. Hay 10 000 dolientes, un altavoz por el que atruena «*Allahu akbar*» y feroces estallidos de las armas automáticas de los jóvenes, que suelen disparar fusiles y pistolas al mismo tiempo. Avanzan entre las delicadas casas medio derruidas de Tulkarem, pasan por el mercado, donde los vendedores ambulantes y los asnos se aprietan entre fuentes de ciruelas, lechugas, coliflores, cebollas, tomates, patatas, peras, manzanas y sandías. Vida en mitad de la muerte.

Se disparan más tiros junto a la tumba, donde Mansur, el padre de Judeiri, un personaje solemne con el pelo cano y corto, profesor del instituto de Tulkarem, abraza a cientos de dolientes. Lo mismo hace su hijo, el hermano de Amr, que no sonríe pero tampoco llora, con su cinta verde alrededor del cuello mientras echa sus brazos sobre los hombros de ancianos, adolescentes y hombres armados. El cuerpo desciende a la tumba y Abbas Zeyid, el dirigente local de Hamás, pronuncia un discurso breve pero revelador. «Nuestro querido hijo y hermano Amr quería a sus padres —proclama—. Sólo cinco minutos antes de salir de casa por última vez, Amr les dijo: “Queridos madre y padre, si muero, no lloréis por mí”». Los miles de hombres que rodean la tumba alzan la vista al oír eso y murmuran de nuevo: «*Allahu akbar*». ¿Clarividencia? ¿O acaso salía Amr Judeiri en una misión de la que no esperaba regresar, una misión que emprendió —para no regresar— con el coche de otra persona?

El estrépito de la explosión causa conmoción a más de un kilómetro de distancia. Estoy comiendo en un bar de Jerusalén Oeste y me vuelvo hacia la camarera israelí,

pronuncio las palabras «atentado suicida» y ella asiente, instintivamente se lleva la mano derecha a la boca. Le dejo más shékels de lo que puede costar la comida y echo a correr por la calle Jaffa hacia el gran borrón sucio de humo marrón y gris que se eleva por el cielo. Llego justo cuando policías y soldados empiezan a salir de jeeps y coches. Frente al restaurante Sbarro yace una mujer corpulenta a la que el cerebro se le sale de la cabeza. Una niña —de unos tres o cinco años— ha quedado tan mutilada que los ojos se le han saltado de las cuencas. Es la atrocidad que esperaban todos los israelíes. Un terrorista suicida palestino, una atestada pizzería familiar con aire acondicionado justo antes de las dos y en una calurosa tarde del Jerusalén Oeste. Hay sangre y cristales por toda la calle, en las camillas de las ambulancias del Magen David, en los rostros de los supervivientes. Cuento dos muertos hasta que veo a otra mujer con una pata de mesa clavada en el abdomen. Tres muertos. Luego cinco. Jens Palme, fotógrafo de la revista alemana *Stern*, cuenta diez cadáveres en dos minutos. Yehuda, veraneante judío de Barcelona —el anonimato parcial es una de las pocas cosas que israelíes y árabes quieren compartir— vio «a un soldado que salía volando por los aires, estaba por los aires, desintegrado» y «trozos de cuerpos que volaban por todas partes en medio del humo». Muchos de los cadáveres son muy pequeños. Más de la mitad de los fallecidos son niños israelíes. *Imperdonable* es la palabra que le viene a uno a la mente. ¿Qué les había hecho a los palestinos la niña que se ha quedado sin ojos?

Empieza a sonarme el móvil. Suenan móviles por toda la calle, en los cinturones de los policías y de los soldados, en las manos de los dependientes que no dejan de llorar, en las aceras, en los silenciosos cadáveres aún intactos, tonos estridentes, cancioncillas alegres y burlas a Beethoven. Me llama Radio Belfast. ¿Belfast?, me pregunto en medio de esa carnicería. Belfast. Un nido de bombas llamando a otro nido de bombas. Una chica con acento del Ulster me dice que la Yihad Islámica ha reivindicado el atentado. Un coche de bomberos llega aplastando los cristales rotos y yo estoy demasiado abrumado para captar lo irónico que resulta que me llame alguien desde Irlanda del Norte para decirme quién acaba de hacer estallar la cafetería de Jerusalén que tengo al lado. La Yihad Islámica ha llamado a Agence France-Presse en Ammán. Hablo por el teléfono, el sonido de las alarmas y los gritos me obligan a levantar la voz para la entrevista que me hacen en directo mientras relato lo que he visto, y entonces veo que algunos de los israelíes que están en la acera me escuchan con una ira creciente.

El cruce de las calles Jaffa y King George no es el mejor lugar para debatir sobre las causas de este horror. Recordar ahora a los dos niños palestinos que murieron durante el ataque con helicóptero en Nablus —uno de dos años, el otro de cinco—, a las decenas de niños palestinos que tiraban piedras y que fueron abatidos por las tropas israelíes o a la víctima más joven de esta guerra, un bebé palestino al que mataron los colonos judíos, sería prender fuego a esa ira. Para la multitud de israelíes que se ha reunido fuera de las *boutiques* y las zapaterías de la calle Jaffa, esto es una

prueba más —tal vez la definitiva— de que el «terrorista» Arafat los quiere ver a todos muertos, abrasados vivos, liquidados.

Muy por encima de nosotros, dos pequeños helicópteros israelíes blancos rugen por el aire caliente, y la policía hace subir a empujones a una furgoneta a un grupo de jóvenes con la cara palidecida. ¿Arrestados? ¿O se llevan a los árabes para protegerlos? En la calle Jaffa oigo la voz auténtica del Jerusalén Oeste judío, colérica, conmocionada, explícita. «He visto a un niño de dos años en el suelo, hecho pedazos», exclama un joven. Dice que se llama Alexander, un agente inmobiliario judío que pasa la mitad del año en Amberes. «Sólo era un bebé. ¿Qué sabía de la vida? No sabía nada. Estaba hecho pedazos. Es inconcebible». Una serie de judíos ortodoxos se reúnen alrededor de Alexander, sombreros negros, camisas blancas, tirabuzones, cabezas que asienten enérgicamente. «Cuando mueren uno o dos palestinos, los de la prensa decís que es el final del mundo. Pero los palestinos traen el terror a todo nuestro país. Si tenemos que librar una guerra, pues habrá una guerra. ¿Qué más quieren los palestinos? Cuando les tendemos la mano, quieren el brazo entero. Les ofrecimos el noventa y ocho por ciento de su tierra». Reparo en el posesivo, *su*. No es el 98 por ciento, pero ¿por qué no el cien por cien? En este momento, es una idea obscena.

David, un empresario de Jerusalén, habla de «barbarie» y ejerce de catalizador de una muchedumbre de tenderos furiosos que se apiñan a su alrededor. «Si Arafat no puede controlar a su gente, tendremos que ir allí, hacernos con el lugar y esterilizarlo... La fiesta se ha acabado y a lo mejor habrá que ponerlos otra vez bajo ocupación. Estamos librando otra vez la guerra de 1947. Los árabes creen que su responsabilidad es limitada. Pero, si pierden, van a llorarle al mundo en busca de ayuda». No quiero ni pensar lo que significa *esterilizar*. Calle arriba, las cintas del cordón policial ondean en la cálida brisa como bandas de colores en un parque de atracciones, el sol se derrama sobre un millón de añicos de cristal, policías con chalecos antibalas buscan la pesadilla de todos los agentes de explosivos: la segunda bomba. Sin embargo, los terroristas suicidas sólo llevan una carga, atada alrededor de la cintura. A estas alturas la Autoridad Palestina reacciona y sus portavoces, inevitablemente incompetentes —e incomprensibles—, intentan recordarle al mundo las bajas palestinas y la existencia de un «beligecista» (*sic*) llamado Sharon «que sólo quería la guerra, no la paz». Lo están diciendo en el momento equivocado y en el lugar equivocado.

Luego llega el día de las lamentaciones. Antes aún de que comiencen los catorce funerales, los israelíes ya conocen a los muertos como si fueran de su familia; cosa que, en cierto modo, son. Mucho antes de que los cinco miembros de la familia Schijveschuurdr sean enterrados en el cementerio de Givat Shaul, en las afueras de Jerusalén —el mismo Givat Shaul que es, o fue, Deir Yasin—, todos los israelíes han visto la imagen en los periódicos de la mañana: una fotografía de una ceremonia de *bar mitzvah* con dos niñas vestidas de blanco y un hombre de mediana edad que lleva

gafas. Tanto su padre, Mordechai, como su madre, Tzirli, eran de familias que habían sobrevivido al Holocausto, familias que habían vivido los horrores nazis para que su hijo y su hija acabaran hechos pedazos en un atentado suicida en el Jerusalén Oeste.

Frente a la pizzería Sbarro, los israelíes encienden cientos de velas. Se habla mucho de venganza —igual que en los funerales—, y la ira que crece es tan grande que la repentina toma ordenada por Sharon de oficinas palestinas en Jerusalén y el bombardeo de la jefatura de policía de Ramala se quedan cortas como medidas de represalia en comparación con lo que esperan los israelíes. Para alimentar este rencor, en la televisión se ven reportajes de palestinos que celebran la matanza en las calles de Ramala. Todas las noticias son veraces. Entre las casuchas del campo de refugiados de Ein el Helweh, en el Líbano, los palestinos bailan incluso el *dabkeh* tradicional, satisfechos por la matanza.

Leah, la hija de diez años de los Schijveschuurdr, que ha resultado gravemente herida, asiste al entierro de cinco miembros de su familia. Decidida a ver cómo desaparecen en las tumbas, llega en una camilla mirando al reluciente cielo del mediodía, con una enfermera que le comprueba el suero intravenoso y más de dos mil israelíes a su alrededor. Mordechai, Tzirli y sus hijos Chemda, de dos años, Avraham, de cuatro, y Raya, de catorce, quedaron descuartizados por la metralla de la bomba. Hamda, superviviente y hermana de Leah, también recibió heridas graves en la explosión. Entre los fallecidos se encontraban también Judith Shoshana Greenbaum, de Nueva York, que estaba embarazada de cuatro meses, Yocheved Shoshan, de diez años, Támara Shimshawily, de ocho, y su madre, Lily. La víctima de más edad fue Freida Mendelson, con setenta y dos años.

Cuando, a primera hora de la mañana, el ejército israelí irrumpió en las oficinas palestinas de la Casa de Oriente, en Jerusalén, e izó la bandera israelí sobre la venerable y vieja mansión con sus ventanas de tracería y su tejado a dos aguas, hizo algo más que ocupar el símbolo del «proceso de paz» original, el edificio del que los palestinos salieron en 1991 hacia las conversaciones de Madrid. Allí dentro, los israelíes encontraron ficheros con documentos y mapas, los archivos mismos de las negociaciones del «acuerdo sobre el estatuto final» que se suponía que iba a traer la paz eterna a Oriente Próximo. Así murió ese sueño, cuando los soldados irrumpieron por la puerta de entrada.

Ante la amenaza real de un terrorista suicida, los hombres de Sharon dilapidaron la compasión que sentía el mundo por ellos al afirmar que la Casa de Oriente —con sus ancianos funcionarios de pontificados discursos, sus archivos del «proceso de paz» y su constante reguero de visitantes extranjeros del cuerpo diplomático— era, en palabras de Dore Gold, portavoz oficial del gobierno israelí, «un auténtico eje y centro neurálgico del terrorismo». Ni siquiera la reveladora utilización de la palabra *auténtico* por parte de Gold engañó a los israelíes que preguntaron —no sin parte de razón— por qué, si la Casa de Oriente era un «centro del terrorismo», no había sido asaltado, arrasado, cerrado, ocupado o destruido hacía años. «Podemos perseguir a

sus terroristas en las callejuelas de Ramala, pero hasta ahora no sabíamos que el “cuartel general del terrorismo” estaba a sólo un paseo de las oficinas del Shabak [servicios secretos israelíes] —me comentó con sarcasmo un periodista israelí—. ¿Qué es lo que nos harán creer ahora?» El cuartel general del Shin Bet, en el complejo ruso de Jerusalén, se encuentra más o menos a un kilómetro de la Casa de Oriente. Si había que creer a Gold —cosa que no se podía hacer—, la policía de Israel, que llevaba ocho años montando guardia ante ese edificio, debía de ser pasmosamente ineficaz, puesto que había permitido que todos esos «terroristas» entraran y salieran de su «centro neurálgico» durante casi una década.

De nuevo la habitual sensación de desproporción. Dos palestinos asesinados por soldados israelíes en Gaza el día después del atentado de Sbarro fueron enterrados entre escenas de dolor y furia. La mayoría de israelíes no supieron nada de esas muertes. No obstante, mientras que muchos periódicos occidentales alentaban al gobierno de Sharon a cobrarse una venganza sangrienta, fue un periodista israelí el que ofreció la respuesta más generosa y considerada a la matanza de israelíes. Gideon Levy preguntaba en *Ha'aretz*:

¿Qué deberían sentir los habitantes del pueblo de Aanin por el asesinato de Mustafá Yasin, conciudadano suyo, delante de su mujer y de su hija pequeña? ¿Qué debería pensar la familia de Mayad Yalad, un niño de cinco años que se debate entre la vida y la muerte después de que unos soldados le dispararan en el abdomen? ... ¿Y las decenas de miles de palestinos cuya vida se ha convertido en un infierno a causa del cierre y el asedio? ¿Qué sentimientos sembramos en ellos, qué brotará de ellos<sup>[\*]</sup>?

Levy escribió que ya había llegado «la hora de decir la verdad: las víctimas de esta intifada son las víctimas de la industria de los asentamientos».

¿Cuántos más palestinos esperaban a morir inmolándose en un atentado suicida? Después de Sbarro —y la anterior aniquilación de veintiún jóvenes en una discoteca de Tel Aviv—, todos los israelíes se hacían esa pregunta. El 12 de agosto del 2001, Mohamed Nasr bajó de un taxi y caminó hacia la terraza del Wall Street Café, en Kiryat Motzkin, al norte de Haifa, y se hizo estallar. Hirió a veinte adolescentes israelíes. Aharon Roseman, propietario de la cafetería, dijo que vio a Nasr caminar hacia la terraza bordeada de palmeras. «Se acercó a una camarera, se levantó la camisa para que viera los explosivos que llevaba en el cinturón y le preguntó: “¿Sabes qué es esto?”. Ella gritó una sola palabra: “¡Terrorista!”. Cogí una silla, se la tiré al hombre y corrí a protegerme tras una pared. Eso fue lo que me salvó». En la retórica exagerada pero aterradora de la Yihad Islámica, Abdula Shami, uno de sus miembros destacados, afirmó que Nasr había logrado «penetrar en el corazón del sionismo y todas sus medidas de seguridad; continuaremos nuestra lucha, nuestra batalla, nuestras operaciones, hasta que alcancemos nuestro objetivo de una libertad completa».

Las implicaciones son impresionantes. Nasr no sólo se inmoló justo después de que Arafat hubiese arrestado con ostentación a cuatro «activistas»; Mahmud, el padre de Nasr, desveló en su casa de Qabatya, en Cisjordania, que su hijo había trabajado

para los servicios de seguridad del propio Arafat hasta hacía seis semanas. Qabatya. Pasé casi un cuarto de hora intentando encontrar el pueblo en un mapa —ya tengo muchísimas pequeñas ciudades de tierra marcadas de rojo en mi «mapa de terroristas suicidas»— y al fin localicé el nombre cerca de Yenín. El sol abrasa la carretera que lleva a Qabatya; tres jóvenes y un perro sarnoso me miran con recelo cuando aparco junto a un cerro cubierto de basura. «¿La casa del mártir?», pregunta uno de los chicos antes de que yo haya dicho nada. Señala con la mano hacia una casucha de un solo piso, con paredes de hormigón desnudo.

Ya he estado antes en esas estancias, los padres desolados siempre intentan mostrarse orgullosos por la muerte de esos jóvenes cuyos retratos miran fijamente desde las brillantes fotografías de las paredes, pero que marcharon para matar inocentes. Los parientes siempre están ansiosos por añadir su pizca de alabanza. *Caballeroso* es la palabra que no dejan de utilizar para describir a Mohamed Nasr. Cuando le pregunto a su padre en qué cree que pensaba su hijo al acercarse al Wall Street Café y accionar el detonador que llevaba a la cintura, alza los brazos con impotencia. «No lo sé», contesta. Todos dicen lo mismo. La familia coincide en que lo más triste de su muerte fue el momento de su nacimiento. «Fue el primer chico después de sus siete hermanas —explica su prima Siham—. Imagine. Siete chicas y luego llegó Mohamed, y ahora ya no está».

El viejo hach Mahmud Nasr está sentado en el suelo con las piernas cruzadas, lleva un tocado blanco, sus codos reposan sobre un almohadón estampado. Reconoce que su hijo dejó los estudios en noveno curso; dice que era afable, que cuidaba algunas ovejas pero que no tenía dinero para casarse. «Yo sólo sabía que había participado en la primera intifada». Sin embargo, la vida y la muerte de Mohamed Nasr contienen una lección tanto para palestinos como para israelíes. Era un joven delgado y de rostro alargado, con una barba corta, nacido en un mundo de ocupación y desesperanza, y que había recibido un disparo en el muslo a los quince años después de tirarle piedras a los soldados israelíes en 1988. Qabatya es un pueblo rocoso, sus viejas casas hechas de piedras son tan duras como su gente. Allí, cuando los hombres descubren a un colaboracionista, queman su casa y lo ahorcan de un poste de la electricidad. Nasr acabó encontrando trabajo en la Autoridad Palestina — en los servicios de espionaje militar de Musa Arafat— como guardia de cárceles, vigilando a hombres de la Yihad Islámica y de Hamás a quien Musa, el primo de Yasir Arafat, había encerrado en Yenín por orden de Israel.

Uno de ellos era Iyad Hardan, un miembro inteligente y curtido de la Yihad a quien las brigadas de la muerte de Israel querían matar. Estudiaba en una universidad abierta y le dejaban salir de la cárcel con regularidad para asistir a clase. El 5 de julio fue a hacer una llamada desde una cabina en Yenín. En cuanto descolgó el auricular, le voló la cabeza. Fue un punto de inflexión en la vida de Mohamed Nasr. Los presos a los que vigilaba le caían bien. «Había llegado a admirar a Hardan —recuerda otro primo, llamado también Mohamed—. Estuvo afligido durante varios días. Estaba

furioso, como todos. Recuerdo que dijo: “Venimos de Dios, y a Dios regresamos”. Después empezó a decirnos lo mucho que le gustaría ser mártir». Otros miembros de la familia recuerdan palabras más oscuras. «Malditos sean los que han hecho esto», había dicho Mohamed Nasr. Unos días después, a mediados de julio, dejó el trabajo quejándose de que hacía un mes que no le pagaban. Debió de ser entonces cuando entró en la Yihad Islámica. Como suele decirse, fue «escocido», preparado para el «martirio» que decía buscar, le explicaron cómo atarse los explosivos a la cintura. Su familia insiste en que no tenían la menor idea. También eso es lo que dicen todos.

Quizá sea verdad, aunque la escuela de suicidas de Yenín no parecía ir demasiado bien; sus células de la Yihad Islámica contenían al menos un topo. Un colaboracionista había preparado el asesinato de Hardan, y al menos uno de los hombres que la Yihad había enviado a morir ya había cambiado de opinión y se había entregado a los israelíes. Mohamed Nasr, no. «El domingo por la mañana no desayunó, pero sí estuvo en las oraciones del mediodía —explica Siham—. Se bañó, se cambió la ropa y le dijo a su padre: “¿Quieres algo de mí?”. Después quiso ver a su sobrino, el pequeño Islam».

Islam sólo tiene cuatro meses. ¿Buscaba Mohamed Nasr amor por la vida en el niño, puesto que ya había perdido todo amor por su propia vida? «Le gustaban los niños. —Vuelve a ser Siham quien habla—. Le gustaba jugar con ellos. Se tomó un café, pero ese día no se afeitó. Llevaba una camisa beige, pantalones blancos y botas negras. No dijo adonde iba. Sí, tenía teléfono móvil. Se lo llevó con él».

Esa tarde, no mucho después de las tres, Nasr cogió un taxi cerca de Haifa. Los israelíes ya habían puesto controles en la ciudad —parece que otro colaboracionista les advirtió de que se preparaba un atentado suicida—, pero no interceptaron a Nasr. El taxista recordaría más adelante que Nasr no estaba muy seguro de adonde iba. «Llamó tres veces por teléfono con su móvil y dijo: “No encuentro el sitio”», explicó.

Cuando llegó la hora de pagar la carrera, Nasr dijo que no le importaba mucho lo que costara. Eso hizo que el taxista sospechara más aún cuando lo dejó cerca del Wall Street Café. ¿Reflexionaría en esos últimos segundos que entre los israelíes que pretendía matar habría quizá niños, tal vez de sólo cuatro meses, como el pequeño Islam? ¿Se cuestionó la moralidad de intentar erradicar vidas inocentes? ¿Que sus veintiocho años en la tierra estaban apunto de terminar? Su primo Mohamed sí se ha hecho esa pregunta. «No habrá pensado en sí mismo —dice—. Habrá pensado en muchas cosas, excepto en sí mismo. No podía pensar en sí mismo porque quería morir. Cualquiera que haya aceptado esa forma de sacrificio no piensa en sí mismo».

Los israelíes se cobraron venganza arrasando Yenín dos días después y destruyendo su jefatura de policía, sin darse cuenta —o sin llegar a comprenderlo— de que habían sido ellos, al matar a Hardan, los que habían enviado a Mohamed Nasr en su terrible misión. La muerte de Hardan —que pretendía atemorizar a la Yihad Islámica— había tenido el efecto contrario: había convertido a Mohamed Nasr en un terrorista suicida.

Una vez le pedí al dirigente del movimiento libanés de Hezbolá que me explicara cuál es la mentalidad de alguien que va a inmolarsse en un atentado. Era su primera entrevista para una televisión occidental. Sayed Hasan Nasralá iba vestido con su túnica y su turbante negros. En el pasado había sido comandante militar de Hezbolá en el sur del Líbano, y de sus legiones habían salido los primeros terroristas suicidas árabes que —más de una década y media después— socavarían la moral del ejército de ocupación israelí en retirada. Le pedí que me explicara, a mí, un occidental, cómo puede inmolarsse un hombre.

Nuestros guerreros tienen ciertas cualidades. El que conduce un camión con intención de irrumpir en la base militar del enemigo, hacer explosión y convertirse en mártir conduce con el corazón lleno de esperanza, sonriente y feliz porque sabe que va a otro lugar. La muerte, según nuestra fe, no es el olvido. No es el fin. Es el comienzo de una vida verdadera.

La mejor metáfora para que un occidental intente comprender esta verdad es pensar en una persona que pasa mucho tiempo en una sauna. Tiene mucha sed, está cansado y tiene calor, sufre por los efectos de la alta temperatura. Entonces le dicen que, si abre la puerta, saldrá a una sala tranquila y acogedora, podrá tomarse un cóctel delicioso y escuchar música clásica. Abrirá la puerta y saldrá sin dudarle un instante, a sabiendas de que lo que deja atrás no es un precio muy alto que pagar, pues lo que le espera es algo mucho más valioso. No se me ocurre ningún otro ejemplo para explicarle esta idea a un occidental<sup>[\*]</sup>.

A Nasralá le gustaban las metáforas, los símiles; igual que los carteles de «mártires» de Hezbolá, que a menudo retratan a los muertos en el paraíso, rodeados de ríos, tulipanes y sauces llorones. ¿Es allí adonde creen ir los terroristas suicidas? ¿A los ríos, la miel, los árboles y —sí, claro— las vírgenes? ¿O a una sala tranquila y acogedora, con un cóctel y música clásica?

La noción de que el sacrificio es un ideal noble —dejemos por un momento de lado la injusticia de asesinar a niños en una pizzería de Jerusalén— es común en las sociedades occidental y oriental. Nuestros calvarios de la Primera Guerra Mundial en Francia están repletos de conmemoraciones a hombres —los difuntos camaradas de Bill Fisk— que supuestamente «se dejaron la vida» o «dieron la vida» por su país; aunque la mayoría murieron tras una espantosa agonía, rezando sólo poder vivir. Cuando, años después de nuestra conversación, el hijo de Nasralá murió en un asalto suicida a una posición del ejército israelí en el sur del Líbano, el dirigente de Hezbolá insistió en que no le enviaran condolencias, sino felicitaciones. Nasralá apareció en la televisión libanesa, riendo, sonriendo, radiante y encantado de hablar con admiradores por teléfono. La joven prometida de su hijo también expresó el orgullo que sentía por el que habría sido su marido. Aunque sin sonreír.

Por mucho que la idea del sacrificio sea explicable, está claro que no es un fenómeno natural. En una sociedad normal, en una comunidad cuyas gentes son tratadas igualitariamente y con justicia, consideramos el suicidio una aberración trágica, una muerte que se produce —con el elocuente vocabulario de un forense— cuando «el equilibrio mental está trastornado». Sin embargo, ¿qué sucede cuando el equilibrio mental de toda una sociedad está trastornado? En el año 2000, recorriendo junto a un amigo las ruinas de los campos de refugiados de Sabra y Chatila, en

Beirut, no podía dejar de asombrarme ante la estabilidad de los supervivientes que aún vivían allí, entre casuchas de hormigón y ratas del tamaño de pelotas de fútbol. Muchos de ellos carecen de un hogar desde que los desposeyeran hace ya cincuenta y dos años. Le digo a mi amigo que, si yo viviera allí, me suicidaría. Y de eso se trata.

Cuando una sociedad está desposeída, cuando las injusticias que le han sobrevenido parecen irresolubles, cuando el «enemigo» es todopoderoso, cuando el pueblo de uno ha sido comparado con animales, con insectos, cucarachas, «bestias de dos patas», la mente va más allá del raciocinio y llega a la fascinación en dos sentidos: con la idea de una vida después de la muerte y con la posibilidad de que esa creencia proporcione de algún modo un arma de una potencia mucho mayor que las nucleares. En 1993, cuando los Estados Unidos estaban convirtiendo Beirut en una base de la OTAN y dirigían su potencia de fuego contra las guerrillas musulmanas de las montañas del este, los Guardianes de la Revolución de Irán, en Baalbek, prometían que Dios liberaría al Líbano de la presencia estadounidense. En aquella época escribí —no del todo irónicamente— que la batalla resultante sería titánica: la tecnología de los Estados Unidos contra Dios. ¿Quién ganaría? Entonces, el 23 de octubre de 1983, un solo terrorista suicida irrumpió con un camión cargado de explosivos en el complejo de la marina estadounidense del aeropuerto de Beirut y mató a 241 soldados en seis segundos. Estoy seguro de que ése era el hombre al que se refería Nasralá, el que irrumpe con su camión en una base militar «sonriente y feliz». Más adelante entrevisté a uno de los pocos marines supervivientes que habían visto al suicida. «Lo único que recuerdo —me dijo— es que ese tipo estaba sonriendo».

Pasé meses estudiando a los suicidas del Líbano. En su mayoría eran hombres solteros, alguna que otra mujer, a menudo víctimas de torturas israelíes o familiares de personas que habían muerto en un enfrentamiento con Israel. Podían recibir la orden cuando iban a rezar a la *masyid*, la mezquita, de sus pueblos del sur del Líbano. El imam recibía órdenes de pronunciar cierta frase en el sermón: una referencia a rosas, a jardines, a agua o a algún tipo de árbol. El clérigo no comprendía el propósito de esas palabras, pero un joven de su congregación sabía entonces que aquel día le había llegado su «martirio».

En Gaza, antes incluso de los acuerdos de Oslo, descubrí un esquema casi idéntico. Igual que en el Líbano, el futuro «mártir» pasaba su última noche leyendo el Corán. Jamás se despedía formalmente de sus padres. Sin embargo, sí que abrazaba a su madre y a su padre y les decía que no lloraran si moría algún día. Después se marchaba a buscar los explosivos. Igual que había hecho Mohamed Nasr en Qabatya<sup>[4]</sup>.

No obstante, existe una terrible diferencia con los terroristas suicidas palestinos. Por aterrador que sea, los pilotos kamikazes —«viento divino»— japoneses de la Segunda Guerra Mundial atacaban acorazados y portaaviones, no hospitales. Los libaneses, por regla general, respetaban esta norma no escrita: solían atacar objetivos

militares. Me desconcertó ver a los libaneses hacer cola para ver *Pearl Harbor* cuando se estrenó en Beirut, en julio del 2001, hasta que reparé en los jóvenes que estudiaban los fotogramas de pilotos tan jóvenes como ellos atándose sus «pañuelos de martirio» alrededor de la frente. Miembros de Hezbolá atacaban al ejército israelí y a sus milicias aliadas de una forma similar, a menudo luciendo una banda con una frase del Corán en la cabeza. Hacían estallar barracones enteros y mataban soldados a mansalva. Los palestinos aprendieron de ellos. Sin embargo, sus terroristas suicidas —también las mujeres que empezaron a inmolarsse en los últimos años— se han dirigido cada vez más contra israelíes civiles. Un acorazado o un tanque israelí es una cosa; un niño de tres años que espera a que su madre le corte la pizza es otra muy diferente<sup>[5]</sup>.

Amnistía Internacional dedicó todo un informe al hecho de que los atentados suicidas palestinos fuesen dirigidos contra civiles. Entre septiembre del 2000 y julio del 2002, al menos 350 civiles, la mayoría israelíes, murieron en más de 128 ataques perpetrados por individuos o grupos armados palestinos. «Los civiles nunca deberían ser el blanco de ataques; nunca, en nombre de la seguridad y en nombre de la libertad —decía el informe de Amnistía—. Hacemos un llamamiento a los dirigentes de todos los grupos armados palestinos para que pongan fin a los ataques contra civiles, inmediata e incondicionalmente». La víctima de más edad de un atentado suicida, según Amnistía, fue Chanag Rogan, fallecida en el atentado de la Pascua judía en el hotel Netanya, el 27 de marzo del 2002. Tenía noventa años<sup>[6]</sup>.

Llamé a una amiga palestina de Ramala para preguntarle por todo esto, para preguntarle cómo podían celebrar los jóvenes palestinos la matanza de la pizzería por las calles. Ella expresó la repugnancia que sentía por lo sucedido —un rechazo muy sincero—, pero intentó explicarme que los palestinos habían sufrido tantas bajas civiles desde el comienzo de la primera intifada que encontraban dicha en cualquier clase de sufrimiento infligido a su enemigo. Me dijo que existía la sensación de que «también ellos deben sufrir»; lo cual, por supuesto —y el principio sí es aplicable en este caso, aunque no el paralelismo histórico—, es exactamente la misma explicación que dio en Gran Bretaña el comandante supremo de la fuerza aérea, Arthur Harris, para el bombardeo de civiles alemanes. También ellos debían sufrir. Y, a excepción de unos pocos, como el obispo de Chichester, los bombardeados británicos le dieron todo su respaldo a Harris. Sin embargo, voy a regresar sobre mi propia reacción cuando llegué a la bombardeada pizzería Sbarro. Imperdonable. Vuelvo a preguntar: ¿Qué les había hecho a los palestinos esa niña muerta y sin ojos? ¿No pudo el suicida palestino, en sus últimos momentos en este mundo, reconocer en esa niña a su hija, su hermana, su prima pequeña? Por desgracia, no. Ya había recorrido demasiado camino por la senda que lo llevaba a su propia destrucción, estaba demasiado enterrado en la tragedia de su pueblo. El suyo no fue un acto de «terror sin sentido», palabras que utilizan los portavoces israelíes cuando intentan confundir tanto al mundo como a su propio pueblo. Ese hombre fue el producto lógico de un pueblo que ha sido aplastado,

desposeído, engañado y torturado, que ha sufrido una terrible cantidad de asesinatos. Ese hombre tenía en su sauna la olla a presión de Cisjordania, y cruzó la puerta<sup>[7]</sup>.

Sólo con que —cuánto se usan estas palabras al hablar de Oriente Próximo—... sólo con que el gobierno de los Estados Unidos hubiese afrontado con seriedad el conflicto árabe-israelí en el 2001, en lugar de malgastar energías con la creación de otra guerra en la zona, cuánto podría haberse ganado y cuánto sufrimiento se habría mitigado, cuánto dolor nos habríamos ahorrado en la historia futura. En febrero del 2001, palestinos e israelíes libraban una guerra civil. Y ¿qué hicieron los Estados Unidos? Bombardear Iraq. ¿Qué hizo el nuevo secretario de Estado, Colin Powell? Viajó a Oriente Próximo, no para hacer frente al horno en que se había convertido la guerra entre Israel y «Palestina», sino para «reactivar» las sanciones contra Iraq y forjar de nuevo la coalición árabe antiiraquí que había dejado de existir hacía diez años. Cuentan la historia —seguramente apócrifa— de que, cuando el ejército Rojo tomó Berlín por asalto en 1945, los funcionarios alemanes aún intentaban calcular las provisiones de clips sujetapapeles del Tercer Reich para 1946. Esta vez, el hombre de los clips era Powell.

Ya había dado orden a las embajadas estadounidenses de la región para que no se refirieran a los territorios palestinos ocupados como «ocupados»; a partir de aquel momento tenían que denominarlos «disputados». De inmediato, los medios de comunicación de los Estados Unidos —y una buena cantidad de periódicos británicos— acataron esas instrucciones. Recuerdo una entrevista telefónica con BBC World Service a principios del 2001 —me habían llamado al móvil mientras estaba en un atasco en el este de Beirut— en la que me «hermanaron» con un portavoz del gobierno israelí de Jerusalén. En cuanto me referí a los «territorios ocupados por Israel», una voz israelí rugió: «¡Señor Fisk, esos territorios no están ocupados por Israel!». Esperé un instante. Ajá, contesté, ¿con que quería decirme que los soldados que me habían detenido en la carretera entre Ramala y Yenín la semana anterior eran suizos! ¿O acaso birmanos? Sin embargo, no era un asunto para tomarse a risa. En un territorio ocupado podría surgir una resistencia violenta que exigiera legitimidad internacional. Sin embargo, la violencia de una «disputa» —un altercado inmobiliario, algo que podría solucionarse en un tribunal— era a todas luces ilegítima, criminal, absurda; de hecho, podía retratarse como el producto de esa calumnia tan trillada, la «violencia sin sentido». Powell —y los israelíes, desde luego— pretendían deslegitimar la intifada.

Todo esto, no obstante, no dejó ver un cambio trascendental en la sociedad árabe: la única gran transición de la que he sido testigo en casi treinta años de corresponsalía en Oriente Próximo. La primera vez que visité Cisjordania, apenas nueve años después de la guerra de 1967, en los territorios ocupados había una milicia policial palestina controlada por Israel, un ejército de colaboradores —incluso llevaban boinas negras— que «controlaban» a un pueblo palestino abúlico y humillado. Al norte de la frontera israelí, la población libanesa vivía con miedo a una invasión

militar de Israel. Las tropas israelíes no tenían más que cruzar la frontera para que un cuarto de millón de civiles libaneses huyeran a Beirut presas del pánico. Al este, millones de iraquíes vivían en la servil obediencia al partido Baaz.

En la actualidad los árabes ya no tienen miedo. Los regímenes son tan huraños como siempre: aliados leales y supuestamente «moderados» que obedecen las órdenes de Washington y aceptan enormes subvenciones de los Estados Unidos, celebran sus elecciones absurdas y tiemblan de miedo por si su gente decide al fin que ya ha llegado el momento de un «cambio de régimen» (desde dentro de sus sociedades, no la versión occidental impuesta por invasión). Son los árabes como pueblo —brutalizados y aplastados durante décadas por dictadores corruptos— los que ya no huyen. Los libaneses de Beirut, sitiados por Israel, aprendieron a negarse a obedecer las órdenes del invasor. Hezbolá demostró que el poderoso ejército israelí podría ser humillado. Las dos intifadas palestinas probaron que Israel ya no podía imponer su voluntad en la tierra ocupada sin pagar un precio terrible. Los iraquíes se levantaron primero contra Sadam y después, tras la invasión angloestadounidense, contra los ejércitos de la ocupación. Los árabes ya no huían. La vieja política de Sharon que los neoconservadores estadounidenses apoyaron de una forma tan letal antes de la invasión de Iraq en el 2003 —apalea a los árabes hasta que se sometan, hasta que se «comporten» o hasta que surja un dirigente árabe «que controle a su propio pueblo»— está tan en quiebra como los regímenes que continúan trabajando para la única superpotencia mundial.

Esto no quiere decir que las revoluciones sociales y militares «del pueblo» que han tenido lugar en Oriente Próximo sean recomendables. Sin embargo, en el Líbano, «Palestina» e Iraq, el terrorista suicida se ha convertido en un símbolo de esta nueva intrepidez. Una vez que un pueblo ocupado ha perdido el miedo a la muerte, el ocupante está condenado. Una vez que un hombre o una mujer pierden el miedo, no pueden volver a sentirlo. El miedo no es un producto que se pueda reinyectar en una sociedad mediante una nueva invasión, un trato más duro, bombardeos aéreos, muros o torturas.

A medida que los fracasados acuerdos de Oslo se fueron aherrumbrando, también las alternativas que una vez fueron viables empezaron poco a poco a descartarse. Durante años, los críticos de los acuerdos de Oslo señalaron hacia la esencial e innegable resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU. Sin embargo, incluso esa alternativa está perdiendo fuerza. Cada vez oigo más entre los palestinos esas palabras que tanto asustan a los israelíes: que deben conseguir «toda» Palestina, no sólo las tierras que Israel tomó en 1967. En Gaza, en el otoño del 2000, me encontré con esta transición en marcha. Un estudiante de informática palestino empezó a decirme que la resolución 242 de la ONU era el único camino hacia un compromiso y una paz verdaderos. Sin embargo, al final de una perorata cada vez más amarga, se puso a hablar de Haifa, Acre y Ashkelon, ciudades que están en Israel, no en la nación de «Palestina» que Arafat estaba dispuesto a aceptar.

Al releer mis propios informes mientras escribo este libro, continuamente me tropiezo con pequeños presagios aterradores. «¿No ven los estadounidenses la tragedia que está a punto de asolar la región? —me preguntaba en un artículo de fondo entregado a *The Independent* el 25 de febrero del 2001—. ¿No se hacen una idea de las fuerzas elementales que pueden desatarse en los próximos meses?» De nuevo, me pregunto por qué escribí esas palabras. Menos de seis meses y medio antes de que esas fuerzas elementales explotaran finalmente, ¿qué era lo que esperaba yo? Y me acuerdo de una amiga mía de Ramala, la que me había intentado explicar la reacción palestina a los atentados suicida diciendo que los palestinos sentían que sus enemigos «también deben sufrir».

Y así, mientras saco de las estanterías mis archivos, mis cuadernos de Beirut, Israel y «Palestina», oigo el tictac de las manecillas del reloj avanzando hacia el 11 de septiembre del 2001, el calendario que va escupiendo los días. Guardo una copia impresa de un extenso artículo que envié desde Jerusalén el 28 de agosto del 2001. Sólo faltaban dos semanas.

No queda ni un solo pedazo de Inas Abu Zeid. Sólo tenía siete años y ya cuelgan por todo Jan Yunis pósters de su «martirio» en los que se ve el delicado rostro de la niña. Sin embargo, no queda ni rastro de ella entre los fragmentos rizados de hierro y plástico, ni en la fina arena marrón de Gaza. Inas ha quedado atomizada, pulverizada en un milisegundo. «Le enseñaré de dónde vino el misil —me dice un niño, y señala por encima de la arena hacia unas misérrimas casuchas de hormigón, con ventanas cubiertas por harapos y la enarenada colada ondeando contra el horizonte—. Los israelíes dispararon desde detrás de esas casas. Fue un tanque».

¿Fue así? Eso me digo; no es una pregunta sino otro de esos comentarios que se hace uno en Gaza. ¿Mentira? ¿Verdad? Son reflexiones que importan cuando una guerra se ha vuelto tan cruenta, tan terrible como ésta. Sulimán, el padre de Inas, murió con ella. Igual que su hijo de seis años, Sulimán también. No creo haber estado nunca en una guerra en que los niños mueran tan deprisa. Si no es un bebé israelí alcanzado por la mira de un francotirador palestino, son dos molestos niños palestinos lo bastante necios para estar esperando ante un edificio de Hamás cuando los israelíes han decidido volarlo, o unos escolares que deciden ir a merendar pizza, o Inas y el pequeño Sulimán, que se pusieron en medio o que —si Hamás mentía y los israelíes decían la verdad— quedaron convertidos en arena mojada por la bomba que guardaba su padre.

La Autoridad Palestina ha realizado un barrido exhaustivo en el patio de atrás de los Abu Zeid. Si Sulimán fabricaba una bomba, ha desaparecido, como Inas. Remuevo entre la basura del desierto. ¿Cómo ha podido un misil israelí sobrevolar esas casas, torcer por la esquina del patio trasero de los Abu Zeid, pasar por encima de los muros y caer después bajo el tejadillo de plástico para volar a la familia en

pedazos? Aunque, ¿quién fabricaría una bomba con sus dos hijos pequeños al lado? O quizá había una bomba escondida al fondo del patio, e Inas o el pequeño Sulimán la tocaron.

A nuestro alrededor se ha congregado una multitud, rostros recelosos que no sonríen. Ya no es tan sencillo investigar estas muertes. «Yo soy noruega, pero los palestinos empezaron a mirarme por la calle y a hablar de mí como si fuera estadounidense —me dice una cooperante sonriente—. Responsabilizan a los estadounidenses de todo lo que hacen los israelíes, y ahora también a los europeos, porque no hacemos nada por ayudarlos». Exactamente lo que sucedió en el Líbano. La noruega tiene razón. A mí también me seguían con la mirada mientras caminaba por las calles de la ciudad de Gaza. Me sentía escudriñado por los jóvenes de Rafah. En Qalandia —saliendo de Jerusalén por la carretera de Ramala—, un niño palestino de unos doce años mira mi coche de matrícula israelí, coge una barra de hierro y golpea con toda su fuerza el guardabarros trasero. Dos hombres —todos esperamos en uno de los humillantes controles de Israel— me abuchean desde un camión.

Por doquier se ven señales de hundimiento, de anarquía incipiente. El muro de Gaza solía contener murales del feo semblante sonriente de Yasir Arafat y de la mezquita de Al Aqsa. Ahora está llenos de autobuses que estallan, niños muertos y soldados israelíes que yacen boca arriba mientras se desangran por la cabeza. «Ya ni siquiera hablan de Arafat —dice un palestino, propietario de una cafetería, mientras tres carros tirados por caballos pasan perezosamente ante nosotros—. Sólo se oye un chiste sobre él. Arafat está en Camp David y los israelíes le exigen que “detenga la violencia”. Y Arafat responde: “No podré detener la violencia hasta que no logre detener el temblor de mis labios”». La creciente senilidad de Arafat es fuente de preocupación. No muy lejos de Hebrón, me reúno con un prominente personaje palestino, lo bastante importante para requerir el anonimato. Sacude la cabeza con desesperación. «¿Qué puede hacer ya Arafat? Su matrimonio está hecho pedazos, sólo ha visto a su mujer tres minutos en los últimos diez meses. Su hija necesita a un padre y él no está allí. Está permitiendo que impere el tribalismo y que Palestina se desintegre. Es una desintegración total».

Es cierto. En la carretera del sur de Nablus, un taxi palestino de color amarillo es alcanzado por una piedra —lanzada, al parecer, por un conductor israelí desde un coche que iba en sentido opuesto, o eso es lo que creyó la policía israelí— y se sale de la carretera a toda velocidad. El conductor, Kemal Mosalem, muere en el acto. Sin embargo, cuando el cadáver llega al hospital de Rafidiyeh, su familia cree que lo ha matado un clan palestino rival encabezado por Alí Frey. La familia Frey tiende entonces una emboscada con fusiles Kaláshnikov a los enlutados familiares de Mosalem. Entre los cuatro palestinos muertos se encuentran Alí Frey y un miembro de Al Fatah que había pertenecido a la unidad local de «seguridad preventiva» de Yibril Rayub. Otros seis han quedado heridos. Son gente de Arafat. Se matan entre sí. Y Arafat guarda silencio.

Aun así, sucede lo siguiente: Ariel Sharon no deja de decir que Arafat es un asesino, el dirigente del «terrorismo internacional», vinculado a Osama bin Laden, un hombre que ordena asesinar a niños en pizzerías. La opinión pública israelí lo cree a pies juntillas, sus periodistas lo publican en primera plana, la gente lo repite una y otra vez. Hablando con israelíes —en taxis, en aeropuertos, en cafeterías— no dejo de oír lo mismo. Terrorismo, asesinato, basura. Como si fuera una grabación. ¿Dónde lo había oído antes?

En Gaza no puedo dejar de acordarme del Beirut de 1982. Gaza es ahora un Beirut en miniatura. Sitiada por Israel, atacada por F-16 y bajo el fuego de tanques y cañoneros, con hambruna y a menudo sin energía —en Gaza hay ahora cortes diarios del suministro eléctrico de seis horas—, es como si Arafat y Sharon estuvieran reviviendo sus sanguinarios días del Líbano. Por aquel entonces, Sharon solía llamar a Arafat «asesino de masas». En una guerra es importante no obsesionarse con nada, pero para mí las palabras de Sharon eran como una película antigua y triste que ya había visto. Cada mañana, en Jerusalén, recogía *The Jerusalem Post* y allí, en primera plana, como siempre, aparecía otra diatriba de Sharon. Asesinos de la OLP. Terrorismo de la Autoridad Palestina. Terroristas asesinos.

Cada día viajo al escenario de nuevas incursiones israelíes. Los israelíes bombardean comisarías palestinas, anexos de seguridad palestinos, controles de la policía palestina. ¿Por qué a la policía? Recorro en coche la franja de Gaza con un viejo amigo de la guerra de Beirut, un cooperante europeo que aún luce las cicatrices de una bala libanesa en el brazo y el abdomen; el disparo le perforó el bazo y el hígado. «Si miras ahora a la derecha, Bob, verás la comisaría que los israelíes bombardearon hace dos semanas —dice. Es un amasijo de salas quemadas y un despacho desplomado—. Justo a la vuelta de la esquina está la oficina de correos que los israelíes atacaron la semana pasada. —Más edificios desplomados—. Y siguiendo por esa calle se ven las oficinas palestinas que fueron alcanzadas en julio». Después de los primeros bombardeos, los palestinos emprendían una rápida labor de acondicionamiento y pintura. Ahora ya no se molestan. ¿Cómo puede Arafat «arrestar a los asesinos» si los israelíes destruyen todas sus comisarías?

Una vez, uno de los hombres que investigaba la responsabilidad de Sharon en la matanza de Sabra y Chatila me explicó una historia, y esa historia cuenta que el entonces ministro de Defensa israelí, antes de enviar a sus milicias falangistas aliadas a los campos, anunció que habían sido «terroristas» palestinos los que acababan de asesinar a su dirigente y presidente electo, Bashir Gemayel. Sharon diría más adelante que jamás soñó siquiera que los falangistas perpetraran esa matanza de palestinos. Sin embargo, ¿cómo podía decir eso si antes había afirmado que los palestinos habían matado al dirigente de la milicia? En realidad, ningún palestino participó en el asesinato de Gemayel. Puede parecer extraño regresar sobre esa atrocidad anterior al vivir esta nueva guerra. Me fascina el lenguaje. «Asesinos». «Terroristas». Eso es lo que Sharon dijo entonces, y es lo mismo que dice ahora. ¿De

verdad hizo esas declaraciones en 1982? Me pongo a trabajar al teléfono desde Jerusalén, llamo a oficinas de Associated Press que a lo mejor conservan todavía los informes de hace diecinueve años. Debió de pronunciar ese discurso —si de verdad utilizó esas palabras— más o menos el 15 de septiembre de 1982.

Una tarde de domingo suena mi teléfono en Jerusalén. Es un israelí al que conocí después del atentado de Sbarro, en la calle Jaffa. Una judía estadounidense me gritaba y me insultaba —los periodistas extranjeros reciben improperios de ambas partes con un lenguaje cada vez más violento— y ese hombre intervino de pronto para protegerme. Sonreía, se mostró amable e intercambiamos los números de teléfono. Ahora, al hablar con él, me dice que va a coger un vuelo de El Al a Nueva York con su mujer. ¿Me gustaría visitarlos y tomar un té con ellos?

Resulta que tiene un lujoso apartamento junto al hotel King David, y reparo, al leer su nombre en el portero automático, en que es rabino. Está furioso porque un vecino acaba de pincharle los neumáticos al coche de un amigo en el aparcamiento del sótano. Dice que le gustaría reventarle las ventanillas del coche al vecino. Su mujer, que me sirve un té y me ofrece galletas, dice que su marido —de nuevo, deben conservar el anonimato— se enfurece enseguida. Ambos despiden un aire de afabilidad —qué fácil es ver cuando una pareja sigue enamorada— que resulta muy agradable. Sin embargo, el rabino se pone a hablar entonces de los palestinos y su voz empieza a retumbar por todo el apartamento. Dice varias veces que Sharon es un buen amigo suyo, un hombre elegante que lo ha visitado en su despacho de Nueva York.

Lo que deberíamos hacer es entrar en las madrigueras de esas alimañas y sacar a los terroristas y los asesinos. Madrigueras de alimañas, sí, he dicho alimañas, animales. Ya le diré yo lo que hay que hacer. Si una piedra sale volando de un campo de refugiados, habría que llevar excavadoras para derribar las veinte casas más cercanas a la carretera. Si lanzan otra piedra, otras veinte. Pronto aprenderían a no tirar piedras. Mire lo que le digo, esas piedras son mortales. Si usted me tira una piedra, yo le pegaré un tiro. Tengo derecho a matarlo de un tiro.

Bueno, el rabino es un hombre generoso. Ha ido a Israel para donar al país un centro médico inmensamente importante y, no me cabe duda, inmensamente caro. Es un hombre culto. También me gusta el hecho de que —al contrario que muchos israelíes y palestinos que ocultan sus ideas más salvajes tras la palabrería del «queremos la paz»— al menos él dice lo que piensa. No obstante, la conversación se le está yendo de las manos. ¿Por qué iba yo a lanzarle una piedra al rabino? Vuelve a gritar: «Si me tira una piedra, yo le pegaré un tiro». Yo le digo, sin embargo, que si él me tira a mí una piedra, yo no voy a pegarle ningún tiro. Porque no tengo derecho a matarlo de un tiro. Se pone ceñudo. «Entonces diría que está usted loco».

Estoy ya en el coche, de vuelta a casa, cuando de pronto caigo en la cuenta. El Antiguo y el Nuevo Testamento acaban de colisionar. El padre del rabino le enseñó aquello de ojo por ojo —o veinte casas por una piedra—, mientras que a mí Bill Fisk me enseñó a poner la otra mejilla. El judaísmo choca contra la cristiandad. Así que,

¿acaso es sorprendente que el judaísmo y el islam choquen entre sí? A pesar de todos esos discursos de que cristianos y judíos son «gente del Libro», los musulmanes empiezan a expresar opiniones cada vez más crudas sobre los judíos. Las repugnantes referencias de Hamás a los judíos como «los hijos de cerdos monos» encuentran su eco entre los israelíes que hablan de los palestinos como cucarachas o «alimañas», que dicen —como el rabino me dijo a mí— que el islam es una religión de guerreros, una religión que no valora la vida humana. Muchas veces recuerdo a un colono judío que me dijo en 1993 —en Gaza, justo antes de la firma de los acuerdos de Oslo— que «no reconocemos su Corán como un documento válido».

Salgo de las oficinas de *The Independent* en Jerusalén, en el barrio de Abu Tor, para irme a casa y me encuentro el coche rodeado de cristales. Ahora me toca a mí ponerme furioso. Han reventado la ventanilla del conductor, me han robado la radio. El coche está recubierto de pegatinas de «TV» con la esperanza de que los pistoleros palestinos y los soldados israelíes no abran fuego. Abu Tor es de mayoría árabe, aunque el edificio de *The Independent* queda justo en la antigua línea verde: árabes a la derecha de la puerta de entrada, y sobre todo judíos a la izquierda. Conduzco hasta la agencia de Hertz sentado sobre montoncitos de cristal. La chica me dice que para beneficiarme del seguro de la compañía tengo que denunciar el robo a la policía. Me dice que vaya al complejo ruso.

Ahora ya conozco el complejo ruso por los informes de Amnistía Internacional. Allí es donde tiene lugar la mayoría de las torturas israelíes, el infame «zarandeo» de palestinos sospechosos de ser «terroristas». Será una visita interesante. En cuanto aparco el coche, un altavoz me grita en hebreo. Un policía me dice que, por razones de seguridad, tengo que aparcar a la vuelta de la esquina. Ningún problema. Veo dos grandes furgonetas de la policía con ventanas selladas que cruzan la barrera de seguridad. Aparco y vuelvo a la puerta. «¿Dónde le han robado el coche?», me preguntan. Contesto que justo frente a la oficina, en Abu Tor. La agente se encoge de hombros. «Bueno, ¿qué esperaba?», comenta. Entiendo lo que quiere decir. Los árabes roban, ¿no? Roban radios de coche además de hacer explotar pizzerías. Espero durante una hora. No hay ningún agente que pueda tomarme declaración, a pesar de que más de 200 policías rodean la Casa de Oriente, unos cientos de metros más allá.

Cada día hay una manifestación en la calle que lleva hasta la Casa de Oriente. Las cámaras de televisión están allí, pero eso no impide que la policía de fronteras cargue contra muchos jóvenes palestinos. Reciben palizas delante de las cámaras. Seis policías le dan a uno puñetazos y rodillazos en la entrepierna, le hacen llaves de cabeza. A otro se lo llevan al suelo de una furgoneta, donde lo sujetan para que otro policía pueda aplastarle los testículos de un pisotón. Un joven oficial de seguridad israelí no logra apartar la mirada de esa escena abominable. Ahora se inclina —justo delante de mí— para ver aterrizar la otra bota del policía entre los muslos del joven. ¿Cómo pueden hacer eso delante de las cámaras? No dejo de preguntármelo. Y entonces me asalta un oscuro pensamiento: que la policía israelí quiere que las

cámaras lo filmen, quiere que los palestinos vean lo que les pasa si se oponen a Israel, si se manifiestan, si protestan —como hace un chico— alzando en alto una banderita palestina de papel.

Creo que lo que golpea primero es la conmoción psicológica, la repentina comprensión de que los seres humanos intentan herirse unos a otros. Eso nos aflige a todos en este conflicto. Acabo de asistir al funeral de un hombre de Hamás en Tulkarem y regreso a mi taxi, que está aparcado en el lado israelí de la línea. En el mapa de Cisjordania y Gaza —una maraña de carreteras de colonos y fronteras— Tulkarem se encuentra en la Zona A, controlada por los palestinos, y mi taxi en la Zona C, controlada por los israelíes. Cuando he pasado de C a A, por la mañana, la carretera era estaba llena de basura y piedras, pero al regresar me encuentro con una batalla: niños que lanzan piedras a las posiciones israelíes, neumáticos ardiendo, balas de acero con revestimiento de caucho que golpetean entre los árboles.

Estoy cansado y tengo hambre, estoy impaciente por regresar a Jerusalén, así que me dirijo a los niños que están junto a los neumáticos en llamas, les digo que soy periodista y que tengo que volver a cruzar la línea. Veo a otras dos figuras más siniestras que merodean protegidas por un autobús accidentado. Les digo lo mismo. Después avanzo entre los neumáticos que arden, hacia los israelíes ocultos, poco a poco, casi con haraganería. Una piedra cae a mis pies. Es una piedra muy pequeña, pero al caer emite un chasquido desagradable. Entonces me vuelvo y otra piedra me pasa rozando la cara. Uno de los niños palestinos empieza a gritar de risa. Piedras. Yo nunca los había considerado enemigos. Al cabo de unos meses acabarán por alcanzarme y casi matarme. Sin embargo, eso será más tarde, después de que las páginas del calendario hayan llegado a la fecha que nos está esperando a todos y que ahora sólo puedo describir vagamente como una «explosión».

Continúo caminando despacio y me doy cuenta de que tendré que esquivar cada una de las piedras certeras con calma, como si fuese perfectamente normal que a un corresponsal de *The Independent* lo apedreen unos palestinos en una calurosa tarde de verano. La carretera transcurre ahora paralelamente a la Zona A, y un adolescente con una honda llega corriendo entre los árboles; oigo el silbido de la cuerda. La piedra se me acerca a tal velocidad que no logro agacharme a tiempo, pero falla por medio metro y se estrella contra la valla de hierro de una fábrica israelí. El estrépito hace que me vuelva. Estoy en medio de una tienda de artículos de jardinería, rodeado de tiestos y águilas de cemento, ciervos y macetas gigantescas. Una de las águilas ha perdido la cabeza. Tres piedras más, a unos veinte centímetros, tal vez. Entonces me doy cuenta de lo que ha pasado. Los palestinos saben que soy un periodista extranjero, les he enseñado mi carnet de prensa libanés. Sin embargo, en cuanto he cruzado la línea, me he convertido en israelí. En cuanto ya no pueden distinguir un rostro, ya no les importa. Soy israelí porque estoy en el lado israelí de la línea. Y me pregunto qué habría hecho mi amigo el rabino.

De vuelta en Jerusalén me pongo a trabajar otra vez al teléfono para intentar

localizar esa cita escurridiza. Si se llama «animales» a la gente, «terroristas», «alimañas», ¿puede sorprenderse uno de que actúen con tanta violencia? ¿Acaso es de extrañar que el propio Arafat fomente el tribalismo en los vertederos que aún controla, que enfrente a los Musri con los Nabulsi de Nablus, que respalde a los Shakar de Nablus y a los Shawar de Gaza, y que apacigüe a Hamás y a la Yihad Islámica con su silencio?

De camino a Yenín, los guardias de fronteras israelíes nos hacen parar a un compañero de *The Daily Telegraph* y a mí. Desde la abrasadora carretera llamamos a la oficina de prensa del ejército israelí para que nos dé permiso para pasar. Hay un pequeño asentamiento judío sobre la colina, todo tejados rojos y follaje exuberante. Es extraño pensar en la naturalidad con que tratamos ya estas pequeñas usurpaciones de tierra. Los policías de fronteras están aburridos. Uno de ellos enciende el altavoz del jeep, lleva el micrófono junto a su teléfono móvil y pone la música de espera. Tres compases de la Obertura 1812, tres compases de la Quinta de Beethoven, tres compases de la Música Acuática de Händel graznan a muchos decibelios, distorsionados y agudos, y derraman su destrucción tecnológica de los mejores compositores del mundo sobre la carretera ardiente con sus lagartijas, sus arbustos y su basura.

Es un alivio encontrar cordura. En un vuelo a Tel Aviv voy sentado junto a un oficial paracaidista israelí. Le doy mi valoración personal: la intifada seguirá hasta el 2004. Él dice que durará hasta entrado el 2006. «Y al final, volveremos a estar en la frontera de 1967 y les concederemos Jerusalén Este como capital. —Y añade—: Aunque, tal como los estamos tratando, me sorprendería que se conformaran con eso». Le pregunto por su opinión a un palestino de Rafah. «Hasta el 2005 o el 2006, ¿qué importa? Pero le digo una cosa: cuando acabe esta intifada habrá una revuelta contra Arafat. ¿Cómo ha podido permitir que sucediera esto? ¿Cómo se le ocurrió que podría ganar?» No habrá ninguna revuelta, por supuesto. Sharon acorralará a Arafat en Ramala. Y Arafat morirá.

Vuelvo a conducir por Gaza. Junto a la carretera hay un grupo de hombres de mediana edad sentados bajo un toldo verde; algunos reposan la cabeza en las manos, otros simplemente miran a la arena. Lloran la muerte de Mohamed Abu Arrar, asesinado de un disparo en la cabeza por un soldado israelí mientras lanzaba piedras. Tenía trece años. Todos los muros se han convertido en un mosaico de pósters, jóvenes muertos, ancianos muertos, niños muertos, mujeres muertas, terroristas suicidas muertos; normalmente tienen una fotografía a color de la mezquita de Al Aqsa al fondo, un edificio que la mayoría de ellos no habrá visto nunca.

Nada más salir de Jan Yunis, los israelíes han arrasado con excavadoras hectáreas enteras de huertos de cítricos y casas —por razones de «seguridad», desde luego, ya que hay una colonia judía un poco más allá— y han dejado otro pedazo de «Palestina» con aspecto lunar. «Bueno, dicen que es por “seguridad” —explica un funcionario europeo—. Pero yo tengo una pregunta. Allí había tres casas, una de ellas

estaba terminada y habitada, las otras dos aún no eran más que muros y tejados. Los israelíes dijeron que podían utilizarse para tender emboscadas, así que llegó una excavadora y demolió por completo la casa terminada y luego destruyó sólo las escaleras de las dos que estaban por terminar. ¿Cómo puede ser eso por “seguridad”?».

En Rafah ocurre algo verdaderamente surrealista. Un hombre de unos cuarenta años sale de una tienda de lona que está montada justo en la frontera —la bandera egipcia que hay tras él casi toca a la israelí— y me pregunta si quiero ver las ruinas de su juguetería. Allí está, justo al lado de la tienda, una pila de bloques de cemento, teléfonos de mentira, pantallas de lámpara, relojes, helicópteros de plástico y una enorme caja registradora. «Los israelíes la destruyeron en mayo. Yo me quedé dentro hasta el último momento, salí corriendo al callejón cuando llegaron los tanques — dice. Resulta que Mohamed al Shaer es un palestino con pasaporte egipcio—. Tengo una casa allí, detrás de la palmera —señala al otro lado del muro fronterizo—, pero estoy aquí para guardar mi propiedad». Le permiten pasar a uno y otro lado, igual que a otros residentes de doble ciudadanía de Rafah, a causa de un acuerdo firmado entre el Imperio otomano y Gran Bretaña en 1906 que el hombre me explica con complicados e interminables detalles. Detrás de él hay unos niños haciendo volar cometas; cada vez que una cometa vuela por encima del alambre de la frontera, un soldado israelí dispara. El tiro resuena en el estiércol y la arena, y los niños gritan encantados. *Cracrac*, suena otra vez. «Siempre disparan a las cometas o a los niños», dice Mohamed al Shaer. Aprendió inglés siendo programador informático en El Cairo, y explica sin dificultad que la verdadera razón por la que está allí es que tiene un pariente del que no se fía, que el pariente vive en la parte palestina de Rafah y que podría registrar de nuevo a su nombre la tierra en la que se erigía la juguetería si Mohamed regresara a Egipto.

Todas las noches, los palestinos disparan desde esas calles a los israelíes; razón por la que los israelíes destruyeron la juguetería de Mohamed al Shaer. «Estos son los disparos de anoche —explica mientras me enseña tres cavidades del tamaño de un puño que hay en el muro del edificio más cercano—. Oí pasar las balas por encima de mi tienda». Me pregunto qué leyenda le pondré a la fotografía que le he sacado a Al Shaer: «Un palestino en guerra con su pariente, sentado en una tienda junto a su juguetería derribada, contempla a los israelíes disparar contra cometas».

Llamo a Eva Stern a Nueva York. Estoy convencido de que, con su talento para rastrear archivos, podrá encontrar lo que dijo Sharon antes de la matanza de Sabra y Chatila. Le doy la fecha que me ronda en la cabeza: 15 de septiembre de 1982. Me devuelve la llamada esa misma noche. «Enciende el fax —dice Eva—. Vas a querer leer esto». De la máquina empieza a salir el papel: un comunicado de Associated Press del 15 de septiembre de 1982. «El ministro de Defensa, Ariel Sharon, ha vinculado en un discurso el asesinato [del líder falangista Gemayel] a la OLP diciendo que “simboliza el ansia asesina terrorista de los grupos terroristas de la OLP

y sus partidarios”».

Unas horas después, Sharon enviaba a los hombres armados de la milicia falangista a los campos palestinos. Al leer el fax una y otra vez, siento que me recorre un escalofrío. En la actualidad hay israelíes que sienten tanta ira hacia los palestinos como esa falange hace diecinueve años; y éstas son las mismas palabras que oigo en la actualidad, por boca del mismo hombre, sobre la misma gente.

Sin embargo, ¿quién es esa gente? En el mundo infestado de tabúes del periodismo occidental, aún se hacen todos los esfuerzos posibles no sólo por deshumanizarlos, sino también para arrebatarles su cultura, su nación, su identidad. Un extenso artículo de David Margolick publicado en *Vanity Fair* explica la política de «asesinatos selectivos» de Israel: el asesinato de palestinos señalados por los israelíes como amenazas para la «seguridad», a pesar de que Margolick no escribe ni una vez la palabra *asesinato*. Según dice, algunas de las operaciones de «asesinatos selectivos» de Israel son «deslumbrantes<sup>[\*]</sup>». Sin embargo, en el artículo no se explica por ningún lado de dónde proceden los palestinos, por qué están ocupados... ni por qué se construyen colonias judías en su tierra. En *The Mail on Sunday*, Stewart Steven escribe que «no se conoce un idioma palestino. No existe una cultura palestina específica. No existe una vestimenta palestina. Los palestinos son indiscernibles de otros árabes<sup>[\*]</sup>». También añade que Jerusalén «nunca fue visitado por Mahoma». Los palestinos hablan árabe, pero con un acento palestino característico. Sí existe una cultura palestina de poesía y prosa, como también —entre las mujeres— una indumentaria nacional. Físicamente, muchos palestinos son reconocibles por su estatura, su tez oscura —si son del sur— y sus rasgos faciales. De igual modo podría decirse que no se conoce un idioma estadounidense, que la cultura estadounidense tiene orígenes ingleses, que no existe una vestimenta específicamente estadounidense y que los estadounidenses son indiscernibles de otros occidentales. Es la leyenda, no el Corán, la que dice que Mahoma estuvo en Jerusalén. Quizá nunca lo estuviera. Sin embargo, no negamos la santidad del Vaticano o la catedral de Canterbury sólo porque Jesucristo nunca visitó Italia ni Inglaterra.

En los periódicos occidentales aparecen con regularidad paradigmas mucho más inquietantes y despiadados de este desdén por los palestinos. En *The Irish Times*, por ejemplo, Mark Steyn se sintió capaz de describir a la decente Hanan Ashrawi como a una más de los «señalados apologistas del terror». Steyn escribió que una visita a Cisjordania en el 2003 «me dejó temblando», pues se encontró con un «entorno totalmente trastornado» y una «cultura que glorifica la depravación» que llevaron al autor a la conclusión de que «nada bueno crece en una tierra tóxica<sup>[\*]</sup>».

Una vez se ha eliminado la identidad de los palestinos, una vez sus tierras son objeto de «disputa» y no de «ocupación», una vez Arafat ha permitido que los Estados Unidos e Israel releguen las conversaciones sobre Jerusalén, los asentamientos y el «derecho de retorno» a las negociaciones sobre el «estatuto final» —y ha permitido, así, que no se mencionen hasta entonces, puesto que hacerlo

«amenazaría la paz»—, el menor asomo de resistencia palestina puede definirse como «terrorismo». En esta sociedad hay enfermedad: «trastorno», «depravación», «tierra tóxica». Enterrado —en secreto— en los corazones palestinos yace el sentimiento de ira pendiente, de frustración y resentimiento por una multitud de injusticias<sup>[8]</sup>.

Al cabo de pocas horas tras los atentados del 11 de septiembre del 2001 en los Estados Unidos, Ariel Sharon convirtió a Israel en su aliado en la «guerra contra el terrorismo», de modo que inmediatamente reconvirtió a Yasir Arafat en la versión palestina de Bin Laden, y a los terroristas suicidas palestinos en hermanos de sangre de los diecinueve árabes —ninguno de ellos palestino— que secuestraron los cuatro aviones estadounidenses. Con el nuevo espíritu vengativo que el presidente Bush alentó entre los estadounidenses, los partidarios de Israel en ese país se sintieron entonces libres para promover castigos al límite de la defensa de los crímenes de guerra para los oponentes de Israel. Nathan Lewin, prominente letrado de Washington y líder de la comunidad judía —además de haber sido mencionado numerosas veces como candidato para una judicatura federal— exigió la ejecución de los miembros de la familia de los terroristas suicidas<sup>[\*]</sup>. «Si ejecutar a las familias de algunos terroristas suicidas salva las vidas de una cantidad igual de posibles víctimas civiles, creo que el intercambio es éticamente permisible», escribió en el diario *Sh'ma*.

No podía uno evitar preguntarse cómo sería puesto en práctica el plan de Lewin. ¿Sería la esposa del terrorista suicida —o el marido, si era una mujer— la primera en ser ejecutada? ¿Sería el primogénito? ¿Acaso el hijo menor? Quizás arrancarían a la abuela de su sillón y la eliminarían ante las miradas del resto de la familia. El argumento de Lewin, como era de esperar, tenía su base en las Escrituras. «El mandamiento bíblico de destruir a la ancestral tribu de Amalec ha servido en el judaísmo como precedente para tomar medidas que serían “inaceptables en circunstancias normales” al enfrentarse a una amenaza de muerte». Alan Dershowitz, el catedrático de la Facultad de Derecho de Harvard que apoyaba el uso controlado de torturas para conseguir información, declaró que la propuesta de Lewin era un intento legítimo, aunque erróneo, de conseguir un equilibrio entre la prevención del «terrorismo» y la preservación de la democracia. Otros líderes judíos estadounidenses condenaron enérgicamente la opinión de Lewin por considerarla censurable y declararon que los estudiosos habían dictaminado que las lecciones de Amalec no podían aplicarse a los acontecimientos contemporáneos, para que los argumentos «no se radicalicen y acaben sugiriendo que la nación palestina al completo se ha ganado el destino de Amalec».

Los propios palestinos no eran precisamente reacios a las sentencias de muerte para su propio pueblo, si bien las víctimas de éstas eran los colaboradores de Israel. El 9 de agosto del 2000, por ejemplo, el juez Fathi Abu Srur tardó sólo veinte minutos en decidir que Munzer Hafnawi debía ser ejecutado. A las diez en punto se sentó en su silla de plástico, con las manos apretadas entre las rodillas y paseando la mirada con firmeza por la hirviente muchedumbre de la sala del tribunal palestino de

Nablus, mientras sus solemnes ojos castaños evitaban a la madre del joven palestino cuyo asesinato a manos israelíes presuntamente había preparado. Su abogado, Samir Abu Audi —designado por la Autoridad Palestina—, estaba sentado con docilidad debajo de la magistratura, con la cabeza gacha, en silencio. A las diez y veinte, el juez Abu Srur ya había decretado la ejecución del acusado, y Hafnawi se agazapaba como un animal a los pies de los carceleros.

No fue justicia severa. Ni siquiera fue una farsa trágica. Fue un juicio sumarísimo que permitió al público gritar y aullar contra el acusado de barba gris y cuarenta y tres años de edad en cuanto el juez anunció que, según el Artículo 111 del Código Penal de Jordania de 1960 —un bonito toque judicial hachemí—, decretaba «ejecutar al criminal». Mientras los guardias se llevaban a Hafnawi a rastras hacia la puerta del tribunal, muchos hombres se inclinaron sobre la barrera para golpearle en la cabeza con el puño cerrado. «¡Que su excelencia el presidente —aullaba la multitud (con “el presidente” se referían a Arafat)— ejecute ya a este espía!» De quienes estuvieron en el tribunal de Nablus, nadie olvidaría fácilmente la sonrisa de los rostros de los hombres cuando el fiscal pidió «muerte por fusilamiento», ni los abucheos de mofa dirigidos a aquella criatura humillada como un perro, con una camisa blanca con el cuello abierto y pantalones beige, que se aferraba a las piernas de sus carceleros.

Las pruebas, a juzgar por las apariencias, parecían irrefutables. Hafnawi, según se dijo en el tribunal, sólo se había alistado en el Frente Popular para la Liberación de Palestina, en Al Fatah y luego en Hamás, para traicionar a sus camaradas ante los asesinos israelíes. El reo admitió en una confesión firmada que trabajaba para Israel desde 1979, pero lo que lo sentenció fue el asesinato de Mahmud Madani, miembro de Hamás de veinticinco años, el 19 de febrero del 2000. Hafnawi era propietario de una tienda de ropa y tenía contratado a Madani, al que habían matado de un tiro en el camino de la mezquita a la tienda de Hafnawi; el juez mencionó una «confesión» de once páginas —imagina uno la inmutable imparcialidad con la que debieron de obtener esa confesión— y la admisión de Hafnawi de que los israelíes le habían pedido que recopilara información sobre su empleado. Hafnawi les había dicho a los interrogadores que «no sabía que los israelíes fuesen a ejecutar a Madani».

El acusado empezó a transpirar. Perlas de sudor empezaron a aparecer alrededor de sus ojos. Entonces empezó a bajarle por el cuello un reguero de sudor que le caía desde detrás de las orejas. Dos policías lo asieron de los brazos. Era hombre muerto. El juez declaró que, sin la ayuda del acusado, los israelíes no podrían haber asesinado a Madani. «Es ilógico decir que no fue responsable porque no estuviera en el escenario del crimen —les dijo el juez al furioso público y a la madre de Madani—. Tuvo un papel esencial en el asesinato a causa de sus vínculos con los israelíes». Hubo declaraciones de testigos oculares y pruebas de las fuerzas de seguridad —Hafnawi había ordenado a su mujer que borrara los números marcados en su teléfono móvil cuando la policía fue a buscarlo unas horas después del asesinato—. Y ésa fue la tercera sesión del tribunal, y la definitiva.

Cuando se acercaba ya el momento de la sentencia, el público se quedó inmóvil. «Este acusado, que era ciudadano de la patria pero cuya lealtad no era para con la patria, se ha vendido, ha vendido sus ojos y sus oídos, a los usurpadores de su patria. —El juez Abu Srur hizo una pausa tras esas palabras—. ¿Qué clase de hombre es? ¿No piensa en sus raíces?». No hubo ningún decoro. Nada de «silencio en la sala» cuando el juez y sus dos colegas —un coronel del ejército y un capitán— se marcharon. Fuera, en el resplandeciente sol de mediodía, la madre de Madani, Nihad, me dijo que estaba «muy contenta» con la sentencia, pero que quería que se ejecutara de inmediato. «Mi hijo fue un héroe —dijo—. Preparó dos actos de martirio en Tel Aviv y estaba planeando otros seis atentados. Era capitán de las brigadas Ezzedine de Hamás. Alabado sea Dios. Ahora mi corazón ya está tranquilo». Un vecino interrumpió para insultar al asesino convicto. «Que muera despacio», maldijo. La señora Madani se volvió hacia él. «Preferiría matarlo yo misma», dijo. Hafnawi y Madani, por lo visto, habían sido encarcelados juntos por los israelíes. Chivato. Colaborador. Traidor. La familia de Hafnawi, por lo que dicen, no estuvo en el juicio. Sin embargo, esos teatrillos legales no durarían mucho; sería la turba palestina la que en última instancia decidiría sobre la «justicia» una vez se hubieron desvanecido los últimos jirones de los acuerdos de Oslo.

Hebrón, cuatro meses después. Conduzco hacia allí por una carretera de colonos —con matrícula israelí, por supuesto—, luego subo hasta un puesto de control israelí abandonado y me limito a caminar detrás de todos los demás palestinos, hombres, mujeres y niños, que entran en la ciudad como una marea. El primer cuerpo cuelga boca abajo, tiene el pie izquierdo gris, atado con cable a la torre de conducción eléctrica, el derecho le cuelga en un ángulo obscuro, la cabeza se le balancea por debajo de lo que ha quedado de una camisa negra. Ése era Musa Aryub, del pueblo de Dura. El segundo cuerpo es infinitamente más terrible, una res de carnicería, también colgando de la pierna izquierda, pero esta vez el torso casi desnudo está desgarrado por marcas de puñaladas en las que unos niños palestinos de diez o doce años, dando alaridos de alegría, van apagando cigarrillos. Ése era Zuheir al Mujtaseb. Tiene la cabeza casi separada del resto del cuerpo; se mueve con suavidad en el viento, su barba cubre un rostro terroríficamente desfigurado.

Me recuerda a esas espantosas representaciones de San Sebastián, todo flechas y heridas abiertas. Sin embargo, Zuheir al Mujtaseb es injuriado, no honrado. Los niños palestinos chillan y los adultos rugen encantados cuando las piedras rebotan en el cadáver ensangrentado del colaborador. «Es una lección para todos nosotros». Me vuelvo y me encuentro con un hombre corpulento y con una gran barba castaña que hace gestos hacia otro repulsivo pedazo de carne que cuelga detrás de mí. «Ése era Mohamed Debebsi. Es una lección para el pueblo. Todos deberían verlo». Mientras miro, un grupo de jóvenes con rostros sonrientes tiran el cadáver a un camión de la basura.

¿Qué se hace cuando la gente enloquece de dicha ante semejante salvajada? Al

principio no logro escribir lo que veo en mi cuaderno de notas y, en lugar de eso, hago unos dibujos para recordar lo que estoy presenciando. «*Allahu akbar*», ruge esa horrible muchedumbre. Hay niñas en los tejados, jóvenes de traje y corbata que contemplan los cadáveres a sólo tres metros de distancia, niños que tiran piedras para completar la decapitación de Zuheir al Mujtaseb. ¿Cuál es la calle donde tiene lugar —llamémoslo por su nombre— esta pornografía? Sharia Salam, la calle de la Paz.

Los tres hombres estaban reclusos en la cárcel de la localidad —sentenciados hacía tanto que la gente ya no recordaba la fecha— por colaborar con las fuerzas de ocupación israelíes. ¿Adivinaron su destino unas horas antes, al oír que el helicóptero Apache israelí disparaba sus cuatro misiles y percibir en la cárcel de la Autoridad Palestina la onda expansiva de las explosiones, a unos cientos de metros de distancia?

Los israelíes habían enviado una brigada de la muerte en helicóptero para eliminar a Marwan Zalum, uno de los cabecillas de las Brigadas de Al Aqsa de Hebrón. Los cuatro misiles —otro regalo de Lockheed Martin desde Florida, según los restos que encontré— convirtieron su Mitsubishi en una bola de fuego. Zalum, que tenía cuarenta y tres años, estaba casado y tenía una niña pequeña llamada Saya, murió en el acto... con un coro de deleite por parte del ejército israelí. Decían que era «el equivalente a toda una milicia armada» —una exageración ridícula—, refiriéndose a los atentados suicidas preparados por sus hombres y a los «cientos de ataques con armas», entre ellos las muertes de Shalhevat Pas, una pequeña judía de diez meses asesinada por un francotirador israelí en marzo del 2001, y la de un civil israelí —un colono— muerto tres meses después. En la confesión de la brigada de la muerte del ejército israelí se hablaba tres veces de «comunidades judías», cuando en realidad se trataba de asentamientos judíos en tierra árabe. Y, fiel a la moralidad de esas declaraciones, no se mencionaba que Samir Abu Rayab, amigo de Zalum, también murió con él a causa de los misiles estadounidenses de Israel.

No importa. A las 9:30 horas, las Brigadas de Al Aqsa, seguramente Hamás, y sin duda alguna una enorme cantidad de niños palestinos, ya habían decidido vengarse matando a los tres colaboradores de Israel que aguardaban indefensos en la cárcel de la localidad. Un ingeniero de caminos que observaba a la multitud me dijo que los habían arrastrado hasta el lugar donde había estallado el coche, los habían molido a palos y los habían matado a balazos.

Así pues, los habitantes del barrio de Ein Sara, de Hebrón, habían acudido a celebrar esa escena repugnante. Unos cuantos tocaban los cadáveres, otros se quedaban junto a la carretera para lanzar piedras. Aquello era una carnicería, los niños trepaban por los postes de la electricidad para posar junto a los cadáveres ante amigos con videocámaras. Cómo jadearon cuando el camión de la basura se abrió paso entre la muchedumbre por delante de un coche de bomberos donado por Alemania. Después de que los restos ensangrentados de Debebsi fuesen arrojados dentro, el camión se dirigió al poste del que colgaba Mujtaseb. Casi se le separó la cabeza del cuerpo cuando lanzaron su cuerpo al vehículo gris. La multitud volvía a

gritar de satisfacción.

Así pues, los ciudadanos de la naciente nación palestina se comportaban con ira, furia y un terrible placer en su venganza contra Israel por haber matado a Zalum y a Abu Rayab. Y de regreso a Jerusalén, por supuesto, uno podía imaginar la reacción de los habitantes de esos asentamientos judíos ilegales de Efrat, Nevé Daniel y Gush Etzion, con sus perfectos tejados rojos y sus sistemas de aspersión. Salvajismo, barbarie, animales que actúan como animales. Y ya se sabía lo que pensaban los palestinos. Esos tres hombres trabajaban para Israel, para el país que ocupa su tierra desde hace treinta años. «Seguramente lo hicieron por dinero», me murmura un taxista palestino. Los tres colaboradores eran hombres casados. En Hebrón dijeron que no se les daría un entierro musulmán. Se preguntaba uno cuánto más habrían de brutalizarse los palestinos antes de heredar un Estado.

No obstante, ¿qué Estado iban a heredar? El 29 de marzo del 2002, los israelíes lanzaron en Cisjordania un ataque al que bautizaron, para la prensa, operación Escudo Defensivo<sup>[9]</sup>. Dos días antes, un terrorista suicida de Hamás había entrado en un hotel de la ciudad costera israelí de Netanya y había hecho estallar toda una sala llena de personas que celebraban la Pascua judía. Murieron veintiocho civiles, la mayoría de ellos ancianos; algunos, supervivientes del Holocausto. Fue la mayor matanza de estas características de civiles israelíes desde el comienzo de la intifada. En total, cuarenta civiles israelíes fueron asesinados entre el 1 de marzo y el 1 de abril del 2002. Por tanto, el propósito aducido por Israel para justificar ese ataque, según su ejército, fue el de acabar con la infraestructura del «terrorismo». De manera inevitable, la primera acometida fue dirigida contra el mismo Arafat, aislado en su antigua fortaleza británica del centro de Ramala. Incapaz de abrirme camino a través de los controles israelíes en la autopista de Jerusalén, me dirigí a la colonia ilegal israelí de Psagot, desde donde disfruté de una panorámica israelí de esa nueva batalla para acabar con la Autoridad Palestina. Aquello volvía a ser *Alicia a través del espejo*. Era el 31 de marzo del 2002 y allí estaba yo, en un asentamiento lleno de armas y de tropas —que me ofrecían compartir su café con amabilidad— contemplando el comienzo de la última tragedia de «Palestina». Una cortina de humo gris se elevaba sobre el cuartel general de Arafat, subía por encima de dos minaretes y emborronaba el horizonte al sur de Ramala.

«Supongo que se habrá volado él mismo —dijo con desdén un paracaidista israelí—. Ese tipo está acabado». Estábamos en la linde del asentamiento —a sólo 400 metros de las primeras casas de la recién reocupada ciudad palestina—, rodeados de tanques Merkava, vehículos acorazados Magah, jeeps y cientos de reservistas sacando mantas, colchones y armas de los camiones. «Esto es sólo el principio, ¿lo sabía? —me preguntó el paracaidista—. Los de allí abajo son idiotas. Tendrían que saber que se les ha acabado el terrorismo. Jamás nos retiraremos a las fronteras de 1967. De todas formas, quieren Tel Aviv». Un estallido nos perforó los oídos; un obús que había explotado al otro lado de la colina sobre la que reposa Ramala. Me

acerqué más a la ciudad, atravesando un jardín de narcisos y unas flores de un violeta oscuro, hasta donde aguardaba de pie un jovencísimo soldado israelí.

«Quiero irme a casa», dijo, como si no comprendiera aquello. Le contesté que veinte años me parecían muy pocos para ser soldado. «Eso es lo que dice mi madre». Estaba comiendo pan *matzo* con salami y miraba hacia las calles vacías de Ramala. «Se han encerrado en sus casas —dijo—. Pero ¿quién los culpa?» Yo no los culpaba. Estaba resultando una mañana extraña, sentado entre soldados israelíes sobre Ramala, un poco como en esas horribles plataformas de observación que los generales preparaban para sus invitados en las guerras napoleónicas, donde servían comida y vino mientras las personalidades contemplaban los progresos de la batalla. Incluso había una pareja de amables colonos que ofrecían comida caliente y café a los reservistas. La mujer me tendió una fuente con verduras y queso. «Mi hija está en la Universidad de Cambridge —me dijo con una sonrisa—. Estudia la historia de las cruzadas». Comenté que aquéllas habían sido unas empresas sangrientas, y su compañero convino conmigo de buen humor. Las guerras religiosas son así. Fue entonces cuando vi a los cuatro palestinos.

Justo por debajo de nosotros, junto al jardín de narcisos y las flores de color violeta, había tres palestinos arrodillados en la hierba frente a un grupo de oficiales israelíes. Todos ellos con los ojos tapados y las manos atadas a la espalda con esposas de plástico o de acero, uno de ellos con la chaqueta bajada por la espalda para que ni siquiera pudiera mover los hombros. Los israelíes les hablaban con calma. Uno de ellos estaba apoyado sobre una rodilla, como si estuviera ante un altar en lugar de ante un prisionero. Entonces vi al cuarto hombre, de mediana edad, atado como un pollo, tirado sobre la hierba con el rostro de ojos vendados entre un macizo de flores. El paracaidista se encogió de hombros. «Todos dicen que no han hecho nada, que son inocentes, que acababan de llegar a casa y que los hemos apresado sin motivo. Bueno, eso dicen ellos».

Les dije a los dos amables colonos que había visto a los prisioneros. Ellos asintieron, como si fuera de lo más normal encontrarse a cuatro hombres atados y con los ojos vendados en el jardín. Cuando le pregunté por ellos al chico de veinte años, se encogió de hombros, igual que el paracaidista. «No son prisioneros míos», dijo, y recordé a Amira Hass y su desprecio por aquellos que «miran desde un lado». Doblé la esquina del edificio en dirección al jardín en el que estaban interrogando a los palestinos. Otro prisionero inclinaba la cabeza repetidamente ante una puerta, sus hombros se convulsionaban como si llorara.

Nada de eso preocupaba a los soldados. En su personal e incomparable «guerra contra el terror», esos prisioneros eran «terroristas». Otro soldado que comía de una fuente de verduras dijo que creía que «todos los de allí abajo» eran «terroristas». Terroristas, terroristas, terroristas. Frente a nosotros pasó un tanque Merkava rugiendo colina abajo entre una neblina de humo azulado, su cañón se balanceaba suavemente sobre el armazón. Llegaron más camiones con más soldados, todos con

fusiles de asalto en la mano. Empezaron a erigir casetas para la radio, los vehículos acorazados tomaron posiciones sobre Ramala. En la carretera, de vuelta a Jerusalén, adelanté frente a Ma'ale Adumim a un viejo autobús oxidado que tenía las ventanas cubiertas de tela metálica. Muchas manos se aferraban a esa tela, y detrás de ellas se veían veinte o treinta rostros. Los prisioneros palestinos guardaban silencio, miraban por las ventanas hacia la gigantesca colonia judía, me miraban a mí, rostros oscuros entre las sombras, vigilados por todo un jeep de soldados israelíes.

Unos minutos después me detengo a comprar pan y chocolate en una tienda palestina de Jerusalén Este. Los dependientes —casi todos hombres, sólo dos mujeres con velo— están bajo el televisor de la tienda, en sus manos llevan bolsas de plástico llenas de alimentos. La televisión israelí no duda en hablar claro en cuanto a las bajas. «Hasta ahora parece que ha habido catorce muertos», anuncia el comentarista. Los palestinos de Jerusalén comprenden el hebreo. Una cámara enfoca desde un helicóptero el tejado de un restaurante de Haifa, abierto como una lata de sardinas por los explosivos de un terrorista suicida de Hamás. Un niño sacude la cabeza, pero un anciano se vuelve hacia él. «No —le dice, señalando a la pantalla—. Así es como se hace».

Entonces pienso en la chica de Cambridge que estudia las cruzadas, y en lo sangrientas que todos habíamos dicho que eran, y también que las guerras religiosas suelen ser las más sangrientas.

Cada vez que el ejército israelí quiere impedir que veamos qué se trae entre manos, sale a la palestra ese ridículo ejercicio de la ley militar: el «área militar cerrada». Igual que en el Líbano en 1982, igual que en Gaza en 1993, igual que en todas las campañas de ocupación israelíes... igual que en el 2002; y, como siempre, la mejor reacción era ir a ver lo que los israelíes no querían que viéramos. En Ramala pude ver por qué no querían periodistas merodeando. Tras bajar con dificultad por una ladera cubierta de gravilla no muy lejos de un control israelí, subir después por unas rocas y llegar en autostop al campo de refugiados palestinos de Al Amari, junto a Ramala, me encontré con civiles aterrorizados, tanques rugientes y niños que lanzaban piedras a los jeeps israelíes, igual que antes de Oslo y de todas las falsas esperanzas que estadounidenses e israelíes daban a la región.

Fue un día lluvioso, frío y gris para la guerra contra el terrorismo de Sharon, y fue un médico el que me llevó en su ambulancia hasta el centro de Ramala, conduciendo despacio y por calles secundarias, deteniéndose cuando veíamos un cañón de tanque asomar tras un edificio, sin dejar de mirar hacia arriba, a esos Apaches como avispas que sobrevolaban la ciudad de dos en dos. El centro era un desfiladero de tanques raudos, transportes de personal acorazados con las escotillas cerradas y un griterío salvaje tanto de israelíes como de palestinos. Mientras las balas resonaban, el ejército israelí avanzaba por las calles con sus transportes de personal y sus Merkavas —y algún que otro viejo Centurión británico, a menos que mis ojos me engañaran— a tal velocidad que no habrían visto a un «terrorista» aunque éste les hubiera hecho señas

desde la escalera del supermercado de la localidad. Oslo había acabado en eso.

Cada vez que veían a un occidental, un periodista o un «pacifista» —estos últimos reconocibles por los innumerables pendientes, pañuelos palestinos y, en un caso, un pendiente en la nariz—, los palestinos de Ramala salían a hurtadillas por la puerta de sus casas, nos hacían señas y nos ofrecían café. Un niño atravesó un campo corriendo detrás de un caballo, un anciano guiaba a una mula por una carretera secundaria con una amplia sonrisa. Y entonces me di cuenta, creo, de que eran esas personas corrientes —las familias, el anciano y el niño del caballo— quienes constituían la verdadera resistencia para los israelíes; los que se negaban a dejarse intimidar y seguían con su vida cotidiana, no los exagerados personajes de Al Fatah y las Brigadas de Al Aqsa.

Los palestinos proferían una letanía de pruebas de vandalismo y robo por parte de los soldados israelíes. «La Autoridad Palestina fomenta la provocación infundada», rezaba la respuesta israelí, pero casi todo era cierto. Los soldados israelíes habían defecado en el suelo de oficinas, habían destruido aparatos de fax y fotocopiadoras por valor de miles de dólares en los ministerios y los colegios palestinos, y —lo que es más grave— habían robado joyas y dinero en metálico por valor de decenas de miles de dólares de hogares particulares palestinos. Ramala es una ciudad de clase media; y, por desgracia para el ejército israelí, muchas de las familias palestinas a las que robaron dinero también tenían la ciudadanía estadounidense. Por informar sobre los saqueos de un ejército que se suponía que creía en la «pureza de las armas», los supuestos amigos de Israel me tildaron de «mentiroso» y «antisemita». No obstante, al cabo de unos días, el propio ejército israelí admitiría que «se produjeron reprobables fenómenos de vandalismo a gran escala... y la cantidad de lo saqueado fue mucho mayor de lo que podría haberse esperado<sup>[\*]</sup>». En Ramala, ese vandalismo incluyó la «destrucción sistemática» de ordenadores. Los periodistas israelíes publicaron artículos similares... sin soportar insultos racistas.

Durante los días siguientes, las fuerzas israelíes tomarían las calles de Tulkarem, Nablus y otras ciudades<sup>[10]</sup>. Sin embargo, fue en Yenín donde los israelíes se encontraron con la resistencia más violenta y cometieron lo que sólo puede describirse como crímenes de guerra. De nuevo, prohibieron a todos los periodistas la entrada a la ciudad mientras se abrían camino arrasando el viejo zoco y el campo de refugiados que forma parte del centro de la ciudad. Palestinos armados opusieron una resistencia tenaz. No cabía duda de que Yenín era un centro de terroristas suicidas —yo había entrevistado varias veces a sus familias en la zona—, como tampoco podía dudarse de que los israelíes se enfrentaron a una resistencia impresionante<sup>[11]</sup>. El 9 de abril, los israelíes habían perdido veintitrés soldados en los enfrentamientos. Fueron ellos los primeros en dar la impresión de que se había producido una matanza de civiles dentro de la ciudad.

El portavoz oficial de las Fuerzas de Defensa de Israel, el general de brigada Ron Kitrey, dijo apenas comenzada la batalla que había «al parecer cientos» de muertos<sup>[\*]</sup>.

«Fuentes militares» israelíes —la pantalla de anonimato tras la que los coroneles israelíes informaban a los corresponsales militares de la prensa israelí— dijeron que había un plan para sacar los cadáveres del campo y enterrarlos en un «cementerio especial». Llevaron camiones frigoríficos a Yenín. Cuando dos grupos defensores de los derechos palestinos apelaron al Tribunal Supremo para que impidiera el traslado de los cuerpos, porque serían enterrados en una fosa común en el valle del Jordán, lo cual los deshonraría, el tribunal promulgó una sentencia temporal en la que daba la razón a los demandantes. Durante todo ese tiempo, a los periodistas no se nos permitió entrar en Yenín, como tampoco a los trabajadores humanitarios de la Cruz Roja Internacional<sup>[12]</sup>. En una rueda de prensa, un brigada del estado mayor israelí, el comandante Rafi Lederman, afirmó que —al contrario de lo que sostenían los periódicos— las fuerzas armadas israelíes no dispararon misiles desde helicópteros Cobra estadounidenses. Eso era totalmente falso. Las ruinas de Yenín, cuando los periodistas logramos entrar al fin, estaban repletas de pedazos y partes de misiles aire-tierra —fabricados en los Estados Unidos, por supuesto—, y los agregados de Defensa occidentales que visitaron el escenario declararon que los israelíes no decían la verdad sobre los Cobras. Entonces, tal como escribió nuestro corresponsal en Jerusalén, Phil Reeves, «los dirigentes palestinos... al instante, y sin pruebas, han afirmado que en Yenín ha tenido lugar una matanza en la que han muerto 500 personas. Grupos palestinos proderechos humanos han empeorado la situación extendiendo historias descabelladas y claramente falsas».

Eso acabaría por convertirse en el principal estribillo de la respuesta de Israel a las muertes de Yenín. «No hubo ninguna matanza», gritaba Benjamín Netanyahu en una concentración proisraelí en Trafalgar Square. Y, desde entonces, el relato de la aplastante y cruenta incursión israelí en Yenín no se ha centrado en lo que sucedió en realidad en ese terrible episodio de la historia de Palestina e Israel, sino en la supuesta «falsedad» de la matanza. Fue la «falsedad», y no los hechos, lo que hizo historia. Los periodistas habían «mentido». Yo había «mentido» —durante una serie de conferencias que di en los Estados Unidos a finales de la primavera del 2002 me acusaron repetidas veces de mentir acerca de la «matanza» de Yenín—, pese a que en aquel momento me encontraba en Los Angeles, no había presenciado esas muertes y no había usado la palabra *matanza* ni una sola vez. Ya había demasiadas matanzas reales que atribuirle a Israel sin necesidad de inventar otra más.

Sin embargo, mis compañeros de *The Independent* Justin Huggler y Reeves llevaron a cabo su propia investigación meticulosa sobre las muertes de Yenín<sup>[\*]</sup>. No lo describieron como una matanza, pero llegaron a la conclusión de que casi la mitad de los cincuenta palestinos identificados eran civiles, entre ellos mujeres, niños y ancianos. Se produjeron atrocidades, según concluyó *The Independent*, atrocidades que Israel intentaba ocultar «lanzando una enorme campaña propagandística»:

Hani Rumelé, un civil de diecinueve años, recibió un tiro al intentar asomarse a mirar por la puerta de su casa. Fadwa Jamma, una enfermera que estaba pasando unos días en casa de su hermana, allí cerca, oyó los

gritos de Hani y acudió en su ayuda. Su hermana, Rufaida Damaj, que también corrió a asistirlo, resultó herida pero sobrevivió. Desde su cama del hospital de Yenín, nos explicó lo sucedido.

«Una gran explosión nos despertó a las tres y media de la madrugada —dijo—. Oí que había un hombre herido frente a nuestra casa, así que mi hermana y yo fuimos a hacer nuestro trabajo, a ayudar al chico y darle los primeros auxilios. Fuera había algunos hombres de la resistencia y tuvimos que preguntarles antes de salir a ninguna parte... Aún estábamos hablando con los hombres cuando los israelíes empezaron a disparar. Una bala me dio en la pierna, caí y me golpeé la rodilla. Mi hermana intentó venir a ayudarme. Le dije: “Estoy herida”. Ella me dijo: “Yo también”. Le habían disparado a un lado del abdomen. Entonces volvieron a dispararle al corazón... profirió un sonido espantoso e intentó respirar tres veces».

La señora Jamma llevaba un uniforme blanco de enfermera claramente marcado con una media luna roja, el emblema del personal médico palestino, cuando los soldados le dispararon. La señora Damaj declaró que los soldados pudieron ver con claridad a la mujer porque estaba bajo una luz intensa, y que pudieron oír sus gritos de socorro porque estaban «muy cerca». Cuando la señora Damaj les gritó a los guerreros palestinos que fuesen a buscar ayuda, los soldados israelíes dispararon otra vez: una segunda bala le subió por la pierna hasta el pecho...

Jamal Feyed murió tras quedar sepultado por los escombros. Su tío, Saeb Feyed, nos dijo que Jamal, de treinta y siete años, era deficiente mental y tenía una minusvalía física que le impedía caminar... Cuando el señor Feyed vio la excavadora israelí que se acercaba a la casa donde estaba su sobrino, corrió para advertir al conductor. Sin embargo, la excavadora arremetió contra el muro de la casa, que se derrumbó sobre Jamal...

En una carretera desierta junto a la periferia del campo de refugiados, descubrimos los restos aplastados de una silla de ruedas. Había quedado totalmente destrozada, tan lisa como si fuera de dibujos animados. En mitad de los escombros había una bandera blanca rota. Durar Hassan nos explicó que su amigo Kemal Zughayer murió al subir por la carretera en su silla de ruedas. Los tanques israelíes debieron de arrollar el cuerpo, porque cuando el señor Hassan lo encontró, le faltaban una pierna y ambos brazos, también dijo que tenía el rostro desgarrado.

El señor Zughayer, de cincuenta y ocho años, había recibido una herida de bala en la primera intifada. No podía caminar y no tenía trabajo. El señor Hassan nos enseñó la lamentable habitación individual donde vivía su amigo. El único mobiliario era un colchón en el suelo... El señor Hassan le hacía la colada; fue él quien puso la bandera blanca a la silla de ruedas de Zughayer.

«Después de las cuatro de la tarde lo subí calle arriba como siempre —declaró el señor Hassan—. Después oí llegar a los tanques, unos cuatro o cinco. Oí disparos y creí que sólo estaban disparando como advertencia, para indicarle que se apartara de la calzada». No fue hasta la mañana siguiente cuando el señor Hassan salió a ver qué había sucedido. Encontró la silla de ruedas aplastada en la calle y el cuerpo mutilado de Zughayer a cierta distancia, en la hierba.

Así pues, ¿cuándo se convierte una carnicería en una atrocidad? ¿Cuándo se convierte una atrocidad en una matanza? ¿Cuan grande tiene que ser una masacre antes de poder calificarla de genocidio? ¿Cuántos muertos antes de que un genocidio pase a ser un holocausto? Viejas preguntas que se convierten en nuevas preguntas en cada campo de matanza. El periodista israelí Arie Caspi escribió a finales de abril un mordaz artículo que captó la respuesta hipócrita ante las muertes de Yenín con dolorosa precisión:

Muy bien, no fue una matanza. Israel sólo mató a tiros a algunos niños, derrumbó una casa con un anciano dentro, hizo llover bloques de cemento sobre un inválido que no pudo salir a tiempo, utilizó a los habitantes de la ciudad como escudos humanos contra bombas e impidió que llegara ayuda a los enfermos y los heridos. En realidad eso no es una matanza, y tampoco hay necesidad de enviar una comisión de investigación... ya sea organizada por nosotros o por los *goyim*.

La demencia que se está apoderando de Israel parece haber sobrepasado toda moralidad... Muchos israelíes creen que, mientras no practiquemos asesinatos masivos sistemáticos, tenemos asegurado un lugar en el cielo. Cada vez que algún insensato palestino o escandinavo grita: «¡Holocausto!», respondemos con un resoplido molesto: «¿Esto es un holocausto? Murieron unas cuantas personas, docientas, trescientas, algunas muy jóvenes, algunas muy mayores. ¿Alguien ve cámaras de gas o crematorios?»<sup>[\*]</sup>.

No son preguntas vanas. Ni cínicas. No mucho después del intento fallido de Sharon de poner fin a los atentados suicidas de Hamás y la Yihad Islámica el 27 de abril del 2002, palestinos armados irrumpieron en un asentamiento judío ilegal construido en tierra árabe, en Adora, en la Cisjordania palestina. A Danielle Shefi, de cinco años, le dispararon en su cuarto, junto a su madre y dos hermanos. Danielle murió, su madre sobrevivió. Carretera arriba, Katya Greenberg y su marido, Vladimir, fueron acribillados mientras estaban en la cama. En la habitación de la pequeña Danielle había manchas de sangre y tres agujeros de bala justo encima de su cama. Su madre había recibido un disparo al ir a proteger a la niña. Murió un total de cuatro israelíes —entre ellos dos colonos armados que contraatacaron— y hubo ocho heridos.

Habría que tener el corazón de piedra para no conmoverse ante el terrible destino de Danielle Shefi. Sólo tenía cinco años. Sin embargo, si al menos dos docenas de palestinos muertos en Yenín no era una matanza, ¿cómo debíamos describir a los cuatro israelíes fallecidos en el asentamiento de Adora? Pues bien, el portavoz oficial del ejército israelí, el comandante Avner Foxman, dijo en referencia a los asesinatos de Adora: «Personalmente, ahora ya sé qué es una matanza. Esto es una matanza<sup>[\*]</sup>». El canadiense *National Post* describió como «bárbaro» el asalto palestino, una palabra que jamás usaba en referencia a las muertes de civiles palestinos. No me gusta aplicar las matemáticas en estos casos. Cuatro muertos israelíes, entre ellos dos colonos armados, es una matanza. Lo acepto. Pero veinticuatro civiles palestinos muertos, entre ellos una enfermera y un parapléjico, no es una matanza. (Por supuesto, dejo de lado los treinta y tantos palestinos armados que también murieron en Yenín.) ¿Qué significa esto? ¿Qué nos dice sobre el periodismo, sobre mi profesión? ¿Acaso depende ahora la definición de un baño de sangre de la religión o de la raza de los civiles muertos para ser calificado o no de matanza? No, yo no describí las muertes de Yenín como una matanza, pero debería haberlo hecho.

Sin embargo, nuestra responsabilidad no termina ahí. ¿Cuántos de nuestros circunloquios habrán allanado el camino a esos ataques? ¿Cuántos periodistas —con sus artículos o dando su necio consejo a conciencia— habrán alentado a los israelíes a emprender esos asaltos brutales contra los palestinos? El 31 de marzo del 2002 —sólo tres días antes del asalto de Yenín—, Tom Friedman escribió en *The New York Times* que «Israel necesita asestar un golpe militar que demuestre con claridad que el terrorismo no merece la pena<sup>[\*]</sup>». Vaya, gracias, Tom, me digo al leer esas frases de periodismo mortal unos días después. Los israelíes sin duda siguieron el consejo de Friedman.

Cuando Sharon lanzó su operación Escudo Defensivo, el Consejo de Seguridad de la ONU, con la participación activa y el apoyo de los Estados Unidos, pidió el fin inmediato de la reocupación israelí de Cisjordania. El presidente George W. Bush insistió en que Sharon debía seguir el consejo de «los amigos estadounidenses de Israel» y —puesto que Tony Blair estaba con Bush en aquel momento— también de

«los amigos británicos de Israel», y retirarse. «Y cuando digo retirarse, lo digo muy en serio», espetó Bush tres días después. Sin embargo, no lo decía ni mucho menos en serio. En lugar de eso, envió al secretario de Estado, Colin Powell, en una «urgente» misión de paz, un viaje a Israel y Cisjordania que, increíblemente, tardaría ocho días en producirse: tiempo justo, pensaría Bush, para permitir que su «amigo» Sharon concluyera su última aventura sangrienta en Cisjordania. Supuestamente sin tener noticia de que el jefe del estado mayor israelí, Shoal Mofaz, le había dicho a Sharon que necesitaba al menos ocho semanas para «terminar el trabajo» y aplastar a los palestinos, Powell estuvo rondando por el Mediterráneo y se entretuvo en Marruecos, España, Egipto y Jordania antes de llegar por fin a Israel. Si los bomberos de Washington tardaran tanto en llegar a un incendio, haría tiempo que la capital estadounidense habría quedado reducida a cenizas. Sin embargo, claro está, el propósito de la ociosidad de Powell era darle a Israel el tiempo suficiente para reducir Yenín a cenizas. Misión, supongo, cumplida.

Cuando al fin llegó a Jerusalén, lo primero que tendría que haber pedido Powell era visitar Yenín. Sin embargo, en lugar de eso, después de bromear un poco con Sharon, empezó a jugar y a exigirle a Arafat que condenara el último atentado suicida de Jerusalén, en el que habían muerto seis israelíes y 65 habían resultado heridos, mientras que no pronunciaba ni una sola palabra de «preocupación» por Yenín. ¿Tenía Powell miedo de los israelíes? ¿De verdad tenía que degradarse así? Aquello parecía la fase final del conflicto árabe-israelí, la prueba definitiva de que los Estados Unidos ya no eran merecedores de ejercer de pacificadores en Oriente Próximo. Pero no, eso llegaría en el 2004, cuando Bush destrozara de manera eficaz la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU.

Parecía que no hubiera barreras que no pudieran romperse. Si aquello era una guerra contra el terrorismo, como escribí en mi periódico esa horrible primavera, Jesús no nació en Belén. Cuando un grupo de palestinos armados se atrincheró en la iglesia de la Natividad, los israelíes los asediaron y Belén se convirtió en un campo de batalla. El primero en morir fue un palestino de ochenta años cuyo cuerpo no llegó al depósito de cadáveres. Después una mujer y su hijo resultaron heridos de gravedad por la artillería israelí. Una nube de humo negro ascendía arremolinándose en los vientos tormentosos desde el otro lado de la plaza del Pesebre: un vehículo acorazado israelí, aunque —mientras corríamos para salvar la vida entre las balas que sonaban a nuestro alrededor— no tuvimos tiempo de parar a mirarlo. Harvey Morris —reencarnado ahora no como mi redactor jefe de internacional, sino como corresponsal de *Financial Times*, y con los expletivos, afortunadamente, recuperados— estaba conmigo mientras recorríamos las calles bajo la lluvia que caía a rachas sobre los tanques israelíes que avanzaban con pesadez entre casas de piedra otomanas, destrozando coches y echando abajo vallas publicitarias.

Los israelíes habían vuelto a declarar un «área militar cerrada». En ese momento comentamos que Jesús debió de vérselas con una versión romana de las áreas

militares cerradas, pero él tenía a Dios de su parte. La gente de Belén no tenía a nadie. Esperaban alguna declaración del Papa o de la Unión europea, y lo que obtuvieron fue una invasión acorazada. «Joder, han enviado al ejército al completo», apuntó Harvey con una encomiable exageración. Durante toda la mañana estuvimos contemplando a los Merkavas y los transportes de personal abrirse camino por calles ancestrales en busca de los «salvajes» del «terrorismo» de los que Sharon acababa de hablarle al mundo. Estábamos en casa de una palestina cristiana, Norma Hazboun, mirando su televisor, en el que veíamos cómo «Palestina» se derrumbaba a nuestro alrededor. En Ramala habían atacado a las oficinas de los servicios secretos palestinos. Habían empezado a caer obuses en el campo de Deheishi. Eso ya lo sabíamos; Deheishi estaba tan cerca que las ventanas vibraban. Sharon estaba en pantalla ofreciéndose a dejar que los europeos sacaran a Arafat de Ramala en avión, siempre que no regresara nunca a la tierra que él llamaba «Palestina». Ofrecimiento rechazado.

Se produjeron más disparos al otro lado de la ventana. Llegó un tanque por la calle. Su cañón golpeó contra el toldo verde de una tienda y luego se volvió hacia arriba, hasta apuntar directamente a nuestra ventana. Escapamos hacia el hueco de la escalera. ¿Nos habían visto mirándolos? Nos quedamos un rato en la escalera fría y húmeda, y luego espiamos por la ventana. Dos soldados israelíes pasaban corriendo por delante de la casa mientras otro tanque avanzaba haciendo vibrar la calle, absorbía a un pequeño coche bajo sus orugas y luego lo escupía hecho pedazos por la parte de atrás del almacén. Lo conocíamos todo de esos tanques, su velocidad máxima, la voz de sus motores gigantescos, su cadencia de tiro. Los respetábamos y los odiábamos en igual medida. Habíamos pasado casi una hora caminando por calles secundarias para evitar el «área militar cerrada», calles sucias, húmedas, negras, con tanques furiosos en las calzadas colindantes. Uno pasó a toda velocidad por un cruce mientras nosotros esperábamos inmóviles y con nuestros chalecos antibalas de color azul y negro, marcados con enormes letras de «TV», y los brazos extendidos para mostrar que no íbamos armados.

En ese momento estábamos cómodamente sentados junto a la estufa de Norma Hazboun, atrapados en la casa de la profesora de Ciencias Sociales de la Universidad de Belén. El locutor de la televisión tartamudeaba. Irán e Iraq podrían paralizar la exportación de petróleo para obligar a los estadounidenses a exigir la retirada israelí de Cisjordania. Harvey y yo tosimos con un desdén simultáneo: Irán e Iraq no harían nada por el estilo. El cuartel general de Arafat en Ramala estaba ardiendo. Un soldado israelí había muerto en un transporte de personal al otro lado de la plaza del Pesebre, alcanzado por un proyectil. Seguramente eso era el vehículo en llamas que habíamos visto hacía más o menos una hora. Colin Powell había dicho que los estadounidenses seguirían reconociendo a Arafat como dirigente palestino aunque estuviera en Europa. Harvey volvió a estallar: «Pero, si está en Europa, ya no será el dirigente de Palestina, joder, ¿o no?».

Fuera de la casa, dos transportes de personal acorazados se detuvieron junto a unos limoneros y dos de sus tripulantes intentaron con desesperación pasar combustible del uno al otro con una manguera antes de que los francotiradores palestinos los localizaran. Las balas empezaron a estrellarse a su alrededor a los pocos segundos y los dos soldados espantados saltaron del techo de los vehículos y fueron a protegerse en una tienda. Entonces me sonó el móvil. Una voz inglesa, una señora de Wateringbury, Kent —Peggy y Bill habían vivido en el pueblo siguiente a East Farleigh, a una parada más de la línea férrea de Paddock Wood Maidstone West—, pero Liz Yates no estaba en Kent. Estaba en el campo de refugiados de Aida con otros nueve occidentales que intentaban ayudar a los 4000 refugiados palestinos pidiendo a sus consulados que presionaran a los israelíes para que se retiraran. Hubo cierta esperanza, pero al final los consulados tuvieron que rescatar a los occidentales.

Al menos cien civiles palestinos se refugiaban en esos momentos con los veinte hombres armados de la iglesia de la Natividad<sup>[13]</sup>. Recibí otra llamada, esta vez de Sami Abda, quien me dijo que, el martes, unos soldados israelíes habían ido a su casa, en el centro de Belén. Aunque un vecino les había advertido que la casa estaba llena de mujeres y niños, los israelíes afirmaron que había «terroristas» en el edificio y abrieron fuego. Sami Abda lloraba al contármelo. Éstas fueron sus palabras:

Dispararon dieciocho balas contra la puerta de casa. Alcanzaron a mi madre, Sumaya, y a mi hermano Yacoub. Mi madre tenía sesenta y cuatro años, mi hermano treinta y siete. Los dos cayeron al suelo. Llamé a todo el que pude para llevarlos al hospital, pero no había nadie para ayudarnos. Se estaban muriendo. Cuando llegó la ambulancia, un oficial israelí se negó a permitir que entrara en nuestra calle. Hace treinta horas que tenemos aquí los cadáveres. Hemos metido a los niños en el baño para que no los vean. Ayúdanos, por favor.

¿Qué es sagrado?, una insistente pregunta que podría haberse hecho cualquiera en Tierra Santa durante la primavera del 2002. También cualquiera que leyera *The Jerusalem Post* el diario publicó toda una página con pequeñas fotografías de decenas de civiles israelíes hechos pedazos en atentados suicidas palestinos en sólo un mes. Una adolescente israelí tenía la misma edad que la chica palestina que acabó con su vida. Era una página de horror y desgracia. Sí, la campaña suicida de los palestinos era inmoral, imperdonable —el adjetivo que me vino a la mente frente a la pizzería de Jerusalén—, insoportable. Los árabes —que nunca se miran al espejo demasiado cerca cuando se trata de sus propios crímenes— tendrán que reconocer algún día la descarnada crueldad de sus tácticas. Sin embargo, puesto que los israelíes nunca han querido hablar de la inmoralidad que entraña matar a tiros a niños que lanzan piedras, ni de la maldad de las temerarias brigadas de la muerte que van por ahí asesinando a los palestinos de su lista —junto con el acostumbrado grupo de mujeres y niños que se encuentran por el camino—, ¿acaso es de extrañar?

De modo que estoy de nuevo en Gaza, en otra de esas carpas de luto, esta vez por dos escolares de catorce años y un amigo suyo de quince, a quienes les gustaba navegar por Internet en un cibercafé de la ciudad. Uno de ellos solía dibujar cómics para pasar el rato, todos eran entusiastas del fútbol. Unas horas después de que

murieran a manos del ejército israelí cerca de la colonia judía de Netzarim, sus padres recibieron los tres jóvenes cadáveres. Los tres, muertos a balazos. Y los tres, según dijeron, arrollados por un vehículo acorazado que había partido por la mitad el cuerpo de Ismail Abu Nadi.

Según el ejército israelí y, por supuesto, *The New York Times*, eran terroristas suicidas que se acercaban al asentamiento judío blandiendo cuchillos. Sin embargo, incluso Hamás, organización creadora de la campaña de atentados suicidas sin escrúpulos, admitió que los tres escolares —todos ellos estudiantes de noveno en el colegio Salahedin de la ciudad de Gaza— habían planeado, ingenuamente, atacar el asentamiento por cuenta propia y, como mucho, con cuchillos. También alentó a predicadores y profesores de escuela a que explicaran a los niños que no debían embarcarse en ese tipo de aventuras descabelladas.

Cuando los tres padres hablaron conmigo, me explicaron una historia de pérdida, tragedia y furia juvenil ante la sangrienta invasión israelí del campo de refugiados de Yenín. «Me he pasado toda la noche preguntándome por qué ha hecho esto mi hijo — me dijo Mohamed Abu Nadi mientras estábamos sentados entre los dolientes en su casa de clase media—. ¿Necesitaba Ismail dinero? No. ¿Le iba mal en el colegio? No. Era el primero de su clase. ¿Tenía problemas en casa o con los amigos? No. Me he hecho esa misma pregunta una y otra vez. ¿Por qué? ¿Usted puede decírmelo?»

Una pregunta dolorosa en boca de un padre afligido. ¿Quería Ismail morir? Su padre dijo que eso habría sido imposible hasta hacía «tres o cuatro meses». Fue entonces cuando el chico, nacido en Abu Dabi y con un buen nivel de inglés, empezó a preguntarle a su padre por qué los palestinos no recibían ayuda exterior en su lucha por conseguir un Estado. «Me preguntó: “¿Por qué los palestinos son los únicos que no pueden tener un Estado? ¿Por qué no nos ayudan los Estados Unidos?”». Bassem Zaqut, el padre de Yusef, de quince años —ninguno de los padres conocía a los demás aunque sus hijos iban al mismo colegio— también creía que el baño de sangre de Yenín había influido en su hijo. «Solía hacer dibujos y cómics, y escribía en caligrafía árabe. Jamás pensé que esto pudiera pasar. Pero vimos todos los informativos sobre la reocupación israelí, en la televisión palestina, en Al Yazira, de Qatar, en la CNN, y a lo mejor vio algo... Cuando volví de las oraciones de la tarde, el martes, no lo encontré en casa y no supe por qué. Ahora creo que los niños se dirigían al campamento judío con la idea de atacar a los israelíes. Pero él jamás tocó un arma. Cuando nos devolvieron su cuerpo, ayer, estaba en terribles condiciones. Los perros habían estado jugando con él por la noche, y su rostro estaba irreconocible porque había sido aplastado por el vehículo pesado que lo atropello».

El hijo de catorce años de Adel Hamdona, Anuar, le fue devuelto en ese mismo estado. La descripción del padre fue fría, sin emoción. «No tenía rostro. Le habían cortado las piernas. Lo habían atropellado varias veces y estaba bastante destripado». También el cadáver de Anuar había sido mordisqueado por perros. «Sólo era un chico, un niño. Yo doy clases en su colegio. A las cinco de la tarde le dijo a su madre

que se iba a un cibercafé a navegar un rato. Cuando dieron las nueve y aún no había vuelto, presentí que algo iba mal. Entonces oímos unos disparos en Netzarim...»

Aquí tenemos una pista de por qué Adel Hamdona presintió que «algo iba mal»: Anuar había empezado a hablarle a su familia de «martirio». «Todo lo que sucedía aquí afectaba al chico. Siempre hablaba de mártires y del concepto del martirio. De pequeño decía que quería ser mártir. Yo sospechaba que dentro de unos años, cuando creciera, a lo mejor lo hacía... pero no ahora». Resultó que Ismail Abu Nadi había dejado algo parecido a una nota de despedida a sus padres. «Uno de sus amigos me trajo un papel que había escrito —admitió su padre—. En el papel, Ismael decía: “Padre, madre, por favor, intentad rezarle a Dios y pedirle que logre entrar en Netzarim, matar a los soldados israelíes y expulsarlos de nuestra tierra.” No podía creerlo. A su edad, cualquier otro chico... y he estado en Inglaterra, los Estados Unidos, la India, Pakistán... sí, cualquier otro chico sólo quiere ir al colegio, ser feliz, ganar dinero, que lo dejen en paz. Pero aquí nuestros hijos no pueden encontrar la paz».

En cuanto al estado de los cadáveres, ninguno de los padres quiso especular sobre los motivos. ¿Los habrían mutilado los israelíes deliberadamente? Parece improbable. ¿Acaso, después de disparar a los tres escolares, no quisieron arriesgarse a que alguno siguiera con vida —y con una bomba a punto de estallar— y arrollaron sus restos? Cuando sus cuerpos fueron aplastados, ¿estaban todos muertos? El padre de Ismail Abu Nadi extrajo un mensaje sencillo —sin ningún sentido para Tom Friedman, supongo— de sus muertes: «Si no hay futuro, no hay esperanza. ¿Qué se puede esperar de un niño?».

Sin embargo, incluso Abdelaziz Rantisi, el dirigente de Hamás en Gaza, estaba inquieto por disociar la muerte de los niños de su movimiento, aunque sus palabras tampoco carecían de un mensaje preocupante. «Creo que los crímenes de los israelíes impelieron a esos niños a cometer actos de venganza sin conocimiento. Eran tan jóvenes que no se daban cuenta de que no podían hacer nada en el asentamiento... He hecho un llamamiento a los predicadores de las mezquitas y a los profesores para que les expliquen a los niños que su papel en todo esto no ha llegado aún...»

Rantisi no deja de tocarse la barba. Yo solía hablar con él en el Campo de Flores del sur del Líbano, pero ahora huye de las brigadas asesinas de Israel y el teléfono lo interrumpe constantemente en el despacho de Gaza. Su joven guardaespaldas, meciendo un Kaláshnikov sobre las rodillas, le tiende un enorme emisor y receptor militar de radio. Creo —aunque no lo digo— que es para proteger al dirigente de Hamás. Los teléfonos móviles se pueden rastrear a varios metros. Las brigadas de la muerte de Israel son expertas en tecnología analógica y digital. ¿Busco ya con la mirada un helicóptero Apache? ¿Llegan a ver las víctimas de Israel los misiles que se dirigen hacia ellos?

Rantisi no se hace falsas ilusiones. «Para nosotros, es algo que entra dentro de lo posible. Sin embargo, lo único que puedo decir es algo que sólo comprenderá quien

entienda la fe islámica como la entiendo yo. Nosotros creemos que nuestra vida está siempre escrita y que nuestra muerte ya ha sido determinada por Dios, y eso no puede cambiar. Hay muchas razones diferentes que podrían traer el final de la vida de una persona, un accidente de coche, un cáncer, un ataque al corazón, así que no digo que haya elegido acortar mi vida. Pero la forma preferible de poner fin a mi vida sería el martirio». Rantisi vería cumplido su deseo.

Volví la vista hacia la ventana. Rantisi había pasado veintiséis de sus cincuenta y cinco años en prisión o en el exilio, en las montañas del Líbano. En aquellos días todavía trataba de aprender a dirigir Hamás. Ahora habla con serenidad —con una frialdad que da escalofríos— sobre los terroristas suicidas y la muerte. Hamás cuenta con sus propios escuadrones de la muerte, que matan a soldados, pero también a mujeres, niños, ancianos y enfermos. «En lo que llevamos de estas dos intifadas, los israelíes han matado a más de 2000 palestinos. Tras las matanzas de Nablus y Yenín, el número de niños asesinados supera los 350, lo cual demuestra que los israelíes cometen carnicerías intencionadas con los civiles». La misma historia de siempre: en cuanto se le pide a un dirigente de Hamás que reconozca que matar a civiles mediante atentados suicidas es cruel, sale con estadísticas. ¿Y los niños de la pizzería? ¿Y los ancianos de la fiesta de la Pascua judía?

«Luchamos contra gente que invadió nuestra tierra —responde sin perder tiempo—. Todos son soldados o reservistas. Fueron los reservistas los que asesinaron a civiles en Yenín, hombres que en su vida cotidiana son médicos y abogados israelíes. Sin embargo, nuestros combatientes tienen órdenes de no matar a civiles, sobre todo a niños».

¿Ordenes para no matar a niños? ¿O se trata únicamente de una lotería? El teléfono militar vuelve a sonar y Rantisi mantiene una conversación de varios minutos. ¿Está en contacto con los dirigentes de Hamás en Cisjordania? Esboza una sonrisa. «Existe cierta comunicación a nivel político con los dirigentes de Cisjordania, sí, pero son hombres buscados y asediados, que viven en la clandestinidad». Anoto en el margen de mi libreta que es la primera vez que Hamás ha reconocido los efectos de la reocupación israelí. «Hasan Yusef, por ejemplo, dirigente político de Ramala, me llama para pedirme información sobre lo que está pasando. Sin embargo, en última instancia, Sharon no podrá poner fin a la resistencia. Cuando los israelíes deportaron a 460 de los nuestros en 1993 y arrestaron a otros 1500 miembros de Hamás en un solo día, dijeron que habían “puesto fin” a la resistencia y a Hamás. Después de eso, Yahya Ayash —el fabricante de bombas de Hamás que fue asesinado más tarde por los israelíes— intensificó la resistencia».

Marj el Zuhur, el Campo de Flores, la Universidad del Islam, parece muy lejano. Rantisi disiente. «Fue una etapa que cambió para siempre la lucha palestina y la historia de Hamás. Antes, Hamás sólo era un movimiento local. Después de nuestro exilio en las laderas del Líbano, se convirtió en una organización internacional conocida en todo el mundo. Salimos beneficiados de los errores de Israel». Rantisi

habla con mucha seguridad, no cabe duda de quién es su principal enemigo. «Sharon quería destrozar los acuerdos de Oslo. Está ejerciendo su poder sobre el pueblo palestino —destruyéndolo o asesinándolo con toda intención— para obligarlo a emigrar». ¿Y Gaza? Rantisi ríe. «Permítame recordarle algo que dijo Rabin: que espera despertar un día y ver que el mar se ha tragado Gaza».

Es curioso con qué frecuencia mencionan los oponentes de Arafat a Rabin —con quien Arafat creyó haber firmado la «paz de los valientes»— y al oponente por antonomasia de Arafat, Sharon, en la misma frase. Rabin fue comandante de las unidades israelíes que tomaron Lod (Lydda) y Ramle en julio de 1948, y la persona que dio la orden de expulsión de cerca de 60 000 árabes palestinos, la mayoría mujeres y niños, un número indeterminado de los cuales murió durante la huida<sup>[\*]</sup>. Las memorias de Rabin recordarían la conquista israelí de Lod:

Salimos. Nos acompañaba Ben Gurion [primer ministro israelí, nombrado dos meses antes]. [El comandante de la Haganah, Yigal] Allon repitió la pregunta: «¿Qué vamos a hacer con la población?». B. G. agitó la mano en un gesto que decía: «¡Que los expulsen!».

Allon y yo mantuvimos una charla. Convine en que era necesario expulsar a esa gente. Los hicimos salir a pie por la carretera de Bet Horón, dando por sentado que la Legión [Árabe] se vería obligada a hacerse cargo de ellos y que, por tanto, cargaría con problemas logísticos que dificultarían su capacidad de ataque, lo cual nos facilitaría las cosas... La población de Lod no iba a abandonar sus casas por propia voluntad. No hubo manera de evitar el uso de la fuerza y realizar disparos de advertencia para hacer que la población recorriera los 15 o 25 kilómetros que había hasta el lugar donde se encontraron con la Legión<sup>[\*]</sup>.

Desde luego, Rantisi no se equivocó al calcular el desdén que sentía Sharon por los acuerdos de Oslo, aunque debería de haber leído con mayor atención la hoja de servicio de éste. Desde que fuera elegido en el 2001, los partidarios de Sharon en Occidente han tratado de convertirlo en un pragmático, en un nuevo De Gaulle; lo mismo sucedió cuando, en el 2004, sugirió que Israel abandonase los asentamientos judíos de Gaza, un paso que, tal como admitiría de manera reveladora su propio portavoz, dejaría cualquier proyecto de Estado palestino «en formaldehído». En realidad, Sharon se parece más a los generales golpistas franceses de Argelia. También ellos utilizaron la tortura y aniquilaron a sus oponentes árabes. La carrera de Sharon lo representa todo menos la paz. Votó contra el tratado de paz con Egipto en 1979, y en contra de la retirada del sur del Líbano en 1985. Se opuso a la participación de Israel en la conferencia de paz de Madrid de 1991 y a la votación plenaria de la Knesset sobre los acuerdos de Oslo de 1993. Se abstuvo de votar a favor de la firma de la paz con Jordania en 1994. Votó en contra del acuerdo de Hebrón en 1997. Criticó el modo en que Israel se retiró del Líbano en el año 2000. En el 2002, Sharon había construido 34 nuevas colonias judías en territorio palestino.

La implicación de Sharon en la matanza de Sabra y Chatila en 1982 aún se cierne sobre el hombre que, según el informe israelí de la comisión Kahan de 1993, tuvo una «responsabilidad personal» en la matanza perpetrada por las milicias falangistas<sup>[\*]</sup>. Las autoridades israelíes tenían tanto miedo de que sus dirigentes fueran acusados de

crímenes de guerra que elaboraron una lista de países en los que podrían ser procesados —y que, por lo tanto, debían evitar a partir de entonces—, pues los países europeos estaban adecuando sus leyes para poder juzgar a ciudadanos de otros países que hubieran cometido crímenes en cualquier lugar del mundo<sup>[\*]</sup>. Algunos jueces belgas estaban estudiando ya una demanda interpuesta por los supervivientes de Sabra y Chatila —uno de ellos, una mujer violada— mientras en el extranjero se organizaba una campaña contra otras figuras israelíes relacionadas con esas atrocidades<sup>[\*]</sup>. Eva Stern fue una de las personas que trataron de impedir que el general de brigada Amos Yaron fuera nombrado agregado de Defensa israelí en Washington por haber permitido que las milicias falangistas libanesas entraran en los campamentos el 16 de septiembre de 1982 y porque sabía —según el informe de la comisión Kahan— que estaban asesinando a mujeres y a niños. No detuvo las matanzas hasta dos días después. Canadá se negó a aceptar a Yaron como agregado de Defensa. Stern, que compiló un expediente judicial sobre Yaron, lanzó posteriormente una campaña, aunque en vano, junto con grupos de defensa de los derechos humanos para revocar su nombramiento —otorgado por el primer ministro Ehud Barak— como director general del Ministerio de Defensa israelí<sup>[14]</sup>.

El gobierno belga modificó sus leyes —y retiró así todos los posibles cargos contra Sharon— después de una visita a Bruselas del secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld, el hombre que el 6 de agosto del 2002 se refirió memorablemente al control de Israel sobre «los supuestos territorios ocupados» como «el resultado de una guerra, que ganaron ellos». Rumsfeld había amenazado con trasladar la sede de la OTAN fuera de suelo belga si Bélgica no retiraban los cargos contra Sharon.

Sin embargo, se suponía que en todo momento debíamos creer que el culpable de la nueva guerra era el depravado Yasir Arafat con sus achaques de Parkinson, a quien George Bush sancionó mientras la cúpula israelí seguía comparando a los palestinos con animales. Rafael Eytan, antiguo jefe del estado mayor israelí, se había referido a los palestinos como «cucarachas en un tarro de cristal». Menájem Begin los llamaba «bestias de dos patas». El dirigente del partido Shas, que insinuó que Dios debería enviar a las «hormigas» palestinas al infierno, también los llamaba «serpientes». En agosto del 2000, Barak los llamó «cocodrilos». El jefe de estado mayor israelí, Moshe Yalon, comparó a los palestinos con una «manifestación cancerígena» y equiparó la intervención militar en los territorios ocupados con la «quimioterapia<sup>[\*]</sup>». En marzo del 2001, el ministro de Turismo israelí, Rehavam Zeevi, calificó a Arafat de «escorpión». Sharon lo llamó «asesino» repetidas veces y lo comparó con Bin Laden. En 1995, contribuyó a dar una imagen deshumanizada de los palestinos en una entrevista durante la que afirmó que Al Fatah escarmentaba a veces a los palestinos «amputando los miembros a niños de siete u ocho años delante de sus padres a modo de castigo<sup>[\*]</sup>». Por cruel que sea Al Fatah, no existen testimonios de que se haya cometido nunca semejante atrocidad. Sin embargo, en el momento en que

se consigue convencer de estos disparates a bastante gente, el empleo de las brigadas de la muerte israelíes contra esos palestinos se convierte en algo natural, en lugar de ilegal<sup>[15]</sup>.

Olvidada en gran medida entre el odio de Sharon por el «terrorismo» también encontramos su crítica abierta a la guerra de la OTAN contra Serbia en 1999, cuando ocupaba el cargo de ministro de Asuntos Exteriores israelí. Once años antes había simpatizado con el objetivo político de Slobodan Milosevic: evitar la constitución de un Estado albaniano en Kosovo, puesto que, según él, eso conduciría a la creación de una «Gran Albania» que se convertiría en refugio —que los lectores aguanten la respiración— para el «terrorismo islámico». En una entrevista concedida a un periódico de Belgrado, Sharon dijo que «nos solidarizamos con vosotros contra el terrorismo islámico<sup>[\*]</sup>». Sin embargo, una vez que comenzaron los bombardeos de la OTAN, quedó clara la verdadera razón del apoyo de Sharon a los serbios. «Sería un error que Israel defendiera la legitimidad de este tipo de intervención contundente que realizan los países de la OTAN... para tratar de imponer una solución a las disputas regionales —dijo—. En cuanto Israel anunciara su respaldo al modelo de intervención que estamos viendo en Kosovo, es probable que se convirtiera en la siguiente víctima. Supongamos que un día los árabes de Galilea exigen que la región en que viven sea reconocida como territorio autónomo vinculado a la Autoridad Palestina...» El bombardeo de la OTAN, según Sharon, era «intervencionismo brutal». El periodista israelí Uri Avnery no dejó que esa extraordinaria duplicidad del ministro de Asuntos Exteriores pasara inadvertida y dijo que «el terrorismo islámico» en Kosovo sólo podía existir en «la imaginación racista de Sharon<sup>[\*]</sup>». Avnery fue mucho más atrevido que el propio Sharon al traducir lo que se leía entre líneas en la antipatía de Sharon hacia las acciones de la OTAN. «Si los estadounidenses y los europeos intervienen hoy en el problema de Kosovo, ¿qué les impediría hacerlo mañana en Palestina? Sharon ha dejado muy claro ante el mundo que la postura de Milosevic en relación con Kosovo y la postura de Netanyahu y Sharon en relación con los palestinos son similares, tal vez idénticas». Además, para un hombre como Sharon, cuyo «intervencionismo brutal» en el Líbano en 1982 condujo a un derramamiento de sangre de proporciones inauditas en Oriente Próximo, esos comentarios resultaban, como poco, hipócritas<sup>[16]</sup>.

Mientras Sharon enviaba una columna acorazada para volver a invadir Nablus y seguía haciendo oídos sordos a la petición de Bush para que retirara las tropas de Gaza, Colin Powell se volvía contra Arafat y le advertía que aquélla era su «última oportunidad» para demostrar su liderazgo. No mencionó los asentamientos judíos ilegales. Para Sharon no había una amenazadora «última oportunidad». Los estadounidenses le permitieron incluso que rechazara el envío de una comisión de investigación de la ONU a los territorios ocupados. Sharon estaba reunido con el presidente George W. Bush en Washington cuando un terrorista suicida mató al menos a quince civiles israelíes en un local nocturno de Tel Aviv. Sharon interrumpió

la visita y volvió a Israel de inmediato. Destacados líderes judíos estadounidenses, entre ellos Elie Wiesel y Alan Dershowitz, apelaron de inmediato a la Casa Blanca para que no presionara a Sharon para que participara en las nuevas conversaciones de paz de Oriente Próximo<sup>[\*]</sup>. «Son tiempos difíciles —declaró Wiesel—. No es el momento de presionar a Israel. Cualquier primer ministro haría lo que está haciendo Sharon, todo lo que puede. Deberían confiar en él». Wiesel no tendría por qué haberse preocupado. Apenas un mes antes, los estadounidenses habían lanzado al mercado el primer helicóptero Black Hawk modelo S-70A-55 para transporte de tropas que venderían a los israelíes<sup>[\*]</sup>. Israel había comprado veinticuatro helicópteros nuevos por un total de 211 millones de dólares —cantidad que en gran parte pagarían los Estados Unidos—, aunque ya contaban con veinticuatro Black Hawks del modelo anterior. Nada menos que Alexander Haig, el hombre que dio luz verde a Begin para invadir el Líbano en 1982, hizo entrega del diario de vuelo del primero de los nuevos helicópteros, con toda ceremonia, al director general del Ministerio de Defensa israelí, el celeberrimo Amos Yaron.

En esos momentos, el único hombre que tenía el tiempo necesario para encontrarle la lógica a ese sanguinario conflicto era tal vez el dirigente palestino, atrapado en su despacho, en un edificio sitiado, destrozado, mal iluminado e insalubre de Ramala. La única característica que Arafat compartía con Sharon —aparte de su avanzada edad y su decrepitud— era que se negaba a planear nada de antemano. Lo que decía, hacía o proponía se decidía en el momento en que lo obligaban a actuar. Esto se debía en parte a su antiguo entrenamiento en la guerrilla, algo que tenía en común con Sadam. Si uno no sabe qué va a hacer mañana, puede estar seguro de que sus enemigos tampoco lo sabrán. Sharon era de la misma opinión.

Cuando tomaron las oficinas de la Autoridad Palestina, el ejército israelí saqueó todo el equipo y los archivos. *Ha'aretz* publicó que los soldados se «peleaban por el botín» de sus operaciones en Gaza después de incautar docenas de Land-Rover de fabricación británica<sup>[\*]</sup>. Los vehículos pasaron a manos de la división logística del ejército israelí siguiendo las órdenes del jefe del estado mayor, Saul Mofaz. No quedó claro si los vehículos se habían pagado con dinero de la Unión Europea. Los israelíes también se incautaron de miles de documentos que demostraban hasta qué punto Arafat había perdido el control de las organizaciones guerrilleras que florecían entre los palestinos de Cisjordania. Sin embargo, los israelíes hicieron públicos traducciones e informes de contenido deliberadamente engañosos y, en uno de los casos, falsos. Los periodistas extendieron con obediencia la versión israelí de los documentos —que demostraban que Arafat estaba involucrado en el «terror» y en el uso de dinero procedente de la Unión Europea para financiar el «terrorismo»—, pero *The Independent* emprendió una fiel traducción de la documentación con la que se demostró que Israel había presentado unos informes fraudulentos<sup>[17]</sup>. Sin embargo, al día siguiente Sharon le presentó a Bush con gran boato el «expediente del terror de Arafat» ante las cámaras de la Casa Blanca... y el presidente estadounidense lo

felicitó por aportar aquella «prueba».

Inmersos en lo que la escritora palestina Jean Makdisi ha denominado certeramente «terrorología» —la hermana de Edward Said se refería a la «versión distorsionada de la realidad de Oriente Próximo» que académicos de derechas como Stanley Kurtz deseaban imponer en las universidades estadounidenses—, no fue una sorpresa saber que un oficial israelí había aconsejado a sus hombres, antes de la reocupación de Gaza, que estudiaran las tácticas militares utilizadas por los nazis en la Segunda Guerra Mundial<sup>[\*]</sup>. Según el periódico israelí *Maariv*, el oficial decía que «si nuestro trabajo consiste en tomar un campo de refugiados abarrotado o asaltar la kasba de Nablus, o si se ordena a un oficial [israelí] que lleve a cabo este trabajo sin que haya bajas en ninguno de los dos bandos, ante todo hay que recopilar y analizar las lecciones de batallas pasadas, analizar incluso, por sorprendente que pueda parecer, la intervención del ejército alemán en el gueto de Varsovia<sup>[\*]</sup>».

¿Qué demonios significaba eso? ¿Explicaba eso los números con los que los israelíes marcaron a los prisioneros palestinos en las manos y la frente a principios de marzo del 2002? ¿Significaba eso que a partir de entonces un soldado israelí tenía que considerar a los palestinos como inhumanos, que es exactamente lo que los nazis pensaban de los judíos desesperados y atrapados en el gueto de Varsovia en 1943<sup>[\*]</sup>? ¿Tenían los estadounidenses algo que decir al respecto? ¿Quiénes habían sido las fuerzas del «terror» en Varsovia hacía sesenta y dos años? ¿Los judíos que luchaban por salvar la vida o las tropas de las SS del *Brigadeführer* Jürgen Stroop?

B'Tselem, grupo israelí defensor de los derechos humanos, estimó que entre 1987 y mayo del 2003 habían sido asesinados 3650 palestinos y 1142 israelíes, un total de 4792 víctimas<sup>[\*]</sup>. Sin embargo, las estadísticas por sí solas no hacen justicia al sufrimiento de los niños. Hasta 1993, 232 niños palestinos menores de dieciséis años habían sido asesinados por soldados israelíes durante la primera intifada<sup>[\*]</sup>. No obstante, en sólo doce meses, tomando como final el 30 de septiembre del 2002, fueron asesinados al menos 250 niños palestinos y 72 niños israelíes. En uno de sus informes más sobrecogedores, Amnistía Internacional condenaba a ambos bandos por su «completa indiferencia» ante la vida de los niños<sup>[\*]</sup>. La aciaga lista que había recabado Amnistía demostraba hasta qué punto había arraigado el asesinato de niños. En esa lista aparecían Sami Yazar, a quien un soldado israelí le había disparado en la cabeza en la víspera de su duodécimo cumpleaños, en Gaza; Jalil Muqrabi, de once años, abatido por un francotirador israelí en Gaza —uno de sus amigos sobrevivió después de que le dispararan en los testículos una bala de alta velocidad—; también Rima al Ward, de diez años, asesinado por el proyectil de un tanque en el patio de su colegio de Yenín. Aparecían también Raaya y Hemda —de catorce y dos años— asesinados junto con sus padres por el terrorista suicida palestino de la pizzería Sbarro de Jerusalén; Shalhevat Pas —de sólo diez meses—, asesinada por un francotirador palestino en Hebrón, y Avia Malka, asesinada por unos palestinos que disparaban y lanzaban granadas a los coches en Netanya. Tenía nueve meses.

El incidente más espantoso —avalado por Sharon en su momento como un «gran éxito»— fue el ataque de Israel contra Salah Shehada, miembro destacado de Hamás, en el que también murieron nueve niños y ocho adultos. Sus nombres le dan un realismo escalofriante a esta carnicería infantil: Ayman Matar, dieciocho meses; Mohamed Matar, tres años; Diana Matar, cinco años; Sobhi Hweiti, cuatro años; Mohamed Hweiti, seis años; Ala Matar, diez años; Imán Shehada, quince años, y Maryam Matar, diecisiete años. También Dina Matar. Tenía dos meses. Un piloto de la fuerza aérea lanzó una bomba de una tonelada sobre sus casas desde un F-16 estadounidense el 22 de julio del 2002<sup>[18]</sup>.

¿Qué guerra creía estar librando Sharon? ¿Cuál era el objetivo de su lucha? Durante ese último derramamiento de sangre, el único elemento claro del conflicto — la colonización ilegal y continuada del territorio árabe ocupado— seguía siendo un tema tabú, que debía evitarse o mencionarse de pasada sólo cuando algún colono judío moría asesinado. Era indiscutible que se trataba del último conflicto colonial del mundo, un conflicto en el que los colonizadores estaban respaldados por los Estados Unidos; era un tema prohibido, algo ajeno a la brutalidad entre palestinos e israelíes que en ese momento, debíamos recordarlo, formaba parte de la «guerra contra el terror» de los Estados Unidos. Eso es lo que Sharon había defendido deshonestamente desde el 11 de septiembre del 2001. Sin embargo, la verdad salió a la luz en una esclarecedora entrevista que Sharon concedió a una revista francesa en diciembre de ese año, y en la que recordó una conversación telefónica mantenida con Jacques Chirac. Sharon aseguraba haberle dicho al presidente francés lo siguiente:

Por entonces estaba leyendo un libro terrible sobre la guerra de Argelia. El título en hebreo era: *La despiadada guerra de la paz*. Sé que el presidente Chirac luchó como oficial durante el conflicto y que fue condecorado por su valor. Así que, de modo muy amistoso, le dije: «Señor presidente, usted debe entendernos. Aquí, es como si estuviéramos en Argelia. No tenemos a dónde ir. Y, además, tampoco tenemos intención alguna de marcharnos<sup>[\*]</sup>».

## CAPÍTULO 14

### «CUALQUIER COSA PARA EXTERMINAR A UN DEMONIO...»

Ese ladrón que trepa por las paredes de noche para ir a casa, es ése.

Ese padre que advierte a sus hijos que no hablen de su perverso trabajo, es ése.

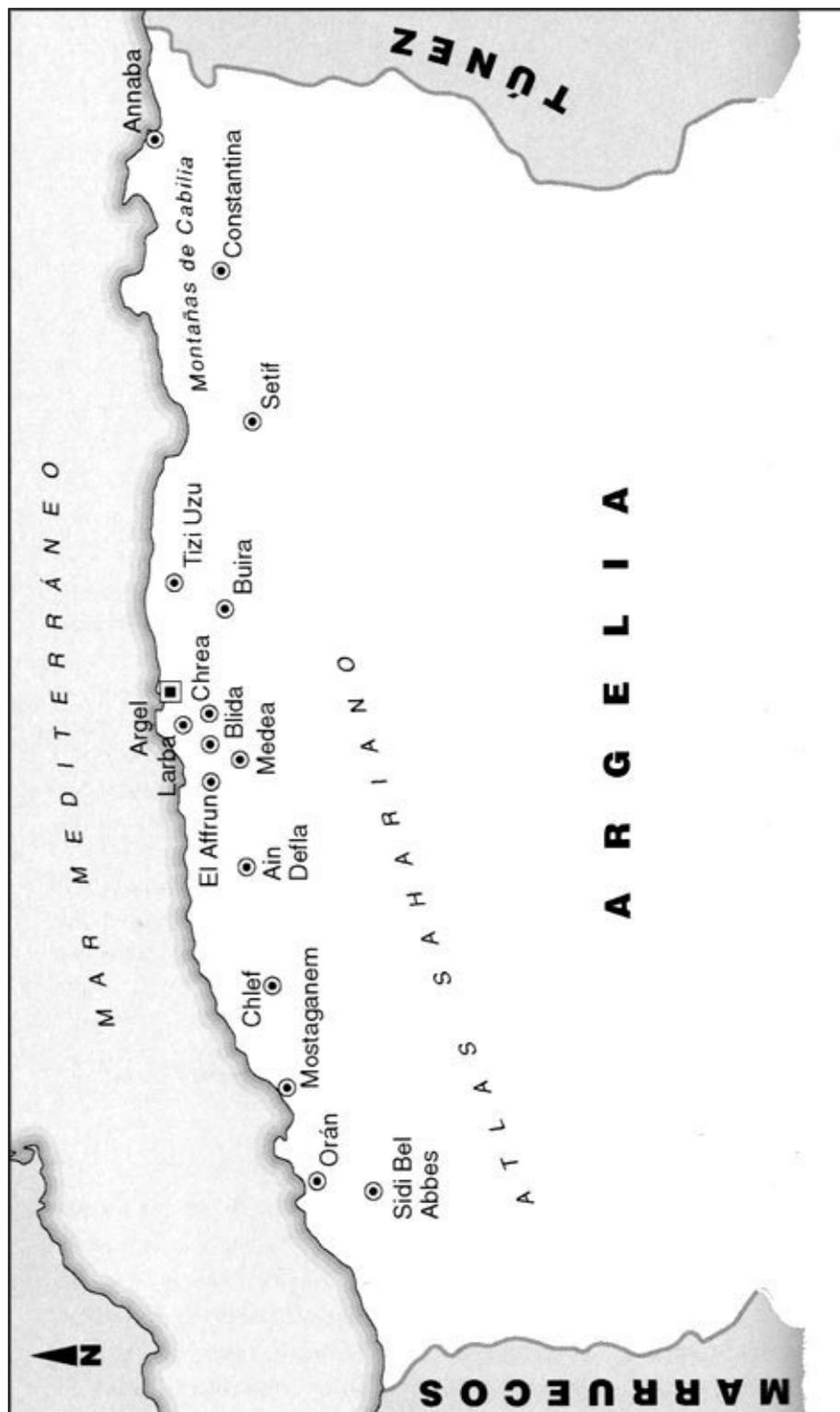
Ese malvado ciudadano que pasa el día en los juzgados, esperando el juicio, es ése. Ese individuo atrapado en una redada del barrio, a quien empujan a la parte trasera del camión de un culatazo, es ése. Es ése el que sale de su casa por la mañana sin tener la certeza de si llegará al despacho. Y es ése el que sale del trabajo por la tarde sin tener la certeza de si llegará a casa.

... Ese hombre que desea no morir de un tajo en el pescuezo, es ése. Ese cuerpo en el que vuelven a coser una cabeza cortada, es ése. Es ése cuyas manos no conocen más habilidad que su mera capacidad de escribir...

Él es todo eso y sólo un periodista.

SAID MEKBEL, *Mesmar J'ha*, 1994

Roger Tartouche sonrío a los visitantes por debajo de su casco militar francés de acero, con la cabeza ligeramente vuelta hacia la izquierda el uniforme abotonado hasta el cuello. «Muerto por Francia, 4 de diciembre de 1960», dice sobre su tumba. La fotografía impresa en la lápida de mármol muestra a un joven seguro de sí mismo, consciente sin duda en el momento de su muerte de que en sólo cinco días Charles de Gaulle llegaría a Argel para garantizar el futuro de la *Algérie française*. HOY YO, MAÑANA TÚ, está inscrito sobre las puertas de forja del antiguo cementerio francés de St.-Eugène. Los argelinos que se encuentran en los extramuros del camposanto harían bien en visitar este monumento al orgullo y la tragedia. También podrían hacerlo otros árabes, así como los judíos de Israel.



Argelia.

Están todos aquí, los españoles y los zuavos, la olvidada caballería de *la grande armée*, los maestros de escuela y los ingenieros que creían que Argelia sería para siempre francesa, profesores y funcionarios junto con sus matroniles esposas de Metz, Lille y Ruán, cuyos retratos —en algunos sonríen, en otros piensan en la mortalidad— resultan patéticos en el sentido más literal de la palabra; mandatarios muertos con el traje de los domingos. Los vándalos que pronto podrían tener un buen

motivo para profanar su lugar de reposo eterno todavía no han tocado al coronel del estado mayor Alexandre Édouard Constant Fourchauld (nacido en Orleans, el 19 de agosto de 1817), que yace bajo una pesada losa de mármol en la que se conmemora su represión de los musulmanes que osaron oponerse al mandato francés. Su busto de bronce representa a un hombre aterrador de pómulos salientes y poblado bigote, va tocado con un kepis militar ladeado con gracia, las campañas en las que luchó se enumeran debajo: «La Gran Kabilia, 1854; Jurjura, 1857; Marruecos, 1859; Alma Palestro, 1871; El Amra, 1876...». Héroe de Sebastopol y de la guerra franco-prusiana, murió en su país, en Francia, en una ciudad llamada Argel.

Desde esa misma ciudad, los compatriotas de Fourchauld fueron a morir en otro territorio francés. René y Edgar Guidecilli cayeron ambos en el Frente Occidental: René murió mientras cargaba contra las trincheras alemanas en el Marne el 25 de septiembre de 1915; Edgar a causa del fuego de metralla en ese mismo campo de batalla casi tres años después. Ambos miraban con timidez desde sus fotografías, ambos vestidos de uniforme, «para siempre en el recuerdo de su madre y su padre». La embajada francesa paga un *gardien* en St.-Eugène, al igual que en el cercano cementerio no cristiano, no para las tumbas de los musulmanes, sino de miles de ciudadanos judíos franceses que también creían que Argelia pertenecía a Francia. Sus sepulturas —escritas en hebreo así como en francés— continúan intactas y protegidas en esta capital árabe musulmana.

¿Cuántas catástrofes subyacen en este reducido espacio de tierra? William Lévy «murió por Francia el 16 de junio de 1940, en Arpajon (Seine-et-Oise) a los treinta años», supuestamente intentando detener el último asalto de Hitler contra los restos del ejército francés. En la foto tiene una mirada cómica, la expresión confiada de un hombre que cree que vivirá hasta edad avanzada. Una diminuta sinagoga, «dedicada por la comunidad israelí de Argel a sus hijos que murieron en el campo de honor», contiene docenas de fotografías de hombres tremendamente jóvenes con su uniforme francés. La mayoría de ellos murieron antes de saber de qué forma tan vergonzosa trataría su país a sus compatriotas judíos.

La historia se aproxima al visitante durante del recorrido de una senda angosta. «Aquí yace Jules Roger Lévy, víctima del terrorismo, fallecido el 3 de junio de 1957 a los treinta y cuatro años... aquí yace Albert Sarfati, víctima del terrorismo, fallecido el 20 de febrero de 1962 a los cuarenta y dos años...», y el más impactante de todos: «Aquí yace Josette Smaja, fallecida a los veinticuatro años junto a su prometido Paul Pérez, que murió apuñalado (*assassiné par arme blanche*) el 9 de junio de 1957». Eran ciudadanos de *la France d'Outre-Mer* y se contaban entre los *pieds noirs*<sup>[1]</sup>. Es un frío y tempestuoso mes de enero de 1992. Sus tumbas son una terrible advertencia para el gobierno de Argelia, cuyos gobernantes y oficiales del ejército se oponen, en la actualidad, a la república islámica con la misma firmeza con la que los franceses se oponían a la Argelia liberada.

La adusta iglesia decimonónica de Notre Dame de la Mer se levanta en una colina

sobre los cementerios; su escultura en bronce de Cristo —*Christus resurgens*— fue derribada y destrozada antes de la Navidad de 1991. En el mosaico que se encuentra sobre el altar hay una oración reveladora y casi colonial. «Nuestra Señora de África, ruega por nosotros y por los musulmanes». Un sacerdote francés de Montpellier se ocupa de los aproximadamente trescientos *pieds noirs* ancianos que jamás se marcharon. En la diminuta capilla de Ste.-Thérèse, en el barrio de Bab el Ued de Argel, quince de ellos se congregan cada sábado para recibir la comunión y se prometen unos a otros que jamás se marcharán.

Una mujer de sesenta y nueve años de Saumur —«como vivo aquí, no debe saber cómo me llamo»— acepta la historia con fatalismo. Es pequeña, tiene el rostro redondo y el cabello cano, sedoso y rizado. «De Gaulle no fue un hombre malo — afirma—. Para empezar dijo que nos “entendía”, y yo creo que se refería a que Argelia seguiría siendo francesa. Pero cuando viajó por la zona y vio la situación con sus propios ojos, se dio cuenta de que Francia no se quedaría aquí. No nos traicionó. Sólo cambió de opinión. Mi marido y yo nos quedamos porque era nuestro hogar. Él murió tres años después de la independencia, pero Argel seguía siendo mi hogar: su puerto, su mar y las montañas que amo. Mi hija Josette se casó con un argelino y se convirtió al islam. Ahora tiene un nombre musulmán, Zaiya. Sí, soy feliz ahora que soy anciana. Tengo muchos amigos, incluso en el Frente Islámico de Salvación». Sonríe con calidez, sin la ansiedad ni el miedo que percibo ahora en los rostros argelinos. A continuación dice con mucha delicadeza: «Todos tenemos un destino». Es una mujer que vive en la cúspide de una aterradora tragedia. Una orgía de degollaciones y terror, una guerra civil que sesgará 150 000 vidas, la está esperando, y a todos los extranjeros que están en Argelia y, más adelante, a todos los periodistas, funcionarios, islamistas, policías, tenderos, maridos, esposas e hijos.

La mujer de Saumur vivió los últimos años del sueño francés que se tornó pesadilla, aunque el sueño duró casi más de un siglo. Incluso ahora, ese sueño sigue vivo en las librerías de viejo de París. Allí pueden comprarse postales de la Argelia decimonónica en las que se ven los bungalós franceses situados tras las hayas, en las calles llenas de muchachas francesas ataviadas con largos vestidos y jóvenes franceses tocados con sombreros de paja. Una postal en color muestra una *épicerie* en la ciudad de Suk Ahras, donde los ciudadanos franceses pasean por la Rue Víctor Hugo. Hay iglesias francesas, lúgubres e imponentes, en pequeñas poblaciones, fuentes de losas rectangulares y hermosos trenes que circulan por las ornamentadas estaciones de los ferrocarriles franceses. En muchas de las postales, las pequeñas poblaciones francesas de Argelia aparecen vacías, sus capillas, *mairies* y despachos forman parte de un escenario en el que todavía no han aparecido los actores. Cuando aparecen argelinos en las fotografías suelen estar de pie o sentados, fuera del encuadre, con barbas largas o turbante, son una parte romántica del escenario, como las palmeras y las mezquitas que suelen verse a lo lejos. Una foto magnífica tomada en Oran en 1910 muestra más de un centenar de hombres, mujeres y niños franceses

sentados o de pie en una terraza del Grand Café Continental<sup>[\*]</sup>; un único personaje — al parecer, un muchacho que servía el té, que se encuentra al fondo a la izquierda de la foto— podría ser argelino. En ese año, la población de Argelia incluía a 400 000 franceses, 200 000 extranjeros de otras nacionalidades (en su mayoría españoles, malteses e italianos) y 4 500 000 argelinos musulmanes. En todas las postales hay un sello de cinco céntimos franceses donde se ve la imagen de Mariana, esa mandona y anciana madre de la nación francesa.

En el París actual puede comprarse una satinada revista mensual publicada para los *pieds noirs* y sus familias —que se creó con el respaldo del general francés golpista Edmond Jouhaud y Jacques Soustelle, ese elocuente partidario de la *Algérie française*—, cuyas páginas están llenas de fotografías de pulcras y ordenadas ciudades construidas por los franceses en el décimo país más grande del mundo, un país que creyeron parte de Francia. La revista está dedicada a los «*pieds noirs* de ayer y de hoy» y a «los harkis y sus amigos<sup>[2]</sup>». Al leer por encima una tras otra las nostálgicas páginas, no resulta difícil darse cuenta de la naturaleza esquizofrénica de la Argelia francesa. En la ciudad de Sidi Bel Abbès, por ejemplo, los barrios tenían nombres como Alexandre Dumas, Bonnier, Tésala y Sidi Yacoub. En el centro de la ciudad de Biskra se alzaba una enorme escultura de Monseigneur Charles Lavigerie en honor al obispo de Argel que intentó evangelizar Argelia y fundó la orden de los *Pères Blancs*. Ya que, aunque la invasión francesa de Argelia en 1830 tenía como objetivo distraer la atención de los problemas nacionales de los Borbones y vengar de un desaire al cónsul francés —el dey de Argel lo golpeó en la cara con un espantamoscas y lo llamó «granuja débil, ateo y adorador de ídolos»—, se convirtió rápidamente en una cruzada cristiana.

Los *pieds noirs* llegarían a creer más adelante que su misión en Argelia era «civilizar» una tierra que de no ser por ellos sería salvaje; de ahí el constante énfasis en la autoridad, la justicia, la educación y la tecnología moderna. Sin embargo, las pruebas contemporáneas y la literatura publicada en los primeros años de la conquista francesa nos cuentan una historia distinta. Cuando el Conde de Bourmont, el teniente general que dirigía la fuerza expedicionaria francesa a Argelia, llegó de la costa del norte de África con cuarenta y dos destructores, fragatas y corbetas, y otros sesenta navíos en mayo de 1830, emitió una proclama que resulta de una familiaridad casi tediosa:

Soldados, las naciones civilizadas de ambos mundos [el viejo y el nuevo] os contemplan; sus pensamientos están con vosotros; la causa de Francia es la causa de la humanidad; demostrad que sois dignos de esta noble misión. No permitamos que el exceso mancille el estandarte de vuestras hazañas; despiadados en el combate, debéis ser compasivos y magnánimos tras la victoria; irá en beneficio de vuestros intereses además de ser vuestro deber. Hasta ahora oprimido por unos soldados codiciosos y brutales, el árabe os considerará libertadores; rogará convertirse en nuestro aliado<sup>[\*]</sup>...

Ochenta y siete años antes de la proclama del general Maude al pueblo de Bagdad —en la que insistía que el ejército británico había invadido Iraq como libertador más

que como conquistador— y 173 años antes de que el presidente George W. Bush y el primer ministro Tony Blair invadieran el mismo país con las mismas excusas —y la firme creencia de que serían bienvenidos por la población árabe—, los franceses desembarcaron en la amable y protegida bahía de Sidi Ferruch con ilusiones idénticas de iniciar una prolongada y oscura historia de la Argelia colonial. El ejército francés invirtió los siguientes cincuenta años en la represión de una sublevación. Quince de ellos se invertirían en combatir al inteligente, aunque joven cabecilla de la resistencia argelina Abdel Kader. Ambos bandos cometieron atrocidades, e incluso la sociedad francesa se sintió conmocionada al saber que sus soldados habían asfixiado a 500 hombres, mujeres y niños argelinos al encender un fuego en la entrada de una cueva en la que se habían refugiado<sup>[\*]</sup>. Fue un horrible preludio del destino al que los turcos condenarían a miles de armenios durante el genocidio de 1915. Entre 1831 y 1839, los franceses perdieron 1412 soldados en la batalla de Argelia. Un diplomático francés realizó una descripción de pesadilla del país en 1841:

El país carece de comercio; la circulación de caravanas se ha suspendido... la sequía diezma los campos... los árabes, empeñados en provocar baños de sangre y decapitaciones, llegan hasta las mismas puertas de Argel<sup>[\*]</sup>.

Ya fuera por el desengaño o por un falso optimismo, Léon Galibert, al escribir una historia de Argelia sólo tres años después, describió con admiración las obras misioneras de la iglesia católica francesa —«porque hacen un gran énfasis en la consolidación de nuestra autoridad en Argelia»— y su deseo de conquistar el islam:

El 24 de diciembre de 1832, una de las más bellas mezquitas de Argel, ubicada en la calle Diván, se consagró a la fe católica. Los servicios religiosos se iniciaban con la solemnidad divina de una misa a media noche... Aquí nace una nueva era para la iglesia de África. La pompa y la magnificencia de la iglesia católica no sólo ha hecho que los nativos se den cuenta de que su conquistador cree en Dios y tiene una religión; las crecientes obras de beneficencia de la iglesia, de las que se benefician los nativos, los ha hecho entender que esta religión es, ante todo, misericordiosa y amiga del hombre... el cardenal Pacca, en su diario dedicado al mundo católico, se propone elogiar los esfuerzos que Francia ha realizado para propagar el cristianismo en sus dominios. «He visto en las costas de África... a la espiritual nación francesa reestablecer el estandarte de la cruz, reinstaurar los altares, convertir mezquitas infieles en templos consagrados al Todopoderoso y construir nuevas iglesias. Además, he visto en las costas de África un pío sacerdote seguido por devotos creyentes. No sólo los católicos lo recibían con aclamaciones y salves, sino que también recibía el respeto y la veneración de los infieles, árabes y beduinos... En Constantina, donde ya podemos encontrar a 5000 católicos... se transformó una hermosa mezquita en iglesia, y fue rebautizada como Nuestra Señora de las Angustias... gracias a la intervención francesa, el cristianismo está reconquistando, en esta parte de África, el poder que había adquirido en la primera época de la Iglesia<sup>[\*]</sup>».

La Iglesia consideraba este proselitismo como un reestablecimiento del cristianismo en un país en el que la misión católica de San Vicente de Paul se había establecido por primera vez en 1646. Sin embargo, el territorio en que los franceses tenían intención de asentarse albergaba menos sentimientos cristianos. Era conocida la afirmación de Said Bugeaud ante la Asamblea Nacional en 1840: «Donde quiera que haya agua potable y tierra fértil, allí se debe situar a los colonos, sin preocuparse

de a quién pertenece esa tierra<sup>[\*]</sup>». El propio progreso de Francia como democracia formó y reformó sus políticas en Argelia, su situación imperial se veía desafiada de forma constante por su propio liberalismo. Aunque los argelinos no tenían voto en el parlamento de la madre patria, se esperaba que se sacrificaran como franceses a la hora de enfrentarse a los enemigos de Francia; no fueron sólo los *pieds noirs* quienes acudieron a la lucha y murieron en el Frente Occidental en la Primera Guerra Mundial. En los extensos cementerios de guerra del norte de Francia, se cuentan por miles las lápidas argelinas con la media luna del islam. Por lo general están separadas de las de los muertos franceses, pero en el mismo recinto del cementerio. Su destino provocó un malestar generalizado en Argelia, aunque, en esa época, la desinformación sobre el hecho fue grande. En realidad, hay que buscar en los monográficos franceses del período de posguerra para encontrar algún análisis serio de esta sublevación. «Pese a la victoria del Mame [1914], las preocupaciones y prejuicios se magnificaron hasta convertirse en terribles relatos sobre la batalla de Charleroi», escribió un autor refiriéndose al centenario de la invasión francesa de Argelia en 1830<sup>[\*]</sup>.

En concreto se dijo que habíamos sacrificado a nuestros soldados musulmanes; que no teníamos más soldados en Argelia; que nuestra capacidad para el refuerzo de las tropas había desaparecido y que se enviaba a los reclutas a la línea de fuego en cuanto eran llamados a filas. Los episodios de resistencia crecían rápidamente en tres zonas, y, a principios de octubre, en la mestiza *commune* de Mascara, se produjo la rebelión de la [tribu] de Beni Chougrane, que estalló unos días después de las manifestaciones llevadas a cabo por el pueblo de Sidi Daho... lo cual acentuó la hostilidad de la región contra el reclutamiento.

Al parecer, los argelinos eran dignos de morir por Francia, pero no de participar en su democracia, una visión que expresó con mucha más sutileza uno de los generales gobernantes más expertos en 1926:

No cabe duda alguna de que conceder a todo el mundo el derecho al voto —por lo que muy pocos se preocupan en realidad— no solucionaría por sí solo el problema con los nativos. Es del todo encomiable que quienes ya son hombres del siglo XX reclamen este derecho, pero debemos ser conscientes de que los demás, que escogen perpetuar respetables tradiciones, apenas alcanzan el grado de madurez del siglo XIII<sup>[\*]</sup>...

La crueldad y la opresión marcaron los últimos años del mandato francés. Hoy en día, en torno a los muros del Museo de los Mártires en Argel, bajo los imponentes alerones de cemento del monumento en memoria a los caídos, que fueron más de un millón de argelinos muertos en la guerra de independencia de 1954-1962 contra Francia, el visitante puede ver todo lo que desee sobre la terrible contienda. El conservador del museo ha escogido la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven y el *Concierto para violín en do mayor* de Brahms como música ambiental para suavizar la pruebas de la barbarie. Hay documentos militares franceses en los que se exige la detención de los líderes de la guerrilla. Hay grilletes, látigos y pistolas. Carteles de cuarenta y tres años de antigüedad, impresos en secreto por el Frente de Liberación Nacional — el FLN—, informan al movimiento de resistencia que es «el faro del socialismo

africano». Hay fotografías en color sepia de «mártires» y hombres torturados argelinos, con los rostros destrozados o cubiertos de sangre, víctimas de la 10.<sup>a</sup> División de Paracaidistas del general Jacques Massu. Y hay una vitrina llena de parafernalia de la policía militar francesa, de balas y cartuchos, y un Pequeño objeto metálico con forma de piña, con la etiqueta: «Granada de fragmentación defensiva Mark 2 estadounidense».

La mayoría de historiadores están de acuerdo en que la matanza en Sétif, en 1945 —cuando los colonos europeos y los gendarmes y soldados franceses mataron a unos 6000 musulmanes en venganza por el asesinato de 103 europeos—, contribuyó a provocar la lucha por la independencia. También coinciden en que los subsiguientes intentos de Francia de introducir reformas llegaron demasiado tarde. No menos importante fue el hecho de que las autoridades francesas amañaran de forma flagrante las elecciones «democráticas», por lo que los musulmanes jamás pudieron alcanzar la igualdad con los argelinos franceses. En cuanto el FLN declaró la guerra en 1954, los argelinos musulmanes «moderados» fueron acallados por sus opositores nacionalistas, entre los que se incluía el hacía tiempo olvidado movimiento de independencia, la Asociación de Ulemas, que consideraba la batalla una cuestión más religiosa que política. Los primeros ataques del FLN fueron insignificantes. Un gendarme francés murió asesinado en el interior, el *bled* —término que viene de *balad*, palabra árabe que significa «pueblo»— o en las montañas de la Kabilia. El FLN emprendió una campaña para cortar los postes de telégrafos y poner pequeñas bombas en las oficinas de correos, líneas aéreas y despachos gubernamentales. Cuando la guerra se intensificó, hasta 500 000 soldados franceses luchaban en las ciudades y montañas, sobre todo en Lajdaria, al este de Argel, mediante ataques aéreos y con helicópteros para dar caza a las bandas de la guerrilla. Algunas veces, los guerrilleros salían airoso; los restos de un helicóptero derribado en el *bled* se exponen en la actualidad en el Museo de los Mártires.

Algunos argelinos proclaman que, en realidad, un millón y medio de sus compatriotas podrían haber muerto en la guerra de ocho años que finalizó en 1962, si bien es cierto que 500 000 de ellos habían muerto a manos de sus propios camaradas en la matanza de la batalla. El conflicto supuso una traición de los argelinos musulmanes entre sí, del gobierno francés con los argelinos franceses, de forma específica —lo que está en el pensamiento de muchos *pieds noirs*— por parte de De Gaulle. Los guerrilleros asesinaron, violaron y mutilaron a los soldados y civiles capturados. El ejército francés asesinaba a los prisioneros y perpetró matanzas de poblaciones enteras. Ellos también violaron a sus víctimas.

La guerra de independencia se convirtió en la base de la política argelina moderna, una fuente de referencia violenta tanto por su supuesto *pouvoir* socialista y corrupto como quienes se oponían al gobierno. La guerra fue sucia, aunque siempre podía apelarse a ella como factor purificador de la vida argelina. El gobierno revolucionario de Argel contrató a Gillo Pontecorvo para realizar una película del

alzamiento inicial de 1954-1957, y *La batalla de Argel* sigue siendo una de los clásicos sobre la lucha y el sacrificio de los guerrilleros. Hay un momento dramático en que el coronel Mathieu, una forma velada del personaje real del general Massu, conduce al cabecilla capturado del FLN, Larbi ben M'Hidi, a la sala donde se celebra la rueda de prensa. Un periodista pregunta sobre el aspecto ético de ocultar bombas en las cestas de la compra de las mujeres. «¿No le parece un poco cobarde usar cestos y bolsos para llevar artefactos explosivos que matan a tantas personas?». Ben M'Hidi responde: «¿Acaso no le parece mucho más cobarde arrojar bombas de napalm sobre poblaciones indefensas, de forma que se producen miles de víctimas inocentes más? Si admite lo de sus bombarderos, yo admitiré lo de nuestras cestas». Mathieu declara en público no estar arrepentido de haber usado la tortura durante los interrogatorios. «¿Deberíamos quedarnos en Argelia?», le pregunta el periodista. «Si uno responde que sí, debe aceptar las forzosas consecuencias». La película contiene numerosas lecciones para los ocupantes estadounidenses y británicos de Iraq. No resultó sorprendente que, a principios de 2004, el Pentágono organizara un pase para expertos civiles y militares en Washington, que recibieron la invitación en un folleto que decía: «Cómo ganar una batalla contra el terrorismo y perder la guerra de las ideas».

Sin embargo, aunque la guerra era una tema que retomaban siempre los argelinos, a lo largo de casi tres décadas se borró de la memoria colectiva de los franceses. Durante años, *La batalla de Argel* estuvo prohibida en Francia y cuando se proyectó, los cines fueron objeto de ataques con bomba. Pasaron treinta años antes de que un director de cine francés entrevistara a los reclutas olvidados del conflicto en el que murieron 27 000 soldados franceses. El documental de Bertrand Tavernier *La guerre sans nom* mostraba a veteranos que rompían a llorar y expresaban su tristeza por haber matado a argelinos. En el mismo año, 1992, el Musée d'Histoire Contemporaine celebró su primera exposición sobre la guerra y publicó una guía de 320 páginas que no pretendía ocultar su brutalidad<sup>[\*]</sup>. En 2000 el presidente Jacques Chirac se negó a publicar una disculpa formal por las torturas que cometieron los soldados franceses durante la guerra. Cuando el general Paul Aussaresses, ya hacía tiempo retirado, coordinador del servicio secreto francés en Argel en 1957, publicó sus memorias en 2001 y presumió de haber ejecutado personalmente a argelinos, Amnistía Internacional exigió una investigación al gobierno francés<sup>[\*]</sup>. Aussaresses declaró que François Mitterrand, que era ministro socialista del Interior en la época, estaba completamente al corriente de las torturas y ejecuciones perpetradas por los soldados franceses en Argelia. Sin embargo, el gobierno argelino de la época mantuvo lo que un periodista argelino llamó «un cobarde silencio» ante las revelaciones de Aussaresses<sup>[\*]</sup>, sobre todo porque, desde hacía tiempo, su propio servicio de seguridad practicaba con su pueblo las mismas torturas que Aussaresses y sus esbirros habían recuperado para los argelinos. Incluso en París murieron centenares de argelinos cuando se manifestaron, en octubre de 1961, contra un toque

de queda nocturno que les había impuesto la policía. La policía francesa atacó con brutalidad a los manifestantes y pueden haber muerto asesinados, nada más y nada menos, que 300 personas. Al día siguiente se arrojaron sus cadáveres al río Sena. Hasta el día de hoy, las autoridades no han abierto todos los archivos sobre esta matanza, aunque el prefecto de policía que ordenó la represión fue Maurice Papon, condenado en abril de 1998 por crímenes contra la humanidad durante la ocupación alemana.

Al igual que la afirmación inicial de los franceses de que habían invadido Argelia para «liberar» a su pueblo tiene una dolorosa resonancia en la actualidad, también la tienen las peticiones de ayuda del gobierno francés al gobierno de los Estados Unidos durante la guerra argelina de la independencia. Francia, según les contaron a los estadounidenses, estaba luchando para defender a Occidente contra la yihad, contra «el fanatismo islámico de Oriente Próximo<sup>[\*]</sup>». Según proclamaban los franceses, éste era un choque de civilizaciones. Estaban equivocados, por supuesto —los franceses combatían una sublevación nacionalista en Argelia, al igual que los estadounidenses acabaron combatiendo una sublevación nacionalista en Iraq—, pero la contienda islámica de la batalla por la independencia de 1954-1962 se ha ignorado durante mucho tiempo, sobre todo porque el gobierno argelino acabó combatiendo contra un enemigo islámico en la década de 1990.

Mohamed Buyali me mostró la foto instantánea de su hermano muerto. «Se la sacaron cuando Mustafá ya había huido. El gobierno jamás consiguió una foto suya con barba. Esta es una foto histórica». Argelia estaba sumiéndose en su aterradora nueva guerra mientras hablábamos, en julio de 1992, un conflicto tan espantoso que la imagen que me pasó jamás le fue devuelta. Cuando regresé a Argelia, la casa de Mohamed Buyali se encontraba en una zona controlada por el Groupe Islamique Armé (Grupo Islámico Armado, GIA), e incluso mi chófer argelino se negó a llegar hasta la vivienda. La imagen que me enseñan es borrosa aunque intensa, porque el hombre tiene un rostro imponente y una poblada barba, y mira con dureza y suspicacia a la cámara: son los ojos de un hombre perseguido. En 1992, su hermano y yo estábamos sentados en su casa de techos altos, luminosa y aireada en el pueblo argelino de Ashur, del que Mustafá Bouyali había huido hacía justo diez años y jamás había regresado.

La foto está ligeramente desenfocada, el papel está agrietado y sucio. Debe de haber sido mostrada muchas veces a amigos de confianza de la familia: la imagen de un «mártir» venerado desde esa lluviosa noche del 3 de enero de 1987 en la que el ejército argelino lo atrapó en una emboscada, en el camino de Larba, y un soldado le disparó en la cabeza. Es una foto mediocre, sin marco, aunque sería difícil subestimar la influencia que ha tenido este hombre en la historia moderna de Argelia.

En Occidente no se ha hablado mucho de su historia, ni mucho menos se habla de

ella en el entorno público de Argelia. Con todo, fue el hombre que sirvió de inspiración a los grupos armados que atacaron al gobierno de Argelia en la década de 1990. Fue el catalizador que estaba tras el movimiento de la guerrilla islámica, que en esa época se dedicaba a asesinar a los agentes de policía de toda Argelia, 120 en sólo seis meses. Allí, en la población de Ashur, en la aireada casa con su cálido y sintético sofá de terciopelo, la mesa cubierta con un hule y los melocotoneros del jardín trasero, se encontraba el histórico eslabón perdido entre la brutal guerra de la independencia de Argelia y la guerra civil, cada vez más despiadada, de la década de 1990, un punto de referencia para la traición sufrida por Argelia y la continuidad de su tragedia. Como Buyali fue al mismo tiempo leal combatiente de la guerrilla del FLN contra Francia y combatiente de la guerrilla islámica contra el gobierno del FLN que sustituyó al mandato francés, sus actividades hicieron que se cuestionara el significado de la historia argelina. ¿Cómo podía un hombre encarcelado por los franceses, un *maquisard* del FLN, decidir ser el cabecilla de otros maquis islámicos contra sus antiguos camaradas?

Mustafá Buyali nació en Ashur, el 27 de enero de 1940, y se unió al FLN a los dieciséis años. Se dedicaba a recaudar fondos para el movimiento de la guerrilla nacionalista en su propio pueblo, que formaba parte de la VI zona de la IV wilaya del FLN. En 1958 lo detuvo la policía francesa en la pequeña casa de Ashur y lo condenaron a dos años de prisión. Cuando lo soltaron, los franceses intentaron obligarlo a ingresar en su ejército, pero, tres meses después, escapó del cuartel de Blida y fue nombrado oficial del FLN de Argel. Su antiguo camarada de guerra Abdul Hadi Saya, a quien en esa misma época detuvieron los franceses, recuerda a Buyali, incluso entonces, como un «militante islámico». Según Sayah, Buyali encontró en el FLN «una forma de hacer la yihad contra los franceses; mantuvo su visión islámica incluso cuando estaba en el FLN».

Su hermano Mohamed está de acuerdo con ello, aunque en otra antigua foto de su hermano se ve a Buyali con el uniforme de la guerrilla del FLN, vestido con túnica de camuflaje, capucha y botas militares, posa de forma teatral, como si estuviera a punto de atacar a un enemigo, y sostiene ante sí un viejo fusil de retrocarga. La foto está coloreada, como solía hacerse en la época: el uniforme de verde chillón, el cielo de azul celeste y el rostro de un amarillo enfermizo. El cristal del marco está rajado. Hubo otros simpatizantes anónimos del FLN en esa época. Uno de ellos, que conspiró para hacer volar por los aires un edificio del gobierno francés, se llamaba Abassi Madani. Pasó gran parte de la guerra encarcelado.

El resentimiento que había generado la guerra era incuestionable. Los franceses descubrieron horrorizados que cientos de sus «leales» soldados musulmanes estaban desertando para unirse al bando del FLN, y se llevaban las armas consigo. Encontraron a los prisioneros franceses del FLN sin ojos y con sus torturados genitales metidos en la boca. Los franceses respondieron con masivas operaciones de detención, e internaron a miles de hombres argelinos en campos del desierto sin

juicio previo. Se impuso la pena de muerte a los guerrilleros capturados; la mayoría de los condenados murieron en la guillotina, salvo que fuera conveniente, desde un punto de vista político, aplicar sentencias más laxas. Cuando De Gaulle regresó al poder tras su exilio en Colombey-les-Deux-Églises, llegó a Argelia para dar, supuestamente, su apoyo a los *pieds noirs* —*Je vous ai compris*, les dijo—, pero procedió a negociar con el FLN y dio la espalda al ejército francés que lo había ayudado a recuperar el poder. En 1960, De Gaulle negoció, en persona, con tres cabecillas de la IV wilaya del FLN, la zona de Buyali. Gran parte de los subsiguientes intentos de asesinato contra De Gaulle, un total de veinticuatro en tres años, fueron perpetrados por franceses, algunos de ellos de las fuerzas de seguridad.

Las similitudes históricas resultan asombrosas, puesto que todos estos incidentes, salvo uno, se repitieron, en cierta forma, en Argelia durante los primeros siete meses de 1990. Una y otra vez, el gobierno argelino seguía los pasos de los antiguos gobiernos franceses. Y no ocurrió por casualidad. Al fin y al cabo, los franceses habían enseñado a los argelinos que las elecciones se podían amañar. La historiadora francesa Annie Rey-Goldzeiguer ha descrito cómo «pervertimos a los argelinos<sup>[\*]</sup>. Les enseñamos que podían jugar con la democracia, engañar a la democracia... Fuimos maestros de primera de la antidemocracia». Y mientras las autoridades argelinas desempeñaban el papel de sus antiguos gobernantes franceses, los opositores islamistas del régimen argelino imitaban, una y otra vez, las actividades del antiguo FLN.

Los cabecillas de la guerra engañaron a los argelinos al privarlos de los frutos de la independencia. En los últimos meses previos a la liberación, los maquis del «interior» —que habían luchado contra las más duras unidades de paracaidistas franceses— se opusieron a la forma en que el liderazgo del «exterior», de Túnez y luego de Trípoli —hombres como Ahmed ben Bella y Huari Bumedián—, intentó imponer la política sobre el futuro estado argelino. El quijotesco mandato posterior a la independencia de Ben Bella enfureció a Buyali, que en ese momento era dirigente del FLN y trabajaba en la empresa electrónica argelina nacional SONALEC. «La primera discusión de Mustafá fue por el derecho de los hombres de “exterior” para decidir el futuro de Argelia —dijo Mohamed Buyali—. Fue su primer desacuerdo con el sistema. No quería obedecer al “cártel” de Trípoli, quería un congreso del FLN dentro de Argelia». A finales de 1963, volvió a unirse a los maquis, junto con el Front des Forces Socialistes, el FFS, con Hoicine Ait Ahmed, el hach Ul Mohand y Krim Belkacem. Sin embargo, tras seis meses de lucha, Ben Bella les prometió que habría una representación justa en el gobierno, tanto de hombres del «interior» como del «exterior». En 1992, Hoicine Ait Ahmed era dirigente del FFS. El hach Ul, veterano de la batalla de la Gran Kabilia, se salvó del destino de su colega Belkacem, que más adelante fue estrangulado en un hotel de Francfort, supuestamente por órdenes de Bumedián.

Buyali regresó a la vida civil y ocupó un cargo político en el FLN de la kasba de

Argel hasta el golpe de Estado de Bumedián contra Ben Bella en 1965. Según su camarada de guerra y colega Saya, Buyali se negó a enviar el típico telegrama de felicitación al nuevo «consejo revolucionario» de Bumedián. «Dijo que se negaba a apoyar un golpe de Estado. Pero el FLN apoyaba el golpe. Yo estaba de acuerdo con mi amigo Mustafá Buyali. Ambos pensábamos que el pueblo ya había sufrido bastante. Era hora de que todos los argelinos fueran consultados sobre su futuro. Queríamos democracia».

Saya recuerda que Bouyali y otros antiguos camaradas del FLN que se oponían a la dictadura de Bumedián se reunían en secreto en casas particulares —en algunas ocasiones, en el propio bungaló de Saya, en la afueras de Argel— para hablar sobre una futura Argelia y la posibilidad de un Estado islámico. Saya, que estaba recuperándose de una pleuresía cuando lo conocí y hablé con él de forma breve, con frases sin hálito, todavía se mostraba emotivo al evocar esa época. «Debe entender que lo que está ocurriendo ahora en Argelia es el resultado directo de la oposición que inició Buyali en 1965. Nuestra oposición quería trabajar por un futuro, un futuro democrático, sin baños de sangre. El islam era una parte fundamental de nuestra creencia, incluso cuando combatimos a los franceses. Los franceses llegaron [en 1830], destruyeron nuestras mezquitas y nos impidieron hablar nuestra lengua con libertad, la lengua del Corán. Después, una vez más, durante el mandato de Bumedián, nos vimos privados de libertad. Nuestras reuniones eran religiosas, sí. Nuestras conversaciones clandestinas siempre empezaban con las lecturas del Corán y decíamos *Alahu akbar* como lo hacíamos cuando íbamos a la batalla durante la guerra con los franceses. La tendencia islámica era un sentimiento muy intenso para nosotros... No le pusimos nombre a nuestro movimiento porque el aparato de seguridad militar de Bumedián era muy poderoso y le habría resultado más fácil detenernos si nos podía identificar a todos».

El jeque Mahfuz Nahna, que en 1992 dirigía el partido Hamás (sin ninguna relación con su homólogo palestino), el jeque Ahmed Sahnun, el último superviviente de la antigua Asociación de Ulemas, que en ese momento era el imam de la mezquita de la Cité la Concorde de las afueras de Argel, y dos personajes religiosos que murieron durante un arresto domiciliario —Abdul Latif Soltani y el jeque Musba— eran los compañeros de Buyali en esas reuniones secretas, aunque pronto le dieron un nombre a su movimiento, el Grupo de Valores (*al kiam*). El gobierno argelino prohibió el movimiento cuando éste expresó públicamente su oposición a que Nasser ejecutara al teólogo islámico Said Qotb en Egipto; una condena que puso en una situación embarazosa al régimen de Bumedián.

Según Mohamed Buyali, su hermano también empezó a sermonear a los musulmanes en su mezquita local de Ashur, y recibía la ayuda de un personaje de mayor rango, Abdul Hadi Dudi, que en 1992 era imam de la mezquita de Marsella. «Mustafá hablaba sobre el islam como un sistema de gobierno, así que hablaba de política. Sus discursos trataban sobre la educación política en el islam. Denunciaba la

corrupción e incluso solía dar nombres de personas corruptas del régimen... Los viernes, el pueblo al completo quedaba cerrado a cal y canto porque muchísima gente iba a escuchar a Mustafá y a Abdul Hadi».

En diciembre de 1978 murió Bumedián, y lo sucedió Chadli Benyedid, cuyo mandato fue también dictatorial y de una corrupción más manifiesta que la de su predecesor. La policía empezó a vigilar a Buyali. «Los hombres del gobierno se presentaban en la mezquita y empezaban a anotar los números de las matrículas de los coches para intimidar a las personas que estaban escuchando a Mustafá —dice Mohamed Buyali—. Filmaban a la multitud. No dejaban de pedirle a Mustafá que fuera a la comisaría para someterse a interrogatorios. Lo hacían a diario; hasta el 3 de octubre de 1981. Cuando se fue a trabajar ese día, policías vestidos de paisano intentaron secuestrarlo, y sus compañeros de trabajo lo rescataron. Mustafá huyó a la casa de su abuelo. Estaba seguro de que la policía quería secuestrarlo y de que “desaparecería”».

Más adelante, los amigos actuaron como intermediarios para concertar un encuentro entre la policía y Buyali. Le dijeron que el incidente había sido un error. Según su hermano, el capitán de la policía de seguridad nacional argelina advirtió a Mustafá Buyali que se estaba «metiendo en política». «Mustafá respondió: “Pero, para mí, toda la vida es política”». En febrero de 1982, según la familia Buyali, el historial de Mustafá se transfirió de la policía de seguridad a los servicios secretos militares argelinos, una señal que no auguraba nada bueno. El 28 de abril escapó tras escalar el muro de su casa en Ashur, mientras unos hombres armados y vestidos de paisano lo esperaban en la puerta de entrada para detenerlo cuando saliera a dirigir las oraciones del amanecer en la mezquita.

«En ese momento estaba huido de verdad y empezó a establecer contactos para la acción militar —recuerda Mohamed Buyali—. Habló con la mayoría de estudiosos, con el jeque Nahna, Alí Belhaj, el jeque Ahmed Sahnun y Abassi Madani. Dijo que podrían iniciar una acción militar, que debían hablar en las mezquitas. Encontró a sus antiguos camaradas maquis en las montañas, por cientos, y formaron grupos armados. Mustafá se puso en contacto con el joven Bab el Ued y empezó a fabricar bombas». Nahna no desempeñó ningún papel militar y Sahnun era mayor, pero Belhaj y Madani se convirtieron en cabecillas del Front Islamique du Salut (Frente Islámico de Salvación, FIS).

A finales de 1982, Buyali disparó e hirió a un agente de policía en un control de carreteras, y el gobierno arremetió contra sus seguidores; detuvieron a 47 de ellos entre mediados de diciembre y principios de enero de 1983, a otros 103 en mayo. En los años siguientes, Buyali llevó a cabo robos para recaudar fondos. Su grupo asaltó la academia de policía para conseguir armas. Saya, que dejó a Buyali a su pesar cuando su amigo optó por la sublevación armada, denuncia que la policía se había vengado mucho antes de Buyali al dispararle en la cabeza a uno de sus hermanos delante de sus propios hijos, y que fue esto lo que llevó a Buyali a abandonar el

diálogo a favor de la guerra. «Tomó las montañas... en la Mitiya, en Medea, en Lajdaria, por todo el país, incluso hasta Sétif. Hubo batallas campales, una verdadera guerra».

Fue una guerra secreta de la que el mundo jamás escuchó hablar. Hubo más ataques del gobierno. Uno de los principales tenientes de Buyali, Abdelkader Cebuti, fue detenido y condenado a muerte. Sin embargo, Chadli Benyedid lo indultó y volvió a luchar con los maquis de Buyali después del fallecimiento de su cabecilla. Docenas de camaradas de Buyali estaban librando una «guerra islámica» contra el ejército soviético en Afganistán, donde llegaron a admirar a Abdulá Azzam, cabecilla de la guerrilla palestina islámica que murió asesinado por la explosión de un coche bomba en 1989. Otro de sus héroes en Afganistán era un combatiente egipcio llamado Shawki el Islambuli, hermano del hombre que asesinó al presidente Sadat de Egipto en octubre de 1981.

Cuando por fin dieron con Buyali, los periódicos argelinos sólo informaron de la muerte de un «terrorista». «Lo entregó su chófer —dice Mohamed Buyali—. Mustafá viajaba por las montañas próximas a Larba, a última hora de la noche, en plena tormenta. Habían detenido a su chófer y lo habían liberado unos días antes. Por lo general, Mustafá se mantenía alejado de las personas que habían estado detenidas por si habían logrado ponerlas en su contra. Habían torturado al chófer. Iban por la carretera cuando Mustafá se dio cuenta de que el conductor ponía las largas y volvía poner las cortas, y sus amigos lo escucharon gritar: “¡Traidor!”. En ese momento, empezaron a disparar desde ambos lados de la carretera y Mustafá murió junto con cinco de sus hombres». Según Saya, el último acto terrenal de Mustafá Buyali fue ejecutar a su chófer de un tiro en la cabeza, segundos antes de que le entrara a él una bala por la frente.

Sin embargo, el legado póstumo de Buyali fue mucho más violento. Cuando los soldados de Chadli Benyedid mataron hasta 500 manifestantes que exigían la democracia en Argel en 1988, el hecho contribuyó a que naciera el FIS, entre cuyos líderes se encontraban Madani y Belhaj, antiguos colaboradores de Buyali. Este hecho fue, a su manera, un cataclismo como la matanza acontecida hacía tiempo en Sétif. El presidente Benyedid tuvo que enfrentarse a la presión por la reforma, al igual que las autoridades francesas antes de la guerra de independencia. Cuando los militares cancelaron la segunda ronda de las elecciones nacionales de 1992 —después de una primera ronda que demostró que el FIS ganaría—, esta supresión de la democracia fue tan cínica como la manipulación de los franceses de sus propias elecciones en Argelia. Benyedid fue derrotado en las generales. El FIS fue prohibido y empezó una guerra de guerrillas de intensidad creciente.

Estos «nuevos» maquis de 1992 fueron, en un principio, hombres que habían luchado con Buyali en las montañas, y utilizaban los mismos métodos que el antiguo FLN contra los franceses. Cortaban los postes de teléfono y de electricidad, y colocaban bombas en las oficinas de correos, en las sedes de líneas aéreas y

despachos gubernamentales. Asesinaban policías. El gobierno respondió —como lo habían hecho los franceses al enfrentarse al FLN— llamando «terroristas» a sus enemigos. Miles de soldados argelinos, entre los que se incluían paracaidistas —muchos de ellos preparados por sus antiguos maestros coloniales en Francia— empezaron a perseguir a los antiguos camaradas de Buyali y a los jóvenes discípulos de Lajdaria, Yemila, Sidi bel Abbès y Yiyel, al igual que el Régiment de Chasseurs Parachutistes francés había perseguido al FLN, en esas mismas localidades, hacía más de tres décadas. Durante estas operaciones, que prácticamente no se hicieron públicas ni dentro ni fuera de Argelia, docenas de soldados desertaron para incorporarse a la «resistencia» islámica, y se llevaron sus fusiles, como los Tirailleurs Algériens franceses que se habían pasado al FLN en otro tiempo.

Así pues, la traición a la revolución contra Francia provocó una repetición de la historia. Al igual que los dictadores del FLN corrompieron su país, su victoria original acabó siendo considerada como una traición, y su camarilla francófona y occidental era una copia mediocre del antiguo régimen colonial francés (aunque en su origen fuera de estilo soviético). Su cultura francesa —lo que los argelinos calificaban como «la maldita herencia»— sugería que nada había cambiado. Los jóvenes parados de Argelia empezaron a cansarse de las falsas promesas de la guerra de independencia, estaban hartos de escuchar hablar sobre la revolución, cansados de recordar a los héroes muertos que no les aportaron más que indigencia y problemas de vivienda. En 1992, más del 75 por ciento de la población argelina había nacido tras la guerra de la independencia. Por tanto ¿resultaba sorprendente que los primeros objetivos de los islamistas fueran los ancianos supervivientes de esa guerra? En la prensa argelina aparecían, a diario, noticias de la muerte de los viejos muyahidines de 1954-1962, ancianos combatientes a los que habían encontrado degollados en pueblos y ciudades en los que, durante más de treinta años, habían sido honrados como soldados veteranos. Los jóvenes daban rienda suelta a su furia incluso en sus sepulturas. El gobierno argelino descubrió, consternado, las tumbas abiertas de los «mártires» del FLN, los huesos —acribillados por las balas francesas hacía tres décadas— habían sido machacados con piedras por argelinos que supuestamente honraban su memoria.

No resultó sorprendente que los futuros gobiernos argelinos fueran obligados a reconocer el verdadero alcance de la amenaza a la que se enfrentaban. Cuando el primer ministro argelino Mokdad Sifi me preguntó en 1995 si sabía quién era Buyali, fue algo decisivo, reflejaba una comprensión del papel histórico de Buyali, de las conexiones que lo ligaban con el pasado así como con el presente. El conflicto de 1954-1962 fue una guerra civil así como una guerra de independencia contra los franceses. En el período posterior, Argelia estuvo oprimida con un corsé de acero durante los años de la dictadura de posguerra, al igual que Tito envolvió a Yugoslavia con su abrazo de acero tras la Segunda Guerra Mundial. Cuando el acero se oxida, la historia recoge lo que ha dejado. Por ello, tanto el gobierno argelino como sus

opositores armados echaron la vista atrás más que hacia delante. Las autoridades hicieron promesas al estilo de Bumedián sobre la prosperidad futura, la democracia y el apoyo popular. Los islamistas arremetieron contra la cultura y las artes, y hablaron de un califato. Incluso Hasan Turabi, el prelado sudanés que había tenido mayor influencia en los islamistas, según el gobierno argelino, admitió, cuando lo entrevisté en 1992, que no podía entender a los gobernantes musulmanes de Argelia. «No hablarán sobre el futuro —se lamentaba<sup>[\*]</sup>—, Hablé con Abbas Madani antes de las elecciones... Y le pregunté: “¿Cómo es tu programa? ¿Qué vas a hacer después de las elecciones? ¿Has iniciado un diálogo con los franceses?...” Y él se limitó a decir: “No, no, lo único que queremos es ganar las elecciones”».

Unos meses después de la última sublevación, el gobierno argelino, dirigido en realidad por un círculo de privilegiados oficiales del ejército y con un tremendo poder, buscó la inspiración en Oriente Próximo para su lucha contra el «terrorismo fundamentalista». Publicaron libros y panfletos sobre el origen de la predicación islámica con la intención de convencer a los diplomáticos y a los periodistas extranjeros de que el origen del «terrorismo» argelino se encontraba en la Hermandad Musulmana Egipcia, en Pakistán y en Arabia Saudí. En 1995, el ministro del Interior llegó a declarar que el Hezbolá libanes, los iraníes y el movimiento Hamás palestino habían entrado en contacto con el GIA argelino durante un encuentro celebrado en Trípoli, en el norte del Líbano. La historia era la fantasía de un novelista francés — que alegó que los «servicios secretos sirios» le habían servido de inspiración— que había sido reaprovechada en un artículo de *The New York Times*. Los argelinos buscaron por todas partes —en cualquier lugar— una forma de probar que la sublevación de Argelia no era argelina. Al igual que pensaron los estadounidenses en Iraq diez años más tarde, los enemigos del gobierno argelino debían ser extranjeros, extraños, personajes oscuros que habían cruzado la frontera para luchar contra las fuerzas de la democracia.

Ambos bandos albergaban ilusiones complementarias. Muchos franceses habían pensado que estaban combatiendo el comunismo en Argelia cuando en realidad estaban luchando contra el nacionalismo; o contra el islam, si creemos a los camaradas de Buyali y a los propagandistas franceses de la época. La «resistencia» islámica creía que la guerra de la independencia había sido, en parte, una yihad islámica, aunque —teniendo en cuenta el peso de las pruebas documentales que demuestran lo contrario— sin duda no lo era para la mayoría de los participantes. Los antiguos partidarios de Buyali —los que lo dejaron cuando fue a las montañas— todavía creen que, si al menos los sucesivos gobiernos argelinos hubieran hablado con sus oponentes en lugar de haberlos encarcelado, la crisis se podría haber resuelto. En cambio, los que escogieron la lucha armada convirtieron el recuerdo de Mustafá Buyali en la inspiración para generar más conflictos. Su hermano Mohamed tiene otra fotografía de él. Es una instantánea en color de Buyali en sus últimos meses de vida: está sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la cueva de una montaña, leyendo

un Corán que tiene abierto delante de sí. Hay una metralleta francesa apoyada contra la pared, a su derecha. Por supuesto, hoy recuerdo a otro islamista armado que se sienta en el suelo de una cueva y lee el Corán con una metralleta a su vera.

¿Acaso Buyali condenó a su pueblo a repetir la espantosa guerra que acabó en 1962? En julio de 1992 volvieron a capturar al antiguo camarada de Buyali, Abdelkader Cebuti, junto con otro antiguo partidario de Buyali, Mansuri Meliani, después de un tiroteo en Ashur. Los atraparon a unos pocos metros de la tumba sin identificar de Buyali.

La «democracia» —término que en el contexto argelino, al igual que «Palestina», debe utilizarse siempre entrecomillado— tocó a su fin el 12 de enero de 1992, cuando el gobierno aprobó la ley marcial y privó al FIS de su victoria electoral democrática al cancelar la segunda vuelta de los comicios que debía celebrarse cuatro días después. Yo había llegado a Argel con un visado para cubrir las elecciones que ya no se iban a celebrar. Como me habían animado a ser testigo del «experimento democrático» de Argelia, me registré en el antiguo hotel francés de Saint Georges, que había sido cuartel general durante la Segunda Guerra Mundial para el general Dwight D. Eisenhower —ahora se llama hotel El Yezair—, y allí, en la vieja y parpadeante televisión del bar del hotel, escuché que Chadli Benyedid presentaba su dimisión. Los «matones» del gobierno, a quienes habían preparado para ensalzar ante nosotros las maravillas de la «democracia» argelina, de pronto tuvieron que reprogramarse para explicar por qué la «democracia» sólo podía protegerse suspendiendo la «democracia». Era una misión difícil. Destruir una población vietnamita para salvarla era una cosa. Destruir la democracia para salvarla era otra cosa bien distinta.

El ejército había expulsado a Chadli Benyedid de la presidencia y un Consejo de Estado formado por cinco hombres —entre los que se incluía el general más poderoso de Argelia, Jaled el Nezzar— anunció que gobernaría el país. Aunque parecía carecer de legalidad constitucional, este Consejo necesitaba un personaje simbólico para sentarse en el trono; desesperadas, las autoridades recuperaron un héroe del pasado, un hombre con un destino que regresaría del exilio para gobernar Argelia en sus horas de necesidad. Al igual que De Gaulle había regresado de Colombey-les-Deux-Églises, Mohamed Budiaf, veterano de la guerra de 1954-1962 y uno de los fundadores del FLN, debía regresar a Argelia. Dijo a su pueblo que entendía sus necesidades, al igual que De Gaulle dijo que entendía a los argelinos franceses. No habría república islámica en Argelia.

Los dirigentes islamistas argelinos —anonadados al descubrir al ejército en el poder del país que creían que iban a gobernar— advirtieron que no tolerarían ningún intento de cancelar la segunda vuelta de las elecciones. Sin embargo, un tranquilo golpe de Estado había dejado a los generales más que a los políticos al mando del ejército, y los puestos de control de la policía paramilitar se habían instalado en ese momento en las principales carreteras que llevaban a la capital. Se dispusieron grupos

de soldados y personal armado en torno a los edificios gubernamentales —el despacho del primer ministro, el Ministerio de Asuntos Exteriores, la oficina de correos, Hacienda y emisoras de radio— y los comandos argelinos, armados con bayonetas, patrullaban por las calles del sur de la capital. El dirigente del FIS de ese momento, el jeque Abdelkader Hachani, denunció a los nuevos gobernantes del país por ser los ladrones que habían «robado la libertad del pueblo argelino». Su ejército, según dijo: «debe ponerse de parte del pueblo». Incluso el jeque Nahna, cuya apariencia moderada le garantizó la liberación de su arresto, sintió la necesidad de decir «la mayor violencia se ejerce cuando un Estado ataca a su propio pueblo». El nuevo régimen, según dijo, era una «dictocracia».

Esa primera mañana de «dictocracia» cogí uno de los taxis pintados de amarillo de Argel, hasta una sala desvencijada con suelo de tierra en la Rue Larbi ben M'Hidi, donde una exposición tan perturbadora como la del Museo de los Mártires estaba hasta los topes de visitantes. Allí Beethoven y Brahms habían sido sustituidos por una grotesca voz amplificada que recitaba versos del Corán. Con todo, esa exposición de una historia mucho más reciente aportada por el FIS contenía algunos paralelismos espeluznantes con el otro museo de la colina. De nuevo se veían las caras desencajadas de hombres muertos y golpeados —esta vez en color—, aunque no eran las víctimas de la guerra de 1954-1962 contra los franceses, sino las docenas que argelinos que habían muerto tiroteados en las calles de Argel a manos de soldados argelinos en las revueltas de 1988. Había incluso una vitrina —que irónicamente tenía el mismo tamaño y diseño que la vitrina del Museo de los Mártires— que contenía las balas y cartuchos disparados por el ejército argelino. Uno de los cartuchos tenía una clara marca: «Federal Laboratories Inc. Saltsburg, Pennsylvania 15 681 USA».

Lo importante no era el hecho de que Occidente proporcionara esas armas —aunque el resentimiento contra Occidente había ido creciendo a diario en el FIS—, sino el modelo de represión que representaban. Era como si el mandato colonial francés hubiera legado a los argelinos no la libertad, sino la fuerza militar. Durante la dictadura posterior a la independencia del FLN, los servicios de seguridad argelinos practicaron las mismas torturas que sus predecesores franceses —«electricidad con refinamientos orientales», como me lo describió una víctima— y los franceses habían aprendido cómo hacer que los hombres y mujeres hablaran en las mazmorras de la GESTAPO durante la Segunda Guerra Mundial. Se trataba de una genealogía del horror, una genealogía que se propagaría si Argelia tenía que enfrentarse a un levantamiento islamista.

Los partidarios del FIS podían explicar su rabia con facilidad. Los habían animado a participar en esas elecciones. Occidente había repetido en diversas ocasiones que el poder debía llegar a través de las urnas más que a través de la revolución —islamista o de otra clase—, y el FIS había jugado, como tocaba, la baza democrática. El FIS acató las normas y cometió el error de ganar las elecciones. Eso

no era lo que pretendía el *pouvoir*, o sus partidarios franceses. Francia se sentía feliz de evitar la pesadilla de una «catástrofe» islámica en la costa sur del Mediterráneo. Los estadounidenses no querían otra revolución islámica en las fronteras limítrofes con Irán. Ni hablar de democracia.

Claro está que no era todo tan simple. El FIS aspiraba al poder sin responsabilidad. Sus insistentes exigencias de una república islámica aislaron a los otros 26 millones de argelinos a los que tendrían que representar en cuanto se hicieran con el poder. Y lo que asumían como «lo correcto» —su incuestionable fe en su propia senda islámica con todas las leyes sociales de la charia— podía resultar pasmoso. «Todos nuestros mártires caídos por los franceses murieron por el islam», me dijo un joven acólito del FIS a la entrada de la mezquita Bab el Ued. «La guerra de independencia fue una lucha islámica». Ésa era la doctrina de Buyali.

En realidad, el cuerpo político de Argelia no estaba amenazado de la forma en que la lastimera aparición en televisión de Chadli Benyedid hizo pensar. La constitución argelina estaba diseñada de un modo tan inteligente que, aunque el FIS hubiera dominado el Parlamento, no habría sido posible derrocar al gobierno. Porque era el presidente quien elegía a los ministros; y los ministros redactaban el programa político. Si el Parlamento rechazaba dos veces ese programa, tendrían que celebrarse nuevas elecciones generales. En otras palabras, el mismo gobierno —aquí léase ejército— continuaría controlando Argelia. No obstante, una vez más, las autoridades no querían hablar de oposición. No querían la democracia a menos que pudieran ser los ganadores. Querían encerrar a sus oponentes. Y tres días después de la declaración de la ley marcial, el FIS anunció que cincuenta y tres de sus miembros —entre los que se encontraban los tres que habían ganado escaños en la primera vuelta de las elecciones— habían sido detenidos por el ejército.

Hachani adoptó con sagacidad el papel de constitucionalista, y sugirió que los 231 diputados —incluidos los 188 miembros del FIS— elegidos en la primera vuelta de diciembre debían formar un parlamento «paralelo». «Debe retomarse el proceso político», dijo, aunque las declaraciones de Hachani perdieron credibilidad por la aparición en su conferencia de prensa de Amar Bramia, el entrenador del equipo nacional de Argelia, que hizo una desagradable descripción de su detención y malos tratos a manos del ejército el 13 de enero. Dijo que lo habían llevado al Ministerio de Defensa en Argel porque lo habían identificado en una concentración del FIS, y lo habían obligado a quitarse los pantalones antes de darle una feroz paliza. «Amenazaron con violar a mi mujer si le contaba a alguien lo ocurrido —dijo—. Estoy... contando esto a la prensa para que el pueblo argelino sepa qué clase de personas están en el poder».

Pero ¿qué clase de personas apoyaban al FIS? Desde fuera, el bloque de apartamentos de Bab el Ued es como un palomar, con pequeñas ventanas rectangulares atiborradas de sábanas puestas a secar y maltrechos colchones, los edificios tienen ocho plantas, son una hilera de treinta, las paredes de la fachada están

repletas de mugre, más de tres mil almas y media duermen de diez en diez en un solo cuarto. Si uno camina por los desolados y grises pasillos, que resultan ensordecedores por los chillidos de los niños, ve las literas, que llegan hasta el techo, en todas las habitaciones, como si los habitantes viviesen en barracones. Y eso es lo que hacen, en cierto sentido. Se han construido modernas comisarías en las calles que quedan más arriba de Bab el Ued; las fuerzas de seguridad son un ejército de ocupación permanente. No es de extrañar que las personas que vivían allí jamás consideraran la República Democrática Popular de Argelia ni popular ni democrática. Las siglas FIS, ese frío y húmedo enero de 1992, estaban en todas las paredes.

«¿Por qué les sorprende tanto a ustedes los extranjeros que votemos por el FIS? —El tendero de 39 años, sin afeitado, con un viejo jersey gris y zapatos desgastados (que permanece en el anonimato en estos días de fantasmal ley marcial) señala hacia el este en dirección al aeropuerto de Argel, donde Mohamed Budiaf, el insigne anciano de la guerra de independencia, estaba a punto de aterrizar después de veintiocho años de exilio en Marruecos—. Si estuviera en el aeropuerto y tuvieran un arma, dispararía a Budiaf. ¿Cómo se atreven a imponernos a ese viejo después de nuestra victoria electoral? ¿Qué tiene que ver con nosotros? No había escuchado hablar de él hasta que dijeron que sería el nuevo dirigente de Argelia». Tampoco podía esperarse que el tendero supiera quién era Budiaf. Tenía sólo nueve años cuando los franceses se marcharon de Argelia y liberaron a Budiaf de la cárcel. Con el 70 por ciento de la población de 26 millones de argelinos menor de treinta y cinco años —el 44 por ciento tenía menos de catorce—, sólo un cuarto de la población podía recordar la guerra de guerrillas contra Francia.

Sin embargo, la «conversión» al islam de Argelia fue ambigua. La bandera argelina tiene la media luna del islam. Las primeras palabras del Corán están escritas justo antes del Artículo Uno de la constitución argelina. El Artículo Dos declara que «el islam es la religión del Estado». Sin embargo, el renacimiento teológico que millones de argelinos experimentaron durante la década anterior no se parecía en nada a la observancia de la fe del gobernante FLN. Los miembros del FIS recordaron que ellos empezaron a seguir el islam con seriedad diez años antes. En 1982, cuando Buyali escapó y empezó su campaña de guerrillas, un nuevo grupo de jóvenes predicadores apareció en las mezquitas de Argel, eran hombres que se negaron a mantener la discreción política ante la mala gestión económica del gobierno. En retrospectiva, está claro que la caída de los precios del petróleo y el creciente empobrecimiento de los jóvenes argelinos garantizó el alzamiento del fundamentalismo; aunque el FIS rechazaba el término «fundamentalismo» por ser una invención occidental.

Akli, por ejemplo, rendía culto en la mezquita de Kabul en Belcur —la asistencia de los antiguos guerrilleros que lucharon contra los soviéticos en Afganistán dio nombre al edificio— y recordaba en qué momento la religión empezó a tener un papel dominante en su vida. «La discusión del islam empezó hacia finales de la

década de 1970, en los cafés, las calles, sí, incluso en los bares. Llenaba un vacío en la sociedad argelina. Nuestro pueblo era cada vez más pobre. Yo siempre había pensado en una república islámica como en un sueño, pero para mí se hizo realidad. Occidente nos dice que los problemas del Tercer Mundo son económicos, pero yo me he dado cuenta a través del islam de que eso no es cierto, de que, en realidad, quien debe cambiar es el pueblo».

Akli es biólogo y la fascinación por la ciencia es una característica de gran parte del pensamiento del FIS. Los partidarios con estudios del FIS eran, casi de forma invariable, preparados ingenieros o técnicos en comunicaciones. Sin excepción, todas las librerías de Argel tienen ahora una sección especial de literatura islámica. Junto a todas las secciones había una estantería con libros sobre ciencia. Los 22 candidatos del FIS en las elecciones parlamentarias de diciembre eran licenciados, 15 de ellos eran científicos. En una República Islámica Argelina había más probabilidades de que los dirigentes del gobierno fueran tecnócratas que no mulas. Los partidarios del grupo afirmaban que el islam y la ciencia no sólo eran compatibles, sino complementarios, que ambos conllevaban la verdad y el entendimiento absolutos.

La ciencia también podía utilizarse para manipular. En julio de 1991, el FIS entró de tapadillo un aparato láser a Argelia, en la valija diplomática de una embajada árabe, y en una concentración celebrada al aire libre y de noche en Bab el Ued escribieron la palabra «Alá» en el cielo de la ciudad. Muchos de los presentes proclamaron haber sido testigos de un milagro. Sin embargo, el FIS no era partidario de la ignorancia. Otro hombre presente en Bab el Ued —parado y que también prefirió permanecer en el anonimato, puesto que suponía, con razón, que podía estallar una guerra civil y producirse detenciones masivas— era incapaz de contener la rabia ante los intentos de los expresidentes Bumedián y Benyedid de reprimir la profundidad del sentimiento religioso. «Creían que podían conservar nuestra lealtad construyendo mezquitas, decenas de mezquitas por toda Argelia, incluso universidades islámicas en Argel y Oran —dijo—. La esposa de Benyedid empezó a aparecer fotografiada con el velo, el *hiyab*, antes de desaparecer del ojo público. Pero el amor por el islam no se expresa construyendo mezquitas. Debemos practicar nuestra religión en nuestras vidas. Nos sentimos inspirados cuando un predicador, un predicador militante, se dio a conocer y abandonó el anonimato en la década de 1980. Su nombre era Mustafá Buyali. Lo mató la policía».

Buyali. Esto ocurrió mucho antes de que hubiera conocido a la familia de Buyali y de que hubiera investigado sobre su vida. Fue una de las primeras veces que escuché su nombre. El FIS negó tener un papel militar, aunque ya se había informado de la existencia de numerosos grupos armados que eran como satélites del movimiento. Se decía que uno de esos grupos estaba formado por «kabulis» que habían luchado en Afganistán. Se creía que otro recibía el nombre de la Brigada Al Quds (Jerusalén). Sin embargo, el FIS no hablaba de ellos.

«No provoquéis a nadie, permaneced tranquilos. No debe haber violencia». Tal

vez había 30 000 creyentes musulmanes en las estrechas y agrietadas calles entorno a la mezquita de Sunna, que era un bloque de cemento, y obedecieron a la orden de forma tan literal que apenas hablaban cuando terminaban sus oraciones de los viernes. El jeque Abdelkader Hachani dijo a su congregación —miles de ellos estaban arrodillados sobre esterillas para la oración en todas las calles y aceras de Bab el Ued— que la policía y el ejército ya había detenido al menos a quinientos jóvenes. La policía antidisturbios que estaba en el paseo marítimo, con las viseras levantadas y las porras en ristre, llevaba cuatro horas seleccionándolos.

Vi a uno de ellos, un joven de unos quince años, que protestaba a gritos mientras lo arrastraban del cuello de la camisa por el camino hasta la entrada del cuartel general de la policía de seguridad, con una expresión a un tiempo de súplica y rabia. Un policía paramilitar lo empujó al interior de un minibús que ya estaba lleno de otros jóvenes barbudos. Parecía como si la policía estuviera intentando provocar a la numerosa multitud. Sin embargo, si Hachani hubiera abandonado su discurso habría concedido la victoria a Mohamed Budiaf. Aunque seguía en Marruecos, lo habían nombrado presidente del Consejo de Estado de Argelia, y había declarado que no permitiría que nadie «utilice el islam para conquistar el país». Resultó que Hachani —cuya voz retumbaba a través de cientos de altavoces a través de las calles abarrotadas— reiteró la opinión de que Budiaf era un dirigente anticonstitucional, y declaró que la portavoz del Departamento de Estado estadounidense había dado su aprobación al nuevo régimen argelino.

Debe de haber sido la primera vez en la historia que el nombre de Margaret Tutweiler resonaba en una mezquita argelina. El «nuevo orden mundial» de George Bush después de la guerra del Golfo había ideado el golpe de Estado de Budiaf con objeto de evitar la creación de una república islámica, según insistía en decir Hachani. La multitud, sentada sobre sus esteras color carmesí y azul, escuchaban con un silencio absoluto, con un embelesamiento tal que entre las palabras de Hachani se podía escuchar el sonsonete de otras oraciones que llegaban de otras mezquitas flotando sobre la ciudad. Al contemplar esas miles de caras con sus intensas miradas, y las lágrimas —lágrimas sinceras— que les caían por las mejillas mientras rezaban, uno no podía evitar preguntarse si el viejo Budiaf podría soportar ese rotundo y aterrador sentido del propósito.

«Argelia está amenazada —había dicho Budiaf a sus compatriotas unas horas antes—. Haré todo lo que esté en mi mano para solucionar los problemas de la juventud argelina... El islam en este país pertenece a todos, no sólo a unos pocos... ruego a Dios que nos una y nos saque de esta crisis». Sin embargo, en la mezquita de Sunna, el público de Hachani eran oradores con el mismo fervor. «El islam se hará con el poder —susurró uno de los partidarios del FIS mientras observaba con atención a la policía antidisturbios que estaba al final de la calle—. Budiaf y esas personas del gobierno morirán, e irán al infierno». No lo dijo por decir, sino con decisión, como si de verdad pudiera vaticinar el destino de los que deseaba que

estuvieran condenados.

No todos los que estaban en las calles de Bab el Ued eran partidarios del FIS. En algunos de los balcones de forja había mujeres sin velos, con el pelo largo cayéndoles sobre los hombros, con un toque de joyería en las muñecas. Eran mujeres valientes, que se negaban a aceptar lo que tantos hombres en sus calles no dudarían en exigirles en una república islámica. Los miles de hombres del FIS que decidieron no alzar la vista hacia los balcones las ignoraron. Cuando los fieles se fueron tampoco se dignaron a mirar a los cascos y escudos antidisturbios de los soldados que tenían delante, que estaba de pie junto a los puntos de control con tachuelas en el suelo. Los soldados y policía de Budiaf habían acordonado Bab el Ued. «Asediar Bab el Ued», lo llamó Hachani, aunque parecía que la asediada fuera la autoridad ausente de Budiaf.

Argel. *Alger la Blanche*. Aunque ahora, sus paredes blancas estaban cubiertas de humedad, ejercían un magnetismo inusual en todo el que llegaba a la ciudad. Era como un lugar que se conocía de una vida anterior, cuyas empinadas calles, chalés cerrados con candado y árboles —incluso el olor a pescado de *la pêcherie* al final del puerto naval francés— hubieran estado esperando todo el tiempo tu visita. «Señor, hay una guerra con Argel», escribió el ministro de la Guerra francés a su emperador el 14 de octubre de 1827, tras el ataque del espantamoscas sufrido por el cónsul francés. «¿Cómo podría finalizar de una forma que resulte útil y gloriosa para Francia?» Argel siempre fue una ciudad capturada más que amada por aquellos que no podían poseerla. Cuando el victorioso ejército de guerrilleros tomó el control en 1962, atacaron el centro de esta tranquila ciudad mediterránea y erigieron monumentos de cemento marrón al socialismo en medio de los bulevares al estilo de Haussman del casco antiguo, enormes edificios de oficinas que imitaban el *petit París* que los franceses habían cultivado durante 132 años.

Pasear sin rumbo por Argel me recordó la primera vez que visité Francia con Bill y Peggy en 1956. Las todavía orgullosas calles decimonónicas, el asfalto lleno de baches, los coches abollados, las cañerías defectuosas y las apestosas alcantarillas, las estaciones de tren con sus muros de piedra y tejados considerablemente descuidados, incluso los vagones de tren, baratos y sin pintar, con sus laterales plateados de chapa de zinc, eran el reflejo de las ciudades de provincias francesas a finales de la década de 1950, embellecidas sólo por las viviendas de posguerra de calidad dudosa de la IV República. Fue casi como si el tiempo se hubiera detenido, hacía tres décadas, cuando el millón de *pieds noirs* de Argelia embarcaron en bandada en los buques transatlánticos requisados a toda prisa que los llevarían a «casa», a la Francia metropolitana. En el hotel Saint George, el camarero llegaba todas las mañanas con un clásico desayuno francés: zumo de naranja, cruasanes y una cafetera de plata. Sin embargo, el zumo no procedía de las huertas del país, sino que era un sucedáneo de lata italiano, los cruasanes sabían a cartón y el café era insípido.

Tal vez eso es lo que ocurre cuando la cultura de un país se fosiliza en el

entramado de una ciudad que ya no le pertenece. Las librerías todavía vendían las obras de Zola, Gide y Camus, que era *pied noir*, cuya obra maestra *El extranjero* está ambientada en Argelia. Algunos de los mejores autores argelinos todavía escriben en francés; por lo general, uno de los autores más admirados del país, Rachid Mimouni, ha escrito su última novela, *Un peine à vivre*, en su exilio voluntario en Francia. Trataba sobre la dictadura, el amor al poder y el poder del amor.

Pasen por Le Restaurant Béarnais en la Rue Burdeau y encontrarán a los clientes discutiendo, en francés con acento parisino, sobre el horror que les provoca la teocracia y sus miedos por la maltrecha democracia. El menú está en francés, no en árabe, el *plat du jour* es *steak au poivre*, el vino favorito es un rico clarete argelino cuyo nombre, *Cuvée du Président*, ha adquirido un nuevo significado desde la dimisión de Benyedid. Los periodistas del *Algérie Actualité*, uno de los setenta y tres periódicos del país —todos publicados por la prensa del gobierno y por tanto fáciles de cerrar— están sentados en una mesa de un rincón, fumando y bebiendo cerveza a sorbos. Consideran la amenaza del FIS con fascinación de intelectuales. Una de las ironías del FIS es que el mismo partido usa las siglas de su nombre en francés, el Front Islamique du Salut.

«Hay una cosa que debe entender sobre el FIS —dice el director del periódico, Zuoui Benamadi—. Sólo los movimientos islámicos son capaces de romper los sistemas gubernamentales que existen en el mundo árabe. Pero ¿quiénes son esas personas? ¿Qué es esa extraña ropa que llevan? Llevan barba y gorros blancos y pantalones acortados para demostrar su afiliación al FIS. Sin embargo, tenemos unos hermosos trajes regionales en Argelia. Tenemos la túnica con capucha, una larga túnica de lana. ¿De dónde procede, esa curiosa vestimenta que llevan?» Benamadi, un hombre bajito de pelo castaño, de grandes gafas —pulcramente afeitado, con su chaqueta deportiva y corbata parece un socialista francés— regresa a su despacho editorial en un edificio de apartamentos del siglo XIX, que está a cien metros del restaurante. Sus altos techos, una pintura de color amarillo brillante y un mosaico roto en el suelo le dan una especie de elegancia pobre. El subdirector trae la prueba de impresión del editorial del día siguiente y Benamadi la estudia con concentración monacal. «De un día para otro, la Argelia rural, la Argelia antibereber, se supone que debe ser afgana —ha escrito—... Cambiar nuestra ropa, cambiar nuestras costumbres alimentarias, cambiar nuestras costumbres en general, incluso la forma en que enterramos a nuestros muertos... El resultado: la desertión en masa de las clases medias, de nuestra vitalidad, de quienes prestan los mayores servicios en la vida nacional».

Visito la mezquita de Kuba durante las oraciones del viernes y encuentro las respuestas a algunas de las preguntas de Benamadi. Ciertamente, el FIS está en contra del alcohol, contra el canto en las bodas, contra la costumbre de que las personas de duelo tomen comidas especiales los días primero, séptimo y cuadragésimo después de un fallecimiento, contra las oraciones recitadas en los funerales. Ciertamente, el FIS ha

desarrollado un uniforme de barba y pantalones acortados. Esto último se supone que simboliza el deseo del buen musulmán de lavarse antes de las oraciones sin permitir que el agua toque los bajos de sus pantalones. Sin embargo, entre las cabezas de los fieles cuando se levantan y vuelven a sumirse en sus oraciones hay cientos de tocados afganos, el turbante de tela enrollada con el que se tocan los guerrilleros del muyahidín. Así pues, la conexión afgana —apreciada, pero no reconocida lo suficiente por otros argelinos— es vital para entender a los islamistas.

Al coger un taxi en Bab el Ued, la importancia de esta conexión se vuelve evidente. Tanto el conductor como su amigo usan barba. Su conversación espontánea lo dice todo. «Queríamos ir a Afganistán a luchar —dice el conductor—. Allí hay, sobre todo, suníes, no chiíes. Luchan contra el comunismo. Lo que es más importante, quieren una república islámica. El Hebz-e-Islami es muy bueno. Queremos luchar por ellos. Muchos cientos de amigos nuestros fueron a luchar a Afganistán. Ahora nuestro gobierno intenta detenerlos. Detuvieron a dos argelinos y tres palestinos que regresaban de Afganistán en el aeropuerto cuando llegaron. Es fácil ir a Afganistán. Vamos a ese edificio para conseguir el visado». Estamos en la avenida Suidani Budjema, y pasamos por delante de un edificio mal pintado, con una placa de bronce deslucida que dice: EMBAJADA DE PAKISTÁN.

Guldbuddin Hekmatyar, el dirigente del Hebz-e-Islami, se ha quejado por la repentina falta de entusiasmo del gobierno argelino por su movimiento, pero el verdadero peligro de la guerra del FIS en Afganistán no es religioso. Es el conocimiento sobre la posible república islámica. Lo que es mucho más serio, sus jóvenes están aprendiendo a luchar. En Afganistán les enseñan a usar Kaláshnikov, morteros, incluso tanques; pueden aprender a conducir los T-55 y los T-62, que son exactamente los mismos tanques que utiliza el ejército argelino.

«Fascistas», grita el anciano del FLN. Es un caballero simpático y amable, y no duda de la necesidad de privar al FIS de su genuina victoria democrática, ganada a pulso en la primera vuelta electoral. Estamos sentados en la mesa para comer, hablando con unos hombres que no tienen reparos morales en cerrar el grifo de la democracia en interés del orden público. Bebemos vino tinto, ellos zumo de naranja. La comida —sopa argelina, *langoustine*, *osso buco*— la sirven camareros con librea. Nuestro anfitrión habla un francés impecable, sus palabras salen cada vez más despacio a medida que se enfurece. «A ustedes les gusta hablar de democracia —dice el anciano del FLN, que era estudiante al principio de la guerra de independencia—, pero esto no es una lección de filosofía para nosotros. Si el FIS llega al poder, estallará una guerra civil en Argelia. Se producirá un terrible baño de sangre. Tenemos que enfrentarnos a un problema real. ¡Qué maravilloso sería, pensarán ustedes, tener una república islámica en Argelia! ¡Qué democrático por su parte! Pero no podemos permitir que estalle una guerra civil. Tenemos una responsabilidad con nuestro país, con nuestro pueblo».

Su compañero más joven expone las ecuaciones de esta filosofía. De un total de

26 millones de argelinos, el FIS consiguió sólo 3,2 millones de votos en diciembre de 1991. Un millón de papeletas estaban defectuosas, otro millón no llegaron al colegio electoral. En las elecciones municipales de 1990, el FIS consiguió 4,3 millones de votos. Por tanto, ¿no podíamos entender que el apoyo al partido estuviera decayendo? De 13 millones de habitantes con derecho a voto, la victoria de diciembre del FIS representaba sólo el 23 por ciento de la población. ¿Cómo se les había permitido ganar una segunda vuelta de las elecciones? «Estas personas realmente quieren una república islámica y nuestro pueblo no lo aceptará. Los miembros del FIS serán dictadores. Utilizan el sistema de los nazis».

Fue una sublime y terrible ironía que en el resto del mundo árabe, la situación fuera la contraria. En Egipto, Jordania y Siria era la élite liberal y democrática la que se lamentaba por la falta de democracia en sus países, así como la numerosa masa trabajadora de musulmanes que sufría sus consecuencias en silencio. En Argelia, en 1992, fue un movimiento islámico popular el que exigía la democracia mientras la intelectualidad de la clase media expresaba enrevesados argumentos para que se pospusiera. Lo trágico era que Budiaf quizá tuviera razón. El FIS no había demostrado tener prisa por tolerar a los millones de argelinos que no querían una república islámica, a los francófilos, a los argelinos de clase media, muchos de los cuales ni siquiera hablaban bien el árabe, a la población de mujeres liberadas de las ciudades, ni a la comunidad bereber musulmana —el 25 por ciento de la población—, cuyos miembros hablan otra lengua y no son árabes.

El 23 de enero, la emisora de música pop del Canal Tres de Argelia se hacía eco de la política del gobierno. La primera noticia del parte informativo retransmitido cada hora en punto era la petición del primer ministro a la comunidad internacional de 8000 millones de dólares en préstamos para aliviar el 20 por ciento de desempleo del país y mejorar el suministro de alimentos. A continuación, casi como una reflexión posterior, venía una breve noticia sobre la detención de Abdelkader Hachani. El plan del gobierno era evidente: animar al pueblo con el discurso sobre el buen momento económico que estaba por llegar y amenazar con la supresión del FIS como algo de poca importancia, un triste aunque necesario resultado de la insensatez del partido al ganar 188 escaños en la primera elección. De todas formas, habían detenido a Hachani por orden del general Jaled Nezzar, ministro de Defensa, por llamar a la rebelión al ejército argelino en contra del gobierno.

Hachani lo había hecho. Dos días antes de su detención, me habían entregado una copia de su llamamiento en un ciclostil, dirigido al «ejército Nacional Popular» y firmado de puño y letra de Hachani. En gran medida, la policía y los soldados se habían trasladado a las dependencias del diario *Al Jabar*, que había publicado la petición de deserción y habían detenido a los periodistas que trabajaban en el rotativo. El mismo Hachani fue detenido por policías vestidos de paisano mientras conducía su coche por el barrio de Belcurt, en Argel, y lo habían llevado a la prisión de Blida, donde se reunió con Abassi Madani y Alí Belhaj, los dos principales

dirigentes del FIS. En una misma hora, el primer ministro, Sid Ahmed Ghozali, anunció que en un futuro se prohibirían los discursos «de naturaleza política» en las mezquitas del país. Como siempre, esas últimas detenciones tenían antecedentes en la historia. En 1930, los franceses disolvieron el primer grupo argelino de independencia del siglo xx —el Estrella Norteafricana—, cuyo dirigente, el hach Messali, se había autoproclamado «islámico-nacionalista» y dirigía un periódico llamado *El Umma*, que celebraba «el renacimiento del islam». Encarcelaron al hach por intentar reconstituir una organización disuelta y más tarde lo condenaron a un año de prisión en una cárcel francesa por «provocar la desobediencia de los soldados con la intención de generar anarquía».

Los portavoces del gobierno argelino hablaban todos los días sobre *calme et sérénité*. En las calles, los tenderos hablaban sobre la «explosión» venidera. Todos la sentíamos, la absoluta certeza de que no podía obstruirse la democracia sin generar violencia. El 20 de enero, un general de brigada de la gendarmería argelina recibió un tiro mortal. Amari Aissa, de cuarenta y tres años, estaba casado y tenía cuatro hijos. Multitudes de jóvenes tiraban piedras en los puestos de control a las afueras de Argel y los soldados tenían que disparar al aire como advertencia para que se dispersaran. «Cualquiera podía matar a un policía —comentaba un oficial con brusquedad cuando le pedí alguna opinión sobre la preocupación del gobierno—. La gente mata a policías en Nueva York y en Nepal. Es un acto delictivo y, de todas formas, traerá malas consecuencias para el FIS. Cada vez que matan a un policía, su pueblo sale para el funeral y el pueblo le da la espalda al FIS». No era más que una cuestión delictiva. Nada que pudiera ocurrir en los Estados Unidos. Sin embargo, nadie suspende las elecciones en los Estados Unidos. Y al general de brigada Aissa no lo asesinó la mafia. Tres semanas después, siete días de disturbios entre la policía y los partidarios del FIS —en los que se calculó que murieron asesinadas al menos cincuenta personas y doscientas quedaron heridas— animaron al Consejo controlado por el ejército de Budiaf a proclamar el estado de emergencia. En los barrios bajos de Argel se produjeron llamamientos clandestinos a una «guerra santa» contra las autoridades de Budiaf. La dirección del FIS estaba detenida casi al completo, habían clausurado su sede en Argel y habían detenido a sesenta imames.

La fusión se produjo antes de lo que esperábamos. La kasba, Argel, 15 de febrero de 1992. En algún lugar de la casa derruida de Buznad Hadi —entre la ropa de cama carbonizada, los cables quemados, la escalera de piedra ennegrecida— yace la verdad. Las mujeres argelinas enveladas de los estrechos callejones que hay a la entrada de la casa están seguras de saber qué ha ocurrido. También lo sabe el primo de Hadi Buznad, que sostiene una lámpara electrógena en la mano derecha y cuenta que los cuatro habitantes inocentes murieron incinerados por un misil que lanzó el ejército argelino. También lo sabe el gobierno argelino, que afirma que sus soldados sólo atacaron la casa porque les habían disparado desde esa vivienda. Se pueden presenciar las mismas escenas en Belfast o en Cisjordania. Pero en la kasba de Argel,

sus consecuencias son mucho más graves. Porque, aquí, la diferencia entre las realidades simboliza el abismo entre el pueblo y un gobierno temeroso de una guerra civil. ¿Creerá el pueblo que Buznad Hadi y sus amigos eran «mártires» o «terroristas»?

La casa del comerciante de frutas se encuentra en el mismo centro de la kasba, donde escalones curvos de piedra serpentean entre paredes de madera y adobe, donde callejones incluso más estrechos conducen a antiguas casas abovedadas, tan enterradas bajo viviendas a distintos niveles que están casi bajo suelo. Nadie discute que cinco hombres estaban en la casa a primera hora del día anterior. Tampoco se discute que los paracaidistas del ejército argelino —los vecinos vieron sus boinas rojas en la penumbra— rodearan la diminuta morada de Buznad Hadi en algún momento entre las dos y las tres de la madrugada.

Sin embargo, aquí es donde la verdad se vuelve un tanto esquiva. El gobierno dice que los soldados llegaron porque había fuego en la casa; pero la puerta está demasiado baja para que se vea desde la vía más cercana y no hay ventanas que den al único pasaje por el que los soldados deben de haber avanzado. Hay un agujero sobre la puerta, al parecer provocado por el disparo de un lanzagranadas, y la autoridades se conforman con dar la noticia de que cinco militantes del FIS murieron en el interior.

Si uno se abre paso a tientas en la oscuridad por las escaleras de piedra del interior se encuentra al primo de Buznad Hadi en una habitación donde hay varias camas calcinadas. No se da ningún nombre, ni mucho menos el del serio y barbudo joven que llegará durante la mañana. «Eran todos inocentes —dice el primo—. No ha habido disparos. Los hombres estaban dormidos. Mi primo acababa de casarse, su mujer está embarazada de cuatro meses. Cuando encontramos a los muertos, estaban irreconocibles. Habían quedado completamente calcinados». Hay una locutora de radio francesa en el descansillo que le está metiendo el micro por la boca al primo. «¿Está diciendo la verdad?», espeta. No estoy seguro de que así sea, pero esa no es forma de tratar a un hombre que acaba de perder a un pariente; no es el momento de practicar periodismo de investigación de mano dura, aquí, en casa de los difuntos.

Sin embargo, nadie puede explicar por qué la esposa embarazada y otras familiares no estaban en la casa en ese momento. Llega otro hombre, un cuñado de Hadi. «Las autoridades podrían habérselos llevados vivos —dice—. La casa estaba rodeada. Pero los soldados entraron de golpe, dispararon a matar a un hombre en el pasillo y luego lanzaron una granada a esta habitación. Dos de los hombres muertos estaban tendidos en el suelo. Los habían herido antes».

¿Heridos antes? ¿Podrían esos dos hombres haber estado entre los atacantes que mataron a seis policías en la kasba hacía una semana, al menos uno de los que fue herido cuando realizó su escapada? «¡De ningún modo! —dice enseguida el cuñado—. Les dispararon durante las manifestaciones callejeras». No obstante era evidente que los soldados sabían que los hombres heridos estarían allí. Los han traicionado;

incluso el cuñado admite a regañadientes que «alguien les dijo a los soldados que los hombres heridos estaban aquí». Luego llega el hombre con barba. «Ha sido una venganza del ejército —dice en un tono susurrante y amenazante—. Cuando llegaron a la casa, uno de los soldados gritó: “Os haremos lo que nos hicisteis en Guemmar”». Guemmar es el puesto fronterizo donde los francotiradores musulmanes mataron hasta quince soldados argelinos en 1991. Como el hombre de barba, que está de pie en la penumbra, no para de murmurar «venganza», la cuestión está clara. «Por supuesto que podrían habérselos llevados vivos. Pero querían matarlos, y a los heridos también. No podemos llevar a los hombres heridos con barba al hospital porque entonces los detienen y los torturan. Así que se refugiaron aquí».

En los callejones del exterior se han reunido más mujeres, lloran en silencio, y las acompañan docenas de hombres jóvenes expectantes. La historia se abre paso a empujones hacia nosotros, al parecer, siempre es así como ocurre en Argelia. Uno de los hombres pregunta si conocemos la importancia de la casa que está a sólo trescientos metros más arriba, subiendo por la misma calle claustrofóbica, es la casa de otro «mártir». Fue en esa otra vivienda donde los guerrilleros del FLN —incluido el fugitivo Alí La Pointe, el «héroe» de la película de Pontecorvo *La batalla de Argel*— y alguno de sus hijos prefirieron morir despedazados por los paracaidistas franceses en lugar de entregarse. A primera hora de la mañana del 14 de febrero de 1992, los paracaidistas de otra nacionalidad regresaron a la kasba y así nació otra leyenda.

Nadie ha aclarado jamás la cuestión sobre el sexo de los ángeles. Sin embargo, una pregunta teológica que generaba incluso más presión preocupaba a los partidarios del FIS el día en que Budiaf regresó a su patria: ¿cuánto tiempo se tarda en afeitarse la barba a un hombre? En la peluquería de Alí, al final de la calle Rahmuni al Tayeb, podían rasurar una barba islámica en cinco minutos. Sin embargo, tal como nos cuenta el propietario de setenta y cinco años, los hombres del FIS suelen hablar durante el obligado afeitado. Esto puede alargar el proceso unos diez minutos, pero seguiría costando sólo 15 dinares argelinos, 60 insignificantes centavos estadounidenses, y vale la pena para evitar el arresto sumario y el encarcelamiento. Ésta es la razón por la que, en las calles de Argel, sólo los hombres valientes y los idiotas llevan ahora la larga y puntiaguda barba musulmana que era, hasta hace una semana, el símbolo del FIS. El cambio de afeitado, por tanto, tiene graves implicaciones políticas —incluso militares— para el gobierno argelino. Al afeitarse la barba, los islamistas se habían vuelto clandestinos.

La prueba está en el suelo de Alí, una masa de espeso pelo castaño y negro, una alfombra de cabellos humanos, que se desliza con suavidad hasta la basura, empujada por una resistente escoba. Alí está demasiado asustado para dar su apellido, pero es demasiado orgulloso para evitar hacer publicidad de su habilidad mientras se agachaba en la puerta donde dos gatos grises de pelo lacio y brillantes están ronroneando a la luz del sol. Su profesión jamás había jugado un papel tan importante

en la política argelina. «Afeitarse una barba es como pilotar un avión —dice—. O... —y aquí hay una combinación de cinismo y diablura en su sonrisa— es como escribir un artículo. La habilidad está en tus manos. Tengo unas cinco barbas al día para afeitarse, aunque el viernes pasado no pude abrir, por el tiroteo. Aunque la mayoría de estas personas se afeitan la barba en casa». Y es inteligente por su parte. Sin embargo, para los servicios secretos argelinos la desaparición de la barba genera otro problema; con objeto de pasar desapercibidos en las calles, muchos de los agentes habían adornado sus precavidas caras con una mata fabricada con el pelo barrido. Menos de una semana antes, se sabe que uno de esos operativos de seguridad con barba, vestido con un largo *jamis*, ha detenido a un imam cerca de la mezquita de Bab el Ued. En la comisaría local, el agente afeitó el lado derecho de la barba del imam, y añadió —según el predicador—: «Al final acabaremos contigo del todo». Ambiciosa empresa ahora que los barberos de Argel habían obtenido beneficios extras.

Se pidió al pueblo de Argel que diera una apoteósica bienvenida al hijo pródigo. Sin embargo, cuando Mohamed Budiaf, alto, frágil, con los rasgos demacrados y envejecido, llegó al aeropuerto que lleva el nombre de su difunto y odiado enemigo, Huari Bumedián, sólo unos pocos taxistas, maleteros, periodistas y funcionarios del FLN estaban allí para recibirlo. La única demostración de entusiasmo procedía de tres grupos de bereberes con las tradicionales túnicas marrones, que estaban cerca de las salas de llegada y aporreaban mecánicamente sonoros tambores bajo la mirada de la policía secreta. Condujeron a Budiaf por las calles vacías hasta el despacho desocupado de la presidencia, donde, con una mano sobre el Corán, aceptó el cargo anticonstitucional de presidente del Consejo de Estado. Prometió continuar lo que llamó «el proceso democrático» sin explicar cómo lo haría si el proceso democrático —como el presidente y el Parlamento— ya no existía.

El hecho de que dejaran a la prensa delante de un pensionista de setenta y dos años que hasta hacía un mes era propietario de una fábrica de ladrillos marroquí tendría que haber sido una prueba para un hombre que se suponía que debía dirigir a Argelia hacia su salvación. Pero durante dos horas enteras, Mohamed Budiaf demostró ser un hombre duro, aunque aquilino, que absorbía los flashes de las cámaras como la luz del sol, reprendía a los periodistas que se atrevían a hablar de «represión» y recurría a las naciones occidentales para que ayudaran a Argelia en su momento de necesidad. Condenó a sus predecesores en el gobierno. Exigió el cumplimiento de la ley. Admitió el encarcelamiento de al menos 6000 jóvenes argelinos en campos de prisioneros del desierto —otro acto de imitación del encarcelamiento que practicaban los franceses en la época colonial— y declaró que «el respeto a la democracia no debía llevar a la destrucción de la misma<sup>[3]</sup>».

En sólo cuatro días, otros cincuenta manifestantes musulmanes murieron a manos de la policía en ciudades argelinas. Abdelkader Moghni, el más importante de los candidatos del FIS para las elecciones de diciembre y el único que podía haber sido capaz de negociar la posición del partido en el sistema político —incluso de hablar

con el gobierno—, fue encarcelado. Sin embargo, Budiaf no quería hablar con el FIS. Existía la sospecha creciente de que en Argelia el Consejo de Estado prefería provocar que el FIS iniciase una sublevación armada. De este modo lograrían «probar» que el partido jamás estuvo interesado en la política constitucional, que la anulación de las elecciones de enero evitaba un golpe de Estado por parte de los islamistas más que por parte del ejército. Como era de esperar, empezaron a surgir más grupúsculos de hombres armados. Una organización llamada Fieles a la Promesa exigía una yihad, afirmaban que era una continuación de la guerra de independencia de Buyali. Budiaf concentró su rabia en dos objetivos: el FIS y la corrupción que había llevado a tantos argelinos a desesperarse con la democracia que les habían prometido. El primero de estos objetivos lo perjudicaría. El segundo lo mataría.

En el momento en que murió Budiaf, el 29 de junio de 1992, todos nos equivocamos. Yo estaba en Moscú, sentado en una habitación de hotel que daba al muro del Kremlin, tras regresar de la guerra de Nagorno-Karabaj en la frontera de Armenia, cuando sonó el teléfono: Harvey Morris, que era todavía mi director de internacional, me llamaba desde Londres. «Se han cargado a Budiaf —dijo con su sensibilidad característica—. Parece que lo han hecho tus colegas islámicos». Y yo le creí. De hecho, todos pensamos, cuando escuchamos que tres balas habían derribado a Budiaf mientras daba un discurso en un encuentro público en la ciudad al este de Argelia de Annaba, que el FIS —o algún grupo armado simpatizante del movimiento— había perpetrado el asesinato con el que habían amenazado tantos islamistas. Al menos una organización, la Yihad Islámica, había prometido que empezaría una «guerra total» contra el gobierno argelino el 30 de junio. Habían prometido matar a «miles» de policías y soldados, pero —así lo profeticé en *The Independent*—: «Ellos atacaron un día antes y lo que hicieron fue decapitar toda la estructura de la autoridad del gobierno que se había creado para destruirlos».

No me cabía duda sobre la identidad de «ellos», no me pregunté por qué nunca habíamos escuchado hablar de la Yihad Islámica Argelina, aunque otros grupos habían utilizado su nombre en el Líbano y en la ocupada Gaza y Cisjordania. No podía repasar mis notas informativas sobre Argelia —porque estaban en Beirut y yo estaba en Moscú— en las que podría haber descubierto algún antagonismo contra Budiaf, no sólo por parte del FIS, sino de algunos miembros adinerados del *pouvoir*, incluso entre los militares, que temían su campaña en contra de la corrupción. Hasta dos semanas después, cuando regresé a Argelia, no descubrí que existía una prueba cada vez más clara de que el antiguo presidente, al fin y al cabo, podría no haber sido asesinado por los islamistas. En las semanas previas a su muerte, Budiaf se granjeó poderosos enemigos seculares dentro de Argelia —al menos uno de ellos, según se informó, estaba relacionado con el expresidente Chadli Benyedid—, e incluso la viuda de Budiaf declaró en ese momento que no creía que el FIS hubiera cometido el crimen. Menos de tres semanas después del asesinato, el ministro de Interior, el general Larbi Beljeir —que, junto con el general Nezzar, había creado el más

poderoso dúo del «Consejo» de Budiaf— fue destituido por el nuevo primer ministro, Belaid Abdesselam, por un «fallo» en la seguridad. Pues menudo «fallo».

Fue uno de sus guardaespaldas quien asesinó a Budiaf, el alférez Lembarek Bumarafi. Las cámaras de la televisión estatal estaban grabando el discurso de presidente en el momento de su muerte y Beljeir anunció que Bumarafi había actuado solo. Había disparado a Budiaf dos balas a la cabeza y una tercera a la espalda. Lo que no se sabía en ese momento era que la campaña anticorrupción del presidente ya había dado caza a un general de división del ejército argelino jubilado y a un importante hombre de negocios, socio de Chadli Benyedid, en la ciudad sureña de Tamanrasset. Y sólo unos días antes de que asesinaran a Budiaf, un funcionario de alto rango, que era el encargado de una de las investigaciones, murió asesinado de forma misteriosa. También corrió el rumor de que Budiaf, siguiendo el precedente establecido por De Gaulle de negociar con el FLN, intentó iniciar un diálogo personal con dirigentes moderados del FIS.

Una discreta visita a un conocido de la televisión estatal argelina demostró que las autoridades habían eliminado una parte de la cinta de vídeo donde se veía el asesinato de Budiaf. Los testigos oculares de Annaba afirmaban que hubo cuatro cámaras de televisión distintas que filmaban el lugar en el momento del asesinato. El metraje que se proyectó en todo el mundo, en el que podía verse a Budiaf pronunciando sus últimas palabras y, luego, ya muerto, tendido en el suelo con sangre en el pecho, estaba censurado. Mi informador fue explícito:

Las cámaras filmaron el momento real del asesinato y luego censuraron la escena en que las balas impactan contra Budiaf. En la cinta se veía que le explotaba el cerebro por los disparos en la cabeza, no se puede mostrar algo tan terrible en televisión. Hay otra cinta donde se ve la detención de Bumarafi. En ésta, Bumarafi dice a la cámara: «He matado a Budiaf, pese a conocer su heroico pasado y saber que es un hombre bueno. Pero no ha hecho suficiente contra la corrupción. Y se oponía a las decisiones del pueblo. No pertenezco a ningún partido político, pero pertenezco al movimiento islámico». Bumarafi mostraba tanta determinación, tanta seguridad en sí mismo —hablaba tan bien y era tan carismático— que las autoridades temían que se convirtiera en un héroe si se emitía esa cinta en la televisión.

Si esta descripción era correcta, en realidad, los islamistas sí estaban implicados en el asesinato de Budiaf. Sin embargo, los hechos relativos a la detención de Bumarafi resultaban en extremo desconcertantes; sobre todo, si las autoridades creían que se trataba de un asesino fundamentalista. En un informe se decía que había logrado escapar de la sala de conferencias de Armaba, pero que más tarde se entregó de forma pacífica a la policía. Curiosamente, el ejército —que juzgó a los dirigentes del FIS ante un tribunal militar, en Blida, con gran publicidad, dos semanas más tarde— se negó a asumir la responsabilidad de Bumarafi, y arguyó que debían juzgarlo en un tribunal civil. Ahora, Bumarafi estaba encerrado en una cárcel civil en Armaba — por casualidad, el pueblo natal de Chadli Benyedid— y, mientras tanto, los periodistas locales recabaron cierta información sobre su vida. Tenía veintiséis años y era guardaespaldas del presidente Benyedid, o eso se rumoreaba. Lo formaron para su

trabajo en la unidad de seguridad presidencial de los *carabinieri* italianos.

Sin embargo, fueron las acciones de Budiaf en los meses previos al asesinato lo que demostró que no le asustaba ser impopular. Tal vez para sorpresa del antiguo FLN y los mandos del ejército que lo habían apoyado en un principio, Budiaf había ordenado en mayo la detención del general de división jubilado Mustafá Belucif, que fue condenado ante un tribunal militar en Blida por malversación de fondos del Estado. Budiaf también ordenó la detención de un importante hombre de negocios por corrupción; el hombre estaba supuestamente implicado en la venta ilegal de alimentos subvencionados y contrabando. Uno de los funcionarios encargados de dirigir la investigación era un teniente del cuerpo de seguridad; sólo unos días antes del asesinato de Budiaf, murió asesinado en una calle argelina.

Uno de los columnistas de un periódico argelino ya le había dado al asesinato de Budiaf el sobrenombre de «Argelia-gate» y apuntó que los detalles de su muerte se podrían haber ocultado como los asesinatos de los disidentes del FLN. Se refería a Mohamed Kider, al que mataron de un disparo en una calle de Madrid en 1967, y Krim Belkacem, la víctima de estrangulamiento en Francfort el año 1970. En el diario *El Watan*, Laid Zaghlan recordaba los detalles de la muerte del ministro de Asuntos Exteriores argelino Mohamed Benyahya —al que dispararon junto con su delegación en la frontera de Irán-Iraq en 1982 durante un intento de poner fin a la guerra— se mantenían en secreto «para proteger los intereses supremos de la nación». Era más probable que se hubiera hecho para proteger a Sadam Husein, pero ésa es otra historia.

En ese momento en Argelia era común atribuir el asesinato de Budiaf a la «mafia», un término poco claro para referirse a la clase social y política que se enriqueció a costa del país durante los doce años de mandato de Chadli Benyedid. La afirmación del ex primer ministro Abdel Hamid Brahimi de que se pagaron a funcionarios del gobierno sobornos de 28 000 millones de dólares —el equivalente a la deuda externa argelina— durante más de una década se había convertido en *vox populi*. Los partidarios de Budiaf declaraban incluso que existía una alianza entre la «mafia» y los movimientos islamistas. Sin embargo, lo único que querían era lo que con seguridad no conseguirían.

«Exigimos que se nos cuente toda la verdad sobre el asesinato de nuestro mártir Mohamed Budiaf; levantad las manos conmigo y decid que queréis la verdad». Las palabras sobrevolaron el montículo de arcilla marrón y coronas de flores bajo las que yacían los restos mortales, destrozados por las balas, del presidente asesinado. Y los camaradas de Budiaf, *anciens combattants* —los francotiradores, terroristas y correos que más de treinta años antes habían liberado su tierra de los paracaidistas de Massu— levantaron las manos junto a la tumba y dijeron, con firmeza y en voz alta: «Exigimos la verdad».

El paso de los años confiere dignidad y sutileza a los hombres y mujeres más rudos. Canoso y con la cabeza inclinada en honor a su líder muerto, Omar Budaud

parecía un soldado más, la clase de personaje encorvado que se podría ver junto a un muro conmemorativo inglés en cualquier domingo de homenaje a los caídos. Aun así, Budaud era el hombre que dirigía el FLN en Francia, el que organizó los ataques con bomba a los depósitos de combustible, el descarrilamiento de un tren en Cagnes-sur-Mer, el asesinato de cuatro gendarmes en Lyon y el intento de asesinato del gobernador general argelino Jacques Soustelle. ¿Pueden hombres con una herencia así esperar la verdad? Por ejemplo, Abu Bakr Belkaid, guerrillero, compañero de celda de Budiaf en la cárcel de Fresnes en 1956, lloraba las oportunidades perdidas de Argelia. «Ahora las cosas son más serias —decía—. El presidente Budiaf estaba limpio; había estado en el exilio, lejos del sistema establecido, antes de convertirse en nuestro dirigente. Vino para modernizar el país, para despejarnos el camino. Sí, espero que conozcamos la verdad sobre su martirio. Pero ¿lo conseguiremos? ¿Sabemos quién mató a Kennedy? ¿Lo sabemos?»

La señora Budiaf estaba allí; fue ella quien dijo que no creía «ni por un instante» que el FIS hubiera asesinado a su marido. Ataviada con una túnica verde y blanca, con la cara oculta tras una gafas de sol, se situó ante el montículo de tierra, a continuación abrazó a Belkaid y lloró en sus brazos, e hizo caso omiso al catafalco de mármol que estaba junto a la tumba de su esposo. «Huari Bumedián, 1932-1978», decía. Budiaf había rechazado la oferta de Bumedián de convertirse en presidente después de la liberación de 1962, porque no quería ser una simple figura decorativa; se opuso a Bumedián desde su exilio marroquí. Había otros catafalcos idénticos en la misma hilera de la tumba de Bumedián, sus nombres estaba inscritos sin ningún comentario ni homenaje; hacía falta memoria y un libro de historia para entender su importancia. Estaba Larbi ben M'Hidi (asesinado por los paracaidistas franceses en marzo de 1957). Estaba Ferhat Abbas (al que exilió el FLN, del que era miembro). Estaba Abane Ramdane (asesinado de forma brutal —seguramente estrangulado— en 1957 por sus colegas del FLN, cerca de Tánger). Estaba Krim, la víctima de asesinato de Frankfurt, y Aid Hamuda Amiruche y Sid el Hawass (dirigentes del FLN de la 4.<sup>a</sup> wilaya —la zona de Buyali—, ambos asesinados por los franceses en 1959). Con tantos huesos destrozados por las balas y cuellos rotos dentro de esas sepulturas, ¿podía alguien esperar el saber la verdad sobre el último «mártir» del cementerio?

Tal era la exigencia de la verdad, luz y descubrimiento en el húmedo camposanto de El Alia. Nadie señalaba con el dedo, claro. Nadie culpaba a los islamistas ni a la «mafia» ni al antiguo FLN. Detrás de las lápidas había un puñado de soldados, unos cuantos policías uniformados de azul y un montón de jóvenes barbudos desperdigados, vestidos con vaqueros, que llevaban ametralladoras y cargadores de munición en el cinturón. Por motivos de seguridad, por supuesto. Al igual que los guardaespaldas que protegían a Mohamed Budiaf en Annaba, entre los que se encontraba el que le disparó en la cabeza y en la espalda.

La muerte de Budiaf marcó el momento en que Argelia se tornó salvaje. Cuando la BBC quería emitir un video atroz, incluía la obligada advertencia a los televidentes

para lo que llamaban «las personas especialmente sensibles». Por tanto, ya que es lo que toca, advierto a los lectores de lo mismo antes de que lean las siguientes páginas de este libro, empapadas en sangre. Porque, durante dos años, en Argelia tuvo lugar una tragedia de la que no se informó por completo, cuya naturaleza —una sublevación de militantes musulmanes que negaba una victoria electoral— era muy conocida, pero cuyas dimensiones se volvían cada día más horribles. Fue un baño de sangre sin precedentes desde la actuación de Francia en la guerra de independencia. En 1994, se había informado de 4000 muertes violentas, y grandes zonas de Argelia quedaban cada noche bajo el control de una organización militar cada vez más represiva, el Movimiento Islámico Armado. Si los dos años anteriores fueron una repetición de la «salvaje guerra de la paz» de Argelia con Francia, el baño de sangre que se inició sentaba terribles precedentes de la ocupación angloestadounidense de una década después.

Las familias del personal de las fuerzas de seguridad —y, en algunos casos, de los propios oficiales— eran obligadas a retirarse todas las noches a instalaciones del gobierno por motivos de seguridad personal. Pese a las batallas campales contra los islamistas, el ejército argelino y la policía paramilitar eran incapaces de proteger al creciente número de víctimas cuyas vidas eran sesgadas con brutalidad. El verbo «sesgar» resultaba demasiado preciso. Muchas de las víctimas de los «islamistas» morían acuchilladas, y sus asesinos las dejaban en cubos de basura o en arcenes, con las cabezas casi separadas del cuerpo. Profesores y periodistas, soldados y militantes musulmanes, policías y oficiales del gobierno local morían asesinados a diario. Las notas de mis horrorizadas visitas a Argelia estaban llenas de los detalles de esos abominables y gratuitos asesinatos. El 27 de enero de 1994, un joven cesante de veinticuatro años en la población de Kasr el Bujari murió decapitado y dejaron su cabeza en la escalera de un cine abandonado. «Un ejemplo —decían sus asesinos en un cartel que habían pegado en las paredes de la población— para todos los que violan la moralidad del islam». En la víspera de una «conferencia nacional» de partidos políticos —el FIS, huelga decir, quedó excluido de ella—, un policía de Annaba murió acuchillado delante de un grupo de niños. La noche que finalizaba la conferencia, los islamistas asesinaron a siete civiles en la provincia de Yiyel, uno de ellos era el doctor Ferhat Chitbut, profesor de historia, al que dispararon delante de uno de sus progenitores, su esposa y dos hijos.

Como siempre, el mundo exterior se preocupaba más por las víctimas extranjeras de la guerra y no por las nacionales, un hecho que los asesinos supieron aprovechar con astucia. Su promesa de «ejecutar» a todos los ciudadanos de los «Estados cruzados» culminó a principios de enero de 1994 con el asesinato en Argelia de una joven de veintiséis años, funcionaria del consulado francés, cuya muerte llevó a la suspensión de todos los visados para Francia. Al asesinato de Monique Afri le siguió el asesinato de Raymond Louzoum, un judío de origen tunecino de sesenta y dos años que había vivido en Argel durante treinta años. Era un óptico casado con una

musulmana y que aspiraba a conseguir la nacionalidad argelina, e interpretó a un par de oficiales franceses en una serie de películas sobre la guerra de independencia. A Louzoum le dispararon dos balas en la cabeza en la calle Diduche Murad, en el mismísimo centro de Argel.

La sublevación musulmana no tenía el monopolio de los asesinatos. A finales de 1993, un grupo en defensa de los derechos humanos argelino declaró que el gobierno estaba utilizando escuadrones de la muerte en su lucha contra los islamistas. Una intervención realizada por los servicios secretos franceses de un asalto de la policía argelina a un bastión musulmán fue la prueba clara de que un oficial daba la orden a sus hombres de que no hicieran prisioneros. En diciembre de 1993, los «islamistas» —y, en este momento, tal vez deberíamos empezar a poner la palabra entre interrogantes— mataron a doce reclutas del ejército en su cuartel, cerca de Sidi bel Abbès. A principios de enero de 1994, dieron el alto a un soldado en un control de carretera rutinario a las afueras de Argel. Enseñó su pase del ejército y, acto seguido, lo degollaron. El puesto de control era falso; los «policías» eran terroristas con uniforme policial. ¿Lo eran? Estos *faux barrages* se volvían cada vez más comunes y se aproximaban, semana tras semana, a la capital. Pronto se hizo evidente para los pocos periodistas que todavía viajaban a Argel que, en muchos casos, los asesinatos eran policías de verdad; que trabajaban para el gobierno de día y para la sublevación por la noche.

El ejército ya utilizaba tanques y helicópteros contra las unidades de «islamistas» en las montañas de Layaaría. Tenía muy pocas alternativas, porque los insurgentes se movían por Argelia con un gran efectivo. Cuando degollaron a una docena de trabajadores croatas en diciembre de 1993, las víctimas no tuvieron oportunidad de escapar; sus ejecutores estaban entre cincuenta hombres armados que entraron de repente en sus barracones a las afueras de Oran. A veces, las ciudades de Argelia se encontraban al borde del pánico generalizado. Las colas para comprar pan en Argel sólo eran superadas por los miles de argelinos desesperados por dejar su país, que permanecían a las puertas de la embajada francesa día y noche hasta que, debido al asesinato de Monique Afri, se cerró la sección de visados. Las autoridades tampoco permitieron que los argelinos olvidaran lo que supondría una guerra civil. A diario, la televisión estatal emitía el vídeo de las noticias de la matanza posterior a la guerra soviética en Kabul: reactores Mig bombardeando la capital afgana, cadáveres de mujeres y niños tirados en las calles. Si no permanecéis unidos y respaldáis al gobierno, era el mensaje tácito, esto será Argel y Oran y Constantina y las demás ciudades de Argelia. Pero ¿hasta dónde podían llegar las autoridades para asustar a su pueblo con objeto de que apoyara al gobierno?

Pasado un año, el gobierno envió una delegación de oficiales de alto rango del servicio secreto del ejército argelino a realizar un recorrido por las capitales árabes, sobre todo, El Cairo y Damasco, con la esperanza de aprender a combatir los ejércitos de guerrilleros «islamistas». En Egipto —donde islamistas de verdad habían matado

al presidente Sadat— aprendieron que la policía paramilitar egipcia tomaba por asalto los escondites de los insurgentes armados, en los campos de cañaverales de las cercanías de Assiut y Beni Suef, antes de interrogar a los supervivientes mediante la tortura o de ahorcarlos tras dictar sentencias en tribunales militares. En Damasco aprendieron de primera mano cómo las fuerzas especiales sirias con artillería y tanques mataron a miles de musulmanes en la ciudad rebelde de Hama, en 1982, y pulverizaron sus antiguas calles y mezquitas. Al final de diciembre de 1994, el ejército argelino llevó a cabo un asalto que fue la copia exacta de lo anterior en el fortín musulmán de las cercanías de Ain Defla —que tenía, más o menos, la misma dimensión que Hama— con artillería y tanques, y mató a 3000 supuestos miembros del GIA. Una vez más, no hicieron prisioneros.

Sería interesante saber cuántas veces se han utilizado estos conflictos de Oriente Próximo como lecciones escolares para campañas militares distintas y futuras. Durante la guerra argelina de 1954-1962, los franceses concedieron al gobierno israelí un acceso sin precedentes a su guerra contra el FLN. Isaac Rabin, que entonces era jefe del estado mayor del ejército israelí, Uzi Narkis, agregado militar israelí en París, y Chaim Herzog, que entonces era director del servicio secreto militar israelí, visitaron una unidad de comando de la marina con base en el sur de Francia, el centro de entrenamiento del comando francés en Córcega y en Argelia, donde, según Herzog, «fuimos testigos de la implacable batalla contra el FLN<sup>[\*]</sup>». Cuarenta años después, el Pentágono envió una delegación a Israel para estudiar las tácticas del ejército israelí durante la intifada palestina, para que pudieran aplicar ese aprendizaje en su propia batalla contra los insurgentes iraquíes; lo que seguramente hicieron con horrendos resultados. Por tanto, de una forma carente de originalidad e inconsciente, los estadounidenses en Iraq pueden haber copiado —en segunda instancia— las deplorables tácticas de Francia en la guerra de la independencia de Argel.

«La trama», tan arraigada en la psique de los argelinos y de todos los árabes, y, de hecho, en la administración estadounidenses de George W. Bush desde 2001, adoptaba en ese momento una faz perturbadora. Los miembros del GIA se convencieron de que la ayuda militar francesa y el aliento político al régimen —sobre todo del ministro del interior francés, muy aficionado a la intriga, Charles Pasqua— constituían una declaración de guerra de los Estados «cruzados» de Europa contra los argelinos musulmanes. El gobierno argelino se convenció de que los Estados Unidos estaban apoyando al GIA. Si no, se preguntaban, ¿Washington permitiría al portavoz del FIS, Anwar Haddam, tener un cargo en Washington? ¿Por qué, si no, los estadounidenses iban a urgir al «diálogo» con los islamistas, algo que jamás harían con los enemigos musulmanes de Israel? Estaba claro que Washington deseaba crear regímenes islámicos «moderados» en África del Norte, más que democracias que no pudieran controlar. En eso consistía «la trama».

En la misma Argelia, el miedo estaba convirtiéndose en una enfermedad. «Asistí al funeral de un familiar en Oran, en diciembre. Él falleció de muerte natural, pero, en

el funeral, un jeque habló de una mujer argelina a la que acababan de asesinar junto a su esposo belga». Se hizo el silencio en la mesa; no era el momento de jugar con los tenedores y cuchillos sobre los pimientos y tomates calientes y picantes. «El jeque no habló sobre el belga asesinado, lo pasó por alto. Pero de la mujer dijo: “Si no se hubiera casado con un extranjero, eso no hubiera ocurrido”».

Hizo una pausa para que se asimilara el horror de la afirmación. «¿Cómo vamos a razonar con personas como ésta? ¿Cómo podemos dejar que personas como ese jeque lleguen al poder? Una gran parte del problema se debía a nuestro sistema de educación. El FLN enseñaba a sus niños que la historia empezaba en 1962, después de la guerra de independencia. No les hablaron sobre Abdelkader, nuestro guerrero que combatió a los franceses. Pero el pueblo rechazó al FLN y su versión de la historia. Así que lo único verdadero para ellos era el Corán; lo que concedió a los dirigentes fundamentalistas un poder cada vez mayor. Eran como el jeque de la mezquita de Oran, podían tomar cualquier frase del Corán y convertirla en algo incendiario, como una pira».

Las piras están por todas partes. No le digo a nuestro anfitrión que he visto una fotografía posmoderna del hombre belga y de su mujer asesinada. El gobierno argelino ha publicado un horrible dossier de cadáveres decapitados<sup>[\*]</sup>, fotos y más fotos en color de gargantas desgarradas y cadáveres con orificios de bala en los tanatorios argelinos. La mujer del pelo cano yace en el suelo de la morgue, tiene un orificio de bala en la comisura derecha de la boca, los ojos semiabiertos, el pecho derecho al desnudo sobre una mortaja blanca. Su marido, que sólo lleva calzoncillos, tiene orificios de bala en el pecho, el hombro y la cara. Sus ojos miran a la cámara y deben de haber mirado a los asesinos cuando llegaron al hogar familiar en Buir, el 29 de diciembre de 1993. Frente a ellos yace un joven francés, asesinado en Bir Jadem el 23 de marzo de 1994, todavía tiene el impecable pelo negro peinado con la raya en medio, mira hacia abajo, a los dos orificios de bala que tiene en el pecho. ¿Fue eso, me pregunto, lo que hizo en el momento de su muerte? ¿Sintió el metal entrando en su pecho y miró hacia abajo, sorprendido de ver que le habían reventado el corazón?

A medida que se pasan las páginas del dossier, la cosa empeora. Los trabajadores yugoslavos a los que degollaron a las afueras de Oran. No son cortes limpios en el cuello, una cuchilla invisible que podría haber dado muerte con rapidez y piedad. Tienen las gargantas cortadas a tajos, la sangre se vierte sobre el pecho. Uno de ellos, un joven, hace una mueca de dolor, tiene el sufrimiento escrito en el rostro muerto, los labios apretados mientras intenta soportar el martirio. Quienquiera que le cortase el pescuezo lo rebanó hasta llegar a la columna vertebral. Puede verse el blanco del hueso al fondo del cuello.

Otros cuerpos son una carnicería de tripas y sangre, con los rostros mutilados y los brazos despellejados. En algunos casos, sólo aparecen las cabezas magulladas en las fotos. El ojo izquierdo de Yillali Nuri, asesinado el 28 de agosto de 1994 en Ain

Defla, ha quedado mirando la manta sobre la que descansa su cabeza. Su expresión es de horror, pues debe de haber mirado hacia el cuchillo de su asesino. Después de un rato, esta pornografía de crueldad se torna banal. La cabeza de Ahmed Haddad, asesinado el 13 de mayo de 1994, está colocada sobre una balda de azulejos: gotea sangre de la base del cráneo y se ve una mano humana que mantiene la cabeza en equilibrio con dos dedos para que no caiga rodando al suelo. Halima Menad era una joven mujer, asesinada en Ain Defla el 23 de julio de 1994, cuyos largos cabellos negros y ojos semiabiertos todavía conservan una belleza fantasmal, sus tirabuzones están empapados de la sangre que brota de su cuello rajado. Yamina Benamara, otra joven decapitada cerca de Oran el 11 de abril de 1994, fue abandonada en el suelo de su casa con el pijama puesto. Su cuerpo yace sobre una barata alfombra naranja y azul, cubierto, en parte, con un cojín. La cabeza, con un trozo del cuello todavía pegado a la barbilla, está en otra alfombra, con los ojos cerrados. Otras fotografías muestran fábricas ardiendo, y colegios, autobuses y camiones calcinados.

Todo el mundo se une al mercado pornográfico de la muerte. En Middlesex, una organización del frente del FIS publica sus propias fotos truculentas<sup>[4]</sup>, un «islamista» de poblada barba plagado de agujeros; «víctima de tortura —dice el pie de foto—, a la que le perforaron el cuerpo y el cuello con un objeto punzante. Sacrificó su vida y todo lo que quería». El hombre tiene los ojos abiertos de forma muy natural, mira directamente a la cámara, como si estuviera ansioso por explicar lo terrible que debe de haber sido su sufrimiento. Hay cadáveres carbonizados, una chica de unos veinte años bañada en sangre, un hombre calvo con un agujero de bala en el cráneo. En lugar de fábricas derruidas, este libretto contienen fotografías en color de campos de prisioneros en el desierto en los que hay miles de jóvenes argelinos encarcelados, fotografías de policías argelinos interrogando a jóvenes en las calles de Argel. El manual del gobierno sobre la decapitación afirma que 15 000 hombres y mujeres han muerto asesinados; la mayoría de ellos han sido degollados. El panfleto del FIS dice que «desde el golpe de Estado de la junta militar, 60 000 musulmanes han sido asesinados». En la fotografía que hay arriba, un joven está tendido sobre un reguero de sangre y dice: «Y aquellos sacrificados en nombre de Dios, él jamás permitiría que sus buenos actos fueran en vano... Sagrado Corán, 47, versículo 4».

Pasarán diez años antes de que vuelva a presenciar esta clase de carnicería. Porque todas y cada una de estas fotografías se podrían haber sacado en los tanatorios de Iraq, en el año 2003 y en adelante. Lo mismo puede decirse de las fotos de los camiones quemados y las fábricas destruidas.

Y, por supuesto, antes de empezar a preguntar sólo quién perpetró estos crímenes contra la humanidad —porque no pueden ser todos obra del GIA o de los miembros renegados del FIS—, me hago una pregunta mucho más prosaica, más evidente, más terrible. ¿Qué clase de hombre —porque los asesinos son todos hombres— pudo sujetar a la joven Nabila Rezki, con su corto pelo crespo y su naricilla puntiaguda y su adorable rostro, en el suelo de su casa de Ain Defla el 23 de julio de 1994, y

cercenarle el cuello como si fuera una oveja o un pollo? ¿Y los gritos de horror, los chillidos de dolor, las desesperadas e inútiles súplicas de piedad que deben de haberse expresado antes de que el cuchillo se clavara? ¿Qué hay de «la muchacha, la niña y el amor»?

Pasados unos minutos, caigo en la cuenta de que la atención que presto a este horror, el detalle que encuentro en las fotografías, me convierte en cómplice de estos crímenes. Recuerdo que los guardias revolucionarios iraníes hacían circular fotografías de los pasajeros muertos de un Airbus en el almacén refrigerado de Bandar Abbas en 1988, y analizaban las minucias del sufrimiento, el rastro como de hormigas que dejaba la sangre en sus cuerpos, los ojos, todavía con esa mirada perdida en los rostros. Una vez más, me recuerdan a los cuadros medievales, a los cadáveres ensartados de Hieronymus Bosch, a las víctimas de la crueldad francesa, violadas y descuartizadas, pintadas por Goya, a los santos que rezan, agujoneados por las saetas. En una ocasión, en un campo de Kosovo, encontré la cabeza de un albano tirada en la hierba, la había cortado una bomba de la fuerza aérea estadounidense lanzada sobre su convoy de refugiados, estaba mirando al cielo; pensé para mis adentros, con mucha frialdad, que ésta debe de haber sido una escena muy común en la Inglaterra de los Tudor o en cualquier lugar de Europa en el siglo xv. Mas adelante conocí a la joven que había encontrado la cabeza y que la había colocado sobre la hierba, porque pensó que le otorgaría mayor dignidad al muerto si la cara de su cabeza degollada podía mirar al cielo.

Ahora viajamos a Argelia con miedo, somos pocos periodistas. Lara Marlowe de la revista *Time* y yo hemos establecido una costumbre. Si visitamos una tienda, debemos quedarnos sólo cuatro minutos para comprar nuestra fruta, bolsitas de té o libros. Cinco minutos daría tiempo a alguien de traer a los asesinos. Ocultamos la cara en el periódico cuando estamos en un atasco en el centro. Vamos caminando desde el coche hasta la puerta de la casa de una familia con una velocidad de locos, a lo Monty Python, los andares ridículos de los periodistas, somos personajes de una antigua película muda, nuestro terror nos obliga a movernos con una normalidad de alta velocidad. Tocar el timbre, mirar a la calle de una forma despreocupada, sin resuello, maldecir a los ocupantes de la casa por no abrir justo en el momento en que tocas. Durante la cena, miramos el reloj. El toque de queda es a las 23.30. El minuterero que avanza temerosamente más allá de las once hace que se tense nuestra sonrisa, y nuestro deseo de huir se acrecienta. Los policías quieren escoltarnos por las ciudades, policías que algunas veces llevan capucha. «Es para su protección», dicen. Sí, pero ¿quién quiere que le vean viajando con un policía que lleva un pasamontañas, un *cagule*, que lo identifiquen con los hombres que detienen a los jóvenes de Argel y que —la prueba empieza a convertirse en una evidencia cada vez más horrible— son torturados, bastante a menudo hasta morir?

Viajamos a Blida, a la antigua ciudad francesa en lo que pronto llamaremos «el triángulo de la muerte». Sí, nos encantan esos nombres subidos de tono. Diez años

más tarde, en Iraq, empezaremos a hablar de «el triángulo suní» —que no era del todo suní ni tampoco era un triángulo—, y luego, de forma inevitable, crearemos en nuestras páginas un «triángulo de la muerte» iraquí. La versión de Blida sólo tardó media hora en llegar. El 30 de enero de 1994, los policías que estaban allí llevaban capuchas y escopetas automáticas. Las paredes tenían pintadas que decían «FIS». Y el cuerpo del jeque Mohamed Buslimani —que pasó dos meses en una sepultura de una montaña antes de que descubrieran el cadáver— que apestaba a cloroformo, envuelto en una manta marrón y amarilla, en la plaza de la ciudad colonial a los pies de las montañas del Atlas.

Sentado en el suelo de la casa de una sola planta, que se levanta en las estribaciones sobre la llanura del Mitiya, su madre de ochenta y cuatro años, Zohra, mientras la lágrimas brillan sobre sus arrugadas mejillas tras unas viejas gafas, intentaba entender por qué habían asesinado a su hijo. «Gracias a Dios que lo veremos en el paraíso. Era un hijo obediente. Fue la bendición de Dios lo que no los dio y la bendición de Dios lo que lo arrebató de mi lado. Debo aceptarlo».

En Argelia, la aceptación —del secuestro, del asesinato, de la decapitación, de la muerte— es una forma de vida. Pero ¿quién mató a Buslimani? ¿Quién querría secuestrar y luego asesinar a un profesor de árabe que era dirigente de la organización benéfica Orientación y Renovación de Argelia, que sólo un año antes había viajado a Sarajevo y había vuelto con docenas de musulmanes bosnios heridos para que se recuperaran en Argelia? «La mano de los traidores se lo ha llevado», fue la explicación del jeque Mahfuz Nahna, el dirigente del partido Hamás del que Buslimani fue el miembro fundador, mientras rezaba en esa pequeña plaza colonial, llorando ante 8000 dolientes.

Así que ¿quiénes fueron los «traidores» en este caso? Los asesinos, sin duda: los cuatro hombres que se llevaron al barbudo jeque que se estaba quedando calvo de su casa de planta baja el 25 de noviembre de 1993, y sólo le permitieron realizar una breve llamada telefónica a su familia unos días después, antes de silenciario para siempre. En el registro de su casa, vemos los libros religiosos que estaba leyendo cuando llamaron a la puerta, y el cable del teléfono —que ahora han vuelto a ensamblar con cinta aislante de color negro— que los secuestradores cortaron antes de llevarse al jeque en su propio y destartado Renault. Sólo para charlar, unas palabras, nada por lo que preocuparse, le dijeron a su esposa, Gussem. Volvería pronto. La misma historia de siempre.

Entre los cientos de mujeres enveladas de blanco que están sentadas bajo los eucaliptos y el destartado barrio donde vivía el jeque Buslimani, un viejo amigo recordó lo inevitable. «Sólo le dejaron hacer una llamada. Su familia preguntó: “¿Quién te retiene?”, y él se quedó callado. Entonces escucharon una voz de fondo que decía: “Diles que es el GIA”. Luego dijo: “Ya lo habéis oído”. Su familia le preguntó al jeque cómo estaba, y él contestó: “Algunas veces hay que dar gracias a Dios, incluso en las peores situaciones”. Y eso fue la última vez que lo escucharon».

Pero no fue la última vez que lo vieron. Diez días antes de una desesperada «conferencia nacional» sobre Argelia, que se suponía que iba a resolver la crisis del país, se propagó el rumor de que el cuerpo del jeque había sido hallado en lo alto de las montañas, enterrado junto a los árboles que estaban cerca del cementerio en El Affrun. No se dijo nada más hasta que terminó la conferencia, a la que el Hamás asistió de forma fugaz, pero que boicotearon todos los grupos políticos importantes. En ese momento, las autoridades argelinas anunciaron de pronto que los restos del jeque, en efecto, se habían encontrado en ese lugar de las montañas. Y, casi a renglón seguido, detuvieron a esos dos hombres sospechosos de su secuestro: Guitun Nacer y Rashid Zerani. Nacer y Zerani, según se dijo, habían recibido órdenes de Yafaar el Aghani, miembro del FIS que supuestamente desempeñaba un papel dirigente en el GIA, de secuestrar al jeque para convencer a Hamás de que boicoteara la conferencia.

Al gobierno le alegró poder culpar al FIS de las miserias de todo el país. Decenas de miles de militantes islamistas —y miembros de los grupos armados en guerra con el *pouvoir*— vivían en Blida. Por ello, las paredes estaban plagadas con consignas del FIS, y los jóvenes de la ciudad observaban a los extranjeros con la mayor de las sospechas. Por ello, la policía paramilitar, ataviada con uniformes de caqui oscuro y apuntando con sus Kaláshnikov, permanecía en las calles a nuestro alrededor con pasamontañas de lana: sacos con rajas del tamaño justo para poder ver y gritar órdenes.

Sin embargo, allí había amigos del jeque —compañeros de colegio de sus días en el *lycée* de Blida donde enseñaba árabe— que sospechaban de la veracidad de la historia. «De pronto, el gobierno encuentra el cuerpo y a los culpables justo cuando termina la conferencia —dice un miembro de Hamás—. ¿Qué se supone que debo pensar? El Hamás es más moderado que el FIS, pero hay simpatizantes del FIS en nuestro partido. Así que ¿por qué iba a matarlo el FIS? No lo sé, aunque me gustaría escuchar que el FIS condena este asesinato; me gustaría escucharles decir que no han sido ellos. Aunque hay gente que dice que el gobierno quiere eliminar al Hamás, es el segundo dirigente al que asesinan, para poder tener una guerra abierta entre el ejército y el FIS. Y hay otros partidos, como el Partido por la Cultura y la Democracia, que no quieren ver ningún partido como Hamás porque demuestra que el islam puede ser humano y moderado. Mi sospecha es sencilla: todo el mundo estaba listo para ver al jeque asesinado». Las personas mueren cuando todo el mundo descubre que su muerte les beneficia. El FIS perdió a un adversario moderado, las autoridades pudieron culpar al FIS, mientras los que no tienen trato con la religión en la política de Argelia ya no tienen que enfrentarse al personaje de molesta popularidad, Buslimani.

Y el jeque era un hombre popular en Blida. Su funeral, a la sombra de las montañas cubiertas de hielo, fue un asunto doloroso y dignificado. Los dolientes de la plaza lloraban hasta la inconsciencia y caían desmayados en los brazos de sus amigos, y el jeque Nahna anunció que Buslimani «lo hizo todo por el suelo de

Argelia y que ahora el suelo de Argelia lo recupera». Buslimani no tenía hijos —su hermano murió en la guerra contra los franceses por la que el jeque estuvo encarcelado durante cinco años—, pero Gussem y él habían criado a la hija de una hermana como si fuera propia. Asma yace llorando delante de su madre adoptiva, aprieta las manos por la pena durante el traslado del cuerpo para el entierro definitivo en la ciudad a los pies del pobre barrio de la familia, Sidi el Kebir. La destartalada aldea llevaba el nombre del fundador de Blida en el siglo XVI, Ahmed el Kebir, que trajo consigo a árabes españoles de Andalucía —irrigadores de los campos y cultivadores de naranjeros— mucho antes de que los franceses llegaran a Argelia para colonizar una nación cuya tragedia todavía no había terminado.

El siguiente presidente de Argelia fue un anodino exgeneral que conoció la anarquía mucho antes de esa última guerra. Como embajador de Rumania, el general Liamine Zerual fue testigo del caos que siguió al derrocamiento del presidente Ceausescu. Antiguo comandante de artillería en Sidi bel Abbès, oficial al mando del 6.º Regimiento Motorizado de Tamanrasset, director de la academia militar de Cherchell, exministro de Defensa y ahora sexto presidente del país después de la independencia, Zerual iba a ser la «última oportunidad» para Argelia. Con un traje gris y corbata oscura, irrumpió en el Club des Pins, pasó por delante de la *nomenklatura* del FLN, pasó por delante de los altos rangos de los guerreros espahi, uniformados de carmesí y verde, con una sonrisa gélida en la cara, saludando con la cabeza a la hilera de generales y almirantes cuyas espadas doradas cruzadas al cinto e insignias de hojas de palmera destellaban a la luz del televisor. Me fijé en que no había cobertura en directo para esa investidura. Se acabó grabar a un presidente en directo después del fallecimiento en directo de Budiaf. Así que todos escuchamos en silencio sepulcral el 31 de enero de 1994 mientras Zerual ponía la mano sobre el Corán y prometía «encontrar una forma de salir de la crisis del país a través del diálogo».

¿Alguien lo creía? Mientras Zerual entraba en el auditorio, debió escuchar lo que acababa de ocurrir. Sólo tres horas y media antes, otro policía más había llegado a la puerta de su casa y se había encontrado con un hombre que, con eficacia letal, lo había degollado, lo había dejado muerto en el pavimento y —como casi todos los asesinos de Argelia— había conseguido huir. Rachid Tzigani, secretario nacional de un minúsculo partido derechista que hacía tiempo exigía una toma de poder dirigida por el ejército, salía de su bloque de apartamentos en Badjera para dirigirse en coche a su despacho en el Ministerio de Obras Públicas cuando se encontró cara a cara con su asesino. Por supuesto, no hubo testigos.

Un día después, un periodista de la televisión francesa, Olivier Quemener, está rodando en la kasba. Un terrorista lo asesina y lo encuentran con su reportero herido tendido junto a él y llorando. En la investidura de Zerual, yo había ayudado a llevar el trípode de la cámara de Quemener. Habíamos hecho juntos el viaje de vuelta a Argel en el mismo autobús, habíamos charlado sobre las dificultades de trabajar en ese

Estado policial «democrático», de los peligros que nos esperaban. Y ahora se había sumado a la lista de extranjeros asesinados. «No llevaba escolta policial», dijo un policía casi con desprecio en el hotel El Djezair. No, claro que no, Quemener intentaba hacer su trabajo, de forma valerosa y sin protección en plena guerra de Argelia.

En el despacho con enrejado de acero de la Agence France-Presse, la agencia de noticias francesa, en el centro de la antigua Argel, las cifras están clavadas en la pared. Un cálculo total reciente muestra 243 miembros de las fuerzas de seguridad muertos, junto con 881 «islamistas» y 335 civiles, más 3000 muertos oficiales que nadie, salvo los «guardaespaldas» del gobierno, cree<sup>[5]</sup>. Los tribunales del gobierno han condenado a cientos de «islamistas» a muerte: 212 en Argel, 64 en Oran, 37 en Constantina. Apuntadas en cada día están esas muertes individuales de las que los periodistas de la agencia pueden seguir la pista. *Assassinats*, dice con tinta roja. «El 16 de marzo de 1993, Yilalli Liabès, antiguo ministro de Educación... murió a causa de un disparo al salir de su casa en Kuba; 17 de marzo de 1993... Laadi Flici, médico, escritor, miembro del consejo consultivo nacional... 28 de diciembre de 1993... Yusef Sebti, poeta, escritor, francófono, profesor, asesinado por hombres desconocidos». Incluso el vicepresidente de la Federación Argelina de Judo es víctima de lo que los periódicos llaman un «cobarde asesinato».

En la comida, una amiga nos pasa una carta por debajo de la mesa, como alguien que ofreciera literatura pornográfica. Por qué no, ya que los contenidos son bastante obscenos. «En el nombre de Dios, el más misericordioso —ha escrito la remitente anónima con su bolígrafo de trazos finos y temblorosos—. No trabajes más. Eres una puta. En el nombre de Dios, el más misericordioso, no más policía... Dios es grande». La mujer es dentista y entre sus pacientes hay policías. «¿Qué puedo hacer? —nos pregunta—. Tengo que seguir trabajando. A lo mejor me voy de Argelia». La amenaza está escrita en francés, el verso coránico está en árabe. No puedo evitar darme cuenta de que el francés de quien lo ha escrito es mejor que su árabe, una extraña observación sobre el odio hacia Occidente tantas veces expresado por los «islamistas»; si es que ellos enviaron la carta. Ha sido franqueada en la oficina de correos de la estación de trenes de Argel por dos dinares. Terror por correo por 14 centavos.

Un antiguo ministro de Educación, experto en judo, poeta, dentista, periodista. Un folleto «islamista» enumera a treinta periodistas francófonos «condenados a muerte»; hasta ahora han asesinado a nueve. En 1993, Tahar Djaut, el novelista y editor galardonado, un apasionado de la literatura francesa, recibe un disparo en la cabeza al salir de su casa y muere en estado de coma. En 1994, Said Mekbel, tal vez el mejor periodista argelino, cuya columna *Mesmar J'ha* («El clavo oxidado») aparecía en el diario *Le Matin*, murió asesinado por un joven bien vestido que entro a una pizzería donde él estaba comiendo y le disparó dos veces en la cabeza. Nadie interceptó al asesino porque era un cliente habitual. Uno de los miembros del personal del

periódico corrió a la pizzería:

En el fondo del restaurante, sentado detrás de la mesa, todavía con el cuchillo y el tenedor en las manos, con la cabeza ligeramente echada hacia delante, como si estuviera mirando la comida del plato, Said todavía respiraba. Le dije: «Said, aguanta. Vamos a llevarte al hospital». Me acerqué para acariciarle el pelo, pero retiré la mano, la tenía cubierta de sangre<sup>[\*]</sup>.

Mekbel, cuyo abuelo paterno luchó por Francia tanto en la primera como en la Segunda Guerra Mundial, dejó un artículo inacabado en su despacho en el que escribió: «Me encantaría saber quién va a matarme».

Hasta los más inocentes estaban «condenados». Karima Belhaj, de veinte años, trabajaba de secretaria en la organización de la policía del bienestar de Argel. Era una hermosa muchacha que acababa de prometerse con un conductor de autobús y, por 18 dólares, la traicionó un chico que vivía en el mismo bloque de su barriada, en el suburbio de Eucalipto. Cuando volvía caminando a casa de noche, un hombre la agarró del pelo, tiró de ella por el suelo y le disparó una bala en el abdomen. Mientras se doblaba hacia delante en su agonía, le dispararon otra bala en el cerebro. Su hermano oyó los disparos. Las últimas palabras que ella le dijo fueron: «Llévame al hospital... quiero vivir». Luego murió.

Es importante tener conocimiento de estos terribles hechos si queremos entender la ferocidad con la que reaccionaron la policía y el ejército. No había pruebas contundentes de que la policía en los barrios de Belcort y Kuba de Argel escogiera a antiguos presos para ejecutarlos siempre que asesinaban a un policía. En tres comisarías distintas de la capital, la tortura se había convertido en algo habitual. Las cámaras de tortura se montaban en los refugios antiaéreos de los subterráneos, que en su origen habían excavado los ejércitos aliados bajo las comisarías francesas en 1942. Había rumores insistentes de que se sacaban cadáveres envueltos en plásticos desde estos edificios, durante las horas de toque de queda, para realizar enterramientos secretos. Los antiguos internos de la cárcel de Sekaryi describían meses de solitario aislamiento en oscuridad total en celdas infestadas de ratas. Un antiguo prisionero que conocí me habló de un interno que iba de camino a su juicio y que «parecía un cavernícola»: con el pelo largo hasta los hombros, las uñas de dos centímetros y medio de largo, tenía piojos en la piel y le supuraba pus de las orejas. Cuando los presos de Sekaryi se pusieron en huelga de hambre para protestar contra estas condiciones en el otoño de 1993, la policía les disparó gas lacrimógeno, y un interno murió de asfixia.

Los activistas de derechos humanos que estaban en Argelia tenían información más espantosa. El 15 de enero de 1994, aseguraban, un *ratissage* del ejército de la ciudad de Larba acabó cuando los soldados leyeron una lista de siete hombres —Tayeb Belarussi, Mahfud Salami, Halim Yaidoui, Azedin Guename, Mohamed Kader y dos hermanos apellidados Meyadni—, los pusieron contra una pared y los fusilaron. Los soldados que regresaron a la ciudad ese mismo día dispararon, supuestamente,

contra una multitud y mataron a una niña de dos años y a su abuela. El 23 de enero, según las mismas fuentes, los soldados entraron en la ciudad de Buduau, a 35 kilómetros de Argel, escogieron a cuatro hombres —Mohamed Said Tigalmanin, Abdulá Lanaoni, Alí Borshentuf y Messaud Butiche— y los ejecutaron contra una pared. Por tanto, ¿era sorprendente que muchos argelinos sospecharan en ese momento que eran las mismas autoridades de seguridad las que intentaban crear un clima de terror? ¿Y resultaba sorprendente que los «islamistas» contribuyeran a propagar ese rumor?

A medida que pasaban los años de baño de sangre, aprendimos que las fuerzas de seguridad argelinas estaban implicadas de forma mucho más importante en las atrocidades de lo que podíamos haber imaginado. De hecho, supimos que ellas mismas habían instigado algunas de las muchas matanzas de las que culpaban a los «islamistas». Todavía tengo mis notas —de una entrevista de 1995 con la policía paramilitar de Argelia en la *garde mobile* del Haddad, en Harrash— en la que el oficial que, inteligentemente, me pidió permanecer en el anonimato, me dijo con pesimismo que:

una clásica guerra de guerrillas como esta jamás funcionará. No funcionó para los franceses. No funcionará para nosotros. La única solución es infiltrarse entre ellos, vestirse como ellos, vivir con ellos, utilizar a su gente.

En mi cuaderno de la época, había subrayado las cuatro últimas palabras, y añadía mi propia reflexión —«¡Au!»— al margen.

Por toda Argelia había señales del desmoronamiento. Sólo en las dos últimas semanas de enero de 1994, se cree que murieron 116 policías asesinados, muchos más de los que se admitía oficialmente. Grandes zonas de la ciudad estaban controladas por los insurgentes. En ese momento, el gobierno tenía el control en Argel, Oran y Aunaba. Incluso Constantina estaba en manos de los pistoleros en las horas de oscuridad. En un viaje de 250 kilómetros a través de las montañas de la Kabília, descubrí que las autoridades de seguridad se habían retirado de las carreteras. Los puestos de control de carreteras de la policía y el ejército estaban abandonados. El único policía que vi entre Argel y Tizi Uzu estaba con una metralleta, tras una barricada de sacos de arena, en la entrada de una comisaría acribillada a balazos en Isser. En la misma Tizi Uzu, me reuní con hombres y mujeres asustados que hablaban de una «invasión terrorista», que se producía todas las noches, en las poblaciones de alrededor. En el viaje de vuelta a Argel, me encontré con una sola patrulla policial, dos vehículos blindados conducidos por soldados con casco y las caras tapadas, con las ametralladoras apuntadas a los coches que pasaban. Eran precisamente las mismas escenas de las que fui testigo diez años más tarde en las carreteras del sur de Bagdad: la misma pérdida del control por parte del gobierno, el mismo abandono, el mismo miedo.

Mis propios artículos escritos desde Argelia tenían cierta similitud con un osario:

jóvenes a las que disparaban por negarse a llevar velo, hijos decapitados porque su padre o su madre era policía, mujeres violadas hasta la muerte en mazmorras policiales. Cuando llegaron informes terribles de la zona rural de Argelia en noviembre de 1994 —sobre dos mujeres a las que degollaron porque se negaron a comprometerse en «matrimonios voluntarios» con combatientes musulmanes— hubo muchas personas fuera de Argelia que se negaban a creerlo. Cuando se lo conté a los oficiales del Hezbolá, sacudían las cabezas con incredulidad. «De verdad, creo que somos el grupo islámico más maduro», dijo uno de ellos; que viniendo del Hezbolá, transmitía su propio mensaje.

Un par de años antes, esta persona podría haber afirmado que todas las fuerzas musulmanas estaban unidas por un mismo objetivo. La guerra de Argelia lo cambió. Hubo una época en la que las autoridades argelinas intentaron censurar las atrocidades que perpetraban los «islamistas», pero la tremenda crueldad con la que se exterminaba a los inocentes les obligó a cambiar su política; ahora deseaban *médiatiser les atrocités*. Las dos chicas murieron degolladas —después les arrancaron la cabeza— porque se negaron a contraer «matrimonios voluntarios». Una de ellas tenía veinticinco años, la otra, veintiuno, y ambas habían sido secuestradas junto a otros miembros de la familia de su casa en Blida. Un oficial del ejército argelino, que había desertado, habló de 50 000 soldados que ahora se habían unido a la «lucha antiterrorista» y a la «eliminación secreta» de muchos sospechosos de ser «islamistas».

Mohamed solía asistir a la escuela coránica, una madrassa, y estaba rezando en una mezquita de Argel. Está sentado en un sofá, en una casa «segura» de Argel a la que nos habían invitado a Lara Marlowe, de la revista *Time*, y a mí. Es 3 de febrero de 1994, sólo cuatro meses después de que treinta comandos camuflados con pasamontañas se presentaran en su casa a las dos de la madrugada. Tiene diecinueve años, pero aparenta muchos más. Mira a la superficie de la mesa de latón mientras habla:

Le dispararon a mi madre de cuarenta y ocho años. A mí me pusieron una venda en los ojos y me llevaron directamente a la sala de torturas. Había tres o cuatro tramos de escalera y hacía mucho frío. Me desnudaron. Había una boca de alcantarilla en el suelo, y no paraban de sumergirme la cabeza en las aguas residuales. Me preguntaban una y otra vez: «¿Dónde están las armas?». Yo decía que no lo sabía. Seguían insistiendo porque yo iba a rezar a la mezquita los viernes. Cuando me quitaron la venda, vi que todos llevaban monos azules de la policía y capuchas. Eran unos dieciocho. Oía a otra gente gritar. Había luces muy potentes y manchas de sangre en las paredes. Me ataron a un banco de cemento y me pusieron una pinza en la nariz, luego me metieron un trapo empapado de agua y lejía en la boca. Echaron más líquido en el trapo hasta que se me llenó el estómago de agua y lejía, luego me dieron patadas en el estómago hasta que vomité. Eso siguió durante tres horas.

Luego llevaron al joven al sótano de la escuela de policía Châteauneuf en el barrio de El Bihar. Mohamed señala las cicatrices de color violeta oscuro que tiene en

los pies. Le dieron descargas eléctricas en las plantas, dice: «con una cosa que parecía una pistola». Diez días después, lo llevaron a la central de la comisaría política que estaba cerca del edificio de Air France en el centro de Argel:

Los funcionarios de la comisaría política encargados de la tortura se llamaban Kraa y Abdel Samad... Nos torturaban a unos delante de otros, para que tuviera efectos psicológicos. Nos mostraban a personas muertas colgadas del techo con esposas. Eran personas que habían muerto por la tortura y de hambre. Habían estado en celdas conmigo. Eran de Belcurt... Vi a cinco personas muertas en la comisaría. Dos que colgaban del techo. Las otras tres habían sido torturadas y luego quemadas hasta la muerte con sopletes. Amenazan con traer a mi mujer si no contaba la verdad. Un hombre que se llamaba Sid Ahmed Shabla de Baraki fue condenado a muerte. En la comisaría me torturaron de tal forma que declaré que mi hermano era miembro de la resistencia. Me ataron de pies y manos y me tiraron al suelo boca abajo. Me aplastaron la cabeza contra el suelo hasta que me saltaron los dientes.

Mohamed rompe a llorar. Nos sentamos y esperamos hasta que desea seguir hablando:

Trajeron a mi hermano a la comisaría y nos pusieron cara a cara en una habitación. Le dije: «No es verdad, sólo lo he dicho por la tortura». Mi hermano estaba llorando y dijo: «Que Dios te perdone». Le rompieron las costillas y lo dejaron en libertad... Por la tortura, confesé que estaba recolectando medicamentos y dinero para la resistencia. No era cierto. Sólo lo dije porque quería que dejasen de torturarme... Estaba descalzo delante del juez [del tribunal] y seguía teniendo el cuerpo cubierto de marcas. Lloré delante de él y dije que me habían torturado. Él dijo: «Sí, lo sé. Yo no puedo hacer nada»... En Sekaryi, me metieron en una celda estrecha y húmeda bajo tierra durante cuarenta y cinco días... No había luz, y había muchas ratas. Allí volvieron a torturarme, golpeándome en los pies y con el método del trapo en la boca. Me daban un pequeño cuenco de sopa lleno de cucarachas y un mendrugo de pan cada día.

Los nombres de los torturadores que menciona son: teniente Buamra y Said Haddad; más adelante, los presos llamaban «Hitler» a este último, por su bigote. Volvieron a llevar a Mohamed a juicio y esta vez lo absolvieron. Dice que los guardias le dijeron: «Si vuelves, acabaremos contigo». Ahora está escondido «porque los escuadrones de la muerte vienen a matar a todos los que salen de la cárcel».

A continuación, una descripción de primera mano sobre la guerra fraternal, que nos concede un hombre al que llamaré Lyes —por su seguridad— en mi artículo:

En la colina en Duc des Cars, había dos chicos que iban juntos al colegio y vivían en el mismo edificio. Uno de ellos era fundamentalista, el otro era policía. El fundamentalista fue enviado a un campo de prisioneros en el Sur. Cuando salió, quiso vengarse, así que mató a su compañero de colegio, el policía. El padre del policía mató al «islamista». Todos los del vecindario los conocíamos. Si vas al funeral de un policía, el FIS dice que estás con el gobierno. Y si vas al funeral de un «islamista», la policía va a por ti. Así que la gente de nuestro edificio dio el pésame a ambas familias.

Incluso el exgeneral Jacques Massu concedió su consejo al asediado gobierno argelino. «Las fuerzas de seguridad tienen la responsabilidad esencial del futuro de su país —anunció con pompa el antiguo comandante de los brutales paracaidistas franceses—. Con la ayuda de Occidente, su poder tendrá éxito de forma inevitable<sup>[6]</sup>». Los argelinos nunca le pidieron consejo a Massu, pero él había aprobado el ascenso a comandante del ejército del general Mohamed Lamari, líder de

la facción *éradicateur* del ejército argelino. Y no puso pega a que el nuevo ministro del Interior fuera el jerife Abderramán Meziane, miembro de esa rara especie de forzudos argelinos de los que hablan todos los argelinos, que creen que sólo una solución militar puede traer la paz a Argelia. Así que cuando entró en su despacho de la segunda planta del Palais du Gouvernement —con un elegante traje azul, corbata roja, barba de chivo y un tremendo habano—, le hice la pregunta fatal. ¿Quiénes eran los *éradicateurs*? ¿Y era él uno de ellos?

El jerife Meziane se entretuvo con el puro durante largo tiempo —durante un larguísimo tiempo, en realidad— antes de responder. Y luego dijo:

Un granjero puede ser un erradicador cuando arranca las malas hierbas de los campos; algunas veces, un hombre tiene que purificar el agua y limpiar las cosas de insectos y gusanos. Existe una situación de extrema violencia y terrorismo en Argelia. ¿Se le llama a un oficial que vela por el cumplimiento de la ley al hacer su trabajo erradicador?... La gente suele llamar a los que cometen traición y huyen «conciliadores». Si tengo que escoger entre los dos, haría lo que fuera para garantizar que Argelia siga siendo una sociedad moderna.

En otras palabras, el jerife Meziane era un «erradicador», preparado para luchar hasta el fin contra los «terroristas», los «criminales», los «virus» —que era la palabra que utilizaba junto con «insectos» sadamitas— que amenazaban al país. Él era uno de los hombres fuertes, condenado a muerte por los franceses en la guerra de independencia, exgobernador de Jelfa, Nijaya, Gelba, Ain Denla y Argel, la clase de tipo cuyas prisiones no tenían aire acondicionado. Cuando le pregunto si fue justo condenar una iniciativa reciente de Occidente en Roma, en la que los argelinos —incluido el FIS— pedían la paz y condenaban la violencia, el asesor del ministro, un matón con el pelo al rape y un apretón de manos tan fiero como la pinza de una langosta, murmura: «Condenaba la violencia de una forma filosófica». Tanto peor para la conciliación<sup>[\*]</sup>.

La guerra argelina se había infiltrado en un sistema de autoprovocación en la que todas las atrocidades se vengarían el cuádruple. En enero de 1995, el Ejército de Salvación Islámico, que en gran parte se consideraba un ala militar del FIS, había anunciado que emprendería una sangrienta ofensiva que coincidiera con el Ramadán en la que intensificarían sus ataques contra «los apóstatas y sus secuaces». Un par de días antes, el número 33 del periódico de formato grande del Ejército de Salvación Islámico, *El Feth el Mubine* («Victoria brillante») prometía que las operaciones del grupo «afectarían a la capital». Un coche bomba en el centro de Argel mató a 38 personas y dejó 256 heridos. Eso fue precisamente lo que harían los insurgentes de Iraq una década más tarde, y marcaron así el Ramadán como un mes de ataque militar; y luego asaltaron a sus ocupantes estadounidenses y sus ayudantes de la policía iraquí sin tener en cuenta para nada a los inocentes que morirían. La bomba de Argel se puso a la entrada del cuartel general de policía en la calle Amruche —un desolado edificio de cuatro plantas en cuyas mazmorras, muchos islamistas afirman haber sufrido torturas— y explotó en un momento en que los argelinos estaban comprando comida antes de empezar el mes de ayuno. Muchos de los 256 heridos

perdieron las extremidades.

Los más vulnerables entre los inocentes, de forma creciente, eran las víctimas de los ataques más descarnados. En enero de 1995, los pistoleros llegaron a la casa de Sala Zubar, veterano de la guerra de independencia, cerca de Chlef al oeste de Argelia, secuestraron a su hija de veinticuatro años y a sus tres hijos —el más pequeño tenía trece años— y les dispararon a todos en la cabeza. En febrero, los «islamistas» asesinaron a Asedien Meyubi, director del Teatro Nacional argelino. Un famoso actor de cine, con un cómico bigote caído —era famoso en Argel por su adaptación de la obra *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams—, salía caminando del teatro después de organizar una actuación de niños cuando dos hombres de unos veinte años le dispararon varias veces en la cabeza<sup>[7][\*]</sup>.

Los acontecimientos se precipitaron de tal forma en Argelia que incluso los que viajaban con regularidad al país eran incapaces de mantenerse al día. En febrero, un motín en la cárcel de Sekaryi —la antigua cárcel del Barbarroja francés en el centro de Argel, donde la guillotina cayó en un tiempo sobre los cogotes de presos del FLN — finalizó con 99 internos muertos, entre ellos dos funcionarios de alto rango del FIS. La policía paramilitar argelina había rodeado la cárcel después de que cuatro de los guardias, según las autoridades, fueran degollados. Nadie sabía si estaban intentando escapar —como hicieron 900 «islamistas» de la prisión de Tazult Lambeses el año anterior— o si el baño de sangre, era, como afirmaría más tarde el FIS, una matanza deliberada por parte de las autoridades. Dos periódicos argelinos informaron que 14 prisioneros habían sido asesinados por sus propios compañeros de celda. Al principio, se dijo que Lembarek Bumarafi —acusado del asesinato de Budiaf— estaba entre los muertos. Pero entonces, de repente, apareció en las pantallas de televisión con una simple rodilla magullada, luciendo un nuevo bigote, sonriendo ligeramente y saludando a los telespectadores de esa cinta con las palabras: «Soy yo, Bumarafi, y estoy vivo». Se propagó el rumor de que quien salía en la cinta no era Bumarafi.

La guerra argelina se libraba en la sombra. Ambos bandos deseaban que esa oscuridad envolviera su lucha, aunque los resultados siempre se publicitaban con bombo y platillo. Pasé varios días con la *garde mobile* argelina, transformada en unidades paramilitares mientras durase la guerra, contemplando a los policías de cara cubierta, con pasamontañas, que gritaban a los jóvenes de las barriadas durante los interrogatorios.

Pasamos serpenteando por la pobreza de Argel en un convoy de Land Cruiser verdes y blancos, los Kaláshnikov apuntaban desde las puertas de los vehículos que iban en la retaguardia, entre las multitudes de hombres que se encontraban entre la inmundicia y la basura que se apilaba en los caminos que pasaban por Château Rouge, Cheraba, Gaid Gassem, Eucalyptus, Huaura. Algunas veces llegábamos a campo abierto, los gendarmes con sus uniformes verdes entraban corriendo a los naranjales de los alrededores de Blida para registrar a jóvenes con las manos en alto,

con los rostros llenos de terror, los cañones de los Kaláshnikov de la policía les acariciaban la espalda y el cuello. No dejaba de preguntarme, qué ocurriría si nosotros los periodistas no estuviéramos viajando con la policía.

El comandante Mohamed —sabía su apellido, pero prometí no revelarlo jamás— se convirtió en un guía turístico a la inversa, pues señalaba los lugares de peligroso atractivo: dos supermercados destruidos, una fábrica de gas incendiada, una hilera de camiones carbonizados que pertenecían a una cooperativa gubernamental, una escuela destrozada con las ventanas hechas añicos. En una ocasión en la que pasamos junto a todo un tren, vimos su hilera de vagones plateados quemados y caídos de lado. Al ver sus capuchas y pasamontañas, el pueblo de Argel no tardó en poner a los policías el apodo de *ninjas*, nombre que adoptaron con alegría. Siempre que pasábamos por un camino, veíamos a jóvenes al otro extremo, corriendo para ponerse a cubierto en el interior de las tiendas y caminos. Los jóvenes que no corrían nos observaban con tanto odio que su mirada nos atravesaba, como si ya hubieran vencido al gobierno que representaban los hombres del comandante. Sin embargo, Mohamed seguía desgranando los hechos. Casi todos los «islamistas» armados llevaban armas checas o israelíes —«Skorpion o Uzi», dijo—, pensaban que las habían entrado de contrabando por las fronteras de Argelia con Marruecos, Libia, Túnez o Mali. Estaban fabricando bombas con bombonas de gas butano llenas de explosivos, cristales, acetileno, ácido sulfúrico y metal, y las enterraban en los caminos y las detonaban con baterías.

«Están organizados —dijo—. Hay un “cerebro” detrás. Son personas que evolucionan con la situación. Cambian. Solían utilizar escopetas de caza robadas. Ahora utilizan armas automáticas y explosivos. Atacan siempre que quieren y tienen la iniciativa. Tienen “observadores” y tienen un método. Los dirigentes se conocen entre sí, pero los que realizan los ataques no se conocen. Es una estructura piramidal». Los islamistas se habían afeitado la barba, se habían puesto chilabas, algunas veces fingían ser recolectores de fruta, y dejaban las escopetas junto a ellos en los naranjales, descansaban en las barriadas por las noches, salían a través de los uadis de las afueras a través de los desbordamientos de las aguas residuales al amanecer. «En Argel, el GIA es mucho más numeroso que el movimiento armado del FIS», nos confió el comandante Mohamed mientras se relajaba en su despacho en Harrash, al tiempo que sonaba un antiguo disco de 33 rpm de los Rolling Stones —*I'm a Street Fighting Man*— en el tocadiscos. «Cuando te enfrentas a ellos, luchan hasta el final. Jamás se rinden». Seis años después, eso es lo que dirían los oficiales de las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos sobre los hombres de Al Qaeda contra los que lucharon en el oeste de Afganistán.

En Bab el Ued, el fortín más duro de los «islamistas» de todas las ciudades argelinas, el comandante Mohamed y sus quince hombres se desplegaron sobre el asfalto, contemplados por tal vez miles de jóvenes, para que yo pudiera sacar fotos. «Es un enjambre de “observadores” —murmuró—. Mire cómo nos observan». Los

policías apuntaban con sus fusiles a los tejados y los balcones a medida que las multitudes aumentaban en número, en malestar. Entonces, de pronto, Mohamed quiso irse. Llevábamos allí sólo dos minutos. «Deberíamos irnos —dijo de golpe—. Ya». ¿Cuántos nuevos reclutas del GIA acababan de crear sus hombres? El respaldo a la autoridad no se consigue colocando a las personas una escopeta en el cuello. Casi todas las calles por las que pasábamos escaparon del control de gobierno de forma definitiva. Por cierto, no había zonas «prohibidas» en Argel. Sin embargo, tampoco había zonas seguras.

Me gustaba viajar con esos hombres y a ellos les gustaba la compañía de los occidentales por la falsa sensación de protección que les otorgaba. Era falsa. Sabía que si me quedaba con ellos el tiempo suficiente, vería la guerra; sabía que a medida que pasaran los días, habría un tiroteo, una emboscada que vería con mis propios ojos antes que la experiencia relatada por otro que llegara horas o días después del suceso. Sin embargo, jamás creí que fuera a ocurrir tan pronto.

Los pinos se mecían con la primera luz de la mañana, los naranjales lanzaban destellos dorados, los campos de semilla de colza se extendían hasta una cortina gris de montañas. No se podía encontrar un camino más adormecedor, que serpenteaba a través de los cipreses más allá de los arroyos alimentados por los chaparrones nocturnos. Así es como solían ilustrarse el paraíso en los libros infantiles.

Chaibia era un pueblo de una sola calle, un par de antiguos chalés franceses derruidos y una hilera de casas baratas de cemento. Las persianas estaban abiertas. De hecho, las ventanas estaban abiertas en la mañana fresca y fría. No había gente en las calles. Y en algún lugar de mi mente —y me encontraba en el cálido capullo que era el Land Cruiser del comandante Mohamed— parte de mi cerebro le planteaba a la otra parte una pregunta. Debe de hacer frío fuera. La gente está en casa. Pero ¿por qué tienen abiertas todas las ventanas? Qué cosa tan rara...

Fue entonces cuando nos lanzaron la emboscada. No me gusta el «nos». Pero no se puede clavar una bandera de periodista en el techo de un coche de policía argelino; además, a los atacantes les habría encantado saber que había un extranjero además de 16 gendarmes a tiro. Y cuando explotó la primera bomba, sonó dentro del primer vehículo de los nuestros como un estallido detrás de nosotros. Los policías con sus pasamontañas sabían lo que era, y la segunda bomba detonó a 100 metros de distancia mientras yo abría la puerta trasera. Fue como una pared de ruido y un manto de cemento y humo detrás de la segunda furgoneta policial.

Saqué mi cámara y miré a través del objetivo hacia el segundo coche —para captar el humo que salía por detrás— cuando se produjo una tercera explosión. Fue como si alguien me diera un golpe en los oídos y, a través del objetivo telescópico, vi cómo ascendía en cámara lenta una cortina de asfalto, hierba, acero y tierra. Un policía se puso corriendo delante de mí, disparaba hacia el campo cubierto de flores

amarillas de la izquierda. Una mujer salió gritando de una casa derruida —la antigua villa de un *pied noir*, recuerdo haber pensado—, chillaba e imploraba a Dios y a la policía que dejaran de hacer ruido. Una lluvia de piedras y cemento cayó sobre la carretera a nuestro alrededor, y la tapa del depósito de gasolina de la tercera furgoneta llegó rodando por el camino y me pasó volando por delante de la cara. Fue entonces cuando estalló la tercera bomba.

«¡Al suelo, al suelo, puede que haya otra!», gritó el comandante Mohamed. Miré a mi alrededor. Había una siniestra cuneta a mi lado, una barbería abandonada al otro lado del camino con las palabras *Coiffeur des Jeunes* pintadas de forma rudimentaria en la puerta de cristal. Estábamos tendidos en el suelo cuando empezó de nuevo a tamborilear la metralla, una lluvia enloquecida en esa hermosa mañana de primavera en el paraíso. Se hizo un silencio sólo roto por el llanto de la mujer aterrorizada y el sonido de los hombres respirando y tosiendo, y una voz en la radio que preguntaba si alguien estaba herido y un policía que decía, en voz muy baja: «Dios es grande». En ese punto, los gendarmes empezaron a rociar los árboles con balas, los disparos se metían silbando entre las hojas, y volvían a caer a los campos, sus proyectiles golpeaban la maleza y salían aullando hacia un terraplén donde estaba la vía del tren. Hasta entonces, yo había informado sobre la guerra de Argelia enterándome por terceros; eso se había acabado.

Era una emboscada perfecta. Ellos —el GIA, sin duda, dirigidos por su nuevo emir de la wilaya de Blida, Said Majlufí— habían colocado las bombas de carretera con una separación de 50 metros, cuatro de ellas para impactar contra los cuatro vehículos de la patrulla. «Eran muy profesionales —dijo Mohamed—. Han esperado hasta que hubiéramos salido de los vehículos antes de hacer estallar la cuarta bomba, pero nuestras furgonetas estaban diseminadas. Entonces han huido. Podrían estar ahí...» Y señaló a la inocente población de Chaibia, que volvía a estar desierta, ni un alma en las calles, el GIA los avisó a todos para que las bombas no rompieran los cristales de las ventanas, que es la razón por la que —sí, a mi cerebro no se le había ocurrido a tiempo el verdadero significado— habían abierto esas ventanas en esa fría mañana de primavera. «O podrían estar allí... o allí», dijo Mohamed mientras movía el dedo siguiendo la línea del horizonte, donde la luz del sol se esparcía con alegría sobre las paredes de las casas casi enterradas tras los árboles.

Entramos caminando con dificultad en los campos, con cautela, los policías disparan hacia delante, buscan los cables, salpican la hierba empapada y las raquílicas huertas. Un tren hace ruido al pasar por la vía, es el tren de cercanías que procede de Blida y llega a Argel, los pasajeros con sus periódicos de la mañana nos miran desde los somnolientos vagones como si estuviéramos realizando un loco ejercicio de campo. Es entonces cuando encontramos los cables de detonación eléctrica, cuatro baterías de coche cubiertas de forma descuidada con tierra y una serie de bombillas rotas como detonadores cerca de los enormes agujeros del camino. Uno de los vehículos policiales tiene el parabrisas hecho trizas, las bisagras de las puertas

saltadas, orificios de metralla en la carrocería, ningún herido.

Los cables recorrían los campos, y un sargento de policía los siguió, tiró de ellos para sacarlos del barro y el agua como en esa escena de *El puente sobre el río Kwai*, cuando Alec Guinness descubre que alguien planea volar el puente. Los cables salieron viscosamente del barro; llegaban hasta un nudo en una alambrada de donde salía un hilo de pescar de color verde que llegaba hasta la vía del tren. El hilo acababa en las vías. Allí es donde nos habían esperado tres de ellos, puede que cuatro, escuchando con escáneres —según el comandante Mohamed— las radios de la policía. Un anciano segaba la hierba en un extremo de los campos. «Esta mañana han estado unos chicos por aquí con escopetas de caza —dijo—. Han estado cazando pájaros». Aunque, en realidad, todos los habitantes de Chaibia deben de haber sabido lo que iba a ocurrir. Seguramente tardaron horas en colocar las bombonas de butano de explosivos, los cables eléctricos, las baterías y los detonadores. Quizá permanecieron allí durante días, esperándonos.

Cuando nos fuimos de Chaibia, la gente no nos miraba, ni siquiera le echaron un vistazo a la furgoneta Toyota destrozada por el explosivo; era como si no existiéramos, el destino que el GIA había pensado para nosotros. Lo único que falló fue la distancia entre las bombas. «Distancia, mantened distancia entre vosotros», decía el comandante Mohamed por su radio. Y luego dijo *Alahu akbar* —Dios es grande— una vez más. Y el policía que estaba a mi lado murmuró una oración en árabe y las palabras «Mahoma es el profeta de Dios». Todos los policías lo dijeron. Esta oración me interesó de una forma que en un principio no alcancé a entender. Siguió y siguió durante unos minutos, durante una hora tras la emboscada. La policía estaba agradeciendo a Dios su misericordia. No me cabía duda de ello. Al otro lado de la explanada de esa vía, los atacantes deben de haber pronunciado las mismas palabras, en busca de la gracia de Dios y deben de haber invocado el nombre del Profeta en su empeño por matarnos a todos. Fue el comandante Mohamed quien se volvió hacia mí durante el camino de vuelta a Argel y me dijo: «Hemos tenido una hermosa suerte hoy».

Yo también había tenido una hermosa suerte. Quería ver la guerra y tuve mi primer artículo en directo, y había vuelto sano y salvo al Hôtel el Dejezair. Sin embargo, a las 5:38 horas de la mañana siguiente —había tomado la costumbre de mirar el reloj siempre que explotaba una bomba—, se produjo un enorme estruendo y una masa de humo negro pendía sobre la residencia para familias de policías de Kuba. Justo antes de la explosión, los atacantes habían huido de la escena gritando —por la unidad del islam—: *Alahu akbar*. Dios es grande. Y los policías lo creerían con el doble de fervor puesto que se suponía que la detonación debía derribar todo el edificio sobre las cabezas de sus familias, pero sólo derribó una pared. La mayoría de los 21 heridos eran mujeres y niños, el más joven, un bebé de un año. Solía haber dos policías de guardia en la entrada. «Pero ambos fueron asesinados el año pasado —me dijo un gendarme fuera de servicio—. Desde entonces, no ha habido ni un solo

guardia en nuestros edificios».

Resultó aleccionador observar a las fuerzas de seguridad argelinas cuando se presentaron en el lugar de la explosión. Había hombres de la gendarmería con uniformes verdes y pasamontañas, y policías de tráfico con uniformes azules y galones blancos, y otra especie que no solía verse vestida toda de negro con bandoleras de color carmesí y capuchas negras con abertura para los ojos y la boca, que se movían por fuera de los grupos de personas, observándonos a todos. ¿Quiénes eran?

«Encenderé esto para que no puedan oírnos», dice el joven, y coloca un pequeño transistor en el alféizar, su estridente música ensordece cualquier aparato de escucha que los hombres de seguridad argelinos puedan haber instalado cerca de la casa. La historia que escuchamos es una historia de secretos y miedos, una ejecución sumaria, de escuadrones de la muerte clandestinos del gobierno, de un cabecilla «islamista» al que mataron de un disparo «mientras intentaba escapar», de fosas comunes y cadáveres numerados en bolsas de plástico. En la matanza de la cárcel de Sekaryi murieron 223 «cuadros» del FIS, según los hombres de la habitación, todos «asesinados» en venganza por el bombardeo de la Comisaría de policía de Argel.

No existe ni un ápice de duda entre esos hombres, ni un momento de balbuceo en su historia. Para ellos, los miembros del GIA no son «terroristas», sino «oposición armada». Al preguntarles sobre las acusaciones —respaldadas por pruebas muy claras— de que el GIA viola mujeres, uno de los hombres responde: «Es sólo un intento de desacreditar a la resistencia». Ante la expresión de incredulidad al escuchar esta afirmación, la respuesta se suaviza, es la clase de respuesta repugnante que da el gobierno cuando le exigen dar cuenta de sus actos. «Son excesos del GIA, por supuesto». Lo que equivale a decir que el GIA viola mujeres.

Sin embargo, es de los excesos de ese gobierno de lo que desean hablar, brutales, persistentes, perpetrados con la ayuda —eso dicen en Argel— de una «brigada antiterrorista» especial con sede en la comisaría de Châteauneuf, el centro de tortura al que todavía llevan a las mujeres, según estos mismos hombres, para someterlas a violaciones y ejecuciones sistemáticas. Los abogados que representan a los hombres del FIS dicen que en muchos casos, la policía argelina ya no se molesta en torturar a los prisioneros para conseguir confesiones antes de arrastrarlos hasta los tribunales. Se limitan a ejecutarlos.

Un abogado de Argel intenta explicarlo. «En el último mes y medio, no ha habido más vistas judiciales en Argel —no se han celebrado juicios—, pero se han producido miles de detenciones. El gobierno abrió tribunales especiales en Oran, Argel y Constantina en septiembre de 1992, pero no funcionaron porque los abogados no colaboraban. El gobierno ha abolido los tribunales especiales este año; y se dijo que era algo bueno, un gesto de libertad. Pero no ha habido más vistas desde entonces,

sólo detenciones».

Menciona los casos de dos profesores de medicina «islamistas» de Blida, el doctor Fuad Buchlagem y el doctor Ahmed Nulaaresse. «Ambos fueron detenidos por la policía de Argel. Uno tenía un doctorado por la Universidad de Toulouse, el otro se formó en el MIT. Más adelante, tras su detención, la policía se limitó a decir que ambos “fueron abatidos a tiros cuando intentaban escapar”. ¿Qué se supone que debemos deducir de esto?» Todavía más aterradores son los casos del doctor Nurredine Ameer, director de la Unidad de Ortopedia del hospital Harrash en Argel, y el jefe doctor Belahrache, director del Departamento de Reumatología en la Universidad de Constantina. La policía armada se los llevó de sus hospitales en 1994 y, simplemente, han desaparecido.

También está el caso de Azedine Alwane, contable de la compañía nacional de aguas, SEDAC. «El año pasado asesinaron a un policía y acusaron a mi cliente del crimen —dice un segundo abogado—. El padre de Alwane era un *muyahed*, un héroe de la guerra de independencia contra Francia. Pero en la cárcel torturaron con gran brutalidad a Alwane y, a continuación, lo castraron. Su padre intervino para intentar sacarlo de prisión y conseguimos una absolución en el tribunal. Los otros policías presentes en el juicio lloraban al escuchar la descripción de lo que le habían hecho... Su padre incluso acudió al ministro del Interior, el jefe Meziane, y le pidió ayuda, pero el ministro le dijo que no podía ayudar porque los responsables de lo ocurrido no estaban a sus órdenes».

Cuando entrevisté al masticador de puros, el *éradicateur* jefe Meziane, había negado la existencia de una «brigada antiterrorismo», pero admitió que «hemos organizado grupos dentro del ejército, la policía y la gendarmería» para paliar el «terrorismo». Según los hombres de la sala, estos «grupos» ya ascendían a 6000 hombres y trabajaban fuera de las comisarías en los barrios de Argel de Hussein Dey, Kuba, Ben Aknun y Fontain Fraiche, así como Châteauneuf. Uno de ellos dijo que un médico de la cárcel de Sekaryi les contó que habían asesinado a 230 internos. «Fue un exterminio. Entre nuestros miembros asesinados estaba Ikhelf Sherati, un imam y profesor de una pequeña escuela coránica... y Nureddin Harek, profesor de Magisterio...» Todas las víctimas fueron enterradas en fosas comunes en el cementerio de Al Alia, treinta o cuarenta fosas con números en las lápidas. El gobierno argelino anunció una investigación del escándalo. Y ¿a quién designaron para dirigir la investigación? Al jefe Meziane, claro.

Mientras tanto, la guerra se vuelve más atroz, cada vez resulta más duro informar sobre ella; no sólo por los peligros físicos, sino porque sus terroríficos detalles nos repelen incluso a aquellos que debemos informar de sus bestialidades. Los periódicos argelinos hacen todo lo posible —con el aliento del gobierno, claro— para aterrorizar a los lectores con fotografías de esos crímenes contra la humanidad. Una colegiala argelina, de sólo quince años, con el cogote rajado, tirada sobre una mesa de autopsias en Blida, con los ojos abiertos, acusadores, dirigidos hacia el lector. Otra

foto muestra su cuerpo, bañado en sangre, con las manos atadas tras su uniforme de colegiala. Las fotos de otro diario argelino muestran el cuerpo decapitado de otra joven. En el momento que abro los periódicos cada mañana, siento que tengo que mirar hacia atrás por si alguien está observándome. El simple hecho de contemplar esas terribles imágenes es un acto delictivo. ¿Puede Argelia producir más horror?

Sí puede. Fátima Ghodbane llevaba velo en su clase de la escuela Mohamed Lazhar cuando llegaron a buscarla, en marzo de 1995, seis hombres armados con escopetas de caza y pistolas. Según sus compañeros, la muchacha lloraba y gritaba a los pistoleros que se la llevaron por la puerta del colegio, donde le arrancaron el velo, le ataron las manos, le acuchillaron la cara y la degollaron. Un testigo dijo que los pistoleros colocaron su cabeza decapitada en la puerta de la clase donde muchos otros niños sufrieron un ataque de nervios. La policía argelina encontró a muchos de ellos desmayados por el terror. En una de las manos de Fátima, los hombres habían escrito «GIA». El padre de Fátima Ghodbane era un inspector de obras públicas jubilado, lo que apenas lo convertía en agente del gobierno. El periódico *El Watan* concluyó que el crimen de Fátima había sido su belleza<sup>[\*]</sup>.

Dos días antes de la muerte de Fátima, los pistoleros irrumpieron en la casa de la familia de un agricultor en Reghaia a las cinco de la madrugada, encerraron a la menor de las hijas en el baño y alinearon a sus dos hermanas, Amal, de dieciocho años, y Karima Geuyali, que tenía veintiuno, junto a su padre. Luego dispararon a Amal en la cabeza dos balas y otra a Karima en el corazón. Amal estaba prometida con un policía argelino. Esa misma noche, otros hombres armados irrumpieron en la casa de Tessala, en el Marya, cerca de Blida, y dispararon a Yamina Amrani, una mujer de veintiséis años embarazada de nueve meses cuyo marido no estaba en casa. Otras tres mujeres —dos en la veintena— murieron asesinadas cerca de Blida esa semana; unos pocos días después, los pistoleros sacaron de su casa a dos hermanas de dieciséis y diecisiete años en las montañas Aurés; las degollaron a 200 metros de la puerta de su hogar.

¿Qué energía primitiva alimenta un sadismo así? Aunque el precio fue terrible, los argelinos ganaron su guerra contra los franceses. Eran todos musulmanes, todos de la secta suní. Su vasta tierra vale miles de millones de dólares en petróleo y depósitos de gas natural. Argelia está en el decimotercero lugar entre los mayores exportadores de petróleo, en el séptimo en el caso del gas. Después de Francia y Canadá, es el tercer país francófono del mundo. Tendría que ser tan rico como los Estados del Golfo Árabe, su pueblo debería ser capaz de comprar propiedades e invertir en Europa y en los Estados Unidos como los saudíes y los kuwaitíes. Aun así, tiene una tasa del 25 por ciento de paro, del 47 por ciento de analfabetismo y sufre uno de los conflictos internos más cruentos del mundo. En el Ministerio del Interior, producen cintas de vídeos de las matanzas, que son más asquerosas, más banales incluso, que los pornográficos libros de fotos de los muertos del gobierno. Hasta 200 hombres y mujeres mueren todas las semanas en las ciudades circundantes a Argel;

los periodistas argelinos sospechan en privado que hasta ahora han muerto 100 000.

En muchas de las matanzas recientes, el GIA, al parecer, se estaba vengando de esas poblaciones donde se habían establecido milicias financiadas por el gobierno para combatirlos; otra de las pequeñas iniciativas del jerife Meziane. Camiones y autobuses se detenían en el exterior de estas ciudades en los terroríficos *faux barrages*; sus ocupantes —veinte o treinta por vehículo— morían degollados. Cerca de Laghaut, en noviembre de 1996, una ambulancia que trasladaba a una mujer enferma y a su marido, junto con un paramédico, se detuvo detrás de un autobús en un puesto de control de la «policía». Según el diario *Liberté*, tal vez la única fuente periodística fiable que queda en esta guerra, los «pistoleros-policías» degollaron al paramédico, al conductor y al marido, y dejaron a la mujer enferma sola en el vehículo. Todos los pasajeros del autobús que iba delante también murieron asesinados de la misma forma. Varios conductores estaban haciendo cola detrás de la ambulancia hasta que se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, dieron media vuelta y condujeron para salvar la vida hasta Laghaut.

En Sidi el Kebir no existe esa posibilidad de huida. El 6 de noviembre, los hombres de la población están en las colinas que se alzan sobre sus hogares, en busca de los «terroristas». El gobierno los ha armado para que los combatan. Detrás de ellos, hasta treinta miembros del GIA entran en Sidi el Kebir y empiezan, una vez más de forma sistemática, a matar a todos los que encuentran en la población. Según se informa, degüellan a un niño después de que los intrusos tengan una discusión sobre la moralidad de matar criaturas. Al menos diez mujeres son *égorgées*. Un pareja recién casada es «ejecutada» en su hogar, el marido está en la cama, la mujer en la puerta de su habitación, después de que, supuestamente —y de manera inexplicable—, la obligaran a exponer su ajuar. Su diminuto bebé queda atado en la misma habitación.

Los pistoleros llegan a lo alto de las montañas argelinas, al monasterio de Thiberine. Se llevan a siete monjes del mismo edificio. Francia está estupefacta. Estos hombres, amables y espirituales, ayudan incluso a los hombres del GIA. Siete meses después estoy sentado junto a una pequeña capilla católica francesa en Hydra, en Argel, con un personaje de gafas, monseñor Henri Teissier, arzobispo de Argel. Es un profesor de árabe de sesenta y siete años que adoptó la nacionalidad argelina tras la independencia. El 21 de mayo de 1996, respondió a una llamada telefónica en la que le informaron de que habían decapitado a siete monjes.

Es cierto que encontramos sólo sus cabezas. Tres de ellas estaban colgadas en un árbol, cerca de una gasolinera. Las otras cuatro cabezas estaban tiradas en la hierba que había debajo. Sin embargo, es maravilloso que las familias de esos monjes mantengan su amistad con nosotros y con todos los argelinos. Han visitado el monasterio. Han sido capaces de aceptar la pérdida de sus hijos. Saben que no han sido todos los argelinos quienes han hecho esto.

Así que ¿quién hizo «esto»? El GIA, según el gobierno argelino, bajo la dirección de un hombre llamado Sayah Attia; uno de los sacerdotes del Thiberine lo había

reconocido —cuando abrió la puerta— en una fotografía de un periódico que identificaba a Attia como el asesino de los yugoslavos a los que degollaron cerca del monasterio.

Así que ¿podía entender el arzobispo lo que pasaba por la mente de los asesinos cuando sacaban sus cuchillos?

Matarán a un niño de dos años o a un anciano de ochenta y cinco. Creo que no tienen conciencia. Trabajan guiados por su entendimiento de la ley islámica —«Debemos matar a los enemigos del Señor»— y punto. Nosotros pensamos no sólo en nuestra vida, sino en la vida de todas las personas de Argelia... Lo más difícil es enterarse de que todos los días mueren personas, que hay madres que lloran por sus hijos y sus hijas. Nosotros mismos no estamos en la misma situación en la que estábamos antes de esta crisis. Cuando se empieza a celebrar la eucaristía, no se puede evitar recordar que Jesús fue asesinado por la violencia humana y en nombre de la religión. Ahora hemos entendido el riesgo que implica esta sociedad, que estamos siguiendo los pasos de Jesús. No podemos ver la cruz de Jesús como la veíamos antes. Antes era algo abstracto. Ahora es una realidad del día a día.

El arzobispo acababa de celebrar una misa para seis monjas y monjes en Argel, el sacerdote había leído San Mateo, capítulo 25, versículo 13. «Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir». Habían llegado a recordar a uno de los primeros mártires de Francia en Argelia, el vizconde Charles de Foucauld, el soldado convertido a sacerdote a quien un islamista asesinó en Tamanrasset en 1916, y cuyo asesinato sentó un espantoso precedente para los monjes y monjas que seguían negándose a abandonar Argelia. A principios de 1996, el arzobispo de Oran, monseñor Pierre Claverie, murió por la explosión de una bomba el mismo día que se había reunido con el ministro de exteriores francés, Hervé de Charrette. «La bomba explotó en la calle —dijo el arzobispo Teissier—. Cayó abatido en la puerta de la capilla y encontraron restos de su cerebro por todo el suelo de la capilla. Fue absurdo, ridículo, desmesurado».

Era joven, iba bien vestido, llevaba una cara chaqueta de piel sobre los hombros. Yo ya había recibido la llamada de contacto de los británicos, pero no esperaba que un representante de la fuerza de la guerrilla «islamista» apareciera en mi hotel de Argel con su numerosa guardia de seguridad, sus policías armados delante del recibidor, con los hombres de su milicia en las puertas. «Puede llamarme “Abu Mohamed”», anunció el joven mientras nos sentábamos en el balcón de mi habitación, las palmeras se mecían con el viento a nuestra espalda. Reconoció abiertamente su pertenencia a la rama militar del FIS, afirmó de manera categórica que tras meses de guerra intestina, su propio ejército de Salvación Islámica se había unido al GIA. Él era el mediador, dijo, del tercer encuentro en Chlef, a principios de octubre, en el que la decisión final se había tomado en combinación con ambos mandos.

Sin embargo, él afirmaba que el GIA se había infiltrado hasta lo más hondo del servicio de inteligencia militar argelino. Incluso afirmaba que las peores atrocidades

de la guerra —sobre todo la matanza de mujeres y niños en poblaciones de montaña— fueron realizadas por instigación de agentes gubernamentales. Sus afirmaciones eran categóricas e implacables. Cuando le pregunté por qué los grupos musulmanes degollaban a sus enemigos, me respondió:

Es la mejor forma de acercarse más a Dios, la mejor forma de matar a un *taghut* [enemigo de Dios]. Si tienes a alguien que es capaz de matar a niños de cinco años, ¿qué haces con él? ¿Matarlo con balas? Las balas son valiosas para nosotros; son muy caras. Como una bala para una Kalásh[nikov] de 9 mm; es como si la tiraras a la basura. Cualquiera que intente destruir el islam, para destruir al Buen Dios, que toma el nombre del Señor en vano, es un demonio. Se puede hacer cualquier cosa para acabar con un demonio.

Me encontraba ante una nueva tergiversación. «Abu Mohamed» creía que los agentes de la policía y el gobierno era asesinos de niños. La policía y el gobierno creían que el GIA era asesino de niños. O eso decían. Así que ¿quién estaba matando a los niños? En un momento determinado, «Abu Mohamed» me pasó un folleto y un llavero con la palabra «Jaled» escrita en el mango. Jaled, añadió, era el nombre de su líder militar local o *emir*. Se refería de forma constante a la necesidad de exterminar «con la ayuda de Dios» al gobierno argelino, con tal de establecer un estado islámico legítimo, y se justificaba citando el Corán en un estado cercano al éxtasis.

«He perdido a 200 amigos, pero no importa porque sé que un día volveremos a vernos —dijo—. Porque por los 200 que murieron asesinados, otros 600 o 700 se han convertido en muyahidines». Describió cómo lo habían detenido en enero de 1996 —en ese momento era diciembre del mismo año— y los hombres de seguridad lo habían sometido a torturas con electricidad:

Doy gracias a Dios por no haber dado información. En cuanto les das algo de información, estás perdido, porque te torturan para conseguir más información hasta que mueres... Ha habido muchas mujeres que han trabajado en secreto para los islamistas... Algunas veces contactan con los muyahidines y les dicen que sus maridos trabajan para el Estado. Esto me ocurrió a mí, una mujer acudió a mí hace un año y denunció a su marido, dijo que trabajaba para la seguridad militar. Tuvimos que hacer un seguimiento para conseguir las pruebas. El GIA lo mató; el verdadero GIA que no tiene infiltrados. La seguridad militar había capturado a mujeres, las había torturado, las había violado y las había abandonado en la cárcel. ¿Sabe lo que están pidiéndonos? Nos piden que pongamos una bomba en sus cárceles. ¿Sabe por qué? Porque han sufrido demasiado. Están viviendo una pesadilla. Están todas embarazadas.

Tanto *The Independent* como los grupos por la defensa de los derechos humanos habían presentado reiterados informes sobre violaciones de las mujeres encarceladas en Argelia.

«Abu Mohamed» se mostraba igual de categórico en su visión sobre los Estados árabes. «Los musulmanes están por todas partes, pero todos sus presidentes son malvados. Todos los musulmanes están en guerra con el Estado; en Egipto, en Túnez, en Libia. Dicen que Sudán es un país musulmán, pero en eso están en un error. Irán es chií, no son verdaderos musulmanes». «Abu Mohamed» no sabía que acababa de estallar una bomba en el metro de París, pero su respuesta fue inmediata. «Es legítimo. Francia es la causa de todo lo que ocurre en Argelia. Ayuda al Estado

argelino... Así que ¿por qué cree que han escogido precisamente Francia? Debe responderse usted mismo esa pregunta».

«Abu Mohamed» parece más bien un playboy, no un «islamista», con su chaqueta de piel, su afeitado perfecto y su penetrante loción para después del afeitado. Así que sus reflexiones sobre el martirio parecen aún más extravagantes. «El Corán nos promete la victoria o el martirio. Dice que los verdaderos mártires no sangran mucho. Cuando mueren, huelen a perfume de almizcle. Eso es cierto. Cuando un mártir muere, es recibido en el paraíso por setenta y dos hermosas mujeres».

Sin embargo, empiezo a preguntarme si todas las mujeres hermosas no habrán sido asesinadas, si alguna de esas setenta y dos mujeres no tendrán heridas sangrantes en el cuello. En 1997, el mes sagrado del Ramadán vuelve a estar marcado por un baño de sangre colectivo de degollaciones, decapitaciones, coches bomba e incluso estrangulamiento de bebés. Hay 300 muertos y el primer ministro admite que 80 000 argelinos han muerto asesinados. En Benachur, a 50 kilómetros de Argel, familias enteras mueren descuartizadas como venganza por haber apoyado a la milicia local a favor del gobierno. Entre los muertos hay un niño de seis años, dos colegialas de trece años y una mujer embarazada a la que descuartizan antes de decapitar. En Harauch Trab, diez civiles —incluidas siete mujeres y un niño de diez años— han muerto degollados. La primera es una mujer de veinticinco años a quien más tarde decapitaron, luego colgaron su cabeza por el pelo de una pica y la dejaron en el arcén para que pudiera «dar la bienvenida» a su marido cuando regresara de la patrulla con su milicia. «A la guerra por la guerra y a la destrucción por la destrucción. Kuka la devolverá», pintan los asesinos en un muro de la población. «Kuka» es el *nom de guerre* de un líder local del GIA —cuyo verdadero nombre es Halilat Kuk— asesinado por una milicia de «guardias comunales» a principios de año.

Una joven que conocemos nos cuenta horrorizada que una amiga suya iba en autobús hacia Argel, de camino al trabajo, cuando el vehículo pasó por una calle en la que habían puesto la cabeza de un policía en un palo sobre una verja. Otro residente de Argel describe una nueva máquina del GIA, una versión primitiva de la señora Guillotina, una «degolladora» de fabricación casera con una cuchilla de acero a la que atan a las víctimas después de haberlas sacado a rastras de sus hogares. Según los residentes, la guillotina se monta en un camión. Los condenados a muerte por el GIA son sacados de sus pisos con la boca llena de papel de periódico y mueren en la guillotina del camión.

Rais y Bentalha. Otros poblados sin asfaltar del *bled*. No obstante, esta vez, el sadismo así como la escalada de ataques marcan una nueva muesca de bestialidad, algo que no hemos visto jamás: poblaciones enteras pasadas a cuchillo, sus habitantes asesinados en masa como animales, rajados, despedazados a hachazos, cortados en tajos. Cuando nos llevan a un edificio de viviendas paupérrimas —como las

fantasmales ciudades bosnias de paredes que se derrumban y techos hundidos—, incluso la policía y los soldados se quedan callados. ¿Por la vergüenza o por la culpa?

Desde el tejado de la casa de Alí, en Rais, puedo ver los barracones del ejército local justo a medio kilómetro de los campos, pintados de amarillo con una bandera verdiblanca argelina ondeando alegremente en el techo. No, dice Alí, no sabe por qué los soldados no intervinieron cuando aparecieron los asesinos —vestidos con ropas afganas y gorras, dice— para degollar a su familia. Alí tiene una brutal cicatriz violeta a un lado del cuello, que le cruza la piel, con unos puntos de sutura rudimentarios, porque a Alí también lo degollaron.

«Eran unos cien hombres que llegaron a nuestro pueblo por tres sitios; estuvieron aquí al menos tres horas —dice con la cabeza inclinada de una forma extraña y permanente hacia la derecha—. Hubo un tiroteo y gritos. Nadie nos ayudó». A su alrededor, en casas baratas de ladrillo, corrales de gallinas y garajes calcinados, todavía se veía la espesa mancha de la sangre ennegrecida, era lo único que quedaba en el pueblo de los 349 argelinos —la mayoría de ellos mujeres y niños— muertos en la matanza de la pasada noche del 29 de agosto de 1997. Cuando le pido a Alí que me describa la noche, me mira en silencio mientras se toca con los dedos el brazo izquierdo, que está cubierto de vendas, aunque deja entrever otra terrible herida violeta en la muñeca. Un vecino me murmura al oído: «Acuchillaron a su mujer delante de él». Y fue esto lo que empujó a Alí a hablar:

Tenía a la mayoría de mi familia aquí. Mi esposa, mis tres hijos, mi hermano, su esposa, sus hijos y una hija, y muchos primos. Nos escondimos en la casa, pero tiraron bombas por las ventanas y echaron la puerta abajo con hachas.

Alí se balancea contra la pared del balcón mientras pronuncia estas palabras. Yo ya he paseado por la casa haciendo crujir el suelo y he encontrado, además de las begonias y las enredaderas del balcón, una vieja bandeja que tiene las palabras: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta». Junto a ella, como si estuviera pintada en la pared como desafío a todas las religiones, había una mancha ennegrecida de sangre. Alí toma aliento. Está a punto de sumergirse en lo más profundo de un mar de dolor:

Mi hijo pequeño, Mohamed, tenía cinco años, y lo degollaron y lo tiraron por la ventana más alta. Luego degollaron a mi hijo mayor, Rabe, y luego a mi hermano, porque vio que estaban secuestrando a su mujer e intentó detenerlos. Se llevaron a otras muchachas.

Alí levanta la mano y dice: «Sangre». Hay más en el piso de abajo, está marrón y por todo el suelo del salón, donde llegó el calvario final de Alí:

Me degollaron y sentí el cuchillo en el cuello, pero intenté protegerme y el hombre me cortó el brazo. Mi esposa fue muy valiente. Intentó ayudar, atacarlos, para salvarme. La sacaron a rastras por la puerta donde yo estaba tirado y la degollaron delante de mí. Había otro bebé, la madre intentó ocultarlo tras unos ladrillos, pero la degollaron y luego hicieron lo mismo con el bebé que estaba entre los ladrillos. El hombre que utilizó el cuchillo conmigo... lo reconocí. Lo había visto por las calles de nuestro pueblo.

Había momentos en este lugar de atrocidades en los que la tremenda barbarie de lo que ocurría impedía que uno se planteara preguntas evidentes. ¿Por qué el ejército no se aventuró a cruzar los campos? Deben de haber oído los gritos de los edificios en la calle principal. Deben de haber visto fuego en las azoteas. Deben de haber oído las bombas. Y ¿quiénes eran los supuestos «islamistas» que mataban a los mismos ciudadanos que habían votado con tanta lealtad al FIS y que por tradición se oponían al gobierno argelino?

En el vecino pueblo de Bentalha —con unos 240 muertos—, los antiguos carteles electorales del FIS siguen en las paredes y en las farolas. También aquí, un hombre de cincuenta y cuatro años que quiso identificarse sólo como Said, me contó que los hombres de la población habían corrido a avisar al ejército, y que habían dejado solos a sus mujeres e hijos. Cuanto más caminaba por esas calles desoladas, más recordaba. Dos años antes, el comandante Mohamed de la *garde mobile* me llevó en coche por estas poblaciones. En Bentalha, los policías de sus escuadrones habían detenido a dos hombres que intentaron escapar de ellos; justo al lado de la alcantarilla, que reconocí en ese momento en que paseaba por el pueblo. Los hombres temían la ejecución. Todo el pueblo apoyaba a los «islamistas». Los habitantes de la población, según me había contado el comandante en su Land Cruiser por ese entonces, estaban «con los terroristas». Era una «zona terrorista». Así que ¿por qué querían los «terroristas» ahora matar a esas personas que supuestamente los apoyaban? Bentalha, lejos de ser una población de civiles metidos en política, había sido un fortín del FIS.

Las casas grandes —porque los pobres habían corrido a casas más grandes en busca de protección cuando llegaron los pistoleros y los hombres con hachas— estaban quemadas, sus patios traseros, llenos de sangre. «Los hombres huyeron; fue un error —admite Said con desconsuelo—. Sabían lo que ocurriría. Algunos intentaron tirar pizarras y ladrillos desde los tejados de las casas. Uno de los nuestros sacó una escopeta y mató a uno de esos salvajes. El hombre muerto resultó ser de este mismo pueblo». Una vez más, los gritos habían durado hasta bien entrada la noche. Y, una vez más, los soldados de los barracones locales sólo llegaron cuando los asesinos habían huido. Los «islamistas», según recuerda Said, incluso profirieron insultos mientras aparecían a montones por las calles sin pavimentar con sus turbantes y sus túnicas. «No paraban de gritar: “Moriréis e iréis al infierno; nosotros os mataremos e iremos al cielo”».

La mayoría de las personas de Bentalha huyó después de la matanza. En ese momento unos pocos volvían a pasear sin rumbo por la mañana. Me encontré a dos de ellos intentando reparar el ennegrecido interior de sus casas, atornillando apliques a medio quemar en las paredes, ignoraban mis preguntas mientras un grupo de niños —que se habían escondido en el tejado durante la matanza— los contemplaban en silencio. Otro hombre se negó a nombrar a su mujer muerta. «Su nombre me pertenece», dijo, y empezó a llorar.

Los patéticos familiares supervivientes evocan algo más que pena. Están tan

asustados del futuro como lo están del pasado. En todas las cocinas, hay baratas bandejas de metal tan retorcidas que resultan irreconocibles, las cacerolas abolladas, medicamentos tirados por el suelo. En una casa, una bomba ha reventado una jaula de pájaros, y ha dejado reducidos a sus ocupantes a una masa de plumas ennegrecidas que rodean la habitación. ¿Qué clase de hombres tiraría una bomba a una jaula de pájaros? Una pila de libros escolares en un garaje que está al lado de las tres grandes charcas de sangre coagulada demuestra la firmeza con la que su dueño muerto había intentado —en medio de la inmensa pobreza de estas poblaciones de barriadas argelinas— mejorar su propiedad.

La primera página del libro de ejercicios infantiles muestra que su nombre era Koreishi; había practicado sus declinaciones y había escrito, como debía, la biografía de su familia condenada. «Abdelkader es mi padre, es electricista. Zhor es mi madre, es modista. Hamid es mi tío, es policía. Salima es mi tía, es enfermera...» Y me pregunto si el trabajo de Hamid podría haber sido la sentencia de muerte para su familia. Pero los supervivientes dicen que no, los asesinos no hacían discriminación. Todas las víctimas eran tratadas por igual: las mataron a todas. Un hombre dijo que oyó a los pistoleros que entraron en el poblado gritando que sus enemigos eran «judíos».

Un hombre, que me rogó que no publicara su nombre, dijo que vio a las familias más pobres de Bentalha buscar refugio en una casa grande de la calle de Hijilali. «No fue bueno para ellos. Yo me quedé aquí junto a la ventana y oí a esas pobres personas gritar y morir. Cuando miré por la ventana, los vi matando a hachazos a las mujeres en la azotea». Al menos diecisiete personas murieron en esa casa. En un rincón de la misma descubrí un libro de arte europeo —un colorido libro ilustrado de *La Piedad* de Miguel Ángel, boca arriba, en el suelo— y en otro se veían los rostros de los mártires muertos en la guerra contra los franceses, sus caras estaban desfiguradas por las balas y la metralla. ¡Qué poco había cambiado el sufrimiento de Argelia! Días más tarde, una fotografía de una mujer consternada por el dolor de Bentalha, que contaba que su familia estaba muerta, se convirtió en la imagen de este Gólgota. Llamaron a la foto *La Piedad*.

Así que ¿quién mató a esas pobres personas? El 20 de agosto, sólo dos días antes de la matanza en Rais, el presidente Zerual había anunciado que «el terrorismo está viviendo sus últimas horas en este país». Los actos violentos eran considerados «terrorismo residual». Bentalha fue la población cuya destrucción había sido estudiada por el conserje de hotel argelino en París, el hotel en el que el soldado australiano cuya ejecución fue encomendada a mi padre mató al policía militar británico en 1919. Ese argelino, además, se dio cuenta de que el ejército no entraba en las poblaciones hasta que los asesinos se habían ido. Había utilizado la palabra *pouvoir* —el poder— y había decidido no decir nada más.

Todos sabíamos qué estaba ocurriendo en Argelia. Durante más de cuatro años, los prisioneros liberados nos habían hablado de las torturas con agua y golpes, el ahogamiento con trapos, los interrogadores que les arrancaran las uñas, las violaciones múltiples de mujeres por parte de los policías, las ejecuciones secretas en las comisarías. Las pruebas eran bastante convincentes, incluso cuando provenían de enemigos declarados del régimen argelino o de miembros de organizaciones armadas contrarias al mismo. Sin embargo, a mediados de 1997, incluso cuando las matanzas tenían lugar en poblados —de las que culpaban, por supuesto, al FIS, el GIA, los «terroristas», los «bárbaros»—, había reunido cientos de páginas de pruebas de abogados argelinos y trabajadores de los derechos humanos que probaban de forma irrefutable que las fuerzas de seguridad argelinas habían sido culpables de «desapariciones», torturas y crímenes contra la humanidad. Incluso más sensacional fue que, tras semanas de intentos de contacto, encontré miembros de las fuerzas de seguridad argelinas que habían buscado asilo en Gran Bretaña; y en ese momento estaban preparados para hablar de los horrores que habían presenciado.

Viajé a Londres para hablar con Andy Marshall, mi nuevo director de internacional de *The Independent*. Llevé conmigo de Argelia fotografías de jóvenes mujeres que habían «desaparecido» —conseguidas en mis reuniones con esos antiguos oficiales de policía argelinos—, detalles de la tortura y la ejecución llevadas a cabo por las fuerzas de seguridad. Andy retrocedió ante la obscenidad de lo que leyó en las transcripciones de las entrevistas que le entregué. «Lo creo —dijo—. Necesitamos hablar con el director para que ponga esto en primera plana». Yo sabía lo que esto significaba. Habría poca posibilidad de conseguir uno de esos tan demandados visados para viajar a Argelia. Ninguna explicación sobre nuestra imparcialidad podría limpiar mi reputación ante el *pouvoir* después de que les presentáramos estas pruebas de maldad humana. Mi artículo empezaba en la ciudad de Argel.

El maître Mohamed Tahri eleva el número de «desaparecidos» a 12 000, pero justo en el momento en que estoy a punto de discutir esta terrorífica cifra, una joven con velo blanco entra silenciosamente por la puerta y susurra algo al oído de Tahri. El abogado de cuarenta y seis años escucha sin emoción, con la mirada clavada en el suelo. Es un hombre con bigote ralo y ojos almendrados, imponente y heroico, pero no pega con los desgarrados «flics» que acaban de llegar a su despacho. Los observo durante un instante: hombres altos y delgados mirando por la puerta de entrada, el ruido del suburbio de Argel en Kuba a sus espaldas. Por encima del abogado Tahri, está su túnica de letrado en la puerta: negro con ribetes de piel blancos, un símbolo que se desvanece de la ley napoleónica que una vez mandó en Argelia. Sin embargo, el gobierno está ahora a metros de distancia.

«Dice que los hombres han venido de la comisaría de policía y quieren verme otra

vez», susurra Tahri. Sobre su escritorio hay una carpeta con fotografías, son miles, de hombres y mujeres, los rápidos y los muertos, todos «desaparecidos» por la policía argelina; los mismos «maderos» que están ahora en la puerta. Tahri saca unas instantáneas en colores de la carpeta para dárme las: dos mujeres jóvenes, una con un jersey estampado de color negro con un broche en forma de corazón, con flequillo en la frente, la otra sentada en el estudio de un fotógrafo, ataviada con un largo vestido rojo, con el flequillo un poco más corto, pero con la misma cara despejada y delicada.

Naima y Neyua Bughaba eran hermanas, tenían veintitrés y veintinueve años, ambas fueron detenidas por la policía argelina el 12 de abril de 1997. Ambas eran funcionarias de los juzgados, una trabajaba para un juez de Argel, que por desgracia estaba investigando una lista de «islamistas» sospechosos recopilada por la policía suiza y vendida por un policía suizo a los servicios secretos argelinos. Los agentes del gobierno raptaron a las mujeres al salir del tribunal. Creen que están vivas. Tahri saca otra instantánea de la carpeta: es una hermosa joven con un rostro radiante, lleva el alborotado pelo peinado hacia atrás con una cinta rosa, sonrío de medio lado al fotógrafo. Se supone que Amina Beuslimane ha sacado fotografías de cementerios y edificios derrumbados por explosiones; tal vez para tener la pruebas de la violencia del gobierno contra los civiles. Tenía veintiocho años cuando la policía de seguridad la detuvo el 13 de diciembre de 1994, no volvió a ser vista. Los amigos que tenían contactos en las cárceles aconsejaron a la madre que no mantuviera la esperanza de ver a su hija de nuevo. Amina, según le habían dicho, había sido torturada hasta la muerte.

Cada vez que Tahri saca una fotografía, veo que tiene centenares más; de hombres anodinos, de mediana edad, de sospechosos «islamistas» con barba, y niñas y hombres ancianos. El «desaparecido» de mayor edad en las carpetas de Tahri es Ahmed Abud, de setenta y cuatro años, detenido el 23 de febrero de 1997. El más joven es Brahim Maghraoui, de quince años. La fotocopia de una fotografía muestra a Mussa Maddi, un parapléjico en una silla de ruedas detenido el 3 de mayo de 1997. Nadie sabe por qué. Una atractiva mujer joven con vestido rojo y peinada al estilo de la princesa Diana, Saida Jerui es —o era— la hermana de un miembro buscado de un grupo «islamista» armado. Su instantánea es más pequeña que las demás. La hicieron «desaparecer» los agentes de los servicios secretos el 7 de mayo de 1997. Todo lo que se sabe de su destino es que la policía de la seguridad, durante su interrogatorio, le rompió los huesos de un pie.

En octubre de 1997, Mohamed Tahri tenía miedo de estar a punto de entrar a formar parte de la lista. Lo habían convocado a una reunión de madres de los «desaparecidos» delante de la oficina central de Correos en Argel. La policía irrumpió. «Me dijeron que no siguiera a las manifestantes —nos dice con su voz en extremo baja, consciente de que la policía todavía merodea por la puerta de entrada—. Me dijeron que me fuera por una calle paralela donde sólo había policías y yo tenía miedo de que me secuestraran. Así que empecé a gritar: “Soy abogado, definiendo

los derechos humanos; no tienen derecho a entorpecer mis actos”. Saqué mi tarjeta profesional, pero había un policía de alta graduación que me empujaba para evitar que me fuera». Los policías rodearon a Tahri. «Dije: “Soy abogado”, pero el agente de policía dijo: “Tú no eres abogado, eres un traidor porque has contactado con los extranjeros y con supuestas organizaciones de derechos humanos”. Cuando dije que me negaba a ir por esa calle... el agente dijo: “Llévóslo”».

»Me llevaron a un despacho en la comisaría de Cavignac; conozco a gente que ha muerto allí por las torturas. Me dijeron: “Eres el que da información a Amnistía Internacional y otras organizaciones... eres el que prepara las manifestaciones, el que causa problemas a este país”».

Antes de soltarlo, llevaron a Tahri a la comisaría de la calle Amiruche, donde le dijeron: «Tienes contactos con los periodistas...».

Si las pruebas de Tahri eran condenatorias, las reuniones que había pactado con policías desertores y oficiales del ejército en Londres me proporcionaron pruebas incluso más convincentes de la participación del gobierno en crímenes contra la humanidad. Todas las entrevistas que realicé, salvo una, con estos hombres valientes y asustados —y una mujer— se llevaron a cabo en un planeta político distinto, no en un suburbio de Argel, sino en una sala de conferencias en el hotel Sheraton Belgravia de Knightsbridge, en el centro de Londres. Era una sala sofocante por la atmósfera viciada a medida que los solitarios testigos de esa bestialidad fumaban paquete tras paquete de cigarrillos.

Dalila está acostumbrada a la sangre. Cuando describe a los prisioneros, medio desnudos y atados a escalerillas en el garaje de la comisaría de Cavignac, lo hace con una curiosa indiferencia. Más adelante, cuando ya he pasado más de una hora escuchando las pruebas que ella tiene de crueldad y muerte, se vuelve hacia mí con una afirmación terrorífica. «Me están tratando psicológicamente porque tengo pesadillas —afirma—. Mi gran pasión ahora es ir a ver películas de terror; es lo único que me interesa. Quiero ver sangre».

Resulta un comentario extraordinario viniendo de esta atractiva mujer de treinta años, con su abundante pelo negro atado en una coleta, mientras balancea al hijo de una amiga argelina sobre una rodilla. Entró a trabajar como detective en la rama especial argelina en 1985 —«Quería ser mujer policía para servir a mi pueblo desde que tenía doce años», también porque su padre había sido policía—, pero las cosas empezaron a torcérselo cuando se cancelaron las elecciones:

Me trasladaron a la comisaría de Cavignac cerca de la oficina de Correos y detestaba lo que estaba ocurriendo allí, lo que le estaba ocurriendo a la policía. Torturaban a la gente, vi cómo ocurría. Vi a jóvenes inocentes torturados como animales salvajes. Sí, yo veía las sesiones de tortura. ¿Que cómo podía? Ejecutaban a la gente a las once de la noche, gente que no había hecho nada. Los habían denunciado personas que no se llevaban bien con ellos. Personas que se limitaban a decir: «Es terrorista», y el acusado moría ejecutado. Ataban a los jóvenes a las escalerillas con una cuerda. Siempre estaban sin camisa, a veces desnudos. Les

ponían un trapo en la cara. Luego los obligaban a tragar agua salada. Había un grifo con una manguera que le metían al prisionero por la garganta y abrían el agua hasta que el estómago del prisionero estaba hinchado del todo. Cuando lo recuerdo, pienso en lo que se sufre al ver a un ser humano así; es mejor asesinar a los hombres antes que verlos torturados de esa forma<sup>[\*]</sup>.

Dalila habla sobre la tortura como una autómatas, su voz es monótona. Cuenta lo que vio, durante un período de meses: al menos mil hombres torturados durante una media de doce veces al día, los interrogadores de la policía empezaban a las diez de la mañana y trabajaban en turnos hasta las once de la mañana. Pero ella llora cuando describe lo que vio:

Los torturadores decían: «Debes confesar que has matado a tal y a cual», y hacían que el prisionero firmara una confesión con los ojos vendados, no tenían derecho a leer lo que estaban firmando. Eran prisioneros que no paraban de decir: «No he hecho nada. Tengo derecho a un abogado y a un médico». Cuando decían eso les metían un puño en la boca. Los que morían era por la tortura del agua. Tenían el estómago demasiado lleno de agua. Algunas veces mientras esto ocurría, los torturadores les metían palos de escoba por el ano. Disfrutaban haciéndolo. Los policías de mayor rango daban la orden de la tortura, creo que la daban por teléfono. Pero no utilizaban la palabra tortura, solían llamarla *nakduu eslash*: «tratamiento para el invitado». Se oían gritos y llantos de los prisioneros. Gritaban: «En nombre de Dios, no he hecho nada» o «Todos somos lo mismo, somos musulmanes como tú». Gritaban y lloraban un montón. Vi a dos hombres que murieron en la escalerilla. Los dos cuerpos quedaron colgados allí. Estaban muertos y el torturador dijo: «Llevadlos al hospital y decid que han muerto en una reyerta». Hicieron lo mismo con los que fueron ejecutados a las once de la noche; lo hacían después del toque de queda cuando sólo la policía y los gendarmes podían conducir por ahí. Tenía que cumplimentar los certificados de defunción para que llevaran los cuerpos a los hospitales. Tenía que firmar que era un cuerpo que habíamos encontrado en el bosque después de que estuviera descompuesto; hacía mucho calor en esa época.

**Dalila dice que intentó protestar a un oficial superior, a quien llama Hamid:**

Le dije: «No debe hacer estas cosas porque todos somos musulmanes; al menos tendría que haber pruebas contra esas personas antes de matarlos». El me dijo: «Mi niña, no estás hecha para la fuerza policial; si sospechas de alguien, debes matarlo. Para ascender hay que matar a gente». Cualquier policía golpeaba a los prisioneros con la culata de su Kálash. Algunos prisioneros se volvían completamente locos por las torturas. Todos los que llegaban a Cavignac sufrían torturas; un 70 por ciento de los policías lo veía todo. Participaban. Aunque la tortura era el trabajo de la policía judicial, los otros participaban. Había unos veinte o treinta prisioneros en una celda y los traían de uno a uno a la escalerilla, los golpeaban en las costillas sin parar. Era inhumano.

Según Dalila, llevaban a las prisioneras a una sección especial de la comisaría de Châteauneuf llamada Organización Nacional para la Erradicación de la Criminalidad, donde la policía de seguridad militar argelina prohibía la entrada a todo aquel que no tuviera un pase especial. «Hay que ser un funcionario de alto rango para entrar, por la forma en que trataban a las mujeres. Allí también mataron a... —La tragedia de Dalila era personal—. No puedo dormir a oscuras porque me da miedo. No es culpa mía, porque asesinaron a mi novio durante el Ramadán, en 1993. Los hombres que se lo hicieron estaban vestidos de policías; y lo mataron porque era policía». «¿Quiénes son?», pregunto. Y ella contesta: «Esa es la gran pregunta». Pero fue la tortura lo que destruyó la vida de Dalila; ésa fue su perdición:

Había un grupo de gente anciana a la que torturaron. No podía soportar verlo, sobre todo a un hombre de unos cincuenta y cinco años al que se le estaba pudriendo un brazo. Tenía gangrena y olía muy mal. No podía soportarlo y fui a comprarle algo de penicilina y se la puse en el brazo porque pensaba que le iría bien. Había otras seis personas en su celda que habían sufrido torturas; allí olía a muerte. Pero otro policía me había visto y le pedí que no dijera nada. Verá, no teníamos derecho a hablar a los prisioneros, sólo a pegarles. Pero el policía escribió un informe al comisionado, que me convocó... Dijo: «A lo mejor vas a prisión por ayudar a los terroristas». Después liberaron al hombre que ayudé, lo que me demostró que era inocente.

Los «islamistas» armados —cuatro hombres jóvenes que se presentaron en casa de su madre— ya tenían a Dalila en el punto de mira, y le exigían que les entregara su pistola de policía en quince días. Cuando pidió protección policial, se la denegaron. Dalila dormía en la comisaría por las noches. Luego salió a hurtadillas de su casa y se metió de polizone en un barco hacia Europa, escapando tanto de los servicios de seguridad argelina como de los guerrilleros «islamistas».

Nos ponían vacunas en la espalda y luego nos decían que nos inyectásemos entre nosotros antes de salir a las misiones de combate. Era un líquido de color hueso que nos inyectábamos nosotros en el brazo... Nos hacía sentir como Rambo... Estábamos en un control de carretera, y deteníamos a cualquiera sospechoso de ser terrorista. Si había un hombre con cara de terrorista, si tenía barba larga, le disparábamos. Había un hombre con barba que pasó caminando por la gasolinera. Le dije que se detuviera. Dijo: «¿Por qué tengo que parar?». El hombre fue muy mal educado así que lo maté. Es como si estuviera soñando, como si no fuera yo. No lo recordé hasta que mis amigos me lo dijeron... Las balas le dieron en el pecho. Cuando murió, gritó: «No hay Dios más que Dios». Espero que Dios me perdone y que toda la humanidad me perdone<sup>[\*]</sup>.

Knightsbridge puede ser un lugar algo extraño donde buscar el perdón, pero, de vez en cuando, Reda lloraba. Lloraba por los asesinatos, por las torturas que presencié, por los soldados que creía que habían muerto a manos de su propio ejército. Empezó el servicio militar en la ciudad de Skikda, luego se trasladó a Biskra para el entrenamiento armado.

Nos dijeron que todo el mundo estaba contra nosotros. Nos enseñaron a reconocer a los terroristas; por las barbas y los *jamis*, su atuendo islámico.

El 12 de mayo de 1997, Reda voló a Blida para un servicio activo en la guerra antiguerrilla. En su primera misión de combate en la ciudad de Sidi Mussa, el 27 de mayo, sus camaradas y él ordenaron a las familias salir de sus casas, y confesó que, mientras registraban sus viviendas, robaban todo el dinero y el oro que encontraban:

Nos llevamos 16 hombres para torturarlos. Los informadores nos habían dicho que allí había terroristas. Daba igual lo que nos dijeran, nosotros lo hacíamos. Los 16 hombres llevaban barba. Había un cuarto subterráneo en los barracones de Blida, llamado el *katella* —la «habitación para matar»— y los prisioneros no eran más que nombres de pila para los interrogadores, nombres como Zituni. Desnudaban a los hombres, los ataban a una silla y los regaban con agua helada. Dos soldados se quedaban de pie delante de cada prisionero y le hacían preguntas. Luego empezaban con el taladro.

Reda juguetea con las manos mientras cuenta esta historia atroz. Los taladros se usaban en las piernas de los prisioneros. Dice que vio a un torturador del ejército abrirle el vientre a un hombre con el taladro. Duraba cuatro horas con cada

prisionero; si vivían, los soltaban en una semana. En un punto de su historia, Reda pide a su hermano pequeño que salga de la habitación, no quiere que su familia sepa qué más ha visto:

Había un cable de unos cinco centímetros de diámetro y se lo metían a los prisioneros por las orejas o por el ano. Luego les metían agua. Dos de los hombres empezaron a insultarnos... Y el torturador gritó *Yabarak*: «Que Dios te maldiga, y lo mismo para tu Dios». La tortura duraba las veinticuatro horas. Yo no era más que un recluta. Lo presenciaba, pero no participaba. El hombre al que perforaron el estómago con el taladro... lo hicieron porque tenían sospechas fundadas de que era terrorista.

En junio de 1997, pidieron a Reda que se uniera a una fuerza de protección en los alrededores de Sidi Musa durante una incursión de soldados. «Teníamos que acudir si veíamos que lanzaban bengalas; pero no hubo bengalas y nos fuimos a casa dos horas después. Al día siguiente... escuchamos que en esa misma población se había producido una matanza y que habían decapitado a 28 habitantes. Y eso nos hizo empezar a pensar en quién lo hizo. Empecé a pensar que los nuestros habían sido los asesinos».

Dos días después, dice Reda, sus compañeros reclutas y él estaban limpiando los barracones y registrando la ropa de los soldados en busca de cigarrillos cuando encontraron una barba falsa y almizcle, el perfume que llevan los musulmanes devotos. «Nos preguntamos qué harían los soldados con esa barba». Reda sacó la conclusión de que su unidad del ejército debió de perpetrar la matanza de Sidi Musa, pero su preocupación empeoró cuando 26 de sus compañeros reclutas fueron conducidos a otros barracones en Chrea. «Más tarde nos trajeron de vuelta sus cuerpos y nos dijeron que los habían matado en una emboscada, pero estoy seguro de que los ejecutaron porque ya no confiaban en ellos. No hubo heridos en la “emboscada”. Puede que hubieran hablado demasiado. Todos nuestros soldados sabían que habían eliminado a esos hombres; porque antes, antes de que se los llevaran, nos dijeron que no habláramos con ellos».

El final de la carrera militar de Reda no fue heroico. Sus compañeros lo dejaron sin dientes a patadas, según dice, y lo encerraron durante una semana después de que lo vieron dar pan a los prisioneros. Luego, cuando le tendieron una emboscada durante un servicio de control de carreteras en la frontera con Blida, lo reconocieron dos islamistas armados. «Eran amigos míos y me vieron con mi uniforme de paracaidista y mi boina verde. Uno de ellos gritó: “En el año queda mucho tiempo para cogerte. Cuídate, y a tu esposa y a tu hijo”. Otros tres reclutas y yo escapamos con ayuda de los habitantes de la localidad que nos dieron ropa de paisano. Ahora estoy entre dos fuegos; entre los terroristas y el gobierno argelino».

Reda apareció en el aeropuerto de Heathrow en Londres unas pocas semanas después, suplicando protección. Las autoridades argelinas afirmaron que ya lo conocían y que se había inventado esa historia de atrocidades militares para conseguir asilo en Gran Bretaña. Pero ¿por qué iba a buscar Reda asilo en Gran Bretaña, en primer lugar, junto con docenas de otros miembros de los servicios de seguridad

argelinos? Las últimas noticias que tenía Reda de Argelia cuando habló conmigo eran bastante aterradoras: acababan de degollar a ocho familiares que vivían en el suburbio de Bufarik, cerca de Blida.

*The Independent* entrevistó a otros antiguos miembros de los cuerpos de seguridad. El inspector Abdessalam, que dirigía el cuerpo de policía en la comisaría de Dar el Beida, cerca del aeropuerto de Argel, también me describió que había sido testigo de los interrogatorios de los torturadores a sospechosos «islamistas<sup>[\*]</sup>». También facilitó algunos de sus nombres, nombres que, según se comprobó, eran de agentes de seguridad. «Algunas veces —dijo— obligaban a los prisioneros a beber ácido o les ataban un trapo en la boca y lo empapaban con ácido. Obligaban a los prisioneros a quedarse junto a mesas con los testículos encima y se los golpeaban... Un pequeño número de prisioneros daban información. Algunos preferían que los mataran. Algunos morían por la tortura del agua».

*The Independent*, que utilizaba una nueva disposición de las páginas con la que nuestros artículos ocupaban toda la primera plana, publicó las fotografías de cuatro jóvenes desaparecidas —Amina Beuslimane, Naima y Neyua Bughaba y Saida Jerui— con el adjetivo «DESAPARECIDAS» impreso sobre sus caras. Nuestra serie empezó el 30 de octubre de 1997 con el titular de la página uno: «Almas perdidas de la noche argelina: ahora sus torturadores cuentan la verdad». Nosotros no sólo éramos el periódico que intentaba desvelar el papel del gobierno argelino en crímenes contra la humanidad —muchos periodistas franceses habían tenido esa sospecha durante años—, sino que nuestros artículos eran tratados por los gobiernos con el mismo desdén con el que habían sido recibidos nuestros partes sobre las torturas de Sadam en la década de 1980, nuestra investigación de los asesinatos israelíes en esa misma época, nuestras investigaciones sobre las municiones de uranio empobrecido en Iraq y nuestra reapertura del genocidio turco-armenio de 1915.

El embajador argelino de Londres escribió una carta insultante y llena de rencor al director de *The Independent*, en la que se burlaba de Saida Jerui, la joven a la que le habían roto un pie durante la tortura, porque yo dije que iba «peinada al estilo de la princesa Diana», y sugería que los miles de «desaparecidos» —incluidas otras jóvenes mujeres que habían torturado hasta la muerte— «en la mayoría de los casos, se habían unido a bandas terroristas<sup>[\*]</sup>».

Se espera que los embajadores mientan por su país. La respuesta de las naciones occidentales a las pruebas crecientes de la complicidad del gobierno argelino en los horrores de esta guerra, no obstante, era tan lamentable como vergonzosa. En mayo de 1998, más de seis meses después de que *The Independent* hubiera dedicado tanto espacio y medios para revelar el testimonio de exmiembros de las fuerzas de seguridad y abogados de derechos humanos, el Foreign Office británico publicó una proclama política sobre Argelia. Decía que aunque hubiera informes sobre la complicidad argelina en las matanzas «no existía una prueba creíble ni significativa para respaldar las acusaciones<sup>[\*]</sup>». Afirmaba que «la cruenta y brutal escalada de la

violencia —más que la suspensión de las elecciones democráticas— era el origen de los terribles acontecimientos» en Argelia.

Lejos de reconocer el valor de los expolicías que denunciaban los crímenes de su país, Gran Bretaña había denegado a principios de 1997 la petición de asilo de otro expolicía argelino y lo obligó a regresar a Argelia esposado<sup>[\*]</sup>. Lo detuvieron en el aeropuerto de Argel, sus antiguos camaradas lo interrogaron con métodos brutales sobre sus contactos argelinos en Londres y, luego, la policía de seguridad lo asesinó. Entregaron el cuerpo a su madre para el entierro dos semanas después de haber sido deportado desde Londres. Había cambiado de dirección en Gran Bretaña y por eso no había recibido el aviso para recurrir la denegación inicial de su petición de asilo. Resulta escandaloso que las autoridades británicas proporcionaran al gobierno argelino detalles que demostraban que había sido oficial de policía; lo que, claro está, supuso su condena inmediata<sup>[8]</sup>.

Cuando Mary Robinson<sup>[\*]</sup>, la Comisaria para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, intentó referirse a las causas más que a los actos de violencia en Argelia, el ministro de Exteriores del país, Ahmed Attaf, se lo reprochó. «¿Qué causas justifican el asesinato de mujeres y niños?», exigió saber el ministro. Entonces, la señora Robinson se mordió la lengua. Mucho más detestable fue la comisión de las Naciones Unidas dirigida por el ex primer ministro portugués Mario Soares que se dirigió en una misión de «recopilación de información» a Argelia en el otoño de 1998. El resultado fue un informe que debió de escribir el mismo gobierno argelino<sup>[\*]</sup>. En un acto extraordinario de cobardía moral, Soares permitió que los funcionarios argelinos leyeran el informe de las Naciones Unidas antes de que lo publicaran, y aceptó por completo la afirmación del gobierno argelino de que estaba «combatiendo el terrorismo» y concluyó que «Argelia se merece el apoyo de la comunidad internacional en su esfuerzo por combatir este fenómeno». En sólo 19 páginas, en el informe se utilizaba la palabra «terrorismo» o «terror» 91 veces sin preguntarse dónde estaban esos «terroristas» o por qué estaban en contra del gobierno. El informe coincidía con los entrevistados que decían que los «excesos» cometidos por las fuerzas de seguridad no podían compararse con los «crímenes contra la humanidad» de los «islamistas». Aunque todavía había unos 20 000 argelinos con cargos por «terrorismo», la comisión de las Naciones Unidas sólo entrevistó a uno de ellos. No es de extrañar que Attaf distribuyera el informe de Soares a la prensa argelina local para su publicación. Cuando Amnistía Internacional condenó el informe de Naciones Unidas por ser una «tapadera», Attaf dimitió de forma repentina de su cargo<sup>[\*]</sup>.

Una misión anterior de la Unión Europea se había comportado incluso prestando menos atención a las pruebas de tortura y asesinato perpetrados por las autoridades<sup>[\*]</sup>. En sólo dieciocho horas en Argel, jamás salió de las residencias y los despachos gubernamentales de las autoridades argelinas. El vicepresidente de la Comisión Europea, Manuel Marín, animó a los europeos a que «pisaran con cautela»; no se

hicieron preguntas sobre la tortura ni sobre la necesidad de una investigación internacional de las matanzas. Unos pocos días antes, el ministro de Asuntos Exteriores irlandés, David Andrews, había dicho a los radioyentes que había llegado la hora de que los extranjeros «dejaran de condenar a Argelia desde lejos<sup>[\*]</sup>».

El presidente Jacques Chirac expresó, en cierta forma, el mismo sentir. Cuando le preguntaron si Francia no podía detener las matanzas, respondió: «No interferiremos. Debemos encontrar una forma de actuar con efectividad desde el exterior». Era una política que se amoldaba a la perfección a las autoridades argelinas. Estaban ansiosos por aceptar el armamento y el equipamiento franceses para librar su guerra civil, pero se negaban a aceptar cualquier exigencia de investigación argumentando que eso constituiría intervención en sus asuntos nacionales. Durante un tiempo, incluso el intelectual más pesado de Francia, Bernard-Henri Lévy, se tragó el argumento del gobierno argelino. Dijo que era «obsceno» y una «afrenta para la memoria de las víctimas» de las matanzas preguntar quién mataba a quién en Argelia, porque era muy evidente que los culpables eran los fundamentalistas musulmanes. De una forma tan obscena y vergonzosa ignoró Lévy a las miles de víctimas de las torturas del gobierno. Abdelhamid Brahimi, un ex primer ministro argelino que acusa al ejército de acabar con treinta y un parientes suyos en Medea, afirmarí­a que —al negar el derecho a una investigación internacional— Lévy y otros intelectuales franceses «defienden el régimen al negar la responsabilidad de la junta militar en estas matanzas<sup>[\*]</sup>».

Los Estados Unidos se habían mantenido durante largo tiempo al margen de los asuntos argelinos, salvo por numerosos diplomáticos estadounidenses en Argel que premiaban a jóvenes argelinas con visados a cambio de favores sexuales. Aunque Argelia proporcionó financiación económica a la OLP durante la invasión israelí a Líbano de 1982 —envió 20 millones de dólares en armas a través de la Unión Soviética—, el país siempre fue cordial con los Estados Unidos<sup>[\*]</sup>. Durante la crisis de los misiles de Cuba<sup>[\*]</sup>, Ben Bella estaba en Nueva York y le llevó un mensaje secreto a Fidel Castro del presidente John Kennedy, en el que le advertía de la gravedad de la confrontación con los soviéticos. Ben Bella no había olvidado que Kennedy estuvo solo en el Congreso a la hora de reclamar la independencia para Argelia durante la guerra con Francia.

Sin embargo, las reiteradas afirmaciones de los argelinos de que estaban combatiendo con el extranjero, así como con los «terroristas» del FIS, tuvieron sus consecuencias. El Departamento de Justicia de los Estados Unidos intentó deportar al portavoz del FIS, Anwar Haddam —que habló de la necesidad de paz y reconciliación en una conferencia de Roma— mediante la utilización de docenas de informes de la prensa argelina, controlada por el gobierno, y citas manipuladas de mis propios artículos para *The Independent*. Aunque el Departamento de Estado de los Estados Unidos había reconocido que «existen pruebas convincentes de que las fuerzas de seguridad llevaron a cabo docenas de asesinatos extrajudiciales y a

menudo torturaban o maltrataban de otras formas a los detenidos», el Departamento de Justicia confió en gran medida en los partidarios del gobierno argelino en lo referente a sus «pruebas» contra Haddam de «crímenes contra la humanidad», «violaciones» y «decapitaciones»; por los que no acusaron directamente a Haddam<sup>[9]</sup>.

La prensa estadounidense o bien informó de las numerosas matanzas de «militantes musulmanes» por parte de «las fuerzas de seguridad que arrasan en la región del oeste lacerada por las últimas matanzas» sin cuestionar cómo había podido morir un número tan elevado de personas en un periodo tan breve —esto provino de la Associated Press el 11 de marzo de 1998— o bien persuadió a los lectores de que creyeran que la matanza de civiles, en cierta forma, animaba a los argelinos a apoyar al gobierno, que podría haber sido en parte culpable de los asesinatos. Así pues, John Lancaster de *The Washington Post* descubrió, en 1997, que «la violencia ha generado un contragolpe para los militantes, incluso entre los que otrora apoyaron su causa<sup>[\*]</sup>». En su artículo sólo hacía una referencia indirecta a las acusaciones de que las autoridades podrían haber participado en las matanzas.

A finales de la década de 1990, cuando la complicidad del ejército argelino en los asesinatos ya era una sospecha extendida, la armada estadounidense realizó unas maniobras con buques de guerra argelinos en el Mediterráneo, mientras se instaba a los diplomáticos estadounidenses a visitar Argel. Robert Pelletreau fue invitado del gobierno argelino en 1996. En 1998, el Departamento de Estado envió una figura más relevante a la capital argelina, nada más y nada menos, que Martin Indyk, el puntal del equipo encargado del «proceso de paz» del presidente Clinton para las conversaciones entre israelíes y palestinos, y antiguo presidente del lobby israelí más numeroso de Washington. La radio argelina anunció la llegada de Indyk, diciendo que las políticas estadounidenses habían cambiado «ahora que la Casa Blanca ha decidido apoyar la lucha contra el terrorismo y el Congreso había condenado varias veces al GIA<sup>[\*]</sup>».

Teniendo en cuenta esta indiferencia hacia la verdadera naturaleza de las matanzas —y quién podría ser culpable de ellas—, los oficiales argelinos se sentían capaces de despreciar las atrocidades realizadas por las fuerzas de seguridad casi con abandono. «Resulta posible, en esta situación en la que nos encontramos, que se produzcan ciertos excesos protagonizados por individuos que actúan fuera del orden de su mando», admitió, de manera insulsa, el jefe del estado mayor y principal *éradicateur*, el general Mohamed Lamari<sup>[\*]</sup>. Un salto más a las profundidades de la insensibilidad provino del antiguo ministro de Educación argelino, Abedlhak Bererhi, que anunció, en 1998, que «comparar una violación en una comisaría con una violación de un terrorista del GIA es indecente<sup>[\*]</sup>». Ni siquiera Lévy podría haberlo igualado.

El GIA no era en sí una creación del gobierno argelino, aunque sus orígenes afganos eran incuestionables. Aunque miles de argelinos viajaban para unirse a los muyahidines enemigos de los soviéticos, algunos de ellos apoyaban a Osama bin

Laden; al fin y al cabo, yo había conocido a argelinos en Al Qaeda durante mis visitas a Bin Laden en Afganistán, y me quedé junto a ellos mientras ese cometa profético sobrevolaba nuestras cabezas cerca de su campamento en 1997. Pruebas recientes revelan que incluso allí, la mano del *pouvoir* estaba presente<sup>[\*]</sup>. La seguridad militar de Argelia, según se informa ahora, enviaba a sus hombres a Afganistán para mantener el seguimiento de los «afganos» argelinos que se habían unido a la yihad; y que posaban como leales combatientes musulmanes mientras enviaban sus informes a Argel sobre los objetivos y métodos del ejército de «islamistas» que al final irían llegando al hogar para buscar un conflicto con sus propios enemigos «socialistas» corruptos. La penetración militar en Argelia de sus enemigos se lograba, por tanto, en un momento muy temprano.

Cuando el dirigente del GIA Yamel Zituni fue asesinado, supuestamente en una emboscada del ejército argelino, las autoridades anunciaron con triunfalismo que habían conseguido una victoria táctica sobre los enemigos «terroristas». El hijo de veintinueve años de un granjero avícola, que había trabajado en la tienda de su padre en Argel antes de caer bajo la influencia de Mustafá Buyali, entró en la clandestinidad en 1991. Supuestamente se le entregó el mando del escuadrón de los Falangistas de la Muerte del GIA, y se convirtió en el *emir* de la organización cuando su anterior dirigente, el jerife Gusmi, murió en 1994. Zituni reivindicó en persona la autoría del secuestro del avión de Air France y la oleada de bombas en Francia de 1995, e incluso escribió un libro de 62 páginas —que seguramente lo escribieron en la sombra sus colegas— sobre los «deberes de los guerreros santos». Sin embargo, Zituni, según el mismo GIA, había sido prohibido en el movimiento el 15 de julio de 1996, y lo juzgarían por sus actividades. Fue una proclama de consejo del *majlis e shura* del GIA la que anunció su muerte al día siguiente, y añadía que Antar Zuabri había asumido la dirección. Así que ¿Zituni murió asesinado por el ejército o ejecutado por el GIA? ¿O estas dos posibilidades constituyen una única que es la misma?

El gobierno argelino, por ejemplo, acusaba a Zituni, hacía tiempo, de ser el culpable de la decapitación de siete sacerdotes franceses del monasterio de Thiberine en 1996. Sin embargo, dos años más tarde, una larga investigación en *Le Monde* sugería que las fuerzas de seguridad argelina participaron en las ejecuciones tras un interrogatorio a dos bandas realizado por los hombres del servicio secreto francés<sup>[\*]</sup>; actuación que lamentó mucho el teniente de Zituni, que fue oficial del aparato de seguridad del ejército argelino. En el mismo artículo se afirmaba que los diplomáticos franceses creían que la bomba por la que murió Pierre Claverie, el obispo de Oran, podría haber sido colocada por las autoridades argelinas, porque la víctima podría haber tenido conocimiento de las negociaciones secretas entre los gobiernos francés y argelino sobre los sacerdotes secuestrados. En 2002, momento en el que habían muerto hasta 200 000 argelinos asesinados en la guerra, el ejército había matado al sucesor de Zituni, Antar Zuabri. Esta vez expusieron el cuerpo, junto con la cabeza

acribillada a balazos, como prueba.

No obstante, los grupos en defensa de los derechos humanos llevaron a cabo la tarea que tanto las Naciones Unidas como la Unión Europea —y, por supuesto, los Estados Unidos y otras naciones de Occidente— habían evitado de forma tan vergonzosa: exigieron de forma activa respuestas a las épicas «desapariciones» de la guerra<sup>[\*]</sup>. Human Rights Watch acusaba a las autoridades de secuestro, tortura y ejecuciones extrajudiciales. Un año después, Amnistía Internacional hizo lo mismo, y presentó una lista de 3000 víctimas —una pequeña proporción de ellos ya nombrados en la investigación de *The Independent*— que, al parecer, habían muerto asesinados por las autoridades, incluidos trabajadores de hospital, funcionarios, escolares, secretarias, agricultores y abogados. Cuando el general Jaled Nezzar, uno de los dirigentes del golpe militar de 1992 y antiguo ministro de Defensa de Argelia, estaba de visita en Francia en 2001 para promocionar su nuevo libro sobre Argelia, un tribunal francés inició una investigación contra él —a petición de los familiares de las víctimas— por torturar a los detenidos. Nezzar salió de Francia cuando se denegó la investigación<sup>[10][\*]</sup>.

Posteriores elecciones en Argelia, ideadas todas para promover la idea de que el país seguía siendo «democrático» pese al control del ejército, hicieron que en 1999 otro histórico del aparato del FLN, Abdelaziz Buteflika, se convirtiera en presidente. La política de Buteflika de «trabajar por la paz y la concordia civil» le hizo merecer el 98,3 de los votos sadamitas; este porcentaje no provocó reacción alguna en Occidente. Buteflika sobrevivió incluso a las manifestaciones que se propagaron cuando una revuelta bereber en Tizi Uzu se convirtió en una sublevación social contra la pobreza y la corrupción. El nuevo presidente quería que los argelinos olvidaran lo que se habían hecho unos a otros —y, por extensión, lo que les había hecho el gobierno— y disfrutaran de la prosperidad después de que el ejército hubiera elegido a siete primeros ministros y a cuatro presidentes desde 1992<sup>[\*]</sup>. Sin embargo, las pruebas de la «guerra sucia» de Argelia se acumulaban contra el régimen.

Cuando el antiguo teniente de las Fuerzas Especiales Argelinas Habib Suaida publicó *La Sale Guerre* —guerra sucia— en París, en el 2001, deberían haberse abierto los cielos. Era la primera vez que un oficial había permitido que su nombre completo —y su fotografía— apareciera en la prensa. «He visto a compañeros quemar vivo a un chico de quince años —escribió el lugarteniente Suaida—. He visto soldados matar a civiles y afirmar que los terroristas cometieron esos crímenes. He visto coroneles asesinar sospechosos a sangre fría. He visto oficiales torturar islamistas hasta la muerte. He visto tantas cosas... Ya no puedo seguir callado». Dio nombres, fechas y lugares; con la triste esperanza de que llegara el día en que se celebraran juicios contra los culpables. El juez italiano Ferdinando Imposimato escribió en el prólogo que «siempre ha habido un centro de poder oculto en Argelia... Ha encerrado a la sociedad, ha liquidado a sus oponentes».

No puede haber pruebas más condenatorias contra el régimen. Los franceses

sabían que era cierto —al igual que los lectores británicos de *The Independent* sabían que los argelinos que tuvieron la valentía de hablar con nosotros decían la verdad—, pero era como la verdad oculta tras la guerra de Iraq de 2003. Quienes querían verla, conocían las mentiras e información manipulada, y las grotescas exageraciones y distorsiones deliberadas —y en Europa, al menos, eran mayoría—, pero el mundo «oficial» ignoraba las pruebas. La Francia «oficial» no respondió a las declaraciones del teniente Suaida. La Francia «oficial» continuó apoyando al régimen argelino; al igual que lo hizo la administración estadounidense, y la Unión Europea. La Gran Bretaña «oficial» no vio «pruebas importantes ni creíbles» de la participación del ejército en las matanzas.

En 2004, Amnistía Internacional exigió una investigación del descubrimiento de al menos doce fosas comunes encontradas en Argelia desde 1998<sup>[\*]</sup>, las últimas el 29 de julio, «para establecer la verdad sobre estos asesinatos». El mundo ignoró la petición de Amnistía Internacional. Al mismo tiempo, las Fuerzas Especiales estadounidenses empezaron sus operaciones en los desiertos del sur de Argelia contra Al Qaeda, junto con sus homólogos argelinos. Los mismos hombres de los que se sospecha que han cometido crímenes contra la humanidad estaban trabajando con los estadounidenses para dar caza a los culpables de crímenes contra la humanidad. Esta colaboración militar, según declaró el Pentágono, era parte de «la guerra contra el terror».

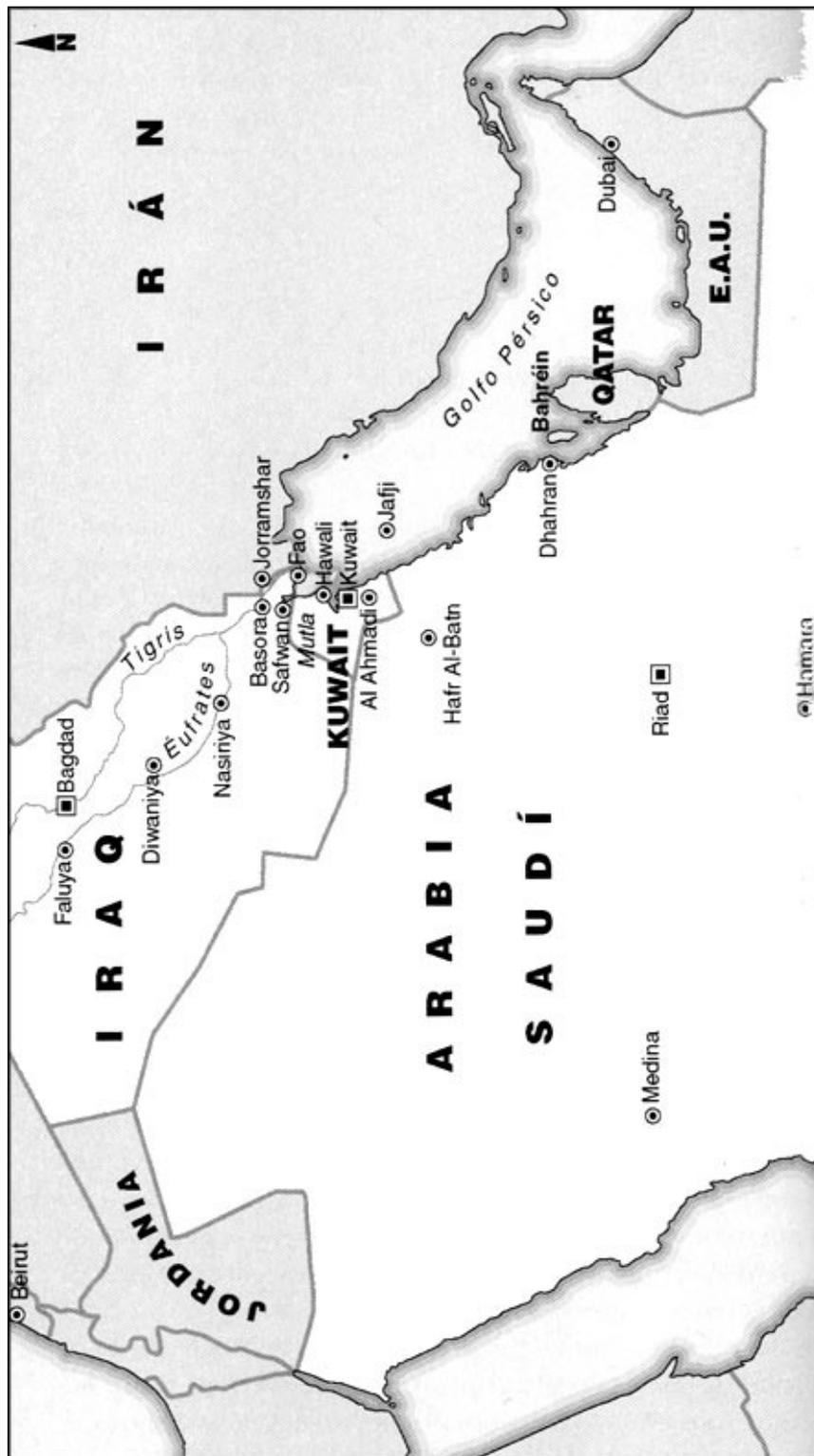
## CAPÍTULO 15

### CONDENACIÓN PLANETARIA

... la guerra empezó, es decir, se produjo un hecho que contradecía la razón y la naturaleza humanas. Millones de hombres perpetraron innumerables crímenes, fraudes, fechorías, robos... incendios y asesinatos, como no han contemplado en siglos los anales de la historia de todos los tribunales del mundo. Sin embargo, quienes los cometieron no los consideraban crímenes.

LEV TOLSTÓI, *Guerra y paz*

Arrebuñado en el asiento extra para la tripulación, acurrucado en el suelo del interior con forma de útero materno del 707, con las luces apagadas, la noche como un desfile de estrellas, el aire acondicionado susurra por las salidas de la ventilación, miro hacia el desierto ardiente y oscurecido de Arabia Saudí, mientras los aviones militares nos pasan por encima. Blancos, amarillos, con rayas doradas, pasan junto a nosotros casi a mil seiscientos kilómetros por hora —su velocidad máxima y la nuestra en direcciones opuestas— o planean por debajo de nosotros, siguiendo nuestro recorrido hacia el este. Las voces que escucho son de hombres aburridos, cansados, a veces molestos, con acento de Texas, de El Cairo, de Gloucestershire y del Heyaz.



Arabia Saudí/Kuwait/Iraq.

«Mike dos cero cero cinco». Una voz con acento del Medio Oeste estadounidense sale por el gran globo negro, busca desesperadamente que un controlador de tierra saudí le proporcione orientación. «Solicito ascenso de zona técnica a nivel superior». Shhhhhh, zumba el aire acondicionado. El piloto de Middle East Airlines se vuelve y me sonrío. «Quiere hacer escala en la base aérea de Dharan; apuesto a que los saudíes se lo denegarán». Shhhhhh. «Nivel superior no disponible». Una voz saudí

con un fuerte acento que marca mucho la «b» de disponible, convierte la información en una orden. Ruido del aire acondicionado. La tripulación del 707 rompe a reír. «¿Qué esperaba?» El estadounidense pregunta: «¿Qué dicen? ¿Qué dicen?». Más risas. La azafata, con su uniforme dorado de MEA, reconvertido en blanco hospital con la luz tenue de la cabina, me pasa una copa de champán. «He pensado que podrías necesitarla, Robert —dice el piloto libanés—. Creo que vas a estar aquí durante bastante tiempo».

Bebo de la copa fría. Champaña. Francia. París. Bulevares. Y miro hacia el norte, hacia la oscuridad donde —como dicen— empieza la «civilización», donde los antiguos Éufrates y Tigris se unen y cuajan sus sendas hasta el Golfo, y hacia el absurdamente rico y pequeño emirato que los descendientes de todos esos sumerios y omeyas, selyúcidas y abasíes y —sí, supongo— mongoles acababan de llegar con sus tanques T-72, sus cañones antiaéreos de oruga, móviles y orientados por radar, sus Scud y 155, sus Kaláshnikov y su afirmación de que Kuwait era y es todavía la decimonovena provincia de Iraq. A quinientos kilómetros al sur de la frontera de Kuwait, los cazas se multiplican.

«Ascot». Home Counties. Qué típico de los británicos codificar sus llamadas aéreas a las armas con nombres de hipódromos. Aquí están los descendientes de los hombres del general Maude y los camaradas del soldado raso Charles Dickens preparándose para liberar más árabes de los sucesores del pueblo que «liberaron» en 1917. «Ascot solicita dos mil cien». Frente a nosotros parpadea un puntito de color amarillo, y nos deslumbra al pasar con una velocidad propia de Darth Vader. «¿Lo ves Robert?» Sí, lo veo, y miro a la pantalla del radar y me lanza su destello desde el fondo del mar verde esmeralda, y descubro una alegre señal luminosa que se dirige hacia Akroitiri. Incluso Chipre me parece el hogar, acababa de empezar mis vacaciones en París cuando Sadam invadió Kuwait. Ni siquiera quiero champán. Jodido Sadam.

La vieja máquina de predicciones de Fisk había fallado. La bola de cristal no me había mostrado nada cuando estaba en Beirut, mientras trabajaba en mis artículos de antes de vacaciones sobre otra disputa infantil entre Iraq y Kuwait por el robo de petróleo y la superproducción. ¿No había financiado Kuwait la guerra de Sadam contra Irán? Cierto, en 1998 había preguntado, en esas páginas centrales interminables que a los directores de la revista *Times* les gustaba consumir cuando terminaban los conflictos, cómo pretendía utilizar Sadam ahora sus legiones reforzadas. Entonces me había trasladado a *The Independent* y había retomado el tema de la lucha del Hezbolá contra la ocupación israelí en el Líbano y la primera intifada palestina. Atiborré la maleta de fotocopias de mis últimas crónicas antes de embarcar en el vuelo de MEA:

*The Independent*, 19 julio 1990. Robert Fisk, Beirut. Ayer los gobernadores de Kuwait reaccionaron con alarma ante las renovadas amenazas de Iraq contra ellos. Convocaron una reunión de emergencia en el Parlamento y enviaron al ministro de Asuntos Exteriores kuwaití para solicitar ayuda a Arabia Saudí... Según

Tareq Aziz, ministro de Asuntos Exteriores iraquí, Kuwait había «violado» la frontera kuwaití-iraquí y habían robado petróleo por valor de 2,4 mil millones de dólares... Kuwait estaba engañando al sistema de cuota de producción de petróleo, según dijo, «con un plan premeditado y deliberado para debilitar a Iraq y socavar su economía y su seguridad<sup>[1]</sup>».

Premeditado. Deliberado. La trama. La máquina del partido Baaz se alimentaba de tramas y conspiraciones, las devoraba, implacable, con una voracidad alimentada de sospechas. Kuwait estaba perpetrando «sabotaje económico» contra Iraq, según dijo Sadam. Yo sólo tenía que leer mis crónicas para ver lo estúpido que había sido al irme de vacaciones a París. El 19 de julio, al salir de Beirut, Fisk tenía todas las pistas, y ahora lo escribo con desconsuelo: tenías todas las pistas. «El presidente Sadam Husein habla... de un “último recurso” contra sus vecinos, y añade que “cortar cuellos” era mejor que recortar niveles de vida». Iraq se enfrentaba a las devoluciones de la deuda externa de entre 30 y 40 mil millones de dólares. Ninguno de los Estados del Golfo, añadía, «cree que los Estados Unidos lleven a cabo una intervención militar para protegerlos de Iraq. En la actualidad, sólo hay siete buques de guerra estadounidenses en el Golfo». Y eso, nos consta, es lo que también pensaba Sadam. Así que salí de París para estar en el lugar inadecuado en el momento justo. ¿Acaso no era el mismo chico al que habían dicho que los israelíes invadirían el oeste de Beirut en 1982, que habría matanzas en los campos, y que luego se fue de vacaciones a Irlanda? Los israelíes no iban a dejar de atacar porque Fisk se fuera de vacaciones a Irlanda. Sadam no invadiría Kuwait porque lord Fisk volara a París. 2 de agosto de 1990. «Las fuerzas Iraquíes han invadido Kuwait». Eran las noticias de las ocho de la noche de la BBC, justo cuando estaba calentando los *pains au chocolat*.

Puede que hubiéramos caído bajo la maldición de Sadam —o la maldición de Washington— en esos últimos días críticos previos a la invasión. Incluso después de todas las amenazas de Sadam contra Kuwait, los estadounidenses seguían pensando, sólo cuatro días antes de la invasión, que esas amenazas no eran como las de Hitler en la víspera de la Segunda Guerra Mundial. Richard Murphy, antiguo vicesecretario del Estado para Asuntos de Oriente Próximo, despreciaba esos comentarios por ser «demasiado simplistas». Dijo que Sadam «es un dirigente duro, directo que no ha dudado en utilizar la fuerza... Creo que es necesario un diálogo constante con los iraquíes... actúa movido por la frustración<sup>[\*]</sup>». La entrevista de Murphy llegó cuatro días después de que la embajadora estadounidense en Bagdad, April Glaspie, celebrara su conocida reunión con Sadam, en la que destacó que la disputa era «un asunto entre Iraq y Kuwait». En el testimonio posterior del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, Glaspie sugirió que la transcripción iraquí de esa conversación había sido manipulada y que, después de recibir una llamada del presidente Mubarak de Egipto, Sadam había regresado a su reunión y había «prometido no usar la fuerza<sup>[\*]</sup>, sino actuar dentro del marco diplomático que había establecido».

Como siempre, todos los presagios del desastre estaban presentes, habría bastado

que nosotros, los periodistas y los diplomáticos —árabes y occidentales— hubiéramos decidido interpretarlos. Un ministro de Bahrein admitiría más adelante que ni siquiera en una cumbre árabe, celebrada a sólo de tres meses de la invasión, se dio cuenta de la importancia de las palabras del líder iraquí:

La primera señal de lo que Sadam Husein iba a hacer fue aparecer en la cumbre de Bagdad en mayo... en una sesión cerrada de la cumbre, Sadam dio señales de que estaba inquieto por la situación de su economía. «La caída en el precio del petróleo está paralizándonos», afirmó. Dijo que no podría sobrevivir si los precios del crudo se quedaban como estaban. Yo estaba allí y lo escuchamos decir eso, pero no nos dimos cuenta de lo que significaba. Fue el rey Hussein [de Jordania] quien declaró en público que su país estaba desesperado por la ayuda económica y que necesitaban colaboración económica; eso es lo que el mundo recuerda. Pero no escucharon lo que dijo Sadam Husein.

Veinticuatro horas después de la invasión de Sadam, el rey Fahd de Arabia Saudí tomó la «decisión histórica» —fue la expresión saudí para un paso tan inaudito— de invitar a los estadounidenses a penetrar en las tierras de dos de las ciudades más sagradas del islam, La Meca y Medina, para defender el reino. Los ministros y empresarios del golfo pérsico creían que Fahd, como máximo, solicitaría cobertura aérea si sus propias fuerzas con un equipo excelente y una preparación ínfima tenían que defender Arabia Saudí, y que los saudíes financiarían a los soldados árabes para ayudar a la resistencia kuwaití en la ocupación iraquí, al igual que habían financiado el ejército árabe de Bin Laden contra los soviéticos en Afganistán. Sin embargo, la oferta de ayuda de Osama bin Laden fue rechazada; lo que tuvo fatídicas consecuencias que podríamos haber imaginado. Después de cuatro décadas de humillación a manos de Israel —el mayor aliado de los Estados Unidos en Oriente Próximo—, los árabes veían ahora a esos mismos estadounidenses llegar a su suelo sagrado para «defenderlos» de otro dirigente árabe. Si el rey Fahd era «el custodio de los lugares santos», la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada era ahora «la custodia de los lugares santos». Para muchos árabes, esto sonaba a blasfemia.

En esos primeros días tórridos de agosto, fui —como hice tan a menudo en el Golfo— a consultar la sabiduría de Alí Mahmud, el director de internacional de la Associated Press en Bahrein, un egipcio que había estado encarcelado durante el gobierno de Nasser<sup>[2]</sup>, pero que poseía una oscura presciencia en lo que se refiere a locura humana en el mundo árabe. «No importa cuál sea el resultado, el daño ya está hecho —dijo—. El hecho de que los regímenes teócratas y nacionalistas hayan invitado a los Estados Unidos a Oriente Próximo se lamentará durante largo tiempo y jamás se perdonará. Cuando se haya terminado la crisis, lo peor estará por llegar». Y seis años después, en Afganistán, recordaría las palabras de Alí mientras Bin Laden me enumeraba, uno a uno, los pecados históricos de la casa de los Saud.

A Occidente, el subsiguiente comportamiento de Sadam —su oferta de retirarse de Kuwait cuando los israelíes se retiraran de los territorios palestinos ocupados, su captura de miles de rehenes extranjeros en Iraq y Kuwait, su anexión formal con el emirato— le pareció una política de ingenuidad e ilusión. Sin embargo, al mundo

árabe —para el que Sadam se dirigía, ante todo, a sí mismo— no le pareció exactamente así. Para los árabes, la ocupación israelí del territorio palestino era tan grande como la enorme —y mucho más duradera— ocupación de Iraq de Kuwait, donde los ocupantes al menos eran árabes<sup>[3]</sup>.

Las imágenes vistas en televisión de miles de soldados estadounidenses cayendo de sus aviones en plena tormenta del desierto en el noreste de Arabia Saudí se convertirían más tarde en imágenes tediosas de la crisis. Sin embargo, en esos primeros días de agosto de 1990, la llegada de la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada y de otros soldados estadounidenses a Dhahran —a unos 1100 kilómetros de La Meca y a más de 300 kilómetros de futuros elementos de la fuerza invasora iraquí— fue la historia de mayores dimensiones y con menos cobertura del mundo.

Conseguir un visado para el reino solía costar semanas; en una oligarquía llena de secretismos y xenofobia como Arabia Saudí, que ocultó la invasión iraquí a sus propios ciudadanos durante al menos veinticuatro horas, ningún funcionario del Estado podía ni soñar con permitir a los periodistas extranjeros que fueran testigos de la penetración de una fuerza infiel en una tierra tan sagrada<sup>[4]</sup>.

Y ésa es la razón por la que acabé agachado en la cabina del avión 707 de la MEA con destino Dhahran. Joe Kai, miembro del personal de estación en Beirut de la aerolínea y uno de los directivos más inteligentes, se dio cuenta de que incluso sin visado, un pasajero de la MEA tenía derechos de circulación en Arabia Saudí; siempre que tuviera un billete con escala en otro Estado del golfo Pérsico. Así que me reservó un billete vía Arabia Saudí con destino al pequeño emirato del golfo, Bahrein; y ayudó a *The Independent* a dar una primicia al mundo. Tenía exactamente cinco horas para estar en Dhahran. «Verás a los estadounidenses, *habibi* —anunció Joe—. Estarán por todas partes».

Sí que lo estaban. Cuando mi vuelo de la MEA tocó tierra en Arabia Saudí, pude ver docenas de helicópteros de combate estadounidenses Bell/Augusta apiñados bajo los focos de arco de la base aérea, sus rotores replegados como ventiladores, apiñados como una madriguera gigantesca de insectos, negras como la noche, esperando el transporte hacia el norte. Una hilera de aviones Galaxy descargaban más helicópteros y pilas de misiles de cabeza blanca. Un Hércules C-310 color marrón arena del desierto, con las hélices vibrando, estaba cargando misiles para su viaje en dirección noroeste, hacia las pistas cercanas a la frontera. Dentro de la terminal, los saudíes hojearon mi pasaporte, miraron sin interés mi billete a Bahrein y me ordenaron que esperara en la sala.

Como Joe había dicho, estaban por todas partes, todos esos soldados del 3.<sup>er</sup> Escuadrón Aerotransportado con parches en los hombros que decían: «Fiable, veloz, seguro». Allí estábamos, al parecer al borde de la guerra, un ejército cristiano que aterrizaba en la propiedad más conflictiva del islam, con un mensaje que tenía más cosas en común con el servicio de entrega de pedidos de un supermercado que con la teología. Todo esto pasaba bastante desapercibido para los hombres y mujeres

jóvenes de imagen muy cuidada que estaban en la pista, con la mirada clavada en el este para ver aparecer otro C-5B Lockheed en el cielo del amanecer. Cada quince minutos llegaban los Galaxy, con sus ruedas crujiendo por la carga de helicópteros Cobra, sus siniestras alas de 30 metros dando golpes secos y rebotando como viejos pájaros cuando tocaban tierra en el calor del desierto.

Los estadounidenses hablaban con alegría, con felicidad, en absoluto desconcertados por el hecho de que un periodista los hubiera descubierto infiltrando sus miles de soldados y helicópteros en Arabia Saudí. El comandante de la Fuerza Aérea estadounidense, Curt Morris, estaba esperando el autobús que lo llevaría de vuelta a su Galaxy. «Hemos estado en un hotel realmente bonito en la ciudad. Anoche degustamos una comida árabe muy buena. Sí, lo pasamos bien. Y los últimos dos días ha hecho fresco. —Sonreía mucho—. Dentro de un par de días, estaremos todos de vuelta en nuestro país, en Mildenhall, lo estamos deseando». Turismo. Tiempo fresco, comida exótica, a casa en el sur de Inglaterra. Al otro lado de la base aérea, los soldados egipcios estaban bajando por la escalerilla de un 737 de Egyptair, un avión como en los que viajan los turistas a Luxor.

Los saudíes, al menos, parecían entender las ironías de los acontecimientos que estaban presenciando. Los milicianos de su aeropuerto estaban equipados con máscaras de gas negras como el carbón con pequeños orificios para los ojos. «Los Estados Unidos dicen que han venido a protegernos —me dijo uno de ellos, un joven delgado con fino bigote, mientras contemplábamos cómo aterrizaba al amanecer el avión de transporte de la RAF—. ¿Habrían venido los Estados Unidos a protegernos si no tuviéramos petróleo?» Yo sabía la respuesta, con la misma certeza con la que el comandante Morris expresaba su optimismo. Los policías y soldados saudíes que conocería en los meses futuros no eran tontos; si no eran licenciados universitarios, su religión les había enseñado suficiente para sentir verdadera preocupación —cuando no una clara sospecha— por el peligroso vuelo de la imaginación que suponía la llegada de los estadounidenses al país.

Soldados estadounidenses, egipcios y marroquíes —desde ese primer momento, los soldados estadounidenses consiguieron adquirir camuflaje religioso del más leal de sus aliados árabes— ya estaban siendo acogidos en campamentos rudimentarios en lo más alejado del desierto. Se había evacuado, en parte, la ciudad fronteriza de Jafyi y se habían construido barracones. Lo mismo había ocurrido con Hafr al Batin, situada más hacia el oeste, que serviría como aparcamiento de camiones, donde el territorio de Arabia Saudí recorre la frontera de Iraq, cuya base aérea y bloques residenciales, construidos ya en 1985 con un coste de 5000 millones de dólares, podía albergar a 70 000 soldados. El mismo caso es el del campamento de trabajadores del petróleo de Aramco. El comandante Morris se quedó junto a una soldado alta y rubia que llevaba el pelo recogido con un coletero, otro objeto de la cultura estadounidense que impresionaba a los saudíes. «Claro que no quiero pensar en lo que ocurrirá si los nuestros tienen que ponerse el equipo antigás cuando el calor apriete de verdad —dijo

Morris—. Joder, macho, se morirán de sofocos de calor si se ponen esas cosas».

Cuando mi vuelo de Gulf Air despegó de Bahrein al despuntar el alba, vi que toda la base aérea de Dhahran estaba rodeada de baterías de misiles de color plateado y blanco. Desde mi asiento de pasajero, hice muchas fotos de las hileras de Galaxy y su carga de helicópteros. La historia de Oriente Próximo se movía a demasiada velocidad para captarla. ¿Era así —me preguntaba, y se trataba de un paralelismo inspirado más por la sorpresa que por la dimensión—, cuando los británicos fueron a la guerra en 1914? Por aquel entonces no teníamos ni idea del caos que experimentarían las potencias europeas imperiales. ¿Quién habría pensado, sólo quince días atrás, que Kuwait desaparecería, que los británicos y los estadounidenses estarían defendiendo la línea de combate contra Iraq en la arena sobre la que el Profeta Mahoma caminó; que su batalla, cuando se sumaran las filas, los llevaría —trece años más tarde— hasta el conflicto más peligroso en Oriente Próximo que se había presenciado desde la caída del imperio otomano?

Desde Bahrein empecé un viaje por el golfo con mis antiguos compañeros de los equipos de cadenas de televisión estadounidenses, con los que, sólo unos años antes, había patrullado por las cálidas aguas cargadas de pesca cuando Iraq era nuestro amigo, cuando Iraq atacó un buque de guerra estadounidense, y salió bien parado. Sólo dos años antes, yo reflexionaba mientras nuestro avión comercial retumbaba sobre las plácidas aguas con sus bancos de peces voladores: Sadam todavía era nuestro amigo, todavía era el «dirigente duro y directo» que sería hasta que decidió robar Kuwait. Sólo unos meses antes, cuando Mubarak había reunido a un montón de senadores para que fueran a ver a Sadam, habían llegado al acuerdo de que el verdadero problema del dictador era con la prensa. ¡Qué gracia! Sí, Sadam necesitaba un asesor de relaciones públicas. Sin embargo, en ese momento, los hombres de relaciones públicas estaban trabajando para la familia real kuwaití y para el obeso comandante de las «Fuerzas aliadas combinadas», su Alteza Real el príncipe Jaled bin Sultán bin Abdul Aziz, sobrino del rey Fahd e hijo del príncipe Sultán, el ministro de Defensa saudí.

Volamos sobre las olas que se mecen con suavidad, sobre *dhow*s, las barcas tradicionales motorizadas cuyas proas simétricas y curvas demostraban la fragilidad de otra época y cultura. Con todo, incluso viajando a más de 160 kilómetros por hora sobre el agua, nos corre el sudor a chorros por el rostro y espalda. Tras cinco o seis horas a 54 grados de temperatura, el mar y el cielo se convierten en una neblina gris amarillenta en la que sólo el sol conserva su dorado apagado. ¿Cómo puede plantearse nadie una guerra en este horno de la naturaleza? La prueba estaba ahí mismo. A cien kilómetros de Dubai encontramos la fragata francesa *Commandant Ducoing* recargando abastecimientos de un carguero, un gigante tricolor virado por la popa, con su tripulación de cubierta apiñada entorno a un cañón antiaéreo. El agua proyecta los reflejos del sol en el número de su casco —F795— y luego se pierde en la bruma. Si se viraba 180 grados en la calima, uno volvía a encontrarse con el

*Ducoing*, echando vapor, las hélices levantan espuma verde del mar gris.

A través de la humedad se deslizan otros recordatorios de la invasión iraquí hacia el noroeste: buques cisternas vacíos que se dirigen hacia el este, en dirección al golfo, una contradicción natural, puesto que debían dirigirse vacíos hacia el oeste y salir del este cargados con crudo kuwaití, con la línea de carga por debajo de la superficie. El *T. M. Regulus* de Singapur flota tristemente en el agua, y se ve su casco rojo oxidado, se mantiene anclado en la niebla; incluso el viejo carguero kuwaití *Chesapeake City*, que —tras cambiar su bandera por la estadounidense— había sido un símbolo de la protección estadounidense de la «agresión» iraní en la guerra de los petroleros sólo dos años antes, salía remontando el oleaje de Bahrein. En los bancos de niebla encontramos incluso un carguero, con la bodega y la cubierta llenas de vehículos Toyota, más lujos aún para los más ricos emiratos del golfo, que partía hacia Hormuz y hacia mar abierto. Los días de bonanza habían terminado.

Salvo por un par de periodistas occidentales abandonados en el mismo Kuwait — Tony Walker de *The Financial Times* estaba entre ellos y salió del desierto con una poderosa historia de brutalidad y miedo<sup>[5]</sup>—, los periodistas del mundo informaban ahora desde Bagdad o desde las ciudades no invadidas del golfo Pérsico. Desde allí, intentamos paliar la guerra propagandística planteando preguntas, pequeñas e interrogativas granadas de mano que podrían animar al lector a plantearse tantas cuestiones como nosotros en las largas y áridas noches de filete y zumo de naranja de Arabia Saudí. Los secuestradores del Líbano hacía tiempo que habían exigido la liberación de diecisiete musulmanes encarcelados en Kuwait a cambio de rehenes estadounidenses, incluido mi viejo amigo Terry Anderson, director de internacional de la AP de Beirut. Habían liberado a dos de los quince retenidos. Todos eran miembros del partido Dawa islámico. ¿Había liberado Iraq a los otros quince? Respuesta: no, habían huido. Trece años después, el Dawa se convertiría en un partido político en el «Iraq» liberado, y exigía elecciones a los estadounidenses que parecían no darse cuenta del hecho de que los miembros del Dawa con quienes habían hablado amablemente habían sido los «superterroristas» de la década de 1980. Los diplomáticos decían que los palestinos que vivían en Kuwait habían actuado en complicidad con el servicio secreto iraquí, les habían proporcionado las direcciones de los hogares de funcionarios kuwaitíes antes de la invasión. ¿Estaba la OLP ayudando a Sadam a ocupar Iraq? Respuesta: no, porque algunos palestinos incluso se unieron al movimiento de resistencia kuwaití que iba formándose poco a poco. Sin embargo, los iraquíes preparados por los palestinos habían llegado allí desde Bagdad y se los podía ver con sus armas paseando por las calles de Kuwait. Y menuda oportunidad suponía esto para la familia real kuwaití, exiliada ahora; que podría un día regresar a su emirato y exigir la expulsión de 300 000 «traidores» palestinos, algunos de los cuales habían nacido allí. Y eso hicieron.

Los sirios enviaron una brigada de soldados para que se unieran a los estadounidenses en Arabia Saudí, la «Vanguardia de la Nación Árabe», que ahora se

aliaba con los amigos del sionismo —o eso parecía— contra sus enemigos baazistas. Todos los días, los equipos de informativos y cientos de otros equipos de televisión de todo el mundo salían en autobús hacia la base aérea de Dhahran —por las mismas carreteras que yo había reconocido inmediatamente después de la invasión— para contemplar la llegada de los estadounidenses. Llegaban compañías y batallones, regimientos, brigadas y divisiones, decenas de miles de ellos para aumentar la guarnición del ejército que —en el año nuevo de 1991— añadiría medio millón de hombres y mujeres para combatir a los ejércitos de Sadam. En 1991, los Estados Unidos pensaron que necesitaban esa cantidad de soldados para liberar Kuwait. En el 2003, el Pentágono calculó que necesitaría menos de la mitad de esa cifra para capturar y ocupar la totalidad de Iraq. Sin embargo, en el 2003, nadie hizo esa comparación.

Aunque no nos daban cifras, sí nos daban consejos. Los oficiales de la RAF enseñaron a los periodistas a usar sus máscaras antigás. Nos aconsejaron que usáramos el sistema de «aquí un amigo», por el que uno ayudaba a su colega escritor a colocarse el filtro de la máscara, pero tenía que asegurarse de que el suyo estaba bien puesto antes; mientras tu compañero, supuestamente, se asfixiaba hasta morir. Todo ese maldito asunto conllevaba «agazaparse» —un verbo que sospecho que los soldados sacaron de la prensa— mientras los litros y litros del malvado cóctel de Sadam se acumulaba entorno a nosotros. Una visita a la Legión Extranjera Francesa —el vino tinto en el desierto parecía algo mucho más lógico que una ración británica de agua tibia— me convenció de que existían métodos más simples para evitar la extinción química. Un miembro británico del 2.º Regimiento de Infantería de la Legión del East End de Londres me dijo que su unidad —sus honores bélicos incluían la batalla del Marne— tenía sus propias instrucciones para las operaciones. «Básicamente —me dijo— cuando hay una alerta roja de gas, alguien toca un silbato, todos nos amontonamos en los camiones y salimos pitando de la zona».

Eso me pareció muy juicioso. Para un consejo más prosaico, podíamos recurrir a *The Saudi Gazette*, el periódico que no fue capaz de informar a sus lectores de que 100 000 soldados iraquíes habían invadido Kuwait, habían matado al hermano del emir y estaban en las fronteras de Arabia Saudí. «Lo que hay que hacer y no hay que hacer en caso de un ataque con gas», decía el titular de la página 3. Iba a ser una de las columnas de consejo médico más exclusivas, una columna que contaba tantas cosas sobre Arabia Saudí como sobre el armamento químico. Y quienes recordaban que el rey Fahd había acusado ese mismo año de la muerte de más de 1400 peregrinos musulmanes en La Meca a la «voluntad de Dios» considerarían el consejo inicial ligeramente familiar.

«Si se encuentra en el exterior de su casa y al aire libre, no puede hacer nada salvo aceptar su destino —anunciaba el artículo—. Si está en su casa, mire por las ventanas para ver si caen pájaros de los árboles, gatos y perros, personas que caen al suelo y se ahogan, coches que chocan y pánico general, se trata de todos los signos de

que se ha producido un ataque con gas. Cuando vea que ocurre todo eso, ponga barricadas delante de puertas y ventanas, y no deje entrar a nadie en su casa». Otros consejos útiles incluían «vestirse con manga larga, calcetines y gorro... cúbrase toda la cabeza con una toalla o manta húmeda... métase en la ducha y quédese ahí<sup>[6]</sup>». Sin embargo, *The Saudi Gazette* no era un periódico que quisiera asustar a sus lectores. Su primera plana del 4 de agosto de 1990 contenía un solo y curioso párrafo en negrita. «El rey Fahd y Bush intercambian opiniones sobre la situación en la región a la luz de los recientes acontecimientos», decía. Ésa fue la única concesión a la realidad. Los «recientes acontecimientos» era el *anchluss* iraquí de Kuwait.

Los estadounidenses recibían consejos culturales. Algunos eran más que juiciosos: no beba alcohol, no muestre ningún interés en las mujeres árabes, no pierda los nervios. Otros traicionaban los verdaderos problemas de la política sobre Oriente Próximo estadounidense. La guía oficial del ejército estadounidense para Arabia Saudí incluía una sección titulada «temas delicados» en la que se urgía al personal estadounidense a no hablar sobre «historias o artículos en los que se cuestionasen los lazos entre los Estados Unidos e Israel<sup>[\*]</sup>», «ni sobre manifestaciones ni sentimientos antiárabes en los Estados Unidos» ni «apoyar las acciones israelíes ni la presencia [¡!] en el Líbano». El hecho de que esta guía militar ni siquiera pudiera referirse a las invasiones ni la ocupación israelíes en esos términos sugería que estos temas eran incluso más «delicados» para el Pentágono de lo que podrían haber sido para los árabes, que sí podían referirse a ellos. En un volumen anterior se ordenaba al personal estadounidense que evitara las discusiones sobre «el lobby judío y los servicios secretos prestados a Israel», una categoría que el Pentágono borró con docilidad después de que el Congreso Mundial Judío escribiera al secretario de Defensa Dick Cheney para expresar su «incomodidad» y «profunda ofensa» porque a los soldados estadounidenses se les pidiera «ocultar por completo los valores de tolerancia<sup>[\*]</sup>, pluralismo, y mentalidad abierta que han convertido a los Estados Unidos en una sociedad democrática sin igual». El lobby judío consiguió así borrar cualquier discusión sobre sí mismo.

A los soldados estadounidenses también se les urgía a recordar que «el Profeta Mahoma, fundador de la religión islam [*sic*] había nacido en Arabia en el 570... Ese hecho tuvo un profundo impacto en Arabia Saudí, pues la convirtió en el centro reconocido de la religión islámica». Me encontré con la versión saudí de esta «guía» a altas horas de la noche cuando estaba viajando de nuevo hacia Dhahran, tras una visita a la frontera kuwaití, y me detuve en una gasolinera. Se paró un camión del ejército y dos soldados se acercaron a mi coche. «Señor, queremos que se quede con esto», dijo uno de ellos al tiempo que me pasaba dos panfletos editados en inglés por la «Asamblea Mundial de Jóvenes Musulmanes» y publicada por el «*Dawa'a* Islámico y el Centro de Orientación» en Dammam. El primer documento se titulaba «La espada del islam», y en él se afirmaba que sólo con su destello esta espada «elimina la falsedad al igual que la luz elimina la oscuridad». Incluía una serie de

citas de occidentales que se habían convertido al islam, entre ellos, Cat Stevens —al que negaron la entrada en los Estados Unidos en el 2004 basándose en la sospecha totalmente falsa de que estaba relacionado con el «terrorismo»—, cuyo nombre era ahora Yusuf Islam. «Sería correcto juzgar al islam por el comportamiento de algunos musulmanes malvados que siempre han aparecido en los medios», citaba el panfleto a Cat Stevens. «Es como juzgar el coche porque el conductor está borracho...» El segundo panfleto urgía a los extranjeros —«ateos o... agnósticos... o un creyente en la democracia y la libertad»— a estudiar la vida y las enseñanzas del Profeta.

«Entregamos esto a los estadounidenses», me dijo el soldado saudí. Era un hombre alto y delgado con perilla de chivo, saludó de forma militar y regresó a su camión. Era un camión estadounidense, por supuesto, y llevaban cascos de Kevlar estadounidenses y estaban bajo el mando estadounidense. De hecho, ése parecía ser el destino de tantos musulmanes bajo ese «dosel» occidental. Es una ironía que los saudíes —como los iraníes— tengan que vivir en un país de autopistas y peajes construidos por los estadounidenses, de bases aéreas construidas por los estadounidenses, donde los helicópteros y los bombarderos son estadounidenses, cuyos príncipes —o, en el caso de Irán, revolucionarios— recibían su educación, en muchos casos, en los Estados Unidos y hablan inglés con acento estadounidense. Así que, en los días inmediatamente posteriores a la invasión iraquí, el presidente George Bush explicó que su despliegue militar en Arabia Saudí también tenía el objeto de «salvaguardar el sistema de vida estadounidense» —y supuestamente no estaba pensando en la teocracia ni en la decapitación saudí—, puede que tuviera razón.

Sin embargo, Arabia Saudí no sólo llevaba ropa estadounidense. El país estaba plagado de armamento británico —incluido más de un avión de los que podían pilotar los saudíes cualificados— gracias a los 23 mil millones del contrato de armas de Al Yamara de 1988, que incluía la venta de 132 Tornado y aviones Hawk, y comisiones que supuestamente fueron entregadas a mediadores británicos así como a miembros de la familia real saudí<sup>[\*]</sup>. En 1989, la Oficina de Auditoría Nacional iba a iniciar una investigación de esta locura, pero su informe se eliminó oficialmente, para evitar molestar a los saudíes, según el gobierno británico. La primera ministra, Margaret Thatcher, había participado personalmente en el proyecto para evitar la competencia entre franceses y estadounidenses.

El petróleo, por supuesto, no tenía nada, absolutamente nada que ver con el despliegue de las tropas estadounidenses en Arabia Saudí. Aunque la opinión del general H. Norman Schwarzkopf presagiaba algo malo para aquellos que temían que la retórica y la realidad fueran de la mano en Oriente Próximo, debía decirse que el general habló con verdadera imaginación. Como comandante supremo de los Estados Unidos en el golfo, utilizaba el lenguaje con la sutileza de un tanque.

«De ninguna de las maneras», me soltó con brusquedad cuando tuve el atrevimiento de sugerir que el entusiasmo estadounidense por defender Arabia Saudí podría haber tenido algo que ver con el petróleo. «No sé por qué la gente sigue

sacando ese tema. Yo no lo hago. Si alguien tiene alguna pregunta sobre lo que ha hecho Iraq, sugiero que busquen otra línea de trabajo. Lo que tenemos aquí es una situación que no sólo es un atraco, sino una violación». Los equipos de televisión estadounidenses habían vuelto a encender las cámaras y las grabadoras. Ése era un general que no sólo hablaba el lenguaje de los soldados —o lo que los equipos de televisión pensaban que era el lenguaje de los soldados—, sino que hablaba con sonidos. «Es una violación internacional de primer orden —dijo con voz resonante—. Todos empezamos a hacer “bua, bua” cuando violan a una vieja en Nueva York, se enteran veinticuatro personas, pero no hacen nada... no es sólo un problema de petróleo. No hay ni un solo soldado ahí fuera que crea que... al menos no ninguno que yo conozca».

Así que toda esta historia de apoyo estadounidense a Sadam —por su invasión de Irán, sus ataques químicos contra iraníes y kurdos, la vista gorda que hacía Washington con respecto a las cámaras de tortura y las fosas comunes, todos esos «bua, bua» frente a las atrocidades que el mundo entero conocía y no hacía nada por solucionar— no había ocurrido. La historia empezó ayer. Era hora de que buscara otra «línea de trabajo». Aquellos de nosotros que apenas habíamos encontrado soldados que no pensarán que era una cuestión relacionada con el petróleo tendríamos que mordernos la lengua en el futuro. Cuando preguntamos al general por qué los Estados Unidos no habían utilizado sus tropas para evitar el robo y la violación en otras naciones de Oriente Próximo, nos dijeron que no hiciéramos hipótesis.

El general Schwarzkopf, un hombre gigante, de pecho fornido y una cabeza con forma de balón de fútbol americano, adoraba todo eso. Al fin y al cabo, era el general que había servido en dos períodos de combate en Vietnam, el segundo, como comandante del primer batallón en la infeliz División de Infantería «Americal», cuyas unidades —no bajo el mando de Schwarzkopf— fueron las que perpetraron la matanza de My Lai. Se trataba de un hombre que tenía catorce condecoraciones militares, incluidas la Medalla por la Distinción en el Servicio, la Estrella de Plata, la Legión del Mérito, la Cruz por la Distinción en Vuelo y dos Corazones Púrpura. Nadie preguntó por su padre, claro, el otro Norman Schwarzkopf que colaboró en la destrucción de la democracia iraní en 1953, junto con Kermit Roosevelt y «Monty» Woodhouse. ¿La moral iraquí?, le preguntaron. «¡Dios, espero que esté por los suelos! Espero que tengan hambre. Espero que tengan sed y espero que estén corriendo para buscar munición... Creo que son una panda de matones». ¿Cabe alguna duda de que creyera que, con todo, los iraquíes iban a invadir Arabia Saudí? «La diferencia es que ahora estamos nosotros aquí. Si combaten, tendrán que combatir contra mí. Ya no se trata de enfrentarse a un vecino débil». Error, los saudíes no querían ser considerados un «vecino débil». Eran fuertes, tenían seguridad, eran capaces de defenderse solos. ¿Acaso el teniente general príncipe Jaled bin Sultán bin Abdul Aziz no era el comandante de las «fuerzas combinadas»?

En realidad, a medida que ahondábamos en la maraña de la selva militar del golfo, descubrimos que, en el mes desde que las fuerzas estadounidenses empezaron su despliegue, ni un solo equipo de los tanques estadounidenses ni bombarderos había recibido el permiso para probar su armamento. Las autoridades saudíes se habían negado a permitir que los estadounidenses calibraran sus armas por miedo a que el ruido pudiera alarmar a la población civil. Incluso el megalítico buque de guerra estadounidense *Wisconsin* —cuyos nueve cañones de cuarenta centímetros podían disparar misiles a una distancia superior a 30 kilómetros— tenía limitaciones para anunciar la hora de sus ejercicios de tiro con objeto de evitar el pánico en la costa del golfo. En algunos puntos del desierto oriental, la 24.<sup>a</sup> División de Infantería había tenido que reubicar sus tanques para que las huellas no dañaran los campos donde pastaban los camellos.

Si los saudíes podían reprimir de forma temporal al ejército de los Estados Unidos, el ejército iraquí estaba sufriendo una interesante transformación psicológica. Cuando invadió Kuwait el 2 de agosto, era un ejército con una guarnición de un millón de personas, «reforzado por la batalla» que había «pulido su capacidad de ataque», una «poderosa fuerza combativa<sup>[\*]</sup>». Sin embargo, en ese momento, los oficiales saudíes y estadounidenses se inspiraban en las historias de los desgraciados refugiados; los soldados iraquíes saqueaban tiendas y casas, se habían producido violaciones y otros ahorcamientos disciplinarios. Los oficiales británicos hablaban del ejército iraquí como «caóticos» con una moral mediocre. «Por lo que a nosotros respecta —nos contó el capitán del destructor británico *York*— se hace demasiado hincapié en el armamento químico». Aun así, a principios de noviembre, el *Desert Shield Order of Battle Handbook (Manual de combate de la operación Escudo del Desierto)*, que preparó el ayudante del jefe del estado mayor de Inteligencia, describía una vez más al ejército iraquí como «uno de los mejor equipados y con más experiencia combativa en el mundo... que destaca por su flexibilidad, unidad de mando y un alto nivel de movilidad».

Tal vez esto dependía del público que lo juzgara. Cuando el general Colin Powell, presidente de los jefes de estado mayor de las Fuerzas Combinadas —el mismo secretario de Estado supuestamente liberal, juicioso y elocuente en la primera administración Bush un década más tarde—, se dirigió a los marines que estaban a bordo del *Wisconsin* el 14 de septiembre, habló en tono de condescendencia a los soldados estadounidenses. Sadam era «ese bufón que tenemos por aquí en Bagdad», a quien el mundo había dicho: «No podemos soportar más esta mierda». Si alguien quería combatir contra los Estados Unidos, según ordenó Collin a sus hombres: «dadle una patada en el culo». Mientras tanto, Alan Clark denigraba aún más a los palestinos en Kuwait. Clark, secretario de Estado británico, afirmó en Bahrein que habían creado en Kuwait una «milicia informal». Muchos «residentes» palestinos, según dijo —y resultó ser mentira—, se habían «hecho con armas de fuego».

En Dhahran la pista de aterrizaje era testigo de todas las llegadas, de los miles de

jóvenes estadounidenses que descendían por las rampas de los aviones, con botellines de agua en la mano, sorprendidos por la temperatura, y se daban cuenta de pronto que acababan de conocer a su primer enemigo, justo allí, en la pista de asfalto. Algunos llevaban pañuelos en la cara, con las Ray-Ban embutidas entre el pañuelo y el casco, así que parecían una versión del hombre invisible cien veces más fuerte. La base aérea rugía con sus motores de turbina, con los F-15 y F-16, Galaxy y Hawk relucientes sobre el terreno semidesértico, junto a los misiles antimisil Patriot todavía sin probar.

Los periodistas se volvieron parte de este despliegue militar. Los llevaban para que filmaran esas constantes llegadas —en un principio, según admitió el general Schwarzkopf, para dar la impresión de que había más soldados estadounidenses en Arabia Saudí de lo que había en realidad— y para alentar la idea de que los soldados estadounidenses componían una potencia abrumadora. Si tenía que empezar la guerra, se permitiría a los periodistas acompañar a los soldados en *pools*. Por tanto, los periodistas y sus periódicos, y los canales de televisión se pelearon como fieras para unirse a estos *pools* en los que se los censuraba, se los restringía y se los privaba de cualquier libertad de movimiento en el campo de batalla. Se suponía que los demás debían acatar las órdenes del capitán Mike Sherman. Aunque era un pelín más bajo que el hombre gruñón que había llegado desde Carolina, la mirada de Sherman poseía la misma clase de reproche penetrante y molesto que se apreciaba en los retratos en sepia de su antepasado, el general William Tecumseh Sherman. Esto no resultaba sorprendente, porque el capitán Sherman dirigía uno de los sistemas de armamento más poderosos del golfo, una gran ballena varada en un buque que estaba anclado de forma permanente en una sala de baile de decoración grotesca de sueños y expectativas en el hotel Internacional de Dhahran.

Incluso decir que el salón de baile estaba en Dhahran era suficiente para que uno mereciera una de las famosas «cartas de amonestación» del capitán Sherman. Porque había normas a bordo de su nave y se esperaba que los periodistas que entraban a sus instalaciones de guerra las obedecieran. Las «violaciones de las normas de tierra» por parte de cualquiera de los miembros de periódicos o televisiones contratados para cubrir la guerra —incluida la identificación de las bases militares, incluso en Dhahran, que los pilotos iraquíes utilizaron durante la guerra de Irán-Iraq (aunque Sherman no era consciente de ello)— se «tratarían caso por caso». Todo eso tenía cierto aire a disciplina colegial, puesto que el mando del capitán Sherman —al que oficialmente se conocía como la Oficina de Información Conjunta (o JIB por las siglas en inglés)— era en sí mismo una enseñanza. Provocaba, confundía, enfurecía y engañaba.

En el pasado, a mediados de agosto, cuando la guerra parecía más inminente, Sherman dirigió la JIB con sólo seis oficiales del ejército, atrincherado tras una puerta como de establo del hotel. En la habitación contigua, que era idéntica a la anterior, había dos representantes del Ministerio de Información saudí. Sin embargo,

los objetivos militares estadounidenses se ampliaron cuando la decisión del presidente Bush de liberar Kuwait se transformó en la decisión de destruir a Sadam Husein. Por ello, la nave del capitán Sherman se convirtió en un mastodonte y pasó a un piso superior, bajo un techo azul y dorado con forma oval, en una sala de baile de mayores dimensiones, con alfombras apiladas, timbres de teléfono, procesadores de texto, petates, escopetas, libretas y más información de la que cualquier persona en su sano juicio podría obtener jamás sobre los mecanismos de aniquilación de seres humanos.

A la derecha, detrás de un largo escritorio de madera, se encontraban sentados los representantes de la alianza militar occidental, treinta oficiales uniformados de los marines de los Estados Unidos, el ejército de tierra, mar y aire —nuevos miembros de la tripulación del casco de Sherman—, y un equipo de funcionarios del Ministerio de Defensa británico. Al otro lado del salón de baile, con menos ordenadores y más teléfonos, estaban sentados dieciocho saudíes, todos con kefias rojas y túnicas blancas. En una mesa aislada estaba sentado el representante del gobierno kuwaití en el exilio, entregando fotos en color de las víctimas torturadas. Como los chicos y chicas de una clase de baile, los occidentales no solían cruzar la sala para hablar con sus homólogos saudíes. Sólo los periodistas se movían entre esas dos culturas; puede que la separación entre la fuerza de Occidente y la cuna del islam fuera sólo de seis metros. En extremos opuestos de la sala de baile había dos enormes aparatos de televisión. En el extremo árabe, la televisión saudí emitía partidos de fútbol y oraciones. En el extremo estadounidense, la CNN retrataba el estilo de vida estadounidense. Los saudíes preferían mil veces la CNN.

En este emporio bélico, los periodistas de cincuenta naciones podían consultar información sobre los misiles Patriot, conseguir una visita, de la noche a la mañana, a la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada, quedar para desayunar con los pilotos de los aviones de combate del escuadrón Tornado de la RAF, preguntar cuál era la autonomía de un F-15, el poder explosivo de un Sidewinder o el calibre del cañón de un tanque Challenger. Podían apuntarse a viajes en autobús y avión para que los llevaran a los buques de guerra estadounidenses, a las brigadas acorazadas egipcias, a los comandos sirios, la 101.<sup>a</sup> División de Infantería y la 1.<sup>a</sup> de Caballería o a ver a los Reservistas de Puerto Rico. Los saudíes escoltaban a los periodistas hasta el mercado de camellos de Hofuf.

Pasaban un par de días antes de que uno se diera cuenta de que, aunque esto podía parecer emocionante, había algo inquietante en la JIB. Todas las promesas sobre el potencial militar, el arsenal inexorable, las manifestaciones de confianza, la superioridad de la técnica y el equipamiento adquirían cierto aspecto subliminal. Pues, aunque podías aprender todo lo que desearas sobre la cabeza aplanada de un misil de 155 mm o sobre las propiedades de una bomba de dispersión, no se te permitía preguntar sobre los resultados de su utilización. ¿Qué ocurría cuando el misil o el Sidewinder explotaban? Se hablaba mucho de «neutralizar» objetivos y la

«pérdida de activos», y de la forma en que las unidades «enemigas» serían «negativizadas». Podías pedir una visita a la 7.<sup>a</sup> Brigada Acorazada británica, pero no al depósito de cadáveres. Las peticiones de visita a las instalaciones médicas se aceptaban con amabilidad. Era una guerra limpia; no era una guerra infernal, sino una guerra de responsabilidad, en la que la marea de información se detenía de forma brusca en el momento del impacto. Como el sexo sin orgasmo, la JIB estadounidense era fácil de ver: dramatismo y ocio para todos los públicos. Si uno creía lo que decía la JIB, no había nada calificado sobre el futuro.

Fue Sadam Husein quien acaparó el mercado de la muerte. Los iraquíes no facilitaban información sobre su maquinaria militar, aunque no había viajes a las instalaciones de la Guardia Republicana. Sin embargo, por las ondas de radio, todas las noches, era Sadam el que hablaba del desierto que se convertía en un cementerio, de huesos que se blanqueaban al sol, o los cadáveres en descomposición por el calor. La radio iraquí describía la putrefacción de los muertos como el precio máximo de la guerra para los Estados Unidos, el martirio, como el precio más alto para el patriotismo iraquí. Los estadounidenses hablaban sobre confianza los iraquíes sobre gusanos.

Sin embargo, en ese momento, el capitán Sherman vendía la guerra. Nosotros los periodistas éramos sus comerciales. Observemos a mis colegas en el salón de baile de la expectación. Muchos de ellos se han apuntado a llevar la ropa militar. El tipo de Gannet News Services compra etiquetas militares con su apellido para pegárselas a la ropa. Una mujer de la cadena de televisión Voice of Columbia se ha presentado en la JIB vestida de guerrillera de pies a cabeza. Lou Fontana de la WISTV, de Carolina del Sur, lleva botas de camuflaje con estampado de hojas muertas, compradas para el desierto en la tienda Barrons Hunting Supplies. (Cualquiera que haya echado una mirada a un desierto —aunque lo haya visto en fotos— se dará cuenta de que no hay hojas en la arena, ni árboles, ni nada.)

Junto al alargado escritorio, los hombres y mujeres del capitán Sherman, algunos de ellos periodistas en la vida civil, se sienten más cómodos en compañía de los periodistas que con los militares. El mismo Sherman tiene su base en California y era asesor naval de la versión televisiva de Herman Wouk de *War and Remembrance*. El teniente de navío Charles Hoskinson hizo una asignatura principal en la universidad de estudios sobre Oriente Próximo, pero considera que su verdadera vocación es el periodismo, e informa sobre educación y política para *The Daily Reflector* de Greenville, Carolina del Norte. Yo sigo reuniéndome con marines que quieren escribir su historia. Los periodistas uniformados y los soldados con el periodismo en la sangre sugieren la existencia de una relación simbiótica, incluso de ósmosis. La mitad de los periodistas en Arabia Saudí, al parecer, quiere ser soldado. La mitad de los soldados quiere estar en el negocio de las noticias.

Los demás estaban derritiéndose en el desierto, alimentándose de comidas preparadas y copias de *Barras y Estrellas* y preguntándose, muchos de ellos, cómo,

tras haberse matriculado para recibir formación universitaria, habían acabado en la «gran playa» esperando a enfrentarse con un hombre del que muchos de ellos no habían oído hablar hasta hacía un par de semanas antes de salir de casa. Siempre que podía, me adentraba en el desierto en coche, de forma oficial o extraoficial, con soldados con los que había entablado amistad en Dhahran, o en viajecitos pagados del capitán Sherman y sus compañeros de ocio, o con periodistas franceses que, con una admirable libertad de espíritu, se negaban a obedecer las normas y simplemente se adentraban en la arena al volante, en busca de fotos y entrevistas con soldados de cualquier tipo, estadounidenses, británicos, egipcios, kuwaitíes, sirios, saudíes, incluso paquistaníes. Sí, las guarniciones del golfo tenían sus propios soldados expatriados asiáticos, la versión militar de todos esos millones de sirvientes pakistaníes, filipinos, srilankeses e indios que servían como esclavos en todo el golfo Pérsico a las órdenes de los señores y señoras árabes.

La arena era su enemiga y la nuestra. El sol relucía como una espada y la arena nos invadía. Era la misma arena, caliente, seca y pegajosa, que se había abierto camino, a base de pinchazos, hasta nuestras vidas en la guerra de Irán-Iraq, con el grosor del azúcar y fina como la sal de mesa. Era marrón, blanca y gris, se nos pegaba a los pelillos de las orejas, se nos metía entre los dedos de los pies, se volvía húmeda y picante en los muslos, nos golpeaba la cara como un aerosol viscoso, nos resbalaba por las pestañas y hasta los ojos. Era un viento descrito en el *Beau Geste* de P. C. Wren, el libro que mi padre me regaló de niño, que «no llega a tormenta de arena, sino que es una niebla o neblina o polvo tan fino como la arena, que te llena los ojos, los pulmones, los poros de la piel, la nariz y la garganta; se mete en los cañones de las escopetas, en la maquinaria de los relojes, estropea el agua, la comida... convierte la vida en una carga y una maldición».

Busqué a algún Wilfred Owen —incluso al ocasional Rupert Brooke— en el desierto, y olvidé que Brooke era un soldado virgen y que la poesía de Owen se forjó en la guerra, no en los supermercados de carretera entre Dhahran y Jafyi, donde los soldados hacían cola para conseguir batidos de leche, chocolatinas y helados de vainilla, y se quedaban en el patio delantero con sus teléfonos móviles hablando con Cedar Rapids o Bristol, y protestaban por el servicio de correos y la falta de «priva» y de mujeres, y la presencia de escorpiones —cosas grandes que mordían y que llegaban de noche para sustituir a la tormenta de calor con la tormenta de piel recién agujijoneada—, y por la falta de noticias. Nosotros, por supuesto, participábamos en todo eso, nosotros los escritores. Llevábamos con nosotros periódicos, pilas y pilas, y teléfonos para que los soldados, si los cogíamos por la autopista donde había cobertura de móvil, pudieran llamar a casa sin pagar y —cuando lo hacían— sentíamos que la disciplina y las órdenes se les olvidaban cuando nos hacíamos amigos. Nos revelaban sus miedos y su soledad, y su sorprendente falta de preparación militar para ser unos soldados que podían entrar en guerra. ¿Cuántas veces me iban a preguntar los marines o los soldados de infantería o los conductores

de ambulancia si podían rogar, pedir prestados o comprar mapas? Soldados sin mapas, soldados sin la menor idea de dónde estaba ese mar de polvo. La arena se movía a una velocidad tal sobre el paisaje que el viento la levantaba en forma de polvo en Irán y en Turkmenistán, y teñía el Mediterráneo de marrón, y se acumulaba durante los vientos del *jamsin* en mi balcón de Beirut, llegaba hasta Grecia y el sur de Italia, y hasta las partes más interiores de Europa que las invasiones árabes jamás alcanzaron.

No hay poetas en la Compañía Bravo de la 24.<sup>a</sup> División de Infantería Mecanizada de los Estados Unidos. Admitían que sus cartas a casa estaban llenas de tedio y descripciones del calor. Leían un poco, dormían un poco, trabajaban mucho, sobre todo por la noche, cuando el aire refresca. Vivían en un mundo de silencio opresor, por eso se podía oír al soldado Andrew Shewmaker dando vueltas en el profundo interior de los ardientes intestinos de su tanque M-1. Cuando sale por la torreta, lleva arrugado en una mano un trozo de cartón marrón. Apoya el codo derecho en el cañón de su escopeta y sacude la arena brillante y con aspecto de azúcar con la mano izquierda antes de sentarse en el ardiente revestimiento del blindaje. Despliega el cartón con mucho cuidado, como si fuera una carta de amor.

En la superficie hay unas líneas rectas, intersecciones y divisiones en una serie de círculos perfectamente dibujados. Cada círculo tiene un nombre. Saturno, Plutón, Urano, Mercurio, Tierra. Arriba, con bolígrafo, y con una letra casi infantil —es la letra del soldado Shewmaker— están subrayadas las palabras «Condenación planetaria». Ha sido idea suya. Lo único que se necesita es un dado. «Quería que los chicos no se aburrieran —dice con timidez y avergonzado—. Empezamos todos en una nave que sale del Planeta Tierra y tenemos que viajar por el espacio. En todos los planetas, por ejemplo, en Marte, tenemos que recargar combustible. Pero las distancias son tan grandes que empezamos a quedarnos sin combustible. Hay que intentar alcanzar un planeta más antes de quedarse sin gasolina y luego poder repostar. El último que sigue en marcha, gana. Los demás pierden».

El soldado Shewmaker no se da cuenta, creo yo, que ha descrito la vida de la tripulación de este tanque en ese trozo de cartón arrugado y rectangular. El aislamiento, la desesperada necesidad de combustible, miedo a lo desconocido. En el tanque que está a su lado, y sentado en la arena junto a las huellas, el amigo de Shewmaker escucha con atención la explicación sobre el juego. En los once días desde que se han posado en ese inmenso y solitario planeta, no han recibido cartas de casa, ni periódicos, ni comidas calientes. Muchos de ellos no tienen mapas. Cuando hablan, lo hacen en forma de monólogo, pues han pensado mucho y hablado poco desde que llegaron. Al otro lado del cañón, el sargento Darrin Jonson está acucillado, con la mirada fija en ese punto del desierto donde la arena es tan blanca y el cielo de un azul tan celeste que ambos se confunden. No mira ni una sola vez cuando le hablas. Lleva casado sólo veinte días.

«Se llama Virginia, la quiero. Supongo que no tiene nada especial, sólo que lleva

gafas. —Los otros hombres se reían con nerviosismo—. La conozco hace diez meses. Trabajaba en el restaurante de comida rápida Hardy cuando la conocí, íbamos a casarnos el día de mi cumpleaños, el 23 de septiembre. Me pusieron sobre aviso en Fort Steward el 7 de agosto y los dos decidimos casarnos enseguida. Celebramos la ceremonia en la casa de su madre. Su gente estaba allí, mi madre no pudo llegar. Tuve ocho o nueve días para estar con ella. —El Sargento Johnson sigue mirando al horizonte perdido, con los pensamientos muy lejos de allí—. Vino a despedirse de mí al aeropuerto y tengo más suerte que algunos. Ahí hay un tío —agita la mano hacia un matorral que hay en dirección al oeste— que sólo tuvo tres o cuatro horas para estar con su mujer, recién casado. Se casó a la hora de la comida el mismo día que nos íbamos. Hasta ahora he escrito dos cartas a Virginia. ¿Que qué le he dicho? Le he dicho que estaba bien y que seguramente ellos no nos harían nada».

Cuando subo a su tanque, no me parece muy seguro. A un lado hay un asiento de plástico negro raído —es el puesto del sargento Johnson, a la izquierda de la recámara del cañón— y a la derecha está la plataforma del soldado Shewmaker, con su máscara de gas colgada sobre el respaldo. Puede que haya un metro ochenta y dos de pared a pared. El termómetro que está en el armario de la munición marca 52 grados. Cuando el tanque se mueve, sube hasta los 57 grados. Al incorporarme para salir de su frágil nave espacial, los hombres se llevan las manos a la cara para protegerse de la ráfaga de viento. El desierto en esta parte está rematado por arbustos rotos y secos. Desparramados por la arena bajo su gruesa red de camuflaje, los tanques de la Compañía Bravo parecen gigantes, arañas muertas hace tiempo, cuyas telas se han deteriorado y han caído sobre ellos paralizándolos en el suelo del desierto.

Sin embargo, no hay forma de protegerse de la arena. Sus granos vuelan hasta nuestro pelo como insectos, se nos meten en las orejas y en la boca. Cuando junto las mandíbulas, siento cómo cruje la arena en los dientes. Cuando sudo, situado detrás del tanque, la transpiración deja huellas de arena a mis pies. Shewmaker y Johnson y sus camaradas van vestidos de guerra de pies a cabeza, la mayoría de ellos llevan casco. No hay duchas.

Hay una fina línea entre el cinismo y el deber, entre la queja y el valor, una línea que no es tan recta como las de la cartulina del soldado Shewmaker. El soldado de ingeniería Cleveland Carte de Georgia no tiene muchas ganas de vivir esta aventura en Oriente Próximo. «Me gusta el ejército, no me malinterprete. Pero jamás pensé que vendría aquí. Esto no es asunto mío, esto es de los árabes, ya sabe, pero como me dijeron que tenía que hacerlo, pues lo he hecho. Soy soldado. Pero me gustaría que esos congresistas vinieran hasta aquí, con todo su patriotismo, a sufrir el calor del desierto. No me parece bien. Preferiría que esos tipos pagaran más por su petróleo, que no pagar su petróleo con mi vida».

Los generales pueden haber estado sedientos de batalla, pero los jóvenes soldados estadounidenses con los que estaba hablando no daban saltos de alegría por la guerra.

El sargento Parrot, un tanquista delgado y atiplado de Texas, dice que está perdiendo el tiempo en el desierto. Se alistó por una beca universitaria, no para luchar en Arabia Saudí. Hablan con pocas palabras sobre la posibilidad de que estalle la guerra. El soldado Shewmaker también se alistó para acabar una licenciatura universitaria. «Pero siempre quise estar en el ejército, ya sabe. Me encantaban todas esas películas. Me gustaban mucho las películas sobre la Segunda Guerra Mundial. Me encantó *Patton*, ¿sabe? Desde entonces deseé estar en un tanque». Tiene veinte años. La mayoría de los comandantes del 24.º Batallón son veteranos de Vietnam. La mayoría de sus hombres tenían cinco años cuando terminó la guerra en Indochina.

Los políticos del petróleo no los han contaminado a todos. Johnson cree que «si los saudíes son nuestros amigos, nuestro deber es protegerlos». El sargento Jeff Eggart cree que «los saudíes necesitaban nuestra ayuda, lo prometimos y tenemos que cumplirlo». Dos de los soldados hablan de su deber de obedecer al presidente. Después de un rato, el «deber» empieza a aparecer en todas sus explicaciones de por qué están en el desierto. No expresan ningún odio hacia los iraquíes. Sus enemigos están un poco más cerca. «Los escorpiones salen de noche —dice Johnson—. También hay serpientes, se ven las huellas en la arena. Allí no se puede dormir. Todos tenemos que dormir aquí arriba, sobre mantas, porque el metal está muy caliente, acurrucados sobre la torreta redonda de nuestro tanque».

Dos aviones A-10 negros como la noche se encuentran justo encima de nosotros, el popular —o impopular— «cazatanques» que se supone que protegerá la vida del soldado Shewmaker y sus amigos del armamento iraquí; colgado del vientre de cada uno de los dos aviones hay un misil pintado de amarillo. Los soldados ni siquiera levantan la vista. «Si son nuestros, me da igual —dice Eggart—. Sé reconocer los suyos, los Mig-23, los Mirage. Pero no creo que los iraquíes utilicen armas químicas. Se lo digo a mi mujer en las cartas que le envío. Le digo que cuanto más dure este retraso de la guerra, menos probabilidades hay de que usen armas químicas. Es lo que creo. No sé por qué».

Dos años atrás, el soldado Shewmaker se comprometió con su novia de dieciocho años, Heidi. «Íbamos a casarnos pronto, pero hace cinco meses que no la veo, desde que me enviaron aquí. Lo único que pude hacer fue llamarla por teléfono para despedirme. Me fui directamente al cuartel de Fort Stewart. Le he escrito, pero todavía no he recibido ninguna carta, ni de mi madre. Pienso en ellas por las noches. Me siento en el tanque y miro a las estrellas. Así se me ocurrió el juego de los planetas».

Los tanquistas no tienen ni experiencia en el combate ni presciencia. El soldado Shewmaker y los otros miembros de su tripulación parecen atontados por el calor. Shewmaker ni siquiera tiene radio con la que escuchar la BBC. «¿Qué ocurre ahí fuera?», corean Shewmaker, Johnson y sus amigos cuando me voy. Les digo que se ha celebrado una cumbre entre Bush y Gorbachov sobre la liberación en Iraq de algunas mujeres y niños que estaban secuestrados, sobre la creciente tragedia de los

refugiados en la frontera entre Iraq y Jordania. Sólo durante un instante, ven fugazmente el mundo exterior y su reacción es inmediata. «¿Llamará a mi mujer?», pregunta el sargento Johnson. Shewmaker quiere que telefonee a su madre. Y los demás soldados garabatean en mi libreta los números de sus familias que están a 13 000 kilómetros de distancia, más lejos que cualquier línea de las que hay en la cartulina del juego de Shewmaker.

Unas pocas horas después, los llamo. Virginia Johnson parece muy joven. «Le estoy escribiendo ahora mismo. Dígale que he recibido su primera carta. Le escribo todos los días...» Le dije a la familia de Eggart que éste les enviaba besos y necesitaba cigarrillos. La madre de Shewmaker quería saber si estaba en primera línea de fuego. «¿Puede decirme, no exactamente, sino más o menos, si está cerca de Kuwait?» Le dije que estaba a más de 80 kilómetros de la frontera con Kuwait. No le dije que no había nada más que arena entre su posición y la frontera.

Sadam podría estar en uno de los planetas de Shewmaker. Tiene un grotesco encuentro con los rehenes británicos, le da una palmadita en la cara a un niño inglés y le pregunta si bebe leche con frecuencia —las declaraciones en público de Sadam reflejan una obsesión con la leche—, amenaza a Arabia Saudí con la guerra santa y ofrece petróleo gratis para los países del Tercer Mundo. En Washington y en Londres, estos acontecimientos se tratan con desprecio. En Marruecos hay revueltas a favor de los iraquíes. En Argelia se reúnen multitudes y celebran manifestaciones espontáneas —siempre una amenaza en el mundo árabe cuando son reales y no son las que patrocina el gobierno— para apoyar a Iraq. En Argel, enormes murales representan los misiles de Sadam Husein, con los que él amenaza disparar a Israel; y que disparará contra Israel pasados unos meses. Cerca de la frontera con Kuwait, el 20.º Escuadrón de Operaciones Especiales estadounidense —supuestamente, una fuerza secreta que ha pasado su tiempo entrevistando a refugiados kuwaitíes y cuya insignia es un remolino que surge de una tormenta de arena— descubre que hay vastas zonas de Kuwait City que no aparecen en sus mapas. La reciente riqueza de Kuwait ha hecho que aparezcan nuevas calles y ciudades satélite mucho más deprisa de lo que cualquier cartógrafo podría plasmar.

Todo el día y la noche, los grandes convoyes estadounidenses retumban por la carretera de seis carriles en dirección a la frontera kuwaití, con sus vehículos blindados y sus armas, transportes de soldados, equipamiento para construcción de edificios, tanques y camiones con munición, todoterrenos y perforadoras de petróleo. Una flota de helicópteros estadounidenses color verde oscuro, con aspecto de lagartos sobre el fondo de arena, sigue las carreteras hacia el este. Su carga de artillería, misiles y generadores —incluso edificios prefabricados— cuelga de sus panzas. La mera dimensión del ejército en movimiento posee una energía y una gravedad de propósito que ningún director de Hollywood podría escenificar. A finales de octubre, el ejército multinacional estaba repartido por el desierto. En ese momento, el terreno se doblegaba y se distorsionaba por la presencia de miles de vehículos blindados,

campamentos de mando, ubicaciones de misiles, emplazamientos de artillería cubierta con lonas de camuflaje, flotas de excavadoras que levantaban paredes de contención y bunkeres en la polvorienta arena. El polvo de un centenar de nuevos caminos militares pende en el aire mientras, debajo de él, la niebla, apoltrona a las decenas de miles de soldados que se supone que tendrían que estar «defendiendo» Arabia Saudí. ¿Cuánto tiempo más pueden asegurar Bush y Thatcher que eso es lo único que estamos haciendo?

Así que muchos ejércitos árabes musulmanes se encuentran ahora en el desierto saudí para crear el cimiento teológico de nuestra «coalición»; prueba de que esto no ha sido una operación estadounidense motivada por el petróleo, de que ningún sacrificio es demasiado para Occidente. Cuando las mujeres saudíes creen que la presencia de los Estados Unidos en el reino representa una nueva libertad —y se manifiestan en contra de la prohibición del país de que las mujeres conduzcan por Riad en sus propios coches—, Washington guarda silencio mientras las castigan. La BBC destruye una grabación de vídeo de los soldados británicos en el desierto conmemorando el Domingo en Memoria de los caídos en el septuagésimo segundo aniversario del final de la Primera Guerra Mundial, no vaya a ser que los saudíes se ofendan ante la visión de un servicio religioso cristiano en su suelo islámico. Se ordena a los soldados estadounidenses que no lleven crucifijos ni estrellas de David por fuera de los uniformes.

Cuando la policía israelí mató a disparos a diecinueve manifestantes palestinos en Jerusalén en octubre, los periódicos saudíes y de otros países árabes reaccionaron a la carnicería hablando de una «matanza»; y eso es lo que fue. El secretario de Estado estadounidense tuvo que rebajarlo a «tragedia». De haber sido los soldados de una nación árabe los que hubieran matado a diecinueve judíos —¿y cuántas veces más tiene que hacer uno esta clase de comparación?—, ¿lo habría llamado Baker una tragedia? ¿Lo habría llamado alguien así? Las agencias habrían hablado en ese caso, sin duda alguna, de una «matanza», mientras los árabes lo habrían reducido a patéticos llamamientos a la «compostura». Igual de inoportuno demostró ser el presidente Bush con su respuesta ante los horrorosos acontecimientos de la mezquita de Al Aqsa en Jerusalén. No había relación alguna, se vio obligado Baker a decir, entre la «tragedia» de Jerusalén y la crisis del golfo. Con todo, el mero hecho que se sintiera obligado a decir esto demostró que sabía que no era cierto. El aliado de los Estados Unidos más importante en Oriente Próximo acababa de matar (o exterminar) a diecinueve palestinos en el tercer templo más sagrado del islam. El segundo aliado más importante de los Estados Unidos en Oriente próximo —Arabia Saudí, donde se encuentran el primer y segundo templos más sagrados del islam— estaba animando a los Estados Unidos a atacar a los ejércitos árabes del presidente Sadam. Estos eran los dobles estándares del «Nuevo Orden Mundial» que defendía en ese momento el presidente Bush. Bush quería finalizar la ocupación iraquí de Kuwait. Sin embargo, no tenía ningunas ganas de poner fin a la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania.

Las dos tierras no fueron conquistadas de la misma forma —en 1967, Israel estaba siendo atacado—, pero ¿cómo podía tratar Washington las dos ocupaciones de forma tan distinta<sup>[7]</sup>?

¿Y cómo pudimos convertir con tanta facilidad a nuestros «aliados» iraquíes — los hombres a los que habíamos apoyado con tanta frecuencia en su agresión contra Irán— en nuestros enemigos? Me quedé de piedra una noche fría en el desierto con los Reales Húsares Irlandeses de la Reina, cuyos honores en el campo de batalla se remontaban a los desastres más flagrantes de los británicos<sup>[8]</sup>. El soldado Kevin Stevely —que nunca había hablado con un saudí, pero que había concluido con sagacidad que la guerra era una cuestión de petróleo más que de democracia— me condujo a bordo de su tanque Challenger por las dunas. Me gusta colarme en estos mundos personales. Al viajar con él en la torreta, asomado por la escotilla, mientras la bestia avanzaba con pesadez por la arena, descubrí que Stevely era comandante de toda una nave. El Challenger, con una perfecta suspensión, se hundía en picado y daba bandazos sobre la arena del desierto como un gran velero con su cañón a proa. La picajosa arena de las ruedas era un sustituto de las salpicaduras de espuma de mar, su paso era tan indefectible como una línea recta en cualquier mapa de navegación. Sin embargo, cuando los soldados se acomodaban junto a sus hogueras del campamento para pasar la noche, les gustaba mirar hacia el oeste, durante mucho tiempo después del ocaso. Porque los iraquíes —su enemigos— estaban en el oeste.

La mentalidad de «ellos» y «nosotros» era tan natural como contagiosa. Hace diez años —casi a diario— «ellos», los iraquíes, irrumpían en la ciudad iraní de Junishar, y se encogían de miedo en el interior de las ruinas de sus casas en llamas, bajo el fuego de morteros. Y yo había estado con esos iraquíes. «Nosotros» hemos estado juntos, compartiendo los mismos peligros, escondiéndonos en las mismas posiciones militares. Jon Snow y yo hemos depositado nuestra confianza en esos comandos iraquíes y en «nuestro comandante», que colaboró en el rescate de los británicos a bordo del *Al Tanin* en el Shatt al Arab. Habían sido amigos, parte de «nosotros». Cuando Jon salió en su misión de rescate nocturna hacia el barco, que fue realmente peligrosa, no cabía duda de quiénes éramos «nosotros». Sí, «ellos» habían sido «nosotros» por aquel entonces. Y ahora, sentado con estos soldados británicos, el «nosotros» se había convertido en «ellos», y el soldado Stevely se preguntaba si «ellos» lanzarían sus bombas químicas contra «nosotros». Y, sin duda, pienso yo, en algún lugar del basto y aterrador abismo de arena que estaba ante «nosotros» —que en realidad no podía tener más de 300 kilómetros— se encontraban algunos de los veteranos de Junishar, incluido «nuestro comandante», con quien Jon y yo nos habíamos sentido tan profundamente agradecidos esos diez años.

Si olvidábamos la humanidad de los iraquíes, era igualmente fácil para nosotros ignorar los sentimientos de los saudíes y las pasiones que «nuestra» presencia iba a desatar en su sociedad. Con demasiada frecuencia, en esos últimos meses previos a la liberación de Kuwait, los saudíes se habían convertido en actores de reparto de

nuestro drama, miembros del séquito que supuestamente debían pronunciar las palabras adecuadas de apoyo y lealtad hacia nosotros, y odio hacia el liderazgo iraquí.

Cuando en agosto de 1990, el ministro de Defensa, el príncipe Ibn Abdul Aziz, insistió en que jamás provendría de territorio saudí ninguna ofensiva contra «nuestros hermanos iraquíes», el presidente Bush convocó al príncipe Bandar, embajador saudí en Washington, para que explicara este cambio de guión. Una preocupación similar suscitó la sugerencia del príncipe, a finales de octubre, de que, aunque Iraq debía retirarse de Kuwait, Arabia Saudí apoyaría «cualquier exigencia justa territorial iraquí» al emirato.

A finales de noviembre de 1990, recibí una llamada en mi hotel de Dhahran del jeque de una mezquita próxima, con quien había hablado en algunas ocasiones durante los últimos meses. Cuando llegué a la escuela vacía junto a su mezquita, el jeque estaba a todas luces inquieto por algo que había estado discutiendo con un grupo de hombres barbudos y de mediana edad, sentados con sus túnicas en una habitación trasera. Creí que quería discutir las probabilidades de que estallara la guerra, pero lo que preguntó fue: «¿Cuándo se van los estadounidenses?».

El jeque no era radical. Sus sermones, retransmitidos por altavoces desde el feo minarete de cemento que había junto a la mezquita, reiteraban la necesidad de mantener la calma en plena crisis. Trataban sobre la convicción del Profeta de que la confianza en Dios proporciona protección a todos los verdaderos creyentes. Incluso ahora, quince años después, debe permanecer en el anonimato, porque —pese a la contención del presidente Bush en el momento en que él defendía la «libertad» en el golfo—, Arabia Saudí no era una democracia, ni lo es, ni lo será nunca.

«Cuando llegaron los estadounidenses, teníamos miedo de Sadam —decía el jeque—. Pero ahora llevan aquí más de tres meses, y no ha ocurrido nada. Nuestro gobierno había dicho que los estadounidenses se irían en cuanto terminara la crisis. Lo creímos. Todavía lo creemos. Pero yo opino que lo creemos porque queremos creerlo». El jeque había escuchado todos los rumores. Los empresarios saudíes de Yedda alardeaban con discreción de haber conseguido contratos de cinco años para alquilar terrenos a las fuerzas militares estadounidenses que iban a permanecer en el reino. En Dhahran se decía que los estadounidenses habían firmado contratos de dos años con aparcamientos, almacenes e instalaciones de transportes. Sus barcos de transporte marítimo traían equipos de construcción y armas.

Para los extranjeros —estadounidenses y británicos—, las tensiones en la sociedad saudí no resultaban evidentes. Todos los días, la prensa saudí difundía con bombo y platillo, hasta el hartazgo, la decisión del presidente Bush de desalojar a Sadam de Kuwait. Cuando Bush visitó Arabia Saudí en noviembre de 1990, los emprendedores locales aceptaron las advertencias de los periódicos de Riad de encomiar su decisión de enviar tropas estadounidenses «para preservar, proteger y defender la paz y la libertad en esa parte del mundo». Sin embargo, en Arabia Saudí empezaban a escucharse otros mensajes que podían ser más importantes.

Se distribuían cintas religiosas en las que los oradores expresaban una preocupación creciente por la presencia de occidentales en las tierras islámicas. Las cintas permitidas por el gobierno habían distribuido durante años sermones en cintas pronunciados por estudiosos musulmanes, pero la policía saudí retiró seis cintas de circulación en los primeros tres meses del despliegue estadounidense, por su contenido «subversivo». Algunos de estos sermones censurados recordaban a los saudíes la relación que su país tenía con Iraq en el pasado, cuando Sadam se consideró oficialmente como la personificación del nacionalismo y las virtudes árabes, y cuando su crueldad —bien documentada en Occidente o recibida con silencio por los gobiernos occidentales— fue ignorada por la familia real saudí. Otras cintas contenían críticas feroces contra los aliados de Arabia Saudí, sobre todo del presidente Hafez Assad de Siria. Varios centenares de refugiados del levantamiento de Hama de 1982, que se reprimió con brutalidad —cuando el ejército de Assad aplastó la salvaje sublevación musulmana suní— vivían en ese momento en Arabia Saudí, y sus recuerdos habían influido mucho en los miembros de la jerarquía religiosa.

Un orador, Suleiman al Awda, grabó un sermón conocido como «La caída de las naciones». Aunque, en apariencia, se trataba de una oración sobre los motivos de la decadencia de las naciones Estado, identificaba la corrupción, el nepotismo y la falta de libertad de expresión —la inexistencia de un consejo consultivo de la *shura*— como causas principales del colapso nacional. Los oyentes entendían de inmediato que estaba hablando de la casa de los Saud. Poco después de que se prohibiera esa cinta, el rey Fahd anunció —por tercera vez en tres años— que los planes para formar un consejo de esa clase se encontraban «en sus fases finales». Al Awda, que era decano de la Universidad Mohamed bin Saud de Qassim, pronunció su conferencia a principios de septiembre de 1990 y las cintas del sermón se retiraron de inmediato de circulación<sup>[9]</sup>.

En contrapartida, los saudíes sólo escucharon las perogrulladas de sus propios príncipes, las interminables promesas de libertad y protección por parte de los dirigentes occidentales, y declaraciones de quienes definían la filosofía cristiana como el vehículo para presentar cualquier guerra futura como algo aceptable desde el punto de vista moral. El arzobispo de Canterbury anunció que sería una «guerra justa», mientras otros clérigos hablaban de las mismas tonterías que se utilizarían para iniciar la invasión ilegal de Iraq en el 2003. En 1990 el reverendo Edward Norman, decano del Christ Church College de Canterbury, proclamó que Iraq debía ser destruido por constituir una amenaza nuclear, aunque debía conservarse como «país cuya contribución al mundo y la sociedad árabe podía ser de un gran valor». Poco después, escribió:

sus armas nucleares estarán allí<sup>[\*]</sup>, e Iraq tiene la capacidad para lanzarlas... Ahora bien, la fuerza militar, aún admitiendo todo el sufrimiento y la pérdida de vidas que generará, es, desde todos los puntos de vista, moralmente preferible a la pérdida de vidas que resultaría de un futuro conflicto nuclear en Oriente Próximo...

La pérdida de vidas en una guerra ahora evitará la pérdida de millones de vidas dentro de un par de años. Ésta, sin duda, es una conclusión profundamente cristiana... Una sociedad que sitúa el bienestar material y el bienestar humano por delante de la búsqueda de valores superiores y más duraderos no es una perspectiva muy noble, y es, pese a todo, una sociedad a la que probablemente superarán los que de verdad crean en sus valores.

Independientemente de sus justificaciones, de una similitud asombrosa, para la penúltima guerra contra Iraq, el último tercio de esta arrogante tesis podría haber sido escrito por Osama bin Laden.

Sin embargo, existía otro pintoresco paralelismo con la invasión de Iraq del 2003: la relación desigual entre Washington y Londres. Aunque el apoyo que expresó Margaret Thatcher —y más adelante John Major— a la liberación de Kuwait tenía poco del entusiasmo humillado y pseudoespiritual de Tony Blair por la invasión de Iraq, el papel de Gran Bretaña de fiel sirviente de la toma de decisiones militares de Washington estaba claro mucho antes de que se iniciara la guerra de 1991. Sobre el papel, la alianza angloestadounidense parecía impresionante. Un oficial de enlace de la 7.<sup>a</sup> Brigada Acorazada tenía ahora su base en los cuarteles generales del interior del desierto del general Michael Myatt, comandante de la 1.<sup>a</sup> Fuerza Expedicionaria de los Marines. Los marines y los soldados británicos llevaban a cabo una defensa combinada y ejercicios de ataque, bajo la atenta mirada del general de brigada Patrick Cordingley, comandante británico. El teniente general sir Peter de la Billière, comandante general británico en el Golfo, discutió y acordó con Schwarzkopf una serie de escenarios para el ataque en Riad. Los tanques británicos interpretarían un papel integral en las operaciones de ataque de los marines estadounidenses.

Sin embargo, en cuanto empezara el conflicto, Gran Bretaña perdería para siempre su capacidad para la toma de decisiones. La planificación era una cosa, la ejecución era otra bien distinta; el mando nacional en tiempos de guerra convertiría la fuerza multinacional en un caos. De la Billière expuso la postura de Gran Bretaña en la cadena de mando y control de una forma reveladora durante una visita a Arabia Saudí del secretario de Defensa británico Tom King el 14 de noviembre. En esa ocasión, De la Billière reconoció el papel simbólico de los saudíes y el papel militar de los estadounidenses. «El comandante en jefe es el príncipe Jaled... su autoridad y la del general Schwarzkopf coinciden con mis exigencias... sobre la participación de los servicios británicos. Las fuerzas terrestres británicas y las fuerzas aéreas británicas están bajo el TACON [siglas de Control Táctico en inglés] de los estadounidenses<sup>[10]</sup>».

Sin embargo, mis propias fuentes dentro del mando angloestadounidense sugerían que la relación entre británicos y estadounidenses no era tan íntima —o no de tanta confianza— como se le hacía creer al mundo. Eso se hizo evidente cuando me llegaron los rumores, durante las vacaciones de Navidad en París, de que un ladrón había robado, de un coche sin identificación de la RAF, el maletín y el ordenador que contenía los resúmenes de los planes de la guerra del Golfo en Acton, en el oeste de Londres. Los documentos los llevaba, según mi informador, un oficial de alto rango

de la RAF —más adelante se reveló que era el teniente coronel David Farquhar, oficial de personal de sir Patrick Hine, que era el superior inmediato de De la Billière — y los robó del vehículo un ladrón mientras Farquhar se había detenido para mirar un coche de segunda mano en un concesionario de Acton. El ladrón había tirado los documentos —descubiertos pocas horas después—, pero se había quedado con el ordenador para venderlo, pues no sabía que contenía información militar. Mucho más grave, según mi información, era que los británicos no habían hablado a los estadounidenses sobre el ladrón.

Llamé a *The Independent* para contar la extraordinaria historia, pero me dijeron que el gobierno británico había emitido un «aviso D», es decir un aviso de Defensa, sobre la información con la esperanza de que no se revelara en prensa. Y nuestro director en funciones, Matthew Symonds, había accedido a cumplir y mantener la historia en secreto. Symonds era uno de los tres fundadores de *The Independent* que, gracias a un esfuerzo sin precedentes en la historia del periodismo británico, había creado un periódico que no se dejaba dominar por los barones de la prensa ni por los gobiernos. Andreas Whittam Smith jamás se doblegó ante la presión, pero Symonds, que había empezado a demostrar un vergonzoso sentimiento romántico por la guerra, fue incapaz de darse cuenta de que el «aviso D» no se había publicado por razones de «seguridad», sino para evitar que los estadounidenses se enteraran de lo del ladrón. Así que le hablé del asunto a un colega de *The Irish Times*, que —como se publicaba en la República de Irlanda y no estaba obligado a doblegarse cuando el poder establecido militar británico daba una orden— hizo pública de inmediato la noticia del ladrón. «Yo no habría dejado que el “aviso D” nos detuviera», exclamó Andreas cuando regresó a la redacción de sus vacaciones y cuando yo volví de Arabia Saudí.

Eso dejó al descubierto una interesante fisura en la dirección de mi periódico, que Andreas en persona explicó en el dominical seis años más tarde. La única cosa de la que se arrepentía era<sup>[\*]</sup>:

haberme dejado convencer por él [Symonds], en contra de mi opinión, sobre la guerra del Golfo. Ojalá hubiera dirigido el periódico como pacifista que soy, pero Matthew y todos los demás me convencieron para que no lo hiciera, porque no estaban de acuerdo con mi punto de vista.

La opinión de mi informador era mucho más interesante: la verdadera razón de este «aviso D» era ocultar el percance del ladrón a los aliados estadounidenses de Gran Bretaña. En su propia descripción de la guerra del Golfo, De la Billière declara que los británicos habían dejado en la ignorancia a los estadounidenses y que la revelación de *The Irish Times* —que, de haber tenido otro director esa semana, habría aparecido en *The Independent*— no hizo más que provocar vergüenza política, que era a lo que solían dedicarse los periódicos:

Esta noticia me puso en una situación muy violenta. ¿Qué iba a decirle a Norman Schwarzkopf? Si no decía nada, seguramente escucharía hablar del ladrón en otro sitio. Sugerí que, como la cuestión era de una importancia tan crucial, Paddy [Hine] debía viajar para informar al comandante en jefe en persona, y él

accedió. Al mismo tiempo, el viceministro de Defensa, el general sir Richard Vincent, viajó a Washington para informar a Collin Powell. Así de grave fue el incidente y pudo acabar con las relaciones angloestadounidenses<sup>[\*]</sup>.

Schwarzkopf «parecía tranquilo» con las noticias, según De la Billière, aunque los comentarios de este último sobre la época revelan otro pequeño secreto desde entonces guardado por Washington. «Segunda metedura de pata —escribió De la Billière—: cuando me ordenan que le diga a NS [Norman Schwarzkopf] que estamos con él hasta el final, y él descubre que los ministros británicos no delegarán las ROE [siglas en inglés de Reglas de Combate] para que yo pueda ordenar una respuesta rápida de la aviación ante un ataque preventivo iraquí...»<sup>[11]</sup>

Fue una Navidad inquietante. Mi amigo y colega Terry Anderson seguía como rehén en el Líbano, retenido por hombres que exigían la liberación de los prisioneros del partido Dawa en Kuwait; si es que todavía seguían en prisión. Como pude mantener cierto contacto con Terry mediante sus secuestradores, viajé a Nueva York para hablar con el jefe de Terry en AP, Louis D. Boccardi —un hombre bajito y pulcro con la desconcertante costumbre de hablar a los visitantes mientras la música sonaba a todo volumen en su despacho— y con el amigo íntimo de Terry, Don Mell. Mell, o Donald C. Mell III como nos vimos obligados a llamarlo, había sido director de fotografía en Beirut y me invitó a una memorable cena turca en la Sala Arco Iris del Rockefeller Center, en Manhattan.

Digo «memorable» aunque, como casi siempre que comía con Mell en Beirut, resultaba difícil recordar la última parte del ágape. A pesar de no estar tan delgado como en sus andanzas en tiempos de la guerra del Líbano, Mell poseía una desconcertante facilidad para atraer verdaderos enjambres de camareras estupendas en cuanto entraba en un restaurante, un efecto que Mell agradecía con una sonrisa malévola.

«Fisky, va a desencadenarse una guerra y los viejos Estados Unidos de América ganarán, como siempre —me dijo una vez que hubimos tomado asiento—. ¿Recuerdas el Líbano? ¿Recuerdas la cagada tremenda que acabó siendo? Pues estoy seguro de que va a ocurrir lo mismo con Iraq». Puede que estuviera hablando de sucesos que acontecerían trece años después, pero para decenas de miles de iraquíes —como mínimo medio millón, si tomamos en cuenta las duraderas secuelas de la guerra de 1991— su afirmación acabaría siendo más que acertada. Mell también volvía al Golfo por lo de la liberación de Kuwait —no dudábamos que se llevaría a cabo— y brindamos con champán, con los edificios de Manhattan recortados contra el horizonte. El edificio Empire State estaba iluminado por patrióticas luces rojas, blancas y azules y el World Trade Center hervía a fuego lento en la punta de Manhattan. Mell y yo coincidíamos en que el impacto de las acciones de los Estados Unidos en Oriente Próximo acabaría por repercutir en Occidente —incluso lo comentamos durante la comida—, aunque jamás habríamos imaginado que estallaría a menos de once años y seis kilómetros de donde nos encontrábamos.

Regresé a una Arabia Saudí fría, húmeda e inhóspita. Hacía tiempo que los trescientos mil refugiados kuwaitíes habían cruzado la frontera —los iraquíes habían reducido la población autóctona de su «decimonovena provincia» a dos tercios respecto al período previo a la invasión— y el rey Fahd y Sadam Husein estaban enzarzados en una agria disputa personal, en la que se había invocado tanto a Dios como al diablo, relacionada directamente con el apoyo que Arabia Saudí había prestado a Iraq para llevar a cabo la invasión de Irán en 1980. Sadam se había quejado de la tacañería del rey saudí —un insulto intolerable para cualquier árabe, cuanto más para un saudí— y la repuesta de Fahd fue tan rotunda a la hora de denunciar la desavenencia, como reveladora a la hora de detallar lo mucho que los saudíes habían invertido en intentar destruir Irán durante la década anterior:

¿Por qué no has cumplido la promesa que nos hiciste al presidente egipcio Hosni Mubarak y a mí acerca de no atacar Kuwait? Pocos días después de alcanzar el compromiso, cometiste el más cruel de los crímenes de la historia de la humanidad cuando entraste sigilosamente con tu ejército envuelto en la oscuridad, derramaste sangre y empujaste toda una nación al desierto, violando de este modo toda norma y valor... has... insistido en continuar con la agresión, escudándote en que Kuwait formaba parte de Iraq. Dios sabe que Kuwait jamás estuvo bajo el dominio iraquí y que los miembros de la familia Sabah han sido dirigentes de Kuwait desde hace unos 250 años<sup>[12]</sup>... ¿Quién te autorizó a asesinar [un] millón de musulmanes iraníes e iraquíes?... ¿Quién te autorizó a ocupar Kuwait y a asesinar a sus hijos, a violar a sus mujeres, a saquear sus propiedades y a destruir sus monumentos históricos? No me cabe duda de que el demonio y tu codicia te han empujado a hacerlo, a expensas de los países del Golfo, orgullosos como estaban del ejército iraquí<sup>[\*]</sup>.

Qué aleccionador que el rey Fahd culpara a Sadam de la pérdida de un millón de vidas musulmanas durante la guerra Irán-Iraq de 1980-1988, cuando Arabia Saudí había sido la principal fuente de financiación de Iraq en dicho conflicto. Los detalles acerca de las cantidades que habían estado dispuestos a desembolsar a favor de Sadam eran tan lamentables como reveladores:

En tu mensaje decías que sólo te habíamos ofrecido 11,53 millones de dólares para contribuir a [la] reconstrucción de Basora, además de un millón de dinar [es] en equipamiento para reconstruir Fao.

Sin embargo, nos gustaría dejar [las] cosas claras:

Ah, soberano de Iraq, el reino le extendió a tu país 25 734 469 885 dólares y 80 centavos.

Se necesitaría cierto tiempo para asimilar las implicaciones. Arabia Saudí, cuyo rey se hacía llamar el Guardián de La Meca y de Medina, había entregado a Sadam 25 000 millones de dólares para luchar contra iguales musulmanes en Irán y matarlos<sup>[13]</sup>. Los estadounidenses habían facilitado la información y parte de los productos químicos (junto con Alemania), los rusos habían aportado casi todas las unidades blindadas, pero los saudíes habían contribuido con dinero, y a espuestas. Me puse a meditar unos segundos sobre los ochenta centavos añadidos al final de la factura, esa adición sugería que una mente verdaderamente excéntrica trabajaba en el tesoro real saudí.

Uno de los oficiales de inmigración del aeropuerto saudí de Dhahran nos había invitado a comer a su tienda del desierto y me pareció un buen sitio para contemplar las arenas de la paz, agotadas en Ginebra. Mohamed sirvió el humeante y azucarado té. Abdulá nos pasó los platos de uvas, plátanos y zanahorias. James Baker parpadeaba en una pantalla en blanco y negro en un rincón de la tienda árabe, un lugar extrañamente acogedor para oír las noticias. Allí estábamos, rodeados por seis saudíes con túnicas blancas y marrones y kefias, acomodados en vistosas alfombras, con los hombros apoyados contra las sillas de montar de los camellos y masticando pollo especiado y *shish kebab* mientras el camino hacia la guerra se dibujaba delante de nosotros. Cuando Baker levantó la vista repentinamente y empezó a pronunciar todas esas palabras tan rimbombantes —«por desgracia, señoras y señores», palabras terribles y huecas que deberían de habernos atemorizado a todos—, los saudíes se limitaron a echar un vistazo a la pantalla con la misma atención que luego prestarían a una cinta de vídeo de una orquesta de baile.

Cuando el secretario de Estado de los Estados Unidos pronunció su fatídica sentencia mientras su imagen no dejaba de cabecear en la vieja pantalla —«durante cerca de seis horas, no he oído nada que me haya sugerido que los iraquíes han transigido en algo»—, sólo le prestaba atención el hermano menor de Mohamed, quien levantó las manos a la altura de los hombros, como un hombre anunciando su rendición. «Tendremos guerra —dijo—. Qué le vamos a hacer».

Ése debía de ser el modo en que las tribus se enfrentaban a los desastres inminentes desde hacía cientos de años, tumbados en sus alfombras mientras desmembraban un pollo asado bajo la protección de una techada de tela. Delante de nosotros, resplandecía un brasero de carbón, con las patas de hierro bien hundidas en la arena. Mohamed y Abdulá nos ofrecieron más té y fruta. Los demás habían vuelto su atención hacia Baker. Jaled, un joven de barbita puntiaguda, chascó la lengua. «El día que estalle —dijo—, haré las maletas y me iré».

Mohamed había equipado el televisor con una antena casera que recibía la CNN y que en esos momentos retransmitía la conferencia de prensa de Ginebra. La señal era pobre, pero conseguimos leer las palabras «Intercontinental Hotel, Ginebra» en el atrio que Baker tenía delante, y escuchamos sus explicaciones acerca de por qué no aceptaría una «conexión» entre la crisis del Golfo y el conflicto árabe-israelí. Para un occidental, las palabras de Baker tenían sentido. Insistió en que a Iraq se le oponían «veintiocho naciones» en vez de únicamente los Estados Unidos. «Ahora le corresponde tomar una decisión al dirigente iraquí». Sin embargo, cuando Tariq Aziz apareció en la televisión, su acento árabe llamó la atención de todos los que estábamos en la pequeña tienda y en cierto modo las palabras de Baker parecieron menos convincentes, y no porque Iraq tuviera la razón de su parte —todo el mundo estaba de acuerdo en que Sadam Husein era un ser ruin—, sino porque Baker era

estadounidense y Aziz, como los seis saudíes, árabe.

Le pregunté a Mohamed por qué los saudíes habían mantenido una relación de amistad tan estrecha con Sadam Husein durante tanto tiempo. ¿De verdad habían confiado en él y en su ministro de Asuntos Exteriores, Tariq Aziz? ¿No habían creído los informes acerca del uso que Iraq hizo del gas venenoso durante la guerra contra Irán? ¿O habían sido amigos porque Sadam era árabe o, para ser más precisos, un árabe poderoso cuya influencia era temida al mismo tiempo que respetada? Fue Abdulá el que respondió. «Nunca nos dijeron cosas malas acerca de Sadam. En los periódicos, el gobierno nos decía que se trataba de un buen hombre. Los gobiernos siempre dicen lo que quieren que el pueblo entienda y eso es lo que ocurre aquí: no se nos contó la verdad. —Meditó unos segundos—. No obstante, haré lo que mi gobierno me pida».

Uno de los saudíes entró en la tienda con una bandeja cargada con botellas de whisky, una media docena, y Mohamed procedió a servirnos en vasos tamaño pinta. Jameson, Johnny Walker, Jack Daniel's, no me lo podía creer. «Se las confiscamos a los pasajeros que tratan de pasar alcohol de contrabando en el aeropuerto», me explicó Mohamed con una amplia sonrisa. Dada la ingente cantidad de bebida que sus invitados estaban ingiriendo como si se tratara de zumo en vez de alcohol, comprendí que las estrictas leyes saudíes contra el alcohol tenían tanto que ver con su consumo como con la religión. Los saudíes no sabían beber.

Me di cuenta de que algo iba mal cuando le pregunté a Abdulá si creía sinceramente que los estadounidenses abandonarían Arabia Saudí. Al oír aquello, Jaled se levantó de un salto y anunció a voz en grito: «No seguiré en esta tienda si continúa esta conversación». Fue un momento delicado y desconcertante, como si el desastre anunciado en la pantalla parpadeante al final hubiera hecho mella en las mentes de los seis saudíes y hubiera creado cierto caos en la tienda. Mohamed preguntó si los kurdos deberían de tener un Estado. «¿Por qué?», preguntó Jaled, acalorado.

Al final abandonó la tienda, con la túnica azotándole los tobillos, hasta que Mohamed fue a persuadirle para que volviera. Llegó otro hombre, éste acompañado por su esposa, una contravención de las costumbres, de la etiqueta y —habrían dicho muchos saudíes— de la moralidad sin precedentes. Se trataba de una mujer de cabello oscuro y dulce sonrisa, y aunque no llevaba velo se sentó en silencio junto a su marido a un lado de la tienda, sujetándose con firmeza el vestido negro alrededor de los hombros. Los hombres hablaban enérgicamente y Mohamed aseguraba que no abandonaría su hogar si estallaba la guerra. «¿Adonde iría? —preguntaba—. ¿Para qué? La guerra puede llegar a cualquier parte».

En la pantalla, Dan Rather nos hablaba de la probabilidad de que hubiese guerra, de bombardeos masivos realizados por el ejército iraquí, de ataques aéreos devastadores y de «neutralizar» el potencial militar iraquí. Sentado entre los saudíes, las palabras de Rather parecían obscenas, desnaturalizadas. Estábamos viendo a un

occidental hablando con tranquilidad impúdica sobre la posible muerte violenta de miles de árabes musulmanes a manos de los Estados Unidos. Los saudíes lo escucharon con gran desasosiego. Igual que yo. Estaban a punto de experimentar el instinto asesino producido por los frutos emponzoñados de Occidente.

Habrían comentado algo al respecto si de nuestras espaldas no hubiera venido, a través del frágil lienzo verde de la tienda, una reverberación larga y persistente, que aumentaba gradualmente en intensidad. Todos sabíamos de qué se trataba. El bramido invadió hasta el último rincón de la tienda, ahogó la voz de Rather e hizo que la imagen saltara con nerviosismo, hasta que quedamos ensordecidos. Todos estábamos familiarizados con aquello: uno de los gigantescos transportes militares C-5 del presidente Bush se aproximaba a la base aérea más cercana, a 30 metros por encima de nuestras cabezas, e invadía la vulnerable tienda con sus decibelios.

En los últimos días antes del ataque, todavía era posible conducir por la autopista que llevaba a la frontera kuwaití. Eran días azotados por los vendavales y la ironía. Las nubes de tormenta se agolpaban sobre la costa impelidas por el viento y acariciaban el humo blanco que las chimeneas de la central eléctrica kuwaití echaban apaciblemente. Se podía ver con toda claridad desde la frontera saudí, la estación blanquecina y sus chimeneas gemelas seguían suministrando electricidad al ejército de ocupación iraquí y a los ciudadanos cautivos al otro lado de la frontera. La estampa reflejaba normalidad, que todo marchaba como siempre.

Al pie de la colina donde estaba la desierta oficina de aduanas, me encontré con un pakistaní junto a la caja registradora de una tienda de comestibles de estantes medio vacíos. El hombre me contó que en esos momentos no valía la pena reabastecer la tienda. A la vuelta de la esquina del parque que había junto al mar, había un hombre con túnica blanca, junto a su mujer con velo negro, y su hijo pequeño. Si les cambiáramos la ropa, podría tratarse de cualquier día lluvioso en el paseo marítimo de Margate o Coney Island. No había señal alguna del medio millón de soldados iraquíes al otro lado de la frontera. A este lado, sólo un occidental orondo de pelo canoso —de la generación del Vietnam, sin poder ocultar el barrigón bajo un anorak— en una furgoneta contemplaba Kuwait como representante del medio millón de estadounidenses y sus aliados.

Di una vuelta por Jafyi, pero la integridad de la disputa árabe era difícil de captar. La mayoría de las mujeres y los niños había huido, pero unos cuantos soldados saudíes estaban llamando a casa desde la oficina de correos del lugar mientras un policía seguía atentamente una película bélica que se emitía en la televisión del salón del hotel Jafyi Beach. Tuve que meterme en la circunvalación para dar con una patrulla del ejército estadounidense compuesta por tres vehículos con sus soldados con los cascos puestos encaramados en los vehículos armados, que respetaba el límite de velocidad y se detenía en los semáforos. Durante meses había visto desfilar por esta autopista a las fuerzas blindadas. Igual que la central eléctrica kuwaití, se había convertido en una imagen tan familiar que se había ganado su permanencia. No me

costaba imaginar que al cabo de seis meses, incluso un año, los tanques y las armas seguirían avanzando por esa carretera, que Bush seguiría amenazando con echar a Iraq de Kuwait y que la central eléctrica seguiría echando el humo blanco, como si los preparativos para la guerra se eternizaran, igual que el desierto.

Un día antes de que Schwarzkopf comenzara a bombardear Iraq —«Ya he emitido las terribles órdenes para soltar al monstruo<sup>[\*]</sup>», escribió a su esposa el 17 de enero de 1991—, los periodistas estadounidenses casi parecían decepcionados. Igual que la prensa británica, los grandes periódicos estadounidenses habían estado diciendo a sus lectores —hasta el momento en que la guerra fue realmente inminente y se hizo necesaria cierta reserva— que el enfrentamiento sería coser y cantar. Los redactores de titulares recibieron la noticia del día en cuestión con verdadero alivio. Cuando Baker y Tariq Aziz todavía estaban en conversaciones, se apreciaba un desasosiego casi palpable entre algunos expertos en comunicación estadounidenses pues el miedo a la paz aparecía en el horizonte. Sin embargo, en cuanto Baker anunció la interrupción de las conversaciones, se alegraron y la esperanza de hubiera guerra cobró fuerza. No se trataba únicamente de cinismo. La primera semana de enero, un locutor de radio advirtió a sus oyentes que la crisis del Golfo estaba «precipitándose» hacia un acuerdo. Igual que el héroe de Shewmaker, el general Patton —quien acabó admirando la belleza de la guerra y desconfiando de los horrores de la paz—, muchos periodistas acabaron autosugestionándose de que la paz era inmoral y de que la guerra representaba la bondad.

Al principio tampoco dio la impresión de que en esta guerra cupieran los periodistas de prensa escrita. Todos sabíamos que el bombardeo aéreo de Iraq empezaría una vez que Sadam rechazara el plazo que la ONU le impusiera para retirarse de Kuwait, de modo que cuando, en la madrugada del 17 de enero, me sonó el teléfono y un joven periodista del turno de noche del *The Independent* me soltó que «la CNN está emitiendo los primeros bombardeos sobre Bagdad... ¿Cuándo puedes entregar?», le contesté que estaba viendo las mismas imágenes en Dhahran y que sabíamos que las bombas caerían esa mañana. Le dije que la verdadera historia se encontraba en que los ejércitos más poderosos de la Cristiandad se estaban preparando para atacar al mayor ejército del mundo musulmán. «Entonces, ¿cuándo puedes entregar algo?», volvió a insistir la voz. Le respondí que ya lo había hecho, el «conflicto armado» cristiano-musulmán había aparecido en nuestra portada el día anterior.

No obstante, visité la base aérea de Dhahran de la que despegaba un escuadrón entero de reactores cargados de bombas estadounidenses, que dejaban tras de sí una estela de humo dorado y púrpura en el cielo. Daba bien en televisión, un encarte en Eastman Color entre los pálidos verdes eléctricos del fuego antiaéreo y las explosiones distantes de Bagdad emitidas por la CNN. En la madrugada de ese mismo día, también despegaron doce cazabombarderos saudíes de una base aérea de la Provincia Oriental para atacar Iraq. La decisión de enviar los Tornado en misión de

combate —comprados como parte del proyecto saudí-británico Al Yamara— la tomó el propio rey Fahd y fue aplaudida calurosamente por el presidente Bush. No se prestó la más mínima atención al hecho —no lo mencionó ningún periodista— de que al amanecer, once de los doce reactores regresaron con las bombas todavía ensambladas a las alas y a que sus pilotos dijeran que no habían logrado encontrar el objetivo. El duodécimo avión había soltado su carga sobre el desierto occidental iraquí. Sin embargo, ¿realmente se habían perdido?

La noche siguiente, siete nuevos Tornado pilotados por saudíes abandonaron la misma base aérea en dirección al oeste de Iraq. De estos aviones, como mínimo seis no lanzaron sus bombas, eso sí, se habían guardado las apariencias. Los pilotos fueron paseados como era debido delante de la prensa. Los saudíes estaban combatiendo y el presidente Bush ya podía proclamar que tanto los ejércitos árabes como los occidentales estaban en guerra con Iraq. Sin embargo, sólo había que echar un vistazo a los Tornado para comprender lo irónico de la situación. En la cola de los cazabombarderos ondeaba la bandera saudí en la que había inscritas las primeras palabras del Corán: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta». De este modo, el primer sura del libro más sagrado del islam constituyó el estandarte de los árabes que habían entrado en guerra contra otra nación musulmana. «Sí, Iraq es árabe —me explicó uno de los pilotos saudíes antes de salir en su tercera misión de combate—, pero cuando te ataca un hermano árabe, éste se convierte en tu enemigo y Sadam es ahora nuestro enemigo».

O eso parecía. Al día siguiente del comienzo del bombardeo —en ese momento, llamar «guerra» a esta guerra relámpago era llevar los límites de la realidad demasiado lejos— el mismo Fahd anunció que la batalla constituía «la espada y la voz de la verdad» y que Dios «vería la victoria de Su ejército». La casa de los Saud se había comprometido totalmente con las fuerzas militares occidentales. El rey Fahd siguió siendo el comandante en jefe de las «fuerzas conjuntas», otro de los pintorescos epítetos detrás del que se suponía que se ocultaba la arrolladora fuerza estadounidense en el seno de la alianza. La jerarquía religiosa saudí creía haber puesto una mordaza a las críticas vertidas sobre los estadounidenses, lo que permitía a sus jeques descargar su ira sobre asuntos nacionales —tipo la mujer al volante— y actuar de generosos anfitriones de la afligida, aunque extremadamente arrogante, familia real kuwaití.

Al tiempo que avanzaba la «guerra» —y las imágenes de los bombarderos pasando como un rayo sobre Arabia Saudí y el cielo de Kuwait se convirtieron en el pan de cada día—, aquellos de nosotros que no nos habíamos rendido a los infames *pools* descubrimos un conflicto que no encajaba con facilidad en los estudios de televisión, con sus presentadores superpatrióticos, sus locuaces generales retirados, sus maquetas de tanques y sus cajones de arena sin manchas de sangre. Los puestos militares de control saudíes tenían órdenes de prohibir a los periodistas que viajaran a la frontera a menos que éstos se hubieran alistado al *pool* militar y censor, así que,

junto con un contumaz grupo de periodistas y fotógrafos franceses, me disfracé con el equipo antigás de camuflaje que el *The Independent* había comprado para su personal y me encasqueté un enorme casco de acero británico. El casco había sido un regalo del comandante Alan Barnes, un comprensivo y sumamente subversivo miembro del cuerpo de educación del ejército británico. Su selección de poesía de la Primera Guerra Mundial, por lo visto afanada de una biblioteca militar, viajó conmigo durante todo el conflicto. Los franceses lograron subrayar el aspecto descuidado de los trajes de campaña de su ejército nacional —los Gitanes que colgaban de sus labios contribuían a darle el toque final al disfraz— mientras que yo, con mi chubasquero antigás mal ventilado y el casco de Barnes estilo comando, lograba pasar por un oficial de enlace algo aburrido. Pronto descubrimos que la clave del éxito residía en aproximarnos a los controles de carretera sin mirar a los guardias, la mala educación era prueba de nuestra autenticidad.

Cuando llegamos a Jafyi, la ciudad de la frontera saudí había sufrido una transformación. Una columna de humo se alzaba hasta tres kilómetros de alto sobre las calles abandonadas. Los proyectiles iraquíes —cuarenta en total, disparados por un cañón de 13 mm desde un grupo de árboles en la parte kuwaití de la frontera— habían impactado contra el objetivo. En el interior del depósito de almacenaje de la compañía petrolífera árabe, las llamas, de color carmesí y amarillo, danzaban en la base del humo mofándose del sargento de la Marina de los Estados Unidos Bill Iiams y de sus nueve hombres, que estaban entretenidos desmontando las antenas de largo alcance sobre la arena y preparándose, sin demasiado entusiasmo, para entrar en la ciudad. En la parte posterior de su Humvee había un transistor que retransmitía la voz de un periodista de Washington que alababa el historial del ejército del aire estadounidense. El infante de marina Rafee Saba, un joven de veinte años de Columbus, Ohio, con un desconcertante acento de Yorkshire —se había criado en Sheffield— estaba más interesado en la radio que en la evidencia de que los iraquíes podrían devolver el golpe. «Un solo avión perdido en un millar de salidas —exclamó—. Supera eso».

El sargento Iiams seguía observando el fuego que ardía en la terminal petrolera y en la columna de humo que en esos momentos se adentraba unos 15 kilómetros en el mar. «No hay nadie apagando el fuego, ¿verdad?», preguntó. Mis colegas franceses y yo ya habíamos dado una vuelta por Jafyi y teníamos más información que los marines. Les dijimos que no, que nadie había llamado a los bomberos. De hecho, no quedaba nadie en Jafyi que pudiera levantar el auricular. La población —las familias, el dueño de la peluquería, el tendero pakistaní, los propietarios de los tres restaurantes de la ciudad, el personal del hotel, incluso la policía de Jafyi— había huido.

Ya habíamos descubierto el aciago secreto de Jafyi. No había calle que no presentara pruebas del pánico vivido en ellas: prendas de ropa tiradas en medio de la calzada, en el lugar en que habían caído camiones y todoterrenos, limusinas abandonadas sin cerrar, un coche de policía dejado en la carretera con la puerta del

conductor abierta... Cuando llegamos a la frontera kuwaití, al alcance de la línea de fuego iraquí, descubrimos que los puestos del ejército saudí estaban desguarnecidos, que los emplazamientos contruidos con sacos de arena estaban desiertos y que las tiendas estaban vacías. Sólo habían dejado una patrulla de la Guardia Nacional saudí —tres jóvenes altos de barbas largas y con boinas rojas— como única representación del reino de Arabia Saudí.

Se trataba de hombres orgullosos que nos estrecharon la mano agradecidos al ver caras amigas tan cerca de los iraquíes. Era imposible saber cuántos iraquíes habría más allá de los árboles, pero sus proyectiles se habían abierto camino en línea recta a través de la ciudad, habían pasado junto al puesto de aduanas, habían atravesado el muro de un jardín, por en medio de una calle, hasta que una de las últimas ráfagas había alcanzado la terminal petrolífera y había concedido a este destartado lugar su monumento de humo. Poco después del bombardeo, vimos que un helicóptero alzaba el vuelo en la costa y tras lanzar dos misiles a los árboles, la artillería dejó de disparar. Otros fuegos ardían en el interior de Kuwait. Tal vez a unos 25 kilómetros de nosotros, se alzaba majestuosa una inmensa cortina de humo de kilómetros de longitud y altura hacia el pálido cielo invernal. Debía de tratarse de un depósito de armas o de un almacén de gasolina al que los estadounidenses habían prendido fuego.

Los franceses se las arreglaban bien en el desierto. Algunos de mis colegas periodistas franceses habían servido en el ejército en África, y utilizaron brújulas para alejarse de la autopista y conducir a través de las dunas para evitar los controles estadounidenses a los que no engañaríamos con nuestras estafalarias indumentarias militares. Un periodista de la revista militar francesa *Raids* fue posteriormente bombardeado por un Mirage de su país. El proyectil no estalló, así que el periodista recogió la bomba que no había explotado, la echó en la parte de atrás del jeep y la llevó a una base aérea francesa para quejarse.

La arena húmeda se pegaba a los neumáticos y convertía las carreteras en pistas de barro. Los soldados tenían frío. Las tropas de la 24.<sup>a</sup> División de Infantería Motorizada de los Estados Unidos descansaban sentadas en sus vehículos, con sus ponchos impermeables, palmeándose los costados para entrar en calor. Al otro lado de la pista de barro, los británicos se apilaban en los camiones con mantas o se juntaban en tiendas alrededor de una estufa de petróleo que chisporroteaba en el medio. Nadie podía imaginar que la temperatura caería hasta rozar los cero grados en el desierto saudí. El viento soplaba del sudoeste, aullaba sobre la masa de tierra gris humedecida, inundaba de agua las depresiones salinas de las sebjas y convertía las rutas de abastecimiento empapadas de petróleo en trampas mortales. En la arena había un Humvee casi irreconocible tras haber colisionado contra un camión. Un enorme tanque M1A1 estadounidense había quedado boca abajo sobre el desierto con la torreta y el cañón medio enterrados en el barro; un soldado solitario vigilaba en lo alto de la gigantesca carraca.

A lo lejos, en el desierto, oíamos los sordos retumbos de las baterías

estadounidenses bombardeando a los iraquíes, pero el encuentro de los ejércitos aliados —con qué rapidez habíamos empezado a utilizar la palabra «aliados», como si nos encontráramos en vísperas del día D— apenas tenía alguna relación con la imagen de tranquilidad y eficiencia que habían dibujado los comandantes estadounidense y británico en Riad. El trabajo de construcción de rutas de abastecimiento llevaba retraso, acababa habiendo atascos de hasta seis horas en los barrizales que se formaban alrededor de los cuarteles de división y muchos oficiales subalternos conducían sus unidades al frente sin mapas. El 32.º Hospital de Campaña británico llegó a la frontera kuwaití sin un solo mapa y estaba tratando de abrirse camino a través de la última patrulla saudí al este de Jafyi —para caer derecho en los brazos de los iraquíes— cuando avisamos a un grupo de soldados de las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos para que les hicieran dar media vuelta.

Suerte que no aparecieron la madrugada del 30 de enero de 1991, cuando una columna motorizada de tanques iraquí y varios vehículos armados para transporte de tropas —sin duda avisados de que el objetivo se hallaba indefenso— cruzaron la frontera y entraron en Jafyi por el oeste. Se hicieron con la ciudad y, en un combate separado al sudoeste, mataron a doce marines estadounidenses. Exactamente dos semanas después, los estadounidenses anunciaron que la liberación de Kuwait había «empezado» y que las tropas luchaban —y morían— para liberar un rincón de Arabia Saudí. Se suponía que no debía de ser de este modo.

Cuando a la mañana siguiente llegué a los alrededores de Jafyi, un denso manto de niebla aceitosa pendía sobre la frontera mientras los cañones de 15 mm estadounidenses lanzaban bombas sobre las calles aledañas al depósito de almacenamiento de petróleo. Encontré al sargento de marina John Post, un hombre alto, de bigote poblado, informando por radio, llena de arena y con interferencias, sobre el fuego «hostil» cerca de los cañones estadounidenses mientras los proyectiles de los morteros caían sobre la ciudad y una débil espiral de humo blanco señalaba el lugar del impacto. Un depósito de agua destrozado por las bombas, después de que alguien concluyera que los iraquíes habían apostado un observador en lo alto, se alzaba contra la cortina de humo gris. «Para empezar, no sé por qué dejamos que los iraquíes entraran en Jafyi —se quejó Post—, pero se trata de una operación saudí y los iraquíes siguen allí dentro, tal vez haya unos doscientos. Dicen que son de las fuerzas especiales. Creo que los saudíes hicieron varios centenares de prisioneros, hasta el momento llevo contados doce autobuses hasta los topes con guardias saudíes en ambos extremos, pero los iraquíes no van a rendirse».

Las bengalas habían iluminado Jafyi y a sus obstinados defensores durante toda la noche. Un Harrier había aparecido en el este y había dejado caer sus bombas cerca de la costa. Hicimos una llamada al hotel Jafyi Beach y nos contestó un soldado iraquí que nos anunció su apoyo al «arabismo» y que le soltó una retahíla de juramentos al auricular con los que reconvino a «Hosni Mubarak y al que se hace llamar guardián de los dos lugares santos». El sargento Post, con catorce años de experiencia a sus

espaldas en el cuerpo de marines, sacudió la cabeza y se apoyó contra el Humvee, la versión achaparrada de un jeep que los estadounidenses estaban utilizando en combate por primera vez, con un lanzamisiles en el remolque, y que en la década siguiente entraría a formar parte de la vida estadounidense. Como siempre, había el transistor del vehículo que estaba en funcionamiento y emitía una combinación de música pop —con la que disfrutaban los marines y que competía con el estruendo de la artillería— y noticias acerca de trescientos iraquíes muertos en Jafyi y quinientos prisioneros, con la que los marines disfrutaban aún más.

Los saudíes combatían en la ciudad, aunque muchos de sus refuerzos, como no tardó en saberse, procedían de Qatar, algunos incluso eran soldados paquistaníes prestados al gobierno de Qatar. En la autopista alcancé a distinguir un vehículo pesado que transportaba los restos de un tanque de Qatar con un agujero de un proyectil, que había atravesado limpiamente el motor trasero. Se oyó un nuevo estruendo. El sargento Post volvió a sacudir la cabeza. «Esos B-52 están trabajando a conciencia en Kuwait —comentó—. ¿Se imagina lo que debe de ser encontrarse debajo de uno de éstos?» No, era imposible imaginar la carnicería que estaba teniendo lugar a lo largo de toda la frontera bajo esa aterradora nube negra. Horas antes, de noche, a 240 kilómetros de allí, había oído el terremoto del B-52. El desierto llevó el sonido mucho más lejos, un intenso y distante redoble de tambores de un minuto y medio de duración.

Los iraquíes estaban muriendo a centenares a sólo 25 kilómetros de allí, pero la euforia del poder ya había enardecido a los estadounidenses y eso, tal como apunté en un artículo esa noche «les granjearía mas enemigos en Oriente Próximo en los años venideros». En tierra, los marines eran más prosaicos. El capitán John Borth, el comandante de Post, lo veía todo con la perspectiva de un hombre que únicamente ha visto los pocos kilómetros de tierra que tiene delante. «Si Sadam quiere tomar una ciudad vacía como Jafyi, pues allá él —dijo—, está perdiendo muchos hombres para tomar una ciudad sin importancia. Estoy seguro de que si nos hubiera interesado algo más, lo habríamos hecho mucho mejor». Tal vez, pero Jafyi importaba, y mucho. Estaba en Arabia Saudí y era una de las ciudades más grandes del reino. Schwarzkopf se refirió a ella con desdén y equivocadamente llamándola «pueblo» cuando envió el primer informe del ataque iraquí. Era una ciudad y, por tanto, para los aliados era vital el poder anunciar su reconquista, lo que hizo el primer ministro John Major después de echar a la señora Thatcher de la calle Downing, mientras las tropas iraquíes seguían combatiendo en las calles.

Al final acabó siendo una famosa victoria saudí. Los «mártires de Jafyi» —los dieciocho soldados y guardias nacionales fallecidos durante la reconquista— fueron inmortalizados por el príncipe heredero Abdulá como «símbolo del valor y el coraje en la memoria de las generaciones venideras. Lo que ellos han ganado es un gran honor para este país y sus familias». A la televisión saudí se le pasó por alto señalar que dicho «honor» habría sido innecesario si los soldados saudíes y estadounidenses

hubieran defendido Jafyi desde el primer momento; también ahorraron a los televidentes la difusión de la cinta donde aparecían los cuerpos carbonizados y retorcidos de los «mártires» del reino entre las cenizas del vehículo de transporte de tropas. Entre las ruinas de la ciudad a la que regresó su población, no oí gritos de júbilo. ¿Por qué los estadounidenses no liberaban Kuwait y en su lugar se limitaban a contemplar, en directo o por la televisión, la destrucción de Iraq?, nos preguntaron los tenderos. Cuando intenté explicarle a un importador de prendas de vestir saudí que la liberación de Kuwait obviamente iba a estar precedida por bombardeos, su respuesta fue inmediata. «¿Y los puentes, la electricidad, el petróleo de Iraq, la gente de los hospitales...? ¿Qué razón tienen los estadounidenses para hacerlo?»

Una pregunta que se formulaba cada vez con mayor frecuencia. Los estadounidenses no entendían por qué tenían que explicar que cuanto más bombardearan a esas «cucarachas», menos bajas humanas habría entre las fuerzas aliadas —incluidos los ejércitos árabes— cuando al final entraran en Kuwait. En la CNN, un medio que nunca había sido tan poderoso y, por tanto, tan peligroso para la población del lugar, los saudíes oyeron que matar y herir civiles iraquíes —árabes, musulmanes la mayoría de ellos— era un «daño colateral» en un «entorno rico en objetivos», frases que poseían un tono tan personal como obsceno en tanto que los televidentes profesaban la misma fe que las víctimas.

El papel de periodista en la guerra del Golfo de 1991 fue tan indigno como deshonesto. Si la relación entre los periodistas y los soldados era osmótica también era, por parte de los periodistas, parasitaria. Nos alimentábamos de guerra, queríamos formar parte de ella. Un coronel estadounidense al mando de la base aérea de Bahrein decidió honrar a los periodistas del *pool* que habían sido destinados a sus escuadrones de cazabombarderos desde que empezó la guerra. No habían volado en ningún avión, no habían tenido que sobrevivir a ningún fuego de artillería en tierra, salvo varias falsas alarmas de misiles Scud, no habían hecho más que repetir los clichés de los pilotos que regresaban y de sus comandantes y, sin embargo, el comandante de la base entregó a cada uno de ellos una pequeña bandera estadounidense que, según dijo, habían viajado en las cabinas de los primeros reactores estadounidenses que bombardearon Bagdad. «Vosotros también sois combatientes», les dijo a los periodistas cuando les tendió los banderines.

Este episodio decía mucho de la nueva, íntima y perjudicial relación entre los periodistas y los militares, una relación que con el tiempo acabaría perfilándose, cincelándose y puliéndose para la invasión de Iraq de 2003. La preparación de esta guerra había sido tan minuciosa, los periodistas habían acabado dependiendo tanto de la información ofrecida por las autoridades militares occidentales y se habían enamorado tanto de su tecnología, que estos mismos periodistas de la prensa escrita y de la televisión acabaron siendo prisioneros de su propio entusiasmo infantil.

Para la mayoría de los reporteros que había en el Golfo —y para la mayoría de los soldados occidentales— la guerra era una incógnita tan excitante como aterradora,

tan histórica como mortal. La idea de que se trataba de una «guerra justa» —tal como el arzobispo Robert Runcie y el presidente Bush nos habrían hecho creer— nos lo justificaba nuestra presencia en el conflicto dentro de un contexto moral. Dado que Sadam Husein era el Hitler de Oriente Próximo —peor que Hitler según el erróneo análisis histórico de Bush—, entonces era inevitable que la cobertura periodística del conflicto adquiriera un trasfondo moral, casi romántico.

De este modo, cuando los pilotos de los cazas de la RAF despegaron de la base aérea del Golfo a finales de enero de 1991, un joven periodista británico contó a sus lectores acerca de dichos pilotos que «su valentía no conocía límites». Cuando los reactores de la flota estadounidense despegaron del portaaviones *Kennedy* al inicio de la guerra —en una campaña que iba a causar muchas bajas civiles— un periodista de *The Philadelphia Inquirer* que pertenecía al *pool* envió un despacho desde el barco según el cual «el jueves por la mañana fue uno de esos momentos que quedan suspendidos en el tiempo... preparando el terreno para el renacer de una nueva esperanza<sup>[\*]</sup>». Los periodistas empezaban a identificar a Iraq como «el enemigo», como si ellos mismos hubieran ido a la guerra, algo que, por desgracia, era cierto.

A menudo, el lenguaje que utilizaban se remontaba a la década de los cuarenta, cuando los ejércitos de Hitler habían llegado hasta el Pas de Calais con la intención de invadir Gran Bretaña. Los periodistas, pertrechados con indumentaria militar y casco, intentaban adoptar la seriedad de Edward R. Murrow y Richard Dimbleby. Los periodistas del *pool* no sufrían ataques aéreos como Murrow, no volaban en misiones de combate sobre territorio «enemigo» como había hecho Dimbleby en el bombardeo aéreo de Hamburgo; y, sin embargo, preparaban al mundo para la «mayor batalla de tanques desde la Segunda Guerra Mundial» y «la mayor operación anfibia desde el día D o Corea». Al final no hubo ni batalla decisiva con tanques ni operación anfibia, pero los ejércitos se constituyeron en «los aliados», arropándose de ese eco tranquilizador procedente de la alianza en tiempo de guerra que derrocó a Hitler y en la que podría decirse que el héroe de Sadam, Stalin, interpretó el papel principal.

Todas estas sandeces eran tan peligrosas como engañosas. Los tres ejércitos cristianos más importantes del mundo estaban declarando una guerra contra una nación musulmana desde otra nación musulmana, en la que se alzaban los dos santuarios más sagrados del islam; no cabía trazar paralelismos con la Segunda Guerra Mundial. Si Ed Murrow siguiera vivo, se hubiera encontrado entre los pocos periodistas que habrían ido a Bagdad —como mi compañero Patrick Cockburn, de *The Independent*— para describir las consecuencias de las incursiones aéreas estadounidenses para la población civil. Puede que esta guerra presagiara el inicio de un odio renovado entre Occidente y el mundo árabe, pero la cobertura periodística no lo reflejó así.

A un periodista no le resulta fácil ejercer la autocrítica cuando está recogiendo la historia y, además, dudar de la palabra de los oficiales estadounidenses o británicos en el Golfo era como invitar a una censura casi inmediata. Aquellos de nosotros que

informamos del sufrimiento humano causado por las incursiones aéreas israelíes en Beirut en 1982 fuimos injuriados y tachados de antisemitas, y, por tanto, cualquier expresión de verdadero escepticismo en relación con las afirmaciones de los militares estadounidenses en el Golfo era causa de una acusación similar. ¿Es que nos habíamos pasado al bando de Sadam? ¿No nos dábamos cuenta de que Iraq había invadido Kuwait en agosto de 1990?

No había periodista en Arabia Saudí que no supiera que Sadam Husein era un dictador brutal y perverso que se servía del terror para gobernar. Nadie dudaba del salvajismo del ejército iraquí durante la ocupación de Kuwait. Los periodistas que se aventuraban a investigar asuntos militares en Arabia Saudí se arriesgaban a acabar deportados en el peor de los casos. El último periodista que hizo algo similar en Bagdad había sido ahorcado. Mucho antes de que Sadam Husein invadiera Kuwait, ya informábamos de las atrocidades que cometía, a diferencia de la familia real saudí, que financiaba su repudiable régimen, y del gobierno estadounidense, que lo apoyaba.

Sin embargo, ahora la mayoría de los periodistas de los *pools* militares llevaban el uniforme de sus protectores occidentales y confiaban en los soldados que tenían a su alrededor, a los que acudían en busca de consejo. Temerosos de que se desencadenara un conflicto en tierra, recurrían con toda la naturalidad a los soldados en busca de seguridad, por lo que cavaban trincheras junto a sus protectores y formaban de modo sumiso con los soldados cuando se repartían los pavorosos cócteles de pastillas e inyecciones —contra el ántrax y la peste bubónica— que los ejércitos occidentales querían enchufarles. Le advertí a una apreciada compañera que se alejara lo que pudiera de ese brebaje infernal —considerado en la actualidad, junto con las municiones de uranio empobrecido, una de las causas del debilitante y a veces mortal «síndrome de la guerra del Golfo»—, algo que hoy en día todavía me agradece. Los periodistas dependían de las tropas para comunicarse, incluso para sobrevivir, por lo que existía un profundo deseo de adaptación, de «hacer que el sistema funcionara», lo que se traducía en una falta frecuente y creciente de las facultades críticas.

Me quedó penosamente demostrado cuando los iraquíes tomaron Jafyi. Al principio, los periodistas del *pool* se mantenían a 25 kilómetros del conflicto e, inducidos a error por los «acompañantes» militares estadounidenses, entregaron artículos en los que aseguraban erróneamente que la ciudad había sido reconquistada. Sin embargo, cuando me aventuré por mi cuenta en la ciudad para investigar, un periodista estadounidense de la NBC, miembro del *pool*, se encaró conmigo. «¡Gilipollas! —me gritó—, conseguirás que no nos dejen trabajar. No tienes permiso para entrar ahí. Largo, vuélvete a la puta Dhahran». A continuación, me delató a un oficial estadounidense encargado de los «asuntos públicos», que me anunció lo siguiente: «Tiene prohibido hablar con los marines estadounidenses y ellos tienen prohibido hablar con usted».

Resultó bastante preocupante. Gracias al viaje a Jafyi, *The Independent* descubrió

que los iraquíes seguían combatiendo en la ciudad mientras el primer ministro británico aseguraba a las puertas de la calle Downing que había sido liberada. Sin embargo, para el periodista estadounidense, los privilegios del *pool* y las normas militares correspondientes eran más importantes que el derecho de un periodista a realizar su labor. Mencioné al periodista de la NBC en *The Independent* —y en una entrevista en *The New York Times*— y lo retiraron de Oriente Próximo. No obstante, las autoridades estadounidenses habían conseguido dividir y enfrentar a los periodistas entre sí, basándose en que aquellos que trataban de trabajar sin ajustarse a las normas del *pool* —«autónomos», según los denominó erróneamente el ejército estadounidense— acabarían con las oportunidades de aquellos que trabajaban —obligados a observar estrictas restricciones de censura— ajustándose a él. Por esta razón, cuando un periodista con iniciativa de *The Sunday Times* de Londres consiguió dar con el Regimiento de Staffordshire en el desierto a finales de enero de 1991, se topó con un enojado oficial británico que le dijo que si no se iba «echaría por tierra los artículos de los demás».

Sin embargo, los «demás» ya tenían problemas. Cuando los corresponsales estadounidenses a bordo del portaaviones *Saratoga* citaron las palabras exactas de los pilotos de la fuerza aérea, descubrieron que el capitán y otros oficiales de rango superior habían suprimido las palabrotas y habían cambiado algunas de las citas antes de enviar los despachos tras un retraso de doce horas. En el *Kennedy*, los periodistas del *pool* de las agencias de noticias informaron de que los pilotos veían vídeos pornográficos para relajarse —o para animarse— antes de las misiones de bombardeo. También fue suprimido de sus artículos.

En una de las dos bases aéreas de Bahrein había colgada una pancarta enorme dentro de uno de los hangares en la que se veía un «Superman» estadounidense sosteniendo en sus brazos a un árabe aterrorizado y escuchimizado de nariz aguileña. La existencia de dicha pancarta y su trasfondo racista no fueron recogidos por los periodistas del *pool* de la base. Un equipo de televisión del *pool* grabó al teniente coronel del cuerpo de marines Dick White cuando éste describía qué se sentía al ver correr a las tropas iraquíes en Kuwait para ponerse a cubierto. Merece la pena repetir sus palabras: «Fue como encender la luz de la cocina a altas horas de la noche y ver cómo las cucarachas corren despavoridas en busca de un escondite. Al final los hicimos salir de donde los encontramos y los matamos». Estos comentarios tan pasmosos no motivaron ni una sola pregunta por parte del periodista del *pool*, aunque sin duda había una que valía la pena formular al coronel: ¿Qué valor tenía el «nuevo orden mundial» cuando un oficial estadounidense comparaba a sus enemigos árabes con insectos al cabo de tres semanas de bombardeo?

Incluso los periodistas tenían la sensación de que los iraquíes no habían recibido suficiente castigo, por lo que intentaron falsear la información sobre la guerra al sugerir que la liberación por tierra de Kuwait, para la que sólo se necesitaron cuatro días, constituía la totalidad del conflicto. En *The Washington Post*, Jim Hoagland

escribiría que «salvo las cien horas de la Tormenta del Desierto en 1991, los Estados Unidos y sus aliados habían considerado el régimen de Sadam como un mal menor<sup>[\*]</sup>». En el mismo periódico, Richard Cohen se unió a Hoagland en el embellecimiento de la historia al contar a los lectores que «la guerra sólo duró, lo recordarán, cien horas». Tal como el activista árabe-estadounidense Sam Hussein señalaría «olvidados fueron los cerca de 40 días y 40 noches durante los cuales los Estados Unidos hicieron llover sobre Iraq 80 000 toneladas de explosivos, un bombardeo mayor que el sufrido en Europa durante la Segunda Guerra Mundial».

Sin embargo, mucho antes de que esta guerra hubiera concluido tras la matanza indiscriminada de las tropas iraquíes que se daban a la fuga —y tras la ignominia de haber traicionado a cientos de miles de valientes iraquíes que se habían alzado contra Sadam Husein a petición nuestra— los periodistas ya se habían convertido en un cero a la izquierda, en portavoces de los generales, que evitaban con discreción cualquier cuestión moral y apagaban sus cámaras —como veríamos después— cuando los horrores de la guerra eran demasiado evidentes. Los periodistas fueron cómplices de esta guerra, la apoyaron y formaron parte de ella. La inmadurez, la inexperiencia, la preparación... Puede escogerse la excusa que se prefiera, pero inventaron una guerra sin muertos. Mintieron.

Las preguntas formuladas por los saudíes eran, en muchos sentidos, más relevantes que las elegidas por los periodistas domesticados. «¿Qué es el nuevo orden mundial?», me preguntó un predicador saudí. Orden es algo que les gusta oír a los saudíes, mundial implica un mundo del que muchos saudíes están aislados, pero «nuevo» es una palabra con delicadas connotaciones para los árabes del Golfo. Intenté explicarles lo que, tal vez, el presidente Bush había querido decir con la frase, haciendo referencia al contexto en el que apareció por primera vez. La guerra fría había terminado y la Europa del Este era libre. Los estadounidenses pensaban que los vientos de cambio soplarían de igual modo en Oriente Próximo. No volvería a tolerarse a los dictadores, sobre todo los que se opusieran a los deseos de los Estados Unidos. En retrospectiva, me doy cuenta de que les estaba explicando la ideología oficial de Bush hijo, simplemente me había adelantado una década.

Vista la preocupación que les causaba la implantación de cualquier «nuevo» orden mundial, ya no digamos el «estilo de vida estadounidense», no es de extrañar que el rey Fahd proclamara que Sadam Husein debería «volver al orden de Dios» —una versión claramente teológica de la visión de Bush— y que añadiera: «Rogamos a Dios para que Su ejército logre la victoria». En Bagdad, Sadam había buscado por su parte la inspiración divina para enfrentarse a las fuerzas de «Satanás y sus mercenarios». Tras imbuirse de la imagen del guerrero kurdo Saladino, que vivió en el siglo XII, intentó adoptar la misma voz. «Satanás será vencido», dijo tres días después del inicio del bombardeo de Iraq. Lo había citado casi al pie de la letra. Durante el enfrentamiento con los cruzados franceses en la batalla de Hattin el 4 de julio de 1187, el hijo de Saladino, Al Malik al Afdal, dejó testimonio del grito de

guerra con que su padre levantó el ánimo a los ejércitos musulmanes: «Satanás no debe ganar». Bush, por su parte, le pidió a Dios que protegiera a los soldados de los Estados Unidos en el Golfo, aunque ya casi había colocado el conflicto en un marco cuasiteológico y moral al pronunciar un discurso ante una asamblea de líderes religiosos en los Estados Unidos en el que declaró que el conflicto del Golfo se encontraba «entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo indebido». La base ideológica para la invasión de Iraq llevada a cabo por los Estados Unidos en 2003 se estableció, por tanto, antes de la liberación de Kuwait en 1991.

La serie bélica de televisión *The Six o’Clock Follies* nunca había empezado tan tarde como el 13 de febrero de 1991, pero a nadie le sorprendió. Como todo periodista de Riad sabía, había un problema que solucionar: ¿qué explicaciones daría el general de brigada Richard Neal, director adjunto de operaciones del ejército estadounidense, acerca de la matanza de más de cuatrocientos civiles iraquíes inocentes en el refugio antiaéreo de Amariya en Bagdad?

¿Empezaría anunciando que se llevaría a cabo una investigación sobre lo que parecía ser una tragedia sobrecogedora, el bombardeo accidental de un refugio repleto de civiles? ¿Ofrecería disculpas si los informes que llegaban desde Bagdad resultaban ser ciertos? ¿O anunciaría que las muertes se habían producido en un bunker militar, que el blanco era «legítimo» y que él no tenía ni idea de cuántos civiles iba a haber allí?

La última respuesta fue precisamente la que escogió Neal y con la que demostró a millones de árabes que los estadounidenses, además de ser todopoderosos, eran crueles. Incluso se felicitó por la pericia de sus pilotos, que acertaron a colar los misiles por el conducto de ventilación del refugio. A los árabes se les debió de cortar la respiración. De hecho, el general prefirió dedicar más de diez minutos al informe del parte militar del día —el número de misiones de combate, de aviones iraquíes que aseguraban haber derribado desde tierra y de pozos de petróleo a los que habían prendido fuego— antes de mencionar los centenares de muertos de Bagdad a modo de colofón, como si fuera lo último en lo que alguien pudiera estar interesado. Un «ataque a un bunker», lo llamó él. «Estoy aquí para informarles de que se trataba de un bunker militar, de una instalación de control y mando... era un reducto militar... en estos momentos no disponemos de información acerca del por qué de la presencia de civiles en el bunker».

Una vez hubo finalizado el informe, el general se encontró —para adoptar su propia jerga militar— en un «entorno rico en preguntas». ¿Qué había ocurrido? Las respuestas del general Neal habían sido pensadas para tranquilizar a los aliados, les aseguró que sus tácticas militares seguían siendo tan éticas como siempre lo habían sido... algo que, indefectiblemente, despertaría gran indignación en la mayor parte del mundo árabe. Neal informó sobre una «activa campaña de derribo de bunkeres».

El refugio-bunker era un blanco militar que llevaba varios días en la lista de objetivos de los aliados. Aseguró que habían interceptado señales militares procedentes del refugio y que éste estaba disimulado con pintura de camuflaje, aunque cuando más adelante se le preguntó acerca de esta última cuestión, admitió que «me lo acaban de decir ahora al entrar». Certificó que el ataque entraba dentro de los propósitos estadounidenses. «Estos jóvenes pilotos no salen en misión guiados por el instinto... esta incursión aérea estaba minuciosamente planeada. Los muchachos le dedicaron mucho tiempo».

Hasta el momento el general no había expresado ni una señal de condolencia. Únicamente cuando se le preguntó si no debería de ofrecerse algún tipo de disculpa, contestó: «Tiene toda la razón... aunque permítame añadir que se trataba de un blanco legítimo. Sin embargo, si, tal como se ha divulgado, murieron cuatrocientos civiles, es lógico que tanto el pueblo estadounidense como la coalición de fuerzas lamenten el suceso... si realmente... eran civiles, si realmente es así, se trata de una tragedia». Si, si, si... Era un objetivo militar. Era «legítimo». Eran grandes pilotos. Se trataba de una «instalación de control y mando». Sin embargo, no lo era.

La verdad —negada en la conferencia de prensa de Neal— me fue revelada veinticuatro horas después en un barrio de las afueras de Riad. Los estadounidenses creían que el bunker estaba siendo utilizado por altos cargos del partido baazista, por familiares y amigos, y, por otro lado, solían bombardear bunkeres en los que asumían que dormían civiles relacionados con el régimen. El bombardeo de objetivos en los que había mujeres y niños era habitual. Mi fuente era incontestable, un antiguo general de las fuerzas aéreas estadounidenses que en esos momentos desempeñaba el cargo de oficial superior encargado de seleccionar objetivos en la Real Fuerza Aérea saudí. Examinaba a diario las fotos de reconocimiento y las imágenes de satélite de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, y conocía el bunker de Amariya.

Cuando quedé con él para tomar un café a primera hora de la mañana, lo encontré muy afligido. Me explicó que uno de los dos misiles guiados por láser había recorrido el pozo de ventilación del bunker de Bagdad y que el otro había impactado contra un patio de tierra del exterior y había causado daños en los edificios colindantes. «Los saudíes están furiosos —me aseguró—. Los árabes de la coalición dicen que Iraq quedará destruida del todo si continúan los bombardeos. Están degradando las infraestructuras con toda la intención, infraestructuras tanto civiles como militares, pero este bombardeo ha sido un grave error».

Mientras saboreaba el café, tomaba notas y veía el dolor en el rostro de este hombre, atisbé el abismo que se abría entre el deliberado carácter brutal de la campaña de bombardeo estadounidense y el enfoque inocuo e igualmente deliberada perversión de la verdad tragada y debidamente regurgitada por los medios de comunicación. Lejos del «entorno rico en objetivos» que Neal y sus colegas generales proclamaban, los estadounidenses y los británicos estaban llevando a cabo alrededor de 150-200 misiones de combate diarias únicamente sobre Bagdad, y los pilotos

informaban de que bombardeaban los mismos objetivos cinco o seis veces, incluso después de que las estructuras hubieran quedado prácticamente destruidas. El general hablaba de modo pausado. Condenaba las acciones de la fuerza aérea a la que sirvió una vez —aunque nunca, por descontado, a los pilotos— y me explicó que había sido testigo de las discusiones entre el teniente general Charles Horner, comandante de las fuerzas aéreas aliadas en el Golfo, y el teniente general Ahmed al Baheri, comandante de las fuerzas aéreas saudíes:

Los saudíes del MDAS [Ministerio de Defensa y Aviación saudí] están muy sensibilizados con el tema del bombardeo de Bagdad, les contraría que sea continuo, les preocupa que Iraq quede destruido, están pensando en la posguerra. Además, los saudíes discrepan con Washington acerca de la calificación del bunker como un «objetivo militar legítimo». «Chuck» Horner está a favor del bombardeo continuo de Bagdad. Es un tipo que aboga por la tecnología, un buen hombre, pero el general Baheri cree que deberíamos de continuar con la guerra por tierra. Neal comentó que el tejado del bunker estaba camuflado, pero estoy convencido de que no hay ni un bunker camuflado en Bagdad. Han dicho que había alambres de espino, pero eso es normal por aquí. Muchas veces hemos oído que ponen el alambre para controlar a las masas, que hay alambre de espino cerca de las panaderías para evitar los altercados. No hay nadie en todo el ejército estadounidense que crea que se trataba de un bunker de control y mando. Los comandantes del campo de batalla no presentan informes a los bunkeres de control y mando de Bagdad. Los militares creían que había soldados. Nosotros pensábamos que era un bunker para personal militar y se supone que en cualquier bunker militar hay civiles. Hemos atacado bunkeres en los que asumimos que hay mujeres y niños, familiares del personal militar con permiso para entrar en los bunkeres militares. Los refugios no tienen nada que hacer contra las BGL [bombas guiadas por láser], imagina la energía cinética de una bomba lanzada a velocidad mach.

No me costó imaginarlo. En el futuro visitaría muchas veces el bunker de Amariya, uno de los barrios periféricos de Bagdad, que se convertiría en un santuario. Las paredes ennegrecidas se cubrirían de fotografías de los más de 400 mujeres, niños y bebés que allí murieron. El bunker había servido de refugio nocturno para las familias del lugar —no había oficiales del partido baazista entre ellos— y los dos misiles disparados contra la construcción los habían quemado vivos. En algunas paredes quedaron adheridos pedazos de carne durante años. En otros lugares, en el cemento aparecieron impresiones de las formas de seres humanos que habían quedado licuados en un milisegundo cuando estallaron los misiles estadounidenses. Igual que en Hiroshima, dejarían su recuerdo en forma de sombra en las paredes.

El general bebió más café que yo —él había visto las fotos del satélite y debía de haber comprendido el grado de dolor supremo que las víctimas habían sufrido—, pero prefirió hacer hincapié en los temas tácticos del bombardeo aéreo. Las mejores fuentes del ejército, incluso cuando destapan mentiras militares, no siempre dicen lo que a uno le gustaría oír. Puede que las bombas mataran inocentes en Bagdad, pero el general también se lamentaba por el gasto de munición:

En el TOK [Teatro de Operaciones Kuwaití] nos hemos comprometido a reducir en un 40 por ciento las tropas iraquíes. Deberíamos maximizar nuestro armamento para obtener mejores resultados. Ya no puede hacerse nada con respecto a los malos rendimientos de los bombardeos sobre Bagdad. Los objetivos lucrativos están en Kuwait. Tenemos razones para creer que estamos acabando con gran parte de sus tropas de primera línea, es cuestión de suerte. Sin embargo, no deberíamos bombardear Bagdad. Una campaña de bombardeo de ese tipo tiende a agotarse. Tras el ataque al bunker, no vamos a poder continuar con la campaña de bombardeo

sobre Bagdad con tranquilidad. El presidente Bush tenía carta blanca hasta el ataque de ayer, pero se le ha acabado, ahora está en un atolladero. Creo que esto acelera una guerra por tierra... El piloto del avión que lo hizo sabrá que fue él, pero no puede culpársele. Sadam Husein coloca niños en bunkeres militares, él es el culpable de esta irresponsabilidad, aunque nosotros tampoco actuamos como debíamos. Kelly [teniente general Thomas Kelly, director de operaciones de los jefes del estado mayor de las fuerzas combinadas] es un tío responsable, es una buena persona, lo conozco, pero está tan obsesionado con la maldita tecnología militar aérea que sale en televisión y dice que se siente «tranquilo» respecto al objetivo. Podríamos hacer algo para repararlo y ofrecer una expresión genuina de pesar.

El bunker de Amariya únicamente fue el más sangriento de los bombardeos de civiles. En febrero, unos reactores —se dice que británicos— asesinaron a 47 civiles e hirieron a 102 más al destruir un puente abarrotado de gente que iba a pie en Nasiriya<sup>[\*]</sup>. La mayoría de las víctimas cayeron al Éufrates. El 14 de febrero, unos bombarderos atacaron un puente sobre una carretera en la ciudad occidental de Faluya —doce años después se convertiría en el centro de la resistencia contra la ocupación estadounidense—, pero no acertaron al puente y alcanzaron un bloque de pisos y un mercado abarrotado, en los que murieron docenas de civiles.

Los periodistas suelen justificar la censura que se aplican a sí mismos —la repetición, carente de sentido crítico, de las declaraciones de los generales y los generales de división— escudándose en que el «acceso» a los oficiales militares de alto rango debe mantenerse abierto, que dicho acceso les proporciona información que de otro modo se negaría a sus lectores. Tanto en Irlanda del Norte como en Oriente Próximo —tanto entre oficiales militares árabes e iraníes como entre las fuerzas estadounidenses y británicas— he descubierto que antes es el caso contrario. Cuanto más cuestiona la autoridad un periodista, mayores son las ganas de hablar con él de los confidentes militares que desean sacara a la luz una situación determinada. Mis archivadores contienen cientos de mensajes o cartas de oficiales de casi todos los ejércitos de Oriente Próximo. Varios de ellos me los envió un lingüista que servía en el control de información con la tripulación de un Awacs estadounidense sobre el Golfo antes y durante el conflicto de 1991. Sus recuerdos me abrieron los ojos a una nueva e intrigante dimensión en la que se explicaba la presencia militar estadounidense en Arabia Saudí. El lingüista me contó que en una reunión informativa oficial celebrada en octubre de 1990:

... me puso de muy mal humor el hecho de que, aparte de nuestra razón más inmediata para estar en Arabia Saudí (pese a lo dudosa que era), había muchos altos mandos con unos planes bien distintos. Eran planes a muy largo plazo para después de la guerra... ciertos elementos del ejército tenían planeada, desde un principio, la intención de mantener nuestra presencia allí hasta mucho después del final de la guerra.

El oficial del Awacs se sentía mucho más molesto por las pruebas de una enorme bomba nueva contra las tropas iraquíes:

Uno de los momentos más emocionantes para los informadores militares fue cuando, en un caso modélico de sobrecapacidad de exterminación, la Fuerza Aérea estadounidense decidió lanzar la bomba no nuclear más potente del mundo justo encima de la Guardia Republicana. En realidad, tiraron cuatro en dos noches. Fue una operación psicológica (OPS), dirigida por los chicos de Operaciones Especiales. La bomba en cuestión es la

BLU-82, a la que solía llamarse la «Cortamargaritas». Es una bomba de 6,8 toneladas que se tira desde la rampa de un C-130 como un fardo de carga. En ese caso, dos MC-130 tiraron dos de ellas, en dos ubicaciones distintas, de forma simultánea. A esta acción le siguió otro MC-130 que tiró folletos en los que se decía a los iraquíes que les lanzarían lo mismo la noche siguiente y que debían retirarse. La noche siguiente tiraron dos más junto con más folletos en los que decían que ya lo habían advertido. Puesto que las tiraban de dos en dos, los informadores militares no tardaron en apodar a las bombas «Blues brothers». ¡Qué bonito!, ¿verdad<sup>[14][\*]</sup>?

Durante la guerra del Golfo de 1991, la tripulación de los aviones Awacs de reconocimiento volaba en una oscuridad total, con la única ventanilla en la parte trasera del avión tapada para impedir que se viera el destello de los monitores del ordenador. Cada uno de los hombres y mujeres de la tripulación iba sentado en su propio puesto, que incluía una gran pantalla con gráficos y un mapa de la zona del Golfo; el avión estaba equipado con enlaces de datos a través de los que los miembros de la tripulación recibían señales de radar de otros Awacs, E2C y radares terrestres. Las tripulaciones podían contemplar los «paquetes» a los que impactaban —otro de los eufemismos del ejército— cuando penetraban en Iraq y en Kuwait. Disparaban a sus blancos y los veían como pequeños símbolos en forma de flecha en la pantalla. Mi fuente de información tenía la misión de «asegurarse de que la Fuerza Aérea iraquí no tuviera ninguna oportunidad», y su descripción de las despiadadas operaciones demuestra lo sofisticada que se había vuelto la tecnología de rastreo estadounidense:

Bastaba que sintonizaran un micrófono para que yo supiera quiénes eran, en qué tipo de avión volaban, dónde estaban, adonde iban y qué iban a hacer. Durante los tres o cuatro primeros días de su campaña aérea, muchos pilotos iraquíes intentaron convertir en un espectáculo la defensa de su país. En cuanto hacían la primera llamada por radio, yo contactaba con los Awacs y les decía el número y tipo de avión, ubicación, dirección y altitud, y los Awacs inmediatamente enviaban a los bombarderos de la coalición a por ellos. La realidad de lo que estaba ocurriendo me llegaba por los auriculares. Como los pilotos iraquíes se desorientaban casi de inmediato, se sentían confundidos, aterrorizados, y al final, callaban. De verdad, me daban mucha pena. Hablaban entre sí por una misma frecuencia hasta el punto en que sus controladores de tierra no podían comunicarse con ellos para advertirles de que se aproximaban los bombarderos de la coalición<sup>[15]</sup>.

«Están quemando nuestros yacimientos de petróleo», dijo un oficial kuwaití por teléfono. La prueba era irrefutable. La vimos en el horizonte a sólo 100 kilómetros al norte de Riad: la sombra de una nube negra y cegadora que se extendía en el lejano límite del reluciente desierto. Una hora más tarde, a 150 kilómetros más hacia el norte, nos sobrepasaba y se alzaba hacia el sol, y le daba a la arena un aspecto blancuzco y pastoso. Los conductores de la carretera del norte estaban observándola, como si esperaran ver una señal procedente de la inmensidad de la oscuridad, sin darse cuenta del hecho de que la misma nube era la señal. Los iraquíes estaban chamuscando la tierra, tal como habían prometido. Los estadounidenses los habían ayudado, tirando explosivos gaseosos sobre pozos petrolíferos tanto en Kuwait como en Iraq. Ahora, la sombra de la destrucción de Kuwait se estaba propagando por el noroeste de Arabia Saudí.

Era un secreto a voces que los estadounidenses y los británicos pronto atacarían

en el oeste de Iraq —en más de 250 kilómetros— en la ofensiva inicial para liberar el emirato. En ese momento, la preparación era evidente en la carretera. Estaba casi vacía. Los tanques, los obuses y las baterías de misiles estaban listos en el horizonte, bajo la tremenda oscuridad. Sólo la munición y los camiones de combustible avanzaban por las carreteras hacia la frontera. Los camellos pastaban en los matorrales, entre las dunas, los policías, aburridos, no se molestaban en revisar nuestra documentación.

Los periodistas del *pool* estaban aislados con sus unidades militares; todos ellos esperaban a avanzar durante la noche hacia el norte y luego hacia el este para entrar en Kuwait City o en el mismo cruce de la frontera iraquí y hacia el río Éufrates. La recta carretera costera que partía de Jafyi —el camino más rápido para llegar a Kuwait en tiempos de guerra— se consideraba una trampa mortal, minada y defendida con uñas y dientes por los mejores soldados de Iraq. Los planificadores estadounidenses habían decidido que el mismo ejército kuwaití —y sus aliados saudíes— tendría el dudoso honor de tomar esa carretera y liberar la capital kuwaití. Así que, con una sensación cercana a la inquietud, viajé con un equipo de Sky Televisión y una unidad de comandos kuwaitíes, impacientes por conducir por esa vía desagradable y siniestra. Había trincheras llenas de petróleo y bermas incendiadas para quemarnos vivos, kilómetros de campos de minas interconectados para que volásemos por los aires, fuego en hileras procedente de emplazamientos iraquíes, tanques T-72 enterrados para que estallaran nuestros vehículos. O eso nos dijeron.

En la oscuridad previa al alba del 25 de febrero, el equipo de Sky y yo nos tomamos un té con todo el entusiasmo que mi padre debe de haber sentido en el Somme en 1918. Luego nos metimos detrás de un depósito de petróleo kuwaití y nos quedamos entre los escombros del puesto de aduanas saudí y, de repente, mientras el sol salía entre los wadis, cruzamos las infames bermas. Medio llenas de lodo negro, las zanjas y terraplenes cruzaban con aire de culpabilidad el desierto kuwaití, la arena oscura y el húmeda por el petróleo. Se suponía que tendríamos que haber quedado incinerados. Sin embargo, no había trincheras crematorias, ni francotiradores, ni campos de minas activadas, sólo un kilómetro tras otro de armamento iraquí chamuscado y camiones de munición destrozados por bombas de precisión. Los iraquíes ya habían huido.

Respiré el aire del amanecer. Era como si Dios nos hubiera concedido una segunda vida. Nos encontramos, kilómetro tras kilómetro, con los convoyes saudíes y kuwaitíes; soldados árabes con sólo un par de Humvee de las Fuerzas Especiales estadounidenses que se abrían camino por el desierto junto a nosotros, con sus antenas de radio decoradas con banderas rojas, verdes, blancas y negras de Kuwait. «Kuwait City», nos anunciaron las señales de la carretera. Cuando nos detuvimos bajo las nubes bajas de petróleo en llamas, mientras la presión atmosférica cambiaba con la explosión de los misiles, la presa estaba a sólo 70 kilómetros de distancia, los suburbios a sólo 50 kilómetros, a media hora de coche. En la deprimente ciudad de

Azur, donde los estadounidenses estaban disparando a un par de soldados de infantería iraquíes que no habían podido unirse a la huida en desbandada, estaba el coronel Fuad Haddad del 9.º Batallón del ejército kuwaití, con su espesa barba y unas gafas de sol que casi ensombrecían su sonrisa. «Me siento como en un sueño», dijo.

Nosotros también nos sentíamos así. Después de tantos meses y de tanta planificación —y, seamos sinceros, de tanta crueldad—, los ejércitos «aliados» habían penetrado en las defensas iraquíes en unas pocas horas, y nosotros habíamos viajado por la carretera como reyes. Los iraquíes destruyeron las líneas telefónicas en Kuwait, pero mi móvil saudí todavía conservaba una señal fraccionada al oeste de Azur. Llamé al director de internacional de *The Independent*. A Harvey Morris no le sorprendió. Richard Dowden, nuestro más querido corresponsal, hacía tiempo que se había encontrado frente a soldados iraquíes que le pidieron que los hiciese prisioneros. Los informes procedentes del oeste hablaban de iraquíes que se retiraban por millares. Después de prometer «la madre de todas las batallas», Sadam había ordenado a su ejército que se retirara de Kuwait, como un niño que se aburre de un juego que ya conoce, cansado de los bombardeos y la retórica, impaciente por empezar una nueva epopeya, de crear un nuevo relato de valor vacuo.

Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que se nos informara en Bagdad de la insaciable decisión de los iraquíes de no retirarse nunca ante los Estados Unidos, de cómo se había enfrentado Iraq, sin ayuda, a la única superpotencia mundial, de cómo su ocupación de Kuwait, pese a ser temporal, había sido una victoria histórica iraquí. Tardaron una semana en darnos esa información. Mientras masticaba una asquerosa barrita de chocolate estadounidense, sentado sobre la carrocería de un Humvee de las Fuerzas Especiales, recordé cómo defendieron Junishar en 1984, donde los iraquíes demostraron una fortaleza contra las hordas iraníes que evocaba las penurias de la batalla de Stalingrado; hasta que un día, siete años atrás, Sadam se había despertado y había decidido retirar su ejército de la ciudad que habían capturado con tanta sangre en 1980. Kuwait era una repetición de Junishar. Por segunda vez, lo que se anunció como una de las grandes batallas de la historia iraquí simplemente se borró de los libros de historia. Un nuevo guión empezaría mañana.

Junto a la carretera de Kuwait City había pilas de minas antipersonales sin explotar y camiones iraquíes averiados, cuyo contenido de granadas propulsadas por cohetes, cajas de munición para metralletas y cartuchos de bronce estaban tirados por la arena. Las antenas de alta tensión estaban derribadas. Había coches de lujo vueltos boca a bajo y les habían quitado las ruedas. Había canalizaciones de petróleo por todo el desierto por las que escapaba el crudo, había trincheras llenas de líquido, hectáreas de porquería negra. ¿No podían prenderles fuego? ¿O eran los estadounidenses demasiado rápidos para ellos? ¿O es que Sadam habían renunciado? ¿Qué habían hecho los iraquíes? Era como una tierra muerta.

En Kuwait City nos planteamos una pregunta mucho más demoledora: ¿qué clase de personas había hecho eso? El día se había tornado noche, así de espeso era el dosel

de humo. Los pozos petrolíferos del país ardían con un fuego dorado y naranja a lo largo del horizonte ribeteado de negro. De nuevo estábamos ante el ejemplo de una de las imágenes más sádicas de la cultura medieval: Hieronymus Bosch; cortesía, esta vez, del ejército iraquí. Cinco años después, los chinos se quejarían de la contaminación y la nieve negra del monte Everest provocada por las llamas del petróleo de Kuwait<sup>[\*]</sup>.

Los iraquíes habían utilizado, incluso, el equivalente moderno de una rueda de tortura. Todo el día, hombres kuwaitíes, jóvenes y viejos, se acercaban a nuestro coche para contarnos sus terribles historias. «Retorcieron a mi hijo en un poste y le rompieron las piernas con trozos de madera —me dijo un anciano encorvado—. Creían que estaba en la resistencia. Ahora se lo han llevado con todos los demás, para usarlo como escudo humano». Luego vino Heather Rennison, una mujer inglesa casada con un kuwaití. «Han detenido a una prima de mi suegra. Sólo tenía diecinueve años, y encontraron dos radios emisoras y receptoras en su habitación. Pasados tres días, fueron a su casa para pedirle a sus padres ropa y mantas. Así que sus padres pensaron que estaba bien. A continuación, los iraquíes la colgaron y tiraron el cadáver a las puertas de su casa. Tenía quemaduras de electricidad en los brazos y las piernas. Por supuesto, los iraquíes se quedaron con la ropa y las mantas».

Puede que fuera necesario caminar por el asfalto de Kuwait City para entender el alcance de lo que habían hecho los iraquíes, que equivalía a un crimen de guerra. «Les enseñaré la mezquita donde mataron a once hombres el viernes», nos grita un hombre desde un coche. La mezquita de Abdulá Othman se encuentra en el barrio palestino de Hawali. El hombre con barba señala una pared amarilla. «No se sorprenda —dice el hombre—. Tengo dos vecinos a los que los iraquíes acusaron de ser de la resistencia. Así que los metieron en la alcantarilla, cerraron la trampilla, tiraron petróleo y les prendieron fuego. Luego quemaron a sus familias. No se puede dejar los cuerpos en las alcantarillas».

La cifra de 5000 hombres kuwaitíes secuestrados en las últimas horas antes de la retirada de Iraq parece increíble hasta que uno descubre —como yo hice ese día— que las primeras tres familias que se ofrecieron para llevarme a diversas localizaciones de Kuwait City habían perdido hijos como rehenes. Sencillamente, habían obligado a los jóvenes a subir a un autobús del ejército iraquí mientras se dirigían al trabajo. Aquí asesinaron a tres mil hombres y mujeres, eso es lo que también te cuentan los kuwaitíes. ¿Quién podía hacer algo así?

Cuando uno intenta informar sobre un reinado del terror, resulta reconfortante buscar una razón lógica: un odio mantenido desde hace tiempo, tal vez, o alguna unidad atípica de la policía secreta iraquí. Sin embargo, eso resultaría descabellado. ¿Qué debía pensar uno cuando paseaba, como yo lo hice, entre los rescoldos del Museo Nacional, que los iraquíes quemaron el martes? ¿O por el interior destrozado del Parlamento? ¿O por la biblioteca todavía en llamas del Palacio Sief —con su magnífico reloj dorado de la torre dañado por el impacto de un misil— cuando

descubrí, tirado sobre una silla, los restos de un libro publicado por el gobierno de India, *The Collected Works of Mahatma Gandhi*? ¿Qué clase de personas quema museos y bibliotecas? Avance rápido. ¿No estaría escribiendo estas mismas palabras a 800 kilómetros al norte, dentro de doce años?

En el exterior del museo, la colección de barcos antiguos de madera de Kuwait había quedado reducida a cenizas. La «Casa Islámica» estaba en ruinas. La paredes del Palacio de Dasdam del emir habían sido derribadas por las explosiones y excavadoras. Los iraquíes utilizaron tanques para disparar al Parlamento. Habían incendiado de forma sistemática los grandes hoteles. Colocaron explosivos en las habitaciones del Meridien. Era como un ejército medieval que conquistaba, saqueaba e incendiaba incluso la propiedad privada. Los dueños de barcos descubrieron que les habían saqueado las naves y las habían hundido en los puertos deportivos. Los tenderos se encontraron con sus tiendas incendiadas si no las habían podido asaltar. En un cañón antiaéreo de la costa —donde los iraquíes habían puesto minas en las playas para combatir la llegada de inexistentes vehículos anfibio de los marines estadounidenses—, me encontré con pilas de zapatos de mujer nuevos, fabricados en Francia, ninguno de ellos con su par, envueltos en mantas del ejército iraquí junto con revistas de musculación. ¿Por qué hicieron eso los soldados? ¿Por qué habían robado un expositor de sombras de ojos para mujer? Había cascotes de cartuchos en el vestíbulo del museo, orificios de bala en las paredes agrietadas del edificio donde se encontraban los más bellos —y hacía tiempo robados— tesoros nacionales. ¿Qué estaba pensando ese soldado cuando abrió fuego en un museo?

Los restaurantes del paseo marítimo habían quedado reducidos a escombros, las altas torres de cristal de la costa tenían impactos de metrallera. En Al Ahmadi, los iraquíes habían hecho estallar explosivos cada hora en dos campos petrolíferos; en cada uno de ellos había veinte depósitos. El refinado y antiguo White House británico ardió allí junto con la sala de control desde donde se controlaba los oleoductos.

En Kuwait, uno tenía la sensación de que algo muy malo y que a veces podía ser en extremo maligno había visitado la ciudad. No sólo un ejército de ocupación, ni siquiera el aparato del partido Baaz iraquí, sino algo que, de forma intrínseca, relaciona la dictadura con la corrupción. ABAJO CON LOS SUCIOS FAHD, SABA Y HOSNI, rezaba una pintada color rojo sangre en la pared de uno de los palacios incendiados. Larga vida a Sadam Husein. En el pequeño museo saqueado de arte rural de Kuwait, encontré un póster de Sadam pegado en la pared. «El más victorioso de todos los árabes, el gran líder Sadam Husein; que Dios lo bendiga», decía el pie de foto.

¿Quién podía pronunciar esas oraciones? El coronel Mustafá Awadi del movimiento de resistencia kuwaití se ofreció a enseñármelo. En una inhóspita zona de viviendas subvencionadas por el Estado, en el suburbio de Quwan, me llevó a un colegio —los iraquíes utilizaban las escuelas como centros para los interrogatorios— y me presentó a dieciséis soldados iraquíes que se encontraban en una de las aulas. Estaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, tenían bigote, parecían

hombres tristes y vulgares con sus rostros apagados y sucios, y sus uniformes mugrientos. «Se han sentido felices de retirarse —dijo el coronel—. ¿Lo ve? Incluso les hemos dado comida y té. Prometo que los entregaremos ilesos al ejército kuwaití». Dos de los hombres tenían heridas en la cara —las vendas eran recientes—, y todos sonrieron cuando los saludé y cuando me escucharon decir al coronel, en árabe, que hablaría de su presencia a la Cruz Roja. No se podía evitar sentir pena por esos adolescentes derrotados con sus sonrisas tristes. Así que, ¿qué clase de hombres violaron Kuwait?

¿Qué se sentía —y entonces se me presentó la oportunidad de averiguarlo— estando bajo nuestros bombardeos, bajo la munición guiada por láser, las bombas GBU y los «Cortamargaritas»? ¿Qué se sentía siendo un soldado iraquí atacado por los estadounidenses? «No han bombardeado tanto los estadounidenses como los ingleses —dijo Mohamed—. Conocemos todos los aviones, Tornado, Jaguar, B-52, F-16, F-15, y sabíamos lo que iba a ocurrir». Mohamed era un reservista iraquí de treinta y tres años, uno de los hombres más mayores, y sus compañeros prisioneros asentían con la cabeza para corroborar lo que decía mientras él describía su sufrimiento. Describió con la mano izquierda un movimiento rasante y rápido, de izquierda a derecha. «Hubo grandes explosiones, una bomba enorme y muchas bombas más pequeñas, por todas partes, así». Mohamed estaba describiendo el efecto de una bomba de dispersión.

Después de todos los informes y de los vídeos sobre cazabombarderos, allí estaba por fin la respuesta a qué suponía estar en el otro bando, en palabras de quienes habían intentado sobrevivir en el «entorno rico en objetivos». Schwarzkopf había dicho de los iraquíes que estaban mal alimentados, que vivían con miedo de sus propios escuadrones de ejecución. A juzgar por Mohamed y sus compañeros, eso era cierto. Todos los soldados iraquíes con los que hablé llevaban meses alimentándose a base de arroz y pan duro. Todos hablaban con asco de los *kuwat al jassa*, los «guardias especiales».

Según Alí, un soldado raso de veintidós años de Diwaniya, los *kuwat al jassa* eran los que controlaban los escuadrones de la muerte. «Vinieron a visitarnos al frente de Zafra [en Kuwait] y nos contaron lo que nos harían. Uno de ellos dijo que si huíamos, sufriríamos las consecuencias, e invitó a uno de nosotros a ir con él a mirar los cadáveres de cincuenta soldados a los que habían ejecutado. Ninguno de nosotros quería ir a verlos. Pero más adelante, hace un par de días, cuando acabó la guerra, uno de mis amigos, Salam Hannun, un soldado de Amara, escapó. Lo atraparon y lo trajeron de vuelta, y nos hicieron ver su ejecución. Él esperó su muerte y maldijo a Sadam Husein. Luego le dispararon. Tenía veintitrés años».

La descripción de Mohamed de los escuadrones de la muerte resultaba terrorífica. «Eran todos miembros del partido. Se cambian el nombre para que no los puedan identificar. Si un hombre se llama Mohamed, lo llaman Husein. No tienen sentimientos. No tienen piedad». Las ejecuciones no detuvieron a Alí. «Al final, diez

de nosotros intentamos escapar, durante el bombardeo —dijo—. Nos cogieron, nos ataron las manos y nos pusieron vendas en los ojos. Dijeron que nos matarían. Pero entonces hubo otra retirada y nos necesitaban para conducir camiones y salir de Kuwait. Así que, después de un tiempo, un capitán vino y dijo: “Soltadlos”».

Aunque la diferencia entre la vida y la muerte en las líneas iraquíes fuera una cuestión de conveniencia táctica, los soldados apreciaban los peligros del bombardeo aliado. «Por la noche, durante el bombardeo, siempre nos escondemos en nuestro refugios en la arena —dijo Mohamed—. Nos quedamos allí escondidos todo el tiempo y esperamos que el bombardeo termine y que empiece la ofensiva terrestre. Una noche, mientras nos tiraban bombas de dispersión, a uno de mis amigos, Abbas, de Bagdad, le entró sed. No paraba de decir que necesitaba agua. Y le dijimos: “No salgas, es demasiado peligroso”. Guardaban el agua en otro refugio, a sólo diez metros de donde estábamos. Abbas salió, pese a nuestras advertencias, y un fragmento de metralla le dio en la cabeza y lo mató. Tuvimos que dejarlo ahí. No recibió sepultura».

Ghasan, un reservista iraquí de treinta años de Nasiriya, se quejaba de que no habían tenido muchas oportunidades de rendirse ante el enemigo, aunque, hacía tres días, sus compañeros y él se habían entregado a la resistencia kuwaití. «Cuando leímos los folletos que nos tiraban, quisimos escapar. Llevamos los folletos encima todo el tiempo y nos fabricamos un par de banderas blancas para hacer señas a los helicópteros si llegaban. Pero había muchas minas por delante de nosotros para poder correr. Al principio, estábamos a cuarenta kilómetros de la frontera». Los iraquíes dijeron que sólo les habían dado agua, arroz y pan «mezclado con trocitos de serrín» desde que los habían enviado a Kuwait. En Iraq, según decían, sus raciones militares eran cinco kilos de harina al mes y tres pedazos de pan al día.

Muchos prisioneros hablaban con emoción del dolor y el sufrimiento experimentado por sus familias en Iraq. El bebé de ocho meses de Adnan tenía una terrible diarrea y fiebre muy alta la última vez que lo había visto. Su familia no podía conseguir medicamentos por un bloqueo de las Naciones Unidas, y no sabía si el niño seguía vivo. La hermana de Ghasan Nidal había muerto dos días después de dar a luz porque en dos hospitales no pudieron darle oxígeno. Una vez más, según dijo, por el bloqueo. Ésa era la primera prueba que descubrí —incluso antes de la liberación de Kuwait— de que las sanciones de las Naciones Unidas eran letales.

La escasez en los hogares, los escuadrones de la muerte, los regímenes de hambruna y los bombardeos de veinticuatro horas en el frente destruyeron la moral de los dieciséis soldados con los que hablé. Uno de ellos hablaba con amargura de Sadam Husein, sin duda, con la esperanza de impresionar a sus captores kuwaitíes, y sin miedo de que sus compañeros pudieran traicionarlo más adelante. «Quiero volver a un Iraq donde no esté Sadam Husein», dijo. Era un deseo que compartían con devoción millones de iraquíes. Justo un día antes, nosotros —Occidente— habíamos animado al pueblo de Iraq a retomar ese tema, a sublevarse contra el tirano y

destruirlo.

¡Con qué facilidad lo hicimos! ¡Qué natural parecía! Al fin y al cabo, habíamos ido a la guerra en alianza con «los árabes». Hombres buenos, y la verdad de las fes cristiana e islámica habían combatidos juntas contra Sadam. Ésa era la imagen que quedó retratada cuando Schwarzkopf y el príncipe Jaled, «comandante en jefe de todas las fuerzas extranjeras», se sentaron en Safwan el 3 de marzo de 1991 para acordar el alto al fuego iraquí; y permitieron que Sadam se quedara con sus helicópteros y mantuviera intactas las divisiones de la Guardia Republicana. En los años siguientes, los recuerdos de quienes se supone que dirigieron esa guerra demostraron que la alianza era una farsa, y que nuestra información del conflicto estuvo tan manipulada como los hombres que lo libraron.

El príncipe Jaled solía utilizar una empresa de relaciones públicas estadounidense para sus ruedas de prensa. En el interior del alfombrado recinto del Ministerio de Defensa saudí, un estadounidense de origen irlandés y complexión corpulenta —un tal señor Lynch de Chicago— estaba justo detrás del príncipe Jaled, escogía qué periodistas tenían permiso para hacer preguntas y sugería al comandante saudí, más bien corpulento, cómo debía responder. Era, para decirlo con delicadeza, una interpretación indecorosa. El príncipe Jaled sonreía a las cámaras de televisión y daba las gracias con efusividad al pueblo estadounidense por enviar a sus hijos a defender su tierra, mientras el señor Lynch asentía con sabiduría junto a su hombro. La imagen del príncipe resultaba aún más extraordinaria por un nacimiento del cabello tan grueso que parecía que se hubiera sometido recientemente a un injerto capilar. Su fino bigote añadía un toque incluso más surrealista, porque le daba un aspecto de infelicidad, como el de esos caballeros con bigote de las películas mudas que ataban a las mujeres a las vías justo cuando venía un tren.

La decisión del rey Fahd de invitar a los soldados estadounidenses a Arabia Saudí había sido «una de las más valerosas de su vida», nos dijo Jaled. Él mismo no encontraba nada incorrecto en la presencia de los «invitados» extranjeros. Los Estados Unidos respetarían las leyes de Arabia Saudí; Arabia Saudí respetaría a los Estados Unidos. «Respeto» era la palabra que los saudíes siempre utilizaban. Los extranjeros respetarían el islam y respetarían a los árabes. Y, por supuesto, los árabes respetarían a los Estados Unidos. Jaled expresó su «respeto» por Schwarzkopf, y Schwarzkopf, como era debido, expresó su «respeto» personal por el generalato de Jaled. En algunas ocasiones parecía que esta admiración mutua no tenía fin, incluso cuando los soldados saudíes abandonaron sus puestos en Jafyi. Después de que los saudíes y los qataríes y sus mercenarios paquistaníes lucharan para volver a la ciudad, allí estuvo el príncipe de la eterna sonrisa, que ahora lucía un reluciente casco Kevlar de color azul decorado con calcomanías de un general de cuatro estrellas, declarando el orgullo que sentía por su ejército y sus aliados estadounidenses.

Por todo ello, no resulta difícil imaginar la sorpresa de Jaled cuando, al hojear la biografía de Schwarzkopf un año después, descubrió que el «respeto» del

comandante estadounidense por él no era tan profundo como aparentemente pensaba. Jaled, según Schwarzkopf, se quejó de que los soldados estadounidenses llevaran camisetas con un mapa de Arabia Saudí (los mapas estaban «clasificados»), de que un rabino hubiera alardeado de haber tocado el cuerno de carnero del Rosh Hashaná en suelo islámico (el rabino estaba en los Estados Unidos y lo citaban en un periódico israelí), de que los estadounidenses llevaran «bailarinas» a Dhahran. Añadía que Jaled quería que los estadounidenses lanzaran su propio ataque terrestre desde Turquía más que desde Arabia Saudí y que le dijo a Schwarzkopf que los sirios no querían luchar. Jaled fue elegido para ese trabajo, escribió Schwarzkopf, por dos generales estadounidenses.

Los saudíes deberían haber esperado un trato así. En los meses posteriores a la liberación de Kuwait, Arabia Saudí se convirtió en el principal cliente económico de Oriente Próximo, un Estado vasallo que apoyaba las economías de los aliados más pobres de Washington en la región —Egipto, por ejemplo— y sobornaba a los que se mostraban menos entusiasmados sobre la política estadounidense, sobre todo Siria, para no levantar sospechas. A cambio del apoyo armamentístico y político estadounidense, Arabia Saudí se convirtió en la banca de Washington.

Como era de esperar, un amargado príncipe Jaled lanzó una serie de ataques contra el «respetado» Schwarzkopf, y lo acusó de inventarse historias y distorsionar hechos «para quedarse con todo el mérito de la victoria contra Iraq mientras atropellaba a todos los demás». Pobre Jaled. ¿De verdad creía que los estadounidenses lo aceptarían como un general de cuatro estrellas junto con los Schwarzkopf y los De la Billière? Como era de esperar, fue incapaz de criticar uno de los pasajes más ofensivos del libro de Schwarzkopf, quizá porque había sido incapaz de entender lo que suponía ese fragmento. Invito a los lectores a localizar el insulto:

Jalid [sic] era ideal; se había educado en Sandhurst, la academia militar británica, había ido a la Academia de Vuelo de los Estados Unidos en la base aérea Maxwell, en Alabama, tenía un máster en Ciencias Políticas por la Universidad de Auburn, y era el príncipe de más alto rango en las Fuerzas Armadas de Arabia Saudí. Sus credenciales militares no eran ni de lejos tan importantes como su sangre principesca, ya que casi todo el poder de Arabia Saudí reside en un círculo de allegados de la familia real. En pocas palabras: a diferencia de otros generales, Jalid tenía el poder de firmar cheques.

Cheques para transporte. Cheques para agua. Cheques para combustible. Ésa era la razón por la que el príncipe Jaled era importante. Pues la guerra del Golfo, después de que las cuantiosas compras de armamento de Occidente hubieran desacreditado la promesa de George Bush de reducir el nivel de armamento en Oriente Próximo, finalizó como un beneficio neto para la alianza de Occidente. Fue una guerra librada por jóvenes de Detroit y Glasgow, pero pagada por el rey y tío del príncipe Jaled, el «custodio de los dos palacios sagrados». ¿Podían unos compañeros así demostrarse algo más que no fuera respeto mercantil<sup>[16]</sup>?

Curiosamente, los comandantes de los dos ejércitos más importantes de Occidente en el Golfo dedicaron gran parte de sus memorias a intentar convencernos de que

«respetaban» a los árabes y al Oriente Próximo musulmán.

Cuando visitó el Golfo como director del Mando Central estadounidense en 1989, Schwarzkopf afirmó que admiraba el estilo de vida árabe, y cazaba con el jeque Mohamed bin Zayed Al Nahyan en los Emiratos, incluso se vestía con túnicas kuwaitíes para la cena. Sus homólogos árabes lo recibían en sus palacios y mezquitas, escribió Schwarzkopf, «ahora que conocen mi fascinación por su cultura».

El general sir Peter de la Billière parecía incluso más entusiasmado con la «cultura» árabe. «Llegaron a gustarme mucho los árabes y también llegué a respetarlos, porque apreciaba su refinada cultura». Unas pocas páginas más adelante vuelve a presumir de «mi entendimiento de los árabes y su forma de vida».

Aun así, una buena parte del servicio que había prestado con anterioridad De la Billière en Oriente Próximo había tenido que ver con ir «a la caza del árabe» como oficial de la fuerza militar especial británica, el SAS. En Omán, dice, no pudo «eliminar» ni capturar a los tres líderes disidentes árabes, pero sí logró obligarlos a que se exiliaran. En Rawda al Wadi, el SAS atacó dos fortines de los guerrilleros y «logró sacarlos del juego». Parece extraño, pero De la Billière decide no mencionar el asalto a la embajada iraní en Londres cuando el SAS —del que en esa época era director— irrumpió en el edificio, rescató a los rehenes civiles retenidos y luego procedió a ejecutar a todos los secuestradores árabes salvo a uno.

Tal vez era innecesario, tantos meses después de la guerra del Golfo, idealizar la relación entre Occidente y los árabes, entre cristianos y musulmanes, simplificar y reconstruir de forma inconsciente los motivos de por qué los ejércitos occidentales emprendieron su cruzada para salvar el lago de petróleo más grande del mundo y para evitar que Sadam se convirtiera en el mayor controlador del crudo del mundo. Schwarzkopf, que al menos entendía la necesidad de los Estados Unidos de mantener sus relaciones con el mundo árabe, afirmó que uno de los objetivos de la guerra era «eliminar la capacidad de Iraq de amenazar al mundo árabe».

Millones de árabes sospechaban que la guerra —y la invasión de Iraq doce años después— tenía como objetivo eliminar la capacidad de Iraq para amenazar a Israel. Puede que esta creencia no anduviera muy desencaminada, dado el enorme esfuerzo para destruir las lanzaderas móviles de misiles Scud iraquíes con las que estaban atacando Israel<sup>[17]</sup>.

Ambos hombres expresaban de forma atronadora su condena contra las iniquidades de Sadam, aunque, en este caso, la historia de De la Billière está sesgada. En cierto momento habla de la guerra de Sadam contra el «Irán expansionista», aunque, en realidad, el expansionista era Sadam. Fue Iraq el que invadió Irán en 1980, no al revés. Ese era el gran entendimiento que tenía De la Billière de «el estilo de vida iraquí». Si había «respeto» por los árabes y los musulmanes, no obstante, quedó desaprovechado cuando De la Billière realizó su alegre petición al final de la guerra —mientras los cadáveres de decenas de miles de soldados musulmanes iraquíes yacían en Kuwait e Iraq, muchos de ellos arrojados de forma anónima en

fosas comunes— de que el pueblo británico debía «salir a la calle y tañer las campanas de las iglesias». Pese a lo inconsciente que pueda haber sido de su contenido o el efecto de sus palabras, ¿podría haber existido una revelación más clara del triunfalismo cristiano sobre el islam?

Sin embargo, ni siquiera el escandaloso autobombo de De la Billière afectó al príncipe Jaled. Ya que, cuando se publicaron sus propias memorias en 1995, se sintió capaz de hablar a los lectores de que la aprobación de su petición para entrar en la academia militar en la base aérea de Maxwell sugería que «Dios [estaba] orientando mi trayectoria con tal de prepararme para lo que me esperaba». Se siente «conmovido» cuando los diplomáticos chinos lo comparan con Henry Kissinger. Antes de la guerra, Jaled dormía en una habitación bajo el Ministerio de Defensa saudí. «He sufrido soledad», nos cuenta el general que tituló su libro *El guerrero del desierto*. «Para tranquilizarme y para apartar mis pensamientos de la guerra, desarrollé una adicción nocturna a las comedias de la televisión estadounidense. Después de reírme con estas comedias durante media hora, me sumía en un pacífico sueño».

La cosa empeoraba. Al discutir con el ministro de Defensa francés, el príncipe Jaled se compara de forma indirecta con Churchill, quien también tuvo que cargar con una pesada cruz (De Gaulle). Se escandaliza porque la silla de Schwarzkopf es más grande que la suya, insiste en que Schwarzkopf debe visitar su despacho para las reuniones en lugar de lo contrario, y describe el enfrentamiento de Jafyi como «una batalla crucial de la guerra». Su misión, nos informa Jaled con solemnidad, era «más difícil y compleja» que la de Schwarzkopf. Jaled no puede arrodillarse y aceptar condecoraciones de manos de la reina Isabel, y no para de recoger la Légions d'Honneur y otras condecoraciones de Francia, Bahrein, Hungría, Kuwait, Marruecos, Nigeria, Omán, Qatar, Senegal y, por supuesto, Arabia Saudí. Eso era «todo un récord... para un soldado árabe en guerra —y añadía alegremente—: estoy muy agradecido a cuantos me han concedido una medalla». ¿De verdad ser soldado consiste en eso?

Jaled nos habla sobre la necesidad de proteger la cultura y las «tradiciones» únicas de Arabia Saudí. Estas últimas, aunque él no lo diga, decapitar a los criminales —disparar por la espalda a la cabeza cuando se trata de una condenada— y el apartheid para toda la población femenina del reino. Jaled dedica dos páginas a hablar de la necesidad de lealtad a la familia real; el sistema por el que unos 5000 príncipes, incluido él mismo, dominan una tierra de unos nueve millones de personas, después de invitar a los estadounidenses a protegerlos. El propio padre de Jaled, el príncipe Sultán, nos lo recuerda de forma constante, era ministro de Defensa y desempeñó un papel «tan importante como el del secretario de Defensa Cheney en los Estados Unidos». Aun así, fue el príncipe Sultán quien sugirió que Occidente debería tratar con Sadam cuando los Estados Unidos se preparaban para la guerra.

En el Sahara literario de Jaled, nos topamos, de vez en cuando, con momentos

reveladores: la forma en que los servicios secretos iraquíes se infiltraron en los campos de refugiados de posguerra iraquíes en Arabia Saudí, o el apabullante fallo de Schwarzkopf en Safwan cuando dio a los iraquíes permiso para utilizar el armamento de los helicópteros después del alto al fuego. «No hay ningún problema», les dijo el estadounidense a los asombrados generales iraquíes. «... éste es un aspecto muy importante, y quiero asegurarme de que queda constancia, de que los helicópteros militares pueden volar sobre Iraq...» Gracias, respondieron los iraquíes. Y llevaron a cabo una matanza de chiíes en Basora y de kurdos en el norte.

El buen príncipe cita a Clausewitz, pero tuvo que tomarse unas vacaciones después de la guerra «para recuperar la serenidad tras el estrés de los importantes acontecimientos en los que había participado». A menudo tenía «pesadillas sobre el combate, sobre la muerte... ¿Había hecho un buen trabajo? Dejo esto al juicio de mis coetáneos... y a la historia».

Mientras el príncipe Jaled se recuperaba de la guerra y se preparaba para las vacaciones, los maltrechos supervivientes del ejército iraquí empezaban a llegar con cuentagotas a casa, todavía bajo el feroz ataque de los estadounidenses. Tras el alto al fuego, por ejemplo, la 24.<sup>a</sup> División estadounidense del general Barry McCaffrey protagonizó un asalto de cuatro horas contra los iraquíes en retirada cerca del río Éufrates. Durante la ofensiva destruyeron más de 750 vehículos, incluido un autobús lleno de mujeres y niños, y mataron a miles de soldados. Se escuchó decir a un miembro de la tripulación de un helicóptero Apache gritar «Salud a Alá» cuando lanzaba un misil Hellfire. No murió ni un solo estadounidense<sup>[18]</sup>. Los periodistas de agencia occidentales que se encontraban en Bagdad entrevistaron a los soldados desertores, que describían las tremendas matanzas de las batallas. «Estaba oscuro — le contó un iraquí a la Associated Press—. Pisaba cuerpos<sup>[\*]</sup>, brazos, piernas y cabezas de soldados muertos». Otro describía que «nos llevaron en camiones y coches del ejército desde el campo de batalla, y había muchísimos cadáveres que cubrían la autopista de doce carriles. No nos deteníamos para recoger a los heridos supervivientes. Corríamos para salvar nuestra vida».

En los años venideros conocí a muchos soldados que sobrevivieron a esos terribles últimos días. El teniente Ehsan al Safi era oficial de la 15.<sup>a</sup> Brigada de Ingenieros cuando su amigo y él se encontraron con un ataque aéreo estadounidense en un puente de Kuwait. «Cubiertos de carne» de otros soldados, se tiraron al suelo mientras otros dos iraquíes saltaban para salvar la vida de su vehículo blindado para el transporte de soldados. El estallido de la bomba estadounidense lanzó el vehículo abandonado hacia delante, en dirección al amigo de Al Safi. Cuando logró incorporarse cogió el brazo de su amigo, «pero no había nadie pegado a él». En dos carreteras anchas y paralelas del norte de Kuwait, quemaban vivos a los iraquíes durante los atascos. Muchos de ellos eran reclutas. Algunos supervivientes con los

que hablé procedían de las comunidades kurdas o turcomanas de Iraq, algunos eran armenios, los abuelos de uno de ellos habían muerto en el genocidio de 1915. Un kurdo con el que hablé había soportado una lluvia de fuego en la carretera y escapó para volver a Iraq, pero se encontró sin casa en las montañas del norte cuando el alzamiento kurdo —alentado por los estadounidenses— fue aplastado por Sadam.

El camino a la ruina provocada por Sadam es una carretera de cien kilómetros que va desde Kuwait City hasta la frontera iraquí en Safwan. Es una carretera de horror, destrucción y vergüenza; horror por los cientos de cadáveres mutilados alineados en su recorrido; destrucción por los miles de tanques y vehículos blindados iraquíes que están chamuscados o abandonados allí; vergüenza porque, en su retirada, los soldados de Sadam abarrotaron sus vehículos con lo que saqueaban. Vergüenza, además, porque los castigamos con la aniquilación indiscriminada e innecesaria.

Los muertos están desparramados por el camino a sólo ocho kilómetros de Kuwait City y todavía se les ve cuando uno se aproxima a la frontera iraquí, donde los pozos de petróleo en llamas escupen fuego a chorros al cielo. Es, por supuesto, el horror que primero te golpea. Apenas a 25 kilómetros al norte de la ciudad, el cuerpo de un general iraquí yace asomado a medias de su limusina robada, tiene los labios separados y las manos colgando sobre la carretera. Se ve la insignia de este general en su uniforme manchado. Viajaba en el asiento trasero de un vehículo blindado por la gran ruta. En la carretera, más adelante, hay cadáveres tirados en el asfalto junto a los tanques y los camiones del ejército. Un iraquí había caído sobre la calzada, retorcido, con los brazos a la altura de la cara, y un perfecto bigote bajo la pesada cabeza con la tapa de los sesos saltada.

Sólo cuando llegan los conductores de ambulancia y retiran el cuerpo, nos damos cuenta de que también le falta la pierna izquierda. En un camión que ha recibido un impacto directo desde el cielo, dos soldados carbonizados todavía están sentados en la cabina, con los cráneos mirando hacia delante, hacia la carretera del país al que nunca llegarían. Los civiles kuwaitíes estaban sobre los cuerpos, riendo, sacando fotos de los restos mortales de los iraquíes.

La destrucción «al por mayor» empieza a otros 25 kilómetros de distancia, debajo de un puente de carretera que está a los pies de una colina llamada Mutla. Fue allí, atrapados por el bombardeo de estadounidenses y británicos de la carretera en la cumbre de la colina, donde perecieron iraquíes por centenares, seguramente por millares. Deben de haberse sentido paralizados por el pánico, mientras se agolpaban en sus vehículos, en hileras de veinte y formando una enorme columna de seis kilómetros de longitud, cuando fueron eliminados por los pilotos estadounidenses y británicos. Había tanques y coches de policía robados, artillería, coches de bomberos y limusinas asaltadas, vehículos anfibios, excavadoras y camiones. Perdí la cuenta de los cadáveres amontonados entre los restos carbonizados o tirados boca abajo en la

arena. Por las dimensiones y la humillación, debió de ser como la retirada de Moscú de las tropas napoleónicas. Debe de haber habido dos divisiones al completo esparcidas por la carretera.

El ejército de Napoleón incendió Moscú y el ejército de Sadam intentó incendiar Kuwait, pero los franceses no se hicieron con un botín tan cuantioso. Entre las pistolas y el armamento, encontramos montones de alfombras bordadas, cuentas, collares de perlas, el cargamento de aparatos de aire acondicionado de un camión, camisas de hombres nuevas, zapatos de mujer, perfumes, cojines, juegos infantiles, una pila de ediciones del Corán en tapa dura sobre un montón de relojes robados. Había ordinarias máscaras de gas y botas antigás —los iraquíes se habían preparado para la guerra química— y miles de escopetas, granadas lanzadas por misiles, metralla y bayonetas.

Mi coche pasó por encima de granadas sin utilizar y cañones de escopeta. Descubrí varios tanques y vehículos blindados que debieron de ser abandonados con tanto terror que las llaves estaban puestas, los motores todavía rugían. Encontré uno que estaba cargado con maletas llenas de cerillas, alfombras, batidoras y barras de labios. Hay una caja de música para niños tirada en la arena que todavía toca un conocido villancico. Hay pertrechos iraquíes —espadas, cinturones, boinas y cascos— tirados por todas partes con el nombre de sus dueños impreso en las correas.

Encima de un vehículo blindado, con el motor todavía al ralentí, encontré los cascos del teniente Raba Homeida y el soldado raso Yamal Abdulá. No habían tenido oportunidad de escapar, porque delante de su vehículo había otros tres kilómetros de coches militares iraquíes calcinados, al final de éstos había un escuadrón de soldados estadounidenses de la 2.<sup>a</sup> División Blindada cuyo lema —*Infierno sobre ruedas*— se sumaba de forma apropiada al destino de miles que se encontraban en el macabro atasco de abajo. Ninguna película podría hacer honor a este caos. Era tan surrealista como patético. Sadam Husein lo llamó una «retirada disciplinada».

En torno a la carnicería y el polvo pasaron dos Land Rover británicos del 26.<sup>o</sup> Regimiento de Campo de Artillería Real, una bandera gigante de la Unión ondea sobre los dos. Fueron el sargento de personal Bob Halls y el artillero Barry Baxter quienes nos enseñaron las huellas en la arena que llegaban al monte Muda, e intentaban sortear el camino para evitar las bombas de dispersión y los obuses activos. «Uno no puede imaginarse qué es la guerra hasta que lo ha visto —me dice Baxter—. ¿Por qué ha ocurrido esto? Los soldados de Sadam no destacan por nada, ¿verdad? No querían ir a la guerra. Sólo querían levantar las manos. Son nuestros enemigos, pero no querían estar en la guerra. Da pena verlos».

Sí que daba pena. Los prisioneros que vimos —supervivientes del cuarto ejército más numeroso del mundo— iban sin afeitarse y estaban agotados, los arreaban soldados de las 16.<sup>a</sup> y 15.<sup>a</sup> Divisiones de Lanceros, caminaban con dificultad por el desierto, y tiraban las armas de uso personal en una pila de unos cuatro o cinco metros de alto vigilada por soldados estadounidenses. A lo largo del camino hasta la frontera iraquí,

encontramos los residuos de la retirada iraquí: los tanques y vehículos blindados en la carretera, boca bajo en los arcones, esparcidos por el desierto a ambos lados del camino. Algunos todavía estaban en llamas. Los estadounidenses y los británicos contemplaban todo esto con una mezcla de asombro y alivio.

Los tenientes Andrew Nye y Roy Monk, de la Compañía C del 1.º Batallón del Regimiento de Staffordshire, habían invertido parte de la mañana enterrando a los muertos. Entre las víctimas había mujeres y niños, refugiados iraquíes o kuwaitíes o egipcios que huían del campo de batalla y cayeron abatidos por los últimos ataques aéreos estadounidenses y británicos. El teniente Nye había perdido a uno de sus hombres en el combate. «Ha muerto uno de nuestros chicos —dijo—. Le dieron en el pecho con una granada lanzada con misil después de que algunos iraquíes hubieran sacado la bandera blanca. Puede que algunos iraquíes no supieran que los demás se habían retirado. A esas alturas nos habíamos acostumbrado mucho a los prisioneros, habíamos visto muchos y habíamos escuchado hablar del alto número de prisioneros de guerra por la radio. Hay que verlo para creerlo. Aquí hay bombas trampa, y los iraquíes que murieron en esta carretera estaban destrozando Kuwait City. Pero me estremezco al pensar qué debe de haber sido estar en su posición».

Nos estremecíamos. Imaginar la muerte —el final de la vida— puede hacer que uno lance un grito ahogado por el vacío, por la nada que nos espera. Sin embargo, convertirse en una de esas criaturas calcinadas en el momento de la inmolación, los segundos de dolor indescriptible... eso era, sin duda, demasiado. Aun así, contemplábamos esos rostros carbonizados. Buscaba algo en ellos, supongo, algún terrible misterio que yo no tenía derecho a buscar porque ellos no tenían derecho a revelar.

Mi amigo del Awacs realizó un vuelo de reconocimiento el día después del bombardeo de la carretera de la muerte. «Recuerdo», me escribió seis años después:

lo contentísimo que se puso el informador cuando nos contó que «los aviones JSTAR habían localizado todo un convoy cerca de Safwan y habían llamado al Centro de Mando Aéreo, que llamó a los A-10, que justo habían tenido un día de campo». Al parecer, después de incinerar un par de Bradley de los marines estadounidenses y al menos un vehículo blindado de transporte británico, los pilotos de los A-10 habían mejorado por fin su puntería.

Mucho después descubrimos que incluso los pilotos habían sentido asco —demasiado tarde— al ver el horror que habían provocado. «Baja moral de los pilotos» fue la forma en que lo describieron, y el secretario de Asuntos Exteriores británico lo repitió seis meses después. Sus palabras tienen muchísimo más sentido en la actualidad que entonces, porque sus advertencias —de lo que habría ocurrido si «nosotros» no nos hubiéramos parado en Kuwait, de los peligros que «nos» esperaban si «seguíamos» directamente hacia Bagdad— están directamente relacionadas con el desastre que «nuestros» ejércitos se encuentran ahora en Iraq. Si es posible que los fantasmas del futuro acudieran a rondarnos en el pasado, muchos deben de haber sido los espíritus que retrocedieron para sobrevolar el monte Mutla en

esos días fríos y nublados de 1991. Según dijo Hurd, algunas personas<sup>[\*]</sup>:

alegaban que la coalición debería haber llevado el combate hasta Bagdad para exigir la cabeza de Saddam. De hecho, en cuanto los soldados iraquíes perdieron de forma definitiva su capacidad de defenderse, muchos pilotos se mostraron reacios a seguir luchando... En primer lugar, la coalición limitó de forma explícita sus objetivos a lo indicado en las resoluciones de las Naciones Unidas, que estaba relacionado con la liberación de Kuwait. En segundo lugar, si hubiéramos ido a Bagdad nos habríamos visto obligados a escoger y a mantener un nuevo gobierno iraquí.

Esto, dijo Hurd, habría metido a las «tropas aliadas» en el «laberinto de la política iraquí», y habría puesto es peligro «nuestras» vidas y el respaldo de la opinión pública de la misión.

A última hora de la tarde del 2 de marzo de 1991, mi viejo amigo Alex Thomson de ITV y yo nos dirigimos desde la «carretera de la muerte», hacia el norte por la carretera de Safwan y más allá, hasta un lugar donde los muertos iraquíes yacían en gran número sobre el suelo del desierto. Manadas de perros habían llegado hasta ellos y les arrancaban las extremidades, y les desgarraban la ropa para roer sus estómagos y muslos. Los perros se peleaban entre ellos por ese festín de pesadilla. Algunos ya habían salido corriendo con partes mutiladas de los cuerpos. Un perro tenía un brazo en la boca y corría por la arena con los dedos de una mano muerta colgando entre la porquería. El equipo de Thomson filmó esa obscenidad. Alex, que iba a escribir uno de los estudios más críticos de los medios de comunicación en esa guerra, me miró con frialdad. «Esto no lo emitiremos, claro —dijo—. Es sólo para los archivos».

Así fue. Cuando los periodistas querían filmar la guerra, los irritaban las trabas que les ponían. Sin embargo, cuando la guerra se había acabado oficialmente y se habían levantado las restricciones y podían filmar lo que quisieran, no quisieron enseñar cómo era el conflicto. Me di cuenta de que los muertos iraquíes, los que habían tenido muertes limpias —los que habían muerto de una pieza y habían caído de forma pintoresca, tendidos como guerreros caídos junto al camino— aparecían en las pantallas de televisión, brevemente claro, para simbolizar el «coste humano» de la guerra. Sin embargo, al mundo no se le permitió ver lo que vimos nosotros, las almas quemadas, descuartizadas, las cabezas decapitadas, monstruosas, los animales hurgando entre ellas. De esa forma contribuimos a hacer que la guerra fuera aceptable. Actuamos en complicidad con la guerra, la respaldamos, nos convertimos en parte de ella.

Cuando volvimos a Kuwait de noche, envié mi crónica a *The Independent*, cansado, deprimido y enfadado con mi propia profesión. Para finalizar mi artículo sobre los muertos iraquíes, añadí, casi como una reflexión posterior, dos párrafos sobre los trabajadores inmigrantes egipcios que escapaban del caos huyendo hacia el norte:

Cuando nos acercábamos a la frontera iraquí, los refugiados egipcios empezaron a avanzar de forma desordenada por la carretera, algunos iban encorvados por el peso de las mantas y nos rogaban que les diéramos agua, otros empujaban las únicas pertenencias que les quedaban en oxidados carritos de supermercado, unos pocos pedían cigarrillos. Muchos estaban demasiado cansados para hablar, pues habían caminado noventa y seis kilómetros y medio desde Basora.

«Dispararon a todos los egipcios que estaban en Iraq», dijo uno de ellos, pero no amplió ese escalofriante comentario. Un grupo de soldados estadounidenses dijo que había escuchado que los iraquíes disparaban a los refugiados en la frontera.

Llamé al director de internacional del periódico, una hora después, para preguntar a Harvey Morris si tenía alguna pregunta sobre mi artículo. «Ajá, estaba interesado en los dos últimos párrafos —dijo—. Supongo que te das cuenta de lo que dices, ¿no? El alzamiento ha empezado».

¡Qué típico que yo no hubiera sido capaz de darme cuenta de qué significaba eso! Ahora que la guerra del Golfo había terminado oficialmente, el verdadero baño de sangre estaba a punto de empezar.

## CAPÍTULO 16

### TRAICIÓN

... blandiendo sobre nuestras cabezas las enrojecidas armas,  
clamemos todos: «¡Paz, independencia y libertad!».

SHAKESPEARE, *Julio César*, acto III, escena I

La noche del 24 de febrero de 1991 mientras el equipo de la cadena de televisión Sky y yo nos preparábamos para salir hacia Kuwait desde la ciudad fronteriza saudí de Jafyi, una emisora de radio dirigida por la CIA llamada The Voice of Free Iraq emitió una llamada al pueblo iraquí para que se alzara contra el régimen de Sadam Husein. El mensaje fue explícito: la guerra y la destrucción continuarían a menos que el pueblo iraquí derrocara a su dictador. La radio no decía que el momento de la libertad estaba cerca. Les dijeron a los iraquíes que si querían sobrevivir, debían rebelarse. «Ataquen los cuarteles generales del tirano y salven su patria de la destrucción», decía la emisora. Sin embargo, ninguno de los que escuchaban esa emisora creían que los ejércitos occidentales y árabes vendrían al rescate.

El locutor era Sala Omar al Alí, antiguo miembro del Consejo del Mando Revolucionario de Sadam y del Mando Regional del Partido Baaz Socialista Árabe, expulsado por Sadam en persona en 1972. La radio transmitía desde Arabia Saudí. Y Al Alí fue bastante específico:

Levantaos para salvar la patria de las garras de la dictadura, para evitar los peligros de la continuación de la guerra y la destrucción. Honorables hijos del Tigris y el Éufrates, en estos momentos decisivos de vuestra vida, y mientras os enfrentáis al peligro de la muerte a manos de las fuerzas extranjeras, no tenéis alternativa para sobrevivir y defender vuestra patria, más que poner fin al dictador y su banda criminal<sup>[\*]</sup>.

No había alternativa. No había alternativa si los iraquíes querían sobrevivir. Eso era algo muy crudo, terrorífico. Sadam, dijo Al Alí, era «el tirano criminal de Iraq» que forzaba a los hijos del país a sufrir una matanza porque se había negado a retirarse de Kuwait:

Demostrad a vuestro pueblo y nación que sois hijos leales y honrosos de este generoso país y de esta honrosa nación. Empezad ahora una revolución, antes de que sea demasiado tarde. Él sólo piensa en sí mismo. No le interesan los sufrimientos que habéis tenido que padecer en estos meses de crisis destructiva. Insiste en continuar empujando a sus fieles hijos a la matanza en defensa de su falsa gloria, privilegios y gobierno criminal.

Sadam, según la emisión, ya había sacado a escondidas a su familia y sus riquezas personales de Iraq. «Huiré del campo de batalla cuando esté seguro de que la

catástrofe ha sepultado todas las calles, todas las casas y a todas las familias de Iraq». The Voice of Free Iraq utilizaba las frecuencias de la radio estatal iraquí y la misma música de inicio para sus retransmisiones de noticias. Había iniciado sus retransmisiones en onda corta y media a principios de año, y los iraquíes habían intentado interferir los mensajes heréticos de la emisora casi de inmediato<sup>[\*]</sup>, aunque sólo retransmitía durante un par de horas todas las noches.

Sin embargo, la radio clandestina de la CIA no era la única que retransmitía este peligroso mensaje apocalíptico. Haidar al Assadi, un joven iraquí chií de diecisiete años, escuchó en Basora la llamada a las armas durante la retransmisión en árabe de The Voice of America y esperaba que «los aliados liberen Iraq y nos libren de ese criminal<sup>[\*]</sup>». Se puso un Kaláshnikov en el hombro y caminó por las calles de su ciudad natal, arrancando fotos de Sadam de las paredes. Sólo unos días antes, la casa de Al Assadi había sido destruida cuando un bombardero estadounidense disparó un misil sobre varios edificios de la ciudad, y dejó a su hermano con heridas de metralla en el hombro. No obstante, como muchos otros iraquíes que habían sufrido por los bombardeos aliados, hizo caso al llamamiento estadounidense.

«Me he enrolado porque desde el día de mi nacimiento, las personas de mi entorno han odiado a Sadam. Mis dos tíos estuvieron en la cárcel doce años por decir que la guerra de Irán-Iraq no terminaría sin la muerte de Sadam... Recuerdo que escuché la retransmisión en árabe de The Voice of America que nos decía que el alzamiento era numeroso y nos liberarían». El 6 de marzo, el periodista de *The Independent* Richard Dowden había avanzado por delante del ejército estadounidense y había llegado a la ciudad iraquí de Nasiriya, a 160 kilómetros al noroeste de Basora, que ya se encontraba en manos de los rebeldes iraquíes. Tal como escribió en su extraordinaria crónica:

La revolución, que estalla tras años de gobierno opresivo del Baaz, parece confusa y caótica, consolidada sólo por el odio hacia Sadam Husein de los musulmanes chiíes del sur de Iraq. Se trata, según sus dirigentes, de una revolución nacionalista que tiene el objetivo recuperar el país y derrocar al régimen baazista, pero también tiene unas fuertes connotaciones de fundamentalismo islámico al estilo iraní. El imam Abu, comandante rebelde de esta población, dijo que el régimen sería sustituido por un gobierno de personas que no actuarían a imagen de la democracia occidental ni de la revolución iraní, sino que seguirían su propia vía. No sería ni suní ni chií, sino para todos los iraquíes.

Donde habían arrancado la cara de los retratos de Sadam, Dowden descubrió pósteres del ayatolá Jomeini y de un importante clérigo chií. Aunque también se difundía un anuncio impreso del «comité revolucionario» de Nasiriya, donde se exponía que los objetivos del nuevo gobierno:

eran acabar con la guerra, acabar con el sistema baazista y establecer un nuevo gobierno basado en la democracia y el nacionalismo. Obligaba a los miembros del Baaz a unirse a ese nuevo gobierno pese a lo que le habían hecho a Iraq. Sin embargo, según los dirigentes revolucionarios, el gobernador de la ciudad, Taha Yasin Husein, y otro de los personajes dirigentes del Baaz local ya han sido ejecutados. Ésta parece una revolución de los pobres. Todos sus dirigentes iban vestidos con dejadez con kefias y chilabas sucias; iban sin afeitarse y siempre estaban discutiendo...

Con todo, Dowden había sido recibido por otra «carretera de la muerte» cuando se acercaba a Nasiriya, donde el camino estaba:

cubierto de vehículos militares destrozados, muchos de ellos con cuerpos en descomposición colgando o tendidos en el suelo. A la entrada del pueblo, junto al control de carretera de los rebeldes (que consiste en una silla, una mesa, dos neumáticos y una caja de bombas de dispersión) hay dos camiones grandes. Dentro de cada uno están los cadáveres de 100 soldados iraquíes. Hace cuatro días, estos camiones de carne congelada llevaban los cuerpos de soldados caídos en el frente y nos contaron que sus conductores se negaron a parar en el control. Los rebeldes dispararon a los conductores cuando huían. Nadie ha tocado los cuerpos desde entonces.

Sin embargo, Dowden finalizaba su crónica con un comentario inquietante del líder de los rebeldes locales, el imam Abu:

Los estadounidenses no nos ayudan. Nos detienen en la carretera y nos confiscan las armas. Son ellos los que ayudaron a subir a Sadam al poder, luego acabaron con él; ahora la guerra se ha terminado y volverán a apoyarlo.

En los años siguientes, los dirigentes estadounidenses y británicos negarían su responsabilidad en el multitudinario levantamiento iraquí que alentaron. En el norte de Iraq, decenas de miles de kurdos ya se habían sublevado contra sus opresores y —olvidando las traiciones de los estadounidenses— esperaban con ansia la ayuda de los aliados. La primera reacción del primer ministro británico John Major fue sarcástica. «No recuerdo haber pedido a los kurdos que montaran esta revolución en particular», comentó con altanería. En los primeros días de la revolución de Kuwait, los hombres que afirmaban haber librado una guerra «justa» se salieron con la suya. El alivio que sentía Occidente era tan grande, por el hecho de que hubieran muerto tan pocos estadounidenses y británicos en el conflicto que, en apariencia, había terminado, tan grandes eran los fuegos en los yacimientos petrolíferos —aunque ardían a temperaturas incluso superiores en el sur de Iraq, donde los B-52 estadounidenses habían prendido sus pozos— que los terroríficos acontecimientos al norte de las líneas estadounidenses, al principio, pasaron casi desapercibidos.

La guerra genera un agotamiento peculiar. Todos sufríamos ese agotamiento bajo las enormes nubes de petróleo en llamas que convertían el día en noche, que encapotaban vastas zonas de Kuwait e Iraq. Los soldados occidentales y árabes, iraquíes que huían, kuwaitíes liberados, palestinos asustados, prisioneros iraquíes y también periodistas, nos movíamos bajo un manto de penumbra y fatiga. Al subir penosamente los catorce pisos por la escalera de incendios del hotel Meridien de Kuwait, los periodistas que podrían haber estado avanzando hacia el norte se tambaleaban bajo una carga de líneas telefónicas fuera de servicio, un inmenso agotamiento y datos numéricos. Las cifras nos llegaban como cañonazos. El 27 de febrero, el general Schwarzkopf anunció que «estábamos a 241 kilómetros de Bagdad, y que no había nada entre nosotros y la capital iraquí» y que su ejército había capturado y destruido 3000 tanques, 1857 vehículos blindados y 2140 piezas de

artillería iraquíes. Más de 50 000 iraquíes habían sido hechos prisioneros. Las cifras militares británicas calculaban que el número de prisioneros era 175 000 y sugería que hasta 4000 tanques iraquíes podrían haber sido destruidos en la liberación y el bombardeo aéreo del trigésimo octavo día que la había precedido.

Nadie se preguntaba cómo podía haber conseguido Schwarzkopf unas cifras tan precisas menos de veinticuatro horas después de que el presidente Bush hubiera anunciado la liberación de Kuwait. El 30 de enero había anunciado que las treinta localizaciones de misiles Scud de Iraq habían sido destruidas en «casi 1500 misiones de combate», mientras que el 14 de febrero, el teniente general estadounidense Tom Nelly dijo que en treinta días de bombardeos habían destruido unos 1300 «de los 4280 tanques iraquíes en el interior y los alrededores de Kuwait» y que alrededor de otros 500 habían quedado gravemente dañados. Sólo el ojo escéptico se fijaría en un artículo de Reuters del 27 de febrero, donde se citaba al capitán británico Simon Oliver, de la Guardia de los Dragones Escoceses, que decía que los mejores soldados de la Guardia Republicana de Sadam, todavía equipados con sus tanques T-72, habían escapado de las fuerzas aliadas al sur de Basora. «Hemos visto huellas de tanques en dirección norte, y los Guardias Republicanos pueden haberse retirado», declaró el capitán. Los periodistas deberían haber adivinado que los militares ya lo debían saber: que los Guardias Republicanos tenían otro asunto mucho más apremiante en el sur de Iraq.

Los estadounidenses fueron bastante específicos con sus bajas: 148 estadounidenses muertos. No daban tantas explicaciones sobre las bajas iraquíes. El 14 de febrero, Kelly dijo que pensaba que «la cifra es muy elevada por el bombardeo constante». El 28 de febrero, los saudíes hablaban de unos 100 000 muertos iraquíes, mientras que un antiguo analista militar francés, el coronel Jean-Louis Dufour, calculaba que los muertos iraquíes ascendían a 15.000<sup>[\*]</sup>. Schwarzkopf habló sólo de «una cifra muy, muy alta». El 19 de febrero, Saadun Hamadi, el antiguo viceministro de Defensa iraquí, había afirmado que 26 000 iraquíes —civiles y militares—<sup>[\*]</sup> habían muerto en 65 000 misiones de combate aéreo. Cuando una fuente del Pentágono declaró a *Newsday*, casi seis meses después de la liberación de Kuwait, que 8000 soldados iraquíes habían sido enterrados vivos en sus trincheras por las excavadoras y arados montados sobre los tanques de la división de infantería motorizada estadounidense<sup>[\*]</sup>, el breve momento de compasión que esto generó seguramente tuvo más que ver con la conciencia culpable por la pasividad occidental para con los insurgentes iraquíes que con la enorme pérdida de vidas humanas que representaba<sup>[1]</sup>.

Hasta más adelante no conocimos verdades menos heroicas sobre la liberación de Kuwait. Resultó que los estadounidenses lanzaron el mismo número de toneladas de bombas al día que las lanzadas sobre Alemania y Japón durante la Segunda Guerra Mundial<sup>[\*]</sup>. De los 148 soldados estadounidenses muertos, 35 —casi un cuarto del total— habían perdido la vida por «fuego amigo» de otros soldados

estadounidenses<sup>[2][\*]</sup>. La imparcial Oficina General de Contabilidad de los Estados Unidos afirmaría más adelante que el Pentágono y sus contratistas militares presentaron reclamaciones por la precisión de sus aviones de combate Stealth<sup>[\*]</sup>, sus misiles de crucero Tomahawk y las «bombas inteligentes» guiadas por láser. Se dijo que estas reclamaciones eran «exageradas, engañosas e incoherentes comparadas con los mejores datos disponibles o bien no podían verificarse». Estos Stealth supuestamente «invisibles» consiguieron un éxito menor al 40 por ciento en los bombardeos, mientras que sólo el 8 por ciento del tonelaje de bombas lanzado sobre objetivos iraquíes eran armas «inteligentes» o guiadas. El misil antimisil Patriot, del que se hizo tanta publicidad, según dijo la Oficina General de Contabilidad, destruyó sólo el 40 por ciento de los misiles Scud que tenían como objetivo Israel y el 70 por ciento de los que dispararon contra Arabia Saudí. De hecho, tal como revelaría Seymour Hersh<sup>[\*]</sup>, esa bendición para el periodismo, la fuerza aérea israelí afirmó en un informe que «no hay pruebas claras de ninguna interceptación realizada con éxito» de un Scud iraquí gracias a un Patriot sobre Israel.

En la ciudad de Kuwait, nosotros los periodistas nos sentíamos abrumados por las historias de pérdida kuwaití y la feroz venganza de los palestinos, un fenómeno que los estadounidenses se limitaban a ignorar. Sólo una semana después de la liberación, había partes de la ciudad que recordaban a la anarquía en tiempos de guerra en Beirut: con francotiradores controlando las calles y palestinos a los que kuwaitíes armados habían secuestrado tras sacarlos de sus casas. Los embajadores occidentales y las organizaciones de ayuda rogaban a los pocos ministros kuwaitíes que habían regresado —el emir y su familia inmediata todavía no se habían dignado a volver— que restauraran la ley y el orden antes de que perdieran el control de la capital.

Con todo, el ejército kuwaití parecía dispuesto a tomar represalias contra la comunidad palestina, pues algunos de sus miembros habían colaborado, sin duda, con los ocupantes iraquíes. Se dijo que secuestraron hasta 400 jóvenes palestinos en sus casas durante los primeros días de marzo. Cuando Colin Smith de *The Observer* y yo fuimos en coche hasta Hawali, un barrio de las afueras de Kuwait City —hogar de decenas de miles de palestinos— la mañana del 3 de marzo, encontramos soldados kuwaitíes conduciendo doce vehículos blindados por las calles, disparando al aire, ordenando que las tiendas cerraran y golpeando a los civiles palestinos que caían en sus manos. De forma increíble —o eso nos pareció—, los soldados de las Fuerzas Especiales estadounidenses que estaban allí no hacían nada por detener esa brutalidad. En lugar de eso, insultaban a gritos a los periodistas que les preguntaban por qué no intervenían.

Cuando tres soldados kuwaitíes armados empezaron a golpear a un chico palestino que iba en bicicleta por Hawali, Smith y yo nos vimos obligados a intervenir. Apartamos a los kuwaitíes del chico y les ordenamos que bajaran los rifles. El hecho de que Smith y yo todavía lleváramos las casacas de camuflaje con las que nos habíamos colado en Kuwait debe de haber convencido a los kuwaitíes de que

éramos personal aliado, y dejaron ir al chico. Sin embargo, cuando pedíamos a gritos ayuda a los soldados de las Fuerzas Especiales estadounidenses, o se quedaban mirándonos o se reían de nosotros. Cuando le pregunté a un miembro de las Fuerzas Especiales, un capitán, por qué no acudían en nuestra ayuda, él respondió: «¿Os lo pasáis bien? No os queremos tener por aquí con vuestros rumores. Esto es la ley marcial, tío. Vosotros sois unos bocazas. ¡Que os den por culo!». Smith y yo apuntamos la matrícula del vehículo estadounidense —IS055A—, y más adelante visité la embajada estadounidense reabierta para contar lo que habíamos visto. Por casualidad, la BBC había grabado el incidente. Pasados unos minutos, salió un funcionario estadounidense con Fred Cuny, uno de los más valientes oficiales de los años de posguerra. Sin embargo el oficial estadounidense parecía poco interesado en lo que tenía que decirle. «¿Han visto alguna señal de terroristas palestinos en esas calles?», quiso saber.

Así que ya estábamos otra vez, le conté más tarde a Smith. Los palestinos son terroristas, terroristas, terroristas. Los estadounidenses estaban más preocupados por los «terroristas» que por la ley y el orden<sup>[3]</sup>. Los dos hombres confirmaron el número de matrícula del Humvee de las Fuerzas Especiales y dijeron que «se encargarían de la cuestión». El soldado admitió que «estábamos teniendo problemas en toda la ciudad; unos hombres armados habían amenazado a uno de nuestros coroneles. Las cosas se están descontrolando totalmente. ¿Han retransmitido esa filmación de la BBC?». Cuny, un heroico hombre alto y con una creciente calvicie, que adquiriría una fama legendaria por su generoso trabajo con los refugiados del Kurdistán y Sarajevo —y en Chechenia, donde acabó perdiendo la vida—, parecía más interesado en evitar que la BBC retransmitiera la cinta que en convencer a los soldados estadounidenses de que actuaran con disciplina. «Creí que habíamos evitado que emitieran la grabación», dijo, y dio la impresión de estar molesto por haber fracasado.

En sí mismo, el incidente fue nimio. Comparada con los crímenes cometidos por los iraquíes en las últimas semanas —por no hablar del alzamiento que se abrió paso de forma devastadora en Iraq—, la dolorosa experiencia de ese joven era insignificante. Sin embargo, era el símbolo de la turbadora reacción de los soldados estadounidenses en el período posterior a la liberación. Semanas después, Cuny me contó que había redactado un informe sobre el incidente y que el maltratador equipo de las Fuerzas Especiales había vuelto a los Estados Unidos pocos días más tarde. Sin embargo, los habían sometido a disciplina no por haber permitido que golpearan al muchacho palestino delante de sus narices. Los enviaron a casa porque habían entregado «un informe incompleto». El oficial de las Fuerzas Especiales había informado a sus superiores de un «enfrentamiento» con los periodistas; pero había decidido no mencionar el motivo de ese «enfrentamiento»: su negación de ayuda al chico palestino.

Lo que ocurriría después fue mucho peor. Los escuadrones de la muerte merodeaban por las calles de Kuwait, y el cabecilla de uno de ellos era hijo y sobrino

de un anciano príncipe kuwaití. Los dirigentes del gobierno estadounidense celebraron una reunión secreta con el príncipe a finales de marzo de 1991 y, después de escuchar sus indignas negaciones, le entregaron una lista de nombres, fechas y otros detalles sobre los escuadrones de la muerte. Cuny fue trasladado a los campos del Kurdistán en el norte de Iraq para enfrentarse a la marea de refugiados kurdos que huían de la venganza de Sadam. Fue Cuny quien me descubrió, a finales de abril, que un equipo de incógnito de las Fuerzas Especiales estadounidenses y oficiales reservistas con entrenamiento especializado —incluidos un juez federal estadounidense y un abogado del distrito de Filadelfia— habían llevado a cabo la misión de hacer un seguimiento del destino de cientos de palestinos desaparecidos en Kuwait. El Departamento de Estado, según Cuny, sabía mucho antes de la liberación que las autoridades kuwaitíes habían ideado planes secretos para deportar a la comunidad palestina a Iraq. Lo harían con autobuses pintados con el logotipo de la organización de ayuda humanitaria la Media Luna Roja. Otro plan que llegó a oídos de los estadounidenses fue que los kuwaitíes ejecutarían a un gran número de palestinos para «intentar provocar una huida masiva de la comunidad y provocar así el éxodo». Se trataba de una variación del método utilizado por Israel para despoblar el oeste de Palestina en 1948, aunque los estadounidenses no hicieron esta observación.

Cuny admitió que «al principio, las cosas no iban bien en Kuwait. Nuestra gente en tierra no entendía cuál era su papel. Algunos de nuestros oficiales de alto rango no informaban con exactitud de lo que ocurría. Descubrimos que nuestros oficiales de las Fuerzas Especiales destinados a las comisarías de policía de Kuwait sabían que se estaba torturando a los prisioneros, pero no podían probarlo. Había algunos oficiales estadounidenses que habían escuchado a alguien gritar, pero no podían afirmar si estaban torturando a ese hombre, porque no lo estaban presenciando. Así que no nos informaban». Informé de todo ello, punto por punto, en *The Independent*<sup>[\*]</sup>. Sin embargo, el justificar la pasividad de los estadounidenses que escuchaban los gritos de tortura y que, pese a ello, no podían informar de esas torturas porque no las veían con sus propios ojos era algo extravagante, casi iraquí.

Sin embargo, el secuestro de palestinos ya estaba produciéndose<sup>[4]</sup>, y, al final, el gobierno kuwaití se salió con la suya. En cuestión de meses deportó a más de 200 000 palestinos. Otros les seguirían más tarde. La única diferencia era que muchos de ellos viajaron al norte, hacia Iraq, en autobuses de la Cruz Roja que de verdad había fletado dicha organización humanitaria. No eran los autobuses con la falsa insignia de la Media Luna Roja. La misma resistencia kuwaití reconoció que el 5 por ciento de sus compañeros de armas en el enfrentamiento contra los iraquíes eran palestinos, pero que esto no los salvó.

Con todo, la experiencia de esos mismos kuwaitíes era tan terrible que otros crímenes se perdían en nuestros hastiados artículos. En el momento de la liberación, la resistencia ya había compuesto una lista de mártires, entre los que se incluían tanto

hombres como mujeres, algunos de los cuales —detenidos en las últimas horas de la ocupación iraquí— sufrieron terribles destinos. Abu Sami, Abu Ahmed y Abu Saad se encontraban entre ellos. «Los iraquíes sabían quiénes eran —me contó un miembro de la resistencia kuwaití en el suburbio de Qurain—. Habían estado vigilándolos durante muchos días y al final decidieron cogerlos». Dos de sus camaradas de Qurain eran mujeres cuyo destino fue el mismo. «Les perforaron la cabeza con taladros —dijo el hombre de la resistencia, Tariq Ahmed—. Después vimos los cuerpos. Así las asesinaron». Descripciones tan estremecedoras podrían ser despreciadas como exageraciones si no fuera porque algunos de los cuerpos aparecieron más adelante en hospitales kuwaitíes. Se descubrió que al menos tres de ellos tenían agujeros de taladro en los brazos y las piernas, los habían crucificado de forma mecánica.

Estos hechos, cuando menos, deberían habernos proporcionado una imagen terrorífica del tratamiento que el gobierno iraquí dispensaba a los rebeldes iraquíes que, de forma imprudente, respondieron a la llamada a la insurrección de los Estados Unidos. Primero se sublevaron en el norte y luego cayeron en manos de los hombres de seguridad de Sadam. Sin embargo, los periodistas de Kuwait, entre los que me incluyo, estaban obsesionados con el alcance de la derrota del ejército iraquí en Kuwait más que con su terrible reencarnación en el interior de Iraq. En los primeros días de la liberación, crucé en coche la frontera kuwaití con Lara Marlowe de la revista *Time*. Todavía no se veía gran cosa de los terribles acontecimientos que tenían lugar más allá de las líneas estadounidenses; sólo el sonido lejano de los disparos allá en el norte, y un oficial del ejército estadounidense que hablaba de hombres que llegaban a su control de carretera y suplicaban que les dieran armas. Tenían que decirles que no.

En la carretera iraquí al norte de Safwan, un joven de color, miembro de la tripulación de un tanque de la 1.<sup>a</sup> División Acorazada estadounidense me ofreció una Pepsi fría. Abrams y yo nos sentamos juntos encima de su tanque, y miramos hacia el norte, a las grises y apagadas tierras yermas al sur de Iraq. El tanque estaba estacionado en la intersección de una autopista, con la forma perfecta de hoja de trébol, cuyo pavimento de seis carriles presentaba un aspecto peligrosamente normal: un trozo trasplantado de Europa o los Estados Unidos en medio de los escombros de la guerra, una ilusión subrayada por las mesas de cemento para picnic colocadas a intervalos regulares a lo largo del camino. El ambiente era frío y húmedo, y podíamos oír el rugido de los fuegos de petróleo, cuyas nubes se acumulaban y ascendían hasta el desolado cielo. «Piense en ello —dijo el tanquista después de un rato—. A esto lo llaman la cuna de la civilización». Y, por supuesto que tenía razón. Al este de donde nos encontrábamos estaba el gran zigurat de Ur, la ciudad sumeria de 4000 años de antigüedad de Mesopotamia y el lugar de nacimiento de Abraham según la Biblia. Un oficial de artillería con ojos de lince había impedido que la tripulación de un tanque disparara al monumental emplazamiento cuando vio la inscripción «ruinas históricas» en una esquina de su mapa. Hacia el norte, en dirección a Bagdad, se encuentran

Babilonia y Nínive, y los grandes ríos Tigris y Éufrates, así como los templos chiíes de Nayaf y Kerbala.

Desde el norte, tres soldados iraquíes con las boinas rojas de los Guardias Republicanos de Sadam Husein avanzaban con cautela hacia donde nos encontrábamos Lara y yo. Iban desarmados y se movían con los brazos apartados de los costados, con esos «andares de pingüino» que todos adoptábamos cuando queríamos demostrar que éramos inofensivos. Nos pidieron cigarrillos. Les dimos un par de Marlboro mientras el soldado estadounidense, nos observaba desde el tanque. Luego, el más alto de los tres hombres señaló un camión del ejército iraquí abandonado en un descampado en dirección norte de la autopista. ¿Les dábamos permiso para llevárselo? Claro, dijimos, pero teníamos que confirmarlo con los estadounidenses. Preguntamos si había algún problema en que esos chicos recuperaran el camión. El soldado del tanque levantó el dedo pulgar para decirnos que no había problema. «Los han derrotado, pueden llevarse su mierda», dijo. Hubo más cigarrillos y, después, los tres iraquíes caminaron con decisión hacia el camión militar de fabricación rusa, encendieron el motor y salieron dando tumbos por el suelo del desierto en dirección hacia el norte. Sólo más adelante nos preguntamos por qué habían ido a buscar el camión. Entre toda esa destrucción, ¿por qué les importaba un camión abandonado? ¿Para qué quería ahora la Guardia Republicana esas cosas?

Al día siguiente lo entendí. Cuando volvimos a Safwan, la intersección en forma de hoja de trébol vacía había pasado de ser normal como en Occidente a ser terrible como en Oriente; en dirección a nosotros, por la autopista, venían los malditos. Algunos eran soldados iraquíes, otros mujeres asustadas, muchos estaban heridos. A nuestro alrededor avanzaba una masa de personajes apiñados, que caminaban arrastrando los pies, muchos lloraban, otros se tiraban a los arcenes de la autopista para dormir. Cientos de kuwaitíes secuestrados en las últimas horas de la ocupación, pero vueltos a liberar por los insurgentes de Basora, estaban ahora en la carretera con historias terribles sobre hospitales repletos de muertos y moribundos. Uno de ellos era un farmacéutico y antiguo diputado kuwaití llamado Ahmed Baktiar. Lo habían llevado al hospital de Basora para ayudar a los hombres y mujeres heridos que se apilaban en los suelos, dijo: «Un hombre joven murió delante de mí. Los tanques llegaban y disparaban en las casas de todas las calles, y las dejaban reducidas a cenizas. Hay muchas personas muriendo de una extraña enfermedad. Algunos creen que es por beber el agua que está en la calle, que está contaminada. Otros dicen que es porque el agua de Basora tiene petróleo por el humo que hay sobre la ciudad<sup>[5]</sup>».

Mientras tanto, la marea de personas enfermas, muertas de hambre y de miedo pasaba arrastrando los pies delante de nosotros. Algunos llegaban en carros tirados a mano, ancianos y bebés cubiertos con mugrientas mantas, y yo pensé en los carromatos medievales que iban de casa en casa recogiendo a los muertos cuando la Peste Negra azotó Europa. Algunas de esas personas que iban en los carros sí estaban muertas. Había dos equipos de televisión que enfocaban sus cámaras en primer plano

a los rostros de los refugiados, ahora me doy cuenta, al fin, de que sus rostros no reaccionaban ante la presencia de las cámaras. Era como si todas las caras estuvieran muertas.

Dos funcionarios de la embajada estadounidense estaban de pie junto a una ranchera al lado de un oficial estadounidense de alto rango. «No podemos dejar que todos pasen por aquí —dijo uno de los hombres de la embajada al sargento Nolde, de la 1.ª División Acorazada—. No pueden cruzar la frontera. No tenemos instalaciones para ocuparnos de esto. Tienen que volver». Me fijé en que Cuny estaba junto a los hombres de la embajada, escuchando en silencio. «Miren, tienen que impedir que sigan pasando por esta carretera —estaba diciendo el hombre de la embajada—. Es trágico, ya lo sé, pero sencillamente no tenemos instalaciones para ellos». Cuny preguntó si no se podían levantar más tiendas para los primeros auxilios de los refugiados, y el hombre de la embajada soltó un suspiro. Se suponía que no tenía que ser así. La liberación, una victoria limpia... y ahora este desastre. Y por televisión. Su problema era evidente. «Tiene que detenerlos, sargento —repetía el hombre de la embajada. El oficial se unió a la petición—. Los agentes iraquíes podrían volver a infiltrarse en Kuwait entre los refugiados».

Sin embargo, de repente, allí, en esa fría, húmeda e infernal carretera, toda la luz del sol de lo mejor de los Estados Unidos —toda la esperanza y la compasión y la humanidad que a los estadounidenses les gusta pensar que tienen— brilló de pronto entre nosotros. Porque el joven y cansado sargento de la 1.ª División Acorazada se volvió enfadado hacia el hombre de la embajada estadounidense. «Lo siento, señor. Pero si me va a dar la orden de que detenga a estas personas, no podré cumplirla. Llegan aquí suplicando, mujeres ancianas llorando, niños enfermos, chicos rogando que les demos comida. Ya les hemos dado casi todas nuestras raciones. Pero tengo que decirle, señor, que si me da la orden de detenerlos, no lo haré». Me di cuenta de que el hombre de la embajada hacía una mueca de dolor. Primero estaban esos molestos individuos en la carretera, luego las cámaras de televisión, y ahora un soldado que no quería obedecer sus órdenes. Sin embargo, el sargento Nolde le dio la espalda al diplomático y se acercó hacia una cola de coches de refugiados. «Decid a esta gente que aparquen en el arcén, por allí —gritó a los soldados del puesto de control—. Pero decidles que tengan paciencia, que intentaremos ocuparnos de ellos. No los hagáis volver».

En torno a Nolde, dos familias iraquíes muertas de hambre, las mujeres con mugrientos chadores negros, los niños descalzos, los hombres con caras de aturdimiento, estaban sentadas en el suelo. Abrían a tirones y con las uñas los paquetes de raciones del ejército estadounidense, engullían los pedazos fríos de carne, y se echaban a la boca los paquetes de salsa. En la arena, los soldados de Nolde ya habían ayudado a instalar a una mujer iraquí y a los cinco niños que iban con ella. Su historia era sencilla y terrible. Su padre había muerto ejecutado por negarse a entrar en la Guardia Republicana, después habían violado a la madre. La tía de los niños los

llevaba hacia el sur, en dirección a las líneas estadounidenses, y allí estaban todos ahora, metidos en un antiguo cobertizo de electricidad abandonado. Los estadounidenses estaban dándoles de comer y habían encontrado unos cachorros de perrito y un burro pequeño de cara amable que habían regalado a los mugrientos niños.

Una hilera de coches abollados avanzaba a velocidad constante hacia la posición de Nolde, eran vehículos llenos de civiles asustados. Muchos llevaban días sin comer. Los hombres estaban sin afeitarse, las mujeres lloraban, los niños se habían orinado en el coche durante el largo viaje por el devastado Iraq. Familias enteras lloraban por parientes civiles muertos en el ataque aéreo de los aliados. Su convoy apestaba. Una mujer que gritaba asomó a una niña pequeña por la ventanilla de un viejo Mercedes negro. El cuerpo de la niña se retorció de forma grotesca, las convulsiones estaban a punto de matarla.

Eso no era exactamente en lo que habían pensado los generales de Riad cuando anunciaron sus días de «preparación en el campo de batalla» y «destrucción de las comunicaciones». Nolde ordenó a uno de sus hombres que recorriera la cola de coches. «¿Dónde está el coche con la niña enferma?», iba gritando el soldado en inglés, hasta que alguien tradujo la pregunta al árabe. Se oyó un grito desde el Mercedes. «Traigan un médico, deprisa», ordenó el soldado. Llegaron dos estadounidenses más, un soldado corpulento y de color que cogió a la niña en brazos y le tocó la frente. «Oh, Dios mío, le está dando un síncope —dijo—. Avise al hospital de campaña de que vamos para allá con ella».

Sacaron del coche a la niña con el ataque y a su afligida madre. Nolde llegó para ordenar que el vehículo saliera de la cola. «Dígale al resto de la familia que necesitamos registrar su vehículo para que puedan irse y que esperen junto al camión de la Cruz Roja», dijo. Nolde y sus doce soldados de la 1.<sup>a</sup> División Acorazada entregaron más de sus propias raciones. No hubo medallas por realizar esos actos.

Y por una buena razón. Pues se hacía evidente el conflicto de intereses. Ese es el motivo por el que el oficial estadounidense y los diplomáticos habían llegado a inspeccionar el puesto de Nolde. Su nuevo, retornado y «legítimo» gobierno de Kuwait —en cuyo nombre, los estadounidenses habían entrado en guerra— no deseaba ver cómo se les daba cobijo a esos refugiados en Kuwait. El oficial incluso le susurró al oído a Nolde esta reveladora frase: «El otro día, un soldado iraquí se entregó cerca de aquí, y un soldado kuwaití se lo llevó a un lado, le pegó un tiro en la cabeza y lo tiró a una zanja. Si deja que esta gente pase por Safwan, corren ese riesgo». Nolde miró al oficial con desprecio. Debe de haber sabido perfectamente qué estaba ocurriendo. Estaba ordenándole que enviara a esas personas de vuelta a su muerte, no por «falta de instalaciones» ni por la «infiltración de iraquíes», sino porque los kuwaitíes no los querían llenando su recién liberado y valioso emirato. Y Nolde se negó.

No hubo muchos buenos momentos en esa guerra —ni en ninguna otra—, pero

aquí, sólo por un instante, escuchamos el batir de las alas de un ángel: era el espíritu de Raoul Wallenberg en las vías del tren de Budapest, repartiendo pasaportes suecos a los judíos condenados de Hungría. Pero, no, esto no era la Segunda Guerra Mundial. Acabemos con esos paralelismos obscenos. Sin embargo, esos iraquíes morirían si los obligaban a volver, y el sargento había desobedecido una orden, de modo que vivirían. Al igual que un joven oficial del Somme setenta y tres años antes, se había negado a ejecutar a otro soldado. El sargento estadounidense se había negado a obedecer. Me pregunto si los señores Bush, Cheney y Schwarzkopf habrían demostrado un valor tal en esa misma situación.

En Basora, el corresponsal de *The Independent*, Kart Waldron —que se aferró a su misión hasta el último momento de la huida del 6 de marzo—, describió en esa época los resultados de esa traición con una simplicidad aterradora:

Eran casi las 3 de la madrugada. Los T-72 de la unidad Medina de la Guardia Republicana desplegados desde el centro de Basora, se abrían paso sobre las barricadas por calles estrechas... Pequeños nidos de resistencia, sobre todo grupos de chiíes como los «Hermanos de Atiq» —los liberados— mantuvieron el fuego hasta que la infantería de armamento pesado los obligaba a retirarse... en la calle Nassr, los últimos miembros de un cuadro, que el día anterior habían lucido su uniforme con orgullo, con pañuelos rojos atados a las mangas y en la cabeza, pues era la imagen universal de la revolución, iban ahora de paisano... Había mucha munición, pero no era del calibre correcto para sus fusiles soviéticos; lo único útil eran los cargadores de los centinelas que vigilaban el avance de la Guardia. El chirrido del paso de los tanques... indicaba que estaban acercándose y el grupo se retrasaba. Su número se reducía a medida que los hombres desaparecían de noche con sus valiosas cargas. Mientras nos dirigíamos al sur, con la esperanza de que las vallas que protegían los bloques de edificios fueran bajas, se oía el ruido de otros vehículos, esta vez por delante de nosotros...

Los refugiados que avanzaban en dirección a Safwan contaron con horrible detallismo lo que había ocurrido detrás de esos tanques iraquíes<sup>[\*]</sup>. Habían visto a rebeldes colgados de los cañones de los tanques, tanques pasando por encima de cadáveres. Algunos dijeron que los dirigentes del partido Baaz participaron en el linchamiento multitudinario de civiles. Los soldados iraquíes que se habían topado con los insurgentes morían en la horca, con el cuerpo acribillado a balazos.

En Basora, Haidar al Assadi, el chico de diecisiete años que había escuchado *The Voice of America* llamando a los iraquíes a levantarse contra Sadam, ahora huía de la ciudad en dirección al Shatt al Arab y el dudoso refugio de Irán<sup>[6]</sup>. Muchos de los rebeldes supervivientes hicieron lo mismo, junto con Waldron:

Estaba claro que la única forma de salir era volver por el [río], algo difícil por los últimos coletazos de los ataques aéreos de los aliados. Esperábamos que no acudieran los tanques, rezábamos porque los iraníes que iban en el barco al otro lado del río no hubieran perdido la calma. Cuando al final encontramos el bote, había otros dos hombres que regresaban a Junishar. Un hombre de casi treinta años, el otro era un poco mayor, estaban sentados temblando en la proa del pequeño barco, se protegían del viento y la lluvia con la lona de una caja de pescado. Cuando se recuperaron, su sonsonete de repulsa se convirtió en un torrente: Sadam, Bush, Fahd, Mitterrand formaban una alianza pecaminosa en el flujo de insultos. «¿Por qué vinieron? ¿Por qué los dejaron venir?», preguntaba el hombre más joven. Dijo que los grupos de resistencia habían escuchado hablar de la liberación de Kuwait, y habían esperado el apoyo de los aliados o, al menos, que los soldados aliados prohibieran que los iraquíes desplegaran su armamento pesado en la provincia de Basora, gran parte de la cual debe de haber sido divisada por los satélites estadounidenses y debe de haber entrado en el radio de actuación de las armas aliadas. El espectro de los aliados que habían ganado su guerra y que ahora temían la aparición de

un bloque chií en el norte del Golfo, que abandonaban al pueblo de Basora, no desaparecería jamás. Lo que era incluso peor, los aliados toleraban y alentaban la supervivencia del régimen de Sadam.

Los chiíes iraquíes tenían razón. «Mejor el Sadam Husein que conocemos que una coalición débil y poco flexible, o un nuevo hombre fuerte al que no conocemos», declaró más adelante un diplomático estadounidense. Los que sobrevivieron a la furia de Sadam se arrastraron medio inconscientes hasta los puestos de control estadounidenses en Iraq con más relatos de ejecuciones multitudinarias; 4000 diarias, dijeron, sobre todo en las pequeñas ciudades chiíes al noroeste de Basora o en el sur de Bagdad, donde la población no tenía oportunidad de huir a Irán. En muchos casos, las pruebas de sus declaraciones —que eran todas reales— no aparecieron hasta doce años más tarde. Hasta el 2003, por ejemplo, no descubrí lo que ocurrió en la ciudad de Musayeb cuando al fin —después de la ocupación angloestadounidense—, empezaron a abrirse las fosas comunes.

Cada fosa común genera una porción adicional de perversidad, un diminuto incremento de la crueldad. En el desierto gris metálico al oeste del Tigris, había una vara de acero que brillaba en medio de una pila de huesos marrones y un retal de tela barata que simbolizaba el mandato de Sadam: una prótesis de cadera. Un enterrador apartó con amabilidad la pierna en descomposición del cadáver que estaba allí al lado; se oyó un lúgubre sonido hueco. El hombre asesinado tenía una pata de palo. El día de su muerte, esos cadáveres eran pacientes de un hospital.

El cuerpo número 73 —los enterradores los numeran según el orden cronológico de su descubrimiento— todavía tiene la etiqueta de identificación del hospital atada a un hueso. Si tenían documentos de identidad —y, al parecer, los ejecutores de Sadam no se preocupaban mucho por estas cuestiones—, escribían su nombre con lápices de colores sobre las mortajas blancas en las que están envueltos sus restos. De esta forma, la mano de un desconocido revelaba las vidas de estos hombres. «Abdul Yalil Kamel Badr», estaba escrito en una pila de huesos, pelo y carne en descomposición. «Estudiante de la Facultad de Magisterio de la Universidad de Kufa, Departamento de Bellas Artes». En cierta forma, la expresión «Departamento de Bellas Artes» hacía que uno contuviera la respiración.

Yacían en sus mortajas blancas —eran más de ochenta—, bajo el sol de medio día, como corderos muertos, al igual que otros que están dispuestos en hileras, 470 por lo bajo, en la cancha de baloncesto de una escuela en Musayeb. Hacía doce años, en esa dejada ciudad junto al Tigris, todos ellos —musulmanes chiíes sin excepción— obedecieron la orden de Husein Kamel, el cuñado de Sadam, de acudir a una «reunión». Todos los hombres mayores de diecisiete años debían presentarse allí, y las pocas mujeres que vieron que acudían por miles dijeron que al menos cuarenta camiones estaban esperándolos la primera noche, el 5 de marzo de 1991. La rebelión musulmana chií en esa zona acababa de ser reprimida. Los ejecutores los estaban

esperando en los campos de aniquilación del desierto en Yufer Safa. El nombre significa «playa de piedras».

Muchos de los muertos recién descubiertos todavía tenían las manos —o al menos trozos de los huesos de las manos— atadas a la espalda. Así habían atado a Ahmed Kadum Rassul. Y también a Rada Mohamed Hamza de Hilla, y a Alí Hassuni Alwan y a Ibrahim Abdul Sadr. Y al varón sin identificar que «lleva ropa militar de color verde oscuro y parches en el hombro», que evidentemente era un desertor del ejército que había tomado las armas a favor del levantamiento chií. «Hay muchos otros sitios por aquí —me dijo con cansancio un granjero que estaba ayudando en la excavación—. Algunos de nosotros escuchamos los tiros en esa época y vimos la excavadora. Era todo muy “ordenado”, como si fuera algo de rutina. Nos dijeron que si alguien hablaba, lo matarían enseguida». Señaló las partes de tierra levantada en dirección al sur —se veían los desniveles que habían dejado las excavadoras una vez que el trabajo estaba terminado—, y entonces uno se daba cuenta de la verdad. Había miles de víctimas de asesinato en aquel lugar. En cuanto cerraban una fosa común, los asesinos de Sadam se limitaban a excavar otra.

Uno imagina un orificio limpio en la parte trasera de un cráneo. Sin embargo, a medida que los aldeanos excavaban la fosa y sacaban la tierra gris del desierto, las cabezas que aparecían estaban resquebrajadas, la bala había partido todos los cráneos. Tampoco la tierra se desprendía fácilmente de sus muertos. Uno de los hombres que cavaban empujó durante unos minutos una gran piedra hasta que, de pronto, apareció un cráneo con una mata de pelo negro, y una camisa llena de huesos esparció sus contenidos.

Un grupo de soldados estadounidenses, un oficial de los Rangers de los Estados Unidos, dos forenses británicos y un hombre bastante mandón de USAID observaban las exhumaciones. El suelo estaba plagado de sandalias de plástico baratas y, algunas veces —era extrañamente conmovedor—, mechones de pelo, como el pelo de los niños en el suelo de una barbería. Muchos de los cuerpos llevaban túnicas blancas, de andar por casa, la ropa que debían de llevar cuando les ordenaron salir de sus hogares. Otro cadáver llevaba un reloj de pulsera cuyo calendario se detuvo el 9 de marzo; había seguido con su decidido tic-tac en la muñeca de su dueño durante otros cuatro días bajo tierra.

Sin embargo, las fosas comunes son una cuestión tanto política como criminal. Husein Kamel Hassan, el cuñado de Sadam —el hombre que ordenó esa matanza— es el mismo Husein Kamel Hassan que huyó a Jordania y entregó los secretos de Iraq sobre las armas químicas. Antes de regresar a Iraq —donde murió asesinado, claro está, por Sadam—, Kamel Hassan habló con la CIA sobre las armas químicas de Iraq. ¿Habló también sobre esto, sobre los campos de exterminio del desierto, sobre el destino de los hombres de Musayeb? En la cancha de baloncesto, los restos estaban dispuestos en hileras militares. Sólo se había identificado con éxito a 170 cadáveres. «Estas personas son víctimas de Sadam —dijo Riad Abdul Emir, uno de los

investigadores de las fosas comunes, mientras caminábamos junto a las hileras de muertos—. Pero también son víctimas de los regímenes árabes que colaboraron con Sadam, y del Occidente que lo apoyó; porque nuestra intifada de 1991 podría haber tenido éxito de no ser por la intervención de la administración estadounidense. Dejaron que Sadam hiciera esto porque en esa época les interesaba».

La presencia de ocho cadáveres egipcios —al parecer camioneros que estaban trabajando en Iraq, que pueden haber intentado luchar en el bando chií o que simplemente habían sido liberados de la cárcel durante los primeros días del alzamiento— sugería que no tardarían en encontrar otros extranjeros. Por ejemplo, ¿dónde estaban los más de 600 prisioneros kuwaitíes que jamás regresaron de Iraq en 1991? Mohamed Ahmed buscaba en vano entre los cadáveres los restos mortales de su hermano. «Estos muertos tenían derechos —dice—. Pero ¿cómo podemos garantizar que se cumplen sus derechos?»

Sin embargo, los muertos no tenían derechos en Iraq. Ni los vivos. En Beirut, veintitrés grupos de oposición iraquíes se unieron, a mediados de marzo de 1991, bajo el auspicio de Siria. Era una gran masa de hombres que discutían, suplicaban, estaban airados —algunos de ellos eran creyentes chiíes, muchos otros eran desertores del régimen de Sadam— para exigir ayuda de los estadounidenses y así poder establecer una nación nueva y libre entre las ruinas de Iraq y el partido Baaz. Era penoso. En una cafetería enfrente del hotel Bristol, un delegado chií me miró agotado. «¿Qué es lo que pretenden los estadounidenses? —preguntó mientras una docena de sus compañeros chiíes y suníes, kurdos y comunistas se reunían de forma multitudinaria en el vestíbulo—. El ejército estadounidense permitió a los Guardias Republicanos pasar la carretera de Basora para atacar a los combatientes de aquí. ¿Por qué han hecho eso? Pensaba que el acuerdo de alto el fuego decía que no tenía que haber “movimiento de guarniciones”. ¿Es que los estadounidenses quieren que Sadam se quede?»

Ese día bebí muchísimo café. No había casi nadie que no preguntara por las intenciones de los Estados Unidos en Iraq. Sin embargo, en la conferencia de Beirut que empezó el 10 de marzo —los alrededores del hotel Bristol estaban infestados de soldados sirios y hombres de los servicios secretos vestidos de paisano con pistola en el cinto— supuestamente se iba a llegar a un acuerdo sobre el objetivo político de la época posterior a Sadam. Incluso se habló de un gobierno en el exilio, aunque en el lenguaje del Baaz se hablaba de él con discreción, como un «mando conjunto», un instrumento de poder en Bagdad después de la desaparición de Sadam que garantizaría que un nuevo Iraq nacionalista y democrático resurgiera de las cenizas. Sin embargo, ni un solo observador estadounidense acudió a la conferencia.

Parecía ser de una irrelevancia suprema. Yo había viajado desde Kuwait vía Arabia Saudí en dirección a Bahrein, donde cogí un vuelo de la aerolínea MEA que había reanudado su servicio al Golfo y volví a casa, a Beirut. Viajábamos sobre Irán y, al amanecer, cuando sobrevolábamos Turquía, miré al este y vi que las nubes de

petróleo negro de Kuwait e Iraq pendían sobre las heladas del Ararat, y oscurecían incluso la montaña sagrada de la antigua Armenia y las fosas comunes durante tanto tiempo ocultas de ese país. Cuando aterricé en Beirut y llegué a casa en coche, me asomé al balcón para respirar el aire de la mañana, miré hacia el Mediterráneo y allí, en la distancia, vi el mismo ribete de la mancha negra en el horizonte. Algunos de los iraquíes que estaban en el hotel Bristol se acercaron al mar y vieron la misma señal nefasta del destino de su país.

En medio de la desolación, buscaban la esperanza. Mencionaban las ciudades iraquíes que afirmaban que Sadam había perdido. Insistían en que el mero hecho de que 325 iraquíes de distintas fes y facciones pudieran reunirse era en sí una victoria. La pancarta que estaba colgada en la sala de conferencias anunciaba que NUESTRA UNIDAD ES UNA GARANTÍA PARA NUESTRA SALVACIÓN DE LA DICTADURA. Nadie, según nos contaron, quería establecer por la fuerza una república islámica en Iraq; ya se habían dado cuenta de que ésa era la pesadilla estadounidense, kuwaití y saudí. Fue el ayatolá Taqi Al Mudaressi quien expresó sus miedos. «Algunos iraquíes empiezan a pensar que los estadounidenses prefieren a Sadam —dijo—. Están preguntándose si los Estados Unidos prefieren a un Sadam inofensivo o un Iraq sin Sadam».

Todos los iraquíes de Beirut hablaban en clave. Cuando proclamaban su deseo de que se celebraran elecciones populares y una democracia, intentaban conjurar los miedos que generaría una república islámica al estilo iraní en un Iraq posterior a Sadam. Cuando hablaban de unidad, intentaban convencerse entre ellos de que Iraq no se dividiría en un Estado chií, un Estado suní y un renacido Kurdistán. Y cuando condenaban la presencia de las fuerzas extranjeras en suelo iraquí —con lo que se referían a los soldados estadounidenses— estaban negando que eran los títeres de Occidente. «No aceptaremos a los extranjeros en las orillas sagradas del Tigris y el Éufrates», gritó uno de los delegados desde la tribuna. En ese momento, los estadounidenses perdieron el interés en la creación de la democracia.

Ésa no era la única razón. Puesto que, aunque los partidos islámicos eran en su mayoría grupos chiíes, los suníes, que constituían en torno a un 40 por ciento de la población, no estaban representados por ninguna organización política. Tampoco los cristianos ni los comunistas pudieron sentirse muy inspirados por la conferencia, en la que los delegados escucharon una larga lectura del Corán. Los dirigentes chiíes libaneses estaban estrechamente relacionados con algunos de los movimientos iraquíes. El ayatolá Mohamed Bakr al Hakim, el hombre que, según se creía, estaba detrás de la insurrección de Basora —que moriría en una tremenda explosión con bomba, en Nayaf, durante la ocupación estadounidense doce años después— era primo carnal de Sayed Mohamed Husein Fadlalá, considerado el consejero espiritual del movimiento Hezbolá libanés e inspirador secreto del partido Dawa iraquí. La madre de Hakim era de la familia libanesa de los Bazi.

Sin embargo, hubo un pequeño detalle sobre los participantes en esa conferencia que no se mencionó. Todos sabíamos que entre los partidos iraquíes había diecisiete

que componían el «Comité de Acción Conjunta para la Oposición Iraquí», que se había reunido en Damasco en diciembre de 1990 para aspirar a un Iraq nuevo y democrático. Este comité incluía al Dawa, el Consejo Islámico —el más importante de los grupos proiraníes con vínculos estrechos con Alí Akbar Mohtashemi, antiguo ministro iraní—, el partido Comunista iraquí, y al menos cuatro de los partidos kurdos y dos grupos, el «Movimiento Islámico» y los «Nacionalistas Independientes», apoyados por Arabia Saudí. Sin embargo, los saudíes también insistían en que la «Constitución Nacionalista Iraquí» de Sala Omar al Alí y el «Congreso de Iraq Libre» de Saad Sale Yaber participaran en la conferencia. Además, Sala Omar al Alí era el mismo baazista que había emitido esa devastadora y fatídica llamada al levantamiento por la emisora de radio de la CIA el 24 de febrero.

En los días venideros, estas llamadas a la insurgencia organizadas por los Estados Unidos contra Sadam serían comparadas con las exigencias soviéticas de un levantamiento polaco contra los alemanes en Varsovia, en 1944<sup>[\*]</sup>. En esa época, los soldados rusos llegaron a los barrios de las afueras del este de la ciudad y parecían dispuestos a liberar la capital polaca en cuanto empezara la insurrección. En ese caso, los polacos obedecieron a la llamada de sublevación contra los nazis. Los soviéticos esperaron a que los alemanes hubieran aniquilado a los rebeldes, y consiguieron acabar con las fuerzas nacionalistas polacas que se habrían opuesto al mandato comunista. Los iraquíes que trabajaban para los estadounidenses y los saudíes habían hecho algo muy parecido. Alentaron la insurrección y observaron cómo Sadam aniquilaba a los rebeldes, y así acabaron con cualquier probabilidad de una república islámica —o cualquier otro tipo de Estado— en Iraq. Más adelante —doce años después— se harían con Bagdad y nombrarían su propio «gobierno interino», de forma muy similar a como lo hicieron los soviéticos en la Polonia de posguerra.

En Beirut, entrevisté al ayatolá Al Mudaressi, quien admitió que seguramente Basora había caído, pero afirmó que Amara, Nasiriya, Diwaniya, Samara, Nayaf y Kerbala todavía resistían contra las fuerzas de Sadam. Aunque los estadounidenses podían sentir la tentación de apoyar al Sadam inofensivo por miedo a que pudiera aparecer una república islámica, me dijo, los Estados Unidos debían darse cuenta de que la rebelión iraquí se basaba en la reconstrucción del país, no en la revolución:

Ese miedo de Occidente está directamente relacionado con Irán. Occidente no tiene buenas relaciones con ese país; así que está preocupado por lo que ocurra ahora en Iraq. Sin embargo, eso es una equivocación. El levantamiento no tuvo lugar durante la guerra de ocho años de Irán e Iraq. Ha ocurrido por lo que Sadam ha hecho. No se puede calcar una revolución de un país a otro. Creo que debemos preguntar al pueblo qué clase de república quiere. Personalmente, me gustaría una república islámica, pero no por imposición. Si el pueblo escoge un camino, estoy con él. Si escoge otro, estoy con él. Pero los iraquíes no olvidarán la ausencia de ayuda estadounidense cuando derrocaron a Sadam.

Sin embargo, veinticuatro horas después, la oposición admitía lo que todos sabíamos: que la insurgencia chií se venía abajo. La prueba más convincente de ello la dio Abdul Aziz al Hakim, hermano del ayatolá Mohamed Bakr al Hakim, quien

reconoció que Nayaf y Kerbala ya no estaban «en manos de los revolucionarios». Incluso los comunistas admitieron que el alzamiento se enfrentaba ahora a «serios problemas». Sólo los delegados kurdos eran capaces de alentar la conferencia con afirmaciones de que sus propios guerrilleros todavía estaban capturando las poblaciones del norte de Kirkuk<sup>[7]</sup>.

El personaje más digno de Beirut era el anciano Mohamed Mahdi Yawahiri, el mejor poeta vivo de Iraq. A sus noventa años, se sentaba en el estrado con una chaqueta arrugada y una gorra sobre su cabeza calva, y hablaba en la lengua de la poesía. «No esperaba participar en esta conferencia», dijo:

En este momento, los niños de Iraq sonríen, los ancianos también. Nuestro pueblo está sufriendo con el régimen de Sadam Husein; todos estamos sufriendo ejecuciones, torturas y deportación. Pero somos pacientes y estamos unidos. Mi corazón está con vosotros. Mi mano está en la vuestra. La intifada de Iraq necesita vuestra ayuda... Hay un límite para todo y para todos los delitos hay un castigo...

Al final, la oposición iraquí sólo podía terminar sus deliberaciones con una petición monótona de una gran cantidad de «comités» —esas instituciones que servían como excusa, tan adoradas por los líderes que querían evitar la toma de decisiones serias—, y el más importante de ellos se suponía que debía ser el «Comité para la Salvación Nacional». Fue lo más parecido que acordaron para un gobierno en el exilio, y lo más ridículo de todo esto fue la creación de una delegación para contar al resto del mundo lo que estaba ocurriendo en Iraq; como si el mundo no lo supiera ya. Pues ahora estaba claro que cuando la 1.<sup>a</sup> División Acorazada dio el alto a sus tanques al norte de Safwan, los campos de exterminio siguieron avanzando hacia el norte, hasta Iraq, sin ellos, agotando la tierra con fuego y sangre. En ese momento, a diario, morían el mismo número de iraquíes —tal vez más— que los que murieron durante los bombardeos aéreos aliados del mes anterior. Fue el ayatolá Al Mudaressi el que resumió de forma gráfica la tragedia de su pueblo. «Kuwait ha sido liberado —dijo— a costa de la sangre del pueblo iraquí».

Cuando la realidad de esta afirmación se puso de manifiesto en los campos de ejecución del sur y el centro de Iraq, Washington observaba con un silencio cruel. La administración, según *The Washington Post*, no podía decidir si quería dejar sus soldados estadounidenses en Iraq para contener la «habilidad de Husein para oprimir las rebeliones» o retirarse «para que las fuerzas iraquíes pudieran consolidar el control y luego enfrentarse, tal vez, a su exigencia de poder». El jefe del estado mayor conjunto, el general Colin Powell, era, cuando menos, un cobarde. «¿Cuál es la mejor opción para deshacerse del señor Sadam Husein? —preguntaba de forma retórica<sup>[\*]</sup>—. No lo sé». La administración Bush no se había pronunciado sobre el tema «porque en realidad es un problema interno» de Iraq. Powell no «tenía instrucciones de hacer nada» que pudiera beneficiar a cualquiera de los dos bandos.

La aviación estadounidense volaba en ese momento a sus anchas por Iraq, volaba tan bajo que sus pilotos podían ver los enfrentamientos con sus propios ojos. En sus

fotos de reconocimiento se veían barricadas en las calles, edificios en llamas y tanques iraquíes —y, en algunos casos, los helicópteros iraquíes que Schwarzkopf y el príncipe Jaled se habían visto obligados a dejar que siguieran volando— en las principales calles de Iraq. Aunque los estadounidenses decidieron a regañadientes avanzar para proteger a los kurdos —como se vieron obligados a hacer más adelante por la presión de la opinión pública—, no hicieron lo propio por los chiíes del sur de Iraq. Pese a las pruebas de los testigos oculares de los terribles crímenes contra la humanidad, no hubo intentos de salvar a la población chií, cuyas relaciones religiosas con Irán asustaban tanto a Washington como a sus aliados árabes en el Golfo.

En las líneas estadounidenses del sur de Iraq, los antiguos soldados iraquíes proporcionaban más descripciones sobre esas atrocidades. Ibrahim Mehdi Ibrahim, un desertor del ejército de treinta y dos años, contaba que las unidades de la Guardia Republicana sacaban a las familias de sus hogares con la promesa de un viaje seguro y luego lanzaban la artillería contra ellos. Los soldados de Sadam, según dijo, intentaban «hacer puntería desde sus helicópteros cuando disparaban a las personas que se ocultaban entre la cosecha<sup>[\*]</sup>». Un médico del ejército estadounidense habló de refugiados chiíes aterrorizados a los que habían «golpeado con tuberías y los habían quemado con cigarrillos. Pegaban a los niños con alambre de espinos. Las familias de muchos de ellos habían sido asesinadas. Un par de niñas, de doce y trece años, recibieron puñetazos o golpes con objetos contundentes». Llegaron varios hombres llorosos a un puesto de control estadounidense en Suq as Shuyuj con historias idénticas sobre matanzas de familias enteras perpetradas por los soldados de la Guardia Republicana. Otro desertor del ejército iraquí dijo que «las familias querían irse, las rodeaban y las acribillaban en la calle. Vimos con nuestros propios ojos que sacaban a los heridos de los hospitales y les disparaban junto a los médicos que los trataban. Cuando el ejército iraquí entró hace una semana, las familias que habían logrado escapar del conflicto regresaron con sus hijos. Los alineaban contra las paredes y los ejecutaban». Los secretos de las fosas comunes en el exterior de Musayeb —descubiertos tantos años después— demostraron que la historia de este hombre no era una exageración.

En los Estados Unidos, *The New York Times* anunció que los Estados Unidos habían «dejado que los insurgentes iraquíes tomaran las riendas de su propio destino<sup>[\*]</sup>», eran las palabras de un «oficial de alto rango» —como siempre, anónimo—, que dijo que «Nosotros nunca hicimos promesas a esas personas. La coalición no está interesada en más operaciones militares». Sin duda, eso era cierto en el caso de los aliados árabes de los estadounidenses. Pues, aunque el comportamiento de los Estados Unidos y Gran Bretaña no sólo era vergonzoso sino inmoral, la reacción de la mayoría de los regímenes árabes resultó humillante. Muchos periodistas árabes habían expresado su repulsa por el hecho de que el ejército iraquí —el más grande y, supuestamente, el más sofisticado de Oriente Próximo— hubiera sido vencido de forma tan ignominiosa. En los periódicos árabes, la destrucción del monte Muda se

calificó de *nakba*: catástrofe; la misma palabra que se utilizó para el éxodo de los palestinos en 1948. Salvo en Siria, hubo pocas palabras de simpatía en las capitales árabes para los desesperados hombres que seguían combatiendo contra Sadam entre las ruinas del sur de Iraq o en las montañas kurdas. Las matanzas de Basora, Nayaf y, más adelante, Kirkuk, no provocaron que los reyes ni los emires del Golfo, ni tampoco los avejentados presidentes que contaban con el apoyo de Occidente expresaran su repulsa. Casi todos tenían sus propias minorías a las que reprimir — muchas de ellas minorías chiíes— y no estaban de humor para alentar a su pueblo a que se levantara indignado ante la aparición de la insurgencia iraquí. Para su descrédito, Yasir Arafat —el exilio de cuyo pueblo debería haber provocado en él una simpatía parecida por los kurdos que huían— no expresó ni la más mínima compasión por las víctimas.

El calvario de los chiíes recibió poca cobertura periodística de Occidente —sin duda de televisión—, y los únicos que podían describir sus dimensiones eran los desesperados hombres y mujeres que llegaban a los puestos de control estadounidenses del norte de Kuwait. Sin embargo, en el Kurdistán, los periodistas de televisión y prensa estaban en el terreno, viviendo —y, al menos en cuatro casos, muriendo— entre los combatientes y los refugiados mientras el contraataque de Sadam iniciaba una tragedia de proporciones bíblicas. Los periodistas avanzaban con dificultad junto con las decenas de miles de hombres y mujeres kurdos mientras huían hacia el norte, hacia las montañas cubiertas por gruesas capas de nieve. Había ancianos que morían congelados, mujeres que daban a luz en la nieve y niños abandonados en las zanjas. Como diría *The Independent* con una precisión sombría: «la más poderosa maquinaria militar reunida desde la Segunda Guerra Mundial observa la atrocidad desde la línea de banda<sup>[\*]</sup>».

Eso hicieron, pese a las angustiosas crónicas de sus propios corresponsales, los grandes periódicos estadounidenses y los pesos pesados entre los «creadores de opinión» de la Costa Este de los Estados Unidos. *The Washington Post* estaba a favor de la no intervención, mientras que la columnista de *The New York Times* Leslie Gelb se quejaba de que «la lógica de la intervención conduce<sup>[\*]</sup>, de forma inevitable, a la toma de Bagdad... Aunque los soldados iraquíes fueron incapaces de combatir en Kuwait, no podemos contar con la misma timidez en su ciudadela. ¿Y quién combatirá en nuestro bando? Nadie. ¿Y qué hay de las bajas civiles? Muchas más. ¿Y qué hacemos después de haber ocupado Bagdad? ¿Y durante cuánto tiempo? ¿Y a qué precio?».

En este caso, una vez más, los fantasmas del futuro podían visitar el pasado. Sí, en el caso de que los soldados hubieran seguido hasta Bagdad, tal como Schwarzkopf no tardó en creer que deberían haber hecho, ¿qué habría ocurrido? La coalición árabe se habría disgregado. Los Estados Unidos —seguramente junto a Gran Bretaña— no habrían tenido «amigos». Sin embargo, no pueden existir muchas dudas sobre el hecho de que, si los estadounidenses hubieran ejercido presión para destruir el

régimen de Sadam, habrían recibido la bienvenida de los iraquíes que esperaban con tanta confianza —pero que no recibieron— en el 2003. De hecho, tras la traición de 1991, los estadounidenses jamás podrían conseguir esa bienvenida. En 1996, el presidente George Bush padre habló en televisión en una serie de entrevistas a las que su hijo hizo caso omiso cuando invadió de forma ilegal Iraq en el 2003. Bush hijo declaró que, si los soldados estadounidenses hubieran perseguido a Sadam hasta Bagdad, «habrían estado en el centro de Bagdad... los Estados Unidos ocupando la tierra árabe, en busca de ese brutal dictador que tenía el mejor equipo de seguridad del mundo, metido en una guerra de guerrillas urbanas».

Lo que, por supuesto, acabó ocurriendo, aunque Bush fuera incapaz de darse cuenta de que era la captura de Sadam lo que perseguía la «guerra de guerrillas urbanas» de la que habló de forma profética<sup>[8]</sup>. Sin embargo, el aspecto moral de la cuestión reside en que Bush había apoyado la llamada a la sublevación iraquí. Había aprobado el alzamiento. La emisora de radio de la CIA había retransmitido las llamadas a la población iraquí para derrocar a Sadam. Esos llamamientos cargaban a los estadounidenses con la responsabilidad moral de proteger a los que habían llamado a las armas. Ignorar a esos valientes y desesperados hombres cuando respondieron —dejarlos a ellos y a sus familias para que fueran exterminados— no era sólo un acto de deshonra, sino un crimen contra la humanidad. Incluso después de que el gobierno estadounidense se viera obligado a ofrecer protección militar a los kurdos —pese a que su insurrección había sido aplastada de manera considerable— todavía podían considerar la guerra del Golfo como un conflicto moral, de hecho, un conflicto que levantaba el ánimo de los estadounidenses. En agosto de 1991, el secretario de Defensa estadounidense Dick Cheney tuvo el valor de describir la guerra como una «catarsis» de los Estados Unidos después de Vietnam. «Era casi un proceso de curación por una herida que se había abierto hacía tiempo<sup>[\*]</sup>», dijo.

Las verdaderas heridas —las decenas de miles de supervivientes desesperados de la insurgencia iraquí, las familias rotas, diezmadas, de chiíes y kurdos, el número casi mayor de combatientes y civiles que ahora estaban enterrados bajo las arenas de Iraq por los asesinos de Sadam— no formaban parte del «proceso de curación» de Cheney. Su catarsis fue la muerte. Hicieron lo que se nos había antojado a nosotros. Habían hecho lo que se esperaba de ellos. No habían conseguido derrocar a Sadam. Ése era su destino. Sin embargo, «nosotros» habíamos sido «sanados». Bush había llamado al derrocamiento de Sadam y luego dijo que jamás había tenido la intención de ayudar a los rebeldes en su lucha. Un artículo de la Associated Press hacía hincapié en la política de Bush a principios de abril. Según decía, el presidente «está seguro de que los estadounidenses están más preocupados por el regreso de los soldados estadounidenses del Golfo que por ayudar a los rebeldes iraquíes a derrocar a Sadam Husein<sup>[\*]</sup>».

Sin embargo, las banderitas amarillas y las campanas de las iglesias con las que nosotros los occidentales celebramos el «final» de la guerra del Golfo de 1991 eran

una farsa. La grieta del frágil cristal sobre el que se encuentra Oriente Próximo se había agrandado ochocientos kilómetros, hasta llegar al Tigris y el Éufrates. A diario, se perdían más vidas humanas —la mayoría civiles— en Iraq que en la época de la invasión de Sadam a Kuwait. «Les advertimos que esto ocurriría —me dijo un funcionario del Consejo de Cooperación del Golfo en Riad—. Les dijimos a los estadounidenses que la liberación de Kuwait podía incendiar la región. Les dijimos que podían quedarse, aunque nuestro pueblo no lo quisiera. Pero no aprenden nunca».

Bastaba con hablar con los kuwaitíes, ni qué decir tiene con la oposición iraquí o con los sirios, para darse cuenta de que, para ellos, los acontecimientos del Golfo representaban no un momento aislado y dramático de su historia —sangriento, pero controlable—, sino una trágica continuación de algo que empezó antes de la caída del imperio otomano y que, en ese momento, se volvía más terrible en las montañas del Kurdistán. Históricamente, ninguna intervención occidental en el mundo árabe se había producido sin traiciones, aunque esas últimas traiciones se produjeron con mayor rapidez de lo que cualquiera podría haber imaginado. Lo que se suponía que había empezado como una noble cruzada occidental para liberar a Kuwait de la agresión se había convertido en una tragedia de proporciones catastróficas. «Los historiadores del futuro —escribí en mi periódico, en abril de 1991— bien podrían decidir que la liberación de Kuwait marcó sólo el primer capítulo de la guerra del Golfo, y la matanza de los chiíes y los kurdos de Iraq, el segundo. La misma historia sugiere que Occidente no podrá evitar participar en los capítulos siguientes».

La primera semana de abril, dos millones de refugiados kurdos se amontaban en las heladas fronteras de Turquía e Irán: hasta 12 000 de ellos perecieron en las fronteras. Los Estados Unidos, junto con los aliados occidentales, decidieron que la tragedia —lejos de ser el resultado lógico de sus propios llamamientos a la insurrección— era otro crimen más de Sadam contra la humanidad. El sufrimiento kurdo y la brutalidad de los escuadrones de la muerte de Sadam sí representaba un crimen contra la humanidad perpetrado por el régimen iraquí. Sin embargo, la no intervención occidental en el alzamiento de los insurgentes iraquíes había quedado compensada por un maremagno de ayuda humanitaria. La culpabilidad de las conciencias se acallaba a base de comidas preparadas, tiendas y millones de dólares en ayudas. En las semanas siguientes, mientras los soldados estadounidenses y británicos se desplegaban en el norte de Iraq para proteger a los refugiados kurdos, y tiraban toneladas de mantas y comida en cientos de lanzamientos aéreos —muchos de los cuales mataron a los receptores al caer sobre las montañas—. Occidente presentaba un mensaje nuevo y profundamente perturbador. Pasen y vean lo que les ha ocurrido a los kurdos. Veán de lo que han sido capaces los asesinos de Sadam. ¿Quién podía poner ahora en duda la razón moral de la guerra contra Sadam? Allí estaba la prueba definitiva —en los campos de refugiados de las montañas— de la maldad de Sadam. Al igual que nosotros desenterramos las fosas comunes de los insurgentes y sus familias doce años más tarde, como una «prueba definitiva» de las

iniquidades de Sadam —para «probar», por supuesto, que teníamos derecho de haber invadido Iraq en el 2003—, en 1991 estábamos exhibiendo una prueba similar del delito para demostrar la maldad del dictador. Los muertos chiíes, huelga decirlo, habían caído en el olvido hacía tiempo.

La historia debía ser reescrita para describir esos cambios menos que sutiles de la política estadounidense. «No toleraremos la intervención en las operaciones de los refugiados», advirtió, a Sadam el asesor de seguridad nacional de Bush, Brent Scowcroft, el 14 de abril. Luego, en la misma línea, añadió que «no vamos a intervenir, como ya hemos dicho con anterioridad en una guerra civil». Eso resultaba escandaloso. Sin nadie que pusiera en tela de juicio esos comentarios engañosos, Scowcroft convirtió la insurgencia que su propio gobierno había alentado en una «guerra civil» entre los iraquíes. Los rebeldes eran ahora participantes en la disputa interna. Aquellos a los que habíamos animado para derrocar a Sadam estaban participando en un conflicto que ahora no tenía nada que ver con nosotros. Esos iraquíes, por supuesto, creían lo que les habíamos dicho al principio: que estaban intentando derrocar al dictador a petición nuestra.

El presidente Bush procedió a propagar esta nueva y falaz descripción de los acontecimientos. En un discurso en Alabama el mismo día, dijo que Washington «no toleraría ninguna intervención» en las campañas de ayuda internacional, pero luego dijo que «no quiero que ni un solo soldado ni piloto se vea empujado a una guerra civil que lleva años en marcha en Iraq». Obsérvese la semántica de la frase. Sadam no debía intervenir en la distribución de la ayuda internacional. Sin embargo, no estaba interviniendo, ni siquiera planeaba intervenir, en lo que los estadounidenses llamarían «Operación Proporcionar Bienestar». Los helicópteros y escuadrones de la muerte de Sadam estaban aniquilando a los insurgentes y a sus poblaciones civiles antes de que pudieran llegar a los centros de ayuda, disparaban con metralletas y hacían estallar bombas contra los kurdos mientras ellos intentaban llegar de forma desesperada al refugio de las montañas. Cuando llegaban, eran la prueba de la brutalidad de Sadam. Aunque huyeran, eran los participantes de una «guerra civil», y por tanto no eran merecedores de una intervención internacional. Además —antes de que llegaran a la ubicación de nuestras «campañas de ayuda internacional»— estaban participando en una guerra civil que «llevaba años en marcha».

Para la mayoría de iraquíes era un misterio el hecho de que estuvieran metidos en una guerra civil, ni qué decir tiene el hecho de que ésta llevara años en marcha. Ciertamente, la persecución de Sadam contra los kurdos podía tener el objetivo de iniciar un conflicto así. No obstante, la guerra civil era la única forma de violencia de la que se había librado Iraq a lo largo de la historia. En Iraq nunca había estallado la guerra civil. Y esto seguía siendo verdad cuando, doce años después, las fuerzas de la ocupación angloestadounidense afirmaron que sus enemigos en el país intentaban fomentar una guerra civil; pues, supuestamente, habían olvidado que Bush padre pensaba que ya se había producido una guerra civil en Iraq. Todo esto, debería

recordarse, era un anticipo de nuestra negación a ayudar a salvar las vidas de los inocentes en la guerra de Bosnia en 1992, justo un año después de que se declarara el fin de la guerra. En Bosnia, cuando los serbios llevaron a cabo una matanza de musulmanes, los estadistas europeos y estadounidenses repitieron el mismo mantra: que eso era una «guerra civil» y que esa «guerra civil» llevaba «años en marcha».

Quizá los soldados del frente estadounidense, los marines y las tripulaciones aéreas entendieron la verdad. Eran los soldados que en ese momento habían regresado a sus casas procedentes de Kuwait y tuvieron que dar la vuelta para volver al país con el que pensaban que habían terminado. Eran miles, formaban otro ejército, un ejército de conciencia —de conciencia culpable, sospecho— que tenía la orden de salvar vidas más que de matar. Las vidas chiíes estaban perdidas, claro, las últimas fosas de ejecución plagaban el norte de Basora, pero las vidas kurdas todavía estaban allí, algunas. Los estadounidenses eran chicos inteligentes. Un viaje en helicóptero me bastó para conocer a esos estadounidenses. Iba con la grabadora en la mano mientras volábamos sobre un nuevo país que un día, si los kurdos no eran traicionados una vez más —como yo creía que ocurriría—, sería una nación llamada Kurdistán. La primera desintegración de Iraq.

Como siempre, los estadounidenses querían ejercer de guías turísticos. «Está bien, Bob, te mostraremos una parte de Iraq». El suboficial Tim Corwin lo decía en serio. Guió a un Chinook CH-47 —«Ciclón-Siete-Cinco»— para salir de una pared de montaña sobre un abismo de 600 metros, donde los valles y las vastas y fértiles llanuras de Mesopotamia se expandían a nuestros pies. Según la carta de vuelo, que rebotaba sobre las rodillas de Corwin al mismo ritmo que los motores, estábamos adentrándonos en Iraq. En realidad, volábamos sobre un país llamado Kurdistán. Pobre del soldado iraquí que disparara contra nosotros o contra los soldados británicos que serpenteaban por las montañas que teníamos debajo.

La voz de Corwin, que se escuchaba rota por los auriculares del suboficial jefe «Chuck» Lancaster, me contó toda la historia. «Semioruga iraquí a la derecha. Tres británicos al lado. Es un valle muy bonito. Si ve a los malos, avísame». Apoyado sobre un aparato de radio forrado de goma, el sargento James Sims saca el cañón de su metralleta por la puerta de estribor del helicóptero, y recorre las paredes del valle a través de las que pasamos a toda prisa. «Nadie —responde, escaneando con la mirada los afloramientos de roca que le quedan por encima, con los pies apoyados para no perder el equilibrio por las turbulencias provocadas por el aire que asciende desde la grieta—. No hay malos».

A la entrada de Al Amadia, había más ingleses, marines que avanzaban por el camino, las flores verdes sobre el fondo del asfalto negro y una hilera de Land Rover. Corwin le dio al interruptor de su radio. «Los ingleses están por todas partes. —Lancaster asintió en silencio y le dio a su botón—. Me gusta». Entonces se vieron más Land Rover en la larga carretera recta en dirección a Zajo, y los coches de civiles con altas pilas de ropa de cama.

En las cimas de los montes, los bunkeres iraquíes estaban abandonados, los sucios vehículos con armamento huyeron hacia las carreteras más cercanas. A babor, una fortaleza iraquí con rendijas para las armas, torretas de cuatro piedras y su bandera iraquí hecha añicos, con las puertas abiertas por el viento, es la última ruina de la persecución de Sadam contra los kurdos. Eso ya no era Iraq. Se había convertido en algo distinto, una nueva creación sombreada en nuestros mapas, en el fondo de los valles entre las grietas en dirección a la calurosa bruma sobre Mosul.

El Ciclón-Siete-Cinco daba tumbos a medida que las montañas quedaban atrás. «Está claro que es un país muy bonito —soltó Corwin—. Es como estar en casa, en Arizona». Las montañas del norte tapaban el horizonte entrecortadas por la nieve, un rastro de nubes blancas suaves y esponjosas pendía sobre el granito, «residuos» en la jerga de aviación de Lancaster. Los cuatro tripulantes del ejército estadounidense lo miraban todo y charlaban como las tripulaciones aéreas de Vietnam, y llenaban las ondas de quejas, comprobaciones del transpondedor y cálculos de la fuerza rotacional. Eran hombres inteligentes que estaban de buen humor y que mezclaban alegremente la política con la aviación. Al fondo del helicóptero estaba sentado el sargento Charles Nabors, que permaneció en silencio casi todo el tiempo. Se aprendía mucho volando con ellos y escuchándolos, en las líneas se oían las interferencias, las cabañas de adobe se deslizaban bajo el casco del Ciclón-Siete-Cinco. Se trataba de otra burbuja-útero en la que iba agachado con mi grabadora y me sentía seguro, contemplando el mundo con un ojo ciclópeo. En la lejanía del oeste, destellaba el Tigris.

CORWIN: Pues claro que sé que esto es historia. Supongo que esto será el estado de Kurdistán, digan lo que digan.

LANCASTER: Si nos quedamos aquí más de tres meses, decaerá mi sentido del humor.

CORWIN: Yo sólo espero que esto no se convierta en un atolladero como Beirut, en el Líbano. Sólo espero que Bush sepa lo que está haciendo.

LANCASTER: Tiene que hacerlo, porque yo le digo que la gente no aguantará esta mierda. Esto va a costar una pasta. Cada hora que pasamos en este helicóptero cuesta entre 2500 y 3000 dólares sólo en mantenimiento. Un momento. Servicio de proveedor en 375, tengo una misión en Delta-Cinco. Sólo que me preocupa la presión del combustible en esa altitud. Mire ese poblado. Parece el Antiguo Testamento.

CORWIN: Es como leer la Biblia. Tarso está al oeste de aquí, de ahí venía Pablo. Y el monte Ararat al este. ¿Verdad que es genial? Estuve en Izmir donde encarcelaron a Ricardo Corazón de León. Antes estuve a 24 kilómetros de Troya. Piénselo, Homero, la Odisea... Hay tanta sangre en esta tierra que es increíble. Todo en el nombre del cristianismo; toda esa sangre derramada.

LANCASTER: ¿Cuánto calculas que durará este atolladero?

CORWIN: Te apuesto una lata de cerveza que no durará un mes y medio, una de Bittburg Pils. ¿Y los kurdos?

LANCASTER: No confían en nosotros.

CORWIN: No, y tienen razón.

LANCASTER: ¿Los ayudamos cuando estalló la rebelión?

NABORS (al fondo del helicóptero): Una niña de cuatro años murió en mis brazos. Supongo que tenía disentería. Estaba muy deshidratada. La subimos a bordo con toda su familia para viajar a Zajo e intentar salvarla. Empezó a respirar muy mal y la cogí en brazos. Todos los hombres de la familia se arrodillaron junto a mí en el helicóptero y le impusieron las manos. Verá, estaban rezando. Su padre le puso la mano en la frente, rezó y apartó la vista. Así es como rezaron los kurdos por ella en el Chinook, por la pequeña. Verá, sabían que iba a morir. Luego murió. Se fue así. En mis brazos.

Caminé hasta el fondo del Chinook. A Nabors se le llenaron los ojos de lágrimas. Bajo nosotros pasaban los restos de una población medieval —tal vez neolítica—, círculos cubiertos de hierba y caminos de la antigüedad en lo que otrora fuera Iraq. Los hombres del Ciclón-Cinco-Siete eran buenas personas. Transportaban comida al campamento de Yekmal, en lo alto de un barranco montañoso turco, y Lancaster nos llevó hasta allí, maldiciendo al control de tierra, soltando tacos cuando desgarró las tiendas de los refugiados con los rotores al aterrizar. Había 60 000 personas bajo las lonas que teníamos debajo y, cuando Corwin apagó los motores, escuchamos de pronto el sonido de 60 000 personas hablando. Cuando despegamos, volvimos a nuestro mundo acristalado de Olimpia, descendiendo en picado sobre los pinares y las cascadas, victoriosos en el vuelo, seguros en nuestra insignificante existencia de transpondedores, velocidad rotacional y presión de combustible sobre el Kurdistán. Tal vez sea con este desapego con lo que creamos naciones.

Sin duda, la operación para salvar vidas a veces tenía una extraña similitud con lo contrario. El informe diario de la misión era lo que le daba a uno una sensación palpable de malestar. «Este es el vigésimo octavo día de la Operación Proporcionar Bienestar —anunciaba el informe—. A las seis de la mañana... un total de 1954 misiones han lanzado desde el aire 8713 toneladas de víveres... Todas las misiones las realizan los Estados Unidos, el Reino Unido, Francia, Canadá, Italia y Alemania... las fuerzas totales de la coalición... siguen creciendo, con más de 13 146 miembros de ejércitos de ocho países que participan ahora...» ¿Dónde habíamos escuchado esta forma de hablar antes? Bueno, hacía sólo dos meses, ese mismo tono de descripción literaria nos daba la bienvenida en el vigésimo octavo día de la Operación Tormenta del Desierto. El número de misiones y salidas, el número de socios de la coalición, la fuerza del personal militar se nos describió con la misma bravata y orgullo. Luego, la orden de entrega de los F-16 y los A-10 en un entorno rico en objetivos. Ahora, las raciones y las mantas repartidas por los CH-47 en un entorno rico en refugiados. El lenguaje bélico se había convertido en el lenguaje de la paz, un cambio lingüístico casi imperceptible. Sólo habían cambiado los uniformes: en lugar de amarillo mostaza, eran de color verde oscuro.

No había nada interesado en esos soldados estadounidenses que regresaron a Iraq. Tenían un sentido mucho más agudo de la responsabilidad que sus señores políticos —la mayoría suponía que regresaría mucho antes de que Bush y Major lo dijeran— y un impresionante deseo de salvar vidas. Llegué en helicóptero a Ilikli —un barranco de hierba, álamos y un arroyo que hacía espuma, que las Fuerzas Especiales estadounidenses llamaban «Valle Feliz»— y allí vi a los jóvenes soldados abriendo pozos y fuentes, instalando bombas y espitas de agua y tiendas para vacunación médica. El sargento Johnny Hasselquit del 10.º Cuerpo de las Fuerzas Especiales estadounidenses, cuyo intérprete kurdo había sido miembro de las fuerzas invasoras iraquíes en Kuwait el pasado agosto, había estado repartiendo medicamentos a los refugiados enfermos durante dos semanas, había vivido con ellos, había compartido

su comida con ellos, había enfermado con una grave diarrea por quedarse con los civiles a los que le habían enviado a salvar. En su descripción de los hechos se palpaba la misma tristeza infinita que había experimentado Charles Nabors:

Ayer murió una niña, era un bebé. Sabíamos que moriría. Era prematura. No comía. Estaba deshidratada. Le dijimos a su madre que hirviera el agua que le daba al bebé, pero le dijéramos lo que le dijésemos, no la hervía. Cogía el agua del arroyo, que está contaminado. Dijo que sabía bien. Le dijimos «hiérvala». No lo hizo. Y el bebé murió.

Esos hombres estaban viendo ahora, con sus propios ojos, una clase de sufrimiento que apenas habían presenciado en toda su vida. No cabía duda de su humanidad cuando se enfrentaban con ese tormento de los inocentes. Sabían que tenían una responsabilidad con esas personas, que tenían que «estar ahí». Lo que se perdía era la secuencia narrativa, el vínculo perdido entre la Operación Tormenta del Desierto y la Operación Proporcionar Bienestar. El régimen de Sadam había cometido atrocidades a placer contra los kurdos. De hecho, los estadounidenses animaron a los periodistas a viajar hasta la ciudad «liberada» de Halabya, escenario de uno de los monstruosos gaseos ordenados por Alí el Químico en 1988. Sin embargo, todo eso no tenía sentido. Esos kurdos no estaban muriendo en las montañas porque Sadam hubiera decidido de pronto reiniciar su persecución, ahora que Kuwait estaba liberado. Su ejército se había vuelto con furia en contra del pueblo kurdo porque habían respondido a nuestras exigencias de levantarse contra el régimen baazista. El aprieto en el que estaban había sido el resultado —directo— de nuestro aliento, de nuestra política, de nuestros llamamientos. Nosotros, Occidente —y nuestros «amistosos» dictadores árabes del Golfo— teníamos la culpa de esa catástrofe, aunque la disfrazáramos para nuestro beneficio y borráramos todo lo que ocurrió entre la liberación de Kuwait y la llegada de esos cientos de miles de masas ingentes a las montañas. Sí, éramos responsables de ellos, porque eran víctimas de nuestra inmoralidad política tanto como de la crueldad de Sadam. Al igual que las crónicas sobre las misiones diarias, nuestra «ayuda» humanitaria era la otra cara de la moneda de la guerra.

Apenas resultó sorprendente que los kurdos, tras llegar a las tierras yermas y heladas de sus montañas, se negaran a marcharse. Los comandantes estadounidenses y británicos estaban impacientes por convencerlos de que regresaran al sur con la protección occidental, para vivir en enormes ciudades de tiendas que los estadounidenses estaban levantando alrededor de Zajo y las ciudades iraquíes del este. El límite de las nieves perpetuas estaba desapareciendo, las últimas heladas dejaban una mancha gris en los picos. El calor pronto aumentaría, el agua se volvería hedionda y propagaría la enfermedad. Sin embargo, los kurdos no cambiaron de opinión. Lo redujimos todo al miedo a Sadam —tenían miedo de que su ejército regresara para matarlos—, pero ignoramos el hecho de que no confiaban en que nosotros los protegiéramos si salían de las montañas, que era lo que todos los kurdos

explicaban con gran elocuencia. Les prometimos que no permitiríamos que los asesinos de Sadam los alcanzaran, pero nosotros éramos quienes les habíamos prometido destruir a Sadam y los habíamos dejado a su suerte hacía menos de dos meses.

Ése era el problema del sargento Frank Jordán cuando lo encontré de pie en un campo de adormideras que le llegaban hasta las rodillas en Tel el Kbir, cerca de Zajo. La última vez que nos habíamos visto, el reservista estadounidense de Maine —un hombre muy amable con gafas y montones de arrugas en la cara— estaba de arena hasta los tobillos al sur de Iraq, intentando enfrentarse a los miles de refugiados chiíes a los que no pudo dar tiendas y muy poca comida. Ahora estaba vigilando cientos de tiendas y miles de paquetes de raciones con pocos refugiados que pudieran aprovecharlos. El papel estadounidense en Iraq había dado un giro de ciento ochenta grados.

Los Estados Unidos se habían tomado sólo tres días para transferir a Jordán de Safwan a Tel El Kbir y, ahora, el abuelo de cincuenta y tres años estaba esperando a los kurdos para descender de las montañas. No era exactamente el mismo sargento Jordán al que había conocido. En lugar de la desolación de la arena, estaba rodeado por un frondoso maizal y esas tristes amapolas rojas como la sangre. En lugar de enfrentarse al período posterior a la guerra, estaba esperando para enfrentarse a los resultados de nuestra traición y empezaba a darse cuenta de que la guerra no había terminado. «Anoche hubo muchos tiros en las montañas —dijo—. Y cuando estaba en Zajo, había muchos soldados iraquíes, y yo estaba nervioso porque seguía pensando en los francotiradores».

Bajo los términos de un entendimiento al que se llegó de forma solemne entre los aliados y las autoridades iraquíes en Bagdad, el ejército Iraquí se retiraría hacia el sur mientras los representantes del Estado iraquí —la policía— permanecerían atrás para garantizar la «ley y el orden» y la soberanía de la nación iraquí. Degradaría la naturaleza —y la gravedad— de la crisis del norte de Iraq burlarse de las preocupaciones de Jordán, pero Gilbert y Sullivan habrían encontrado la inspiración para una opereta en el camino de Zajo, donde cientos de soldados iraquíes fingían ser soldados, mientras cientos de policías secretos iraquíes fingían ser civiles. Los soldados estadounidenses continuaban con esta charada, aunque los policías llevaban Kaláshnikov y los estadounidenses fusiles M-16. La suerte no sonreía a la policía.

Sin embargo, las decenas de miles de kurdos se negaron a aceptar ese código de farsa porque ellos, al menos, reconocían que los soldados iraquíes no eran policías y que los funcionarios civiles estadounidenses eran soldados. Si estos últimos hubieran reconocido la realidad de los primeros, los kurdos podrían haberse sentido lo bastante seguros como para descender de las montañas. Mientras tanto, la opereta continuaba. «¿Cómo se llama?», pregunté a uno de los «policías» iraquíes en la entrada de la comisaría de Zajo. «Me llamo policía», respondió con su ropa de paisano mientras sus colegas se reían. Si me detenía a charlar con un profesor de escuela, un ingeniero

o un tendero, dos o tres jóvenes vestidos de paisano se acercaban a mi lado para escuchar. Preguntaban por la identidad, decían a coro *asker* (soldado) o *taleb* (estudiante). Con que seriedad debía de haber promocionado Sadam Husein la educación superior en el Kurdistán. Así que ¿por qué no iba a amarlo esa gente?

«Queremos que los estadounidenses se queden —anunciaba un honorable de la ciudad—. ¿Por qué no vienen?» Era el momento de regresar a las tiendas del sargento Jordan. Porque muchos de los marines que estaban levantando el vasto y vacío campamento en Tel el Kbir eran miembros de la 24.<sup>a</sup> Unidad Expedicionaria de los Marines que, ya en 1983, como la 24.<sup>a</sup> Unidad Anfibia de los Marines, había desempeñado un papel en cierto modo distinto en Beirut. En 1982, los israelíes invadieron el Líbano, y los marines estadounidenses se presentaron para evacuar a los guerrilleros de la OLP atrapados en la ciudad. «Misión cumplida», anunciaron oficialmente cuando se fueron unos días después. Allí continuó la matanza de cientos de civiles palestinos sin protección perpetrada por los falangistas israelíes. La conciencia estadounidense —y un clamor popular similar al que generó el éxodo kurdo— envió de vuelta a los Estados Unidos a Beirut para «proteger a los civiles», una misión que rápidamente involucró a los marines en la guerra civil libanesa, porque tomaron partido por el gobierno falangista que gobernaba en Israel. En octubre 1983, 241 soldados estadounidenses —la mayoría de ellos miembros de la 24.<sup>a</sup> Unidad Expedicionaria de los Marines— murieron a causa de uno de los primeros terroristas suicidas de Oriente Próximo. En 1990, los iraquíes invadieron Kuwait, los Estados Unidos los sacaron de allí y de nuevo anunciaron, de hecho, que se trataba de una misión cumplida. Luego llegó el alzamiento que alentamos y las imágenes en televisión de la caminata de los kurdos por las montañas, que hizo que los estadounidenses regresaran a Iraq. Los paralelismos no eran exactos, claro, pero se comprendieron. El sargento Jordan tenía miedo de que si los estadounidenses se quedaban demasiado tiempo en el norte de Iraq, volviera a producirse un ataque suicida con bomba. Doce años más tarde, sus miedos demostrarían ser fundados. Sin embargo, él lo veía en términos más simples, más humanos:

Cuando nos dijeron que nos retiráramos de Safwan, nos dijeron que no miráramos atrás. Pero desde mi vehículo blindado vi a un niño iraquí. No saludó ni hizo la señal de victoria con los dedos como los demás. Se quedó observándome con la mirada fija y luego se rascó la barriguita, sin apartar la mirada. Debe de haber tenido tanta hambre... Yo estaba tan enfadado... durante dos días no pude hablar con nadie. Tampoco podía dejar de pensar en la cantidad de muertos kurdos, morían unos 1000 al día.

Con todo, los conflictos de Oriente Próximo se superponían como las placas tectónicas, cada pocas décadas, avanzaban con perversidad hacia la parte inferior de la región y derribaban sus ciudades, despachos, bloques de pisos y mezquitas. Una noche, al norte de la frontera iraquí, no pude encontrar habitación en ninguno de los hoteles para los camioneros del camino de la frontera turca. Acabé conduciendo hasta las montañas de noche, porque un misionero cristiano me había hablado de un antiguo pueblo donde podría conseguir alojamiento. Mi taxista turco iba sorteando la

carretera señalada con reflectantes cuando nos gritaron una orden en la oscuridad. Abría mi puerta, le dije al conductor que apagara los faros y encendiera la luz piloto del interior del coche. En dirección hacia nosotros, venía corriendo una patrulla de soldados turcos con las escopetas al hombro. Eran boinas azules —soldados de las Fuerzas Especiales Turcas— y gritaban con agresividad mientras rodeaban el coche. Yo no entendía una palabra, pero no me hacía falta. Mi conductor estaba junto al coche, con los brazos en alto, con la cara deslumbrada por la luz de una linterna. En esas circunstancias, yo solía interpretar el papel de «británico escandalizado». Puse los brazos en jarra y grité: «¿Qué demonios pasa aquí?».

Un oficial se acercó a mí y yo le extendí la mano. Es una forma segura de aliviar la tensión entre soldados furiosos. Pese a los enfadado o asustado o borracho que esté, ningún oficial se humillaría negándole el saludo a un extraño perfectamente amistoso. El soldado se pasó la escopeta a la otra mano para estrechar la mía, sonrió y preguntó, con un inglés absolutamente impecable: «¿Exactamente qué cree que está haciendo aquí?». Se lo dije. Estaba buscando alojamiento, me habían hablado de ese pueblo de las montañas y había pensado en pasar la noche allí. «¿Sabe que aquí hay un problema?», preguntó.

Ah sí, claro que había un problema. Los kurdos. Si los kurdos de Iraq estaban preparados para levantarse contra Sadam —y luego fueron traicionados por nosotros— y luego huyeron a las montañas, los kurdos de Turquía también estaban preparados, algunos de ellos, para levantarse contra el estado turco de Ataturk. Ellos también querían vivir en un país llamado Kurdistán. Era el mismo «Kurdistán» que el presidente Wilson había accedido en un principio a proteger hacía más de siete décadas, pero que, como Armenia, simplemente había quedado olvidado en las tierras yermas del aislacionismo estadounidense. Los turcos, como hemos visto, se habían enfrentado con crueldad inspiradora a su «problema armenio» hacía setenta y seis años. Ahora estaba utilizándose un sistema de represión militar, reasentamiento, «limpieza étnica», tortura y asesinato extrajudicial por parte del estado turco que trataba el «problema turco» de ese momento.

Por supuesto, los turcos tenían mucho miedo al nacionalismo kurdo, porque los kurdos de Iraq exigían su propia nación y un millón y medio de ellos quería huir por la frontera turca a la parte turca de su «patria». Puesto que Turquía era aliada de la OTAN y «amiga» de los Estados Unidos —de aquí la cobardía de los Estados Unidos a la hora de tratar el holocausto armenio—, Washington también estaba impaciente por mantener a los kurdos de Iraq dentro de este país. Ésa era una razón no expresada e importantísima para enviar a los soldados estadounidenses a proteger a los kurdos que estaban en Iraq, y convencerlos de que se alejaran de la frontera de la montaña y regresaran a sus hogares iraquíes. Esa también era la razón por la que el sargento Jordan había recibido la orden de levantar todas esas tiendas en Zajo. Los kurdos iraquíes debían ser protegidos. Aunque también debía protegerse el estado turco, como yo no tardaría en aprender.

Me había acostumbrado a viajar en helicóptero por el norte de Iraq. Los estadounidenses nos daban una libertad casi a la existente en Vietnam en sus helicópteros, y se veían obligados a darnos pases para viajar en cualquier vehículo a los refugios de montaña a los que habríamos tardado días en llegar por carretera o a pie. Nuestra documentación y helicópteros eran organizados por un controlador aéreo civil, un estadounidense calvo, con un garfio en lugar de mano derecha. Incluso en los días más afectados por la niebla o tormentosos, nos enviaba a las montañas con sus hombres para observar a los kurdos supervivientes y moribundos en los campamentos cubiertos de nieve. El 29 de abril me presenté en la base aérea de Salopi con mi mochila, donde llevaba mi cuaderno de notas, mapas y mudas de ropa, un día de lluvia y viento horizontales. Al menos doce helicópteros vibraban y rugían en la pista. El «capitán garfio» estaba empapado y apenas me miró cuando me entregó el resguardo e hizo señales hacia la tormenta. «¡Venga! ¡Venga!», me gritó al oído y yo corrí hacia el helicóptero verde que daba bandazos, cuya tripulación me observaba a través de la lluvia. Al parecer no tenían el garbo tranquilo y despreocupado que estaba acostumbrado a ver en Corwin, Lancaster y los demás. El piloto me hizo un gesto impaciente desde la cabina y subí abordo, y uno de los miembros de la tripulación me dio un fiero empujón por detrás que me tiró en plancha al suelo.

En ese momento me di cuenta de que se trataba de un helicóptero Apache, un gran asesino de combate, no uno de esos simpáticos Chinook de morro alargado, sino una máquina afilada, lo último en agresión militar, llena de estadounidenses serios. Me senté en el asiento auxiliar, pegándome con el arnés de seguridad mientras la máquina ascendía hacia el cielo dando bandazos. En ese momento me di cuenta de que todos los estadounidenses iban vestidos de paisano y de que todos llevaban pistola o rifles de francotirador. El estadounidense que tenía delante, un hombre corpulento y de rostro alargado, se inclinó hacia mí y me chilló al oído: «¿De dónde eres?». Inglaterra, dije lastimeramente. Periodista del periódico *The Independent*. «¡Dios bendito!», gritó, se volvió hacia el que tenía a su lado y se lo chilló al oído. Los dos hombres me miraron frunciendo el ceño, el tipo cachas sacudía la cabeza con incredulidad. Volvió a inclinarse hacia a mí. «¡Alguien tiene que haberla cagado!»

No lo sabía. Yo me subí al helicóptero que me había indicado el «capitán Garfio». O eso creía yo. Entonces se me ocurrió que estaba en el helicóptero equivocado. O más bien —tardé unos segundos en darme cuenta de ello entre el barullo y la lluvia— que, como periodista, estaba, sin duda, en el helicóptero que tocaba. Ocurriera lo que ocurriera, tenía que ser más emocionante que otro lanzamiento de comida. Me incliné hacia el tipo de cara larga. Así que, de dónde eres tú, le pregunté. «Embajada de los Estados Unidos, Ankara, la mayoría de estos tíos son de la CIA. ¡Se supone que no deberías estar aquí!» Lo miré. Le sonreí. De hecho, me puse a reír con tanta estridencia en medio del ruido de la cabina que incluso el de cara larga me dedicó una sonrisita. Me incliné otra vez, porque ahora me tocaba hablar a mí. «¡Dios bendito!»,

dije. Y me dedicó una sonrisa más amistosa. «¡Pues has conseguido una historia cojonuda!», dijo.

El helicóptero recorría como un bólido el paisaje, saltaba por las grietas de la cadena montañosa, ascendía a una velocidad que cortaba la respiración en dirección a las nubes y corría por el límite de las nieves perpetuas, y sus pasajeros miraban hacia delante como hombres poseídos. Nos dirigíamos hacia el este a una velocidad asombrosa. Saqué mi mapa de láminas de la mochila y calculé los kilómetros poniendo el dedo estirado sobre las montañas. Nos dirigíamos hacia la frontera iraní. El cara larga me cogió el mapa y se volvió hacia mí con el dedo en un pequeño nombre impreso en cursiva. «Yasilova», dijo. Miré el mapa con los ojos entrecerrados mientras el Apache daba tirones entre dos paredes de roca. Si un helicóptero llegaba a tocar la roca, según me había contado Lancaster, la roca «siempre gana». Y nosotros avanzábamos mucho más deprisa que con el viejo Chinook.

En cierto momento, nos adentramos en unos cielos de color azul oscuro y luego, hacia un lado, en un cúmulo de nubes para emerger apenas a cinco metros de distancia de las copas de los pinos. El Apache tenía una habilidad impresionante para «derrapar» en el aire, tomar las curvas como un coche, pasar rozando una pared de piedra y descender en picado como un pájaro. Recordé todos esos tanques incinerados y vehículos blindados y coches en las arenas del sur de Iraq, y me di cuenta, una vez más, que los iraquíes no podrían tener oportunidad de sobrevivir. Era muerte por ordenador, el mismo ordenador del que dependían nuestras vidas en esa avispa mecánica. Yasilova. No me decía nada. La frontera iraní estaba a sólo una uña de distancia del nombre hacia la derecha. Y entonces descendimos.

Los hombres de la CIA y los guardias de la embajada —supongo que eran todos lo mismo— revisaron su armamento y se pusieron las armas en el pecho mientras descendíamos dando tumbos sobre un valle de cuento de hierba mullida y árboles con hojas de primavera y un riachuelo que se convertía en torrente. Había refugiados debajo, tiendas sucias y hombres y mujeres con la vista alzada hacia nuestro Apache. Luego, directamente delante de nosotros, mientras se abrían las puertas, los soldados de los dos grandes ejércitos apuntándose entre ellos con los rifles, los turcos a la izquierda y los marines reales británicos a la derecha, los turcos tenían una ametralladora a un lado del río y los boinas verdes británicos se movían por la hierba verde más rala, con las armas listas. Mientras los rotores se detenían y los hombres de la CIA bajaban de un salto del helicóptero, el cara larga me dio un golpecito en la rodilla. «Los vuestros y los turcos están a punto de entrar en guerra —gritó. Y me dedicó una sonrisa muy amplia—: ¡Ya te dije que era una historia cojonuda!»

Estaba en el exterior del helicóptero como una rata, corriendo para salvar la vida junto con los estadounidenses en dirección al río, donde el operador de radio de los reales marines británicos estaba luchando con su mochila por avanzar por el barro en dirección a los estadounidenses. Los turcos corrían por la orilla del este, gritando y apuntándonos con sus armas. En lo alto de una escarpadura, a unos 25 kilómetros

hacia el este, a lo largo de la línea de montaña de una gran cumbre blanca, se encontraba la frontera iraní. Me pregunté qué pensaría la república islámica de eso.

Algunos de los hombres de la CIA saltaron al río para dirigirse hacia los soldados turcos, muchos de los cuales estaban junto a montones de ropa de cama, colchones y cajas de comida. Los demás corrían por delante de mí hacia los británicos. Y entonces nos encontramos entre los británicos. «¿Cuál es su posición? —le gritó uno de los estadounidenses a un joven oficial—. ¿Ha habido intercambio de disparos?» Vi que el soldado sacudía la cabeza. «Todavía no», respondió. «No vais a disparar», ordenó el estadounidense. Y entonces, el marine británico con acento de Home Counties me tiró de la manga. «¿Por casualidad es periodista?, me preguntó, y cuando asentí con la cabeza, sonrió—. De puta madre, aquí necesitamos un periodista». No podía creer lo que oía. El ministro británico de Defensa pasó la mayor parte del tiempo intentando que los periodistas no llegaran a las historias reales como ésta. De hecho, desde que trabajé en el Norte de Irlanda, el ministerio sentía una antipatía especial por mis artículos. Sin embargo, el lugar donde me encontraba no era controlable. Era el Planeta Tierra —pese a ser una variedad fría y montañosa— y algo muy raro estaba ocurriendo. ¿Por qué estaban los soldados británicos a punto de disparar a los soldados turcos por primera vez desde Gallípoli?

El teniente de salud pública Peter Davis del Cuadro de Guerra de los Marines Reales de Montaña y Ártico era el único médico encargado de los 3000 refugiados —algunos de los cuales permanecían entorno a nosotros con una mezcla de sorpresa y terror— y explicó lo que ocurría con la precisión y profesionalidad de todos los soldados. «Los soldados turcos han estado robando a los refugiados comida y mantas. Teníamos que impedirlo y mantenemos un pulso desde entonces». Miré al otro lado del río, a una pila enorme de cajas de agua y mantas que estaban junto a los soldados turcos, eran la prueba de su culpabilidad. Los refugiados kurdos —muchos de ellos cristianos asirios, algunos de los cuales habían huido de Bagdad— estaban con los británicos a los que evidentemente consideraban sus protectores. Los turcos acababan de robar otras sesenta cajas de agua de esos refugiados sin hogar, y durante varios minutos los británicos y estadounidenses, mucho más numerosos, habían sido obligados a observar a los turcos robando más mantas, más ropa de cama y comida, todos enviados por organizaciones caritativas. Los británicos querían llevarse en avión de Yasilova a los 3000 refugiados kurdos para protegerlos de los turcos; pero un oficial turco les había denegado el permiso para viajar. Ahora, Davis y sus hombres amontonaban lo que quedaba de comida para los kurdos en un Chinook de la RAF estacionado junto a los árboles para quitarlo del alcance de los turcos. Iban a llevarse las ayudas del campo de refugiados.

Eran estadounidenses que habían estado allí con los británicos durante una semana, y todos ellos, junto con los marines, contaban la historia de continuos saqueos del ejército turco durante todo el período. Un capitán británico temblaba de rabia mientras hablaba. «Los soldados turcos que están aquí son unos mierdas —

decía—. Parece que les da igual lo que les ocurra a los kurdos, y se supone que son los turcos los que dirigen el campamento. Se llevan los que les da la gana. Uno de ellos me dijo: “Es mejor matar a los kurdos de hambre, así podemos controlarlos”. Yo no puedo dejar que ocurra eso».

Nadie había informado del escándalo del campamento de Yasilova, en parte porque era muy remoto, en parte porque no fue hasta ese momento cuando degeneró hasta casi provocar hostilidades militares, y en parte por el deseo natural de los ejércitos de la coalición de mantener buenas relaciones con Turquía. Cuando los soldados estadounidenses y británicos llegaron por primera vez al campamento de Yasilova, los turcos eran los únicos que estaban al mando. «Los kurdos estaban en un estado penoso —dijo un estadounidense—. Tenían una diarrea fortísima. En el lugar estaba a punto de aparecer un brote de cólera». Y era uno de los campamentos más sórdidos. El lugar apestaba a aguas servidas.

Al menos un centenar de refugiados suplicaba a los británicos y a los estadounidenses que se los llevaran a Europa porque, según decían, estaban casi tan asustados de los turcos como de los iraquíes. «Tenemos parientes en Austria, en Suiza y en los Estados Unidos —me dijo una joven mujer—. Por el amor de Dios, díales que estoy aquí». Había historias oscuras en ese campamento: los turcos estaban intentado dividir las familias y cobrarles por el transporte a otro campamento en el oeste. Los británicos todavía apilaban los víveres en el Chinook, amontonaban las cajas de agua y mantas en una paleta junto al helicóptero. «Si los refugiados no pueden tenerlo, no vamos a dejar que se lo queden los turcos», dijo uno de los marines.

Salí de allí en el helicóptero de la RAF junto con la comida, un niño enfermo, una mujer kurda que buscaba a su hijo perdido, y un hombre kurdo al que habían herido en un ojo durante el levantamiento. Los dejamos en Zajo y nos dirigimos hacia Diyarbakir, donde sabía que tenía una habitación de hotel. Llamé a Harvey Morris a Londres y le dije que tenía una historia para primera plana. Allí apareció el escándalo de Yasilova a la mañana siguiente.

Sabía que las autoridades turcas se molestarían por el artículo. Con un millón de refugiados kurdos en su frontera, el ejército turco sintió que era una pérdida de control de la operación de ayuda —en realidad, no tenía los recursos para mantenerla— y en Turquía, cualquier crítica al ejército podía ser considerada un crimen. Eso era parte de la legislación de Atatürk, cuya trayectoria militar en Gallípoli formaba parte de la leyenda a partir de la cual se había construido la Turquía moderna y secular. Sin embargo, Turquía también quería unirse a la Comunidad Europea —tal como era entonces— y no podía negar la verdad de lo que había ocurrido en Yasilova. O eso creía yo.

Pasé el día siguiente de nuevo en el aire, viajé con la tripulación del Chinook estadounidense alrededor de Zajo, pero cuando regresé a Diyarbakir, un trabajador de la ayuda británica me dijo que «los turcos están muy molestos y yo informaría de ello

a su redacción si fuera usted». Llamé a Harvey. «Pues claro que los turcos están molestos —dijo riendo—. Has ofendido a su puto ejército. Llámame si tienes algún problema». El problema llegó dos horas después con alguien que tocó a la puerta de la habitación. Abrí. Delante de mí estaba el gerente del hotel, un pequeño hombre turco, pero detrás de él había unos hombres serios, altos, con chaquetas negras de cuero. «Siento molestarle, señor Fisk, pero unos policías están aquí para hablar con usted».

La policía no hablaba inglés, yo no hablo turco, así que el diminuto turco me garantizó que venían como «amigos» y querían que los acompañara a la comisaría. Iba a llevarme mis pertenencias conmigo. Levanté el teléfono, y —mientras la policía protestaba— marqué el número de Londres y hablé con mi director de internacional, Godfrey Hodgson. Le dije en una frase lo que había ocurrido, que sospechaba que podía ser más grave de lo que había imaginado, y le pedí que llamara a mis ancianos padres en Maidstone para contarles que tenía un problema. A Bill y a Peggy no les gustaría enterarse de aquello por la radio<sup>[9]</sup>. Un colega de *The Daily Mail* me siguió el rastro, y me condujeron a la comisaría en coche, donde un inspector de policía corpulento me invitó a tomar asiento en su despacho. «Está aquí como invitado del inspector de policía». En tal caso, dije, me gustaría tomar un té con el inspector de policía. Frunció el ceño. El té llegó media hora después. Desde la pared que tenía detrás, Atatürk también me miró frunciendo el ceño.

También lo hizo Paul O'Connor, el vicesecretario de la embajada británica en Ankara. «Quieren hacerle preguntas sobre su artículo —dijo con frialdad—. Mi consejo es que no diga nada». Sin embargo, lo que pronto se volvió palpable era que la policía estaba pensando en presentar cargos formales contra mí por difamar al ejército turco; sospeché que se trataba de una orden militar a la policía, que no era una instrucción ni del Ministerio del Interior ni de Exteriores de Ankara. Uno de los policías me anunció, con un placer considerable, que difamar al gobierno estaba penado con diez años de cárcel. Me senté en la silla del inspector, mientras recordaba *Expreso de media noche* y maldecía al «capitán Garfio». Mi viaje en helicóptero con la CIA estaba teniendo unas repercusiones desagradables.

Entraron más policías en la habitación. El inspector recibió muchas llamadas de teléfono, y me miraba mientras escuchaba. Llegó un policía vestido de paisano con una enorme máquina de escribir alemana y empezó a rebuscar en mi bolsa. Poco a poco, fue sacando mi cepillo de dientes, la manta de reserva, las chokolatinas y —para mi desesperación— un libro de historia armenia. Era la una de la madrugada. O'Connor se caía de cansancio. Preguntó si yo podía volver al hotel. El inspector le dijo que él no tenía poder para permitirlo. El policía con la máquina de escribir anunció entonces que iba a empezar mi interrogatorio. O'Connor se opuso. Sin embargo, yo decidí que un interrogatorio sería lo que pondría fin a esa farsa. Le pedí que me interpretara; lo que, para ser justos, aceptó con cansancio, luchando por mantenerse despierto. La estructura del idioma turco es tal que cada frase tiene que

acabar antes de poder traducirse. Se hicieron las 4:45 de la madrugada antes de que terminara toda aquella tontería.

¿Cuándo entré por primera vez en Turquía? ¿Había entrado al país desde otro lugar que no fuera Habur (el cruce fronterizo desde Iraq a la entrada de Zajo)? ¿Había llegado a Diyarbakir directamente desde Ankara? ¿Trabajaba para *The Independent*? ¿Escribí un artículo en *The Independent* el 30 de abril de 1991? ¿Hay algún otro Robert Fisk en el periódico? ¿Tenía algún otro artículo publicado en *The Independent* el 30 de abril de 1991? Todo aquello era estúpido, infantil, ridículo. Empecé a darme cuenta de que los turcos no eliminarían la revuelta kurda en el sur de Turquía. También se estaba volviendo rápidamente evidente que la versión policial de mi historia no procedía de mi periódico, sino de informes de los corresponsales turcos en Londres que habían reciclado mi artículo para enviarlo de vuelta a Estambul y Ankara.

¿Había visto a los soldados turcos robando agua? ¿Había sacado fotos de ello? Entendí la importancia de esa pregunta. Si tenía fotografías del ejército turco robando, la acusación se desmoronaría. Así que necesitaban hacerse con esas fotografías. Pero no tenía ninguna. Yo seguía contestando que las respuestas a sus preguntas podrían encontrarlas en mi artículo de *The Independent*. ¿Había visto a los soldados turcos robando *helvar*? O'Connor luchaba por traducir el nombre de esa materia prima exótica que resultó ser una galleta turca que jamás había visto y que ni siquiera había probado en mi vida. Llegaron más policías y —pese a la presencia de O'Connor— se pusieron a mi alrededor, todos llevaban porras de madera en la mano. El inspector sugirió que tal vez me gustara pasar la noche en el sótano de la comisaría. «Esto se está poniendo feo», murmuró O'Connor. Entonces llegó el momento que estaba esperando:

POLICÍA: En el artículo del periódico *The Independent* del 30 de abril de 1991, y que lleva su nombre, ¿es cierto que dice que los soldados turcos han robado la ayuda en el campamento de Yasilova?

FISK: Mi padre siempre me dijo que Mustafá Kemal Ataturk era uno de los titanes del siglo XX. Creo que mi padre tenía razón. Por desgracia, algunos de los soldados de Yasilova no obedecían a los elevados estándares y principios establecidos por Mustafá Kemal Ataturk, fundador de la nación turca.

De pronto, el ambiente cambió. Agradecí mentalmente a Bill Fisk todas esas lecciones de historia de la infancia. No estoy en absoluto seguro de que Ataturk fuera un titán (ni de que Bill lo creyera), pero estaba bastante dispuesto a convertirme en admirador suyo para el inspector y sus amigos. Empezaron a hablar entre ellos con gran admiración. O'Connor, que se caía de cansancio, me dijo que seguramente ahora me permitirían volver al hotel. La palabra «deportación» salió en la conversación. Y yo sabía por qué. Si mi argumentación iba a ser una condena vehemente de la forma en que el ejército turco había vuelto la espalda al padre de la nación —un hombre cuya integridad defendería contra el ejército— entonces no podía haber ni acusación ni causa para un juicio. Y eso fue lo que ocurrió.

Un par de horas más tarde, me informaron con solemnidad de que iban a

deportarme, y O'Connor salió dando tumbos a comprar un billete. El portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores, Murat Sungar, anunció la deportación inminente de Fisk desde la patria: «su presencia en Turquía ya no es deseable por sus parciales artículos llenos de prejuicios y mal intencionados», dijo. Fue un viaje accidentado hasta Ankara y tuve que consolar a uno de los dos policías turcos que viajó conmigo, porque nunca había viajado en avión. Con todo, la decisión del «capitán Garfio» de meterme en el Apache tuvo más consecuencias. Los turcos ordenaron que los marines reales británicos también fueran deportados y afirmaron que le habían dado una paliza a un oficial. El Ministerio de Defensa los «redesplegó» de inmediato en la frontera del sur y en el interior de Iraq. La organización de periodistas protestó. La Comisión Europea exigió una explicación del embajador turco a la Comisión en Bruselas. Uno de los ejecutivos de la Associated Press de Nueva York me envió un mensaje de dos frases: «Resulta difícil imaginar la calidad de las comidas en una cárcel de Diyarbakir. Seguramente ahora mismo estás envidando a los refugiados kurdos<sup>[10]</sup>».

El problema era que los refugiados kurdos ya habían desaparecido de la ridícula historia. Lo que ahora estaba en juego era el honor del ejército turco. El jefe del estado mayor del ejército turco, el general Dogan Gures —quien debería haber metido en cintura a sus soldados en Yasilova y proteger a los kurdos— dijo que mi artículo perfectamente documentado era «propaganda simplista y premeditada». Pero ¿qué se suponía que debía de haber hecho yo? ¿Negarme a subir al helicóptero en Salopi? ¿Ignorar las pruebas que tenía delante de las narices en Yasilova? ¿Censurar mi artículo para beneficiar los intereses de las relaciones entre occidentales y turcos? En Ankara me subieron a un vuelo de Lufthansa con destino a Francfort. «Usted es el hombre al que han deportado, ¿verdad? —fue el saludo de la azafata—. Debe de haber estado diciendo la verdad».

Que era lo que quería seguir haciendo en el norte de Iraq. Pero ¿cómo volver ahora que Turquía estaba vetada para mí? Regresé en avión a Beirut y conduje hasta Damasco, donde los antiguos súbditos del imperio otomano se mostraban más que dispuestos a hacer favores. Le expliqué el apuro en que me encontraba a Mohamed Salman, ministro de información —al que el régimen desacreditaría ocho años después—, que me sugirió que visitara a un tal general Manssur, responsable del servicio secreto del ejército sirio en la ciudad fronteriza de Kimishli. Conduje hasta Siria, de regreso a la frontera turca —en realidad podía ver la bandera turca por la ventanilla del general Manssur— y él lo arregló para que una patrulla de soldados sirios me llevara hasta el río Tigris desde donde llegaba hasta Turquía y formaba la frontera de Siria y el norte de Iraq. Un anciano en una barca de madera me estaba esperando al alba, y los soldados sirios se despidieron de mí con la mano mientras el anciano remaba silenciosamente para cruzar por la vasta extensión de agua clara y quieta hasta la otra orilla, donde tres guerrilleros kurdos *peshmerga* estaban esperándome. La hermana Siria —como llamaban en el Líbano con un afecto dudoso

a la nación de Assad— tenía amigos en el Kurdistán. «¿Señor Robert? —me preguntó uno de los kurdos—. Estamos aquí para llevarle a Zajo». Y así regresé a la historia del desastre kurdo.

Era finales de primavera. Los estadounidenses y los británicos planeaban marcharse. Las Naciones Unidas habían llegado con sus observadores para «proteger» a los kurdos. Aun así, sólo ampliando el Kurdistán «libre» hacia el sur, los estadounidenses podrían cerrar los campos de refugiados en los que al final se había obligado a los kurdos a dejar las montañas. Pronto volverían a atacar a los kurdos, por lo general, los soldados y pilotos turcos que, en los años siguientes, bombardearían poblaciones kurdas donde creían que había escondidos guerrilleros del Partido Kurdo de los Trabajadores, el PKK. Los soldados turcos entraron en Zajo contraviniendo todos sus acuerdos con los aliados occidentales. Sadam volvería a arremeter, en el norte de Iraq, contra los exiliados kurdos, cuyas tramas para asesinar al malvado dictador —era todo parte de una desesperada conspiración de la CIA— fracasaron miserablemente. Así que, aunque los estadounidenses intentaban irse del norte de Iraq, tenían que avanzar hacia el sur para establecer más «refugios seguros» para los kurdos. Aprobaron las nuevas negociaciones kurdas con Sadam. Se mostraban entusiastas a la hora de colaborar con el régimen baazista —o «el gobierno de Bagdad», como preferían llamarlo— con tal de retirarse. De pronto, los estadounidenses necesitaban la colaboración de Sadam.

Los kurdos entendían qué suponía eso. No podían impedir la marcha de los estadounidenses, pero podían purgar lo que quedaba del mandato del partido Baaz de las ciudades que iban a ser incluidas en los «refugios seguros», y lo hicieron con la acostumbrada falta de piedad. Muchos de los acólitos de Sadam murieron asesinados o los sacaron de sus casas, invadieron sus comisarías y sus cámaras de tortura se abrieron por vez primera en más de dos décadas.

En las profundas mazmorras subterráneas del cuartel general de la policía secreta de Dahuk, las jóvenes mujeres kurdas, a las que violaba y asesinaba el Mujabat iraquí, habían dejado sus últimas huellas en las mugrientas paredes. Una dibujó un autorretrato de grandes ojos y pelo largo cayéndole sobre los hombros: una hermosa muchacha con una blusa de cuello alto. Otra dibujó una rosa sobre las palabras: «Voy a morir. Por favor contádselo a los demás». Otra, cuyo nombre era Nadira, escribió en la pared de su celda sólo cuatro palabras: «Este es mi destino».

Los *peshmerga* kurdos y varios cientos de personas de la población local de Dahuk habían irrumpido violentamente en la comisaría, demasiado tarde para evitar que los hombres vestidos de paisano quemaran los archivos donde estaban los nombres de los prisioneros —y sus torturadores— en una garita de cemento de la entrada. Todavía estaban ardiendo cuando llegamos allí, y nos observaron con incomodidad doce policías que ahora eran, de hecho, prisioneros de los kurdos. La última joven a la que encarcelaron allí había muerto en esas fétidas celdas hacía justo dos meses. Los *peshmerga* dijeron que habían encontrado tres cuerpos de mujeres,

desnudas y con las manos atadas, en las celdas. Una de las chicas tenía doce años. Otra mujer más mayor había sido víctima de una violación múltiple y había muerto después. Cualquiera que quisiera saber por qué un millón y medio de kurdos había huido de sus casas en marzo de 1991 no tenía más que visitar la comisaría de Dahuk<sup>[11]</sup>.

Al verlo, uno podría esperar que los estadounidenses le hubieran echado un vistazo a esa prueba de la brutalidad de Sadam Husein. Las dependencias policiales secretas de Dahuk, se encontraban a sólo un par de kilómetros de los nuevos cuarteles generales del ejército estadounidense. Al final había una prueba de que los siervos del dictador, a los que Bush había comparado tantas veces con Hitler, de verdad podían comportarse como nazis. ¿Acaso algunos de los aliados no habían exigido alguna vez que se celebraran juicios por los crímenes contra la humanidad?

Al parecer ya no lo hacían. Al menos dos de los oficiales de mayor rango de Dahuk —hombres que debían de tener conocimiento sobre los terribles secretos que se ocultaban bajo ese edificio— se reunían a diario con los oficiales del ejército estadounidense de mayor rango para hablar del regreso de los refugiados kurdos a la ciudad. El coronel Moakdad y el coronel Jamal eran esenciales para asegurar que no se producirían enfrentamientos entre los iraquíes armados y los soldados aliados de Dahuk. Todas las mañanas, a bordo de limusinas Oldsmobile con chófer, aparecían en el nuevo hotel que los estadounidenses habían convertido en cuartel general, y de vez en cuando saludaban a los soldados estadounidenses.

¿Cuánto tiempo más podía seguir esa hipocresía? El 25 de mayo, el coronel Moakdad llegó incluso con un representante de los *peshmerga*, que se puso delante de un coronel que lo saludó y juntó los dos índices. Quería decir que ahora eran amigos. Se suponía que la policía iraquí y los kurdos mantenían un alianza mientras sus dirigentes negociaban en Bagdad. En cuanto esas conversaciones hubieran terminado, los iraquíes garantizarían la democracia a los kurdos, o eso se suponía que debíamos creer. Y luego, claro, los aliados occidentales se irían a casa. Por lo visto, valía la pena pagar cualquier precio a cambio de una retirada, incluso la indiferencia ante la existencia de cuarteles generales de policía secretos.

Había un perfecto jardín perfumado delante del edificio, rosales junto a la senda. El pórtico del cuartel estaba decorado con pantallas de lámpara de bronce árabe. Era tan hermoso como el jardín de la entrada de la cámara de tortura del Savak en Teherán, que vi en 1979. Sin embargo, a unos metros, a la derecha, había una escalera. Al final de ésta había una serie de estrechas celdas y varias habitaciones grandes. Estaban plagadas de excrementos y mantas sucias. «Aquí es donde traían a las mujeres —dijo Kemeck—. No eran esposas de los *peshmerga*, sólo mujeres bonitas. Las torturaban, las violaban y las mataban. Algunas eran muy jóvenes. El ejército iraquí solía visitar a las mujeres de esta celda —en ese momento abrió una pesada puerta de acero— y las violaban una tras otra». En el suelo había un colchón manchado y la ropa de algunas mujeres. Las paredes estaban cubiertas de pintadas.

«Algunas veces escribían su nombre con sangre», dijo Kemeck.

Sin embargo, el deseo de los Estados Unidos de que Sadam respondiera por ello había disminuido a medida que aumentaba su desesperación por retirarse de Iraq. Nadie se mostraba más claro en su decisión de salir de allí que el comandante del ejército de 15 000 soldados de la coalición en el Kurdistán que ahora controlaba 13 000 kilómetros cuadrados del norte de Iraq, el comandante Jay Garner. Doce años después, Garner sería el primero de los procónsules estadounidenses que ocuparon Iraq —un hombre que digirió tan mal la misión que lo reemplazaron en cuestión de meses—, pero en 1991, nadie podría haber negociado de forma más genial con las autoridades iraquíes. «Les hemos dicho a los kurdos que desde el primer día estamos aquí por dos motivos —dijo—. Para detener las muertes en las montañas y para crear un entorno en el que puedan volver a instalarse. Jamás hemos firmado para convertirnos en una fuerza de seguridad del norte de Iraq... Nos enviaron aquí para hacer algo y lo hemos hecho bastante bien. No creo que los kurdos vuelvan a las montañas a menos que los ataquen. Y si ocurre, es un problema de las Naciones Unidas y de los dirigentes mundiales, y tendrán que tomar una difícil decisión. Para eso les pagan a los dirigentes, para tomar decisiones difíciles».

Garner, un hombre bajito y fornido que hablaba con frases abreviadas y cautelosas, era subcomandante del 5.º Cuerpo Estadounidense en Europa. Sin embargo, en el Kurdistán actuaba como político. «No creo que haya que mantener a los soldados aquí. Los kurdos son ciudadanos iraquíes. No creo que haya que mantener a los soldados aquí para proteger a ciudadanos de su gobierno. Admito que el dirigente [de Bagdad] es malvado, es un régimen malvado. Pero si uno quiere que las fuerzas militares permanezcan aquí, hay que cambiar la misión y hay que cambiar las normas... Ellos [los kurdos] estaban muriendo por centenares y a diario en las montañas turcas. No eran ciudadanos turcos así que algo tenía que ocurrir. Ahora mismo, sus propios dirigentes están a punto de firmar un acuerdo con Sadam... viven aquí. El hecho de que nosotros hayamos venido les da una mejor postura para la negociación».

Garner era, en cierta forma, como un policía infeliz que iba a inventar sus propias normas mientras hacía su ronda. Aunque la Resolución 688 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas permitía la intervención humanitaria en un país extranjero, no daba muchas directrices para los funcionarios estadounidenses, británicos, franceses, españoles y holandeses que se reunían con el general todas las noches para su informe diario. «Mi peor miedo —me confió Garner— es meter a los nuestros en medio [de una batalla] y salir heridos. Los iraquíes y los *peshmerga* han estado combatiendo desde que llegamos... No somos un ejército de ocupación. Nadie está bajo la ley marcial. No hay legalidad...»

En un rincón del despacho de Garner había un viejo rifle con cerrojo que tenía en su armario de armas de la dinastía Pahlavi. El cerrojo estaba oxidado y la madera resquebrajada, pero el león del sha se veía con facilidad en la insignia real. Para

Garner, el arma iraní —entregada por un soldado iraquí cuando llegaron los ejércitos occidentales al Kurdistán— era un recuerdo de la «guerra civil» que el presidente de Garner creía que llevaba «años en marcha», el conflicto del que el general de dos estrellas intentaba mantenerse al margen. Parecía todo muy sencillo. Los kurdos solucionarían las cosas con Bagdad. Los kurdos eran ciudadanos iraquíes, no ciudadanos turcos —sin duda, la preocupación de Turquía era una de las prioridades de la lista de Garner— y si Sadam volvía a perseguirlo, bueno, pues sería problema de las Naciones Unidas.

Garner admitió una intranquilidad personal al hablar casi a diario con los oficiales iraquíes que bien podrían haber sido culpables de torturar a civiles antes y durante el levantamiento kurdo en Dahuk. Sin embargo, dijo que su trabajo no conllevaba esa clase de emociones. «En las reuniones conmigo son educados. Sólo hay unos pocos que son duros. Son bastante difíciles. Los que vienen a las reuniones vestidos de paisano han sido un poco más directos. Se quedan ahí y te sueltan un discurso político larguísimo y reflexiones sobre la forma en la que haces las cosas. Los escuchamos y decimos: “Gracias por sus comentarios”».

Así que eso era en lo que se había convertido. Gracias por sus comentarios. La Bestia de Bagdad ya no debía ser temida. Debía ser aplacada, había que trabajar con ella, había que confiar en que tratara a sus kurdos —«ciudadanos iraquíes»— con justicia. Sin duda, el final no estaba muy lejos. El verano llegaba al norte de Iraq con pereza, una brisa cálida recorría los cientos de kilómetros cuadrados con plantaciones de trigo alrededor de Dahuk. Anticipando las consecuencias de las sanciones de las Naciones Unidas de 1990, Sadam había ordenado a los iraquíes plantar trigo en los terrenos disponibles. Los grupos humanitarios estadounidenses, el ejército estadounidense y las Naciones Unidas animaban a los kurdos a recoger la cosecha que se había plantado para combatir las sanciones de las Naciones Unidas.

En medio de una calzada del norte de Dahuk, donde seis marines acalorados y cansados estadounidenses estaban saludando a los kurdos que regresaban a sus hogares, había un letrero con las palabras ZONA DE CONTROL ALIADO pintadas con pintura negra. Hacia el este, una batería de obuses de 105 mm se acurrucaban camuflados bajo la calima del calor: un pequeño fantasma de todas esas posiciones de artillería que una vez estuvieron en el desierto saudí a 800 kilómetros hacia el sur. La conciencia del mundo estaba siendo apaciguada. La tragedia épica de la retirada de los kurdos hacia las montañas mejoraba con el retorno y el reasentamiento. En lugar de bebés moribundos y niños enfermos, los campos alrededor de Zajo estaban llenos de familias luchadoras. Por la noche, una hilera de luces que descendía por las montañas era la prueba de que los kurdos regresaban al hogar.

Así que ¿a quién pudo sorprender que el General Colin Powell, al llegar al aeropuerto privado de Sadam en Sirsenk la tarde del 30 de mayo, dijera, con tantas palabras, que no había garantías para los kurdos que quedaran atrás? La «comunidad internacional» estaría «valorando la actuación de Bagdad en las semanas siguientes»,

nos dijo. Los Estados Unidos usarían «todos los medios diplomáticos y políticos y cualquier otro medio que fuera apropiado» para convencer a las autoridades iraquíes de que no utilizaran la fuerza contra los kurdos.

La rueda de prensa ofrecida por Powell fue rara. Simplemente no mencionó el nombre de Sadam. El monstruo que había obsesionado al mundo durante meses ya no se podía mentar. Incluso le pregunté a Powell sobre esta omisión. Allí estaba él, dije, en la mismísima pista del aeropuerto privado de Sadam —con baldosas de mármol negro en la terminal inacabada— y con la vista de los palacios de invierno de Sadam en las montañas circundantes, pero el nombre de Sadam no fue pronunciado por sus labios. ¿Por qué? Y respondió con una evasiva que fue realmente valiente. «No sería bueno para los intereses de los dirigentes de Bagdad retomar ese tema por obligación o de forma agresiva, pues amenazaría a su pueblo y volvería a provocarles miedo». También habló sobre «el gobierno de Bagdad» como si fuera una vasta burocracia democrática. Y así era. Sadam había sido borrado del discurso.

Cuando un periodista estadounidense preguntó a Powell si los Estados Unidos de verdad habían ganado la guerra del Golfo en 1991, pese a los numerosos incendios en los yacimientos de Kuwait, los daños ecológicos en el Golfo, la reticencia de Arabia Saudí para cumplir los planes de seguridad estadounidenses, la catástrofe kurda y el punto muerto en que se encontraba el «proceso de paz» de Oriente Próximo, Powell recordó a su público que la invasión de Kuwait había sido solucionada y que el emirato había restablecido su gobierno legítimo (aunque no democrático). «Nuestros mejores amigos en esa región ya no se ven amenazados por el cuarto ejército más grande del mundo». Eso era una victoria. La situación estratégica de la región había cambiado por completo. Lo que no había cambiado, por supuesto, era la presencia continua de Sadam en Bagdad. Pero ése era un nombre que el general Powell ya no mencionaba.

Había veces en que la historia no podía mencionarse en el Kurdistán. En Zajo había un bonito puente romano, y los habitantes locales contaban a los visitantes que las bajas colinas cubiertas de hierba que protegían a la ciudad fueron amenazadas por miles de griegos xenófobos. Fue a quince kilómetros hacia el oeste, en las orillas del río Habur. La historia era demasiado reciente para hablar de ella. Los habitantes locales no mencionaban que nueve mil armenios murieron en el genocidio de 1915. Porque los kurdos eran los asesinos.

Zajo era una ciudad con secretos. Incluso los tenía con los ejércitos aliados. En 1919 fue famosa por el asesinato de oficiales del ejército británico, asesinados por kurdos que exigían la independencia durante el mandato británico. Unos soldados británicos fueron fusilados durante el mismo año en la vecina ciudad de Amadia; que en la actualidad era gobernada por los Marines Reales. Con razón, Zajo ocultaba su pasado tal como ocultaba su presente. Enfrente de la comisaría de policía iraquí, según me contaron, estaba el *mantaqa jehudi* —el «lugar de los judíos»—, donde la importante comunidad judía de Zajo vivió hasta que partieron hacia el nuevo Estado

de Israel en 1948. Las casas eran pobres, de una sola planta, de barro y ladrillos. El viejo cementerio judío estaba bajo los cimientos de un hotel de Ashawa, en el otro extremo de la ciudad. Los hombres de Sadam lo dispusieron así.

Sin embargo, si uno se daba un paseo al otro lado del río por el barrio de la *kenaisi* —«iglesia»— se encontraba tanto entre kurdos como armenios, nietos y nietas de los biznietos y biznietas de los asesinos y los asesinados en 1915. Incluso en ese momento no se podía preguntar sobre las matanzas sin levantar sospechas. Los kurdos te respondían que los turcos eran los culpables. Los armenios te decían, con razón, que los kurdos que estaban por allí fueron los culpables, siguiendo órdenes turcas. «Tenemos amigos kurdos —me dijo un empresario armenio—. Claro que hablamos sobre lo que ocurrió. Mis amigos kurdos y yo tomamos café juntos. Hemos llegado a la conclusión de que lo que hicieron los kurdos fue un error. Los utilizaron otras personas, los turcos, para hacer lo que nos hicieron. Pero, sí, la mayoría de mis amigos son cristianos». Sólo quedaban unos 1500 armenios en Zajo, que vivían entre 150 000 kurdos. Unos pocos cientos de asirios y caldeos componían la única comunidad cristiana de otra fe.

Los armenios obedecían las leyes con Sadam. Cuando los kurdos de Zajo huyeron para evitar el servicio militar, los armenios obedecieron y fueron a la lucha por Sadam Husein. Tres soldados armenios de Zajo murieron durante el ataque aéreo aliado de 1991; en Kuwait, Basora y Mosul. Más de 130 armenios de la ciudad murieron en la guerra de ocho años entre Iraq e Irán. Los únicos kurdos que lucharon en la guerra de 1991 podían encontrarse en los campos de refugiados a las afueras de Zajo, aunque no eran de la ciudad. Uno de ellos vivía en una tienda azul y blanca con su padre y su madre, era un joven con bigote que era miembro del Regimiento de Tanques de Rafidain y sobrevivió a los ataques de estadounidenses y británicos en el monte Mutla. «Estaba escondido en la arena cuando llegaron los aviones —dijo, suplicando como siempre que su nombre no saliera jamás a la luz—. Vi todos los vehículos iraquíes en el atasco y empezaron a saltar por los aires. Había un camión cisterna militar y vi que el avión estadounidense le lanzaba un misil. Se vio un fuego dorado y el camión se volvió dos veces más grande y luego desapareció. Logré llegar a Basora y me dieron cinco días de permiso así que subí a las montañas para escapar».

No obstante, la revuelta turca no acercó en absoluto a las comunidades kurda y armenia de Zajo. Cuando los kurdos regresaron a la ciudad con la protección de los Estados Unidos, descubrieron que los armenios no habían dejado sus casas. «Creían que nos habíamos puesto de parte del gobierno —dijo un adolescente armenio—. No entendían que no podíamos permitirnos la rebelión. Somos muy pocos». Muchas familias armenias huyeron a las montañas cuando la rebelión kurda se vino abajo. Cuatro bebés armenios estaban entre los cientos que murieron en la frontera turca, compartieron sus tumbas con los descendientes de los que había aniquilado en una matanza a sus bisabuelos.

Ahora los armenios estaban interesados en una crisis diferente. «Queremos ir a la madre patria —dijo un ingeniero armenio—. La Unión Soviética se está desintegrando y pronto la Armenia soviética será un país libre, nuestra madre patria que nos protegerá. No escucho ni las radios de Bagdad ni las kurdas. Escucho la radio armenia todas las madrugadas a las 6:30, desde Yeveran, en la Unión Soviética. Dicen: “Esta emisión es para la República Armenia”. Nos dicen que los soldados rusos y los azeríes están violando a nuestras mujeres como hicieron los kurdos. ¿Se liberará pronto Armenia? ¿Podremos ir allí?»

Al parecer, todo el mundo quería irse de Iraq. Todos menos los muertos. Algunos dijeron que habían muerto 200 000 personas en el alzamiento posterior a la liberación de Kuwait —el doble de iraquíes que murieron en la guerra según algunos cálculos—, lo que significaba que más de un cuarto de millón de almas perecieron en Iraq en la primera mitad de 1991<sup>[\*]</sup>. Entre los muertos había miles de árabes de las marismas, de cuyo destino no quedó constancia porque sus hogares estaban en los antiguos pantanos sumerios del este de Iraq.

En 1982, en las tienduchas de los hoteles de mala muerte de Bagdad, compré una guía del país. La había publicado el partido Baaz o —como proclamaba con bombo y platillo en la página 1— la «Organización del Estado para el Sistema de Turismo General para Servicios de Viajes y Turismo». Y ¿adonde me aconsejaba ese librito que fuera a hacer turismo? «Y ahora, viajemos a un mundo incomparable, las marismas de Iraq, donde la naturaleza parece conservar su aspecto virgen. Kilómetros y kilómetros de agua, con una infinita variedad de aves, peces, plantas, juncos y totoras, salpicado hasta donde la vista alcanza de cabañas, cada una como una isla en sí misma». La primera vez que vi las marismas, al este de la carretera de Bagdad y Basora, pude darle la razón a la guía. Durante kilómetros, miles de cabañas de juncos estaban sobre islas de tierra y papiros, todas habitadas por los descendientes de los antiguos sumerios, una urdimbre temporal de sencillez que, según las antiguas escrituras árabes, podía haberse iniciado por una inundación devastadora entorno al año 620.

Seguramente Sadam empezó a drenar las marismas en 1989, justo un año antes de la invasión de Kuwait, y la explicación oficial —«razones de seguridad»— debió de ocultar sus posibles consecuencias. Durante años, los árabes de las marismas aparecían en Kuwait e Irán con historias sobre los lechos de río que se habían secado, sobre hambre y enfermedades. El hombre que reconstruyó Babilonia a su imagen y semejanza estaba destruyendo Sumeria. Claro está que fue su guerra contra Irán la que llamó la atención de Sadam hacia la vulnerabilidad de las marismas; fue aquí donde los niños soldado iraníes realizaron su incursión más importante en Iraq, y Sadam, como hemos visto, inundó las marismas con gasolina, fuego y muerte con electricidad. Un años después del final de la guerra, empezó la primera obra, enormes muros y embalses de cemento, al principio en secreto y luego —una vez que las primeras imágenes de satélite revelaron lo que Sadam estaba haciendo— en público.

A partir de 1991, los periodistas estadounidenses viajaron para ver las murallas del norte de lo que era descrito como un proyecto de «irrigación». Les prohibieron llegar a los lechos del lago que estaban más al sur, porque era allí donde Sadam todavía recibía ataques, por parte desertores del ejército que aparecían desde los pantanos por la noche para atacar los convoyes del ejército y los puestos policiales, incluso tres años después de la guerra de 1991.

Como siempre en el mundo árabe, todos sabían lo que ocurría y nadie decía nada. Los pilotos estadounidenses y británicos que volaron hacia la zona «vetada» vieron las aguas en retirada de las marismas, los lechos y lagunas que se evaporaban. Pero no hicimos nada. Y los regímenes árabes se quedaron callados. Ni Mubarak ni Arafat ni Assad ni Fahd —ninguno de los supuestos titanes del mundo árabe— criticaron lo más mínimo, al igual que habían hecho con el caso de los kurdos gaseados. El escritor iraquí en el exilio Kanan Makiya llamó la atención sobre el hecho en un incendiario artículo en el periódico del partido *Baaz Al Thawra*, en abril de 1991, mientras el ejército de Sadam seguía intentado aplastar la rebelión del sur. El autor atacaba a los árabes de las marismas por su pobreza, atraso e inmoralidad, refiriéndose a ellos como malos, abandonados y sucios. «A menudo se escuchan historias sobre perversión que lo dejan a uno boquiabierto», decía el periódico. Así que los árabes de las marismas —cuyas novias se trasladaron en una época en barcas de juncos— fueron animalizados antes de que su cultura fuera destruida. Sadam había secado otro rincón de Iraq, había hecho huir a las personas y los pájaros, y se había asegurado de que no hubiera más islotes entre ellos.

## CAPÍTULO 17

### LA TIERRA DE LAS TUMBAS

Mi hogar es oscuro, el corazón de mi jardín y  
[el desierto son oscuros,  
... cada esquina de esta ciudad en ruinas es oscura.  
El cielo está cansado; el sol se ha rendido.  
Como un calabozo, la luna viajera es oscura.

QUHAR AUSI, *Oscuridad (Tariq)*, 1990

En las colinas de Al Muda, un ramo de flores artificiales de mala calidad y hecho jirones, descolorido por el sol, se deshace con el viento, prendido todavía a un herrumbroso tubo de metal que se alza sobre la arena. Es el 2 de agosto de 1991, un año después de que el ejército de Sadam invadiera Kuwait. Las rosas de plástico son el único testimonio de la carnicería que tuvo lugar aquí, un solitario acto de cortesía de un soldado estadounidense, puesto que fueron los estadounidenses que vi en ese lugar cinco meses antes quienes amontonaron los destrozados cadáveres en la fosa, tapándose la boca con pañuelos mientras una excavadora militar ensanchaba la fosa común. El manto de arena del desierto (que hiere la cara y las manos si se pone uno de cara al viento) ha terminado por cubrir los dos túmulos de tierra que creó la excavadora. Solo los dos montículos, y estas patéticas rosas falsas, señalan el lugar de la última morada de las legiones de Sadam.

¿Cuántos murieron ahí? ¿Quiénes eran estos iraquíes cuyos restos mortales, rígidos y deteriorados, encontramos yaciendo alrededor de sus tanques, camiones, autobuses requisados, cañones y vehículos blindados, calcinados después de que los aviones estadounidenses y británicos los hubieran atrapado de noche mientras escapaban de Kuwait? Cuando se produce una matanza de estas características, puede olvidarse la Convención de Ginebra y la cláusula sobre el intercambio de listas con «los datos de los muertos inhumados en cementerios o cualquier otro lugar». Sobre la carretera que pasa más abajo de las tumbas, todavía están los herrumbrosos blindajes y los automóviles robados, cubiertos ahora por *graffiti* de los vencedores: alegres bromas para mamá y papá, eslóganes de las unidades estadounidenses, e interminables y grotescos comentarios obscenos, no tanto sobre Iraq y Sadam como sobre las mujeres, comentarios humillantes y perturbadores, como si los conquistadores necesitaran asociar el sexo con la muerte violenta.

Así como la arena cambia sutilmente el paisaje en cada extremo de esta sepultura masiva, también el tiempo cambia nuestra percepción de los acontecimientos. En el momento de su muerte, habíamos sido testigos del salvajismo iraquí en la recién

liberada ciudad de Kuwait. Habíamos visitado las cámaras de tortura, visto los cuerpos mutilados de hombres y mujeres kuwaitíes, la destrucción de los palacios y los pozos de petróleo. Entre los sentenciados convoyes de Al Muda, habíamos descubierto una rapiña a escala medieval. Vi centenares de muertos; debieron de ser miles. Los kuwaitíes hablan de 100 000 soldados iraquíes muertos en el desierto. Algunos, de 200.000. ¿No deberíamos de habernos referido entonces a la matanza de las colinas de Al Muda y no a la «carretera de la muerte», que fue la denominación popular que recibió en todo el mundo?

El saqueo se ha repetido a lo largo del tiempo. Sin embargo, todavía quedan fantasmas en el desierto. Al lado de un destruido camión iraquí cubierto de arena en sus tres cuartas partes (el camión insignia del batallón, con un cuadrado azul junto con un triángulo blanco, puesto que los ejércitos versan sobre la burocracia tanto como sobre la muerte), extraigo destrozados manuales de maniobras y carpetas, restos de la administración del derrotado ejército iraquí, cargados con diligencia en las horas anteriores a su destrucción el 28 de febrero de 1991. Al principio, la arena no libera los papeles, de manera que hundo los dedos en la tierra, escarbo y tiro de las carpetas con las uñas. Sostengo en las manos un estadiillo con la lista de los soldados de este batallón por orden alfabético, entre los que hay árabes musulmanes, kurdos, cristianos, incluso armenios: «Abdul Rida Rahim Ahmed, correo motorizado, nacido en 1954, educación primaria, árabe musulmán, localidad: Basora; Mandil Ahmed Qadis Mustafá al-Koli, correo motorizado, nacido en 1952, kurdo musulmán, localidad: Al Tamim; Alí Husein Hamza, artillero, nacido en 1949, educación primaria, árabe musulmán, localidad: Qadisiya...».

¿Yacen todos estos hombres en las colinas de Al Muda? Debajo de la arena del desierto no sólo encuentro nombres, sino también pesadillas. Veo el extremo de un libro más grande, casi sepultado, me arrodillo, lo agarro por la punta y tiro de él a lo largo mientras siento que mis rodillas se hunden en la arena, hasta que el libro se desliza de repente hacia mí. Lo abro y empiezan a caer granos de arena del lomo; son las notas manuscritas de un anónimo funcionario del partido Baaz adscrito a una unidad militar desconocida con el acta de una reunión entre Sadam Husein y el ministro de Industria iraquí el 28 de febrero de 1990, un año antes de que su ejército fuera destruido en este mismo desierto. Estoy en cuclillas, pero, cuando leo el nombre de Sadam, me siento en la arena y me acomodo el libro en el regazo. En realidad, cita a Sadam, un Sadam desmedido, pero que sentía ya las restricciones financieras que lo llevarían a invadir Kuwait cinco meses después. «Daremos al pueblo 20 dinares por cada bomba que se fabrique dentro de Iraq», registra el libro que dijo Sadam. «Hagamos que nuestras fábricas produzcan 5000 bombas por día. Dejemos que nuestras industrias compitan entre sí, de manera que puedan competir con la industria armamentística internacional. Tenemos que ahorrar millones de dólares en gastos militares... de manera que gastaremos un poco más en nuestra producción local... para que podamos llegar al punto en que seamos independientes por completo del

mercado internacional...»

Independencia militar. El Nuevo Orden Mundial de Sadam. Las palabras me llegan de debajo de la arena del desierto kuwaití, y con qué ironía. Quienes crearon el poder militar de Sadam no fueron las masas trabajadoras de Iraq, sino Occidente, que abasteció su república del terror con créditos, alimentos y los medios para su propia destrucción. El Reino Unido siguió mandando materiales radioactivos a Bagdad incluso cuando Sadam ya planeaba su colosal producción nacional de armas. Los Estados Unidos proporcionaron los fondos, y la Unión Soviética, los tanques y vehículos blindados que se corroen hoy en las colinas de Al Muda. No es extraño que Sadam mintiera a las Naciones Unidas sobre lo que le quedaba de su arsenal. Cuánto mayor poder conservara, mayor sería su probabilidad de sobrevivir a la versión del presidente Bush del Nuevo Orden Mundial, un sistema internacional en el cual la agresión no reportaría en teoría ningún beneficio y en el cual se suponía que no se suministrarían armas con tanta promiscuidad a los países de Oriente Próximo. Tal vez —y ésta sería la más tenebrosa de las pesadillas— Sadam aún podía tener éxito.

Después de todo, ¿quién se acuerda en la actualidad de las seguridades dadas por George Bush al pueblo de Iraq sobre que no estaba enfrentado con él, sino con su gobernante? «No tenemos ningún conflicto con el pueblo de Iraq —insistió el 15 de febrero de 1991—. Nuestras diferencias son con el brutal dictador de Bagdad». Sin embargo, mientras el pueblo de Iraq moría por las enfermedades y el hambre causadas por la guerra, el brutal régimen de Sadam había sobrevivido. De hecho, cuando el pueblo iraquí intentó derrocar a Sadam, los estadounidenses y sus aliados le permitieron destruir a su pueblo y resurgir con una última proclama a la misma semana del aniversario de la invasión, diciendo que Iraq había ganado «un gran duelo histórico», puesto que no cabía considerar la victoria «como una lucha entre un ejército y varios otros». No era un punto de vista que pudiera tener aceptación entre los fantasmas de las colinas de Al Muda.

Ni entre las familias gobernantes de Arabia Saudí y Kuwait que sobrevivían indemnes al conflicto. Sin embargo, tenían motivos para sentirse satisfechas. Se habían olvidado las esperanzas de las clases medias saudíes educadas; según las cuales la presencia militar estadounidense en el Golfo liberalizaría el país y haría que la familia real estuviera más dispuesta a compartir la dirección política del país. En el período posterior a la humillación de Sadam, Arabia Saudí se convirtió en un país no menos, sino más conservador; su policía moral, la *mutawin*, se había vuelto más poderosa; y los militares se vieron reforzados pese a toda la palabrería sobre desarme. El Pentágono anunció que planeaba vender a los saudíes 2100 bombas de racimo, 770 misiles aire-aire Sparrow y componentes de guía láser por un importe de 365 millones de dólares. La Casa Blanca ya había anunciado al Congreso sus planes para vender a ese país un total de 473 millones de dólares adicionales en concepto de jeeps y otros vehículos militares de apoyo. Desde la liberación de Kuwait, Washington había anunciado planes para vender un total de 4200 millones de dólares en armas a

Arabia Saudí, Egipto, Marruecos, Omán y Turquía. Este último país recibiría 80 cazabombarderos F-16. Demasiadas armas para el desarme de Oriente Próximo. Los saudíes y sus aliados recibían los mismos obsequios que Sadam había obtenido apenas un año antes.

Habíamos recorrido un largo camino desde que George Bush propusiera al mundo el 29 de mayo de 1991, tras la liberación de Kuwait, que debía de existir un acuerdo de control de armas que «disminuyera y luego revirtiera la producción de armas innecesarias y desestabilizadoras» en la región. Menos de tres meses antes, había reconocido que «sería trágico que los países de Oriente Próximo y el golfo Pérsico se embarcaran en una nueva carrera armamentística ahora, cuando salen de la guerra». No obstante, sólo dos años después, Kuwait había comprado a los Estados Unidos 236 tanques M1A2 Abrams por valor de 2000 millones de dólares. Arabia Saudí había comprado cazabombarderos británicos Tornado por un valor de 7500 millones de dólares y gastado otros 3900 millones en fragatas francesas, tras el anuncio el año anterior de una compra de cazas estadounidenses F-15XP por la impresionante suma de 9000 millones de dólares. Para comprender estas cifras, cabe recordar que el importe total de la ayuda saudí por el acuerdo palestino-israelí sobre la franja de Gaza y Jericó ascendió sólo a 100 millones de dólares. O que los Emiratos Árabes Unidos, que adquirieron en 1993 tanques franceses Leclerc por valor de 3500 millones de dólares, concedieron apenas 25 millones a los palestinos. Los Estados Unidos vendieron más de 28 000 millones de dólares en armas después de la primera guerra del Golfo, de los cuales 17 000 millones correspondieron a los saudíes. La venta de armas a Oriente Próximo en 1993 representó 43 millones de dólares por día.

El trato que debía darse a los muertos iraquíes dependía en alto grado de aquellos cuyo deber es asegurar que las «reglas de la guerra» son respetadas por los vencedores. Sin embargo, ya se habían difundido relatos procedentes de Washington de que 10 000 soldados iraquíes habían sido enterrados vivos cerca de la frontera saudí cuando el primer ejército estadounidense irrumpió en Kuwait cruzando la frontera. Ante el dilema de abrirse paso a través de una red de trincheras y fortificaciones que las fuerzas iraquíes habían excavado en el desierto o arrasarlás utilizando excavadoras que las cubrieran de arena —sepultando literalmente a los iraquíes dispuestos a luchar—, los estadounidenses eligieron la segunda opción, lo cual es comprensible. ¿Acaso ser enterrados vivos era peor para los iraquíes que ser aniquilados con fuego de artillería, sobre todo cuando las pérdidas estadounidenses habrían sido mayores en un combate abierto?

Los estadounidenses hicieron malabarismos semánticos. Según aseguraron «fuentes militares» indefectiblemente anónimas —en este caso, a la agencia Reuters—, la mayor parte de las bajas iraquíes se habrían producido durante las cinco semanas de ataques aéreos que precedieron a los cuatro días de combates terrestres. Y habrían sido enterradas por sus camaradas. El número total de soldados iraquíes ocupantes, calculado en medio millón al principio, podría haber sido exagerado. Las

divisiones iraquíes, que solían contar con 12 000 hombres, podrían haber perdido el 50 por ciento de sus efectivos antes de la llegada a Kuwait. Al menos 62 000 iraquíes, hambrientos y atemorizados, se habrían rendido a los aliados. Todos los mandos militares dijeron que un «gran número» de soldados iraquíes murieron en la guerra. Una expresión que no significaba nada y, sin duda, no quería significar nada.

Ningún oficial estadounidense consideró conveniente señalar las inmensas fosas donde estadounidenses y británicos depositaron los muertos iraquíes ni transmitió información alguna al Comité Internacional de la Cruz Roja, tal como los aliados estaban obligados a hacer según el derecho internacional. A fines de mayo de 1991, la doctora Jeannik Dami, una médico suizo del CICR en Kuwait, fue requerida para que examinara los cadáveres insepultos de nueve soldados iraquíes que yacían en el desierto, cerca del cuartel general de la 6.<sup>a</sup> Brigada del ejército kuwaití, no muy lejos de la frontera con Iraq. Halló que los restos de los soldados iraquíes estaban en avanzado estado de descomposición, pero también que otros trece cadáveres habían sido enterrados unos cuantos metros más allá, debajo de una estaca de madera con una sola palabra en inglés: «Desconocidos».

La inscripción era muy engañosa. Todos los cadáveres sepultados, salvo uno, estaban vestidos con restos de uniformes del ejército iraquí. La doctora Dami descubrió que ocho de ellos tenían documentos o chapas de identificación en los que figuraba el respectivo nombre. No eran «desconocidos» en absoluto. La mayoría de los cuerpos habían sido sepultados envueltos en mortajas militares estadounidenses y uno de ellos, un recluta de veintisiete años llamado Jabr Elwan Qidar, tenía las piernas atadas con una cuerda. El único cuerpo sin uniforme era de una mujer.

Lo que todavía era más notable del hallazgo de la doctora Dami era el hecho de que la Cruz Roja fuera capaz por primera vez de inspeccionar las tumbas de soldados iraquíes. Habían pasado tres meses desde el final de la operación Tormenta del Desierto —y los estadounidenses habían estimado las bajas iraquíes en unos 100 000 hombres—, pero la Cruz Roja sólo había podido acceder a las tumbas de 21 de ellos. En una flagrante violación del artículo 17 de la Convención de Ginebra, la coalición aliada y árabe no había proporcionado ni siquiera unas cifras aproximadas del número de soldados iraquíes fallecidos. Las autoridades militares estadounidenses no proporcionaron a la Cruz Roja Internacional los nombres de las decenas de miles de enemigos muertos ni la localización de las fosas comunes donde estaban enterrados. El número total de bajas iraquíes —y la razón del secretismo aliado— seguiría siendo uno de los misterios más inquietantes de la primera guerra del Golfo.

Por descontado, Sadam Husein no estaba en condiciones de quejarse sobre los incumplimientos de las Convenciones de Ginebra. Los prisioneros de guerra aliados fueron torturados por los iraquíes, y el régimen baazista torturaba y ejecutaba de manera rutinaria a sus opositores políticos. La utilización de gases para matar a miles de soldados iraníes y luego a civiles kurdos, así como la matanza de rebeldes chiíes que se produjo durante la insurrección de marzo de 1991 posterior a la guerra, forman

parte de las violaciones más viles de los derechos humanos de todo el mundo.

La Convención de Ginebra declara que «las Partes en conflicto velarán por que la inhumación o la incineración de los cadáveres, hecha individualmente en la medida que las circunstancias lo permitan, vaya precedida de un atento examen... de los cuerpos, a fin de comprobar la muerte, determinar la identidad y poder dar cuenta al respecto», así como que las partes «velarán por que se entierre a los muertos honrosamente, si es posible según los ritos de la religión a la que pertenecían, por que sus sepulturas sean respetadas... convenientemente atendidas y marcadas de modo que siempre puedan ser encontradas». De acuerdo con la Convención, los ejércitos deben crear un servicio oficial de tumbas que intercambiará «listas en las que se indiquen exactamente el lugar y la designación de las tumbas, así como los datos relativos a los muertos en ellas sepultados».

Los aliados de la primera guerra del Golfo hicieron caso omiso de todas y cada una de estas reglas. Después de la liberación de Kuwait, el general Schwarzkopf desechó con brusquedad las preguntas sobre las bajas iraquíes contestando que «contar muertos no es asunto mío». Sin embargo, según la Convención de Ginebra, los generales —incluso los estadounidenses— deben asegurarse que se cuentan los muertos. Es cierto que las tropas iraquíes habían cometido durante la ocupación de Kuwait lo que cabría considerar crímenes de guerra, pero incluso los soldados de las SS de Hitler que murieron en combate luchando contra los estadounidenses alrededor de Bastogne en 1944 fueron identificados y enterrados en tumbas marcadas.

Como de costumbre, tuvimos que dirigirnos a los trabajadores humanitarios — que hablaron por si acaso de forma anónima, para no perder la poca autoridad moral que tenían sobre los ejércitos vencedores— con el fin de averiguar qué pensaba la Cruz Roja. «Están indignados, y con toda la razón —me contó un médico británico—. Lo más desconcertante es que los estadounidenses saben donde están muchas de las fosas comunes y tendrían registrado el número de iraquíes enterrados en cada fosa. Ocultan las cifras. La Cruz Roja lo sabe, pero no puede conseguir de los aliados ni un solo dato. ¿Por qué? Puede que los estadounidenses causaran menos bajas de las que sostienen, quizá 10 000 o 20 000, en cuyo caso la gente se preguntaría si su victoria fue tan aplastante como proclaman. Un número menor de bajas explicaría que Sadam tuviera suficientes soldados para reprimir los dos grandes levantamientos que se produjeron en Iraq al detenerse el avance aliado. También es posible que los estadounidenses causaran demasiadas bajas, más de 200 000, por ejemplo, y que les preocupe la posible furia de los árabes ante la matanza de un cuarto de millón de congéneres».

Christophe Girod, delegado general del CICR en Kuwait, me confirmó el 4 de agosto de 1991 que la Cruz Roja había pedido dos veces a la embajada estadounidense los detalles sobre los muertos iraquíes sin recibir ninguna información. La embajada respondió que la Cruz Roja debía solicitar los detalles de manera directa al Pentágono. Sin embargo, el Pentágono tampoco mostró ninguna

disposición a colaborar. «Tenemos todavía la esperanza de recibir una respuesta por parte de los aliados sobre la localización de las fosas comunes, el número de muertos y, esperamos, los nombres y los detalles —dijo Girod—. Están obligados a proporcionarnos la información de acuerdo con el artículo 17 de la Convención de Ginebra y esperamos que lo hagan». Vana esperanza. Los estadounidenses nunca proporcionaron localizaciones, cifras ni nombres<sup>[1]</sup>. Y se convertiría en una costumbre. En el 2003, los Estados Unidos y el Reino Unido mostraron el mismo escaso interés en registrar los detalles de los enemigos muertos (o, para el caso, de los civiles muertos durante la invasión), aunque fueron rigurosos, como lo fueron durante la primera guerra del Golfo, para enumerar los soldados caídos en combate que eran estadounidenses, británicos y de otros países occidentales o de la «coalición».

«Nuestros» muertos —los héroes, los occidentales muertos por la «libertad», la «democracia» o cualquier otro beneficio que planeaban imponer los invasores— eran sacrosantos. En 1991, los estadounidenses perdieron 125 soldados y el resto de los aliados unos 70. Sus nombres se recordarían siempre, como los que se recuerdan en los memoriales Lutyens erigidos a lo largo del frente occidental en Francia después de la guerra de Bill Fisk. Se celebrarían ceremonias religiosas para honrarlos, habría entrevistas con las viudas y los hijos, los parientes, las novias. Habría —ha habido en ambas guerras— controversias sobre la muerte accidental de soldados británicos a causa del gatillo fácil de los estadounidenses. Pero sabríamos quiénes eran. Nuestros muertos tendrían una identidad, familias, duelos públicos. Eran individuos, incluso muertos. Los iraquíes eran una masa amorfa, tan anodinos como las tumbas donde fueron amontonados. Eran los ocupantes de Kuwait —o, más adelante, los «residuos baazistas» o «terroristas» que insistían en combatir a los invasores de su país en el 2003— y no merecían memorial alguno. En este aspecto, los estadounidenses fueron ayudados con mucha habilidad por el régimen de Sadam. En Bagdad, el partido Baaz no tuvo ningún deseo de revelar al mundo las verdaderas proporciones de la derrota militar ni dio ninguna indicación al mundo sobre la cuantía de sus bajas. Como han destacado los estadounidenses, centenares de soldados iraquíes murieron bajo los bombardeos aliados antes de la ofensiva terrestre. Sadam se alegraba de que su número y sus nombres siguieran siendo desconocidos, del mismo modo que fue indiferente al resto de sus «mártires» muertos durante la guerra de Kuwait. Así pues, los estadounidenses y los iraquíes estaban unidos por una feliz coincidencia. Ambos bandos querían mantener los muertos iraquíes en secreto.

Hacia fines de la primera semana de agosto de 1991, Christophe Girod me condujo hasta las colinas de Al Muda para que le indicara la localización de la fosa común que yo había encontrado en febrero. El ramo de rosas artificiales estaba todavía allí, y Girod advirtió de inmediato los terraplenes de arena formados por la excavadora cuando cubrió los cadáveres. Sin embargo, fue la única tumba que pude encontrar. En los demás lugares anotados en mi cuaderno de notas, el viento había cambiado el paisaje. En el terreno plano por donde transcurría a la carretera a Iraq se

alzaban dunas de arena, y los túmulos de las tumbas individuales se habían alisado en un desierto barrido por los vientos primaverales.

No obstante, las unidades estadounidenses y británicas habían participado en miles de entierros precipitados en febrero de 1991. Vi al menos siete de ellos, con jóvenes soldados que se tambaleaban bajo el peso de viejas mantas cargadas de cadáveres, que cavaban en la arena y que arrojaban luego la carga en los hoyos recién abiertos. El ritual se repetía a lo largo de todo el norte de Kuwait. Trabajadores de la Media Luna Roja kuwaití participaron en la misma tarea, y algunos de ellos ayudaron a despejar los cadáveres de las colinas de Al Mutla y de otra «carretera de la muerte» en gran parte inexplorada situada al este. Los kuwaitíes contaron más tarde a trabajadores humanitarios occidentales que decenas de víctimas de los ataques aéreos aliados eran civiles kuwaitíes inocentes tomados como rehenes por el ejército iraquí en retirada.

En cuanto a la Cruz Roja, repatrió los restos de los 21 soldados muertos a Bagdad. La doctora Dami descubrió que los cadáveres no se habían enterrado en dirección a La Meca, tal como debería haberse hecho de acuerdo con sus ritos religiosos. Fueron sepultados por parejas con los documentos colocados entre las bolsas donde estaban metidos. En varios uniformes, encontró papeles personales y diarios que, según la Convención de Ginebra, deberían haberse devuelto a los parientes más cercanos. En la página de un diario perteneciente a Burhan Ahmed Faraj figuraba el nombre de Burhan Hamad Faraj, el sobrino del soldado, a través del cual los iraquíes consiguieron informar a los parientes más cercanos del fallecido. Los nombres descubiertos y entregados a los iraquíes por la Cruz Roja incluían a Musair Yabr Hamdi, Musalam Ismail Ibrahim, Ahmed Fahd Malala y Hasan Daud Salman. Uno de los cadáveres tenía un frasco de perfume en el bolsillo, probablemente robado en Kuwait. Nunca se explicó la razón por la cual Jabr Elwan Qidar tenía las piernas atadas.

Si la Cruz Roja no hubiera exhumado sus restos, estos soldados habrían sido sólo «conocidos para Dios», como suele figurar en muchas lápidas británicas de las guerras mundiales. «Conocidos para Dios» aunque ni siquiera tuvieran tumbas conocidas. En lo que respecta a la mujer muerta, su cadáver fue trasladado a la ciudad de Kuwait, donde las autoridades pudieron identificarla a partir de las huellas dactilares. Era una antigua residente en Kuwait. Cuando le pregunté a un funcionario kuwaití por su identidad, la voz se le llenó de desprecio. «Dijeron que era una puta iraquí», respondió.

El único intento serio para realizar una estimación del total de víctimas fue efectuada por Beth Osborne Daponte, una especialista en demografía de la Oficina del Censo de los Estados Unidos encargada de la recopilación de estadísticas del número de iraquíes fallecidos durante la guerra. Sus cifras indicaban que habían muerto unos 86 000 hombres, 40 000 mujeres y 32 000 niños, cifras que incluían los muertos ocasionados por las fuerzas de la coalición encabezadas por los

estadounidenses, las insurrecciones alentadas por los estadounidenses al terminar la guerra y por las privaciones de la inmediata posguerra. Daponte fue despedida. La Oficina del Censo reconsideró luego su despido, pero su informe se reescribió disminuyendo el total de víctimas y eliminando los fallecimientos de mujeres y niños. Un posterior informe oficial del Pentágono omitía un capítulo dedicado a las víctimas y no hacía mención de las bajas iraquíes.

Ni que decir tiene que nunca se permitió que el masivo baño de sangre de las operaciones militares implicadas alterara la «visión de conjunto», los objetivos bélicos en los que podían poner énfasis los dirigentes occidentales y los editorialistas como prueba de que había sido una guerra «justa», en la que Dios había estado de su lado (por más discutible que fuera qué Dios se invocaba). El poder se restituyó a la familia real kuwaití, tal como había prometido el presidente Bush. Y ninguno de los que entramos en la capital de Kuwait el día de su liberación —como hicimos mis colegas y yo— podía dudar de que la libertad del país era deseable. En el caso de que Sadam hubiera logrado retener su «decimonovena provincia», habría sido un desastre para la región y el sistema internacional de Estados nacionales.

Sin embargo, el cese de los combates terrestres no comportó para la población de Kuwait ni de Arabia Saudí —ni tampoco para la de Iraq— una participación en un Nuevo Orden Mundial, sino una restauración del *statu quo*. Los dirigentes árabes estaban de nuevo dentro de sus respectivas fronteras trazadas por los británicos. Los kuwaitíes que se negaron a escapar durante la ocupación y que se habían expuesto a terribles riesgos por su país se encontraron con que quienes habían huido —entre ellos, la familia real— regresaban para gobernarlos. El emir y su entorno, que habían sufrido el exilio en un lujosísimo hotel de Taif, volvieron para decir a los kuwaitíes que se habían quedado —y que habían resistido a veces con gran coraje— que todavía no podían tener un régimen democrático.

El mayor escándalo de la política interior kuwaití fue la expulsión de 360 000 palestinos durante los dos años siguientes, una operación de «limpieza étnica» sin parangón desde las matanzas que acompañaron la huida de los palestinos ante las fuerzas israelíes en 1948. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ni siquiera se preocupó de debatir la atrocidad, y menos aún de poner objeciones a los kuwaitíes por la ignominiosa excusa utilizada para dar semejante trato a sus compatriotas árabes: que algunos palestinos habían colaborado con Iraq durante la ocupación. A lo largo de la carretera hacia Basora, contemplé durante días los camiones y camionetas sobrecargados que transportaban a los palestinos a un nuevo exilio (a través de Iraq hasta Jordania), sin que pudieran permitirse el lujo de vender las casas y propiedades que habían tenido durante décadas en Kuwait. «Me echarán antes de que regreses —me dijo en 1992 Suleiman Jalidi, un amigo palestino que vivía en Kuwait—. Llámame si quieres, pero no creo que esté aquí». En enero de 1992, llamé a Jalidi tal como le había prometido. Y, tal como él me había prometido, no estaba allí. «Sí, vivía en esta casa, pero se marchó a Jordania —me respondió una mujer con irritación—.

No, no regresará. Sí, soy kuwaití».

Menos épica por su escala, aunque igual de escandalosa, fue la dramática situación en que quedaron los soldados beduinos kuwaitíes que se negaron a huir el 2 de agosto de 1990, eligieron combatir a los invasores iraquíes y fueron capturados como prisioneros de guerra por el ejército de Sadam. Las decenas de miles de jóvenes beduinos no tenían la ciudadanía kuwaití, aunque habían luchado por el emirato. Sin embargo, mientras que la mayor parte de los oficiales kuwaitíes que huyeron fueron restituidos en sus puestos de mando, Kuwait no permitió que estos leales soldados beduinos volvieran a casa desde las cárceles iraquíes. Algunos centenares fueron confinados en un campo de internamiento en Abdali, en la frontera entre Iraq y Kuwait, después de haber sido liberados de las cárceles iraquíes durante la insurrección chií y rechazados por el país en favor del cual habían luchado, convertidos en patriotas kuwaitíes encarcelados por soldados kuwaitíes que habían salido corriendo cuando el país más los necesitaba.

Una sofocante mañana fui hasta Abdali. Era una vergüenza. No sólo por las letrinas, cuyo hedor invadía el lugar. Ni por las tormentas de arena que ululaban a través del desierto y convertían a sus pobladores en sombras blanquecinas y grisáceas. Ni por las chozas de tela, cartón y viejas planchas de hojalata, cuyo constante e histérico traqueteo convertía las conversaciones en una competición de gritos. También porque los habitantes de ese espantoso lugar —los 1173 que allí estaban— eran kuwaitíes decentes y honrados, a los que se dejaba pudrirse allí porque nunca se les había concedido la ciudadanía y se encontraron por casualidad en el lado equivocado de la línea del frente cuando el presidente Bush había anunciado el mes de febrero anterior el cese de las hostilidades de la guerra del Golfo.

Muchos eran policías kuwaitíes con años al servicio del emir, detenidos durante la ocupación y tomados como rehenes por la policía secreta de Sadam. Otros eran las esposas y los hijos de policías que buscaban a sus familiares desaparecidos en Iraq cuando los estadounidenses llegaron a la ciudad fronteriza de Abdali cinco meses antes y a los que se les había negado el permiso para regresar a sus hogares en Kuwait, aunque que tuvieran familiares esperándolos. Unos cuantos eran kuwaitíes sin ciudadanía que habían cometido el error de intentar comprar comida con moneda iraquí después de la ocupación y habían sido enviados a este desolado lugar por la policía de seguridad del emir.

El destino de los prisioneros era ser *bidunes* (los «sin»), el cuarto de millón de kuwaitíes que al no obtener la ciudadanía, o al no haber podido obtenerla sus padres después de la independencia del emirato en 1920, quedaban convertidos en ciudadanos apátridas de un país que nunca les daría un pasaporte. Con el país liberado y con la familia Sabah deseosa de reducir el número de ciudadanos no kuwaitíes, los *bidunes* —como también los palestinos de origen kuwaití y un gran número de otros árabes asentados en el emirato desde hacía décadas— fueron acusados de colaboración con Iraq.

Y así, asfixiado por una tormenta de arena en el extremo sudoriental del campo de Abdali, encontré —detrás de una plancha protectora de hierro oxidado— la barbuda figura de Saba Abu Nasr al Kaldi, administrativo del Ministerio del Interior y un conocido artista kuwaití hasta el 2 de agosto de 1990. «Nunca intenté ir hasta mi oficina cuando llegaron los iraquíes, porque sabía que detenían a los empleados públicos —me contó—. Sin embargo, dibujé carteles para la resistencia kuwaití; alguien me delató, y los iraquíes me vinieron a buscar a casa. Me llevaron a la jefatura de policía de Salahiye, donde me golpearon, pero me negué a decir nada. De manera que me dejaron volver a casa. Pero me vinieron a buscar de nuevo un mes después y me llevaron a los barracones militares de Amara, dentro de Iraq, en un convoy de autobuses con 400 *bidunes* más. Nos tuvieron prisioneros allí durante tres meses. Cuando empezó el bombardeo de los estadounidenses, nos trasladaron a Diwaniya. Apenas teníamos qué comer. Estábamos sucios. Me pregunto si veré mi casa otra vez».

Al Kaldi y sus compañeros «sin» fueron liberados durante la insurrección chií del sur de Iraq. Se dieron cuenta de que la libertad era inminente por la gran cantidad de disparos que impactaban en las ventanas de sus celdas. Desde la prisión, Al Kaldi caminó durante diez días por el desierto y el matorral junto con cuarenta kuwaitíes más, según me contó. Comían tomates y dátiles, dormían de noche en mezquitas iraquíes en ruinas, refugios subterráneos vacíos o a la sombra de tanques iraquíes abandonados. Su narración sobre los cadáveres en descomposición de iraquíes a lo largo de las carreteras y la constante explosión de depósitos subterráneos de municiones mientras se dirigía hacia el sur fue tan estremecedora como convincente. «Una noche, dormimos en una colina llamada Tell el Lahm y hubo terribles explosiones —dijo—. La tierra temblaba bajo nuestros pies y los obuses nos pasaban por encima de la cabeza. Dios nos salvó. ¿Se imagina cómo nos sentimos al llegar a Kuwait, al saber que veríamos a nuestras familias de nuevo? Pero el gobierno kuwaití estaba ahí y no nos dejó seguir. Dijeron: “Eres un *bidún*”. De manera que nos quedamos aquí y aquí seguimos».

Las autoridades kuwaitíes afirmaban que muchos *bidunes* se unieron al «ejército popular» iraquí después de la invasión. Y, cuando el gobierno kuwaití anunció en julio de 1991 que colgaría a cualquiera que hubiera participado en las unidades «voluntarias» iraquíes, más de tres mil *bidunes*, incluyendo mujeres y niños, abandonaron el campo de Abdali y se volvieron a pie hacia Iraq. Sin embargo, más de un millar se quedaron argumentando que nunca habían ayudado a los iraquíes y que aquellos que se habían alistado con los ocupantes lo hicieron bajo coerción y nunca se presentaron a filas. «Fue una mentira de los iraquíes bautizar a esta gente como ejército de voluntarios —me dijo un *bidún* en el campo de Abdali—. Eran miembros del ejército iraquí tanto como los rehenes extranjeros en Iraq eran “invitados”».

Los *bidunes* de Abdali poseían todos documentos oficiales kuwaitíes —los policías hasta me enseñaron las tarjetas plastificadas del gobierno con fotografías en

las cuales estaban vestidos con los uniformes azul oscuro de la policía— y el grupo de trabajadores de la Cruz Roja que se ocupaba del campo, la mayoría procedentes de Norteamérica y Europa, no dudaban de su autenticidad. Servía de poco. «Todos queremos volver al lugar donde nacimos, donde vivimos y trabajamos antes de esta terrible guerra —me dijo Al Kaldi—. ¿Qué crimen hemos cometido? ¿Qué crimen han cometido los niños que están aquí? Nadie se preocupa por nosotros». Al Kaldi había dibujado en cautividad una serie de bellos y tristes bocetos sobre la vida durante la guerra. El más emotivo mostraba una familia de *bidunes* enterrando a su hijo policía, muerto por los iraquíes durante la ocupación. Un niño que estaba al lado de la tumba decía adiós con la mano a la distante ciudad de Kuwait, identificable por sus torres de agua. «¿Ve lo que ocurre? —me preguntó Al Kaldi—. El *bidún* puede morir aquí, pero no se le permite vivir aquí».

Sin embargo, si la restitución geográfica de Kuwait a sus gobernantes era una medida del valor de la guerra, los incendios de los pozos petrolíferos proyectaban sobre el país algo más que una sombra física. La destrucción de los pozos petrolíferos era el mayor crimen de Sadam en el emirato, una continua prueba llameante de que la guerra todavía no había terminado. Tuve que volar por encima de los pozos para darme cuenta de la enormidad de lo que había sucedido. Desde el aire, podían verse lagos de petróleo y centenares de kilómetros cuadrados de lodo donde la blancura del desierto se había vuelto negra. El color del desierto había cambiado para las generaciones futuras. Cuando llegué a Kuwait en uno de los viejos Boeing 707 de la Middle East Airways, pude experimentar físicamente la magnitud del daño. Sentado en la cabina de mando del avión, observé las maniobras del piloto girando alrededor de las nubes de humo como si efectuara una exhibición aérea. En la aproximación final al aeropuerto, cuando entramos al final en una de las negras columnas de humo, el viejo avión de pasajeros se sacudió en el aire, temblando y agitándose como si colisionara contra una niebla azufre.

Junto a los incendios, el suelo vibraba bajo los pies, y el rugido era imponente y elemental. Los kuwaitíes se mostraban más que dispuestos a llevar periodistas a estos escenarios de los crímenes ecológicos y económicos de Sadam. En el transcurso de aquel agosto resplandeciente y tórrido salimos con nuestros coches de la ciudad de Kuwait para enfrentarnos con incendios tan cegadores que dañaban la vista, con un calor tan abrasador que nos dábamos la vuelta de manera instintiva hacia un lado pasados unos segundos para refrescarnos los brazos y la cara. «El iraquí que lo hizo llegó tres meses después de la invasión —nos contó Mahmud Somali mientras permanecíamos al lado de una estas atronadoras e incontenibles antorchas de petróleo, envueltos en un humo tan denso que podría no haber distinguido mi propio cuaderno de notas si no hubiera sido por la dorada luz de los incendios—. Era alguien común y corriente, hasta he olvidado su nombre. Era muy amistoso, no era hostil en absoluto. Charlaba mucho, tomaba café con nosotros en la cantina de Al Ahmadi todos los días. Decía que era un buen musulmán y cada viernes iba a la mezquita.

Pero luego puso las minas para destruir los pozos y nos dijo que era su deber, que tenía que cumplir con su deber».

¿Era ésa la banalidad del mal, ese hombre con un nombre fácil de olvidar —un funcionario de la compañía estatal de petróleo iraquí, según creía la mayoría de kuwaitíes del campo petrolífero de Al Ahmadi—, encargado de cometer con diligencia y eficacia algo calificable al mismo tiempo como crimen de guerra y catástrofe ecológica? Lo que parece innegable es su profesionalidad. De los aproximadamente 940 pozos de petróleo kuwaitíes en explotación, minó 732 y transformó 640 en surtidores de fuego. Junto a las incendiadas lagunas del campo petrolífero de Burgan, cinco meses después de la partida de ese iraquí bebedor de café y cumplidor de las prácticas religiosas, sólo era posible interrogarse acerca de las implicaciones de su acto.

Los tópicos se habían agotado hacía tiempo: los fuegos del infierno, la oscuridad en pleno día. Había algo de verdad en todos ellos. Sobre los lagos negros, reflejando la fina luz dorada y cobriza de los incendios, las cortinas de humo eran tan aterradoras como el estruendo de los pozos que ardían y ocultaban el sol, convertido en un botón de pálida luz amarilla alzándose justo encima de nosotros. En el campo de Burgan, garabateé observaciones de este estilo en mi cuaderno de notas hasta que advertí que las páginas empezaban a mancharse y luego a impregnarse de una aceitosa sustancia marrón que se depositaba también en la ropa, los zapatos, la cara y el pelo. Estábamos respirando crudo. Después tosimos durante horas. Fue entonces que caí en la cuenta: Sadam Husein recurrió a la guerra química.

Después de todo, ¿qué eran unos cuantos obuses de gas mostaza comparados con dos millones de toneladas de dióxido de carbono y 5000 toneladas de hollín escupidas hacia el cielo de Kuwait cada día, dispersándose por el Golfo con la misma suavidad que el gas sarín o el gas tabún? Todos éramos testigos del desastre. La hija de Mahmud Somalí era asmática, y él tenía que cambiarla de sitio para protegerle los pulmones cada vez que cambiaba la dirección del viento. Al puesto de mando de Al Ahmadi había llegado un equipo de perforadores iraníes para ayudar a los kuwaitíes a extinguir los incendios; hombres adustos, todos ellos con barba y verdaderamente sorprendidos porque nunca habían visto nada a esa escala, ni siquiera en los ocho años de destrucción iraquí de su propio país.

«Es un desastre ecológico, por supuesto, y no sólo aquí —me dijo Homayun Motier, un ingeniero especialista en perforaciones de la compañía nacional de petróleo iraní—. Vengo de Ahuaz y el humo ha llegado hasta allí. Hay contaminación a causa de estos incendios en todo el sur de Irán. ¿Sabe que hay hollín en los montes Zagros, a mil kilómetros de distancia? Lo he visto. Se deposita en capas bajo la nieve, se congela capa tras capa». Más adelante, a medida que quedara atrás la invasión iraquí, estadounidenses y británicos pintarían Irán con los mismos peligrosos colores que Iraq. Y se presentaría el país como el siguiente agresor, la siguiente amenaza para los Estados árabes del Golfo, como ya lo había sido después de la Revolución

Islámica de 1979. Y el trabajo de Hodayun Motier y sus hombres se olvidaría.

Contemplando las fuentes de petróleo ardiente y los incendios que se extendían por las lagunas, me embargó el convencimiento de que la guerra del Golfo no había finalizado. Y que Sadam Husein no había querido que finalizara cuando fue expulsado de Kuwait. Las cifras cambiaban cada día, pero el 5 de agosto de 1991 los tres equipos estadounidenses y el equipo de bomberos canadiense habían controlado 274 de los 640 pozos en llamas, la mayoría en los campos petrolíferos más importantes: Burgan (426 pozos en total), Al Maqwa (148) y Al Ahmadi (89). Arrojan toneladas de agua de mar sobre los incendios —transportaban con los oleoductos el agua de mar hasta los campos— para enfriar el carbón sobrecalentado que se había formado alrededor de las llamas. Los 115 000 barriles de petróleo diarios que eran capaces de exportar en ese momento los kuwaitíes procedían casi todos del campo de Al Maqwa. Sin embargo, se quemaban todavía más de 60 millones de barriles diarios de petróleo y gas (a partir de unas pérdidas iniciales de 110 millones de barriles diarios), que se convertían luego en sustancias tóxicas que contaminaban la tierra y los mares hasta lugares tan alejados como el Himalaya.

Mahmud Somalí había trabajado durante veintidós años en el departamento de perforaciones de la compañía de petróleo kuwaití y no se hacía ilusiones sobre lo sucedido. «Cuando los iraquíes llegaron aquí durante la primera semana de la ocupación, lo hicieron con muchos soldados y técnicos civiles —dijo—. Los soldados no nos permitieron entrar en los campos. Los técnicos querían volver a exportar petróleo. Nos dijeron que debíamos incrementar la producción. Querían exportar petróleo kuwaití. Esto fue antes de las sanciones. Luego, después de que la ONU decidiera imponer sanciones, se produjo un cortocircuito accidental de gas y los soldados me llevaron a repararlo. Cuando llegué, vi de repente una serie de cables blancos que se extendían hasta los pozos. Estaban puestos de un modo muy profesional. Los cables bajaban por las válvulas principales, de manera que, si querían hacer estallar los pozos, no pudiéramos cerrarlas. Y es lo que ocurrió. Tres meses después, vino el iraquí que estaba a cargo de las minas y puso los explosivos en los pozos... Desde el principio, los iraquíes pensaron en destruir nuestro petróleo». Somalí tenía muy pocas dudas sobre que iban a morir inocentes (por intoxicación, por cáncer) no sólo en Kuwait, sino también en Irán, Afganistán y Pakistán. «Es probable, sí, morirán —dijo en medio de la oscuridad del campo de Burgan—. Pero ¿quién va a hacerse responsable? ¿Sadam?»

Los kuwaitíes afirmaban entonces que exportaban un total de 115 000 barriles diarios, total que ascendía a 200 000 si se incluía el petróleo procedente de la Zona Neutral. En el caso de que los incendios de los campos de Al Maqwa y Al Ahmadi pudieran controlarse, el emirato podría producir medio millón de barriles diarios hacia principios de 1992, una victoria, si se la puede llamar así, pero nada comparable con la cuota de un millón y medio de barriles diarios asignada por la OPEP antes de la invasión y mucho menos con la sobreproducción de dos millones de barriles

diarios que provocó la invasión de Sadam. Para defender esta reconstituida fuente de riqueza, los Estados Unidos se vieron en la necesidad de mantener desplegada una brigada en Kuwait, razón por la cual vi en las colinas de Al Muda los mismos tanques M1A1 estadounidenses que había visto cinco meses antes patrullando por la carretera que llevaba a Iraq.

Por poderosos que fueran los efectivos de la fuerza aérea estadounidense en el Golfo, no había gran cosa en tierra para defender a Kuwait. Cuando los saudíes decidieron que no querían más tropas egipcias ni sirias en su territorio, se derrumbó el proyectado edificio de una fuerza de seguridad árabe del Golfo. Y los kuwaitíes no podían organizar la defensa de su emirato más de lo que la habían organizado un año antes. Sin embargo, en ese triste aniversario se nos alentó a mirar hacia otro lado, hacia la conferencia de paz de Madrid que pondría fin para siempre al conflicto de Oriente Próximo. Se sugería que allí veríamos los frutos reales de la guerra, siempre y cuando pudiéramos olvidar lo que la guerra había representado en realidad, olvidar las decenas de miles de muertos iraquíes enterrados con excavadoras en fosas comunes por los aliados, los miles de chiíes llevados de forma masiva ante los pelotones de fusilamiento de Sadam, la épica tragedia de los kurdos. Si aceptábamos que el Nuevo Orden Mundial no era más que el Viejo Orden Mundial con un buen comportamiento, quizá podríamos creer en lo imposible.

En cierto sentido, una conferencia de paz —o, lo que era más exacto y bastante más difícil, un acuerdo de paz— consistiría en una restauración de la integridad de las fronteras trazadas después de la Primera Guerra Mundial, con las fronteras originales del Estado de Israel tal como fue creado en 1948 injertadas en esa restauración. Consistiría en un retorno a unas fronteras aceptadas. Consistiría en algo relacionado con el Viejo Orden Mundial. Puesto que eso es lo que subyace en la política de Occidente hacia Oriente Próximo. Deberíamos habernos dado cuenta de ello cuando los estadounidenses permitieron que Sadam aniquilara a sus opositores internos. Ante el dilema de que Iraq se desintegrara o permitir que el pueblo de Iraq rehiciera el mapa de su parte de Oriente Próximo, Occidente optó por un Sadam con un buen comportamiento; o, al menos, con un comportamiento internacional menos dañino.

La primera guerra del Golfo debería habernos enseñado que Occidente iba a decidir sobre el futuro de la región con independencia de cuan benigna o desastrosa fuese lo que decidiera, como habían hecho las potencias occidentales durante más de setenta años. Los dirigentes regionales díscolos —entre ellos, Sadam— tendrían que pagar un precio por su desobediencia, aunque ese precio fuera individualmente menos terrible que la suerte de los enterrados en las fosas comunes de las colinas de Al Mutla.

Ante ese alarmante horizonte, la prolongación del sufrimiento colectivo de Kuwait —su petición de devolución de los 850 ciudadanos «desaparecidos» que seguían cautivos en Iraq— podía parecer menor, si no irrelevante. Al estar desaparecidos, la posibilidad de ver con vida a estos hombres y mujeres, apresados en

muchos casos por los iraquíes durante las últimas horas de ocupación, iba a convertirse en una dolorosa experiencia para miles de kuwaitíes durante los años siguientes. Para entenderlo, bastaba visitar la enorme sala en que se había instalado en el barrio kuwaití de Sabaha Salaman el Comité Nacional para Asuntos relacionados con Personas Desaparecidas y Prisioneros de Guerra; imperaba el silencio y estaba lleno de fotografías. Algunas eran retratos de jóvenes con túnicas blancas o marrones, otras de alegres estudiantes con togas negras exhibiendo títulos de universidades estadounidenses. En los muros había fotos de oficiales con uniforme de policía, de soldados y médicos, de niños y mujeres con pañuelos, instantáneas y recortes de instantáneas de kuwaitíes en fiestas, bodas y aniversarios, todos sonrientes, con la próspera y despreocupada confianza característica del Kuwait anterior a la invasión. Nadie deseaba separar las fotografías de los vivos de las de los muertos, aunque la mayoría estaba ya en fosas comunes.

A medida que pasaron los años, estas 850 personas se convirtieron en parte de la razón de ser de Kuwait, en la prueba de sus padecimientos, la vital cifra que ayudó a distraer la atención del mundo de la nueva vida de miseria que esperaba a los iraquíes al norte de la frontera. La petición fue estampada como si fuera un logo olímpico en los fuselajes de los aviones de la restablecida aerolínea nacional kuwaití. «Que vuelvan nuestros 850 prisioneros de guerra», fue la frase pintada junto a las puertas de todos los aviones. ¿Qué eran los 850 desaparecidos kuwaitíes en comparación con los 100 000 iraquíes muertos? Los kuwaitíes respondían con educación que los iraquíes eran los invasores mientras que sus 850 compatriotas eran las víctimas inocentes de la agresión.

Sin embargo, a mediados de la década de 1990, los horrores de Bosnia, las matanzas y violaciones masivas de musulmanes en la antigua Yugoslavia, habían superado con creces los padecimientos de los kuwaitíes bajo la ocupación iraquí. Y la operación de «limpieza étnica» del propio Kuwait, la expulsión de 360 000 palestinos de sus hogares tras la liberación, había enajenado al país buena parte de la simpatía internacional que podría haber esperado para las familias de los kuwaitíes transportados hasta cárceles de Basora, Bagdad, Nasiriya y Samawa. En su autobiografía, el general Schwarzkopf admite que la devolución de los prisioneros civiles kuwaitíes fue una de las condiciones del alto al fuego que los generales de Sadam Husein se negaron a discutir, quizá porque sabían que casi todos estaban ya muertos<sup>[\*]</sup>. Visto en retrospectiva, el relato del general Schwarzkopf sobre esos centenares de civiles refleja una historia de exasperante debilidad diplomática por parte de los aliados victoriosos. «Aceptamos con las garantías que nos dio [un general iraquí] que cualquiera que hubiera llegado a Iraq después de la invasión de Kuwait podría dirigirse libremente a la Cruz Roja y abandonar el país si quería». Schwarzkopf deja constancia en su relato de las negociaciones de alto al fuego de febrero de 1991<sup>[\*]</sup>. En realidad, el CICR no recibió ninguna comunicación de los kuwaitíes ni de Bagdad ni su delegación en Basora. Se manifestó una gran

preocupación por los aproximadamente 650 civiles (30 de ellos mujeres) que se sabía que habían sido detenidos en Kuwait durante la ocupación y que luego habían sido vistos en cárceles dentro de Iraq. Muchos kuwaitíes tomados como rehenes en los últimos días de la ocupación vieron a esos civiles en las cárceles iraquíes poco antes de ser ellos mismos liberados, por lo que regresaron a Kuwait con pruebas de primera mano de que estaban vivos. Sin embargo, desde febrero de 1991, no se había recibido de ellos ninguna noticia directa, no había llegado ningún mensaje manuscrito, no se había producido el acceso de la Cruz Roja a las cárceles y sólo había pruebas ocasionales, que databan de meses atrás, de que los kuwaitíes seguían vivos en las cárceles iraquíes.

Dos egipcios, por ejemplo, presuntamente vieron a Samira —por razones de seguridad, el apellido no se facilitó— el 1 de agosto de 1991 mientras trabajaba con otras prisioneras de guerra en Bagdad. Les pidió que dijeran a su madre que todavía estaba viva, que trabajaba como limpiadora en el hospital Saadi y vivía en la prisión de Al Qadimiya, dirigida por Uday Husein, hijo del presidente. Eso fue lo que contó a los dos egipcios, quienes reprodujeron con fidelidad el mensaje a las autoridades kuwaitíes. Esta mujer de 29 años —la instantánea de su expediente mostraba una chica atractiva, de brillante pelo castaño y ojos luminosos— sólo había sido vista una vez antes, el 15 de marzo de 1991, y en esa ocasión su mensaje había sido el mismo. Después, silencio.

Los kuwaitíes se esperanzaban con lo ocurrido con 2000 prisioneros de guerra iraníes considerados muertos y que reaparecieron en las cárceles de Sadam al final de la guerra irano-iraquí en 1988. A Sadam le gustaban los rehenes, razonaban. Sabía cómo utilizarlos. Había mantenido a miles de occidentales cautivos después de la invasión de Kuwait en 1990. Sin embargo, los prisioneros kuwaitíes no tenían para él interés alguno. Ninguno de esos 850 hombres y mujeres —ni siquiera Samira— fue visto con vida otra vez. Sólo después de la invasión angloestadounidense del 2003 supieron por qué. Entre los miles de cadáveres exhumados en las fosas de ejecución situadas en el desierto al oeste de Hila, se encontraron decenas de hombres que todavía llevaban documentos kuwaitíes. De manera que Kuwait tuvo que añadir más nombres a su lista de «mártires» de la guerra, tal vez una cifra pequeña, pero que demostraba que los árabes mueren también en manos de árabes.

Al norte de la frontera de Kuwait, lo que quedaba en 1991 era una tierra azotada por la miseria, el miedo y la derrota, con las centrales eléctricas bombardeadas, los sistemas de potabilización arrasados por las bombas aliadas y las aguas residuales anegando calles y casas. Los periodistas occidentales que sobrevolaron en un helicóptero de la ONU el sur de Iraq vieron miles de trincheras y parapetos para tanques, todos cubiertos ya de maleza y arena. El ejército iraquí se había concentrado en destruir la insurrección y mantener el régimen, puesto que ya no era posible amenazar a los países vecinos. Iraq estaba postrado y, bajo el peso de las sanciones de las Naciones Unidas concebidas originalmente para persuadir a Sadam de que se

retirara de Kuwait sin luchar y luego de que dismantelara su régimen —sin que ninguno de los objetivos se cumpliera—, la población iraquí estaba a punto de conocer una lenta agonía, más terrible e inmoral si cabe por el hecho de que las sanciones eran impuestas por países que se consideraban a sí mismos los más civilizados de la Tierra.

A lo largo y ancho del sur de Iraq, los chiíes vivían en peligro mortal: sus maridos, hijos y hermanos llenaban ya los campos de ejecución situados en los alrededores de Hila y Nasiriya. La gran cúpula dorada de la mezquita del imán Alí, en Nayaf, estaba parcialmente derruida, y sus centenarios azulejos de mármol se amontonaban junto al santuario como escombros, convertidos en recuerdos para los ocasionales periodistas de paso y los soldados de la Guardia Republicana de Sadam que habían arremetido contra los edificios sagrados del Islam chií con el objetivo de matar a los insurgentes iraquíes refugiados en ellos. Doce años más tarde, los insurgentes chiíes —en algunos casos, los mismos que habían luchado contra los asesinos de Sadam en 1991— se protegerían en el mismo santuario, esa vez del fuego de los tanques estadounidenses. En el norte, los kurdos —que estaban ya bajo la protección británica y estadounidense— vivían en medio de centenares de aldeas que habían sido gaseadas y luego destruidas de manera sistemática siguiendo las órdenes de Sadam. Traicionamos la rebelión chií. Traicionamos la rebelión kurda. Más tarde, mucho más tarde, cuando llegamos para destruir al mismo Sadam, esperábamos que nos lo agradecieran. Sin embargo, no habían olvidado.

Las sanciones que asfixiaron Iraq durante casi trece años se han suprimido en gran parte del relato de nuestras aventuras en Oriente Próximo. Nuestra invasión de Iraq en marzo del 2003 cerraba la página —o así lo creíamos— del trato que habíamos dado al pueblo iraquí antes de esta fecha, eliminaba el estigma relacionado con el encarcelamiento de todo un país y su constante debilitamiento y muerte bajo el régimen de sanciones de las Naciones Unidas. Cuando los ocupantes angloestadounidenses se instalaron en los palacios bagdadíes, culparon a Sadam Husein del colapso de la energía eléctrica, las estaciones de bombeo, las fábricas y la vida comercial, como si él sólo hubiera llevado a cabo el empobrecimiento del país. Las sanciones nunca se mencionaron. Fueron excluidas del relato de los hechos. Primero hubo el régimen de Sadam y luego llegó la «libertad».

De hecho, cuando se impusieron las sanciones por primera vez después de la invasión iraquí de Kuwait, las protestas fueron escasas; si podían inducir a Sadam a retirarse de Kuwait sin necesidad de una guerra, ¿para qué criticarlas? Por otra parte, antes de la liberación de Kuwait, las centrales eléctricas de Iraq todavía operaban a pleno rendimiento, y su economía, aunque afectada por los ocho años de guerra con Irán, era capaz de proporcionar a los iraquíes uno de los niveles de vida más altos del mundo árabe. El racionamiento se introdujo en septiembre de 1990, pero la mayoría de occidentales —y la mayoría de árabes— suponía que las sanciones se levantarían en cuanto Sadam se retirara de Kuwait. Como ocurre con frecuencia en

Oriente Próximo, una decisión que parecía benigna al principio no tardó en convertirse en un arma más mortífera que los misiles o los obuses.

La resolución 661 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobada el 6 de agosto de 1990, apenas cuatro días después de que el ejército de Sadam cruzara la frontera kuwaití, pedía a los Estados miembros que impidieran la importación de «todas los productos originarios de Iraq y Kuwait» y prohibía cualquier transacción de productos o bienes salvo «los suministros destinados estrictamente a fines médicos, y, en circunstancias humanitarias, los alimentos». Parece claro en retrospectiva que los Estados Unidos nunca confiaron en que las sanciones —bastante suaves en comparación con las restricciones de la posguerra— convencieran Sadam de que ordenara la retirada de sus tropas de Kuwait. Del mismo modo que los estadounidenses y británicos proclamarían doce años más tarde que no podía darse un plazo mayor a los inspectores de las Naciones Unidas para finalizar su tarea antes de la invasión de 2003, los estadounidenses dejaron de apoyar el régimen de sanciones en cuanto sus tropas estuvieron desplegadas para la liberación de Kuwait. El Instituto Washington para la Política en Oriente Próximo concluía a fines de 1990 que «no puede considerarse que las sanciones produzcan un resultado seguro». El 15 de enero de 1991, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Douglas Hurd, anunciaba que el Reino Unido estaba resignado a ir a la guerra porque las sanciones de las Naciones Unidas no habían surtido ningún «efecto decisivo» sobre la capacidad ofensiva de Sadam.

Fue sólo después de la guerra cuando los Estados Unidos dejaron claro que no se levantarían las sanciones hasta que Sadam Husein no se hubiera ido. Las sanciones seguirían, según declaró el portavoz de la Casa Blanca Marlin Fitzwater, «hasta que se produjera un cambio de gobierno en Iraq». Sin embargo, las consecuencias de las sanciones ya eran entonces calamitosas. En 1991, los aliados habían inutilizado las centrales eléctricas y bombardeado intencionadamente las instalaciones de potabilización y de tratamiento de aguas residuales, un decisión que causaría una catástrofe humanitaria entre la población civil. Un grupo de abogados y especialistas en salud pública de la Universidad Harvard, después de visitar veintiséis hospitales iraquíes y veintiocho instalaciones de potabilización y de tratamiento de aguas residuales, afirmó en 1991 que el índice de mortalidad casi se había quintuplicado entre los niños menores de cinco años, que casi un millón de niños sufría desnutrición y que unos 100 000 se morían de inanición. La investigación descubrió que 46 700 niños menores de cinco años habían fallecido por los efectos combinados de la guerra y las sanciones en los siete primeros meses de 1991<sup>[\*]</sup>.

Mientras fallecían cada vez más iraquíes —no sólo diezmados por el agua contaminada que se veían obligados a beber y que procedía de las plantas potabilizadoras dañadas por los bombardeos, sino también con crecientes dificultades para disponer de los medicamentos necesarios para recuperarse—, una comisión de las Naciones Unidas se dedicó a rehacer el mapa del sur de Iraq para privar al país de

parte del campo petrolífero de Rumeila y la base naval de Um Qasr, que era su único acceso a las aguas del Golfo. El territorio confiscado se entregó a Kuwait. Los dirigentes occidentales insistían en que Iraq podía utilizar sus propios recursos para pagar los suministros humanitarios, pasando deliberadamente por alto el hecho de que los activos financieros iraquíes habían sido bloqueados y el país tenía prohibido la venta de petróleo. Hacia fines de 1994, la inflación en Iraq alcanzó el 24 000 por ciento anual, y gran parte de la población era indigente. En las calles de Bagdad, las clases medias vendían sus bibliotecas para comprar comida. Libros de teología islámica, ediciones inglesas de Shakespeare, tratados médicos y tesis doctorales sobre arquitectura árabe terminaron en el pavimento de la calle Mutanabi en Bagdad: papel a cambio de pan.

En 1994, se estimaba que medio millón de niños iraquíes había fallecido como resultado de las sanciones. Madeleine Albright, que era entonces embajadora de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, dio una respuesta vergonzosa el 12 de mayo de aquel mismo año cuando se le preguntó sobre las sanciones en el programa informativo *60 Minutes* de la cadena de televisión CBS. Anchor Leslie Stahl preguntó a Albright: «Hemos sabido que medio millón de niños han muerto. Es decir, han muerto más niños que los que murieron en Hiroshima. ¿Vale la pena pagar este precio?». Albright respondió: «Creo que es una decisión muy dura, pero el precio... pensamos que el precio vale la pena». En marzo de 1997, Albright, que entonces era ya secretaria de Estado, puso énfasis en la imposibilidad de terminar con las sanciones. «No estamos de acuerdo con los países que argumentan que las sanciones deben levantarse si Iraq cumple sus obligaciones respecto a las armas de destrucción masiva. Nuestra opinión inamovible es que Iraq debe demostrar que tiene intenciones pacíficas... Y las pruebas de que las intenciones de Sadam nunca serán pacíficas son aplastantes».

En octubre de 1997, Philippe Heffinck, el representante en Iraq del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), estimaba que «unos 4500 niños menores de cinco años mueren cada mes a causa del hambre y las enfermedades». Un año más tarde, un estudio conjunto de las Naciones Unidas y del Programa Mundial de Alimentos concluía que las sanciones «han limitado de manera significativa la capacidad de Iraq para obtener divisas con las que importar la suficiente cantidad de alimentos para cubrir sus necesidades». El 27 de noviembre de 1997, UNICEF informaba que «el 32 por ciento de los niños menores de cinco años, unos 960 000, padece desnutrición crónica, lo que representa un incremento del 72 por ciento desde 1991. Casi un cuarto... tiene un peso inferior a lo normal, lo que representa el doble del porcentaje existente en países vecinos como Jordania o Turquía».

Y, mientras tanto, los motivos de las sanciones —o las condiciones bajo las cuales podían levantarse— cambiaban y se ampliaban. Sadam debía permitir que los inspectores de armas de la Comisión Especial de Verificación de las Naciones Unidas (UNSCOM) llevaran a cabo su tarea con total libertad, poner fin a las violaciones de

derechos humanos, liberar a los prisioneros de guerra kuwaitíes, terminar con las torturas a su propio pueblo, reconocer la soberanía de Kuwait, pagar reparaciones de guerra y retirar las baterías de misiles de las zonas de exclusión aérea (no fijadas por la ONU). Consideradas por separado, ninguna de esas demandas tenía nada de inmoral. Consideradas en conjunto, estaban concebidas para que el régimen de sanciones se prolongara para siempre. En enero de 1998, el papa habló del «despiadado embargo» que sufrían los iraquíes y añadió que «los débiles y los inocentes no pueden pagar por errores de los cuales no son responsables». Los funcionarios estadounidenses señalaron que las sanciones se mantendrían «por tiempo indefinido» a menos que Sadam cumpliera con sus exigencias.

Los portavoces estadounidenses subrayaron repetidas veces que Sadam Husein eludía las sanciones vigentes. Albright se presentó en las Naciones Unidas con fotografías de satélite que mostraban la construcción de grandes complejos de edificios, fotografías que correspondían, según dijo, a la construcción de nuevos palacios para Sadam Husein. No se equivocaba en lo que decía, pero sí en sus conclusiones. Si Sadam había conseguido eludir las sanciones a su régimen, entonces resultaba claro que las sanciones no habían conseguido su objetivo. En 1998, el ministro de Asuntos Exteriores británico Robin Cook se obsesionó con la compra de un equipo de liposucción por parte del régimen iraquí; esa compra, de ser cierta, ello sólo constituía una nueva prueba del fracaso de las sanciones. Afirmó repetidas veces que Iraq podía vender 10 000 millones de dólares anuales de petróleo para pagar alimentos, medicamentos y otros suministros humanitarios, pero, dado que más del 30 por ciento de los ingresos se transferían al fondo de compensación de las Naciones Unidas y los gastos de esa organización en Iraq, la afirmación era falsa.

Y Sadam Husein volvió a descubrir que podía hacer causa común con los estadounidenses. Del mismo modo que los estadounidenses necesitaban demostrar que Sadam había permitido los padecimientos de su pueblo mientras construía templos a su propia grandeza, también Sadam necesitaba mostrar al mundo —y, en particular, a los árabes— la crueldad con que los estadounidenses diezmaban al inocente pueblo de Iraq. Fue un cálculo que encontró una respuesta constante en uno de sus propios enemigos árabes, Osama bin Laden, quien expresó a menudo —así lo hizo en una entrevista conmigo— su simpatía por el sufrimiento de los iraquíes a causa de las sanciones impulsadas por los Estados Unidos.

Quienes visitamos el agonizante y sombrío mundo de Iraq durante aquellos horribles años quedábamos a veces casi tan enfurecidos por las manipulaciones del gobierno iraquí como por el sufrimiento que contemplábamos. Cada mañana, los matones del Ministerio de Información alentaban a los periodistas extranjeros a asistir a las manifestaciones «espontáneas» de civiles iraquíes contra las sanciones. Hombres y mujeres desfilaban por las calles transportando ataúdes, ataúdes que supuestamente contenían los cuerpos de los niños que acababan de morir de hambre o enfermedad. Cuando se les pedía ver el interior de las cajas de madera, explicaban

que la protesta era simbólica, que los ataúdes sólo simbolizaban a los muertos. Y, sin embargo, los muertos eran reales. Los ríos de aguas residuales que fluían incluso por los barrios más pudientes de Bagdad constituían una prueba del deterioro de los servicios públicos más básicos. Llegaban informaciones fiables del interior de que los iraquíes se alimentaban con forraje para mantenerse vivos.

Así pues, ¿por qué los estadounidenses, los británicos y sus amigos en las Naciones Unidas impusieron a Iraq ese deleznable régimen de sanciones? Los trabajadores humanitarios occidentales y funcionarios de las Naciones Unidas en Bagdad llegaron a sus propias conclusiones. Margaret Hassan, una británica casada con un iraquí, una mujer fuerte, valiente y honorable que dirigía la oficina de CARE en Bagdad, estaba indignada por la tragedia que se esforzaba en paliar. «Quieren que nos rebelemos contra Sadam —me dijo—. Piensan que estaremos deshechos, tan destrozados por este sufrimiento, que haremos cualquier cosa, incluso dar la vida, para librarnos de Sadam. La insurrección contra el partido Baaz fracasó en 1991, de manera que ahora utilizan métodos más brutales. Pero se equivocan. La gente está reducida a la miseria. Vive en medio de la mierda. Y, cuando no tienes dinero ni comida, no te preocupa la democracia ni quienes te gobiernan».

Margaret Hassan tenía razón. «La idea general es ésta —declaró un estratega de la fuerza aérea a *The Washington Post* en 1991—. Queremos transmitir el mensaje: libraos de este tipo y nos encantará ayudaros a reconstruir el país; no vamos a tolerar a Sadam Husein ni su régimen. Arreglad ese asunto y nosotros os arreglaremos la electricidad<sup>[\*]</sup>». Poco antes de la liberación de Kuwait en 1991, un documento del Organismo de Inteligencia del Departamento de Defensa estadounidense describía las posibles consecuencias de la destrucción de las centrales eléctricas y la prolongación de las sanciones económicas: «En ausencia de fuentes internas para obtener los repuestos necesarios para la potabilizadoras y algunas sustancias químicas esenciales, Iraq intentará seguir eludiendo las sanciones de las Naciones Unidas para importar estos artículos vitales. Si no obtiene los suministros, la consecuencia será la escasez de agua potable para la mayoría de la población<sup>[\*]</sup>». En otras palabras, los Estados Unidos, el Reino Unido y otros miembros del Consejo de Seguridad eran perfectamente conscientes de que el principal efecto de los bombardeos y las sanciones sería la degradación física, la enfermedad y la muerte de la población civil iraquí. Quizá la mejor forma de describirlo sería guerra biológica. La naturaleza última de la guerra del Golfo se había vuelto prístina a los ojos de los civiles iraquíes. Te bombardeo ahora, te mato más tarde.

Poco antes de la Navidad de 1997, Dennis Halliday, un irlandés barbudo y calvo que dirigía el programa Petróleo por Alimentos de las Naciones Unidas en Iraq, recibió una angustiante prueba personal de lo que todo eso significaba. Había ido a visitar a cuatro niños iraquíes que padecían leucemia en el centro médico Sadam Husein. «Los médicos me dijeron que no conseguían los medicamentos para tratarlos y me impliqué en el asunto —me contó Halliday en su estrecha oficina con sencillas

alfombras árabes colgadas de las paredes—. Con un colega de la Organización Mundial de la Salud, me las arreglé para traer los medicamentos que necesitaban, algunos procedentes de Jordania, otros del norte de Iraq, lo que quería decir que probablemente venían de contrabando de Turquía. Me acerqué al hospital el día de Nochebuena para ver a los niños en su pabellón. Dos ya estaban muertos».

Era palpable que Halliday estaba desconsolado por su tarea de distribuir alimentos y medicamentos entre 23 millones de iraquíes, todos castigados por los crímenes de Sadam Husein y algunos agonizando en condiciones espantosas en hospitales. Al mismo tiempo que buscaba los medicamentos para los niños, Halliday —a todas luces a punto de dimitir— escribió una vehemente carta al secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, quejándose de que el comportamiento de la organización en Iraq estaba causando un sufrimiento indecible a personas inocentes. «Le escribí que lo que estábamos haciendo minaba la credibilidad moral de la ONU —me dijo—. Me encontraba ante un dilema moral. Me parecía que lo que hacíamos contradecía las disposiciones sobre derechos humanos de la propia Carta de las Naciones Unidas». Halliday, un cuáquero que había trabajado en Kenia e Irán antes de incorporarse a la burocracia de las Naciones Unidas en Nueva York, buscaba alternativas a las sanciones. En vano, puesto que los Estados Unidos y el Reino Unido no tenían ninguna intención de poner fin al sufrimiento de Iraq.

En su mesa se apilaban las estadísticas que las Naciones Unidas no quería conocer; el hecho de que las centrales eléctricas producían menos del 40 por ciento de su capacidad, que los sistemas de suministro de agua y sanitarios se encontraban al borde del colapso. Los cirujanos se veían obligados a reutilizar los guantes de goma; las salas de los hospitales no tenían aire acondicionado ni agua potable. Sin bombas eléctricas, la presión del agua disminuía en las tuberías, y las aguas residuales se infiltraban en el sistema. «El gobierno ha alentado el uso de la leche en polvo, pero el uso de leche en polvo con agua contaminada es un muerte segura». Halliday también estaba preocupado por otras consecuencias a largo plazo de ese sufrimiento. «Hay hombres y mujeres que ahora tienen veinte, treinta y cuarenta años que apenas han conocido otra cosa que la guerra con Irán, la guerra del Golfo y las sanciones. Se ven a sí mismos rodeados por gente hostil y la incompreensión de los Estados Unidos y el Reino Unido. Han perdido el contacto con la tecnología y las comunicaciones. No tienen acceso a la televisión occidental. Y son las personas que tendrán que dirigir este país en el futuro. Se sienten alienados y están muy absortos en Iraq. Sus vecinos lo van a tener difícil cuando traten con esta gente».

El colega de Halliday en la oficina de la UNICEF en Bagdad no era más optimista. Mientras en el exterior unos niños desarrapados escarbaban en la basura, en el interior los expedientes de Philippe Heffinck mostraban que el 31 por ciento de los niños menores de cinco años padecía desnutrición crónica. «En el conjunto de Iraq, si se incluyen las áreas habitadas por los kurdos, este porcentaje significa 1 100 000 niños. Es un problema muy grave, más si se tiene cuenta que los niños que

padecen desnutrición crónica hasta los dos años de edad, que es la etapa en que se forma el cerebro. Tienen problemas de crecimiento. Sufren una falta de desarrollo físico y mental que luego los afectará en la escuela e influirá en sus oportunidades para encontrar un trabajo o fundar una familia, y es probable que también afecte a su descendencia».

En un reportaje desde Bagdad publicado por *The Independent* en abril de 1998, Patrick Cockburn describía cómo el río Tigris había cambiado de color hasta tomar el aspecto de un «café con leche muy cargado», puesto que los desechos de los tres millones y medio de habitantes de Bagdad y otras localidades ribereñas se vertían en el río<sup>[\*]</sup>. La contaminación del agua potable, escribió, era la principal razón de que el porcentaje de niños que fallecían antes de alcanzar un año de edad hubiera pasado del 3,5 por ciento anual antes de las sanciones al 12 por ciento anual nueve años después. La falta de repuestos para los equipos eléctricos, la insuficiencia de personal y la consiguiente reducción de suministro eléctrico habían dejado sin agua corriente numerosas zonas de la ciudad<sup>[2]</sup>.

Los trabajadores humanitarios occidentales sentían en ocasiones que su contribución apenas servía de nada. Judy Morgan, que trabajaba en Bagdad para CARE, me describió que se sentía como una pariente pobre del rey Canuto. «El agua te moja los pies antes de que hayas tenido siquiera la oportunidad de ordenar a la marea que se retire», me contó una tarde en 1998. Su colega Margaret Hassan tenía una gran cantidad de ejemplos para demostrar que me decía la verdad. «Si fuera un país del Tercer Mundo, podríamos traer unas cuantas bomba de agua que costarían unos centenares de libras y salvaríamos miles de vidas —me dijo—. Pero Iraq no era un país del Tercer Mundo antes de la guerra. No puedes hacer funcionar una sociedad desarrollada sólo con ayuda humanitaria. Lo que va mal en los sistemas de suministro de agua es consecuencia del colapso general y del daño infligido a plantas potabilizadoras complejas y muy caras. Y ello requiere centenares de miles de libras en reparaciones, sólo para arreglar el problema de una región. Los médicos aquí son excelentes, muchos han estudiado en Europa, pero no han tenido acceso a las revistas médicas internacionales durante ocho años a causa de las sanciones. Ya sabemos lo que eso significa en el ámbito de las ciencias».

Un mero repaso de la lista de productos prohibidos por el comité de sanciones de las Naciones Unidas ponía de manifiesto la naturaleza infantil y vengativa de la campaña contra Iraq<sup>[\*]</sup>. La lista incluía lápices, sacapuntas, cordones para los zapatos, materiales para mortajas, toallas sanitarias, champú, productos químicos para purificar el agua, palitos de algodón, gasas, jeringas, revistas médicas, bombas de cobalto para los aparatos de rayos X, guantes quirúrgicos desechables, medicamentos para la epilepsia, instrumental quirúrgico, equipos de diálisis, medicamentos para crisis cardíacas, envíos de granito, maquinaria para plantas textiles, pasta de dientes, cepillos de dientes, papel higiénico, pelotas de tenis, ropa infantil, esmalte para las uñas y lápices de labios<sup>[3]</sup>.

El combativo periodista John Pilger, uno de los pocos reporteros que tuvo el coraje en aquel tiempo de condenar las sanciones como perversas e inmorales, recuerda como, poco antes de la Navidad de 1997, el Ministerio de Industria y Comercio británico —el mismo Ministerio que había intentado defender la venta a Sadam de componentes para producir gas mostaza antes de la invasión de Kuwait con el argumento de que podían utilizarse para fabricar tinta para bolígrafos— había bloqueado el envío de vacunas destinadas a proteger a los niños iraquíes contra la difteria y la fiebre amarilla. «Kim Howells explicó en el Parlamento la razón de esta decisión. Su cargo como subsecretario de Estado para la Competencia y Asunto del Consumo encajaba a la perfección con una respuesta orwelliana. La exportación de las vacunas infantiles se había prohibido, dijo, “porque podían utilizarse como armas de destrucción masiva”. No pareció reparar en el hecho de que tenía el dedo en el gatillo de un arma de destrucción masiva en toda regla, las sanciones<sup>[\*]</sup>».

En el 2000, casi el 70 por ciento de las fábricas civiles iraquíes habían cerrado o estaban produciendo muy por debajo de su capacidad. El desempleo llegaba al menos al 60 por ciento. Tanto Halliday como su sucesor, Hans von Sponeck, los funcionarios humanitarios de las Naciones Unidas de mayor rango en Iraq, habían dimitido de sus cargos en Bagdad —Halliday en septiembre de 1998 y Von Sponeck el 14 de febrero del 2000—, y se dedicaban a hablar en la prensa, la televisión y las reuniones públicas, y Von Sponeck subrayaba que cada día morían 167 niños iraquíes. «En todos los años que llevo en las Naciones Unidas —dijo—, nunca había estado expuesto al tipo de maniobras políticas y presiones que he visto trabajando en este programa. Estamos tratando a Iraq como si estuviera formado por 23 millones de Sadams, lo que no tiene ningún sentido<sup>[\*]</sup>».

Halliday era mucho más explícito. «La Organización Mundial de la Salud me acaba de confirmar hace diez días —me dijo en octubre de 1998— que la mortalidad infantil entre los niños menores de cinco años relacionada con las sanciones es de 5000 a 6000 fallecimientos mensuales. Creen que es una estimación a la baja, puesto que en las zonas rurales no se registran los niños al nacer y, en el caso de que fallezcan antes de tener seis semanas de vida, el nacimiento no queda registrado... Me he reunido hace poco con dirigentes sindicales [en Iraq] que me han preguntado por qué las Naciones Unidas no bombardean de una vez por todas a la población iraquí y lo hace con eficacia en lugar de extender unas sanciones que matarán cada vez más iraquíes durante un largo período de tiempo... Las sanciones debilitan la recuperación económica y educativa de Iraq, y no cambiarán su sistema de gobierno. Las sanciones alientan el aislamiento, la alienación y el fanatismo... Las sanciones constituyen una grave violación de la declaraciones de la ONU sobre derechos humanos y derechos de la infancia<sup>[\*]</sup>». En el 2000, Halliday escribió que «estamos en el año del milenio y somos responsables del genocidio de Iraq. El primer ministro Tony Blair está hoy a la defensiva por asuntos que son en gran parte internos. Su permanente apoyo del programa Clinton/Albright para matar a los niños iraquíes

apenas se menciona. ¿Qué dice eso de nosotros?»<sup>[\*]</sup>.

El Ministerio de Asuntos Exteriores británico (y, en particular, Peter Hain, que era entonces el secretario de Estado que tenía a su cargo Oriente Próximo) intentó desacreditar a los funcionarios de las Naciones Unidas cuando dimitieron. «Sabemos que algunas voces han mostrado su inquietud por la dimisión de Hans von Sponeck y, antes, por la de Dennis Halliday, en calidad de coordinadores de la ayuda humanitaria de las Naciones Unidas en Iraq», empezaba diciendo con pulcra redacción una carta del Departamento de Oriente Próximo del Ministerio en respuesta a un médico lector de *The Independent*. Y seguía:

Gestionar un programa único y complejo que asciende a miles de millones de libras es un trabajo para un administrador experimentado y entregado, comprometido con la tarea de obtener el mejor provecho del programa Petróleo por Alimentos para el pueblo iraquí. Por desgracia, ni Halliday ni Von Sponeck eran las personas adecuadas para esa tarea. Quedó claro desde el principio que ambos estaban en desacuerdo con las decisiones del Consejo de Seguridad y los propósitos de las resoluciones de las Naciones Unidas. En consecuencia, no estaban interesados en que el programa Petróleo por Alimentos funcionara<sup>[\*]</sup>.

Eso era ridículo. Tanto Halliday, un hombre compasivo y decente, como el concienzudo Von Sponeck eran trabajadores humanitarios experimentados. Pretender que dos coordinadores de las Naciones Unidas, nombrados sucesivamente, no eran las «personas adecuadas» para la tarea no se sostenía.

La misma carta afirmaba que una nueva resolución del Consejo de Seguridad, la 1284, mejoraría la eficacia del programa Petróleo por Alimentos al eliminar el límite impuesto a las exportaciones iraquíes de petróleo, pero olvidaba añadir que el lamentable estado de las instalaciones petrolíferas iraquíes y la repentina baja del precio del petróleo —que no era culpa de las Naciones Unidas— neutralizaban en gran parte la medida. Lo que Iraq necesitaba no era una súbita flexibilización de las sanciones relativas a algunos productos de consumo, sino grandes inversiones en infraestructura, industria y comercio, algo que las sanciones de la ONU no permitían. La pasta de dientes y las toallas sanitarias eran inútiles si ningún iraquí podía ya comprarlas.

Y, mientras los inspectores de las Naciones Unidas enviados para dismantelar las armas nucleares, bacteriológicas y químicas del régimen baazista intentaban descubrir el alcance del arsenal de Sadam —a menudo enfrentándose a la cerrilidad y las amenazas de la policía de seguridad iraquí—, los estadounidenses anunciaban periódicamente una nueva «amenaza» del dictador iraquí, ya fuera invadir de nuevo Kuwait, hacer caso omiso de las zonas de exclusión aérea impuestas por los Estados Unidos en el sur y el norte de Iraq —establecidas presuntamente para «proteger» a chiíes y kurdos— o recuperar los misiles abandonados en la zona administrada por las Naciones Unidas a lo largo de la frontera entre Kuwait e Iraq. Durante la década de los noventa, corrí repetidas veces hacia el aeropuerto de Beirut para tomar un vuelo hacia Kuwait por si acaso Sadam estaba a punto de repetir su mesiánica metedura de pata de 1990, a pesar de que las cadenas de televisión mostraban

soldados iraquíes arremolinados alrededor de herrumbrosos trenes de carga, algunos de ellos sin calzado, la mayoría escuálidos, con los uniformes gastados y descoloridos.

Casi dos años después de que alcanzaran la victoria en la primera guerra del Golfo, los tres principales aliados occidentales durante el conflicto (Estados Unidos, Reino Unido y Francia) lanzaron una serie de ataques aéreos por la supuesta violación de la zona de exclusión aérea del sur y la captura por parte iraquí de misiles antibuque *Silkworm* bajo custodia de las Naciones Unidas. El 12 de enero de 1992, seis cazabombarderos Tornado y un escuadrón de cazabombarderos Mirage se unieron a una fuerza mucho más numerosa de aviones de combate estadounidenses procedentes del portaaviones *Kittyhawk* para atacar blancos en el interior de Iraq, la mayoría radares y bases de misiles. Durante una semana, los Estados Unidos había protestado por el despliegue iraquí de baterías de misiles antiaéreos SAM dentro de las zonas de exclusión aérea.

Si los estadounidenses necesitaban crisis periódicas en el Golfo, también Sadam quería provocar tensión. Un portavoz de Sadam había proclamado una vez más aquel mismo día que Kuwait era «una parte integral de Iraq que sería recuperada». Las Naciones Unidas habían escoltado un nutrido grupo de periodistas hasta la nueva frontera entre Kuwait e Iraq —la frontera que la ONU había revisado en favor de Kuwait y que Iraq no aceptaba— y habían mostrado las cajas de madera (con sellos que decían «Ministerio de Defensa, Jordania») de las que los iraquíes se habían llevado la semana anterior sus anticuados misiles *Silkworm*, armas que habían recuperado bajo la mirada de los cascos azules.

Esa misma mañana los iraquíes habían hecho su tercera incursión a través de la nueva frontera —que no reconocían— diciendo que tenían un acuerdo con las Naciones Unidas para retirar los equipos de los depósitos hasta el 15 enero. Sin embargo, no habían pedido permiso a las Naciones Unidas ni el gobierno kuwaití para hacerlo. ¿Por qué no? Y, para el caso, ¿por qué no se nos había dicho hasta entonces que las incursiones iraquíes a la base naval de Um Qasr habían comenzado ocho meses antes? En mayo de 1991, según se supo, los iraquíes se habían llevado de la base once misiles *Silkworm* y luego otros cuatro menos de un mes después. Habían devuelto los últimos cuatro a petición de la Misión de Observación de la ONU, pero conservado los demás. La incursión del fin de semana les había permitido «recuperar» estos cuatro misiles.

Era como si Sadam actuara siguiendo un guión estadounidense. No era la primera vez que se producía esta extraña coincidencia entre Washington y Bagdad. De la misma manera que ambos bandos habían considerado conveniente pasar por alto las masivas bajas iraquíes durante la guerra, en ese momento Sadam asumía el papel de agresor que le asignaban los estadounidenses. «Sadam está loco, pero ¿sabes por qué hace lo que hace? —me preguntó un antiguo amigo kuwaití, uno de los afortunados que había podido escapar del cautiverio en Iraq durante los últimos días de la guerra;

y se rió, un poco despreciativamente, pensé—. A Sadam no le preocupa Bush. Quiere preocupar a los árabes. La ONU ha fracasado en Bosnia y, lo que es más importante, no consigue que Israel devuelva a los palestinos detenidos en el Líbano [deportados de forma ilegal por los israelíes en tanto que “terroristas”]. Pero la ONU deja que los Estados Unidos utilicen su gran garrote contra Iraq. Sadam quiere que los árabes reflexionen sobre esta diferencia de trato. Piensa que, de esta manera, los árabes recurrirán a él».

Sadam siguió con la misma estrategia de un modo que contribuyó a un creciente autoengaño. Su discurso televisado de media hora a los iraquíes del 17 de enero de 1993 fue una obra maestra de grandilocuencia nacionalista árabe. Maldijo a los árabes «traidores» que se le habían opuesto y a los iraquíes que se habían rebelado contra su gobierno dos años antes. Tildó a las Naciones Unidas de ser una mera satrapía de los Estados Unidos —algo que, al menos, era una acusación con algún fundamento— e insistió en que la «madre de todas las batallas» no había terminado ni tampoco la lucha por un «Iraq victorioso» y una «Palestina liberada». Y Kuwait e Iraq formaban parte de «una sola nación»; era un discurso de aniversario de la guerra del Golfo dirigido a «los hijos del arabismo en todas partes».

En algunos aspectos, el adusto Sadam de este día era el mismo dictador que Occidente se había acostumbrado a aborrecer durante la ocupación de Kuwait. Su uniforme verde oliva, con las inevitables insignias con espadas cruzadas de general de brigada sobre las hombreras, destacaba de manera burda junto un jarrón de flores rojas y blancas. Iraq era un país glorioso que sólo actuaba en nombre de la «nación árabe», y su pueblo era inquebrantable. Los Estados Unidos y sus socios eran «criminales», interesados sólo en dividir una poderosa nación árabe dispuesta a resistir sola y en tener bajo control a Kuwait como si fuera «un pozo de petróleo alquilado». Después se embarcó en un furioso ataque personal contra la familia reinante de Kuwait, los Sabah, y habló a la población kuwaití con una extraña e inquietante combinación de amenazas, súplicas y disculpas.

Exhortó a los kuwaitíes a «aprender las lecciones», «hacerse cargo de las circunstancias» y «entender» el período de ocupación iraquí. Los iraquíes que habían cometido actos contra los kuwaitíes habían sido castigados, anunció. «Los kuwaitíes que permanecieron en el país recordarán que uno de los oficiales [iraquíes] estuvo colgado a la vista de todos por sus malas acciones contra los kuwaitíes. Este es el auténtico rostro de Bagdad. Éstos son los principios de Bagdad... si hubo malas acciones, fueron llevadas a cabo por traidores, dirigidos por los enemigos de Iraq».

No hubo mención de las cámaras de tortura, la violación de mujeres extranjeras ni la ejecución sumaria de hombres y mujeres de la resistencia (delante de sus familias, por supuesto); sólo una referencia a la desafortunada necesidad de las fuerzas blindadas iraquíes de «devolver el fuego» cuando fueron atacadas. Por consiguiente, los kuwaitíes debían sentir «la hermandad y el amor a Dios de la nación que los guarda dentro de su corazón en Bagdad». Los kuwaitíes no recordaban la historia

según una versión tan romántica, aunque pocos habían olvidado al coronel iraquí colgado —realmente el «auténtico rostro de Bagdad»—, suspendido de una grúa en una céntrica plaza, presuntamente, según se dijo entonces, por ayudar a la resistencia kuwaití.

Sin embargo, el culpable de semejante sufrimiento, según Sadam, fue el emir de Kuwait. Había depositado 6000 millones de dólares en bancos occidentales mientras los árabes pasaban «pobreza y hambre<sup>[4]</sup>». Había hecho caso omiso de las advertencias de Bagdad para que no reclamara el pago de las deudas por la guerra irano-iraquí y pusiera fin a la sobreproducción de petróleo, advertencias que Sadam había hecho en la cumbre árabe del 27 de mayo de 1990, repetido el 17 de julio y que habían sido expuestas de nuevo el mismo día en un memorando del ministro de Asuntos Exteriores iraquí dirigido a la Liga Árabe. Saad Abdulá al Sabah, el negociador kuwaití con los iraquíes en la cumbre de Yedda —la reunión cuyo fracaso condujo de inmediato a la invasión iraquí—, seguía diciendo el relato de Sadam, había recibido ordenes secretas del emir para no solventar la disputa. El pueblo de Kuwait tenía que aprender la lección y recuperar el control de su país de manos de una familia que había permitido a los extranjeros dirigir Kuwait, pero que había huido del ejército iraquí «como un arrendatario, sin decir adiós».

En cuanto a los «infieles» cuyas fuerzas todavía seguían pisando «la sagrada tierra musulmana», habían cambiado de objetivo, de la defensa de Arabia Saudí a la destrucción del «régimen iraquí». ¿Por qué, si no, habían establecido zonas de exclusión aérea? Tales zonas, así como la negativa de permitir el despegue de los aviones iraquíes, eran «un acto de guerra pese al cese de la hostilidades». Occidente estaba ansioso por destruir un país que «desde Zajo [en el Kurdistán] hasta Fao [en el extremo meridional de Iraq] era un bastión de la libertad». Con un deje de emoción en la voz predijo que «los infieles sabrán al final de quién es la victoria... si los agresores continúan, fracasarán. ¡Que Dios os ayude!». Ese, no cabía ninguna duda, era el viejo Sadam de siempre.

Y a las pocas horas de sus incursiones aéreas de enero de 1993 contra Iraq, los estadounidenses habían decidido actuar ante las «provocaciones» iraquíes a lo largo de la frontera con Kuwait y exigieron el cierre, antes de la medianoche del 14 de enero, de los seis puestos de policía existentes en la zona desmilitarizada controlada por las Naciones Unidas; en caso contrario, Bagdad debería atenerse a las consecuencias. La amenaza estadounidense se produjo la víspera de la llegada a Kuwait por «razones operativas» de 1250 soldados estadounidenses de la 1.ª División Blindada de Caballería. Los seis posiciones iraquíes, todas con policías de fronteras armados, existían desde hacía casi un año, año durante el cual la frontera había sido modificada, aunque Washington nunca había cuestionado hasta aquel momento su presencia.

En todo este asunto, los periodistas desempeñaron un papel especial: difundir la historia que interesaba a los estadounidenses. Como cabía esperar, los refuerzos

estadounidenses enviados a Kuwait fueron recibidos por los habituales camarógrafos, reporteros perfectamente peinados y periodistas de agencia que buscaban la toma igualmente perfecta de los hombres que iban a defender la libertad de Kuwait. Allí, en una antigua base aérea iraquí, un tal capitán Lackey trazó una línea sobre el asfalto. «Si cruzan la línea, los sacaré de la base —vociferó a los reporteros—. Diré a los de seguridad que los echen de aquí si no obedecen las instrucciones. ¿Hay alguien que no entienda lo que acabo de decir?» Los camarógrafos se agruparon con diligencia como colegiales y pusieron los trípodes sobre la línea blanca. La 1.ª División de Caballería estaba a punto de llegar.

Quizá era una venganza del ejército estadounidense por el descalabro mediático de las playas de Mogadiscio —el desastre de la misión de las Naciones Unidas en Somalia todavía no se había producido—, pero el capitán Lackey sabía lo que quería. Los teleobjetivos zumbaron en dirección a las diminutas figuras que descendían por la escalera de un Boeing 747, nosotros estirábamos el cuello por encima de los fotógrafos para ver este nuevo símbolo de la «resolución» estadounidense en el Golfo, mientras los soldados, muchos con bolsas para el mareo en la mano, avanzaban en desorden por la pista hacia una hilera de viejos autobuses escolares aparcados a trescientos metros del Jumbo.

En lugar de hablar con los soldados que iban a llevar a cabo «el trabajo de Dios» —en el caso de que las palabras del presidente Bush referidos a los pilotos de sus bombarderos se aplicaran también a ellos—, se nos alentó a hablar con la tripulación civil del Boeing 747 alquilado a la Northwest Airlines. De manera que los periodistas rodeamos la guapísima azafata con uniforme carmesí, mientras el capitán del avión —en un reclamo publicitario magníficamente puesto en escena por su aerolínea— nos deleitaba con el menú que los soldados habían comido durante el vuelo. Los hombres y mujeres que trazaban otra línea en la arena se habían pasado dieciséis horas en el aire masticando por el camino pollo asado, arroz y huevos. No hubo preguntas, ningún pensamiento sobre lo que comían los iraquíes a cien kilómetros al norte de donde estábamos. Sólo hubo los habituales reporteros de las cadenas de televisión llevando a cabo su habitual tarea con ansiedad y urgencia. Abrí mi cuaderno de notas para dejar constancia de algunas de sus gemas: «a sólo cien kilómetros de la frontera iraquí»; «seis semanas, pero podrían estar aquí mucho más tiempo»; «y, para los kuwaitíes, es otro signo tranquilizador»; «una fuerza disuasoria contra las represalias que Sadam Husein podría tomar en la frontera kuwaití».

Las citas son auténticas, pero ¿cuál fue la misión? Con su compañía preposicionada de vehículos blindados Bradley y tanques M1A1, y su batería de artillería, ¿fueron esos soldados un mero símbolo? En realidad, no. Al final, el presidente Bush ordenó disparar unos cuantos misiles crucero hacia Bagdad; y, pocos minutos después de su impacto, los policías iraquíes empezaron a dismantelar su puesto en Um Qasr. Uno de ellos murió por los disparos de un policía kuwaití. «Ha sido una noche normal —me contó el capitán Mike Maugham, de la compañía Alfa

del 1.º de Caballería—. Hemos estado despiertos la mitad de la noche viendo fútbol... Nos pasaron entero el partido de los Búfalos. Aunque el sargento primero se levantaba de vez en cuando para cambiar de canal y, durante las pausas del partido, mirábamos la retransmisión de la CNN desde Bagdad».

La caballería miraba la CNN en las pausas del partido. El capitán Maugham me confesó que ver el fuego antiaéreo sobre Bagdad en la CNN fue «una experiencia que le hizo pensar», aunque a la mañana siguiente podían escucharse todos los clichés que se quisiera a lo largo de la hilera de Bradleys. Sadam iba a «recibir una patada en el culo» y era hora «de terminar el trabajo». La CNN había demostrado de manera incómoda que la explosión del vestíbulo del hotel Rashid que había matado a una recepcionista se debía a un misil estadounidense —Brent Sadler apareció en la pantalla con un trozo del fuselaje del misil en el que se veían los códigos digitales—, lo que provocó la habitual reacción de escepticismo. «A nadie le gusta ver bajas civiles —dijo el teniente segundo Bernard Ethridge—, pero es algo así como una función [*sic*] de la guerra. Simplemente, ocurre. De todos modos, si un misil crucero hubiera impactado contra el hotel, no creo que el hotel hubiera sufrido tan pocos daños. Nuestros soldados lo han comentado y piensan que quizá les ha caído encima un proyectil antiaéreo iraquí que no ha estallado». Como siempre. Cuando murieron palestinos por el bombardeo israelí de Beirut en 1982, murieron por sus propios disparos. Cuando los estadounidenses bombardearon Libia, las bajas civiles se debieron a los misiles antiaéreos libios perdidos. Cuando los estadounidenses hicieron saltar civiles a pedazos en las calles de Bagdad en el 2003, los iraquíes murieron, una vez más, por el fuego de sus propios cohetes antiaéreos o por la metralla enterrada astutamente entre las ruinas por la policía secreta de Sadam. Nunca éramos nosotros. O, si lo éramos, no era nuestra intención.

Así pues, cuando el presidente Clinton lanzó veintitrés misiles crucero Tomahawk más contra Bagdad el 27 de junio de 1993, en represalia por la presunta implicación de Iraq en un intento de asesinato de George Bush en Kuwait dos meses antes —los cargos contra los iraquíes acusados, que todavía no habían sido juzgados en aquel momento, estaban plagados de inconsistencias y el tribunal era dudosamente independiente—, los periodistas no tuvieron demasiado interés en los ocho civiles que se contaron entre las víctimas. Una de ellas era Leila Attar, una célebre pintora iraquí que había exhibido su obra en Kuwait, El Cairo y Nueva York. Pasarían casi cinco años antes de que conociera la historia completa de su tragedia.

En 1998, en una galería de arte de Bagdad situada detrás del hotel Meridien, un anciano que trabajaba allí, Abu Jaled («un invitado en esta vida, me quedan quizá tres o cuatro años más»), me contó lo que ocurrió aquella calurosa noche tras despedirse de Attar, que era directora adjunta de la galería. «Se fue a las nueve y no supe nada hasta que el hombre que preparaba el té me dijo por la mañana: “Abu Jaled, la señora Attar está en el hospital”. Pero no estaba allí. Encontré a su hija y su hijo en el hospital, que me dijeron que todavía estaba bajo la casa». Cuando Abu Jaled llegó a

la casa de la pintora en el distrito Mansur de Bagdad, halló el marido de Leila Attar muerto bajo los escombros. «Nadie podía encontrarla —me dijo—, pero entonces reconocí su larga cabellera entre los ladrillos de la casa y supe que estaba ahí. La encontramos con el bolso todavía agarrado de la mano. Estaba intentando escapar cuando el misil cayó».

En Washington, no hubo disculpas ni remordimientos. Se atacaba a Sadam, su régimen y su criminal policía secreta. Y, cuando visité los escombros de la casa de Leila Attar en Bagdad en 1998, había, como cabía esperar, un gran recinto de la policía de seguridad compuesto de altos muros de ladrillo y alambradas. El misil crucero había pasado rozando la casa mientras se dirigía al blanco. De nuevo, no era culpa nuestra. Era un daño colateral. No era nuestra intención. El presidente Clinton dijo a los estadounidenses que podían «sentirse bien» por el ataque.

Y todo ello fue provocado en apariencia por un complot iraquí para asesinar al expresidente Bush. En octubre de 1994, más de un año después del bombardeo lanzado por Clinton, fui al «juicio» de apelación de los trece hombres condenados por planear el asesinato de Bush. Los acusados, con las facciones grises y vestidos con uniformes grises, muchos de ellos con barba y algunos rezando, escuchaban sin emoción al juez Abdulá al Issa mientras hacía su informe preliminar. Sin embargo, cuando se les dio la oportunidad de hablar, al menos uno de los condenados tenía mucho por decir. De manera comprensible para un hombre que había sido condenado por el presidente Clinton (que había ordenado las represalias aéreas antes de que hubieran concluido las primeras vistas del tribunal oral) y sentenciado a la horca por el estado de Kuwait, Wasli al Gazali parecía muy furioso mientras sujetaba los barrotes pintados de marrón de la celda del tribunal número 15. «Cualquier niño árabe vale más que los Estados Unidos —nos gritó—. Soy ciudadano iraquí. Bush ha matado a dieciséis miembros de mi familia. No siento ya nada». Al Gazali y otros doce hombres, uno de ellos kuwaití, estaban presuntamente implicados en el complot.

Según las autoridades kuwaitíes, los servicios de inteligencia iraquíes habían ordenado a los acusados asesinar a George Bush; se trata de un complot descubierto por los servicios de seguridad del emirato la víspera de la llegada del expresidente al país. Se imputaba a uno de los acusados la posesión de un automóvil cargado con 80 kilos de explosivos y a Al Gazali planear el asesinato de Bush con un cinturón bomba. Sin embargo, Al Gazali se retractó más adelante de su confesión, mientras que los demás alegaron en el primer juicio que habían sido golpeados para obtener confesiones falsas o que habían cruzado la frontera en una expedición de contrabando.

Y aunque el tribunal de primera instancia los había condenado a todos —seis a muerte, el resto a distintas penas de prisión—, había una gran cantidad de razones por las cuales los abogados kuwaitíes y extranjeros dudaban de la imparcialidad del primer juicio. La retractación de las confesiones previas, las pruebas de las palizas de la policía de seguridad, la escandalosa falta de acceso de los abogados a sus

defendidos antes del juicio y, lo más extraordinario de todo, por supuesto, el ataque con misiles contra Bagdad. No era extraño que Najib al Wugayan, el pequeño y obstinado abogado del único kuwaití condenado a muerte, Badr al Shamari, sostuviera que el ataque de Clinton perjudicaba las posibilidades de su defendido de tener un juicio justo.

«El ataque con misiles de Clinton ha hecho que la vista se diera en un contexto político —me dijo—. Antes de que el juicio termine, Clinton ha afirmado que tenía pruebas de que Iraq estaba detrás del atentado con explosivos contra Bush. ¿Cómo podía tenerlas antes de que terminara el juicio? Hay acusados que se han declarado culpables y no lo discuto, han confesado. Pero Badr no. Es inocente y los estadounidenses lo han condenado». De hecho, la Casa Blanca había afirmado que tenía «algunas pruebas» de la culpabilidad iraquí en el complot, una afirmación que más tarde Amnistía Internacional condenó por prejuzgar la inocencia de los acusados. Ocho años después, el hijo de George Bush recordaría, en un discurso público cuyo objetivo era obtener apoyos para su invasión de Iraq, que «Sadam intentó matar a mi padre».

La explicación de que estos hombres estaban implicados en actividades rutinarias de contrabando y no en un asesinato político se volvió todavía más creíble cuando el hermano del acusado kuwaití empezó a reír nerviosamente durante una vista del tribunal, después de que el juez le preguntara por qué motivo su cara le parecía familiar. Respondió que lo habían encarcelado con anterioridad en quince ocasiones por introducir whisky de contrabando en Kuwait. Las alusiones del fiscal general a los imputados como «este corrupto grupo de criminales» proyectaron todavía mayores dudas sobre la imparcialidad del tribunal.

Por todo ello, Leila Attar murió.

## CAPÍTULO 18

### LA PLAGA

La guerra legítima existe como tal: la guerra tiene sus leyes; hay cosas que pueden hacerse y cosas que no pueden hacerse en buena lid. Él ha intentado (lo diría así) envenenar los pozos.

JOHN HENRY, Cardenal Newman, *Apología provita sua*, 1864

En octubre de 1994, tuvimos otra «crisis del Golfo», tal como le gustaba anunciar a la CNN cada pretendida reinvasión a Kuwait. Según el Pentágono, esta vez Sadam había «concentrado» 60 000 hombres en el sur de Iraq, junto con 900 tanques y un número todavía mayor de vehículos blindados. Ninguno de los periodistas enviado para cubrir este último drama recordaba en apariencia con cuanta certeza habían descrito la desbandada del ejército iraquí en 1991, el «caos» reinante entre los soldados de Sadam, con la logística «aniquilada» y la Guardia Republicana «diezmada» por los bombardeos estadounidenses. Sin embargo, después de haber asegurado a los dirigentes de todo el mundo que Sadam había sufrido una completa derrota, sus «diezmadas» divisiones de la Guardia Republicana parecían ahora a punto de lanzarse de nuevo al campo de batalla. Y los expertos de los noticiarios y los reporteros de los canales por satélite bombardeaban las capitales de Oriente Próximo con peticiones de visados y de reservas en cualquier avión que pudiera alcanzar al Golfo Pérsico con más celeridad que la flota de portaaviones enviada por presidente Clinton. «¿Nos manipulan o caemos en la trampa de creer en nuestros propios reportajes?», me preguntaba en mi cuaderno.

Es probable que un periodista kuwaití acertara cuando señaló que Sadam intentaba forzar a las Naciones Unidas a levantar las sanciones —así como redespigar el ejército iraquí después de un rumoreado intento de golpe de estado en Bagdad—, mientras que Clinton intentaba distraer la atención sobre su indolencia en Bosnia después de las elecciones al Congreso. No obstante, nuestra preprogramada respuesta parecía imparable<sup>[1]</sup>. Como era habitual, nadie se preocupaba de calcular cuántas víctimas civiles seguirían a otro ataque a Iraq.

Y, como cabía esperar, los periodistas que fueron transportados hasta la frontera de Kuwait con Iraq se encontraron con que era difícil satisfacer las peticiones de sus editores. Muchos de nosotros sólo conseguimos descubrir un solitario tanque kuwaití en el desierto, vehículo que sirvió a continuación para remolcar el autobús en el que viajábamos fuera de la arena. Al otro lado de la frontera, la presencia era asimismo exigua. Los funcionarios de las Naciones Unidas revelaron que sus aviones de

reconocimiento, cuya ruta de vuelo les daba una visión de lo que ocurría hasta 20 kilómetros al norte de la frontera, no habían observado ni un solo tanque iraquí ni vehículo de transporte. Los escasos policías iraquíes estacionados más allá de la frontera —que ahora acataban el límite de la nueva frontera— difícilmente podían calificarse de agresivos; algunos de ellos, se filtró, mendigaban con regularidad comida a las Naciones Unidas y pedían ropa para reemplazar sus harapientos uniformes. «Se supone que no tenemos que darles nada —admitió un funcionario de las Naciones Unidas—. Pero es difícil rechazar a alguien cuando tiene hambre».

El 12 de octubre se nos informó que 39 783 soldados estadounidenses estaban ya de vuelta al Golfo, junto con 659 aviones de combate y 28 buques de guerra. Los Hércules C-130 de la RAF aterrizaban de noche en Kuwait cada dos horas, algunos transportando piezas de artillería de 155 milímetros, y los primeros efectivos del Comando 45 de la Infantería Real de Marina acababan de desembarcar de un Tristar. Ya lo habíamos visto todo antes: la noche sofocante, las hélices de los Hércules todavía girando sobre la pista, los acentos de Sheffield, Oxford y Liverpool bajo el cielo del Golfo. En lugar de la operación Granby —el nombre que recibió el despliegue británico en el Golfo en 1990—, en ese momento teníamos la operación Conductor, pero los soldados llevaban los mismos pequeños morrales para la guerra nuclear, química y bacteriológica.

Y, cuando la 15.<sup>a</sup> Unidad Expedicionaria de la Infantería de Marina de los Estados Unidos llegó para empezar sus ejercicios de fuego real, ¿qué lugar eligieron? Las colinas de Al Mutla, por supuesto. Muchos de los infantes sabían muy bien que era el punto más alto de la «carretera de la muerte», donde los convoyes iraquíes en fuga habían sido abrasados tres años y medio antes hasta que dejaron de existir. Los hombres de la 15.<sup>a</sup> Unidad, unos 130, cargaron con ametralladoras pesadas y armas antitanque, montaron los trípodes e hicieron retumbar miles de disparos en las dunas que estaban justo debajo de la colina donde yacían todavía los iraquíes sepultados en masa. «Muchos de nuestros infantes estuvieron aquí en aquel tiempo y algunos saben lo que ocurrió», dijo el teniente coronel Rick Barry, agregando con entusiasmo que unidades de la infantería de marina habían contribuido a atrapar los convoyes iraquíes en retirada en 1991. En el nuevo y siempre contagioso lenguaje de la infantería de marina, los hombres del teniente coronel Barry hablaban de sus desembarcos anfibios desde helicópteros como una «evolución» —nótese la connotación positiva, progresiva, de la palabra—, un «ejercicio de sustentación», una «aventura» y, por supuesto, «una ocasión para la foto».

Los camarógrafos se agolparon alrededor de los infantes, maldiciendo y empujándose entre sí, aunque procurando evitar ningún encuadre que mostrara que la «evolución» de la infantería de marina era un circo para la prensa. Y a continuación los cargadores de las ametralladoras se vaciaron del otro lado de los revestimientos de cemento situados debajo de las colinas de Al Mutla mientras los infantes cargaban por la arena a través de granadas de humo, gritando y dando alaridos hacia las

imaginarias legiones de Sadam. El capitán Stephen Sullivan, con la mirada dirigida hacia los estallidos que se producían bajo el cegador sol del mediodía, intentó introducir con perspectiva histórica lo que resultó ser una extraña combinación de moralidad y nueva jerga de la infantería de marina.

«Dado que este país fue objeto más que nada de saqueos y violaciones hace sólo un par de años [sic] —dijo—, y que se ha detectado una concentración masiva de tropas en la frontera, esto comporta una amenaza distintiva tanto para este país como para todas las naciones que representa la coalición [aliada]. Somos una fuerza de despliegue adelantado en una misión de rutina. Pensamos que esto imprime tanto estabilidad como proyección de fuerza para mostrar nuestra presencia...» No obstante, ¿no se preguntaba por qué esta «proyección de fuerza» de una unidad de la infantería de marina no se enfocaba hacia Bosnia, donde la escala de las violaciones era un tanto mayor que la que había existido en Kuwait? El capitán Sullivan no dudó ni un instante. Bosnia dependía del mando del Mediterráneo y la 15.<sup>a</sup> Unidad expedicionaria de la Infantería de Marina no tenía asignada ninguna misión en el Mediterráneo. Así de simple.

Había ocasiones, mientras informaba al respecto, en que me preguntaba si la locura no habría sido una ventaja para cubrir los acontecimientos de Oriente Próximo. Un día después de que la infantería de marina estadounidense se desplegara en las colinas de Al Mutla, el secretario de Defensa, William Perry, un hombre bajo y fornido embutido en un uniforme marrón claro, se paseó por la pista del aeropuerto de Kuwait para amenazar a Sadam con la guerra si no retiraba sus soldados del sur de Iraq. Luego, media hora más tarde, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Andréi Kozirev, un hombre alto y atildado vestido con corbata y un traje azul claro, entró en la sala de espera VIP del aeropuerto y amenazó con la paz. ¿A quién creer? ¿Al señor Perry, que bramaba que se enviarían más refuerzos estadounidenses al Golfo, o al señor Kozirev, que dijo que Sadam le acababa de comunicar que reconocería al menos las nuevas fronteras de Kuwait? «Traigo buenas noticias al pueblo de Kuwait y a todo Oriente Próximo —murmuró Kozirev en el micrófono—. La buena noticia es que la independencia de Kuwait se ha reafirmado en el día de hoy».

Quizá tenía que ver también con que la Guerra Fría había terminado. En los tiempos de Jimmy Carter, el secretario de Defensa habría exhortado a la paz mientras los hombres de Leonid Brézhnev habrían amenazado con la guerra si los Estados Unidos bombardeaban Iraq. La aserción del senador John W. Warner, antiguo jefe del estado mayor de la Marina de los Estados Unidos y que estaba de pie al lado de Perry, confirmaba esta transformación. «Son las lecciones aprendidas en la guerra del Golfo —dijo— las que posibilitan en realidad el despliegue sobre el terreno de esta rápida disuasión». Para los estadounidenses más conservadores, claro está, la auténtica lección de la guerra del Golfo era que, si se hubiera derribado el régimen de Sadam Husein en su momento, no habría sido necesario mandar toda esta «disuasión» de vuelta a Oriente Próximo.

La creciente regularidad de los ataques contra Iraq no sólo embotó los sentidos de los periodistas, sino que también hizo repetitivo el contenido de sus reportajes, de manera que, cuando los Estados Unidos y el Reino Unido, los únicos aliados supervivientes de la primera guerra del Golfo —los franceses se habían retirado con prudencia de los bombardeos a las zonas de exclusión aérea—, se dedicaron a atacar las «posiciones militares» iraquíes en la siguiente década, sus acciones se habían convertido en una rutina, en parte de un pauta, un hábito que había dejado ser noticia de portada a medida que los años pasaban. Pese a que la zona de exclusión aérea del sur se había concebido para proteger a los chiíes de Sadam, los insurgentes chiíes de 1991 hacía tiempo que yacían en fosas comunes o se ocultaban en los campos de refugiados cercanos a la frontera con Irán. La zona de exclusión aérea del norte se había concebido para proteger a los kurdos de una agresión similar. Y, si bien era cierto que el «cielo seguro» creado por los aliados en 1991 en el norte al menos existía, fue incluso insuficiente para salvar a los kurdos de Urbil cuando Sadam mandó sus tanques a la ciudad para desbaratar una operación dirigida por la CIA en 1996.

Los kurdos tampoco se salvaron de los turcos, tal como reveló John Pilger. En marzo del 2001, los pilotos de la RAF que volaban desde la base aérea turca de Batman se quejaron de que, lejos de proteger a los kurdos, se les ordenaba con frecuencia regresar a la bases para permitir a la fuerza aérea turca bombardear cada una de las localidades que se suponía que estaban protegiendo<sup>[\*]</sup>. Los pilotos británicos que volvían de patrullar los cielos del norte de Iraq —a los que se había ordenado apagar los radares para que no pudieran identificar los objetivos turcos— contemplaban la devastación de las aldeas kurdas después de las incursiones turcas. Algunos pilotos estadounidenses, a los que también se ordenó regresar a la base, vieron pasar varios cazabombarderos turcos F-14 y F-16, de fabricación estadounidense, «en dirección al interior, con el vientre cargado de proyectiles — como recordaba uno de ellos—. Luego regresaron media hora más tarde sin ningún proyectil». Al regresar de su misión, los estadounidenses divisaron «aldeas ardiendo, mucho humo e incendios». En 1995 y 1997, unos 50 000 soldados turcos con tanques, cazabombarderos y helicópteros artillados atacaron las supuestas bases del Partido de los Trabajadores Kurdos en la zona de «cielo seguro».

Pese a la reiterada ofuscación de los Estados Unidos y el Reino Unido, que sostenían que las zonas de exclusión aérea formaban parte o, al menos, estaban respaldadas por la resolución 688 del Consejo de Seguridad, éstas no estaban legitimadas ni fueron nunca debatidas ni aprobadas por las Naciones Unidas. Sin embargo, se convertirían en la excusa para continuar la guerra aérea contra Iraq, una guerra no declarada y de la que no informaban en gran parte los periodistas, tan propensos a centrarse en cambio en las provocaciones de Sadam, en particular cuando implicaban rechazar (o confundir de manera deliberada) a los inspectores de armas de la UNSCOM. El equipo de la Naciones Unidas que llegó a Iraq tan pronto se produjo

el alto al fuego de 1991 se dedicó a buscar y destruir potenciales armas nucleares y armas químicas y bacteriológicas, armas que Sadam ambicionaba desde hacía tiempo y había adquirido en algunos casos. Sadam era el mismo que había utilizado gases contra los kurdos de Halabya y centenares de otras aldeas (sus ataques con gas al ejército iraní se recordaban en Occidente con menos emotividad, si es que se recordaban con alguna), y había que «neutralizarlo». En tres años, los inspectores obtuvieron un éxito notable.

Esta operación, que los mismos estadounidenses al final comprometieron, se ha descrito con precisión muchas veces. No obstante, resulta fascinante comparar tales esfuerzos con los últimos intentos de los gobiernos estadounidense y británico de mandar de vuelta a los inspectores de las Naciones Unidas a Iraq en el 2002 y luego persuadir al mundo que Sadam seguía fabricando y ocultando armas de destrucción masiva. Hacia fines de abril de 1992, las instalaciones de armamento nuclear de Al Atheer habían sido destruidas y el bunker utilizado para las pruebas se había sepultado con cemento, un proceso que se llevo a cabo con la ayuda forzada de centenares de trabajadores iraquíes. En 1994, Rolf Ekeus, el jefe de la UNSCOM, informó de que habían recibido la mayor parte de la información pedida a los iraquíes y estaban organizando los sistemas de verificación. Mientras Iraq intentaba todavía evitar la entrega de material a los inspectores de las Naciones, aviones espía U2 — prestados por los Estados Unidos— llevaron a cabo 201 misiones de reconocimiento sobre Iraq y los helicópteros de las Naciones Unidas otras 273 a 395 lugares sospechosos.

Iraq sostuvo todo el tiempo que los inspectores no trabajaban para las Naciones Unidas, sino para la CIA. La UNSCOM, según Sadam, era una «agencia de publicidad» de Washington. Es difícil culparlo por esta opinión. La CIA había pedido al Congreso 12 millones de dólares para operaciones encubiertas en Iraq y las autoridades iraquíes temían que la información en manos de las Naciones Unidas se utilizara no sólo para subsiguientes inspecciones, sino también para fijar los blancos de los misiles crucero la próxima vez que el presidente de los Estados Unidos quisiera lanzarlos contra el país. En mayo de 1995, Ekeus expresó su preocupación por la desaparición de 17 toneladas de materiales que podían usarse para fabricar armas bacteriológicas, pero, en agosto del mismo año, el teniente general Kamel Hassan y el teniente coronel Saddam Kamel Hassan, ambos yernos de Sadam, desertaron a Jordania, donde contaron a los inspectores de las Naciones Unidas que Iraq había abandonado todos los programas de armas de destrucción masiva (aunque el hecho no se divulgó hasta el 2003).

Sin embargo, los estadounidenses nunca aceptaron las garantías de las Naciones Unidas. Mientras la *mujabarat* de Sadam intentaba con frecuencia impedir el trabajo de los inspectores —las comparecencias al estilo de Hollywood del inspector de las Naciones Unidas Scott Ritter ante los muy susceptibles oficiales del cuartel general de la policía de seguridad de Sadam eran una demostración fehaciente de ello—, el

gobierno estadounidense esgrimía sin cesar «pruebas» procedentes de desertores iraquíes de que la producción nuclear continuaba y que los iraquíes estaban enterrando bombas bacteriológicas en el desierto, y sostenía que el rechazo de Sadam a satisfacer todas las peticiones de información sobre productos químicos probaba su deshonestidad. Las explicaciones iraquíes de que numerosos archivos sobre tales armas habían sido destruidos durante la insurrección de 1991 se rechazaban como una cortina de humo, no siempre con razón. Y, mientras la caza de las Naciones Unidas proseguía por las bibliotecas buscando trabajos de investigación científica, Sadam llegó a la conclusión que de que las Naciones Unidas espían —en nombre de los enemigos de Iraq— tanto el futuro como el pasado militar del país.

Ritter tenía una considerable experiencia, puesto que había desechado las afirmaciones del general Schwarzkopf sobre la destrucción de misiles Scud cuando prestaba servicio en Riad como oficial de inteligencia de la infantería de marina en 1991. Incluso después de asegurar en su primer informe a las Naciones Unidas que no tenía ningún interés en la guerra bacteriológica, Iraq poseía 340 litros almacenados de microorganismos para la producción de gas gangrena, más de 7500 litros de ántrax, 19 400 litros de botulina (una toxina que paraliza y asfixia a sus víctimas) y 10 litros de ricino, otra toxina. Iraq admitió a regañadientes que había producido gas nervioso VX y casi 150 toneladas de gas sarín.

Los espectaculares, triunfales y a veces cómicos enfrentamientos de Ritter con la policía de seguridad de Sadam habían proporcionado tanto un estremecedor retrato del régimen como la oportunidad de conocer a fondo la mentalidad del inspector de armas estadounidense<sup>[2]</sup>. «Los iraquíes son como tiburones —dijo en un memorable comentario—. Para ellos, el miedo es como la sangre. Lo huelen y se abalanzan sobre ti. Y, una vez empieza el juego de la intimidación, nunca lo ganas... Pero yo soy un perro de presa. No voy con el rabo entre las piernas. Si me gruñen, salto sobre ellos... Cuando vayamos a algún lugar, van a saber que estamos allí, vamos a enseñar los dientes y vamos a dejarles las paredes marcadas de orina». Tras seis años de esfuerzos, Ekeus había forzado al régimen de Sadam a destruir 40 000 obuses químicos y otros proyectiles, 700 toneladas de agentes químicos, 48 misiles de largo alcance, una fábrica de ántrax, un programa de centrifugado nuclear y 30 cabezas de misiles. Los periodistas fuimos invitados a fotografiar una vasta flota de misiles Scud que yacían desguazados en el desierto.

No obstante, tal como sucede con muchas operaciones a largo plazo de esta índole, la UNSCOM terminó contaminándose. Ritter, que defendería con coraje y coherencia en el 2002 —y sin equivocarse— que Iraq ya no poseía armas de destrucción masiva, había recibido la información que tenía de los israelíes, lo que constituía para los árabes una prueba evidente de que las Naciones Unidas compartían sus secretos militares con el único enemigo de Iraq en Oriente Próximo. Ritter fue tan lejos que contó al periódico israelí *Ha'aretz* que Israel había ayudado a los inspectores de las Naciones Unidas de 1994 a 1998. «Puedo decir sin exagerar

que, si no hubiera sido por Israel, la comisión no habría sido capaz de llevar a cabo su tarea contra la ocultación de armas», afirmó<sup>[\*]</sup>. El 5 de agosto de 1998, Bagdad suspendió toda cooperación con la UNSCOM y declaró que ésta había sido manipulada por agentes de inteligencia estadounidenses. Anunció que seguiría colaborando con los funcionarios de las Naciones Unidas que estaban en Bagdad, pero no con aquellos que fueran estadounidenses.

Las Naciones Unidas, sin revelar la verdad que contenían las acusaciones iraquíes, decidieron retirar el 13 noviembre a todo su equipo de Bagdad, compuesto por 78 personas. Los medios de comunicación occidentales anunciaron que Sadam había «desafiado» al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, algo que sólo era cierto en el caso de que las acusaciones iraquíes fueran falsas. La operación Zorro del Desierto —el apodo del general de Hitler Erwin Rommel, aunque, según parece, los estrategias militares estadounidenses no cayeron en la cuenta— comportó el bombardeo de Iraq con 200 misiles crucero, que mataron 62 soldados iraquíes y 82 civiles. Los cazabombarderos de los portaaviones estadounidenses efectuaron 622 salidas contra 100 objetivos y lanzaron unas 540 bombas. Los cazabombarderos Tornado británicos efectuaron 28 salidas contra 11 objetivos. Los iraquíes no fueron los únicos en darse cuenta de que muchos de los objetivos bombardeados —incluyendo dos edificios en los que se creía que Sadam se reunía con amantes— habían recibido visitas recientes de los inspectores estadounidenses de la UNSCOM. A principios de enero, UNICEF y la FAO informaron que el ataque había arrasado una escuela técnica agrícola, dañado al menos otra docena de escuelas y hospitales, y cortado el suministro de agua corriente a 300 000 personas en Bagdad.

Fue el final del juego, la bancarrota de la política occidental hacia Iraq, la última tirada de dados. Al tiempo que ordenaba lanzar los misiles, el presidente Clinton anunció que Sadam había «desarmado a los inspectores», lo que era mentira; mientras Tony Blair expresó su angustia por las vidas que arriesgaban las «fuerzas británicas» implicadas en el ataque —en total, dieciocho pilotos— y nos dijo que «actuamos porque debemos actuar». De esta manera tan infantil fuimos a la guerra, aunque la retórica con la que lo hicimos proporcionaba ya algunas confusas pistas sobre nuestras agresiones militares futuras. No había política alguna, ninguna perspectiva ni el más mínimo atisbo sobre lo que ocurriría una vez que el bombardeo hubiera terminado. Sin el regreso de los inspectores a Iraq, ¿qué íbamos a hacer? ¿Declarar la guerra eterna al país? De hecho, era lo que ya veníamos haciendo en buena parte —y lo que haríamos en los siguientes tres años—, aunque no lo dijéramos en aquel tiempo.

Estábamos «castigando» a Sadam, o eso quería hacernos creer Blair en la época. ¿Había un ordenador en algún lugar del que iban saliendo las mismas frases? Quizá había un departamento de clichés en la calle Downing, departamento que también había proporcionado al ministro de Asuntos Exteriores británico, Robin Cook, el latiguillo de Madeleine Albright sobre que Sadam usaba el gas «incluso contra su

propio pueblo», pese a que nos había importado muy poco que usara el gas contra los kurdos de Halabya, puesto que los kurdos eran entonces aliados de Irán y nosotros, los occidentales, apoyábamos a Sadam en su invasión de Irán.

La ausencia de una política sensata a largo plazo hacia Iraq era patente. Según los señores Clinton y Blair, nuestra paciencia se había agotado. ¡Se acababan de dar cuenta de que era imposible confiar en que Sadam mantuviera su palabra! En consecuencia, había que «degradar» la habilidad de Sadam para «amenazar a sus vecinos» (vecinos que no querían de hecho que bombardeáramos Iraq). Estábamos bombardeando, según parecía, las instalaciones de armas que los inspectores no podían descubrir. Sin embargo, ¿cómo lo lográbamos? Si los inspectores no podían descubrir las armas, ¿cómo sabíamos hacia donde disparar nuestros misiles?

Las fantasías en las que debíamos creer parecían no tener fin. En retrospectiva, da la impresión de que eran un simulacro de la fantasmagórica amenaza representada por Sadam que se esgrimiría como anticipación de la invasión angloestadounidense del 2003. Se nos dijo que Sadam podía destruir el mundo o, mejor, que podía hacerlo —me gustó mucho la metáfora— «dos veces». El nuevo secretario de Defensa, William Cohen, anunció que se avecinaban «graves consecuencias» si Iraq atacaba a Israel. El señor Cohen, al que se suponía encargado de la defensa de los Estados Unidos y no de la de Israel, no explicó en qué podían consistir tales «consecuencias» teniendo en cuenta que ya habíamos disparado 200 misiles contra Iraq. Luego, el 16 de diciembre de 1998 (y esto era casi tres años antes de los atentados en los Estados Unidos), los estadounidenses proclamaron que Osama bin Laden había estado charlando por teléfono con Sadam Husein. Hay que reconocer que la probabilidad de que la bestia de Bagdad recibiera una llamada de Bin Laden —que siempre se había referido con desprecio a Sadam en sus conversaciones conmigo— era la misma de que la recibiera del presidente Clinton. Clinton dijo que quería «democracia» en Iraq. Nadie hacía preguntas, nadie contradecía las mentiras.

El vicepresidente Al Gore explicó a los estadounidenses que era un momento para «la resolución y la unidad nacional». Podía pensarse que los japoneses habían bombardeado Pearl Harbor o que el general Mac-Arthur acababa de abandonar la península de Batán. Cuando el presidente Clinton se vio frente al escándalo de su relación con Monica Lewinski, bombardeó Afganistán y Sudán. Ahora, que se veía frente a la acusación de haber cometido delitos en el desempeño de sus funciones por el mismo asunto, bombardeaba Iraq. ¿Era una mera coincidencia? No es extraño que algunos de los inspectores de las Naciones Unidas bautizaran el ataque como la «guerra de la falda de Mónica». Fue en este contexto que dos ejércitos cristianos, el estadounidense y el británico, marcharon a la guerra contra una nación musulmana, Iraq. Con una batería de frases hechas y sin ningún objetivo político, Clinton y Blair abandonaron el sistema de control de armas de las Naciones Unidas y abrieron la puerta a una ofensiva militar ilimitada contra Iraq. Y nadie preguntó lo obvio: qué iba a suceder a continuación.

Desde Washington se nos informó que las vistas del procedimiento judicial contra Clinton se habían postergado porque «las fuerzas estadounidenses estaban en situación de alto riesgo». En realidad, los hombres que disparaban misiles hacia Iraq desde la seguridad de los buques de guerra que surcaban el Golfo estaban tan «en riesgo» como cualquier telespectador de la CNN. Los únicos que estaban en peligro eran los iraquíes. Sin embargo, cuando la RAF se unió al bombardeo, el anuncio del Servicio Mundial de la BBC de que los aviones de combate británicos habían entrado «en acción» en Iraq nos invitó a ser telespectadores entusiastas, como si se tratara de la batalla de Inglaterra y no del bombardeo de un país árabe aplastado ya por sanciones casi genocidas.

Cuando llamé a un periodista saudí amigo y le dije que el primer ministro proclamaba que el ataque se realizaba para proteger a los demás países árabes del Golfo, me gritó una sola palabra por teléfono: «Zbeili! Zbeili!», que en árabe significa «basura». «¿Por qué queréis seguir matando a esta pobre gente?», me preguntó. Los británicos intentaron presentar la ofensiva aérea contra Iraq investida de toda la pureza de la primera guerra del Golfo. Los países vecinos estaban bajo la amenaza de Iraq y se los tenía que salvaguardar de sus armas de destrucción masiva. No obstante, con la excepción de Kuwait (donde algunos repitieron la rutina, a estas alturas familiar, de huir por la frontera saudí), los Estados árabes del Golfo no querían la protección de Occidente, en particular si esta «protección» implicaba una mayor destrucción de la infraestructura iraquí.

La refinería de Basora fue uno de los blancos atacados por los angloestadounidenses. Clinton y Blair habían prometido que sólo se atacarían objetivos militares, pero se alegó que la refinería se había utilizado para el contrabando de petróleo y, por consiguiente, se convirtió en un «objetivo militar». Quizá no faltó mucho para que nos dijeran que las refinerías de petróleo eran armas de destrucción masiva. Sabíamos con toda certeza, por supuesto, que eran el medio para obtener los ingresos por exportación de petróleo para pagar el programa Petróleo por Alimentos, programa que se suponía que paliaba los efectos de las sanciones de las Naciones Unidas. Con todo, lo que enfureció a los árabes no fue esta descarada manipulación. Lo que los enfureció —como también a los musulmanes no árabes— era la forma hipócrita y completamente tendenciosa en que intentábamos justificar el ataque contra Iraq.

Era suficiente hacer un repaso de la lista de excusas para la beligerancia a lo largo de 1998. Según Clinton y Blair, Sadam Husein rechazaba someterse a incontables resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Segundo, seguía produciendo armas de destrucción masiva. Tercero, bloqueaba el trabajo de los inspectores de armas de la UNSCOM. Cuarto, violaba los derechos humanos. Y quinto, había usado gases letales «contra su propio pueblo». Ahora todos sabíamos que Sadam era malvado; quizá no tanto como Hitler y Stalin, pero era incluso peor que Laurent Kabila, peor con toda seguridad que Muammar Gaddafi y quizá mucho

peor que Slobodan Milosevic.

Ahora bien, ¿quién más calificaba para el primer crimen en 1998? Israel y Serbia. ¿Y para el segundo? Irán, Israel, Siria, Pakistán, la India y Corea del Norte. El tercer crimen era exclusivo, puesto que la UNSCOM no inspeccionaba las armas de destrucción masiva de otros países. ¿Y para el cuarto? Argelia, Egipto, Irán, Israel, Libia, Palestina, Siria; Arabia Saudí, Turquía... ¿Y para el quinto? Sólo Iraq, pero con un atenuante: ningún dirigente occidental lo admitía, pero Sadam había matado a muchos más iraníes que kurdos en la época en que el Departamento de Estado estadounidense y el Ministerio de Asuntos Exteriores británico apoyaban a Iraq.

Así pues, ¿qué hacíamos bombardeando Iraq? Antes, en febrero de 1998, ya habíamos querido bombardear Iraq cuando Sadam impidió que los inspectores de armas de las Naciones Unidas entraran en sus palacios. El secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, redactó un «memorando de conciliación» para permitir que la misión de las Naciones Unidas inspeccionara una sola vez, acompañada de diplomáticos extranjeros, estos supuestos símbolos de la soberanía iraquí. Sin embargo, en cuanto Sadam impugnó a los inspectores estadounidenses de las Naciones Unidas, la situación empezó a rodar por una pendiente: era casi seguro que prefería que lo bombardearan, puesto que había perdido cualquier esperanza de que se levantaran las sanciones y sabía que el mundo árabe simpatizaría con Iraq. Los periodistas estaban asustados ante la cifra de medio millón de niños fallecidos bajo las sanciones; era más seguro debatir lo correcto y lo incorrecto de la matanza de 82 civiles en los ataques aéreos de diciembre. Los árabes no veían las cosas de una manera tan distorsionada. Con independencia de cuán deleznable fueran sus regímenes, eran presa de un incontenible sentimiento de furia y humillación; la convicción de que el bombardeo de Bagdad se había escenificado para evitar el procesamiento de Clinton parecía convertir los acontecimientos en una completa inmoralidad.

Después —y sólo después, por Año Nuevo, durante la primera semana de 1999, menos de tres semanas después de que se perpetraran los ataques contra Iraq, porque Sadam había «bloqueado» el equipo de inspectores de las Naciones Unidas— llegó la revelación. Los inspectores de armas estadounidenses eran, en efecto, espías. La CIA había infiltrado agentes en el equipo de las Naciones Unidas —como había hecho también el MI6 británico, si la información publicada por *The Independent* era correcta— y las Naciones Unidas se vieron obligadas a admitir que «la UNSCOM facilitó de manera directa la creación de un sistema de recopilación de información para los Estados Unidos en violación de su mandato<sup>[\*]</sup>». Los agentes estadounidenses había instalado un equipo electrónico de escucha en los cuarteles generales de la UNSCOM en Bagdad que interceptaba la red presidencial de comunicaciones de Sadam. La operación Sacudir el Árbol se había ideado al principio para descubrir el sistema de ocultación de armas del régimen, pero los funcionarios de las Naciones Unidas pronto advirtieron que el servicio de interceptación de señales manejado por la

División de Oriente Próximo de la CIA —dirigida por Steve Richter, la némesis de Ritter— no compartía la información con la UNSCOM. La misión de control de armas de la Naciones Unidas se había convertido en una misión espía de los Estados Unidos contra el régimen. Pocos se tomaron la molestia de recordar que las razones que había esgrimido Sadam para expulsar a los inspectores de las Naciones Unidas — la causa oficial del bombardeo de diciembre— habían resultado ser ciertas. Sin embargo, el asunto acabó con la UNSCOM.

El asalto militar contra Iraq, en cambio, no se había acabado. Aunque recibiera poca publicidad —y se desarrollara en medio de la virtual indiferencia de las capitales occidentales—, la aviación estadounidense y británica efectuó más de 70 ataques contra Iraq a lo largo de cinco semanas entre enero y febrero de 1999, ataques que infligieron mayores daños que el bombardeo angloestadounidense efectuado antes de Navidad. Los pilotos que volaban desde Arabia Saudí y Kuwait recibieron nuevas instrucciones de combate que les permitían abrir fuego contra instalaciones iraquíes incluso en el caso de que no estuvieran expuestos a una amenaza directa. La ofensiva aérea se había calculado con cuidado para evitar las críticas y el debate público, aunque coincidió con nuevos intentos de Washington para derribar el régimen de Sadam.

Aquel lluvioso invierno pasé muchas horas en mi casa de Beirut buscando detalles de los ataques en colecciones de periódicos árabes y británicos. Visité a Tewfiq Mishlawi, un veterano periodista palestino-libanes cuyo cotidiano *Middle East Reporter* daba cuenta de manera meticulosa de cada ataque aéreo occidental contra Iraq —y sus consecuencias políticas en el mundo árabe—, y descubrí que sus archivos estaban repletos de breves citas de portavoces militares occidentales, a menudo inofensivas en apariencia. Sentado en su fría y gris oficina cercana al centro de Beirut, coloqué todos estos parágrafos el uno al lado del otro y, para mi sorpresa, empecé a leer un relato coherente e inquietante sobre una guerra casi secreta. Los recortes de noticias se convertían en largas narraciones a medida que los fotocopiaba y los prendía con un broche uno tras otro para guardarlos en mi clasificador. El clasificador era cada vez más grueso. Cada hora, tenía que abrir una nueva carpeta para la siguiente pila de recortes.

Las baterías de misiles iraquíes se atacaban sin advertencia y las estaciones de radar constituían un objetivo porque su mera presencia eran una amenaza para las fuerzas estadounidenses en el Golfo (sin tener en cuenta su actividad ofensiva). A principios de febrero, por ejemplo, un cazabombardero estadounidense destruyó una batería de misiles antibuque CSSC-3 Seersucker en la península de Fao que, según el portavoz, «podría [sic] haber amenazado el tráfico marítimo en el Golfo». Fuentes militares afirmaban que no existía ninguna prueba de que los misiles fueran a ser disparados, aunque los funcionarios de los gobiernos estadounidense y británico habían seguido sosteniendo durante el año anterior que los pilotos sólo respondían a amenazas concretas contra sus aparatos. En un artículo publicado el 7 de agosto del

2000 en *The Independent*, Peter Hain, secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores —el mismo Peter Hain que había condenado a Halliday y Von Sponeck por sus críticas públicas a las sanciones de las Naciones Unidas— escribió que «se han producido 850 amenazas directas contra nuestros aparatos en el último año y medio, incluyendo ataques con misiles e intenso fuego antiaéreo. Nuestros pilotos *sólo han entrado en acción para defenderse contra ataques de esta índole* [las cursivas son mías]».

Era falso, obviamente. Sin embargo, al atacar Iraq cada día proporcionando sólo información de rutina sobre los objetivos, los mandos estadounidense y británico se habían asegurado de que su goteo de bombardeos tuviera muy poco interés o ninguno para la prensa; los periódicos apenas publicaban cuatro líneas sobre ataques aéreos que habrían aparecido en los titulares de portada un año antes. Sólo se escuchaban algunas críticas cuando los misiles estadounidenses impactaban sobre áreas civiles. Cuando un misil estadounidense explotó en unas viviendas de Basora, las informaciones iniciales hablaron de 11 víctimas civiles, aunque se habían producido en realidad 16 y había más de un centenar de heridos. Von Sponeck, que entonces era todavía el coordinador de la ayuda humanitaria de las Naciones Unidas en Bagdad, afirmó que los dos misiles habían impactado sobre áreas civiles a 30 kilómetros de distancia entre sí, el primero en Basora, donde las víctimas incluyeron a una mujer y cinco niños, y el segundo en la aldea de Abu Kasib, donde las víctimas incluyeron a cinco mujeres y cinco niños. En otras palabras, la mayoría de las víctimas eran niños. Un portavoz del Pentágono admitió más tarde el ataque a Basora y se refirió a las víctimas con las siguientes palabras: «Quiero repetir que no disparamos contra civiles».

La ofensiva aérea de 1999 había empezado el Año Nuevo con cinco ataques estadounidenses efectuados a lo largo de dos semanas, ataques que continuaron el 11 de enero, cuando la aviación estadounidense bombardeó baterías de misiles antiaéreos iraquíes desde una base en Turquía. Los ataques se prolongaron casi diariamente hasta fines de enero, momento en el cual los cazabombarderos británicos se unieron a los estadounidenses en los ataques. El 31 de enero, ocho aviones de combate estadounidenses y británicos bombardearon «instalaciones de comunicaciones» en el sur de Iraq. Un comunicado de los estadounidenses del 4 de febrero, en el que se aseveraba que la aviación angloestadounidense había destruido ya cuarenta baterías de misiles y se agregaba que ello había causado más daños que el bombardeo de diciembre en su conjunto, no suscitó ninguna reacción. Ni Washington ni Londres aclararon si los ataques tenían o no el respaldo de las Naciones Unidas —no lo tenían—, y se hizo caso omiso de la denuncia de Tony Benn, el viejo dirigente laborista británico.

El 11 de febrero, el general sir Michael Rose, el oficial británico que había sido comandante de las fuerzas de las Naciones Unidas en Bosnia, condenó la ofensiva en un discurso pronunciado en el Instituto Real de Estudios para la Defensa. «Las

personas civilizadas no tolerarán la repetición continua de imágenes televisadas de los sistemas de alta tecnología occidentales causando la muerte y la destrucción de los pueblos del Tercer Mundo», dijo. No se hizo caso alguno de sus comentarios. En lugar de eso, los funcionarios del gobierno estadounidense siguieron con sus infructuosos intentos de formar un frente unido de la oposición contra Sadam y recabar apoyo árabe para sus planes. Al declarar ilegítimas las zonas de exclusión aérea —tal como lo eran según el derecho internacional—, Sadam tenía la esperanza de alentar a sus defensas aéreas a disparar contra los aviones estadounidenses y británicos. Incluso ofreció una recompensa de 14 000 dólares para los soldados de las baterías de misiles antiaéreos que derribaran un avión en misión de ataque. Nadie recibió el premio; las baterías antiaéreas iraquíes eran muy inferiores a la tecnología militar estadounidense y británica.

Y esta guerra casi secreta siguió adelante. El 10 de febrero de 1999 se anunció en Bagdad que habían muerto 6 civiles más en un ataque aéreo sobre Nayaf y luego, cinco días después, que habían muerto otros 5 civiles y había 22 heridos tras un ataque en el sur de Iraq. Después de que *The Independent* publicara los detalles de esta guerra sin interés, seguí recogiendo información a través de los cotidianos de la prensa árabe. El 22 de febrero, por ejemplo, se informó sobre que aviones estadounidenses y británicos habían atacado una base de misiles y dos estaciones de comunicaciones cerca de Amara y Talil. El 1 de marzo, la aviación estadounidense había arrojado más de treinta bombas guiadas por láser de 900 y 250 kilogramos sobre estaciones repetidoras de radio, «otros objetivos de comunicaciones y defensas de artillería antiaérea» en el norte de Iraq. El secretario de Defensa, William Cohen, declaró el mismo día que se había concedido a los pilotos estadounidenses «mayor flexibilidad» para efectuar sus ataques. Cuando un ataque aéreo interrumpió la exportación de petróleo iraquí a Turquía, el director ejecutivo del programa Petróleo por Alimentos de las Naciones Unidas, Benon Sevan, se quejó de que ya existía un déficit de 900 millones de dólares entre los ingresos previstos y los necesarios para financiar el programa bajo las sanciones, y que la prolongación de los ataques aéreos podía frustrar los esfuerzos para suministrar alimentos y medicamentos a los civiles iraquíes. Tal como había ocurrido con Benn y Rose, no se le hizo caso.

Las noticias publicadas por la prensa árabe demostraban que las advertencias de Rose sobre los ataques estadounidenses y británicos eran correctas. Incluso Qatar, un tradicional aliado de Washington, se opuso a la campaña. «No deseamos seguir viendo a Iraq bombardeado cada día ni los ataques que se realizan en las zonas de exclusión aérea», dijo el jeque Hamad bin Jassim al Thani, ministro de Asuntos Exteriores de Qatar, a William Cohen el 9 de marzo. Esmat Abdul Meguid, secretario general de la Liga Árabe, pidió que se pusiera fin a los ataques. La guerra de Kosovo, en la cual estadounidenses y británicos pudieron adoptar el papel de protectores de los musulmanes, contribuyó a continuación a allanar la guerra de Iraq. El 2 de abril, los iraquíes afirmaron que un avión de combate había destruido el centro de control

de la estación de bombeo de petróleo de Mina al-Bakr.

No parecía tener final. El 6 de abril, el Pentágono anunció un ataque conjunto angloestadounidense contra una batería de misiles antiaéreos cerca de Faysaliya. El 8 de mayo se informó que tres civiles habían muerto en el transcurso de ataques al Kurdistán iraquí y otros 8 murieron en Mosul cinco días después. Y así prosiguió en los meses siguientes. En agosto de 1999, incluso *The New York Times* se había dado cuenta que la guerra abierta contra Iraq continuaba a espaldas de la ciudadanía estadounidense, y publicó el 13 de agosto de que los pilotos estadounidenses y británicos habían disparado más de 1100 misiles contra 359 objetivos en los ocho meses anteriores y volado en un número de misiones que equivalía a dos tercios de las misiones efectuadas por los pilotos de la OTAN sobre Yugoslavia durante los 78 días de bombardeos de la primavera. ¿Cuál fue la respuesta del Departamento de Estado a esta información? El portavoz de la Casa Blanca, James Rubin, afirmó que «la responsabilidad última de tales acontecimientos... recae sobre Sadam».

Durante todo el año, los estadounidenses y los británicos siguieron triturando la infraestructura y lo que quedaba de sus defensas, en una guerra de desgaste cuya regularidad había reducido los ataques aéreos diarios a una noticia inexistente, aunque no en el mundo árabe. Los periódicos árabes del Golfo condenaban el asalto con la misma regularidad; funcionarios del gobierno saudí hicieron notar en privado que el bombardeo provocaba una creciente furia entre los jóvenes y las personas más religiosas del reino. El general Rose había advertido que semejante violencia no se toleraría siempre. Sin embargo, ¿de qué forma podían responder los árabes? ¿Qué armas poseían en su arsenal para compensar el desequilibrio de poder entre Oriente y Occidente, salvo los aviones y tanques que habíamos vendido a sus dictadores para aumentar nuestro propio bienestar?

Mientras tanto, otro azote final caía sobre el pueblo iraquí, un infecto cóctel en el que desempeñaban una horrorosa función intrínseca tanto nuestras bombas como nuestras sanciones, una plaga que contaminará a los iraquíes durante años, quizá durante generaciones. En términos históricos, puede que algún día se la recuerde como el más cruel de nuestros crímenes en Oriente Próximo, un crimen contra los árabes, contra los niños. Se manifestaba en forma de abscesos, tumores masivos, gangrenas, hemorragias, mastectomías, cabezas de niños rapadas, deformidades y miles de pequeñas tumbas.

En el verano de 1997, mientras visitaba Damasco, escuché por primera vez que los iraquíes podían sufrir una «epidemia» de un nuevo y extraño cáncer. Un dirigente de la oposición iraquí, un clérigo chií que había escapado a Irán después de la fracasada insurrección de 1991 y luego había viajado hasta Siria, me contó que se había detectado una inusual cantidad de casos de cáncer entre los numerosos exsoldados iraquíes refugiados en los campos del sur de Irán; la mayoría de ellos

había luchado en 1991 en batallas de tanques al sudoeste de Basora, donde los blindados iraquíes habían recibido repetidos impactos de obuses estadounidenses con cabezas de uranio empobrecido. El clérigo me contó asimismo que había niños iraquíes enfermos de cáncer en los mismos campos. En el caso de que fuera verdad y de que tales niños procedieran también del sur de Iraq, ¿cuál podía ser el estado de salud de los niños de Basora? ¿Qué era este misterioso cáncer?

Cuando llegué a Bagdad a principios de 1998, me encontré casi de inmediato frente a inesperados casos de cáncer. Una familia iraquí que conocía desde hacía años había perdido a tres de sus miembros en dos años víctimas de una leucemia. Muchos en la familia eran fumadores. Sin embargo, la mujer de mediana edad que me recibió en la puerta llevaba puesto un pañuelo en la cabeza, algo inusual en ella. Acababan de diagnosticarle un cáncer y nunca había fumado. Después supe de un funcionario del gobierno cuyos dos hijos acababan de ingresar en el hospital a causa de una afección pulmonar desconocida que resultó ser cáncer. Otro conocido me contó que al bebé del vecino se le había formado un «brillo» en un ojo. Los médicos le habían extirpado el ojo para que el cáncer no se extendiera.

Me llevó varios días comprender lo que significaba: algo terrible había ocurrido hacia el final de la primera guerra del Golfo. Algunos iraquíes culpaban los pozos de petróleo incendiados, que habían ardido en la guerra y después de ella; el país había estado cubierto por el humo durante semanas, y una niebla cancerígena se había extendido sobre Bagdad y otras ciudades. Otros sospechaban que la culpa era de las industrias químicas arrasadas por los bombardeos. Sin embargo, poco a poco descubrimos que las áreas de mayor riesgo eran aquellas donde la aviación aliada — y, en el sur, los tanques aliados— había utilizado grandes cantidades de municiones con uranio empobrecido. Ese tipo de proyectiles se fabrican a partir de desechos de la industria nuclear; son de una aleación más resistente que el tungsteno que se inflama y forma una «nube» incandescente de uranio después de que el proyectil perfora el blindaje de los tanques y vehículos blindados. Como había imaginado, los estadounidenses y los británicos sostuvieron que tales proyectiles no podían causar cáncer.

No fue fácil investigar el caso. A diferencia de los fragmentos de bombas con reveladores códigos informáticos, las municiones con uranio empobrecido —pese a ser fáciles de identificar por la «cabeza» perforadora que queda en el objetivo o dentro de él—, sólo podían vincularse materialmente con los miles de casos de iraquíes afligidos por leucemia mediante un cuidadoso análisis de la localización de estas «explosiones» cancerígenas y las entrevistas con decenas de pacientes. Algunos de los niños con los que hablé, por ejemplo, ni siquiera habían nacido en 1991; no obstante, de manera invariable, descubría que su padre o su madre había estado en las inmediaciones de ataques aliados, ya fueran aéreos o con tanques. Había otra dificultad con la que nos encontramos mis colegas y yo (Lara Marlowe, que ahora trabaja en *The Irish Times*, y Alex Thomson, del canal de televisión británico Channel

4) en el momento que visitamos los destartalados y a menudo sucios hospitales iraquíes.

Los pabellones oncológicos son espantosos, los pabellones oncológicos infantiles más todavía, lugares que —de tener sentido la vida y la juventud— no deberían existir en este mundo. Sin embargo, los pabellones oncológicos infantiles destinados a quienes mueren por enfermedades provocadas por la guerra son una abominación. Resultaba cada vez más evidente que una desconocida plaga química estaba extendiéndose por el sur de Mesopotamia, un reguero angustiante de leucemias y cánceres de estómago que cortaba la vida de miles de niños y adultos iraquíes que vivían cerca de las zonas de guerra del conflicto de 1991.

Los niños sonreían mientras se encaminaban hacia la muerte. Alí Hillal tenía ocho años cuando lo conocí en el hospital Mansur de Bagdad. Vivía cerca de la emisora de televisión y varias fábricas en la ciudad de Diyala, bombardeada repetidas veces por aviones aliados. Era el quinto hijo de una familia sin antecedentes de cáncer. Ahora tenía un tumor en el cerebro. El doctor Alí Ismael recordaba que estaba muy desnutrido cuando llegó por primera vez al hospital. «Primero tuvo quistes en el cuello, luego le aparecieron hinchazones en el pecho y el abdomen —dijo—. Ahora el tumor ha alcanzado el cerebro. Cuando el curso de la enfermedad llega a este punto, el pronóstico es muy malo». La madre de Alí Hillal, Fátima, recordaba los bombardeos. «Había un olor extraño, un olor asfixiante, que daba escozor, algo como insecticida», me contó. «Ayer tuvo mucho dolor de cabeza —dijo el doctor Ismael mientras sonreía al niño—. Gemía. Cuando le di una inyección entre las vértebras, me dijo que sabía que la aguja dolía, pero que se quedaría muy quieto porque sabía que lo hacía por su bien».

Latif Abdul Sattar jugaba con un pequeño coche eléctrico cuando lo vi por primera vez. Su sonrisa, pese a la cabeza rapada, estaba llena de vida. Sin embargo, murió<sup>[3]</sup>. Acompañé al doctor Ismael en sus rondas matinales. Yusef Abdul Rauf Mohamed tenía una hemorragia gastrointestinal y procedía de Kerbala, una ciudad cercana a unas bases militares bombardeadas en 1991. Todavía conservaba su pelo rizado y hablaba con sus padres, pero tenía pequeñas manchas rojas en las mejillas, un claro síntoma de la hemorragia interna. Un recuerdo perturbaba al doctor Ismael. «Desde el embargo de las Naciones Unidas, a menudo los pacientes mueren incluso antes de poder recibir un tratamiento sintomático —me dijo mirando el suelo porque sabía que su relato iba a ser terrible—. Les sobreviene una trombocitopena, una disminución grave del número de plaquetas en la sangre. Empiezan a sangrar por todos lados. Tuvimos otro niño como Yusef. Se llamaba Ahmed Fleah. Y, después de que le administráramos una citotoxina para tratarlo, empezó a sangrar sin cesar por todas partes, por la boca, los ojos, las orejas, la nariz, el recto... Sangró hasta consumirse en dos semanas».

El doctor Ismael, que era el médico residente del pabellón oncológico, se sentó en su consultorio, con la mirada fija en el vacío. «Cuando murió Faisal Abbas hace dos

días, vine aquí, cerré la puerta, me senté y lloré —dijo—. Le administraba los fármacos yo mismo. Era como un hermano. Sólo tenía diez años. Se le había diagnosticado leucemia hace tres años y lo tratábamos, recibía tratamiento con fármacos, pero era un tratamiento parcial porque muchos nos faltan».

El doctor Ismael culpaba, por supuesto, las sanciones de bloquear la llegada de los fármacos; y culpaba la guerra de haber convertido su pabellón oncológico infantil en una estación de paso para niños moribundos, niños que —tras recibir los primeros medicamentos— se desangraban hasta morir delante de los médicos. «En tres años, he visto centenares de casos de niños con leucemia y este último año se ha producido un incremento espectacular —dijo—. Este mes hemos diagnosticado veinte nuevos casos, la mayoría procedentes del sur, de Basora, Nasiriya, Kerbala y Nayaf. La principal causa es la radiación». Los médicos del hospital se expresaban con un lenguaje singular, una especie de gramática en la que se mezclaban los sentimientos y la ciencia. «Tenemos un tratamiento paliativo, pero no un tratamiento curativo», dijo uno de ellos.

Cuando entré en el vestíbulo del pabellón oncológico infantil, comprendí lo que quería decir. La pequeña Samar Jdair yacía en lo que los médicos llamaban, sin inmutarse demasiado, el «pabellón de la muerte». Sólo tenía cinco años de edad, pero parecía tener muchos menos. Yacía encogida en la cama con los ojos cerrados y los párpados contraídos por el dolor, mientras el padre, un hombre alto y corpulento, enorme dentro de su *galabiya* gris al lado de tanta fragilidad y sufrimiento, le colocaba con cuidado una gasa amarilla húmeda en la frente. Procedía de Al Yussfiya, una localidad situada en la carretera hacia Babilonia que había sido objeto de ataques aéreos regulares por parte de los aliados en febrero de 1991.

El padre de Samar, Jaber, no sólo parecía pobre, sino que lo era. Se había gastado 15 000 dinares para comprar la dosis de la citotoxina necesaria para su agonizante hija, lo que representaba su sueldo de tres meses. «He vendido mi coche para comprarle las medicinas», me dijo en voz baja. Le preguntamos cómo pagaría las siguientes dosis. «Pediré prestado dinero», respondió. El doctor Ismael escuchó en silencio y luego me dijo en inglés: «He visto muchas veces a las familias de los pacientes haciendo lo mismo. Se venden todo lo que tienen en casa, incluso las camas, y los niños se mueren igual».

No era posible recorrer el «pabellón de la muerte» de Bagdad sin sentir dos emociones: un profundo malestar, una profunda vergüenza incluso, por la posibilidad de que «nuestra» victoria de 1991 sobre Sadam hubiera creado este purgatorio de inocentes al envenenar el aire que respiraban y la tierra en la que intentaban crecer; y también una profunda admiración por la dignidad de esos iraquíes pobres que a veces vendían hasta la propia ropa en un vano intento de salvar los niños que terminaban muriendo en sus brazos. Tampoco era posible permanecer indiferente ante el coraje de las víctimas.

La doctora Selma Haddad era uno de aquellos médicos a quien uno elegiría de

tener una enfermedad terminal. Mis notas sobre ella, garabateadas casi con incredulidad en mi cuaderno de notas de aquel año, ocupan decenas de páginas. En el Centro Médico Sadam Husein de Bagdad —mejor recurrir a la amnesia semántica en cuanto a los nombres de muchas instituciones iraquíes—, la doctora Haddad iba acariciando a niños que sabía que fallecerían pronto. Bromeó con Karrar Abdul Emir, un niño de trece años asustado por su propia leucemia, pero mucho más por el hecho de tener que tomar los fármacos que podían salvarlo. Me presentó a cada niño por su nombre sin ni siquiera mirar el letrero colgado al final de la cama para identificarlos. «Aquí está Cheru Jassem y se ha puesto su vestido de fiesta para que le hagas una foto», dijo riendo la doctora Al Haddad.

Y la hermosa niña, tocada con su gorro de sol —su nombre significaba «capullo de rosa» y sufría una leucemia aguda miloblástica—, sonrió encantada. Amna Ahmed estaba sentada con una extraña paz en su rostro infantil, calva y radiante, mientras la enfocaba con la lente de mi cámara a través del ventilador eléctrico que mitigaba su fiebre. Sobre la cabeza de aquel ángel babilónico que agonizaba por un tumor abdominal masivo, el ventilador, que luchaba contra el calor de la tarde de Bagdad, parecía una especie de aureola. «Sí, estoy deprimida y frustrada, claro —me dijo la doctora Al Haddad—. No salvo a muchos de estos niños, pero ¿qué puedo hacer? Me siento responsable de ellos, pobrecitos. La mayor parte del tiempo, me siento también impotente». Me pidió que enviara copias de mis fotografías a los niños tan pronto como pudiera. En un mes o dos, era muy posible que Amna hubiera muerto. También Cheru. La doctora Al Haddad quería que vieran las fotografías antes de morir.

¿Qué podía hacerse con las palabras de los padres y las madres de pie junto a las camas de sus hijos agonizantes? Yusef Mohamed, un apuesto niño de siete años vestido con una camiseta de pijama azul y blanca (sin ningún parentesco con el niño procedente de Kerbala) sufría una leucemia aguda y su madre, Hasiba, creía saber por qué. «Cerca de nuestra casa en Bagdad había una base militar —dijo—. Fue bombardeada mucho por los estadounidenses. También lo fue la centralita telefónica local. Un humo asfixiante nos enfermó. Yo ya había tenido niños antes de la guerra, que nacieron saludables. Cuando me quedé embarazada después de la guerra, perdí el embarazo. Luego tuve a Yusef, que sufre leucemia, luego perdí otro embarazo. No había ninguna razón para que me pasara eso. Mi cuñado, Abdul Kadem Moushed, murió de leucemia dos años después de la guerra. Había sido soldado, sólo tenía treinta y seis años. ¿Por qué mi familia, que nunca había tenido a nadie con cáncer, sufría de golpe así?»

Ashwark Hamid era una niña de rostro tranquilo y amable que llevaba un pañuelo con una orla amarilla. Tenía trece años y sufría una leucemia aguda. Necesitaba un trasplante de médula, trasplante para el que no había esperanza en Iraq. «Somos de Diyala, al este de Iraq —dijo—. El bombardeo cayó muy cerca de nosotros, bombardearon sin parar el aeropuerto y la fábrica agrícola. Había un olor extraño, parecido al olor del gas». Cabía preguntarse qué producía la fábrica «agrícola». ¿Era

pesticida o gas? ¿O acaso se debía a los materiales de que estaban hechas las bombas estadounidenses o británicas? Ulah Falah había nacido cuatro años después de la primera guerra del Golfo y tenía un tumor en el hígado. Su padre había sido soldado durante la guerra —circulaban numerosos rumores por Bagdad de que muchos veteranos se morían de cáncer— y su madre todavía sacudía la cabeza cuando hablaba de la suerte que había corrido su hija. «No puedo creer que mi hija tenga cáncer», dijo. Unos cuantos metros más allá, Dhamia Qassem estaba en estado muy grave después de sufrir un paro cardíaco durante un reciente tratamiento contra la leucemia. Tenía trece años. Su tía había muerto misteriosamente de cáncer sólo hacía cuarenta días. Sólo tenía treinta y seis años. El caso de Ahmed Walid todavía era más inquietante.

Se le había diagnosticado una leucemia mieloide crónica a los tres años y apenas era un bebé cuando habían bombardeado su ciudad natal, Diyala. Su madre nos contó una historia horrorosa. «Después del bombardeo, había humo con un olor raro y luego los niños del vecindario empezaron a recoger restos de cohetes y obuses, y los trajeron como recuerdo a nuestra casa. El metal era muy brillante, tenían un color plateado, y jugaban con los pedazos de metal en casa. Un vecino había muerto por un cohete que cayó sobre su granja y su hijos habían traído también a casa unos grandes pedazos de metal del cohete».

Una tarde, después de pasar diez horas en el «pabellón de la muerte» de Bagdad, acudo al centro de prensa del gobierno iraquí, donde los periodistas occidentales redactan artículos sobre las negociaciones entre Kofi Annan y Sadam. Atravieso el deteriorado vestíbulo, me dirijo a la oficina de Associated Press, un cubículo rectangular con paredes de cartón, y le cuento a un colega y amigo, un veterano periodista estadounidense, lo que he descubierto. Me escucha con paciencia, me recuerda los «ataúdes vacíos» de la propaganda iraquí y me responde con un deje de irritación: «¡Robert, no escribo artículos sobre bebés iraquíes!». Sin embargo, yo escucho unos relatos interminables, coherentes y, sin duda, verdaderos, puesto que los padres, a menudo carentes de educación, no saben que pienso ir a visitar a sus hijos, unos relatos que hablan por si mismos de la guerra de 1991. Una y otra vez, escucho lo mismo.

Tareq Abdulá tenía trece años y, de nuevo, el diagnóstico era una leucemia aguda. Él mismo me contó que los vecinos «traían pedazos de bombas a casa. Eran brillantes y muy pesados, como el hierro». A Tareq le habían diagnosticado el cáncer hacía dos años. Karrar Abdul Emir, el niño que estaba menos asustado por su propia leucemia que por los medicamentos que podían salvarlo, procedía de Kerbala, en el sur de Iraq. Su madre, Ihlas, recordaba que las bombas caían cerca de su casa. «Cayeron cerca algunos restos de bombas. Intenté encontrarlos y eran muy afilados, como cuchillas de afeitar. No permití que los niños los tocaran para que no se cortaran. Había un olor muy desagradable; te hinchaba los ojos». Rasha Abbas, una adolescente de quince años procedente de Basora, sufría una leucemia. Tenía fiebre, un hemograma cada

vez más bajo, lesiones en la boca que le impedían hablar, y su padre había muerto en el frente durante la guerra irano-iraquí. «En 1991, nuestra casa fue bombardeada — me contó con parsimonia su madre, Hasna, asombrada por lo que le había ocurrido a su familia—. La casa se incendió y la explosión reventó los oídos de Rasha. Los restos del cohete nos cayeron sobre la cabeza. Los niños corrían para tocarlos».

Tanto en Bagdad como en el sur de Iraq, las víctimas no eran sólo niños, por supuesto. En un esquina del pabellón oncológico del Hospital Universitario de Basora, el demacrado cuerpo de Matar Abbas parecía ridiculizar la visión del estuario de Shatt al Arab, amplio y azul, que se divisaba por la ventana. Ya había perdido un ojo, sujetaba un pañuelo lleno de las mucosidades que expectoraba, llevaba un turbante deshecho bajo el que se veía la calvicie debida a la quimioterapia y presentaba horribles deformaciones en el rostro provocadas por un cáncer que ya se había extendido al cerebro. Procedía de Nasiriya, la ciudad cuyos suburbios fueron bombardeados por las fuerzas aliadas en los últimos días de la guerra de 1991.

La mujer de Matar, un antiguo taxista de sesenta años con nueve hijos, era una campesina con el rostro tatuado, Ganiyeh, y habían pasado la guerra en una carretera entre Amara y Misan. «Vimos resplandores de las bombas, pero no cayó ninguna cerca de nosotros», recordó hablando con cuidado, como si su memoria pudiera hacer algo para salvar a su marido sentenciado a morir. «Estuvimos a salvo». Sin embargo, el doctor Jawad Khadim Al-Alí, miembro del Colegio Real de Médicos británico, la interrumpió para manifestar su desacuerdo. «Rara vez vimos esta clase de tumores antes de la guerra», dijo mientras tocaba con delicadeza la oreja derecha de Matar. El doctor Al Alí sonreía mucho, aunque de vez en cuando notabas que se le humedecían los ojos e intuías que quizá era un hombre interiormente deshecho. Se parecía un poco a Peter Sellers. Era pequeño de complexión, tenía un bigote caído y el pelo ralo, fino y poco abundante. No obstante, su comentario no tenía nada de gracioso.

«A causa del tumor, Matar Abbas no pude hablar ni comer y es sordo —dijo—. Llegó para tratarse el 16 de enero, con un quiste e incapaz de hablar y beber. La biopsia confirmó que tenía cáncer. Le estoy administrando quimioterapia con citotóxicos, pero el cáncer se le extenderá por el cerebro y los pulmones. Es probable que muera en un año, no mucho más». El doctor me condujo por el pabellón hasta la cama donde yacía Zubeida Mohamed Alí, que llevaba un chador. Procedía de Zubayr, una localidad cercana a una base aérea iraquí que había sido objeto de una serie de ataques aéreos aliados que habían empezado la noche del 13 de febrero de 1991. «Tiene varios tumores en los nodos linfáticos y el cáncer se le ha extendido a las mamas —dijo el doctor Al Alí—. Tiene dificultades para respirar». Zubeida tenía setenta años.

En la cama opuesta yacía un hombre de cincuenta y cinco años, Jawad Hassan, al que se le había diagnosticado un cáncer de estómago hacia dos años. Vivía muy cerca de la emisora de televisión de Basora, que había sido blanco de los bombardeos aliados. «Estuvo expuesto al humo de las explosiones en su casa —siguió diciendo el

doctor Al Alí—. Estaba también cerca de los puentes del río que fueron bombardeados. Pierde peso pese al tratamiento, lo que hace que el pronóstico sea malo». El hombre, envejecido prematuramente, me miró con una expresión vacía. «He tenido dolores en la espalda desde que respiré el humo de las explosiones», me dijo.

Las implicaciones de lo que contaban estas víctimas del cáncer eran tan terribles que casi deseaba que cuanto veía en mi visita fuera el resultado de un intento poco convincente de las autoridades para escenificar una mentira, un burdo intento del régimen de Sadam para plantear un grave interrogante moral sobre la guerra de 1991. Sin embargo, el doctor Al Alí desconocía que iría a visitarlo hasta el momento en que entré en su consultorio en Basora. Sus pacientes tampoco esperaban visitas. Y si algunos de ellos eran ancianos —como tantas otras víctimas del cáncer en todo el mundo—, ¿qué hacer con la multitud de hombre y mujeres, jóvenes y mayores, que hacían cola frente al consultorio del departamento de oncología cuando llegué? «Para mí es una tragedia —me dijo el doctor Al Alí señalando un joven alto y apuesto que estaba entre un grupo de mujeres—. Pierdo amigos cada día. Este chico tiene un linfoma de Hodgkin. La chica sufre cáncer de pulmón». Era una muchacha bajita, menuda, con un rostro grande y sonriente, redondo como la luna. Otra mujer, Fawzia Abdul Nabi al Bader, era una profesora de inglés de cincuenta y un años que, tras entrar en el consultorio, se quitó el collar para mostrar una larga sutura en el cuello y luego se desabrochó la blusa para mostrar una cicatriz en el lugar donde tendría que haber estado el pecho derecho. «¿Por qué razón tenía que ocurrirme esto? —preguntó—. Mi primera operación fue en 1993. Hasta entonces, tenía muy buena salud».

En el consultorio, los mapas del doctor Al Alí contaban su propia historia: «Aquí se ve el número de pacientes con cáncer de cualquier tipo en el área de Basora», me dijo señalando un mapa de la gobernación de Basora dividida en segmentos de color amarillo, rojo y verde. El amarillo representaba las áreas desérticas y rurales situadas al oeste de la ciudad que habían sido campos de batalla en 1991. El verde representaba una área situada al norte con una incidencia del cáncer dentro de la tasa promedio. Sin embargo, el largo rectángulo rojo sangre del centro representaba a los casi 400 pacientes de cáncer que el doctor Al Alí había tratado en 1997. Su hipótesis era que los campos de batalla situados en el segmento amarillo del oeste habían contaminado el agua, la tierra e incluso los peces con uranio empobrecido y nitratos, con la consiguiente contaminación no sólo de los supervivientes, sino también de aquellos que todavía no habían nacido.

En los últimos días del conflicto, los estrategas estadounidenses habían debatido si los daños a la infraestructura del país —el bombardeo de las tuberías de agua, las centrales eléctricas y las refinerías de petróleo— causarían víctimas entre los iraquíes durante los meses o los años siguientes. Sin embargo, nunca sugirieron públicamente que una política del tipo «bombardea ahora, mata después» pudiera implicar cáncer. Buena parte de los centenares de niños que había muerto de leucemia y cáncer de

estómago en Bagdad desde la guerra procedían del sur, y habían sido remitidos por el doctor Al Alí. «Estamos desesperados —me dijo—. Es una gran carga para mí. Pierdo pacientes cada día. Necesitan trasplantes de médula y no podemos dárselos. No puedo dormir por la noche pensando en ello».

Provistos de uno de los mapas del doctor Al Alí, Lara, Alex y yo fuimos en coche hacia el sur de Basora, a los lugares donde se habían desarrollado las últimas batallas de tanques de la primera guerra del Golfo. Viajamos acompañados de un agente del Ministerio de Información, pero era un hombre al que hacía tiempo que habíamos sobornado y que ganaba en un día con nosotros más que con el sueldo de un mes del Ministerio. Cuando necesitábamos viajar a algún lugar que no estaba autorizado —o deseábamos preguntar algo que no contaría con la aprobación del Ministerio—, sufría un resfriado, volvía sólo al hotel o se iba a la otra punta de la habitación. Sin embargo, lo necesitábamos en el sur de Basora, una zona militar iraquí que se solapaba con la zona operacional de las fuerzas fronterizas de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas.

Siempre había pensado que las últimas batallas de tanques de la primera guerra del Golfo habían tenido lugar en el desierto, en la espesa arena del norte de Iraq que nos había atormentado en febrero de 1991. Sin embargo, la campaña por la que circulábamos era una tierra de pastoreo. Había arroyos, vacas apacentándose, huertos y, dispersos por el bucólico paisaje, tanques iraquíes calcinados. Algunos habían saltado en pedazos al explotar y los restos de acero retorcido yacían en la cuneta o medio enterrados en el suelo. Otros parecían notablemente intactos, con los cañones todavía apuntando hacia el sur y el oeste, por donde llegaron los enemigos estadounidenses que los destruyeron.

Recorrimos quince kilómetros más. A primera vista, el campo de cultivo de tomates de la familia Adwan no parecía un campo de la muerte. Los toldos de polietileno reflejaban el elevado y brillante sol invernal. Y, cuando le pregunté a Imad Adwan, un muchacho de dieciséis años, qué había ocurrido en el lugar durante la guerra, echó una ojeada al hombre del Ministerio de Información y dijo que no se acordaba. En Iraq convenía, como se ve, tener poca memoria y mentir. Mientras el agua corría por las zanjas entre las matas de las tomatas, un fuerte viento soplaba desde el desierto proveniente del oeste, tal como lo había hecho en febrero de 1991, cuando la 1.<sup>a</sup> División de Infantería —la «Gran División Roja»— dirigida por el general Tom Rhame barrió la carretera hacia Saiwan bombardeando las columnas en retirada de la Guardia Republicana con andanadas de obuses de uranio empobrecido. Imad Adwan me miró para ver si había entendido su amnesia.

«No te preocupes», dijo el agente del Ministerio sacando del bolsillo una identificación. El muchacho sonrío. «Había combates por todas partes a nuestro alrededor. No nos quedamos en la casa porque sabíamos que no nos protegería. Pero no nos marchamos. Los tanques destruidos están allí». Mucho más allá del alambre de espino que rodeaba la granja, más allá de una fila de árboles y otra plantación, las

oxidadas víctimas del ataque del general Rhame se hundían en la tierra húmeda. La madre de Imad apareció junto a nosotros con un pañuelo en la cabeza y un vestido negro agitado por el viento. Sostenía un tomate verde en la mano. «Por favor —dijo—, es para ustedes».

Según los médicos de Basora, el pequeño tomate, arrancado de la tomatara que teníamos delante, era una hortaliza envenenada por una guerra ponzoñosa, que había crecido en un tallo peligroso, bañado por una agua pestífera. «Los soldados murieron allí —dijo la madre haciendo un gesto hacia la carretera situada a nuestra espalda y que conducía en dirección sudoeste hacia Saiwan y la nueva frontera con Kuwait—. Los combates duraron horas. La gente todavía muere. A dos muchachos les estallaron dos minas en julio». La silueta de una trinchera desmoronada mostraba el lugar fatal. Sin embargo, habíamos ido allí por otras muertes. ¿Estaba preocupada la familia Adwan por su tierra? ¿Sabían lo que decían los médicos al respecto? La madre de Imad había oído hablar de casos de cáncer en otras granjas, pero no había ninguno en su familia.

Fue entonces cuando Hassan Salman se acercó a nosotros. Cultivaba tomates y cebollas al otro lado de la carretera. Tenía unas facciones distinguidas, bronceadas por el sol y llevaba una túnica con ruedas doradas. Cuando mencionamos el cáncer, frunció el ceño. «Sí, aquí tenemos muchos casos de cáncer —dijo—. Creo que se deben a los incendios y lo que ocurrió en los combates. Los tanques estaban justo al lado de la carretera. —Hizo una pausa—. Mi nuera murió de cáncer hace quince días. Estaba enferma del estómago. Se llamaba Amal Hassan Saleh. Era muy joven. Sólo tenía veintiún años».

La reacción oficial de los gobiernos occidentales ante los crecientes signos de contaminación por uranio empobrecido fue lamentable. Cuando publiqué mis primeros artículos sobre los pabellones oncológicos infantiles iraquíes en febrero y marzo de 1998, el gobierno británico hizo todo los esfuerzos posibles para desacreditar lo que había escrito. Todavía conservo una sarcástica carta de lord Gilbert, del Ministerio de Defensa, donde explicaba a los lectores de *The Independent* que mi descripción de un posible vínculo entre la munición con uranio empobrecido y el aumento de casos de cáncer infantil sería considerada —«de no proceder nada menos que de Robert Fisk»— como una «deliberada tergiversación de la realidad». Según su señoría, las partículas procedentes de las cabezas de obuses endurecidas con uranio empobrecido, obuses usados contra el blindaje de los tanques, eran extremadamente minúsculas y se disolvían y dispersaban con celeridad en la atmósfera de manera que resultaban «muy difíciles de detectar, incluso con el equipo más sofisticado». Ahora me veo obligado a decir que reuní pruebas suficientes durante meses para afirmar que —si no procediera nada menos que de su señoría— cabría afirmar que esa carta contenía falsedades y afirmaciones tendentes al engaño.

De modo que empecemos por una carta mucho más elocuente —y precisa— de Paddy Bartholomew, gerente de desarrollo de negocios de AEA Technology, nombre

comercial de la Autoridad de la Energía Atómica del Reino Unido. La carta de Bartholomew, de la que obtuve una copia —lo telefoneé con posterioridad y me confirmó que era el autor de la misma, pero no quiso agregar ningún comentario—, hace referencia a una conversación telefónica mantenida con un oficial de artillería llamado J. Y. Sanders sobre los peligros derivados de la posibilidad de que Kuwait se contaminara a causa de la munición con uranio empobrecido. En una «evaluación de riesgo» adjunta a la carta, Bartholomew señalaba que el riesgo de que se propague la contaminación radioactiva y tóxica de tales armas en tiempos de paz «es menor cuando se lo compara con el riesgo en una guerra», aunque «puede convertirse en un problema a largo plazo si no se resuelve en tiempos de paz y constituye *un peligro tanto para la población militar como civil*» (las cursivas son mías). El documento, con el sello «confidencial», seguía diciendo que «los tanques estadounidenses efectuaron 5000 disparos con uranio empobrecido, la aviación varias decenas de miles y los tanques ingleses un reducido número de disparos. Sólo la munición utilizada por los tanques ascendió en su conjunto a más de 26 toneladas de uranio empobrecido... si la cantidad de uranio empobrecido almacenada en un tanque se inhalara, un cálculo de acuerdo con el factor de riesgo más reciente del Comité Internacional de Protección Radiológica... arrojaría una cifra de *500 000 fallecimientos potenciales*» (de nuevo, las cursivas son mías).

Bartholomew agregaba en su informe de 1991 que, si bien «semejante cifra teórica no corresponde a un cálculo realista, pone de manifiesto un importante problema». Y proseguía:

El uranio empobrecido se propagará por el campo de batalla y se concentrará en distintas proporciones y cantidades en los vehículos... es desaconsejable que la gente permanezca cerca de grandes cantidades de uranio empobrecido durante largos períodos, y ello representa obviamente un problema para la población local si recoge este metal pesado y lo conserva. En aquellas zonas específicas donde se hayan efectuado muchos disparos, la contaminación localizada de los vehículos y el suelo puede exceder los límites permitidos, y ello podría constituir un riesgo tanto para los equipos de descontaminación como para la población local.

La carta de Bartholomew para encubrir el asunto afirmaba que la contaminación en Kuwait era un tema «cargado de emotividad y, por consiguiente, que debe tratarse con sensatez», y añadía que el gerente comercial regional de AEA Technology (Alastair Parker) podía remitir una copia del documento de «evaluación de riesgo» al embajador inglés en Kuwait. AEA Technology podía «limpiar» el uranio empobrecido si se firmaba un contrato con el gobierno de Kuwait. Es innecesario aclarar que nadie se tomó la molestia de sugerir una limpieza similar para Iraq, donde había tantos niños muriéndose de cáncer sin razón aparente. ¿Por qué? ¿Y por qué lord Gilbert había escrito a *The Independent* en marzo de 1998 una carta que inducía al engaño de una manera tan extraordinaria y artera? Hay una pista. Es una carta del 21 de marzo de 1991, escrita por un teniente coronel estadounidense del Laboratorio Nacional de Los Álamos y dirigida al comandante Larson, del Departamento de Estudios y Análisis de esa institución, donde se afirma:

Ha existido y sigue existiendo inquietud en relación con el impacto del uranio empobrecido en el medio ambiente. En consecuencia, si nadie defiende la efectividad del uranio empobrecido en el campo de batalla, los ataques con uranio empobrecido pueden convertirse en políticamente inaceptables y quedar entonces eliminados del arsenal. Si los penetradores de uranio empobrecido han demostrado su mérito en nuestras recientes acciones de combate, debemos asegurar su futura existencia (hasta que se desarrolle algo mejor) a través de una propuesta de regulación del Servicio/Departamento de Defensa.

De no obtenerse la propuesta de regulación, es posible que estemos a punto de perder una valiosa capacidad de combate.

Así que ésta era la razón. Si se deja de lado execrable sintaxis del teniente coronel, el mensaje es simple: los riesgos para la salud de la munición con uranio empobrecido son aceptables hasta que nosotros (Occidente) inventemos algo todavía más letal para sustituirla. No resulta sorprendente, pues, que un informe oficial del gobierno británico sobre la gestión de residuos contaminantes a cargo del Ministerio de Defensa en el campo de tiro con munición de uranio empobrecido del distrito de los Lagos detallara, en diciembre de 1997, las extraordinarias precauciones que se habían tomado para proteger las ciudades inglesas. Las precauciones incluían el disparo de obuses dentro de túneles provistos con un sistema de filtros de ventilación, el lavado a presión de las superficies y el almacenamiento de los residuos contaminantes dentro de tambores cemento herméticamente sellados. En la carta que mandó al periódico lord Gilbert no explicaba nada de todo eso a los lectores de *The Independent*. Y después se habla de «deliberada tergiversación de la realidad<sup>[4]</sup>».

Aunque los gobiernos no se preocuparon por la suerte de los niños iraquíes, el pueblo inglés sí. *The Independent* hizo un llamamiento donde se pedían los medicamentos que los niños iraquíes necesitaban con desesperación y, en pocas semanas, nuestros generosos lectores donaron más de 250 000 dólares para que compráramos fármacos anticancerígenos y equipo médico con destino de Iraq. Por fin parecía que podíamos hacer algo más que escribir indignados artículos sobre la difícil situación de estos niños parias. Sin embargo, ¿en verdad podíamos? ¿Salvaríamos vidas o tan sólo prolongaríamos el sufrimiento?

El trabajo fue ingente. En octubre de 1998, utilizamos cubos de basura y una cuadrilla de sudorosos iraquíes para descargar nuestras cajas de suministros médicos desde un camión frigorífico que habíamos aparcado en una destartada plataforma de carga de un hospital de Bagdad; al otro lado de la ciudad, en el hospital Mansur, tuvimos que usar una camilla para transportar los 5185 kilogramos de medicinas y guardar las ampollas de vincristina, dolorosamente caras, dentro de la nevera del director. Fue todo bastante rutinario hasta que vi a los niños en los pabellones de la planta de arriba. Llorando de dolor o sonrientes ajenos a su suerte, los niños enfermos de cáncer de Iraq —en Mosul y Basora, así como en Bagdad— recibían por fin ayuda. «¿Habéis comprado algo para mí?», preguntó una niña mientras el médico le explicaba que todas las medicinas debían compartirse de manera equitativa.

En un rincón del pabellón oncológico de Mansur, Hebba Mortaba, acostada con un vestido azul estampado, sufría un horrible tumor que deformaba su diminuta

figura. Cuando su madre le levantó el vestido, el abdomen, con un terrible tumor, mostró además numerosos abscesos. Los médicos la habían operado para extirparle el tumor abdominal, pero después habían descubierto que, como si de un monstruo se tratara, se le había reproducido en otro lugar. Durante la guerra de 1991, el suburbio de Basora donde vivía Hebba había sido bombardeado con tanta violencia que su familia huyó a Bagdad. La niña tenía apenas nueve años y los médicos me dijeron en voz baja que no viviría para ver su décimo cumpleaños.

A causa de las sanciones impuestas por las Naciones Unidas y la prohibición del mismo Sadam Husein de importar medicamentos, fue casi un milagro que nuestro camión lograra atravesar el desierto iraquí y llegara a los hospitales del país gracias a los dos indómitos representantes de CARE en Iraq, Margaret Hassan y Judy Morgan. Las Naciones Unidas protestaron al principio, aduciendo que se tardaría mucho en obtener la autorización de la comisión de sanciones para nuestros medicamentos, hasta que les comunicamos que, les gustara o no, los llevaríamos igual, razón por la cual el 15 de junio nos concedieron en veinticuatro horas la autorización. En la oficina del presidente iraquí fueron casi igual de obtusos: inventaron excusas, pospusieron e hicieron caso omiso de nuestra solicitud de envío hasta septiembre, cuando Sadam Husein nos dio su aprobación personal, en otro ejemplo más de la inquietante coincidencia entre las intenciones de Occidente y las del dictador de Bagdad.

La pomposa carta de las Naciones Unidas concluía que «los miembros de la Comisión [del Consejo de Seguridad] no tienen ninguna objeción en cuanto al envío de los productos especificados», como si nos estuvieran haciendo un favor. La documentación de las Naciones Unidas mencionaba con fidelidad que el pago de los medicamentos se había efectuado con «donaciones de los lectores del periódico *The Independent*». Las cincuenta y ocho cajas fueron transportadas en un avión de líneas aéreas de Jordania desde Heathrow hasta Ammán y luego en un camión conducido por el iraquí Rahman Jassem Mohamed a lo largo de 800 kilómetros de carretera hasta Bagdad: los frascos de cloxacilina y ampicilina, las ampollas de citarabina, vincristina, metotrexato y dexametasona, las jeringas, los guantes y los hemoderivados se distribuyeron con éxito ente los niños de los hospitales de todo Iraq.

Sin embargo, ¿estábamos a tiempo? Hay que decir la verdad. La mayoría de los niños cuyo sufrimiento he narrado antes ya había fallecido para entonces, incluyendo el niño cuyo rostro se había convertido en el símbolo y el logotipo del llamamiento realizado por *The Independent*. Había tomado la fotografía de Latif Sattar Babylon, el niño de cinco años con un linfoma no Hodgkin, cuando lo conocí el febrero anterior, mientras se divertía con un coche de juguete y sonreía bajo su reluciente calva. Tomé la fotografía en primer plano mientras estaba recostado en la cama con un jersey de punto y la mirada fija en mí. En los archivos del hospital pediátrico de Bagdad constaba que había fallecido el 7 de abril de 1998. También había tomado una

fotografía de Samar Jdair, la hermosa niña víctima de una leucemia, que se publicó en el periódico al día siguiente de que apareciera la de Latif. Era la niña recostada que llevaba puesto un camisón, a la que el padre le colocaba una gasa amarilla húmeda en la frente mientras contraía los párpados por el dolor. De nuevo, la información de los archivos del hospital era descorazonadora. Constaba que Samar había sufrido una recaída por falta de medicamentos y hemoderivados. Con todo, había luchado hasta fallecer el 20 de septiembre de 1998, apenas unos días antes de que los medicamentos pagados por nuestros lectores llegaran a Bagdad.

La mayoría de los niños que veía ahora en Iraq también morirían. «Cuando el cáncer llega a este punto, poco puede hacerse —me dijo con franqueza el doctor Al Alí cuando llegué a Basora y conversamos otra vez—. Comprenda lo que ha hecho su pueblo: ha ayudado a prolongar sus vidas, a mejorar la calidad de vida de estos pequeños. Morirán dentro un mes, dos meses, dos años... Sí, quizá unos pocos sobrevivan. Créame, traer los medicamentos vale la pena». Seguí garabateando en mi cuaderno los nombres de los que no tardarían en morir. Nur Shehab y Halh Saleh tenían diez años, Haitham Ahmed tenía ocho. Tiba Favel sólo tenía dieciocho meses. Mustafá Jaber tenía ocho años, y Dhamia Qassem tenía trece. Todos sufrían una leucemia aguda, salvo Mustafá, que sufría un linfoma.

Era imposible volver a visitar los pabellones oncológicos sin experimentar una gran indignación. Incluso una vez habían recibido los niños los medicamentos que necesitaban para la leucemia, las plaquetas que les estaban destinadas no se producían con la rapidez suficiente en Iraq debido a que la máquina que separaba los componentes de la sangre debía repararse. Las sanciones de las Naciones Unidas habían roto el espinazo del sistema hospitalario. Nosotros en Occidente, nosotros en el sentido más literal de la palabra, éramos los responsables de lo que ocurría, éramos nosotros, los que aceptábamos las sanciones de las Naciones Unidas contra Iraq, unas sanciones que mataban a todas luces estos niños y que, también a todas luces, no dañaban a Sadam Husein. Sin embargo, había más razones para la exasperación.

Pese a que los gobiernos estadounidense y británico habían tratado de mantener separados los dos grupos de víctimas, los soldados estadounidenses y británicos que padecían lo que entonces comenzaba a conocerse como «síndrome de la guerra del Golfo» parecían sufrir cánceres, leucemias y hemorragias internas casi idénticas que las de los niños iraquíes. La irrupción del cáncer en Iraq había afectado sobre todo a la comunidad chíí y, en consecuencia, no resultaba sorprendente que el régimen de Sadam Husein ni siquiera la hubiera mencionado al cabo de años de la conclusión de la guerra. De nuevo, Clinton, Blair y Sadam habían hecho causa común, esa vez para no revelar la calamidad. Sin embargo, mientras yo recorría los pabellones oncológicos de Basora y Bagdad, Tony Flint, el presidente de la Asociación Británica de Veteranos y Familiares de Veteranos de la Guerra del Golfo, denunció que los mismos proyectiles con uranio empobrecido podían ser la causa de los cánceres que habían matado por lo menos a treinta veteranos ingleses. Al día siguiente, el Centro

Nacional de Recursos de la Guerra del Golfo, una organización creada por distintos grupos de veteranos estadounidenses, anunció que unos 40 000 hombres que habían prestado servicio en el campo de batalla estuvieron expuestos al polvo de uranio empobrecido.

En octubre de 1998, Phil Garner me telefoneó para preguntarme cómo podía ponerse contacto con los médicos que trataban a los niños enfermos de cáncer en Iraq. Había leído mis artículos sobre las pruebas cada vez más numerosas que vinculaban el cáncer con los proyectiles de uranio empobrecido. Durante la primera guerra del Golfo, Garner había formado parte del Cuerpo Médico de la Marina Real británica. No había estado en el frente, pero se ocupaba de los uniformes de las víctimas del «fuego amigo», soldados que habían sufrido por error un ataque de aviones estadounidenses, aviones que utilizaban proyectiles con uranio empobrecido. Padecía asma, incontinencia y dolores intestinales; le había aparecido un gran bulto en el lado derecho del cuello. ¿Qué quería decir? Yo conocía perfectamente esos bultos. Los había visto en el cuello de los niños iraquíes.

De vuelta a Basora, fui testigo de la angustia de un padre. «¡Oxígeno, por amor de Dios, traigan oxígeno, mi hijo se está muriendo!» El grito de ese hombre que estaba de pie en la escalera del hospital pediátrico, con lágrimas en los ojos y un temblor compulsivo, era casi un aullido. En una pequeña habitación situada al final de la escalera, su hijo Yahyia Salman lloraba aterrado, desesperado por respirar. Observar una crisis de un enfermo de leucemia, en particular en medio del polvoriento calor de Iraq, es horripilante. «¡Deje de gritar, tenemos otra bombona de oxígeno!», dijo la doctora Jenane Jaleb reprendiendo al padre para que callara y frunciendo los labios en una mezcla de irritación y preocupación. Sin embargo, el hombre estaba desconsolado. «Dios mío, ¿qué voy a hacer?», gritaba mientras un técnico desatornillaba la conexión de una maciza y abollada bombona negra de oxígeno. Los ojos del niño recorrían desorientados la habitación, hacia la doctora, hacia mí y hacia su padre. No era el momento de explicarle que el hospital disponía ahora de los medicamentos para el tratamiento de la leucemia. Las cajas de vincristina, las ampollas de cefuroxina, los frascos de metaclopramida, los guantes quirúrgicos y las jeringas habían llegado hacía menos de veinticuatro horas. Pese a ello, Yahyia Salman había emprendido ya un largo camino que lo llevaría a la muerte.

Lo mismo le ocurrió a Yusef Qassem, el niño de dos años de la habitación vecina, y a Hala Saleh, que padecía una leucemia aguda linfoblástica con sólo diez años. Los médicos me mostraron estos niños sin muy buena disposición, y puedo comprender por qué: habían recibido a tantos visitantes, escuchado tantas promesas de ayuda... Al menos, la nuestra se cumplió. La doctora Jaleb me preguntó con suma educación si el hospital de Basora había recibido la misma cantidad de medicamentos que los demás hospitales de Bagdad y Mosul. Comprendí la razón de su pregunta: las chiíes del sur eran los que se habían levantado contra el gobierno iraquí en 1991 y en Bagdad nunca los habían perdonado.

La doctora Jaleb no dijo nada al respecto. Sí, insistí, los medicamentos de *The Independent* se habían empaquetado antes de abandonar Heathrow para asegurar que cada región del país recibía la misma proporción. Y me sonrió mientras leía el manifiesto solicitando los medicamentos que había traído conmigo. Fue la primera sonrisa que vi durante ese viaje a Basora, porque los médicos estaban tan abrumados por las implicaciones de sus hallazgos como por la falta de medicamentos. El incremento de los casos de cáncer infantil en esa provincia del sur ya había alcanzado cotas altísimas en octubre de 1998.

Mientras en algunas zonas el promedio de casos de cáncer era sólo de 3,9 por cada 100 000 niños, el promedio en los distritos de Harthe y Gurne era de 71,8 y 41,8 casos, respectivamente. Los dos barrios habían sufrido intensos bombardeos en 1991 y las palabras «uranio empobrecido» se escuchaban en todos los pabellones; hasta los padres conocían su significado. El doctor Jawad Al Alí estaba estupefacto ante la situación. «No sé cómo explicarle las implicaciones de todo esto, veo cosas terribles en la actualidad —me dijo—. Uno de nuestros estudiantes recién graduados, Zeineddin Kadam, tiene cáncer y morirá en pocos días. La esposa de uno de nuestros cirujanos ortopédicos murió una semana después de que se le diagnosticara una leucemia aguda. Murió hace menos de un mes y pensaba que sólo tenía una apendicitis. Le encontraron una gangrena en el intestino».

El doctor Al Alí abrió otra gruesa carpeta llena de notas. «De cada quince pacientes de cáncer que ingresan, sólo sobreviven dos. Tengo casos de niños con osteosarcomas, lo que es inaudito. Acabo de ingresar una muchacha de quince años, Zeinab Manwar, con leucemia. Sólo vivirá un año. Dios mío, he practicado mastectomías a dos muchachas, y una sólo tenía catorce años. ¡Es algo sin precedentes!»

El doctor Akram Hammud, director del hospital pediátrico, estaba igual de asombrado. «Casi todos los niños que tenemos aquí morirán en pocos meses —dijo—. Tengo una familia con tres hijos que padecen todos un linfoma de Hodgkin. ¿Cuál puede ser la causa? Antes de la guerra, ingresaba en el hospital un paciente de cáncer por semana, ahora el promedio es de cuarenta por semana. Es una locura. Llegan pacientes con carcinomas que tienen menos de veinte años. Uno de mis pacientes tiene veintidós, otro dieciocho. Uno de los síntomas de la leucemia es la hemorragia nasal. Ahora los padres nos traen presas del pánico a cualquier niño que sangre por la nariz». Los médicos era prudentes cuando se referían al uranio empobrecido. No querían que sus pacientes —ni sus observaciones— se utilizaran como propaganda, aunque fuera justificable. Sin embargo, conocían el informe militar estadounidense de 1990 donde se afirmaba que, entre los efectos de la contaminación por partículas de uranio, se encontraban el cáncer, las enfermedades renales y las malformaciones congénitas.

«En Basora, han cambiado hasta las características de los resfriados comunes —dijo el doctor Al Alí—. Tardan más en curarse y recibimos casos avanzados, a veces

asociados con una encefalitis». Volvió a abrir su archivo. «En 1989, ingresaron 116 pacientes con cáncer; el año pasado, la cifra fue 270. En los primeros diez meses de este año, la cifra es 331. Nadie nos proporciona un equipo para medir la radiación. Es probable que todo esté contaminado».

El gobierno británico respondió a las nuevas pruebas sobre el cáncer infantil en Iraq con el mismo letargo e indiferencia que lord Gilbert. «El gobierno tiene conocimiento de las sugerencias de la prensa, y en particular las de Robert Fisk en *The Independent*, de que ha existido un incremento de las enfermedades en el sur de Iraq, entre ellas supuestas deformidades, cánceres y malformaciones congénitas, enfermedades que algunos han atribuido al uso de municiones con uranio empobrecido por parte de las fuerzas de Estados Unidos y el Reino Unido que participaron en el conflicto del Golfo de 1990-1991 —escribió el secretario de Estado del Ministerio de Defensa, Doug Henderson, en 1998—. No obstante, el gobierno no tiene conocimiento de los datos de ninguna investigación epidemiológica entre la población, revisada por especialistas en la materia, que respalde semejantes afirmaciones y, en consecuencia, sería prematuro realizar ningún comentario al respecto<sup>[\*]</sup>». Me gustó la parte que hablaba de «los datos de ninguna investigación epidemiológica entre la población, revisada por especialistas en la materia», puesto que no se había efectuado ninguna investigación, por descontado, y tampoco se efectuaría ninguna más adelante. Incluso cuando se pidió a la Sociedad Real británica que investigara los efectos del uranio empobrecido, los investigadores no visitaron Iraq<sup>[5]</sup>. Las pruebas, tan impresionantes como vergonzosas, surtieron muy poco efecto. En un oficio religioso para conmemorar el quincuagésimo quinto aniversario del bombardeo de Dresde por parte de la RAF y la USAF, el obispo de Coventry, Collin Bennetts, afirmó que el Reino Unido tenía que aceptar su responsabilidad por las muertes y las deformidades sufridas los niños iraquíes como resultado del bombardeo aliado durante de la guerra del Golfo de 1991 y tras ellas. Al tiempo que criticaba la «maldad» de Sadam Husein, el obispo dijo que los niños enfermos de Iraq «fueron concebidos y nacieron en el período de la guerra del Golfo. Nacieron con odiosas deformidades físicas. Muchos también sufren leucemia. Hay pruebas que indican que la causa es el uranio empobrecido de nuestras armas». Sin embargo, los estadounidenses y los británicos siguieron negándose a reconocer responsabilidad alguna y utilizarían el uranio empobrecido, una vez más, contra Iraq.

¿Qué cabía deducir de todo eso en relación con nuestras pretensiones para el futuro, en relación con nuestras fantasiosas esperanzas de que el pueblo iraquí nos daría la bienvenida como liberadores si llegáramos a invadir Iraq y destruíamos el régimen de Sadam? Los iraquíes quizá podían recibir con satisfacción la caída de su dictador. Sin embargo, castigados por doce años de sanciones, bombardeados de manera repetida por la aviación aliada durante ese mismo período con el falaz argumento de que el respeto las zonas de exclusión aérea era una medida que los protegía, contaminados dos veces en una sola década por el veneno de nuestras

municiones con uranio empobrecido, ¿qué hacía pensar que vendrían a recibirnos y aplaudirnos, a nosotros, los nuevos ocupantes que los habíamos castigado, humillado y perseguido durante tantos años?

Hacia fines de la década de 1990, mis reportajes desde Iraq se habían convertido en diarios. Estaba abrumado por lo que estábamos haciendo, por lo que habíamos hecho, al país. ¿Qué visión del futuro podían albergar los iraquíes en Bagdad cuando tenían que vender sus últimas posesiones en el zoco de Al Midain para sobrevivir? Un día, en febrero de 1998, encontré bajo la llovizna ante la magnífica cúpula magenta de la mezquita de Yamaa al Qushla a más de un centenar de hombres desastrados y algunas mujeres. Tenían a sus pies los artículos más deplorables que puedan haberse visto en ningún bazar del mundo: herrumbrosos accesorios de baño y piezas de automóviles, algunos pares de zapatos viejos, tuercas, cerrojos, alfombras apolilladas, camisetas viejas, calcetines usados y un televisor roto expuesto sin entusiasmo en medio de un charco, con su gran caja marrón y su pequeña pantalla como testimonio de alguna época anterior al régimen baazista. Una mujer que llevaba un chador negro se me dirigió. Se llamaba Leila. «Nuestro dinero no vale nada. Sólo Dios puede ayudarnos», me dijo.

Sohad todavía tenía dinero. Era una mujer de clase media, casada con un antiguo diplomático, que vivía en una casa con vistas a las aceitosas aguas marrones del Tigris. Tenía ochenta y un años, y una estancia en la India le habían enseñado la virtud hindú de la paciencia. «Todos hemos cambiado en los últimos siete años —dijo con aire resuelto—. Aceptamos la vida tal como es. Si no podemos conseguir el medicamento apropiado, volvemos a los antiguos remedios. Tuve un problema en la rodilla. Un amigo nuestro elabora un remedio a partir de una antigua fórmula a base de hierbas inventada por los chinos hace dos mil años. Tomo una taza cada mañana y mi rodilla está mejor».

La hermana de Sohad tenía ochenta y cinco años. «Vivimos para el presente, día a día, hora a hora. Forma parte de lo que ha cambiado en nuestra vida. Planificar es un lujo. No depende de mí, ¿para qué preocuparme? Todo lo que quiero en mi vida es una flor, una flor de nuestro jardín a la que pueda mirar durante el día». En el salón de su antigua casa estaban colgados los retratos de sus abuelos turcos, algunos de ellos vestidos con las túnicas y los turbantes del ejército otomano, el ejército contra el cual luchó en Mesopotamia el soldado raso Charles Dickens, del regimiento de Cheshire, y contra el cual luchó el artillero australiano Frank Wills en Gallípoli. «De ahí viene nuestra fuerza —dijo Sohad—. Viene de nuestros orígenes árabes, georgianos, kurdos y turcos». Conocí ese mismo día a otra anciana que conservaba una gran dignidad, una mujer que acababa de vender casi toda su cristalería de bacará. «Compré la cristalería la primera vez que visité París en 1947 —me dijo—. Pero ahora necesito el dinero, de manera que me dije: ¡al diablo con ella! La tuvimos durante mucho tiempo y la disfrutamos, de manera que me he desprendido de ella. La he vendido por una miseria. Sólo me he quedado una jarra y una licorera».

Sí, los iraquíes son un pueblo orgulloso, pero los pobres deben vivir en un vacío especial y demente. Al otro lado del tranquilo Tigris, Bagdad seguía amoldándose al curso de los acontecimientos, con aceras cuarteadas por la maleza, matas creciendo por las grietas de los pasos subterráneos, grandes cocheras ferroviarias llenas de vagones herrumbrosos y vacíos. Hasta los retratos de Sadam Husein se habían descolorido después de siete veranos de sol intenso. Mientras las sanciones devoraban todas las almas —salvo el centro sin alma del régimen mismo—, un ejército de mendigos invadía las calles.

Los niños y mujeres que golpeaban las ventanillas y las puertas de mi coche en el centro de Bagdad pedían dinero y comida. Un niño pequeño, con las lágrimas que le caían por su rostro mugriento, descalzo y vestido con una desgastada chaqueta de cuero varias tallas más grande y rasgada por una docena de agujeros, golpeó con las manos la ventanilla del pasajero delantero. «¡Dame dinero!», chilló mientras pateaba la puerta, me miraba a través del vidrio y entrecerrando los ojos para imitar el llanto. ¿Era todo fingido? En la acera, una hora más tarde, Lara Marlowe, de *The Irish Times*, y yo mismo fuimos rodeados por tres niños, que nos agarraron por nuestras chaquetas gritando: «¡Dinero!» hasta que les dimos un dólar. Luego se agarraron a nuestras bolsas hasta que los empujamos para que se alejaran, maldiciéndolos por su asalto. ¿Les habría dado un dólar Madeleine Albright? ¿O los habría aleccionado sobre las iniquidades de su presidente y la necesidad de las sanciones de las Naciones Unidas, la invasión iraquí de Kuwait y la inmoralidad de las armas de destrucción masiva? En el único café presentable que había cerca mi hotel, sonaba un rayado disco de Doris Day. «*Che sera, sera*», cantaba mientras los mendigos miraban por la ventana. «Lo que sea, será, será, el futuro no puedes ver...»

Yendo desde Bagdad a Basora acompañado por Lara, di a una muchacha que mendigaba un billete de 250 dinares —apenas 14 centavos de dólar—, y el resultado fue que sus amigas la tiraron al suelo y le arrancaron el dinero de su sucio puño. Basora se había convertido en un desolado abismo. Delante de la casa de Fátima Hassan, se deslizaba por un albañal un líquido azul celeste y blanco cremoso. La puerta de hierro de la casa no ocultaba el hedor ni los gritos de los chicos descalzos de la calle. Saltar por encima del albañal, pegar un brinco sobre ese pequeño cañón por el que bajaba la inmundicia, se había convertido en un pasatiempo para los niños del barrio de Dur Sehun. Estaban frente a la casa de Fátima y corrieron hacia nosotros, ampollados, pálidos, con grandes ojos y pupilas de color marfil debido a la desnutrición. Una hermosa y vivaracha mujer con un vestido negro y una diadema blanca nos presentó a su hija de ocho años, Rula, y nos dijo de repente: «Llévensela con ustedes». Sundus Abdel Kader tenía sólo treinta y tres años y estaba dispuesta a entregar a su propia hija.

Fátima tenía cinco hijos. Su marido era pintor de automóviles en Iraq antes de que Sadam invadiera el emirato. Se quedó durante ocho meses en el emirato después de la liberación trabajando, pero los empleadores kuwaitíes no le pagaban el sueldo. Ahora

vendía bocadillos. «No comemos huevos ni leche —dijo Fátima—. No tenemos para comer carne. Bebemos agua del grifo. No la hervimos. Este, el pequeño, tiene problemas para respirar, y éste tiene el vientre hinchado por culpa del agua. Vamos al hospital y los médicos nos dicen que no hay medicamentos. En todos los lugares a los que vamos nos dicen que no hay medicamentos».

Fuera, una anciana vestida de negro se abrió paso entre los niños. «Tengo dos personas lisiadas en mi familia —rogó—. Tienen fiebre y llagas en la garganta. ¿Pueden llevarlos con ustedes a Europa?» Le explicamos que no éramos médicos, pero nos tendió con brusquedad un grueso papel amarillo en la que figuraba el historial de distrofia muscular que sufrían sus familiares. Después de media hora, tenía la mano cansada de escribir sobre las enfermedades y hambre de esta gente. Un niño sufría anemia, otro insuficiencia respiratoria y un tercero no podía controlar los intestinos; según parecía, agonizaba. «¿Cuándo van a levantar las sanciones? —me gritó otra mujer—. Necesitamos comida y ropa».

Al final de la calle había un desfile. Un hombre obeso con un tambor y un viejo soldado con una trompeta marcaban el paso de un pelotón de treinta y nueve de hombres de mediana edad, sin afeitar, todos con un Kaláshnikov, y la mayoría con uniformes raídos. Éste era el ejército de defensa local, los heroicos soldados de Sadam que se preparaban para resistir el poder de los Estados Unidos. Marchaban alrededor de una isla peatonal mientras los niños cantaban el himno nacional iraquí:

Un país que despliega las alas sobre el horizonte  
y se envuelve en la gloria de las civilizaciones...  
Esta tierra es una llama y una luz  
cual montaña que domina el mundo...  
Tenemos la furia de la espada  
y la paciencia del Profeta.

Luego los niños volvieron a saltar por encima del albañal. Y ése era el país, me dije a mí mismo, que amenazaba al mundo entero según los señores Clinton y Blair.

Fuimos en coche hasta el antiguo puerto de Basora, la bahía que habían sitiado los ingleses en 1914 y que había visitado un joven Horace Nelson a fines del siglo XVIII. «Cinco ingleses dirigieron este puerto hasta 1958 —anunció con orgullo Alí al Imara—. El primer presidente del puerto fue John Ward, de 1919 a 1942, y luego tuvimos a William Bennett hasta 1947. Eran buenos hombres. En 1958, asumió la presidencia el señor Shaawi; también era un buen hombre». No mencionó la revolución iraquí de 1958, que puso fin a la administración británica del puerto de Basora y del mismo Iraq. Sin embargo, ¿para qué ser descortés en un lugar tan decrepito? Las puertas hacia el muelle todavía estaban adornadas con lustradas rosas de estilo Tudor, pero las tejas habían caído en cascada del tejado de las antiguas oficinas coloniales. Las vías de ferrocarril, que se había tendido cuando Basora era una terminal internacional, estaban corroídas.

Las amplias y mansas aguas del estuario de Shatt al Arab, tan aciagas y cargadas

de muerte en la historia reciente de Iraq, circulaban entre los desvencijados cascos de los buques amarrados todavía a los muelles. Ahí estaba el *Yasmine*, un pesquero en el que todavía se podían leer las palabras *Lord Shackleton, Port Stanley, F. I.* (islas Falkland); y ahí estaba el *Wisteria*, con sus 6742 ennegrecidas toneladas, un buque cisterna incendiado que sus mentores estaban desguazando lentamente. ¿Quién lo incendió? Pregunté a tres funcionarios iraquíes que estaban en el muelle. «Le dio un misil iraní en 1981», respondió uno de ellos. Sin embargo, sus amigos murmuraron en árabe: «Dile que fueron los norteamericanos». Y entonces exclamaron todos al mismo tiempo: «¡Fueron los norteamericanos!».

Basora se alimentaba de mentiras. Te decían: si los iraníes no hubieran atacado Iraq y hubieran cerrado el río en 1980..., pero fueron los iraquíes quienes invadieron Irán; si las Naciones Unidas no hubieran impuesto las sanciones a Iraq después de la guerra irano-iraquí... y se suponía que había que olvidar el pequeño asunto de que Iraq invadió Kuwait en 1990. Incluso los buques habían cambiado vergonzosamente de nombre. El carbonero *Atco Sara* había sido, según los nombres medio borrados del casco, el *Pacific Prospector*, con matrícula de Illinois, y, antes, el *Northern Builder*. Había un montacargas marca Krupp y una serie de oxidadas grúas con unas placas metálicas negras en las que se leía THOMAS SMITH E HIJOS, DE LEEDS.

No pude dejar de recordar la primera vez que había llegado a esta ciudad y a ese puerto dieciocho años antes. Había visto arder esos barcos. Río abajo estaba la isla desde donde Jon Snow había embarcado para rescatar la tripulación del encallado carguero *Al Tanin*, mientras yo lo esperaba en la orilla muerto de miedo, con las balas trazadoras iraníes que silbaban hacia nosotros en la oscuridad del río. Fue en este muelle, a bordo de un carguero yugoslavo, donde sustraje los mapas de las vías navegables para Jon Snow y los hombres rana iraquíes que iban a rescatar a la tripulación. Todas las mañanas, Gavin Hewitt, de la BBC, y yo salíamos a contemplar la Guerra Torbellino que destruiría la República Islámica de Irán. Y en ese momento los iraquíes cosechaban el torbellino.

Detrás de nosotros las áreas de clasificación estaban llenas de largos trenes de carga, macizos vagones grises dispuestos a hacer un viaje que debía de haber empezado en 1980, con las ruedas cubiertas ya de maleza y matorrales. Allí al Imara iba y venía por los muelles. «Tomen tantas fotografías como quieran —dijo—. Si no fuera por las sanciones, tendríamos el puerto dragado y en funcionamiento». Un perro se tendió a dormir en los raíles situados bajo la popa del *Wisteria*, que tenía la escalerilla de hierro aplastada contra el casco al que había estado soldada dieciocho años antes.

Una extraña aflicción aquejaba en ese momento a la burocracia del partido Baaz. Formados para alardear de cuanto era mejor en Iraq, tenían que dar a conocer cuanto era peor. Debió de ser una transición cargada de terribles dificultades. ¿Quién sabía cuando llegarían órdenes de Bagdad para invertir otra vez el proceso? Allí al Imara nos contó que era poeta además de «asesor de relaciones internacionales» del puerto

de Basora. Y nos citó, mientras paseábamos junto a los abandonados y decrepitos buques, un poema cuyo título era «Confrontación»:

Cuando dispires desde cualquier lugar,  
la bala vendrá derecha a mi pecho;  
porque lo que hemos vivido  
ha hecho mi pecho redondo.

Miramos el diminuto pecho del señor Al Imara y reímos con educación. ¿A qué balas se refería? Seguro que no eran las que marcaban la fachada de la jefatura central de policía de Basora, un destruido bloque de mármol situado junto a uno de los fétidos canales de la ciudad. Tampoco las que habían impactado en el incendiado edificio del gobernador durante la misma insurrección de la mayoría chií de Basora en 1991, sustituido ya por una mole de cemento pretensado. Y menos las que se habían disparado contra los coches de la policía, sustituidos, como en el resto de Iraq, por relucientes sedanes Hyundai, una última burla a la hambruna de ese pueblo que la policía se suponía que «controlaba». En la granulada pantalla del viejo televisor de mi habitación en el hotel de Basora, contemplé a Sadam sentado ante el Consejo Supremo de la Revolución haciendo una broma a sus uniformados cortesanos, que reían a carcajadas. «Si reía, reían los dignos senadores».

La Cornisa de los Mártires corregía cualquier malentendido sobre el enemigo. A lo largo de la ribera occidental del estuario de Shatt al Arab, bajo las frescas y húmedas galerías del hotel Sheraton de Basora, se encontraban las estatuas de los héroes muertos de la Guerra Torbellino de Sadam. La muerte de esas tres docenas de soldados iraquíes —de entre quizá medio millón— no habría sido en vano. Cada soldado, modelado en bronce a partir de fotografías, alzaba el dedo por encima de las turbias aguas hacia el punto exacto donde había estado, en el interior de Irán, el frente en el que murieron. «Cabos, sargentos, comandantes y coroneles, todos mártires de la guerra *Qadisiya*», decía una placa de bronce bajo de cada pedestal.

Las estatuas de los soldados, que tenían tres veces su tamaño natural, estaban identificadas por su nombre junto a un coloso situado un poco más abajo que representaba a un primo de Sadam, el general Adnan Jairala, uno de los jefes militares más destacados y populares de Iraq, quizá demasiado popular para Sadam. Estaba de pie frente a una cureña de cañón, con el brazo derecho levantado en honor a su valentía. Había muerto —de manera «trágica», según anunció la obediente prensa iraquí— en un accidente de helicóptero poco después de que finalizara la guerra irano-iraquí. Bajo esas estatuas, había niños que vendían frutos secos envueltos en cucuruchos de papel de periódico a 12 centavos de dólar el paquete.

Se hallaban tan lejos como era posible de la cadena alimentaria, en un remoto confín de Iraq, atrapados entre la desconfianza de Irán al este, el odio de Kuwait al sur y el desprecio de Occidente, dominados por unos barcos herrumbrosos y esos imponentes gigantes de los muertos. En Iraq, todas las noches tecleé con frenesí en

mi ordenador portátil, agrietado por el calor y con la pantalla parcialmente dañada, y escribí sobre el sufrimiento y la furia volcánica de los iraquíes. Éste fue el artículo que mandé la noche del 16 de febrero de 1998 desde Bagdad, un artículo que volvería a leer en el 2003, después de que ocupáramos Iraq y descubriéramos que teníamos que hacer frente a una feroz insurrección:

Unas luces mágicas iluminan el restaurante Babeesh en la calle presidente. Unas vidrieras falsas protegen de manera discreta a la clientela. Es un restaurante de categoría para comensales de categoría, la mayoría de ellos funcionarios de las Naciones Unidas. Los hambrientos iraquíes que quedan encandilados por las luces mágicas del exterior apenas pueden atisbar las mesas iluminadas con velas del interior, ni los extranjeros que devoran ternera y pollo asado, platos llenos de frutas y verduras, ni —la especialidad del Babeesh— cócteles de gambas. Se oye una suave música mientras los camareros vestidos de blanco sirven a los refinados chicos de las sanciones de las Naciones Unidas, los inspectores de armas y los hombres y mujeres que intentan detener desesperadamente el sufrimiento causado por los caballeros del edificio de vidrio situado junto al río East de Nueva York, a 7800 kilómetros de distancia.

Sin embargo, pese a los camareros con libreas blancas, hagas lo que hagas, nada de mencionar el *Titanic*. La televisión estatal iraquí ha emitido tres veces la película de James Cameron (que se olvide de cobrar los derechos) como bálsamo para las penurias, el equivalente en Bagdad del pan y circo. A diferencia del *Titanic*, el Babeesh no tiene cenas para los pasajeros de tercera clase. Es un restaurante para quienes calculan el dinero por kilos y no por los billetes iraquíes. En la actualidad, un dinar vale 0,0006 dólares (gracias a los jefes de la clientela del Babeesh) y mi cena para tres costó 488 billetes de cien dinares, un taco de treinta centímetros de altura. No es sorprendente que algunos cafés ya no cuenten la recaudación al final del día, sino que pesan los billetes en una balanza.

Así que hay que olvidarse de la República de Weimar en un país donde el sueldo medio son 3400 dinares al mes. Sí, lo repetiré: 3400 dinares (2 dólares) al mes. Eso significa que nuestra pequeña cena en el Babeesh —sin vino, puesto que el alcohol está prohibido en los restaurantes por orden de un hombre cuyo nombre nadie pronuncia demasiado alto— cuesta catorce veces el sueldo mensual de un iraquí. ¿Y por qué no hay revueltas pidiendo comida? ¿Por qué no hay una revolución?

Un simple paseo por la calle Rashid, en la parte vieja de la ciudad, muestra la razón. Las aguas residuales se extienden formando lagos de pared a pared, un viscosa masa líquida de un color verde tan pálido que incluso tiene su peculiar belleza. Esto es lo que sucede cuando no se reparan las plantas de tratamiento de aguas residuales y el sistema de alcantarillado. Los vendedores de aparatos eléctricos —puesto que la calle Rashid es el lugar donde se acude a comprar una bombilla, un adaptador o un cable— se arriman a los muros para no pisar la inmundicia con sus zapatos de plástico. «Ustedes nos han hecho esto», exclamó en la calle Rashid, un hombre delgado y barbudo, cuando le pedí (que el cielo me perdone) una tetera eléctrica. La tetera sólo podía obtenerse en una tienda de productos extranjeros situada en las afueras y costaba 20 dólares, el sueldo de nueve meses y medio de un iraquí.

Redúzcanse las personas a este nivel de vida inhumano, y la supervivencia será más importante que la revolución. A menos que se elija ser asaltante de caminos. No estoy hablando de la clase de asalto que se practica en el Babeesh, sino de los que se producen en las largas carreteras que van por el oeste a Jordania y por el sur a Basora. «Ahí mataron al jordano», me dijo mi conductor a 100 kilómetros de Bagdad por la carretera de Ammán, refiriéndose de pasada al diplomático que decidió viajar después de que anocheciera y pagó por ello. Nadie viajaba de noche a Basora por miedo a los desertores que, según se decía, se habían convertido en bandidos para alimentar a sus familias. De noche, merodeaban hombres armados y, de día, las mujeres de las aldeas se vendían en «matrimonio temporal» por unos cuantos dinares. Esto último no me lo creí.

Hasta que dejé Basora una calurosa tarde cruzando los barrios pobres de la periferia, que tenían sus propios lagos de aguas residuales —más cálidos que la variante bagdadí, puesto que el calor del Golfo hace subir la temperatura de cualquier líquido— y donde vi una muchedumbre enloquecida que se arañaban con las uñas y transportaban el cuerpo de un niño hasta un abollado taxi anaranjado y blanco aparcado en la carretera principal. Y entonces un muchacho, quizá con apenas dieciséis años, saltó de repente al lago de aguas residuales situado junto a la carretera y se embadurnó el cuerpo con la inmundicia gimiendo, gritando y chapoteando en el agua verdosa, de modo que cubrió al cortejo fúnebre de porquería.

¿Hasta dónde podía llegar la gente llevada por la pobreza y el hambre? No tarde lo descubrí. A ciento diez kilómetros de Basora hacia el norte, en un lugar donde la carretera espejeaba bajo el calor entre los

interminables campamentos de las legiones de Sadam encargadas de reprimir a los árabes de los pantanos, distinguí a un grupo de muchachas que llevaban turbantes rojos, vestidos negros y el rostro tapado al estilo de los tuaregs. Bailaban —en realidad, giraban sin parar— en el carril rápido de la carretera, y detuvimos el coche. Una de ellas se acercó a la ventanilla del conductor con mirada suave y voz áspera. «Ven a comprar nuestro pescado —murmuró—. Ven a ver nuestro pescado y querrás comprarlo».

Pronunció la palabra *sumak*, que significa «pescado» en árabe, con un sonido sibilante y el conductor soltó una risita cruel y lasciva. La joven tendría unos dieciséis años y no vendía pescado, sino que se vendía a sí misma. Y, cuando se dieron cuenta de que no éramos clientes, las pescadoras de Iraq volvieron a sus giros en el carril de la carretera para ofrecerse a un camión jordano que se acercaba. Sí, es posible que uno se olvide del derrocamiento de Sadam Husein, por no hablar de la destrucción de sus magníficos palacios, lagos artificiales y salas columnadas. Sin embargo, me pregunto cómo pueden resistir los iraquíes de la calle presidente la tentación de romper las ventanas del restaurante Babeesh, hacer pedazos a sus clientes y, quizá, elegir luego algún pedazo de carne extranjera como complemento de su dieta.

## CAPÍTULO 19

### «AHORA PROSPERAN LOS ARMEROS...»

LADY BRITOMART: No existe ningún problema moral en el asunto, Adolphus. Debes limitarte a vender cañones y armas a la gente cuya causa es justa y decente, y rehusarlos a extranjeros y criminales.

UNDERSHAFT (decidido): No; nada de eso. Tiene que profesar la fe sincera del armero... Dar armas a todos los hombres que ofrezcan un precio razonable por ellas, sin consideración de personas ni principios: al aristócrata y al republicano, al nihilista y al zar, al capitalista y al socialista, al protestante y al católico, al ladrón y al policía, al negro, al blanco y al amarillo, a todos los tipos de individuos, todas las nacionalidades, todos los credos, todos los desatinos, todas las causas y todos los crímenes...

GEORGE BERNARD SHAW, *La comandante Bárbara*, Acto III

Antes de entrar en el recinto ferial de más de 2000 metros cuadrados situado cerca del aeropuerto de Abu Dhabi, recibo una recargada invitación impresa sobre un pergamino de vitela. «Bajo el patrocinio de Su Alteza el Teniente General Jeque Mohamed Bin Zayed al Nahyan —reza el texto—, Su Alteza el Jeque Falah Bin Zayed al Nahyan, presidente del Club de Polo y Carreras Gantut, tiene el placer invitarlo cordialmente a la final del Torneo de Polo IDEX Al Basti a las 19.30 h, a la cual seguirá una cena... Traje de etiqueta». A los pocos minutos de haber franqueado los controles de seguridad, me ofrecen una magnífica alfombra persa de seda —tejida en Qom, según recuerdo— y, a un precio misericordiosamente inferior, un juego de cobre de utensilios de cocina y unas cafeteras árabes. Hay puestos de té y flores, colores púrpura, dorado y verde en la calidez del principio de la primavera. Los árabes llevan con dignidad sus túnicas blancas; los visitantes extranjeros visten trajes azul oscuro con corbata; sus esposas, vestidos relucientes y ceñidos, a menudo acompañados por esos sombreros fantasiosos un poco tontos coronados con tallos púrpura y flores falsas. Algunas damas se acercan a la joyería, que exhibe pulseras y anillos de oro. Una de las bandas militares de gaitas del jeque Mohamed toca marchas inglesas y escocesas. Unos trabajadores indios y paquistaníes pulcramente ataviados se dedican a levantar tiendas árabes antes de que el sol del mediodía llegue a su cénit.

¿Qué fue lo que le dijo Andrew Undershaft, el vendedor de armas de George Bernard Shaw, a su hija en *La comandante Bárbara*, después de que ella visitara una enorme fábrica en Perivale St. Andrews? «La limpieza y la respetabilidad no necesitan justificación... se justifican por sí mismas. Yo no veo tinieblas ni horrididad aquí». Y tenía razón. Polo, alfombras de seda, cafeteras, flores, un lamento *highlander*, té y joyas, mientras que algunos nativos protegen las caras rosadas del sol

oriental. Es tan civilizado como el arte refinado; que es en lo que se ha convertido la venta de armas para los fabricantes de armas del mundo.

Porque detrás de las tiendas, las tiendas de alhajas y la banda de gaitas de ese gran recinto levantado en el emirato de Abu Dhabi, se exhiben algunas de las armas más letales y sofisticadas fabricadas por el hombre, tan nuevas que es posible oler la pintura reluciendo bajo el sol, tan limpias, tan atrevidas en su diseño que jamás podría adivinar uno su propósito. Y cada vez que me acercaba a examinar un misil francés, un tanque alemán, un cohete Hellfire estadounidense, un vehículo blindado británico, un cañón de asalto neerlandés, un anaquel de pistolas italianas, un fusil automático ruso, una pantalla de vídeo del ejército sudafricano llena de explosiones de color carmesí, enseguida se acercaba un amable caballero vestido con otro de esos trajes azul oscuro, un mercader de muerte blandiendo una carpeta con brillantes y lujosos folletos, ofreciendo un fuerte apretón de manos y otra taza de té.

A veces, eran un poco corpulentos —vender muerte a gran escala supone muchísima hospitalidad— y a menudo llevaban una pequeña flor púrpura o azul en el ojal. Estaban fascinados por la balística. «A medida que el día se calienta, la bala viaja más deprisa —me confió un jovial australiano—. Por la noche, el aire se hace más pesado y la bala va más despacio». Sonrientes mariscales de campo y alegres generales de todo el mundo árabe se paseaban por los pabellones de armas, apuntando a través de las miras de los fusiles, subiéndose como colegiales a obuses y tanques, pasando una y otra vez la mano por los suaves tubos de los misiles masturbando los instrumentos de la muerte.

Debo admitir una macabra fascinación por mi parte ante todo eso, un interés profesional. Estamos en la primavera del 2001. En ese momento, algunos de los ejércitos más malvados y también los más «morales» de la tierra llevaban veinticinco años arrojando en mi dirección balas, cohetes, misiles, proyectiles antitanques, andanadas de artillería y granadas, tanto los más rudimentarios como los más fabulosamente diseñados. Israelíes con misiles Hellfire aire-tierra estadounidenses, sirios con tanques T-72 rusos, pilotos de la RAF con bombas de racimo estadounidenses, muyahidines afganos con fusiles AK-47 rusos, rusos con helicópteros de combate Hind, iraquíes y azeríes con cohetes Scud de fabricación soviética, iraníes con fusiles dotados de mira telescópica hechos en los Estados Unidos y estadounidenses con cazabombarderos Boeing y acorazados con cascos del tamaño de los Volkswagen: todos ellos han enviado sus silbantes productos en mi dirección. Mientras camino entre los immaculados *stands* de esa feria, en los oídos me zumba de modo violento el tinnitus de ese cañón iraquí de 155 mm que dañó seriamente mi audición allá por 1980. En un cuarto de siglo he visto miles de cadáveres —de mujeres y niños, así como de hombres— acribillados, triturados, eviscerados, destripados, decapitados, lobotomizados, castrados y aniquilados de otras formas por un sector armamentístico que mueve billones de dólares. Casi todos ellos eran musulmanes. Tal es el símbolo de nuestro triunfo sobre Oriente Próximo en

Abu Dhabi en ese caluroso día de marzo del 2001, nuestra capacidad para matar musulmanes —y para ayudar a musulmanes a matar a otros musulmanes— con nuestras armas. No tienen armas que puedan afectarnos. Todavía no. Al menos durante los siguientes seis meses.

Me paseo de modo regular por los bazares de armas de Oriente Próximo buscando una respuesta a las mismas preguntas de siempre. ¿Quiénes son los hombres que fabrican esos inmundos pertrechos? ¿Cómo pueden justificar su comercio? ¿Cómo responderán las víctimas a esa pulverización de sus vidas? ¿Qué lenguaje puede abarcar la ciencia, la muerte y las ganancias del capital a semejante escala? Porque existe, como descubriría en Abu Dhabi, una espeluznante correlación integral entre la lingüística y las armas, entre la gramática y los cohetes. Todo trata de palabras. Así que doy vueltas por los pabellones de los vendedores de armas con una gran bolsa de lona y un deseo cleptómano de hacerme con todos los folletos, los impresos, los libros y las revistas de estadounidenses, rusos, británicos, chinos, franceses, suecos, neerlandeses, italianos, jordanos e iraníes, recopilando miles de páginas de ese material. «Llévese también esto», me grita un técnico en armamento paquistaní, mientras guardo en la bolsa recortables de cartón de bombas de alto explosivo y misiles navales. Y de vuelta al hotel lo examino todo.

Los rusos son los más suaves en su lenguaje. «Se sentirá protegido por nuestro escudo de armas inteligentes», promete la Oficina de Diseño de Instrumentos (KEP) de Rusia. El último tanque T-90 de Uralvagoncavod —descendiente de todos aquellos viejos trastos T-55 del Pacto de Varsovia— se anuncia con un sencillo «El mejor». Los misiles antiaéreos de la estatal Factoría Mecánica Uliánovsk proporcionan a sus compradores una «garra formidable». Los británicos son más desenvueltos. Vickers Defence Systems intenta colocar el nuevo Challenger 2E, «optimizado para alcanzar el mejor equilibrio entre capacidad de lucha, capacidad de fuego y movilidad... su aptitud para proporcionar efectividad en combate... ha sido demostrada». En efecto, sí, lo recuerdo. El anterior Challenger 2 fue utilizado por nuestros chicos en el Golfo. Y los Challengers dispararon, si mal no recuerdo, municiones con uranio empobrecido. «Demostrada», desde luego.

La compañía Australian Defence Industries —por un capricho de la globalización armamentística, forman hoy parte del fabricante francés Thalys— venden un «sistema de entrenamiento de defensa con fuego real» que incluye una «resistente unidad portátil». Se lleva al campo de batalla de modo que los soldados pueden practicar disparando contra seres humanos digitales cuando no matan a los de verdad. Los «blancos móviles» —uno de mis preferidos— eran «capaces de responder a funciones programables, incluidas “aparecer cuando se ordena”... “caer tras el impacto”, “reaparecer tras el impacto”, “mantenerse para recibir y contar el fuego automático” e “inclinarse”, así como “moverse arriba y abajo según lo deseado hasta el impacto”». Un enorme australiano me muestra ese aterrador jueguecito. Los muertos digitales de la pantalla son amables. Aparecen cuando les pido que lo hagan.

Los mato. A continuación son resucitados para que pueda volver a dispararles una y otra vez, y se mueven arriba y abajo según lo deseado.

A los italianos les gustan sus trompetas verbales. Las armas de fuego Beretta proporcionan «calidad sin compromiso», «experiencia, innovación, respeto por la tradición... la tradición Beretta de excelencia». El tamaño compacto y «los potentes calibres» de las nuevas pistolas 9000 S Type F de Beretta están «desarrolladas para merecer su confianza». Benelli, que como Beretta fabrica armas de caza, promociona sus instrumentos para matar animales como «negras, agresivas, muy tecnológicas». La escopeta de corredera de Benelli es descrita como «de carácter vigoroso». Los fabricantes finlandeses del fusil de caza Sako 75 presumen que a sus diseñadores se les hizo una sencilla pregunta: «¿Qué haríais de disponer de los recursos para diseñar el fusil de vuestros sueños, el nuevo fusil definitivo para el nuevo milenio?». Y, más tarde, por supuesto, sólo unos pocos meses más, miraría esa pregunta de nuevo y me preguntaría qué habría dicho —o qué dijo— Osama bin Laden de pedirle que diseñara el arma de sus sueños, la nueva arma definitiva para el nuevo milenio.

La «excelencia» surge una y otra vez en los folletos. Oshkosh de Wilmington (Ohio) fabrica camiones militares con «una tradición de excelencia», la producción de la compañía está «arraigada en la historia, centrada en el nuevo siglo». Luego tenemos el helicóptero de ataque Apache Longbow de Boeing. «Es fácil hablar de rendimientos —reza su publicidad—. Sólo Apache Longbow cumple». La Compañía Europea de Aeronáutica, Defensa y Espacio (EADS) es de las pocas que descubre el pastel. «El verdadero respeto —alardea su publicidad— sólo puede ganarse fabricando sistemas de armas superiores. Sólo teniéndolas».

En 1906, el Andrew Undershaft de Shaw dijo exactamente lo mismo. A la pregunta de si elegiría el honor, la justicia, la verdad, el amor y la piedad o el dinero y la pólvora, Undershaft responde: «El dinero y la pólvora; porque sin una buena cantidad de ambos, no se alcanza lo otro». Al cabo de un rato, empiezo a sentirme un poco mareado. Hay algo infinitamente triste e impotente en el espantoso lenguaje de los mercaderes de muerte, con sus circunloquios y su vocabulario machista contrarrestadas por las cualidades que las armas tienen como objetivo eliminar, con su admisión de que las armas significan poder, la definición última de la «excelencia». Pero lo peor está por llegar.

Bofors (de la pacífica Suecia otorgadora de premios Nobel) es un «proveedor de tecnologías para un futuro más seguro... fiable e innovador». La Pakistan Ordnance Factories produce municiones «cinceladas hasta la perfección». Mowag (de la pacífica Suiza, la de los relojes de cuco) fabrica un vehículo blindado Piranha III con un «concepto familiar para muchas variantes de misiones». Sin embargo, Lockheed Martin de Dallas los vence a todos con un «catálogo vencedor» de misiles y bombarderos, el «eterno» caza Fighting Falcon F-16; nuevos sistemas de adquisición de blancos que son «la materia gris y los músculos» de los helicópteros Apache de Lockheed: el F-22 Raptor, «una nueva raza de supercaza» que logrará «dominar los

cielos» y dotar de una «capacidad sin parangón» a los pilotos de los cazas estadounidenses; el misil Javelin autoguiado proporcionará «máxima probabilidad de supervivencia artillera»; y el nuevo sistema de lanzacohetes múltiples que los iraquíes, en su terror, llamaron «lluvia de acero» en 1991 —Lockheed cita efectivamente a los iraquíes— y que proporciona a sus usuarios una capacidad de «disparar y correr». «Disparar y correr» fue la desdeñosa descripción hecha por el general Norman Schwarzkopf de los supuestamente cobardes artilleros de los misiles Scud iraquíes, para quienes no hay en ese lugar recuerdo alguno.

Y así se apilan las satinadas revistas en el suelo de mi habitación. Es un viaje lingüístico a un mundo de fantasía. La mitad de las palabras utilizadas por los vendedores de armas —protección, fiabilidad, optimización, excelencia, familia, historia, respeto, confianza, eternidad y perfección— evocaban virtudes humanas e incluso logros del espíritu. La otra mitad —garra, vigoroso, rendimiento, experiencia, potencia, capacidad de lucha, músculos y raza— eran palabras de pura agresión, de una sexualidad masculina completamente infantil orientada a demostrar que la fuerza tiene razón. Los estadounidenses bautizaban a sus armas —el helicóptero Apache, el sistema de navegación Arrowhead, la plataforma de lanzamiento múltiple Kiowa, los sensores infrarrojos Hawkeye— con nombres de la población nativa norteamericana aniquilada por su país. Los fabricantes occidentales las llamaban raptos o pirañas. Lo único que no mencionaban era la muerte.

Quizá la amnesia tenga algo que ver en el asunto. El 12 de noviembre de 1993, en una feria de armamento celebrada en Dubai, pasé tres horas contemplando invitados —europeas con vestidos y minifaldas junto con agentes gubernamentales y potentados árabes— pasando por delante del *stand* del misil Hughes donde una fotografía mostraba un acorazado estadounidense de clase Ticonderoga disparando un misil al cielo. Fue un misil idéntico, disparado por un crucero clase Ticonderoga de guerra antiaérea equipado con un sistema «gestión de batalla» Aegis «probado en combate» —el *Vincennes*, equipado con ese mismo sistema Aegis— el que derribó un Airbus iraní el 3 de julio de 1998 y mató a los 290 ocupantes. Ninguna mención a eso en el pabellón, por supuesto. Todavía conservo las notas de mi breve conversación en el *stand* con Bruce Fields de Desarrollo de Programas de Hughes International. «Sí, fue uno de nuestros misiles estándar. No quería que utilizaran ninguna fotografía de un barco de clase Ticonderoga en la publicidad esta semana. He descubierto la foto en la pared al llegar. Por suerte, no la estamos poniendo en la publicidad». Contemplé un rastro de sonrientes dignatarios, reflexivos funcionarios de los Ministerios de Defensa árabes y agregados de Defensa estadounidenses que inspeccionaban la maquinaria y, también —pasando entre los cazabombarderos británicos y los misiles de la armada británica—, a nuestro mismísimo Carlos, príncipe de Gales.

Había flores por todas partes, como si fuera una boda más que un bazar de armamento. Rosas, lirios, estrelicias, crisantemos, pulcramente dispuestas entre los misiles. Sin embargo, la flor más brillante que podía verse en Dubai era tan artificial

como paradójica; la amapola rojo sangre de Flandes. ¿Acaso los capitanes del sector británico de la aviación, el embajador y los cónsules británicos —acaso el príncipe Carlos, que lucía una amapola artificial en la solapa de su traje gris— fueron conscientes de esa paradoja?

En los campos de Flandes las amapolas explotan  
entre las cruces, una fila tras otra,  
que marcan nuestro sitio...

Cuando escribió estos versos durante la segunda batalla de Ypres en 1915, el médico canadiense John McCrae no podía saber el uso que se le daría a esas amapolas de Flandes más de sesenta años más tarde. Durante una semana en Dubai, en ese noviembre de 1993, pudieron verse esas rojas amapolas bailando en los pechos de los hombres de admiraban lo último en «armas de apoyo al combate», Apache, Puma, Harrier, Lynx, F-18 y el nuevo Mirage 2000.

Tampoco los Honrados Muertos recibieron atención alguna en Abu Dhabi ocho años más tarde. Salvo la breve y terrible mención de la «lluvia de acero», la extinción de la vida no existía. Las palabras acerca de los «factores mortales» se referían sólo a la muerte de máquinas, de tanques y barcos. Incluso *guerra* era una palabra prohibida. Se dice defensa. Como en Ministerio de Defensa. Como en Feria Internacional de Defensa (IDEX), que es como se llamaba la gran función de Abu Dhabi. Hubo un momento extraño cuando en la conferencia de prensa inaugural de la feria de armamento, le pregunté al sultán Suwaidi, director de la IDEX, por qué los Emiratos Árabes Unidos —un pacífico y pequeño, pero adinerado país musulmán— organizaba un bazar de armamento con armas que podían utilizarse para matar a otros musulmanes. Se produjo una prolongada y elocuente pausa, durante la cual el sultán me miró fijamente. «Estos equipos no son en modo alguno los que crean las guerras o los que deciden ir a la guerra —dijo—. La estrategia de los países es la que decide si utilizar estos equipos contra musulmanes o contra otras personas. En modo alguno provocamos o apoyamos aquí las guerras o las acciones ofensivas... Somos un país pacífico. Nuestro jefe [el gobernante de los Emiratos] es conocido por ser uno de los dirigentes más pacíficos del mundo».

Y cuando después me puse a hablar con los hombres que estaban en Abu Dhabi para ganarse el pan con todos esos «equipos», resultó que eran un grupo de hombres de familia de clase media tan inocentes, tan pulcros y tan agradables como los que más. Hay que ser educado, por supuesto. Conocen todos los razonamientos. Algunos de ellos han visto *La comandante Bárbara* y sonrían sombríamente cuando menciono a Andrew Undershaft. En el pabellón de Vickers está Derek Turnbull de Blyth en Northumberland, contemplando una maqueta del tanque Challenger 2E que da eternamente vueltas y más vueltas sobre un pie de plástico. Al preguntarle si piensa alguna vez en lo que esas armas hacen a los seres humanos, la respuesta es inmediata. «Cualquiera que diga que no; miente. Toda persona civilizada que trabaja en este

negocio sabe cuáles son los propósitos. Pero somos más rígidos que nadie. Las grandes exportaciones como éstas están estrictamente controladas por el gobierno británico. Si nos sentáramos con un mapa del mundo delante de nosotros y tacháramos los países a los que no podemos vender, no quedarían muchos». Al parecer el gobierno británico —y Vickers y el señor Turnbull— seguían el consejo de la lady Britomart de Shaw, «vender cañones y armas a la gente cuya causa es justa y decente, y rehusarlos a extranjeros y criminales».

Sin embargo, el señor Turnbull añadió un comentario extraño. «No olvide que un tanque sirve para matar tanques, no personas —dijo—. Ese es su propósito». Derek Turnbull es un hombre inteligente además de amable. ¿De verdad se da por satisfecho con un comentario así? ¿Acaso no hay seres humanos —hijos de algunas madres— dentro del tanque, cuando éste es «matado»? ¿De verdad creen que sobreviven cuando un proyectil británico perfora el blindaje? Turnbull tiene dos hijos: Stephen, que tiene dieciséis años y estudia para ingeniero de sonido, y Craig, de catorce años, «que seguramente sería un buen periodista». Y da la casualidad que Blyth, donde los Turnbull tienen su casa, es la ciudad en la que obtuve mi primer trabajo como reportero —para el *Newcastle Evening Chronicle*— y donde vi el primer cuerpo de una víctima de asesinato, al que disparó un amigo, si mal no recuerdo, con una pistola alemana o italiana.

Turnbull reflexiona un poco sobre mi pregunta. Habla acerca del distanciamiento que llega con la tecnología militar de la información. «Todo el mundo lo acepta a su modo —dice—. La mayoría habla de la ingeniería y la tecnología. Se menciona de vez en cuando». El referente eludido es, por supuesto, el hecho de causar la muerte; aunque en ningún momento utiliza esa palabra. A continuación resulta que estuvo en Arabia Saudí, para Vickers, durante la guerra del Golfo en 1991 y que, aunque no era un soldado, llegó a la «carretera de la muerte» de infame recuerdo, al sur de Basora, a los dos días de la matanza masiva de iraquíes en fuga cometida por los pilotos estadounidenses y británicos y contempló los campos de la muerte —en los que también murieron mujeres— desde lo alto de los montes Mutla.

Turnbull se muestra pensativo cuando habla de eso y reflexiona al mismo tiempo sobre sus propias reacciones; un vendedor de armas contemplando el resultado último de toda su tecnología. «Fue espantoso. Sin embargo, de modo curioso, no tuve la reacción que esperaba. Mira, habíamos cruzado todo Kuwait en coche y cruzado los pozos petrolíferos que los iraquíes habían incendiado. Era lo más espantoso que he visto nunca. Y cuando llegamos al lugar de esa horrible devastación, no me vi muy afectado por los estragos en Mutla». Permanecemos unos instantes en silencio. Los estragos de Mutla fueron humanos además de materiales. Recordé al soldado iraquí que encontré completamente aplastado sobre la arena, el grosor del cuerpo apenas superaba el par de centímetros. Los incendios de los pozos petrolíferos eran espantosos, pero sin duda la muerte humana era algo diferente. Turnbull —y debo decir que parecía disfrutar con mis preguntas— se convirtió entonces en el vendedor

de armas prototípico. «Mira, Robert —dijo—, si el mundo estuviera lleno de seres humanos simpáticos que se comportaran de modo civilizado, no necesitaríamos todo este equipo».

A unos pocos metros de distancia —lo cual muestra lo entrelazados que están ya ejércitos y vendedores—, se encontraba un soldado británico miembro de la tripulación de un tanque, el sargento Ashley Franks, de treinta y un años, un hombre que había conducido, armado y mandado el Challenger, pero que se perdió la guerra del Golfo. «Estaba en Irlanda del Norte —admite—. Mi tanque fue al Golfo, pero yo no. Una lástima, la verdad». Sin embargo, a continuación su pequeña conferencia sobre las mejoras del Challenger —cómo le debe gustar a Vickers esa ayuda militar, pensé— empieza a sonar como los manuales publicitarios que tengo en el hotel. «El 2E cuenta con una fuente de energía diferente y modernizada; el Challenger 2 tenía 1200 caballos de fuerza, pero el 2E tiene 1500. En el desierto, la potencia adicional es una gran ventaja. El Challenger 2 es estupendo si nunca has manejado un 2E. La otra mejora es que cuando se produjo el Challenger 2, estábamos muy limitados en nuestro sistema térmico de puntería. El Challenger 2E tiene dispositivos térmicos autónomos para el artillero. Con el sistema de gestión de batalla, si un vehículo es señalado por el láser, todo el mundo sabe que un vehículo enemigo está señalando a un tanque. El jefe del grupo de combate también tiene el mismo sistema a su disposición. Lo hermoso de todo esto es que... otro vehículo puede encargarse del tanque enemigo». El lenguaje del sargento del ejército británico era ya muy familiar. «Fuente de energía», «estupendo», «mejora», «independiente», «hermoso». Era como si el sargento Franks intentara venderme un nuevo coche deportivo, cosa que en cierto sentido supongo que estaba haciendo.

Mientras hablaba, la maqueta del tanque giraba sobre su eje de plástico y vi, con toda la claridad de un agregado de Defensa, al jefe del nuevo 2E avanzando por el desierto a gran velocidad —me había subido a un Challenger 2 en Arabia Saudí, para hacer precisamente eso, unos días antes de la guerra del Golfo— y comprendía la confianza del sargento Franks y sus camaradas cuando su tanque entraba en la línea de fuego. Aunque entonces recordé también que Gran Bretaña había vendido tanques Chieftain al sha de Irán y que, tras su derrocamiento, la República Islámica había utilizado esos mismos Chieftain contra Iraq; y no podía deshacerme del vivido recuerdo de meterme en el interior de un Chieftain capturado por los iraquíes en 1980, volver la cabeza hacia la derecha y encontrar los restos del esqueleto de su artillero iraní en el asiento a mi lado. Seguramente el soldado había tenido la edad del sargento Franks. El gobierno británico aprobó la venta de los Chieftain a Irán. Acabaron en manos de los soldados del ayatolá Jomeini y luego en las de Sadam.

Sin embargo, en las ferias de armamento la cuestión es vender, no morir. A unos pocos metros de Turnbull y Franks, encontré a dos atractivas ucranianas que mostraban sus recientes diplomas militares ante unos árabes desconcertados. María Verenis y Julia Bartashova eran el modelo mismo de una gran campaña publicitaria

moderna —Ucrania vendía tanques—, mientras que en un pabellón estadounidense, una figura aún más deslumbrante se paseaba por el *stand* de los fusiles Winchester. Ramona Doll anunciaba un chaleco antibalas con una ceñida blusa y unos apretados pantalones de color acero, complementados con un revólver y demasiado pintalabios. No era la otra cara de la moneda, sino la encarnación misma de la basura machista de los folletos de los misiles.

Al teniente general Mustafá Tlass le habría gustado. Descubrí al incombustible ministro de Defensa de Siria escoltado a través del pabellón militar jordano por el joven rey Abdulá de Jordania, hijo del difunto amigo de Gran Bretaña (y comprador de armas británicas) que fue el Reyecito Valiente Husein. Tlass, que se asomaba a los vehículos blindados y los cañones, con una túnica en la que aún quedaba un huequecito para más medallas, declaró una vez su amor por Gina Lollobrigida y le dedicó un poema. Ojalá sus soldados en formación, le escribió en verso, pudieran blandir misiles que se transformaran en tulipanes de amor. Sin embargo, los misiles Sam-6 sirios acumulaban herrumbre y se quedaban sin municiones. Los estadounidenses vaciaron de gasóleo sus viejos tanques M-48 y los arrojaron al mar frente a Florida para formar un arrecife de coral. Los checos utilizaron los cañones de sus tanques T-55 para hacer farolas. Bárbara, la hija de Undershaft enrolada en el ejército de Salvación, lo habría aprobado.

Sin embargo, el arma que rondaba desde hacía tiempo por mi imaginación —y que se convertirá en el villano de este capítulo— se llamaba Hellfire, un arma antiblindaje utilizada durante años por los israelíes en el Líbano y, de modo más reciente, en la Cisjordania y la franja de Gaza ocupadas. Fue un Hellfire I, disparado por un Apache israelí de fabricación estadounidense y dirigido contra una ambulancia libanesa en 1996, el que mató a tres niños y una mujer que iba a bordo. Fueron restos del mejorado Hellfire II lo que encontré el mes de noviembre anterior en un hogar civil parcialmente destruido en el pueblo cristiano de Beit Jala, en la Cisjordania ocupada, disparado contra los palestinos por los israelíes, después de que unos palestinos dispararan contra el asentamiento judío de Gilo (construido en parte sobre tierras arrebatadas a los palestinos de Beit Jala). El Hellfire ocupaba un lugar de honor en el *stand* de Lockheed Martin; y su experto era el vicepresidente John Hurst, de sesenta y nueve años. Hurst dijo no saber nada de la ambulancia. Ni de las casas de Beit Jala. Resultó que los directivos de Lockheed en Israel eran a veces israelíes. Nettie Johnson —que admitió que su compañía había omitido a Israel de la lista oficial de clientes entregada a los árabes en Abu Dhabi— expresó su malestar por toda conversación acerca de Israel.

Sin embargo, hablando del Hellfire, John Hurst parecía un padre orgulloso. Rockwell había ganado el contrato del misil aire-tierra Hellfire en los setenta, pero Hughes los había vencido con el programa Maverick. Me contó toda la historia del Hellfire, su sucesión del TOW, el desarrollo por parte de Lockheed Martin de un buscador láser de bajo coste, el modelo F («la solución rápida al blindaje reactivo»),

la producción conjunta entre Lockheed (80 por ciento) y Boeing (20 por ciento) y en ese momento la producción al 100 por ciento por parte de Lockheed y la venta del Hellfire II a Israel, Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos, Egipto... El gobierno estadounidense tenía que aprobar el comprador. Ésa es la historia que les gusta contar a los fabricantes de armas, una historia despojada de política y muerte, llena de porcentajes, costes de desarrollo y acuerdos.

Sin embargo, Hurst había leído *La comandante Bárbara* —mencionó el nombre de Undershaft antes de que yo lo hiciera— y cuando insistí en hablar de la moralidad (o la inmoralidad) de su trabajo, tenía una «declaración de principios» de su propia cosecha. *A posteriori*, pienso que se trata de un credo. Deseaba que comprendiera. «He tenido grandes debates —dijo—. También en el plano religioso. Antes de esto, era director de desarrollo del Pershing II. Era el responsable de vender el Pershing II a las fuerzas estadounidenses, así como a otros países como Alemania, que habían comprado el Pershing 1A». Hace aquí una pausa para ver si he comprendido las implicaciones; vender Pershing era vender guerra nuclear. Había un código moral, dijo Hurst. La cuestión era «armar a otros países para que librarán sus guerras en lugar de enviar a nuestros soldados para que lo hicieran por ellos».

Sin embargo, pretendía ir más lejos aún; de modo que me acomodé en el pabellón de Lockheed mientras John Hurst, cuarenta años con Lockheed, dejaba chico a Undershaft. «Desde un punto de vista religioso, soy un cristiano muy firme. Soy episcopaliano». Puedes leer de cabo a rabo todo el Nuevo Testamento y no encontrarás nada sobre defenderse liquidando al contrario. Sí, admitió, hay una referencia en san Pablo a ponerse «la armadura de Dios». Sin embargo, el Antiguo Testamento, eso ya era otra cosa. «Está lleno de sitios donde Dios nos dice que quiere que nos defendamos contra quienes quieren derribarnos. En el Nuevo Testamento, se dice que el Señor quiere que prediquemos Su Evangelio... y eso no podemos hacerlo si estamos muertos. No es una postura agresiva... el tipo que quiere hacerme daño se lo tiene que pensar dos veces... el Señor quiere que nos defendamos y nos armemos de modo que podamos difundir su Palabra».

Eso sonaba más a las cruzadas que a ética, era la exégesis de un misionero armado. Sí, Hurst es un hombre de familia, casado con Letitia y con cuatro hijos. El primogénito, John, dejó su trabajo en los hoteles Marriott, se enamoró de una chica de Budapest y se casó con ella; William es director de marketing de Marriott en Orlando, tiene dos hijas; Byron trabaja en programas navales para una consultoría en Washington (D. C); Carol es maestra y tiene varios niños. Y, por supuesto, vuelvo a preguntar. ¿Niños? ¿Armas? ¿Muerte? «Tienes que pensarlo bien todo —contesta Hurst—. Conocí a gente en el programa que dejó la compañía. No podían ni pensar en el tema de la guerra nuclear. Tienes que verlo desde el punto de vista del planificador estratégico: es mejor tener unos cuantos Pershing en el patio de atrás que un SS-20 sobre el tejado. Eso fue lo que dijo en aquella época Alexander Haig. Y los rusos no dispararon sus SS-20».

¿Y la muerte?, pregunto de nuevo. «¿La muerte? Con razón o sin ella, nunca la asocio con lo que estoy haciendo. Si veo una bomba que estalla y piernas volando por los aires, nunca me digo: “Quizá haya sido yo el causante”. Porque es eso lo que intentamos impedir. A veces algún lunático quiere prenderle fuego a algo... Cuando un tipo como [Sadam] Husein empieza a comportarse así, no tenemos ningún recurso... [Le decimos:] “Esto es lo que pasa cuando haces eso, no vuelvas a hacerlo.”»

Sin embargo, mientras los fabricantes de armas traficaban con la lingüística del poder, la belleza, la excelencia, la protección, la fiabilidad, la potencia y los músculos, el evangelio predicado en Abu Dhabi no tenía nada que ver con el dios de John Hurst. Trataba en última instancia de miedo y amenazas: el miedo a Irán e Iraq, el miedo a la agresión de Sadam, las constantes y reiteradas advertencias de que esos Estados petroleros árabes del Golfo amables, suaves, arenosos e indeciblemente ricos debían armarse y rearmarse para defenderse contra un ataque químico, biológico y nuclear. Este escenario macabro y completamente falso, por supuesto, se convertiría en algo cansino y familiar dieciocho meses más tarde cuando el presidente Bush y el primer ministro Blair utilizaran esos mismos demonios para embarcarnos en una guerra. En Abu Dhabi, en marzo del 2001, se introducían con la intención de obtener un puro beneficio comercial: para aterrorizar a «nuestros amigos» del Golfo, convencerlos de que sólo se sentirían seguros comprando armamento por valor de miles de millones de dólares. En retrospectiva estas tácticas fueron un ensayo general para la reutilización del mismo material inexacto con el objetivo de justificar nuestra invasión de Iraq en el 2003.

El modo en que este evangelio se definía —y predicaba— resultaba más que evidente en la gran sala con aire acondicionado anexa al bazar de armas. La «Conferencia de Defensa del Golfo» era el lugar adecuado para aprender acerca de las amenazas. El primer día, Neil Partick del Real Instituto de Servicios Unidos dio una conferencia sobre los «países motivo de preocupación en el Golfo». Lo oímos todo acerca de la capacidad de misiles balísticos de medio alcance de Irán, la capacidad potencial de Iraq para reconstruir lanzamisiles móviles. «¿Y qué pasará... cuando Irán sea un país nuclear?», preguntó a los árabes.

Las afirmaciones del señor Partick estaban rodeadas de cláusulas condicionales, pero el mensaje era muy claro. «Lo importante es crear una coalición con árabes del Golfo... crear una coalición con los estadounidenses y los aliados europeos». Osama bin Laden —«en absoluto un actor único»—, junto con los delincuentes de la antigua Unión Soviética y la posible transferencia por parte de Rusia de armamento de alta tecnología a Irán<sup>[1]</sup>. Por todo el bazar de armas de Abu Dhabi, las advertencias continuaban de modo más crudo. En el *stand* de British Aerospace («BAE Systems le proporciona un paquete completo, ajustado a sus necesidades»), una superproducción en vídeo demostraba cómo el *know-how* británico podía acabar con una disputa fronteriza. Las partes contendientes en esa absurda película eran Naranja (el agresor)

y Azul (la víctima), cuyo territorio —y ahí estaba la clave— contenía «reservas de petróleo y gas en la zona fronteriza». Lo cual, por supuesto, quería decir Kuwait, Arabia Saudí, Bahrein y los Emiratos. La única potencia que compartía frontera con Kuwait y Arabia Saudí era Iraq. Así que había que colorear de anaranjado a Sadam. Las revistas militares occidentales entregadas a los visitantes árabes de la feria tenían un tema paralelo. «Ha llegado el momento de que los Estados del golfo Pérsico consideren en serio su seguridad colectiva», proclamaba *Defense News* del grupo Gannett de Springfield (Virginia). La amenazas de la zona «ponen de relieve la importancia del reforzamiento de sistemas defensivos por todo el vulnerable punto débil de Oriente Próximo, la península Arábiga... en ausencia de una mayor cooperación, su situación de seguridad se hace más endeble cada día».

En vano el segundo jefe del estado mayor, el general de división Fahad Ahmad al Amir, contaba a los delegados que Israel seguía siendo una amenaza para los árabes, que «la situación de seguridad en el Golfo y la situación de seguridad en el conflicto árabe-israelí estaban vinculadas». Inútil fue su súplica de que «si queremos crear un paradigma de paz en la región del Golfo, debemos tener un paradigma de paz en Palestina». Sin sentido fue su advertencia de que la suerte de Jerusalén estaba muy metida en el corazón de todos los árabes. Los organizadores del bazar de armas de los Emiratos habían hecho caso omiso de las solicitudes enviadas por fax de los fabricantes de armas israelíes para exponer en Abu Dhabi. Sin embargo, los ejemplares gratuitos de *Jane's Intelligence Review* entregados a los muchachos del negocio de armas contenían un artículo con los mitos habituales acerca de la disputa árabe-israelí. El asentamiento judío ilegal construido en tierra árabe en Har Homa era mencionado sólo como un «proyecto polémico» (su nombre árabe de Jebel abu Ghoneim era omitido), la Cisjordania palestina recibía su nombre israelí de Judea y Samaria, mientras que la última cifra de 450 muertos de la última *intifada* omitía añadir que la inmensa mayoría de esas víctimas eran árabes palestinos. El artículo estaba escrito por David Eshel, un «analista de defensa», que resultaba ser un antiguo oficial del ejército israelí.

Sí, lo que se predicaba en Abu Dhabi era la nueva doctrina de George W. Bush: la amenaza procede del criminal de guerra Sadam Husein, no del pacífico Israel. Los árabes necesitaban defenderse ellos mismos, y rápidamente; una política que requiere la extracción sistemática de la riqueza árabe del Golfo, el despilfarro árabe de miles de millones de dólares en armas occidentales para proteger el Golfo de la ruina de Iraq y el caos de Irán. Las estadísticas lo decían todo. Sólo en 1998 y 1999, el gasto militar árabe en el Golfo ascendió a 92 000 millones de dólares. Desde 1997, los Emiratos habían firmado contratos por valor de más de 11 000 millones de dólares y añadido 112 aviones a su arsenal, incluidos 80 F-16 de Lockheed Martin y 32 Mirage 2000-9 franceses. Las cifras son pasmosas, repugnantes. Entre 1991 y 1993, la Misión de Formación Militar de los Estados Unidos administró más de 31 000 millones de dólares en adquisiciones saudíes de armas a Washington y 27 000

millones en nuevas adquisiciones estadounidenses. La fuerza aérea saudí ya poseía 72 cazabombarderos F-15 estadounidenses, 114 Tornados británicos, 80 F-5 y 167 Boeing F-15. En el IDEX, exhibían sus armas 800 expositores de cuarenta y dos países. El pabellón militar ruso contenía cincuenta empresas militares rusas que vendían tanques, vehículos blindados, misiles superficie-aire y buques de guerra. De modo increíble, Philippe Roger, director de Relaciones Internacionales de la Delegación General para el Armamento francesa, anunció en Abu Dhabi que «si bien los gobiernos [del Golfo] podrían considerar la utilización de los mayores ingresos [del petróleo] para pagar su deuda, creemos que deberían destinarse mayores asignaciones al gasto relacionado con la defensa».

Y si la población —en tanto que opuesta a sus gobernantes— ponía objeciones a esa insensatez, también disponía el bazar de los medios para poner fin a su protesta. La compañía sudafricana Swartklip Products anunciaba generadores de humo para «operaciones de limpieza a gran escala», una bala de goma de 37 mm que «neutraliza al alborotador por medio de un fuerte golpe no letal», un bote de humo que se dispara al interior de edificios y una bala de escopeta del calibre 12 que proporciona un «medio adecuado para inutilizar activistas seleccionados».

Presas de la desesperación, caminé hasta el pabellón ruso. Y fue ahí donde lo encontré. En realidad, me costaba creer que un nombre con tan mala fama en todas las guerras y atrocidades del mundo, con tantos ecos de insurgencia y revolución, utilizado con tanta frecuencia en las crónicas de guerra que la palabra misma se había convertido en un cliché de las informaciones bélicas, tuviera de verdad otra forma material diferente de la del AK-47, el fusil más famoso del mundo. Ahí estaba el fusil que había visto en el Líbano, Palestina, Siria, Iraq, Egipto, Libia, Argelia, Armenia, Azerbaiyán, Bosnia, Serbia. Ahí estaba el fusil que había sostenido en las manos en aquel helado convoy militar soviético camino de Kabul cuando fuimos atacados por muyahidines afganos veintiún años atrás. Era un signo de los tiempos rusos el que para vender sus tanques y sus Mig hubieran recurrido al inventor de 81 años de la más emblemática de las armas y lo hubieran enviado hasta Abu Dhabi.

Encontré sentado en una pequeña sala a Mijaíl Kaláshnikov en persona, un hombre bajo y rechoncho pequeño, con un arreglado pelo gris y bastantes dientes de oro, las manos vacilantes, pero los ojos siberianos vigilantes como los de un lobo, y que seguía llevando sus dos medallas soviéticas de Héroe del Trabajo Socialista. «¿No ha pensado nunca que debería cambiar de fe? —le había preguntado un comandante del ejército saudí unos años antes—. Según los parámetros cristianos, es usted un gran pecador. Es el responsable de miles, incluso decenas de miles, de muertes por todo el planeta. Hace tiempo que le tienen preparado un lugar en el infierno». Sin embargo, añadió el comandante, Kaláshnikov era un auténtico musulmán. «Y cuando se cumpla el tiempo de su existencia terrenal, Alá lo acogerá como un héroe... La misericordia de Alá es ilimitada».

Al menos, así es cómo Mijaíl Kaláshnikov cuenta la historia. Y, por lo menos, él

es uno de los pocos vendedores de armas que ha experimentado la guerra. Nació en noviembre de 1919, hijo de un matrimonio que tuvo dieciocho hijos, de los cuales sólo seis sobrevivieron; en 1941, estando al mando de un tanque soviético T-38, fue herido en el hombro y la espalda cuando un proyectil alemán le clavó en el cuerpo parte del blindaje del tanque. «Estaba en el hospital y un soldado me preguntó: “¿Por qué nuestros soldados sólo tienen un fusil por cada dos o tres hombres cuando los alemanes tienen fusiles automáticos?”. Así que diseñé uno. Era un soldado y creé un arma para un soldado. Se llamó Automat Kalashnikova —arma automática de Kaláshnikov—, AK, y llevó la fecha en que se empezó a fabricar, 1947».

El AK-47 se convirtió en el símbolo de la revolución: palestina, angoleña, vietnamita, argelina, afgana, de Hezbolá, el fusil de combate del Pacto de Varsovia. Y pregunté al anciano Mijaíl Kaláshnikov cómo justificaba toda esa sangre, todos los cadáveres hechos trizas con su invento. Ya se lo habían preguntado antes. «Verá, todos esos sentimientos aparecen porque un bando quiere liberarse por medio de las armas. Pero en mi opinión, lo que prevalece es el bien. Quizás usted viva para ver el día en que el bien prevalezca; será después de mi muerte. Pero llegará un tiempo en que mi arma ya no será utilizada ni será necesaria».

Era increíble, absurdo. El AK-47 tiene una categoría mítica. Kaláshnikov lo admite. «Cuando conocí al ministro de Defensa de Mozambique, me regaló una bandera nacional de su país, que lleva la imagen de un subfusil Kaláshnikov. Y me dijo que cuando todos los soldados de la liberación volvieron a casa a sus pueblos, pusieron a sus hijos el nombre de Kalash. Creo que es un honor, no sólo un éxito militar. Es un éxito en la vida cuando hay personas a las que se les pone mi nombre, que se llaman como yo, Mijaíl Kaláshnikov». Incluso el Hezbolá libanés ha incluido el AK-47 en su estandarte islámico: el fusil forma la «L» de «Alá», escrito en árabe. No tenía sentido preguntarle al anciano qué opinaban de él sus hijos. Su hijo Víktor, de cincuenta y siete años, era diseñador de armas pequeñas y formaba parte de la delegación rusa a Abu Dhabi.

De modo que nos embarcamos en la versión rusa de una senda moral familiar. «Mi objetivo era proteger las fronteras de mi patria —me cuenta Kaláshnikov—. No es mi culpa que el Kaláshnikov se hiciera famoso en todo el mundo, que se utilizara en muchos lugares conflictivos. Creo que los culpables son las políticas de esos países, no los diseñadores de armas. El hombre ha nacido para proteger a su familia, sus hijos, su esposa. Pero quiero que sepa que aparte de las armas, he escrito tres libros en los que intento educar a nuestra juventud para que muestre respeto por sus familias, las personas mayores, la historia...»

Estaba en vena nostálgica. «He vivido una época en que todos queríamos beneficiar a nuestro Estado [soviético]. El estado se hacía cargo hasta cierto punto de sus héroes y diseñadores... En el pueblo donde nací, un decreto especial ordenó la erección de un monumento que tiene el doble de mi altura. En la ciudad de Ishevsk donde vivo, hay ahora un museo Kaláshnikov con una sección dedicada a mi vida, ¡y

eso ha ocurrido estando yo en vida!» No, me dice Mijaíl Kaláshnikov, no es rico, tiene poco dinero. «Habría dado buen uso al dinero de haberlo tenido. Pero hay algunas cualidades que son más importantes. El presidente Putin me llamó por mi cumpleaños el otro día. Ningún otro presidente telefonaría a un diseñador de armas. Y esas cosas son muy importantes para mí». ¿Y Dios?, pregunté. ¿Qué diría Dios de Mijaíl Kaláshnikov? «Fuimos educados de tal modo que probablemente soy ateo — contestó—. Pero algo existe...»

Sólo había otro lugar más en el que buscar una respuesta. Me acerqué a un pequeño *stand* escondido en un rincón de uno de los pabellones más remotos, donde se exhibían en una estantería maquetas pintadas de marrón de lanzadores de cohetes móviles. Era el bazar de armas iraní. Sus misiles se llamaban Alba o Sol Matutino, aunque me fijé en uno, un gran monstruo con un alcance de 125 kilómetros y aspecto de V-2 producido por el Grupo Industrial S. B. de Teherán. Se llamaba Nazeat. Es una palabra persa que significa «horror de la muerte». Sí, Irán —el único país de todo el mercado de armas mundial que decía el verdadero propósito de un arma— había puesto a un misil el nombre de la extinción de la vida. ¿Encontraría ahí la respuesta a todas mis preguntas?

Esos misiles no estaban en venta, me informó solemnemente Morteza Joravi. El objetivo era sólo mostrar las «capacidades» de Irán; sin embargo, en el año 2000, Irán había vendido productos de «defensa» por valor de 31 millones de dólares a Asia y África. Joravi, un joven del Ministerio de Defensa iraní, con una pequeña barba, una expresión vehemente y una familia que había perdido a sus propios «mártires» en la guerra Irán-Iraq de 1980-1988, me explicó con sumo cuidado —tardó medio minuto en pensar sobre cada pregunta antes de contestar— que «el equipo de defensa de nuestras líneas de producción pertenece a todos los países islámicos; estamos aquí para establecer una cooperación conjunta con ellos». Sin embargo, añadió en seguida, Irán sólo vendía de acuerdo con unas reglas estrictas, conforme a la Ley de Control de Exportaciones de las Naciones Unidas. Una vez más, lady Britomart acudía al rescate. En cualquier caso, más del 60 por ciento de la capacidad militar de Irán se había reconvertido a la producción civil.

Todo eso lo sabía. Lo que deseaba oír se relacionaba con la inmoralidad de la producción de armas. Morteza Joravi pareció desconcertado. ¿Acaso no estaba claro? «La producción de armas tenía dos propósitos principales —dijo—. Algunos las quieren para la agresión, otros para la autodefensa. Esto último es el caso de nuestro país, producimos armas sólo para la autodefensa y para la política de protección de nuestro gobierno. Hemos tenido un Estado pacífico, pero otros nos han invadido; hemos tenido los diez años de la Guerra Impuesta. La única política de nuestros soldados en esa etapa ha sido defender sus fronteras y su país. Siempre tuvimos una política de defendernos». Hubo otra larga pausa. A continuación Joravi pronunció el mantra de todo vendedor de armas. «Es un hecho que todo ser humano debe defenderse».

Se lo había oído a Derek Turnbull, a Mijaíl Kaláshnikov, a John Hurst. Ojalá el mundo estuviera lleno de seres humanos que hicieran cosas civilizadas. El Señor quiere que nos defendamos. El hombre ha nacido para proteger a su familia. Protección, respeto, confianza, historia, eternidad. Parecía inútil quedarse a escuchar más tiempo esas palabras. Eran imparables, incontestables, imposibles. Ahora prosperan los armeros, no cabe duda. Los mercaderes de la muerte venden muerte en forma de protección, el asesinato como defensa, como la voluntad de Dios, destino humano, deber patriótico. Las facturas —humanas y financieras— vienen más tarde. Y nosotros pobres humanos somos «blancos móviles», personas asustadas a las que desplumar con charlas sobre amenazas y agresión. La amenaza está en nuestro interior, por supuesto, mientras viajamos por el mundo. Nuestra tarea es «movernos arriba y abajo según lo deseado hasta el impacto».

Así se sienten los palestinos. Apenas un mes después de mi conversación con John Hurst, estaba en Belén, en la Cisjordania ocupada, donde Lockheed Martin de Florida y los Laboratorios Federales de Pensilvania habían hecho una gran contribución a la vida local de la municipalidad. O —en el caso de Lockheed— a su muerte. Descubrí piezas de Hellfire almacenadas en sacos en la sede de la oficina de la defensa civil como prueba de la muerte violenta de Osama Jorabi, de dieciocho años. El Hellfire había explotado en el salón de su casa y lo había matado en el acto, menos de dos meses antes. El motor, el tubo del combustible y jirones del sistema de cableado habían sido clasificados en bolsas de plástico por los conductores de ambulancia y los paramédicos, junto con decenas de espoletas de proyectiles disparados por tanques israelíes contra Beit Jala, en el ataque al pueblo palestino cristiano del que Jim Hurst dijo que no había oído hablar. Los palestinos podían leer las pruebas del origen estadounidense de las armas, pero no eran capaces de identificar los misiles y proyectiles efectivamente empleados. «Somos trabajadores humanitarios —me dijo uno de los conductores de ambulancia en una lluviosa mañana de sábado mientras yo revolvía una bolsa de restos de hierro de misiles y metralla en su despacho de Belén—. No somos científicos».

El uso de armamento estadounidense contra los árabes por parte de Israel ha sido una de las mayores fuentes de rabia en Oriente Próximo, y el relato de su uso es casi tan importante como el conflicto político entre Israel y sus enemigos. Porque una cosa es saber que Washington afirma ser un «socio neutral» en las negociaciones de paz de Oriente Próximo al tiempo que apoya a una de las partes —Israel— en todas sus demandas; y otra muy diferente es saber que los armamentos que Israel emplea para imponer su voluntad —armas que matan y destrozan a árabes— llevan grabadas las pruebas de su fabricación en los Estados Unidos. Incluso los cartuchos de gas lacrimógeno disparados por los israelíes contra los palestinos en Belén son hechos en los Estados Unidos. Los palestinos afirmaban —con fundadas razones— que el gas

había causado graves dificultades respiratorias infantiles tras ser disparado contra niños que lanzaban piedras cerca de la tumba de Raquel. Los cartuchos y los botes de gas tenían la etiqueta «Federal Laboratories, Saltsburg, Pensilvania 15 681» y en el metal lleva inscrito que eran «proyectiles de largo alcance 150 metros». Los casquillos, según las instrucciones de los fabricantes estadounidenses que leí en el lateral, contienen «gas lacrimógeno muy irritante para los ojos, la nariz, la piel y el sistema respiratorio... En caso de exposición, no frotar los ojos, búsquese ayuda médica inmediatamente<sup>[2]</sup>».

Durante todo el principio del 2001, los tanquistas israelíes dirigieron de modo rutinario sus proyectiles contra Beit Jala cuando los activistas palestinos disparaban sus fusiles Kaláshnikov —sí, el invento del jovial Héroe del Trabajo Socialista de 81 años, Mijaíl Kaláshnikov— desde el poblado de Beit Jala al asentamiento israelí vecino de Gilo, y la mayoría de esos proyectiles llevaban detonadores estadounidenses. Todos tenían el código: «FUZE P18D M549AC0914H014-014» (en algunos casos el último dígito era un 5). Uno de esos proyectiles mató en noviembre del 2000 al doctor Harald Fischer, un ciudadano alemán que vivía en Beit Jala.

El motor del misil Hellfire de Lockheed que estalló en la casa de Osama Jorabi en febrero del 2001 llevaba el código «189 76-1 334 987 DMW90E003-007» y su número de «Lote» —la tanda de misiles del que procedía— era el 481. En un pequeño tubo de acero encima del motor estaba escrito el código «12 903-9 225 158 MFR-5S443». Una pequeña y pesada cúpula cilíndrica que parecía proceder del mismo proyectil estaba etiquetada «Batería Térmica» y llevaba el código «P/N 10 217 556 E-W62, Lot No. EPH-2-111, Date of MFR [fecha de fabricación] 08 776, MFG Code 81 855». Los códigos van seguidos de las iniciales «U. S».. Otros trozos de misiles incluían fragmentos dañados de una aleta articulada y un amasijo de cables. El ataque con misiles, según los israelíes, fue un «golpe preventivo» contra el pueblo, aunque Jorabi no era ningún militante y su única ambición era formar parte del proyecto de teatro de Beit Jala. Los israelíes utilizaron helicópteros Apache para disparar sus misiles contra Beit Jala al menos en seis ocasiones —incluida la que mató a Jorabi— y los Apache son fabricados por Lockheed en su gigantesca fábrica de armamento de Orlando (Florida), hogar de los misiles Hellfire I y II. Los fabricantes estadounidenses se niegan por principio a aceptar cualquier responsabilidad por las sangrientas consecuencias del uso de sus armas. Descubrí que los cartuchos de gas de Pensilvania utilizados por los israelíes en Belén llevaban efectivamente un descargo oficial de responsabilidad. «Los Laboratorios Federales —rezaba— no asumen responsabilidad alguna por el uso no apropiado de este dispositivo».

El mercado de armas mundial, siendo como es inmoral, embustero y asesino, es también una bestia que reclama a gritos publicidad y secreto. Necesita tanto vender como ocultar, hacer sus miles de millones con los árabes evitando al mismo tiempo toda mención al resultado final de la sangre y los sesos esparcidos por la arena. Los

conglomerados armamentísticos franceses Giat y Dassault, junto con Lockheed Martin, tienen sedes locales en relucientes edificios de oficinas de Abu Dhabi. Y los intermediarios —los árabes, israelíes, alemanes, estadounidenses y británicos que negocian entre los fabricantes y los compradores— también tienen la extraña tendencia a cortejar a la prensa, a revelar sus más siniestras características, a jactarse de su crueldad, de su necesidad en un mundo inmoral. A veces creo que desean utilizar a los periodistas como confesores.

Quizá por esa razón he pasado años, en conjunto, investigando los modos en que nosotros —estadounidenses, europeos (incluidos los rusos), «Occidente» en la definición más generosa de la palabra— hemos producido los instrumentos de muerte para aquellos que viven en Oriente Próximo. Ni una sola vez hemos reflexionado sobre cómo podrían los musulmanes árabes responder a ese extraordinario y malvado comercio de las armas, cómo podrían intentar vengarse de nosotros, no en sus tierras sino en las nuestras. Durante la guerra civil libanesa, me esforcé por conectar a la víctima con el asesino, a veces recorriendo Beirut para localizar al francotirador o el artillero que había hecho volar en pedazos a un hombre o a una mujer. Una vez en Beirut oriental, me enfrenté a un miliciano falangista cristiano que, estoy seguro, disparó el proyectil de mortero que mató a una joven en una calle de Beirut occidental. Se negó a hablar conmigo. De modo que busqué al traficante de armas que hizo posibles esos asesinatos. Sobre todo, buscaba enfrentar a los fabricantes de armas con la prueba total e ineludible de que su arma en concreto había asesinado a un inocente. Fue un viaje que me llevaría a lo largo de decenas de miles de kilómetros durante más de diez años, al Golfo, Irán, Palestina, Israel, Alemania, Austria y los Estados Unidos. Fue una misión triste y deprimente porque cuanto más aprendía menos remedio parecía tener la tragedia de Oriente Próximo. Que los venales países occidentales traficaran con sus letales productos en el mundo musulmán e Israel era una cosa; otra muy diferente era contemplar esos mismos países de Oriente Próximo suplicando, gimiendo y despilfarrando su riqueza para comprar esas mismas armas.

Un frío día de finales de invierno, en 1987, mientras la terrible guerra con Iraq entraba en su etapa final y más apocalíptica, llegué a la estación de tren de Colonia para entrevistarme con traficante que sabía demasiado acerca de esos costosísimos conflictos de Oriente Próximo. Era un mercader de armas regordete y con gafas que había actuado muchas veces como conducto entre el gobierno estadounidense y el régimen iraquí de Sadam Husein. Se sentó en su oficina con una amplia sonrisa, insistiendo en que debía permanecer en el anonimato a menos que deseara ser el responsable de su asesinato. ¿De modo que era cierto, le pregunté, que le habría proporcionado al gobierno iraquí la información de la CIA sobre el ejército iraní? Se echó a reír —larga, profundamente, quizá durante más de treinta segundos— antes de admitirlo todo. «Señor Fisk, le diré una cosa. Al principio de la guerra, en septiembre de 1980, fui invitado a ir al Pentágono. Y allí me entregaron las últimas fotografías de

satélites de las líneas de frente iraníes. En las imágenes se veía todo. Estaban los emplazamientos de cañones en Abadán y, detrás de Jorramshar, las líneas de trincheras en el lado oriental del río Karun, los taludes de protección de los tanques —miles de tanques— a lo largo de todo el lado iraní de la frontera en dirección al Kurdistán. Ningún ejército podía desear otra cosa. Viajé con esos mapas desde Washington hasta Frankfurt y desde Frankfurt con las líneas aéreas iraquíes directamente hasta Bagdad. Los iraquíes se mostraron muy agradecidos, muchísimo».

Los alemanes parecen tener una tendencia a jugar esos juegos traicioneros. Durante meses entre mediados y finales de los ochenta, investigué el tráfico de armas de Oriente Próximo y a menudo me encontré de vuelta a ese lugar del oscuro pasado de Europa, recorriendo valles nevados en los grandes trenes alemanes, la bolsa llena de cuadernos y documentos con todas las peticiones iraníes de compra de armas para 1987, 1988 y más allá, para incontables años de guerra contra Iraq que se escorzarían en el plazo de sólo doce meses.

En el frío de 1987, uno de esos largos trenes me lleva a Königswinter, un chófer con una limusina dotada de una buena calefacción me espera en la estación para llevarme al *Schloss* desde donde la «Araña de Bonn» ayuda a cambiar el mapa militar de Oriente Próximo. Gerhard Mertins fuma largos y gruesos puros cubanos y tiene aspecto de traficante de armas, un papel desempeñado a la perfección porque es real. No hay dudas, falta de confianza, ambigüedades morales mientras entra en el estudio de su despacho de Königswinter, con la nieve que cae pesada y cómodamente al otro lado de la ventana. «Me gusta este tiempo, ¿a usted no?», pregunta, apartándose los copos de la chaqueta.

Suena el teléfono y Herr Mertins habla intensamente al auricular. «Tenemos que conocer las necesidades de sus generales», dice con impaciencia. A continuación vuelve a colocar el auricular con una risita indulgente. Entonces se presenta como alguien muy abierto. «Era el ejército grecochipriota. Están interesados en nuevos cañones antiaéreos y nuevas minas para sus puertos. Recuerde lo que le digo, algo se cuece en la isla de Chipre». Se echa a reír de nuevo, es un hombre que está al corriente de lo que ocurre, un hombre imperturbable ante las iniquidades de la guerra. Cuando le pregunto a Herr Mertins a quién vende armas, casi se pone a toser ante la indignidad que le atribuyo. «Creo, si me lo permite, que ésa es una pregunta muy ingenua».

Suelta grandes bocanadas de humo de su puro; luego avanza el brazo y lo usa para describir un movimiento elíptico, casi acrobático ante él. «Le hablaré con sinceridad, estoy en el caballo árabe. ¿Por qué no? Mire, tengo principios. No lo hago por sacar provecho. Sí, se dicen cosas acerca de mí; en México, el periódico *Excelsior* dijo que era un nazi, un SS, un amigo de Klaus Barbie, el Carnicero de Lyon. Nunca me he reunido con ese hombre. Pero opinaron que tenían que deportarme de México». Herr Mertins mantiene oficinas en Yedda y Riad —no necesita visado para viajar a Arabia Saudí— y me muestra una foto en la que aparece

junto a jeques del Golfo con largas túnicas. Lamenta la desaparición del viejo Beirut, la ciudad destruida por la guerra civil que aún despedaza el Líbano, con la melancolía especial de los ricos. «Tengo muy buenos recuerdos del restaurante Lucullus. ¿Está destruido? Es una lástima. Una hermosa ciudad, es muy triste». Beirut fue destruido por armas —bombas, minas, fuego de artillería, cazabombarderos y balas—, pero ni una sombra de eso afecta a los recuerdos de Herr Mertins.

Se entusiasma con su tema. «Nunca en mi vida he hecho negocios sólo por sacar provecho. Tenemos un montón de problemas en este momento; piensan que soy como Adnan Kashoggi». El Irán-contra persigue a los traficantes de armas de Europa, de modo muy injusto a sus ojos porque el enredo armamentístico de los Estados Unidos con Irán fue un acuerdo pequeño y comparativamente trivial manejado sin asesoramiento ni discreción profesional, utilizando dudosos intermediarios iraníes que los verdaderos proveedores de armas nunca invitarían a sus oficinas, y menos aún a sus casas. La distinción entre comerciante de armas e intermediario no es fácil de hacer. En algunos casos —donde el propio país del comerciante impone reglas estrictas a la exportación de armas—, el comerciante se convierte en intermediario, pasando las listas de adquisiciones a comerciantes de otros países con códigos de conducta para la exportación de armas menos escrupulosos. El sistema se vuelve más complicado cuando ciudadanos de otros países intervienen como financieros. Cuando el teniente coronel organizó su acuerdo de armas por rehenes con los iraníes, por ejemplo, el intermediario fue Manuchehr Ghorbanifar, que desempeñó el papel oficial de «intermediario iraní» y concertó la visita secreta de Robert McFarlane a Teherán en mayo de 1986. Adnan Kashoggi, un saudí, fue el financiero cuyo dinero en efectivo puso en marcha la transferencia de armas. El comerciante (y el proveedor) fue en ese caso el gobierno de los Estados Unidos, o el teniente coronel North, dependiendo del punto de vista.

A los comerciantes les gusta estar cerca de su gobierno nacional, y Herr Mertins no es diferente. Los ministros alemanes juegan en sus pistas privadas de tenis, y los funcionarios de aduanas estadounidenses de Bonn se refieren a él, no del todo amistosamente, como «La Araña de Bonn». En la immaculada cantina de su empresa, Mertins es saludado con afecto por los empleados —un auténtico Andrew Undershaft, aunque no le gusta la comparación— y está orgulloso de su familia; sobre todo, de su nueva nuera estadounidense. «Señor Fisk, debería tomar té como hay que tomarlo —anuncia en un almuerzo de familia en la cantina de la compañía—. Con ron». Sorbe durante un largo rato su aperitivo. «¿Por qué dice la gente cosas idiotas de mí? Mire, he leído todos los libros: el Talmud, la Biblia, el Corán...» Más tarde pregunta de modo retórico: «¿Sabe cuál es el problema de Alemania hoy? Ha perdido sus sentimientos nacionalistas». Me encojo.

En 1965, Herr Mertins dio una sorpresa a varios países tras el estallido de la guerra entre la India y Pakistán. Los estadounidenses establecieron un embargo sobre los suministros de armas, aunque Kenneth Galbraith, exembajador de los Estados

Unidos en la India, afirmaría más tarde que los envíos de armas estadounidenses habían «causado la guerra». Herr Mertins está todavía orgulloso de su papel en el asunto. Había actuado como intermediario para la exportación de noventa cazas de combate F-86 estadounidenses a Pakistán aparentando enviarlos a Irán. «Pusimos emblemas iraníes en las alas y volaron sobre Teherán en una exhibición aérea en la que estaba junto a los embajadores occidentales y les dije: “Miren, esos son los aviones que dicen ustedes que he enviado a Pakistán”. Pero cuando los aviones volvieron a su base iraní, les cambiamos las señales y les pusimos de nuevo las de Pakistán». Herr Mertins se golpea la mano izquierda con el puño derecho. «¿Lo ve? Un caso de pura ciencia plástica alemana».

Sin embargo, todo eso es un teatral preludeo a la actual guerra en curso. Porque en su despacho de esas frías montañas alemanas, Herr Mertins —como sus colegas de otras partes de Alemania y Austria— tiene una idea bastante aproximada de lo que ocurre en el Ministerio de Defensa iraní. Los iraníes se han enamorado de los baratos suministros de armas soviéticos tras la firma de un acuerdo con Moscú para la exportación de gas iraní. «Han comprado mucho material ruso: artillería de 122 mm y 130 mm y cañones antiaéreos de 12,7 mm y 14,5 mm. Intentaron conseguir lo mismo de China —los iraníes viajaban a China para discutirlo—, pero China quiere ser un país en “medio”. No quiere estar en primer plano. Y las fuerzas armadas iraníes se disgustaron con el material que obtenían».

La historia del comercio de armas con Irán es compleja y al mismo tiempo horrorosa; e involucra a Israel y a Occidente. Uno de los colegas de Herr Mertins, un joven de traje elegante y excelente inglés, aceptó contarla, aunque de modo anónimo. Llevó al despacho de Mertins una gruesa carpeta que me entregó. Abrí el clasificador de tapas azules y allí había miles de pedidos de armas del gobierno iraní: tubos de mortero, manguitos de cañón, munición de artillería y piezas de repuesto para los cazas de fabricación estadounidense. «Los rusos vendían mejor equipo a los iraquíes que a los iraníes; y los iraníes lo sabían —dijo el hombre—. Por eso los iraníes acudieron a los israelíes en busca de ayuda. El primer avión israelí que voló a Irán aterrizó en Shiraz con 1250 misiles TOW de 2700 dólares cada uno. Era muy caro y era material antiguo, así que los iraníes recurrieron a otros países. Buscaban cañones de 155 mm y acudieron a la compañía Voest-Canonen de Austria. Les gustaba la artillería de 105 mm y 155 mm que se fabricaba en Nueva York. El gobierno estadounidense —en realidad, Richard Perle— puso fin a ese acuerdo. De modo que los iraníes se interesaron por una compañía de Helsinki que vendía morteros de 60 mm, 81 mm y 120 mm».

Mertins considera con desprecio todo el escándalo Irán-contra. «Resulta fácil comprender a los iraníes —dice—. Los iraquíes tenían el avión ruso Mig-25 Foxbat, que lanzaba bombas sobre Teherán desde una gran altura. Y era muy incómodo para los mulás de Irán no tener nada con lo que abatir el Foxbat. Así que necesitaban misiles aire-aire para sus F-14. Tiene que entender su necesidad y el modo en que

otros las satisfarán; tratarían con el demonio, sin moral, sin ética. En cuanto a los iraníes, todo iraní con una carta de crédito empieza con las palabras: “Soy pariente de Jomeini”». Los estadounidenses, que utilizaron a los israelíes en su primer envío de armas a Irán, creyeron que habían logrado combinar armas y ética —¿acaso no buscaban, en el fondo, la liberación de ciudadanos estadounidenses inocentes secuestrados en el Líbano?—; aunque resulta instructivo señalar que el gobierno estadounidense creía, según el informe de la Comisión Tower, que los iraníes necesitaban misiles Hawk tierra-aire para derribar aviones de reconocimiento de gran altitud con los que los pilotos soviéticos penetraban 65 kilómetros en el espacio aéreo iraní desde Rusia. Herr Mertins no albergaba esas ilusiones. Los iraníes querían derribar iraquíes.

Sin embargo, la transacción del Irán-contra —2086 misiles antitanques TOW y un avión lleno de piezas de recambio para los F-4 vendidos a Irán a un coste de 30 millones de dólares— sólo colocaba en perspectiva los colosales acuerdos internacionales de armas concluidos con el consentimiento público o la connivencia privada de los amigos y enemigos de los Estados Unidos. En su declaración ante el Congreso, McFarlane se esforzó por ocultar la identidad de un país de Oriente Próximo que aceptó colocar su nombre en un certificado de importación como destinatario final de las ventas de armas. Sin embargo, los comerciantes de armas que trabajaban fuera de Alemania pagaban en 1987 100 000 dólares por certificados de importación de países del Tercer Mundo, la «prueba» documental fríamente obtenida por los fabricantes de armas para demostrar a sus propios gobiernos que están en posesión de un contrato de exportación legal. Porque en algún lugar entre las factorías internacionales de armamento, la burocracia de la documentación para la exportación y la herida humana, existe cierta ambigüedad moral, o inmoral<sup>[3]</sup>. Undershaft se jactaba de que no era «de esos hombres que guardan sus conceptos morales y sus actividades en compartimentos herméticamente separados». Sin embargo, los diplomáticos no comparten esa cómoda sinceridad. En 1987, los funcionarios estadounidenses y soviéticos se lamentaban todas las semanas del coste humano de la guerra entre Irán e Iraq mientras sus propias armas seguían fluyendo hacia los frentes de batalla. Los gobiernos europeos no dejaban de subrayar su neutralidad en el conflicto, así como su ferviente y poco profesional deseo de verlo concluido de forma rápida y justa.

El caso era que Irán, cuyo *establishment* militar era supuestamente boicoteado por ese escandalizado mundo, gastaba en ese momento 250 millones de dólares al mes en armas. Los comerciantes de armas alemanes y austríacos no se hacían ilusiones acerca de lo que eso significaba. Afirmaban que ese dinero se gastaba con la ayuda activa o pasiva de los gobiernos de la Unión Soviética, China, el Reino Unido, Italia, España, Grecia, Corea del Norte, Corea del Sur, Taiwán, Pakistán, Dubai, Siria, Libia, Checoslovaquia, la República Democrática Alemana, Japón, Brasil, Argentina, los Países Bajos, Israel, Portugal, la India y Arabia Saudí. Añadían a Bélgica como

«último integrante» en el club, con cuatro envíos de armas desde Amberes a Bandar Abbas en 1986.

Mientras la guerra entraba en su año final, los iraníes intentaron por todos los medios reestructurar su esfuerzo adquisitivo. Habían heredado más de un millar de helicópteros del sha, pero cuando empezó la guerra sólo se hallaban operativos 250 helicópteros artillados Cobra. En 1987, sólo un tercio de ellos podía volar todavía. Más inventivos que los iraquíes, los iraníes intentaron improvisar, encargando piezas de repuesto para cazas y helicópteros fabricados en los Estados Unidos —réplicas exactas de los originales estadounidenses que las sanciones impedían que Irán obtuviera— a los metalúrgicos locales de los bazares. Sin embargo, el acero iraní tenía demasiado azufre y utilizaron una metalurgia inadecuada; el metal se rompía sometido a la presión de las condiciones de vuelo, e Irán perdió a varios pilotos porque los aparatos se desintegraban en el aire.

Los iraníes también poseían listas detalladas de envíos de armas extranjeras a Iraq, un tributo igualmente extraordinario a las capacidades mercantiles de los fabricantes de armas del mundo. Una selección de las compras iraquíes proporciona algo del sabor de esas listas: blindaje para tanques de combate del Reino Unido (1983), seis cazabombarderos Super-Étendard de Francia (octubre 1983), misiles SS-12 de la Unión Soviética (mayo 1984), lanzacohetes múltiples de Brasil (junio 1984), bombas de racimo de 250 kilos de Chile (enviadas desde Santiago a bordo de 747 de las líneas iraquíes en 1984). El 25 de septiembre de 1985, Dassault anunció la venta de 24 cazarreactores Mirage F-1 a Iraq, una entrega que debía realizarse en un plazo de dieciocho meses. Algunas de esos sistemas de armas se vendían bajo «contratos de armas existentes» —la expresión preferida de Moscú para una continuación de envíos a un comprador lucrativo como Iraq— sobre la base de que la credibilidad de un país vendedor se resentiría si incumplían un acuerdo firmado sólo porque su cliente había invadido otro país. Otros acuerdos llevaban esa coletilla especial que aseguraba la inocencia por parte del vendedor.

En 1986, por ejemplo, la compañía británica Plessey aceptó un trato de 388 millones de dólares para suministrar radares a Irán, un equipo que —según se prometió a los británicos— sería utilizado en la frontera de Irán con el Afganistán ocupado por los rusos y la Unión Soviética. Ante la pregunta de cómo podía estar seguro el gobierno británico de que el radar no se utilizaría en el frente occidental de Irán —en la operaciones militares contra Iraq—, un funcionario del Ministerio de Defensa me dijo que «tenemos diplomáticos en Teherán que pueden ir y verificar estas cosas». Pero eso no era verdad. La presencia diplomática británica en Irán estaba confinada a la sección de «intereses» de la embajada sueca; cuando pregunté en Teherán acerca de la libertad de movimiento de los funcionarios británicos en Irán, descubrí que los iraníes eran tan restrictivos que acababan de rechazar la solicitud de un veterano diplomático de visitar el mar Caspio —una zona no militar— durante un fin de semana de vacaciones.

Era como si existiera un entendimiento en tales asuntos, un compromiso tácito por parte de todos de no husmear en los asuntos personales de los comerciantes de armas o sus compradores, ni en el imperio de las armas, que necesita secreto con el fin de crear demanda, guerra para estimular el crecimiento. Los Undershaft modernos hablarán sólo de los mercados y los errores de sus competidores. Revelarán sólo las ofertas de sus rivales. Es un curioso mundo de papel y listas de pedidos enviadas por funcionarios en gran medida anónimos de los Ministerios de Defensa —Defensa, siempre—, cuya ortografía es a veces tan deplorable como su caligrafía.

Una lista de pedidos iraní de diez páginas entregada durante la guerra a unos comerciantes austríacos y que después me llegó a mí pide ciertas piezas de repuesto para los tanques soviéticos, desde bastidores reticulares hasta «terceras y cuartas lentes inversoras encoladas en el bastidor», desde miras telescópicas hasta faros, desde telémetros hasta motores de torreta. Sin embargo, el funcionario encargado del pedido escribía cosas como «cegundo» en vez de «segundo», «comutador» en vez de «conmutador», «votella» en vez de «botella». Era un documento chapucero, con la columna de la cantidad de piezas de recambio pedidas rellena de forma equivocada en la columna del número de la unidad y tachada vigorosamente.

Desglosadas hasta la literalidad de los elementos básicos del armamento, hay algo inofensivo en esas listas, como si las guerras de Oriente Próximo las librasen agencias de compra y fabricantes en lugar de países furiosos y asustados soldados-asesinos. A lo largo de mis investigaciones, vi centenares de esos documentos procedentes de Irán; a veces con el membrete de los cuarteles generales de la fuerza armada iraníes de Teherán, otras —cuando el agente que actuaba para los iraníes deseaba permanecer en secreto— mecanografiadas anónima, aunque imperfectamente, en un simple papel. De ese modo, las orugas y los tubos de cañón de los tanques y las piezas de recambio de McDonnell-Douglas se convierten, de modo muy literal, en los activos líquidos de un gran negocio o en una fuente de permuta internacional; se intercambian cañones por dinero, por petróleo, por favores militares o incluso por rehenes. Mucho antes que el presidente Reagan aceptara intercambiar misiles por cautivos, Siria canalizaba armas a Irán a cambio de envíos de petróleo barato y a veces gratis. El canciller Helmut Schmidt estuvo a punto de vender tanques alemanes a Arabia Saudí de acuerdo con un tratado de trueque que, con la caída de los precios del petróleo, habría costado a Alemania más que el precio del petróleo.

La guerra también produce permutas especiales. Cuando en los primeros meses de la invasión de Irán por parte de Sadam Husein en 1980, sus fuerzas capturaron al enemigo decenas de tanques Chieftain de fabricación británica —a menudo sin desperfectos—, lógicamente desearon reutilizarlos contra Irán. Sin embargo, eran incapaces de operar o mantener un armamento tan sofisticado. De modo que los tanques fueron llevados a Jordania donde, al pertenecer oficialmente a las fuerzas armadas jordanas, fueron reparados y puestos a punto por técnicos británicos. Al menos un fabricante de armas británico considera que los tanques fueron devueltos en

secreto a Bagdad para su uso en el esfuerzo de guerra iraquí, pero los especialistas militares israelíes concluyeron más tarde que permanecieron en Jordania, como pago parcial por la generosidad del rey Husein al permitir a Iraq embarcar suministros de armas soviéticos por el puerto jordano de Aqaba.

Por su parte, las autoridades británicas mantienen una discreción especial en relación con las ventas de armas, y publican diligentemente listas anuales de exportaciones militares de vehículos blindados de combate, tanques, artillería, armas de cinto, revólveres, bombas y tubos de cañón. Sin embargo, a diferencia de otros detalles de exportación, las listas británicas no especifican a qué países se venden las armas. El Departamento de Comercio e Industria se niega a discutir las solicitudes individuales de las compañías armamentísticas de licencias de exportación<sup>[4]</sup>.

En julio de 1991, a los cuatro años de iniciar mis pesquisas sobre el comercio de armas en Oriente Próximo, el mismo Departamento de Comercio e Industria británico expresó su confianza en que había una explicación «razonable y legítima» para las licencias de exportación —listadas en el informe de un comité de la Cámara de los Comunes— para el envío a Iraq de materias primas para armas químicas<sup>[\*]</sup>. Las exportaciones —algunas de las cuales continuaron hasta el 5 de agosto de 1990, tres días después de que Sadam Husein hubiera invadido otro país musulmán, Kuwait— incluían dos sustancias químicas que, mezcladas, producían gas mostaza. Durante la guerra de Iraq contra Irán, Gran Bretaña había exportado más de 200 000 dólares de tioglicol, uno de los componentes del gas mostaza, a Bagdad en 1988 y otros 50 000 dólares al año siguiente. El cloruro de tionilo, el otro componente, también se envió a Iraq en 1988 y 1989, por un monto de sólo 26 000 dólares. Los funcionarios estatales, deseosos por evitar la evidente verdad —que Gran Bretaña era en parte responsable de proporcionar a Sadam armas de destrucción masiva— se apresuraron a señalar que la sustancia química tenía usos civiles. Podía emplearse, dijeron, en la fabricación de tinta para bolígrafos y de tintes textiles. Era el mismo gobierno que, ocho años más tarde, prohibiría la venta de la vacuna contra la difteria a los niños iraquíes sobre la base de que podía utilizarse para la fabricación de «armas de destrucción masiva».

El mismo informe de la Cámara de los Comunes afirmó que Gran Bretaña había exportado también a Iraq pequeñas cantidades de uranio y plutonio, así como equipo militar y de comunicaciones. En la lista se incluían sistemas de dirección del tiro de artillería, vehículos blindados, decodificadores y dispositivos de encriptación. También había en la lista circonio, con aplicación en las armas nucleares. Las pautas ministeriales, insistieron en el Departamento de Comercio e Industria con total seriedad, «impedían la exportación de equipo o armas letales que incrementen de modo significativo la capacidad militar de cualquier país [Irán o Iraq]». El ministro se hallaba «plenamente convencido» que todos los productos vendidos encajaban en esa descripción.

Con semejante falta de honradez —semejante deformación de la verdad—, ¿cómo

podrá detenerse alguna vez el obscuro tráfico de armas en Oriente Próximo? Obsérvese que el gobierno británico se había mostrado «plenamente convencido» de que las exportaciones de componentes del gas mostaza, unidades blindadas y equipos para comunicaciones secretas no podían «incrementar» la capacidad militar de Iraq. Era una verdad que contenía una importante esquirola de vidrio. Si no iba a «incrementar» la capacidad militar de Iraq, ese equipo británico seguramente pretendía restaurar su capacidad militar tras las sustanciales pérdidas de pertrechos iraquíes durante la guerra de ocho años con Irán; justo a tiempo para el siguiente acto de agresión de Sadam, contra Kuwait.

Obsérvese también, cómo la excusa del doble uso para las exportaciones de armas se invirtió, en el plazo de pocos meses, como forma de privar a los iraquíes de necesidades sociales básicas. Del mismo modo que en 1988 y 1989 era posible exportar a Iraq una sustancia química porque también podía utilizarse como tinta de bolígrafo, no pudieron exportarse lápices escolares a Iraq —cuando las Naciones Unidas impusieron sanciones tras la invasión de Kuwait— porque el grafito de los lápices tenía un doble uso militar. Por la misma razón, no permitiríamos importar equipo vital para la reparación de pozos de petróleo, depuradoras e instalaciones para el tratamiento de aguas.

Esta clase de cinismo se reflejaba entre los comerciantes de armas. Hay poco honor entre ellos, como descubrió Hamilton Spence, el director ejecutivo de Interarms de Manchester, un proveedor de armas auténticamente británico, cuando viajó a Beirut en 1980, en lo más álgido de la guerra civil, para vender —legalmente— fusiles M-16 al gobierno libanés en compañía de Jim Davis de Colt. «Nos sentamos en una sala para hablar con el jefe del ejército, el general Jury —dijo—. Entonces, cuando se abrían las plicas, vimos que había otros tres hombres: un alemán occidental, un libanés y un individuo de nacionalidad desconocida. Los tres sacaron tarjetas falsas presentándose como agentes de Colt. De modo que nos levantamos, los señalamos y gritamos: “Estos hombres son impostores”».

Dos años más tarde, justo después de la matanza de palestinos llevada a cabo por los milicianos falangistas apoyados por los israelíes, Spence contempló a los soldados israelíes sacar las reservas de armas de la OLP de los túneles cavados bajo los campos palestinos en Beirut occidental. «Ahí estaban nuestras marcas “Interarms” en algunas de las cajas —afirmó Spence—. Eran todas falsas. Alguien se había dedicado a usar nuestro nombre». Como Mertins, Spence se mostró despectivo en relación con el acuerdo de armas estadounidense con Irán. «La CIA tiene una habilidad única para echarlo todo a perder», dijo. Sin embargo, el jefe de Spence, Sam Cummings, presidente y principal accionista de Interarms, había trabajado para la CIA. Describió el negocio de las armas como «basado en una insensatez humana», un comercio en el que todas las armas son defensivas y todas las piezas de repuesto son no letales.

Sin embargo, Spence mostraba desprecio por quienes lo tildaban de comerciante de la muerte. «Estuve en una fiesta hace algún tiempo y se me acercó una joven y me

acusó de vender armas para que las personas se mataran entre sí. Le contesté: “Tonterías. Usted paga sus impuestos, destina parte de su sueldo todos los meses a pagar armas nucleares. ¿Cómo puede acusarme?”». Spence no se sentía avergonzado. Él y Cummings habían elegido como lema de su compañía «*Esse quam videri*» — Ser, más que aparentar— y sus talleres de Manchester se alzaban junto a una elegante iglesia victoriana de piedra gris, los dioses del amor y la guerra en íntima relación entre sí. «No del todo —me dijo Spence—. La iglesia se construyó para conmemorar la batalla de Waterloo». Y podría haber añadido que mientras Interarms seguía funcionando, la iglesia se había cerrado unos años antes.

No sería disparatado que el sector del armamento de Israel adoptara el lema de la compañía de Cummings por su papel en el mercado de armas de Oriente Próximo; aunque sus intentos de mantener el secreto son a menudo tan serios como los intentos de aparentar recato por parte de una bailarina de strip-tease. Las compañías que producen el tanque Merkava y que se han convertido en maestras en la mejora y transformación de municiones anticuadas necesitan promocionarse tanto como necesitan mantener su intimidad. Las revistas militares israelíes han ensalzado las virtudes de los radares de campaña, los puentes de asalto remolcables, los sistemas de control de tiro de los tanques, los dispositivos de eyección de bombas y las subametralladoras Mini-Uzi.

A mediados de los ochenta, el fabricante de componentes electrónicos israelí Tadiran entró en el campo de la tecnología de la guerra electrónica con el desarrollo de un sistema de radio VHF con salto de frecuencia. Los ordenadores Elbit anunciaban sus sistemas de navegación y bombardeo. Las Industrias Militares Israelíes (IMI) —con armas «sometidas a las exhaustivas pruebas operativas del combate real»— empleaban a 14 000 trabajadores y exportaban a los Estados Unidos y a varios países de la OTAN. Israel empezó incluso a comprar, de modo legal, sistemas de aviónica a los Estados Unidos, a mejorarlos, instalarlos en aparatos israelíes y luego a compartir el recién modernizado equipo y el nuevo conocimiento técnico con los estadounidenses. De ese modo, la tecnología israelí pasó el equipo estadounidense vendido a Arabia Saudí, un país cuyas importaciones de armas estadounidenses siempre han tenido la oposición del *lobby* de Israel en Washington y —por lo general— del gobierno israelí.

Sin embargo, mucho menos legal fue una operación secreta —gran parte de la cual no ha sido dada a conocer en el propio Israel— en la que unos técnicos militares israelíes fueron enviados a Pekín a mediados de los ochenta para reformar y modernizar cientos de tanques y artillería pesada de fabricación soviética para el ejército Popular de China. Los técnicos israelíes, muchos de los cuales trabajaban para compañías comerciales de armas dentro de Israel, volaron a Pekín con el permiso tácito del gobierno israelí, mejoraron los tanques rusos con nuevos sistemas de control de tiro, telémetros láser y —en algunos casos— cañones nuevos, muchos de los cuales contenían instrumentos sensibles de fabricación estadounidense. El

personal israelí voló a Pekín vía Copenhague y Bangkok —siempre utilizando las líneas aéreas escandinavas y eligiendo una ruta que pasaba todo el tiempo sobre territorio amigo. Trabajó en turnos de tres meses en los almacenes de armas chinos, con el equipo enviado por mar desde el puerto israelí de Eilat.

Aunque escribí de modo exhaustivo sobre este comercio ilícito en *The Times* en mayo de 1987, sólo Associated Press dio seguimiento a la historia. Ni el Pentágono ni la Casa Blanca hicieron comentario alguno, partiendo de la suposición que los periodistas estadounidenses no tocarían un tema tan sensible sin «confirmación» de las autoridades estadounidenses; una confirmación que ellos no estaban dispuestos a dar. La suposición era correcta. Sólo cuando la CIA informó al Comité de Asuntos Gubernamentales del Senado en octubre de 1993 de que Israel había estado proporcionando a China a lo largo de una década tecnología militar avanzada por valor de «varios miles de millones de dólares» pasó la historia a ser *kosher* para los periodistas estadounidenses. Isaac Rabin, el primer ministro israelí, admitió entonces que Israel había vendido armas a China.

La capacidad de Israel para mejorar el equipo militar soviético estaba bien establecida. Los técnicos israelíes revolucionaron un proceso para «occidentalizar» los tanques de combate T-54 y T-55 tras capturar cientos de ellos en las guerras con los ejércitos árabes equipados por los rusos. Los israelíes sustituyeron el cañón de 100 mm por otros de 105 mm y añadieron su propio sistema de control de tiro, que permite mantener el cañón apuntando al objetivo en terreno irregular. A los cañones se encajaron manguitos térmicos para impedir la deformación por el calentamiento; otras innovaciones permitían a los jefes de tanque predecir las condiciones climatológicas<sup>[5]</sup>.

Israel también exportaba equipo a América Latina, al régimen de Somoza y luego a los contras nicaragüenses<sup>[6]</sup>, a la Sudáfrica del *apartheid* y al Chile de Pinochet. Sin embargo, lo que enfureció a los estadounidenses fue que los chinos recibieran vía Israel tecnología estadounidense para sus tanques; una tecnología cuya exportación estaba específicamente prohibida a los países comunistas, incluida China. Más crítica aún fue la llegada de algunos de esos tanques rusos mejorados a Irán, adquiridos por compradores de armas iraníes durante prolongadas visitas a Pekín. Israel no podía desconocer esos tratos; Irán operaba un vuelo diario a Pekín durante los ocho años de guerra con Iraq, particularmente para obtener acceso al mercado de armas chino. Las autoridades estadounidenses sólo se dieron cuenta de que los israelíes habían estado usando instrumentos estadounidenses durante las operaciones de Pekín cuando una delegación de armas egipcia de visita inspeccionó un tanque ruso T-62 recién modernizado y descubrió en su interior tecnología estadounidense e israelí, con instrucciones en inglés y hebreo.

Los ejércitos de las guerrillas de Oriente Próximo —en particular, en el Líbano durante la guerra civil de 1975-1990— buscaron armas de modos menos ambiciosos. El Hezbolá del Líbano adquiría sus Katiusha y sus cohetes antitanque a Irán vía Siria;

una alianza de espectacular éxito, puesto que utilizó armas de baja calidad para expulsar al final al ejército de ocupación israelí y a sus vicarios libaneses del sur del Líbano meridional en mayo del 2000. Los falangistas cristianos adquirieron armas, incluidos cohetes guiados por cable, a Israel y Sudáfrica; y esto último provocó una investigación gubernamental en Johannesburgo tras la caída del régimen del *apartheid*<sup>[7]</sup>.

Era inevitable, supongo, que el Líbano, la tierra en la que he vivido la mitad de mi vida, acabara proporcionándome esa terrible y singular vinculación que llevaba tanto tiempo intentando comprender, la vinculación entre los armeros y sus víctimas finales, entre los respetables fabricantes de armas y los inocentes a los que mataban sus armas. Durante muchos años en Oriente Próximo, había cavilado acerca de la moralidad de quienes hacían las armas que mataban a las personas a mi alrededor. ¿Qué trabajador soviético, muerto hacía tiempo, de la Rusia de Stalin o Jruschov había fabricado el cohete Katiusha que sería disparado, décadas más tarde, por los palestinos y Hezbolá contra los israelíes, dentro de Israel o contra sus tropas de ocupación en el sur del Líbano? ¿Qué técnico de los Estados Unidos había ensamblado las bombas de racimo que Israel vertió sobre zonas civiles de Beirut occidental en 1982?

¿Qué fabricante, qué desarrolladores —estadounidenses decentes, patriotas y temerosos de Dios, sin duda— habían construido el misil Hellfire que un piloto israelí disparó contra una ambulancia libanesa el 13 de abril de 1993 y mató a dos mujeres y cuatro niños? Cinco años más tarde, en Abu Dhabi, John Hurst de Lockheed me diría no tenía conocimiento de ese pequeño y horroroso baño de sangre. Sin embargo, Mijaíl Kaláshnikov me dijo en ese mismo lugar que no sentía remordimientos por las carnicerías provocadas por el fusil que había diseñado; él había inventado el AK-47 no para matar a inocentes, sino para proteger a su país, el estribillo de todo armero.

No obstante, los acontecimientos del 13 de abril de 1996 me permitirían desafiar ese mantra, llevar de vuelta la prueba del salvajismo a los hombres que en los Estados Unidos crearon el instrumento de la muerte de seis pobres civiles libaneses cuyo única culpa residía en su nacionalidad, en el emplazamiento de su mísero poblado y en el cinismo del conflicto que se libraba en esa parte de su país desde hacía veintiún años. En total, 150 000 hombres, mujeres y niños murieron en la guerra civil libanesa, decenas de miles de ellos víctimas de municiones estadounidenses. Esos seis civiles morirían mucho después del final oficial de la guerra; víctimas de un conflicto constantemente renovado entre el ejército de ocupación de Israel y la guerrilla libanesa de Hezbolá, que acabó por expulsar a sus enemigos de casi todo el Líbano<sup>[8]</sup>. En los meses que siguieron, entrevistaría a todos los supervivientes, todos los testigos —soldados de las Naciones Unidas y civiles libaneses— y a los fabricantes de armas estadounidenses involucrados en ese espantoso asunto, que sigo considerando como un crimen contra la humanidad.

El poblado libanés chií de Mansuri apenas está a ocho kilómetros de la frontera libaneso-israelí, y toda la mañana del sábado 13 de abril los israelíes habían bombardeado la zona. Fadila al Oglá, de treinta y dos años, había pasado la noche con su tía Nawkal, encogida en el establo junto a los burros y las vacas de los lugareños. Sin embargo, ese sábado salió del escondite porque no quedaba más pan en el pueblo y los disparos de artillería israelíes caían ya entre las sucias casas de cemento. Abbas Jiha, un campesino que hacía de conductor de ambulancia voluntario en el pueblo, había pasado la noche con su esposa de veintisiete años, Mona, sus tres hijas pequeñas —Zeinab, Hanin y el bebé Mariam— y su hijo de seis años Mehdi en la choza familiar de una sola habitación situada sobre un olivar, escuchando las amenazas emitidas por la emisora radiofónica Voz de Esperanza, dirigida por Israel en el 10 por ciento del territorio libanés que ocupaba al norte de su frontera. «Los israelíes no dejaban de decir por la radio que los habitantes de los pueblos tenían que abandonar sus casas —recordó ante mí Abbas Jiha—. Nombraron a Mansuri como uno de los pueblos. Nos decían que escapáramos. Decían que no atacarían los coches que abandonaran los pueblos. Y cuando abrí la puerta vi que el bombardeo se acercaba a Mansuri».

A lo largo de todo el Líbano meridional en esa mañana de primavera, unas grandes nubes negras y grises se dirigían hacia el Mediterráneo mientras miles de proyectiles israelíes caían sobre los pueblos de las colinas. El cielo estaba lleno de rugidos de los cazabombarderos supersónicos F-16, mientras a varios cientos de metros por encima de aldeas y caminos se cernían el último y más feroz añadido al arsenal de Israel: los helicópteros Apache de fabricación estadounidense cuya capacidad de fuego tan letal había demostrado ser contra el ejército iraquí en retirada de Kuwait cinco años antes. Sólo cuatro días antes, un niño libanés de catorce años había sido hecho pedazos con una mina trampa con forma de piedra cerca del pueblo de Bradchit; la milicia proiraní de Hezbolá, acusó a Israel y quiso vengarse disparando cohetes Katiusha contra el territorio israelí, que provocaron varios heridos civiles. En respuesta, el primer ministro Simón Peres —que buscaba en vano la reelección presentándose como un estadista-soldado en guerra con el «terrorismo» de Hezbolá— ordenó un bombardeo masivo del sur del Líbano desde tierra, mar y aire<sup>[9]</sup>.

Los Estados Unidos exhortaron mansamente a los dos bandos a «mostrar mesura», pero públicamente simpatizó con Israel. Hezbolá, según el Departamento de Estado estadounidense, fue en última instancia el responsable de la muerte de todos esos civiles —serían casi 200 en las siguientes tres semanas—, víctimas del fuego israelí. Aunque Washington era —como de costumbre— oficialmente neutral, a los libaneses les resultaba difícil disociar a los Estados Unidos de su última guerra. La emisora de radio Voz de Esperanza que les ordenaba huir de sus casas estaba financiada en parte por evangelistas estadounidenses. Los obuses de 155 mm que zumbaban sobre sus poblados estaban fabricados en los Estados Unidos. Y también

los reactores F-16 y los helicópteros Apache que se cernían como avispas sobre ellos en el cielo azul pálido. Incluso el nombre elegido por Simon Peres para la última aventura de Israel en el Líbano —operación Uvas de la Ira— parecía influida por los Estados Unidos. Si no procedía del Deuteronomio, estaba inspirada el decimonónico *Himno de batalla de la República* de Julia Ward Howe, donde el Señor aparece «pisoteando la cosecha donde están las uvas de la ira», o por la conocida novela de John Steinbeck, quien en una ocasión describió a los árabes como «el pueblo más sucio del mundo y uno de los más hediondos».

Los frutos de la operación ya se apreciaban en Mansuri. Poco después del amanecer del 13 de abril, un proyectil había golpeado una casa en el extremo del pueblo y herido a Abdulaziz Mohsen, un campesino de veintitrés años y antiguo recluta del ejército libanés. A pesar del fuego de artillería, Abbas Jiha salió corriendo de su casa para pedir las llaves de la ambulancia al *mujtar*, o alcalde, del pueblo. El destartado Volvo blanco —un regalo a los habitantes de Mansuri de los lugareños que habían emigrado a África occidental— tenía dos camillas en la parte de atrás; y Jiha metió a Mohsen en el vehículo y partió bajo el fuego de artillería hacia la ciudad de costera de Tiro, al noroeste. Allí compró unos sacos de pan de pita para los aislados habitantes de Mansuri. A las nueve de la mañana se encontraba de regreso y repartiendo el pan cuando otra granada estalló en el camino e hirió a un niño de dos años llamado Alí Modehi. Abbas Jiha partió de nuevo en la vieja ambulancia del pueblo, con la destellante luz azul en el techo, para llevar a Alí al hospital de Tiro. Allí compró más pan para las familias de Mansuri, y volvió otra vez al pueblo.

Mientras lo hacía, Najla Abujahjah, una joven cámara de Reuters, se encontraba embarcada en una misión igualmente peligrosa, conduciendo por las estribaciones orientales de Mansuri en un intento de filmar las incursiones aéreas israelíes para la agencia de noticias británica. Reacia a abandonar la zona de batalla, Abujahjah —una mujer valiente y con recursos que nunca olvidaría el terrible acontecimiento que estaba a punto de presenciar— se dirigió al oeste hacia una carretera cercana a Mansuri cuando vio otros dos Apache que parecían estar contemplando algo, «casi estacionarios en el cielo, pero moviéndose unos pocos metros hacia atrás y luego unos pocos metros hacia delante».

Abbas Jiha estaba ya de vuelta en el centro de Mansuri, rodeado por una escena de pánico colectivo. «Muchas personas ya habían huido de sus hogares, pero aún quedaban unos pocos, entre ellas mi familia, y las granadas caían por todas partes. Un reactor pasó y dejó caer una bomba en un extremo del pueblo. Así que dije a la gente que se subiera a la ambulancia para poder ponerlos a salvo. Subí a Mona y a nuestros hijos». Abbas Jiha dijo que acababa de meter en la parte de atrás de la ambulancia a Zeinab de nueve años, Hanin de cinco años y Mariam de dos meses, junto con su hermano Mehdi, cuando vio los dos helicópteros. «Estaban bajos y parecía que los pilotos nos miraban», me contó.

Fadila al Ogla había comprado dos bolsas de pan a Abbas, pero le dieron miedo

entonces los aviones. «Aunque los israelíes dijeron que no nos atacarían si dejábamos nuestras casas, los Apache estaban acribillando los caminos, y las granadas explotaban alrededor de nuestras casas», me contaría más tarde. «Mis hermanos se habían ido en una ranchera y otras personas habían escapado en tractores. Mis padres me dijeron: “Vete y sigue a tus hermanos”. Bajé al pueblo a buscar otra ranchera, pero entonces vi a Abbas Jiha conduciendo la ambulancia del pueblo llevando a su mujer y sus hijos. Le pedí si podía llevarme y me dijo que sí».

Cuando Abbas Jiha dejó Mansuri, tenía hacinados en el interior de su vehículo a trece aterrorizados pasajeros. Estaban su mujer Mona y sus cuatro hijos, Fadila y su tía Nawkal, Mohamed Hisham, un montador de ventanas, y cinco miembros de la familia Al Jaled: Nadia, de veintidós años, que era la hija de Nawkal, y sus cuatro sobrinas, Sahar, de tres años, Aida, de siete, Huda, de once, y Manar, de trece. Abbas y Mohamed Hisham, los únicos adultos varones, estaban sentados en la parte de delante de la ambulancia, junto con Mehdi, de seis años; los demás se apretaban en la parte de atrás. «¿Se puede imaginar lo que era estar con catorce personas dentro del coche?», me preguntó Fadila cuando la entrevisté más tarde. Abbas Jiha recuerda que esa parte del pueblo estaba ya en llamas, el humo ascendía en espirales sobre los campos. «Partimos en un convoy de tractores y coches y nos dirigimos hacia Amriye, donde había un puesto de las Naciones Unidas con soldados de Fiyi en la carretera principal de la costa en dirección a Tiro. Las granadas caían a nuestro lado en los campos».

Najla Abujahjah se encontraba en ese momento frente a la posición fiyiana —el control 1-23 de las Naciones Unidas— tomando fotos fijas del tráfico de refugiados en la carretera, mientras su compañero le sostenía la cámara. «Había dos helicópteros en el cielo, mirando el control. Vi una ambulancia bajar por la carretera y pensé que debía de haber un herido a bordo, pero luego vi que estaba llena de mujeres y niños. Había otro coche que se acercaba en dirección contraria, y el conductor de la ambulancia agitó la mano para decirle que diera la vuelta». La cinta de vídeo de esos momentos muestra la ambulancia pasando por el control de las Naciones Unidas desguarnecido —los soldados fiyanos no estaban en la carretera, sino en su bunker de protección—, y la mano de Abbas Jiha aparece en la ventana de su vehículo, instando al otro coche a que se detenga.

Fue entonces cuando Abbas Jiha oyó que le gritaban las mujeres de la parte de atrás de la ambulancia. «Una de ellas me gritó: “El helicóptero se acerca, nos persigue”. Miré por la ventana y vi que el Apache se acercaba. Les dije: “No os asustéis, decid: *Alahu akbar*, Dios es grande, y el nombre del imam Alí”. Les dije que no se asustaran pero yo estaba muy asustado».

Najla Abujahjah vio el mismo helicóptero. «Cada vez estaba más bajo y más cerca, y he aprendido que eso significa que el piloto va a disparar. Sentí que estaba a punto de disparar un cohete, pero no imaginé que el blanco estuviera tan cerca de mí. Oí un sonido como un puf-puf, un ruido muy pequeño. Y vi que del Apache salía un

cohete dejando detrás de sí un rastro de humo». En realidad, el helicóptero israelí disparó dos cohetes; uno fue descubierto más tarde sin explotar junto a una mezquita vecina, con el cilindro de acero, las aletas y la placa de identificación aún intactos. La cinta de Najla Abujahjah registró lo que sucedió con el otro cohete. Unos milisegundos después de que la ambulancia pasara el control 1-23 de las Naciones Unidas, el cohete explotó contra la puerta trasera, envolvió el vehículo en fuego y humo y lo lanzó por el aire 20 metros hasta la sala de estar de una casa.

Cuanto Fadila al Oglá recordaba era «un gran calor en la cara, como un fuego abrasador. De algún modo me encontré fuera de la ambulancia y encontré un gran bidón de agua y empecé a enfriarme la cara. Era como si alguien me hubiera puesto una llama delante de los ojos».

Abbas Jiha recordaría cómo salió arrojado por la puerta de la ambulancia justo antes de que se estrellara contra la casa. «Estaba aterrorizado. No lo podía creer. Fue el fin de mi mundo. Sabía lo que tenía que haber pasado a mi familia». Najla Abujahjah, temblando de miedo, se encontraba en ese momento grabando las terribles consecuencias del ataque israelí. Su cinta muestra a Abbas Jiha, herido en la cabeza y el pie, en la carretera junto a una de sus hijas muertas, sollozando y chillando «Dios es grande» al cielo, hacia el helicóptero. «Le levanté los puños al piloto y grité: “Dios mío, Dios mío, mi familia ha desaparecido”».

Abbas encontró a su hijo Mehdi vivo. Luego vio a su hija de dos meses Mariam yaciendo a tres metros de la ambulancia. «Todo su cuerpo estaba lleno de agujeros. Tenía la cabeza llena de metal». Najla vio a mujeres y niños «saliendo de la parte de atrás de la ambulancia, aterrorizados, gritando y escondiéndose. Un hombre se lanzó a un huerto y salió agarrando a dos niños de los brazos. Vi a una niña pequeña herida y descalza, pero intentaba volverse a poner el pañuelo. Vi a una niña tumbada en la carretera con sangre que le salía la parte de arriba de la cabeza. El conductor gritaba: “Mis hijos han muerto, que Dios se apiade de nosotros”. Vi a otra niña —era Manar—, estaba cubierta de sangre y no dejaba de decir: “La cabeza de mi hermana ha explotado”».

Temerosa aún de que el helicóptero disparara de nuevo —el piloto había visto claramente que su objetivo era una ambulancia— Najla Abujahjah corrió hacia la casa y allí encontró una escena que la atormentará el resto de su vida. «No podía abrir las puertas porque el coche se había empotrado en la casa. Pero dentro había tres niñas que se encontraban claramente en los últimos segundos de vida. Era como si estuvieran sepultadas. Una de ellas —era Hanin— se desplomó sobre el marco de la ventana rota, su sangre caía a chorros fuera del vehículo. En sus últimos segundos intentó mirarme, pero no podía porque la tierra le cubría la cara. Otra niñita estaba sentada en el regazo de una mujer muerta, gimiendo y gritando: “Tiíta, tiíta”. Había una tercera niña con la cara cubierta de sangre; estaba sentada erguida, volviendo la cabeza de un lado a otro. Otra tenía una terrible herida en la cabeza y el cuello y se desplomó». Mientras las niñas morían una tras otra delante de ella, Najla Abujahjah

oyó un extraño ruido de rascado. «El cohete había puesto en marcha los limpiaparabrisas, que se movían contra los cristales rotos, haciendo un ruido terrible. No lo olvidaré durante el resto de mi vida».

Abbas Jiha, abrumado por el dolor, intentaba forzar la ambulancia con las manos, junto con los soldados fiyianos del control. «Veía la espalda de Hanin, estaba llena de agujeros como una mosquitera —recordaría—. Luego encontré a mi mujer Mona. Tenía unas heridas tan terribles que no le reconocí la cara. Había perdido a mis tres hijas y a mi mujer». Mona Jiha, Zeinab, de nueve años, Hanin, de cinco años, y Mariam de dos meses estaban todas muertas. Y también Nawkal de sesenta años y su sobrina Hudu, de once. El helicóptero israelí permaneció en el cielo sobre el puesto de control 1-23 durante otros cinco minutos. Y luego se fue.

A las pocas horas, los israelíes admitieron haber atacado la ambulancia, pero hicieron dos afirmaciones: que el vehículo era propiedad de un miembro de Hezbolá (lo cual era falso) y que había sido destruido porque llevaba a un guerrillero de Hezbolá (igualmente falso). «Si otros individuos del vehículo fueron alcanzados durante el ataque —dijo un portavoz israelí—, es porque eran utilizados por Hezbolá como pantalla para las actividades de Hezbolá». No hubo excusas. Sin embargo, el derecho internacional exige la protección de las vidas civiles incluso en presencia de «individuos que no entran dentro de la definición de civiles<sup>[\*]</sup>», y la afirmación de que el vehículo había sido atacado porque se creía que pertenecía a Hezbolá resultaba aún más indignante. ¿Cómo podía ser justificable para los israelíes, se preguntaron los supervivientes, asesinar a los ocupantes de una ambulancia sólo porque no les gustaba el posible propietario del vehículo? ¿Y qué clase de cohete, se preguntaron también, podía golpear una ambulancia y enviarla 20 metros por el aire? Si el helicóptero Apache era estadounidense —y casi con toda seguridad lo era—, ¿quién fabricó el cohete que mató a Nawkal, Mona y las cuatro niñas, Zeinab, Hanin, Mariam y Huda?

Durante días después de la matanza, la destrozada ambulancia permaneció en los escombros de la casa contra la cual había sido arrojada el 13 de abril. Pasaba junto a ella todos los días al recorrer la espantosa carretera costera al sur de Tiro, con dos helicópteros Apache vigilando mis movimientos como hacían con todos los vehículos de la carretera. Al cabo de una semana, el baño de sangre de Qana, donde la artillería israelí asesinó a 109 refugiados civiles libaneses, eclipsó ese horror particular; con ello se puso un ignominioso final a la operación Uvas de la Ira, y Simon Peres no consiguió ganar las elecciones. Sin embargo, hubo muchos otros incidentes durante el bombardeo israelí que tuvieron una notable semejanza con el ataque contra la ambulancia. Cerca de la central eléctrica de Jiye, al sur de Beirut, por ejemplo, otro piloto de un helicóptero israelí había disparado contra un coche y mató a una joven que acababa de comprar un bocadillo en un café del lugar. En Beirut occidental, el 16 de abril, un misil decapitó a una niña de dos años. Dos días más tarde, otro cohete fue disparado desde un helicóptero contra un edificio de apartamentos en Nabatie y mató

a los nueve miembros de una familia, incluido un bebé de dos días.

¿Cuáles eran esas terribles armas que se estaban utilizando de forma tan indiscriminada en el Líbano? ¿Quién las vendía a los israelíes? Y, en caso de que una compañía estadounidense hubiera fabricado el cohete, ¿bajo qué condiciones se vendía? En el poblado de Mansuri, Abbas Jiha pasó meses dando vueltas a esa misma pregunta. «¿Cómo se sentirían las personas que han fabricado ese cohete si sus hijos fueran asesinados como los míos? —me preguntó—. Esas cosas tienen como objetivo ser utilizadas contra ejércitos, no contra civiles». Fadila al Oglá se mostró más resignada. «Los norteamericanos seguirán dando esas armas a los israelíes digamos lo que digamos —me dijo un día en la misma aireada casa de dos habitaciones de la que había huido un año antes—. No les importamos. Seguiremos sufriendo». Lo cual era del todo cierto.

Sin embargo, poco después del final del bombardeo, los oficiales de armamento de las Naciones Unidas que examinaban los restos de la ambulancia encontraron una interesante pista de la identidad del cohete. Entre los fragmentos de metralla y acero retorcido, un joven oficial de enlace —el capitán Mikael Lindval del ejército sueco— descubrió un trozo de metal que tenía la mayor parte de una placa de identificación con un código. Estaba a unos pocos centímetros del marco de la ventana manchado de sangre donde había muerto Hanin y contenía el logo «AGM 114C» y un número del fabricante, «04 939». Había también una enigmática letra, «M». Lindval sabía que AGM quería decir «Misil Aire-Tierra» y que el código 114C identificaba el proyectil de 1,6 metros como un Hellfire antiblindaje, fabricado conjuntamente por Rockwell International y Martin Marietta. Rockwell —ahora comprado por Boeing— tenía su sede de misiles, según el *Jane's Defence Weekly*, en el bulevar Satellite, en Duluth, a unos treinta minutos en coche de Atlanta (Georgia). Martin Marietta, parte ahora de Lockheed, fabricaba misiles en Orlando (Florida). Quienes fabricaron el cohete que mató a cuatro niñas y dos mujeres libanesas ya tenían una dirección.

Incluso encontré el anuncio del fabricante para el Hellfire. «Uno para todos y todos para uno», rezaba la publicidad. ¿Ha sido alguna vez tan vilipendiado Alejandro Dumas? ¿Qué tenía que ver el grito de unión de los tres mosqueteros con esa arma? Sin embargo, había una pregunta mucho más importante. Ahora que los había identificado, ¿cómo responderían los fabricantes del cohete al baño de sangre de la ambulancia de Mansuri?

Lindval me entregó el fragmento que contenía los códigos. Estaban rayados y en algunos casos resultaban ilegibles, pero incluían un Número de Stock Nacional en una secuencia de dígitos de este tipo 4-2-3-4, «1410-01-192-0293». La segunda sección de la secuencia —«01»— resultaría ser de vital importancia. El número de lote del cohete era «MG188J315-534». Luego los soldados fiyianos encontraron el cohete Hellfire sin explotar casi totalmente enterrado junto a la mezquita. En el fuselaje intacto, los códigos estaban completos y por lo tanto fue posible reconstruir algunos de los números que faltaban en el proyectil que había explotado dentro de la

ambulancia<sup>[10]</sup>.

De algún modo tenía que llevar la parte con el código del misil hasta los Estados Unidos para entregarla a sus fabricantes. La primera cuestión era cómo llevar ese pedazo de metralla —la prueba única y vital de que la ambulancia había sido atacada por un Hellfire— desde el Líbano a los Estados Unidos. No había vuelos directos. No fue difícil embarcarlo en un vuelo internacional del Líbano a Francia. Unos funcionarios comprensivos del aeropuerto de Beirut y de la compañía aérea lo subieron a bordo de mi vuelo de Air France a París. Sin embargo, explicar a los agentes de seguridad estadounidenses que quería llevarlo hasta Washington iba a conducir a un desastre periodístico. Consulté con el director en París de otra línea aérea europea. «Ni se te ocurra llevarlo a mano, Bob —me dijo acariciando el irregular fragmento que contenía los códigos del Hellfire—. Descubrirán que tienes rastros de explosivo en las manos, y para qué hablar del contenido del equipaje». Entendía lo que quería decir. Y podía imaginar el titular: «Hallado reportero británico con fragmento de misil en vuelo a Washington». Y podía suponer incluso la data del reportero bajo el titular.

Los trozos de metralla tenían de misil lo que un pedazo de porcelana rota podía tener de plato, pero la palabra misil era susceptible de causar palpitaciones a cualquier agente estadounidense tras el reciente desastre de la TWA frente a Nueva York; cinco años más tarde, todo el ejercicio se habría convertido en imposible. Al final, Amnistía Internacional —perfectamente al corriente de la matanza de la ambulancia— aceptó enviar por avión las partes del cohete desde París hasta su oficina de Washington. Unos días más tarde, tomé un vuelo de Air France para los Estados Unidos; recuerdo mi excitación cuando el avión se detuvo brevemente en Nueva York. Con la tripulación francesa en las escaleras del avión a primera hora de la tarde, contemplé los lejanos rascacielos y las altas torres grises del World Trade Center en el cálido horizonte. Por fin podría enfrentar a los armeros con las consecuencias de su profesión.

En Washington, recogí el fragmento de Hellfire en el corazón de la capital cuya alianza con Israel no permite crítica ni limitación. No iba a tomar un vuelo interno para que no me pillaran en los detectores de metal del aeropuerto Ronald Reagan, de modo que el Crescent, un tren nocturno que se dirigía a Nueva Orleans, que me llevaría hasta Georgia, donde Bob Algarotti de Boeing había aceptado hablar del Hellfire en el mismísimo hogar del cohete. Quería explicar sus ventajas, sus capacidades demostradas en combate, a un reportero que —suponía equivocadamente — quería escribir un artículo favorable sobre la precisión del misil.

Washington, en ese día de finales de abril, estaba hermoso. El Capitolio y los grandes edificios gubernamentales parecían la antigua Roma. Y cuando me desperté en la soleada mañana siguiente en mi coche cama que se dirigía hacia el sur, las pulcras y pequeñas ciudades estadounidenses parecían un decorado de Hollywood. La suave campiña verde y las casas de tablas de madera pasaban ante la ventana de mi

vagón. Qué pulcros se veían esos jardincitos con sus flores y sus columpios infantiles. ¿Me encontraba a 10 000 kilómetros del Líbano o en un planeta diferente? Ante mí pasaban iglesias episcopalianas, elegantes juzgados georgianos y ciudades llamadas Cornelia y Magnolia Acres, y también una armería —en una tierra donde todo hombre y toda mujer tiene derechos a llevar armas— llamada Lock, Stock and Barrel. Y desde la ventana del vagón veía en esa mañana muchísimas astas. Y muchísimas banderas estadounidenses rojas, blancas y azules ondeando orgullosamente desde lo alto de ellas. No ha habido una guerra en estos lugares, pensé, desde hace 130 años.

Me bajé en la estación de Gainesville, donde un taxista al que sólo le quedaba un diente me llevó por la Interestatal 85 hasta la salida de Old Peachtree Road. Pasamos una señal que decía Duluth y luego bulevar Satellite y luego, a menos de unos cinco kilómetros, doblamos y entramos en un recinto de discretos edificios de dos plantas ocultos tras arboles altos y céspedes muy recortados. «Boeing Defense and Space Group», decía el cartel de la entrada.

Iba a ser una tarde inquietante. Una pequeña maqueta pintada de verde del Hellfire estaba en una estantería de la sala en la que Bob Algarotti de Boeing me presentó a dos directivos estrechamente relacionados con la producción del misil. Eran hombres muy inteligentes; ambos habían servido como oficiales en Vietnam y ambos pedirían más tarde anonimato, por razones de seguridad, al parecer, aunque parecía que su preocupación por la reacción de Boeing a la entrevista superaba cualquier temor a Hezbolá o al «terrorismo».

Les expliqué que estaba interesado en escribir sobre las capacidades del Hellfire, pero también sobre su uso específico en Oriente Próximo. El ejecutivo de mi derecha —a quien llamaré el Coronel, porque ése fue su rango en Vietnam— sacó un reluciente folleto que detallaba la evolución sistema de misiles modular Hellfire, y lo colocó en la mesa entre nosotros. La página 2 tenía una serie de pequeñas secciones ilustradas del cohete y, después de las fechas 1982-1989, y un código de AGM 114A, B, C. El trozo de metralla que —sin que lo supieran los hombres de Boeing, estaba en el estuche de mi cámara— llevaba la marca AGM 114C. De modo que el misil que había matado a la familia de Abbas Jiha, a Nawkal y a su sobrina tenía al menos siete años de antigüedad.

El Coronel nombró una lista de países que habían comprado una versión inicial o, más tarde, mejorada del Hellfire. El primero de la lista, en ambas categorías, era Israel —«se toman la vida militar muy en serio», dijo el Coronel de modo admirativo, una observación que decidí dejar pasar por el momento—, pero también se incluían Egipto, Sudáfrica y los Emiratos Árabes Unidos. Suecia y Noruega habían comprado una versión contra buques del Hellfire. Los británicos tenían la segunda categoría. Era un producto popular y el Coronel estaba muy interesado en explicarme la razón. «Es probablemente el arma antiblindaje más precisa del mundo —dijo—. La puedes disparar a través de una canasta de baloncesto a ocho kilómetros de distancia y acertarías siempre». De modo que las mujeres y las niñas de la ambulancia, pensé, no

habían tenido ninguna posibilidad.

Entendía lo que eso significaba. Los hombres de Boeing promocionaban la precisión sus armas como parte de una argumentación humanitaria: cuanto más preciso el Hellfire, menos posibilidades de que matara a civiles. El problema surgía cuando era dirigido de forma específica contra un blanco civil —como habían hecho los israelíes en el Líbano—, cuando la misma precisión del cohete garantizaba la muerte de los civiles. Entonces pregunté qué controles llevaba a cabo Boeing sobre el uso que darían al Hellfire los países que lo compraban. Leemos los periódicos, dijeron ambos ejecutivos. Pregunté por Israel. «No recibimos mucha información de los israelíes acerca de lo que hacen —contestó uno de los hombres—. No proporcionan mucha información».

Había llegado el momento de sacar el fragmento de cohete. Y, al agacharme para extraer lo del estuche de mi cámara, sentí la electricidad en el aire detrás de mí. Me volví y coloqué el fragmento de hierro que había ayudado a matar a las libanesas en el centro de la mesa. Les dije a los tres hombres la fecha de su uso, el lugar, los espantosos resultados y la explicación de Israel. El Coronel lo tomó, lo revolvió en la mano y murmuró algo acerca de que quizá fuera demasiado pequeño para identificarlo. Era absurdo. Era capaz de leer los códigos en el metal. Comprendía mejor que yo lo que significaban. Su colega a mi izquierda no dijo nada, contempló el fragmento y me miró. Bob Algarotti, el relaciones públicas, lo agarró, miró a sus colegas y dijo tranquilamente: «Sí, bueno, es un Hellfire, eso lo sabemos todos».

A continuación, añadió: «Me estoy sintiendo un poco incómodo». Sin embargo, el Coronel estaba furioso. «Esto carece por completo de fundamento, es ridículo», dijo. Me permití disentir. Esos hombres habían fabricado ese cohete. ¿Acaso no tenían alguna responsabilidad sobre su uso, cuando menos asegurarse de que fuera utilizado de modo responsable por sus clientes? ¿Era suficiente leer sobre su uso en los periódicos? ¿Cuál era el alcance de su interés o su preocupación? A continuación se produjeron unos minutos muy incómodos. Algarotti se quejó de que no se podía culpar al fabricante de un cuchillo si éste era utilizado para matar a alguien. Sí, dije, pero eso no era un cuchillo. El Hellfire era un arma antipersonal. «¡No lo es! —replicó con furia el Coronel—. Es un arma antiblindaje». Y luego se produjo un silencio porque, claro, si era un arma antiblindaje, estaba claro que no era un arma antiambulancia.

«¿Está metido en algún tipo de cruzada?», preguntó uno de los ejecutivos. Contesté que ésa era una observación desafortunada<sup>[11]</sup>. Algarotti intervino tranquilamente para darme la razón. Estábamos tratando de la muerte de personas inocentes, repetí, incluidas cuatro niñas. ¿Qué pretendía?, preguntó uno de los hombres. Alguna señal de compasión para ellas, contesté. Uno de los hombres de la sala dijo: «Yo, como persona, tengo sentimientos, por supuesto; pero como empleado de la compañía Boeing, cuanto hacemos es fabricar cohetes». Entonces acepté dejar el bolígrafo mientras los tres hombres discutían cómo formular alguna declaración de

sus sentimientos. Los dos ejecutivos estaban clara y profundamente afectados por los acontecimientos que les había descrito; eran padres de familia y deseaban expresar su horror ante las muertes de los inocentes. Sin embargo, no querían implicar a Boeing y —de forma igualmente evidente— tenían miedo de criticar a Israel. Durante la tarde, oí que un hombre de Boeing diría dos veces —con idénticas palabras, como observé en mi cuaderno—: «Haga lo que haga, no quiero que me cite diciendo nada crítico con las políticas de Israel».

Y ahí estaba el meollo del asunto. Esos hombres, esos armeros —tan poderosos, tan abrumadoramente parte del sistema de defensa de los Estados Unidos, tan patrióticos en sus motivos, tan inmutablemente parte de la historia de las fuerzas armadas estadounidenses en Vietnam— tenían miedo de ofender a Israel, temían que una simple palabra de crítica perjudicara o pusiera fin a sus carreras o los abocara a una crisis política tan grave en el seno de la compañía aeroespacial que sus carreras se verían destruidas para siempre. «Haga lo que haga...», había dicho el hombre.

Entonces uno de los ejecutivos se decidió. «Permítame que hable como soldado, no como empleado de Boeing. Ningún soldado profesional aprobará la matanza de personas identificadas como objetivos. Se nos forma para mantener la paz... por supuesto, a la compañía Boeing le preocupa que las armas sean mal utilizadas o que se dirijan contra personas inocentes. Pero nosotros construimos sistemas de armas según las necesidades de los Estados Unidos, tenemos permiso para vender a muchos otros países... no vendemos misiles destinados a objetivos no militares».

Saqué de mi estuche las fotografías que Najla Abujahjah había tomado de las víctimas. Las coloqué sobre la mesa; imágenes de sangre y miembros desgarrados. El ejecutivo de mi izquierda las ojeó con desagrado. A continuación dijo: «No las quiero». Y depositó las fotografías de las muertas y los miembros heridos de la familia Jiha sobre la muy pulimentada mesa. El Coronel las miró y me las devolvió amablemente. Nos despedimos con un apretón de manos; y sentí una extraña tristeza por esos hombres. Eran unos empleados decentes, trabajadores y leales de Rockwell —ahora Boeing— y habían quedado afectados por la historia de la ambulancia. Deseaban mostrar su compasión —y lo hicieron, hasta cierto punto—, pero les preocupaba sobremanera ofender a Boeing o a Israel. Les dije que se quedaran el fragmento de Hellfire. Que se los devolvía. Y, mientras salía de la sala, oí una voz detrás de mí que decía: «Creo que éste no lo pondremos en la sala de trofeos».

Y aquí podría haber acabado mi historia. La sección de la revista del londinense *The Independent on Sunday* publicó mi relato detallado del ataque israelí a la ambulancia y el largo viaje al sur de los Estados Unidos hasta dar con los hombres que habían fabricado el cohete. En la portada, el periódico publicó una fotografía en color del fragmento de cohete que mostraba de forma muy detallada los códigos que habían sobrevivido a la explosión. Sin embargo, dos días más tarde, recibí una carta de un técnico en misiles europeo. Pedía anonimato. Afirmaba querer «centrarse en los derechos humanos de las personas» asesinadas en la ambulancia. Y proseguía:

La prueba vital, el fragmento de cohete, dice mucho más de lo que ha revelado... El número de stock de la OTAN está parcialmente borrado, pero proporciona una clave vital... El NSN [número de stock de la OTAN] está formado por una secuencia de dígitos de tipo 4-2-3-4... la parte de dos dígitos es el código del país. Cada país de la OTAN... tiene un código que identifica la nacionalidad; en este caso, el «01» de los Estados Unidos es claramente visible. Eso muestra que el arma fue suministrada originalmente por los Estados Unidos... El número de lote es el más importante. Dice exactamente dónde y cuándo fue fabricado y, de modo más importante, dónde fue entregado... como ve la primera parte del número de lote ha sido borrada... también parece que lo ha sido con un instrumento similar a un cincel... apretándolo contra la placa; el resto de los daños es de tipo rascadura-arañazo. Por lo tanto, ¿quién eliminó el número de lote? ¿Las fuerzas israelíes tras la recepción de armas estadounidenses «ilegalmente exportadas»? ¿Las fuerzas estadounidenses antes de la entrega?... Está claro que ese cohete... fue exportado de las reservas del gobierno estadounidense y entregado a los israelíes de modo encubierto.

El autor terminaba con una advertencia, diciéndome que debía ser prudente con lo que decía por teléfono sobre mis indagaciones sobre el cohete, porque «todas las transmisiones por satélite están vigiladas por la Agencia Nacional de Seguridad estadounidense desde Menwith, cerca de Harrogate... “Poner en peligro la seguridad de la OTAN” podría ser la acusación (contra mí) de modo que por favor sea discreto en el uso que haga de esta carta».

Discreto fui. Envié un mensaje a una amiga en Francia y le pedí que llamara a mi corresponsal anónimo. Minutos más tarde estaba en el teléfono. «Me ha vuelto a llamar desde una cabina. Quiere verte mañana para almorzar en el hotel Lutetia en París». A la mañana siguiente embarqué en el primer vuelo a París, que salía a las 8.08 desde Beirut; el mismo avión en el que había volado con mi fragmento de misil unos pocos días antes. En el aeropuerto Charles de Gaulle, tomé un taxi para el 6<sup>ème</sup> *arrondissement*. Se trataba de una misión que me convertía en un viejo marinero coleridgiano, y el cohete Hellfire era mi albatros particular.

El técnico había llegado a París con su esposa. Fue directo al grano. «Señor Fisk, ese cohete no fue nunca vendido a los israelíes. El “01” demuestra que fue vendido a las fuerzas armadas estadounidenses. Y la “M” prueba que fue vendido al Cuerpo de Marines». ¿Estaba seguro? Sacó del bolsillo la lista de códigos de todas las armas de la OTAN. Las armas de la OTAN importadas por Israel, por ejemplo, deberían llevar el «31». El código de Gran Bretaña de la OTAN es el «99», Italia tiene el «15». Sin embargo, el código de nacionalidad de los Estados Unidos era —de modo muy apropiado— el «01». Que era el código del fragmento del cohete. Y la «M» eran los marines estadounidenses. Ahora bien, ¿cómo habían llegado los israelíes a disparar contra una ambulancia en el sur del Líbano un cohete del cuerpo de Marines? Llamé al que entonces era mi director, Andrew Marr. «Bob —me dijo—, me parece que vas a tener que hacer unos cuantos kilómetros más de vuelo; vuelve a Washington».

Eso hice. Presenté una petición formal al Pentágono, dándoles plenos detalles de los códigos del cohete y preguntándoles «la procedencia exacta de ese cohete... ¿pasó por manos militares estadounidenses y, de ser así, cómo llegó a las fuerzas de defensa de Israel?... ¿Qué acción de seguimiento ha adoptado el gobierno estadounidense tras el ataque del 13 de abril?»<sup>[\*]</sup>. No recibí ninguna respuesta. En

realidad, después de más de treinta llamadas al Departamento de Defensa y al Departamento de Estado de los Estados Unidos, de enviar por fax y entregar a mano no sólo el código de ese cohete sino también el del cohete que no explotó y disparado también contra la ambulancia (a partir del cual pudimos establecer algunos de los números rayados del cohete que estalló), ni un solo portavoz oficial del gobierno estadounidense, ni en el Departamento de Defensa ni en el de Estado, estuvo dispuesto a darme ninguna información. «Algunas preguntas nos llegan gafadas —me dijo un funcionario del Departamento de Defensa en una de mis inútiles llamadas a su despacho—. La suya parece estar gafada».

Sin embargo, los marines adoptaron otro punto de vista. Cuando les envié por fax los detalles de los códigos del cohete y el ataque contra la ambulancia, recibí de inmediato la llamada de una portavoz de la oficina del jefe del cuerpo de Marines. «No nos gusta que nuestros misiles se utilicen para atacar a niños —me dijo—. ¿Dónde se aloja?» Al día siguiente esperé en mi hotel cerca de Dupont Circle y a las cinco y media llegó un coche a buscarme. Me llevó a una base de marines en las afueras de Washington donde aguardaban para hablar conmigo siete hombres vestidos de civil. Nos sentamos en la cantina de oficiales y examinaron mis fotografías de las partes del cohete y me contaron —por fin— la historia del Hellfire Núm. MG188J315-534.

Había sido uno de los 300 embarcados al Golfo por los marines estadounidenses en 1990 para utilizarlos contra el ejército de ocupación de Sadam Husein en Kuwait. De éstos, 159 fueron disparados contra las fuerzas iraquíes; aunque, según informaron los marines en ese momento, algunos Hellfires golpearon los vehículos iraquíes pero no explotaron en el impacto, igual que no explotó el segundo cohete lanzado por el piloto israelí contra la ambulancia en 1996. Cuando acabó el conflicto, me contaron los oficiales de los marines, alrededor de 150 Hellfires no utilizados —junto con otros pertrechos— fueron desembarcados en un muelle de municiones de Haifa, en Israel, como parte de un intercambio —un regalo a Israel— por mantenerse al margen de la guerra del Golfo cuando sufrió los ataques de los cohetes Scud iraquíes.

Llamé al general Gus Pagonis, que fue jefe de la logística militar estadounidense durante la guerra de 1991 contra Iraq; me insistió en que «todo lo que bajamos de los barcos [en Arabia Saudí], volví a embarcarlo rumbo a los Estados Unidos». Sin embargo, Pagonis —que en ese momento era jefe de logística para la cadena de grandes almacenes Sears Roebuck— añadió de modo significativo: «No sé si los barcos se detuvieron en algún lugar del camino». Lo hicieron. Tras cruzar el canal de Suez, la marina estadounidense desembarcó los Hellfire y otros misiles en el norte de Israel<sup>[12]</sup>.

Si el cohete se hubiera vendido a Israel, se habrían adjuntado unas condiciones sobre su uso; pero se trató de una transferencia militar, directamente de las reservas estadounidenses. El cohete fue pagado por los marines, pero acabó entregado a los israelíes, sin ningún tipo de preguntas, y fue disparado —cinco años más tarde—

contra la parte de atrás de una ambulancia. Y de este modo un cohete de los marines estadounidenses mató a cuatro niñas y dos mujeres en el sur del Líbano<sup>[13][\*][\*]</sup>.

Y ahí en Washington podría haber acabado mi viaje de no ser por un mensaje de Bob Algarotti de Boeing. Era, como mínimo, confuso. Su gente, decía, había estado estudiando el fragmento de cohete que les había dejado. Creían que había sido fabricado en la factoría de Orlando en Florida, por Lockheed Martin, que en esa época era una compañía rival. Pero la historia no era tan sencilla. El número del catálogo FED LOG, en parte dañado por la explosión, mostraba los números 04939. «Y eso, al menos los cuatro últimos [dígitos], indicaba sin lugar a dudas que tenía que ser nuestro o que tenía que ser de Martin Marietta entonces». Eso no parecía muy concluyente. Si era Rockwell (ahora Boeing) o Martin Marietta (ahora Lockheed Martin), ¿cuál de los dos hizo ese cohete asesino? Estaba claro que el Hellfire que los israelíes dispararon contra la ambulancia había sido diseñado y desarrollado por Boeing en Duluth. Ahora parecía que el cohete en sí podía haber sido ensamblado por Lockheed. Aquí se estaban pasando la pelota unos a otros.

Boeing —cuyos cuarteles en Seattle se negaron a añadir nada a lo que se me había dicho en Duluth— dijo que no había contactado con Lockheed Martin acerca de mi indagación. Sin embargo, cuando llamé a Al Kamhi, el director de comunicaciones de Lockheed —que, por casualidad estaba en un viaje de negocios en Londres—, sabía perfectamente lo que estaba investigando. «¿Habla de lo que discutió con Rockwell? —preguntó con brusquedad—... No tengo forma de saber de qué cohete se trataba. No tengo forma de saber si el cohete procedía de donde usted dice que procedía... Ellos [Boeing] pueden estar tan convencidos como quieran... por lo que mí respecta, no voy a ponerme a mirar fragmentos de cohetes de... Su origen es completamente desconocido, no pienso ponerme a mirar nada».

«¿Se los puedo dejar de todos modos?», pregunté. Y nuestra conversación casi se volvió surrealista:

KAMHI: No, no pienso aceptarlos.

FISK: ¿No quiere aceptarlo?

KAMHI: No.

FISK: ¿Puede decirme por qué, señor?... Es que se trata de la muerte de cuatro niñas y dos mujeres en una ambulancia.

KAMHI: No sé que ese cohete haya tenido alguna relación con eso... No puedo comentar algo sobre lo que no tengo ninguna información.

FISK: Bueno, le estoy ofreciendo la información para que pueda comprobarla, señor. En Boeing parecen convencidos de que lo hicieron ustedes.

KAMHI: Y no estoy seguro de comprender, si fue así o no, a qué viene todo.

Le dije a Kamhi que quería saber la respuesta de la compañía que fabricaba los Hellfire a los acontecimientos que tuvieron lugar cuando se utilizó el cohete. «No tengo comentarios sobre lo que tuvo lugar —contestó—. Ni siquiera voy a bajar a ese terreno... Nuestras ventas se realizan a través de las ventas militares exteriores... así se hace, a través del Pentágono». Le repetí que los oficiales de las Naciones Unidas

habían encontrado el cohete en la ambulancia, junto con otro Hellfire cerca que no había explotado. No había duda acerca de su procedencia. Sin embargo, nuestra conversación adquirió un tono aún más estrafalario.

KAMHI: Francamente, el cohete no tiene nada que ver con el fabricante.

FISK: Pero ustedes lo hicieron.

KAMHI: Bueno, también hacemos muchas otras cosas... Todos nuestros productos se venden a países aliados.

FISK: ¿Incluye eso a Israel?

KAMHI: Supongo que si Israel tiene Hellfire, es porque los han comprado por medio de canales legales y por medio de vías legales.

FISK: ¿Y no se preocupan del uso que pueden dar a sus cohetes la gente a quienes ustedes se los venden? Me parece, señor, que ése es un tema muy importante.

KAMHI: Lo siento, pero esa pregunta no es digna de respuesta. Es una pregunta sin salida... No pienso responder a eso... la pregunta que me ha hecho es como preguntar: ¿Ha dejado ya de golpear a su mujer? Responda lo que responda, de pronto nos convertimos en el fabricante malo de misiles. Hacemos misiles. Hacemos sistemas electrónicos. Hacemos toda una gama de sistemas de defensa. Y lo que esperamos es que nunca tengan que utilizarse... No sabemos que el cohete se haya utilizado mal. Un cohete puede fallar...

Le expliqué a Kamhi que los israelíes habían reconocido que la ambulancia era el objetivo. Deberían responder de ello, me dijo. Sin embargo, cuando insinué que el gobierno estadounidense estaba preocupado por el uso que daban a las armas de su país los clientes, Kamhi cambió de tono, aunque sólo levemente. «Siempre nos preocupa cuando alguien es herido —dijo—. En cuanto al por qué se utilizó el misil... no hay forma en que podamos controlar o comprender el porqué... No tenemos ni voz ni voto en eso... Mire, todos los días mueren en los Estados Unidos 600 personas por disparos. Ni una sola vez que yo sepa ha ido alguien a hacer preguntas al fabricante de las balas».

Y así siguió la cosa, Kamhi cada vez más irritado. Repitió que no sabía si la ambulancia era el objetivo deseado y de nuevo le ofrecí mi documentación con las fotografías del fragmento del cohete. «No puedo hacer la determinación —contestó con impaciencia—. No fui yo quien apretó el gatillo. Lockheed Martin no fue quien estaba ahí, disparando el cohete. En última instancia tiene que ser responsabilidad del usuario... No nos corresponde a nosotros, el fabricante, emprender una acción en un caso así».

Las respuestas de Kamhi eran desesperadas, penosas. Pero sus mensajes eran claros. Si un cohete estadounidense era disparado contra una ambulancia, quienes lo habían fabricado debían rechazar ferozmente cualquier responsabilidad. Era Israel quien tenía que dar explicaciones. Y cuando las dio —reconociendo que, contra todas las reglas de la guerra, el Hellfire había sido disparado intencionadamente contra una ambulancia—, los Estados Unidos se quedaron callados. La ecuación se había completado. Israel, según parecía, podía hacer lo que quisiera. Y Lockheed no tenía ninguna intención de cooperar con nuestra indagación; y la razón menos importante no era, sospecho, que Lockheed era ya socio conjunto en el desarrollo de cohetes con

la compañía aeronáutica israelí Rafael.

Al Kamhi accedió a que le dejara en su hotel de Londres un paquete con las noticias de prensa sobre los asesinatos de la ambulancia, junto con los códigos de los cohetes y mis fotografías del fragmento de Hellfire que había dejado en Boeing. De modo que al día siguiente, tomé el tren del túnel de la Mancha desde París con destino a Londres con mi paquete. Viajó conmigo a través del fresca campiña primaveral de Kent, a través de mi ciudad natal de Maidstone —había sido un largo viaje desde que dejé el pueblo de Mansuri en el sur del Líbano— y hasta el hotel Britannia de Londres, donde se alojaba Al Kamhi. No estaba en su habitación, de modo que dejé el paquete en la recepción y recibí la promesa de que le sería entregado al señor Kamhi en cuanto regresara al hotel.

Tres días más tarde, el mismo paquete —abierto y luego vuelto a cerrar— llegó a la sección de Internacional de *The Independent* en Londres.

Devuelto al remitente.

## CAPÍTULO 20

### INCLUSO A LOS REYES LES LLEGA...

¿Cómo podría partir en paz y sin pena? No; no abandonaré esta ciudad sin una herida en el alma.

Largos fueron los días de dolor que pasé entre sus muros y largas fueron las noches de soledad y, ¿quién puede separarse sin pena de su soledad y su dolor?

Demasiados fragmentos de mi espíritu he esparcido por estas calles... No es una túnica la que me quito hoy, sino mi propia piel, que desgarré con mis propias manos.

JALIL YIBRÁN, *El profeta*

Mi casa de Beirut ha sido una caja del tiempo durante casi treinta años, un lugar por el que no ha pasado el tiempo. Me he sentado en mi balcón ante el Mediterráneo durante el calor veraniego, pegajoso y sudoroso, y durante los tornados invernales, oteando el horizonte de medianoche, iluminado por un infierno de relámpagos zigzagueantes, mientras las olas refulgían con tonos dorados y rompían amenazadoramente bajo mi apartamento. Me he despertado en mi cama para oír el roce de las hojas de las palmeras, unas contra otras, de noche, la lluvia batiendo contra los postigos hasta que una oleada rompía bajo las cristaleras y entraba en mi habitación. Llegué al Líbano en 1976, cuando sólo tenía veintinueve años, y como he vivido en esta ciudad desde entonces —porque he hecho el mismo trabajo desde entonces, relatando las deslealtades, las traiciones y los engaños de la historia Oriente Próximo durante todos esos años— aún tengo veintinueve años.

Abed, mi chófer, ha envejecido. Por la mañana, me doy cuenta de que camina un poco encorvado cuando me trae los periódicos, los matutinos de Beirut y *The Independent*, un día tarde, de Londres. Mi casero Mustafá, que vive en el piso de abajo, tiene ahora unos setenta años, ágil como un atleta y más astuto, pero a veces se cansa más que antes. Los periodistas que conocía en 1976 han pasado a ser directores adjuntos, directores ejecutivos o directores editoriales. Se han trasladado a apartamentos de Manhattan o a casas en las afueras de Nueva York o de Islington, en Londres. Se han casado, han tenido hijos; algunos se han muerto. A veces, mientras leo la sección necrológica del periódico —puesto que no hay nada tan satisfactorio como la narración de una vida que tiene un fin así como un principio— me doy cuenta de que los años de nacimiento empiezan a acechar lentamente al mío. Cuando llegué a Beirut, las notas necrológicas aún hacían referencia a las vidas de veteranos de la Gran Guerra como mi padre. Luego pasaron a abarcar la década de 1920, luego la de 1930, como mínimo aún quedaban unos buenos diez años para llegar a mi

primera década. Sin embargo, el año de 1946, tan agradable hasta ahora, empieza a aparecer al final de la página. A veces sé quién son estos hombres y mujeres que acaban de morir, son espías y soldados y estadistas y matones y asesinos a los que he conocido durante los últimos tres años en Oriente Próximo, Yugoslavia e Irlanda del Norte. A veces escribo yo mismo estas necrológicas. Un frío día de primavera, escribí la vida de mi viejo amigo y colega Juan Carlos Gumucio, un hombre de valor ejemplar y profundas depresiones —que me salvó la vida en la guerra y que se había sentado en mi balcón en muchas ocasiones, para ofrecerme sabiduría, cinismo y buenos vinos— y que se quitó la vida, pegándose un tiro en su casa de Bolivia porque el mundo ya no le parecía un lugar amable, agradable o digno.

Y aún tengo veintinueve años. Puedo echar la vista atrás y tener recuerdos de pesadilla, pero sin sueños ni dolor. El Líbano tiene una historia brutal pero ha sido un país que me ha tratado con una gran amabilidad. Me ha enseñado a mantenerme vivo. Y entre todos los recuerdos de guerra, de amigos y de bellas mujeres y de libros leídos más allá de la medianoche —hasta primeras horas de la mañana, cuando el alba se cuele entre las cortinas— siempre he creído que volver a Beirut era volver a casa. Cuántas veces me he sentado en la cabina de los viejos 707 de las líneas aéreas libanesas —proveniente del Golfo, de Egipto, de los Balcanes o de Europa— y he observado el promontorio de Beirut adentrándose en el Mediterráneo «como la cabeza de un viejo marinero» y he oído una voz metálica que pedía permiso para aterrizar en la pista 1-8, y he sabido que dentro de media hora estaría pidiendo un gintónico y salmón ahumado en la Spaghetteria de Ein el Mreisse, tan cerca de mi casa que podría dejar marchar a Abed y regresar caminando a mi apartamento por el paseo marítimo, entre el olor a cardamomo a café y a mazorca de maíz.

Por supuesto, sé la verdad. A veces cuando me levanto de la cama por la mañana, oigo cómo me crujen los huesos de los pies. Me doy cuenta de que los pelos de la almohada son casi todos plateados. Y cuando voy a afeitarme, miro al espejo y, más que nunca, es la cara del viejo Bill Fisk la que me devuelve la mirada. La noche en que murió, un coche chocó con un contenedor de basura frente a mi piso de Beirut. El impacto hizo un sonido como el de un gong, seguido por el chirrido de las ruedas de hierro del contenedor contra el asfalto. El coche se fue sin pararse, así que bajé con la bata puesta y ayudé a Mustafá a volver a dejar el pesado contenedor a un lado de la calle para que ningún otro conductor resultara herido, y entonces, alrededor de las 8.15, me llamó Peggy para decirme que Bill había muerto en su residencia. Me dijo que ella no pensaba asistir al funeral. Tuve que organizarlo todo. Y le dije —fue la primera cosa que me vino a la cabeza— que Bill fue un hombre de su generación; era una alusión a su exasperante torpeza victoriana, pero añadí que él me había enseñado a amar los libros, algo que es cierto y en lo que Peggy estuvo de acuerdo. De modo que bajé al piso de abajo y le dije a Mustafá y a su familia que mi padre había muerto y cada uno me estrechó la mano, según la costumbre árabe; una forma conmovedora y, en cierto modo, apropiada de expresar la pena, mucho más honrosa que los abrazos

y sonoros golpes en la espalda que tanto se estilan entre muchos occidentales. Sin embargo no pude decir que lo sintiera. Tal vez Bill había vivido demasiado, o tal vez el Líbano y los crímenes de guerra de los que había informado me habían convertido, en cierto sentido, en un ser atávico, como si el atraso de la historia que siempre parecía pender sobre los hechos que presenciaba me hubieran insuflado una visión fría y despiadada del presente.

Los caballeros de la Primera Cruzada, después de aniquilar a toda la población de Beirut, habían avanzado a lo largo de la costa mediterránea hacia Jerusalén para evitar las flechas de los arqueros árabes; y a menudo pensé que debieron de haber recorrido esas mismas rocas libanesas contra las que el mar espumeaba y gorgoteaba frente a mi balcón. En las paredes de mi apartamento tengo fotografías de la flota francesa frente a Beirut en 1918 y de la llegada del general Henri Gouraud, el primer gobernador del protectorado francés, que viajó a Damasco y se detuvo frente a una tumba cubierta con telas verdes de la mezquita de Ummayad y, en lo que debe de ser una de las declaraciones más incendiarias de la historia moderna de Oriente Próximo, dijo: «Saladino, hemos vuelto». Lara Marlowe me regaló unos prismáticos navales de la época del protectorado —que bien podrían haber colgado del cuello de un oficial francés que sirviera en el Líbano— y por la noche los usaba para observar las siluetas de las cañoneras israelíes recortadas en el horizonte, o de los buques de guerra de la OTAN que se adentraban en el puerto de Beirut. Cuando la fuerza multinacional llegó aquí en 1982 para escoltar a los guerreros palestinos de Yasir Arafat y protegerlos del Líbano —y luego regresaron para defender a los supervivientes palestinos de la matanza de los campamentos de Sabra y Chatila— conté veintiocho buques de la OTAN desde mi apartamento. Desde uno de ellos, los estadounidenses lanzaron sus proyectiles contra el Líbano. Y una noche, vi un extraño resplandor blanco sobre los edificios de apartamentos vecinos y hasta al cabo de un minuto no me di cuenta de que eran las luces de un acorazado estadounidense que descollaban sobre la ciudad.

Muchos de los iraníes a los que conozco creen que Beirut está poblado por agentes de la CIA; los estadounidenses están convencidos de que Beirut está lleno de hombres barbudos del servicio de inteligencia iraní. A veces sospecho que ambos tienen razón ya que, en cierto sentido, Beirut continúa la tradición de la Viena de posguerra, es un eje para que los oponentes de todo el mundo se miren unos a otros y se pregunten qué vínculo u odio común los mantiene a todos en esta tierra. Recuerdo que una vez un embajador estadounidense en Beirut describió el Líbano como un faro de democracia en el mundo árabe, la misma semana en la que Sayed Mohamed Hussein Fadlallah anunció que el Líbano era «un pulmón a través del cual respiraba Irán».

Aquéllos eran los días, en octubre de 1983, en los que el vicepresidente George Bush podía anunciar —tras la matanza de 241 militares estadounidenses en el cuartel de los marines de Beirut— que «no vamos a permitir que un puñado de cobardes terroristas insidiosos trastornen la política exterior de los Estados Unidos. La política

exterior no puede ser dictada ni alterada por el terror<sup>[\*]</sup>». Qué arcaicas parecen esas palabras ahora, qué pérdidas en el tiempo. En 1998, habíamos hallado un nuevo foco para lo que acabaría convirtiéndose en la «guerra contra el terror». Las bombas de Al Qaeda atacaron en la yugular de Estados Unidos, en embajadas y cuarteles. El presidente Bill Clinton bombardeó el Sudán —una inocente fábrica de medicamentos, a pesar de las mentiras iniciales de Washington que aseguraban lo contrario— y luego envió un enjambre de misiles de crucero contra los campamentos de Osama bin Laden de Afganistán. ¿Hasta dónde iba a llegar todo eso?

Ante semejante historia, ¿qué importaba la muerte de Bill? Sentado en mi balcón de Beirut, me resultó fácil olvidar que el general Gouraud había llegado al Líbano como resultado del acuerdo Sykes-Picot y de la victoria anglofrancesa en la guerra de 1914-1918, que incluso antes del derrumbamiento oficial del imperio otomano, los franceses estaban derrocando al rey árabe, Faisal, que había tomado Damasco. Francia iba a gobernar Siria e iba a segregar el Líbano para dárselo a una escasa mayoría maronita cristiana que al cabo de poco se convertiría en una minoría entre los musulmanes del nuevo Estado libanés, creado artificialmente por los franceses. La existencia del Líbano, como gran parte del futuro Oriente Próximo, estaba supeditada a la victoria de británicos, franceses y estadounidenses, y fue posible gracias a la paz que siguió al armisticio del 11 de noviembre de 1918; esa misma noche, el alférez Bill Fisk llegó a sus alojamientos de Louvencourt.

En mi apartamento de Beirut tengo varios volúmenes de obras sobre el protectorado francés, la mayoría publicadas en París en 1921, que dejan constancia de la reconstrucción del país, la reestructuración del sistema de justicia otomano, la nueva moneda y la renovación de los bancos y los ferrocarriles, todo como parte de la supuesta misión de Francia para instaurar la civilización en Oriente Próximo. Los franceses aportaron al sistema ferroviario sirio y libanés un grupo de modernas locomotoras de vapor para que hicieran el trayecto entre Trípoli y Homs, unas 0-8-0 grandes que habían recibido de la Alemania del Káiser, gracias al Tratado de Versalles, como compensación de guerra.

Con un entusiasmo de colegial por las locomotoras de vapor que mi padre entendía muy bien, me fui a observarlas tras la guerra civil del Líbano. Todavía seguían en sus vías, estas grandes máquinas, con las calderas reventadas por los obuses, sus ocho ruedas motrices agujereadas por las balas —habían formado parte de la línea de frente palestina contra las tropas sirias alrededor del puerto de Trípoli en 1983— y el aceite seguía sangrando por las juntas, un desguace ferroviario de tecnología de punta de principios del siglo XIX. Cuando apunté los números de serie de los motores y regresé a Beirut y llamé al renombrado experto sobre ferrocarriles de vapor de Oriente Próximo, el rabino Walter Rothschild de Leeds, me informó de que habían pertenecido al sistema ferroviario del Reich. Resulta que, en el pasado, estos mastodontes habían transportado a las clases medias alemanas de Berlín a Gdansk. Y recordé que una vez, hace mucho tiempo o eso me parece ahora, fue en

1991, una amiga a la que adoraba me escribió un poema que decía que amaba «al niño que hay en ti y que quería conducir trenes de vapor».

Y lo hice. Me encantaban los ferrocarriles. En el álbum de las vacaciones en Francia de Peggy aparezo yo mirando trenes en Creil, y en una de las primeras películas en color de Peggy salgo observando el expreso Trans-Europe de color rojo y crema que entra en la estación de Friburgo, en Alemania. Cuando me fui a vivir al Líbano, descubrí que el gobierno había restablecido temporalmente la línea entre Beirut y Biblos, y me senté con el maquinista mientras él conducía una inmensa locomotora diésel polaca que tiraba de un único y pequeño vagón de madera —traído desde la India británica tras la Primera Guerra Mundial—, tan lentamente que Abed circulaba junto al tren y me saludaba con la mano mientras el maquinista hacía sonar el silbato para apartar a los coches.

También llegó el momento, por supuesto, de la muerte de mi madre. Peggy padecía Parkinson desde antes de que Bill se muriera, pero aun así había seguido viviendo en la casa de Maidstone en la que se crió, donde tres bondadosas mujeres cuidaban de ella. Peggy quería morir en casa, por lo que en septiembre de 1998 recibí otra llamada de Maidstone, y esta vez una de las mujeres que se ocupaba de Peggy me dijo que creía que a mi madre sólo le quedaban unos cuantos días de vida. Aún tuve tiempo de llegar a Inglaterra. Años antes de su muerte, Peggy me dijo que no quería corbatas negras en su funeral. «Todo el mundo debe llevar ropa vistosa», dijo. De modo que tuvo el funeral que quiso, en la bonita y pequeña iglesia anglosajona de Barming, a las afueras de Maidstone. Hubo montañas de flores, no se vio ni una corbata negra —hasta los portadores del féretro llevaban trajes informales— y los fieles cantaron *All things bright and beautiful*. Pero la muerte de mi madre no fue como ella hubiera deseado. Y, sin duda, no tuvo la muerte que merecía.

Al igual que Bill, era una patriota, aunque sin la rimbombancia de Bill. En la Segunda Guerra Mundial, durante la batalla de Gran Bretaña, se enroló en la RAF para arreglar aparatos de radio de Spitfires dañados en la guerra; su hermana Bibby enseñó navegación por radio a artilleros aéreos. Peggy se convirtió en una llama de optimismo a lo largo de mis años de juventud. «Al final todo saldrá bien», me decía. Y cuando una vez le pregunté de qué servía que me esforzara con los deberes cuando todos íbamos a morirnos un día u otro, me contestó: «Cuando seas mayor, tal vez habrán encontrado un remedio para eso». En cierto modo, mi madre creía en la inmortalidad, y yo me llevé conmigo su optimismo empedernido a miles de kilómetros de Kent: a Afganistán, a las terribles batallas de la guerra de Irán-Iraq y al conflicto del Líbano.

Sin embargo, había otro aspecto a tener en cuenta de la vida de Peggy. Mientras mi padre se consumía tras su jubilación, mi madre se hizo juez de paz. Recuerdo que un día, mientras discutía gentilmente con mi padre —cuyas opiniones sobre la justicia criminal bien podrían haber sido compartidas por el juez Jeffreys— Peggy dijo, de modo bastante brusco: «Los acusados acostumbran a decir la verdad, y yo no siempre

creo a los policías». Cuando yo era un niño, el primer libro que mi madre me animó a leer por mi cuenta fue *El diario de Ana Frank* porque quería que comprendiera la naturaleza del bien y del mal. Durante el asedio israelí de Beirut de 1982, Peggy descubrió una extraña línea telefónica que comunicaba con la capital libanesa y la utilizó para decirme que deploraba la crueldad con la que habían tratado a los palestinos. Me preguntó en repetidas ocasiones por qué los gobiernos gastan tanto dinero en armas.

Empezó a dedicarse a la pintura, a la acuarela y el óleo, a hacer bodegones y retratos. Su diario es testimonio de lo difícil que era vivir con Bill a su edad tan avanzada, pero Peggy hablaba tranquilamente de la vida independiente que llevaría luego. Quería viajar, visitar el Líbano, ir a Irlanda. Veía toda una vida de pintura ante ella. Pero tras la aparición del Parkinson, poco a poco fue perdiendo la capacidad física de llevar una vida digna, del mismo modo en que conservaba la voluntad de vivir. Al cabo de cuatro años apenas podía hablar o caminar. De modo que se comunicaba con un palo con el que señalaba las letras escritas en un trozo de cartón. Luego ya no pudo señalar. Siguió insistiendo en que la sacaran con la silla de ruedas al jardín de su casa. Luego Peggy se puso demasiado enferma para moverse. Su último intento de pintar acabó cuando tiró el pincel al suelo, frustrada. Casi hasta el final, no dejó de creer que hallarían un remedio para el Parkinson; «los mismos» que un día podrían hallar un remedio para la muerte.

En sus últimos días, mi madre ya no podía tragar y cogió una neumonía. Su hermana Bibby fue a visitarla y le dijo que ella había sido «la niña de los ojos de su madre» y Peggy logró esbozar una sonrisa. Cuando llegué a casa intentaba toser desesperadamente, parecía que se estaba ahogando y lloraba de dolor. Y mientras la veía morir, recordé el coste de la última aventura en Oriente Próximo de Bill Clinton. En total, el gobierno estadounidense se había gastado 100 millones de dólares en cinco minutos, lanzando esos misiles de crucero contra Afganistán y Sudán. ¿Cuánto se había gastado para investigar la enfermedad de Parkinson? ¿Y cuánto se había gastado también el gobierno británico en ese asunto?

El 11 de septiembre de 1998, el día después de la muerte de Peggy —no hubo ninguna muestra de reconocimiento o emoción, Peggy tan sólo dejó de respirar— llamé a la Parkinson's Disease Society de Londres. Cada año invertían entre un millón y medio y dos millones de dólares en investigación. Igual que el gobierno británico. Pero un dirigente de la asociación me dijo que en 1997 el Medical Research Council (Consejo de Investigación Médica) dejó de financiar la investigación neurológica. Llamé a Nueva York para hablar con uno de los principales grupos de investigación sobre el Parkinson de los Estados Unidos. El gobierno estadounidense gastaba unos 45 millones de dólares en investigación neurológica (no todo en Parkinson), las organizaciones privadas invertían otros 10 millones, el Departamento de Defensa daba unos tres millones (para los veteranos), y las compañías farmacéuticas destinaban unos 35 millones de dólares. De forma que nosotros,

Occidente, nos gastábamos más en armas en cinco minutos, que en la investigación contra el Parkinson.

Era el tipo de disparates humanos que habrían hecho enfurecer a Peggy. Y en su funeral, que estuvo lleno de flores, decidí señalar este hecho. Les dije a sus amigos que habían venido a la iglesia de Barming que nos pasamos demasiado tiempo aceptando muertes crueles, sin quejarnos, cuando el dinero que podría haber curado el cáncer, el alzheimer o el parkinson se gastaba en armas o aventuras militares. «¿Por qué no nos enfurecemos con aquellos que aceptan la idea vergonzosa de que la enfermedad tiene que ser “incurable”, que nuestros superiores saben lo que hacen cuando prefieren misiles en lugar de medicina?», pregunté. Si los recursos se hubieran invertido de forma más acertada, dije, Peggy no habría estado en ese ataúd, frente al altar.

Todo esto causó un extraño efecto. Se podría haber oído el ruido de un pétalo al caer mientras yo hablaba. Pero el rector, un hombre inteligente y bondadoso que resultaba obvio que no era un militante clerical, respondió con una plegaria, y dijo que «transmitiría esta rabia a Dios», algo que demostraba que, por supuesto, no me había entendido. A menos que haya una Oficina de Correos Celestial de reenvío de paquetes de rabia a nuestros presidentes y primeros ministros, no tenía mucho sentido molestar al Todopoderoso. Era a los amigos de Peggy a los que yo me dirigía. Algunos de ellos me habían hablado de sus propios familiares que se estaban muriendo de enfermedades supuestamente incurables sin embargo, después tuve la sensación de que había fracasado en mi intento de hacerles comprender del mismo modo que no lo había logrado con el rector.

Decían que Peggy estaba «en paz» ahora que ya no sufría. Llegaron cartas que hablaban de la «liberación» de Peggy, como si mi madre hubiera querido morir. Oí que una anciana hacía referencia a la «voluntad de Dios», lo que sugería, si se llevaba hasta su conclusión lógica, que Dios era un sádico. Si el mensaje de la vida de Peggy fue optimismo y alegría para los demás, la forma en que murió —cortesía de los valores invertidos de nuestra sociedad— fue del todo innecesaria. Mi padre, un hombre chapado a la antigua, habría condenado los comentarios que hice en la iglesia. Supongo que también fue la primera vez que se mencionó el nombre de Osama bin Laden en el santuario de la iglesia de Inglaterra. Tal vez Peggy hubiera puesto objeciones a la vehemencia de mis palabras. Pero habría querido que yo dijera la verdad.

Se perdió el 11 de septiembre del 2001 por tres años y un día. ¿Se habría visto empañado su amor por la vida y su optimismo por los crímenes internacionales cometidos contra la humanidad en Nueva York, Washington y Pensilvania? ¿O habría florecido su sentido del bien y del mal que había provocado su angustiada llamada de teléfono al Beirut sitiado de 1982? Tenía un sentido de la proporción que escaseó mucho tras el 2001. Creo que esto se debía a que mi madre había vivido la Segunda Guerra Mundial. Siempre se quejó de que los políticos usaran paralelismos con ese

Gólgota. Sabía que alrededor de 50 millones de personas había fallecido en esos años, que miles fueron masacradas en todo el mundo cada día entre 1939 y 1945. Por muy despiadado que sea preguntarlo, ¿qué son 3000 muertos comparados con semejante legado de sangre? Sin duda, Peggy —y, también hay que decirlo, mi padre bien entrado en la vejez— maldecirían la mendacidad de nuestros presidentes y primeros ministros. Peggy poseía un gran instinto político y —del mismo modo en que los muertos vuelven a nosotros y nos hablan en nuestra imaginación— yo pude oír su furia a lo largo de los años posteriores, en Afganistán, en Iraq, del mismo modo en que podía sentir su seguridad en si misma cuando estaba viva. Y ahora que esta vida era cada vez más peligrosa —sobre todo para los periodistas, sobre todo para nosotros— recordaba con mayor claridad aún las palabras que yo había murmurado para mí mismo mientras Peggy reposaba muerta en la cama, en el salón 5 de su casa. Supongo que todos los hijos sin hermanos dicen lo mismo: El siguiente soy yo.

Regresé a Beirut ese húmedo mes de septiembre. Conocía a la tripulación de la compañía aérea libanesa desde hacía años y me sentaba muy a menudo tras el asiento del piloto. Un periodista tiene el instinto de una urraca para recopilar hechos inútiles, un batiburrillo de detalles inanes surgidos a lo largo de miles de vuelos, de visitas a cientos de hospitales. Los pilotos libaneses eran animales políticos, minas de cotilleos e información. Se embebían de todas las historias que les contaba y —a modo de compensación, supongo— intentaban explicarme los entresijos de su profesión. Me enseñaban a leer los instrumentos del avión, me ayudaban a entender los principios del vuelo con motor, la finalidad del empuje negativo, el sistema de comunicaciones con el control de tierra. ¿De verdad que podía ser tan fácil aprender a volar?

«Tengo suerte de estar vivo —me dijo un taxista de Beirut cuando me subí a su coche, en la Corniche hace cuatro años—. Y usted también tiene suerte de estarlo». Y fue mi acompañante quien se percató de la importancia de estas palabras, y entonces pensé que sí, tenía suerte, mucha suerte de estar vivo. A lo largo de todos esos años había viajado mucho, había cruzado de punta a punta Oriente Próximo cada mes, y a mediados de la década de los noventa daba conferencias en Europa y América, volaba a los Estados Unidos desde Beirut, a menudo dos veces al mes. Una noche estaba dando una conferencia en Los Angeles, a la mañana siguiente estaba en París y al cabo de veinticuatro horas Abed me llevaba al sur del Líbano. Me despertaba en los aviones, sudando, sin saber a dónde iba y miraba por la ventanilla, inquieto. ¿Era de día o anoche? ¿Había quedado que llamaría a la redacción desde París? ¿Debería haber enviado una crónica desde California anoche (cuando «anoche» era mediodía en Londres)? Mis padres jamás se habrían imaginado que llevaría una vida así.

Todavía era corresponsal en Irlanda del Norte cuando fui por primera vez a Nueva York en 1975. Iba a ver a una chica de Clonmel que trabajaba en Wall Street, y llegué en mitad de una tormenta de nieve, le di un golpe al coche que había alquilado contra un autobús en el puente de Verrazano y luego, con la chica sentada a mi lado e

impaciente por cenar de una vez, interpreté mal el camino que tenía que tomar para llegar al restaurante y me perdí junto al East River. Quité la capa de hielo que cubría la cabina telefónica y marqué el número del restaurante. El camarero me dijo que lo mantendrían abierto para nosotros, que siguiera las indicaciones para llegar a las torres del World Trade Center y que pasaría frente al restaurante. Estaba cayendo una buena ventisca en la ciudad, pero aun así vimos esas dos torres en el otro extremo de Manhattan durante más de una hora antes de poder llegar a ellas, y ahí estaba el camarero, bajo la nieve y con un paraguas.

Por aquel entonces los Estados Unidos no parecían un país tan agresivo. Los británicos estaban furiosos porque el IRA podía recaudar fondos en los Estados Unidos —y puesto que eran los años previos a la «guerra contra el terror», la RAF no decidió llevar el conflicto a territorio enemigo y bombardear Boston— y las Naciones Unidas parecían capaces de manejar la «paz» tras la guerra de 1973 de Oriente Próximo. Yo había ido de vacaciones desde Belfast al Beirut de preguerra civil y me había dado cuenta de que había demasiados soldados libaneses en las calles, de que los palestinos vivían, armados y resentidos, en las pocilgas de los campamentos de refugiados del Líbano. Pero entonces estaba demasiado implicado en el conflicto del dominio de Gran Bretaña sobre Irlanda del Norte como para comprender las hogueras que se estaban encendiendo tan lejos.

A veces la belleza del mar de Beirut me disuadía de viajar. Un día tenía que salir a las seis de la tarde para tomar un vuelo hacia Jordania pero entonces, a media tarde, seducido por el sol y el verde resplandeciente de los árboles frente a las olas, llamé a Ahmed Shebaro, mi agente de viajes, y le supliqué que me encontrara un vuelo a primera hora de la mañana para el día siguiente. De modo que me fui a dormir pronto, me desperté con los arrullos de las palomas que había en las palmeras y me dirigí hacia ese pequeño cajón de arena que Winston Churchill creó para los hachemíes, cuya familia reinante aún estaba representada por el hombre al que llamábamos el «RV», el Reyecito Valiente.

Cena con el RV<sup>[\*]</sup>. Esa era la noticia que llegaba a la prensa acreditada en Oriente Próximo. Informal, según afirmaba la corte real. Extraoficial, deducíamos nosotros. Y cuando acudimos a cenar al palacio —esto fue en septiembre de 1993— y vimos la mesa iluminada por las velas, más velas entre las estanterías, la *mezze* servida a lo largo de la mesa de mármol decorada con flores, nos pareció que la informalidad significaba confidencialidad. Así pues, cuando el rey Hussein ibn Talal de Jordania dijo «oficialmente», las hojas de nuestras libretas empezaron a revolotear como palomas, las grabadoras de bolsillo repicaron sobre la mesa de mármol. Si recibía una invitación, el rey tal vez iría a visitar a Arafat a Jericó. El gobierno israelí era «valiente y tenía visión de futuro» ya que había reconocido a la OLP. El mundo debía apoyar esa iniciativa histórica. Era una «última oportunidad».

¿Cuántas veces habíamos oído aquellas palabras «última oportunidad»? Camp David había sido una «última oportunidad». Ahora el acuerdo Arafat-Rabin era una

última oportunidad. Y fue inevitable que un reportero estadounidense le preguntara al rey sobre su estado de salud. Nos dijo que había regresado de los Estados Unidos sin un riñón. «Pero en la última revisión no había aparecido ningún rastro de cáncer». Iba a hacerse una revisión cada seis meses. «Intento hacer tanto ejercicio como puedo y aún estoy intentando dejar de fumar». Y todos miramos el paquete de Marlboro Light que apareció en la mano izquierda del rey, al final de la cena. No era un hombre frágil, pero el RV era consciente de su mortalidad, era un estadista mayor que no perdía nada por decir lo que pensaba en público. Aunque cuando una periodista de *The Washington Post* se atrevió a poner en duda su derecho a posponer las elecciones, el RV citó la constitución jordana —y las prerrogativas del rey— con un cierto tono de irritación. Era un hombre al que era mejor no contrariar, pensaba uno, no era un hombre que tolerara oposición. Pero a menudo resultaba difícil hallarle defectos al RV. Les prometió igualdad a aquellos palestinos de Jordania que decidieran seguir siendo ciudadanos jordanos tras las elecciones de autonomía de Arafat. Y después de reconocer en Rabat en 1974 que la OLP era la única representante del pueblo palestino, fue el único dirigente de Oriente Próximo que, en medio siglo, renunció formalmente a sus demandas de tierras árabes en lugar de exigir más.

Nos sentamos alrededor de la mesa y escuchamos todo esto, mientras la reina Noor, de origen medio estadounidense, supervisaba a los encargados de servir zumo de naranja, pollo con especias y fruta, ya que nosotros los escribas éramos casi demasiado respetuosos para levantarnos, como Banquo, el fantasma de Sadam Husein. Pero el dictador iraquí tenía que aparecer en el banquete. Le preguntamos al rey cuál iba a ser el papel que desempeñaría Sadam en la paz de Oriente Próximo. Y nos espetó la respuesta. Jordania había sufrido por su preocupación humanitaria por el pueblo iraquí durante la guerra del Golfo. Aqaba, la única arteria de Jordania hacia el resto del mundo, estaba a punto de caer en desuso. «No es ningún secreto de que no me he visto cara a cara con el dirigente iraquí desde hace mucho tiempo, desde antes de la guerra... yo sólo me preocupaba... de todos los países de la región». Jordania había intentado, y fracasado, convencer a los iraquíes para que se retiraran de Kuwait. Pero ¿habíamos leído el informe de la UNICEF que decía que a finales de 1993 morirían un millón de niños iraquíes a consecuencia de las sanciones de la ONU? Sí, «en un contexto de paz y si Iraq puede tranquilizarse —un Iraq pluralista y democrático que respete los derechos humanos—, el país desempeñará un papel muy importante». Aquella afirmación parecía excluir a Sadam, aunque el rey no lo dijo. Y el RV habló sobre democracia, aquel fenómeno único que según él podía salvar a Oriente Próximo del extremismo.

¿Nos dejamos engañar por sus palabras? Tal vez el rey no había querido dirigir su país sin un parlamento, tal y como nos dijo, pero Jordania no era una democracia al estilo occidental exactamente. «Más democracia, más participación, más derechos humanos», dijo en un momento dado. ¿A qué se refería? Nos respondió que tenía la esperanza de vivir para volver a ver Jerusalén. La luz de las velas relucía en la cabeza

cada vez más calva del rey. Esperaba que no le ocurriera nada al «presidente Arafat». La mortalidad había hecho acto de presencia en la mesa. El rey Hussein sólo viviría cinco años más.

El RV era un hombre duro y su negativa a luchar contra Sadam Husein tras la invasión iraquí de Kuwait en 1990 hizo que los jordanos y la mitad de su población palestina le fueran fieles. Tenía el hábito encantador, y desconcertante, de llamar a todo el mundo «señor», algo que debía de ser un vestigio de sus días en Sandhurst, pero que nos hizo caer a los periodistas en la trampa de creer que sentía respeto por sus interlocutores. Había sido condenado por los medios de comunicación estadounidenses habituales por no prestar apoyo a la guerra de los Estados Unidos contra Sadam; los lectores de periódicos se vieron obligados a abrirse camino entre un sinfín de análisis sobre el posible destino del rey. ¿Suponía esto el fin de los hachemíes? ¿Dejaría de existir Jordania? Se había predecido el mismo resultado para Arafat. ¿Suponía esto el fin de la OLP? Pero claro, el mismo aislamiento internacional que hizo que Arafat fuera lo bastante débil para firmar la paz con Israel, también hizo que el rey Hussein se quedara sin amigos y firmara la paz con Israel.

Fue una paz que se congeló muy rápido y tal vez el rey Hussein habría preferido que hubiera llegado algo más tarde. Pero el acuerdo que alcanzó Arafat en Oslo, lo cual fue un error garrafal, convirtió en inevitable el tratado que Jordania firmó con Israel el 26 de octubre de 1994. Nosotros fuimos allí, ni que decir tiene, a ver la siguiente «última oportunidad». Se necesitaron muchas firmas. En el calor de Araba, incluso a los estadistas les costó comprenderlo todo. Había cuatro volúmenes de documentos, cada uno firmado por seis manos, y páginas de anexos. No me extraña que Bill Clinton, mientras la luz del desierto se reflejaba en los papeles, no parara de frotarse la cara, de pedir gafas de sol y de secarse sus ojos doloridos con un pedazo de tela negra. Luego los soldados trajeron los mapas.

De casi dos metros de largo, los abrieron para que los firmaran. Mapas de Baqura-Naharayim, de Zofar, de capas freáticas, de Yarmouk, de capas de sal en el mar Muerto. Abdul Salam Majlli, el primer ministro jordano, alzó un brazo, asombrado, a medida que se iban agolpando más volúmenes sobre la mesa. Clinton, abrumado por la luz que se reflejaba en las hojas, le dio la espalda a sus invitados mientras un asesor le proporcionaba un lavajos, justo ahí, en mitad del desierto. Andréi Korzyrev, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, llevaba una gorra y gafas de sol que le conferían un aspecto —mientras garabateaba su nombre una y otra vez— de presidente de club de fútbol contratando a una nueva estrella.

Así pues, los hombres de Araba separaron con firmeza Jordania de Israel, y Jordania de la tierra que era Palestina. Así pues, el rey Hussein permitió que los israelíes siguieran viviendo en las franjas de territorio jordano. Así pues, Jordania e Israel pusieron fin a su guerra de cuarenta y seis años, todo esto presenciado por un único representante de bajo rango de la OLP de Ammán, el único representante del pueblo —los palestinos— por el que habían luchado. Se guardó un minuto de silencio

para rendir homenaje a las miles de víctimas israelíes y jordanas —algunas de las cuales debieron de ser palestinas— que murieron durante esos cuarenta y seis años. «Creo que están con nosotros en esta ocasión», declaró el rey Hussein.

Fue el comentario más noble del día, formulado por un rey cansado y envejecido, un hombre que ahora pensaba muy a menudo en la muerte y cuyo propio pueblo albergaba las mayores reservas sobre esa paz. A pocos kilómetros de distancia, al otro lado de las montañas de color marrón grisáceo, al noroeste del lugar donde se encontraban los dignatarios se hallaba la ciudad de Jerusalén, su lado este —y Cisjordania— todavía estaba bajo la ocupación del mismo ejército israelí que permanecían en posición de firme ante nosotros. Los periodistas jordanos permanecían en pie bajo el calor, sin sonreír. «En nuestro bando no existe ningún motivo para el júbilo —dijo uno de ellos mientras la gran limusina de Bill Clinton pasaba entre los viejos campos de minas de la primera línea jordano-israelí—. La gente se toma esto como una operación quirúrgica, algo por lo que tienen que pasar. Para los israelíes esto es una victoria. Para nosotros, una derrota».

Los estadistas de Araba no se expresaron del mismo modo. Fue «una paz de los valientes» (Clinton), un «motivo de orgullo», el «amanecer de una nueva era» y «un día como ningún otro» (rey Hussein), «la paz de los soldados y la paz de los amigos» (primer ministro israelí Isaac Rabin). El rey dio la impresión de ser el más digno de los hombres y acabó con un comentario que dejó una pregunta sin respuesta: «Este [tratado] no sólo un pedazo de papel... será real mientras abramos nuestros corazones y mentes a los demás». Rabin incidió en el mismo punto cuando dijo que «la paz entre los estados es la paz entre los pueblos». Sin embargo ambos sabían que en gran parte de Oriente Próximo, la paz entre Estados no significaba necesariamente la paz entre pueblos.

Un periodista israelí abrazó a un burócrata jordano mientras varias chicas israelíes repartían botellas de agua fría, en cuyas etiquetas podía leerse «Acuerdo de paz jordano-israelí octubre 1994» en árabe y en hebreo, pero con el lugar de procedencia —los altos del Golán ocupados por Israel— impresos sólo en hebreo. Los cientos de sillas estaban atadas con finas esposas de plástico, las mismas esposas utilizadas por el ejército israelí. La salva de veintiún cañonazos hecha por las tropas de artillería que en el pasado podrían haber luchado entre ellas, el ruidoso himno jordano interpretado antes de la belleza evocadora del *Hatikvah*, las dos nietas de soldados jordanos e israelíes que murieron en 1967; todo esto emocionó a los ancianos soldados que se encontraban junto al presidente estadounidense. Pero Bill Clinton recurrió a su arsenal de tópicos —«Convertir esta tierra de nadie en la casa de todo el mundo»— y a sus amenazas rituales contra el «terrorismo» para recordarles a los 5500 invitados que aquello era un acuerdo de paz estadounidense, gestado por los Estados Unidos y garantizado por los Estados Unidos, cuyo mayor aliado en Oriente Próximo es Israel. Hasta que no se publicaron los anexos un año más tarde no descubrimos que la frontera entre Jordania y la Cisjordania ocupada había quedado designada como la

frontera entre Jordania e Israel.

Hussein tampoco tenía ningún motivo para sentir que Jordania era un país más seguro gracias al tratado de paz. Unas pocas semanas antes de su muerte, se enfadó mucho cuando un periodista israelí, Israel Harel, desenterró una idea que atraía desde hacía tiempo a Ariel Sharon. En un artículo publicado en *Ha'aretz* Harel afirmó que «Jordania fue fundada en una parte de la patria judía... A la larga quedará claro... que dos naciones [Israel y Palestina] no pueden convivir en la pequeña porción de tierra que hay al oeste de Jordania y que dos estados no pueden vivir ahí. Si existen naciones con amplias extensiones de tierra que no necesitan una mayor superficie y que, sin embargo, se regalan la vista con Jordania, Israel también debe reclamar Jordania... Con ese territorio, incluso con parte de él, podríamos resolver, en colaboración con nuestros socios del proceso de paz, muchas disputas territoriales que tenemos con los palestinos».

El primer ministro israelí Isaac Rabin sería asesinado por un israelí —un «extremista», según los periodistas occidentales, por supuesto, no un «terrorista»— tan sólo un año después de la firma del tratado de Araba, y el rey Hussein sólo vivió cuatro años y medio más. El monarca jordano no dejó nunca sus Marlboro Lights y a su muerte por cáncer le precedió un tratamiento de quimioterapia muy duro en los Estados Unidos y un imprudente desfile en coche bajo la lluvia de Ammán para celebrar su supuesta recuperación.

Fue en este regreso inicial a Jordania cuando estalló un escándalo de soberanas proporciones que afectó a la dinastía hachemí. Hussein deshonoró la figura paternal y afable de su hermano Hassan cuando le retiró su título de príncipe heredero. Hassan sabía que el juego de reyes se había acabado desde el momento en que Hussein aterrizó en el aeropuerto Reina Alia. Recibió el abrazo formal del hombre que creía que había ganado su batalla contra el cáncer. Pero éste no le hizo caso a su hijo Rashid, y luego mostró lo que pensaba de su príncipe heredero ya que decidió desfilar por la ciudad no con Hassan, como tenía por costumbre, sino con la reina Noor. Hassan fue relegado a un segundo plano. El hombre que había esperado treinta y cuatro años para ser el rey de Jordania se quedó atónito.

En la clínica estadounidense, a Hussein le habían dicho que Hassan había intentado despedir al jefe del estado mayor del ejército jordano, que la mujer de origen pakistaní de Hassan, la princesa Sarvath, había cambiado las alfombras del palacio real en previsión de su coronación como reina. Ambas historias parecen ser falsas. Hassan le había dicho a Walid bin Talal, un multimillonario saudí, que no podía comprar la casa del jefe del estado mayor porque era propiedad del mariscal de campo. Y Sarvath había redecorado su propia casa —una casa de campo de época que en el pasado había pertenecido al antiguo embajador británico sir Alec Kirkbride—, no la del rey. Pero habían empezado a aparecer demasiados retratos del príncipe heredero Hassan por toda Jordania y también de su propio hijo, lo cual supuso un peligroso precedente. Hussein acusó públicamente a Hassan de urdir poco menos que

un golpe de Estado.

Cuando las sospechas del rey llegaron a oídos de Hassan, éste se presentó ante su hermano y le preguntó sin rodeos a Hussein: «¿Acaso te he ofendido? Aquí tienes mi pistola. Si he sido desleal contigo, por favor, mátame de un tiro, pero no me deshonres». El rey le ordenó a Hassan que se guardara la pistola y le aseguró que aún era el regente. La secuela de este hecho fue mucho más extraordinaria. El rey llamó a Hassan para que acudiera a palacio a las doce y media de la noche, el 20 de enero de 1999, para entregarle la carta de desheredamiento. Había un fotógrafo esperando para sacarle una foto a Hassan mientras le entregaba su insignia al nuevo príncipe heredero, el hijo de Hussein, Abdulá. Hassan regresó a su coche sin tiempo de leer el documento; mientras regresaba a su casa encendió la radio y oyó el contenido de la carta que no había abierto en el noticiario nacional. Sin paz yace la cabeza coronada.

Muchos jordanos consideraron que la forma en que se le trató fue innecesariamente cruel. Como príncipe heredero, Hassan recibió órdenes del rey para que se encargara de los proyectos de desarrollo de Jordania, una misión que, como era de esperar, provocó desavenencias entre el príncipe y el gobierno del primer ministro Abdul Karim Kabariti, de quien se decía que sentía una aversión personal hacia Hassan. Los ministros creían que Hassan se estaba apropiando de sus prerrogativas, algo que no tenía derecho a hacer ya que en Jordania, el derecho de sucesión es el único poder constitucional del príncipe heredero.

Sin embargo, si Hassan hubiera rememorado aquel día, casi cuarenta y tres años atrás, en el que otro leal servidor de la monarquía jordana creyó que tenía su puesto de trabajo asegurado, tal vez habría sido consciente de su destino. En aquella época el rey Hussein sólo tenía veintiún años, pero ya había discutido con el teniente general sir John Bagot Glubb, comandante británico de su legión árabe y principal asesor militar de su majestad. Glubb había disentido de Hussein en cuestiones de estrategia —el joven rey quería tomar represalias contra los israelíes por sus incursiones en la frontera— y Glubb también le había entregado a Hussein una lista de los oficiales de la legión árabe que, según afirmaba, eran «subversivos» y debían ser expulsados.

Convencido de que Londres intentaba controlar las fuerzas armadas jordanas, el rey despidió al general británico de cincuenta y nueve años, junto con sus dos oficiales de mayor rango, el jefe del estado mayor y el director del servicio de inteligencia. En una rabieta, Hussein le dijo a su gabinete que sus órdenes debían «ejecutarse» de inmediato. A la mañana siguiente llevaron a Glubb Pasha al aeropuerto en el coche del propio Hussein. La cólera del rey se apaciguó. Todo se había hecho por el bien de la nación. Pero para el rey enfermo que estaba ingresado en la clínica Mayo en 1999, el príncipe heredero intentaba hacerse con el control de ejército, del mismo modo que se había acusado a Glubb Pasha en 1956.

Así pues, el desheredamiento del príncipe heredero Hassan no tuvo nada de sorprendente. Los hachemíes siempre habían vivido al límite, provocando desastres y logrando la posterior recuperación con un dramatismo y un valor que aún sorprenden

a otros dirigentes árabes. Poseen una tendencia para pasar rápidamente de la furia a la contemplación, de la locura política a la amistad eterna, lo que tal vez sea una característica de los árabes del Golfo más que del Levante. Aunque, por supuesto, la familia de Hussein venía del Golfo, de la provincia de Heyaz, y fue su bisabuelo, también Hussein, a quien los otomanos nombraron como emir, jerife de la ciudad musulmana sagrada de La Meca. Un grupo religioso austero, fiel a la familia Al Saud —los «fundamentalistas islámicos» de su época—, expulsó a los hachemíes de lo que se convertiría en Arabia Saudí y Winston Churchill nombró emir de Transjordania a Abdulá, abuelo del rey Hussein. Abdulá quiso ser rey de Palestina, territorio para el que los británicos tenían otros planes. El rey Abdulá intentó hacer las paces con los sionistas que planeaban fundar su nuevo Estado en tierras palestinas, y tras la catástrofe palestina de 1948, la vida del monarca quedó sentenciada. Se había anexionado la orilla occidental del río Jordán; casi todo el resto de Palestina se había convertido en Israel. Hussein, que a la sazón tenía quince años, fue testigo del asesinato de Abdulá en Jerusalén, organizado por los palestinos.

Así pues, los hachemíes eran una familia de grandes pérdidas, una dinastía acostumbrada a la desconfianza así como a la determinación. Perdieron Heyaz, perdieron la zona occidental de Palestina. Diez años más tarde, en Bagdad, el rey Faisal II —nieto del hermano del viejo Abdulá que había sido nombrado por los británicos— fue asesinado por los baazistas que, veinte años más tarde, llevarían a Sadam Husein al poder. En 1967, el rey Husein, en lo que supuso el mayor desastre de su carrera, decidió unirse a Egipto y Siria en su guerra contra Israel, y fue expulsado de Jerusalén este y Cisjordania. Por lo tanto, en menos de medio siglo los hachemíes habían perdido Heyaz, Iraq y toda Palestina.

Como era de esperar, la historia de la familia se convirtió en la historia del RV. Su educación inglesa le granjeó las simpatías de los británicos, que admiran el valor ante la adversidad y, aún más, a los perdedores valientes. Cuando Hussein se casó con Antoinette Avril Gardiner, hija de un teniente coronel de los ingenieros reales, en 1961, hubo la sensación de que Jordania había vuelto a convertirse en un protectorado británico. «Toni», que Pasó a ser la princesa Muña, dio a luz a dos hijos, Abdulá —ahora el rey— y Faisal. Fue la segunda de las cuatro mujeres de un rey cuyos matrimonios podían ser tan turbulentos como la vida política de la nación<sup>[1]</sup>. Se había divorciado de su primera mujer, la mayor, Dina, al cabo de dieciocho meses; el embajador jordano en Egipto le entregó la carta de despedida del rey a la reina cuando ella estaba visitando a un familiar enfermo en El Cairo. El matrimonio con Toni se hundió cuando su ojo errante se posó en la bella Alia Toukan, una empleada de las líneas aéreas reales jordanas, cuyo amor por el rey podría haberle proporcionado a su marido una paz mental duradera —se casaron en 1972— en caso de que ella no hubiera muerto en un accidente de helicóptero al cabo de sólo cuatro años. El aeropuerto internacional Alia de Ammán es, por lo tanto, el único aeropuerto internacional del mundo que lleva el nombre de una víctima de un accidente aéreo.

En 1978, el rey se casó con Elizabeth Halaby, que se convirtió en la reina Noor, una mujer también muy bella, pero de mucho carácter, que era más alta que el rey y que desarrolló una gran desconfianza por su hermano Hassan, un hombre introvertido y racionalista en exceso. Corría el rumor por Ammán de que, en caso de que el hermano de Hussein hubiera alcanzado el trono, Noor habría dejado el país.

Tras perder Cisjordania, el rey tuvo que hacer frente a las consecuencias: el desdén palestino y lo que resultó ser un intento de golpe de Estado llevado a cabo por guerrillas palestinas. Con una crueldad a la que aún no se ha dado todo el crédito, las tropas beduinas de Hussein hicieron una carnicería en los campamentos palestinos de Jordania y aplastaron a la guerrilla. Después de aprender de su decisión precipitada de ir a la guerra en 1967, el rey no participó en el conflicto de Oriente Próximo de 1973, permaneció casi en absoluto silencio y mantuvo contactos semisecretos con los dirigentes israelíes, igual que había hecho su abuelo. Quería conservar lo que le quedaba. El objetivo de mantener Jordania —el país más artificial que ha inventado jamás Gran Bretaña— se convirtió en la única razón de ser de los hachemíes. El RV sería amigo de Occidente. Cuando un periódico de Washington publicó que el rey había recibido millones de dólares de la CIA, estas historias no llegaron a Ammán.

En Occidente acostumbramos a dividir a los árabes en tres grupos ficticios, lo que es una prueba de nuestro racismo, así como de nuestra ignorancia: los hombres de negocios del Golfo, maquinadores, codiciosos y con nariz aguileña, que aparecen en las películas y en las tiras cómicas antisemitas de la prensa estadounidense (los árabes, al igual que los judíos, son semitas); los «terroristas fundamentalistas» y, en tercer lugar —lo que supone un regreso al retrato original hollywoodiense del beduino del desierto inmortalizado por Rodolfo Valentino—, como «audaces guerreros del desierto». Los hachemíes pertenecían, sin lugar a dudas, al grupo de los «guerreros audaces», como mínimo el rey Hussein. Un amigo del rey comparó una vez a Hassan con Cecil Rhodes, un personaje que resultaba difícil de tratar.

En cuanto al rey, no sólo le gustaba el deporte y volar; tenía mucho ojo para el deporte de dormitorio. Unos meses antes de que le diagnosticaran el cáncer, se dedicaba a cortejar a una joven jordana de poco más de veinte años. A la reina Noor no le hacía mucha gracia. Pero eso no le hizo ningún daño a la reputación de su marido. A los príncipes de Arabia Saudí no les faltan nunca mujeres y el emir de Kuwait ha resistido a una serie de matrimonios turbulentos con mujeres tribales. Sin embargo, resultaba imposible separar la prolífica vida amorosa del rey Hussein de sus apuestas políticas. Considerado durante mucho tiempo como un «amigo» flexible de Occidente, sorprendió a sus aliados estadounidenses cuando abrazó, literalmente, a Sadam Husein tras la invasión de Kuwait de 1990<sup>[2]</sup>. ¿Acaso creía de verdad que Sadam iba a «liberar» Jerusalén? ¿O que Jordania podría sobrevivir sin los árabes del Golfo? Se dejó barba; en Ammán lo llamaban el jerife de La Meca. Los saudíes se enfurecieron. Parecía que miraba hacia tierras perdidas. Sabía que los palestinos apoyarían a Iraq. Se convirtió en el monarca más popular del mundo árabe en el

mismo momento en que el más impopular para Occidente.

Los estadounidenses estaban listos para enrollar la alfombra hachemí. Pero entonces, en 1993 llegó el «acuerdo» de paz de Arafat y su propio tratado con Israel y, de la noche a la mañana, el aliado traicionero del abominable Sadam había vuelto a convertirse en el Reyecito Valiente. Jordania volvía a ser «nuestra». Los estadounidenses construyeron una embajada nueva, inmensa y fortificada en las afueras de Ammán. «¿Es el nuevo cuartel general de la CIA?», les dijo en broma Hussein a unos amigos jordanos una noche, mientras miraba más allá de sus jardines, hacia aquel complejo iluminado. Quizá tenía razón. Tal vez los hachemíes puedan trazar su linaje hasta el profeta Mahoma, y eso hacen, pero son Tudores más que demócratas, son una oligarquía y no una monarquía moderna, por muy liberales y decentes que sean como individuos.

Al final, el espectral rey fue ingresado en el hospital de Ammán para morir, y las tormentas que azotaban Oriente Próximo durante esa primera semana de febrero de 1999 parecían presagiar algo, la noche que oscurecía el avance del sol tras la muerte de Duncan. Los torbellinos procedentes del mar se adentraban en Beirut; uno chocó contra mi balcón después de que lo hubiera visto venir, entró en el piso, tiró la mesa de cristal contra la pared y rompió los platos. En Ammán, una niebla oscura cubría la ciudad y envolvía a las de figuras ataviadas con túnicas que se habían reunido frente al Hospital Rey Hussein. A pesar del viento y de la densa niebla, podía oír sus voces desde un kilómetro de distancia. «Con nuestra sangre, con nuestra alma, nos sacrificamos por ti». Siempre las mismas palabras, la misma ansia de martirio. Se lo habíamos oído a los palestinos, a los iraquíes y ahora a los jordanos. ¿Lo decían en serio?

Dentro del hospital, los cortesanos se enfrentaban a un único problema: cuándo desconectar el sistema de respiración artificial, que era lo único que lo mantenía con vida. Las máquinas de diálisis y los gota a gota aún insuflaban vida a un rey que, como hombre profundamente religioso, creía que debía morir cuando Dios, y no el hombre, lo decidiera. Pero la ciencia de prolongar la vida de los enfermos terminales ya no tenía en cuenta al Corán, ni a la Biblia. Ningún prelado musulmán había logrado aún definir la respuesta del islam a un avance que le había quitado de las manos a Alá el momento de la muerte. Al final, murió, como me dijo un amigo de la familia real, «como era debido y sin ninguna sensación traumática». Incluso a los reyes les llega...

Frente al hospital, los carteles de la multitud mostraban al rey muerto que se encontraba sólo a unos cientos de metros de nosotros: el Hussein piloto de avión de combate, el Hussein guerrero beduino, el Hussein mariscal de campo. Pero no había ni una sola fotografía del rey y su hijo juntos. El nuevo rey Abdulá —qué raro sonaba el nombre por entonces— no estaba en los pensamientos de los hombres que gritaban o de la mujer anciana que se postraba en un torrente de agua helada que corría calzada abajo.

Rey Abdulá. Tenía una resonancia extraña; recordaba a otro rey de casi medio siglo antes en la mezquita de Al Aqsa de Jerusalén, el bisabuelo de Abdulá, con una bala en la cabeza y el turbante que se alejaba rodando de él, mientras un adolescente —ahora el cadáver calvo que se encuentra dentro del hospital detrás de nosotros— se desploma aterrorizado. Jerusalén aún se encontraba a sólo 85 kilómetros, al otro lado de la niebla gélida y asfixiante, tan perdida para los jordanos de entonces como lo estaba cuando el ejército del rey Hussein se retiró hace más de tres décadas.

De modo que este país pequeño, valiente, frágil y raro tenía a otro licenciado militar británico que iba a encargarse de sus asuntos. Sandhurst, Oxford, Georgetown, comandante de tanque y general con su propia guardia pretoriana. Sus fuerzas especiales —una de esas supuestas unidades «de primera» que surgen en todo Oriente Próximo— habían sofocado un par de disturbios durante los últimos años. Sólo había que ver a esa gente que aguardaba frente al hospital —y la naturaleza incontrolable de su dolor— para comprender lo pesada que sería la carga para el rey Abdulá. La gente se apretujaba contra los cordones policiales y sollozaba tapándose la cara con las manos y caía desmayada en el barro, junto a las puertas. Para un occidental, para un turista, Jordania es un agradable cajón de arena lleno de ruinas romanas, palacios labrados en la roca, camellos y una vieja línea de ferrocarril que hizo volar el coronel Lawrence. Pero su pueblo estaba herido; un 65 por ciento de la población podía hallar un caso de desposeimiento palestino en su árbol genealógico. Aquellas nubes bajas y frías dejaban caer una lluvia continua durante todo el día. Y para aquellos que lo observaban, el funeral de Hussein tenía algo que traicionaba una realidad aterradora.

Dos jordanos enterraron a su rey. Ahí estaba la nación occidentalizada y formal, con sus gaiteros de estilo escocés y su nuevo monarca con acento inglés que invitó a los estadistas de todo el mundo para enterrar al «guerrero caído» en su cureña pulida, el corcel árabe de Hussein —con unas botas vacías en los estribos— piafaba tras el ataúd. Y lo que vio el mundo —de hecho, lo que se suponía que tenía que ver el mundo— era la adoración de los reyes, los presidentes, los primeros ministros y los príncipes: Clinton, Bush padre, Blair, Assad, Yeltsin, Chirac, Shamir, Netanyahu, Mubarak, Weizman, Arafat, Sharon, Carter, Ford, el príncipe de Gales... Al fin y al cabo, ¿el presidente Clinton no había consignado a este hombre al paraíso en su última declaración sobre la pérdida de Jordania?

Luego había la otra Jordania. Frente a la verja, sudando y gritándole a Dios, reprimida a culatazos, insultada por los descendientes de la legión árabe de Glubb Pasha mientras éstos intentaban abrirse camino hasta el féretro del rey Hussein, la otra Jordania no acababa de encajar con los fastos que había al otro lado del muro de palacio. Cuando los jordanos lograron atravesar el cordón formado por las tropas y cargaron a miles hacia las verjas, tuvieron que enfrentarse a cientos de soldados armados. «¡En el nombre de Dios, ayudadme!», gritó una anciana mientras la multitud la apisonaba contra el barro.

¿Cuál era la Jordania real, entonces? ¿Era la nación encerrada sobre los suelos de

mármol del palacio Rhagadan, donde todos los aliados peligrosos y de poca confianza que lo habían querido, odiado o conspirado contra él rendían ahora homenaje, rezaban, inclinaban la cabeza y observaban el féretro del «reyecito»? Todos mostraban una gran sinceridad y afecto. Ahí estaba el primer ministro de Israel, Benjamín Netanyahu, que sólo unos meses antes había enviado a su pelotón de asesinos a Jordania para matar a un miembro de Hamás, haciendo una fría reverencia ante el ataúd. Estaba el antiguo presidente George Bush, que ocho años antes había considerado a Hussein como un agente enemigo. Yasir Arafat, cuyos hombres habían intentado destruir el reino de Hussein, se cuadró vestido con su uniforme de color verde oliva, y saludó dos veces el féretro cubierto con la bandera.

Detrás del ataúd, sin apenas moverse, sobresalía el rostro estudiado, y a menudo fruncido, del rey Abdulá II y sus dos hermanastros, el príncipe heredero Hamzá y el príncipe Hashem. Permanecieron allí de pie, juntando las manos para rezar de vez en cuando, todos vestidos con unos trajes y unas corbatas inmaculados y ataviados con la misma kefia a cuadros rojos y blancos que Arafat. Era como si estuvieran interpretando una especie de ritual fuera de lo corriente, parecían unos estudiantes ingleses de escuela privada en una obra (de teatro) desconocida más que unos príncipes guerreros árabes, que intentaban destacar entre los hombres altos de la vieja legión árabe —Hussein los había rebautizado como el ejército Árabe Jordano tras despedir a Glubb— que custodiaban el ataúd y el estandarte real.

«Vulnerable» era la palabra que le venía a uno a la cabeza. Los príncipes no parecían lo bastante mayores, o duros, o cínicos para ocuparse de aquellos hombres vestidos de forma impecable que pasaron ante ellos para rendir homenaje a su padre, algunos eran unos caballeros, otros dictadores venales, había bastantes con las manos muy manchadas de sangre, estaban los inofensivos y los belicosos, uno tras otro desfilaron ante el féretro, como si estuvieran esperando a que les hicieran una foto para el pasaporte. Supongo que no fue sorprendente que se estuviera reescribiendo la historia para la gente que observaba aquello por televisión. En los canales que emitían por satélite, se elogiaba a aquel rey que había muerto de cáncer por ser el hombre que firmó la paz libremente con Israel, cuyo país era alabado —por la CNN— porque tenía un vínculo más estrecho con Israel que muchos Estados árabes. De modo que teníamos que olvidar que el rey había hablado una vez en privado de las «esposas» del acuerdo de Oslo, que obligaron a Jordania a firmar un acuerdo de paz muy poco popular con Israel, y recordar lo que Clinton nos había dicho dos días antes: ahora el rey Hussein estaba en el paraíso. Que es adonde dijimos que había ido el presidente egipcio Anwar Sadat tras su muerte. Al parecer, ése es el destino de todos los dirigentes árabes que firman la paz con Israel a instancias nuestras.

Los chicos de la televisión —en algunos casos se trataba de los mismos «expertos» que habían predicho la caída de Hussein cuando se negó a apoyar la guerra estadounidense de 1991— hacían gala de una gran verborrea. «Integridad moral irrefragable», «un visionario de la paz», «un hombre de gran carisma» con un

legado «incuestionable», un hombre que «siempre quiso conceder a su pueblo los derechos que merecía». Todas éstas son, por desgracia, citas auténticas. ¿A qué legado se referían? ¿Y qué derechos políticos recibieron los jordanos, salvo un voto en un parlamento de mentirijillas y el hecho de saber que si se pasaban de la raya en las entrevistas que los reporteros de televisión les hacían a los «hombres de la calle» sobre el futuro del rey Abdulá —al igual que su padre, un rey soldado, de tal palo tal astilla— los llevarían de inmediato ante la policía de Su Majestad para recibir un buen repaso?

En cuanto a la muchedumbre que aullaba al otro lado de las verjas del palacio, cerca de los reyes y presidentes acicalados que había dentro, parte de esa gente quería al rey fallecido. Pero mostraban menos entusiasmo por el nuevo rey y mucho menos por el príncipe Hamzá, el hijo que Hussein tuvo con su última mujer, la reina Noor. «Hamzá fue elegido nuevo príncipe heredero por los Estados Unidos», dijo una chica<sup>[3]</sup>. Era una jordana palestina.

«Tonterías —le espeté—. No deberías creer en la *moamara*, el “complot”», le dije. Pero luego, una hora más tarde, vi la lista entera de dignatarios que acudieron al palacio y me quedé sorprendido por el número de hombres del Departamento de Estado, los chicos del Departamento de Pacificación de Washington dirigido por Martin Indyck, el antiguo director de investigación del mayor grupo de presión israelí, que no logró convencer a Netanyahu que dejara de construir asentamientos judíos en territorio árabe pero que insistía en que Arafat debía «tomar medidas contra el terrorismo». Entonces, ¿se encontraba la verdadera Jordania entre la masa de jóvenes mal vestidos, que no paraban de gritar y que se habían reunido en la carretera que había junto al palacio, muchos de ellos con una educación deficiente, algunos ataviados de modo lastimoso con camisas y pañuelos a los que habían pegado fotografías arrugadas del rey?

Cuando se aproximó el féretro, una especie de oleada, mitad murmullo y mitad movimiento, se extendió entre las hileras de caras cansadas y desencajadas, como si alguien hubiera tirado una piedra a un estanque humano. No hubo ninguna señal por adelantado, ninguna instrucción ni indicación salvo una hilera de niños que de pronto se movió de los árboles a la carretera. Luego la gente se dirigió en masa hacia el féretro y el todoterreno lleno de guardias jordanos con turbante, con la cara arrasada en lágrimas y las manos estiradas para tocar, incluso agarrar, la bandera o tal vez el propio ataúd.

Recuerdo que pensé, antes de que un soldado aterrorizado golpeará a dos hombres con el fusil y me diera un puñetazo en el pecho mientras la gente se nos echaba encima, que era como echar gasolina en una cocina. Era un tipo de histeria extraña, espantosa porque combinaba el amor y la cólera a casi partes iguales, la lealtad intensa unida a una furia absoluta. Cuando me recuperé, vi al soldado tirado en el suelo junto a mí. En el funeral del ayatolá Jomeini, casi diez años antes, la muchedumbre había rasgado el sudario. Y si los descendientes de la Legión Árabe no

hubieran gritado en nombre de su rey muerto y si los otros soldados no hubieran arremetido contra los primeros jóvenes jordanos que intentaron trepar al coche, podría haber ocurrido de nuevo.

La violencia se retrata de un modo muy distinto cuando sus progenitores están fuera de las paredes del palacio. ¿Cómo debían de sentirse esas masas, pensaba uno, con respecto a la presencia del ministro de Asuntos Exteriores israelí, Ariel Sharon, frente al ataúd de su rey, el mismo hombre que envió a los falangistas libaneses, aliados de Israel, a los campamentos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila en 1982? ¿Qué les parecía la llegada del presidente Assad de Siria, que ordenó a sus soldados que «eliminaran» un alzamiento islámico en Hama en 1982, una operación que dejó miles de muertos? ¿O del antiguo primer ministro israelí Simon Peres, cuya ofensiva de 1996 contra el Líbano culminó en la matanza israelí de 109 civiles libaneses en un campamento de las Naciones Unidas en Qana, por no mencionar los muertos de aquella ambulancia de Mansouri? En todos los casos, las víctimas habían sido musulmanes, igual que lo fueron en la guerra desatada por el hombre que más sorprendió al mundo cuando apareció en Ammán, cuya carnicería en Chechenia apenas se mencionaba en Occidente. Borís Yeltsin saludó a las cámaras —estoy vivo, estoy vivo, intentaba decirnos— y entró en el palacio tambaleándose. Cerca de él, el semental blanco preferido de Hussein, Amr se levantó sobre los cuartos traseros por un instante, tras el féretro. Como muestra de respeto, se dijo, nadie volvería a montar en él.

De modo que tuvimos que volver a escuchar las muestras de adulación pública. Arafat dijo que Hussein había sido un Saladino, el guerrero que había expulsado a los cruzados de Palestina. A decir verdad, fueron los israelíes los que expulsaron a los hachemíes de Palestina. Pero Hussein era un hombre distinguido. ¿Qué rey habría aparecido en su propia cárcel de alta seguridad para llevar a casa a su oponente político más vociferante? Leith Shubeilath había hecho enfurecer al monarca y lo metieron en la cárcel por preguntar por qué había llorado la reina Noor en el funeral de Isaac Rabin cuando la viuda de un dirigente radical palestino asesinado por los israelíes en Malta «no recibió ningún mensaje de condolencia oficial, y ni la princesa ni ninguna mujer de ningún oficial derramó una sola lágrima<sup>[\*]</sup>». Cuando el rey llegó a la cárcel, Shubeilath lo hizo esperar durante diez minutos mientras se despedía de sus compañeros presos. Hussein lo esperó pacientemente. ¿Habría hecho eso Sadam? ¿O el rey Fahd? ¿O el presidente Mubarak? ¿O Benjamín Netanyahu?

Tal vez sea esto lo que distinguía al rey: entre los monstruos de Oriente Próximo, parecía un hombre de lo más razonable. Creía que si confiaba lo suficiente en otra persona, recibiría algo a cambio de su buena fe; y la recompensa que obtuvo fue cruel. Creyó en Benjamín Netanyahu hasta que el primer ministro israelí no le concedió permiso para transportar en su avión privado a Arafat de Ammán a Gaza. «Mi angustia es sincera y profunda debido a las trágicas acciones acumuladas que ha instigado desde el gobierno de Israel, alcanzar la paz —el objetivo más digno de mi

vida— me parece cada vez más como un espejismo distante», le escribió al primer ministro israelí en marzo de 1997. Netanyahu anunció que estaba «perplejo por los ataques personales contra mí». Era el mismo Netanyahu que acudió, con la cabeza descubierta y vestido con un abrigo negro, a lamentar el fallecimiento del rey.

¿Qué tendrán los dictadores —reyes u «hombres fuertes» si están de nuestra parte — que infantilizan a toda la gente que vive bajo ellos? Observé este proceso de amor dictador-pueblo en todo Oriente Próximo, su forma más extrema se puso de manifiesto en Iraq, pero presente en los Estados del golfo y en ese brebaje de nacionalismo árabe y amistad soviética que produjo el régimen baazista de Siria. Siempre ridiculizado y despreciado y, a menudo, odiado por los amigos derechistas israelíes de los Estados Unidos, la Siria del presidente Hafez Assad fue durante la década de los ochenta y los noventa una mezcla poco habitual de paternalismo y crueldad, una mezcla de «adoración» infantil por el presidente baazista y un temor hacia la policía de la seguridad estatal, un respeto servil y comprensible por la autoridad convertido parcialmente en verdadero por el temor de todos aquellos Estados árabes creados por las potencias coloniales: debido al caos, a la anarquía y a la destrucción civil, toda la arquitectura del Estado basado en un único partido se rompió en pedazos. En el caso de Assad, su príncipe heredero era su hijo Basil. El problema era que Basil estaba muerto.

Siria era el único país al que podía llegar en coche desde Beirut, y viajaba allí cuando podía ya que siempre me concedían un visado, me permitían mis pullas, mis condenas y mis muestras ocasionales de cinismo, según me contó una vez un ministro de Información sirio con una *politesse* empalagosa, porque yo escribía con «un buen corazón» y no era un agente extranjero y porque el gobierno estaba dispuesto a perdonar mis «errores», una política muy caritativa que no se extendió a los demás periodistas árabes. Esto provocó indefectiblemente más de un síncope entre los hombres de mediana edad que trabajaban para el ministerio, que sabían de sobra que tendrían que allanarme el camino para ciertas entrevistas que podían —tal como sucedía a veces— acabar muy mal. «¡Oh, cielos, ya ha vuelto Fisk!», exclamaba siempre uno de ellos cuando asomaba la cabeza en su despacho de Damasco.

Su actitud era comprensible. Cada mañana llegaba a la puerta de todos los huéspedes extranjeros que se alojaban en los tres grandes hoteles de Damasco un símbolo del régimen: el *Syria Times*. No era el buque insignia de la nueva democracia árabe, no era ningún órgano dedicado a la investigación para abrir el baazismo al mundo como una sociedad libre. Era un periódico con el que los ministros y funcionarios podían sentirse a gusto, como en casa, hasta aburridos, porque la vida en una dictadura es principalmente aburrida. Esa es la naturaleza del poder dictatorial. Nunca cambia nada. Los ministros de Assad duraban más que los de cualquier otro país —sobre todo Iraq— y su lealtad se veía recompensada con la lealtad de Assad.

De modo que en la portada del *Syria Times* siempre se publicaba una gran fotografía del presidente Assad, que aparecía a menudo leyendo un periódico —

aunque me di cuenta de que nunca era el *Syria Times*— e incluso con mayor frecuencia aparecía retratado mientras se dirigía a multitudes de simpatizantes o mientras menospreciaba el «expansionismo sionista». El *Syria Times* era uno de esos periódicos —valiente de un modo perverso, supongo— que se arriesgaba a dejar dormidos a sus escasos lectores con noticias en primera página sobre planes industriales quinquenales, la sobreproducción agrícola y largos telegramas de trabajadores de molinos de harina del norte de Siria, que felicitaban al presidente Assad en el aniversario del «movimiento de corrección». Las páginas interiores estaban llenas de poesía aburrida, de panfletos antiisraelíes de extensión desmesurada y, alguna que otra vez, artículos míos que el periódico había publicado, sin permiso, de *The Independent*. Adopté la opinión benévola de que, obviamente, se trataba de un error hecho «sin fe». Era sorprendente lo fácil que resultaba adoptar las políticas de Siria para uno mismo.

El hombre del ministerio sirio que siempre me saludaba con una invocación era el mismo funcionario desafortunado que estaba sentado a mi lado un día en el que le pregunté al director del *Syria Times* si podía comprarle el periódico, con la imprenta y todo. ¿Por qué quería hacer eso?, me preguntó el director. Porque, le respondí, podría cerrarlo y así no tendría que volver a leerlo nunca más. El director me miró por encima de la nariz y me dijo que no comprendía mi respuesta. Yo sonreí. Él sonrió. Así es como se hacían las cosas en Siria. Otro «error» de los míos. He mantenido el anonimato del funcionario del ministerio sirio porque aún trabaja para el actual ministro. Esa es la naturaleza de Siria: obediencia, fe y continuidad, las cualidades que toda figura paterna desea para su familia. Pero Siria era una dictadura «media». Si llegabas en avión de Londres —o en coche desde Beirut—, Damasco era la capital de un Estado policial. Si llegabas de Bagdad, parecía una democracia liberal.

Todos los periodistas intentaban descubrir algo sobre Siria. ¿Había alguna esperanza para lograr reformas políticas, una nueva purga por corrupción, tal vez? ¿Un nuevo sistema bancario que quitara la economía de las manos de los viejos baazistas que rodeaban al presidente? Pero Siria no era un país que vivía de su futuro. En muchos sentidos estaba consagrado a su pasado, y su pueblo —por mucho que hicieran gala de una gran frialdad política en los escasos salones baazistas de las casas de Damasco— entendían la historia de su país de un modo que pocos occidentales conseguían, o ni tan siquiera intentaban.

Un frío día de noviembre de 1996, me dirigí hacia el pueblo en el que había nacido el presidente Assad, en lo alto de las montañas Alauí del oeste de Siria, hacia Qardaha, donde descansaba su hijo en una mezquita de cemento gris bajo un cielo plomizo. Aún estaban construyendo el sepulcro de Basil Assad, *chevalier* de Siria, líder de hombres, enemigo de la corrupción, hijo favorito de Hafez, el presidente de Siria. A las puertas de la mezquita inacabada de Qardaha, me saludaron un hombre joven y un paracaidista con una boina roja.

El civil iba vestido de negro y me di cuenta enseguida de que lucía una corbata

negra con la imagen de Basil, en la que el hijo muerto del presidente llevaba gafas de sol negras. Se me acercó otro joven, el guardián del sepulcro, que no me quiso dar su nombre porque «Basil nos eclipsó a todos los que seguimos vivos». Señaló el monumento a mi derecha, un chapitel alto de cemento coronado por un retrato de Basil ataviado con el uniforme del ejército sirio, que aparece montando su caballo de competición, saltando hacia las estrellas mientras su padre Hafez, con su traje presidencial azul, alza los brazos a modo de despedida, su cara una máscara de pena y orgullo. Hábleme de Basil, le pido al guardián anónimo. ¿No es Basil una figura mucho más presente ahora que está muerto, con todos esos retratos, de lo que fue en vida?

El guardián del sepulcro huele a almizcle. Sonríe y me coge de la mano. «El difunto Basil no tenía par, nadie podía igualarlo como líder —dice—. Ganó una medalla de oro como jinete en los décimos juegos mediterráneos. Nadie le ganaba en espíritu deportivo. Como paracaidista en caída libre, era uno de nuestros héroes». Intento hacerle otra pregunta pero el guardián alza las manos educadamente en señal de protesta. «Gracias al difunto Basil, el gobierno tiene ordenadores, fue el fundador de la Sociedad Siria de Procesamiento de Datos. Fue comandante del estado mayor, siempre fue el mejor de su promoción, y se licenció y obtuvo un doctorado en Ciencias Militares en la Universidad Jruschov de Rusia, así como una licenciatura en ingeniería civil en la Universidad de Damasco». Yo quería hablar sobre el monumento, pero el guardián volvió a alzar la mano para reprenderme. «El difunto Basil hablaba francés e inglés con soltura. Era un hombre modesto. Hablaba con todo el mundo de un modo normal. Encarnaba la modestia de nuestro presidente, pero uno jamás creería que el difunto Basil era el hijo de un hombre tan importante. Estaba en contra de la corrupción y animaba a los jóvenes a que practicasen deporte para evitar los males de la droga. Simbolizaba la moralidad de la generación más joven».

Ahí estaba, pensé, el débil fantasma de Tom Graham Cruz Victoria, el soldado británico ficticio que fue a luchar a Afganistán y cuya «vida» al parecer inspiró al joven Bill Fisk... El hombre era perfecto. Era tan sencillo como eso. Basil no podía hacer nada mal. Era el *sans pareil*. Era una versión oral de las palabras talladas en los sepulcros de los grandes nobles árabes, pero imparable, como mínimo hasta que pido las fechas del nacimiento y la muerte de Basil. «Nació el 23 de abril de 1962. Murió el 21 de enero de 1994». Murió, habría que añadir, una mañana de niebla, en la autopista del aeropuerto de Damasco, cuando volcó su coche mientras se apresuraba para coger un vuelo hacia Alemania.

El guardián me invitó a entrar en el sepulcro. Una nube de incienso subía hacia el techo y, tras una puerta de cristal, se encontraba el catafalco de Basil Assad, envuelto en seda verde y con una inscripción coránica bordada en oro: «Dios es grande y su Profeta es Mahoma». Se trata de una tumba de noble, inspirada levemente en la del guerrero a caballo que expulsó a los Cruzados de Tierra Santa y que hoy descansa bajo un dosel también verde, a poco más de 215 kilómetros de Damasco, el mismo

Saladino del que se había mofado el general Gouraud en 1921. Tras el catafalco, dos lámparas brillantes de sodio iluminan una llamativa pintura al óleo de Basil: rostro adusto, con barba, atractivo, un mechón despeinado sobre la frente, una mirada de sombría determinación, un hombre —como su padre— al que era mejor no contrariar, en vida o muerte. Los jóvenes dolientes vestidos de negro estaban ahí para garantizar el respeto y me observaron atentamente durante un minuto, pero luego, con un gesto súbito, abrieron los brazos y me dijeron que podía sacar fotografías. «Como aquí dentro está muy oscuro, supongo que usará película de 800», dijo el guardián en voz baja. Fue como el fin de una ceremonia religiosa, el momento en que el cura advierte a su congregación de que está lloviendo fuera, de que van a necesitar el paraguas. Sí, necesitaba película de 800.

Assad significa «león», y la carretera que hay a las afueras de Qardaha me saludó con las palabras: «Bienvenido a Qardaha, la guarida del león». La guarida del león resultó ser un pueblo común y corriente, excepto por el hotel de lujo y una autopista moderna, enterrado en un pliegue de colinas bajo las montañas que hay al este de Lattakia, en el noroeste de Siria donde la minoría alauí, a la que pertenece el presidente Assad, supone una mayoría de la población. El León de Qardaha se convirtió en el León de Damasco el 16 de noviembre de 1970, cuando, siendo ministro de Defensa del gobierno socialista de Baaz, Hafez Assad derrocó a sus rivales con un golpe de Estado sangriento —el «movimiento de corrección» del que hablaba tan a menudo el *Syria Times*— y abrió el país a una liberalización política y económica, pero se aseguró de que nadie pudiera discutirle el poder, con la ayuda de una policía secreta eficiente.

Sin embargo, ahora que su hijo favorito se había muerto, ¿podría sobrevivir el régimen de Assad a su propia muerte? Era la pregunta que se formulaban todos los sirios. Assad le dio a su país estabilidad y unidad, aplastó a sus «enemigos» islamistas internos y luchó contra los israelíes, en un intento en vano de reconquistar los Altos del Golán en 1973, y en una batalla que ganó para impedir que Israel sometiera al Líbano en 1982. Quiso legarle a su hijo preferido una Siria que había recuperado sus territorios perdidos, que permanecía a la vanguardia del mundo árabe sin rival. El hijo había muerto, pero la Siria de Assad aún exigía que Israel le devolviera los Altos del Golán. Por lo tanto, no podía haber paz en Oriente Próximo sin Siria —esto se convirtió en la cantinela baazista durante muchos meses de negociaciones—, pero ahora era el fantasma de Basil quien hacía de centinela en el futuro de Siria. «Todavía está con nosotros —me dice el guardián del sepulcro bajo el gélido viento que sopla fuera de la mezquita—. Siempre nos servirá de inspiración». Y me coge de las manos con las suyas, sin dejar de mirarme a la cara.

Mientras me alejo en coche de Qardaha, mis manos siguen oliendo a almizcle, y no dejarán de hacerlo en todo el día. A la derecha de la carretera, alzándose entre los árboles y el terraplén, una inmensa estatua de Basil y su caballo me mira. Basil me seguirá por toda Siria, en pancartas y banderas y carteles, en el uniforme de camuflaje

del ejército sirio, vestido de caqui y a caballo o, en bronce, dirigiéndose a grandes zancadas hacia mí junto a la autopista internacional que hay al norte de Damasco. Y lo mismo hará su padre, el hombre de 66 años cuyas estatuas gigantes y bustos aparecían en la entrada de las grandes ciudades sirias. Desde algunos de los pedestales, extiende los brazos hacia mí. Desde otros, mira el coche mientras paso junto a él, fijamente, con la banda presidencial sobre los hombros. En Deir Attiah, pueblo natal del jefe de gabinete de Assad y amigo personal, Abu Selim Daabul, su estatua domina una pared del acantilado y me saludaba alegremente a través de la lluvia invernal. «No podemos impedir que la gente erija estatuas como muestra de gratitud —me dijo un director de periódico de Damasco cuando le planteé lo que se podía malinterpretar fácilmente como un culto a la personalidad—. El presidente no pidió estas estatuas. No han sido cosa suya». Y el director me observó durante un largo rato después de decir esto para ver si lo creía.

Sin lugar a dudas, era cierto que el culto de adoración presidencial con el que Sadam Husein se había rodeado en Iraq —una Ciudad Sadam, Aeropuerto Internacional Sadam, Hospital Sadam y una galería de arte Sadam— no era el caso de Siria. A pesar de que varios hospitales y aeropuertos provinciales se llamaban Basil, sólo hay una institución siria bautizada con el nombre del padre. En Damasco, hoy en día se sienta en una silla de hierro imponente —con un libro abierto en la mano derecha— frente a la Biblioteca Assad, una inmensa institución cuyos 22 000 metros cuadrados de galerías de hormigón pretensado contienen toda la historia siria: 19 300 manuscritos originales que se remontan al siglo XI, 300 000 volúmenes, un centro audiovisual y de ordenadores y una serie de salas equipadas con la última tecnología para mantener y reparar manuscritos antiguos. Cuando me reúno con el doctor Mazin Arafí, director de las «actividades culturales» de la biblioteca, me habla con un tono que roza la veneración, con susurros, sobre la inmensa cantidad de información que tienen ahora almacenada en los ordenadores, incluidos todas las leyes sirias promulgadas desde 1918, cuando los sirios gozaron de un breve período de libertad del imperio otomano, antes de que se vieran sometidos al gobierno colonial francés. Todas las películas de producción siria, incluidos los documentales palestinos de la guerra de 1948 con Israel, se han grabado en vídeo. Incluso aquellos libros prohibidos por el régimen están a disposición para los trabajos de investigación de los estudiantes, incluidas las últimas obras de Michel Aflaq, que cofundó el partido secular Baaz en 1940, pero que, a raíz de esto, tuvo que exiliarse en Iraq cuando el partido se dividió en las facciones iraquí y siria.

El doctor Nihad Jord abre la vitrina que hay en la entrada del departamento de manuscritos y, dentro, a quince centímetros de mi cara pero sin cristal que nos separe, se encuentran las páginas doradas y azules de un manuscrito persa, una obra de filosofía islámica de Bin al Marzuban al Azerbaiyani, escrito a mano en Irán occidental en 1066. Mientras Harold de Inglaterra se preparaba para luchar contra Guillermo de Normandía en Hastings, al Azerbaiyani estaba completando un texto

que, nueve siglos más tarde, sería fotografiado y guardado en una base de datos en la biblioteca Assad. El doctor Jord recorre un estrecho pasillo. Junto a nosotros hay una traducción francesa de 1649 del Corán, una Biblia de 1671 en latín y árabe, un diccionario árabe que tiene 500 años, los discursos completos de Calif Alí —con fecha de 1308— y un estudio de 1466 de cómo debía montar el caballo un guerrero árabe mientras luchaba con espada y lanza. Todos se han pasado a ordenador, donde también se almacena con todo cuidado la historia moderna de Siria para la posteridad.

Esta biblioteca es como un cerebro; me doy cuenta de esto cuando Hasna Askihita me lleva a una sala de ordenadores. «Aquí hemos introducido en la base de datos todos los discursos de nuestro presidente desde 1970», me dice ella. ¿Y cuántos discursos ha pronunciado el presidente desde que llegó al poder?, le pregunto. Rápida como un destello, me contesta: «Ha pronunciado 544 discursos. ¿Le gustaría consultar alguno?». Y empieza a buscar en el ordenador. En la pantalla aparece una airada denuncia de la violencia fundamentalista en 1982, una reunión presidencial con periodistas británicos el 30 de enero de 1992, una conversación entre Assad y los directores de la revista *Time* ese mismo año y una rueda de prensa de 1994 con el presidente Clinton. Aquí está la inmortalidad y, me dije a mí mismo, una demostración de lo formidable que debe de ser la capacidad de las otras instituciones computarizadas de Siria; sus servicios de inteligencia, por ejemplo. Pero tiene una relevancia mayor que esto.

Esta claro que la Biblioteca Assad tiene el objetivo de proporcionar una continuidad que conecta el Califato con el Baaz, los antiguos filósofos islámicos con Hafez Assad, con el mismo cuidado con el que las mujeres del archivo encuadernan las páginas de los libros del siglo xv. De hecho, ese mismo día estaban introduciendo en la base de datos el último discurso del presidente, la alocución de Assad para celebrar el vigésimo sexto aniversario del «movimiento de corrección». «Con firme determinación —empieza diciendo—, proseguimos nuestra marcha hacia la victoria, trabajando con todas las fuerzas para aumentar la inmunidad de la patria». Lo cual, pensando en ello, es lo que Harold de Inglaterra debió de decir a sus tropas de camino a la batalla con Guillermo de Normandía en 1066.

Lo que Siria le dice a sus soldados hoy está inscrito en una cita coránica en la cima de un monumento al Soldado Desconocido frente al palacio que Assad tenía en la cima de una colina sobre Damasco. «No creo que aquellos que han sido asesinados por la causa de Dios estén muertos ahora. Están vivos y gozan de los dones de Dios». En la cripta, se me acercan varios oficiales sirios, todos con bigotito y uniforme gris y marrón. «¿Sabe qué es esto?», me pregunta uno de ellos, señalando una pintura al óleo de un edificio con las paredes de color marrón y del que sale humo por las ventanas. Como todos los sirios, quiere poner a prueba los conocimientos de historia del extranjero, para averiguar dónde tiene que empezar su narración. Sé que el edificio es el parlamento sirio en 1946, atacado por las tropas de un gobierno francés que se negaba a abandonar su viejo protectorado de la Liga de las Naciones tras la

Segunda Guerra Mundial; veinticinco soldados y diputados sirios murieron en el bombardeo. En unas vitrinas de la pared hay varios retablos tridimensionales que representan una continuidad similar a la establecida en la biblioteca. En una vitrina grande aparece Saladino luchando contra las fuerzas de ocupación de los Cruzados en la batalla de Galilea, al norte de Jerusalén. En otra aparecen las Fuerzas Especiales Sirias reconquistando el observatorio de Al Sheij, tras arrebatárselo a los israelíes en 1973, antes de que éstos ocuparan los Altos del Golán. En una tercera vitrina aparece la infantería siria destruyendo los tanques israelíes en la batalla de Sultán Yacoub en el sur del Líbano, tras la invasión de Israel de 1982.

El cuarto retablo muestra una batalla que todos los sirios han estudiado en la escuela, pero que casi ningún occidental conoce: la batalla de 1920 de Maysaloun. Tras la guerra de 1914-1918, la Liga de las Naciones le concedió a Francia el protectorado de Siria y, para cumplir con sus obligaciones, París decidió cercenar parte de la costa mediterránea de Siria —para crear el Líbano, dominado por los cristianos, que se derrumbó en una guerra civil cincuenta y cinco años más tarde— y destruir el ejército sirio que había creído en la promesa británica de independencia árabe a cambio de su ayuda contra los turcos. El ministro sirio de Defensa, Yusef Azmi, capitaneó a su caballería contra los tanques franceses en el estrecho valle de Maysaloun, en la frontera entre el actual Líbano y Siria —por aquel entonces no existía, por supuesto, ninguna frontera porque el «Líbano» era parte de Siria— el 24 de julio de 1920. Los carros de combate del general Henri Gouraud —en lo que supuso un precedente histórico del que apenas hay constancia del ataque de los tanques alemanes contra la caballería polaca diecinueve años más tarde— aniquilaron a los jinetes de Damasco y dejaron que se pudrieran bajo el calor del verano.

Hoy en día la carretera que lleva a Maysaloun es una autopista de seis carriles; la tumba de Azmi se encuentra casi escondida en una arboleda, al sur. Cuando llegué allí una fría noche, sólo encontré su tumba y un puñado de casas medio en ruinas que parecían haber sido destruidas por obuses. Sin embargo, en la ladera había un anciano que conservaba vagos recuerdos de la batalla: Hamzi Abdulá no se acordaba de qué edad tenía pero aún tenía grabados en la memoria los días de infancia que se pasó recogiendo cajas de cartuchos y fragmentos de proyectiles tras la carga maldita y desesperada de 1920 de la caballería árabe. Hamzi iba sin afeitar pero llevaba una kefia vieja. «Los franceses vinieron de Wadi Nemsí con sus tropas argelinas y senegalesas —dijo—. También tenían aviones; nosotros no tuvimos ninguna oportunidad».

Hamzi alzó la mano derecha y la movió de lado a lado, como un biplano atrapado en una corriente ascendente de aire. «Todo se acabó al cabo de pocas horas y los franceses mataron a casi todo el mundo que encontraron. A mi madre la hicieron prisionera y la encerraron en una casa de allí. A Yusef Azmi y a otros cuatro jefes los ataron y los franceses decidieron ejecutarlos. Mi madre murió hace veintisiete años, pero aún la recuerdo cuando me contó que vio cómo llevaron a Azmi hasta un poste

de telégrafo para ejecutarlo. Él le lanzó su kefia a ella y las demás mujeres y dijo: “Esto es para que me recordéis”. Mi madre me dijo que las mujeres lloraban, pero que le devolvieron la kefia y le dijeron: “Tú eres el héroe y eres el único digno de vestir esta ropa”. Lo ataron a un poste allí y los franceses les ordenaron a los argelinos franceses que le dispararan. Pero se negaron. Eran buenos musulmanes. Así que los franceses les dijeron a sus tropas coloniales senegalesas que lo hicieran. Y los senegaleses le dispararon mientras estaba atado al poste de telégrafo».

La familia de Hamzi Abdulá preparó el café caliente y espeso de rigor y se nos unió un hombre más joven, un soldado que había luchado en el Líbano. «Le mostraré el lugar donde encerraron a las mujeres y a Yusef Azmi —me dijo y me llevó por una ladera polvorienta hasta una de las casas otomanas derruidas que había junto a la carretera—. Este es el lugar donde los franceses los encerraron. Aunque la casa ya estaba casi destruida en 1967 cuando los israelíes bombardearon la zona». Así pues, podría parecer que los israelíes remataron la faena que los franceses dejaron a medias. Pero no fue así. Ya que el exsoldado no había acabado de contar su historia. «Yo siempre he vivido aquí. En 1982, luché al otro lado de la frontera en la batalla de Sultán Yacoub, donde capturamos tanques israelíes, y al año siguiente, cuando estaba de vuelta aquí, la marina estadounidense nos bombardeó, y los proyectiles del acorazado *New Jersey* cayeron en las colinas de ahí arriba». Hubo un silencio mientras yo garabateaba unas notas de este impactante ejemplo de continuidad histórica en mi libreta. En 1920, los franceses habían aniquilado al ejército árabe en Maysaloun. En 1967, al final de la guerra de los Seis Días, los israelíes habían bombardeado Maysaloun. Dieciséis años más tarde, la VI Flota estadounidense, que acudió en apoyo de las fuerzas de la OTAN de Ronald Reagan que estaban sucumbiendo en Beirut, había bombardeado la ruta de suministro del ejército sirio, en ese mismo valle de Maysaloun. Y el hombre que me estaba contando esto, había luchado en la batalla de tanques conmemorada en el monumento al soldado desconocido. Francia, Israel, los Estados Unidos. Si los sirios eran xenófobos, era fácil —aquí, en este valle, donde en el pasado se habían abandonado los cuerpos de hombres y caballos para que se pudrieran— entender por qué.

En 1948 los soldados de Siria lucharon para oponerse al Estado israelí naciente, y luego se enfrentaron a Israel en 1967, en 1973, en el Líbano en 1982. Y lucharon, también en 1982, en una ciudad situada en el centro de Siria, llamada Hama, un nombre que, en las escasas ocasiones en que se pronuncia, se recuerda con miedo. Cuando inicié el largo camino por la autopista internacional, con la cordillera del Antilíbano gris y fría azotada por la nieve a mi izquierda, el simple nombre de Hama me resultaba agobiante. Había recorrido esta misma carretera muchas veces como reportero durante el alzamiento de los «Hermanos Musulmanes» de 1982, mientras los rebeldes de Hama atacaban a los funcionarios del partido Baaz. Habían degollado a las familias de los trabajadores del gobierno, habían asesinado a policías, decapitado a maestros de escuela que abogaban por la educación secular; del mismo

modo que había hecho el GIA en Argelia, igual que los rebeldes afganos habían ahorcado al maestro de escuela y a su mujer a las afueras de Jalalabad en 1980. Aún recuerdo el trozo de carne ennegrecida colgada de un árbol, agitada por el viento. En 1982, había logrado entrar durante unos extraordinarios —y, ahora me doy cuenta, peligrosos— dieciocho minutos en Hama, mientras las fuerzas especiales del ejército comandado por Rifaat, hermano de Hafez Assad, aplastaba el alzamiento con un gran salvajismo. Permanecí junto al río Orontes mientras los carros de combate sirios bombardeaban la antigua ciudad; vi a los heridos, cubiertos de sangres, tirados junto a sus vehículos blindados, a los civiles muertos de hambre que hurgaban en busca de pan rancio. Se dijo que hasta 20 000 personas murieron en los túneles subterráneos y edificios que explotaron. Quizá la cifra verdadera estaba más cerca de los 10 000, pero la mayor parte de la vieja ciudad quedó destruida<sup>[4]</sup>. Ahora yo iba a regresar a ella y me albergaban ciertos pensamientos incómodos. Una semana antes, había estado en Argelia, informando sobre la matanza de civiles llevada a cabo por la oposición armada islámica, las degollaciones y las decapitaciones, los escuadrones de la muerte y las salas de tortura del gobierno. En 1982 el mundo condenó a Siria por la crueldad con que llevó a cabo la represión de Hama; ahora la mayoría guardaba silencio mientras el gobierno argelino erradicaba de modo sangriento a sus propios enemigos «islamistas». ¿No existía, me pregunté mientras recorría con mi coche la autopista bajo un aguacero, un atroz paralelismo en este caso? Exigimos respeto por los derechos humanos en Oriente Próximo —con mayor vehemencia en el caso de los Estados árabes que en Israel, por cierto— pero también advertimos de los peligros del fundamentalismo, del «terror islámico».

Los controles de carretera montados por oficiales de inteligencia vestidos de paisano que me habían parado en Hama y sus cercanías en 1982 habían desaparecido, pero su presencia aún se percibía en una sociedad en la que toda oposición al gobierno de Assad era considerada como una traición por las autoridades. No existe duda alguna acerca de quién manda en Hama hoy, ni tampoco de su necesidad para borrar el pasado. Sobre las ruinas de gran parte de la antigua Hama existen hoy unos jardines, una piscina de tamaño olímpico, un hotel de lujo y una espléndida nueva mezquita que está en construcción. La última guía británica de Siria no hacía mención alguna a los hechos de 1982, salvo por el hecho de reconocer la misteriosa, e inexplicada, ausencia de la Gran Mezquita original. Hasta que no crucé el pequeño puente del barrio de Keylani no encontré recuerdos del pasado: edificios del siglo XVIII demacrados por las balas, un palacio de piedra negra y blanca hecho pedazos tras una de las famosas norias de agua de la ciudad, una moderna villa con un agujero de obús en el lugar de una ventana. Unos cuantos pintores del lugar mantenían vivo lo que se había perdido, en unas frágiles acuarelas que se pueden comprar como postales en el mercado.

Sin embargo, aún quedaban algunas almas intrépidas dispuestas a recordar lo ocurrido. Mohamed, era el nombre que él eligió, se encontraba en un callejón de

Keylani y hablaba lentamente y con gran circunspección. «Yo viví aquí durante la batalla —me dijo—. Mi casa estaba en primera línea entre el ejército y los rebeldes. Viví en el sótano con mi familia, éramos seis miembros, durante dieciocho días. No se puede imaginar cómo nos sentimos cuando nos quedamos sin comida. Salí a hurtadillas y encontré un poco de pan duro junto a un bidón de aceite; estaba empapado en aceite, pero nos lo comimos. Al final, el último día de la batalla, pudimos salir».

El hecho de que Mohamed decidiera hablar conmigo era casi tan extraordinario como su historia. ¿Se estaba evaporando el clima de miedo en Siria, o acaso se veía la matanza de Hama desde una nueva perspectiva? Un funcionario del gobierno —por fuerza anónimo, pero leal de verdad a Assad— intentó explicarme esto mientras comíamos en el restaurante Sahara de Damasco. Es un café caro con manteles de lino blanco y camareros con pajarita, propiedad, irónicamente, del hombre que supervisó la represión de la rebelión de Hama: Rifaat, el hermano del presidente. «Sé que desapruebas lo que ocurrió en Hama, Robert, las matanzas y las ejecuciones —me dijo—. Pero también debes tener en cuenta que si nuestro presidente no hubiera aplastado ese alzamiento, Siria habría sido como Argelia hoy en día. Al principio intentamos hablar con los Hermanos, negociar con ellos. No queríamos que ocurriera este baño de sangre. Les preguntamos: “¿Qué queréis?”. Ellos respondieron: “La cabeza del presidente”. Y, por supuesto, ahí acabó todo. No íbamos a tener un Estado fundamentalista islámico en Siria. Vosotros, los occidentales, deberíais estaros agradecidos. Aplastamos al fanatismo islámico. Somos el único país de Oriente Próximo que hemos suprimido por completo el fundamentalismo». Mientras degustábamos los platos de garbanzos, tomates y yogur con ajo machacado, y el *arak* nos abrasaba la boca, no podía dejar de reflexionar sobre la devastadora verdad de la última afirmación del hombre con quien compartía mesa.

El odio que sentía Assad hacia los Hermanos Musulmanes se detecta claramente en un discurso que pronunció un mes después del baño de sangre de Hama, sus palabras diligentemente almacenadas en la memoria del ordenador de Hasna Askihita de la biblioteca Assad, con fecha del 7 de marzo de 1982. Los comentarios de Assad resultan sorprendentes, incluso aterradores, porque podría haber estado hablando de Argelia. «Nada es más peligroso para el islam que distorsionar su significado y concepto mientras uno finge ser musulmán. Esto es lo que los Hermanos Criminales están haciendo... Están matando en el nombre del islam. Están haciendo una matanza de niños, mujeres y ancianos en nombre del islam. Están exterminando a familias enteras en nombre del islam... Mil veces mueran los Hermanos Musulmanes, los Hermanos Criminales, los Hermanos Corruptos».

Y así sucedió, tal y como dijo el presidente Assad; la muerte los encontró, mil veces y más.

Dos años después de Hama, Rifaat intentó arrebatarse el poder a su hermano, saliendo con sus tanques T-72 a las calles de Damasco, y fue desterrado a España e,

incluso cuando Hafez murió, habló de la «farsa» de la sucesión presidencial, que no le correspondió llevarla a cabo a él. El restaurador, propietario de un club nocturno y espada de la venganza contra los Hermanos Musulmanes de Hama nunca alcanzó el poder. Como el príncipe Hassan de Jordania, había contrariado enormemente aunque con una violencia aún mayor, a su hermano.

Otros enemigos, mientras tanto, permanecieron a las puertas de Siria. Después de acordar la fórmula «tierra por paz» del antiguo gobierno de Bush, los israelíes le decían a Assad que debía hacer las paces sin recuperar los Altos del Golán. En 1996, los militares israelíes hablaron en seis ocasiones de una posible guerra con Siria. Cuando Assad trasladó parte de sus 21 000 soldados afuera del Líbano y puso una brigada acorazada al sur de la autopista Damasco-Beirut para impedir un posible ataque israelí ese otoño, fue acusado de preparar un ataque contra Israel. En realidad, era el único dirigente árabe que advirtió de los peligros del «proceso de paz» y que habló públicamente de sus sospechas de que los israelíes decidirían, después de obtener concesiones de los árabes, quedarse con gran parte de la tierra de la que se apoderaron en 1967.

No resulta difícil comprender cuánta tierra implica esto. Recorrí a toda velocidad la carretera larga y recta que conduce hasta Quneitra, la ciudad siria que los israelíes destruyeron de forma sistemática cuando se retiraron de las líneas iniciales de alto al fuego, en la posguerra de 1973, bajo el acuerdo de Kissinger. A mi derecha, los Altos del Golán, ocupados por Israel desde 1967 —y piedra angular del «proceso de paz»— estaban teñidos de violeta debido a la neblina invernal y coronados por un manto de nieve. La negativa de Israel a devolver este territorio —contrario a las promesas dadas por los Estados Unidos antes de la cumbre árabe-israelí de Madrid de 1991— sigue siendo, fuera de los territorios palestinos ocupados, el *casus belli* más destacado del conflicto árabe-israelí original.

Pasé junto a las antiguas primeras líneas de la guerra de 1967, los fosos de cañón abandonados y llenos de maleza de la guerra de 1973, los nuevos revestimientos de las unidades avanzadas del ejército sirio, llenos de antenas de radio, defendidos con vehículos acorazados y camiones para el transporte de tropas. Y más adelante, dentro de la zona de alto al fuego de la ONU, llegué a la ciudad fantasma de Quneitra y fui recibido, como siempre, por una estatua de Assad y una serie de banderas colgadas sobre una casa en ruinas, y en cada una aparecían retratados un sonriente Assad y su hijo Basil. En el nombre del padre y del hijo muerto, la tierra que hay más allá de esta ciudad —las cumbres del monte Hermón y la cordillera donde relucen las estaciones de radar de alta tecnología israelíes— se supone que será liberada un día, ya sea mediante la paz o la guerra. En la línea de frente siria —tan cerca que podía ver a los soldados israelíes mirándome con sus prismáticos— un teniente sirio señaló un grupo de turistas que había a lo lejos. «¿Ve esos tres coches? Probablemente son judíos, extranjeros, a los que les están diciendo que Siria es su país, que todo lo que ven debería pertenecerles, hasta Damasco y más allá». Esto, estoy seguro, es lo que el

teniente creía. Y yo también estaba casi convencido de que a los turistas que iban dentro de esos tres coches que se veían a lo lejos les estaban diciendo que los Altos del Golán era parte de Israel y que Siria estaba esperando para apoderarse de ellos.

A unos cientos de metros, bien conservadas y entre tejos y césped, encontré las tumbas de los soldados sirios que lucharon en esta tierra durante casi medio siglo. La mayoría se encontraban bajo lápidas islámicas, aunque algunos estaban bajo cruces cristianas. Aquí se hallaba el mayor de veintinueve años Ismail Bin Jalaf al Shahadat, un musulmán que «cayó mártir el 9 de octubre de 1973». Junto a él se encontraba el sargento Mikael Srou bin Wahebi, un cristiano del norte de Siria, que murió en combate un día antes. Había cabos de veintiún años de Latakia y Aleppo y, tras ellos, hombres mayores. Aquí se encontraba el soldado Kamel Mohamed Yassin del II Regimiento de Infantería, muerto en combate «para la causa panárabe» —el intento por destruir el Estado naciente de Israel—, el 13 de julio de 1948; y el cabo Salah Brmawi del II Regimiento de Caballería, y cientos más.

En un extremo del cementerio, encontré al antiguo piloto de las fuerzas aéreas sirias Assad Badr, ahora cuidador del cementerio de Quneitra, cuidando las rosas bajo el brillante sol de mediodía. ¿Qué sentía por los muertos? «Lo mismo que siente cualquier persona viva por los muertos —contestó—. Nos enorgullecemos del martirio». Pero cuando le pregunté si él había visto muerte en la guerra, se le borró la sonrisa de la cara. Sí, me dijo, en la base aérea de Dumair, durante la guerra de 1973. «Estábamos sentados en una trinchera, comiendo el almuerzo que llevábamos en nuestras fiambreras de lata, cuando de repente se apareció un caza Phantom israelí, disparándonos. Las balas atravesaron la trinchera y no me dieron por poco. Pero mi amigo, Morem es Sair, estaba junto a mí y las balas lo partieron por la mitad, justo por la mitad a mi lado». Luego dos explosiones cambiaron la presión del aire que había a nuestro alrededor y, por encima de la línea de frente hacia el oeste, dos cazas israelíes pasaron en dirección norte a la velocidad del sonido, dejando una estela plateada como una cuerda tras el monumento y las lápidas blancas.

Pero los Altos del Golán no era el único «territorio perdido» que los sirios deseaban recuperar. El mapa de Siria que se puede comprar en los quioscos de Damasco contiene una anomalía interesante. Al sur, los Altos del Golán aparecen como territorio sirio —y lo son, aunque bajo ocupación israelí— pero al norte, el territorio nacional alcanza hasta la costa mediterránea, más allá de Latakia. Sin embargo, si uno conduce por la autopista costera, se percata de que el mapa parece demasiado ambicioso. Incluso antes de llegar a la ciudad de Sueidiyeh, encontré, tras un puesto de aduanas sirio, la bandera turca. Y por encima de la carretera de la montaña helada, tierra adentro en dirección hacia Aleppo, junto a los valles de madera ahumada y huertos de naranjos escarchados, había banderas turcas, cien kilómetros al sur de la frontera que aparecía en mi mapa. Hasta que no me fijé con mayor detenimiento no me di cuenta de la existencia de una línea discontinua muy fina, casi invisible, en el mapa, que señalaba la frontera actual de Turquía y otro pedazo de la

Siria perdida. La cartografía revelaba esa historia olvidada por la mayoría, el «regalo» que en 1939 le hizo Francia a Turquía, la ciudad siria de Alexandretta, con la esperanza de convencer a los turcos para que se unieran al bando de los Aliados en la cercana guerra contra Alemania.

Era sorprendente darse cuenta de lo mucho que Siria, como territorio más que como nación, había perdido en el siglo xx. Retratado como un Estado expansionista, siempre al acecho de la oportunidad de hacerse con todo el Líbano, Palestina e incluso Israel, Siria, como territorio más que como nación, ha menguado en lugar de expandirse, y perdió el norte de Palestina, el Líbano y Transjordania tras la Primera Guerra Mundial, Alexandretta en 1939, Golán en 1967; los primeros tres casos debido a las artimañas occidentales y él último tras una guerra. Si los hachemíes se habían pasado la edad moderna perdiendo tierra, a Siria le había ocurrido lo mismo.

Sólo un año después del deceso del rey Hussein, murió otro califa, el propio León de Damasco, y en circunstancias que no dejan de resultar irónicas para los enemigos de Siria. Durante casi un cuarto de siglo, el ejército de Assad había estado presente en el Líbano, para oponerse a la invasión israelí, es cierto, pero también para garantizar la obediencia. Un sábado a mediodía, el 10 de junio del 2000, Hafez Assad hablaba por teléfono con su protegido libanes, el presidente Emile Lahoud, y le decía — porque ésa era la forma de hablar que tenía Assad— que «nuestro destino es construir un futuro para nuestros hijos que los tranquilice». En ese momento Lahoud oyó caer el teléfono y se cortó la línea. Al cabo de diez minutos, Lahoud volvió a ponerse en contacto con el palacio presidencial de Damasco, pero encontró otra voz en el teléfono. Era Bashar Assad, el hijo oftalmólogo del presidente. «Mi padre acaba de fallecer», le dijo.

Otro rey, otro funeral. Sin embargo, cuando por fin lo vimos, el féretro de Assad parecía ridículo de tan pequeño como era, una caja de madera pulida, pequeña y estrecha, bajo una bandera siria, empequeñecida aún más por el camión lleno de soldados sudorosos que llevaba delante y el cañón de campaña verde pálido de detrás. El León de Damasco también se había comparado con Saladino, cuyos restos del siglo xii descansaban a poco más de un kilómetro de nosotros. Pero a unos pocos metros, se encontraba la alta figura de su hijo Bashar —que causó una fuerte impresión bajo el calor, el polvo y la xenofobia de Damasco—, vestido con un traje negro y unas gafas de sol también negras sobre un diminuto bigote y una nariz prominente, tieso como el palo de una escoba, caminando con brío y con aspecto de hombre de negocios tras la cureña que transportaba a su padre. Si su tío Rifaat, el hermano de Assad, quería destronarlo de verdad, tal y como creían muchos en Siria —si había alguien aquí entre las decenas de miles de personas, una única persona que quería destruir la vida del heredero forzoso— a Bashar parecía no importarle. En Ammán, las autoridades y la gente de la calle se habían mantenido separados. En Damasco, caminaron juntos.

Bashar Assad, un amante de la informática que nunca creyó que llegaría a ser el

príncipe heredero del baazismo, estaba flanqueado por sus condecorados generales, como deben estar todos los dirigentes de Oriente Próximo, y a lo largo de los años, los había visto a casi todos: el general Alí Aslan, el jefe del Estado mayor cuya V División casi reconquistó los Altos del Golán en la guerra de 1973 y que ordenó a las unidades de helicópteros sirios que impidieran el avance de Israel por las montañas libanesas en 1982; el general Mustafá Tlass, sirviente fiel de Assad y ministro de Defensa, que estuvo a punto de morir en un ataque aéreo israelí en el Líbano. Y ahí estaba también el hermano menor de Bashar Assad, Maher, y su tío Jamil, que una vez, en la que suplicaba por Rifaat después de que éste se hubiera opuesto a Hafez Assad, le dijo el anciano que ahora se encontraba en el féretro: «Soy tu hermano mayor y me debes obediencia, no olvides que yo soy quien os ha hecho a todos<sup>[\*]</sup>». Así pues, la creación del presidente muerto la seguí en su último viaje por Damasco. «¿Cómo podemos devolverle la vida a Assad?», clamaba la gente. Y su respuesta era el redoble de un tambor funerario.

Fue un acontecimiento pacífico, teniendo en cuenta cómo acostumbran a desarrollarse este tipo de sucesos en Oriente Próximo, tuvo menos del caos ensordecedor que en el funeral del rey Hussein, y más del duelo reglamentario aprendido en los ministerios y comisarías de policía. La Guardia Republicana con sus fusiles que no apuntaban hacia el cortejo fúnebre, sino hacia las «masas» sirias que a menudo daban —y aquí damos un salto sublime hacia los misterios del sistema electoral de Assad— un 98 por ciento de sus votos al ahora fallecido presidente. Los dos coches de policía que iban al frente tenían escrita la palabra PROTOCOLO en letras blancas sobre el capó, que es el modo en que a este régimen le gustaba manejar sus asuntos: ordenado, medido, implacablemente inflexible.

De modo que fue sorprendente, entre el polvo que levantaban los miles de pies de la multitud que corría y de los soldados que les gritaban a los jóvenes vestidos de negro que se apartaran de la cureña, oír a un chico que le espetó a un policía: «*Lesh amtet fauni?*». «¿Por qué me empuja?» Y supongo que, al fin y al cabo, de eso trataba el baazismo, de la igualdad. Miles de adolescentes vestidos con camisas y vaqueros baratos —que olían a sudor y cigarrillos y, algunos de ellos, que lloraban— corrían junto al féretro y, de hecho, había una igualdad de histeria y desesperación. Pero en el Palacio del Pueblo, aprendimos en qué consistía de verdad la igualdad. La secretaria de Estado Madeleine Albright entró como una profesora de Georgetown en la sala de actos oficiales, con un sombrero azul y un pañuelo blanco, delante del presidente Mohamed Jatami de Irán. Pero allí permaneció mientras los sirios llevaron al dirigente iraní, ataviado con un traje ceremonial y majestuoso, hasta el féretro.

¿Dónde estaba Clinton? ¿Por qué Hussein de Jordania mereció la presencia de un presidente estadounidense, pero no Assad de Siria? ¿Se trataba de una cuestión burocrática? ¿O se debió a que Hussein hizo lo que los estadounidenses querían, y Assad no? Jatami rezó ante el ataúd cubierto con la bandera, moviendo los labios, del mismo modo que el presidente Mubarak de Egipto lo había hecho unos minutos

antes, sin dejar de mirar a los diplomáticos que había en la sala. ¿Acaso reflexionó Mubarak sobre las dos estrellas que aún adornaban la bandera que había sobre el ataúd, el símbolo casi olvidado de la unión entre Siria y Egipto, el último intento en vano de lograr la unidad árabe?

Arafat tuvo su momento ante el féretro junto a Bashar, aunque fueron unas migajas, aferrado con la mano izquierda, temblorosa a causa del Parkinson, al reposabrazos de la silla. En una ocasión Hafez se enfureció con este hombrecito ataviado con su kefia y aquel uniforme que tan mal le quedaba, y expresó su irritación ya que los besos babosos de Arafat eran demasiado largos. Por una vez, había pocos dolientes con las manos manchadas de sangre; si no se tiene en cuenta, supongo, la sangre coagulada desde hacía tiempo de aquellas decenas de miles de niños iraquíes que habían muerto debido a las sanciones que Madeleine Albright había apoyado implacablemente. Vladímir Putin, el asesino de Grozny, envió al anciano primer ministro ruso, Primákov. Sharon jamás podría haber asistido. Rifaat, el carnicero de Hama, se enfrentaba a una detención si aparecía en el funeral. Pero había un buen número de guerrilleros: además de Arafat, estaba el máximo dirigente de Hezbolá, Sayed Hassan Nasralá, y un puñado de guerreros palestinos de menor importancia, que morirían al cabo de poco, de los viejos tiempos de Fatahland en el sur del Líbano.

En la televisión siria, ocultaron todo el asunto con Beethoven mientras un comentarista desfallecía sobre el presidente. «Tú eres nuestro maestro y nuestro método y hemos aprendido de tu ejemplo; aprenderemos de tus pensamientos e ideas. Nuestros corazones están rotos y nuestros ojos lloran; nos quedamos aturdidos por tu muerte y no podemos despertarnos... y no podemos creer que nos hayas dejado». Otra muestra más del infantilismo inveterado de todos los regímenes dictatoriales. Esto no era adoración. Se podría decir que era algo más que adoración: era una transformación divina y sistemática de los dirigentes de Siria en titanes.

La situación no difirió demasiado en Qardaha, donde Assad fue depositado en el suelo con toda ceremonia, en la misma mezquita que su hijo Basil, bajo una capa de flores blancas. «¡Oh, Dios!», gritó un anciano junto a la tumba, y se tiró al suelo de mármol, retorciéndose y gimiendo, sus palabras cada vez más distorsionadas debido al interior cavernoso del edificio. «¡Dios mío! ¡Dios mío!», siguió gritando. «Ha perdido el juicio», murmuró el jefe de protocolo. Maan Ibrahim era un hombre alto ataviado con sus vestiduras negras como la noche. «Ocurre a menudo aquí. La gente lo quería muchísimo. Pero ahora este tipo de escenas se dan con mucha frecuencia». El hombre de mediana edad pasó frente a nosotros arrastrado por tres oficiales, su nuca reflejada en el suelo de mármol, y atravesamos unas nubes espesas de incienso en el interior lleno de humo.

¿Idolatría o amor? ¿Afecto o locura? Por la mezquita pasó una media de 5000 personas cada hora, prelados chiíes y curas católicos y generales sirios, el sol reflejado en sus solapas doradas, y mujeres ancianas y chicas vestidas con pantalones

negros ajustados y aldeanos, sin afeitarse y llorando, y la tripulación entera de un avión de pasajeros, con su uniforme recién planchado de las líneas aéreas árabes sirias. Era mucho más de lo que cualquier persona de fuera podía asimilar. En Siria no había necrológicas críticas; toda referencia a «errores» pasados sólo eran aceptables porque el propio Assad había hecho referencia a ellos en alguna ocasión.

Sin embargo, había varias lecciones que aprender. Qardaha era el centro mismo de la minoría siria alauí que ha controlado gran parte del destino de Siria, de hecho, gran parte de Siria, durante los últimos treinta años. Lo cual también ayudaba a explicar por qué una caravana de autocares de Hezbolá apareció en la tumba de Assad, sus ocupantes llevaban camisa negra, barba, tenían cara de funeral y deseaban rendir homenaje al mayor de todos los alauíes modernos. Las banderas negras y un fascinación por el significado de la muerte parecía algo bastante natural para estos jóvenes, los guerrilleros que acababan de expulsar a los últimos soldados israelíes del sur del Líbano, muchos de cuyos colegas habían estallado en pedazos por culpa de los misiles y las bombas israelíes durante los últimos dieciocho años de guerra de guerrillas.

Los alauíes son una secta chií, los restos de un recrudescimiento musulmán chií que azotó al islam hace mil años<sup>[\*]</sup>. Como los chiíes, los alauíes creen que al primo y yerno del Profeta, Alí —de ahí «alauí»— le quitaron su herencia los tres califas. Como los maronitas cristianos del Líbano, se refugiaron en los valles, a salvo de los tormentos de sus primos musulmanes suníes. La mayoría de los alauíes pertenecen a cuatro tribus: la Mataura, la Hadadin, la Jaiyatin y la Kalbiya. El abuelo de Assad, Suleiman, perteneció a la Kalbiya.

Oficialmente, el baazismo, el gran igualador, no podía aceptar los conceptos del liderazgo alauí, ni tan siquiera una discusión al respecto, y Assad era en primer lugar sirio y en último, sirio. Olvídate de la autopista de Qardaha, del hotel de lujo, del aeropuerto local. «No soy más que un ciudadano árabe sirio», me había dicho Maan Ibrahim cuando le pregunté de dónde era. Los alauíes suponían tal vez el 12 por ciento de la población de 15 millones de habitantes de Siria. Por lo que bajo el mandato de Assad, cualquier cuestionamiento de la aparente desproporción de los alauíes con respecto a la mayoría suní en posiciones de poder le podía costar a alguien la libertad o el puesto de trabajo. Sin embargo, un análisis más detallado demostraba que muchos cargos de alto rango en el ejército y el gobierno estaban en manos de alauíes. Assad y su familia eran alauíes, al igual que el jefe del servicio de inteligencia militar en el Líbano, el general de brigada Ghazi Kanaan, y el entonces ministro de Información, Adnan Omran. Así como muchos de los oficiales más poderosos de las fuerzas especiales y del servicio de inteligencia de Siria.

Durante el protectorado francés, algunos —aunque ni mucho menos todos— alauíes dieron su apoyo a París, y ayudaron a reprimir la sublevación suní. Y durante la sublevación «islamista» suní contra el gobierno de Assad, que estalló en las ciudades de Aleppo y Hama, los alauíes se convirtieron en el principal objetivo. Más

de cincuenta oficiales cadetes murieron asesinados en la escuela de artillería de Alepo en 1979; las atrocidades cometidas al principio por fundamentalistas en Hama se dirigieron contra oficiales alauíes y sus familias.

Mientras que Assad aseguró una gran participación suní en el gobierno — incluidos los ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores— los orígenes étnicos del poder político de Siria han sido utilizados por los enemigos del país. Las constantes predicciones de guerra civil de Israel entre alauíes y suníes no han llegado a hacerse realidad. Pero el poder alauí explica muchas cosas. Explica por qué Irán —la vanguardia de la revolución musulmana chií— debería haberse convertido en un aliado tan próximo de un país gobernado por un hombre cuya propia fe manaba del chiísmo. Explica por qué Hezbolá, una organización chií a pesar de que afirma ser interconfesional, debería estar tan entusiasmado con el régimen de Damasco. Aunque el Baaz es secular, las mujeres de Qardaha se cubren la cara de forma más habitual que las mujeres de Teherán.

Sin embargo, desde los días de Harun al Rashid no habíamos visto a un potentado árabe no monárquico que le cediera su herencia a su hijo. El parlamento sirio rebajó la edad de los futuros presidentes hasta los treinta y cuatro años para dar cabida a la herencia de Bashar Assad. En privado, recordaba a su padre: una decisión estratégica de tierra por paz, ningún acuerdo de paz con Israel hasta que les devolvieran todos los Altos del Golán, un acuerdo final que no se basara en unas negociaciones poco sistemáticas al estilo de Arafat, sino en la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU: una retirada israelí del territorio ocupado a cambio de la seguridad de todos los Estados de la zona. Y buenas relaciones con los cristianos del Líbano, siempre que no gritaran por la retirada de los 21 000 soldados de Siria. Si alguna vez Siria abandona a su «hermano» pequeño, el Líbano, no será a instancias de la minoría cristiana que la invitó aquí en primer lugar.

Desde el lugar donde se enterró a Assad, regresé brevemente a Hama. Frente a una escuela pública de esta ciudad embrujada había una pancarta negra colgada. «¡Oh, amo de nuestra nación, que descansas en el Paraíso eterno!», proclamaba. Pero de las casas de los supervivientes de Hama, sólo colgaba la colada y toldos hechos jirones. En la papelería que se encontraba al otro lado de la carretera, frente a la gran noria de agua chirriante, había tres montones de pósteres que no se habían vendido sobre el mostrador: Hafez, Basil y Bashar. Todavía reinaba el miedo. «Lo que ocurrió, ocurrió», me dijo un viejo amigo de Hama con un deje de tristeza mientras el sol atravesaba el escaparate roto de una tienda vieja y los gatos bufaban unos a otros bajo la luz del sol. «El pasado se ha esfumado. Somos hijos del presente, 1982 ya pasó. Basta de hablar de ello». La noria que hay frente a su caja seguía crujiendo, un lamento de antiguos ejes de hierro y madera empapada mientras el agua del Orontes cae sobre el acueducto abandonado.

Sin embargo, nadie me dice la verdad: nadie me habla de la carnicería que tuvo lugar en los túneles de Hama, de las «chicas suicidas» musulmanas que se lanzaban a

los brazos de los soldados y estallaban por las granadas que llevaban sujetas a los pechos, las «viudas negras» originales a las que más tarde veríamos en la Cisjordania ocupada y en Gaza y en Israel y en Chechenia y en Rusia. Los hombres del partido y los chicos de Rifaat recorrieron posteriormente las ruinas humeantes, para ejecutar sumariamente a los heridos y a los sospechosos y a aquellos que no podía explicar su presencia.

Todo esto planteaba una pregunta que ya era familiar. ¿Puede sobrevivir un régimen sin ningún tipo de reconocimiento de los pecados del pasado, una prueba de contabilidad de la verdad para los herederos del baazismo así como para los supervivientes de los asesinos Hermanos Musulmanes? ¿Llegaría el momento en que Bashar Assad pudiera, o quisiera, decir las terribles acciones que se habían hecho en nombre del partido? Dada su necesidad de apoyo de algunas de las mismas fuerzas oscuras que eran responsables de lo ocurrido en Hama, lo dudo. La verdad y la reconciliación tal vez funcionen en Sudáfrica o en Irlanda del Norte, pero en Oriente Próximo, la historia está demasiado arraigada. Demasiado arraigada en Argelia, demasiado arraigada en Iraq —donde no sobrevive ningún régimen baazista que admita tal cosa— demasiado arraigada en Palestina, demasiado arraigada en Israel, demasiado arraigada en el Líbano.

En Beirut, es cierto, existe un «jardín del perdón», pero el único monumento físico a la guerra civil —excepto un bloque de cemento mezclado con pistolas y corazas que hay frente al Ministerio de Defensa y las miles de casas libanesas que aún están acribilladas con agujeros de bala— es la vieja estatua en recuerdo de los cristianos y musulmanes que fueron ahorcados por los turcos en 1915 y 1976 por osar oponerse al dominio otomano. La «Plaza de los Mártires», tal y como se la llamaba, adquirió un significado distinto durante los quince años que duró la guerra civil libanesa, ya que se hallaba en la primera línea de combate de las milicias cristianas y musulmanas, su propia trascendencia quedó rebajada por aquellos que usaron su emplazamiento geográfico en el centro de Beirut para destruir la capital. El ángel protector de la estatua fue perforado por cientos de balas; pero se ha conservado para el futuro con los agujeros de bala aún claramente visibles; un reproche permanente para aquellos que destruyeron el amor fraternal que este martirio tan lejano en el tiempo supuestamente representaba.

Antes de la Primera Guerra Mundial, los intelectuales árabes habían discutido en público sobre una nueva relación entre el mundo árabe y Constantinopla, en busca de una forma de «autogobierno» para los países árabes del imperio otomano, ya fuera mediante un sistema federal de gobierno —bajo el cual el sultán sería coronado rey de los árabes así como rey de los turcos— o, una solución más maliciosa a ojos turcos, con una autonomía garantizada por las potencias occidentales, en especial Francia<sup>[\*]</sup>. En ese momento, una crisis similar, aunque no idéntica, afligía a los defensores del «Home Rule» en Irlanda, ya que algunos abogaban por una Irlanda «libre» dentro del imperio británico, y otros querían la independencia completa de

Gran Bretaña.

Una serie de personalidades sirias se reunieron en París antes de la guerra para tratar la forma de autonomía que podrían concederles; entre otras exigencias, pidieron que en las escuelas se enseñara el árabe además del turco, y que se usara junto con este idioma en todas las cuestiones de gobierno. Pero aunque al inicio los turcos parecían bien dispuestos hacia estas ideas, la naturaleza deliberadamente vaga de las instrucciones enviadas a los gobernadores turcos de las provincias árabes demostró rápidamente que el Sublime Porte no tenía intención alguna de dividir el poder dentro del imperio otomano. No iba a haber una solución «austrohúngara» en Oriente Próximo. Así pues, cuando declararon la guerra contra los Aliados en 1914 —a buen seguro, el mayor error que cometieron las autoridades turcas desde el siglo XIV— los turcos habían mantenido la unidad de su imperio pero permitieron que se creara el suficiente debate como para que esta unidad se viera amenazada.

Nadie puede discutir el sufrimiento de los libaneses durante la Primera Guerra Mundial. La armada británica y la francesa bloquearon la costa mediterránea otomana a partir de 1914 e impidieron que llegara comida al Levante. De este modo, las fuerzas otomanas turcas se incautaron de todo el grano del Líbano para alimentar a sus tropas y requisaron los animales de granja; una plaga de langostas que arrasó al país en 1915 destruyó las pocas cosechas que quedaban. La tierra no se pudo cultivar y se desató una hambruna de proporciones bíblicas. Se calcula que en el norte de Siria murieron 300 000 personas, 120 000 de ellas libanesas; sólo en Beirut murieron cien civiles al día. Abriza Kerbey aún estaba viva en 1998 para dar su propia versión de este semigenocidio. «Nos convertimos casi en animales. Empezamos a comer fruta podrida que encontrábamos en el suelo. Pero aquello no duró mucho y al cabo de poco ya empezamos a escarbar la tierra en busca de raíces y hierba<sup>[\*]</sup>». Su familia sobrevivió alimentándose de hierbas hervidas. Descubrían que sus vecinos se habían muerto sólo por el hedor que manaba de sus casas.

Los turcos no temían por las vidas de sus ciudadanos otomanos árabes del Levante —el Líbano era parte de Siria—, sino por las tierras árabes que gobernaba. Ahmed Jemal Pasha era comandante del IV ejército turco en Siria, así como uno de los jóvenes turcos del triunvirato que por entonces gobernaba el imperio otomano. Del mismo modo que los turcos temían que su población armenia ayudara a los rusos, los franceses o los británicos, también sospechaban que sus tropas otomanas árabes podrían desertar para unirse a los Aliados o a una revuelta árabe proaliados. Jemal Pasha envió unidades árabes de su ejército a Gallípoli y luego se ensañó malévolamente con todos los civiles que estaban bajo su gobierno contra los que logró aportar alguna prueba de traición. Jemal Pasha descargó su furia contra estos hombres con una crueldad digna de Sadam.

Cuando Turquía entró en la guerra, los franceses abandonaron su consulado de Beirut, y fue en este edificio —oficialmente bajo la protección de los Estados Unidos, que fue potencia neutral hasta 1917— donde el servicio secreto otomano descubrió

unas cartas y documentos firmados por treinta y tres árabes, la mayoría de ellos libaneses, que no habían logrado abandonar el Levante antes de la guerra que habían sido lo bastante insensatos para confiarles a los diplomáticos franceses sus opiniones por escrito sobre el futuro de Siria. A estos desafortunados hombres, tanto musulmanes como cristianos, los arrastraron hasta el pueblo libanés de Aley, los torturaron despiadadamente y luego los llevaron ante un consejo de guerra para dictarles una inevitable sentencia de guerra. Veintisiete eran musulmanes, seis eran cristianos, y su sufrimiento fue ensalzado posteriormente por los libaneses como una prueba de que ambas religiones podían luchar y morir juntas por la independencia de su país.

La mayoría de ellos murieron ahorcados en un lugar que se encontraba a poco más de un kilómetro y medio de la que más tarde sería mi casa de Beirut y, cada vez que rebuscaba en las viejas librerías de Beirut o viajaba por Oriente Próximo, buscaba algún relato contemporáneo de su vida y muerte. Al fin y al cabo, eran unos árabes «mártires» que habían muerto para que otros pudieran vivir en libertad, y que se enfrentaron a la muerte por su nación no por regímenes sectario o ejércitos. Después de muchos años, en una pequeña tienda de antigüedades de la calle Kasr el Nil de el Cairo, encontré un panfleto con muchas manchas publicado en Egipto en 1922 y escrito por un cura cristiano maronita libanés, el padre Antoine Yammine<sup>[\*]</sup>. Estaba lleno de fotografías de mala calidad de niños escuálidos y de cadáveres abandonados en caminos. Pero también contenía una descripción apasionante de los últimos días, y los últimos discursos, de los hombres condenados.

Los primeros once fueron transportados a la comisaría central de policía de Beirut, en la Place des Canons —la que más tarde sería, por supuesto, la plaza de los Mártires— donde, a las tres de la madrugada, les dieron unas batas blancas para que se las pusieran a modo de mortaja para la ejecución. Habían montado once horcas en la plaza y, antes de su ejecución, los turcos permitieron que cada uno de los condenados hablara a la multitud que se había reunido en la oscuridad, junto con el gobernador turco, el jefe de policía turco y los miembros del «tribunal» marcial que habían condenado a las víctimas.

Con la soga alrededor del cuello, Abdul Karim al Jalil gritó desde el patíbulo: «¡Mis queridos compatriotas, los turcos quieren ahogar nuestra voz! ¡Quieren impedir que hablemos y que reclamemos nuestro derecho a la independencia y nuestra liberación de la odiosa esclavitud de Turquía... Pero... les pediremos nuestra independencia y libertad a las naciones civilizadas del mundo! ¡Mi querido país, recuerda siempre a estos once mártires! O paraíso de mi país, transmite nuestros sentimientos de amor fraternal a todos los libaneses, a todos los sirios, a todos los árabes, cuéntales nuestro trágico final y diles: “¡Por vuestra libertad hemos vivido y por vuestra independencia vamos a morir!”».

En ese momento, según el autor maronita, el propio Al Jalil apartó la escalera de mano y se ahorcó él solo. Los próximos en morir fueron dos hermanos, Mohamed y

Mahmud Mahmessani. Durante un cuarto de hora, Mohamed abrazó a su hermano e intentó consolarlo. «Jamás he traicionado a mi país —le dijo a la multitud—. Lo juro ante Dios y todos los hombres. Los turcos me han declarado culpable, pero es una mentira. No creo que sea un crimen amar la libertad y querer la liberación de mi país». Se volvió hacia el verdugo y le suplicó que lo ahorcaran a él y a su hermano a la vez, para que ninguno de los dos viera morir al otro. A Mohamed le concedieron su deseo.

Otros condenados maldijeron a Jemal Pasha por su crueldad. Joseph Bechara Hani fue condenado a la horca, como muchos otros, y negó todo acto de traición. «Soy inocente, totalmente inocente. Lo juro ante Dios... He llevado una vida intachable y muero sin miedo...» Entonces el verdugo apartó de una patada la escalera que había bajo los pies de Hani. Al cabo de unos meses, otros catorce hombres fueron ahorcados en Beirut, dos de ellos coroneles del estado mayor del ejército otomano que subieron al patíbulo vestidos con el uniforme militar. Uno de ellos, Selim Yezairi, dijo que moría «con amor por mis compañeros árabes, amor por mi país y odio hacia los turcos». Había también dos hermanos cristianos, uno de los cuales le escribió una última carta a su mujer en la que le ocultaba la noticia de su inminente ejecución y le dijo que volverían a reunirse dentro de poco en su casa de Jounié.

A pesar del deseo natural de revestir sus palabras de valor, se dijo que incluso los turcos quedaron impresionados por el heroísmo de las víctimas, entre las que había, como mínimo, un árabe de Palestina. Las autoridades otomanas decretaron que sus cuerpos fueran enterrados en una fosa común en la playa de Ras-Beirut. En aquellos tiempos, la zona en la que ahora se encuentra el aeropuerto de Beirut aún no se había ganado al mar y la orilla corría lo largo de lo que hoy es Corniche Mazraa. En esta tierra roja fueron enterrados sin ceremonia alguna los musulmanes y cristianos muertos.

¿Cómo los habían traicionado? Un estudioso francés, que estaba llevando a cabo una investigación en los archivos de asuntos exteriores de Nantes, nos ha proporcionado la descripción más detallada de este miserable asunto<sup>[\*]</sup>. El intérprete del consulado francés de Beirut, Philippe Zalzal, que era cristiano, había sido encarcelado por los turcos en Damasco y, para lograr que lo dejaran regresar a su ciudad natal libanesa de Bikfaya, habló sobre las cartas de Jemal Pasha, que los diplomáticos franceses habían escondido tras una pared falsa y una mesa del consulado. El cónsul que dejó los documentos —incluidas unas cartas firmadas que pedían explícitamente la intervención militar francesa en el Líbano y Siria— era ni más ni menos que François Georges Picot, el mismo Picot que, junto con sir Mark Sykes, alcanzó el acuerdo secreto en 1916, según el cual Francia formaría su propia administración en Siria y el Líbano tras el final de la guerra, por mucho que los árabes exigieran la independencia. Como resultado directo de este acuerdo extranjero, los franceses separaron el Líbano de Siria y derrocaron al rey árabe Faisal en

Damasco. La matanza de la batalla de Maysaloun fue un resultado directo del mismo acuerdo Sykes-Picot que se cerró, en una carta del embajador francés en Londres, el 9 de mayo de 1916; exactamente dos días después que los turcos colgaran al segundo grupo de patriotas libaneses en Beirut. No quedó constancia de la reacción de Picot ante el descubrimiento de las cartas comprometedoras que tan vergonzosamente dejó en el consulado.

Cuando el ejército francés llegó a Beirut en 1918, se exhumaron los cadáveres de los mártires libaneses enterrados en la fosa común, pero la misma fe que ellos habían situado en segundo lugar, sólo por debajo de su patriotismo, impidió que se los enterrara juntos. Los cristianos no permitieron que los mártires musulmanes de Beirut fueran enterrados en sus cementerios. Y las autoridades musulmanas tampoco permitieron que los cristianos ejecutados reposaran en su tierra santa. Al final, los drusos libaneses, cuyas creencias suníes místicas les otorgan una visión más liberal de la vida y la muerte, ofrecieron a los mártires unos mil metros cuadrados en el Líbano para que estos hombres valientes de distintas religiones que murieron juntos pudieran permanecer unidos hasta la eternidad. A pesar de que muchos libaneses de hoy en día desconocen este hecho, sus restos descansan hoy junto al parlamento druso del barrio de Hamra de Beirut.

Sin embargo, incluso su papel conjunto como mártires fue una ilusión. Tanto los cristianos como los musulmanes se opusieron a la tiranía turca en Siria, pero los maronitas cristianos del Líbano esperaban contar con la tutela francesa tras la guerra; y fueron leales al protectorado francés durante, más de dos décadas. Los musulmanes eran árabes nacionalistas que deseaban formar una nación árabe independiente, en la que, obviamente, los cristianos supondrían una pequeña minoría. Si se examinan con mayor detenimiento las últimas palabras de los mártires en el patíbulo, se demuestra que incluso ante la inminencia de la muerte, sus objetivos no eran iguales. Un cura maronita, Joseph Hayek, fue uno de los primeros en ser ejecutados y sus últimas palabras fueron: «*Vive le Liban! Vive le France!*» Ésos no eran los sentimientos de los que, en su último aliento, se dirigieron a sus «compañeros árabes».

Sin embargo, sus muertes fueron seguramente el catalizador final de la revuelta árabe. El emir Faisal —el futuro «rey» de Siria que se convertiría en el primer rey de Gran Bretaña de Iraq— se quedó fuera de Damasco en la primavera de 1916 y le suplicó en varias ocasiones a Jemal Pasha que no ejecutara al segundo grupo de condenados, que pertenecían a algunas de las más ilustres familias de Siria y el Líbano. El estudioso e historiador George Antonius<sup>[\*]</sup> ha dejado constancia que el emir y sus anfitriones, la familia Bakri, estaban desayunando en el jardín cuando entró un hombre corriendo para entregarles una edición especial del periódico proturco *Al-Sharq*, que publicaba una crónica completa de los ahorcamientos. Uno de los miembros de la familia Bakri leyó los nombres de los ahorcados, que «se balanceaban como las notas de un canto fúnebre al aire tranquilo de esa mañana de primavera, en los huertos de Damasco». Alguien recitó el primer verso del Corán.

Luego Faisal se puso en pie, se quitó la kefia de la cabeza y la pisoteó. Había empezado la revuelta árabe. «¡Árabes! —gritó—. Ahora la muerte será un placer para nosotros».

## CAPÍTULO 21

### ¿POR QUÉ?

Del barco en llamas, que salvo  
hundido del fuego huiría,  
saltaron algunos que nadaron  
hacia barcos enemigos  
y de bala fenecieron;  
murieron todos los que en el barco estaban,  
quemados en el mar unos, otros  
dentro del quemado barco ahogados

JOHN DONNE, *Un barco en llamas*

Me había olvidado de apagar el teléfono móvil. Noté su vibración en el bolsillo sólo segundos después de haberme sentado en el vuelo trasatlántico de Sabena y lo primero que pensé —aunque todavía no habíamos acabado de embarcar— era que había incumplido las normas. Creemos en las leyes por instinto, sin planteárnoslas, reglas seculares que gobiernan nuestras vidas más que los dictados religiosos. De modo que dejé mi asiento y volví a la pasarela todavía ocupada por pasajeros que esperaban para subirse al Airbus.

«¿Robert? —Era el director de contenidos—. Mira, he pensado que tenías que saber que, después de lo que ha pasado, es probable que tengamos que aplazar otra vez tu artículo de Sabra y Chatila. Una avioneta acaba de estrellarse contra el World Trade Center de Nueva York y el edificio está ardiendo». Mierda. ¡Mierda! ¡MIERDA! Era la tercera vez. «¿De verdad es tan importante? —pregunté—. ¿Una avioneta?» «Bueno, parece bastante grave y creo que quedaría un poco raro que haya pasado algo tan gordo en Nueva York y nosotros abramos la sección con una historia de hace diecinueve años». Me rendí. Era como si nuestra investigación del papel israelí en las matanzas de palestinos en Beirut en 1982 estuviera condenada a no ser publicada. Llevaba toda la primera semana de septiembre del 2001 insistiendo en que me concedieran espacio. Entonces, el jueves 6, Simón Kelner decidió que podía salir el lunes 10. Después Kelner se fue de vacaciones e Ian Birrel, el subdirector, ocupó el despacho de Simon y pospuso mi crónica hasta la mañana del 12. Eso significaba que las pruebas definitivas partirían el 11 de septiembre por la tarde. Esa misma mañana había llamado a *The Independent* desde el aeropuerto de Bruselas, cansado tras una noche de vuelo desde Beirut. Leonard Doyle, mi redactor jefe de Internacional, me habló del asesinato suicida de Ahmed Sha Massud, el cabecilla de la milicia afgana de la Alianza del Norte que con tanta valentía había combatido contra los rusos pero que hacia Osama bin Laden sentía sólo desprecio. Dos árabes se habían hecho pasar

por periodistas y lo habían matado con una bomba oculta en su cámara. ¿Creía yo que Bin Laden estaba detrás? No lo sabía. En nuestra primera edición, Leonard había llamado a Massud por su poderoso título afgano, «el León de Panjshir». Algún segundón idiota lo había cambiado por la noche, para rebajar a Massud a ese cliché tan estimado por los subdirectores, un «líder guerrillero». Esa misma noche, unos misiles de crucero americanos habían caído sobre Kabul.

Cuando hablé en primera instancia con los directores de contenidos desde la sala de preembarque de Bruselas, me confirmaron que mi crónica de Sabra y Chatila por fin iba a aparecer. Saldría en portada de la sección cultural de esa noche —para la primera plana había una noticia—, con un montaje de sangre por encima de las fotos de los palestinos muertos. No pensaba llamar otra vez a la oficina. Estaría ilocalizable durante las seis horas y media de vuelo sobre el Atlántico. Saqué la copia del texto para echarle un último vistazo.

Sana Sersauí habla con detenimiento, en voz alta pero poco a poco, mientras rememora los sucesos caóticos, peligrosos y desesperadamente trágicos que la abrumaron hace diecinueve años exactos, el 18 de septiembre de 1982<sup>[\*]</sup>. Como una de las supervivientes preparadas para testificar contra el primer ministro israelí Ariel Sharon —que a la sazón era ministro de Defensa del país— hace una pausa para consultar su memoria al revivir los momentos más aciagos de su vida. «Los milicianos de las Fuerzas Libanesas nos habían sacado de nuestras casas y nos habían hecho desfilar hasta la entrada del campamento, donde habían excavado un gran agujero en la tierra. Les dijeron a los hombres que se metieran. Entonces los milicianos dispararon a un palestino. Las mujeres y los niños habíamos tenido que pasar por encima de muchos cuerpos para llegar hasta allí, pero nos impresionó mucho ver que mataban a aquel hombre delante de nosotras, y empezamos a gritar y a chillar. Fue entonces cuando oímos que los israelíes gritaban por los altavoces: “Dadnos a los hombres, dadnos a los hombres”. “Gracias a Dios —pensamos—, nos salvarán.”» Iba a demostrarse ser una esperanza cruelmente falsa.

La señora Sersauí, embarazada de tres meses, veía a su marido Hassan, de treinta años, y a su cuñado egipcio Faraj el Sayed Ahmed entre la multitud de hombres. «Nos dijeron a todos que camináramos por la carretera hacia la embajada de Kuwait, las mujeres y los niños delante y los hombres detrás. Nos habían separado. A nuestro lado caminaban milicianos falangistas y soldados israelíes. Aún distinguía a Hassan y Faraj. Era como un desfile. Eramos varios centenares. Cuando llegamos a la Cité Sportive, los israelíes nos metieron a las mujeres en una gran sala de cemento y se llevaron a los varones a otro lado del estadio. Había muchos hombres del campamento y ya no distinguía a mi marido. Los israelíes se paseaban diciendo: “Sentaos, sentaos”. Eran las once en punto. Una hora más tarde, nos dijeron que nos fuéramos. Pero nos quedamos fuera, entre soldados israelíes, esperando a nuestros hombres».

Sana Sersauí esperó bajo un sol abrasador y deslumbrante a que aparecieran Hassan y Faraj. «Salieron varios hombres, ninguno que no pasara de los cuarenta años, y nos dijeron que tuviéramos paciencia, que todavía quedaban centenares dentro. Después, cerca de las cuatro de la tarde, salió un oficial israelí. Llevaba gafas de sol, y nos dijo en árabe: “¿A qué esperáis?”. Nos dijo que no quedaba nadie, que se habían ido todos. Estaban saliendo unos camiones israelíes tapados con lonas. No veíamos qué llevaban. Y había jeeps, tanques y un bulldozer que hacía mucho ruido. Nos quedamos allí mientras oscurecía; parecía que los israelíes se marchaban y estábamos muy nerviosas. Pero entonces, cuando los israelíes se fueron, entramos dentro. Y no había nadie. Ni una persona. Sólo llevaba tres años casada. Nunca he vuelto a ver a mi marido».

El machacado Estadio Deportivo Camille Chamoun —la «Cité Sportive»— era un «centro de retención» natural para prisioneros. Como estaba a sólo tres kilómetros del aeropuerto de Beirut, la OLP de Yasir Arafat lo había utilizado de depósito de armas y los reactores israelíes lo habían bombardeado en repetidas ocasiones durante el asedio de Beirut de 1982, de modo que su gigantesco y maltrecho exterior parecía una dentadura postiza de pesadilla. En algún momento los palestinos habían minado su vasto interior, pero los inmensos espacios de almacenamiento subterráneos y los vestuarios de los atletas permanecían intactos.

Era uno de los puntos urbanos de referencia para todos los que vivíamos en Beirut. A media mañana del 18 de septiembre de 1982 —en torno a la hora en la que según Sana Sersauí la condujeron al estadio— vi a centenares de prisioneros palestinos y libaneses, es posible que en total superasen de sobras los mil, sentados

en su oscuro y amplísimo interior, acuclillados en el polvo, vigilados por soldados israelíes, agentes de paisano del Shin Beth y un grupo de hombres que según mis sospechas, correctas, eran colaboracionistas libaneses. Los hombres guardaban silencio, a todas luces asustados. De tanto en cuando, observé, se llevaban a varios. Los metían en camiones o jeeps del ejército israelí o en vehículos falangistas, para su posterior «interrogatorio».

Yo me lo creí. A unos centenares de metros, hasta 600 víctimas de la masacre de los campamentos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila se pudrían al sol, y el hedor de la descomposición se abatía sobre prisioneros y captores por igual. Hacía un calor asfixiante. Loren Jenkins de *The Washington Post*, Paul Eedle de Reuters y yo sólo habíamos conseguido acceder a las celdas porque los israelíes dieron por supuesto —dado nuestro aspecto de occidentales— que debíamos de ser miembros del Shin Beth. Muchos de los prisioneros tenían la cabeza gacha. Los presos árabes a menudo adoptaban esa postura de humillación. Sin embargo, Israel había retirado de los campamentos a sus milicianos falangistas, una vez concluida la carnicería, y al menos en ese momento estaba al mando el ejército israelí. Así pues, ¿qué tenían que temer aquellos hombres?

En retrospectiva —y escuchando a Sana Sersauí hoy en día— me estremezco al pensar en nuestra inocencia. Mis notas de la época... contienen varias pistas ominosas. Encontramos a un empleado libanés de Reuters, Abdulá Matar, entre los prisioneros, y obtuvimos su liberación; Paul lo sacó con un brazo sobre los hombros. «Se nos llevan, uno por uno, para interrogarnos —me murmuró uno de los prisioneros—. Son milicianos de Hadad. Por lo general los traen de vuelta después del interrogatorio, pero no siempre. A veces la gente no vuelve». Entonces un oficial israelí me ordenó que me fuera. ¿Por qué no podían hablar conmigo los prisioneros?, pregunté. «Pueden hablar si les apetece —me contestó—. Pero no tienen nada que decir».

Todos los israelíes sabían lo que había pasado dentro de los campamentos. El olor de los cadáveres era ya abrumador. Fuera, un jeep falangista con las palabras «Policía Militar» pintadas —si es que tan pintoresca institución puede asociarse a aquella banda de asesinos— nos pasó por delante. Habían aparecido unos cuantos equipos de televisión. Uno grabó a los milicianos cristianos libaneses delante de la Cité Sportive. También filmó a una mujer que le suplicaba a un coronel del ejército israelí llamado «Yahya» que liberase a su marido. *The Independent* ya ha identificado sin sombra de duda al coronel: en la actualidad es general del ejército israelí.

A lo largo de la carretera principal de delante del estadio había una columna de tanques Merkava israelíes, con sus tripulantes sentados sobre torretas, fumando y observando a los hombres que sacaban del estadio solos, o en pareja, algunos para liberarlos y otros para que se los llevaran agentes del Shin Beth o libaneses vestidos con monos de un caqui apagado. Todos aquellos soldados sabían lo que había pasado en los campamentos. Uno de los tripulantes de los tanques, el teniente Avi Grabosky —más adelante testificó ante la comisión Kahan israelí— había presenciado incluso el asesinato de varios civiles el día anterior y había recibido órdenes de no «interferir».

Además, en los días sucesivos, nos llegaron extrañas informaciones. En Damur unos milicianos falangistas habían metido a la fuerza a una chica en un coche y se la habían llevado, a pesar de sus ruegos a un soldado israelí cercano. Después, la señora de la limpieza de una libanesa que trabajaba para una cadena de televisión estadounidense se quejó con amargura de que los israelíes hubieran arrestado a su marido. Nunca se lo ha vuelto a ver. Corrían otros vagos rumores de gente «desaparecida».

Escribí en mis notas de la época que «incluso después de Chatila, en Beirut Oeste se estaba liquidando a enemigos “terroristas” de Israel». Sin embargo, no relacioné de manera directa aquella siniestra convicción con la Cité Sportive. Ni siquiera recapacité sobre los atroces precedentes de estadios deportivos en tiempos de guerra. ¿Acaso no había habido un estadio en Santiago de Chile unos años atrás, lleno a rebosar de prisioneros tras el golpe de Estado de Pinochet, un estadio del que muchos nunca regresaron?

Entre los testimonios reunidos por los abogados que pretendían acusar a Ariel Sharon de crímenes de guerra, está el de Wadha al Sabeq. El viernes 17 de septiembre de 1982, mientras la masacre seguía en curso dentro de Sabra y Chatila sin que ella lo supiera, declaró, se encontraba en su casa con su familia, en Bir Hassam, delante mismo de los campamentos. «Vinieron unos vecinos a decirnos que los israelíes querían sellar nuestros carnés de identidad, de modo que bajamos y vimos tanto a israelíes como a las Fuerzas Libanesas en la carretera. Separaron a los hombres de las mujeres». Esa separación —con su escalofriante sombra de segregaciones parecidas en Srebrenica durante la guerra de Bosnia— era un rasgo común de aquellos arrestos en masa. «Nos dijeron que fuéramos a la Cité Sportive. Los hombres se quedaron». Entre los varones se hallaban los dos hijos de Wadha, Mohamed, de diecinueve años y Alí, de dieciséis, y su hermano Mohamed. «Fuimos a la Cité Sportive, como nos habían dicho los israelíes —dice—. No volví a ver a mis hijos ni a mi hermano».

Los supervivientes cuentan historias penosamente similares. Bahiya Zrein dice que una patrulla israelí le ordenó que fuera a la Cité Sportive y se llevó a los hombres que la acompañaban, entre ellos su hermano de

veintidós años. Unos milicianos —bajo vigilancia de los israelíes— los metieron en un coche, con los ojos vendados, dice. «Así es cómo desapareció —explica en su testimonio oficial—, y desde entonces no lo he vuelto a ver». No fue hasta unos días después cuando los periodistas empezamos a detectar discrepancias en las cifras de muertos. Si bien dentro de Sabra y Chatila habían encontrado hasta 600 cuerpos, se había denunciado como «desaparecidos» a 1800 civiles. Supusimos —qué fáciles son las suposiciones en una guerra— que los habrían matado en los tres días transcurridos entre el 16 de septiembre de 1982 y la retirada de los asesinos falangistas el 18, y que habrían enterrado sus cadáveres en secreto fuera del campamento. Bajo el campo de golf, sospechábamos. Jamás se nos pasó por la cabeza la idea de que a muchos de aquellos jóvenes los hubieran matado fuera de los campamentos o después del 18, de que los asesinatos siguieran produciéndose mientras nosotros recorríamos los campamentos.

¿Por qué no se nos ocurrió esa posibilidad a los periodistas en aquel momento? Al año siguiente, la comisión israelí Kahan hizo público su informe, en el que condenaba a Sharon pero ponía como fecha límite de su indagación de la atrocidad el 18 de septiembre, con apenas un indicio de una línea —sin mayores explicaciones— de que era posible que varios centenares de personas hubieran «desaparecido en torno a esas fechas». La comisión no entrevistó a ningún superviviente palestino, pero aun así se le permitió convertirse en la historia oficial. En ningún momento pensamos que los israelíes se hubieran dedicado a entregar prisioneros a sus sanguinarios aliados de la milicia. Los palestinos de Sabra y Chatila hasta el día de hoy están aportando pruebas de que eso es exactamente lo que sucedió. Un hombre, Abdel Naser Alamé, cree que a su hermano Alí lo entregaron a la Falange la mañana del 18. Una cristiana palestina llamada Milané Butros ha dejado constancia de que se la llevaron de los campamentos en un camión cargado de mujeres y niños a la ciudad cristiana de Bikfaya, localidad natal del presidente electo cristiano Bashir Gemayel, asesinado hacía poco, donde una mujer cristiana transida de dolor ordenó la ejecución de un niño de 13 años que viajaba en el camión. Le pegaron un tiro. El vehículo debía de haber atravesado por lo menos cuatro controles israelíes de camino a Bikfaya. Y que el cielo me perdone, he conocido incluso a la mujer que decretó la ejecución del chico.

Antes aun de que terminara la carnicería dentro de los campamentos, Shahira Abu Rudeina dice que la llevaron a la Cité Sportive donde, en uno de los «centros de retención» subterráneos, vio a un retrasado que, bajo supervisión de soldados israelíes, enterraba cuerpos en una fosa. Podría rechazarse su declaración de no ser porque también expresó su gratitud hacia un soldado israelí que —dentro del campamento de Chatila, en contra de todas las pruebas aportadas por los israelíes— impidió que la Falange asesinara a sus hijas.

Mucho después de la guerra, derribaron las ruinas de la Cité Sportive y construyeron en su lugar un flamante estadio de mármol, obra en parte de los ingleses. Pavarotti ha cantado allí. Sin embargo, el testimonio de lo que tal vez repose bajo sus cimientos —y sus escalofrantes implicaciones— proporcionará a Ariel Sharon motivos de más para temer una condena.

Yo estaba en los campamentos de Sabra y Chatila cuando tuvieron lugar aquellos crímenes. Había regresado a ellos, año tras año, para intentar descubrir lo que había sido del millar de hombres desaparecidos. Karsten Tveit, de la televisión noruega, estuvo conmigo en 1982 y había vuelto a Beirut muchas veces con el mismo fin. Los abogados no eran los únicos que investigaban aquellos crímenes contra la humanidad. En el 2001, Tveit llegó al Líbano con las cintas originales de 1982 de aquellas mujeres que imploraban por sus hombres a las puertas de la Cité Sportive. Visitó las diminutas tiendas de vídeo del campamento actual y mostró las cintas una y otra vez hasta que los palestinos del lugar las identificaron; entonces emprendió la búsqueda de las mujeres —a la sazón diecinueve años más mayores— que aparecían en la cinta reclamando a sus hijos, hermanos, padres y maridos ante la Cité Sportive. Las localizó a todas. Ninguna había vuelto a ver a sus seres queridos<sup>[1]</sup>.

En los meses venideros, reflexionaría sobre la ironía personal de aquellos últimos minutos en el aeropuerto de Bruselas. Yo repasaba las minucias de un crimen contra la humanidad cometido diecinueve años exactos antes, mientras en aquel preciso instante, al otro lado del Atlántico, un crimen internacional contra la humanidad

estaba en trance de cometerse. Nuestros cálculos eran que, en Sabra y Chatila y los asesinatos masivos que siguieron, al menos 1700 hombres, mujeres y niños palestinos habían sido eliminados. En Nueva York, Washington y Pensilvania, más del doble de vidas humanas estaba a punto de extinguirse.

Tras la llamada del director de contenidos, retomé mi asiento en el Airbus. Entonces volvió a sonar el teléfono. Ann Penketh me llamaba desde la redacción de Internacional.

—Parece que un helicóptero se ha estrellado contra el Pentágono, Robert. No sé nada más pero creo que necesitamos que escribas hoy.

Viajaba en primera y encajado en el apoyabrazos tenía un teléfono vía satélite de la compañía aérea. Pasé la tarjeta de crédito por el lector y la pantalla se activó. Podría seguir hablando con Londres y transmitir mi artículo en pleno vuelo. Embarcaban los últimos pasajeros y me acerqué al primer sobrecargo. Le hablé del helicóptero. Me referí en todo momento al «Free Trade Building» en vez de al World Trade Center, aunque tenía presente una imagen nítida de las Torres Gemelas, centinelas sobre Manhattan a la izquierda de mi taxi cuando volvía al JFK después de una conferencia en Princeton unos meses atrás.

Llamé una última vez a la redacción con mi móvil. «Robert —tuvo apenas tiempo de decirme Ann antes de que me obligaran a colgar—. Era un avión de pasajeros el que se ha estrellado contra el World Trade Center. ¡Y ahora hay otro!» Apagué el teléfono. Era evidente lo horroroso de la situación, pero mi cerebro de periodista, el ordenador profesional que calcula suceso, reacción y plazo de entrega, ya iba a toda máquina. Lo que estaba pasando en los Estados Unidos era intencional. Se trataba, de acuerdo con el más clásico de los clichés, de un «atacado terrorista». En la Costa Este americana era seis horas más temprano que en Bruselas. Millares de personas estarían llegando a las Torres Gemelas para trabajar. Y al Pentágono.

El Airbus avanzaba por la pista para despegar, pero el sobrecargo se acercó a mi asiento. ¿Sabía algo más? Le hablé del segundo avión y se fue disparado a la cabina. Regresó al cabo de unos segundos, aunque los motores ya se estuvieran acelerando para el despegue. «También se ha estrellado un avión de pasajeros en Pensilvania». Me quedé mirándolo. Bin Laden. ¿Quién si no? Saqué el cuaderno e intenté recordar todo lo que Bin Laden me hubiera dicho alguna vez: su odio a la familia real saudí, su experiencia en la lucha contra los rusos, su determinación de expulsar a los estadounidenses del Golfo.

Sobrevolábamos el mar de Irlanda cuando realicé mi primera llamada vía satélite a Londres. Leonard cogió el teléfono. Sonaba de lo más serio, con su voz de «padre Doyle», como la llamaba yo siempre, pero me di cuenta de que era pura estupefacción. «Dos aviones en el World Trade Center, un avión de pasajeros en el Pentágono, otro estrellado en Pensilvania. Tendrías que ver las imágenes». A bordo del Airbus, sirvieron las copas de aperitivo. El gintónic sabía a tónica. ¿Veinte, treinta mil muertos? Eso es lo que pensaba. La escala del suceso todavía resultaba

inimaginable. ¿Y cuál sería la venganza de los Estados Unidos? Recordé los viejos noticiarios después de Pearl Harbor, el «día de la infamia», cuando las bandas sonoras se llenaron de llamamientos racistas a aplastar a los «taimados japos». Bin Laden. En todo momento regresaba a Bin Laden. Ese día representaba no sólo un crimen terrible sino un fracaso terrible, el derrumbe de décadas de políticas cojas, negadas y egoístas en Oriente Próximo que por lo menos reconoceríamos —si éramos sabios— o que, más probablemente, enterraríamos bajo los escombros de Nueva York, un tema inopinable cuya mera mención sería señal de apoyo a los enemigos de los Estados Unidos.

Fui a la cocina y le pregunté al personal de vuelo qué pensaba. Debían de haber secuestrado los cuatro aviones. Debían de haber sido muchos secuestradores. «Querían morir», dijo la joven azafata sin pensar, y todos estuvimos de acuerdo, y entonces el sobrecargo me lanzó una mirada muy intensa. Nosotros también viajábamos rumbo a los Estados Unidos. Esos cuatro aviones habían despegado como el nuestro, una mañana soleada, con tripulaciones amables y pasajeros respetuosos de la ley... Di una vuelta por el avión con el sobrecargo. No me gustó. Supongo que volví con la imagen de trece pasajeros en la cabeza, trece que me daban mala espina porque llevaban barba o me habían mirado con lo que pude fácilmente interpretar como hostilidad, o porque jugueteaban con collares antiestrés o leían el Corán. Por supuesto, todos eran musulmanes. En apenas cuestión de minutos, el supuesto Fisk liberal que llevaba un cuarto de siglo trabajando en Oriente Próximo —que había vivido entre los árabes durante casi media vida, cuya existencia habían salvado musulmanes en incontables ocasiones en el Líbano, Iraq e Irán— sí, ese Fisk majete y buena persona se había convertido en un racista, que encasillaba a los inocentes pasajeros de su avión según tuvieran barba, los ojos marrones o la piel oscura. Me sentía sucio. Sin embargo, ya sospechaba que aquél era uno de los objetivos del día. Que nos sintiéramos sucios, que nos sintiéramos tan asustados —o furiosos— que dejáramos de comportarnos de manera racional.

Volví a telefonar a Leonard. Se habían recibido llamadas de los pasajeros de los cuatro aviones. Los secuestradores habían cortado la garganta a varios de los tripulantes y viajeros. De los pisos superiores de las Torres Gemelas se lanzaban hombres y mujeres. En la televisión habían salido imágenes de palestinos celebrándolo. «Leonard —le dije—, voy a tener que escribir sobre historia. Tenemos que disponer de un contexto, de alguna explicación». Le dije que aquél era un crimen tan épico que pensaba hacer algo que no había probado desde mis días de reportero en Irlanda del Norte, cuando había que entregar la guerra entre el IRA y Gran Bretaña a contrarreloj, a partir de anotaciones y recuerdos en lugar de registros escritos. En los viejos tiempos, antes de los ordenadores y los móviles, le dictábamos nuestras crónicas a unos copistas, hombres y mujeres equipados con auriculares que mecanografiaban nuestros artículos a medida que se los gritábamos por teléfono desde alguna aldea irlandesa o —en mi primera época en Oriente Próximo— desde

hoteles de El Cairo o Damasco. Tantos años después, iba a hacer lo mismo. «Dictaría» mi historia por teléfono para responder al instante con la espontaneidad que el periodismo debería poseer. O eso pensé en mi arrogancia.

Mientras seguía hablando, el capitán belga del Airbus intervino por los altavoces. Se habían producido unos atentados terroristas en Nueva York y Washington, explicó, y los Estados Unidos habían cerrado su espacio aéreo a todas las aeronaves comerciales. Estábamos vertiendo combustible en el mar, muy al oeste de Irlanda, antes de regresar a Europa. Empezamos a volar en grandes círculos concéntricos, y el sol entraba a raudales por las ventanas de estribor y luego las de babor como si saliera y se pusiera perpetuamente, mientras la desolación del Atlántico Norte se burlaba de nuestro cálido aislamiento. Sirvieron la comida mientras trazábamos aquellas esferas en el cielo, foie gras y filete con copas de Médoc. Miré mi cuaderno. Anoté los nombres de Balfour, Lawrence de Arabia y Bin Laden. Después los taché. Agarré el teléfono vía satélite, pasé la tarjeta y marqué el número de *The Independent*. Leonard me pasó con una de las mecanógrafas del periódico, una mujer en Leeds con acento de Yorkshire. Le dije dónde estaba y que hablaba improvisando, que tuviera paciencia. «Tómate tu tiempo, tesoro», me dijo. Sin embargo, me salió bastante fácil. Sabía lo que quería decir. Era como leerle una carta a un amigo:

Conque a esto hemos llegado<sup>[\*]</sup>. La historia moderna de Oriente Próximo al completo —el derrumbe del Imperio Otomano, la Declaración Balfour, las mentiras de Lawrence de Arabia, la revuelta árabe, la creación del Estado de Israel, cuatro guerras árabe-israelíes y los treinta y cuatro años de brutal ocupación israelí de la tierra árabe—, todo borrado en cuestión de horas cuando aquellos que afirman representar a una población aplastada y humillada han contraatacado con la maldad y la crueldad atroz de un pueblo sentenciado. ¿Es justo, es moral, escribir esto tan temprano, sin pruebas, cuando el último acto de barbarie, en Oklahoma, se demostró obra de unos estadounidenses de toda la vida? Me temo que sí. Los Estados Unidos están en guerra y, o mucho me equivoco, o ya está programada la muerte de muchos millares más de personas en Oriente Próximo, quizá también en Norteamérica. Algunos de nosotros advertimos sobre «la explosión inminente». Pero jamás pensamos en esta pesadilla.

Y sí, acude a la mente el nombre de Osama bin Laden, su dinero, su teología, su escalofriante consagración a destruir el poder estadounidense. He estado sentado delante de bin Laden mientras él describía cómo sus hombres ayudaron a destruir el ejército soviético en Afganistán y en consecuencia la Unión Soviética. Su confianza ilimitada les permitía declarar la guerra a los Estados Unidos. Sin embargo, ésta no es la guerra de la democracia contra el terror que le pedirán al mundo que crea en los días venideros. También tiene que ver con los misiles norteamericanos que se abaten sobre hogares palestinos, los helicópteros estadounidenses que disparan cohetes contra una ambulancia libanesa en 1996, los proyectiles americanos que acribillan una aldea llamada Qana, y con una milicia libanesa —pagada y uniformada por el aliado israelí de los Estados Unidos— que mutiló, violó y asesinó a placer en unos campamentos de refugiados.

No, no cabe duda de la malignidad absoluta e indescriptible de lo que ha sucedido en los Estados Unidos. El que los palestinos hayan podido celebrar la masacre de 20 000, quizá 35 000 personas inocentes<sup>[2]</sup> no es símbolo tan sólo de su desesperación sino también de su inmadurez política, de su incapacidad para comprender aquello de lo que siempre han acusado a sus enemigos israelíes de hacer: actuar de manera desproporcionada. Todos los años de retórica, todas las promesas de golpear el corazón de los Estados Unidos, de decapitar a la «serpiente americana», los hemos tomado siempre como amenazas vacías. ¿Cómo podía un grupo de pequeñas organizaciones violentas y de regímenes atrasados, conservadores, antidemocráticos y corruptos, cumplir unas promesas tan absurdas? Ahora lo sabemos.

Y en las horas que siguieron a la aniquilación de ayer, me paré a pensar en el resto de asaltos extraordinarios a los Estados Unidos y sus aliados, insignificantes ahora en comparación con las bajas de ayer. ¿Acaso los suicidas que asesinaron a 241 soldados americanos y 100 paracaidistas franceses en Beirut en 1983 no sincronizaron sus atentados con inconcebible precisión?

Transcurrieron tan sólo siete segundos entre la bomba que golpeó a los marines y la destrucción de los franceses a cinco kilómetros de distancia. Después estuvieron los ataques a bases estadounidenses en Arabia Saudí y el intento del año pasado —casi exitoso, como se descubre ahora— de hundir el USS *Cole* en Adén. Y con qué facilidad fuimos incapaces de reconocer la nueva arma de Oriente Próximo que ni los estadounidenses ni ningún otro occidental podíamos igualar: el hombre-bomba suicida, impulsado por la desesperación.

Presenciaremos un inevitable y del todo inmoral intento de enmascarar los agravios e injusticias históricos que subyacen a la tragedia de ayer. Nos hablarán del «ciego terrorismo», donde el «ciego» es esencial para que no reparemos en el odio que han acumulado los Estados Unidos en la tierra donde nacieron las tres grandes religiones.

Si se le pregunta a un árabe por su reacción a 20 000 o 30 000 muertes inocentes, responderá como cualquier persona decente que se trata de un crimen inenarrable. Pero preguntará por qué nosotros no utilizamos esa definición para las sanciones que han destruido la vida de quizá medio millón de niños en Iraq, por qué no nos rasgamos las vestiduras ante los 17 500 civiles asesinados en el Líbano durante la invasión israelí de 1982. Y esos motivos básicos por los que Oriente Próximo ardió en septiembre pasado, la ocupación israelí de tierra árabe, el desposeimiento de los palestinos, los bombardeos y las ejecuciones patrocinadas por el Estado... todo eso hay que enmascararlo para que no ofrezca el más mínimo resquicio de motivo para la salvaje carnicería de ayer.

No, la culpa no es de Israel —aunque podemos estar seguros de que Sadam Husein y el resto de dictadores grotescos así lo afirmarán—, pero la influencia maligna de la historia y la parte que en ella nos corresponde debe quedar a toda costa encubierta tras los atentados suicidas de ayer. Nuestras promesas rotas, quizá incluso nuestra destrucción del Imperio Otomano, han conducido inevitablemente a esta tragedia. Los Estados Unidos han financiado durante tantos años las guerras de Israel que creían que no habría costes. Ya no es así. Aunque, por supuesto, los Estados Unidos querrán devolver el golpe al «terror mundial» y quizás el bombardeo de Kabul de ayer por la noche fuera la salva inaugural. En verdad, ¿quién podrá señalar ahora a los norteamericanos por el uso de la palabra peyorativa y en ocasiones racista de «terrorismo»?

Hace ocho años, ayudé a realizar una serie de televisión que intentaba explicar por qué tantos musulmanes han acabado por odiar a Occidente. Anoche me acordé de algunos de los musulmanes de ese documental, de sus familias quemadas por bombas y armas fabricadas en los Estados Unidos. Hablaban de que nadie iba a ayudarlos salvo Dios. Teología contra tecnología, hombre-bomba contra potencia nuclear. Ahora hemos aprendido lo que eso significa.

El 11 de septiembre del 2001 no supuso la génesis de este libro, pero me demostró que el poder de la historia es ineludible. Al releer el artículo que dicté por teléfono a 11 000 metros por encima del Atlántico, me horrorizo; no tanto por sus conclusiones como por las repercusiones que esas conclusiones —por dolorosamente certeras que se demostraran— provocarían. Tenía razón al afirmar que al mundo se le contaría que aquélla era una guerra de «democracia contra terrorismo», al hablar del intento de enmascarar las injusticias históricas que subyacieron a aquel acto espantoso. Nunca me imaginé lo brutales, peligrosos y sangrientos que resultarían los intentos de eliminar todo lo que no fuera la aceptación más sublime de aquella versión cándida e infantil de la historia.

Mientras volábamos de vuelta a Bélgica al atardecer, me pregunté si de verdad podíamos —en un momento tan temprano— nombrar al culpable, por firmes que fueran nuestras sospechas. Sabía que, con un crimen tan sobrecogedor, habría quien sostuviese que las reglas habituales del periodismo debían suspenderse. Que todos deberíamos estar «en posición de firmes». Que si nos parábamos un momento a plantear la pregunta «¿por qué?» nos alinearíamos como partidarios del «terror mundial». Los israelíes ya habían perfeccionado esa lógica indignante. El mero calificativo de propalestino lo asociaba a uno con los atentados suicidas y el «terror mundial». Estabas con nosotros o contra nosotros. George Bush hijo utilizaría ese

mismo argumento simplista y deshonesto —un argumento muy del gusto, por supuesto, del propio Bin Laden— para taparnos la boca, para mantenernos en silencio, para clausurar cualquier debate sobre Oriente Próximo, el papel de los Estados Unidos en él o —tema más tabú si cabe— la relación estadounidense con Israel. Aquella noche escribí un segundo artículo a bordo del avión. «¿La culpa es del personaje más odiado del mundo?», rezaría el titular de la historia en *The Independent* del día siguiente. «Si Bin Laden fuera culpable de verdad de todo lo que le achacan, necesitaría un ejército de 10 000 hombres», escribí:

Y hay algo profundamente inquietante en el hábito que tiene el mundo de recurrir al último personaje odiado siempre que se derrama sangre. Sin embargo, cuando se producen acontecimientos de una escala tan extraordinaria, apuntar las miradas hacia quienes han amenazado a los Estados Unidos de manera constante adquiere una nueva legitimidad... Si la sombra de Oriente Próximo cae sobre la destrucción de ayer, ¿quién más podría haber producido unos asaltos con tan meticulosa sincronización? Es improbable que los variopintos y corruptos grupos palestinos que antes practicaban el secuestro de aviones sean capaces de generar un solo suicida... El atentado de 1983 contra los marines estadounidenses requirió precisión, sincronía y una planificación infinita. Sin embargo, Irán, que apoyaba a esos grupos, está más preocupado por sus luchas intestinas. Iraq yace quebrantado, con sus agentes más ocupados en torturar a su propio pueblo que en golpear a los Estados Unidos. De modo que en los días venideros fotografiarán desde satélites y aviones de alta cota las montañas de Afganistán, los viejos campos de adiestramiento de Bin Laden... ampliados en los proyectores del Pentágono. Pero ¿con qué fin? Porque si esto es una guerra, no puede combatirse como las demás guerras. En realidad, ¿es posible siquiera combatirla sin alguna costosa aventura bélica de ultramar? ¿O es eso lo que Bin Laden busca por encima de todo?

En el momento en que el Airbus tomó tierra en Bruselas, mi móvil empezó a sonar como un saltamontes. La redacción, emisoras de radio de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Irlanda, Francia. Estaba en el taxi, camino de mi hotel, cuando recibí una llamada de Karsten Tveit. «¿Robert, has visto las imágenes?» No, le dije. «Tienes que verlas. Son in-cre-í-bles». Karsten, le expliqué, todavía estoy en el taxi. No puedo ver la tele en un condenado taxi. «¡Mira las imágenes! —repitió—. Tienes que ver las imágenes. En cuanto llegues a tu cuarto, míralas; entonces lo entenderás». Cuando llegué a mi habitación, encendí el televisor. Las Torres Gemelas humeaban, incandescentes. Unas figuras flotaban como plumas, rápidas, cabeza abajo, con una gracilidad atroz. El avión de pasajeros de United se incrustaba en el costado de la torre sur una y otra vez, como si se estuviera demostrando algún hallazgo científico, como si aquel aparato estuviera pensado para hender con tanta facilidad la delgada piel del edificio. Y entonces llegaba el chorro dorado de fuego. La CNN ensamblaba las secuencias editadas de tal modo que el avión de United se estrellaba contra la torre mientras su combustible ardiente salía disparado por el otro lado, la segunda grabación empalmada un milisegundo después de la colisión. Hollywood no podía competir con aquello, porque aquello era Hollywood. La película catastrofista del 11 de septiembre no se rodaría nunca. Ya estaba filmada. Al Qaeda Productions se había adelantado. Aquello era «conmoción y pavor» antes de que los Estados Unidos inventaran la expresión para su invasión de Iraq.

Todos los sueños y pesadillas de la ciudad del oropel —todas las películas racistas

con aparición de musulmanes venales y homicidas— por fin habían llegado a la pantalla *en vérité*. «Nunca antes en la historia del cine...» Si hemos llegado a modelarnos a imagen y semejanza de nuestros héroes del celuloide, a imitar su lenguaje, sus ideas simplistas, su moralidad recia y en última instancia salvaje, ahora por fin podíamos creer que había buenos y malos. En lugar de convertirse la realidad en ficción, la ficción se había hecho realidad. Todavía el avión de United se hundía en la torre, de manera obsesiva, obscena, con una trayectoria tan conocida ya que uno miraba el resto de elementos de la pantalla. ¿Se sacudía la torre, un poquito nada más, con el impacto? ¿Era un pájaro aquello que cruzaba la pantalla instantes antes de que el avión chocara contra el edificio, la inocencia huyendo de la oscuridad en ciernes? Y cuando el equipo francés mostró su extraordinaria grabación del aparato que se había estrellado contra la otra torre, aquel hombre de la acera que alzaba la vista al oír el rugido de los reactores, ¿en qué preciso momento se daba cuenta de lo que estaba presenciando? ¿O estaba demasiado cautivado por la nitidez, la facilidad con la que un avión podía incrustarse en un edificio?

En el Airbus, había escuchado por la radio irlandesa a Conor O'Clery, el corresponsal de *The Irish Times* en Nueva York, que había informado conmigo de la invasión soviética de Afganistán casi un cuarto de siglo atrás. Su oficina estaba al lado del World Trade Center. Había descrito con su devastadora claridad de siempre cómo había visto llegar el segundo avión, cómo había visto subir y bajar sus alerones a toda velocidad mientras el secuestrador que pilotaba se afanaba desesperadamente por estrellarse contra el centro de la torre. El acto de asesinato masivo del piloto debía ser todo lo perfecto posible. En Bruselas llamé a Chibli Mallat, el joven abogado libanés que intentaba sentar a Ariel Sharon ante un tribunal belga por su papel en Sabra y Chatila. Tan sólo unas horas antes le había asegurado que mi crónica sobre las nuevas pruebas de la masacre se publicarían al día siguiente. Ya no era así. «Por supuesto, Robert, esto lo cambia todo —me dijo—. Creo que legal y moralmente debemos considerar lo que ha sucedido hoy como un crimen internacional contra la humanidad».

Seguían llegando llamadas. La radio italiana, CBS, BBC World, BBC Cardiff, BBC Belfast, Pacifica, NPR, Radio Francia Internacional. Todos querían saber lo que todavía nadie podía aseverar. ¿Quién había sido? ¿Cómo lo habían hecho? Nadie, pero nadie, quería saber por qué «ellos» podrían haber querido hacerlo, pues ésa era la pregunta prohibida. Eamon Dunphy me hizo entrar en su programa de Dublin con Alan Dershowitz, el académico izquierdista y proisraelí de Harvard. Intenté explicar que debía de haber un motivo para aquella atrocidad, que los crímenes no se cometen tan sólo porque haya hombres malos a los que no les gusta la democracia. Dershowitz estaba —traté de dar con la palabra adecuada mientras escuchaba su furia incontrolable e histérica— frenético. Fisk era un hombre malo, un hombre condescendiente, un hombre peligroso; Fisk era antiamericano y «el antiamericanismo es lo mismo que el antisemitismo...» Dershowitz me gritó y le

gritó a Dunphy, que al final tuvo que cortarlo en directo. Pero el mensaje me había llegado. Tras aquellas masacres en los Estados Unidos, sólo iba a permitirse una línea. Cualquier oposición a la política estadounidense —sobre todo en Oriente Próximo— era criminal y «proterrorista». Cualquiera que criticara a los Estados Unidos pasaba a ser un antisemita. Los antisemitas son nazis, fascistas. De modo que los Estados Unidos eran sacrosantos —como, por supuesto, Israel— y aquellos que planteábamos la pregunta «¿por qué?» éramos los partidarios del «terrorismo». Teníamos que callarnos. La noche del 11 de septiembre, en el canal de 24 horas de noticias de la BBC, al repasar la prensa británica de la mañana siguiente un comentarista estadounidense proisraelí comentó al respecto de mi artículo que «Robert Fisk ha ganado el premio al mal gusto».

Me senté en la cama de mi hotel, pasando de un canal al otro, viendo arder las torres y su bíblico derrumbe en el polvo y la ceniza. Nuestro corresponsal en Nueva York, David Osborne, había recibido una llamada de la redacción con la historia de la avioneta que se había estrellado contra una de las torres y había cogido el metro en el centro, sólo para encontrarse que la torre sur se venía abajo ante sus pies. Una y otra vez, las torres caían. Después se estrellaban de nuevo los aviones. Del Pentágono sólo había grabaciones de humo y ceniza, igual que de aquel cráter en el campo de Pensilvania, pero Nueva York se erigía como la imagen icónica que a partir de ese momento justificaría la «guerra al terror». El 11 de septiembre, sospechaba yo, iba a convertirse en una ley, un artículo de legislación que se utilizaría para clausurar cualquier conversación, encerrar a cualquier sospechoso, invadir cualquier país. ¿Oposición? Pues nada, a enseñar otra vez esos cuerpos precipitados hacia las calles de Manhattan.

Me recosté sobre la almohada, mirándolos una vez más en la tele a los pies de mi cama. Se movían a tal velocidad que poseían una especie de simetría, hasta que uno reparaba en que sacudían las piernas, en que aquél era el momento del horror, el momento que había intentado comprender al contemplar aquellas caras monstruosas y carbonizadas de los muertos de los montes Mutla. Las figuras se derramaban del cielo y caían, una y otra vez a los pies de mi cama, estrellándose contra las mantas.

Y entonces me di cuenta de lo que Karsten había querido decir al instarme a concentrarme en las imágenes. El mensaje era el acto. Aunque la cifra de víctimas no hubiera sido tan atroz, la maldad tan sobrecogedora, los propios atentados tan profesionales, aquello no era un mero acto rutinario de «terror». Nadie se atribuiría la responsabilidad, de eso estaba seguro. No habría declaraciones de Bin Laden o Al Qaeda, ni explicaciones. El mensaje —la declaración— era el acto en sí. La atribución estaba contenida en las imágenes. Nuestras propias cámaras de televisión eran la reclamación de responsabilidad. Recordé una vez más lo que Bin Laden me había dicho sobre sus deseos para los Estados Unidos. Y al mirar aquellas imágenes de las nubes atronadoras, gruesas como el cemento, que rodeaban Manhattan, tuve que reconocer que en ese momento Nueva York era «una sombra de sí misma».

Aun así, ¿por qué? Mis predicciones sobre la reacción a esa pregunta fueron correctas. A la mañana siguiente, una ventisca de e-mails se abatió sobre *The Independent*, la mayoría de apoyo a mi artículo, muchos exigiendo mi dimisión. La causa de los ataques a los Estados Unidos era «el mero odio, obsesivo y deshumanizador como el que Fisk y Bin Laden han estado propagando», decía uno. Según ese mismo mensaje de Judea Pearl de la Universidad de California en Los Angeles, yo «babeaba veneno» y era un «preconizador del odio» profesional. Otra misiva, firmada por Ellen Popper, me anunciaba «conchabado con el architerrorista» Bin Laden. Mark Guon me tachaba de «loco perdido». Era un «psicótico», según Lilly y Barry Weiss. Brandon Heller de San Diego me informaba de que «en la práctica está usted apoyando al mismísimo mal...» Qué rápido se formaba el patrón. La mera sugerencia de que las políticas de Washington en Oriente Próximo —su apoyo incondicional a Israel, su respaldo a los dictadores árabes, su aprobación de las sanciones de la ONU que le costaban la vida a tantos niños iraquíes— podrían estar detrás de los ponzoñosos atentados del 11 de septiembre constituía un acto de maldad.

La cascada bronca e incesante de e-mails siguió cayendo, millares de mensajes de los cuales muchos utilizaban —con el paso de los días— idénticas expresiones y, en algunos casos, idénticas frases. Era evidente que aquello se estaba convirtiendo en una campaña orquestada, de ésas que los periódicos norteamericanos se toman con excesiva seriedad pero reciben el trato despectivo que se merecen en Gran Bretaña, y cuando un «lector» de San Antonio anunció que «ya no compraré su revista» por mi artículo, se puso de manifiesto que pasaba algo raro. *The Independent* no circula (por desgracia) en Texas... y desde luego no es una revista.

Sin embargo, los reporteros seguían rehuendo los «porqués». Podíamos examinar los «cómos» —los secuestradores habían aprendido a pilotar, reservado asientos de primera clase, empleado *cutters*— y los «quiénes». El hecho de que los secuestradores resultaran ser todos árabes —y que la mayoría procediera de Arabia Saudí— no supuso ningún problema para periodistas o lectores. Eso recaía en el apartado de «dónde y qué». Los «terroristas árabes» son, al fin y al cabo, personajes conocidos. El pecado era relacionar a los árabes con los problemas de las tierras de las que procedían, preguntar ese «¿por qué?». Todos los asesinos masivos provenían de Oriente Próximo. ¿Acaso había un problema allí? En artículos y conferencias en los Estados Unidos, plantearía la cuestión en repetidas ocasiones. Si se comete un crimen en Los Angeles o Londres, lo primero que hace la policía es buscar un móvil. Sin embargo, perpetrado un crimen internacional contra la humanidad de una escala tan inaudita en los Estados Unidos, lo que no se nos permitía precisamente era buscar un motivo.

George Bush hijo hablaba ya de una «cruzada» contra el mal. La pregunta del «¿por qué?» fue resuelta de un plumazo por la Administración estadounidense —y pasada por alto por los periodistas de ese país— con una frasecilla de circunstancias:

«Odiar nuestra democracia». Estabas con nosotros o contra nosotros. «Somos buena gente». Y a la vista del dolor nacional que se apoderó de todo pueblo y ciudad norteamericano eso último tenía sentido. La idea de que los Estados Unidos de algún modo «se merecían» semejante agresión, de que más de tres mil inocentes debían pagar con su vida los pecados de su país en el extranjero, era inmoral. Sin embargo, sin un análisis serio de lo que había causado aquellos actos de asesinato masivo, de las razones históricas y políticas, los Estados Unidos y el mundo podían sumirse en un estado de guerra sin fin, una «guerra al terror» que, por su naturaleza misma, carecía de objetivo finito, conclusión predecible o dirección que no fuera más guerra, fuego y sangre. El credo enunciado desde aquel momento por Estados Unidos y acogido con los brazos abiertos por los estadistas y medios de comunicación mundiales —el de que el 11 de septiembre del 2001 «había cambiado el mundo para siempre»— era una mentira. En Oriente Próximo se habían producido incontables masacres de dimensiones mucho mayores en las décadas anteriores, sin que nadie sugiriera que el mundo no volvería a ser el mismo. El millón y medio de muertos de la guerra entre Irán e Iraq —un baño de sangre puesto en marcha por Sadam con nuestro apoyo militar activo— no suscitó ninguna observación así de maniquea.

Diecinueve años antes habían comenzado los mayores actos de terrorismo —por usar la propia definición de Israel de esa palabra tan traída y llevada— de la historia moderna de Oriente Próximo. Como no podía ser de otra manera, el 16 de septiembre del 2001 en Occidente nadie se acordó del aniversario. Asumí el riesgo y escribí en *The Independent* que ningún otro periódico británico —y mucho menos uno estadounidense— recordaría el hecho de que en aquella misma fecha de 1982, los aliados milicianos falangistas de Israel habían iniciado sus tres días de orgía de violación, acuchillamiento y asesinato en los campamentos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila. La tragedia siguió a la invasión del Líbano por parte de Israel —que tenía por fin expulsar a la OLP del país y contaba con el visto bueno del entonces secretario de Estado estadounidense, Alexander Haig—, que le costó la vida a 17 500 libaneses y palestinos, casi todos civiles. Era una cifra de bajas más de cinco veces superior a la de los atentados del 11 de septiembre del 2001. Aun así, no recordaba ninguna vigilia, acto conmemorativo o encendido de velas en los Estados Unidos u Occidente por los muertos inocentes del Líbano, ni conmovedores discursos sobre la democracia, la libertad o «el mal». En realidad, los Estados Unidos se habían pasado la mayor parte de los sangrientos meses de julio y agosto de 1982 llamando a la «contención».

No, la culpa de lo sucedido el 11 de septiembre del 2001 no era de Israel. Los culpables eran árabes, no israelíes. Sin embargo, la incapacidad estadounidense para actuar con honor en Oriente Próximo, sus promiscuas ventas de misiles a quienes los usan contra civiles y su despreocupada desconsideración hacia la muerte de millares de niños iraquíes bajo unas sanciones de las que Washington era el principal defensor, eran todos factores relacionados de manera íntima con la sociedad que había

generado a los árabes que se abalanzaron sobre Nueva York en un Apocalipsis de fuego. Y empezaba a considerar la respuesta de la Administración estadounidense y el gobierno británico como una forma de cobardía. Si de verdad el 11 de septiembre del 2001 había «cambiado el mundo», entonces Bin Laden había ganado en cuanto los secuestradores embarcaron en sus cuatro aviones. En los días que siguieron a los atentados, sentí que era más necesario que nunca oponerse a aquella estratagema. Bush quería convencer al mundo de que había cambiado para siempre para poder emprender una guerra neoconservadora —camuflada con honorables aspiraciones de libertad y democracia— que sumiría Oriente Próximo aun más en el caos y la muerte. ¿Por qué debía permitir que diecinueve asesinos árabes cambiaran mi mundo?

Mientras preparaban sus fuerzas para un inevitable ataque a Afganistán —cuyos sacerdotes talibanes rehusaron, como era de prever, entregar a su «huésped» Bin Laden—, Bush y Tony Blair se entregaron a explicar que aquélla era una guerra por «la democracia y la libertad», que iba dirigida a unos hombres que «atacaban a la civilización». Bush nos informó de que «los Estados Unidos fueron seleccionados como objetivo del ataque porque somos el faro más brillante del mundo para la libertad y la oportunidad». Sin embargo, no fue por eso por lo que atacaron los Estados Unidos. Si aquello era un Apocalipsis árabe-musulmán, entonces estaba estrechamente relacionado con los acontecimientos de Oriente Próximo y la administración estadounidense de la zona. Los árabes, cabría añadir, no verían nada mal un poco de la democracia y la libertad sobre las que Bush los sermoneaba. En lugar de eso, tenían a un presidente que acababa de obtener un 98 por ciento digno de Sadam en las elecciones egipcias<sup>[3]</sup> —el amigo de Washington Hosni Mubarak— y un cuerpo policial palestino, adiestrado por la CIA, que torturaba y en ocasiones asesinaba a su gente en la prisión. A los sirios les gustaría un poco de esa democracia. También a los saudíes. Sin embargo, sus decadentes príncipes son todos amigos de los Estados Unidos, que en muchos casos han estudiado en universidades norteamericanas. No, era de «nuestra» democracia y «nuestra» libertad de las que hablaban Bush y Blair, de nuestro santuario occidental que estaba bajo ataque, y no del inmenso campo de terror e injusticias en que se había convertido Oriente Próximo.

Sí, era vergonzoso que los árabes se regodearan de los horrores de Nueva York y Washington. No sólo los palestinos expresaron su satisfacción en las calles de Ramala, sino que en la ciudad libanesa de Sidón repartieron caramelos conmemorativos entre los conductores. Unos amigos árabes me contaron más tarde que aquellas demostraciones relativamente pequeñas no fueron las únicas manifestaciones de su especie. En un autobús que transportaba a oficiales a la ópera egipcia en El Cairo, se produjo un estallido de vítores y aplausos cuando emitieron por la radio la noticia de la carnicería. «No creíamos que los estadounidenses se lo merecieran, no es eso —me explicó uno de los presentes más adelante—. Pero para nuestros adentros pensábamos: “Ahora saben lo que se siente”». Y como señalarían

los palestinos, el nombre de Estados Unidos está estampado literalmente en los misiles disparados por Israel contra edificios palestinos en Gaza y Cisjordania. En agosto del 2001, había identificado uno de ellos como un cohete aire-tierra AGM 114-D fabricado por Boeing y Lockheed-Martin en su planta de —precisamente— Florida, el estado donde varios de los suicidas del 11 de septiembre aprendieron a volar.

En ese momento, el hombre-bomba por fin se había abierto paso hasta Occidente. Fue en parte por el hombre-bomba por lo que los israelíes se retiraron del Líbano en el 2000. Los norteamericanos abandonaron ese país, específicamente, a causa de un atentado suicida en 1983. El hombre-bomba había llegado para quedarse. Se trataba de un arma exclusiva —les pertenecía a «ellos», no a nosotros— y ningún poder militar parecía capaz de afrontar ese fenómeno. Mientras «los nuestros» arriesgaran pero no «entregaran» sus vidas —la guerra libre de costes, al fin y al cabo, era en parte un invento estadounidense— el hombre-bomba sería en adelante la otra cara del arma nuclear. El suicida no se ajusta a un conjunto de características idénticas. Muchos de los inmaduros jóvenes palestinos que se volaban en pedazos —y con ellos, las más de las veces, a los más inocentes de los israelíes— tenían poca o ninguna educación formal y un conocimiento somero del Corán, pero una poderosa sensación de furia, desesperación y pureza que los impulsaba. Los suicidas de Hezbolá estaban más versados en el Corán y eran más mayores, a menudo con años de cárcel a las espaldas que los armaban de valor en las horas previas a su inmolación.

Los secuestradores suicidas del 11 de septiembre crearon un precedente. Eran diecinueve. ¿Se conocían todos entre ellos? ¿Sabían todos que iban a morir? Debían de dominar bastante bien los rudimentos del panel de mandos electrónico-digital de la aeronave más sofisticada del mundo. Era el número lo que no me quitaba de la cabeza, dentro de mi agotamiento. Aunque sólo cuatro de ellos hubieran sabido que iban a morir, nunca habíamos visto una cooperación suicida de ese tipo con anterioridad. En Oriente Próximo, el hombre-bomba cuenta con la admiración de millones de árabes. No porque sea un asesino masivo —que lo es—, sino porque algo invencible, algo intocable, algo que siempre ha dictado las normas sin hacerse responsable de los resultados se ha demostrado por fin vulnerable. ¿Y si la cifra siguiera aumentando? ¿Y si la escuela de la autoinmolación pudiera producir un suicida al día, o dos o tres, llamarlos a filas en proporciones industriales y desplegarlos contra objetivos occidentales? Bastarían veintidós años, después del primer atentado suicida del Líbano en 1982, para que aquella escalofriante posibilidad se hiciera realidad. Iraq demostró que los suicidas podían convocarse ya listos para la acción, reemplazarse de forma continua, activarse una y otra vez.

Estudí las notas que supuestamente dejó a su muerte Mohamed Atta, el cabecilla egipcio de los asesinos del 11 de septiembre. Eran horripilantes, grotescas, pero también muy, pero que muy raras. Si el documento manuscrito de cinco páginas que

el FBI afirmó haber hallado en el equipaje de Atta es genuino, entonces los asesinos creían en una versión muy exclusiva del Islam... o presentaban un desconocimiento sorprendente de su religión. «Ha pasado la hora de la diversión y la disipación — escribió supuestamente Atta, o uno de sus asociados, en las notas—. Sed optimistas... Comprobad todos vuestros efectos: vuestra bolsa, vuestra ropa, vuestros cuchillos, vuestra voluntad, vuestros carnés, vuestro pasaporte... Por la mañana, intentad rezar la plegaria matutina con el corazón en la mano».

En parte teológico, en parte exposición de la misión, el documento suscitaba más preguntas de las que respondía. Bajo el encabezamiento de «Ultima noche» —es de suponer que la del 10 de septiembre— el escritor le dice a sus compañeros secuestradores: «recordad que esta noche afrontaréis muchos desafíos. Pero tenéis que afrontarlos y comprenderlo al 100 por cien... Obedeced a Dios, su mensajero, y no luchéis entre vosotros donde [sic] os debilitáis... Todo el mundo odia la muerte, teme la muerte...». El documento empieza con las palabras: «En el nombre de Dios, el más misericordioso, el más compasivo... En el nombre de Dios, en el mío y en el de mi familia».

El problema estriba en que era improbable que ningún musulmán —por mal catequizado que estuviera— incluyese a su familia en una oración como ésa. Mencionaría al profeta Mahoma inmediatamente después de citar a Dios en la primera línea. Nunca se ha sabido de un suicida libanés o palestino que hablara de «la hora de la diversión y la disipación», porque un musulmán no habría «disipado» su tiempo y consideraría el placer una recompensa del más allá<sup>[4]</sup>. Y ¿qué musulmán instaría a sus correligionarios a recitar su plegaria matutina, y después además citaría de ella? Un musulmán devoto no debería necesitar que le recordaran su deber de elevar la primera de las cinco oraciones del día, y desde luego no precisaría que le recordaran el texto. Sería como si un cristiano, al instar a sus fieles a recitar el padrenuestro, considerara necesario leer la oración entera por si no se acordaban.

Sin embargo, el FBI no hizo público el texto original y completo en árabe. La traducción, tal y como era, sugería una visión casi cristiana de lo que podrían haber sentido los secuestradores: pedían perdón por sus pecados, explicaban que el miedo a la muerte es natural, que «un creyente siempre está agobiado por los problemas». A los musulmanes se los anima a no temer la muerte —se trata, al fin y al cabo, del momento en el que comenzarán una nueva vida— y un creyente del mundo islámico es uno que está seguro de su camino, no «agobiado por los problemas». No había referencias a ninguna de las exigencias de Osama bin Laden —la retirada estadounidense del Golfo, el final de la ocupación israelí, el derrocamiento de los regímenes árabes proestadounidenses— ni contexto narrativo alguno para las atrocidades a punto de cometerse. Si los hombres tenían alguna inspiración —y el documento está libre de sospechas—, el mensaje lo enviaron directo a su Dios.

Quizá distribuyeran las oraciones/instrucciones a otros secuestradores antes de que se produjeran las masacres: *The Washington Post* informó de que el FBI había

encontrado otra copia de «esencialmente el mismo documento» en los restos del avión que se estrelló en Pensilvania. No se hizo público ningún texto de ese documento. En ocasiones anteriores, los traductores de la CIA habían resultado ser cristianos maronitas libaneses cuya visión del Islam y sus plegarias quizá los indujera a graves errores textuales. ¿Podían deberse a eso las estrafalarias referencias de las notas halladas en el equipaje de Ata? ¿O existía algo más misterioso en la procedencia de quienes cometieron aquellos crímenes contra la humanidad? Los expertos norteamericanos ya habían planteado dudas sobre el empleo de «al 100 por cien» —que a duras penas puede considerarse un término teológico presente en una exhortación religiosa—, y el uso de la palabra «optimista» en referencia al Profeta era un concepto de todo punto moderno.

Desde el principio, el agujero de la historia fue el comportamiento que se atribuyó a los secuestradores. Se dijo que Atta era poco menos que un alcohólico, mientras que Ziad Jarrah, el secuestrador libanés del avión que se estrelló en Pensilvania, tenía una novia turca en Hamburgo y disfrutaba de salir de marcha y beber. ¿Era por eso que el texto publicado hablaba de «perdón» del pecado? La instrucción final, «aseguraos de que estáis limpios, de que vuestra ropa está limpia, incluidos los zapatos», quizá pretendiera ser una llamada a que los «mártires» se purificaran antes de morir. Por otro lado, quizá fuera el reflejo del discurrir de una mente realmente excéntrica, y malvada. El documento encontrado en el equipaje de Atta terminaba con el encabezamiento «Cuando entréis en el avión». En él instaba a los secuestradores a recitar: «Oh, Dios, ábreme todas las puertas... imploro tu ayuda. Imploro tu perdón. Imploro que alumbres mi camino. Imploro que aligeres la carga que llevo a mis espaldas...» ¿Era aquello un intento de acallar los sentimientos latentes de compasión hacia los pasajeros de los aviones secuestrados —sobre todo los niños— o los miles que morirían cuando el aparato se estrellara? ¿Acaso se repitieron esas palabras los suicidas en sus últimos momentos? ¿O no lo necesitaban?

¿Y cómo esos hombres retorcidos —y quizá «retorcido» sea el opuesto mismo de su personalidad— pilotaron los aviones con tan dolorosa precisión hasta tres de sus cuatro objetivos? En cuestión de días, nos enteraríamos de sus programas de prácticas de vuelo, su deseo de aprender a pilotar un avión de pasajeros sólo una vez que estuviera despegado. A finales de septiembre, viajando de Beirut a París, quise saber lo que pensaban mis amigos de la cabina de mando, que por casualidad eran los mismos con los que había volado a Dhahran en 1990 cuando los Estados Unidos mandaron sus soldados a Arabia Saudí. «¿Dieciocho meses? ¿Cree que hacen falta dieciocho meses para aprender a pilotar un Boeing 757 una vez que está en el aire?», preguntó el piloto. Muy por debajo de nosotros, las nubes de Europa central pasaban como una pantalla blanca, mientras las tenues ondulaciones de los cúmulos emergentes se elevaban del macizo de niebla a la luz del sol vespertino. «Yo puedo enseñarle a pilotar esto en dos minutos. Al menos, puedo enseñarle todo lo que necesita saber para convertirse en secuestrador». A medida que caía el anochecer, los

instrumentos empezaban a iluminarse de verde ante nuestros ojos. El copiloto había extendido sus mapas sobre el regazo. Su compañero chasqueó la lengua. «Un secuestrador no necesita estos mapas —me dijo—. Lo único que necesitaban era introducir las coordenadas exactas de las torres gemelas del World Trade Center. El avión seguiría las instrucciones en piloto automático. Desconecta el transpondedor [que identifica las aeronaves para el control de tierra], este botón, y el avión se dirigirá al destino que ha elegido».

El piloto se inclinó hacia delante. Por palabra clave de muestra tecleo «FISK» junto con una serie de números, en ese caso 123 456 789, para que el avión volara sólo hasta su «objetivo». «Es probable que el secuestrador no supiera arreglárselas con un despegue, pero no le hacía falta —explicó el piloto—. Los secuestradores de los Estados Unidos dejan que la tripulación se encargue de eso. Esperan a que el 757 esté, pongamos, a 10 000 metros, y entonces entran a saco en la cabina, asesinan al piloto y toman el mando. Ya les han hecho la mayor parte del trabajo». Comprendí de repente que la fe, por retorcida que fuera, había conectado ya con la tecnología moderna, del mismo modo en que en aquellas librerías argelinas había visto obras sobre el Islam compartiendo estante con ensayos de ciencia.

Un mosaico de pueblecitos apareció como vasos sanguíneos blancos y amarillos en el cuerpo de la oscuridad que teníamos debajo. «Ahora nuestro secuestrador ha llegado a la zona del oeste de Nueva York, y deja que el avión lo lleve hasta tener la ciudad a la vista —dice el piloto—. Entonces no tiene más que pulsar este botón para interrumpir el piloto automático y manejar el avión en persona. Distingue las dos torres. A plena luz del día, es fácil; cualquier piloto que se acerque a Nueva York ve el Trade Center. Entonces aprieta a fondo el timón y empieza su descenso». Los pilotos de Oriente Próximo ya habían comentado los últimos momentos de los dos aviones antes de estrellarse contra las torres gemelas. Habían estudiado las fotos de las revistas de información, habían visto y escuchado las grabaciones. En nuestra cabina, la tripulación tenía un juego de fotografías de prensa de los últimos momentos de los aparatos de American Airlines y United Airlines.

«En el vídeo que grabaron del primer avión que se estrelló, se oyen claramente los motores gemelos —dice el piloto—. Hacen tanto ruido que alguien de la calle mira hacia arriba. Los motores no dan abasto, no habían sido diseñados para ir tan rápido, aguantan una presión tremenda. —Y emite un ruido como de reactor por entre los dientes—. Por cómo baja ese avión, se ve que está haciendo fuerza sobre el timón [la palanca de profundidad]; recuerde que está volando muy por encima de la velocidad permitida. Yo calculo que ese primer avión chocó contra la torre a unos 900 o incluso 1000 kilómetros por hora».

Digerimos todos esa idea mientras una burbuja de aire sacude levemente las alas de nuestro avión, conscientes de la facilidad con la que aquel capullo de calor, el aire que entraba presurizado en la cabina desde los motores, nuestro rumbo de vuelo dirigido y supervisado desde la Europa central y septentrional, podía convertirse en

una tumba. «¿Sabe por qué aquella gente se tiraba por las ventanas del edificio? — pregunta de improviso el copiloto—. Lo que ardía en los edificios no era gasolina, como la que se usa para el coche. Aquel aparato llevaba —echa un vistazo a un manual de combustible— unos 90 000 litros de fuel de aviación, que es lo mismo que el keroseno. La gasolina normal y corriente quema, pero el keroseno arde con ferocidad, es mucho más caliente. Era como si a aquella gente que se quemaba en la torre la estuvieran torturando hasta la muerte. Saltaban por el dolor».

El secretario de Estado norteamericano Colin Powell expuso las directrices de la primera guerra contra «el mal» a los tres días del 11 de septiembre. Su mensaje a los talibanes fue simple: tenían que asumir la responsabilidad de dar cobijo a Bin Laden. «No pueden desligar sus actividades del acto de estos perpetradores», advirtió<sup>[5][\*]</sup>. Sin embargo, los estadounidenses por su parte se negaron en redondo a asociar su respuesta a la tragedia con sus actividades en Oriente Próximo. Y se suponía que teníamos que seguir con la boca cerrada mientras Ariel Sharon —cuyo nombre siempre irá asociado a la masacre de Sabra y Chatila— anunciaba que Israel también deseaba sumarse a la batalla contra el «terror mundial». No es de extrañar que los palestinos tuvieran miedo. En los cuatro días que siguieron al 11 de septiembre, veintitrés palestinos resultaron muertos en Gaza y Cisjordania, una cifra escandalosa que habría salido en las portadas de no ser por el ataque a Estados Unidos. Sin embargo, si se permitía que Israel se incorporara al nuevo conflicto, los palestinos — al luchar contra los israelíes— se convertirían, por extensión, en parte del «terror mundial» al que supuestamente Bush declaraba la guerra. No en vano Sharon empezaba a afirmar que Arafat tenía relaciones con Osama bin Laden, una declaración tan vacía de veracidad como el posterior intento por parte de Bush de convencer al mundo de que Sadam Husein tenía lazos con el saudí.

Hizo falta un tiempo para cobrar conciencia de lo que pasaba, de los preparativos extraordinarios y casi increíbles que la nación más poderosa que haya jamás existido en esta tierra de Dios emprendía para bombardear el país más devastado, estragado, famélico y trágico del orbe. Afganistán, violado y eviscerado por el ejército ruso diez años atrás, abandonado por sus amigos —nosotros, por supuesto— en cuanto los rusos se retiraron, estaba a punto de ser atacado por la superpotencia superviviente. El presidente Bush amenazaba a los oscurantistas, ignorantes y ultraconservadores talibanes con el mismo castigo que pensaba infligir a bin Laden. En un principio Bush había hablado de «justicia y castigo» y de «llevar ante la justicia» a los perpetradores de las atrocidades del 11 de septiembre. Sin embargo, a Oriente Próximo no mandaba policías; enviaba B-52. Y aviones F-18 y AWACS y helicópteros Apache. No íbamos a arrestar a bin Laden, íbamos a destruirlo. Y los B-52 no discriminan entre hombres con turbantes, o entre hombres y mujeres o mujeres y niños.

Nadie se merecía ese destino, pero después de veintiún años de conflicto continuo, los afganos menos que nadie. Los saudíes y los paquistaníes habían

ayudado, por encargo de los Estados Unidos, a armar a las milicias de Afganistán contra la Unión Soviética, y después —asqueados por las rencillas entre los vencedores— habían apoyado al ejército de clérigos campesinos iluminados del mulá Omar Wahabi, los talibanes. Arabia Saudí había invertido millones de dólares en las madrazas —escuelas religiosas— de Pakistán a lo largo de todo el conflicto afgano-soviético, y los talibanes eran un genuino producto del wahabismo, la fe estatal islamista, estricta y pseudorreformista de Arabia Saudí, fundada por el clérigo del siglo XVII Mohamed ibn Abdul-Wahab<sup>[\*]</sup>. A los expertos occidentales les gusta calificar el credo de Abdul-Wahab —tal y como era— de extremista, pero para los musulmanes tenía unas connotaciones diferentes por completo. Pues librar la guerra contra «hermanos» musulmanes «descarriados» era una parte obligatoria de su filosofía, se tratara de los «desviados» chiíes de Basora —a los que en vano intentó convertir al Islam suní— o de árabes que no siguieran su exclusiva interpretación de la «unidad» musulmana. También proscribió la rebelión contra los gobernantes. Su ortodoxia, en consecuencia, amenazaba a la actual Casa de Saud por su corrupción, pero a la vez garantizaba su futuro al prohibir cualquier revolución. La familia gobernante saudí abrazó por tanto la única fe capaz tanto de protegerla como de destruirla.

El papel de Arabia Saudí en los atentados del 11 de septiembre del 2001 todavía no se ha desentrañado en su totalidad. Si bien los miembros más destacados de la familia real expresaron la estupefacción y el horror que se esperaba de ellos, no se llevó a cabo ningún intento de examinar la naturaleza del wahabismo y su inherente desprecio a toda representación de la actividad humana o de la muerte. Abdul-Wahab ordenó la destrucción de todas las tumbas y las mezquitas construidas sobre tumbas entre ellas el sepulcro de Zayd bin al-Jatab, un compañero del Profeta. La destrucción de los dos budas gigantes de Bamiyán por parte de los talibanes en el 2000 —junto con los actos vandálicos en el museo de Kabul— encajan a la perfección con esa doctrina teocrática. Como encajaban también, podría sostenerse, las torres gemelas del World Trade Center.

La iconoclasia musulmana institucionalizada de los saudíes condujo directamente a la detonación de los budas. En 1820, las reverenciadas estatuas de Dhu Jalasa, que databan del siglo XII, fueron destruidas por los wahabíes. Algunas semanas después de que el profesor libanés Kamal Salibi sugiriera a finales de los años 90 que las antiguas poblaciones judías de lo que es hoy Arabia Saudí quizá fueran enclaves de la Biblia, las autoridades saudíes enviaron bulldozers a destruir las antiguas edificaciones. Organizaciones saudíes han destruido centenares de estructuras históricas en nombre de la religión de La Meca y Medina, y antiguos funcionarios de la ONU han condenado la demolición de varios edificios otomanos de Bosnia por parte de un organismo de ayuda saudí que decidió que eran «idólatras». Cuando los

saudíes construyeron la enorme mezquita de Faisal en la capital paquistaní de Islamabad —destinada en un principio a Kabul— su construcción fue seguida casi de inmediato por el destrozo de un gran número de antiguos santuarios islámicos con estatuas de la ciudad. Al lado de los santuarios de algunos cementerios aparecieron pintadas propugnando su destrucción porque «no puede haber santidad en el Islam». Entre los muchos países islámicos que han condenado la destrucción de los budas de Bamiyán, una nación musulmana llamó la atención por su silencio: Arabia Saudí, donde está prohibido incluso el culto cristiano privado en Navidad y donde se entierra sin lápida a reyes y emires.

En 1998, un estudiante saudí de Harvard elaboró una extraordinaria tesis<sup>[\*]</sup> —basada en investigaciones de primera mano en su país— que sostenía de manera convincente que las fuerzas estadounidenses habían padecido bajas en atentados con bomba en Arabia Saudí porque los servicios de información norteamericanos no comprendían el wahabismo y habían subestimado el grado de descontento de los principales ulemas hacia la presencia estadounidense en el reino. Nawaf Obaid, que redactó su informe a petición de un alto funcionario del Departamento de Estado, señaló al jeque Salman al-Audá y al jeque Safar al-Hawali como los dos clérigos más explícitos en su oposición al rey Fahd. Al-Audá había distribuido cintas de sermones en los que comparaba a la familia real con los últimos sultanes del Imperio Otomano y a los estadounidenses con una fuerza de ocupación. Obtenía su apoyo, observaba Obaid, de una localidad llamada Buraida, donde sus fieles intentaron evitar su arresto en 1994.

Obaid citaba a un oficial de alto rango del ejército saudí que le había dicho que «me asombró el acuerdo “secreto” que el rey y el ministro de Defensa habían suscrito con la Administración Bush, en el que accedían a que Estados Unidos mantuviese las tropas después de la guerra. Supe en ese preciso instante que la sociedad... jamás comprendería o aceptaría esa situación». Más ominoso, un oficial de la Guardia Nacional saudí le dijo a Obaid que «cuanto más visibles sean los americanos, más oscuro veo el futuro del país».

El puritanismo wahabí significaba que Arabia Saudí siempre era susceptible de producir hombres convencidos de haber sido elegidos para «purificar» su sociedad de corrupción —solía señalarse a la familia real como el centro de ese cáncer satánico—, y fue un antiguo oficial de la Guardia Nacional, Juhaiman ibn Mohamed al-Utaibi, quien encabezó el asedio de la Gran Mezquita de La Meca en noviembre de 1979, junto con su amigo Mohamed ibn Abdulá al-Qatani. Al-Utaibi proclamó que al-Qatani era el *mahdi*, la figura de inspiración divina que según las predicciones del Profeta devolvería la justicia a un mundo corrupto. Los saudíes desplegaron 10 000 soldados para recuperar la mezquita de manos de los doscientos pistoleros que habían tomado el edificio<sup>[\*]</sup>. Sin embargo, la Gran Mezquita era un auténtico Afganistán de cuevas subterráneas y escondrijos. Sólo cuando dos semanas más tarde se llamó a La Meca a la policía antidisturbios francesa —tras una fugaz pero formal conversión al

islam para legitimar su presencia en una ciudad que sólo los musulmanes podían visitar— pudo ponerse un sangriento punto final al asedio. Los franceses inundaron los sótanos de la mezquita y sumergieron cables en el agua, con lo que electrocutaron, a lo Sadam, a muchos de los rebeldes, «como arenques». El 9 de enero de 1980, en localidades de toda Arabia Saudí, se decapitó en público a sesenta y tres hombres<sup>[\*]</sup>.

Aun así, los saudíes seguían sin poder reconciliarse con la dualidad de protección y amenaza que el wahabismo representaba para ellos. Tanto los saudíes como sus aliados occidentales han intentado enterrar este fenómeno en cortinas de humo y metáforas que eviten cualquier análisis serio de este «puritanismo». El príncipe Bandar ibn Sultán, veterano embajador de Arabia Saudí en Estados Unidos, caracterizó una vez la religión de su país como parte de una «cultura eterna» cuyo pueblo vivía de acuerdo con el Islam «y nuestras demás tradiciones básicas<sup>[\*]</sup>». Un exembajador británico recomendó a los occidentales «adaptarse» a Arabia Saudí y «actuar en conformidad con las tradiciones y la cultura saudíes<sup>[\*]</sup>». Estas «tradiciones» quedan de manifiesto con total claridad en las resmas de protestas de Amnistía Internacional por los centenares de hombres —y en ocasiones mujeres— que se decapitan cada año en el reino, a menudo tras torturas y procesos de una injusticia clamorosa<sup>[\*]</sup>.

Con considerable presciencia, el estudioso saudí Obaid concluía en 1998 que «con los talibanes, los Estados Unidos tendrán una oportunidad de presenciar un gobierno wahabí sin la participación moderadora de los al-Saud, y tal vez atisben lo que podría llegar a ser Arabia Saudí si el tradicional equilibrio de poder se viera alterado a favor de la cúpula religiosa». Iba a demostrarse una experiencia pavorosa. Los talibanes no disimularon su intolerancia, sus despiadados castigos, el ahorcamiento de ladrones —acompañado de grabaciones y equipos de televisión—, sus amputaciones, decapitaciones, sus palizas y sus ejecuciones de mujeres<sup>[6]</sup>. Sin embargo, cuando se las vieron con opositores musulmanes chiíes, fueron capaces de aplicar el concepto de la guerra a los musulmanes «desviados» de Abdul-Wahab con una ferocidad que no tenía nada que envidiar a la de sus rivales de las milicias afganas. En agosto de 1998, consiguieron penetrar en el último reducto de la Alianza del Norte de Ahmed Sha Masud, la ciudad de Mazare-Sharif. Los primeros testimonios presenciales de la encarnizada masacre —mantenidos en secreto durante dos meses en una serie de archivos confidenciales de las Naciones Unidas— proporcionaban terroríficas evidencias de violaciones, degüellos y ahogamientos en masa de hombres y mujeres chiíes por parte del ejército financiado por los saudíes. Los informes, recopilados por funcionarios del comisionado de la ONU para los Derechos Humanos en Pakistán, fueron enviados a Nueva York pero mantenidos en secreto porque la ONU todavía intentaba negociar con los talibanes. Indignado por lo que leyó en los documentos, sin embargo, un diplomático sueco me transmitió su contenido.

Un afgano, tayiko y padre de tres hijos, explicó a los representantes de la ONU que «jamás había presenciado escenas de una violencia tan bestial» como las del día en que los talibanes entraron en Mazar y se encontraron a los desprevenidos hombres y mujeres de la ciudad enfrascados en sus compras cotidianas. «Disparaban sin advertencia previa a todos los que se encontraran por la calle, sin hacer distinciones entre hombres, mujeres y niños —decía—. Pronto las calles estuvieron cubiertas de cadáveres y sangre. No se permitió que nadie enterrara a los muertos durante... seis días. Los perros comían carne humana y se volvían locos, y en poco tiempo el hedor se hizo insoportable». El mismo testigo declaró que, al segundo día de su victoria, los talibanes emprendieron registros casa por casa en busca de familias musulmanas chiíes a las que identificaban por sus rasgos faciales. «A casi todos los que encontraban les pegaban tres tiros en el acto (una bala en la cabeza, una en el pecho y otra en los testículos), los sacrificaban a la manera Halal (de un corte en la garganta) o los metían en contenedores después de pegarles una paliza».

Hasta doce de esos contenedores se dejaban durante todo el día al sol con las puertas cerradas, y el testigo vio «un contenedor con las puertas abiertas después de que todos los varones de dentro hubieran muerto de asfixia. Algunos estaban llenos de criaturas (niños y niñas) que se llevaban a un destino desconocido después de matar a sus padres». Según el informe de la ONU, las mujeres «por lo general padecían abusos, y se denunciaron muchos casos de violaciones...». Un testigo que huía atravesando Mazar oyó los llamamientos de los muecines de las mezquitas «conminando a todos los chiíes a convertirse al [Islam] suní y asistir a las plegarias diarias por su propio bien». Una mujer cuyo marido y sus dos hermanos fueron ejecutados —les pegaron dos tiros y luego los degollaron— describió cómo los talibanes, mientras salían de la casa, gritaban «que tenían ejecuciones más importantes que realizar, pero que volverían».

Diez diplomáticos y un periodista iraníes resultaron muertos cuando unos talibanes entraron en su consulado. Dejaron sus cuerpos tirados en el edificio durante dos días hasta que los enterraron en una fosa común en el complejo del Instituto Femenino de Sultán Razia. El asesinato de los iraníes estuvo a punto de provocar que Teherán lanzase una incursión militar en Afganistán en septiembre de 1998. De los millares de musulmanes chiíes prendidos en Mazar, no regresó ninguno.

A principios de la primavera del 2000, visité una cadena de montaje de talibanes, una escuela de jóvenes comprometidos y fervientes cuyo adoctrinamiento coránico se beneficiaba de la ciencia moderna que cautiva a tantos islamistas. Los alumnos —*talib* significa «estudiante»— eran de muchas nacionalidades, pero todos buscaban la revolución divina que según ellos vivirían para ver. Al llegar al colegio de Akora Jatak en la provincia de la Frontera Noroccidental de Pakistán, con los directores de cine Nelofer Pazira y Sidiq Barnak, nos encontramos a los «liberadores» islámicos de Tayikistán más que dispuestos a hablar con nosotros. Los jóvenes se reunieron en un estrecho pasadizo, barbudos y sonrientes, gritando «*Alahu akbar*» y posando ante

pósters que mostraban al oso ruso ensartado por una bandera verde musulmana. Abdul-Rauf —no nos revelaron los apellidos de los estudiantes, al igual que en la gran mezquita y su escuela religiosa, situadas delante de la vía de tren de Peshawar— me agarró del brazo. «Nos gustaría hacer una revolución islámica en Tayikistán y creemos en el renacimiento del Islam en Tayikistán», gritó en ruso, que Sidiq —formado en la Unión Soviética— podía traducir. «La gran luz del Islam brillará sobre nuestro país. Es la promesa que nos ha hecho Dios». Tenía la cara delgada, la barba puntiaguda, los ojos relucientes de convicción. Abdul-Rauf y el resto de estudiantes de la madraza fundada por Mulaná Abdul al Haq se habían despedido hacía muy poco de sus compañeros chechenos, jóvenes que —tras un año de enseñanzas coránicas en Akora Jatak— habían regresado a su país para luchar contra los rusos.

El colegio de al Haq representaba todo lo que más temían rusos y estadounidenses: una fábrica de talibanes, una escuela ideológica dirigida por setenta profesores de Pakistán y Afganistán para millares de islamistas internacionales ansiosos por luchar en pro de una nación musulmana unida en el sudoeste asiático. Y si esa nación musulmana llegaba a incorporar a la mayoría de exrepúblicas soviéticas del sur, Afganistán e incluso Pakistán, la *Haqania* habría cumplido su papel. Como señaló Abdul-Rauf, de veintidós años, cuando le pregunté por sus excompañeros de clase chechenos, «son nuestros hermanos y si necesitan ayuda, nosotros podemos proporcionársela».

La madraza, fundada por el abuelo de Rashed al Haq en 1974, fue la escuela de todos los dirigentes talibanes que gobernaban en Kabul a la sazón, y una nueva residencia de cuatro pisos con cabida para 3000 estudiantes demostraba que aquello era un proyecto en expansión, más que un ideal moribundo. Si al presidente-general Pervez Musharraf y sus autoridades paquistaníes les gustaba tranquilizar a los dirigentes occidentales asegurando que tales instituciones eran cosa del pasado, resultaba instructivo observar que ocho policías paquistaníes, armados y uniformados de negro, vivían dentro del complejo, protegiendo a Mulaná Sami al Haq —padre de Rashed— y sus estudiantes. Llegaron allí en 1998, por orden del ya depuesto primer ministro Nawaz Sharif, por «motivos de seguridad». Tampoco aquel enorme colegio estaba sumido en el pasado. Si sus volúmenes coránicos se estudiaban con excepcional reverencia, la madraza poseía su propia editorial y había adoptado las últimas tecnologías, con una sala de ordenadores contigua a la biblioteca y gestionada por Sayat Jan, que ya estaba montando una página web. Rashed al Haq, que me acompañó en un paseo por el campus con su túnica y su blando gorro pastún, insistió en que el mantenimiento del centro costaba sólo un millón de rupias —apenas 20 000 dólares al año—, pero reconoció que sus fondos provenían de todo el mundo. «No de países, sino sólo de individuos». Pensé, por supuesto, en Arabia Saudí.

«Todos los principales dirigentes islámicos de esta zona fueron estudiantes de mi abuelo y mi padre —explicó al Haq—. Sobre todo los talibanes. La revolución islámica está muy cerca, *Inshalá*, Dios mediante». El abuelo de Rashed al Haq, cuyas

obras encuadernadas ocupan un lugar de honor en la biblioteca del colegio, está sepultado en un terreno vecino al centro, junto con su esposa y su hermana. El tenue fragor de guijarros del cemento vertido surgía de la residencia contigua, donde los obreros estaban rematando un nuevo cuarto piso. El golpe militar de octubre de 1999 en Pakistán había dejado intacto el colegio. «De hecho, nos alegramos porque la mayoría de miembros de la asamblea eran gente deshonesta —dijo Rashed al Haq—. Esto no era una democracia real, y una democracia real es por lo que luchamos en el Islam. Desde la fundación de Pakistán hace cincuenta años hemos estado esperando a que se introdujera la verdadera ley islámica». Y de repente, la voz de Rashed al Haq sonaba como la del general Musharraf, el gobernante militar de Pakistán. Pues ¿acaso no eran parecidos sus fines? ¿Acaso no exigían los dos el fin de la corrupción? ¿Acaso no denunciaban los dos el gobierno de Nawaz Sharif como una democracia falsa? Así pues, ¿por qué iba a hacer caso Pakistán de la exigencia de Washington de cerrar la fábrica de talibanes de Akora Jatak?

Y aun había más comentarios que demostraban lo lejos que había llegado el colegio en su empeño por abrazar todo lo que los estadounidenses —y los rusos— más odian. Al pasar por delante de la mezquita de la madraza, con su primoroso azulejado en azul y blanco, Rashed al Han, que estudió un año en la universidad islámica de Al Azhar en El Cairo y hablaba el árabe con un marcado acento egipcio, se puso sentimental. «Habrà, créame, una revolución islámica. Cuanto más nos opriman los Estados Unidos, el mundo occidental y las naciones que asesinan a musulmanes, antes se fundará una república islámica. Tenemos la moral alta y es posible extender una Unión Islámica por toda esta zona, y queremos crear una entidad de ese tipo, como la UE y la OTAN».

«¿La OTAN?», pregunté. ¿La OTAN? Rashed al Haq pensaba en términos militares, además de ideológicos. «Si la India u otros países occidentales construyen una bomba nuclear, todo el mundo lo acepta, no pasa nada. Pero si una pobre nación musulmana como Pakistán hace una bomba, todos se declaran en contra y se convierte en una bomba islámica. Si los hindúes crean una bomba, no es una bomba hindú. Pero a los musulmanes que hacen una bomba los llaman terroristas fundamentalistas». Y así encontraba otro punto de contacto entre el colegio de al Haq y el general Musharraf. Para Rashed al Haq y sus estudiantes, como para el general paquistaní, la bomba era un símbolo de orgullo que estaba allí para quedarse.

El padre de Ziad Jarrah se sentó a mi lado y abrió las palmas en ese gesto de inocencia que es también una manifestación de súplica especial. «Llamó justo dos días antes de que los aviones se estrellaran para contarme que había recibido los 2000 dólares que le envié». Samir Jarrah, que todavía se recuperaba de una operación a corazón abierto, estaba medio hundido, enfermo y traumatizado, en una silla de plástico verde bajo el emparrado de su jardín libanes. «Ziad me dijo que era para su

curso de aeronáutica. El año pasado me contó que tenía que elegir entre dos cursos, en Francia o en los Estados Unidos, y fui yo quien le dije que fuera a Estados Unidos. Pero hay un montón de Ziads. ¿A lo mejor no fue él? Era un buen chico, amable...» En ese momento, Samir Jarrah se inclinó hacia delante, se llevó las manos a la cara y rompió a llorar. Ziad Jarrah fue el piloto del vuelo 93 de United Airlines de Newark a San Francisco, el avión que se estrelló en Pensilvania cuando al parecer sus pasajeros intentaron entrar por la fuerza en la cabina y lucharon con los secuestradores, quizá con Ziad Jarrah mientras agarraba los controles del aparato.

Todo el mundo lo sabía. A nuestro alrededor había un grupo de hombres maduros sentados en idénticas sillas, todos musulmanes suníes, todos consternados porque un crimen contra la humanidad hubiera emborronado el nombre del minúsculo pero próspero pueblo de Almarj, en el valle libanés del Beka. Apenas a 200 metros de la entrada se erguía una nueva mezquita gigantesca —nunca había visto una mezquita tan grande en un pueblo tan pequeño—, pero tanto amigos de la familia como el tío de Ziad Jarrah insistían en que el chico no era ni religioso ni político. «Era una persona normal —dijo Jamal Jarrah—. Bebía alcohol, tenía novias. El agosto pasado mismo vino a visitar a nuestra familia su novia turca, Aysel, porque quería conocer a sus futuros parientes políticos. Él no pudo acompañarla porque dijo que estaba demasiado liado con sus estudios». Era el 15 de septiembre del 2001, cuatro días después de los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono y el siniestro de los secuestradores suicidas en Pensilvania.

¿Demasiado liado para acompañar a su prometida a conocer a su familia? ¿Y para qué eran los 2000 dólares? ¿Para seguir con los estudios en su escuela de aeronáutica de Miami? O para comprar billetes para el vuelo en el Boeing 757 a California, para él, y quizá para el resto de secuestradores de ese vuelo. Aysel se encontraba en Alemania, aportando pruebas de buen grado a la policía de la ciudad de Bochum que acababa de registrar su apartamento y descubrir «documentos relacionados con los aviones» en una maleta perteneciente a uno de los tres hombres designados por Washington como secuestradores. Todos ellos —algo que la familia Jarrah no pudo explicar ni quiso creer— vivían juntos en Hamburgo. Aysel había denunciado la desaparición de Ziad, como por otra parte había hecho ya dieciocho meses atrás cuando su novio desapareció por espacio de hasta cinco semanas. Y lo que ella explicó por teléfono a la familia Jarrah en aquel primer incidente les dio la primera sospecha de que algo terrible sucedía con su hijo único.

Pues según un amigo de la familia, Aysel le contó a los Jarrah que su novio, que la visitaba todos los fines de semana desde su universidad de Hamburgo, quizá hubiera viajado a Afganistán. Jamal Jarrah me dijo que eso es lo que Aysel se temía. «Pero resultó que se estaba mudando de su primera universidad en Greifswald a sus nuevos cursos en Hamburgo, y que durante ese tiempo no había estado en contacto con ella». ¿Cinco semanas para cambiar de universidad? ¿Sin contárselo a su prometida?

Los detalles de la vida de Ziad Jarrah eran tan sencillos —o eso decía la familia— como oscura resultaba su muerte para ellos. Tenía veintiséis años, nacido —según sus documentos de identidad libaneses— el 11 de mayo de 1975, un aldeano de familia acaudalada. Su padre era funcionario del Departamento de Seguridad Social de Beirut, su madre maestra. Estudió en la Escuela Evangélica de la localidad cristiana de Zahle, a unos 20 kilómetros de su casa, y su padre pagó una fortuna para que el hijo acudiera a la universidad. Viajó a Hamburgo con visado de estudiante en 1997 y más adelante se inscribió en la Universidad Técnica de la ciudad. Desapareció brevemente en 1999, justo antes de partir a Estados Unidos por consejo de su padre. «Siempre que pedía dinero, se lo enviaba —explicó Samir Jarrah—. Necesitaba dinero: tenía una casa propia en Alemania y una novia que cuidar. Tenía que pagar sus estudios».

En febrero, Ziad regresó al Líbano por última vez para estar presente en la operación a corazón abierto de su padre. «Cuidó de su padre y fue a verlo todos los días al hospital —me explicó Jamal, el tío—. Era de lo más normal. Su personalidad y su vida no tenían ninguna relación con el tipo de cosas que sucedieron... Tenía novias, salía de noche, a veces iba a bailar». Todos los habitantes de Almarj con los que hablé me dijeron lo mismo: Ziad Jarrah era un muchacho alegre y laico, que nunca mostró interés alguno en la religión y nunca acudía a la mezquita para las oraciones, al que le gustaban las mujeres aunque a veces fuera tímido y reservado. De Mohamed Atta, que vivía con él en Hamburgo y pilotó el avión de American Airlines hasta el World Trade Center, se sabía que en una noche se bebía cinco o seis copas fuertes. No cabe duda de que un comportamiento así hubiera conducido a la expulsión de las filas del movimiento Al Qaeda de Bin Laden. ¿O se trataba de un intento de burlar a cualquier organismo de espionaje estadounidense que los estuviera vigilando? ¿Quién creería que un joven que bebe en un bar, que había vivido con una novia turca en Alemania, estaría planeando estrellar un avión con treinta y tres pasajeros inocentes a bordo contra... qué? ¿El Congreso? ¿La Casa Blanca?

En cualquier caso, el hijo de Samir Jarrah sí que subió a ese avión con un cuchillo y un *cutter* —la última llamada de una mujer desde el vuelo reveló que ésas eran las únicas armas de los secuestradores— y la intención de inmolarse, junto con los pasajeros, la tripulación y, muy posiblemente, el presidente George Bush y su equipo. ¿Qué aprendió, pues, en su escuela de Zahle y en la facultad del Patriarcado Cristiano de Beirut donde también estudió? Sólo tenía siete años cuando el ejército israelí lo cercó a él y a decenas de millares más de civiles libaneses en el asedio de Beirut de 1982. Nunca se vio envuelto en la guerra civil, me dijeron sus vecinos. Nunca le interesaron las milicias. «Estamos dispuestos a cooperar con las autoridades —me dijo un cansado Jamal Jarrah—. Todos consideramos lo sucedido en los Estados Unidos un acto terrorista. Es una tragedia para los estadounidenses, para nosotros, para todo el mundo...» Shamir no paraba de sacudir la cabeza, repitiendo un credo de negación. «Mi hijo era sólo una persona normal. Él nunca haría eso. Vaya, es posible

que hubiera otro “Ziad Jarrah” en el avión». Sin embargo, los hombres y mujeres que se congregaban en la casa familiar esa mañana lo entendían, y habían acudido vestidos de negro.

Cuando comenzó el bombardeo de Afganistán el 7 de octubre del 2001, no había periodistas occidentales dentro de las tres cuartas partes del país en manos de los talibanes, sino tan sólo en el fragmento de territorio nororiental controlado por la Alianza del Norte de Masud. La única imagen de la vida —y la muerte— dentro de Kabul era el canal vía satélite qatari Al Yazira, que no sólo retransmitía los comunicados de Bin Laden sino que mostraba grabaciones de los daños ocasionados por las bombas en sectores civiles de la capital. Unos meses antes, mi viejo amigo Tom Friedman había partido rumbo al pequeño emirato del Golfo, desde donde, en una de sus imperiales columnas para *The New York Times*, informó al mundo de que el canal de televisión del minúsculo Estado era una prometedora señal de que la democracia quizás estuviera llegando a Oriente Próximo. Al Yazira había irritado a algunos de los dictadores árabes del lugar —Mubarak de Egipto, sin ir más lejos—, y eso a Tom le parecía buena idea. A mí también. Sin embargo, a principios de octubre se estaba reescribiendo la historia. Colin Powell le echó un rapapolvo al emir de Qatar porque, afirmaba, Al Yazira estaba «incitando al antiamericanismo».

Los estadounidenses querían que el emir cerrase la oficina del canal en Kabul, que se estaba adelantando a todo el mundo con su grabación de los bombardeos norteamericanos y las declaraciones televisadas de Bin Laden. El hombre más buscado de la Tierra había sugerido que estaba furioso por la muerte de niños iraquíes bajo las sanciones, la corrupción de los regímenes árabes prooccidentales, los ataques de Israel sobre territorio palestino y la negativa de las fuerzas estadounidenses a abandonar Oriente Próximo. Y después de insistir en que Bin Laden era un «ciego terrorista» —en que no existía relación entre la política de los Estados Unidos en Oriente Próximo y los crímenes contra la humanidad de Nueva York y Washington—, los estadounidenses necesitaban clausurar las emisiones de Al Yazira.

Ni que decir tiene, esta payasada recibió poca cobertura en la prensa occidental, cuyos directores eran conscientes de no tener un solo corresponsal en la zona talibán de Afganistán. Al Yazira los tenía. La propaganda de Bin Laden era bastante rudimentaria. Grababa sus propios comunicados y mandaba a uno de sus secuaces a la redacción de Al Yazira en Kabul. Nada de preguntas, por supuesto, tan sólo un sermón. No veíamos ningún corte de vídeo de equipo talibán destruido, los vetustos Migs y los tanques más viejos si cabe del Pacto de Varsovia que llevaban años acumulando óxido en Afganistán. Sólo una secuencia de imágenes —en apariencia reales— de daños provocados por las bombas en la zona civil de Kabul.

Como de costumbre, los primeros informes de ataques de misiles estadounidenses fueron cubiertos sin la más mínima sugerencia de que hubiera inocentes a punto de

morir en el país que planeábamos «salvar». Mintieran o dijeran la verdad los talibanes acerca de los treinta civiles muertos en Kabul, ¿creíamos de verdad los reporteros que todas nuestras bombas caían sobre los culpables y no los inocentes? Nos ofrecieron sin falta unos comentarios a lo Segunda Guerra Mundial sobre la moral militar de Occidente. En la BBC tuvimos que escuchar el parte de «una noche sin luna, perfecta para la escuadra aérea» que debía bombardear Afganistán. En un canal por satélite nos hablaron del «combate aéreo» sobre Afganistán. Mentira. Los talibanes no tenían en el aire ninguno de sus achacosos Migs. No hubo combate.

Por supuesto, había de por medio una cuestión moral. Tras las atrocidades de Nueva York y Washington, ¿cómo podía esperarse que nos mostráramos imparciales entre el despiadado Bin Laden y Occidente? No podíamos trazar una equivalencia entre las diatribas del asesino en masa y las fuerzas estadounidenses y británicas que intentaban destruir a los talibanes. Pero no se trataba de eso. Con los que teníamos que ser imparciales era con nuestros espectadores y lectores. Llevados de nuestra furia por la masacre de los inocentes en Estados Unidos y nuestro deseo de doblegar a los ancianos «expertos terroristas», ¿teníamos que perder todas nuestras facultades críticas? ¿Por qué al menos no nos contaban cómo esos «terroristas expertos» habían llegado a ser tan expertos? ¿Y cuales eran sus lazos con unos turbios servicios secretos?

En algunos casos, en los Estados Unidos, los hombres que nos ofrecían su opinión en la pantalla eran los mismísimos agentes que habían conducido a la CIA y el FBI al mayor fracaso de los servicios de espionaje de la historia moderna: la incapacidad para desvelar la trama, planificada durante cuatro años, para destruir las vidas de más de 3000 personas. El presidente Bush dijo que se trataba de una guerra entre el bien y el mal. Sin embargo, eso era exactamente lo que Bin Laden decía. ¿No valía la pena señalarlo y preguntar adonde podían conducir tales teorías?

En Oriente Próximo, Osama bin Laden ya iba adquiriendo una condición mítica entre los árabes; su voz, transmitida repetidamente a millones de hogares, articulaba las exigencias y agravios —y la furia— de los musulmanes de la región, que habían presenciado cómo sus presidentes, reyes y príncipes prooccidentales se las ingeniaban para evitar cualquier crítica seria al bombardeo angloamericano de Afganistán. Al ver la última grabación de Bin Laden, las naciones occidentales se concentraban —si es que escuchaban algo— en sus comentarios sobre las atrocidades en Estados Unidos. Si expresaba su aprobación, aunque negara cualquier responsabilidad personal, ¿no significaba eso que en realidad estaba detrás de la masacre del 11 de septiembre? Los árabes escuchaban con otros oídos. Oían una voz que acusaba a Occidente de utilizar un doble rasero y de «arrogancia» hacia Oriente Próximo, una voz que abordaba el tema central de la vida de tantos árabes: el conflicto palestino-israelí y la continuidad de la ocupación. En ese momento, como me contó alguien que vivía en El Cairo desde hacía mucho tiempo, los árabes creían que los Estados Unidos estaban «intentando matar al único hombre dispuesto a decir la verdad».

Sin embargo, la respuesta de los dirigentes árabes tanto a las atrocidades en los Estados Unidos como al bombardeo de Afganistán resultaron francamente patéticas. Al escuchar los discursos de los mandatarios musulmanes de la cumbre de la Organización de la Conferencia Islámica del 10 de octubre, se hacía en verdad posible creer que Bin Laden representaba a los árabes con mayor fidelidad que sus dictadores y reyes de pacotilla. Por favor, denos más pruebas sobre el 11 de septiembre, rogó el emir de Qatar. Por favor, no se olviden de los palestinos, suplicaba Yasir Arafat. El Islam es inocente, insistía el ministro de Exteriores marroquí. Todos —pero todos— deseaban condenar las atrocidades del 11 de septiembre en los Estados Unidos. Nadie —nadie en absoluto— quiso explicar por qué diecinueve árabes habían decidido empotrar unos aviones cargados de gente inocente contra unos edificios llenos de civiles.

El nombre mismo de «Bin Laden» no mancilló la sala de conferencias de Qatar. Ni una sola vez. Ni siquiera la palabra «talibanes». De haber aterrizado un marciano en el Golfo —que no es muy distinto de Marte— podría haber concluido que el World Trade Center de Nueva York había sido destruido por un terremoto o un tifón. ¿No fue el presidente Mubarak quien dijo, allá en 1990, que la invasión iraquí de Kuwait pasaría «como una brisa de verano»? Los delegados condenaron al alimón la carnicería perpetrada en los Estados Unidos, sin examinar ni por un momento por qué se había llegado a ella. Como los estadounidenses, los árabes no querían buscar causas. En verdad, la sala de conferencias era un lugar milagroso donde la introspección no conllevaba ni culpabilidad ni responsabilidad.

Arafat exigió una fuerza internacional —una buena idea para un nuevo Afganistán—, pero pronto se descubrió que hablaba de una fuerza internacional para proteger a los palestinos de Gaza y Cisjordania que, según el mapa, se encuentran a 3000 kilómetros de Kabul. Por supuesto, condenó la masacre del World Trade Center. Lo mismo hicieron el jeque Hamad al-Zani, emir de Qatar, Mohamed bin Isa, ministro de Exteriores de Marruecos, y Abdeluahed Belkeziz, secretario general de la Conferencia Islámica. Pero allí se acababa la cosa. En verdad, los discursos reunidos venían a ser un coro: por favor, no matéis a afganos inocentes, pero —pase lo que pase— no bombardeéis países árabes. Durante gran parte del día, Afganistán se antojó un país remoto del que supieran muy poco —una idea mendaz, dado que Arabia Saudí y Pakistán fueron comadronas de los talibanes— y quisieran saber todavía menos.

Sólo Faruq al-Sharaa, ministro de Exteriores sirio, afirmó con franqueza que atacar a los estados musulmanes estaba «prohibido». Eso significaba, dijo, «que todos los árabes y musulmanes harán causa común con el país que sea atacado». En los portaaviones estadounidenses en el Golfo debieron de temblar en sus botas. El resto de delegados de la conferencia ofreció el baño retórico de rigor. El comunicado de los cincuenta y seis miembros manifestaba su rechazo a «la vinculación del terrorismo con los derechos del pueblo árabe y musulmán, incluido el derecho de los pueblos

palestino y libanés a la autodeterminación, a la autodefensa y a resistirse a la ocupación y agresión israelí y extranjera». Traducción: Por favor, Estados Unidos, no os pongáis del lado de Israel y bombardeéis a Hamás, la Yihad Islámica, el Hezbolá libanes, Damasco, Teherán, etc. «La resistencia no es terrorismo» se había convertido en un eslogan tan familiar en el mundo árabe como el de la «guerra contra el terrorismo» en el mundo occidental.

Había poco con lo que no pudieran estar de acuerdo George Bush o Tony Blair. Las represalias «no deberían hacerse extensivas a nadie salvo quienes hayan ejecutado estos atentados [lo cual] exige pruebas concluyentes contra los culpables». El jeque Hamad declaró: «El mundo islámico fue el primero en llamar a un diálogo de la civilización». Eso podrían habérselo escrito al primer ministro británico. Con todo, el emir qatarí se reservó un puñetazo rápido para los estadounidenses. El mundo no debería, dijo, caer «en sectas enfrentadas, bandos y dicotomías basadas en el principio de “Si no estás de mi lado, estás contra mí”».

¿No era Israel el auténtico problema?, intentaron preguntar los delegados. El primero entre ellos, por supuesto, fue nuestro viejo amigo Don Yasir Arafat. Desde luego, condenó los atentados en los Estados Unidos. Desde luego, expresó su «solidaridad» con el pueblo estadounidense, la vieja «solidaridad» socialista aplicada a un original nuevo uso. Había que poner dinero para una buena causa. Qatar abrió un fondo para los afganos y los saudíes ingresaron diez millones de dólares, los Emiratos Árabes Unidos tres millones, Omán un millón. Sin embargo, lo que los delegados querían era pruebas —«pruebas concluyentes», según el jeque Hamad— de que Washington había identificado a los culpables del 11 de septiembre. Eso al menos le permitió evitar las fatales palabras «Bin Laden». En verdad, permitió que todos esquivaran a ese hombre molesto, peligroso y terrorífico que llamaba al derrocamiento de casi todos los delegados islámicos. Lamentamos el 11 de septiembre, decían. Por favor, no bombardeéis Afganistán más de lo que sea necesario. Por favor, no matéis a los inocentes. Y, por favor, no nos bombardeéis a nosotros.

Para los periodistas se trató de una guerra frustrante de cubrir. Nos congregábamos a centenares alrededor de la embajada de los talibanes en Islamabad y su consulado en Peshawar. Se garabateaban nombres en solicitudes de visado que al final de la mañana recogía un hombre con cara de pocos amigos y barba larga y puntiaguda, para, no me cabe duda, depositarlas en un gran cubo de basura. En Queta, llegué al consulado con una carta de un célebre partidario de los talibanes que insistía en que debían concederme un visado. Se la entregué a un «diplomático» talibán vestido con una sucia túnica blanca. «Fuera», me gritó. Una vez en el exterior, vi salir volando la carta —hecha una bola— por encima del muro del consulado para caer a mis pies sobre la acera. Hamid Mir, un periodista paquistaní, se las ingenió para entrar en Afganistán y entrevistar a Bin Laden, y salió para contarme que el propio Bin Laden había preguntado por qué no estaba yo en el país para verlo. Meses

después, descubrí que los talibanes habían pretendido encontrarme, que podría haber viajado a Afganistán y hablado con bin Laden, pero que el mensaje nunca llegó hasta mí. La primicia que no pudo ser.

Ajeno a todo eso, seguí hostigando en vano a los hombres de los talibanes para conseguir un visado. Me alojé en una villa de Peshawar, tirando de mis contactos en Islamabad para obtener el crucial e imposible documento. Tomaba el té en el jardín. Quizá sólo en el viejo Imperio británico preparan el té negro con leche en la misma tetera, calentísima, para luego servirlo con paladas de azúcar en frágiles tazas. Los llamativos carmesíes y violetas de la buganvilia se encaramaban por el muro de ladrillo de mi lado, mientras unos pájaros grandes, negros y agresivos se perseguían por la hierba cortada. Al final de mi calle se encontraba el cementerio inglés que había explorado por primera vez veintiún años atrás y donde unas placas conmemorativas recordaban el asesinato de los buenos hombres de Surrey y Yorkshire del Raj, muertos a manos de lo que se conocía como *gazis*, los fundamentalistas afganos de la época, que menudo iban acompañados a la batalla —y cito al capitán Mainwaring que participó en la Segunda Guerra Afgana— «por unos religiosos llamados *talibs*». En aquellos tiempos, hicimos promesas. Prometimos nuestro apoyo a los gobiernos afganos si ellos mantenían fuera a los rusos. Prometimos la riqueza, las comunicaciones y la educación de nuestro Imperio indio a cambio de su lealtad. Poco ha cambiado.

A medida que el día daba paso a un anochecer sudoroso, los cazabombarderos atravesaban el cielo amarillo por encima de mi jardín, unas franjas grises supersónicas que se alzaban como halcones de la potente pista de despegue de Peshawar y ponían rumbo al oeste hacia las montañas afganas. Sus reactores debían de hacer vibrar los huesos ingleses del cementerio del final del camino, como el fuego sobre el Canal de Hardy una vez perturbó los restos mortales del párroco Thirdly. Y en el gran televisor negro de mi dormitorio, la pantalla rota, resquebrajada, demostraba que la historia imperial en efecto se repetía. El general Colin Powell aparecía a la derecha del general Pervez Musharraf tras prometerle un serio análisis de los problemas de la representación de cachemires y pastunes en un futuro gobierno afgano. El secretario de Estado norteamericano y el general dedicaron gran parte de su tiempo el 15 de octubre a charlar sobre el bombardeo de artillería de la noche anterior de esa otra reliquia del viejo Imperio, el ejército indio. El general Musharraf quería una campaña «corta» contra Afganistán y el general Powell una promesa de apoyo paquistaní continuo a la «guerra al terror» de los Estados Unidos. Musharraf quería una solución al problema de Cachemira. Powell, tras prometer que desde ese momento los Estados Unidos eran amigos íntimos de Pakistán, partió rumbo a la India para satisfacerlo.

Apenas tres días antes de que Powell adquiriera su repentino interés por los problemas de Cachemira, Yasir Arafat, el desacreditado anciano de Gaza —«nuestro Bin Laden», como tuvo la indecencia de calificarlo el exgeneral Ariel Sharon— fue

invitado a Downing Street, donde Tony Blair, hasta la fecha cauto partidario de la independencia palestina, declaró la necesidad de un «Estado palestino viable» que incluyera Jerusalén, donde «viable» era una manera de referirse a una versión menos mutilada del bantustán que en un principio se había propuesto para Arafat. Blair no tenía por qué temer la cólera estadounidense, puesto que el presidente Bush hijo ya había descubierto que antes incluso del 11 de septiembre —o eso nos dijo— había tenido una «visión» de un Estado palestino que aceptara la existencia de Israel. Arafat —que habló en inglés largo y tendido por primera vez en muchos años— apoyó de inmediato el bombardeo aéreo de Afganistán. No había afganos a mano para recordar al mundo que ese mismo Yasir Arafat en un tiempo había apoyado con entusiasmo la invasión soviética de su país. ¿Por qué siempre hacemos promesas atolondradas a vulnerables aliados de conveniencia tras años de aceptar e incluso crear las injusticias de Oriente Próximo y el sudoeste asiático?

Fue intrigante, en aquel bochornoso otoño paquistaní, leer el texto completo de lo que bin Laden exigía en su primera grabación de vídeo posterior al atentado en el World Trade Center. Dijo en árabe, en un fragmento en gran medida suprimido en las traducciones inglesas, que «nuestra nación [musulmana] ha atravesado más de ochenta años de esta humillación...» y se refería a «cuando la espada ha llegado a los Estados Unidos después de ochenta años». Es posible que bin Laden fuera cruel, malicioso, despiadado o el mal en persona, pero era inteligente. Se refería claramente al Tratado de Sévres de 1920, redactado por las potencias aliadas vencedoras, que desmantelaron el Imperio otomano y dieron al traste —después de 600 años de sultanatos y califatos— con el último sueño de unidad árabe. El lugarteniente de Bin Laden, Ayman Zawahri —que gritaba a la cámara de vídeo desde su cueva afgana el 6 de octubre del 2001— afirmó que el movimiento Al Qaeda «no tolerará la repetición de la tragedia de Andalucía en Palestina». ¿Andalucía? Sí, la debacle de Andalucía señaló el fin del dominio musulmán en España en el siglo xv. Podemos repartir promesas precipitadas por aquí y por allá, pero la gente de Oriente Próximo tiene la memoria más larga.

Podemos darle a esa sensación de humillación árabe el enfoque que queramos —considerarlo una forma de autocompasión o una respuesta del todo justificada a la injusticia—, pero lo indudable es que es real. Al inicio del segundo milenio los árabes se contaron entre los primeros científicos, mientras que los cruzados —otra de las fijaciones de Bin Laden— cabalgaban hacia el mundo musulmán a lomos de la ignorancia tecnológica. De modo que, en las últimas décadas, mientras nuestra concepción popular de los árabes abarcaba a grandes rasgos un pueblo rico en petróleo, venal y en gran medida atrasado, que esperaba nuestras dádivas anuales y a sus vírgenes del paraíso, muchos de ellos se planteaban preguntas pertinentes sobre su pasado y su futuro, sobre religión y ciencia, sobre —eso sospecho— cómo Dios y la tecnología podían formar parte del mismo universo. Nosotros nos desentendíamos de preguntas a largo plazo como éstas. Nos limitábamos a seguir apoyando a nuestros

dictadores musulmanes de todo el mundo —sobre todo Oriente Próximo— a cambio de su amistad, garantizada por nuestras falsas promesas de enmendar las injusticias.

Permitimos que nuestros dictadores liquidaran sus partidos socialistas y comunistas; dejamos a su población poco espacio para ejercer la oposición política salvo a través de la religión. Optamos por la demonización —Jomeini, Abu Nidal, Gaddafi, Arafat, Sadam, Bin Laden— en lugar del replanteamiento histórico. Y realizamos más promesas. Los presidentes Carter y Reagan se comprometieron con los muyahidines afganos: combatid a los rusos y os ayudaremos. Contribuiremos a la recuperación de la economía afgana. Una reconstrucción del país, e incluso —esto fue el inocente Jimmy Carter— «la democracia», un concepto que desde luego no legamos a los actuales paquistaníes, uzbekos o saudíes. Por supuesto, en cuanto los rusos se fueron en 1989, no hubo ayuda económica.

El problema, en verdad, era que sin sentido alguno de la historia no lográbamos comprender la injusticia. En cambio la exacerbábamos, tras años de indolencia, cuando pretendíamos sobornar a nuestros candidatos a aliado con promesas de extraordinaria importancia histórica —una resolución para Palestina, Cachemira, un Oriente Próximo libre de armas, la independencia árabe, un Nirvana económico—, porque estábamos en guerra. Contadle a los musulmanes lo que quieren oír, prometedles lo que deseen, cualquier cosa mientras podamos hacer despegar nuestras escuadrillas para nuestra última «guerra contra el mal». Y las escuadrillas volaron. En las aldeas de barro azotadas por la arena que bordean la frontera de Afganistán veíamos sus estelas, tajos blancos hendidos en el cielo azul intenso que de repente trazaban un círculo y —al otro lado del gran desierto de Kandahar— oíamos un lejano atronar imperial. Con los prismáticos distinguíamos incluso los elegantes bombarderos cuatrimotores, de cuyas alas el sol arrancaba destellos. Entonces los aviones viraban al sudoeste y emprendían el largo retorno a Diego García.

En Peshawar conocí a un pediatra que me proporcionó bastantes claves para comprender la mentalidad de los talibanes en guerra. «Cuando la radio talibán saltó por los aires... al día siguiente los vi montar una antena nueva. Los talibanes siempre hacían eso. Cada vez que algo era destruido, lo reemplazaban de inmediato. Se organizaban para recoger todo el equipo dañado. Era una acción muy rápida. Los talibanes se lo tomaban con mucha calma. Intento describir la reacción de los talibanes al bombardeo. Sabe, los ataques no les interesaban, por así decirlo. Eso se me antojó muy desconcertante, muy extraño». Sin embargo, el médico no era un observador desinteresado. «La mayoría de la gente, gente neutral sin relación con los grupos políticos, odia la política estadounidense; y si los talibanes cambiaran tan sólo un 20 por ciento de su política contra el pueblo, entonces la gente se alzaría codo con codo junto a ellos. Esperamos el fin de la política talibán contra las mujeres y la educación. La gente nunca olvidará lo que ha hecho Pakistán para socavar Afganistán, ven Pakistán como el eterno enemigo. Entre la gente culta, el 11 de septiembre creó una nueva situación. Sabíamos que los Estados Unidos ayudaron a

crear a los talibanes y a Osama y los llamamos los “niños” de los Estados Unidos y Pakistán». Y, podría haber añadido, de Arabia saudí.

El 22 de octubre, los estadounidenses mataron a Saifulá de Turungzai, que había realizado un máster en Árabe y en Estudios Islámicos (Universidad de Peshawar), era licenciado en Ciencias (Islamia College) y en Ciencias de la Educación, poseía el certificado de magisterio, era estudiante de un doctorado de Filosofía y había obtenido una beca para estudiar en la Universidad Al Azhar de El Cairo, la más antigua del mundo árabe. Hablaba inglés con soltura, persa y el pastún, su lengua natal, amaba la poesía y la historia y se estaba preparando para casarse un poco a regañadientes, según decía su familia. Su padre Hedayatulá era doctor en Medicina y su hermano menor estudiaba contabilidad pública. Nadie fuera de Pakistán, y muy pocos dentro, habían oído hablar de Saifulá. En estos pueblos pastunes de la frontera noroeste, muchas familias ni tan siquiera tienen apellidos de verdad. Saifulá no era un líder político; su padre, que tenía cincuenta años, dijo que su hijo era un ser caritativo, no un guerrero. Su hermano Mahazulá dijo lo mismo. «Siempre fue una persona pacífica, tranquila y calmada, sólo quería proteger a la gente de Afganistán que él creía que eran víctimas del terrorismo». Pero todo el mundo estaba de acuerdo en la forma en que Saifulá perdió la vida. Murió cuando cinco misiles de crucero explotaron contra el edificio del barrio de Darulaman de Kabul donde se reunían él y otros treinta y cinco hombres.

Su familia ahora lo llamaba ahora «mártir». Hedayatulá abrazaba a todo aquel que iba a visitarlos a su casa con las paredes de barro y cemento, incluso a mí, y le ofrecía pollo asado y caramelos de *mitha* y tazas de leche y té e insistía en que lo «felicitaran» por ser el orgulloso padre de un hombre que murió por sus creencias. Yo me comí obedientemente el montón de pollo que Hedayatulá me echó de los braseros de comida que tenía en el suelo. Las gallinas cloqueaban fuera; en la pared había un viejo póster de color en el que aparecía un fusil Kaláshnikov con la palabra «yihad» escrita encima. Pero la palabra que más pronunciaba la familia era «paz». Saifulá sólo había ido a Kabul a llevar dinero para los afganos que estaban padeciendo, dijo Mahazulá, tal vez no más de 20 000 rupias —tan sólo 350 dólares—, que había recaudado entre sus amigos estudiantes.

Los estadounidenses no contaron la historia de este modo. Se equivocaban a diario en sus objetivos y mataban a civiles inocentes, sin embargo el Pentágono se jactó de que el ataque de Darulaman tenía como objetivo a los guerrilleros talibanes «extranjeros», algunos de los cuales eran paquistaníes, como Saifulá. En pastún, su nombre significa «espada de Dios». Mahazulá desechó las afirmaciones estadounidenses. Cuando le sugerí que tal vez no era nada fuera de lo corriente que un joven musulmán con las ideas de Saifulá llevara un arma para defender Afganistán, Mahazulá reconoció rápidamente que su hermano «quizá era un guerrillero». Jamás imaginó que su hermano fuera a morir. Una llamada de teléfono preparó a la familia para la noticia, un amigo que se había enterado de que unos

paquistaníes habían muerto en Kabul. «Ha dejado un horrible vacío en nuestra vida —dijo Mahazulá—. No se puede imaginar lo que es vivir sin él. Era una persona que respetaba la vida, un reformista. No había justificación para la guerra de Afganistán. Esa gente es pobre. No hay pruebas, ninguna. Todo ser humano tiene derecho a cubrir unas necesidades básicas de vida. La familia —todos nosotros, incluido Saifulá— nos quedamos horrorizados ante la matanza de Nueva York y Washington que tuvo lugar el 11 de septiembre. Saifulá quedó muy apenado por el atentado, todos lo vimos por televisión». La familia no mencionó en ningún momento el nombre de Osama bin Laden.

Turungzai era un pueblo de resistencia. Durante la tercer guerra afgana de 1919, los británicos dieron caza a Hadji Turungzai, uno de los cabecillas de la revuelta, y quemaron el bazar del pueblo como venganza por la insurrección. Un hombre joven entró en la casa de Saifulá y, en un gesto desconcertante, me saludó con una gran sonrisa y se presentó como el nieto de Hadji, azote de los ingleses. Pero esto no era un centro de extremismo musulmán. Aunque la familia rezaba cinco veces al día, querían que sus hijas fueran a la universidad. Saifulá se pasaba horas ante su ordenador y, al parecer, le gustaba mucho la poesía del poeta nacional paquistaní secular Alam Mohamed Iqbal de Surkhot (sir Mohamed Iqbal después de que aceptara el título de sir británico), y, según Mahazulá, estaba interesado en las religiones del mundo. Cuando Saifulá partió hacia Afganistán, las últimas palabras que le dijo a su padre fueron «confía en mí». Tal vez recordaba uno de los famosos versos de Iqbal:

De los designios de Dios, ¿conoces su significado interior?  
Vivir en el miedo constante es vivir la vida.

A los niños también les llegó la muerte. El hijo de diez años del mulá Mohamed Omar murió la tercera semana de octubre. Según los refugiados afganos que huían de Kandahar, su padre, el jefe talibán y «emir de los fieles», lo llevó a uno de los hospitales medio derruidos de la ciudad, pero el niño —que al parecer iba en el coche de Omar cuando éste fue atacado por un avión estadounidense— murió debido a las heridas, no hubo ninguna muestra de arrepentimiento, por supuesto. En 1986, cuando un avión estadounidense bombardeó Libia, también acabó con la vida de la hija adoptada de seis años del coronel Muammar el Gaddafi Tampoco no hubo ninguna muestra de arrepentimiento por nuestra parte. En 1992, cuando un piloto israelí que volaba en un helicóptero Apache de fabricación estadounidense disparó un misil estadounidense contra el coche de Said Abbas Moussawi, jefe de la guerrilla de Hezbolá en el Líbano, también mató al hijo de diez años de Moussawi. De nuevo, ningún arrepentimiento.

Así pues, el número de víctimas empezó a crecer en Afganistán. Desde Kandahar llegaban historias cada vez más espantosas de civiles enterrados bajo ruinas, de niños que estallaban en pedazos por culpa de las bombas estadounidenses. Cuando unos

cuantos equipos de televisión lograron encontrar dieciocho tumbas recién cavadas en el pueblo arrasado de Khorum, a las afueras de Jalalabad, el secretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld se burló de las víctimas al calificarlas de «ridículas». Del mismo modo que todas nuestras guerras por la justicia infinita y la libertad eterna poseían un sello característico —la cháchara militar sobre la superioridad aérea, la eliminación de los «centros de mando y de control», el uso de radares— cada una suponía una vuelta de tuerca más. En el caso de los miles de refugiados afganos que llegaron a la frontera, saltaba a la vista que no huían de los talibanes, sino de nuestras bombas y misiles. Los refugiados describían de forma gráfica el miedo y el terror mientras nuestras bombas caían en sus ciudades. Esa gente estaba aterrada por nuestra «guerra contra el terror», eran víctimas tan inocentes como las que murieron salvajemente en el World Trade Center, el 11 de septiembre.

A pesar del uso servil que la BBC y la CNN hacían de esta expresión, no se trataba de una «guerra contra el terror». No íbamos a atacar a los suicidas de Tamil Tiger, ni a los asesinos de ETA ni del Verdadero IRA o a las guerrillas kurdas del PKK. De hecho, los Estados Unidos habían apoyado durante mucho tiempo a «terroristas» en Latinoamérica —me viene a la cabeza la Contra—, por no mencionar a los mismos talibanes a los que ahora bombardeábamos en Afganistán. Esto era una guerra contra los enemigos de los Estados Unidos. A medida que la fecha del 11 de septiembre adquiría una categoría épica, nosotros tomábamos represalias por los crímenes contra la humanidad de Nueva York y Washington. Pero no organizamos ningún tribunal para juzgar a los responsables.

¿Y qué iba a ocurrir cuando las muertes de las que éramos responsables en Afganistán alcanzaran cifras similares a las del 11 de septiembre? Cuando las agencias de la ONU nos proporcionaran datos de la gente que moría de hambre y vivía en la miseria al huir de nuestras bombas, no se tardaría demasiado en llegar a los 3000. ¿Bastaría con eso? ¿Lograrían apaciguarnos 12 000 afganos, a pesar de que no tuvieran nada que ver con los talibanes ni con Osama bin Laden? ¿O 24 000? Estaba claro que íbamos a culpar a los talibanes por las futuras tragedias, del mismo modo que los habíamos culpado de exportar droga de Afganistán. Tony Blair estaba al frente de la conexión talibanes-droga. Y lo único que tuvimos que hacer para creernos esto fue olvidar el anuncio que el Programa de Control de Drogas de la ONU hizo en octubre del 2001, según el cual la producción de opio en Afganistán había descendido un 94 por ciento, debido principalmente a la prohibición que el mulá Omar había decretado sobre la producción de droga en las zonas del país controladas por los talibanes. La mayoría de la droga de Afganistán provenía de nuestros aliados de la Alianza del Norte.

¿Y qué ocurría con Pakistán? Al unirse a la «guerra contra el terror» promovida por los Estados Unidos, el general Musharraf había logrado la aceptación internacional *de facto* del golpe de Estado que perpetró en 1999. De pronto, todo lo

que había deseado —el levantamiento de las sanciones, grandes inversiones para la tambaleante industria paquistaní, préstamos del FMI, una renegociación de la deuda de 375 millones de dólares y ayuda humanitaria—, se le concedió. Por supuesto, nosotros tuvimos que olvidar que fueron unidades de los Interservicios de Inteligencia de Pakistán (ISI) —el rango más alto de las agencias de seguridad del país— las que auparon a los talibanes, hicieron entrar armas en Afganistán y se hicieron ricos con el tráfico de narcóticos. Desde la invasión soviética de Afganistán en 1979, el ISI había trabajado junto con la CIA, financiando a los mulás y *mawlawis* ahora condenados por ser los arquitectos del «terror mundial». La mayoría de paquistaníes se daba cuenta ahora de que el ISI —sancionado por Washington en lugar de por los propios gobernantes de Pakistán— se había convertido en una mafia peligrosa y muy bien armada, y mientras el dinero se desviaba hacia sus actividades de contrabando, no había escuelas para los paquistaníes, y los servicios de seguridad y educación eran pésimos. No era de extrañar que acudieran a las escuelas islámicas o a las madrasas en busca de comida y educación. El ejército de Pakistán ahora era más importante que nunca, una mano de hierro para mantener el orden en el Estado mientras la superpotencia aliada bombardeaba las ruinas de Afganistán.

Mientras tanto, los Estados Unidos —incapaces de lograr la rendición de los talibanes mediante los bombardeos— intentaban quedar bien con los asesinos y violadores de la Alianza del Norte. El comandante más sangriento de la Alianza, Rashid Dostum, que visitó Washington por primera vez en 1996, era ahora un buen amigo del gobierno de Bush. Así, por ejemplo, es cómo el periodista paquistaní Ahmed Rashid conoció a este hombre:

La primera vez que llegué al fuerte para conocer a Dostum había manchas de sangre y trozos de carne en aquel patio lleno de barro... los guardias... me dijeron que una hora antes Dostum había castigado a un soldado por robar. Ataron al hombre a las orugas de un tanque de fabricación rusa, y luego dieron varias vueltas al patio, aplastando su cuerpo hasta convertirlo en carne picada, mientras la guarnición y Dostum observaban<sup>[\*]</sup>.

Parecía bastante claro que los estadounidenses iban a enviar tropas de tierra. Primero fue el asalto desesperado de la oficina del mulá Omar de Kandahar. No lo encontraron. Luego el envío de fuerzas especiales estadounidenses a los matones despiadados de la Alianza del Norte. Si los talibanes temían a alguien, era al sha Massud de la Alianza, pero lo habían asesinado dos suicidas árabes el 9 de septiembre. Luego Abdul Haq —un favorito de los Estados Unidos que se oponía a los talibanes— fue ahorcado por intentar organizar un golpe en las áreas pastún del sur de Afganistán. Así pues, ¿qué sorpresa nos tenían preparada nuestros nuevos «amigos» de la Alianza del Norte?

La conquista de Kabul, por supuesto. Llegaron a liberar la capital el 12 de noviembre del 2001, después de prometer que no entrarían en ella. La Alianza podía llegar, como mucho, a Mazar-e-Sharif y tal vez Herat, para demostrar la debilidad de los talibanes, para demostrarle a Occidente que sus objetivos bélicos —la destrucción

de los talibanes y, por lo tanto, de la organización Al Qaeda de Osama bin Laden— se iban a cumplir. A los talibanes capturados los ejecutaron o les dieron una paliza frente a las cámaras de televisión. ¿No fue Colin Powell quien le aseguró al general Musharraf que mantendrían a la Alianza bajo control? Al final, a los estadounidenses les daba igual. Las imágenes de júbilo, de una mujer afgana soltera y sin velo rodeada por sus hermanas ocultas tras el burqa, fueron suficiente. Habían liberado Kabul. La democracia occidental estaba en camino. Habían aplastado a los talibanes misóginos.

Idolotramos de tal modo a la Alianza del Norte, nos encaprichamos tanto con ellos, los apoyamos tan incondicionalmente, los mostramos en la televisión con tal deferencia, que ahora éramos inmunes a su historia. Nadie habría creído, al escuchar las informaciones que llegaban de Afganistán tras la caída de Kabul, que la Alianza del Norte era responsable de más del 80 por ciento de la exportación de drogas del país tras la prohibición talibán para cultivar drogas. ¿Por qué, me pregunté, mantenemos siempre esta relación ambigua y peligrosa? Durante décadas aceptamos que los Especiales «B» era un brazo de seguridad vital de las autoridades de Irlanda del Norte contra el IRA, alegando que «conocían el territorio»; del mismo modo que ahora confiábamos en la Alianza del Norte porque «conocía el país». Los israelíes confiaron en sus matones de la milicia falangista del Líbano porque los maronitas cristianos odiaban a los palestinos. Los nazis apoyaron a los asesinos de los grupos Ustashi croatas en 1941 porque éstos odiaban a los serbios.

En la Alianza había hombres valientes. Su dirigente asesinado, Ahmed Shah Massud, era un hombre honorable. Pero era un hecho comprobado que de 1992 a 1996, la Alianza del Norte fue un símbolo de carnicerías, violaciones sistemáticas y pillaje. Por este motivo nosotros —e incluyo al Departamento de Estado norteamericano— dimos la bienvenida a los talibanes cuando llegaron a Kabul al principio. La Alianza del Norte dejó la ciudad en 1996 con 50 000 tras de sí. Ahora sus miembros eran nuestros soldados de infantería. Mejor que Bin Laden, eso seguro. ¿Pero qué —en nombre de Dios— iban a hacer en nuestro nombre? No tardamos mucho en averiguarlo.

En cuanto las fuerzas aéreas estadounidenses bombardearon Mazar-e-Sharif, nuestros aliados afganos entraron en la ciudad y ejecutaron a 300 guerrilleros talibanes. Esta información sólo mereció un breve titular sobrepreso en los canales de televisión por satélite, como si fuera algo de lo más normal. Los afganos tienen una gran «tradición» de venganzas. De modo que, con la ayuda estratégica de las fuerzas aéreas estadounidenses, se cometió un crimen de guerra. Los periodistas presenciaron la «revuelta» de la prisión de Mazar-e-Sharif en la tercera semana de noviembre, en la que los internos talibanes abrieron fuego contra los carceleros de la Alianza. Las fuerzas especiales estadounidenses —y, como se reveló rápidamente, las tropas británicas— ayudaron a la Alianza a sofocar el levantamiento y, como era de esperar, la CNN nos dijo que algunos prisioneros fueron «ejecutados» cuando intentaban escapar. Fue una atrocidad. Las tropas británicas quedaron salpicadas por

crímenes de guerra. Al cabo de poco, el periodista de *The Independent* Justin Huggler había encontrado a más talibanes ejecutados en Kunduz.

Los estadounidenses aún tenían menos excusas para justificar esta masacre ya que el secretario de Defensa Donald Rumsfeld afirmó claramente durante el asedio de la ciudad, que los ataques aéreos estadounidenses contra los talibanes se detendrían «si la Alianza del Norte lo pedía». Dejando a un lado la revelación de que los asesinos de la Alianza actuaban ahora como controladores aéreos de las fuerzas aéreas estadounidenses en su lucha con los asesinos talibanes, el comentario comprometedor de Rumsfeld significaba que los Estados Unidos actuaban en cooperación militar con la milicia. La mayoría de reporteros de televisión mostraba un mínimo interés en estos crímenes, trataba de quedar bien con la Alianza del Norte y de poder charlar con las tropas estadounidenses. Muy pocos habían hecho algo más aparte de mencionar los crímenes de guerra contra prisioneros en mitad de sus crónicas.

Una de las historias nunca contadas de este conflicto fue la gran cantidad de dinero que se entregó a los cabecillas de las milicias para convencerlos de luchar por los Estados Unidos. Cuando algunos miembros de los talibanes cambiaron de bando a cambio de los 250 000 dólares que les pagó la Alianza y luego atacaron a sus benefactores, todos hicimos hincapié en su traición. Ninguno de nosotros preguntó cómo era posible que la Alianza —que unas semanas atrás no tenía suficiente dinero ni para pagar las balas— podía darles ahora, en mitad de la batalla, un cuarto de millón de dólares a los talibanes. Tampoco preguntamos por qué los jefes tribales pastunes de la provincia de Kandahar conducían ahora unos flamantes todoterrenos y tenían miles de dólares para pagar a sus guerrilleros. En diciembre del 2001, se reveló una nueva atrocidad: unos 1000 supervivientes talibanes de Kunduz habían sido trasladados a la cárcel de Sherberghan por la Alianza en contenedores sellados; casi todos murieron ahogados —o los mataron luego de un tiro— en el desierto. Los trabajadores de una organización de derechos humanos y unos reporteros encontraron la fosa común en Dasht e Leili, en la que fueron enterrados<sup>[\*]</sup>. Se dijo que algunos oficiales de las fuerzas especiales estadounidenses estaban al corriente de la matanza, que incluso habían estado presentes, pero que evitaron intervenir. La ONU pidió una investigación internacional. Los estadounidenses guardaron silencio.

¿Qué había ocurrido con nuestra moral desde el 11 de septiembre? Temía saber la respuesta. Tras la primera y la Segunda Guerra Mundial, nosotros —Occidente— plantamos un bosque de legislación para impedir más crímenes de guerra. El primer intento anglo-francés-ruso para formular tales leyes fue provocado por el Holocausto armenio a manos de los turcos en 1915; la Entente dijo que consideraría responsable personalmente «a todos los miembros del gobierno otomano y a aquellos de sus agentes que estén implicados en tales matanzas». Tras el Holocausto judío y el derrumbamiento de Alemania en 1945, el artículo 6 (c) de la Carta de Nuremberg y el Preámbulo de la convención de la ONU sobre el genocidio hacían referencia a los «crímenes contra la humanidad». Cada guerra que ha estallado a partir de 1945 ha

dado pie a una gran cantidad de legislación y a la creación de más grupos de derechos humanos para presionar al mundo sobre valores occidentales humanísticos y liberales. Durante los cincuenta años previos, nos encaramamos a nuestro pedestal moral e intentamos darles lecciones a los chinos y los soviéticos, a los árabes y los africanos, sobre derechos humanos. Nos pronunciamos sobre los crímenes contra los derechos humanos de bosnios, croatas y serbios. Sentamos a muchos de ellos en el banquillo de los acusados, del mismo modo que hicimos con los nazis en Nuremberg. Se redactaron miles de informes en los que se describían, con un nivel de detalles nauseabundo, los tribunales secretos y los escuadrones de la muerte y las torturas y las ejecuciones extrajudiciales llevadas a cabo por los Estados canalla y los dictadores patológicos. Y con toda la razón.

Sin embargo, de repente, tras el 11 de septiembre abandonamos todo lo que habíamos reivindicado y defendido. Bombardeamos pueblos afganos hasta convertirlos en un montón de ruinas, junto con sus habitantes —y culpamos a los talibanes y al demente de Osama bin Laden de esta carnicería— y luego permitimos que nuestra despiadada milicia aliada ejecutara a sus prisioneros. El presidente George Bush firmó una ley que aprobó la creación de una serie de tribunales militares secretos para juzgar, y luego eliminar, a todo aquel que fuera un «asesino terrorista» a ojos de los servicios de inteligencia abrumadoramente inútiles de los Estados Unidos. Fueron creados para que Osama bin Laden y sus hombres, en caso de que los atraparan en lugar de matarlos, no tuvieran defensa pública; sólo un pseudojuicio y un pelotón de fusilamiento. Estaba bastante claro lo que había ocurrido. Cuando gente con la piel amarilla, negra o mulata, con credenciales comunistas, islámicas o nacionalistas asesinan a sus prisioneros o bombardean pueblos hasta arrasarlos para matar a sus enemigos o crean tribunales de escuadrones de la muerte, deben ser condenados por los Estados Unidos, la Unión Europea, la ONU y el mundo «civilizado». Nosotros éramos los expertos en derechos humanos, los liberales, los grandes y los buenos que podían sermonear a las masas empobrecidas. Pero cuando asesinan a nuestra gente —cuando destruyen nuestros deslumbrantes edificios—, entonces hacemos trizas toda la legislación sobre derechos humanos, enviamos los B-52 en la dirección de las masas empobrecidas y empezamos a asesinar a nuestros enemigos.

Winston Churchill adoptó la opinión de Bush sobre sus enemigos. En 1945 prefirió la ejecución directa de los jefes nazis. A pesar del hecho de que los monstruos de Hitler eran responsables de, como mínimo, 50 millones de muertos —17 000 veces más que las víctimas del 11 de septiembre—, los asesinos nazis fueron juzgados en Nuremberg porque el presidente del Tribunal Supremo Robert H. Jackson tomó una decisión extraordinaria. «Las ejecuciones o los castigos sin discernimiento —dijo—, sin que se hayan alcanzado unas conclusiones definitivas de culpabilidad, pesarían en la conciencia estadounidense y nuestros hijos no podrían recordarlos con orgullo». A nadie debería haberle sorprendido que George W. Bush

—un gobernador-verdugo de Tejas de poca monta— fuera incapaz de comprender la moral de un estadista de la Casa Blanca. Lo que sorprendió más fue que los Blair, los Schröder, los Chirac y todos los chicos de la televisión guardaran silencio ante las ejecuciones afganas y las leyes al más puro estilo de la Europa del este santificadas por el 11 de septiembre.

Sin embargo, permitieron que Bin Laden huyera. Se replegó junto con sus cientos de guerrilleros árabes en las montañas de Tora Bora, a las afueras de Jalalabad. A pesar del intenso bombardeo de los Estados Unidos, se mostró reacio a irse pero — por lo que sus cómplices me dijeron luego— al final lograron convencerlo de que huyera a los territorios tribales paquistaníes, y en cierto momento fue obligado físicamente por sus propios seguidores a retirarse por debajo de la cadena montañosa, después de que los hombres de Bin Laden sobornaran a unos guerrilleros afganos a sueldo de los estadounidenses. Sin embargo, los estadounidenses no eran los «tigres de papel» tal y como él se había jactado de llamarlos en una montaña cercana, cuatro años antes. La derrota para los rusos no significaba la derrota para los estadounidenses.

El 25 de noviembre, los talibanes sólo controlaban una pequeña zona alrededor de la ciudad de Kandahar. Habían perdido Kabul, Herat, Jalalabad y las demás grandes ciudades de Afganistán. Y en el momento de su caída, decidieron concederme un visado. El gobierno paquistaní ya había ordenado el cierre de la embajada talibán en Islamabad, pero con la ayuda de algunos contactos, convencimos a varios diplomáticos talibanes barbudos para que reabrieran el edificio durante diez minutos, el tiempo justo para sellar un visado con antedata en mi pasaporte, el último concedido para entrar el Afganistán talibán. Uno de ellos escribió en el margen de la página 34 de mi pasaporte: «El visado sólo es válido para Kandahar». Por mí no había ningún problema. Kandahar era el único lugar al que quería ir. ¿Podría ver su caída? ¿Se encontraba aún Bin Laden en Afganistán? ¿Podría haber, tal vez, una última entrevista?

En el puesto fronterizo de Chaman, el funcionario de inmigración paquistaní me ofreció una taza de té. «¿Quizá la última?», me preguntó con una sonrisa triste. Unos cuantos metros más allá de la cadena que había entre el polvo, a lo largo de la Línea Durand, un joven talibán cuyo turbante negro refulgía como las plumas de los pájaros me selló la palabra «Entrada» en mi visado y, con una actitud menos alentadora, «Salida». Tenía menos de un día para estar en Afganistán. Pero los talibanes, le informé con toda la autoridad de un emperador romano, lo habían organizado todo para que pudiera ir a Kandahar. El joven me miró con cara de lástima. Mantuvo una conversación secreta sobre mí con otros dos hombres en la esquina de la cabaña de barro que era la oficina de inmigración en Spin Boldak. A lo lejos, en el desierto de Kandahar, podía oír de nuevo ese redoble de tambor, el estruendo de las bombas de los B-52. Luego se acercó un funcionario de rango superior. Tenía unos ojos grandes y me lanzó una mirada divertida. «Le ordenaré a unos hombres que lo acompañen por

la carretera que lleva a Kandahar —dijo—. Luego decidirán qué hacer cuando lleguen a Tajta Pul». Me hallaba ante el mismo dilema del viejo James Cameron que había sentido en la guerra Irán-Iraq. El aguerrido corresponsal de guerra deseaba seguir adelante para ser testigo de la última lucha teocrática por Afganistán. El ciudadano inglés sensato de cincuenta y cinco años, que cada vez tenía más canas, quería regresar a Beirut para seguir viviendo, alcanzar la feliz vejez y escribir libros y tomarse una taza de chocolate caliente junto a la chimenea.

Me senté en el asiento delantero del destartado camión japonés y nos pusimos en marcha por la carretera polvorienta, en dirección a Kandahar. El conductor era un pastún grande, con la cara rolliza bajo el turbante, que habló sobre su padre y su abuelo y su familia. Una buena señal, pensé. Los hombres de familia no quieren morir. Tenía razón. «Nunca logrará llegar —me dijo—. La Alianza del Norte ha tomado Tajta Pul y los estadounidenses están bombardeando el centro de la ciudad». Imposible, dije yo. Tajta Pul sólo está a 40 kilómetros de distancia, a pocos minutos de la frontera afgana. Pero entonces, un refugiado que tenía la cara agrietada y un mechón de canas que asomaba bajo su turbante marrón y le cubría la frente —aparentaba setenta años, pero dijo que sólo tenía treinta y seis— se acercó al camión. «Los estadounidenses acaban de destruir nuestras casas —gritó—. He visto desaparecer la mía. Ha sido un avión grande que escupía humo y ha arrasado el suelo con fuego».

Para un hombre que no sabía leer y que nunca había salido de la provincia de Kandahar en toda su larga-corta vida, era una descripción muy escalofriante del Specter, el avión «abejorro» C-130 convertido norteamericano, que elimina a milicianos y civiles con la misma ferocidad. Por las carreteras rodeadas de árboles llegaban cientos de refugiados —mujeres mayores con la cara negra y bebés en brazos de mujeres más jóvenes vestidas con burqas azules y chicos con la cara arrasada en lágrimas—, y todos contaban las mismas historias. Me bajé del camión para observar esta estela de miseria. El mulá Abdul Rahman se situó junto a mí, se pasó la mano por la cara para secarse el sudor, y me contó que su padre, un guerrillero de la misma ciudad, acababa de escapar. «Vimos un avión que disparaba cohetes por los costados —me dijo, negando con la cabeza—. Hoy casi mata a mi hermano. Ha alcanzado a mucha gente».

De pronto, el hecho de ser el último reportero del Afganistán controlado por los talibanes no parecía algo tan romántico como sonaba. De forma que eso era estar en el lado perdedor del baño de sangre estadounidense-afgano. «Jamás llegará a Kandahar», me dijo otro guerrillero talibán a gritos. Un F-18 surcó el cielo azul imperial sobre nosotros cuando un hombre de mediana edad se me aproximó, con una mirada furiosa. «¿Esto es lo que queríais, no? —gritó—. El jeque Osama es una excusa para hacerle esto al pueblo islámico». Le rogué a otro guerrillero talibán —un padre de 35 años llamado Jamaldan— que cumpliera con la promesa de su gobierno de llevarme a Kandahar. Me miró, irritado. «¿Cómo quiere que lo lleve hasta allí —

me preguntó—, si a duras penas podemos protegernos a nosotros mismos?»

Las implicaciones eran asombrosas. La carretera que va de la ciudad de Zabul, situada cerca de la frontera iraní, hasta Kandahar estaba cortada por los guerrilleros afganos y las fuerzas especiales estadounidenses. Los norteamericanos estaban bombardeando el tráfico civil —y el talibán— en la carretera que va a Spin Boldak, y la Alianza del Norte libraba combate en la autopista. Tajta Pul se encontraba bajo el fuego de los helicópteros estadounidenses y estaba sitiada por la Alianza. Kandahar estaba rodeado. No era de extrañar que viera al comandante talibán de la zona, el reflexivo e inteligente mulá Haqqani, dirigiéndose a toda prisa a la frontera paquistaní, a Quetta, por «motivos médicos».

De una tormenta de arena salió una mujer tapada con un chal gris. «Hace dos días perdí a mi hija —me dijo—. Los estadounidenses bombardearon nuestra casa de Kandahar y le cayó el techo encima». Entre el caos y los gritos, hice lo que hacen los reporteros. Saqué la libreta y el bolígrafo. ¿Nombre de la hija? «Muzlifa». ¿Edad? «Tenía dos años». Me doy la vuelta. «Y luego estaba mi otra hija». Asiente cuando le pregunto si también murió. «En el mismo momento. Se llamaba Farigha. Tenía tres años». Me doy la vuelta. «No quedó mucho de mi hijo». Me vuelvo hacia ella. Saco de nuevo la libreta, por tercera vez. «Cuando le cayó el techo encima quedó destrozado y sólo pude ver huesos. Se llamaba Sheriff. Tenía año y medio».

Esta gente salió de una tormenta de arena, cada uno tenía su propia historia sangrienta. Shukria Gul contó su historia de forma más calmada. Bajo su burqa, su voz parecía la de una adolescente. «Mi marido Mazyid era peón. Tenemos dos niños, nuestra hija Rahima y nuestro hijo Talib. Hace cinco años, los estadounidenses hicieron volar por los aires un depósito de armas de Kandahar y las balas atravesaron nuestra casa. Mi marido murió en el dormitorio. Tenía veinticinco años».

Los marines estadounidenses aterrizaron en el club deportivo de Kandahar, el aeropuerto que usaron en el pasado los saudíes, para cazar animales con los talibanes. Se acercaba el final. En la frontera ya se veía. Nadie decía nada bueno sobre Chaman. La porquería atravesaba la llanura afgana en torbellinos, la arena y el polvo se nos metían en las orejas, los dientes, la nariz y los labios. Más allá, las montañas negras se alzaban en el océano de arena, y desde el otro extremo del paisaje lunar afgano, bajo la estela de los bombarderos, llegaban aquellos cambios de la presión del aire para recordarnos que la guerra por la civilización estaba a sólo unos kilómetros de distancia. El río de hombres, mujeres y niños afganos que cruzaban la alambrada de la frontera de Chaman, era una obscenidad en Cinemascope. En primer lugar tenían que declarar ante un soldado encaramado a un bunker de hormigón sus motivos para entrar en Pakistán. Luego tenían que mostrar la documentación en la barrera. Luego tenían que enfrentarse a la prensa.

Los cámaras de televisión se movían como escarabajos entre la muchedumbre de refugiados, seleccionando a un hombre que se atreviera a hablar, que vio un cuerpo colgado en la plaza principal de Kandahar, hombre que —en un segundo— se

convierte en el centro de una ameba cada vez mayor de cables y lentes y libretas y grabadoras. El hombre lleva un viejo chal marrón sobre los hombros y un sombrero pastún brillante. Aparecen otros hombres jóvenes entre la multitud de chicos. Dos cuerpos se mecían en la brisa de Kandahar, no sólo uno, dicen. Un funcionario del gobierno paquistaní que tiene un palo golpea a los niños con un cierto aire de arrogancia. Un tercer hombre es acorralado por equipos de televisión de Japón, France 2 y la televisión catalana. El hombre no habla japonés, francés ni catalán —de hecho, el reportero catalán resulta ser vasco— pero su traductor paquistaní formula a gritos las preguntas sobre el cuerpo de la plaza de Kandahar. «Era un hombre joven —responde el afgano con voz cansina—. Lo torturaron y mataron antes de colgarlo. Era amigo del mulá Hakzar». Ahora empiezan a aclararse las cosas. El mulá Hakzar era el ministro de Interior talibán antes de cambiar de bando. Según se decía, encontraron a su amigo —el ahorcado— con un aparato GPS, suficiente para condenarlo por espía estadounidense.

Su destino, por supuesto, es importante para nosotros. Es una prueba más de la crueldad de los talibanes, nuestro enemigo en la guerra por la civilización, de su falta de misericordia y de su desesperación. Un conductor de camiones que ha perdido a dos miembros de su familia en un bombardeo estadounidense atrae a menos cámaras. Ni un solo fotógrafo muestra el mínimo interés por un viejo afgano al que encuentro descansando en la silla rota de metal de un funcionario de inmigración. Lleva unos zapatos viejos desparejados y los dedos del pie derecho señalan al cielo. El motivo es bien sencillo: de la pernera derecha de su pantalón sólo aparece una pierna de madera. Tiene el zapato sujeto de algún modo, pero se le levanta cuando apoya el peso del cuerpo. El zapato izquierdo descansa en el suelo. Encima hay una pierna de plástico de color rosa brillante con un pie de madera que encaja en el zapato, una prótesis femenina y sin pelo.

Intento hablar con ese hombre lisiado, con barba y sudoroso, pero no reacciona. Aprieta los dientes de dolor, pero si quisiera, hablaría. ¿Cómo perdió las piernas? Mueve los ojos hacia el terreno semidesértico de Chaman con sus calles llenas de gente, mugrientas y dickensianas, y entonces se levanta, tambaleándose, y echa a caminar por la carretera, entre las alambradas de púas. Los cámaras no le hacen caso. Saben que es la víctima de otra guerra de minas de tierra —en Afganistán hay millones de ellas—, puestas por los rusos que ahora son nuestros aliados en la guerra por la civilización. El hombre también lo sabe. No quiere hablar conmigo y, al cabo de un momento, me doy cuenta de que hace bien en no hablar conmigo.

La gente aún se agolpa al otro lado de la alambrada. Nosotros permanecemos ahí, para sacar fotos, y nos centramos en el tractor cargado de niños, en el hombre mayor tumbado sobre un saco en un camión, en la chica afgana, que debe de tener unos cinco años, que le está pidiendo limosna a un soldado. Pero no podemos absorber semejante multitud de gente. Llegaron también así cuando los rusos los invadieron en 1979, pero en cierto modo se han convertido en algo demasiado familiar —*banalisés*,

como dirían mis colegas de France 2— de la historia. Vietnam 1972, Palestina 1948, Polonia y Alemania 1945, Francia 1940. Los pobres, los desposeídos y los aterrorizados son material de fondo, un decorado para nuestro drama.

Llega un matrimonio de ancianos montados en sendas carretillas, el hombre está encorvado, la mujer —con la cabeza ladeada— va en la de atrás, y los empujan dos jóvenes sonrientes que les gritan a los periodistas y señalan cruelmente su carga. Si la pareja hubiera podido caminar, no les habríamos hecho caso, pero un hombre y una mujer mayores subidos en dos carretillas es una foto demasiado buena para dejarla perder. No así el hombre canoso que me miró con el ojo izquierdo hasta que me vi obligado a mirarlo al derecho, una cuenca espeluznante, un tejido de piel surcada por una trama de pequeñas cicatrices rojas. No se hizo ninguna foto de este Cíclope vestido con harapos.

En la carretera de Tajta Pul se habla de otra matanza —de 160 prisioneros talibanes que han muerto a manos de unos jefes tribales— y de todos los lugares llegan historias de pueblos aplastados por las bombas estadounidenses; una aldea entera destruida por los B-52 en Kili Sarnad, cincuenta muertos cerca de Tora Bora, ocho víctimas civiles en unos coches atacados por unos reactores de las fuerzas aéreas estadounidenses en la carretera de Kandahar, otras cuarenta y seis en Lashkargah, doce más en Bibi Mahru. Se supone que no sabemos los detalles de estos muertos. «¿Investigación?», gritó el secretario de Defensa estadounidense Rumsfeld durante una rueda de prensa a principios del 2001, afirmando que no sabía nada de una petición de Amnistía Internacional para que se llevara a cabo una investigación sobre la matanza de la cárcel de Mazar. «Se me ocurren una docena de cosas que la gente podría investigar en Afganistán».

A nosotros también. Está el hombre ahorcado de Kandahar, un poeta, tal y como averiguamos más adelante. Luego está el hombre sudoroso sin piernas. Y el niño de cinco años que mendigaba. Y la pareja de ancianos de la carretilla y el espantoso Cíclope del purulento ojo derecho y los muertos de Tajta Pul y Kili Sarnad y Lashkargah y Bibi Mahru y toda la muchedumbre que se encontraba en la miseria de Chaman. Por no mencionar la carnicería de Mazar y la guerra por la civilización.

Me invitan a conocer a un alto rango talibán que acaba de huir a su pueblo natal al otro lado de la frontera paquistaní, una aldea llamada Pishin. Se sienta en el suelo de una sala grande, fría y con el techo de madera, la espalda contra la pared, lleva un chal gris bordado sobre su turbante negro y me escruta cansinamente con sus grandes ojos. «Un consejero de los ancianos talibanes de Kandahar», así pide que lo describan. Quiere que lo llame «mulá Abdulá», que es su verdadero nombre, aunque el licenciado de 32 años de la madrasa Jeque Hassanjan de Kohat poseía una identidad diferente y ostentaba un cargo mucho más importante en la jerarquía talibán. La gran casa familiar con las paredes de barro está bajo las montañas y es azotada por un fuerte viento que le ha dado la gripe al mulá. La derrota es dura.

Las palabras también lo son en este frío clima. «La gente cree que nos han

derrotado porque hemos perdido a muchos de nuestros hombres —afirma el mulá Abdulá—. Pero nuestros hombres han perdido la vida como mártires y, por lo tanto, han tenido éxito. Así que no creemos que nos hayan derrotado... Cuando los estadounidenses vuelvan a su país, recuperaremos la tierra. Los estadounidenses no han venido a por Osama bin Laden, ése no es el verdadero motivo. Están aquí porque no quieren un país gobernado por un sistema de leyes islámico. Quieren un gobierno que haga lo que ellos quieren». Es la auténtica voz del Kandahar talibán. El mulá acaba de llegar del pequeño califato sitiado talibán, ha caminado durante seis horas por el desierto para evitar los ataques aéreos estadounidenses de Tajta Pul, y está descansando aquí antes de regresar a Kandahar, es un hombre que se niega a reconocer la realidad o un hombre que ya ha decidido huir a las montañas. Apenas muestra interés por la estrategia de la guerra. Ha ocupado un cargo en el Ministerio de Defensa talibán de Kabul —dice que contrataron a árabes para ocuparse del mantenimiento de sus vehículos—, pero todas las preguntas militares desembocan en una respuesta teológica. «Hasta el momento los estadounidenses no han logrado encontrar al jeque Osama bin Laden ni a su Al Qaeda. No han logrado llevar a cabo su misión. Para nosotros, Osama es un musulmán y un musulmán de otro país es un hermano. Y en cuanto a nosotros, seguiremos luchando en las montañas como guerrillas si perdemos Kandahar, y si alcanzamos el martirio habremos obtenido una victoria».

Estoy empezando a cansarme de todo esto, pero empiezo a comprenderlo. La victoria llega con el éxito y la victoria llega con la derrota. Dos años después hubo una versión Bush de esta misma ideología absurda mientras intentaba explicar por qué Iraq estaba sumiéndose en el caos: cuanto mejor fuera la situación, mayor sería la violencia, porque el nivel de vida estaba mejorando. «Los afganos —comentó con cierta pomposidad el teniente coronel Alexander Burne en 1841— no carecen de facultades imaginativas, y se les puede citar como prueba de que la invención precede al juicio». Sin embargo, para el mulá Abdulá, la historia, la política y la derrota parecen formar parte de un texto religioso. «Un hadiz del Profeta dice que los musulmanes tienen derecho a llevar a cabo la yihad. Nosotros no teníamos ninguna necesidad de gobernar todo Afganistán cuando los talibanes nacieron en un pequeño pueblo. Al principio, dijimos que nos bastaba. Nunca nos importó el hecho de hacernos con el 95 por ciento del territorio de Afganistán. Así que no nos importa haber perdido toda esa tierra. Los talibanes no queremos la tierra como tal, nuestro principal objetivo es hacer llegar el islam a la gente. Si nuestra gente vuelve y recupera esta tierra perdida, será un éxito. Si nos matan mientras intentamos hacerlo, habremos alcanzado el martirio y también será un gran éxito para nosotros».

Sólo de vez en cuando aparecen ciertos vestigios de duda en la conversación del mulá. «El tiempo dirá si logramos mantener Kandahar o no, nos estamos esforzando al máximo». Podría ser un editorial de un periódico talibán, en el caso de que no hubieran prohibido los periódicos. «Si nos echan de Kandahar, nos iremos a las

montañas e iniciaremos la guerra de guerrillas, tal y como hicimos con los rusos». Intento hacerle ver que los estadounidenses no son los rusos, que no se trata de una mera repetición, que los talibanes han luchado contra otros afganos durante gran parte del tiempo, que los estadounidenses sólo los han atacado desde el aire. No sirve de nada. Se irá a las montañas. Los talibanes les tenderán una emboscada a los estadounidenses. Seguirán luchando. Y eso hicieron.

Los estadounidenses están entrando en Kandahar. Haré un último intento para entrar en la ciudad. Es el 8 de diciembre. Si puedo llegar a Chaman, tendré la oportunidad de que un equipo de la CNN me lleve hasta el califato del mulá Omar. Lo único que tengo que hacer es encontrarme con Justin Huggler —que acaba de llegar de cubrir la matanza de Mazar— y viajar en un jeep con nuestro chófer pastún, Amanulá, y nuestro traductor, Fayyez Ahmed, de Quetta a Chaman. Debían de ser las cuatro y media de la tarde cuando llegamos a Kila Abdulla, a medio camino de nuestro viaje, cuando nuestro jeep se detuvo en el medio de una calle atestada de gente y estrecha. Un vapor blanco salía del capó, y un estruendo de bocinas de coches, de autobuses y camiones protestaba por el atasco que habíamos provocado. Salimos los cuatro del coche y lo empujamos hasta apartarlo a un lado de la calle. Le murmuré a Justin al oído que aquél «era un mal lugar para tener una avería».

Kila Abdulla albergaba a miles de refugiados afganos, las masas pobres y amontonadas que la guerra había creado en Pakistán. Muchos de estos afganos, tal y como averiguamos más tarde, se sentían indignados por lo que habían visto en la televisión sobre las matanzas de Mazar, sobre los prisioneros que habían muerto con las manos atadas a la espalda. Un habitante del pueblo le dijo a Amanulá que habían visto la cinta de vídeo de dos agentes de la CIA que amenazaban de muerte a un prisionero que estaba arrodillado en Mazar. Algunos de los afganos habían vivido en el pueblo durante años. Otros habían llegado —desesperados y furiosos y llorando por la pérdida de sus seres queridos en la matanza— a lo largo de las dos últimas semanas. Seguro que era un mal lugar para tener una avería, también un mal momento, justo antes de la *iftar*, el fin del ayuno diario del Ramadán. Aquella gente no había recibido educación alguna —dudo que muchos supieran leer—, pero no hay que tener estudios para reaccionar a la muerte de los seres queridos por culpa de las bombas de los B-52.

Amanulá se fue a buscar otro coche —sólo hay una cosa peor que una multitud de hombres furiosos, y es una multitud de hombres furiosos después de la puesta del sol— y Justin y yo le sonreímos a aquel gentío, inicialmente simpático, que se había reunido alrededor de nuestro vehículo averiado. Estreché muchas manos y dijimos *Salaam aleikum* muchas veces. La paz esté contigo. Sabía lo que podía ocurrir si dejaba de sonreír. El gentío se fue haciendo más y más grande y le sugerí a Justin que nos apartáramos del jeep y nos dirigiéramos hacia la carretera abierta. Un niño me dio un golpe en la muñeca y me convencí a mí mismo de que había sido un accidente, una muestra infantil de desdén. Luego una piedra me rozó la cabeza y le dio a Justin

en el hombro. Justin se volvió. Su mirada reflejaba preocupación y yo respiré hondo. Por favor, pensé, sólo ha sido una broma. Luego otro niño intentó cogerme la bolsa, que contenía mi pasaporte, las tarjetas de crédito, dinero, el diario, la agenda y el teléfono móvil. Tiré de ella y me la eché al hombro. Justin y yo cruzamos la carretera y alguien me dio un puñetazo en la espalda.

¿Cómo sale uno de un sueño cuando los personajes se vuelven de repente hostiles? Vi a uno de los hombres que había sido todo sonrisas cuando le estreché la mano. Ahora no sonreía. Algunos de los chicos más jóvenes aún reían, pero sus muecas se estaban transformando en otra cosa. El extranjero respetado —el hombre que no había parado de decir *Salaam aleikum* hacía unos minutos— estaba preocupado, asustado y huía. En cierto momento, averigüé más tarde, un adolescente que no paraba de gritar se volvió hacia Amanulá y le preguntó, con semblante serio: «¿Es ése el señor Bush?». Estaban degradando a Occidente. No paraban de zarandear a Justin y, en mitad de la carretera, vimos a un conductor de autobús que nos hacía gestos para que entráramos en su vehículo. Fayyез, que aún estaba junto al coche y no entendía por qué nos habíamos apartado, ya no podía vernos. Justin logró llegar al autobús y subió a bordo. Pero cuando puse el pie en el estribo, tres hombres cogieron la correa de mi bolsa y volvieron a tirar de mí hacia la calle. Justin alargó la mano. «¡Agárrate!», me gritó. Y lo hice.

En ese instante recibí el primer golpe fuerte en la cabeza. Estuve a punto de desplomarme, los oídos me silbaban a causa del impacto. No fue algo que me cogiera desprevenido, pero no esperaba que fuera tan doloroso o fuerte, ni tan inmediato. El mensaje era espantoso. Alguien me odiaba lo bastante para hacerme daño. Me dieron dos golpes más, uno en el hombro, un fuerte puñetazo que me estampó contra el autobús mientras me aferraba a la mano de Justin. Los pasajeros me miraban a mí y a Justin. Pero no se movieron. Nadie quería ayudarnos. Grité «¡Ayúdame, Justin!» y él, que hacía más de lo que cualquier ser humano podía hacer ya que no dejaba de agarrarme con fuerza cuando yo empezaba a soltarme, me preguntó, entre los gritos de la gente, qué quería que hiciera. Luego me di cuenta de que apenas podía oírlo. La gente no paraba de gritar a mi alrededor. ¿Acababa de oír la palabra *kaffir*, infiel? Fue entonces cuando me alejaron de Justin.

Sentí dos golpes más en la cabeza, uno en cada lado, y por algún extraño motivo parte de mi memoria —algún lugar recóndito de mi cerebro— recordó una escena que tuvo lugar en mi escuela primaria, que se llamaba Cedars, en Maidstone, más de cincuenta años antes, cuando un niño alto que estaba haciendo castillos de arena en el patio me pegó en la cabeza. Recordaba el olor del golpe, como si me hubiera afectado al olfato. Lo siguiente que me impresionó fue cuando vi a un hombre que tenía una gran piedra en la mano derecha. Me la estampó en la frente con una fuerza brutal y algo caliente y líquido empezó a correrme por la cara, los labios y la barbilla. Me dieron patadas. En la espalda, en las espinillas y en el muslo derecho. Otro adolescente volvió a agarrarme la bolsa y me quedé aferrado a la correa, mirándolo, y

me di cuenta de que debía de haber unos sesenta hombres ante mí, que no paraban de gritarme; entonces me percaté de que esbozaban una gran sonrisa lobuna. Por extrañó que resulte no sentía miedo, sino una especie de asombro. Así es como ocurre, entonces. Sabía que tenía que reaccionar. O, como razoné en ese estado de aturdimiento, tenía que morir.

En un lugar de paz y claridad, podría haber recordado aquella mañana funesta en la ciudad afgana de Gazni más de dos décadas antes, cuando Gavin Hewitt y yo y su equipo tuvimos que huir antes de que la multitud nos atacara con piedras. Podría haber recordado todas aquellas historias sobre la crueldad afgana que contaban los oficiales británicos del raj, incluso en el regalo que recibió Bill Fisk de su madre, *Tom Graham V. C.* Sin embargo, lo único que me sorprendió fue mi propia sensación física de derrumbamiento, la conciencia cada vez más clara del líquido que empezaba a cubrirme. Creo que jamás había visto tanta sangre antes. Durante un segundo atisbé algo espantoso, una cara fantasmagórica, la mía, reflejada en la ventana del autobús, chorreando de sangre; tenía las manos empapadas igual que lady Macbeth, y entonces la sangre empezó a correr por el cuello de mi camisa y mi jersey hasta que me quedé la espalda mojada, mi bolsa empezó a gotear y aparecieron pequeñas manchas en mi pantalón. Estaba bañado en ella. ¿Quién iba a creer que el viejo tenía tanta sangre? Eso es lo que dijeron tal y como lo recuerdo, justo ahí, en ese momento. Cuanto más sangraba, más gente se reunía a mi alrededor y me daba puñetazos. Todo tipo de piedras me golpeaban en la cabeza y los hombros. ¿Cuánto tiempo, recuerdo haber pensado, podía seguir aquello? ¿Hasta cuándo va a durar?

Me golpearon dos piedras en ambos lados de la cabeza a la vez, y no me las tiraron sino que las sostenían unos hombres robustos que las usaban para intentar abrirme el cráneo. Entonces un puño me golpeó en la cara, me partió las gafas, otra mano me cogió el par de gafas de recambio que llevaba colgadas del cuello y se quedó con la funda de cuero. Y aquí tengo que darle las gracias al Líbano. Durante veinticinco años, había cubierto las guerras del Líbano y los libaneses me enseñaron, una y otra vez, cómo mantenerme vivo. Toma una decisión, cualquier decisión, pero no te quedes sin hacer nada. Así que le arranqué la bolsa de las manos al joven que la sostenía y éste dio un paso atrás. Luego me volví hacia el hombre que tenía a la derecha, el que tenía la piedra sangrienta en la mano, y le pegué un puñetazo en la boca. No podía ver muy bien —no sólo era miope, sino que los ojos se me tiñeron de un velo rojo— pero me fijé en que el hombre tosió, le cayó un diente entre los labios y se derrumbó. Durante un segundo, la muchedumbre se detuvo. Entonces me fui a por el otro hombre, con la bolsa bajo el brazo, y le di un puñetazo en la nariz. Dio un grito de furia y de pronto quedó cubierto de sangre. No acerté a darle a otro hombre, di varios golpes más y eché a correr.

Volvía a estar en mitad de la calle, pero apenas veía. Me toqué los ojos con las manos, y con los dedos intenté quitarme aquella sustancia pegajosa. Oí un ruido aspirante, pero entonces empecé a ver de nuevo y me di cuenta de que estaba

llorando, y de que las lágrimas me estaban limpiando la sangre de los ojos. No dejaba de preguntarme qué había hecho. Había herido y pegado y atacado a los refugiados afganos, a la misma gente sobre la que había escrito durante tiempo, los desposeídos, las personas mutiladas a las que mi propio país —entre otros— estaba matando, junto con los talibanes, al otro lado de la frontera. Dios, perdóname, pensé. Creo que, de hecho, lo dije. Los hombres cuyas familias estaban matando nuestros bombarderos, también eran mis enemigos ahora.

Luego ocurrió algo sorprendente. Se me acercó un hombre, muy calmado, y me cogió del brazo. Yo no podía verlo muy bien debido a la sangre que volvía a taparme la vista, pero llevaba una especie de túnica, un turbante y tenía una barba gris canosa. Y me apartó de la multitud. Miré por encima del hombro. Ahora había unos cien hombres detrás de mí y varias piedras nos rozaron, pero no iban dirigidas hacia mí, seguramente para no darle al desconocido. Era como una figura del Antiguo Testamento o de una historia bíblica, el buen samaritano, un musulmán —tal vez un mulá del pueblo— que intentaba salvarme la vida. Me metió en la parte trasera de un camión de policía, pero los agentes no se movieron. Estaban aterrorizados. «Ayúdenme», gritaba yo a través de la ventanilla que había en la cabina, mientras mis manos dejaban unos regueros de sangre en el cristal. Avanzaron unos cuantos metros y se detuvieron hasta que el hombre alto volvió a hablarles. Luego avanzaron otros 300 metros.

Y ahí, junto a la carretera, había una caravana de la Cruz Roja-Media Luna Roja. La muchedumbre aún permanecía detrás de nosotros, pero dos de médicos me metieron en uno de sus vehículos, me echaron agua en las manos y la cara, y empezaron a vendarme la cabeza y la nuca. «Quédese tumbado y lo taparemos con una sábana para que no lo vean», dijo uno de ellos. Ambos eran musulmanes, bangladeshíes, y debe quedar constancia de sus nombres porque eran buenos hombres: Mohamed Abdul Halim y Sikder Mokaddes Ahmed. Me quedé en el suelo, gruñendo, consciente de que tal vez lograría sobrevivir.

Al cabo de unos minutos, llegó Justin. Lo había protegido un soldado enorme de las tropas del Beluchistán; verdadero fantasma del imperio británico que, con un único fusil, mantuvo a la muchedumbre alejada del coche en el que se encontraba ahora Justin. Hurgué en mi bolsa. «No han logrado quitármela», me decía una y otra vez, como si mi pasaporte y mis tarjetas de crédito fueran una especie de Santo Grial. Pero me habían arrebatado mi último par de gafas —sin ellas era como si estuviera ciego— y también había desaparecido mi teléfono móvil y mi agenda telefónica de cuero, que contenía veinticinco años de números de teléfono de todo Oriente Próximo<sup>[7]</sup>. Maldita sea, me dije, e intenté golpearme con el puño en el costado hasta que me di cuenta de que estaba sangrando de un gran corte que tenía en la muñeca, la marca del diente que acababa de arrancarle a aquel hombre, que era inocente de cualquier crimen, salvo del de ser una víctima del mundo.

¿Entonces, por qué dejar constancia de unos cuantos minutos de pánico e

indignación cerca de la frontera afgana, sangrando y llorando como un animal, cuando miles de civiles inocentes morían debido a los ataques estadounidenses en Afganistán, cuando la guerra por la civilización estaba quemando y mutilando a la gente de Kandahar y otras ciudades porque el «bien» debe triunfar sobre el «mal»? Me había pasado más de un cuarto de siglo informando sobre la humillación y la miseria del mundo musulmán y ahora su furia también me había alcanzado a mí. Aunque no había sido por completo. Estaban los hombres de la Media Luna Roja, y Fayyaz, que regresó jadeando al coche hecho una furia por lo que nos había ocurrido, y Amanulá, que nos invitó a su propia casa para que pudieran curarnos. Y también estaba el santo musulmán que me había cogido del brazo. Y me di cuenta de que también estaban todos los hombres y chicos afganos que me habían atacado, que jamás deberían haberlo hecho, pero cuya brutalidad era la consecuencia única y exclusiva de la acción de otros, de nosotros, que los habíamos armado para que lucharan contra los soviéticos y no hicimos caso de su dolor y nos reímos de su guerra civil y luego volvimos a armarlos y a pagarles para la guerra por la civilización que se estaba librando a unos cuantos kilómetros de distancia, y luego bombardeamos sus casas y destrozamos sus familias y los llamamos «daños colaterales».

Entonces pensé que tenía que escribir sobre lo que nos ocurrió a Justin y a mí en este espantoso, estúpido, maldito y pequeño incidente. Temía que otras versiones dieran una versión distinta, que explicaran que un periodista británico había sido «linchado por una turba de refugiados afganos». *The Mail on Sunday* se llevó el premio por semejante tergiversación. Publicó que Fisk —de al parecer sesenta y tres años, no cincuenta y cinco— fue, sí, «linchado por una turba de refugiados afganos<sup>[\*]</sup>». Y se suponía que yo había dicho, aunque no fue así, que «me van a quedar cicatrices para el resto de mi vida». Omitieron toda referencia a mis repetidas afirmaciones de que la furia de los afganos estaba justificada, que no los culpaba de lo que habían hecho. Los afganos se habían convertido, como los palestinos, en seres violentos por naturaleza. Y, por supuesto, eso era lo importante. La gente que tenía cicatrices eran los afganos, las cicatrices que les habíamos provocado nosotros, nuestros B-52, no ellos. Y escribí en *The Independent* que «si yo fuera un refugiado afgano de Kila Abdulla, habría hecho lo mismo que ellos. Habría atacado a Robert Fisk. O a cualquier otro occidental que hubiera encontrado<sup>[\*]</sup>».

Entre la ingente cantidad de cartas que recibí de los lectores de mi periódico, la mayoría de ellas expresaban su compasión, había varias postales de Navidad, todas firmadas salvo una, en la que el remitente expresaba su decepción por el hecho de que los afganos no hubieran «rematado la faena». *The Wall Street Journal* publicó un artículo que decía más o menos lo mismo, con el subtítulo «Un multiculturalista que se odia a si mismo recibe su merecido<sup>[\*]</sup>». En él, el columnista Mark Steyn escribió con respecto a mi reacción que «había que tener un corazón de piedra para no llorar de la risa». «La doctrina Fisk —prosiguió—, llevada a su conclusión lógica, absuelve

de toda responsabilidad no sólo a los autores del 11-S, sino también a los partidarios de los talibanes que atacaron a varios de los colegas del señor Fisk destinados a Afganistán que, ¡ay!, murieron antes de poder enviar un último artículo explicando por qué sus asesinos no tienen la culpa<sup>[8]</sup>».

En Quetta, dos médicos paquistaníes me lavaron y me vendaron la cara, pero no vieron el corte de la cabeza, de modo que me desperté en mitad de la noche con la cabeza pegada a la almohada por culpa de la sangre y tuve que meterme en la ducha y empaparme de agua para poder arrancar la tela de la herida. De vuelta en Islamabad, trabé amistad con —irónicamente, dados los futuros insultos que me dedicaría Steyn— el nuevo corresponsal de *The Wall Street Journal* para el sudoeste asiático, Daniel Pearl, y su mujer Marianne. Me agasajaron con un sinfín de tazas de café, me proporcionaron los contactos de sus agendas, y se aseguraron de que había recuperado la misma energía de siempre. Yo no estaba tan seguro. Le pregunté a Daniel si iba a viajar a Afganistán. «No —me respondió—. Mi mujer está embarazada y no queremos correr ese tipo de riesgos».

Al cabo de dos meses, Daniel estaría muerto, decapitado por sus captores musulmanes después de ser secuestrado por encargo en Karachi, y de que lo obligaran a hablar de su familia judía en la cinta de vídeo de su vil ejecución. Su asesinato fue tan aterrador como truculento<sup>[9]</sup>. Volvía a poner de manifiesto no sólo la crueldad de Al Qaeda y sus satélites, sino el grado hasta el que nosotros como periodistas habíamos perdido nuestra inmunidad. En el Líbano, a mediados de la década de 1980, en Argelia y luego en Bosnia, nuestra protección como corresponsales neutrales se había desvanecido. Nos secuestraron, nos asesinaron por ser occidentales o porque nos consideraron combatientes. Dos meses antes de la paliza de Kila Abdulla, había intentado entrevistar a un clérigo musulmán en una mezquita de pueblo, a las afueras de Peshawar. «¿Por qué lleva a este *kaffir* a nuestra mezquita?», le gritó un hombre barbudo al muía. Al final mantuvimos la entrevista fuera del edificio. Pero yo era un *kaffir*. Y Pearl también. Al parecer, todos lo éramos. ¿Cuándo nos equivocamos?

Siempre he pensado que las cosas empezaron a pudrirse en Vietnam. Durante décadas, los reporteros se han identificado con los ejércitos. En la guerra de Crimea, William Howard Russell de *The Times* llevaba un uniforme diseñado por él mismo. En las dos guerras mundiales del siglo xx, los periodistas trabajaron de uniforme. El hecho de saltar tras las líneas enemigas con comandos estadounidenses no evitó que un reportero de AP acabara ante un pelotón de fusilamiento nazi. Pero todos éstos eran países que estaban en conflicto abierto, eran reporteros cuyas naciones se habían declarado la guerra oficialmente. Fue en Vietnam donde los periodistas empezaron a vestir el uniforme de faena y a llevar armas —y a veces a disparar esas armas contra enemigos de los Estados Unidos— a pesar de que sus países no estaban oficialmente en guerra y cuando podrían haber llevado a cabo sus obligaciones sin llevar ropa de soldado. En Vietnam, los reporteros eran asesinados porque eran reporteros.

Esta tendencia de los periodistas de formar parte de la historia, de desempeñar su propio papel teatral, fue arraigando poco a poco. Cuando los palestinos evacuaron Beirut en 1982, me percaté de que varios reporteros franceses llevaban pañuelos palestinos en la cabeza. Los reporteros israelíes aparecieron en el sur del Líbano con pistolas. En la guerra del Golfo de 1991, tal y como hemos visto, muchos corresponsales se vistieron con uniformes del ejército, casco incluido, como si fueran miembros de la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada. En Pakistán y Afganistán ocurrió algo parecido en el 2001. En Peshawar vi a varios reporteros que llevaban gorros pastún. Geraldo Rivera de Fox News afirmó en televisión que cuando estuvo en Jalalabad llevó pistola. En otra ocasión dijo que tenía intención de usarla para matar a Osama bin Laden. «Me siento más patriota que nunca en toda mi vida, deseando justicia o tal vez sólo venganza —le comunicó al mundo—. Y esta catarsis que he sufrido ha hecho que me replantee lo que hago para ganarme la vida». Fue la gota que colmó el vaso. El reportero se convirtió en combatiente.

Obviamente, cuando entré en Kabul con el convoy soviético en 1980, me dieron un arma<sup>[10]</sup>. Pero no tenía muchas opciones más. Además, evité toda la retórica del tipo que Rivera empleó, incluso las desafortunadas y siniestras expresiones que usaban mis colegas de la CNN. Como a varios de mis compañeros, no me gustó oír a Walter Rodgers, de la CNN, citando a un mayor de los marines el 2 de diciembre del 2001, que dijo que las tropas estadounidenses y los «grupos de la oposición» iban a aplastar Kandahar «como una serpiente». En cuanto las ciudades o las personas se convierten en serpientes o alimañas, pueden ser aplastadas, liquidadas y eliminadas como animales. Y la integridad de todos los periodistas pasó a estar en peligro debido al comentario repulsivo del jefe de la CNN Walter Isaacson, que durante el bombardeo afgano le dijo a su equipo que «es perverso centrarse más de la cuenta en las víctimas de Afganistán y sus miserias» porque esa forma de informar corría el peligro de ayudar a los talibanes. En la siguiente etapa de la «guerra contra el terror» —la invasión de Iraq— muchos más periodistas pagarían con sus vidas porque su papel como corresponsales ya no les garantizaba la protección<sup>[11]</sup>.

Sin embargo, nuestra fe quedó dañada de otro modo, cabría decir que recibió un golpe casi mortal: la poca disposición de los grandes canales de televisión a retransmitir la realidad de Oriente Próximo y de apoyar a sus reporteros cuando se enfrentaban a poderosos grupos de presión. En 1993, yo había trabajado en una serie de tres capítulos para el Channel 4 británico y el Discovery Channel estadounidense llamada *From Beirut to Bosnia*, que pretendía, en palabras de nuestro primer episodio, mostrar «por qué los musulmanes odiaban a Occidente<sup>[\*]</sup>». Filmamos justamente ocho años antes de los atentados del 11 de septiembre del 2001 y, al ver de nuevo la serie hoy en día —se filmó con película de verdad, no con cinta de vídeo, y costó más de un millón de dólares— me sorprende aún más el mensaje que se transmitió a los espectadores, ya que resultó ser una advertencia espantosa, involuntaria pero muy precisa sobre el 11-S. En cierto momento, entro en una

mezquita quemada de Bosnia y pregunto «¿qué nos deparará el mundo musulmán?», y añado que tal vez debería finalizar todas mis crónicas desde Oriente Próximo con las palabras «¡Cuidado!». Existen otras premoniciones similares de terrores futuros, que se incluyeron en nuestra cobertura de la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania. Intentábamos responder a la pregunta «¿por qué?» antes de que fuera necesario plantearla.

No fue una serie fácil de hacer. Filmamos en el Líbano, Gaza, Israel, Egipto, Bosnia y Croacia, preguntamos a las guerrillas de Hezbolá sobre su guerra contra las tropas de ocupación israelí, y grabamos a mujeres de hospitales libaneses que tenían el cuerpo lleno de quemaduras por culpa de los proyectiles de fósforo israelíes. Durante los toques de queda de Gaza, los soldados israelíes nos dieron varias veces el alto, y en muchas ocasiones nos taparon con la mano el objetivo de la cámara para que no pudiéramos trabajar. Filmamos a un oficial israelí que nos dijo que le habían permitido saltarse el toque de queda a una mujer palestina embarazada para que fuera al hospital; luego encontramos a la mujer todavía encerrada en su casa. Fuera de los muros de Jerusalén, hablamos con un colono judío sobre por qué estaban desahuciando de su tierra a un anciano palestino; porque los judíos iban a vivir allí y porque, en palabras del colono, «es árabe. No es judío». En Israel encontramos la casa de un refugiado palestino que ahora vivía en Beirut, hablamos con el anciano israelí que se había trasladado a la casa tras 1948 y llevamos nuestras cámaras al pueblo judío del que huyó y donde fueron capturados sus padres y su hermano por los nazis para asesinarlos en el Holocausto judío. En Egipto hablamos con opositores armados del régimen de Mubarak y en Sarajevo, con soldados bosnios que defendían la ciudad, y con el imam musulmán que creía estaban persiguiendo a su pueblo «por el mero hecho de que somos musulmanes».

Michael Duffield era el director, y yo sabía que sería un documental fácil de ver para un público británico. Los europeos están acostumbrados a debates libres, aunque a veces amargos, sobre Oriente Próximo, donde el viejo bulo del «antisemitismo» que se lanza contra todo aquel que osa criticar a Israel ha perdido gran parte de su fuerza. Existen, como siempre digo, muchísimos antisemitas de verdad en el mundo contra los que debemos luchar, sin tener que inventar más para echar tierra sobre cualquier intento de debate serio sobre Israel y los árabes. Sin embargo, sabíamos que en los Estados Unidos las cosas serían distintas. Nuestro documental supondría un reto no para el público estadounidense, que era de sobra maduro para entenderlo si le daban la oportunidad de verlo, sino para los grupos de presión que aparecen de forma habitual para impedir que se muestre todo documental que les ofrezca a los estadounidenses una alternativa a las «noticias» proisraelíes que aparecen en las cadenas de televisión. Las primeras críticas que aparecieron en los medios de comunicación estadounidenses fueron algo críticos y, varios de ellos, imprecisos<sup>[12]</sup>.

Luego, tres días después que el Discovery Channel mostrara las tres partes del documental en todo el país, empezó la campaña de cartas. Primero el Discovery

afirmó que algunos de sus anunciantes estaban recibiendo un sinfín de llamadas telefónicas de espectadores supuestamente indignados. Varios clientes de American Express, uno de los patrocinadores del canal, devolvieron sus tarjetas de crédito cortadas por la mitad. Una organización que se hacía llamar Primer (Promoting Responsibility in Middle East Reporting; «Fomento de la Responsabilidad sobre la Información de Oriente Próximo») le envió una siniestra advertencia al canal. Robert Fisk tenía «una impecable dicción inglesa<sup>[\*]</sup>», escribió Joseph I. Ungar, vicepresidente de la organización, en junio de 1994. Fisk transmitía «la esencia del refinamiento y la respetabilidad... Podría representar fácilmente el papel de Henry Higgins. Pero podía ser un Higgins con colmillos». En el mundo del periodismo uno no puede más que reír ante semejantes estupideces. Pero la campaña contra *From Beirut to Bosnia* no fue divertida, ni mucho menos. El presidente del mismo grupo de presión, Sidney Laibson, le escribió una carta a John Hendriks, director del canal Discovery, ese mismo mes. «Al emitir *Beirut to Bosnia*, el canal Discovery ha proporcionado una oportunidad para propagar su veneno por todas las salas de estar de los Estados Unidos a los que se dedican a difundir una propaganda insidiosa<sup>[\*]</sup>».

En su carta Ungar afirmaba que el hecho de que nosotros dijéramos que Israel «confisca», «ocupa» y «construye enormes asentamientos judíos en territorio árabe» —todos estos hechos eran reconocidos por grupos de derechos humanos israelíes, periodistas israelíes y corresponsales extranjeros así como por el gobierno estadounidense durante más de veinte años— suponía una «distorsión» de la historia. Una referencia en mi comentario a los «guerrilleros cristianos» que los israelíes enviaron a los campamentos de Sabra y Chatila —una acción descrita por la propia comisión de investigación Kahan de Israel— fue condenada por Ungar al considerarla «una falsedad mayúscula». Alex Safian del Camera Media Resource Center le escribió a Clark Bunting, vicepresidente de Discovery, para recriminarle que habíamos editado una entrevista con el colono judío Mickey Molad con el fin de suprimir un comentario suyo en el que afirmaba que originalmente los judíos poseían gran parte de la tierra del futuro asentamiento<sup>[\*]</sup>. Nos pusimos a buscar diligentemente en todos los cortes descartados —sumaban una hora— de la entrevista con Molad y descubrimos que no había comentario semejante en ninguno de ellos. Las quejas de Safian, replicó Dutfield, eran «absurdas y se podía demostrar que eran erróneas<sup>[\*]</sup>». Hubo más afirmaciones engañosas: que el permiso denegado a la mujer palestina para ir al hospital era mentira, que ni tan siquiera estaba embarazada. Dio a luz a su hijo tres meses después de que la grabáramos.

Más adelante, una lectora de *The Independent* me informó que unos «amigos estadounidenses» la habían informado que se había cancelado una reemisión ya programada del documental debido a las quejas. Dutfield escribió al canal pidiendo una explicación. Bunting respondió con el desmentido más ridículo que le he oído jamás a un directivo de televisión. «... dada la reacción que provocó la serie tras su emisión inicial, jamás volvimos a programar una nueva proyección, por lo que no

existe ningún problema sobre la cancelación de su reemisión<sup>[\*]</sup>». Cuando leí esas palabras cobardes, me avergoncé de ser un corresponsal extranjero.

Así que ahí estábamos, intentando explicar la cruda realidad de nuestros tiempos a un público que merecía oír otra versión del conflicto de Oriente Próximo, que necesitaba oír las voces de aquella gente que se sentía tan ofendida y que cada vez estaba más furiosa por culpa de la gran injusticia que estaban padeciendo. Sin embargo, aquellos que afirmaban hablar en nombre de la verdad —y de Israel— nos habían censurado, con la servil ayuda de un gran canal de televisión. Aquí, mucho antes de los crímenes internacionales contra la humanidad del 2001, estaban las respuestas a los «por qué» que nos dijeron que no preguntáramos tras los atentados de Nueva York, Washington y Pensilvania. Con bastante antelación, no podíamos explicar la explosión que ocurriría en el futuro, a pesar que esta advertencia podría habernos ayudado a evitarla. Más adelante nos ordenarían que guardáramos silencio. Para mí, esto sigue siendo uno de los elementos más aterradores y penosos de la «guerra contra el terror»: la eliminación de una verdad sin la cual no se podía realizar ningún juicio libre, antes o después del hecho.

¿Existe, me pregunto a mí mismo, algún momento clave en todo esto, algún incidente, alguna verdad solitaria que iluminará todo lo que le hemos hecho a Oriente Próximo, la furia que hemos creado, el terror que les hemos infligido a esos que ahora nos consideran sus enemigos? ¿Existe algún modo de transmitir esto sin reiterar las exigencias de los farisaicos, alguna forma en que la muerte de la inocencia se pueda retratar fuera del marco del odio? Osama bin Laden no tiene que ser la voz de los que han sufrido. No tiene el monopolio del dolor y la pena. Nunca lo han nombrado como su representante en la Tierra. De modo que me siento atraído por la historia de una joven mujer que murió de modo innecesario y trágico, que nunca habría permitido los crímenes contra la humanidad del 11 de septiembre del 2001, pero cuyo terrible fin fue ignorado por la nación que la mató y cuyos reporteros no mostraron ningún interés por su destino.

Los estadounidenses mataron a Raafat al Ghossain poco después de las dos de la madrugada del 15 de abril de 1986. En los días posteriores a su muerte, los funcionarios estadounidenses afirmaron que el fuego antitanque libio podría haber afectado a su casa, que no se encontraba muy lejos de la embajada francesa, en las afueras de Trípoli. Pero tres semanas más tarde, el Pentágono admitió que tres bombas lanzadas por un avión F-11 del ataque estadounidense contra el coronel Gaddafi habían «impactado en las cercanías de la embajada francesa» y habían provocado —por usar el cruel eufemismo habitual— «daños colaterales». Raafat tenía dieciocho años, había finalizado sus estudios de secundaria en una escuela de Londres, estaba de vacaciones, y era una prometidora y bella artista de cuya muerte no quedó constancia en el país que la mató diecinueve años antes.

Su recuerdo sólo sigue vivo en el apartamento de un séptimo piso de Beirut donde viven sus padres y su hermana menor, y en el que una cinta de video de media hora de la graduación de Raafat en 1985, en la Marymount International College de Kingston-on-Thames, nos la devuelve brevemente a la vida. «Raafat Bassam Fauzi al-Ghossain de Palestina», anuncia la directora inglesa, una mujer joven, alta y atractiva vestida con un traje de fiesta blanco camina tímidamente para recibir su certificado de graduación, con el piano de fondo que interpreta la pieza *Land of Hope and Glory*, de Elgar. Escucha atentamente el discurso de graduación de una profesora estadounidense que les dice a las chicas que «con el don de la juventud, nada es demasiado abrumador». A la izquierda del escenario donde está sentada se encuentra izada la Barras y Estrellas, a la derecha, la Union Flag británica.

En los jardines del colegio, Raafat permanece de pie junto a su padre Bassam, un palestino de educación estadounidense. «Aquí estamos», dice cuando ve la cámara de vídeo, y Raafat besa obedientemente a su padre en la mejilla. Su madre los observa toda orgullosa a través de sus gafas de sol, mientras una niña de seis años —la hermana menor de Raafat, Kinda— se acicala ante la cámara. Cuando sale del vestíbulo de la escuela, adornado con sus banderas británicas y estadounidenses, el mismo piano agudo interpreta *Trumpet Voluntary*, de Thomas Ame. En esa tarde veraniega británica, a Raafat al-Ghossain le queda menos de un año de vida. Los hombres que han de matarla son estadounidenses y parten, gracias a un permiso especial de Margaret Thatcher, de la base de la RAF de Lakenheath, a unos 110 kilómetros de la Marymount International College de Kingston.

Palestina, Gran Bretaña, Libia y los Estados Unidos. Es como si el conflicto occidental de Oriente Próximo hubiera acechado a Raafat al-Ghossain toda su corta vida. Bassam siempre quiso que su hija tuviera una educación inglesa —Kinda nació en Londres y tiene pasaporte británico— y aún siente que Gran Bretaña representa algo intrínsecamente bueno en el mundo. Su padre Fauzi se licenció en el Balliol College, de Oxford, fue un abogado del protectorado británico en Jerusalén, consejero de sir Herbert Samuel, el primer Alto Comisionado para Palestina. En una fotografía algo borrosa aparece Fauzi al Ghossain y Samuel, que era judío, caminando juntos por una avenida llena de árboles de Jerusalén, enfrascados en una conversación. Incluso después de que la familia se viera obligada a huir de Palestina en 1946, para establecerse durante varios años en El Cairo, los Al Ghossain nunca perdieron la fe en Occidente. Un matrimonio cuáquero que se dio cuenta de la fascinación que sentía Bassam por las maquetas de aviones le concedió una beca para estudiar en Estados Unidos. Se licenció en ingeniería química en el Druxell Institute of Technology de Filadelfia y empezó a trabajar como ingeniero petrolífero para la compañía petrolífera nacional en el Kuwait gobernado por los británicos, en 1957. «Mi familia siempre admiró a los británicos», dice Bassam. En pocas ocasiones habrá sido traicionada una familia de forma tan cruel por la sociedad y la cultura en que habían depositado toda su confianza.

Bassam conoció a su futura mujer Saniya, medio libanesa, medio turca —hija del tesorero de la ciudad de Beirut— en 1963, pero abandonaron Kuwait durante la guerra árabe-israelí de 1967 y se trasladaron a Argel, donde Bassam empezó a trabajar en la compañía de producción petrolífera del país. Un médico francés asistió en el parto de Raafat, que pesó 3,8 kilos, en un hospital de Argel; cuando sólo tenía cinco meses, la familia se trasladó a Libia, donde Bassam fue contratado por la ESSO y luego por la American Occidental. Sólo faltaban quince meses para que estallara la revolución del coronel Gaddafi.

«Nos llevábamos a Raafat de picnic con nosotros, íbamos a visitar las ciudades [romanas] de Leptis Magna y Sabratha —recuerda Bassam—. Cada semana había fiestas y también la llevábamos a nadar. Cuando Raafat tenía cuatro años, la matriculamos en el Lycée Français de Trípoli. Era una niña muy bonita. Le encantaban las casas de muñecas, le gustaba poner a todos los miembros de una familia en una casa. Siempre quiso que nuestra familia viviera junta...». Raafat —«Fafo» era su apodo familiar— hablaba francés con fluidez pero empezó a ir a la escuela estadounidense de Trípoli cuando cumplió los doce años. «Estudió en ella durante dos años, pero me pareció que el nivel educativo no era lo bastante alto. Así que la enviamos a la escuela Marymount, en Kingston-on-Thames». Y Bassam saca de su archivo un fajo grueso de notas escolares.

La hermana de Raafat, Kinda, había nacido tres años antes, el 1 de enero de 1979. A los quince años, Raafat se sentía muy sola en un internado, sin su hermana ni sus padres que pudieran consolarla. Atormentada por la morriña, y las tareas escolares, que al principio le resultaban muy difíciles, les suplicó a sus padres que la dejaran volver a Libia, a la casa familiar que estaba cerca del mar, al hogar en el que todos los Al Ghossain podrían vivir juntos. «Posee un carácter agradable —anotó fríamente un profesor de filosofía—, pero le falta disciplina, no quiere trabajar». En matemáticas hubo quejas de que Raafat «no empleaba bien su talento», mientras que la profesora de canto escribió que Raafat «sería un excelente miembro de la coral si no hablara y se riera tanto». Sin embargo, destacaba en arte. El señor McFarland, su profesor de arte, les escribió a sus padres en 1984 que «Raafat ha trabajado muy bien este trimestre y estoy muy satisfecho con sus progresos».

La angustia que se escondía tras la infelicidad de Raafat en la escuela sale a relucir en una dolorosa carta que se escribió a sí misma en inglés, en papel de rayas, el 17 de noviembre de 1981, dirigida a «Dios» y encabezada por seis palabras en mayúsculas: «POR FAVOR - POR FAVOR - POR FAVOR»:

Estimado Dios, te quiero mucho. Dios, hay unas cuantas cosas sobre las que me gustaría preguntarte y preguntarte [*sic*] si podrías ayudarme. Lo primero, por supuesto, es que nos des una larga vida de unos 200 años (ya sabes a lo que me refiero), a mí, a toda mi FAMILIA y amigos... En segundo lugar, sigue bendiciéndonos y ayúdanos a seguir adelante... En tercer lugar, por favor, permite que mis padres puedan salir [de Libia] el viernes 27... o incluso el martes o el miércoles pero por favor después de este fin de semana... En quinto lugar, por favor mil veces por favor, que éste sea mi último año en Marymount o incluso si es posible, mis dos últimos trimestres... No separe a nuestra pequeña familia [en] Libia. Permite que las condiciones de

Libia los obliguen a irse en [sic] enero y haz que YO deje Marymount aunque es una escuela bonita, pero echo mucho de menos mi casa. Haz que este año vaya a una escuela normal, no a un internado. POR FAVOR. O haz que mis padres vengan a vivir aquí...

La referencia de Raafat a las «condiciones» de Libia tenían su motivo. Al ser un enemigo autodeclarado de Israel y Estados Unidos, Washington y Londres ya habían acusado a Libia de «terrorismo internacional». Los británicos condenaron el apoyo del coronel Gaddafi al IRA —como mínimo envió un cargamento de armas a Irlanda— y en 1984 una policía británica fue asesinada a tiros por un «diplomático» libio que se encontraba fuera de la embajada del país en Londres. Gaddafi había enviado a sicarios al extranjero para que liquidaran a sus oponentes. Occidente ya trataba a Libia como a un Estado paria, aunque Raafat al Ghossain —consciente del lugar de nacimiento de su padre y de las historias de su abuelo Fauzi sobre la vida en Jerusalén— pensaba en un país que ya no existía, a casi 2000 kilómetros al oeste de Trípoli.

«Devuélvenos nuestra tierra santa de PALESTINA, pronto y permite que toda mi familia disfrute de ella y viva allí durante mucho tiempo; si es posible, el año que viene», escribió Raafat en su carta a «Dios». En 1982, enfurecida por las matanzas de Sabra y Chatila, se unió a una marcha pacífica de protesta por las calles de Londres. En una fotografía bastante borrosa, aparece Raafat con un impermeable en Knightsbridge, y con una bandera verde, roja, negra y blanca palestina ondeando sobre su cabeza. «Asistió a varias manifestaciones —recuerda Bassam—. Todas fueron pacíficas y siempre regresaba empapada por la lluvia». En su último artículo para la revista escolar del Marymount, en 1985, Raafat escribió que «me gustaría decir una última frase y es que deseo que de Palestina, mi patria, lleguen la paz y la esperanza».

Bassam admite que a Raafat la vida le resultaba muy dura. «No quería estar lejos de nosotros. Lloraba mucho. Pero en Libia no habría podido recibir una educación tan buena. En Londres se ponía mal del estómago muy a menudo. Era algo psicológico. Padecía una fuerte alergia al polen». Pero Raafat logró superar su morriña tras cuatro largos años, en los que ganó una medalla de oro por sus cuadros y otra en teatro. El vídeo de 1985 de su graduación muestra su orgullo al vencer la soledad, consciente de que iba a continuar con su carrera como pintora en la Heatherley School of Fine Art, de Londres. Sus padres fueron a Londres en diciembre de ese mismo año, las últimas Navidades de Raafat. «Esa noche fuimos a San Lorenzo, en Beauchamp Place, pero Kinda era demasiado pequeña para salir, por lo que Raafat pidió que la dejáramos quedar en casa con su hermana —recuerda su madre Saniya—. Fue como si esa Navidad fuera muy especial para ella». Sólo un mes más tarde, el 8 de febrero de 1986, Raafat escribió en su diario: «Mi vida está cambiando. Por fin empiezo a encontrarme a mí misma, lentamente. Es fantástico poder encontrar mi verdadero yo por fin. ¡¡Libertad!!».

Bassam al Ghossain no participaba en la vida política, pero su colección de

recortes de periódico muestra la crisis cada vez mayor que se cernía sobre Libia. Gaddafi fue acusado de organizar el atentado contra un avión de pasajeros de la TWA que estalló en Grecia. El gobierno del presidente Reagan anunció que poseía pruebas claras de que la embajada libia había organizado el atentado que tuvo lugar en una discoteca de Berlín el 5 de abril de 1986, en el que murieron un militar estadounidense y una mujer turca. Posteriormente la policía berlinesa puso en entredicho la naturaleza de estas pruebas —algunos periodistas occidentales sugirieron el nombre de Siria, más que el de Libia, como posible autor del atentado—, pero por entonces Reagan estaba en el Golfo, llamando a Gaddafi «el perro loco de Oriente Próximo» y prometiendo unas represalias indeterminadas.

«Pensamos sobre todo lo que aquello significaba, sobre la posibilidad de que hubiera un ataque, pero creíamos que los estadounidenses sólo atacarían objetivos militares —dice Bassam ahora—. No se nos pasó por la cabeza que los civiles también pudiéramos llegar a ser sus víctimas. El patio de nuestra casa estaba pared con pared con la embajada francesa». Raafat iba a volver a casa para las vacaciones de Semana Santa después de pasar varios meses en su nueva escuela de Bellas Artes de Heatherley y escribió una postal entusiasmada, llena de buen humor, madurez y afecto —estaba ilustrada con una pintura francesa del sombrero de una mujer negra— desde Londres. Iba a ser el último mensaje escrito a sus padres:

Queridísimos papá y mamá:

¡Os envío esta postal porque tiene un toque de clase, como vosotros! ¡Os echo muchísimo de menos! ¡Me muero de ganas, dentro de poco voy a estar con vosotros! ¿Cómo está mi hermanita? Dadle un beso de mi parte. ¿Cómo están los abuelos? Enviadles todo mi cariño y decidles que los echo mucho de menos. Bueno, os quiero pero tengo que dejaros. Hasta el 23 de marzo, Dios mediante, ¡cuidaos!

Con todo el cariño [de] vuestra hija que quiere [sic] muchísimo...

El pasaporte libanés de Raafat muestra que pasó por el control de inmigración del aeropuerto de Gatwick el día 23, exactamente veintidós días antes de que la tripulación estadounidense del F-11 que la mató despegara de Lakenheath. Llegó a Trípoli con un ataque de alergia al polen. Raafat debía regresar a Londres la tercera semana de abril y ya se aproximaba el final de sus vacaciones cuando, el 13 de abril, pasó la noche en la casa de la familia Ghandour, unos amigos libaneses desde hacía tiempo. Empezaban a correr noticias sobre un posible bombardeo estadounidense contra el cuartel general de Gaddafi en Trípoli y contra las oficinas del servicio de inteligencia libio. Los periodistas occidentales —yo entre ellos— nos habíamos reunido en el hotel más grande de la ciudad y nos dimos cuenta de la partida apresurada de un destructor soviético la mañana del 14 de abril. «Raafat se había puesto su bata para desayunar esa mañana, y sólo hablamos sobre el posible ataque y los objetivos y si los estadounidenses atacarían a civiles —recuerda Moutassim Ghandour—. Ella no paraba de darle vueltas a este asunto. Tenía el presentimiento de que alguien cercano iba a morir. Estaba convencida de que iba a haber un ataque. Intenté hablar de política con ella. Pero Raafat no dejó de darle vueltas a lo mismo,

de hablar de los aviones que podrían llegar. No cambió de tema en tres horas. Creo que, en cierto modo, sabía que iba a morir ese mismo día».

La noche del 14, Raafat sufrió un ataque muy fuerte por culpa de la alergia, de modo que Saniya llamó al médico. «Le dijo que durmiera bien y le dio antihistamínicos y unas gotas para la nariz —recuerda su madre—. Dijo de inmediato que se sentía mejor. Hablamos sobre la escuela de arte. Y me dijo que era feliz porque había esperado hasta encontrar al hombre con el que se casaría algún día. Estaba preciosa, como una chica sobre el escenario. Bassam y Kinda entraron en la habitación y tomamos una cena ligera, un poco de queso con tomate y unos cuantos dulces que nos había regalado la mujer del embajador sirio. Dejamos que Raafat durmiera en la sala de estar, donde estaba la televisión, porque había una máquina que controlaba el polen. Yo me fui a dormir a la habitación de las niñas, y Kinda durmió con su padre en nuestra cama». En el momento casi preciso en que la familia Al Ghossain se fue a dormir, veinticuatro F-11 estadounidenses de la 48.<sup>a</sup> Ala de Aviones de Combate, de la base de la RAF de Lakenheath, despegaban con rumbo a Libia. Uno de los aviones estaba pilotado por el capitán Fernando Ribas-Dominicci de Puerto Rico y el capitán Paul Lorence de San Francisco.

Poco después de las dos de la madrugada, Saniya se despertó sobresaltada. «Se oyó un rugido tremendo y salí de la cama y grité: “¡Despierta, Bassam, los estadounidenses están aquí!”. Eché un vistazo en la sala de la televisión y vi que Raafat dormía plácidamente, así que pensé que era mejor que no la despertara. Volví a la cama». Bassam la despertó al cabo de un rato. «Oí fuego antiaéreo y en cuanto me di cuenta, tenía los pies enterrados en escombros. No podía moverme. Kinda estaba en la cama a mi lado. Gritaba. Estaba bajo una puerta. Le cogí la mano para calmarla. La puerta la había protegido cuando se desplomó el techo».

Saniya volvió a despertarse y oyó la voz de Bassam que gritaba «como si estuviera en otro planeta; era una voz que no había oído jamás. Gritaba “¡Dios mío! ¡Dios mío!” y nos estaba llamando. Yo me ahogaba por culpa del humo y el polvo. Me levanté y todo estaba a oscuras. No podía ver nada. Caminaba sobre cristales con los pies descalzos. Puse la mano en la pared del dormitorio y me di cuenta de que no había puerta. Entonces le pregunté a Bassam lo que le había ocurrido a Kinda. Me dijo: “La estoy tocando. Está viva”. Fui a la habitación de Raafat y una de las paredes se había derrumbado. Grité su nombre muchas veces. No contestó. De pronto tuve el presentimiento de que Raafat había muerto. Grité: “Bassam, Raafat se ha muerto”. Entonces salí de casa para buscar ayuda, descalza. Trípoli era como una ciudad embrujada. Las tuberías habían reventado y las calles estaban llenas de agua. Miré a nuestra casa, convertida en ruinas, y no vi a nadie, era como si hubiera estado así durante cien años. Al final, encontré a un hombre joven que se acercó hasta lo que quedaba de nuestra casa para ayudarnos». Para sorpresa de Saniya —se refleja en su cara cuando recuerda los hechos años más tarde— el salvador era un palestino que había sobrevivido a las matanzas de Sabra y Chatila de 1982, la atrocidad que había

aterrorizado sobremanera a Raafat cuando echaba de menos a su familia en Londres.

Llenas de cortes y moratones, Bassam y Kinda fueron transportados al hospital. Ninguno de los dos recuerda lo que ocurrió en las horas posteriores. Saniya se quedó en casa de unos amigos. Una bomba de mil kilos había destruido la casa de los vecinos libios de los Al Ghossain, y había matado a los cinco miembros de la familia. La explosión derribó la pared de la sala de la televisión, que cayó sobre Rafaat. Moutassim Ghandour, el amigo libanés de la familia, encontró a un equipo libio de defensa civil con una excavadora en la casa en ruinas de los vecinos, y le suplicó que buscaran a Raafat. Ya era mediodía del 15 de abril. Más tarde escribió una declaración jurada de lo que vio:

La excavadora intentó levantar el trozo de techo que había caído sobre el sofá en el que se encontraba Fafo y fue entonces cuando apareció su cara por primera vez, estaba tumbada boca arriba con la cabeza recostada en la mejilla derecha, estaba intacta, bien peinada, y un hilillo de sangre descendía de la frente hasta la mejilla izquierda. Cuando la vimos, la excavadora se detuvo y los trabajadores de emergencias se acercaron hasta ella y descubrieron que aún estaba viva. Me apartaron unos 10 metros y luego alguien gritó «Todas las almas probarán el sabor de la muerte...» junto con otros versículos sobre la muerte y el martirio del Corán. En ese momento me di cuenta de que Fafo estaba muerta.

Kinda apenas recuerda el bombardeo y era demasiado joven para comprender lo que significaba la muerte de su hermana. «Recuerdo una puerta encima de mí y una roca cerca de mi cabeza y que grité “¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!”. Mi padre estaba empapado de sangre. Yo no podía mover las piernas». Bassam estaba angustiado. En las horas posteriores, oyó que los periodistas decían que su casa no había recibido el impacto de una bomba estadounidense, sino de unos misiles antiaéreos libios. Los Estados Unidos calificaron la muerte de como mínimo treinta civiles en el ataque de Trípoli como «daños colaterales», y añadieron —en palabras del Pentágono— que «sólo un 1 o 2 por ciento de las bombas habían estallado en zonas civiles». Los Estados Unidos afirmaron que habían alcanzado todos sus objetivos, incluido el cuartel general de Gaddafi y las oficinas de los servicios de inteligencia. Una oficina de seguridad que no se encontraba muy lejos del hogar de los Al Ghossain se había visto afectada, pero la embajada francesa había sufrido unos daños mucho peores, y el hogar de los Al Ghossain había quedado prácticamente destruido. No llegó ni una sola muestra de arrepentimiento de Washington.

Un funcionario estadounidense admitió que Gaddafi había sido uno de los objetivos de la «Operación Cañón El Dorado» —fue el ataque en el que murió la hija adoptada de Gaddafi— y un informe del Pentágono afirmó posteriormente que «en lo referido al rendimiento de nuestro armamento, el ataque fue un éxito<sup>[\*]</sup>». Un oficial del Pentágono declaró a *The Washington Post* que los F-11 de Gran Bretaña se habían incorporado al ataque porque sus pilotos querían «un poco de acción<sup>[\*]</sup>». Tal vez era cierto. «Participar en ello fue la mayor emoción de mi vida —afirmó uno de los pilotos en *The Chicago Tribune*—. Es para lo que nos hemos preparado<sup>[\*]</sup>». Posteriormente el secretario de Defensa Caspar Weinberger admitió que los

estadounidenses habían matado a los civiles y que un F-111 perdido en el ataque podría haber lanzado las bombas que mataron a Raafat al Ghossain y a sus vecinos cuando fue abatido. El capitán Ribas-Dominicci y el capitán Paul Lorence pilotaban el avión maldito. Cuando volaban sobre Trípoli se le oyó gritar al primero: «¡Me han dado!» y otro, un piloto anónimo, contestó: «Lo siento». Posteriormente los libios recuperaron el cuerpo de Ribas-Dominicci en el Mediterráneo y lo devolvieron a los Estados Unidos.

Bassam aún conserva una carpeta con artículos de periódico sobre el ataque estadounidense. *The New York Times* escribió que «incluso el ciudadano más escrupuloso no puede más que aprobar y aplaudir los ataques estadounidenses contra Libia... Los Estados Unidos han investigado [a Gaddafi] de forma detenida, proporcionada y justa». El primer ministro israelí Simon Peres declaró que los estadounidenses se habían vengado por la matanza de 241 soldados en el atentado con camión bomba de Beirut, ocurrido tres años antes. Sin embargo, Gaddafi tenía tanto que ver con esa carnicería, como Sadam Husein con la tremenda matanza del 11 de septiembre del 2001. En la carpeta de Bassam al Ghossain también hay un titular de *The Times* de Londres: «Ataque destruye centro neurálgico terrorista». Debajo, en el pie de autor dice: «Por Robert Fisk, Trípoli». Mi crónica no mencionaba a «terroristas», un subdirector había modificado el titular, y tan sólo dos años más tarde *The Times* censuraría mi crónica sobre la matanza del Airbus iraní, pero Bassam al Ghossain era implacable. «Da la impresión de que éramos terroristas, dice que Raafat era una terrorista».

En el funeral colectivo que tuvo lugar tres días más tarde, deduje cuál era el féretro de Raafat porque, al vivir en el Líbano, enseguida vi la bandera libanesa y la palestina sobre ataúd. Había sido idea de Saniya. No sabía nada de la familia, pero había encontrado a la madre de Raafat, aterrorizada y aún con heridas graves. «Somos musulmanes pero tenemos un Dios —me dijo entonces—. Somos un solo pueblo. Espero que el señor Reagan lo entienda». Sobre la tumba de Raafat se puso una piedra que citaba el Corán: «Tú haces entrar la noche en el día y el día en la noche; tú haces salir la vida de la muerte y la muerte de la vida...».

Saniya quería que hubiera las banderas de todas las naciones árabes en los ataúdes de los que habían muerto en el ataque estadounidense, «porque fue culpa suya, porque no se unieron y porque, por este motivo, Raafat fue asesinada por todo el mundo árabe». Un año más tarde, Kinda, que ya contaba ocho años, le escribió una carta a su hermana muerta:

Querida Fafo:

Un día te veré. Te echo mucho de menos. Ojalá pudiera estar contigo todo el tiempo. Te quiero. Cuando moriste, todo cambió, fue mucho peor. Le grito a mamá y papá... Por favor, vuelve un día o yo iré a verte. Ven y llévame de noche y llévame a verte. Y luego vuelve a traerme. Es lo que deseo. Te quiero. Tu hermana Kinda.

Bassam se negó a visitar la tumba de su hija. En 1994 dejó su trabajo en la

compañía petrolífera nacionalizada libia y regresó a Beirut con su familia, dejando los restos de Raafat en Trípoli. «En cuanto el alma deja el cuerpo, da igual dónde esté el cuerpo —observó años más tarde—. Lo dice el Corán. Yo no creo en ir a visitar las tumbas. Soy muy creyente. Creo que un día volverás a estar con esa persona. Ir a visitar una tumba significa que estás muy unido a un cuerpo y eso está mal». Saniya no es tan estricta. «Raafat siempre quiso estar con nosotros. A veces pienso “como mínimo que nuestros huesos estén juntos”». Diecinueve años después de su muerte, en una visita a Libia en el 2005, Bassam fue a visitar el cementerio donde estaba enterrada su hija y lloró ante su tumba.

Sin embargo, la furia de Bassam nunca murió, entre otros motivos debido a que Kinda sufrió una barbaridad por la muerte de su hija. Aun padecía dolores en las piernas debido a las heridas que tuvo en la médula espinal, tardó nueve años en darse cuenta de que Raafat había muerto, cuando por fin fue a visitar la tumba de su hija en 1995. «Tuve que crecer sin ella, sin tener una hermana mayor —dice—. Tengo muchas amigas, y a veces me preguntan qué se siente al ser hija única, y a veces les cuento cómo murió Fafo en el ataque aéreo...» Hoy en día, Kinda, una joven muy guapa de veintiséis años, da clase en el departamento de pedagogía de la Deutsche Schule de Beirut. Bassam, que cree en la ley del mismo modo que cree en la justicia, escribió a Patti, la hija del expresidente Reagan, al expresidente Carter y a abogados de Gran Bretaña y los Estados Unidos en busca de alguna compensación. En los Estados Unidos le advirtieron que toda acción legal para pedir daños por la muerte de Raafat podría considerarse como un «pleito frívolo» en los tribunales. «Si no investigas una injusticia y no haces que el mundo sepa lo que te ha ocurrido, entonces la injusticia gana —dice—. Quiero que el mundo sepa lo que le ocurrió a nuestra familia... La gente dice que es una tragedia que Kinda no tenga una hermana mayor. Pero tenía una hermana, y nos la quitaron».

Entre las fotos familiares, Saniya atesora dos hojas arrugadas de papel que encontró entre las ruinas de la casa. Ambas están llenas de la letra de Raafat. Escrita, al parecer, para sí misma unos días antes de su muerte, la carta es una expresión de los temores y los celos de Raafat con respecto al mundo, pero también refleja sus esperanzas de un futuro feliz, un homenaje sombrío y conmovedor a su propia vida:

Las personas sólo son caras, imágenes, máscaras que lleva cada uno para engañar a los demás... Mientras tanto, aquí estoy observando, intentando sobrevivir, entre un grupo de actores que intentan fingir que lo entienden todo pero que, en realidad, no han entendido nada, [los] hipócritas. La vida es un juego, una apuesta, y la gente son las víctimas, los jugadores... Espero que un día encontraré ese rayo de luz, ese aliento que me insufla vida y que abra mi alma y [me] deje ser LIBRE, LIBRE, LIBRE, hasta la eternidad.

Al final de la carta Raafat dibujó las alas de cuatro pájaros blancos y grandes.

## CAPÍTULO 22

### LA SUERTE ESTÁ ECHADA

¡Qué enmarañada es la red tejida  
al decir la primera mentira!

WALTER SCOTT, *Marmion*, VI,  
introducción, est. 17

Qué pequeño parecía en esa silla de respaldo alto. Había que estar en la sala de la Asamblea General de la ONU para darse cuenta de que George Bush hijo —amenazando con la guerra en un lugar construido como casa de la paz— podía resultar un hombre tan pequeño. Aunque, claro, también Julio César fue de baja estatura, igual que Napoleón Bonaparte. Asimismo lo fueron otros dirigentes mundiales más modernos y de mención menos grata. Puestos a pensarlo, otro personaje no muy alto fue el general Douglas MacArthur, quien contó con su propio eje del mal, que lo llevó hasta el río Yalu. Sin embargo, el 12 de septiembre del 2002, transcurridas ya dos terceras partes del camino hacia la posterior declaración de guerra de George W. Bush a Iraq, aparecieron unas palabras clave, peligrosas y reveladoras, que sugerían que hablaba muy en serio cuando decía que quería enviar sus tanques al otro lado del Tigris: «Los Estados Unidos no tienen nada en contra del pueblo iraquí», declaró ante la Asamblea General de la ONU. En la tribuna de prensa nadie se movió. Por debajo de nosotros, ni un solo diplomático cambió de postura en su asiento. Hacía ya más de veinte minutos que Bush divagaba, pero los redactores del discurso sabían sin duda lo que significaba esa frase cuando la habían bosquejado a toda prisa.

Antes de que el presidente Reagan bombardeara Libia en 1986, anunció que los Estados Unidos «no tienen nada en contra del pueblo libio». Antes de bombardear Iraq en 1991, Bush padre le dijo al mundo que los Estados Unidos «no tienen nada en contra del pueblo iraquí». En el 2001, Bush hijo, a punto de arremeter contra los talibanes y Al Qaeda, nos dijo que no tenía «nada en contra del pueblo afgano». De nuevo se repetía ese mantra aterrador. Según Bush, no tenían nada —absolutamente nada— contra el pueblo iraquí. «O sea —pensé mientras garabateaba mis notas en la tribuna de prensa de la ONU— que toca ponerse el chaleco antibalas».

Aquél era quizá el lugar ideal para comprender lo lejos que podía llevarnos la obsesión del gobierno de Bush con Iraq. Los mármoles verdes y el fondo de un dorado bruñido con el símbolo de ese peligroso mundo protegido por las ramas de olivo de la ONU le proporcionaban al señor Bush un escenario digno de un

emperador, si bien uno diminuto. La televisión aplanar los rostros, otorga una falsa familiaridad a expresiones que merecerían ser estudiadas. En persona, Bush no irradiaba esa integridad pulcra e idealizada que él creía desplegar en pantalla. Observé con atención su furiosa, pugnaz forma de hablar. «El pueblo —y ahí miró a su derecha con los ojos entornados— de los Estados Unidos —y hacia arriba a la izquierda, los ojos todavía entornados— de América». En la ONU hay dos *teleprompters*, uno a la izquierda y otro a la derecha del orador. Sin embargo, Bush miró entonces al frente con los ojos abiertos, desafiante, casi apremiante, con una mezcla de inocencia y arrogancia. Nos dijo que el día anterior los Estados Unidos habían conmemorado unos atentados que «trajeron el dolor a mi país», pero no mencionó ni una sola vez a Osama bin Laden. Era a Sadam Husein a quien quería volver a presentarnos: pronunció su nombre ocho veces en todo el discurso y mencionó en quince ocasiones al «régimen iraquí».

Mientras recorría ese velo de lágrimas estadounidenses provocadas por Bin Laden y sus asesinos, también quedó claro que los planes Bush para Oriente Próximo eran de una escala mucho mayor que el simple derrocamiento de ese dirigente iraquí considerado otrora el mejor amigo de los Estados Unidos en el Golfo. Había que conseguir un Afganistán democrático —el presidente Hamid Karzai asintió con aquiescencia entre los dictadores de la Asamblea General— y había que conseguir democracia en Palestina; eso conduciría a «reformas en todo el mundo musulmán». ¿Reformas? ¿En Arabia Saudí? ¿En Jordania? ¿En Irán? Eso no nos lo dijo. La cantinela de Bush, desde luego, era una que todos conocíamos de sobra: nos habló del mal sadamita con las advertencias, las oraciones condicionales y las distorsiones históricas de costumbre. Todos sabíamos que Sadam Husein era un dictador despiadado y cruel —lo sabíamos ya cuando era amigo nuestro—, pero el presidente insistía en volver a explicárnoslo. Sadam había incumplido repetidamente las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU. Por supuesto, no mencionó que Israel había incumplido también las resoluciones 242 y 338, que exigían el fin de la ocupación del territorio palestino.

Bush habló de las decenas de miles de oponentes de Sadam Husein que habían sido arrestados, encarcelados, ejecutados sumariamente, torturados —«todos estos horrores le fueron ocultados al mundo por el aparato de un Estado totalitario»—, pero no mencionó que esas mismas palizas, quemaduras, descargas eléctricas, mutilaciones y violaciones se perpetraban también sin ningún problema cuando los Estados Unidos mantenían buenas relaciones con Iraq, antes de 1990, cuando los servicios secretos del Pentágono enviaban información a Sadam para ayudarlo a matar más iraníes.

De hecho, uno de los aspectos más reveladores del discurso de Bush fue que todos los pecados de los que acusó explícitamente a los iraquíes —buena parte de los cuales, sin duda, serían ciertos— empezaban en el decisivo año de 1991. No mencionó que Sadam incumplía las resoluciones de la ONU cuando los

estadounidenses lo ayudaban. Bush habló unas cuantas veces de los ataques con gas a Irán... sin decir que se suponía que ese mismo Irán había pasado a formar también parte del «eje del mal».

Fuimos asimismo testigos de sus problemas gramaticales y de esos trucos a los que recurren los historiadores cuando no encuentran pruebas para demostrar que Ricardo III mató verdaderamente a los príncipes en la torre. De no haber sido por la guerra del Golfo de 1991, Iraq «seguramente» habría poseído armas nucleares en 1993. Iraq «conserva la infraestructura física necesaria para fabricar» un arma nuclear; lo cual no era exactamente lo mismo que llegar a fabricarla. La oración «en caso de que Iraq adquiriera material fisible...» no significaba que lo hubiese adquirido.

El hecho de que nos dijeran que el entusiasmo iraquí por los científicos nucleares «deja pocas dudas» respecto de su afán por hacerse con armamento nuclear no era lo mismo que demostrar que había fabricado esas armas. ¿Eran ésas las pruebas con que los Estados Unidos declararían la guerra?

La ONU —pues ése era el mensaje del emperador a los delegados sentados ante él— podía tomarlo o dejarlo, sumarse a los Estados Unidos en la guerra o acabar como aquella vieja mula, la Liga de Naciones. Bush mencionó la Liga y la desacreditó tildándola de mentidero, sin añadir que los Estados Unidos se habían negado a entrar en ella<sup>[1]</sup>. No obstante, estaba claro que pretendía vender la guerra como consecuencia del 11 de septiembre del 2001. «Lo que más tememos es que los terroristas encuentren un atajo hacia sus descabelladas ambiciones si un régimen al margen de la ley les suministra la tecnología necesaria para matar en masa», dijo. Allí estaba: Osama bin Laden era lo mismo que Sadam Husein y —quién sabe— que Irán, Siria o cualquier otro país.

Si el 11 de septiembre del 2001 las producciones de Al Qaeda habían superado a Hollywood, las producciones de Bush se llevaban el premio a la mejor caracterización, puesto que habían convertido a Osama bin Laden en Sadam Husein, y en iraquíes a los terroristas saudíes de Al Qaeda que habían secuestrado los aviones. El centro creativo de los Estados Unidos, tal como señalaría un columnista tras la invasión de Iraq, ya no se encontraba en Nueva York ni en Los Angeles; en aquel momento era Washington, «donde cada día se crea más ficción<sup>[\*]</sup>». ¿Quién habría creído, un año antes, que serían las rasuradas facciones de Sadam Husein las que tendríamos que odiar, y no los rasgos sin afeitar de Osama bin Laden? Como de costumbre, nuestros reporteros de periódicos y televisiones hicieron la vista gorda. ¿Acaso no era cometido de los periodistas preguntar por qué había cambiado tan de repente el panorama? «¿Cuándo se ha producido ese cambio?», pregunté durante una conferencia en Nueva York. Al catedrático Robert Alford, del Centro de Graduados de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, le agradezco que me iluminara: sucedió más o menos cuando se produjo el escándalo de Enron<sup>[2]</sup>.

Durante meses me había resistido a creer en esa futura guerra. Simon Kelner, mi director de *The Independent*, estaba de acuerdo conmigo. «Dudo que vaya a haber

una guerra por lo de Iraq», decía. Leonard Doyle, mi director de internacional, no lo tenía tan claro. Sin embargo, cuando Bush terminó de hablar el 12 de septiembre del 2002, salí de la Asamblea General, fui a buscar una cabina telefónica y marqué un número de Londres. «Leonard, me equivocaba —dije—. Jamás había visto a un hombre tan arrogante... Y habla muy en serio. Va a haber guerra».

Al recordar ahora esos extraordinarios meses pasados, parece que los hubiésemos vivido en un sueño: Bush; su obediente y formal socio, el primer ministro británico, Tony Blair; y todos los que pensábamos que ese futuro conflicto era una locura. Avanzábamos hacia el abismo a la deriva, conscientes, despiertos aunque dormidos, a sabiendas de que podíamos protestar contra ese disparate —y lo hicimos, con palabras, en las calles—, y aun así contemplábamos hipnotizados cómo unos sonámbulos llevaban a nuestros países a la guerra. Hitler comentó una vez que había «avanzado por el camino que dicta el destino». Sadam Husein siempre lo había hecho. También así, por lo visto, pensaba de sí mismo Osama bin Laden. No obstante, esta vez eran Bush y Blair los que caminaban por esa misma senda omnisciente y vana.

Ya habíamos visto la naturaleza de los nuevos Estados Unidos que Bush estaba erigiendo sobre las ruinas del World Trade Center, ese mundo extrajudicial y cruel que se alimentaba de la sangre y las almas de todos los que habían muerto el 11 de septiembre del 2001. Prisioneros maniatados, encapuchados, sedados; trasladados a un remoto rincón del mundo donde podrían ser ejecutados, donde las leyes de los derechos humanos quedaban en suspenso. Se tardó un tiempo en comprender que Guantánamo era un espejo del trato que da a sus detractores toda dictadura de Oriente Próximo. Con grilletes, con capuchas, con amenazas de muerte por parte de «tribunales» que no dejaban mucha libertad de acción a la defensa ni a la inocencia. Así era como trataban todas las policías secretas árabes a los enemigos del régimen. Ése era el trato que recibieron los rehenes occidentales de Beirut en la década de 1980, ésa era la «justicia» que los jueces de los ahorcamientos iraníes administraban a sus enemigos, lo que los insurgentes de Iraq harían con sus prisioneros. Y los periodistas éramos cómplices de ese proyecto. ¿Acaso no había aconsejado personalmente a Bush el presidente de la cadena de informativos Fox News, Roger Ailes, que tomara «las medidas más duras posibles» contra quienes habían atacado a los Estados Unidos?

En los meses siguientes, nuestros mayores temores en cuanto a esa nueva forma de «justicia» se hicieron realidad: torturas, humillaciones sexuales, asesinatos durante interrogatorios, violaciones, muertes extrajudiciales... por parte de las tropas estadounidenses y británicas, por parte de nuestros despiadados aliados en la «guerra contra el terror», por parte de todos los que estaban convencidos de que nuestra causa —la democracia, la libertad— debía defenderse por todos los medios, aunque esos medios destruyeran la democracia y la libertad que afirmábamos estar defendiendo. Mientras nos preparábamos para la siguiente fase de la «guerra contra el terror» —la

invasión de Iraq—, dejamos que la traición de Afganistán desapareciera de la memoria colectiva y, lo que es aún más grave, hicimos caso omiso de las lecciones que podía habernos ofrecido ese Afganistán post-talibán. Preferimos no prestar demasiada atención a la forma en que nosotros —los liberadores, los vencedores, los portadores de libertad— habíamos tratado a los afganos, contra quienes «no teníamos nada», por supuesto.

La «guerra contra el terror» llegó al pueblo afgano de Hachbirgit la medianoche del 22 de mayo del 2002. Hach Birgit Jan, el barbado jefe de ochenta y cinco años del poblado pastún y cabeza de 12 000 familias tribales locales, se había tendido a descansar en la hierba frente a su casa. Más al sur, Faqir Mohamedin dormía sobre la arena entre sus ovejas y sus cabras cuando oyó «unos aviones grandes que se movían en el cielo». Allí hace tanto calor, incluso de noche, que muchos aldeanos pasan las horas de oscuridad al aire libre, aunque Mohamedin y su familia estaban dentro del recinto de su casa de paredes de adobe. En Hachbirgit vivían 105 familias, y todas despertaron con el estruendo de los motores de los helicópteros, el golpeteo de las palas de los rotores y los gritos de los estadounidenses.

Hach Birgit Jan fue visto corriendo con dificultad desde su jardín hacia la mezquita de muros blancos del pueblo, un edificio rectangular de cemento con un solo altavoz y unas cuantas alfombras raídas. Muchos hombres armados fueron vistos corriendo tras él. Hakim, un pastor, vio que los hombres de los helicópteros perseguían al anciano hasta el interior de la mezquita y oyó el estallido de unos tiros. «Cuando nuestra gente lo encontró, ya lo habían matado de un balazo en la cabeza — dice, señalando abajo. En el suelo de cemento de la mezquita hay un agujero de bala con una mancha de sangre al lado—. Encontramos trozos de su cerebro en la pared».

Se produjeron explosiones en patios y entradas de todo el pueblo. «Los estadounidenses nos lanzaban granadas de estruendo y de humos —recuerda Mohamedin—. Las lanzaban a montones, y no dejaban de gritar y chillar. No entendíamos su idioma, pero entre ellos había también guerreros afganos, afganos con la cara pintada de negro. Muchos empezaron a atar a nuestras mujeres, nuestras propias mujeres, y los estadounidenses les quitaban los burqas, los velos, para verles la cara. Entonces vimos a la niña que echaba a correr». Abdul Satar dice que la pequeña tenía tres años, que salió de su casa corriendo y chillando de miedo, que se llamaba Zarguna, que era hija de un hombre llamado Abdul-Shakur —muchos afganos, como hemos visto, sólo tienen un nombre— y que alguien la vio caer en el pozo del pueblo, de 18 metros de profundidad, al otro lado de la mezquita. Durante la noche se ahogaría allí, sola, con la columna vertebral rota probablemente a causa de la caída. Otros niños encontraron el cadáver por la mañana. Los estadounidenses no repararon en ella. Por la descripción que hicieron los aldeanos de su vestimenta, parece que entre ellos había soldados de las fuerzas especiales estadounidenses y

también afganas, las salvajes e indisciplinadas unidades comandadas desde el antiguo cuartel general de la policía secreta Jad de Kabul. También había 150 soldados de la 101.<sup>a</sup> División Aerotransportada de los Estados Unidos, cuya base se encuentra en Fort Campbell, en Kentucky. Pero Fort Campbell queda muy lejos de Hachbirgit, que se encuentra en pleno desierto, a 80 kilómetros de la ciudad de Kandahar, en el sudoeste del país; y los estadounidenses estaban obsesionados con una sola idea: que en el pueblo se escondían cabecillas talibanes y del movimiento Al Qaeda de Osama bin Laden.

Un antiguo miembro de una unidad de las fuerzas especiales aliadas de la coalición de los Estados Unidos me ofreció su propia explicación sobre el comportamiento estadounidense cuando me reuní con él en Kandahar unos días después. «Cuando nosotros llegamos a un pueblo y vemos a un campesino con barba, vemos a un campesino afgano con barba —dijo—, pero cuando los estadounidenses llegan a un pueblo y ven a un campesino con barba, ven a Osama bin Laden».

Ordenaron a las mujeres y a los niños que se reunieran en un extremo de Hachbirgit. «Nos empujaron y nos sacaron de mala manera de las casas —explica Mohamedin—. Algunos de los soldados afganos nos insultaban. No dejaban de lanzar granadas contra nuestros hogares». Al día siguiente, los pocos aldeanos que lograron huir recogieron las granadas de estruendo con la ayuda de los niños. Las había a decenas, pequeños botes cilíndricos de color verde con nombres y códigos grabados a un lado. En una decía «7 BANG Delay: 1,5 secs NIC-01/06-07», en otra «1 BANG, 170 dB Delay: 1,5 secs». Otro cilindro llevaba la siguiente inscripción: «DELAY Verzögerung ca. 1,5 secs». Ésas fueron las granadas que aterrorizaron a Zarguna y acabaron por provocar su muerte. Suelen formar parte del equipo regular de las fuerzas especiales estadounidenses y las fabrica en Hamburgo, Alemania, la empresa Nico-Pyrotechnik, de ahí el «NIC» de muchos de los cilindros, «dB» significa *decibelios*. Muchas de las fechas grabadas muestran que las granadas no hacía mucho que se habían fabricado, las había hasta de marzo del 2002. La empresa alemana se refiere a ellas oficialmente como «cartuchos de sonido y fogonazo (estruendo) de 40 por 46 mm». Pero los estadounidenses también dispararon balas. Muchas acribillaron un viejo coche en el que dormía otro aldeano, un taxista llamado Abdulá, que resultó gravemente herido. Igual que el hijo de hach Birgit Jan.

Un portavoz del ejército estadounidense declararía más tarde que los soldados estadounidenses «fueron atacados» desde el pueblo y que habían matado a un hombre y habían herido a dos «supuestos talibanes o miembros de Al Qaeda». La insinuación de que hach Birgit Jan, con sus 85 años, fuera el francotirador resulta ridícula. Los dos heridos eran seguramente el hijo de Jan y Abdulá, el taxista. La alegación estadounidense de que se trataba de talibanes o miembros de Al Qaeda era falsa sin lugar a dudas, ya que ambos fueron liberados con posterioridad. «Algunos de los afganos que los estadounidenses se llevaron consigo gritaban a los niños que dejaran de llorar —recuerda Faqir Mohamedin—. Nos obligaron a tumbarnos y nos ataron las

muñecas con unas esposas de plástico. Cuanto más tirábamos, más se cerraban y más daño hacían. Después nos vendaron los ojos y nos empujaron hacia los aviones dándonos puñetazos mientras intentábamos caminar». Los estadounidenses se llevaron a los helicópteros a un total de 55 hombres del pueblo, maniatados y con los ojos vendados. Mohamedin estaba entre ellos. También Abdul-Shakur, que todavía no sabía que su hija estaba pereciendo en el pozo. El prisionero afgano número 56 que cargaron en el helicóptero ya estaba muerto: los estadounidenses decidieron llevarse consigo el cadáver de ochenta y cinco años de hach Birgit Jan.

Cuando los helicópteros aterrizaron en el aeropuerto de Kandahar —cuartel general de la 101.<sup>a</sup> Aerotransportada— todos los aldeanos, según sus propias declaraciones, fueron trasladados a un contenedor. Les ataron las piernas y luego hicieron pasar las esposas y el grillete de una pierna de cada uno de ellos por unos postes clavados en el suelo del contenedor. Les taparon la cabeza con unos sacos tupidos. Abdul Satar fue de los primeros en salir de esa diminuta cárcel de calor asfixiante. «Dos estadounidenses entraron y me arrancaron la ropa —dijo—. Si la tela no se rompía, la cortaban con unas tijeras. Me sacaron desnudo para afeitarme la barba y hacerme una fotografía. ¿Por qué me la afeitaron? Había llevado barba toda la vida».

Después de rasurarle la barba también a él, Mohamedin fue conducido desnudo a una tienda de interrogatorios donde le quitaron la venda que le cubría los ojos. «En la sala había un intérprete afgano, un pastún con acento de Kandahar, y soldados estadounidenses, tanto hombres como mujeres —explica—. Yo estaba allí desnudo delante de ellos y con las manos atadas. Algunos estaban de pie, otros sentados a un escritorio. Me preguntaron: “¿A qué se dedica?”, y yo les dije: “Soy pastor, ¿por qué no les preguntan a sus soldados qué estaba haciendo?”. Dijeron: “Díganoslo usted”, y luego preguntaron: “¿Qué clase de armas ha utilizado?”. Les dije que no había usado ningún arma. Uno de ellos preguntó: “¿Usó un arma durante la etapa [de ocupación] rusa, durante la guerra civil o durante la etapa talibán?”. Les expliqué que estuve refugiado durante mucho tiempo».

Por los testimonios de los aldeanos es imposible averiguar qué unidades estadounidenses participaron en esos interrogatorios. Algunos soldados estadounidenses llevaban boinas con insignias amarillas o marrones, otros iban de paisano pero, por lo visto, llevaban sombreros de camuflaje. El intérprete afgano iba vestido con el tradicional *shalwar kamiz*. Hakim soportó un interrogatorio bastante más largo; igual que Mohamedin, dice que estuvo desnudo delante de sus interrogadores. «Me preguntaron por mi edad y mi profesión. Les dije que tenía sesenta años y que era campesino. Me preguntaron: “¿Hay árabes, talibanes, iraníes o extranjeros en su pueblo?”. Les dije que no. Me preguntaron: “¿Cuántas habitaciones tiene su casa, tiene teléfono vía satélite?”. Les dije: “No tengo teléfono, ni siquiera tengo electricidad”. Me preguntaron: “¿Los talibanes eran buenos o malos?”, y yo les contesté que los talibanes nunca estuvieron en nuestro pueblo, así que no tenía

información sobre ellos. Entonces me preguntaron: “¿Y los estadounidenses? ¿Qué clase de personas son los estadounidenses?”. Yo les respondí: “Hemos oído decir que nos han liberado con [el presidente Hamid] Karzai y que nos ayudan... pero no sabemos qué crimen hemos cometido para que nos traten así”. ¿Qué iba a decirles?»

Unas horas después, los aldeanos de Hachbirgit, vestidos con ropas de un amarillo chillón, fueron conducidos a una serie de jaulas de alambre que había dispuestas sobre la arena de la base aérea —una versión en miniatura de la bahía de Guantánamo— y allí les dieron pan, galletas, arroz, judías y agua embotellada. Los niños y los adultos fueron encerrados en jaulas separadas. No hubo más interrogatorios, pero los tuvieron allí otros cinco días. Durante todo ese tiempo, los estadounidenses estuvieron intentando descubrir la identidad del hombre de ochenta y cinco años. No preguntaron a sus prisioneros —que lo habrían identificado al instante—, aunque tal vez los interrogadores no querían que supieran que había muerto. Al final, los estadounidenses le dieron una fotografía del rostro del cadáver a la Cruz Roja Internacional. Mediante sus trabajadores de Kandahar, la organización supo en seguida que el anciano era quizá uno de los jefes tribales más importantes al oeste de la ciudad.

«Cuando por fin nos dejaron salir de las jaulas, había cinco asesores estadounidenses esperando para hablar con nosotros —dice Mohamedin—. Con la ayuda de un intérprete, nos dijeron que querían que aceptásemos sus disculpas por habernos tratado mal. Dijeron que lo sentían. ¿Qué íbamos a decir nosotros? Eramos prisioneros. Uno de los asesores dijo: “Os ayudaremos”. ¿Eso qué significa?» Una flota de helicópteros de los Estados Unidos llevó a los 55 hombres al estadio de fútbol de Kandahar —otro escenario de ejecuciones talibanes—, donde fueron liberados, vestidos aún con la indumentaria de la cárcel y todos con un número en un brazalete identificador de plástico que llevaban atado a la muñeca. «Ident-A-Band Bracelet made by Hollister», decía en todos ellos. Fue entonces cuando los hombres se enteraron de que hach Birgit Jan había muerto en el ataque, hacía una semana. Y fue también entonces cuando Abdul-Shakur supo que su hija Zarguna había fallecido.

El Pentágono dijo en un principio que le resultaba «difícil de creer» que las mujeres del pueblo hubiesen sido maniatadas. Sin embargo, las descripciones idénticas del tratamiento de mujeres afganas después de un bombardeo estadounidense en los festejos de una boda en Uruzgán —posterior al ataque de Hachbirgit— parecen corroborar que los estadounidenses, o sus aliados afganos, hicieron justamente eso. Un portavoz del ejército de los Estados Unidos afirmó que sus soldados habían encontrado en el pueblo «objetos de valor para los servicios secretos», armas y una gran cantidad de dinero. Nunca explicaron cuáles eran esos «objetos». Las armas, casi con total seguridad, eran para defenderse y protegerse de los ladrones. Lo del dinero aún provoca la ira de los aldeanos. Abdul Satar explica que le quitaron 10 000 rupias pakistaníes (unos 167 dólares). Hakim dice que perdió todos sus ahorros, 150 000 rupias (2500 dólares). «Cuando nos liberaron, los

estadounidenses nos dieron 2000 rupias a cada uno —relata Mohamedin—. Eso son sólo 40 dólares. Queremos el resto de nuestro dinero».

Sin embargo, una tragedia mucho mayor esperaba a los hombres a su llegada a Hachbirgit. Durante su ausencia —sin armas con que defender los hogares, el anciano del pueblo muerto y muchos de los hombres prisioneros de los estadounidenses—, los ladrones habían hecho incursiones en Hachbirgit. Un grupo de hombres de la provincia de Helmand, cuyo jefe había sido un cruel y codicioso guerrero muyahidín que luchó contra los rusos, arrasaron el pueblo en cuanto los estadounidenses se llevaron a los hombres. Noventa y cinco de las 105 familias habían huido a las colinas y habían abandonado sus hogares de adobe al pillaje.

Las inquietantes y espantosas preguntas que le vienen a la mente a todo el que cruza hoy el desierto en dirección a Hachbirgit son evidentes. ¿Quién dijo a los estadounidenses que atacaran el pueblo? ¿Quién dijo que allí había cabecillas talibanes y de Al Qaeda? En la actualidad, Hachbirgit es un pueblo fantasma, la mayoría de sus casas están abandonadas. El ataque estadounidense no obtuvo ningún resultado. Apenas quedan los cuarenta aldeanos que se reunieron alrededor de la tumba de piedra de Zarguna unos días después para presentar sus respetos a la memoria de la niña. «Somos gente pobre... ¿Qué podemos hacer?», me preguntó Mohamedin. La «guerra contra el terror» del presidente Bush, su lucha de «el bien contra el mal», había descendido sobre el pueblo inocente de Hachbirgit.

Y ahora Hachbirgit está muerto.

Pasé parte del insípido verano del 2002 en Afganistán, intentando aprender el significado de «liberación». Si lo sucedido en Hachbirgit era lo habitual —y en seguida se supo que sí—, ¿qué sucedería con el pueblo de Iraq si decidíamos «liberarlo» de Sadam Husein? ¿Cómo reaccionarían los iraquíes a ese mismo tratamiento?

Me encontraba un día en mi pequeño hotel de Kandahar cuando los muchachos de las fuerzas especiales estadounidenses irrumpieron en él. Uno llevaba traje de faena en tonos de arena para gatos y un sombrero de camuflaje; otro vestía de paisano, era barrigudo y llevaba vaqueros. En el interior de sus todoterrenos se entreveía el brillo de las armas. Querían saber si un hombre llamado Harzat se hospedaba en el hotel. No dijeron por qué, ni quién era Harzat. El conserje no había oído nunca ese nombre. Los cinco hombres se marcharon, nada sonrientes, y se incorporaron a toda velocidad a la carretera principal. «¿Por qué me han hablado así? —me preguntó el conserje—. ¿Quiénes se han creído?» Era mejor no contestar.

«El pueblo afgano esperará durante algo más de tiempo toda la ayuda que le han prometido —masculló el oficial del distrito de Maiwand pocas horas después—. Creemos que los estadounidenses quieren ayudarnos. Nos han prometido ayuda y tienen un poco más de tiempo para demostrar que lo dicen en serio. Después...» No

tenía que decir más. En Maiwand, ese horno del desierto gris al oeste de Kandahar donde Malalei, la joven heroína, había cargado contra los cañones británicos en la segunda guerra afgana, los estadounidenses no ayudaban, sino que atacaban.

Sin embargo, aun cuando el ejército de los Estados Unidos intentara dedicarse al trabajo humanitario, las ONG occidentales —organizaciones no gubernamentales que trabajaban con la ONU— preferían mantenerlo a cierta distancia. Como dijo con una franqueza devastadora un cooperante británico en Kandahar: «Cuando se produzca un reacción violenta en contra de los estadounidenses, queremos que la diferencia entre ellos y nosotros esté muy clara». No dejaba de oír esa frase en Afganistán. «Cuando se produzca la reacción violenta...» Cada vez estaba más cerca. Los estadounidenses eran atacados casi cada noche. En Kandahar se habían producido tres tiroteos y un oficial estadounidense había resultado herido en el cuello cerca del aeropuerto a mediados de julio del 2002. Los soldados estadounidenses ya no podían salir a cenar a los restaurantes de la ciudad. Las fuerzas de los Estados Unidos eran atacadas en la provincia de Jost. Dos auxiliares afganos habían perdido la vida y cinco soldados estadounidenses habían sido heridos cerca de la frontera con Pakistán a finales de julio.

Para las ONG de Kabul, el peligro estaba en la zona gris —una zona deliberadamente gris, según ellos— que los estadounidenses habían propiciado entre las operaciones militares y la ayuda humanitaria. «En Kunduz tienen lo que denominan un “equipo de coordinación humanitaria” que ha reparado un ala de un hospital de la localidad y ha participado en la reconstrucción de varios puentes destruidos —explicó el británico—. Algunos de los hombres que estaban con ellos iban vestidos de civiles pero llevaban armas. Tuvimos que hacer algo, porque los afganos empezaban a creer que nuestra organización de ayuda también tenía armas. Los Estados Unidos nos dijeron que sus hombres no llevaban armas abiertamente ni iban vestidos de uniforme por deferencia a los jefes tribales locales. Al final tuvimos que llevar el asunto hasta Washington».

No era difícil ver los peligros que entrañaba aquello. En Kabul, los estadounidenses gestionaban una organización llamada CJCMOTF (Fuerza de Trabajo de Operaciones Conjuntas Civiles y Militares de la Coalición), cuya misión, según decía un documento oficial, consistía en «competencias en suministros, transporte, medicina, derecho, ingeniería y asuntos civiles». Desde su sede central de Kabul mantenía «contacto diario con [la] embajada estadounidense». La descripción de su personal incluía a «médicos, veterinarios, abogados, ingenieros de caminos, profesores, bomberos, empleados de la construcción, directivos», pero su experiencia militar era amplia: «Tormenta del Desierto, operación Alfa-Kilo, Panamá, Haití, Somalia, Bosnia, Kosovo». También estaba el CHLC (Centro de Coordinación Humanitaria de la Coalición) de Mazar-e-Sharif, cuyo objetivo era la coordinación entre «la comunidad de asistencia [*sic*] y la coalición militar» y que se dedicaba a «reconstruir instalaciones públicas, 14 escuelas, proporcionar un generador para la

terminal del aeropuerto, una clínica médica, una clínica veterinaria y una biblioteca». Sin embargo, entre sus funciones también se contaba la «información de seguridad», un «canal de comunicación con los comandantes de la coalición, la embajada estadounidense y USAID» y —cosa interesante— «suministros de todo tipo, por ejemplo, rollos de alambre de espino». No se sabía muy bien cómo, la reconstrucción de colegios se había mezclado con la provisión de alambre de espino.

Eso hacía estremecerse a las organizaciones de ayuda. «Les tengo prohibida la entrada a nuestro recinto a todas las fuerzas de la coalición y nunca me reúno con ellos en público —me explicó en Kabul un trabajador humanitario australiano—. Les digo que, si quieren ponerse en contacto conmigo, me envíen un correo electrónico. Sólo me reúno con ellos en determinados despachos de la autoridad pública. Sí, por supuesto que nos preocupa que la gente nos confunda con los militares... Es que no tienen la menor idea de cómo tratar con el conjunto social, cultural y político de la vida de aquí. En realidad no les interesa. Lo único que quieren es librar una “guerra contra el terror”. No creo que les preocupe».

No se trataba de un trabajador cualquiera, sino de un coordinador occidental que gestionaba millones de dólares en ayuda internacional. Igual que su personal, sabía lo mucho que enfurecía a los afganos la creciente presencia estadounidense en el país. Mientras Washington continuara pagándoles un salario particular a los caciques locales —entre ellos algunos adversarios del presidente Hamid Karzai—, seguiría existiendo una especie de tregua, pero los afganos empezaban a ver con ojos suspicaces las actividades estadounidenses en su país y su furia se veía avivada por los bombardeos que mataban a centenares de afganos inocentes.

Tras el bombardeo en los festejos de una boda en Uruzgán el 30 de junio del 2002 —el número de muertos fue de 55—, los pastunes ofrecieron atroces testimonios de cómo las tropas de los Estados Unidos impidieron que los supervivientes ayudaran a los heridos. Les enfureció especialmente saber que habían fotografiado los cadáveres desnudos de mujeres afganas. No era difícil encontrar una explicación: las fuerzas estadounidenses, para realizar su propia investigación, debían de haber sacado fotografías de los muertos del bombardeo de Uruzgán y, puesto que las bombas suelen desgarrar la ropa de las víctimas, los cadáveres de las mujeres afganas debían de estar desnudos. Era facilísimo darse cuenta de que eso podía convertir en enemigos a los posibles amigos afganos. Las guerrillas empezaron a dirigir sus ataques cada vez más contra fuerzas afganas leales al gobierno, o contra narcotraficantes locales que estaban a buenas con los estadounidenses. Igual que los primeros asaltos de los muyahidines contra los rusos después de la invasión soviética de 1980 solían ir contra los afganos comunistas aliados de Moscú, estos nuevos ataques se dirigían contra los aliados afganos de los Estados Unidos. Si los Estados Unidos invadían Iraq, ¿a quiénes atacarían allí los insurgentes?

Un integrante de las fuerzas especiales australianas tenía su propia opinión sobre el asunto. Nos reunimos en un jardín de Kandahar, con la hierba crecida y las rosas

medio marchitas después de todo un día de calor; teníamos los ojos, la nariz, la boca, las uñas, todo cubierto de polvo. Sin embargo, su mensaje fue muy claro: «Ésta es una guerra secreta —me dijo—. Y es una guerra sucia. Usted no sabe lo que está sucediendo». Por supuesto, no querían que lo supiéramos. En una «guerra contra el terror», los periodistas deben guardar silencio y confiar en que los buenos ajusten las cuentas a los malos sin preocuparse demasiado por los derechos humanos.

¿Cuántos derechos humanos les respetaron a sus víctimas los asesinos de masas del 11-S? O estás con nosotros o contra nosotros. ¿De qué lado estás? Sin embargo, el hombre del jardín de Kandahar estaba preocupado. Era uno de los «aliados de la coalición», como gustaban de llamar los Estados Unidos a los necios que los habían seguido a toda prisa hasta el muladar de Afganistán. «Los estadounidenses ya no saben qué hacer aquí —prosiguió—. Hasta los interrogatorios les han salido mal». Y de una forma brutal, por lo que parecía. Las primeras semanas del 2002, los americanos asaltaron dos pueblos afganos, mataron a diez policías del gobierno de Hamid Karzai, respaldado por los Estados Unidos, y empezaron a maltratar a los supervivientes. Los periodistas estadounidenses —en un insólito despliegue de valentía ratonil entre la autocensura de sus crónicas habituales— citaron a prisioneros que explicaban que las tropas estadounidenses los habían golpeado. Según los funcionarios occidentales de Kandahar, las tropas estadounidenses «daban palizas a los prisioneros».

El 17 de marzo, soldados estadounidenses arrestaron al menos a treinta hombres de la Alianza del Norte en Hauzimated, en la provincia de Kandahar: según dieciocho de los prisioneros, los estadounidenses se negaron a escucharles cuando les explicaron que eran aliados y, creyéndolos talibanes, propinaron puñetazos, patadas y rodillazos a los cautivos antes de encerrarlos en jaulas durante cuatro días<sup>[\*]</sup>. Después los liberaron con una disculpa.

Sin embargo, las cosas habían cambiado. Las fuerzas estadounidenses dejaban las palizas para sus aliados afganos, sobre todo a los miembros de las denominadas fuerzas especiales afganas, los matones financiados por Washington del antiguo centro de torturas del Jad, en Kabul. «Ahora son las fuerzas especiales afganas las que golpean a los prisioneros pastunes para obtener información... no los estadounidenses —declaró un miembro de las fuerzas especiales australianas—. Pero la CIA está allí durante las palizas, así que los estadounidenses son culpables porque permiten que suceda».

Así fue como empezaron los estadounidenses en Vietnam. Al principio se presentaban muy íntegros y acompañados de consejeros, pero después se produjeron varios incidentes de «eliminación del interrogado» y, después de eso, fueron los muchachos de los servicios secretos vietnamitas los que infligían las torturas. Lo mismo sucedió con los rusos. Cuando sus soldados cruzaron la frontera en 1979, en seguida hicieron que fuesen sus aliados afganos del Parcham y la policía secreta del Jad quienes llevasen a cabo los interrogatorios «serios». Y, si eso era lo que se traían

entre manos los estadounidenses en Afganistán, ¿que ocurría con los prisioneros en Guantánamo? ¿O, para el caso, en Bagram, la base aérea al norte de Kabul a la que se enviaba a todos los prisioneros de Kandahar para ver si los interrogadores de allí creían que sus cautivos tenían más que decir? ¿Y las víctimas civiles de los bombardeos aéreos cada vez más promiscuos de los estadounidenses? Si tantos cientos de civiles morían en todo Afganistán a causa de esos bombardeos, ¿cuántos morirían en Iraq si Washington desviaba sus fuerzas a Mesopotamia<sup>[3]</sup>?

Por supuesto, también era posible distanciarse un poco de la terrorífica aventura afgana de los Estados Unidos y prestar atención a otras cosas, como los milagros obrados por los trabajadores humanitarios en el período subsiguiente a la derrota de los talibanes. Unicef informó de que ya había 486 profesoras impartiendo clases en las cinco provincias del sudoeste del país, donde 16 674 niñas iban al colegio. Sólo en Uruzgán, donde los talibanes habían sido más fuertes, no había ninguna maestra contratada en los colegios. Los funcionarios de la ONU podían jactarse de que en esas mismas provincias empobrecidas se había logrado erradicar la polio casi por completo. Sin embargo, la ONU ya luchaba contra la polio antes de la caída de los talibanes, y los fármacos cuya producción habían prohibido éstos volvían a estar en el mercado. En la provincia de Helmand volvían a cultivarse los campos de adormidera, y en Uruzgán los caudillos locales intentaban evitar el control gubernamental para mantener sus nuevos centros de producción de amapola. En Kabul, donde en siete meses habían sido asesinados dos ministros del gobierno, el presidente Karzai iba protegido —a petición propia— por guardaespaldas estadounidenses. No había que ser analista político para ver qué clase de mensaje transmitía eso a los afganos.

El miembro de las fuerzas especiales australianas lo veía de una forma más global. «Los estadounidenses a lo mejor podrían iniciar la retirada si empezara otra guerra... si declararan la guerra a Iraq. Los Estados Unidos no pueden gestionar dos guerras al mismo tiempo. Su capacidad no da tanto de sí». Clarividentes palabras para julio del 2002. Por lo visto, para poner fin a la «guerra contra el terror» de los Estados Unidos en Afganistán —una guerra que ha puesto en manos de los narcotraficantes de la Alianza del Norte un control desproporcionado del gobierno afgano, que ha dejado a muchos hombres de Al Qaeda en libertad y poca paz en el país— teníamos que pasar por otra guerra en Iraq.

Durante todo el 2002 estuve cruzando el Atlántico de un lado a otro, informando desde Oriente Próximo y dando conferencias en los Estados Unidos. A veces llegaba un viernes por la tarde a Nueva York y al lunes siguiente ya enviaba artículos desde El Cairo. Es probable que ninguna otra persona viajara tanto entre Oriente y Occidente ese año, y fue una experiencia paradójica ver cómo la polémica de un continente sobre el otro —la polémica estadounidense sobre los musulmanes árabes u Oriente Próximo— estaba tan apartada de la realidad como los solecismos dedicados por los musulmanes árabes a la única superpotencia del mundo. Ambas partes del mundo parecían haberse recluido en sus propias fantasías y sus miedos, y eso tuvo

extraños resultados.

En Washington, antes del amanecer del 11 de septiembre del 2002, el primer aniversario de los atentados, di un rápido paseo por seis canales de televisión estadounidenses y vi caer las torres gemelas al suelo dieciocho veces. En las escasas referencias a los terroristas suicidas que cometieron los crímenes no se mencionó el hecho de que fueran árabes. La semana anterior, *The Washington Post* y *The New York Times* habían realizado atroces esfuerzos por separar la cobertura informativa de Oriente Próximo de la conmemoración del 11-S, como si, de no hacerlo, cometieran alguna clase de sacrilegio o incurrieran en el mal gusto. «La administración se enfrenta al desafío de ofrecer una explicación coherente y convincente de la conexión entre el peligro iraquí y los atentados del 11 de septiembre» fue todo lo que *The Washington Post* llegó a apuntar respecto de que pudiera haber algo turbio... y no lo dejaba caer hasta el séptimo párrafo de un editorial de ocho. Todas las referencias a Palestina, a los asentamientos judíos ilegales o a la ocupación israelí de tierra árabe fueron sencillamente borradas de la conciencia pública esa semana. Cuando Hanan Ashrawi, la más humanitaria de las mujeres palestinas, intentó dar una conferencia en Colorado College y en la Universidad de Colorado la semana del 11 de septiembre, grupos judíos organizaron una manifestación masiva en su contra. La televisión estadounidense se limitó a no reconocer la tragedia palestina. Sin embargo, a lo mejor eso ya no importaba. Si el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, podía afirmar — como hizo cuando le preguntaron por las pruebas del potencial nuclear de Iraq— que la «ausencia de pruebas no es prueba de su ausencia», ya podíamos dar por concluido cualquier debate moral. No obstante, cuando Rumsfeld se refirió a los «denominados territorios ocupados», se reveló como un hombre de muy dudosa reputación.

En Oriente Próximo seguían teniendo lugar extraños sucesos. Los servicios secretos militares árabes informaron del transporte de grandes envíos de armas estadounidenses por la región, no sólo a Qatar y Kuwait, sino al mar Árabe, al mar Rojo y al Mediterráneo oriental. Se dijo que los planificadores militares y los analistas de información de los Estados Unidos e Israel se habían reunido en dos ocasiones en Tel Aviv para debatir sobre el posible resultado de la subsiguiente guerra en Oriente Próximo. La destrucción de Sadam Husein y la desintegración de Arabia Saudí —un escenario esperable si Iraq se venía abajo, según sostenían los «expertos»— hacía tiempo que se contaban entre los sueños israelíes. Tal como descubrieron los Estados Unidos durante su fructífero período de neutralidad entre 1939 y 1941, la guerra saca adelante la economía. ¿Era eso lo que sucedía esta vez? ¿Se preparaba una guerra para reflotar la economía estadounidense?

Entonces, en una carta enérgica y muy cuidada a Kofi Annan, Sadam Husein movió la silla para hacer caer a George W. Bush. En las Naciones Unidas, Bush había interpretado el inverosímil papel de multilateralista y había anunciado al mundo que Iraq tenía una última oportunidad —a través de la ONU— para evitar el Armagedón. «Si el régimen iraquí desea la paz —nos dijo en la Asamblea General—, tendrá que

renunciar a todas las armas de destrucción masiva, los misiles de largo alcance y todo el material relacionado con ellos, entregarlos y eliminarlos o destruirlos inmediata e incondicionalmente». De modo que Sadam recibió a los inspectores de armas de la ONU. Sin condiciones. Tal como había pedido Bush. Sadam haría todo lo posible por evitar la guerra. Bush, por lo visto, hacía todo lo posible por evitar la paz.

No es de extrañar que los Estados Unidos empezaran a hablar en seguida de «falsas esperanzas». No es de extrañar, como escribí en *The Independent*, que buscaran desesperadamente otro *casus belli* «intentando asegurarse de que su siguiente guerra se ciña al calendario previsto». Sin embargo, de momento los estadounidenses estaban atados de pies y manos; pasarían al menos veinticinco días hasta que se reuniera el equipo de inspectores de la ONU, otros sesenta para su valoración preliminar y luego sesenta más para las inspecciones adicionales. La última guerra de Bush sufría ya un retraso de cinco meses, pero un examen meticuloso de su discurso en la ONU mostraba que la inspección de las supuestas armas de destrucción masiva de Sadam Husein no era más que una de las seis condiciones que Iraq tendría que cumplir «si desea la paz». Entre las otras exigencias de Bush se contaba el «fin de todo apoyo al terrorismo». ¿Significaba eso que pedirían a la ONU que enviara inspectores a Iraq en busca de pruebas de las pasadas —o presentes— relaciones de Sadam con mercenarios? Bush también había exigido que Iraq «abandone la persecución de su población civil, incluidos chiíes, suníes, kurdos, turcomanos y otros». Pese a la inclusión de los turcomanos —merecedores de protección, claro está, aunque sin duda por encontrarse encima de yacimientos de petróleo muy lucrativos—, ¿significaba eso que la ONU podía exigir que Iraq dejase entrar a supervisores de los derechos humanos? En realidad, esa propuesta sería tanto moral como éticamente aceptable, pero los aliados árabes de los Estados Unidos desearían entonces con todo su ser que esos mismos supervisores no fuesen enviados también a Riad, El Cairo, Ammán y otros centros de discretos interrogatorios.

No obstante, aun en el caso de que Sadam estuviera dispuesto a acceder a todas esas exigencias con una sinceridad que no había mostrado frente a otras resoluciones de la ONU, los Estados Unidos dejaron claro que las sanciones sólo se levantarían —que sólo terminaría el aislamiento de Iraq— con un «cambio de régimen». Y es que la repentina pasión de Bush por la observancia internacional de las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU —un entusiasmo que, por supuesto, jamás se extendía al incumplimiento israelí de resoluciones de la ONU de igual importancia— era en realidad una maniobra para dar legitimidad a la invasión de Iraq que Washington tenía ya planeada.

La adhesión de Tony Blair a esta política cínica debe de seguir siendo uno de los elementos más desconcertantes de ese capítulo de la tragedia de Oriente Próximo. La fusión del cristianismo renacido de Bush con las declaraciones anglicanas de la High Church de Blair —y la excepcional combinación de la santurronería y la casuística propias del primer ministro británico— daría como resultado una de las alianzas más

extrañas de nuestros tiempos. La vacuidad de la contribución política británica — simbolizada por el «informe» de Downing Street del 24 de septiembre de 2002— debería haberse hecho patente meses antes de que su advertencia sobre un ataque con ADM preparado en «45 minutos» llegara a debatirse en el Parlamento y en el posterior informe Hutton.

La primera vez que leí ese documento fue en Beirut. Como sucede siempre en Oriente Próximo, su contenido tenía un aspecto muy diferente para un lector a 3000 kilómetros de Londres que para un miembro del Parlamento de Westminster o para un director de periódico de lo que antes se llamaba Fleet Street. Me pareció verdaderamente escandaloso... pero no por esa advertencia de los 45 minutos. Leerlo, escribí, «sólo puede inspirar vergüenza e indignación en cualquier ser humano decente. Sus páginas —si lo que dice es cierto— son la prueba definitiva de que en Iraq se ha cometido un crimen masivo contra la humanidad, puesto que, si los detalles sobre la fabricación de armas de destrucción masiva de Sadam son correctos —más tarde volveré sobre los “si”, los “pero” y los “tal vez”—, entonces nuestra abrumadora política obstruccionista y cruel de sanciones de la ONU ha fracasado por completo. Dicho de otro modo, medio millón de niños iraquíes han muerto a manos nuestras... por nada». En mayo de 1996, como ya sabemos, Madeleine Albright nos dijo que las sanciones funcionaban y que habían impedido que Sadam volviera a fabricar armas de destrucción masiva. Nuestro entonces gobierno *tory* estuvo de acuerdo, y Tony Blair se conformó. Sin embargo, cuando le preguntaron en una entrevista si había merecido la pena pagar ese «precio» —la muerte de medio millón de niños—, Albright respondió, para asombro del mundo: «Creo que es una elección muy difícil, pero el precio... creemos que pagar ese precio merece la pena».

De pronto nos estaban diciendo —si Blair no mentía— que no había merecido la pena pagar ese precio. La compra realizada con las vidas de cientos de miles de niños no valía un céntimo. El «informe» Blair nos decía que, a pesar de las sanciones, Sadam había logrado fabricar armas de destrucción masiva. Todos esos disparates sobre la tecnología de doble uso, la prohibición de lápices para los niños —ya que el grafito podía tener un uso militar— y nuestra negativa a dejar que Iraq importara equipo para reconstruir las plantas de tratamiento de agua que habíamos bombardeado en la guerra del Golfo eran una farsa. Esa era la única conclusión ética, y dolorosa, que podía extraerse de las sesenta páginas que supuestamente detallaban los horrores químicos, biológicos y nucleares que nos tenía preparados la Bestia de Bagdad. Al leer todo el informe, era difícil saber si reír o llorar. El grado de engaño y duplicidad en su producción denotaba la falsedad de la información del gobierno de Blair y su forma de tratar a los miembros del Parlamento.

Tomemos tan sólo un ejemplo de la fraudulencia del documento. En la página 45 —en un largo capítulo sobre las violaciones de los derechos humanos perpetradas por Sadam— se nos decía que «el 1 de marzo de 1991, en el período subsiguiente a la guerra del Golfo, se produjeron altercados en la ciudad meridional de Basora que se

extendieron con rapidez a otras ciudades del sur de Iraq, considerado chií. El régimen respondió matando a miles». Aquello no fueron «altercados», fue parte de una rebelión generalizada a la que había exhortado el padre del presidente Bush hijo junto con una emisora de radio controlada por la CIA en Arabia Saudí. Los musulmanes chiíes de Iraq obedecieron al llamamiento de Bush padre y después fueron abandonados a su suerte por estadounidenses y británicos, que les habían dado toda razón para creer que acudirían en su ayuda. No es de extrañar que murieran a miles. Sin embargo, nada de eso aparecía en el «informe» Blair.

De hecho, cualquiera que leyera las equívocas y dubitativas palabras que se insinuaban en todo el texto no podía por menos que experimentar una honda preocupación en cuanto a los motivos que llevaban a Gran Bretaña a la guerra. El programa armamentístico iraquí pretendía «casi con toda seguridad» enriquecer uranio. «Parece» que Iraq intentaba conseguir una planta de producción de imanes. Había pruebas de que Iraq había querido adquirir unos tubos de aluminio especiales (utilizados en el enriquecimiento de uranio), pero «no hay información definitiva» que confirmara su uso en el programa nuclear. «Si» Iraq obtenía material fisible, podría producir armas nucleares al cabo de uno o dos años. Era «difícil juzgar» si los misiles Al Husein estarían listos para su utilización. La regeneración del programa de misiles iraquíes había comenzado «probablemente» en 1995. Todo el «informe» estaba redactado en esa línea. Sí, Sadam —debíamos decirlo en toda entrevista de radio, en toda conferencia, escribirlo en todo artículo para que nos escucharan— era un tirano malvado y cruel. Sin embargo, ¿de veras «casi con toda seguridad», «parece», «probablemente» y «si» era lo que justificaba que enviáramos a nuestros granaderos a los desiertos de Kut al Amara?

El documento dedicaba grandes elogios a los inspectores de armas de la ONU en un relevante capítulo repleto de más engaños. Citaba las palabras del doctor Hans Blix, el presidente ejecutivo de la comisión de inspección de la ONU, diciendo que a causa de la ausencia de inspecciones (después de 1998) era imposible verificar el cumplimiento del desarme iraquí. No obstante, el 18 de agosto del 2002 —apenas un mes antes del «informe» Blair— Blix había declarado para Associated Press que no podía afirmar con seguridad que Bagdad poseyera ADM. Esta cita, claro está, fue extirpada del documento del gobierno británico. Así pues, ya lo teníamos. Si esas fraudulentas páginas se basaban en un «probablemente» y un «si», no había necesidad alguna de librar una guerra. Y, si todo era cierto, habíamos matado a medio millón de niños iraquíes para nada. Hablando de crímenes de guerra...

Sin embargo, cada día alguien decía algo aún más increíble —aún más inimaginable— sobre la obsesión del presidente de los Estados Unidos con la guerra. En octubre, el propio Bush habló en Cincinnati sobre los «soldados de la guerra santa nuclear». Olvidemos por un momento que todavía no podíamos demostrar que Sadam Husein tuviera armas nucleares; olvidemos que el último discurso de Bush no era más que un refrito de todos los «si» y los «quizá» y los «puede que» de las sesenta

páginas de inconsistentes alegatos que conformaban el más que fraudulento «informe» de Tony Blair. De pronto teníamos que luchar contra «soldados de la guerra santa nuclear», eso debíamos hacer para justificar la farsa por la que nos estaban haciendo pasar la Casa Blanca, Downing Street, los decadentes «expertos» en terrorismo y, duele decirlo, muchísimos periodistas. Olvidemos a los catorce palestinos, incluido un niño de doce años, que los israelíes mataron unas horas antes de que Bush hablara en Cincinnati; olvidemos que, cuando un avión estadounidense mató a nueve niños palestinos en julio junto a un militante, el primer ministro israelí, Ariel Sharon —hombre de «paz», en palabras de Bush—, describió la matanza como «un gran éxito». Israel estaba de nuestra parte en la «guerra contra el terror». No debíamos olvidar utilizar la palabra «terror»: en referencia a Sadam Husein, a Osama bin Laden, a Yasir Ararat... de hecho, en referencia a cualquiera que se opusiera a Israel o a los Estados Unidos. Bush la utilizó treinta veces en media hora durante su discurso de Cincinnati: eso hace un «terror» al minuto.

Huelga decir que, si íbamos a respaldar esa locura, debíamos olvidar que el presidente Ronald Reagan había mandado a un enviado especial para que se reuniera con Sadam Husein en diciembre de 1983. Era fundamental olvidarlo por tres motivos. En primer lugar, porque el horrible Sadam utilizaba gas contra los iraníes ya por entonces, lo cual era una de las razones por las que se suponía que le declarábamos una guerra. En segundo lugar, porque el enviado fue a Iraq con la misión de organizar la reapertura de la embajada estadounidense, para garantizar un mejor comercio y mejores relaciones comerciales con el Carnicero de Bagdad. Y en tercer lugar, porque el enviado fue Donald Rumsfeld. Podría parecer extraño que Rumsfeld, durante alguna de sus campechanas ruedas de prensa, no nos hubiese comentado ese interesante detalle. Podría pensarse que habría querido instruirnos sobre la naturaleza maligna del criminal al que estrechó la mano con tanta calidez. Pero no. Hasta que no le preguntaron mucho después si había advertido a Sadam contra la utilización de gas —dijo haberlo hecho, aunque se demostró que no—, Rumsfeld guardó silencio. Igual que hizo en cuanto a su encuentro posterior, también amistoso, con Tareq Aziz, que casualmente tuvo lugar el mismo día de marzo de 1984 que la ONU hizo público su contundente informe sobre la utilización de gas venenoso contra Irán por parte de Sadam.

También debíamos olvidar que en 1988, mientras Sadam aniquilaba con gas a la población de Halabya y a decenas de miles de kurdos más —mientras «usaba gas contra su propia gente», en palabras de los señores Bush, Cheney, Blair, Cook, Straw *et al*—, el presidente Bush padre le proporcionó 500 millones de dólares en subsidios gubernamentales estadounidenses para comprar productos agrícolas de los Estados Unidos. Teníamos que olvidar que, el año siguiente, después de que Sadam concluyera su genocidio, el viejo Bush subió ese subsidio a mil millones de dólares y le añadió cepas de ántrax, helicópteros y el celeberrimo material «de doble uso» que podía utilizarse para fabricar armas químicas y biológicas. Y teníamos que olvidar el

petróleo, por supuesto. De hecho, el petróleo fue la única mercancía —y una de las pocas cosas de las que George Bush hijo sabía algo; él y sus antiguos compinches petroleros Cheney, Condoleezza Rice y otros muchos personajes de la administración — que no fue mencionada. En los treinta minutos de discurso bélico antiiraquí de Bush en Cincinnati —aligerados por apenas dos minutos de «espero que no sea necesaria la acción militar»— no se hizo referencia ni una sola vez al hecho de que Iraq podía contar con unas reservas de petróleo mayores que las de Arabia Saudí; que las compañías petroleras estadounidenses esperaban ganar miles de millones de dólares en caso de invasión; que, una vez dejara la presidencia, Bush podría hacerse multimillonario, igual que sus amigos, gracias al botín de guerra. Debíamos cerrar los ojos a todo eso antes de declarar la guerra. Y más o menos eso hicimos.

Washington pregona sus victorias en la continuada guerra contra Al Qaeda aunque éstas supusieran nuevos testimonios de ejecuciones extrajudiciales. «Tiro certero» fue la descripción que hizo *The Washington Post* del asesinato de los dirigentes de Al Qaeda en el Yemen por parte de un avión Predator estadounidense no tripulado en noviembre del 2002. La prensa de los Estados Unidos utilizó para esas muertes la denominación de «asesinatos selectivos», tan propia de Israel; la BBC repitió esas mismas palabras el 5 de noviembre. Nadie explicó por qué esos importantes dirigentes de Al Qaeda no pudieron ser arrestados, juzgados ante un tribunal abierto o, como mínimo, trasladados a la bahía de Guantánamo para ser interrogados. En lugar de eso, los estadounidenses liberaron a un puñado de «sospechosos» de Guantánamo, uno de los cuales —que había pasado once meses de aislamiento en la prisión antes de ser repatriado a Afganistán— resultó tener unos cien años de edad y estar tan senil que no lograba formular una frase completa. Como era de esperar, los servicios de información estadounidenses no parecían saber contra cuántos socios de Bin Laden había estado luchando en Afganistán<sup>[4][\*]</sup>.

La expresión misma de «asesinatos selectivos» había pasado a formar parte del vocabulario de la «guerra contra el terror». Ariel Sharon de Israel usaba ese término. También los rusos, en su nueva guerra de Chechenia. Tras el desastroso «rescate» de los rehenes del teatro de Moscú retenidos por rebeldes chechenos, Putin recibió el apoyo de Bush y Tony Blair en su renovada arremetida contra el malogrado pueblo musulmán de Chechenia. En octubre del 2002, *Newsweek* publicó un artículo valiente, brillante y terrorífico sobre la guerra chechena. En una narración conmovedora sobre la crueldad rusa, explicaba cómo el ejército cargaba contra una desprotegida aldea musulmana. Los soldados rusos irrumpieron en un hogar civil y mataron a tiros a todos los que encontraron dentro. Una de las víctimas fue una niña chechena. Mientras yacía a punto de morir a causa de las heridas, un soldado ruso empezó a violarla. «Deprisa, Kolya —le gritó un amigo—, aprovecha mientras aún está caliente». Qué más daba. Gracias a la «guerra contra el terror», Kolya y los muchachos volverían a entrar muy pronto en acción por cortesía de los señores Putin, Bush y Blair.

Ese valiente israelí llamado Mordecai Vanunu, el hombre que intentó advertir a Occidente de la ingente tecnología bélica nuclear israelí y que fue encarcelado durante doce años de aislamiento —y traicionado, según parece, por Robert Maxwell—, escribió un poema en su reclusión. «Soy el oficinista, el técnico, el mecánico, el conductor —escribió Vanunu—. Me dicen: “Haz esto, haz aquello, no mires a izquierda ni a derecha, no leas el texto. No contemples toda la maquinaria. Sólo eres responsable de este tornillo, de este sello”».

Kolya lo habría entendido. Igual que el oficial de la fuerza aérea estadounidense que «pilotaba» el avión teledirigido que mató a los hombres de Al Qaeda en el Yemen. Y que el piloto israelí que bombardeó aquel bloque de apartamentos de Gaza y mató a nueve pequeños junto con su objetivo de Hamás en una «operación» que Sharon describió como «un gran éxito». ¿No formaba eso parte de la arrogancia del poder colonial? Éstas, por ejemplo, son las palabras del último verdugo francés de Argelia de la guerra de independencia de 1956-1962, Fernand Meysonnier, jactándose en octubre del 2002 de su habilidad con la guillotina: «Nunca hay que darle al reo tiempo para pensar, porque entonces empieza a girar la cabeza y ahí es cuando se arma el follón. La cuchilla le parte la mandíbula y hay que usar un cuchillo de carnicero para rematar el trabajo. Se siente un poder exorbitante... al matar a otro hombre». Así murieron los valerosos musulmanes de la lucha por la libertad argelina.

Julio César, cuando cruzó el Rubicón, escribió en *La guerra de las Galias*: «*Alea iacta est*». La suerte está echada. Justo después de las 11 de la mañana del 8 de noviembre, cuando el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas votó 15-0 a favor del desarme de Iraq, el presidente George W. Bush cruzó el Rubicón. «El mundo debe insistir en que se cumpla esta sentencia», nos dijo. El Rubicón es un río muy ancho, y para las legiones del César fue muy profundo. El Tigris no lo sería tanto —mis cálculos contaban con que los primeros tanques estadounidenses lo habrían cruzado a la primera semana de guerra—, pero ¿qué había al otro lado? «El engaño y la huida... ya no se tolerarán», dijo Bush en la ONU. Después de ocho semanas de debates en el Consejo de Seguridad, nadie mencionaba ya los crímenes contra la humanidad del 11 de septiembre del 2001 porque, claro está, Iraq no tenía absolutamente nada que ver con el 11-S. «En caso de tener que enviar tropas —afirmó Bush en una rueda de prensa de noviembre—... los Estados Unidos, junto a sus amigos, actuarán con rapidez y con fuerza para encargarse del trabajo». En otras palabras: que invadiría Iraq y que sus «amigos», por lo visto, serían los ingleses.

Las Naciones Unidas podían debatir sobre la falta de acatamiento iraquí ante los inspectores de armas, pero los Estados Unidos decidirían si el país había violado las resoluciones de la ONU. Dicho de otro modo los Estados Unidos declararían la guerra sin el permiso de las Naciones Unidas. La BBC, la CNN y el resto de cadenas de televisión presentaron la resolución 1441 como «la última oportunidad» para Sadam Husein. En realidad se trataba de una «última oportunidad» para las Naciones Unidas. Era muy fácil descubrir las trampas. El embajador estadounidense en la

ONU, John Negroponte —que más adelante sería embajador de su país en Iraq— insistía en que la resolución del Consejo de Seguridad «no contiene resortes ocultos». Pero sí los contenía; permitía que el Consejo de Seguridad debatiera sobre la falta de acatamiento iraquí sin impedir que los Estados Unidos atacasen Bagdad. «De una u otra forma —declaró Negroponte—... Iraq será desarmado». Sir Jeremy Greenstock, el espeluznante director de colegio que representa a Gran Bretaña en la ONU, actuó como debía: «lógico», «rotunda decisión», «graves consecuencias», no más «ambigüedades». Casi podía sentirse la vara de castigo. No mencionó, por supuesto, que el último equipo de inspectores de armas de la ONU en Iraq había sido manipulado por la CIA. Washington ansiaba un pretexto de la ONU para declarar su guerra contra Iraq y estaba dispuesto a acceder a un proceso de inspección con la esperanza de que Iraq pusiera obstáculos.

Estoy en Saint Louis, Missouri, preparándome para dar una conferencia ante universitarios sobre la próxima guerra de Iraq. Estamos a mediados de noviembre y me encuentro en la habitación de mi hotel, desempolvando mi descripción de Bin Laden, de cómo me reuní con él en Sudán y en Afganistán. No hemos oído su voz desde la batalla de Tora Bora, en Afganistán, aunque mis contactos insisten en que está vivo. Pongo la CNN. Y allí, sentado en mi habitación con vistas al Misisipi, oigo su voz. Está vivo. Sólo necesito una ronda de llamadas telefónicas a Oriente Próximo y el Sudoeste Asiático para que mis fuentes me confirmen que esa voz áspera que amenaza a Occidente en el breve monólogo que ha retransmitido la cadena de televisión Al Yazira es la de Bin Laden. Así pues, el multimillonario saudí, el hombre de la cueva, el «Maligno» —citando un titular de *Newsweek*—, el ascético hombre con barba al que en vano ha estado buscando el mayor ejército existente sobre la faz de la Tierra, sigue entre nosotros.

«Los servicios de información estadounidenses» —esos héroes del 11 de septiembre que sabían que unos árabes recibían instrucción de vuelo pero no lograron advertirnos a tiempo— salen en los medios de comunicación con los mismos disparates de siempre. Puede que sea él. Seguramente es él. La aspereza de la voz puede indicar que está malherido. Habla deprisa porque a lo mejor ha resultado herido por los estadounidenses. Falso. Al final, el 18 de noviembre los Estados Unidos se vieron obligados a reconocer que el hombre que algunos de ellos habían dicho que estaba muerto seguía formando parte del mundo de los vivos... y pronunciando la clase de amenazas que confirmaban los miedos más oscuros de los dirigentes occidentales. «Igual que nos habéis matado, os mataremos», dijo Bin Laden.

Al realizar la grabación, Bin Laden no hablaba a una grabadora. Hablaba por teléfono. Era el hombre que se encontraba al otro lado de la línea —muy probablemente en Pakistán— quien tenía la grabadora. Puede que Bin Laden no

estuviera en la misma ciudad que ese otro hombre. Puede que no estuviera en el mismo país. Osama bin Laden siempre habla despacio. En la grabación su voz es rápida, y la razón de ello parece bastante sencilla: las pilas de la grabadora se estaban acabando. Cuando Al Yazira puso la grabación a una velocidad normal, la voz subió una octava.

Escribir ahora sobre Bin Laden es uno de los trabajos periodísticos más difíciles del mundo. Tengo que decir lo que sé. Tengo que decir lo que creo que debe de ser verdad. Tengo que preguntarme por qué ha grabado esa cinta. Empiezo a teclear un artículo para *The Independent*. Mi redacción se pierde cada vez en más preguntas. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por qué ahora? Se requiere una forma de escritura nueva y cruda para decir la verdad, el uso de paréntesis y de dos puntos. Lo sabido y lo sospechado, la probabilidad y la especulación no dejan de chocar entre sí. Bin Laden sobrevivió a los bombardeos de Tora Bora. Hecho. Bin Laden escapó vía Pakistán. Probabilidad. Bin Laden se encuentra en Arabia Saudí. Una creciente convicción.

De modo que esto, con todas sus imperfecciones y sus oraciones condicionales, es lo que sospecho que significa esa grabación. Se trata de una historia muy preocupante para Occidente. Las implicaciones de esa cinta me asustan. Uno de sus mensajes para Gran Bretaña —el primero de los demás países occidentales después de los Estados Unidos— es: cuidado. Tony Blair acertó (por una vez) al advertir de nuevos atentados, aunque la llamada telefónica de Bin Laden (sospecho) no había sido interceptada. Pero sí era Bin Laden. Debemos remontarnos a Tora Bora en el otoño de 2001. Bajo un intenso bombardeo de la fuerza aérea estadounidense, los guerreros de la organización de Bin Laden se dieron cuenta de que no podrían aguantar indefinidamente en el complejo de cuevas de las montañas Blancas, cerca de Jalalabad. Bin Laden estaba con ellos. Los hombres de Al Qaeda se presentaban voluntarios para luchar hasta una muerte segura contra los caudillos afganos pagados por los estadounidenses, y Bin Laden al principio se negaba a marchar. Argüía que deseaba morir junto a ellos. Sus guardaespaldas más leales y sus más antiguos consejeros insistían en que debía irse. Al final abandonó Tora Bora en un estado de desazón, mientras sus protectores lo empujaban para que se apresurara montaña abajo con el mismo pánico que los hombres de seguridad de Dick Cheney cuando llevaron al vicepresidente de los Estados Unidos al sótano de la Casa Blanca después de que los secuestradores de aviones y asesinos de Al Qaeda rodearan Washington el 11 de septiembre. Todo esto está clasificado en el apartado de «fuente fidedigna».

Bin Laden se marchó bien a Cachemira (posible aunque improbable), bien a Karachi (lo más probable). Digo esto porque Bin Laden se jactó una vez ante mí de los numerosos admiradores que tenía entre el clero suní de esa gran ciudad abrasadora y peligrosa de Pakistán. Siempre hablaba de ellos como de sus «hermanos». Me había dado unos carteles en urdu impresos por esos clérigos para pegarlos por los muros de Karachi. Le gustaba citarme sus sermones. De modo que yo apuesto por Karachi. Aunque tal vez me equivoque. En los meses que siguieron

hubo pequeñas pistas de que seguía con vida, pistas diminutas, como el olor del tabaco en una habitación días después de que el fumador haya salido de ella. Un admirador suyo me insistió en que estaba vivo (hecho, pero procedente de una fuente no fidedigna). Intentaba encontrar la forma de comunicarse con el mundo exterior sin reunirse con ningún occidental. Hecho rotundo. Su última cinta de vídeo — considerada antigua por las famosas «fuentes de los servicios secretos estadounidenses» porque no mencionaba ningún acontecimiento posterior a noviembre del 2001— era reciente. (Fuerte posibilidad, respaldada por una fuente buena aunque no del todo fidedigna.)

Así pues, ¿por qué en ese momento? Oriente Próximo entraba en una fase nueva y cada vez más trágica de su historia, estaba dividido por la guerra entre israelíes y palestinos, y se enfrentaba a los efectos incendiarios de una posible invasión angloestadounidense de Iraq. Bin Laden debió de darse cuenta de la necesidad de volver a dirigirse una vez más al mundo árabe... y su cinta, pese a las amenazas a Gran Bretaña y otros países occidentales, iba dirigida ante todo a su público más importante, los musulmanes árabes. A ojos del propio Bin Laden habría sido inexcusable guardar silencio en ese momento de la historia de Oriente Próximo. Y sólo por contestar a las predecibles reconvenciones de que su cinta era antigua, enumeró con vigor los golpes asestados a las potencias occidentales desde su presunta «muerte»: el atentado que mató a los técnicos franceses de un submarino en Karachi, la explosión en una sinagoga de Túnez, la matanza de Bali, el asedio checheno del teatro de Moscú, incluso el asesinato de un diplomático estadounidense en Jordania. Sí, decía, «sé todas esas cosas». Decía que las aprobaba. Nos decía que seguía ahí. Puede que los árabes deplorasen esa violencia, pero muy pocos no sentirían cierto arrebató de emoción. En medio de la brutalidad israelí contra los palestinos y las amenazas de los Estados Unidos a Iraq, al menos había un árabe dispuesto a contraatacar. Ése era el mensaje para los árabes.

Bin Laden siempre ha odiado a Sadam Husein. Detestaba el comportamiento no islámico del líder iraquí, su secularismo, su utilización de la religión para fomentar la lealtad al partido Baaz, uno de cuyos cofundadores había sido cristiano. El intento de los Estados Unidos de relacionar Al Qaeda con el régimen de Bagdad siempre ha sido una de las afirmaciones más absurdas de Washington. Bin Laden solía decirme lo mucho que odiaba a Sadam. Por eso resultan intrigantes sus dos referencias a «los hijos de Iraq». No menciona al gobierno de Bagdad ni a Sadam. Sin embargo, a causa de las sanciones de la ONU que seguían matando a miles de niños —y cuando el país se enfrentaba a una probable invasión estadounidense—, le resulta imposible pasar por alto a Iraq. De modo que habla de «los hijos de Iraq» y de «nuestros hijos de Iraq», refiriéndose a los musulmanes árabes que resultan ser de Iraq y no a los nacionalistas iraquíes. No se refiere a Sadam. No es difícil darse cuenta de que la administración estadounidense intentaría utilizar esas dos referencias para apuntar a otro falso vínculo entre Bagdad y Al Qaeda, pero Bin Laden —que es lo bastante

inteligente para predecir algo así— sentía sin lugar a dudas que una expresión de compasión hacia los árabes de Iraq pesaba mucho más que cualquier mala interpretación que Washington pudiera hacer de sus frases. Esto debe clasificarse en la categoría de «especulación» (aunque «cuasi-certeza» podría acercarse más). Es evidente que Washington hace uso de esas frases para sostener su falso argumento de que existen vínculos entre Bin Laden y Sadam. Allá por 1996, Bin Laden me dijo que las tropas británicas y francesas en Arabia Saudí tenían tanto riesgo como las estadounidenses de ser atacadas por sus seguidores. En 1997 modificó su lista de objetivos. Los británicos y los franceses quedaron disociados de cualquier posible ataque. Sin embargo, en la nueva grabación vuelven a quedar incluidos en la lista, junto con Canadá, Italia, Alemania y Australia. Gran Bretaña es la primera de la lista.

El mensaje para nosotros —Occidente— es sencillo y se repite tres veces. Si apoyamos a George W. Bush, el «faraón de esta era» —«faraón» es como los asesinos de Anuar el Sadat denominaron al presidente egipcio después de su asesinato, hace más de dos décadas—, pagaremos un precio. «¿Qué sacan sus gobiernos de aliarse con la banda de criminales de la Casa Blanca en contra de los musulmanes...?» Ya he oído a Bin Laden utilizar dos veces la expresión árabe *ifarbatu al ijrán* hablando conmigo. «Banda de criminales». Que es como Occidente denomina a Al Qaeda.

Unos días antes, después de dar una conferencia en Carolina del Norte, una mujer del público me había preguntado cuándo declararían los Estados Unidos la guerra a Iraq. Le dije que buscara en la primera plana de *The New York Times* y *The Washington Post* las primeras campañas de difamación contra los inspectores de la ONU. Y, justo a tiempo, esas campañas comenzaron a principios de diciembre. Decían que uno de los inspectores de la ONU —un hombre nombrado a petición del Departamento de Estado— estaba metido en pornografía. También nos dijeron que otro funcionario de alto nivel —un hombre que, de nuevo, había sido nombrado a instancias del Departamento de Estado— había sido despedido de su anterior trabajo como responsable de un organismo de seguridad nuclear. Me pregunto por qué querrían los estadounidenses a esos hombres en el equipo de inspectores. ¿Para poder desacreditarlos después? El vapuleo oficial de los inspectores de la ONU había comenzado ya en septiembre, cuando *The New York Times*, sobre la data de Judith Miller, anunció que, según el antiguo inspector David Kay, el equipo original de inspectores podía estar en una «misión imposible». Las fuentes de la noticia eran «funcionarios y antiguos inspectores».

El presidente George W. Bush volvía a hacerse pesado con que las defensas antiaéreas iraquíes disparaban contra pilotos estadounidenses y británicos... aunque las «zonas restringidas de vuelo» no tenían nada que ver con las inspecciones de la ONU ni, de hecho, con nada relacionado con las Naciones Unidas. Las inspecciones parecían proceder sin impedimentos en Bagdad. Sin embargo, ¿qué nos decía George Bush? «Hasta el momento las señales no son alentadoras». ¿Qué significaba eso?

Simplemente que los Estados Unidos planeaban declarar una guerra al margen de lo que descubrieran los inspectores de la ONU. *The New York Times* —que casi se había convertido en portavoz de decenas de anónimos «funcionarios» estadounidenses— estaba convencido de que los vecinos árabes de Iraq «parecen dispuestos a respaldar la campaña militar estadounidense». Esos eran los absurdos que se difundían en los Estados Unidos a pesar de todas las advertencias de los dirigentes árabes, repetidas una y otra vez, un mes tras otro, que exhortaban a los Estados Unidos a no declarar la guerra.

De súbito, el gobierno británico apareció con otro de sus famosos «informes» sobre las violaciones de los derechos humanos perpetradas por Sadam. Sí, una vez más, ya sabíamos lo de sus salas de violaciones, sus ejecuciones y sus torturas cuando tan ansiosos estuvimos por respaldar su invasión de Irán en 1980, así que ¿por qué regurgitarlo otra vez? En seguida me llamó la atención un pequeño punto del último «informe» británico. Desvelaba que un tal Aziz Saleh Ahmed, un «soldado del ejército popular», ostentaba el cargo de «violador del honor de las mujeres». Resulta que yo recordaba ese nombre. Era el mismo Aziz Saleh Ahmed que había aparecido en la página 287 de un libro publicado en 1993 por Kanan Makiya, antes conocido como Samir Jalil. Aun sin prestar atención a la controversia de esa «revelación» en aquel momento, ¿por qué hacía el gobierno británico un refrito de la historia de Aziz Saleh Ahmed, como si acabaran de descubrirlo, cuando la información tenía al menos ocho años y —según Makiya— había visto la luz por primera vez hacía más de una década?

Mientras tanto, los consejeros de política exterior de Bush estaban urdiendo el conflicto de civilizaciones. Kenneth Adelman, del Consejo de Política de Defensa del Pentágono, decía que el hecho de que Bush denominara al islam una religión pacífica era un «argumento cada vez más difícil de defender». A ojos de Adelman, el islam era «militarista». «A fin de cuentas, su fundador, Mahoma, fue un guerrero, no un defensor de la paz como Jesús». También estaba Eliot Cohen, de la Escuela de Estudios Internacionales John Hopkins y miembro, además, del Consejo del Pentágono. Este argumentaba que el «enemigo» de los Estados Unidos no era el terrorismo sino el «islam militante». Adelman y Cohen no se dignaron confesar su propia religión, pero estaba claro que su objetivo era el islam. Pat Robertson, el locutor religioso —que solía dirigir una emisora de radio en el sur del Líbano desde la que dirigía amenazas contra aldeanos musulmanes y las tropas de la ONU—, dijo que «Adolf Hitler fue malo, pero lo que quieren hacerles los musulmanes a los judíos es peor». Jerry Falwell, uno de los pitbulls de la derecha religiosa, tildó al Profeta de «terrorista», mientras que Franklin Graham, hijo del mismo Billy Graham que hizo comentarios antisemitas en las cintas de Nixon, dijo que el islam era «el mal». Graham había hablado también en la investidura de Bush.

Nosotros desoímos esa peligrosa retórica por nuestra cuenta y riesgo. ¿La desoyó también Blair? ¿No estaba enterado de que había personajes muy siniestros rondando

alrededor de Bush? ¿De verdad creía que los británicos iban a animarse a librar una guerra gracias a sus «informes» y al constante recalentamiento de los crímenes de Sadam? ¿No queríamos que los inspectores de la ONU hiciesen su trabajo? Si el cometido de un periodista es describir las mentiras de los estadistas, al menos *The Independent* creía que su deber era también condenarlas. «Me inclino a pensar que nos están embaucando para ir a la guerra —escribí en mi artículo del 4 de diciembre—, que Gran Bretaña se unirá a los Estados Unidos en la invasión de Iraq sin que importe lo que descubran los inspectores. De hecho, nos están preparando para la posibilidad horrible, inconcebible e incalificable de que los inspectores de la ONU no encuentren ninguna clase de armas de destrucción masiva en Iraq. Eso nos dejará con una sola conclusión: que no sabían hacer su trabajo. Tendrían que haberse dedicado al negocio petrolero<sup>[5]</sup>».

Acabo de dar una conferencia en Nueva York cuando se me acerca un joven estadounidense que ha sido miembro del equipo de información de las fuerzas especiales y acaba de regresar de Afganistán. Me enseña fotografías de sospechosos de Al Qaeda, encapuchados y esposados, a los que hacen subir a un avión de transporte estadounidense que los llevará a Kandahar. Los alojan en celdas de ocho o diez hombres. Les dan camastros con mantas, pero no intimidad. Los estadounidenses los obligan a orinar y defecar en público porque vigilan a sus prisioneros en todo momento. Acordamos reunimos a la mañana siguiente en una cafetería de la parte baja de Manhattan. Se presenta puntual pero nervioso, mira por encima del hombro, le preocupa que alguien nos siga, da un salto en su asiento cuando suena mi teléfono móvil.

Las fuerzas estadounidenses, según me dice, no sólo han fracasado al intentar dar caza a Osama bin Laden mientras se preparan para la guerra de Iraq, sino que les resulta casi imposible desmembrar la red de Al Qaeda porque los hombres de Bin Laden han recurrido a métodos primitivos de comunicación que hacen que cada uno de ellos individualmente no cuente con ninguna información. Los pronósticos de ese hombre eran del todo diferentes a los optimistas informes del secretario de Defensa, Donald Rumsfeld. Me cuenta que, incluso en Pakistán, los oficiales de rango medio del ejército del país dan chivatazos a miembros de Al Qaeda para que eviten las incursiones estadounidenses. «No hemos atrapado a quienes debíamos atrapar —explica—. Habíamos depositado demasiadas expectativas en la tecnología, pensábamos que podría hacer más. La gente de Al Qaeda es muy lista. Básicamente descubrieron cómo los localizamos y se dieron cuenta de que, si se comunicaban electrónicamente, nuestros exploradores pronto se lanzaban sobre ellos. Así que empezaron a utilizar mensajeros que transportaban notas escritas en papel o repetían los mensajes de memoria, y eso confundía a nuestro sistema. Nuestros servicios secretos funcionan con alta tecnología... y ellos han recuperado métodos primitivos a los que no podemos adaptarnos».

En un principio hubo «muchos arrestos prominentes». Sin embargo, cada una de

las células de Al Qaeda no sabía qué hacían los demás miembros. «Tenían una gran capacidad de adaptación y estaban muy descentralizados. Atrapamos a un par de dirigentes prominentes de Al Qaeda, importantes de verdad, pero no pudimos decirnos qué operaciones en concreto iban a tener lugar. Sabían que se estaba planeando algo grande, pero no tenían ni idea de qué». El oficial de los servicios secretos, que había pasado más de seis meses en Afganistán en el 2002, fue mordaz en su denuncia de Rashid Dostum, el caudillo uzbeko implicado en la asfixia de hasta tres mil prisioneros talibanes en camiones contenedores. «Dostum es absolutamente culpable, y los Estados Unidos creen que lo es, pero es nuestro hombre, así que no podemos decirlo... una de las cosas que no hemos logrado es crear un gobierno real. Hemos dejado que los caudillos se afiancen con firmeza y ahora nadie los puede hacer caer».

Los agentes de seguridad estadounidenses en Karachi buscaban a los asesinos de Daniel Pearl, pero descubrirían que sus objetivos habían huido gracias al apoyo secreto de las filas intermedias del ejército pakistaní. «Íbamos con los pakistaníes a una localidad, pero allí nunca había nadie porque, en cuanto los niveles intermedios de la jerarquía militar pakistaní se enteraban de nuestros planes, filtraban la información. En la provincia de la frontera noroccidental, el cuerpo fronterizo es un ejército de segunda fila, y entre ellos hay mucho más sentimiento antioccidental que en el ejército principal pakistaní. Al final tuvimos que coordinarlo todo desde Islamabad».

Cuando le pregunté por los prisioneros, el oficial de las fuerzas especiales pareció preocupado, retraído. Pidió otro café. «En Kandahar, en lo que llamamos sus zonas de vivienda, los prisioneros reciben camastros con mantas, ropa y zapatillas de Adidas, pero no tienen intimidación. En las zonas de vivienda no hay rincones, porque tenemos que verlos continuamente. No tienen intimidación en el cuarto de baño. Algunos se masturban mirando a las guardias. Nuestras guardias no sabían cómo reaccionar ante eso. Son soldados. Cuando tienen lugar los interrogatorios, los prisioneros pueden sentarse. No quiero entrar en detalles sobre lo que les preguntamos». En cuanto a los periodistas occidentales que conoció en Bagram, el oficial de los servicios secretos estadounidenses tenía una muy pobre opinión. «Se dedican a pasar todo el día en nuestra base. Cada vez que teníamos una operación especial, ofrecíamos a los periodistas la posibilidad de ir a patrullar con las fuerzas especiales y allá que iban... ya sabe: “Estamos de patrulla con las fuerzas especiales”, y no se daban cuenta de que los engañábamos para quitárnoslos de encima».

Mientras los estadounidenses engañaban a los periodistas, los afganos extraían sus propias valoraciones de la historia reciente. Con las fuerzas especiales de los Estados Unidos circulando por las calles de Kandahar en sus todoterrenos, los

habitantes de esa siniestra y calurosa ciudad visitaban un sombrío cementerio con la misma reverencia que los fieles en un templo. Bajo montículos grises y agrietados de polvo y barro seco yacían los «mártires» de Al Qaeda. Allí, entre las 150 tumbas, estaban enterrados los hombres que habían resistido hasta el final en el hospital Mirweis de la ciudad, disparando contra los estadounidenses y sus aliados afganos hasta que murieron entre las aguas residuales y sus propios excrementos. Ahora los reverenciaban como a santos. Esa tierra cobijaba también los cuerpos de los seguidores de Osama bin Laden que lucharon en el aeropuerto de Kandahar en la última batalla antes de la caída de los talibanes. Son árabes y pakistaníes, chechenos, kazajos y cachemires, y todos ellos —si cree uno la propaganda— son odiados y detestados por la población pastún nativa de Kandahar.

No es cierto. Cientos de personas del antiguo califato talibán cuidaban de sus tumbas. Los viernes llegaban a miles después de haber recorrido cientos de kilómetros. Allí llevaban a sus enfermos y moribundos. Corría la voz de que una visita al cementerio de los muertos de Bin Laden curaba la enfermedad y la peste. Como arrodilladas ante tumbas de santos, las ancianas limpiaban con cuidado el barro seco de los sepulcros, besaban el polvo que los cubría y alzaban la mirada, sin dejar de rezar, a las altas y estrechas banderas que ondeaban en las tormentas de polvo. El *kabristan* de Kandahar —el lugar de las tumbas— contenía una lección política además de religiosa para todo el que acudía allí.

«Se aconseja a los extranjeros que no se acerquen al cementerio de Al Qaeda — anunció con solemnidad un cooperante occidental—. Allí podrían ponerse en peligro». Sin embargo, cuando visité el último lugar de descanso de los hombres de Bin Laden, lo único que había que temer eran los ásperos vientos de arena. Muchos de los hombres que había alrededor de las tumbas se tapaban el rostro con un pañuelo, sus ojos oscuros miraban al extranjero que había entre ellos. Dos soldados del «nuevo» ejército afgano, apostados allí por las autoridades supuestamente proestadounidenses, vigilaban a los visitantes que dejaban cuencos de sal sobre las tumbas y cogían terrones de barro para tocarlos con la lengua. Había allí un anciano de Helmand. Había dejado piedras, sal y barro sobre las tumbas —me dio la mano con sal en los dedos— y había ido allí porque estaba enfermo. «Me duele la rodilla, tengo polio y he oído decir que si venía aquí me curaría —dijo—. He puesto sal y grano sobre los sepulcros, más tarde recogeré el grano, comeré la sal y me llevaré a casa tierra de la tumba». *Jurda* es el nombre que le dan a esto los pastunes, llevar sal a las tumbas de los santos.

Un segundo anciano, aún mayor, había viajado desde Uruzgán con su madre. «Mi madre tenía dolores en las piernas y la espalda, la he traído a Kandahar para que vea a los médicos. Pero entonces he oído las historias de las tumbas de estos mártires y que a lo mejor la curaban, así que también la he traído aquí. Aquí está más contenta que con los médicos». Miré a su anciana madre arrodillada, arañando algo de polvo del barro de las tumbas, rezando y llorando. Los soldados del gobierno parecían haber

sucumbido a ese mismo trance visionario. «Yo mismo he visto a gente que se ha curado aquí —me explicó un joven sin barba que llevaba un Kaláshnikov al hombro—. La gente mejora después de visitar las tumbas. He visto a sordos que recuperaban el oído y he visto hablar a mudos. Se curaron».

Aquél no era el momento —y menos aún el lugar— para contradecir esas convicciones. Ráfagas de arena cubrían el cementerio con una crudeza digna de Bin Laden. El camposanto de la ciudad es mucho mayor y su recinto contiene kilómetros cuadrados de tumbas tribales. Sin embargo, eran los muertos de Al Qaeda los que atraían a dolientes. ¿Qué los llevaba hasta allí? ¿Los rumores y la leyenda de las curaciones? ¿La idea de que esos hombres habían resistido hasta el final ante los extranjeros, de que prefirieron morir a rendirse, de que los mártires «no afganos» habían luchado como afganos?

De modo que teníamos una confabulación secreta, un intento fraudulento de utilizar a las Naciones Unidas como pretexto para declarar una guerra, una opinión pública británica muy poco comprensiva, a periodistas utilizados con fines propagandísticos y a nuestro enemigo —un dictador árabe que anteriormente había sido considerado amigo de Occidente— comparado con los peores criminales de la Segunda Guerra Mundial: ése era nuestro mundo en el invierno del 2002.

Sin embargo, resulta que también así había sido nuestro mundo casi medio siglo antes, en un conflicto causado no por el petróleo sino por un estrecho canal artificial que conectaba el Mediterráneo con el mar Rojo. La crisis de Suez no ha dejado de obsesionar a los gobiernos británicos desde 1956: pendía sobre Margaret Thatcher durante la guerra de las Malvinas en 1982, y su recuerdo iba esta vez del Foreign Office a la calle Downing, de Jack Straw a Tony Blair. No en vano había acabado Suez con un primer ministro británico —y casi con la alianza angloestadounidense— y simbolizaba el final del Imperio británico. En él murieron muchos civiles —todos egipcios, claro está— y comportó la deshonra de los aliados cuando se descubrió que habían cometido crímenes de guerra. Todo se había fundamentado en una falacia: que las tropas británicas y francesas debían dirigirse a Egipto para «separar» al ejército egipcio del de Israel, aunque británicos y franceses habían hecho la vista gorda ante la invasión israelí. El coronel Gamal Abdel Nasser fue descrito por el primer ministro británico, Anthony Eden, como «el Mussolini del Nilo» a pesar de que, apenas un año antes, Eden le había dado a Nasser un cálido estrechón de manos durante un intercambio de felicitaciones por un nuevo tratado angloegipcio... lo cual recuerda al amistoso encuentro de Donald Rumsfeld con el «Hitler de Bagdad» en 1983. Al final, las tropas británicas —mal equipadas y tratando a sus enemigos egipcios con un desdén racista— se marcharon humilladas. Incluso desenterraron a sus compañeros de sus tumbas para devolverlos a la patria para que los egipcios no profanaran los cadáveres.

Siempre me ha fascinado «el otro bando», qué pensaban y cómo luchaban los perdedores, que —en ocasiones— resultan no serlo en modo alguno. Cuando estaba con el ejército iraquí en la guerra contra Irán de 1980-1988, siempre quería hablar con los soldados iraníes del otro lado del frente. Cuando estaba con los iraníes, ansiaba hablar con sus oponentes iraquíes. Cuando Hezbolá luchaba contra el ejército de ocupación israelí en el sur del Líbano, deseaba escuchar el análisis del ejército de Israel sobre Hezbolá: lejos de utilizar la habitual retórica «terrorista» de sus políticos, los jóvenes oficiales israelíes a menudo mostraban respeto por las tácticas de guerrilla de Hezbolá. En Bagdad, en el 2003, vivía entre los iraquíes cuando los bombardearon y los atacaron las fuerzas de la invasión angloestadounidense. Era demasiado joven para cubrir Suez —mi madre, como ya he explicado, se sintió aliviada al saber que su hijo no tenía edad suficiente para participar en la invasión de Egipto como soldado británico—, pero en el trigésimo aniversario de la crisis sí me dispuse a hablar con los egipcios que tomaron el canal de Suez y lucharon contra los británicos. Pasé semanas en El Cairo escuchando a aquellos que se habían atrevido a enfrentarse al Imperio británico, a la nación francesa y a los invasores israelíes.

Los egipcios no llaman a ese episodio la «crisis de Suez», ni siquiera la «guerra de Suez». Siempre se refieren a ello como a la «agresión tripartita», para que sus compatriotas no olviden jamás que dos superpotencias europeas se confabularon con Israel para invadir la nueva república de Gamal Abdel Nasser. Suez fue una crisis compleja, pero su eje central fue la decisión de Nasser de nacionalizar el canal —en contra de los acuerdos internacionales— y hacerse con el control de la Compañía del Canal de Suez. Las empresas y los bancos británicos dominaban las inversiones en Egipto desde hacía mucho y poseían un 44 por ciento de las acciones de la compañía, porcentaje negociado en sus orígenes por Benjamín Disraeli. La toma del poder de Nasser fue recibida con deleite por las muchedumbres egipcias que habían quedado horrorizadas ante la anterior retirada estadounidense del proyecto de la gran presa de Asuán. La contraseña para iniciar la maniobra de toma de poder era «de Lesseps», quien había construido el canal cuando Egipto formaba parte del Imperio otomano. En cuanto Nasser pronunció el nombre del francés en un discurso radiofónico retransmitido desde Alejandría el 26 de julio de 1956, doce colaboradores suyos tomaron por asalto la gran sede con revestimientos de madera de la compañía.

Entre ellos se encontraba el capitán Alí Nasr, un tímido piloto de veintiséis años del canal de Suez con un fino bigote que subió los peldaños del edificio de Ismailía y comunicó con calma a los empleados franceses que encontró dentro que desde ese momento trabajaban para la Compañía del Canal Egipto. Nasr era el único marino del grupo. «Todos sabíamos que era un trabajo que debíamos hacer por nuestro país, estábamos dispuestos a dar la vida por ello —me explicaría treinta años después<sup>[\*]</sup>—. Teníamos la sensación de ser soldados a la espera de instrucciones. El ingeniero Mahmud Yunis fue quien nos condujo al interior, él había recibido órdenes selladas de Nasser en persona. El ingeniero Yunis tenía una pistola. Yo no iba armado; nunca

he creído en las armas. Sin embargo, dentro nos encontramos con que los franceses, los británicos y los griegos eran muy amables. Les dijimos: “El canal queda nacionalizado, ahora pertenece a Egipto. Queremos su cooperación. Los barcos deben continuar pasando por el canal”. Entonces intercambiamos cigarrillos con ellos. Dormimos en las oficinas, casi siempre acurrucados sobre los escritorios de los funcionarios franceses. Así fue como controlamos el canal».

Mientras el capitán Nasr se preparaba para dormir en Ismailía, Anthony Eden terminaba de cenar en Downing Street con el rey de Iraq y su primer ministro, Nuri Said. Ambos serían asesinados en Bagdad dos años después, pero esa noche de 1956 el veneno de Said se vertió sobre el dirigente egipcio. «Atáquenlo —aconsejó a Eden—. Atáquenlo, ataquen con fuerza y ataquen en seguida<sup>[\*]</sup>». En Londres, Eden convocó a su estado mayor. Quería derrocar a Nasser —el «cambio de régimen» es una nueva versión de la misma idea— y liberar el canal. Sin embargo, el ejército británico le informó que eso no podía hacerse. Las tropas no estaban entrenadas, las lanchas de desembarco estaban fuera de servicio. «No fue hasta llegar finalmente ante Port Said —me explicó un oficial del Regimiento de Paracaidistas más de cuarenta años después— cuando de pronto nos dimos cuenta de lo mucho que habían empeorado las condiciones de nuestro ejército desde la Segunda Guerra Mundial. Nuestros aviones de transporte sólo podían descargar por el costado, nuestros jeeps se averiaban y ni siquiera teníamos artillería para apoyarnos».

La primera prueba de la fuerza de Nasser llegó el 15 de septiembre de 1956, cuando casi todos los pilotos extranjeros de la Autoridad del Canal de Suez abandonaron sus puestos. Eden y Guy Mollet, el primer ministro francés, habían tramado ese abandono cinco días antes. El mundo vería que los egipcios no eran competentes y no podían gestionar el canal. De los 205 pilotos capaces de timonear convoyes por los 160 kilómetros del canal entre el Mediterráneo y el mar Rojo, sólo cuarenta eran egipcios... y cinco estaban de vacaciones. «Yunis se dio cuenta de que iba a suceder eso y reunió a los pilotos egipcios para preguntarles qué hacer —recuerda el capitán Nasr—. Le dije que debíamos entrenar a más pilotos, pero que no teníamos tiempo para formarlos en la navegación de todo el canal: un grupo aprendería a timonear embarcaciones con rumbo sur en la primera mitad del canal, hasta Ismailía, el siguiente estudiaría la segunda fase rumbo sur hasta Suez, los otros dos estudiarían la navegación del canal con rumbo norte en esas dos mismas fases».

La noche del 15 de septiembre, Nasr se encontraba a bordo de un barco alemán de 14 000 toneladas en Port Said. «Los pilotos extranjeros se habían marchado y yo estaba tan nervioso por mi trabajo y mi responsabilidad en el nuevo plan que no lograba distinguir las luces verdes y las luces rojas de las boyas de la desembocadura del canal. Pero el capitán alemán fue muy amable y me animó. Avanzamos por el canal de noche, y al amanecer vi las luces de un coche en la carretera, junto a nosotros. Era Yunis, con un megáfono, que me dirigía gritos de ánimo, a mí y a los pilotos de todos los barcos que pasaban por delante de donde se encontraba».

En Gran Bretaña, los días, las semanas y los meses que siguieron a la toma del canal de Suez por parte de Nasser estuvieron colmados de evasivas, mentiras parlamentarias, intentos desesperados de formar un ejército de coalición y —lo más perjudicial de todo— se organizó una reunión secreta en Sévres, cerca de París, en la que los israelíes, los británicos y los franceses acordaron que el ejército israelí invadiera Egipto, y que Gran Bretaña y Francia intervendrían después, darían instrucciones de retirarse a los ejércitos de Israel y de Egipto a uno y otro lado del canal y después desplegarían en la zona del canal de Port Said una fuerza de intervención anglofrancesa. Operación Mosquetero, así iba a llamarse, y el pueblo británico fue debidamente instado a abandonar su letargo de posguerra mediante editoriales periodísticos que condenaban a todo el que cuestionara el derecho de Eden a utilizar la fuerza militar.

*The Times* encabezó la marcha<sup>[\*]</sup>. «Desde luego, [la opinión pública] quiere evitar el uso de la fuerza —bramaba el editorial del periódico, escrito por el mismísimo director, William Haley—. Igual que todo el mundo, y esperamos que el gobierno británico más que nadie. Sin embargo, eso dista mucho de defender que, ya que no parece que podamos hacer demasiado, lo mejor será encontrar excusas y olvidar todo el asunto. Un país vive gracias a la enérgica defensa de sus intereses... La gente, a su modo callado, lo sabe mejor que los críticos y sigue queriendo que Gran Bretaña sea grande». *The Manchester Guardian* afirmó que el editorial de *The Times* era un ataque al derecho de alzar la voz contra el gobierno en época de crisis —un debate similar volvió a surgir cuando se acercaba la guerra de Iraq, a principios del 2003—, y el secretario de prensa de Eden, William Clark, interpretó un papel no muy diferente del de Alastair Campbell en Downing Street bajo Blair<sup>[\*]</sup>.

«Clark trabajaba al unísono con *The Times*», recuerda Tony Shaw en su brillante relato de la crisis, a veces terriblemente divertido. El trabajo de Clark —y aquí encontramos un paralelismo sobremanera molesto con George Bush y la ONU— era el de «preparar el terreno para la breve remisión de la disputa a las Naciones Unidas que haría el gobierno... Esto requería cierto nivel de ingenuidad, ya que hasta ese momento Eden y el periódico siempre habían considerado que la organización era demasiado rígida e incapaz de lograr resultados rápidos<sup>[\*]</sup>». Eden le había dicho a Haley que sólo quería utilizar a la ONU para demostrar la culpabilidad de Nasser y justificar el uso de la fuerza; lo cual se parece bastante a lo que George W. Bush deseaba que hiciesen los inspectores de armas de la ONU en Iraq en el 2002.

Hubo otro editorial de *The Times* que también podría haberse republicado a finales del 2002 con la palabra «Iraq» sustituyendo «el canal»:

La objeción a que el asunto se remita a la ONU y se deje en sus manos ha sido, y sigue siendo, que es probable que las Naciones Unidas tarden en reaccionar y que, sin duda, serán ineficaces como instrumento para liberar el canal. No obstante, cualquier clase de control internacional al que se llegue mediante negociaciones u otros medios deberá contar con el beneplácito de la ONU y, cuanto antes se informe oficialmente a la ONU de lo que haya sucedido, mejor<sup>[\*]</sup>.

«La connivencia —según el monumental estudio de Kennett Love sobre la guerra de Suez— nació de la unión entre la política anti Nasser de Eden y la alianza no escrita de Francia e Israel contra Nasser<sup>[\*]</sup>». Israel invadiría el Sinaí el 29 de octubre y afirmarían que sus fuerzas habían atacado bases de los fedayines palestinos y que sus operaciones militares habían sido necesarias a causa de «los continuos ataques militares egipcios contra ciudadanos israelíes y contra el territorio y las comunicaciones marítimas de Israel». Gran Bretaña y Francia pedirían un alto al fuego entre las fuerzas israelíes y egipcias, una tregua que —como ya había sido decidido con antelación— sería aceptada por los israelíes. Nasser, que hacía tiempo que se había convencido, y con razón, de que las tres potencias confabulaban en la guerra, la rechazaría.

El ejército egipcio se retiró del Sinaí protagonizando algunos actos de valentía pero con mucho caos hacia las orillas del canal<sup>[6]</sup>. El 31 de octubre, las fuerzas aéreas británica y francesa comenzaron sus operaciones contra Egipto, planeadas hacía tiempo. El comandante de la reserva Mustafá Kamal Murad, del mando oriental del ejército egipcio, enfiló esa tarde la carretera del desierto desde el Cairo. «Fue una pesadilla —recordaría, hablando conmigo treinta años después—. Un kilómetro tras otro de vehículos acorazados egipcios en la carretera y camiones blindados que ardían a causa de los ataques aéreos. Yo estaba muy impresionado. Los pobres campesinos se acercaban a la carretera y nos gritaban: “Habéis traído esta destrucción a nuestra tierra, sois el demonio<sup>[\*]</sup>”». Murad encontró Ismailía en calma pero repleta de soldados del Sinaí, asustados y desilusionados. «La moral estaba por los suelos, nuestros soldados tenían los pies hinchados de caminar por el desierto e infundían miedo a los defensores del ejército y nuestra Guardia Nacional. Todos los ejércitos en retirada cuentan mentiras a sus amigos. Tuvimos que enviarlos en seguida a El Cairo».

Murad se dirigió al antiguo consulado británico de Ismailía, que se había convertido en cuartel general de emergencia del ejército egipcio, una institución que, como recordaría Murad, «era todo un placer para nuestros oficiales porque los británicos habían dejado allí cajas de whisky, champán, cerveza y coñac». Los soldados egipcios saquearon los hogares civiles de la ciudad... hasta que su comandante, Kamaledin Husein, ordenó disparar contra todos los ladrones sin previo aviso. Algunos oficiales egipcios se vinieron abajo a causa de la tensión. «El coronel Abdul Aziz Selim tenía órdenes de defender las afueras de Ismailía y le gritó a Husein: “Mi batallón quedará completamente aniquilado por la fuerza aérea británica” —recordaba Murad—. Aconsejé a Husein que lo enviara de vuelta a El Cairo. Pero, por la mañana, el ordenanza de Selim vino a vernos y nos dijo que salía sangre de debajo de la puerta del coronel. La abrimos y descubrimos que Selim se había suicidado de un tiro en mi escritorio».

Los recuerdos de Murad sobre el bombardeo de la RAF en Ismailía seguían siendo tan intensos cuando lo entrevisté en 1986 que, al recordar esa violencia, su

mano no dejaba de surcar el aire para ilustrar los bombardeos de los campos de aviación que rodeaban Ismailía. «Me quedé asombrado al ver que no atacaban a los civiles. Tenían mucha precisión. Cuando llegué a los campos de aviación después de los bombardeos, vi que nuestros jóvenes soldados habían desobedecido las órdenes de retirarse a las trincheras en caso de ataque aéreo. En lugar de eso, habían resistido en los cañones antiaéreos y habían seguido disparando. Los misiles de la RAF tenían tanta precisión que siempre alcanzaban a los cañones. Los misiles habían partido a hombres nuestros por la mitad. Vi sus piernas, los troncos de sus cuerpos sobre los cañones; casi siempre faltaba la mitad superior».

El 5 de noviembre de 1956, las fuerzas anglofrancesas desembarcaron cerca de Port Said; muchos de los soldados llegaban en antiguos buques de guerra desde Chipre. En el campo de aviación de Gamil tomaron tierra 780 paracaidistas británicos, y otros 470 paracaidistas franceses aterrizaron en dos puentes sobre el canal, en Raswa. De madrugada, Murad lograba dormir a cabezadas en un sofá del cuartel general de Ismailía cuando lo despertó un hombre alto que estaba junto a él. «Me levanté y quedé asombrado al ver a Gamal Abdel Nasser. Llevaba un traje caro, de civil. Le dije: “Bienvenido, señor presidente... Pero ¿qué hace aquí? Debería estar en El Cairo. Las carreteras son muy peligrosas porque los británicos las están bombardeando”. Me dijo que iba a Port Said. Le dije: “Olvídelo, señor, debe regresar a El Cairo de inmediato, se espera que paracaidistas británicos tomen tierra en Port Said dentro de unas horas”. Nasser pidió una sala para descansar y yo lo alojé en el dormitorio del cónsul británico. Unas horas después, los británicos estaban ya en Port Said, luchando por la base aérea de Gamil».

Puede que, así, el comandante Murad evitara que Anthony Eden capturase a ese egipcio al que tanto odiaba. Nasser, con ropa limpia y aroma a agua de colonia, regresó a El Cairo... pero no antes de que Murad le hiciese una importante pregunta. «Le pregunté a Nasser: “¿Tenemos algún acuerdo con los rusos para que nos presten ayuda militar?”. Me dijo que no y yo le pregunté: “¿Ni siquiera un acuerdo entre caballeros?”. Me dijo: “No”. Me puse furioso. Pensé que aquel hombre debía de estar loco si desafiaba a tres potencias a la vez. Le dije: “Señor, haremos cuanto podamos, pero será un milagro que logremos hacer frente a los británicos, los franceses y a Israel”. Él sólo contestó: “*Rabina ma’ana*”, que Dios nos asista. Después se marchó».

El capitán Nasr estaba en su apartamento de la calle Gumhuriya de Port Said cuando llegaron los paracaidistas británicos. «Oímos tiros. Nos dijeron a todos que nos quedásemos en nuestras casas durante veinticuatro horas. Lo primero que vi cuando salí fue a un vecino mío, Adel Mandur, muerto en la calle. Era miembro de la Guardia Nacional. Le había disparado un soldado británico y estaba tumbado boca abajo en la cuneta, con los brazos extendidos. Recuerdo que su madre salió y no hizo más que levantarlo en silencio y entrarlo en casa». Al principio los muertos fueron enterrados uno a uno, pero decenas de cadáveres, civiles la mayoría, fueron depositados en una fosa común cerca del campo de aviación. Los británicos tomaron

por asalto una comisaría egipcia que ofreció resistencia al intenso ataque y mataron a casi todos los policías que había en el interior. Un general británico estimó que en la ciudad murieron casi un millar de egipcios, una cifra que se contradecía con la buena opinión que se había llevado el comandante Murad de la puntería aérea de la RAF. Muchos civiles fueron asesinados por los paracaidistas franceses, uno de los cuales escribiría más adelante que sus compañeros y él mataron a tiros a un grupo de pescadores inocentes porque tenían órdenes de no hacer prisioneros<sup>[\*]</sup>. En el canal, los paracaidistas dispararon a quemarropa y de frente a otras personas que suplicaban compasión.

«Los británicos se comportaron muy bien. Hospedaron a unos hombres en mi apartamento y no robaron nada —explicaba el capitán Nasr—. Pero el comportamiento de los franceses fue muy distinto. Trataban muy mal a la gente. A lo mejor era por su experiencia en Argelia, pero yo creo que estaban furiosos porque creían que el canal les pertenecía y que tenían derecho a recuperarlo». Nasser respaldaba abiertamente la lucha del FLN en Argelia.

En el aeropuerto de Gamil, un joven guerrillero egipcio, Mohamed Mahran Othman, fue capturado por los británicos, que querían saber dónde se encontraban los arsenales egipcios. Más adelante afirmó que los médicos militares británicos de Chipre le extirparon los ojos porque se negó a divulgar información sobre los arsenales y a retransmitir propaganda para los aliados desde una emisora de radio de Chipre. No existen otros testimonios de esto, aunque en 1997 conocí a Othman, cuyos ojos habían sido claramente arrancados de sus cuencas. Él sostenía que los británicos también habían querido vengarse porque un médico militar había resultado herido durante la incursión del campo de aviación de Gamil<sup>[\*]</sup>. Un médico del Regimiento de Paracaidistas, el teniente A. J. M. «Sandy» Cavenagh, el oficial médico del 3.<sup>er</sup> Regimiento de Paracaidistas, fue alcanzado por metralla en el ojo izquierdo durante su descenso sobre Gamil, aunque cuarenta años después me dijo que no sabía nada de las imputaciones del egipcio ciego; paradójicamente, Cavenagh vio muchos años después a Othman trabajando como guía en el museo militar de Port Said, pero no le dijo nada. Cavenagh, un hombre amable y cortés que escribiría un gráfico relato de los aterrizajes, fue elogiado por su comandante por haber continuado tratando a sus compañeros, aun gravemente herido, durante otras cinco horas<sup>[7][\*]</sup>.

Los archivos contienen pruebas del racismo que caracterizó al antiguo ejército imperial. La zona más pobre de Port Said estuvo señalada en los mapas británicos como «Wog-Town» (barrio de negros), mientras que una nota sobre propaganda del «cuartel central de las fuerzas aliadas» del 1 de diciembre de 1956 se refiere a la «mentalidad maliciosa» de los árabes<sup>[\*]</sup>. Los británicos impidieron que los reporteros llegaran a Port Said hasta varios días después de la batalla, pero el reportero Alex Eftyvoulos vería cuerpos aún sin enterrar una semana después del alto el fuego<sup>[\*]</sup>.

El comandante egipcio de Ismailía, Kamaledin Husein, quedó escandalizado cuando su homólogo de Port Said, el general de brigada Salahedin Moguy, lo llamó

por una línea telefónica que seguía operativa. «Nos dijo que había acordado con un general británico realizar un alto al fuego de seis horas para recoger a los muertos y los heridos —recordaba Murad—. Husein le gritó: “¿Cómo se atreve a reunirse con un general británico sin que le haya dado yo la orden?”. Oí que Moguy contestaba: “Soy el comandante de Port Said y es decisión mía”. Después colgó».

A primera hora del 7 de noviembre, Murad caminaba con cautela y con la metralleta a la espalda por la carretera que seguía el canal hacia el norte de Ismailía. Acababa de pasar por un pueblo de pescadores llamado Jisr el Hind cuando vio lo que creyó que eran amapolas rojas moviéndose entre las altas hierbas de su derecha. «Entonces vi a esos dos chicos, dos paracaidistas británicos con boinas rojas, mirándome entre la hierba. Me estaban apuntando con sus armas a unos sesenta y cinco metros de distancia. Sacaron unos pañuelos blancos, los ataron a las bayonetas y uno de ellos gritó: “Hola”. Yo aparté la mano de la metralleta y también le dije “hola”. Vi delante de mí dos tanques británicos y a algunos soldados que tendían alambre de espino en la carretera... Esos dos chicos pudieron dispararme, así que me dio la sensación de que a lo mejor había un alto al fuego. No dejaba de pensar: “Qué idiota ha sido el comandante británico al detenerse aquí, a sólo treinta y ocho kilómetros al sur de Port Said. No tiene nada por delante... podría llegar a El Cairo en pocas horas”».

Sin embargo, los británicos no avanzaron más. Murad acababa de tropezarse con el mismísimo final de la última aventura imperial del ejército británico. Tardó un tiempo en darse cuenta de que los estadounidenses habían intervenido y de que se trataba también del fin de una era. El presidente Eisenhower se había enfurecido al enterarse de que la invasión de Israel había sido preparada por los aliados —sobre todo por los franceses— y, al contrario que la doctrina Bush en el 2003, se reservó el derecho de los Estados Unidos a condenar la invasión. El famoso comentario de Eisenhower a Foster Dulles —cuyo cometido era ir a Londres y decirle a Eden: «Alto ahí, chico»— indicaba lo cerca que estuvo de retirarle todo apoyo a Gran Bretaña. El 28 de noviembre, el secretario de Asuntos Exteriores, Selwyn Lloyd, afirmaba ante el consejo de ministros que «si retirásemos las tropas anglofrancesas tan rápido como sea posible, recuperaríamos la simpatía del gobierno de los Estados Unidos».

Al ser interrogado por la comisión de 1962 sobre la connivencia de Israel, Gran Bretaña y Francia, Eden dijo que «algunas [medias verdades] —y, si es que las hubo, no fueron graves ni numerosas— fueron necesarias, siempre lo son en esta clase de operaciones que exigen un secreto absoluto». El 20 de diciembre mintió en la Cámara de los Comunes. «Quiero decir algo sobre la cuestión de si lo sabíamos con antelación y quiero decírselo a la Cámara sin ambages: no existió conocimiento previo de que Israel fuese a atacar Egipto, no existió. Pero sí existía otra cosa —él lo sabía perfectamente—, existía el riesgo de que sucediera, y, ante ese riesgo, tuvieron lugar ciertas discusiones y conversaciones que, en mi opinión, fueron del todo adecuadas y que, en mi opinión, cualquiera habría llevado a cabo». Tony Blair no

podría haber mejorado esas declaraciones en el período subsiguiente a la invasión ilegal de Iraq del 2003. Eden era un hombre enfermo —acababa de pasar por una operación en la que un cirujano había dejado instrumental médico en su interior por accidente— y, como recuerda W. Scott Lucas en su relato de la tragedia, empezaba a sondear a sus colegas respecto de su futuro. El 9 de enero de 1957 le dijo a Harold Macmillan que sus médicos le habían advertido que su salud corría peligro si seguía en el cargo y que «no había remedio». Macmillan no salía de su asombro. «Apenas podía creer que ése fuese el final de la vida pública de un hombre relativamente joven y con tanto para dar todavía —escribió—. Nos quedamos sentados durante un buen rato. Hablamos algo sobre la primera guerra, en la que ambos habíamos servido y padecido... Aún puedo verlo en esa triste tarde de invierno, con un aspecto aún tan jovial, tan alegre, tan gallardo: la viva imagen de lo mejor de la juventud que había servido en la guerra de 1914-1918».

La dimisión de Eden supuso el final del último intento que Gran Bretaña haría jamás de demostrar, como escribe Scott Lucas, «que Gran Bretaña no necesitaba el respaldo de los Estados Unidos para defender sus intereses». En lo sucesivo, Gran Bretaña sería servidora de la política estadounidense. Sería la política estadounidense la que actuaría de forma unilateral para «defender» Oriente Próximo. La doctrina Eisenhower de 1957 condujo inexorablemente a la hegemonía que los Estados Unidos ejercen hoy en el mundo. Esta vez, no obstante, sería Washington quien necesitara el respaldo británico para defender sus intereses... al menos en una invasión de Iraq, aunque incluso eso era dudoso.

En Egipto, Nasser gobernaba y era cada vez más aclamado. Sobrevivió incluso a la fulminante derrota a manos de Israel en la guerra árabe-israelí de 1967 y acabó con toda la oposición dentro del país a fuerza de ejecuciones y torturas. Suez distrajo la atención del mundo mientras las tropas rusas asaltaban Budapest el 30 de octubre de 1956 y aplastaban su revolución. Algunos nunca perdonaron al líder laborista Hugh Gaitskell por un discurso radiotransmitido en el que calificó de agresoras a las tropas británicas —al contrario que en el 2003, el gobierno contaba al menos con una oposición política seria en la Cámara de los Comunes—, mientras que *The Observer* perdió lectores que nunca recuperó por oponerse a la guerra.

«Fue una apuesta arriesgada —declararía treinta años después el excomandante Murad—. Nasser tuvo mucha suerte de que los estadounidenses intervinieran y pidieran a los británicos que dejaran las armas y abandonaran la zona. Los estadounidenses querían reemplazar a los europeos como gran potencia en Oriente Próximo. Pero fue pura suerte. Si yo hubiese estado en el lugar de Nasser, no lo habría hecho, porque no existía ningún acuerdo con Rusia. La guerra no fue una contienda entre iguales, ni siquiera fue una guerra. Fue una acción emprendida contra la nacionalización del canal para destruir el poder de Nasser. Entonces nos dimos cuenta».

Sin embargo, Eden diría la última palabra justo después de que los británicos

desembarcaran en Suez. «Si hubiésemos dejado que las cosas siguieran su curso —dijo—, todo habría ido de mal en peor. Nasser se habría convertido en una especie de Mussolini musulmán, y nuestros amigos de Iraq, Jordania, Arabia Saudí e incluso Irán habrían sido derribados paulatinamente. Nasser se habría dirigido hacia el oeste, y Libia y el norte de África habrían quedado bajo su control<sup>[\*]</sup>». Volveríamos a oír eso mismo en el 2002 y en el 2003, aunque el odio de Eden por Nasser tenía ciertos límites. «Nunca creí que Nasser fuera un Hitler —escribiría Eden—... Pero el paralelismo con Mussolini se le ajusta bastante». Cuy Mollet, el primer ministro francés, se refirió a Nasser como a un «aprendiz de dictador». Tanto Eden como él estaban poseídos por lo que el propio Mollet denominó «el complejo anti Munich».

En Gran Bretaña, en el 2003, los periódicos publicaban a los cuatro vientos sus argumentos a favor de la guerra. En los Estados Unidos la defendían con libros, montones de ellos, libros de mesita del café recordando los atentados del 11 de septiembre, ediciones en rústica pidiendo paz para Iraq, grandes tomos cargados de notas a pie de página ensalzando las virtudes del «cambio de régimen» en Oriente Próximo. En Nueva York, tanto editores como medios de comunicación fueron a la guerra. No había más que leer los títulos de los libros sobre el 11-S de los quioscos estadounidenses, muchos de los cuales eran enormes volúmenes conmemorativos de fotografías: *Above Hallowed Ground* (Sobre suelo sagrado), *So Others Might Live* (Para que otros vivan), *Strong of Heart* (Fortaleza de corazón), *What We Saw* (Lo que vimos), *The Final Frontier* (La última frontera), *A Fury of God* (Una furia divina), *The Shadow of Swords* (La sombra de las espadas)... No es de extrañar que las cadenas de televisión estadounidenses dieran ya por sentada la próxima guerra. «Enfrentamiento final en Iraq —anunció la CNN—. Preparados para la guerra». Nadie puso en duda que fuera cierto. Yo protesté durante un programa de radio en directo, retransmitido en enero en los Estados Unidos, en el que se pidió a los participantes —que contaban entre ellos con un académico israelí, un antiguo funcionario irlandés de la ONU, un veterano de Vietnam, Tony Benn y otros— que no debatieran sobre si debería haber guerra en Iraq, sino sobre cuáles serían las consecuencias de ese conflicto. La indefectibilidad de la guerra venía dada por el guión.

La contribución más reciente y ampulosa a ese «debate» completamente fraudulento en los Estados Unidos había sido *The Threatening Storm: The Case for Invading Iraq* (Cómo amenaza la tormenta: argumentos para la invasión de Iraq), de Kenneth Pollack, antiguo agente secreto de la CIA y exdirector de «asuntos del Golfo» en el Consejo Nacional de Seguridad. Era el libro del que se suponía que se hablaba en todos los Estados Unidos y su título —*The Threatening Storm*, por supuesto, era imitación de *The Gathering Storm* (Cómo se fraguó la tormenta), el primer volumen de la historia de la Segunda Guerra Mundial de Winston Churchill—

decía todo cuanto había que saber sobre su contenido. Igual que George W. Bush intentó en el 2002 disfrazarse de Churchill luchando contra la contemporización, Pollack insinuó dos veces que el mundo se enfrentaba al mismo dilema que habían afrontado Gran Bretaña y Francia en 1938. Los Aliados podrían haber ganado el conflicto en un año, según él, si entonces le hubiesen declarado la guerra a Hitler. El hecho de que Gran Bretaña y Francia, pese a contar con superioridad numérica de tropas, fuesen más débiles en cuanto a armamento moderno —mientras que los Estados Unidos podían destruir en ese momento a las fuerzas de Sadam en menos de un mes— no debía interferir en su engañoso argumento. Pollack aceptaba que Sadam no era Hitler, pero de nuevo quedaba caracterizado con la vestimenta del Führer —igual que Nasser había sido el Mussolini del Nilo durante la crisis de Suez de 1956—, de modo que cualquiera que se opusiera a la guerra, por silenciosa extensión, se convertía en simpatizante nazi.

Antes e inmediatamente después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial —de la verdadera Segunda Guerra Mundial—, los editores británicos utilizaron a sus autores para respaldar el conflicto. Victor Gollancz fue un infatigable defensor de las libertades británicas. Allá por 1941 estábamos publicando el éxito de ventas *Last Train from Berlín* (El último tren desde Berlín), de Howard K. Smith, el desesperado relato que hacía un brillante corresponsal estadounidense en el extranjero de la vida en la Alemania nazi antes de que los Estados Unidos entraran en el conflicto. Sin embargo, éstas eran a menudo obras tanto literarias como ideológicas. Lo que sucedió en los Estados Unidos durante las semanas previas a la invasión de Iraq fue algo bastante diferente: un intento sensiblero y barato de impeler a los estadounidenses a la guerra como consecuencia del sacrificio silenciado, reverente e irreprochable del 11 de septiembre.

La eliminación de Sadam «rompería el “vínculo” entre el tema de Iraq y el conflicto árabe-israelí», según escribió Pollack. A largo plazo, «eliminaría una importante fuente de sentimiento antiestadounidense» y produciría resultados positivos «si los Estados Unidos construyeran un nuevo Estado iraquí fuerte, próspero y global... un modelo de lo que podría ser un Estado árabe moderno». El argumento de Pollack a favor de la guerra era pasmosamente amoral. La guerra, por lo visto, era la decisión adecuada no porque fuese moralmente necesaria sino porque podíamos ganarla. La guerra era de pronto una opción política viable y con perspectivas de éxito. Aligeraría la «agenda de política exterior» de Washington y le permitiría tal vez invadir uno o dos países más, donde se descubrirían intereses vitales para los Estados Unidos. Y al fin se habría terminado con ese «vínculo» de suma importancia entre Iraq y la guerra árabe-israelí. Ese tema reaparece varias veces en el texto de Pollack, cuyo discurso —fundamentalmente israelí— es bastante simple: privados del respaldo de uno de los países árabes más poderosos, los palestinos quedarían aún más debilitados en su lucha contra la ocupación israelí. Pollack describía la «perversa campaña terrorista» de los palestinos sin esbozar la

menor crítica a Israel. Hablaba de «atentados terroristas semanales seguidos de respuestas israelíes», la versión israelí estándar del conflicto. El autor consideraba la parcialidad estadounidense en favor de Israel nada más que una «creencia» árabe. Huelga decir que no se mencionaba al exinspector de armas de la ONU y excomandante de los marines Scott Ritter, cuya propia pequeña obra en contra de la guerra —*War on Iraq: What Team Bush Doesn't Want You to Know* (La guerra de Iraq: lo que el equipo de Bush no quiere que sepamos)— no era más que una nimiedad de 96 páginas frente a toda la literatura probélica que se producía en masa en Washington.

A medida que ese material salía de las imprentas, desde Washington y Londres se iban filtrando más fantasías de última hora. Artículos sobre más atentados en los Estados Unidos —en el Lincoln Tunnel y el Golden Gate— se mezclaban con los alarmistas reportajes británicos que se habían ido alimentando las semanas anteriores: viruela, bombas sucias, atentados en hoteles y centros comerciales, un atentado químico en el metro, el envenenamiento de los abastecimientos de agua, atentados contra «objetivos de postal» en el Big Ben y en Canary Wharf, la obtención de 5000 bolsas para restos humanos, 120 000 trajes de descontaminación, clases de supervivencia para escolares de siete años, nuevas leyes para poner en cuarentena a los británicos en caso de atentado biológico. Ese terrorismo de Estado parecía no tener fin. ¿Querían que ganara Osama bin Laden? ¿O era sólo parte de la cuenta atrás de la guerra de Iraq, la imprescindible droga del miedo que necesitábamos todos para respaldar a los señores Bush y Blair?

Esos artículos proporcionaban un apuntalamiento esencial a la literatura probélica. En los Estados Unidos, el respaldo de los intelectuales al conflicto, de hecho, fue muchos más allá del insípido libro de Kenneth Pollack. En la revista *Foreign Affairs*, por ejemplo, el catedrático Fouad Ajami —de la Universidad John Hopkins—, que constantemente menospreciaba el mundo árabe por su atraso, su falta de democracia, su supuesta utilización del conflicto árabe-israelí «como coartada para más autocompasión y más rabia», anunció «con mucha prudencia... que habrá que librar una guerra». Dijo también —y ésta es la frase que recordarán los amantes de la fantasía— que «cualesquiera que sean las repercusiones de la guerra, sin duda parecerán insignificantes ante las terribles consecuencias que se producirían si los Estados Unidos llegaran hasta el borde del conflicto y luego se hicieran atrás y permitieran al dictador iraquí conseguir otro aplazamiento».

La lógica de esa guerra era verdaderamente asombrosa. Los Estados Unidos tenían que librarla porque habían amenazado con hacerlo. Su propia amenaza se había convertido en la causa del conflicto; la paz, por tanto, sería más horrible que la guerra. Tal como apuntó Laura Rediehs, catedrática de la Universidad St Lawrence de Nueva York, en un perspicaz ensayo publicado en *Collateral Language* (Lenguaje colateral) —uno de los mejores libros sobre la lingüística de este conflicto—, en la batalla cósmica entre el Bien y el Mal que Bush imaginaba, el hecho de que

sacrificáramos vidas inocentes quedaría justificado porque nosotros éramos los buenos. Sin embargo, que el otro bando matara a inocentes era injustificable porque los otros eran los malos. «Lo que hace que matar a inocentes sea malo, por tanto, no son las muertes en sí sino las posturas y los sentimientos de quienes acabaron con sus vidas». La contribución más conmovedora, con diferencia, de ese mismo libro a la campaña antibélica fue la de Amber Amundson, cuyo marido, Craig, había pertenecido al ejército estadounidense y había perdido la vida en el atentado contra el Pentágono del 11 de septiembre del 2001. «¿De verdad conseguirá la invasión de Iraq que haya más paz en la comunidad mundial? —preguntaba a sus lectores—... Si deciden responder a esta brutalidad incomprensible [del 11 de septiembre] perpetuando la violencia contra otros seres humanos, no lo hagan en nombre de la justicia por lo que le hicieron a mi marido».

Obsesionados con su propia demonización de Sadam Husein, tanto Bush como Blair nos recordaban sin cesar el precio de la contemporización. Bush se creía el Churchill de los Estados Unidos y rechazaba la contemporización de Sadam. Parecía que la Segunda Guerra Mundial sería por siempre jamás la excusa, la advertencia, la justificación, el paradigma completamente fraudulento para todas las locuras, todas las matanzas que acometiésemos. La Segunda Guerra Mundial fue una obscenidad. Terminó en 1945. Aun así, a principios del 2003 casi se habría dicho que Hitler estaba vivo en su bunker de Berlín. La Luftwaffe, si se escuchaba a Bush y a Blair, todavía seguía despegando del cabo Gris-Nez dispuesta a bombardear Londres años después de la contemporización de la Alemania Nazi. No obstante, eran nuestras fuerzas aéreas las que estaban a punto de atacar desde los «cabos Gris-Nez» a Iraq — Kuwait, Qatar, Arabia Saudí, Turquía y diversos portaaviones— para pulverizar no Londres sino Bagdad. ¿Cómo se atrevían nuestros dirigentes liliputienses a trivializar el enorme sacrificio de la Segunda Guerra Mundial comparándolo con su miserable conflicto contra Iraq, y elevar así la dictadura de poca monta de Sadam a la categoría de la épica tragedia histórica de la guerra de 1939-1945<sup>[8]</sup>?

¿Cómo podía reaccionar un ser humano cuerdo ante algo tan lamentable? Uno de los principales países que «no hizo nada contra Hitler» habían sido los Estados Unidos, que disfrutaron de un provechoso período de neutralidad en 1939, 1940 y gran parte de 1941, hasta que fueron atacados por los japoneses en Pearl Harbor. Y cuando la alianza Churchill-Roosevelt decidió que sólo aceptaría la rendición incondicional de los alemanes —una exigencia que sorprendió incluso a Churchill cuando Roosevelt anunció de pronto los términos en Casablanca— Hitler quedó condenado.

No era ése el caso de Sadam, al parecer, puesto que Donald Rumsfeld sí le ofrecía una salida al Hitler de Bagdad: el exilio, con una maleta llena de dinero y un puñado de familiares, si era lo que deseaba. No logré recordar a Churchill ni a Roosevelt insinuando jamás que el Führer recibiera una gratificación a su retirada. Sadam es Hitler... pero de pronto deja de serlo. Según *The New York Times*, tenía que ser

juzgado por crímenes de guerra. Pero luego no. Podía esfumarse a Arabia Saudí o a Latinoamérica si aceptaba lo que le ofrecía Rumsfeld. Dicho de otra forma, que después de todo no era Hitler.

Yo no dejaba de preguntarme qué sucedería después de la invasión. El 26 de enero pregunté a nuestros lectores de *The Independent* qué teníamos pensado hacer cuando los iraquíes exigieran nuestra retirada de su país. «Puesto que estaremos ocupando un país extranjero. Estaremos ocupando Iraq igual que Israel ocupa Gaza y Cisjordania. Y cuando Sadam no esté, Osama bin Laden tendrá vía libre para exigir la liberación de Iraq como otro de sus objetivos. Con qué facilidad logrará introducir a Iraq en la trama de ocupación estadounidense por todo el Golfo... ¿Estamos dispuestos, pues, a luchar contra Al Qaeda en Iraq además de en Afganistán, Pakistán e innumerables países más? Parece que los pueblos de Oriente Próximo —y de Occidente— ven estos peligros, pero no así sus líderes, o quizá es que no quieren verlos».

Al viajar más de una vez al mes a los Estados Unidos, visitar Gran Bretaña el penúltimo fin de semana de enero del 2003 y desplazarme por todo Oriente Próximo, jamás me había asombrado tanto la absoluta e inquebrantable determinación de tantos árabes, europeos y estadounidenses a oponerse a una guerra. ¿De verdad necesitaba Tony Blair que ese estudiante gloriosamente pertinaz le demostrara en el mitin del Partido Laborista británico del 24 de enero lo que sentían tantos conciudadanos suyos: que esa propuesta de guerra contra Iraq era una mentira, que las razones de ese conflicto no tenían nada que ver con las armas de destrucción masiva, que Blair no tenía por qué seguir a Bush a la guerra? Nunca antes había recibido tantas cartas de lectores expresando exactamente el mismo sentimiento: que, de algún modo —a causa de la gran mayoría laborista, a causa de la desaparición *de facto* del partido *tory* como oposición, a causa del cinismo parlamentario—, la democracia británica no iba a permitir a su pueblo detener una guerra por la que la mayoría no sentía más que desprecio. Ante el patético intento de Washington de vincular a Sadam con Al Qaeda, el infantil «informe» Blair sobre las armas de destrucción masiva o la teatral farsa de las inspecciones de la ONU, la gente ya no se dejaba engañar. Las refutaciones de que esa guerra tuviera algo que ver con el petróleo eran tan poco convincentes como la afirmación de Colin Powell de enero del 2003 de que el petróleo de Iraq quedaría en manos de los Estados Unidos como «fideicomiso» del pueblo iraquí. Un «fideicomiso» fue exactamente lo que la Liga de Naciones ofreció a Levante cuando permitió a Gran Bretaña y Francia adoptar protectorados en Palestina, Transjordania, Siria y el Líbano tras la Primera Guerra Mundial. ¿Quién gestionaría los pozos petrolíferos y exploraría los yacimientos de Iraq durante ese generoso período de «fideicomiso»? pregunté en mi periódico. ¿Compañías estadounidenses, tal vez?

Hablemos de los inspectores. George W. Bush, Dick Cheney, Ronald Rumsfeld y, vaya por dónde, Colin Powell no querían darles más tiempo a los inspectores. Pero ¿por qué no, por el amor de Dios? El 12 de septiembre del 2002, cuando Bush, que se

regodeaba en la nostalgia de los crímenes contra la humanidad del 11 de septiembre, exigió a la ONU que actuara, insistió en que volviera a enviar a sus inspectores a Iraq. Debían retomar su trabajo y terminarlo. Bush, claro está, esperaba que Iraq se negara a acoger de nuevo a los inspectores; espantosamente, Iraq abrió una vez más las puertas a la ONU. Bush esperaba que los inspectores dieran con armamento escondido; terroríficamente, no encontraron nada. Sin embargo, seguían buscando, y eso era lo último que Bush quería. Declaró que estaba «más que harto» de los engaños de Sadam... cuando en realidad quería decir que estaba más que harto de esperar a que los inspectores de la ONU encontrasen esas armas que permitirían a los Estados Unidos declarar la guerra. Aquel que tanto había deseado enviar de nuevo a los inspectores en septiembre del 2002, de pronto, en enero del 2003, no quería que hiciesen su trabajo. «El tiempo se acaba», decía Bush. Hablaba sobre Sadam, pero en realidad se refería a los inspectores de la ONU; de hecho, a toda la institución de las Naciones Unidas, establecida con tanta laboriosidad por iniciativa de su propio país después de la Segunda Guerra Mundial.

El único otro país que presionaba para declarar la guerra —además de Kuwait, siempre en deuda— era Israel. Éstas fueron las palabras de Zalman Shoval, consejero de Asuntos Exteriores del primer ministro israelí Ariel Sharon, que en enero del 2003 dijo que Israel «pagaría caro» un «largo aplazamiento» del ataque estadounidense contra Iraq: «Si el ataque se pospone por motivos políticos y no militares, en Israel tendremos motivo para temer que Sadam Husein utilice esa demora mortal para fabricar armas no convencionales». Shoval afirmaba que, mientras Sadam no fuese eliminado, sería difícil convencer a los dirigentes palestinos de que la violencia no merecía la pena y de que había que reemplazarla por una nueva administración. Arafat aprovecharía esa demora para «intensificar los atentados terroristas». De modo que la salvaje guerra entre Israel y Palestina —según la tesis de Shoval— sólo podría resolverse si los Estados Unidos invadían Iraq; el terrorismo no terminaría en Israel hasta que los Estados Unidos destruyeran a Sadam. No habría cambio de régimen para los palestinos hasta que hubiese un cambio de régimen en Bagdad. Y, al seguir la marcha de Bush hacia la guerra, Blair, indirectamente, respaldaba la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza (puesto que Israel afirmaba estar luchando la «guerra al terror» de los Estados Unidos contra Arafat).

Sadam no era diferente de nuestro querido dirigente de Corea del Norte, Kim Jong II, el megalómano nuclear con el que los estadounidenses acababan de mantener unas «excelentes» conversaciones, pero que no tenía petróleo. Qué típico de Sadam enviar a Alí Mayid el Químico —el criminal de guerra que gaseó a los kurdos de Halabya— a recorrer las capitales árabes, a visitar al presidente de Siria, Bachar el Asad, y al presidente del Líbano, Emile Lahud, como si jamás hubiese ordenado la matanza de mujeres y niños. No obstante, Bush y Blair no dijeron nada sobre la gira de Mayid, ya fuera porque no querían ofender a los dirigentes árabes que se reunieron con él o porque la relación entre el gas, los crímenes de guerra y el respaldo

originario de Washington a Sadam aún era un tema delicado<sup>[9]</sup>.

El 4 de febrero del 2003 me encontraba en Austin, Texas, esperando coger un vuelo hacia Nueva York para ver cómo convencía Colin Powell al Consejo de Seguridad de la ONU que las mentiras de Washington sobre las armas de destrucción masiva no eran mentiras, ni mucho menos, sino la verdad y nada más que la verdad. Sin embargo, como escribí ese día, había una cosa que se podía dar por segura en el discurso de Powell: que no hablaría de Afganistán. Y es que, puesto que la guerra de Afganistán era el modelo «de éxito» para la siguiente aventura imperialista estadounidense en Oriente Próximo, el cuasifracaso de la paz en ese país salvaje y la constante erosión de las fuerzas de los Estados Unidos en Afganistán —los ataques que sufrían todas las noches las tropas estadounidenses e internacionales, la anarquía en las ciudades más allá de Kabul, el caciquismo y el narcotráfico, además de una mortandad que no dejaba de crecer— no podían mencionarse, eran una historia constantemente eliminada de la conciencia de los estadounidenses que enviaban a decenas de miles de jóvenes a protagonizar otra epopeya «de éxito». Ese artículo, tal como escribí:

está escrito en Texas, estado natal del presidente George Bush, donde las banderas ondean a media hasta por la tripulación del *Columbia*, donde el envío a Oriente Próximo de más tropas de la 108.<sup>a</sup> Brigada de Artillería de Defensa Aérea desde Fort Bliss y el despliegue inminente desde la base de la fuerza aérea de Holloman, en el vecino Nuevo México, de una cantidad sin revelar de sigilosos bombarderos F-17 Nighthawk no mereció más que una redacción de 78 palabras al pie de una página en el periódico local de Austin.

Sólo en Nueva York y Washington insinúan los expertos neoconservadores —escandalosamente— la muerte de la tripulación del *Columbia* pudo acrecentar la determinación y la «unidad» estadounidenses en su respaldo de la aventura de Bush en Iraq. Hace unos meses aún nos habrían pedido que creyéramos que el «éxito» de la posguerra en Afganistán auguraba un éxito para la posguerra iraquí.

Así que descorramos un instante el telón y echemos un vistazo a las espesuras de ese país que tanto el presidente Bush como el primer ministro Blair prometieron no olvidar. Que levanten la mano todos los que sepan que Al Qaeda tiene una emisora de radio en funcionamiento dentro de Afganistán, desde donde clama por una guerra santa contra los Estados Unidos. Es cierto. Ahora que levante la mano el que pueda adivinar cuántos de los alijos de armas que descubren cada día las tropas estadounidenses en el país han sido introducidos en Afganistán después del «éxito» de la guerra de los Estados Unidos. Respuesta: hasta un 25 por ciento.

¿Se han retirado las tropas estadounidenses de sus posiciones a lo largo de la frontera entre Afganistán y Pakistán? Diríase que no. Sin embargo, es eso lo que ha sucedido. Según fuentes pakistaníes del otro lado de la frontera, se han retirado al menos cinco posiciones, de las cuales las fuerzas de los Estados Unidos sólo han admitido una. El 11 de diciembre, tropas estadounidenses abandonaron el puesto avanzado de Lwara después que los continuos ataques nocturnos destruyeran numerosos vehículos militares de los Estados Unidos. Sus aliados afganos fueron expulsados de allí sólo unos días más tarde, y los guerreros de Al Qaeda arrasaron entonces el complejo estadounidense y lo redujeron a cenizas.

Es señal de la gravedad del fracaso de la misión estadounidense en Afganistán que *The Wall Street Journal*, majestuosamente conservador —habitual abanderado de las políticas imperialistas e israelíes en Oriente Próximo y el Sudeste Asiático—, haya dedicado un largo e intrigante artículo a la retirada estadounidense, aunque el periódico no la denomina así, claro está.

«Los soldados siguen enfrentándose a un enemigo invisible», se titula la sobresaliente investigación de Marc Kaufman, un titular casi idéntico a otro que encabezó un artículo de Fisk más o menos un año después de la invasión rusa de Afganistán de 1979-1980. Los soldados de mi reportaje, por supuesto, eran rusos. De hecho, del mismo modo que recuerdo al oficial soviético que nos dijo a todos en la base aérea de Bagram que todo cuanto quedaba de la conspiración de Occidente contra los afganos pacifistas (y comunistas) eran unos «restos de terrorismo muyahidín», también he visto al portavoz estadounidense —sí, en esa misma base aérea de Bagram— que afirmaba alegremente esta vez que todo cuanto queda de las legiones de Bin Laden son «restos»

de Al Qaeda.

En Afganistán han vuelto a abrirse campos de entrenamiento, no —como creen los estadounidenses— por parte de las recalcitrantes fuerzas antiestadounidenses de los afganos de Gulbuddin Hekmatyar, sino por parte de árabes. La última batalla entre fuerzas estadounidenses y los «restos» enemigos, cerca de Spin Boldak, en la provincia de Kandahar, contó con la participación de soldados árabes, tal como informó mi compañero Phil Reeves. Las fuerzas del Hezb-i-Islami de Hekmatyar han estado «forjando vínculos» con Al Qaeda y los talibanes; que es exactamente lo que los «restos terroristas» de los muyahidines hicieron entre sí en el invierno de 1980, un año después de la invasión soviética.

Un estadounidense ha perdido la vida a causa de una mina terrestre recién colocada en Jost; 16 civiles han saltado por los aires a causa de otra mina de reciente colocación en las afueras de Kandahar; en Kabul se lanzan granadas contra los estadounidenses y las tropas internacionales; llegan más informes de violaciones y quemas de clases de niñas en el norte de Afganistán... Todos estos hechos adquieren ahora la cualidad caduca de la guerra de ayer.

De modo que podemos estar seguros de que Colin Powell no alardeará hoy en el Consejo de Seguridad sobre el éxito de los Estados Unidos en la guerra de los servicios de información en Afganistán. Una cosa es afirmar que en unas fotografías de satélite se ven productos químicos siendo transportados por Iraq o que conversaciones telefónicas interceptadas prueban que los científicos iraquíes siguen con su trabajo sucio, y otra muy distinta explicar que las «comunicaciones» interceptadas que los Estados Unidos supuestamente escucharon en Afganistán no demostraban nada. En cuanto a Afganistán se refiere, podemos citar a Basil Fawly: «Hagan lo que hagan, no hablen de la guerra».

El 5 de febrero del 2003 nevaba en Nueva York, el vapor salía en remolinos de las tapas del alcantarillado y los militares secretos estadounidenses —que tienen la gentileza de llevar chaquetas con la inscripción SERVICIOS SECRETOS— se acurrucaban entre sus propios brazos a la entrada de la rancia sede central de amianto de la ONU en el East River. Pese a estar agotado después de haber viajado miles de kilómetros por los Estados Unidos, la idea de ver al secretario de Estado, Colin Powell —o general Powell, como volvían a apodarlo algunos periódicos estadounidenses—, intentar por última vez lograr el apoyo a la guerra ante el Consejo de Seguridad era una experiencia que no podía perderme. Unos días después estaría en Bagdad, presenciando el comienzo de ese conflicto frívolo y descabellado. La aparición de Powell en el Consejo de Seguridad era el prólogo esencial de la tragedia —o tragicomedia, si lograba uno contener la ira—, la aparición del miembro del séquito que explicaría la trama de la obra, el Horacio del Hamlet cada vez más inestable de la Casa Blanca.

Presenciamos una apertura casi macabra de la obra cuando el general Powell llegó al Consejo de Seguridad besando las mejillas de los delegados y estrechándolos entre sus grandes brazos. El director de la CIA, George Tenet, permanecía detrás de Powell, fornido, agresivo pero obediente, mordiéndose el labio sólo un poco, y también Edward G. Robinson, que debía de haberse convencido de que sus informaciones más dudosas estaban enterradas a una debida profundidad bajo metros de furia y miedo, escondidas a salvo. Igual que con la aparición de Bush del septiembre anterior ante la Asamblea General, había que estar presente en el Consejo de Seguridad para ver lo que se les escapaba a las cámaras de televisión. Se produjo un momento maravilloso cuando el pequeño secretario del Interior británico, Jack Straw, entró en la sala por la puerta del extremo derecho con un traje enorme, una chaqueta cruzada que parecía darle dos vueltas al extrotskista más famoso de Gran

Bretaña. Se quedó un momento con una especie de sonrisa medio benevolente en el rostro alzado, la nariz levantada como si rastreara el poder. Entonces vio a Powell y su sonrisa se abrió como un paraguas mientras sus piececillos, correteando bajo él, lo propulsaban a través del escenario hacia los brazos de Powell para recibir su gran abrazo estadounidense.

Se habría dicho que la sala entera, con sus sonrisas repletas de dientes y sus constantes apretones de manos, contenía a un gran grupo de hombres que celebraban la paz, y no la guerra. Pero no, no era así. Esos estadistas de elegantes trajes estaban construyendo un marco que les permitiría matar a muchas personas: algunos serían pequeños monstruos de Sadam, sin duda, pero la mayoría serían inocentes. Cuando Powell se levantó para pronunciar su discurso sobre el terrorismo, lo hizo con un lento atletismo, como el guerrero hastiado del mundo cuya paciencia ha llegado al fin a su límite.

Sin embargo, era una película ya vista. Debería haberlo adivinado. Fuentes, fuentes de los servicios de inteligencia del extranjero, «nuestras fuentes», desertores, fuentes, fuentes, fuentes... Vaya, qué bien tener tan buenas fuentes cuando ya se ha tomado la decisión de declarar una guerra. La presentación de Powell se parecía a aquellos artículos inspirados por el gobierno de la primera plana de *The New York Times*... donde, por supuesto, al día siguiente fue tratada con el debido respeto. Fue un poco como recalentar una sopa de días anteriores. ¿No habíamos oído ya la mayoría de lo expuesto? ¿Se podía confiar en ese hombre? Me refiero al general Powell, no a Sadam. Estaba claro que no confiábamos en Sadam, pero el discurso de Powell fue una mezcla de graciosas grabaciones de conversaciones intervenidas de la Guardia Republicana iraquí al estilo Samuel Beckett, que podían ser una terrorífica prueba de que Sadam verdaderamente engañaba otra vez a los inspectores de la ONU, y material viejísimo sobre el más que conocido historial de brutalidades del Monstruo de Bagdad.

Ojalá hubiésemos podido oír en árabe lo que el Departamento de Defensa traducía por: «Vale, tío», o: «Considérello hecho, señor», esto último en boca del «capitán Ibrahim» de la Guardia Republicana, por el amor de Dios. Las preciosas ilustraciones de biolaboratorios iraquíes móviles cuyos camiones y vagones de tren estaban en perfectas condiciones sugerían que el Pentágono no tenía mucha idea del estado desvencijado del sistema ferroviario de Sadam, por no hablar de su ejército. Fue al regresar sobre Halabya y las violaciones de los derechos humanos y todos los pecados indudables de Sadam, recopilados por el desacreditado equipo de Unscm, cuando empezamos a tragarnos de nuevo la sopa rancia. Jack Straw podía pensar que todo aquello era «el argumento más poderoso y con mayor autoridad» para declarar la guerra —opinión más tarde apresurada—, pero mientras nos obligaban a escuchar al cuerpo de oficiales iraquíes comunicándose por teléfono —«Sí», «Sí», «¿Sí?», «Sí...»— era imposible no preguntarse si Colin Powell había reflexionado de verdad sobre el efecto que tendría aquello en el mundo exterior. De vez en cuando, las

palabras «Iraq, sin desarmarse... Negación y engaño» aparecían en la gran pantalla de vídeo que había tras el general Powell. ¿Era aquello un logo de la CNN?, nos preguntamos algunos. Pero no, era obra de la cadena hermana de la CNN, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

Puesto que se suponía que Colin Powell era el poli bueno que hacía pareja con el poli malo Bush-Rumsfeld, uno quería creerlo. La orden telefónica interceptada de un oficial iraquí a su subordinado —«Elimine “agentes nerviosos” cada vez que aparezca en las instrucciones por radio»— parecía indicar que los estadounidenses sí habían localizado una peligrosa nueva línea de engaño iraquí. Sin embargo, la teatral fotografía de un avión iraquí sin piloto capaz de esparcir productos químicos venenosos resultó ser una imaginativa creación de un artista del Pentágono. Y, cuando el secretario Powell empezó a hablar de las «décadas» de contacto entre Sadam y Al Qaeda, las cosas empezaron a salirle mal al «general». Al Qaeda no existió hasta el año 2000, ya que Bin Laden —hacía «décadas»— trabajaba contra los rusos para la CIA, cuyo actual director estaba sentado detrás del señor Powell con gravedad en el semblante. Eran los Estados Unidos los que contaban con al menos una «década» de contacto con Sadam.

La nueva versión de Powell de la mentira pronunciada por su presidente en el discurso sobre el estado de la Unión —que los «científicos» entrevistados por los inspectores de la ONU eran agentes secretos iraquíes camuflados— fue extraordinariamente poco convincente. Según decía la nueva variante, la ONU habló con científicos iraquíes durante sus rondas de inspección, pero esos iraquíes estaban ocupando el lugar de los auténticos científicos nucleares y biológicos con los que querían hablar las Naciones Unidas. El general Powell dijo que los Estados Unidos compartían su información con los inspectores de la ONU, pero estaba claro que gran parte de lo que tenía que decir sobre la supuesta fabricación de nuevas armas —el vehículo de descontaminación de la fábrica de munición química de Tayi, por ejemplo, la «limpieza» de la fábrica de misiles balísticos de Ibn al Haitham el 25 de noviembre— no había sido entregado a tiempo a las Naciones Unidas. ¿Por qué no habían entregado los servicios secretos esa información a los inspectores hacía meses? ¿No exigía la resolución 1441 de la ONU, tan adorada por el general Powell, que toda información secreta de ese tipo fuese transferida de inmediato a Hans Blix y sus muchachos? ¿Quizá los estadounidenses no estaban siendo lo bastante «proactivos»? ¿O es que se habían dado cuenta de que, si los inspectores de la ONU hubiesen perseguido esas liebres en concreto, habrían resultado ser tan falsas como en efecto se demostró que eran?

El peor momento llegó cuando el general Powell abordó el tema del ántrax y los ataques con ántrax del 2001 en Washington y Nueva York mientras sostenía patéticamente una cucharilla de esporas imaginarias y —sin llegar a decirlo— insinuaba una falaz conexión entre Sadam Husein y la amenaza del carbunco. Sin embargo, cuando el secretario de Estado enarboló el respaldo de Iraq a la

organización palestina Hamás, con oficinas en Bagdad, como prueba del respaldo de Sadam al «terror» —por supuesto, no mencionó ni una sola vez el respaldo estadounidense a Israel y su ocupación de territorio palestino—, toda la sala empezó a desfallecer. También había oficinas de Hamás en Beirut, Damasco e Irán. ¿Tendría que pulverizar la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada el Líbano, Siria e Irán?

¿Cuántas mentiras se habían contado en ese auditorio? ¿Cuántas excusas británicas para invadir Suez, cuántas excusas rusas —el mismo año— para sofocar el levantamiento de Hungría? Desde luego, recordaba uno esa misma sala hacía cuatro décadas, cuando Adlai Stevenson, predecesor del general Powell, mostró fotografías de barcos que transportaban misiles soviéticos a Cuba. Vaya por dónde, las fotografías de Powell no tenían tanta autoridad. Ni Colin Powell era Adlai Stevenson.

Aunque el discurso de Powell mereció una primera plana, los medios de comunicación estadounidenses nunca le dedicaron la misma atención a los hombres que conducían a Bush a la guerra, la mayoría de los cuales eran miembros de grupos de presión proisraelíes, tanto retirados como aún en activo. Llevaban años abogando por la destrucción del país árabe más poderoso. Richard Perle, uno de los consejeros de Bush más influyentes, Douglas Feith, Paul Wolfowitz, John Bolton y Donald Rumsfeld ya hacían campaña por el derrocamiento del gobierno iraquí mucho antes de que George W. Bush fuera elegido presidente. Y no lo hacían por el bien de los estadounidenses ni de los británicos. Existía un informe de 1996: *A Clean Break: A New Strategy for Securing the Realm* (Un giro total: nueva estrategia para asegurar la región), que clamaba por una guerra en Iraq; no había sido redactado para los Estados Unidos, sino para el presidente israelí entrante del Likud, Benjamín Netanyahu, y lo realizó un grupo dirigido por Perle<sup>[\*]</sup>. La destrucción de Iraq, por supuesto, protegería el monopolio de armas nucleares de Israel —suponiendo siempre que Sadam también las poseyera— y le permitiría derrotar a los palestinos e imponerles todos los asentamientos de colonos que Sharon les tuviera preparados. A pesar de que Bush y Blair no se atrevían a abordar ese aspecto de la guerra inminente —un conflicto por Israel no iba a lograr que estadounidenses y británicos hicieran cola en las oficinas de reclutamiento—, los líderes judío-estadounidenses hablaron con entusiasmo de las ventajas de una guerra en Iraq. De hecho, los valerosos grupos judío-estadounidenses que se opusieron a esa locura fueron precisamente los primeros en señalar que las organizaciones proisraelíes preveían Iraq no sólo como una nueva fuente de petróleo, sino también de agua. ¿Por qué no iban a construirse canales que unieran el Tigris con el abrasado Levante? Así pues, no era de extrañar que cualquier discusión sobre este tema hubiera de censurarse, tal como intentó hacer el catedrático Eliot Cohen, de la Universidad John Hopkins, en *The Wall Street Journal* el día después del discurso de Powell. Cohen insinuó que las objeciones de los países europeos a la guerra podían atribuirse —una vez más— a «un antisemitismo tal como hacía tiempo que se

creía muerto en Occidente, un odio que presupone propósitos malignos en los judíos». Esos disparates eran rechazados por muchos intelectuales israelíes que, como Uri Avnery, argumentaban que una guerra en Iraq le supondría a Israel aún más enemigos árabes.

La calumnia del «antisemitismo» se escondía también tras los insultantes comentarios de Rumsfeld sobre «la vieja Europa». Hablaba de la «vieja» Alemania del nazismo y de la «vieja» Francia del colaboracionismo. Sin embargo, la Francia y la Alemania que se oponían a esa guerra eran la «nueva» Europa, el continente que se negaba a volver a matar a inocentes nunca más. Eran Rumsfeld y Bush los que representaban a los «viejos» Estados Unidos, y no a los «nuevos» Estados Unidos de la libertad, los Estados Unidos de F. D. Roosevelt. Rumsfeld y Bush simbolizaban a esos viejos Estados Unidos que habían matado a sus habitantes nativos y se habían embarcado en aventuras imperialistas. Y se nos pedía que lucháramos por los «viejos» Estados Unidos —vinculados a una nueva forma de colonialismo—, unos Estados Unidos que primero amenazaban a las Naciones Unidas sin que viniera al caso y luego hacían lo mismo con la OTAN. Aquélla no era la última oportunidad para la ONU, tampoco para la OTAN. Sin embargo, bien podía haber sido la última oportunidad para que los Estados Unidos fuesen tomados en serio tanto por sus amigos como por sus enemigos.

Las ambiciones israelíes y estadounidenses en la región estaban entrelazadas y eran casi una misma cosa. Esa guerra por el petróleo y por el control de la región nos estaba siendo vendida por un presidente que nos embaucaba diciéndonos que formaba parte de una guerra eterna contra el «terror». Los británicos y la mayoría de europeos no lo creían. No es que los británicos no quisieran luchar por los Estados Unidos, sencillamente no querían luchar por Bush y sus amigos. Y, si entre ellos se contaba el primer ministro británico, tampoco querían luchar por Blair. Menos aún deseaban embarcarse en interminables guerras con un gobernador-verdugo de Texas que había eludido la llamada a filas de Vietnam y que, con sus amiguitos petroleros, enviaba a los pobres de los Estados Unidos a destruir un país musulmán que no tenía absolutamente nada que ver con los crímenes contra la humanidad del 11 de septiembre del 2001.

Los que se oponían a la guerra no eran cobardes. En realidad, los británicos son bastante combativos: durante generaciones han luchado contra árabes, afganos, musulmanes, nazis, fascistas italianos e imperialistas japoneses, también contra Iraq. No obstante, cuando se les pide que vayan a la guerra, el patriotismo no basta. Ante las historias de terror, muchos británicos y estadounidenses mostraban más valentía que Blair y Bush. Como le decía Tomás Moro a Cromwell en *Un hombre para la eternidad*, no les gustan los cuentos para asustar a los niños. Tal vez la exasperación de Enrique VIII en esa misma obra expresaba mejor el sentir británico hacia Blair y Bush: «¿Acaso me toman por tonto?». Los británicos, como los demás europeos, son un pueblo culto. Paradójicamente, su oposición a esa guerra pudo hacerlos sentir en

última instancia más europeos, no menos.

Palestina tuvo mucho que ver en ello. Los británicos no tienen a los árabes en especial estima, pero en seguida olfatean la injusticia y sintieron indignación al ver que el país que gobierna ahora la política estadounidense en Oriente Próximo utilizaba una guerra colonial para aplastar a los palestinos. Nos dijeron que nuestra invasión de Iraq no tenía nada que ver con el conflicto palestino-israelí: una herida espantosa y candente a la que Bush tan sólo le dedicó dieciocho palabras en su discurso sobre el estado de la Unión del 2003. Ni siquiera Blair pudo zanjar este tema tan fácilmente, de ahí su «congreso» sobre la reforma palestina, en el que los palestinos tuvieron que participar por videoconferencia puesto que el primer ministro israelí, Ariel Sharon, se negó a dejarlos viajar a Londres.

Miles de periodistas se congregaban en todo Oriente Próximo para la última guerra con cobertura mediática. Ya no habría más *pools*; en el futuro, los periodistas que viajaban con el ejército estarían «empotrados». Era señal de la complacencia de la prensa y la televisión que se mostraran tan prestos a adoptar esta lánguida palabra como parte de su vocabulario. Fox, CNN y las principales cadenas estadounidenses hablaban con una sola voz. La segunda parte de la «guerra contra el terror» estaba a punto de empezar, ya tenía sus logotipos dorados y su banda sonora. El periodismo estadounidense había desarrollado sus propios controles especiales a lo largo de los años. Las palabras «controvertidas» se eliminaban —siendo «ocupación» una de las que más necesario era evitar, a menos que se utilizara respecto de la invasión de Sadam en Kuwait en 1991— y se sustituían por una serie de definiciones «inocuas». Incluso elaboré una lista con algunas de las frases y las proposiciones que acabarían siendo de rigor en la guerra de Iraq: «liberado», para el territorio bajo ocupación estadounidense; «terroristas», para los iraquíes que se resistían contra la ocupación estadounidense; «intransigentes», para los rebeldes; «ahora por fin puede explicarse», para los reporteros que informaban desde fosas comunes de Sadam. Todas ellas se usaron. «Daños colaterales» se metió también en el horno para volver a utilizarse. A los periodistas televisivos con base en Bagdad les dijeron que sus reportajes llevarían la advertencia de que sus informaciones habían sido «controladas por las autoridades iraquíes». «Controladas» significaba «censuradas», aunque en muchos casos no era cierto. Durante las semanas que siguieron, yo siempre protestaba cada vez que me entrevistaban en el aire desde Bagdad, porque mis llamadas nunca las supervisaba nadie... y, aunque lo hicieran, yo diría la verdad, les gustase o no. Sin embargo, las cadenas de televisión y las emisoras de radio adoran las reglas. Así se sienten más seguras<sup>[10]</sup>.

El 15 de marzo subí al último vuelo comercial que aterrizó en el Iraq de Sadam —el último avión cuyo equipaje llevó la etiqueta de destino AEROPUERTO INTERNACIONAL SADAM—, un Airbus de Royal Jordanian en el que viajábamos unos cuantos periodistas, algunos trabajadores contratados en la Europa oriental y una multitud de iraquíes que preferían pasar las terribles semanas que se avecinaban junto

a sus familias —quizá morir con ellas— en lugar de exiliarse en hoteles de tercera en Ammán. Nos dirigíamos hacia un país que estaba a punto de ser invadido por más de cien mil soldados estadounidenses y británicos, pero la tripulación realizaba su trabajo como si no hubiese crisis ni guerra. Tomamos la habitual comida de avión, sandwich y pastelito, nos dijeron que colocáramos los asientos en posición vertical antes de aterrizar y que mantuviéramos los cinturones abrochados hasta que el avión se hubiese detenido por completo. Su principal preocupación era nuestra seguridad.

A Bagdad le había llegado la noche número mil y uno, eran las últimas horas de fantasía. Mientras los inspectores de la ONU se preparaban para abandonar la ciudad a primera hora del 17 de marzo, Sadam Husein designó a su propio hijo corrupto, Qusay, para que dirigiera a los califas de la defensa de la ciudad contra la invasión estadounidense. Aun así, en el Club de las Fuerzas Armadas me encontré con esos defensores jugando al fútbol. La televisión iraquí preparaba al pueblo de Bagdad para el próximo bombardeo con la música de *Gladiator*. La ONU —a sólo unas horas de hacer las maletas— continuó hasta el último momento y con diligencia su trabajo de desarmar a un país que no tardaría en ser invadido, y supervisó la destrucción de otros dos misiles Al Samud. Se trataba de un desarme que los estadounidenses habían exigido con gran vehemencia y en el que a esas alturas ya habían perdido todo interés. Con los inspectores fuera de la escena, no habría nada que impidiera a las fuerzas aéreas angloestadounidenses comenzar su bombardeo de las ciudades de Iraq.

Así pues, ¿iba a ser Bagdad un Stalingrado, como nos dijo Sadam durante esas últimas horas de paz? No lo parecía. Las carreteras estaban abiertas, en muchos controles no había oficiales, los soldados de la ciudad daban caladas a sus cigarrillos frente a la puerta de la sede central de la ONU. Desde las riberas del Tigris —una versión lodosa, cálida, residual y cenagosa del Volga de Stalingrado— vi a los pescadores nocturnos lanzar las cañas para atrapar los *masguf* que los bagdadíes comen tras la puesta de sol. ¿Que se retira la resolución del Consejo de Seguridad? ¿Que Blair convoca una reunión de emergencia del consejo de ministros? ¿Que Bush va a hablarle al pueblo estadounidense? Parecía que Bagdad avanzaba sonámbula hacia la historia tan firmemente como los Estados Unidos y Gran Bretaña.

¿Cómo es que encontré una cola de iraquíes frente al cine Sindbad de la calle Sadun aquella noche, esperando para ver ese viejo tostón egipcio, *Private Lives*, con esos carteles en los que se veían los generosos muslos de su protagonista femenina? Ciertamente, los periódicos baazistas locales nos entretenían con reportajes sobre marchas por la paz y protestas en todo el mundo... como si Bush fuese a hacer regresar a sus 140 000 hombres porque unos jordanos quemaran banderas estadounidenses en Ammán.

La indiferencia era bastante extraordinaria, como si en Bagdad respiráramos un aire diferente, como si existiéramos en un planeta apartado en el que no hubiese B-52, Stealth, misiles de crucero ni Madres de Todas las Bombas que pronto fuesen a hacer temblar el suelo bajo nuestros pies. La historia y la cultura del mundo árabe

estaban a punto de ser visitadas por un terremoto *made in* Occidente tal como nunca se había visto. Incluso los períodos subsiguientes a la Primera Guerra Mundial y la caída del Imperio otomano quedarían convertidos en algo superfluo en el transcurso de las siguientes horas. Sin embargo, en las orillas del Tigris había una gigantesca estatua vendada con arpillera y gasa, un monolito de proporciones épicas esperando a ser destapado: otro retrato en bronce de Sadam Husein.

Entre el humo del tráfico de Bagdad, entre sus viejos taxis amarillos, sus flamantes autobuses rojos de dos pisos y sus camiones, busqué señales de la tormenta que se avecinaba. Había unos cuantos. Colas de coches en las gasolineras esperando a llenar el depósito por última vez, unas cuantas tiendas de antigüedades cerrando durante lo que durase la guerra, un grupo de trabajadores que sacaban ordenadores de un ministerio, igual que hicieron los servios antes de que la OTAN visitara Belgrado en la primavera de 1999. ¿No sabían los iraquíes qué estaba a punto de suceder? ¿Y Sadam?

No pude evitar recordar aquella memorable historia que había explicado no hacía mucho un antiguo embajador cubano. Había formado parte de la delegación enviada en 1990 por Castro para convencer a Sadam de la incontenible potencia de fuego que los Estados Unidos enviarían contra él si no se retiraba de Kuwait. «He recibido muchos informes como ése —repuso Sadam—. Es nuestro embajador en la ONU el que me los envía, y casi siempre acaban ahí...» Y entonces Sadam señaló a una papelera de mármol que había en el suelo.

¿Aún llenaba su papelera de mármol con informes similares? La televisión estatal iraquí repetía otra vez el 16 de marzo que Sadam en persona había dicho, una vez más, que a pesar de que Iraq había tenido armas de destrucción masiva en el pasado, en la actualidad ya no existían. Ahora sabemos que decía la verdad. Eran las armas de destrucción masiva de los Estados Unidos y su patrocinio de Israel, según Sadam, lo que amenazaba al mundo. Un avión C-130 de la ONU estuvo todo el día abrasándose sobre el asfalto del Aeropuerto Internacional Sadam —había otros dos aviones de transporte de la ONU en Chipre—, preparados para sacar de Iraq a los 140 inspectores antes de que Bush y Blair lanzaran su guerra relámpago. Nadie se preguntó lo más obvio: ¿por qué se habían molestado en ir allí los inspectores en un principio? Si los británicos, como afirmó el 16 de marzo en Londres el fiscal general del Estado, no necesitaban la resolución 1441 del Consejo de Seguridad para declarar una guerra puesto que otras resoluciones anteriores la justificaban, ¿por qué narices la votaron? Porque esperaban que Sadam se negara a aceptar de nuevo a los inspectores. O, como expresó el propio Sadam con bastante habilidad en su último discurso, «los inspectores vinieron para no encontrar nada».

Un grupo de «activistas pacifistas» extranjeros se dispuso a lo largo del antepecho del mayor puente de Bagdad dándose las manos: ancianos y jóvenes estadounidenses musulmanes, incluso un budista con su chal de oraciones, que le sonreían al tráfico que pasaba sin que la mayoría de los conductores bagdadíes repararan en ellos. Era

como si los iraquíes estuvieran menos involucrados en la manifestación que los extranjeros, como si sus años de sufrimiento los hubiesen vuelto displicentes frente a la terrible realidad que estaba a punto de caerles encima. ¿Qué auguraba aquello para los estadounidenses? ¿Y para los iraquíes?

De modo que, en el crepúsculo de esa última noche de paz, me dirigí hacia el gran monumento ocre que Sadam había erigido a los muertos iraquíes de su guerra de 1980-1988 contra Irán, cuyos cavernosos sótanos de mármol llevan grabados los nombres de todos los iraquíes desaparecidos en ella. «La esperanza proviene de la vida y le da fuego al corazón», dice en árabe uno de los versos cincelados en la base. Sin embargo, las parejas sentadas en la hierba junto al monumento no habían acudido para recordar a sus seres queridos. Eran estudiantes enamorados cuyo único comentario político —conscientes de la presencia de ese «acompañante» que rondaba por encima de mi hombro— fue que «hemos pasado tantas guerras que ya estamos acostumbrados».

El atardecer me deja con un pensamiento herético. ¿Podrá acabar Bagdad convirtiéndose en una ciudad abierta, podrán sus defensores dirigirse al norte para proteger la tierra natal de Sadam y dejar que los habitantes de la capital descubran solos los placeres y las traiciones de la ocupación estadounidense? Supongo que todo dependerá de las próximas horas y los próximos días, de cuántos civiles consigan matar estadounidenses y británicos en su guerra supuestamente moral. «¿Tendrán que construir los iraquíes otro monumento a los muertos? —pregunté esa noche en mi artículo para *The Independent*—. ¿O nosotros?»

## CAPÍTULO 23

### *PERRO ATÓMICO, ANIQUILADOR, ABRASADOR, ÁNTRAX Y AGAMENÓN*

¿Me preguntáis por el saqueo de Bagdad? Fue tan horrible que no hay palabras para describirlo. Ojalá hubiese muerto antes y así no habría visto a los necios destruir esos tesoros del conocimiento y la sabiduría. Creía que comprendía el mundo, pero este holocausto es tan extraño y tan injustificado que me ha dejado sin habla. Las revoluciones del tiempo y sus decisiones han acabado con toda razón y todo conocimiento.

El poeta persa SAADI DE SHIRAZ, describiendo el saqueo de Bagdad ordenado por Hulagu, nieto de Gengis Jan, 1258.

La cruzada contra el «terrorismo» del presidente George W. Bush llegó a Bagdad con un palpitante estruendo de un minuto de duración. En el horizonte se vio una ráfaga de balas trazadoras procedente de las defensas antiaéreas de Bagdad y luego se produjeron una serie de tremendas vibraciones que hicieron temblar el suelo bajo nuestros pies, las paredes se movieron, las ondas sonoras nos abofetearon los oídos. Trompas de fuego de un rojo intenso en la base y doradas en lo alto salían disparadas hacia el cielo alrededor de la capital iraquí. Al mirar al otro lado del río desde la orilla del Tigris, vi pequeñas chispas de fuego que se elevaban por los cielos mientras las bombas y los misiles estadounidenses explotaban en centros militares y de comunicaciones de Iraq y, sin duda, también en casas de inocentes. «El Valhala», me dije. Aquello requería a Wagner y el crepúsculo de los dioses, *Götterdämmerung*.

En Iraq nadie dudaba de que entre los muertos habría civiles. También Tony Blair lo había dicho en el debate de la Cámara de los Comunes esa misma semana. Yo, sin embargo, mientras oía cómo arreciaba por todo Bagdad esa tormenta de fuego, me pregunté si se hacía una idea de cómo es, de qué se siente, del terror de los iraquíes inocentes que, como escribí en mi artículo una hora después, aguardaban encogidos de miedo en sus casas y sus sótanos. Justo antes de la llegada de los misiles hablé con una anciana musulmana chií de una zona empobrecida de Bagdad que iba vestida de negro tradicional y con un velo blanco sobre la cabeza. Insistí en que me explicara cómo se sentía. Al final se limitó a decirme: «Tengo miedo». Las explosiones le daban ahora expresión a sus palabras.

No cabía duda de que aquello era el comienzo de algo que cambiaría el aspecto de Oriente Próximo; otra cosa muy diferente era saber si daría buenos resultados a largo plazo. Era una sensación extraña estar en tierra presenciando el comienzo de esa aventura imperial. La extrema violencia, los aullidos de las sirenas antiaéreas y la

caída en picado de los misiles transmitían su propio mensaje político, no sólo para Sadam, sino para el resto del mundo. «Somos la superpotencia —anunciaban esas explosiones—. Así es como hacemos las cosas. Así es como nos vengamos por el 11 de septiembre del 2001».

Durante los últimos días de paz, ni siquiera el presidente Bush había intentado vincular Iraq con los crímenes internacionales contra la humanidad de Nueva York, Washington y Pensilvania. Aun así, los estadounidenses —sin permiso de las Naciones Unidas y con casi todo el mundo en contra— daban rienda suelta a su ira con una feroz consumación. Iraq, por supuesto, no podría resistir durante mucho tiempo. Sadam podía afirmar, tal como hizo, que sus soldados vencerían a la tecnología con valor. Disparates. Lo que cayó sobre Iraq el 19 de marzo —y yo, en Bagdad, presencié tan sólo una infinitésima parte de ese festival de violencia— fue tan militarmente arrollador como políticamente terrorífico. Las personas que se congregaron ante mi hotel aguardaban mirando al cielo en busca de los fogonazos de las explosiones antiaéreas, atemorizadas ante su potencia. Más tarde, en el balcón de mi habitación junto al Tigris, me pregunté si los británicos sabían adonde conduciría aquello. ¿No había recorrido Gran Bretaña esa misma senda arrogante contra los tiranos de poca monta de Mesopotamia hacía casi un siglo? Y ¿qué le sucedió al Imperio británico? Bueno, al oír esas poderosas explosiones de los alrededores de Bagdad, me pregunté qué le depararía el tiempo al Imperio estadounidense.

Bagdad siempre me había parecido un lugar adusto. A lo largo de los años había hecho muchos amigos en la ciudad: hombres de negocios y sus familias, artistas, sirvientes del viejo régimen, sí, baazistas y sus familias y al menos un alto funcionario, Naji al Hadithi, que primero fue ministro de Información y luego de Asuntos Exteriores, un hombre cuya primera reacción ante las preguntas mordaces era mirar al techo de su despacho. Allí arriba, nos decía. Allí arriba, en el techo, estaba el micrófono. Sin embargo, en los hogares de los iraquíes me sentía seguro. Había viejas fotografías en las que se veía a abuelos con uniforme del ejército británico, a chicas comprando en Harrods en la década de 1950 y —mucho después— a esas mismas chicas, ya de mediana edad, disfrutando de la riqueza del petróleo del Iraq de Sadam, paseando por Knightsbridge a finales de la década de 1970 y en la de 1980. Sin embargo, el calor insoportable de Bagdad en verano y los constantes «acompañantes» que el Ministerio de Información asignaba a los periodistas que investigaban las noticias más recientes tendrían un efecto catastrófico. Al cabo de un tiempo, los acompañantes empezaron a aceptar nuestro dinero y a trabajar para nosotros en lugar de para el régimen. Los «comprábamos», y durante esa última guerra sadamita pasarían imperceptiblemente de ser servidores del régimen a ser servidores de las cadenas de televisión. Durante las semanas que siguieron a la «liberación» de Bagdad, se convertirían en empleados nuestros y, unos meses después, los encontraríamos trabajando con contrato para el poder estadounidense de la ocupación.

En las ocasiones en que lográbamos deshacernos de esos acompañantes, convencerlos de que sólo cogíamos un taxi para ir a la frutería cuando en realidad nos dirigíamos a los suburbios de Ciudad Sadam, podíamos oír las voces de la oposición chií, la rabia del partido Al Dawa, las voces valientes de esas familias que vivían en la inmundicia, que se sublevaron a petición nuestra en 1991 y fueron traicionadas pero que seguían esperando su momento de libertad. Los altos cargos de los ministerios sabían de esas visitas ilícitas, pero hacían la vista gorda por 100 o 200 dólares. El régimen era tan corruptor como corrupto. Cimentado en la mayor riqueza del mundo, el régimen le había dado a su pueblo guerras y más guerras. Yo estuve en Bagdad cuando los misiles Scud iraníes hicieron explosión en la ciudad dormida, y en las líneas del frente, en la batalla de Joramshar de 1980; vi a los muertos iraquíes en Irán en 1982, y en Kuwait en 1991; esta vez volvería a ver cadáveres iraquíes. En mi cabeza guardaba una caja de recuerdos en la que había tantos iraquíes muertos como con vida, cadáveres tan realistas como los cuerpos de los vivos.

A lo largo de los años me di cuenta de que los iraquíes debían de verse a sí mismos de la misma manera. Estaban tan muertos como vivos. La guerra no sólo se había convertido en parte de sus vidas, sino en el entramado mismo de su existencia. Luchar y morir —por Sadam, por Iraq, por el nacionalismo árabe, por el patriotismo, por miedo— era un fenómeno natural. Entre 1980 y 1988 lucharon contra los iraníes para impedir la ocupación de su país. La ocupación, para los iraquíes, para los árabes —para cualquiera de cualquier raza o religión— no era sólo una humillación. Era una forma de violación. El enemigo entraba en tu país, en tu ciudad, en tu calle, en tu casa, en tu habitación. Te ataba, insultaba a tu familia, te torturaba, te mataba. La policía secreta de Sadam también lo hacía. También ellos eran ocupantes. Pobre del que intentara quitarles su puesto...

La noche anterior a los primeros bombardeos estuve paseando por el barrio bagdadí de Jadriya, de clase media suní y chií, contemplando a los soldados con sus hijos sobre los hombros, despidiéndose de sus esposas con un abrazo, el macuto a la espalda, el fusil empuñado. Instantánea. París y Berlín y Londres, 1914. Berlín, 1939. Varsovia, 1939. Londres, 1939. La Unión Soviética, 1941. Los Estados Unidos, 1941. Y antes de Corea, y durante Vietnam, y entre todos los ejércitos del mundo que parten hacia sus guerras para defender o fomentar la civilización, el fascismo o el comunismo. ¿Tal vez el alférez Bill Fisk, en Birkenhead, 1918? Y ahora. Pasé por una farmacia para comprar vendas, yeso y papel higiénico. El farmacéutico era un hombre atento que les explicó a los demás clientes ceñudos que el periodista extranjero iba a compartir sus peligros, que debían tratarlo con amabilidad. Le dije al hombre que era especialmente generoso, ya que recordé que mi propia fuerza aérea, la RAF, no tardaría en bombardear Bagdad. «Sí —me dijo con una sonrisa triste—, me parece que sí».

Así pues, al comienzo de esa nueva guerra unilateral, los periodistas estaríamos cubriendo dos conflictos diferentes: el sufrimiento de los iraquíes y la agonía del

régimen. Este último quería que viésemos ambas cosas como si fueran la misma. Los estadounidenses y los británicos insistían en que destruían el régimen para acabar con el sufrimiento. De hecho, el sufrimiento y la lucha agonizante del baazismo iraquí no podían disociarse más que lo que se puede separar una venda de una herida sin hacer que el paciente grite de dolor. Era fácil argumentar que la crueldad de Sadam era la causa de todos los males, pero los iraquíes heridos y moribundos no veían su destino precisamente en esos términos. Quienes atacaban eran los estadounidenses, no los iraquíes. Bombas y misiles estadounidenses destruían sus hogares. ¿Acaso habían luchado y muerto en el frente iraní para verse atacados y ocupados por otra potencia extranjera? El Pentágono comprendía muy bien esa ecuación. ¿Por qué, si no, se negaría el ejército estadounidense a hacer lo que habría hecho cualquier ejército profesional —cualquier potencia de ocupación—, contar el número de bajas civiles durante y después de la guerra?

Donald Rumsfeld afirmaría que el ataque estadounidense en Bagdad fue «una campaña aérea tan selectiva como jamás había existido ninguna». Sin embargo, no podría haberle dicho eso a la pequeña Doha Suheil, de cinco años, que me mira la primera mañana de guerra con la cánula del gota a gota en la nariz y una expresión ceñuda en su pequeño rostro mientras intenta en vano mover la parte izquierda del cuerpo. El misil de crucero que explotó cerca de su casa, en el barrio bagdadí de Radwaniya, le incrustó metralla en las piernas —las tenía vendadas en gasas— y, lo más grave de todo, en la columna vertebral. Ha perdido toda capacidad motriz en la pierna izquierda. Su madre se inclina sobre la cama y le endereza la pierna derecha, que la pequeña lanza hacia un lado y saca de debajo de la manta. La madre de Doha tiene la sensación de que si logra que las dos piernas de la niña estén bien dispuestas una junto a la otra, su hija se recuperará de la parálisis. Fue la primera de todos los pacientes que llegaron al hospital universitario de Mustansariya tras el comienzo del ataque aéreo estadounidense en la ciudad.

Las visitas al hospital tienen algo de enfermizas y obscenas. Nosotros los bombardeamos. Ellos sufren. Después aparecemos los periodistas y sacamos fotografías de sus niños heridos. El ministro iraquí de Sanidad decide celebrar una insoportable rueda de prensa a la entrada de las salas del hospital para subrayar la naturaleza «brutal» del ataque estadounidense. Los Estados Unidos dicen que no pretenden herir a niños, y Doha Suheil me mira a mí y a los doctores en busca de consuelo, como si fuese a despertar de esa pesadilla y a mover la pierna izquierda y ya no fuese a sentir dolor. Así pues, olvidemos por un momento la propaganda barata del régimen y la engreída moralina de los señores Rumsfeld y Bush, y demos una vuelta —en esta espléndida mañana de marzo del 2003— por el hospital universitario de Mustansariya. La realidad de la guerra —y aquí vuelvo a insistir en lo mismo sin ninguna vergüenza— no concierne en última instancia a la victoria o la derrota militar, ni a las mentiras de las «las fuerzas de la coalición» que nuestros periodistas «empotrados» explicaban ya sobre una invasión en la que sólo participaban los

estadounidenses, los británicos y un puñado de australianos. La guerra, incluso cuando cuenta con legitimidad internacional —cosa que ésta no tiene—, es ante todo sufrimiento y muerte.

Visitemos por ejemplo a Amel Hasan, de cincuenta años, una campesina con tatuajes en los brazos y las piernas, pero que yace en una cama del hospital con enormes magulladuras moradas en los hombros: hombros que son ahora el doble de lo que eran. Iba de camino a visitar a su hermana cuando los primeros misiles estadounidenses alcanzaron Bagdad. «Estaba bajando del taxi cuando se produjo una gran explosión, me caí y vi que tenía sangre por todas partes —me explicó—. En los brazos, en las piernas, en el pecho». Amel Hasan tiene aún múltiples heridas de metralla en el pecho. Su hija de cinco años, Wahed, yace en la cama de al lado, gimiendo de dolor. Ella había bajado del taxi primero y ya estaba casi en la puerta de casa de su tía cuando la explosión la alcanzó. Aún le sangran los pies, aunque la sangre se ha coagulado alrededor de los dedos y está oculta por los vendajes que le cubren los tobillos y las pantorrillas. En la habitación contigua hay dos niños. Saad Selim tiene once años; su hermano Omar, catorce. Ambos tienen heridas de metralla en las piernas y el pecho.

En la tercera habitación se encuentra Isra Riad, con un cuadro casi idéntico, en su caso son heridas de metralla en las piernas, sufridas mientras salía corriendo aterrorizada de su casa al jardín cuando empezó el bombardeo. Imam Alí tiene veintitrés años y múltiples heridas de metralla en el abdomen y la parte inferior de los intestinos. Nayla Husein Abbas aún intenta cubrirse la cabeza con un pañuelo negro, pero no puede esconder las heridas amoratadas que tiene en las piernas. Múltiples heridas de metralla. Al cabo de un rato, «múltiples heridas de metralla» suena como si fuera una enfermedad muy normal, cosa que —para un pueblo que ha sufrido más de veinte años de guerra— supongo que es.

De modo que me pregunté si todo aquello era por el 11 de septiembre del 2001. ¿Todo aquello era para «contraatacar» a nuestros atacantes, aunque Doha Suheil, Wahed Hasan e Imam Alí no tuvieran nada que ver —absolutamente nada— con esos crímenes contra la humanidad, como tampoco el horrible Sadam? Me pregunté quién habría decidido que esos niños, esas chicas, debían sufrir a causa del 11 de septiembre. Las guerras se repiten unas a otras. Cuando «nosotros» vamos a visitar a quienes hemos bombardeado, siempre hacemos la misma pregunta. En Libia, en 1986, los periodistas estadounidenses preguntaban a los heridos repetidamente si no habrían sido alcanzados por metralla procedente de sus defensas antiaéreas. En 1991, de nuevo «nosotros» hicimos esa misma pregunta a los heridos iraquíes. Y esta vez un médico era entrevistado por un periodista de una radio británica —sí, lo han adivinado—: «Doctor, ¿cree que algunas de estas personas pudieron resultar heridas a causa de las defensas antiaéreas iraquíes?».

¿Deberíamos reír o llorar ante eso? ¿Tenemos que culparlos siempre a «ellos» de las heridas que sufren? Lo que deberíamos preguntarnos, sin duda, es por qué esos

misiles de crucero explotaron donde lo hicieron, al menos 320 sólo en Bagdad por cortesía del buque estadounidense *Kitty Hawk*. Isra Riad era de Sayadiya, donde había unos enormes cuarteles militares. El hogar de Nayla Abbas estaba en Risale, donde había villas que pertenecían a la familia de Sadam. Los dos hermanos Selim vivían en Shirta Jamse, donde había un almacén de vehículos militares. Sin embargo, ése es el problema. Los objetivos están dispersos por toda la ciudad. Los pobres —y todos los heridos que vi eran pobres— viven en casas baratas, a veces de madera, que se vienen abajo con las explosiones.

Es la historia de siempre. Si libramos una guerra, matamos y mutilamos a inocentes. El doctor Habib al Hezai, que obtuvo el título del Real Colegio de Cirujanos en la Universidad de Edimburgo, se encargaba de 101 pacientes del total de 207 heridos en los bombardeos que había sólo en su hospital. De éstos, 85 eran civiles —20 de ellos mujeres y 6 niños— y 16 eran soldados. Un joven y un niño de doce años murieron en quirófano. Nadie dirá cuántos soldados perdieron la vida durante los ataques.

Recorrer Bagdad en coche era una experiencia estremecedora. Los objetivos habían sido muy bien seleccionados, cierto, aunque su destrucción irremediabilmente había alcanzado a los inocentes. Vi un palacio presidencial con sendas estatuas de 10 metros de alto del guerrero árabe Saladino en cada una de las cuatro esquinas —el rostro de todas ellas, por supuesto, era el de Sadam— y un gran agujero negro que se abría justo en medio de la fachada del edificio. El Ministerio de Producción de Armamento Aéreo quedó pulverizado, convertido en un gigantesco montón de escombros y hormigón pretensado. Sin embargo, fuera, ante la verja, había dos puestos con sacos de arena en los que soldados iraquíes de elegante uniforme, con los fusiles sobre el parapeto, aguardaban dispuestos a defender su ministerio del enemigo que ya lo había destruido.

El tráfico de la mañana afluía a las calles de las riberas del Tigris. Ningún conductor miraba demasiado al Palacio de la República, al otro lado del río, ni al Ministerio de Producción de Armamento, que se encontraba junto a él. Ardieron durante doce horas tras el primer ataque de los misiles. Era como si los palacios en llamas, los ministerios ardiendo y las montañas de escombros humeantes formaran parte de la vida cotidiana de Bagdad. Aunque, claro, bajo el régimen de Sadam nadie dedicaría mucho tiempo a mirar algo así, ¿verdad? Los iraquíes no sabían muy bien qué podía significar aquello. En 1991, los estadounidenses atacaron las refinerías, la red eléctrica, las cañerías, las comunicaciones. El segundo día de esta guerra, no obstante, Bagdad aún seguía funcionando. Los teléfonos de línea terrestre aún funcionaban, había Internet, la energía eléctrica estaba a toda potencia, los puentes sobre el Tigris no habían sido bombardeados. Supongo que cuando —aunque por aquel entonces, decir «si» aún habría sido sensato— los estadounidenses llegaran a Bagdad, necesitarían un sistema de comunicaciones operativo, electricidad, transporte. Llegué a la conclusión de que lo que habían salvado no era un regalo para

el pueblo iraquí; lo habían hecho en beneficio de los supuestos nuevos amos de Iraq. Cuánto me equivocaba...

El periódico *Iraq Daily* salió con una edición de sólo cuatro páginas, un puñado de artículos sobre la «firmeza» del país —firmeza es *samud* en árabe, el mismo nombre que los misiles que Iraq destruyó en parte antes de que Bush obligara a los inspectores de la ONU a marcharse a causa de la guerra— y un titular que decía: «presidente: la victoria caerá en manos iraquíes». Durante el bombardeo de la noche del viernes, en la televisión estatal —pues tampoco se había producido ningún intento de destruir las instalaciones televisivas— apareció en directo un general iraquí para asegurar que el país lograría la victoria. Mientras hablaba, las ondas expansivas de las explosiones de los misiles de crucero movían las cortinas que tenía detrás y la cámara de televisión.

¿Adonde nos llevaba todo eso? A primera hora del día siguiente volví a mirar al otro lado del Tigris y contemplé la pira funeraria del Palacio de la República y el ministerio con columnatas que había junto a él. Se veían incendios por todo Bagdad y el cielo estaba bajo a causa del humo. Aquel palacio con contrafuertes y fortificado —con lenguas de fuego ascendiendo de entre sus muros— parecía un castillo medieval en llamas; Ctesifonte destruida, Mesopotamia en el momento de su destrucción, como tantísimas veces había sido vista a lo largo de tantos milenios. Jenofonte atacó al sur de aquí, Alejandro al norte. Los mogoles saquearon Bagdad. Los califas llegaron para quedarse. Luego los otomanos y después los británicos. Todos acabaron marchándose. Esta vez era el turno de los estadounidenses. No se trataba de legitimidad. Se trataba de algo mucho más seductor, algo que el propio Sadam comprendía demasiado bien, una clase especial de poder, el mismo poder que todo conquistador de Iraq quería ostentar cuando ocupaba esa ancestral civilización a fuerza de destrucción.

La segunda tarde, los iraquíes encendieron enormes hogueras de petróleo alrededor de Bagdad con la esperanza de desorientar al sistema de dirección de los misiles de crucero. Humo contra ordenadores. Las sirenas antiaéreas empezaron a aullar de nuevo justo después de las 6.20 de la tarde del 22 de marzo, cuando el mayor edificio de oficinas del ejército de Sadam, una gran fortaleza de veinte pisos junto a su palacio, estalló delante de mis ojos: una caldera de fuego, una cortina de llamas de 30 metros y un estruendo que me hizo silbar los oídos durante toda una hora. El sólido edificio se estremeció con el impacto. Después lo alcanzaron otros cuatro misiles de crucero. Era el bombardeo más intenso que había sufrido Bagdad en más de veinte años de guerra. A mi derecha, un alargado edificio de columnatas que recordaba mucho a la fachada del Pentágono tosió fuego cuando cinco misiles se estrellaron contra su hormigón. En una operación que oficialmente pretendía generar «conmoción y temor» —el último eslogan de Rumsfeld—, la palabra «conmoción» no llegaba a describir lo sucedido. Los pocos iraquíes que había junto a mí en las calles —ningún amigo de Sadam, sospecho— maldecían a media voz.

De bloques de edificios, tiendas y hogares llegaba el estruendo del cristal haciéndose añicos mientras las ondas expansivas cruzaban el Tigris en ambas direcciones. Los misiles no dejaban de caer un minuto tras otro. Muchos iraquíes habían visto por televisión, igual que yo, las imágenes de esos siniestros bombarderos B-52 despegando de Gran Bretaña tan sólo seis horas antes. Igual que yo, habían tomado nota de la hora, le habían añadido tres horas para convertirla al huso horario iraquí y habían calculado que el terror comenzaría alrededor de las 9 de la noche. Los B-52, que casi con toda seguridad dispararían desde fuera del espacio aéreo iraquí, fueron más que puntuales. La policía recorría las calles a toda velocidad, sus megáfonos ordenaban a los peatones que fueran a refugiarse o a esconderse en edificios altos. Hicieron muy bien en avisar. Agazapado junto a un edificio de comercios, casi fui alcanzado por una lluvia de cristales que cayeron en cascada desde las ventanas superiores al ser golpeadas por la onda expansiva.

En los balcones se veía a algunos iraquíes —maridos y mujeres, hijos mayores—, rodeados de fragmentos de cristal. Cada vez que una de esas grandes burbujas de fuego dorado explotaba en la ciudad, se cobijaban dentro hasta que la onda expansiva los alcanzaba. Cuando me encontraba bajo los árboles de la avenida, una tanda de misiles de crucero pasó volando muy bajo, el grito de sus trayectorias fue casi tan devastador como las explosiones que le seguirían. Me pregunté cómo podría describirse algo así, la definición del color, los decibelios de las explosiones, sin el lenguaje propio de un informe militar. El vuelo de los misiles sonaba como si rasgaran enormes doseles de seda por todo el cielo.

Los seres humanos y su reacción ante la violencia tienen algo de anárquico. Los iraquíes que había a mi alrededor estaban de pie y contemplaban, igual que yo, las lenguas de fuego que salían de los pisos superiores del edificio contiguo al palacio de Sadam y ascendían hacia el cielo. Era extraño, pero la red eléctrica seguía funcionando y en las calles los semáforos seguían alternando el verde y el rojo. Las vallas publicitarias se movían en la brisa de las ondas expansivas, los focos seguían iluminando los edificios públicos. Por encima de nosotros, cortinas de humo se desplazaban sobre Bagdad; humo blanco de las explosiones, negro de los objetivos que ardían. ¿Cómo podía nadie resistir eso? ¿Cómo podían creer los iraquíes —con su tecnología destrozada y sus doce años de sanciones debilitantes— que lograrían vencer a los ordenadores de esos misiles y de esos aviones? Era la historia de siempre: un poder irresistible, indiscutible.

Sí, claro, nosotros no hacíamos más que repetirnos que no había otro régimen más adecuado que atacar. Pero no era ésa la cuestión. El mensaje de ese nuevo bombardeo era el mismo que el de la noche anterior, y que el de todos los bombardeos que llegarían en las horas siguientes: hay que obedecer a los Estados Unidos; la UE, la ONU, la OTAN... nada podía interponerse en su camino. Muchos iraquíes me preguntaban cuántos días duraría aquello. No porque quisieran a los estadounidenses y a los británicos en Bagdad, sino porque querían que terminara la violencia: lo cual,

si se para uno a pensarlo, es justamente por lo que empezaron los bombardeos.

Es 25 de marzo por la mañana. Elogiemos hoy a hombres famosos. Es lo que está haciendo Sadam Husein. Hoy ha empezado a enumerar a los oficiales del ejército y la marina iraquíes que encabezan la «resistencia» contra el ejército angloestadounidense en Um Qasr, Basora y Nasiriya. El general de división Mustafá Mahmud Umran, comandante de la 11.<sup>a</sup> División; el general de brigada Bashir Ahmed Toman, comandante de la 45.<sup>a</sup> Brigada Iraquí, el coronel de brigada Alí Jalil Ibrahim, comandante del 11.<sup>o</sup> Batallón de la 45.<sup>a</sup> Brigada; el coronel Mohamed Jalaf al Jabawi, comandante del 2.<sup>o</sup> Batallón de la 45.<sup>a</sup> Brigada; el teniente coronel Fathi Rani Majad del 3.<sup>er</sup> Cuerpo del ejército iraquí... Y así sigue. «Tengamos paciencia», repite Sadam. Tengamos paciencia. Catorce veces en total les dice al pueblo y al ejército de Iraq que tengan paciencia. «Ganaremos... Saldremos victoriosos contra el Mal». Pacientes pero seguros de la victoria en la lucha contra el Mal.

¿No era así como arengaba el presidente Bush a su pueblo unas horas antes? En otras ocasiones, el discurso de Sadam se parece al de su héroe, Iósif Stalin. «Han venido a destruir nuestro país y debemos ser fuertes, destruirlos y defender a nuestro pueblo y nuestro país... Cortarles el cuello... Han venido a arrebataros nuestra tierra. Pero, cuando intenten entrar en nuestras ciudades, querrán evitar la batalla contra nuestras fuerzas y mantenerse lejos del alcance de nuestras armas». ¿Seguía acaso el modelo de la Gran Guerra Patriótica, la defensa de la madre Rusia bajo el tío Iósif? De no ser así, ¿cómo explicar los cientos de soldados iraquíes que aún resistían bajo el fuego de los bombardeos y los tanques estadounidenses? Pueblo, partido, patriotismo. Las tres son como un estribillo en el discurso de Sadam, y también una cruda advertencia: las fuerzas estadounidenses y británicas no avanzarán tanto por tierra, según Sadam, sino que utilizarán su potencia aérea con mayor brutalidad. Así pues, ¿qué se siente al vivir en el futuro Stalingrado del presidente Sadam?

Unas horas después regresaron los misiles de crucero y los aviones. Las grandes explosiones envolvieron a Bagdad en la oscuridad. Uno de los Tomahawk cayó en el recinto de la Universidad de Mustansariya: veinticinco estudiantes heridos y uno muerto, según dijeron. Por la noche se oyeron más ruidos. Una ráfaga de ametralladora sobre la avenida del Tigris... un intento de capturar a dos pilotos estadounidenses que escapaban, según insistían las autoridades... y un importante intercambio de disparos no muy lejos del centro de la ciudad a las 2:30 de la madrugada. Corrían rumores. Hombres armados habían llegado de Ciudad Sadam, los suburbios chiíes de las afueras de Bagdad, y habían sido interceptados por miembros de la seguridad del Estado. No había «confirmación de fuentes independientes». Decían también que la línea férrea del norte de Bagdad había sido cortada. Desmentido.

El domingo, el ministro de Defensa iraquí, el general Sultán Hashem, ofreció un considerable informe sobre la guerra y enumeró a las unidades que se encontraban en primera línea del frente: el 3.<sup>er</sup> Batallón de la 27.<sup>a</sup> Brigada del ejército iraquí seguía

resistiendo en Suq ash Shuyuj, al sur de Nasiriya, el 3.<sup>er</sup> Batallón del Tercer ejército iraquí resistía en Basora. Entonces recordé a esos generales que ofrecían informes idénticos durante la guerra de 1980-1988 contra Irán. En aquel entonces, cuando comprobábamos sus versiones, casi siempre resultaban ser ciertas. ¿Sucedió lo mismo esta vez? El general Hashem insistía en que sus hombres estaban destruyendo tanques, vehículos acorazados y helicópteros estadounidenses. Era fácil hacer caso omiso de eso... hasta que en la pantalla del televisor apareció una grabación de dos vehículos acorazados de transporte de personal estadounidenses ardiendo. El vicepresidente, Taha Yasín Ramadán, había tenido la amabilidad de explicar las tácticas del ejército de Iraq. La política iraquí era dejar que los ejércitos angloestadounidenses «vagaran sin rumbo» en el desierto cuanto quisieran, y luego atacarlos cuando intentaban entrar en las ciudades. Parecía que eso era lo que hacían.

Desde Bagdad, con su dosel de siniestro humo negro de petróleo y sus sirenas antiaéreas, parecía que el plan estadounidense era más o menos similar: realizar una campaña por el desierto avanzando en paralelo a los valles del Tigris y el Éufrates e intentar torcer a la derecha en cualquier ciudad que encontraran de camino. Si Um Qasr da problemas, se prueba con Basora. Si Basora está bloqueada, se intenta en Nasiriya. Si eso es peligroso, se procura torcer a la derecha por Nayaf. Sin embargo, la carretera sin obstáculos —la larga autopista hasta Bagdad flanqueada de adoradores iraquíes lanzando rosas a los soldados yanquis y británicos— estaba resultando ser una ilusión<sup>[1]</sup>. Pero no podíamos viajar. Ningún periodista occidental —ni siquiera con permiso para coger taxis— podía salir de los límites de la ciudad de Bagdad. El 27 de marzo fui a ver a mis viejos amigos del canal Al Yazira, cuyas oficinas locales se encontraban en la orilla occidental del Tigris. Tenían un equipo en Basora, en territorio británico, que sufría bombardeos aéreos. Les supliqué que me enseñaran las filmaciones que habían recibido de aquella ciudad. Si no podía ir allí, al menos sí podría verlo a través de los objetivos de sus cámaras antes de que los iraquíes —o, tras su retransmisión, los estadounidenses y los británicos— pudieran echarle mano.

Entro en el estudio de montaje, donde el sonido de los cañones antiaéreos traspasa las paredes. El cámara lleva su equipo a pulso, está nervioso, la imagen está movida. Dos soldados británicos yacen muertos en una calle de Basora, una niña iraquí —víctima de un bombardeo angloestadounidense— es trasladada a un hospital con la mitad de los intestinos fuera del cuerpo, una mujer con horribles heridas grita en plena agonía mientras los médicos intentan quitarle el vestido negro. En el centro de Basora, un general iraquí rodeado de cientos de soldados armados anuncia que la segunda ciudad de Iraq resiste firme en manos iraquíes. Las imágenes sin montar de Al Yazira —grabadas durante las últimas 36 horas y recién llegadas a Bagdad— son crudas, dolorosas, desgarradoras.

También son una prueba de que Basora —que se suponía «tomada» y «asegurada» por las tropas británicas— sigue bajo el control de las fuerzas de Sadam

Husein. A pesar de los testimonios de oficiales británicos que afirman que ha estallado alguna clase de revuelta, los coches y los autobuses siguen circulando por las calles mientras los iraquíes hacen pacientes colas para conseguir las bombonas de gas que van descargando de un camión del gobierno. Una parte considerable de la cinta muestra bolas de fuego que surgen de la parte occidental de Basora y la explosión de proyectiles, es de suponer que británicos.

La breve secuencia de los soldados británicos muertos —por cuya retransmisión Tony Blair expresaría tanto horror al día siguiente— no diferiría mucho de las decenas de escenas similares de soldados iraquíes muertos que la televisión británica había retransmitido en los últimos doce años, imágenes que nunca merecieron ni una sola expresión de condena por parte del primer ministro británico. Los dos soldados de Gran Bretaña, aún de uniforme, yacen en una carretera con los brazos y las piernas extendidos. Uno de ellos parece haber recibido un disparo en la cabeza; el otro, en el pecho y el abdomen. En otra secuencia de la misma cinta se ve a una muchedumbre de civiles de Basora y hombres armados vestidos de civil pateando el jeep de los soldados británicos —matrícula HP5AA— y bailando sobre él. Otros hombres dan patadas al remolque volcado del Ministerio de Defensa, con matrícula 91KC98, que el jeep arrastraba cuando supuestamente cayó en una emboscada. En las imágenes sin montar también se ve un avión teledirigido de reconocimiento fotográfico de la RAF, con sus redondeles azules y rojos en un ala, que ha sido alcanzado y está volcado en una carretera. Lleva la inscripción «EJÉRCITO» en mayúsculas, el código ZJ300 en la cola, y tiene adherida una gran vaina cilíndrica que seguramente contiene la cámara del avión.

No obstante, aún más angustiosas que la filmación de los soldados británicos muertos son las imágenes del mayor hospital de Basora mientras las víctimas del bombardeo llegan a los quirófanos gritando de dolor. Traen a un hombre de mediana edad en pijama, empapado en sangre de la cabeza a los pies. Una niña de unos cuatro años entra a quirófano en un carrito mirando fijamente el amasijo de sus propios intestinos, que se le salen por la parte izquierda del vientre. Un doctor vestido de bata azul vierte agua en las entrañas de la pequeña y luego aplica una venda con sumo cuidado antes de empezar a operar. Una mujer de negro con lo que parecen ser heridas en el estómago grita cuando los médicos intentan desnudarla para la operación. En otra secuencia, un reguero de sangre lleva hasta el punto de impacto de un proyectil, supuestamente británico. Junto al cráter se ven un par de sandalias de plástico.

Las cintas de Al Yazira —la mayoría de las cuales jamás serán vistas— son la primera prueba concluyente de que los británicos siguen sin controlar Basora en absoluto. No sólo sigue abierta una de las carreteras principales de la ciudad en dirección a Bagdad —vía por la que llegaron las cintas a la capital—, sino que el general iraquí Jaled Hatem es entrevistado en una calle de Basora, rodeado de cientos de sus soldados armados y uniformados, y le explica al reportero de Al Yazira que sus

hombres «jamás» se rendirán ante los enemigos de Iraq. En las calles también se ve a milicianos armados del partido Baaz mientras unos guardias dirigen el tráfico de camiones y autobuses cerca del hotel Sheraton.

Mohamed al Abdulá, el corresponsal de Al Yazira en Basora, debe de ser el periodista más valiente de Iraq en estos momentos. En una serie de tres cintas lo vemos entrevistando a familias en medio de tiroteos e informando con calma durante los bombardeos de la artillería británica. En una cinta se ve que el hotel Sheraton, junto al Shatt al Arab, ha recibido impactos de proyectiles. En la orilla —al lado de una de las enormes estatuas de los «mártires» iraquíes de la guerra de 1980-1988, todas ellas apuntando con dedo acusador al otro lado del cauce, hacia Irán—, los residentes de Basora llenan bidones en el río contaminado de aguas residuales.

El 22 de marzo, el gobierno iraquí dijo que 30 civiles habían perdido la vida en Basora y que otros 63 habían resultado heridos. El 27 de marzo afirmó que más de 4000 civiles habían sido heridos en Iraq desde el inicio de la guerra y que más de 350 habían fallecido. Sin embargo, la cinta de Al Abdulá muestra al menos siete cuerpos más ingresando en el depósito de cadáveres del hospital de Basora en las últimas 36 horas. (Uno de ellos, de cuya cabeza aún manaba sangre sobre el suelo del depósito, fue identificado como un corresponsal árabe para una agencia de prensa occidental.) Otras imágenes horripilantes muestran el cadáver parcialmente decapitado de una niña con su pañuelo rojo echado aún alrededor del cuello. Otra pequeña yace en una camilla, le faltan el cerebro y la oreja izquierda. A otra niña muerta le han estallado los pies, No se sabe si ha sido la artillería estadounidense o la británica la que ha matado a esos niños. En las grabaciones no hay ninguna señal de que se hayan producido bajas iraquíes militares.

Sin embargo, en un momento en que las autoridades iraquíes no permiten a los periodistas occidentales visitar Basora, esto es lo más parecido a pruebas independientes que tenemos de la continua lucha de la ciudad y del precio que se paga por resistir ante el ejército británico. Los iraquíes llevan días negando los informes optimistas de los periodistas «empotrados» —sobre todo de la BBC—, que dan la impresión de que Basora está «asegurada» o, en cualquier caso, bajo control británico. Las cintas demuestran sin lugar a dudas que eso no es cierto. También hay una secuencia en la que se ve a dos hombres, ambos de negro, que según las tropas iraquíes son prisioneros de guerra estadounidenses. A los hombres no se les pregunta nada, pero van vestidos con camisetas negras y chaquetas idénticas. Ambos parecen muy nerviosos en la grabación y miran a los miembros del equipo televisivo y a los soldados iraquíes que se agolpan detrás de ellos.

Los civiles muertos, no obstante, pronto quedarán eliminados de la narrativa de la guerra. Son parte de las estadísticas que nunca nos serán desveladas. Se convertirán en los desconocidos, los no muertos, los «daños colaterales» que sencillamente no llegarán a los archivos del Pentágono ni del Ministerio de Defensa británico; o al menos no en la clase de informe que pueda llegar a ver el público. Así, la pequeña no

habrá perdido la cabeza. Su compañera no habrá perdido el cerebro. Los pies de la tercera niña seguirán firmemente pegados a su cuerpo. Al menos a efectos del registro histórico... puesto que no habrá registro histórico. Esto forma parte de nuestra nueva guerra.

El 28 de marzo nos dimos cuenta de que los estadounidenses —tal vez porque no avanzaban tan deprisa como tenían planeado— no iban a dejar intacto el sistema de comunicaciones de Bagdad. Era difícil llorar por una central telefónica. Ciertamente, la destrucción del sistema telefónico local de la capital fue una experiencia desagradable para las decenas de miles de familias iraquíes que querían mantenerse en contacto con sus parientes durante las largas horas de bombardeos, pero las centralitas destrozadas, las líneas umbilicales y el hormigón roto del Centro Internacional de Comunicaciones de Mimun no podían compararse con los huesos descarnados, los intestinos y la carne rasgada de los civiles heridos de Iraq. «Centros de mando y control» fue la descripción ofrecida por los muchachos del Centcom de los objetivos que suprimieron la madrugada del 28. Eso representa otra de las pequeñas situaciones degradantes en las que nosotros, Occidente, incurrimos a diario cuando las cosas no nos van bien en una guerra. En «nuestra» guerra relámpago de Bagdad de 1991 empezamos por los palacios presidenciales y los cuarteles, luego pasamos a las comunicaciones, después a la electricidad y por último a las depuradoras de aguas. En Serbia, en 1999, fue la misma historia. Primero fueron los cuarteles del ejército yugoslavo y las fábricas de armamento, después los puentes, el sistema telefónico, la electricidad. Ahora la historia de siempre ha empezado en Bagdad. Los palacios presidenciales y los cuarteles ya han sido alcanzados. De nuevo le ha llegado la hora al teléfono.

Evidentemente, «nosotros» esperábamos que no hubiera que llegar a ello. Los ejércitos angloestadounidenses querían conservar la infraestructura de Bagdad —para cuando hubiesen «liberado» la ciudad bajo lluvias de rosas lanzadas por su jubiloso pueblo—, porque necesitarían líneas telefónicas operativas a su llegada. Sin embargo, después de una noche de explosiones masivas por toda la ciudad, las comunicaciones fueron sacrificadas. El gran centro de comunicaciones de Rashid —destruido en el bombardeo de 1991— fue alcanzado por un misil de crucero que penetró hasta el sótano del edificio. La central telefónica de Karada —donde los bagdadíes pagan las facturas telefónicas— saltó por los aires.

A la entrada de cada uno de esos edificios —igual que a la entrada de todas las instituciones gubernamentales— hay un cartel gigantesco de Sadam, haciendo lo que sea adecuado según el ministerio o el departamento de que se trate. Frente a la estación central de Bagdad, por ejemplo, un Sadam con sombrero de fieltro ejerce de guardavía dando vía libre a un expreso en dirección a Basora; los transportes de la ciudad, por cierto, han quedado oficialmente «suspendidos» a causa del asedio del ejército británico. En la central telefónica de Mimun, Sadam aparece retratado delante de una torre de telecomunicaciones. En las oficinas de Rashid, habla por un antiguo

teléfono negro de baquelita mientras anota algo en un cuaderno con un enorme bolígrafo marrón.

Bueno, ya no. Porque «nosotros» hemos decidido destruir los teléfonos y todos los sistemas de «mando y control» que puedan tener una doble utilización. De modo que ahora la mayoría de los bagdadíes tienen que atravesar la ciudad en coche para saber unos de otros; hay más tráfico en las calles que en cualquier otro momento desde el comienzo de la guerra. También la red de Internet de la ciudad ha caído. La televisión iraquí, cuyos estudios fueron bombardeados por los estadounidenses el 26 de marzo, sólo puede verse entre cortes eléctricos cada vez más frecuentes.

Así pues, ¿qué es lo siguiente? ¿La electricidad o el agua? O, puesto que las bombas de agua funcionan con electricidad, ¿ambas cosas? Cada nuevo día trae noticias de acontecimientos que, de por sí, no tienen gran importancia, pero que en conjunto imprimen una dimensión lúgubre a la invasión y los días subsiguientes. A finales de marzo, cientos de hombres de tribus de todo Iraq se reunieron en el hotel Bagdad antes de ir a ver a Sadam. Las tribus iraquíes —ignoradas por los planificadores militares y los expertos de Washington que creen que lo único que mantiene unido a Iraq es el partido Baaz y el ejército— son una fuerza importante, su unidad se cimienta en matrimonios y en una red familiar que proporciona una fuerza tan cohesiva como el Baaz mismo. Las tribus custodian los silos de grano y algunas de las centrales eléctricas de los alrededores de Bagdad. Decían que dos de esos hombres habían inutilizado un helicóptero Apache capturado la semana anterior. Y ahora los jefes tribales llegaban desde todos los rincones de Iraq, desde Faluya, Ramadi, Nínive, Babilonia, Basora, Nasiriya y todas las ciudades de Mesopotamia. Adiós a la opinión del ministro de Defensa Geoffrey Hoon de que Sadam había «perdido el control» del sur de Iraq. En breve regresarán a sus ciudades y sus pueblos con instrucciones para oponerse a los ejércitos estadounidense y británico. Sadam ya ha dictado una serie de órdenes para que las tribus «luchen [contra estadounidenses y británicos] en grupo y los ataquen por la vanguardia y la retaguardia para bloquear su avance... Si el enemigo se asienta en una posición, hay que acosarlos de noche...».

Esto me desconcierta. Las fuerzas de guerrilla pueden acosar a un ejército ocupador, pero hacen poco daño en una invasión cuando la abrumadora potencia de fuego y de movimiento de los invasores puede reprimir cualquier forma de resistencia. Los soldados de una ocupación no se hacen vulnerables hasta que se asientan en cuarteles y empiezan a realizar patrullas rutinarias. Así pues, ¿está dando Sadam órdenes a las tribus para la guerra... o son sus instrucciones para la ocupación que vendrá después? ¿Es posible que Sadam esté pensando en la posibilidad de una derrota militar en el campo de batalla? ¿Se está planeando una futura insurrección aquí, en Bagdad, mientras los estadounidenses avanzan implacables por las carreteras en dirección a Nasiriya?

En el décimo piso del hotel Palestina, donde me hospedo entre las habitaciones estilo celda de otro centenar de periodistas más, he almacenado una biblioteca de

libros que leer durante las largas y ruidosas noches. *Auge y caída del III Reich*, de William Shirer, y *The Second World War*, de J. F. C. Fuller, para recordar cómo es una guerra de verdad; también *Guerra y Paz*, de Tolstói, para recordar que un conflicto puede describirse con sensibilidad, delicadeza y horror —recomiendo encarecidamente la batalla de Borodino a todo el mundo—, algunos tomos de poesía y una gran pila desordenada de artículos de periódicos y revistas que saqué de mis archivos de Beirut antes de partir hacia Ammán y Bagdad. Esa noche escojo una extensa diatriba de Pat Buchanan escrita hace más de cinco meses, y casi sin pensar saco también mi bolígrafo del bolsillo y me pongo a garabatear crudas líneas al margen de este profético artículo:

Si la providencia no lo impide, pronto emprenderemos una guerra imperial en Iraq con todas esas bravatas estilo «¡Vamos a Berlín!» con que los *poilus* y los *tommies* marcharon el agosto de 1914. Sin embargo, esta invasión no será un paseo, como predicen los neoconservadores... Para destruir las armas de Sadam, democratizar, defender y mantener unido Iraq, las tropas estadounidenses quedarán atrapadas allí durante décadas. Aun así, parece tan seguro que se produzcan atentados terroristas en el Iraq liberado como en el Afganistán liberado, puesto que el islam militante que tiene esclavizados a decenas de millones de verdaderos creyentes no aceptará jamás que George Bush dicte el destino del mundo árabe. Con nuestra regencia estilo Mac-Arthur en Bagdad, la *Pax Americana* alcanzará su apogeo. Sin embargo, después la marea cambiará, puesto que el único empeño en que destacan los pueblos islámicos es en expulsar a las potencias imperialistas mediante el terror y las guerrillas. Echaron a los británicos de Palestina y Adén, a los franceses de Argelia, a los rusos de Afganistán, a los estadounidenses de Somalía y Beirut, a los israelíes del Líbano... Hemos emprendido la marcha por el camino del imperio y tras la primera colina nos encontraremos con los que marcharon por ella antes que nosotros. La única lección que nos enseña la historia es que nunca aprendemos de ella<sup>[\*]</sup>.

Fue una atrocidad, una obscenidad. La mano cortada en la puerta metálica, la ciénaga de sangre y lodo al otro lado de la calle, los sesos humanos dentro del garaje, los esqueletos carbonizados de una madre iraquí y sus tres hijos dentro de su coche aún humeante. Dos misiles de un avión estadounidense los mataron a todos —veintidós civiles iraquíes—, los despedazaron el 27 de marzo antes de poder ser «liberados» por el país que destruyó sus vidas. Ante una escena así, me pregunto quién se atreve a llamar a esto «daños colaterales». La calle Abu Taleb estaba repleta de peatones y conductores cuando el piloto estadounidense se acercó por la espesa tormenta de arena que cubría esa mañana el norte de Bagdad con un manto de polvo rojo y amarillento.

Era un barrio pobre y polvoriento de mayoría musulmana chií, el mismo pueblo del que los señores Bush y Blair aún esperaban con ansias que se rebelaran contra el presidente Sadam Husein, un lugar de talleres mecánicos llenos de grasa, apartamentos donde la gente vivía hacinada y cafeterías baratas. Todas las personas con las que hablé oyeron el avión. Un hombre, conmocionado por los cadáveres decapitados que acababa de ver, sólo era capaz de decir dos palabras. «Estruendo, explosión», repetía, y luego cerró los ojos con tanta fuerza que se le fruncieron los músculos del entrecejo. Me enfrento a la misma pregunta de siempre: ¿cómo informar de un suceso tan espantoso? Los iraquíes presencian esas atrocidades cada

día; de modo que no hay motivo alguno para no contar la verdad, toda la verdad, sobre lo que ven. Otra pregunta me vino a la mente mientras recorría el escenario de esa matanza. Si esto es lo que vemos en Bagdad, ¿qué sucede en Basora, Nasiriya y Kerbala? ¿Cuántos civiles mueren también allí, anónimamente, sin que nadie informe de ello porque no hay periodistas para presenciar su sufrimiento?

Abu Hasan y Malek Hammud estaban preparando la comida para los clientes del restaurante Nasser, en el extremo norte de la calle Abu Taleb. El misil que los mató cayó junto a la calzada occidental, su explosión se llevó por delante la fachada del café, alcanzó a los dos hombres —el primero de cuarenta y ocho años, el segundo de sólo dieciocho— y los despedazó. Un compañero de trabajo me guió entre los escombros. «Esto es todo lo que ha quedado de ellos», me dijo mientras sostenía una bandeja de horno chorreando sangre. Al menos quince coches estallaron en llamas y en su interior murieron abrasados casi todos sus ocupantes. Varios hombres intentaban arrancar las puertas de otro coche que ardía en el centro de la calle y que había quedado volcado a causa del mismo misil. Se vieron obligados a contemplar con impotencia cómo la mujer y los tres niños de dentro se quemaban vivos ante su mirada. El segundo misil dio en la calzada oriental y expulsó fragmentos de metal que fueron a hendirse en los tres hombres que aguardaban ante un edificio de apartamentos de hormigón con las palabras «Esto es propiedad de Dios» inscritas en el mármol del muro exterior.

El administrador del edificio, Hishem Danun, corrió a la entrada en cuanto oyó la enorme explosión. «Encontré a Ta'ar hecho pedazos allí —me dijo. Había quedado decapitado—. Ésa es su mano». Un grupo de jóvenes y una mujer me arrastraron a la calle y allí, como en una escena sacada de cualquier película de terror, encontré la mano de Ta'ar, cortada por la muñeca, con los cuatro dedos y el pulgar aferrando un trozo de techumbre metálica. Su compañero, Sermed, murió en el mismo instante. Su cerebro se encontraba a unos cuantos metros, una masa gris y de un rojizo pálido que había tras un coche incinerado. Los dos hombres trabajaban para Danun. Igual que el portero, que también había perdido la vida.

A medida que los supervivientes hablaban, los muertos recobraban su identidad. Estaba el dueño de una tienda de electrodomésticos que murió tras el mostrador a causa del mismo misil que acabó con Ta'ar, Sermed y el portero; y la chica que aguardaba en la vereda, intentando cruzar la calle; y el camionero que tan sólo estaba a unos metros del punto de impacto; y el mendigo que pasaba a menudo por allí para pedirle pan al señor Danun, y que ya se marchaba cuando los misiles llegaron chillando a través de la tormenta de arena para destruirlo.

En Qatar, las fuerzas angloestadounidenses anunciaron una investigación. El gobierno iraquí, que es el único que se beneficia del valor propagandístico de semejante matanza, denunció la carnicería, claro está, a la que en un principio asignó catorce muertos. ¿Cuál había sido el objetivo real? Algunos iraquíes decían que había un campamento militar a poco más de un kilómetro de la calle, aunque no logró

encontrarlo. Otros hablaban de un parque de bomberos de la ciudad, pero los bomberos rara vez podrían ser considerados un objetivo militar. Lo que sí es cierto es que menos de una hora antes se había producido un ataque en un campamento militar algo más al norte. Yo pasaba con el coche cerca de la base cuando dos cohetes explotaron y vi a soldados iraquíes correr para salvar la vida saliendo por la verja hacia la autopista. Después oí otras dos explosiones: los misiles que estallaron en la calle Abu Taleb.

Por supuesto, el piloto que mató a los inocentes no vio a las víctimas. Los pilotos disparan a través de coordenadas alineadas por ordenador, y la tormenta de arena habría ocultado la calle a sus ojos. Sin embargo, cuando uno de los amigos de Malek Hammud me preguntó cómo podían matar los estadounidenses tan alegremente a aquellos que decían que querían liberar, no quería saber nada de aviónica ni sistemas de bombardeo. ¿Por qué habría de quererlo? Cosas semejantes suceden todos los días en Bagdad. El 24 de marzo, los nueve miembros de una familia fueron aniquilados en su casa, cerca del centro de la ciudad. El 25 de marzo se supo que todos los pasajeros civiles de un autobús habían perdido la vida en una carretera al sur de Bagdad. El 26, los iraquíes empezaban a conocer la identidad de cinco pasajeros civiles muertos en un autobús sirio que fue atacado por un avión estadounidense cerca de la frontera iraquí.

Podemos ponernos el cilicio de la moralidad para explicar por qué debían morir esas personas. Murieron por el 11 de septiembre, podríamos decir, por las «armas de destrucción masiva» —que no existían—, por nuestro irrefrenable deseo de «liberar» a todo su pueblo. No lo confundamos con el petróleo. De cualquier forma, tal como escribí esa noche, apuesto a que nos dirán que Sadam es el último responsable de sus muertes. No mencionaremos al piloto, por supuesto. Y no lo hicimos. Los estadounidenses dijeron que seguramente los defectuosos misiles antiaéreos iraquíes —la vieja excusa— los mataron a todos. No era posible. Los dos misiles habían explotado en puntos equidistantes de ambas calzadas. No podía ser que el sistema de dirección de dos misiles antiaéreos hubiese fallado exactamente al mismo tiempo y los hubiera hecho estallar en la misma calle con tanta pulcritud.

Esto no tiene fin. Sólo un día después —el 28 de marzo—, la atrocidad se repite. Esta vez la prueba es un trozo de metal de sólo 30 centímetros pero con unos dígitos que lo dicen todo. Al menos 62 civiles han muerto la tarde del 29 de marzo, y el código de ese pedazo de metal contiene la identidad del culpable. Estadounidenses y británicos hacían cuanto podían por insinuar —una vez más— que otro misil antiaéreo iraquí había destruido todas esas vidas, y añadían que «seguían investigando» la matanza. Sin embargo, el código del fragmento de misil consta de grupos de números y letras latinos, no árabes. Y muchos de los supervivientes oyeron el avión.

En el hospital de Al Nur se produjeron espantosas escenas de dolor y sufrimiento. Una niña de dos años, Saida Jaffar, envuelta en vendas y tubos, llevaba una cánula

saliéndole de la nariz y otra del estómago. Lo único que se veía de ella era la frente, dos ojitos y una barbilla. A su lado, sangre y moscas cubrían un montón de vendajes y algodones viejos. No muy lejos, en una cama sucia, Mohamed Amaid, de tres años, tenía el rostro, la barriga, las manos y los pies ocultos por vendas prietas. A los pies de su cama había una gran masa negra de sangre coagulada.

Es un hospital sin ordenadores, con máquinas de rayos X muy primitivas, pero el misil sí iba dirigido por ordenador y ese fragmento vital de fuselaje llevaba un código informático. Puede ser fácilmente verificado y comprobado por los estadounidenses... si quieren hacerlo. Dice: 30 003-704ASB7492. La letra B está arañada, podría ser una H. Se cree que ése es el número de serie. Va seguido de otro código al que los fabricantes de armamento suelen referirse como el número de «lote» del arma. Este dice: MFR 96 214 09. El trozo de metal que lleva los códigos fue recogido pocos minutos después de que el misil explotara la tarde del 28 por un anciano cuya casa se encuentra a tan sólo cien metros del cráter de dos metros. Ni siquiera las autoridades iraquíes saben que existe. El misil esparció entre la gente — sobre todo mujeres y niños— pedazos de metal que llegaron a atravesar los muros de ladrillo barato de las casas de la zona y amputaron miembros y cabezas. Tres hermanos, el mayor de veintitrés años y el más pequeño de doce, murieron en el salón de su choza de ladrillo, en la calle principal, frente al mercado. Dos puertas más allá, dos hermanas murieron de idéntica forma.

«Nunca habíamos visto nada parecido a estas heridas —me dijo después el doctor Ahmed, anestesista del hospital de Al Nur—. Estas personas han sido atravesadas por decenas de piezas de metal». Tenía razón. Un anciano al que visité en una sala del hospital tenía veinticuatro agujeros en la parte de atrás de las piernas y las nalgas, algunos tan grandes como una moneda. En una radiografía que me mostró uno de sus médicos se veían claramente al menos 35 astillas metálicas incrustadas en su cuerpo.

Igual que en el caso de la matanza de la calle Abu Taleb, Shu'ale es un barrio musulmán chií degradado con tiendas de alimentación de un solo piso, construidas de hormigón y hierro ondulado, y hogares de ladrillo de dos habitaciones. De nuevo, ésas eran las mismas personas a las que los señores Bush y Blair pretendían instar a la insurrección contra Sadam. Sin embargo, en los suburbios la rabia se dirigía contra los estadounidenses y los británicos. Ancianas, padres y hermanos afligidos hablaban sin vacilación... y sin la presencia de los ubicuos «acompañantes» del gobierno. «Esto es un crimen —me dijo entre airados murmullos una mujer—. Sí, ya sé que dicen que tienen objetivos militares, pero ¿ve aquí a algún soldado? ¿Ve misiles?»

La respuesta es negativa. Algunos periodistas informaron de haber visto un misil Scud en un vehículo transportador cerca del área de Sha'ab aquel jueves, y en Shu'ale había cañones antiaéreos. Yo oí un avión a reacción estadounidense que sobrevolaba a toda velocidad el escenario de la matanza y llegué a vislumbrar un misil tierra-aire que lo perseguía en vano, su estela de condensación se elevaba por encima de las casas del suburbio en el azul intenso del cielo. Una batería antiaérea —fabricada allá

por 1942— también empezó a disparar al aire a unas manzanas de distancia. Sin embargo, por mucho que los iraquíes coloquen o lleven sus municiones cerca de los suburbios, ¿justifica eso que los estadounidenses disparen contra esos barrios atestados de civiles, contra zonas en las que saben que hay calles principales y mercados llenos de gente... y durante el día? El ataque del 27 de marzo en la calle Abu Taleb se llevó a cabo en una vía principal, a mediodía, durante una tormenta de arena... cuando decenas de civiles iban a morir, fuera donde fuese que el piloto creía estar apuntando.

«Tenía cinco hijos y ahora sólo me quedan dos... Y ¿cómo sé que esos dos sobrevivirán? —preguntaba un hombre de mediana edad con gafas en la sala interior de cemento de su casa—. Uno de mis chicos fue alcanzado en los riñones y en el corazón. Tenía el pecho lleno de metralla; entró por las ventanas. Ahora lo único que puedo decir es que estoy triste y que estoy vivo». Un vecino interrumpió para decir que había visto el avión con sus propios ojos. «Vi el costado del avión y me di cuenta de que cambiaba de rumbo después de disparar el misil».

Localizar aviones se ha convertido en una actividad muy extendida en la vida de Bagdad. Le respondo en mi periódico a un atento lector que pregunta si puedo ver los aviones estadounidenses con mis propios ojos sobre la ciudad; tengo que contestar que, en al menos 65 bombardeos aéreos, no he logrado ver —pese a mi vista de lince— ningún avión. Los oigo, sobre todo de noche, pero vuelan a una velocidad supersónica. Durante el día suelen encontrarse por encima de las nubes de humo negro que cubren la ciudad. Sólo una vez logré ver un misil de crucero —los cohetes de crucero, o Tomahawk, vuelan sólo a unos 645 kilómetros por hora— y lo vi avanzando por una avenida en dirección al Tigris. Sin embargo, el humo gris como dedos de una mano muerta que despide la ciudad es inconfundible; eso y la conmoción del estruendo. Y, cuando pueden encontrarse, los códigos informáticos de los fragmentos de las bombas cuentan su propia historia. Tal como hace, sin duda, el código del misil de Shu'ale.

Durante toda la mañana los estadounidenses se dedicaron otra vez a derribar objetivos en el perímetro de Bagdad —donde las tropas iraquíes estaban excavando las defensas exteriores— y en el centro de la ciudad. Un cohete disparado desde el aire explotó sobre el tejado del Ministerio de Información iraquí y destruyó un grupo de antenas parabólicas. El edificio de oficinas desde el que yo estaba observando el bombardeo se sacudió varios segundos durante un ataque prolongado. También en el hospital de Al Nur se tambaleaban las paredes mientras los supervivientes de la matanza del mercado luchaban por seguir con vida. Husein Mnati, de cincuenta y dos años, se me quedó mirando —el rostro picado de fragmentos metálicos— mientras las bombas destruían la ciudad. Un hombre de veinte años estaba incorporado en la cama de al lado, llevaba el muñón empapado de sangre de su brazo izquierdo recubierto de vendajes. Sólo doce horas antes, tenía brazo izquierdo, mano izquierda, dedos. Me explicó lo que recordaba sin comprender aún. «Estaba en el mercado y no

noté nada —me dijo—. Llegó el misil, yo estaba a su derecha, y luego una ambulancia me trajo al hospital». Le hubieran anestesiado la amputación con calmantes o no, quería hablar. Cuando le pregunté por su nombre, se enderezó en la cama y me gritó: «Me llamo Sadam Husein Jasem».

A finales de marzo de 2003, el sargento Alí Jafar Musa Hamadi al Nomani estrelló el coche que conducía, cargado de explosivos, contra un puesto de control de la marina estadounidense en el sur de Iraq y se hizo saltar por los aires. Fue el primer combatiente iraquí del que se supo que perpetraba un atentado suicida. Durante la rebelión contra el dominio británico, ni un solo iraquí se inmoló así para destruir a sus enemigos. Nomani también era musulmán chií: miembro de la secta que los estadounidenses creían con fe ciega que era su aliada secreta en la invasión de Iraq. Incluso el gobierno iraquí se preguntó en un principio cómo reaccionar ante ese acto insólito, y se vio atrapado entre el deseo de dissociarse de un hecho que podía recordarle al mundo a Osama bin Laden y su determinación a amenazar a los estadounidenses con más atentados semejantes.

Los detalles de la vida de ese sargento de cincuenta años eran escasos pero inquietantes. Fue soldado en la guerra Irán-Iraq de 1980-1988 y se presentó voluntario para luchar en la guerra del Golfo de 1991, la «madre de todas las batallas», según Sadam Husein. Más adelante, aunque ya estaba muy mayor para seguir luchando, Nomani volvió a presentarse voluntario para enfrentarse a la invasión angloestadounidense. Y así fue cómo, sin decirle nada a su comandante y conduciendo su propio coche, acabó estrellándose contra un puesto de control de la marina estadounidense en las afueras de Nayaf. Sadam le concedió la Medalla Militar (Primera Clase) y la medalla de la Madre de Todas las Batallas. El difunto dejó cinco hijos, una viuda y un nuevo lugar en la historia de 2000 años de resistencia iraquí a las invasiones. Un portavoz de los Estados Unidos dijo que el atentado «parece terrorismo y así es como se ha sentido», aunque, puesto que Nomani atacó a un ejército de ocupación y su objetivo fue militar, ningún árabe estaría de acuerdo.

Al cabo de pocas horas de la muerte de Nomani, Taha Yasín Ramadán, el vicepresidente de Iraq, hablaba igual que un dirigente palestino o de Hezbolá, subrayando la desigualdad de armamento entre iraquíes y estadounidenses. «El gobierno estadounidense va a convertir al mundo entero en personas dispuestas a morir por sus países —dijo—. Lo único que pueden hacer ahora es convertirse en bombas. Si las bombas de los B-52 pueden matar a quinientos o más en nuestra guerra, estoy seguro de que algunas operaciones de nuestros guerreros de la libertad acabarán con cinco mil». Estaba claro lo que quería decir; los dirigentes iraquíes estaban tan sorprendidos por el atentado de Nomani como sus víctimas estadounidenses.

Para nosotros aquello no tenía sentido. Los iraquíes no eran suicidas. Como dirían

los estadounidenses, aquello no «computaba». El 30 de marzo escribí un artículo poco entusiasta para *The Independent* intentando desentrañar el sentido de lo que había sucedido. Desde luego, me había olvidado de la guerra Irán-Iraq —el conflicto en el que había participado Nomani— y las batallas suicidas en las que lucharon y murieron los iraquíes. Los terroristas suicidas, escribí,

ya sean los musulmanes chiíes libaneses que desalojan al ejército de ocupación israelí o los palestinos que destruyen la sensación de seguridad de Israel, son el arma fundamental de los árabes. Los Estados Unidos no comprendieron su poder hasta que terroristas suicidas atacaron la embajada estadounidense de Beirut en 1983 y los cuarteles de la marina de esa misma ciudad el 23 de octubre del mismo año, donde murieron 241 militares estadounidenses. Sólo cuando los árabes emprendieron una misión suicida mucho más devastadora y cometieron los atentados del 11 de septiembre del 2001 se dio al fin cuenta Washington que no existía defensa eficaz contra esas tácticas. De una forma extraña, por lo tanto, el 11 de septiembre encuentra por fin una conexión simbólica con Iraq. Mientras que los intentos de vincular el régimen del presidente Sadam con Osama bin Laden resultaron ser fraudulentos, la ira que han desatado los Estados Unidos es real y se ha topado con el arma que los estadounidenses más temían. La mayoría de terroristas suicidas son más jóvenes que Nomani y no están casados. Sin embargo, alguien debió de ayudarlo a equipar el coche de explosivos, alguien debió de enseñarle a accionar el detonador. Y, si no han sido los iraquíes, como afirman ellos, ¿estuvo involucrada alguna organización de la que ni estadounidenses ni iraquíes tienen conocimiento?

El vicepresidente Ramadán dijo algo sobre «el momento de sublimidad del mártir», una expresión nunca oída hasta la fecha en el vocabulario baazista. El general Hazim al Raui, del Ministerio de Defensa, recordó que el difunto llevaba el mismo nombre que «el imam Alí» y anunció que el nuevo «mártir Alí ha abierto la puerta a la yihad». Dijo que más de 4000 voluntarios de los países árabes estaban en el país y que las «operaciones de martirio continuarían no sólo por parte de iraquíes, sino también de miles de árabes que acudían ya a Bagdad». En mi artículo de esa noche escribí que «de pronto, por lo visto, el islam se ha metido en esta guerra de liberación nacionalista —así la llaman aquí— contra los estadounidenses».

Al verlo en retrospectiva, el suicidio de Nomani fue uno de los momentos más importantes de la guerra. Conmociónó a los estadounidenses —cuya superficial reacción en cuanto al «terrorismo» anuló la importancia del significado del atentado— y sorprendió a los iraquíes. No obstante, el lenguaje baazista —los discursos sobre «operaciones de martirio» y la legión árabe internacional que supuestamente seguirían llevándolas a cabo— debería haber hecho saltar las viejas y tópicas «alarmas». Algo había comenzado en las afueras de Nayaf, se había sentado un precedente muy grave para cualquier ejército invasor. En un país sin esa tradición, se había encendido una cerilla.

Una tormenta oscura y despiadada ha caído sobre Bagdad y ha dejado la habitación de mi hotel amarilla de arena. El polvo y la suciedad de la ciudad cubren como una mortaja las moquetas, la ropa de cama y las mesas. El personal de limpieza ha huido hace tiempo. Mis archivos están recubiertos por diminutos granos de arena, de manera que las páginas resbalan en sus cajas con el sonido de un cuchillo al salir de su vaina. Busco con dedos sucios por la sección que he catalogado como «Islam». La mayoría de las páginas tratan de la resistencia chií, pero tengo algunas notas

manuscritas —nunca aprovechadas en ningún artículo, puesto que no comprendía su significado— que dicen que Sadam, en el 2000, permitió la creación de «comités islámicos», grupos de eruditos religiosos musulmanes suníes y sus seguidores, a los que se les permitiría discutir la ley islámica y las enseñanzas del Corán siempre que no hablaran de política ni mezclaran sus creencias con el mundo secular del Baaz. Estos comités existían en Mosul y Baquba, Faluya y Ramadi, también en Bagdad.

De mis archivos salió otra delgada hoja llena de arena, una sola página de un ejemplar de *The Economist* de hacía cinco años. «Los iraquíes, abatidos por la desgracia, recurren a la religión en busca de consuelo —dice el artículo—. Lo mismo, aunque a su manera manipuladora, hace su dirigente». Sadam construía en Bagdad la mayor mezquita del mundo, con capacidad para 45 000 fieles y minaretes de 180 metros. La bandera iraquí llevaba de pronto las palabras *Allahu akbar* —Dios es grande— inscritas en el rectángulo blanco que hay entre el rojo y el negro de la insignia nacional, con el águila de Iraq entre el *Allahu* y el *akbar*. En 1997, Sadam le había concedido a Abdul Monim Abu Zant, un jordano que exhortaba a un Estado islamista en su propio país, un programa semanal de media hora en la televisión iraquí.

«La asistencia a la mezquita está aumentando mucho, sobre todo entre los jóvenes», escribe el periodista de *The Economist*<sup>[\*]</sup>. Cita a un habitante de Bagdad que dice: «Antes de la guerra [de Kuwait], unos 90 hombres venían a la mezquita de mi barrio a las oraciones de los viernes. Ahora llegan más de mil fieles, sobre todo jóvenes. No hay suficiente espacio, así que toman las calles». La práctica religiosa había aumentado durante el mes del ayuno del ramadán. *The Economist* consideraba «manipuladora» la implicación de Sadam en ese despertar del islam, pero, al oír la respuesta gubernamental al atentado suicida —por no hablar de las noticias sobre el «martirio» de Nomani—, empecé a preguntarme si Sadam no estaría siendo sumiso más que manipulador, si no habría descubierto un poder que habría que contemporizar en lugar de reprimir, uno que abarcaba tanto a su propio pueblo musulmán suní como a los chiíes. Una semana después, dos mujeres —precedente aún más insólito— se harían estallar en otro control estadounidense.

Al anochecer, la zona del cementerio de la Puerta Norte de Bagdad se estremecía a causa de la vibración de las bombas. El cielo gris petróleo estaba salpicado de fuego antiaéreo. Bajo las nubes de humo y las minúsculas explosiones como estrellas de los proyectiles, el sargento Frederick William Price, de la Real Guarnición de Artillería, el cabo A. D. Adsetts, del Regimiento de York y Lancaster, y el cabo segundo de las fuerzas aéreas de primera clase P. Magee de la RAF seguían dormidos. Un estremecedor lugar que visitar, tal vez, mientras el primer bombardeo de la noche se centraba en la capital de Iraq. Aunque no tanto, puesto que el ministro de Asuntos Exteriores iraquí, Naji Sabri, había hablado poco antes sobre esas tumbas de antiguos colonizadores. El sargento Price, núm. 1 401 979, el cabo Adsetts, núm. 4 736 364 y el cabo segundo Magee, núm. 210 497, murieron en 1921, en la primera guerra

colonial británica en Iraq.

¿Qué fue lo que dijo el señor Sabri, vestido con su uniforme del Baaz? «Los soldados británicos ya tienen tumbas en Iraq, de la década de 1920 y de 1941... Ahora tendrán otros cementerios donde los acompañarán sus amigos estadounidenses». Y por eso cogí un taxi en la calle a esa misma hora del anochecer para ir al cementerio de la Puerta Norte, en la antigua carretera de Mosul, y echar un vistazo a los hombres sobre los que había hablado Naji Sabri. El soldado Nicholson, del Regimiento de York y Lancaster, sólo tenía veintitrés años cuando murió, el 12 de agosto de 1921; el soldado Clark, del Cuerpo de Servicio del ejército Real, tenía treinta y ocho cuando lo mataron, seis días después. Ahora esa primera guerra de guerrillas contra la ocupación occidental debe lucharse de nuevo, según el Baaz iraquí. Pero ¿cuándo? ¿Contra esta gigantesca fuerza invasora, o después?

«Convertiremos nuestro desierto en un gran cementerio de soldados estadounidenses y británicos», dijo Sabri. Cuando los misiles empezaron a atravesar Bagdad en todas direcciones —uno pasó sobre el Tigris a tan sólo 60 metros de altura y fue a estallar con gran estruendo y una columna de humo gris en un complejo presidencial— la temperatura del lenguaje subió proporcionalmente. Los nuevos colonizadores, según el ministro de Asuntos Exteriores, utilizaban la vieja «regla de oro» británica del «divide y vencerás» —olvidemos por un momento que *divide et impera* era en sus orígenes una regla romana— y prometió que jamás quebrantarían la unidad del pueblo iraquí. ¿Cuánta de esa retórica se abandonaría si se encontraba una forma de salir de esa guerra? «La verdadera diplomacia —anunció el fabuloso Sahaf— es matarlos [a estadounidenses y británicos] en el campo de batalla para que sientan que sus sueños han quedado desbaratados. No vamos a permitir que esos sucios lacayos permanezcan en tierra iraquí». ¿Lacayos? ¿No solía ser «lacayos y perros guardianes» cuando existía la Unión Soviética? ¿De verdad estamos regresando al colonialismo? Puesto que los estadounidenses no han faltado a su promesa de traer ocupación y un gobierno militar, es difícil eludir la pregunta. Tampoco era difícil imaginar lo que pensaría el cabo segundo de primera clase Magee mientras su tumba vibraba con la explosión de las bombas de la misma RAF por la que murió en Iraq hacía tiempo.

El calor en Bagdad es cada vez mayor —en todos los sentidos— y al cabo de un mes la temperatura subirá a 35 grados. La densa mortaja negra de humo de petróleo que cubre la ciudad crea ahora una niebla que convierte en algo misterioso incluso los bombardeos más suaves. A las 4.45 de la tarde del día siguiente vuelve a oírse el ruido de los aviones a reacción, seguido de una serie de explosiones breves e intensas que duran un minuto. El sonido me resulta demasiado familiar: el estruendo de bombas de racimo, legales contra vehículos blindados pero indudablemente ilegales si se usan contra civiles. Escudriño el humo durante diez minutos desde un alto edificio de apartamentos, para nada. Es imposible descubrir si las bombas están cayendo en los barrios de las afueras, en cuarteles militares o en una zona construida.

Como también es imposible descubrir cuál es la situación de Bagdad en la guerra. Lejos de estar asediada, las principales carreteras de la ciudad en dirección al norte y al sur siguen abiertas, algunos trenes parten aún hacia ciudades septentrionales y, pese a que se ha informado que tropas estadounidenses han dispuesto un control en la carretera occidental hacia Ammán, parecen haber sido una «columna a la fuga» que detuvo camiones y coches durante unas horas y luego desapareció en la noche del desierto.

Por la tarde, el vicepresidente Ramadán aparece en la villa pseudogriega asignada al portavoz del gobierno junto al Ministerio de Información —que tiene la intrigante costumbre de no mirar nunca a quien le hace la pregunta— e insiste en que 6000 voluntarios árabes han llegado a Iraq para luchar contra estadounidenses y británicos, la mitad de ellos ansiosos por morir como «mártires». Ramadán repite una vez más que Iraq no tiene armas de destrucción masiva y dedica un rato —bastante largo, la verdad— a afirmar que los estadounidenses y los británicos podrían colocar esas armas en el país para engañar al mundo y justificar su invasión.

Y entonces apareció el discurso que, como no pude dejar de sospechar, reflejaba fielmente la ira de Sadam Husein. El blanco de Ramadán y, por tanto, de Sadam, fue el ministro saudí de Asuntos Exteriores, el príncipe Saud al Faisal. «Nos ha ofrecido consejo, lo cual es algo que está acostumbrado a hacer, y su consejo es que le gustaría ver a nuestro dirigente abandonar su puesto... —brama Ramadán—. Déjenme que le diga a ese lacayo, a ese secuaz, a ese pequeño ser... que saben muy bien quién es su primo, el llamado príncipe [embajador] Bandar de Washington, y para quién trabaja. Que [los saudíes] le digan: “Vete al infierno. Lo único que deseamos es que no tuvieras un nombre árabe...”. Déjenme que le diga que es demasiado pequeño, demasiado pequeño e insignificante para dirigirle la palabra al dirigente de Iraq. Los que se rindan serán expulsados de la tierra de los árabes». Lo cual no hizo mucho bien a las relaciones entre Iraq y Arabia Saudí.

Entonces nos enteramos en Bagdad de que el secretario de Estado, Colin Powell, estaba anunciando —ante el Comité de Asuntos Públicos Estadounidenseisraelíes, el mayor grupo de presión israelí de los Estados Unidos, que, por supuesto, apoya la invasión— que Siria e Irán «respaldan a grupos terroristas» y tendrán que «asumir las consecuencias». Todos nos preguntábamos qué iba a suceder. ¿Íbamos a olvidarnos de Bagdad durante unos meses y a llevar a nuestros soldados hacia el oeste para rodear Damasco? George W. Bush nos decía que la guerra podía ser «larga y difícil» —antes no nos lo había dicho, ¿verdad?— y, según Tony Blair, eso era «sólo el principio». Es extraño lo pronto que se había olvidado tanto alboroto sobre armamento químico y biológico. Las armas «secretas», las máscaras de gas, las inyecciones antiántrax, las píldoras, los trajes de protección química y todo lo demás habían quedado eliminados de la historia; porque de pronto el peligro real para las fuerzas británicas y estadounidenses en Iraq eran las balas y las granadas a propulsión. Incluso el «asedio de Bagdad» —una ciudad con una amplitud de 50

kilómetros, que requeriría un cuarto de millón de hombres para rodearla— estaba desapareciendo del mapa. El secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, según *The New Yorker*, había intervenido en los planes de los generales. Iba a ser —y cito a Rumsfeld— «una guerra como jamás se ha visto ninguna».

Sentado en una cafetería de Bagdad mientras escucho la terrible retórica propagandística de los iraquíes pero contemplo los a menudo promiscuos ataques aéreos estadounidenses y británicos —si bombardean una supuesta batería de misiles situada cerca de un mercado de la capital, a mediodía, durante una tormenta de arena, va a haber víctimas civiles—, tengo la sospecha de que esta guerra no se basó en la planificación militar sino en la ideología. Como sabemos, los grupos de presión derechistas proisraelíes que rodean al señor Bush planeaban derrocar a Sadam desde hacía tiempo. Con ello destruirían el Estado árabe más poderoso de Oriente Próximo —el jefe del estado mayor israelí, Shoal Mofaz, pidió que la guerra empezara aún antes de lo que lo hizo— y así el mapa de la región podría cambiar para siempre. Powell lo había afirmado sólo un mes antes.

Esas ilusiones adquirieron credibilidad gracias a la arremetida moral de una superpotencia. Para alimentar ese proyecto ideológico podía utilizarse cualquier clase de falsedad. El 11 de septiembre (que rara vez se mencionaba ya), los vínculos entre Sadam y Osama bin Laden (no demostrados), las armas de destrucción masiva (no encontradas), las violaciones de los derechos humanos (ante las cuales hacíamos la vista gorda cuando Sadam era amigo nuestro) y, por último, el proyecto más heroico de todos: la «liberación» del pueblo de Iraq. Nadie mencionaba el petróleo, aunque era el factor primordial y dominante de ese conflicto ilegítimo. No es de extrañar que el general Tommy Franks, el comandante estadounidense, admitiera que su principal preocupación, antes que la guerra, era la «protección» del los yacimientos petrolíferos del sur del país. De modo que habría «liberación» y «democracia». Con qué audacia cruzamos la frontera. Cuan altivos los objetivos con los que invadimos Iraq.

Pocos iraquíes dudaban —hasta los ministros de Bagdad hablaban ya de ello— de que al final los estadounidenses lograrían ocupar el país. «Cuentan con la fuerza precisa —escribí el 2 de abril— y las armas necesarias para entrar en todas las ciudades, imponer un toque de queda y gobernar el país mediante ley marcial. Sin embargo, ¿lograrán que los iraquíes se sometan a ese dominio? A menos que las masas se levanten, como esperan el señor Bush y el señor Blair, de momento esto es una guerra nacionalista contra una potencia más que imperialista. Sin el respaldo del pueblo iraquí, ¿cómo dirigirá el general Franks una dictadura militar? ¿Cómo encontrará a iraquíes dispuestos a servirlo o a gestionar los yacimientos petrolíferos? Los estadounidenses pueden ganar la guerra. No obstante, si su proyecto fracasa, habrán perdido». Hoy leo esas palabras con cierta perplejidad. Ahí estaban, impresas en *The Independent*. Sin embargo, no recuerdo haberlas escrito. Tal vez el atentado suicida estimuló mi pluma de reportero, quizá fuera toda esa retórica sobre el «martirio». La guerra produce un cansancio infinito. Nos pasábamos todo el día

viajando, escribiendo, intentando mantenernos con vida, y luego, por la noche, acurrucados en la cama del hotel Palestina creyendo —erróneamente, como se demostraría después— que eso garantizaba nuestra seguridad, aguardábamos despiertos mientras gigantescas explosiones zarandeaban la ciudad. La guerra también produce insomnio.

Por fin los iraquíes deciden sacarnos de Bagdad en camiones. Nos llevan a Musayib y a Hila. La carretera hacia el frente del centro de Iraq es un lugar lleno de veloces vehículos, centelleantes cañones antiaéreos iraquíes, tanques y camiones escondidos en palmerales, un convoy de vehículos blindados bombardeados desde el aire y cientos de posiciones de artillería cavadas en las cunetas para defender Bagdad. Cualquiera que dude que el ejército iraquí está preparado para defender la capital, tal como escribí en mi cuaderno, debería tomar la autopista del sur de Bagdad. No dejaba de preguntarme cómo se abrirían paso los estadounidenses a través de esas defensas. Al mirar atrás, me pregunto si por eso nos llevaron allí, para que viéramos los terraplenes, los fosos y las troneras que, al cabo de pocos días, serían abandonados por sus defensores.

Se extendían durante kilómetros y kilómetros, estrechas trincheras, fosos, búnkers subterráneos, palmerales llenos de artillería pesada y camiones cargados de tropas de combate con uniformes de batalla y cascos de acero. No había visto al ejército iraquí desplegado así desde la guerra Irán-Iraq de 1980-1988. Los estadounidenses podían decir que estaban «diezmando» las defensas del país, pero allí se veía poca señal de ello. Que un periodista occidental pudiera contemplar mejor la preparación militar de Iraq que muchos de los reporteros «empotrados» en las fuerzas británicas y estadounidenses decía tanto de la confianza que el gobierno iraquí tenía en sí mismo como de la necesidad del régimen de Sadam de hacer propaganda contra sus enemigos.

Cierto, se ven señales de que estadounidenses y británicos han atacado al ejército iraquí. Dos fosos de cañón han quedado reducidos a cenizas a causa de ataques aéreos directos, y un cuartel militar —vacío, igual que todas las grandes instalaciones que podían estar en la lista de objetivos angloestadounidenses— ha sido pulverizado por los misiles. Unas cuantas centrales telefónicas han sido destruidas en poblaciones cercanas a Hila; eso, sumado al bombardeo de seis centros de comunicaciones de Bagdad, ha inutilizado el sistema telefónico del país.

En una vía férrea, más al sur, un tren de transporte militar había sido bombardeado desde el aire, las detonaciones habían tirado dos vehículos acorazados de las plataformas y los habían lanzado a un terraplén hechos pedazos. Sin embargo, otros vehículos blindados, entre ellos un viejo vehículo estadounidense 113 —tal vez una reliquia apresada del ejército iraní—, seguían intactos. Si ése era todo el éxito de los estadounidenses al sur de Bagdad, había literalmente cientos de vehículos militares intactos durante 150 kilómetros al sur de la capital, camuflados con cuidado para evitar ataques aéreos. Igual que el ejército serbio en Kosovo, los iraquíes han

demostrado ser maestros de la ocultación. Un inocente campo de trigo bordeado de altas palmeras resultó, al verlo más de cerca, estar lleno de búnkers y cañones antiaéreos escondidos. Había vehículos ocultos bajo los puentes de las carreteras — que estadounidenses y británicos no querían destruir, puesto que desearían usarlos si lograban ocupar Iraq— y camiones de combustible escondidos tras grandes terraplenes. En un importante cruce había un cañón antiaéreo que aguardaba dispuesto sobre un camión de plataforma, desde donde dos soldados no dejaban de vigilar el cielo azul pálido de principios de verano.

Y bien que hacían. Las estelas de condensación surcaban los cielos entre Bagdad, Kerbala e Hila. Sobre el centro de Hila, emplazamiento de la ancestral Babilonia sumeria, se veía un AWACS estadounidense dando vueltas en lo alto de los cielos, con un puntito blanco que indicaba el enorme radar que llevaba encima el avión, cuya trayectoria era seguida por las miradas de decenas de milicianos y soldados. Al recorrer en autobús la extensa autopista hacia el sur, vi a soldados que apuntaban hacia el cielo. Si un ahorcamiento hace que la mente de una persona se concentre de una forma maravillosa, el miedo a un ataque aéreo tiene casi el mismo efecto. Un periodista iraquí que iba a mi lado insistía en que un avión estadounidense o británico cuyo rumbo habíamos estado siguiendo con temor desde nuestro autobús torcía otra vez hacia el sur sin prestar atención al tráfico de la carretera principal. Unos minutos después reapareció frente a nosotros, volando en la dirección contraria.

Mientras recorro esa autopista hacia el sur, muchas ilusiones quedan erradicadas de mi mente. En las pequeñas ciudades que encontramos de camino a Babilonia hay mercados, puestos con montones de naranjas, manzanas y verduras. Las carreteras están llenas de autobuses, camiones y coches particulares, que superan en número al tráfico militar, los camiones de tropas y, sólo de vez en cuando, la elegante silueta de un transporte de misiles con cubiertas de lona bien tirantes. En la ciudad de Iskandariya, las cafeterías y los restaurantes estaban abiertos, vendían albóndigas *kofta* y patatas para llevar, las tiendas ofrecían también esas nuevas antenas de televisión tan altas que los iraquíes necesitaban para ver el canal estatal, cuyos transmisores habían sido constantemente atacados por los aviones estadounidenses y británicos. No era una población a punto de morir de inanición; sus habitantes ni siquiera parecían asustados. Aunque los estadounidenses estaban a punto de lanzar un asalto por esos terrenos de canales, enormes palmerales y campos de trigo, a primera vista parecía un paisaje pacífico.

Sin embargo, las grandes fábricas y las instituciones gubernamentales parecían desiertas, muchos de los trabajadores y los empleados de las industrias esperaban frente a las verjas. A sólo 30 kilómetros al sur de Bagdad se oían los impactos de las bombas y nuestro autobús se zarandeaba a causa de las descargas antiaéreas. Una serie de piezas de artillería a nuestra derecha disparaban a una elevación superior a nuestras cabezas, las bocas de los cañones florecían de color dorado y los proyectiles explotaban por encima del dosel de humo gris del petróleo que ardía en Bagdad, que

ya se había extendido a 80 kilómetros al sur de la ciudad.

Las imágenes sobrepasaban a veces los límites de la comprensión. Niños que saltaban la tapia de una granja junto a una estación de radio militar; manadas de camellos de grandes gibas que se movían como animales bíblicos junto a un tanque de batalla T-82 soviético escondido bajo hojas de palma; campos de flores amarillas junto a surtidores de combustible y soldados entre hornos de ladrillos; la explosión de un misil estadounidense que apenas hizo que los campesinos volvieran la cabeza. Al norte de Hila, alguien había clavado sobre un montón de escombros la bandera roja, blanca y negra de Iraq, igual que los palestinos atan sus insignias en los edificios derrumbados tras los ataques israelíes.

¿Contenía aquello alguna lección? Tendría quizá dos horas para interiorizarlo todo, para preguntarme cómo podrían los estadounidenses abrirse camino por esa autopista larga y calurosa —se sentía subir la temperatura mientras se avanzaba hacia el sur— con esos tanques ocultos, esos transportes blindados y los interminables campos inundados y plantaciones de datileras. Los fedayines de uniforme negro de Sadam que vi a 150 kilómetros al sur de Bagdad con su kefia roja y negra en la cabeza iban equipados con cartucheras y granadas a propulsión. A mí no me parecieron un ejército «diezmado» y al borde de la rendición.

Esa noche escribí que todo aquello bien podía ser una ilusión. Las tropas de combate que había visto bien podían carecer de moral para luchar. Los tanques podían ser abandonados en cuanto los estadounidenses avanzaran por la autopista en dirección a Bagdad. Los surtidores de combustible podían ser remolcados de nuevo hasta la capital y las trincheras quedar desiertas. Sadam podía huir de Bagdad en cuanto los primeros proyectiles estadounidenses y británicos llegaran silbando a las afueras y las estatuas del Gran Líder que hay a las puertas de tantos pueblos a lo largo de la carretera podían ser ritualmente derribadas. Eso acabaría siendo lo que sucedería. Sin embargo, aquel día de abril no parecía así. Parecía que el ejército iraquí y la milicia del Baaz estaban preparados para luchar por sus dirigentes, igual que habían hecho en Um Qasr, en Basora, en Nasiriya y en Suq ash Shuyuj. O ¿acaso había alguna otra cosa por la que podían luchar? ¿Tal vez por un Iraq, si bien con un dirigente dictatorial, que simplemente rechazaba la idea de soportar a unos conquistadores extranjeros? ¿Iraqíes a quienes Iraq les importaba más que Sadam y que consideraban enemigos a los estadounidenses sin obedecer las órdenes de nadie?

Las heridas son atroces y profundas, erupciones de puntos escarlata en la espalda, los muslos o la cara, fragmentos de metralla de las bombas de racimo enterrados en la carne a dos centímetros o más. Las salas del hospital clínico de Hila, a unos 50 kilómetros al sur de Bagdad, son la prueba de que algo ilegal —algo que viola la Convención de Ginebra— ha sucedido en las poblaciones de alrededor de la ciudad que una vez fuera Babilonia. Los niños que gritan, las jóvenes con heridas en el

pecho y las piernas, los diez pacientes a quienes los médicos han tenido que practicarles cirugía cerebral para extraerles metal de la cabeza... todo ello habla de los días y las noches en que los explosivos cayeron «como uvas» del cielo. Bombas de racimo, según los médicos; y los restos de los bombardeos de los poblados de Nadr, Djifil, Akramin, Mahawil, Mohandesin y Hail Askeri demuestran que tienen razón.

¿Eran estadounidenses o británicos los aviones que el 29, el 30 y el 31 de marzo inundaron esos pueblos con las armas más letales del armamento moderno? Los 61 muertos que han pasado por el hospital de Hila no nos lo pueden decir. Tampoco los supervivientes, que, en muchos casos, estaban dentro de casa cuando las bombas blancas se abrieron muy por encima de su pueblo y derramaron miles de pequeñas bombas que explotan en el aire, o entran por ventanas y puertas y se meten en los edificios, o rebotan en los tejados de las chozas de cemento y explotan después en las carreteras.

Rahed Hakem recuerda que eran las 10.30 de ese domingo por la mañana cuando se encontraba en su casa de Nadr, oyó «la voz de las explosiones» y salió a mirar por la puerta para ver «que llovía fuego del cielo». Dijo que las pequeñas bombas eran de un negro grisáceo. Mohamed Musa describía los racimos de «pequeñas cajas» que caían del cielo en el mismo pueblo, a él le parecieron de color plateado. Caían como «pequeños racimos de uvas —dijo—. Si no habían explotado y las tocabas, estallaban de inmediato. Explotaban en el aire y en tierra, en casa aún tenemos algunas que han quedado sin explotar».

A Karima Mizler le pareció que las bombas llevaban algún tipo de cables conectados, quizá la «mariposa» de metal que contiene los pequeños racimos de bombas y que se abre de pronto para liberarlos en forma de lluvia sobre la tierra. Algunos murieron en el acto, mujeres y niños en su mayoría, otros yacían convertidos en restos ennegrecidos y medio descompuestos en el pequeño osario y depósito de cadáveres que hay en la parte de atrás del hospital de Hila. El centro clínico había recibido más de 200 heridos desde la noche del sábado 29 de marzo —esos 61 muertos sólo eran los que ingresaron en el hospital o murieron durante o después de una operación, se cree que muchos otros fueron enterrados en sus pueblos— y los médicos dijeron que alrededor de un 80 por ciento eran civiles.

Sin duda también hubo soldados, al menos cuarenta, si creemos esas estadísticas, y entre las ropas repugnantes de los difuntos que había a la entrada del depósito de cadáveres encontré un cinturón militar caqui y una guerrera de campaña. Sin embargo, los habitantes del pueblo también podían ser soldados, y tanto ellos como sus esposas e hijas insistían en que no había instalaciones militares cerca de sus casas. ¿Verdadero o falso? ¿Quién puede saber si había un tanque o un lanzamisiles en un campo cercano, como los había a lo largo de la autopista de Bagdad? Sin embargo, la Convención de Ginebra exige protección para los civiles aunque están mezclados con el personal militar, y la utilización de bombas de racimo en esos pueblos —por

mucho que estuvieran dirigidas a objetivos militares— violaba, por tanto, la ley internacional.

Fue así como Asil Yamin, de veintisiete años, recibió esas horribles heridas redondeadas en la espalda. Igual que Zaman Abbais, de cinco años, fue alcanzada en las piernas y Samira Abdul Hamza, de 48, en los ojos, el pecho y las piernas. Su hijo Haidar, un soldado de treinta y dos años, dijo que los contenedores que cayeron al suelo eran blancos y que a veces iban pintados con algo de rojo y verde. «Eran como granadas y se metían en las casas —explicó—. Algunas se quedaban en el suelo, otras explotaban».

«Desgarrador» es el único adjetivo que puede describir el caso de Maryam Nasr, de diez años, y su hermana Hoda, de cinco. Maryam llevaba un parche en el ojo derecho, donde se le había incrustado un pedazo de bomba, y tenía heridas en el abdomen y los muslos. No me di cuenta de que Hoda, de pie junto a la cama de su hermana, también estaba herida hasta que su madre le quitó con cuidado el pañuelo a la niña y le apartó la larga melena para mostrarme una profunda perforación en el costado derecho del cráneo, justo por encima de la oreja. Tenía sangre coagulada pegada al pelo, pero la herida seguía sangrando poco a poco. Su madre explicaba que estaba dentro de casa cuando oyó la explosión y que encontró a sus hijas en un charco de sangre cerca de la puerta. Las niñas sonreían y se escondían cuando les saqué una fotografía a cada una. En otras salas, los heridos de gravedad intentaban reír para demostrar su valentía. Esa experiencia transmitía una lección de humildad.

Las autoridades iraquíes, desde luego, estaban más que dispuestas a permitir que los periodistas hablásemos con esos pacientes. No era posible que esos niños ni sus padres, a menudo analfabetos, pudieran inventar esas historias de tragedia y dolor. Tampoco podrían haber simulado los iraquíes el escenario del pueblo de Nadr, donde fragmentos de pequeñas bombas yacían esparcidos por el suelo junto a las marcas quemadas de las explosiones y trozos de los diminutos paracaídas que ayudan a flotar a las pequeñas bombas hasta el suelo cuando los contenedores se abren. Un equipo de Sky Televisión consiguió incluso llevar a Bagdad varios fragmentos de metralla de una bomba de Nadr, con esas terribles bolas metálicas diseñadas para perforar el cuerpo humano aún sujetas en su armazón, como caramelos para la tos en una cajita de metal. Eran de un negro que relucía con matices plateados cuando se ponían a contraluz.

El viceadministrador del hospital de Hila y uno de sus médicos explicaban una confusa historia de acción militar sucedida en las afueras de la ciudad unos días antes, hablaban de unos helicópteros Apache que habían vomitado tropas de las fuerzas especiales sobre la carretera de Kerbala. Una de esas operaciones —si creemos al personal del hospital— había salido espectacularmente mal una noche en que los milicianos los obligaron a retroceder, y poco después empezaron los ataques con bombas de racimo —por lo visto se había utilizado la artillería, en lugar de aviones, para lanzar las pequeñas bombas—, pese a que los pueblos que fueron atacados

parecían encontrarse al otro lado de Hila, y no del lado del ataque estadounidense frustrado. El bombardeo más reciente había tenido lugar el martes anterior y en él habían perdido la vida once civiles —dos mujeres y tres niños entre ellos— en un pueblo llamado Hindiye. Un hombre enviado a recoger los cadáveres informó al hospital que lo único que encontró con vida en la zona fue una gallina. Los artificieros iraquíes no recibieron orden de ir a los pueblos a retirar los artefactos sin explotar hasta cuatro días después.

Huelga decir que no era la primera vez que se usaban bombas de racimo contra civiles. Durante el asedio israelí de Beirut oeste, en 1982, su fuerza aérea lanzó bombas de racimo fabricadas para la marina de los Estados Unidos en muchas zonas de la ciudad, sobre todo en los barrios de Fajani y Uzai, donde causó unas heridas terribles y profundas en los civiles, idénticas a las que vi en Hila. Indignado por el mal uso que hicieron de sus armas, diseñadas exclusivamente para objetivos militares, el gobierno de Reagan aplazó un envío de cazabombarderos a Israel, pero unas semanas después se ablandó y envió los aviones de todas formas. Tampoco es fácil oír a oficiales iraquíes condenar el uso de armas ilegales por parte de la fuerza aérea estadounidense y de la RAF cuando la fuerza aérea iraquí derramó gas venenoso sobre el ejército de Irán y sobre pueblos kurdos proiraníes durante la guerra de 1980-1988. Las exclamaciones de indignación de los oficiales iraquíes en cuanto a las violaciones de los derechos humanos cometidas por los invasores estadounidenses y británicos suenan muy huecas. Sin embargo, algo grave sucedió en los alrededores de Hila a finales de marzo, algo imperdonable y en contra de la ley internacional.

La vanidad imperaba en Bagdad. El ministro de Información, Sahaf, prometía que los estadounidenses morirían como serpientes en el desierto... incluso mientras las fuerzas de los Estados Unidos se agolpaban en las afueras de Bagdad. Casi rodeado por el enemigo, Sadam apareció en la televisión estatal para alentar a los iraquíes a luchar hasta la muerte contra la fuerza invasora angloestadounidense, porque «la victoria está a nuestro alcance». Iba vestido de uniforme militar y llevaba una boina negra, a su lado había una bandera iraquí, y un telón blanco de fondo. Acusó a los estadounidenses de luchar subrepticamente y comunicó a los iraquíes que podían batallar con «todas las armas que tengan». El enemigo, según dijo, «intenta en vano socavar nuestra resistencia heroica evitando las defensas de nuestras fuerzas armadas alrededor de Bagdad. El enemigo evita enfrentarse a nuestras fuerzas al descubrir que nuestros soldados son firmes y fuertes. En lugar de eso, el enemigo lanza tropas aquí y allá, en pequeñas cantidades, como habíamos esperado. Podéis enfrentaros a esos soldados con las armas que tengáis». Las palabras «como habíamos esperado» sugerían que a los iraquíes, en realidad, les habían cogido por sorpresa la movilidad de las tácticas estadounidenses que, de hecho, habían eliminado la noción de «primera línea» con la que las tropas iraquíes habían sido instruidas para luchar

tradicionalmente. «Recordemos aquel viejo granjero valeroso que abatió un helicóptero Apache con su fusil», declaró Sadam. Ese helicóptero había sido derribado el 24 de marzo, y los defensores de teorías conspiratorias insinuaron de inmediato que el discurso televisivo del presidente podría haber sido grabado con más de una semana de antelación al asedio de Bagdad. No tendrían por qué haberse molestado. Durante sus últimos días de mandato, Sadam se había convertido en depositario de su propio mito, un hombre que —incluso mientras Bush lo amenazaba con la guerra— había preferido escribir novelas románticas en sus palacios.

Y ahora sus soldados —y los civiles de Iraq— pagaban el precio. El 5 de abril me monté en un veloz coche con un conductor del gobierno que ya había sido «comprado» por *The Independent* y que le era más leal a Fisk que a Sadam. Lo mismo daba. Avanzamos a gran velocidad en dirección al aeropuerto y luego dimos media vuelta hacia la ciudad al oír los picados de los aviones a reacción. Fueron atisbos del miedo y de la muerte, meros bosquejos que llevarme conmigo para llenar el artículo de primera plana del domingo esa última semana de invasión. Junto a la autopista, un pelotón de tropas amontonaba granadas mientras el suelo vibraba a causa de los impactos de los bombardeos estadounidenses. Aquella zona se llamaba Qadisiya. La última primera línea de Iraq. Un vehículo acorazado iraquí humeaba aún, una nube de humo azul grisáceo se elevaba por encima de los plátanos bajo los que se habían refugiado sus tripulantes. Dos camiones habían ardiendo al otro lado de la carretera. Los helicópteros Apache estadounidenses acababan de irse unos minutos antes de que llegáramos. Un pelotón de soldados, todos ellos tumbados boca abajo, colocaba un arma antiacorazados en la cuneta cubierta de malas hierbas y la apuntaba hacia la vacía carretera del aeropuerto para cuando llegaran los primeros tanques estadounidenses.

Un camión cargado con más de cien soldados iraquíes, muchos de uniforme azul, todos ellos con fusiles que relucían en la luz de la mañana, nos adelantó a toda velocidad en dirección al aeropuerto. Algunos hicieron la señal de la victoria mirando a mi coche —el velocímetro de mi conductor iba rozando los 145 kilómetros por hora—, pero, claro, había que preguntarse qué estarían sintiendo de corazón. «De camino a la muerte» fueron las palabras que me asaltaron el pensamiento. A tres kilómetros de allí, en el hospital de Yarmuk, los cirujanos estaban en el aparcamiento con las batas ensangrentadas; ya se habían encargado de los primeros heridos militares.

Unas horas después, un ministro iraquí le diría al mundo que la Guardia Republicana acababa de reconquistar el aeropuerto, que los estaban atacando pero que habían logrado «una gran victoria». En los alrededores de Qadisiya no era eso lo que parecía. Los tripulantes de los tanques T-72 aceleraban por la autopista, al otro lado de las principales cocheras del ferrocarril de Bagdad, en un convoy formado por vehículos blindados, jeeps y nubes de gases de escape azulados. Los T-82, más modernos, los últimos del parque móvil de tanques de fabricación soviética, estaban volcados en la plaza Jordania entre otros vehículos acorazados. En los extensos

campos de arena, polvo y palmerales, vi baterías de misiles antiaéreos Sam-6 y varios lanzacohetes Katiusha esperando el avance estadounidense. Los soldados que había junto a ellos tenían un aspecto relajado, algunos fumaban a la sombra de las palmeras o bebían a sorbos el zumo que les llevaban los habitantes de Qadisiya, cuyos hogares —el cielo los asista— habían quedado en la línea de fuego.

Entonces, una camioneta japonesa pintada de blanco paró delante de nuestro coche. Al principio creí que los soldados de la parte de atrás estaban dormidos y que iban tapados con mantas para no pasar frío. Sin embargo, yo había abierto la ventanilla del coche para dejar entrar aire fresco en esa mañana de principios de verano y me di cuenta que los soldados de la camioneta —que debían de ser unos quince— estaban apilados unos encima de otros, y de que las botas militares de todos ellos colgaban del borde de la puerta de atrás. Los únicos dos soldados vivos del vehículo iban sentados con los pies encajados entre los cadáveres. Así iban camino de su descanso eterno las primeras víctimas del día de los estadounidenses.

El amanecer del 6 de abril comenzó con una serie de potentes vibraciones, un estrepitoso sonido «machacón» que sacudía físicamente mi habitación. Bum, bum, bum. Yo estaba en la cama, intentando desentrañar su causa. Era como ese momento de *Parque jurásico* en que los turistas oyen por primera vez las pisadas del tiranosaurio, un estruendo cada vez más terrorífico de latidos regulares y monstruosos. Por mi ventana de la orilla oriental del Tigris vi un cañón antiaéreo iraquí que disparaba desde el tejado de un edificio blanco de cuatro pisos a algo más de medio kilómetro. Disparaba hacia el otro lado del río, contra algo que había en la orilla contraria. Bum, bum, bum, el sonido era tan ensordecedor que hizo saltar las alarmas antirrobo de miles de coches a lo largo de la ribera.

No comprendí lo que sucedía hasta que, unos minutos después, bajé a la calle. No había oído el sonido de la artillería estadounidense desde la guerra del Golfo de 1991. Y allí, a unos cientos de metros de la orilla del Tigris, los vi. Al principio parecían pequeños ciempiés acorazados a motas marrones y grises, se detenían y avanzaban, extrañas criaturas que habían venido a inspeccionar una tierra extraña en busca de agua.

Había que ver esos ciempiés para interpretar la realidad, para darse cuenta de que cada criatura era un vehículo táctico Bradley y que su cola eran un grupo de marines estadounidenses a cubierto tras la coraza, avanzando juntos cada vez que su protección aceleraba y se acercaba maniobrando al Tigris. Se produjo un estallido de disparos estadounidenses, un elegante estrépito de granadas a propulsión y rachas de humo blanco por parte de los soldados y los milicianos iraquíes escondidos en sus hoyos de protección y sus trincheras de esa misma orilla pero más al sur. Así de rápido fue, así de simple e impresionante.

De hecho, el espectáculo era tan extraordinario, tan inesperado —pese a todos los

alardes del Pentágono y las promesas de Bush— que uno casi olvidaba los precedentes que se estaban sentando para la historia futura de Oriente Próximo. Entre el estallido de los cañones, las balas trazadoras que cruzaban el río y las enormes llamas del petróleo que los iraquíes habían encendido para cubrir su retirada, había que mirar hacia los grandes puentes, más al norte, hacia las aguas verde pálido de esos ríos ancestrales, para darse cuenta de que un ejército occidental en plena cruzada moral se había abierto camino hasta el corazón mismo de una ciudad árabe por primera vez desde que Maude marchara sobre esa misma urbe de Bagdad en 1917 y Allenby sobre Jerusalén en 1918. Sin embargo, Allenby entró en Jerusalén a pie, por respeto a la ciudad natal de Jesucristo, mientras que el avance estadounidense sobre Bagdad no tuvo nada de humilde ni de honorable.

Los marines y las fuerzas especiales que se desplegaron a lo largo de la orilla occidental del río irrumpieron en el mayor palacio de Sadam Husein, filmaron sus aseos y sus baños, y se tumbaron a descansar en su césped antes de seguir camino del hotel Rashid sin dejar de disparar tanto a soldados como a civiles. Cientos de hombre, mujeres y niños iraquíes ingresaron con horribles dolores en los hospitales de Bagdad durante las horas siguientes, víctimas de balas, metralla y bombas de racimo. Vimos también a los bimotores A-10 estadounidenses disparando sus ráfagas de uranio empobrecido a la otra orilla del río.

Desde la ribera oriental vi a unos marines que corrían hacia un foso con los fusiles al hombro en busca de soldados iraquíes. Sin embargo, sus enemigos seguían disparando desde las marismas del sur, los vi corriendo uno tras otro para salvar la vida. Los iraquíes salían trepando de sus guaridas entre el fuego de artillería estadounidense y comenzaron a disputar unas olimpiadas de terror a lo largo de la orilla; la mayoría conservaba sus armas, algunos acababan caminando, agotados, otros se metían en las aguas del Tigris hasta las rodillas, incluso hasta el cuello. Tres soldados salieron de una trinchera con los brazos en alto frente a un grupo de marines. Pero otros seguían luchando. El bum, bum, bum de los cañones estadounidenses prosiguió durante más de una hora. Después regresaron los A-10 y un cazabombardero F-18 que disparó una ráfaga a lo largo de las trincheras. Entonces cesaron los tiros.

Parecía que Bagdad caería al cabo de pocas horas, pero el día iba a caracterizarse por ese curiosísimo atributo de la guerra, esa desquiciada mezcla de normalidad, muerte y absurdo. Mientras los estadounidenses seguían luchando para abrirse camino en la parte norte del río y los F-18 regresaban para bombardear la orilla, Sahaf, el ministro iraquí de Información, celebró una rueda de prensa en el tejado del hotel Palestina, a poco más de medio kilómetro de la batalla. Mientras los proyectiles explotaban a su derecha y los aviones a reacción estadounidenses rasgaban el aire con sus picados, Mohamed Sahaf anunciaba ante quizá un centenar de periodistas que todo aquello era un ejercicio propagandístico, que los estadounidenses ya no controlaban el aeropuerto de Bagdad, que los reporteros tenían que «comprobar y

recomprobar los hechos: eso es todo lo que les pido». Por fortuna, el petróleo ardiendo, las explosiones de las bombas y el humo de la cordita oscurecían en esos momentos la orilla occidental del río, de modo que los hechos no podían comprobarse mirando por encima del hombro de Sahaf.

Lo que quería saber el mundo, por supuesto, era si Bagdad estaba a punto de ser ocupada, si el gobierno iraquí se rendiría y —la madre de todas las preguntas— dónde estaba Sadam. Sin embargo, Sahaf aprovechó esa ocasión para condenar a Al Yazira por su falta de imparcialidad en favor de los Estados Unidos y para vilipendiar a los estadounidenses por utilizar «los salones y los vestíbulos» de Sadam Husein para hacer «propaganda barata». Los estadounidenses «serán enterrados aquí», gritó por encima del fragor de la batalla. «No crean a esos invasores. Los derrotaremos». Sólo una semana antes, Sahaf había informado que los estadounidenses encontrarían su tumba en el desierto. De pronto su lugar de entierro se había trasladado a la ciudad. Cuanto más hablaba Sahaf, más queríamos interrumpirlo, decirle: «Un momento, señor ministro, mire por encima de su hombro derecho». Pero, claro está, más allá de su hombro derecho sólo había humo. Sugirió que nos diéramos todos un paseo por la ciudad.

Eso hice. Los autobuses de dos pisos del ayuntamiento seguían circulando y, aunque las tiendas estaban cerradas, los puestos habían abierto. Cerca de la calle Yasir Arafat, los hombres se reunían en humildes salones de té para comentar la guerra. Salí a comprar fruta y el tendero no dejó de contar los dinares —los 11 500 que le pagué— cuando un avión a reacción estadounidense cruzó la calle volando bajo y dejó caer su carga a mil metros de nosotros, con una explosión que hizo cambiar la presión del aire en nuestros oídos. Sin embargo, en todas las esquinas había un puñado de milicianos y, cuando llegué junto al Ministerio de Asuntos Exteriores, en la orilla occidental, río arriba de donde se encontraban los marines, me encontré con un equipo de artilleros iraquíes que disparaba un cañón de 120 mm contra los estadounidenses desde la mediana de una vía de calzada doble; la lengua de fuego brillaba contra la niebla gris negruzco que recorría todo Bagdad.

Al cabo de una hora y media, los estadounidenses habían avanzado por el muelle meridional y había peligro de que invadieran el antiguo Ministerio de Información. A las puertas del hotel Rashid abrieron fuego contra civiles y militares por igual, derribaron a un motorista que pasaba por la calle y dispararon a un fotógrafo de Reuters que escapó con agujeros de bala en el coche. Todos los hospitales de Bagdad estaban desbordados de heridos, muchos de ellos mujeres y niños alcanzados por fragmentos de bombas de racimo. Al anoecer, los F-18 estadounidenses volaban para proporcionar apoyo a los marines desde el aire. Estaban tan seguros de haber destruido los cañones antiaéreos iraquíes que se los podía ver con toda claridad surcando por parejas los cielos marrones y grises sobre el centro de Bagdad y torciendo con pereza hacia el sur y el oeste mientras los disparos de un lado a otro del río se prolongaban sin cesar.

Los estadounidenses habían localizado a media tarde un vertedero de municiones en la orilla occidental del río, no muy lejos de un palacio presidencial —uno de los tres que ocuparon—, y lo hicieron saltar por los aires con una cortina de llamas de varias decenas de metros de altura. Durante horas se estuvieron oyendo los zumbidos de los proyectiles de la conflagración, que a veces explotaban en el cielo. Mientras sucedía eso, los estadounidenses —con la clara intención de enfurecer a Sadam y a sus ministros— retransmitieron imágenes en directo de su exploración del Palacio de la República a orillas del Tigris, una cinta en la que se veía el asiento del retrete y el baño de paredes de mármol de Sadam, los grifos y las arañas de luces dorados, y a los soldados de las fuerzas especiales tomando el sol —aunque no lo había— sobre el césped presidencial.

Al caer la noche me tropecé con una pequeña defensa de cemento en el extremo oriental del gran puente de Rashid. Allí, tres defensores iraquíes habían dispuesto en una cuidada fila las plataformas de lanzamiento de granadas a propulsión rusas a lo largo del pretil. Cientos de tanques y vehículos blindados estadounidenses avanzaban hacia el Tigris desde el sudoeste de Bagdad y esos tres iraquíes —dos baazistas y un policía— aguardaban allí dispuestos a defender la orilla oriental contra el mayor ejército jamás conocido por el hombre. Pensé que eso, de por sí, decía mucho tanto del valor como de la desesperanza de los árabes. El dolor estaba aún por llegar.

Era una escena sacada de la guerra de Crimea, un hospital lleno de heridos gritando y suelos encharcados de sangre. La pisé, se pegaba a los zapatos, a la ropa de todos los médicos de la atestada sala de urgencias, inundaba los pasillos, las mantas y las sábanas. Los civiles y los soldados iraquíes que llegaban al hospital del Mártir Adnan Jairalá en las últimas horas del régimen de Sadam —a veces aferrando aún miembros cercenados— eran el lado oscuro de la victoria y la derrota, la prueba definitiva, como los muertos enterrados al cabo de pocas horas, de que en realidad la guerra consiste en el fracaso absoluto del espíritu humano.

Mientras caminaba entre las camas, entre los hombres y las mujeres gimientes que yacían en ellas —la visita de Dante a los círculos del Infierno debería haber contado con esas visiones—, reaparecieron las mismas preguntas de siempre. ¿Era aquello por el 11 de septiembre? ¿Por los derechos humanos? ¿Por las armas de destrucción masiva? En un pasillo abarrotado me encontré con un hombre de mediana edad sobre una camilla empapada. Tenía en la cabeza una herida casi indescriptible. De la cuenca del ojo derecho le colgaba un pañuelo del que la sangre manaba a chorros hasta el suelo. En una cama mugrienta había tumbada una niña con una pierna rota y la otra horadada de tal forma por la metralla de las bombas estadounidenses que la única forma en que los médicos pudieron impedir que la moviera fue atarle el pie a una cuerda lastrada por bloques de cemento. Se llamaba Raua Sabri.

Mientras seguía andando por aquella cámara de los horrores, el bombardeo estadounidense empezó a sacudir de nuevo el río Tigris y les devolvió a los heridos el miedo a morir que habían sentido sólo unas horas antes. El puente que acababa de cruzar para llegar al hospital empezó a arder y nubes de humos de cordita cubrieron el centro médico. Unas terribles explosiones sacudían las salas y los pasillos mientras los médicos apartaban de las ventanas a niños que no dejaban de gritar.

Florence Nightingale nunca llegó a esta parte del Imperio otomano. Sin embargo, su equivalente es el doctor Jaldún al Baeri, director y cirujano jefe, un hombre de suaves palabras que ha dormido una sola hora en seis días y que intenta salvar las vidas de más cien personas al día con un generador y la mitad de los quirófanos fuera de servicio; no se puede llevar a un paciente en brazos hasta el décimo sexto piso cuando está tosiendo sangre. El doctor Al Baeri habla como un sonámbulo, intenta explicarme lo difícil que es impedir que un herido se asfixie cuando tiene una herida en el tórax, explica que después de cuatro operaciones para extraer metal del cerebro de los pacientes casi está demasiado cansado para pensar, y más aún en inglés.

Al despedirme me dice que no sabe dónde está su familia. «Nuestra casa fue alcanzada y mis vecinos me han enviado un mensaje para decirme que se los han llevado a alguna parte, pero no sé adonde. Tengo dos niñas pequeñas, son gemelas, y les he dicho que tenían que ser valientes porque su padre tenía que trabajar día y noche en el hospital y que no debían llorar porque yo tenía que trabajar para la humanidad. Ahora no tengo ni idea de dónde están». Al doctor Al Baeri se le sofocó la voz, rompió a llorar y no pudo despedirse.

En el segundo piso había un hombre con una herida terrible en el cuello. Al parecer, los médicos no lograban restañarle la herida y la vida se le escapaba goteando por el suelo. Algo horrible y afilado le había perforado el estómago y quince centímetros de vendas no lograban impedir que manara la sangre. Su hermano estaba junto a él, me hizo una seña y preguntó: «¿Por qué? ¿Por qué?». Un bebé con una cánula en la nariz yacía sobre una manta. Había tenido que esperar cuatro días para que lo operaran. Tenía la mirada muerta. No tuve valor para preguntarle a su madre si era niño o niña. Se produjo un bombardeo tal vez a algo más de medio kilómetro y los pasillos del hospital resonaron a causa de la explosión, larga, grave y potente; a eso le siguió un creciente coro de gemidos y gritos de los niños que esperaban fuera de las habitaciones.

Más abajo, en la más horrible de las salas de urgencias, habían ingresado a tres hombres con la cara, los brazos, el pecho y las piernas quemados, hombres desnudos recubiertos por una película de sangre y tejido que los médicos embadurnaron con crema blanca. Estaban sentados en sus camas con los brazos despellejados en alto, cada uno de ellos suplicando que un salvador inexistente los librara de su dolor. «¡No! ¡No! ¡No!», gritó otro joven cuando los médicos intentaron cortarles los pantalones. Gritaba y chillaba y gañía como un animal. Me pareció que era soldado. Era recio y fuerte, estaba bien alimentado, pero de pronto volvía a ser un niño que

gritaba: «*Ummi, ummi*». Mamá, mamá.

Salí de ese espantoso hospital y me encontré con que los proyectiles estadounidenses caían en el río. También me di cuenta de que había unas tiendas militares sobre un trozo de césped cerca del edificio de la administración del hospital —«Maldita sea», mascullé— y un vehículo blindado con cañón escondido entre las ramas y el follaje. Estaba a tan sólo unos metros dentro del recinto del hospital. Sin embargo, estaban utilizando el centro médico para ocultarlo; no puede evitar recordar el nombre del hospital. Adnan Jairalá había sido ministro de Defensa de Sadam, un hombre que supuestamente discutió con su dirigente y murió en un accidente de helicóptero cuya causa nunca fue explicada. Incluso en las últimas horas de la batalla de Bagdad, las víctimas tenían que yacer en un edificio bautizado en honor a un hombre asesinado.

Regreso en coche al hotel Palestina. El ruido de las bombas ha remitido. Hay tanques estadounidenses en el puente de Jumuriya, sobre el Tigris, pero allí no se lucha. Cuando frenamos para torcer por la calle Saadun, oigo pájaros. Después el estallido de un cañón y el silbido de un proyectil, y llegamos al Palestina a tiempo de ver el humo gris que sale de uno de los pisos altos. Sahaf y Naji Sabri están en el césped de abajo, aún concediendo audiencia, pero entonces de la entrada del hotel salen gritando varios periodistas y empleados a la tenue luz del día. Cargan con una sábana que lleva algo pesado dentro, la tela empapada en sangre. No es la primera vez en el día que los estadounidenses han matado a periodistas.

Ese único obús disparado contra el hotel Palestina alcanzó el despacho del equipo de televisión de Reuters y mató a uno de los cámaras de la agencia, padre de un niño de ocho años, e hirió a otros cuatro miembros del equipo junto a otro cámara de la cadena española Tele 5. Este moriría poco después. ¿Era posible creer que había sido un accidente? Ésa fue nuestra primera pregunta de aquel espantoso día.

Por supuesto, no eran los primeros periodistas que morían en la invasión angloestadounidense de Iraq. Ferry Lloyd, de ITN, había perdido la vida en el sur del país a causa de un disparo de un soldado estadounidense que, por lo visto, confundió su coche con un vehículo iraquí. La mayoría de integrantes de su equipo seguían desaparecidos. Michael Nelly, de *The Washington Post*, tuvo la desgracia de ahogarse en un canal. Dos reporteros murieron en el Kurdistán. Dos periodistas —un alemán y un español— fueron asesinados en una base de los Estados Unidos cercana a Bagdad junto con dos estadounidenses cuando un misil iraquí hizo explosión entre ellos. Tampoco podíamos olvidar a los cientos de civiles iraquíes que morían y quedaban mutilados, y que —al contrario que sus huéspedes periodistas— no podían marcharse de la guerra, como ya he dicho antes, y regresar a casa volando en *Business Class*. Los hechos deberían hablar por sí mismos. Por desgracia para los estadounidenses, los hechos les daban mala imagen. Un piloto había matado ese mismo día a un

periodista de Al Yazira y había dejado a su compañero herido de gravedad.

El avión estadounidense viró para disparar contra las oficinas de Al Yazira, a orillas del Tigris, a las 7.45 de la mañana. Su principal corresponsal en Bagdad, un jordanopalestino llamado Tareq Ayub, estaba en el tejado con su segunda cámara, un iraquí llamado Zuheir, informando de una batalla campal cerca de las oficinas entre tropas estadounidenses e iraquíes. Como recordaría después un compañero de Ayub, Maher Abdulá, los dos vieron el avión que disparaba el proyectil mientras volaba raso en dirección a su edificio, que se encuentra cerca del puente de Jumuriya, donde acababan de aparecer dos tanques estadounidenses. «En pantalla se veía aquella pequeña batalla, se veían las balas volando y entonces oímos el avión —explicaba Maher Abdulá—. El avión volaba tan bajo que los que estábamos en las oficinas pensamos que aterrizaría en el tejado... de lo cerca que estaba. Llegamos a oír cómo disparaba el cohete. Fue directo al objetivo... el misil explotó contra nuestro generador eléctrico. Tareq murió casi en el acto. Zuheir quedó herido».

Veamos ahora los problemas estadounidenses para explicar esta pequeña saga. Allá por el 2001, los Estados Unidos dispararon un misil de crucero contra las oficinas de Al Yazira en Kabul, desde donde se habían retransmitido a todo el mundo las grabaciones de Osama bin Laden. Nunca se ofreció explicación alguna sobre ese extraordinario ataque la noche anterior a la «liberación» de la ciudad; el corresponsal de Kabul, Taiseer Aluni, resultó ileso. Por extrañas coincidencias del periodismo, Aluni se encontraba en las oficinas de Bagdad y vivió el segundo ataque de la fuerza aérea estadounidense contra Al Yazira. Sin embargo, era aún más preocupante el hecho de que la cadena qatarí —el más libre de los canales de televisión árabes, que no sólo había provocado la furia de los estadounidenses, sino también de Sadam, como habíamos visto, por su cobertura en directo de la guerra— le había dado al Pentágono las coordenadas de sus oficinas de Bagdad en el mes de febrero y había recibido garantías de que no serían atacados allí. El 6 de abril, el portavoz del Departamento de Estado había visitado las oficinas de Al Yazira en Doha y, según una fuente de la cadena de satélite, les había corroborado las garantías del Pentágono. Menos de veinticuatro horas después, los estadounidenses disparaban su misil contra las oficinas de Bagdad.

El siguiente ataque —contra Reuters— se produjo antes del mediodía, después de que el tanque Abrams del puente de Jumuriya apuntara su cañón hacia el hotel Palestina, donde se alojaban más de 200 periodistas extranjeros. David Chater, de Sky Televisión, vio que el cañón se movía. La cadena de televisión France 3 tenía una cámara en una habitación debajo de la de Reuters y grabaron el tanque del puente. Después de un largo rato de silencio, la grabación muestra una burbuja de fuego que sale del cañón del tanque, se oye el sonido de una detonación enorme y luego trozos de pintura que caen por delante del objetivo, que vibra a causa del impacto.

En la oficina de Reuters del décimo quinto piso, el obús hizo explosión entre los trabajadores. Hirió de muerte a su cámara ucraniano, Taras «Sasha» Protsyuk —que

también filmaba los tanques— e hirió de gravedad a otro miembro del equipo, el británico Paul Pasquale, y a otros dos reporteros, entre ellos a la periodista palestino-libanesa Samia Najul. En el piso siguiente, el cámara español de Tele 5, José Couso, también resultó mortalmente herido. Ambos murieron poco después. La cámara de televisión y el trípode del cámara ucraniano se quedaron en la oficina encharcada de la sangre de los periodistas.

Los Estados Unidos negaron todas las pruebas. El general de división Buford Blount, de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería —cuyos tanques estaban en el puente—, anunció que sus vehículos habían sido atacados por proyectiles y fuego de francotiradores desde el hotel Palestina, que su tanque había realizado un solo disparo contra el hotel y que entonces había cesado el fuego de los fusiles. Sin embargo, yo iba en coche por esa calle, entre el tanque y el hotel, en el momento en que se disparó el proyectil... y no oí ningún disparo de fusil. La grabación francesa del ataque dura más de cuatro minutos y registra un silencio absoluto antes del disparo del tanque. Estoy completamente convencido de que no había francotiradores en el edificio. De hecho, las decenas de periodistas y equipos que se hospedaban allí —yo incluido— vigilaban como águilas para asegurarse de que ningún hombre armado utilizara el hotel como punto de asalto. Habría que añadir que aquél era el mismo general de división Blount que en marzo se había vanagloriado de que sus hombres utilizarían munición de uranio empobrecido —la misma que se creía que había provocado un brote de cánceres tras la guerra del Golfo de 1991— en sus tanques. Que el general de división Blount insinuara —como hizo claramente al decir que el fuego del francotirador había cesado en cuanto el equipo de Reuters fue alcanzado— que los periodistas estaban de algún modo relacionados con los ataques a los estadounidenses convertía una afirmación increíble en una calumnia.

Una vez más, debíamos recordar que tres periodistas muertos y cinco heridos no constituían una masacre, como tampoco eran comparables a los cientos de civiles mutilados por las fuerzas invasoras. Y era una verdad que debíamos recordar que el régimen iraquí había matado también a bastantes periodistas a lo largo de los años, además de a decenas de miles de compatriotas. Me vino a la memoria el nombre de Farzad Bazoft. Sin embargo, algo muy peligroso parecía estar desencadenándose. La explicación de Blount era similar a las que utilizaban los israelíes después de haber matado a inocentes. Por consiguiente, ¿debíamos extraer los periodistas algún mensaje de ello? ¿Había en el ejército estadounidense algún elemento que había llegado a odiar a la prensa y quería deshacerse de los periodistas establecidos en Bagdad, herir a aquellos de quienes el secretario británico del Interior, David Blunkett, había afirmado que trabajaban tras las líneas enemigas? ¿Podía ser que esa afirmación —que los corresponsales internacionales colaboraban con el enemigo del señor Blunkett (puesto que la mayoría de británicos no apoyaban esa guerra, para empezar)— se estuviera convirtiendo en una especie de sentencia de muerte?

Conocí a Tareq Ayub. Durante la guerra informé desde el mismo tejado de

Bagdad sobre el que murió. Le comenté una vez que sus oficinas de Bagdad se convertirían en un blanco fácil si los estadounidenses querían acabar con la cobertura —vista en todo el mundo— que hacían de las víctimas civiles los bombardeos angloestadounidenses. «Sasha» Protsyuk, de Reuters, compartió muchas veces conmigo el ascensor insoportablemente lento del hotel Palestina. Samia Najul ha sido amiga y compañera mía desde la guerra civil del Líbano de 1975-1990. Está casada con David Gardner, corresponsal de *Financial Times*. En esos momentos yacía cubierta de sangre en un hospital bagdadí. Y el general de división Buford Blount se atrevía a insinuar que esa mujer inocente y sus valientes compañeros eran francotiradores. Me pregunto qué nos decía eso de la guerra de Iraq<sup>[2]</sup>.

Algo antes, la fuerza aérea estadounidense bombardeó un complejo de viviendas civiles en el barrio de Mansur, en Bagdad, porque los funcionarios de los servicios secretos creían que Sadam se escondía allí. Sus cuatro bombas de casi una tonelada desmembraron a trece civiles iraquíes —por casualidad, la mayoría eran cristianos—, pero Sadam no estaba entre ellos. Días después, un décimo cuarto iraquí —un bebé— sería descubierto entre la pila de escombros derrumbados por las bombas. Desde Qatar, la BBC informó de que los servicios secretos estadounidenses sabían que no era una operación «libre de riesgos». Ahora bien, sin riesgo para los estadounidenses, sólo con riesgo de que murieran civiles iraquíes por nada, tal como sucedió. Como era de esperar, no se ofreció ninguna disculpa.

Aun así, seguían muriendo civiles. Los bombardeos de «sondeo» estadounidenses, su avance por una calle, su retirada por otra —siempre cubiertos por el uso masivo de potencia de fuego—, seguían asesinando a inocentes de una forma que, tal como pensábamos todos, tendría un gran efecto en la psicología iraquí tras la invasión. ¿Podría perdonarse todo eso en nombre de la «liberación»?

Siempre íbamos a los hospitales. Yacían en fila: el vendedor de coches que acababa de perder un ojo pero cuyos pies seguían sangrando, el motorista que fue alcanzado por las balas de los soldados estadounidenses cerca del hotel Rashid, la funcionaria de cincuenta años que, con su larga melena extendida en la toalla sobre la que estaba tumbada, tenía todo el cuerpo picado por la metralla de una bomba de racimo estadounidense. Para los civiles de Bagdad, aquello era resultado directo de las «misiones de sondeo» estadounidenses. Por televisión todo parecía muy pulcro: los marines a orillas del Tigris, la divertidísima visita al palacio presidencial, la grabación del váter dorado de Sadam. Sin embargo, los inocentes sangraban y gritaban de dolor para darnos a nosotros esas emocionantes imágenes televisivas, y a Bush y a Blair su jactanciosa palabrería sobre la victoria. En el hospital de Kindi vi a un niño; su madre, su padre y sus tres hermanos habían muerto de varios disparos cuando se acercaban a un control estadounidense de las afueras de Bagdad. Vi a Alí Najur, de dos años y medio, agonizando en su cama, con la ropa empapada de sangre y un tubo atravesándole la nariz, hasta que un familiar se me acercó. «Quiero hablar con usted —gritó con una enérgica voz cargada de furia—. ¿Por qué quieren los

británicos matar a este niño? ¿Por qué quiere usted verlo? ¡Esto lo ha hecho usted! ¡Lo han hecho ustedes! —El joven me agarraba del brazo y me zarandeaba con violencia—. ¿Va a hacer usted regresar a su madre y a su padre? ¿Puede traerlos de vuelta a la vida? ¡Fuera! ¡Largo de aquí!»

Fuera, en el patio, donde los conductores de ambulancia depositaban a los muertos, una mujer chií de mediana edad vestida de negro se golpeaba el pecho con los puños y empezó a chillarme. «Ayúdeme —gritaba—. Ayúdeme. Mi hijo es un mártir y lo único que quiero es una bandera para cubrirlo. Quiero una bandera, una bandera iraquí para cubrir su cadáver. ¡Dios bendito, ayúdame!» Cada vez es más duro visitar estos lugares de dolor, sufrimiento y furia. No me sorprende. La Cruz Roja Internacional ha anunciado que, tras tres días de ofensiva estadounidense en Bagdad, a los hospitales han llegado ya cientos de víctimas civiles. Sólo en el Kindi habían ingresado cincuenta civiles heridos y tres muertos en las últimas veinticuatro horas. La mayoría de los muertos —la familia del niño, los seis miembros de una familia despedazados por una bomba aérea delante de Alí Abdulrazek, el vendedor de coches, los vecinos de Safa Karim— simplemente fueron enterrados horas después de haber quedado hechos pedazos. No tenía sentido llevar sus cadáveres al hospital.

En televisión todo parecía limpio. La noche del domingo anterior, la BBC había emitido imágenes de coches civiles ardiendo, su periodista —un viejo amigo y compañero mío, Gavin Hewitt, con el que había viajado por todo Afganistán durante casi un cuarto de siglo pero que esta vez estaba «empotrado» en las fuerzas estadounidenses— decía que había visto a algunos de los pasajeros muertos junto a los vehículos. Eso era todo. Ninguna imagen de los cuerpos carbonizados, ningún primer plano de los niños convertidos en ceniza. De modo que quizá debiera incluir aquí otra advertencia para quienes sean de temperamento «nervioso»: no sigan leyendo a menos que quieran saber lo que los Estados Unidos y Gran Bretaña hicieron con los inocentes de Bagdad.

Me ahorraré la descripción de las moscas que se agolpaban en las heridas de las salas de urgencias del hospital de Kindi, la sangre reseca en las sábanas y las fundas de almohada sucias, los regueros de sangre del suelo, la sangre que seguía goteando de las heridas de aquellos con quienes hablaba. Todos civiles. Todos querían saber por qué tenían que sufrir. Todos —excepto el joven enfervorizado que me ordenó que me alejara de la cama del niño— me hablaron con amabilidad y con calma sobre su dolor. No llegué al hospital de Kindi en un autobús del gobierno. Ningún médico sabía que iría allí.

Empecemos por Alí Abdulrazek. Tiene cuarenta años, es un vendedor de coches que ayer por la mañana caminaba por una estrecha calle del barrio de Shaab, en Bagdad —donde dos misiles estadounidenses mataron a veintiún civiles en la calle Abu Taleb—, cuando oyó los motores a reacción de un avión. «Iba a ver a mi familia porque habían bombardeado las centrales telefónicas y quería asegurarme de que estaban bien —dice—. Había una familia, un marido y una mujer con sus hijos,

delante de mí. Entonces oí un ruido horrible, hubo un resplandor y supe que algo me había sucedido. Intenté ir a ayudar a la familia que tenía delante, pero habían desaparecido, estaban hechos pedazos. Entonces me di cuenta de que no veía bien».

Abdulrazek tiene el ojo izquierdo tapado por vendas atadas a la cara. Su médico, Osama al Rahimi, me dice que «no le hemos operado el ojo, le hemos curado todas las demás heridas». Entonces se inclina hacia mí y me dice al oído: «Ha perdido el ojo. No hemos podido hacer nada. La metralla se lo ha hecho saltar». Abdulrazek sonríe —claro, no sabe que quedará tuerto de por vida— y de pronto espeta en un inglés casi perfecto, el que aprendió en el instituto, en Bagdad: «¿Por qué me ha pasado esto?».

Mohamed Abdulá Alwani fue víctima de la pequeña excursión estadounidense por las orillas del Tigris, esa operación que proporcionó unas filmaciones tan emocionantes. Iba de camino a casa en su moto desde el hotel Rashid, en la orilla occidental, cuando pasó por una calle en la que había aparcado un vehículo blindado estadounidense. «No los vi hasta el último momento. Abrieron fuego y me alcanzaron, pero logré mantenerme en la motocicleta. Entonces el segundo proyectil lanzó fragmentos de metralla contra la moto y me hizo caer». El doctor Al Rahimi retira el vendaje del costado de Alwani. Tiene un tajo horroroso junto al hígado, sanguinolento y supurante, de unos dos centímetros de profundidad. Aún le corre sangre por las piernas y hasta los dedos de los pies. «¿Por qué disparan contra civiles?», me preguntó. Sí, conozco la respuesta. Sadam habría matado a más iraquíes que nosotros si no hubiéramos invadido —un argumento no demasiado inteligente para el hospital de Kindi— y todo eso lo hacemos por Alwani y sus amigos. ¿No nos había dicho Paul Wolfowitz un par de semanas antes que rezaba tanto por las tropas estadounidenses como por el pueblo iraquí? ¿No hemos venido aquí a salvarlos —no mencionemos el petróleo— y no es Sadam un hombre brutal y cruel? Sin embargo, rodeado de esas personas habría que tener una mente enferma para pronunciar esas palabras.

Saadia Husein al Shomari está acribillada a agujeros sangrantes. Es funcionaria del Ministerio de Comercio iraquí y duerme, exhausta por el dolor. Un médico le aparta las moscas de las heridas con un trozo de cartón y me pregunta —como si yo lo supiera— si un ser humano puede recuperarse de una herida grave en el hígado. Un familiar explica despacio que Saadia salía de casa, en el barrio bagdadí de Jdeidi, cuando un avión estadounidense lanzó una bomba de racimo sobre el edificio. «Había algunos vecinos suyos. Todos fueron alcanzados. A uno le estalló una pierna, a otro un brazo y una pierna le salieron volando por los aires».

También está Safa Karim, de once años y a punto de morir. Un fragmento de bomba estadounidense la ha alcanzado en el estómago y tiene una hemorragia interna. Se retuerce en la cama con un vendaje enorme en el abdomen, un tubo que le sale de la nariz y —lo más terrible de todo, en cierta forma— cuatro pañuelos baratos y sucios que le atan las muñecas y los tobillos a la cama. Se queja y se agita, lucha al

mismo tiempo contra el encarcelamiento y contra el dolor. Un familiar —su madre, amortajada de negro, está sentada en silencio junto a la cama— dice que está demasiado enferma para comprender su destino. «Le han dado diez frascos de medicamento y lo ha vomitado todo», explica. A través de la máscara en la que el tubo del gotero le ha convertido el rostro, Safa vuelve la mirada hacia su madre, luego al médico, luego al periodista, luego otra vez a su madre.

El hombre abre las manos mostrando las palmas como hacen los árabes cuando quieren expresar impotencia. «¿Qué podemos hacer?», dicen siempre, pero esta vez el hombre se queda callado, y me alegro. A fin de cuentas, ¿cómo iba a decirle que Safa Karim tiene que morir por el 11 de septiembre, por la certidumbre religiosa de George W. Bush y Tony Blair, por los sueños de «liberación» de Paul Wolfowitz y por esa «democracia» por la que bombardeamos las vidas de esas personas?

Pero el día debe amanecer. Ya es 9 de abril y los estadounidenses han «liberado» Bagdad. Han destruido el núcleo del cuarto de siglo de cruel poder dictatorial de Sadam Husein, pero tras de sí han traído un ejército de saqueadores que han dado rienda suelta al pillaje y la anarquía en la antigua ciudad. Ese día había empezado con fuego de mortero y hospitales salpicados de sangre y terminó con la destrucción ritual de las estatuas del dictador. La turba gritaba de deleite. Hombres que durante veinticinco años se habían arrastrado ante los más humildes agentes de la policía secreta de Sadam se convertían de pronto en gigantes que bramaban su odio hacia el dirigente iraquí y derribaban sus enormes y monstruosas estatuas.

«Es el comienzo de nuestra nueva libertad —me gritó un tendero iraquí. Entonces se detuvo y preguntó—: ¿Qué quieren ahora los estadounidenses de nosotros?» El gran poeta libanés Jalil Gibrán escribió una vez que compadecía al país que recibía a sus tiranos con trompetas y los despedía con abucheos de escarnio. También los habitantes de Bagdad realizaban ese mismo ritual mortal, olvidando que ellos —o sus padres— se habían comportado de idéntica forma cuando el Partido Árabe Socialista Baaz destruyera la anterior dictadura de los generales y príncipes iraquíes. Olvidaban también que los «liberadores» eran una nueva fuerza de ocupación todopoderosa y extranjera que no tenía en común con Iraq ni la cultura, ni la lengua, ni la raza, ni la religión.

Mientras decenas de miles de musulmanes chiíes pobres de los ingentes suburbios de Ciudad Sadam aflúan al centro de Bagdad para destrozar tiendas, oficinas y ministerios gubernamentales —una versión épica de la orgía de robo y destrucción masiva que tan poco hicieron por impedir los británicos en Basora, dos semanas antes—, los marines estadounidenses contemplaban a unos cientos de metros de distancia cómo los saqueadores se hacían con coches, alfombras, montones de dinero, ordenadores, mesas, sofás, incluso marcos de puerta.

En la plaza Fardus, los marines derribaron la gigantesca estatua adusta de Sadam

Husein tirando de ella con cuerdas y la ayuda de un vehículo blindado. La escultura se inclinó amenazadoramente hacia delante en el plinto, colgando hacia el suelo, con el brazo derecho aún levantado en un saludo fraternal al pueblo iraquí. Fue un momento simbólico en más de un sentido. Yo me encontraba detrás del primer hombre que empuñó un hacha y se puso a golpear el imponente plinto de mármol gris, pero, segundos después, el mármol se había desmoronado y dejaba ver una base de ladrillos baratos y cemento agrietado. Así es como los estadounidenses habían sospechado siempre que era el régimen de Sadam, pese a haber hecho todo lo posible —a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980— por armarlo, asistir a su economía y ofrecerle apoyo político, por convertirlo a él en el dictador que llegó a ser.

En cierto sentido, por lo tanto, los Estados Unidos —que por primera vez en su historia ocupaban la capital de un país árabe— estaban ayudando a destruir algo a cuya creación habían dedicado mucho tiempo y mucho dinero. Sadam había sido «nuestro» hombre y de pronto lo aniquilábamos. De ahí la importancia de todas esas turbas derribadoras de estatuas, el saqueo y el robo. En la plaza Fardus había visto a un pequeño grupo de jóvenes que llegaban con cuerda y piquetas. Aparecieron todos juntos, no por casualidad, y a menudo me he preguntado quién organizaría su pequeño melodrama. Sin embargo, no lograron abatir la estatua. Como tantas otras veces, los árabes necesitaban la ayuda estadounidense, así que los marines se ofrecieron y fueron los Estados Unidos quienes acabaron por echar abajo el retrato del dictador. Un centenar de cámaras zumbaron, gimieron y registraron esa fraudulenta escena para la posteridad. El pueblo iraquí derriba la estatua de su opresor. Sólo que no fueron ellos. Los estadounidenses destruyeron la estatua de Sadam ante la mirada de aquellos que se veían demasiado impotentes para hacer el trabajo.

El mandato de aquel hombre, por supuesto, había terminado de una vez por todas. Las cámaras de tortura y las prisiones, como escribí esa noche para mi periódico, se convertirían en monumentos conmemorativos, la verdadera historia del uso de gas en la guerra por parte de Iraq sería al fin revelada. «Pero la historia sugiere otra cosa. Las cárceles suelen pasar a manos de nuevos directores, igual que las cámaras de tortura...» Como, en efecto, sucedió.

No es que la pesadilla hubiese terminado. Aunque los estadounidenses considerarían el 9 de abril como su primer día de ocupación —ellos lo llamaban «liberación»—, extensas áreas de Bagdad seguían aún fuera de su control. Justo antes de que la oscuridad se extendiera sobre el país, crucé las líneas estadounidenses para regresar al pequeño pedazo de régimen de Sadam que seguía intacto dentro de la gigantesca y llana ciudad de Bagdad. Por calles grises y sin tráfico, conduje hacia los grandes puentes del Tigris que los estadounidenses aún no habían cruzado desde el oeste. Y allí, en una esquina de la calle Bab al Moazzam, encontré a un grupo de guerreros muyahidines disparando sus fusiles Kaláshnikov contra los tanques

estadounidenses del otro lado de las aguas. Era una imagen valiente, muy patética y dolorosamente instructiva.

Esos hombres resultaron ser árabes de Argelia, Marruecos, Siria, Jordania, Palestina. Entre ellos no había ni un solo iraquí. Las milicias baazistas, la Guardia Republicana, los mugrientos hombres de los servicios secretos iraquíes, los denominados fedayines de Sadam, todos ellos habían abandonado sus puestos y se habían arrastrado hasta sus casas. Sólo los árabes extranjeros, como los franceses de la División Carlomagno nazi en el Berlín de 1945, seguían luchando. Al final, muchos iraquíes habían rechazado a esos hombres; unos cuantos aparecieron en el hotel Palestina y se sentaron a la entrada, suplicando a los periodistas que los ayudaran a regresar a sus países.

«Dejamos a nuestras esposas y nuestros hijos, vinimos aquí a morir por esta gente y ahora nos dicen que nos marchemos», explicó uno de ellos. Sin embargo, al otro extremo del puente de Bab al Moazzam siguieron luchando hasta entrada la noche y, cuando los dejé, oí llegar a los aviones estadounidenses desde el oeste. También oí, mientras recorría a toda velocidad las calles vacías, el fuego de los tanques que destrozaban su edificio. Si iba a haber resistencia en el futuro, allí habría voluntariosos reclutas para la insurgencia... si es que sobrevivían.

Tanques los hay de dos tipos: los de la clase peligrosa y mortal, que escupen fuego; y los de la clase «liberadora», desde los cuales jóvenes soldados de rostro bronceado miran sonrientes a los iraquíes que tienen la amabilidad de saludarlos con la mano, tanques con preciosos nombres estarcidos en el cañón, nombres como *Rescate de Gatitos*, *Testigo de Pesadilla* —éste con una calavera humana pitada debajo— o *Perla*. Y siempre tiene que haber un primer soldado —del tipo ocupador o liberador— que avance al frente de la primera columna de todo gran ejército poderoso. Así que me acerqué al cabo David Breeze, del 3.<sup>er</sup> Batallón, 4.<sup>o</sup> Regimiento de Marines, de Michigan. No había hablado con sus padres desde hacía dos meses, así que llamé a su madre con mi teléfono vía satélite. Desde la otra punta del mundo, la señora Breeze se puso al aparato y yo le pasé el teléfono a su hijo. Y esto es lo que el primer soldado estadounidense en entrar al centro de Bagdad le dijo a su familia: «Hola a todos. Estoy en Bagdad. Llamo para decir: “Hola, os quiero, estoy bien, os quiero a todos”. La guerra se habrá terminado dentro de unos días. Pronto nos veremos».

Sí, esa noche escribí:

... todos dicen que la guerra terminará pronto. Sin duda el cabo Breeze regresaría a su hogar, y supongo que admiré su inocencia pese a las mortales realidades que les esperan a los Estados Unidos en este país peligroso y cruel. Y es que, mientras los tanques de los marines avanzaban lenta y pesadamente por la autopista, había hombres y mujeres, cubiertas por velos ellas, que observaban a los soldados con muchísima atención y hablaban de su miedo al futuro, comentaban que Iraq jamás podría ser gobernado por extranjeros.

«Todo el mundo verá las celebraciones, nos alegraremos de que Sadam ya no esté —me dijo uno de ellos—. Pero después querremos deshacernos de los estadounidenses y querremos quedarnos con nuestro petróleo, habrá resistencia y nos llamarán “terroristas”». Los estadounidenses tampoco parecían «liberadores» alegres. Apuntaban los fusiles a la calzada y gritaban a los conductores para que se detuvieran... Uno no lo hizo, un

anciano en un viejo coche, y le pegaron un tiro en la cabeza delante de dos periodistas franceses.

Por supuesto, los estadounidenses sabían que recibirían buena prensa al «liberar» a los periodistas extranjeros del hotel Palestina. Se tumbaron en la crecida hierba de la plaza más cercana y fingieron apuntar los fusiles hacia los tejados mientras los disparadores de las cámaras susurraban, enarbolaron una enorme bandera estadounidense en uno de los tanques y sonrieron a los reporteros, ninguno de los cuales les recordó que tan sólo 24 horas antes su ejército había matado a dos periodistas occidentales disparando desde un tanque en ese mismo hotel y luego habían mentido al respecto.

Sin embargo, fueron los saqueadores quienes caracterizaron el día como algo siniestro en lugar de festivo. En Ciudad Sadam habían recibido a los estadounidenses con señales de la victoria, gritos de «vivan los Estados Unidos» y las acostumbradas expresiones de júbilo, pero luego habían partido hacia el centro para acudir a una cita más importante. En el Ministerio de Economía robaron archivos enteros de importaciones y exportaciones registrados en discos informáticos, junto con ordenadores de sobremesa, sillones, neveras y cuadros. Cuando intenté entrar en el edificio, los saqueadores me insultaron. A un periodista francés la muchedumbre le robó el dinero y la cámara.

Lo mismo hicieron en las oficinas de deportes olímpicos, dirigidas por Uday Husein. Un anciano salió tambaleándose del edificio con un retrato gigantesco de Sadam y empezó a emprenderla a puñetazos con él, otro salió a toda prisa con un enorme jarrón ornamental chino. Ciertamente eran objetivos del régimen, pero muchas otras personas fueron a por los comercios, irrumpieron en tiendas de muebles y en oficinas de profesionales. Llegaban con camiones, furgonetas y remolques tirados por asnos famélicos y desastrados para llevarse el botín. Vi a un chico que se escapaba con una máquina de rayos X y a una mujer con un sillón de dentista. En el Ministerio del Petróleo, los saqueadores descubrieron la limusina Mercedes negra del ministro. Al no dar con las llaves, destrozaron el coche, le arrancaron las puertas, los neumáticos y los asientos, y dejaron sólo el armazón y el chasis frente a la enorme entrada principal. En el hotel Palestina hicieron trizas el retrato de Sadam que había en el vestíbulo y prendieron fuego al cartel del tirano que había sobre la puerta de entrada. «*Allahu akbar*», gritaban... Todo aquello contenía también un mensaje para los marines que los contemplaban, si lo hubiesen entendido.

Así, anoche, mientras las explosiones de los obuses seguían resonando sobre la ciudad, Bagdad se postraba a los pies de un nuevo amo. Han llegado y se han marchado a lo largo de la historia de la ciudad, abasíes, omeyas, mogoles, turcos, británicos y, ahora, estadounidenses. La embajada de los Estados Unidos reabrió ayer y, pronto, no cabe duda, cuando los iraquíes hayan aprendido a quién deben mostrarle obediencia, el presidente Bush vendrá y encontrará a nuevos «amigos» de los Estados Unidos con quienes emprender una nueva relación en el mundo, nuevas fortunas económicas para quienes los «liberaron» y —tampoco cabe duda— nuevas relaciones con Israel y una verdadera embajada israelí en Bagdad.

Sin embargo, ganar una guerra es una cosa; lograr éxito en el proyecto ideológico y económico que reside tras esa guerra es otra muy diferente. La «verdadera» historia del dominio estadounidense en el mundo árabe empieza ahora.

Si el 9 de abril fue el día de la «liberación», el 10 de abril fue el día del saqueo. Destrozaron la embajada alemana y lanzaron el escritorio del embajador al patio. Rescaté la bandera de la Unión Europea —tirada en un charco de agua frente a la sección de visados— mientras un grupo de hombres de mediana edad, mujeres con chador y niños gritando irrumpían con fusiles en el despacho del cónsul y lanzaban discos de Mozart y libros de historia alemanes por una ventana de un piso superior. La embajada eslovaca fue asaltada unas horas después. En la sede central de Unicef, que había intentado salvar la vida de millones de niños iraquíes desde la década de 1980, un ejército de ladrones entró en el edificio, tiró las fotocopiadoras nuevas por la escalera y esparció por los suelos cascadas de informes de la ONU sobre enfermedades infantiles, nutrición e índices de mortandad durante el embarazo.

Los estadounidenses podían pensar que habían «liberado» Bagdad tras la sesión fotográfica más orquestada desde Iwo Jima, pero aquellas decenas de miles de ladrones —familias enteras que llegaban a la ciudad en camiones y coches en busca

de un botín— parecían tener una idea muy diferente de lo qué significaba «liberación». También implicaba una grave violación de la Convención de Ginebra. Como fuerza de ocupación, los Estados Unidos eran responsables de proteger las embajadas y las oficinas de la ONU en la zona que controlaban, pero sus tropas pasaron de largo frente a la embajada alemana mientras los saqueadores salían por la puerta llevándose escritorios y sillas en carretas. Fue escandaloso, una especie de enfermedad, una forma masiva de cleptomanía que los soldados estadounidenses simplemente parecían no ver. En un cruce de la ciudad vi a francotiradores marines sobre el tejado de un edificio alto, escudriñando las calles en busca de posibles terroristas suicidas mientras un embotellamiento de saqueadores —dos de ellos al volante de autobuses de dos pisos llenos de neveras— colapsaba la calle que tenían debajo. Frente a las oficinas de la ONU, un coche redujo la velocidad a mi lado y uno de los hombres sudorosos y sin afeitar de su interior me dijo en árabe que no merecía la pena entrar allí porque «ya nos lo hemos llevado todo».

Era comprensible que los pobres y los oprimidos se cobraran su venganza en los hogares del régimen de Sadam, que había empobrecido y destruido sus vidas —a veces literalmente— durante más de dos décadas. Vi a familias enteras registrando a orillas del Tigris la casa de Ibrahim al Hasan, hermanastro de Sadam y antiguo ministro de Interior, de un antiguo ministro de Defensa, de Saadún Shakr, uno de los consejeros de seguridad más cercanos a Sadam, de Alí Hasan al Mayid —Alí el Químico— y de Abed Hmud, el secretario personal de Sadam. Acudían con camiones, contenedores, autobuses y carros tirados por asnos para llevarse los contenidos de aquellas enormes villas.

También nos ofrecían una impactante visión del gusto por el mobiliario que a todas luces cultivaban los altos cargos del Baaz: baratos sofás de color rosa y sillas con muchos bordados, carritos de bebidas de plástico e inestimables alfombras iraníes tan pesadas que hacían falta tres musculosos ladrones para sacarlas, lámparas normales ocultas dentro de palmeras de latón, mesas de madera con marquetería, cofres de madreperla con cajones, enormes neveras estadounidenses, muchísimas neveras para muchísimas bebidas con las que emborrachar a muchísimos acólitos de Sadam. Frente al destripado hogar de un antiguo ministro del Interior, un hombre obeso se paseaba con una chistera, una silueta dickensiana que intentaba disolver el embotellamiento de saqueadores que salían de la casa.

Vi pasar autobuses de la ciudad conducidos por jóvenes de mirada codiciosa mientras los camiones aparcaban directamente frente a las ventanas de los salones para cargar muebles. En el puente de Sadam, sobre el Tigris, un ladrón había acelerado tanto su camión con mercancía robada que se había estrellado contra la mediana de hormigón y aún reposaba muerto sobre el volante. Sin embargo, parecía existir una especie de ley del saqueador. En cuanto un ladrón había puesto la mano en una silla, en una araña de luces o en un marco de puerta, le pertenecía. No vi ni una discusión, ni un solo puñetazo. Las decenas de ladrones de la embajada alemana

trabajaban en silencio y asistidos por un ejército de niños pequeños. Las esposas señalaban los muebles que querían, los maridos los cargaban escalera abajo mientras los niños se dedicaban a desatornillar bisagras y —en las oficinas de la ONU— a desmantelar instalaciones eléctricas. Uno se había subido al escritorio del embajador para desenroscar una bombilla de la lámpara del techo.

Al otro lado del puente de Sadam podía presenciarse una escena aún más surrealista. Un camión cargado de sillas hasta los topes pero con dos perros de caza blancos —propiedad de Qusay, hijo de Sadam— atados por dos cuerdas blancas galopando junto al vehículo. Al otro lado de la ciudad llegué a atisbar incluso cómo cargaban en un tráiler los cuatro caballos de Sadam, entre ellos el semental blanco que utilizaba para los retratos presidenciales. Todos los ministerios gubernamentales de la ciudad habían quedado despojados de archivos, ordenadores, libros de consulta, muebles y coches. Los estadounidenses hicieron la vista gorda ante todo eso; de hecho, afirmaron explícitamente que no tenían intención de impedir la «liberación» de esas propiedades. No es que pudiera uno ser moralista con el botín de los secuaces de Sadam, pero ¿cómo iba funcionar el gobierno del denominado «nuevo Iraq» de los Estados Unidos si la propiedad del Estado quedaba saqueada por completo?

¿Qué se podía sacar en claro de la escena de la carretera de Hila, donde encontré al propietario de un silo de grano y una fábrica ordenando a sus guardas armados que dispararan contra los saqueadores que intentaban robarle los camiones? Ese desesperado intento armado de preservar la base misma del suministro de pan de Bagdad era observado a tan sólo 100 metros por ocho soldados de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería, sentados en sus tanques... sin hacer nada. Las oficinas de la ONU que fueron saqueadas en el centro de la ciudad se encontraban a sólo 200 metros de un control de los marines.

Y el ejército de «liberación» de los Estados Unidos ya empezaba a parecer un ejército de ocupación. La mañana anterior había presenciado a cientos de civiles iraquíes haciendo cola para cruzar el puente de la carretera de Al Dura, y a cada uno de ellos los soldados estadounidenses le hacían levantarse la camisa y bajarse los pantalones —delante de otros civiles, incluso mujeres— para demostrar que no eran terroristas suicidas. Tras un intercambio de disparos en el barrio de Adamiya durante la mañana, un francotirador marine encaramado al muro de un palacio hirió a tres civiles, entre ellos una niña pequeña, que iban en un coche que no se detuvo; después mató a un hombre que había salido al balcón para ver de dónde venían los disparos. En el transcurso de pocos minutos, el francotirador mató al conductor de otro coche e hirió a otros dos pasajeros del vehículo, entre ellos una chica. Un equipo de Channel 4 Televisión estaba presente cuando se produjo la matanza. En el barrio de Al Dura había cadáveres de civiles —muchos de ellos asesinados a manos de tropas estadounidenses en un enfrentamiento contra fuerzas iraquíes sucedido esa misma semana— que aún estaban pudriéndose dentro de los coches humeantes.

Todo eso sólo el segundo día de la «liberación» de Bagdad. De modo que fui a Al Dura. Algo terrible —cuántas veces no habré escrito esas palabras— había sucedido allí, en la Autopista 8, durante las últimas horas de la «liberación» de Bagdad. Hay quien dice que murieron un centenar de civiles. Otros creen que sólo cuarenta o cincuenta hombres, mujeres y niños fueron despedazados por obuses estadounidenses cuando miembros del destacamento especial de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería cayeron en una emboscada de la Guardia Republicana. Muchos de sus cadáveres se pudrían dentro los coches incinerados, había una joven, abrasada desnuda, desplomada boca abajo en el asiento trasero de un vehículo del puente elevado de Hila junto al medio cadáver de un hombre que colgaba de la puerta del conductor. A unos metros de allí, las mantas cubrían una pila de cadáveres de civiles, entre ellos el de un niño incinerado. Un coche rojo, partido por la mitad por un obús estadounidense, seguía volcado y con la parte inferior de una pierna humana, aún con un zapato negro, tras la rueda delantera izquierda.

Nadie niega que las tropas estadounidenses fueran emboscadas, ni que la batalla durara treinta y seis horas. En el puente elevado del río encontré el cadáver uniformado de un iraquí de la Guardia Republicana. Su sangre se iba por la alcantarilla, tenía un pie sobre el otro y un disparo en la cabeza. A cien metros de allí había un coche con un anciano civil muerto bajo el chasis. Dos camiones de combustible —uno ardiendo aún— estaban abandonados en un campo. Un autobús de pasajeros yacía calcinado junto a la carretera principal. Cientos de iraquíes miraban horrorizados los cadáveres, la mayoría tapándose la cara con pañuelos y matando las moscas que zumbaban entre los vivos y los muertos.

El capitán Dan Hubbard, al mando de la 315.<sup>a</sup> Compañía Bravo, cuyos diez tanques y cuatro vehículos de combate Bradley resistieron en el puente elevado, me relató cómo sus hombres fueron atacados «desde 360 grados» con granadas a propulsión y fusiles AK-47 a las 7.00 de la mañana del 6 de abril, cuando el tráfico civil circulaba por la carretera. «Hemos venido a luchar contra el régimen iraquí, no contra los civiles —dijo—. Había coches en la carretera cuando caímos en una emboscada y disparamos por encima de sus cabezas dos o tres veces para hacerlos parar. El noventa por ciento de los vehículos desapareció después de los disparos de advertencia. —Ahí el capitán hizo una pequeña pausa—. En momentos así a la gente le pasan muchas cosas por la cabeza —añadió—. Mucha gente acelera... Yo tenía que proteger a mis hombres. Intentamos hacer lo que pudimos por minimizar cualquier tipo de heridas o muertes entre los civiles... Tengo que proteger a mis soldados porque no sabemos si se trata de un coche lleno de explosivos o RPG [granadas a propulsión]. Retiraremos los coches. Nos ocuparemos de los cadáveres».

El capitán Hubbard era un hombre amable, un oriundo de Tennessee de treinta y cuatro años que había bautizado a su tanque como *Rhonda Denise* en honor a su esposa, que es «la mujer más fuerte que he conocido jamás»... aunque es mejor no imaginar qué pensaría ella del horror civil de la Autopista 8. El vehículo Abrams

M1A1 de Hubbard recibió cinco impactos directos de granadas a propulsión —uno en el motor— y fue su tanque el que abrió fuego contra una motocicleta que llevaba a dos soldados en el anochecer del primer día de batalla. «Por la mañana fui a ver los cuerpos. Estaba el guardia republicano al que vio usted, que fue alcanzado en la cabeza y el pecho. Pero su amigo estaba herido y seguía con vida; había sobrevivido toda la noche en el puente, así que me lo llevé al tanque, lo coloqué encima y le di primeros auxilios. Después lo llevamos a nuestro servicio médico y sobrevivió». Es evidente que la Guardia Republicana iraquí también tenía parte de responsabilidad en esa carnicería, puesto que fueron ellos quienes tendieron la emboscada siendo por completo conscientes de que habría civiles en la carretera.

Delante del autobús incinerado, por ejemplo, encontré parte de un fusil Kaláshnikov con la culata de madera hecha cenizas, aunque el peine de la munición seguía intacto. Entre el puente elevado y lo que quedaba de un camión militar había unas toscas trincheras. En total, dos soldados estadounidenses perdieron la vida en la batalla y hasta treinta resultaron heridos. Las fuerzas especiales participaron en el tiroteo y seis vehículos quedaron destruidos, entre ellos dos tanques. El capitán Hubbard dijo que le habían disparado desde una hilera de casas civiles junto a la carretera y él había abierto fuego con uno de los tanques contra uno de los tejados. El impacto era claramente visible.

Muchas familias habían acudido a buscar a sus parientes fallecidos para enterrarlos, pero pude contar al menos dieciséis cadáveres civiles —y partes de cadáveres— aún en la carretera, muchos de los cuales eran mujeres. Por supuesto, esa carnicería suscitaba una pregunta ya habitual. Los estadounidenses disparaban obuses contra conductores civiles. Sus cadáveres seguían descomponiéndose junto a la carretera —al lado del soldado muerto— y nadie los había enterrado aún. Claro que sí, los estadounidenses no pretendían matar a civiles. Sin embargo, todos ellos seguirían con vida si el presidente Bush no hubiese ordenado a su ejército invadir el país<sup>[3]</sup>.

No habría investigación. Como tampoco se investigaría ninguno de los horribles acontecimientos que tuvieron lugar durante la epopeya estilo *Lo que el viento se llevó* de saqueo y anarquía con que la población iraquí decidió celebrar nuestro regalo de «liberación» y «democracia». Empezó en Basora, con la vergonzosa actitud británica ante la orgía de robo que se apoderó de la ciudad. El ministro de Defensa británico, Geoffrey Hoon, hizo unos comentarios especialmente infantiles sobre la desastrosa situación e insinuó en la Cámara de los Comunes que los habitantes de Basora tan sólo estaban «liberando» —de nuevo esa palabra— la propiedad que les había arrebatado el partido Baaz. El ejército británico respaldó esos disparates. Mientras las grabaciones del saqueo de Basora daban la vuelta al mundo, el teniente coronel Hugh Blackman, de la Guardia Real de Dragones Escoceses, declaraba con alegría para la BBC que «no es en absoluto cosa mía impedirselo». Sin embargo, por supuesto, sí que era cosa del teniente coronel Blackman. El pillaje merece una cláusula especial

de prevención en la Convención de Ginebra, igual que en la Convención de La Haya de 1907, en la que basaron sus «reglas de la guerra» los delegados de Ginebra. «Se prohíbe el pillaje», dice la Convención de Ginebra de 1949, y el coronel Blackman y el señor Hoon podrían haberle echado un vistazo a *Crimes of War* (Crímenes de guerra), publicado en el 2002 junto con el Departamento de Periodismo de la Universidad de la Ciudad de Londres, para saber qué significa eso.

Cuando una fuerza de ocupación toma el control del territorio de otro país, pasa automáticamente a ser responsable de la protección de sus civiles, de sus propiedades e instituciones. Así pues, las tropas estadounidenses de Nasiriya eran automáticamente responsables del conductor que fue asesinado para robarle el coche el primer día de la «liberación» de la ciudad. Los estadounidenses de Bagdad eran responsables de las embajadas alemana y eslovaca que fueron saqueadas por cientos de iraquíes, y también del Centro Cultural Francés que fue atacado, y del Banco Central de Iraq que fue incendiado el 11 de abril y que, pese a que pudiera estar contaminado por el régimen anterior —los países árabes tienden a depositar a sus criaturas más odiosas en el papel de director del banco central—, era el núcleo del poder financiero de Iraq, de la nueva versión de Iraq tanto como de la antigua.

Sin embargo, británicos y estadounidenses desestimaron esa idea pese a estar basada en las convenciones y las leyes internacionales. Y, una vez más, los periodistas se lo permitimos. Aplaudimos como niños cuando «ayudaron» a los iraquíes a derribar la estatua de Sadam Husein delante de las cámaras de televisión y, aun así, seguimos hablando de la «liberación» de Bagdad como si la mayoría de civiles recibieran a los soldados con guirnaldas y flores en lugar de hacer cola con nerviosismo en los puestos de control y contemplar el saqueo de la capital. También los periodistas cooperamos, y con un fracaso de la moralidad aún mayor en esa guerra. Tomemos como ejemplo el despiadado bombardeo del área residencial bagdadí de Mansur en un intento de matar a Sadam. Los ejércitos angloestadounidenses dijeron estar convencidos de que Sadam y sus dos pérfidos hijos, Qusay y Uday, se escondían allí. Así pues, bombardearon a los civiles de Mansur y mataron al menos a catorce personas honradas e inocentes, casi todos ellos —y esto, obviamente, sería de interés para los sentimientos religiosos de los señores Bush y Blair— cristianos.

Uno habría esperado que la radio BBC World Service se preguntara al día siguiente si el bombardeo de civiles no constituía un hecho inmoral, tal vez un crimen de guerra, por mucho que quisiéramos matar a Sadam. Olvídenlo. El locutor de Londres describió la matanza de esos civiles inocentes como un «nuevo giro» del conflicto para dar con Sadam; como si no fuese grave matar a civiles, a conciencia y a sangre fría, con tal de asesinar a nuestro tirano más odiado. El corresponsal de la BBC en Qatar —donde los muchachos del Centcom se jactaban con ampulosidad de que contaban con información «a tiempo real» de que Sadam estaba allí— utilizó la habitual jerga militar para justificar lo injustificable. La «Coalición», anunció, sabía

que tenía «material sensible al factor tiempo» —esto es, que no tendrían tiempo de saber si estaban matando a humanos inocentes en el fomento de su causa— y que ese «material procesable» (de nuevo, cito la repugnante noticia de la BBC) no estaba «libre de riesgos».

Después pasó a describir, sin un momento de reflexión sobre las cuestiones morales pertinentes, que los estadounidenses habían utilizado sus cuatro bombas «revientabúncers» de una tonelada para arrasar hogares civiles. Eran las mismas piezas de artillería que la fuerza aérea estadounidense había utilizado en su frustrado intento de matar a Osama bin Laden en las montañas de Tora Bora en el 2001. Así pues, las usábamos de nuevo, a conciencia, contra los endebles hogares de civiles bagdadíes —gente que, por lo demás, sería merecedora de la «liberación» que deseábamos conferirles— con la esperanza de que esa apuesta, una pequeña «información secreta» sobre Sadam, mereciera la pena<sup>[4]</sup>.

La Convención de Ginebra tiene mucho que decir al respecto. Se refiere explícitamente a los civiles como a personas protegidas que deben contar con el amparo de una potencia bélica aunque se encuentren en presencia de adversarios armados. La misma protección se exigió para los civiles del sur del Líbano cuando Israel lanzó su brutal operación Uvas de la Ira en 1996. Cuando el piloto israelí, por ejemplo, disparó su misil Hellfire de fabricación estadounidense contra la ambulancia de Mansuri, en el Líbano, y mató a tres niños y a dos mujeres, los israelíes arguyeron que un guerrero de Hezbolá iba también en el vehículo. La alegación resultó ser falsa. Sin embargo, Israel fue condenado con toda razón por haber asesinado a civiles con la esperanza de matar a un combatiente enemigo. Esta vez estábamos haciendo exactamente lo mismo. Así que basta de críticas ñoñas de Occidente a Israel después haber lanzado «revientabúncers» en el barrio de Mansur.

Cada vez cometíamos más crímenes de este tipo. La matanza de más de 400 civiles en el refugio antiaéreo de Amariya, en Bagdad, durante la guerra del Golfo de 1991, se llevó a cabo con la esperanza de matar a Sadam. En la campaña de Serbia de 1999, atacamos áreas civiles en repetidas ocasiones —después de darnos cuenta de que el ejército yugoslavo había abandonado sus cuarteles— y, en uno de los incidentes más atroces, hacia el final de la guerra, un avión a reacción estadounidense bombardeó un estrecho puente de carretera. La OTAN dijo que el puente podía ser utilizado por tanques, aunque en aquel momento no hubiera ninguno. De hecho, el puente era demasiado estrecho para dar cabida a un tanque. Sin embargo, otro piloto regresó para bombardearlo de nuevo, justo cuando el equipo de salvamento intentaba rescatar a los heridos. Entre las víctimas de la segunda bomba había niñas en edad escolar. Una vez más, lo olvidamos en nuestra euforia tras ganar la guerra.

¿Por qué? ¿Por qué no podemos acatar las reglas de la guerra que con razón exigimos que obedezcan los demás? ¿Por qué los periodistas —siempre igual, una guerra tras otra— colaboran en esta inmoralidad convirtiendo un acto despiadado, cruel e ilegal en un «nuevo giro» o en «material sensible al factor tiempo»? Las

guerras tienen la costumbre de convertir a personas normalmente cuerdas en animadoras, de transformar a periodistas racionales en horribles e inflados coroneles imaginarios. Sin embargo, no cabe duda de que todos deberíamos llevar encima la Convención de Ginebra para ir a la guerra, junto con los libros de historia. Y es que los únicos que se beneficiarán de nuestros propios crímenes de guerra serán la próxima generación de Sadam Huseins. ¿No es eso lo que los insurgentes acabarían aprendiendo al cabo de semanas y meses de ocupación?

No obstante, siempre podíamos respaldarnos en el argumento que se convertiría en indefectible durante los meses y los años siguientes, la cita más citable, la frase más fácil del libro, el último recurso del sinvergüenza en Iraq: Sadam era peor. Nosotros no éramos tan malos como Sadam. No matábamos ni torturábamos en la cárcel de Abu Ghraib —estas salvedades serían rechazadas más adelante por razones obvias—, porque nosotros éramos civilizados, liberadores, demócratas que creíamos en la libertad. Eramos los buenos.

Así pues, en esas primeras horas de la «liberación» de Bagdad fui a echar un vistazo al corazón de las tinieblas. Caminé por entre los cartuchos de la batalla del puente de Jumuriya, que cubrían la carretera como hojas invernales —el tanque cuyo obús había matado a mis dos compañeros seguía allí, con las escotillas bajadas—, y crucé la gran puerta imperial del palacio presidencial de Sadam. Dentro se encontraba lo más sagrado de entre lo sacro, el arca de la alianza baazista de Sadam, su mismísimo trono. El asiento estaba tapizado de terciopelo azul y era suave, cómodo de una forma recta y práctica, con grandes reposabrazos dorados sobre los que sus manos —pues Sadam estaba obsesionado con sus manos— podían descansar, y sin ninguna puerta detrás por la que un asesino pudiera entrar en la sala. No había escabel, pero los sofás y los asientos de la enorme sala de reuniones privada del palacio de Sadam colocaban a todos los funcionarios a un nivel ligeramente inferior al del califa.

¿Que si me senté en el trono de Sadam? Por supuesto que sí. En el alma de todos hay algo oscuro que requiere una comprensión de lo maligno en lugar de lo bueno, porque —supongo— nos fascinan más los mecanismos de la crueldad y el poder que los ángeles. Así pues, me senté en ese trono azul, posé mis manos en los reposabrazos dorados y contemplé esa sala oscurecida y llena de destellos áureos en la que hombres de mucho poder se sentaban aterrorizados por ese otro hombre que solía sentarse en el lugar que yo ocupaba. «Conocía la locura humana como la palma de su mano», escribió Auden. Ay, sí, las manos.

Tras el trono colgaba un gran tapiz de la mezquita de Al Aqsa de Jerusalén —sin asentamientos judíos—, de modo que la tercera ciudad más sagrada del islam colgaba por encima de la cabeza del más poderoso de los guerreros iraquíes. Y frente al asiento de Sadam —no había electricidad, la sala estaba a oscuras y la luz de linterna

que iluminaba el lienzo opuesto sólo podía suscitar un suspiro de asombro y una horrible iluminación— había una obra diferente de arte baazista. Representaba un grupo de enormes misiles, con llamas de un blanco incandescente en la cola, surcando los cielos en dirección a un cielo siniestro y bordeado de nubes; cada cohete, enguinaldado por una bandera iraquí y las palabras «Dios es grande».

Lo divino y lo impío se encontraban frente a frente en ese edificio central del poder baazista. La 3.<sup>a</sup> División de Infantería estadounidense, acampada en las marmóreas salas y las habitaciones del servicio, había buscado en vano los túneles subterráneos que se creía que unían ese complejo con el contiguo Ministerio de Defensa, destrozado por las bombas. Habían contenido a los saqueadores —aunque encontré a algunos robando televisores y ordenadores en villas más pequeñas del complejo de palacio— porque, según decían, el general Tommy Franks seguramente establecería allí su proconsulado y, si Washington lograban crear un gobierno iraquí sumiso, una nueva administración designada por los Estados Unidos podría dirigir el país desde ese enorme complejo pseudosumerio al cabo de pocos meses.

Encontrarían la piscina de Sadam intacta, junto con sus espaciosos palmerales y jardines de rosas. De hecho —cuan frecuente es que los hombres brutales se rodeen de belleza—, el aroma de las rosas seguía inundando aún las colosales salas de mármol, las cámaras y los pasadizos subterráneos del Palacio de la República. Había peonías y capuchinas, las rosas eran rojas y rosadas, blancas y carmesíes, cubiertas de pequeñas mariposas, y el agua —aunque la 3.<sup>a</sup> División de Infantería aún no había encontrado las bombas— salía a borbotones de las espitas de los arriates de flores. Había incluso un zoológico en miniatura con un viejo oso remolón y cachorros de león a los que los estadounidenses alimentaban con una oveja viva cada día. En el baño que había junto a la piscina de Sadam encontraron pilas de libros atados para llevarse los de allí —poesía iraquí y, quién lo habría dicho, volúmenes de jurisprudencia islámica—, mientras las máquinas de ejercicio aguardaban en el suelo para mantener en buena forma física al segundo Saladino. Su sexagésimo sexto cumpleaños se celebraría dos semanas después. Sobre la puerta se veían las iniciales «S. H»..

Al recorrer los kilómetros de pasillos —después de andar los tres kilómetros de carretera hasta llegar al palacio y de atravesar aún más campos de rosas, palmerales, montañas de munición gastada y el aroma de algo horrible y muerto más allá de los arriates—, quedaba uno sorprendido por la mezcla obsesiva de gloria y banalidad. Las arañas de luces de 4,5 metros inspiraban admiración, pero los accesorios de oro macizo del baño —el portarrollos de oro macizo, la cadena de oro macizo— creaban una especie de agresión cultural. Si se suponía que había que sentirse intimidado por el poder de Sadam —igual que el Coliseo y los arcos triunfales estaban ideados para impresionar al pueblo de Roma—, ¿qué había que inferir de las estrechas escaleras de mármol tosco o de las grandes paredes marmóreas de la antecámara, con sus techos de pan de oro, llenas de grabados con citas de los discursos interminablemente

aburridos y pensamientos de «Su Excelencia el presidente Sadam Husein»?

«Fascista» es la palabra que viene a la mente, pero fascismo con un toque de Don Corleone añadido. En esa gran sala de reuniones se congregaba el séquito —los altos cargos del Baaz, los miembros del aparato de seguridad de los que dependía el régimen—, intentando a la desesperada mantenerse despiertos mientras su dirigente se embarcaba en disertaciones de cuatro horas sobre el estado del mundo y el lugar que ocupaba Iraq en él. Cuando hablaba de sionismo, podían admirar la mezquita de Al Aqsa. Cuando enfurecía, podía mirar hacia los feroces misiles que avanzaban hacia ese cielo encapotado con opresoras nubes que lo ocupaban todo.

Sus palabras estaban grabadas incluso en la mampostería de los muros exteriores de palacio, donde cuatro bustos de 6 metros del gran guerrero Hammurabi, con yelmo medieval, se miraban unos a otros. Hammurabi, no obstante, tenía bigote y —era asombroso darse cuenta— una extraordinaria semejanza con Sadam Husein. ¿De veras podría el gobierno del «nuevo Iraq» celebrar sus reuniones de ministros allí, con esos cuatro monstruos vigilando sus Mercedes estadounidenses? Respuesta: no. Una grúa se llevó las estatuas al cabo de seis meses.

El pan de oro, el mármol, las arañas, la altura y la profundidad mismas de los salones lo dejaban a uno sin aliento. En una sala, una cúpula de panteón pendía en lo alto, sobre las paredes, y al gritar «Sadam» oí el eco de la palabra durante casi un minuto. Estoy absolutamente convencido de que el propio Sadam hacía exactamente eso. Si podía ordenar a sus albañiles que grabaran su nombre en las paredes, seguro que querría oírlo repetido en las alturas de su palacio.

Mucho más abajo se encontraba el cine privado de Sadam, con sus asientos de charol azul y dos rollos de película —una francesa y otra rusa— esperando aún la proyección final. Fuera, más allá de las grandes extensiones de césped y las fuentes, aguardaban los tanques Abrams de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería estadounidense, que transmitían con sus nombres la banalidad y el poder de otro país. En sus cañones se leía cómo habían apodado los tripulantes a sus mastodontes acorazados. *Perro Atómico. Aniquilador. Abrasador. Ántrax. Angustia. Agamenón.* A Sadam le habría parecido bien.

Bagdad ardía. Conté dieciséis columnas de humo que se elevaban desde la ciudad la tarde del 11 de abril. La primera fue en el Ministerio de Comercio. Vi a los saqueadores verter gasolina por las ventanas rotas de la planta baja y el incendio se declaró allí en cuestión de segundos. Después un conjunto de oficinas al final del puente de Jumuriya que despedían nubes de un humo negro y sulfúrico. A media tarde me encontraba frente al Banco Central de Iraq cuando de cada una de sus ventanas empezaron a salir llamas como si fueran velas y sobre el Tigris se corrió un telón de ceniza y papel ardiendo de kilómetro y medio.

A medida que el botín fue menguando, los saqueadores se fueron cansando

también y —la historia de Bagdad nos repite que la anarquía toma esa forma— empezaron a incendiar los símbolos del gobierno. Los estadounidenses hablaban de una «nueva postura», pero no hacían nada. Enviaban patrullas blindadas al este de la ciudad, tanques Abrams, Humvees y vehículos de combate Bradley, pero los soldados se limitaban a hacerles señas a los incendiarios. En el antiguo mercado árabe encontré a una mujer que lloraba junto a su marido. «Estamos destruyendo lo que ahora es nuestro —le decía—. Estamos destruyendo nuestro futuro».

Las llamas se extendían. A media tarde, el hotel Al Sadeer ardía... El ejército de niños ladrones que había sido enviado al edificio ya había robado la ropa de cama y los colchones, las camas y las mesas, incluso el mostrador de recepción y su montaña de llaves de hierro. Después empezaron a salir columnas de humo negro del imponente Ministerio de Industria, un bloque de hormigón de concepción al estilo Tercer Reich. Todas las calles importantes estaban cubiertas de papeles, muebles desechados, coches robados y destrozados, y artículos de las pequeñas tiendas que no habían sido protegidas con puertas blindadas por sus propietarios. Al final los bancos también fueron saqueados. Desde la caída del dinar iraquí —el dólar se cambiaba a más de 4000 dinares—, nadie se había molestado en forzar la entrada de las entidades financieras. Sin embargo, esa mañana vi a una muchedumbre que irrumpía en el Rafidain Bank, cerca del despacho del gobernador de Bagdad, arrastraba una gigantesca caja fuerte de hierro hasta la puerta y la abría con palancas. Dado el valor del dinar, habrían hecho mejor en dejar el dinero dentro y robar la caja fuerte.

Los carroñeros de Iraq robaban y destruían todo lo que los estadounidenses les dejaban saquear y quemar... Pero un recorrido en coche de dos horas por Bagdad dejaba ver con toda claridad qué intentaban proteger los Estados Unidos, supuestamente para su propio uso. Tras días de incendio y pillaje recopilé una lista breve pero reveladora. Las tropas estadounidenses se habían sentado a esperar mientras la turba destrozaba y luego prendía fuego a los ministerios de Planificación, Educación, Irrigación, Comercio, Industria, Asuntos Exteriores, Cultura e Información. No hicieron nada para impedir que los saqueadores destruyeran tesoros de valor incalculable de la historia iraquí en el Museo Arqueológico de Bagdad y en el museo de la septentrional ciudad de Mosul, ni que arrasaran tres hospitales.

Sin embargo, desplegaron cientos de soldados dentro de dos ministerios que seguían intactos —e intocables—, con tanques, vehículos blindados y Humvees rodeando ambas instituciones. ¿Cuáles eran esos ministerios que resultaban tan importantes para los estadounidenses? Bueno, pues el Ministerio del Interior, claro está —con su enorme tesoro de información de los servicios secretos de Iraq—, y el Ministerio del Petróleo. Los archivos y los informes sobre el bien más valioso de Iraq —sus yacimientos petrolíferos y, aún más importante, sus enormes reservas, quizá las mayores del mundo— estaban asegurados, sellados y a salvo de la turba y los saqueadores, y podrían compartirse —como Washington debía de tener intención de hacer— con las compañías petroleras estadounidenses.

Aquello suscitaba una interesante reflexión sobre los supuestos objetivos de guerra de los Estados Unidos. Ansiosos por «liberar» Iraq, permitían a su pueblo destruir la infraestructura del gobierno además de la propiedad privada de los secuaces de Sadam. El gobierno de Bush insistía en que el Ministerio del Petróleo era una parte fundamental del patrimonio de Iraq, que los yacimientos tenían que mantenerse en fideicomiso «para el pueblo iraquí». Sin embargo, ¿no era el Ministerio del Comercio —incendiado de nuevo el 14 de abril por un emprendedor pirómano— también fundamental para el futuro del pueblo iraquí? ¿No eran los ministerios de Educación e Irrigación —que aún ardían con intensidad— primordiales para el próximo gobierno iraquí? Los estadounidenses, como sabemos ahora, podían dedicar 2000 soldados a la protección de los yacimientos petrolíferos de Kirkuk, que contienen probablemente las mayores reservas del mundo, pero no podían desplegar ni 200 soldados para proteger el museo de Mosul de los ataques.

Los estadounidenses no hacían más que hablar de su «nueva postura». Patrullas blindadas y de infantería aparecían de pronto en las calles de clase media de la capital y ordenaban a los jóvenes que arrastraban neveras, muebles y televisores que dejaran su botín en la calzada si no podían demostrar que eran sus propietarios. Era lamentable. Después de haber dejado que destrozaran el equivalente a miles de millones de dólares en edificios gubernamentales, ordenadores y archivos, los estadounidenses detenían a adolescentes que se llevaban sillas de segunda mano sin ningún valor en sus carros tirados por mulas. La muchedumbre que se reunía por las tardes frente a las líneas estadounidenses a la entrada del hotel Palestina empezó a exhibir una especial rabia. El 12 de abril corearon: «Paz, paz, paz... Queremos un nuevo gobierno iraquí que nos dé seguridad». Dos días después, algunos gritaban: «Bush Sadam, son lo mismo».

Sin embargo, aún estaba por venir algo peor, mucho peor. Ni en todos mis sueños de destrucción habría imaginado jamás que un día entraría al Museo Arqueológico Nacional de Iraq y encontraría profanados sus tesoros. Todo estaba esparcido por los suelos, decenas de miles de piezas, las antigüedades de valor incalculable de la historia iraquí. Los saqueadores habían ido de un estante a otro y habían derribado sistemáticamente las estatuas, las vasijas y las ánforas de asirios, babilonios, sumerios, medos, persas y griegos, las habían lanzado contra los suelos de hormigón. Bajo mis pies crujían los restos de plintos de mármol y estatuas de piedra de 5000 años de antigüedad, de vasijas que habían sobrevivido a todos los asedios de Bagdad, a todas las invasiones de Iraq de la historia; que no habían sido destrozados hasta que los Estados Unidos «liberaron» la ciudad. Lo hicieron los iraquíes. Se lo hicieron a su propia historia, destruyeron físicamente las pruebas de los milenios de civilización de su propia nación.

Desde que los talibanes se embarcaran en su orgía de destrucción contra los budas de Bamiyán y las estatuas del museo de Kabul —y, antes de eso, quizá desde la Segunda Guerra Mundial o antes aún— no se habían destrozado tantos tesoros

arqueológicos tan gratuita y sistemáticamente. «Esto es lo que nuestro propio pueblo le ha hecho a nuestra historia», dijo el hombre de túnica gris mientras paseábamos las linternas por los montones de vasijas sumerias y estatuas griegas que una vez fueron perfectas y que ahora estaban decapitadas y amputadas en el almacén del Museo Arqueológico Nacional de Iraq.

«Necesitamos que los soldados estadounidenses custodien lo que nos ha quedado. Necesitamos a los estadounidenses aquí. Necesitamos policía». Pero lo único que vio el 12 de abril del 2003 el guarda del museo, Abdul-Setar Abdul-Jaber, fue un intercambio de disparos entre los saqueadores y los habitantes locales, las balas que silbaban por encima de sus cabezas a la entrada del museo y que rozaban los muros de las viviendas colindantes. «Mire esto —dijo, mientras recogía del suelo un gran trozo de cerámica con delicadas cenefas y bordes bellamente decorados que se interrumpían de forma abrupta allí donde la vasija (que en su forma original debía de tener unos 60 cm de alto) había quedado partida en cuatro—. Ésta era asiria». Los asirios gobernaron casi dos mil años antes de Cristo.

¿Qué hacían los estadounidenses como nuevos gobernantes de Bagdad? Bueno, esa mañana estaban reclutando a los odiados expolicías de Sadam para restaurar la ley y el orden por ellos. El último ejército en hacer algo semejante había sido la fuerza de Mountbatten, que empleó en el sudeste asiático al derrotado ejército japonés para controlar las calles de las ciudades vietnamitas —con las bayonetas ajustadas— tras la reconquista de Indochina en 1945. Frente al hotel Palestina se formó una cola de expolicías bagdadíes vestidos con respetabilidad después de que se emitiera por la radio un comunicado llamándolos a reanudar sus «tareas» en las calles. Ya entrada la tarde, al menos ocho antiguos oficiales de alto grado, bastante gruesos, todos de uniforme verde —el mismo color que los uniformes del Baaz iraquí— se presentaron acompañados por un marine para ofrecer sus servicios a los estadounidenses.

Sin embargo, no había ningún indicio de que alguno de ellos fuese a ser destinado al Museo Arqueológico. En Bagdad no había electricidad —como tampoco había agua, ni ley ni orden— y, por tanto, avanzamos a tientas en la oscuridad del sótano del museo, tropezando con estatuas caídas y chocando con toros de alas rotas. Al iluminar con la linterna una estantería lejana me quedé sin aliento. Absolutamente todas las vasijas y los jarrones —«3500 a. C.», decía en una esquina del estante— habían sido destrozados. ¿Por qué? ¿Cómo pudieron hacerlo? ¿Por qué, cuando la ciudad ya estaba en llamas, cuando se había desencadenado la anarquía —y menos de tres meses después de que arqueólogos estadounidenses y funcionarios del Pentágono se reunieran para debatir sobre los tesoros del país e incluir el Museo Arqueológico de Bagdad en una base de datos militar— permitían los estadounidenses que la turba destruyera una parte tan grande del inestimable patrimonio de la antigua Mesopotamia? Y todo eso sucedía mientras el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, le hablaba con desprecio a la prensa por afirmar que en Bagdad imperaba

la anarquía. «Estas cosas pasan», dijo. ¿De verdad podía haber tantas vasijas en Iraq?

Durante más de 200 años, arqueólogos occidentales y locales han recuperado los restos de este núcleo de las primeras civilizaciones en palacios, zigurats y tumbas de 3000 años de antigüedad. Sus decenas de miles de fichas de archivo manuscritas —a menudo escritas en inglés y con una delicada caligrafía decimonónica— estaban esparcidas por entre las estatuas. Recogí un pequeño fragmento. «Finales del siglo II, núm. 1680», decía en lápiz por la cara interior. Para llegar al almacén, la gente había perforado puertas de acero macizo, habían entrado desde un patio trasero y se habían llevado estatuas y tesoros pasando por delante de un grupo electrógeno para cargarlas en coches y camiones.

Los saqueadores se habían marchado unas horas antes de mi llegada y nadie —ni siquiera el guarda del museo con su túnica gris— tenía la menor idea de cuánto se habían llevado. Habían reventado una urna de cristal que había contenido una piedra de 40 000 años de antigüedad y varios objetos de sílex. Estaba vacía. Nadie sabe qué sucedió con los bajorrelieves asirios del palacio real de Jorsabad, ni con los sellos de 5000 años, ni con los pendientes de pan de oro de 4500 años de antigüedad que fueran enterrados con princesas sumerias. En la espaciosa biblioteca del museo, sólo unos pocos libros —en su mayor parte obras del siglo XIX sobre arqueología— parecían haber sido robados o destruidos. Los saqueadores concedían poco valor a los libros. Encontré una colección completa de *The Geographical Journal* aún intacta que abarcaba del año 1893 al 1936 —junto a ella yacía un libro en rústica titulado *Baghdad, The City of Peace* (Bagdad, la ciudad de la paz)—, pero miles de ficheros habían volado de los archivadores para acabar en el hueco de la escalera y los balaustres.

Arqueólogos británicos, franceses y alemanes fueron decisivos en el descubrimiento de los tesoros antiguos más valiosos de Iraq; y esa gran arabista británica, conspiradora diplomática y espía, Gertrude Bell, la «reina sin corona de Iraq», cuya tumba se encuentra no muy lejos del museo, fue una entusiasta defensora del trabajo de todos ellos. Los alemanes construyeron el actual museo que se alza junto al Tigris y que no volvió a abrirse al público hasta el año 2000, tras permanecer nueve cerrado, desde la primera guerra del Golfo.

Sin embargo, mientras los estadounidenses cercaban Bagdad, los soldados de Sadam mostraron prácticamente el mismo desprecio por sus tesoros que los saqueadores. Aún hoy resulta fácil identificar sus trincheras y puestos de artillería, ya vacíos, en los patios del museo; uno de ellos se excavó junto a una inmensa estatua de piedra que reproduce un toro alado. Sólo unas semanas antes, Jabir Jalil Ibrahim, director del Consejo Estatal de Antigüedades de Iraq, se había referido al contenido del museo como a «el patrimonio de la nación». No se trataba sólo, según dijo, de «objetos para ver y disfrutar: nos proporcionan la fuerza necesaria para mirar hacia el futuro. Representan la gloria de Iraq». Ibrahim había desaparecido temporalmente, como tantos otros funcionarios gubernamentales de Bagdad, y Abdul-Jaber y sus

compañeros intentaban ahora defender lo que quedaba de la historia de su país con una colección de fusiles Kaláshnikov. «No queremos armas, pero ahora todo el mundo debe disponer de ellas —afirmó—. Tenemos que defendernos porque los estadounidenses han permitido que ocurra esto. Libraban una guerra contra un hombre, entonces ¿por qué nos abandonan a su guerra y a estos criminales?» Media hora después contacté con la Unidad de Asuntos Civiles de los Marines de Estados Unidos, en la calle Saadún, y les informé de la ubicación exacta del museo y de las condiciones en que se encontraban sus contenidos. Un capitán me dijo que «es probable que nos acerquemos». Demasiado tarde. La historia de Iraq ya había quedado arrasada a manos de los saqueadores que los estadounidenses dejaron sueltos en la ciudad durante su «liberación».

Sin embargo, la «liberación» ya se había convertido en ocupación. Enfrentados en la plaza Fardus a una multitud de iraquíes furibundos que reclamaban al nuevo gobierno iraquí «protección, seguridad y paz», los marines, que deberían haber estado proporcionando esa protección, permanecieron hombro contra hombro frente a ellos con las armas preparadas. La realidad que los estadounidenses —y, por supuesto, el señor Rumsfeld— no conseguían entender era que, bajo el régimen de Sadam, los pobres y los desposeídos siempre habían sido los musulmanes chiíes y que la clase media siempre había sido suní (como lo era el propio Sadam). Por tanto, eran los suníes quienes sufrían el saqueo de manos de los chiíes. Y por tanto, los tiroteos que estallaron entre propietarios y saqueadores fueron, en efecto, un conflicto entre musulmanes suníes y chiíes. «Al no ser capaces de acabar con esta violencia, al avivar el odio étnico por medio de la pasividad, los estadounidenses están provocando una guerra civil en Bagdad», escribí aquella noche para *The Independent*:

He pasado más de una hora conduciendo por la ciudad. Centenares de calles están ahora cerradas por barricadas de bloques de cemento, coches quemados y troncos, y vigiladas por hombres armados, dispuestos a matar a los desconocidos que supongan una amenaza para sus hogares o sus comercios... Ayer, varias patrullas de marines se aventuraron en el extrarradio y se posicionaron junto a los hospitales que ya habían sido saqueados, pero al anochecer, y por tercer día consecutivo, se vieron llamas en toda la ciudad. Anoche el ayuntamiento ardía, y en el horizonte otros incendios de gran magnitud despedían columnas de humo de varios kilómetros de altura. Un poco demasiado tarde. Ayer, un grupo de ingenieros químicos y especialistas en purificación de aguas se apersonaron en el cuartel general de los marines suplicando protección para poder reanudar su trabajo. Los obreros encargados del suministro de electricidad también se presentaron allí. Sin embargo, Bagdad es ya una ciudad en guerra contra sí misma, a merced de los pistoleros y los ladrones. «¡Eres estadounidense! —me gritó en inglés una mujer—. Vuelve a tu país. Márchate. No te queremos aquí. Odiábamos a Sadam y ahora odiamos a Bush porque está destruyendo nuestra ciudad». Era una bendición que esa mujer no pudiera visitar el Museo de Antigüedades para ver por sí misma que el patrimonio de su país — así como su ciudad— había sido destruido.

Y así, el 14 de abril se produjo la quema de libros. Primero llegaron los saqueadores, después los incendiarios. Era el capítulo final del saqueo de Bagdad. La Biblioteca y los Archivos Nacionales —un tesoro inestimable de documentos otomanos que englobaban también los archivos reales de Iraq— quedaron reducidos a cenizas a una temperatura de 3000 grados. Después, la biblioteca coránica del

Ministerio de Legado Religioso ardió en llamas. Vi a los saqueadores. Uno de ellos me maldijo cuando intenté arrebatar un libro de derecho islámico a un chico que no superaba los diez años de edad. Entre las cenizas de cientos de años de historia iraquí tan sólo encontré un archivo volando al viento: páginas y más páginas de cartas manuscritas, la correspondencia mantenida entre la corte del jerife Husein de La Meca —quien inició la sublevación árabe contra los turcos de Lawrence de Arabia— y los soberanos otomanos de Bagdad.

Y los estadounidenses no hicieron nada. Sobre el mugriento patio volaban cartas de recomendación a las cortes de Arabia, solicitudes de munición para las tropas otomanas, informes de robos de camellos y agresiones a los peregrinos..., todos ellos escritos con una delicada caligrafía en alfabeto árabe. Tenía en mis manos los últimos vestigios de la historia escrita de Bagdad. Sin embargo, para Iraq ése era el Año Cero; con la destrucción del Museo de Antigüedades y la quema de los Archivos Nacionales y, después, de la biblioteca coránica del ministerio que se encontraba a 500 metros de allí, la identidad cultural de Iraq estaba siendo borrada. ¿Por qué? ¿Quién prendió aquellos fuegos? ¿Con qué demente finalidad se destruía aquel legado?

Cuando vi arder la biblioteca coránica —de sus ventanas salían llamas de 30 metros de altura—, corrí a las oficinas de las fuerzas de ocupación, la Unidad de Asuntos Civiles de los marines, para informar de lo que acababa de presenciar. Un oficial le gritó a un colega: «Este tipo dice algo de que una biblioteca bíblica está ardiendo». Les indiqué su ubicación en el mapa, les di el nombre concreto del edificio —en árabe y en inglés—, les dije que el humo podía verse a tres millas de distancia y que sólo se tardaba cinco minutos en llegar allí en coche. Media hora después, seguía sin haber ni un sólo estadounidense en el lugar... y las llamas alcanzaban ya los 60 metros.

Hubo un tiempo en que los árabes afirmaban que sus libros se escribían en El Cairo, se imprimían en Beirut y se leían en Bagdad. Ahora en Bagdad las bibliotecas ardían. Los Archivos Nacionales no sólo guardaban los registros otomanos del Califato, sino también los días más oscuros de la historia moderna del país, relatos manuscritos de la guerra Irán-Iraq de 1980-1988 con fotografías personales y diarios militares, toda una hemeroteca de periódicos occidentales —volúmenes encuadernados de *Financial Times* yacían en el pavimento frente al antiguo Ministerio de Defensa— y copias en microficha de periódicos árabes que se remontaban hasta principios del pasado siglo. Los lectores de microfichas también ardieron.

Periódicos palestinos de los primeros años de la OLP —incluso las publicaciones de la «Célula de Liberación de Cachemira»— salpicaban el suelo. Sin embargo, los informes y los archivos más antiguos se encontraban en las plantas superiores de la biblioteca, frente al Ministerio de Defensa, en cuyo incendio, a juzgar por la pericia con que se produjo, debió de emplearse gasolina. La potencia del calor fue tal que el

suelo de mármol se combó y la escalera de hormigón por la que subí, entre una indescriptible extensión de documentos aún en llamas, había quedado resquebrajada en aquel horno. Los periódicos que tapizaban el suelo seguían demasiado calientes para tocarlos, no lucían ya tinta ni letras y se desmenuzaban en cenizas en cuanto los rozaba. Una vez más, de pie en aquella mortaja de humo azul y ascuas, me hice la misma pregunta: «¿Por qué?».

Pues bien, a modo de dolorosísimo reflejo de lo que esto significa, permítanme citar los fragmentos de papel que encontré fuera, en la calle, mecidos por el viento, escritos por hombres que llevaban ya mucho tiempo muertos, que los habían dirigido a la Sublime Puerta de Constantinopla o a la Corte del Jerife de La Meca con expresiones de lealtad y que los habían firmado como «vuestro esclavo». Había una solicitud para proteger a una caravana de camellos que transportaba té, arroz y azúcar, rubricada por Husni Attiya al Hijazi (quien recomendaba a Abdul Gani Naim y a Ahmed Kindi como mercaderes honrados), otra petición de perfume y una advertencia de Jaber al Ayashi, de la corte real del jerife Husein, a Bagdad avisando de robos en el desierto. «El único motivo de la presente es ofrecer nuestro consejo, por el que seréis generosamente recompensados —afirmaba al Ayashi—. Si no lo aceptáis, ya os hemos advertido». Un toque de Sadam. Estaba datado con fecha de 1912.

Algunos de los documentos ofrecían una relación del coste de las balas, los caballos militares y la artillería de los ejércitos otomanos destinados en Bagdad y Arabia; otros registraban la inauguración de la primera conexión telefónica con Heyaz —que pronto sería Arabia Saudí—, mientras que uno de ellos narraba, desde la población de Azraq, en la actual Jordania, el robo de prendas en una recua de camellos a manos de Alí bin Kasem, quien atacó a sus interrogadores «con un cuchillo e intentó apuñalarlos, pero fue dominado y más tarde sobornado». Había también una carta de recomendación del siglo XIX para un mercader, Yahyia Mesudi, «hombre de elevados principios, de buena conducta y que trabaja con el gobierno [otomano]».

Ese, en otras palabras, era el tapiz de la historia de Arabia, de todo cuanto quedaba de ella y que yo recogí en la calle<sup>[5]</sup>, mientras la masa de documentos de siglos de antigüedad crepitaba todavía en el inmenso calor de las ruinas de los Archivos Nacionales. El jerife Husein de Heyaz soberano de La Meca —cuyos cortesanos fueron autores de muchas de las cartas que salvé— fue después derrocado por los saudíes. Fue su hijo Faisal quien se erigió en rey de Iraq, y el hermano de Faisal, Abdulá, quien se convirtió en el primer rey de Jordania, el padre del rey Hussein y abuelo del actual monarca jordano, el rey Abdulá II.

Durante casi un milenio, Bagdad fue la capital cultural del mundo árabe, la población más cultivada de Oriente Próximo. El nieto de Gengis Jan incendió la ciudad en el siglo XIII y, según se decía, el Tigris fluyó negro a causa de la tinta de los libros. Esta vez, las cenizas negras de miles de documentos antiquísimos llenaban los

cielos de Iraq. ¿Por qué? ¿Quién envió a los saqueadores? ¿Quién envió a los incendiarios? ¿Los pagaron? ¿Quién quería destruir la identidad del país?

El proyecto estadounidense en Iraq estaba torciéndose más deprisa de lo que cualquiera habría imaginado. «El ejército de “liberación” ya se ha convertido en un ejército de ocupación», escribí para mi periódico el 16 de abril:

... Incluso los marines estadounidenses de Bagdad comentan los insultos de los que son objeto. «¡Largo! ¡Fuera de mi vista!», le gritó un soldado estadounidense a un iraquí que intentaba atravesar los alambres que rodeaban a una unidad de infantería ayer en la capital. Vi el rostro del hombre, iracundo. «¡Dios es grande! ¡Dios es grande!», repuso el iraquí. «¡Que te jodan!»

Es mucho peor. Los estadounidenses han hecho público un «Mensaje para los ciudadanos de Bagdad», un documento tan colonial en espíritu como falto de sensibilidad en el tono. «Por favor, eviten salir de casa durante la noche después de las oraciones de la tarde y antes de la llamada a las oraciones de la mañana —le dice al pueblo bagdadí—. Se sabe que, durante esas horas, fuerzas terroristas asociadas al antiguo régimen de Sadam Husein, además de varios elementos criminales, se mueven por la zona... por favor, no salgan de casa durante esas horas. En todo momento, acérquense a las posiciones militares de la Coalición con extrema precaución, por favor...» De modo que ahora, sin electricidad ni agua corriente, los millones de iraquíes que viven aquí reciben la orden de quedarse en casa desde el anochecer hasta el alba. Encerrados. Es una forma de encarcelamiento. En su propio país.

El documento, redactado por el oficial al mando de la 1.<sup>a</sup> División de la Marina, lo tiene todo de toque de queda menos el nombre. «Si yo fuera iraquí y leyera eso —me dijo ayer gritando una mujer árabe—, me convertiría en terrorista suicida». Por todo Bagdad se oye lo mismo, tanto en boca de clérigos musulmanes chiíes como de hombres de negocios suníes, que los estadounidenses sólo han venido por el petróleo, y que pronto —muy pronto— surgirá una resistencia de guerrillas. No cabe duda de que los estadounidenses afirmarán que esos ataques son los «restos» del régimen de Sadam, o «elementos criminales». Pero no será ése el caso.

Ayer, oficiales de la marina estadounidense celebraron unas desesperadas conversaciones con un clérigo chií militante de Nayaf para prevenir un brote de violencia alrededor de la ciudad sagrada. Hablé con el prelado antes de que comenzaran las negociaciones. Me dijo que «la historia se repite». Se refería a la invasión británica de Iraq en 1917, que acabó en desastre para los ingleses. Para conseguir entrar a la población de Al Anbar, en el desierto, los agentes de los servicios secretos estadounidenses tuvieron que negociar ayer con los líderes tribales en el mejor restaurante de Bagdad.

Por todas partes se ven señales del derrumbe. Por todas partes se ven señales de que las promesas estadounidenses de «libertad» y «democracia» no van a ser cumplidas... Esto es lo que perciben los habitantes de Bagdad, y también lo que perciben los iraquíes de las principales ciudades del país. Pongamos por caso el inmenso aparato de seguridad del que se rodeó Sadam, las cámaras de tortura y la impresionante burocracia en la que se afianzó. El presidente Bush prometió que los Estados Unidos llevarían a cabo una campaña a favor de los derechos humanos en Iraq, que los culpables, los criminales de guerra, serían perseguidos y llevados a juicio. Ahora, los sesenta cuarteles secretos de la policía que hay en Bagdad están vacíos, también el complejo de cuarteles de casi 8 kilómetros cuadrados de los servicios secretos iraquíes. Yo he estado en muchos, pero ni un solo oficial británico o estadounidense ha visitado esos lugares para calibrar el valor de los documentos que se guardan allí ni hablar con los exprisioneros que visitan los enclaves del tormento sufrido. ¿Es por ociosidad? ¿O bien por voluntad propia?

Vayamos al centro de seguridad de Qasimiye, junto al río Tigris. Se trata una villa agradable —antiguamente propiedad de iraquíes nacidos en Irán y deportados a ese país en la década de 1980—, con un pequeño patio fuera y un macizo de arbustos. En un primer momento uno no percibe los ganchos que cuelgan del techo de cada una de las estancias ni el detalle de que las ventanas estén tapiadas con grandes láminas de papel rojo, con fotografías de futbolistas, para ocultar el interior a la vista de los curiosos. Pero los archivos de ese lugar de sufrimiento están por el suelo, en el jardín, en el tejado... Nos informan, por ejemplo, de que el responsable del centro de tortura era Hashem al Tikrit y de que su secretario se llamaba Rashid al Nakib. El exprisionero Mohamed Aish Jasem me mostró cómo había sido colgado del techo a manos de su torturador, el capitán Amar al Isaui, quien creía que Jasem era miembro del partido religioso Al Dawa.

«Me pusieron las manos a la espalda, así, y me las ataron, y después me colgaron de las muñecas —me explicó—. Utilizaron un pequeño generador para elevarme hasta el techo y luego soltaron la cuerda con la esperanza de que me rompiera un hombro al caer». Los ganchos del techo están justo enfrente del escritorio

del capitán Al Isai. Comprendí lo que significaba aquello. No había una cámara de tortura independiente ni una oficina aparte para la documentación. La cámara de tortura era el mismo despacho. Mientras el hombre o la mujer aullaban de dolor, el capitán Al Isai firmaba papeles, atendía llamadas telefónicas y —dado el contenido de su papelería— fumaba muchos cigarrillos a la espera de obtener la información que buscaba en sus prisioneros.

¿Eran monstruos, aquellos hombres? Sí. ¿Los buscan los estadounidenses? No. ¿Trabajan ahora para ellos? Sí, con toda probabilidad. De hecho, algunos bien podrían encontrarse en la larga cola de matones que se formaba todas las mañanas frente al hotel Palestina, hombres con la esperanza de volver a ser contratados por la Unidad de Asuntos Civiles de los marines. Los nombres de los guardias del centro de tortura de Qasimiye —se prohibía a los peatones caminar por aquella calle para que nadie oyera los gritos— figuran en los documentos esparcidos por el suelo. Eran Ahmed Hasan Alai, Akil Shahid, Noaman Abbas y Mohamed Fayad. Pero los estadounidenses no se han molestado en averiguarlo. De modo que los señores Alai, Shahid, Abbas y Fayad pueden presentarse con total tranquilidad para trabajar para ellos.

En los escritorios y los armarios hay papeles que identifican a los prisioneros. ¿Qué fue de Wahid Mohamed, Mayid Taha, Sadam Alí o Lazim Hmoud? Mejor que no lo sepamos. Una dama ataviada con chador negro se acercó al centro de tortura. Cuatro de sus hermanos habían sido llevados allí y, más tarde, cuando fue a preguntar qué había sucedido, le dijeron que los cuatro habían sido ejecutados. Le ordenaron que abandonara el edificio. Nunca vio ni enterró sus cadáveres... Un hombre me dijo que su hermano había sido llevado a aquel horrible lugar hacía veintidós años... y que no había vuelto a verlo.

¿Y los hombres que sufrieron con Sadam? ¿Qué tenían que decir? «No cometimos ningún pecado —me comentó uno de ellos, un hombre de cuarenta años de edad cuya condena consistía también en limpiar de sangre y heces la trampa del verdugo después de cada ejecución—. No somos culpables de nada. ¿Por qué nos han hecho esto? Sí, los Estados Unidos se han deshecho de Sadam, pero Iraq nos pertenece. Nuestro petróleo nos pertenece. Conservaremos nuestra nacionalidad. Seguirá siendo Iraq. Los estadounidenses tienen que marcharse».

Si los estadounidenses y los británicos quisieran comprender la naturaleza de la oposición religiosa de este lugar, bastaría con que consultaran las carpetas de los archivos del servicio secreto de Sadam. Yo encontré una, relativa al Expediente núm. 7481, con fecha del 24 de febrero de este año —pues los hombres del cuerpo de seguridad iraquí, el Mujabarat, seguían trabajando con ahínco contra los enemigos chiíes menos de un mes antes de la invasión estadounidense—, sobre el conflicto entre el jeque Mohamed al Yaqubi y Mujtada Sadr, el nieto de veintidós años de Mohamed Sadr, que fuera ejecutado por orden de Sadam hace ya más de dos décadas, una disputa que ponía de manifiesto tanto la pasión como la determinación con que los líderes religiosos chiíes luchan incluso entre sí. Pero, obviamente, nadie se ha molestado en leer ese material o, cuanto menos, en buscarlo.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, los agentes de los servicios secretos británicos y estadounidenses que hablaban alemán se trasladaron al derrotado Reich para pasar la aspiradora por todos los documentos que había en los miles de despachos que la Gestapo y la Abwehr tenían repartidos por la Alemania occidental. Los rusos hicieron lo propio en su zona. En Iraq, sin embargo, los británicos y los estadounidenses sencillamente han obviado las pruebas que hay por todas partes, listas para ser leídas. Aún existe otro lugar más terrible que los estadounidenses pueden visitar en Bagdad: los cuarteles generales de todo el aparato de los servicios secretos, un inmenso bloque pintado de gris, bombardeado por los estadounidenses, y una serie de villas y edificios de oficinas repletos de carpetas, papeles y ficheros.

Allí era adonde llevaban a los prisioneros políticos especiales de Sadam para someterlos a despiadados interrogatorios —siendo la electricidad un componente esencial de los mismos— y fue allí adonde llevaron a Farzad Bazoft, corresponsal de *The Observer*, para interrogarlo antes de entregarlo a su verdugo. También cuenta con senderos delicadamente protegidos del sol, una guardería —para las familias de los torturadores— y una escuela en la que un pupilo había escrito una redacción en inglés (tal vez convenientemente) sobre *Esperando a Godot*, de Beckett. Tiene asimismo un hospital diminuto y una calle llamada Libertad, y arriates de flores y buganvillas. Es el lugar más espeluznante de Iraq. Allí me encontré —algo extraordinario— a un científico especializado en energía nuclear que deambulaba atemorizado por el complejo, un colega del antiguo responsable de física nuclear de Iraq, el doctor Shahrastani. «Éste es el último lugar que jamás he querido ver y no regresaré nunca —me dijo—. Éste ha sido el lugar de mayor maldad de todo el mundo».

Sin embargo, los estadounidenses deberían visitarlo. Los principales responsables de seguridad del régimen de Sadam ocuparon las últimas horas de su gobierno en triturar millones de documentos. Encontré una enorme pila de bolsas de basura de plástico negro en la parte posterior de una villa, cada una de ellas embutida con jirones de miles de papeles. ¿No deberían ser llevados a Washington o a Londres y ser reconstruidos para desvelar sus secretos? Eso fue lo que hicieron los iraníes con los archivos triturados de la embajada

estadounidense de Teherán en 1980.

No obstante, una vez más, los estadounidenses no se han molestado en rebuscar entre esos papeles, o no quieren hacerlo. Si lo hicieran, encontrarían también los nombres de decenas de responsables de los servicios secretos iraquíes, muchos de ellos identificados en cartas de felicitación que los agentes de la policía secreta de Sadam insistían en enviarse entre sí cada vez que eran ascendidos. ¿Dónde están ahora, por ejemplo, el coronel Abdulaziz Saadi, el capitán Abdulsalam Salau, el capitán Saad Ahmed al Ayash, el coronel Saad Mohamed, el capitán Mayid Ahmed y decenas más? Tal vez nunca lo sepamos. O tal vez no debamos saberlo.

... También están los incendios que han consumido hasta el último de los ministerios de la ciudad —salvo, obviamente, el del Interior y el del Petróleo—, junto con las oficinas de las Naciones Unidas, las embajadas y los centros comerciales. He contado un total de 35 ministerios arrasados por el fuego, y la cifra sigue aumentando. Buen ejemplo de ello fue la escena del pasado miércoles. Iba en coche por Bagdad cuando vi una gran columna de humo negro que manchaba el horizonte. Me dirigí hacia allí para ver qué ministerio quedaba por arder y me encontré de pronto ante el Ministerio del Petróleo, diligentemente vigilado por soldados estadounidenses, algunos de los cuales llevaban la boca cubierta con trapos para protegerse de las nubes de humo que descendían sobre ellos desde el cercano Ministerio de Irrigación Agrícola. Cuesta creer que no se apercibieran que alguien estaba prendiendo fuego en el edificio contiguo, ¿no es cierto?

Entonces divisé otro incendio, tan sólo un fulgor, a tres kilómetros de allí. Fui en coche hasta el lugar, donde me encontré con que las llamas brotaban de todas las ventanas del Departamento de Informática del Ministerio de Educación Superior. Justo al lado, apostado contra la fachada, había un marine estadounidense que decía estar vigilando el hospital vecino y no saber quién había provocado el incendio en la puerta contigua porque «uno no puede mirar en todas direcciones a la vez». Ahora estoy seguro de que aquel marine no bromeaba ni mentía —si los estadounidenses no creen esta historia, el soldado en cuestión era el cabo Ted Nyholm, del 3.<sup>er</sup> Regimiento del 4.<sup>o</sup> Batallón de Marines, y, sí, llamé de su parte a su prometida, Jessica, a los Estados Unidos para transmitirle su amor—, pero algo va muy mal si a los soldados se les ordena que se limiten a contemplar cómo las muchedumbres incendian inmensos ministerios gubernamentales sin hacer nada al respecto.

Porque también hay algo muy peligroso —y extremadamente inquietante— en las multitudes que incendian los edificios de Bagdad, entre ellos las grandes bibliotecas y los archivos estatales. Y es que no son saqueadores. Los saqueadores son los primeros en llegar. Los incendiarios acuden después, a menudo en autobuses de un solo piso pintados de azul y blanco. Llegué a seguir a uno de ellos después de que sus pasajeros hubieran incendiado el Ministerio de Comercio y los vi huir de la ciudad a toda prisa. La postura de los agentes estadounidenses es afirmar que el saqueo es una venganza —una explicación cada vez más inconsistente— y que los incendios son obra de «vestigios del régimen de Sadam», sin duda los mismos «elementos criminales» que mencionan las órdenes de toque de queda de los marines a la población de Bagdad.

No obstante, la población de Bagdad no cree que los autores de esos incendios sean los antiguos partidarios de Sadam. Yo tampoco. Ciertamente, es probable que a Sadam le hubiera gustado que Bagdad acabara en *Götterdämmerung* y podría haber intentado convertirla en una ciudad de fuego antes de que los estadounidenses entraran en ella. Pero ¿después? Los saqueadores podían beneficiarse económicamente de los botines, pero los pirómanos no ganan dinero con los incendios. Alguien tiene que pagarles. Es evidente que alguien dirige hacia sus objetivos a los pasajeros de esos autobuses. Si Sadam les hubiera pagado previamente, no habrían provocado los incendios. En el momento en que Sadam desapareció, se habrían embolsado el dinero y habrían olvidado el proyecto sin perder el tiempo en ganarse el pago *a posteriori*.

Así pues, ¿quiénes conforman ese ejército de incendiarios? Una vez más, no lo sabemos. Reconocí a uno el otro día, un hombre de mediana edad, sin afeitar y con camiseta roja —uno no puede cambiarse de ropa con demasiada frecuencia cuando no dispone de agua con que lavarla—, y la segunda vez que me vio me apuntó con su Kaláshnikov. Los saqueadores no van armados. Entonces, ¿de qué tenía miedo? ¿Para quién trabajaba? ¿A quién beneficia —ahora, tras la ocupación estadounidense de Bagdad— la total destrucción de la infraestructura física del Estado, junto con su patrimonio cultural? ¿Por qué no lo detuvieron los estadounidenses?

Como ya he dicho, algo va muy mal aquí, en Bagdad, algo que exige plantear varias preguntas serias al gobierno de los Estados Unidos. ¿Por qué, por ejemplo, aseguró la semana pasada el secretario de Defensa, Rumsfeld, que en Bagdad no se estaba produciendo un saqueo generalizado ni un proceso de destrucción? Su afirmación era falsa. Sin embargo, ¿por qué mintió? Los estadounidenses dicen que no disponen de suficientes tropas para controlar los incendios. Otra falsedad. Si no lo hacen, ¿en qué invierten todo el día los centenares de soldados desplegados en los jardines del monumento conmemorativo a la antigua guerra Irán-Iraq? ¿O los centenares que están acampados entre los rosales del palacio presidencial, junto al puente de Jumuriya?

Así pues, el pueblo de Bagdad se pregunta quién está detrás de la destrucción de su patrimonio cultural — su mismísima identidad cultural—, del saqueo de los tesoros arqueológicos del Museo Nacional, de la quema de todos los archivos otomanos, reales y estatales, y de la biblioteca coránica, así como de la inmensa infraestructura del país que aseguramos que vamos a crear para ellos. Se pregunta por qué no tiene todavía electricidad ni agua. ¿A quién beneficia que Iraq quede dividido, quemado, despojado de su historia, destruido? ¿Por qué decretan los supuestos liberadores toques de queda para millones de personas?... A un periodista le resulta fácil predecir la desgracia, sobre todo después de una guerra brutal y carente de toda legitimidad internacional. Sin embargo, en Oriente Próximo a los optimistas suele aguardarlos la catástrofe, más aún a los falsos optimistas que invaden naciones ricas en petróleo con excusas ideológicas, con altisonantes reivindicaciones morales y acusaciones como la existencia de armas de destrucción masiva, que aún está por demostrar. De modo que aventuraré una predicción espantosa: la guerra de «liberación» de los Estados Unidos ha llegado a su fin. La guerra de liberación de Iraq contra los estadounidenses está a punto de empezar. Dicho de otro modo: la verdadera y terrorífica historia comienza ahora.

## CAPÍTULO 24

### EN EL DESIERTO

Llamadas, nuestras flotas marcharon,  
en duna y cabo retumba el fuego.  
Ay, toda nuestra pompa de antaño  
es como la de Nínive y Tiro

RUDYARD KIPLING, «Himno final»

La carretera 8 es la vía más peligrosa de Iraq. Está plagada de coches de policía y camiones estadounidenses destrozados y calcinados tras el impacto de granadas lanzadas con cohetes. Todos los puestos de control gubernamentales están abandonados. Los insurgentes pululan por las aldeas y se dirigen hacia el este. Iraq es un país de secuestros, un país de degollamientos. La carretera 8 es el símbolo del cataclismo de nuestros sueños. Sin embargo, mientras estoy en el arcén hablando con una familia iraquí, intentando localizar un coche de la Cruz Roja cuyo conductor ha muerto asesinado, la tierra empieza a temblar y una alargada y rugiente bestia de ruido nos invade.

A lo lejos, en el sur, una nube de humo gris asciende hasta el cielo: un millar de tubos de escape oscurecen el sol, el mayor convoy que he visto en toda mi vida. Los estadounidenses trasladan sus brigadas. Se trata del movimiento militar de mayores dimensiones desde la Segunda Guerra Mundial, una fila de 64 kilómetros de longitud de armamento y hombres que se acercan a mí por la carretera 8. Estoy sentado con los iraquíes en la mugre del arcén. Tengo que verlo. Tengo que asimilarlo si quiero entender la guerra. Los tanques Abram, los vehículos de combate Bradley y los Humvee, y los cientos de camiones con miles de delgados jóvenes uniformados, con gafas de sol, apuntando los fusiles a la peligrosa zona rural, como amenazadoras púas de puercoespín en los laterales de todos los camiones, hora tras hora. Seis helicópteros Apache sobrevuelan con estrépito la arboleda, van armados, dan la vuelta como roedores aéreos y realizan un barrido de la carretera a toda velocidad. Los soldados no se molestan en alzar la vista. Unos cuantos nos miran, al inglés y a los iraquíes sentados en el suelo, mientras esos cruzados del siglo XXI se dirigen hacia sus imponentes fortalezas de muros de cemento a orillas del Tigris, adentrándose en el desierto de la ocupación.

Y empiezo a comprender. Hace dos mil años, un poco más hacia el oeste de donde nos encontramos, habríamos estado sentados en el suelo mientras la tierra temblaba por el paso de las legiones romanas. Ahora vivimos en el Imperio

estadounidense. Sí, esta guerra estaba relacionada con el petróleo. Sí, se alimentó de locura, arrogancia y mentiras. Sin embargo, también estaba relacionada con el deseo —la necesidad visceral— de proyectar el poder a grandísima escala, inspirándose en ideas neoconservadoras fantasiosas, sin duda, pero también imparables. Nuestro ejército puede ir a Bagdad. Así que irá a Bagdad. Se desplegará en Sumeria, Babilonia y en todos los califatos y en la tierra donde se supone que comenzó la civilización.

Sin embargo, ningún ejército extranjero ha llegado a este lugar y ha salido luego ileso. Estamos en un abrasador 5 de junio del 2003. Muy por encima de Iraq, el presidente George W. Bush dirige una mirada olímpica sobre la vieja Mesopotamia tras elogiar a los estadounidenses que han «gestionado» la guerra contra Sadam Husein. Mucho más abajo de donde él se encuentra, en una sucia esquina de una sucia ciudad llamada Faluya, de la que el señor Bush prefiere no oír hablar, se sitúa una historia de sangre estadounidense, de poder estadounidense y de botas estadounidenses que derriban las puertas de los hogares iraquíes. «¡Lleva un arma!», grita un estadounidense al ver, en un patio trasero, a una mujer que lleva un Kaláshnikov. «Vaya al otro lado del camino —me grita—, o le daremos cuando abramos fuego». Me fui corriendo hacia el otro lado del camino y vi a la mujer con el Kaláshnikov. «¡Suéltela! ¡Suelta el arma!», vuelve a gritarle el soldado. Los soldados tienen calor, se sienten cansados y furiosos. Están despiertos desde las 3 de la madrugada, desde que alguien ha tirado una granada a un grupo de soldados de un camión de la 101.<sup>a</sup> División Aerotransportada. Es comprensible que Bush evite las visitas triunfalistas a Iraq.

Entre los soldados había supervivientes de la emboscada y recordaban las horas pasadas como sólo los militares pueden hacerlo. «Han tirado una granada a un camión de dos toneladas y media lleno de soldados de la 101.<sup>a</sup> División Aerotransportada, lo han acribillado con rifles AK y luego han desaparecido en la oscuridad de la noche —dijo uno de ellos—. Los tipos han quedado en un estado espantoso. Uno de nuestros soldados estaba muerto con los sesos colgando y las tripas fuera, y había otros ocho en la parte trasera que gritaban y se quitaban los fragmentos de metralla de las piernas». Antes del amanecer, los estadounidenses regresaron para limpiar de las calles la sangre de sus compañeros. Luego regresaron una vez más para tratar con las personas que viven en esa destartada esquina de la vieja ciudad baazista de Faluya.

En Qatar —antes de su vuelo de una hora y cuarto a través del cielo iraquí—, el señor Bush había hecho todo lo posible por ofrecer una versión optimista de la guerra de Iraq. Iraq será un lugar mejor ahora que Sadam se había ido; «se ha puesto fin a un gran mal», dijo y elogió «la labor humanitaria de los soldados estadounidenses» en el país. Al hablar sobre las armas de destrucción masiva daba más rodeos. «Estamos buscando. Revelaremos la verdad... Pero hay algo cierto: ninguna red de terroristas conseguirá armas de destrucción masiva del régimen iraquí, porque el régimen iraquí

ya no existe». Sin embargo, no habían encontrado armas de destrucción masiva. Ni las encontrarían jamás.

Aunque el presidente Bush creyera que sus soldados debían sentirse orgullosos de lo que habían hecho en Iraq —es lo que les dijo a sus comandantes, hombres y mujeres—, en Faluya todo era sudor y miedo, y altavoces por los que se daba órdenes a los civiles de las calles. ¿Se habrían ocultado de verdad en las casas más próximas a la carretera principal, junto al lugar de la emboscada, los atacantes que habían «desaparecido en la oscuridad de la noche»? No, a menos que estuvieran locos. No obstante, algunos miembros de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería decidieron enviar a la 115.<sup>a</sup> Compañía de Policía Militar para requisar una cuantas armas y hacer una redada de los sospechosos habituales. No era un panorama muy halagüeño.

Incluso en un momento más tardío de la ocupación, los soldados se sentían confundidos frente al pueblo que acababan de «liberar». Algunos eran hombres buenos. Tenemos el caso del sargento Seth Cole, que vivía en la ciudad británica de Northampton, y que sacó la conclusión de que si a un 10 por ciento de la población de Faluya no le gustaban los estadounidenses, «esa cantidad era enorme». Otro ejemplo es el sargento Phil Cummings, un policía de Rhode Island, un hombre corpulento y alegre que hablaba con los iraquíes que lo miraban con el ceño fruncido desde el asfalto. «A algunas de estas personas no les gustamos aunque hemos venido a salvarlos. Pero yo siempre les sonrío. En los colegios, los niños nos tiran piedras y nosotros les damos caramelos. Yo les doy caramelos y ellos me dan piedras».

Sin embargo, no tardamos mucho en entender por qué los niños tiraban esas piedras. Había otro soldado estadounidense a unos 40 metros de distancia que estaba perdiendo la paciencia y el ánimo. «Diles que se vayan de aquí de una puta vez», ordena a un soldado raso, señalando a un grupo de adolescentes. Luego se volvió hacia un hombre de mediana edad sentado en una silla en el asfalto. «Si te levantas, te parto el cuello», gritó.

Fue entonces cuando vieron a la mujer con el AK. «¡Tiene un arma! ¡Hay una mujer con un arma!» Las ondas del grito se propagaron por las filas de soldados estadounidenses. Basta pasar unas horas con soldados que tienen la misma probabilidad de convertirse en víctimas como en vencedores para darse cuenta de por qué se pasan esa información a gritos de un lado a otro de la calle, como verduleros. «¡Tiene un arma! ¡Tiene un arma! ¡Tiene un arma!» volvió a recorrer toda la calle.

Tres soldados colaron sus fusiles por la celosía de forja de la puerta trasera, todos gritaban: «¡Suelta el arma!», hasta que un policía militar, alto y sudoroso, abrió la puerta de una patada. «Ha soltado el arma... ¡Tenemos el arma!» Tres soldados entraron corriendo al patio y regresaron con el Kaláshnikov. Luego dos mujeres oficiales sacaron a la señora, era una profesora del instituto de la localidad, llevaba velo y vestía de negro de pies a cabeza. «¿Para qué tenía el arma?», le preguntó una de las soldados. La mujer miró por la abertura del velo, luego cruzó los brazos con un gesto de desafío y se negó a hablar.

«Por favor, señor, están llevándose a mi hijo... no ha hecho nada malo». Se había producido un nuevo derribo de la puerta de otra casa en la calle, y llegué a ver a un joven con camisa marrón al que se llevaban en un Humvee entre dos policías militares estadounidenses. Un hombre mayor suplicaba a un funcionario médico. «¿Por qué mi hijo? ¿Por que mi hijo?» Las cosas no estaban mejor a dos metros de allí. Un soldado alto de Massachusetts —qué extraño sonaba el topónimo en esa ciudad aplastada por el calor— escuchaba a un hombre que hablaba un correcto inglés y que pedía ayuda. En la carretera, tres soldados golpeaban una plancha metálica. «Es un hombre enfermo y viejo que vive aquí, esto es sólo su tienda, vende golosinas a los niños», estaba diciéndole el iraquí al soldado. El estadounidense no respondía.

Así que nos quedamos bajo ese sol de justicia hasta que la puerta se abrió. Tres soldados apuntaban con sus armas la puerta que se abrió lentamente. Y luego, detrás de ella, vimos a un hombre de avanzadísima edad con una larga barba blanca y el pelo canoso y alborotado, era una criatura frágil —«anciano» fue la palabra que escribí en mi cuaderno de notas—, vestida con una larga túnica blanca, que tuvo que apoyarse en el congelador de los helados para mantener el equilibrio. Parecía un profeta y, durante un momento, los estadounidenses se detuvieron. «Lo siento, señor, tenemos que registrar su tienda», dijo uno de ellos. Y los tres entraron mientras el anciano se quedaba de pie en la calle y nos miraba, y miró hacia la tienda y volvió a meterse renqueando en la oscuridad.

Se produjo un tiroteo a unos cientos de metros y los soldados corrieron a ponerse a cubierto tras unas paredes y jardines. Luego alguien abrió de una patada una puerta pintada de negro y dorado, y salió un hombre vestido con una *dishdash* gris y se quedó sentado en la entrada con las manos en la cabeza. Su familia se sentó el porche bajo la buganvilla mientras los estadounidenses registraban la casa. Apareció otro AK, casi todas las familias de Iraq tienen dos o tres armas. Esos iraquíes eran, en su mayoría, lo que se definiría como personas de clase media, cultas y con hogares que podrían pasar por chalets en esa ciudad venida a menos, con sus fábricas de munición destruidas y su aparato del partido Baaz tan arraigado que resulta difícil encontrar a un funcionario no contaminado por la mancha de Sadam. Hace veintitrés años, llegué a este lugar para ver los campos de prisioneros de la guerra del Golfo, aquí y en la ciudad vecina de Ramadi. Eran un pueblo duro. No se derribaba impunemente sus puertas.

Y así se granjearon los estadounidenses centenares de enemigos más entre las personas que habían «liberado». Un joven de Faluya me contó que unas noches antes habían llegado unos hombres armados a la casa de su familia y le habían pedido que se uniera a un nuevo movimiento de resistencia. «Los echamos —dijo—. No sé qué les diría si volvieran».

En Faluya, uno de los policías militares estadounidenses se volvió hacia mí cuando finalizó su operación de registro. «La tercera División de Infantería está de

camino, llegará mañana para registrar este sitio», dijo. Y en la carretera al este de Bagdad, vi los vehículos blindados estadounidenses avanzando hacia la ciudad. Allí estaban otra vez todos, los Bradley y los Abram y los Humvee, vehículos para el transporte de tropas y camiones de carga. Los soldados habían escrito unos nombres en sus vehículos blindados y cañones. «Respuesta armada» era uno, con una foto de una chica desnuda sentada en la carrocería de un tanque. «¿Alguien quiere otra ronda?», era otro. Había un «Conmemoración mortal» y «Ultimas palabras» y, de modo increíble, «Padre maltratador», con una cruz junto al nombre. Iban a «registrar» Faluya. Sin embargo, pasados unos meses, la ciudad infligiría su propia «conmemoración mortal» a los estadounidenses.

Mientras escribo estas palabras, en el verano de 2005, durante una breve estancia en lo que todavía considero la seguridad de Beirut, mientras repaso mis cuadernos de notas de los últimos dos años y medio, la insurrección iraquí adquiere una dimensión salvaje y épica. Ahora, en Bagdad, muchos periodistas practican «periodismo de hotel», se ocultan en las habitaciones, obedeciendo a los guardaespaldas que les indican que no vayan a la piscina, y utilizan la deteriorada red de telefonía móvil de Iraq para hablar con los estadounidenses y británicos abandonados en su fortaleza al otro lado del Tigris, parapetados tras el cemento y las troneras con ametralladoras que han levantado en torno al antiguo palacio republicano de Sadam. Patrick Cockburn de *The Independent* y yo mismo, así como muchos otros periodistas, todavía nos movemos por Bagdad, incluso viajamos por la peligrosa carretera al aeropuerto. No obstante, lo hacemos en vehículos de particulares iraquíes, a menudo ocultos tras un periódico escrito en árabe, mirando a hurtadillas por la ventanilla, deteniéndonos sólo durante un minuto para ser testigos de la carnicería que han dejado los terroristas suicidas a su paso. Periodismo de ratones. En estos días, los militares y lo gobernantes políticos del «nuevo» Iraq tienen que ser trasladados en un helicóptero desde sus instalaciones hasta el aeropuerto —la carretera que lleva a la terminal ya es considerada por las autoridades demasiado insegura para el uso de los occidentales— y, desde su castillo, todos pueden ver el país que gobiernan a través de las troneras de sus fortalezas. Visiten cualquier castillo de los cruzados en el Líbano y descubrirán que cuanto veían los guerreros cristianos de Europa desde sus almenas lo veían a través de las aspilleras de los muros. Sí, ahora somos nosotros los cruzados. Pero somos unos cruzados que no ven la realidad. George W. Bush y Tony Blair siguen afirmando que su guerra va bien. Han matado a decenas de miles de iraquíes y todavía están matándolos. Los suicidas al por mayor —que salen de alguna oculta fábrica de producción en serie— atacan con una frecuencia de dos o tres al día. Se encuentran cadáveres por docenas en las orillas del Tigris o en los basureros de Bagdad. Los extranjeros son secuestrados y decapitados mientras los graban en vídeo. Jamás se encontraron armas de destrucción masiva. Tampoco existe vínculo alguno entre Sadam y las matanzas del 11 de septiembre de 2001.

Con todo, nos han dicho que la guerra va bien. Una segunda guerra —contra el

«terror», por supuesto— está librándose en Iraq, anuncia Blair a un público de periodistas asombrados. Iraq se encamina hacia la democracia tras las elecciones nacionales, pese a que la mayoría de población suní no ha votado. Eso es lo que ha ocurrido. Sadam está encarcelado y espera juicio. En realidad, Iraq es ahora tan inseguro que los estadounidenses retienen al antiguo dictador en secreto en su base aérea del emirato de Qatar. La democracia está floreciendo en Oriente Próximo. O eso es lo que se supone que debemos creer. Recuerdo a los que han muerto. Margaret Hassan, la amable y valerosa mujer que repartía medicamentos a los niños moribundos de Iraq, secuestrada, grabada mientras lloraba, maltratada y luego ejecutada con un disparo en la cara, ejecutada para las pantallas de televisión. María Ruzicka, que se sentaba junto a la piscina del hotel Hamra para cotejar las cifras de iraquíes que habían muerto desde la invasión. ¿Cincuenta mil? ¿Cien mil, como sugiere un informe? María murió quemada viva cuando un terrorista suicida se hizo estallar contra un convoy de mercenarios estadounidenses en la carretera del aeropuerto. He contemplado muchas veces el rostro de Phil Bigley mientras suplica y vuelve a suplicar en las cintas de video a Tony Blair. Luego llega la inevitable decapitación.

Todas las mañanas, en Bagdad, visitaba el depósito de cadáveres de la ciudad. Llegaban unos veinte —algunas veces treinta— cuerpos cada día. En ocasiones se trataba de familias enteras abatidas a tiros, descuartizadas por atacantes suicidas, apuñaladas hasta la muerte o asesinadas en puestos de control estadounidenses. Cuando los estadounidenses llevaban cuerpos al depósito de cadáveres, el personal tenía órdenes de no realizar autopsias. ¿Qué significaba eso? En el exterior, los parientes de los muertos chillaban, lloraban y se desmayaban entre el dolor y los insultos a los estadounidenses, aunque sus seres queridos hubieran muerto en contiendas familiares o en ataques por venganza. Los estadounidenses y los británicos no llevaban un recuento de los muertos iraquíes, sólo de sus soldados a los que tanto lloraban, más de 1700 estadounidenses en el verano de 2005. De esta forma podemos hablar de «nuestro» sacrificio y hacer caso omiso del destino de esas decenas de miles de personas que acudimos a «liberar».

¿Cómo empezó el principio del fin? En Faluya, sólo unos días después de que empezara la ocupación, los soldados de la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada abrieron fuego sobre una multitud de manifestantes suníes y mataron a diecisiete personas. Dijeron que les habían disparado. Sin embargo, los periodistas que habían llegado al colegio en el que los soldados estaban alojados no encontraron orificios de bala. Faluya jamás los perdonó. La insurgencia empezó en cuestión de horas. Más adelante, la feroz resistencia iraquí tomaría la ciudad junto con Ramadi. Provincias enteras de Iraq cayeron en su poder. Así que los estadounidenses volvieron a invadir Faluya —una segunda vez— y se abrieron paso entre las ruinas de la ciudad. Habíamos ganado. Victoria. Cuando llegó Paul Bremer como primer procónsul estadounidense —fue él quien nombraría primer ministro «provisional» a Iyad Alawi,

antiguo agente de la CIA—, llamó a los insurgentes «desesperados» «fanáticos», «vestigios» de Sadam. Lo único que se necesitaba era capturar a Sadam y la rebelión terminaría.

Estaba equivocado. Recuerdo a un enfurecido joven de Ramadi, cuya familia acababa de ser abatida a tiros en un control de carretera. «No me uniré a la resistencia mientras Sadam y su familia estén libres, porque si sacamos a los estadounidenses, volveremos a tener a Sadam. Pero si ellos acaban con Uday, Qusay y Sadam, yo mismo mataré estadounidenses». Los estadounidenses mataron a los horribles hijos de Sadam, Uday y Qusay —junto con el hijo de catorce años de Qusay, del que no hablaron mucho— en una casa de imitación palladiana en Mosul. Cayeron abatidos por la Task Force 20, una combinación de las Fuerzas Especiales y operativos de la CIA que no se molestaron en detenerlos cuando se resistieron. Y después, de forma inevitable, encontraron a Sadam.

En un agujero en el suelo. «Señoras y señores, ¡ya es nuestro! —exclamó Bremen—. Este es un gran día para la historia». El 13 de diciembre de 2003 se supuso que había llegado el final de la insurrección. Tras eso, ¿por qué iba a molestar a nadie en combatir a los ocupantes de Iraq? Los cansados ojos de un desaliñado Sadam dejaban vislumbrar su sentimiento de derrota. Los 750 000 dólares en efectivo encontrados en su agujero lo rebajaban aún más. Sadam no tardó en comparecer, encadenado, ante un tribunal secreto. En esa extraordinaria primera grabación ofrecida por los estadounidenses, el antiguo dictador parecía un prisionero de la antigua Roma, el bárbaro por fin arrinconado, acariciándose con una mano la barba enmarañada. Todos los fantasmas —de los iraníes y kurdos gaseados, de los chiíes fusilados y enterrados en las fosas comunes de Kerbala, o los prisioneros que murieron por las atroces torturas en los edificios de la policía secreta de Sadam— deben de haber visto algo de lo ocurrido.

Sólo hicieron falta 600 soldados estadounidenses para atrapar al hombre que fue durante doce años uno de los mejores amigos de Occidente en Oriente Próximo y durante otros doce años fue el mayor enemigo de Occidente en Oriente Próximo. En un miserable agujero de dos metros de ancho, en el lodo de una granja del Tigris cerca del pueblo de Al Dawr, encontraron al presidente de la República Árabe Iraquí, dirigente del partido Baaz socialista, exguerrillero, invasor de dos países, antiguo amigo de Jacques Chirac y un hombre antaño cortejado por el presidente Reagan. Al mirar esas fotos del león de Iraq —que así era como se llamaba a sí mismo—, resultaba difícil recordar cuan regiamente había sido agasajado en el pasado. Fue el invitado de honor de París cuando Chirac era alcalde y cuando los franceses veían a los jacobinos en su sangriento régimen. Fue quien negoció con los secretarios generales de las Naciones Unidas Pérez de Cuellar y Kofi Annan, quien conversó y tomó café nada más y nada menos que con Donald Rumsfeld, el hombre que se convertiría en secretario de Defensa de los Estados Unidos, quien se reunió con Ted Heath y Tony Benn, y fue invitado de estadistas europeos.

Y sentí cierta satisfacción en el hecho de recorrer la carretera del Tigris hasta Al Dawr, al norte de Iraq, hasta el naranjal donde fue descubierto y meterme en ese agujero cavado en el suelo. Me tumbé en el interior. Sietes meses antes, me había sentado en el trono presidencial de terciopelo rojo del más imponente de sus palacios de mármol. Allí estaba yo, metiéndome en el húmedo, oscuro y gris interior de cemento de su refugio final: un diminuto bunker junto al Tigris —de dos metros de ancho por uno y medio de alto— y muy parecido a una prisión subterránea como las que habría podido imaginar cualquiera de sus víctimas. En lugar de arañas, había un extractor de plástico colocado en una salida de ventilación. Pensé en Ozimandias, en el poema de Shelley. Ese lugar, al fin y al cabo, era el lugar donde sus esperanzas habían acabado convertidas en polvo. Además, hacía frío.

Encontré los últimos libros de Sadam en una cabaña de por allí cerca: las obras filosóficas de Ibn Jaldum, las doctrinas religiosas —prochiíes— del teórico e imam abasí Al Shafei y una pila de libros de poesía árabe. Había casetes de canciones árabes y algunos cuadros ajados, de ovejas bajo el sol y el arca de Noé repleta de animales. Sin embargo, no se trataba del cuartel general de la resistencia, no era un lugar desde el que dirigir una guerra ni desde donde iniciar una insurrección; tampoco era un bunker del Führer, no había ni guardias de las SS ni paneles de centralitas ni secretarias anotando las últimas palabras para la posteridad.

Para penetrar en el interior de ese famosísimo escondrijo, tuve que sentarme en el borde de madera de la entrada, meter las piernas la estrecha apertura y descender por cuatro escalones excavados en la tierra. Había que ayudarse con los brazos para bajar hasta ese último vestigio de la historia del partido baazista. Entonces te encontrabas sentado en el suelo. No había luz, ni agua, sólo paredes de cemento, el ventilador y un techo de tablones de madera. Sobre los tablones había más tierra y, encima, un grueso suelo de cemento que arriba del todo también cubría el patio de un cobertizo ruinoso. Con todo, sobre esa celda subterránea había una especie de paraíso, con frondosas palmeras, mandarinos cargados de dorados frutos, matas de elevados carrizos y el trino de los pájaros escondido en las copas de los árboles. Incluso había una barca azul escondida tras un muro de vegetación hojas, la última oportunidad de huir a través del Tigris si los estadounidenses se acercaban.

Como era de esperar, se acercaron por dos direcciones, desde el río y desde el embarrado callejón por el que me llevaron los soldados estadounidenses de la 4.<sup>a</sup> División de Infantería. Sadam debió de salir a toda prisa de la cabaña donde comía —vi que en el suelo de barro había tirados un plato de judías y pastelitos turcos— y haberse escabullido, corpulento como era, en el agujero. Cuando los estadounidenses registraron el cobertizo, no encontraron nada sospechoso; salvo una maceta colocada de forma extraña sobre unas hojas de palmera secas, puestas allí supuestamente por dos hombres atrapados más tarde mientras intentaban escapar. Debajo encontraron la entrada al agujero.

Los soldados que deambulaban por el «emplazamiento» —ésa era la palabra que

utilizaban, como si se tratara de una ciudad sumeria y no de un embarrado escondrijo baazista— se mostraban indiferentes hasta el hastío. Me pidieron que les tradujera una inscripción en árabe que estaba donde dormía Sadam —empezaba con la frase coránica: «En el nombre de Dios, el compasivo, el misericordioso...»— y me dejaron sus linternas para fisgonear por la cocina del antiguo dictador.

¿Qué podíamos aprender de Sadam en esta su última residencia privada en Iraq? Bueno, había escogido ocultarse a sólo docientos metros de un santuario que marcó su retirada por el río Tigris en 1959, en la huida como joven guerrillero después de intentar asesinar a un anterior presidente de Iraq. En este lugar se extrajo la bala del cuerpo y, en una colina baja que se ve desde este palmeral, está la mezquita que señala el sitio donde, en una cafetería, Sadam rogó en vano a sus compañeros de tribu que lo ayudaran a escapar. En sus últimos días como hombre libre, Sadam se había retirado a su pasado, de vuelta a los días de gloria que habían precedido a sus carnicerías.

Había utilizado un pequeño generador, que encontré enchufado a una pequeña nevera. Había dos camastros viejos y unas mantas mugrientas. En la pequeña cocina construida en la habitación contigua, había salchichas colgadas puestas a secar, plátanos, naranjas y —cerca de una palangana para lavar los platos— latas de pollo jordano, estofado de ternera y muchas latas de atún. Sólo las barritas de chocolate Mars parecían comestibles.

¿Qué descubrió Sadam aquí durante sus últimos días? ¿Paz espiritual después de todos esos años de locura y barbarie? ¿Un lugar para reflexionar sobre sus horribles pecados, sobre cómo condujo el país desde la prosperidad pasando por la invasión extranjera, el aislamiento y los años de tortura y represión hasta un mundo de humillación y ocupación? Los pájaros cantarían por la tarde, las hojas de palmera que tenía encima se mecerían por la noche. Sin embargo, luego tiene que haber llegado el miedo, la certeza constante de que la traición sólo estaba a un naranjal de distancia. Tiene que haber sido un agujero frío. Y más frío que nunca cuando las manos de Washington el Todopoderoso cruzaron océanos y continentes, se posaron sobre la extraña maceta y sacaron al aspirante a Califa de su diminuta celda.

No obstante, existía otra conclusión sobre la que los iraquíes con los que hablé estuvieron de acuerdo. Ese hombre desaliñado y patético, con su pelo enmarañado y sucio, que vivía en un agujero en la tierra con tres pistolas y dinero en metálico como compañeros de cueva; ese hombre no estaba dirigiendo la insurgencia contra los estadounidenses. Aunque cada vez más iraquíes, como el hombre de Ramadi, afirmaban que antes de la captura de Sadam no se unirían a la resistencia contra la ocupación estadounidense por miedo a que —si los estadounidenses se retiraban— el dictador volviera al poder; bien, el motivo de ese temor había sido eliminado. La pesadilla había terminado; y la pesadilla estaba a punto de empezar. Tanto para los iraquíes como para nosotros.

Recuerdo que durante una operación de rastreo estadounidense en Bagdad justo

después de la captura de Sadam, mientras no se oían más que golpes en las puertas y gritos de «me cago en la puta» esto y «me cago en la puta» aquello, a sólo un par de metros del agujero, encontraron un mensaje recién escrito con aerosol en la pared. No estaba escrito a mano, sino con plantilla, en un inglés mediocre, pero había decenas de mensajes idénticos pintados con plantilla en las paredes y dirigidos a los ocupantes. «Soldados estadounidenses —decía—. Corred a casa antes de que metamos vuestro cuerpo en [sic] bolsa negra, luego os tiraremos a un río o valle».

Mientras Washington y Londres todavía se congratulaban por haber capturado a Sadam Husein, los soldados estadounidenses mataron a tiros al menos a 18 iraquíes en las calles de tres importantes ciudades del país. En un dramático vídeo grabado en la ciudad de Ramadi, a 120 kilómetros de Bagdad, se veía a los partidarios armados de Sadam Husein abatidos en la penumbra mientras huían de los soldados estadounidenses. Los estadounidenses mataron a 11 de los 18 muertos en Samara, al norte de Bagdad. Todos los asesinatos tuvieron lugar durante las manifestaciones de los musulmanes suníes contra la detención de Sadam por parte de los estadounidenses, unas protestas que empezaron cerca de Samara. Los primeros manifestantes bloquearon las carreteras del norte de Bagdad cuando aparecieron hombres armados junto a los civiles que creían —en un principio— que las fuerzas estadounidenses habían detenido a uno de los dobles de Sadam y no al antiguo dictador de Iraq. Sin embargo, unas horas después, su alegría se tornó ira cuando los estadounidenses abrieron fuego en Samara. Como siempre, los militares estadounidenses afirmaron que los 18 muertos eran «insurgentes» y que las fuerzas estadounidenses habían intercambiado fuego en las tres ciudades. Sin embargo, eso fue lo que dijeron también en Samara tan sólo dos semanas antes, cuando presumieron de haber abatido a 54 «terroristas». Los periodistas que investigaron las muertes concluyeron que, aunque las fuerzas estadounidenses de la ciudad habían sido víctimas de una emboscada mientras llevaban billetes nuevos a dos bancos, las únicas víctimas confirmadas del fuego estadounidense fueron nueve civiles, uno de ellos un niño y otro un peregrino iraní.

Un nuevo fenómeno perturbador en este entorno de creciente violencia militar fue la aparición de pistoleros iraquíes enmascarados y encapuchados —que trabajaban para los estadounidenses— en los controles de carretera de Bagdad. Cinco de ellos se dedicaban a revisar los coches en el puente sobre el río Tigris a la entrada de Samara; al parecer, temían que se descubrieran su identidad si no se ocultaban el rostro. Llevaban uniformes de la milicia y —aunque dijeron que formaban parte de los nuevos Cuerpos de Defensa Civil de Iraq (CDCI) respaldados por los estadounidenses— no tenían ni galones ni distintivos que indicaran su pertenencia a alguna unidad militar. Los mismos hombres encapuchados aparecían por las calles de Bagdad. Justo antes de los asesinatos de Samara, varios policías detuvieron mi coche a la salida de la ciudad para advertirme que los estadounidenses estaban «enzarzados en una batalla con los guerreros santos» —de modo inquietante para las fuerzas

estadounidenses, utilizaron la palabra «muyahidines»— y no tardaríamos en descubrir que algunos de esos hombres —quizá muchos, que eran policías durante el día, se convertían en asesinos por la noche; que era exactamente lo que había ocurrido en Argelia. Las familias de los muertos adoptaron la tradición de todos los grupos tribales, al igual que habían sucedido en Faluya: los muertos eran vengados. Así que sus represalias también se convirtieron de forma inevitable en una guerra de resistencia a la que se unieron todos los musulmanes de la zona suní de Iraq.

Justo antes de la Navidad de 2003. Me despierta un retumbar en mi ventana de Bagdad, se produce un estruendo que estremece ligeramente las paredes; el ruido de diecisiete vidas que se extinguen. En Bagdad, el momento posterior al estallido de las bombas es una especie de teatro abominable. Pasados unos minutos llego al cruce. Hay un minibús destrozado con los restos pulverizados de sus pasajeros en el interior, un bombero que grita, fragmentos de un camión —el impacto ha sido tal que el motor está partido por la mitad— y dos coches ardiendo, las llamas lamen las ruedas y algo terrible bajo el asiento del conductor. La bomba estaba en el camión. Pero... ¿y el autobús?, ¿por qué pondría alguien una bomba en un autobús cargado de civiles iraquíes? Hay pedazos de carne humana en la calle, grandes fragmentos de metal, sandalias y bolsos de mujeres alrededor del autobús donde hay varios pasajeros muertos —o lo que queda de ellos—, que todavía están sentados lastimosamente en sus asientos. Ha caído una cascada de metralla sobre las chabolas de Al Baya, un patético reducto de casas de ladrillo y callejones llenos de inmundicia, cuyas calles centellean a causa de los restos de las ventanas rotas.

Acaba de llegar un grupo de soldados estadounidenses, tres de ellos buscan el detonador entre el barro y en la calle salpicada de aceite. El sargento Joel Henshon de la 1165.<sup>a</sup> Compañía de la Policía Militar descubre lo que podría haber sido parte del mecanismo: una granada que brilla con su color plateado y siniestro en el barro de una isleta en medio de la calle. Debe de haber un millar de personas gritando en ese amanecer de humo y llamas, hombres con kefias y turbantes árabes, muchos de ellos con chaquetas de piel negra. Encuentro a algunos policías junto a los coches en llamas, amigables policías pagados por los estadounidenses, con diminutas placas de identificación amarillas y uniformes de color azul celeste. Llega un reluciente coche de bomberos, y un torrente de agua inunda los restos del camión y del autobús. «El nuevo Iraq» responde con eficacia a su violencia creciente. Un policía —porque ésta lo opuesto a cualquier otra policía del mundo— se me acerca y, de modo increíble, me pregunta si me gustaría saber qué ha descubierto.

«El camión pertenecía al Ministerio del Petróleo, era un camión cisterna sin remolque, número de registro 5002. Hemos encontrado esto entre los restos de la cabina». Me entrega una pegatina dorada que dice «Alá» escrito en árabe por un lado y «Mahoma» en el otro. Dios y su Profeta han sobrevivido a la explosión. Han sido

los únicos. Una decena de hombres han rodeado morbosamente el coche más próximo y allí hay una masa de huesos relucientes bajo la ennegrecida barra del volante; hay fémures y fragmentos de columna vertebral. El minibús Mercedes procedía de la provincia de Diala, al este de Bagdad. En su interior iban diez hombres y mujeres, y un conductor que deben de haberse despertado antes del amanecer para realizar su acostumbrado viaje hasta la capital. Sin embargo, el terrorista debía de dirigirse hacia otro objetivo. Fue una explosión prematura. ¿Había una comisaría por allí cerca? El sargento Henshon me da una respuesta al estilo bagdadí. «Sí, había una —dice con un hermoso acento nasal de Alabama bajo la sombría luz del alba—. Pero ya le habían puesto una bomba». A continuación, un tendero afirma haber visto un convoy estadounidense por la carretera y el camión que intentaba ponerse a su altura y que chocaba con uno de los coches que estaba junto al minibús. ¿Cuál era el objetivo? Unas pocas horas después, las potencias de la ocupación anuncian que la explosión ha sido un accidente de tráfico, un camión cisterna que trasladaba petróleo explotó al chocar contra un autobús. Es mentira. ¿Y la granada en la carretera? ¿El motor partido en dos? ¿Y el remolque ausente? Ahora tenemos que vivir de mentiras. Todo vale para evitar que aparezca otro atentado suicida en los periódicos.

Para creer que estamos ganando. Para creer que siempre matamos a los insurgentes. Vuelvo a estar en Samara, es diciembre de 2003, y el colegial Issam Naim Hamid es el último de los famosos «insurgentes» de los Estados Unidos. Le dispararon en la espalda cuando intentaba protegerse junto a sus padres en su casa del barrio de Al Jeheriya de la antigua ciudad abasí. Según su madre, Manal, eran las tres de la madrugada cuando los soldados de la 4.<sup>a</sup> División de Infantería llegaron disparando a la casa. Una de las ráfagas perforó la puerta de entrada, atravesó una ventana y entró en la espalda del chico, y salió por una pared trasera. A su padre le dieron en el tobillo. A Issam lo llevaron al hospital de Tikrit en estado grave; grita de dolor en la sala de urgencias, lleva una sonda que le sale del estómago a través de una pila de vendas ensangrentadas.

También está el caso del campesino de treinta y un años Maulud Husein, quien, unas horas antes, mientras intentaba llevar a sus cinco niñas y a su hijo hasta la habitación trasera de su chabola de dos habitaciones, recibió en la espalda el impacto de otra bala que entró silbando por la pared de la casa. Su hijo Mustafá, con los ojos llenos de lágrimas junto a la cama de su padre, así como las cuatro hijas, Bushra, Hoda, Issra y Hassa, salieron ilesos. Sin embargo, la bala desgarró el cuerpo de Maulud y le salió por el pecho. Los médicos acababan de extirparle el bazo. Su hermano de cuarenta y un años hace una mueca al ver a Maulud estremeciéndose de dolor —el herido intenta mover una mano en dirección a mí, pero queda inconsciente— y dice que su casa del barrio de Al Muthanna recibió veintitrés disparos. Al igual que Issam Hamid, quedó tendido, desangrándose durante varias horas, antes de que llegara la ayuda. Manal, la madre de Issam, me cuenta una historia terrible. «Los estadounidenses tenían un intérprete iraquí, y él nos dijo que nos quedáramos en casa

—dice—. Pero no teníamos teléfono así que no pude llamar a la ambulancia, y tanto mi marido como mi hijo estaban sangrando. El intérprete de los estadounidenses acaba de decirnos que no teníamos permiso para salir de la casa».

Hamed Husein está junto a la cama de su hermano en un estado de furia contenida. «Dijeron que nos iban a traer la libertad y la democracia, pero ¿qué se supone que debemos pensar? —pregunta—. Los estadounidenses se llevaron a mi vecino delante de su mujer y sus dos hijos, le ataron las manos a la espalda y luego, unas horas después, después de toda esa humillación, llegaron y dijeron que la mujer tenía que sacar sus objetos más valiosos, pusieron explosivos en la casa y la hicieron volar por los aires. Es un campesino. Es inocente. ¿Qué hemos hecho nosotros para merecer esto?»

Me pregunto qué hacen las personas cuando reciben este trato. Si podemos disparar a los inocentes así, ¿cuánto tiempo pasará antes de que también los torturemos? Poco, poco. La ciudad de Samara se ha convertido, al igual que Faluya, en un centro de resistencia contra la 4.<sup>a</sup> División de Infantería estadounidense. «Queríamos que los estadounidenses nos ayudaran —me dice otro hombre en una calle de casas asaltadas por los estadounidenses—. Esta era la zona suní de Sadam, pero muchos de nosotros lo odiábamos. Sin embargo, los estadounidenses están humillándonos, se vengan de los ataques que sufren por parte de la resistencia». Tres veces soy llevado a casas derruidas donde encuentro a jóvenes que me dicen que tienen intención de unirse a la *muqawama* —la resistencia— después de que la humillación y la vergüenza hayan visitado sus hogares. «Somos un pueblo tribal y yo soy de la familia Al Said —me dice uno de ellos—. Tengo un título universitario y soy un hombre pacífico, así que ¿por qué los estadounidenses atacan mi casa y aterrorizan a mi mujer y a mis hijos?»

Repaso mis notas una y otra vez. Fue en mayo de 2003, sólo un mes después de que los estadounidenses entraran en Bagdad, cuando pregunté por primera vez en *The Independent* ¿no ha llegado la hora de que llamemos a esto guerra de la resistencia? Predije la aparición de la insurgencia cuando las fuerzas estadounidenses entraron por primera vez en Bagdad; pero la velocidad con la que los estadounidenses se encontraron luchando contra un creciente ejército de combatientes fue asombrosa. En cinco o seis meses, podría haber estallado una guerra de guerrillas. Pero ¿en un mes? Dos estadounidenses muertos a tiros y otros nueve heridos por atacantes sin identificar en Faluya, dos policías militares estadounidenses gravemente heridos por una granada lanzada con un cohete contra una comisaría del norte de Bagdad, una granada lanzada contra soldados estadounidenses cerca de Abu Ghraib. Sólo se trataba de la pequeña cuota de violencia de un solo día tras la «liberación», el 27 de mayo de 2003. Todo ello sin contar a la mujer musulmana que se acercó a los soldados estadounidenses con una granada en cada mano, abatida antes de que pudiera arrojarla y finalmente rematada por los estadounidenses mientras intentaba recoger una de las granadas del suelo.

Incluso entonces, la mayoría de habitantes de Bagdad tenía electricidad sólo dos horas al día. Las colas para la gasolina —en un país cuyos yacimientos de petróleo estaban ya monopolizados por los militares estadounidenses; como habían sido adjudicadas a las empresas de esa misma nacionalidad los lucrativos contratos de limpieza y reconstrucción— se extienden a lo largo de tres kilómetros. Los niños son sacados de las escuelas recién abiertas tras la oleada de raptos y violaciones de escolares. Las comisarías vigiladas por las tropas estadounidenses se han convertido en blocaos, rodeados por blindados y guardias con ametralladoras colocados en puestos de vigilancia envueltos de redes de camuflaje y muros de cemento. Bagdad está convirtiéndose en una ciudad amurallada, con murallas de seis metros de alto que recorren kilómetros y kilómetros de carreteras y calles comerciales. Nosotros, los occidentales, estamos cercados. Enjaulados en el interior de los salones de mármol del más exquisito palacio de Sadam, miles de oficiales y funcionarios estadounidenses —sin ningún contacto con los cinco millones de iraquíes que los rodean— batallan ahora con sus portátiles para crear la «democracia» neoconservadora soñada por los señores Rumsfeld, Perle y demás. Cuando se aventuran a salir, lo hacen con chalecos antibala, metidos en sus vehículos blindados y con escoltas de soldados armados hasta los dientes.

Los militares estadounidenses ya conducen por Bagdad casi de la misma forma que los israelíes por el sur del Líbano, ordenando a los conductores que se aparten de sus vehículos, amenazándolos de muerte. «Permanezcan a 45 metros de este vehículo o utilizaremos fuerza letal», decía la advertencia escrita en árabe en la parte trasera de los Humvee estadounidenses. Bremen prohibió una minoritaria revista chií —del también minoritario partido de Múqtada al Sáder— por provocar tensión sectaria y por compararlo con Sadam Husein. Así que la milicia de Al Sáder se levantó contra los estadounidenses. Nayaf fue asediado, como habían hecho los británicos más de ochenta años atrás. Los helicópteros Apache dispararon a las chabolas chiíes del barrio bagdadí de Shu'ale. Las ciudades iraquíes eran presa de la rapiña de ladrones y violadores. Incluso las ciudades más antiguas —los grandes tesoros arqueológicos de Sumeria— quedaron sin vigilancia, de modo que un ejército de ladrones se trasladó hasta ellas para hacerse con los tesoros enterrados de 3000 años de antigüedad y convirtieron los emplazamientos arqueológicos en una tierra de cráteres, como si un B-52 hubiera tapizado el desierto de bombas. Tras la generalizada protesta internacional por el robo de los tesoros del museo de Bagdad, Washington envió a un equipo del FBI y la CIA a investigar los robos<sup>[1]</sup>. Sin embargo, el destrozo de las ciudades sumerias en el período de posguerra es de una escala infinitamente superior. Puede que los historiadores lleguen algún día a la conclusión de que esta destrucción masiva del legado de la humanidad es una de las tragedias más duraderas de la «liberación» angloestadounidense de Iraq.

Observando el formidable control de los Estados Unidos sobre esa parte del mundo, su tremenda capacidad destructora, sus bases y su personal desplegado en

Europa, los Balcanes, Turquía, Jordania, Kuwait, Afganistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Bahrein, Doha, Omán, Yemen, Israel, por supuesto, y ahora Iraq, es posible entender cómo lo ven los iraquíes. Una generación de adolescentes, destrozados por una guerra de ocho años contra Irán, ha crecido sin conocer otra cosa que el sufrimiento y la muerte. ¿Qué importancia tiene su vida? Y si los suníes de esa generación llegaran a convertirse en aliados de la Al Qaeda de Osama bin Laden, ¿qué destrucción podrían sembrar entre los estadounidenses y quienes decidieran ayudarlos? Un ejército iraquí renacido de las sombras, forjado en la guerra más importante de Oriente Próximo, y un ejército de atacantes suicidas; estaríamos ante un enemigo capaz de desafiar a cualquier superpotencia.

Con todo, la fantasía había seguido adelante. Enfrentados a una resistencia armada cada vez mayor, era evidente que los estadounidenses sólo reconocían una parte de los ataques contra sus tropas. Las autoridades de la ocupación reconocían las emboscadas en las que morían sus soldados, pero no informaban de un gran número de ataques y asaltos contra las patrullas y bases en Bagdad y alrededores. La realidad —de la que muchas veces no informaban los medios de comunicación— era que los estadounidenses ya no estaban seguros en ningún lugar de Iraq: ni en el aeropuerto de Bagdad, que capturaron con tanta fanfarria a principios de abril de 2003, ni en sus bases militares, ni en las calles del centro de Bagdad, ni en los vulnerables helicópteros. Los helicópteros fueron atacados en Faluya, los C-130 estallaron en el cielo impactados por cohetes.

Y los Estados Unidos respondían como todos los ejércitos de ocupación. Los campos de prisioneros se convirtieron en lugares vergonzosos. Los prisioneros —eran 11 300 sólo en Iraq en mayo de 2003— recibían de forma rutinaria palizas durante los interrogatorios. En 2005 murieron en Iraq y Afganistán treinta personas que se encontraban bajo custodia, a menudo tras brutales interrogatorios. Nos gusta creer que tuvimos noticia de ello por primera vez al ver las terribles fotos de Abu Ghraib, que salieron a la luz pública en el 2004, pero en mis archivos he descubierto que mi colega Patrick Cockburn y yo habíamos escrito sobre las torturas y malos tratos en las cárceles en el verano del 2003. El término «fuentes» puede que sea de naturaleza dudosa en el periodismo actual, pero mis fuentes sobre las palizas en Iraq eran impecables. En ese momento estaba ocurriendo lo mismo en las bases militares estadounidenses en torno a Iraq. «La tortura funciona», se vanaglorió ante un amigo mío un coronel de las fuerzas especiales estadounidenses.

Se equivocaba. La tortura genera resistencia. La tortura genera atacantes suicidas. La tortura acaba destruyendo a los torturadores. Recuerdo la ciudad de Jan Dari, donde en julio del 2003 murió el primer estadounidense por la explosión de una bomba colocada junto a la carretera. La sangre todavía estaba sobre el asfalto, y la multitud se regodeaba con su muerte. Un hombre se me acercó y quiso hablar conmigo sobre la política violenta. Según afirmó, había sido prisionero de los estadounidenses y lo habían golpeado con brutalidad. «Esta es la forma en que

tratamos a los ocupantes —dijo—. Llegaron y dijeron que eran libertadores, pero cuando nos dimos cuenta de que eran ocupantes, tuvimos que luchar. Somos un pueblo de acero. Los estadounidenses y los demás ocupantes arderán. —Y luego dijo algo terrorífico y horroroso—. Tengo una hija de un año. Y con gusto le colocaría una bomba en la ropa y la enviaría a matar estadounidenses».

Ya a finales de julio de 2003, los investigadores de Amnistía Internacional habían acumulado pruebas irrefutables de que los ocupantes angloestadounidenses maltrataban o torturaban a los prisioneros, se negaban a cumplir las órdenes de los tribunales iraquíes de liberar a los detenidos, utilizaban una fuerza excesiva contra los manifestantes, mataban a civiles inocentes y aplicaban sus propias leyes para evitar que los tribunales iraquíes recién constituidos juzgaran a los soldados estadounidenses o británicos por crímenes cometidos en el país. Amnistía Internacional también había descubierto la desaparición de grandes sumas de dinero tras los registros de casas realizados por soldados estadounidenses. En uno de estos casos, las autoridades reconocieron que un oficial de la 101.<sup>a</sup> División había «requisado» tres millones de dinares iraquíes —2000 dólares estadounidenses— en la vivienda de una familia iraquí. En otro caso, Amnistía Internacional descubrió que un trabajador iraquí, padre de tres hijos, Radi Numa, murió mientras se encontraba detenido por los británicos sólo horas después de su arresto en el sur del país. El 10 de mayo, los soldados británicos entregaron en la vivienda familiar una nota donde se afirmaba que «ha sufrido un infarto mientras le hacían preguntas sobre su hijo. Lo hemos llevado al hospital militar. Vayan al hospital». Sin saber que estaba muerto, la familia de Numa fue al hospital y allí les dijeron que no estaba. Más tarde lo encontraron en un depósito de cadáveres, donde su cuerpo sin identificar había sido llevado dos días antes por la Policía Militar Real. Baha Musa, un joven camarero de un hotel de Basora, murió durante la custodia militar británica, al parecer golpeado hasta la muerte.

En estos dos casos no fueron soldados los que llevaron a cabo las detenciones en Iraq, sino «estadounidenses vestidos de civil», supuestamente agentes de la CIA. Nasser Abdul Latif, estudiante de medicina de veintitrés años, por ejemplo, murió abatido a tiros el 12 de junio en un asalto a su casa realizado por «hombres armados vestidos de civil que parecían ciudadanos estadounidenses». El 30 de abril, los soldados estadounidenses que buscaban a un importante miembro del partido Baaz asaltaron la casa de Jreisan Aballey y lo detuvieron junto a su padre de ochenta años. Su hermano recibió un disparo —la familia no sabía si estaba vivo o muerto— y a Aballey, que afirmó desconocer el paradero del dirigente baazista, se lo llevaron para interrogarlo. Contó que lo habían obligado a permanecer de rodillas o de pie de cara a la pared durante siete días y medio, encapuchado y esposado con tiras de plástico muy apretadas. Afirmó que un soldado estadounidense le aplastó una bota y le arrancó una uña<sup>[2]</sup>.

La Autoridad Provisional de la Coalición (APC) —un nombre que apesta a

disculpas por su mera existencia— de Paul Bremer publicaba edictos como un emperador romano con los godos, visigodos y ostrogodos a las puertas de la capital. El ejército iraquí fue disuelto, y decenas de miles de hombres quedaron sin trabajo. ¿Qué creía Bremer que iban a hacer con su tiempo libre? Toneladas de alambrada de espinos rodeaban ahora el palacio de mármol de Sadam desde donde los chicos listos y los asesores antiterror de Bremer intentaban gobernar Iraq. A medida que pasaban las semanas, la «coalición» —básicamente los Estados Unidos y su aliado británico durante la guerra— parecía cada vez menos autoridad y menos provisional.

El «consejo provisional» y sus 25 miembros, que ofrecían un obediente equilibrio entre los iraquíes chiíes, suníes, kurdos y laicos, caían ya en el más profundo cinismo. Su primera actuación —a instancias de Ahmed Chalabi, el acólito chií del Pentágono— fue declarar fiesta nacional el 9 de abril para celebrar la caída de Sadam Husein. O, al menos, eso es lo que parecía en Occidente. Para los iraquíes, en cambio, su primera festividad nacional señalaba el primer día de la ocupación extranjera. En la sala de conferencias utilizada en ese momento como centro de prensa por las autoridades de la ocupación en Bagdad, se disponían cuidadosamente sobre una mesa juegos de fotocopias para que los periodistas los estudiaran. Era como una pesadilla esquizofrénica. «Gran apertura de la clínica pública de Al Saidia», decía una hoja. «Muere soldado en una explosión», decía otra. «Día nacional de la vacunación infantil», decía la tercera, a sólo un par de centímetros de otra donde se informaba de la muerte de otros dos soldados estadounidenses.

Los estadounidenses ganaban tiempo, tomaban decisiones sobre la marcha, no eran capaces de evaluar las consecuencias de sus actos. Primero fue Jay «mete barriga y di que estás orgulloso de ser americano» Garner —a quien había visto por última vez en el Kurdistán en 1991— y luego fue el famoso experto «antiterrorista» Paul Bremer quienes llegaron en Bagdad para despedir y volver a contratar a los profesores universitarios del partido Baaz y luego, ante a la muerte diaria de un estadounidense, volver a contratar a los matones asesinos de los centros de tortura de Sadam para que colaboraran en la lucha contra el «terrorismo». Dieciséis de las 33 brigadas de combate de los Estados Unidos estaban ya en la caldera iraquí —otras cinco también estaban desplegadas en el exterior— y la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada, que acababa de salir de Afganistán, estaba a punto de ser «redesplegada» al norte de Bagdad. «Que los traigan», se había burlado Bush de los enemigos de sus soldados en junio de 2003. Le habían hecho caso. Hasta ese momento no había pruebas de que la última fantasía del gobierno de Bush —«miles» de combatientes «yihaidíes» extranjeros recorriendo Iraq para matar estadounidenses— fuera cierta.

Sin embargo, esa fantasía no tardaría en hacerse evidente. ¿Qué nos contarían entonces? ¿No fue invadido Iraq para destruir el «terrorismo» en lugar de volver a crearlo? Se nos explicó que Iraq iba a transformarse en una «democracia» y de pronto se convertía en el campo de batalla de otra «guerra contra el terror». Los Estados

Unidos, decía en ese momento Bush a su pueblo, «se enfrenta a terroristas en Iraq y Afganistán... para que nuestro pueblo no tenga que enfrentarse a la violencia terrorista en Nueva York o... Los Angeles». Así que era eso. Atraer a esos repugnantes «terroristas» a nuestro querido Iraq «liberado», para que dejen amablemente en paz a la «patria».

Cuando las Torres Gemelas se derrumbaron, ¿quién había oído hablar de Faluya? Cuando los asesinos del 11 de septiembre del 2001 dirigieron su avión contra el Pentágono, ¿quién había oído hablar de Ramadi? Cuando el secuestrador libanés se estrelló con su avión en Pensilvania, ¿quién habría creído que el presidente George W. Bush anunciaría, en agosto de 2003, una «nuevo frente en la guerra contra el terror» mientras sus soldados se embarcaban en una imposible campaña contra las guerrillas de Iraq? ¿Quién habría imaginado que un presidente estadounidense llamara al mundo a las armas contra el «terrorismo» en «Afganistán, Iraq y Gaza»?

¿Gaza? ¿Qué tenían que ver los míseros, sojuzgados y cruelmente encarcelados palestinos con los crímenes internacionales contra la humanidad de Nueva York, Washington y Pensilvania? Nada, por supuesto. Como tampoco tuvo nada que ver Iraq con el 11 de septiembre del 2001. Como tampoco cambió el mundo el 11 de septiembre. El presidente Bush manipuló con crueldad el dolor del pueblo estadounidense —y la compasión del resto del mundo— para introducir un «orden mundial» concebido por un puñado de fantasiosos asesores del secretario de Defensa Donald Rumsfeld. El «cambio de régimen» iraquí, como a estas alturas sabemos todos, estaba ya planeado como parte de un documento de campaña de Richard Perle/Paul Wolfowitz para el candidato a primer ministro israelí Benjamín Netanyahu, años antes de que Bush llegara al poder. La tesis de que Tony Blair se habría apuntado a esta insensatez sin darse cuenta de lo que representaba —un proyecto ideado por un grupo estadounidense de neoconservadores y fundamentalistas cristianos proisraelíes— exigía un verdadero acto de fe.

Sin embargo, nos asaltan incluso hoy con más fantasías. Afganistán —donde los señores de la guerra financiados por los Estados Unidos violan y asesinan a sus enemigos, las mujeres todavía se ocultan bajo burqas, la producción de opio ha convertido el país en el primer exportador del mundo y los habitantes son ejecutados en ocasiones a un ritmo que llega a cien por semana— era un «éxito», algo de lo que los señores Bush y Rumsfeld no dejaban de vanagloriarse. En el 2005, los talibanes habían vuelto y también Al Qaeda, que se dedicaba a asesinar a soldados estadounidenses en lugar de rusos. Iraq —un semillero de odio guerrillero, resentimiento popular e incipiente guerra civil— también era un «éxito». A esas alturas Bush quería 87 000 millones de dólares para mantener Iraq en funcionamiento, quería acudir de nuevo a esas mismas Naciones Unidas a las que había tachado de «tertulia» en el 2002 y quería que muchos ejércitos extranjeros fueran a Iraq a morir en la guerra de ocupación de los Estados Unidos, que compartieran las cargas de la ocupación aunque no, por supuesto, la toma de

decisiones, que debía seguir siendo una prerrogativa imperial exclusiva de Washington.

Es más, se suponía que el mundo debía aceptar la descabellada noción de que el conflicto palestino-israelí formaba parte de esa monstruosa batalla. Se trataba de la última guerra de colonización del planeta, aunque toda mención a las colonias judías ilegales en Gaza y Cisjordania había desaparecido de la prosa sobre Oriente Próximo de las declaraciones estadounidenses sobre la «guerra al terror», ese enfrentamiento cósmico con el extremismo religioso que el presidente Bush se inventó tras el 11 de septiembre del 2001. ¿Podían beneficiarse los intereses de Israel de un gesto tan infantil de Bush? Los sanguinarios suicidas palestinos y la grotesca implantación de judíos y sólo judíos en las colonias se incorporaron a ese colosal enfrentamiento entre «el bien» y «el mal», donde incluso Ariel Sharon era «un hombre de paz», según el señor Bush.

En el Pentágono quedaba algo de cordura. Volvían a ver la película de Gillo Pontecorvo sobre la guerra francesa en Argelia. *La batalla de Argel* ilustraba lo que pasó tanto a los guerrilleros del FLN como al ejército francés cuando su guerra se volvió sucia. Los folletos repartidos entre los mandamases del Pentágono para que vieran esa magnífica y dolorosa película comenzaban con las siguientes palabras: «Cómo ganar una batalla contra el terrorismo y perder la guerra de las ideas...». Y de paso, podrían haber añadido, alentar a todas las fuerzas de resistencia de Oriente Próximo. «Si los árabes pueden humillar en Iraq a la superpotencia aliada de Israel — me explicó un funcionario palestino en uno de los campamentos de Beirut en el 2003 —, ¿por qué deberíamos renunciar nosotros a la lucha contra los israelíes, que no pueden ser unos soldados tan eficaces como los norteamericanos?»

Esa es la lección que extrajeron los argelinos cuando vieron que el poderoso ejército de Francia se rendía en Dien Bien Fu. Los franceses, al igual que los estadounidenses en Afganistán e Iraq, consiguieron asesinar o «liquidar» a muchos de los argelinos que podrían haber negociado un alto el fuego con ellos. La búsqueda de un *interlocuteur valable* fue una de las tareas más difíciles para De Gaulle una vez decidió abandonar Argelia. Sin embargo, ¿qué podían hacer los estadounidenses? Su *interlocuteur* podrían haber sido las Naciones Unidas, pero la organización quedó eliminada como negociadora por el atentado suicida contra su sede en Bagdad. Lo mismo sucedió con la Cruz Roja Internacional, víctima de otro ataque suicida. Los insurgentes no estaban interesados en negociaciones de ningún tipo. Bush había declarado una «guerra sin fin». Y daba la impresión de que los iraquíes —junto con nosotros— iban a ser sus principales víctimas.

A la cárcel de Abu Ghraib. Es septiembre del 2003. Pasarán otros siete meses antes de que las torturas y abusos perpetrados por los estadounidenses en el antiguo matadero de Sadam salgan a la luz. Nada de hablar con los prisioneros, nos dicen.

Los distinguimos al otro lado del patio de tierra, de pie bajo el calor junto a sus tiendas de color arena, tras las alambradas que rodean su recinto. No pasen de la alambrada. De los hasta 800 iraquíes retenidos allí, sólo un puñado son «detenidos de seguridad» —el resto son «detenidos delincuentes»— pero hasta la fecha casi todos han vivido allí fuera, entre el calor, el polvo y la mugre. Por eso los estadounidenses se alegran tanto de vernos en la inmunda antigua cárcel de Sadam. ¿Su mensaje? Las cosas van a mejor.

La general de brigada Janis Karpinski, comandante de la 800.<sup>a</sup> Brigada de Policía Militar de los Estados Unidos, ha limpiado las celdas quemadas y saqueadas de la cárcel, donde caben centenares de presos. Se ha instalado una nueva sección médica para los reclusos equipada con fármacos, aparatos de rayos X e incluso un desfibrilador. En las celdas recién pintadas hay mantas, dentífrico, cepillo de dientes, jabón y champú para cada persona, pulcramente dispuestos para él —y para nosotros, sospecho— sobre sus mantas carcelarias. Son las mismas celdas en las que más tarde se retendrá desnudos a los prisioneros, se los obligará a vestirse con ropa interior femenina o se azuzará perros para que los muerdan. Ése es el pasillo en el que una joven policía militar estadounidense sostendrá a un prisionero desnudo con una correa de perro, donde los reclusos iraquíes serán obligados a amontonarse desnudos en el suelo. Más adelante, la general Karpinski será la cabeza de turco del Pentágono por lo sucedido en ese lugar.

Es evidente que la general Karpinski era una chica dura —fue oficial de información en el 7.º Grupo de Fuerzas Especiales en Fort Bragg y sirvió de «oficial de selección de objetivos» en Arabia Saudí cuando Sadam invadió Kuwait en 1990 —, pero allá por el 2003 al principio le costó un poco recordar que cuatro meses atrás se había producido un motín en la cárcel en el que los soldados de los Estados Unidos emplearon «fuerza letal» cuando los presos arrojaron a la policía militar piedras y postes de tiendas. Los soldados mataron a un recluso adolescente. Muchos de los «detenidos de seguridad» —la 800.<sup>a</sup> Brigada de Policía Militar afirmó públicamente que se encargaba de «cuidar» de los presos, no de vigilarlos— se encontraban junto al aeropuerto de Bagdad, donde, de acuerdo con la general Karpinski, había hombres que «pueden formar parte de una fuerza de resistencia». Nótese la palabra «resistencia», en lugar de terrorismo. Entonces, cuando le pregunté si también había presos occidentales retenidos, me dijo que creía que había «seis que dicen ser estadounidenses y dos que dicen ser del Reino Unido». El general Ricardo Sánchez, el jefe estadounidense en Iraq, a quien también se culparía de los malos tratos a los presos de Abu Ghraib en el 2005, negará ese dato al cabo de veinticuatro horas. Sin más explicaciones.

Entonces llegó el médico jefe de la cárcel de Abu Ghraib, el doctor Majid. Cuando le pregunté cuál era su trabajo cuando Sadam utilizaba las instalaciones como centro de torturas y ejecuciones, me contestó que había sido, esto... médico jefe de la cárcel de Abu Ghraib. En realidad, la mitad de su personal había trabajado

en el dispensario de Abu Ghraib bajo el régimen de Sadam. «No, yo nunca asistí a las ejecuciones —dijo—. No podía soportarlo. Mandaba a mis subalternos para que certificaran las muertes». Salvo por las noches, claro, cuando los servicios de seguridad aparecían con los presos políticos para ahorcarlos. En esos casos el doctor Majid recibía instrucciones de que «nada de certificados de defunción». A los presos políticos los colgaban por la noche. De día, dijo el médico, ahorcaban a los «asesinos». ¿Asesinos? ¿Asesinos? ¿Qué quería decir esa palabra viniendo de él?

Los nuevos carceleros iraquíes de Abu Ghraib, nos informaron, habían recibido formación en derechos humanos; incluidos los dos que, según se descubriría, habían sido agentes de policía durante el régimen de Sadam. No es de extrañar que la general Karpinski dijera que los estadounidenses no habían elegido a los médicos, cometido del que se había encargado el nuevo ministro iraquí de Sanidad. Había oficiales de los servicios de inteligencia estadounidenses en Abu Ghraib pero, no, la policía militar no estaba presente durante los interrogatorios. Sí, la general Karpinski había visitado la bahía de Guantánamo durante «unos días», pero no había llevado a Bagdad ninguna lección aprendida allí<sup>[3]</sup>.

Por supuesto, hicimos la visita obligada a la vieja cámara de la muerte de Abu Ghraib, la doble sala de ahorcamientos en la que se ejecutó al pobre Farzad Bazoft de *The Observer* y a millares de iraquíes. La general Karpinski tiró de la palanca, y las grandes trampillas de hierro se abrieron con un eco que resonó contra las paredes. El doctor Majid dijo que no había oído nunca ese sonido, que ni siquiera había sido nunca miembro del partido baazista. Así pues, que quede para la historia: el oficial médico en jefe de la prisión más siniestra de Sadam —que en ese momento era oficial médico en jefe de la prisión iraquí más limpia de los Estados Unidos— nunca fue miembro del partido baazista y nunca presencié una ejecución.

Por supuesto, hay cosas que sólo pueden dejar de conmover a un corazón de piedra, las últimas palabras escritas y grabadas en las paredes de las mugrientas celdas del pabellón de la muerte, a apenas unos metros de los cadalsos: «Ahmed Qambal, 8/9/2000», «Ahmed Aziz de la gobernaduría de Nayaf, con Yaba, 2/9/01», «Abbad Abu Mohamed». A veces añaden versículos del Corán: «La muerte es mejor que la vergüenza», «la muerte es vida para el creyente y un alto honor». Qué valor debió de precisar escribir esas palabras, las últimas en vida.

Sin embargo, todo aquello tenía un tufillo demasiado pulcro. Frente a la crueldad de Sadam, cualquier institución parece limpiísima, pero aun así Abu Ghraib tenía muchos elementos que no parecían tan aseados como las nuevas cocinas. Seguía sin existir un proceso judicial claro para los supuestos asesinos, ladrones y saqueadores del otro lado de la alambrada. El ejército admitía que la transcripción de los nombres árabes —con todos los errores posibles al estilo de la isla de Ellis— hacía que a menudo las familias fueran incapaces de encontrar a sus seres queridos. No se hizo mención —hasta que nosotros sacamos el tema— del ataque guerrillero con morteros que mató a seis presos en sus tiendas. Los estadounidenses habían enviado psicólogos

para que hablaran con los reclusos y habían descubierto que éstos creían —sorpresa, sorpresa— que los americanos los usaban como escudos humanos. Como sabemos, quedaban cosas peores, mucho peores, por llegar.

Oweid señala al otro lado de la tierra seca y con un gesto de la mano abarca la gris desolación de arena, polvo y hogares destrozados que se extiende hacia el norte. «Yo conocía todos esos pueblos —dice—. Apunte esto en su cuaderno, tienen que recordar los nombres de todos esos pueblos muertos: Mahamar, Manzan, Meshal, Daudi, Yezeran Nakbia, Zalal, Abu Taifa, Jdedá, Galivá, Um al Hamadi, Al Gufas, Al Jor, Al Hammsin...» Son demasiados. No puedo seguir el ritmo de Abbas Oweid. La magnitud de la destrucción sembrada por Sadam entre los árabes de las marismas ha superado mi velocidad de escritura. En ese momento, lejos, más allá de los escombros de los ladrillos, los marcos de las puertas rotos y el barro seco, suena el canto de un pájaro.

Oweid esboza una sonrisa. «Donde hay pájaros, hay agua», dice, y se acucilla; ha encontrado —eso a los árabes les gusta— el aforismo adecuado para el momento adecuado. Sin embargo, es cierto. Los pájaros regresan porque el agua vuelve poco a poco a los millares de kilómetros cuadrados que Sadam drenó durante diez largos años. Se la oye, literalmente, borboteando, espumando y escurriéndose hacia las viejas acequias y los arroyos secos, alrededor de las bajas colinas de tierra sobre las que los árabes de las marismas, musulmanes chiíes, construyeron sus hogares antes de que Sadam decidiera destruirlos. Se trata del mismo estuario donde veinte años atrás mi amigo y colega Mohamed Salam de Associated Press vio los cadáveres carbonizados de los árabes de las marismas, quemados y electrocutados por el ejército de Sadam, unas personas que habían vivido entre patos y búfalos, que pescaban con lanzas y que acabaron destripadas como el pescado, en un lugar donde los inocentes tuvieron que morir junto con el invasor.

Me siento en una barca y remonto con calma el ancho río Salal, hasta encontrar una vieja casa de barro y cemento con el techo nuevo, nuevas palmeras plantadas en torno a ella y una pequeña embarcación verde amarrada en el embarcadero de tierra. Las eneas y los juncos habían desaparecido, ningún árbol supera el metro de altura. Aun así, una familia ha regresado. Incluso Mohsen Bahedh, cuya familia huyó a Irán durante la larga y atroz sequía artificial que Sadam infligió a su pueblo, está pensando en volver.

Estaba sentado a mi lado en nuestra barca, con un rifle Kaláshnikov en la mano izquierda y la derecha apoyada en la cabeza de su hijo de cinco años, Mehdi. «Aquí vivían 12 000 familias y todas se fueron —dijo—. Teníamos pescado, frutas, verduras, pájaros, búfalos de agua y nuestros hogares, y Sadam nos dejó secos, se llevó toda nuestra agua y no nos dejó nada».

Nuestra barca perdió velocidad en un punto porque el nivel del agua se elevaba

unos quince centímetros a nuestra proa, una pequeña barrera por la que caía el agua hasta el nivel normal del río. «Por debajo de nosotros están los restos de una presa de Sadam —explicó Mohsen—. El agua pasa por encima. De modo que todavía vemos las presas, aunque ya no estén en su sitio».

Hay que verlo para apreciar la despiadada voluntad con que Sadam ejecutaba sus propósitos. Después de que en 1991 los estadounidenses y británicos animaran a alzarse contra Sadam a los musulmanes chiíes de Iraq —para luego, por supuesto, traicionarlos y no hacer nada cuando los exterminó—, algunos soldados iraquíes desertores y rebeldes que querían seguir luchando se retiraron a los pantanos de Al Huweiza, Amara y Hamar, donde los árabes de las marismas, inmortalizados en la magnífica obra de Wilfrid Thesiger hace tantas décadas, les dieron cobijo. Los helicópteros y tanques iraquíes fueron incapaces de hacerlos salir, de modo que Sadam emprendió una estrategia de contraguerrilla que hace palidecer los asesinatos políticos y la destrucción de propiedades de Israel y el agente naranja de los estadounidenses en Vietnam. Construyó su conjunto de presas —centenares de ellas— para bloquear las aguas que afluían a las marismas desde los ríos Tigris y Éufrates. Desvió los cauces por canales nuevos y anchos —uno de ellos se llamaba río de la Madre de Todas las Batallas— que irrigaban los pueblos y ciudades que le seguían siendo leales. La única agua que se permitía llegar a las marismas era los residuos líquidos de los campos fertilizados, de modo que el ganado de los habitantes de la zona tenía que meterse hasta el centro de los arroyos para encontrar agua potable. Al final, se secaron casi todos.

Sin embargo, cuando la fuerza invasora angloestadounidense se abalanzó sobre Iraq en marzo de 2003, todavía quedaban varios centenares de kilómetros cuadrados de marismas; y apenas horas después de que los ingleses llegaran a Basora, los habitantes de Hamar rompieron las presas de tierra y hormigón que Sadam había erigido y abrieron brechas en sus murallas. Un anciano de Nasiriya me contó que su esposa lo despertó tras la primera noche de bombardeos para decirle que oía correr agua en la vieja acequia de detrás de su casa. El hombre no la creyó. «Entonces me levanté y salí a la luz de la luna —me explicó—. Y vi agua».

Es una historia de esperanza. El padre de Faisal Jayun fue asesinado por la policía secreta de Sadam en 1993, mientras conducía por la carretera de Basora. «Le dispararon en la frente y el cuello —dijo—. A mi primo y mi tío los arrestaron en 1997 y los ahorcaron en Abu Ghraib. El *mujabarat* solía montar redadas aquí a las cuatro de la mañana, y yo siempre pasaba la noche en el tejado, atento por si venían. Ahora, por primera vez en mi vida, duermo de un tirón en mi casa hasta que el sol me despierta por la mañana».

Mohsen Bahedh saltó a tierra seis kilómetros al norte del puente de Hamar y nos abrimos paso juntos a través de un fango profundo y negro al que se pegaban nuestros zapatos, hasta llegar a las cuatro paredes rotas de una casa. «Esto era mi hogar —dijo—. Volví y arranqué algunos ladrillos y marcos de ventana para construir

una nueva casa al sur de la presa de Sadam. Ve, aquí guardábamos a los gansos, y el ganado estaba allá donde la tierra. Y mi barca estaba aquí». Él y Medí chapotearon entre las ruinas. «A lo mejor, ahora volvemos», me explicó. «Sí, ayudamos a los oponentes de Sadam. Y cuando los soldados desertaron y vinieron aquí, les dimos de comer, un sitio donde dormir y combustible para que no pasaran frío. Somos un pueblo generoso».

Mohsen ha cumplido los cuarenta y ocho años, pero tiene dos jóvenes esposas y cinco hijos, por lo que dice que mal puede permitirse acabar de construir su nueva casa. Además, los árabes de las marismas no pueden regresar como si tal cosa a su tierra. Hace tiempo que muchos cambiaron el búfalo de agua por el Mercedes y se hicieron comerciantes. Otras tribus se mudaron a la zona y sembraron cosechas en tierras recién irrigadas. Sin embargo, el pueblo de Thesiger sobrevivió y el régimen de Sadam no, y una pequeña marea de agua azul oscura se filtraba de nuevo hacia el desierto, bordeando poco a poco Mahamar, Manzan, Meshal y todos los pueblos perdidos de las marismas.

De qué modo se entrelazaban la esperanza y el horror. Mientras los estadounidenses convertían una boda en una carnicería —y llamaban a los invitados «insurgentes»—, se abriría otra de las fosas comunes de Sadam. Nada más regresar de la tierra de los árabes de las marismas, me enteré de la existencia del Centro de Documentación para las Mujeres Mártires del Movimiento Islámico, cuyo estudio de las víctimas femeninas jóvenes de Sadam —sometidas en su mayor parte a ensañadas torturas y ejecuciones deliberadamente crueles— no es apto para estómagos sensibles.

Se obligaba a las esposas a contemplar a sus maridos ahorcados antes de sentarlas en la silla eléctrica, quemarlas con ácido, atarlas desnudas a ventiladores del techo o abusar sexualmente de ellas. En varios casos, se envenenó a las mujeres o se las utilizó como conejillos de indias para las sustancias de una planta cercana a Samara donde se creía que fabricaban armas químicas. Sus nombres —junto con los de sus torturadores y verdugos— al menos son conocidos. Un hombre, Abu Widad, se jactó en una ocasión de haber colgado a setenta presas en una noche en la cárcel de Abu Ghraib. En muchos casos se las ejecutaba por el crimen de ser hermanas o esposas de un hombre buscado. La mayoría tenían relación con el prohibido partido Dawa, a cuyos miembros el gobierno baazista torturaba y asesinaba de forma rutinaria.

Una entrada típica de los *Recuerdos encarcelados: páginas rojas de una historia olvidada* —recopilados por Alí al Iraq en la ciudad iraní de Qom— narra lo siguiente:

Samira Awdá al Mansuri (Um Imán), fecha de nacimiento 1951, Basora, profesora de la Escuela Intermedia de Haritha... casada con el mártir Abdul Amir, cargo del ala militar del movimiento islámico... miembro del partido islámico Dawa... Torturadores: comandante Mehdi al Dulaimi, que la torturó estando borracho, teniente Husain al Tikriti, especializado en romper la caja torácica de sus víctimas pisoteándolas... teniente Ibrahim al Lami que golpeaba a las víctimas en los pies... Um Imán recibió una paliza... la colgaron del pelo de un ventilador del techo y padeció torturas por electricidad. Después de que pasara dos meses en celdas de Basora sin desvelar nada, Al Dulaimi recomendó que la ejecutaran por tenencia ilícita de armas y

afiliación al partido al Dawa.

En realidad, Um Imán fue transferida a la División de Seguridad Pública de Bagdad, donde tuvieron lugar posteriores torturas durante once meses. A continuación compareció ante el Tribunal Militar Revolucionario de Seguridad, que la condenó a muerte por ahorcamiento. Pasó otros seis meses en la cárcel de Rashid al oeste de Bagdad hasta que —cuando quizás albergara ya esperanzas de que le perdonaran la vida—, un domingo por la tarde, fue transferida a Abu Ghraib y ejecutada por Abu Widad.

Existen frecuentes relatos de mujeres y niños torturados delante de sus maridos y padres. En 1982, por ejemplo, un tal teniente Karim de Basora supuestamente llevó a la esposa de un insurgente a la cárcel, la desnudó y la torturó delante de su marido y luego amenazó con matar a su hijo pequeño. Cuando la pareja se negó a hablar, el policía «lanzó al bebé contra la pared y lo mató».

Ahlam al Ayashi fue arrestada en 1982 a la edad de veinte años porque estaba casada con Imad al Kirawi, un miembro destacado del Dawa. Cuando éste se negó a dar información a la policía de seguridad, dos torturadores profesionales —que constan en el informe como Fadil Hamidi al Zarmani y Faisal al Hilali— agredieron a Ahlam delante del preso y su hija, y la torturaron —la crónica ahorra los detalles a los lectores— hasta la muerte. Enterraron su cuerpo en el desierto de las afueras de Basora y no tiene tumba conocida. Tres de los cinco hermanos de Ahlam fueron ejecutados junto con su marido, y a otro lo mataron en la insurrección que siguió a la liberación de Kuwait en 1991. Sin embargo, su hija Ala, que presenció la tortura de su madre, fue llevada a Irán, donde se casó y estaba en ese momento a punto de entrar en la universidad.

Muchas de las historias eran dolorosamente trágicas. Awatif Nur al Hamadani, por ejemplo, fue traicionada por su propio marido, quien —bajo torturas extremas— dio el nombre de su mujer y varios compañeros como traficantes de armas. Awatif estaba embarazada pero fue agredida por un hombre llamado comandante Amer, que la golpeó con una silla metálica y después abusó sexualmente de ella. En su juicio, el juez Musalam al Jaburi sugirió que «debería encontrarse una horca en miniatura para su niña, porque ha mamado de la leche preñada de odio de su madre».

En un principio se la llevaron a Awatif para ejecutarla con dos compañeras y las obligaron a presenciar el ahorcamiento de 150 hombres, de diez en diez; cuando se llevaban los cuerpos, reconoció a su marido entre ellos. Después la devolvieron a su celda. Más tarde la ejecutaron en una silla eléctrica. En Abu Ghraib mataron a muchos reclusos en esa misma silla, entre ellos dos mujeres más, Fadilá al Hadad en 1982 y Rida al Uwainati al año siguiente.

Maysun al Asadi era una universitaria de dieciocho años cuando la arrestaron por pertenencia a una organización islámica prohibida. Durante su interrogatorio la colgaron del pelo y la golpearon en las plantas de los pies, para que después la

condenara a la horca el juez Awad Mohamed Amin al Bandar. Le concedieron su último deseo —ver a su prometido— y los dos se casaron en la cárcel. Sin embargo, mientras se despedía del resto de presos, pronunció discursos en los que condenaba a la cúpula del régimen iraquí, y el director de la cárcel decidió que debía administrársele una muerte lenta. La ataron a la silla eléctrica de la cárcel y tardó dos horas en morir.

A Salwa al Bahrani, madre de un niño pequeño, la sorprendieron distribuyendo armas a combatientes islámicos en 1980. Un tal doctor Fahid al Danuk, que experimentaba con venenos para su posible uso contra las tropas iraníes, supuestamente le administró un yogur envenenado durante el interrogatorio. Centenares de combatientes muyahidines de Dawa fueron, según el informe, utilizados como conejillos de indias para experimentos con productos químicos tóxicos en Salman Pak, al sur de Bagdad. Salwa murió en casa cuarenta y cinco días después de que la obligaran a comer el yogur. Fátima al Husaini, de veinte años, fue acusada de ocultar armas para al Dawa y arrestada en Bagdad en 1982. La golpearon con cables de plástico, la colgaron del techo por las manos, atadas detrás de la espalda, la torturaron con electricidad y le vertieron ácido en los muslos. Se negó a hablar y su torturador recomendó la ejecución. La ahorcaron en Abu Ghraib en 1982 y su familia la enterró en Nayaf.

El informe de 550 páginas que registra los atroces padecimientos de las prisioneras chiíes de Sadam no era una obra literaria. Parte de su prosa resulta recargada y en ocasiones parece describir el martirio de las mujeres como un destino digno de emularse. Tampoco era un volumen que fuera a suponer una lectura fácil para los estadounidenses ansiosos de utilizarlo como prueba contra Sadam. En el momento en que se cometían esos crímenes, los Estados Unidos consideraban a Sadam un aliado; y el libro afirmaba de manera repetida que los productos químicos utilizados contra las prisioneras procedían originalmente de países occidentales. Sin embargo, los detalles son conmovedores —se recogen los nombres y destinos de al menos cincuenta mujeres, junto con los de sus torturadores—, y las actividades de Abu Widad, el Monstruo de Abu Ghraib, han sido confirmadas por los escasos presos que sobrevivieron a la cárcel. Efectuaba las ejecuciones entre las ocho de la tarde y las cuatro de la mañana, y golpeaba a los condenados y condenadas en la nuca con un hacha si alababan a un imán asesinado antes de que los ahorcaran. Al final, Abu Widad fue detenido tras aceptar un soborno para ejecutar a un preso indultado en lugar del verdadero condenado; lo colgaron en su propia horca en 1985.

Los estadounidenses y los ingleses se beneficiaron de esos relatos del terror bajo Sadam. ¿Preferiríais que siguiera aquí en Irak, torturando y gaseando a su pueblo?, preguntaban. ¿No os parece que hemos hecho algo bueno al librarnos de él? Y ello porque los motivos originales aducidos para la invasión —la posesión de armas de destrucción masiva por parte de Sadam, sus vínculos con las atrocidades del 11 de septiembre, el ataque en sólo 45 minutos de Blair— resultaron ser mentira. Sin

embargo, la comparación que establecían Bush y Blair era siniestra. Si la inmoralidad y maldad de Sadam era la vara con la que medíamos todas nuestras iniquidades, ¿qué decía eso de nosotros? Si el régimen de Sadam debía ser la brújula moral que definiera nuestras acciones, ¿cuan malos —cuan inicuos— nos permitía ser eso? Sadam torturó y ejecutó mujeres en Abu Ghraib. Nosotros sólo abusamos sexualmente de los presos, matamos a unos pocos, asesinamos a algunos sospechosos en Bagram y los sometimos a tratos inhumanos en Guantánamo<sup>[4]</sup>. Sadam era mucho peor. Y así se volvió inevitable que el símbolo de la vergüenza de Sadam —la cárcel de Abu Ghraib— se convirtiera también en símbolo de la nuestra.

Lo interesante fue la enorme diferencia entre las reacciones de Oriente y Occidente respecto de nuestros abusos en Abu Ghraib. A los «civilizados» occidentales nos dejaron estupefactos los mordiscos de perro, las humillaciones y las torturas que «nuestros» hombres y mujeres administraban a los reclusos. Los iraquíes se mostraron indignados, pero no estupefactos. Sus amigos y parientes —algunos de los cuales habían sido encerrados por los estadounidenses— les habían hablado hacía mucho del comportamiento repulsivo de los guardias norteamericanos. No les sorprendieron aquellas fotografías icónicas. Ya lo sabían.

A principios del 2004, un ejército de millares de mercenarios había aparecido en las calles de las principales ciudades de Iraq, muchos de ellos antiguos soldados británicos y estadounidenses contratados por las autoridades de ocupación angloamericanas y las docenas de empresas que temían por la vida de sus empleados en Bagdad. Los británicos armados hasta los dientes que trabajaban para más de trescientas compañías de seguridad en Iraq superaban ya al ejército de ocho mil hombres que los ingleses tenían en el sur del país. Aunque en Iraq operaban las grandes empresas de seguridad de los Estados Unidos y Gran Bretaña, docenas de pequeñas compañías también buscaban negocio con pocas exigencias en cuanto a selección de personal y escasas reglas de enfrentamiento. Muchos de los británicos eran antiguos soldados del SAS —también había centenares de exmiembros de las Fuerzas Especiales estadounidenses en el país— y también había sudafricanos armados trabajando para las autoridades de ocupación.

La presencia en Iraq de tantos millares de mercenarios occidentales —o «contratistas de seguridad», como los calificaba la remilgada prensa estadounidense — hablaba tanto del miedo de los Estados Unidos a sufrir bajas militares como de las fortunas multimillonarias que la industria de la seguridad ordeñaba en ese momento de las arcas de los gobiernos estadounidense y británico. Las compañías de seguridad escoltaban convoyes por las autopistas de Iraq. Empleados armados de una firma estadounidense sin ningún tipo de uniforme protegían por la noche a sus compatriotas del ejército dentro del antiguo palacio presidencial donde Paul Bremer tenía su sede. En otras palabras: las empresas de seguridad protegían en ese momento a las tropas de ocupación. Cuando un helicóptero estadounidense se estrelló cerca de Faluya en el 2003, fue una empresa estadounidense de seguridad la que tomó el control de la zona

y emprendió las operaciones de rescate. Ni que decir tiene, las bajas entre los mercenarios no se incluían en el habitual recuento de muertes que redactaban las autoridades de ocupación.

Tampoco incorporaban a sus listas los nombres de los prisioneros. Cuando Mohamed Abul Abbas, de 55 años, murió en circunstancias misteriosas en un campamento de prisioneros de los Estados Unidos en Iraq, nadie se molestó en llamar a su familia. Sus captores norteamericanos no habían dado indicación alguna a la Cruz Roja Internacional de que el hombre que estuvo detrás del secuestro del crucero *Achille Lauro* en 1985 tuviera problemas de salud; su esposa Rim se enteró de que había muerto por un programa informativo de televisión. El caso era que, en la última carta a su familia, escrita apenas siete semanas antes, el militante palestino explicaba que «estoy en buena forma y bien de salud», para después añadir que esperaba que lo liberaran pronto. Así pues, ¿qué le pasó a Mohamed Abul Abbas?

A pesar de que había sido un compañero destacado de Yasir Arafat durante más de tres décadas, el mundo relacionará para siempre su nombre con la tragedia del *Achille Lauro*, cuando miembros de su pequeño Frente Palestino de Liberación se apoderaron de ese buque en el Mediterráneo y, en un cruel asesinato que iba a provocar la indignación internacional, mataron a tiros a un anciano estadounidense judío, León Klinghoffer. Pese a todo, al cabo de diez años los propios israelíes permitirían que Abul Abbas, a la sazón miembro del Consejo Nacional Palestino, entrara en los territorios ocupados para participar en las elecciones de la franja de Gaza. Visitó incluso el antiguo hogar de su familia en Haifa, Israel. Apoyó los acuerdos de paz palestino-israelíes y abogó por la anulación de los artículos antiisraelíes de los estatutos de la OLP. Como tantos otros compañeros de Arafat, había experimentado esa mística transformación que tiene lugar en Oriente Próximo y había pasado de «superterrorista» a pacifista.

Entonces, ¿por qué fue encarcelado en los severos confines del campamento de prisioneros del aeropuerto estadounidense de Bagdad? Jamás fue acusado de ningún crimen, no le ofrecieron un abogado, no le permitieron ponerse en contacto con su mujer ni su familia, sólo pudo comunicarse con el mundo exterior a través de la Cruz Roja. Fue esta organización la que finalmente llamó por teléfono a su esposa Reem, en Beirut, para confirmarle la muerte de su marido.

«Yo no he sabido nada... nada —se lamentó hablando por teléfono conmigo desde Beirut—. ¿Cómo murió? ¿Por qué no nos dijeron nada?» Mohamed Abul Abbas sigue siendo el prisionero más destacado que ha muerto bajo la custodia de los Estados Unidos en Iraq y su fallecimiento ha engrosado la creciente lista de muertes inexplicadas entre los 15 000 iraquíes y palestinos retenidos por el ejército estadounidense. Las autoridades de la ocupación de Iraq se limitaron a comunicar que realizarían una autopsia al cadáver. Hacía tiempo que el Frente de Liberación de Palestina contaba con oficinas en Bagdad, igual que la OLP de Arafat; el jefe del «departamento político» del FLP, Mohamed Sobhi, dijo que la detención de

Mohamed Abul Abbas por parte de las tropas estadounidenses el 14 de abril del año anterior «no tenía más razón legal que la necesidad de los soldados estadounidenses de encontrar en ese momento falsas victorias. Todos sabíamos que Abul Abbas había estado en Palestina en 1995 y que tanto los Estados Unidos como Israel lo permitieron. Después de eso, viajó en muchas ocasiones a zonas palestinas y a otros países árabes. Todo esto se lo contamos a los estadounidenses de aquí y les pedimos que lo liberasen. En su última carta a casa, escribió que esperaba ser puesto en libertad muy pronto. ¿Qué le sucedió?».

Reem Abul Abbas, que tiene un hijo de su marido y dos de un matrimonio anterior, dijo que Mohamed vivía aún en Bagdad cuando las tropas estadounidenses entraron en la ciudad el 9 de abril del año pasado. «Intentaba mantenerse alejado de ellos porque mucha gente —iraquíes y palestinos— era detenida, gente que no había hecho nada. Después las tropas estadounidenses asaltaron nuestra casa. Mohamed no estaba, pero yo lo vi en la cadena Fox. ¿Creerá que vi mi propia casa por televisión, y que habían movido las cosas y colocado una bandera palestina tapando un espejo, y que luego habían invitado al equipo de filmación de la Fox? La tarde del 14 de abril, Mohamed me llamó con un móvil vía satélite Thuraya desde la casa de un amigo. Fue un gran error. Creo que fue así como lo localizaron. Poco después, unos soldados estadounidenses subían por la escalera».

Las autoridades de la ocupación estadounidense anunciaron en un principio la captura del «importante terrorista Abul Abbas», sin mencionar su regreso a los territorios ocupados ni que los propios israelíes —que podrían estar más ansiosos por verlo entre rejas— habían permitido libremente que el líder del FLP entrara en su territorio como negociador para la paz. «Primero era un “terrorista” —explicaba su esposa, Reem—. Luego era un hombre de paz. Después, cuando los estadounidenses lo detuvieron, lo volvieron a convertir en “terrorista”. ¿Qué son todos estos disparates?» Al cabo de unos meses, esa misma transformación tendría lugar con Yasir Arafat. La última carta de Abul Abbas a su familia, con fecha del 19 de enero y escrita en un prolijo árabe por una cara de un papel de la Cruz Roja, no hacía ninguna referencia a su destino. Iba dirigida a su hermano Jaled, en Holanda, y en ella pedía cartas y noticias, expresiones de afecto y esperanza, como todos los presos. «Querido Jaled —comienza—... primero le envió besos a tu madre, y espero que esté dispuesta a preparar las verduras *dolma* y el pollo rojo que tanto me gusta, porque mi primera comida (en libertad) será en su casa. ¿Qué noticias hay de mi familia y mi querido Issa?... Dale muchos recuerdos, y también a su mujer y a sus hijos, y a tus hermanos y hermanas y a sus familias, porque también son mi familia y mis seres más queridos... Espero que me puedas enviar un *dishdash*... Estoy en buena forma y tengo salud, lo que más necesito es recibir noticias de mi familia y mis amigos. Tengo muchas esperanzas de ser puesto pronto en libertad, si Dios quiere». Mohamed Abu Abbas parece no tener ningún presentimiento de su muerte inminente. Sin embargo, falleció 49 días después de escribir esa carta.

Iraq permitió que el mundo se olvidara de Palestina, donde Yasir Arafat vivía ya en las fétidas y sucias oficinas de Ramala donde el ejército de Israel lo mantenía bajo arresto domiciliario. Los israelíes cortaron por completo toda comunicación con él. También los estadounidenses. Los suicidas palestinos se inmolaban por todo Israel, hasta que Ariel Sharon empezó a construir en Cisjordania un gigantesco muro que aisló cientos de poblaciones palestinas y, con ello, se anexionó *de facto* tierras que se suponía que formarían parte del Estado palestino. Ese muro, todo sea dicho, no podía ser denominado muro por la mayoría de los periodistas... aunque era mucho más extenso que el antiguo muro de Berlín. «Muro» tiene feos connotaciones de gueto y *apartheid*. Así pues, se convirtió en una «barrera de seguridad» en *The New York Times* y en la BBC, o, si no, en algo aún más descabellado, en una «valla». El Tribunal Internacional de La Haya —donde la quebrantada Autoridad Palestina envió a sus portavoces— decretó que la construcción era ilegal. Israel hizo caso omiso de la sentencia<sup>[5]</sup>.

Y prosiguió con la política de asesinar a adversarios. Esos «asesinatos selectivos» —otro ejemplo de las invenciones semánticas de Israel que la BBC y otros han adoptado sumisamente— tenían como objetivo a altos dirigentes, aunque en esos mismos ataques morían inocentes de modo inevitable. El 21 de marzo, un helicóptero israelí disparó un misil contra un dirigente de Hamás, anciano e impedido, el jeque Ahmed Yasín, cuando salía de una mezquita de Gaza. No se requería mucho valor para asesinar a un parapléjico en silla de ruedas. Tampoco se requerían más que unos instantes para comprender las consecuencias de ese asesinato. Sí, el jeque Yasín era un entusiasta defensor de los ataques suicidas, y también del asesinato de niños israelíes. Sí, el que a hierro mata a hierro muere, con silla de ruedas o sin ella. Sin embargo, algo infinitamente peligroso —otro siniestro precedente— se estaba preparando en nuestro mundo feliz.

Tomemos el caso de ese anciano. La postura israelí, desde el principio, fue muy simple. El jeque Yasín era la «cabeza de la serpiente» —por utilizar las palabras del embajador israelí en Londres—, el cabecilla de Hamás, «una de las organizaciones terroristas más peligrosas del mundo». No obstante, después llegó la ofuscación por parte de los medios de comunicación. Yasín, según nos dijo la BBC el día del asesinato, había sido anteriormente liberado por los israelíes en un «intercambio de prisioneros». Parecía uno de esos acostumbrados trueques militares —un palestino liberado a cambio de soldados israelíes capturados— y más tarde, ese mismo día, la BBC nos dijo que había sido liberado «tras un acuerdo negociado por el rey Husein».

Todo aquello era muy extraño. Había sido prisionero de los israelíes. Esa «cabeza de la serpiente» había estado en una cárcel de Israel y después —bingo— ese supuesto monstruo había sido liberado por un «acuerdo». Recordemos en qué consistía ese «acuerdo». El jeque Yasín fue liberado nada menos que por el entonces primer ministro Benjamín Netanyahu, el defensor de la ley y el orden del Likud. El ya fallecido rey Husein no había sido exactamente «negociador» entre ambas partes.

Dos agentes secretos del Mosad israelí habían intentado asesinar a un miembro de Hamás en Ammán, la capital de un país árabe que ostentaba un acuerdo de paz con Israel. Habían inyectado veneno al miembro de Hamás, y el difunto rey Husein de Jordania, furioso, llamó al presidente de los Estados Unidos y amenazó con procesar a los agentes del Mosad capturados si no le daban el antídoto para el veneno y Yasín no era liberado.

Netanyahu cedió de inmediato. Yasín fue puesto en libertad y los muchachos del Mosad regresaron sanos y salvos a Israel. Así pues, fue Israel quien soltó a la «cabeza de la serpiente», por cortesía del primer ministro del país; un capítulo de la historia que fue convenientemente olvidado cuando asesinaron a Yasín. Lo cual fue muy extraño, puesto que, si el anciano clérigo merecía de veras un asesinato de Estado, ¿por qué lo había dejado Netanyahu en libertad? No obstante, lo que resultaba mucho más peligroso eran las consecuencias: otro árabe —otro dirigente, por muy vengativo y despiadado que fuera— había sido asesinado. Los estadounidenses quieren matar a Bin Laden. Quieren matar al mulá Omar. Mataron a los dos hijos de Sadam. Igual que mataron a tres hombres de Al Qaeda en el Yemen con un avión teledirigido y un misil. Los israelíes amenazaron repetidamente con asesinar a Yasir Arafat y, poco después de la muerte de Yasín, atacaron de nuevo y dispararon otro misil contra el nuevo dirigente de Hamás, Abdelaziz Rantisi. Rantisi había sido deportado ilegalmente al Líbano junto con cientos de palestinos más hacía más de una década, y había sobrevivido a los largos meses de calor y nieve en el Campo de Flores cercano a la frontera israelí. Era el mismo Rantisi de barba al que entrevisté por última vez en Gaza, el que me había dicho que «la forma preferible de poner fin a mi vida sería el martirio». En aquel entonces miré por la ventana en busca de un helicóptero Apache. Ya había ido por él.

Nadie había empezado a desentrañar aún las consecuencias de todo aquello. Durante años había existido una regla no escrita en la cruel guerra del gobierno contra la guerrilla. Se podía matar a hombres de la calle, a fabricantes de bombas y a francotiradores. Sin embargo, los dirigentes de ambos lados —ministros del gobierno, dirigentes espirituales, posibles *interlocuteurs valables* futuros, como solían llamarlos los franceses en 1962, cuando descubrieron que habían asesinado a casi todos los dirigentes argelinos— debían sobrevivir.

Cierto, a veces esas reglas se rompían. El IRA intentó asesinar a la señora Thatcher. Mataron a su amigo Airey Neave. La Yihad Islámica asesinó a un ministro en una habitación de hotel. Sin embargo, eran excepciones. Esta vez todo era completamente diferente. Cualquiera que abogara por la violencia —aunque fuera a todas luces incapaz de cometerla— entraba en la lista negra. Así pues, ¿a quién podría sorprenderle que el otro bando rompiera las reglas?

¿Está a salvo el presidente Bush? ¿O Tony Blair? ¿Cuánto tardarán «nuestros líderes» en ser «blanco legítimo»? No lo diremos. Si nuestros propios dirigentes políticos son asesinados, de un disparo o con un artefacto explosivo, vilipendaremos

a los asesinos y sostendremos que se ha alcanzado una nueva fase en el «terrorismo». Olvidaremos que ahora fomentamos esta política total de asesinatos. Los estadounidenses no condenaron el asesinato del jeque Yasín igual que hicieron con el de Rantisi. De modo que dimos otro paso por ese siniestro camino.

Entonces la muerte le llegó al anciano. Hacía tiempo que Arafat tenía los síntomas de la enfermedad de Parkinson, pero entre la mugre de su destrozado complejo de Ramala su salud no podía por menos que deteriorarse aún más. Había adquirido la costumbre, aun en compañía de visitas diplomáticas, de sacarse los calcetines y frotarse las llagas de los pies. Le costaba concentrarse, había perdido el apetito. Con esos mismos visitantes, divagaba hablando de su batalla de 1982 contra los israelíes en el Beirut sitiado. Parte de su séquito se dio cuenta de que empezaba a írsele la cabeza, que estaba perdiendo el contacto con el mundo real, que estaba muriendo. Tenían razón. Los israelíes por fin permitieron que Arafat, gravemente enfermo, saliera de su cuartel general, y que los franceses trasladaran al anciano al hospital militar Percy, en las afueras de París. Allí, el 11 de noviembre de 2004, el día del octogésimo sexto aniversario del final de la Primera Guerra Mundial —la guerra que había dado origen a la declaración Balfour y al respaldo británico de una patria judía en Palestina, el conflicto que en última instancia había llevado a su pueblo a la desposesión y el exilio— Yasir Arafat murió.

Vi su funeral en El Cairo, un trayecto corto y lúgubre en una cureña tirada por caballos en una avenida a la que no permitieron acceder a un solo civil egipcio o palestino, ante una falange de dictadores árabes, algunos con las manos manchadas de sangre. Habían estado conversando junto a una mezquita cuando una lejana entrada a un muro de palacio se abrió y seis caballos negros chacolotearon por la calle con el féretro, cubierto por la bandera palestina colocada por los franceses. Durante casi un minuto, nadie se percató de que los caballos y el féretro estaban allí. Fue como un tren que entrara echando vapor a una estación rural sin que nadie le prestara atención en una cálida tarde. Aun así, cuando el cadáver llegó a Ramala, los palestinos le ofrecieron a Arafat un funeral más familiar, con gritos y lamentos —decenas de miles de personas—, peleando por tocar el féretro y disparando salvas al aire. A Arafat le habría gustado, pues fue caótico, tan teatral y genuino, tan terrorífico como su propio personaje imperfecto. Y el mundo se sintió feliz, por supuesto. Con Arafat desaparecido, había esperanza. Esa fue nuestra reacción. Mientras los palestinos plañían, les decíamos que la vida por fin mejoraría.

Entonces, después de unas elecciones democráticas —algo que Arafat nunca consintió—, el anodino Mahmud Abbas fue nombrado presidente, un hombre que contaba con el beneplácito pleno de estadounidenses y británicos. Abbas había redactado los documentos palestinos para los acuerdos de Oslo, 600 páginas en las que ni una sola vez utilizó la palabra «ocupación», refiriéndose tan sólo a la «reubicación» del ejército israelí y no a su retirada. Sin embargo, mientras prometía poner fin al «terrorismo» —la capacidad de Abbas para utilizar el vocabulario de los

Estados Unidos e Israel se contaba entre sus muchos talentos—, la tierra de Palestina se le escapaba entre los dedos. Hamás e Israel rompieron el alto al fuego y, entonces, el presidente George W. Bush anunció, tras una reunión con Ariel Sharon en los Estados Unidos, que había que enfrentarse a nuevas realidades, que aunque deseaba que existiera un Estado palestino democrático «al lado de» Israel, los extensos asentamientos judíos construidos ilegalmente en territorio palestino tendrían que permanecer en su sitio. La primera vez que lo dijo fue en abril de 2004, cuando Arafat aún estaba con vida. Eso suponía la destrucción de la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, que decía que no podía adquirirse territorio mediante la guerra. Ariel Sharon estaba dispuesto a clausurar los asentamientos menores de Gaza —que albergaban tan sólo a 8000 israelíes— y eso era ya un «acto histórico y valeroso». ¿El resultado? Ingentes áreas de la Cisjordania palestina pasarían a ser Israel, por cortesía del presidente Bush. Una tierra que había pertenecido a otro pueblo podía convertirse de pronto en propiedad de los israelíes con el permiso de los Estados Unidos porque era «poco realista» aceptar cualquier otra cosa. Los palestinos quedaron horrorizados. Ésa era la clase de engaño y deslealtad de la que tanto le gustaba hablar a Osama bin Laden. De hecho, si George W. Bush creía que podía definir lo que era «poco realista» en Oriente Próximo, teníamos derecho a formular otra pregunta: ¿no sería que él mismo trabajaba para Al Qaeda?

Todos tenemos una tierra que «Dios» o nuestros padres nos dieron. ¿No murió la reina María Tudor de Inglaterra con «Calais» grabado en el corazón? ¿No tiene España derecho legítimo a los Países Bajos? ¿O Suecia derecho a Noruega y Dinamarca? ¿O Gran Bretaña derecho a la India? ¿No tenían derecho los musulmanes —y los judíos— a la Andalucía del siglo xv? Toda potencia colonial, Israel inclusive, podría alegar esas absurdas exigencias. Toda reivindicación de Osama bin Laden, toda aseveración de que los Estados Unidos representan el sionismo y respaldan el robo de tierra árabe, había quedado demostrada a ojos de millones de árabes, incluso los que no tenían tiempo para Bin Laden. ¿Qué mejor sargento de reclutamiento que George W. Bush podía tener Bin Laden? ¿No se daba cuenta de lo que significaba aquello para los jóvenes soldados estadounidenses de Iraq? ¿Es que eran los israelíes más importantes que las vidas estadounidenses de Mesopotamia?

En sus últimas horas como procónsul estadounidense de Bagdad del verano de 2004, Paul Bremer decidió hacer más estrictas algunas de las leyes que su autoridad de la ocupación había decretado en todo el país de Iraq. Bosquejó una nueva ley que prohibía conducir con una sola mano en el volante. Otro documento anunciaba con solemnidad que, en lo sucesivo, sería un delito que los iraquíes tocaran la bocina del coche si no era en caso de emergencia. Ese mismo día, mientras Bremer se preocupaba por las condiciones de la conducción en Iraq, tres soldados

estadounidenses quedaron despedazados por una bomba en un arcén al norte de Bagdad, uno de los más de sesenta ataques contra las fuerzas de los Estados Unidos ese mismo fin de semana.

Sería difícil encontrar un símbolo más absurdo —y angustioso— de los fallos de Bremer, su completa incapacidad para comprender la naturaleza del descalabro provocado por él y su penosa autoridad de la ocupación. No es que la antigua «Autoridad Provisional de la Coalición» —metamorfoseada de pronto en una embajada estadounidense con 3000 empleados, la mayor del mundo— no estuviera al corriente de lo ocurrido. Es que ni siquiera vivía en el planeta Tierra. El último momento de protagonismo de Bremer se produjo cuando salió de Bagdad en un avión militar estadounidense con dos mercenarios pagados por su país para protegerlo —apuntando los fusiles amenazadoramente contra los equipos de televisión y caminando hacia atrás— hasta que se cerró la puerta de la cabina. Y Bremer, recordemos, había sido elegido para su puesto por ser experto «antiterrorista».

Fue un verano horrible. Si no siempre lograban atacar a los estadounidenses, los insurgentes salían con sus terroristas suicidas al por mayor y aniquilaban a quienes consideraban colaboracionistas. El 28 de julio, por ejemplo, hordas de empobrecidos reclutas aspirantes a policías murieron asesinados, hasta un centenar de ellos en la ciudad suní de Baquba, mientras hacían cola sin protección alguna en una avenida con la esperanza de encontrar trabajo. El autor del atentado —de identidad, como siempre, desconocida— estrelló su Renault contra una multitud de 600 jóvenes que buscaba trabajo en la policía, hizo estallar sus explosivos y los despedazó. La bomba dejó un socavón de dos metros en el asfalto e hirió al menos a otros 150 hombres y mujeres, muchos de los cuales estaban comprando en un mercado cercano.

Sería el último verano en que sería posible desplazarse por las carreteras de Iraq con cierta esperanza de no acabar asesinado, secuestrado o decapitado. Cogí un barco en el Tigris, y el piloto, un antiguo soldado iraquí llamado Saleh, que había sido herido en la guerra Irán-Iraq, se ofreció a llevarme a Basora. Pensé que quedaba algo lejos, que sería toda una semana en la barcaza de Saleh. De modo que me conformé con un trayecto hasta las afueras de Bagdad, pasando por delante del antiguo colegio de Sadam y de los escombros del Ministerio de Defensa, de los ejércitos de ocupantes de los edificios de viviendas abandonadas. Mientras seguíamos la corriente de las aguas verde claro del Tigris, le pregunté a Saleh, que era chií, si quedaba esperanza para Oriente Próximo, para Iraq, para nosotros. «Nuestro imam Alí dijo que un hombre es nuestro hermano de religión o nuestro hermano en la humanidad, y lo creemos —explicó—. Debemos vivir con todos los hombres en perfecta paz. No tenemos por qué luchar contra ellos ni matarlos. ¿Sabe una cosa? El islam es una religión muy sencilla, pero hay radicales que la complican. Estamos en contra de todo el que mata o secuestra a extranjeros. Eso no es musulmán».

Visité al jeque Yuwad Mehdi al Jalasi, uno de los dirigentes chiíes más notables de Bagdad. Un hombre alto y distinguido que habla con tanta elocuencia como

humor, tiene la misma frente y los mismos ojos penetrantes que su abuelo, el hombre que encabezó la insurrección musulmana chií contra la ocupación británica en 1920. Saca un retrato del gran viejo revolucionario, con una barba blanca y mullida pero bien peinada. El hombre, uno de los eruditos más eminentes de su época, acabó sus días en el exilio negociando con el gobierno bolchevique de Lenin, y encontró una misteriosa muerte... envenenado, según creyeron sus seguidores, por los servicios secretos británicos.

Los hombros del jeque Yuwad se sacuden cuando se ríe de mi insinuación de que existe más de un paralelismo entre los levantamientos iraquíes de 1920 y 2004. «Exacto —dice—. En 1920, los británicos intentaron establecer un gobierno iraquí nominal, lo cual parece una copia de la resolución 1546 del Consejo de Seguridad de la ONU». El jeque Mehdi al Jalasi se ha convertido en el gran *marja* [principal erudito chií] tras la muerte de Mohamed al Isasi y decretó una fetua diciéndole a sus seguidores y a todos los chiíes de Iraq que no participaran en las elecciones para no dar legitimidad al gobierno establecido por las fuerzas de la ocupación.

«No sólo los chiíes respondieron a ella, sino también los suníes y los judíos, los cristianos y otras minorías. Las elecciones fracasaron y por eso los británicos obligaron a mi abuelo a abandonar Iraq. Lo detuvieron en su casa, al otro lado de esta escuela religiosa en la que estamos hoy, una casa que Sadam destruyó a conciencia muchos años después».

Se trataba de una habitual conducta colonial. Los británicos exiliaron a los clérigos que les daban problemas —recordé al arzobispo Makarios— durante todo el siglo xx, pero el jeque Mehdi resultó ser tan peligroso para los británicos en el extranjero como lo había sido en su país. Fue trasladado a Bombay, pero la muchedumbre de enfurecidos musulmanes indios que se presentó en el puerto fue tan enorme que las tropas británicas no lo dejaron desembarcar y se lo llevaron al caluroso y volcánico puerto de Adén.

«Les dijo a los británicos: “No sabéis adonde enviarme, pero, puesto que se acerca la época de la peregrinación, quiero hacer el *hach* a La Meca”. Cuando el jerife Husein, el soberano, se enteró de eso, envió a mi abuelo una invitación para realizar el *hach*. Conoció al jerife Husein en el monte Arafat, en La Meca. Luego recibió una invitación para ir a Irán, firmada por el ministro de Asuntos Exteriores, Mohamed Mossadeg. Y en Irán lo aguardaban muchos dirigentes religiosos de Nayaf». Treinta años después, los estadounidenses derrocarían el gobierno iraní de Mossadeg... con la ayuda del coronel Monty Woodhouse del MI6.

El jeque Yuwad utiliza la mano al hablar —los prelados chiíes son mucho más expresivos con las manos que los eclesiásticos anglicanos— y cada nuevo episodio de la vida de su abuelo viene marcado por un dedo alzado. «Cuando el jeque Mehdi al Jalasi llegó al puerto iraní de Bushehr, recibió una calurosa bienvenida, pero un trabajador de la Compañía Petrolera Iraní le disparó diez balas. Mucha gente dijo entonces que era un plan del coronel Wilson, que había sido el jefe de la ocupación

británica de Iraq en 1920. Todos los grandes líderes religiosos de Qom, en Irán, lo estaban esperando —Al Naini y Al Asfahani, el jeque Abdulhalim al Hoeri al Yezdi, quien fue el profesor del futuro ayatolá Jomeini—, y entonces el rey Faisal, a quienes los británicos habían erigido en Bagdad, anunció que los líderes religiosos en el exilio podían regresar a Iraq, siempre que prometieran no interferir en política».

El jeque Mehdi rechazó la invitación con furia por considerarla «un ataque a nuestro papel como líderes religiosos y a la independencia de Iraq». En lugar de eso, viajó a la ciudad nororiental iraní de Mashad y allí estableció una asamblea «para proteger los lugares sagrados de Iraq», desde donde publicó tratados en árabe, persa, urdu, ruso y turco.

«Hubo incluso un diálogo indirecto entre mi abuelo y los revolucionarios bolcheviques de Lenin —dice el jeque Yuwad—. Querían aprovechar las dificultades de la situación internacional para ayudar a Iraq a ser un país verdaderamente independiente. Habría una revolución en Iraq. Ésa era la idea. Sin embargo, en 1925 mi abuelo murió de pronto. Dijeron que estaba enfermo, pero mi padre siempre creyó que el cónsul británico de Mashad ordenó envenenar al jeque Mehdi. La tarde en que murió, el cónsul había invitado a todos los médicos de Mashad a una recepción fuera de la ciudad, de modo que, cuando mi abuelo enfermó, no pudieron encontrar a ningún médico y no hubo nadie que pudiera sanarlo».

¿Y esta vez? Le pregunto al jeque Yuwad qué pasará con Iraq esta vez. El preside el «Congreso Islámico Iraquí», que congrega a intelectuales tanto chiíes como suníes y que pide la independencia para Iraq, igual que hizo hace más de ochenta años el abuelo del jeque Yuwad. «Los chiíes no se separarán y no se aislarán de los suníes. Tendrán sus derechos cuando todo el pueblo iraquí tenga derechos. Tenemos también el derecho a oponernos a la ocupación de maneras diferentes y nosotros lo hacemos políticamente... Los estadounidenses quieren una guerra civil, pero fracasarán porque el pueblo iraquí se negará a caer en la guerra civil».

No obstante, hay árabes a los que a lo mejor sí les gustaría provocar una guerra civil y que quieren retratar el islam como una religión de venganza y miedo. Empiezo a ver las cintas, las grabaciones de los secuestros, de hombres y mujeres que suplican por sus vidas. Las imágenes son granuladas, las voces suenan a veces poco claras. Sin embargo, cuando Kim Sun II, de Corea del Sur, grita: «No me matéis», una y otra vez, su miedo se hace palpable. Mientras degüellan a los secuestrados, en la grabación se oyen recitaciones coránicas, normalmente leídas por un imam saudí muy conocido. En la decapitación de un estadounidense, el asesino limpia ritualmente el cuchillo ensangrentado dos veces en la ropa de su víctima, igual que los oficiales saudíes limpian el filo de sus armas tras las ejecuciones públicas del reino. El terror por vídeo es ya algo arraigado en la guerra de Iraq. La «resistencia» o los «terroristas» o los «guerreros iraquíes armados» —como se refieren ahora las fuerzas estadounidenses a sus enemigos— empezaron con una serie de vídeos de pobre factura en los que se veían ataques contra las tropas de los Estados Unidos en Iraq.

Filmaban pasando en coche la explosión de las bombas de los arcenes de las carreteras junto a convoyes estadounidenses. Las imágenes mostraban a guerrilleros disparando morteros contra bases de los Estados Unidos de las afueras de Faluya. Sin embargo, en cuanto empezaron los secuestros, los videos se adentraron en un nuevo mundo macabro. En julio del 2004, más de sesenta extranjeros habían sido secuestrados en Iraq; la mayoría fueron liberados, pero muchos fueron grabados en su cautiverio mientras sus secuestradores leían reivindicaciones. El rostro consumido de Ángelo de la Cruz bastó para provocar manifestaciones en las calles de Manila y la inmediata retirada del pequeño contingente militar filipino de Iraq.

Sin embargo, ese escenario se ha convertido en una horrible rutina. La posible víctima se arrodilla frente a tres hombres encapuchados con fusiles Kaláshnikov. A veces ruega que no lo maten. El espectador, sin embargo, ve algo bastante horrible de lo que la víctima no es consciente. Cuando el rehén va a ser decapitado, los hombres armados que tiene detrás llevan guantes. No piensan mancharse las manos con la sangre de un infiel. Se lee su sentencia de muerte y entonces —inevitablemente— tiran de la víctima hacia la derecha y un hombre se inclina para cortarle el cuello. La última víctima había sido un búlgaro. Igual que Ken Bigley, de Liverpool, apareció maniatado como un preso de Guantánamo suplicando a gritos la ayuda de Tony Blair, también desfilaron ante las cámaras otros extranjeros, franceses, japoneses, coreanos, turcos y demás países.

Las grabaciones, normalmente distribuidas a uno de los dos canales de televisión en lengua árabe, rara vez se emiten al completo. Sin embargo, como monstruosa consecuencia, varios sitios web —sobre todo uno que parecía estar en California— mostraban la totalidad de su sangriento contenido. Un sitio web estadounidense, por ejemplo, había colgado la decapitación del también estadounidense Frank Berg y de un rehén surcoreano con sanguinolento detalle. «Vídeo de la decapitación de Kim Sun II, versión breve, versión larga», ofrecía el sitio web. La «versión breve» mostraba a un hombre cortándole el cuello al rehén. La versión larga incluía sus gritos suplicando piedad... que duraban al menos dos minutos e iban seguidos de su asesinato. En la misma pantalla y al mismo tiempo había anuncios de «Pomo» y «Chicas con caballos».

La policía iraquí había visto todas las grabaciones de las ejecuciones y creía que seguían un patrón de decapitación básicamente saudí. En muchos casos, los captores hablan con acentos saudíes o yemeníes. Sin embargo, en un video de ocho camioneros extranjeros —entre ellos kenianos, indios y un egipcio— aparecían hombres armados con acento iraquí. Exigían que las compañías que contrataban a camioneros pusieran fin a sus contratos con el ejército estadounidense en Iraq, igual que había hecho una empresa saudí, que había dejado el trabajo después de que otro de sus empleados egipcios fuera capturado. Era evidente que la «resistencia» también estaba intentando dejar a los estadounidenses sin mano de obra extranjera para obligar a sus tropas a salir a las peligrosas carreteras con la finalidad de transportar, a

diario, provisiones por Iraq.

Por otra parte, ¿de dónde salía la inspiración para esos videos macabros? En enero de 2004, un compañero descubrió un video a la venta en la capital insurgente de Faluya en el que supuestamente se veía cómo le cortaban el cuello a un soldado estadounidense. En realidad se trataba de la grabación de un soldado ruso que era conducido a una sala por unos hombres armados en Chechenia. Lo obligan a tumbarse —sin ser consciente del destino que lo aguarda, al parecer—, y al principio intenta superar el dolor cuando un hombre le pone un cuchillo en el cuello. Entonces le cortan la cabeza. Tardé varios meses en darme cuenta de por qué circuló esa cinta. Debía ser un manual de formación para los nuevos verdugos iraquíes, para enseñarles a carnear a un congénere, ya fuera «hermano de religión o hermano en la humanidad».

Sin embargo, detrás de todo eso —por encima de todo eso—, la sombra que aparecía al fondo de la histórica cueva seguía siendo la de Osama bin Laden. Cada pocos meses, una grabación de sonido o unas imágenes del propio Bin Laden aparecían en Al Yazira, a menudo entregadas por mano al corresponsal de la cadena en Islamabad. Los periodistas adoptaron entonces un patrón de comportamiento. ¿De verdad era él? ¿Cuándo se había realizado la grabación? El Pentágono decía que estaba «estudiando la cinta» y los periodistas destacaban cualquier amenaza que hubiera lanzado Bin Laden. Lo que rara vez hacían era escuchar todo su discurso, realizar una traducción completa y descubrir lo que verdaderamente quería decir. A fin de cuentas, si quieres saber lo que le pasa por la cabeza, hay que escuchar su voz, aunque las fornituras retóricas sobre caballos a la carga y lanzas destellantes se hagan algo tediosas. El 27 de diciembre de 2001, por ejemplo, leyó un poema que supuestamente iba dedicado a los asesinos del 11 de septiembre y que contaba con las palabras «espada severa», «escudos», «rayos», «tambores» y «tempestad».

Lo que también se saca en claro de esas cintas, no obstante, es que Bin Laden tiene un interés casi obsesivo por la historia. Todas esas son referencias a la Declaración Balfour y al acuerdo de Sykes-Picot —el 20 de febrero de 2003 insinuó que la amistad Bush-Blair era una versión moderna de esta última— y, por supuesto, al tratado de Sévres. «Nuestra nación [el mundo islámico] lleva más de ochenta años catando esta humillación y esta degradación», dice el 7 de octubre de 2001. En esa misma cinta, culpa a las Naciones Unidas de la partición de Palestina de 1947: «... jamás aceptaremos que la tragedia de Andalucía se repita en Palestina», dice. Andalucía fue quizá el mayor acto de limpieza étnica perpetrado contra los árabes, cuando Fernando e Isabel expulsaron a los moros de España —y a los judíos, aunque Bin Laden no mostró compasión por ellos, aunque son un «pueblo del Libro»— del sudoeste de Europa en 1492<sup>[6]</sup>.

En la cinta que supuestamente fue encontrada por un agente secreto británico en una casa de Jalalabad después de la caída de los talibanes, Bin Laden parece admitir su responsabilidad en los atentados del 11 de septiembre del 2001<sup>[\*]</sup>. Puesto que gran

parte de la cinta es inaudible, al principio sospeché de la afirmación del Pentágono de que había realizado una traducción de los comentarios de Bin Laden, hasta que leí este párrafo:

Estábamos en un campamento de uno de los guardias del hermano en Kandahar. Ese hermano pertenecía a la mayoría del grupo. Se acercó y me dijo que había visto, en un sueño, un alto edificio en los Estados Unidos... En ese momento me preocupó que tal vez el secreto [del ataque planeado del 11 de septiembre] quedase revelado si alguien empezaba a verlo en sueños... Así que zanjé la cuestión. Le dije que, si veía otro sueño, no se lo contara a nadie...

¿Cómo iba a olvidar yo ese espantoso momento acontecido hacía más de cuatro años, cuando Bin Laden me sonrió en una fría montaña afgana y me dijo que «uno de nuestros hermanos tuvo un sueño», que el «hermano» me había visto montado a caballo, con barba y una túnica «como nosotros» y que por tanto debía ser musulmán? Los sueños aparecen en las palabras de otros seguidores de Bin Laden, y su influencia en Al Qaeda es probablemente mucho mayor de lo que imaginamos. El líder talibán mulá Omar afirmó que en un sueño el profeta Mahoma lo había llamado a salvar Afganistán. Las teorías oníricas tienen gran tradición en el islam, se remontan incluso al año 866, cuando el filósofo islámico Ibn Ishaq al Kindi argumentaba que, al dormir, la psique se libera de los sentidos y tiene acceso directo a «la facultad creadora de forma<sup>[\*]</sup>». La base de esa creencia debía de estar fundada en la experiencia del Profeta mismo, que recibió la palabra de Dios en una serie de visiones oníricas, muchas de las cuales lo representaban en una gruta del monte Hira. Los seguidores de Bin Laden habrían sabido que su propio cabecilla soñaba en cuevas afganas.

En el 2004, Bin Laden ya no intentaba ocultar los vínculos de Al Qaeda con los atentados del 11 de septiembre, y en especial con el principal secuestrador de los aviones. «Acordamos con Mohamed Atta, que Dios lo tenga en su gloria, que todas las operaciones se realizarían en veinte minutos, antes de que Bush y su gobierno se dieran cuenta de lo que sucedía», dijo el 30 de octubre. En su cinta, pensada para coincidir con las inminentes elecciones presidenciales de los Estados Unidos, Bin Laden se dirigía explícitamente a los estadounidenses —la mayoría de sus mensajes eran en primer lugar para un público árabe— y respondía al discurso de «odian la libertad» pronunciado por Bush sobre Al Qaeda. «... luchamos contra vosotros porque somos hombres libres que no duermen oprimidos —decía—. Queremos recuperar la libertad para nuestra nación; por eso, igual que habéis devastado a nuestra nación, nosotros devastaremos la vuestra<sup>[7]</sup>». Esta vez atribuía los ataques a las torres gemelas del World Trade Center al recuerdo de ver las «torres» de Beirut bombardeadas y derruidas durante el asedio de Beirut de 1982, y añadía que «no podía olvidar esas escenas conmovedoras, las sangre y los miembros cercenados, mujeres y niños por todo el suelo». Bin Laden no estuvo en Beirut en 1982 —estaba luchando contra el ejército soviético en Afganistán— y sólo podía haber visto el

bombardeo de Beirut en secuencias de vídeo. Durante el sitio se destruyeron edificios altos, pero Beirut no tenía «torres» como las que mencionaba Bin Laden. Sin embargo, Ziad Jarrah, el secuestrador de avión libanes, había estado en Beirut de niño, en 1982. ¿Le transmitió él, mucho después, sus recuerdos a Bin Laden?

Aun así, los comentarios más devastadores del dirigente de Al Qaeda —la advertencia que los Estados Unidos y Gran Bretaña desoyeron totalmente, que probablemente jamás leyeron siquiera— llegaron en un mensaje de audio emitido por Al Yazira el 13 de febrero del 2003. Aún faltaban cinco semanas para la invasión de Iraq. De haber estudiado las palabras de Bin Laden, de haberse concentrado en el mensaje en lugar de haber dedicado su tiempo a pasar la cinta por ordenadores para el reconocimiento de voz, el Pentágono podría haber comprendido el alcance de la insurgencia implacable que iba a estallar en menos de un mes después de la invasión estadounidense de Iraq.

Bin Laden siempre expresó su odio por Sadam Husein, se refería a él como a un «agente» más de creación estadounidense en el mundo árabe, junto con la casa de Saud y los diversos príncipes y emires del Golfo. Sin embargo, en esa cinta de suma importancia del 13 de febrero, realizó una clara oferta para aliar sus fuerzas con las del Partido Árabe Socialista Baaz de Sadam:

No cabe ninguna duda de que esta cruzada va dirigida en primer lugar y ante todo contra la familia del islam, al margen de que el partido socialista y Sadam sobrevivan o no. Es cometido de los musulmanes en general y en particular de los de Iraq —de manera grave y en forma de yihad— arrimar el hombro contra esta campaña tiránica. Es más, es su deber acumular alijos de municiones y armas. Pese a nuestra creencia y a nuestras proclamas en cuanto a la infidelidad de los socialistas, en las circunstancias de la actualidad se da una coincidencia de intereses entre musulmanes y socialistas en su batalla contra los cruzados... Los socialistas son no creyentes en todas partes, ya sea en Bagdad o en Adén. Esta lucha que tiene lugar hoy es en gran parte similar a la anterior lucha de los musulmanes contra los cristianos. La coincidencia de intereses es beneficiosa. La lucha de los musulmanes contra los cristianos coincidió con los intereses de los persas y no perjudicó en modo alguno a los compañeros del Profeta.

La «coincidencia de intereses» de Bin Laden —pese a ir acompañada del recordatorio de que los socialistas son «infieles»— era una llamada para que sus seguidores lucharan junto a la fuerza iraquí que incluía a los baazistas de Sadam, no por Sadam, de quien Bin Laden parecía creer con toda razón que ya estaba condenado, sino por el país musulmán de Iraq. Si Occidente hubiese leído ese mensaje, la catástrofe que acaeció a los estadounidenses en Iraq podría haberse previsto. Esas palabras demostraban con bastante claridad que Al Qaeda pensaba participar en la batalla contra los Estados Unidos en Iraq, aunque eso comportase colaborar con aquellos que habían luchado por Sadam. Ése fue el momento en que la futura guerrilla se fusionó con los futuros terroristas suicidas, la detonación que hundiría a Occidente en Iraq. Y ni siquiera nos dimos cuenta.

Desde las calles cada vez más peligrosas de Bagdad me trasladaba de vuelta a

Beirut en una minúscula avioneta bimotor, para respirar, para relajarme junto al mar, para sentarme en mi precioso balcón y contemplar el Mediterráneo o nadar en la piscina del viejo y destrozado hotel St. Georges. Aun así, cada mañana me despertaba temprano, intranquilo, temeroso de lo que estaba por venir. Oriente Próximo jamás había sido un lugar tan espantoso para vivir. Cada mañana solía preguntarme dónde se produciría la explosión del día. El 14 de febrero de 2005 estaba paseando por el paseo marítimo, frente a mi restaurante preferido, la Spaghetteria, hablando por móvil con mi viejo amigo Patrick Cockburn, mi suplente en Bagdad, cuando una banda de luz blanca se acercó a una velocidad increíble, como un vendaje gigante. Todas las palmeras se inclinaron hacia mí como si las hubiese alcanzado un tornado, y vi a gente —otros paseantes en la calzada, delante de mí— que caía al suelo. Una ventana del restaurante se hizo añicos y desapareció en el interior del local. Frente a mí, tal vez a sólo 400 metros, unos oscuros dedos de humo marrón se elevaron hacia el cielo. La onda expansiva estuvo seguida por una explosión tan estruendosa que me dejó medio sordo. Sólo podía oír a Patrick. «¿Eso ha sido aquí o allí?», preguntaba. A punto estuve de echarme a llorar. Beirut era ya mi hogar, mi refugio seguro, y de pronto todos los cadáveres de la guerra civil libanesa salían de sus tumbas.

Corrí calle abajo hacia el lugar de la explosión. Aún no había policía, ambulancias ni soldados, sólo un mar de llamas frente al hotel St. Georges. A mi alrededor había hombres y mujeres cubiertos de sangre, llorando y temblando de miedo. Veintidós coches ardían, y en uno de ellos vi a tres hombres cubiertos de fuego. Una mano de mujer, una mano con las uñas pintadas, yacía en la calle. ¿Por qué? Bin Laden no, me dije. No en Beirut. Me tambaleé a causa del calor, las llamas avanzaban por la calle, los depósitos de gasolina de los vehículos explotaban y lanzaban una llovizna de fuego a mi alrededor cada pocos segundos. En el suelo había un hombre muy grande, boca arriba, con los calcetines en llamas, irreconocible. No sé por qué, pensé que debía de ser un vendedor de *kaak*, uno del ejército de hombres que ofrecen el pan tostado árabe que adoran comer los transeúntes del paseo marítimo. Los primeros servicios médicos llegaron y sacaron a otra figura ennegrecida de un coche que ardía como una antorcha.

Entonces, a través del humo, encontré el cráter. Hacía mucho calor y me metí con cuidado en él. Dos policías vestidos de paisano ya estaban allí, recogiendo pequeños fragmentos de metal. Pensé en lo rápidos que habían sido aquellos detectives. Y pasaron varios días antes de que me diera cuenta de que, lejos de recopilar las pruebas, las estaban escondiendo, se las llevaban del escenario del crimen. Me encontré con un reportero de American Press, un viejo amigo libanes. «Me parece que es el convoy de Hariri», dijo. No podía creerlo. Hariri había sido «Mr. Líbano», había reconstruido Beirut, había sido el símbolo de su futura economía, el hombre que había convertido una ciudad de ruinas en una ciudad de luz, de nuevos restaurantes elegantes, tiendas y calles peatonales. Sin embargo, los sirios creían que dirigía en secreto la oposición libanesa a la presencia de su ejército y sus servicios

secretos en el Líbano. Sospechaban que su mano estaba detrás de una resolución francoestadounidense del Consejo de Seguridad de la ONU, número 1559, que exigía la retirada de los 40 000 soldados sirios que quedaban en el país.

Para mí, Hariri había sido un amigo. Me llamaba alguna que otra vez cuando era primer ministro, me invitaba a café y me advertía de los peligros de Oriente Próximo. Me preguntaba qué sucedía realmente en Iraq, si la insurgencia tenía respaldo popular. Después de la guerra civil informé de que dudaba de que sus ambiciosos planes de reconstrucción llegaran a funcionar y, cada vez que nos veíamos en público, bramaba: «¡Ah, ahí está el reportero que creía que no lograría reconstruir Beirut!». Cuando me dieron una paliza en la frontera con Afganistán en diciembre del 2001, él fue la segunda persona que me llamó mientras yo sangraba en la cama. «¡Robert! ¿Qué ha pasado? Enviaré mi avión privado a Quetta para buscarte. Pervez Musharraf es amigo mío, nos darán permiso de aterrizaje y mañana ya estarás en el AUH [Hospital Universitario Estadounidense]». Le di las gracias y rechacé el ofrecimiento con cortesía. Los periodistas no aceptan regalos de primeros ministros.

Media hora después del atentado, su familia supo que lo habían perdido; el móvil de Hariri ya no funcionaba, igual que los de todos sus guardaespaldas. Los dispositivos antibombas del convoy —un grupo de detectores en los techos de los todoterrenos blindados— no habían logrado protegerlo. Y al día siguiente, cuando abrí los periódicos libaneses, encontré una fotografía de un gran hombre tumbado boca arriba con los calcetines ardiendo, identificado como «el mártir primer ministro Rafia Hariri».

El ejército sirio se retiró; más deprisa de lo esperado, casi con total seguridad a causa de la furia con la que el pueblo libanés acogió el asesinato de Hariri. Un millón de libaneses —casi un tercio de la población del país— acudieron a la plaza del Mártir para exigir su retirada y la verdad sobre la muerte de Hariri. Ese sería otro de los legados de Hariri. Un primer equipo de investigación de la ONU, encabezado por un alto cargo de la policía irlandesa, descubriría que unos oficiales de seguridad libaneses pro-Siria no sólo habían eliminado pruebas del escenario del crimen —inclusive los vehículos calcinados que habían formado parte del convoy de Hariri, que fueron retirados durante las horas de oscuridad—, sino que también habían añadido pruebas en el cráter.

En los días que siguieron no pude evitar sentirme deprimido. La muerte parecía poseer a todo Oriente Próximo y perseguir a mi propia vida. Una página tras otra de mi libreta de contactos tenía notas junto a los nombres. «Muerta en 2004», había escrito junto al teléfono de Bagdad de Margaret Hassan. «Asesinado 14-2-05», escribí esta vez junto al nombre de Hariri. Edward Said, el majestuoso erudito palestino —el que una vez me jurara que seguiría con vida «porque hay mucha gente que quiere verme muerto»—, había muerto de leucemia en el 2004, dejando a los palestinos sin su voz más elocuente. En marzo del 2003, Rachel Corrie, una joven estadounidense que había viajado a Gaza para intentar evitar que los israelíes

destruyeran hogares palestinos, se plantó frente a una excavadora Caterpillar israelí para obligar al conductor a detenerse. Pero la arrolló. Y volvió a pasar por encima de ella. Cuando sus amigos corrieron en su ayuda, dijo: «Me he partido la espalda», y murió.

¿Reaccionábamos ante esas tragedias constantes de vida y muerte? Yo diría que no, que el periodismo debería ser una vocación. Uno puede enfurecer con la muerte, pero no estábamos allí para llorar. Los médicos —no estoy comparando el periodismo con la profesión médica— no lloran mientras operan a los enfermos de gravedad. Nuestro trabajo es registrar, señalar con el dedo cuando podemos, desafiar a los «centros de poder» sobre los que habló con tanta valentía Amira Hass. Sin embargo, me sentía exhausto. Había momentos en los que me preguntaba durante cuánto tiempo más seguiría cruzando en avión el Atlántico, escapando de secuestradores en Bagdad, cada vez más atónito ante la creciente tragedia de Oriente Próximo.

En Bagdad, en el 2005, acudí a las urnas electorales junto a familias enteras de iraquíes, hombres con bebés en brazos, niños con sus madres, mientras el aire palpitaba con el sonido del primero de los atentados suicidas del día. Fue una experiencia conmovedora. Rara vez se ve una valentía colectiva de ese calibre. Y se constituyó un gobierno iraquí, podría decirse, dominado por vez primera por los musulmanes chiíes del país, si bien quebrantado por un fenómeno que socavó su legitimidad: la continuada ocupación estadounidense. En los colegios electorales, muchas de las familias nos decían que votaban por recuperar el poder, pero también para poner fin a la ocupación. Y la ocupación no iba a terminar. Yo solía repetirme que los estadounidenses deben marcharse. Y se marcharán. Pero no pueden. Ésa era la terrible ecuación que convertía la arena en sangre. Los estadounidenses insistían en que querían democracia en todo Oriente Próximo. Iraq sería el principio. Sin embargo, ¿qué nación árabe quería unirse al desastre infernal en que se había convertido Iraq?

Sí, los árabes y demás musulmanes querían un poco de esa democracia brillante y reluciente que tanto nos gustaba blandir delante de ellos. Sin embargo, querían también otra cosa. Querían justicia, querían arreglarlo todo, un final pacífico pero honorable y justo para las décadas de ocupación, engaño, corrupción y creación de dictadores. Los iraquíes querían el final de nuestra presencia así como del régimen de Sadam. Querían controlar su propio país y su propio petróleo. Los sirios querían recuperar el Golán. Los palestinos querían un Estado, aunque consistiera en menos del 22 por ciento del protectorado de Palestina, no un muro de seis metros y ocupación. Los iraníes se habían liberado del sha, de la brutal policía de los Estados Unidos en el Golfo, para encontrarse viviendo en un cementerio de teocracia y ver sus elecciones democráticas traicionadas por hombres que alimentan el odio hacia los Estados Unidos que ahora cubre como un manto todo Oriente Próximo. Los afganos se enfrentaron a la Unión Soviética y quisieron ayuda para restaurar su país. Fueron traicionados... y acabaron en manos de los talibanes. Después otro gran ejército llegó

a su país<sup>[8]</sup>. Por mucho que los dirigentes recién instaurados y los antiguos dictadores supervivientes a los que habíamos ayudado a gobernar durante las décadas pasadas alabasen a Occidente o nos agradeciesen los préstamos financieros, o el apoyo económico, o que invadiésemos sus países, había millones de musulmanes que querían algo más: quedar libres de nosotros.

Los israelíes tienen un país —establecido en tierra de otros, lo cual es su tragedia tanto como de los árabes—, pero sus gobiernos derechistas, alegremente alentados por el más derechista de los gobiernos estadounidenses, están destruyendo toda esperanza de la paz que merece el pueblo israelí. Cuando el presidente Bush le dice a Israel que puede conservar sus principales colonias en territorio palestino, ayuda a matar israelíes así como a palestinos, puesto que esa guerra colonial proseguirá. Y los armenios. ¿Cuándo recibirán reconocimiento de su pérdida y la admisión de responsabilidad por parte de los descendientes de aquellos que cometieron su holocausto?

Tal vez nosotros logremos escapar a la historia. Nosotros podemos trazar líneas en nuestras vidas. Los años de 1918 y 1945 fueron fundamentales para la conformación de nuestra vida en Occidente. Podíamos empezar de nuevo. Creemos que podemos recomendar eso mismo a los pueblos de Oriente Próximo. Pero no. La historia —una historia de injusticia— los cubre con un manto muy espeso. Albert Camus, el *pied noir* que comprendió la opresión colonial de Argelia más que gráficamente, escribió lo siguiente tras la Segunda Guerra Mundial:

Es cierto que no podemos «escapar a la Historia», puesto que estamos metidos hasta el cuello en ella. Sin embargo, podría proponerse luchar dentro de la Historia para preservarla de esa parte del hombre que no es del todo de su competencia... Los países modernos son impelidos por fuerzas poderosas en los caminos del poder y la dominación... Apenas necesitan nuestra ayuda y, por el momento, se ríen de nuestros intentos por detenerlas. Así pues, proseguirán. Sin embargo, sólo plantearé esta sencilla pregunta: ¿qué pasaría si esas fuerzas acaban llegando a un callejón sin salida, qué pasaría si esa lógica de la Historia de la que tantos dependen ahora resulta ser una quimera<sup>[\*]</sup>?

T. S. Eliot, escribió ese mismo año de 1946 abordando la historia con igual cinismo:

La justicia misma tiende a corromperse por la pasión política; y esa intromisión en los asuntos de otras personas que antes se realizaba con discretísimas intrigas se fomenta ahora abiertamente dándole el nombre de intervención. Países que una vez vacilaron al condenar la violación más atroz de los derechos humanos en Alemania se ven hoy exhortados a interferir en el gobierno de otros países, y siempre en nombre de la paz y la concordia. El respeto por la cultura, la forma de vida, otras personas... es el respeto por la historia; y no tenemos en mucho a la historia<sup>[\*]</sup>.

¿Han perecido todos por la historia, entonces, los miles de muertos —déjenme que sea franco conmigo mismo— a los que he visto con mis propios ojos por todo Oriente Próximo? El soldado muerto con la brillante alianza en el dedo, las muchedumbres que perdieron la vida en la matanza de Sabra y Chatila, los iraníes que se pudrían en el desierto, los cadáveres de palestinos, israelíes, libaneses, sirios y

afganos, el sufrimiento indecible de las cámaras de tortura iraquíes, iraníes, sirias, libanesas, afganas, israelíes... y, sí, estadounidenses, ¿fue todo eso por la historia? ¿O por la justicia? ¿O por nosotros? Sabemos que la declaración Balfour se hizo hace ochenta y ocho años. Sin embargo, para los refugiados palestinos, en las chabolas de sus campamentos, Balfour habló ayer, anoche, hace tan sólo una hora. En Oriente Próximo, la gente vive su historia pasada una y otra vez, cada día.

Por eso, mientras escribo estas palabras, me preparo para mi siguiente viaje de riesgo a Bagdad, de vuelta a los atentados suicidas y a los degüellos y a la facilidad de disparo estadounidense. Y, a través de los velos de lágrimas iraquíes, esbozaré más retratos de sufrimiento, dolor, codicia y ocasional valentía, y me pregunto si, cuando al final abandone esta gigantesca cámara de los horrores, intentaré emular el consejo del único poema que siempre me arranca unas lágrimas, el «Cumpleaños» de Christina Rossetti:

Es mucho mejor olvidar y sonreír  
que tener que recordar y entristecerse.

Creo que al final debemos aceptar que nuestra tragedia aguarda siempre en el pasado, que debemos vivir con la locura de nuestros antepasados y sufrir por ella, igual que ellos, a su vez, sufrieron, y como nosotros, mediante nuestra vanidad y arrogancia, garantizamos el dolor y el sufrimiento de nuestros propios hijos. Cómo corregir la historia, ahí está. Por eso, mientras escribía este libro, he oído repetida, dolorosamente, en una realidad onírica, las pisadas del alférez Bill Fisk y sus camaradas del 12.<sup>a</sup> Batallón del Regimiento de Liverpool del Rey, marchando la tarde del 11 de noviembre de 1918 hacia el minúsculo pueblo francés de Louvencourt, en el Somme.

## BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Los siguientes libros y documentos se mencionan como guía para los lectores que deseen profundizar en la historia de Palestina, Israel, el Holocausto armenio, el régimen de Sadam, la revolución iraní y su guerra de ocho años con Iraq, el pasado y el presente del conflicto argelino, así como la historia del Oriente Próximo moderno, si es que existe un Oriente Próximo «moderno». No son en absoluto exhaustivos, y estoy en desacuerdo con algunas de sus conclusiones. El libro de Martin Gilbert sobre el Israel moderno, por ejemplo, carece de la rigurosa imparcialidad académica de su magistral historia del Holocausto judío. Los detalles dados en la obra de Kanan Makiya sobre la crueldad del Iraq de Sadam son cuestionados por diversos investigadores de renombre. El maravilloso análisis de David Fromkin sobre Oriente Próximo y los resultados de la guerra de 1914-1918 queda enturbiado por una sección sobre los palestinos (capítulo 58) excepcionalmente sesgada. La espantosa novela de Muammar el Gaddafi se incluye como muestra de las ilusiones de los dictadores (he ahorrado al lector los poemas románticos de Sadam). El relato de la guerra del golfo de 1991 del general sir Peter de la Billière es pomposo y frustrante (ni siquiera cuenta a los lectores que sus SAS escaparon vía Siria), pero hay algunas referencias crudas e inquietantes a la guerra «antiterrorista» en el Golfo. La historia de la invasión y ocupación angloestadounidense de Iraq en el 2003 ha tratado cruelmente los argumentos moralistas de Kenneth Pollack en favor de la guerra; he incluido *The Threatening Storm* como botón de muestra de lo explícitos —y engañosos— que fueron los esfuerzos por convencer de la invasión a los estadounidenses.

Las bibliografías como las dictaduras, nunca son perfectas. ¿Cae una biografía del hach Amin al Huseini, gran muftí de Jerusalén, dentro del apartado Palestina o del apartado Historia de Oriente Próximo? Los libros sobre la guerra de Irán-Iraq, ¿se clasifican bajo Irán o bajo Iraq? He incluido una obra sobre la ejecución de desertores en la guerra de 1914-1918 y otra sobre la mano de obra china en ese mismo conflicto, ambos relevantes para el capítulo sobre mi padre soldado. Es obvio que no caen dentro de ninguna categoría mesoriental. Por ello, he intentado presentar los libros y documentos por temas y por países, de modo que el lector pueda localizarlos con más facilidad.

### GENERAL

- CHARNEY, ISRAEL, *Encyclopaedia of Genocide*, Santa Barbara, ABC-Clio, 1999, 2 vols.
- CHOMSKY, NOAM, *Estados canallas: el imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*, trad. Mónica Salomón González, Barcelona, Paidós, 2001.
- , *11 de septiembre*, Nueva York, Seven Stories Press, 2002.
- , *El nuevo orden mundial (y el viejo)*, trad. Carmen Castells, Barcelona, Crítica, 1997.
- , *Hegemonía o supervivencia: la estrategia imperialista de Estados Unidos*, trad. Miguel Izquierdo Ramón, Barcelona, Ediciones B, 2004.
- DALLAS, ROLAND, *King Hussein: A Life on the Edge*, Londres, Profile Books, 1999.
- GADDAFI, MUAMMAR EL, *Escape to Hell and Other Stories*, Londres, Blake, 1999.
- GILBERT, MARTIN, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Londres, Collins, 1986.
- HALLIDAY, FRED, *Two Hours That Shook the World: September 11, 2001: Causes and Consequences*, Londres, Saqi Books, 2002.
- KALÁSHNIKOV, MIJAÍL, *From a Stranger's Doorstep to the Kremlin Gates: A Word from the AK Man*, Moscú, Military Parade Ltd., 1997.
- MAKIYA, KANAN, *Cruelty and Silence: War, Tyranny, Uprising and the Arab World*, Londres, Jonathan Cape, 1993.
- MEISSONNIER, MARTIN, FRÉDÉRIC LOORE y ROGER TRILLING, *Uranium appauvri: La guerre invisible*, París, Laffont, 2001.
- MINGHELLA, ANTHONY, *The English Patient* (guión), Londres, Methuen, 1997.
- MORRIS, JAMES, *The Market of Seleukia*, Londres, Faber & Faber, 1957.
- RODINSON, MÁXIME, *Mahoma*, Barcelona, Península, 2002.
- RUTHVEN, MALISE, *Islam in the World*, Londres, Penguin, 1984.
- SAID, EDWARD, *Orientalismo*, trad. María Luisa Fuentes, Madrid, Libertarias-Prodhufi, 1990.

- STEINBECK, JOHN, *Hubo una vez una guerra*, trad. Leonardo Domingo, Barcelona, Edhasa, 2002.
- SUMMERSKILL, MICHAEL, *China on the Western Front: Britain's Chinese Work Force in the First World War*, Londres, Michael Summerskill, 1982.
- WOODHOUSE, C. M., *Something Ventured*, Londres, Granada, 1982.
- YALLOP, DAVID, *Hasta los confines de la Tierra: a la caza del Chacal*, Barcelona, Planeta, 1993.

## HISTORIA DE ORIENTE PRÓXIMO

- ANTONIUS, GEORGE, *The Arab Awakening: The Story of the Arab National Movement*, Londres, Hamish Hamilton, 1969.
- ARMSTRONG, KAREN, *Holy War: The Crusades and Their Impact on Today's World*, London, Papermac Macmillan, 1991.
- CHOMSKY, NOAM, *Ilusiones de Oriente Medio*, trad. Marcel Coderch, Madrid, Editorial Popular, 2004.
- , *Guerra o paz en Oriente Medio*, trad. Gerardo Espinosa, Barcelona, Barral, 1975.
- COHEN, MICHAEL J., *Palestine: Retreat from the Mandate, The Making of British Policy 1936-1945*, Londres, Paul Elek, 1978.
- COOPER, ARTEMIS, *Cairo in the War 1939-1945*, Londres, Hamish Hamilton, 1989.
- CRAGG, KENNETH, *The Arab Christian: A History in the Middle East*, Londres, Mowbray/Cassell, 1992.
- FOURNIE, PIERRE, y JEAN-LOUIS RICCIOLI, *La France et le Proche-Orient 1916-1946. Une chronique photographique de la présence française en Syrie et au Liban, en Palestine, au Hedjaz et en Cilicie*, Tournai (Bélgica), Casterman, 1996.
- FROMKIN, DAVID, *A Peace to End all Peace: Creating the Modern Middle East 1914-1922*, Londres, André Deutsch, 1989.
- GOURAUD, PHILIPPE, *Le General Henri Gouraud au Liban et en Syrie 1919-1923*, París, L'Harmattan, 1993.
- GREEN, STEPHEN, *Living by the Sword: America and Israel in the Middle East 1968-1987*, Londres, Faber & Faber, 1988.
- HEIKAL, MOHAMED, *Sphinx and Commissar: The Rise and Fall of Soviet Influence in the Middle East*, Londres, Collins, 1978.
- HIRST, DAVID, *The Gun and the Olive Branch: The Roots of Violence in the Middle East*, Londres, Faber & Faber, 1984, y Nueva York, Nation Books, 2003.
- HOUSEPIAN, MARJORIE, *Smyrna 1922: The Destruction of a City*, Londres, Faber & Faber, 1972.
- HOWARD, HARRY N., *The King-Crane Commission: An American Enquiry into the Middle East*, Beirut, Khayats, 1963.
- MAALOUF, AMIN, *Las cruzadas vistas por los árabes*, trad. María Teresa Gallego e Isabel Reverte, Madrid, Alianza, 2005.
- MENOCAL, MARÍA ROSA, *La joya del mundo: musulmanes, judíos y cristianos, y la cultura de la tolerancia en Al Andalus*, trad. Carolina Sanín, Barcelona, Plaza y Janés, 2003.
- RUNCIMAN, STEVEN, *Historia de las cruzadas*, Madrid Alianza, 1973, 3 vols.
- SHLAIM, AVI, *The Politics of Partition: King Abdullah, the Zionists and Palestine 1921-1951*, Oxford University Press, 1990.
- , *War and Peace in the Middle East: A Concise History*, Londres, Penguin, 1995.
- WARNER, GEOFFREY, *Iraq and Syria 1941*, Londres, Davis-Poynter, 1974.
- WHEATCROFT, ANDREW, *Infidels: A History of the Conflict between Christendom and Islam*, Nueva York, Random House, 2004.
- ZADKA, SAUL, *Blood in Zion: How the Jewish Guerrillas Drove the British out of Palestine*, Londres, Brassey's, 1995.

## AFGANISTÁN

- BOROVIK, ARTYOM, *The Hidden War: A Russian journalist's Account of the Soviet War in Afghanistan*, Londres, Faber & Faber, 1990.

- BURNES, LT. COL. SIR ALEXANDER, *Cabool: A Personal Narrative of a journey to, and Residence in that City, in the years 1836, 7 and 8*, s. n., 1841; reimpr. Karachi, Indus Publications, 1986.
- COOLEY, JOHN K., *Guerras profanas: Afganistán, Estados Unidos y el terrorismo internacional*, trad. Herminia Bevia y Antonio Resines, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- FULLERTON, JOHN, *The Soviet Occupation of Afghanistan*, Hong Kong, Far Eastern Economic Review, 1986.
- GRIFFITHS, JOHN C., *Afghanistan: A History of Conflict* London, André Deutsch, 1981.
- MACRORY, PATRICK, *Signal Catastrophe: The Story of the Disastrous Retreat from Kabul 1842*, Londres, Hodder & Stoughton, 1966.
- MILLER, CHARLES, *Khyber: The Story of the North West Frontier*, Londres, Macdonald & Jane's, 1977.
- MILLS, H. WOOSNAM, *The Pathan Revolt in North West India*, Lahore, Civil and Military Gazette Press, 1897; reimpr. Lahore, Sang-e-Meel Publications, 1979.
- NEWELL, NANCY PEABODY & RICHARD S., *The Struggle for Afghanistan*, Londres, Cornell University Press, 1981.
- RASHID, AHMED, *Los talibán: el islam, el petróleo y el nuevo «gran juego» en Asia central*, trad. Jordi Fibla, Barcelona, Península, 2001.
- SYKES, BRIG. GEN. SIR PERCY, *The Right Honourable Sir Mortimer Durand, P. G., G. C. M. G., K. C. S. I., K. C. I. E.*, Londres, Cassell, 1926; reimpr. Lahore, Al Biruni, 1977.
- WARBURTON, SIR ROBERT, *Eighteen Years in the Khyber 1879-1898*, Londres, John Murray, 1900; reimpr. Karachi, Oxford University Press, 1975.

## ARGELIA

- AGGOUN, LOUNIS, y JEAN-BAPTISTE RIVOIRE, *Françalgérie, crimes et mensonges d'Etats. Histoire secrete, de la guerre d'indépendance à la «troisième guerre» d'Algérie*, París, La Découverte, 2004.
- BEHR, EDWARD, *The Algerian Problem*, Londres, Penguin, 1961.
- BORGÉ, JACQUES, y NICOLAS VIASNOFF, *Archives de l'Algérie*, París, Michèle Trinckvel, 1995.
- CONNELLY, MATTHEW, *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era*, Oxford University Press, 2002.
- GALIBERT, LÉON, *L'Algérie ancienne et moderne depuis les premiers établissements des Carthaginois jusqu'à la prise de la smalah d'Abd-El-Kader*, París, Furne, 1844.
- HORNE, ALISTAIR, *A Savage War of Peace: Algeria 1954-1962*, Londres, Pan Books, 2002.
- SOUAIDIA, HABIB, *La guerra sucia: el testimonio de un exoficial de las fuerzas especiales del ejército argelino, 1992-2000*, trad. Rosa María Martínez Coll, Barcelona, Ediciones B, 2002.

## ARMENIA

- BALAKIAN, PETER, *Black Dog of Fate: A Memoir*, Nueva York, HarperCollins, 1997.
- , *The Burning Tigris: The Armenian Genocide and America's Response*, Nueva York, Harper Collins, 2003, y Londres, Heinemann, 2004.
- DADRIAN, VAHAKN N., *The History of the Armenian Genocide: Ethnic Conflict from the Balkans to Anatolia to the Caucasus*, Oxford y Providence, Berghahn Books, 1995.
- LANG, DAVID MARSHALL, *The Armenians: A People in Exile*, Londres, Unwin, 1988.
- WALKER, CHRISTOPHER J., *Armenia: The Survival of a Nation*, Nueva York, St Martin's Press, 1980.

## EGIPTO

- HEIKAL, MOHAMED, *The Road to Ramadan*, Nueva York, Ballantine, 1975.
- , *Autumn of Fury: The Assassination of Sadat*, Londres, André Deutsch, 1983.
- , *Cutting the Lion's Tail: Suez Through Egyptian Eyes*, Londres, André Deutsch, 1986.
- HIRST, DAVID, e IRENE BEESON, *Sadat*, Londres, Faber & Faber, 1982.

- LOVE, KENNETH, *Suez: The Twice Fought War*, Londres, Longman, 1969.
- SCOTT LUCAS, W., *Divided We Stand: Britain, the US and the Suez Crisis*, Londres, Hodder & Stoughton, 1991.
- SHAW, TONY, *Eden, Suez and the Mass Media: Propaganda and Persuasion During the Suez Crisis*, Londres, I. B. Tauris, 1996.
- EL-SHAZLY, SAAD, *The Crossing of Suez: The October War (1973)*, Londres, Third World Centre for Research and Publishing, 1980.
- VATIKIOTIS, P. J., *The History of Modern Egypt: From Muhammad Ali to Mubarak*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1991.

## EL GOLFO

- ABUKHALIL, AS'AD, *The Battle for Saudi Arabia: Royalty, Fundamentalism, and Global Power*, Nueva York, Seven Stories Press, 2004.
- ABURISH, SAID K., *A Brutal Friendship: The West and the Arab Elite*, Londres, Indigo, 1998.
- HOLDEN, DAVID, y RICHARD JOHNS, *The House of Saud*, Londres, Sidgwick & Jackson, 1981.

## IRÁN

- BILL, JAMES A., *The Eagle and the Lion: The Tragedy of American-Iranian Relations*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1988.
- BULLOCK, JOHN, y HARVEY MORRIS, *The Gulf War: Its Origins, History and Consequences*, Londres, Methuen, 1989.
- Consejo Supremo de la Defensa, *The Imposed War: Defence versus Aggression*, 5 vols., Sede de Información de Guerra, Teherán, 1983-1987.
- EBTEKAR, MASUMEH (narrado a Fred A. Reed), *Takeover in Tehran: The Inside Story of the 1979 U. S. Embassy Capture*, Vancouver, Talonbooks, 2000.
- GRAHAM, ROBERT, *Irán, la ambición de poder*, trad. Beatriz Podestá Galimberti, Barcelona, Bruguera, 1979.
- HALLIDAY, FRED, *Iran: Dictatorship and Development*, Londres, Penguin, 1979.
- KAPUSCINSKI, RYSZARD, *El sha o la desmesura de poder*, trad. Ágata Orzeszek, Barcelona, Anagrama, 1987.
- JOMEINI, IMAM RUHOLÁ AL MUSAWI, *Manifest of the Islamic Revolution*, Teherán, Ali Akbar Ashtiani, 1987.
- , *The Last Message: The Political and Divine Will of His Holiness*, Teherán, Imam Khomeini Cultural Institute, 1992.
- , *The Greatest Jihad: Combat with the Self*, Teherán, Islamic Thought Foundation, 1995.
- ROGERS, WILL y SHARON, *Storm Center: The USS Vincennes and Air Flight 655*, Annapolis (Maryland), Naval Institute Press, 1992.
- ROOSEVELT, KERMIT, *Countercoup: The Struggle for the Control of Iran*, Nueva York, McGraw-Hill, 1979.
- SHAWCROSS, WILLIAM, *The Shah's Last Ride: The Story of the Exile, Misadventures and Death of The Emperor*, Londres, Chatto & Windus, 1989.

## IRAQ

- ATTIYAH, GHASSAN R., *Iraq: 1908-1921. A Socio-Political Study*, Beirut, Arab Institute for Research and Publishing, 1973.
- AZIZ BIN SULTAN, GENERAL JALED (con Patrick Seale), *Desert Warrior: A Personal View of the Gulf War by the Joint Forces Commander*, Londres, HarperCollins, 1995.
- BELLAMY, CHRISTOPHER, *Expert Witness: A Defence Correspondent's Gulf War 1990-1991*, Londres, Brassey's, 1993.
- BILLIÈRE, GENERAL SIR PETER DE LA, *Storm Command: A Personal Account of the Gulf War*, Londres, HarperCollins, 1992.
- COCKBURN, ANDREW Y PATRICK, *Out of the Ashes: The Resurrection of Saddam Hussein*, Nueva York,

- HarperCollins, 1999.
- HEIKAL, MOHAMED, *Illusions of Triumph: An Arab View of the Gulf War*, Londres, HarperCollins, 1992.
- HUSEIN, SADAM, *Social and Foreign Affairs in Iraq*, Londres, Croom Helm, 1979.
- KELLY, MICHAEL, *Martyr's Day: Chronicle of a Small War*, Londres, Macmillan, 1993.
- MAKIYA, KANAN, *Republic of Fear: The Politics of Modern Iraq* (escrito con el pseudónimo Samir al Khalil), Londres, Hutchinson, 1989.
- PARISH, DAPHNE (con Pat Lancaster), *Prisoner in Baghdad*, Londres, Chapmans, 1992.
- POLLACK, KENNETH M., *The Threatening Storm: The Case for Invading Iraq*, Nueva York, Random House, 2002.
- POPOVIC, ALEXANDRE, *The Revolt of African Slaves in Iraq in the 3rd/9th Century*, Princeton, Markus Wiener, 1999.
- RAMPTON, SHELDON, y JOHN STAUBER, *Weapons of Mass Deception: The Uses of Propaganda in Bush's War on Iraq*, Londres, Constable & Robinson, 2003.
- RITTER, SCOTT (entrevistado por William Rivers Pitt), *War on Iraq: What Team Bush Doesn't Want You to Know*, Londres, Profile Books, 2002.
- SCHWARZKOPF, GENERAL H. NORMAN (con Peter Petrie), *The Autobiography: It Doesn't Take a Hero*, Londres, Bantam Press, 1992.
- SIMONS, GEOFF, *The Scourging of Iraq: Sanctions, Law and Natural Justice*, Londres, Macmillan Press, 1998, y Nueva York, St Martin's Press, 1998.
- TIMMERMAN, KENNETH R., *The Death Lobby: How the West Armed Iraq*, Londres, Fourth Estate, 1992.
- WINSTONE, H. V. E., *Gertrude Bell*, Londres, Barzan Publishing, 2004.
- WOODWARD, BOB, *Los comandantes*, trad. Vicente Salsilli, Barcelona, Ediciones B, 1991.
- ZUCCHINO, DAVID, *Thunder Run: Three Days in the Battle for Baghdad*, Londres, Atlantic Books, 2004.

## LÍBANO Y SIRIA

- FIK, ROBERT, *Pity the Nation: Lebanon at War*, Londres, André Deutsch, 1990; ediciones actualizadas en Oxford University Press, 2003, y Nueva York, Nation Books, 2003.
- KHOURY, GÉRARD D., *La France et L'Orient Árabe: Naissance du Liban moderne 1914-1920*, París, Armand Colin, 1993.
- LONGRIGG, STEPHEN HEMSLEY, *Syria and Lebanon under French Mandate*, Londres, Royal Institute of International Affairs, 1958; reimp. Beirut, Librairie du Liban, 1968.
- SAAD-GHORAYEB, AMAL, *Hizbullah: Politics and Religion*, Londres, Pluto Press, 2002.
- SALIBI, KAMAL, *A House of Many Mansions: The History of Lebanon Reconsidered*, Londres, I. B. Tauris, 1988.
- SEALE, PATRICK, *Asad: The Struggle for the Middle East*, Londres, I. B. Tauris, 1988.
- VAN DAM, NIKOLAOS, *The Struggle for Power in Syria: Politics and Society under Asad and the Ba'th Party*, Londres, I. B. Tauris, 1996.
- YAMMINE, ANTOINE, *Quatre Ans de Misère: Le Liban et la Syrie Pendant la Guerre*, El Cairo, Imprimerie Emin Hindie, 1922.

## ISRAEL Y PALESTINA

- ABBAS, MAHMUD (Abu Mazen), *Through Secret Channels*, Londres, Garnet, 1995.
- ABURISH, SAID K., *Arafat: From Defender to Dictator*, Londres, Bloomsbury, 1998.
- ASHRAWI, HANAN, *This Side of Peace: A Personal Account*, Nueva York, Simón & Schuster, 1995.
- BETHELL, NICHOLAS, *The Palestine Triangle: The Struggle between the British, the Jews and the Arabs, 1935-48*, Londres, André Deutsch, 1979.
- CHOMSKY, NOAM, *El triángulo fatal: Estados Unidos, Israel y Palestina*, trad. Ester Posada Ayala, Madrid, Editorial Popular, 2002.
- ELPELEG, ZVI, *The Grand Mufti: Haj Amin al-Husseini, Founder of the Palestinian National Movement*,

- Londres, Frank Cass, 1993.
- GILBERT, MARTIN, *Israel: A History*, Londres, Doubleday, 1988.
- GILMOUR, DAVID, *Dispossessed: The Ordeal of the Palestinians 1917-1980*, Londres, Sidgwick & Jackson, 1980.
- HASS, AMIRA, *Drinking the Sea at Gaza: Days and Nights in a Land Under Siege*, Nueva York, Henry Holt, 1996.
- HEIKAL, MOHAMED, *The Secret Channels: The Inside Story of Arab-Israeli Peace Negotiations*, Londres, HarperCollins, 1986.
- HERSH, SEYMOUR, *The Samson Option: Israel, America and the Bomb*, Londres, Faber & Faber, 1991.
- HIRST, DAVID, *The Gun and the Olive Branch: The Roots of Violence in the Middle East*, Nueva York, Nation Books, 2003.
- KHALIDI, WALID (ed.), *All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*, Washington (D. C.), Institute for Palestine Studies, 1992.
- MORRIS, BENNY, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1945-49*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
- , *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict 1881-1999*, Londres, John Murray, 1999.
- NAZZAL, NAFEZ, *The Palestinian Exodus from Galilee 1948*, Beirut, Institute for Palestine Studies, 1978.
- SAID, EDWARD, *The Politics of Dispossession: The Struggle for Palestinian Self-Determination 1969-1994*, Londres, Chatto & Windus, 1994.
- , *The Question of Palestine*, Nueva York, Times Books, 1979.
- SCHLEIFER, ABDULLAH, *The Fall of Jerusalem*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972.
- SHAHAK, ISRAEL, *Jewish History, Jewish Religion: The Weight of Three Thousand Years*, Londres, Pluto Press, 1994.
- , *Open Secrets: Israeli Nuclear and Foreign Policies*, Londres, Pluto Press, 1997.
- SHARON, ARIEL (con David Chanoff), *Warrior: An Autobiography*, Londres, Macdonald, 1989.

## PERIODISMO

- ARNETT, PETER, *Live from the Battlefield: From Vietnam to Baghdad. 35 Years in the World's War Zones*, Londres, Bloomsbury, 1994.
- CAMERON, JAMES, *Point of Departure: Experiment in Biography*, Londres, Granada, 1980.
- FERRO, MARC, *l'Information en uniforme: Propagande, désinformation, censure, et manipulation*, París, Éditions Ramsay, 1991.
- SAID, EDWARD, *Covering Islam*, Nueva York, Pantheon Books, 1981.
- THOMSON, ALEX, *Smokescreen: The Media, The Censors, The Gulf*, Londres, Spellmount, 1992.
- Z Aidan, AHMAD MUAFFAQ, *The «Afghan Arabs»: Media at Jihad*, Islamabad, Pakistán Futuristics Foundation and Institute, 1999.

## GUERRA DE 1914-1918

- CHURCHILL, WINSTON, *The Great War*, 4 vols., Londres, George Newnes, The Home Library Book Company, 1933.
- MOORE, WILLIAM, *The Thin Yellow Line*, Londres, Leo Cooper, 1974.
- ORAM, GERARD, *Worthless Men: Race, eugenics and the death penalty in the British Army during the First World War*, Londres, Francis Boutle, 1998.
- SUMMERSKILL, MICHAEL, *China on the Western Front: Britain's Chinese Work Force in the First World War*, Londres, Michael Summerskill, 1982.

## DOCUMENTOS SELECCIONADOS

- ASFOUR, JOHN MIKHAIL (ed. y trad.), *When the Words Burn: An Anthology of Modern Arabic Poetry, 1945-1987*, Dunvegan (Ontario), Cormorant Books, 1988.
- ANTHONY ARNOVE (ed.), *Iraq under Siege: The Deadly Impact of Sanctions and War*, Cambridge (Massachusetts), South End Press, 2000.
- BRIAN MACARTHUR (ed.), *Despatches from the Gulf War*, Londres, Bloomsbury, 1991.
- B'TSELEM, *Activity of the Undercover Units in the Occupied Territories*, Jerusalén, B'Tselem, 1992.  
[http://www.btselem.org/English/Publications/Summaries/199\\_205\\_Undercover\\_Units.asp](http://www.btselem.org/English/Publications/Summaries/199_205_Undercover_Units.asp)
- CATALINOTTO, JOHN, y SARA FLOUNDERS (eds.), *Metal of Dishonor: How the Pentagon Radiates Soldiers and Civilians with DU Weapons*, Nueva York, International Action Center, 1999.
- Convenios de Ginebra del 12 de agosto de 1949 y protocolos adicionales*, Ginebra, CICR, 1995.  
[http://www.icrc.org/Web/spa/sitespa0.nsf/iwpList526/7D340AA073EC2E9DC1256DFE0\\_057\\_110C](http://www.icrc.org/Web/spa/sitespa0.nsf/iwpList526/7D340AA073EC2E9DC1256DFE0_057_110C)
- DADRIAN, VAHAKN N., «The Historical and Legal Interconnections Between the Armenian Genocide and the Jewish Holocaust: From Impunity to Retributive justice», *Yale Journal of International Law*, vol. 23, número 2, verano 1998.
- EDWARD GIRARDET y JONATHAN WALTER (eds.), *Afghanistan*, Ginebra y Dublín, International Centre for Humanitarian Reporting, 1998.
- Egyptian Organisation for Human Rights, *The Condition of Human Rights in Egypt*, El Cairo, EOHR, 1993; *Recurrent Detention: Prisoners without trial*, El Cairo, EOHR, 1993-1994; *Freedom of opinion and belief: restrictions and dilemmas*, El Cairo, EOHR, 1994; *Democracy Jeopardized: Nobody «Passed» the Elections*, El Cairo, EOHR, 1995.
- Estudiantes Musulmanes Seguidores de la Línea del Imam (comps.), *Documents from the US Espionage Den* (en inglés y persa), Teherán, The Centre for the Publication of the US Espionage Den's Documents, 1987.  
[http://www.theme-moryhole.org/espionage\\_den/](http://www.theme-moryhole.org/espionage_den/)
- HELSINKI WATCH (Human Rights Watch), *Tears, Blood and Cries: Human Rights in Afghanistan Since the Invasión 1979-1984*, Nueva York, Helsinki Watch, 1984. [http://hrw.org/reports/1984/afghan\\_1284.pdf](http://hrw.org/reports/1984/afghan_1284.pdf)
- Human Rights Watch, *Needless Deaths in the Gulf War: Civilian Casualties During the Air Campaign and Violation of the Laws of War*, Nueva York, Human Rights Watch, 1991.  
<http://www.hrw.org/reports/1991/gulfwar/>
- Imperial Gazetteer of India: Afghanistan and Nepal*, Oxford, Clarendon Press, c. 1910; reimpr. Lahore, Sang-e-Meel Publications, 1979.
- Iraq's Weapons of Mass Destruction: The Assessment of the British Government*, Londres, The Stationery Office, 2002. <http://www.number-10.gov.uk/output/Page271.asp>
- KATIA MINAS PELTEKIAN (comp.), *Heralding of the Armenian Genocide: Reports in «The Halifax Herald» 1894-1922*, Halifax (Canadá), Armenian Cultural Association of the Atlantic Provinces, 2000.
- LAURENT GERVEREAU, JEAN-PIERRE RIOUX y BENJAMIN STORA (dirs.), *La France en Guerre d'Algérie*, París, BDIC, 1992.
- Les Mensonges du Golfe*, Montpellier, Arléa-Reporters Sans Frontières, 1992.
- Libya under Gaddafi*, Chicago (Illinois), National Front for the Salvation of Libya, 1992.
- MAGNIER, GRACE, «Distorted Images: Anti-Islamic Propaganda at the time of the Expulsión of the Moriscos», en *Actes du VIII<sup>e</sup> Symposium International d'Études Morisques sur Images des Morisques dans la Littérature et les Arts*, Zaghuan (Túnez), Fondation Temimi pour la Recherche Scientifique et l'Information, 1999, pp. 173-191.
- MALCOLM BYRNE y PETER KORNBLUH (eds.), *The Iran-Contra Scandal: A National Security Archive Documents Reader*, Nueva York, Norton & Co., 1993.
- MICAH L. SIFRY y CHRISTOPHER CERF (eds.), *The Gulf War Reader: History, Documents, Opinions*, Londres, Times Books/Random House, 1991.
- Middle East Watch, *Human Rights in Iraq*, New Have, Yale University Press, 1990.
- NASER ARURI (ed.), *Palestinian Refugees: The Right of Return*, Londres, Pluto Press, 2001.
- RESHTIA, SAYED QASSEM (exembajador afgano en Egipto y delegado en la Asamblea General de las Naciones Unidas), *The Price of Liberty: The Tragedy of Afghanistan*, s. n., 1982.
- The Second Afghan War 1878-80* (Informe oficial de la Sección de Inteligencia, Cuartel General del Ejército, India), Londres, John Murray, 1908.
- The Tower Commission Report: The Full Text of the President's Special Review Board*, Nueva York, Bantam Books & Times Books, 1987.
- SARAFIAN, ARA (comp. e intr), *United States Official Records of the Armenian Genocide*, Londres, Comidas

Institute, 2004.

# CRONOLOGÍA

- 570 Nacimiento del profeta Mahoma.
- 790 A partir de esta fecha, el islam será la religión dominante en Oriente Próximo.
- 1095 Primera cruzada para «liberar» Tierra Santa; habrá otras siete en los siguientes 186 años.
- 1187 Victoria de Saladino sobre los cruzados en la batalla de Hattin; en adelante, Oriente Próximo será gobernado por califatos, incluidos los fatimíes, mamelucos y otomanos.
- 1798-1801 Expedición egipcia de Napoleón.
- 1914 4 de agosto, inicio de la Primera Guerra Mundial.
- 1915 Soldados británicos y de la Commonwealth desembarcan en Gallípoli. Empieza el Holocausto armenio; asesinato de 1,5 millones de armenios por los turcos otomanos. Los turcos ahorcan a árabes en Beirut por pedir la independencia.
- 1916 Acuerdo Sykes-Picot entre Francia y Gran Bretaña para dividirse Siria, Jordania, Iraq y casi toda la península Arábiga.
- 1917 Declaración Balfour ofreciendo apoyo británico a «el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío». El general sir Stanley Maude entra en Bagdad tras la invasión británica de Mesopotamia (Iraq); la posterior insurrección iraquí contra el dominio británico se cobra miles de vidas. El general sir Edmund Allenby entra en Jerusalén tras derrotar a las fuerzas turcas.
- 1918 El presidente estadounidense Woodrow Wilson hace públicos sus Catorce Puntos. Damasco cae ante los aliados; el rey Faisal entra en Damasco. 11 de noviembre, el armisticio pone fin a la Primera Guerra Mundial.
- 1919 Tratado de Versalles. Gran Bretaña logra mandatos sobre Palestina e Iraq; Francia recibe Siria.
- 1920 El general francés Henri Gouraud crea el Líbano con territorio sirio. El tratado de Sévres, negociado entre el Imperio otomano y los aliados (con la excepción de Rusia y los Estados Unidos), acuerda la autonomía del Kurdistán, pero esta medida no es ratificada ni aplicada. Caída del Imperio otomano. Los franceses expulsan a Faisal de Damasco.
- 1921 Los hachemíes se convierten en reyes en Transjordania e Iraq.
- 1936 Revuelta árabe en Palestina.
- 1939 3 de septiembre, inicio de la Segunda Guerra Mundial.
- 1941 Derrocamiento en Bagdad del régimen progermano de Rashid Alí. El hach Amin al Huseini, gran muftí de Jerusalén, viaja a Berlín.
- 1942 Árabes y judíos luchan juntos en la brigada Palestina en El Alamein.
- 1945 8 de mayo, fin de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto de seis millones de judíos por parte de los nazis.
- 1948 Creación del Estado de Israel; 750 000 árabes palestinos son expulsados de su tierra.
- 1954 Empieza la guerra de independencia argelina contra Francia.
- 1956 Crisis de Suez; Gran Bretaña, Francia e Israel invaden Egipto tras la nacionalización por parte de Nasser del canal de Suez.

- 1962 Derrocamiento de la monarquía en Iraq. Argelia obtiene la independencia de Francia.
- 1967 Guerra de los Seis Días; Israel ocupa Gaza, Cisjordania, el Golán y el Sinaí.
- 1968 La resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas exige la retirada de las fuerzas israelíes de los territorios ocupados a cambio de seguridad para todos los Estados de la región.
- 1973 Guerra del Yom Kippur; Israel derrota a las fuerzas egipcio-sirias.
- 1975 Inicio de la guerra civil libanesa.
- 1977 El presidente Sadat de Egipto firma la paz con Israel.
- 1978 Primera invasión israelí del Líbano. Sadam Husein se hace con el partido Baaz en Iraq.
- 1979 El sha de Irán es derrocado por la revolución islámica del ayatolá Jomeini. La Unión Soviética invade Afganistán; inicio de diez años de ocupación por parte de las tropas soviéticas.
- 1980 Osama bin Laden recluta una legión árabe para luchar contra el ejército soviético. Con el apoyo tácito de los Estados Unidos, Iraq invade Irán e inicia una guerra de ocho años en la que se utilizará el gas en ataques masivos por primera vez desde la Primera Guerra Mundial.
- 1982 Segunda invasión israelí del Líbano. 16-18 de septiembre, matanza de hasta 1700 civiles palestinos tras el envío, por parte del ministro de Defensa Ariel Sharon, de las milicias libanesas aliadas de Israel a los campos de refugiados de Sabra y Chatila con el objetivo de destruir «terroristas».
- 1983 23 de octubre, un atentado suicida contra el cuartel general de los marines de los Estados Unidos en Beirut mata a 241 estadounidenses.
- 1986 Primera intifada palestina contra Israel.
- 1988 El crucero estadounidense *Vincennes* derriba un Airbus de pasajeros iraní en el Golfo, con la pérdida de 290 vidas. Irán hace un llamamiento a la paz con Iraq. 21 de diciembre, una bomba destruye un avión de pasajeros estadounidense en Lockerbie (Escocia), con la pérdida de 270 vidas.
- 1990 Sadam Husein invade Kuwait; empiezan las sanciones de las Naciones Unidas contra Iraq que en los siguientes ocho años causarán la muerte de 500 000 niños.
- 1991 Fuerzas occidentales y árabes dirigidas por los Estados Unidos liberan Kuwait.
- 1992 El ejército argelino exige la suspensión de las elecciones democráticas en previsión del triunfo del partido islámico; inicio de una guerra «civil» de ocho años en la que morirán al menos 150 000 argelinos. Inicio de la guerra bosnia.
- 1993 13 de septiembre, firma del acuerdo de Oslo entre Israel y la OLP.
- 1995 Yasir Arafat entra en Gaza.
- 1996 Osama bin Laden se traslada de Sudán a Afganistán.
- 1998 En Afganistán, Osama bin Laden anuncia la creación de Al Qaeda, con el objetivo de expulsar a las fuerzas occidentales de las tierras musulmanas.
- 2000 Las fuerzas israelíes se retiran del sur del Líbano tras veintidós años de ocupación. Septiembre, segunda intifada palestina.
- 2001 11 de septiembre, pilotos suicidas destruyen el World Trade Center y parte del Pentágono, con un coste de más de 3000 vidas; el presidente Bush y el primer ministro Blair anuncian que están librando una «guerra contra el terror». Octubre, Estados Unidos empieza los bombardeos contra Afganistán y Osama bin Laden, que culminarán con el derrocamiento del régimen talibán.

- 2003 Marzo, invasión angloestadounidense de Iraq. 9 de abril, ocupación estadounidense de Bagdad. 28 de abril, los soldados estadounidenses matan a 14 manifestantes en Faluya; inicio de la insurrección contra las fuerzas ocupantes de los Estados Unidos. 12 de diciembre, captura de Sadam Husein en Iraq.
- 2004 Las fuerzas estadounidenses sitian por dos veces la ciudad iraquí de Faluya; guerra entre las fuerzas estadounidenses y la milicia chií de Múqtada al Sáder.
- 2005 Hasta 100 000 civiles iraquíes han muerto desde el inicio de la invasión, y, a mediados de año, más de 1700 soldados estadounidenses: Iraq elige el primer gobierno democrático en 30 años, pero se sume en el caos mientras las fuerzas de los Estados Unidos bombardean repetidas veces a los insurgentes; miles de civiles —iraquíes, periodistas occidentales, trabajadores humanitarios y mercenarios occidentales— son capturados como rehenes y muchos de ellos son asesinados. Muere Yasir Arafat; Mahmud Abbas es nombrado presidente tras las elecciones palestinas; el primer ministro israelí Ariel Sharon anuncia una retirada israelí de Gaza, pero las colonias judías en la Cisjordania palestina ocupada no dejan de ampliarse. El antiguo primer ministro del Líbano Rafiq Hariri es asesinado en Beirut. Siria retira sus últimos soldados del Líbano de acuerdo con la resolución 1559 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; la resolución 242 de 1968 —que pide la retirada israelí de la tierra ocupada— sigue sin cumplirse.



ROBERT FISK (Maidstone, Inglaterra, 1946) es un periodista y escritor inglés. Licenciado en Literatura Inglesa por la Universidad de Lancaster, se doctoró en Ciencias Políticas en el Trinity College de Dublín. Trabajó para el *Sunday Express* y posteriormente para *The Times*, del que fue corresponsal en Belfast, Portugal y Oriente Medio. Comenzó a trabajar para *The Independent*, fijando su residencia en Beirut en 1976, desde donde ha cubierto los principales conflictos bélicos de la zona y de Centro Europa. Ha recibido numerosos premios académicos y a su labor periodística, destacando el de Periodista Internacional del Año de Inglaterra en siete ocasiones y el de Amnistía Internacional.

Fisk ha defendido siempre la causa palestina y el diálogo entre los países de la zona, incluido el estado de Israel. Por ello, su trayectoria y sus artículos periodísticos han sido muy discutidos tanto por sus compañeros de la prensa como por parte de todos los gobiernos y políticos implicados.

# NOTAS

[1] *Pity the Nation: Lebanon at War* (Oxford University Press, 2001), la nueva edición estadounidense se tituló *Pity the Nation: The Abduction of Lebanon* (Nueva York, Nation Books, 2002). Los lectores interesados en la guerra civil libanesa, las invasiones israelíes de 1978 y 1982, la matanza de Qana y otras tragedias ocurridas en el Líbano pueden recurrir a esa obra. No he intentado reescribir aquí la historia del Líbano. <<

[1] Cuanto más peligroso el destino, más fantasioso es el nombre de la compañía aérea que vuela hasta allí. El único vuelo directo desde Beirut hasta el caldero del Iraq ocupado lo realizaba otra compañía llamada —sí, en efecto— Flying Carpet Airlines, Aerolíneas Alfombra Voladora. <<

[\*] William Johnston, *Tom Graham, V. C. A Tale of the Afghan War*, Londres, Thomas Nelson & Sons, 1900. <<

[1] Alejandro Magno aplastó a las tribus afganas camino hacia la India y esa tierra fue gobernada sucesivamente por los kushitas, los persas sasánidas, los heftalíes y luego los ejércitos islámicos cuyas conquistas iniciales y cuya ocupación encontraron la feroz resistencia de las tribus hindúes. Gengis Jan la invadió en 1219 y se enfureció tanto por la muerte de su nieto frente a la asediada ciudad de Bamiyán —donde podían verse claramente dos budas gigantes de 600 años de antigüedad, tallados en la pared de roca que dominaba el valle— que ordenó a su ejército mogol que ejecutara a todos los hombres, mujeres y niños. También otros imperios extenderían su territorio a lo que hoy recibe el nombre de Afganistán. A finales del siglo XIV, Timur Lang —Timur el Cojo, el Tamerlán de la sangrienta obra de Christopher Marlowe— conquistó gran parte de esa tierra. A los timuríes sucedieron los mogoles de la India y los safavíes de Persia. Se produjeron revueltas periódicas por parte de las tribus afganas, pero las líneas generales de un país que puede identificarse con Afganistán no aparecieron hasta 1747, cuando el caudillo de una tribu pastún menor, Ahmad Sha Durrani, formó una confederación que posteriormente invadiría el norte de la India. Afganistán sólo adquiriría la apariencia de una nación política unificada en la década de 1830 bajo Dost Mohamed. <<

[\*] Burnes, *Cabool*. <<

[\*] *Afghanistan and Nepal*, pp. 26-27. <<

[\*] Sykes, *Durand*, p. 96. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 117, facsímil de la carta manuscrita de Durand a Ella Sykes, 26 de enero de 1895. Durand incluyó un poema que había compuesto sobre la muerte de un soldado de caballería británico en adecuados versos Victorianos: «Ay, lo hemos hallado, con su joven cara / mirando hacia el cielo afgano implacable... Yaciendo ahí en medio, en esa llanura / donde inútilmente cargaron los hombres, / luchando ante todo y ante todo muertos / cosidos por muchos mortíferos golpes». <<

[\*] *Ibíd.*, p. 207. <<

[\*] *Ibíd.*, 216-217. <<

[2] Influido por las revoluciones laicas de Mustafá Kemal Atatürk en Turquía y el sha Reza en Persia, Amanulá instituyó una serie de reformas valiosas —parlamento elegido, monarquía constitucional, educación laica— que hicieron las delicias del moderno «Occidente» pero horrorizaron a las autoridades islámicas que por supuesto vieron en ellas el fin de su poder feudal y, en realidad, medieval. Hubo una insurrección, y Amanulá partió a un exilio italiano. Su pariente Mohamed Nadir Jan no cometió los mismos errores. Se identificó con los conservadores musulmanes y creó —un precedente peligroso en un país tan desunido— un ejército nuevo y poderoso. Fue asesinado en 1933 y le sucedió su hijo Zahir. A continuación hubo un breve período de «democracia» —de elecciones libres y una prensa moderadamente libre—, pero en 1973 un golpe de Estado llevó a Mohamed Daud al poder. Daud recurrió a la Unión Soviética para obtener ayuda económica, promulgó varias leyes liberales que fueron bien acogidas por «Occidente» —una de ellas alentaba la supresión voluntaria del velo de las mujeres—, pero su rechazo en la práctica de la línea Durand condujo al nuevo Estado de Pakistán, que había heredado la antigua frontera del Raj, a cerrarla. Afganistán se encontró entonces aún más dependiente de la Unión Soviética. <<

[\*] Simón Winchester, «Russia's £350 Million back door», *The Guardian*, 8 mayo 1978. <<

[\*] Griffiths, *Afghanistan*, p. 174. <<

[3] Literalmente, «Dios es el más grande». Dado que a nuestros oídos la expresión «ser el más grande» remite a hazañas deportivas más que a la divinidad, he utilizado el menos preciso pero más tradicional «Dios es grande», que refleja con más intensidad la fe en el caso de lectores occidentales. <<

[4] Haciendo honor a la máxima de que ninguna prisión pierde nunca su propósito original, Pul-i-Charji fue escenario de la primera ejecución judicial en el Afganistán postalibán, en abril del 2004. La sentencia de muerte del «bandido» fue firmada por Hamid Jarzai, el presidente pastún proestadounidense. <<

[5] Lewis fue más tarde el presentador de las noticias de la noche de ITN en Londres, pero también se dedicó a escribir una serie de libros sobre perros y gatos, un pasatiempo probablemente más gratificante que informar sobre las conferencias de prensa de Karmal. <<

[6] Karmal fue enviado a Moscú por los soviéticos en 1986 y sustituido por Mohamed Najibulá, jefe de la policía secreta Jad. Najibulá fue posteriormente depuesto por las facciones muyahidines y se refugió en la sede de las Naciones Unidas en Kabul en 1992, tres años después de la retirada de los soviéticos. En 1996, los talibanes arrebataron a Najibulá a sus dudosos protectores —«unos hombres han venido a buscarlo», anunció sombríamente uno de los funcionarios de las Naciones Unidas al antiguo lacayo de Moscú— y, tras emascular al antiguo agente secreto, lo ahorcaron de un árbol junto a su hermano, con la boca y los bolsillos llenos de billetes de banco afganos. No cabe duda de que ése era el destino que los autores de la «carta nocturna» habían deseado para Karmal, quien moriría de cáncer años más tarde en Moscú. <<

[\*] Véase Micheline Centlivres-Demont, *Popular Art in Afghanistan: Paintings on Trucks, Mosques and Tea-Houses*, Graz (Austria), Akademische Druck-u. Verlagsanstalt, 1976. <<

[\*] Declaración del ministro de Asuntos Exteriores iraní, Teherán, 30 diciembre 1979.

<<

[\*] Entrevista con el autor, Teherán, 9 julio 1980. <<

[7] Desde su despacho de la londinense calle Fleet —a unos 6500 kilómetros de Kabul—, Gerald Long, director gerente de Reuters, envió diligentemente una andanada epistolar a *The Times*, condenándome por empuñar el Kaláshnikov. «Por más que todo el mundo entienda el natural instinto de conservación —escribió—, habría tenido [Fisk] que negarse a sostener el arma. Si queremos pedir protección para los periodistas que informan de los conflictos, los periodistas deben negarse a empuñar armas bajo cualquier circunstancia. Quienes son responsables de la seguridad de los periodistas los instruirán sobre el modo de evitar riesgos evitables. El riesgo para todos los periodistas de cualquier periodista que empuñe un arma es en mi opinión mayor que la dudosa protección que puede proporcionarle un arma<sup>[\*]</sup>». A pesar de su extraña sintaxis, no podía estar más de acuerdo con la carta. Sin embargo, ¿cómo se suponía que teníamos los periodistas que «evitar riesgos evitables» en Afganistán? Mi intención había sido viajar a Mazar en un autobús, no a Kabul en un convoy soviético. <<

[\*] *The Times*, 22 enero 1980. <<

[8] Lo único que le faltó a mi despacho a *The Times* fue una fotografía. El comandante Yuri había tomado fotos mías para su álbum personal —o para el KGB—, pero yo no hice ninguna de él. Así que cuando avancé por la nieve amontonada hasta la puerta de la base militar soviética de Kabul y vi abandonada sobre un asiento de conductor una gorra rusa, con la insignia roja de la hoz y el martillo y orejeras de piel incluidas, la saqué del camión y me la metí debajo de mi capa afgana marrón. Durante años, exhibiría con orgullo ese recuerdo del poderío soviético en cenas y fiestas beirutíes. Sin embargo, al cabo de diez años, la Unión Soviética se vendría abajo, y los turistas, ay, podrían comprar miles de gorros militares idénticos —junto con los de generales y almirantes soviéticos y montones de medallas ganadas en Afganistán— por unos pocos rublos en la calle Arbat de Moscú. <<

[\*] Mills, *Pathan Revolts*, pp. 108-109. <<

[9] Y se publicaron menos uno. Ivan Barnes había considerado que un párrafo de un artículo de fondo en el que describía cómo Gavin y yo habíamos encontrado a un aldeano en las afueras de Jalalabad de pie sobre una caja y sodomizando a un camello era excesivo para los lectores de *The Times*. <<

[1] Como de costumbre, Churchill se guardó los pensamientos para la última frase: «Un hombre había recibido un disparo en el pecho y sangraba abundantemente; otro yacía de espaldas pataleando y retorciéndose. El oficial británico rodaba justo detrás de mí, la cara una masa ensangrentada, sin el ojo derecho. Sí, era toda una aventura<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Véase Winston Churchill, *My Early Life: A Roving Commission*, Londres, Thornton Butterworth, 1930, p. 156. <<

[2] Deseoso de no comprometer a Alí si se veía obligado a entregar mi artículo en el trayecto a Peshawar, envié un mensaje convenientemente oblicuo acerca de los policías a *The Times*, diciéndoles que tenía «los problemas de Maigret», en referencia al famoso inspector de policía de Georges Simenon. Sin embargo, en tiempos de guerra, los periodistas no tienen que pasarse de listos. En efecto, alguien de la sección de Internacional pasó mi mensaje a la oficina londinense de la CBC, que inmediatamente envió un télex compadeciéndose de mis problemas de «migraña». <<

[3] En ese momento, muchos afganos también creían que soldados polacos, germano orientales, checos y de otros Estados soviéticos satélites llegaban a su país en apoyo de las tropas rusas. Es probable que esos rumores falsos empezaran cuando se oyó a soldados rusos hablar en alemán en el bazar de Kabul. En realidad, eran soldados soviéticos de la zona germanohablante del Volga. <<

[4] Resultaba instructivo señalar que los periodistas soviéticos tenían tantas dificultades a la hora de transmitir la realidad en esa primera etapa de la guerra que los periódicos de Moscú se veían obligados a imprimir extractos de despachos occidentales, incluidos los míos<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Véase, por ejemplo, *Literaturnaia Gazeta*, 20 febrero 1980, p. 9. <<

[\*] Escribí exactamente lo mismo en mi crónica al periódico, como si ese hecho extraordinario apenas mereciera ser registrado. Véase *The Times*, 18 febrero 1980. <<

[\*] Griffiths, *Afghanistan*, pp. 182-183. <<

[\*] Anthony Hyman, «Arab Involvement in the Afghan War», en *The Beirut Review: A Journal on Lebanon and the Middle East*, 7, primavera 1994, p. 78. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 79. <<

[5] Aunque el Huntley Haverstock de Hitchcock seguiría viendo la guerra con sus propios ojos. Charles Douglas-Home me haría partícipe más tarde del miedo de todo director por una historia que queda sin cubrir. «Ahora que no tenemos una cobertura regular de Afganistán —escribió—, te agradecería que pudieras asegurarte de que no perdemos ninguna oportunidad de informar a partir de relatos fiables sobre lo que está ocurriendo en ese país... No debemos dejar que los acontecimientos de Afganistán desaparezcan del periódico sólo porque no tenemos ningún enviado en el país<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Carta de Douglas-Home al autor, 26 marzo 1980. <<

[1] Durante su época como secretario general de la ONU, Waldheim había logrado ocultar con éxito su papel en el Grupo E de la *Wehrmacht* en Yugoslavia, cuando las tropas alemanas y sus aliados croatas tomaron parte en la matanza de serbios y musulmanes. A pesar de que no existen pruebas de que participara en estas carnicerías, el hecho de que Waldheim negara que sabía que se estaban cometiendo crímenes de guerra en Bosnia, durante los momentos más críticos de las batallas entre los nazis y los partisanos de Tito en 1943, se contradecía con las investigaciones que yo mismo había llevado a cabo en la región. Cuando visité la ciudad Bosnia de Banja Luka en 1988, descubrí que uno de los oficiales de inteligencia de Waldheim se encontraba junto a un campo de ejecución de la guerra y a sólo 35 kilómetros del campo de exterminio de Jaenovac, sobre el cual Waldheim afirmó no saber nada en aquella época. En Oriente Próximo, el máximo representante de la ONU instruyó a los jefes políticos sobre la guerra de guerrillas, sin revelar que era un experto en la materia. Mi recuerdo indeleble al salir de Bosnia ese verano es una llamada que hice a Ivan Barnes del *The Times* para decirle que había visto tantos paralelismos entre la Yugoslavia moderna y el Líbano en vísperas del conflicto de 1975, que creía que iba a estallar una guerra civil en Bosnia en un futuro próximo. Barnes se rió de mi ingenuidad. «Ya informaremos de ello si ocurre», me dijo. En 1992, informé sobre la guerra de Bosnia para *The Independent*. <<

[2] Los estudiosos del proceso de bestialización final de Sadam Husein deberían tener en cuenta que el sucesor del embajador estadounidense, Loy Henderson, informó por escrito al Departamento de Estado en referencia a Mossadeg que «nos enfrentamos a una situación peligrosa y desesperada y a un loco que sería capaz de aliarse con los rusos<sup>[\*]</sup>». Sustituimos a los rusos por Al Qaeda y podría ser el presidente Bush o el primer ministro Blair en el 2002. <<

[\*] Roosevelt, *Countercoup*, p. 18. <<

[3] Como era de esperar, en 1997 la CIA anunció que casi todos sus documentos sobre el golpe de Estado contra Mossadeg se habían destruido a principios de la década de 1960; «un horrible abuso de la confianza del pueblo estadounidense», según el antiguo director de la CIA James Woolsey, que en 1993 se había comprometido a hacer públicos los documentos sobre Irán. Un historiador de la CIA observó que a inicios de los sesenta existió «una cultura de la destrucción» en la agencia. <<

[4] Cuando murió en el 2001, se recordó la trayectoria profesional de Woodhouse durante la guerra. La esquela que se publicó en *The Independent* (26 de febrero del 2001) no hizo referencia a sus tejemanajes persas. <<

[\*] Woodhouse, *Something Ventured*, p. 45. <<

[\*] Bill, *The Eagle and the Lion*, pp. 69-70, citando a L. P. Elwell-Sutton, *Persian Oil: A Study in Power Politics* (London: Lawrence and Wishart, 1955), p. 195. <<

[5] En ese momento el futuro ayatolá Jomeini tampoco se oponía al sha. El profesor estadounidense James A. Bill escribió sobre ciertos rumores según los cuales el futuro jefe de la revolución islámica de Irán era uno de los que instaba al preeminente clérigo chií de la época, el ayatolá Sayed Mohamed Husein Buruyirdi, a que apoyara el sistema político del sha. Resulta intrigante que las biografías de Jomeini aparecidas en los periódicos iraníes en 1979 no incluyeran ninguna referencia a las actividades que llevó a cabo más de veinticinco años atrás<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Bill, p. 69. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 96. <<

[\*] Woodhouse, p. 132. <<

[6] Una de sus víctimas fue Masud Ahmadzadeh, un ingeniero que posteriormente fue ejecutado por el régimen<sup>[\*]</sup>. En 1972, Nuri Albala, un abogado francés, asistió a su juicio y describió cómo Ahmadzadeh se levantó el jersey para mostrar las marcas de tortura. «La parte central del pecho y el estómago eran una masa de cicatrices contrahechas debido a unas quemaduras muy profundas. Era algo espantoso... La espalda aún estaba peor. Tenía grabado un rectángulo perfecto, formado por una línea continua de tejido de cicatrices. Dentro del rectángulo, la piel volvía a estar cubierta de cicatrices brillantes de las quemaduras». Ashraf Dehqani, que huyó de la prisión tras las torturas —era una militante de la oposición— escribió cómo la violaron los torturadores de la Savak y cómo le pusieron serpientes sobre el cuerpo. <<

[\*] Halliday, *Iran*, p. 87. <<

[7] Una ley casi idéntica, aprobada por Paul Bremer, el procónsul estadounidense de Bagdad tras la invasión de los Estados Unidos en el 2003, provocó una avalancha de protestas de los iraquíes y ayudó a movilizar a la oposición popular contra la ocupación de Washington. <<

[\*] Kapuscinski, *Shah of shahs*, pp. 36-37. <<

[\*] *Rapport de synthèse faisant suite à la première série de visites des délégués du Comité International de la Croix Rouge à 3,087 détenus de sécurité dans 18 prisons Iraniennes, 1977.* <<

[\*] Véase Frank Giles, «Why Iran feels it needs no advice from the West on human rights», *Sunday Times*, 16 abril 1978. <<

[\*] Véase Edward Mortimer, «Irán: the greatest revolution since 1917», *Spectator*, 17 febrero 1979. <<

[\*] Shawcross, *Shah's Last Ride*, p. 218. <<

[\*] El informe más largo en inglés que existe en Teherán sobre la aparición inicial en el tribunal de Hoveyda apareció en la edición internacional de *Kay-han*, el 17 de marzo de 1979. <<

[\*] Carta del autor a Ivan Barnes, 30 de marzo de 1979. <<

[8] Existían otros extraños paralelismos con el posterior desastre de Estados Unidos en Iraq. El sha, a pesar de que continuaba en el poder, siempre insistió en que sus enemigos eran «comunistas» y «fanáticos». El presidente Bush siempre afirmaba que los enemigos de Estados Unidos eran «lo que quedaba del ejército de Sadam» y los «terroristas extranjeros». Ni el sha ni Bush pudieron admitir que se enfrentaban a una sublevación interna popular. <<

[\*] Shawcross, p. 317. <<

[9] Ahora había tres millones de parados —alrededor de un 25 por ciento de la población activa— y un 50 por ciento de la población vivía en ciudades extremadamente superpobladas. La escasez de alimentos no se debía tan sólo a la insistencia de Jomeini de que en el futuro los musulmanes deberían negarse a comer comida congelada, sino también a la profunda negativa de Irán a importar más bienes extranjeros. Sin embargo, hasta el invierno anterior el país había sobrevivido gracias a la importación de productos alimenticios por valor de dos mil millones de dólares.

<<

[\*] Éstas y las posteriores citas han sido extraídas de los 85 volúmenes de los documentos reconstruidos de la embajada estadounidense, publicados en Teherán entre 1979 y 1985. Se puede encontrar un resumen de la implicación de Entezam y Bazargan en Bill, pp. 290-3. <<

[\*] Ebtekar, *Takeover*, p. 98. <<

[10] Estos cambios no eran nada en comparación con los problemas que afligían a los editores del *Times Atlas* en Londres. El 13 de diciembre, recibí un mensaje de Barry Winkleman de Times Books, en el que me preguntaba los nombres nuevos de Pahlavidezh en Kurdistán, del embalse Reza Shah Pahlavi que había al norte de Dezful y de Shahreza, al sur de Isfahán. En Teherán, quería saber, «¿Cuál era el nombre antiguo de la avenida Taleghani?». Respuesta: calle Takht-e-Jamshid. <<

[11] También me viene a la cabeza la Irlanda de 1920. <<

[12] Clase de periodismo. Esa noche, mientras enviaba la crónica desde Teherán, le dije a la gente de *The Times* que tenían que concederles el mérito correspondiente a las dos cadenas estadounidenses y que, bajo ningún concepto, debían cambiar el orden en que yo había puesto nuestros nombres en el despacho, con el mío al final. La sección de internacional prometió asegurarse de que así iba a ser. Luego, más tarde esa misma noche, un subdirector pensó que *The Times* debería poner a su reportero por delante de las cadenas de televisión estadounidenses y alteró el orden de los nombres, lo que dio la impresión de que los estadounidenses se habían «acoplado» a mi entrevista. Maldije al periódico. Jennings me maldijo a mí. Pasaron varios días antes de que me perdonara por el comportamiento poco profesional de *The Times*. <<

[\*] *The Last Message: The Political and Divine Will of His Holiness Imam Khomeini* (Tehran: The Imam Khomeini Cultural Institute, 1992). Jomeini escribió su testamento el 15 de febrero de 1983, seis años antes de su muerte. <<

[\*] Ebtakar, p. 110. <<

[13] Era típico que la burocracia de la seguridad estadounidense de aduanas requisara los volúmenes que contenían los documentos de la embajada a los periodistas que llegaban al aeropuerto JFK de Nueva York desde Teherán, alegando que contenían documentos «confidenciales» del gobierno. Lo que la gente de Teherán podía comprar en la calle por 15 riyales estaba prohibido para los ciudadanos de los Estados Unidos. <<

[14] Estas revelaciones parecían no tener fin. Entre los últimos documentos hechos públicos por el gobierno había papeles secretos que, inexplicablemente, habían sido abandonados en el desierto oriental iraní el 24 de abril de 1980, cuando los estadounidenses suspendieron su intento de rescatar a los rehenes de la embajada, después de que un C-130 y un helicóptero estadounidense chocaran uno contra el otro, y murieran ocho militares. Los documentos, publicados en libro por los iraníes —junto con fotografías espantosas de los cuerpos quemados por el fuego de algunos de los estadounidenses muertos— incluían docenas de fotografías tomadas por satélite y a gran altitud de Teherán, de los campos de aterrizaje de emergencia iraníes, mapas, coordenadas y contraseñas que los salvadores debían usar en sus transmisiones al portaaviones estadounidense *Nimitz*. <<

[15] Cuando murió de una enfermedad coronaria y de cáncer en el 2003, se calcula que Jaljali había enviado como mínimo a 8000 personas a la horca y al pelotón de fusilamiento. <<

[16] Se cree que ésta fue la primera vez que unos musulmanes habían sido lapidados hasta la muerte en Oriente Próximo tras un juicio. La lapidación fue un castigo habitual en los pueblos de Irán y otros países islámicos durante cientos de años, y en el siglo XIX, miembros de la secta minoritaria Bahai murieron apedreados en Shiraz y Teherán. Pero los mató la muchedumbre, y no tras un juicio. Las prostitutas eran lapidadas hasta la muerte mucho antes de la época del profeta Mahoma y la Biblia describe cómo Jesucristo intentó poner fin a esta práctica. <<

[17] Grabé la visita a la prisión que nos hizo Jaljali para la radio de la CBC, y en la cinta que tengo en mis archivos aún se puede oír cómo el hoyatoleslam se relamía los labios al devorar el helado y mientras analizaba los matices más sutiles de la lapidación. <<

[18] El siguiente extracto hecho público en inglés por la agencia de noticias Pars el 16 de diciembre, permite paladear todo el sabor de la declaración un tanto solemne: «En el nombre de Dios, la compasiva y la misericordiosa nación islámica de Irán: el Gran Satán, los Estados Unidos, este motivo de corrupción de Occidente [*sic*], tras ser derrotado por nuestra gran nación, está intentando dar asilo a su corrupto siervo, el sha fugitivo, y para impedir la acción de la justicia... Con el fin de salir de este punto muerto político y de engañar a su nación, Estados Unidos se ha embarcado en un esfuerzo vano y ha sacado al criminal Mohamed Reza del país y lo ha entregado a su títere [*sic*], Panamá. Por la present [*sic*] anunciamos que para desvelar los complots traicioneros cometidos por los criminales Estados Unidos y para castigarlos, los rehenes espías serán juzgados». <<

[\*] Carta al autor de la hija de Charles Dickens, Hilda Maddock, 28 octubre 2003. <<

[1] Nieto de Gengis Jan que arrasó Bagdad en 1258 como parte de la campaña mogola para subyugar al mundo islámico. <<

[2] Durante setenta años, la tumba de Samuel Martin estuvo en el cementerio de guerra de Basora con la inscripción siguiente: «En recuerdo del soldado Samuel Martin 24 384, 8º Bt., Regimiento de Cheshire, quien falleció el domingo 9 de abril de 1916. El soldado Martin era hijo de George y Sarah Martin, de Beech Tree Inn, Barnton, Northwich, Cheshire». Bajo la tormenta de obuses que arrasó Basora durante la guerra con Irán de 1980-1988, el cementerio quedó destruido y saqueado, y muchas lápidas acabaron en un estado irreparable. Cuando visité el camposanto en los caóticos meses posteriores a la invasión angloestadounidense de 2003, encontré perros salvajes merodeando por las lápidas rotas e incluso vi que habían robado las placas sepulcrales del monumento conmemorativo principal. <<

[\*] Attiyah, *Iraq*, p. 108, citando a sir Percy Cox en una carta dirigida al virrey de India el 23 de noviembre de 1914. Estoy en deuda por éste y otros detalles subsiguientes sobre la ocupación británica de Iraq con la magnífica obra de Ghassan Attiyah de investigación en los archivos tanto británicos como iraquíes de la época. Se trata de un volumen que deberían leer todos los «estadistas» occidentales que planeen invadir países árabes. <<

[\*] Attiyah, *The Middle Euphrates: A Topographical Itinerary*, Nueva York, American Geographical Society, 1927, pp. 95-96, citando a Alois Musil. <<

[\*] *The Sphere*, Londres, 15 mayo 1915. <<

[\*] Attiyah, *The Middle Euphrates: A Topographical Itinerary*, Nueva York, 1927, p. 104, citando los Archivos Nacionales (AN), F0371/2775/187454. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 105, cita de los AN CAB 21/60. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 130, citando un memorándum del Almirantazgo británico, marzo 1915. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 130, citando a Herbert Henry Asquith, *Loyalties, Memories and Reflections, 1852-1927*, vol. II, Londres, 1928, p. 69. <<

[\*] *Ibíd.* p. 165, citando AN FO371/3387/142 404 (Cox). <<

[\*] Ibíd. p. 168, citando AN f0371/4148/13298. <<

[\*] *Ibíd.* p. 166, citando a E. Burgogne, *Gertrude Bell, from Her Personal Papers, 1914-1926*, Londres, 1961, pp. 78-79. <<

[\*] Hansar, Cámara de los Comunes, vol. 127, cols. 662-664, 25, marzo 1920. <<

[\*] Attiyah, p. 203. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 211, citando AN FO371/5227/E6509. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 230. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 249, citando un documento del Ministerio del Interior iraquí, Nasiriya, abril y mayo 1919. <<

[\*] John Darwin, *Britain, Egypt and the Middle East: Imperial Policy in the Aftermath of War, 1918-1922*, Nueva York, St Martin's Press, 1981, citado en Fromkin, *A Peace to End All Peace*, p. 453. <<

[\*] Attiyah, p. 343. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 362. <<

[\*] Citado en Fromkin, p. 452. <<

[3] Dos años antes, Lawrence no mencionó al comité su seguridad de que «en Iraq, los árabes esperan que los británicos mantengan el control». <<

[\*] *The Letters of T. E. Lawrence*, David Garnett (comp.), Londres, Jonathan Cape, 1938, p. 316, citado en Fromkin, p. 497. <<

[\*] T. E. Laurence [*sic*], memorándum *Reconstruction of Arabia* para el Gabinete de Guerra de Oriente, 5 noviembre 1918, NA CAB 27/36. <<

[\*] Clive Semple, ms. Inédito «Eight Graves to Cairo: Calamity and Coverup», 2004, p. 4. <<

[\*] Nota de Churchill a Trenchard, 29 agosto 1920. *Winston S. Churchill 1917-1922 Companion Volume IV* de Martin Gilbert, Londres, Heinemann, 1977, p. 1190. <<

[\*] Dudley Saward, «Bomber» *Harris: The Authorised Biography*, Londres, Cassell, 1984, p. 31. <<

[\*] *The Observer*, 8 agosto 1920. <<

[\*] Carta de Peter Metcalfe al autor, 22 junio 2004. <<

[\*] Garnett, *Letters to T. E. Lawrence*, ob. cit, pp. 306-308, carta a *The Times*, 22 julio 1920. <<

[\*] *The Sunday Times*, 22 agosto 1920. <<

[\*] David Omissi, «RAF officer who resigned rather than bomb Iraq», *The Observer*, 10 febrero 1991. <<

[4] Durante el siglo pasado, los alemanes no tuvieron más éxito en Iraq que cualquier otra de las potencias occidentales. Volaron con 24 Heinkel y Messerschmitt hasta Mosul, pero perdieron a su oficial de enlace más importante de la Luftwaffe en un combate aéreo sobre Bagdad. Sólo cuando la resistencia iraquí a las tropas británicas estaba hundiéndose, Hitler emitió su Directiva Militar número 30 sobre Oriente Próximo. «El movimiento de liberación árabe de Oriente Próximo es nuestro aliado natural contra Inglaterra —anunciaba—. En esta conexión, la sublevación de Iraq tiene una especial importancia<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Citado en Warner, p. 113. <<

[\*] Warner, *Iraq and Syria*, p. 117. <<

[5] Mesopotamia había sido la sede de gobernantes amables, aunque no resulta difícil encontrar precedentes de crueldad. Durante la revuelta de los esclavos africanos en Iraq, desde 869 a 883, el califa Mutaded no logró convencer al cabecilla de los esclavos llamado Mohamed «Chemilah» para que denunciara a sus compañeros. «Ni aunque me ases vivo —dicen que respondió Chemilah—. Jamás revelaré el nombre de la persona que me ha prestado juramento y que me reconoce como imam». El califa dijo que administraría el castigo que Chemilah acababa de describir. Se dice que el desgraciado fue «ensartado en una larga barra de hierro que lo penetró desde el ano hasta la boca; lo dejaron así, sobre una enorme hoguera, hasta que murió, mientras lanzaba improperios e insultos al califa, que presencié su tortura». Otra versión sobre su fallecimiento cuenta que lo ataron sobre tres lanzas, lo colocaron encima del fuego y le dieron vueltas como a un pollo «hasta que tuvo la piel crujiente». Luego lo colgaron de una horca en Bagdad<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Popovic, *Revolt of African Slaves*, p. 124. <<

[6] En *Sphinx and Commissar* (La esfinge y el comisario), Heikal hablaba de la reacción que tuvo Nikita Jruschov ante su costumbre de fumar puros. «De pronto, Jruschov se volvió hacia mí. “¿Es usted capitalista? —preguntó—. ¿Por qué está fumándose un puro?” “Porque me gustan los puros”, respondí. Sin embargo, Jruschov agarró mi habano y lo aplastó en el cenicero. Me quejé. “Un puro es un objeto capitalista”, respondió Jruschov... En la siguiente entrevista que le hice, en 1958, dejé el puro fuera. Jruschov me preguntó por él. “Quería volver a aplastarlo”, dijo».

<<

[\*] Traducción mediocre de la conferencia de prensa ofrecida por Sadam en Bagdad del 20-21 de julio de 1980, contenida en *The Bagdad Observer*, 23 y 24 julio 1980; pero sin los comentarios sobre las expulsiones. <<

[\*] Simon Sebag Montefiore, «A disciple of Stalin in the dock», *The International Herald Tribune*, 3 julio 2004. <<

[7] Simon Sebag Montefiore descubrió nuevos paralelismos. Gori, el lugar de nacimiento de Stalin, se encontraba apenas a 800 kilómetros al norte de la ciudad natal de Sadam, Tikrit. A ambos los criaron madres fuertes y ambiciosas, y los maltrataron sus padres; a ambos los ascendieron potentados a quienes acabaron traicionando. <<

[\*] Citado por David Hirst en «The megalomaniac pitted against the zealot», *The Guardian*, 24 septiembre 1980. <<

[8] Era imposible pensar en la posibilidad de sondear la opinión pública iraquí durante el mandato de Sadam. Lo comenté con antiguos amigos iraquíes en sus casas. En un artículo entregado a *The Times* el 30 julio de 1980, comentaba que muchos iraquíes «admitían, incluso en privado, que la estabilidad durante el mandato del presidente Hussain [sic] es preferible al caos social que podría instaurarse si las libertades del pensamiento liberal occidental se introdujeran de repente». Veinticuatro años después, su miedo a la anarquía demostró ser demasiado real. <<

[9] Mohtashemi también fue encarcelado en Arabia Saudí y en Kuwait, aunque me contó años después que «nada de eso obstaculizó ni afectó a mis creencias ni a mi determinación, y me reafirmó aún más en mi decisión de luchar y combatir contra los Estados Unidos de América, Israel y todos los demás gobiernos y Estados apoderados». <<

[\*] Marion Woolfson, «Iraq drive to eradicate illiteracy», *8 Days*, 1 marzo 1980. <<

[\*] Sean Cryan, «Land of the leftist sheikhs», *The Sunday Press*, Dublín, 27 marzo 1977. <<

[10] Días antes del asalto, había ido a la embajada a solicitar un visado para Irán y me pidieron que dejara mi segundo pasaporte en el centro de control. Después del incendio, tuve que enviar un mensaje a Ivan Barnes desde Beirut, en el que le decía que «pienso que tenemos que asumir que mi segundo pasaporte arde con los cadáveres calcinados en la embajada». Decidí utilizar mi primer pasaporte para conseguir un visado iraní de los diplomáticos de la embajada de Irán en Beirut «con la esperanza de que no la hagan volar por los aires también, y conviertan a Fisky en apátrida», y —si no conseguía un visado— intentaría entrar en Irán sin él<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Mensaje del autor a Barnes, 7 mayo 1980. <<

[\*] Hansar, Cámara de los Lores, 14 diciembre 1989, cols. 1397-1398. <<

[\*] Richard Norton-Taylor, «Sell arms to Iraq, but keep it quiet: The Scott inquiry is exposing a system corrupted by secrecy», *The Guardian*, 13 septiembre 1993. Memorándum citado en este artículo. <<

[\*] Crónica de Norton-Taylor en *The Guardian*, 13 marzo 1993. <<

[\*] Daphne Parish, *Prisoner in Baghdad*, Londres, Chapmans, 1992, pp. 124-131. <<

[\*] Carta del doctor Abdul Amir al Anbir, embajador iraquí en Londres, 21 febrero 1986, a Pat Davis, subdirector editorial de *The Times*. <<

[11] Mi forma de periodismo, que debía «condenarse con firmeza», al menos tenía el mérito de molestar a ambos bandos. En el verano de 1980, Tony Alloway, el corresponsal local de *The Times* en Teherán, le contó a Ivan Barnes que no podía obtener una acreditación para mí en Teherán porque los funcionarios iraníes «estaban muy molestos tanto por la llegada de Robert Fisk a Teherán sin un visado en regla, como por su artículo, y han jurado no volver a dejarlo entrar<sup>[\*]</sup>». El problema del visado lo había provocado el hecho de que mi segundo pasaporte se había quemado en la embajada de Irán en Londres. <<

[\*] Mensaje de Alloway desde Teherán remitido a Barnes, 7 agosto 1980. <<

[11] Varios años más tarde, Naccache me contó que sus pistoleros libaneses —otro libanés, dos iraníes y un palestino— y él habían «intentado entrar en el piso de Bajtiar, pero no lo conseguimos porque la puerta estaba blindada. Sólo llevábamos armas pequeñas. Si uno le echa un vistazo al lugar, no ve si está blindado o no. Hubo un tiroteo con los gendarmes franceses que estaban protegiéndolo. Murieron dos personas; a mí me hirieron en un brazo y en el muslo. Nadie vio a la mujer. La bala atravesó su puerta y, por desgracia, le dio en la cabeza. El tiroteo era con la policía. Cuando yo estaba en el hospital, el juez dijo que había una mujer muerta. Pregunté: “¿Qué mujer?”, no lo entendía. Dije que era una lástima. Me sentí muy mal. No lo habíamos previsto en absoluto. Ella era inocente, pero propuse de inmediato, siguiendo los principios del islam, que debía pagarse a la familia de la víctima como compensación, y también a la familia del policía muerto». Naccache afirmó que había llevado a sus hombres a matar a Bajtiar porque «tenía la sensación de que existía el peligro de que se repitiera el golpe contra Mossadeq. Por eso decidí atacar a Bajtiar. Era el cabecilla de una trama para repetir el golpe de Estado contra la revolución y regresar a Irán... No tengo nada personal en contra de Bajtiar. Era algo puramente político. No fue un intento de asesinato. Una sentencia de muerte remitida por el tribunal revolucionario iraní se cumple como una ejecución<sup>[\*]</sup>». Según Naccache, la prueba de la trama para el golpe de Estado de Bajtiar la proporcionó un oficial militar iraní que entregó a las autoridades los nombres de otros oficiales compinchados con Bajtiar; arrestaron y ejecutaron a más de un centenar. <<

[\*] Entrevista del autor con Anis Naccache, Teherán, 22 octubre 1991. <<

[12] Durante años, las autoridades iraníes acusaron abiertamente a Bajtiar de planear un golpe de Estado. En un folleto publicado por el Ministerio de Orientación Islámica en Teherán en 1981 se afirmaba que había «preparado el escenario para su regreso al estilo de 1953 a Irán. En esa época el gobierno de los Estados Unidos con seguridad imaginaba un Irán estadounidense sin el sha<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Abul Fazl Ezzati, *The Revolutionary Islam and the Islamic Revolution*, Teherán, Ministerio de Orientación Islámica, 1981, p. 195. <<

[\*] El texto completo del mensaje de Jomeini se puede consultar en la versión en lengua inglesa de *The Teheran Times*, 8 abril 1982. <<

[\*] Colin Smith, «Bahai women die for their faith», *The Observer*, 26 junio 1983. <<

[\*] Colin Smith, «Inside Khomeini's slaughterhouse», *The Observer*, 6 mayo 1984.

<<

[\*] *Iran Monitor* (traducciones al inglés de las noticias de la radio de Irán y la prensa persa), 4 julio 1980. El corresponsal local de *The Times*, Tony Alloway, realizó este valioso resumen de las actividades revolucionarias durante más de un año, tras el derrocamiento del sha. <<

[\*] *Amnesty International's written statement on human rights in Irán to Political Affairs Committee of the European Parliament, 28 noviembre 1985. <<*

[\*] El folleto en inglés fue entregado por los funcionarios del Ministerio de Orientación Islámica en 1979 con el título *The People and the Revolutionary Courts*. El autor posee una copia. <<

[\*] Jomeini, *Last Message*. <<

[\*] Human Rights Watch, *Tears, Blood and Cries: Human Rights in Afghanistan 1979-1984*, Informe de Helsinki, diciembre 1984, pp. 5, 9 y 35. <<

[\*] Esta declaración, los comentarios de Yazdi, así como la declaración de los Estados Unidos sobre las intenciones de Sadam proceden de los vols. 10 y 12 de la documentación de la embajada estadounidense publicada en Teherán. <<

[\*] Entrevista con Frank Giles, *The Sunday Times*, 16 abril 1978. <<

[13] En 1987, un año antes de finalizar la guerra de Irán-Iraq, el gobierno estadounidense creía que Irán sólo tenía cinco F-14 con capacidad de vuelo y sólo quince Phantom. <<

[\*] *The Iraqi-Iranian Dispute: Facts versus Allegations*, Bagdad, Ministerio de Asuntos Exteriores iraquí, 1981. <<

[\*] Se puede encontrar una explicación poco convincente de la decisión de Iraq en el discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas del primer ministro Tariq Aziz del 25 de septiembre de 1987. <<

[\*] Entrevista con Fati Daud Muffak, Bagdad, 30 julio 2004. <<

[1] Debíamos tener cuidado con la libertad de información de la que a veces gozábamos. Hewitt y su equipo alquilaron una barcaza de río para rodar en el Shatt al Arab. Las autoridades iraquíes los detuvieron, se llevaron al dueño de la barca. «Recibirá su castigo», le dijeron a un arrepentido Hewitt. Le advirtieron que cualquier protesta en nombre del barquero no haría más que empeorar ese «castigo» desconocido. <<

[2] Afirmaba, con propiedad, que el príncipe de Gales pronunciaba «miles y miles de libras» como «millez y milez de libraz» y era capaz de imitar variantes de las pronunciaciones del monarca en situaciones de enorme peligro. <<

[\*] Conversación del autor en casa del embajador estadounidense de Jordania, Richard Viets, con el exencargado de negocios en Teherán Bruce Laingen (director de la Academia Militar estadounidense), Ammán, 17 abril 1983. <<

[\*] Ayatolá Jomeini, 1 julio 1981, citado por completo en *Mahjoubah: The Magazine for Muslim Women*, Teherán, Ministerio de Orientación Islámica, julio 1981. <<

[\*] Bullock y Morris, *Gulf War*, p. 67, citando al sociólogo Ehsan Naraghi. <<

[\*] *An official history of the Guard Corps*: aunque no lleva el sello de la editorial, el folleto de ocho páginas fue distribuido en Teherán en 1984 por el Ministerio de Orientación Islámica con el título *Islamic Revolution Guard Corps; A Brief Analysis*.

<<

[3] Una frase inquietante en el mismo documento afirma que «uno de los planes [de los Guardianes], después de la Guerra Impuesta por los baazistas, será desinfectar el Kurdistán de los repugnantes mercenarios de los grupos respaldados por los Estados Unidos, como el Partido Democrático del Kurdistán, de modo que esa región acabará siendo un territorio totalmente islámico». <<

[\*] Frederic Manning (soldado 19 022), *Her Privates We*, introducción de Edmund Blunden, Londres, Peter Davies, 1964, p. 154. <<

[4] Al principio, según el corresponsal de guerra de *Al Ahram*, los iraquíes enviaron representantes de fabricantes de armas europeos a El Cairo para comprar las municiones «porque no querían que supiéramos que estábamos tratando con ellos. Sin embargo, en cuanto solicitaron munición para artillería pesada soviética, supimos que se trataba de los iraquíes. Les dijimos que los egipcios somos un pueblo honorable, un pueblo digno, y que se nos debía un respeto. Los iraquíes debían acudir a nosotros en persona y así lo hicieron. Obtuvieron los proyectiles y les transmitimos nuestra experiencia en combate<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Entrevista del autor con el general jubilado Mohamed Abdul Moneim, corresponsal de guerra de *Al Ahram*, El Cairo, 2 junio 1982. <<

[\*] Entrevista del autor con Mohamed Salam, Sidón, Líbano, 1 noviembre 2003. <<

[\*] Entrevista del autor con Mohamed Salam, Bagdad, 21 julio 1985. <<

[\*] Entrevista con Salam, 1 noviembre 2003. <<

[\*] *Iran's own official history: The Imposed War*, Teherán, cuartel general de Información de la Guerra, vol. 2, pp. 163-94. Un error de imprenta en la p. 164 establece la fecha del primer ataque con gas en 1980 en vez de 1981. <<

[\*] «Iraq's use of mustard gas confirmed», *The New York Times*, 27 marzo 1985, aparecido en *The Times* de Londres de la misma fecha. <<

[\*] Entrevista con Salam, 1 noviembre 2003. <<

[\*] Patrick Tyler, «US aided Iraq in '80s despite gas use, officials say», *The International Herald Tribune*, 19 agosto 2002, aparecido en *The New York Times*. <<

[\*] Joost R. Hilterman, «America didn't seem to mind poison gas», The International Herald Tribune, 17 enero 2003. <<

[\*] Rampton and Stauber, *Weapons of Mass Deception*, p. 76. <<

[\*] Discurso de George W. Bush, Denver, Colorado, 28 octubre 2002. <<

[\*] Notas del autor, Conferencia de prensa de Rafsanyani, Teherán, 25 mayo 1997. <<

[\*] William Matthews, «Inferno The Like of Which Had Never Been Experienced», *Navy Times*, 26 octubre 1987. <<

[1] Lejos de regocijarse ante el ataque, el «cuartel general de información de la guerra» iraní, en Teherán, lo calificó como «una trampa grave y peligrosa» dispuesta por los iraquíes para conseguir que Washington y Moscú entraran en el conflicto. <<

[\*] Comunicado de Associated Press, Washington, 22 mayo 1987. <<

[2] En una emotiva entrevista, durante la cual se le saltaron continuamente las lágrimas —para consternación de su secretaria de prensa, Anne O’Leary—, el embajador estadounidense de Bahrein, Sam Zakhem, me aseguró con insistencia que «nunca habíamos tenido motivos para pensar que los iraquíes iban a atacar una embarcación estadounidense. Los nuestros creen que fue un error; un error que pagamos muy caro, porque la naturaleza del pueblo estadounidense es la de dar siempre el beneficio de la duda<sup>[\*]</sup>». Si la Unión Soviética deseaba demostrar sus buenas intenciones en el Golfo, según Zakhem, podía «interrumpir el suministro de armas procedentes de los países del bloque del Este a Irán... Es Irán el que se ha negado a sentarse a la mesa de negociaciones». Así que Iraq era «amistoso», y a Irán había que dejarlo sin armas con qué defenderse. <<

[\*] Entrevista del autor con el embajador Zakhem, embajada de los Estados Unidos, Bahrein, 26 mayo 1987. <<

[\*] Reagan, rueda de prensa, 27 mayo 1987. <<

[\*] Los agentes marítimos del Golfo no lograron ponerse de acuerdo en cuanto a las cifras exactas, pero estas estadísticas, que parecen las más precisas, son de la compañía Intertanko, de Oslo. <<

[\*] Lloyd's Intelligence, Londres, mayo 1987. <<

[\*] Artículo enviado a *The Times* desde Bahrein, 28 mayo 1987. <<

[3] Los corresponsales extranjeros añaden una data a su nombre para que los lectores sepan de inmediato desde dónde informan. Enviar crónicas desde los océanos del mundo es más problemático. Yo transmití mi data del Golfo con diligencia y exactitud: «51 grados 40 minutos E, 26 grados 40 minutos N». Sin embargo, los redactores de *The Times* la cambiaron, con mi permiso, por «Embarcado», lo cual resume bastante bien cómo nos sentíamos la mayoría con respecto a esa historia, embarcados y a la deriva. <<

[\*] G. G. Labelle, «Up to a Million Dead, No End in Sight», Associated Press, 12 mayo 1986. <<

[\*] *Washington Post*, 13 septiembre 1985, citado en el informe de Reuters Washington, fechado el mismo día. <<

[4] James Cameron, uno de mis grandes héroes periodísticos, describe precisamente este mismo fenómeno en su espléndido relato del desembarco de Inchón en 1950, durante la guerra de Corea. Entre todas las embarcaciones militares que se dirigían a la orilla, escribió, había «un bote a la deriva que estaba marcado con grandes letras, “PRENSA”, e iba lleno de corresponsales inquietos y competitivos, todos intentando dar la impresión de que estábamos resueltos a desembarcar en la primera tanda, cuando en realidad intentábamos idear a la desesperada algún método honroso para acabar en la quincuagésima tanda». <<

[\*] Cameron, *Point of Departure*, P. 139. <<

[5] Anderson pasaría casi siete años retenido en el Líbano, y relató su amarga experiencia en *Den of Lions* (Hodder, 1994). También puede encontrarse una narración del cautiverio de Anderson realizada por el autor en *Pity the Nation*, pp. 584-627, 654-662. <<

[6] Chalabi sería condenado en Ammán en 1992 por un desfalco de 60 millones de dolares —el cual negó haber cometido después de huir a Jordania en el maletero del coche de un amigo— y, once años después, ese mismo Chalabi, dirigente ahora del Congreso Nacional Iraquí creado por la CIA, fue el candidato del Pentágono para gobernar el Iraq post-Sadam. Su candidatura fue retirada sin miramientos después de que un sondeo de opinión sugiriera que sólo un 2 por ciento de los iraquíes le daba su apoyo. No obstante, en el 2005 se había convertido en viceprimer ministro del «nuevo» Iraq. <<

[7] El relato más completo de la vida y la carrera de North, aunque comete algunos errores ingenuos en cuanto a Oriente Próximo y adopta una visión proisraelí de la región, se encuentra en un libro de Ben Bradlee Junior, *Guts and Glory: The Rise and Fall of Oliver North* (London, Grafton Books, 1988). <<

[8] Y no sólo porque los países occidentales estuvieran poniéndose del lado de Iraq en la guerra. El 31 de julio 1987, al menos 317 iraníes habían perdido la vida durante el *haj* anual de La Meca —según afirmaba Irán— a causa de disparos de la policía saudí. Los informes sugerían que los peregrinos habían sido apaleados y aplastados en una estampida por las estrechas y agobiantes callejuelas de los alrededores de la gran mezquita cuando una manifestación política iraní se había encontrado con la exaltación religiosa y la cólera ante la presencia de los uniformes negros de la policía de seguridad saudí. En 1986, los saudíes habían informado de que habían descubierto explosivos en las bolsas de 113 peregrinos iraníes, hombres y mujeres, pero el presidente Alí Jamenei les había prometido que eso no se repetiría en 1987. <<

[9] Se puede hacer una idea de la victoria iraní considerando el número de oficiales de alto rango que fueron capturados en el ataque. Entre ellos se encontraban el coronel Yasir al Sufi, comandante de la 94.<sup>a</sup> Brigada de Infantería; el teniente coronel Mohamed Reza Jafar Abbas, del 7.º Cuerpo de Tropas Especiales de Asalto; el teniente coronel del estado mayor Walid Alwan Hamadi, número dos de la 95.<sup>a</sup> Brigada de Infantería; el teniente coronel Madjid al Obeydi, número dos del 20.º Regimiento de Artillería; el teniente coronel Selim Hammoud Arabi, comandante del 16.º Regimiento de Artillería; y el teniente coronel Jaber Hassan al Amari, comandante del 3.º Batallón de Infantería, 19.<sup>a</sup> Brigada. A juzgar por sus nombres, al menos tres de estos oficiales eran musulmanes chiíes. <<

[10] Un piloto del 49.º Escuadrón de la Fuerza Aérea iraquí de Nasiriya que fue hecho prisionero, Abdul Alí Mohamed Fahd, dijo que las defensas aéreas iraníes habían mejorado en gran medida respecto de los once meses anteriores y habían obligado a los bombarderos iraquíes a volar a mucha más altitud. Su Mig-23, por lo visto, había sido abatido por uno de los misiles Hawk de Oliver North. El mismo piloto afirmó también que técnicos soviéticos, franceses e indios aconsejaban a los escuadrones iraquíes en Nasiriya y que los iraquíes utilizaban con frecuencia una base aérea kuwaití para repostar durante las misiones de bombardeo de petroleros iraníes. <<

[1] El historiador Hugh Trevor-Roper, lord Dacre, había asegurado en un principio que eran auténticos. Yo me encontraba de paso en la sección de Internacional de Londres antes de regresar a Beirut cuando el teletipo de los boletines de Reuters empezó a sonar e Ivan Barnes cogió la copia. «¡Ajá! —exclamó—. ¡Los diarios son una falsificación!» El gobierno de la entonces Alemania Occidental afirmaba que un análisis forense había confirmado que los documentos eran de la posguerra.

«¿Por qué no vas a decírselo a Charlie? —sugirió Ivan—. Creo que Murdoch está con él en este momento». Barnes, que, como yo, siempre había sospechado que los diarios eran falsos, se reclinó en su asiento con una sonrisa lobuna. «Vuelve luego para explicarme cómo se han quedado», dijo. Me dirigí al despacho del editor, y allí estaban Charles Douglas-Home tras su escritorio y, a su derecha, en un sofá, Rupert Murdoch. «¿Y bien?», preguntó Charlie. Esa mañana, todos estábamos esperando un comunicado del gobierno alemán. «Dicen que son falsos, Charlie», respondí, mirando al editor e intentando no hacer caso del propietario del periódico. Entonces Charlie miró a su jefe, y yo también. «Bueno, pues ya está —dijo Murdoch con una risita tras apenas un instante de reflexión—. El que no apuesta no gana». Eso, como le dije a Grigg, resume también bastante bien la política estadounidense en Oriente Próximo.

<<

[2] *Storm Center: The USS Vincennes and Irán Air Flight 655*, escrito por Rogers y su mujer, Sharon, y publicado en Annapolis por Naval Institute Press, fue más adelante objeto de encarnizados debates entre otros oficiales de la marina estadounidense, el capitán del *Sides* entre ellos. <<

[\*] Véase teniente coronel David Evans, «*Vincennes: A Case Study*», en *Proceedings*, publicación del Instituto Naval de los Estados Unidos, vol. 119/8/1086, agosto 1993, pp. 49-56. <<

[\*] Evans en *Proceedings*, ob. cit., p. 52, citando una entrevista personal con el capitán David Carlson, 23 junio 1992. <<

[\*] Contraalmirante William M. Fogarty, *Formal Investigation into the Circumstances Surrounding the Downing of a Commercial Airliner by the USS Vincennes*, USN, 28 julio 1988. <<

[\*] John Barry y Roger Charles, «Sea of Lies», *Newsweek*, 13 julio 1992. <<

[3] El *Vincennes* había sido bautizado en honor a esa ciudad del suroeste de los Estados Unidos cuya fortificación construida por los franceses había sido conquistada por las fuerzas estadounidenses al mando de George Rogers Clark en 1779. El malhadado *Stark* llevaba el nombre del general John Stark, que luchó en Bunker Hill en 1775. <<

[\*] Will y Sharon Rogers, *Storm Center: The USS Vincennes and han Air Flight 655*, Annapolis, Maryland: Naval Institute Press, 1992, pp. 184-186. <<

[\*] *Sunday Tribune*, Dublín, 10 julio 1988. <<

[\*] Rogers, *Storm Center*, ob. cit., p. 188. <<

[\*] Naser Mohajer, «The Great Massacre», citado en *Iran Bulletin*, Londres, invierno 1996, pp. 26-29. <<

[\*] Citado en *Iran Bulletin*, ob. cit, invierno 1996, p. 28. <<

[\*] Entrevista a Monireh Baradaran, «testigo de la masacre», *Iran Bulletin*, otoño/invierno 1998. El relato de los nueve años de Baradaran en las cárceles del régimen fue publicado en persa como *Haghighat-e-sadeh* —«La pura verdad»—, y en alemán como *Erwachen aus dem Alptraum*, Unionsverlag, 1998. <<

[\*] *Iran Bulletin*, verano 2000, p. 62, extraído de una traducción abreviada de «Shahrazad», *Here Virgins Do Not Die*, París, Khavaran, 1998. <<

[\*] Rehza Gaffari, «The life and death of women in Islamic prisons», *Iran Bulletin*, primavera/verano 1999. Su *Jaterateh Yek Zendani As Zandanhaye Jumhuriye Islam* —«Memorias de un preso de las cárceles de la República Islámica»— se publicó en persa (Estocolmo, Arshag Forlag, 1998). <<

[\*] Informe de Amnistía Internacional sobre las ejecuciones en Iraq, 25 febrero 1988.

<<

[\*] Comité contra la Represión y por los Derechos Democráticos en Iraq (CARDRI), comunicado de prensa, 2 marzo 1988. <<

[\*] Tanya Wilmer, comunicado de Agence France-Presse publicado en *Jordán Times*, 6 febrero 1999. <<

[\*] Carta de Zainab Kazim, 1996 (sin más datos), escrita en relación al artículo publicado por el autor, «Oh What a Lovely Holy War», *The Independent on Sunday Review*, 25 junio 1995. <<

[\*] Carta de Robert Parry al autor, 4 octubre 2004. <<

[\*] Entrevista con Husein Faruk, Bagdad, 28 julio 2004. <<

[\*] Entrevista con Muffak, Bagdad, 30 julio 2004. <<

[\*] National Archives, Kew, W095/2126. <<

[1] «Monsieur Gayant, seigneur de Cantin, nommé Jehan Gelon, délivra au IX<sup>e</sup> siècle la Ville de Douai assiégée par les Northmans» (Gayant, señor de Cantin, llamado Jehan Gelon, liberó en el siglo IX la ciudad de Douai asediada por los normandos). Bill, que siempre llevaba entre sus pertrechos militares un pequeño diccionario francés escribió tristemente en el reverso de la imagen: «No sé lo que dice». <<

[\*] Fisk, *Pity the Nation*, pp. 632-649. <<

[2] La política de partición hace necesaria aquí algunas cifras. La 36.<sup>a</sup> División (Ulster) estaba formada casi del todo por protestantes de los nueve condados más septentrionales de Irlanda —seis de los cuales constituyen hoy Irlanda del Norte— que no mostrarían ninguna simpatía por el levantamiento de Dublín de 1916. Sus terribles bajas, 32 186 muertos, heridos y desaparecidos, se produjeron en el Somme y en Ypres. Las 10.<sup>a</sup> y 11.<sup>a</sup> Divisiones Irlandesas, formadas en su mayor parte por irlandeses católicos —muchos nacidos en Gran Bretaña— lucharon en Gaza y Palestina, así como en el Somme y Flandes. Juntos, tuvieron una cifra de 37 761 muertos, heridos y desaparecidos<sup>[\*]</sup>. En total, se estima que murieron 35 000 irlandeses en la guerra de 1914-1918<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Estas cifras proceden de Henry Harris, *The Irish Regiments of the First World War*, Cork, Mercier, 1968, pp. 219-221. <<

[\*] Véase Oliver Fannon, «*The Irish Times, An Irishman's Diary*», *Irish Times*, 6 septiembre 2004. <<

[\*] *War Memoirs of David Lloyd George*, Londres, Odhams, 1936, vol. I, p. 450. <<

[3] Tras escribir por primera vez en *The Independent* sobre la estancia de mi padre en Louvencourt, recibí una carta de una lectora que me decía que era la actual propietaria del *château*. Era británica y me contaba que muchos de los oficiales habían grabado su nombre en la mesa y las paredes del sótano. El nombre de Bill, por supuesto, no estaba entre ellos. <<

[1] Los armenios, descendientes de los antiguos urartianos, se convirtieron en el primer país cristiano cuando su rey Drtad abandonó el paganismo en el año 301; tuvieron que defender su fe contra los persas, que eran zoroastrianos antes de convertirse en musulmanes, y luego contra los árabes. Los turcos llegaron procedentes de Asia central en el siglo XI. Armenia y Grecia eran naciones cristianas dentro del imperio turco. <<

[\*] Winston Churchill, *The World Crisis: The Aftermath*, Londres, Thornton Butterworth, 1927, p. 405. [Existe traducción en castellano: *La crisis mundial 1911-1918*, trad. Carlos Botei y Pedro Reverté, Barcelona, José Janes, 1944]. <<

[\*] Telegrama cifrado de Morgenthau al Departamento de Estado de los Estados Unidos, 10 julio 1915, reimpresso en Ara Sarafian (comp.), *United States Official Records on the Armenian Genocide 1915-1917*, Princeton, Gomidas Institute, 2004, p. 51. <<

[2] Cuando Enver tomó la ciudad de Edirne (Adrianópolis) durante las desastrosas guerras balcánicas, miles de recién nacidos fueron bautizados con el nombre del futuro asesino de masas; Enver Hoxha, el dictador loco de Albania, fue uno de ellos, y Anuar el Sadat, el dictador cuerdo de Egipto, otro. <<

[\*] Véase, por ejemplo, el informe anual de 1998 del Armenian National Institute, pp. 9-10. <<

[\*] Mark Mazower, «The G-Word», *Review of Books*, 8 febrero 2001, p. 20. <<

[\*] *The Treatment of Armenians in the Ottoman Empire: Documents Presented to Viscount Grey of Fallodon by Viscount Bryce*, Londres, House of Lords, 2004. Esta nueva edición contiene nombres y otros detalles identificadores que fueron omitidos de la publicación original para proteger a los testigos presenciales de las represalias turcas. <<

[3] El poderoso lobby Anglo-Armenian Association fue fundado por lord Bryce en 1890 y mantuvo una presión constante sobre el gobierno británico para garantizar la igualdad de derechos de los armenios dentro del imperio otomano. Un suplemento especial de la *Anglo-Armenian Gazette* de abril de 1895, en posesión del autor, contiene el angustiante relato de la matanza de armenios en Sasun, un inflamado mensaje de apoyo de lord Gladstone —«las meras palabras, procedentes del turco, no valen el aliento gastado en pronunciarlas»— y la petición de una gendarmería dirigida por oficiales europeos para proteger a los «cristianos armenios». Fue su religión, más que su posición de minoría en un imperio, lo que a todas luces espoleó el sentir británico. <<

[\*] Balakian, *Burning Tigris*, pp. 241-249. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 191. <<

[\*] Véase Richard D. Kloian (comp.), *The Armenian Genocide: News Accounts From The American Press 1915-1922*, Richmond (Ca.), American Genocide Resource Center of Northern California, 2000. <<

[\*] Véase Katia Minas Pettekian (comp.), *Heralding of the Armenian Genocide: reports in The Halifax Herald 1894-1922*, Halifax, Armenian Cultural Association of the Atlantic Provinces, 2000. <<

[\*] H. V F. Winstone, *Gertrude Bell*, Londres, Barzón Publishing, 2004, pp. 276-277.

<<

[\*] *United States Official Records of the Armenian Genocide*, p. 587. <<

[\*] El relato de Barter de sus experiencias durante la guerra, escrito desde Bagdad, me fue enviado por su hijo Antony, 23 junio 2004. <<

[\*] E. H. Jones, *The Road to Endor*, Londres, White Lion Publishers, 1973 (publicado originalmente: Londres, Bodley Head, 1920), p. 83. <<

[\*] Carta al autor de Ellen Sarkisian Chesnut de San Francisco, 23 febrero 2000. <<

[\*] Churchill, *The World Crisis: The Aftermath*, ob. cit., p. 157. <<

[\*] Churchill, *Great War*, vol. 4, p. 1570. <<

[\*] Véase Vahakn Dadrian, «The Historical and Legal Interconnections Between the Armenian Genocide and the Jewish Holocaust: From Impunity to Retributive Justice», *The Yale Journal of International Law*, verano 1998, vol. 23, n.º 2, pp. 504-559. Dadrian se refiere erróneamente a Rudolf Hoess como Rudolf Hess. <<

[\*] Gilbert, *Holocaust*, p. 556, citando las notas alemanas de la discusión de Hitler con Horthy el 17 de abril de 1943 (documento D-736 de los archivos del Tribunal Militar Internacional de Núremberg). <<

[\*] Mark Levene, *The Experience of Genocide in Lightning Strikes Twice: The World War 1914-1945*, Londres, HarperCollins, 2000. La nota de Levene sobre el ferrocarril de Bagdad aparece en la p. 16 de su manuscrito original. <<

[4] En un congreso en Beirut en el 2001, el profesor Wolfgang Wippermann de la Universidad Libre de Berlín presentó pruebas de que muchos oficiales alemanes presenciaron las matanzas armenias sin intervenir ni ayudar a las víctimas. <<

[\*] En la capital libanesa se celebró del 27 de abril al 1 de mayo una serie de conferencias sobre *La Primera Guerra Mundial tal como es recordada en los países del Mediterráneo oriental*; véase el *Daily Star*, Beirut, 4 mayo 2001. <<

[\*] Matthew Karanian, «A Century of Genocide», *AIM: Armenian International Magazine*, enero-febrero 2001, pp. 26-33. <<

[\*] Dadrian, *History of the Armenian Genocide*, p. 410. <<

[\*] Churchill, *Great War*, vol. 4, p. 1570. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 1571. <<

[\*] James Bryce, *International Relations: Eight lectures delivered in the United States in August, 1921*, Londres, Macmillan, 1922, pp. 65-71. <<

[\*] Véase el texto de Levene, «A Moving Target, the Usual Suspects and (Maybe) a Smoking Gun: The Problem of Pinning Blame in Modern Genocide», *Patterns of Prejudice*, vol. 33, n.º 4, 1999, que cita a R. S. Stafford, *The Tragedy of the Assyrians*, Londres, Allen and Unwin, 1935, pp. 168-177. <<

[\*] Carta al autor de A. V. Ozolin, 2 febrero 2000. <<

[\*] Mazower en *London Review of Books*, ob. cit. <<

[\*] Carta al autor de Davis, 12 abril 1998. <<

[\*] Anónimo, *The Dark Side of the Moon*, Londres, Faber, 1946. <<

[\*] Correo electrónico de Köknar al director, 5 febrero 2000. <<

[\*] Carta de Çakir al autor, 15 abril 1992. <<

[\*] Correo electrónico de Tat al director, 3 febrero 2000. <<

[\*] Carta de Zorba al director, 1 febrero 2001. <<

[\*] Carta de Haktanir al director, 21 marzo 2001. <<

[\*] Carta de Özener al *Jerusalem Post Magazine*, 18 junio 1999, citando a Marilyn Henry, «A Genocide Denied», 28 mayo 1999. <<

[\*] Citado en el *Turkish Daily News*, 10 abril 2001. <<

[\*] Carta de Charney a Peres, 11 abril 2001. <<

[\*] Charney, *Encyclopedia of Genocide*, vol. 1, pp. 61-105. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 94. <<

[\*] Jonathan Eric Lewis, «Genocide and the Modern World», *Armenian-Mirror Spectator*, abril 2001. <<

[\*] *Milliyet*, 11 noviembre 2000. <<

[\*] Salâhi R. Sonyel, *Turco-Armenian Relations in the Context of the Jewish Holocaust*, Ankara, Turk Tarih Kurumu Basimevi, 1990. <<

[\*] Véase, por ejemplo, «Pope Prays for Armenians», *International Herald Tribune*, 27 septiembre 2001. <<

[\*] Noticias radiofónicas del Servicio Mundial de la BBC, 26 septiembre 2001. <<

[\*] Balakian, ob. cit., pp. 383-385. <<

[\*] Cincuenta y tres de ellos firmaron un anuncio en el *The Washington Post*, el 23 de abril de 1999. <<

[\*] Véase el *The New York Times*, 11 septiembre 1997. <<

[\*] Véase Norman Finkelstein en *Index on Censorship*, número 2, 2000. <<

[\*] Véase *Le Monde*, 23 junio 1995; también para un análisis de las referencias originales de Lewis a las matanzas armenias como «holocausto», véase «Un entretien avec Anahide Ter-Minassian et Claude Mutafian», *Le Monde*, 26 abril 1994. <<

[\*] Artículo de la agencia de prensa Ankara Anatolia, 18 septiembre 2000. <<

[5] Aunque parezca mentira, Air France no tuvo reparos en hablar del genocidio armenio. En 1999, publicó en su revista un artículo sobre una exposición fotográfica de los asesinatos en masa, refiriéndose al «genocidio, que los turcos siguen negando aún hoy<sup>[\*]</sup>». A pesar de ello, Air France pudo seguir volando sin trabas a Turquía. <<

[\*] *Air France Magazine*, octubre 1999, p. 144. <<

[\*] Carta de Frater a Joan Ablett de la Armenian Assembly of America, 21 noviembre 2000. <<

[\*] Carta de Frater a Armen Lucas, 15 diciembre 2000. <<

[\*] Carta de Zaven Messerlian a Frater, 21 diciembre 2000. <<

[\*] Carta de Brittain-Catlin a Lucas, 16 enero 2001. <<

[\*] Respuesta de la baronesa Ramsay de Cartvale a la baronesa Cox en la Cámara de los Lores, 14 abril 1999, Hansar, Lords, cois. 826-830, citado in Ruper Boyadjian, *Great Britain's Denial of the Genocide against the Armenians*, actas del congreso de Kigali, 25-30 noviembre 2001. <<

[6] Rivka Cohen, la embajadora israelí en Ereván, dijo el 5 de marzo del 2002 que si bien el genocidio armenio era una «tragedia», el Holocausto (judío) «era un fenómeno único, puesto que siempre se había proyectado y dirigido a destruir toda la nación». De modo comprensible, el gobierno armenio de Ereván emitió una nota diplomática de protesta. <<

[7] No hay conspiraciones en la sección de revisión y compaginación del *The Independent*, sólo la estricta y sensata regla de que nuestros artículos sigan un estilo gramatical de la «casa» y se ajusten a lo que se denomina un «uso normal». Y el Holocausto judío, en el «uso normal», lleva «H» mayúscula. Otros holocaustos, no. Nadie sabe muy bien la razón; la misma práctica es seguida en periódicos y libros de todo el mundo, aunque la palma se la llevan en los Estados Unidos, donde Harvard rechazó una Cátedra sobre Holocausto y Estudios Afines, porque los eruditos se opusieron con razón a que el genocidio de otros pueblos —incluidos los armenios— se amontonaran en una papelería con la etiqueta «afines». Sin embargo, nada de todo esto respondía a la pregunta de mi amigo armenio. Decirle que su pueblo no tenía derecho a la «H» mayúscula habría sido tan vergonzoso como insultante. <<

[\*] Carta de Atak al fotógrafo de la exposición Simón Norfolk, 27 junio 2000. <<

[\*] Véase el editorial «Turkey should face up to an ugly episode in its history», *The Independent*, 31 agosto 2000. <<

[\*] Carta de Toby Saul al autor, 5 agosto 2000. <<

[\*] Véase el informe anual del 2002 del Instituto Nacional Armenio, Washington (D. C.). <<

[\*] Aram Hamparian, director del Comité Nacional Armenio de los Estados Unidos,  
24 abril 2004. <<

[\*] Carta al autor de sir Michael Mayne, 31 enero 2000. <<

[\*] Ayshe Nur Zarakaglu, Ragip Zarakoglu y Emirhan Oguz fueron perseguidos por publicar el libro de Yves Ternon *Les Arméniens, histoire d'un genocide*, París, Éditions du Seuil, 1977, con el título *Ermeni tabusu* (El tabú armenio), Estambul, Belge Yayinlari, 1994; véase la declaración del Grupo de Derechos Armenios, Londres, 30 de marzo de 1994. <<

[8] El «uso común» es una pesadilla con la que nos enfrentamos los periodistas, pero no es algo sagrado. No es algo que deba permanecer inmutable. Mi padre, le dije a mi director, luchó en lo que llamaba la Gran Guerra; pero el uso común tuvo que corregirse tras 1945 y pasó a ser Primera Guerra Mundial. ¿Qué hay en un nombre?, pregunté a mi periódico. ¿Qué hay en una mayúscula? ¿Cuántas otras calaveras hay enterradas en las arenas del norte de Siria? ¿No mataron los turcos a suficientes armenios? A partir de ese día, *The Independent* ha publicado Holocausto con «H» mayúscula en los casos de los genocidios judío y armenio. <<

[\*] *The Kevorkian Newsletter*, París, 9 de septiembre de 2002. <<

[9] Más tarde escribió a los Aghajanian. «Haré lo que pueda por seguir trabajando para que se reconozca el genocidio —decía en su carta— y lograr un cambio, por pequeño que sea». <<

[\*] Verjine Svazlian, *The Armenian Genocide in the Memoirs and Turkish-Language Songs of the Eyewitness Survivors*, Erevan, Gitutiun Publishing House, 1999, p. 12.

<<

[\*] Entrevista con el antiguo embajador de la OLP en el Líbano Chafiq al Hut, Beirut, 18 julio 1994. <<

[\*] Véase Elpeleg, *Grand Mufti*, p. 53. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 59, el texto completo de la carta de hach Amin a Hitler, 20 enero 1941, se encuentra en el Apéndice B (pp. 202-5) del libro de Elpeleg. <<

[\*] Entrevista con el doctor Nadim al Dimeshkieh, Beirut, 24 julio 1994. <<

[1] Véase el capítulo cinco. <<

[\*] Entrevista con Wassef Kamal, Beirut, 13 agosto 1994. <<

[\*] Véase Taysir Jbara, *Palestinian Leader Hajj Amin al-Husayni: Mufti of Jerusalem*, Princeton, 1985. <<

[\*] Elpeleg, p. 73. <<

[\*] Ibíd., p. 72, citando a Mohamed Amin al Huseini, *Zikhronot, Filastin* («Memorias, Palestina»), Beirut. <<

[\*] Entrevista con Kamal, 13 agosto 1994. <<

[\*] Elpeleg, p. 178, citando una edición hebrea de Abu Iyad, *Without a Homeland (Le-Lo Moledet)*, Jerusalén, 1979, pp. 64-6. <<

[\*] Entrevista con Alia al Huseini, nieta de hach Amin, 20 julio 1994. <<

[\*] Entrevista con Habib abu Fadel, Beirut, 26 julio 1994. <<

[\*] Entrevista con Bayan al Hut, 18 julio 1994. <<

[\*] Entrevista con Al Hut, Beirut, 18 julio 1994. <<

[\*] Entrevista con Al Hut, Beirut, 18 julio 1994. <<

[\*] Antonius, *Arab Awakening*, p. 387. <<

[\*] David Lloyd George, *War Memoirs of David Lloyd George*, vol. II, Londres, Odhams, 1936, p. 1902. <<

[\*] *Ibíd.*, vol. I, pp. 349-50. <<

[\*] Lloyd George en la Cámara de los Comunes, 19 junio 1936, según publicó *The Times*, 20 junio 1936. <<

[\*] Antonius, pp. 410-11. <<

[\*] Winston Churchill, *Step by Step: 1936-1939*, (Londres, Odhams, 1947), «Palestine Partition», 23 julio 1937. <<

[\*] General de brigada John Bagot Glubb, *The Story of the Arab Legión*, Londres, Hodder, p. 231. <<

[\*] Véase Mark Levene, «The Limits of Tolerance: Nation-State Building and What It Means for Minority Groups» en *Patterns of Prejudice* (Institute of Jewish Policy Research), vol. 34, n.º 2, 2000, citando a Nur Masalha, *Expulsión of the Palestinians: The Concept of «Transfer» in Zionist Political Thought 1882-1948*, Washington, Institute of Palestine Studies, 1992, p. 128. <<

[\*] Entrevista con Josef Kleinman, Givat Shaul, Jerusalén, 6 abril 2002. <<

[\*] Khalidi (ed.), *All That Remains*, p. 492 (donde el nombre del pueblo aparece escrito como «al-Salihiyya»), citando a Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*. <<

[\*] *Palestine: Statement of Information Relating to Acts of Violence*, Cmd. 6873, Londres, HMSO, julio 1946. <<

[\*] Copia oficial británica de «Report on the Murder of Sgt PAICE and Sgt MARTIN» («Informe sobre el asesinato del sargento PAICE y el sargento MARTIN») enviada al autor por Nadim el Isa, 21 junio 2004. <<

[\*] *Harakavet: A Quarterly Journal on the Railways of the Middle East* (ed. rabino Walter Rothschild), n.º 25, junio 1994, citando una carta de Charles S. Eadon-Clarke de Australia Occidental. <<

[2] Poco después de que le negaran el paso por el Bósforo, el barco estalló y se ahogaron 767 pasajeros. <<

[\*] Citado en Gilbert, *Israel*, p. 113. <<

[\*] Citado en Bethell, *The Palestine Triangle*, p. 183, citando a Churchill en la Cámara de los Comunes, 17 noviembre 1944. <<

[\*] Véase «Ex-Haganah man criticizes assassins' state funeral», *The Times*, 5 julio 1975. <<

[\*] Recopilado de *The Scotsman*, *The Times*, de Khalidi, *All That Remains*, y de Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem*, por «Scottish Friends of Palestine» en Hugh Humphries. <<

[3] El conde Folke Bernadotte, mediador de la ONU, había logrado varias treguas. El 17 de septiembre de 1948, fue asesinado en Jerusalén por el grupo Stern, que consideraba al sueco como un agente británico. Uno de los tres hombres que aprobó el asesinato fue Isaac Shamir, otro futuro primer ministro israelí. <<

[4] *Pity the Nation: Lebanon at War* (Oxford University Press, 2001); en Estados Unidos, *Pity the Nation: The Abduction of Lebanon* (New York, Nation Books, 2002), en concreto pp. 12-47, 161-400. <<

[5] Isaam Sartawi, dirigente de la OLP y cirujano cardíaco que logró convencer a Arafat de que negociara con los israelíes moderados, había sido asesinado en Portugal en abril de 1983 —dos meses antes de mi conversación con Arafat— por dos hombres armados contratados por el Consejo Revolucionario Al Fatah de Abu Nidal. La reivindicación del asesinato se hizo en ese «corazón latiente de arabismo» que entonces incluso sitiaba a Arafat: Siria. <<

[\*] Entrevista con Yasir Arafat, Trípoli, Líbano, 21 junio 1983. <<

[6] Resolución 242 del 22 de noviembre de 1967 del Consejo de Seguridad de la ONU que insistía en «la inadmisibilidad de la adquisición de territorio por medio de la guerra», exigía «la retirada de las fuerzas armadas israelíes de los territorios que ocuparon durante el reciente conflicto», la «terminación de todas las situaciones de beligerancia o alegaciones de su existencia, y respeto y reconocimiento de la soberanía, integridad territorial e independencia política de todos los Estados de la zona y de su derecho a vivir en paz dentro de fronteras seguras y reconocidas». Esto último implicaba el reconocimiento árabe del derecho de Israel a existir. Israel, con su continua colonización de Cisjordania y Gaza, señaló en repetidas ocasiones que la exigencia de retirada de la ONU usaba la palabra «territorios» sin el artículo definido, lo que significaba que Israel no tenía que retirarse de todos los territorios que había ocupado en 1967. Es inconcebible que los artífices de la resolución 242 pensaran que Israel debía elegir qué partes del territorio ocupado estaba dispuesto a abandonar y cuáles no. La afirmación de Israel de que tenía derecho a quedarse el territorio árabe porque el conflicto de 1967 había sido un acto de agresión por parte de los árabes y que los territorios se habían ocupado durante una guerra defensiva quedó minada por el énfasis de la resolución de la ONU en «la inadmisibilidad de la adquisición de territorio por medio de la guerra». Árabes e israelíes continuaron buscándole cinco pies al gato a la semántica de esta resolución breve y perfectamente sucinta. <<

[7] Fue típico del ambiente enfurecido que predominó en Madrid, que nadie señalara que la resolución 181 de 1947 de la ONU, a pesar de que preveía la partición de Palestina —algo que los árabes rechazaron—, también establecía las fronteras que Israel pasó por alto en cuanto hubo expandido su territorio tras la guerra de 1948. <<

[\*] Véase *The Independent*, Londres, 31 octubre 1991. <<

[8] La resolución 338 de 1973 era, en lo esencial, una reiteración de la 242. La resolución 425 exigía una retirada israelí del sur del Líbano. Israel se retiró de su zona de ocupación del Líbano en el 2000, veintidós años después de que la resolución 425 fuera aprobada por el Consejo de Seguridad. <<

[\*] Véase *The Independent*, Londres, 26 noviembre 1992. <<

[\*] Hirst, *The Gun and the Olive Branch*, p. 21. <<

[9] Arafat siempre se arreglaba la kefia con sumo cuidado para que tuviera la forma de la Palestina del protectorado, de modo que el «desierto del Néguev» de su mapa de tela siempre le tapaba la oreja derecha. <<

[\*] Entrevista con Chafiq al Hut, Beirut, 10 septiembre 1993. <<

[\*] Posteriormente, el grupo israelí de derechos humanos B'Tselem identificó a doce de los veintiún palestinos que dicen que fueron asesinados por las tropas israelíes durante los seis días posteriores a la matanza de Hebrón. Véase el estudio n.º 4 de B'Tselem, 3 marzo 1994, *Lethal Gunfire and Collective Punishment in the Wake of the Massacre at the Tomb of the Patriarchs*. <<

[1] Al preguntar al jefe de la agencia CNN en Jerusalén sobre ese engañoso comentario, contestó que la cinta era «genérica». Enseguida entendí qué quería decir con ello. La cinta era «genérica», porque la violencia era «genérica», porque los palestinos eran un pueblo «genéricamente» violento. Protestaban, arrojaban piedras, se oponían a la «paz» y, cómo no, eran «proterroristas». <<

[2] Un conductor palestino acudiría luego a la polvorienta hondonada en que nos hallábamos con una nota de Sarah escrita a mano, con un mensaje de los que no nos gusta recibir de un compañero. La nota decía: «Por lo visto no podéis ir más allá de donde estáis. Aquí casi no hay periodistas. Lo siento, chicos. Que lo paséis bien. Un abrazo, S».. <<

[\*] Véase Edward Said, *London Review of Books*, 14 diciembre 2000. <<

[\*] Profesor Alain Joxe, director del Interdisciplinary Centre for Research on Peace and Strategic Studies at the Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, en: Lara Marlowe, «Israel accused of turning peace process into a sham, backed by US», *Irish Times*, 4 noviembre 2000. <<

[3] El acuerdo de Oslo II (Taba), clausurado por Rabin en septiembre de 1995 (dos meses antes de ser asesinado) prometía tres retiradas israelíes: de la Zona A, de la B y de la C. Estas se habrían de completar en octubre de 1997. Los acuerdos sobre el estatuto que abarcaban los temas de Jerusalén, de los refugiados, del agua y de los asentamientos, tendrían que cumplirse en octubre de 1999, momento en que la ocupación tendría que haber llegado a su fin. Sin embargo, en enero de 1997 se concedió a un puñado de colonos judíos un 20 por ciento de Hebrón pese a que, bajo el acuerdo de Oslo, Israel tenía la obligación de abandonar todas las ciudades de Cisjordania. En octubre de 1998, un año después, Israel no había cumplido los acuerdos de Taba. El primer ministro israelí Benjamín Netanyahu negoció un nuevo acuerdo en Wye River, dividiendo la segunda reubicación prometida en Taba en dos fases, aunque sólo cumplió la primera. Netanyahu había prometido reducir el porcentaje de territorio cisjordano bajo ocupación exclusivamente israelí de un 72 por ciento a un 59 por ciento, transfiriendo un 41 por ciento de Cisjordania a las Zonas A y B. Pero en Sharm el Sheij en 1999, el primer ministro israelí incumplió el acuerdo que había hecho Netanyahu en Wye River, fragmentando las dos fases de éste en tres, la primera de las cuales transferiría el 7 por ciento de la Zona C a la Zona B. Aquí se frenaba cualquier aplicación posible del acuerdo. <<

[\*] Entrevista a Edward Said, «The Powerful Voice of the Outsider», *Irish Times*, 3 julio 1999. <<

[\*] «Begin moves baffle Washington», *The Times*, 2 febrero 1978. <<

[\*] Eric Silver, «Jewish plan to settle 16,000 families», *The Guardian*, 30 noviembre 1978. <<

[\*] Christopher Walker, «Last Arab forced out of Jewish quarter», *The Times*, 6 marzo 1980. <<

[\*] Christopher Walker, «100 000 Jews to live on Jerusalem land», *The Times*, 19 marzo 1989. <<

[\*] Véase Ian Black «Arab land for Soviet Jews, says Shamir», *The Guardian*, 20 noviembre 1990. <<

[\*] Benjamín Netanyahu en *The New York Times*, reimpresso en *The Jerusalem Post*, 5 septiembre 1993. <<

[\*] *Jerusalem File* (The International Campaign for Jerusalem, PO Box 11 592, London SE26 6WZ), febrero 1996, p. 5. <<

[\*] *Jerusalem File*, noviembre 1996, p. 2. <<

[\*] *Jerusalem File*, mayo 1997, p. 6. <<

[\*] Véanse crónica de Associated Press de Jerusalén, 4 febrero 1997 —que se refiere a los territorios ocupados como «tierras en disputa»— y también Patrick Cockburn «Jewish settlement rekindles danger of West Bank uprising», *The Independent*, 19 febrero 1997. <<

[\*] Véase Patrick Cockburn, «Netanyahu accused over Jerusalem homes pledge», *The Independent*, 28 febrero 1997. <<

[4] Para los lectores que deseen consultar este singular mandato, aparece en Génesis, 12,17; Levítico, 26,44-45; Deuteronomio, 7,7-8; Samuel 7,12-16; I Reyes 15,4; Salmos, 89,34-37 y 105,8-11. «La batalla por Jerusalén ha empezado —decía el anuncio—, y ha llegado el momento para los que creen en Cristo de ayudar a nuestros hermanos judíos...». <<

[\*] Véase Edward Said, «After the Final Acre», *Al-Ahram Weekly*, El Cairo, 23-29 julio 1998. <<

[\*] *Jerusalem File*, junio 1999, p. 4. <<

[\*] Comunicado de prensa de Peace Now, 20 agosto 1999. <<

[\*] Noticia de la agencia France-Presse desde Jerusalén, 17 septiembre 1999. <<

[\*] Hirst, p. 24. <<

[5] Los dirigentes israelíes no eran los únicos que querían evitar aquel obstáculo físicamente evidente hacia la paz. En el 2000, John Hume, el único estadista de Irlanda del Norte, daba el siguiente consejo a palestinos e israelíes: «vuestro desafío no reside en territorio geográfico, sino más bien en la creación de instituciones consensuadas...». No obstante, la versión irlandesa del «proceso de paz» no es aplicable a otros países. Una guerra por el «territorio» —dos grupos de personas que discuten por una misma propiedad inmobiliaria— era precisamente el motivo del conflicto en Oriente Próximo. Lo más parecido al enfrentamiento árabe-israelí que había vivido Irlanda era el intento de poner fin a la violencia después del desposeimiento a los católicos en el siglo xvii. Si entonces se hubiera instado a los terratenientes protestantes y a la masa empobrecida de católicos irlandeses a establecer «instituciones consensuadas», la idea no habría tenido aceptación en ninguna de las dos partes. <<

[\*] John Hume, «Peace must be painstakingly rebuilt», *The Jerusalem Post*, 2 noviembre 2000. <<

[\*] Patrick Cockburn, «Rabin says bus atrocity will not halt peace talks», *The Independent*, 22 agosto 1995. <<

[\*] Avi Shlaim, «Overtaken by Events», *London Review of Books*, 30 noviembre 1995. <<

[\*] Patrick Cockburn, «Amir tells court he shot Rabin “for God”», *The Independent*, 24 enero 1996. <<

[\*] *The Independent*, 5 junio 1996. <<

[\*] Amnistía Internacional, *Five Years after the Oslo Agreement: human rights sacrificed for «security»*, 9 septiembre 1998. <<

[6] Un patólogo escocés confirmó en 1995 que un palestino que murió bajo detención israelí, Abed Samed Hreizat de Hebrón, sufrió lesiones cerebrales mortales cuando agentes israelíes de Shin Bet le sacudieron la cabeza por la fuerza durante una sesión de «zarandeo» el 22 de abril de ese año. En un informe israelí de servicio especial sobre las interrogaciones, el juez jubilado Moshe Landau aprobó el uso de «presión física moderada» contra detenidos palestinos. En 1997, el servicio de inteligencia militar palestino acudió al hospital de Nablus con un detenido llamado Yusef Baba, que había sufrido quemaduras en un brazo y los muslos con una resistencia eléctrica usada para hervir agua. Sus heridas presentaban gangrena; posteriormente regresó a prisión, donde murió el 31 de enero<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] «Palestinian Prisoner Shaken to death by Israelis, Doctor Says», *International Herald Tribune*, 2 mayo 1995, citando noticia de Joel Greenbert, *The New York Times*; Alexander Cockburn, «Israel's Torture Ban», *The Nation*, 27 septiembre 1999; Patrick Cockburn, «Torture deaths that shame Palestine: Horrific pictures show depravity of security force interrogators», *The Independent*, 21 febrero 1997. <<

[\*] Phil Reeves «Killing of baby by Jewish vigilantes ignites rural town», *The Independent*, 21 julio 2001. <<

[7] Y no digamos cuando Netanyahu intervino para pedir a Estados Unidos que pusiera en libertad al espía israelí Jonathan Pollard —que había estado enviando a Israel información secreta del Pentágono— como parte de su exigencia para que Wye funcionara. Pollard, un judío estadounidense que trabajaba como analista para el servicio de inteligencia de los Estados Unidos había sido condenado a cadena perpetua en marzo de 1987. En 1995, Ehud Barak incluso le concedió la ciudadanía israelí. Clinton, después de afirmar bochornosamente que «revisaría seriamente» el caso de Pollard, cuando menos se las arregló para rechazar la exigencia de Netanyahu. <<

[\*] Véase *Ha'aretz*, 15 julio 1993, citando a Shahak, *Open Secrets*, p. 130. <<

[8] Esta «amenaza» se puso en tela de juicio cuando un reportero israelí, Rami Tal, reveló al periódico *Yediot Ahronoth* en 1997 que Moshe Dayan, el ministro de Defensa que conquistara Golán en 1967, había dicho en una serie de entrevistas antes de morir que muchos de los tiroteos entre Israel y Siria habían sido provocados deliberadamente por Israel, y que los residentes kibbutz que presionaban al gobierno para tomar Golán, lo hicieron, no tanto por seguridad como por las tierras de cultivo<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Serge Schmemmann, «General Dayan Speaks From the Grave», *The International Herald Tribune*, 12 mayo 1997, publicado originalmente en *The New York Times*. <<

[\*] Greer Fay Cashman, «Sharon says his Temple Mount visit was an excuse for violence», *The Jerusalem Post*, 2 noviembre 2000. <<

[\*] Gerald M. Steinberg, *The Jerusalem Post*, 27 octubre 2000. <<

[9] El vídeo y las fotografías del niño de doce años desplomándose sin vida en los brazos de su padre se convirtieron en una de las imágenes icono de la segunda intifada, y los israelíes borraron pronto cualquier rastro de la matanza derruyendo la pared tras la que se habían refugiado. Una investigación militar israelí intentó demostrar entonces que los palestinos habían sido responsables de sus muertes, y lograron convencer a la CBS para que emitieran sus falsos «hallazgos» en el programa *60 Minutes*. «Le da a uno la impresión», apuntó valientemente Ofir Pines Paz, miembro de la Knesset israelí, «de que en lugar de enfrentarse verdaderamente a este incidente, la IDF (Fuerza de Defensa Israelí) ha optado por escenificar una reconstrucción ficticia y cubrir el incidente por medio de una investigación con conclusiones ya decididas de antemano cuyo único propósito es eximir a la IDF de cualquier responsabilidad sobre la muerte de Al Dura<sup>[\*]</sup>». Los periodistas occidentales que investigaron las matanzas llegaron a la conclusión de que los israelíes habían disparado tanto al hijo como al padre, el cual sobrevivió, aunque es posible que los soldados israelíes responsables no les hubieran visto al otro lado de la pared. <<

[\*] Véase Anat Cygielman, «Mofaz: al Dura probe was initiated by Southern Command», *Ha'aretz*, 8 noviembre 2000. <<

[\*] «Pride and Fury» de Mahmud Darwish, en Leo Hamalian y John Yohannan (eds.), *New Writing from the Middle East*, Nueva York, Mentor, 1978, pp. 67-8. <<

[\*] Entrevista con Hanan Ashrawi, Ramala, 7 noviembre 2000. <<

[10] Menos de dos semanas después, Ashrawi escribió una carta abierta al presidente Bill Clinton. «Por experiencia, señor presidente, sabemos que la mayoría de los funcionarios públicos estadounidenses, una vez dejan su cargo, empiezan a sufrir remordimientos de conciencia y les urge inexplicablemente expresar su arrepentimiento en forma de confesiones públicas relativas a la injusticia que ha sufrido el pueblo palestino. Con un sincero deseo de ahorraros el sino de otros altos funcionarios que desarrollan una inmaculada visión y un deseo de justicia retrospectivo una vez el mal ya está hecho, me gustaría señalarle que aún tiene la oportunidad y está a tiempo de hablar claro, o mejor aún, que está a tiempo de actuar ahora». Ashrawi sabía que Clinton no lo haría. Lo que no podía saber era que, cuando al fin «habló claro» cuando ya no era presidente, le echó la culpa a los palestinos. <<

[\*] Amnistía Internacional, *Israel and the Occupied Territories: Excessive use of lethal force*, 19 octubre 2000. <<

[\*] Entrevista con Amira Hass, Jerusalén, 18 agosto 2001. <<

[\*] Entrevista con Shrifá Stern, Nueva York, 29 abril 1997. <<

[1] Sin duda, en Londres se refugió en casa de miembros del cuerpo de seguridad sirio. Hindaui firmó una declaración para la policía en la que afirmaba que había sido un oficial a las órdenes del general Mohamed el July, máximo responsable del servicio de inteligencia de la fuerza aérea siria, quien le había entregado la bolsa con la bomba. En el juicio, Hindaui se retractó de dicha declaración, aseguró que lo habían obligado a firmarla sin leerla antes y creía que aquello formaba parte de una conspiración tramada por agentes israelíes para perjudicar a Siria. Él fue condenado, Gran Bretaña rompió relaciones con Damasco e Israel condenó el «papel esencial de Siria en el terrorismo». Sin embargo, recuerdo un extraño incidente acontecido días después, cuando en la sala de embarque VIP del aeropuerto de Damasco me encontré al embajador británico saliente en Siria. Me comentó que existían ciertas pruebas de que los israelíes «sabían que se estaba llevando una bomba a Heathrow». No dijo más. ¿Habían tenido noticia de la bomba los israelíes pinchando los teléfonos de la embajada siria? ¿Les había dado un chivatazo el cuerpo de seguridad británico? ¿Habían incitado a los sirios a participar en una trama terrorista? Ningún gobierno israelí permitiría que una bomba estallase en uno de sus aviones. Sin embargo, si los israelíes lo sabían de antemano, podían haber arrestado a Ann Marie Murphy una vez que la bomba llegó a Heathrow y «demostrar» que Siria era un «centro internacional del terrorismo». <<

[\*] *The Independent*, 28 julio 1998. <<

[\*] Carta de Nezar Hindawi al autor, 2 diciembre 1998. <<

[\*] Véase necrológica de sir William Mars-Jones, *The Independent*, 25 enero 1999. <<

[\*] Véase la entrevista de Sarah Glynn, «Let My Evil Ex Lover Rot in Jail», *Evening Herald*, Dublín, 14 octubre 2004. <<

[\*] Entrevista con Yihad al Wazzir, Gaza, 12 abril 2001. <<

[2] Existe un abundante filón de información sobre la política israelí de asesinatos de sus oponentes en Israel, Cisjordania y Gaza. Ya en 1984, dos palestinos de un total de cuatro que secuestraron un autobús murieron de una paliza propinada por agentes del Shin Bet después de ser interrogados; hecho que no fue admitido hasta que fotógrafos de la prensa presentaron imágenes de cómo habían sacado del autobús a los dos hombres, muy vivos aún. El entonces ministro israelí de Defensa, Isaac Rabin, describió esos asesinatos como un «contratiempo». En 1991, abogados palestinos y grupos defensores de los derechos humanos comenzaron una reexaminación de decenas de casos de palestinos que habían muerto por heridas de bala durante la primera intifada después de que la televisión israelí revelara la existencia de brigadas de tiradores en el ejército israelí. A principios de 1992, testigos israelíes declararon que habían visto a soldados de Israel vestidos de paisano abrir fuego contra unos palestinos enmascarados que estaban haciendo pintadas en un muro de Dura, cerca de Hebrón.

El informe de Amnistía Internacional del 21 de febrero del 2001, *Israel and the Occupied Territories: State Assassinations and Other Unlawful Killings* («Israel y los territorios ocupados: asesinatos de Estado y otras muertes ilícitas»), es un documento fruto de una extensa investigación sobre los asesinatos extrajudiciales. En él se habla de la muerte del doctor Thabet Thabet, de cuarenta y nueve años de edad, un antiguo activista de Al Fatah que mas adelante fue nombrado representante de la OLP para las conversaciones de paz celebradas en Madrid en 1991 y que trabó muchas amistades con miembros del movimiento pacifista israelí. Thabet, dentista en Tulkarem, fue asesinado en su coche por las tropas israelíes el 31 de diciembre del 2000. Los israelíes alegaron después que estaba al mando de una célula de la milicia Tanzim y que «ordenaba a la gente dónde perpetrar atentados»; una explicación nada convincente para el asesinato de un palestino que había asistido al entierro de un soldado israelí, hijo de un pacifista de Israel con el que había trabado amistad. Los asesinatos de líderes de Hamás y la Yihad Islámica, alentados por el fallo de uno de los principales rabinos de Israel, pasaron a ser rutinarios. «La ley religiosa judía —afirmó el rabino Israel Meir Lau el 27 de julio del 2001— le da... todo su apoyo a la política de muertes que siguen en la actualidad el gobierno y las fuerzas de seguridad con el fin de evitar ataques en Israel». Ese mismo día, el jefe espiritual del partido ultraortodoxo Shas, el rabino Ovadia Yosef, anunció en un sermón retransmitido por la radio del ejército israelí que los árabes se reproducían como insectos y que deberían ir al infierno. «En la antigua ciudad de Jerusalén son como una plaga de hormigas —dijo—. Deberían acabar en el infierno, y el Mesías los hará llegar pronto allí».

B'Tselem, grupo israelí defensor de los derechos humanos, condenó la «práctica inmoral e ilegal» de asesinar a palestinos buscados en los territorios ocupados. En 1993, Human Rights Watch, organización con base en los Estados Unidos, calculó que unidades israelíes encubiertas habían matado a 120 palestinos desde diciembre de 1987. En 1997, cuando una brigada de tiradores del Mosad intentó asesinar en Jordania a Jaled Mashaal, representante de Hamás —los israelíes no criticaron el ataque porque fuera ilegal, sino porque resultó fallido—, incluso Mubarak, presidente de Egipto, se sintió obligado a calificar la táctica de «inmoral». Israel ya había lo conmovido antes desvelando que sus fuerzas de seguridad habían asesinado a decenas de soldados egipcios en la guerra de Oriente Próximo de 1967. Su fosa común se encontró en el Sinaí; Rabin describió como «aberración» ese crimen de guerra.

La muerte siempre se juzgaba con un doble rasero. En 1998, por ejemplo, la seguridad social de Israel dijo que no podía compensar a la familia de un palestino asesinado por un francotirador israelí porque, según la ley del país, un árabe asesinado por un «terrorista» judío no se considera víctima de terrorismo, mientras que un judío asesinado por un árabe sí<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Véase Lynne Richardson, «Palestinian deaths after bus hijack», *The Times*, 5 mayo 1984; véase Michael Sheridan, «Hit squads omission fuels rights inquires», *The Independent*, 25 junio 1991; véase el comunicado de agencia, «Chief rabbi blesses “targeted killings”», *Daily Star* (Beirut); Sarah Helm, «Israeli army tactics “immoral”», *The Independent*, 4 junio 1992; Derek Brown, «Israeli covert units ordered to shoot to kill, says report», *The Guardian*, 30 junio 1993; «Mubarak denounces Israeli assassination attempt as “immoral”», *Egyptian Gazette*, 9 octubre 1997; Diana Cahn, Associated Press, Jerusalén, 21 agosto 1995; comunicado de Agence France-Presse, Jerusalén, 19 mayo 1998. <<

[\*] *Ha'aretz*, 2 agosto 2001. <<

[\*] *Wall Street Journal*, 2 agosto 2001. <<

[3] Los agentes de los servicios secretos de Arafat, que preferían evitarse los juicios altamente irregulares que habían condenado a nueve supuestos colaboradores de asesinatos, habían empezado a ajusticiar a palestinos de los que se sospechaba que espían para Israel, al menos a veinte hombres entre diciembre del 2000 y agosto del 2001. La policía palestina ya no investigaba los asesinatos de hombres que supuestamente trabajaban para los servicios secretos israelíes y que, en algunos casos, habían ayudado a Israel a matar a militantes palestinos. Basam Abu Sharif, uno de los consejeros especiales de Arafat, me confesó que «esos hombres fueron asesinados, los servicios secretos los mataron cumpliendo órdenes y basándose en informaciones muy fidedignas y en confesiones grabadas. Todos esos hombres murieron a manos de agentes palestinos en áreas que no están bajo el control de nuestros servicios de seguridad. Todos fueron asesinados en zonas B o C, donde los protegía la seguridad israelí<sup>[\*]</sup>». Kasem Jlif, encontrado muerto en un control cerca de Al Ram el 12 de noviembre del 2000, había sido acusado de desvelarle al Shin Bet los movimientos de Husein Abayat, asesinado tres días antes. Unos hombres armados le dispararon a Adnan Fathi Sultán un tiro en el cuello y otro en el pecho y luego lo sacaron a rastras de su casa de Belén el 17 de diciembre del 2000 porque creían que había actuado en connivencia con los israelíes para asesinar a Yusef Abu Sway cinco días antes. El 30 de julio del 2001, Jamal Eid Shahin, de sesenta y ocho años —la víctima de más edad hasta la fecha—, recibió una visita en su casa de Beit Sahur de unos hombres que vestían uniformes de la policía palestina; le pidieron que saliera con ellos a la calle. Le descerrajaron once tiros y parece ser que asaltaron su cadáver con un martillo. En el verano del 2001, un total de dieciocho palestinos habían muerto ya en cárceles palestinas desde 1993, a menudo tras ser torturados por interrogadores formados por la CIA. <<

[\*] Entrevista con Bassam Abu Sharif, Ramala, 8 agosto 2001. <<

[\*] *Ha'aretz*, 12 agosto 2001. <<

[\*] Sayed Hasan Nasralá, entrevistado por el autor, *Beirut to Bosnia: Muslims and the West, a Personal Journey by Robert Fisk of The Independent*, din Michael Dutfield (Baraclough Carey/Chameleon), 1993, Episodio 1, «The Martyr's Smile». <<

[4] Amira Hass, corresponsal de *Ha'aretz*, me explicó que, aunque había visitado los hogares de terroristas suicidas en Gaza, había preferido no hacerlo durante el primer año de la segunda intifada porque «como israelí, no puedo ser objetiva». Rara vez visitaba la casa de un «mártir». «Escribí un artículo sobre un niño, verdaderamente quería mostrar que lo habían asesinado, que no representaba ningún peligro para el soldado que lo mató. La familia no estuvo contenta con tener a una periodista israelí<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Entrevista con Hass, 18 agosto 2001. <<

[5] La explicación más vergonzosa de los atentados suicidas palestinos fue pergeñada por Tom Friedman, viejo amigo pero columnista cada vez más mesiánico de *The New York Times*. Escribió que los palestinos no habían escogido los atentados suicidas por «desesperación», sino porque «lo único que son capaces de decidir como comunidad es qué es lo que quieren destruir<sup>[\*]</sup>». Según Friedman, habían perdido el contacto con la sacralidad de la vida humana porque estaban cegados por una «cólera narcisista». Aconsejaba a los palestinos adoptar una «resistencia no violenta al estilo Gandhi». Sin embargo, las protestas pacíficas de los palestinos siempre han sido desoídas o sofocadas. En el año 2004, cuando los palestinos y otras naciones árabes llevaron su caso contra la apropiación ilegal de tierras de Ariel Sharon ante el Tribunal Internacional de La Haya —una técnica sin duda gandhiana de buscar justicia—, Israel sencillamente se negó a aceptar la resolución del tribunal. Friedman no comentó nada al respecto. <<

[\*] Véase Thomas L. Friedman, «Suicide bombers threaten us all», *International Herald Tribune*, 1 abril 2002, reedición de *The New York Times*. <<

[6] Haciéndose eco de estos detalles, una revista cuáquera que informaba sobre el trabajo de un grupo cuáquero de ámbito internacional en el conflicto de Israel y «Palestina» comenta que «hemos quedado angustiados al descubrir que la opción de “traslado” —es decir, la limpieza étnica de grandes cantidades de palestinos de los territorios ocupados, o incluso de ciudadanos palestinos dentro del mismo Israel— se está debatiendo abiertamente entre políticos, intelectuales, líderes religiosos y muchos otros segmentos de la sociedad... Condenamos esta idea y cualquier otra propuesta que no respete la igual valía de todos los hijos de Dios<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] *The Friend*, Londres, 26 julio 2002, citando también un informe de Amnistía Internacional de Gaza. <<

[7] Si Hezbolá ayudó a construir ese umbral, no cabe duda de que fueron los palestinos quienes se lo transmitieron a los rebeldes iraquíes del 2003 y el 2004. A diario se sucederían atentados suicidas en las principales ciudades de Iraq, un país que hasta ese momento no contaba con un historial de autoaniquilación en ninguna de sus diversas rebeliones, contra el dominio extranjero. También en Iraq las vidas civiles perdieron su sacralidad para ambos bandos. Si los suicidas o sus instructores sentían alguna clase de compasión por los cientos de hombres y mujeres inocentes hechos pedazos en sus ataques a convoyes estadounidenses y británicos, comisarías, barracones, hoteles y cuarteles generales de la ocupación, jamás expresaron ningún pesar. La resistencia suní, en palabras de uno de sus progenitores, no estaba «demasiado preocupada» por las bajas civiles porque los rebeldes estaban dispuestos a «pagar cualquier precio» por acabar con la ocupación. Sin embargo, las revoluciones en forma de guerrilla, pese a ser cruentas, no cruzan fronteras a menos que la gente que desea adoptarlas tenga una causa. <<

[\*] David Margolick, «Israel's Payback Principle», *Vanity Fair*, enero 2003. <<

[\*] Stewart Steven, «You know the problem, now hear the facts», *Mail on Sunday*, Londres, 23 septiembre 2001. <<

[\*] Mark Steyn, «Palestinian regime's murky terror links», *Irish Times*, 6 octubre 2003. <<

[8] En Corea, un país con su propio panteón de tristeza y traición, ese sentimiento se traduce como *han*. Un escritor que ha publicado sobre ese país ha llegado a la conclusión de que «todos los países pequeños tienen la desgracia de contar con una gran probabilidad de experimentar la injusticia a manos de vecinos mayores y más poderosos. Los irlandeses sienten su propia versión de *han* hacia los ingleses; el *han* polaco va dirigido a sus vecinos rusos y alemanes, que durante mucho tiempo lucharon por controlar la tierra que los separaba<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] John Feffer, *North Korea, South Korea: US Policy at a Time of Crisis*, Nueva York, Seven Stories Press, 2003, pp. 20-21. Existe traducción en castellano: *Corea del Norte, Corea del Sur*, trad. Jordi Fibla, Barcelona, RBA Libros, 2004. <<

[\*] Véase Ami Eden, «Top Lawyer Urges Death For Families of Bombers», *Forward*, 7 junio 2002. <<

[9] Igual que los ejércitos estadounidense y británico, los israelíes suelen darles a sus operaciones un nombre «mediático» que no tiene ninguna relación con su auténtico código militar. La invasión israelí del Líbano en 1982, por ejemplo, se llamó oficiosamente operación Paz para Galilea —una línea propagandística que los periodistas crédulos diseminaron con alegría—, mientras que su verdadero nombre en código era operación Bola de Nieve. Al contrario que la «paz», el tamaño y la fuerza de las bolas de nieve aumentan a medida que ruedan cuesta abajo. <<

[\*] Véase Amos Harel, corresponsal militar de *Ha'aretz*, «IDF admits “ugly vandalism” against Palestinian property», *Ha'aretz*, 20 abril 2002. <<

[10] Las cifras de Amnistía Internacional mostraban que entre el 27 de febrero y junio del 2002, período que contó con dos importantes ofensivas israelíes y la reocupación de Cisjordania, casi 500 palestinos perdieron la vida, muchos durante los enfrentamientos armados, aunque un 16 por ciento de las víctimas —más de 70— eran niños. Desde las primeras incursiones israelíes, en marzo, hasta junio del 2002, murieron más de 250 israelíes, entre ellos 164 civiles, de los cuales 32 eran niños. Más de 8000 palestinos detenidos en ese período, según Amnistía, fueron «sometidos rutinariamente a malos tratos», y se derruyeron 3000 hogares palestinos<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Amnistía Internacional, *Israel and the Occupied Territories, Shielded from Scrutiny: IDF violations in Jenin and Nablus*, 4 noviembre 2002. <<

[11] Aunque no tan impresionante para que los viejos miembros de la guerrilla palestina que habían soportado las seis semanas del asedio de Beirut en 1982 expresaran su admiración. «¿Por qué no lucharon?», me preguntó uno de ellos en el Líbano, un mes después. <<

[\*] Véase Richard Boudreaux, «Controversy Over Israeli Plan to Bury Camp Dead», *Los Angeles Times*, 25 abril 2002. <<

[12] Los israelíes dijeron que la Cruz Roja podía entrar, pero que había preferido no hacerlo. La Cruz Roja dijo que no era cierto. Los israelíes alegaron después que tenían un vídeo donde salían trabajadores de la Cruz Roja rechazando el ofrecimiento israelí. Sin embargo, cuando pedimos ver la grabación, las autoridades israelíes no la entregaron. Pocos periodistas creyeron que existiera. <<

[\*] Justin Huggler y Phil Reeves, «Once upon a time in Jenin», *The Independent Review*, 25 abril 2002. <<

[\*] Arie Caspi, «The power of the world», *Ha'aretz Magazine*, 26 abril 2002. <<

[\*] Stewart Bell, «Now I know what is a massacre», *National Post*, 29 abril 2002. <<

[\*] Véase Friedman, *International Herald Tribune*, ob. cit. <<

[13] El asedio de Belén nos proporcionó otra «primicia» cuando BBC Televisión World News, incapaz de cubrir los enfrentamientos que se estaban produciendo alrededor de la iglesia con sus propias cámaras, utilizó repetidamente imágenes de vídeo del ejército israelí... sin anunciar su procedencia. <<

[\*] Véase Michael Adams, «Peace process fails to obscure Rabin's past», *The Daily Telegraph*, Londres, 28 agosto 1995. <<

[\*] Véase Steven Glazer, «The Palestinian Exodus», *Journal of Palestine Studies*, verano 1980, pp. 96-118, citando una parte de las memorias de Rabin que fue censurada en la edición final, pero que se publicó en *The New York Times*, 23 octubre 1979. <<

[\*] Isaac Kahan, Aharon Barak y Yona Efrat, *The Commission of Enquiry into the Events at the Refugee Camps in Beirut 1983*, informe definitivo (traducción autorizada), p. 105. <<

[\*] Phil Reeves, «Israel tells officials to avoid threat of arrest in Europe», *The Independent*, 27 julio 2001. <<

[\*] *Plainte avec Constitution de Partie Civile*, Bruselas, 18 junio 2001, testimonio de 52 páginas sobre asesinatos, violaciones, desapariciones y otros crímenes cometidos en los campos de refugiados de Sabra y Chatila en Beirut los días 16, 17 y 18 de septiembre de 1982, firmado por Chibli Mallat, Luc Walley y Michaël Verhaeghe; véase también Sara Leibovich-Dar, «A Lawsuit Sprouts in Brussels», *Ha'aretz Magazine*, 10 agosto 2001, aunque este artículo afirma erróneamente que el autor del libro se había unido a los querellantes en su pleito. <<

[14] En vano, otra vez. En enero del 2003, Yaron estaba en Washington, presentando las «necesidades» israelíes en cuestión de defensa para justificar una solicitud de 4000 millones de dólares en concepto de «ayuda especial para defensa<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Moti Bassok, «In Washington, Israel makes its case for massive U. S. aid», *Ha'aretz*, 8 enero 2003. <<

[\*] Véase la carta abierta de los académicos israelíes, <http://www.middleeast.org>, 23 septiembre 2002. <<

[\*] Entrevista con Ranan R. Lude, «General Ariel Sharon», *Playboy*, mayo 1995. <<

[15] Y pobre del diplomático o del periodista al que se le ocurra decir lo contrario. En el 2001, el centro judío Simón Wiesenthal, en París, acusó a la presidenta sueca de la Unión Europea de «fomentar la violencia antisemita». El centro envió una carta al primer ministro sueco en la que se decía que, al condenar a Israel por «eliminar terroristas», la presidenta sueca «recuerda el argumento utilizado por los aliados durante la Segunda Guerra Mundial, según el cual bombardear las vías de tren que conducían a Auschwitz alentaría el antisemitismo entre los alemanes». Suecia llevaba a cabo «un ataque unilateral contra el Estado de los supervivientes del Holocausto». ¿Qué crimen había cometido la presidenta sueca de la UE? Se había atrevido a decir que «la práctica de las eliminaciones continúa siendo un obstáculo para la paz y, además, podría fomentar nueva violencia». Ni siquiera había llamado «brigadas de la muerte» a las unidades de asesinos israelíes. Los suecos se disculparon, pero no corrigieron el uso incorrecto de los hechos históricos. Entre las principales razones alegadas por los aliados para no bombardear los campos de concentración de Auschwitz y Birkenau se encontraban las «dificultades técnicas», la convicción de que dicha tarea debía recaer sobre las fuerzas aéreas soviéticas y la opinión de que todos los medios debían emplearse en derrocar la Alemania nazi, «la solución segura al problema<sup>[\*]</sup>». Claro está que estas razones —pese a resultar inadecuadas y vergonzosas a la vista de los hechos históricos— le habrían restado a la nota que el centro judío Wiesenthal envió a Estocolmo la antipatía que claramente se pretendía transmitir. <<

[\*] Véase Martin Gilbert, *Auschwitz and the Allies: How the allies responded to the news of Hitler's Final Solution*, Londres, Michael Joseph, 1981, pp. 299-323; en relación con la reacción de Churchill ante las propuestas de bombardeo, véase también Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VII, *Road to Victory, 1941-1945*, Londres, Heinemann, 1986, pp. 846-847. <<

[\*] Citado por James Zogby, presidente del Arab American Institute, en <http://www.aaiusa.org/newsandviews/washingtonwatch/041999.htm>, 19 abril 1999.

<<

[\*] Uri Avnery, «Birds of a feather (or: The starling and the raven)», *Ma'a-riv*, 12 abril 1999. <<

[16] En la prensa israelí se publicaron variaciones sobre el tema de Sharon. Aunque Israel proporcionó ayuda humanitaria a los albanokosovares —una acción que Sharon en principio apoyaba—, persistía el miedo a que la campaña de la OTAN pudiera trasladarse a Oriente Próximo. «No debemos eludir la cuestión planteada por el ministro de Exteriores Ariel Sharon sobre la futura respuesta israelí ante la posibilidad de que los árabes de Galilea exijan su propio marco separatista —escribió Dan Margalit—... Es de suponer que Israel jamás se comportaría como los serbios ni llevaría a cabo matanzas mientras expulsa por la fuerza a la población a lo largo de la frontera. Sin embargo, ¿qué grado de maldad permite exactamente a la OTAN atacar a un Estado soberano que protege su soberanía?»<sup>[\*]</sup>. Dado que en esos momentos me encontraba en Serbia en calidad de periodista, planteé la misma pregunta en cuanto a la «soberanía» de Serbia, entre otras cosas porque la OTAN incluyó en sus propuestas de paz a Milosevic antes de la guerra una maliciosa cláusula según la cual estarían obligados a aceptar la presencia de tropas de la OTAN en toda Serbia. No obstante, la descripción de Margalit de las matanzas serbias «mientras expulsan por la fuerza a la población» era un retrato perfecto del comportamiento de Israel en 1948. También se apreciaba una falta de rigor histórico al estilo de Kinzer en el comentario de Margalit, como hecho de pasada, acerca de que «las matanzas de albanos llevadas a cabo por Slodoban Milosevic» eran «una reminiscencia de las matanzas de armenios a manos de los turcos: crímenes terribles, pero no un Holocausto». <<

[\*] Dan Margalit, «Neither Auschwitz 1948», *Ha'aretz*, 5 abril 1999. <<

[\*] Ami Eden, «Lobbyists Urge Bush To Ease Up On Sharon-Elie Wiesel: “Trust Him”», *Forward*, 10 mayo 2002. <<

[\*] *The Independent on Sunday*, 7 abril 2002. <<

[\*] *Ha'aretz*, 5 mayo 2002. <<

[17] En un documento palestino que detallaba el caso de Mahmud Freih, un joven de diecisiete años que fabricó una bomba con el objeto de utilizarla contra un tanque israelí en Gaza, la «traducción» israelí afirmaba que la Autoridad Palestina lo amparaba. En realidad, el documento original en árabe decía claramente que la Autoridad Palestina había impedido el atentado contra el tanque cortando el cable del detonador antes de convencer a Freih para que se uniera a los hombres de Arafat. <<

[\*] Véase Marianne Stigset, «Jean Makdisi: Our strength lies in the simplicity of truth», *The Daily Star*, Beirut. <<

[\*] Haim Hanebi, artículo de *Ha'aretz* citado en *Courier International*, n.º 589, 14-20 febrero 2002. <<

[\*] Uno de los relatos más espeluznantes de la sublevación del gueto, Gilbert, *The Holocaust*, pp. 557-567. <<

[\*] B'Tselem, [http://www.btselem.org/English/Statistics/Total\\_Casualties.asp](http://www.btselem.org/English/Statistics/Total_Casualties.asp). <<

[\*] B'Tselem, *The Killing of Palestinian Children and the Open-Fire Regulations*, junio 1993. <<

[\*] Amnistía Internacional, 1 octubre 2002. <<

[18] La realidad no siempre impera sobre la propaganda. El informe de Amnistía Internacional del año 2002 decía que, a pesar de insistir repetidamente en lo contrario, «no se tiene constancia de que se haya llevado a cabo ninguna investigación judicial sobre los asesinatos de niños cometidos por miembros del ejército israelí en los territorios ocupados, ni siquiera en los casos en que los funcionarios del gobierno israelí han afirmado públicamente que dichas investigaciones se llevarían a cabo». Sin embargo, sólo dos años después, Michael Williams, redactor de *The Independent on Sunday*, creyó oportuno «aplaudir el rigor con que [Israel] aplica la ley a las acciones de sus militares<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Michael Williams, «A critical friend is not an enemy», *The Independent on Sunday*, 31 octubre 2004. Los lectores que precisen de más información acerca de otros abusos de los derechos humanos deberían de consultar los voluminosos y detallados informes de B'Tselem, entre los que se incluyen: *The Closure of the West Bank and Gaza Strip: Human Rights Violations against Residents of the Occupied Territories*, abril 1993; *House Demolition during Operations against Wanted Persons*, mayo 1993; *Deportation of Palestinians from the Occupied territories and the Mass Deportation of December 1992*, junio 1993; *Firing at Vehicles by the Security Forces in the Occupied Territories*, febrero 1994. El de Amnistía Internacional también es de fundamental lectura: *Israel and the Occupied Territories, Demolition and dispossession: the destruction of Palestinian homes*, diciembre 1999. En relación con los malos tratos recibidos por los civiles palestinos a manos del ejército israelí, véase también el trabajo del antiguo soldado israelí James Ron, actualmente profesor agregado de sociología en Johns Hopkins, especialmente «Rabin's Two Legacies», publicado en *Al Mustaqbal al Arabi* (Beirut), 1996, versión abreviada en *Index on Censorship*, Londres, septiembre 1996. <<

[\*] Entrevista de Alain Louyot a Ariel Sharon, «C'est comme vous en Algérie, mais nous, nous resterons», *L'Express*, 27 diciembre 2001. El libro al que Sharon hacía referencia era, por descontado, *A Savage War of Peace: Algeria 1954-1962*, de Alistair Horne. <<

[1] Son numerosas las teorías sobre el origen del término *ped noir*. En su historia sobre la guerra de independencia argelina, Alistair Horne afirma que la expresión puede provenir de los lustrados zapatos negros que llevaban los soldados franceses, o de la idea metropolitana francesa de que el sol africano quemaba los pies de los colonos hasta dejarlos negros. Más recientemente, un argelino me dijo que se daba ese nombre a los inmigrantes españoles pobres que vivían en un barrio de la capital marroquí, Rabat, y que supuestamente jamás se lavaban los pies. Cuando los ciudadanos franceses se trasladaron a la misma zona, heredaron el nombre y luego lo llevaron consigo a Argelia<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Horne, *A Savage War of Peace*, p. 30n. <<

[\*] Véase *Archives de L'Algérie*, pp. 28-29. <<

[2] Los harkis eran los leales soldados de las tropas auxiliares argelinas del ejército francés que serían traicionados por sus amos en 1962. Los dejaron atrás y dejaron que los asesinaran sus compatriotas o los abandonaron en la miseria en el sur de Francia.

<<

[\*] Véase Galibert, *Algérie*, p. 172. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 30. <<

[\*] Le Barón Baude, Conseiller d'Etat, ex-Commissaire du Roi en Afrique, L'Algérie, París, 1841, citado en *The Dublin Review*, agosto 1842, p. 32. <<

[\*] Galibert, pp. 554-556. <<

[\*] Citado en Horne, p. 30. <<

[\*] Octave Depont, *L'Algérie du Centenaire: L'ouvre française de libération, de conquête morale et d'évolution sociale des indigènes. Les Berbères en France. La représentation parlementaire des indigènes*, Recueil Sirey, Paris, 1930, p. 113. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 186. <<

[\*] *La France en guerre d'Algérie.* <<

[\*] Amnistía Internacional, *France/Algeria: France must now face up to its judicial obligations*, 3 mayo 2001. <<

[\*] Rachid Mokhtari en *Le Matin*, Argelia, citado en *Courrier International*, 10-15 mayo 2001. <<

[\*] Véase Arun Kapil, «The public relations war: Algeria, France and imperial America», *The Daily Star*, Beirut, 27 marzo 2004. <<

[\*] *L'Express*, 14-20 marzo 2002, p. 105, entrevista con Annie Rey-Goldzeiguer. <<

[\*] Entrevista con Hassan Turabi, Jartún, 1 diciembre 1993. <<

[3] No hay ningún idioma que proteja a los políticos de los vuelos de la imaginación sobre la democracia y el islam. Dejo a los lectores la tarea de localizar los *non sequiturs* en los siguientes fragmentos de la conferencia de prensa concedida por Budiaf en Argel, el 16 de febrero de 1992 —que dio en árabe y en francés—, así como su optimismo de autoengaño y la incompreensión de lo que llevó a tantos argelinos a apoyar al FIS. «La interrupción del proceso electoral ha sido necesaria para salvaguardar la democracia —dijo—. El proceso electoral se detuvo porque había llegado a representar un peligro para Argelia. Pero el estado de emergencia no tenía nada que ver con ninguna restricción de las libertades fundamentales. La situación mejora día a día. Argelia se ha hartado de los viernes de terror y duda. En el islam, la tolerancia, el entendimiento y la modestia pueden ir de la mano de la democracia. Un islam “hermético”, que tiene su origen hace trece o catorce siglos, no puede funcionar con la democracia. En Irán, ¿hay o no hay democracia? Dejo que ustedes decidan, aquí no se ahorca a nadie. Si hubiéramos seguido el principio de las elecciones, se habrían producido ahorcamientos en Argelia. El islam no debe aceptar el extremismo. Las mezquitas deberían ser un lugar de oración, de descanso y moderación. La religión tiene su lugar, pero la democracia es una marcha hacia una sociedad moderna que incluye el pluralismo político». <<

[\*] Chaim Herzog, «Rabin always calm, obstinate, in control of the facts», véase *The Jerusalem Post*, 5 diciembre 1995. <<

[\*] *Victimes civiles de la barbarie terroriste catégories socio-professionnelles touchées 1990-1994*, Argel, 1994. <<

[4] *The Atrocities in Algeria: A Photographic Testimony*, 1994, publicado por «Human Services», PO Box 198, Southall, Middlesex UB1 3PR, Reino Unido. <<

[5] En 1995, el gobierno argelino admitió que 15 000 de sus ciudadanos habían muerto asesinados, que se habían producido 6000 heridos y 2143 actos de sabotaje. De hecho, se creía que la cifra real de muertos estaba más próxima a 75.000<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Ministère de l'Intérieur, des Collectives Locales de l'Environnement et de la Réforme Administrative, Argel, 1995. <<

[\*] Lara Marlowe, «Killed for a Column», *The Irish Times*, 2 mayo 1998. La traducción de la última columna de Mekbel que está bajo el título del presente capítulo también es de Marlowe. <<

[6] Massu sólo estaba dando consejo; el gobierno francés estaba aportando una ayuda mucho más importante a los militares argelinos. A lo largo de gran parte de 1994, Francia envió helicópteros, tecnología de visión nocturna para la vigilancia aérea de escondites de montaña, y otros equipos, la mayoría a bordo de vuelos militares franceses que llegaban al aeropuerto de Argel. Se decía que el hijo de un ministro del gobierno francés tenía una empresa de seguridad fuera de París que vendió legalmente millones de francos en equipos a la policía de la seguridad argelina. Al igual que los estadounidenses vendieron helicópteros a Sadam durante la guerra de Irán-Iraq, alegando que los utilizarían para fines «civiles», diez años después, los franceses vendieron nueve helicópteros Ecureuil a Argelia para su «uso» civil; de esta forma se evitó la investigación establecida por la ley por parte de la Comisión Interministerial Francesa para la Inspección de Exportaciones Militares (CIE-EMG); por supuesto, bastaba con equipar los aparatos con misiles y visión nocturna para que se convirtieran en armas de primera línea. Además, los franceses escuchaban todas las emisiones de radio del ejército argelino desde un antiguo carguero, que navegaba a lo largo de la línea costera argelina y llevaba abordo a miembros de la Direction Générale de la Sécurité Extérieure (DGSE, el servicio secreto francés). Con el número de código A646 Berry, el barco pintado de blanco hacía el seguimiento de los soldados argelinos en las montañas de Lajdaria. Su trabajo aumentó con las interceptaciones de radio desde los aviones franceses y los funcionarios del servicio secreto en el interior de la embajada francesa en Argel. La nochebuena de 1994, pistoleros «islamistas» capturaron un avión de Air France en el aeropuerto de Argel y, tras ejecutar a varios pasajeros, lo llevaron hasta Marsella para repostar combustible, y amenazaron con estrellar el avión contra la torre Eiffel. Los soldados franceses irrumpieron en el avión en Marsella, mataron a los secuestradores y rescataron a los pasajeros. Lo sorprendente sobre el secuestro no fue que se produjera, sino que la aerolínea francesa todavía programara vuelos a un país donde la ley y el orden prácticamente habían desaparecido y donde la simple mención de Francia se había convertido en una condena de muerte para aquellos ciudadanos franceses que se quedaran en Argelia. Nadie, por supuesto, preguntó si los terroristas tenían verdaderas intenciones de estrellarse contra la torre Eiffel, o si su plan podría haber inspirado en el futuro otros proyectos más ambiciosos en los que participaran aviones de pasajeros y edificios altos. <<

[\*] Para la entrevista completa con el jefe Meziane, véase Robert Fisk, «Whatever you do just don't mention torture to the genial "eradicator"», *The Independent on Sunday*, 12 marzo 1995. <<

[7] El Ramadán de 1994 había sido especialmente doloroso para los intelectuales argelinos. El dramaturgo Abdelkader Allula, director del Teatro Nacional de Oran, murió de un disparo camino de una lectura dramática. Cuatro días después, Aziz Smati, productor de televisión, había quedado herido de gravedad —ahora estaba parapléjico—, y en septiembre de ese mismo año, los pistoleros mataron a Cheb Hasni, el famoso intérprete de música *raí*. Sólo la amenaza del pueblo cabila de «declarar la guerra al islam» salvó la vida de forma temporal de su cantante secuestrado Lunes Matub; lo liberaron tras quince días de cautividad. Los grupos armados, que acusaban a los intelectuales de «frivolidad» y de insultar la religión musulmana, habían llegado a considerar la comunidad artística —no sin razón— como la vanguardia de la batalla intelectual contra una república islámica. Uno de los libros más conocidos de Rachid Mimuni era *De la barbarie en général et de l'intégrisme en particulier*, lo único sorprendente sobre su propia muerte en febrero de 1995 fue que murió por causas naturales. En Egipto, había escritores que también se convirtieron en blanco de los asesinos. El escritor Farag Fhoda fue asesinado; Yemaa Islamiya —Grupo Islámico— apuñaló al premio Nobel Naguib Mahfuz en El Cairo, pero no consiguió matarlo. Karim Alrawi, el escritor egipcio que tanto había hecho por los derechos humanos en El Cairo, explicó que la «lucha islámica» era específicamente cultural por naturaleza. «Porque el islam es la religión del libro, el Corán es la palabra de Dios expresada en lengua árabe. El árabe es, por tanto, el lenguaje del discurso del día a día y el lenguaje sagrado... Aun así, ser escritor es ser un creador de textos y proclamar para ellos una verdad que no participa necesariamente de la única verdad del único texto sagrado. Por esa razón, el blanco son los escritores, no las meras palabras». <<

[\*] Karim Alrawi, «Goodbye to the Enlightenment», *Index on Censorship*, Londres, mayo/junio 1994, pp. 112-116. <<

[\*] Véase Slima Tlemcani, «Des femmes atrocement assassinées», *El Watan*, Argel, 14 marzo 1995; véase también Ilham Djanine, «Un Filie et trois femmes assassinées en 48 heures: Egorgée devant l'Ecole». <<

[\*] Entrevista con Dalila (el autor conoce el nombre completo), Archway, Londres, 15 octubre 1997. <<

[\*] Entrevista con Reda (el autor conoce el nombre completo), Knightsbridge, Londres, 14 de octubre de 1997. <<

[\*] Entrevista con Abdessalam (el autor conoce su nombre completo). <<

[\*] Carta de Ahmed Benaymina, embajador argelino de Londres, para *The Independent*, 1 noviembre 1997. <<

[\*] Proclama política sobre Argelia del Foreign Office y la Commonwealth, mayo 1998. <<

[\*] Véase Patricia Wynn Davies, «Refugee sent back home to his death», *The Independent*, 10 mayo 1997. <<

[8] Los británicos no eran los únicos que enviaban a los argelinos de vuelta a su patria para su ejecución. Las autoridades belgas deportaron a un joven miembro del FIS, Ben Toman Busria, a Argelia el 15 de julio de 1996, con el fraudulento argumento de que no estaría en peligro si regresaba. Tras volver a intentar la huida de Argelia, lo detuvieron mientras trataba de cruzar la frontera libia y murió mientras estaba bajo custodia policial en Mostaganem. Un informe policial afirmaba que se había «suicidado» tirándose desde un despacho de las fuerzas de seguridad mientras esperaba el juicio<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Véase *The Independent*, 10 diciembre 1996; véase también *The Enlightenment: The Algerian Community in London*, «Comuniqué on the morder by torture of a FIS member deported from Belgium to Algeria», vol. 5, n.º 31, 2 agosto 1996. <<

[\*] Véase *The Independent*, 10 diciembre 1996. <<

[\*] Naciones Unidas, *Report of the panel appointed by the Secretary-General of the United Nations to gather information on the situation in Algeria in order to provide the international community with greater clarity on that situation*, 16 septiembre 1998. <<

[\*] Amnistía Internacional, 16 septiembre 1998, *Algeria: UN Panel report a whitewash on human rights.* <<

[\*] Véase Lara Marlowe, «EU troika “treads softly” and avoids embarrassing its hosts», *The Irish Times*, 21 enero 1998. <<

[\*] Véase Lara Marlowe, «Hand-wringing by EU over Algerian massacres will no longer be enough», *The Irish Times*, 5 enero 1998. <<

[\*] Abdelhamid Brahim, «Algeria's Tragedy: The Necessity for a Peaceful Commitment», discurso ante el Comité del Parlamento Irlandés, Dublín, 8 abril 1998.

<<

[\*] Véase Christopher Mosey, «Algeria gave PLO \$20m for arms to fight Israel», *The Times*, 17 enero 1983. <<

[\*] Entrevista con el ministro de asuntos exteriores argelino, Lakhdar Brahimi, Argel, 23 marzo 1992. <<

[9] En sus «pruebas» de una falacia exagerada, el gobierno de los Estados Unidos citaba un artículo de *The Independent* —que envié yo desde Argelia el 8 de marzo de 1995— en el que escribí que las fotografías de intelectuales argelinos asesinados eran «suficientes para hacer que uno los odie [a los islamistas], que los desprecie, que los prive de cualquier atributo humano, ni que decir tiene si hablamos de derechos humanos; que era, claro está, la intención, siempre que se pudiera olvidar cuánta gente votó al FIS en las elecciones que el gobierno anuló». El Departamento de Justicia de los Estados Unidos no supo entender la ironía de la última frase; ni tampoco las claras implicaciones de las fotos que se habían publicado como parte de la campaña de propaganda del gobierno argelino. La documentación estadounidense era, además, muy descuidada. Los nombres de al menos dos periódicos argelinos estaban mal escritos; y no se hacía referencia alguna a la insistencia de los *pouvoirs* argelinos de que la prensa de su país debía publicar noticias sobre «terrorismo» siguiendo instrucciones del régimen. En muchos de los artículos se informaba de matanzas que el FIS había condenado. Después de escribir sobre la mala utilización de mis artículos en *The Independent* por parte de la administración estadounidense, cualquier referencia a ellos desapareció de forma misteriosa en la lista de «documentos probatorios» del Departamento de Justicia de los Estados Unidos<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Carta al autor de Mary Murra Ramadan, abogada de Anwar Haddam, «presidente de la delegación parlamentaria en el extranjero del FIS», que incluía el Estudio sobre Inmigración del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, realizado por el Juez de la Oficina de Inmigración, Arlington, Virginia; la exposición completa de los documentos probatorios del Gobierno y la lista de testigos, archivo n.º A22 751 813 de 3 febrero 1997. <<

[\*] John Lancaster, «A Ray of Hope in Bloody Algeria: Atrocities Turning the Public Against Islamic Terrorists», *The Washington Post*, 13 junio 1997. <<

[\*] Artículo de la Agence France-Presse de Argel, citado en *Le Monde*, 14 marzo 1998. <<

[\*] Entrevista con el general Mohamed Lamari realizada por el Servicio de Prensa argelino, 28 de octubre de 1997. <<

[\*] Cita de «Des intellectuels français dénoncent les violations des droits de l'homme en Algérie», *Le Monde*, 20 marzo 1998. <<

[\*] Véase Aggoun y Rivoire, *Francealgérie*. <<

[\*] Henri Tincq, «La sécurité algérienne pourrait éter impliquée dans le drame de Tibhirine», *Le Monde*, 7-8 junio 1998. <<

[\*] Véase *Human Rights Watch*, «Neither Among the Living nor the Dead: State-sponsored “Disappearances” en Algeria», vol. 10, n.º 1 febrero 1998; véase también Amnistía Internacional, «“*Disappearances*”: *the wall of silence begins to crumble*», 3 marzo 1999, Argelia. <<

[10] El 16 de diciembre de 2004, un investigador al que designó el gobierno argelino admitió que se creía que los miembros de la fuerza de seguridad argelina habían matado a 5200 civiles. «De forma individual, los agentes del Estado llevaron a cabo estos actos ilegales —declaraba Faruk Ksentini—. La guerra fue terrible y hubo excesos. Pero el mismo Estado no ha cometido ningún delito». Dos semanas después Ksentini contó a Reuters que «agentes del Estado» habían hecho «desaparecer» a 6146 civiles. <<

[\*] Véase Florence Reauge, «Le départ précipité du general Nezzar provoque les protestations des défenseurs des droits de l'homme», *Le Monde*, 28 abril 2001. <<

[\*] Véase *The Irish Times*, 18 septiembre 1999, cuya corresponsal Lara Marlowe informó con cinismo —y precisión— que «los economistas optimistas creen que los generales han acumulado tal cantidad de coches deportivos y pisos en París que están deseando compartir la riqueza de Argelia con su pueblo». <<

[\*] Amnistía Internacional, «Argelia: Newly discovered mass grave must be fully investigated», 30 julio 2004. <<

[1] Según las normas de la OPEP, Kuwait mantenía una cuota de producción de 1,5 millones de barriles al día, aunque recientemente había producido 1,9 millones de barriles. El precio favorecedor de la OPEP de 18 dólares el barril había caído hasta los 14 dólares, y Sadam Husein afirmaba que una caída de un dólar por barril le costaría a Iraq un millar de dólares al año en pérdidas de beneficios; y que el colapso en los precios mundiales le había costado a Iraq, hasta ese momento, 14 000 millones de dólares. Nadie discutía sobre superproducción. Pero los iraquíes alegaban que Kuwait había sacado petróleo de los yacimientos del sur de Iraq perforando en dirección norte a lo largo de la frontera compartida; en otras palabras, Kuwait estaba robando los recursos del país cuya maquinaria bélica salvó a ese país de la revolución de Irán. <<

[\*] Entrevista a Richard Murphy, *International Herald Tribune*, 29 julio 1990. <<

[\*] Véase Rupert Conrwell, «US warned Iraq against invasión», *The Independent*, 21 marzo 1991. <<

[2] Mahmud era disidente político y periodista de la AP en el Egipto de Nasser. Siempre lucía una amplia sonrisa cuando recordaba la experiencia de ser interrogado por los torturadores de la policía mientras lo tenían suspendido por los pies sobre un tanque de excrementos humanos tibios en la cárcel de la ciudadela de El Cairo. <<

[3] Los analistas del petróleo de Occidente lo comprendieron a la perfección. En sus análisis cautelosos, aunque ante todo torpes, argumentaban lo mismo. «La mayoría de los árabes están convencidos de que la intervención estadounidense en la región no está motivada por un deseo de respetar y defender la ley internacional —escribió Robert Mabro en octubre de 1990—. Les habría encantado que los Estados Unidos desempeñaran su papel en la región, que lo desempeñaran en Palestina y en el Líbano como ahora dicen que harán en Kuwait. Sin embargo, la constante incapacidad de los Estados Unidos para respetar y defender la ley internacional cuando se trata de las políticas y actos de Israel suscita una profunda duda en la mentalidad árabe sobre las verdaderas motivaciones en esta ocasión<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Robert Mabro, *Political Dimensions of the Gulf Crisis*, Oxford Institute for Energy Studies, 3 octubre 1990, p. 13. <<

[4] Como siempre, cuando necesitábamos visados, no eran inmediatos. Si los saudíes querían invitar a periodistas a una conferencia árabe, no obstante, sus embajadas estaban dispuestas a sellarnos permisos de entrada en cuestión de horas. Cuando queríamos evitar esos actos tediosos, nos limitábamos a no contestar la pregunta de religión en el formulario de solicitud de visado. Los saudíes suponían entonces que éramos judíos; y, debido a su propia y escandalosa política racista, se negaban a darnos el visado. <<

[5] Fueron muchos los valientes expatriados —y kuwaitíes— que escaparon de sus captores iraquíes. George Woodberry, el director temporal de operaciones de la compañía de seguridad Securicor en Kuwait, se había acercado a la frontera en su cuatro por cuatro y se encontró con 50 tanques iraquíes alineados delante de él. «No los vimos hasta que estuvieron en lo alto de la duna y, en ese momento, era demasiado tarde para dar la vuelta —nos dijo—. Así que condujimos entre ellos con tanques a unos treinta y seis metros a cada lado. No saludamos ni dijimos nada, sólo seguimos conduciendo. La tripulación del tanque estaba ahí y nada más, mirándonos». Woodberry describía el Kuwait ocupado: «el lugar ha dejado de funcionar. Los soldados iraquíes aporrean las puertas de las casas exigiendo dinero y comida. Han saqueado todas las tiendas. Han robado tanto a palestinos como a iraquíes; palestinos que han vivido allí durante años. Hay cajas fuertes y de seguridad tiradas por las calles, donde la gente las saca para intentar abrirlas. No hay ni una tienda ni un despacho en el centro de la ciudad que los saqueadores no hayan limpiado». <<

[6] Estar bajo el agua corriente de la ducha era un buen consejo para las víctimas de un ataque con gas: el gorro era un añadido exótico a menos que fuera una capucha cerrada. <<

[\*] Véase *A Soldier's Guide: Saudi Arabia*, ejército de los Estados Unidos, jefe de Relaciones Públicas, División del Mando de Información, Washington, 1990, p. 29.

<<

[\*] Ruth Sinai, «Pentagon Lists Taboo Subjects for Tropos in Saudi Arabia», Associated Press, 26 octubre 1990. <<

[\*] David Hencke y Richard Norton Taylor, «Report on Saudi arms deal suppressed», 13 marzo 1992. <<

[\*] General de brigada James M. Lyle, *Winning in the Desert II*, Fort Leavenworth Media Support Center, septiembre 1990. <<

[7] Sencillo. En junio y agosto de 1980, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas declaró la anexión de Jerusalén «nula e inválida» por la ley internacional. En diciembre de 1981, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas declaró la anexión de Israel los Altos sirios del Golán «nula e inválida» por la ley internacional. El 9 de agosto de 1990, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas declaró la anexión de Iraq con Kuwait «nula e inválida» por la ley internacional. En cuanto a la tercera declaración —pero sobre las dos primeras—, Occidente insistió en la estricta aplicación de la «ley internacional». Los árabes ya sabían, por supuesto, que había unas normas legales para los israelíes muy distintas a las que debían cumplir los que no eran israelíes. <<

[8] Visité a la unidad británica el 26 de octubre y todos los soldados con los que hablé me recordaron que como la Brigada Ligera entraron a la carga en el valle de la muerte en Balaclava hacía justo ciento treinta y seis años y dos días. «Es una de las tradiciones clásicas del ejército —admite el teniente coronel Arthur Denaro—, solemos celebrar las derrotas». Conforme a los porcentajes de la historia imperial, el 35 por ciento de los Húsares eran de Irlanda, que es la razón por la que tantos hombres de los que se preparaban para luchar contra Sadam tenían acento de Belfast, Derry, Dublín y Cork. Incluso sus tanques tenían nombres de poblaciones irlandesas.

<<

[9] Se trataba del mismo jeque Al Awda cuya liberación exigió Bin Laden cuando lo conocí en Afganistán siete años más tarde. <<

[\*] Edward Norman, «When war is better than “just war” jaw», *Sunday Telegraph*, 2 diciembre 1990. <<

[10] También se planteó la pregunta cuando el mariscal de la RAF sir David Cragi, jefe de Estado de Defensa del Reino Unido, visitó el reino. Al preguntarle si un oficial británico tendría poder de veto en la decisión estadounidense, contestó, según mis notas de la época: «Bueno, creo que es una forma complicada de expresarlo, porque cuando vas a la guerra estás bajo un mando y debes obedecer». Si prescindimos de la discreción, esto significa que De la Billière tendría que hacer lo que le dijeran cuando empezaran los tiros. <<

[\*] Isabel Wolf, «How We Met: Matthew Symonds and Andreas Whittam Smith», *The Independent on Sunday Magazine*, 18 febrero 1996. <<

[\*] De la Billière, *Storm Command*, p. 181. <<

[11] El patriótico ladrón devolvió el ordenador robado, que dejó la nota siguiente con el aparato: «Estimado señor: soy un ladrón cualquiera y amo a la Reina y a mi país. Deberían colgar al que ha hecho esto. Sinceramente, Edwards<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Véase Tim Kelsey, «Gulf war plans returned by a “patriotic thief”», *The Independent*, 26 junio 1999. <<

[12] Esto se llama deformar la historia ligeramente. Kuwait formaba parte de la gobernación de Basora y los turcos consideraron a la familia Sabah gobernadores otomanos incluso después de que un nuevo jeque, Mubarak Sabah —quien había asesinado a sus dos hermanastros—, accediera en 1899 a convertir Kuwait en un protectorado de Gran Bretaña por 15 000 libras al año. Tras el derrocamiento de la monarquía iraquí en 1958, Iraq pidió la unión con Kuwait y lo único que impidió la invasión del país fueron las tropas británicas enviadas rápidamente a la zona; algo parecido a la llegada del ejército estadounidense para «salvar» Arabia Saudí en 1990.

<<

[\*] Saudi Press Agency, «Custodian of the Two Holy Mosques in reply to the message of Saddam Husein», 15 enero 1991. <<

[13] El desglose de la cifra es el siguiente: 5 843 287 671,23 dólares en créditos a fondo perdido; 9 246 575 343,46 dólares en créditos blandos; 95 890 410,95 dólares en créditos para el desarrollo; 3 739 184 077,85 dólares en equipamiento militar y logístico; 6 751 159 583 dólares en petróleo; 16 772 800 dólares en productos industriales para la reconstrucción de Basora; 20 266 667 dólares en pagos para reparaciones industriales; 21 333 333,50 dólares en camiones, tractores, tractores de oruga, apisonadoras (270 vehículos). El cálculo saudí se equivocó en un dólar y 19 centavos. <<

[\*] Schwarzkopf, *It Doesn't Take A Hero*, p. 412. <<

[\*] Crónica de un periodista del *pool* del *The Philadelphia Inquirer* enviado desde el portaaviones estadounidense *John F. Kennedy*, («Combat Pool Three», barco de transporte de tropas, ref. RUFRRSGG7170), 17 enero 1991. <<

[\*] Sam Hussein, «Short-Circuiting the Media-Policy Machine», citado en *Middle East Report*, Washington, otoño 1998, n.º 208, p. 35; *The Washington Post*, 5 noviembre 1997 (artículo de Hoagland) y *The Washington Post*, 6 noviembre 1997 (artículo de Cohen). <<

[\*] Patrick Cockburn, «Allied raid on bridge kills 47 civilians», *The Independent*, 8 febrero 1991; Alfonso Rojo, «Death come to a town almost forgotten by war», *The Guardian*, 18 febrero 1991. <<

[14] Resulta aleccionador comparar esta descripción de cinismo humano sobre las BLU-82 con el artículo exaltado de Reuters relativo a otra «superarma» estadounidense utilizada en 1991 para destruir bunkeres subterráneos. «La bomba, que se llamaba GBU-28, era cinco veces más potente que cualquier otra arma no nuclear que se hubiera fabricado con anterioridad. No tenía más que unas horas de vida cuando la tiraron sobre la fortaleza subterránea iraquí más sólida, y sus creadores cruzaron los dedos para que funcionara. La nueva bomba, fabricada a una velocidad vertiginosa en Lockheed Missiles and Space Co. y Texas Instrument Inc., gracias a un trabajo de grupo sin precedentes, se lanzó desde un F-111 sobre un complejo de mando en la base aérea de Al Tayi, la superbomba de dos toneladas — una carcasa de obús llena de explosivos y guiada por láser— penetró en las gruesas paredes de cemento y explotó en el interior del bunker... “Es una historia de patriotismo y de colaboración sin precedentes”, afirmó Merl Culp, de Lockheed Corp...». <<

[\*] Reuters, 4 julio 1991. <<

[15] El tripulante del Awacs era consciente de la profunda diferencia entre el comportamiento de los pilotos iraquíes durante la guerra de 1991 y «la tranquila y pulida profesionalidad con la que había escuchado a esos mismo pilotos dirigir ataques en el interior de Irán hacía apenas tres años. En esa misión, los iraníes incluso consiguieron derribar a uno de los suyos, pero los iraquíes sólo comentaron que no tenían una “formación adecuada” en el viaje de vuelta». <<

[\*] «Everest Pollution Laid to Gulf War», citado en *The International Herald Tribune*, Agence France-Presse, 14 junio 1996. <<

[16] Según un informe económico árabe publicado en 1992, los árabes gastaron 84 000 millones de dólares en la financiación de la Operación Escudo del Desierto y la Operación Tormenta del Desierto, las dos fases de nombre melodramático de la crisis y guerra del Golfo de 1990-1991. Era más del triple de lo que los saudíes pagaron por la guerra de Sadam de ocho años contra Irán. El príncipe Jaled calculó la contribución individual de Arabia Saudí en el conflicto de 1991 en una cifra superior a 27 500 millones de dólares, una cifra ligeramente superior a lo que le dio a Sadam. En total los árabes sufrieron una pérdida de 620 000 millones de dólares por la invasión iraquí y el conflicto subsiguiente. Kuwait había sido el primero en contribuir a las arcas de la guerra cuando accedió a pagar parte de los 6000 millones de dólares para el despliegue militar estadounidense en 1991. Washington se quejó, en agosto de 1991, de que Arabia Saudí y Kuwait todavía debían 7500 millones de dólares a su país por su parte en los costes de la guerra del Golfo. A esas alturas, los dos habían puesto, respectivamente, 1700 millones de dólares y 12 500 millones de dólares. Oriente Próximo puede haber demostrado una nueva realidad en la economía mundial: que las guerras se pueden librar por beneficios así como por una victoria, una lección que la invasión de Iraq podría haber reforzado hasta que la ocupación acabó en desastre<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Informe económico árabe de 1992, realizado por la Liga Árabe, el Fondo Monetario Árabe, el Fondo Árabe para el Desarrollo Económico y Social, y la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo; Bin Sultán, *Desert Warrior*, pp. 292-293 [traducción al español: *El guerrero del desierto, una visión personal de la guerra del Golfo por el jefe de las fuerzas conjuntas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000]; véase *Middle East Reporter*, Beirut, 12 septiembre 1992, p. 17; véase también Peter Riddell, «Arab countries still owe \$7 billion for Gulf war costs», *The Financial Times*, 2 agosto 1991. <<

[17] Israel presumía de forma constante de su inteligencia superior sobre el régimen iraquí; como hizo en el 2003 cuando se sumó a las advertencias fraudulentas sobre las armas de destrucción masiva que ya no existían en el arsenal de Sadam. Aunque los oficiales estadounidenses me contaron en 1991 que la «inteligencia» de Israel sobre la ubicación de las baterías de Scud en el desierto iraquí resultó en todos los casos estar equivocada, es interesante que De la Billière —en su creencia de que Israel entraría a la guerra por los provocativos ataques con Scud de Sadam sobre Tel Aviv y otras ciudades— «empezara a disertar un plan por el que podríamos destinar sus fuerzas [de Israel] terrestres a una zona de Iraq en la que operar de forma exclusiva<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] De la Billière, p. 222. <<

[18] La investigación más profunda sobre este escandaloso ataque fue realizada por el mismo hombre que reveló el escándalo de las torturas en Abu Ghraib en el 2004: Seymour Hersh. Como siempre, los periodistas del *pool* fueron incapaces de descubrir el verdadero alcance de los asesinatos de la 24.<sup>a</sup> División y presentaron lo ocurrido como un ataque iraquí contra los estadounidenses<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Seymour M. Hersh, «Overwhelming Force: What happened in the final days of the Gulf War?», *The New Yorker*, 22 mayo 2000, pp. 48-82. <<

[\*] Información de la Associated Press de Bagdad, 21 marzo 1991. <<

[\*] Entrevista a Hurd en *The Times*, Londres, 2 agosto 1991. <<

[\*] Véase «Iraqis Urged to Revolt, Save Country From Dictatorship, War», *The Middle East Reporter*, Beirut, 25 febrero 1991, p. 4. <<

[\*] Véase «Anti-Saddam Radio Believed Jammed», *The Middle East Reporter*, Beirut, 4 enero 1991, p. 4. <<

[\*] Entrevista con Haidar al Assadi, Beirut, 3 mayo 1998. <<

[\*] *The Middle East Reporter*, Beirut, 1 marzo 1991. <<

[\*] *Al Yumhuri y Islami*, Teherán, 19 febrero 1991, citado por Dilip Hiro en una carta a *The Independent*, 8 febrero 1992. <<

[\*] *Newsday*, 12 septiembre 1991, citado por Hiro. <<

[1] Los periodistas sometieron a las fuerzas armadas iraquíes a una metamorfosis sin precedentes en el cuarto de siglo entre 1980 y el 2005. Cuando invadieron Irán, los medios de comunicación occidentales se refirieron a muchas de las unidades del ejército iraquí de modo excesivamente obsequioso como «soldados de primera»; al fin y al cabo, atacaban al Irán «expansionista». Después de que el mismo ejército invadiera de forma «amistosa» Kuwait diez años después, se convirtieron en «enemigos», a menudo descritos —no sin razón— como implacables o crueles. En cuanto los iraquíes —incluidos muchos de los mismos soldados «enemigos» vencidos en la liberación de Kuwait— atacaron a Sadam en 1991, se convirtieron en «rebeldes». Sin embargo, cuando los soldados supervivientes se levantaron contra la ocupación estadounidense a partir del 2003, se convirtieron en «terroristas», «intransigentes» o —aunque parezca increíble—, «leales a Sadam». Más adelante, tal vez por haber atacado de forma tan feroz a la única superpotencia del mundo, los honraremos con el título de «insurgentes». <<

[\*] Tim Weiner, «Smart Arms in Gulf War Are Found Overrated», *New York Times*, citado en el *International Herald Tribune*, 10 julio 1996. <<

[2] Entre los varios miles de estadounidenses condecorados por su papel en la liberación de Kuwait había un artillero de un vehículo de combate Bradley que recibió la Estrella de Bronce y muchas otras condecoraciones. Timothy McVeigh, un joven y prometedor soldado, intentó entrar en las Fuerzas Especiales estadounidenses, pero no lo admitieron, y dejó el ejército, amargado, el 31 de diciembre de 1991<sup>[\*]</sup>. Murió ejecutado el 11 de junio del 2001 por el atentado con bomba en la ciudad de Oklahoma del 19 de abril de 1995, en el que perdieron la vida 167 estadounidenses. <<

[\*] Susanne M. Chafer, «Gulf Friendly Casualties Rise», artículo de la Associated Press, Washington, 13 agosto 1991. <<

[\*] Artículo de Reuters, *The Irish Times*, 3 junio 1997. <<

[\*] Véase *The International Herald Tribune*, op. cit, 10 julio 1996. <<

[\*] Seymour Hersh, «Missile Wars», p. 92, *The New Yorker*, 26 septiembre 1994, pp. 86-99. <<

[3] Muy a menudo, las «fuentes de los servicios secretos» estadounidenses habían contribuido a perpetuar esta mentalidad. El 2 de febrero, Douglas Jehl de *Los Angeles Times*, periodista de un *pool* que acompañaba a los soldados estadounidenses en Arabia Saudí, se refería a los «informes de los servicios secretos que enviaron a los comandantes la semana pasada en los que se les advertía que una docena de terroristas palestinos estaban operando en la zona ahora ocupada por [la] 1.<sup>a</sup> División Acorazada». La «mayoría de oficiales» relacionaban a estos «terroristas» inexistentes con la desaparición de cincuenta vehículos militares estadounidenses de una de sus bases. Nunca explicaron cómo doce palestinos —o cualquiera— pudieron haber robado tantos vehículos. Jehl sugería una posibilidad al final de su crónica: que los soldados estadounidenses estuvieran robando los camiones y Humvee para utilizar las piezas como recambios de sus propios vehículos. <<

[\*] Véase *The Independent*, 27 marzo 1991. <<

[4] No resultaba difícil conseguir pruebas de ello. En Hawali, Sara Mussa me contó que vio cómo se llevaban de su casa a sus dos hijos, Tahsin y Amin, el 1 de marzo de 1991. Fueron seis kuwaitíes armados con rifles G-3. «Nos registraron la casa, les ataron las manos y les vendaron los ojos —dijo—. Cuando les dijeron a los kuwaitíes que no tocaran a sus hermanas, los pistoleros les golpearon con sus rifles. Luego los metieron a los dos en el maletero de un coche y se los llevaron. No los he visto desde entonces». El mismo día, unos pistoleros se llevaron a Ibrahim, el hijo de veintitrés años de Tamam Salman, lo metieron en el maletero de un coche y se fueron. Tamam dijo que cuando pidió ayuda a un policía kuwaití, él le escupió porque «soy palestina». Otros testimonios de la persecución kuwaití aparecieron en numerosos periódicos europeos<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Véase, por ejemplo, Jean Michel Thénard, «La grande peur des Palestiniens du Kuwait», *Libération*, 20 marzo 1991. <<

[5] A diferencia de su gobierno, los kuwaitíes podían demostrar una conmovedora simpatía hacia los que también habían sufrido. En Safwan había una joven mujer kuwaití, Siham el Marzuk, que buscaba en vano entre la masa de personas destrozadas que huían de Iraq a su hermano Faisal, secuestrado durante los últimos días de la guerra. Estaba lloviendo cuando encontró a un egipcio desaliñado que había vivido más de treinta años en Kuwait, que trabajaba como bedel de un colegio, hasta que lo secuestraron los iraquíes. En ese momento, las autoridades kuwaitíes no lo dejaban regresar a casa. Con los restos de la barrera destrozada de una intersección de autopista, se había construido un cobertizo para protegerse de la lluvia y rogaba que alguien le hablara al embajador egipcio en Kuwait de su petición, y escribía la historia de su sufrimiento en una hoja de periódico que había encontrado en la arena, mientras no paraba de llorar. La mujer kuwaití intentó consolarlo, le dio comida y dinero. Cuando vio a una mujer filipina indigente, se quitó su capa de lana negra y se la dio a la refugiada. Dos días después, Faisal, su hermano secuestrado, llegó sano y salvo a Safwan. <<

[\*] Sharif Imam-Jomeh (Reuters) y Nora Boustany (*Washington Post*), «Rebels “hanged from tank gun barrels” by Saddam’s men», *The Guardian*, 14 marzo 1991.

<<

[6] El purgatorio de Al Assadi no había hecho más que empezar. Al principio estuvo en los insalubres campos de refugiados del sur de Irán, más adelante se trasladó a Qom, donde se relacionó con el partido de la oposición iraquí Al Wada. Sin embargo, las autoridades iraníes sospechaban que el grupo era una red de espionaje estadounidense, y Al Assadi fue golpeado para que firmara una falsa confesión de que estaba intentando derrocar al gobierno iraní. En 1996 —cinco años después de su huida de Basora—, lo condenaron a tres años de cárcel, aunque lo liberaron durante un breve período, según dijo, cuando accedió a colaborar con los iraníes. Le concedieron un permiso de quince días, consiguió cruzar la frontera que vigilaban los kurdos al norte de Iraq a base de sobornos, recibió los permisos de residencia del Partido Democrático Kurdo de Massud Barzani. Luego lo enviaron por el río Tigris a Siria y luego al Líbano, donde el autor se reunió con él en 1998 mientras buscaba con desesperación ayuda de las Naciones Unidas para viajar a Europa. Al final salió en dirección a Finlandia para vivir con su hermano. <<

[\*] Véase por ejemplo, Godfrey Hodgson, «Fiddling while Basra burns», *The Independent*, 28 marzo 1991. <<

[7] Entre los acontecimientos más interesantes en la conferencia de Beirut —en vista de la última invasión estadounidense y ocupación de Iraq— estuvo la actuación del partido secreto Dawa, contrario a Sadam. Era considerado comúnmente como el grupo de oposición chií más influyente del país —sin duda Sadam así lo creía—, y su principal delegado en Teherán, Abu Bitat al Adib, prometió acatar una constitución parlamentaria que el partido apoyaría en unas elecciones generales. Viniendo de un grupo que — pese a que ellos lo negaban— había intentado matar al emir de Kuwait y había puesto bombas en las embajadas estadounidense y francesa en Kuwait, en 1983, este deseo de democracia resultaba casi extraordinario. A cambio de los rehenes estadounidenses en Beirut se exigía la liberación de hombres del Dawa encarcelados tras el ataque contra el emir. Aun así, cuando los Estados Unidos estaban desesperados por celebrar las elecciones en Iraq del 2005, pocos partidos se mostraron más entusiastas por la participación en la urnas que el mismo partido Dawa. <<

[\*] Cita del artículo de Dan Balz y Al Kamen, «US Fears of a Divided Iraq Muddle Policy on Hussein», *The International Herald Tribune*, 23 marzo 1991. <<

[\*] Cita del artículo de Nora Boustany, «Republican Guard reaps harvest of death», *Guardian*, 27 marzo 1991. <<

[\*] Edward Lucas, «White House leaves Iraqi rebels to their fate», citado en *The New York Times*, 28 marzo 1991. <<

[\*] *The Independent*, 2 abril 1991. <<

[\*] *The New York Times*, 31 marzo 1991. <<

[8] Se alzaron otras voces sobrecogedoras en la administración de ese momento. Un artículo de *The Washington Post* del 14 de abril de 1991 citaba las palabras de un oficial anónimo (por supuesto) que decía que «lo que podía convertirlo en algo igual que Vietnam era ir a Iraq y quedar empantanados, establecer un nuevo gobierno, proteger al nuevo gobierno de la población hostil. Eso sería una receta para el desastre». Ahí duele. <<

[\*] Artículo de la Associated Press, Washington, 2 agosto 1991. <<

[\*] Artículo de la Associated Press, Houston, 8 abril 1991. <<

[9] Y así fue. Por alguna razón inexplicable, Hodgson —un periodista de primera y buen amigo— no se lo contó. <<

[10] Nota remitida al autor por Larry Heinzerling, 5 marzo 1991. <<

[11] La existencia de «salas para violaciones» se convirtió en objeto de una controversia innecesaria cuando el escritor exiliado Kanan Makiya afirmó, en 1993, que tenía en su poder un documento oficial que probaba que la violación se utilizaba como arma política<sup>[\*]</sup>. El fichero, entregado por la «Organización de Seguridad General», contenía el nombre de Aziz Sali Ahmad y describía su actividad como «Su Señoría Violador de Mujeres». Muchos de los críticos de Makiya —que no eran partidarios de Sadam— afirmaron que había malinterpretado el fichero y que la actividad indicaba el crimen de Ahmad y no su trabajo; en otras palabras, que se trataba de un informe de un policía y no de una ficha laboral. Las pruebas sugieren que los críticos de Makiya tenían razón. Sin embargo, los antiguos prisioneros han descrito que las familiares de opositores de Sadam eran violadas delante de ellos —mi primer artículo sobre este hecho durante la guerra de Irán-Iraq fue la razón de esa carta donde se me vilipendiaba enviada a *The Times* por el embajador iraquí de Londres—, y descubrí pruebas de las mazmorras de la comisaría de Dahuk dos años antes de que Makiya presentara la ficha al periódico. Sin embargo, siempre que me refería a la violación en las cárceles iraquíes, me acusaban de utilizar a Makiya como fuente. Una contienda académica eclipsaba ahora la realidad de las «salas para violaciones»; que de verdad existían en el régimen de Sadam, pese a lo aleatoria que haya podido ser la elección de las víctimas. <<

[\*] Véase Makiya, *Cruelty and Silence*; véase también el comentario de Mouin Rabbani en *The Middle East Report*, marzo-junio 1993; comentado por Eqbal Ahmad en *The Nation*, 9-16 de agosto 1993; la respuesta de Makiya a Ahmad en *The Nation*, 8 noviembre 1993; comentado por As'ad Abu Khalil en *Middle East Journal*, otoño de 1993; *The Independent*, 27 mayo 1991 (donde se encuentra el artículo original escrito desde Dahuk), y Robert Fisk, «Showering Platitudes on Islam's Suffering Women», *The Independent*, 13 septiembre 1994; un ejemplo típico de las referencias incorrectas sobre los artículos era la carta al autor de Mouin Rabbani, 13 noviembre 1994, en referencia al artículo publicado en *The Independent* el 13 de septiembre de 1994 donde se mencionaban las «habitaciones para la violación», y afirmaba de forma imprecisa: «Creo que tengo razón al decir que [el libro de Makiya] es la fuente... de su afirmación». <<

[\*] Véase, por ejemplo, el informe de la Unión Islámica para los Estudiantes y Jóvenes Iraquíes, «Saddam Launches Ruthless Campaign to Wipe Out Marsh Arabs», Londres, 1992, que se refiere a la sublevación aplastada como «una traición que quedará para siempre grabada en la mente de los civiles iraquíes». <<

[1] Esta indiferencia hacia la Convención de Ginebra, en cambio, no se mantuvo cuando los iraquíes mostraron por televisión a pilotos británicos capturados, algunos de los cuales parecían haber sido golpeados. Los mandos militares estadounidenses y británicos insistieron entonces en que el régimen de Bagdad tenía que respetar de manera estricta la Convención de Ginebra sobre prisioneros de guerra. Las marcas de algunos pilotos procedían de la eyección de emergencia del avión, aunque los aviadores de la RAF ofrecieron más adelante gráficas descripciones del maltrato sufrido en manos de los matones de la seguridad iraquí. <<

[\*] Schwarzkopf, *Autobiography*, p. 485. <<

[\*] Schwarzkopf, pp. 485, 488. <<

[\*] *Public Health in Iraq after the Gulf War*, informe del Equipo de Investigación de la Universidad Harvard, mayo 1991. <<

[\*] *The Washington Post*, 23 junio 1991. <<

[\*] *Iraq Water Treatment Vulnerabilities*, US Defense Intelligence Agency, 22 enero 1991, citado en *The Progressive*, septiembre 2001. <<

[\*] «Poisoned Tigris spreads tide of death in Iraq», *The Independent*, 25 abril 1998.

<<

[2] Las pruebas de sufrimiento humano masivo eran por aquel entonces abrumadoras. Un panel humanitario de la ONU sobre las sanciones afirmó en 1999 que «la gravedad de la situación humanitaria del pueblo iraquí es innegable y no puede subestimarse. Con independencia de los supuestos intentos de las autoridades iraquíes por exagerar la importancia de algunos hechos con fines de propaganda política, los datos procedentes de diferentes fuentes, así como los informes cualitativos sobre el terreno efectuados por observadores de buena fe y el análisis de puro sentido común de las variables económicas, son convergentes y corroboran esta evaluación». UNICEF informó en agosto de 1991 que «si la sustancial reducción de la tasa de mortalidad infantil observada en Iraq durante la década de 1980 se hubiera prolongado durante la década de 1990, *se habría producido medio millón de fallecimientos menos* de niños menores de cinco años de edad en el intervalo de ocho años comprendido entre 1991 y 1998» (las cursivas son del original<sup>[\*]</sup>). <<

[\*] Informe del Panel Humanitario de la ONU sobre Sanciones, 30 marzo 1999; UNICEF Iraq, *Child and Maternal Mortality Surveys, Executive Summary*, agosto 1991. <<

[\*] Simons, *Scourging of Iraq*, p. 118, cuadro 3. 1. <<

[3] Por ejemplo, el Centro Nacional Iraquí para Enfermedades de la Médula Espinal, creado por un equipo médico danés durante la guerra irano-iraquí para la recuperación de soldados con graves heridas, careció de medicinas y suministros durante el período de las sanciones. El personal tenía que volver a esterilizar las gasas y los catéteres, y no podía recibir libros de medicina ni nuevas revistas médicas<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] K. M. Al Chalabi, *Spinal Cord. Journal of the International Spinal Cord Society*, 2004, pp. 447-449. <<

[\*] *The Guardian*, 4 marzo 2000. <<

[\*] *Toronto Star*, 25 junio 2000. <<

[\*] De un discurso de Dennis Halliday en Capítol Hill, Washington, 6 octubre 1998.

<<

[\*] *The Guardian*, 2 agosto 2000. <<

[\*] Carta de Arvin Sumoondur, del Departamento de Oriente Próximo del Ministerio de Asuntos Exteriores, al doctor Stephen Goldby, 19 octubre 2000. <<

[4] Se produciría un macabro retorno a estos improperios personales contra la familia real kuwaití en la primera vista en Bagdad del proceso orquestado por los estadounidenses a Sadam en el 2004, cuando acusó a los «animales» del gobierno kuwaití de haber intentado empobrecer a las mujeres iraquíes para que se convirtieran en «putas». <<

[1] Incluso en *The Independent on Sunday*, donde un nervioso editor adjunto de guardia, al recibir la noticia que la «crisis» se agravaba a través de los teletipos de agencia durante la noche del 9 de octubre, «retiró» mi escéptico artículo por miedo a que la guerra ya se hubiera desencadenado a la hora del desayuno. Fue la única ocasión en que me sucedió algo así con un artículo para el periódico, cuyos editores coincidieron conmigo al día siguiente en que no tenía mucho sentido pedirle a un periodista un artículo donde expusiera sus dudas sobre las exageraciones de los medios si las mismas exageraciones provocaban que el artículo se suprimiera. <<

[\*] Véanse John Pilger, «The Cost of Conflict», en *The Saddam Hussein Reader: Selections from Leading Writers on Iraq*, Nueva York, Thunder's Mouth Press, 2002, pp. 363-364, que cita un estudio de Eric Herring de la Universidad de Bristol, especialista en las sanciones a Iraq; y *The Washington Post*, octubre de 2002. <<

[2] Los dos mejores relatos independientes sobre el trabajo de Ritter y la infiltración de la CIA en la UNSCOM fueron publicados en la revista *New Yorker*: «Scott Ritter's Private War», un artículo de Peter J. Boyer, publicado el 9 de noviembre de 1998, del que se toma la cita, y «Saddam's Best Friend: How the CIA made it a lot easier for the Iraqi leader to rearm», un artículo de Seymour M. Hersh, publicado el 5 de abril de 1999. <<

[\*] *Ha'aretz*, 28 septiembre 1998. <<

[\*] *The Washington Post*, 6 enero 1999, artículo de Barton Gellman. <<

[3] Se le había diagnosticado un linfoma no Hodgkin tres meses antes y había recibido dos ciclos de citotoxinas. «Pero sólo hemos podido administrar el tercer ciclo en parte, puesto que sólo tenemos ciclofosfamida y adriamicina para sustituir la vincristina», dijo el doctor Ismael. El fármaco que Latif necesitaba era producido por un laboratorio alemán llamado Astra Medica. «Recibimos treinta ampollas hace diez días. Antes, los familias compraban cada ampolla por 160 000 dinares, que equivalen al sueldo de dos años para muchos iraquíes. Pero todavía no podemos conseguir suficientes. Latif necesita el tratamiento mientras siga teniendo la enfermedad». <<

[4] Los lectores que quieran adquirir mayores conocimientos sobre las municiones de uranio empobrecido pueden leer los voluminosos informes de *Swords into Ploughshares* y —sobre el efecto de las sanciones anteriores al 2003 así como el uranio empobrecido— los boletines periódicos de *Voices in the Wildemess UK*, con sede en 16b Cherwell Road, Oxford OX4 1BG. <<

[\*] Carta fechada el 22 de diciembre de 1998 del secretario de Estado del Ministerio de Defensa, Doug Henderson, al doctor Evan Harris, diputado, en respuesta a una carta de uno de sus electores, el doctor Mercy Heatley, de Oxford. <<

[5] La misma escandalosa indiferencia hacia los efectos del uranio empobrecido se repetiría sólo dos años después cuando, en enero del 2001, empezaron a llegar informaciones de Bosnia sobre centenares de inexplicables casos de cáncer entre los serbios que vivían cerca de los lugares bombardeados en 1995 por la aviación estadounidense. Cuando viajé a Bosnia para investigarlos, descubrí que casi trescientas personas, hombres, mujeres y niños que vivían en las inmediaciones de una base militar situada en Hadjici, un barrio de Sarajevo, y bombardeada en 1995 habían muerto de cáncer o leucemia en los cinco años siguientes. Están enterradas en un gran cementerio en Bratunac, al este de Bosnia, la localidad a la que habían sido transportados como refugiados<sup>[\*]</sup>.

Una helada mañana de invierno, entrevisté en Bratunac a una muchacha de veintidós años, Sladjana Sarenac, que había recogido fragmentos de una bomba cerca de su casa en Hadjici. Su relato tenía una extraña e inquietante familiaridad. «Brillaba e hice lo que hacen todos los niños —me contó—. Tenía seis años y jugaba a hacer galletas con tierra y los trozos de metal hasta que se me empezaron a caer las uñas». Desde entonces, Sladjana había estado gravemente enferma. Había perdido repetidas veces las uñas de los manos y los pies, sufrido hemorragias internas, tenía diarreas y vómitos constantes, había estado en coma durante 36 horas y había pasado un calvario por distintos hospitales yugoslavos. Era la misma historia de siempre. La OTAN afirmó que no tenía pruebas de los efectos patológicos de las municiones con uranio empobrecido en Bosnia, pero que estaba interesada en conocerlas en caso de que existieran. Sin embargo, cuando se les ofreció la oportunidad de investigarlas, no mostraron ningún interés en hacerlo. El 17 de enero del 2001 hice un llamamiento desde *The Independent* dirigido a cualquier medico de la OTAN que estuviera en Bosnia para que se pusieran en contacto conmigo en un número de teléfono temporal de Sarajevo, ofreciendo llevarlos a Bratunac y presentarles a Sladjana. El teléfono nunca sonó. Los iraquíes eran musulmanes y los serbios eran cristianos ortodoxos —la mayoría hostiles a la comunidad musulmana de Bosnia—, pero ambos tenían un rasgo en común: en 1991 y 1995, fueron nuestros «enemigos» y, en consecuencia, podíamos hacer caso omiso de ellos. De manera similar, se permitió que las Naciones Unidas llevaran a cabo un informe no conclusivo sobre la utilización de uranio empobrecido durante la guerra de Kosovo de 1999, tras el cual los militares estadounidenses admitieron que habían «perdido la cuenta» del número de proyectiles con uranio empobrecido que se habían utilizado en el bombardeo de la OTAN contra Serbia. (Véanse los artículos del autor del 4 de octubre y el 22 de noviembre en *The Independent*). <<

[\*] Véanse los artículos del autor en *The Independent* entre el 11 y el 16 de enero del 2001. <<

[1] Resulta fascinante ver que, sólo seis meses antes de los atentados de los Estados Unidos, Bin Laden era considerado como una amenaza secundaria, metido en el mismo saco que los delincuentes rusos y los conocimientos nucleares de la antigua Unión Soviética. El régimen de Sadam —que en absoluto poseía armas de destrucción masiva— era todavía vendido como el mayor peligro. Tras el bombardeo de Afganistán y la huida de Osama bin Laden, ese mismo guión fue reintroducido en el 2002 por los señores Bush y Blair. Claro que no era probable que la existencia de Osama bin Laden generara los obscenos beneficios en venta de armas que se obtenían en Abu Dhabi y otras ferias de armamento de Oriente Próximo. <<

[2] Los palestinos seguían intentando descubrir la naturaleza de unos botes de gas habitualmente empleados ya por los israelíes y que contenían lo que llamaban «humo marrón». Lógicamente temido por los manifestantes palestinos, era descrito con efectos muchísimo más potentes que el gas fabricado por los Laboratorios Federales de Pensilvania. Al menos un bote de gas de «humo marrón» que examiné en Belén llevaba marcas en hebreo y tenía el código 323 1-99. No carecía ser de fabricación estadounidense. <<

[3] Durante mis investigaciones, se me dio un certificado de importación del Estado de Omán en el Golfo, ya firmado por las autoridades. De querer transportar armas a Oriente Próximo, sólo habría tenido que escribir las armas de mi elección para que mi envío fuera «legal». <<

[4] Michael Hitchcock, un jefe de prensa del Departamento de Comercio e Industria, me dijo en 1987 que «nuestra política es no discutir si una compañía ha solicitado y recibido una licencia porque se trata de uso civil. Consultamos al Ministerio de Defensa y al Ministerio de Asuntos Exteriores si lo consideramos necesario». <<

[\*] Véase «Government licensed gas chemical sales», *Financial Times*, 29 julio 1991.

<<

[5] Los israelíes aprendieron a vender armas aprendiendo a cambiarles la forma. Su primer conflicto —la guerra de independencia, que expulsó de sus casas a 75 000 palestinos en lo que ahora es Israel— se libró con la ayuda de dos tanques Sherman, dos viejos Cromwell y diez tanques franceses construidos en torno a 1935. Los israelíes modificaron los tubos de los cañones para aumentar su alcance y colocaron en la estructura nuevas piezas blindadas. En la década de 1950 seguían comprando chatarra de la Segunda Guerra Mundial, incluidos tanques de Italia e incluso de Extremo Oriente. Muchos fueron canibalizados sin más para refabricar tanques para el nuevo ejército del país. Algunos Sherman, laboriosamente mejorados, lucharon más tarde en la guerra de 1967 e incluso en el conflicto de 1973. Luego fueron desechados, ofrecidos como regalo al brutal representante de Israel, la milicia del ejército del Sur del Líbano, y a Uganda. <<

[6] Israel, según antiguos oficiales del ejército en Tel Aviv, envió 2000 fusiles Kaláshnikov y cientos de cohetes antitanques RPG-7 a Nicaragua en 1983, todos ellos capturados a los guerrilleros de la OLP durante la invasión israelí del Líbano el año anterior. <<

[7] En 1994, se nombró la comisión de investigación Cameron para que investigara las supuestas transacciones de armas entre Armscor, el órgano estatal sudafricano para la compra de armas, y los grupos de milicianos cristianos entre 1983 y 1993. Tras el final de la guerra libanesa en 1990, los falangistas fueron acusados de vender el excedente de armas a Croacia y Eslovenia en el momento álgido del conflicto de los Balcanes, una acusación que se hizo más que creíble cuando la marina yugoslava, que estaba en manos serbias, confiscó un buque que transportaba armas por el Adriático, las almacenó en un depósito del puerto de Bar y luego envió una factura a los falangistas por gastos de almacenamiento. Según el gobierno libanes, las armas incluían cuatro helicópteros artillados Gazelle de fabricación francesa, varias patrulleras, municiones de artillería y lanzacohetes de tubos múltiples. <<

[8] He remitido a los lectores al prólogo de mi libro sobre el conflicto libanés, *Pity the Nation*; quienes deseen entender el contexto más general de la matanza israelí de casi 200 civiles libaneses en abril de 1996, incluida la matanza de Qana, pueden acudir a las nuevas ediciones británica y estadounidenses del libro, pp. 669-689. <<

[9] Los soldados irlandeses de las Naciones Unidas de Bradchit concluyeron que la mina trampa había sido colocada por los israelíes para matar a guerrilleros de Hezbolá que intentaran infiltrarse en la zona ocupada por los israelíes. Los israelíes negaron la colocación de la bomba, y —dada la imposibilidad de demostrar que efectivamente era obra israelí— los guerrilleros cometieron la insensatez de tomar represalias, cuando deberían haber sabido que eso desencadenaría un bombardeo israelí en el sur del Líbano. <<

[\*] IV Convención de Ginebra, Protocolo I, artículo 50, párrafo 3. <<

[10] Incluso la tragedia contiene su propio humor negro. Algunos días después de la destrucción de la ambulancia, Lindval me llamó a Beirut para decirme que los fiyianos habían desenterrado el segundo Hellfire sin explotar. «¿Qué demonios le pediste a los fiyianos que hicieran con él?», me preguntó. Les había pedido que me mandaran la placa metálica del fuselaje con el código. Lindval no parecía contento. «Da la impresión de que no te entendieron, Robert —dijo—. Pensaban que querías el cohete entero. Me los encontré cargándolo en un camión para enviártelo a Beirut». Imaginé por un instante la horrorizada cara de mi casera al descubrir a unos soldados de las Naciones Unidas descargando el proyectil delante de mi apartamento. Desactivado, era de esperar. <<

[11] Doblemente, para Boeing. La pregunta del ejecutivo fue utilizada como uno de los titulares en mi artículo para *The Independent on Sunday* el 18 de mayo de 1997.

<<

[\*] Carta de Fisk al teniente coronel Byars del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, Washington, 6 mayo 1997. <<

[12] El inspector general del Departamento de Defensa descubrió más tarde que 188 cohetes Stinger se habían «perdido» de los arsenales estadounidenses durante el conflicto del Golfo de 1991. Ese mismo año, la Oficina General de Contabilidad del ejército estadounidense admitió que otros 2185 cohetes —Stinger, Dragón y Redeye— habían desaparecido de los almacenes de armas estadounidenses en Europa. ¿Adonde habían ido a parar? <<

[13] Para el ejército estadounidense, fue sólo una pequeña provocación. Era la capacidad prácticamente incontestada de Israel de desvalijar las existencias militares estadounidenses lo que disgustaba a los oficiales en servicio y retirados que, en el curso de una investigación de dos semanas llevada a cabo por *The Independent* sobre la transferencia de armas a Israel, hablaron de su rabia al ver que miles de tanques y unidades blindadas eran sacados de los inventarios estadounidenses a lo largo de un período de veinte años y transferidos a Israel a pesar de todas las objeciones del Departamento de Defensa. A finales de la década de 1970, según un oficial que servía en el norte de Europa, los altos mandos militares protestaron por la gran cantidad de blindados que se retiraban de Alemania y se transferían a Israel. «Estaba en el cuartel general de Alemania con el presidente del estado mayor conjunto y se subía por la paredes —me dijo—. Se nos ordenó que entregáramos cientos de tanques de forma inmediata, y eso en el momento más álgido de la guerra fría. Estábamos frente al paso de Fulda y el Pacto de Varsovia estaba al otro lado, y todos gritábamos que nos estaban quitando nuestros activos en el momento de mayor tensión europea. El general iba diciendo: “Que se jodan” —utilizó esas palabras—, pero fue excluido de la decisión. El Departamento de Defensa recibió órdenes de entregar los tanques. No lo hicimos voluntariamente».

Un oficial de la fuerza aérea recordaría para mí cómo, en torno al mismo período, volvió de un permiso a su base aérea naval en los Estados Unidos y descubrió que la mitad de su escuadrón de aviones había sido repintado con distintivos israelíes. «Nos quedamos sólo con el 50 por ciento de nuestro escuadrón; me quedé atónito —dijo—. No me consultaron. Me dijeron: “Tienen que ir a Israel, nos quedamos sin trabajo por una temporada”».

Oficialmente, las transferencias de armas a Israel tienen que hacerse con una notificación previa oficial de treinta días. El equipo de defensa por valor de más de 14 millones de dólares requería una notificación al Congreso; los importes inferiores, no. «Todo el mundo en el Capitolio sabe que poner en duda las transferencias a Israel no le va a ayudar a su carrera política —me comentó un antiguo oficial del ejército estadounidense—. El lobby israelí es poderosísimo. No permitirá críticas». En realidad, después de que utilizara bombas de racimo antitanque de la marina estadounidense contra zonas civiles de Beirut occidental en 1982, Washington sí que le leyó la cartilla a Israel. El presidente Reagan paralizó brevemente las entregas desde la base de Dover de la fuerza aérea de cazabombarderos F-15 y F-16 a Israel mientras las audiencias del Congreso investigaban el uso de bombas de racimo en el Líbano. Sin embargo, aun cuando el material clasificado se eliminó del informe final, el Departamento de Estado se negó a publicar todos los hallazgos sobre la base de

que todas las sesiones eran «clasificadas».

«Clasificado» fue una palabra que apareció con bastante frecuencia en Washington cuando pregunté por las transferencias de armas. La sucursal del Congreso de los Archivos Nacionales contiene numerosas referencias a «transferencias legalmente aprobadas» clasificadas a Israel. Sin embargo, no están abiertas a la inspección pública. Nadie en Washington fue capaz de explicarme en junio de 1997, por ejemplo, por qué Israel necesitaba —y había recibido— 98 000 granadas de artillería nuevas de las reservas estadounidenses. Un «analista» de defensa estadounidense —una raza que por lo general corteja la publicidad, pero en este caso no— me comentó que «a Israel se transfieren montones de proyectiles y nadie sabe un cuerno al respecto. Aquí el ejército está haciendo recortes y quiere sacarse de encima parte del armamento porque es viejo. Pero la misma cantidad de material bueno sale de nuestros almacenes en dirección a Israel sin pedir permiso. Sale por conductos legales, pero nadie lo notifica, nadie lo pone en cuestión, nadie pregunta dónde se utiliza ni cómo se utiliza. Y si mata a personas inocentes, ¿se cree que el gobierno de Clinton va a hacer una canción y se va a poner a bailarla? Dirán que criticar a Israel puede “perjudicar el proceso de paz”. A Israel se le han dado todas las seguridades de que no se lo tocara». <<

[\*] Mi relato detallado del ataque contra la ambulancia, «Return to Sender», se publicó en la *Sunday Review* de *The Independent on Sunday*, 18 mayo 1997. <<

[\*] «A Rocket Is Returned to Sender», *The Independent*, 24 junio 1997. <<

[\*] George Bush en Beirut, 26 octubre 1983. <<

[\*] Notas del autor sobre la cena con el rey Hussein en el Palacio Real, Ammán, 25 septiembre 1993. <<

[1] En 1983 un diplomático británico comentó que ser testigo de la desdichada vida personal del rey era una «experiencia que causaba una honda tristeza<sup>[\*]</sup>». Incluso entonces, consideraba a Hussein como un hombre enfermo, que padecía del corazón y estaba exhausto tras nueve horas de negociaciones con Yasir Arafat. En esa época, el temor del rey era que los israelíes se anexionaran Cisjordania y expulsaran a miles de palestinos hacia el río Jordán. Ese mismo diplomático me dijo que «los israelíes preferirían un Estado radical palestino en Jordania antes que un Estado occidental amigo bajo los auspicios de los hachemíes, debido a que nadie esperaría que hicieran concesiones a una nación de la extremista OLP en la orilla oriental, pero que los Estados Unidos exigirían de forma constante negociaciones con Hussein si Jordania sobrevivía en su forma actual». Me dijo que Hussein era un hombre que a menudo no sabía explicarse por qué los estadounidenses eran incapaces de entender lo que estaba ocurriendo en Oriente Próximo. «Invierten muchísimos recursos para obtener información, pero da la sensación de que nunca la interpretan de modo adecuado». Poco cambió durante los siguientes veinte años. <<

[\*] Notas del autor de una conversación con Alan Urwick, embajador británico en Ammán, 17 abril 1983. <<

[2] La predisposición de Hussein para impactar no era nada nuevo. En 1987, poco después de que saliera a la luz que el doctor Kurt Waldheim, el antiguo secretario general de la ONU y por entonces presidente de Austria, había sido un oficial de inteligencia del brutal Grupo «E» de la Wehrmacht en Bosnia durante la Segunda Guerra Mundial —un papel que hasta entonces había ocultado con sumo cuidado—, el rey invitó a Waldheim a que realizara una visita de estado a Jordania. Hussein llevó a su invitado en helicóptero a los altos de Um Quies para que viera la Cisjordania ocupada por Israel, le concedió la medalla Hussein bin Alí —llamada así en honor a su abuelo— y lo elogió por su patriotismo, integridad, sabiduría y «valores nobles y humanos». Cuando lo vi pasar revista a una guardia de honor en el aeropuerto de Ammán, no pude evitar ver que Waldheim entrechocó con fuerza los talones al ponerse en posición de firme, con los brazos tiesos y la cabeza inclinada, cuando lo saludó el comandante de la Guardia Real. Era obvio que se había embebido de la disciplina del ejército alemán. <<

[3] En el 2004, el rey Abdulá desheredó a Hamzá como príncipe heredero. <<

[\*] Discurso pronunciado por Leith Shubeilath en Irbid, Jordania, 7 noviembre 1995.

<<

[4] Para una descripción de las matanzas y la destrucción de Hama, véase *Pity the Nation* pp. 181-7, del autor. <<

[\*] Véase Seale, *Asad*, p. 430. <<

[\*] *Ibíd.*, p. 8. <<

[\*] Para un análisis sobre las exigencias árabes a los otomanos, véase en concreto: Antonius, *Arab Awakening*, pp. 101-25, y Kamal Salibi, *The Modern History of Lebanon*, Nueva York, Caravan, 1977, pp. 156-59. <<

[\*] Véase Carl Gibeily, «When life was worth a radish», *The Daily Star* (Beirut), 14 diciembre 1998. <<

[11] Antoine Yammine, *Quatre ans de misère: Le Liban et la Syrie pendant la guerre*, El Cairo, Imprimerie Emin Hindi, 1922. <<

[\*] Véase Khoury, *La France et L'Orient Arabe*, pp. 68-71. <<

[\*] Véase Antonius, pp. 190-1. <<

[\*] Este artículo se publicó al fin en *The Independent* el 28 de noviembre de 2001, bajo el titular: «New evidence indicates Palestinians died hours after surviving camp massacres». <<

[1] Tveit conoció incluso a un exmilitiano falangista que lo llevó a una colina al este de Beirut, le mostró unos antiguos barracones de los falangistas cristianos y le describió cómo habían encerrado en una serie de contenedores a trescientos palestinos que les entregaron los israelíes tras la masacre del campamento. Los falangistas habían intentado usar a los prisioneros aportados por los israelíes como rehenes para intercambiarlos por cristianos a los que creían en manos de las milicias musulmanas. Sin embargo, el trueque no se había producido, de modo que tres semanas después del asesinato masivo de Sabra y Chatila habían sacado a esos trescientos palestinos de los contenedores y los habían ametrallado en una fosa común, la tumba, le dijo el falangista a Tveit, se hallaba junto a una capilla de los barracones de lo que en ese momento era una base militar libanesa. <<

[\*] «The Wickedness and Awesome Cruelty of a Crushed and Humiliated People»,  
*The Independent*, 12 septiembre 2001. <<

[2] En las horas posteriores a los atentados, éstas eran las primeras y muy exageradas cifras de bajas. <<

[3] Las elecciones árabes figuran entre los intentos más pintorescos de Oriente Próximo por reproducir la «democracia» de corte occidental que afirman ya poseer<sup>[\*]</sup>. En 1993, por ejemplo, Mubarak «ganó» con un 96,3 por ciento de los votos su tercera presidencia de seis años (en su cuarta victoria de 1999 cosechó un mísero 93,79 por ciento). Su predecesor, Anuar el Sadat, obtuvo una arrolladora victoria del 99,95 por ciento para una reforma política en un referéndum de 1974. Sadam Husein supuestamente consiguió su presidencia en 1993 por un 99,96 por ciento de los votos; la identidad del descarriado 0,04 por ciento de votantes desleales todavía no ha sido desvelada, aunque se hizo evidente que para el año 2000 se lo habían pensado mejor cuando los secuaces de Sadam anunciaron unos claros resultados del 100 por ciento. En 1999, Hafez Asad de Siria se apuntó lo que la agencia oficial de prensa del país calificó de «aplastante victoria» con un 99,987 por ciento para un nuevo periodo de siete años en el cargo; tan sólo 219 ciudadanos votaron en su contra, aunque no vivió para completar el mandato. Después de eso, la victoria de Abdelaziz Buteflika en Argelia por el 73,8 por ciento en 1999 y la de Mahmud Abbas por el 62,3 por ciento como presidente palestino en el 2005 resultaron lo bastante persuasivas para creérselas. En 1992, corría por Damasco un chiste popular en el que George Bush padre, al afrontar una derrota en las urnas de los Estados Unidos, le pedía a los servicios de seguridad sirios que le organizaran una victoria al estilo de Asad para los republicanos; lo hacían, y un obediente 99 por ciento de los estadounidenses votaba... a Asad. <<

[\*] Véase *Keesing's Record of World Events*, 1993, pp. 39 711, 40 797; SANA (Damasco), 2 febrero 1999; AP, Argel, 16 abril 1999. Véase también *The Independent*, 8 octubre 1999. <<

[4] Quizá se trate, sin embargo, de una traducción pobre del Corán, en el que encontramos, en la sura 6, aleya 32: «La vida de acá no es sino juego y distracción. Sí, la Morada Postrera es mejor para quienes temen a Dios». La sura 6, aleya 70, advierte: «¡Deja a quienes toman su religión a juego y distracción y a quienes ha engañado la vida de acá...!». <<

[5] Los planes de un asalto a Afganistán tenían amargos precedentes históricos. *Tom Graham V. C.*, la novela que tanto influyó a Bill Fisk justo antes de la Primera Guerra Mundial, trataba del Gran Juego, que en principio tenía que ver con las fronteras — con mantener un Afganistán controlado por los británicos entre el Imperio indio y la frontera rusa—, pero era una historia de traiciones. Aquellos que creíamos de nuestro lado resultaron estar en nuestra contra. Hasta 1878 pensábamos que el emir Sher Alijan de Kabul era nuestro amigo y estaba dispuesto a luchar por el Imperio británico —igual que un hombre llamado Osama bin Laden más adelante combatiría a los rusos de «nuestra» parte—, pero impidió el paso de tropas británicas y fomentó el robo de mercantes ingleses. Había «realizado esfuerzos manifiestos y asiduos... para atizar el odio religioso contra los ingleses», anunciaba nuestra declaración de guerra del 21 de noviembre de 1878. La ayuda e instigación del emir al asesinato del personal de la embajada británica era «un crimen traicionero y cobarde, que ha mancillado de manera indeleble al pueblo afgano», declaró sir Frederick Roberts en 1879 cuando los británicos ocuparon Kabul. Los seguidores del emir «no deberían evitar... la pena y... el castigo infligido debería ser tal que se note y recuerde... Toda persona condenada por haber tomado parte [en los asesinatos] recibirá el trato que se merezca». Aquella genuina advertencia victoriana fue un preámbulo de las palabras que hoy oímos en boca de Bush. <<

[\*] *The Second Afghan War 1878-80*, Apéndice XII, pp. 656-57. <<

[\*] Para una crítica moderna del wahabismo, véase Abu Jalil, *Battle for Saudi Arabia*, pp. 52-75. <<

[\*] Nawaf Obaid, *Improving US Intelligence Analysis on the Saudi Arabian Decision Making Process*, John F. Kennedy School of Government, Harvard University, 1998, enviada al embajador Ronald Neumann, vicesecretario adjunto para Asuntos de Oriente Próximo; véase especialmente las pp. 18-19, 21-25, 27 y 36. <<

[\*] Véase «Last of the Great Mosque rebels rooted out by Saudi forces», *The Times*, 5 diciembre 1979; también John Andrews, «Saudis identify disfigured body of Muslim rebel who led siege in Grand Mosque», *The Guardian*, 6 diciembre 1979. <<

[\*] Véase Olivier Da Lage, «Il y a quinze ans: La prise de la Grande Mosquée de La Mecque», *Le Monde*, 20-21 novembre 1994. <<

[\*] Bandar ibn Sultán, «Saudi Arabia's Solid Foundations Assure a Durable Kingdom», *International Herald Tribune*, 6 junio 1994 (extraído de *The Washington Post*). <<

[\*] Sir Alan Munro (embajador británico en Arabia Saudí 1989-93), «My Sojourn», *Focus on Saudi Arabia*, Yida, 23 septiembre 1994. <<

[\*] Véase, por ejemplo, Amnistía Internacional, *Saudi Arabia: A secret state of suffering*, 28 marzo 2000; y *Saudi Arabia: A justice system without justice*, 10 mayo 2000. <<

[6] La descripción más gráfica del ritual de la decapitación se la debemos a un irlandés expatriado que presencié una triple ejecución en Yida en 1997. «Plantado a la izquierda del primer prisionero, y un poco por detrás de él, el verdugo se concentró en su presa... Vi cómo alzaba la espada con la mano derecha. Me vino a la mente la preparación para un swing con una mano en un club de golf... Empieza la bajada. ¿Cómo podrá hacerlo desde ese ángulo?... La hoja encontró el cuello y lo cortó como... un cuchillo de carnicero partiendo un melón... un golpe seco y húmedo. La cabeza cayó y rodó un poquito. El torso se vino abajo en el acto. Ahora entiendo por qué le han atado las muñecas a los pies... el cerebro no ha tenido tiempo de decirle al corazón que pare, y con el último latido un chorro de sangre sale disparado del torso descabezado sobre el pedestal<sup>[\*]</sup>». <<

[\*] Gary Keenan, «An Irishman at a beheading», *The Irish Times*, 19 junio 1997. <<

[\*] Rashid, *Taliban*, p. 56. <<

[\*] Véase «The Death Convoy of Afghanistan», *Newsweek*, 26 agosto 2002. <<

[7] Más tarde reparé en el extraño hecho de que mientras me habían dejado el pasaporte, las tarjetas de crédito y el dinero —que habrían sido muy útiles a cualquier refugiado—, mi agenda telefónica se encontraba entre los objetos robados. Dos días más tarde regresé a Kila Abdulla, me reuní con el jeque del pueblo y le ofrecí 100 dólares —una cantidad muy grande para cualquier persona de la región de Beluchistán— por la recuperación de mi valiosísima agenda de periodista. No volví a verla jamás. ¿La habrían tirado? ¿O la había comprado otra persona? <<

[\*] *The Mail on Sunday*, 9 diciembre 2001. <<

[\*] *The Independent*, 10 diciembre 2001. <<

[\*] *The Wall Street Journal*, 15 diciembre 2001. <<

[8] Dejando a un lado el hecho de que la mayoría de periodistas que murieron en Afganistán durante el bombardeo y el período inmediatamente posterior —tres corresponsales, uno de ellos una mujer que murió en el desfiladero de Kabul tras la caída de la capital, por ejemplo— fueron asesinados por ladrones que se habían aprovechado de la derrota talibán, el artículo de Steyn era interesante por dos motivos. Insinuaba que, en cierto modo, yo estaba de acuerdo con los crímenes del 11 de septiembre del 2001 o que, como mínimo, «absolvería» a los asesinos en masa. Pero lo que es más importante es que no habría escrito ese artículo si yo hubiera pasado por alto el contexto de la agresión de la que fui objeto. Si me hubiera limitado a informar del ataque perpetrado por una multitud, la historia habría encajado perfectamente en la presentación general que los medios estadounidenses hacían de la guerra afgana; no había referencia alguna a las muertes civiles por culpa de los bombarderos B-52, ni tampoco sugerencia de que el gran número de víctimas provocadas por los ataques estadounidenses volvería furiosos a los afganos y los pondría en contra de Occidente. Al fin y al cabo, se suponía que estábamos «liberando» a esa gente, no matando a sus familiares. Aunque claro, mi crimen —*The Wall Street Journal* tituló la columna de Steyn «Crímenes de autoodio»— era informar sobre el «por qué» así como del «qué y dónde». <<

[9] Tras el secuestro de Pearl, me llamó un corresponsal de *The Wall Street Journal* para preguntarme si quería firmar una petición que suplicaba su liberación; esto provenía de un periódico cuyos titulares decían que yo debería haber muerto linchado en diciembre del 2001. Al final decidí ir aún más lejos y le hice un llamamiento personal a Bin Laden —en un artículo en *The Independent*— para que intercediera y le salvara la vida a Daniel Pearl, a quien me referí como «mi amigo». Sospechaba —de modo correcto como averigüé más tarde— que Bin Laden, aunque estaba huyendo de los estadounidenses, seguía leyendo mis crónicas. Desgraciadamente, Pearl ya había sido asesinado. <<

[10] Véase Capítulo 2 «Matan a los rusos». <<

[11] Esto era válido para ambos bandos. Poco antes de la caída de Kabul, un misil de crucero estadounidense explotó dentro de las oficinas locales de Al Yazira, el canal por satélite árabe que tanto había hecho enfurecer al gobierno estadounidense con sus transmisiones de Bin Laden. No dieron ninguna explicación, un precedente que presagiaba muy mal augurio, ya que las oficinas de la cadena en Bagdad serían atacadas por las fuerzas aéreas estadounidenses tan sólo diecisiete meses más tarde.

<<

[\*] Película *From Beirut to Bosnia*, 1983, ob. cit. <<

[12] El 27 de abril de 1994, por ejemplo, *The New York Times* publicó una crítica extensa sobre nuestra serie que incluía algunas tergiversaciones en apariencia deliberadas. En su crítica, Walter Goodman afirmaba que «la mayoría del documental de tres horas se centraba en los palestinos», y que yo sólo había hecho lo que él llamaba «referencias» al Holocausto judío. Esto era falso. Menos de un tercio de la serie trataba sobre los palestinos, y habíamos tratado de forma completa la historia del sufrimiento de la familia israelí en la Shoah, y no sólo grabamos su pueblo natal polaco, sino también el campo de exterminio de Treblinka. Estas secuencias no eran meras «referencias», escribí en una carta al director de *The New York Times*, y les pedí que corrigieran estos errores. «El señor Goodman acusa a nuestro cámara de “recrearse”, en mujeres y niños [heridos]. ¿Por qué se opone a esto? —pregunté—. ¿Porque le parece que estas escenas son desagradables? ¿O porque las mujeres y los niños heridos era árabes que habían sufrido los bombardeos israelíes? Tal vez al señor Goodman estos hechos le resultan difíciles de digerir, pero eso no es excusa para poner en entredicho la reputación de un periodista de una forma tan poco profesional». Envié mi carta a las oficinas de *The New York Times* de Londres para asegurarme de que llegaba a las oficinas centrales de los Estados Unidos. Como era de esperar, no la publicaron. <<

[\*] Joseph I. Ungar de «Primer», *Beyond Bias*, 1994. <<

[\*] Laibson a Hendriks, 16 junio 1994. <<

[\*] Savian a Bunting, 9 junio 1994. <<

[\*] Dutfield a Tomi Landis, productor ejecutivo de Discovery Channel, 19 junio 1994, «When Politicians Outdo the Artists», por Frank Rich, reimpresso de *The New York Times*. <<

[\*] Bunting a Chrissie Smith de Baraclough Carey Productions, 28 marzo 1995. <<

[\*] «Strike a Success», *Los Angeles Times*, 9 mayo 1996. <<

[\*] *The Washington Post*, 16 abril 1986. <<

[\*] «Missing Jet Reportedly Fell in Sea», *The Chicago Tribune*, 16 abril 1986. <<

[1] El presidente Woodrow Wilson, que había instado a la creación de un nuevo orden internacional tras la guerra de 1914-1918, fue una de las comadronas de la Liga que asistió al alumbramiento de Polonia, Yugoslavia, Checoslovaquia, una Europa remodelada y, por supuesto, un nuevo Oriente Próximo. El moderno Estado de Iraq también debió su creación a la Liga. Sin embargo, Wilson cayó enfermo, el Congreso estadounidense decidió no unirse al organismo mundial y los Estados Unidos viraron hacia el aislacionismo. La futura superpotencia, cuya influencia para la paz le habría sido muy beneficiosa al mundo —y cuyo creciente poder económico y militar podrían haber obligado a Hitler a reconsiderar sus planes—, le dio la espalda a la Liga. Puede que George W. Bush no fuera el más adecuado para dar discursos sobre ese tema. <<

[\*] Frank Rich, *The New York Times*, republicado en *International Herald Tribune*, 4 octubre 2003. <<

[2] Una serie de tablas enviadas por Alford me demostraron que el tema de «Iraq» empezó a crecer —al igual que la saga de Osama, por extensión, empezó a decrecer — justo cuando salió a la luz el escándalo de Enron. En enero del 2002, Enron contaba con 1137 «menciones» en *The New York Times*, *The Washington Post* y *Los Angeles Times*, Iraq con sólo 200. Los artículos sobre Iraq aumentaron en casi un cien por cien a principios de primavera, cuando las «menciones» de Enron descendieron casi en un 50 por ciento, hasta 618. Después de un ligero declive a principios de verano, Iraq subió hasta 1529 «menciones», y Enron bajó a tan sólo 310. <<

[\*] Véase John Ward Anderson, «Failure to communicate: 30 captives Afghans turn out to be US allies», *Internacional Herald Tribune*, 27 marzo 2002, extraído de *The Washington Post*. <<

[3] Un amplio recuento de muertes civiles en Afganistán, recopilado por periodistas, cooperantes y autoridades gubernamentales desde octubre del 2001, contenía los siguientes datos: cuatro empleados de las Naciones Unidas muertos a causa de un misil en Kabul el 9 de octubre del 2001; entre 160 y 200 muertos cuando bombas estadounidenses destruyeron el pueblo de Karam el 11 de octubre; hasta 190 muertos cuando la mezquita de Sultanpur, en Jalalabad, fue bombardeada dos veces el 17 de octubre; entre 40 y 47 muertos en los bombardeos de Kandahar de ese mismo día; el 18 de octubre, al menos diez personas murieron cuando se bombardeó el bazar cercano a Kepten; 40 muertos en Kabul ese mismo día; varias decenas de personas muertas en Tarín Kot el 19 de octubre; entre 60 y 70 muertos en Herat y 50 en Kandahar el 20 de octubre; el 21 de octubre, unas bombas cayeron por accidente sobre un hospital de 300 camas en Herat y mataron aproximadamente a 100 civiles, otros 20 (entre ellos 9 niños) murieron ese mismo día cuando su tractor con remolque fue bombardeado en Tarín Kot. En un período de 24 horas, 61 civiles más perdieron la vida —entre ellos una niña de ocho años—, la mayoría en Kabul y Kandahar. El 21 de octubre, durante los bombardeos de carreteras y camiones de combustible realizados por las fuerzas estadounidenses, se informó de la muerte de otro centenar de civiles; al menos 28 muertos en los bombardeos de los pueblos de Darunta, Torgar y Farmada el 23 de octubre, y al menos 52 más ese mismo día en el pueblo de Chowkar Kariz. El 29 de octubre, otros 25 civiles murieron en Kabul. El 5 de noviembre, 36 civiles perdieron la vida a causa de bombas perdidas estadounidenses en el pueblo de Ogopruk, cerca de Mazar. El 10 de noviembre, 125 civiles murieron en tres pueblos cerca de Jakrez. El 17 de noviembre, 62 perdieron la vida cuando fue bombardeada una escuela religiosa de Jost, 42 nómadas fallecieron cerca de Maiwand, 30 personas murieron en Charikar, 28 en Zani Jel y 13 más en otras poblaciones. Al día siguiente, grandes grupos de gitanos murieron en Kundar a causa de bombas estadounidenses, hasta 150 personas en pueblos cerca de Janabad, 35 en Shamshad y 24 en Garikeeja. El 20 de noviembre, 40 civiles fallecieron cerca de Kunduz cuando sus cabañas de adobe fueron alcanzadas por bombas perdidas. El 25 de noviembre, 92 personas, entre ellas 18 mujeres y 7 niños, murieron en un bombardeo en Kandahar y otras 70 a causa de bombas de racimo en Kunduz. El 1 de diciembre, alrededor de 100 personas fallecieron a causa de 25 bombas en el pueblo de Rama Ado. Al menos 30 murieron cuando las bombas alcanzaron los camiones y autobuses en que viajaban en las afueras de Kandahar ese mismo día. Otros 20 murieron en el distrito de Agam, 15 en vehículos de refugiados en Arhisan, más de 30 cerca de Herat. El 2 de diciembre, 150 civiles murieron en todo Afganistán y, esa misma semana, más de 300 aldeanos perdieron la vida durante la ofensiva de Tora Bora. Una información errónea sobre una base talibán hizo que los estadounidenses

bombardearan Mashijel, en Paktia, y matasen a diez personas en la mezquita de la ciudad. El 20 de diciembre, helicópteros de combate AC-130 estadounidenses atacaron un convoy —creyendo que pertenecía a los talibanes, cuando en realidad llevaba a ancianos de las tribus locales a la investidura de Hamid Karzai— y mataron a 65 personas. Esa misma noche, entre 25 y 40 personas perdieron la vida en Naka. El 31 de diciembre, un bombardero B-52 y dos helicópteros mataron a más de 100 civiles en un pueblo cerca de Gardez. Una mujer perdió a 24 miembros de su familia. El 24 de enero del 2002, comandos estadounidenses mataron por accidente a 16 soldados del gobierno —la figura del propio Pentágono— en Uruzgán. El 30 de junio del 2002, 48 civiles fueron asesinados durante los festejos de una boda en Del Rawad, en Uruzgán, y otros 117 resultaron heridos al ser bombardeados por un avión de los Estados Unidos; los estadounidenses creyeron que los disparos festivos eran fuego hostil. El presidente Bush expresó después su «profunda condolencia» por la pérdida de esas vidas. El 30 de octubre del 2003, seis civiles, entre ellos tres niños y una anciana, murieron en la residencia de un gobernador provincial. El 6 de diciembre, fuerzas especiales estadounidenses mataron a seis niños y a dos adultos en Gardez. Siete niños, dos niñas y un hombre de 25 años perdieron la vida cuando un avión A-10 los atacó junto a otros aldeanos que estaban sentados bajo un árbol en Hutala. Muchos de estos ataques tuvieron lugar cerca de las líneas del frente, en pueblos en los que se creía erróneamente que se escondían comandantes talibanes buscados, o a causa de información imprecisa. El catedrático Marc Herold, de la Universidad de New Hampshire, calculo que entre 3000 y 3400 civiles perdieron la vida en Afganistán entre el 7 de octubre y el 7 de diciembre del 2001, más de los que murieron el 11 de septiembre<sup>[\*]</sup>. El «mantra» repetido por los «principales medios de comunicación corporativos estadounidenses» tras cada bombardeo, según escribió, era: «La información no ha podido ser corroborada por fuentes independientes». <<

[\*] Catedrático Marc W. Herold, *A Dossier on Civilian Victims of United States Aerial Bombing of Afghanistan: A Comprehensive Accounting (Revised)*, marzo 2002 (<http://www.cursor.org/stories/civiliandeaths.htm>); para consultar la información específica de los medios de comunicación estadounidenses, véase, por ejemplo, «Errant US bomb said to kill scores», *International Herald Tribune* (extraído de comunicados de Associated Press y Reuters), 2 julio 2002, sobre el bombardeo de la boda de Uruzgán, y Barry Nearak, Eric Schmitt y Craig S. Smith, «Afghan toll of civilians is lost in the fog of war: Families demand a reckoning for hundreds killed», *International Herald Tribune*, 11 febrero 2002, publicado originariamente en *The New York Times*. <<

[4] Ahmed Zeidan, un corresponsal sirio de Al Yazira que se reunió varias veces con Bin Laden y asistió al banquete de boda de su hijo Abdulá, publicó un memorable relato del orden de batalla de Al Qaeda en su libro *Bin Laden Blaqla* (Bin Laden desenmascarado), escrito en árabe. Ese tesoro de 215 páginas revelaba que había 2742 «árabes» de Al Qaeda —dicho de otro modo, musulmanes que luchaban para Bin Laden— en Afganistán durante la era talibán: 62 británicos, 30 estadounidenses, 8 franceses, 1660 norteafricanos, 680 saudíes, 480 yemeníes, 430 palestinos, 270 egipcios, 520 sudaneses, 80 iraquíes, 33 turcos y 180 filipinos. Durante el mandato talibán, los guerreros árabes se repartieron por todo Afganistán de la siguiente manera: 260 árabes en cuatro bases de los alrededores de Kandahar, 145 árabes en dos bases de Uruzgán, 1870 guerreros en siete bases de Kabul, 404 alrededor de Mazar-e-Sharif, 400 en tres bases de los alrededores de Kunduz, 300 en la provincia de Lagman, 1700 en doce bases en Nangahar, frente a la provincia de la frontera noroccidental de Pakistán, 160 en Kunar, 600 en Jost y 740 en Paktia. <<

[\*] Ahmed Zeidan, *Bin Laden Blaqna*, Beirut, World Book Publishing s. a. L., 2003.

<<

[5] Los periódicos sensacionalistas británicos llevaban tiempo preparando a los lectores para la guerra. Durante el fundamental primer aniversario de los atentados de Nueva York y Washington, los periódicos *Express* siguieron servilmente la línea de Blair y Bush y su «información» fraudulenta. El 8 de septiembre del 2002, *Sunday Express* anunció que una «importante fuente de los servicios secretos de Washington» había desvelado al periódico «la escalofriante cantidad de armas de destrucción masiva de Sadam Husein». Bajo el titular de «Sadam: Tenemos la prueba», el periódico enumeraba las armas de Husein, «suficientes armas bacteriológicas para matar a todos los habitantes de Londres y Nueva York, 30 000 litros de botulismo mortal y seis toneladas de gas nervioso, seis plantas nucleares gestionadas por científicos rusos y coreanos» y, por increíble que parezca, «riñones artificiales adaptados para detonar bombas atómicas». Al día siguiente, *Daily Express*, bajo el titular de «Ataque nuclear dentro de unos meses», afirmaba que Blair advertía que un «devastador ataque del Carnicero de Bagdad contra Gran Bretaña podría “explotar” en cuestión de meses». Todo esto último resultó ser ficticio. <<

[\*] Entrevista con el capitán Alí Nasr, Port Said, Egipto, 22 octubre 1986. <<

[\*] Scott Lucas, *Divided We Stand*, p. 142. <<

[\*] Shaw, *Eden, Suez and the Mass Media*, p. 57, citando «Escapers' Club», *The Times*, 27 agosto 1956. <<

[\*] Shaw, p. 58, citando *The Manchester Guardian*, 28 agosto 1956. <<

[\*] Shaw, p. 59. <<

[\*] *Ibíd.*, citando «Widening the Circle», *The Times*, 1 septiembre 1956. <<

[\*] Love, *Suez*, p. 433. <<

[6] La retirada egipcia podría haberse visto acelerada por la ejecución israelí de al menos 49 soldados egipcios que habían sido capturados en el desierto del Sinaí. Según Arye Biro, el oficial israelí que ordenó las muertes, sus hombres y él habían quedado varados con los prisioneros tras las líneas egipcias<sup>[\*]</sup>. «No tenía suficientes soldados para custodiarlos —declaró años después—. Teníamos que proseguir hacia Ras Sudar, de modo que decidí liquidarlos». Los asesinatos no salieron a la luz hasta 1995, tras la publicación de una investigación interna del ejército israelí, *Political and Military Aspects of the Sinai War* (Aspectos políticos y militares de la guerra del Sinaí). Los soldados responsables de las ejecuciones eran miembros del Batallón de Paracaidistas 890 del ejército israelí, a las órdenes de Rafael Eytan, que más adelante se convertiría en jefe del estado mayor del ejército israelí y miembro de la Kneset por el partido derechista Tsomet. Los egipcios censuraron en un principio las revelaciones de los periódicos de El Cairo, pero luego exigieron una explicación del gobierno israelí. <<

[\*] Véase David Horowitz, «Egypt angry at admission of POW killings», *The Irish Times*, 7 agosto 1995; véase también «L'Armée Israelienne aurait abattu des prisonniers Egyptiens en 1956», *L'Orient Le Tour* (Beirut), 22 julio 1995. <<

[\*] Entrevista con Mustafá Kamal Murad, El Cairo, 18 octubre 1986. <<

[\*] Love, p. 601. <<

[\*] Entrevista con Mohamed Mahran Othman, Port Said, Egipto, 21 julio 1997. <<

[7] Los documentos militares británicos de la época —muchos otros, como los informes de Eden sobre la reunión secreta de Sèvres, fueron destruidos a propósito durante los meses posteriores a Suez— no hacen ninguna referencia a las alegaciones de Othman, aunque pasé tres semanas en el Archivo Nacional de Londres intentando encontrar algún registro sobre el interrogatorio de prisioneros. Un informe decía que oficiales de los servicios de información del 2.º Cuerpo del ejército Británico declararon después de la batalla de Port Said que «el interrogatorio de los prisioneros de guerra de Port Said no ha dado todo el resultado que se esperaba. No se ha localizado ningún cuartel general...»<sup>[\*]</sup>. Por extraño que parezca, los informes de Port Said no contienen entradas del 6 al 8 de noviembre de 1956. Los registros del Archivo Nacional revelan que la Cruz Roja Internacional de Egipto preguntó si algún prisionero había sido trasladado a Chipre. También se preguntó al Ministerio de Guerra si se había pedido a algún egipcio que hablase en una emisora de propaganda británica de Chipre. «No extendimos nuestras investigaciones hasta la emisora que operaba desde Chipre con el nombre de Voice of Britain durante los aterrizajes de Suez —respondió un oficial británico que no fue de gran ayuda—, pero, aunque puede usted pedirle al Ministerio de Defensa que siga esa línea de investigación, no creo que resulte fructífera<sup>[\*]</sup>». Sefton Delmer, que fue corresponsal de *Daily Express* en el Berlín de antes de la guerra y director de una emisora alemana «clandestina» de propaganda durante la Segunda Guerra Mundial, fue enviado a Chipre para ayudar a gestionar esa misteriosa emisora de radio. <<

[\*] NA AIR20/9577. <<

[\*] NA WO288/51. <<

[\*] NA W032/16345. <<

[\*] NA AIR20/10369. <<

[\*] Entrevista con Alex Eftyvoulos, de Associated Press, Nicosia, 26 julio 1997. <<

[\*] Love, p. 572. <<

[8] A mediados de enero del 2003, también el embajador estadounidense en la Unión Europea, Rockwell Schnabel, comparaba a Sadam con Hitler. «En Europa tenían a Hitler y nadie hizo nada al respecto —aleccionaba Schnabel a los europeos en Bruselas—. Sabíamos que podía ser peligroso pero no se hizo nada. La misma clase de persona se encuentra en Bagdad y es ahí donde residen nuestras preocupaciones». El señor Schnabel concluyó su infantil discurso añadiendo que «esto no tiene nada que ver con el petróleo».

La historia, según dijo Blair —que en su vida había visto una guerra—, contenía lecciones importantes para esta crisis. Los esfuerzos de Neville Chamberlain por apaciguar a Hitler habían sido obra de «un buen hombre que tomó la decisión equivocada», según nos dijo. El presidente Jacques Chirac, defendiendo a Francia de las acusaciones de cobardía política, apuntó que, cuando su país quiso pasar a la acción en los Balcanes, se encontró solo, recordando «la contemporalización de Hitler por parte de Occidente». Incitado por la promesa de veto francés en el Consejo de Seguridad de la ONU, *New York Post* publicó una fotografía de tumbas de soldados estadounidenses en Normandía. «Murieron por Francia, pero Francia lo ha olvidado», anunciaba el periódico, como si la liberación de los nazis en 1944 comportara la rendición de la libertad de expresión francesa cincuenta y ocho años después. «¿Dónde están ahora los franceses, cuando los estadounidenses se disponen a enviar a sus soldados al frente para luchar contra el Hitler de hoy, Sadam Husein?», preguntaba *New York Post*.

El propio Sadam participó en estas desdeñables comparaciones. En una entrevista con el antiguo estadista británico Tony Benn, el «Hitler de Bagdad» advirtió a su visitante británico que, «si los iraquíes se ven sometidos a agresiones o humillaciones, lucharán con valentía, igual que los británicos en la Segunda Guerra Mundial defendieron su país a su manera». El viceprimer ministro de Sadam, Tareq Aziz, declaró más adelante al periódico italiano *Corriere della Sera* que «la verdad es que Bush está desmantelando las Naciones Unidas, igual que el Tercer Reich anuló la Liga de Naciones en la década de 1930».

Y así seguían las comparaciones. Barbara Amiel, esposa del antiguo propietario de *The Daily Telegraph*, Conrad Black, les dijo a los lectores de la revista canadiense *Maclean's* que «destruir el régimen de Sadam será verdaderamente una liberación para el pueblo de Iraq y, cuando suceda, los liberadores serán recibidos con el mismo júbilo extraordinario que encontraron los Aliados en Francia en 1945». Los «liberadores» de Iraq, claro está, no fueron recibidos con tanto júbilo. Y Francia fue liberada en 1944, no en 1945. Qué más daba. Teníamos que olvidar que uno de esos países que deseaba utilizar su veto en el Consejo de Seguridad de la ONU —Rusia—

había perdido hasta 30 millones de ciudadanos en su lucha contra los nazis. Aun así, incluso la BBC hablaba a principios del 2003 sobre los «Aliados» que invadirían Iraq. Cuando Bush, Blair y el presidente español, Aznar, se reunieron en las Azores el 15 de marzo, el simbolismo de la Segunda Guerra Mundial alcanzó su apogeo. Los Tres Grandes —Churchill, Roosevelt y Stalin— se reunieron en Yalta para decidir el futuro del mundo tras los nazis. Esta vez, los Tres Pequeños se reunían en una oscura isla portuguesa para decidir el futuro de Oriente Próximo.

Por lo visto todo el mundo estaba aquejado de esos delirios de la Segunda Guerra Mundial. En su segunda entrevista conmigo, en 1996, el propio Bin Laden estableció un paralelismo entre la resistencia francesa a la ocupación alemana y la resistencia musulmana a la «ocupación» estadounidense del Golfo. <<

[9] Durante todo ese tiempo, los medios de comunicación estadounidenses seguían ofreciendo su servil apoyo al gobierno de Bush. Como escribí en mi periódico el 26 de enero, Washington nos estaba acribillando a amenazas sobre «Estados que fomentan el terrorismo». «Tomemos como ejemplo a Eric Schmitt, que hace una semana publicó un artículo en *The New York Times* sobre la decisión de los Estados Unidos de “enfrentarse a los países que fomentan el terrorismo”. ¿Sus fuentes? “Altos cargos de Defensa”, “funcionarios del gobierno”, “algunos funcionarios de los servicios de información estadounidenses”, “los funcionarios”, “funcionarios”, “oficiales militares”, “expertos en terrorismo”». Entonces me pregunté por qué no «dejamos que el Pentágono redacte sus propios artículos en *The New York Times*». <<

[\*] Véase el texto completo en <http://www.israeleconomy.org/stratl.htm>. <<

[10] En enero de 2003, la CNN emitió unas instrucciones —«Notificación de política de aprobación de noticias»— que dejaba bastante sin aliento. «Todos los periodistas que preparen paquetes de noticias deben entregar las noticias para su aprobación —decía—. Los paquetes no serán editados hasta que las noticias se hayan aprobado. Todos los paquetes que se redacten fuera de Washington, LA [Los Angeles] o NY [Nueva York], incluidas todas las oficinas internacionales, deben pasar por la MESA de Atlanta para ser aprobados». La «MESA» era la mesa de editores de noticias de Atlanta, que podían insistir en realizar cambios o «compensaciones» en la información del periodista. «Una noticia no podrá ser emitida a menos que esté adecuadamente marcada como aprobada por un director autorizado y se haya duplicado [enviado una copia] a burcopy [oficina de copias]. Cuando una noticia se actualiza, debe volver a ser aprobada, a ser posible por parte de la autoridad aprobadora originaria». Me fijé en los verbos «aprobar» y «autorizar». El hombre o la mujer de la CNN en Kuwait o Bagdad —o en Jerusalén o en Ramala— podían conocer el trasfondo de su noticia; de hecho, sabrían mucho más sobre el tema que el «director autorizado» de Atlanta. Sin embargo, los jefes de la CNN decidirían cuál sería la interpretación de la información.

Los resultados de este sistema se hicieron evidentes en una intrigante conversación mantenida en el 2002 entre el periodista de la CNN en la ciudad palestina ocupada de Ramala, en Cisjordania, y Eason Jordán, uno de los altos cargos de la CNN en Atlanta, que dimitió en el 2005 tras comentar que el ejército de los Estados Unidos había disparado contra periodistas en Iraq. La primera queja del corresponsal, Michael Holmes, fue respecto de un artículo sobre los conductores de ambulancias de la Media Luna Roja, a quienes siempre disparaban los soldados israelíes. «Arriesgamos la vida y salimos con los conductores de ambulancia, durante todo un día —se quejó Holmes—. Presenciamos por la ventanilla cómo los soldados israelíes disparaban a otras ambulancias. El reportaje fue aprobado por Mike Shoulder. Lo retransmitieron dos veces y después Rick Davis [un ejecutivo de la CNN] acabó con él. La razón fue que no habíamos obtenido respuesta del ejército israelí, ni siquiera pese a que afirmábamos que Israel cree que los palestinos pasan armas de contrabando y esconden a personas buscadas en sus ambulancias». Los israelíes se negaron a concederle una entrevista a la CNN, sólo entregaron una declaración escrita. Esa declaración fue incluida después en el reportaje. Sin embargo, una vez más, fue rechazada por Davis en Atlanta. El reportaje de Holmes no se retransmitió hasta tres días más tarde, cuando el ejército israelí por fin le concedió una entrevista a la CNN. pero incluyeron una frase engañosa que afirmaba que las ambulancias habían quedado atrapadas en medio del fuego cruzado (es decir, que los palestinos también disparaban contra sus propias ambulancias). La queja del reportero era más

que evidente. «¿Desde cuándo dejamos que una noticia dependa de los caprichos de gobiernos y ejércitos? Rick nos dijo que si no conseguíamos que un israelí declarara ante la cámara no emitiría el paquete. Eso significa que los gobiernos y los ejércitos indirectamente nos censuran y que nosotros les hacemos el juego abiertamente».

Todo esto resultaba de gran importancia para la inminente guerra de Iraq. Si iban a emitirse los reportajes hechos desde Bagdad, estaba claro que un oficial del ejército estadounidense tendría que estar dispuesto a negar cualquier cosa conflictiva que afirmasen los iraquíes. De hecho, un memorando del 31 de enero del 2003 aseguraba que el sistema de «aprobación de noticias» de la CNN se había hecho más estricto. Al personal de la cadena se le comunicó que un nuevo sistema computerizado de aprobación de noticias haría posible que «los aprobadores de noticias autorizados marquen las noticias [es decir, los reportajes] de una forma clara y estándar. Los pp. ee. [productores ejecutivos] de noticias harán clic sobre el botón APROBADO para cambiar su color rojo (no aprobado) por el verde (aprobado). Cuando alguien realice un cambio en la noticia después de su aprobación, el botón adoptará el color amarillo». Amarillo, el color del valor, sin duda. <<

[1] El engreimiento de los iraquíes se hizo patente cuando Mohamed Said al Sahaf, el jovial aunque nada divertido ministro de Información, habló de Tony Blair: «Creo que Gran Bretaña nunca se había enfrentado a una tragedia como la de este tipo». Este tipo. Sí, Sahaf sabía cómo burlarse de los británicos. Cada día leía informes de bajas que —dados los años de controversia que vendrían después en cuanto al número de civiles iraquíes muertos— tienen ahora una importancia archivística de la que carecían en aquel momento. El tercer día de invasión dio las siguientes cifras de muertos y heridos: en Bagdad, 194 heridos; en Nínive, ocho heridos; en Kerbala, 10 muertos y 32 heridos; en Salahudin, 2 muertos y 22 heridos. En Nayaf las cifras ascendían a 2 y 36; en Al Qadisiya, 4 y 13; en Basora, 14 y 122. En Babilonia, el gobierno iraquí hablaba de 30 muertos y 63 heridos. Hasta la fecha habían muerto 62 civiles en total. <<

[\*] Pat Buchanan; véase <http://amconmag.com/107/afterthewar.htmlanchor>. <<

[\*] «Iraq discovers religión: Battered by seven years of sanctions, Iraqis are turning to Islam. For his own reasons, Saddam is doing the same», *The Economist*, 31 enero 1998. <<

[2] Una investigación del Pentágono demostró que los soldados estadounidenses del puente de Jumuriya creían haber identificado a un «equipo enemigo de cazadores/asesinos en un balcón de una habitación de los pisos superiores de un gran edificio de color marrón». Reporteros Sin Fronteras llevó a cabo su propia investigación sobre las muertes del hotel Palestina del 8 de abril del 2003, entrevistó tanto a los periodistas como a los soldados estadounidenses que participaron en el incidente. Concluyó que, mientras que los asesinatos no fueron deliberados, el hecho de que los comandantes no informaran a sus soldados que el hotel Palestina era la base de cientos de periodistas era «criminal», y que el ejército de los Estados Unidos había mentido al insistir en que habían recibido «disparos directos» procedentes del hotel, cuando era evidente que no era cierto<sup>[\*]</sup>. El centro del mando del general de división Blount «cargaba con mucha responsabilidad» al no haber transmitido una información «que habría evitado la muerte de los periodistas». La pregunta, como decía el informe, «es si esa información se retuvo deliberadamente, a causa de un malentendido o por negligencia criminal». Por desgracia, Reporteros Sin Fronteras no investigó el ataque contra las oficinas de Al Yazira de ese mismo día. <<

[\*] Reporteros Sin Fronteras, *Two Murders and a Lie: an Investigation by Jean-Paul Mari*, enero 2004. <<

[3] Este espantoso incidente está recogido en *Thunder Run: Three Days in the Battle for Bagdad* (Atlantic Books, Londres, 2004), de David Zucchino, que abarca el recorrido de la 2.<sup>a</sup> Brigada de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería desde el sur de Iraq hasta Bagdad durante la invasión. En su relato de la matanza de la carretera (pp. 231-246), Hubbard y sus camaradas se enfrentan a «vehículos suicidas» en la Autopista 8 que eran «despiadados» y «no dejaban de acelerar en dirección norte». Hubbard, según dice el libro, «no podía comprender las repetidas y vanas incursiones, cada una de las cuales terminaba en una erupción de llamas y fragmentos de metal que saltaban por los aires cuando un vehículo tras otro era destruido por disparos altamente explosivos». Zucchino cita a un joven soldado que se queja: «Mierda, estamos matando a muchísimas personas». Otro soldado «vio cómo uno de los primeros vehículos quedaba machacado... Vio explotar el coche, y vio explotar también a los seres humanos». Unas horas después, según Zucchino, «del oeste y del norte llegaron vehículos suicidas, a mediodía eran ya casi veinte». Aun así, el libro no menciona la gran cantidad de civiles que murieron a causa del fuego de los tanques estadounidenses, muchos de cuyos cadáveres vi con mis propios ojos. Si de verdad se desplegó una cantidad tan elevada de terroristas suicidas contra los estadounidenses en la Autopista 8, debió de tratarse de un importante punto de inflexión en la guerra... y una clave de la posterior insurgencia. Sin embargo, mis propias pruebas como testigo ocular del escenario posterior sugieren que, mientras que a todas luces se había producido una emboscada militar, la mayoría de los fallecidos eran civiles y que el miedo había hecho a los estadounidenses disparar contra todo vehículo que no se apartase de la carretera. Tal como me dijo Hubbard: «Mucha gente acelera... Yo tenía que proteger a mis hombres». El libro de Zucchino, por cierto, ofrece un relato bastante convincente de la confusión militar que rodeó a la matanza de periodistas en el hotel Palestina (pp. 296-307), aunque repite el bulo de que había francotiradores disparando desde el edificio. Merece la pena añadir que, si es cierto, como dice el libro de Zucchino, que la 3.<sup>a</sup> División de Infantería vivió «una de las batallas más brutales y decisivas de la historia del combate» en Bagdad, la versión del Pentágono de que las fuerzas iraquíes sencillamente se negaron a luchar y «se dispersaron» en la capital es falsa. <<

[4] Un informe sobre la valoración militar de «las lecciones de la guerra de Iraq» publicado en *The New York Times* del 20 de julio del 2003 decía que se requería la aprobación de Donald Rumsfeld «si se creía que un ataque aéreo planeado podía resultar en la muerte de más de 30 civiles. Se propusieron más de 50 de estos ataques y todos ellos fueron aprobados». De modo que las familias cristianas de Mansur no tuvieron ninguna posibilidad de sobrevivir. <<

[5] Ese archivo en concreto de cartas y documentos cortesanos se encuentra en la actualidad depositado —convenientemente y por cortesía de *The Independent*— en los archivos reales hachemíes de Ammán. <<

[1] En total, se robaron 15 000 piezas del museo de Bagdad. Pese a la publicidad que hicieron las autoridades occidentales cuando se recuperaron al fin algunos tesoros, 11 000 seguían en paradero desconocido en junio de 2005, incluido el famoso busto de marfil de la «Mona Lisa» de Mesopotamia, que representa la cabeza de una mujer asiria de 3500 años de antigüedad. De las 4000 piezas descubiertas, 1000 se encontraron en los Estados Unidos, 1067 en Jordania, 600 en Italia y el resto en países vecinos de Iraq. <<

[2] Sin duda, el más condenatorio de los documentos contra el tratamiento dado por los Estados Unidos a los prisioneros —incluidas las ciudades que se «rindieron», donde también se produjeron torturas— es el informe de 200 páginas de Amnistía Internacional publicado el 27 de octubre de 2004: *United States of America: Human dignity denied; Torture and accountability in the war on terror*. (AMR51/145/2004).

<<

[3] En un e-mail del 21 de mayo de 2005 a *The Independent*, Karpinski escribió que había visitado Guantánamo durante «menos de un día entero y acudí allí para resolver ciertas discrepancias entre dos oficiales, nada relacionado con las operaciones de detención. Tenía acceso a todos los bloques de celdas de Abu Ghraib. Cuando el complejo carcelario fue transferido al jefe de los Servicios Militares de Información en noviembre de 2003, seguí accediendo sin obstáculos. La limitación afectaba a las horas en las que se me permitía visitar Abu Ghraib. No tenía permiso para acudir a Abu Ghraib durante las horas de oscuridad... debido al creciente peligro que suponía viajar de noche...». Al parecer, la mayor parte de vejaciones y torturas de Abu Ghraib tuvieron lugar por la noche. <<

[4] Hacia mediados del verano del 2005, aparecieron revelaciones sobre las torturas efectuadas por las fuerzas armadas estadounidenses en Iraq y Afganistán de manera casi semanal. En *The New York Times* del 23 de mayo, Bob Herbert describió a los torturadores militares como «sádicos, perversos y criminales», tras citar la información del propio *The Times* del 20 de mayo sobre un documento del ejército de los Estados Unidos a propósito de la tortura en Afganistán: «En declaraciones juradas ante investigadores del ejército, los soldados describen a una interrogadora muy dada a las humillaciones que pisó el cuello de un detenido postrado y le dio una patada a otro en los genitales. Hablan de un preso maniatado al que obligaron a rodar de un lado a otro sobre el suelo de una celda para besar las botas de sus dos interrogadores. A otro recluso lo obligaron a recoger tapones de botella de plástico en un bidón lleno de excrementos y agua como parte de una estrategia para ablandarlo de cara al interrogatorio». Ese artículo original, de Tim Golden, describía cómo los guardias propinaron cien patadas en la pierna a un hombre inocente, que después murió en su celda, esposado al techo. <<

[5] Durante años, los estadounidenses —y Tom Friedman entre ellos— habían aleccionado a los palestinos sobre los principios de la no violencia, insinuado que enfrentarse a la ocupación al estilo de Gandhi podría reportarles beneficios. Las alegaciones árabes en La Haya demostraron que, por supuesto, esa protesta pacífica no era la panacea universal. <<

[6] Ese terrible período de la historia de musulmanes y cristianos puso fin a un pequeño califato durante el cual los eruditos —tanto cristianos como árabes y judíos— tradujeron del árabe algunas de las mayores obras de la literatura clásica que se habían conservado en Bagdad. El edicto de expulsión fue firmado el 31 de marzo de 1492 y para los judíos comportó el mayor desastre desde la destrucción del Templo de Jerusalén. También dio lugar a una larga tradición de tratados antiislámicos cuasipornográficos que presentaban al Profeta como el Anticristo<sup>[\*]</sup>. <<

[\*] Véase doctora Grace Heney, «Distorted Images: Anti-Islamic Propaganda at the Time of the expulsión of the Moriscos», publicado en *Images des Morisques Dans La Littérature et les Arts*, Fondation Termini pour la Recherche Scientifique et l'Information, Zaghun, Túnez, abril 1999. <<

[\*] Grabación de vídeo privada hecha pública por el Pentágono, 13 diciembre 2001.

<<

[\*] Véase Iain R. Edgar, «The Dream Will Tell: Militant Muslim Dreaming in the Context of Traditional and Contemporary Islamic Dream Theory and Practice», *Dreaming*, vol. 14, n.º 1, 2004. <<

[7] El fariseísmo de Bin Laden era tal que claramente no lograba comprender la respuesta de los estadounidenses a su largo discurso; el país que había sido víctima de los crímenes contra la humanidad del 11 de septiembre del 2001 no iba a entablar un debate sobre las teorías del líder de Al Qaeda respecto de llevar a la quiebra a los Estados Unidos obligándolos a declarar guerras. Bin Laden también mencionó a periodistas de la CNN y de la revista *Time* que habían citado sus palabras diciendo que si «defenderse a uno mismo y castigar al agresor» es terrorismo, «entonces, para nosotros, resulta inevitable». Añadió —y ésta es la clase de publicidad que no necesita un corresponsal en el extranjero— que «eso se puede leer en... mis entrevistas con Robert. Este último es uno de sus compatriotas y correligionarios al que considero neutral. Así pues, ¿pueden los pretendientes de la libertad de la Casa Blanca... entrevistarse también con él para que pueda transmitirle al pueblo estadounidense lo que ha comprendido, por nosotros, que son las razones de nuestra lucha contra vosotros?». Al margen de la errónea creencia de Bin Laden de que yo era un «compatriota» estadounidense —y no estoy seguro de querer ser correligionario de nadie—, yo bien podría haber prescindido del imprimátur de Bin Laden en mi trabajo. Lo que de ninguna forma iba a hacer era la tontería de acceder a convertirme en el nuevo *interlocuteur valable* de Al Qaeda. <<

[8] La próspera nueva democracia que el presidente George W. Bush identificó en Afganistán empezó a fragmentarse cuando los antiguos capos de la droga consiguieron también poder en el gobierno mientras que los talibanes y Al Qaeda regresaron paulatinamente al país del que habían sido expulsados, atacando a las tropas estadounidenses y a soldados afganos del gobierno. El presidente electo, Hamid Karzai, había sido consultor contratado por Unocal, la compañía petrolera de California que una vez negociara con los talibanes la creación de un gaseoducto que cruzara Afganistán y llegara a Pakistán. El enviado especial de los Estados Unidos en Afganistán fue Zalmay Jalilzad, un antiguo empleado de Unocal. Una vez en el poder, Karzai y el presidente Musharraf, de Pakistán, acordaron reanudar el proyecto del gaseoducto. Fue el periódico israelí *Ma'ariv* el que apuntó con sagacidad que, «si se contempla un mapa de las grandes bases estadounidenses establecidas [en Afganistán], queda uno asombrado por el hecho de que son todas por completo idénticas en la ruta del gaseoducto proyectado hasta el océano Índico<sup>[\*]</sup>». En el 2005, Afganistán exportaba más opio del que jamás había producido. Incluso Karzai se vio obligado a protestar con acritud tras unas revelaciones de ese año según las cuales los estadounidenses habían tratado a sus prisioneros afganos con tanta crueldad como a sus víctimas iraquíes. <<

[\*] *Ma'ariv*, 14 febrero 2004. <<

[\*] Albert Camus, «Ni víctimas ni verdugos». El ensayo de Camus se publicó por primera vez por entregas en el periódico francés *Combat* en otoño de 1946. Existe versión en castellano: Ni víctimas ni verdugos, Buenos Aires, Reconstruir, 1960. <<

[\*] T. S. Eliot, escrito el 28 de enero de 1946 en el prólogo de *The Dark Side of the Moon*, ob. cit. p. 8. <<